

UNIDOS

ANTOLOGÍA

Tomo I:
Ensayos



UNIDOS

ANTOLOGÍA

Tomo I:
Ensayos

Compilación de
Eduardo Rinesi

Colección
Reediciones & Antologías. N° 46



Álvarez, Carlos Chacho

Unidos: antología / Carlos Chacho Álvarez ; Mario Wainfeld; Horacio González; compilación de Eduardo Rinesi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2023.

v. 1, 704 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN tomo I: 978-987-728-195-8

ISBN obra completa: 978-987-728-193-4

1. Democracia. 2. Peronismo. 3. Historia Política Argentina. I. Wainfeld, Mario. II. González, Horacio. III. Rinesi, Eduardo, comp. IV. Título.

CDD 320.82

COLECCIÓN REEDICIONES & ANTOLOGÍAS

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

Agradecemos a Guillermo Korn, Facundo Carman, Darío Pulfer y al Centro de Documentación e Información del Instituto Gino Germani por su colaboración en la edición de este volumen.

© 2023, Biblioteca Nacional
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gob.ar

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

Prólogo, por Eduardo Rinesi	9
-----------------------------	---

ENSAYOS

Bases para un programa de gobierno, por Carlos Álvarez	19
Notas sobre el Movimiento Nacional, por Daniel García Delgado y Vicente Palermo	27
El tercer gobierno de Perón, por Carlos Álvarez	37
Participación política y estabilidad democrática, por Vicente Palermo y Daniel R. García Delgado	48
El peronismo se transforma o se muere, por Carlos Álvarez	56
La UCR de la victoria: el alfonsinismo, por Norberto Ivancich	85
Hace diez años sabíamos soñar, por Mario Wainfeld	118
¿Adónde va el peronismo?, por José Pablo Feinmann	130
De lo plebeyo a lo social. Notas sobre la crisis del peronismo, por Álvaro Abós	140
Río Hondo: bueno para el reuma, no para el cáncer, por Arturo G. Armada	152
El General de la conciencia desdichada, por Horacio González	164
Reflexiones al pie de la crisis, por Nicolás Casullo	173
Orígenes y perpetuación de la tragedia, por Salvador Ferla	181
El discreto encanto del alfonsinismo, por Carlos Álvarez	192
Pasado y presente, por Ernesto López	203
Dos o tres cosas conozco del Brasil, por Horacio González	214
El alfonsinismo, un bonapartismo de la ética, por Horacio González	227
No lloremos la historia que no fue, por Mario Wainfeld	251
La utopía latinoamericana, por Hugo Chumbita	263

El peronismo, la modernidad y la crisis de la política, por Carlos Álvarez	276
Esa cosa de la modernidad modernización, por Nicolás Casullo	288
Solanas y el bergantín de la modernidad, por Horacio González	298
No lo dejen solo al secretario general, por Mario Wainfeld	318
Del viejo barco y las nuevas arboladuras, por Jorge Luis Bernetti y Adriana Puiggrós	327
La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke, por Horacio González	334
Deuda externa: ¿por qué nuestros gobiernos no hacen lo obvio?, por Guillermo O'Donnell	368
Volvé, Viejo, te perdonamos, por Mario Wainfeld	376
Perón: intelectuales, militantes y herbívoros, por Arturo Armada	387
Perón y Verón: dos tesis sobre el malentendido, por Horacio González	403
Psicoanálisis de <i>Unidos</i> , por Horacio González	417
Modernización y consolidación democrática, por Daniel García Delgado	424
Mester de gelmanía, por Juan Sasturain	440
La crisis de abril, por Oscar Landi	446
Yo sé que ahora vendrán caras extrañas (Variaciones sobre Rico y Alderete), por Mario Wainfeld	459
¡Ah! Si yo fuera del MAS, por Horacio González	472
Y con los derechos humanos, ¿qué hacemos?, por Inés González Bombal y Luis Alberto Quevedo	483
El discurso electoral de 1987. No por mucho sonreír se amanece más temprano, por Roberto Marafioti	489
¿Emergencia de un sistema político adecuado o marcha ciega hacia un golpe restaurador?, por Julio Godio	499
Por una democracia en expansión, por Arturo Armada	505
Liberales, neoliberales y nacional-populares, por Alcira Argumedo	515

Para un liberalismo de la edad, por Horacio González	523
Los desafíos del peronismo, por Carlos Álvarez	527
Optimismo de la voluntad, por Carlos Álvarez	537
Entre el riesgo y la esperanza, por Mario Wainfeld	548
Dos libros, por Horacio González	559
El deseo, motor de la historia, por Magdalena Faillace	562
De Perón al revolcón (apogeo de la revolución conservadora), por Arturo Armada	569
Sobre tradiciones, compromisos y rupturas, por Eduardo Jozami	588
Ficción, rumor, usura, carne: la cultura política menemista, por Víctor Pesce	599
Sur. Cambalache posmoderno y revolución conservadora, por María Cristina Reigadas	610
No toda la historia ha terminado, por Hugo Chumbita	623
Las veredas de la política argentina, por Alcira Argumedo	635
Sin red, por Mario Wainfeld	640
La radicalización de la democracia. ¿Moderna o posmoderna?, por Chantal Mouffe	654
Dios es gorila, por Mario Wainfeld	667
Reflexiones sobre la crisis de la moral pública, por Ernesto López	678
Feudalia en Catamerca, por Eduardo Blaustein	685
Los límites de un programa conservador, por Enrique M. Martínez	691

PRÓLOGO

Eduardo Rinesi

*En memoria de los queridos
Horacio González y Mario Wainfeld.*

La revista *Unidos* recogía su nombre de la conocida frase del general Perón que afirmaba que el año 2000 nos encontraría unidos o dominados, y propuso y *se* propuso, durante todo el ciclo de lo que se llamó la *transición a la democracia* en el país, articular los nuevos temas que traía consigo la coyuntura de la salida de la dictadura y la apuesta por la construcción de una democracia liberal estable y duradera con los grandes motivos heredados de la tradición política del peronismo. Del peronismo en general y de *ese* peronismo, el último peronismo *de Perón*, en particular.

Todo eso hacía necesario un importante esfuerzo de revisión y crítica del rico legado de cuatro décadas de historia, de la experiencia del peronismo “clásico” de los cuarenta y los cincuenta, de las distintas opciones que se habían abierto en el campo de las luchas populares contra los regímenes que se habían sucedido a lo largo de los dieciocho años de proscripción del peronismo y de exilio de Perón, de las enseñanzas y de la propia figura de Perón durante esos años y del tumultuoso período del nuevo gobierno peronista de los setenta. También reclamaba, reclamaría —a partir del tercer número de la revista, porque los primeros dos aparecieron todavía durante la dictadura, frente a la primicia de la apertura electoral y en medio de la casi convicción de un seguro triunfo peronista en los comicios que se habían convocado—, un ejercicio de discusión de y con la dirigencia del propio peronismo “de la derrota”, y uno de comprensión (pero de comprensión crítica y polémica) de las novedades que introducía en la vida política argentina la original modulación que asumía el radicalismo triunfante de Alfonsín.

Unidos encaró ese conjunto de tareas con el fuerte impulso de su director, Carlos “Chacho” Álvarez, y en la herencia de algunas experiencias anteriores, entre las que se destacaba especialmente la de la revista *Envido*, que había aparecido entre 1970 y 1973 bajo la dirección de Arturo Armada. Álvarez, más joven que el resto de los editores de la nueva publicación, había militado en las filas del peronismo de izquierda en la oposición a la dictadura de Onganía, acompañado como estudiante la experiencia de las Cátedras Nacionales, fundado una organización llamada Forpe (Fuerza para la Organización Revolucionaria Peronista) y formado parte del importante número de lectores de la tercermundista *Envido*, muchos de cuyos temas reaparecen en la nueva publicación, aunque ahora, como ha observado en más de un sitio Horacio González (por cierto, protagonista fundamental

de ambas experiencias), no se tratara ya de insistir sobre los tonos de aquella sociología antimperialista de la década anterior, sino de ensayar, en una coyuntura diferente y frente a unos desafíos muy distintos, una revisión de la lengua peronista con la que acompañar los desafíos que imponía la nueva “agenda” —como empezaba a decirse en esos años— de la transición.

Esa revisión reclamaba entonces, decíamos, una relectura de las jornadas ya remotas del peronismo inicial, una evaluación de la más cercana experiencia del tercer gobierno peronista y un examen del liderazgo y del pensamiento del propio Perón, ejercicios que ocupan una parte importante de los primeros números de la revista. Sobre el primer asunto, ya en el primer número (en el que el director formula unas “Bases para un programa de gobierno” que se suponía que el peronismo debería encarar a partir de fin de ese mismo año 83), Abel Fleitas Ortiz de Rozas inicia una serie de dos notas, que culminará en la siguiente edición, sobre el peronismo y las Fuerzas Armadas; también en los dos primeros números Raúl Sbarra Mitre estudia con detalle la reforma constitucional de 1949 y repasa el sistema distributivo del peronismo y su aporte a una economía sostenida sobre el principio de la justicia social. Damos cuenta aquí de los aportes fundamentales a esta discusión contenidos en estos textos iniciales, en los que la revista se imaginaba seguramente destinada a apuntalar el proceso de discusión con el que el peronismo debía prepararse para gobernar en los inmediatos meses que vendrían, aunque los límites de esta antología nos impiden dar a conocerlos en las páginas que siguen, reservadas apenas a una selección inevitablemente mezquina y seguramente injusta.

El peso de la lúcida y crítica reflexión que se produce en las páginas de *Unidos* sobre la experiencia gubernamental de 1973 a 1976 recae especialmente sobre las plumas del director de la revista y de Mario Wainfeld. Álvarez publica en el segundo número un ensayo sobre “El tercer gobierno de Perón” centrado en el modo en que aquella experiencia había estado inspirada en un conjunto de ideas sobre la democracia, el pacto social y la liberación nacional que recogían y sistematizaban tres décadas de historia que el peronismo, de cara a una futura experiencia de gobierno, debía recuperar, ya sin Perón y extrayendo las debidas enseñanzas del proceso abierto con su muerte y cerrado con el golpe del 76. Wainfeld, por su parte, despliega en una serie de tres notas —una de ellas, en dos partes, junto a Norberto Ivancich— una dolorida revisión de la experiencia peronista de los primeros setenta, mirando no solo las realizaciones y la orientación del gobierno de Perón, sino también, y sobre todo, esa tragedia que siguió, asociada tanto al desgobierno económico posterior a julio de 1974 como a la insistencia en la opción por la violencia armada de los grupos guerrilleros en general y de Montoneros en particular. Por cierto, a este espíritu crítico del militarismo de la organización armada peronista se debe también la decisión de la revista de publicar, en sus números 5 y 6, los escritos póstumos de Rodolfo Walsh sobre la cuestión.

En el tercer número de la revista (el primero posterior a la derrota del peronismo en las elecciones de octubre de 1983), Álvarez había escrito que “El peronismo se transforma o se muere”. En el número siguiente, José Pablo Feinmann y Álvaro Abós indagan, cada uno a su manera, la crisis del peronismo y su necesidad de ajustar el rumbo, una indagación al servicio de la cual hay que pensar también las contribuciones que desde el primer número de la revista venían proponiendo, en una serie de notas en las que el lenguaje militante propio de la publicación dialoga quizá más que en ninguna otra con el de las mejores versiones de las ciencias sociales y políticas de esos años, Daniel García Delgado y Vicente Palermo. Especialmente destacable es, en ese mismo cuarto número de la publicación, el artículo en el que Wainfeld, sin olvidar sus críticas al desgobierno y a la —a su muy razonable juicio— injustificada violencia armada de los años anteriores, advierte sobre la necesidad de no dejar de seguir soñando los sueños que, en medio de tantos extravíos, los mejores espíritus de aquella época habían sido capaces de soñar. Esa búsqueda de los lazos que no deberían romperse entre aquellas experiencias del pasado y el presente que se abría, después de la derrota electoral del peronismo, en esos primeros años de la “transición” anima también el artículo publicado un poco después, en el muy “latinoamericanista” número 7-8 de la revista, por Ernesto López.

Finalmente, decíamos, la revisión del legado con el que los editores de *Unidos* esperaban representar su papel en el nuevo tiempo que se abría reclamaba un examen de la compleja figura del mismísimo Perón. Ese examen tuvo como protagonista fundamental a Horacio González, cuya primera contribución con la revista, en 1985, es una nota formidable titulada “El general de la conciencia desdichada”, y que no dejaría de dedicar sus mayores esfuerzos interpretativos a la figura y al pensamiento del viejo caudillo. En un sentido importante, ese es *el* tema, o, para ser un poco más prudentes, *uno de los temas* más importantes y constantes del pensamiento de González, desde su artículo, publicado en la vieja *Envido*, “Humanismo y estrategia en Juan Perón”, de 1971, hasta su monumental *Perón* de 2007—que puede ser arriesgado afirmar que sea su obra mayor, pero que es sin duda una de las dos o tres que pueden aspirar a ocupar ese lugar—. En *Unidos*, el estudio de González del pensamiento y del *lugar* de Perón en lo que en esos mismos años Silvia Sigal y Eliseo Verón llamaban “el dispositivo de enunciación” del peronismo (González no lo llamaba así y lo pensaba mejor, pero era de eso de lo que también para él, en el fondo, se trataba) cubre un arco de artículos que va de este primero sobre la “conciencia desdichada” de Perón hasta su crítica a los libros sobre Perón y el peronismo de Sigal-Verón y de León Rozitchner, pasando por su estudio sobre Perón y el peronismo como *mitos* en su gran trabajo sobre el cine de Solanas y sobre todo por su magnífica consideración sobre la *Correspondencia* del general con John William Cooke (el mito, pues, y el diálogo con el mito o el examen del mito *desde adentro* de ese mito: estamos en el corazón del pensamiento de González), todo eso en los increíbles cuatro gruesos volúmenes que editó la revista en el prolífico año 1986.

El otro asunto que la revista no dejó de examinar, que constituía la gran novedad que traía consigo la actualidad política argentina y que iría a remozar fuertemente el modo mismo de pensarse las cosas desde entonces era, claro, la notable transformación del radicalismo bajo la estrella de Alfonsín. Desde el tercer número de la revista, en el que Ivancich trata de dar cuenta del fenómeno nuevo que representaba la “UCR de la victoria”, pasando por el número 7-8, en el que Álvarez reflexiona sobre “el discreto encanto del alfonsinismo” y hasta el número siguiente, en el que González produce una magnífica reflexión sobre el alfonsinismo como un “bonapartismo de la ética” (y más en general sobre el espíritu entero de la época y de las discusiones de la época a propósito de los Juicios, de la violencia política y de la democracia), la revista se ocupa de pensar esta nueva inflexión del radicalismo en el gobierno, que si por un lado no dejaba de ser cierto —como habían advertido muy temprano Palermo y García Delgado— que representaba lo más regresivamente antiperonista de un radicalismo que lo había sido mucho menos bajo el sepultado signo del balbinismo de la década anterior, por el otro era evidente que traía consigo un conjunto de renovaciones conceptuales y doctrinarias con las que el peronismo tenía que aprender a dialogar. Derrotado por ese alfonsinismo que en las páginas de *Unidos* se trataba de entender, el peronismo mismo, pues, se renovaba. La historia de la “renovación” del peronismo (y de la ocupación del centro de esa escena “renovada” por ese interesante político de esos años que fue Antonio Cafiero) encuentra en las páginas de *Unidos* su momento reflexivo más interesante.

Más allá de la entrevista del equipo editor de la revista al propio Cafiero, que presentamos —junto a varias otras— en el segundo tomo de esta antología, esa reflexión sobre la renovación tiene su centro en el número 14 de la revista, aparecido en abril del año en que comenzaría el declive electoral del alfonsinismo y en que el propio Cafiero sería elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires. Lo que nadie podía imaginar cuando apareció ese esperanzado número de la publicación es que muy pocos días después el país se vería sacudido por la intentona militar de Semana Santa, que desató la crisis política más importante que debió enfrentar el gobierno de Alfonsín, cuyo análisis ocupó íntegramente el número siguiente de la revista. Entre los artículos que integran ese número especial y atípico de la colección merece especial consideración el que entregó Oscar Landi —quizás uno de los más precisos que se hayan escrito sobre aquella “crisis de abril”—, que más tarde el propio Landi integró como capítulo a uno de sus libros más logrados. Siguiéron (y fueron materia de las reflexiones de la revista en los meses subsiguientes) las elecciones de ese fundamental 1987, el triunfo del peronismo y las expectativas de una democracia “en expansión”, como escribió Arturo Armada. Y más tarde, durante los meses ulteriores, el declive del alfonsinismo, la reaparición, frente al discurso nacional-popular que quería encarnar *Unidos*, de las viejas ideas “liberales” y las un poco menos viejas ideas “neoliberales” a las que se refiere Alcira

Argumedo en su artículo en el número 18 de la revista, y enseguida el triunfo, en el interior del peronismo, del difícil de descifrar fenómeno menemista.

De esa sorpresa, de ese “naufregio” —como se deja leer en las páginas de la revista—, del inesperado y brutal cambio de rumbo de las cosas y de las discusiones, del luctuoso episodio de La Tablada, también, que tiene lugar en medio de esos meses de crisis y de desconcierto, tratan los últimos números de la revista, escritos, como todos los anteriores, con un humor no exento de una lúcida melancolía más o menos tanguera, que encuentra sus momentos más altos, siempre, en la gran prosa de Wainfeld, de “¡Jauretche, volvé!” a “Ni vergüenza de haber sido...”, de “Patoruzú le ganó a Isidoro” a “Dios es gorila”, como titula Mario su artículo en el último número de la revista. Corría 1991 y Menem había orientado ya decididamente su gobierno, que en un primer momento había aparecido más o menos vacilante, en el sentido del programa conservador que desplegaría implacablemente hasta casi el fin mismo del siglo. *Unidos* no llegaría hasta allí. El número 23, con las reflexiones “sobre la crisis de la moral pública” de Ernesto López y artículos de, entre otros y otras, Eduardo Blaustein y Enrique Martínez, es el último de la colección. Después de eso, la revista prolongó durante unos cuantos años su trabajo a través de la publicación, en un formato muy semejante al que había mantenido durante todos los años en los que había aparecido, y bajo el sello de “Ediciones Unidos”, de una serie de libros donde se abordaban, de manera más monográfica, algunas cuestiones específicas que el grupo consideraba que debían discutirse durante aquellos años del gobierno menemista, tales como la reforma estructural de la economía, la expansión de la pobreza y las nuevas formas de organización social y política de la protesta y de la resistencia.

Mientras tanto, *Unidos* había marcado una época en la historia de la más exigente reflexión teórica y política desarrollada entre nosotros sobre los problemas del peronismo, de su herencia y de su necesaria transformación, de la democracia y de sus formas, del alfonsinismo, su interés y sus limitaciones. Lo había hecho a través de sus ensayos, llenos de sutileza y virtuosismo, de los que este primer tomo de esta antología espera entregar una selección no muy inadecuada. Pero además de los grandes ensayos que ofrecía en cada uno de sus números, esperados y devorados por miles de militantes y estudiantes de mi generación, que nos formamos leyendo *Unidos* tanto como leyendo al mismo tiempo, en nuestros cursos universitarios, los libros de Norberto Bobbio y de Jürgen Habermas, la revista pensaba los problemas de la política argentina, también, a través de una cantidad de —si podemos decirlo así— *conversaciones* de distintos tipos. *Unidos*, en efecto, conversó mucho, y en el segundo tomo de esta antología hemos querido dejar algunos testimonios de todas esas conversaciones. Por un lado, de las conversaciones con el pasado que proponía publicando documentos que sus editores consideraban que debían seguir iluminando las discusiones del presente. De ellos hemos elegido las cartas póstumas de Walsh sobre la cuestión de la violencia armada, que

Unidos publica, como ya dijimos, en coincidencia con su propia crítica del militarismo de Montoneros.

Por otro lado, incluimos en el segundo tomo de esta antología una cantidad de otros tipos de conversaciones que la revista impulsaba y publicaba: conversaciones con otros grupos intelectuales bajo la forma de mesas redondas sobre los problemas de la política y de la propia vida intelectual (transcribimos dos de estas “mesas redondas”: una sobre democracia y cambio social y otra sobre “el intelectual de los años ochenta”, ambas integradas por miembros del grupo editor de la revista y diversos exponentes del pensamiento socialista o “progresista” más simpatizante del gobierno de Alfonsín, que en aquellos años hegemonizaba zonas importantes de la discusión) y conversaciones con intelectuales, artistas, funcionarios, dirigentes (ya mencionamos la muy importante conversación de los editores de la publicación con Antonio Cafiero), militantes políticos y sindicales y expertos en los asuntos más diversos bajo la forma de entrevistas. Algunas de esas entrevistas eran realizadas por los propios miembros del staff de la revista; en otras, más profesionales, *Unidos* contó con la colaboración de la periodista Mona Moncalvillo, responsable de varios de los reportajes que transcribimos. En todos esos diálogos, nos parece, se expresaba una parte fundamental del espíritu de la revista.

Un tipo de conversación especialmente cultivado en las páginas de *Unidos* era el que se expresaba en la forma de reseñas de libros, películas u obras de teatro, que les permitían a sus editores dar cuenta del conjunto de la actividad cultural del tiempo cuyos signos trataban de entender y cuyo espíritu se proponían discutir. La voracidad lectora y el ánimo polémico de algunos bien reconocibles integrantes del grupo editor de la revista hacían de estas páginas de “reseñas” o de “crítica” —particularmente importantes en los momentos más altos de la historia de la revista: alrededor de los cruciales años 85, 86 y 87— una sección especialmente estimulante. Se comentaba *Ezeiza* de Verbitsky, o *Solados de Perón* de Gillespie, pero también un número determinado de una revista con la que se quería discutir (dos de ellas, que eran las grandes interlocutoras de *Unidos* en el debate político-intelectual de la época: *Punto de vista* y *La ciudad futura*, reciben comentarios en las páginas de esta sección), un disco, un poemario o —en la pluma polémica y punzante de Alberto Ure— una pieza teatral de David Viñas.

Por último, el segundo volumen de esta antología se cierra con una selección de textos aparecidos en algunas publicaciones en las que el trabajo de *Unidos* se extiende hacia ciertos problemas específicos (como lo hace en dos publicaciones “temáticas” que vieron la luz en los años de mayor actividad de la revista: *Unidas*, que en su primer número se presentó como *Unidos Mujer*, y de la que aparecieron tres números entre 1986 y 1987, y *Unidos Universidad*, con un único número aparecido en 1987) o se prolonga en el tiempo, más allá del fin de la publicación regular de la revista, en los seis libros publicados bajo el sello de las ya mencionadas Ediciones Unidos, y dedicados a examinar algunos de los problemas provocados

por el despliegue del fenomenal plan de reconversión económica del gobierno menemista y algunas de las vías de salida de ese atolladero (son los años en los que empieza a pergeñarse la experiencia política del Frente Grande), durante buena parte de la última década del siglo.

Unidos es una expresión mayor de un tiempo aún cercano, en la vida pública argentina, en que la política se discutía, en un sentido decisivo, en las grandes revistas de ensayo y opinión. Esa época parece haber pasado, quién sabe si acaso para siempre. Lo que no puede pasar es el tipo de compromiso lúcido, colectivo y público con la crítica de la realidad, con la revisión de los legados del pasado y con la impugnación de las miserias del mundo. En un momento en que la historia del país y la del peronismo parecen entrar en una etapa nueva y diferente, ojalá encontremos en estos textos una brújula para orientarnos en los difíciles tiempos que se vienen.

ENSAYOS

BASES PARA UN PROGRAMA DE GOBIERNO

Carlos Álvarez

LA HERENCIA DEL PROCESO Y SU PROYECCIÓN

El primer punto a tener presente recae, paradójicamente, sobre el pasado inmediato. Este pasado se proyecta porque no se cierra en el instante en que la civilidad conquistó el gobierno, sino que continúa teniendo profundas implicancias en el futuro de la Nación. El tema desaparecidos, Malvinas y corrupción económica-deuda externa va a constituir una oprobiosa herencia a la cual la dictadura apuesta como principal elemento de desgaste del próximo gobierno constitucional.

Respecto al tema de los desaparecidos hay que admitir que la peor solución es ignorarlo, creando un tipo de ingenua complicidad que no evitará su desarrollo o maduración contestataria en importantes sectores de la comunidad.

Las Madres de Plaza de Mayo no son, como piensa la dictadura, agentes del comunismo internacional, ni tampoco vanguardia de la lucha popular como intentan definirlas otros. Son la expresión de un drama que enluta a la Nación, y requiere explicación coherente y sanción justa para máximos responsables de tal situación. Los responsables son quienes cometieron el delito de sedición el 24 de marzo de 1976 y luego “institucionalizaron” a partir de cada arma la doctrina de la guerra de exterminio. Por lo tanto, la Junta Militar, órgano superior de gobierno y autoridad máxima en la conducción de la lucha antisubversiva, debe ser encarcelada y juzgada por la próxima justicia ordinaria. Los casos en que se posean pruebas deben también ser llevados a la justicia, articulando una solución de contenido político con una base ética coherente a la magnitud del tema tratado.

Para algunos, tal medida parecerá insuficiente y para otros no habrá poder ni decisión para instrumentarla. Ante estas dos posiciones es urgente trascender el diagnóstico de lo acontecido para comenzar a transitar los caminos de una solución políticamente posible. De lo contrario se seguirá divagando sobre generalidades que solo favorecen a quienes apuestan al olvido o a la debilidad de las fuerzas civiles para no elaborar ninguna propuesta justa. Este es un tema que no se presta a especulaciones, sino que es un problema ético, moral, jurídico y político que no encontrará respuestas ni en el olvido ni en la revancha, sino en la verdad y

la justicia. Verdad y justicia que solo pueden aceptar como condicionamientos los márgenes de la realidad y el futuro de la Nación.

En relación al tema Malvinas, también tendrán que ser juzgados los máximos responsables de la decisión político-militar. Tal procedimiento es unánimemente compartido por todo un pueblo, que sintió el agravio y el manoseo de un conjunto de aventureros que humilló vergonzosamente a la Patria.

Finalmente, respecto al tema de la corrupción económica debe procederse de igual forma que en los casos anteriores, a todos los funcionarios públicos con puestos políticos que contribuyeron a hipotecar el país por varias generaciones. No puede pasarse por alto la soberbia y los oscuros intereses de quienes llevaron a la Nación a la penosa situación en que hoy se encuentra. Porque más allá de los millones de dólares que se han perdido, la Nación ha perdido soberanía encontrándose ahora a expensas de la banca internacional y las empresas transnacionales.

En una Argentina sacudida por la más profunda crisis moral que recuerda su historia, hacer Justicia es comenzar a revertir la indiferencia, es devolverles a los argentinos la posibilidad de creer como opción afirmativa y es, principalmente, la más auténtica alternativa para comenzar a generar un poder del cual hoy se carece.

Señalar en el programa aquellas opciones supone valorizar nuestra concepción ética de la política. Ética que no debe estar vinculada a los fines, sino a los procedimientos y a la acción política misma. Estos procedimientos no pueden estar desligados de las características de la sociedad que pretendemos, y de aquellas del movimiento que la gesta.

EL SENTIDO DEL TIEMPO

El sentido del tiempo existente en una época y en una comunidad determinada incide en la definición de una política; forma parte de esta y de su práctica.

La comunidad nacional, más allá de las firmes adhesiones partidarias o las sólidas pasiones políticas, manifiesta una actitud de espera, una ambigua sensación de frustración y esperanza, que se sintetizan primariamente en la necesidad de “conocer” qué hará el próximo gobierno constitucional. Esto, de por sí, marca al futuro como la categoría temporal fundadora de una dudosa y todavía pasiva esperanza.

La memoria de épocas gloriosas, la nostalgia de lo perdido y la evocación melancólica de una tradición revolucionaria, no revertirán mágicamente aquel estado de espera. Por el contrario, esos valores positivos deben ser encarnados por los hombres que sintetizan el mayor nivel de responsabilidad en el Movimiento. En ellos, principalmente, descansa la posibilidad de que la memoria sea revitalizada, que el pasado no sea nostalgia y que la historia revolucionaria del peronismo no sea precisamente historia sino un continuo “movimiento” hacia los objetivos anhelados.

El pasado tiene hoy para el peronismo un valor didáctico y ejerce sobre él un crucial desafío: ratificar y proyectar desde el gobierno la naturaleza

revolucionaria del Movimiento. Nada puede formularse hoy como opción gubernamental, fundamentándolo en el beneficio de épocas pretéritas. A pocos les interesa lo que se hizo, a los más les preocupa el “qué” y principalmente el “cómo” se hará. Tener claro el pasado y sus enseñanzas debe servir para alumbrar la nueva propuesta justicialista de poder. Esto significa servirse del pasado, pero no congelarse en él.

Hasta la desaparición física de nuestro líder, el poder del peronismo se fundamentó en la inquebrantable unidad Conductor-Pueblo. Esta relación le otorgó al Movimiento características particulares que deben reactualizarse a la luz de las nuevas circunstancias históricas. Importantes sectores de la comunidad —principalmente los jóvenes— integrarán las filas del justicialismo si este sintetiza, en la propuesta, sus aspiraciones de cambio. De aquí que el programa debe refundar las verdades, que sabemos vigentes, pero que deben operativizarse para contrarrestar la profunda crisis por la que atraviesa el país.

Los hombres que hoy disputan las más altas responsabilidades, tanto en el plano nacional como partidario, se diferencian por la historia y por la actitud ante la dictadura militar. Si bien estas conductas alcanzan para delinear las opciones internas, son insuficientes para congregar y movilizar al conjunto de la Nación. La forma concreta que cristaliza la consigna de institucionalizar la lucha por la idea es confrontar propuestas, pues son ellas las que van a marcar las diferencias ideológico-doctrinarias. El programa debe actuar como reclutador y sostenedor de voluntades políticas que convergerán hacia la apoyatura de ideas más que de hombres.

El desafío es ensanchar la base social del peronismo y volver a recuperar los sectores perdidos a partir de la muerte de Perón y la caída del gobierno constitucional. Para ello se deben suplir las carencias organizativas, propias de la etapa que se transita, por la producción de las alternativas gubernamentales que fortalezcan la opción de poder que sintetiza el justicialismo.

Del diálogo fecundo entre nuestro pasado político-organizativo —cubierto de realizaciones, luchas y frustraciones— y el presente —cargado de asechanzas y desafíos, pero portador de nuestra esperanza— debe surgir la nueva propuesta peronista que nos permita construir definitivamente la Patria Justa, Libre y Soberana.

UN PROGRAMA QUE DEBE REFLEJAR EL RECORTE DEL PODER ENEMIGO

Resulta claro que el autoritarismo militar y el liberalismo económico, al ver la imposibilidad de compatibilizar su proyecto con la voluntad explícita de los argentinos, conciben la salida democrática como una resolución de la penuria de legitimidad. La democracia, para los sectores antinacionales, no debe implicar una modificación o un cuestionamiento a los basamentos económicos, sociales y culturales sobre los que dichos sectores asientan su poder.

Los teóricos del neoliberalismo comienzan ya a definir el nuevo concepto de “democracia restringida”.

Si se piensa en el “vaciamiento” del poder estatal, en lo que toca a su capacidad de control del proceso económico, en la concentración del poder económico y de los medios de comunicación, en la disminución de la capacidad política y social de las organizaciones intermedias, en la destrucción de la organización de los trabajadores, en la deuda externa, en los concursos universitarios, en el nombramiento de los jueces, en la aniquilación del aparato productivo, etc., vemos claramente los condicionamientos para que un poder legítimo solo pueda convalidar el viejo orden, otorgarle legitimidad, pero no modificarlo.

La democracia se convierte en el campo de confrontación entre el nuevo y el viejo orden, entre la justicia y la explotación, entre la patria y la colonia, entre la liberación y la dependencia. Más aún cuando los sectores antinacionales son, precisamente, antidemocráticos. No casualmente las minorías constituyen la plataforma ideológica y el aparato conceptual del golpismo. Por eso la democracia pierde el rol instrumental para plantearse como el marco a partir del cual es posible desarrollar la transformación integral del sistema.

Fortalecer la democracia requiere primordialmente recortar el poder de las minorías antidemocráticas. Este objetivo opera en tres dimensiones:

1) Es necesario resolver el déficit de comunidad política que se observa no solo en Argentina sino en la mayoría de las naciones latinoamericanas y del Tercer Mundo. A ello apuntaba el general Perón en 1973, cuando, actualizando la concepción del accionar político, lo concebía como una tarea de profundización de las coincidencias, de elaboración de equilibrios basados en la categoría de la armonía como valor esencial de la actividad humana.

En el mensaje de Perón, la conformación de una clase política solidaria era relevante para la consolidación de la democracia. La ausencia de unidad de las fuerzas populares posibilitaba, entre otros elementos, la permanente irrupción de las fuerzas armadas en el escenario político nacional. Las actitudes facciosas y golpistas de sectores, incluso democráticos, permitía seudolegalizar las irrupciones militares. El déficit de comunidad política, que Perón equiparaba a la ausencia de cultura política, se convertía en uno de los principales obstáculos para afirmar una democracia social e integrada.

2) La segunda alternativa busca definir el rol institucional de las Fuerzas Armadas, pues han sido ellas las que han posibilitado, política y económicamente, la hegemonía de los sectores antinacionales y antidemocráticos. Las FF. AA. deberán ser reorganizadas a partir de las necesidades y los objetivos de la Nación. Esto no significa “peronizarlas”, que sería como transformarlas en una rama más del Movimiento Nacional Justicialista, sino por el contrario, delimitarles funciones, enmarcadas dentro de lo que podríamos denominar la propuesta democrático-nacional. Para ello es evidente que deberá ejercerse todo el poder constitucional para neutralizar la nefasta

influencia ideológica del liberalismo económico y de las doctrinas político-militares diseñadas en los centros imperiales del poder.

Como columna vertebral de su sistema de defensa nacional, deberán poseer un profundo conocimiento de los objetivos nacionales y consustanciarse con ellos. La estrategia militar, las hipótesis de guerra o conflictos y la futura conformación de las fuerzas deberán ser decisiones políticas antes que militares y en ello deberá perseguirse, por igual, un acatamiento irremplazable a la ley.

Es falsa la opción o polémica sobre el servicio militar, la redistribución de las unidades, el rearme o la actualización tecnológica si no se redefine el papel de las FF. AA. en la comunidad. Lo que sí debe quedar claro en un programa de gobierno justicialista es la necesidad de utilizar todos los recursos legales para subordinar a las FF. AA., como una institución más de la Nación, al poder político surgido de la libre voluntad popular.

Negociando el apoyo militar o intentando promover “amigos”, “nacionales” o “peronistas”, el poder civil equivocó el camino para lograr la “neutralidad militar”. En función de tácticas inmediatistas o políticas coyunturales, no se instrumentaron todas las prerrogativas constitucionales para marginar a las FF. AA. del poder decisonal.

Si la consigna vuelve a ser “dentro de la ley todo, fuera de la ley nada”, se deberá utilizar todo el peso de ella para institucionalizar definitivamente la Nación. Para ello, más que necesitar poder es necesario decisión para construirlo, más aún cuando se trata de operar sobre un terreno tan conflictivo como el militar.

Una revisión global de la geopolítica nacional e internacional deberá marcar cuáles son las FF. AA. que requiere el modelo de Nación que los argentinos definan.

3) El otro punto fundamental a definir en un programa es cómo se debilita el poder económico de los grupos antinacionales. Como ya señalamos, en el déficit de comunidad política, en el permanente desacato a la ley por parte de las FF. AA. y en el poder del liberalismo económico se fundamenta principalmente nuestro nivel de dependencia y, en consecuencia, nuestra inestabilidad política. Por eso consideramos imprescindible que la programática justicialista deba definir con precisión estos tres aspectos centrales de la realidad nacional.

El terreno del conflicto político-doctrinario ha sido ganado por la teoría económica. Por eso debemos volver a nuestra fuente interpretativa que define a la teoría económica como la racionalización técnica de un proyecto político.

A partir de esta definición es necesario efectuar un relevamiento socio-económico del país. Sería irracional, por ejemplo, volver al acuerdo social o concertación obrero-empresaria encontrándonos con un movimiento obrero debilitado y un empresariado nacional inexistente.

Las pautas programáticas de 1973 —como el Plan Trienal de gobierno— deben ser revisadas. Muchos de los objetivos allí propuestos guardan una indiscutible vigencia. Debiendo, en cambio, refundarse las líneas instrumentales ante una situación que ha sufrido cambios radicales respecto a la realidad de diez años atrás.

Vinculado a este procedimiento, deben refundarse los mecanismos para debilitar el poder económico de los grupos vinculados al poder extranjero. Creemos imposible, ante el nivel de destrucción existente, intentar reactivar el aparato productivo nacional sin afectar algunos intereses. Los beneficiarios económicos del aniquilamiento integral del país no pueden ni deben reacomodarse ante la nueva situación. Así como la cárcel y el juzgamiento es el camino que deben transitar quienes delinquieron económicamente, el aparato consensual que posibilitó la ejecución del programa oligárquico-liberal debe ser destruido a partir de la consolidación de las auténticas alternativas nacionales de poder.

La opinión pública debe conocer en profundidad la identidad de los grupos de poder que sustentaron el consciente plan de destrucción nacional. El trabajo no puede coexistir con la especulación, la dignidad con la usura, la justicia social con la explotación, la emancipación con el sometimiento.

Es falso definir como novedoso el proyecto económico de Martínez de Hoz. El ataque ideológico sufrido por el país a partir de 1976 no es sino una continuación más virulenta y con mayores medios, del discurso liberal que se remonta a mediados del siglo pasado. El “acero o caramelos” del equipo de Martínez de Hoz es la continuación ideológica de “la Argentina perla de la corona imperial británica”. Proclama que hiciera con fervor el vicepresidente Roca, y que se inspira en los principios del libremercado que negara “la conveniencia de instalar toda industria que no sea la de la tierra, para la que hemos sido dotados por la naturaleza” en el debate parlamentario de 1875. Una misma línea ideológica de sometimiento y atraso, que, en su versión moderna, fuera vestida con los ropajes de las fórmulas matemáticas.

No existe tampoco “nueva clase”. Sigue existiendo una minoría explotadora que puede ser terrateniente, comercial o financiera, según le sugiera el beneficio y su fidelidad a las líneas trazadas por los centros de poder.

Ese poder histórico tiene que ser debilitado, neutralizado en su capacidad de decisión. Pactar o negociar con él es el mismo método operado respecto a las FF. AA. que termina indefectiblemente con la derrota del campo popular.

Ya conocemos la suerte que tuvieron los gobiernos legales (no legítimos) que pretendieron conciliar con el enemigo, o que pretendieron generar poder, a partir de la negociación entre cúpulas. Los golpes de 1962, 1966 y aun el de 1976 son la prueba irrefutable del destino de las democracias concertadas.

Fortalecer la democracia significa inteligencia, organización, disciplina y, fundamentalmente, decisión. Decisión para vertebrar el campo de la Nación y neutralizar el poder antidemocrático sintetizado por la alianza Fuerzas Armadas-liberalismo económico.

EL PROGRAMA DEBE PRIVILEGIAR LAS SOLUCIONES DE EMERGENCIA

Para que la planificación sea efectiva no bastan los planes de mediano y largo plazo. Las decisiones concretas de política económica requieren planes de corto plazo, que deben ser los reales propulsores de la actividad. Es a través de ellos que la coyuntura puede ser manejada en función de un verdadero valor de instrumento para conducir la economía en el mediano y largo plazo.

Reconociendo las características de los problemas inmediatos podremos ubicar mejor el modelo de sociedad que se busca en el largo plazo. Esto significa resolver los problemas coyunturales enmarcados en una perspectiva general y estratégica, estructurar un cuerpo de medidas de emergencia es fundamental para promover la unidad y la movilización en torno a la opción democrática. El pueblo necesita conocer el significado, el sentido y la profundidad del cambio que tales medidas implican. De allí la necesidad de planificar coherentemente una intensa propagandización del conjunto de medidas que el peronismo articuló para emprender su acción de gobierno.

La magnitud de la crisis y la imposibilidad de revertirla en el corto plazo demandan que el Pueblo comprenda y avale, con “paciencia democrática”, las acciones del gobierno popular.

“El modo peronista de hacer política implica la imposibilidad de todo proyecto que no tenga como sujeto al pueblo”. Así lo entendió Perón desde los primeros tiempos en la Secretaría de Trabajo. El panorama que encontró entonces, al ocupar aquel puesto burocrático y aparentemente sin futuro donde pensaban neutralizarlo los militares del 43, no difería mucho del presente: “sabía que la masa estaba descorazonada por la falta de sinceridad y lealtad, y por la mentira permanente con que habían procedido los que habían actuado antes que yo”. Era necesario, en consecuencia, devolverle a ese pueblo la confianza para la organización y la práctica política; era necesario, también en aquel entonces, reconstruir al hombre. Y el conductor comienza por ofrecer su ejemplo personal:

En vez de la mentira, ser leal y sincero y cumplir con las necesidades del pueblo [...] Fue así como persuadí a la gente, y cuando estuvo persuadida, y tuve el predicamento necesario, me largué a una acción más grande, porque ya tenía el apoyo. Había obtenido la palanca y empezaba a mover el mundo. Eso era lo que yo necesitaba para empezar a conducir. Ya tenía una masa, todavía inorgánica, posiblemente, para conducir, pero que, mediante distintos sistemas y maneras de actuar, podía ir conduciendo.

La habilidad del conductor lo determina a desplegar su política partiendo de las reivindicaciones inmediatas de la masa: “Nosotros comenzamos por hacer una reforma social porque necesitábamos el predicamento de las masas, que solo se podía lograr mediante la satisfacción de lo que anhelaba”.

Este pensamiento de Perón cobra una indiscutible vigencia, por cuanto, desde el primer momento será la obligación del próximo gobierno constitucional mostrar claramente el rumbo, definir las propuestas y comenzar su implementación para que no queden dudas que afecten la fe que el pueblo ha volcado en él.

UN PROGRAMA CON DOS BRAZOS: LA AYUDA SOCIAL Y LA JUSTICIA SOCIAL

Es evidente que reimplantar la justicia social en el país, va a requerir, necesariamente, un considerable período de tiempo. Es imposible modificar abruptamente la distribución del ingreso. Pero, al mismo tiempo, no es posible pensar un gobierno peronista coexistiendo con el hambre, la miseria, la desnutrición infantil, las epidemias, y con miles de argentinos viviendo en condiciones infrahumanas. El justicialismo tiene, en el tiempo, dos respuestas que deben ser instrumentadas por el próximo gobierno popular: en lo inmediato, la ayuda social, conformando a través de medidas impositivas o fiscales una transferencia de ingresos de los sectores más pudientes hacia aquella franja de la población que vive por debajo de la “línea de la vida”. En el mediano plazo, la justicia social, que significa plena ocupación, revalorizar el trabajo como dignidad y terminar estructuralmente con la explotación y las injusticias.

En el camino de las soluciones de urgencia, tan noble fue contribuir económicamente para enfrentar al colonialismo inglés en las Malvinas, como lo será aportar para que no haya argentinos que se mueran de hambre. Este proceso de humanización y solidaridad tendrá costos, los que tendrán que ser soportados por lo que más tienen y por quienes han sido beneficiados por estos años de régimen autocrático. Plantear lo contrario, un proceso en el que los costos se repartan en forma equitativa entre todos, es una de las mayores trampas de la oligarquía para seguir sometiendo a los humildes.

Es imprescindible mejorar, desde el primer día de gobierno, la situación en el campo de la salud y la educación, lo cual puede lograrse con una mejor distribución social del presupuesto nacional. Esta acción debe concentrarse en los sectores más desamparados —en particular la niñez— en un esfuerzo contra reloj para recuperar los niveles de salud y nutrición gravísimamente deteriorados.

El proceso de recomposición salarial será lento, y no pueden esperarse milagros, pero es necesario que los sectores más postergados perciban inmediatamente la voluntad de justicia de la autoridades, y resultados tangibles en el corto plazo. Partiendo desde un nivel tan bajo, las expectativas son tan altas, pero también puede demostrarse, con hechos, la voluntad de cambio.

UN PROGRAMA QUE DEBE PROMOVER LA UNIDAD NACIONAL

La lucha por la democracia se percibe hoy como una lucha por la política. En este sentido, la perspectiva liberal que intenta imponerse desde las orientaciones rectoras del proceso autoritario, con su profundo contenido represivo y antipolítico, impulsa a una recomposición y revalorización del sentido de la democracia.

La unidad nacional no es simplemente una táctica para ganar adeptos o aliviar el peso de una difícil coyuntura, sino que, mucho más que ello, es la actitud básica y primera para asegurar nuestro tránsito hacia el año 2000 al servicio de un sentido integrador, humanista y cristiano.

El pluralismo político hace necesario la profundización y el fortalecimiento de los acuerdos entre las fuerzas de signo nacional. La visión totalizadora del poder cede paso a la necesidad de compartirlo como único mecanismo correcto para conservarlo. El tema de la conducción nacional debe ser pensado como la capacidad de regular y promediar acuerdos y diferencias y no tanto como el intento de uniformación o exclusión. En este sentido, deben continuar vigentes los mecanismos de consulta y actividad conjunta que vienen desarrollando los partidos nacionales desde 1972.

La Comisión Multipartidaria debe ser transformada en multisectorial y, a partir de allí, conformar el Consejo para el Proyecto Nacional para diseñar un modelo de patria acorde a las necesidades y aspiraciones del pueblo argentino. ■

NOTAS SOBRE EL MOVIMIENTO NACIONAL

Daniel García Delgado y Vicente Palermo

1. LOS MOVIMIENTOS NACIONALES EN LA ARGENTINA

El concepto de “Movimiento Nacional” supera en envergadura al de partido: es la organización, movilización del conjunto de sectores, grupos políticos y sociales cuyos intereses y objetivos coinciden con los de la nación, los que se constituyen así en contraposición a las minorías dominantes, articuladas a los centros de dominación exterior. Los componentes del Movimiento Nacional están asociados en

función de determinadas tareas históricas por cumplir; en el cambio de las relaciones de poder en términos de democratización, justicia social, integración, etc. El concepto, por lo tanto, alude a un tipo de articulación, agregación de fuerzas políticas y sociales necesarias para afrontar con éxito el conflicto que supone el cumplimiento de estos objetivos.

El primer Movimiento Nacional de la Argentina moderna lo constituye el radicalismo con Yrigoyen en su conducción. Se nuclea en el mismo grandes sectores urbanos bajo la consigna de la ampliación de la ciudadanía —voto universal y secreto— en contraposición a los sectores oligárquicos dominantes que lo negaban. Es una articulación de diversos sectores sociales, políticos y económicos aglutinados en función de la resolución de esta contradicción básica.¹

A partir de la década del cuarenta, luego de la muerte de Yrigoyen, la defección del alvearismo —que para entonces había logrado una clara hegemonía interna en el radicalismo— y la crisis del sistema partidario por el fraude electoral conservador, hacen que el Movimiento Nacional se redefina, ahora con la incorporación de nuevos sectores sociales: clases trabajadoras vinculadas al proceso de industrialización, bajo la dirección de Perón. Las nuevas consignas —preanunciadas por FORJA, como nexo entre radicalismo y peronismo durante la “década infame”— son las de Justicia Social, Soberanía Política e Independencia Económica, asociadas, a su vez, a las nuevas tareas históricas: la incorporación de un nuevo sector social a la vida política argentina, la ampliación de los derechos de la mujer, el desarrollo institucional y legal de lo que configuraría un importante avance en el camino de la realización de un Estado Social de Derecho.

Los diez años de gobierno justicialista marcan entonces el fin de la hegemonía oligárquica, pero no la superación de la contradicción de marras —movimiento nacional/minorías—, la cual continúa teniendo vigencia.

2. REFORMULACIONES EN CURSO

El peronismo fue durante el período 1945-1975 el actor hegemónico del proceso político. Desde la óptica justicialista, la identificación será estricta: los límites del Movimiento Nacional se corresponderán exactamente con los del peronismo. El enfrentamiento originado al surgir el peronismo y a partir de la lucha por el cumplimiento de sus tareas históricas es agudo y profundo y las características de la

1. Decía Yrigoyen en 1905: “La UCR no es un partido en el concepto militante, es la conjunción de fuerzas emergentes de la opinión nacional”. También, en palabras de Claps, el radicalismo es “el primer movimiento nacional que encauzó fuerzas nuevas emergentes del doble movimiento de migración interna y externa, marginadas de la participación política [...] resume en su lema ‘Intransigencia, Abstención, Revolución’, lo álgido del conflicto político y la impenetrabilidad del régimen frente a cualquier postura democrática”; en “Dos modelos: yrigoyenismo y peronismo”, en *Controversia*, México, diciembre de 1980, N° 9/10.

conformación de la Unión Democrática y el desdibujamiento del radicalismo, no menos reales.²

Pero será a partir del fallecimiento del general Perón y del golpe de Estado del 76 y el proceso iniciado entonces, con la modificación de las características básicas de la sociedad argentina, que madurarán las condiciones para una nueva redefinición del Movimiento Nacional, redefinición que se encuentra hoy día en curso.

Vayamos por partes; por un lado, la muerte del general Perón en el ejercicio de la presidencia, sosteniendo el precario Pacto Social, amenazado desde la izquierda y derecha extremas, pondrá dramáticamente en evidencia la carencia de autoridad por parte de la comunidad política, que tornará prácticamente imposible la resolución de las diferencias y la conducción adecuada de la gestión del Estado frente a la pugna intersectorial.³

Por otro lado, tanto las graves dificultades que tuvo que enfrentar el FREJULI durante su gobierno, como la magnitud de la transformación regresiva a que se sometió al país desde 1976 —donde no hubo un solo sector nacional no agredido— harán manifiesta la necesidad de un nuevo nivel de agregación de las fuerzas nacionales y populares en su lucha con los sectores dominantes. En el plano económico social el ataque del Proceso de Reorganización Nacional se realiza al conjunto de los trabajadores, clases medias e importantes sectores de la burguesía. Políticamente,

2. En recientes declaraciones, Juan Carlos Pugliese sintetiza el punto de vista del balbinismo histórico en términos de una revisión profunda del quehacer del radicalismo en esa etapa; explicitando su visión sobre las raíces del problema dirá: "... a nuestra generación (se refiere a la juventud radical de la década del treinta) no se le permitió mucho pensar. De entrada nomás teníamos que luchar contra el fraude y contra expresiones contrarias a la democracia. Todo eso, quién sabe, no nos dejó ver la penetración imperialista que había detrás del fraude, ni después, el rico movimiento de masas que había detrás del peronismo. La verdad que se nos fue desdibujando un poco el partido. Se constituyó en una opción anti, una opción negativa [...]. Lo que desdibujó al partido no lo busqué en otro lado que en no haber comprendido contra qué estaba peleando. Pelear contra el fraude no era nada, era pelear contra la forma. Y tal vez eso sea lo que distinga a lo que se llamó el alvearismo de la juventud que luchaba contra la conducción partidaria de entonces. La juventud, la que se armó en FORJA, en los movimientos insurgentes dentro del partido y a la que yo pertencí, empezó a descubrir el imperialismo detrás del fraude. Después vino el fenómeno del 45, de captación con las intervenciones —Bramuglia en la provincia de Buenos Aires, y otras— el 17 de octubre. Y todo ese problema del final de la guerra, la lucha de los aliados contra el nazi-fascismo, nos equivocó. Hicimos una lucha también frontal contra el peronismo, con razones tal vez legítimas, porque había algunos abusos contra la libertad, porque había una presión excesiva de la mayoría sobre la minoría, porque de repente aparecía el poder sindical en el país disputándole espacio al poder democrático. Vimos la desmesura y no vimos que detrás estaba la riqueza del movimiento de masas que por primera vez se expresaba con un carácter realmente movimientístico en el país". Revista *Búsqueda*, diciembre de 1982, pp. 20 y 25.

3. Por carencia de autoridad política entendemos la falta de capacidad, por parte de las fuerzas específicamente políticas de la sociedad, para imponer a aquellas que por su propia naturaleza defienden intereses sectoriales, las líneas de acción adecuadas al cumplimiento de las tareas históricas del Movimiento Nacional. En ese sentido, la autoridad política, puede decirse, estaba concentrada en Perón; muerto este, en esa tarea no encuentra reemplazante y la viabilidad del pacto social y toda política de concertación quedan gravemente comprometidas.

la comunidad entera vivirá la experiencia de la negación prácticamente absoluta del Estado de derecho. En términos globales, la acción desplegada por el régimen a partir de 1976 apuntó a generar modificaciones estructurales que socavaran definitivamente los sustentos de la capacidad de acción del Movimiento Nacional.⁴

Por ello, la redefinición en curso surge, tanto de las características regresivas de las modificaciones que tuvieron lugar desde 1976, de la dimensión del conflicto planteado con los sectores dominantes, como de la profundidad de las transformaciones requeridas o en perspectiva. El peronismo, por sí solo, no está en condiciones de cumplir con las tareas propuestas, como no lo están tampoco, por sí solos, los otros componentes de la sociedad política.

En el plano político la redefinición del Movimiento Nacional se relaciona con una superación de las condiciones de enfrentamiento de las principales tradiciones políticas populares en nuestro país: el liberalismo democrático (radicalismo) y el nacionalismo popular (peronismo), y con la posibilidad de su articulación más profunda en función de un adversario común y la realización de una nueva tarea histórica: la construcción de un orden político democrático, participativo, estable y transformador.⁵

Esta convergencia de las dos tradiciones democráticas se desarrolla en la medida en que los aportes, lo sustancial de las modificaciones originadas por cada tradición, es asumida e integra el patrimonio del conjunto de las fuerzas nacionales y populares. Y así como en la actualidad se verifica un replanteo en el peronismo, que apunta a la revalorización de la libertad política y el pluralismo, el sistema de partidos y la competencia política, también los aportes del peronismo son asumidos por otras fuerzas políticas, pero en sus propios términos, en

4. Inicialmente, el golpe de Estado plantea un simple “ordenamiento” consistente en eliminar la subversión y contrarrestar —con los procedimientos restrictivos conocidos— la delicada situación económica coyuntural. Pero al poco tiempo se pone en evidencia que se concretará el intento de una profunda modificación estructural de la sociedad argentina con el objetivo principal de destruir toda base de sustentación estratégica del Movimiento Nacional: el empresariado nacional, las estructuras sindicales, los partidos políticos mayoritarios, etc. Dentro de ese contexto, debe ponerse de manifiesto que los objetivos más importantes del plan económico del Proceso fueron sus objetivos políticos.

5. Nos referimos a dos tradiciones, la liberal democrática y la nacional popular a converger en un modelo de democracia participativa que supere los sesgos y las limitaciones inherentes al enfrentamiento. Las notas principales distintivas de ambas tradiciones serían:

liberalismo democrático	nacionalismo popular
individuo	pueblo
representación	democracia directa (rousseauiana)
mediación institucional	voluntad general
legitimación por procedimientos	legitimación por resultados
partidos	corporaciones
libertad	igualdad
ciudadanía	organizaciones populares
ethos democrático	ethos independentista

el contexto de sus propias tradiciones, dando así lugar a un nuevo nivel de coincidencias que no elimina la diversidad.⁶

3. EN LA BÚSQUEDA DE ALGUNOS ANTECEDENTES

Esta redefinición en la que convergen radicalismo y peronismo como las dos vertientes principales del Movimiento Nacional registra diversos antecedentes significativos en el marco de una larga evolución previa.

Como ya señalamos, el peronismo se desempeñó, durante el lapso 45-75, como el actor hegemónico del Movimiento Nacional. Sin embargo, aun en ese período pueden distinguirse transformaciones que merecen ser tomadas en cuenta.

Especialmente desde el triunfo electoral de febrero de 1946 hasta 1955 el peronismo atraviesa un extenso tramo de su historia cuyas notas predominantes serán, en relación a la cuestión que aquí analizamos, la uniformidad y la exclusión. El esfuerzo de Perón apunta —en pro de una rápida afirmación y consolidación de un agregado político demasiado grande y que había carecido de tiempo para estructurar una personalidad diferenciada, y que debía hacerse cargo inmediatamente de la función de gobierno— a disolver los aparatos políticos preexistentes, ya sea los que se habían desarrollado a compás del ascenso obrero (v. g. Partido Laborista) como aquellos que, como UCR-Junta Renovadora, eran desprendimientos de otras estructuras partidarias que se habían incorporado a la alianza electoral de reciente formación.

El esfuerzo ejercido desde el liderazgo apunta a eliminar toda fuente de poder político independiente en el seno del movimiento, afianzando su conducción y estructurando formas de organización sectorial-funcional que, en sí mismas, carecían —frente al inmenso peso de la doble función de líder del Movimiento Nacional y jefe del Estado— de capacidad para competir eficazmente en el seno del mismo.

Lo descripto en lo organizativo político tiene su correlato en lo doctrinario ideológico: la afirmación de una concepción propia en este plano, en el que los matices tienden a ser considerados como heterodoxia. El esfuerzo es puesto en la sistematización y formulación desarrollada de la doctrina, en sus distintos niveles —desde la Comunidad Organizada hasta la Doctrina Peronista—, con características dogmáticas.⁷ La diferenciación con otras concepciones políticas tiende a realizarse en términos de verdad-falsedad.

Todo esto, por otra parte, se refleja en las relaciones del peronismo con el resto de la sociedad política, que es percibida en su conjunto como opuesta en bloque a los objetivos del Movimiento Nacional. La relación es en términos de creciente enemistad. La sociedad política argentina se polariza, y ambos polos alimentan esa contradicción.

6. "El orden democrático se constituye con y por medio del reconocimiento recíproco de los sujetos políticos", Norbert Lechner, *La lucha por el orden*, diciembre de 1980.

7. Un ejemplo de ello lo constituyen las Veinte Verdades Justicialistas.

En el seno del Movimiento Nacional esta etapa, con el peronismo en el gobierno, podría describirse como de “partido único”.⁸ Será recién después de 1955 cuando se producirán modificaciones significativas no solo dentro del Movimiento Peronista sino también en la relación entre este y el resto de las fuerzas políticas, modificaciones que esbozarán las primeras reformulaciones del Movimiento Nacional. Por un lado, la nueva situación de proscripción del peronismo desde ese año favorecerá el desarrollo de cierta capacidad de acción propia por parte de algunas de sus fuerzas internas, especialmente las sustentadas en las organizaciones sindicales y, en menor medida, aquellas que contaban con estructuras políticas provinciales con cierta independencia del poder central. Estas tendencias internas serán vistas, en la gran mayoría de los casos, como de dudosa lealtad a la conducción de Perón, respondieran o no a situaciones objetivas o a las necesidades de la acción política.

Serán las mismas necesidades objetivas que se le plantean al Movimiento Peronista en su lucha por reconquistar el gobierno, las que harán que varíen poco a poco sus relaciones con las demás fuerzas políticas, surgiendo en distintas oportunidades alianzas de diverso carácter (pacto Perón-Frondizi, alianzas con sectores de izquierda, etc.). Por otra parte, muchas fuerzas políticas comenzarán a vivir conflictiva, desgarradoramente, la contradicción entre los valores de una democracia pluralista que alentaban y la proscripción de las mayorías populares en la que estaban comprometidas. Así, gran parte de las transformaciones que sufrirán diversas fuerzas (expulsiones, fracturas, atomización, etc.) estarán relacionadas con el surgimiento de diferencias profundas en torno a su relación con el peronismo (v. g. fractura del socialismo argentino).

Una aceleración perceptible del proceso descrito se dará a partir de 1966; la proscripción —distintiva del golpe de Estado de junio de ese año— de toda actividad política, y la emergencia de un Estado con características fuertemente autoritarias, el auge de la Doctrina de la Seguridad Nacional con su contenido antipolítico, crearán una situación objetiva en la que, en función de la derrota del régimen y la recuperación del gobierno, se dará un fuerte estímulo para la formación de alianzas políticas de magnitud y perdurabilidad desconocidas hasta entonces, que tendrán al peronismo como “partido hegemónico” y al resto de las fuerzas intervinientes como “socios menores”. Partido hegemónico, pero no ya único. En dichas alianzas será el peronismo quien impondrá los ritmos y las características del enfrentamiento con el régimen, las negociaciones con el mismo, etc.

Esta etapa, hasta 1973, puede describirse como la de partido hegemónico en la oposición. Vale la pena distinguir las diferencias sustanciales que, en relación

8. El peronismo debió enfrentarse prácticamente desde sus comienzos con una situación de agudo aislamiento internacional. Por otra parte, los sectores nucleados en la Unión Democrática no ocultaron su solidaridad con los poderes hegemónicos consolidados tras los acuerdos de Yalta. El conflicto político interno se concentró rápidamente, por tales motivos, en el eje del enfrentamiento nación-imperialismo. Esto condicionó fuertemente el desenvolvimiento ulterior de las relaciones entre el peronismo y la oposición.

a la cuestión que nos ocupa, pueden encontrarse entre la etapa de partido único y la de partido hegemónico del peronismo en el seno del Movimiento Nacional. El peronismo nace en la primera etapa como una alianza entre una parte de las Fuerzas Armadas y un nuevo sector social. Su afirmación como movimiento se hace a través de su oposición al resto de la sociedad política, que es percibida como lo “viejo”, antipopular, antinacional. En la segunda etapa, un régimen autoritario apoyado por las Fuerzas Armadas se opone a la sociedad política en su casi totalidad, sociedad política dentro de la cual el peronismo se desempeña, en el enfrentamiento con dicho régimen, como pivote de una alianza con varios socios menores. La expresión más clara de este replanteo es el Frente Justicialista de Liberación, en el que antiguos y aparentemente irreconciliables enemigos concurren a las elecciones integrando una alianza conducida por el peronismo.

Esta nueva situación objetiva equivale, en los hechos, a una ampliación del Movimiento Nacional, y tiene claros correlatos en la renovación del lenguaje político, especialmente por parte del general Perón. Podría decirse que hasta fines de la década del sesenta Perón se dirigía solamente a los peronistas; de ahí en adelante se propone dialogar con toda la sociedad política, en un esfuerzo deliberado tanto por mejorar las condiciones generales de convivencia política democrática como por ampliar las bases de sustentación del proyecto político del Movimiento Nacional.⁹

4. NUEVAS PERSPECTIVAS EN EL MOVIMIENTO NACIONAL

En el marco del proceso descripto, el hecho político más significativo en la recreación del Movimiento Nacional sería el replanteo de la relación política peronismo-radicalismo inaugurada por Perón y Balbín hacia comienzos de la década del setenta. La creación de La Hora del Pueblo serviría así no solamente para enfrentar y arrinconar al régimen, sino también para expresar en términos concretos una nueva

9. El esfuerzo de actualización doctrinaria del general Perón durante sus últimos años contiene numerosos elementos que ponen en evidencia esta transformación; la misma se refleja inclusive en contenidos centrales de la doctrina: “El (que) quiere cumplir la doctrina que establecí antes —que para cada peronista no debe haber nada mejor que otro peronista—, hoy, por las circunstancias y necesidades inmediatas y mediatas de nuestra organización nacional, tiene que extender ese concepto al nuevo apotegma creado de que para un argentino no haya nada mejor que otro argentino” (clase de inauguración del Curso de Doctrina Justicialista, 20 de abril de 1974)”. “Nosotros haremos posible que todos los argentinos, cualquiera sea su matiz político, puedan intervenir en la defensa de la cosa pública, respetado por las demás fuerzas. Nunca he visto ese respeto a las minorías del que se habla, porque lo he oído citar desde que tengo uso de razón. Pero lo he visto atropellar, también desde que tengo uso de razón. No he conocido ningún sistema argentino [en el que] se diera la menor importancia a las minorías, lo que es injusto y lo que no debe ser. Los grandes valores que la inteligencia pone en el hombre, no indican que han de estar en la mayoría o en las minorías: están en todas partes” (en el Congreso Nacional, 30 de agosto de 1973). “Luchamos por establecer un nuevo orden en el que la injusticia deba desaparecer; y si es justo que cada sector busque reivindicar sus derechos y conveniencias, no es menos importante el proceder mediante el cual se lo trata de lograr...” (21-9-73).

relación en la que las dos principales fuerzas políticas se reconocen mutuamente no como enemigos sino como aliados y adversarios. Aliados en el mismo campo de lo nacional-popular, en la lucha por la consolidación de la democracia integrada, y adversarios que mantienen en el nuevo marco sus diferencias, pero resolviéndolas dentro de los márgenes estrictos del sistema político democrático.¹⁰

Será dentro de ese proceso que aparecerán las primeras expresiones que en el radicalismo se orientarán a un replanteo de su posición en la sociedad política, replanteo que significará, implícitamente, una revisión de la trayectoria anterior.¹¹

La más reciente constitución de la Multipartidaria dinamiza el proceso político, profundizando coincidencias y ampliando, si bien no explícitamente, el espacio del Movimiento Nacional. Pero, al mismo tiempo, el Movimiento Nacional va más allá del sistema de partidos, integrando nucleamientos sindicales, asociaciones de productores urbanos y rurales, y otras expresiones socioculturales y movimientos no específicamente políticos.

Es frecuente que dentro del peronismo se identifique, sin embargo, la aceptación por parte de otras fuerzas políticas de algunas banderas justicialistas, como una “peronización” de la sociedad política. Creemos que no se trata de eso sino de un nuevo nivel de coincidencias profundas que, precisamente por consistir en la aceptación recíproca de aportes y valores que eran anteriormente negados o minusvalorados, han creado las condiciones para la reformulación del Movimiento Nacional.

El proyecto de los sectores dominantes apunta, como fue puesto en evidencia a partir del 76, a la negación tanto de las conquistas radicales como justicialistas. Se opuso directamente al conjunto de los logros del Movimiento Nacional

10. Es esencial que ambas fuerzas políticas se reconozcan no solo como aliados sino también como adversarios, ya que la solidez del sistema político descansa en parte fundamental en el pluralismo democrático de las fuerzas nacionales y populares.

11. “La preocupación y el objetivo fundamental de aquellos que tenemos responsabilidad política es la de conformar en el plazo más perentorio posible el gran movimiento nacional; movimiento en el cual deben converger las fuerzas históricas con raíces nacionales y populares; radicalismo y peronismo tienen esa raíz común: ambos movimientos nacen como expresión y respuesta de los anhelos de las clases sociales desposeídas y postergadas” (Antonio Tróccoli, *Mayoría*, 5 de marzo de 1975). “Hubo una carta que Perón le mandó a Balbín [...]. Era una carta muy importante, donde Perón revelaba el propósito patriótico que le ofrecía a Balbín. Que los dos, que eran hombres que ya habían transitado por la historia argentina casi sin perspectivas personales, tenían que rendirle todavía servicios a la República, en busca de la unión de los argentinos [...]. Esa carta fue contestada y fue el puntapié inicial de lo que después se llamó La Hora del Pueblo, y también del encuentro que Perón tuvo con Balbín al regresar a la Argentina en noviembre del 72. Esa mano que ellos se dieron arriba yo creo que unió al pueblo abajo. Radicales y peronistas empezaron a conversar y a dejarse de mirar con odio. Balbín tuvo muchas dificultades por eso; tuvo internas muy duras, en las que ganó apenas por estrecho margen porque el antiperonismo residual estaba jugando en las internas partidarias. Después el radicalismo comprendió, el país comprendió, y las internas las ganó Balbín con mucha más amplitud. Pero lo que interesa rescatar es que con Balbín hemos hecho un radicalismo que ya no es el instrumento de todo el mundo para convertirse en la opción antiperonista negativa, sino que es una alternativa positiva, como vertiente, junto con el peronismo, de un solo movimiento nacional” (Juan Carlos Pugliese, *Búsqüeda*, diciembre de 1982, p. 21).

a lo largo del siglo, y son por lo tanto todos estos logros los que están en juego actualmente. Pero, por otra parte, no existe —en el contexto de la conflictiva sociedad argentina— posibilidad alguna de que los objetivos de una de las tradiciones del Movimiento Nacional se concreten sólidamente sin los objetivos de la otra. En sociedades conflictivas y altamente politizadas, con capacidad de respuesta por parte de los sectores populares, no hay posibilidades de divorciar libertad y pluralismo político por una parte, y equidad distributiva por la otra. Democracia pluralista y justicia social son las dos caras del mismo proceso de lucha del Movimiento Nacional. Sin un cambio profundo de las relaciones de poder que aseguren la equidad distributiva en el marco de un crecimiento económico vigoroso, no existirán posibilidades de consolidación de una democracia pluralista; pero igualmente, sin esta última, el cambio de las relaciones de poder puede significar el simple reemplazo de una modalidad autoritaria por otra.

Es todo esto lo que está en juego en la necesidad objetiva del replanteo del Movimiento Nacional, en una nueva etapa en la que el peronismo deja ya de ser el actor hegemónico, pero sin ser reemplazado en esa hegemonía por ningún otro actor del Movimiento. Esto último es fundamental, en la medida en que las reformulaciones actuales sobre el Movimiento Nacional dejan de ser el patrimonio exclusivo de peronismo, ya que es preciso evitar que algunos abordajes de la cuestión remitan a situaciones negativas, recreando antiguas contradicciones, o dando lugar a ilusorias pretensiones de hegemonismo. Así, las expresiones del titular de Renovación y Cambio¹² contienen, a nuestro entender, elementos que, de enfatizarse en desmedro de otros aspectos positivos del discurso político alfonsinista, alimentarían tendencias de regresión política lejos de fortalecer el campo nacional-popular. Tales expresiones conllevan varios peligros, entre ellos: al afirmar el rol de la UCR como pivote del Movimiento Nacional se pretende reconstruir una situación de hegemonismo ya superada que, por otra parte, no hará más que favorecer las tendencias al enfrentamiento que pueden alentar sectores minoritarios en ambas fuerzas políticas. La persistencia en actitudes hegemónicas no solo favorece cualquier recidiva de la

12. "... introduciremos una novedad histórica en la Argentina moderna: se trata de la organización democrática del movimiento popular para plasmar un movimiento nacional, democrático, reformista, racional, progresista y mayoritario". "Gestando ese movimiento la Unión Cívica Radical volverá a ser el cauce racional de la capacidad transformadora de las mayorías organizadas democráticamente [...]. Es indispensable encauzar las fuerzas populares y las necesidades de cambio a través de un partido democrático y evitar que esas reivindicaciones se enmarquen en la concepción autoritaria o demagógica. Hemos venido sufriendo una limitación al crecimiento económico desde el capital: la especulación. Hay que impedir que se siga sumando otra limitación inspirada en la naturaleza demagógica de un proyecto mayoritario que conspiraría contra la racionalidad del sistema económico. "Vamos a organizar democráticamente al movimiento popular, lo que significa eliminar cualquier componente autoritario o demagógico del proyecto de las mayorías". "Tenemos el derecho de aspirar a que la Unión Cívica Radical sea el gran instrumento político que operando sobre una concepción fundamental ética y humanista se constituya en el pivote de ese movimiento popular" (Raúl Alfonsín, 8 de diciembre de 1982).

antinomía “peronismo-antiperonismo” por esa vía, sino también por la electoralista, que ambas fuerzas deben evitar a toda costa por la herencia negativa que dejará al sistema político ulterior al acto eleccionario. Independientemente de las decisiones individuales de opositores acérrimos de cualquier signo, peronismo y radicalismo deberían evitar ser víctimas o prestarse al juego de la polarización desde los extremos sectarios durante la campaña previa a las elecciones. Por otra parte, algunas expresiones tienden más a recrear la separación que a consolidar la convergencia de las dos tradiciones democráticas argentinas.

En ese sentido, nos parecen colocadas en una línea de pensamiento mucho más adecuada a las demandas de la hora actual para el Movimiento Nacional las expresiones del balbinismo histórico, principalmente encarnado en Pugliese y Tróccoli.¹³ A nuestro entender, el problema del radicalismo en la actual coyuntura, en orden a su articulación óptima en el Movimiento Nacional, es el de lograr la síntesis entre la profunda renovación de las formas de acción política que protagonizara el balbinismo, y la vertiente modernizante y socializante —rica en contenidos capaces de movilizar a amplios sectores de la clase media— que encara el alfonsinismo, neutralizando así a los sectores más proclives a abandonar la herencia de Balbín y acercarse a la tradición liberal-antiperonista.

En síntesis, la existencia de actores distintos en el Movimiento Nacional es hoy una realidad objetiva, pero sus posibilidades pueden ser frustradas por intentos de hegemonismos y la repetición de viejas polarizaciones. El fin de los hegemonismos en el Movimiento Nacional es a nuestro entender fundamental, porque las características del Movimiento Nacional como sujeto de la transformación del país en perspectiva deben ser esencialmente congruentes con el modelo de sociedad política e institucional que se aspira a concretar. Si se trata de cambiar las relaciones de poder mediante un estilo político que asegure una democracia participativa, pluralista y estable, el actor principal del proceso de transformación —el Movimiento Nacional— debe asumir en su seno características organizativas e institucionales congruentes con los requerimientos planteados. ■

13. “Yo tengo una divergencia con Renovación y Cambio cuando pretende hacer un examen histórico del país sobre la base de tres movimientos [...]. Yo creo que la originalidad transformadora de Balbín, que crea este principio en Línea Nacional, es ser más fiel a lo que es el concepto dialéctico o hegeliano de la historia. No hay un tercer movimiento histórico que se trague al segundo —como aparentemente el radicalismo se debiera, en esa visión, tragar al peronismo— ni el segundo se tragó al primero, como el peronismo no se tragó al radicalismo. Lo que hay es el problema de la tesis, antítesis y síntesis. El problema nuestro ahora es síntesis. Es decir, no hay un tercer movimiento histórico, sino un solo movimiento de dos vertientes que enfrentadas entre sí comprendieron que tenían que ser alternativas de un mismo movimiento nacional” (J. C. Pugliese, *Búsqueda*, 12-1982).

EL TERCER GOBIERNO DE PERÓN

Carlos A. Álvarez

UN LIDERAZGO NACIONAL

En su tercera presidencia, Perón trascendió el espacio propio del Movimiento Peronista. En el plano interno, sus esfuerzos se encaminaron hacia la consolidación de un esquema de fuerzas que superaba el apoyo partidario. Se intentaba reconstruir la unidad nacional “para que de una vez y para siempre los argentinos clausuren la discusión sobre los aspectos centrales en los que ya deberían estar de acuerdo”. El proyecto lo situaba a Perón como el centro de gravedad de la reconstitución del orden político nacional (la “democracia integrada”, concepto a desarrollar más adelante) en una comunidad en crisis. La unidad buscada tendía a ser la expresión orgánica de la conciencia nacional en procura de encontrar su cauce definitivo. Este intento era el resultado de analizar la historia nacional como un antagonismo irreductible entre el desarrollo y avance de esa conciencia en el seno de las fuerzas de signo nacional, y las minorías que trataron de impedir implacablemente su libre expresión.

El sistema político se había personalizado en la figura de Perón. Quedaba por delante la ardua tarea de institucionalizar ese gran consenso dotando al conjunto de la comunidad de sólidas organizaciones populares.

En principio, era aquella ecuación personal —la capacidad política del General para ser continente de fuerzas heterogéneas— la que constituyó la única fórmula capaz de desbloquear la sociedad, profundamente atravesada por una crisis política de larga duración.

Perón aparecía en la escena política como la única fuerza centrípeta capaz de articular la complejidad de las oposiciones sociales. La salida revolucionaria era la convergencia nacional en torno a un proyecto de poder.

EL PROYECTO DE PODER DE PERÓN

“Mi tarea principal es poner de acuerdo a los argentinos”, reiterará Perón desde su regreso. “Solo quiero ser un elemento de unión para que todos podamos ponernos en marcha por un mismo camino y culminarlo” (1974). Como en 1946, la tarea a la que dedicará todos sus esfuerzos es la de reorganizar el Estado y vertebrar la comunidad porque, como él mismo lo afirmara, “el problema argentino es eminentemente

político”. En los años de exilio, la relación entre el conductor y el pueblo se organizó en torno de las marchas y contramarchas con que el General desestabilizaba las fórmulas políticas diseñadas trabajosamente por el enemigo. Esa dirección lograba así mismo mantener unidas las fuerzas del Movimiento, y la conducción garantizaba la unidad de concepción y la unidad de doctrina.

En 1972-1973 Perón reafirma su poder dentro del peronismo como condición para construir el amplio esquema de fuerzas con el que proyectaba un nuevo modelo de Nación. La apelación a las “Veinte Verdades” fue el instrumento que utilizó para cerrar la doctrina y ponerle freno a la desviación ideológico-doctrinaria manifestada por la radicalización de la Juventud Peronista. Sin embargo, no se trataba de “atrasar el reloj” sino de reforzar los lazos con el pueblo, al mismo tiempo que atraerse a un amplio espectro de aliados, defensores de la democracia y la liberación.

Para Perón había llegado el momento de reafirmar su capacidad como conductor de un Estado, como eje de la reconstitución institucional del país. El General iría desarrollando las claves para la reorganización integral de la sociedad. Una de sus premisas fundamentales era: gobernar es persuadir. Perón dirá: “Gobernar no es mandar, ese es el defecto que cometemos muchas veces los militares, que estamos acostumbrados al mando. Mandar es obligar. Gobernar es persuadir. Esa es nuestra tarea, ir persuadiendo a todos los argentinos para que comencemos a patear para el mismo arco...”. El poder político no descansa en la fuerza —como lo probó el fracaso de las sucesivas dictaduras militares— sino que se funda en la legitimidad y el consenso. ¿Cómo recrear el consenso entre los argentinos? Este fue el desafío al que Perón respondió.

LA DEMOCRACIA Y EL PACTO SOCIAL

El Pacto Social, pilar de la nueva política económica de “concertación”, era un pacto político, y así lo entendía Perón. “El pacto está hecho de tal manera que es también un pacto político, de coincidencias mínimas” declaraba el General. Es el instrumento simbólico de legitimación del poder del Estado, “por eso no debe ser roto por ninguna causa”. “Los convenios colectivos [...] en un período de abundancia, aseguran la justicia: en un ambiente de miseria, provocan la lucha, que a su vez es negativa para el mejoramiento de todos”. Por eso, el Pacto Social “es un convenio colectivo en el más alto nivel”. Este instrumento, que se asemeja en algunos aspectos a las negociaciones colectivas de los países industrializados, acerca a la Argentina al modelo político que impone la hora actual: la democracia integrada.

El Pacto Social era la respuesta institucionalizada a la ingobernabilidad del máximo beneficio en la sociedad argentina. Implicaba una reorganización de las relaciones entre el Estado y las organizaciones del pueblo.

Perón comparaba la situación argentina con la que viviera Europa en la época de reconstrucción. Había que conformar una democracia social, “un sistema

sabiamente gobernado”. Perón dirá: “Nosotros somos un movimiento de izquierda. Pero la izquierda que propugnamos es una izquierda justicialista por sobre todas las cosas: no es una izquierda comunista o anárquica. Es una izquierda justicialista que quiere realizar una comunidad dentro de la cual cada argentino tenga posibilidades de realizarse, no más allá”.

La revalorización de la democracia representativa es un nuevo elemento en el discurso político de Perón, siempre centrado en la temática de los derechos sociales y en las vinculaciones entre el líder y las masas como eje del sistema político. El Pacto Social —pacto político entre las fuerzas de la producción— posibilitaría la rehabilitación de las instituciones políticas. En dicha reorganización tendrá un lugar clave el sistema representativo de partidos. En efecto, la democracia integrada es un sistema que combina la representación político-partidaria con la participación sectorial (la gestión económica por parte de las fuerzas económicas del capital y el trabajo).

Perón les diría a los dirigentes políticos: “Debemos tender a que los enfrentamientos se resuelvan por un cambio de gobierno, y no por un cambio de sistema [...] Defendámonos entre nosotros, comencemos por eso. Formemos una comunidad política [...] El deseo de nuestro gobierno es que todos seamos hombres de gobierno”. Perón ya lo había remarcado: “Nosotros somos un país politizado, pero sin cultura política”. Había que crear una cultura política, es decir, el reconocimiento común de un sistema político como espacio legítimo para dirimir los conflictos. La participación, la estabilidad democrática y los cambios estructurales exigen la aceptación de los adversarios en un marco de referencia compartido (“una cultura política”). El objetivo común, no cuestionado, es la justicia social. Y esta justicia social consistía coyunturalmente en la repartición proporcional de los beneficios: mitad de ellos al trabajo, mitad a los empresarios. “Lo único que el gobierno justicialista garantiza es que no haya injusticia en el reparto de los beneficios, y que cada argentino tenga acceso a la propiedad, a la dignidad, a la felicidad...”. El conjunto de reglas institucionales que definen las luchas sociales queda establecido en la democracia integrada. En esta democracia caben todas las fuerzas sociales que se “coloquen dentro de la ley y accionen dentro de esta, no importa cómo se denominen...”.

La democracia social, como marco de la revolución en paz, es la única vía para superar la disyuntiva entre fuerza y consenso en la comunidad: es el antídoto contra la violencia. La guerrilla no puede combatirse con la guerrilla, afirmará Perón, es necesario vencerla políticamente. “Lo que nosotros queremos es el entendimiento, ya de luchas estamos cansados...”.

Había llegado la hora del entendimiento del campo nacional, y para ello Perón desarrollaba una propuesta teórico-práctica capaz de garantizar la gobernabilidad de una nueva comunidad. Después de un largo período de luchas internas, era el momento de la reconstrucción. Esta reconstrucción exigía una actualización de la doctrina peronista, y así lo comprendió con claridad la jefatura.

El antiguo apotegma: “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista” pasó a ser reemplazado por la consigna “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. En la nueva estrategia doctrinaria encontraban cabida contenidos pluralistas antes ausentes u oscuros. Estos nuevos contenidos coexisten con las formas de participación social que imponen los nuevos tiempos y las nuevas circunstancias. El concepto de democracia social e integrada venía a enriquecer el concepto político-ideológico de la comunidad organizada. Perón reiteraba, en 1973, los grandes lineamientos del pensamiento justicialista, solo que ahora aparecían articulados también a nuevas ideas. Esta síntesis entre lo viejo y lo nuevo en su cuerpo doctrinario le permitía a Perón ensanchar la base social del Movimiento, tendiendo a la universalización y contrariando la sectarización común a los partidos liberales.

Sin embargo, la ausencia de un Partido Justicialista, las disconformidades de una franja del sindicalismo —opuesto al Pacto Social— y el accionar de la guerrilla y el terrorismo estrechaban los márgenes de maniobra política de la conducción.

En este contexto, Perón continuaba apelando a la idea estratégica de la comunidad organizada. Decía el líder:

La realidad de una organización y de una comunidad organizada está representada precisamente por esos factores de poder que equilibran, para que nadie pueda ser dictador o querer gobernar para sí. Son estos factores de poder los que gravitan, y cuando lo hacen, combinan entre ellos la defensa de los intereses correspondientes. Porque en las organizaciones de las comunidades modernas se lucha por el interés. Para defenderlo se necesitan comunidades organizadas, y hablar de comunidades organizadas no quiere decir que tengamos cuarenta partidos políticos. Esta es una política desorganizada. Hay otros factores de poder que no son políticos y que deben gravitar decisivamente en la vida de la comunidad.

La organización integral de la comunidad y la presencia protagónica de las organizaciones libres del pueblo seguían constituyendo las piezas clave con las que la conducción articulaba el nuevo sistema de poder.

La lógica social coexistía armoniosamente con la lógica política (la representación partidaria) para que, desde la confluencia de ambas, se consolidara el sistema político. Por eso Perón reiteraría, en sus habituales charlas doctrinarias en la CGT durante 1973, que si bien el sindicalismo era un interlocutor político privilegiado, y el movimiento obrero “la columna vertebral” del peronismo, la lógica de sus intereses debía subordinarse a la lógica de la política. La concertación de intereses debía encuadrarse en la preocupación común, entre obreros y empresarios, por garantizar la estabilidad del gobierno.

Perón anunció la institucionalización de esta doble forma de participación política (político-partidaria y social) en su presentación de lo que denominó “modelo argentino” ante el Congreso Nacional:

El modelo argentino precisa la naturaleza de la democracia a la cual aspiramos, concibiendo a nuestra Argentina como una democracia plena de justicia social. Y en consecuencia concibe al gobierno con la forma representativa, republicana, federal y social. Social por su forma de ser, por sus objetivos y por su funcionamiento [...]. El ciudadano como tal se expresa a través de los partidos políticos, cuyo eficiente funcionamiento ha dado a este recinto su capacidad de elaborar historia. Pero también el hombre se expresa a través de su condición de trabajador, intelectual, empresario, militar, sacerdote, etc. Como tal tiene que participar en otro tipo de recinto: el Consejo para el Proyecto Nacional que habremos de crear, enfocando su tarea solo hacia esa gran obra en la que todo el país tiene que empeñarse. (Perón, 1974).

La conducción retornaba con una estrategia de respuesta a la crisis, y con un proyecto definido. La democracia integrada, basada en los pactos sectoriales y políticos, permitía desplegar su modelo de Nación.

CONDUCCIÓN ESTRATÉGICA Y CONDUCCIÓN NACIONAL

Perón definió su tarea no como la de un político (siempre limitado por estrechos intereses partidarios), ni como la de un ideólogo (desvinculado del accionar político de la coyuntura), sino como la de un conductor, el jefe de un movimiento nacional. Diría el General: “Nosotros no somos un partido político que tiende normalmente a la sectarización, nosotros somos un movimiento nacional que, por el contrario, tiende a la universalización”. “Creo que tanto lo político, como lo social, lo económico o lo cultural, son asuntos de conducción”. Más adelante afirmaba: “Conducir es un arte y, como todas las artes, tiene una teoría y una técnica [...] pero esa es la parte inerte del arte, porque la parte vital es el artista”. En conducción —como gustaba reiterarlo— él era un profesional, un artista. Conocía a la perfección los principios y las reglas de esa actividad: “Todo debe ser realizado en su medida y armoniosamente porque la conducción no admite apresurados ni retardatorios”.

Al definirse como conductor de un movimiento nacional, antes que como jefe de un partido, él tiene la tarea de llevarlos (conducirlos) a todos hacia los objetivos comunes. La conducción es la encargada de mediar entre las fuerzas sociales en pugna: ninguna de ellas puede luchar por la hegemonía.

La figura de Perón es la clave en torno a la cual se ordena la política: él es la conducción estratégica y el jefe indiscutido del movimiento mayoritario.

Su sistema de poder exige el fortalecimiento del Estado, al mismo tiempo que el de las organizaciones populares. El Estado, dirá Perón, “al fin y al cabo es un instrumento que obedece a los factores de poder que influyen en el campo de la economía, en cuyo primer plano están indudablemente las instituciones de la comunidad”.

Este modelo político que define a los actores legítimos del sistema (los factores de poder y los partidos políticos) y a los excluidos (las minorías antinacionales e irresponsables, retardatarias o apresuradas, que cuestionan los límites de tolerancia fijados para el disenso), amplía el espacio de la representación institucional, comenzando a transitar un nuevo sistema de poder.

PERÓN Y LAS FF. AA.

En la medida en que los poderes dispersos en la trama político-social son encauzados institucionalmente, pierden su potencial disruptivo. La sociedad civil se fortalece frente al Estado. Esta fortaleza, y la reorganización del aparato estatal, es el recurso clave para disciplinar a unas fuerzas armadas acostumbradas por largo tiempo a tutelar un poder político ilegítimo, o a ejercerlo directamente. El nuevo equilibrio proyectado por la conducción exige un ejército homogéneo, políticamente inactivo, al mismo tiempo que es la condición para lograrlo. Ahora bien, esta desmilitarización de la sociedad civil y esa despolitización de las FF. AA. no eran una tarea fácil. El peronismo había retornado al gobierno después de derrotar a la “Revolución Argentina” con la que los militares pretendieron “ordenar” la sociedad. Un gobierno cuyo origen era el fracaso militar debía ser cauteloso. El nombramiento del general Anaya en el cargo de comandante en jefe en reemplazo del general Carcagno inauguró la etapa del denominado “profesionalismo prescindente”. Perón hacía respetar el escalafón militar sin buscar un respaldo político de los militares. Por eso reafirmó la prioridad de la lógica corporativa en las Fuerzas Armadas por sobre la lógica de la política, una coherencia institucional que él mismo se había preocupado por mantener incuestionada. En efecto, durante el último tramo del régimen militar, el blanco de las críticas del peronismo eran “los militares en el poder”. Perón se refería a “ellos”, y se cuidaba de diferenciarlos en la institución en su conjunto.

Al mismo tiempo que desplegaba la estrategia de “poner en su lugar” a las Fuerzas Armadas, la conducción redefinía el lugar “natural” de las mismas: eran la vanguardia de la defensa nacional, el brazo armado del pueblo contra el imperalismo de las grandes potencias. La política hacia la institución militar pasaba por el meridiano de su reformulación institucional. Las Fuerzas Armadas se habían afincado en el equívoco en que se habían enredado hacía más de cuarenta años: su declarado apoliticismo y su afirmación del derecho de la institución a decidir los destinos de la comunidad.

El “profesionalismo prescindente” permitía sacarlas del equívoco en el que las había colocado la doctrina de la “Seguridad Nacional”, a través del doble expediente de redefinir su papel como actores políticos y como profesionales: tenían que renunciar a su capacidad de veto político, al mismo tiempo que asumir una nueva función profesional en la doctrina de la Defensa Nacional elaborada por

Perón. En los hechos, la aceptación de la doctrina de la Nación en armas las colocaría en la situación de acatar y legitimar a un sistema político popular, nacional y democrático.

Perón había tejido una estrategia con múltiples destinatarios: la política de la conducción se desplegaba con una diversidad de recursos, los cuales tenían la preocupación esencial de colocar “en su lugar” a las distintas fuerzas políticas y sociales. Todos debían mantener “lo pies dentro del plato” como le diría a la Juventud Peronista. Por este camino, los enfrentamientos podían empezar a resolverse “por el cambio de gobierno, y no con cambios de sistemas”.

LAS ENSEÑANZAS DE LA PRESIDENCIA DE PERÓN

Frente al próximo gobierno constitucional, las enseñanzas del período descripto son múltiples. Comencemos a definir y precisar los elementos que conspiraron contra la estabilidad política del proyecto. En primer lugar, la actitud de los actores o sujetos sociales convocados muestra que no comprendieron en profundidad la estrategia desarrollada por la conducción.

Los empresarios nacionales acataron inicialmente la política del pacto social como un acto de realismo político, más que expresar una adhesión conceptual o doctrinaria a los instrumentos utilizados en el plan. El control de precios era una herramienta indispensable para lograr los objetivos redistributivos del programa, y los empresarios la asumieron como un mal menor. Sus quejas por la reducción de las tasas de ganancias se dejaron oír poco después de firmado el acuerdo. Sin embargo, el tema se convirtió en un asunto particularmente crítico en el primer trimestre de 1974 debido al efecto del alza de los precios de los insumos importados. El gobierno había decidido subsidiar las importaciones y mantener la política de los precios congelados. Pero ya desde 1973 la respuesta empresaria había sido la especulación y la puesta en marcha de diversas formas de eludir el control de precios: la doble facturación, la retención de mercadería, el acaparamiento de bienes en el circuito comercial a la espera del alza, el contrabando, etc.

Los grandes lineamientos de la política económica llevada adelante por el gobierno popular se habían establecido sobre la base del programa que la CGE dio a conocer a los políticos antes de las elecciones de 1973, denominado “Sugerencias del empresariado nacional para un programa de gobierno”.

En su conjunto, el programa se presentó como una opción al capital monopolístico internacional, al que criticaba duramente. La pieza fundamental para llevarlo a la práctica fue el Acta de Compromiso Nacional del 30 de mayo de 1973. Este Pacto Social —firmado en junio de ese año por la CGT y la CGE, y homologado por el gobierno— otorgó un aumento salarial fijo para todos los trabajadores y congeló los salarios hasta un próximo ajuste que tendría lugar, en principio, el 1° de junio de 1974.

El gobierno se proponía, simultáneamente y en un corto plazo, redistribuir ingresos y lograr un aceptable crecimiento económico. Se logra así cortar la inflación pasando la tasa promedio anual del 79,6% en 1973, a 30,2% en octubre de 1974 (fecha de la caída de Gelbard). El crecimiento promedio de la economía pasó del 3,5%, entre 1969 y 1972, al 5,8% y 6,3% en 1973 y 1974. La tasa de desempleo bajó del 6,1% en abril de 1973, al 2,5% en octubre de 1974. La participación de los salarios en el ingreso nacional subió del 35% en mayo de 1973 al 42% a fines de 1974.

A fines de 1973 el excedente ascendía a 704 millones de dólares (aproximadamente el 3% del PBN) comparado con el déficit de 218 millones de dólares en 1972, cifra que bajó a 245 millones de dólares en 1974.

Sin embargo, el Pacto Social comenzó a ser vulnerado por los empresarios y sindicalistas por distintos motivos político-económicos, pero por la misma incompreensión del proyecto estratégico de la conducción.

Al mismo tiempo, el proyecto peronista era atacado desde el infantilismo revolucionario, que confundía la realidad con los deseos, mezclando su cada vez mayor desviación ideológica con la violencia, a la que elevaban a categoría política suprema. Decía Perón:

Algunos quieren la revolución violenta. Yo no sé cómo se puede arreglar la economía de un país como el nuestro —que recibimos con una deuda externa de 5.000 millones de dólares y una deuda interna de 3 billones de pesos— a balazos. Y eso que soy un general. Pero un general pacifista. La violencia es el producto de una época, más que nada. No queremos reprimirla violentamente, porque sería agregar violencia a otra violencia. Estamos estudiando todo con tranquilidad, sin preconceitos. También nosotros podríamos organizar una guerrilla, y entonces iniciaríamos una guerra civil entre el gobierno, por un lado, y los que se levantan, por otro. Por más que ejerciten la violencia, nosotros no vamos a emplear la violencia desde el gobierno.

El “anticuerpo” contra la violencia, la democracia social e integrada, dejaría sin capacidad de respuesta a todos aquellos que impugnasen el nuevo sistema de poder. La política y el Movimiento Peronista triunfarían sobre la violencia de la guerrilla.

En agosto de 1973, el jefe montonero Firmenich dirigió a los cuadros de la Juventud Peronista un discurso que marca un momento clave en la historia de las relaciones entre Perón y la desviación juvenil. Firmenich afirmaba la coincidencia estratégica con Perón —el frente antiimperialista— señalando las diferencias ideológicas que lo separaban del líder. El enfrentamiento era total. La ultraizquierda comenzaba a servir a los intereses de la provocación y la desestabilización. El 24 de mayo la rama juvenil quedaba excluida del Consejo Superior Justicialista. “No queremos incorporar la manzana de la discordia dentro del Movimiento”, dijo entonces Perón.

La desviación guerrillera e izquierdizante, sumada al sabotaje empresario y a la incomprensión de importantes sectores sindicales, conspira contra el fortalecimiento del proyecto de Perón. El movimiento obrero organizado jerarquiza lo reivindicativo sobre lo político, haciendo hincapié en las demandas salariales más que en la acción político-social. Toda la prédica del General durante sus discursos y charlas en la CGT tendían a jerarquizar el nuevo protagonismo político de los trabajadores organizados. Decía Perón:

Las organizaciones sindicales, no solo no pueden renunciar a la acción política, sino que incluso la deben administrar inteligentemente para que jamás ese factor de poder que invisten se debilite por el apartamiento de una función que es fundamental para la base popular que representan. [...] la revolución en el orden gremial debe terminar cuando la organización sindical constituya un verdadero factor de poder dentro de la comunidad. ¿Por qué? Porque es entonces cuando la organización sindical, que es parte del pueblo organizado, hace sentir el acento no solo de sus intereses, sino también de sus aspiraciones y ambiciones, que asimismo son una fuerza motriz en la acción política.

El 27 de marzo de 1974, en las palabras pronunciadas luego de la firma del instrumento oficial de correcciones al “Acta de Compromiso Nacional”, Perón señalaba una función inherente a los trabajadores, que luego la CGT no llevaría a la práctica. “La CGT —decía Perón— ha anunciado su decisión de constituir comisiones sectoriales para controlar el cumplimiento de la política de precios y de abastecimiento, y contribuir así a evitar el abuso y la especulación...”.

Debemos aclarar aquí que el Pacto Social era solamente un instrumento viable durante cierta cantidad de tiempo, que permitía imponerle un freno a la lucha distributiva. Este instrumento, por otra parte, descansaba fundamentalmente en el poder político de la conducción nacional. Sectorialmente se lo visualizó más como fin que como procedimiento, de allí el sabotaje de la parte empresarial y el cuestionamiento del sector sindical.

“Se ha hablado”, decía el General,

... de que no se realizan los convenios colectivos de trabajo. Son las críticas superficiales que siempre se escuchan, desgraciadamente. ¿Qué mejor convenio colectivo, o qué mejor paritaria, que la que han acordado la Confederación General del Trabajo con la Confederación General Económica? ¿No es eso acaso una paritaria y un convenio colectivo? [...]

En el futuro podrán hacerse estudios más profundos, y quizás arrimar nuevas soluciones, de acuerdo con las conquistas que la propia clase empresaria argentina está desarrollando en el país. [...]

Todo eso es cierto, pero habrá que esperar. Nadie puede hacer un guiso de liebre antes de tener la liebre. Tenemos necesidad de solucionar todos esos

problemas, pero lo que vemos actualmente es extraordinariamente promisorio. Les hablo con la experiencia de nueve años de gobierno, en que siempre estuvimos abocados al mismo problema económico que, como ustedes saben, no se puede descuidar ni cinco minutos.

Este tremendo esfuerzo de persuasión y conducción desplegado por Perón, no encontraba, sin embargo, las respuestas nacionales adecuadas en los actores políticos y sociales. En su último discurso público, el 12 de junio de 1974, Perón enfrentó el deterioro de la situación: su proyecto político se debilitaba bajo la presión de las demandas de la base social que le servía de apoyo. “[...]” “Sin el apoyo masivo de los que me eligieron, y la complacencia de los que no lo hicieron pero luego evidenciaron una gran comprensión y sentido de la responsabilidad, no solo no deseo seguir gobernando, sino que soy partidario de que lo hagan los que pueden hacerlo mejor”. Perón recordó:

Como ustedes saben, nosotros propiciamos que el acuerdo entre trabajadores, empresarios y el Estado, sirva de base para la política económica y social del gobierno [...].

Todos los que firmaron en dos oportunidades ese acuerdo, sabían que iban a ceder parte de sus pretensiones como contribución al proceso de liberación nacional. Sin embargo, a pocos meses de asumir ese compromiso parecería que algunos firmantes están empeñados en no cumplir el acuerdo, y desean arrastrar al conjunto a que haga lo mismo [...] Frente a esos irresponsables, sean empresarios o sindicalistas, creo que es mi deber pedirle al pueblo no solo que los identifique, sino que también los castigue. [...] Nadie puede llamarse a engaño con lo que yo quería, porque en numerosas oportunidades vine anunciando mis intenciones y deseos, en actos públicos en la patria, como en comunicaciones desde el exilio.

El General moriría tres semanas después. A partir de entonces comenzó a desarticularse su proyecto. Ya sin mediador, y sin conducción totalizadora, los conflictos sociales, la ambición y la violencia comenzaron a ocupar el centro de la escena.

EL ACTUAL DESAFÍO

Fue evidente, en el período 73-76, que la desviación ideológica de la Juventud Peronista produjo un enorme vacío organizativo en el Movimiento. La inexistencia de un partido fuerte, la falta de un coherente aparato propagandístico y la crisis de participación orgánica ocasionaron el debilitamiento de la intermediación institucional entre la conducción y el pueblo.

El sindicalismo operó como la única estructura de apoyo político-doctrinario, ya que las restantes organizaciones prestaron una colaboración casi obligada por el enorme poder de Perón respecto al pueblo. Todo el andamiaje político-social

del nuevo sistema descansó, precisamente, en la dimensión nacional del liderazgo de Perón. Este poder necesitaba ser transferido paulatinamente a organizaciones populares consustanciadas con el pensamiento y la acción de la conducción estratégica. Este proceso se iniciaba con la institucionalización del Movimiento Peronista, y consecuentemente con la institucionalización del conjunto de la Nación.

El desarrollo político del justicialismo lo representaba el propio Perón, al mismo tiempo que consolidaba las apoyaturas sociales. Desaparecido el General, se desata una lucha por la hegemonía que resulta profundamente antidoctrinaria, ya que las organizaciones sociales y las elites represoras pretenden adueñarse de la conducción del proceso. Los enfrentamientos impiden la consolidación de una nueva autoridad política en el Movimiento, y traban definitivamente las posibilidades de reorganizarlo e institucionalizarlo democráticamente. Esto lleva inexorablemente a la derrota del 24 de marzo de 1976. De este proceso extrajimos, para la discusión de la militancia, una serie de enseñanzas que pensamos útiles para la reflexión sobre la situación actual:

1. Es imprescindible reconstruir el sistema de conducción del Movimiento. Esto significa dotarlo de una autoridad política que sea capaz de contener la heterogeneidad compositiva del peronismo.

2. Es fundamental reemplazar —a través de la organización, participación y desarrollo político— el poder que concentraba la jefatura.

3. El dispositivo orgánico del Movimiento debe comenzar a observar un equilibrio, hoy inexistente, entre la rama política y la gremial. Esto implica construir una sólida estructura partidaria que contribuya a armonizar la política, como arte de la totalidad, con la creciente participación sectorial.

4. Así como el peronismo desarrolló, en buena medida, anticuerpos contra la infiltración de izquierda, debe también accionarse contra los corruptos, los provocadores, y la infiltración policial y de índole delictiva que opera en los niveles más altos del Movimiento.

5. Se debe tender a que la concentración de poder pase por las organizaciones más que por los hombres, ya que desaparecido Perón ningún dirigente por sí solo es garantía del cumplimiento de la misión histórica del peronismo.

6. La disputa interna no debe ser trasladada al gobierno. Para ello se debe mantener una cierta independencia organizativa entre el aparato gubernamental y las estructuras del Movimiento.

7. Debe prepararse un dispositivo propagandístico (diarios, revistas, medios de comunicación masiva) que contribuya a difundir, explicar y concientizar sobre las tareas del próximo gobierno constitucional, al mismo tiempo que neutralizar políticamente la prédica de los medios tradicionales.

8. El peronismo debe conservar para sí la conducción del Proyecto Nacional, dejando abiertos espacios de participación y colaboración a las demás fuerzas de signo nacional.

9. Se deben crear organismos de control para los funcionarios, generando ámbitos de participación que eviten la delincuencia administrativa, los negociados espurios y la desviación doctrinaria. Para reforzar esta opción debe dictarse una severa legislación que castigue cualquier transgresión a lo que debe ser una “nueva moral gubernamental”.

10. Es necesario crear el Consejo para el Proyecto Nacional para comprometer a las fuerzas nacionales en el diseño de un modelo definitivo de Nación. ■

AÑO 1 - N° 2

JULIO DE 1983

PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y ESTABILIDAD DEMOCRÁTICA

Vicente Palermo y Daniel R. García Delgado

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos años, los argentinos hemos vivido la experiencia dictatorial más omnipotente y continua de que tengamos memoria. A diferencia de otras interrupciones del orden constitucional, se intentó concretar un cambio profundo, irreversible, en la estructura político-institucional, social y económica del país. No es el objeto de este trabajo discutir en qué medida algunos de los resultados desastrosos para la comunidad fueron consecuencia del cumplimiento de acciones deliberadas. Pero surge con claridad un hecho incontestable: la asociación ideológica entre orden y autoritarismo —por un lado— y crecimiento y exclusión de la participación popular —por otro— se ha roto definitivamente, precisamente en razón de los resultados alcanzados por la prolongada omnipotencia del régimen. Esta ruptura no es irrelevante en términos de la estabilidad del futuro orden constitucional, porque la experiencia nos dice que ha sido la instrumentación —la manipulación— de porciones significativas de la opinión pública, clamando por “orden”, “seguridad” y “racionalidad”, un requisito del éxito de las minorías conspiradoras.

Pero si ello es cierto, no lo es menos que estamos lejos aún, como comunidad, de haber construido —en términos de cultura política compartida— la asociación entre democracia, desarrollo vigoroso y justicia social. Estamos seguros de que toda preocupación sobre la estabilidad democrática es también una preocupación sobre

las condiciones políticas que posibilitan la justicia social, pero la construcción eficaz y definitiva de esa cultura política compartida dependerá básicamente de la eficacia misma de los partícipes en la futura democracia. Es dentro de este marco que aparece la cuestión de la participación política en relación a la estabilidad democrática, como uno de los aspectos esenciales en que se sustenta dicha estabilidad.

En realidad, el tema de la estabilidad está vinculado por lo menos con cuatro aspectos sustanciales a partir de la experiencia histórica de estos cuarenta o cincuenta años.

En primer lugar, con la conducta de las elites políticas partidarias, para lograr acuerdos duraderos y disminuir el faccionalismo que las ha caracterizado en el período anterior y que facilitó la irrupción del actor militar. Es decir, la estabilidad democrática requiere la conformación de una clase política solidaria capaz de compromiso y negociación dentro de una misma arena política, haciendo el esfuerzo por conservarla.

En segundo lugar, con la generación de un tipo de concertación social (o modelo de negociación sindical-empresarial) con más alcances y posibilidades, que permita reducir los efectos desestabilizadores de la pugna distributiva, agravados ahora por la situación de crisis, el escaso poder redistributivo del Estado, etc.

En tercer lugar, con la reforma de las Fuerzas Armadas. Una transformación institucional, doctrinaria y operativa, que modifique su actual relación con la sociedad, que la hace actuar como un cuerpo con intereses propios (un Estado dentro del propio Estado) proclive a perspectivas ideológicas contrarias a los intereses nacionales y populares y a actuar como actor político protagonista.

En cuarto lugar, con la ampliación de la participación política y social de la población, que permita incluir dentro del sistema político, una participación que de lo contrario se expresará desde fuera y contra el mismo. Una ampliación que haga más rica la trama política de sustentación de la democracia y que lleve a la intervención ciudadana y popular más allá del plano electoral. Nos interesa detenernos en este último aspecto para mostrar por qué una ampliación de la participación política y social redundaría en favor de una mayor estabilidad política, en contradicción con la muy difundida perspectiva que tiende a fomentar la despolitización y desparticipación como condiciones de la gobernabilidad de la democracia.

UNA NUEVA SITUACIÓN

Las características de la situación social en que asumirá un nuevo gobierno constitucional serán críticas. Los gobiernos “de facto” generan una serie de graves problemas económicos, políticos y sociales que son transferidos luego al nuevo gobierno en las peores circunstancias: poco arraigo de la democracia; grandes demandas acumuladas de la población; economía desquiciada; escepticismo e individualismo generalizados. Sumándose a ello las maniobras desestabilizadoras de ciertos grupos de poder al día siguiente de iniciado el período constitucional.

En estas condiciones la tensión entre estas demandas —sobre todo en términos materiales— y la posibilidad de satisfacerlas necesariamente será alta, en la medida en que estas demandas acumuladas a lo largo de estos siete años (recuperación de salarios, empleo, acceso a la vivienda, salud, educación, etc.) van a coincidir con un Estado con escasos recursos redistributivos. Esta situación fue causada por el desmantelamiento que del Estado y la sociedad hiciera el régimen militar y que se expresa en la gigantesca deuda externa, la economía al borde de la hiperinflación y recesión al mismo tiempo, la pérdida de la capacidad productiva, el deterioro institucional, el vaciamiento de las obras sociales, etc.

En 1946, cuando asumió el primer gobierno justicialista, la política distributiva pudo apoyarse en la base relativamente sólida de la expansión industrial por sustitución de importaciones forzada por la guerra, y a su vez estuvo en condiciones de estimular y multiplicar esa expansión a partir del crecimiento del mercado interno y en un contexto internacional que al menos los primeros años resultó favorable. La situación actual resume un cuadro muy distinto: desindustrialización, economía recesiva e inflacionaria, y un contexto internacional desfavorable y de recuperación difícil y, en todo caso, lenta, al que nos ata una deuda externa gigantesca.

Esta situación es, por supuesto, modificable; pero de ninguna manera de forma tal de poder satisfacer la suma de demandas legítimas en el corto plazo de un período de gobierno. Precisamente, el período clave para la futura estabilidad del sistema político. En este contexto, una desenfrenada pugna redistributiva, y la concreción generalizada de medidas de acción directa por parte de todos los sectores en juego, enfocadas a condicionar la acción de gobierno, podrían generar un cuadro de gran tensión y por lo tanto la posibilidad de un nuevo fracaso de la democracia. Ello hace necesario replantear la cuestión de la participación en este conflictivo contexto.

PARTICIPACIÓN Y DEMANDAS SOCIALES

Es frecuente la identificación, a nuestro entender equivocada, entre incremento de la participación e incremento de las demandas populares al gobierno. Sin embargo, esa identificación se apoya, en parte, en la experiencia: las modalidades de participación social y política —dejando a un lado las relativas a las batallas electorales— en la Argentina suelen limitarse a un incremento de la actitud demandante, mediante diversas instancias: movilizaciones, huelgas de trabajadores o paros empresarios, tomas de fábricas o instituciones, petitorios en exigencia de soluciones, etc.

Pero la participación no necesariamente consiste en un mero incremento de los reclamos o una intensificación de las demandas. Una redefinición conceptual y práctica de la misma puede suponer la recuperación por parte de la gente de la capacidad para plantear y resolver sus propios problemas. Redefinida en esos

términos, una ampliación de la participación permitiría aumentar la capacidad real de la comunidad de resolver los problemas y cubrir las carencias existentes, al reorientar y aprovechar positivamente las energías sociales disponibles.

Esta redefinición significará el desarrollo de una importante redistribución del poder, que dejará así de estar concentrado en un Estado centralizador y fuertemente burocrático —al que, por consiguiente, solo puede pedírsele o exigírsele soluciones desde “afuera” del mismo— para manifestarse activamente en las diversas estructuras de la comunidad. De hecho, implicará la creación de poder en la sociedad, pero poder no orientado a condicionar la acción gubernamental sino a la resolución de problemas y a la capacidad de realización propia.

De esta forma (unido a una acción renovada de los partidos políticos), el incremento de la capacidad de las comunidades intermedias y los grupos sociales de distinta índole (asociaciones voluntarias y las instituciones directamente vinculadas al quehacer cotidiano de la comunidad) para satisfacer participativamente sus propias necesidades mediante actividades autónomas, ha de ser uno de los ejes de la redefinición propuesta que ampliará, en lugar de debilitar, los márgenes de acción gubernamental en la consolidación de la democracia, la recuperación económica, la reforma institucional, etc.

Por ello, cuando hablamos de ampliación de la participación política y social incluimos en el concepto diferentes planos y ámbitos de acción. A nivel del gobierno local (municipios), la articulación institucional con las asociaciones voluntarias de diversa naturaleza —conjuntamente con una descentralización del poder estatal y una mayor capacidad de acción del municipio— incrementará las posibilidades de llevar a cabo, con eficacia participativa, políticas que signifiquen mejoras directas en el nivel de vida y en la calidad de la misma de la población del lugar.¹

A nivel nacional, provincial y también municipal, la institucionalización y práctica de formas directas de elaboración de políticas alternativas y tomas de decisiones, como la iniciativa popular, la revocatoria, el referéndum y el plebiscito.² Lo cual permitiría aportar canales diversos, aumentar el grado de legitimidad de las decisiones gubernamentales y disminuir al mismo tiempo la tensión sobre el gobierno que puede provocar la toma de decisiones fundamentales por sí.

1. La redistribución del poder estatal por medio de la ampliación de la participación a nivel municipal, con aumento de formas de participación democrática directas y de articulación institucional de diverso tipo de asociaciones voluntarias y movimientos, tanto en el diseño de políticas públicas, planificación, fijación de prioridades, puede constituir un elemento favorable a la gobernabilidad, en la medida que la participación incrementa la capacidad de discernir entre demandas posibles e imposibles en cada situación concreta. Esta es una de las cuestiones políticas básicas para un gobierno democrático, ya que la gente cuando participa comprende más claramente qué es posible y qué no es exigible en cada situación.

2. La “iniciativa popular” es un procedimiento por el cual un grupo de ciudadanos —de cubrir un mínimo cuantitativo— puede exigir a las autoridades el tratamiento de una cuestión o la consideración de una iniciativa de gobierno o proyecto de legislación. La revocatoria permite a los electores disponer la finalización anticipada del mandato de un funcionario público electo.

En la empresa, con el desarrollo de formas de cogestión y autogestión, o formas paulatinas de diversos tipos de participación, que combinen una efectiva redistribución del ingreso con un incremento adecuado de la acumulación del capital reproductivo.

En las comunicaciones, a través de la gestión y conducción de ondas y canales por parte de diversas asociaciones, conformadas por universidades, sindicatos, movimientos culturales, audiencias organizadas. Es decir, apuntando al aumento de la propiedad social y a un tipo de participación que evite los sesgos propios de los medios de comunicación conducidos por el Estado, en los términos conocidos al menos, como también la manipulación y transnacionalización propios de la gestión privada.

En otros términos, no se trata únicamente de democratizar las instituciones tradicionales de participación —tales como partidos políticos, sindicatos, universidades—, lo que de por sí es indispensable, sino de establecer al mismo tiempo los marcos y posibilidades institucionales para su efectividad en instancias nuevas y diversificadas.

Es importante tener en cuenta que el desarrollo de la eficacia participativa encuentra su necesario complemento en la redefinición del rol del Estado: este no deja de intervenir activamente en la promoción del desarrollo económico y social, pero favoreciendo la creación de instancias de participación antes que reemplazando o debilitando las formas de organización de la sociedad civil y política. Se deberá dar una descentralización y redistribución del poder mediante la creación de formas de organización política regionales, de mayor autonomía y capacidad de acción municipal y provincial, de intervención en las decisiones de la población de múltiples y variadas maneras, a través de asociaciones intermedias, movimientos sociales, disminuyendo la concentración del poder en unos pocos, distribuyéndolo en el conjunto. Todo esto favoreciendo la iniciativa y transformación de “abajo hacia arriba”, y haciendo posible una acción popular y ciudadana, cotidiana y efectiva en diversos ámbitos sociales y en el Estado.

Por otra parte, la participación en organismos del Estado (empresas públicas, instituciones de distintos niveles) a través de asociaciones intermedias de carácter voluntario, puede disminuir la influencia de los grupos de presión (multinacionales, grupos económicos locales, corporaciones, etc.) que actúan directamente sobre las conducciones de estos organismos e instituciones del Estado, condicionándolos, interfiriendo en las directivas gubernamentales, obteniendo nombramientos de funcionarios al servicio de sus intereses, encontrando más fácil su accionar cuanto más concentrada y centralizada esté la estructura burocrático-funcional de las instituciones, cuanto mayor sea la distancia, en otras palabras, entre la comunidad y la institución.

Iniciar un proceso de desburocratización de estas instituciones —acostumbradas a preservarse a sí mismas dentro de las cambiantes situaciones políticas, más que

a cumplir con sus objetivos—, fomentando en las mismas actitudes creativas y no de autodefensa y rutina, requiere indispensablemente la ampliación de la participación: la incorporación de la gente en el rediseño institucional. Es asimismo necesario señalar que para que ello sea posible, las políticas públicas, su planificación, no pueden ser solo el producto de un pequeño grupo de funcionarios que en el mejor de los casos tiene la buena voluntad de tomar en cuenta las necesidades de la comunidad según sus propios criterios, sino la consecuencia de una participación ampliada, tanto para la definición de los problemas, el establecimiento de prioridades, como en el diseño de los mecanismos convenientes para llevar a cabo esos objetivos y el control de la gestión.

La participación institucional comienza verdaderamente desde el momento mismo en que se define cuál es el problema a resolver, puesto que la definición del problema condiciona el desarrollo posterior de las alternativas para solucionarlo, su prioridad en relación a otros problemas, etc. La participación activa de la gente, desde este comienzo, posibilita la elección de las mejores alternativas: aquellas que comprometen más eficazmente la comunidad en su concreción y en su éxito. No hay participación auténtica que no sea una participación responsable.

La ampliación de la participación política y social ayudaría, por otra parte, a mejorar las estructuras de control sobre la actividad pública, teniendo una significativa influencia sobre uno de los aspectos que gravitan como un estigma sobre el Estado nacional: la moral funcionarial. La denominada “idiosincrasia nacional” que contribuye a generar el clima de escepticismo, de no compromiso e indiferencia por parte de amplios sectores, de cinismo político por parte de otros, y en general haciendo que sea indistinto un tipo de gobierno u otro. Resolver este problema exige permitir que más gente cuente con más posibilidades de control y difusión de los actos de gobierno.

LA PARTICIPACIÓN COMO PROFUNDIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

La eficacia participativa —redefinida en los términos expuestos— puede generar un compromiso más directo, más sustantivo con la democracia por parte de la población. Comprometer a la gente en un sistema que le permita intervenir en mayor o menor medida en las cuestiones que le afecten directa o indirectamente, modificará esencialmente las condiciones básicas en las que actúan los mecanismos desestabilizadores, aquellos que, ya sea por las denuncias de un cumplimiento inmediato de sus demandas al gobierno, o bajo promesas hechas en nombre de algún orden salvífico y autoritario —de cualquier signo ideológico—, aprovechan la situación de crisis para impedir o entorpecer la continuidad democrática. Lograr que las decisiones del Estado en sus múltiples instancias se vivan efectivamente como producto de la participación comunitaria, es el requerimiento de una estabilidad democrática definitiva.

Por otra parte, la participación es autoenriquecedora: hace a la realización personal de cada miembro de la comunidad; lejos de ser un puro instrumento, participar se relaciona directamente con SER, en los términos definidos por Juan XXIII: “El hombre contemporáneo debe proponerse no solamente tener más sino fundamentalmente ser más”. La participación es, por otra parte, no solo instrumental sino desarrollante: mejora constantemente con la práctica. La idea reaccionaria de que la gente no está en condiciones de encarar y resolver sus propios asuntos y por lo tanto para su bien es necesario gobernarla paternalmente, se destruye desde su propia base, porque es a través de la práctica participativa como se aprende la eficacia participativa.

La necesidad de la participación surge también de la necesidad de sepultar definitivamente el autoritarismo en todas sus formas; autoritarismo cuyas modalidades no obran exclusivamente, como se cree habitualmente, en el “poder”, sino que están presentes en la sociedad, en muchas de sus manifestaciones. Desarrollar las posibilidades de participación equivale a superar estas formas autoritarias que, muchas veces sin saberlo, aportamos todos en alguna medida, y que son la base última y más sólida de las irrupciones autoritarias en el Estado y el poder central. De manera que la participación, al debilitar el autoritarismo difundido en la sociedad, fortalece las condiciones de consolidación de la democracia.

El autoritarismo tiene como una de sus características más nefastas el hecho de que una inmensa cantidad de decisiones son tomadas por unos pocos por todos nosotros, y afectando nuestras propias vidas; decisiones en las cuales ni siquiera somos consultados y que abarcan lo político, lo económico, lo social, lo cultural y educativo, lo ecológico, etc. Pero esta modalidad autoritaria tan incorporada en nuestros hábitos y tradiciones políticas y sociales no se superará, y esto es fundamental tenerlo presente, con el simple desplazamiento de la dictadura. Su reemplazo por un gobierno elegido por el pueblo no asegura la superación del autoritarismo; este solo desaparecerá con la creación de formas efectivas de participación sustancial y no meramente nominal de la comunidad en todos los asuntos públicos.

Y ello se relaciona directamente con la necesidad de congruencia entre el sistema político y las estructuras de la sociedad; concretamente, entre una democracia pluralista y representativa e instituciones sociales y estructuras burocráticas estatales que se manejan autoritariamente.

La incongruencia entre unas y otras (o la ausencia de una misma dosis de autoridad y democracia) genera, o bien inestabilidad del sistema político democrático o bien un incremento del autoritarismo gubernamental. De ahí la importancia de la práctica participativa, ya que las modalidades políticas autoritarias no se superan sino a lo largo de una extensa e intensa práctica participativa.

La noción misma de participación no apela a una actividad individualista sino comunitaria, fortaleciendo con ello el entramado de solidaridad social indispensable en una comunidad que tiene ante sí una gran transformación en

perspectiva. “Nadie puede realizarse en una comunidad que no se realice” significa necesariamente saber que nadie puede realizarse sin los otros, y si no es a partir y con los otros. Por ello la participación implica solidaridad como uno de sus valores básicos. Aprender a participar equivale a aprender a contar con el otro y a respetarlo en tanto ser humano participativo en vez de intentar manipularlo. Participar implica no solo que yo participe sino también que lo haga el otro, aunque no comparta mis ideas, y, por lo tanto, requiere tomar conciencia de que mi verdad se completa con la verdad de mi adversario, siendo el diálogo y la crítica constructiva imprescindibles. Si la auténtica participación descentraliza efectivamente el poder, la necesidad de aprender a convivir en la diversidad se torna impostergable.

CONCLUSIONES

De acuerdo a lo expuesto se percibe el requerimiento simultáneo, para el logro de la estabilidad política, de un mejoramiento y superación de las elites políticas para el acuerdo, la defensa de las reglas del juego, el logro del consenso y la oposición responsable y, por otra parte, la ampliación y profundización de la participación ciudadana y popular. Tanto uno como otros serían por sí solos insuficientes. Con la primera condición sin la segunda se percibe el riesgo de un intento despolitizador y de una democracia no transformadora. El segundo sin la primera equivale a la imposibilidad de evitar el desborde y la ausencia de un pacto político sustancial donde todas las transformaciones tengan un marco de referencia y consenso generalizado.

La otra alternativa a la ampliación de la participación y redistribución del poder como elementos que contribuyan a superar la crisis, sería la de controlar, constreñir, lo que terminaría inevitablemente fortaleciendo los mecanismos autoritarios, haciendo descansar el sistema político en instituciones que encarnan esta perspectiva del orden social, y finalmente en la pérdida de legitimidad que ello implica, volviendo a recrear el círculo vicioso de la sociedad argentina de los últimos cincuenta años, apoyándose en aquellos que en nombre de un falso principio de legitimidad terminarán sustituyendo la democracia.

Esta ampliación apunta a redefinir la participación más en términos de capacidad de resolución y obtención de recursos por parte de la población y ampliación de su compromiso con la vida democrática, que alrededor de la concentración de demandas materiales sobre el gobierno central, de índole exterior y no comprometida al sistema político.

Supone la democratización no solo de organismos e instituciones del Estado, sino al mismo tiempo, de la sociedad. Una ampliación de la participación que apunte a la generación de un nuevo modelo de democracia, ajustado a los requerimientos del país, que integre los aportes de las principales tradiciones políticas. Una mayor capacidad y posibilidad de la sociedad para la resolución, iniciativa y propuesta.

Una ampliación de la participación, como factor que aumente el grado de gobernabilidad de la democracia, implica una redefinición del Estado y su rol en la sociedad. Supone una descentralización y redistribución del poder.

Finalmente, el desarrollo de altos niveles de participación necesarios requerirá de reformas institucionales que resguarden y garanticen su efectivización. En este sentido una nueva constitución nacional podría institucionalizar diversos mecanismos de participación directa de la comunidad en la toma de decisiones (como los ya mencionados referéndum, plebiscito, iniciativa popular y revocatoria) de manera tal que las formas representativas de gobierno (a través de las cuales el pueblo delibera y gobierna) coexistan con alternativas de recuperación voluntaria del poder delegado, canalizando las energías sociales de forma congruente con las necesidades de estabilidad democrática, tanto al permitir al gobierno obtener un respaldo concreto y sustantivo al tomar decisiones en cuestiones conflictivas, como fortalecer su capacidad de encontrar alternativas viables y socialmente sustentadas, de resolver problemas. ■

EL PERONISMO SE TRANSFORMA O SE MUERE

Carlos Álvarez

I. SOBRE LA CRISIS

Actualización doctrinaria, renovación dirigencial, cambios metodológicos, son los planteos que sintetizan la necesidad de modificar la situación actual del peronismo.

Sin embargo, la crisis del Movimiento parece haberse reducido, aun en su “polo renovador”, a un “discurso de la crisis”, es decir, a una teorización sobre las causas de nuestro fracaso electoral que no contiene una reformulación teórica y estratégica del propio ser del peronismo.

Distintos análisis han agotado el campo del diagnóstico; ausencia de conducción, pérdida de identidad, falta de proyecto, vejez conceptual, partidismo vacío, sindicalización, manipuleo y autoritarismo interno y así podríamos seguir enumerando causas que, salvando su orden respecto a la jerarquía y gravitación de cada

una de ellas, casi todas coinciden en señalar como decisiva a nuestra actual situación de crisis. Este muestreo de los anacronismos continúa imperando sobre la capacidad de comenzar a diseñar alternativas, llevándonos a un cada vez más acelerado proceso de decadencia. Y esto es así porque esas alternativas están más ligadas a una redefinición de la política, que a una mera modernización de las formas.

Refundar una política significa asociar nuevas formas de pensamiento con cambios sustantivos en el accionar. Implica revisar las que, hasta no hace mucho tiempo, aparecían como verdades absolutas e indiscutibles, para abrir el pensamiento hacia la sustentación de un peronismo distinto al que conocimos en vida de Perón.

La reflexión ha quedado prisionera de las relaciones de fuerzas internas, y como consecuencia el pragmatismo, como actitud única, genera meros movimientos de piezas u oscilaciones que no logran prefigurar un horizonte de futuro cierto para el peronismo.

La tan invocada actualización doctrinaria no logra superar el umbral del enunciado, porque la reiteración de lo que no debe ser prevalece sobre las posibilidades de comenzar a transitar un camino afirmativo que clarifique sobre nuevos contenidos y métodos.

No es casual que la incertidumbre política esté acompañada por un congelamiento en las ideas. Porque lo conceptual no vale por lo que “dice” o teoriza, sino solo por el descifre del juego de poder en que se inserta.

La lucha en los aparatos, un pueblo peronista pasivo e indiferente y las cada vez más sórdidas y desmovilizadoras intrigas palaciegas, relativizan la posibilidad que tiene el pensamiento para potenciar un accionar distinto.

El peso y la densidad de la política como generadora de lo conceptual nos impide diseñar los contenidos de una posible transformación. Lo doctrinario no constituye una fuerza que otorga credibilidad política, no solo porque la doctrina ha perdido interioridad respecto al Movimiento, sino también porque en nombre de aquella se pueden “legalizar” las prácticas más reaccionarias.

El divorcio entre el sistema de ideas y el sistema de poder hace que el discurso no tenga validez si no es contenido por un Movimiento creíble y confiable en su capacidad de realizarlo.

Una suerte de temor conceptual nos impide liberar al pensamiento de las relaciones de poder imperantes en el Movimiento. Este amordazamiento conlleva un efecto doblemente negativo: primero, porque impide desarrollar una comprensión actualizada sobre la realidad nacional, y luego, porque se convierte en un obstáculo para elaborar opciones que sustenten y dinamicen un proyecto alternativo a los que hoy asfixian al peronismo y lo reducen a un círculo enviciado.

La derrota electoral no fue un accidente o un momento negativo en la historia de nuestra evolución política, sino, por el contrario, fue un hecho histórico que nos coloca ante el imperativo de plantearnos sin censura las reformulaciones teóricas y las consecuencias políticas que no hicimos ni extrajimos a la muerte de

Perón. Porque más allá de los cambios circunstanciales, el peronismo no puede ser igual a como lo conocimos en vida de su creador. Esta pérdida afectó la naturaleza del Movimiento, en tanto la conducción resumía virtudes que no se trasladaron al cuerpo político del peronismo.

La personalidad política-doctrinaria del peronismo se sintetizaba en su conducción más que en sus estructuras orgánicas, en tanto la relación de aquella con el pueblo trascendía y compensaba la debilidad institucional tanto a nivel del Movimiento como de la nación. De aquí que la muerte de Perón desnuda la desproporción entre el poder concentrado en la jefatura y la precariedad institucional del Movimiento.

Entonces no existe solamente la incapacidad para entender los cambios que se produjeron en la Argentina respecto de 1946 o 1973, sino una debilidad más profunda y estructural, que es la de no poder resolver en una propuesta estratégica de recomposición el vacío dejado por Perón.

Esta situación nos obliga a repensar la política en sus componentes esenciales: la concepción, la organización, los métodos y la conducción. De cómo interpretamos los niveles de nuestra crisis, si como desajuste ocasional del dispositivo político-doctrinario o como replanteo integral de un sistema de poder hoy descompuesto, dependerá que nuestro accionar esté al servicio de poder ganar una próxima elección (al calor de los errores ajenos) o que esa posibilidad sea el resultado de reconstruir un Movimiento apto para concretar, desde una nueva situación, sus objetivos históricos.

II. LA CONCEPCIÓN: DOCTRINA-TEORÍA Y PROYECTO DE TRANSICIÓN

El nacimiento y desarrollo del peronismo posibilitó el surgimiento de una doctrina, y consecuentemente, de una teoría política, es decir, una nueva concepción del poder y del Estado, de la organización de la sociedad, del hombre, la ética y los valores. Nueva, no por su carencia de precedentes históricos, sino respecto de los proyectos que luchan por apropiarse del destino de las naciones y los pueblos.

La auténtica naturaleza de la Revolución Justicialista se extiende a partir de describir la evolución de la humanidad como lucha de los pueblos contra los imperialismos. Es decir, la lucha por la liberación, la justicia, la solidaridad y la dignidad contra el espíritu opresor que sustentan los proyectos hegemónicos.

Esa acción liberadora se sustentó en un sistema de pensamiento que articulaba lo ideológico-doctrinario como conjunto de principios esenciales, abarcativos de una etapa histórica (filosofía política), una teoría, capaz de vincular esos principios con la cambiante situación nacional e internacional (proyecto político) y un programa que, articulando la planificación con la coyuntura, permitiera conjugar eficazmente los tiempos para así alcanzar los objetivos propuestos.

Estos distintos niveles de pensamiento cobraban sentido en una “organización” singular (Movimiento Peronista) y en un modelo de conducción (jefatura) que referían al justicialismo como un sistema de poder.

La muerte de Perón y la derrota electoral no suponen alteraciones ni cuestionamientos en el nivel “estratégico” del pensamiento, pues los principios que lo sustentan no constituyeron una mera elaboración personal o partidaria, sino que sistematizaron valores subyacentes que conforman el ser histórico de la Nación como pueblo en lucha por su realización.

La Tercera Posición ideológica, como propuesta para establecer una nueva forma de relación entre el hombre y la comunidad (individuo-sociedad), el hombre y el Estado (individualismo-totalitarismo) y el hombre respecto del hombre (capitalismo-comunismo), expresa principios permanentes emanados de la esencia misma del ser nacional, que no pueden ser vulnerados de no mediar la transgresión o la violencia sobre la conciencia popular.

Esa “Tercera Posición”, como núcleo del justicialismo y como sustento de la construcción de un nuevo orden, irradia el campo filosófico, político, económico y social, conformando el ideal de una nueva sociedad como síntesis de las luchas y como realización de los anhelos y esperanzas de la mayoría del pueblo.

Así como los centros de dominio lanzan sus propuestas como vía de penetración y justificación de su fuerza, el peronismo, como parte de la periferia colonial, retomó la iniciativa conceptual que le permitió conducir la ofensiva política hacia la liberación y la justicia. Este proyecto inconcluso mantiene la vitalidad de sus enunciados básicos, que han trascendido las fronteras del peronismo instalándose en el centro de toda propuesta que aspire a una transformación real del sistema.

Pero como la doctrina nacional nunca la hemos concebido como un sistema abstracto configurado por metas utópicas, debemos revitalizarla a partir de actualizar la teoría política (el proyecto) acorde a la existencia de una nueva situación nacional.

Significa rescatar su potencial político como dimensión susceptible de un juicio práctico, pues de lo contrario la historia nos juzgará por nuestros fracasos y no por la certeza de nuestros ideales.

Asistimos a una realidad en que paradójicamente se puede teorizar sobre la vigencia de ese pensamiento estratégico, sin definir concretamente cómo se articula con un sujeto político que lo haga posible. O peor aún, el pensamiento, vacío de contenido, puede argumentar una política reaccionaria “enfrentada” con el ritmo de la historia y con las necesidades objetivas de la Nación y el pueblo.

Precisamente, nuestra recusación del marxismo como ideología revolucionaria en nuestro país se sustentó en el divorcio entre las ideas y el medio práctico en el que se debatían y se realizaban. Su incapacidad para comprender la naturaleza de nuestras luchas históricas y su elaboración independiente respecto a la conciencia popular invalidaban desde la propia práctica del pueblo, sus valores conceptuales.

Para señalar el divorcio que existe hoy entre lo ideológico-doctrinario y lo organizativo (Movimiento) se suele hablar de una especie de “folklore peronista”, como un ritualismo nostálgico carente de sentido vital y transformador. Por eso ante la presencia de un poder en crisis, incapaz de recrear una teoría, debemos esforzarnos por volver a generar una teoría que sustente nuevas formas de construir el poder, una “teoría de los hechos”, basada en la experiencia y en la historia, que se transforme en doctrina del pueblo y en mensaje de acción. Consecuentemente, no solo se define en palabras sino en “obras” y no se actualiza con las “astucias autocríticas”, sino en la crítica incorporada a una práctica distinta.

Surge así la necesidad de que una conciencia profunda, expresada por una filosofía política, asuma un replanteo teórico, es decir, un nuevo mirar en vista a recuperar el protagonismo perdido. El camino sería ir de lo político hacia lo doctrinario, en tanto el cambio de las relaciones de poder internas del peronismo condiciona la validez de las transformaciones conceptuales y viceversa.

Recomponer adecuadamente la vinculación entre teoría política y Movimiento implica comprender las modificaciones producidas en el orden integral de la sociedad, a partir de la desaparición de Perón, nuestro fracaso en 1976, los años de dictadura militar, y por último la derrota electoral.

El conjunto de estos acontecimientos explica la conformación de una Argentina distinta respecto a la del período que va de 1946 a 1974, pues en dicho período la sola presencia de Perón en el exilio o en el gobierno determinaba el eje de la política nacional. Su poder y su capacidad para adaptar la estrategia a los cambios que se producían en el orden internacional y nacional lo erigían en el punto de encuentro y desencuentro de las fuerzas políticas, los sectores sociales, los factores de poder, los grupos de opinión, etc. Y también su presencia garantizaba que el peronismo operara sobre el esquema de la totalidad del poder, integrando en una única dimensión los conceptos de Movimiento y Nación.

La muerte de Perón anticipa la redefinición de la personalidad del Movimiento y también la de la trama política de la sociedad. El fracaso del gobierno de Isabel modifica sustancialmente los dispositivos de poder y produce nuevos realineamientos políticos. El peronismo agota sus posibilidades respecto a poder estructurar todo el espacio nacional, replegándose fronteras adentro y resumiendo la adhesión de su caudal político propio. Se pierden importantes sectores de la sociedad (sobre todo de la clase media, a los que Perón había trabajosamente conquistado) y el peronismo se compromete con políticas ajenas a su tradicional espíritu transformador. Esto significa volver a ser una parcialidad, quedando latente la magnitud concreta de una supuesta mayoría que a partir del gobierno militar es imposible comprobar.

Esta realidad no fue tomada en cuenta. Seguíamos pensándonos como eje indiscutible de la sociedad, no solamente a causa del congelamiento de la vida política en los años de la dictadura, sino por una suerte de mesianismo social que supuestamente disimulaba todas nuestras falencias.

Esta incompreensión también nos impidió medir con rigor la presencia de otra opción distinta de poder. Si todo sujeto se constituye por medio de otro: distinción del otro y reconocimiento por el otro, no basta afirmar lo propio, es necesario delimitar lo propio y lo ajeno. También por referencia a lo ajeno adquiere perfil lo propio (Braden o Perón, Liberación o Dependencia, Pueblo u Oligarquía, etc.). En este sentido bien se dice que no se conoce a sí mismo quien no conoce al enemigo o adversario. El alfonsinismo fue vinculado y asociado mecánicamente a la tradición perdedora del radicalismo, queriéndoselo degradar como opción, apelando a una vacía vinculación con proyectos internacionales que a nadie le importaban demasiado. Se pensaba que entre la dictadura y el peronismo no se podía recrear con posibilidades reales otro espacio de poder electoral. Más aún, continuamos atados al esquema de sustentar nuestras virtudes al calor de las atrocidades dictatoriales, creyendo que estas borrarían la memoria sobre nuestros desaciertos y nos devolverían sin cuestionamientos nuestra histórica primacía electoral.

Así como fue imposible reconstruir una conducción con consenso interno suficiente para contener nuestra composición política heterogénea, tampoco se pudo, desde ningún sector, alertar sobre la existencia de una situación nacional inédita, que obligaba al peronismo a repensarse y cambiar.

En el plano de la sociedad, el totalitarismo de la dictadura produce, por reacción y también como consecuencia de una nueva marea internacional, un proceso de revalorización de la democracia. La ausencia del líder, el fracaso del proyecto socialista montonero y la existencia de unas FF. AA. totalmente comprometidas con los esquemas de dominación, abren el camino hacia la sustancialización de la democracia que históricamente habíamos despreciado por formal, vacía, burguesa o liberal. La democracia se convierte gradualmente en campo de convergencia y confrontación entre el régimen y la sociedad, recayendo sobre la misma una doble implicación: todos la invocan como objetivo, aluden a ella, pero el concepto remite a proyectos de sociedad distintos.

Nuestra recurrencia a lo social o la antinomia “liberación o dependencia” no precisa con claridad nuestro proyecto político, ni tampoco nuestras propuestas se ensamblan con una orgánica creíble y apta para concretarlas.

Así como Alfonsín pudo adscribirle contenidos sociales a la tradicional propuesta radical de lucha por las libertades públicas y defensa de las instituciones, nosotros fuimos capaces de articular nuestra esencia social-liberadora a un dispositivo político que despertara confianza respecto a nuestras convicciones democráticas. La presencia indisimulable de ciertos contenidos de violencia interna más las relaciones nunca terminantemente negadas de compromisos con quienes habían arrasado con los derechos humanos, conformaban un cuadro que sugería nuestra incapacidad para gobernar con eficacia un nuevo orden político.

Acá debemos detenernos en el problema central, que todavía continúa afectando nuestras posibilidades de transformación, pues aquellas “deficiencias” que se

tradujeron en la derrota del 30 de octubre, no son simples problemas de “imágenes” o de adaptaciones circunstanciales, sino que obedecen a problemas estructurales del Movimiento y precisamente hablan de la necesidad, no tan solo de tenerlas en cuenta para otra oportunidad, sino de replantear profundamente nuestra teoría del poder.

Nuestra recuperación no partirá de que las mayorías “reconozcan” las limitaciones sociales del proyecto político liberal (situación que deprimiría aún más la capacidad participativa y las convicciones populares), sino de que nosotros seamos capaces de comprender el estado actual de la conciencia de la sociedad, para desde allí ofrecer, desde un nuevo peronismo, un camino alternativo de una democracia distinta. Nuestra prédica parece descansar en la convicción de que el fracaso del gobierno puede implicar un salto adelante en la conciencia del pueblo, no comprendiendo que tal fracaso en lugar de significar la afirmación de una comunidad hoy inexistente, implicará mayor atomización, descreimiento, desmovilización y desparticipación. Tampoco se puede creer ingenuamente que el peronismo esté en condiciones de organizar y encauzar, a partir de la no satisfacción de las demandas sociales, los descontentos que la actual situación de crisis ya está produciendo.

Este camino no nos devolverá nuestra identidad, pues solamente un cambio en la subjetividad del peronismo podrá, sin caer en especulaciones autodestructivas, construir una estructura de poder interna apta para volver a sintetizar y conducir, en un futuro no muy lejano, las necesidades y aspiraciones del conjunto del pueblo.

Vivimos hoy en una comunidad totalmente desarticulada (sociedad, en la terminología liberal), en la cual el “hombre”, carente de vínculos solidarios, se repliega hacia un individualismo que lo aleja de las posibilidades de compartir un destino común. La dependencia, la injusticia, los abismos sociales y la destrucción del hombre han producido la fragmentación política y social del país (formalmente unificado en la circunstancia electoral) que hace dificultosa —en el corto plazo— la construcción de un poder que nos devuelva la condición de Nación independiente. Construir esta Nación independiente ha sido el proyecto del peronismo y por lo tanto nuestro esfuerzo debe estar dirigido hacia la recomposición de una estrategia y de una estructura que nos permitan proyectar este histórico horizonte de poder.

Una propuesta de democracia nacional y popular, superadora de la opción liberal-popular y diferente de la del nacionalismo elitista y autoritario, necesita para su despliegue profundizar un diagnóstico de la sociedad que nos permita actualizar el conocimiento sobre la composición, las características, los comportamientos y las expectativas de los actores sociales sobre los que debe operar aquella propuesta.

Significa definir con precisión a los enemigos de la Nación, o sea a los sectores que objetivamente se benefician de nuestra condición de país periférico y dependiente. Esto implica devolverle claridad al concepto de oligarquía. Asimismo, se necesita redefinir al empresariado, los sectores medios, la juventud y la mujer, porque de lo correcto de este diagnóstico dependerá la eficacia de la propuesta.

Esta nueva caracterización del complejo social debe incluirse en una comprensión del mundo en que vivimos, partiendo de la certeza de que la crisis de civilización a la que asistimos implica cambios que, indefectiblemente, obligan a pensar y construir una estrategia de liberación diferente.

La tercera revolución industrial que resume un relanzamiento productivo mundial y una planetarización cada vez más acentuada agudiza el conflicto de las identidades culturales.

La irracionalidad de la injusticia social, donde convive el poder omnímodo con la marginación de las tres cuartas partes del planeta, alcanza marcas extremas y la visión de fin de todo humanismo se va verificando como filosofía de vida cotidiana. Frente a este cuadro se impone como nunca reconocer y pensar las nuevas referencias para plantear nacional y latinoamericanamente un proyecto de salida alternativa, soberana, que parta desde las coordenadas del conflicto cultural que hoy viven las naciones marginadas.

La nueva realidad internacional, signada por los cambios tecnológicos, la crisis del liberalismo y el marxismo y la cada vez más angustiante decadencia de una concepción humanista sobre la vida y la sociedad, nos remite a elaborar un nuevo horizonte conceptual que, sustentado en la riqueza del tercerismo ideológico, nos permita enfrentar con éxito las acechanzas de un mundo extremadamente cambiante.

Ya en 1973 el general Perón, atento a las señales que marcaban nuevos rumbos en el acontecer histórico, alcanzó a prefigurar sobre los fuegos cruzados de ultras de izquierda y de derecha las nuevas formas de convivencia política y social que revalorizaban el sentido de la democracia y redefinían una identidad nacional acorde con la marcha de la evolución.

Evidentemente, no era el mismo Perón que había liderado el período 1946-55, durante el cual la democracia se había emparentado justicieramente con el liberalismo económico, la corrupción, el fraude y el elitismo. De aquí que se relativizasen las ideas sobre el control del poder, el pluralismo, la deliberación, etcétera.

Esta etapa que podríamos definir como doctrinaria-dogmática llevaba implícita una visión totalizadora sobre la cuestión del poder. La antinomia peronismo-antiperonismo, que signó la vida política argentina hasta 1973, y la profundidad de las transformaciones operadas en el período 1946-1955, generaron una cierta subestimación respecto a las mediaciones institucionales clásicas. La Revolución Nacional y Popular jerarquizaba la participación de las organizaciones sociales (CGT, CGE, CGP, Fundación Evita, etc.) que junto a la relación líder-pueblo y la existencia de un Estado planificador y concentrador del poder decisonal en lo económico, conformaron una democracia orgánica, directa y de masas.

Entre esta idea sustentada en un firme liderazgo nacional y la actual democracia sin vitalidad participativa y transformadora, debemos prefigurar las premisas teóricas de un nuevo sistema, que acorde con la Argentina post Perón, retome

con sentido de porvenir, la vocación revolucionaria y liberadora de las grandes mayorías nacionales.

NUEVA DEMOCRACIA Y PROYECTO DE TRANSICIÓN

Una concepción tercerista de la democracia, superadora de la visión restringida de la tradición liberal y actualizadora de la opción plebiscitaria y directa apoyada en la presencia de una jefatura nacional, debe apoyarse en la reconstrucción de un sujeto colectivo que convierta a la democracia en un proyecto trascendente de unidad nacional, con pleno contenido de justicia social. La participación activa del pueblo en las alternativas y en los caminos que conducen a la toma de decisiones es la garantía de superar el esquema de la democracia como técnica de gobierno o mera administración de los conflictos políticos y sociales. Esto implica valorizar ciertos espacios de poder que no se agotan en el ámbito partidario y sindical, que permitan generar nuevos canales de participación para recomponer, de abajo hacia arriba, el desarticulado cuerpo social de la comunidad.

La propuesta justicialista de Comunidad Organizada ya no puede ser concebida como la unidad de las estructuras, en tanto estas carecen de una representatividad social que movilice las bases de la sociedad. Más aún, cuando los mecanismos de su desenvolvimiento se han contaminado de los valores del sistema que el peronismo debe cambiar. La ausencia de proyecto y la voluntad de poder sin contenido están sugiriendo una crisis del complejo social que inevitablemente debe ser removida a partir de una lenta y profunda movilización de la base de la sociedad. Para la cual se hace enormemente difícil revertir la conciencia que la dictadura militar ha gestado durante los siete años de proceso. Frente a esta situación quedan dos alternativas. O aceptamos como determinante esta crisis de comunidad, o comenzamos a reconstruir propuestas y prácticas que tiendan a superar el actual estado de descomposición y desparticipación. Esta última opción es la que debe ligarse a la transformación del peronismo, vinculando en una misma dimensión la construcción de un nuevo peronismo en una nueva Argentina. Esto es posible si desde un sector del Movimiento se puede romper el divorcio entre peronismo y sociedad (superando la visión estructuralista que reduce el Movimiento a los aparatos), volviendo a saber estar a la escucha de la política allí donde nace y se hace. Si el liderazgo de Perón resumía un poder social y una voluntad nacional y popular en marcha, el desafío es cómo estos atributos pueden ser contenidos por una institución diferente a la que expresaba la jefatura.

Para esto se requiere abrirse un nuevo camino, el de una conexión entre teoría y movimiento, constitutiva de una práctica distinta basada en la criticidad y no en la ortodoxia. Debemos estar dispuestos a revisar todo el bagaje de “verdades absolutas”, asimilando que el peronismo no posee un pensamiento cerrado que anticipó “todo” el devenir de la historia nacional.

Formas organizativas que ayer fueron vitales en la construcción del proyecto peronista pueden hoy obstaculizar un real avance popular.

Asimismo, contenidos teóricos despreciados u orgánicas cuestionadas necesitan ser reelaborados a la luz de una situación inédita.

En consecuencia, debemos apartarnos por entero de la idea, que puede encontrarse aún en ciertas expresiones peronistas, de que la doctrina es una teoría “total”, la forma de una filosofía de la historia que culmina en una práctica del saber absoluto, capaz de pensar problemas que “no están a la orden del día” anticipando arbitrariamente las condiciones de su solución. Si la teoría política del peronismo es “finita”, es a partir de la aguda conciencia de su finitud que resulta posible planear la mayor parte de nuestros grandes problemas.

A esto se añade el hecho de que Perón no pudo prever la “democracia alfonsinista” (no hay citas suyas para responder a esta nueva situación) como tampoco “resolver” la estructuración orgánica o la institucionalización de su legado. Y esto es fundamental, porque el peronismo se encuentra como bloqueado (o inconsciente de sí) en todo lo que concierne a estos problemas. Si como dijimos anteriormente, la ideología y la doctrina peronista basadas en el núcleo conceptual de la Tercera Posición alumbran sus líneas directrices de un proyecto global, la teoría y la programática deben ser repensadas como los andamiajes de un nuevo sistema de poder. Para ello, y para la transición, es imprescindible fundamentar una concepción política que nos acerque a los umbrales de nuestra reconstrucción.

SOBRE LAS FORMAS DE CONCEBIR LA POLÍTICA

Ni los diagnósticos sobre la crisis del peronismo, ni las autocríticas más originales parecen llevar implícito un cambio en los métodos que permitan sustentar una concepción transformadora del Movimiento.

Esta situación obedece a una suerte de aceptación de los modelos de acción política institucionalizados en el peronismo a partir de la última confrontación electoral interna. Al margen de que la misma haya sido seriamente cuestionada por la ausencia de contenidos y como el antecedente más claro de la derrota del 30 de octubre, no existen señales de que nuevos métodos enriquezcan una lógica política, patrimonio de las fuerzas que hegemonizaron la vida política argentina previa a la irrupción del peronismo. Más allá de un debate o ajuste de cuentas con determinadas concepciones que contribuyeron a la pérdida de identidad del peronismo, esta pérdida está más ligada a la aceptación sin más de un modo “liberal” de concebir la política que al discurso público y a los candidatos que protagonizaron la impensada derrota. Más aún, tanto ese discurso como estos candidatos fueron consecuencia de visualizar la política como una acción eminentemente instrumental e inmedatista, carente de una mínima dimensión normativa ética que permitiese exteriorizar un proyecto de cambio para la sociedad nacional.

La consecuencia más dramática de la desaparición de Perón fue la mimetización del peronismo con el sistema de valores del capitalismo dependiente. Aun cuando lo recusáramos en un discurso fragmentado y vacío, la práctica política recurrió a todo el instrumental que el peronismo nació para cambiar. Porque si bien Perón planteó transformar el sistema al amparo de su propia legalidad, la dinámica del Movimiento de Liberación generaba valores antitéticos a los de la sociedad cuestionada.

Esta nueva cultura política, como cultura alternativa, proyectó al peronismo sobre la Argentina como planteo de transformación abierto, anticonservador, no neutralizable, utópico en su sentido de cambio, concreto de sentido en cada sujeto social; el peronismo fue la cabal noción de revolución frente a los distintos poderes e intereses ideológicos-económicos del reaccionarismo en el país.

El proyecto se sustentó en una concepción particular de la política como opción transformadora, como actividad de mayorías y como una ética, que superaba la visión de la política como tecnología del poder.

Las nuevas definiciones llevaban implícitas metodologías de construcción en las cuales, si bien se entremezclaban lo viejo y lo nuevo, lo conservador y lo revolucionario, las virtudes, la presencia de la conducción estratégica y la movilidad de nuevos cuadros y militantes no contaminados con las prácticas tradicionales, expresaban la primacía de los segundos términos sobre los primeros, es decir: la transformación sobre la conservación.

Desde esta perspectiva, también se rompía con los contenidos culturales negativos hacia la política que existían en la sociedad. Al convertirla en una posibilidad abierta y no excluyente, recortaba su capacidad de manipulación y su tendencia a la venalidad, transformándola en conciencia social movilizadora, en opción de masas populares.

La redefinición partía de apreciar la creatividad de la política viéndola como construcción, no solo de instancia de convergencia y concertación en el horizonte directivo o como poder electoral, sino fundamentalmente como poder popular organizado.

La muerte de Perón desnuda al Movimiento de su vitalidad revolucionaria, en tanto Perón era sinónimo de un contrapoder y de cultura alternativa al sistema (el hecho maldito del país oligárquico-dependiente).

La doctrina, la teoría y la programática justicialista se convirtieron en muletas que no alcanzaron a disfrazar una lucha desenfrenada por los espacios de poder, comenzando a rendir culto a la habilidad para el engaño, la trampa y al tráfico de influencias.

Así, el tactiquismo comienza a ser el centro decisional del político-metodológico. No por ocuparse de los problemas inmediatos, lo que es obviamente imprescindible, sino como un modelo de accionar que se dirige “inmediatamente” a la política, en el sentido de que solo le importa la política como aquel sector de la actividad humana que gira en torno del poder manifiesto.

Y si bien nos podríamos preguntar si no es esto lo que hace todo político o militante, el problema está en lo que se entiende por política y qué clase de cuestiones se cree que se deciden en ella. Porque en el trasfondo del exclusivo querer “hacer política” se concibe una actividad específica, por lo tanto, parcial, y esto aunque quienes lo sientan así no sean explícitamente liberales, no es sino la concepción liberal, para la cual el hombre es un individuo, por lo tanto no es político por esencia y por lo tanto la política no tiene que pensar todo lo humano, sino que es una ocupación de técnicos del poder.

Es la ideología liberal la que sindic a la política como una actividad derivada, propia de la administración: de hecho, esa ideología lo es de una determinada voluntad de poder consciente de sí. Y entender a la política como algo específico, en otro sentido como el ejercicio del poder por el poder, desvinculado de otros fines, es la concepción que se ha instalado profundamente en el frágil cuerpo del Movimiento Peronista.

DE LA CONCEPCIÓN “RELIGIOSA” AL COMPROMISO CON EL SISTEMA

El retorno y la muerte del líder después de dieciocho años de exilio forzoso y la irrupción en el poder de la más terrible dictadura de que tengamos memoria los argentinos cambiaron la naturaleza de la política en el país.

No sabemos por cuánto tiempo (en tanto la actual es una etapa de transición) la acción política continuará divorciada de los contenidos trascendentes que impregnaron la lucha del pueblo desde 1946 hasta la desaparición de Perón.

Más allá de un debate con determinadas estrategias y tácticas que caracterizan la etapa política mencionada, el replanteo de estas pone en juego la concepción misma de la política, también permeada por una etapa histórica signada por los contenidos épicos y de gesta heroica que le otorgaba la fidelidad del pueblo para con su líder. El período en que se desenvuelve la lucha por el regreso y la reconquista del poder se puede dividir en dos etapas claramente definidas. La primera de ellas, marcada por la resistencia, la hegemonía sindical en la lucha, las carencias organizativas y un caudal de activistas que constituían la fuerza propia, o sea los que habían vivido la Revolución Peronista.

A partir de 1970, aproximadamente, se abren nuevos cursos de acción determinados por la aparición de un nuevo protagonista: la juventud universitaria. No debemos olvidar que en la década del sesenta una oleada de rebeldía había recorrido las entrañas del continente europeo. Los trastornos políticos que hicieron temblar a Occidente marcaban también una crisis generacional aguda. Fue la rebelión de un segmento de la clase media y constituyó una suerte de efímera “revolución cultural”. La absoluta libertad de costumbres del occidente europeo es una de las consecuencias de la insurgencia moral de la juventud en los sesenta. A pesar

de que los “desórdenes” universitarios estremecieron a Occidente, ni la Unión Soviética ni los partidos comunistas los utilizaron o lograron canalizarlos. Al contrario: los denunciaron como movimientos pequeño-burgueses, anárquicos, decadentes y manejados por agentes provocadores de la derecha. Es comprensible la hostilidad de la jerarquía soviética: la rebelión juvenil, tanto como una explosión contra la sociedad de consumo capitalista, fue un movimiento libertario y una crítica pasional al marxismo de Estado y al autoritarismo.

En América Latina la Revolución cubana, se convierte en el eje de la discusión sobre los caminos hacia la toma del poder. Nuevos actores políticos y sociales vinculados a los sectores medios, sobre todo al estudiantado y al ala tercermundista de la Iglesia católica, comienzan a transitar el camino de una paulatina radicalización.

En nuestro país, la experiencia peronista comienza a ser revalorizada por sectores que la habían despreciado por reformista, populista y burguesa. Fanon, Von Giap, Mao Tse-Tung, comienzan a visualizarse como los estrategas y teóricos que aproximan y equiparan la lucha de los pueblos marginados y su articulación con los movimientos de liberación nacional. Desde esta nueva perspectiva, comienzan a transformarse los ejes metodológicos-organizativos. De la espontánea rebeldía de la resistencia, ligada sobre todo al sindicalismo, se prefiguran las organizaciones de cuadros, hegemonizadas por los sectores medios que inauguran otra etapa en la historia del Movimiento Popular.

Gana terreno la comprensión de que el pueblo es el sujeto de nuestra historia, concepción que es acompañada por el trabajo político de masas, en tanto se reconocía en estas la fuente de legitimidad del poder peronista.

Pensamiento y acción se ligan a una gran cuota de sacrificio, idealismo y entrega, que más allá de las deficiencias que hoy a la distancia podamos marcar, signaron una etapa heroica en la lucha por la liberación.

Precisamente, esta heroicidad de miles de jóvenes activistas, viejos militantes y cuadros quedó oscurecida a partir del mesianismo montonero, que intentó reemplazar a Perón y al pueblo como ejes de la revolución, transformando la acción política en teatro de operaciones o campo de batalla, al pueblo en infraestructura o logística y a la liberación en culto a la violencia y al asesinato.

Los fuegos cruzados de ultras de derecha e izquierda que impidieron el reencontro de Perón con su pueblo el 20 de junio de 1973 marcan, quizás, el límite crucial entre la lucha por el ideal y una guerra de exterminio elitista y antipopular.

El desplazamiento virulento de la política como acción de masas por la violencia injustificada y sin sentido, el reemplazo de la doctrina peronista por la idea de un socialismo dogmático y autoritario y el intento de sustitución de la relación líder-pueblo por la de cúpula-aparato montonero hicieron que la riqueza y el valor de la lucha aportada al Movimiento por muchos nuevos peronistas quedara como un valor, si no negativo, por lo menos ineficaz para extraer enseñanzas dignas de ser tomadas en cuenta. Más aún, la irracionalidad de la violencia

montonera ejercida contra un gobierno elegido por el pueblo oscureció las posiciones políticas de otros sectores que compartían algunos aspectos del accionar político de la “tendencia revolucionaria”.

Y como culminación del trágico enfrentamiento de los Montoneros con Perón, se produjo un cambio abrupto en las relaciones de poder interno del Movimiento en favor de los sectores más retardatarios y reaccionarios. El peronismo vuelve a pivotar sobre el aparato sindical como única fuerza orgánica y ya sin estructura política, los dirigentes que habían sido desplazados por el avance juvenil vuelven a ser protagónicos y en consecuencia se traba cualquier posibilidad de construir referentes nuevos de los tradicionales componentes históricos. Esto significa un retroceso en el tiempo, que se desnuda en la orfandad política del gobierno de Isabel, la ausencia de trabajo con el pueblo, la total carencia de apoyo de la sociedad y el desplazamiento doctrinario del peronismo hacia posiciones retrógradas y autoritarias. La nefasta experiencia del último tramo del gobierno constitucional (López Rega-Rodrigo-Triple A) y el golpe de 1976 abren el nuevo ciclo de la Argentina post Perón.

Si bien la década del setenta se juzga por lo negativo, en tanto la violencia es el centro de la acción política, ese ingrediente no impide hoy a la distancia analizarla más fríamente, buscando sus aspectos rescatables.

Este análisis, debe contener la existencia de un marco internacional y particularmente latinoamericano que irradiaba la idea central de revolución, como cambio radical y como idea de poder absoluto. Se le pedía a la revolución lo que los antiguos le pedían a la religión: salvación y paraíso, despoblando el cielo de dioses y ángeles, pero heredando del cristianismo la antigua promesa de cambiar al hombre. La militancia política era sinónimo de compromiso total, donde lo individual se fundía en sujeto colectivo que encarnaba el ideal de salvación. Importantes ingredientes psicológicos matizan esta voluntad de poder, esta intencionalidad de cambiar violentamente todo.

Aun así, esta concepción podía haberse sintetizado en el proyecto de democracia social e integrada que define Perón a su regreso al país. La conducción reconoce los anhelos de cambio de la sociedad y el pueblo, pero intenta desarrollarlos gradual y armónicamente, conjugando los signos de los tiempos con la realidad plural de la Argentina. Ya en 1974, la “marea roja” latinoamericana va decreciendo y, por lo tanto, era necesario contemplar las nuevas relaciones de poder internacional. Bastaba para ello observar el trágico final de Allende en Chile y las realidades de Perú y Bolivia para comprender que el modelo argentino debía vincular la idea de revolución con un sistema de gobierno estable, participativo y pluralista que permitiese generar un poder político y social apto para enfrentar a las minorías internas y a los poderes hegemónicos internacionales.

Perón muere luchando por persuadir a las fuerzas políticas y a las estructuras sindicales y empresariales sobre la necesidad de transitar ese camino.

La agresión militar sobre la sociedad nacional, la ausencia de dirigencias con consenso y la desarticulación de toda posibilidad organizativa dejan al pueblo inerme frente al torrente destructivo ejercido por el autoritarismo militar. La apertura política, como concesión forzada después del trágico fracaso militar en las Malvinas, está signada por los atributos que los peronistas acostumbrábamos a señalar como liberales. Partido político, elecciones internas, respeto a la democracia, congresos representativos, etc., son los andamiajes de esta nueva instancia. Y no es que hoy, después de lo ocurrido, invalidemos estos mecanismos, que por otra parte son los que invocan las fuerzas renovadoras del peronismo, sino lo que se intenta marcar no es que no existen otras formas complementarias de construcción del poder, capaces de sintetizar algunos de los componentes históricos de las luchas populares, con la nueva realidad emergente. Esta ausencia de síntesis, consecuencia de los “pecados del pasado” y la mágica creencia de que el peronismo podía seguir siendo un movimiento transformador aceptando todo el bagaje metodológico otrora cuestionado, nos lleva a “descubrir” en los “viejos políticos” y en las dirigencias, hasta no hacía mucho tiempo frontalmente criticadas, a los artífices de la única salida posible.

La doctrina se convierte en un dogma, que no solo es una variante empobrecedora de la política, sino de la vida cultural del pueblo. Surge siempre cuando se olvida el proyecto y se disputan las herencias.

Cuando las concepciones de una causa (nacidas y recreadas al calor de una historia de lucha) se vuelven responso, letanía, catecismo ideológico, significa que las ideas pasan a formar parte simplemente de una astucia de poder. El atajo de los cortesanos. Significa que la riqueza de un pensamiento colectivo se ha transformado en un comisariato que pretende “ajustar” la capacidad política y cultural de las masas.

Esta visión se une a la idea de eficacia con la que Perón machacaba al momento de juzgar las acciones, sin detenemos a pensar que esa suerte de culto a los resultados se sustentaba en el proyecto trascendente que encarnaba la conducción estratégica.

Esta ética de los fines, alejada del tramposo eticismo liberal, impregnó al peronismo de una singular valoración de la política. Si Perón resumía las “virtudes revolucionarias”, no era necesario por debajo de él mantener escrúpulos en cuanto a procedimientos y métodos. Una voluntad de poder sin más alcanzaba para crecer en el Movimiento, en tanto la jefatura garantizaba la pureza de los objetivos últimos.

Excluyendo del análisis al “vandonismo” de Vandon, y a los Montoneros, quienes alcanzaron a conformar proyectos políticos alternativos, las restantes fuerzas y dirigentes que componían al peronismo disputaban un poder que no suponía otra dimensión que beneficiarse con la intermediación en el espacio político que generaba la relación entre la jefatura y el pueblo.

Concebida la política como medio para asegurar esa cuota de poder y su mantención, sin más límites que su propio objetivo, la acción se evaluaba en términos de puras relaciones de fuerzas, juzgándolo todo en función de la eficiencia política.

Esta visión instrumentalista lleva a que todo pueda ser considerado negociable, en tanto y en cuanto signifique o reporte mayor poder. No está de más marcar que esta concepción reduce a la política al cálculo medio-fin (costos-beneficios) y por consiguiente, a la ausencia total de una valoración significativa o trascendente.

Esa fascinación por la “Realpolitik”, que no solo puede justificar el compromiso con el enemigo, sino también el desbarrancamiento de la sociedad argentina a la violencia más inhumana, quedó al desnudo, cuando perdimos a quien expresaba las más nobles virtudes del pueblo. Porque si bien Perón fue un predicador tendencioso de esa suerte de pragmatismo mayúsculo, nunca se apartó de los objetivos que fundamentaban su poder.

Ya no sirve ampararse en el realismo de Perón para justificar nuestra desvalorización sobre las profundas relaciones entre la ética y la política. Con aquel sistema se fue creando un marco de categorías tan amplias que fueron proclives a incorporar y justificar cualquier movimiento táctico, sistema de alianzas o código de procedimientos. El señalamiento de este tipo de desviaciones fue juzgado como inmaduro, ideologista o carente de sentido práctico. La madurez y la viveza política comenzaron a emparentarse con la adultez del profesional, y toda posición crítica fue descartada por ingenua. Había que comprender la lógica implacable del engaño, el soborno y la trampa, para penetrar en el circuito reservado del poder. Con solo mantener intacta y lista para disparar la artillería de las remanidas muletillas doctrinarias, alcanzaba para cubrir las apariencias de que la “revolución peronista” estaba pasando por momentos que imponían una “gran flexibilidad táctica”. Este fue el peronismo que todos contribuimos a diseñar después de la muerte de Perón. Así la política se concibe como una endiablada e infinita “rosca” entre dirigentes y aspirantes a serlo, y “el pueblo” es una entidad amorfa, discursiva, retórica, en suma, inexistente.

DEL SUJETO COLECTIVO A LA PROMOCIÓN INDIVIDUAL

La crisis de las organizaciones de cuadros despejó el camino hacia el despliegue de las habilidades individuales. Nosotros, los militantes, no intentamos una síntesis entre la historia y el presente. Miramos hacia arriba para identificarnos con las artimañas de los políticos y sindicalistas, antes que revisar una experiencia para aportar alguna forma de construcción renovada.

La política se convirtió en un “torneo de vivos” en el cual firmamos, a la luz de lo acontecido, nuestra castración como sujetos de una acción diferente. Fuimos también alcanzados por la degradación, y comenzamos a explicar y justificar lo injustificable. Pero si bien hasta el 30 de octubre esta acción puede escudarse en las limitaciones objetivas que impedían intentar otro camino, la recurrencia a esta metodología es un síntoma que parece signar a una “generación maldita”. Porque parece que en el peronismo folklórico y burocrático solo hay que modernizar lo primero (lo folklórico), pero aceptando sin más lo

burocrático como el estilo político que signará la Argentina futura. La persistencia en seguir creyendo en los dirigentes-opciones, más allá de su proyecto y su práctica, y la ausencia total de vocación de lucha impiden construir desde el seno de la sociedad una acción colectiva distinta.

La conformación de nuevas imágenes (a través de una relación superficial con la gente) y las habilidades palaciegas (para crecer en los aparatos) parecen constituir los únicos mecanismos de construcción del poder. Se sigue apostando al empobrecimiento de la política, su desvinculación de una acción trascendente de construcción orgánica con los cuadros, militantes, activistas y jóvenes que son quienes le pueden dar un impulso sinceramente transformador al pensamiento y a la acción.

Evitar que la política vuelva a ser concebida como lo era en la Argentina preperonista, es decir como sinónimo de prebenda, compra de influencias, trampa, cachiporra y clientela, implica la necesidad de profundizar la convergencia de los militantes que, partiendo del esfuerzo por comprender y sintetizar la nueva realidad social del país, puedan convertirse en una posibilidad real de poder en el tiempo. Significa retomar una tradición presente en toda la historia del peronismo, donde la idea de acumulación de poder no solo significaba crecimiento individual en los aparatos partidarios o en las instituciones, sino también capacidad para encuadrar y sintetizar los movimientos que se originan en la base de la sociedad.

Habrà un nuevo peronismo, o para decirlo crudamente: habrá peronismo si logramos depositar en las bases la fuente de su legitimidad. Si podemos ser algo más que el recitado aburrido de las Veinte Verdades que nos atornillan al pasado, y contribuir a rescatar lo esencial del peronismo —lo que siempre ignoran los entornos y los burócratas—: la concepción del pueblo como sujeto de la política.

Este desafío es difícil, en tanto el juego superestructural confunde, sofoca y continúa distanciando al peronismo de la sociedad. Sabemos que no estamos ante contradicciones internas que expresan diferencias de proyectos, sino, por el contrario, que enfrentamos a ideas y dirigentes que sintetizan un solo perfil del Movimiento, siempre menor y descalificable, en la crónica del peronismo rebelde y popular.

Aun así, hay líneas trazadas por el Movimiento que coherentizan un derrotero nacional y popular, y le otorgan un sello categórico: su humanismo, su antiimperialismo tercerista, el planteo democrático de los trabajadores, su decisión de transformar un país estructurado por las minorías de la dependencia.

Este es el cauce que debemos retomar, acompañándolo por nuevas formas organizativas que permitan que la militancia y las bases reinterpreten la realidad, recuperen la iniciativa y salgan convocadoramente al frente. Para esta tarea hace falta que aquellos compañeros que han transitado por una práctica común —en los términos más amplios— enriquezcan, a partir de conformar un sujeto colectivo, una experiencia y una memoria de lucha, sintetizándola en las exigencias y las realidades que han surgido como consecuencia de la nueva situación nacional.

LA ORGANIZACIÓN: PARTIDO - MOVIMIENTO - ALVEARIZACIÓN Y FRENTE NACIONAL

La creciente degradación del sentido de lo ideológico y lo político va transformando al peronismo en un “partido” más, aun cuando este proceso de decadencia siga siendo designado con el orgulloso rótulo organizativo de Movimiento.

Pareciera que la existencia de obreros peronistas y la presencia hegemónica del sindicalismo en las decisiones políticas alcanzaran para mantener nuestra determinación movimientista.

El error es confundir la noción de movimiento con la de estructura, o de continuar definiendo la complementariedad movimiento-partido, con la de todo-parte. Se dirá entonces que el partido es una “parte” del Movimiento, frente a lo cual debemos preguntarnos: ¿la otra parte es el sindicalismo? Y si fuese así, ¿cuál sería la conducción del todo? En estos interrogantes continúa subyaciendo la deformación de asociar mecánicamente formas con realidad sustancial, orgánica con contenido.

El Movimiento fue básicamente una “concepción” (una idea) que definía, a través de componentes singulares conducción-doctrina-pueblo, la capacidad para encuadrar, sintetizar y conducir la producción política, económica, social y cultural de las mayorías nacionales. La visión del Movimiento se entrelazaba a la de la Nación. Movimiento Peronista-Movimiento Nacional y Pueblo-Peronista-Pueblo Argentino, eran los términos que afirmaban la existencia de una voluntad colectiva, la vitalidad de una memoria común y el proyecto de construir una unidad de destino.

La institución que contenía tal fundamentación era la relación Líder-Pueblo, que fue siempre uno de los temas más atacados por la racionalidad liberal.

El peronismo no cuenta con una tradición organizativa-institucional que nos permita a través de las formas definir nuestra condición movimientista. Las distintas formas de movilización y organización de la comunidad, en sus niveles intermedios y en sus expresiones políticas y sociales, que fueron marcando la construcción de una voluntad nacional y popular, eran sintetizadas en una conducción superior que aquella misma conciencia —antes fragmentada— había posibilitado crear.

Si tuviésemos que explicar la naturaleza movimientista, ningún peronista dudaría en apelar al concepto de jefatura para nombrar a la “institución”, que sustentaba tal definición. Ni el sindicalismo, como la institución más sólida y permanente creada por el peronismo, ni mucho menos el partido —una especie de comodín electoral—, o la suma de ambos, alcanzan para caracterizar nuestra condición de Movimiento.

No casualmente Perón hablaba de gregarismo para definir una etapa necesaria, presente por otra parte, en todos los movimientos de liberación. El no haber podido transitar la fase institucional, en vida de la conducción, explica en gran parte lo que sucedió en la Argentina y en el peronismo, después de la muerte de Perón.

Cuando decimos que esa pérdida origina nuestra crisis estamos remarcando nuestra descomposición como sistema de poder, la pérdida de identidad y la

incapacidad para recomponer, mediante una estrategia actualizada, una institución movimientista distinta.

La polémica partido o movimiento que signó gran parte de la discusión de la militancia en el período previo a las elecciones, fue arrasada por la lucha interna, en la que tanto “partidócratas” como “movimientistas” convinieron aceptar como una nueva forma de reconstruir el sistema de conducción.

Esa conducta estaba, de hecho, conceptualizando lo organizativo de manera distinta a lo expuesto formalmente en los esquemas doctrinarios. El que “todos” hayamos participado de la confrontación electoral interna, considerándola portadora de una nueva legitimidad, avizoraba nuevas definiciones sobre nuestro futuro organizativo. La estructura partidaria asumía un valor distinto respecto a su significación histórica en el peronismo.

Más allá de las acusaciones o enjuiciamientos, que dependieron más de los sistemas de alianzas que de los contenidos de las mismas, el conjunto del peronismo acordó que el partido era el espacio que resumía nuestro tránsito hacia la institucionalización.

Paradójicamente, invocando nuestra naturaleza de Movimiento, fuimos derrotados como el más liberal de los partidos. Y esto, más allá de las deformaciones ideológicas y organizativas, se debió a nuestra incapacidad para recrear nuestra determinación movimientista, a partir de construir una estructura partidaria coherente, no liberal.

Después del 30 de octubre se plantea, desde algunos sectores, la ofensiva contra los mayores responsables de la derrota, para reorganizar el Movimiento y legitimar una nueva conducción. Para hacer posibles esos objetivos se recurre a mecanismos partidarios: nuevos congresos, elecciones internas, reforma de la Carta Orgánica, etc. La apelación a la libre expresión de las bases se traduce en el voto de los afiliados, en la renovación de las estructuras a partir de nuevos protagonismos y en el surgimiento de otras autoridades producto de una confrontación interna. En definitiva, es reconocer que la lucha partidaria es la que redefine las relaciones de poder en el Movimiento Peronista. Y también acordar que las posibilidades de seguir siendo Movimiento dependen más de rescatar nuestra cultura política liberadora, de nuestra capacidad de convocatoria y de nuestra inteligencia para actualizar la doctrina a la nueva situación de la Argentina, que de persistir en una estéril discusión organicista que no lleva implícito un cambio en nuestra práctica política.

SOBRE LA ALVEARIZACIÓN Y OTRAS DESVIACIONES

Podremos continuar hablando de Revolución Peronista si expresamos dos dinámicas fundamentales: primero, la que se revelaba de nuestra capacidad para sintetizar las contradicciones internas de la sociedad; luego una dinámica política

manifestada en la amplitud organizativa y movilizadora para encuadrar a las mayorías nacionales en una propuesta transformadora.

El núcleo central del fenómeno peronista lo constituyó la potencialidad para construir una voluntad colectiva, un “nosotros” que pese a diferenciaciones internas, antagonismos y visiones contrapuestas de la doctrina, podía expresarse como una conciencia nacional movilizadora.

Ese “nosotros”, como un ser histórico real, con una memoria, una voluntad y una conciencia, que traducía la corporalidad de nuestro poder, es el que se fragmenta, replegándose a posiciones sectoriales, de clase o individuales, después de la muerte de Perón. El vacío de conducción sumado al golpe militar de 1976 y al proceso que allí se abre, no solo reestructuran el orden socio-económico de nuestro capitalismo dependiente, sino también el sistema político. El peronismo, ya sin líder, deja de ocupar “todo” el espacio nacional, la doctrina —como apuntamos en otra parte del trabajo— pierde interioridad respecto al Movimiento y trasciende sus fronteras, el proyecto de revolución nacional y popular se ve “mediatizado” por la revalorización de la democracia, ya no como algo meramente instrumental, sino como algo material y sustancial.

Contribuyen a ello diversos factores. La misma experiencia de la dictadura revela, por ausencia, la importancia de los derechos y garantías constitucionales para la vida individual y para la práctica política. Esto es así en la medida que la privación de esos derechos no alcanzará nunca el grado a que fuera llevada por esta última intervención militar. Asimismo, la uniformación intentada a través de la Doctrina de la Seguridad Nacional hace percibir la importancia del pluralismo y del disenso como condiciones importantes de la vida política.

El hecho de que la democracia se constituya en el campo principal del debate y de la lucha política, ideológica y cultural entre el régimen y los sectores populares, determina un replanteo en las concepciones políticas que, de hecho, tiene su implicancia mayor sobre el desarticulado cuerpo del peronismo. La principal, la crisis de un modelo de conducción, pues desaparecido Perón, que lideraba dificultosamente las “cosas distintas”, quedaban solamente las cosas distintas, sin una instancia mayor que fuese capaz de perpetuar ese modelo histórico de dirección.

El congelamiento de una dirigencia que ya en el 76 habíase demostrado incapaz para sostener un inorgánico legado, sumado a la desastrosa experiencia gubernamental presidida por Isabel y a la probada incapacidad para articular un nuevo discurso político que recompusiera las solidaridades sociales devastadas por la represión militar, volvieron imposible la misión de adecuarnos a los síntomas de un progresivo cambio del escenario y del mapa político de la Argentina.

El peronismo comienza a divorciarse de la sociedad, replegándose en los aparatos y sosteniendo casi inconscientemente que no necesita ser afirmada ni renovada la credibilidad política del pueblo respecto al Movimiento.

La adhesión de las mayorías y la incondicionalidad de los votos eran una herencia que soportaría todos los momentos electorales que hiciese falta afrontar. Perón había dejado victorias casi para siempre. Solo importaba ganar espacios de poder en las estructuras en tanto las mayorías, supuestamente, habían sellado una especie de pacto de eternidad con el peronismo. Esa es la lógica que nos lleva al proceso de desviación, no como deformación orgánica, sino como la más profunda de las desviaciones: la indiferencia y la distancia cada vez más importante que nos separa de las necesidades y requerimientos de la sociedad nacional. Este aislamiento es el que lleva implícito la componenda y el compromiso con los valores del sistema, que no solo se expresan en los acuerdos y coincidencias con la dictadura, sino también en la subestimación de la conciencia del pueblo.

Muchas veces se confunde la idea de “alvearización” con la victoria interna de los políticos sobre los sindicalistas, o como la primacía del partido respecto a la estructura gremial. Sería algo así como la hegemonía de lo político-liberal sobre lo sindical-social. En realidad, si lo que se pretende resaltar con el calificativo de “alvearización” es una integración complaciente al sistema, aquella estuvo mucho más ligada al acuerdo monseñor Plaza-Herminio Iglesias-Verplaetsen, que la que podía expresar un político “liberal” como Luder. O dicho de una manera más “radical”: nuestra alvearización puede venir de la mano de una “jefatura carismática” como supuestamente, para algunos, sigue ejerciendo Isabel, que nos encierra en un neofranquismo monacal digno de las mejores tradiciones reaccionarias.

Alvearización, partido liberal, sindicalización, partido laborista, significan entonces desnaturalización, deformación doctrinaria, pérdida de poder de convocatoria, ausencia de credibilidad política, defensa de los valores del sistema, anticomunismo, caza de brujas, desparticipación, desmovilización, etc. Por supuesto que todas estas “cualidades” pueden ser protagonizadas por un partido peronista almidonado, prolijo y complaciente con las ventajas de un bipartidismo “a la colombiana”, intrascendente para la suerte del pueblo e inoperante en cuanto a la posibilidad de producir cambios en la sociedad.

La sindicalización del Movimiento, la alvearización o la transformación en una opción de derecha, más allá de los sujetos que la encarnen, son fenómenos que, en un sentido último, encierran los mismos presupuestos deformantes. El denominador común es una visión de la política y la sociedad antagonica a la que históricamente expresó el peronismo.

MOVIMIENTO Y FRENTE NACIONAL

Dos motivos concomitantes llevan a la noción de “movimiento”: el primero es el ya señalado protagonismo de las grandes mayorías, el otro es el recalcar esa dinámica o movimiento de tales mayorías: la práctica del pueblo.

De aquí que hayamos señalado lo complejo de la noción movimientista. En sentido restringido puede ser una manera de designar un partido político poniendo énfasis en su faz más abierta (radicalismo-alfonsinismo), un segundo sentido puede designar el ámbito de prácticas creativas, transformadoras y organizativas que, excediendo el cuadro del partido, constituyen su base más arraigada representada por una autoridad suprapartidaria. Este es el sentido como fue concebido el peronismo, como Movimiento Nacional trascendente a toda estructura formalmente predeterminada obedeciendo a una conducción unipersonal y cuyos protagonistas centrales son el líder y el pueblo.

Porque las mayorías representan cualidad y proyecto político-cultural además de número, hablamos de pueblo. Pero a esas mayorías populares no se las puede abstraer y pensarlas como si fueran un sujeto dado, un sujeto terminado en sí mismo y que puede ser considerado sin tener en cuenta las diferencias individuales, sectoriales, sociales, los conflictos frontales entre mayorías y minorías y la situación material expresada por la geografía y la economía. “El pueblo al poder”, es una propuesta que supone una dinámica, una conflictividad y una materia. No se propone que asuma el poder un sujeto abstracto sin interferencias. A tal punto existen contradicciones que solo se pueden resolver “en movimiento”, esto es dinámica organizada que trate de evitar la violencia haciendo prevalecer la afirmación.

La jefatura expresaba algo superior a la mera suma de voluntades individuales, sintetizaba un proyecto mayoritario, encarnado en una conciencia común. La voluntad de una comunidad que tiene un ser propio, una entidad real, no meramente jurídica o pactada. Esto resultó impensable para el liberalismo que rechaza, como dijimos, la idea de que el hombre es un ser político y solamente se realiza en el marco de una comunidad.

Por otra parte, y esto es muy claro en lo que hace a la historia de nuestro liberalismo, el rechazo de la institución del liderazgo se funda en una experiencia histórica, y es que el liderazgo permitió que aquella parte de la sociedad que es excluida del poder, de ese poder que ha sido apropiado, institucionalizado y legitimado por un sector minoritario, pueda dar expresión a su propio poder concentrándolo y unificándolo en quien lo exprese.

Es así como el peronismo estructura el campo nacional ocupando todo el espacio político y social de la Nación. A su caída en 1955, desde una parcialidad nacional el Movimiento comienza a reconquistar nuevos espacios de poder ampliando sus fronteras con la incorporación de nuevos sectores y concentrando el cúmulo de las energías nacionales. A su retorno en 1973, Perón no es solo el jefe de un movimiento político sino el conductor reconocido de la Nación, pues había logrado que el Movimiento Peronista fuese sinónimo de Movimiento Nacional fuera del cual no había lugar para articular otra propuesta de contenido liberador.

El Frente Nacional que articuló Perón fue la resultante de incorporar generosamente, en un espacio político-social ya ganado, diferentes partidos que

al mismo tiempo que enriquecían el espectro electoral impedían la atomización que planteaba la dictadura en aquel momento. Por otra parte, la participación que se les ofrecía a esas fuerzas en los cargos electorales era mayor de la que los aliados podían conseguir en base a su poder propio. Perón era quien podía manejar esta alternativa con flexibilidad y grandeza, ampliando el espacio de coincidencias y cerrando todas las brechas sobre las que el gobierno militar intentaba operar. El peronismo era en sí mismo la idea del Frente Nacional.

El valor de este diseño político no era la reunión de partidos ya que los aliados no sumaban nada significativo a nivel electoral, sino la capacidad de Perón y del Movimiento para convocar a todas las fuerzas de signo nacional.

En las actuales circunstancias un frente de las mismas características y con parecidos aliados carece de sentido, pues esos sectores no contribuyen ni a reconquistar el espacio perdido ni a ampliar nuestro consenso político y social. Si transitamos una profunda crisis de identidad, esta no puede comenzar a resolverse convocando aliados con los que históricamente se han tenido muy pocos puntos de coincidencias tácticas y estratégicas. Esto es claramente verificable en el caso del frondi-frigerismo (que pareciera un interlocutor privilegiado) pues permanentemente ha especulado con el golpe militar acusando a Perón de desviarse del programa “la única verdad es la realidad” y enfrentando la política de Pacto Social y concertación diseñada por la conducción en 1973.

La sumatoria de sellos vacíos de contenido real, tanto cuantitativamente como socialmente, en nada contribuye a paliar nuestro déficit político, que debe ser resuelto con la recuperación de nuestro potencial sentido movimientista y no mediante fuegos de artificios superestructurales.

Así pensada esta idea de frente no solo carece de vitalidad política, sino que reniega de la necesidad actual de plantear, desde la izquierda del gobierno, una clara opción transformadora; por el contrario, el dispositivo ideológico de la alianza los ubica a la derecha, en tanto una especie de socialcristianismo desarrollista ayuda a conformar una visión reaccionaria de la sociedad nacional.

De aquí que es absurdo hablar de Frente Nacional hasta tanto no reconstruyamos nuestra identidad, porque es a partir de allí que podremos vertebrar un movimiento de unidad nacional, dentro del cual el peronismo pueda nítidamente ser la hegemonía doctrinaria y organizativa.

SOBRE LA CONDUCCIÓN

Si en algo estábamos de acuerdo la mayoría de los peronistas después del fracaso de 1976, era en la necesidad de reconstruir la estructura de poder del Movimiento.

Esa reconstrucción tenía como eje la actualización de un nuevo sistema de conducción que pudiese reemplazar, a través de una construcción orgánica y Colegiada, el modelo de jefatura existente en vida de Perón.

El concepto de conducción fue la clave para comprender los fundamentos de la Revolución Peronista. En aquel se resumía la unidad de doctrina, el proyecto político y el nivel de la conciencia del pueblo. Por eso los peronistas siempre actuamos y pensamos desde una perspectiva de conducción. Solo así era posible concebir al Movimiento como una unidad contradictoria de distintas fuerzas y cuya dinámica interna resultaba de las luchas que esas fuerzas establecían entre sí para orientar las acciones del Movimiento en el sentido de sus propias propuestas. Pero estas propuestas y esas luchas se desarrollaban en el Movimiento a partir de la aceptación de un elemento fundante: la conducción política de Perón.

A su muerte no solo experimentamos un vacío organizativo, consecuencia de una historia signada por el gregarismo, sino también la imposibilidad de reemplazar la calidad de aquella jefatura.

La experiencia del gobierno de Isabel confirmó esa presunción. No era solo la magnitud de los conflictos heredados, la complejidad del Movimiento, la falta de capacidad o la inexperiencia de Isabel, sino algo más sustancial y profundo: la muerte de Perón modificaba la naturaleza orgánica del Movimiento. La jefatura carismática debía ceder paso a un sistema institucional, producto de fortalecer y vertebrar el cuerpo político Peronismo.

El último tramo del gobierno constitucional, al margen de comprobar tal aseveración, demostró una desviación acentuada respecto a los lineamientos trazados por Perón. Isabel dejó de ser síntesis de la totalidad para convertirse en parte de la disputa intersectorial. Aislándose del conjunto del pueblo peronista se comprometió con una política de círculo impenetrable e incomprensible. Finalmente se pensó ingenuamente que el método para mantenerse en el poder consistía en entregarle al enemigo porciones cada vez más significativas de aquel poder (López Rega-Triple A-Celestino Rodrigo, etc.). De esta manera se destruyó la política de Unidad Nacional sustentada por Perón apoyada en el Pacto Social y el acuerdo político con los partidos nacionales.

Se olvidaba de que el gobierno no constituye un poder en sí mismo, sino que el acceso a él y su conservación dependen del fortalecimiento de una fuerza propia. Isabel abandonó progresivamente el Movimiento, ya sea enfrentándose o dejándose enfrentar por los sindicalistas y clausurando la posibilidad de organización del partido.

La riqueza de la conducción depende de la capacidad y de la fuerza de las estructuras que conduce y, en consecuencia, el enfrentamiento con esas fuerzas arrastra hacia el aislamiento y el creciente deterioro de la propia conducción. Esta lucha desgastante fue acompañada por una manifiesta tendencia a situar la fuerza propia en el aparato del Estado (Ministerio de Bienestar Social) dejando de lado no solo a las organizaciones sociales y políticas sino también al propio Movimiento Peronista.

Este camino fue demostrando una concepción elitista y autoritaria del poder, haciéndose explícita en el discurso de julio de 1975, cuando Isabel remarcó

aquello tan doloroso para los peronistas de que “yo y unos pocos amigos decidimos...”. Una frase demasiado dura para los que habían luchado muchos años por el retorno de Perón a la patria y al poder. Comenzaba a conceptualizarse la política del entorno. Una concepción que la aislaba del pueblo. “Olvidé —dijo Isabel— mi dolor y con los pocos amigos dispuestos al sacrificio de darlo todo por la ventura de la patria, me entregué de lleno a proseguir la línea trazada por Perón”. Era una concepción no peronista de la política. Una concepción que marginaba al pueblo de las decisiones y del protagonismo y depositaba, a la manera de las dictaduras militares, en un grupo mesiánico (unos pocos amigos) la suerte del movimiento de masas.

De este modo la pérdida de la conducción del Movimiento y la caída del gobierno reconocen una única y misma causa: el manejo de una concepción de poder no peronista.

ENTRE EL PERONISMO ENTORNISTA Y EL FORMALISMO ESTRUCTURAL

Reconociendo que la desaparición física del general Perón pone en marcha no solo una nueva etapa en la historia del peronismo, sino también del país, es importante caracterizar el momento actual como de transición hacia formas organizativas institucionales nuevas.

Conocemos experiencias de conducción de los movimientos nacionales de liberación a través de liderazgos carismáticos que se extinguieron a la muerte de su fundador. Otras que sobreviven desfiguradas o traicionadas en su proyecto original, por el accionar de la facción que se adueña del poder y lo ejerce en forma exclusiva y excluyente de otras tendencias. Lo cierto es que el canal de participación popular que generaba la relación líder-pueblo se agota con la desaparición de uno de esos componentes esenciales y no es susceptible de sustituciones formales. En el camino de las conducciones formales se entrecruzan la variante “monarquía hereditaria” encarnada por la figura de Isabel, y el actual Consejo Nacional del Partido que carga con la mayor cuota de responsabilidad en la derrota del 30 de octubre.

Con sorprendente unanimidad, la dirigencia peronista se lanzó a la clamorosa aceptación de la jefatura de Isabel. Es —dicen— la jefa natural del Movimiento.

Al preguntarnos sobre la condición de lo natural, la respuesta es sencilla. Lo natural es lo evidente. Lo que está allí. Lo transparente y tangible, lo comprobable e indiscutible. Esa era la condición de la jefatura de Perón. En radical oposición a lo natural se levanta la figura de Isabel como valor simbólico; la fuerza “política” y mágica de un apellido muy caro al sentimiento de los peronistas. Ningún elemento racional (entendido lo racional como categoría del campo nacional y popular) apoya las características de ese supuesto liderazgo. Ni la adhesión masiva de los

peronistas, ni el respeto político del conjunto de las fuerzas nacionales, ni aun el acatamiento de quienes, supuestamente, dicen ser conducidos por la propia Isabel.

Entonces no estamos ante una jefatura sino frente a una herencia; el fruto privilegiado de un tronco natural. Lo que aquí se olvida es que la jefatura es ante todo una creación y una construcción en la que el pueblo constituye su fuente de legitimidad y la base de tal construcción. Porque Perón no fue el conductor natural del pueblo, sino la síntesis de la construcción de un poder que transformó la conciencia y la realidad de la Argentina. Y ocupó una posición de poder en un dispositivo que tenía la “obligación” de representar efectivamente los intereses del pueblo. Por eso, y no por natural, su jefatura era indiscutible.

La idea de la jefatura de Isabel no solo se puede cuestionar desde la perspectiva orgánica, de lo que significa una conducción, sino también y complementariamente desde lo doctrinario, en tanto la experiencia de su gobierno, como los planteos actuales, anunciaban un peronismo conservador, anestesiado, que adornaba con banderas populares y sociales un “pacto” con los inquisidores del país. ¿Qué tiene que ver el peronismo con los sectores reaccionarios de la Iglesia, con las FF. AA. de la depredación, con los agentes de las multinacionales y con la doctrina de la Iglesia preconciliar?

La situación actual parece transmitir la inexistencia de bases peronistas. Vapuleadas por conducciones nacionales que cuelgan del aire, las bases no saben ni se interesan por adónde se las quiere llevar.

El pueblo peronista que existe y está ahí, desesperanzado e inactivo, no tiene opción, ni línea, ni táctica, ni estrategia, ni para la semana que viene. Entre la corte y la realeza visitando su “territorio de Indias” y las intrigas que fundamentan la decadencia de los aparatos se esfuman las esperanzas de reconstrucción.

Por eso la militancia peronista necesita “distanciarse” de los compromisos sin sentido, para comenzar a discutir y trabajar, a partir de recrear su solidaridad interna, una opción que, afirmada en la base de la sociedad, contribuya a crear un referente político-organizativo distinto de los que actualmente asfixian las pocas energías transformadoras del Movimiento.

No importa “sacrificar” protagonismo, si este hoy se liga a la uniformidad de la crisis y a la indiferenciación respecto a los agentes de la decadencia. Sí importa recuperar con amplitud, sin sectarismos ni posiciones dogmáticas, un poder de convocatoria que vaya lentamente organizando el espacio que, más tarde o más temprano, va a definir el destino del Movimiento: el espacio del pueblo. En base a esta disposición se legitima la lucha estructural, en tanto el poder en dichas estructuras debe comenzar a corresponderse con un grado de participación y movilización en el seno de la sociedad. Será entonces desde el “movimiento”, entendido como un amplio espacio de poder político y social, desde la pluralidad organizativa y desde la renovación del discurso, desde donde la militancia, como categoría a regenerar, podrá ser opción de poder interno.

Hoy la Argentina sufre una tremenda crisis, no solo económica, sino más grave aún, crisis de vaciamiento ideológico y de participación, que implica la resignación del protagonismo y la abdicación de todo sacrificio colectivo. Si bien la democracia constituye una oportunidad trascendente y un avance efectivo en el terreno de las libertades públicas, señala también una tendencia autodestructiva en la concepción de la sociedad y la política.

En este sentido la realidad parece retrotraerse a la Argentina preperonista. Por eso esta etapa de transición va a ser muy difícil y hay que “remar contra la corriente” para no caer atrapados en la manera “liberal” de concebir el problema del poder.

La irrepresentatividad de las instituciones, o la representatividad periférica expresada en la ausencia de trabajo orgánico en la base de la sociedad, más la tendencia hacia la profesionalización y especialización de las técnicas políticas, hará que exista un vínculo superficial, fácilmente fracturable, entre el Estado y la comunidad.

Esta situación heredada descansa en la crisis de la conciencia de la sociedad y en la fragmentación social del país. Por eso los peronistas que luchamos por una democracia con justicia social, deberemos controlarnos y autocontrolarnos para no dejar que nos arrastren hacia las tentaciones “profesionalistas” del sistema.

Las comodidades y beneficios de la política como “ciencia de pocos” no pueden ni deben ganar nuestras conciencias. Porque “abajo” está el pueblo. Los trabajadores que aspiran a una Argentina que democratice y distribuya con justicia el poder económico. Están los jóvenes, bombardeados durante muchos años con imágenes y propuestas de una vida sin sentido, pero que comienzan a dar algunas señales de un reencuentro con las causas históricas. Están los humildes, los que padecen condiciones extremas de pobreza. Los que están condenados al analfabetismo. Y están los que han sido perseguidos, encarcelados y muertos por luchar por la causa nacional.

Está un pueblo, confuso de su identidad, quebrado como conciencia colectiva que necesita recrear su poder, su fuerza, para defender una democracia con contenido, un sistema sustancial, que le devuelva su protagonismo y su dignidad social. Por ello es que la militancia peronista que más allá de las edades y más allá de los espacios de trabajo, sugiere una modalidad de reacción con la vida, una conducta y una práctica distinta, no debe señalar este tiempo como “su tiempo” o “su hora”, sino trabajar hacia el encuentro de una nueva etapa, con la integridad, los ideales y los valores que signaron las épocas más gloriosas del movimiento popular. Y que esta conducta contribuya a alumbrar un peronismo nuevo, porque a partir de allí podemos afirmar la esperanza de construir una nueva Argentina.

CONCLUSIONES

1. El peronismo no puede seguir el actual camino de disgregación o extinción. Pensar que podemos transitar una etapa de integración a políticas liberales,

reaccionarias o formales y vacías en lo organizativo sin sufrir un colapso, es olvidarse o negar la naturaleza histórica del movimiento popular.

2. Es necesario salir del diagnóstico de la crisis para comenzar a desarrollar propuestas que tengan como marco el nuevo peronismo que queremos. Esto implica recrear una nueva estructura de poder y un sistema de conducción, adecuados a la nueva situación histórica.

3. La lucha interna en base a propuestas diferenciadas y a formas distintas de concebir el peronismo y su proyección en la sociedad, es uno de los requisitos para recuperar la vitalidad del “movimiento”. Esto exige valorizar los agrupamientos internos que, respetando reglas de juego compartidas, puedan dirimir democráticamente el poder interno.

4. Los cuestionamientos indiscriminados a las formas orgánicas han originado el individualismo o la supremacía de los dirigentes-opciones, sobre los proyectos, deformando la concepción de la política e incentivando el seguidismo y el clientelismo en desmedro de la formación de cuadros y de la militancia como estilo de participación, movilización y representación social.

5. Recrear un “sujeto colectivo” es imprescindible para “sanear” la atmósfera de corrupción y degradación de lo ideológico-doctrinario, en tanto la política se ha convertido en el escenario de la decadencia.

6. Actualizar la doctrina significa prioritariamente recrear la política, pues a partir de una metodología distinta de acumulación de poder político y social, recuperará credibilidad la actualización de los planteos teóricos-programáticos.

7. La naturaleza revolucionaria del Movimiento no puede ser reducida a la adhesión pasiva “de la gente” hacia determinados candidatos, sino que debe afirmar la capacidad para convocar a las distintas realidades que conforman la compleja y heterogénea trama política y social de la comunidad.

8. Una política interna diferenciada no es sinónimo de una política rupturista, pues solo desde “la parte”, sin sectarismos, con sentido movimientista y con una clara identidad, es legítimo aspirar a conducir el todo, construyendo una conducción respetada, con poder propio y capacidad de decisión.

9. El arreglo cupular y las componendas hacia la repetición de una unidad formal no ayudan a recomponer los lazos con la sociedad, pues hacen del peronismo una suerte de logia enigmática e incomprensible. Esta realidad, no solo nos aísla del pueblo, sino que supone la imposibilidad de volver a ser alternativa de poder.

10. En esta etapa de desparticipación y escepticismo el papel de la juventud, por su misma condición, puede convertirse en rejuvenecedor y dinamizador de prácticas que transmitan una inyección de estímulo, renovación y esperanza sobre el conjunto social.

11. Una nueva conducción, creíble y con consenso activo en el seno del pueblo, es consecuencia de una construcción y una lucha que permita desplazar a los elementos más retrógrados y elimine del Movimiento a los grupos de presión

que lo han contaminado de una concepción reaccionaria y hasta a veces parapolicial o paramilitar.

12. Es imprescindible entablar un debate profundo sobre la relación entre la institución social hegemónica (CGT) y el peronismo, en el marco doctrinario de considerar a los trabajadores como columna vertebral del Movimiento. En este sentido, es importante revalorizar las agrupaciones políticas en los sindicatos, para reconstruir las 62 Organizaciones como sector político democrático y participativo que permita encuadrar en el Movimiento a las nuevas generaciones de trabajadores y ayudar a reconstruir el poder y la organización interna del peronismo.

13. Caracterizamos al Movimiento como la forma revolucionaria de organización política y social de la comunidad que garantiza la participación del pueblo en la conducción del Estado y el Gobierno. Si admitimos al Movimiento como una forma superadora en la organización del Pueblo, no se puede admitir el regreso, entendido como retroceso, a la forma organizativa partido político tradicional con exclusiva base territorial. Por contrario, la organización política tiene que reflejar en su seno y en su integridad a las organizaciones sociales, económicas, políticas y culturales de la Nación.

14. Sin reconstrucción política-orgánica no se puede clarificar nuestro rol opositor, así como tampoco transitar con firmeza y autoridad el estrecho desfiladero que separa una oposición constructiva de una política golpista. Nuestra suerte está ligada a la suerte del pueblo, y la de este no está, como no estuvo nunca, vinculada al mesianismo de las minorías, sino a la construcción de un poder político efectivo en el marco de una democracia social e integrada.

15. Defender la democracia implica defender un orden político que contemple las aspiraciones y reclamos de los sectores postergados de la sociedad, sin caer en la ingenuidad de pensar que los errores del gobierno y su desgaste nos convierten automáticamente en opción válida de poder. La Nación, el pueblo y el peronismo necesitan creer y comprobar que la democracia afirma la posibilidad de fortalecer la identidad nacional, promover la participación y ayudar a establecer un marco de convivencia estable, dentro del cual es posible transformar el sistema capitalista-dependiente.

16. De la soberbia triunfadora no se debe pasar al sectarismo y la soberbia de los perdedores, concluyendo que si la democracia no es como nosotros la concebimos, no tiene valor ni sentido. Debe ser el pueblo quien defina esta situación, juzgando la situación nacional, protagonizando y definiendo permanentemente —no solo en las instancias electorales— los rumbos a seguir.

17. Una política frentista nunca puede ser de menor capacidad de convocatoria que la de un partido tradicional. Por eso hay que alejar esta suerte de zoncera peronista de que el Frente incrementa nuestro potencial político y ayuda a devolvernos nuestra identidad. El Frente es una consecuencia y no un punto de partida.

Primero debemos reconstruir la esencia movimientista del peronismo y luego establecer un sistema de alianzas coherente con nuestro pensamiento y nuestra doctrina transformadora.

18. En torno a definir este nuevo peronismo también debemos redefinir aliados y enemigos, sabiendo que la democracia no es un valor antagónico al de Nación. Ambos, democracia y Nación, sistema y sustancia, tienen los mismos enemigos: las minorías económicas y políticas, aliadas objetivas de la estrategia de dominación externa. Por eso debemos no solo actualizar la caracterización del enemigo, sino también el proyecto que permita vertebrar un poder nacional apto para desarticular progresivamente el sistema de poder oligárquico-imperialista. ■

LA UCR DE LA VICTORIA: EL ALFONSINISMO

Norberto Ivancich

I. LA DERROTA RADICAL DE FEBRERO DE 1946

Es imposible comprender la derrota del frente político llamado Unión Democrática (UCR, PS, PDP, PC y el respaldo del conservadurismo) sin tener en cuenta dos fenómenos: 1) el surgimiento de una nueva convocatoria nacional realizada desde el gobierno militar por el coronel Perón que comprendió las características nuevas existentes en la Argentina y su inserción en el mundo y 2) la incapacidad de la mayoría de los sectores políticos argentinos de comprender esa nueva realidad y por lo tanto levantar banderas anacrónicas o meramente formales a esta nueva convocatoria. La UCR, por ser el partido mayoritario en momentos en que se produce el golpe militar, es la que sufre las consecuencias mayores de la derrota y justamente su incomprensión ante el fenómeno peronista la lleva por más de 37 años a ser una fuerza política de segundo nivel o a acceder al gobierno justificando proscripciones, es decir de manera ilegítima. Ya que la UCR era el partido que le daba posibilidad de triunfo a la Unión Democrática, señalemos qué elementos definió para restringir su capacidad de convocatoria política.

La alvearización de la UCR

Las características que le dio Marcelo Torcuato de Alvear al radicalismo no fueron solo

... su incredulidad en la revolución ni el levantamiento de la abstención ni la modalidad electoralista que le imprimió posteriormente al partido. Ni siquiera su actitud transigente con el oficialismo en 1936 o el silenciamiento que impuso a los negociados que pudieron perpetuarse [...] su tremendo error fue no haber querido infundir al radicalismo un claro designio antiimperialista, antioligárquico, es decir, emancipador.¹

Esto tendría que impulsarlo Alvear. “... esclareciendo la conciencia partidaria con una programática de grandes objetivos libertadores”.²

Más allá de la grandilocuencia, el alvearismo consistiría en: 1) carencia de proyecto, falta de poder de convocatoria de la sociedad, o una mera administración de la mayoría; 2) conciliación con el régimen de la concordancia (alianza de conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes) a través de un concurrencismo electoral que legitimaba el fraude; 3) compromiso de casi todo el partido (en esta política de acceder a los cargos que “graciosamente” concedían los conservadores) a través de una conducción personalizada y cuya mayor vigencia se la brindaban el hecho de haber sido convalidada por Yrigoyen (“rodeen a Marcelo”) y por ser garantía de unidad la UCR; 4) control autoritario del partido no vacilando en alejar a las minorías descontentas. Darío Alessandro ha señalado una característica fundamental de la alvearización: no solo ha sido una política que impregnó a la conducción radical y a sus “cuadros intermedios” (el punterismo político) sino a las propias bases del partido radical, ya que estas convalidaron la acción de sus dirigentes.³

Esta afirmación del ex dirigente forjista señala las tendencias de la UCR de perder su posición de referente moral y por lo tanto perder adhesiones populares, a partir del hecho de que el concurrencismo solo obtiene beneficios acotados en algunos distritos electorales pero no puede modificar las acciones fraudulentas en las provincias claramente conservadoras. Hay dos elementos significativos en esta alvearización del radicalismo que lo hace irrepetible: 1) en la provincia de Tucumán mediante referéndum los afiliados deciden la concurrencia en 1934 y en otros distritos se concurre a elecciones modificando la política del partido y 2) en la Convención Nacional donde se decide levantar

1. Félix Luna, *Alvear*, Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958, p. 185. Obviamente es la etapa juvenil de Luna y enmarcado en su participación en la UCRI de aquellos años (candidato a diputado por la Capital) sirve para ver las críticas de los sectores intransigentes al alvearismo.

2. *Ibidem*, p. 185.

3. Darío Alessandro, conferencias sobre la UCR dictadas en el Instituto para la Cultura Política, Buenos Aires, 29 de mayo y 5 de junio de 1984.

la abstención y presentarse a elecciones (3 de enero de 1935), “previa autorización del Comité Nacional”, la votación es 98 a favor y 49 en contra. Este último número indica la existencia de instancias intransigentes que posteriormente tendrán una influencia enorme en la conducción partidaria (después de la derrota electoral de febrero de 1946).

La intransigencia radical de 1945

De 1935 a 1945 se van produciendo distintos reagrupamientos de la intransigencia radical e incluso alejamientos del partido como el de FORJA (en 1940).⁴ Después de la muerte de Alvear (marzo de 1942) la polarización dentro de la UCR se va a dar entre los alvearistas y unionistas contra los intransigentes y netos.

Aunque la denominación unionista tiene dos versiones, unión de los radicales o política de unidad interna y unión con los otros partidos en una Unión Democrática, de hecho, esta actitud refleja a los sectores más liberales y “democrático formales” de la UCR. Inclusive, en algunos de ellos la Unión Democrática a formar tendría como objetivo una fórmula extrapartidaria encabezada por Justo u otro general (Ramírez) para derrotar al sucesor de Castillo. Lo que luego sería el sector intransigente de la UCR se comienza a organizar a nivel nacional para oponerse a la política unionista “... la amalgama de sectores de opiniones divergentes... conduce a la anarquía de las ideas... y al debilitamiento de los partidos orgánicos y populares”.⁵ Triunfa en la Convención Nacional (99 votos contra 29) la constitución de la Unión Democrática (27 de abril de 1943) con el PDP, el PS, el PC y organizaciones gremiales y estudiantiles. Queda sin resolver la composición de la fórmula presidencial, aunque la UCR consiente que sea mixta y no monocolor. El golpe militar de junio de 1943 posterga por más de dos años el problema.

Después de la veda partidaria impuesta por el gobierno militar se produce una reorganización general de la UCR, que queda en manos del alvearismo unionista. En la etapa previa se constituye, el 4 de abril de 1945, el Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) que promulga la Declaración de Avellaneda, ratificada seis meses después en Rosario.

Los objetivos políticos del MIR son dos: “nuestra oposición a que la UCR concierte pactos o acuerdos electorales... el radicalismo aspira a afrontar por sí la

4. Se desvincula FORJA del radicalismo al no considerar prerequisite para ser miembro la afiliación en la UCR. Hay una tajante frase de Santiago Echevarría: “... convenzo a un muchacho y cuando este viene esperanzado a nosotros, ¿cómo quieren que le diga: primero, métase en el fango, en el emporcamiento del radicalismo y recién después lo voy a afiliar?”. Si vinculamos esto a que la UCR de la Capital en 1943 apenas contaba con un 20% de afiliados menores de 20 años y que FORJA en todo el país no llegaba a más de cien personas activas (Darío Alessandro) vemos las limitaciones de las dos estructuras políticas.

5. Félix Luna, *op. cit.*, p. 308.

responsabilidad de estructurar una nueva Argentina” y “... la UCR no debe participar en gobiernos que no hayan surgido de sus propias filas”.⁶

Detrás de este planteo están

... sus tres sectores fundamentales: la pequeña burguesía de Córdoba... y de las provincias limítrofes... Sabattini, las clases medias rurales y semiurbanas de Buenos Aires y sectores ganaderos... Balbín y Crisólogo Larralde y los sectores universitarios, profesionales y técnicos... e industriales nuevos deseosos de una especie de “peronismo sin Perón” (más democrático y con menos sindicalismo)... Moisés Lebensohn y Arturo Frondizi.⁷

Estos grupos son derrotados ya que el 14 de noviembre de 1945 la UCR acepta integrar la “nueva” Unión Democrática con los mismos partidos de 1943, esta vez con respaldo conservador. Los candidatos, radicales, son del unionismo.

La intransigencia había dicho a la conducción unionista que proclama a Tamborini-Mosca: “después del comicio, levantaremos nuestras banderas”.⁸

Estas banderas abarcan planteos semejantes al laborismo inglés, con seguros sociales generalizados, nacionalizaciones, rol del Estado protagónico, libertades públicas. La intransigencia levanta: 1) contenido programático que se pone a la izquierda del gobierno militar y su legislación social; 2) plantea la reparación moral, sobre todo para diferenciarse de los radicales involucrados en los negocios de la CHADE y 3) plantea mantener la unidad del partido hasta las elecciones nacionales porque en definitiva apostaban a ganar. Esta seguridad de triunfo determina las características de la campaña electoral de la Unión Democrática: 1) libertades democráticas enfrentadas al “fascismo criollo” de Perón; 2) programa de izquierda (más avanzado que el del Partido Comunista). Es decir, la identidad se define en referencia al otro (por la libertad contra el nazismo) y a las realizaciones le opone programas. Es decir, el peronismo se define por lo que hizo en lo social, por el señalamiento de los elementos corruptos del pasado radical y el presente “democrático” (¡CHADE CHADE! ¡CHEQUE CHEQUE!) y por la recuperación de la decisión nacional (Braden o Perón).⁹

Moisés Lebensohn va a señalar que la derrota demuestra una separación nítida de la “máquina” partidaria del pueblo, de la realidad. Es decir, otra vez, e incluso en el sector del MIR, la militancia política distorsiona la realidad, se convierte en un intermediario ineficaz. La lucidez de Lebensohn le hace plantear tres ejes de recuperación: 1) programa que ubique a la izquierda del

6. Alejandro Gómez, *Política de entrega*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1963, p. 394.

7. Roberto Ferrero, *Sabattini y la decadencia del Yrigoyenismo*, Buenos Aires, Mar Dulce, s. f. (ca. 1981).

8. Alejandro Gómez, *op. cit.*, p. 45.

9. *Ibidem*, pp. 41 a 43. Es interesante la visión de la derrota por alguien que fue de la UCR y luego volvió al tronco radical, obviamente el planteo todavía está influido por el frondizismo.

peronismo; 2) independencia de cualquier otro partido y 3) autocrítica y renovación partidaria.

La continuidad desde 1931 de estas dos líneas (alvearistas e intransigentes) dentro de la UCR facilita la renovación. En el mismo 46 cae la conducción unionista desarrollándose una etapa de transición en que coexisten todas las líneas internas en la conducción. El afianzamiento de intransigencia se alcanza en 1946, cuando se establecen la Profesión de Fe Doctrinaria, Bases de Acción Política y el Plan Agrario que en el año siguiente son asumidos por la UCR con el ascenso del MIR a la conducción.

II. LA UCRP: LA EXPRESIÓN POLÍTICA DE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA

En 1955 la UCR estaba dividida en tres sectores: 1) el MIR con la escisión de la línea Sabattini que abarcaba más que la provincia de Córdoba; 2) el MIN (Movimiento de Intransigencia Nacional) Sabattini y 3) el NU (Núcleo Unidad) que trató de coherentizar al unionismo ante el poder del MIR. Este había impuesto la fórmula presidencial de 1951 (Balbín-Frondizi) y controlaba el Comité Nacional y la Convención Partidaria.

Estos sectores eran antiperonistas pero de distinto grado. La frágil unidad partidaria se estrellará con la realidad del peronismo y la actitud “gorila” que asumen las Fuerzas Armadas a partir de 1955.

La división de la UCR (1956-1957)

Aunque los tres sectores más importantes de la UCR fueron antiperonistas existían diferencias. El NU y el MIN se caracterizaron por su vocación “abstencionista” tendiendo a incentivar la conspiración militar al gobierno de Perón. El MIR mantuvo una posición de enfrentar al gobierno desde el bloque de los 44 en la Cámara de Diputados. Justamente el prestigio alcanzado por el diputado Balbín (preso casi un año) le hizo acceder al primer término de la fórmula presidencial en 1951. El NU fue el más exacerbado conspirador contra el gobierno constitucional participando Zavala Ortiz del bombardeo a Plaza de Mayo de 1955.¹⁰ Pero más allá de la participación en el proceso de derrocamiento de Perón, es importante cómo evoluciona la UCR con respecto al peronismo y al partido militar durante el gobierno Aramburu-Rojas (noviembre de 1955).

10. Es importante ver la relación de la UCR con la conspiración militar. Después del bombardeo a Plaza de Mayo y el discurso de conciliación nacional de Perón, la UCR —Comité Capital— señala el 11 de junio de 1955 que una medida de reconciliación sería una amnistía amplia e impostergradable “sin distinguos ni limitaciones que comprenda los delitos políticos y conexos con ellos, cometidos por militares y civiles”. Obviamente son los revolucionarios del 51 y ¿acaso los que bombardearon en junio? *Clarín*, 12 de julio de 1955.

En un principio, las tres líneas internas más importantes (MIR, NU y MIN) cuestionaron al gobierno peronista, es más, la Revolución Libertadora dio oxígeno¹¹ a un partido escindido (división de bloque de diputados y cuestionamientos a la conducción de Frondizi) y con profundas diferencias internas (lo que los unionistas definían como estatismo peronista los intransigentes como meras reformas).

La terminología de la época predominaba en los pronunciamientos radicales: despotismo, tiranía corrupta, despótica e inepta dictadura, etapa negra, etc.

Por la participación o no en la Junta Consultiva, surgen ya las diferencias en el propio MIR (Frondizi trata de mantener su independencia ante el gobierno militar y Balbín apoya sin retaceos). Aunque termina integrándola el radicalismo. El unionismo, mientras tanto, plantea con claridad la necesidad de proscribir al Partido Peronista (octubre de 1955).

El bloque que se perfila: unionistas, sabattinistas y el sector Balbín del MIR (lo que en 1957 se constituirá en la UCRP) significa: 1) la “unidad” de la UCR ante la fracción frondizista y 2) una común identidad antiperonista y pro partido militar, sobre todo en la coincidencia de alcanzar un orden social menos dependiente del sindicalismo. Aquí se comienza a definir una actitud ante el trabajo organizado que va a ser constante hasta nuestros días.

Sabattinistas y unionistas encabezarán la ofensiva sobre el Comité Nacional detrás de la bandera de la “unidad” ya que después del derrocamiento de Lonardi, la proscripción del peronismo y la intervención de la CGT, se consideraba que la UCR era la herencia política de la Revolución Libertadora. La respuesta del MIR cuestiona a la “... pequeña minoría dentro del radicalismo...” que “... pregonan el argumento de la unidad, conociendo la repercusión sentimental que dicho reclamo produce en el pueblo argentino”; “existen dos modos de concebir al radicalismo, que son dos modos de concebir al país; este proceso está llegando a su fin”. “Quienes se sientan extraños al sentido revolucionario y transformador del radicalismo [...] habrán de encontrarse sin duda con otros argentinos que conciben la patria de otro modo que la UCR”.¹²

Es decir: se evalúa que la unidad significa volcar hacia la derecha al partido y por eso no se acepta resignar el control del Comité Nacional y la Convención. Pero si no se acepta la unidad, ¿cuál es la garantía para ganar las elecciones? Aparece la idea de convocar a las fuerzas peronistas.

Esa seguridad del Comité Nacional que responde al MIR se ratifica en las elecciones internas de fines del 55 y principios del 56 (59 MIR-10 MIN-4 NU y 1 Movimiento Pro-Radicalismo Unido).¹³ Es en el seno del MIR donde se producen

11. Obviamente porque la dictadura “asfixiante”, denunciada por Alconada Aramburú en 1984, se lo había quitado todo.

12. Ricardo Gallo, *Balbín-Frondizi: la división del radicalismo (1956-58)*, Buenos Aires, EB, 1983, p. 47.

13. *Ibíd.*, p. 52.

las diferencias que posibilitan la división de la UCR: 1) los moderados de Balbín (minoritarios) y los ortodoxos de Frondizi (mayoritarios), quien había conocido a principios del 56 a Rogelio Frigerio y comenzaba una revisión ideológica todavía no explicitada en su corriente interna. Frigerio afirmó sobre la ruptura: “Frondizi fue sostenido por los cuerpos orgánicos de su partido hasta el momento en que los dirigentes antiperonistas encabezados por Balbín decidieron romper filas [...] la ruptura fue un hecho positivo”. Lo otro será “expresión de un partido anacrónico, antiperonista y liberal de izquierda...”.¹⁴

En síntesis, la UCRI de 1957 integrará a su discurso el planteo de la integración del peronismo, la inmediata normalización institucional, el rechazo de la reforma constitucional y ya en los discursos de Frondizi el eficientismo económico (integrado a la plataforma electoral del partido junto a la mítica Declaración de Avellaneda).

En cambio la UCRP hará hincapié en la reivindicación moral, el apoyo a la Revolución Libertadora,¹⁵ la exclusión de toda alianza extrapartidaria, la normalización institucional de la República y a nivel económico se reflató la Declaración de Avellaneda. Inclusive dentro del sector balbinista existían planteos eficientistas y de críticas al gobierno de la Libertadora, sobre todo a partir de la retirada de Eugenio Blanco (Hacienda) con el que colaboraban Germán López, Roque Carranza y Elizalde (vinculados al balbinismo). Esta “línea blanda”¹⁶ de la política económica de la Libertadora cesa en enero de 1957 pero la unión entre el gobierno militar y el balbinismo continúa con la presencia de Alconada Aramburú (Interior)¹⁷ y Acdel Salas (Educación) en el gabinete y Eduardo Bergalli en la Intendencia Metropolitana.¹⁸ La acusación contra el frondizismo gira también

14. Fanor Díaz, *Conversaciones con Rogelio Frigerio*, Buenos Aires, Colihue / Hachette, 1977, p. 33.

15. “7°) Repudio al sabotaje y a la conspiración que pretendía derrocar a la Revolución Libertadora.

8°) Defensa de los ideales de la Revolución Libertadora”. Programa y bases de acción política, 16 de febrero de 1957, Comité Nacional Provisorio de la UCR (posteriormente UCRP) presidido por Crisólogo Larralde, Perette, Sanmartino, Rabanal y Gamond, en Ricardo Gallo, *op. cit.*, pp. 150 y 151.

16. Marcelo Cavarozzi, *Sindicatos y Política en Argentina: 1955-58*, Buenos Aires, Estudios CEDES, N° 1, 1979.

17. Alconada Aramburú debe caracterizar a esta dictadura como “oxigenante” ya que él es ministro, y nada menos que de Interior (el que regula la válvula). Este teórico de la educación radical señalaría así sus diferencias con Delich ya que no hay solo democracias y autoritarismos, sino que ambas se pueden subdividir en “asfixiantes” y “oxigenantes” siendo esta la nueva contradicción principal (¿o fundamental?). El problema se da cuando surgen las instancias ambiguas, que nos atrevemos a denominar “flatulentas”, porque aparentan oxigenar pero desde el mal olor (su propio ministerio, el de Mor Roig con Lanusse y los embajadores e intendentes volcados al “Proceso” son ejemplos seleccionados).

18. Los premios que habían recibido previamente por el gobierno militar eran los siguientes: Alconada Aramburú: hasta 1952 secretario de la Cámara Civil y Comercial de La Plata, en ese año se le rechazó la renuncia y se lo exoneró; en 1955 se lo designa fiscal de Estado en La Plata. Acdel Salas se mantuvo en el cargo de secretario del Juzgado en lo Civil N° 12, en 1955 se lo designa vocal de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Civil. Y Eduardo Bergalli accede a la función pública en 1955 como adscrito a la vicepresidencia de la Nación (Rojas) y director nacional de Ferrocarriles. *La Nación*, 26 de enero de 1957.

sobre el problema del peronismo. Balbín: “Creo que hay que salvar a esta revolución para que sea la última y poder reconstruir la Nación”.¹⁹ Zavala Ortiz: “A pesar de ciertos destellos de radicalismo [...] pudo cualquiera que no hubiese leído el nombre, suponer que había vuelto [Perón] tal como lo anuncian ingenios adeptos”. “De nuevo se hablaba del pueblo que lo rodeaba y del antipueblo que lo criticaba”.²⁰ Sanmartino: “... ha escogido el papel de la farsa demagógica y de la adulación de la turbamulta”,²¹ Sabattini: “Nosotros no estamos ni estaremos en ningún contubernio, en cambio ellos ¿me van a poder contestar? Lo harán si no estuvieron ayer apoyando a la dictadura y hoy con el prófugo” (*sic*).²²

En síntesis: antiperonismo y respaldo al partido militar instaurado en el país es el planteo de la UCRP. En las elecciones a constituyentes de julio de 1957 se demostrará el nivel de fuerzas existentes:

UCRP	2.106.524	24,20%
UCRI	1.847.603	21,23%
SOCIALISTA	525.721	6,04%
DEMÓCRATA CRISTIANO	420.606	4,83%
DEMÓCRATA	333.749	3,83%
DEMÓCRATA PROGRESISTA	263.805	3,03%
COMUNISTA	228.821	2,63%
UNIÓN FEDERAL (católicos)	159.177	1,83%
LABORISTA	92.172	1,07%
CÍVICO INDEPENDIENTE	86.442	0,99%
(Alsogaray)		

y además de varios partidos más de menos del 1%

VOTOS EN BLANCO	2.115.861	24,31% ²³
-----------------	-----------	----------------------

John William Cooke evalúa la cantidad de votos en blanco de la siguiente manera:

... no fue mayor, porque la carencia de libertad y medios de difusión nos impidió hacer un planteo real de lo que estaba en juego en los comicios...²⁴

... el grueso de los votantes cumplió fielmente las consignas de Perón. El resto se dividían entre una gran mayoría que votó a Frondizi y una minoría [...] que siguió a los partidos neoperonistas... (del Pueblo, Trabajadores, etc.), a algunos partidos

19. Ricardo Gallo, *op. cit.*, p. 155.

20. *Ibidem*, p. 157.

21. *Ibidem*, p. 159.

22. La dictadura obviamente es la de Perón. *Noticias Gráficas*, 20 de enero de 1957.

23. Eduardo Zalduendo, *Geografía electoral de la Argentina*, Buenos Aires, Ancora, 1958, p. 32.

24. Perón-Cooke, *Correspondencia I*, Buenos Aires, Parlamento, 1984, p. 251. Carta del 28 de agosto de 1957, Cooke a Perón.

[...] que levantaron [...] la Constitución del 49 o a la Unión Federal [...] un fracaso porque actuó como partido clerical...²⁵

Esto demuestra que el planteo de Frondizi necesitaba, para triunfar, respaldo del peronismo. De aquí en más la polarización UCRP-UCRI girará justamente sobre ese nivel. Esto no significó que Frondizi abandonara determinados apoyos militares (sobre todo en la Fuerza Aérea) pero estas relaciones no obstruyeron su política de oposición sobre todo en el retiro de constituyentes ucristas de la Convención. El respaldo peronista a la fórmula Frondizi-Gómez afianzará el antiperonismo de la UCRP. Zavala Ortiz: “Muchos hubo que esperaron órdenes, y un día llegó un sobre con un nombre, como en los mejores tiempos de la tiranía [...] ¡Qué nos hablan de programa, si ya están planeando el regreso del tirano! [...] ¡Qué nos hablan de libertad si se han aliado con los nazi fascistas!”.²⁶ Balbín: “Apoyamos la concepción revolucionaria, es verdad, pero como un proceso de recuperación de la democracia [...] yo quisiera que los luchadores del 16 de septiembre de 1955 se asomaran... para ver hasta qué punto el pueblo ha respondido a sus esfuerzos y sacrificios”... “hay aquí un país en marcha que el 23 dirá si quiere marchar para adelante o volver para atrás”.²⁷ Larralde: “Es que a Caracas se iba a pedir el voto de los peronistas”.²⁸

Incluso cierta metodología común a los servicios (solicitada firmada por el Ateneo Cristiano de Estudios sobre el Marxismo-Casilla de Correo Central N° 4319) denunciaba el Plan PASFIR. Una confabulación antipopular (Plan de Acción Secreto del Frondizismo Intransigente y Renovador-diciembre de 1956) cuyas partes más notorias y subrayadas en el original son: “... necesidad impostergable de lograr un movimiento de masas, similar al que obtuvo Perón con su demagogia en 1945”, “... obtención del apoyo del peronismo”, “... exagerar la gravedad de la situación económica actual, sosteniendo que de persistir la misma no podrá recuperarse el país”.²⁹ El general Quaranta en ese momento era el director de los Servicios de Inteligencia del Estado.

El rechazo de la población al continuismo “libertador” se expresa en los votos alcanzados:

UCRI	4.070875
UCRP	2.618.058
OTROS PARTIDOS	1.536.322
EN BLANCO	838.243 ³⁰

25. *Ibidem.*, p. 258.

26. *Clarín*, 22 de febrero de 1958, p. 7.

27. *Noticias Gráficas*, 22 de febrero de 1958, p. 8.

28. *Ibidem.*

29. *Ibidem*, 21 de febrero de 1958, p. 14.

30. Ricardo Gallo, *op. cit.*, p. 171.

El Ejército, cada vez más ubicado en posturas antiperonistas, la UCRP, como expresión política de esa actitud de las Fuerzas Armadas y el peronismo, exigiendo el reconocimiento de su personería política y la devolución de los sindicatos, van a ser los obstáculos que se le presentarán a Frondizi.

La ilegitimidad del gobierno Illia-Perette

El derrocamiento militar de Frondizi el 29 de marzo de 1962 promueve la idea de una reactualización política, sobre todo en las Fuerzas Armadas. El gobierno Guido va a ser juguete de los enfrentamientos entre azules y colorados. Las diferencias surgen ya cuando, usando la ley de acefalía, Guido (presidente del Senado) jura ante la Corte Suprema de Justicia.

A la noche se reunieron todos los generales con mando en la Capital Federal y Gran Buenos Aires. A propuesta de algunos amigos del comandante en Jefe (Poggi) votaron si se derrocaba o no al nuevo presidente. Por catorce votos contra dos resolvieron derrocarlo [...] Juan Carlos Onganía pidió la palabra y dijo: “Contra el Presidente Guido no hay acusación que formular. Se lo quiere derrocar porque se quiere impedir la salida electoral [...] Campo de Mayo luchará, si es necesario, para que los ciudadanos puedan votar”.³¹

Votar o no fue uno de los ejes sobre los que giró el tema de azules y colorados. Estos últimos definitivamente antiperonistas y volcados a una definición política de la fuerza. Mientras que Onganía estaba buscando una definición “profesionalista” del arma y una cierta integración de parte del peronismo “pero imposibilitando el restablecimiento del régimen depuesto”.³²

El comunicado 150 del sector azul (23-9-62) señalará su relativo predominio y por supuesto, la fecha de las elecciones. Los enfrentamientos armados se reiteran en abril del 63.

En la UCRP se afianza la fórmula Illia-Perette, ya que Balbín, por su antiperonismo, aparecía irritante al electorado. Unionismo y sabattinismo (Sabattini había muerto en 1960 y ya Córdoba aparecía como una línea propia dentro del partido) confluyen en la fórmula. Germán López, ex presidente de FUBA, ex director nacional de Trabajo durante la Revolución Libertadora, Bernardo Grinspun (asesor del bloque de senadores de la UCRP de la provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Alende), Félix Elizalde (subsecretario de Hacienda del Dr. Blanco, cuando este fue ministro del general Aramburu, observador por el partido —junto con el doctor Grinspun— en la reciente reunión de la CEPAL), formaron parte del equipo que estuvo asesorando en cuestiones económicas al

31. *Primera Plana*, N° 35, p. 4, 9 de julio de 1963. En el momento que se publicaba esto, Onganía era el Comandante en Jefe del Ejército.

32. *Ibidem*, p. 5.

doctor Balbín como presidente del partido y que, durante la campaña electoral, pasaron a trabajar directamente con Illia. Son los que elaboraron la parte económica de la plataforma Radical del Pueblo.

Algunos artículos de la revista *Definición* permiten completar conclusiones sobre ese grupo: en el número 7 (febrero de 1962) se publica una nota de Pierre Mendes-France con el título de “Un socialismo moderno” elogiando la apertura a la izquierda de la democracia cristiana italiana; atacaron a Santiago del Castillo cuando se solidarizó públicamente con la Revolución cubana; defendieron “Mater et Magistra” y la posición de los países neutralistas; censuraron constantemente la política petrolera de Frondizi; publicaron notas de los sociólogos norteamericanos liberales Wright Mills y Erich Fromm. *Definición* estuvo dirigida por Roberto M. Pena.³³

Vemos surgir, dentro del discurso radical, fundamentalmente normalizador institucional y antiperonista, una serie de planteos “modernos”; socialismo europeo, racionalismo, nacionalismo económico (la UCRP de hecho lleva a las elecciones los programas del 45) y aggiornamento ideológico y hacia la Iglesia. Este era un sector dentro de la Intransigencia, aunque de hecho ya por estos años se van diluyendo las diferencias entre el NU, la Intransigencia y la Línea Córdoba.

Esta UCRP se enfrentará a tres fuerzas con posibilidades: el Frente Nacional y Popular (sectores de la UCRI, conservadores populares, algunos democristianos y peronistas), UDELPA (del general Aramburu), la UCRI (sector Alende) y la Democracia Cristiana.

“Pero lo que la conducción político-militar quería evitar era un plebiscito, de modo que ninguna solución pudiera imponerse coactivamente al Ejército [...] obviamente el Frente podía producir un plebiscito [...] y trataron de limitar sus fuerzas”.³⁴

Se prohibió al partido Unión Popular (expresión peronista) el poder acceder a cargos ejecutivos (presidente-vice-gobernadores), incluyendo a sus aliados más estrechos. Con el veto a Solano Lima, candidato del Frente, se vuelve al voto en blanco. Alende continúa con su candidatura, lo mismo que la Democracia Cristiana.

La UCRP alcanza el 25,8%, seguida por los votos en blanco con 19,2%; la UCRI (Alende) con el 16,8% y UDELPA (Aramburu) con el 7,7%. En el Colegio Electoral se respalda a la fórmula Illia-Perette.

“Los radicales del Pueblo [...] comprenden que llegan al poder en circunstancias especiales y con votos que no responden a las campañas de cerrada oposición antiperonista y antifrondicista [...] saben ahora que deben funcionar teniendo en consideración una estructura azul de las Fuerzas Armadas”.³⁵

Con distintos protagonistas parciales se repite el ciclo de Frondizi: Fuerzas Armadas, peronismo y ahora la UCRI y el MID (división de 1964). Serán la

33. *Primera Plana*, N° 37, 23 de julio de 1963, pp. 6 y 7; Santiago del Castillo presidió la UCR hasta 1954 y era miembro de la línea Sabattini.

34. *Primera Plana*, N° 35, 9 de julio de 1963, p. 8.

35. *Primera Plana*, N° 36, 16 de julio de 1963, p. 8.

oposición de un gobierno que mantiene una dualidad singular: Illia en la Rosada y Balbín en el Comité Nacional. Este último no ha perdido el control del partido y sigue siendo la autoridad que transitará una nueva etapa política.

Los principales conflictos políticos del gobierno radical fueron el Plan de Lucha de la CGT y el Operativo Retorno, ambos en 1964. Los millones de obreros ocupando sus fuentes de trabajo (hecho inédito en la historia del sindicalismo) demostraron su capacidad de movilización. Por otro lado, la solicitud de la Cancillería argentina de que se detuviera a Perón en Río de Janeiro también entra en una etapa de intolerancia política, no solo del gobierno radical sino de las Fuerzas Armadas azules que terminan por comprender que su proyecto de “peronismo sin Perón” sigue siendo inviable. El vandomismo retornará esta actitud en los últimos años del gobierno radical y terminará por ser un aliado natural del planteo político de Onganía. La revista *Primera Plana* cobra gran importancia en la campaña de deterioro de un gobierno (ilegítimo en sus orígenes y lento en las respuestas) que “administra” la Argentina. El número 165 del 10 de enero de 1966 es un excelente reflejo de la política golpista: la tapa tiene tres fotos: en un mismo nivel y color hay un tanque y una manifestación del Partido Justicialista con una predominante presencia de fotos de Perón; en otro nivel, sola y de distinto color, una foto del gabinete de Illia y en el medio el título: ¿QUIÉN MANDARÁ EN 1966? En la nota interior como título de fotos señala: “Gobierno, militares, peronismo: la trilogía de 1962 vuelve a dominar el panorama nacional”. La inferencia que hacemos es: inutilidad del gobierno (léase de la democracia y no de esa democracia ilegítima y formal que los propios militares habían impuesto con las proscripciones de 1963), peligro de restauración peronista (tiranía), necesidad de participación en el poder político de los militares = golpe.

El politólogo Mariano Grandona nos abre otras perspectivas:

... casi todos los partidos políticos argentinos, desgraciadamente, no tienen vocación de poder, porque la inestabilidad ha sido tan grande que el poder se transformó en una especie de azar. Pensemos cómo obtuvo el poder Frondizi, cómo lo obtuvo Illia. En consecuencia, casi todos los partidos han actuado como grupos de aventura, estaba ahí la gente a ver qué pasaba. Así se fueron descapitalizando humanamente, las mejores energías humanas fueron hacia las *empresas*, las *universidades*, las *Fuerzas Armadas*, los *sindicatos*, hacia otros sectores que estaban vivos, vigentes en la comunidad. Y, claro, la Argentina es un país pequeño y no se puede hacer un drenaje tal sin dejar indefensos a los partidos. [...] la Argentina tiene que *producir*, que sus autoridades tienen que ser *eficientes*, que *las ideologías deben dejarse de lado* [...] se avanzó con respecto al *qué*, falta avanzar [...] con respecto al *quién*.³⁶

36. *Primera Plana*, N° 165, 4 de enero de 1966, p. 10. Salvo el qué y quién los subrayados son míos. ¿De dónde nace la concepción corporativista con verdadera posibilidad de realización? ¿Del peronismo o de los “intelectuales” de los servicios de inteligencia (?) militar?

El Estado uniforme, donde las defensas de los intereses son consideradas como traiciones a la estabilidad del sistema y la Nación; donde la política es reemplazada por la administración y represión; donde la modernidad es considerada la eficiencia aunque se base en la insensibilidad social, la injusticia y la dependencia. En definitiva, el Estado que absorbe todos los poderes preexistentes en la sociedad (salvo los dóciles que se le acoplan como muchos sindicatos) y por eso se convierte en totalitario, ya que al que disiente se lo encarcela y se lo persigue.

Este corte abrupto del proceso político argentino (golpe del 28 de junio de 1966), que fue una nivelación del peronismo y radicalismo, ya que ambos fueron disueltos, abre una nueva etapa en la relación de los dos partidos y en la definición política, sobre todo de la UCRP.³⁷

III. PERÓN Y LA UNIDAD NACIONAL

Los primeros intentos de establecer una vinculación entre el peronismo se encuentran en el año 1965 y ante la situación de enfrentamiento entre el gobierno y el comandante en Jefe del Ejército: Onganía. El senador por Catamarca, Acuña, fue quien inició desde la UCRP la política de aproximación al peronismo, pero los esfuerzos de este chocaron contra Balbín. En agosto de ese año Acuña ya había establecido contacto con el mayor Pablo Vicente (representante de Perón en Montevideo); gestión que no llegó a plasmarse por la escasa representatividad del interlocutor radical. Inclusive en esta gestión estaba involucrado Zavala Ortiz.³⁸ La llegada de Isabel en octubre del 65 fue vista positivamente por el gobierno porque consideraron que la división del peronismo les abría las puertas del triunfo en las elecciones de marzo de 1967. Pero el triunfo del peronismo leal en las elecciones de abril de 1966 (relativo ya que gana el Partido Demócrata pero seguido por el peronismo leal a Perón).

A un sector del sindicalismo y a las Fuerzas Armadas ya no les quedaba más remedio que el golpe de Estado.

Los partidos políticos durante el Onganiato

La disolución de los partidos, la confiscación de sus bienes, la intervención de los gremios que comienzan a responder a la política económica oficial dan un marco de anulación de la participación política que se reflejará en dos actitudes: la unidad nacional y la combatividad (llegando a la violencia guerrillera).

37. "... los señores colorados fueron sacados del Ejército por un decreto-ley; yo no podía eliminar a unos, poner a otros y rodearme de un grupo militar que me apoyara. A mí me echaron los señores azules...". Declaraciones del ex presidente Illia en Bariloche a un periodista. *Primera Plana*, N° 298, 10-9-68, p. 20.

38. Conferencias del mayor (R) Pablo Vicente en la Unión Básica "Unidad Nacional" el 27 de mayo de 1983.

En el radicalismo se vertebraron dos políticas que van a superar al onganiano y se proyectarán en el gobierno de Lanusse. La primera de ellas nace con un proyecto de lo que se denominó “la generación intermedia”³⁹ en la que participan Facundo Suárez (del unionismo mendocino), Conrado Storani, Roque Carranza, Félix Elizalde. La política del grupo: “forzar al gobierno a devolver al país el sistema representativo”; “no basta con la fuerza del radicalismo”. Esto coincidirá con un planteo “civilista” de Perón “destinado a enfrentar a Onganía” (septiembre de 1966). Balbín respondió enfatizando “la verticalidad de los mandos”. Esta actitud determinó la movilización del Comité Nacional para anticiparse a la reunión de los “intermedios” que proclama “tendremos que... encontrar las ideas congregantes de sólidas mayorías. Abrir el diálogo en todas las direcciones es reclamo de esta hora de la Nación” (13 de noviembre de 1966).⁴⁰ La segunda que surge del Comité Provincia (Buenos Aires) planteará una propuesta política a las Fuerzas Armadas cuando llegara el fin de Onganía. La terna promotora era: Tróccoli, Roberto Pena y Mor Roig. Estas dos líneas van a entrecruzarse en la posterior lucha interna del año 1972. Estas dos propuestas no encontraron campo propicio en 1966 ya que el proyecto de Onganía rechazaba toda vinculación con los partidos políticos “tradicionales”. Estaba lejos la última etapa de la “Revolución: el tiempo político”. Ante la postura cerrada del oficialismo militar y para generar divisiones en el Ejército se planteó en el año 67 la posibilidad del pacto Perón-Ilía.⁴¹ Curiosamente el sector más intransigente históricamente con el peronismo plantea una acción común, pero tampoco va a tener continuidad.

En 1968 Aldo Tessio —ex gobernador de Santa Fe— intenta reflotar la Liga de los Gobernadores como forma de concretar una multipartidaria (incluía peronistas, frondicistas, UCR, bloquistas, conservadores) contra el gobierno militar y también, por elevación, contra el Comité Nacional de la UCRP.⁴²

Ya en el panorama político se daba la “nueva oposición”: la CGT de los Argentinos comenzaba a nuclear un frente político agitativo contra la dictadura; sectores católicos y marxistas no comunistas comienzan a comprender el proceso político nacional. Surge un sector radical que comienza a vincularse a este grupo de oposición e intransigencia al régimen. El 4 de junio de 1968 la CGT de los Argentinos convoca un Frente Civil de la Resistencia para repudiar a Onganía en el segundo aniversario del golpe. El Comité Nacional de la UCRP no participa pero sectores radicales participan: 1) Roberto Pena y Teodora Matzkin vinculados a uno de los delfines de Balbín (el “intermedio” Alfonsín no vinculado a la “generación” de Storani todavía) en la provincia de Buenos Aires y 2) el abrazo Ilía-Ongaro en Córdoba justo en el segundo aniversario del golpe.⁴³ Esto constituyó una línea de

39. *Primera Plana*, N° 205, 29 de noviembre de 1966, p. 18.

40. *Ibidem*, p. 19.

41. La figura de “pacto” es usada por *Primera Plana* para desacreditar la unión de los dos grandes partidos. *Primera Plana*, N° 238, 18 de julio de 1967.

42. *Primera Plana*, N° 302, 8 de octubre de 1968, p. 20.

43. *Primera Plana*, N° 288, 2 de julio de 1968, pp. 14 y 15.

endurecimiento con respecto al gobierno aunque ya el peronismo, en el marco de una atonía pronunciada de los partidos disueltos, comenzaba a representar a la oposición más intransigente (Ongaro en la CGT A, el grupo de Taco Ralo defendido como peronista por el ex delegado personal de Perón, mayor Alberte y que se constituiría en el primer antecedente de la nueva guerrilla del Movimiento —las Fuerzas Armadas Peronistas— que sale a la luz con el descubrimiento del campamento de Tucumán en agosto de 1968). La actitud de Balbín por seguir controlando el partido fue canalizar “... los arrebatos del partido hacia una Comisión de Acción Política y una decena de grupos de estudio’ que entretienen a los heterodoxos”. Simultáneamente mantenía en la Comisión a Mor Roig que era caracterizado así: “... nadie se asombre cuando sea el primer político llamado al Ministerio del Interior para iniciar las consabidas consultas”.⁴⁴

La sombra del general Aramburu aparece con renovada fuerza en el país, sobre todo a partir del Cordobazo (29 y 30 de mayo de 1969) ya que se lo vincula a un gobierno de transición convocante de elecciones. Justamente los radicales bonaerenses plantean que “...1970 será el año de las grandes decisiones. Otro orador, César M. García Puente, enumeró dos etapas: primera ‘la transformación política’; segunda ‘el voto popular’”. ¿Era el Aramburismo?⁴⁵

Lo inesperado fue que el derrocamiento de Onganía fue producto del secuestro de Aramburu en junio de 1970. Levingston fue una pérdida de tiempo para el proyecto irreversible del sector “liberal” de las Fuerzas Armadas: la salida electoral.

Pero desde febrero del setenta, Balbín había consolidado su posición en el partido, ya que fue ratificado en la conducción por el Plenario del Comité Nacional. En un reportaje define dos posturas trascendentes: 1) reconocimiento del peronismo como “fuerza popular” con “orígenes y fines muy similares a los nuestros” y 2) una promesa: “cuando se haya recuperado la democracia, el radicalismo entrará —estoy seguro— en un período de total y necesaria renovación”.⁴⁶

Estas posturas preanuncian dos estructuras políticas distintas: La Hora de los Pueblos y el Movimiento Renovador de la UCR.

LA SALIDA ELECTORAL Y LA RENOVACIÓN Y CAMBIO

En noviembre de 1970 se constituye La Hora del Pueblo a partir de una convocatoria del delegado personal de Perón: J. D. Paladino. Este es el primer ámbito

44. *Periscopio*, N° 9, 18 de noviembre de 1969, p. 13. Esta predicción periodística se cumplirá el 26 de mayo de 1971 cuando asuma como ministro del teniente general Lanusse. En el reportaje de la misma revista reafirma una actitud histórica de la UCRP: “... fuimos parte de la Revolución Libertadora: no podemos negarlo”.

45. Entre los incitadores del “cambio” se cita a Balbín, Ricardo Lavalle, Anselmo Marini y al aparente reubicado Raúl Alfonsín. *Periscopio* N° 25, 30 de diciembre de 1969.

46. Subrayado mío. *Periscopio*, N° 25, 10 de marzo de 1970.

orgánico de confluencia de la UCR y el peronismo, ya que significa el reconocimiento de la conducción de Perón, no solo para el radicalismo oficial sino también para el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista Argentino y personalidades independientes como Belgrano Rawson. El Partido Conservador Popular de Vicente Solano Lima era ya un viejo amigo. El objetivo principal del encuentro es la pronta institucionalización del país y también un proyecto económico que trata de diferenciarse del seguido por la Revolución Libertadora.

Si para Perón este nucleamiento fue una herramienta más,⁴⁷ también lo será para Balbín, pero claramente vinculada a la integración con las Fuerzas Armadas a partir del comandante en Jefe del Ejército: A.A. Lanusse.

Ya en 1969 se habían levantado las voces de la Juventud Radical contra las negociaciones con Lanusse. “En julio de 1970 Lanusse recibió un trabajo preparado por hombres del radicalismo en el que se formulaba una propuesta para iniciar la democratización del país... Para Lanusse el diálogo con los radicales era posible porque... había en el radicalismo una importante tradición civilista...”⁴⁸

La existencia de estas dos líneas internas se agudiza después del golpe que desplaza a Levingston, cuando se designa a Mor Roig como ministro del Interior del presidente Lanusse;

... el balbinismo logró que la UCR del Pueblo aprobara el nombramiento de Mor Roig sin que tuviera que mediar un pronunciamiento claro y preciso del Comité Nacional o del jefe del radicalismo. Balbín, quien inmediatamente declaró no estar convencido del todo “pero acepto la decisión de mi partido”, trasladó la decisión partidaria a La Hora del Pueblo, donde también fue aprobado el ingreso de Mor Roig al gobierno.⁴⁹

El representante de Perón ante Lanusse, J. D. Paladino, fue el que ingenuamente avaló el ingreso radical al gabinete (obviamente a título personal). Esta actitud sumada a su incapacidad de asumir un claro papel de opositor ante la dictadura en retirada, termina con su responsabilidad política en noviembre de 1971. Desde ese momento y manteniendo el nivel de acuerdo de La Hora del Pueblo, Perón despliega un claro enfrentamiento y diferenciación con la dictadura militar; a los radicales les queda la vinculación clara con la salida política.

Justamente contra esta actitud se comienzan a definir sectores internos que reivindican la necesidad del cambio y la renovación. Los primeros en cuestionar fueron los cordobeses: “Carlos Becerra, líder del ala izquierda mediterránea (apoyado por Conrado Storani, Ramón Mestre y los pujas revolucionarios de la juventud),

47. L. N. Ivancich y M. Wainfeld, “El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros”, revista *Unidos*, N° 2, julio de 1983, p. 76.

48. Marcelo Luis Acuña, *De Frondizi a Alfonsín la tradición política del radicalismo*, vol. 2, Buenos Aires, Biblioteca Política Argentina N° 49, CEAL, 1984, pp. 201-201. El subrayado es mío.

49. *Ibíd.*, p. 203.

estuvo a punto de desafiliar al Comité Córdoba de la UCRP. Entonces primó la medida de Arturo Illia...”.⁵⁰ El propio Gamond señalará más tarde: “ni el radicalismo de Córdoba ni yo tenemos ningún tipo de enfrentamiento ni situación de oposición al Comité Nacional, ni a su presidente, Ricardo Balbín, con quien hemos sido siempre solidarios pese a que pudimos haber discrepado con él y otros representantes de La Hora del Pueblo al avalar la designación de Mor Roig”.⁵¹ La dureza inicial de Córdoba va a llegar debilitada a la primera reunión del Comité Nacional a realizarse en Avellaneda, que tiene como objetivo la reorganización del partido. Al planteo de Storani, una junta reorganizadora que desplazaba a Balbín⁵² no se suma nadie. Prima el criterio de unidad partidaria tratando de alcanzar un equilibrio entre el colaboracionismo y la oposición frontal.

A esa actitud se suma el sector de Alfonsín en la provincia de Buenos Aires. En abril este había iniciado un proceso de revitalizar la Comisión de Acción Política de la provincia. “Se trata de jóvenes dirigentes que se destacan en posiciones clave [...] cuya secretaría ejecutiva ejerce un joven abogado de Avellaneda, Juan Manuel Casella. Los jóvenes desconían, sin ubicarse en el tremendismo cordobés, de las ‘relaciones peligrosas’ a mantener con Mor Roig”.⁵³ Esa desconfianza también significaba un problema interno del distrito ya que significaba un enfrentamiento con el sector de César García Puente, Ricardo Fuertes y Angel Roy que “... no reniegan de su vieja amistad con el ministro del Interior”.⁵⁴

Es decir que el 12 de junio de 1971, cuando se realiza el plenario radical, Alfonsín aparece como un sector no definido contra Balbín, más bien como alguien con posturas diferenciadas que crece a la sombra del Chino. Así lo confirman las publicaciones políticas de la época: “el delfín balbinista” (*Análisis*, N° 528) mantuvo previo alta reunión un “silencio sugestivo” (*Confirmado*, N° 312) ya que “izquierdizada pero no tanto, repudió entonces la designación de Mor Roig pero respaldó a Balbín” (*Panorama*, N° 211). En el plenario donde iba a desenvolverse la ofensiva cordobesa Alfonsín “recién llegó a... las 10 de la noche” y “el documento emitido por la UCRP fue redactado...” por él (*Confirmado*, N° 314). El motivo de la actitud del “delfín” quizá resida en la posibilidad de la herencia. “No parece casual que los dos dirigentes (Alfonsín y Pugliese), seguramente los mejor colocados —especialmente Alfonsín— para ocupar en el futuro el sitio de Balbín, se hayan mantenido en absoluto silencio durante el cónclave”.⁵⁵ Si se podía llegar mediante la unidad partidaria, ¿para qué renovar y cambiar? Se lo confirma a Balbín, no se concretará ninguna Junta Reorganizadora, se acusará de “comunista”

50. *Panorama*, N° 211, 11 de mayo de 1971, p. 10.

51. *Análisis*, N° 531, 18 de mayo de 1971, p. 17.

52. *Confirmado*, N° 312, 9 de junio de 1971, p. 19.

53. *Análisis*, N° 528, 27 de abril de 1971, p. 20.

54. *Ibidem*.

55. *Confirmado*, N° 314, 23 de junio de 1971, p. 18.

a cualquiera que criticara al oficialismo y “luego de cinco años de ostracismo, el aparato quedó intacto [...] y ningún caudillo abandonó la agrupación”.⁵⁶

La pelota tenía dueño. La mayoría balbinista proviene de distintos sectores: Facundo Suárez, Zarrielo, Perette, León y significa una equidistancia política para asegurar la unidad, que solamente podía desarrollar Balbín. El hecho de su postulación para continuar en la conducción de la UCR (desde julio de 1971 se le restituye la sigla original) desencadena el reagrupamiento de la oposición interna y de los “delfines” decepcionados.

La respuesta es por provincias y distritos electorales, todavía no existe un nucleamiento de toda la oposición. El propio Balbín guarda silencio con respecto a la continuación como presidente del partido, por eso en febrero del 72 todavía se piensa en una lista única en la provincia de Buenos Aires.⁵⁷ En Santa Fe y Córdoba Balbín no parece encontrar respaldos seguros y en esta última provincia la oposición a Balbín se denomina Fuerza Nueva o Movimiento Nuevo y la revista *Análisis* la describe así:

... dirigida por Felipe Celli y Eduardo Angeloz —a quienes se califica de izquierdistas-centrados— presenta un mosaico poco menos que caótico, que va desde los progresistas Enrique Storani y Carlos Becerra hasta la vieja guardia de Eduardo Gamond, y desde la agrupación juvenil Resistencia Radical —de abierta izquierda— hasta el núcleo de Víctor Martínez, de derecha decidida.⁵⁸

Esta heterogeneidad que genera un equilibrio de impotencias en lo que es la oposición “progresista” a Balbín facilita la acumulación de poder que se va a dar alrededor del Chino. Los “punteros” radicales van a apostar a lo seguro. En abril de 1972 se proclama la lista “alfonsinista” en el distrito provincia de Buenos Aires. Para el Comité Nacional la encabeza Alfonsín a quien acompañan Armendáriz, Edison Otero, José Gorostegui y Victorio Daste. Como candidatos al comité de la provincia, para presidente Raúl Borrás, Adolfo Gass y Raúl Roy. Como candidatos a la Convención Nacional figuran José Recio, Germán López y Bernardo Grinspun.

Los planteos de Alfonsín tratan de rehuir el enfrentamiento con Balbín: “mi gran admiración por su gestión al frente del partido”.⁵⁹ El objetivo era: diferenciarse del gobierno militar y concitar las adhesiones de sectores en todo el país que coincidieran plenamente con la posición de su sector bonaerense. Asimismo reivindicó La Hora del Pueblo como elemento que aceleró el proceso de institucionalización. Ante la pregunta de por qué el Partido Comunista no participaba del encuentro multipartidario señaló: “... dicha coincidencia incluía a las corrientes

56. *Confirmado*, N° 313, 16 de junio de 1971, p. 16.

57. *Análisis*, N° 570, 18 de febrero de 1972, p. 15.

58. *Ibíd.*, p. 16.

59. *La Nación*, 14 de abril de 1972, p. 13.

políticas con sentido nacional, ya que es hora de terminar con los restos de la dependencia ideológica”.⁶⁰

La respuesta de Balbín demuestra la escasa polarización interna dentro de la UCR (refiriéndose a Alfonsín): “... hace siete años que trabajamos juntos y no pienso que alguien pueda creer que he traicionado principios del radicalismo”.⁶¹

Este equilibrio y mesura radical fueron perdiéndose a medida que avanzaba el tiempo. El 7 de mayo el triunfo balbinista es cómodo pero la presencia alfonsinista demuestra el peso de la corriente. Balbín se impuso con 44.000 votos y Alfonsín obtuvo 30.000. El 58 y 42 por ciento respectivamente de los sufragios emitidos (58,3% del padrón inscripto votó).⁶²

Después de este resultado electoral es obvio que se incentive el armado de un acuerdo nacional para la reunión constitutiva del nuevo Comité Nacional y la elección interna para definir la fórmula presidencial de la UCR. Y este acuerdo deberá identificarse con planteos principistas y programáticos que lo diferencien del viejo discurso balbinista. La necesidad de la diferenciación, pues, servirá para darle coherencia a este nuevo núcleo radical que rodea al dirigente de Chascomús.

Cuando el 16 de junio del 72 se reúnen los delegados al Comité Nacional se da por asegurada la elección de Balbín como presidente y ya se evalúa una acción mancomunada entre Córdoba y el alfonsinismo. La violencia apareció en la reunión y concluyó con un estudiante de derecho muerto de un tiro. Las contradicciones entre Balbín y Alfonsín se daban mucho más acentuadas en las “barras” respectivas que en el ámbito del Comité Nacional, ya que Alfonsín termina absteniéndose para no convalidar la elección del nuevo presidente (17 de junio de 1972). En la reunión de la Convención Nacional la provincia de Córdoba levanta un programa muy influido por la situación de insurrección de los años 69 y 71. Los aspectos más importantes de este “programa” cordobés son: 1) adecuar los medios de producción en función de los intereses de la sociedad; 2) intervención del Estado en la vida económica para corregir las distorsiones; 3) la tierra no debe ser instrumento de explotación ni objeto de propiedad privada absoluta; 4) nacionalización de la banca extranjera y 5) sindicatos autónomos, fuertes y combativos.⁶³

El racionalismo eficientista aparece ya en sectores proto-alfonsinistas.

El otro aspecto relevante de esta convención es la derrota de la lista impulsada por Córdoba y el alfonsinismo pero con un número importante de votos alcanzados. Igualmente, la participación de todos los sectores internos hace que gran parte

60. *Crónica*, 14 de abril de 1972.

61. *La Nación*, 15 de abril de 1972.

62. En las elecciones internas del radicalismo capitalino no aparece diferenciado el alfonsinismo ya que existe una lista Unidad que nuclea a la mayoría de los sectores internos y luego otras dos listas Renovación y Liberación, que ninguna de ellas logra sacar el 25% para ser minoría. *La Nación*, 22 de mayo de 1972.

63. *La Nación*, 19 de junio de 1972.

de los postulados del “cambio” figuren en la declaración política final, inclusive el de la “reforma-agraria” propiciado por un alfonsinista bonaerense.

Toda esta vocación transformadora era producto de una época de grandes conmociones mundiales y nacionales. La liberación nacional y la revolución social eran ingredientes de gran parte de la problemática política del momento. Es decir, en determinadas medidas concretas podían existir coincidencias entre fuerzas políticas encontradas, la diferencia en el año 1972 era ser real alternativa de poder y eso era el peronismo. Alfonsín intentaba darle una tónica opositora a su partido, pero en ese sentido las realizaciones peronistas superaban el declamacionismo radical (no entendemos declamacionismo peyorativamente sino como la actitud tradicional de un partido reducido electoralmente y con una escasa militancia juvenil). Esas realizaciones abarcaban casi todo el espectro de las actividades políticas y de las fuerzas sociales, contra eso no podía el alfonsinismo. Pero sí el balbinismo, ya que como en 1963 la posibilidad podía ser la proscripción o autoproscricción del peronismo, por eso la salida Mor Roig tenía posibilidades en 1972. Sobre todo a partir del 25 de agosto, fecha tope puesta por Lanusse a Perón para retomar al país. Si por izquierda no se podía ganar al peronismo, el punterismo político apostará a la unidad y “prudencia” balbinista. Pero esto incentivará la necesidad de organizar un nucleamiento de oposición al balbinismo en la postulación de Balbín a la primera magistratura (el 23 de septiembre de 1972 en el Hotel Castelar de la capital). El domingo 24 de septiembre en el cine Real de Rosario se proclamará la fórmula Alfonsín-Conrado Storani: el lema “Por la soberanía popular y la liberación nacional”. Al acto concurren casi cuatro mil personas, en su mayoría jóvenes de la nueva corriente (que algunos llaman Movimiento de Renovación Nacional, Renovación Nacional y que algunos medios ya denominan de Renovación y Cambio). Se constituye la comisión directiva de la nueva corriente presidida por una cordobesa y que cuenta con la presencia de Hipólito Solari Yrigoyen por Chubut. La proclamación de la fórmula la hace Aldo Tessio, ex gobernador ucerrepcista de Santa Fe. El discurso de Alfonsín planteó la “nueva programática del sector: nacionalización de la banca extranjera y del comercio exterior mediante la intervención de las Juntas de Granos y de Carnes [...] la propiedad, el consumo, la producción, el intercambio y el comercio están al servicio del pueblo y no de minorías dominantes”.⁶⁴

La reivindicación democrática era superada por un discurso económico de transformación, sin cuestionar la conducción del partido con respecto al peronismo. La nueva convocatoria abstracta influirá sobre los resultados electorales.

Antes de las elecciones internas radicales se produce el primer retorno al país de Perón desde 1955. El 17 de noviembre se constituye en un día en que la salida política se pone a prueba: 1) el golpe, ¿o captura de armas?, de la Escuela de Mecánica de la Armada; 2) la detención inicial de Perón en Ezeiza que llevaba a

64. *La Nación*, 25 de septiembre de 1972.

cuestionar el “libre juego” lanussista; 3) la gran movilización popular (gaseada y desarticulada permanentemente) que demostró la capacidad convocante de Perón. La digestión de la presencia del conductor “desencarnado” y representante de la “revolución en paz” en el equipo lanussista afianzó la presencia electoral del peronismo, sobre todo cuando Perón se reúne con Balbín iniciando la política de grandes acuerdos nacionales.

Las elecciones internas se dan el 26 de noviembre, después del primer encuentro Perón-Balbín. La fórmula integrada por el oficialismo (Balbín-Gamond) obtuvo 170.083 votos, mientras que Alfonsín-Storani, postulado por el Movimiento Nacional de Recuperación y Cambio, obtuvo 144.901 votos. La diferencia fue de 25.182 votos (sobre un total de 566.218 afiliados, votó casi el 60%).⁶⁵

Para una línea interna definida en el mismo año alcanzar ese caudal electoral demuestra la importancia del sector. Incluso la alianza del balbinismo con Gamond demuestra la necesidad de desarticular una postura cordobesa uniforme contra el Comité Nacional.

El triunfo peronista y la UCR

Las victorias electorales del FREJULI en marzo y septiembre de 1973 tendrían que haber posibilitado un afianzamiento institucional del Movimiento de Renovación y Cambio dentro del Partido Radical. ¿Por qué, entonces, se afianzó el poder de Balbín? Es lo que trataremos de desarrollar en este acápite. El 49,5% en marzo y el 62% en septiembre nos indican que el poder de Perón era superior a la suma de los componentes del Movimiento y del Frente Justicialista de Liberación.⁶⁶

Es esta derrota de marzo la que pudo desencadenar una modificación en el radicalismo; comenzó la juventud (la Junta Coordinadora) señalando a los mariscales de la derrota y solicitando una reestructuración del partido. Se sumó al poco tiempo Conrado Storani solidarizándose con la declaración de Stubrin. Simultáneamente el MRC llega a definir la abstención a concurrir al ballottage (en el caso de que Lanusse pretendiera no aceptar la irrisoria diferencia) y exigía la reorganización del partido. Las dos líneas volvieron a enfrentarse, de hecho, en el ballottage: Alfonsín fue a hacer campaña a Córdoba por Víctor Martínez y Balbín con Fernando de la Rúa en Capital. Pero el resultado electoral fue una nueva

65. El incremento de votos se da fundamentalmente por la existencia de 59.163 afiliados más en la provincia de Buenos Aires para estas elecciones. *La Nación*, 26 de noviembre y 20 de diciembre de 1972. La única provincia donde no se realizaron las internas fue Misiones, por problemas de padrón.

66. Podemos hablar de un movimiento nacional de liberación cuando una personalidad política a partir de su convocatoria (interpretación y resolución de los problemas nacionales) logra concitar una mayoría electoral o movilizada, por encima de las estructuras organizativas existentes, para transformar las relaciones de poder interna y externa de la sociedad. Perón siempre alcanzó esa representación nacional.

derrota del alfonsinismo: los triunfos de Obregón Cano y De la Rúa volvieron a golpear a la nueva estructura interna.⁶⁷

En mayo el MRC documentó sus cargos a la conducción de Balbín: 1) “no haber comprendido la reacción popular que terminó por arrancar al régimen la apertura hacia la institucionalización y asegurar el proceso democrático sin criticar al oficialismo” (ese papel lo tuvo Perón y su Movimiento); 2) “el lenguaje metafórico y oscuro”; 3) “énfasis [...] en la pacificación, la integración social y la conciliación [...] apareciera como neutral”; 4) “no comprendió la juventud” ni tuvo “poder de convocatoria”; 5) “no haber sabido evaluar el papel del trabajo organizado”.⁶⁸

Las críticas parecen irrefutables y prefiguran un avance considerable del sector alfonsinista sobre la UCR. Así lo indica la organización del sector Renovación y Cambio de Córdoba (Storani-Becerra) diferenciándose de los aliados Angeloz-Martínez. Se definen aún más los contenidos políticos del sector, sobre todo con respecto al gobierno peronista posterior al 13 de julio de 1973. Así lo expresaba el semanario *Replanteo* dirigido por Raúl Borrás al afirmar que “si bien era posible coincidir con el justicialismo en programas comunes, no existe liderazgo carismático capaz de sustituir al pueblo organizado” y la crítica de Roque Carranza al “paquete de leyes económicas; en una nota titulada: ‘Solo tres leyes para el análisis y otro año que se pierde’”.⁶⁹

Se señala el carácter “burocrático sindical” del desplazamiento de Cámpora y Solano Lima. Existe una tendencia a ubicarse a la izquierda del peronismo y criticándolo.

Balbín, manteniendo la independencia del partido, plantea una política de respaldo institucional y se convierte en interlocutor del gobierno.

Es esta dualidad la que va a explicar el fracaso del planteo renovador de Alfonsín. El tipo de oposición planteado por Balbín impulsaba la conciliación mientras que Alfonsín planteaba la superación y crítica. El que primara tendría que ver con la eficiencia del partido gobernante. Y en el período 1973-74, mal que le pesara a Roque Carranza, el caudal de políticas que se desarrollan desde el gobierno prestigian al peronismo y sobre todo la relación Perón-Balbín cobra una importancia política interpretada de manera distinta por los radicales. Para algunos ahí residía la causa del fracaso ya que significaba abandonar la actitud independiente tradicional del partido. Para otros era correcta porque de hecho apuntaba a definir como adversario del futuro a un peronismo desmitificado: es decir, un peronismo sin Perón VIVO, un peronismo al que se le podía ganar en las elecciones; en síntesis: ante las realizaciones, la concentración de poder y la política de unidad nacional de Perón no había que ser opositor al estilo 46-55 sino concertar políticas.

67. *Panorama*, N° 309, 29 de marzo de 1973 y *Análisis-Confirmado*, N° 633 y 411 respectivamente, 1° de mayo de 1973.

68. Marcelo Luis Acuña, *op. cit.*, pp. 207 y 208.

69. *Panorama*, N° 328, 30 de agosto de 1973, p. 10.

Esta última actitud fue la que sostuvo Balbín y ahí reside el éxito alcanzado en las elecciones internas del partido en 1974.⁷⁰ En la provincia de Buenos Aires Balbín alcanzó 70.994 votos contra 39.316 de Alfonsín (este retrocedió en más de 15 votos con respecto a la fórmula presidencial del 72).⁷¹

Este arrollador triunfo del Chino se produce después de la expulsión de los Montoneros de la Plaza de Mayo, y del asesinato (el 11 del mismo mes) del padre Mugica. Perón-Balbín en ese año garantizaban seguridad de un sistema basado en la tolerancia y el consenso. El caudal de Alfonsín no puede desdeñarse pero a poco más de un año de la primera derrota electoral de marzo del 73 no tiene posibilidad de impugnar la reelección de Balbín (necesitaba 2/3 partes de los miembros del Comité Nacional). En las elecciones del 19 de mayo se produce otra victoria trascendente de Balbín: en Capital Federal el alfonsinismo sale tercero (con 7.500 votos menos que en noviembre de 1972) y por lo tanto sin poner a nadie en el Comité Nacional por dicho distrito.⁷²

Esta situación del alfonsinismo puede comenzar a modificarse a partir de la muerte de Perón el primero de julio de 1974.⁷³ El principal factor de poder del gobierno desaparece, los extremos políticos comenzarán a enfrentarse cada vez más desembozadamente dando por tierra con la vocación de unidad alrededor de la presidenta. En ese marco las actitudes de Balbín y Alfonsín se acercan en cuanto se alejan del gobierno de María Estela Martínez, pero la lucha interna se mantiene en el interior del partido. Estas diferencias no eclosionaron sino que se integraron de manera perfecta en la elección de gobernador y vice en la provincia de Misiones del 13 de abril de 1975.

El candidato a gobernador de la UCR era un alfonsinista (Ramon Barrios Arrechea) ya que en el distrito triunfó ampliamente en las elecciones internas de

70. "... el alfonsinismo concibe para sí un destino de importancia. El ideólogo del periódico *Replanteo*, vocero de ese sector radical, es un periodista experto en temas militares, interlocutor frecuente del coronel Corniccelli en los últimos tiempos del gobierno militar. Radical, ex desarrollista, este politólogo escribió recientemente [...] para un boletín confidencial [...] 'en caso de que Perón llegara a retirarse de las funciones que ejerce, es evidente que crecerá el papel de la oposición y, sobre todo, de la Unión Cívica Radical [...]. El peso político de las Fuerzas Armadas, lógicamente, no sería el mismo en relación al estado actual de cosas' [...] fuera del peronismo se especula con un cambio de situación, determinado por la atomización del movimiento mayoritario y la reaparición del Ejército Liberal en escena, lo cual le permitiría a un no peronista, suceder a Perón en el poder... un hombre sin desgaste, con buena imagen y confiable para el progresismo local...". Señala después varios modelos de gobiernos 'militares' y llega a afirmar que el chileno de 1973: "guerra interna" es inviable. *Cuestionario*, N° 12, abril de 1974, "La sucesión", p. 5.

71. *La Opinión*, 11 de mayo de 1974, p. 12.

72. *La Opinión*, 21 de mayo de 1974, p. 8.

73. En el famoso discurso de despedida de Balbín a Perón creo que ha escapado al análisis de los intérpretes que menciona siete veces la palabra "muerto" y dos figuras semejantes como "res-tos" o "vino a morir" (nueve menciones y no a la muerte, sino al muerto, y eso en un discurso no mayor de diez minutos).

mayo del 74. Balbín hace campaña en la provincia: la unidad del partido estaba garantizada. Tanto el oficialismo (sube del 35,10 al 46,45%) como el radicalismo (sube del 25,40 al 39,20%) mejoran sus posibilidades y demuestran la polarización interna. ¿Se avanzaba al bipartidismo?⁷⁴

La conspiración militar y el Proceso de Reorganización Nacional postergaron por más de ocho años la respuesta.

IV. LA UCR: DE BALBÍN A ALFONSÍN

Ante el inminente golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 los dos partidos mayoritarios fueron incapaces de una actitud clara. El oficialismo se había aislado con respecto a su propia fuerza política y esta misma no se caracterizaba ya por tener una mística transformadora, sino más bien un afán de alcanzar las elecciones presidenciales adelantadas al mes de septiembre.

El radicalismo expresó su impotencia (impotencia de casi toda la clase política argentina con excepción del liberalismo autoritario que participa activamente en el golpe) al señalar Balbín en el discurso previo al golpe que se había quedado sin respuesta y lo único que reivindica es llegar de cualquier manera (con muletas dice) pero llegar a las elecciones. Ambos partidos, en definitiva, a través de sus conducciones se asumen como administradores de la crisis política, facilitando así el golpe de Estado y su pseudo legitimidad.

Al peronismo le va a costar cuestionar la ilegitimidad reaccionaria. Pesa, sobre todo, el hecho de ser protagonista del fracaso gubernamental (sobre todo a partir de la preeminencia de López Rega en 1974). A los radicales la teoría del vacío de poder y del desquicio gubernamental en lo económico⁷⁵ les basta para reacomodarse a la próxima salida política.

Durante más de tres años las actividades políticas se redujeron al mínimo y con la asunción de Viola parece que el “tiempo político” del Proceso comenzaría. La confluencia de partidos (Justicialista, MID, PI y Demócrata Cristiano) que promueve la UCR (la Multipartidaria) se pone a la cabeza de la exigencia por la normalización institucional (1981). Pero el hecho que desencadena la acelerada retirada militar fue obviamente la guerra de las Malvinas (1982).

A partir de septiembre de 1981, con la desaparición de Balbín, se le allanan las posibilidades de acceder a la conducción del partido de Alfonsín. Dos elementos al margen de su voluntad se la facilitarán: 1) la división que impide una conducción homogénea de Línea Nacional y 2) la existencia de sectores claramente continuistas (el ejemplo claro García Puente) en el balbinismo. El segundo aspecto es el menos importante por el caudal de políticos del “proceso” que terminarán

74. *Cuestionario*, N° 25, mayo de 1975, pp. 6 y 7.

75. *Extra*, N° 131, mayo de 1976, p. 18.

ANÁLISIS CAMPAÑA	
JUSTICIALISMO	RADICALISMO
Enfoque por atributos y/o por estilos de vida	Enfoque más cercano a lo vincular y/o atributos
Posición invocatoria	Posición convocatoria
Emisor fragmentado y	Emisor unificado y
Destinatario parcializado	Destinatario generalizado
Alas derecha-centro-izquierdas	ALFONSÍN, subrayado sintácticamente, porque cámara avanza sobre él (hacia reformatarlo como líder) y Alfonsín se dirige hacia “fuera” (al tele-espectador).
	Toda la nación según interés por segmento
Rfte. intrínseco : pasado floreciente (o su opuesto, caótico y tenebroso, altamente conflictivo) gestando o instalándose con Polo Mandato.	Rfte. intrínseco: futuro de participación y renovación política, programas, etc. (¿riesgo de sobrepromesa?). Llamado a un nuevo orden comunitario, según articulación Ley/Deseo (por ej.: Preámbulo).
Poca presencia de función poética (solo Audio/Video Zupay)	Función poética incluida audio/video: “más que una salida es un ingreso a la vida” slogan: “ahora Alfonsín”
Código “histórico” y contexto anacrónico	Código ético y contexto nacional actual
Rfte. extrínseco: movimiento potencialmente conflictivo último gobierno insuficiente y muy criticado y ausencia de “incorporado” = no credibilidad en mensajes.	Rfte. extrínseco: fuerza política tradicionalmente democrática, nuevo liderazgo e incorporación de nuevos sectores a la política.

respaldando a Alfonsín, pero igualmente la lucha interna contra De la Rúa en Capital Federal por lo menos alcanzó niveles de enfrentamiento entre dos partidos más que líneas internas del mismo.⁷⁶ Los tres grandes nucleamientos al año 1982 eran el MAY (Movimiento de Afirmación Yrigoyenista), cuyo candidato a presidente era Luis León (de origen balbinista); MRC (Movimiento de Renovación y Cambio) que se alía con Línea Córdoba (Angelo-Martínez), y por último la vacilante Línea Nacional que no coincide en una sola nominación a presidente motivando el distanciamiento de Pugliese (enero de 1983) y luego el nacimiento del Balbinismo Auténtico. La fórmula De la Rúa-Perette no podía atraer ni a los propios radicales, por lo tanto menos a un nuevo electorado expectante. En tanto, Alfonsín inició su campaña interna como convocatoria de voluntades planteando un nuevo radicalismo, es decir la política residió en convocar a un nuevo actor interno al radicalismo para definir un nuevo estilo; la cuestión era afiliarse a la UCR para evitar que esa fuerza siguiera controlada por el punterismo político tradicional; era necesario superar la “máquina” ya que esta sirve para controlar pero nunca para hacer crecer a una fuerza política.

La convocatoria a profesionales e intelectuales (semejante a la promovida por el frondizismo en 1957 y por el peronismo en 1972), a la juventud, a la mujer, a los trabajadores, hizo del oficialismo el discurso más racionalmente preparado (incluyendo la introducción de teorías de comunicación para incrementar las posibilidades de triunfo). Inclusive la existencia de una adhesión juvenil de clase media le permitió la creación de estructuras políticas “militantes” o “de participación” (los comités radicales ganaron la calle, los “talleres” se convirtieron en instancia de organización de profesionales, técnicos o intelectuales donde la “libertad” era el eje de mayor convocatoria).

Más allá de definir el contenido del discurso alfonsinista (¿o hay que hablar de los discursos?) se aprecia un proyecto que se planificó para el triunfo en todos sus detalles sabiendo que tenía organicidad con la tradición política argentina y su estructura económico-social. La primera y fundamental etapa de Alfonsín fue ganar el control de la UCR; la presencia de un peronismo alvearizado le permitió acceder al gobierno y por ende al poder.

76. El “Chupete” de la Rúa cargó sobre sus hombros haber sido elegido por el diario *La Nación* como el representante de la generación intermedia radical con más posibilidades de “modernizar” a un viejo partido inadecuado a los nuevos tiempos de la eficiencia y la reorganización.

V. LA CAMPAÑA ELECTORAL Y EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES DEL 30 DE OCTUBRE DE 1983

Mayo de 1969 significa también el estertor, la agonía de la antinomia peronismo/antiperonismo, paralela a la de dictadura/democracia en el sentido que ambas opciones tuvieron y fueron desarrolladas por el pensamiento liberal en sus varias direcciones.

Francisco J. Delich, 1970⁷⁷

Justamente, evalúo que las antinomias con más fuerza en el proceso electoral fueron: democracia y autoritarismo englobando también la de peronismo-antiperonismo. El radicalismo planteó claramente la primera antinomia y definiéndose como la única expresión de democracia. En esa demostración atacó fundamentalmente al peronismo, y sobre todo al sector de los dirigentes sindicales. El objetivo era polarizar políticamente al electorado y darle posibilidades al nuevo radicalismo.

Aunque aparentara un retroceso con respecto a 1973, la antinomia democracia-autoritarismo reflejaba más la realidad política que la de liberación-dependencia. El proceso militar significó la mayor concentración de poder o poder totalitario del país, el sentimiento generalizado era el de rechazar lo militar y alcanzar a recuperar niveles de libertad individual o social. La democracia aparecía como la única alternativa posible.

Ahora bien, el alfonsinismo señalaba a las Fuerzas Armadas como expresión del autoritarismo, pero también los componentes violentos, fascistas y patoteros del sindicalismo y el peronismo. La lucha por la democracia tenía que hacerse también en el seno del sindicalismo y restringiendo poder al peronismo.

Alfonsín lograba así una ambigüedad⁷⁸ convocante necesaria para alcanzar el triunfo. Concitaba adhesiones de sectores juveniles vinculados al cambio con la guiñada de ojo a las fuerzas conservadoras (sin candidato alguno) con la posibilidad única de ganarle legítimamente al peronismo. El enfrentamiento al pacto sindical-militar significó ampliar el nivel de confluencia de sectores extrapartidarios, conscientes de que sus partidos a nivel presidencial no tenían chance. Por lo tanto se volcaron sectores de izquierda, centro y derecha a la alternativa no peronista. Porque a pesar de que Alfonsín hiciera referencia a una continuidad histórica donde Perón y Evita estaban incorporados como factores de justicia social, la tradición política radical era insospechada de cualquier “renuncio” al respecto.

77. Francisco J. Delich, *Crisis y protesta social. Córdoba, mayo de 1969*, Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970, p. 65.

78. El término ambigüedad no es peyorativo ya que cualquier convocatoria nacional en un país de la heterogeneidad del nuestro siempre lo incluye.

A esta *convocatoria nacional* tenemos que adicionarle un elemento clave: el personalismo. La UCR era Alfonsín, la posibilidad del crecimiento electoral giraba alrededor de este hecho. Si el “punterismo” político radical fue desbordado por los nuevos afiliados a la UCR, ya se prefiguraba una elección fundamentalmente sobre una persona. El rédito político es que definió una sola conducción (de la interna, de la campaña), es decir, fortaleció el criterio de credibilidad y de autoridad de la UCR. Las diferencias internas del partido radical aparecían desdibujadas por el desarrollo de un programa de acción política que tenía como eje a Alfonsín. El no peronismo había encontrado por primera vez una figura no deteriorada políticamente.

La política de convertir la disputa interna de la UCR como una campaña pre-electoral le dio a Alfonsín una característica fundamental: la iniciativa siempre fue suya, nunca la perdió e hizo girar al peronismo alrededor de su figura y su partido.⁷⁹

La renovación política estaba exaltada por la fórmula Somos la Vida: era el intento de desvincularse de la violencia de la historia reciente y plantear un cambio que posibilitara llegar a un nuevo orden. Dentro del viejo estaban los que habían ejercido la violencia: el Proceso y el peronismo; el Proceso a partir de los secuestros, asesinatos, torturas y sobre todo por la posibilidad de la guerra con Chile del año 79 y la delirante decisión de la guerra de las Malvinas; el peronismo por la violencia existente en su propia lucha interna y por la reaparición de expresiones violentas y de muerte del pasado: las Tres A y los Montoneros. Y el peronismo no discriminaba su pasado, aparecía asumiéndolo todo y no entendió que sin hacer una evaluación del último tramo del gobierno de Isabel era imposible remontar la identidad. La identidad peronista del 83 incluía el período 74 a 76 y si no se la revisaba y reemplazaba por otra era obvio que pesaba sobre el electorado indeciso que quería confiar en un proyecto realizable.

La iniciativa de Alfonsín tuvo justamente ese nivel de moderación y liviandad que posibilitó interpretar determinado estado de hartazgo de la sociedad argentina; todo lo que significara concentración de poder o búsqueda de poder total irritaba o alejaba a parte del electorado. Ante esto el peronismo ofrece candidaturas como Herminio Iglesias y Lorenzo Miguel, máxima autoridad residente en el país del Partido Justicialista. Esa expresión del sindicalismo (y no de la clase trabajadora ya que el congelamiento que produce la Revolución Argentina, el gobierno peronista y el Proceso de Reorganización Nacional hacen difícil saber la real representatividad de los dirigentes) en detrimento de los políticos sirvió para representar un tipo particular de alvearización: el supuesto elemento de “representar” la “base

79. Elemento que sigue en la actualidad, ya que mayoritariamente el peronismo se sigue refiriéndose al gobierno más que definir objetivos propios e identificantes. En la campaña electoral esto se expresó en las consignas (No rompan más las bolas no ven que somos más. Para ser alfonsinistas dos cosas hay que tener, la bandera de los yanquis y las llaves del cuartel. No sos el Pocho ni el Chino Balbín, no sos un carajo Raúl Alfonsín. A nosotros no nos banca ni la Coca ni la Ford. Es decir el elemento referencial era Alfonsín más que cualquier propuesta propia.

social” del peronismo hacía inútil cualquier tipo de reactualización de propuestas. El poder solo se iba a usar para control o imposición de políticas sectoriales (sindicales únicamente) que iban a ejecutar los sectores de la rama política por corresponderle todavía las candidaturas máximas del PJ.⁸⁰ La mediocridad de este planteo no podía competir con la estrategia única y personalizada de la UCR.

Hasta el pasado de la UCR, elemento que da más problemas al partido radical, es reivindicado a partir del mítico gobierno de Illia, insuficiente para cualquier convocatoria nacional por falencias graves de legitimidad y operatividad transformadora, pero suficiente en cuanto imagen civil, honesta y no violenta. La liviandad del radicalismo se expresa en el rescate de este “padre de la democracia” que asumió con el 25% del electorado y no fue capaz de enfrentar los poderes que lo condicionaron desde el principio.

El planteo de Alfonsín, al rescatar distintas tradiciones políticas: los conservadores, los socialistas, los demócratas progresistas, los peronistas, la democracia cristiana, le sirve para convocar a adherentes de esos partidos políticos (sobre todo los no peronistas) ya que les ofrece una alternativa real de ganarle al peronismo. Pero también lo pone en la cresta de una línea histórica (como completando todas) que aparece resumido en ese “rezo laico” que hacía ante las “procesiones laicas”: el recitado del Preámbulo de la Constitución Nacional. En este planteo juntaba la defensa de la democracia implícita en el contenido constitucional con la idea fuerza de la unidad de los argentinos.

Es decir: la ambigüedad convocante del mismo Preámbulo parecía dar un contenido de Partido de los Argentinos a la UCR; esta aparecía desbordando los sectarismos y limitaciones de otros partidos (sobre todo el peronismo). Esa misma unidad exigía esa mínima definición, esa liviandad tan exitosa en el 83 y que no hubiera servido electoralmente en el 73.

El éxito cuando se enfrentan dos contendientes o proyectos depende de las calidades de los dos. Veamos ahora las del peronismo, en este caso escuetamente: 1) carencia de figura convocante con poder propio (existen poderes heterogéneos); 2) invocación a las fuerzas propias y una similar liviandad en cuanto a la democracia para todos, aunque parcial; 3) el proyecto: el pasado (incluso sin discriminar); 4) poca credibilidad de propuestas sectoriales por algunos candidatos y algunas conducciones. Existía una presidenta del PJ que no hablaba y un vicepresidente primero al que no lo dejaban hablar. La particularidad de esta estructura política implicaba una subvaloración del pueblo argentino; 5) la adhesión obtenida demuestra que en la polarización electoral se votó al peronismo como factor de realizaciones históricas desde 1945. También lo votaron quienes pretendían la

80. A este predominio sindicalista favoreció la profunda división de la “rama política” ya que la candidatura máxima salía de sus filas. El interés concreto separó a los dirigentes más notorios del PJ que optaron por una negociación por separado con el “jefe” de las 62 y con el que manejaba a los congresales nacionales de la provincia de Buenos Aires.

definición de un cambio social y el peronismo era la expresión de ese cambio. Los que eligieron la urgencia de sus intereses (los más desposeídos) ya que sabían que iban a encontrar más rapidez en la administración peronista (a este sector quizá representaba más Herminio Iglesias en Buenos Aires) y esto quizás explica la victoria justicialista en provincias pauperizadas por el Proceso.

Esta serie de errores, planteos y postergaciones eran producto de una actitud compartida por la inmensa mayoría de los peronistas: la certeza del triunfo. A partir de lograr la unidad se alcanzaba el poder y por lo tanto esa unidad se entendió como ocultamiento de las diferencias, como un delicado “equilibrio de impotencias” detrás de un objetivo máximo y común que era el Estado. Allí, en el Estado, se iban a producir los enfrentamientos que iban a dirimir el poder dentro del Movimiento Peronista. Estas identidades enfrentadas van a expresar un predominio de más del 12% del electorado para la UCR, ya que según define R. Rojas Breu en su trabajo sobre la campaña (seguido en el análisis precedente) “definió un nuevo liderazgo e incorporación de nuevos sectores a la política” (jóvenes y mujeres fundamentalmente).⁸¹

La ambigüedad convocante y la liviandad de propuestas definen un hecho inédito de la Argentina, que encuentra un peronismo falto de conducción y operando a partir de respuesta-reacción del que mantiene la iniciativa política.

VI. ALFONSÍN Y LA DEMOCRACIA

El viejo tronco radical junto con los jóvenes (quizá fundamentalmente de clase media), las mujeres, el electorado antiperonista, permitieron a Alfonsín la incorporación de sectores de otros partidos políticos (del desarrollismo, de línea popular, el socialismo democrático) además de la adhesión que logró como candidato presidencial de la FUFPEO, la UCD de Alsogaray, el resto de fuerzas conservadoras provinciales, etc. Quizá fue importante, a nivel profesional, la de muchos intelectuales (vinculados al campo de las ciencias sociales) que provenientes de concepciones políticas totalizadoras van a reivindicar, como la gran mayoría de los argentinos, el sistema democrático. Convirtieron a la democracia en un instrumento finalista de la política. He tomado el de Angel Flisfisch, sociólogo chileno, por parecerme el mejor resumen dentro del planteo.⁸²

¿La “nueva” democracia o la democracia “boba”?

El carácter defensivo que asumen los partidos vinculados al cambio social en América Latina a partir de la Doctrina de la Seguridad Nacional y el Estado

81. Rubén Rojas Breu, “Análisis sobre la campaña electoral UCR-PJ”, trabajo inédito, Buenos Aires, 1984.

82. Ángel Flisfisch, “El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina”, en *Crítica y Utopía*, N° 9, Buenos Aires, mayo de 1983.

autoritario, se expresa también en los intelectuales del cambio que comienzan a revalorizar la democracia e intentan convertirla en el ámbito necesario para cualquier transformación.

Ahora bien, el planteo reside en superar el marco de la democracia jurídica formal del liberalismo clásico latinoamericano y alcanzar “una práctica política guiada por las siguientes orientaciones fundamentales: 1) [...] prácticas efectivas de autogobierno; 2) [...] expansión de los ámbitos de vida sometidos a control personal; 3) [...] proceso de fragmentación o socialización del poder; 4) [...] restitución [...] a la colectividad de capacidades y potencialidades personales...”.

La idea que alimenta esta “nueva” teoría de la democracia es que “la sociedad civil debería hacerse más pública y, correspondientemente, más política”.⁸³

Esto implica rechazar la concepción de Estado napoleónico entendido como “sistema susceptible de construirse racionalmente y científicamente, y capaz de superar por medios tecnoburocráticos el peso de la tradición y las especificidades históricas, estas últimas interpretadas como rémoras o factores de atraso”. En definitiva es una visión crítica del leninismo latinoamericano, asumido superficialmente a fines de la década del sesenta y reemplazada hoy por esta “nueva democracia”.

Los dos elementos, a mi entender insuficientes de este planteo residen en: 1) no rescatar los componentes históricos existentes en América Latina haciendo creer que esto es un nuevo producto de la situación continental; básicamente en la Argentina la concepción de democracia social integrada reivindicada por Perón desde su retorno inicial en noviembre de 1972, que expresa con claridad un cuestionamiento a la concepción de poder total que subyacía o definía a parte del pensamiento político del 73; 2) la escasa incidencia que se adjudica a la planificación, es decir, al destino de una comunidad definido por el Estado y las organizaciones intermedias que por la situación de dependencia y los profundos intereses internos hacen ineludible la confrontación.

Estos teóricos que señalan las dificultades del planteo tienden a delegar en el tiempo la resolución de los conflictos y en este aspecto terminan coincidiendo con el partido radical y su postura tradicional desde la división del 56. El principismo moral y la democracia como sistema que impregna la acción política del Estado definen una práctica que retomó la planificación ya en 1964 con el Plan Nacional de Desarrollo y en los objetivos del gobierno de Alfonsín.⁸⁴

La dificultad reside en tomar el modelo de la democracia europea, con un sistema estable y gran tolerancia que expresan un alto nivel de cultura política, en una sociedad latinoamericana tensionada socialmente y con núcleos de poder autoritario en sus fuerzas armadas y sectores empresarios que son conscientes de que una democracia independiente de ellos es incompatible. El tiempo aparece, pues,

83. *Ibíd.*, p. 12.

84. Discurso de asunción ante la Asamblea Legislativa. *Clarín*, 11 de diciembre de 1983.

como un elemento desestabilizador si no se concreta en realizaciones. El durar no significa gobernar, ya que esta acción pasa fundamentalmente por alcanzar objetivos definidos por una conducción política que se adecue a los sectores sociales y políticos que compartan la transformación, pero no subordinan sus objetivos a los proyectos elitistas y antinacionales.

El gobierno de Alfonsín

Existe una actitud general ante el poder por parte del radicalismo, pero en dos tiempos políticos que tienen que ver con la relación con el peronismo y sobre todo con el sindicalismo peronista.

El planteo general es aquel donde el componente moral (“krausista”, lo define Alfonsín en su discurso de asunción) cobra importancia política y el otro es una visión del Estado como entidad política por encima de los intereses concretos. El elemento moral alimentaría la actitud de los gobernantes como buenos administradores de un orden social establecido tratando de coordinar los intereses contrapuestos para alcanzar la situación óptima de no conflicto. La integración social y política de la comunidad sería el resultado natural de un proceso histórico de gobiernos democráticos, y se llega a una situación de “preeminencia de procesos comunicativos tendientes a la generación de un marco institucional, de cultura política y de identidades colectivas”.⁸⁵

Este planteo no toma en cuenta el hecho de excepcionalidad que sufre nuestro país. La crisis política, moral, económica de la Argentina exigía una campaña de “reparación” que demostrara una vocación transformadora y una convocatoria a la realidad del país. Lo terrible del país es que tampoco el peronismo estaba ni está a la altura de dicha crisis. Los dos partidos mayoritarios se han asumido como administradores del tiempo más que como agentes del cambio. La latinoamericanización de la tradición política argentina es un éxito obtenido por el Proceso.

Ahora bien, Alfonsín no tuvo esta actitud “administradora” en el tema sindical. En ese tema planteó gobernar “a su manera” y generó su política de más enfrentamiento a un poder de la Argentina: eso fue el proyecto de Ley de Reordenamiento Sindical. Priorizó el cumplimiento de su campaña electoral, pero aisladamente (incluso a pesar de la importancia del sector) ya que se fue más concesivo en el continuismo universitario, militar, de funcionarios del Proceso y de la justicia. La supuesta teoría de no abrir demasiado los frentes de conflicto pareció que se ensañaba con el sector gremial y favoreció la polarización del conflicto. Y por ende su fracaso. Cuando el Senado rechaza el 15 de marzo del 84 la media sanción de la Cámara de Diputados, se inicia una modificación de la política que demuestra que la iniciativa la tiene Alfonsín y que el resto de las fuerzas responden.

85. Ángel Flisfisch, *op. cit.*, p. 28.

El 27 de marzo Alfonsín designó a Hugo Barrionuevo (dirigente fideero) de la Comisión de los 20, como delegado presidencial, para encauzar el tema de la normalización sindical.

Esto fue el fin de Mucci. Su reemplazo por Juan Manuel Casella y el acuerdo obtenido alrededor del reglamento electoral y la devolución de las obras sociales indican que la concertación y la estabilidad son priorizadas por el gobierno. El acuerdo del 7 de junio, fundamentalmente con el peronismo a través de Isabel, el Comando y el Consejo Nacional Partidario reafirma esta postura. El énfasis sobre la unidad nacional impregna la convocatoria del gobierno. Las libertades públicas son las reivindicadas como la realización más concreta y mantiene una actitud de indefinición en el proyecto económico por la prioridad otorgada al tema de la deuda externa. Al convertir a esta en el eje de la actividad gubernamental en el ámbito de la economía postergó debates sobre prioridades de desarrollo, de inversión industrial, de modelo de crecimiento que anuló la posibilidad de discutir alternativas a los componentes políticos y sociales del país.⁸⁶

Esta situación de indefinición programática se expresa en el contenido de dos discursos: el del 10 de diciembre de 1983 y el del 23 de marzo de 1984. Entre ambos está el rechazo del Senado a la Ley de Reordenamiento Sindical.

En el primero exalta la ética de procedimientos y la convocatoria al futuro desde un Estado independiente y con protagonismo popular. Se reivindica la promulgación de un Plan Nacional de Desarrollo en los marcos de la planificación democrática y exige sindicatos no politizados pero democráticos. Con respecto a la política internacional el planteo es el de no ser peones de las superpotencias.

En el segundo discurso hace un diagnóstico internacional más dramático: confronta los países centrales con los de la periferia; las hegemonías constituyendo las dependencias y allí ubicando el tema de la deuda externa (en el enfrentamiento Norte-Sur).

Por eso reivindica que la empresa es de todos los argentinos e introduce una programática transformadora: industria de base, autoabastecimiento, incorporación de ciencia y tecnología y con una base de justicia social.

Vuelve a plantear su gobierno como elemento que rescata lo mejor de las tradiciones políticas argentinas señalando que el yrigoyenismo y el peronismo no modificaron la situación heredada de dependencia. Vuelve a convocar al futuro y señala que los enemigos son los sectarios y dogmáticos. El Plan Nacional de Desarrollo no vuelve a ser recuperado en los siguientes meses de su gobierno. La concertación y la unidad nacional son reivindicadas como la necesidad de la hora para la resolución del problema de la deuda externa.

86. Aldo Ferrer, charla sobre "Argentina en el sistema económico", dictada en el Instituto para la Cultura Política, Buenos Aires, 15 de mayo de 1984.

Lo que aparece reflejando Alfonsín en la forma de acceder al gobierno ha sido más una retirada forzada del liberalismo autoritario que una conquista del pueblo movilizado. La cuota de racionalidad que intenta buscar en la sociedad política choca con la tradición de los poderes internos que tratan de mantener a toda costa sus reivindicaciones sectoriales; el objetivo radical de que el Estado aparezca poco choca con la multiplicidad de conflictos que toman a la democracia como alternativa de cambio.

Maquiavelo decía que todo príncipe nuevo (forjador de un nuevo Estado) tenía dos misiones fundamentales: establecer una nueva legislación y modificar los hábitos del pueblo, en definitiva, realizar una revolución. No se ve transitar a ese príncipe ni en el radicalismo ni en el peronismo. ■

AÑO 2 - N° 4

DICIEMBRE DE 1984

HACE DIEZ AÑOS SABÍAMOS SOÑAR

Mario Wainfeld

1. EL “BOOM” DE LA DEMOCRACIA

1.1. La victoria alfonsinista ha suscitado una revalorización de la no violencia y de los mecanismos de la democracia parlamentaria, notoria en los medios formadores (?) de opinión y en la conversación del hombre común. Esto es positivo y merece ser bienvenido.

Lamentablemente, la revalorización es simplista pues viene apareada con una crítica ahistórica y poco seria de todo accionar político apartado del marco de la democracia parlamentaria lo que deriva, en lo que hace a nuestra historia reciente, en dos injusticias: a) la sobrevaloración del gobierno de Illia, olvidando su origen ilegítimo, su popularidad limitada, sus devaneos gorilas, la mediocridad de sus metas y de sus logros y su nula capacidad movilizatoria (por no hablar de la proscripción de Perón). Estas tremendas limitaciones parecen no existir: se las omite mencionando tan solo las virtudes republicanas del Dr. Illia, su honestidad, su modestia, el funcionamiento del Parlamento y el tenaz respeto por las libertades individuales.

Se incurre en una exagerada apología de un gobierno limitado;¹ b) una injusta denostación de todo accionar político no realizado por los mecanismos partidarios o parlamentarios. La acción directa y la violencia son criticadas abiertamente. Es moneda corriente escuchar frases tales como “todas las violencias son igualmente censurables” o considerar “violencia” a cualquier forma de acción directa.

1.2. Presenciamos una errada evaluación de la historia humana y —más modestamente— de nuestra historia reciente.

El pacifismo en boga parece condenar por igual a los romanos y a Espartaco; a Castro y a Batista; a los franceses y los argelinos; al FSLN y a Somoza; a la Revolución Libertadora y a Valle; a Carcagno y al pueblo cordobés en 1969, etcétera.

Respecto de nuestro pasado se incurre en una cerrada crítica a todo el accionar directo (proviniera de donde proviniera) producido entre 1955 y 1973, etapa que se repudia “en block” con la paradisíaca excepción de la administración Illia.

El repudio involucra a nuestra generación política: la de quienes nos asomamos a la política en la década del sesenta y contamos hoy entre treinta y cuarenta años, más o menos. Esta generación política, que formó la gloriosa JP de 1973² quiso participar y comprometerse, quiso una revolución para la Argentina, se sacrificó, militó y pavimentó con su sangre el camino de la hoy naciente democracia.

Hoy se la ha olvidado o —lo que es peor— recusado como una de las gestoras de esas violencias “igualmente repudiables”. Creo que ya es hora de separar la paja del trigo. Por eso me propongo hablar de la violencia, de nuestra generación, de su proyecto y de su futuro.

2. PEROGRULLADAS SOBRE LA VIOLENCIA

2.1. La crítica a la violencia tiene un origen claro y razonable: el terrorismo de izquierda y de derecha, y —en especial— la guerra de Malvinas y el terrorismo de Estado han generado un natural deseo de paz. El autoritarismo integral del Proceso ha condicionado a una joven generación que creció entre 1976 y 1983 y cree en la paz como valor absoluto. Toda violencia es criticada. La democracia (a veces confundida con la libertad de expresión o la falta de represión) es enaltecida como valor supremo.

Estos planteos —válidos en general— son llevados a un nivel extremo tan absoluto y ahistórico que los torna falsos.

1. Desde luego, esto no implica justificar el golpe de Onganía, así como las críticas que hemos hecho en esta revista al gobierno de Isabel no justifican el golpe de Videla.

2. Es necesario salir al cruce de una leyenda tejida por la propaganda del “proceso”, que aún goza de buena prensa. La JP no estuvo compuesta solo por Montoneros y la “tendencia”. La integramos también quienes conformábamos otros sectores juveniles e innumerables militantes no encuadrados definitivamente. Ciertamente es que la “tendencia” fue mayoritaria entre 1972 y 1974 pero es también verdad que fue perdiendo progresivamente predicamento en la medida en que su enfrentamiento con el general Perón se hizo ostensible.

No todas las violencias son (ni han sido, ni serán) idénticas. La violencia (en eso estamos de acuerdo con la interpretación en boga) nunca es deseable. Pero (en esto discrepamos) a veces es necesaria y justa.

La violencia de los opresores no es igual a la de los oprimidos. Esta es, a veces, el único camino para romper con la dependencia o la dominación. En ese caso lo censurable no es la violencia sino la inacción.

Ningún medio es neutro: la violencia tampoco; por eso es desaconsejable (en caso de poder elegirse). Habitualmente exagera la venganza y desalienta a las mayorías. En las sociedades modernas toda tarea requiere especialistas: también la violencia que se transforma en una actividad para iniciados.³ Por lo general, los mejores en la lucha no son los mejores para la política. A veces los veteranos de guerra ni siquiera pueden vivir en paz.

Creo haber sido claro: la violencia es indeseable. Es el último de los medios. Pero existe. A veces es necesaria y justa. Y fundamentalmente no es cierto que toda violencia sea igual a otra.

2.2. Hace diez o quince años no hubiera escrito estas perogrulladas que —por lo demás— hubieran tenido poco eco en mi generación política.

Es que nosotros nacimos a la política bajo la violencia gorila y la vivimos continuamente: el 16 de junio de 1955; José León Suárez; Valle, Vallese, el Conintes, Mussi, Méndez, Retamal, Bello, Cabral, el Cordobazo, Trelew formaron nuestra experiencia y nuestra conciencia. La resistencia a la opresión asumía a veces formas violentas: nos parecía justo. Me apresuro a decirlo. A mí, al menos, me sigue pareciendo.

La Resistencia Peronista, las luchas obreras contra el Conintes, el Cordobazo, son momentos gloriosos de las luchas populares argentinas. El pacifismo a ultranza olvida injustamente a mártires que lucharon por la justicia social y la democracia con los medios que les permitía el sistema. Porque, bueno es señalarlo, en 1955, en 1958, en 1963 y en 1969 no se votaba libremente o (más llanamente) no se votaba. Los caminos democráticos estaban cerrados. La lucha popular no puede detenerse por decreto: asume las formas que le imponen las circunstancias. Los pueblos no odian porque sí ni desean la guerra. Eso Perón lo sabía y lo encarnaba. Pero a veces son obligados a odiar y a pelear. Ese odio, esas luchas son justas. Así lo entendimos muchos de nosotros hace diez, quince o veinte años. Así lo sigo entendiendo.⁴

3. Uno de los impactos más tremendos que produce el libro *Recuerdos de la muerte* de Miguel Bonasso es el relato del "enamoramiento" y la simbiosis que se produce entre los represores del Ejército y Marina y los cuadros montoneros. Pareciera que la actividad similar generara lazosseudocorporativos aún superiores a la ideología.

4. Hablando concretamente pienso que se pueden distinguir de 1955 a 1976 dos formas de violencia no estatal: 1) La popular y algo inorgánica: "resistencia", Cordobazo, etc. No incluye la práctica del terrorismo ni en general la de la violencia contra las personas. Históricamente la reivindico como legítima. 2) La guerrillera, siempre elitista y cuestionable en su utilización del crimen individual.

2.3. No todas son rosas. Hoy se ama acriticamente la paz; parte de nuestra generación amó en exceso la violencia. Creyó que no era una imposición de la historia sino una beneficiosa necesidad. Pensó que —como el fuego— purificaba todo lo que tocaba.

Debe aclararse que —contrariamente a lo que surge de la leyenda de la “guerra sucia”— fueron pocos los que actuaron en la guerrilla. En la Argentina no hubo, ni por asomo, 30.000 guerrilleros. La cantidad la inventaron quienes querían justificar 30.000 desaparecidos. Pero sí es verdad que —en general— nuestra generación pensó en los fines y no en los medios y que menospreciábamos las libertades públicas y los derechos constitucionales que considerábamos meros formalismos.

Nos importaba la toma del poder, con miras a realizar “la revolución”. Desarrollamos una mentalidad militarista y maquiavélica (búsqueda del objetivo con desprecio por el “enemigo” y los medios).

Para muchos la lucha violenta cesó cuando el peronismo llegó al gobierno. Muchos otros siguieron avalando —siquiera argumentalmente— el uso de la fuerza. Algunos pocos la ejercieron.

Esa conducta le vino como anillo al dedo a los enemigos del cambio, quienes hábilmente identificaron a toda nuestra generación con el montonismo. Todo aquel que propugnaba cambios sustanciales en la sociedad era sospechoso de ser guerrillero. La simplificación, iniciada por sectores de nuestro propio Movimiento, fue llevada al paroxismo durante el Proceso. Los propios montoneros la fomentaron pues los transformaba en el único referente válido del peronismo revolucionario.

La dinámica política nos obligó a desarrollar un discurso negativo: en lugar de explicar quiénes éramos y qué queríamos debíamos arrancar aclarando lo que no éramos: montoneros. En lugar de reclamar y promover cambios debimos dedicarnos a pedir disculpas (por lo que no éramos).

Durante el Proceso, probarlo era cuestión de vida o muerte.

Ante la alternativa electoral, como con reflejos retardados, optamos por la buena letra, quizá por temor a que reaparecieran los viejos reproches...

2.4. Nuestra generación quizás amó en exceso la lucha; pero fue (y ese sigue siendo su principal mérito) la generación del compromiso desinteresado. Quisimos participar y cambiar la sociedad.

Hacían falta ganas (que nos sobraban) y proyecto. Con algún proyecto nos comprometimos todos. Entonces nos preocupaba el proyecto y no la democracia.

De todas formas, en el accionar guerrillero hasta 1973 puede reconocerse una forma de resistencia a la opresión. Así lo entendió el Parlamento argentino en 1973 cuando dictó la ley de Amnistía. La continuación de la guerrilla después del 25 de mayo de 1973 es repudiable política y éticamente. Debilitó al gobierno popular, acentuó sus contradicciones, exacerbó la violencia y desmovilizó al pueblo. La ley de Amnistía que pudo ser un hito importante en nuestra historia, perdió así toda relevancia.

Hoy vivimos la democracia sin proyecto. Quizá sea nuestra misión, a partir de nuestra dura experiencia, encontrar la síntesis.

3. ELOGIO DE LA DEMOCRACIA

3.1. La democracia puede ser un medio y el marco idóneo para procurar el cambio social. Hace diez años no queríamos o no sabíamos verlo. Parece mentira: siempre el pueblo (peronista, yrigoyenista) llegaba al poder mediante el voto. Sin embargo ese “dato” no nos decía nada o casi nada.

Hoy sabemos que en la Argentina (como dice Alfonsín) la democracia puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Como no amamos la muerte la diferencia nos resulta sensible.

No es sensato, en la actual coyuntura, plantear antinomias tales como “democracia o comida” o “democracia o soberanía”. Dentro de la democracia no hay hoy una alternativa seria al alfonsinismo. Seamos honestos: este peronismo no es opción.

Tampoco es opción el “autoritarismo eficaz”. En la Argentina no hay tal: el autoritarismo mata, hambrea y pierde las guerras y los territorios.

Llevada la cuestión a un simple eslogan, la opción hoy y aquí (con este peronismo) es Alfonsín o Videla. Quien opine lo contrario o miente o se equivoca.

3.2. El gobierno alfonsinista fue elegido por el pueblo. ¿Fue acertada la elección? Es cuestión discutible que no deseo tratar acá. No me parece suficiente decir que el pueblo nunca se equivoca. La afirmación es simplista, producto de nuestra soberbia cuando la mayoría nos apoyaba.

El pueblo difícilmente yerre en lo que rechaza. Es más posible que no acierte en lo que se propone. Es más fácil tener conciencia sobre el pasado (es algo existencial) que sobre el futuro (lo que a veces requiere datos, horizontes culturales, o conocimientos técnicos).

La conciencia popular es un producto histórico y como tal mudable. Tras años de miedo, desinformación e inacción política la conciencia popular necesariamente debe retroceder y puede cometer errores. Afirmar lo contrario es atribuirle carácter mágico y negar consiguientemente el valor de la educación, de los medios de difusión y del adoctrinamiento político. Si la conciencia popular fuera perfecta sería inexplicable que Perón se hubiera pasado la vida adoctrinando...

Pero no es esa la cuestión. Democracia es hacer lo que el pueblo quiere, equivocado o no. El pueblo eligió libremente a Alfonsín. Para los peronistas eso debe ser suficiente. Este gobierno es también nuestro y como tal debemos defenderlo.

3.3. Acá se acaba mi oficialismo. Porque creo que la “democracia de Alfonsín” no conlleva un proceso de liberación nacional y de cambio social. Es, dicho con respeto,

una “democracia boba”. Pero la culpa no es solo de Alfonsín. Es también de los peronistas, quienes tenemos la obligación y la posibilidad de darle contenido.

La democracia no quita el hambre, pero da posibilidades de reclamar comida; de hacer huelgas, de planificar planes alimentarios y —lo que es más importante— de procurar en breve plazo conseguir el poder para intentar erradicar la pobreza.

Esta democracia no castiga a los asesinos pero tampoco los hace presidentes. Ni mata.

La democracia no garantiza el surgimiento de organizaciones libres del pueblo pero lo posibilita.

Esta democracia no es, en suma, la panacea que pregonan los radicales. Pero es el marco idóneo para buscar soluciones.

La democracia privilegia el número y las mayorías. Las mayorías son nacionales y populares. Ergo...

Cien años de democracia es magro proyecto y poco sueño si esa democracia no tiene un contenido de liberación nacional y revolución social que difícilmente pueda serle dado por el radicalismo a quien conforma ese sueño chiquito (y con todo, tan difícil).

El alfonsinismo no prometió una nueva Argentina. Aun si cumpliera sus cien medidas el nuestro seguiría siendo un país dependiente, sometido económica y culturalmente y flagrantemente injusto en la distribución de la riqueza y del poder social.

Nuestro pueblo sabía eso y lo votó, seguramente porque ansiaba la moderación, honestidad y falta de represión que el radicalismo prometía y garantizaba.

Dentro de cinco años el pueblo, desprovisto de miedos, mejor organizado, educado y concientizado tendrá posiblemente avideces mayores. El alfonsinismo no podrá satisfacerlas. Quizá lo hagamos nosotros, si recreamos el peronismo revolucionario.

Si fracasamos es posible que arrastremos con nosotros a la democracia. En todo caso la expondremos a un peligro que ya se vivió en 1976: la existencia de un oficialismo insatisfactorio pero que aparezca como invencible electoralmente.

La democracia se vigorizará si existe una opción popular ante el oficialismo, como no la hubo en 1976 ni la hay hasta hoy.

El peronismo debe ser esa opción. Puede y debe resurgir dentro del marco democrático que debemos preservar con congruencia ideológica y también por conveniencia: garantiza nuestra subsistencia y posibilita nuestro regreso al poder.

Creo que la vieja dirigencia del peronismo, mariscal de cien derrotas, no está en condiciones de “aggiornar” al peronismo dentro del marco democrático. Esa tarea compete a nuestra generación.

4. REMOZAR NUESTRAS BANDERAS

¿Cuáles son hoy nuestras banderas? En esencia, las mismas de siempre. Pero, como decía Perón, solo los grandes principios son eternos: los proyectos políticos deben ser reformulados y adecuados a la evolución histórica. Esa tarea nos compete y aún está pendiente.

Seamos sinceros: las veinte verdades y las tres banderas por sí solas no definen qué hacer aquí y ahora. La felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación son objetivos permanentes pero no precisos.

Por supuesto no seré yo quien dé las respuestas, que solo podrán surgir de un debate popular demorado y olvidado hace rato. Propongo apenas algunos ejes para debatir, “infiltrando” alguna que otra opinión personal.

4.1. Debemos recrear el poder y la participación popular. Parafraseando a Jauretche diré que el poder del pueblo creció cuando Rosas le otorgó trabajo a una lanza; cuando Yrigoyen le procuró la libreta de enrolamiento; cuando Perón le dio el carné sindical a los trabajadores y la libreta cívica a las mujeres. ¿Qué cambio proponemos después de casi cuarenta años? ¿Nada más que devolverles la libreta y el carné?

¿Existe vocación participativa en la Argentina? Me atrevo a decir que en un tiempo la exageramos. La mayoría de los cambios sociopolíticos fue gestada por los líderes y apoyada por las masas y no a la inversa. La débil respuesta popular ante el Proceso⁵ parece confirmar esa tendencia. ¿La desmovilización fue una constante histórica o producto del miedo? En cualquiera de los dos casos, ¿cómo revertirla?

4.2. La consigna “liberación o dependencia”, producto del genio sintetizador de Perón, no ha sido superada. Pero no exageremos; esa definición no nos ahorra el debate. Nos sirve sí para desconfiar de algunos amores del alfonsinismo (Mitterrand, Felipe González, mañana algún Kennedy) pero poco más.

La frase “ni yanquis ni marxistas” es antigua. Seguimos estando de acuerdo en que debemos independizarnos de los poderes internacionales. Pero la consigna no abarca a todos los poderes: v. g. la socialdemocracia, la democracia cristiana, la propia Iglesia católica en cuanto poder político, etc.

Además, nuestra relación con los EE. UU. ha variado sustancialmente. Nuestra dependencia de Gran Bretaña era la más clásica; teníamos economías complementarias: comprábamos caro y vendíamos barato.

La posterior relación con EE. UU. generó una dependencia diferente y más sutil. Nuestras economías no son complementarias sino competitivas. A los americanos no puede preocuparles esa competencia por su escasa importancia.

5. Sobre la desmovilización en el Proceso ver el artículo de Roberto Marafioti en *Unidos*, N° 3 (“El proceso, herencia de la nueva democracia”) en especial pp. 65 y 66.

Desde luego al capitalismo foráneo siempre le interesó dominar nuestro mercado. Pero no debemos exagerar ese interés: tengamos en cuenta que nuestro mercado es —en términos de poder internacional— muy reducido.

Por eso a los yanquis le costó atarnos a su carro. Entre 1946 y 1955 bastó un relativo aislamiento en especial de los organismos internacionales. En 1973 la cuestión era más difícil. Se procuró la integración económica con otros mercados.

Martínez de Hoz consiguió atarnos férreamente a la dominación yanki a través de la dependencia financiera. Hoy no vendemos nada ni compramos nada a los yanquis y les “debemos” toda nuestra riqueza.

¿Qué hacer con la deuda externa? Las respuestas oficiales del peronismo y del radicalismo son apenas variaciones retóricas de las que propone el enemigo.

¿No hay otras alternativas? Sospecho que sí. Pero desde el peronismo no han sido ni esbozadas.

Si la respuesta fuera negativa, ¿no debiéramos modificar nuestro planteo de independencia?, ¿es independiente quien trabaja para pagar usura por un capital que nunca recibió?

En el último de los casos, ¿hay una forma “nacional y popular” de pagar la deuda externa?

4.3. En 1945 la liberación se ligaba a un proyecto autárquico en lo económico.

Valorativamente la autarquía debería seguir agradando a los peronistas, aun cuando arrastrase determinado atraso tecnológico. En general se insiste en que ese proyecto es hoy inviable. Pero el tema no se ha discutido seriamente dentro del peronismo.

¿Cuál sería el perfil productivo deseable de la Argentina independiente?

Nuestra política exportadora ha tenido siempre como principales compradores a los países del “centro” (Inglaterra, el Mercado Común, la URSS durante el Proceso). ¿No es posible cambiar nuestra producción exportable orientándola hacia el intercambio con los países latinoamericanos y del Tercer Mundo?⁶

La realidad demuestra que nuestros lazos con otros países del Tercer Mundo solo pueden consolidarse cuando se sustentan en alguna base material. El intercambio y la cooperación económica son la base necesaria para la consolidación de alianzas que —de lo contrario— mueren en las declaraciones o en los papeles.

4.4. Esto nos trae de la mano a otro tema sustancial: la integración latinoamericana. Perón fijó como límite el año 2000. Quedan apenas quince años. Insisto: el único medio idóneo para la integración es la consagración a realizaciones conjuntas.

6. Jauretche proponía modificar la estructura agrícola-ganadera orientándola a producir más carne de menor calidad y a incentivar la industria láctea y sus derivados, fomentando así la exportación hacia países del Tercer Mundo ávidos de alimentos esenciales y baratos. La aventura parece posible: la industria láctea es quizá la única que progresó durante el Proceso. Los beneficios, como ya he dicho, no serían solo económicos.

La complementación económica, el intercambio, el fin de los conflictos fratricidas, las obras públicas conjuntas son las llaves de la unidad. ¿Qué esperamos para empezar?, ¿que los países hermanos lleguen a la democracia? Es una solución errada, ideologista en el peor sentido de la palabra. Los pueblos son hermanos más allá de sus gobiernos. El tiempo nos apremia y —por lo demás— debemos aceptar con realismo que es difícil que exista sincrónicamente democracia en América Latina en el corto plazo.

4.5. Nuestra autonomía cultural pudo ser en 1945 una mezcla de orgullo nacional y cierta xenofobia.

Los medios de comunicación social han tornado obsoleto ese modelo. Nuestra destacada dirigencia sigue arriándolo, quizá porque recién se enteró de la existencia de la TV gracias a la campaña de Alfonsín.

¿Cómo se vertebra una cultura nacional en un mundo penetrado por los medios masivos de difusión y necesariamente cosmopolita? ¿Cómo se expresa nuestro pueblo frente a productos brillantes elaborados por comunidades más capacitadas en el manejo de esos medios? No neguemos esa superioridad pero tampoco caigamos en el error (hoy común) de olvidar que esas comunidades siguen siendo imperialistas y dominantes.

¿Cómo evitar —dicho en simple— que los mejores programas de nuestra TV sean las miniseries extranjeras sin necesidad de prohibirlas? ¿Cómo impedir que en la cultura argentina se planteen opciones tan poco seductoras como Romay u O'Donnell?

4.6. Revivamos al revisionismo histórico que ya ha cumplido un ciclo. Fue juvenil, contestatario e irreverente. Hoy se ha transformado en una nueva religión con su santoral y su intocable dogma. Por eso no atrae a los jóvenes como nos atrajo a nosotros.

Debemos desempolvarlo, recrearlo y fundamentalmente seguir revisando la historia que no es lo mismo que seguir repitiendo lecciones ya aprendidas. La revisión y la crítica deben ser continuas. Las ciencias sociales no son comisiones de homenaje permanentes.

El revisionismo histórico en un momento y las “cátedras nacionales” en otro movilizaron sectores intelectuales porque propusieron nuevas visiones de la historia y de la sociedad. Si queremos seguir su camino debemos ser innovadores como ellos y no tontos repetidores de sus aciertos, errores y anacronismos.

4.7. Hace diez o quince años se discutía en nuestro frente nacional entre capitalismo y socialismo. Hoy ese debate interno ha cesado. Parecemos haber aceptado resignadamente al capitalismo. ¿No valdrá la pena recrear o reorientar la discusión? ¿No vale la pena analizar el cooperativismo, la cogestión, la autogestión, el accionar obrero o la participación en las ganancias?

¿Es viable el capitalismo independiente? ¿Qué puede esperarse del “empresariado nacional” que habitualmente se ha beneficiado con los gobiernos populares pese a lo cual a la hora de la verdad fue golpista y promilitar?

4.8. El Proceso destruyó a la comunidad argentina; también al Estado. La ineficiencia estatal no es hoy solo un slogan del liberalismo: también un dato de la realidad. El peronismo actual, ¿es un mero dirigismo de nuevo cuño o aún pretende cambiar cualitativamente el rol del Estado?

En cualquiera de los dos casos, ¿hemos pensado cómo cambiar la mentalidad de la burocracia estatal y cómo variar el escepticismo popular sobre el Estado?

4.9. ¿Debemos aceptar la “santidad” de la Constitución de 1853 o —en caso de cambiarla— la de 1949? Considero que en ambos casos la respuesta es negativa. Debemos promover una reforma constitucional adecuada a nuestra experiencia y a nuestro proyecto.

La Constitución de 1853 es una antigualla hiperindividualista que no contempla seriamente los derechos sociales, ni el rol del Estado, ni el recurso de amparo, ni el principio de la ley penal más benigna, etc., etc.

Además el sistema de distribución del poder es inadecuado por dos razones: 1) impide la reelección presidencial dificultando así la consolidación de liderazgos populares. Este defecto no existe en la Constitución de 1949 pero sí el que viene. 2) En su funcionamiento práctico posibilita —como sucede parcialmente ahora— que el Ejecutivo sea dirigido por un partido y el Legislativo por otro u otros. Ese empate paraliza el poder político, lo que no es deseable.⁷ Los peronistas, que siempre hemos sido partidarios de ampliar el poder político de los gobiernos populares, deberíamos denunciar esas carencias y no hacer abuso de ellas. No lo hacemos por oportunismo; porque hoy somos oposición.

Los radicales son ideologistas, aman más a la Constitución de 1853 que al poder.

Tampoco la censuran. Sin embargo, la división del poder político (de por sí limitado frente a poderes sociales y económicos antinacionales que son homogéneos y no se dividen) es consecuencia inmediata del funcionamiento práctico del sistema de división de poderes diseñado en 1853.

7. Ese empate no se produce en el funcionamiento actual de las democracias occidentales. En Francia, Italia, Alemania, Gran Bretaña y los países escandinavos el sistema es parlamentarista. Si el Ejecutivo está en minoría en el Parlamento puede disolverlo y convocar a nuevas elecciones, buscando la mayoría. Si vuelve a quedar en minoría habitualmente debe dimitir y permitir que el Parlamento designe primer ministro o presidente (obviamente del partido mayoritario). En EE. UU. el sistema es presidencial, como acá. Pero se diferencia en que los partidos no tienen disciplina de bloque. Los parlamentarios no acatan disciplinadamente a sus partidos. No hay, por tanto, certeza de oposición cerrada al Ejecutivo aun cuando esté en minoría. Quien no crea en mi modesta palabra, puede leer con provecho Duverger (*Las dos caras de Occidente*, Ariel).

5. RESCATAR NUESTRAS RAÍCES

5.1. ¿Cómo afrontar tantos debates y compromisos? Recuperando de nuestro pasado lo mucho que tiene de positivo y enriqueciéndolo con nuestra dura experiencia.

Muchos de nuestros compañeros se entregaron de lleno y sin apetencias materiales a la vida política. Algunos erraron el camino y terminaron (quizá sin quererlo) sirviendo a minorías antinacionales. Pero la descalificación política no debe extenderse a lo personal: toda esa militancia fue honesta, desinteresada y valiente.

Aun en el caso extremo de los Montoneros debemos diferenciar entre los jerarcas y los militantes, valorando la dignidad, el coraje y la sangre de estos.

Hacerlo no implica suscribir su política ni mucho menos intentar reiterarla.

La nuestra fue una generación de militantes. No es poco mérito en un país que hoy aparece como individualista, desmovilizado y descreído.

Rescatemos con mayor orgullo aún la actitud de quienes creímos en la posibilidad de un cambio revolucionario bajo la conducción de Perón. La historia nos ha dado la razón. Ese cambio era el camino. La autocritica de muchos “ultras” de entonces confirma tardía, y quizá ya vanamente, nuestra verdad.

5.2. Recuperemos nuestras figuras. Sin la soberbia de ayer pero con igual pasión debemos releer a Perón, a Evita, a Cooke, a Hernández Arregui, a Scalabrini y a Jauretche (si se me permite una sugerencia, sobre todo a Perón y a Jauretche).

Amplíemos nuestro “panteón” incorporando sin sectarismo a pensadores y escritores del bando nacional aunque no sean peronistas o hayan criticado al peronismo. Criticar al peronismo no es pecado: a veces es acierto. Aunque las críticas hayan sido injustas debemos juzgar a los hombres por sus trayectorias y no por hechos o errores aislados. Nosotros también nos hemos equivocado: eso debe hacernos más comprensivos. Un ejemplo: no parece sensato que dentro del peronismo se siga cuestionando aún hoy a un argentino desgarrado y valiente como Ernesto Sabato (quien, dicho sea de paso, ya mereció el respeto de Hernández Arregui y Jauretche).

Las críticas de Rodolfo Walsh a ciertos sectores o prácticas del peronismo no deben ser obstáculo para que sintamos como nuestro al cronista de la “Operación Masacre”, al autor de “Esa mujer”; al periodista que Videla consideró necesario suprimir. Periodistas como Rodolfo Terragno, quien criticó al peronismo en 1973 cuando todos eran loas y lo defendió en 1976 cuando el golpe era un hecho, merecen nuestro respeto.

5.3. Seamos más tolerantes con los propios peronistas. Respetemos las figuras que antaño nos parecían menores o incurablemente moderadas. Miguel Miranda y José Gelbard fueron los ejecutores de la auténtica política económica peronista:

heterodoxa, antiliberal, pero otorgadora de buenos salarios y beneficios sociales, una política de pleno empleo, de cines, restaurantes y canchas de fútbol repletas y de alto consumo popular. Tenemos que reivindicar la imagen de José Rucci, el hombre de la CGT que avaló el Pacto Social de Perón y lo pagó con su vida. Recordemos al silencioso y eficaz Dr. Ramón Carrillo. Honremos al noble Dr. Taiana quien siempre estuvo donde el peronismo lo puso y recibió en pago diatribas y cárcel. Por último: no creo que nadie que lo haya conocido pueda olvidar al padre Mugica.

5.4. Sigamos recordando a los compañeros de otros países que lucharon por la liberación de sus pueblos. En el pasado los veneramos tanto que creímos extrapolables sus experiencias; fue un error. No cometamos el inverso e igualmente grave de olvidarlos.

Sandino, Zapata, Lázaro Cárdenas, Jacobo Árbenz, Nasser, Velasco Alvarado, Mao Tse-Tung, el primer Paz Estenssoro, Salvador Allende, etc., fueron nuestros compañeros. Las diferencias metodológicas son producto de la historia y no deben ignorarse pero tampoco exagerar su importancia. Todos los que luchan por la liberación nacional tienen algo en común. Siempre estaremos más cerca de ellos que de Mitterrand, aunque seamos democráticos y tengamos Parlamento...

5.5. Sé, mientras escribo esto, que será difícil encontrar un solo compañero que comparta este listado en un ciento por ciento. No es esa la cuestión. Solo propugno la coincidencia sustancial y —desde esa posición común— la discusión acerca de las diferencias.

6. CONCLUSIÓN Y PROPUESTA

6.1. Se ha dicho que la principal víctima de la represión del Proceso fue la clase media. Es una falacia. Importantísimos cuadros medios de la clase trabajadora fueron barridos por la represión. Si se sabe menos de ellos es porque tienen menos prensa; no porque hayan sido menos víctimas.

Es bastante más acertado señalar que hubo una generación favorita de la represión: la nuestra. Nos han deteriorado, torturado, quebrado y matado.

6.2. Debemos abandonar el miedo; también la culpa. El miedo paralizó a muchos. La culpa nos hizo ponernos a un costado en la última interna y bajar las banderas.

Diez años atrás éramos sectarios: decíamos que quien no pensaba como nosotros no era peronista. Nos equivocábamos: el peronismo contenía contradicciones que no podíamos resolver políticamente y pretendíamos negar a través del lenguaje.

En 1983, quizás acosados por una injusta culpa, optamos por un movimiento absurdo. Creímos que un movimiento político carente de conducción y compuesto por facciones por demás diversas y antagónicas podía alcanzar por

sí solo un equilibrio. Algo así como pensar que una reunión entre un grupo de ultraizquierda y otro de ultraderecha genera una conclusión de centro cuando lo más posible es que genere un tiroteo.

Preferimos callar nuestro proyecto y ceder el paso a hombres gastados, seguramente para evitar que nos tildaran de zurdos o infiltrados. Olvidamos que llevábamos, los más nuevos, más de una década de peronismo y que las culpas del último fracaso era de esos dirigentes y no nuestra.

Respetamos en exceso a quienes no lo merecían. Así nos fue.

6.3. Desde el 1° de julio de 1974 venimos de derrota en derrota. Nosotros, que nos identificábamos con la “V” de la victoria.

Tenemos que aprender de esas derrotas, reconocer nuestras limitaciones, pero también ser conscientes de nuestras virtudes.

Hemos ofrendado años de lucha, de entrega sin claudicaciones ni beneficios.

Ninguna fuerza política tiene tantos militantes y cuadros valiosos para integrar al Movimiento Nacional.

El pasado debe servirnos pero no abrumarnos. No podemos sentirnos inmortales ni invencibles como lo hicimos alguna vez. La vida nos demostró cuánto errábamos.

Pero sí debemos enfatizar que —en lo esencial— teníamos (y seguimos teniendo) razón.

Y que si (a veces, algunos) erramos en los medios, por lo menos sabíamos soñar. ■

¿ADÓNDE VA EL PERONISMO?

José Pablo Feinmann

EL PROYECTO IDEOLÓGICO

Con la muerte de su líder, al peronismo se le plantea la necesidad ineludible de explicitar claramente un proyecto ideológico, pues sin ese marco referencial se cae en una crisis de identidad que posibilita que sectores y personajes de muy distinto signo se den el lujo de decir que son peronistas, y hasta tengan a mano una justificación doctrinaria de su opción justicialista. Todos hablan de la doctrina peronista. Pero la doctrina peronista es lo suficientemente amplia como para que fascistas como Ottalagano se sientan cobijados por ella.

Hay que formularse la pregunta fundamental: ¿qué queremos los peronistas? Cuando el aspecto ideológico queda claro se va a dilucidar claramente quiénes son en realidad los peronistas. Vale un ejemplo: se puede afirmar que el peronismo no es izquierda ni derecha. Pero si por “izquierda” se entiende la realización de la justicia social, claramente estamos identificando al peronismo como izquierda. Con lo cual, por supuesto, nos estamos arriesgando a un montón de cosas: las etiquetas de zurdos o de infiltrados pueden llover sobre nuestras cabezas. Sin embargo, es muy interesante introducir un concepto ideológico como el de socialismo nacional, a pesar de que fue tan manoseado y bastardeado, y que tuvo avatares tan sanguinarios que lo vuelven casi irre recuperable para la doctrina peronista. El mismo Perón lo desautorizó: “No hay nuevas consignas, no hay nuevos rótulos para nuestro Movimiento. Somos lo que las veinte verdades dicen”, dijo en el discurso del 21 de junio de 1973.

Pero es necesario entender que si Perón congelaba la doctrina en ese momento histórico, era porque necesitaba poner en orden el Movimiento. Ahora es un suicidio seguir sacralizando y congelando la doctrina. Es imprescindible ir más allá de las veinte verdades. No todos vamos a estar de acuerdo con un concepto que se desprende de ellas: el capitalismo bueno. ¿Qué es eso del capitalismo bueno? ¿Quién está en condiciones de explicitarlo?

Sin embargo, figura en las veinte verdades, forma parte de nuestra doctrina. Esa doctrina a la que tantas veces nos remitimos y que no es tan clara ni tan unívoca.

La gran tarea es, obviamente, la de la actualización y precisión doctrinaria. Encontrar las aristas ideológicas que nos diferencien claramente de aquello que no queremos ser.

PARTIDO Y MOVIMIENTO (PARTIDO DE CLASE-MOVIMIENTO NACIONAL)

El peronismo nace ante todo como un producto de la movilización popular: el 17 de octubre el pueblo rescata a su líder cautivo. Si algún concepto se puede extraer de ese hecho histórico es que es imposible hacer política en nombre del peronismo si no es con las masas: el peronismo busca el consenso de las mayorías, su captación y la movilización popular. En este sentido, Perón dio siempre una estructura movimientista al peronismo. Por lo tanto se puede afirmar que el peronismo no se propone organizar a un solo sector de la sociedad, y que, por ende, no es una estructura buro-sindical. El tema favorito de Perón era el de la organización, y la primera experiencia peronista de gobierno es justamente una experiencia movimientista de la nación. La organización del movimiento es paralela a la organización del proyecto de nación.

¿Y cuál es el proyecto de nación que quiere Perón? Un proyecto de nación independiente, un proyecto de nación tercerista, un proyecto de nación antiimperialista.

Ese proyecto tiene como base al pueblo. El pueblo debe ser organizado; toda la nación debe ser organizada. Es aquí cuando el movimiento se confunde y toma el rol de la nación.

Perón siempre quiso una organización para la clase obrera, para los empresarios, para los fideeros, para los taxistas, etc. Ansiaba que todo el mundo se organizara. Y, efectivamente, uno de los conceptos básicos con que cuenta el peronismo en su nivel organizativo es el de las “organizaciones libres del pueblo”. Para eso son fundamentales las unidades básicas, el debate, el proyecto ideológico.

Es imposible tener capacidad movilizadora si no se tiene una organización barrial, fabril, estudiantil, empresarial, técnica, de niveles universitarios.

¿Qué es entonces el movimiento? Es toda esta gran cosa que abarca la organización de la sociedad, y es lo que Perón llamó la “comunidad organizada”.

Al aspecto partidista Perón nunca le dio mucha importancia. En su momento disolvió el Partido Laborista de Cipriano Reyes porque era un partido que intentaba organizar a una parcialidad del pueblo, como es la clase obrera; y nosotros no creemos que la clase obrera sea la que tenga la misión histórica de destruir al capitalismo dependiente. Por eso hablamos de pueblo. Pero no hablamos de pueblo porque pretendamos negar las contradicciones internas de la nación. Hablamos de pueblo porque tenemos una concepción política de organización de las mayorías que supera al clasismo.

Hagamos la siguiente reflexión: un obrero es un obrero porque tiene una determinada ubicación en el aparato productivo. Sin embargo, ese obrero puede pasar toda su existencia sin tomar jamás conciencia de su situación de sometido. En la medida en que el obrero no trascienda los límites del pensamiento economicista, nunca va a alcanzar una ruptura con la situación que padece. Marx, por ejemplo, habla de la clase trabajadora como la clase no poseedora. Ahora bien, para que un no poseedor llegue a asumirse como un sometido o un explotado o llegue a comprender su situación personal como radicalmente injusta, tiene que producirse una ruptura con esa situación que está viviendo; y esta ruptura no se produce desde la economía, se produce desde la política.

Es la política, es la concientización ideológica que da la política, lo que le permite a un obrero superar su condición de agente del aparato productivo, y pasar a integrarse en un movimiento de liberación.

Por eso no sirve el clasismo: porque el proletariado no es la clase históricamente redentora. La contradicción proletariado-burguesía es una contradicción secundaria en los países dependientes. La contradicción principal es la de imperio-nación.

¿Qué es lo que se opone al imperio? El pueblo. ¿Y qué es el pueblo? El pueblo es la mayoría de los ciudadanos políticamente organizados en una estructura movimientista. Esa estructura movimientista es la que supera los límites del clasismo. Es por eso que Perón disuelve el Partido Laborista, y crea el Partido Peronista, incorporándolo al Estado, y otorgando, además, prioridad a la conducción política y no a la sindical.

El ministro Grinspun cometió la barrabasada de afirmar que los sindicatos fueron creados al estilo nazi-fascista desde el Estado. Pero no tomó en cuenta un pequeño detalle: el peronismo nunca fue liberal. El Estado peronista era un Estado nacional y popular. Por lo tanto, integrar la estructura sindical en un Estado nacional y popular no es fascismo. Y por una simple razón: ese Estado no era fascista. ¿Por qué no era fascista? En primer lugar porque era un Estado de un país dependiente. En segundo término porque era un Estado basado en el consenso mayoritario de la clase trabajadora, y por último, porque no respondía a las necesidades de un monopolismo expansivo (no respondía a las acerías Krupp, como lo hacía el nazismo). Existen claves fundamentales para entender cómo el peronismo hace su política, y que la desarrolla paralelamente a su proyecto ideológico.

En consecuencia, para el peronismo lo fundamental es el movimiento, porque el movimiento es la organización de la comunidad. Es la confluencia de los sectores, de las organizaciones libres del pueblo, que armonizan y logran la unidad nacional. Es decir, la unidad de los que se nuclean para la defensa de los intereses nacionales. Esa es la verdadera unidad nacional, y no esa mermelada liberal idiota donde todos somos bellos y hermosos argentinos que participamos de la totalidad de la patria. No. Porque para el peronismo hay pueblo y antipueblo, patria y antipatria.

EL MODO PERONISTA DE HACER POLÍTICA

Cuando nosotros decimos “el modo peronista de hacer política es hacer política con las masas” nos estamos oponiendo a una concepción elitista de la política, que la concibe como un pacto entre caballeros que celebran acuerdos en la penumbra.

Hay una frase muy hermosa de Cooke que decía: “Nosotros no somos caballeros, somos peronistas”. Con esto quería significar que nosotros no somos esa clase de caballeros que arreglan las cosas entre cuatro paredes. Nuestra política es la búsqueda del consenso.

Perón siempre concibió la política con el pueblo como sujeto. El pueblo es el sujeto de la historia, los pueblos hacen la historia con sus conductores. Y este es el modo peronista de encarar la política: un modo no elitista y profundamente democrático. Pero no democrático en el sentido liberal de la palabra. Para el liberalismo, democracia es el sistema en el cual el individuo elige a sus representantes que, en el Parlamento —entre ellos—, deciden por el pueblo.

Hay un concepto profundamente erróneo en la Constitución del 53, que es el que dice que “el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes”. El peronismo debe oponerse absolutamente a ese concepto liberal que confunde la actividad del pueblo con la anarquía. No somos caballeros de guante blanco que elegimos a los señores que nos representan, y después nos vamos a casa. El peronismo no se va a casa. En todo caso se organiza: en las fábricas, en las villas, en las universidades, etc. Tenemos un concepto de hacer política con la organización de

las masas, y no de hacer política a través del pacto en la penumbra, o a través del desarrollo de las fuerzas productivas, que sería el eficientismo desarrollista.

Confluye aquí nuestra ideología con la organización que tenemos que darnos. Si en la ideología afirmamos que el peronismo hace política a través de la organización de las mayorías nacionales, en la práctica tenemos que darnos una estructura movi-mientista de organización, que construya, a lo largo y a lo ancho de la nación, las organizaciones libres del pueblo. Y es en esas organizaciones en las cuales el pueblo debate los grandes problemas nacionales, y delibera y gobierna si es necesario. En todo caso, el pueblo les puede acercar a sus representantes sus verdaderos anhelos. Los representantes aislados de las bases, aislados de toda organización popular, ¿qué es lo que van a debatir en el Parlamento? ¿Cómo se van a enterar de las verdaderas necesidades del pueblo? ¿Leyendo los diarios? ¿Leyendo los informes reservados que se entregan a las multinacionales y a los políticos de profesión?

Así como es fundamental la organización democrática, parlamentaria, los tres poderes, todo eso no sirve de nada si no va acompañado de la democracia de base, de la democracia real. Es decir, el concepto radical y el concepto liberal tradicional encuentran en la manifestación popular un signo de anarquía, un signo de irracionalidad. Por eso Iglesias Rouco dice: “hay que cerrar el balcón de la Casa Rosada”. Dice eso porque tiene un profundo odio a las manifestaciones populares, porque tiene un profundo odio al pueblo. Como consecuencia se enoja cuando Alfonsín balconea. Y está bien que Alfonsín balconee. Nosotros no le podemos reprochar eso.

En el pensamiento liberal el pueblo no existe. Es decir, solo existe cuando hay elecciones, cada seis años, en el cuarto oscuro. Pero en el cuarto oscuro cada individuo está solo, aislado de todos sus compañeros, y lo único que hace es meter una boleta en una urna. ¿Y esa es toda la actividad política que le vamos a pedir a un ser humano? ¿Esa miseria? Nosotros no, evidentemente.

Una de las claves ideológicas fundamentales del peronismo es que no hay política sin la organización y la participación popular.

VIOLENCIA POPULAR Y VIOLENCIA ELITISTA

Los procesos de violencia social surgen cuando los pueblos están sofocados. La Resistencia Peronista fue absolutamente válida porque nuestro pueblo estaba maniatado, perseguido y torturado, y la única respuesta que tenía era la de poner bombas, atacar con la fuerza. Fue la primera experiencia violenta del peronismo.

Siempre hay que analizar qué hay detrás de toda propuesta violenta: si hay un proyecto de masas o el proyecto de una elite. Detrás de las acciones de la resistencia estaba el exilio del líder y la mayoría del pueblo que luchaba por el retorno incondicional de su conductor. Esto es lo que hacía válida la violencia.

En la actualidad es un tema delicado. Estamos muy sensibilizados contra la violencia, y la rechazamos porque hemos padecido la perversión de la violencia

y la perversión de la historia. Fuimos testigos de la transformación de la historia en delincuencia.

Todos recordamos al Perón de la etapa del exilio en Madrid. Aquel Perón que mandaba una corona al entierro de cada guerrillero, el Perón que habló de las formaciones especiales, el Perón que justificó una violencia.

Recordamos, también, que en aquel entonces la guerrilla gozaba de consenso en el país (dictadura de Onganía). La conceptualización que se hacía sobre la guerrilla era la siguiente: se trata de una expresión no deseada por nadie pero legítima, en la medida que surge de una situación de injusticia.

El peronismo decía: cuando las mayorías peronistas accedan al gobierno se va a acabar el fenómeno guerrillero en la Argentina. Perón decía: “a la violencia no se la combate con violencia, se la combate con justicia social”.

¿Qué ocurría? Ocurría que el país atravesaba una situación básicamente injusta, que el movimiento mayoritario estaba excluido de la vida política nacional, y que esas acciones violentas estaban enmarcadas dentro de una estrategia global que marchaba hacia la toma del poder.

Pero todo cambia cuando se toma el gobierno: en ese momento se produce una escisión. De ahí en adelante los grupos guerrilleros pasan a operar sin consenso popular, sin la estrategia del acceso de las mayorías al poder. Actúan con la soberbia infinita de considerarse los dueños de la ideología, sintiéndose un paso más adelante de las masas. Incluso, con ese accionar, promueven la desorganización de la clase trabajadora.

Pongamos un ejemplo: había un conflicto en una empresa de automotores. ¿Cuál era la mecánica? Venían los guerrilleros y secuestraban al gerente. La patronal cedía y el conflicto se solucionaba. ¿Pero qué ganaba la clase trabajadora en organicidad política? Nada. Todo lo hacían los superhombres de la guerrilla. Los obreros no participaban de ese hecho combativo.

Muy distinto es cuando una conquista social se logra a través de la organización de la clase obrera. Porque una huelga también es violencia. Pero es la violencia mayoritaria, la violencia legítima, la violencia de los pueblos que se organizan para la defensa de sus intereses.

Hasta que Perón llega al gobierno, el Movimiento Peronista tiene una justificación de las formaciones especiales, porque detrás había todo un pueblo en busca de una conquista política.

Una vez que las organizaciones guerrilleras se apartan de una política popular y pasan a formar un grupo enquistado, se forma otro grupo que opera con la misma irracionalidad, con el mismo desprecio por el pueblo y las mayorías nacionales: la Triple A. Y ocurre un fenómeno singular: el pueblo argentino desaparece de la escena, se va a su casa.

A partir del estallido de la violencia minoritaria desaparece el pueblo en tanto ya no hay organización. Y todo ese fenómeno extraordinario que fue el peronismo

(la organización barrial, villera, universitaria; la JP con su genuina expresión de base) desaparece totalmente.

Lo único que sucedía era que esos grupos minoritarios se alimentaban mutuamente y le abrían el camino a la reacción que también iba a tener las mismas características. ¿Las mismas características? se preguntarán algunos. Sí, las mismas características. Videla y Firmenich son lo mismo. Es el mismo proyecto, represivo, iluminista, minoritario y asesino. Con el mismo desprecio por el pueblo.

Claro que al decir Videla se sintetiza todo un proyecto político. En realidad habría que precisar más diciendo Martínez de Hoz: si en la Argentina hubo treinta mil desaparecidos fue porque hubo que aplicar el plan de Martínez de Hoz. Sin treinta mil vidas menos ese plan económico no se hubiera podido aplicar en nuestro país.

Esa concepción de la violencia como metodología política es lo que une a Videla con Firmenich. Eso es terrorismo. Al terrorismo, más que definirlo ideológicamente, sirve definirlo metodológicamente: ¿cuáles son los métodos que usan? La violencia, el asesinato del adversario, la destrucción física del enemigo. Pero Videla y Firmenich confluyen en otros aspectos: en la negación de hacer política buscando el consenso, en la soberbia iluminista, en el individualismo, en la creencia de que una clase —una parcialidad— es la que va a hacer la historia.

LAS RAZONES DEL 30 DE OCTUBRE

El 30 de octubre concurren varios factores. No podemos conformarnos con achacarle a la juventud su falta de conciencia política diciendo: fueron seis años de despolitización, la juventud no entiende nada; votó a Alfonsín porque habla bien; porque se asustaron de Lorenzo Miguel; porque Herminio quemó el cajón; porque Alfonsín tiene carisma; porque los pibes no entienden nada; porque la clase obrera, debido a la desindustrialización del país, disminuyó. No podemos seguir autodisculpándonos. Hay muchas cosas de las cuales somos responsables, y tenemos la obligación de analizarlas.

Aterrorizamos a la juventud, aterrorizamos al país. Julio Troxler fue muerto durante un gobierno peronista. Se salvó de la masacre de José León Suárez, y murió bajo un gobierno peronista. Son cosas que es necesario ventilar. Necesitamos una catarsis para asumir esos hechos dolorísimos. Ottalagano fue rector de la Universidad de Buenos Aires. Ivanissevich fue ministro de Educación. Perón nombró a Villar y a Margaride al frente de la Policía Federal. Ascendió a López Rega al más alto rango policial. Eso lo hizo Perón. ¿O no lo sabemos, acaso? ¿O lo vamos a ocultar? No, por el contrario, tenemos que encontrar alguna respuesta. ¿O vamos a decir siempre que Perón nombró a López Rega como su secretario privado porque quería tener cerca a la CIA? Eso es un disparate. ¿Para qué quería tener tan cerca a la CIA?

No podemos reprocharle a la juventud que se haya apartado de un partido que no hizo su autocrítica, que no habló de Ezeiza, un partido que cuenta entre sus filas a Ottalagano, que se dio el lujo de levantar la mano (al mejor estilo fascista) y de afirmar: “yo soy peronista”. Y nadie le salió al cruce para desmentirlo. Vilas está afiliado al partido. ¿No nos damos cuenta de lo que eso significa para un joven de 18 años? ¿En qué estamos en el peronismo? ¿Quiénes somos los peronistas?

Hay muchas cosas por las cuales debemos dar la cara: lo tenemos a Vilas, a Ottalagano e hicimos Ezeiza. ¿Qué clase de partido político somos?

Y Alfonsín explotó muy hábilmente la veta más débil del peronismo. Usó al sindicalismo, que tiene una gran cuota de culpa en el proceso 74-76. Proceso en el cual Isabel tiene también una envidiable parte de culpa. ¿O es que acaso hay alguien que pueda afirmar que el 30 de octubre no se perdió también por lo que ocurrió desde el 74 al 76?

Necesitamos del debate. Del debate que esclarezca que somos otra cosa mucho más allá de los Ottalagano y cía. Pero digamos qué cosa somos. No nos conformemos con afirmar que la ciudadanía no nos votó porque no tiene conciencia de clase. El miedo es un sentimiento legítimo, y nosotros asustamos a la juventud.

No tuvimos una sola consigna nueva.

En el 73 el concepto de socialismo nacional tuvo un poder de convocatoria extraordinario. Está bien, se lo apoderaron los Montoneros, y nadie quiere que se nos confunda con ellos.

¿Pero eso implica que no podamos reactualizar la doctrina?

¿Eso implica que vamos a sacralizarla hasta el infinito?

¿Eso implica que vamos a seguir recitando las veinte verdades como si los tiempos y la Argentina no hubiesen cambiado?

Y cambiaron. Es hora de que nos demos cuenta.

FRENTE NACIONAL-TERCER MOVIMIENTO HISTÓRICO

Cuando los radicales largan la seductora consigna del tercer movimiento histórico, los peronistas se aterrorizan y comienzan a hablar pestes de esta locura. Y digo yo: ¿qué problema hay con el tercer movimiento histórico? Es más, en esta etapa argentina, como están el radicalismo y el peronismo, si no hay una confluencia política real es probable que la pasemos muy mal. Lo peor que nos puede pasar es que peronistas y radicales estemos permanentemente enfrentados.

Por otra parte, es una manera de lograr algo que Perón siempre intentó: en el 45 con Sabattini, en el 73 con Balbín: la unión del peronismo y el radicalismo. En el año 1945 los radicales fueron totalmente idiotas. No entendieron en absoluto lo que significó el proyecto peronista, y creyeron ver en él al cuco nazi-fascista.

En 1973 Perón y Balbín estaban viejos. Perón se muere y se frustra la unión. Ahora bien, ¿qué significaría esta unión? Significaría la confluencia de los dos

partidos más populares y con mayor tradición de la Argentina. ¿O acaso nosotros no hablamos de Yrigoyen? ¿O acaso no reivindicamos toda la tradición del radicalismo?

Nosotros nos enfurecemos, o se enfurecen muchos, cuando Alfonsín toma cosas del peronismo. Pero nosotros mismos tomamos cosas del radicalismo. Nosotros hablamos de la progresividad histórica del gobierno de Yrigoyen en tanto incorpora a todo el gringaje inmigratorio y le da una protección social, una dignificación. Como después hizo Perón con la clase trabajadora.

Nombramos a Yrigoyen y nombramos a Perón, y dentro de la línea nacional, dentro de la cual están, obviamente, los dos partidos que ellos fundaron. La formación de un frente nacional, que no es otra cosa que la formación de un frente en el que confluyan todos los sectores sociales y políticos objetivamente enfrentados al imperialismo, es absolutamente imprescindible en este momento. Aun cuando esas líneas y sectores que convergen tengan una concepción estratégica divergente, si su concepción táctica y sus necesidades se nuclean en este momento histórico, es fundamental que se consolide ese frente nacional.

Y eso puede llamarse tercer movimiento histórico. En última instancia lo es. Preguntémosnos: ¿cuál es el enemigo? Ese enemigo no es el radicalismo. Tomemos como ejemplo a Iglesias Rouco: denunció a Dante Caputo y a la Coordinadora como infiltrados izquierdistas. Iglesias Rouco no se equivoca. Sabe muy bien dónde apuntar. Leamos un poco a los demás, a los que están fuera del radicalismo y del peronismo; desde afuera ellos ven una unidad que nosotros no vemos. Si atacan a Caputo y a la Coordinadora desde las columnas de *La Prensa*, y si los ataca Iglesias Rouco, algo está pasando, algo les molesta. Y si hay algo o alguien que les molesta, es porque ese algo o alguien está de nuestro lado.

¿Con quién vamos a hacer la unidad nacional? ¿Todos vamos a hacer la unidad nacional? ¿Podemos incluir a la patria financiera en esa unidad? Por supuesto que no.

Lo que tenemos que rechazar es el concepto de unidad nacional donde todos los gatos son pardos. Debemos rescatar el concepto de la doctrina peronista (y del propio Perón) de pueblo y antipueblo, de patria y antipatria.

No todos los argentinos están a favor de los intereses nacionales, y la unidad nacional la vamos a hacer con los sectores que se movilicen políticamente en favor de esos intereses, para lo cual nos tendremos que poner de acuerdo con respecto a cuáles son esos intereses nacionales y, después o paralelamente, darnos una organización política que nos permita movilizarnos en su favor.

La unidad nacional va a crear el poder democrático. La democracia no tiene poder en la Argentina, tiene que crearlo. El poder no fue destruido, no se tomó el poder: el poder se ha retirado. Lo que nosotros tenemos que hacer es crear un poder.

¿Qué significa, además, la unidad nacional? Significa el debate acerca de qué nación queremos, en qué geopolítica nos insertamos. Significa debatir si nos unimos al Oeste, al cual le estamos pagando nuestras deudas con el hambre y la sed de nuestro pueblo; si nos unimos a la geopolítica socialimperialista de la Unión

Soviética; o si por fin nos alineamos con el Tercer Mundo, con Latinoamérica, si por fin asumimos que somos los países del sur, los países que estamos encadenados a una deuda externa que nos tiene absolutamente hundidos y dependientes. Una deuda externa que le va a permitir al Oeste dominar nuestra economía y, a través de la dominación de nuestra economía, dominar nuestra política. Ellos hacen política con la economía porque tienen economía. Los países dependientes, en cambio, no tenemos economía, la economía nos tiene a nosotros.

Lo único que tenemos es la política. Por eso tenemos que partir de la organización política. Ellos hacen política enmascaradamente a través de la economía. Si les debemos algo, debemos hacer aquello otro: recesión, aumento de tarifas, tasas de interés que impiden la reactivación. La economía nos tiene a nosotros, somos esclavos de la economía multinacional.

Para generar una economía nacional debemos primero generar un proyecto político, porque lo único que tenemos es la política. Y la política es, ante todo, el poder de decir no.

DIFERENCIAS CON EL ALFONSINISMO

Con referencia al alfonsinismo se pueden tener dos actitudes. En primer lugar se puede afirmar que el proyecto alfonsinista, en su nivel profundo, cree que la Argentina puede transformarse en una factoría próspera. Maneja el concepto de democracia pero no lo une al de liberación nacional. Respeta las libertades cívicas, las libertades individuales, y tiene un sueño utópico de convertir a la Argentina en una nación próspera vinculada al proyecto socialdemócrata, que no es precisamente un proyecto revolucionario, sino, más bien, un proyecto realmente claudicante que no intenta cambiar el status de la historia.

Y en esto debemos diferir totalmente con el alfonsinismo. Había que decirles: termínenla con esto de la democracia porque acá de lo que se trata es de liberar al país.

Acá hubo un gobierno profundamente democrático: el del general Perón. Durante su gobierno, cuando las cosas iban mal para el peronismo en la Cámara de Diputados, Cámpora hacía sonar la campanita y se acababa el debate. Ante eso los radicales argumentan: ¡qué antidemocrático era el peronismo! Se equivocan. Era profundamente democrático porque su base social era democrática. Pero no endiosaba a la democracia burguesa. La democracia no se daba en el Parlamento, se daba en la organización popular. Esa es la real democracia que hizo el peronismo.

El alfonsinismo no está en eso porque está embobado con el sueño socialdemócrata de la factoría próspera. Creen que vamos a poder ser dependientes y ricos al mismo tiempo. Un disparate total.

Pero, sin embargo, se puede coincidir y defender al alfonsinismo porque con este gobierno vamos a poder hacer política.

Dicho más dramáticamente: no nos van a matar, no son asesinos. Alfonsín significa, en este momento, el desarrollo de las libertades cívicas y de una democracia que, aunque sea formal, no nos va a perseguir ni va a generar treinta mil desaparecidos. Necesitamos que este gobierno se mantenga.

Tenemos que rastrear a aquellos sectores del radicalismo que podamos integrar en un proyecto de liberación. Tenemos que dejar que el radicalismo haga su experiencia de gobierno. ¿Qué va a pasar cuando vean que es imposible el sueño de la factoría próspera? Es algo a lo cual debemos estar atentos.

Este gobierno nos interesa, nos interesa mantenerlo, nos interesa atacar a los que juegan al golpe. Este gobierno nos permite hacer política, nos permite organizarnos, nos va a permitir lograr una conducción para el peronismo. Necesitamos de esta democracia para poder discutir, pensar, estar vivos. Con otro gobierno no estaríamos en condiciones de debatir nuestro propio proyecto de liberación nacional.

Y si el alfonsinismo no se queja de que nuestro sueño más profundo sea un proyecto revolucionario de nación autónoma, nosotros aunque sea en ese aspecto, tampoco nos debemos quejar. ■

AÑO 2 - N° 4DICIEMBRE DE 1984

DE LO PLEBEYO A LO SOCIAL

NOTAS SOBRE LA CRISIS DEL PERONISMO

Álvaro Abós

LA CRISTALIZACIÓN DE LA DOCTRINA

La reacción natural ante la crisis es la regresión hacia los territorios seguros de la certidumbre. En los cuadros del peronismo el síntoma se manifiesta en la huida hacia la imagen parental sustituta o en la operación de personalizar lo ideológico. En el primer caso la angustia ante la falta del líder fundante se transforma en galvanización del vínculo con el liderazgo subrogado cuya legitimidad se funda en una urdimbre entre lo dinástico y lo testamentario. En el segundo caso, se acepta la orfandad que ha provocado la muerte del líder. Frente al vértigo de la anomia, el militante se aferra a un concepto esquivo: la doctrina. ¿Qué hacer cuando falta el líder? Refugiarse en esa roca en la que yace la sabiduría: la doctrina. Pero, ¿qué es la doctrina? Una materia gaseosa. La doctrina no habla por sí, debe ser hablada. Presupone

una operación previa y necesaria, la interpretación. Por lo tanto si la doctrina ha de reemplazar la omnipotencia del conductor ausente hay que blindar cuanto de inabordable tenga esa materia: la doctrina es cristalizada.

Se trata en ambos casos de mecanismos defensivos. El peronismo siempre estuvo estructurado en torno a una pieza clave, la infalibilidad del líder. Su desaparición obliga a navegar en mar abierto. Echar el ancla en la supuesta infalibilidad de la doctrina es buscar la engañosa quietud del agua estancada. ¿Acaso una solución dogmática que congela la ideología como modelo perpetuo no es regresiva? Pero, además, ¿no es particularmente inservible como brújula política cuando debe confrontarse con una situación histórica en acelerada mutación? ¿Acaso la coyuntura no está pidiendo, en lugar de recetas prefabricadas, lecturas imaginativas y creadoras de la crisis? Sin contar con el hecho de que la doctrina fue para Perón una simple muleta de apoyo para su robusto pragmatismo. ¿Cómo puede la doctrina, en el sentido canónico que se adjudica a esta expresión, dar respuesta a circunstancias históricas inéditas?

LA MEMORIA POLÍTICA

La sociedad argentina continúa girando, en muchos aspectos, en torno a la experiencia traumática de la dictadura 1976-1983. Es que el ensayo de poder total que los militares consumaron durante ese septenato resultó derrotado en términos políticos —al abortarse su eventual descendencia— pero no sin que el intento dejara una considerable herencia.

En términos económicos, la coyuntura argentina (endeudamiento, dependencia, descalabro productivo) es hija de la dictadura como lo es la coyuntura sociológica (quiebra generacional, estancamiento o retroceso de la cultura política, reducción del segmento obrero). La inserción de Argentina en la situación internacional también ha sufrido medulares mutaciones en relación a la década anterior.

A pesar de ello, la dirigencia peronista posdictadura pareció entender la práctica política como una continuidad de 1975. Como si el período 1976-1983 fuese un hiato inexistente. Se produjo así una banalización temática en el discurso peronista que omitía las cuestiones realmente trascendentes, aquellas que hundían sus raíces en la circunstancia vital de la nación: el rechazo visceral a la violencia y al autoritarismo militar, la revalorización de la ética individual y social, la necesidad de una catarsis crítica. Digo banalización temática porque el recurso a los fetiches doctrinarios del peronismo, en su mayoría emanaciones de la década del cuarenta, dejaban sin respuesta esas necesidades profundas del cuerpo social, adjudicando a ese discurso un registro irreal.

Lo curioso es que el electorado, de alguna manera, transformó el 30 de octubre en una auténtica continuidad con el universo político anterior al 24 de marzo pero con un efecto opuesto al que la dirección peronista suponía.

En lugar de reconstruirse, como esta pensaba, las mayorías “automáticas”, en lugar de aceptarse como supuestos inmutables ciertos dogmas (la legitimidad política de Isabel por ejemplo, que durante la campaña el electoral nadie puso en duda) el cuerpo social produjo un voto sancionador, un voto que fue al mismo tiempo un ajuste de cuenta. Así, de una manera no prevista por esa dirección, el pueblo introdujo la memoria política —la responsabilidad de Isabel en la génesis de la tragedia— en la complejidad del rompecabezas electoral y al mismo tiempo que rechazó la propuesta de la banalidad castigó la reincidencia en viejos vicios y errores que de esa manera quedaron al descubierto, aunque los destinatarios de la advertencia se empeñen aún, mucho después de la sonoridad electoral, en una estólida sordera.

EL PERONISMO PLEBEYO

Es aquel cuyo vigor confrontativo se reduce a la verbalización. Es un peronismo gritón y malhablado que a primera vista podría impresionar por su extremismo verbal. Pero esa agresividad es una pirotecnia. Esa característica se funde, como los dos brazos de una pinza, con su complemento, el conservadurismo fáctico, el conformismo ante el statu quo.

El peronismo plebeyo de los años ochenta es un revival del peronismo de los cuarenta. El principismo doctrinario que exhiben sus líderes hace ostentación de esa fidelidad. Sin embargo la repetición mecánica de aquellos viejos clichés políticos desnuda el carácter arcaico y reaccionario de ese plebeyismo. Al repetir como un muñeco parlante aquel viejo peronismo este plebeyismo se convierte en la caricatura grotesca del modelo. En la imitación pierde la frescura histórica que aquel exhibía. Las masas de los años cuarenta y sus dirigentes improvisados y espontáneos irrumpían en la esclerosada política argentina con un hálito renovador. Era aquella una formación social inaugural. Planteaba un impulso de confrontación más esquemático que complejo que cristalizaría en aquellos lemas breves y directos: alpargatas/libros, Perón/Braden, patria/colonias. Correspondían aquellas primicias a una etapa de adolescencia política: era natural que a la turbulencia de aquella fuerza que transitaba los tropezones del estreno correspondiera un estilo gritón, primitivo. Pero ese mismo discurso, en el peronismo plebeyo de los años ochenta, es incongruente porque quien habla ahora no es una aglutinación novedosa de actores políticos sino una formación ya veterana que condensa una cultura política asentada en una considerable experiencia del Estado y de la oposición y que está pidiendo un lenguaje complejo y no el balbuceo del principiante.

La iconografía de ambos períodos es ilustrativa: en el cuarenta los rostros eran jóvenes, políticamente puros. Las ropas toscas, el estilo desgarrado. En el ochenta aquellas figuras juveniles se han vuelto torvas, el escenario facial está cruzado de

estigmas: cicatrices, mutilaciones, arrugas. La vestimenta tiene el empaque ostentoso del maniquí, las historias personales son cargadas pero no con trayectorias heroicas sino con prontuarios delictivos. La alegría ha sido suplantada por la crispación, la espontaneidad por la “machista”. La constante apelación al pueblo y la diatriba fácil al adversario esconden una política real de sometimiento hacia los poderes fácticos. La participación es suplantada por el aparato, la consulta a la base es sustituida por el enjuague y la componenda. La auténtica base social de este peronismo plebeyo será el lumpen y nunca el sindicato.

Las oscuras y ya lejanas experiencias sindicales del líder plebeyo prototípico serán agitadas como recurso propagandístico pero la mecánica sindical, su gimnasia real de confrontación, será cuidadosamente eludida. Lo mismo sucederá con las mujeres: comparsas idóneas para adornar con un “toque humano”, deberán ser silenciadas cuando planteen reivindicaciones concretas.

EL ARCAÍSMO IDEOLÓGICO

Los fetiches ideológicos del peronismo plebeyo son residuos del peronismo del cuarenta. La vieja concepción de la virtualidad de la unión pueblo-ejército, grabada en las conciencias tras el levantamiento militar del 43 contra el fraude oligárquico de Patrón Costas, pervive a la manera de un reflejo pavloviano, por encima de las aguas y los lodos transcurridos. Aquel ejército con sensibilidad social solo existe en los repliegues mentales de los líderes plebeyos. El Ejército del cuarenta y este Ejército colonizado por la oligarquía hasta la última piedra de sus cimientos son dos realidades antagónicas. Cuando el peronismo del ochenta levanta la vieja fórmula de la unión pueblo y Ejército no hace sino agitar un espantajo que entre sus pliegues raídos solo oculta un golpismo vergonzante. Cuando ese peronismo plebeyo alude a su componente popular (en los hechos protosindical, gregario, socialmente marginal), ¿qué tiene que ver esa cultura política arcaica con el peronismo sindical de los años ochenta, fogueado internacionalmente, con un discurso democrático, reformista y moderno?

LAS PARANOIAS

El autoritarismo primitivo del peronismo plebeyo, incapacitado para registrar una realidad multifacética, concibe el mundo circundante como un bloque oscuro y hostil. Los valores propios están urdidos en un concepto clánico de la lealtad. La profunda desconfianza hacia el entorno sociopolítico se resuelve en un tono permanentemente airado que desnuda el componente paranoico de la mentalidad totalitaria. La traducción política de semejantes patrones mentales es el sectarismo y su consecuencia el aislamiento.

CLIENTELISMO

El peronismo plebeyo de los ochenta con su burda oposición masas/sociedad, es una caricatura del peronismo plebeyo de los cuarenta. Casi medio siglo de transformaciones sociales y culturales tornan hoy incongruentes aquellas soluciones. El estilo político del peronismo gregario, grabado sobre la matriz del liderazgo carismático, es reproducido por ese peronismo plebeyo y su consecuencia es el clientelismo. Ha desaparecido la profunda verdad social que expresaba aquel fenómeno entonces transformador que significó el ingreso de los sectores populares en el recinto vedado de la política. Hoy son otras las reglas de funcionamiento. El campo popular ha institucionalizado muchos de sus patrones culturales-políticos. La legitimidad del sindicato, el mito de la participación popular, el antiimperialismo (así sea como retórica), el nacionalismo económico, son valores hoy “aceptados”. En el marco de esta nueva cultura el peronismo plebeyo intenta conservar al clientelismo como patrón de su práctica política. La sustitución del afiliado por un cliente adscripto a una lealtad personal hacia el caudillo y la conversión de la asamblea en tumulto son los componentes de esa práctica, y los dos remiten a una cultura política ya caduca que, por otra parte, solo conserva del peronismo del cuarenta sus ritos exteriores, habiendo perdido el elan transformador que le otorgaba la fusión entre Perón y las masas. El clientelismo del peronismo plebeyo es una rémora que lo retrotrae a las prácticas del viejo conservadurismo bonaerense de la década infame.

LA NUEVA ÉTICA

Frente a los valores asumidos por el cuerpo social argentino y sus nuevos factores sociales, el peronismo plebeyo queda reducido a una formación residual.

Se ha revalorizado la ética como valor superior de la práctica política. Frente a ello, el peronismo plebeyo practica y sostiene una amoralidad algunas veces disimulada y otras pública y altaneramente ostentada. Es cierto que durante lustros el discurso moral de la burguesía había perdido credibilidad, roído como estaba por la hipocresía: las masas repudiaban la moral de Tartufo que identificaba al peronismo con la corrupción y que escondía el fraude y la proscripción.

Hoy el peronismo plebeyo de los ochenta repite espasmódicamente viejos clichés y, con ese tic estereotipado solo puede generar caricaturas. Porque la dictadura agigantó la corrupción, infectó la vida social hasta tales extremos que generó una reacción profiláctica. La ética, en ese tránsito, pasó de ser una retórica de las clases medias y altas para ser un valor terapéutico al que los sectores populares hicieron propio. Por eso la depuración ética es un proceso preventivo indispensable en el peronismo y su retardo no hará sino pudrir cada vez más los abscesos moralistas.

MEDIOS Y TRANSPARENCIA

La Argentina de los cuarenta y la de los ochenta son países culturalmente distintos. Entre los múltiples factores del cambio está el auge de los medios de comunicación masivos. Piénsese en la distancia entre aquella Argentina en la que Perón hizo su primera campaña pura y exclusivamente hablando por la radio y esta Argentina superinformatizada, en los márgenes de la tecnología del tercer milenio, con unos medios cuyos grados de penetración en la conciencia de la gente —televisión, publicidad, modelos culturales transnacionales— son superlativos.

En la era de la especialización tecnocrática no es posible competir con líderes políticos balbuceantes, de rudimentaria formación y primitivo lenguaje. En la era de la política-espectáculo, en que la arena política se torna re-presentación y es vivida por millones de personas a través de su reproducción televisiva, las formas rudimentarias del peronismo plebeyo son tan absurdas como pretender que un orangután gane un concurso de belleza.

Esa penetración de los medios opera sobre la vida pública a la manera de un panóptico escrutador que determina la necesidad de la transparencia en prácticas y conductas.

El peronismo plebeyo carece de un discurso para los medios, carece de la convicción democrática apta para satisfacer una intensa demanda del cuerpo social y no articula una respuesta a la compleja trabazón de sectores e intereses que se entrecruzan en la realidad argentina. Estas necesidades no pueden ser satisfechas con los contenidos residuales de un peronismo detenido en el tiempo.

¿PARTIDO O MOVIMIENTO?

Ningún peronista elige el primero de ambos términos cuando se plantea la pregunta como disyuntiva. Está clara para todos la necesidad de conservar para el peronismo su impronta distintiva y ella está dada por el hecho de ser más que un partido. Esta necesidad se acrecienta ahora que el peronismo ha perdido la imbatibilidad en el campo específico de los partidos: el electoral. La reducción a un partido es una minusvalía. Todos estamos de acuerdo en privilegiar al Movimiento pero nadie es capaz de responder a una pregunta crucial: ¿cómo se articula un movimiento —caracterizado por la fusión de masas y líder carismático— cuando este se ha extinguido? ¿Son compatibles la estructura movimientista y la dirección colectiva? La realidad es terca y está revelando que insistir en la subsistencia formal del movimiento supone quedarse sin el pan y sin la torta. En la práctica, la subsistencia del movimiento dota de argumentos al monarquismo isabelista y paraliza la democratización del partido.

¿Por qué no tomar el toro por los cuernos? Al fin y al cabo el peronismo acepta plenamente el juego de la democracia formal. Es cierto que aspira a dotarlo de un

contenido más sustantivo en orden a la participación de las masas pero en última instancia esas aspiraciones de renovación y mejoramiento implican la aceptación del sistema. ¿Por qué no aceptar entonces que es en ese marco y no fuera de él que el peronismo debe dotarse de una estructura? ¿Por qué no romper el círculo vicioso de la disyuntiva partido-movimiento y responder “partido de masas”? ¿Por qué no renovar la estructura del partido rebasando la pura organización territorial e incorporando unidades basadas en otros núcleos organizativos: agrupaciones obreras, de mujeres, de jóvenes, de profesionales, de intelectuales, de barrio, de vecinos, consejos de notables, mesas de trabajo y cuantas formas sugiera la rica historia de la militancia peronista, rompiendo la linealidad del partido en el seno de una estructura estatutaria heterodoxa?

Insistir en la tesis del movimiento es una hipocresía: si la retórica y la fuerza de nuestros fetiches dogmáticos nos llevan a aferrarnos a la idea del movimiento, inevitablemente nos encontraremos ante un callejón sin salida. El argumento habitual dice: es imprescindible mantener la forma-movimiento para no caer en la trampa partidocrática. Un movimiento sí pero, ¿para acceder al poder por qué vía? ¿Acaso el peronismo está en condiciones de plantear otra cosa que no sea el acceso electoral? Ante esta realidad, ¿por qué no consumir un acto de sinceramiento y aceptar que la forma movimiento quede reducida a un “espíritu histórico” mientras que la fórmula organizativa sea: partido de masas en lo interno y frente de partidos nacionales con hegemonía peronista en lo electoral?

LA HEREJÍA LIBERAL

Liberal: palabra maldita para los peronistas. Alvearización: amenaza que pende sobre el movimiento de masas como una espada de Damocles. De todas las herejías que acechan al peronismo la liberal es la más temida porque supone la pérdida de la identidad. Un peronismo liberal es la anomia, la muerte política por extenuación. Esa verdad canónica se expresa en una coincidencia: todos, críticos o conformistas, dicen sí al movimiento, no al partido. En el movimiento están las señas de identidad del peronismo. Pequeño detalle a resolver: movimiento, ¿con qué liderazgo? Acaso, ¿el liderazgo natural no es un elemento constituyente y esencial en la formación política denominada “movimiento”, caracterizada por la ausencia de una estructura orgánica e institucionalizada?

Los peligros de la confusión en este terreno se vieron cuando Isabel nombró a dedo un Consejo Superior: la duplicidad de roles que supone la existencia de la estructura movimientista cuando no hay un liderazgo indiscutible lleva a semejantes malentendidos.

De acuerdo: el movimiento es la forma estructural ideal para el peronismo pero mientras no exista un liderazgo que suplante al de Perón —y no parece que tal cosa vaya a suceder— esa afirmación permanece en el limbo de lo abstracto.

Por otra parte está claro que el peronismo acepta actuar en el marco político constitucional: que pretenda revitalizar el esquema partidocrático es otra cuestión. El hecho es que acepta el marco. ¿O acaso alguien plantea la sustitución del marco? Entonces, ¿por qué no admitir que una estructura de partido es la única que sirve para transitar políticamente? ¿Por qué no dotar a esa estructura de todas las heterodoxias posibles? ¿Por qué no sustituir el partido exangüe de la ortodoxia liberal por un vigoroso partido de masas? Pero, ¿por qué no aceptar finalmente que no existe, hoy por hoy, otro camino para la sobrevivencia política del peronismo que la aceptación de su organización como un partido?

LA ENCRUCIJADA DEMOCRÁTICA

Mientras el peronismo no se plantee a sí mismo hasta sus últimas consecuencias el tema de la democracia, permanecerá ajeno a una de las claves de la conciencia social en la Argentina posdictadura. No solo permanecerá ajeno: deberá aceptar la situación vergonzante en la que lo confinan sus adversarios políticos.

En la elección del 30 de octubre el alfonsinismo se apropió de la “convicción democrática”, se invistió de ese valor y, al mismo tiempo, ocupando el polo de oposición a la dictadura, grabó en el imaginario colectivo la noción de que el peronismo era un totalitarismo.

En lugar de ensayar una vigorosa defensa de sus propios contenidos democráticos, en lugar de aceptar el reto y discutir a fondo su credibilidad histórica como fuerza democrática, el peronismo regaló el terreno. Solo Ítalo Luder, en su mensaje del Obelisco el 28 de octubre, aludió al crucial episodio de la Asamblea de la Civilidad en 1963. Digo crucial porque el alfonsinismo había cimentado buena parte de su campaña en el mito del Gran-Demócrata-Illia. Tardíamente el candidato peronista introdujo en la esgrima del discurso la verdad sobre aquel episodio deshonoroso que de por sí escoraba la impoluta imagen democrática de la UCR y balanceaba esa competencia en sus justos términos históricos.

Uno de los hechos más inexplicables de la campaña presidencial de 1983 fue la forma en que el peronismo entregó las banderas de la democracia a su adversario, renunciando a disputar esa primacía sobre valores tan sólidos como puntuales. El peronismo accedió al poder por métodos democráticos, gobernó respetando las instituciones democráticas. El antiperonismo fue golpista desde su mismo origen, desde mucho antes de 1955, lo que obligó al uso del estado de sitio, y lo siguió siendo hasta 1973. Es cierto que las maneras y el estilo del peronismo no fueron un modelo de formalidad democrática. Y estas exterioridades y no la verdad histórica sustancial (ellas y la manipulación) cimentaron la leyenda del totalitarismo peronista, luego cristalizada en dogma. Y ello sin contar con el denso contenido participativo con que el peronismo dotó a las instituciones democráticas argentinas y sin contar con la experiencia de democracia real que

supone un sindicalismo de masas con un grado de implantación como el que desarrolló la clase obrera peronista.

El hecho es que cuando la náusea antitotalitaria residuó la convicción democrática como problemática central en Argentina, el peronismo abdicó sus títulos, como si hubiera sido él mismo convencido por la práctica del adversario acerca de su inferioridad en este terreno.

LAS RAÍCES

Pongámoslo en letras de molde, desafíemos el tabú, arriesguemos la herejía: ¿es posible buscar las raíces liberales del peronismo? Si la experiencia del Perón viejo nos enseñó que se crece políticamente en la medida que se le roban espacios al adversario, ¿por qué no podría el peronismo salir a disputar esa franja? Al fin y al cabo el espacio privilegiado del peronismo fue siempre el social y, ¿hay algo más instalado en lo social que el pensamiento y la tradición libertaria? Y lo libertario es la hipóbole socializante de lo liberal.

Piénsese en la vena libertaria que recorre la historia popular argentina. En el espontaneísmo anárquico de las montoneras y los caudillos. En la tradición del primer sindicalismo que no fue nunca desmantelado: fue fagocitado por una nueva clase obrera emergente que transformó su práctica y su sentido político pero que incorporó buena parte de su memoria organizativa. Está también el vigoroso liberalismo político que, al mismo tiempo que le insuflaba contenidos nacionales y sociales, se condensaba y desplegaba en la Constitución del 49. Y está finalmente el Perón viejo, el desencarnado, el león herbívoro con su robusta defensa de la política y los políticos como clase vilipendiada, con sus esquemas “europeos”, con su opción por el tiempo frente a la sangre, con su explícito reconocimiento de las formas democráticas, ese Perón en tensión ante la caldera de violencia de la Argentina 1973.

LA BÚSQUEDA DE UN EJE

El eje de la pugna peronista no es izquierda contra derecha, peronismo revolucionario contra burocracia. Tampoco lo fue hace diez años aunque entonces ese eje parecía ostensible y era sin duda ruidoso. El “peronismo revolucionario” fue y es más que nada la proyección de quienes depositan en ese espacio mítico sus propios deseos, transmutados en esquemas. ¿Dónde estaba el cuerpo real del peronismo en el 73? ¿En los esquemas trazados con compás por la Tendencia, en su maniquea visión de masas flamígeras y burocracias corrompidas? Ese voluntarismo ideológico se hizo trizas contra la realidad y acabó en tragedia.

El cuerpo real del peronismo no estaba allí sino en un territorio mucho más complejo, en una identidad forjada en años de lucha, en una densa cultura política en la que burócratas y revolucionarios, claros y oscuros, se mezclaban en una

urdimbre inextricable. Ese cuerpo proteico se concentró en el emblemático año de 1973 —un año cuyos límites cronológicos se estiran desde el 17 de noviembre de 1972 hasta el 1° de julio de 1974— y cuyo clímax se alcanzó hacia el mediodía del 20 de junio del 73, en una jornada cuyo protagonismo fue de las masas y no de las vanguardias blindadas que se enzarzarían en un combate marginal (que luego se intentaría erigir en principal al punto de nombrar al episodio, sectorizándolo, como la “masacre de Ezeiza”). Esas masas que autocelebraban ese día, al menos hasta que sonaron los primeros disparos, la victoria contra dos décadas de postergación. Un cuerpo condensado a su vez en Perón, que comenzó a borronearse con su muerte, que se oscureció con el final penoso del 75/76, que atravesó la caverna de la dictadura.

¿Cuál es el eje hoy? El que exhibe en un polo el peronismo plebeyo, arcaico, anclado en el pasado. ¿Contrarrevolucionario? ¿Burocrático? ¿Reaccionario? Peor: arcaico. Emanación de un país inexistente, un peronismo de cartón piedra. Y en el otro polo, un peronismo posible que más que esquemas ideológicos voluntaristas, exhiba vigor para hundirse en la sociedad para rescatar sus pulsaciones, un peronismo que recree la eléctrica fusión masas-líder que durante treinta años lo mantuvo como la expresión más moderna de la política argentina.

LA VIRTUALIDAD DEL PERONISMO

Resulta paradójico que el peronismo viva la más aguda de sus crisis cuando una serie de factores —internos y externos— le otorgan una virtualidad protagonizadora de la que nunca gozó en su historia.

La guerra de las Malvinas revalorizó la magnitud de la unidad latinoamericana como idea fuerza de la identidad política argentina en cuyo centro resituó el tema antiimperialista. Ambas ideas son consustanciales al peronismo desde su nacimiento. Es cierto que a la guerra, hecho histórico complejo, le sucedió el fenómeno de la desmalvinización pero este se centra en otro aspecto (el rechazo al uso de la fuerza y a la militarización de la sociedad) dejando indemnes, aunque latentes, aquellas dos ideas: latinoamericanismo, antiimperialismo.

La crisis teórica y práctica del marxismo ha aliviado la presión que el peronismo sufrió siempre por su flanco izquierdo. Los sucesos de Polonia y Afganistán terminaron por hundir el alicaído prestigio del socialismo real mientras que las vanguardias intelectuales metropolitanas dejaban el marxismo a un costado del camino. Sintomáticamente, mientras los tanques rusos marchaban sobre Kabul o apuntaban hacia Varsovia, las puertas del manicomio judicial se cerraban sobre Louis Althusser, víctima de un ataque de demencia criminal y Nicos Poulantzas, el delfín, se arrojaba al vacío desde un piso veinte, certificando simbólicamente el agotamiento del marxismo como proveedor de diagnósticos y/o recetas para la transformación del mundo. La desmarxistización se revela examinando las lecturas

habituales de nuestra juventud: los clásicos del marxismo, de tan intensa circulación diez o quince años atrás, descansan hoy sepultados por el polvo de los anaqueles. Los intelectuales peronistas siempre sufrieron el acoso de la solidez doctrinaria del marxismo. Juan José Hernández Arregui, por ejemplo, escribiendo a caballo entre las décadas del cincuenta y el sesenta y utilizando instrumentos metodológicos del marxismo, se veía obligado a hacer la reivindicación de Stalin, tropiezo que una lectura actual no soporta.

La crisis galopante que afecta al marxismo como modelo internacional descomprime esa presión sobre el peronismo. En un mundo opaco, carente de fórmulas originales, donde los países hegemónicos oscilan entre la onda rosa de una pálida socialdemocracia y la restauración conservadora del tándem Reagan-Thatcher, el nacionalismo popular latinoamericano es una de las pocas expresiones políticas que conserva vitalidad. El APRA peruano está al borde del poder, lo mismo que el nacionalismo blanco uruguayo o el *trabalhismo* brasileño, mientras que el MNR, en sus diferentes pelajes, conserva la hegemonía en Bolivia. Son estas expresiones de una familia política a la que pertenece el peronismo las que están protagonizando el lento despegue del continente de la ola totalitaria hegemónica durante la década del setenta. La guerrilla marxista clásica no termina de cuajar en El Salvador, reducida a una contingencia particularizada mientras que el sandinismo (a pesar de todas las presiones geopolíticas que lo empujan hacia un alineamiento en el eje Este-Oeste) sigue debiendo más al nacionalismo popular latinoamericano que a la receta cubana.

Los contenidos humanistas del liberalismo político, centrados en los derechos humanos, han experimentado una profunda revalorización y la idea de democracia está muy viva en todo el mundo, pero ello coincide con la anemia del sistema tradicional de partidos y otras formas de organización política, los movimientos sociales, se transforman en protagonicos. Los moldes partidocráticos son escasos para contener a la sociedad masificada de fin de siglo: ecologistas, pacifistas, mujeres, jóvenes o minorías marginadas rompen el esquema del partido ortodoxo.

El alfonsinismo se apropia del modelo movimientista, curiosamente partiendo de patrones políticos estrictamente liberales, lo que confirma la intensa atracción que ese modelo ejerce en todas las tiendas políticas. Ello coincide con una generalizada penetración que ciertas ideas movilizadoras que el peronismo activó en las dos últimas décadas —ciertos usos de la categoría pueblo o cultura popular o ciertas vertientes del concepto de nación— tienen hoy en la cultura política, habiéndose incorporado al lenguaje usual de los argentinos. Es lo que Beatriz Sarlo llama en un artículo reciente “una idea matriz, una especie de modelo desde donde pensar la Argentina”:¹ fenómeno que la Sarlo visualiza con talante crítico pero que, desde la óptica del

1. Beatriz Sarlo, “La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo”, *Punto de vista*, N° 20, mayo 84.

peronismo, confirma a muchas nociones antes beligerantes que han penetrado ya en la “doxa” del cuerpo social y se han convertido en un “sentido común”.

LA CANIBALIZACIÓN DEL PERONISMO

Esa apropiación de aspectos del peronismo por otras fuerzas políticas se manifestó, por ejemplo, en la llamativa equivalencia entre las tácticas del Alfonsín durante la etapa previa a octubre del 83 y las de Perón de 1972/73. ¿Cuál fue el rasgo fundamental en la conducta política de Alfonsín en el período preelectoral? La ocupación de espacios, la reconversión de franjas y sectores sociales ajenos o neutros en propios, la apropiación permanente del centro del proscenio político y la tendencia a operar siempre como eje de la situación política. ¿Acaso el claro modelo estratégico de Alfonsín no es el Perón del 17 de noviembre del 72, el Perón de Nino, el de la campaña electoral, erigiéndose en pivote al mismo tiempo de la juventud radicalizada, de la CGT, del peronismo tradicional y de los sectores medios y moderados? Encarnar y encauzar las pulsiones transformadoras que latían en la sociedad, gobernándolas e insertándolas en el cuerpo del macizo conservador: ¿no es la lección del Perón 72 —un Perón densamente político y democrático de quien también se decía que volvía “socialdemócrata”— lo que llevó a Alfonsín a la victoria?

El peronismo, en alguna manera, ha sido deglutido por los otros. Existe en los demás, convertido en carne y sangre ajenas. El peronismo se ha convertido en una cultura.

DE LO CLÁNICO A LO SOCIAL

Cuando la identidad está en crisis una de las tendencias más intensas es el ensimismamiento: mirar hacia dentro, erigirse en el centro del universo. Este síndrome autista del peronismo actual se liga con el malentendido de las equivalencias peronismo = movimiento nacional, que el 30 de octubre hizo tambalear. ¿Acaso es posible, como se interroga Vicente Palermo,² que “la nación haya derrotado a la nación misma”?

La crisis del peronismo acentuará su tendencia a girar sobre sí misma y a configurar un círculo vicioso en la medida que no acepte la confrontación con la sociedad. El lenguaje del peronismo tiende a ser un lenguaje hacia dentro. Formalmente, en cuanto a sus inflexiones y modalidades verbales y temáticamente, por su congelamiento en contenidos perimidos.

De esto solo se sale zambulléndose en la nueva realidad. El reumatismo político peronista se revela en su escasa implantación en la juventud. Hay millones de

2. Vicente Palermo, “La construcción de un poder popular”, *Unidos*, N° 3, agosto 84.

jóvenes para los cuales Perón y Evita tienden a ser —digámoslo sin tapujos— reliquias. Por algo el cadáver de Eva Perón, que años atrás era una terrible bomba política, descansa hoy entre la indiferencia general en un cementerio de Buenos Aires. Otro tanto sucede con Perón. Si no admitimos estos hechos seguiremos atados a mitologías autoparalizantes.

No veo otra forma de evitarlo que depurar todo vestigio de fosilización, dejar de dialogar con las sombras para hacerlo con la sociedad, pasar del lenguaje clásico al lenguaje social. ■

AÑO 3 - N° 5ABRIL DE 1985

RÍO HONDO: BUENO PARA EL REUMA, NO PARA EL CÁNCER

Arturo G. Armada

En el extraño verano que coronó el primer año de gobierno democrático, tanto el oficialismo como la principal fuerza opositora —nuestro movimiento partido— se enfrentaron con peliagudos problemas. Desde el cambio del timonel económico hasta la crisis de los mandos militares en que confiaba Alfonsín. Desde la escisión peronista con la acentuada autoexclusión del herminismo como corriente interna, hasta la renuncia de Isabel Perón y los desafíos planteados por la necesidad de afirmar la identidad política frente al accionar gubernamental. Todo, en el marco de una debacle económica signada por el incremento de la inflación, la tendencia recesiva y el deterioro del nivel de vida del grueso de la población.

Bastaron quince meses de gobierno radical para confirmar que los males argentinos no se curan con recetas fáciles ni apelaciones a valores positivos que en la práctica no se aplican. La crisis, que es global, que no es “culpa” exclusiva del gobierno, ni mucho menos del sistema democrático, nos pone cara a cara con todas las lacras adquiridas en las últimas décadas. Esas plagas que inficionan el conjunto de la vida argentina, y que el Proceso militar desarrolló, dejando un pesado lastre para cualquier gobierno que surgiera en octubre del 83.

Nunca llegaremos a determinar fehacientemente si en lo económico-social “estamos tocando el fondo”, porque el paso del tiempo nos viene enseñando que siempre estamos peor que antes. Podemos, en cambio, pasar revista a las manifestaciones políticas de este progresivo descenso a los infiernos del desaliento

argentino, e intentar descubrir algunos signos positivos que nos anuncien el renacer de la esperanza.

LA GUERRA DE LOS TEMPLOS

El peronismo se manifiesta hoy como un malón opositor, del que sacan partido las posiciones extremosas, especialmente las más retrógradas. No estamos hablando meramente de los que exteriorizan su adhesión al peronismo con gritos como “se va a acabar la sinagoga radical” o excusan sus “descuidos” atribuyéndolos a una “conspiración judeo-marxista”. Aquella dura afirmación puede corroborarse si pensamos en la solidaridad cegetista con la movilización de Confederaciones Rurales a mediados de marzo; o, en el plano parlamentario, la actitud del bloque de senadores ante el acuerdo del Beagle y las argucias de diputados justicialistas frente al proyecto de patria potestad compartida y de igualdad de derechos para hijos matrimoniales y extramatrimoniales (21 de marzo). Por lo tanto, en estos temas, como en otros que analizaremos, no aparecen las diferencias de fondo que fundamenten la división entre Río Hondo y el Odeón. Porque el criterio unificador de esas posiciones es el mismo que inspiraba al antiperonismo en el período 1946-1955. Parece no importar el contenido ni el significado de los actos gubernamentales sino oponerse, con el mismo desorden que caracteriza el accionar radical.

Ante los obvios desacuerdos internos y la pluralidad de concepciones de los diversos sectores peronistas, el reflejo “salvador” es oponerse utilizando los argumentos manejados por las corrientes retrógradas de los factores de poder, sean las Fuerzas Armadas, la Iglesia o la oligarquía terrateniente. Así, el Tratado de Paz y Amistad menoscaba la soberanía nacional; la potestad compartida y los derechos iguales de los hijos atentan contra la familia; la reestructuración militar nos deja indefensos frente a los enemigos externos; el impuesto a la tierra libre de mejoras; perjudica a los pobres hombres de campo representados, no por la Federación Agraria Argentina (H. Volando), sino por Confederaciones Rurales, Carbap y la Sociedad Rural. ¿Qué es esto? Cuando la oligarquía terrateniente se moviliza contra impuestos y retenciones estamos con ella. Cuando se aplica una tibia pero útil reforma militar estamos con los milicos providencialistas. Cuando se firma un tratado con Chile somos del bando de Isaac Rojas y Harguindeguy. Y cuando se trata de dar respuesta jurídica a una extendida situación de desigualdad —que afecta a las mujeres y a los hijos extramatrimoniales— defendemos “la familia” con los criterios de “Tradición, Familia y Propiedad”. Si también, en otro tramo del espectro ideológico, apelamos a la indiscutible necesidad de dar soluciones de fondo a los problemas de vivienda y alimentación de amplios sectores sumergidos, ese imperativo auténticamente peronista no anula la validez de solucionar problemas de derecho común.

¿Será necesario poner calificativos al proyecto que este peronismo está ofreciendo al pueblo con sus definiciones ante los acontecimientos cotidianos?...

“MISIVAS SON LAS NUESTRAS, LAS DEMÁS SON PURO PELPA”

La semana que comenzó el 18 de febrero estuvo condimentada por dos renunciaciones: la de Grinspun y la de Isabel. Ambas desataron todo tipo de especulaciones. Primero veamos el esfuerzo de diversos peronistas para ubicar el desprolijo texto de la “renuncia irrevocable” de Isabel en un contexto que sirviera a sus propias conveniencias actuales.

El sector que propugnaba la realización de un tercer congreso reunificador coincidió con los odeonistas en que renunciaba para repudiar la división e instar a la unidad. “Es un renunciamiento”, “un sacrificio en aras de la unidad”, expresaron compungidos. Dentro de tal postura “unitaria” los más isabelinos acudieron al recurso ya delineado por Álvarez de Seminario, destinataria física de la misiva. Se trata de la hoy manoseada distinción entre movimiento y partido, origen de sesudas cavilaciones y polémicas interminables entre los teóricos de la crisis justicialista. La jefa, nos aclararon, renunció solo a la presidencia del partido, mero instrumento electoral entendido como concesión a las engañosas formas liberales de la política. Esa forma organizativa cargada, según dicen, de peligrosas luchas por la disputa de canonjías; concejalías, diputaciones y senadurías, modalidades muy subalternas de hacer política. Pero sobre las que se abalanzan desesperadamente y con singular ferocidad los más conspicuos representantes de tanta aversión a las representatividades demo-liberales. Así pueden combinar sus beneficios con las otras formas que habitualmente ejercitan: roscas de camarilla y trenzas de amigos, vinculaciones con factores de poder —militares, obispos, financistas, empresarios, diplomáticos extranjeros—, aprietes de toda índole, etc.

Volviendo a la interpretación tercercongresista, Isabel renunció al partido pero de ninguna manera podía renunciar a la “jefatura del Movimiento” que, sabemos, es lo fundamental del peronismo. ¿Por qué “de ninguna manera”? Se trata de un imposible teórico: el movimiento, para ellos, no es concebible sin una jefatura unipersonal y vertical. De ahí que la carencia de jefe —por muerte o renuncia— los sumerge en la nada absoluta. Si el jefe no ha muerto y dice que renuncia, aunque explicita que renuncia al movimiento, su renuncia no será definitiva ni real. Se tratará de una maniobra táctica, una “jugada genial”, un repliegue coyuntural, para desconcertar al enemigo o para cualquier otra cosa que uno quiera imaginarse. Pero no puede renunciar porque “justifica” por sí y necesariamente la existencia del movimiento. En esta concepción no hay movimiento sin jefe y si muere habrá de ser suplantado por otra conducción individual, insustituible y automáticamente superior. En la versión burda de esa teoría, o sea la imperante en el peronismo, ayuda mucho que el nuevo jefe se apellide como el anterior, para lo cual es indicadísimo que sea su mujer, hijo, hermano, nieto o sobrino. Y entonces escucharemos sentencias como “el apellido Perón no se discute”, “no puede ser simbólico”, “no acepta cercenamientos”...

Para ellos no importa, en última instancia, el texto de la carta; si Isabel renuncia no lo hace a su función esencial, aunque hablen de “renunciamiento” y “sacrificio”. Esto sirve para exigir que otros renuncien. Pero ella, en realidad, no renuncia. Es inmutable en su función, aparte de omnisciente.

GRACIAS A LA VIUDA

Por su parte, los renovadores, que la habían consagrado presidenta del Consejo “por costumbre” —según afirmó De la Sota— corrían con ventaja en la carrera por utilizar la carta como aval. Porque iba dirigida sucesivamente a tres de los titulares elegidos en Río Hondo: Oraldo Britos, Olga Riutort y De la Sota. Aunque por desgracia —ni siquiera en mitopolítica las cosas son perfectas— el cuarto destinatario era Lorenzo, vicesegundo del Odeón. ¡Bueno, muchachos, no se pueden tener todas las “cartas” en la mano! ¡Con as de espada y as de bastos y encima el siete de oros, no nos vamos a quejar porque al otro le toque el siete de espadas! “Lo que pasa señores periodistas es fácil de explicar. Vean: el 4 de febrero aún no se había incorporado el gremialista Roberto García a la vicepresidencia segunda así que el cargo estaba vacante. Y Lorenzo es el ‘presidente’ de las 62, nuestro brazo gremial”. Por eso Isabel lo incluyó: Además le dio a entender a cuál Congreso debía adherir. Con esta carta —redondeó Britos— reconoce al Congreso de la mayoría; “reconoce que el peronismo se ha institucionalizado y comienza a andar solo”.

“No es así” —retrucaron intérpretes sutiles del isabelismo, variante tercer congreso— fijense los distraídos que no se dirige a esos cuatro como autoridades”. Les dice “señores integrantes del Partido Justicialista”. Los considera integrantes, no dirigentes. No convalida ningún congreso. Dentro de esta interpretación, la síntesis más ambiciosa en lo discursivo y más coherente en el delirio la produjo uno de los cincuenta y tantos asesores políticos del Consejo Superior elegido por Isabel en junio del 84. Este teórico, columnista dominical de *Tiempo Argentino*, considera que la misiva es la jugada magistral de una consumada ajedrecista política (J. Bolívar, “La movida de tableros de Alfonsín e Isabel”, 24-2-85). Ubicada supuestamente “del otro lado del tablero” en que jugaría Alfonsín al cambiar de ministro de Economía, Isabel envió un texto que

... tiene una elocuencia aún mayor que el discurso intelectual más afinado y crítico. No está dirigido en particular a las comisiones de ninguno de los dos congresos que la han nombrado presidenta sino a integrantes del Partido Justicialista. Es evidente que la viuda de Perón piensa que el partido es uno y no puede fraccionarse. Todo aquí está redactado con extremo celo.

¿Qué tal?

Allí donde los pobres de espíritu solo vemos una breve y desprolija carta de dudoso recorrido, que tarda dos semanas en conocerse en la época de las comunicaciones al instante, de los télex, los telegramas y los aviones desde Madrid en pocas horas, alguien acostumbrado a ver más allá de lo superficial descubre un universo inesperado y fascinante. El fabuloso mundo de los metamensajes.

Pero ahí no termina todo. Se trata de la “primera lectura” hermenéutica. Primera lectura que, nos advierte el escrutador periodista, solo sirve para “reforzar la creciente ola de activismo interno en pos de un tercer congreso de unificación de autoridades. La segunda lectura me parece aún más importante: renuncia irrevocablemente solo a las internas del partido. No ha renunciado a su sitio de jefa del movimiento... (esto) debería interpretarse como renunciamiento a las luchas por los cargos partidarios...”. Y agrega: “Esta carta escueta y descarnada parecería indicar que es la hora de la reconstrucción del movimiento... más que la hora de la reconstrucción del partido”.

¿Qué decir ante tanto significado oculto? Las posibles objeciones —incluso las de sentido común— no harían sino meternos en el artificio de cargar cuatro líneas de renuncia con sentidos e implicaciones aportadas desde el exterior de la misma.

Solo la extendida aceptación de un modo de pensamiento político acostumbrado a retorcer actos y palabras para exprimirles significaciones (a gusto de una organización críptica y para consumo de sus mitómanos seguidores) puede explicar la permanencia de este tipo de “interpretaciones”. Menos aceptable resulta que quienes se presentan como renovadores de lo caduco incurran en tales deformaciones. Una mala “costumbre” trae aparejados otros hábitos viciosos. Uno de ellos es pretender utilizar lo que a todas luces demostró ser inútil.

GRINSPUN, VITAL Y MÓVIL

Alfonsín viajó a Estados Unidos luego de desplazar a su ministro de Economía, introducir cambios en la cúpula militar, conseguir la aprobación del Tratado con Chile y no lograr que la CGT firmara el Pacto de Olivos. El cambio del quisquilloso ministro por Juan Vital Sourrouille —un técnico que ya trabajara para Gelbard en la elaboración del Plan Trienal— tuvo tres semanas después un curioso desenlace, únicamente comprensible como resolución de un tramo de la lucha interna del radicalismo. Tras deambular por oficinas del Banco Central, cuyo directorio fue reemplazado junto a su titular, García Vázquez, el ex ministro Grinspun fue a parar al anterior despacho de su sucesor. O sea que, a pocos días de su dolorosa firmeza para desprenderse de un integrante del círculo de antiguos amigos y correligionarios, Alfonsín reparó el fratricidio y dejó pagando una serie de interpretaciones sobre su desaparición de la función pública. Si nos atenemos al tono fúnebre de la asunción de Sourrouille y a la fiesta con sabor a milagro de la ceremonia en que Grinspun asumió su nuevo cargo en Planeamiento, la novedosa decisión del

presidente parece más una “resurrección” que el “enroque” del cual muchos hablaban. Notable conjunción de Antiguo y Nuevo Testamento, en la que Abel se convierte en Lázaro por obra de Caín...

El hombre sin propuesta económica global quedó reemplazado por el autor de un conocido plan que otros analizan en este número. Pero las explicaciones rebuscadas antes y después de la restauración del amigo demostraron que su difusión no es privativa de sectores del peronismo. En el alfonsinismo se revelaron ocultos deseos de emular los oráculos isabelinos. Los esfuerzos para explicar los relevos de Grinspun y García Vázquez, defendiendo al primero sin oponerse a la decisión presidencial y sin “bajar las banderas” de Renovación y Cambio, nos depararon otras gimnásticas contorsiones de conceptos sobre realidades bastante claras. Cuando se produjo el broche de oro de reemplazar al reemplazante por el reemplazado, aparte de descubrir la funcional circularidad del equipo gobernante, constatamos que las explicaciones de Laferrière, Jesús Rodríguez y otros voceros habían sido apresuradamente banales. Lo cual no impidió que calificaran el conjunto como otra “jugada genial” de Alfonsín... ¿Cuál sería la finalidad de tan genial maniobra?: el desplazamiento de García Vázquez como presidente del Banco Central, así como de varios de sus principales funcionarios, para emprender la lucha contra la patria financiera, preservando al importantísimo Grinspun de nuevos desgastes. Desde allí, tras bambalinas, seguiría manejando los hilos de la política económica. Estamos salvados.

El otro acontecimiento que los analistas políticos incluyeron en el equipaje del presidente para su incursión en el Capitolio fue el reacomodamiento en las cúpulas militares, puesto que —según afirman— debía presentar una clara apariencia de subordinación militar a su mando. Lo importante del episodio de relevo de los seis generales, cuatro almirantes y dos brigadieres y más allá de la positiva imagen que dejó como efectivo ejercicio de la autoridad presidencial, es el alerta que recibimos sobre la coherencia de los jefes militares. Coherencia para negarse a admitir la tremenda culpabilidad militar en la debacle argentina y para mostrar su absoluta carencia de autocrítica respecto de los crímenes cometidos por esas instituciones durante el Proceso. Y decimos instituciones, mal que les pese a los eternos defensores de las instituciones “pilares de la nacionalidad”, porque hasta tanto los que están a la cabeza de las mismas no sancionen a los “hombres” que en su nombre ejecutaron tales crímenes, no hay manera de diferenciar a unas y a otros. Durante el Proceso no hubo tal diferencia entre sus máximos jefes y las instituciones a las que mezclaron en sus delitos. Y hoy, cuando transcurrieron ya quince meses de institucionalización democrática, ¿cuál es la versión que los actuales jefes dan de aquellos hechos?

Cada general que pasa a retiro se despidе con un cálido recordatorio del accionar represivo de las FF. AA., en términos similares a los empleados en época de Videla, Galtieri o Bignone. Luego del mensaje de despedida de Fernández Torres

—con fragmentos de su discurso de diciembre— todavía se produjo el del general Víctor Pino al dejar la jefatura del II Cuerpo de Ejército; reivindicó plenamente la metodología utilizada en la “guerra sucia” y reiteró las conocidas justificaciones de los atropellos cometidos. “Fue una guerra inevitable, impostergerable y legítima”, afirmó, y luego imaginó que el accionar militar “fue requerido e impulsado por la Nación entera” (12-3-85). Y en reportaje publicado el 26 de marzo, el general Jorge Arguindegui, que fue el primer jefe de Estado Mayor de la democracia, dijo sobre los juicios a los comandantes del Proceso que “Este es un Nüremberg, pero al revés; allí se juzgó a los derrotados, no a los vencedores”...

Esta serie de episodios, declaraciones y denuncias de campañas de desprestigio contra “las instituciones fundamentales” se enmarcó en un incremento de la gimnasia desestabilizadora que ya ensayan los sectores nostálgicos del autoritarismo. Desde el alerta sobre “rebrote subversivo” fundamentado en recortes periodísticos hasta la movilización del camionetazo de Confederaciones Rurales, pasando por amenazas y atentados menores, son todos jalones de una política que también tiene su eco en sectores del peronismo.

EL BEAGLE Y LAS SARDINAS ELECTORALES

El ejercicio de la oposición sistemática y obligada tiene una dudosa legitimidad, mucho más emparentada con la repudiada “partidocracia” y su politiquería que con la voluntad de construir una nación justa y soberana. La consulta sobre el Beagle del 25 de noviembre significó un duro revés para la conducción peronista, impulsora de la abstención y del rechazo al Acuerdo con Chile en los términos de la mediación papal. En marzo, los senadores justicialistas votaron contra ese acuerdo, calurosamente aplaudidos por la confluencia de Isaac Rojas con Harguindeguy, Bussi, Bignone, Reston y otros prohombres, participantes de la misa de Famus del 14 de marzo, más los Castro Ge, Sánchez Abelenda, Zaffaroni, etc. que asistieron al debate parlamentario.

Los resultados de la consulta no hicieron mella en la posición de nuestros legisladores, que apelaron a todas sus fuerzas —y en algunos casos manifestaron estar arriesgando sus vidas— para oponerse a la firma del Tratado. A pesar de las válidas dudas originadas por la flexibilidad de las autoridades comiciales para admitir votantes en aquella elección —ya que se votó con cualquier documento y sin control en padrones—, resulta indudable que una neta mayoría de ciudadanos concurrió y optó por el sí. El alto grado de desautorización popular al abstencionismo y el elevado porcentaje de votos afirmativos absorbieron las impugnaciones al control no del todo riguroso por parte de las autoridades. La mayoría del pueblo se pronunció por el sí, con el aporte de buena cantidad de peronistas, entre ellos algunos reconocidos por su trayectoria al servicio de nuestras luchas, como José María Rosa, Fermín Chávez, Arauz Castex, Salvador Ferla y otros. Que también

pueden equivocarse, como los que apoyaban el no. Y a quienes no mencionaría si no fuera porque luego de las impugnaciones a la consulta y a su instrumentación apareció un nuevo argumento, ideológicamente peligroso por su elitismo: “El 90% de los argentinos que votaron ignoraban realmente de qué se trataba...”. Argucia que parece dirigida o a la “relativa capacidad” del ciudadano común para entender en estas cuestiones o bien al hecho de que el gobierno presentara la consulta como opción entre guerra y paz.

Débiles supuestos para quienes pertenecen a un movimiento-partido que siempre ostentó como glorioso atributo el apoyo de las mayorías populares en las elecciones y rechazó consecuentemente la soberbia de las minorías ilustradas que les niegan capacidad para elegir. Por eso, la coincidencia en esta cuestión con los Rojas, Harguindeguy o Castrogiovannis no es tan irrelevante. El hábito de la oposición política “obligada” demuestra serias limitaciones de los dirigentes. Porque ante el desafío de la maniobra alfonsinista —una consulta no vinculante previa a la ratificación parlamentaria—, la dificultad para dar una respuesta adecuada a la realidad nacional y al propio peronismo resulta incapacidad política. Y negar olímpicamente el veredicto de las urnas, una soberbia que solo puede equipararse a la ceguera previa al 30 de octubre de 1983.

LAS MIL Y UNA DE LOS AYATOLLAHS

Pero lo que en dirigentes y legisladores es soberbia o incapacidad política, en ciertos voceros intelectuales se convierte en explícito desprecio a la voluntad mayoritaria y a la democracia como valor en sí mismo. “El destino del peronismo no se dilucida en una elección —ni en mil— sino en el fortalecimiento de la propuesta histórica y doctrinaria de Perón”, dicen al respecto algunos aprendices de ayatollahs. ¿Cómo se verifica la correspondencia entre las posiciones de dirigentes y militantes con sus bases y sus referentes sociales? Si no es en las mil y una elecciones, como las internas, las sindicales, las legislativas provinciales y nacionales, ¿dónde se dilucidará tal destino? ¿En la “resistencia” ficticia contra un gobierno ganado legítimamente por la UCR? ¿En las exhortaciones casi golpistas a que “algunos verdaderos patriotas con mano muy dura terminen con esta situación intolerable”? ¿En pedirle a algún Camps, Verplaetsen o Mohamed Alí Seineldín que se convierta en nuevo coronel del pueblo y encabece la revolución nacional para la liberación y la justicia? Estos planteos que desprecian los procesos electorales luego de perder dos elecciones de alcance nacional, ¿suponen que el movimiento de liberación ya no merece ser movimiento masivo sino una entelequia dominada a voluntad por una minoría de iluminados? ¿Qué diferencia hay entre una vanguardia ilustrada que use la teoría universal de la revolución y un grupo detentador de la ortodoxia de la doctrina nacional de liberación, concebida como “evangelio”?

EL CUCO SOCIALDEMÓCRATA

El Congreso de Río Hondo y su nuevo Consejo Nacional significaron un paso adelante en el ajuste peronista a la realidad sociopolítica argentina. Ante ello, los enquistados en la conducción, que manejaron irresponsablemente el congreso del 15 de diciembre en el Odeón, volvieron a mostrar sus ataduras a viejos esquemas de respuesta política. Pegados a la costumbre de las acusaciones de infiltración y conspiración externa y necesitados de una credibilidad inalcanzable para justificar sus tropelías, transitaron toda la gama de argumentos banales a los que son afectos. De tal modo, quienes integran el sector “duro” de la cúpula odeonista mezclaron apelaciones a la sacrosanta unidad con el ataque a los que denominan “socialdemócratas” del peronismo.

Esto de llamar “socialdemócratas” a los renovadores —o a parte de ellos— viene a continuar la serie de apelativos históricamente dirigidos contra las corrientes adversas a las conducciones vanderistas. “Zurdos”, “trotskistas”, “maoístas” denominaban antecesores del novedoso y terrible fantasma sobre el que nos advierten con solemne seriedad. “El peligro socialdemócrata”, he aquí el cuco de la hora actual.

Sería vano el trabajo de aclarar los tantos sobre qué es la socialdemocracia europea, su origen y diferencias, los procesos que les sirven de marco, etc. Porque en este caso socialdemócrata es un adjetivo descalificativo invocado para vituperar el apego a las formas democráticas, apego que traicionaría el contenido de los movimientos nacionales y populares. Los voceros periodísticos de esa concepción “antisocialdemócrata” nos hablarán de la castración del Movimiento, que estaría realizando el liberalismo actuante en el peronismo, a través del vaciamiento de su contenido revolucionario. En esta primera variante, más intelectualizada, el ataque apela a un sistema conceptual análogo al del dogmatismo marxista-leninista. Aunque su modelo personalizado sería un Khomeini o un Khadafi, su lógica de impugnación del “democratismo” repite las pautas de la teoría revolucionaria dogmática. Es cerrada, atemporal, ajena a la experiencia concreta. Para atacar a la socialdemocracia se inspira en las críticas de la Tercera Internacional a la Segunda, pero con las categorías fundamentales del revolucionarismo peronista juvenil de los años setenta. Absolutiza la tesis de la “contradicción principal” entre imperio y pueblo-nación, con su lema político derivado, consigna central de nuestras luchas desde el 66 al 74: liberación o dependencia. Todo ello sin replantearse mayormente los cambios en la estructuración mundial de la dependencia en los últimos veinte años ni tener en cuenta los nuevos datos de la sociedad nacional e internacional. Por consiguiente, no extrae ninguna lección del fracaso peronista del 74 al 76 ni tampoco de las consecuencias del proceso militar. Se ubica en la fácil postura de juzgar al gobierno (y al mismo peronismo) desde los rígidos conceptos inmutables que le han sido revelados en los años sesenta y tantos. Son su evangelio de la liberación.

Sin embargo, atrapados por las paradojas y callejones sin salida de sus teorizaciones, insuficientes, por ejemplo, para dar cuenta de la derrota electoral del 30 de octubre, deben remitirse a un refugio más seguro, más remoto en el tiempo, casi un Antiguo Testamento. Más remoto, pero de indiscutible legalidad ortodoxa: el gobierno peronista del 46 al 55. Pertrechados en ese búnker ideológico, nuestros talmúdicos fundamentalistas creen que lo que sirvió en aquella época será lo que ha de servir ahora. Con las debidas actualizaciones, ¿quién lo negará?, si ya no tenemos algunos componentes de aquella realidad histórica... como a Perón, por ejemplo.

HERMINIO CONTRA ROBIN HOOD

El otro sector, impermeable a la teoría de la contradicción principal en la estructuración dependiente, se muestra mucho más deseoso de buscar consenso en la bases sociales del autoritarismo ordenancista y de asegurar aliados entre las figuras del militarismo procesal, tal vez por aquello de la alianza entre pueblo y ejército que es su lectura simplista del 45. Es el tipo de frentismo que aspira a recolectar apoyos en núcleos refractarios a la modernización y el “libertinaje” cultural del gobierno. A este sector, asesorado por preconciarios irredentos y por admiradores del fenómeno euroyanqui de la “revolución conservadora”, le resulta muy claro y evidente que la socialdemocracia, es como afirmaba Camps, un mero disfraz del comunismo internacional. “El movimiento creado por el general Perón no puede ser manejado desde una central de poder foránea, socializante y atea”, escribió Herminio en *La Prensa* (19-2-85), al referirse a “las directivas de la socialdemocracia europea” que obedecerían los promotores de Río Hondo.

Y su estrecho colaborador de Avellaneda, Jorge Argento, nos esperanzó el martes siguiente en *Clarín*, anunciándonos:

Es probable que la conformación del Frente Nacional en estas circunstancias se vaya transformando de hecho en la gran solución argentina y se encuadre mundialmente en las nuevas formas que están generando tanto en Europa como en Estados Unidos y Latinoamérica, un interesante fenómeno en Occidente, que supone una saludable reacción frente al avance del materialismo internacionalista y ateo (26-2-85).

A este sector no le preocupa el “vaciamiento de contenido revolucionario”, ni rechaza la influencia de corrientes de origen europeo o norteamericano, como sucede con la línea fundamentalista. Estos han aprendido que estamos en la tercera guerra mundial, luchando contra la subversión comunista y que solo hay dos bandos. Por eso Argento desestima la preocupación por el caudal electoral, rechaza la “demagogia proselitista” y critica en estilo UCeDé la gigantesca máquina estatal que devora los esfuerzos de todos, incluidos los “hombres de campo”. Así, “mientras no se generen riquezas no habrá nada que repartir” y luego nos garantiza en

curioso texto que “el peronismo no pretende quedarse con nada que no sea el producto del esfuerzo legítimo de sus protagonistas, sean estos trabajadores, profesionales, empresarios, militares, productores rurales, etc.”. “Aunque parezca que deseamos quedarnos con el producto del trabajo ajeno, no nos atengamos a la letra sino al espíritu”. Esto se aclara si recordamos que Herminio escribió el 19: “Perón le enseñó a la gente que debía vivir mejor y esa lección la aprendimos muy bien. Pero nunca nos dijo que debíamos quitarle nada a nadie”. De ahí que “no se puede seguir amenazando a los ‘dueños de la tierra’ con expropiaciones, ni aumentando los impuestos y las retenciones”.

LA REPRESENTACIÓN DE LOS HACENDADOS Y LA UNIDAD DEL BIFE DE CHORIZO

La apelación al apoyo de los hacendados más poderosos se completa con guiños seductores a las Fuerzas Armadas (difamadas como hombres y como instituciones al igual que la Iglesia), quienes por supuesto también cumplen el requisito de los “hombres de campo”: “han comprendido que su lugar está junto a los que defienden a la Patria de los intentos marxistas” (o sea, modestamente, junto a Herminio).

Queda claro que tanto Herminio como Argento tienen razón en sus artículos. En la división del peronismo institucional no hay pequeños problemas de método, aparte de que la “patoteada”, y en esto Herminio se asombra, es poca cosa si se aplica a quienes son los subversivos derrotados por las FF. AA. Las diferencias son profundas: de fondo y de forma, de política práctica y de proyectos ideológicos. Coincidimos —para ser coherentes con el propio Herminio— en que la unidad con el herminismo y sus parientes solo puede significar la anulación de las posibilidades históricas del peronismo.

Eso sí, luego descubrimos que para poner fin a la profunda crisis que atraviesa la dirigencia peronista, nada mejor que comenzar por un asado en el Tortuguitas Country Club. Esta fórmula renovadora para la unidad de concepción y de acción es consecuencia de los procesos de ajuste a la realidad que vienen efectuando nuestros dirigentes. Por ello trataremos de abordar la sustancia de lo acontecido en ese lugar de tan sugestivo nombre.

Por desgracia, las empanadas estaban algo frías y no eran de primera calidad; además, fueron interpretadas como resabio de épocas ya superadas de la política nacional. “Mal comienzo” murmuró fastidiado un conspicuo integrante del Senado, que rechazó despectivamente la bandeja que le ofrecían con gentileza casi liberal. Optó, como el lector duro de la renovación, por varias botellas de “Valmont”. Claro, gruñó un allegado a Herminio, preferencias francesas y social-democracia en ciernes. Pero el impacto de la aparición de cuantiosas botellas de “Selección López” unificó a la concurrencia en el sentimiento de desconfianza que tal apellido infunde a políticos y gremialistas sin distinción de corrientes. “Por lo

menos tuvieron el buen gusto de no servir vinos finos Labaké”, suspiró resignada una legisladora sanjuanina.

Tampoco el cabrito despertó adhesiones significativas, pero las achuras conformaron a los herministas y los bifes de chorizo ayudaron a calmar las apetencias de los críticos más encendidos de la política de concertación, entre ellos Lorenzo Miguel. La fruta de postre no tuvo mayor trascendencia, poco variada como consecuencia de las maniobras de la “patria verdulera”, último hallazgo gubernamental. Casi nadie probó las manzanas y, en cambio, se acabaron rápidamente las peras, casi perones por su tamaño y también las uvas, que unos pocos zorros despreciaron como si fueran elecciones, aduciendo que estaban verdes. Las ausencias de Melón, Manzano y Vaca no sorprendieron a los comensales, por sabérselos perjudicados por las manducaciones colectivas, aunque el senador José Almendra —de ese sector alimentario— se hizo presente con singular valentía y espíritu de sacrificio, no siendo objeto, a la postre, de ningún menoscabo.

Y así, finalmente, se cumplieron los principales objetivos de la reunión, regresando todos a sus puestos de trabajo, satisfechos por cierto y habiendo realizado una tarea de provecho. De buen provecho.

MÉTODOS, HOMBRES Y PROPUESTAS

Termino estos apuntes cuando acaban de cumplirse nueve años del golpe militar que inauguró la etapa más negra de la historia argentina del siglo XX.

Lamento admitir que el Congreso de Río Hondo, que despertaba esperanzas en una recomposición del peronismo que lo enderezara hacia sus objetivos históricos de reparación nacional y popular, como instrumento apto para transformar la sociedad en nombre de la justicia y en representación de los explotados, los desposeídos y los marginados, perdió en apenas dos meses buena parte de su credibilidad. Esta se amparaba en el reconocimiento de la necesidad de no quedarse solo en el cambio de métodos. Este era el complemento de una imprescindible reformulación de las propuestas políticas y de la elección democrática de quienes pudieran ejecutarlas. Pero gran parte de sus dirigentes han caído en la trampa de la unidad ficticia con quienes demostraron haber atravesado los límites de la mínima coherencia requerida para el accionar peronista, e incluso muchos de ellos parecen temer el veredicto de los afiliados a través del voto directo.

El pronunciamiento electoral no es solución mágica ni final porque no resuelve por sí mismo los problemas de fondo, pero es el punto de partida del camino a recorrer para resolverlos. La renovación con representatividad es condición necesaria para iniciar la tarea postergada hace diez años tras la muerte del líder.

Para traducir todo esto a nombres propios, y corriendo el riesgo de empobrecer la complejidad de los problemas al personalizar, digamos que un justicialismo donde sigan descollando en la cumbre ciertos personajes del pasado como

Herminio, Lorenzo, Saadi o Matera, no cambiará su destino al reemplazar la “conducción silenciosa” de Isabel por la del indefinido Ítalo Luder. Con aquella o con este, sin renovación de métodos, hombres y propuestas, el movimiento más importante de nuestra historia está condenado a su lenta autodestrucción, ya que tal horizonte directivo simboliza lo perimido, lo fracasado y lo inviable para el peronismo y para la nación. ■

AÑO 3 - N° 5

ABRIL DE 1985

EL GENERAL DE LA CONCIENCIA DESDICHADA

Horacio González

Como todos deben recordar, la identidad peronista era motivo de muchas chanzas por parte del propio Perón. “En este país hay conservadores, radicales y socialistas”, decía. “¿Y peronistas, General?”. “Ah... peronistas son todos”. Esta broma del General nos introduce en nuestro tema. Respondía a la idea de que coronando los hábitos políticos que reparten explícitamente a los argentinos en conservadores, radicales, socialistas, habría otro resorte último y trascendental. Estaría constituido por una identidad de sobrevuelo que los retomaría a todos en otro punto distante e inequívoco, proyectado más allá de las conciencias momentáneamente divergentes.

Ese punto distante se llamaba peronismo, pero como también se llamaba así la trinchera diaria de la vida política argentina desde donde se convocaba a combatir a oligarcas y contreras, he aquí que tenemos un peronismo dispuesto tanto a decir “mi bandera es la bandera de la Patria” como bajar rápidamente de ese nivel de generalidad. Cuando lo hace no tiene temor a decir “al enemigo ni justicia”, apelando al derecho sumario que cualquier identidad ya configurada tendría para ordenar al mundo a su imagen y semejanza, practicando drásticas exclusiones.

Es a propósito de esta cuestión que analizaremos la crisis del peronismo.

1. EBRIOS DE UNA TARDE DE DOMINGO

La relación de reconocimiento que tenía Perón con el movimiento que llevaba su nombre era propio de una conciencia desdichada. Por un lado se sentía

políticamente reconfortado con la amplitud que había logrado la identidad peronista del 45 en adelante. Heterogénea conjunción de fuerzas era esa que dejaba un lugar central en “blanco”. En ese lugar se encarnaba “el destino del Conductor”. Es lógico pensar que ese “hombre del destino” no podía aceptar fácilmente que se dilapidase en fiestas de plaza pública un mecanismo tan excepcional de la historia, que reunía en encuentro fastuoso una sociedad en movimiento con un individuo que se atribuía los oleos de la fortuna.

En aquellas fiestas, conmemoraciones y luchas en el espacio público, no se debía ni se podía correr los riesgos de dejar muchos potenciales convidados afuera, por temor a los oscuros saltimbanquis proletarios y por desconfianza hacia esos deliciosos ebrios que una tarde de domingo salen con la cabeza caliente por el sol. Así Perón estableció e intentó alianzas con medio mundo; en verdad, el mundo entero. De los hechizos del mago de la Secretaría de Trabajo y Previsión, ni socialistas, ni comunistas, ni conservadores, ni nacionalistas, ni anarco-sindicalistas, en fin, nadie, se vio librado.

Buscaba la “unidad nacional”. Pero al mismo tiempo creaba una identidad que producía nuevas formas de disgregamiento y recomposición de antagonismos en el cuerpo político del país. En esta paradoja Perón cargó con una formidable contraposición gnoseológica en la política argentina. A la vez que debía llenar con su patronímico la mayor cantidad de lugares en el espectro político argentino, no cesaba de originar divisiones. De ahí la conciencia desdichada. Buscaba la unidad y cavaba trincheras.

El peronismo, sin embargo, parecía acoger con placer la idea de dar sentido a la unidad a través de formas de lucha y contraposición de fuerzas y nadie podrá decir que no hubiese en Perón una oculta espoleta que entraba en funcionamiento en momentos muy críticos, al estilo del cinco por uno, ni nadie podrá tampoco declararse extrañado por el rejuvenecimiento que parece dar cuenta de Perón en la época de su relación con John William Cooke. Recorramos la correspondencia entre ambos que es uno de los segmentos más ricos del epistolario político argentino, a la altura de documentos tan disímiles y separados en el tiempo como los “viajes de Sarmiento” o el *Diario del Che*. Podemos recorrerla para percibir hasta qué punto Perón se demora en consideraciones guerreras, en estrategias de severo sabor bélico, llenas de hipótesis, cartapacios, planes de acción y pergaminos alimentados por la jerga castrense del “conductor en la resistencia”. Hombres y situaciones son allí menciones fugaces que la historia dejó escurrir entre los dedos —algún futuro historiador de esas microsituaciones, alguien menos teñido por la gracia opaca de un Page o el virtuosismo de Tomás Eloy Martínez, sin duda irá a recuperarlos— por lo que esas cartas revelan antes que nada que el león herbívoro volvía a ver la carne y el sol de los días de lucha, con las fichas sobre el tablero de la batalla, o del “cuadro de situación”. Eso, digamos de paso, se lo debe Perón a Cooke, interlocutor a la altura.

2. TOTALIDADES INDIVISAS

Pero esa lengua bélica parece haber tenido un valor apenas instrumental, y dejaba a Perón con la amarga sensación de que la guerra sucedía solo en un ámbito instrumental y por lo tanto indigno de las grandes construcciones históricas. Digo esto porque no podríamos suponer sensatamente que Perón, quien tan frecuentemente calificó los hechos de su cotidianeidad épico-sentimental como instrumentales (“Evita fue un instrumento mío”), podría sentirse contento con un territorio solo habitado por los sapos. Llega un día en que tragar uno en todo momento y lugar se torna insoportable para cualquiera. Por eso, un político tragador de sapos cotidianos siempre disfraza con eso algún lirismo de *nation builder*. Es el caso de Perón. Por eso podemos decir que su conciencia era desdichada. Porque a pesar de los momentos de exilio, lucha y conflicto, su vocación esencial era la de un forjador de totalidades doradas e indivisas, donde todas las potencias en discordia fueran (en lo posible calmamente) reconciliadas. Si llamamos a esto comunidad organizada, no estamos muy lejos de lo que podríamos considerar como la más precisa inclinación del pensamiento político del viejo líder. Sus últimos discursos, particularmente uno de ellos realizado en la CGT, acentúan un humanismo evolucionista, un historicismo extrañamente fatalista y el encuentro de un nuevo terreno conceptual para situar al sujeto histórico: la humanidad. Ni siquiera el “continentalismo”, sino una humanidad como sede de un universalismo sin opresores.

En 1973 dijo venir desencarnado, y recuerdo que todos nos mirábamos sorprendidos. No era fácil saber lo que el “Viejo” había querido decir con eso, a pesar de que sus imágenes eran en general de fácil desciframiento. Lo que quería decir era que finalmente consideraba cerrado el período del peronismo como identidad de lucha, o simplemente, como identidad que precisaba de un espacio político nacional aún escindido para desarrollarse.

3. UNA PALABREJA

Pero de inmediato se dirá: no salió de su voz campechana y tronante de director de escuela suburbana el concepto de que las veinte verdades todavía tenían vigencia y de que “no hay nuevos rótulos para clasificar nuestra doctrina”. Eso también en el 73. Bueno es recordar que una de esas veinte verdades era la que estaba destinada a una rápida operación de resemantización si se me permite la palabreja. Justamente la que decía que para un peronista no había nada mejor que otro peronista.

Imagen especular que con la reformulación subsistía sin cambios, pero ahora los términos eran sugestivamente reemplazados: “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. Con lo cual los peronistas ya no podían tener la misma confianza de ser “los de siempre”. Así como ser peronistas y decir “la vida por Perón” ya no significaba nada en vista de la proximidad de la resolución del

problema central que lo acuciaba desde 1945: ¿Cuál era la distancia o la diferencia entre el Movimiento Peronista y las realizaciones patrióticas que todo argentino se debía proponer como tal? Grave problema al que el Perón del 73 considera que puede dar respuesta al mismo tiempo que llama a combatir a otros peronistas. Estos últimos peronistas extraños —que a su manera también tenían el drama de la doble identidad por ser peronistas y Montoneros— y que se caracterizaban por decirse peronistas mientras Perón “abandonaba” el peronismo para desautorizarlos (“durante veinte años vinimos a esta plaza a ponernos de acuerdo”).

No creo que se pueda decir con absoluta certeza cuál fue finalmente el “método” que Perón prefirió para el debate con los Montoneros: si reivindicar el peronismo del cincuenta o el futuro “argentínista” del proyecto nacional de los argentinos. Estamos frente a un vacilante Perón. Duda entre ser “muy” peronista a la manera antigua o declarar a una de las veinte verdades, la fundamental, modernamente superada. Era en verdad un Perón que quería resolver definitivamente la relación Movimiento-Nación. Esa resolución apuntaba para una identificación de ambos términos. De más está decir los innumerables problemas políticos que eso creaba en las orientaciones de sentido existentes en la política argentina contemporánea. Frente a la deseada unidad nacional, el peronismo era un instrumento para lograrla y al mismo tiempo una parcialidad. Así, Perón veía al peronismo como emblema de su orgullo pero también con secreto desprecio.

Hablar de totalidades, proyectos y amplios círculos de acuerdo fue una de las almas discursivas del peronismo. Que en su nombre se desarrollase el conflicto y permaneciese siempre con renovado mandato la *venus* de la revolución, nada tendría de extraño, si se considera que toda forma de vida política registra distancias entre el hacer y el simbolizar, entre el mundo práctico y el mundo discursivo. Pero en los momentos que atraviesa el peronismo no es posible ignorar este problema: o el lenguaje tenía una excesiva predilección por abstracciones solo válidas por las imágenes móviles que de él se desprendían *ad usum* del líder (y aun así, con su validez restringida a la forma de uso a que se lo destinaba) o la realidad que el peronismo generaba no tenía a su disposición ningún recurso discursivo permanente para dar cuenta de ella.

4. EL PERONISMO DE LA EPIFANÍA

Preguntamos ahora si había un único sentido del desarrollo histórico en el peronismo. Es decir, cuando el peronismo debía contar su propia historia, ¿cómo construía su propio lugar en la realidad que ahora lo contenía?

Una convicción que ha adquirido merecido asentamiento en las reflexiones y angustias de los peronistas “desacralizados” por el 30 de octubre, es que el peronismo es explicado por la sociedad, aseveración que nunca parece tan obvia cuando se sabe que muchos venían orondamente de decir lo contrario, esto es, de

ser clientes de la tesis de “la primacía política”, de un modo demasiado ufano como para que fuera creíble esa afirmación de la filosofía frente a la economía (que de otra forma sería deseable y hasta necesaria). Si en la relación peronismo-sociedad es esta y no aquel la que mantiene un orden de prioridades explicativo, es preciso decir de qué forma se vio el peronismo desde sus orígenes, cuando fue el caso de dar cuenta de ese mismo interrogante.

Y ahí vemos dos maneras de situar el peronismo en un flujo histórico, o dicho de otra forma, dos formas a través de las que el peronismo se daba una relación significativa con el material histórico precedente o simplemente con los entornos de la realidad política respecto a los cuales podía percibirse como contemporáneo.

Una visión de la historia, en el peronismo de los orígenes, conducía a pensarlo como una creación única y original no referenciada por antecedentes o situaciones semejantes, propios de otros momentos históricos o de otras latitudes. Llamemos a esta visión de las cosas “peronismo creacionista”. Es decir, hubo un nacimiento que cortó los tiempos en dos. Y de esa brecha irrepetible surgió el peronismo. En *La razón de mi vida* creo que se encuentran las manifestaciones más elaboradas del peronismo creacionista. Hay allí una idea de “día maravilloso” que pertenece al elenco de descripciones con que se atiende al encuentro de Perón con Eva, día propiamente iniciático, con estructura de “buena nueva” y epifanía. Lo “maravilloso”, por otra parte, pertenece al vocabulario de Perón, lo usa en el sentido épico y no como prodigio de diferentes edades históricas entremezcladas. Años después le entregó y luego le quitó esa misma palabra a la juventud del 73.

Pero el peronismo creacionista tiene muchos textos a su servicio, también entre los iniciales discursos de Juan Perón. El discurso en la Bolsa, por ejemplo, o aquel de la Universidad de La Plata (temas de defensa nacional) contienen tempranamente la idea de que hay un drástico antes y después en la historia argentina, con lo que comenzaría una nueva era de “política científica” que sería un ademán definitivo de diferenciación entre lo nuevo y lo viejo. En el *Manual de conducción política* se marca con más propiedad esta idea, que en los citados discursos estaba apenas destinada a interlocutores marginales: intelectuales nacionalistas en un caso, empresarios en el otro. En el *Manual* se dirige a peronistas con un tono “científico” que permite afirmar que en la historia de la cultura argentina solo hay dos libros que con tanta repercusión entre sus lectores defendieron la tesis de que la política debía desconocer las matrices del caudillismo precientífico. Uno de ellos es el *Manual*; el otro es el *Facundo*.

Corte en el fluir del tiempo, natalidad y origen que ninguna historia anterior explica ni ninguna posterior sería capaz de redimir, el peronismo sabe presentarse a sí mismo como hecho en una noche de epifanía, de modo “en que nadie lo haría por él de modo que él tuviese algo para agradecer”, según la frase que Perón cita continuamente para justificar la omnisciencia del conductor militar.

Hay otra visión de la historia, además de esta. Es una visión que coexiste con la anterior, pero que se diferencia puntualmente en el intento de remitir la historia del peronismo a una secuencia de sentido histórico mayor que el propio peronismo. Comencemos por recordar nuevamente los textos atribuidos a Evita.

5. EL TEMA DE MARX Y PERÓN

En la *Historia del peronismo*, publicación que recoge clases leídas por Evita en una de las escuelas de educación de cuadros del peronismo, se dice que la historia del movimiento obrero cuenta con diversos jefes. Uno de ellos era Marx, de modo que aquí nos encontramos con una situación bien diferente a la anterior.

¿En nombre de qué decía Evita que Marx era un jefe? Es cierto que de inmediato se condiciona ese parecer con diversas afirmaciones respecto al “materialismo” de Marx y la diferenciación justicialista con ese punto, pero queda en pie el hecho de que entre Perón y Marx, más allá de obvias incompatibilidades, hay un terreno común. Los dos son jefes, uno equivocado, sin duda, y el otro, en un tuteo explícito con la verdad, pero jefes al fin: la historia en un aspecto los ha hecho homogéneos.

No es necesario estar acertado en todo para ser jefe, a pesar de que estar en posesión de la verdad da a los jefes una mayor operatividad social. Pero de las dos formas, nos quiere decir Evita, se pertenece a la historia. Tenemos aquí una visión de la historia que supone linealidad y sentidos que crecientemente se apoyan unos en otros. Es claro que no se predica aquí una línea de continuidades, una secuencia a la manera del itinerario de una conciencia histórica que va atravesando diversas etapas de autorreconocimiento —¿qué estaríamos pidiéndole al peronismo?— pero se hace un primer tanteo de un terreno histórico que preexiste al peronismo. El peronismo no lo es todo en la historia. Sus “días maravillosos” no fueron únicos ni se establecieron sobre un vacío histórico. En esa misma *Historia del peronismo* —si no me falla la memoria— o bien en el *Manual de conducción política*, se habla de Licurgo, “el primer justicialista”. Aquí debemos pasar por alto esta verdadera ingenuidad historiográfica, para quedarnos con la certeza de que aun caricaturalmente, una visión de la historia en el peronismo trata de buscar antecedentes, de sanar la tremebunda responsabilidad que sería suponerse radicalmente invencional y heredero de nadie. Aun en esa tirada arcaizante de Licurgo, es posible notar que el peronismo se lanza a verse en el espejo pasado de ciertos antecedentes que no llegan a configurar una secuencia histórica neta, pero que cuando mencionan ora a Licurgo, ora a Marx, significan romper la epifanía y medirse con otros protagonistas en un suelo histórico común.

Esta visión más lineal, más “historicista”, también se encuentra en el Perón de los discursos del 44, inclusive en los referidos de la Bolsa y de la Universidad de La Plata, dos piezas canónicas de la época. Pero Perón reflexiona allí sobre una historia constituida como revolución y frente a eso propone también dos soluciones que por sí solas

constituyen un largo capítulo de debates ideológicos en el peronismo (aún hoy), y que podemos mencionar muy brevemente. Por un lado, el peronismo se sitúa a sí mismo dentro de una corriente revolucionaria que caracteriza el mundo moderno y que tiene hitos tan prestigiosos como la Revolución Francesa y la Revolución Rusa. Aquí el peronismo está en un suelo de revoluciones, en una atmósfera de época donde los vientos que circulan hablan de revolución. Por otro lado, es evidente que hay revoluciones y revoluciones. El peronismo viene a cerrar la época de las revoluciones que “se sabe dónde empiezan y no se sabe dónde terminan” para hacer la “verdadera”, la revolución que se sabe dónde comienza y se sabe de igual forma cómo termina. Revolución cuyo sentido de “conocimiento del orden” Perón atribuye a “los griegos”, en el mencionado discurso en la CGT del año 1973.

Piedra de toque en la articulación discursiva del primer peronismo, como se puede percibir, es entonces el juicio a realizarse sobre una Revolución Rusa que aparece en un momento como auténtica antecesora de los hombres del 45 argentino, y en otro momento como una revolución desviada, claro que no en el sentido que hubiera dicho Trotsky, desvío que era aquí necesario cuestionar con otra revolución correcta, exacta, moldeada por argentinos y para argentinos, en su medida y armoniosamente.

Pero estas ambigüedades respecto a la gesta de octubre en Rusia se deben a que el peronismo debió, y aún debe, pagar tributo a una revolución que —se dice— el cuerpo de la nación “contiene” y que alguien “ya es tiempo” que haga supurar o desbrozar. El problema tiene alcances más vastos y sería bueno rastrear las ideas diversas de revolución que le aloja al peronismo la trama ideológica de la cultura argentina.

6. LOS USOS DE LA DOCTRINA

En cualquiera de los casos que anteriormente tratamos es necesario detenerse más atentamente en la cuestión de la doctrina peronista. En efecto, tanto respecto a las vacilaciones de Perón para interpretar el tema de la unidad nacional (el peronismo, ¿era el instrumento o la consumación de esa unidad?, en cada caso ser peronista parecía una gratuidad o una tautología) como respecto a “las dos revoluciones” en el peronismo (¿hay una tradición revolucionaria de la cual el peronismo forma parte, o tiene el peronismo un mensaje revolucionario original para el mundo?) es preciso ahora analizar con franqueza la “doctrina peronista”, o mejor, el uso que esa expresión tiene en el fluir de cualquier lenguaje asumido como peronista. Sabemos que hay tantos peronistas “doctrinarios” como peronistas que pasan por alto la doctrina, basados en la creencia de la insustancialidad de ella, lo que sería igual a decir que el peronismo son hechos, realizaciones y prácticas políticas efectivas, pudiéndose entonces desdeñar esa peculiar geografía semántica que apenas tendría valor de revestimiento onírico, ornamental o arqueológico.

Pero en ningún caso se puede desatender el efecto social de ese entramado de metáforas, imágenes, proverbios, refranes gauchescos, fragmentos del *Martín Fierro*,

parábolas de inspiración evangélica y una densa axiomática heredada de los lenguajes educativos de las academias militares del siglo XVIII. Todo eso formó parte de la cotidianeidad política del “popolo minuto” argentino durante cuatro décadas. Solo era y es posible “hacer política peronista” al actuar por inmersión o por omisión en esta red de íconos verbales y escriturales que llevan tan íntimamente la marca que les imprimiera Juan Perón. Temas de las más viejas pedagogías militares y modelos educativos de resabio conventual aparecían así junto a una especial valoración del circo popular, del folletín, del varieté, del grotesco de las orillas antiburguesas de la sociedad, del pensamiento indígena, del folklore que toda actividad, oficio o estamento humano segrega, de la época de las novelas de caballería, del sentimiento bufonesco de la vida, capaz de desarmar las ceremonias favoritas de los establishments culturales de las radionovelas y dramaturgias naives en general. El peronismo fue una vasta tentativa de combinar lenguajes educativos de raíz erudita junto a formas culturales provenientes del hedonismo de raíz popular. Esta fusión de corrientes de pensamiento ilustrado en las argamasas actitudinales más perdurables del pensamiento popular solo fueron posibles en dos notorios proyectos educativos argentinos: el de Sarmiento y el de Perón. Ambos, parcialmente fracasados.

Atendamos, pues, la cuestión de la doctrina, no como cuerpo de enunciados que codifican opiniones y tendencias ideológicas, sino como norma de utilización de la relación discurso-realidad. No otra cosa que esto era en Perón la cuestión de la doctrina. En algún parágrafo del *Manual de conducción política*, que siempre impresionaba sobremanera, decía algo así como que “doctrina es conducción”.

Si se entiende bien lo que quiere decir, es evidente que estamos frente a una reducción de los preceptos educativos a las formas de acción, de la “prédica” a las reglas de ordenamiento de los significados. En suma, de los porqués al cómo. Así, la conducción aparece como la regla mayor de los lenguajes, regla que dice cómo es posible articular, combinar o utilizar a todos ellos.

De tal modo, la conducción buscaba permanentemente un “nervio oculto” de las cosas contrapuestas, en donde sería posible encontrarles su homogeneidad. Ese nervio oculto era tratado como una “revelación”, que el operador de la doctrina de la conducción desentrañaba más allá del conflicto visible, que por ser apenas de carácter “ideológico” estaba degradado y no sustentaba verdades. En otras palabras, la conducción es la pariente pobre de la “astucia de la razón”, esa percutida metáfora sobre cómo combinar las pasiones y el sentido de la razón en el historicismo occidental.

7. EL CUERPO DE PERÓN

Pero no sería correcto tampoco pensar que en el peronismo solo hay dispositivos de combinación de lenguajes ya dados. Si bien esta es la esencia de la doctrina, ¿a qué se debe que el peronismo aparezca también como una permanente pulsión de sentido?

En realidad, a causa de su carácter conductista, la presencia en él de la historia efectiva —de la sociedad en lucha— no podría ser más vívida. Por eso, decir peronismo en la Argentina, todos los sabemos, es decir la presencia de la historia en un lenguaje. El “cuerpo de Perón” es así una densa colección de enunciados que se forma por las sucesivas impregnaciones que hace de él la historia argentina contemporánea, como práctica social efectiva.

Las “historias” que se incorporan al “cuerpo de Perón” son del más diverso tipo, y todo ello amparado en la esencial indefinición del corpus aglutinador. El hecho de que no hubiera una decisión sobre cuál era la propia elección que el peronismo hacía respecto a su presencia en una secuencia histórica, no sobre la relación unidad nacional-Movimiento Peronista (tal como ya vimos), es la perfecta contrapartida de la sistemática incorporación en el peronismo de los más diversos afluentes ideológicos, biográficos, experienciales, etc.

Perón quiso inscribir en su “cuerpo” toda la sociedad argentina. El método de la conducción y la doctrina que la acompañaba ad hoc, lo llevaba hacia eso. ¿Dio resultado? Mejor sería decir que era imposible constituir ese ideal omnicomprensivo. Al decir “nosotros los políticos” Perón intentó mantener ese ideal en vigencia, inclusive barnizándolo con viejas frases apocalípticas adecuadas a la ocasión, como “a esto lo arreglamos entre todos o no lo arregla nadie”, expulsar a los Montoneros por “imberbes” y señalar a los del otro sector como “pigmeos”, eran acontecimientos de “conducción” que ahora tenían lugar desde ese “nosotros” no peronista que nuevamente reponía un cierto paraninfo extra histórico para la voz que atribuía el sentido, precisamente por no estar involucrada en sentidos preexistentes. La impresión a posteriori que todos tuvimos del último discurso desde los balcones, el 12 de junio de 1974, llamándolo el “día de la despedida”, referíase sin duda al hecho de que era “la doctrina de la conducción” la que intentaba agónicamente una demostración de efectividad, practicando exclusiones que antes nunca se había permitido. La realidad (la “ideología”) había sorprendido al viejo lector de Plutarco con las evidencias de la sociedad moderna lacerada por conflictos de diverso tipo, obligándolo a realizar actos que un Padre Eterno no tenía en su “mochila”: las excomuniones.

Esta cuestión plantea muy directamente el tema de lo que significa hoy la identidad peronista y una de las insatisfactorias respuestas que surge con premura es esta: es doctrina (“actualizada” o no) y conducción (reponiendo el actual “vacío” con diversos cuerpos colegiados, cada uno de ellos esgrimiendo diversas legitimaciones). No es este, sin embargo, el mismo sentido que preferimos transitar para decir lo que es hoy “ser peronista”. Pues las fórmulas que anteceden en realidad significan la recomposición de la doctrina de la conducción sin el operador que le daba sentido, al “correr” o “velar” diversos significados al servicio del diálogo con diversos sujetos históricos que él contemplaba “en el llano”, más allá del bien y del mal.

Es más fácil, más adecuado, e históricamente más justo, decir que el peronismo es un encadenamiento de memorias, una “cultura política” o un pueblo

de modelos que es necesario rescatar selectivamente de su interior. Fórmulas estas que diversos compañeros estuvieron desarrollando en los últimos tiempos para descifrar estos “enigmas para peronistas”, que son, al final, los enigmas del país. ■

AÑO 3 - N° 6

AGOSTO DE 1985

REFLEXIONES AL PIE DE LA CRISIS

Nicolás Casullo

I

El reflujo de las aguas pareciera dejar una playa inmensa, deshabitada, inconcebible antes. Como si la marea se retirase infinitamente. Ese oleaje popular peronista con que la Argentina palpó, por cuatro décadas, la noción de otra historia posible.

Estridencia perdida. Ya no es el viejo embate de las autopías arremolinadas, sino un extenso lecho el que quedó a la vista. Maderas que simulan disolverse con el viento de la costa. Rastros de las furias. También esqueletos de embarcaciones piratas: esperpentos de una crónica política que —nos dijimos— no adquirirían nunca mayor significación en la biografía de los justos. También cofres herrumbrosos. Y, adentro, textos de las revoluciones que jamás se acabaron de cumplir, tesoros de musgos para el desconsolado reparto de los salteadores.

En la costa muchos testigos —testigos y partes— sin sobornarse al milagresismo político del presente, podrían pensar que la escena es impiadosa. Que las metáforas no dan cuenta de una esperanza (sin duda la más importante de este siglo) que no arribó a puerto. No dan cuenta de un hecho pasional de multitudes en el tiempo. Y es cierto, es impiadosa.

II

Discutir la crisis del peronismo. Pero ya no se trata solamente de pensar una identidad, cada vez más inasible, sino de preguntarse hasta qué punto ese sentimiento íntimo y macerado de identidad permite pensar lo nuevo.

Viejas certezas que no cobijan. Universo político —santidad y revelación— que, fallidamente, ahora sigue pretendiendo el recogimiento de antaño. Quiebre profundo en la subjetividad de muchos peronistas, los mejores, que no pueden ser honestos con ellos mismos y aceptan dejarse llevar por los rituales que, en otros tiempos, significaron otras cosas.

“El peronismo es la política”. Más aún: “es la sagrada política del pueblo”. ¿Cómo reivindicar entonces la soledad del testigo? ¿Cómo reivindicar su afortunado escepticismo en tanto última lucidez innegociable? ¿Cómo elogiar su necesaria desidentificación en tanto frágil intento de volver al grado cero de las cuestiones pervertidas y las taras de origen?

III

En la crisis no hay nada más pernicioso y reiterado que la política como ceremonia. La prueba de que “representamos al pueblo es que somos los herederos de Perón”. La prueba de que “significamos la revolución es que somos el movimiento histórico”.

Las palabras se comen a sí mismas. La política peronista se vuelve un acontecimiento antropófago de la realidad social y cultural: la hace desaparecer, se la deglute. Pero al menos es un bálsamo: ahí, en la mortuoria fascinación del discurso, seguimos siendo lo que fuimos aunque la sociedad se empeñe en desdecirlo.

Pero no importa, porque la realidad ya no nutre. Más bien maltrata, indispone, idiotiza. Dogmatiza a medida que se distancia. Y, entre nosotros, como en las clásicas sectas marxistas, nadie rompe la complicidad. La política militante es el refugio, los argumentos consoladores. La convocatoria a los espíritus. La lenta marcha, colectiva, hacia la irrepresentatividad.

IV

Crisis: realidad que puede convertirse en mitología para el utilitarismo político, o, por el contrario, permitir la aparición de una conciencia crítica y recreadora real. Crisis: proceso a través del cual una política se muere entre las maniobras de “los salvadores” o, inversamente, tiempo de inconmensurable refundación de la política como hacer, y de lo político como concepción.

Esta sería la encrucijada: manipulación o reformulación de fondo. Enclaustramiento o apertura de interlocutores. Ideologismo blindado o enriquecimiento teórico. Catecismo doctrinario o nueva imaginación individual y colectiva. Involución hacia las turbas o propuesta para una sociedad distinta.

Tales opciones, diametral y dramáticamente enfrentadas, nos remiten a la verdadera índole de la crisis del peronismo. A la presencia de dos dimensiones conflictivas de la crisis. Una de ellas es la crisis expuesta de una fuerza política resentida por su fracaso en los años setenta, por la muerte de su líder, por el

desmembramiento/aniquilamiento de sus sectores sociales y políticos, históricos y juveniles, genuinamente contestatarios del sistema dominante, y por la presencia de una cúspide de dirigentes y notables incapaces —ya desde mediados de los años sesenta— de pensar y proponer el cambio en la Argentina.

V

Pero hay una segunda dimensión de conflictos, que hace a la crisis de gran parte de una cultura política. Proceso mucho más complejo de reconocer y de superar porque, precisamente, ahí la crisis se empantana, entra en una espiral sofocante.

El planteo político se cierra sobre sí mismo. El sistema de ideas se abroquela, se convierte paulatinamente en pura ideología. La “verdad” ya ha sido revelada: antes. Se es, sobre todo, pasado irrefutable. Y frente a las asperezas de la vida que sigue se pasa, esencialmente, a defender la iglesia.

Un cuerpo de argumentos es acosado por las mutaciones del presente. Una historia propia resurge como espejismo de “edad perdida” supuestamente “sin crisis”. A partir de eso la conciencia de un ayer, donde se condensan las revoluciones intentadas (el cúmulo de legitimidades vividas) conforma, hoy, el espeso discurso ideológico del peronismo que ya no es.

Lo que va quedando: un portentoso encapsulado ideológico que no se resigna a admitir el corte/disrupción/fin de una época (a la que el propio peronismo con sus irresoluciones e incapacidades ha contribuido a generar).

El fondo de la política no es ahora representar ese nuevo real, sino representarse. Más allá de lo que vaya indicando lo propio, y lo ajeno, la cuestión es montarse sobre el discurso cosificado: el peronismo sigue siendo “mayoría”, “unidad del pueblo”, “revolución”, “avance obrero”. Es decir, la crisis negada aunque se recite sobre la crisis.

Tenemos, entonces, afuera: la reformulación de sectores y sujetos sociales y políticos, renovadas composiciones de lo popular por desagregación y agregación, nuevas memorias que sepultan antiguas memorias, problemáticas culturales, políticas y éticas que se entrecruzan de manera inédita con demandas materiales, expectativas y motivaciones distintas, de los actores, para protagonizar los mismos y diferentes problemas históricos.

Un afuera que nos pone profundamente en cuestión y, por lo tanto, “falso”. Adentro, en cambio, un obnubilador y cada vez más disecado subproducto ideológico de la crónica popular que, permanentemente, se justifica a sí mismo sin encontrar ningún medio para demostrarse sus errores. Sin capacidad para intentar una arqueología, no complaciente, de sus propios presupuestos.

Entramados de ideas, procedimientos y fetichismos políticos se ven conmocionados y quebrados, en la actualidad, por las nuevas referencias, nacionales y mundiales, y por el resultado de muchas concepciones propias equivocadas: que no pasaron el

examen de la historia. Los síntomas de la crisis de una cultura política se evidencian cuando estas transmutaciones, esta nueva información, estas nuevas razones y lógicas —generadoras de otros horizontes, otros escenarios, otros valores, otras necesidades, otras subjetividades y otras perspectivas— son neutralizadas, reducidas y desplazadas hacia las sombras, por concepciones y formas de un planteo político que se ha convertido en un pétreo ideologismo defensivo camino hacia su ocaso.

VI

Este otro y profundo conflicto —la crisis de muchos modos y contenidos de una cultura política— ancla, básicamente, en el sujeto actuante, pensante e integrante de la identidad. No en algún punto corregible “del programa”. Ahí, en ese sujeto, se concretiza la crisis como irresolución existencial, mucho más que como carencias de carpetas del proyecto nacional. Ahí, en el sujeto, la crisis supera su condición abstracta. Supera ese neurótico rastreo y descubrimiento de la crisis “en todas partes” para situar y hacer palpable lo que, sobre todo, está en crisis en el peronismo. Esto es: muchas de sus formas “procedentes” del hacer, muchos de sus lugares “legitimados” de proponer, muchos de sus repertorios “legalizados” para argumentar, mucho de su horizonte “de conocimientos” para interpretar lo que sucede, muchas de sus posiciones “justicieras” para persuadir, mucho de su “ética y moral” como confiabilidad del conjunto social. Equipaje todo este, amasado mal o bien, que pareció responder cuando se trataba de describir el éxito del peronismo en cuanto a su adecuación con la historia, pero excesivamente rudimentario, intelectualmente opaco y, muchas veces, perverso para pensar su crisis en la historia.

VII

Ubicar entonces la crisis en ese sujeto de cultura política. Sujeto que, si pretende romper con el entramado político e ideológico sofocante, si pretende abrirse del búnker de verdades indiscutibles, si pretende deslindarse de argumentos que operaron nada menos que como “razón de ser”, si pretende no transar con autocríticas como mecánica de todo lo que no va a poner en cuestión “la autocrítica”, pasa muy pronto a vivirse como sujeto en falta. A reconocerse en proceso de des pertenencia.

Ahí aparece la función de interdicción ideológica de un armado cultural y político en crisis: la de establecer y gestionar las prohibiciones interiores para pensar la crisis, por cuanto en todo proceso de pensar lo político como crisis y distanciamiento, no como proyecto y fe, late efectivamente la posibilidad de la disgregación. Prohibiciones interiores (sin necesidad de tribunales ni expulsiones) que señalan lo improcedente, lo “no peronista” estigmatizable: ese índice fantasmal que se nos aparece con la imagen inusual, incierta, y muchas veces abismal, de la no identidad, o identidad dejada.

VIII

Tenemos al sujeto. Uno. Tantos. La mayor parte de un activismo perdido, de una individualidad políticamente menguada. Las grandes camadas, generacionalmente nuevas, que miran desde afuera. Tenemos a ese testigo en soledad, apenas compartida por unos cuantos. Pensando en los interrogantes duros desde ese nuevo espacio descubierto: el de la recuperación de sentidos que da el retirarse, ya no el incluirse. Situado por propia elección, y cada vez más, en el desconcierto vital de la sociedad, y no en la alucinación del discurso político. Descifrando todo lo que quedó afuera —como problemáticas, deseos y realidades a tener en cuenta— del cuadrante peronista, tanto por derechas como por izquierdas. Tomando conciencia de que cada presente exige, y habilita, reconstruir la historia: re-decirla, y que esa es la historia ahora, la de su cuerpo. Comprendiendo que ese ideologismo, exacerbado a través del cual se expresa hoy la crisis como su momento de riqueza nula, no admite la disonancia auténtica, rechaza el planteo anómalo que la caja ideológica no puede normalizar. Empezando a entender que, frente a estas prohibiciones interiores que “fija” la identidad, lo primero a reivindicar, en todo caso, es la creatividad ilícita. Comprendiendo la necesidad de un peronismo que colectivamente se piense otra vez, y diga que esta historia, sucediendo “allá entre los notables”, se acabó más allá de eventos comiciales con mayor o menor fortuna.

IX

Hablar, hacerse oír, por ejemplo, desde la honesta individualidad que no proviene, ni representa, ni remite a “las bases”, a “las masas”, sino que se legitima por la más fructífera subjetividad resultante de la crisis: la desenganchada, hoy, del estrecho “juego de la política”. Revalorizar la falta de respuestas “para la implementación” (a cargo de los notables y pequeños notables) como camino de un pensamiento político crítico, extenso en el tiempo y adecuado a la magnitud de lo que realmente entró en crisis: un planteo popular histórico.

Apartarse del lenguaje clánico, que inmuniza y pertrecha de la realidad, y enunciar en cambio los problemas desde nuevos parámetros y concepciones, que van emergiendo de un tiempo nacional y global, que entierra y gesta ideas. Atender, principalmente, a las zonas ciegas y obturadas de los clásicos enfoques peronistas, considerando que en esa no visibilidad, de innumerables cuestiones, anidan las claves de la crisis de una cultura política. Pensar, básicamente, en otros interlocutores, aquellos jóvenes y más jóvenes aún, viviendo en el exterior de los códigos y contraseñas peronistas que ya les dicen poco o nada. Priorizar el pensamiento inconformista, desde las viejas nociones libertarias que privilegian la rebeldía personal, la demitificación de las cosas, las nuevas morales antiautoritarias, y la imaginación política para las utopías sociales reconstitutivas.

X

Resulta manifiesta la crisis de las fuerzas políticas democráticas y populares y, como consecuencia de ello, la crisis de lo político, en la actual encrucijada del mundo contemporáneo. Tema que, de manera categórica, expone una crisis cultural con diferentes registros e intensidades en cada sociedad, pero que compete a los distintos estadios y modelos del sistema en su conjunto. Conflicto y debate, por lo tanto, que afectan a las corrientes políticas del centro y la periferia del escenario internacional, para producir uno de los grandes signos de época.

Esferas de lo social, de lo económico, de lo tecnológico productivo, de lo ideológico, ético, teórico y filosófico, se encuentran conmovidas por el emerger, en desorden, de las nuevas referencias y estrategias dominantes a escala mundial: se ven descentradas en relación a un anterior juego de lógicas y formas ejecutivas y, por lo tanto, viviéndose como factores de la historia en busca de otros perfiles, de otras concepciones, que le reotorguen un sentido bastante extraviado a las sociedades.

El conflicto global expresa problemáticas ineludibles de afrontar y marca un tiempo. Hoy se habla de crisis de lo histórico porque unos y otros contendientes, a diferencia de etapas anteriores, descifran que la historia no tiene “un camino trazado” a cumplir a partir de sujetos sociales y programas “inalterables”. Hoy se habla de crisis de la Razón porque las lógicas del progreso, de la productividad del trabajo, de la ética y la moral (donde se nutrieron dueños y rebeldes de la historia) desemboca en sociedades irracionales de distinto signo. Hoy se habla de la crisis del Estado ordenador, porque hace agua por los cuatro costados el Estado social de bienestar, paradigma de la mayor parte de las fuerzas políticas. Hoy se habla de la crisis de los sujetos sociales, de las conformaciones ideológicas que les dieron identidad y proyecto a aquellos sujetos, de crisis de las instituciones, partidos y sindicatos, y por ende de crisis de las ideas de cambios que se sustentaban en tales instancias. En definitiva, y como corolario de estas realidades inciertas, hoy se asume la crisis de las utopías —puntos paradigmáticos que engarzaban mitos, memorias y esperanzas colectivas— tanto por derecha como por izquierda.

XI

Crisis: desencuentro entre sociedad y cultura. Entre necesidades sociales y discursos de la política. Entre programas y masas. Entre objetividades y subjetividades. Entre medios y fines. Entre sociedad y Estado. Entre planteos socioeconómicos y planteos morales. Entre ideas posibles y sujetos posibles. Entre mundo pensado y mundo a pensar.

Pero crisis no como accidente que “se interpone” en un transcurso histórico que debiera retomar, tarde o temprano, su vieja “normalidad” y libretos, sino crisis como datos, referencias y evidencias que quedaron escondidas en aquel transcurso histórico y que, hoy, precisamente, la visibilidad que permite la crisis, lo pone en cuestión.

Por lo tanto la crisis dibuja, enfáticamente, el contenido y las formas de nuestro presente: revisar los transcurso para exponer un nuevo tiempo propositivo. Interpelar la antigua edad de nuestras “seguridades”, para pasar de “la vieja política” a la nueva política. Indagar los factores que (nos) constituyeron este desemboque fallido, de desconcierto, perplejidad y desafío de desentrañamiento.

Como nunca el tiempo de las crisis fuertes, que envuelven cultura y política, enlaza el futuro con la antropología de nuestros propios argumentos. Coyuntura extensa donde el atrás y el adelante son un mismo camino, un mismo cuerpo histórico-político a emprender.

Entonces, crisis no como idea de final, como metáfora de la muerte, como imagen del agotamiento, como epílogo del error que clausuraría el tiempo de la esperanza por la vastedad de lo que está puesto en tela de juicio. Por el contrario, crisis y conciencia de la crisis, como recuperación de una fecundidad perdida en términos de pensamiento y acción, yunta esta última que ya no puede conformarse con reiterar lo heredado, ni acomodarse a “aplicar” lo creído, ni obedecer teorías o doctrinas añejadas, ni tranquilizarse con vigencias que no son tales, ni avanzar sin cuestionar a fondo ese lugar del proyecto-identidad propio, que ya no ampara ni seduce.

XII

Se trata de un tiempo-escena-disrupción que jaquea los planteos, y concepciones terceristas, en sus distintas ecuaciones políticas, ideológicas y de experiencias históricas. Tiempo distinto de un mismo sistema capitalista mundializado, que amenaza con trastrocamientos y reformulaciones más perjudiciales y negativas. En este sentido, y en lo que nos toca, nuestro problema es parte de una época. Se ve incluido en ella, tensado por ella, exigido por la encrucijada de desórdenes económicos, reconversiones industriales, replanteos tecnosociales en la operatividad de los poderes, concepciones de desarrollo perimidas, inéditos estados de conciencia de las masas, aparición de imprevisibles actores societales disputando las dimensiones de la política y la cultura, nuevos ejes de confrontación que obligan a revisar ejes pretéritos de confrontación, explosión democratizadora y pluralizadora que rechaza fallidos integracionismos, regresismos ideológicos de masas, como contrapartida, que demitifican y resquebrajan anteriores nociones de pueblo y formas divisorias del campo popular, intentos de enorme riqueza de refundaciones conceptuales y prácticas para pensar los proyectos nacionales e internacionales de dominio y transformación.

Pero, al mismo tiempo que el movimiento popular peronista es incorporable a esta universalidad nueva, que lo asimila a la época mundial (y que debe hacer perimir aquello que en nuestra cultura política descalifica o enfrenta a todo “lo otro” a través de una analfabeta y patética soberbia), también, y más que nunca en estas circunstancias, nuestro problema como sociedad, como propuesta política, necesita las

profundas críticas y recreaciones desde nuestra biografía, variables y dramas. Necesita, antes que nada, el específico momento de vernos. La particularidad, intransferible, de nuestras incertidumbres y deseos. La comprensión, renovada a fondo, de lo nacional como concepción autónoma. La identidad abierta, receptora y recuperada, sean cuales fuesen en el futuro los “ismos” que, conviviendo, la instituyan.

XIII

Se trata entonces de asumir políticamente, intelectualmente, los fuertes síntomas de la crisis de una cultura política (tema que intentaré plantear y analizar en otro artículo, por la extensión que requiere, para aportar a un debate que empieza a esbozarse en discusiones dispersas).

Crisis que nos involucra, que nos atraviesa individual y colectivamente, como sujetos de una identidad y de una realidad en proceso de desarticulación y reconstitución de discursos y enunciaciones políticas e ideológicas. Proceso que se despliega en lo social y sus signos desestructurantes. En múltiples sectores de masas en el marco de los trastocamientos económicos y culturales. En la semantización, distinta, de viejos problemas. En la ineptitud de la esfera política para registrar los nuevos dilemas. En la incapacidad y límites de anacronismos políticos para construir consensos de acuerdo con las expectativas de bases diferenciadas. En la violenta conmoción que provoca, en concepciones anquilosadas, temas de primera trascendencia como lo democrático, los derechos humanos, lo contestatario femenino, la moral sexual y de costumbres, las nuevas exigencias sobre procedimientos y no perversión en la constitución de los poderes: factores todos decisivos que se cruzan, se incorporan e impregnan con las demandas y reclamos de justicia social, desde una perspectiva claramente nueva.

XIV

Los testigos y partes, nosotros, constatamos cada vez con mayor certeza lo lejos que están las “opciones-figuras” del peronismo actual, camino a los comicios, de significar el posible prólogo de un tiempo nuevo, complejo, que se proyecta sobre los conflictos del fin del milenio. De afrontar y llevar a cabo las refundaciones. De acompañar y representar las nuevas utopías que enlacen, nuevamente, a los hombres dispersos, las nostalgias y los sueños.

Pero también sabemos que en los márgenes, en el retiro expectante, en dolorosos desgarramientos que parecieran “no servir para nada” ni tienen centimetrajes en la prensa, muchos miles, como uno, vienen reflexionando un silencioso no va más, que tiene todavía la inaudita imagen de vernos como protagonistas reempezando una historia. Otra historia donde la imaginación, la honestidad y una nueva solidaridad para transformar un mundo, opaco y desencantado, nos vuelva a juntar como peronistas, y como no peronistas, pero en otra parte. ■

ORÍGENES Y PERPETUACIÓN DE LA TRAGEDIA

Salvador Ferla

Aunque algunos no lo perciban y otros no lo asuman, o no lo crean, hace más de cincuenta años que el país vive una tragedia política que ha hecho el prodigio de nuestra inversión del milagro alemán y japonés de posguerra: retrocedemos, a tal punto de provocar el mismo asombro universal que japoneses y alemanes con su crecimiento.

Medio siglo es el tiempo que insumió la guerra civil argentina, que se inició en 1912, con la ruptura entre el Triunvirato y Artigas, y se extendió hasta la batalla de Pavón en 1861. La aceleración del ritmo histórico hace que este lapso, formal y aparentemente igual, sea en realidad dos o tres veces mayor. Con otro agravante: esta tragedia que nos tiene por protagonistas, o víctimas, es la reanudación de aquella del siglo pasado, porque el tema central y esencial de una y otra etapa histórica es el modelo de país. Somos, hoy como en 1810, hoy como en 1852 y 1961, un país y un estado en formación. “No hay mal que dure cien años”, dice un refrán. En la Argentina sí.

LOS HECHOS DETERMINANTES

La tragedia de este siglo tiene tres datos claves. Los dos repliegues que nuestra oligarquía hace en 1930 y 1945 a sus posiciones anteriores. De rechazo vergonzante de la democracia y manejo feudal del país en el primer caso. De retorno a la asociación con el imperio anglosajón y a una fingida ortodoxia liberal, en el segundo. El tercer dato es el desarrollo del golpismo militar, paralelo a la manía rupturista que remite la solución de los problemas del país a una remodelación total del sistema, para finalmente caer en el espejismo de confiársela a las Fuerzas Armadas. La dificultad para obtener participación política en la Argentina de hoy, a la que alude Mario Wainfeld, se debe al escepticismo pero también a la idea de que no vale la pena porque antes hay que cambiar revolucionariamente “todo el sistema”.

EL PRIMER REPLIEGUE OLIGÁRQUICO

“La victoria radical de 1916 fue más el coronamiento paradójico de la Argentina oligárquica del ganado y las mieses, que su derrota. Aparece como una reacción

contra ella, pero es su complemento”, estima Alain Rouquié en *Poder militar y sociedad política argentina*.

Podría ser que además de la obstinada conspiración de Yrigoyen, en pro de la democracia, la oligarquía hubiese sido inducida a conceder la Ley Sáenz Peña por esa sensación de plenitud victoriosa que experimentaba en la época del centenario de la Revolución de Mayo, la cual le haría suponer que el ejercicio real de la democracia no pondría en peligro su hegemonía sobre el país. Había también un estímulo convergente de carácter económico: la incipiente industria argentina necesitaba mercado y para eso el ascenso social de los sectores medios que vehiculizaba el radicalismo era una necesidad.

Pero cuando la presidencia de Yrigoyen trajo aparejado el copamiento de los cargos públicos por oscuros provincianos siempre menospreciados (como observa Manuel Gálvez en su *Vida de Yrigoyen*) junto a opacos plebeyos de la capital, que quitan espacio a sus figurones, la oligarquía comienza a disgustarse y a rumiar su aceptación de la democracia.

Asimismo es probable que ese disgusto no hubiese sido suficiente para decidirla por el golpe de Estado primero y el retorno a las farsas electorales después, de no mediar dos circunstancias inéditas: el desafío de la izquierda marxista, sobredimensionado —¡y cuánto!— a partir del triunfo de la Revolución Rusa y la crisis interna del capitalismo y de su asociación con Gran Bretaña, que hace tambalear el “modelo de país” forjado por los vencedores de Caseros y Pavón. Si la remodelación es inevitable, de ningún modo la oligarquía acepta que la definan las consultas electorales ni la manejen presidentes como Yrigoyen, proclives a hacer concesiones sociales, laudar en conflictos laborales, tratar con los sindicatos. Si habrá cambios será en un marco de despotismo ilustrado que preserve la hegemonía oligárquica y su simbiosis con el imperio.

Pero no se retrocede impunemente y este primer repliegue, del que se suele llamar “patriciado”, deslizó al país hacia un caos político de larga duración. Nos hizo perder la república cuando recién la habíamos hallado.

EL SEGUNDO RETROCESO

En 1929 el gobierno de Yrigoyen abandona el patrón oro. Dos años después Uriburu realiza el primer ensayo de control de cambios, seguido de otros posteriores. En 1936, Ramón Molina, un general institucionalista, prefigurando a Perón, aboga públicamente por elecciones auténticas, reformas económicas y una legislación social de avanzada. Con la creación del Banco Central se dan los primeros pasos hacia la economía dirigida o planificada. Don Luis Colombo, por muchos años presidente de la Unión Industrial, bregaba incansablemente por el desarrollo de la industria liviana y solía poner como ejemplo a la Italia fascista, según textos que transcribe Rouquié. Esta referencia, puramente anecdótica, la consigno porque en 1945

Colombo, que seguía siendo presidente de la gremial empresaria, fue uno de los líderes de la enconada oposición a Perón, cuyo argumento central era el carácter “fascista” del flamante líder de los trabajadores. (Colombo firmó aquel famoso cheque con el cual los industriales financiaron la campaña de la Unión Democrática, y que habiendo sido fotografiado y divulgado fue utilizado por los manifestantes peronistas, que les gritaban con sorna a sus contrarios: “Cheque... cheque... cheque”).

El presidente Justo, impuesto por el fraude, pensaba seriamente en ponerle fin aunque, por último, se decidió por “un fraudecito más”, para consagrar a su sucesor Roberto M. Ortiz. Este, según testimonios que transcribe Félix Luna en su biografía, no solamente estaba decidido a terminar con la farsa electoral, lo cual es por demás sabido, sino que reflexionaba con algunos amigos que en un futuro no muy lejano tendríamos que romper la excesiva dependencia de Inglaterra.

El 5 de septiembre de 1942 el presidente Castillo, ante un grupo de visitantes que fue a manifestarle su apoyo a la política de neutralidad en la guerra mundial, exhortó a la juventud a realizar la independencia económica como complemento de la independencia política consagrada en 1816. (Diario *Noticias Gráficas* del 6-9-42). Con esas mismas textuales palabras la proclamaría solemnemente Perón en 1949 desde Tucumán.

Como estos hay infinidad de testimonios que verifican que al producirse el golpe militar del 4 de junio de 1943 había un amplio consenso en la clase dirigente en favor de lo que luego serían las líneas generales de la política peronista y que pueden resumirse así:

- Elecciones auténticas, que sinceren el sistema democrático.
- Intervención del Estado en la economía, ya sea para planificarla o dirigirla.
- Nacionalización de los servicios públicos en manos de empresas extranjeras.
- Racionalización del uso de divisas mediante el control de cambios y cotizaciones múltiples.
- Cancelación total, o disminución significativa, de la deuda externa.
- Acelerado desarrollo industrial a partir de la sustitución de importaciones para absorber mano de obra sin empleo y disminuir erogaciones de divisas en importación.
- Incremento sustancial del mercado de consumo interno para hacer viable el desarrollo industrial y evitar la formación de saldos exportables de incierta colocación y, al mismo tiempo, asegurar la paz social.
- Avanzar en la legislación social para poner fuera de la realidad los planteos subversivos.

La ortodoxia liberal decimonónica que hoy expresan Alsogaray, Hardoy y Benegas Lynch no era sustentada entonces por ningún político ni economista, ni siquiera por hombres como Prebisch y Pinedo, de absoluta confianza de los ingleses. No era nuestra oligarquía la más indicada para obstinarse en la ortodoxia liberal, ella que vivía el liberalismo como dependencia y la democracia como farsa, y

no era precisamente afecta a las ortodoxias, ni siquiera a la católica, menguada por su positivismo. La heterodoxia de la intervención estatal en la economía venía avallada por influencias teóricas y prácticas externas (no olvidar a lord Keynes) pero, principalmente, por la experiencia nacional.

LA ALIENACIÓN DEL 45

Pero llega 1945 y, con esa mezcla de soberbia, ingenuidad y torpeza que los caracteriza, los yanquis no comprenden cómo, habiendo obtenido la rendición incondicional de Japón y Alemania, no pueden lograr la rendición incondicional del “eje” Farrell-Perón, y ejercen una abrumadora presión política sobre nuestro país. Por suerte no habían inventado aún la financiación de bandas de “contras” desde un país limítrofe ni el minado de puertos como elementos de presión...

Nuestra oligarquía se pone de parte de los Estados Unidos, se contagia de su histeria antifascista (nosotros no teníamos vivencias por las cuales compartirla) y arrastra a todo el espectro político argentino a combatir a Perón desde una posición norteamericana, al punto de convertir al embajador Braden en el jefe “honoris causa” de ese frente opositor.

La dirigencia política argentina, totalmente alienada, se enrola “full-time” en la lucha “contra el fascismo”. La temática y la experiencia argentina son suplantadas por la temática y la experiencia anglosajona. Perón no es el sucedáneo de Yrigoyen, ni el continuador, en escala nacional, del populismo cuyano de los Lencinas y Cantonis; es lo que los yanquis dicen que es, un agente nazi.

Ya presidente constitucional, el líder justicialista implementa esas políticas que durante la década del treinta aparecieron como la perspectiva natural de la problemática argentina y la oligarquía, que entonces las aceptara, ahora las impugna exhumando una olvidada ortodoxia liberal.

Y no se trata de una conducta circunstancial producto de la ofuscación del entrevero político, sino definitiva. Asustada por la retórica revolucionaria de Perón y por la movilización política de los trabajadores, y alentada por Norteamérica, la oligarquía renuncia a la fascinante aventura de la independencia económica para cobijarse bajo el ala del pujante imperialismo yanqui y de la banca internacional.

Estados Unidos, después de la guerra, propicia una renovada versión del libre cambio, que tal vez fuera positiva para las relaciones entre los países centrales pero no para nosotros. La oligarquía se adscribe a ella, desestimando la experiencia nacional y reemplazándola por propuestas y recetas ajenas. Lo cual confirma que el subdesarrollo de los países periféricos no es la etapa previa y natural del desarrollo, sino una consecuencia impuesta del desarrollo de las grandes potencias, a través de la sumisión voluntaria de las oligarquías feudales o portuarias.

¿Qué clase dirigente, medianamente lúcida y discretamente patriota, renunciaría a las conclusiones de su propia experiencia para adoptar fórmulas extranjeras

producto de otras realidades e intereses? ¿Qué cuerpo social con algún grado de responsabilidad hacia su país se entregaría incondicionalmente a factores externos de poder? Pues eso es lo que hizo nuestra oligarquía por oposición al peronismo (en definitiva al cambio social). Desanduvo el recorrido de veinte años de historia argentina, exhumó una trasnochada ortodoxia liberal y se volvió a ligar al imperia-lismo anglosajón, olvidando la crisis en que había colocado al país unos años antes.

A partir de septiembre de 1955 este alienado planteo, de cambiar la experiencia nacional por las recetas imperiales, lo implementó la oligarquía desde su recuperado poder político. La desperonización no fue otra cosa que la desargentinización de la realidad, la amnesia de la experiencia.

La oligarquía retrocedió. No volvió al fraude directo pero sí a la farsa electoral con la proscripción del peronismo. El ideal de vivir sin deuda fue reemplazado nuevamente por el ideal del endeudamiento. Los saldos deudores de los tratados bilaterales de la era peronista, a pagar en mercaderías, fueron convertidos en obligaciones en dólares, punto de arranque de una bola de nieve que se fue agrandando y solo se detuvo, ocasionalmente, para culminar en la asfixiante deuda actual. Sus ministros de Economía, todos de la misma escuela, todos con idénticos vínculos internacionales, recorrieron Europa y Estados Unidos mendigando préstamos y recetas económicas. Ahora pagamos las consecuencias. Y ahora también, con el gobierno legítimo del doctor Alfonsín, se sigue creyendo que del exterior pueden proveernos fondos y fórmulas para salir del marasmo económico sin advertir que solo una lectura argentina de la realidad argentina puede descubrir las soluciones. ¿Cómo asombrarnos de nuestro retroceso? No es otra cosa que la consecuencia, inevitable, de los dos trascendentes retrocesos políticos impuestos por nuestra oligarquía. Hasta Alfonsín y la Unión Cívica Radical, históricamente vinculados a la restauración oligárquica de 1955, están pautados por esos retrocesos y tienden a creer, por ejemplo, que achicar el Estado es realmente agrandar la nación y que la economía funcionaría correctamente si un milagro hiciese resucitar a la ortodoxia liberal, universalmente muerta. Aunque Estados Unidos e Inglaterra se nieguen a entregar el certificado de defunción.

Una clase dirigente o un grupo social hegemónico que retrocede en su conciencia política, y pretende imponerle ese retroceso al país, no demuestra lucidez alguna y marca a la sociedad y a sí misma con el signo de la tragedia. La oligarquía se ha ganado el derecho a ser expropiada...

EL ESPÍRITU DE RUPTURA

La restauración oligárquica, llamada "Revolución Libertadora", instituyó para perpetuarse el golpe de Estado permanente. Y a partir de 1976, abrumados por el terrorismo de Estado y el saqueo económico, los argentinos descubrimos en el golpismo militar una nueva causa de las causas a la cual remitir nuestros males,

complementaria de la excesiva relación de dependencia. Se nos reveló entonces el valor de la legalidad y la continuidad institucional, por la cual muy pocos fueron quienes en el 30 —o en el 62, 66 y 76— derramaron una lágrima. Comprendimos entonces que haber mantenido la continuidad institucional durante el último medio siglo habría sido más trascendente y positivo que los proyectos insurreccionales que se elaboran desde la izquierda y se consuman desde la derecha. Entendimos que el marco democrático puede ser más propicio para la liberación que uno autocrático de signo supuestamente nacional. Adquirimos una conciencia reformista, aunque esta palabra sea menospreciada en el vocabulario político.

En todo esto aparentábamos estar de acuerdo en 1983 cuando votamos masivamente a Alfonsín y a Luder. Parecía que estábamos definitiva e irrevocablemente concientizados respecto a estas conclusiones del análisis de medio siglo. Hasta que Alfonsín y la Unión Cívica Radical comenzaron a gobernar y a mostrar su impotencia para sacar al país del marasmo económico. Entonces, aprovechando el malhumor y el desencanto que trae la recesión, esa cantera del espíritu de ruptura que parecía exhausta para siempre entró, como los volcanes, nuevamente en actividad. Este espíritu se manifiesta en el hipercriticismo frente al gobierno y en la modalidad y el contenido de las críticas. El espíritu de ruptura es esa vocación de patear el tablero del juego político, que se ha convertido en una manía de los argentinos, originada en el espejismo revolucionario y ahora arraigada como tendencia y hábito. Los argentinos no tenemos educación democrática; no sabemos criticar con espíritu constructivo. Sobredramatizamos las crisis y, en vez de proponer soluciones para cada uno de sus problemas, las remitimos a una ruptura que invariablemente queda a cargo de los militares.

“EL FANTASMA DE LA IZQUIERDA”

En vísperas del golpe de Estado que derrocó a Illia el semanario nacionalista *Azul y Blanco* publicó un retrato a lápiz del presidente junto a una foto de Kerensky, aquel primer ministro ruso que con su actitud conciliadora facilitó el triunfo de la revolución comunista, señalando el curioso parecido físico... y apellido de ambos (*sic*).

Si no conociera de cerca el patriotismo y la honradez de Marcelo Sánchez Sorondo, director de aquel semanario, diría que esa publicación fue lisa y llanamente una canallada. Pero de todos modos, se trató de una insidiosa manera de instigar a los militares al golpe azuzándolos con el fantasma del peligro comunista, al cual ellos son tan hipersensibles, como si fuesen grandes propietarios con riesgo de ser expropiados. Ni la Argentina de 1966 se parecía a la Rusia de 1917 ni el pobre Illia al desdichado Kerensky. Los únicos “soviets” que había en nuestro país eran los de la caballería y la infantería de Campo de Mayo. La única “infiltración marxista” consistía en el estudio y discusión del pensamiento de Marx en nuestras universidades, como en todo el mundo civilizado. El análisis de las teorías

de Marx no puede constituir una “infiltración”, como no lo es el estudio de las teorías de Darwin, Freud y Einstein.

En el campo sindical, ni Vandor ni Ongaro configuraban peligro marxista alguno. Muchas cosas concretas se le podían criticar al gobierno del bonachón Illia menos la de facilitar el desarrollo del comunismo, que sí facilitaría Onganía, con sus excesos autoritarios y represivos y su proyecto de dictadura de estilo franquista por treinta años.

Ahora hay indicios de que la historia puede repetirse. ¡Qué abrumadora y desconsolante es esta infinita repetición de actitudes...! Algunos políticos renuncian —como la oligarquía— a la experiencia o, inconscientemente, la relegan para dejar aflorar el hábito inveterado de la ruptura. Y, entre ellos, dirigentes peronistas que no proceden así porque tengan intereses materiales en juego sino por pura estupidez.

El espíritu de ruptura no reconoce que el gobierno sea de todos sino del partido rival. No admite que haya sido elegido por seis años sino por un tiempo librado al azar. No cree que la oposición sea también un rol de gobierno sino la manifestación del contrerismo. Le basta con discrepar en un tema para descalificar al gobierno íntegro y apuntar a su caída, como si la “caída” fuese la forma normal de concluir los mandatos y como si tuviese otra solución comprobada que la intervención militar. El espíritu de ruptura ante cada fracaso gubernamental sentencia que “fracasó el sistema” y profetiza con un pesimismo de mal gusto la “disolución nacional”.

No solo se complace en un enseañamiento crítico sino en un malicioso y rebuscado acopio de temas: falsos, irracionales, pueriles, tendientes a irritar a los militares o bien presentar al alfonsinismo como un “sistema” burlador de la democracia. La “dictadura radical”, que se denunció en una de las misas golpistas de Famus, la “sinagoga radical”, “la socialdemocracia”, la “permisividad”, el “ateísmo y el agnosticismo”, son acusaciones estúpidas que no apuntan a enmendar ningún error sino a crear un clima de descalificación y ruptura.

Esta conducta antediluviana no tiene nada que ver con la programación de cambios estructurales, que son cosa seria y requieren un trabajo de concientización pública antes de ser exigidos. Es pura manía y mala voluntad.

LOS ERRORES DE ALFONSÍN

El presidente actual ofrece blanco para la crítica, incluso para la crítica dura. Es imperdonable que haya llegado al gobierno sin un plan económico y financiero de emergencia para actuar de inmediato. Es penoso que no haya tenido el coraje de declarar una moratoria unilateral de la deuda externa para la cual tenía dos sólidos y verídicos argumentos: nuestra derrota en las Malvinas y la ruina económica en que dejaron al país los militares. Es lamentable que no haya convocado a la concertación social cuando asumió el gobierno y tenía la benevolente expectativa de todo el país y, en cambio, haya optado por perder el tiempo peleándose con los sindicalistas que,

bien o mal elegidos, tienen mayor representatividad que muchos políticos y más aún que Isabel Perón, que no tiene ninguna, a la cual invitó dos veces al diálogo.

El campo de crítica fuerte y dura se limita al área económico-financiera. Los demás son problemas menores, y es bueno distinguirlo. Porque este gobierno encarna la legalidad democrática, primaria, formal, liberal, que no es desdenable, porque si aseguramos su continuidad y autenticidad inexorablemente ha de impregnarse de contenidos sociales.

La única misión histórica de Alfonsín sea tal vez la de poner en caja a los militares y entregarle el poder a un sucesor elegido, como él, por el pueblo. Pero la crisis económica que agobia, desquicia e irrita, constituye un desafío que pone en peligro el objetivo histórico. Frente a ella hay dos actitudes: la de la crítica que apunta a cooperar en la superación de la crisis, y la de aquella que, consciente o inconscientemente, sirve para crear un clima golpista. Destrozar a este gobierno es un lujo político que los argentinos de hoy no nos podemos dar. Ejercer una crítica rupturista es una irresponsabilidad rayana en la traición a la patria. Y no obstante se hace. No se dan propuestas superadoras del desquicio económico, pero se repite la insidia de *Azul y Blanco* señalando que Franja Morada es un sucedáneo de “Montoneros” lo cual es una calumnia grosera que de ningún modo puede pasar por una aceptable picardía política.

No existe ningún elemento de juicio para acusar al gobierno de desvío de izquierda, sino todo lo contrario. Habría que señalar su falso izquierdismo y su inexistente reformismo social. Sin embargo, las veraces críticas, a la política económico-financiera, son sazonadas con otras que pretenden señalar un izquierdismo proclive a facilitar brotes subversivos. El mismo repertorio que se puso en juego contra Frondizi en 1962 y contra Illia en 1966, con una intención que no puede ser sino análoga: indisponer al gobierno con los militares, voluntarios guardianes del tránsito a la derecha de los argentinos. Con esta intención se fraguó una denuncia de infiltración en el norte argentino de la peruana “Sendero Luminoso”; con la misma intención se habla del copamiento del Partido Intransigente por el ERP. ¡Increíble!... Habiendo tantos temas objetivamente importantes sobre los cuales ejercer la crítica al gobierno y proponer soluciones; existiendo tantos proyectos posibles se le da prioridad al “peligro de izquierda”, como si ese fuese nuestro problema capital y urgente. ¡Como si fuesen experiencias gubernamentales de izquierda las que hicieron retroceder al país!... Se hacen acusaciones globales rebuscadas y pueriles que no apuntan a enmendar nada sino a descalificarlo todo. Una de ellas es la presunta ideología socialdemócrata de Alfonsín. A Frondizi lo acusaron de comunista (finalmente, resultaría una legítima expresión de la derecha). Ahora basta adherir a la socialdemocracia para configurar un peligro de extremismo ideológico para el país.

Pero, asimismo, ¿cuándo y cómo Alfonsín habría cometido este pecado político? ¿Cuáles son las reformas sociales de inspiración socialdemócrata implementadas o

propuestas? Las buenas relaciones con los países gobernados por la socialdemocracia no lo convierten en un socialdemócrata, como nuestra relación con los estados comunistas no nos convierte en comunistas y nuestra relación con los países árabes no nos transforma en islámicos.

Al gobierno se lo puede acusar legítimamente de haber agravado la crisis económica, heredada con la continuación de la política de Martínez de Hoz, con lo cual su verdadero pecado sería de desvío de derecha. Pero, ¿qué significa acusarlo de fomentar el laicismo y el agnosticismo? ¿Cuánta maldad hay que tener para reprocharle, como hizo Matera en una declaración del 19 de marzo, su participación “en una deshilvanada conferencia pacifista llevada a cabo en Nueva Delhi”! ¡Ni Reagan se animó a reprochárselo! Pero, para algunos, parece que hasta la exhortación a poner fin al chantaje atómico es un desvío ideológico... ¡de izquierda! Herminio Iglesias, en su histórico artículo publicado en *La Prensa*, el 19 de febrero, había denunciado que “queremos jugar un rol de mediadores comedidos en la guerra de las superpotencias”. ¡Como si el destino de la humanidad no nos incumbiese! ¡Como si la “Tercera Posición” fuera la de no meterse y dejar a las superpotencias que gobiernen el mundo a su arbitrio!

A qué extremo de infantilismo antiimperialista se llega cuando se le critica al gobierno hablar con Kissinger, con Carter, con Reagan, con el presidente del FMI, dando por sobreentendido que en cada conversación hay una claudicación nacional y una “entrega” de nuestra soberanía y nuestro patrimonio. Se supone que nuestro cuerpo diplomático se la pasa hablando... y entregando el país por el simple ejercicio del habla.

A tal extremo de insensatez se llega que se ha hecho del repudio a la pornografía un tema capital equiparable al repudio del terrorismo de Estado y sustitutivo de este. El repudio de la pornografía es la réplica que se da desde cierta derecha al repudio de los secuestros, torturas y asesinatos que nos apartaron de la civilización. Digamos que la tan sobredimensionada pornografía es la consecuencia normal del levantamiento de la censura. Quienes acusan al gobierno de “permisivo” manifiestan que prefieren uno “represivo”.

En 1983 aparentábamos estar todos de acuerdo en que había que desarticular la estructura golpista de las Fuerzas Armadas. Ahora, que el gobierno trata de hacerlo, lo acusan de dejar al país “indefenso” frente a una posible agresión externa. Como si en nuestra historia hubiese una tradición de guerras internacionales y no de asaltos de los militares al poder político. Siempre la fantasía sustituyendo a la realidad.

Este hipercriticismo no es de oposición sino de conspiración. Y en él están unidos los militares del “Proceso” (cuya sensibilidad moral no les permite tolerar la pornografía pero sí las torturas a chicas embarazadas), algunos clérigos preconciatares, y algunos caciques del peronismo también preconciatares, aunque el congreso de Río Hondo estuvo lejos de haber sido, como pudo serlo, un concilio.

LOS DESERTORES DEL PERONISMO

En tiempos de Onganía se habló de “vaciamiento de empresas”. Por un puñado de sus valiosos dólares venían los norteamericanos y compraban fábricas argentinas a las que, previamente, nuestra conducción económica ponía en dificultades. Hoy se practica también el “vaciamiento de almas”. Y por una bagatela la Sociedad Rural compró el alma del inefable Herminio Iglesias que cuando era simple guardaespaldas de Rosendo García era un peronista humilde y auténtico. A tal punto se apropió de él que lo hace escribir en *La Prensa*. Y le hace decir cosas como estas: “El movimiento creado por el general Perón no puede ser manejado por una central foránea, socializante y atea” (la socialdemocracia). No merece comentario la insinuación de que Britos, Cafiero y De la Sota, estén manejados desde una central extranjera, pero sí el repudio a lo “socializante” en nombre del peronismo. Herminio escribió estas apreciaciones en el mismo diario que Perón expropió y entregó a la CGT, en una de las primeras experiencias socializantes ejecutadas en nuestro país, complementada al poco tiempo con la expropiación de los establecimientos del grupo Bemberg, con los cuales se crearon las “Fábricas Obreras Cerveceras”, primer ensayo argentino de propiedad autogestionaria. Repudiar a la socialdemocracia por “socializante” es repudiar al peronismo. En 1954 el general Perón se jugó en defensa del gobierno “socializante” de Jacobo Árbenz, en Guatemala, derrocado por la CIA y la multinacional United Fruit. Hoy ni el peronismo de los Herminios y los Lorenzos, ni tampoco el renovado en Río Hondo tienen una palabra de aliento para Nicaragua acorralada por el imperialismo yanqui y, más bien, se dedican a repudiar el modesto apoyo que le da Alfonsín.

Otro desertor consciente o inconsciente del peronismo es don Luis Sobrino Aranda. En 1955 era un peronista entusiasta y resistente. Un año después se jugó editando un periódico en Rosario y, así como el sacerdote Hernán Benítez, depositario de las cartas póstumas del general Valle las entregó para su publicación, al radical Damonte Taborda, él fraguó una carta póstuma de Valle a Rojas y la publicó en su periódico como primicia. Hoy está dedicado a fraguar una ideología peronista a gusto de los generales gorilas.

En concomitancia con Herminios y Sobrinos está también, sin derroche de locuacidad pero sí de gestos (como el de condecorar al encarcelado “capo” de la secta Moon) monseñor Plaza, quien en 1956, ante un brote de poliomielitis, dijo que se trataba de un castigo que Dios nos mandaba a los argentinos por los pecados de los peronistas (*sic*). Lo cual ayuda a explicar su conducta ante el terrorismo de Estado. Si cree a Jesucristo capaz de vengar pecados de los adultos en los niños no es de asombrarse que acepte acciones similares de Camps, Chamorro, Massera, etcétera.

Son anécdotas. Pero sirven para ilustrar la historia. Y también para poner de manifiesto que en el pleito interno del peronismo no solo se dirime una cuestión de hombres (que no es desdeñable), sino de conductas y doctrina. Los

preconciliares del peronismo han eliminado de su repertorio el tema de la oligarquía. Más aún, el pintoresco Herminio, en su artículo publicado en *La Prensa*, manifiesta su disgusto por las amenazas que se le hacen a los dueños de la tierra de expropiarlos o “aumentarles los impuestos” (*sic*). ¿Cómo conciliar esta postura con un peronismo que vivió en permanente conflicto con la oligarquía que finalmente lo derrocó en 1955? ¿Cómo conciliarla con un movimiento que cuando reformó la Constitución, en 1949, estableció que la propiedad privada quedaba subordinada a su función social, por lo cual podía ser expropiada si no cumplía ese requisito? Esa imagen de Herminio contra Robin Hood, que señalara con gracia Arturo Armada, es la inversión rigurosa de la imagen de Evita.

Iglesias, con estas expresiones que llevan su firma (y quién sabe qué oligarcón las escribió) se ha segregado voluntariamente del peronismo sin necesidad de que nadie lo intervenga o lo expulse.

CONCLUSIÓN

El espíritu de ruptura solo puede causarle daño al país, perpetuando la tragedia política, continuando el retroceso, alimentando el caos. Es asombroso que en una Argentina abrumada y acosada por los problemas económico-financieros, cuando los protagonistas del Proceso de Destrucción Nacional dan síntomas de vitalidad política, haya gente que se divierta azuzando a los militares con imaginarios peligros subversivos, y le dé más importancia a la anodina Franja Morada que a la crisis económica; a la violación del pudor por la pornografía que a la violación de la vida por el estado criminal. Que habiendo tantas falencias de que acusar al presidente se lo acuse de... “socialdemócrata”. Cualquiera sea la valoración que se haga del marxismo, incluso el repudio más tajante, lo objetivamente cierto es que no estamos amenazados por la izquierda sino por la derecha, tanto en su versión seudoliberal como en su versión seudonacionalista. No son las reformas sociales y económicas —si se hicieran— las que agravarían la crisis argentina, sino el no hacerlas.

El miedo a la izquierda es una forma de expresar la oposición al cambio social y a la participación política de los sectores populares. Y no apunta a prevenir el triunfo del extremismo, que de eso se encarga el país, sino el predominio de los moderados. ¿Puede el peronismo prestarse a esta maniobra sin desvirtuarse, vaciarse de contenido, y renunciar a su rol transformador? No le tuvo miedo a la izquierda el coronel Perón cuando en 1945 convocó a comunistas, socialistas y anarquistas a sumarse a su movimiento, y así aparecieron los Bramuglia, los Borlenghi, Puiggrós, Cooke, Hernández Arregui.

Nuestra tragedia política se manifiesta hoy en esta enfermiza y monótona repetición cíclica de todos nuestros errores, entre los cuales está el espíritu de ruptura, la sustitución de las realidades propias por las ajenas o por las imaginarias, el

miedo a la izquierda y la sobredramatización de las crisis sin propuestas superadoras. Los problemas que nos acosan no pueden esperar que previamente se defina “el modelo de país” y, de tanto pelear por el futuro, nos quedemos sin futuro. (No es una hipótesis, es lo sucedido en estos cincuenta años).

Es grave que Alfonsín le haya dado prioridad al pago de la deuda externa antes que al despegue argentino. Pero también es grave, por distorsionante y golpista, acusarlo de izquierdista, que no lo es; o censurarle su correcta política exterior.

Si no fuera trágico sería cómico. A los errores reales del gobierno se responde con mitología, repudio y ruptura, como si no nos interesara la solución de nuestros problemas sino la derrota de este político de Chascomús, ungido al azar presidente de la república.

Si los sectores peronistas involucrados en esta postura creen que con ella capitalizan el descontento popular hacia el gobierno, que salgan a la calle, conversen con la gente, y verán cómo la mayoría no traduce su decepción de Alfonsín en una automática rehabilitación del peronismo, sino que tiende a desestimar juntos a radicales y peronistas... Porque los peronistas forman parte del gobierno en el rol de opositores. Y ellos tampoco cumplen y también fracasan y decepcionan.

Una última reflexión: ¿se imaginan cómo sería el país que entregaría Alfonsín derrotado...? ■

EL DISCRETO ENCANTO DEL ALFONSINISMO

Carlos “Chacho” Álvarez

1. TIEMPOS EQUÍVOCOS

Somos parte de una época en profundo tránsito. Poscapitalismo, era tecnocrática o tercera ola, designan tiempos de desarticulaciones y reordenamientos. Segmentos importantes de la humanidad entran en la civilización de una mitología palpable: el tercer tiempo industrial.

Frente a estos signos se desmoronan los sueños más abarcadores de una legendaria idea de revolución. El derrumbe epistemológico de la periferia y la ausencia

de ideas actualizadoras de lo nacional-popular debilitan su paso singular hacia los umbrales del nuevo milenio.

Mientras el centro del mundo dialoga y convive con el futuro, la orillas sojuzgadas lo ignoran y le temen. El rostro del porvenir se dibuja en otras latitudes. Las dos terceras partes del planeta deben esperar el trazado final para conocer sus gestos y saber de su peligrosidad o su inocencia.

Entre tanto, vivimos una crisis ideológica sin precedentes. Los grandes aparatos conceptuales que lo explicaban todo están desbaratados. El utopismo sufre las desesperanzas de épocas de frustración e incertidumbre, por lo cual es fácil considerarlo como simple voluntarismo y excluirlo del pensamiento práctico. Más aún, está de moda entre los politólogos de la derecha afirmar que el intento mismo por alcanzar una utopía conduce, automáticamente, a la “distopía sistemática”. Traducido, esto quiere decir que el simple intento de pensar y crear un nuevo tipo de sociedad, más justa y más humana conduce, por sus propios impulsos, a su opuesto exacto; un orden más represivo, más estandarizado, más arbitrario e injusto.

La crisis de las utopías no supone tampoco un tiempo de satisfacción y tranquilidad, sino un tiempo de inquietud. Latinoamérica está a las puertas de una recolonización. El capitalismo ha rearmado su estrategia. Quizás esté enfermo de muerte, pero la agonía será larga y, sin duda, los estertores de muerte serán más peligrosos que las euforias de crecimiento.

Las señales indican que caminamos hacia un sistema más salvaje y más brutal, sin complejos, donde los poderosos se sienten fuertes de sus derechos adquiridos y los pobres son rechazados como aquellos que fracasan por sus propias culpas.

No se trata solo de las doctrinas económicas ultraliberales, al estilo de Fridman o Von Hayeck, sino de un vasto movimiento que en los Estados Unidos se llama revolución conservadora, y que está en la base del triunfo de Reagan. O de la nueva derecha europea que barre con los prestigios de las izquierdas y jaquea a los tímidos gobiernos socialdemócratas.

Revolución tecnológica y restauración conservadora conforman una temible combinación para el futuro, que solo la inteligencia de una alternativa original y común al espacio latinoamericano puede enfrentar con algunas probabilidades de éxito.

La necesidad de recuperar autonomía conceptual no se contrapone al desafío modernizador. Lo debe incluir desde una lógica propia, desde una perspectiva nacional y popular.

Lo peor es colocarse a tono con la época desde lo formal, desnudando la pobreza imitativa de la no-identidad y la condición subdesarrollada y dependiente del propio dispositivo de poder.

El gobierno argentino asume la modernización desde la superficialidad, como un culto periférico a la moda, más que como un replanteo profundo de una sociedad madura que traza los planos de su futuro.

2. MODERNIZACIÓN VS. HISTORIA

El reto del futuro se acepta desde la negación del pasado; no como su renovación. Una suerte de decreto compele a “mirar hacia adelante”. Se tiende a forzar la clausura de la historia. El fin de lo social también involucra la era crepuscular de las luchas nacionales y sociales. La épica histórica tiene más que ver con cierto malestar cultural que con la memoria que informa sobre nuestra singularidad.

Si terminar con el pasado significara trabajar críticamente con él, y si mirar “hacia adelante” implicase una conciencia que afirmara la sabiduría de causas inconclusas, estaríamos de acuerdo. Pero la modernidad pretende cerrar “los sin sentidos de una razón caduca”, las categorías no-académicas que refieren a jornadas de gloria y muerte, a perimidos fanatismos y causas ensimismadoras que nos condenaban a la irracionalidad.

Contradictoriamente, el nuestro es un país de obsesiones retrospectivas y de historia recurrente. No existe una historia saldada como sabiduría política, como apuesta colectiva al futuro, porque tampoco se cerraron las brechas, que enfrentan creencias, intereses, ilusiones y proyectos.

El neoconservadurismo, como cultura de un nuevo orden represivo, también exige olvidar el pasado, ignorar la historia porque esta estimula “los sueños más abstractos y peligrosos”. La sociedad está ahí, como algo ya sobrevivido. Lo histórico suena bien, pero hay que vivir en el mundo de lo real.

Sin embargo, en la Argentina las ideas modernizantes reciclan viejos mitos liberales: una relación adulta con los poderes hegemónicos del Occidente, una concepción de sociedad civil que apela más al ciudadano virtuoso que a la capacidad comunitaria de auto-organización, el culto del crecimiento, la productividad y la apertura como *aggiornados* dogmas desarrollistas, la primacía de la economía y la técnica sobre la política, la visión de la solidaridad y el interés sectorial como rémora corporativista, y la mirada desconfiada al Estado como poder a vaciar más que como espacio a reordenar. Esta cosmovisión habla de la irrupción de una vieja racionalidad liberal, y no de la búsqueda de respuestas para hacer frente a una época distinta.

3. EL ALFONSinISMO COMO ASIMILACIÓN DE FRUSTRACIONES

¿Es el alfonsinismo la expresión más baja de la conciencia de una sociedad degradada? ¿O, a la inversa, conforma, ante la crisis del peronismo, la inteligencia de la nueva época? Son preguntas que reflejan incertidumbre: ¿sobre qué país estamos parados?

Sin embargo esas preguntas incluyen pistas importantes. Existe una relación de sujeto-objeto entre el alfonsinismo y la sociedad. Lo de sujeto tiene que ver con una loable vocación de iniciativa política que el gobierno, diferenciándose de

la tradición radical, ha asumido con decisión. Objeto, porque, al margen de los aspectos democráticos y modernizadores, no está en su naturaleza alterar la pasión “por lo posible”. No figura en su agenda ampliar las posibilidades del cambio. Su aspiración y compromiso histórico es reinstalar la democracia sin conmover asimetrías. Regular “progresivamente” un orden injusto que nadie parece en condiciones de modificar. En estas opciones se cabalga sobre la crisis de la sociedad, respondiendo a sus expectativas democráticas, pero ensanchando cada vez más angustiantes y peligrosas desigualdades sociales.

La iniciativa radical también se fundamenta en una administración razonable y predecible del cúmulo de frustraciones que poblaron la política nacional: revoluciones aniquiladas, heroísmos de trágicos finales e intolerancias y fanatismos desmesurados. La doctrina del posibilismo es un remedio apto para tranquilizar una sociedad atemorizada que descansa, inocentemente, sobre la opción menos mala.

El alfonsinismo vive con ilusoria satisfacción la creencia de que la democracia ha clausurado la historia. Vino a desembarazarnos del pasado como una suerte de aspiradora supra-racional que barre las suciedades y los desórdenes de épocas concluidas. El universo político se deshace de viejos fantasmas y recoge otras claves. Las palabras no convocarán a la acción, sino a la espera prudente, a la paciencia democrática y al virtuosismo individual. Leyendas, que signaron una historia, quedan archivadas como símbolos de ambiciones truncadas. El compromiso no será descifrar otros códigos, explorar nuevos sentidos, o indagar algunas de sus posibilidades en un país que cambió radicalmente pero que conserva completo el drama de su provisoriedad y de su no realización.

Nación, pueblo, tercerismo, autonomía e independencia son palabras-adornos desplazadas por la cultura de lo actual. En su reemplazo se hablará de crecimiento, de mercado, de opinión pública, de *seniors* y gerentes. Es la hora de las agencias publicitarias, de los *contact-man* de las angustias sociales, sofocadores de toda rebeldía y eficaces aplacadores de una conciencia colectiva desgarrada.

La modernización viene de la mano de la medida, de un pragmatismo actualizador que tiene más de cobertura y de apariencia que de idea futura de Nación.

La excesiva teorización sobre la democracia desplazó sus límites como “marco” y la convirtió en “sustancia”. La igualdad ante la ley y el Estado garantístico parecen alumbrar una nueva edad dorada.

Sin embargo, un drástico darwinismo social, como colosal ejemplo de desigualdad, debería alertar al ciudadano satisfecho. El pueblo, como identidad y como construcción de una conciencia, no merece ser disuelto como sociedad, o, peor aún, como mercado. La Nación como fantasía singular, como dignidad movilizadora, no puede desflearse en una textura civilizatoria que la desprecia y la ignora.

4. EL DISCURSO DE LO POSIBLE COMO FRENO A LA “IRRACIONALIDAD”

La dinámica transnacional posee una organización “de salida a la crisis”. Nos reserva un casillero y nos impone un movimiento. Toda disconformidad será sancionada. Cualquier recusación será asimilada a la provocadora idea de “patear el tablero”.

El discurso imperial es disciplinador. ¿Cómo plantear alternativas frente a tan implacable reordenamiento mundial?

La magnitud de la pregunta acorrala al gobierno hacia el “discurso de lo posible”. La resignación es consagrada como la última sabiduría a proponer.

La ideología de la resignación promete “paz”, crecimiento controlado y algunas migajas de la comida imperial. No parece poco para un país derrotado y con heridas aún abiertas.

Es un insulto para una comunidad con aspiraciones de libertad, que busca un camino autónomo. Que todavía cree en la justicia del igualitarismo social y político.

La sociedad aplacada y la ideología de la resignación emergen como la cultura hegemónica de la Argentina actual. Generan de por sí una conciencia de la subalternidad histórica, condenatoria de toda ilusión de protagonismo. Praderas fértiles para el pastoreo de los ideales conservadores que vuelven a reencontrarse con los cielos abiertos del progreso y con las angustias del conformismo.

La clase política acompañará, mansamente, los corrimientos de las expectativas. Para avanzar coyunturalmente, la condición necesaria parece ser el seguidismo. Para hacer la historia, el desafío continúa siendo la transformación.

No es un problema de velocidad o de etapas. No se trata de andar más rápido o más despacio, sino de la voluntad de generar recursos para desatar la dinámica liberadora y poder modificar la realidad. Por el contrario, pareciera que gestar políticas populares es arcaico, no pertenece al universo de la modernidad.

¿Es concebible una paz sin contradicciones? Solo es concebible si se acepta que las contradicciones no pueden ser resueltas y que, en consecuencia, no existen.

O se desplazan los límites de lo posible, ampliando los horizontes de las alternativas o, implícitamente, se está aceptando que el orden actual es justo.

Alimentar la pasión por lo posible debe implicar, como toda pasión, idealizar sus límites y verla en continua expansión.

5. LO POSIBLE Y EL PODER DE LA DEMOCRACIA

Las fronteras de lo posible las traza la propia mediocridad radical. Su exarcebado clasismo de *mass-media*, su espíritu de gobernar “para todos”, sus prejuicios anti-sindicales y la señalización de un enemigo etéreo: el autoritarismo, que está en todas partes y en ninguna, que somos todos y no es nadie, que aparece y desaparece según la conveniencia coyuntural reduce los conflictos a un combate psicológico,

a una pedagogía del comportamiento social que no organiza ni conmueve el sentido común de la sociedad.

El interés de ciertos sectores se hace pasar por el interés del conjunto, la igualdad jurídica por la igualdad de oportunidades, el Estado de derecho por el Estado de justicia. He aquí algunos vicios del pensamiento radical.

Es una concepción que no genera poder democrático. O sea, los bienes materiales, culturales y educacionales que le permitan a los sectores postergados reconquistar dignidad, comprensión, poder.

Se apunta al arbitraje. A un neutralismo insuficiente para cambiar las relaciones de fuerzas sociales.

El poder depende de una generación-acumulación de disposiciones sociales. Estas no son algo trivial como el “comportamiento aprendido”. El poder no es, por consiguiente, un intercambio o una transacción, sino una construcción. Es sostenido por condiciones que se crean a lo largo del tiempo y se vuelven expansivas y acumulativas.

Es cierto que en nuestro país la sola vocación de generar poder en el campo popular se vuelve traumática. Supone realineamientos de fuerzas, las definiciones de intereses, la ruptura de la ambigüedad y la aparición con fuerza de conflictos y contradicciones internos y externos.

Pero, ¿cómo se puede cambiar una realidad caracterizada por graves dificultades económicas, enormes desigualdades sociales y un nivel estrangulador de dependencia financiera, en forma compatible con la democracia?

La posibilidad descansa en comprender la democracia no solo como objetivo final, sino como medio, como sistema político que articule la transformación.

Para esto se requiere el replanteo de las modalidades de participación, de la relación con las organizaciones intermedias y la ampliación y la organización de los sujetos protagónicos. Se necesitan cantidades y calidades de participación popular para que la democracia, como marco político, se combine efectivamente con el cambio de las relaciones de poder, en términos de equidad distributiva, crecimiento económico y autonomía nacional. Participación entendida no solo como reclamo, sino como la recuperación de la capacidad para resolver los problemas autónomamente.

Estas condiciones no son demandadas ni están contenidas en la prédica gubernamental. Tampoco surgen en el espíritu de una sociedad que descansa más en la privacidad del ciudadano que en el interés colectivo. Desde esta perspectiva se hace imposible resolver con sentido progresista el tema de la modernización. Esta recurrió al “ajuste”. La “privatización del crecimiento”, no se sustentará en la búsqueda de opciones que respondan a un diseño nacional, popular y participativo.

Ejemplo de lo anterior son los temas de la propiedad y el Estado. El cambio de las relaciones de poder requeriría una redefinición de ambos. Exigiría un incremento de la participación en el contexto de una descentralización tangible del

poder, sin incrementar la propiedad estatal, asegurando formas de propiedad social descentralizadas que puedan convertirse en sustento de la democracia.

La distribución del poder, su misma creación en la sociedad, no implica un debilitamiento del Estado sino el replanteo de su rol, en el que se enfaticen diseños que, por sus propias características institucionales, requieran un efectivo protagonismo popular.

Un Estado altamente burocratizado no permite estructuralmente la participación. La descentralización funcional y regional favorece otras opciones protagónicas. Un superministerio es excluyente y antiparticipativo, por muchos fondos que dedique a la ayuda social. Esto se comprueba en las formas funcionariales que nutren al Plan Alimentario Nacional.

La ideología de la resignación y el posibilismo son elementos desmovilizadores, antiparticipativos, históricamente pobres y están reñidos con cualquier concepción medianamente heroica de la vida y de la construcción del poder.

6. EL PARADÓJICO “TRIUNFO” DESARROLLISTA

El gobierno considera que los principales escollos de la economía argentina, para una estrategia de crecimiento de mediano y largo plazo, se encuentran en el bajo nivel de inversión reproductiva y en la absorción de recursos que implica la atención de los intereses de la deuda externa. Ambos factores conforman un cuadro de agudo estancamiento y fuertes tensiones sectoriales por la distribución de un ingreso cada vez menor. Este diagnóstico sustenta la idea del crecimiento como la expresión de un pacto entre grupos internos y externos, interesados unos en la acumulación y la inversión y otros en la rentabilidad y en el poder. Ignorando las aspiraciones conflictivas de los grupos constitutivos de la sociedad se apunta a un modelo agroenergético exportador, y a trasplantar los desperdicios tecnológicos de la civilización industrial.

El pueblo es visto como masa de “recursos productivos” enmarcada en las leyes de los mercados. Los conflictos sociales, lejos de ser una fuente alimentadora de la creatividad política, son pensados como formas siniestras de desestabilización.

Subyace en esta concepción ordenancista una forma de descalificación y autoritarismo. Una perspectiva aniquiladora de lo plural, cuando el eje se traslada de lo político a lo social.

La visión cientista de la política busca reducir las resistencias sociales, el nivel disruptivo que sobre el sistema tienen las demandas de los trabajadores. Se antagoniza sistema político-clase trabajadora, imponiéndole un corset a las reivindicaciones populares y caracterizando al disconformismo socioeconómico como provocación contra la democracia. El salario se sacrifica, o se posterga tras el horizonte de la productividad. La rentabilidad empresaria no se discute, ni se afecta. En un país acuciado por la ausencia de inversiones, el capital tiene todas

las de ganar y el trabajo todas las de perder. No existe neutralidad posible. La filosofía de la resignación como cultura invadirá, por supuesto, el campo de la economía, asociándose a un desarrollismo de nuevo tipo que invoca la paciencia obrera como solución a la crisis.

La lucha de los trabajadores por el empleo y mejores salarios no es efectiva frente a las fuerzas que presionan en el sentido de las desigualdades sociales. La experiencia demuestra que lo importante para los trabajadores es acceder a los centros de decisión política, potenciando y ampliando las posibilidades de explotar cabalmente la presión organizada.

La ausencia de los trabajadores en el debate tiñe la discusión sobre la modernización y las privatizaciones de contenidos desarrollistas: asociación con las empresas multinacionales, apertura externa, exportación de recursos no renovables, productivismo con represión social y modernización periférica y dependiente.

Los artífices de este proyecto serán tecnoburocracias aggiornadas que no emergen de las estructuras tradicionales del poder.

Serán jóvenes profesionales de frondosos antecedentes y de tránsito perseverante por organismos internacionales y universidades extranjeras. Esto resaltará la primacía de lo económico-técnico sobre lo político. El discurso presidencial se articulará tras las factibilidades económicas. La voluntad y la vocación de cambio morirán aprisionadas en los cuadros estadísticos.

La democracia será más lo que la economía sugiera que lo que el pueblo decida. La consecuencia de esta visión reduccionista es la agudización de la fractura dentro de la estructura social y la aparición de un proceso que, de una desintegración paula, va prefigurando situaciones de empobrecimiento y antagonismos de sectores que pueden provocar graves lesiones no solo al sistema democrático, sino a las mismas posibilidades de construir una Nación integrada.

No se rescatan experiencias históricas y modelos sociales de países que han hecho de la participación, la autogestión o la participación cooperativa, mecanismos de responsabilidad social aptos para encarar con sentido colectivo la reconstrucción de un sistema. En consecuencia, con la visión decimonónica se sigue creyendo que el individuo, como afán solitario, puede más que el pueblo como voluntad colectiva.

7. LIBERTARIOS DE CENTRO-DERECHA

La subordinación de lo social lleva al radicalismo a creer que los dirigentes sindicales son, antes que representantes de los obreros, una casta que solo defiende sus prerrogativas.

Esta idea está en la base del alfonsinismo. No casualmente, también subyace en la mayoría de las doctrinas conservadoras contemporáneas, específicamente la de Margaret Thatcher. "El laborismo permitió que los sindicatos acumularan

privilegios sin desarrollar entre sus dirigentes un sentimiento de responsabilidad”, sentenciaba la plataforma del Partido Conservador en 1979. Conservadores, liberales, independientes y aun laboristas desencantados se sintieron atraídos por esa doctrina que Tony Laine —un sociólogo de la Universidad de Liverpool— ubica en la derecha populista.

Laine sostiene que la base social del thatcherismo es una amalgama de contadores, abogados, comerciantes, pequeños empresarios y trabajadores por cuenta propia, mezclados con supervisores, capataces y empleados administrativos de la industria y el comercio. En estos ambientes el individualismo es dominante y las organizaciones de masas son miradas con desconfianza. Sin embargo, un conservadurismo rancio, que defienda abiertamente a los ricos frente a los pobres, sería contrario a la ética de la clase media, bien pensante, y siempre deseosa de verse a sí misma como la parte más ponderada y equitativa de la sociedad.

El ejemplo inglés sirve para ilustrar el sentido reaccionario del alfonsinismo respecto a las organizaciones sindicales. No lo comparamos con la socialdemocracia que, en relación al gobierno radical, nos parecería estar peleando por el poder obrero y sindical.

El otro matiz es el antiobrerismo progresista —no reaccionario— recubierto de una cultura de avanzada. No predicará destruir los sindicatos, sino “democratizarlos”. No defiende a los empresarios, sino que exige “genuina” representatividad a los dirigentes obreros.

La corrupción y el reaccionarismo de ciertas dirigencias sindicales (que no es una fantasía radical, sino una realidad “usufrutuada” por el gobierno) constituyen uno de los blancos del alfonsinismo, permitiendo que los sectores medios puedan apoyar leyes antisindicales sin sentir que al hacerlo favorecen a los poderosos, debilitando a los débiles. Volvamos al ejemplo inglés.

“Según Roy Lewis, profesor de la Universidad de Warwick y Bob Simpson, de la London School of Economics, el sentimiento subterráneo de quienes en Inglaterra apoyan la doctrina neoconservadora, es un temor a la ‘barbarie indómita’ de los trabajadores, capaces de alzarse y destruir el buen gusto, el decoro y la cultura”.

La organización sindical, en tanto haga posible tal alzamiento, será vista siempre como amenaza, y todo lo que tienda a debilitarla será recibido con alivio.

Laine, por otra parte, cree que los sindicatos han sido convertidos en “chivos expiatorios de una sociedad en decadencia, cuyos grupos dominantes se aferran a un antiguo sistema que distribuye con enorme desigualdad tanto la riqueza como el poder”.

Este juego comparativo —que contempla las diferencias de situaciones y realidades— tiende a demostrar cierta capacidad liberal o conservadora para cuestionar lo social y lo organizativo, sin violentar la ética. Una doctrina que —según una equívoca terminología de moda en los Estados Unidos— puede llamarse libertaria. El adjetivo, sinónimo de anarquista, se había asociado a la idea de izquierda. Sin embargo, algunos de los fundamentos del anarquismo (el individuo como

centro de toda preocupación, la repugnancia por las organizaciones jerárquicas y el rechazo del Estado) permiten construir una doctrina de derecha.

El alfonsinismo teorizará sobre las virtudes del ciudadano, un ser casi incontaminado, que no debe “amontonarse” y debe rehuir toda convocatoria a lo comunitario o a lo colectivo. Lo plural es sinónimo de multitudes atrincheradas en lo singular. Es un individualismo de nuevo cuño, que se identifica con propósitos sociales, pero descrece de los instrumentos para alcanzarlos. Es una concepción teñida de progresismo, de solidarismo teórico y de modernismo cultural que confluye en una ética con desempleo y miseria.

Los tonos grises de la resignación no admiten convulsiones sociales. La sensatez exige arrojar al canasto de los trastos viejos acciones que nada tienen que ver con la modernidad. Basta de opciones arcaicas, con masas salvajes asaltando palacios. Basta de “cabecitas” en las esferas del poder. Ya pasó su turno histórico. Una suerte de darwinismo político recompensará a los mejores. La política, habitante adormecida de los comités, marcará con rigor “científico” a los más aptos para la carrera del poder. Alguna vez un movimiento revolucionario les dio su oportunidad “a los de abajo”, y no la supieron aprovechar. Ahora la modernidad no los puede perdonar, ni contemplar.

8. HACIA UN NUEVO DESORDEN CULTURAL

Desde hace una década transitamos importantes mutaciones de claves ideológicas y culturales, es necesario que las capte un pensamiento transformador que haga frente a este reflujo y desencanto. El individuo —la magna orfebrería del libreto burgués— se retrae, se precipita en un pozo de sin sentido histórico. La gran explosión de vida e imaginación creativa, que se aseguraba infinita en los años sesenta, se invierte hoy en un agotamiento de la credibilidad y de las razones para expresar el bien común: para seguir socializando la existencia.

El desafío de la época es fuerte para un pensamiento inconformista, rebelde. Las ideas de cambio, de justicia social, el nuevo humanismo, atraviesan una etapa de crisis, rica en reformulaciones, pero débil aún en respuestas, por ese mismo tránsito.

Tomar conciencia de estas realidades es también empezar la larga marcha de la crítica. Es otorgarle a la cultura no solo el rango de una política, sino el de un espacio más amplio desde el cual la sociedad pueda recrear sus potencialidades y afirmar su identidad.

Desde lo cultural es factible reconciliarse con las utopías perdidas, elaborar otras, romper los moldes del conformismo y convocar a desorden generador de una nueva “irracionalidad”.

Significa trascender la acotada geografía del “espectáculo abierto”, el creativismo paternalista de los “intelectuales-funcionarios” y los monopolísticos y excluyentes “disfrutes estéticos”, para entrar a lo cultural desde el anti-poder.

Brindarnos allí el espacio de atrevimiento social que se invalida en lo económico-internacional, saltando los límites y los modelos de los “shows progresistas”.

La cultura de la democracia no puede ser la continuación de la política alfonsinista por otros medios. No puede legitimar su progresismo con solo cuestionar a la censura, o permitir el disfrute melancólico de pasadas atmósferas contestatarias. Debe encarnar la idea de un movimiento que conmueva las subjetividades de los nuevos protagonistas, y permita enfrentar con éxito las barreras de la resignación y el posibilismo.

No se está proponiendo asimilar las relaciones culturales a los vínculos sociales, sino reconocer que toda cultura creativa es una cultura integradora-desintegradora, un punto de equilibrio-desequilibrio que abarca un todo heterogéneo de culturas que identifican a todo pueblo y a toda nación.

La búsqueda de la democracia debe asumir entonces la forma de una contracultura, es decir, llenarse de signos que se opongan a los signos que marcan las reglas del poder.

Una democracia controlada y restringida, con apelaciones cotidianas al orden y a la medida, parirá una cultura solemnemente progresista, que satisfecerá al ciudadano-espectador, pero incapaz de insolentarse con los señores del poder.

La política oficial escinde el universo cultural en un núcleo “conservador” de bienpensantes conformistas, opuesto a una suerte de enemigo inhumano constituido por desviantes que reclaman “otras prioridades”.

La cultura se quiebra en dos “barbaries” irreconciliables: evocando en la población un sentimiento y odio conservador, encontrando eco cultural entre lo intelectual y en la retórica de los partidos.

Se alimenta así el conformismo de importantes franjas sociales. El mayor individualismo y por ende la fragmentación de las relaciones colectivas. Un realismo paralizante en las capas intelectuales. Apatía en las nuevas generaciones con respecto a un compromiso político activo. Auge de experiencias fundamentalistas ideológicamente reaccionarias y de perfiles despolitizadores. Aumento del miedo ciudadano (y de demandas represivas) frente al recrudecimiento de la miseria y la criminalidad. Marcado protagonismo de sectores retrógrados del poder eclesiástico, referencias todas estas que de manera cada vez más frecuente llevan a mencionar el tema de la “derechización de la sociedad”.

La alternativa cultural es central en una sociedad amedrentada por sus pérdidas, retrocedida en sus expectativas y confundida en sus opciones. Desde ella puede nacer un poder cuestionador del shock banalizador y de las profundas grietas sociales que cruzan un país todavía somnoliento.

¿Cómo combatir con eficacia el “sálvese quien pueda” de esta postrimería de época, fundamentado en la conciencia social de los “sobrevivientes” por una coartada para pensar a los pobres y acosados por las injusticias: las víctimas son culpables de sus propios errores, y por lo tanto sospechosos.

Habrà que oponer a la ideología de la resignación, a la filosofía funcionarial de la cultura y al individualismo contemplador de la marginación y la injusticia, la concepción de la creatividad popular, la búsqueda de un nuevo humanismo y la dinámica de un proceso liberador que termine con los silencios del orden y la razón. ■

AÑO 3 - N° 7/8

DICIEMBRE DE 1985

PASADO Y PRESENTE

Ernesto López

*Era un tiempo nublado y la Cruz del Sur estaba
cuidadosamente tapada.*

Arturo Jauretche

1. RETORNO DE LO REPRIMIDO

Vivimos una época de mutaciones y caducidades, de trastocamientos y recomposiciones que no sabemos muy bien, aún, hacia dónde apuntan: *Un tiempo nublado*, según la metáfora de Octavio Paz, singularmente parecida a la de Jauretche —este la refiere a la década del treinta— que he usado como epígrafe. Es, también, un tiempo de búsqueda. Hemos perdido las certidumbres que teníamos en el pasado y hemos arribado a un territorio donde prevalecen el asombro y el desconcierto, pero también el escepticismo. Las cosas han cambiado mucho en la Argentina y en el mundo y nuestros paradigmas se han venido al suelo y se han hecho trizas.

Un tema central de nuestras viejas certidumbres fue el de la revolución. Mi generación, la del 73, se sintió convocada a hacerla. Y en absoluto podría decirse que no lo intentó y que no fue tanto generosa en la entrega como intensamente castigada por el terrorismo de Estado primero y más tarde por el remordimiento. Demasiado caro pagamos nuestros errores y nuestras desmesuras; lo sabemos y lo sentimos. Se me dirá, a lo mejor, que no está bien generalizar, que no todos los jóvenes de entonces hicimos las mismas opciones. Es verdad; hablo especialmente de los que éramos peronistas y formamos parte de la “juventud maravillosa”. De cualquier manera, está claro que perdimos todos; dudo que haya alguien con una pizca de conciencia o sensibilidad que no viva de ese modo lo que pasó luego.

Vivimos, además, un *tiempo de desmemorias*. Está la de los chacaes, sórdida y culposa. Pero también la de algunos interesados que padecen amnesias políticas

parciales. Aquellos, por ejemplo, que enarbolan la “teoría de los dos demonios” y pretenden situarse, inmaculados, en un centro que habría permanecido al margen de los desencuentros y las desmesuras. Nosotros, *los del 73*, sabemos que esto es básicamente falso. Que durante los famosos dieciocho años de proscripción del peronismo, que fueron los de nuestra formación, se “quemaron” todas las alternativas políticas que tenía el país, incluida la del radicalismo de Balbín. Nos basta recordar que durante esos dieciocho años se privó al pueblo de su derecho a elegir, en base al intervencionismo militar, ante la mirada impávida de los partidos que no rehusaban medrar a costillas de esa situación.

No es mi propósito ni diluir responsabilidades ni avivar rencores. Todo lo que pretende esta indagación del pasado y del presente es: primero, colocar algunas bisagras que unan la actualidad con lo que fue, para hacer un poco más inteligible nuestra peripecia generacional a los nuevos jóvenes; segundo, recuperar capacidad para hender las nubes, para miramos y analizamos, para atisbar el futuro. Pero para hacerlo es preciso hablar claro y sin temores; abandonar esas disimulaciones y excusas, esas represiones que en nombre de una presunta eficacia coyuntural procuran clausurar un pasado que, a pesar de todo, se niega a desaparecer.

2. LATINOAMÉRICA, ESCENARIO DE UNA REVOLUCIÓN

La nuestra fue una generación impulsada a la rebeldía; vivió una época que proyectó a los jóvenes hacia formas inéditas de protagonismo. Octavio Paz lo describe así: “Hacia 1960 comenzaron unos trastornos públicos que hicieron temblar a Occidente”.¹ Fue una rebelión juvenil revolucionante de lo ético, especialmente en materia erótica y en materia de cuestionamiento de la autoridad, tanto gubernamental como paternal. Dice Paz, a este último respecto: “Las generaciones anteriores habían conocido el culto al padre terrible, adorado y temido: Stalin, Hitler, Churchill, De Gaulle. En la década de los sesenta una figura ambigua, alternativamente colérica y orgiástica, los Hijos, desplazó a la del padre saturnino. Pasamos de la glorificación del viejo solitario a la exaltación de la tribu juvenil”.² Los Beatles, el movimiento *hippie*, el Mayo francés, son fenómenos de esa época. Como también, ampliando los límites geográficos de Paz, la Revolución Cultural en China y la guerra de Vietnam, de profunda repercusión sobre la juventud de Occidente.

América Latina participó de estos remezones. Produjo lo que probablemente fue el primer episodio significativo del decenio, de muy fuerte impacto a escala mundial: la Revolución Cubana. El triunfo del movimiento que encabezó Fidel Castro cayó en la región como rayo en cielo sereno. Sacudió a los movimientos,

1. Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1984, p. 13.

2. *Ibíd.*, pp. 13-14.

organizaciones y militantes del área. Demostró que era posible concluir con éxito la lucha contra el imperialismo y que, en definitiva, la revolución era posible. Años más tarde, poco antes de sumarse a la guerrilla del Che en Bolivia, Régis Debray —por entonces un exitoso divulgador de las concepciones guevarianas— escribía: “El secreto del valor del intelectual no reside en lo que este piensa, sino en la relación entre lo que piensa y lo que hace. En este continente, quien no piensa —o, en rigor, quien no piensa en la revolución— tiene todas las posibilidades de estar pensando poco y mal”.³

¿Qué colocaba a la revolución a la orden del día? Guevara dio el puntapié inicial de las explicaciones. Entendía que en América Latina estaban dadas las *condiciones objetivas* para la misma, y que solo era necesario generar las *condiciones subjetivas*. Prolijo en el análisis de las últimas —esto en definitiva fue su planteamiento sobre el *foco* guerrillero— fue menos sistemático y riguroso en su reflexión sobre las primeras. Se comprende, él no había venido al mundo a hacer teoría; sus urgencias y sus preocupaciones eran otras. En materia de condiciones objetivas la concepción guevariana postulaba la interconexión de la lucha nacional y de la lucha de clases como principio básico. Creía que la primera, en su forma antiimperialista, llevaba al socialismo si era conducida por un núcleo consecuentemente revolucionario. Para ello se sumaban: la despiadada dominación de la oligarquía y el imperialismo que fijaban condiciones extremas de explotación y expoliación de los pueblos de la región; la debilidad de las burguesías nacionales; la inconsistencia de los gobiernos locales, violadores sistemáticos de la formalizada legalidad democrática; y la complicidad de los ejércitos vernáculos. Todo esto se conjuntaba para hacer factible la posibilidad de enlazar lucha nacional con lucha social. En este marco, la revolución latinoamericana debía ser socialista y la vía, inevitablemente, armada; no existían posibilidades ni para una etapa previa nacional-democrático-burguesa, ni para transitar una vía pacífica.⁴

El ya mencionado Debray, por su parte, lo expresaba de esta manera: “Cuba pudo convertirse en un Estado socialista porque en el momento de realizar sus reformas democrático-nacionales, el poder político ya estaba en las manos del pueblo”. Y remataba: “Si en África y en Asia la lucha de clases puede ser confusa o diferida por las necesidades del Frente Nacional hasta después de la liberación, en América del Sur lucha de clases y lucha nacional deben, en definitiva, darse simultáneamente”.⁵

Las concepciones guevarianas, y especialmente sus escuetas apreciaciones sobre las condiciones objetivas, fueron retomadas, elaboradas y profundizadas por las

3. “El papel de los intelectuales en los Movimientos de Liberación Nacional”, originariamente en *Casa de las Américas*, N°. 35, marzo-abril de 1966; aquí se cita por *Ensayos sobre América Latina*, México, ERA, 1976, p. 159.

4. Véase, vgr. su colección de ensayos: *El socialismo y el hombre en Cuba*, México, Grijalbo, México, 1971, pp. 30, 138 y 152. Para las citas que siguen se consigna entre paréntesis la página correspondiente.

5. *Op. cit.*, p. 98.

teorizaciones sobre la dependencia, cuyos primeros pasos datan de 1965, vale decir que son varios años posteriores a la aparición de las ideas del Che. Algunos de sus formuladores, incluso, como lo reconoce André Gunder Frank en el prólogo de su *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, salieron expresamente al cruce de las versiones del marxismo de inspiración prosoviética. Se sumaron así, desde una “práctica teórica”, a la discusión sobre el carácter de la revolución y a la polémica sobre las vías, que dividía a la militancia popular. No pocos de ellos funcionaron, de hecho o de derecho, como intelectuales orgánicos de la guerrilla.⁶

Cabe destacar dos rasgos distintivos, comunes prácticamente a todos esos trabajadores. Por un lado, el fuerte acento antiimperialista que se desprende del concepto de *dependencia*. Por otro, la convicción de que el torpe funcionamiento y las insuficiencias de la dinámica del capitalismo dependiente ponían sobre el tapete el tema del socialismo. Reproducían así —a partir de las atmósferas teóricas que cada uno de ellos generaba— al sugerir (por decir lo menos) la ligazón entre la superación de la dependencia con el socialismo, la argumentación central del guevarismo: lucha nacional y lucha de clases debían librarse simultáneamente.

Este clima impregnó toda una época y alimentó, en parte, no pocas de nuestras ilusiones juveniles.

3. EL TERCERISMO DE LAS PAMPAS

La no resolución de la *cuestión oligárquica* en la Argentina ha redundado en una configuración peculiar de su problemática contemporánea como nación. Vale, a este respecto, confrontar brevemente nuestro caso con el brasileño. El año 1930 fue muy significativo en ambos países. En Brasil señaló el punto de ruptura del orden oligárquico y del Estado que había crecido a su amparo y el comienzo del proceso que, a través de formas pragmáticas y soluciones de compromiso, conduciría a su superación. En Argentina, en cambio, marcó el inicio de una restauración oligárquica y la reimplantación de un Estado represor y excluyente, que se extendió a lo largo de la que luego se denominó “década infame”.

Frente a este proyecto enajenante y subordinizante, comenzaron a alzarse voces y voluntades opositoras en nuestro país, que hicieron de lo nacional el eje de sus formulaciones y de lo popular, el punto de referencia de la problemática del poder. Desde ese momento, las condiciones de desenvolvimiento de la nación se convirtieron en objeto de una disputa, que andando el tiempo se transformó en una enconada lucha entre quienes procuraron (y procuran) imprimirle una orientación reaccionaria y antipopular, y quienes combatieron (y combaten) por dotarla de contenidos de autorreferencia y autosustentación. Estas oposiciones —que

6. Puede verse mi trabajo “Discutir la derrota”, en *Controversia*, N° 4, febrero de 1980, México, en el que analizo con un poco más de amplitud todos estos temas.

replican en cierto modo las de nuestro siglo XIX— comenzaron a desplegarse desde el año 30 y modelaron la cuestión nacional argentina contemporánea sobre la base de la *alternatividad*. Debía optarse o por una o por otra variante; no hubo —ni parece haber— margen para el pragmatismo o las soluciones de compromiso, como en el caso brasileño.

En este contexto se fue desarrollando un pensamiento “tercerista” que terminó por convertirse en característico de nuestro universo intelectual. De contenidos nacionales y antiimperialistas, y volcado sin remilgos hacia lo popular, estableció claras diferencias respecto del liberalismo local y del marxismo tanto en su estilo dogmático cuanto socialista. Este pensamiento hizo de la temática del imperialismo y de la dependencia, de la reflexión sobre la cuestión nacional, del análisis de lo popular como sustento de un proyecto nacional alternativo al oligárquico, el centro de sus preocupaciones. Sus vertientes fueron varias. Tuvo una difusa relación con el revisionismo histórico, que le acercaron figuras como la de José M. Rosa. Su principal cantera fue, sin dudas, FORJA. De allí salieron Scalabrini Ortiz y Jauretche. La izquierda marxista, sacudida tras el 17 de octubre del 45, también aportó lo suyo: Rodolfo Puiggrós. La política, en fin, ofrecería a esta corriente la brillante figura de John W. Cooke.

Heterogéneo en sus antecedentes, multifacético en su producción, a veces desprolijo en su actividad, politizado por vocación, este tercerismo de las pampas careció de abolengo académico. Porque apremiado por la monumental tarea que se había fijado, prefirió conectarse vigorosamente con lo popular antes que legitimarse con la pompa de lo universitario. Pero también porque, luego del 55, le cayó encima el anatema del *establishment* oligárquico-imperial, que “así como premia con el prestigio y la difusión a los serviles castiga con el anonimato a la infamia” a los que no se sujetan a él.⁷ Entre finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta este pensamiento se encontraba ya completamente articulado y maduro. Asombran su coincidencia con algunos aspectos centrales del guevarismo así como la anticipación de temas que constituyeron, más tarde, la tónica de las teorizaciones sobre la dependencia. Puiggrós, por ejemplo, escribía en 1962 páginas semejantes a las del Che caracterizando a los regímenes “democráticos” vigentes en esa época en la región.⁸ Pero lo que verdaderamente sorprende es el encuadre de sendos trabajos de Jauretche y de Cooke, dados a conocer en 1959. Son contemporáneos al triunfo de Castro y difícilmente pueda —por la fecha— suponérselos imbuidos de guevarismo.

Jauretche, en el libro recién citado, expone una visión sintética de lo que, a su juicio, son los enfrentamientos básicos de nuestro país. Dice: “El conflicto de nuestra historia, que se ha ocultado deliberadamente, es el conflicto entre dos

7. Arturo Jauretche, *Mítica nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, p. 6 y ss.

8. Véase su recopilación de artículos periodísticos titulada *Argentina entre golpes*, Buenos Aires, Carlos Pérez ed., 1969.

corrientes con sus figuraciones y desfiguraciones y sus contradicciones internas...”⁹ Una, sostenedora de la subordinación hacia afuera y el privilegio hacia adentro. La otra, libertaria, popular, antioligárquica y antiimperialista. A su modo de ver, desde Caseros se asumió solo excepcionalmente la tentativa de una política nacional, con Yrigoyen y Perón. Por lo que nuestro dilema podría resumirse “en definitiva, [en] tener política nacional o negamos a nosotros mismos en una situación de dependencia económica, social y cultural” (p. 66). Es consciente de la necesidad de vincular lo nacional con lo social. Sostiene que “el pueblo es el agente vivo de la historia” (p. 49), y señala que las “masas sumergidas”, nutrientes de ese pueblo, “hacen que problema social y problema nacional se identifiquen inseparablemente” (p. 14). Cuestión nacional y cuestión social se hallan así presentes en su discurso. Aunque es evidente que la cuestión nacional tiene una gravitación mayor en su conceptualización que la social, que aparece poco determinada: no hay más referencias a ella que las aludidas recién.

Cooke, en cambio, se acerca singularmente a las elaboraciones guevarianas. En una ponencia presentada al Congreso de la Liberación Nacional, reunido en Buenos Aires en 1959, titulada “La lucha por la liberación nacional”¹⁰ plantea de manera totalmente explícita —entre otras cuestiones de importancia capital, tales como la centralidad del peronismo en la lucha revolucionaria— la vinculación entre lucha nacional y lucha de clases. A su modo de ver, “el futuro nacional depende de la superación de la contradicción económica, política y social entre la entidad nación-pueblo y la unidad oligárquico-imperialista” (p. 10). “Dentro de las actuales estructuras —sostenía— no hay posibilidad de emancipación. Los terratenientes dependen de los intereses británicos. La burguesía industrial está subordinada al imperialismo y se apoya en él para acentuar su dominio interno. Como clase carece de empuje... La liberación nacional y la revolución social no son dos asuntos independientes o paralelos, sino un solo problema indivisible” (p. 25). En un planteo como este, se les atribuía a los trabajadores un papel central y se aspiraba a incorporarlos, junto a otros sectores populares, a un frente de liberación. Finalmente, dado el carácter violento de la apoyatura del sistema de dominio en vigencia —fusilador en el 56 y perseguidor del peronismo— la respuesta política popular debía ser de igual signo: “El régimen liberal debe ser desalojado por la violencia porque se mantiene por la violencia” (p. 32), decía.

Como espero se pueda apreciar de todo lo anterior, los jóvenes peronistas que ansiábamos la revolución teníamos que escoger entre dos sendas de un mismo camino. Por un lado, la más nacional, si cabe, la más laxa en materia de articulaciones sociales, la menos dispuesta a envolver lucha nacional y lucha social en un

9. *Op. cit.*, p. 60; las citas que siguen pertenecen a esta obra; se coloca entre paréntesis la página en que se encuentran.

10. En libro de idéntico título, Buenos Aires, Papiro, 1971; las citas que siguen pertenecen al mismo, se anota entre paréntesis la página correspondiente.

solo movimiento. Por otro, la más determinada socialmente, la que unía —desde una visión tercerista— lucha nacional y de clases, y anticipaba la inevitabilidad de la violencia. A esta alternativa se sobreimprimieron el guevarismo primero y las teorizaciones sobre la dependencia más tarde, motivando en buena medida que entre nosotros predominara la “opción Cooke” sobre la “opción Jauretche”. Junto con ella vinieron nuestros mitos: Evita y el Che, y nuestra utopía: el socialismo nacional.

Llegados a este punto y atentos a las interpretaciones que la realidad nos plantea hoy, resulta inevitable que nos preguntemos por la cuestión democrática: ¿cuál era su lugar en aquel entonces? Guevara, reflexionando a escala latinoamericana, desestimaba la democracia. El golpe militar, el fraude y la proscripción habían hecho de ella una caricatura. Un diagnóstico similar establecía Puiggrós para nuestro país en su *Argentina entre golpes* citado más arriba.

El nuestro fue un caso tan ilustrativo como patético: entre 1955 y 1973 transcurrieron dieciocho años de imposturas y violencias —algunas tan despiadadas como los fusilamientos de 1956 o la masacre de Trelew— destinadas a impedir el triunfo electoral del peronismo. Todas las intervenciones militares habidas desde 1955 en adelante, además, se hicieron en nombre de la democracia y/o de su restablecimiento futuro. Así las cosas, tanto el concepto como la práctica democrática terminaron envilecidos y desacreditados. A tal punto que no es exagerado afirmar que durante la segunda mitad de los sesenta, los jóvenes politizados vinculábamos naturalmente la definición demócrata con la ingenuidad o con la trampa.¹¹

4. LA HORA DE LOS HORNOS Y LA HORA DEL DERRUMBE

“Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz”, escribió alguna vez Martí. Eso fue para nosotros la segunda mitad de los sesenta. La Argentina estaba madura para que cuajase nuestro discurso. La divulgación de las teorías sobre la dependencia operó sobre las condiciones que había preparado el “tercerismo”. La noción de Tercera Posición ideada por Perón había anticipado, también, la de Tercer Mundo. El sistema político había demostrado hasta el hartazgo que el régimen democrático era una ficción violada una y otra vez por los mismos que lo proponían como modelo. La exclusión del peronismo y la saña represiva de los “libertadores” tornaban creíble la tesis que sostenía que la guerra le había sido declarada al pueblo en 1955, y taponaban la desvalorizada “vía pacífica”. La claudicación de las izquierdas, que se sentaron una y otra vez a la mesa de los sectores dominantes, limitó la cantidad de espejos donde pudiésemos mirarnos. La Reforma Universitaria se disolvió de la noche a la mañana, incapaz de desenvolverse bajo condiciones represivas, pero especialmente

11. Ejemplo de esto último fueron el régimen de “ballotage” y las restricciones a la candidatura de Perón, implementados por el Dr. Mor Roig, ministro del Interior de Lanusse, para las elecciones de marzo de 1973. Mor Roig, que pertenecía a la UCR, había sido presidente de la Cámara de Diputados entre 1963 y 1966.

destrozada por la contradicción de reclamar democracia para los claustros en una sociedad que había perdido las libertades. La entente oligárquico-imperialista se enseñoraba en el país de la mano de los Alsogaray o los Krieger Vasena; los militares los sostenían y los empresarios nativos no parecían dispuestos a ninguna actitud independiente. En consecuencia, creció nuestra propuesta. Y tocamos el cielo con las manos y fuimos una “juventud maravillosa”, con un altísimo nivel de legitimación social, que solo las malas conciencias podrían hoy negar.

Vino luego la derrota. La general y la nuestra, generacional si se quiere. Respondieron ambas a una diversidad de motivos, algunos de los cuales ni siquiera están hoy claramente dilucidados. Pero no es mi intención analizar las causas de ese derrumbe. Solo me propongo examinar el papel que tuvieron algunas de nuestras ideas en dicho fracaso.

Nuestra equivocación básica en dicho plano consistió en confundir lucha nacional y lucha social. En no discriminar los diversos momentos y predominios de una y otra, lo que nos llevó a forzar el carácter del enfrentamiento. La insistencia en que ambos tipos de conflicto estaban “indisolublemente unidos” implicó un *progresivo extravío de los componentes nacionales del combate*. Estos quedaron absorbidos en la noción de antiimperialismo. La contigüidad de ambos, que es estrecha, no anula, sin embargo, la diversidad de orientaciones que puede tener la lucha nacional. El desenvolvimiento nacional de los países dependientes está sometido exteriormente, pero ello no significa que la dominación externa induzca una reacción uniforme de sus sectores internos. Una lucha nacional puede ser conducida de diversos modos según sea la articulación nacional popular que la sustente. Nosotros, incurriendo en un grave error, llegamos a sostener que Perón, que conducía en base a una estrategia nacional de claros tintes antiimperialistas, era objetivamente socialista aun cuando hubiese retrocedido de la formulación del *socialismo nacional* a la de *Argentina potencia*. No advertimos que nuestra afirmación de que su estrategia nacional antiimperialista debía por fuerza convertirse en socialista, no tenía el menor fundamento objetivo. Unimos, en definitiva, antiimperialismo a socialismo, vaciando de contenido nacional al primero para dotarlo de una antojadiza carga anticapitalista. Solo desde aquí, desde un antiimperialismo anticapitalista era posible ligar en un solo movimiento aquel con el socialismo. De este error conceptual central se derivaron, a su vez, gruesos errores políticos. Perdimos de vista hasta extraviar el vigoroso sentido que el problema de la *alternatividad nacional* había tenido tanto sobre la cuestión nacional, cuanto en la constitución del peronismo como movimiento nacional popular. A ello llegamos, creo, exagerando la lectura tercermundista de las características socioeconómicas de la Argentina. También a esa clase de exceso está ligado el forzamiento de la estimación de las condiciones que hacían viable la violencia como método de lucha en nuestro país. De todos modos, como estos dos últimos problemas están aún pendientes de investigación y debate, aclaro expresamente que los planteo así a título exclusivamente provisorio.

En este marco, resultaron equivocadas, asimismo, nuestras interpretaciones sobre la naturaleza del peronismo, sobre el papel de Perón y sobre las características de la etapa política que atravesábamos.

El derrumbe del peronismo tras la muerte del General; el fracaso de las opciones políticas de signo semejante a la nuestra en el Cono Sur; la crisis teórica del campo marxista, desde cuyo interior se puso en cuestión el concepto mismo de socialismo; el desbarajuste del mundo comunista; la revolución iraní; Polonia; la sublevación de los particularismos, especialmente en Europa (la mujer, los movimientos religiosos, los “verdes”, los nacionalismos regionales, etc.); a esta larga enumeración, a la que seguramente le faltan ingredientes, se sumó la *impronta* que nos dejó nuestro propio fracaso para poner en entredicho nuestros paradigmas, los que progresivamente se fueron derrumbando. En parte porque, como se ha visto, nuestras apreciaciones contenían severas equivocaciones; en parte, porque sencillamente cambió el mundo y la realidad se desplegó ante nuestros ojos según modalidades que, de todos modos, hubiera sido imposible aprehender por anticipado.

5. REENCONTRAR LA CRUZ DEL SUR

Desde comienzos de los setenta, el mundo entró en una larga onda crítica cuya evolución y efectos no escapan ya a la percepción de nadie. No asistiremos sin embargo, a la crisis final del capitalismo; fracasará de nuevo el viejo vaticinio. La crisis en curso va a traer —está trayendo— aparejada una profunda modificación del sistema capitalista que significará, no obstante, no su supresión sino su regeneración y su renovada expansión. Culminará en una reorganización de la estructura productiva y de la organización del trabajo mundiales. Lo cual significa también que están en curso modificaciones sustanciales en la división internacional del trabajo.

Encuentro en esta situación que vive el mundo un contexto al que inevitablemente debemos referir nuestra búsqueda actual. Pero hallo, asimismo, poca preocupación en los medios académicos y en los políticos por abordar este asunto de manera sistemática y responsable. Quiero llamar especialmente la atención sobre esto. No encontraremos los rumbos para la Argentina si no somos capaces de pensarla en el contexto internacional. Las modificaciones en marcha son profundas y significativas; probablemente tendrán un carácter semejante a las que en el pasado dieron forma a la Gran Depresión, período en que —como se sabe— se gestó el pasaje del capitalismo a su fase imperialista. Ojalá que investigadores más competentes que quien esto escribe se aboquen a la tarea de examinarla. Desde mi modesta experiencia sociológica y política quiero señalar, mientras tanto, algunas cosas que me parecen importantes.¹²

12. Con posterioridad a la redacción de este trabajo aparecieron dos textos interesantísimos, cuyos aportes obviamente no he podido incorporar a este escrito. Ellos son, de Alfredo E. Calcagno, *La perversa deuda argentina*, Buenos Aires, Legasa, 1985; y de Miguel Teubal, *Crisis y deuda externa*, Buenos Aires, IDES, 1985.

La crisis responde a una diversidad de razones. Su prolongación en el tiempo hace, además, que se entrelacen motivos estructurales, financieros, políticos, etc. y que las diversas variables troquen sus funciones de causa y/o efecto. Sin embargo, hay dos aspectos que me parecen centrales y permanentes. Por un lado, la caída de la rentabilidad empresarial, la del aumento de la composición orgánica del capital y de la tendencia a la elevación de los salarios, en el largo período anterior al desencadenamiento de aquella en el centro. Por otro, una radical transformación de las bases tecnológicas de la producción. Toca su fin la etapa de la gran industria erigida sobre el hiperdesarrollo del maquinismo de base electromecánica; concomitantemente, se toma anacrónica la organización social del trabajo que le corresponde.

Es posible afirmar, entonces, que ha llegado a su término el modelo de acumulación asentado en la base técnica y en la organización social del trabajo típica de la Gran Industria. Y que estamos transitando hacia un nuevo modelo fundado sobre la automatización. Vivimos, pues, una fase de transición cuyos rasgos más salientes serían:

a) la *racionalización* del proceso industrial en el Occidente desarrollado, tendiente a modificar la base técnica de la producción en un sentido automatizador y a elevar la rentabilidad empresarial;

b) la intención de mejorar la situación de competencia de los EE. UU. —eje del mundo occidental— respecto de Alemania y Japón, para lo cual se han utilizado (y se utilizan) diversos mecanismos, especialmente de orden financiero;

c) el incremento de la succión excedentaria de las áreas del Tercer Mundo. Funcionan a pleno tanto el deterioro de los términos de intercambio, cuanto el drenaje vía deuda externa. EE. UU., que arrancó en esta carrera con retraso respecto de Japón, necesita “capitalizarse” para lanzarse a la era de la automatización. Esta es una variable más que se agrega a las ya conocidas en materia de saqueo de la periferia;

d) el redespigue industrial, que significa la relocalización de la industria del capitalismo clásico —ahora obsoleto en el centro— en el área periférica: Taiwán, Corea, Singapur, etc. En Latinoamérica los favorecidos han sido Brasil y México. El centro busca con esto zonas de mano de obra barata que le permitan elevar, como operación de conjunto, la rentabilidad de sus empresas; le posibilita, por otra parte, disponer en su propio espacio económico de opciones para una regeneración sobre la base de la automatización. La periferia recibe el redespigue con el objeto de favorecer su propio desarrollo. Este último queda, sin embargo, muy condicionado. Los salarios bajos son requisito para la operación de las nuevas industrias; en consecuencia, no hay vocación por hacer crecer el mercado interno. Las nuevas industrias producen para la exportación y para las franjas internas privilegiadas, como notoriamente sucede en Brasil y México;

e) el estrechamiento del mercado interno de la periferia, fruto de la succión excedentaria, que produce una polarización en la distribución del ingreso, crecientemente perceptible aun en sociedades como la nuestra, otrora relativamente homogénea en este plano;

f) la redefinición de la división internacional del trabajo, como producto de todas estas circunstancias.

El cuadro someramente planteado más arriba reitera la importancia de pensar nuestro futuro partiendo de las posibilidades que nos ofrece el mundo de hoy.

Me queda una última cuestión. No solo hace falta pensar bien, como pedía Debray, sino saber desde dónde se lo hace. No puedo sino reiterar algunas viejas ideas, no por ello poco sabias. Yendo al grano diría: *como siempre la nación*. La lucha nacional es una categoría central de nuestra historia pasada y reciente, así como de nuestra contemporaneidad. Vivimos en un mundo de naciones. Tenemos pues, la responsabilidad de reflexionar en torno de las características de la lucha nacional en un país de capitalismo tardío y dependiente, sometido a las tensiones de la redefinición del sistema capitalista a escala mundial. Y aquí nuestras alternativas globales son las de siempre. O, con el magro beneficio de una participación subordinada y estrecha en el reparto de la torta industrial, nos sujetamos a las hegemonías de turno; o buscamos salidas alternativas, autorreferidas y autosustentadas en el mayor margen que podamos alcanzar. Como se ve, el viejo dilema de Jauretche y Cooke, que debemos encarar del modo más desideologizado posible.

Es preciso reconocer que las salidas alternativas deben tener como sujeto al pueblo; que una voluntad nacional popular forjada en el seno de las clases subalternas debe ser su sustento, así como la democracia su vehículo. No hay razones, pues, para no mantener aun después del largo y tortuoso viaje político que emprendimos hace años, los fundamentos de las añosas oposiciones que nos mostraron nuestros viejos maestros. Con base en ellas, debemos abrírnos a los desafíos de una realidad planetaria crítica y cambiante, en busca de las respuestas que nos permitan rearticular nuestra mirada sobre el mundo y bosquejar nuevamente los contornos de esta patria justa, libre y soberana, democráticamente reconstruida, que nos merecemos todos. ■

DOS O TRES COSAS CONOZCO DEL BRASIL

Horacio González

Viví ocho años en Brasil. Siempre estuve atento a lo que los viajeros habían dicho de este país, que aún hace más por captar a los intrusos que por expulsarlos.

Caminaba, frecuentemente, por la Plaza da Sé, en el centro de San Pablo. Danzarines de *capoeira* embaucadores y graciosos, ladronzuelos de relojes, vendedores de elixires del Amazonas con serpientes de dudosa peligrosidad a sus pies, tragadores de fuego, sospechosas unidades móviles de hospitales de sangre pidiendo dadores, predicadores y magos que ofician extraños sacerdocios, adivinadores y truhanes de toda especie y una inagotable galería de contrahechos, componen la picaresca de la pobreza que nutre cualquier lugar que en Brasil tenga una mediana densidad poblacional. La Plaza da Sé es la plaza política, tanto para los partidos como para la Iglesia. En ella está la Catedral donde imparte su palabra Paulo Evaristo Arns, el hábil y valiente obispo paulista y, por abajo, la más moderna estación de subterráneos de América Latina. Las multitudes prestan cuerpos y oídos a ese formidable espectáculo de circo al aire libre. Forman infinitas rondas para escuchar a vendedores, bailarines y predicadores. Es el espectáculo que describe Chico Buarque en su canción “O que será”. Ciertamente: ¿Qué será? Es que un sentimiento vinculado a lo inesperado, a la idea de un estallido inminente, pero siempre postergado, a un vago llamado a la acción que nadie descifra, es lo primero que se siente en el contacto con las masas urbanas brasileñas.

Pensaba entonces en el peronismo que conocía y por el cual había bailado en las plazas públicas argentinas en aquel año del 73. Tantas “patas en la fuente”, en ese Brasil de masas, tantas huellas de las “culturas del oprimido”, tantas marcas de las etnias discriminadas, tanto colorido de religiosidad y de “terapias alternativas”, tanta picaresca medieval usando los espacios abonados por las más atrevidas ingenierías del capitalismo industrial, ¡y ningún peronismo! En suma, me dije, si a los representantes más destacados de la reflexión social contemporánea se les caía la baba en Brasil (piénsese en Lévi-Strauss, en Brandel), ¿por qué no arrojarle también la mirada argentina por excelencia? Hay muchos “elementos argentinos” en el proceso brasileño. Pero nunca fraguan como tales. Son una evocación fugaz.

No es necesario doblegarse ante el mito de un Brasil impetuoso que se combina de diversas formas con el mito de un Brasil hedónico y lúcido (donde recalcan las estrategias y la ideología del turista argentino medio).

Con estas reservas hice mi pequeño aporte “nacional popular”. Y pensé: ¿Por qué “no hubo” peronismo en el Brasil? Jugué varios años con esa preguntita, saliendo alguna noche a pintar paredes en favor del PT (el partido de Lula, al que pertenecía la mayoría de mis alumnos) y observando a mis amigos como si en vez de ser intelectuales, psicoanalistas o funcionarios del PMDB (el partido cuasi-gobernante) fueran esos artistas populares al aire libre que leían la suerte, bailaban una danza marcial o vendían un improbable remedio para el hígado por pocos cruzeiros.

Me parecía que la modernidad no era en Brasil un chiste; que, con su corte de desdentados, hambrientos, vendedores de billetes de lotería, la modernidad allí era posible. Precisamente porque las modernidades brillan o aplastan. Porque no hay esplendores sin víctimas, ni progreso sin innúmeros condenados al ostracismo de bienes. La modernidad en Brasil era casi como aquella contra la cual intentaron luchar en la Rusia del siglo XIX, los únicos populistas serios que tuvo el mundo: los *narodniki*. Porque los *narodnikis* se planteaban ser antimodernos y revolucionarios al mismo tiempo. Y frente a ellos, los modernizadores contaban con la habitual conjunción de poderes y amalgama de valores culturales que después se darían en otras latitudes.

La historia es conocida. Lenin fue Lenin porque imaginó e hizo viable la crítica simultánea a populistas e iluministas. En Brasil siempre tenemos la impresión —si la rememoración de las ideologías rusas previas a la revolución es oportuna— de que solo los “iluministas” hicieron y siguen haciendo su faena.

Enumero algunos de los aspectos relacionados con ese “sentimiento positivo” que tienen las ideologías políticas brasileñas. Tanto del lado del progresismo que constituye algo así como el escenario oficial de la continuidad simbólica e institucional de la nación brasileña, como de lo que parecen configuraciones “resistentes” o alternativas a ese progresismo. Una convicción muy extendida entre los “políticos” nos habla de un Brasil con una “cultura política no dividida”. Así se expresa el profesor Michel Debrun, quien es el “Rouquié” que le tocó en suerte al Brasil, ciertamente más incisivo y cauteloso que Rouquié, que además suele ir tras las picadas abiertas por Debrun.

Debrun dice que mientras la Argentina tiene su “civilización o barbarie” y Francia su “Juana de Arco o Voltaire”, Brasil es unilineal en sus linajes históricos. Al mismo tiempo tanto Brasil como Francia tienen sus “sociedades civiles” más desarmadas, con esa gelatina que no les estimula las conductas organizativas. La Argentina “de CGT obra social y oradores en cada esquina”, como sabemos, es muy distinta en ese plano. Pero basta de comparaciones. Detengámonos por fin en Brasil.

SOBRE LA RELACIÓN MILITARES-COMUNISMO

Las historias del PC y de las Fuerzas Armadas son “vidas paralelas” en Brasil. En los años veinte y treinta, las Fuerzas Armadas “dan” muchos cuadros al PC. Prestes

sale de allí. Del “tenentismo” en la década del veinte hasta los intentos de una reducida oficialidad del ejército vinculada al PC por hacer una “revolución militar nacional-comunista” en 1935, se extiende el terreno común del militarismo comunista y del progresismo militar. El cambio de paradigma, como dirían los muchachos de la sociología, sucede definitivamente en 1945, cuando vuelve de Italia la Fuerza Expedicionaria Brasileña, que como parte del V° Ejército norteamericano participa de algunas batallas contra los nazis. Se consolida el Ejército *no-neutralista*, aliado de los norteamericanos, cliente de la Doctrina de Seguridad Nacional, y atento controlador del frente interno para impedir el despeje de experiencias sociales avanzadas (deplazan a Vargas en 1945, y cuando este retoma, intentan el golpe de 1952, repiten el intento en 1954 contra Juscelino Kubistchek y golpean en 1964 contra João Goulart, con apoyo del embajador norteamericano Lincoln Gordon y de la flota yankee del Atlántico Sur). El actual nacional-comunismo de raíz stalinista del octogenario Luis Carlos Prestes y la idea de “seguridad” del Estado Mayor de las FF. AA., son caminos conceptuales bifurcados, ciertamente enfrentados, pero que en un enfoque más atrevido de “larga duración” deberían darse como complementarios: ambos surgen del anuncio de modernidad positiva de los años veinte. Tanto el comunismo “prestista” como el golpismo del 64 —un golpe notoriamente exitoso y que dio su rostro al Brasil de nuestros días— son agregados ideológicos emanados de un genérico positivismo militar brasileño.

SOBRE EL VARGUISMO-TANCREDISMO-BRIZOLISMO

¿No son los positivistas quienes se suicidan para “entrar en la Historia”? Eso hizo Vargas en 1952. Enfrentó así a los protogorilas del Ejército que cuestionaban su industrialismo, su democracia social paternalista (en la línea de un tímido pero explícito nacionalismo democrático antiimperialista, bastante diferente al corporativismo ideológico del Vargas de la década anterior, el que prácticamente había saludado la entrada de los nazis en París). Debido al suicidio, el golpe se pospuso hasta 1964 y entonces el destinatario del mismo sería Goulart. Vargas era un nacionalista social positivista, al menos en su última fase (la que reivindica ahora el “trabalhismo”) un líder ascético, misterioso —hay un toque “yrigoyeniano”— y educado en la épica laica. Ve a la política como tributaria de la honra y el drama. El sentido de autoridad es la fuente del honor. Vargas no quiso un “movimiento” pero fundó dos partidos que fueron sendas “ramas” que lo apoyaban desde “derecha” e “izquierda”. El partido “social democrático” PSD, destinado a los funcionarios de la política y profesionales del acuerdo y la gestión estatal (de allí saldrá Tancredo Neves) y el partido “trabalhista”, el PTB, que llevaría a Goulart a la presidencia y cuyo último representante es ahora Leonel Brizola. El PTB era el partido nacional-sindical de “mediación social”; con raíces en la población subalterna y empobrecida, en los estratos étnicamente discriminados y socialmente

pobres de Río de Janeiro y de Rio Grande do Sul. Esto último no ha variado sustancialmente hasta hoy.

João Goulart, estanciero de San Borja (como Vargas), y a quien de joven se le dijo “el Perón brasileño”, llegó de casualidad a la presidencia, por la renuncia de Janio Quadros (después hablaremos de este personaje), y el inestimable auxilio de Brizola. En 1961, Brizola estaba sólidamente aliado, siendo gobernador de Río Grande, al Tercer Cuerpo de Ejército (el más poderoso del Brasil por estar en la frontera con la Argentina), una fuerza enteramente legalista. Ellos neutralizaron el proto-golpe de ese año. Goulart era un melancólico, un sensible aristócrata emocionalmente ligado “a la lucha de los pueblos” y un hombre nostálgico que actuaba sabiendo que las fuerzas de la historia suelen triturar a los cándidos reformadores sociales. Interesante y cálida figura, este Jango, de quien el pueblo brasileño tiene un calmo recuerdo. Goulart es un hombre ético, mientras que su padrino político, Vargas, era un hombre de honor. Murió en su exilio argentino en 1976, desconsolado y rodeado de bellas mujeres.

El verdadero heredero de Vargas fue el astuto Tancredo Neves, un liberal-social, un evolucionista que intenta el equilibrio elite-masas, un ilustrado conservador que sabe que los cambios son necesarios y que interpreta el fluir histórico como “medida y armonía”. Tancredo tenía la lapicera con que Vargas había escrito la carta del suicidio en 1952. El propio Getulio se la había dado, en gesto póstumo.

Tancredo fue respecto del *trabalhismo* histórico lo que el viejo Solano Lima para el peronismo. Su muerte fue el verdadero cierre del ciclo varguista. Brizola y Darcy Ribeiro, los dos huérfanos del *trabalhismo* histórico, se han aliado orgánicamente a la social-democracia europea, vía Mario Soares. Son dos evolucionistas historicistas, dos positivistas emocionales (festivo es Darcy; lacrimógeno y folletinesco, el viejo Leonel) que vieron tambalear su larga amistad por la construcción del Sambódromo. Brizola y Darcy Ribeiro gobiernan a los tumbos el Estado de Río, el segundo en importancia de la Federación.

Brizola no ha conseguido hacer un partido aún. Ideas y situaciones interesantes —atraer indios, cantantes de bolero, viejos socialistas laicos e inofensivos, ex guerrilleros de los años setenta ahora convertidos a la “democracia paso a paso”, antiguos caudillos clientelistas del pasado electoral brasileiro— son cotidianamente frustradas por el aspecto de ensalada indigerible que todo eso tiene. El PDT de Brizola está haciendo un gobierno contradictorio en Río, excelente en el plano educativo (en el Sambódromo están contenidas más de doscientas salas de aula, etcétera) y quizás en el plano del saneamiento financiero, pero políticamente desastroso. Brizola quiere ser presidente. Sería un gran acontecimiento latinoamericano, y nada impensable si este Leonel, viejo de la guerra, logra hacer un partido medianamente eficaz de su PDT. Pero es el único brasileño al que los militares no perdonan.

Con el lunático, imprevisible y atípico general Figueiredo, Brizola había llegado a ciertos entendimientos “empáticos”. Eran dos cascarrabias de pensamiento

crepuscular unidos por una vieja enemistad que un mundo complejo y quizás incomprensible para ambos hacía, cada vez más, un factor de mutuo reconocimiento. Pero Brizola es el que quiso armar al pueblo en 1964. Los viejos noticieros, en escenas de severa emoción, lo dicen. En “postos de alistamiento” levantados en cada esquina de Porto Alegre, el exasperado Brizola repartía armamento a los civiles dispuestos a defender la legalidad.

Nada más insoportable para los militares brasileños, que no lo olvidan y no creen en la historia del “incendiario” de 1964 convertido en “bombero” veinte años después. Romanticismo con fuerte idea de autoridad, socialdemocracia tropical y un diálogo incesante con toda la galería de marginados sociales y políticos del Brasil, caracterizan al PDT, el “trabalhismo aggiornato”. En los hechos, el brizolismo navega entre sus improvisados folklorismos, la seductora figura del propio Brizola y la difícil conjunción de “plebeyismo moreno” y “socialismo programático” que parece a veces exceder las fuerzas y la picardía de los últimos vástagos del varguismo histórico.

SOBRE LOS AÑOS DE REPRESIÓN

Podemos ver la represión de la década del setenta contra las guerrillas urbanas de Lamarca y Marighela y la rural desarrollada por la escisión maoísta del PC en la selva de Araguaya, como el último episodio del conflicto heredado de los años treinta entre el ejército institucionalista liberal y el militarismo comunista. En efecto, los más importantes grupos de la guerrilla salieron del PC, siendo el más notorio el de Marighela, expulsado por Prestes. La insurgencia y la contrainsurgencia fueron un episodio localizado, con dos hechos espectaculares (los secuestros de los embajadores de los Estados Unidos y Alemania, cambiados por prisioneros) y una represión que no incluyó necesariamente zonas sistemáticas de ilegalidad estatal y terrorismo planificado clandestinamente por las propias Fuerzas Armadas. (Hechos de este tipo se darían, sin embargo, durante la gestión de Figueiredo). Al contrario, los poco enraizados grupos insurgentes fueron neutralizados por operativos militares que, en su gran mayoría, eran socialmente visibles (Operación Bandeirantes, etcétera), excepto la presencia represiva del Ejército en Araguaya, conocida años después, con la “apertura política” de finales del setenta. Este episodio está en la raíz de la mayoría de los ochenta desaparecidos brasileños que hoy reivindican las organizaciones de derechos humanos. Sin embargo, algunos intentos de represión clandestina fueron abortados desde las mismas filas militares. Oficiales subalternos denunciaron esos planes y el propio general Geisel, ya al final del período más represivo, se encargó de advertir a la sociedad de que “lo peor” había terminado. En efecto, el luterano y marmóreo Geisel pidió y obtuvo la baja del general que comandaba el poderoso II° Cuerpo de Ejército pues, en dependencias de este, un periodista y un obrero habían muerto en un episodio que el equívoco comunicado militar atribuía a sendos suicidios. De esta situación

y otras similares proviene el descontento de la derecha militar contra Geisel primero y contra su heredero, el general Figueiredo, después.

Los años de la guerrilla quedan, hoy, registrados en diferentes estratos de la memoria social activa y a través de otras formas expresivas. Los “best-seller” del ex guerrillero Fernando Gabeira se ocuparon de reconvertir el utopismo de los profetas armados del setenta en una ideología hedónica capaz de descubrir ahora nuevos horizontes de sensibilidad, de contacto con la naturaleza y de valorización de una cotidianeidad popular, desde una perspectiva sensual y estetizante de lo político. En el otro extremo, nuevas informaciones (proporcionadas por el propio interesado) abonaban la certeza de que el mismo héroe de la revuelta de los marineros en 1964 (se sublevan en apoyo a Goulart después de ver el film *El Acorazado Potemkin*) y luego figura importante de la guerrilla del romántico capitán Lamarca, era en realidad un decisivo y consciente colaborador de los servicios de información de la contrainsurgencia.

Ninguna represión es aceptable ni una “peor” justifica una menos “intensa”. Pero los brasileños más afectados —en sus intereses, en sus trabajos, en sus carreras, en su vida— por lo que fueron allá sus “años de fuego”, cuentan con itinerarios de reparación producidos “naturalmente” por una sociedad que consigue suturar con especial habilidad sus heridas políticas.

El único grupo político que aún usa la sigla de aquellas épocas —el MR8— es hoy un curioso muestrario de los diversos recorridos que realizan los pensamientos y las políticas en épocas inclementes, desde el primer hervor de una utopía hasta el pesado reino de la *realpolitik*. Guevaristas en los años sesenta, acabaron viendo en el presidente Sarney —a propósito de las medidas reformistas sobre la tenencia de la tierra, realmente osadas en el contexto brasileña— un *comandante*.

SOBRE EL PMDB

Fue el partido creado por los propios militares del golpe de 1964 para realizar la “oposición consentida”. Las Fuerzas Armadas nunca cerraron el Congreso, crearon el partido oficial y el partido opositor y elaboraron un conjunto de leyes de “excepción” (elecciones indirectas, senadores indirectos, alteraciones de la representación electoral en favor de áreas reales, etcétera) que permitieron el dominio del partido oficial durante casi veinte años.

El PMDB es el partido de la modernización democrática, de la relación “armónica entre sociedad civil y Estado” y de la “justa distribución de la renta”. Cuando se fundó el partido, en 1966, muy pocos querían integrarlo. El presidente militar Castelo Branco impuso a varios diputados oficialistas la obligación de hacerse “opositores” para dar la cantidad de firmas necesarias a la fundación del orden opositor. Las viejas corrientes de pensamiento brasileñas del ciclo varguista anterior, finalizado con la caída de Goulart, se fusionan entonces en los dos partidos salidos del

vientre de la revolución. Fusión ciertamente artificiosa, y que no se hace siguiendo necesariamente una línea lógica de expectativas. Pero, en general, el partido oficial fue mayoritariamente compuesto por los aliados civiles del golpe de 1964. De todas maneras, la vida partidaria brasileña es frágil, las identidades y corrientes de pensamiento son siempre más volátiles que las situaciones de hecho, generalmente creadas desde la cima del poder político o económico. Ellas luego determinan además al reagrupamiento de los políticos, agentes electorales de las configuraciones ya dadas en la topología del poder. Ese es, notoriamente, el caso del PMDB que, en los últimos años, cuando se percibió como la mayoría electoral irreversible que los mecanismos jurídicos de “excepción” no conseguirían detener por mucho tiempo, se constituyó en el canal de expresión de las masas urbanas. Se trataba de sectores compuestos por las burguesías medias y funcionarios cuyos niveles de vida declinaban, los industriales que apostaban al mercado interno o parte de la gran burguesía industrial que veía la relación empresas-Estado mucho mejor servida por políticos civiles, bien preparados, que por militares que habían perdido el rumbo. Los dos PC —el “berlengerista” y el hoy “albanés”— así como el MR8, se cobijaron en el PMDB, como hicieron, por otra parte, antiguos *trabalhistas* (en Rio Grande do Sul) y ex demócratas cristianos (caso de Montoro, actual gobernador de San Pablo). Pero los miles de cuadros estrictamente vinculados al *ethos* partidario en todo el país, siguen estrictamente la impronta ideológica del progresismo liberal y distribucionista, con matices a veces agitativos y movilizadores (es el caso de Ulisses Guimarães, actual presidente del PMDB) o si no, con actitudes firmemente posibilistas nutridas de sólidas habilidades negociadoras (caso de Fernando H. Cardoso, actual senador del PMDB y candidato a la prefectura de San Pablo para noviembre).

Tancredo Neves, quien además de ministro de Justicia de Vargas fue primer ministro de Goulart (en un fugaz régimen parlamentarista, en 1961) fue siempre un *anti 64*. No trató amigablemente a los golpistas ni aceptó el “hecho consumado” con la misma tolerancia que en los primeros tiempos del golpe mostraba Guimarães. La política de Tancredo suponía claros apoyos sociales —por ejemplo, los más importantes bancos nacionales y los representantes más flexibles de las capas empresariales de capital concentrado— y una indeclinable habilidad para el “olfato social”. Murió amado por los pobres sin haber hecho por ellos algo más que mantener la honra del político evolucionista; murió también amado por los ricos, sin haber avanzado nunca, groseramente, en lo que ellos imaginaban que sería la destreza tancrediana para conceder lo mínimo necesario a fin de contener los temibles desbordes sociales que como imagen predilecta suele visitar las pesadillas de todo brasileño poseedor de bienes.

Tancredo Neves no fue del PMDB, sino su aliado. Para permitir la transición y llegar a la presidencia con el mismo mecanismo “indirecto” que las masas habían repudiado en la calle (aunque en una increíble transferencia mítica, esa misma actividad y apoyo de masas es heredada por Tancredo) debió realizar una sutil negociación

en un terreno sembrado por los restos de antiguos símbolos y discursos. En efecto, el gran negociador Tancredo, de la “escuela minera”, declaró que la revolución de 1964 había cumplido sus objetivos, y de hecho él, que había sido fervoroso antigolpista, aprobaba los ideales contra la “corrupción” y la “subversión” inherentes al movimiento militar de aquel año. Al mismo tiempo, el general que ocuparía el Ministerio de Ejército, designado por Tancredo, dijo que la revolución del 64 había terminado, pues se había “eternizado”. De este modo, con los “ideales del 64” sobrevolando todas las cabezas políticas, menos la de Brizola, el PMDB se aprestaba a heredar esos “ideales” para inscribirlos en el cuerpo de la República junto a “los ideales peemedebistas”: institucionalidad limpia, negociación permanente entre los poderes y justicia distributiva más acentuada. Esa negociación, sellada finalmente con la muerte inesperada de Tancredo, aún preside la actual situación brasileña.

SOBRE JOSÉ SARNEY Y GLAUBER ROCHA

Sarney no se llama Sarney, sino José Ribamar, un nombre nordestino. Ante escribano, registró el “Sarney”, proveniente de una antigua anécdota familiar. Escribe poesías y cuentos de tinte regionalista y la tan ramplona como superpolitizada Academia de Letras Brasileña lo tiene en sus filas. Es un hombre de Marañón, tierra de “coroneles de la política rural” y de traductores de griego. Durante dos años fue un correcto servidor de los militares, no el más oscuro pero tampoco el más imaginativo. Sin embargo, su modesta cuerda lírica y su visión tal vez teatral de los juegos políticos —esa “segunda vida” para la cual contribuye el cambio de apellido— lo impulsa a romper los lazos con sus años de obsecuencia. Compuso la fórmula con Tancredo Neves para permitir la transición “indirecta”, que sería inviable en el Colegio Electoral si una buena parte de congresales del partido oficial no cambiaban su voto. Sarney fue el líder de esa transferencia apoyado en grandes banqueros y los conservadores históricos de su partido, la antigua Unión Democrática Nacional (UDN, el bastión de oposición al varguismo en los años cincuenta y luego mayoritariamente fundida en el partido oficial de los militares).

El “gris personaje” Sarney intuye que llega su hora con la muerte de Tancredo e intenta construir un papel arbitral entre sus viejos correligionarios del conservadurismo evolutivo, los banqueros institucionalistas, y las nuevas realidades que le ofrecen sus aliados del PMDB. Por sobre todos ellos vaga la sombra tancrediana, que había dejado un programa de gobierno rígidamente ortodoxo en lo económico (“no gastar”) y que recordaba la “seguridad nacional” en ciertos temas que la oposición ya veía resueltos (por ejemplo, iniciar relaciones con Cuba). Sarney intenta mediar, hasta el momento, a través de actitudes que apuntan a romper su imagen congelada anterior: mayordomo de los uniformados. Sustenta la apenas correcta reforma agraria frente a la batahola que armaron los grandes propietarios de la tierra (voces ausentes a lo largo de muchos años), lo mismo que una ley

sindical que acompañará el resurgimiento del movimiento obrero; son coacciones estatales, y ha buscado, de diversos modos, una reinención político-biográfica que sin duda cultivaba secretamente en su “corazón lírico”.

Sarney había sido, en 1966, gobernador de su Estado: Marañón. Un cortometraje oficial sobre la asunción había sido hecho por Glauber Rocha, quien ya había filmado *Dios y el Diablo y Tierra en Trance...* Glauber convertiría su “estética del hambre” y su cine tercermundista en un profetismo tropicalista, en un misticismo sostenido por experiencias limítrofes en el lenguaje y por cierto cesarismo atormentado. Eso lo hacía ver a los personajes oficiales del momento —Sarney, Geisel— mucho menos como tortuosos representantes de una historia agotada que como crípticos iluminadores de un nuevo espacio democrático.

El “cruce” biográfico entre Sarney y Glauber Rocha alerta sobre una nada desdeñable faceta de la política brasileña: la idea de un “Brasil primordial” y la “llegada” de una reparación (este también había sido el tema de Glauber en *Dios y el Diablo en la Tierra del Sol*) que confundirá, inicialmente, a todos pues se presentará con vestimentas quizás abyectas (militares, políticos, etcétera).

SOBRE LULA Y EL PT

Hablé cierta vez con Lula, en presencia del secretario general del PT, Francisco Weffort. Este había dejado sobre la mesa dos libros con las obras completas de Rosa Luxemburgo. (Pensé: ¡qué inimaginable escena argentina!). Lula es un muchacho de una inusual agudeza para percibir las tensiones en las situaciones de poder y, si es que eso existe, un político nato. Inmigrante nordestino que se hizo tornero mecánico en San Pablo, su historia es la de millones de brasileños conocidos como “pau de araras”, es decir, el palo de la caja de los camiones donde realizan el “largo viaje” a las metrópolis. Las manos agarrándose a ese palo, único sostén en la travesía, componen el resto de esta poderosa imagen. Semejan los palos en que los cazadores enredan serpientes —las “araras”— para trasladarlas o capturarlas.

El “pau de arara” Lula es ahora un consumado director de políticas que interviene en el conflicto social, con su aplomada verba que recuerda los dirigentes anarcosindicalistas de principios de siglo, pero con una mezcla de malhumor inflexible (que se lo dicta “la miseria en que viven los trabajadores”) con una habilidad no exenta de ironía para tratar con las elites políticas y económicas brasileñas: “No estamos muy de acuerdo con Fernando...” me dice cuando le menciono las posiciones hoy “posibilidades” del sociólogo-senador Fernando Henrique Cardoso. Le brillan los ojos, como quien sabe que ha dicho una frase que no recubre enteramente un verdadero sentimiento, que en su certeza íntima debe ser bastante más crítico. En efecto, en los comienzos de Lula, muchos de los dirigentes políticos que lo respaldaban eran del PMDB, y, en especial, Cardoso. Con una campaña “radicalizada”, Cardoso se elige senador suplente en 1980, con el millón

de votos paulistas que después, una vez creado el PT, serán patrimonio de este. Los dos hombres enfrían su relación. Otros filósofos de la contracultura y sociólogos radical-demócratas (como el propio Weffort) sustituyen lo que podría haber sido la alianza entre el principal dirigente obrero del Brasil y el sociólogo institucional más reconocido de América Latina.

Lula esquivo —con cierta socarronería— la cuestión del peronismo. “Sé que la mayoría de los obreros argentinos son peronistas —me dice—, y por alguna razón existe esa representatividad. Pero eso será hasta que surjan otras representaciones”, agrega con un aire distraído, o como de quien se incomoda levemente por ser traído al terreno del nebuloso jeroglífico argentino, que le impide las frases tajantes que derrama sobre un drama brasileño cuya urgencia, percibo, justifica privarse de matices o vacilaciones.

¿Y el socialismo, Lula? El partido no tiene un canon ideológico preestablecido, si bien está inmerso en la problemática del socialismo. “Tenemos los intelectuales más capacitados para hacer la mejor cartilla socialista, pero eso de nada valdría si no es asumido por los trabajadores reales”, me dice.

Y remata con una frase que me sonó más o menos así: “El nuestro será el socialismo que el pueblo quiera”. Detrás de esa frase de Lula —cuya factura conseguiría un poderoso efecto evocativo en cualquier oído argentino— hay una vigorosa apuesta de la izquierda intelectual brasileña, de los dirigentes sindicales jóvenes y de los militantes de las comunidades eclesíásticas de base, en el sentido de hacer el camino “heterodoxo” desde las realidades obreras y populares hacia los textos programáticos canónicos, y no a la inversa. Como en el PT están incluidos casi todos los grupos trotskistas de extracción estudiantil, notoriamente incómodos dentro del “modelo de travesía” propuesto por los militantes “históricos” del PT, los conflictos acompañan el joven partido desde su inicio.

El PT apunta a ser el partido del obrero industrial con alta participación sindical y de las “vanguardias de la sensibilidad”. En los suburbios de San Pablo —y dentro del *campus* verde y espacioso de aquella universidad paulista que se irguió con el concurso de Roger Bastide, Lévi-Strauss y Ferdinand Brandel— eso es relativamente cierto. Pero solo son los “polos dinámicos” de un Brasil recorrido en la otra punta por hambrunas medievales, o que organiza la explotación de la mina de oro de Serra Pelada con masas famélicas que reviven todas las relaciones coloniales de trabajo, con hombrecillos que de repente emergen del lodo interminable con una gran pepita aurífera entre las manos.

LA BATALLA DE NOVIEMBRE (UN CLÁSICO DE LA SOCIOLOGÍA)

Cuando *Unidos* aparezca se estará jugando el destino del PMDB como frente de los demócratas institucionales con vocación social. Se realizan en noviembre las

elecciones para elegir prefectos de capitales estatales. La elección en San Pablo es la más importante, porque allí tiene posibilidades el estrambótico Janio Quadros, un personaje cuyo histrionismo e inusual narcisismo lo asemejan a las técnicas de representación del teatro de *clowns* y, en general, a todas las muestras del grotesco en la expresión discursiva y corporal.

Janio Quadros fue presidente en 1961, excepcionalmente votado luego de una campaña en la que anunciaba la lucha del “centavo contra el millón”, esgrimiendo una escoba en las manos con la cual “limpiaría la inmoralidad”. Gobernó seis meses apenas, después de lo cual renunció sin motivo aparente, sumiendo a las instituciones políticas en un gran desconcierto y abriendo paso al vicepresidente, Goulart, del PTB. Quadros siempre fue un extrapartidario, que coqueteó con la democracia cristiana, con los conservadores tradicionales y con el *trabalhismo* burocrático, ajeno al brizolismo. Durante aquellos seis meses, condecoró a Guevara —nadie esperaba eso, ni el propio Che, que improvisó un forzado discurso en Brasilia, como “sobrador” compañero de la travesura de Janio—. Condecoró también objetos inanimados, como la bandera, abolió las bikinis y las riñas de gallos e instaló un sistema de órdenes presidenciales a través de billetes manuscritos e informales.

El “janismo” trabaja sobre los grandes temas de la modernidad —las revoluciones sociales, el mundo socialista, la existencia de niveles inadmisibles de pobreza, las formas alternativas de comunicación política— pero los resuelve en sentido neurótico y reaccionario. Se trata de un populismo retrógrado que descubre pero no resuelve los dramas de los sectores subalternos de la sociedad, y que plantea el tema de la “corrupción” —el Brasil del último período militar permitió escandalosas aventuras financieras basadas en la impunidad y en los grandes sobornos— desde un moralismo de clase media achatada, ineficiente para dar cuenta del primer problema sin dejar de crear otro, es decir, su propia moralidad tramposa.

Después de su renuncia, Janio se dedicó a escribir un diccionario, a pintar vistas marítimas —desde su finca en el balneario de Guarujá— y a escribir cuentos de asombrosa precariedad. Era la armadura “culto” del hábil sintonizador de los miedos sociales de la baja clase media, funcionarios y comerciantes de escasos ingresos y, en general, de un enorme sector social desprovisto de visiones libres y abiertas para sumarse a las grandes transformaciones sin pensar que estas afectarán sus minúsculas certezas, sus ilusiones de estabilidad. Pero en los últimos años, Janio se transformó en el enemigo principal del PMDB, justo cuando este partido se convertía en el bastión electoral contra el régimen militar. Ahora quiere cumplir su viejo sueño: destruirlo.

Quadros está disputando con posibilidades la prefectura de San Pablo, tercer presupuesto de la nación, después del gobierno central y del propio gobierno del estado paulista. Esta elección ha afectado la base de sustento que había dejado Neves a Sarney, pues todas las fuerzas conservadoras —que temen lo que sospechan que sea un sueño de Sarney, un bonapartismo de contornos sociales más

audaces— apuestan a Janio. Todos intentan herir de muerte al PMDB, en momentos en que el PT presenta sus propios candidatos y los partidos de la izquierda clásica salieron del PMDB luego de la legalización de los dos PC. Brizola, por su parte, corre en faja propia, creciendo y con posibilidades de elegirlos intendentes de Río, Curitiba y Porto Alegre.

Momento de gravedad y de flexión histórica para el PMDB. Para intentar arrebatarle la supremacía a Janio ha destinado al sociólogo Cardoso. Difícil misión que, si resulta exitosa, coloca a Fernando —como le dicen sus íntimos— aún más plenamente en la carrera presidencial, cuando acabe el mandato de Sarney.

Si Cardoso triunfa —lo más probable, pues la máquina del PMDB es formidable, sin contar, desde luego, que la apelación auténticamente democrática es la de Cardoso—, la próxima gran batalla será por la presidencia. Allí —en 1989— se enfrentarán dos nombres que electrizarán toda la sociedad brasileña y convocarán sobre sí todos los nudos irresueltos del pasado. El propio Cardoso y el emotivo Leonel Brizola, con su talento *folk*, el corsé socialdemócrata auestas y, en el fondo, con las memorias irredentas del *trabalhismo* progresista desafiadas para la gran reparación. Dos Brasiles modernos se enfrentarán entonces, pero con diferentes visiones de la historia, de las gestiones de gobierno, de los estilos políticos y de las crisis mundiales. En otro plano, es el enfrentamiento entre la política democrática asentada en convicciones ya arraigadas por la sociología política de los centros de investigación independientes, moderados y modernizadores, contra el viejo populismo que quiere demostrar que una transformación sensata pero sustantiva aún puede ser realizada en las sociedades bajo su signo movilizador. En suma, un clásico manual de sociología desfila aquí sus páginas habituales: *la sociología contra el populismo*.

“Avances de la derecha”, dicen los despachos del corresponsal de *El Periodista* en Brasil, Newton Carlos. Se trata de Janio, es claro, con su corte de derechistas y banqueros y en la otra vereda, un Sarney que sigue dando guiños hacia los economistas antimonetaristas. Newton Carlos, bien informado sobre Latinoamérica, uno de los tantos hombres de prensa solidarios con el drama argentino, es dueño de un nervioso estilo telegráfico y de un penetrante dispositivo para seleccionar puntos ilustrativos de su vasta información.

Pero el buen Newton, a diferencia de otros grandes periodistas brasileños, es desesperante en su esquematismo. Porque no es incorrecto, pero sí insuficiente, afirmar que avanza la derecha a través de Janio Quadros. Durante ocho años leí y lo escuché a Newton Carlos mencionar “avances y retrocesos” de “izquierdas y derechas”. Un cuadro histórico fundamental, pero que muchas veces nos hace perder otras materias vivas insertas en él.

¿Qué es lo que se pierde con esta topología binaria del análisis político, que las revistas porteñas acogen con llamativa despreocupación crítica? Se pierde un registro fundamental del conflicto. Brasil, dijimos, está en un demorado pero persistente tránsito hacia la modernidad. Entendida esta como valor positivo, consigue

el milagro de reunir a su alrededor a la gran mayoría de agentes políticos profesionales (relativamente al margen de ideologías y tradiciones políticas). Pero lo moderno no siempre admitió una fácil solución para la presencia de lo popular. Goulart fue derrocado —líder ilustrado, estanciero, que era— porque parecía avivar las fuerzas oscuras de lo popular. El ahora conciliador Brizola nunca será juzgado por eso; los militares observan que el gobernador de Río tiene la identidad histórica de “los exiliados y excluidos”. Es peligroso.

En cambio, el PMDB, partido de políticos de coraje y con muchos héroes civiles en el último período, cuando enfrenta a la “matriz revolucionaria” del golpe del 64 que lo creara, es también modernizador en el sentido tradicional de la “clase política” brasileña. *Lo anima, lo informa, lo estimula la sociología*. Dudo que haya otro país donde la ideología sociológica haya triunfado más acabadamente. Probablemente tenga Brasil un presidente sociólogo. La resolución racional de conflictos, los equilibrios entre la sociedad civil y órganos de representación política, la ciudadanía entendida como goce de derechos sociales, la gestión por consenso, los cambios permitidos por la correlación de fuerzas, el educativismo hacia las capas subalternas, la preservación del espacio público a través de instituciones discursivas, en suma, la política como planificada concertación y comunicación de agentes en una arena política con nexos bien visibles con la sociedad productiva, son los tópicos que hacen a la arquitectura de la profesión política en Brasil. No está mal. Esta sociología fue la que al mismo tiempo, más sistemáticamente, cuestionó las formaciones históricas designadas por el concepto de populismo, muchas veces con excelentes argumentaciones. El debate sigue abierto y es bueno que siga vivo. Lo evidente es que, en Brasil, un uso “directivo” de las ciencias sociales llevaba a justificar implícitamente la ausencia de actividad popular-cultural alrededor de la vida política oficial. La condena al populismo, así, significaba no tanto una conquista teórica —que en otro plano sería justificable y deseable— sino apenas el renunciamiento de los políticos-sociólogos para preguntarse por qué las líneas abiertas de modernidad dejan tantas víctimas al costado del camino.

Comencé diciendo que caminaba por la ciudad brasileña pensando por qué allí no había existido el peronismo. Claro que es una cuestión idiota. Es como querer saber por qué en el siglo XVI Italia no hizo la unidad nacional pero se seguían pintando los mejores cuadros, o si no, por qué el Partido Demócrata Progresista no dio resultado en la Argentina. (Aunque la primera es una cuestión nada banal, la trata Gramsci, así como la segunda, aunque mal resuelta, la trata Alain Rouquié). Por mi parte, apenas uso la incógnita como trivial estímulo para pensar. Ya hay demasiados “comparativismos”.

No hubo peronismo porque hubo otras cosas, algunas más interesantes, otras menos. Quería decir con esto, en cambio, que al margen de cómo valorar los procesos llamados populistas, en Brasil hay un abismo permanente entre la política democrática y las vidas populares sumergidas en distintas dimensiones culturales-existenciales.

Allí está el “precio” de la modernidad, pagado en marginamiento, escuadrones de la muerte, asesinatos rituales, linchamientos y “geografías del hambre” en esa tierra de profetas que querían que la llanura se convirtiese en mar.

Un gran tema brasileño es el “bandido social de derecha”, el “justiciero policial” que mata ladrones en nombre de la ley no escrita de los mercaderes de barrio, que instauran la “paz de mercado”. Sabemos que allí, la actividad popular —que en general aprueba linchamientos— reproduce formas ideológicas y valores dominantes. Pero la política de los modernizadores brasileños no consigue, creo, formular acabadamente la cuestión de su incapacidad histórica para fundirse con acompañamientos populares. *La condena al populismo no origina necesariamente una política popular.*

Y allí aparece Janio Quadros, la “vendetta” conservadora popular, si queremos derechista, contra los acuerdos de modernización. ■

AÑO 4 - N° 9

ABRIL DE 1986

EL ALFONSINISMO, UN BONAPARTISMO DE LA ÉTICA

Horacio González

Creo que sé mirar, si es que algo sé; y que todo mirar rezuma falsedad..., pero si de antemano se prevé la probable falsedad, mirar se vuelve posible.

Julio Cortázar, “Las babas del diablo”

¡Salchichones! ¡salchichones!, pedía la soldadesca del Emperador. Es una de las tantas imágenes con las que Marx sirve a su idea de bonapartismo, en el *18 Brumario*. Toda la sociedad francesa, quiere decir, estaba presa de la representación de actitudes que no correspondían a la situación objetiva de nadie. Los fantoches anacrónicos encubrían el drama del presente. Los afiladores de cuchillos hablaban en nombre de los proletarios en cualquier boulevard. Salchichones, pues, para una burocracia estatal que teatralizaba la vida social poniendo una aventura bufa y prostibular por encima de las divisiones sociales.

Ahora bien, es preciso decir ya mismo que no nos vamos a referir al alfonsinismo como quien procede a realizar cómodas sustituciones en los lugares ya aplanados

por este análisis clásico. Aun si fuese verdad que el bonapartismo alborotaba la plaza pública ofreciendo esos chacinados a la gula de los irresponsables, no vemos la metáfora de los salchichones imperiales transmutándose en esta otra: ¡Ética! ¡ética! pedían esos absortos ciudadanos argentinos al presidente que los había sacado de los hedonismos sociales, uniéndolos a todos alrededor del imperativo cívico, del acuerdo categórico con los textos sagrados de la moral pública y del Estado de derecho.

No, esta escena no existe. ¿Por qué razón habríamos de escribir el parágrafo anterior? Sería injusto transferir la sátira, el pintoresquismo y la animosidad con la que quedó hecho el retrato de Bonaparte III, a un caso donde por otra parte las piezas del “*tableau grotesque*” trazado por Marx no coinciden. Puede decirse como humorada, cuanto más, que antes de ser golpista Bonaparte III era republicano. Su ascenso a la escena se había realizado —en 1848— en nombre de la república perdida. Apenas eso. Esa pérdida había acontecido, para los republicanos franceses del 48, cuando la primera república naufraga en el aventurerismo militarista de cónsules y enviados de la fortuna, poco antes del inicio del siglo XIX. También aquí, cincuenta años habían pasado.

Pero no, nuevamente debemos decir que no cabe la fácil tarea de devolver del otro lado de las empalizadas el atractivo pero discutible concepto con que muchos quisieron ver rastros del manto imperial francés en las motonetas pochito y en el raudito trotecito del caballo pinto, cuando el presidente que te jedi revistaba las tropas en el Año del Libertador.

La ética no es como las salchichas. Si algo simbolizan estas dos palabras, a la ética le está reservado el mundo de las reglas, de las formas que limitan al impulso ciego, de los grandes esquemas de conocimiento capaces de contemplar un ciclo histórico desde las normas genéricas de convivencia y no desde la fiambrería del espíritu, donde cada goloso solo sabría darles legitimidad a los “demonios facciosos” de su voluntad.

Toda la historia del pensamiento ético está cruzada por irresolubles dilemas. El imperio de la ética precisa de acciones constantes para ser mantenido. Esas acciones pueden estar simplemente guiadas por una norma de eficacia. Por eso, en el empeño de mantener valores superiores, pueden realizarse actos eficaces pero que acaban siendo ajenos a esos valores. La mitad de las éticas conocidas parte de la justificación de esta disparidad entre fines y medios, ya sea para hacer una apología de la “manifestación concreta del poder” evitando la ilusión de una abstracción moral que puede conducir a males mayores (Maquiavelo). O bien para introducir cálculos sobre el resultado futuro de ciertas acciones, que podrían no cometerse si el balance entre lo que satisfacen grupalmente ahora y lo que destruirían socialmente después se mostrara desfavorable (Max Weber). La otra mitad de los éticos parte de la existencia de la regla, como funcional y desacralizado oráculo de las sociedades. Dada la presencia de la regla que ordena el sentido de todas las acciones, ella bañará automáticamente todos los comportamientos, lo sepan o no los sujetos

involucrados. La regla imperará gracias a que todas las formas de vida están explícita o implícitamente vinculadas con ella. Quien juega al tenis no tiene sino una vaga conciencia, cuando la tiene, de que le pega a la pelota en determinadas condiciones, fuera de las cuales no hay juego. Y no obstante eso, juega al tenis.

Esta visión de la ética como regla del juego que une a los jugadores con valoraciones comunes, tiene sus dramas y secretos. En su más alta expresión contemporánea —la ética de Wittgenstein— consagra paradójicamente la accidentalidad del mundo, lo indecible del sujeto y, en última instancia, la necesidad de resolver los problemas valorativos individuales fuera de cualquier fundación de sistemas. En su expresión menor, conduce al alfonsinismo, esto es, al estilo de problematización de la cuestión ética que tiene lugar en la actualidad política argentina.

Llamamos bonapartismo de la ética a la convicción de que las reglas reinantes deben cumplir con una función desvalorizadora respecto al conjunto de actividades sociales que no sean competitivas dentro de una red de sentido previamente definida. Surge de aquí una inhabilitación para reconocer sujetos sociales activos al margen de las reglas que administran la competición entre diversos intereses.

Como consecuencia de ello, se establece una contradicción entre el “sistema de la ética”, que parte de la pluralidad de agentes, mentalidades y formas de vida, y la implícita existencia de un iniciador, a cuya figura la estabilidad del propio sistema está asociada. El iniciador vacila entre proclamarse el garante original del sistema y la convicción de que eso lo convierte en un individuo excepcional que contradice las declaradas pluralidades.

Por último, se irá a privilegiar las reglas del juego (la “democracia como forma”) por encima de las peripecias de la lucha ideológica, tal como se perfilan en un presente dado. (“Revolución es una etiqueta que los historiadores ponen al cabo de siglos a un proceso dilatado de transformaciones”, Alfonsín, discurso de Parque Norte, diciembre 1985).

Esto lleva directamente a un revisionismo histórico donde —entre formas y etiquetas— se sustrae el contenido original de los hechos en favor de un contenido rehecho a posteriori, proyectado retrospectivamente sobre un modelo de pasado a rearmar. “Venimos de un movimiento que no luchó en 1890 para ser gobierno, porque eso hubiera implicado el principio de que el poder, como decían los guerrilleros de hace diez o doce años atrás, estaba en la boca de los fusiles” (Alfonsín, discurso de asunción del mando, Congreso Nacional, 1983). En vano se buscará esta interpretación de la Revolución del Parque en cualquier texto, antiguo o actual, escrito desde la perspectiva radical o desde cualquier otra.

LA REPÚBLICA DE LAS FORMAS

Son esos algunos problemas que surgen de las piezas capitales de la doctrina alfonsinista. (En la medida en que pueda ser usado este término, alfonsinismo, no como

una “etiqueta que pondrán los historiadores del futuro”, sino como un patronímico coloquial y concreto que abarca acciones perfectamente visibles en el escenario político argentino de esta época).

En el discurso de Parque Norte¹ se recoge una extendida crítica al abandono de la esfera normativa, tanto jurídica como institucional, que caracteriza a todos los pensamientos clásicos que tematizan la transformación social. La cuestión ha sido suficientemente explorada en los ambientes políticos desencantados con las antropologías de izquierda que fueron históricamente incapaces para producir una “invención democrática”. ¿No se critica ahora al propio Marx de *La cuestión judía*, que afirmaba que la “emancipación del hombre” convertiría en chuchería despreciable los derechos de individuo? ¿No se hacen gestos recelosos frente a ese Gramsci que declaraba que el partido era un “imperativo categórico” capaz de poner la vida colectiva por encima del juego de diversidades que configura a toda sociedad en cualquiera de sus momentos presentes?

Sí, la idea de democracia como “forma reconquistada” tiene en manos un buen reproche que hacer. El pensamiento transformador de las sociedades corría siempre el riesgo de ser la obra de un sotreta. Se aprovechaban las condiciones democráticas para en lo íntimo burlarse de ellas. ¿Estar o no estar en la Dieta? Según las condiciones, según las “correlaciones de fuerza”, respondía el astuto militante. Al no controlar sus propias astucias, el pensamiento revolucionario se hacía más daño a sí mismo que a los “formalismos” que pensaba usufructuar apenas como “etapa”, como “táctica”.

Solo que la reconquista de las formas —del pacto, de las reglas del juego, como se quiera llamarlas— se realiza con cola de paja, con la conciencia maltrecha. Todo formalista sabe que las reglas están para permitir una acción. Pero sabe que puede tropezar ridículamente en el momento de definir los sujetos de esa acción. Alfonsín en Parque Norte: “Un sujeto democrático es simplemente aquel que ha hecho suyos los valores antes expuestos: legitimidad del disenso, pluralismo como principio, respeto de las diferencias, voluntad de participación”.

1. Decimos “el discurso de Parque Norte de Alfonsín”, más allá de los problemas de autoría que ese discurso plantea. Ricardo Piglia se divierte imaginando que Macedonio Fernández le escribía los discursos a Yrigoyen. ¿Y quién sabe a ciencia cierta el nombre de aquel redactor de las fatigosas carillas que leyó Perón en el Congreso de Filosofía de Mendoza? Por otra parte, no existe argentino capaz de decir que no son de Evita, esas gemas de la narración folletinesca universal que notoriamente no escribió Evita en *La razón de mi vida*. Pero puede decirse, al menos, que el discurso de Perón en Mendoza tenía una factura estilística —en el largo modo de eslabonar citas— que ya el propio Perón había exhibido en trabajos de su puño y letra. Del mismo modo, *La razón de mi vida* parte de una matriz de lenguaje evitista, anterior al texto, así como Evita después lo “encarna” discursivamente. ¿Y Alfonsín? Es evidente que su discurso asume una tradición discursiva específica de un sector de la reflexión politicológica de raíz académica, y no tiene nada que ver con la locuacidad propia del presidente, que por otra parte había confesado hasta el momento solo algunas lecturas de García Morente (*Clarín*, revista, 1982) y aparece de repente inspirándose en Salvatore Veca y otros sabios itálicos, de los que seguramente aún hasta hoy no está anoticiado que citó.

Por salvar las formas se ha destituido al sujeto. Porque tal como está aquí definido, es apenas un apéndice conceptual inducido desde las reglas previamente fundadas. Se trata de una tesis vecina a la vieja antropología de la “personalidad social básica”. Dado un conjunto de valores, se producen las internalizaciones que crean al sujeto. La democracia es así una “cultura categórica”, ciertamente más imperativa que un partido leninista, que va creando subjetividades de acuerdo a necesidades sociales establecidas de antemano.

Podemos imaginar que el alfonsinismo, que es una modesta versión del optimismo social y que usó un lenguaje de “agitación y lucha”, fue solo por distracción o por indiferencia, que adquirió esta definición de sujeto social acribillada por todo el pesimismo de la escuela culturalista norteamericana. Los hombres se pierden fuera de los cuadros organizados de la vida social. Es mejor educarlos a imagen y semejanza de los valores que, en promedio, puedan ser considerados como socialmente deseables.

El sujeto alfonsinista es así un sujeto unidimensional. “Simplemente hace suyos los valores antes expuestos”. Pero si por el lado del sujeto no hay milagros ni aventuras para contar, no sucede lo mismo por el lado del iniciador del sistema.

Porque el alfonsinismo no puede dejar de problematizar la contradicción que se establece entre la fundación del “nuevo trato” y el contenido de lo que se desea fundar. El fundador es único pero sus formulaciones son pluralistas. No se trata de un problema si es asumido y considerado como el núcleo de paradojas que siempre se encuentra en el centro de la vida política. Pero se torna un problema si el candidato a fundador de sistemas actúa disimulando el lugar desde el cual pretende atribuir sentido a las cosas.²

Es que el “hombre plural” es ubicuo. Invita a disfrutar de la pluralidad pero no ignora el plano en que lo plural se revierte en comunidad, es decir, en su contrario. “La voluntad democrática colectiva no implica uniformidad: significa el piso común de creencias capaces de contener dentro de sí el pluralismo y la diversidad” (Alfonsín, Parque Norte).

Dicho de otro modo, en este esquema diádico (“pluralismo y piso común”), la historia y el ejercicio de la política no comienzan en el polo diverso e indeterminado

2. Un ejemplo trivial: la Fundación Plural pedía votos para Alfonsín en noviembre del 85, porque eran votos para el “fundador”. Se reclamaban metavotos, pues percibían la incongruencia de invitar a que se vote al “iniciador del sistema” en nombre del pluralismo. Argumentaban así: “si usted es partidario de algún otro buen candidato, no se preocupe, a ese seguro que otros lo votarán, pero ahora le pedimos que haga lo verdaderamente importante, que es votar por Alfonsín”, es decir, por el Único Logos Democrático propiamente dicho. La Pluralidad llevaba el Voto Imperativo Categórico, pero eso, solo a los ciudadanos que privilegiadamente habían comprendido el secreto del “sistema plural”, porque los otros, pobres, deberían seguir votando por los “buenos candidatos” alternativos, ajenos al pluralismo con mayúscula y destinados apenas al pluralismo menor de asegurar el anónimo y fisiológico automatismo de “clientela”, que hiciese que un Cafiero, un Alende, etc., también saboreasen la diputación.

de la realidad, sino con el Príncipe, el Dador. El piso común contiene a todo lo que después podrá revelarse no uniforme.

Nada de malo hay en recordar que en toda sociedad hay un consuelo común de creencias. Pero si no se dice cuál es el peso de ese colectivo, si se lo presenta como antecedendo al pluralismo, si se lo describe como apriorismo que sienta las bases sobre todo lo demás pero al mismo tiempo no se teoriza sobre él, como si fuera un sobreentendido que todo ciudadano u hombre social ya encuentra montado, lo que se está haciendo es dejar en la oscuridad el lugar del príncipe. Es el lugar del garante de la vida colectiva, que está allí como el Coloso de Rodas o el Sermón de la Montaña, pero sin dar cuenta de sí. Al contrario, toda la teoría pluralista se dedicará a decir qué pasa luego que el Sermón ha sido pronunciado. Se dedicará, en suma, a considerar el goce de lo diverso una vez que la rueda de la historia haya sido puesta en marcha. El príncipe abrió los dones de la pluralidad —lo que es muy bueno— sin ser rozado por ella, sin saberse parte de aquello diverso que iba a fundar. Para él, el “piso común”; para nosotros, la pluralidad (para parafrasear a René Clair). Y eso no es bueno.

Nada de esto —que al fin, son peripecias del alma teórica de todo gobierno, siendo otra cosa “el árbol de oro de la vida”— hace menos democrático al alfonsinismo. Lo hace, sí, más trivial. Lo lleva a dejar en la penumbra su autoconferido lugar fundacional, por lo cual corre dos riesgos simultáneos: considerar el pluralismo una infinita sucesión de voluntades que se anulan compensándose (cada ciudadano es la versión neutralizante del otro) e interpretar el poder político como una forma de coordinación implícita, fuera de la disputa social inmediata, apenas como precondition de ciudadanía. Por eso se asigna la representación del “común” en el pacto, es decir, el papel arbitral marginado de la discusión —puesto que encarna valores centrales y estratégicos, sin los cuales no hay llamado al pacto— mientras que los pactistas tienen reservado, simplemente, el derecho de discutir todo lo demás.

De este modo, el pacto sobreviene cuando “todo lo otro” ya fue establecido. Esto empobrece el papel de los sujetos democráticos pues los deduce de valores genéricos ya dados, al mismo tiempo que preserva del juego político al iniciador del sistema, dando lugar a una suerte de “episteme del fundador”. Para los que con razón puedan sentirse irritados por las galas fútiles de este concepto, es posible decir esto quizá más llanamente. El alfonsinismo se sitúa como agente inaugural de un nuevo período: democracia, pluralidad, pacto con reglas constitutivas, competición política leal al sistema así fundado, etcétera.

El fundador comienza argumentando que hay una batalla de significados contrapuestos. Se da esa lucha en la subjetividad que liga los hombres a la vida pública. Pugnan componentes autoritarios que “anidan en el corazón de los ciudadanos” y que hacen que el “enemigo estuviese adentro de nosotros” (discurso de Parque Norte), con la emergencia del “nuevo sujeto” acuñado en la espiritualidad democrática, a imagen de un Tocqueville, a semejanza de un Montesquieu.

Podemos apreciar aquí que el Sujeto deseado surge de una oposición binaria entre la “personalidad autoritaria” y la personalidad democrática. En este punto, no es posible evitar la sensación de que se ha cometido otra extrapolación: en este caso, de las clásicas tesis sobre la personalidad autoritaria forjadas al calor de la resistencia intelectual contra el nazismo y su aparato de justificaciones punidor de etnias, enemigo tanto de las tradiciones liberal-humanísticas como de las románticas.

A diferencia de aquellas teorizaciones inspiradas en la más alta tradición del pensamiento crítico y dialéctico europeo —la escuela de Frankfurt—, aquí se trata de una cómoda deducción que proyecta sobre las formas de conciencia, los valores de una escisión sumaria que existiría de antemano entre autoritarios y democráticos. Del mismo modo, como ya vimos, la personalidad democrática se deducía de virtudes previamente inscriptas en la arena pública. Así, no es necesario hablar de sujetos. ¿Para qué?; ¡si el concepto aparece como un comodín de la argumentación!, totalmente ajeno a las tradiciones que fincan su fortuna crítica en otra idea de la subjetividad. Es la que surge de tramas culturales ligadas a la cotidianeidad popular, a los procesos educativos libres y a los complejos cognoscitivos que se dan en todos los niveles de la conciencia social.

Para el alfonsinismo, decir sujetos es decir un espacio ya fundado en otra parte. ¿Dónde? En el sitio ocupado por el fundador. Por eso, este último es activo. Los sujetos, en cambio, no lo son. Son presentados como una cera virgen donde puede distribuir pluralismos, o son vistos como corazones enfermos a reeducar.

El fundador sería así la única conciencia realmente inventada en libertad. Pero para el alfonsinismo no es fácil romper esta paradoja: inicia un proceso en el que se quiere crear sujetos con aptitudes para el reconocimiento de lo plural, pero no disuelve en esa pluralidad su conciencia iniciadora. El fundador tiene una conciencia primera y privilegiada, cuyo origen a nadie es debido. Es única, incuestionable, indivisible y no-plural.

Por eso, se irrita secretamente (aunque últimamente no oculta su condición de “rey filósofo ofendido”) cuando la vida política argentina descubre su pesada realidad de fondo. Esa lucha de linajes de igual consistencia político-cultural y con similar capacidad de “colonizar” al otro, a fin de instaurar sistemas y fundaciones políticas.

El fundador responde desde “la verdad del todo” cuando debe salir a combatir por su “parte” (como en las últimas elecciones) pero no quiere explicitar demasiado este mecanismo. La autoasignada acción fundacional, en el “pasaje” del todo a la parte, puede quedar simplemente convertida en una parte.

Solo un pensamiento como este puede llevar al alfonsinismo a considerar como una “pérdida” —la república perdida— a un ciclo de cincuenta años donde se dieron todas las luchas, se pasearon todos los fantasmas y se atenazaron las crispaciones ideológicas propias de una sociedad permeable a todas las contemporaneidades. Claro, nadie cree que va a fundar algo si no hace cortes históricos de suficiente

generalidad que inhabiliten las lógicas anteriores. (Toda religión nueva quiere apagar las señales activas de las anteriores, reflexiona Maquiavelo en *Comentarios sobre la Década de Tito Livio*.)

El “hombre ético” alfonsinista tiene esa generalidad, que no confiesa sino excepcionalmente, pues no quiere al mismo tiempo perder la posibilidad de heredar para sí el lugar anterior desde donde esa misma tesis fundacional se había formulado.³

En el discurso al Congreso en 1983, Alfonsín, recordó a Krause,⁴ un filósofo menor que hizo una papilla moralista y una metafísica liberal evolucionista con retazos desfigurados de Hegel y Kant. Era el filósofo de Yrigoyen y de Batlle Ordóñez en Uruguay. El “krausismo” lleva al bonapartismo de la ética. Es decir, lleva a un humanismo fundamental pero abstracto, por encima del carácter efectivo que adquirieron las luchas políticas en la Argentina. En consecuencia, cosifica las razones de esas luchas, pensando que se desarrollaron en un terreno desnudo de éticas sustantivas.

Petrificar una “función ética” en vez de ver éticas en pugna según los universos políticos que se entrelazan conflictivamente, lleva ahora a lo que muchos ya llaman “teoría de las violencias simétricas”.⁵ Quien se siente llamado a cuestionar una trabazón de contrarios que sin embargo considera falsa (pues sería apenas una “simétrica equivocación”), debe trazar una figura angelical de su presencia en el ruedo. Debe convencer, entonces, de que “viene de afuera”.

Esto, digamos nuevamente, no es desdeñable.⁶ Se hace política desde el interior de las condiciones dadas u originando situaciones nuevas. Tanto se puede acen-
tuar la necesidad como la libertad, el respeto por los condicionamientos existentes

3. Nos referimos a lo que Juan Perón llamaba “conducción política”, cuya ética es mucho más compleja, pues contiene varios planos de desciframiento y una zona de ambigüedad muy grande, apta para que los contendores sociales inscriban en ella sus dramatismos y demandas.

4. En efecto, puede decirse que, así como Krause es el padre espiritual del yrigoyenismo y el eslabón “filosófico” que une el pasado radical con el actual alfonsinismo, Clausewitz —un contemporáneo de Krause— ofrece sus padrinazgos a la otra gran tradición político-cultural argentina. La diferencia, quizás, es que nunca un discurso presidencial de Perón hizo una cita de esa envergadura, mientras que Alfonsín dedicó varias carillas a Krause en 1983.

5. David Viñas es hoy uno de los más chispeantes críticos de la teoría de las “violencias simétricas”. Esta teoría solo es posible petrificando la apelación ética y sobrevolando la escena (que entrelazó formas de lucha quizás equiparables, con motivaciones históricas, ellas sí, inequívocas) con un volar somero y abstracto. Pero el caso de Viñas importa además por tratarse de quien, ya hace años, trató novelísticamente la cuestión. En *Los dueños de la tierra*, una de sus primeras novelas, narra un célebre episodio de la historia de la UCR, protagonizado por su propio padre, un funcionario yrigoyenista encargado de mediar entre patrones y peones en la Patagonia de 1920. El mediador, con simpatías por la justicia social, fracasa. El yrigoyenismo tenía que elegir entre mediar y optar.

6. “Venir de afuera”. Si esto se verifica respecto a la “conciencia inmediata de los trabajadores”, estamos en el viejo marco del leninismo, que en cambio se considera en el interior de la conciencia teórico-científica “más alta” de la época. Más allá de las críticas específicas que este razonamiento mereció históricamente, plantea, aunque de forma un tanto caricatural, una cuestión decisiva. Es la cuestión de la acción política como un agregado original a una situación dada, y por lo tanto, conteniendo aspectos invencionales y no meramente reproductores de condiciones existentes.

como la primacía de la política. De las dos formas se amparan libertades, se realizan gestas, se protegen e instauran derechos.

El alfonsinismo, sin embargo, quiere “venir de otro lado” sin dejar de haber estado siempre. Quiere decir que es de aquí, que se sometió a todos los padecimientos y asistió a todas las tortuosidades, sin dejar de advertir que “no es de este mundo” de bajas perversiones con las que se perdió la república. Desea ser ilusionista, sin dejar de tener el ojo alerta frente a la mecánica de la decisión electoral que hoy angustia a los hombres humildes con el retrato de Perón y Evita en el dormitorio (discurso de Moreau, Boca Juniors, noviembre de 1985). Desea exhibir las galas de la Ilustración argentina sin dejar de estar atento a las menudas repartijas de los ámbitos administrativos, sin dejar de ser ni más ni menos que la política argentina en su expresión más llana y tradicional.⁷

La ética alfonsinista quiere usufructuar lo mejor del hecho de ser una “conciencia exterior” frente a las violencias simétricas de la engegueda república de la década anterior, sin ninguna de las cargas que origina esa exterioridad. Principalmente, la carga de representar al justiciero bonapartista que al juzgar el pasado clausura jurídicamente y descalifica políticamente los modos de conciencia política más activos y dramáticos del pasado inmediato. Esa ética puede resolverse en un humanismo inoperante que al final ni fortalezca la tradición humanística ni impida nuevas violencias irracionales.

El idealismo humanístico argentino tiene muchas y generosas fuentes éticas en las que inspirarse. Veamos apenas una: el “denuesto” a la concepción del “hombre mercantil” de la ciudad puerto, esbozado por Martínez Estrada en los años treinta como crítica a la impostación política de las burguesías nativas. Esa era una invitación para “reinventar el hombre argentino” fuera de las tramas de relaciones “fenicias” que caracterizaban al complejo cultural simbolizado por la ciudad de Buenos Aires.

Un discípulo *avant-la-lettre* de Martínez Estrada —Ernesto Che Guevara— convirtió esa tesis en la idea de hombre nuevo y la hizo una pieza fundamental de la ética socialista-tercermundista.

En las antípodas del protoguevarista Martínez Estrada, la ética de Krause se basa en la sacralidad de la Persona y el Estado, pero ni siquiera llega a ser el

7. Por eso, Mario Bunge no podría coincidir en el fondo con Alfonsín, por más que ambos sitúen en el 30 el origen de los males argentinos. Similarmente Delich no es Klimovsky: el primero pertenece al ejercicio de la política dentro de una tradición argentina más o menos convencional —aunque con revestimiento “científico-social”—, y el segundo pertenece a una corriente de pensamiento ilustrada cuyas raíces se encuentran en el espíritu de una de las filosofías europeas de la época: la “filosofía-analítica”. La diferencia entre la verdadera Ilustración y la “ilustración alfonsinista” puede verse también en la tarea de Pacho O'Donnell. Llevó a Bibi Andersson a Mataderos y explicó eso como parte de un plan de “cultura democrática, al alcance de todos los vecinos y del pueblo”. El episodio en sí podría haberse rescatado más bien desde un ángulo cortazariano, como un acto de humor fantástico donde las rutinas en un barrio popular se quiebran por la insólita presencia de una actriz sueca. Pero en vez de pensar en el “pasaje” entre la señora de Cinamono y Bergman, O'Donnell prefirió tomarse la cosa en serio, en un gesto de verdadera cultura kitsch radical.

imperativo categórico. Pues desde el imperativo categórico, que recomienda no hacer excepciones en nuestro favor y permite elegir para el mundo lo mismo que admito para mí, se entregan muchas razones de militancia política para ampliar las fronteras de sensibilidad de cualquier sociedad.

El alfonsinismo exhibe el tema de la ética, pero no consigue relacionarlo con la historia de luchas entre diversos sujetos políticos; descubre reglas fundamentales para la convivencia, pero no sabe decir en qué momento también se las aplica; asegura que su racionalidad es la del sistema que resguarda a todas las partes, pero no quiere explicar claramente su condición de ser también una de esas partes; desea ver a la sociedad con sus dinamismos y carencias, sin privarse de invertir esfuerzos en constituir “apoyos sociales” —acto de Boca Juniors—, pero cuando percibe lo social como adversario, se refugia en la sacralidad de las instituciones, declarando apenas que lo social es “una discriminación positiva hacia los que están abajo”.⁸

De este modo, el alfonsinismo desea reconstituir la política como una palabra que reúne a los hombres alrededor de lo que en cada momento es el sentido central de las cosas, de lo que en cada momento se traduce por aquella personalidad social básica que define al “sujeto democrático”. Esta tesis alimenta tanto el llamado a las grandes convergencias y síntesis —así en el discurso de Parque Norte— como produce un inesperado recurso discursivo que el presidente esgrime —en los últimos tiempos— muy fluidamente. Ese recurso consiste en un derecho a la exclusión de los “excéntricos” y “descentrados”, repitiendo en la acción política diaria su acta de origen: el “gran enjuiciamiento” a los irracionales convergentes que fabricaron “por derecha e izquierda” el infierno de voces bélicas que fue la política argentina de “diez o doce años atrás”.

Por eso es que el alfonsinismo pudo sentirse en su mejor momento durante el transcurso de las acciones jurídicas con las cuales se enjuiciaba a los nueve comandantes. Allí coincidía con la necesidad social, ampliamente compartida, de retirar de la impunidad los actos cometidos al amparo del terror clandestino, institucionalizado por las Fuerzas Armadas en el Estado. Pero para el alfonsinismo, se jugaba además la necesidad de tornar figuras jurídicas inteligibles a esos hechos, con lo cual saldrían de la crónica histórico-política para entrar en un terreno de imputabilidad, al alcance del habla de las leyes. De este modo, el centro político de la sociedad hablaría ventrílocuamente por medio del aparato legal, que torna visible una parte de lo sucedido en las sombras, pune aquello sobre lo que

8. “La modernización”, dice Juan C. Portantiero, “debe estar fundada en una política de discriminación positiva hacia los que están más abajo para hacer más cortas las diferencias sociales” (reportaje en *El Periodista*, N° 73, febrero, 1986). El concepto pertenece a Salvatore Veca. Alfonsín lo incluyó en su discurso. En realidad, tal como está formulado, desde una teoría del contrato político, corresponde a una seria involución en la reflexión sobre la justicia social. Ella ya no es el centro de la reflexión, sino que ocupa el mismo estatuto que, por ejemplo, ocupaba la “cuestión social” en el pensamiento finisecular de la Iglesia. Inclusive, decir “discriminación positiva” está por debajo de los documentos oficiales de la Iglesia que hablan de “opción preferencial”.

las pruebas arrojaron luz y recupera las voces militantes del pasado a costa de un despojamiento: las convoca como testigos que tienen su peso testimonial en relación directa con su “ingenuidad” o “inocencia”, ya sea porque esa inocencia era un hecho irrecusable, situado en la base de la condición de testigo, ya sea que el testigo mismo fuera elaborando su testimonio desde un natural desnudamiento de su condición identitaria. Identidades que en el pasado pudieron hacerlo un militante embanderado, pero que ahora eran una condición que se hacía irrelevante frente a las retículas legales. Esa condición política se esfumaba por ininteligible, en el entramado de los discursos jurídicos.

El alfonsinismo debate políticamente: en el discurso del Congreso (1983), eligió refutar la tesis de que “el poder viene de la boca del fusil”. En el discurso de Villa Regina, más allá de las derivaciones coyunturales, la discusión con el PC se realiza sobre bases argumentales históricamente correctas. Hasta aquí se parece a la discusión política que entablaba Perón con los “periféricos” de su sistema de conducción. Exigía Perón que ese sistema fuese considerado como “históricamente datado”, y reclamaba que lo que era una conducta inscripta positivamente en el “dispositivo” (los hechos de armas propios de las “formaciones especiales”) fuese considerado una conducta despojada de contenido en otro momento dado, posterior al primero. Por eso el llamado a la “desmovilización” en 1973 y el surgimiento de la metáfora del “plato”. Era un esfuerzo por constituir el “centro” a partir de la aceptación de la historia de cada grupo como una crónica cambiante al amparo de lo que el “núcleo solar” demandaba de ellos. Se respetaban identidades, pero se les pedía mutaciones permanentes.

¿Cuál es la diferencia con el “bonapartismo de la ética”? Que en el lugar donde se dice ética, lo que en verdad existe es la regla formada por el aparato de leyes y el uso que la institución jurídica hace de ellas. El “plato”, ahora, también incorpora potencialmente todas las voces, pero despojadas de identidad.

La revulsiva sociedad argentina de los años setenta consiguió doblegar la pedagogía de la “conducción política”. Esta cuestión (preservar la razón autocentrada del gobernante) reaparece ahora bajo la forma de un orden jurídico. En el Juicio a los Comandantes se conforma el terreno más espectacular desde el cual —al mismo tiempo que la sociedad rearma sus voces, reaprende la acción de formar relatos públicos para contar hechos originalmente preparados para no tener cronistas—, podemos observar cómo se entrelazan las diversas éticas testimoniales hasta empalmar con lo que debemos considerar el mejor momento del “bonapartismo ético”. Un momento cuya nada desdeñable consecuencia —algunos comandantes presos— no siempre se explica ponderando cabalmente lo que ella tiene de “jurídico” o de “simbólico”.⁹

9. Marcelo Stubrin trazó un equivalente de la “primacía de la política” en el discurso del Luna Park (noviembre de 1985). Pero luego declaró que la “política se hace sin símbolos”, a propósito de su entrevista con Rockefeller. Explicó así esa entrevista: “Hice oír el punto de vista del interés

En el discurso de Parque Norte se formula una “ética de la solidaridad”. Es evidente que no es esta pobre definición la que está asociada finalmente a la problematización oficial del concepto de ética. Solidarismos, de raíz cristiana o laica, fueron siempre aludidos por todas las fuerzas políticas argentinas, y es de sobra conocido la invocación permanente que de él hizo el peronismo. Es claro que sería bueno que el alfonsinismo dijese a qué ética —a qué pacto esencial entre valores sociales y acción política— se está refiriendo. Pero es comprensible que sea balbuceante en este punto.

Porque al decir Ética está constituyendo una trama ideológica desautorizadora de las experiencias sociales, de las biografías políticas y de los juegos existenciales inscriptos en las lógicas y conocimientos de la etapa histórica anterior. Movilizaciones bajo la señal liberadora de entonces revelan ahora perfiles “golpistas”, horizontes extremos de la lucha, bajo las coordenadas de época, tenían agazapado al “autoritarismo”, y quienes eran arrojados a bocanadas a la historia para protagonizar la “liberación nacional y social” son ahora un dato alucinado cuya única misión —ya que eran los “corporativos” de la violencia— suponía generar una contrafigura opuesta pero en verdad complementaria y equivalente: la del represor.

Sin embargo, hay un lugar que muy especialmente permite seguir los pasos con que se levanta esta ética. Se trata del lugar en el que se hicieron oír las voces reclamadas para testimoniar en el juicio a los comandantes. Seguiremos a esas voces. La del paisano Solanille, por ejemplo, que en acto de ver, ya supo todo. O la de Magdalena Ruiz Guiñazú, que realizó otros itinerarios.

El Juicio es una gran gesta cuyo protagonista fue la conciencia jurídica y la gran tradición humanística universal asociada a ella. A la vez, sus héroes, como el fiscal Strassera, continuamente podían comprobar cómo su actividad específicamente jurídica —digna, reveladora—, era excedida por otras implícitas lecturas más riesgosas, más limítrofes, más cercanas a los signos irresueltos de la lucha social argentina. Aquí no va a leerse una crítica tacaña. Aquí se intentará describir de qué modo, en el Juicio, el acto emocionante de ver, de testimoniar, de pasar de la ignorancia al saber,¹⁰ llevaba a la formulación de una interpretación política de los hechos —llámese ética— notoriamente inferior a lo que ellos mismos nos contaban.

nacional en círculos que habitualmente reciben la opinión de los enemigos de la nación”. Con esto, el mundo de símbolos de la política se convierte en un agregado de interlocutores neutros que intercambian opiniones entre sí. Pero para deshacer la pésima impresión que esto causa, pasa a interpretar la prisión de Videla como un hecho más “simbólico” que “jurídico” (ver *El Periodista*, febrero 1986).

10. Strassera también ha dicho que “la violación de los derechos humanos en la Argentina era de tal magnitud que solo lo descubrí en el juicio”. Declaraciones en Madrid, *Clarín*, enero 1986).

LA MIRADA DE SOLANILLE, LA ÉTICA DEL OJO CURIOSO

La mirada casual es el arma del testigo. No debe elegir la circunstancia de la mirada, pues eso lo inhabilitaría. La escena lo elige. No es el testigo el que elige la escena. Sus ojos, presentes por acaso, son su única fuerza. Pero una mirada sin intenciones también es su debilidad. En efecto, para alguien que se hace presente a un cuadro de situación de un modo involuntario, exterior e inesperado, la certeza sobre los hechos observados siempre debe vivir con la duda narrativa y los fantasmas de la ilusión. Todo observador fáctico queda preso de las redes de lo imaginario cuando se convierte en narrador.

Sí, lo que el testigo realmente ha mirado, puede “rezumar falsedad” (Cortázar). Eso lo comprueba cuando debe pasar al relato. El paisano José Julián Solanille debió defender en su relato —en su declaración como testigo en el Juicio a las Juntas—, la veracidad de sus constataciones. Pero Solanille no era apenas un testigo involuntario. Su curiosidad, y el ingenuo despojamiento de su conciencia, lo llevaban también a convertirse en alguien que tenía voluntad de saber. Había atesorado, Solanille, escenas primarias de horror que había visto desde una pequeña colina, montado a caballo. Era jornalero en una chacra cordobesa, en la Loma del Torito, entre Malagueño y La Calera, contigua a las instalaciones que ocupaba el campo La Perla, dependiente del III Cuerpo de Ejército (*Diario del Juicio*, N° 13; *Nunca Más*, capítulo 1, sección F). Solanille quería saber, pues ya había percibido “cosas raras” en la Loma del Torito. De modo que el testigo no es aquí un mero acaso visual que completa el cuadro, sino alguien que busca deliberadamente enfocar escenas y fijar sus figuras.

Así, todo se devela cuando un vecino, “que también había escuchado comentarios”, lo invita a la comprobación común. Eran comentarios sobre “tumbas donde se sepultaba gente de La Perla”. Subieron los dos la loma, a caballo, y vieron un espectáculo alucinante que cabía en una breve descripción, de ceñidos recursos narrativos.

“Cuando estábamos en la loma”, relata Solanille, “empezaron los disparos y vimos correr a un hombre encapuchado, con las manos atadas a las espaldas, que caía y se levantaba hasta que cayó... otras personas iban cayendo, también atadas, y con anteojos pintados de negro que brillaban al sol”. Hay en esta sucinta narración el soplo contenido e inspirador que caracteriza a muchas literaturas de acción. Solanille, posteriormente, se torna enteramente tributario de los que sus ojos habían visto. (En este caso, lo que vio eran también hombres que corrían sin ojos, con el rostro envuelto en capuchas o con anteojos que cohibían la visión).

Esclavo de esas imágenes fugaces y sintéticas —que condensaban un inequívoco sentido de lo siniestro— Solanille se hace molesto. Empecinado, cuenta lo que vio. Ya lo sabe todo, y si sus palabras no alcanzan para abarcar todo el registro de los hechos (la génesis completa de las historias que llevaron las cosas hasta

allí, hacia esa y otras corridas inútiles por descampados, antes de que un tableteo cerrase cada movimiento como si fuese una frase ya completada), su intuición de hombre de campo le dice que está en posesión de una de las claves que condensan la lógica de ese momento y de esa época.

Cuando debe hacer los reconocimientos, ya no había rastros. Ahora inexistentes, los vestigios de lo que Solanille había presenciado se convertían en historias que permanecían apenas como imágenes de su cerebro (*Nunca Más*, p. 226). En las declaraciones que hace en el Juicio a las Juntas, los abogados defensores insinúan que había bebido, que es un alucinado. Sucede que Solanille se había convertido en el obsesivo apéndice testimonial de los fragmentos escenográficos prohibidos que había observado desde la colina. Si antes hubo locas de la plaza, que ya nadie se animaba a llamar así porque la locura era decir lo impensable pero lo impensable acontecía, Solanille heredaba esa locura de haber mirado el horror, porque solo queda horror cuando se disuelven los resabios materiales de un daño y persiste una hendidura en el recuerdo. Solanille custodiaba esas huellas visuales solo comprobables por su relato. Era el loco de la colina.

Como testigo, este paisano cordobés vio y quiso saber. Su ética estaba en servidumbre absoluta respecto a su conciencia enteramente abierta a lo que pasaba en los subterráneos del poder. Era una ética rústica y repentina, iluminada por una elemental inmediatez: quien contempla una ofensa a la vida que el propio victimario quiere ocultar (actuando en un descampado, entre conjurados, privando a sus víctimas de ojos y nombres), debe de inmediato decirlo todo y no dormir más.

EL ITINERARIO DE UNA CONCIENCIA: MAGDALENA RUIZ GUÑAZÚ

Si Solanille supo todo de golpe, hubo otras conciencias que expondrán su incorporación al conocimiento de lo que pasaba en las tinieblas, como una progresiva abertura hacia la comprensión de lo siniestro. Tal como en las clásicas investigaciones, esa abertura era conducida por indicios cada vez mayores, cada vez más claros. A fines del 76, siendo conductora de un programa radial matutino de información, Magdalena Ruiz Guñazú recibe las primeras evidencias sobre desapariciones, transmitidas por algunas madres de los desaparecidos. “Yo no sabía quiénes eran las señoras que me venían a ver”. Después de eso, según relata en sus declaraciones ante la Cámara de Apelaciones, “comencé a enterarme de una cantidad de cosas” (*Diario del Juicio*, N° 7).

Más adelante, otro grupo de señoras le trae datos más concretos. Luego, sucede “la desaparición de un colega nuestro”, un fotógrafo de Atlántida. Eso lleva a la periodista Ruiz Guñazú a tratar públicamente la cuestión, en su programa. “¿Cómo era posible que un hombre de bien, de trabajo, un día sale a tomar un colectivo y no aparece más?”. Después de quince días, el fotógrafo aparece. Los captores le piden disculpas. “Había sido una equivocación”. La periodista redobla

desde entonces su preocupación sobre el tema, incorporándolo cotidianamente a sus comentarios. No tardan las amenazas y las advertencias del gobierno. Pero aún la periodista cree que puede encontrar respaldo en algunos funcionarios. Ahora sabe que “uno a veces es muy ingenuo... a lo largo de estos años fuimos corroborando cosas que nos parecían absolutamente imposibles que hubieran ocurrido” (*Diario del Juicio*, N° 7, p. 153).

El itinerario de la conciencia de Magdalena Ruiz Guiñazú va de la ingenuidad a la plenitud del reconocimiento. De una a otra estación, lo que se muestra es una ideología de la ética, solicitada para intervenir, activada espontáneamente por sucesivos descubrimientos de que se están violando valores fundamentales. “Es un dilema de conciencia”, declara Ruiz Guiñazú. “¿Es lícito hacer desaparecer una persona? Mi respuesta es no; mientras viva voy a luchar contra eso, de modo que eso es un juicio de valor que atañe al sentido ético de la vida” (*Diario del Juicio*, ídem).

Sentido ético de la vida significa aquí la apelación a los valores más genéricos de preservación de la integridad de la persona, inscriptos en la cultura de todas las civilizaciones y en el patrimonio humanístico de las religiones y formas del derecho conocidas. Con todo, Ruiz Guiñazú no permanece apenas en el plano de lo que podríamos llamar una ética de los grandes mandatos genéricos de preservación de valores. Sabe también explorar las virtudes de una ética de comportamientos sociales, encargada de discriminar valores diferenciales en hechos que parecen significar iguales proporciones de violencia. Así, “si tenemos la responsabilidad de ser clase dirigente, de ninguna manera podemos dejarnos arrastrar ni por esa violencia ni por ningún otro exceso, porque [...] el terrorismo de Estado es sumamente grave y mucho más grave que el terrorismo ejercido por aquellos que no reconocen un orden social”. Esto es así, agrega la periodista, porque el terrorismo de Estado “deja desprotegido al individuo, porque no tiene instituciones a las que pedir auxilio”. Como se ve, esta ética implica una operatoria capaz de interpretar la diferencia entre dos tipos de violencia, otorgándole mayor gravedad a la que surge de la clase dirigente y del orden estatal, pues justamente se espera de ellos otra cosa.

Para Solanille, el recurso del conocimiento era la mirada inmediata y una ética compulsiva; era un calco material del ejercicio de la vista. Para Magdalena Ruiz Guiñazú, el recurso cognoscitivo se funda en una conciencia evolutiva que va adquiriendo sucesiva lucidez, amparada en diversas estribaciones éticas: una ética genérica (humanista-preservacionista) y una ética de responsabilidad social que falla más duramente contra la violencia que emana del Estado. En este caso, al mismo tiempo que esa conciencia aparece como exterior a las acciones que debe juzgar (recordándole a la clase dirigente los principios que ella estableciera y que ella misma niega), recoge todas las evidencias de que perturba a los directores de la violencia ilegal, corriendo el riesgo de ser vista como aliada potencial de uno de los contendores.

Se trata de un capítulo denso y bien escrito, de las peripecias del humanismo burgués en la Argentina. Esta es una de las tramas ideológicas formativas

del ejercicio de la política, de larga tradición entre nosotros. Esta ética encuentra su especial protagonismo en conciencias sensibles que despiertan cuando las luchas materiales distancian los métodos utilizados de los valores que dicen defender. Puede recordarse el film *La historia oficial*. En él, Norma Aleandro representa la misma parábola de conciencia de la periodista Ruiz Guinazú: del usufructo inconsciente e ingenuo de privilegios hasta la dramática toma de conciencia, que establece un espacio trágico de confrontación entre lo que ahora se sabe y el pasado que será necesario criticar. Filiada en la misma veta espiritual, se encuentra la labor y quizás la propia biografía de Marta Lynch. La Colorada Villanueva tiene su vida lacerada por el vendaval de las violencias “opuestas y complementarias”, proyectadas en el seno de su misma familia. Solo le queda la piedad, la resignación solitaria y una heroicidad doméstica en la que plantea su postrer intento de visitar los dominios del amor (Marta Lynch, *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*).

ERNESTO SABATO Y EL CICLO NACIONAL-POPULAR

La Revolución de Argelia difícilmente haya tenido mayor repercusión fuera de su morada natural —el Mediterráneo europeo y africano— que en el Río de la Plata. El FLN argelino rondó por la imaginación de las varias Jotapés de los años sesenta. Después, fue obligatoria la lectura de Frantz Fanon, que afirmaba que la violencia anticolonial era un primer acto necesario para que el colonizado recobrase su identidad cultural y humana. Sartre estaba a la cabeza de la red de solidaridad argelina en el continente europeo, apoyando al FLN, cuestionando a los torturadores del Ejército francés y amparando la estrategia armada del movimiento árabe insurgente como un método de lucha necesario, además de exorcizador de los seculares lazos de sumisión a la Europa colonial.

Había alguien que no pensaba así. El franco-argelino Albert Camus condenaba “las dos violencias” sin dejar de apoyar un plan moderado de independencia argelina, basado en los dirigentes “pascalianos” del FLN. (Es decir, los dirigentes argelinos educados en Francia, respetuosos tanto de la racionalidad como de las “verdades del corazón”). Decía Camus que terroristas civiles y torturadores se apoyaban mutuamente, cada uno en el crimen del otro. Los que como él rechazaban simultáneamente al que ponía bombas en bares y al que picaneaba en el subsuelo de los cuarteles de los paracaidistas franceses, debían proponer la “utopía no ruinosa” de desarmar esa espiral alienada, en nombre de una paz con autonomía política sumada a una integración de las dos culturas. Como se sabe, el espíritu sartreano-fanoniano se adecuaba mejor a los acontecimientos. Camus estaba tallado por un moralismo ingenuo, que lo hacía sospechoso de reaccionarismo.

Ernesto Sabato publica *El túnel* en la Francia de posguerra gracias a la influencia de Camus en la editora Gallimard. Cuando cae Perón, en 1955, Sabato retoma todas las posiciones camusianas y las derrama sobre el conflicto argentino. Es tan

repudiable, decía aquel Sabato, que las policías del peronismo hubiesen perseguido intelectuales de oposición como que ahora la Revolución Libertadora torturase obreros peronistas en las comisarías. Cuando renuncia —en señal de protesta— a las funciones culturales que los militares golpistas le habían confiado, surge del oficialismo una insólita acusación: “Sabato peronista”. (Puede consultarse la polémica Ramos-Sabato en *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, de J. A. Ramos).

Peronista para los gorilas, gorila para los peronistas, Sabato hacía el papel de un incomprendido Camus rioplatense, siempre próximo a los poderes emergentes, pero también portador del engatillado resorte de la “preservación de los valores humanos fundamentales”, sin los cuales ninguna revolución, por más justa que fuese, valdría la pena de hacerse. Es claro que siempre tuvo una idea apenas conmisericordiosa sobre la conciencia política de los obreros peronistas (puede consultarse el capítulo 27 de *Sobre héroes y tumbas*), pero en *Abbadón el exterminador* se siente en condiciones —corre el año 1973— de dar una visión más generosa de aquellos que de todos modos considera equivocados: los insurgentes del Plata, los “fanonianos” argentinos de la Jotapé y aledaños, que confían en la lucha armada para llegar al reino de la justicia y las libertades últimas.

Fanon había triunfado en Argelia, Camus, en cambio, acaba totalmente desacreditado. En la Argentina, los discípulos de Fanon marchaban al insospechado holocausto. El seguidor de Camus tenía entonces la oportunidad de recordarlos como víctimas infelices, después de discutir con ellos (convirtiéndolos en personajes de su novela de 1973). Entonces, entre nosotros, sería el espíritu camusiano el que se erguiría sobre la catástrofe, condenaría a los extremos y en nombre de la ancestral sabiduría del moderado que corre los riesgos de la época solo por ser moderado, se lanzaría a investigar los últimos habitáculos infrahumanos en los que habían sufrido los cuerpos de los revolucionarios fracasados. Aquí, Camus sería superior a Fanon y Sabato demostraría la viabilidad del equipaje moral del mediador humanista. Era posible en la Argentina aquello para lo que el Mediterráneo había sido renuente.

Cuando se conoce el veredicto del Juicio a los ex Comandantes, Sabato se muestra conforme. Esperaba más, pero dice que en el mundo nunca hubo una condena semejante. Y reflexiona: “Pensemos que la propia República Francesa tampoco castigó a los culpables de los atroces crímenes cometidos por sus Fuerzas Armadas durante la guerra de liberación de Argelia, crímenes denunciados en su momento por grandes y libres intelectuales franceses” (*Clarín*, diciembre 1985). Homenaje a Camus y comprobación orgullosa de que el discípulo argentino había ido más allá que su maestro.

Una ética agónica, propia de un misticismo laico, de un profetismo desencantado y sin dioses propiciatorios, es lo que anima a Ernesto Sabato. El escritor “carga fantasmas” y decide situarse en el medio de las trincheras: la tarea lo agobia, el fantasma de la disgregación social podría triunfar, mientras que el

fantasma que lo tienta a compartir la suerte de los jóvenes luchadores debe ser austeramente contenido en nombre de la misión pacificadora. Sabato acompañó así todo el ciclo nacional-popular, desde la caída de Perón hasta los campos de concentración donde se destrozaban los testimonios —entre otros— de lo que fueran las hipótesis de revolución social que el peronismo juvenil había acuñado desde los años sesenta. Sartre había acusado a Camus de pertenecer a “la república de los inocentes”. Pero el autor de *Abbadón* podía disfrutar de una reconfortante respuesta redentora. ¿Acaso ser inocente no da sus frutos? Eso podría haberle dicho a Sartre, si fuera el caso. De ese modo, en nombre de esa ética del inocente (que juntaba el humanismo clásico de declaraciones de derechos y encíclicas sobre la persona, a una idea de responsabilidad política cuyo llamado por primera vez se podía ver fructificando en la conturbada Argentina) sería posible reforzar el papel del mediador. En efecto, la inocencia no solo habilitaba para condenar a la represión estatal clandestina, sino que la reivindicación del desaparecido se asemejaba —en la mayoría de los casos— a la reivindicación de un inocente. ¿Quiénes caían en la redada del terrorismo estatal? Eso se pregunta el prólogo del *Nunca Más*, cuya inflexión es inconfundiblemente sabatiana. “Todos, en su mayoría inocentes”, responde. Inocentes de haber provocado violencias o de ser cuadros combatientes de la guerrilla, porque “estos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores”. Por un lado, si esta visión fuese correcta, la búsqueda del Desaparecido se tornaba la búsqueda del perseguido universal, con lo que la condena al Represor se prestigiaba desde todas las vertientes éticas conocidas. Por otro lado, revelaba la sutil solución de un problema. No se condenaba la represión sino que esta —ciega, irracional, ilegal—, no hubiera sabido discriminar entre sindicalistas, militantes estudiantiles, profesionales o sacerdotes progresistas, simples amigos de cualquiera de ellos, etc., respecto de otros universos de responsabilidad, ellos sí instrumentalmente vinculados a la revolución social. (Confróntese el prólogo del *Nunca Más*, p. 9) Sí, la represión clandestina no había discriminado; “inocentes” habían caído. Pero esta visión de las cosas —facilitadora del *ethos* del mediador—, ¿no introduce también una interpretación demasiado lechosa de los años de lucha y de los pensamientos límite que atravesaban a todos en la sociedad argentina? Llegados a este punto, diremos dos cosas. La primera: esta atribución de inocencias, se hace para reforzar en última instancia el punto de vista del enjuiciador; se realiza con reconocida valentía, pues el Represor, como veremos, considera que sigue siendo enfrentado en nombre de las mismas memorias anteriores, pero ahora oblicuamente. Es en este punto que parece posible preguntarnos si esta ideología del juicio es capaz de abarcar otra zona problemática de nuestra historia política, la que hace a la identidad de los desaparecidos tal como la había amasado la sociedad argentina. La segunda es esta. La arquitectura que el humanismo clásico, laico o confesional, proveía a

los militantes de una ética política (tan diseminada por los textos canónicos de las burguesías transformistas, como ausente en el crudo territorio de la política argentina) anticipaba claramente sus consecuencias: una implementación jurídica. Sin que la argumentación se resintiese ni cambiase en ningún aspecto fundamental, Sabato dejaba aquí paso a Strassera.

STRASSERA, LA TRANSFORMACIÓN DE LA CONCIENCIA DEL TESTIGO EN CONCIENCIA JURÍDICA

Digamos algo más sobre la cuestión revolucionaria en la Argentina, antes de entrar en el tema anunciado por este subtítulo.

Relación efectiva y contradictoria era la que existía entre peronismo y revolución, toda ella desenvuelta en el terreno de lo ambiguo, de lo desesperante y paradójal: se anunciaban cambios irreversibles que bien se festejaban como primicia liberadora, bien se interpretaban como procesos inevitables que, peligrosamente, “no se sabía dónde terminaban”. Pero son esos años, que al final fueron ocupados por la discusión de Perón con las organizaciones insurgentes precisamente sobre lo que se denominaba “el signo de la revolución”, los que están siendo juzgados desde el punto de vista del Ciudadano Universal. ¿Y qué es lo que ese Ciudadano nos dice? Que durante cincuenta años, grupos, personas e instituciones se habrían combatido, sacando de cuajo las cosas rectas y despilfarrando las fórmulas de la razón en nombre de alucinados mesianismos. La tragedia social argentina tendría esas anchas asentaderas. Por eso, perfecta y abstracta debería ser la fusión del plano jurídico con el plano ético, desde el cual se juzgaría a los responsables de las violencias espiraladas que ascendieron a los extremos al final del amplio ciclo descripto por la cifra de cincuenta años.

Llamaremos a ese a-topos enjuiciador tal como lo ha llamado el fiscal Strassera: la pérdida de la conciencia jurídica. Equivalente puntual de “la pérdida de la república”, el concepto alude a una forma de la politicidad donde se pierden las medidas y discriminaciones. En efecto, el pensamiento político de Strassera —en sus alegatos y dichos públicos— encuentra una expresión particularmente ajustada cuando polemiza con las Madres de Plaza de Mayo. El fiscal señalaba que estas utilizaban criterios similares al de la represión cuando, por ejemplo, no discriminaban entre un militar que cumplía órdenes y el que mandó matar. Del mismo modo, los represores “no distinguían entre una catequista que iba a trabajar a una villa, un chico que hacía una reclamación presuntamente izquierdista, uno que panfleteaba y pintaba, del que ponía una bomba”. Simétricamente, el mutuo pensamiento no discriminador de Madres y represores se priva entonces de reconocer los equivalentes actos de valentía que recorren a uno y otro grupo. En el caso de las Madres la valentía de hacer denuncias “en momentos en que nadie salía a la calle por esa causa”. ¿Y en el caso de los militares? Aquí es necesario considerar “la valentía de los oficiales

que tuvieron que vérselas en hechos reales con la subversión”. Pero de un lado y de otro, se evidencia la misma ausencia del pensamiento discriminador de casos. ¿Cómo efectuar esas discriminaciones? ¿Cómo saber quién era quién en esa sociedad en lucha, donde la subversión era una realidad innegable y en la cual la represión se hacía imprescindible? Pues a través de la única forma en que los hechos (culpabilidad del subversivo-reacción de las fuerzas que irían a inhibirlo o interceptarlo) podrían tener corporeidad: la existencia de condena judicial. “La falta de una condena judicial no es la omisión de una formalidad. Es una cuestión vital del respeto de la dignidad del hombre”, dice el fiscal en su acusación (*Diario del Juicio*, N° 19). Esa falta impedía la discriminación. Al no existir discriminación —reemplazada por la red operativa signada por la clandestinidad del represor, que “reproducía en sí mismo los males que decía combatir”— los hechos es como si no hubieran existido. “Aun cuando se tuviera prueba de que todos los secuestrados hubieran participado en actos de violencia, la falta de juicio y sentencia condenatoria impide que la República considere a esas personas como responsables de esos hechos”. De la misma forma, la misma ausencia de juridicidad impide reconocer “el sacrificio o el heroísmo de los soldados que participaron de la represión exponiendo lealmente su vida” (fiscal Strassera, *Diario del Juicio*, N° 6).

Frente a esa argumentación, es imposible desconocer que ella bebe, en primer lugar, de todas las evidencias que conforman los signos civilizatorios de nuestras sociedades. Y en ese elevado nivel de abstracción, propio de las doctrinas que garantizan inalienabilidades básicas gracias a la unidad entre el ser social y la presencia de la ley; propio, como dijimos, de muchos siglos de pensamiento jurídico humanístico burgués, se convierte en una pieza de inmediato valor político para la historia que vivimos. Es preciso afirmar, si por alguna razón eso fuera aún necesario, que la ausencia de ese pensamiento en las sociedades siempre se mide en vidas humanas sacrificadas al pie de los resortes donde el poder se manifiesta.

Sin embargo, aunque no cabe hacerlo rigurosamente aquí, es preciso reconstituir e identificar con más claridad las razones por las cuales el modo predominante de lucha política en la Argentina del último medio siglo reunió un hierático arsenal de violentaciones, arrebatos, faccionalismos e imagerías de un mundo nuevo, con una idea de costos y sacrificios tomada de todas las épicas disponibles en la escena política contemporánea.

Estas razones son de las que sorprenden a un Alain Rouquié. ¿Cómo tanta violencia crónica entre argentinos no estaba justificada por valores de cambio más estratégicos —el socialismo, por ejemplo— que estuvieran en juego? (Ver A. Rouquié, *Argentina hoy*). Esas mismas razones quieren ser conjuradas por un José Nun. ¿Cómo la “vida cotidiana” no muestra aún más fuerza para desarmar una idea de sociedad vinculada al Gran Suceso, al “discurso heroico”? (Nun, *Punto de Vista*, N° 20). Si se acepta el trazado más bien obvio de ciertas continuidades históricas, las respuestas son fáciles. Pero bien sabemos que elegir esas obviedades

parecería ahora ser débil frente a las encerronas ideológicas que abriga el relato histórico argentino. ¿Pero cómo hablar si no?

Digamos algunos nombres, ciertas líneas trazadas entre ellos. La idea de revolución, de Leopoldo Marechal al padre Mugica; de Lugones a Hernández Arregui; de Yrigoyen a John William Cooke; de Perón a Carlos Olmedo; de Jauretche a Milcíades Peña —como se ve, entrecruzamos los naipes—, ¿cómo hablarla? ¿Qué relato da cuenta de ella? O dicho de otro modo, ¿cómo contar lo que pasó en las tinieblas de la represión si se omiten las fronteras colectivas subjetivas que la sociedad tenía configuradas alrededor de valores revolucionarios de distinto signo? Decir que deben desaparecer esos relatos solo nos deja con una voz en pie, la voz jurídica, con sus evidentes consecuencias reduccionistas.¹¹

EL REDUCCIONISMO JURÍDICO

Retomemos la idea de Strassera: es preciso discriminar para juzgar. El aparato clandestino militar no lo hizo y convirtió a todos en inocentes, al mismo tiempo que privó al combatiente verde-oliva de sus justos reconocimientos en los casos pertinentes (cuando este había establecido “combate legal”). Esta idea, que el fiscal ha propuesto en reiteradas oportunidades, está tomada estrictamente del prólogo del *Nunca Más*, como ya vimos. Representa la continuidad de trabajo entre el autor de *Abbadón el exterminador* y el fiscal.

Está claro que quienes juzgan a los “vencedores” no son los “vencidos”. Son los representantes del universalismo jurídico argentino, que viene a reponer el sentido de la ley ausente y a quitarles bases de sustentación moral a las violencias no ingenuas de represores y guerrilleros, que se habían practicado fehacientemente en el país. Este pensamiento, que apuntaba a recrear el imán del centro político como significado ordenador de las acciones comunitarias y bajo la protección de la regla áurea por excelencia —el imperio de la legalidad restituida— corría el riesgo de no ser bien entendido. Una “travesura histórica”, dijo ver el almirante Massera en lo que estaba pasando con el juicio. Los vencedores son acusados por los vencidos, proclamó. Se equivocaba, tanto como se equivocarían quienes suponían que el juicio y sus veredictos deberían ser la continuidad —en otra dimensión— de los mismos sentimientos que tenían los insurgentes sobre la línea que separa la idea de justicia y de injusticia en las sociedades. Dijo más el almirante amigo de las pompas discursivas: a) que había una continuidad material entre los que estaban perdiendo

11. Contra ese reduccionismo se puede levantar una narración basada en “las apelaciones del pasado”, en la idea de que “somos tocados por un aire que fue respirado antes” y de que “lo que un día ocurrió no puede ser considerado perdido para la historia”. Son estas frases-programa de Walter Benjamin. Si no se las prefiere, podemos optar por ese mismo problema, tratado a la manera sartreana: ¿quién recupera actos políticos cuyos significados originales fueron disueltos por un presente cambiante o por otro poder hegemónico?

la guerra y “el sistema de persuasión” vinculado “al sagrado tema de los derechos humanos”. Y b) que “terminado el fragor de la guerra, todos los muertos son de todos” (*Diario del Juicio*, N° 20).

Ambas cosas son contradictorias. La primera lleva a condenar lo que se interpreta —indebidamente, ya vimos— como un complejo homogéneo de intereses: insurgencia armada-defensa humanística de los derechos del individuo. La segunda apunta a establecer otra sutil continuidad, radicalmente diferente a la anterior. La continuidad casi fáustica (estamos aquí en los dominios de una épica de contornos no menos que satánicos) entre la proyección revertida de la gesta insurgente y el deseo de realización política de los contrainsurgentes. Represor y reprimido pueden intercambiar sus figuras si aceptan que la muerte es el límite común, que los muertos serán “de todos”.

Esta cuestión ha sido abordada desde diversos ángulos, pero siempre a media voz y sin que aún hayamos llegado a un registro más preciso del núcleo terrible que la situación contiene: la colaboración inducida. Ese perímetro indecible donde desaguan, yuxtapuestas, la conciencia violentada del guerrillero con la del represor.¹²

Por eso, parecería posible sostener que los pensamientos que parten de las necesidades de la expresión bélica, tienden a preservar espacios comunes de lenguaje, por encima de las justificaciones diversas del enfrentamiento. ¿La colaboración por tormento induce a llegar a estas conclusiones? No sería justo. Es evidente que la sumisión por tortura adquiriría la forma de un desmontaje violentador de la subjetividad, lo que podía llevar a un trueque penoso y sórdido de sobrevivencia por

12. Miguel Bonasso, en *Recuerdo de la muerte*, enfrenta al demonio. Lo hace a través de un héroe positivo, Dri, quien finge docilidad y colaboración mientras su “segunda conciencia” mantiene una astuta lucidez. Por un lado ya no se siente montonero, pero por otro lado, una retórica secreta de fidelidad militante le sirve como instintiva compulsión de fuga. Cuando escapa, no solo demuestra el triunfo de la conciencia íntima que no fue “quebrada”, sino que redime —a la distancia—, a todos los involucrados en el mecanismo de la colaboración inducida, crudamente relatado, pero no sin compasión, por Bonasso. No deja de ser extraño que apareciese otra versión de estos mismos episodios, ahora desde la interpretación de los oficiales de la Esma que desarrollaron el plan de “recuperación de subversivos”. Esta insólita versión fue escrita por un cierto Eugenio Méndez, con el título de *Confesiones de un montonero* (Sudamericana-Planeta, 1986). Todas las reflexiones sobre torturas y campos de concentración —por otra parte—, contienen clásicamente este tema revulsivo: situaciones de “matrimonio abyecto” entre torturador y torturado (Sartre); las jerarquías del administrador concentracionario operando en la conciencia del detenido (Bettelheim), etc. Por lo demás, existen las estéticas que consagran las “secretas afecciones” entre culturas enemigas o enfrentadas. Es el caso de Borges. Juzga el espíritu hebreo, como parte de la conciencia nazi, en “Deutsches Requiem”. O bien, interpreta que Hitler “colaboraba de modo ciego” con sus victoriosos enemigos (anotación al 23 de agosto de 1944). Son ejemplos entre tantos otros. El mismo Borges, cuarenta años después, utiliza el similar recurso de colocar la inverosímil presencia de “un día” cualquiera en el esquema de la “eternidad”. En el ensayo titulado “Lunes 22 de julio de 1985”, comenta la declaración de un prisionero de la ESMA, ex militante del Peronismo de Base, que acaba encargado de la sección documentación de esa cárcel clandestina y se propone obtener sigilosamente toda clase de material incriminador contra sus captores. Sin comprender muy bien la situación, Borges dice: “los réprobos se confunden con sus demonios” y “el encarcelado y el carcelero acaban por ser uno”.

reversión ideológica. Esta era la forma vil de la dialéctica del amo y el esclavo, uno de los extremos de la vida política que ahora sabemos que existe.

No sirve esto para reflexionar sobre un supuesto “estamento bélico común”, sobre una orden de guerreros de plural orientación pero que con su complementaria coreografía de opuestos arruinaba el espacio público argentino. ¿Acaso era este un suelo común a-ético, carente de “axiologías comunes”, donde imperaba el “no transar”? (Alfonsín en Parque Norte; el “no transar” se remonta al yrigoyenismo, y es usado profusamente por Perón y Cooke en 1957 hasta 1960; de allí la toma el “socialismo de vanguardia”). Sin embargo, esa búsqueda actual de la “axiología común” parece solo tener éxito cuando se remite al espejo donde (según las tesis del “bonapartismo ético”) se daban los valores (negativos, pero valores al fin) que reunían en un maridaje demencial, a un Dardo Cabo con un Turco Julián, un José Luis Nell con un Acdel Vilas.¹³

Este *continuum* de “valores” entre los represores y los derrotados amigos de la violencia aparece como la proyección invertida del mundo ético que el alfonsinismo se atribuye para fundar otro relato de las luchas sociales argentinas. La mayor realización de esta ética de sobrevuelo consiste precisamente en darle la palabra a la ley, para escuchar —como oído privilegiado— las narraciones del subsuelo y para convertir a esas conciencias que relatan, en un conjunto de pruebas materiales. Como sabemos, la ley ha estado por debajo de lo que se ha escuchado. Se sabe: una cosa y la otra —que se levantarán relatos y que hubiera puniciones en la forma del derecho— son grandes acontecimientos políticos en la Argentina de estos días. Como es obvio, no es eso lo que estamos observando, sino el retrato que a partir de aquí el alfonsinismo compuso para su *ethos* político.

En ese retrato se piensa que los intereses grupales anteriores estaban al margen de los perímetros de la ética, tanto como la conciencia jurídica de hoy no puede ser relacionada con compromisos políticos e ideológicos propios de los linajes culturales de la sociedad argentina. Doble error. Surge este pensamiento porque el alfonsinismo proclama la Ética reificada, un lugar celestial que le permita estar en la sociedad política sin perder la iniciativa y, simultáneamente, en un espacio privilegiado de valores desde donde guiar el mundo obnubilado de la política. ¿Por qué esta sagaz ubicuidad?

Porque el alfonsinismo no ha elegido una ética, no está problematizando la relación política-ética ni es el cabal heredero de las grandes tradiciones que interrogan mutuamente a la filosofía y a la sociedad. Lo que hizo fue atribuirse el

13. “Hubo que olvidar las leyes de la guerra convencional”, dice el general Vilas (*El Periodista*, febrero 1986). En la visión de este general, la guerra invisible contenía una propuesta de sociedad sin “partidocracia” y un proyecto explícito de integrismo ideológico. Difiera de la orientación poco después puesta masivamente en práctica por el golpe del 76, de mantener dos planos de realidad: la guerra “sin formas” y las formas aparentes del poder. La ideología de Vilas está en obras como las de Jean Larteguy. Se trata de la apología de la OAS.

habla de la Ética.¹⁴ Con eso, lo que quería afirmar era que toda la sociedad política se hallaba condicionada por un límite intraspionable: el retorno de los brujos, que ocurriría si las tablas de la ley, tal como habían sido acotadas, se desgarrasen. El “bonapartismo de la ética”, más que una ética es entonces una doctrina política que recubre el mismo lugar que antes ocupaba —por ejemplo, y no sin un dejo caricatural— el ejercicio de la “conducción”, tal como realizado por Juan Perón. Esta doctrina alfonsinista ampara ahora un gran acontecimiento —el Juicio a las Juntas— pero desea sobredeterminar el ejercicio de la política con la metáfora de un juicio político descalificador a todo lo que sean expresiones reivindicantes fundadas en algunas de las memorias políticas “sueltas” en la sociedad argentina: por ejemplo, en la memoria gremial, compleja como ella es.

El alfonsinismo, en un solo acto, ha fundado un espacio público democrático y al mismo tiempo lo ha cristalizado. Fija sus límites, lo inmoviliza. Escucha relatos y los comprime dentro de la máquina jurídica. Se puede hablar, dice, pero vale solo lo que el cedazo del derecho torna significativo. Se puede realizar libremente cualquier expresión política, aclara, pero vale solo aquello que pueda ser incorporado por el juego previamente pactado por los contendores.

El contraste entre todas las narraciones que hoy libremente se escuchan —desde Solanille hasta los intentos, en otro plano, de recrear los viejos horizontes de liberación social— y la parte menuda de ellas que el bonapartismo ético legitima, so pena de retorno de los miedos no tan remotos, es un contraste que el alfonsinismo ha inaugurado como su trazo estilístico. No sirve protestar por ello si no se reconoce la sutileza y las razones históricas de este mecanismo.

Una situación de estas características, con sus claroscuros, ventajas y somnolencias, nunca había existido en la Argentina. Pero tampoco es justo aceptar el pobre balance propuesto, en el que las efectivas experiencias democráticas parecen justificar el estrecho horizonte de un mediador social que previamente ha aceptado todos los condicionamientos que paralizan a la sociedad argentina. Una ética política que supere a las anteriores no está en otra parte que en la historia transcurrida en el inmediato pasado, y debe ser fundada a base de crítica, revisiones y descubrimientos que aún deben hacer todos por igual. Cómo será, no lo sabemos. Solo podemos decir que el liberalismo de raíz humanística y rostro jurídico

14. Por ejemplo, pudiera haber elegido la del nunca menos que respetable Max Weber, también dentro de la hoy revisitada tradición kantiana. En Weber, la cuestión del “bien y del mal” forma parte de un complejo sistema de paradojas, nutrido de diversos componentes de carisma, convicción o racionalidad que ingresen en los motivos de la acción. El mismo Borges formula una ética muy curiosa, pero esta sí inabordable por cualquier estamento gubernamental. Borges propone un mundo sin culpables ni recompensas —de ahí las mutuas atracciones entre adversarios—, pero como “infelizmente es Borges”, también infelizmente debe imaginar un mecanismo punidor que no permita crímenes reales. El hombre ético es un hombre caprichoso. Lo que, lejos de disminuirlo, pone la ética como arbitrio de la voluntad de preservar la vida, en una historia donde se cruzan equívocamente todos los destinos.

tiene mucho que aportar. Sería una incalificable mezquindad no reconocer sus realizaciones y su protagonismo en este último tramo de la vida pública argentina. El alfonsinismo es una parte efectiva de ese nuevo liberalismo, y como tal debe ser reconocido. Falta ahora que las tradiciones nacional-populares definan públicamente su programa ético, su carisma narrativo, su crítica historiográfica. Solo así, sin bonapartismos (admítase este imperfecto concepto), el debate será posible. Y recurrentemente, solo con ese debate las tradiciones nacionales populares podrán ofrecer los mapas clausurados, que ellas privilegiadamente contienen, de la transformación de la vida y la sociedad argentina. ■

AÑO 4 - N° 9

ABRIL DE 1986

NO LLOREMOS LA HISTORIA QUE NO FUE

Mario Wainfeld

Las repetidas victorias electorales del alfonsinismo nos han hecho abjurar de una hermosa frase: aquella que decía que el pueblo nunca se equivoca.¹ Buena parte de los integrantes del “campo nacional” opinan hoy lo contrario: el pueblo se ha equivocado en 1983 y 1985 (algunos añaden que hasta en la consulta del Beagle). Consideran suicida que haya elegido y consentido a Alfonsín.

Los recurrentes errores obedecerían a varias causas: la eficacia de la publicidad; la rechazación del electorado; el uso de las cajas PAN... Ese pensamiento menoscaba la voluntad popular; se parece bastante al esgrimido por los gorilas para explicar los éxitos electorales peronistas de hace trece o catorce años. Conduce a negar la política democrática de masas: si el pueblo es manipulable y “de derecha” no podrá llegar al poder obteniendo consenso racional para un proyecto de cambio. Presupone que —al votar al radicalismo— el pueblo rechazó un proyecto de liberación nacional. Es propósito de esta nota revisar esa certeza que no comparto... también sugerir que al alfonsinismo debe vencérselo políticamente y no acudiendo a una buena agencia de publicidad. Quienes le oponen apenas otra imagen no lograrán

1. No es el caso de Julio Bárbaro quien la utilizó en *Unidos* N° 7/8 (p. 283) para referirse a las últimas elecciones; Bárbaro llama “pueblo” allí al conjunto del electorado, razonamiento concordante con la tradición democrática... que no me satisface del todo pues parece excluir el concepto de enemigo que a mi ver conserva vigencia.

derrotarlo... a lo sumo ganarle una elección o varias. Vencerlo no es lo mismo: para eso es necesario desarmar un sistema político que Alfonsín intenta vertebrar y en el cual el peronismo, debidamente domesticado, puede tener su lugarcito.

DE GAULLE, SUÁREZ Y LA DEMOCRACIA DEL CARIBE

El discurso y las realizaciones de Alfonsín prueban que no desea ser un mero gobernante de transición, rol que cumpliera Adolfo Suárez en España. Se sueña fundador de un sistema político teñido y dominado por su partido, como De Gaulle en Francia. No busca apenas consolidar la democracia; también que esta conlleve los rasgos que ya definen su actual gestión. El alfonsinismo no cuestiona la condición dependiente de la Argentina, tampoco cuán injusto es en nuestro país el reparto social del poder, de los bienes económicos, del conocimiento y del prestigio. Es más: supone que alterar cualquiera de esas variables pone en peligro a la democracia. Su finalidad es mantener el sistema político aun (o merced) al precio de no tocar la dependencia ni la injusticia. No todos los radicales adscriben a este propósito por complicidad con el establishment. Muchos de ellos creen, de buena fe, que las disfunciones políticas y sociales que aquejan a la Argentina son consecuencia de la inestabilidad institucional. Son “marxistas al revés”: piensan que las instituciones son determinantes de los fenómenos económicos y sociales.²

El sueño máximo del alfonsinismo es ser el partido hegemónico del nuevo sistema político, al modo del PRI mexicano. Es difícil que lo logre: requiere un peronismo carente de fuerza electoral, hipótesis improbable a la luz de los comicios del 85.

El proyecto “de mínima” es más viable y por ello más peligroso: apuntalar un sistema político bipartidista “a la colombiana o a la venezolana”.³ Dos partidos dominantes (radicalismo y peronismo) poco diferenciados que se alternarían eternamente en el gobierno. Ambos hilvanarían discursos algo distintos que motivarían al electorado a variar de gobernante de vez en cuando. Contarían con gran capacidad para cooptar elites, lo que les posibilitaría apoyo de sectores medios y de líderes de opinión. Se beneficiarían (según el caso) de las ventajas de ser oficialismo (para obtener cargos para sus militantes y conseguir apoyos⁴ u oposición

2. Ver *El orden político en las sociedades en cambio*, de Samuel P. Huntington, Paidós, 1972.

3. En una nota anterior dije “a la colombiana” y algunos compañeros amantes de las precisiones me dijeron que mejor comparación sería el régimen venezolano en el que los dos partidos tienen algún perfil ideológico y no existe un nivel alto de represión. La discusión es menor pues se trata apenas de una comparación. De todas maneras creo que las diferencias ideológicas y de base social de peronistas y radicales pueden propender a difuminarse y a tornarse más aparentes que reales. En cuanto a la falta de represión no creo que pueda asegurarse que vaya a ser una característica estructural en la Argentina. La violencia ejercitada contra la delincuencia común, el comienzo del macartismo oficial permiten imaginar otro futuro o, al menos, no lo tornan imposible.

4. Véase en *Unidos*, N° 7/8 el interesante concepto de Norberto Ceresole acerca de los “partidos de servicios” (pp. 120/121).

para recomponerse de sus fracasos gubernamentales y proponerse como alternativa). El sistema —como suele ocurrir en los bipartidismos afiatados—⁵ giraría en torno de la decisión del electorado “flotante”, indeciso, no encuadrado, lo que impulsaría una creciente indiferenciación y vaguedad en los discursos, las realizaciones y hasta las apoyaturas sociales. La estabilidad sería la contrapartida del cambio: el sistema no cambiaría nada. Aceptaría un piso de marginados políticos y sociales cuya incapacidad organizativa o inferioridad numérica les impediría imponer cambios. La “democracia caribeña” podría incluir en su seno a una aristocracia sindical: de hecho los que tienen trabajo en la Argentina son —en términos relativos— privilegiados que tienen algo que defender.

Ese triste proyecto no es solo de Alfonsín; puede interesar al imperio y a los factores de poder quienes cederían un poco para conservar todo. Agradece al peronismo anacrónico del interior y aun a varios dirigentes de la renovación.⁶ Promete poder, cargos y prebendas por años y años. Su “único” precio es no alterar las relaciones de poder vigentes. Para Alfonsín no es magra ambición. Para lo peor o lo chirle del peronismo garantía de supervivencia y cierto poder. Para lo mejor del peronismo la eutanasia.

¿PUEDE ANDAR?

¿Puede andar este proyecto? Está pudiendo porque —a condiciones objetivas que lo facilitaban— se han añadido la habilidad de Alfonsín para consolidarlo y la incompetencia de sus contradictores para oponérsele.

Las circunstancias de las que emerge triunfante el alfonsinismo han sido abundantemente tratadas: el fracaso del tercer gobierno peronista; el terror tras el Proceso; el cambio de la estructura económica; la disminución relativa del aparato sindical; el quiebre de los lazos comunitarios; la desmovilización, etcétera.

Alfonsín apuntala esos factores que no generó con:

a) Su indiscutible e indisputado liderazgo sobre la clase media. Ha encontrado un sistema que satisface sus intereses y expectativas extraeconómicos, fenómeno no entendido por muchos peronistas que por economicismo le niegan toda importancia. El primer peronismo la ignoró, quizá como precio necesario de los cambios que emprendió, tal vez por intolerancia recíproca.⁷ Onganía la subestimó agre-

5. Esa era exactamente la propuesta para los países “en cambio” que formulaba el autor citado en la nota 2.

6. A Guido di Tella, por ejemplo, le agrada parangonar al peronismo y el Partido Demócrata de los EE. UU. Es decir, equiparar al argentino con el más conformista y menos ideológico régimen político de Occidente (ver sus artículos en *La Razón* del 11-10-84 y del 18-1-86).

7. Dice Jauretche en *Los profetas del odio* (Peña Lillo, 1973, p. 316): “[el gobierno peronista] cometió el error de desplazar y hasta hostilizar a los sectores de clase media militantes en el Movimiento, permitiendo al adversario unificarla en contra, máxime cuando se lesionaron inútilmente sus preocupaciones éticas y estéticas con una desaprensiva política de la administración y de la elección

diéndola más que a su bolsillo y fomentando así su radicalización de los setenta, relegada hoy a un incómodo recuerdo. El compromiso de ayer ha sido sustituido por la conciencia de clase.

b) Su capacidad para cooptar sectores intelectuales, cuadros medios y líderes de opinión en general. Es una aptitud cuyo efecto multiplicador no debe desdeñarse en una sociedad de masas imitativa y no exenta de esnobismo. Los radicales, sagazmente, les han “dado espacio” a Robledo, a Ernesto Sabato, a María Elena Walsh, a Brandoni, a Portantiero, a Lavagna, a Klimovsky. El peronismo troglodita, amante de los factores de poder e impulsor de un modelo autoritario, desprecia esta capacidad. Le basta con irritarse con la pléyade de sociólogos y psicólogos que pululan en la Argentina, “mientras los pobres no tienen qué comer...” como si comieran carne de científico social.

Un peronismo frentista con ánimo de representar a vastos sectores sociales sí debe preocuparse por el fenómeno. El peronismo de 1945 supo ser el sincretismo de Carrillo, Miranda, Sampay, Gatica, Jauretche, Scalabrini Ortiz, Manzi, Discépolo, Sojit (el padre), Marechal, Hugo del Carril. El del 73 convocó a dos generaciones y a toda una camada de intelectuales. Con otro tono, apoyándose en otra clase social, Alfonsín está intentando lo mismo, con éxito.

c) El chantaje: antes de ser electo Alfonsín prometía el paraíso. Ahora se limita a explicar que si él se va caeremos al infierno. Ya no más “democracia más vida más comida”. Ahora apenas “democracia o caos”. Dice que frente a él no hubo alternativa superadora ni en 1983 ni hoy. ¿La hay? Propongo al lector una complicidad. Imaginemos que la derrota del 83 fue una pesadilla, que el peronismo ganó las elecciones...

UCRONÍA

Como era lógico, el peronismo obtuvo la presidencia de la Nación y la mayoría de las gobernaciones provinciales el 30 de octubre de 1983.

Las primeras designaciones y medidas produjeron enfrentamientos internos y objeciones, pero fue innegable que el gobierno mostró valiosa iniciativa. El ministro de Economía Lavagna, rodeado por un grupo de jóvenes asesores (algunos extrapartidarios como el secretario de Planificación Juan Sourrouille), pergeñó un plan de emergencia que incluía congelamiento de precios y salarios y cambio de moneda. El “plan argentino” fue avalado por la CGT que ofertó organizar piquetes de inspectores para velar por su cumplimiento; el presidente Luder se opuso. El plan produjo sorprendentes resultados los primeros meses; la población lo

de los instrumentos de gobierno. Se manejó la política en forma pueril y hasta hacerla irritativa centrándola en los aspectos superficiales sin ahondar en las realizaciones gigantescas del proceso”. Coincide con este parecer Salvador Ferla en *El drama político de la Argentina contemporánea*, Lugar Editorial. Toda la obra analiza el tema pero ver en especial pp. 251/298.

cumplió a pies juntillas lo que fue interpretado y celebrado como la ratificación de la popularidad del gobierno. La inflación descendió abruptamente y no hubo desabastecimiento, contradiciendo las profecías de la Junta Coordinadora.

El “blanqueo” y el incremento de la presión tributaria allegaron fondos a las arcas fiscales. Andando el tiempo comenzaron a surgir problemas derivados del total congelamiento salarial. Algunos sindicatos plantearon reivindicaciones al respecto que fueron desestimadas por el gobierno. Hubo varias huelgas “salvajes”, ya que las conducciones sindicales en general avalaron el plan. Desde luego, los sindicatos siguieron en manos de sus viejas autoridades: el gobierno juzgó “premature” todo planteo de reorganización sindical, lo que también suscitó reclamos. El más vigoroso fue impulsado por Víctor de Gennaro, conductor de la oposición en ATE quien incluso amenazó con medidas de fuerza. Su actitud fue repudiada por las “62” en una solicitada que lo identificaba con “los imberbes expulsados de la Plaza”. La situación de los estatales era delicada: la ley de prescindibilidad dictada prontamente por el Congreso permitió depurar a la administración pública de cuadros de la dictadura pero no fue aplicada siempre con sensatez. En algunos casos se habló de maccartismo, en especial en las provincias de Buenos Aires y Corrientes. Por otra parte, la dotación de empleados públicos y de empresas estatales no decreció. El “plan argentino” preveía su disminución y un congelamiento de vacantes después de tres meses. Esa disposición fue desacatada por empresas del Estado, tanto como por autoridades municipales y provinciales. En la provincia de Buenos Aires el número de empleados públicos aumentó sensiblemente.

La relación gobierno/Fuerzas Armadas no resultó muy conflictiva. Numerosos oficiales superiores fueron pasados a retiro, lo que no asombró a nadie. El general Arguindegui fue designado jefe del Estado Mayor Conjunto. El nombramiento fue criticado por el Dr. Alfonsín quien tildó de fascista a Arguindegui. Las autoridades del Proceso no fueron sometidas a tribunal alguno: el presidente Luder explicó en su discurso inaugural ante el Congreso que la ley de Amnistía dictada por los militares era “quizás injusta pero jurídicamente operativa”. Confirmó así sus declaraciones de la campaña electoral. Sí se abrieron causas contra militares acusados de torturas, secuestros, etc. En algunos casos los jueces consideraron inconstitucional la amnistía y ordenaron proseguir las investigaciones. A dos años de gobierno el teniente Astiz seguía en libertad, circunstancia considerada aberrante por el Comité Nacional de la UCR.

En el área educativa se produjeron enfrentamientos entre sectores del oficialismo. Algunos impulsaban la “ley Taiana” de 1974 y otros propugnaban volver a la “ley Guardo” de los primeros gobiernos peronistas. La situación permanecía irresuelta y la Universidad regida por autoridades interinas a dos años de gobierno. No se concedió ingreso irrestricto a la Universidad lo que motivó quejas y movilizaciones estudiantiles lideradas por Franja Morada y tildadas de golpistas por el oficialismo.

El radicalismo promovió una concentración espectacular a fines de 1984: medio millón de personas desfilaron ante el Congreso reclamando la sanción de una ley de divorcio. Alfonsín cerró el acto hablando de “un pacto de corporaciones” que impedía sanear una absurda situación social. El peronismo no produjo movilizaciones masivas. El 17 de octubre fue declarado feriado en varias provincias pero no a nivel nacional.

La cuestión del Canal Beagle fue sometida a un plebiscito que aplastantemente resolvió aceptar la propuesta papal. El radicalismo cuestionó la constitucionalidad de la medida que fue defendida como una moderna forma de participación no prohibida por la Carta Magna.

La baja de la inflación no mejoró otros aspectos de la economía. Persistieron la recesión y altos porcentajes de desocupación o subocupación. Crecieron la delincuencia común y la marginalidad. Surgieron bandas de ladrones que cometían actos de insólita violencia en los trenes. Algunos miembros de la oposición adujeron que estaban vinculados con Herminio Iglesias. La aseveración era falsa y fue desmentida aunque tuvo buen eco en la prensa privada. De todos modos, Herminio tenía muchos problemas que resolver. Su relación con el gobierno central era de más en más tensionada. Se hablaba de corrupción en la provincia, de proliferación del juego clandestino. En todo caso, era evidente que el gobernador desafiaba directivas del gobierno nacional, en especial las de orden económico. Proponía medidas opuestas a las del gobierno nacional, a veces atacadas de inconstitucionales como el congelamiento de alquileres y aparcerías rurales.

Las exportaciones aumentaron sensiblemente en especial a partir de la apertura a mercados de Europa Oriental. El superávit de la balanza comercial fue aplicado al pago de la deuda externa, cuya negociación fue alabada por el oficialismo y crucificada por la oposición. El Parlamento no aceptó investigar la deuda legítima y la ilegítima. Varios diputados peronistas apoyaron una propuesta radical en ese sentido lo que motivó pedidos de renuncia y desafliliación por parte de los sectores “ortodoxos” del Movimiento.

Conforme pasaba el tiempo se acentuaban las luchas internas del peronismo. El Dr. Luder no estaba dispuesto a intervenir, “yo soy el presidente de los argentinos y no el líder de un partido”. Su táctica no calmaba los ánimos. Los sindicalistas de las “62” exigían paritarias al gobierno. Ya no los conformaba la rápida sanción de la ley de Obras Sociales. Al mismo tiempo chocaban con otros sectores del movimiento obrero que pedían reorganización sindical y normalización de la CGT. Lorenzo Miguel y Triaca acusaban de “apresurados” a quienes impulsaban tales medidas.

Virulentos debates políticos sacudían al peronismo. Como el partido no funcionaba se dirimían en el llano. No faltaron episodios violentos. La cuestión de la provincia de Buenos Aires polarizó la interna peronista. Creció el número de quienes proponían su intervención aduciendo corrupción y mal manejo de los negocios

públicos. Hubo quienes defendían a Herminio: las “62” y la “liga de gobernadores ortodoxos” encabezada por Rodríguez Saa, Saadi y Julio Romero. Cuando crecían los rumores de intervención Herminio contraatacó sorprendentemente. Publicó una extensa solicitada (“La única verdad es la realidad”) proponiendo que, como sucediera en 1973, el presidente “formal” debía renunciar para que la jefa del Movimiento gobernara la Argentina. Una delegación integrada entre otros por Labaké e Imbelloni partió raudamente hacia España para pedirle a Isabel que regresara a la Argentina...

PARA EQUIVOCARSE HAY QUE TENER OPCIONES

Si algo puede discutirse es esta inacabada historia de lo que no fue. No postulo que el lector la “crea” o avale; sí que —a la luz de lo sucedido tras la muerte de Perón— piense su propia versión. Me atrevo a afirmar que si lo hace de buena fe no diferirá de la mía en lo esencial, a saber: a) el peronismo del 83 no tenía un proyecto global diferenciable del radical; b) ni el peronismo ni el radicalismo tienen una postura coherente frente al poder oligárquico, el de las FF. AA. y el de la Iglesia. Sus diferentes actitudes son básicamente tácticas derivadas del lugar que ocupan. El radicalismo sería mucho más duro (“de boca”) con las corporaciones si estuviera en el llano; c) el peronismo no ha resuelto la relación entre su aparato político y el sindicalismo. En un gobierno peronista el sindicalismo tendría más poder que en el actual, pero eso sería fuente de nuevos conflictos; d) el peronismo del 83 era más abdicante en materia de derechos humanos que el radicalismo; e) en relación a la deuda externa no lo era menos; f) la crisis interna del peronismo no se había resuelto en el 83. Es bien posible que se hubiera proyectado al aparato del Estado como sucedió en su anterior gobierno; g) por esa razón el peronismo no aseguraba el mantenimiento del sistema democrático; h) ni el radicalismo ni el peronismo del 83 garantizaban cambios ni mucho menos reformas o revolución social en la Argentina.

No es justo decir que el pueblo se equivocó cuando eligió a Alfonsín. Menos que la elección fue un enfrentamiento entre dos proyectos diferenciables. Ni la UCR era la Unión Democrática ni el peronismo el movimiento de liberación nacional. Apenas una variante (menos orgánica y seguramente más violenta) del alfonsinismo. Para equivocarse hay que tener opciones; el pueblo en el 83 casi no las tuvo. Entre la ordenada resignación radical y la difícil y riesgosa apuesta a una formidable autocorrección del peronismo votó mayoritariamente por lo primero. No eligió entre blanco y negro sino entre dos grises muy parecidos y opacos. La memoria de lo sucedido entre 1974 y 1976 debe haber facilitado la decisión.

El peronismo de mi ucronía (el del 83 y aun el del 85) es el que podría aún permitir el máximo triunfo radical. Sus tensiones internas lo tornan temible e indigno de confianza. El peronismo “de todos”, de la unidad, incapaz de convocar a un

joven o a un extrapartidario puede perder eternamente y ayudar a que la UCR sea el PRI de la Argentina.

Si a “ese” peronismo le borramos las desprolijidades y lo aligeramos de los “monstruos” impresentables por TV, sin variar nada más su chocante semejanza con el radicalismo será la semilla de la democracia a lo Juan Valdez.

La victoria de la renovación peronista es condición necesaria para que el peronismo pueda competir electoralmente con posibilidades de éxito. No es condición suficiente para asegurarle capacidad transformadora y diferenciarlo así de la actual UCR.

LAS VIRTUDES DEL GATOPARDO

Alfonsín tiene la virtud de ser adecuado a los tiempos. Comprende la sociedad que le ha tocado en suerte. Sabe amoldarse a sus expectativas y temores. Sabe hablarle. Su defecto descalificador es la falta de voluntad por modificar la realidad circundante. La Argentina llega a la democracia tras una serie de desgracias, errores y derrotas. Es triste e inadmisible que se acepte como positivo e intocable un estadio histórico que orilla lo deprimente. Eso propone Alfonsín, quien comprende la realidad solo para conservarla. Detecta correctamente todos los poderes y se rinde o retrocede ante ellos. Nada hace ni hará por cambiar correlaciones de fuerzas. Si toda la historia de la humanidad hubiera sido regida por “alfonsines” no habría habido cristianismo ni revoluciones francesa o rusa o cubana; los norteamericanos (o aun los franceses) ocuparían Vietnam, San Martín no habría cruzado los Andes. Ni siquiera habría jubilaciones o sindicatos fuertes en la Argentina.

Alfonsín encontró una Argentina llagada y adormecida. No será él quien la despierte o le quite el miedo.⁸ El horror al vacío sigue siendo su mejor arma, aunque a veces la use torpemente (estado de sitio, Guglielminetti). La democracia es —para él— un escenario en el que los conflictos pueden representarse como forma de catarsis... nunca resolverse... jamás plantearse o promoverse otros nuevos. En un reciente reportaje se le preguntaba a Alan García si no le preocupaba haber abierto demasiados frentes de lucha en sus primeros meses de gobierno. Contestó que siempre serían pocos. Para él democracia es confrontación. Notable visión que no es —ni será nunca— la de Alfonsín. Sus defectos, que serán cada vez más visibles, no bastarán para destronarlo. Es preciso que exista un antagonista a la altura. No sirve censurar cuán limitadas son sus metas si no se proponen otras más deseables y posibles a la vez. Ninguna fuerza política se impone dedicándose solo a cuestionar a otra.

8. El Juicio a las Juntas es un ejemplo interesante. Es un tópico en el que Alfonsín no estuvo a la zaga del nivel de conciencia mayoritaria. Su decisión fue casi de avanzada. Sin embargo, optó por no televisarlo, eludiendo así un mecanismo informativo que obviamente aguzaría y excitaría el nivel de conciencia y de repudio de la población.

Tampoco basta la recordación de viejas glorias o consignas. Una ideología no es un dogma sino una profecía que debe corroborarse con hechos. El peronismo del 45 barrió con socialistas y comunistas porque había coherencia entre su mundo ideal y sus realizaciones. No puede decirse lo mismo del de hoy. Los “nacionales y populares” (y en especial los peronistas) sabemos soñar mejor que los radicales. Eso es bueno... si conseguimos hacer factible y verosímil que esos sueños puedan concretarse en hechos.

Nuestra política debe ser confrontación de proyectos... mal que le pese a Alfonsín que quiere dos partidos con un mismo proyecto... y lo viene consiguiendo.

EL MODELO Y SUS PIEZAS

Decir que las metas y la instrumentación del viable proyecto nacional y popular están en pañales es una exageración. Los últimos doce años se han perdido en elaborar el duelo de Perón, huir de la dictadura o discutir una interna ombiguista y anestesiante. Urge debatir y pensar en grande reconociendo (como sabe hacerlo Alfonsín) las limitaciones de la hora y procurando superarlas (como no quiere ni sabe hacerlo Alfonsín). La cultura y la política alfonsinistas ocultan o saldan mal temas esenciales... aun la historia. Lo hacen con un discurso homogéneo, previsible y coherente. Nosotros, en cambio, no tenemos discurso de época. Es hastiante decir que la doctrina contiene todo. La política no es una nueva forma de escolástica. No todo está contenido en los viejos textos. Solo los grandes principios son eternos; el resto es adecuación e instrumentación. El amor a las citas y al anacronismo nos hacen ininteligibles e insoportables para las nuevas generaciones. Nadie puede creer que Carrillo previó el SIDA o Jauretche a la nueva derecha o la *reaganomic*. Los maestros son útiles porque indican grandes lineamientos. El resto debe construirse en cada tiempo. Perón no decía en los setenta lo mismo que en 1945. Obviamente ahora no diría lo mismo que entonces.

Quienes pretendemos ser una alternativa ofrecemos por ahora algunos “no” y pocas precisiones. Repasemos desordenadamente algunos aspectos políticos y sociales determinantes que el radicalismo enfoca mal y veamos qué tal andamos por casa.

a) Dependencia: sigue siendo un dato crucial de nuestra historia. Su tratamiento se ha desprestigiado en parte por el abuso que se hizo de la “teoría de la dependencia” y del “argumento de la contradicción principal” que obstruían un cabal análisis de otros fenómenos relevantes.

El radicalismo escamotea su mención, porque no quiere enfrentarla.

Siempre fuimos dependientes. Scalabrini Ortiz debió realizar profundas investigaciones para probarlo. Hoy no serían necesarias. Esa tarea la suplen con holgura el recuerdo de Malvinas y la vigencia de la deuda externa. La dependencia es hoy mayor y más notoria. El problema no es acreditar su existencia sino la posibilidad de revertirla.

Las banderas antiimperialistas suscitan temor en los propios sectores populares: la dictadura militar y Malvinas han demostrado el poder y la crueldad del imperio y sus aliados. También causan desconfianza: han sido blandidas por sujetos tan delirantes como disímiles: los guerrilleros, López Rega, Galtieri. Ello obliga a algunas precisiones. No basta con estar “en contra de la dependencia”. Hay que combatirla sin imitar a Komeini, ni ser Vietnam ni provocar una guerra... esos son modelos que no seducirán a un pueblo herido y con memoria de un pasado más deseable.

La deuda externa no debe ser (viene siendo) el único chivo emisario de nuestras desgracias. La Argentina tenía defectos estructurales, desigualdades flagrantes, violencia y anomia política antes de 1976 y aun antes de que se creara el FMI. La dependencia (y mucho menos la deuda) no es su explicación omnicompreensiva. Un discurso “antideuda” no merece ser creído por quien sabe que existen otros problemas y quien ha padecido, aun sin ella.

No basta con sugerir moratorias o repudio de la deuda. Hay que explicar qué pasaría si así se obrara.⁹ ¿Qué haríamos si de golpe nos “sobraran” cinco mil millones de dólares por año? ¿Crédito barato? ¿Distribución? ¿Aumentos salariales? ¿Industrialización compulsiva a la brasileña? Las alternativas y los riesgos son múltiples. No es serio no formularlos.

b) Factores de poder: Alfonsín no antagoniza con ellos. A su pesar soporta ciertos roces motivados por su laicismo Y sus veleidades culturales que aún erizan a una Iglesia, unas FF. AA. y un establishment decimonónicos. Así no se construye poder popular. Debe propugnarse otra política para relacionarse con las FF. AA., la Iglesia y los poderes económicos. Entre los delirios del MAS y la complicidad institucional de la derecha peronista media un gigantesco espacio yermo. ¿Existe un peronismo viable capaz de confrontar con los poderosos? ¿Hay formas mejores —y más posibles— de contraponérseles que el paredón o el aniquilamiento? Hasta ahora no aparecen. Si no las hubiera Alfonsín podrá respirar feliz.

c) Sindicalismo: Alfonsín se solaza con su debilidad; medra con la falta de respuesta de la CGT. Su política es peculiarmente injusta. El sindicalismo es el único factor de poder que ha enfrentado frontalmente. Ha logrado transformar las justas y masivas propuestas obreras en manifestaciones carentes de proyección. Casi como carnavales o saturnales de la Edad Media: intervalos de cuestionamiento regulado que sirven de reaseguro al sistema.

Es una política reprobable... pero debe reconocerse a la vez que el peronismo no ha resuelto su relación político-sindical. Así lo demostraron el último gobierno y la interna posterior.

A su vez, el sindicalismo no ha podido superar la etapa reivindicativa (en la que hace mucho no obtiene éxitos) y diseñar proyectos “macro”, lo que se vio cuando acarició el poder gubernamental tras el rodrigazo. Mucho menos para sugerir una

9. Que yo sepa solo lo intenta Alfredo E. Calcagno en *La perversa deuda argentina* (Legasa, 1985).

política global. Sus propuestas respecto de obras sociales y desempleo revelan que es incapaz de pensar en otros sectores desposeídos. La popularidad de Ubaldini, cuya capacidad de convocatoria es inigualada en el peronismo, induce a muchos a proponer hegemonía sindical para el peronismo o aun para el frente nacional. Es un error: por historia, formación y limitaciones, los dirigentes sindicales nunca han sido aptos para representar a alguien más que a sus afiliados.

d) Concertación: Alfonsín la niega por atavismos ideológicos y por incapacidad para procesarla. ¿Es posible? La historia reciente obliga por lo menos a dudar. Es frívolo decir que el peronismo concertó en 1973 y por eso puede hacerlo ahora. El pacto social de 1973 fue impuesto a la CGE y la CGT por Perón. Agonizó y murió con él. La CGT y la CGE lo abandonaron rápidamente. No fue una experiencia gloriosa.

Los intentos de concertación durante este gobierno no alientan el optimismo. No lograron nada perdurable. Y mejor no hablar del documento de “los once” cometido por Jorge Triaca y la flor y nata de la oligarquía.

El mítico empresariado nacional no ha probado hasta ahora ser una cosa ni la otra. Carece de conciencia de clase. Ha acompañado todas las aventuras golpistas. No es serio olvidar experiencias recientes para defender una consigna. La concertación y el pacto social son deseables; lo que no debe decirse es que están al alcance de la mano cuando la historia revela fracasos y no éxitos. El “Pacto social” se basó en el poder político de Perón, ¿quién “hace” hoy de Perón? ¿Favelevic es Gelbard? ¿Ubaldini es el “Rucci” de ese Perón?... Si somos partidarios de la concertación demostremos que no es una fantasía. O busquemos otro camino.

e) La marginalidad: es un dato nuevo en la Argentina. Alfonsín no la combatiría pues la considera uno de los precios de la modernidad. Además, le conviene políticamente: la marginalidad divide a los sectores populares. Genera odios entre miembros de una misma clase. La delincuencia y la perversión golpean más a quienes están más expuestos: los que viven en suburbios o barrios bajos no pueden contratar vigilancias ni eludir viajar en tren. El odio hace perder de vista intereses comunes. No es dable pedir a quien ha sido violado o atacado por una patota que razone como un psicólogo o un sociólogo. Es más fácil que adhiera a los pedidos de orden, represión y violencia que formulan los dueños del poder y avala la clase media.

Para el alfonsinismo la marginalidad origina apenas un cálculo electoral, beneficencia y represión. No la resuelve: le basta contenerla aprovechando su inorganicidad e inferioridad numérica y apelando (según los casos) al PAN o a los balazos de la policía brava.

Una política justa debe transitar otros caminos. ¿Cuáles se han propuesto? Ningún peronismo oficial se ha acercado a los marginales. De ellos se ocupan algunos grupos comunitarios o religiosos. Hay dirigentes peronistas que no resisten la prueba de tener tres personas delante sin ser silbados. Hay otros que

son “populares” pero existen solo por TV. ¿Hay dirigentes peronistas para un trabajo de base?

Pensar a los marginales solo como votantes es alfonsinismo puro. Alternativa sería ayudarlos a organizarse (por ahora) y darles soluciones (para mañana).

Creo que los botones de muestra son suficientes. Podríamos hablar de obras sociales, de cultura, de medios de difusión, de relaciones con el Este y el Tercer Mundo. Alfonsín tiene respuestas para todo eso. Tristes, no suscitantes. Productos de una derrota que no prevé revertir.

Pero tiene respuestas... Desde enfrente hay convicciones y pocos instrumentos. No es bastante para competir con posibilidades.

PROPUESTA

“El pueblo nunca se equivoca” dista de ser una verdad absoluta e irrefutable. Lo mismo puede decirse de la afirmación contraria que —además— se imbrica a un concepto elitista y hasta perverso de la política. Los que piensan que ontológicamente el pueblo se equivoca prescindirán de la persuasión, del adoctrinamiento, de la mejor política de masas. Serán (según lo marquen los tiempos) golpistas, foquistas o amantes de la publicidad comercial. Son distintas caras (o etapas históricas) de un mismo pensamiento: el que desprecia el sentido común de las masas.

Creer en la capacidad popular (aunque sea la de autocorrección) implica optar por una forma de hacer política. La mejor, la “más peronista”. La política no se compone solo de certezas; también de creencias. Es bueno creer que el pueblo no se ha equivocado si media incertidumbre al respecto.

Claro que es necesario afinar el concepto de pueblo. Sigue existiendo un “campo popular” opuesto a enemigos irreconciliables. El radicalismo niega esa realidad; afirma que el enemigo de la democracia es el “autoritarismo”. La lucha debería así librarse contra una deficiencia psicológica que puede y suele anidar tanto en la mente de los militares, los peronistas, los psicópatas, los golpadores de mujeres y hasta los porteros. Es una falacia. Enemigos no son los brumosos “autoritarios” sino los tangibles titulares de intereses que contradicen los de las mayorías nacionales. El antagonismo no ha desaparecido de nuestra historia, ni desaparecerá por el simple hecho de ser negado... pero eso no nos simplifica la tarea ni define al campo popular. Algunos parecen pensar que la realidad política es como un partido de metegol en el que los antagonistas y el objetivo son evidentes aun para el más despistado. No hay tal. El llamado “campo popular” es un confuso y complejo entramado de sectores, que a veces se contraponen y antagonizan entre sí, cuyos intereses no quedan representados por la sola definición del enemigo común. No patean todos para el mismo arco porque hay más de un objetivo. Además, a veces no se sabe adónde está el arco. El pueblo no es solo la ocasional mayoría radical,

pero es una enormidad decir que la excluye. Solo un fundamentalismo obtuso pudo opinar en 1983 que las esencias populares se refugiaban en las provincias pobres y (ante el cambio electoral de 1985) que se habían reintegrado a las zonas urbanas. Hay pueblo en los dos grandes partidos y no solo en ellos. No se equivocaron por mucho los que eligieron la opción radical. Tampoco los que apostamos a la dinámica más rica del peronismo, a pesar de su desorganización y carencia de liderazgo. Digámoslo de una vez: ni el peronismo ni el radicalismo en su actual composición pueden representar cabalmente (y mucho menos hegemonizar) el campo popular. El frente nacional está huérfano de conducción y hasta de hegemonías. Identificarlo con el peronismo o el radicalismo es una soberbia que no encuentra anclaje en los hechos.

El nivel de participación, movilización y demandas es hoy bajo. No están desfasados del nivel de las propuestas existentes ni del de los dirigentes dispuestos a plasmarlas. El insulto a la conciencia popular es mala política. Mejor empeñar fuerzas en azuzarla o modificarla.

El pueblo no desechó grandes proyectos en 1983, simplemente porque no los había. Si esa situación se repitiera en 1989 lo que fue una contingencia pasaría a ser costumbre. Se cimentaría así un sistema político mediocre e indigno de nuestra mejor historia.

Basta de llorar la historia que no fue (que seguramente no mereció ser vivida). Es hora de abandonar la letanía crítica a la mediocridad radical y reemplazarla por una propuesta digna, convocante y verosímil. Es tiempo de que “algunos” (es tarea de muchos) sueñen, elaboren y tornen creíble un proyecto para proponerlo al pueblo a la hora de elegir.

Entonces recién comprobaremos (seguramente con satisfacción) si es que el pueblo se equivoca.

LA UTOPIA LATINOAMERICANA

Hugo Chumbita

No es casual que Tomás Moro situara a la república de Utopía como parte de aquel Nuevo Mundo que en 1516 comenzaba a dibujarse brumosamente para los europeos, ni que su descripción la pusiera en boca de un navegante portugués, compañero de viajes de Américo Vespucio. *Utopía* era la fascinación de América, una

descripción idealizada de sus culturas originarias, un modelo que debía servir para la reforma social de Europa. Es indudable que fue inspirada por los relatos maravillosos de los descubridores, a través de los cuales llegaban noticias de las civilizaciones incaica y mesoamericana.

No es casual que ese libro, inspirado por el primer contacto euro-americano, sirviera a la idea de las misiones, el esfuerzo más trascendente para armonizar la cultura de los conquistadores y los conquistados en una síntesis creadora: Juan Zumárraga, primer obispo de México en 1527, llevó allí ese texto que influyó en los asentamientos precursores de los franciscanos, extendidos y perfeccionados luego por los jesuitas.

Moro, testigo y crítico de su tiempo, murió decapitado en la Inglaterra de Enrique VIII; pero su *Utopía* logró conmover a Europa y abrió el camino a otras, de Sidney, Campanella, Bacon. Sugirió doctrinas y empresas como las de Saint-Simon, Fourier, Owen. Nutrió una corriente de ideas humanistas y socialistas, que entroncaba con los orígenes del cristianismo y contradecía el espíritu implacablemente mercantil del capitalismo.

Paradójicamente, quien la descalificó en nombre de la ciencia del siglo XIX fue Federico Engels, con su célebre ensayo que oponía al socialismo utópico nada menos que el “socialismo científico”. Digo nada menos, pues esa teoría estaba destinada a convertirse en otra forma de utopía, una de las más significativas que han conmovido al mundo contemporáneo.

Porque, ¿qué es al fin y al cabo la utopía? “Plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable” dice la Real Academia: acepción usual, que indica hasta qué punto prevaleció el escepticismo del statu quo. Sin embargo, la utopía ha movido las ruedas de la historia, ha contribuido a cambiar el mundo. Ernst Bloch reivindicó el valor profético, crítico y movilizador de estos mensajes. Hay muchos ejemplos de utopismo que han prosperado, desde el sionismo de raíz bíblica, hasta otra gran ilusión contemporánea, la democracia liberal diseñada por Rousseau y Montesquieu. ¿Quién duda que en alguna medida se han hecho realidad?

Pero aun por sobre la cuestión de su realizabilidad, hoy es valor corriente que la imaginación utópica —la utopía encarnada más que escrita— ha sido y sigue siendo necesaria en todo emprendimiento humano fundamental.

Desde que se planteó el problema de la causalidad histórica, ha habido varias maneras de concebirla. Desde una filosofía idealista y voluntarista, la realidad es como los hombres quieren que sea (o como creen que debe ser). En otro polo, diversas doctrinas han sostenido una determinación superior, de la que los hombres solo podrían ser instrumento (llámese providencialismo, determinismo natural, economismo, etc.). Para el sentido histórico actual —que se podría llamar posmarxista, en la medida que incluye la crítica interna y externa al marxismo— el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas sociales presente un marco de opciones (una relativa determinación o una libertad relativa, es lo mismo), dentro del

cual las tensiones se pueden resolver produciendo una u otra forma alternativa de organización social, explotando de uno u otro modo las condiciones dadas y abriendo hacia el futuro nuevos marcos de posibilidad.

Esto que hoy parece claro ha sido el fruto de una lenta elaboración. De un arraigado providencialismo se pasó a las explicaciones idealistas, con el optimismo renacentista y protoburgués. La construcción teórica de Marx y Engels sentó las bases metodológicas para el desarrollo de las ciencias sociales, pero también suscitó cierta interpretación mecanicista del transcurso histórico: una caracterización de la utopía revolucionaria del marxismo, tributaria del milenarismo, es la certeza “científica” de un porvenir socialista inexorable (asunto hoy en revisión por los pensadores más lúcidos de esta teoría); aunque la función movilizadora, el llamado voluntarista, ha sido su contenido predominante.

Volviendo a nuestro sentido común histórico, parece evidente que los pueblos no pueden organizar la sociedad a su antojo, pero tampoco son mero objeto de un proceso inasible. Dentro de los límites de un estadio de evolución, tienen cierta soberanía para plantearse objetivos, alcanzables en la medida del éxito de una lucha consciente. Los lindes no están a la vista, nunca con la suficiente claridad, por la complejidad de la sustancia social y del encadenamiento histórico. De allí la validez de la exigencia utópica, su justificación en otro plano distinto y contiguo al de la ciencia.

Demos ya por superada la incompatibilidad utopía-ciencia. Frente a los modelos de base real que manejan los estructuralistas, la utopía sería un modelo ideal, de base más abstracta, pero que inevitablemente contiene referentes a alguna realidad conocida. Esto, que era evidente ya en Moro, constituye un aspecto insoslayable de la mayor importancia: la atracción, la fuerza de la utopía se apoya en experiencias concretas, proyectadas o desplegadas a un nivel superior. Todas las doctrinas colectivistas han abrevado en la nostalgia de la comunidad primitiva, así como la ideología liberal se nutrió en la tradición de la aristocracia griega.

Antes de entrar al tema, conste pues mi adhesión a esta redefinición de la utopía como incitación, doctrina de lo trascendente, desafío y proyección, apelación a ejercer nuestra libertad y ensanchar sus límites.

EL NUEVO MUNDO

Repasando las grandes líneas de la evolución histórica del Nuevo Mundo —este conglomerado único y plural a la vez—, es importante observar cómo adquiere sentido a partir de la gestación de sus propios planes utópicos.

La mayor parte del territorio americano fue conquistado y colonizado por los imperios español y portugués, en una hazaña devastadora que dejó huellas indelebles. Fue un genocidio moralmente injustificable. Aquella conquista destruyó todo lo que se le oponía y cometió crímenes tremendos, como toda conquista.

La colonización fue depredatoria, y estaba condenada a agotarse y fracasar, como todo colonialismo. Pero hay que valorar una resultante fundamental: la comunicación, la unificación del continente.

La América prehispánica poseía algunos rasgos comunes, atribuibles a su insularidad respecto al resto del mundo, y a ciertos contactos originarios aún poco claros, pero los pueblos principales estaban incomunicados por enormes distancias y por más de cien familias lingüísticas independientes. Los niveles de evolución comprendían desde las grandes civilizaciones andinas, y otras sociedades agricultoras menores, hasta las comunidades cazadoras nómades. La historia de aquellos admirables estados urbanos está aún por escribirse, pero es claro que existían tendencias integradoras a partir de la expansión de los últimos imperios inca y azteca. La conquista española interrumpió ese curso e impuso otra forma de unión drástica y eficaz; a un precio incalculable, demasiado alto.

Los datos demográficos son reveladores. Los estudios más difundidos subestimaban la población aborigen, basándose en que a principios del siglo XIX solo quedaban en Iberoamérica unos ocho millones de indígenas. A partir de investigaciones recientes sobre México central, los cálculos proyectivos ascienden a entre cincuenta y setenta y cinco millones para todo el continente. Tres siglos después, toda la población iberoamericana, blancos, negros, mestizos e indios, apenas rondaba los veinte millones. Si la catástrofe demográfica del siglo XVI obedeció en parte a causas biológicas imprevisibles, es inexcusable de todos modos la brutalidad de la conquista y la escasa capacidad de crecimiento de la sociedad colonial, pese a la constante introducción de millones de esclavos africanos.

El imperio hispánico impuso una superestructura estatal centralizada, una religión y una lengua común, y trajo una emigración europea como casta dominante. Por debajo de estos factores prevalecientes, se conformó una sociedad racial y culturalmente mestiza, con gran variedad de matices regionales, pero de cierta homogeneidad sustancial. Esto vale también para el área portuguesa, habida cuenta de las raíces comunes —que llevaron inclusive a la fusión de ambos imperios entre 1580 y 1640—, ya que el país lusitano es un heredero de la Hispania romana como el resto de la península.

La evaluación de la empresa hispánica en América sigue siendo polémica. Dejando atrás las falacias de las leyendas negra o rosa, los intentos para definirla según categorías históricas más rigurosas condujeron a una sugerente controversia. La colonización se produjo coincidentemente con la transición europea al capitalismo, obrando a la vez como efecto y causa. En las discusiones sobre el modo de producción en las colonias, se han expuesto argumentos para calificarlo alternativamente como feudal, capitalista, esclavista o un sistema *sui generis*: es que en América hubo esclavismo, servidumbre, asalariado libre, y además combinaciones o formas originales de organización del trabajo, que pueden inducir la idea de varios modos de producción coexistentes. ¿Cuál sería predominante? ¿Cuál el carácter del Estado así configurado? La

polémica puede tornarse bizantina si no se asigna la importancia debida al dualismo colonial, en el cual, por sobre la “heterodoxia” de las fuentes productivas, el rasgo clave es la existencia de las estructuras de subordinación al Estado y la economía metropolitana. La caracterización del sistema es particularmente ardua por la diversidad de regiones y pueblos conquistados que lo condicionaron, y por el ritmo del proceso de transformación que sufrió, el cual tenía un centro complejo en Europa. Era el alba del capitalismo, de la civilización mundial, pero España y Portugal, avanzada inicial de la expansión europea, fueron quedando rezagados como intermediación cada vez más parasitaria en la ecuación colonial.

Los siglos de la colonia fueron el tránsito más costoso que pueda concebirse, desde las civilizaciones arcaicas a un incipiente estadio capitalista, íntimamente ligado y subordinado al surgimiento en Europa del centro industrial del mundo. Si América del Norte lograría llegar rápidamente a ocupar un papel de preeminencia en el sistema industrial, Hispanoamérica habría de quedar pronto sometida a un estatuto neocolonial, que renovó su condición tributaria del progreso capitalista. Examinar las causas de tal frustración conduce a otra indagación esclarecedora, que está muy lejos de haber concluido.

¿Cuál fue la ventaja de las trece pequeñas colonias del norte, respecto al imponente conjunto hispanoamericano, en su despegue al desarrollo? Análisis metódicos revelan factores clave en la organización económica y social, la situación geográfica e histórica y la relación con Europa, que pueden explicar los rumbos divergentes. Hay asimismo un factor político esencial que implica y resume todos los demás: el éxito de la lucha por la independencia y la unidad, el logro colectivo de constituir una nación, a partir del “gran sueño americano” (que desdichadamente los Estados Unidos cumplirían a costa del resto del hemisferio).

La América hispánica poseía también una vocación nacional y combatió empecinadamente para realizarla, pero su revolución de la independencia quedó a mitad de camino, fue desvirtuada.

LA REVOLUCIÓN TRUNCA

Los centros principales de poder español habían sido México y Perú, o sea los mismos de las civilizaciones precolombinas, sobre las cuales se asentó la conquista. En cambio, la revolución se propagó principalmente desde dos áreas periféricas, el Río de la Plata y Venezuela, donde existían mayores vinculaciones comerciales y comunicación con Inglaterra, y los núcleos virreinales de Lima y México fueron los últimos en ceder. No era una casualidad. La independencia hispanoamericana era parte del fenómeno de la revolución burguesa mundial, que tenía su riñón industrial en Inglaterra.

El proyecto original de la emancipación, la utopía de los libertadores, tuvo, sin embargo, un inequívoco sentido nacionalista, americanista: los patriotas querían

imitar el ejemplo de la burguesía europea, no someterse a sus dictados; tal era el precedente norteamericano.

La revolución sudamericana era una misma causa, de alcance continental, y su realización forzosamente interdependiente. El movimiento del Plata se proyectó inmediatamente al Paraguay y al Alto Perú, San Martín se empeñó en la liberación de Chile, y esta hizo posible marchar sobre Lima. El objetivo de la campaña sanmartiniana, tal como surge de los papeles de Tomás Guido, eran “las Provincias Unidas de Sud América”. Bolívar lanzó su expedición con el apoyo de la república negra de Haití, conquistó Nueva Granada para ocupar Venezuela, y fundó la unión de la Gran Colombia aún antes de ganar a Quito; desde Lima envió a Sucre a liberar el Alto Perú. Asumiendo el liderazgo que le cedió San Martín, el venezolano proclamó y persiguió infatigablemente la unión continental: “la América reunida”, “una nación de repúblicas”. Centroamérica, emancipada junto con México, realizó su inicial federación conducida por Morazán.

El Congreso de Panamá, en 1826, debía concretar las bases del sueño bolivariano. El triunfo contra los opresores coloniales no podría consolidarse ni fructificar sin unidad orgánica de los países emancipados: “... es tiempo ya de que los intereses y relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos...”. El Congreso reunió a Colombia, Perú, México y Centroamérica, pero Brasil, Argentina y Chile fueron reticentes a la iniciativa. Esta no prosperó, a pesar de haberse acordado aquel admirable, utópico Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua entre las repúblicas asistentes. Habían comenzado a prevalecer las fuerzas centrífugas, alentadas por la diplomacia británica.

Era el síntoma de la frustración de la causa emancipadora, ya que si la unión era una condición para la independencia, la desunión era el requisito básico del coloniaje. Mientras los Estados Unidos del Norte, tras adquirir Luisiana y Florida, se expandían al oeste y llegaban a anexionar medio México, Hispanoamérica se hacía pedazos: en el Plata se consumaba la escisión de la Banda Oriental, Paraguay y Bolivia, la Gran Colombia se desmembraba, igual que Centroamérica, y se desataban terribles guerras civiles en el interior de los nuevos estados.

El conflicto que desgarró interiormente la revolución fue presentado por Sarmiento, el más brillante expositor del liberalismo europeísta, como el antagonismo de la civilización contra la barbarie. Este esquema, refutado en su tiempo por Alberdi, prosperó en la historiografía oficial y fue desafortunadamente actualizado desde cierta óptica marxista como pugna entre capitalismo y feudalismo. Oponiendo una oscura reacción feudal al progreso que impulsaría el capital europeo, se escamoteaba la alternativa que representaron los proyectos capitalistas autónomos, bien diferenciados por cierto de la mera reacción y de los planes neocoloniales.

En algunos de los nuevos estados, el libre comercio con Europa acarrearba graves perjuicios a las industrias tradicionales, que no podían competir con la importación,

generándose violentas contradicciones regionales. Por otra parte, las huestes movilizadas en las guerras de la independencia exigieron el cumplimiento de las utópicas promesas de la revolución: la emancipación social de las castas sumergidas, la distribución de la tierra, la democratización del poder. La existencia de grandes sectores de población explotados miserablemente o marginados dificultaba cualquier forma de reorganización económica. Los enfrentamientos en el seno de las clases dirigentes criollas se proyectaron en la lucha de conservadores y liberales, federales y centralistas, incorporando a uno u otro bando las reivindicaciones de las masas campesinas. Las tentativas para promover un desarrollo capitalista independiente tropezaban con una base productiva insuficiente, restringidos mercados internos, y condiciones sociopolíticas poco propicias. Como había predicho Bolívar, estos países, fragmentados, no tenían “ni la población ni los medios” para lograrlo.

No obstante, los pueblos americanos lucharon en todas partes tratando de reafirmar el proyecto de la emancipación. El Paraguay hizo una original experiencia de organización económica y social proteccionista dirigida por los regímenes patriarcales del doctor Francia y los López. Rosas logró equilibrar en la Confederación Argentina una próspera economía exportadora con el amparo a las industrias locales. En México, Juárez encabezó un proceso centrado en la reforma agraria para impulsar la modernización y el progreso social. Pero estos avances se lograron en medio de una pugna frontal con los intereses colonialistas europeos, que instrumentaron todos los medios, incluso la invasión militar, para desarticular las defensas y conquistar esos mercados.

Los americanos del norte culminaron su revolución nacional con una guerra, imponiendo la Unión a los estados secesionistas: era el triunfo del proteccionismo industrial sobre los intereses del librecambio esclavista, dependiente del mercado algodonero inglés. En una simetría más trágica que irónica, los estados desunidos de Sudamérica consumaron su fracaso con otra guerra casi simultánea, aniquilando al Paraguay independiente con los ejércitos brasileños de esclavos, para imponer el libre comercio con Gran Bretaña. Ante esta y otras agresiones de la década de 1860 contra México, Chile y Perú, se realizó el último intento de resistencia continental —un congreso frustrado, la rebelión de Felipe Varela con apoyos en Chile y Bolivia— bajo la utópica bandera de “la Unión Americana”.

DEPENDENCIA E INDUSTRIA

El apogeo del capitalismo en Europa, la era del imperialismo, constituyó durante medio siglo la edad de oro de las oligarquías latinoamericanas. Impuesta a sangre y fuego la incorporación del continente al nuevo orden mundial, como periferia proveedora de productos agrarios y mineros, y mercado importador de manufacturas y capitales, se estabilizaron en el poder las aristocracias “liberales” y las repúblicas fraudulentas, en un remedo autoritario del parlamentarismo europeo. Ejemplos

sobresalientes fueron el porfiriato mexicano y el roquismo en la Argentina. En el Brasil, donde no hubo revolución, sino una independencia formal consentida por la metrópoli —que ya había negociado su asociación con el Imperio Británico—, tampoco hubo por tanto participación popular ni guerra civil, y las formas republicanas se adoptaron más tardíamente, con el mismo falseamiento de contenido.

Las grandes migraciones europeas proporcionaron mano de obra y formaron nuevas capas sociales intermedias, desconectadas de la experiencia histórica anterior. Las sociedades sudamericanas se complejizaron en un segundo gran mestizaje racial y cultural. Las luchas sociales y políticas del siglo XX tuvieron en consecuencia otra fisonomía, con mayor protagonismo de las clases medias.

La crisis del capitalismo internacional, que se manifestó con las guerras mundiales y la gran depresión de los años treinta, marcó la siguiente etapa. Fracturado el esquema de librecambio y las posibilidades de crecimiento de las economías dependientes de la exportación, Latinoamérica tuvo una nueva oportunidad de sacudirse la tutela imperialista. Fue la época de consolidación y profundización de la revolución mexicana, de los progresos del radicalismo y el peronismo en la Argentina, del nacionalismo varguista en Brasil, del frentismo popular en Chile. En ese momento, las frustraciones del aprismo peruano y el liberalismo de Gaitán en Colombia reflejaron la debilidad de la economía de estos países para construir una alternativa al coloniaje. Pero en los estados donde el ciclo exportador había diversificado en mayor medida la producción, se aceleró un proceso de industrialización, que conllevaba transformaciones irreversibles. Los nuevos actores sociales fueron el empresariado, emergente de las capas medias inmigratorias, y la nueva clase obrera, proveniente en gran parte de migraciones interiores, contando con el respaldo o mediación de sectores militares nacionalistas. Estos movimientos cuestionaron el poder oligárquico y propulsaron un desarrollo industrial afirmado en la expansión del mercado interno, induciendo una significativa redistribución de ingresos.

Esa industrialización tardía comenzaba por la producción liviana, sustituyendo importaciones. Mantenía pues una tecnología subordinada, y dependía de la renovación de equipos importados. Era necesario construir industrias básicas y obtener fuentes propias de insumos estratégicos. Pero ello difícilmente podía hacerlo un país aislado, sin los recursos suficientes, y sobre todo sin un mercado interno que justificara las inversiones. La conciencia de estas limitaciones llevó al gobierno argentino, en los años cincuenta, a un ambicioso plan de “pactos de complementación económica” con los países vecinos. Se replanteó la idea del ABC, el triángulo Argentina-Brasil-Chile que tenía antecedentes diplomáticos de principios de siglo, verdadera llave maestra para la unión continental, ya que representa la mitad de la economía y población de América Latina. Pero fue brutalmente abortado por los intereses norteamericanos y las oligarquías de la región, que lo acusaron de imperialista, fascista y pretextos semejantes. Era, sin embargo —sigue siendo—, la única vía para completar un desarrollo industrial autocentrado en Sudamérica. Era un plan utópico.

La crisis mundial interimperialista se había resuelto con la hegemonía de Estados Unidos, que a partir de la segunda posguerra se impuso en toda la región. Los gobiernos nacionalistas fueron derrocados o cedieron a esa presión avasalladora durante la década de 1950, y las viejas oligarquías y algunos grupos industriales se adaptaron a nuevas formas de integración con el imperio. Las multinacionales adquirieron industrias existentes y establecieron filiales en posiciones dominantes o de interés estratégico. La desnacionalización del sector industrial fue agudizando la dependencia global, aumentando el drenaje de recursos al exterior y bloqueando una planificación integral del desarrollo. De tal modo, se desvirtuaron o desaprovecharon en gran medida las perspectivas abiertas por la Asociación de Libre Comercio, hoy reformulada como sistema de integración.

En los países más industrializados del Cono Sur la ofensiva imperialista provocó reacciones profundas. En el marco de la efervescencia popular de este período, el modelo de la Revolución Cubana suscitó otra utopía, cifrada exclusivamente en un método: la guerra de guerrillas, a escala continental. Por otro lado, los mismos movimientos populares surgidos en la etapa anterior —el *trabalhismo*, el justicialismo, el frentismo chileno— volvieron a ocupar el gobierno, y fueron sistemáticamente desplazados por dictaduras militares de signo oligárquico. El terrorismo de Estado que instauraron, bajo pretexto de combatir la subversión revolucionaria, pretendía reintegrar estos países a una dependencia funcional para el capitalismo multinacional, que la depresión mundial fue haciendo cada vez más gravosa. Pese a todo, Brasil logró definir un proceso de crecimiento industrial, contrastante con el retroceso relativo de los demás países de la región.

Excepcionalmente, México preservó la estabilidad del régimen político nacionalista, y progresó en la diversificación de su estructura productiva, aunque constreñido por la problemática social del subdesarrollo. Por su parte, otros países más rezagados en la industrialización comenzaron a acelerar la marcha. El petróleo significó para Venezuela, Colombia, Ecuador, una oportunidad de “despegue” sustentado por el sector exportador. Con el Pacto Andino —suscripto además por Perú y Bolivia— iniciaron la coordinación de un indispensable espacio económico social con un modelo político democrático. Otra iniciativa integradora, el Mercado Común Centroamericano, sustentó una cierta modernización industrial que sin duda fue el precedente de su eclosión revolucionaria actual.

En el sur, los grandes proyectos hidroeléctricos de la Cuenca del Plata, que interesan a Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay, también han puesto de manifiesto la necesidad de un plan concertado para aprovechar los inmensos recursos que pueden transformar la región.

Paradójicamente, quienes más avanzaron en la integración fueron las agencias de la represión y el golpismo militar, constituyendo una red intercontinental contra los progresos de los movimientos populares. Sin embargo, hoy la

democracia resurge entre las ruinas de esa experiencia anti-histórica, y una de sus lecciones más trascendentes es el imperativo de la solidaridad entre los gobiernos de origen popular.

El problema más grave que hoy acosa a los países latinoamericanos, la deuda externa, es otra secuela desdichada de la dependencia: ante la crisis mundial del petróleo y la necesidad de colocar cuantiosos excedentes financieros, la banca internacional volcó sus caudales durante varios años en nuestro continente, que fueron succionados desordenadamente por los intereses dominantes. A cambio de esa efímera y desigual prosperidad, queda ahora una hipoteca ilevantable con la que se pretende extorsionar nuestro porvenir.

¿Cuál es la salida? Todo indica que estamos iniciando otra etapa, cuyo rumbo no divisamos. Solo nosotros mismos podríamos darle un sentido, pero para ello hace falta renovar esa energía social utópica capaz de impulsar las palancas de la historia.

LA CONCIENCIA LATINOAMERICANA

Latinoamérica, país por país, presenta un cúmulo de frustraciones que pueden resumirse en una: la falta de realización nacional. Prevalece aún la “extraversión” hacia otros mercados, otras fuentes de inspiración ideológica y de impulso económico. Es el estigma colonial en nuestras sociedades mal integradas. Es el círculo vicioso que nos impide crecer. La dependencia estructural agrava y exaspera la explotación; la oposición entre las minorías dominantes y los grandes sectores postergados genera reacciones explosivas, nuestra característica “inseguridad”, y realimenta formas brutales de autoritarismo.

Es algo más hondo que las contradicciones propias del capitalismo. Se trata del “mal constitucional” que aún arrastramos. Que se traduce en la subsistencia de viejas y nuevas oligarquías predatorias, y en la mentalidad insolidaria que propagan a la sociedad en conjunto. Estos grupos tradicionalmente han despreciado y temido a los pueblos de los que se aprovechan, sirviendo por encima de todo al objetivo de mantener a nuestros países en la órbita del sistema capitalista occidental; esta ha sido su única doctrina esencial, porque tal sistema es la base y justificación de su supervivencia.

En tales condiciones, el Estado y la institucionalidad republicana están siempre expuestos, en riesgo de perder contenido. El Estado democrático requiere —lo sabemos desde Rousseau— el contrato social. Explícito o virtual, sin este consenso básico de los intereses que conforman una nación no hay reglas de juego político valederas ni duraderas.

El lastre histórico que pesa sobre los países de América Latina radica en la falta de una clase dirigente nacionalista, no en la apariencia de los símbolos sino en la realidad tangible de su proyecto. En tales condiciones, los grandes liderazgos políticos afrontaron aquella insuficiencia apelando a vertebrar a la voluntad nacional a

partir de la movilización de los pueblos. De allí este nacionalismo popular que ha caracterizado el dinamismo de la historia política latinoamericana.

Una conciencia crítica se ha ido abriendo camino, a la par del avance de los movimientos populares, entre la maraña ideológica configurada por el coloniaje: la metáfora borgiana del europeo exiliado, viviendo un patético destierro intelectual de la patria verdadera; la trampa de nuestra identificación como “aliados” fatalmente uncidos al carro de otros que hacen la historia por nosotros, meras sombras platónicas de un mundo ajeno. Claro que la búsqueda de nuestra identidad no es tarea sencilla, que pueda reducirse a constatar dudosas filiaciones. Las respuestas se proyectan, inevitablemente, más que a un patrimonio a defender, a un proyecto por realizar: el itinerario de la “patria niña” de que hablaba Marechal. Por eso cada paso de avance político de los pueblos ha sido un paso adelante en el reconocimiento de nosotros mismos. Por eso el problema de nuestra entidad esencial está forzosamente ligado a la lucha social.

En este fin de la adolescencia de nuestros países comienza entonces a existir un pensamiento propio latinoamericano. Hemos ido descubriendo el rostro auténtico de la nación en su integridad continental y mestiza, una y múltiple, enraizada en el legado europeo pero también en el encuentro con las civilizaciones primigenias. Uno de los aportes liminares fue la revisión histórica y el rescate de las culturas originales, donde los peruanos Mariátegui y Haya de la Torre apoyaron sus vigorosas apelaciones políticas latinoamericanistas, y que desde entonces ha ido afirmando un movimiento de reivindicación de las etnias sobrevivientes (y no obstante, a ellos, como a todos quienes moramos en estos países, nos constituye en definitiva el carácter mestizo de nuestra cultura de encrucijadas).

Faltan aún estudios sistemáticos que enlacen la historia y la problemática común del continente, como hemos intentado esbozar en los párrafos precedentes. Existen sin embargo diversos ensayos precursores de Carlos Pereyra, Gustavo Beyhaut, J. Abelardo Ramos, T. Halperin Donghi, Eduardo Galeano, Sergio Spocrer. Otra contribución proviene de la corriente estructuralista que ha profundizado los planteos de la CEPAL, criticando las teorías del desarrollo y analizando en perspectiva histórica las causas y alcances de nuestra dependencia; en esta dirección sobresalen los trabajos de Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Pedro Paz, F. H. Cardoso. La revisión se ha extendido a otros enfoques de las ciencias sociales, y ha producido resultados estimulantes con las obras de Darcy Ribeiro, José María Arguedas, Paulo Freire, Leopoldo Zea, Rodolfo Kusch.

Estos elementos de racionalización de la conciencia latinoamericana vienen a fundamentar las intuiciones y vivencias de la patria grande, anticipadas ayer por Rubén Darío, Rodó, Vasconcelos, Ugarte. Hoy, vigorizadas sobre todo por el auge de una literatura excepcional que ha recreado y universalizado el lenguaje, el carácter, el espíritu de nuestra realidad, en la novelística que, entre otros, representan Asturias, Carpentier, Gallegos, Amado, García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes, Roa Bastos, Onetti.

Otra vertiente doctrinaria y práctica a esa concientización proviene recientemente del seno de la Iglesia, en el intento de asumir su dimensión latinoamericana. Y también la dialéctica política se ha renovado contemplando el espacio continental en que se inserta el destino de cada país. Los líderes populares no han dejado de hacerse cargo de ese imperativo, que Perón sintetizó en un vaticinio: “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”. La guerra de las Malvinas enterró el camino de la irresponsabilidad belicista, pero abrió para aquella causa otras vías de entendimiento y solidaridad, porque allí se refleja por sobre todo un problema crucial: la recuperación del cuerpo territorial de nuestra América.

Darcy Ribeiro, en la búsqueda de un marco para su indagación sobre la formación social latinoamericana, diseñó un esquema evolutivo de la humanidad que señala el paso de la tribu a los estados urbanos, y de estos a las civilizaciones regionales y universales; su descripción de las grandes áreas socioculturales —mesoamérica, las regiones andina y gran colombiana, el cono sur atlántico—, indica los componentes que deben articularse para la integración continental.

La compleja civilización mundial de nuestros días requiere la organización del espacio y las relaciones internacionales. Las superpotencias norteamericana y soviética fueron resultantes de un proceso de asimilación territorial. El mismo camino recorren ahora, por otros medios, las naciones de Europa occidental, y es un objetivo explícito en otros espacios regionales, como el de los pueblos islámicos o el continente africano. La comunidad de América Latina es la más evidente, sin trabas culturales ni lingüísticas. Pero hay un enorme obstáculo: la dependencia.

Esa es la rémora que debe superar la unión latinoamericana. No se trata de una condición previa, sino de la misma cuestión. No habrá unión sin superar la dependencia, ni habrá independencia sin unidad. Esto lo saben los estrategas de los intereses imperialistas, que se han empeñado sistemáticamente en disociarnos: los que en 1954 quebraron el proyecto de ABC, los que desencadenaron en 1973 la ola golpista contra el Cono Sur, y hoy tratan de reprimir y dividir a Centroamérica. Seguramente pueden producirse —ya se han logrado— avances parciales en los dos sentidos, hacia la liberación y la integración. Pero no podrán consolidarse separadamente. La integración dependiente solo sería un instrumento aduanero para las transnacionales. La liberación insular es inviable.

Latinoamérica solo podrá crecer vuelta sobre sí misma. Inscriptos en el planteo de la unificación territorial, encontrarán su cauce de resolución los conflictos geopolíticos y limítrofes heredados de la época de la balcanización y las guerras fratricidas (desde las secuelas de la guerra del Pacífico hasta nuestro conflicto del Beagle). Se constituirá una comunidad económica dotada de todos los recursos naturales y humanos, un mercado potencial formidable, donde se podrán corregir o complementar las actuales disparidades y encarar las grandes industrias del futuro. Se articulará así una vía de encuentro fecundo con el otro hemisferio, y será

posible, por fin, escapar al dilema entre el imperio capitalista y el satelismo soviético, o cualquier otra opción dependiente.

La utopía latinoamericana, significado último de una historia común, es ante todo la exigencia de la liberación y unificación de la patria subyacente; una sola gran nación, como objetivo irrenunciable. Por lo tanto, la supresión de las fronteras, una sola ciudadanía, la integración económica y la planificación de una nueva fase de desarrollo, la intercomunicación social, la vertebración política de una federación continental; pero también mucho más que eso: la emergencia de una gran sociedad plural, un orden de dignidad, libertad y justicia para nuestras gentes secularmente postergadas, la afirmación de sus cauces de convivencia democrática, la refundación de una cultura, rescatando las raíces y proyectando sus aportes originales en el orden científico, tecnológico, artístico, la reivindicación del hombre y la mujer latinoamericanos, dueños de sí, de su tierra y su destino, en el trayecto de nuestro pasado traumático, subordinado y colonial, a un futuro desalienado, creador y universal.

¿Qué fuerzas, por qué vías, podrán llevar a cabo el gran proyecto latinoamericano? La revolución tecnológica y la crisis mundial están arrasando las estructuras sociales anteriores, cambiando rápidamente el marco de nuestros dilemas. Entre otros síntomas de tales cambios, uno de los más notables en el plano político es la generalización del rechazo por las “soluciones” autoritarias, de cualquier clase que sean. Nuestros pueblos han madurado para decidir, y exigen su natural protagonismo. Ya no son creíbles los atajos providenciales. América Latina parece por fin desilusionada de dictaduras militares, revolucionarias o burocráticas. Los medios de progreso político se encaminan más bien en un esfuerzo persistente para profundizar el ejercicio de las instituciones republicanas y el contenido social de la democracia. Hay que organizar la participación popular, concibiendo una remodelación del Estado y una auténtica democratización de las estructuras de gestión empresarial y comunal. El mundo gira a mayor velocidad, y la vitalidad de los movimientos sociales, de los sindicatos, de la juventud, de las mujeres, continuará impulsando nuevas propuestas, a pesar del retraso y las limitaciones, de partidos o grupos dirigentes. Sin duda habrá mayores sorpresas. Tenemos que prepararnos para lo inesperado.

Hay un lugar, además, para los intelectuales, que tienen la oportunidad y la obligación de incitar la imaginación de un destino. Ello se corresponde con el creciente valor estratégico de la inteligencia en la producción, en la organización y la dirección de la sociedad de fines del siglo veinte. También la lucha política reclama hoy más de la inteligencia que de la fuerza o el heroísmo de otros tiempos. Tenemos que aplicarla a desplegar las reservas sociales en potencia, generando las tecnologías apropiadas. Es ineludible trazar un rumbo hacia otras formas de desarrollo, un salto de etapa para existir en el mundo posindustrial que se avizora. Será inútil resistir a las máquinas automatizadas: habrá que adueñarse de sus secretos, y ponerlas al servicio de todos.

Pero nada de ello será posible sin rescatar una identidad, una conciencia, un orgullo de ser que solo adquiere consistencia en el horizonte de la utopía latinoamericana. Esto es lo que debemos hacer cada vez más explícito, recreando la fe en ese sueño colectivo y trascendente. La revolución copernicana para centrar nuestra existencia comienza en nuestras cabezas. Pensándonos latinoamericanos adquirirá un norte cierto el camino de logros y fracasos en las diversas latitudes del continente, y un sentido renovado, pleno, la lucha, el trabajo, la vida que realizamos aquí. Ahora, como siempre, la utopía es posible; más que nunca, necesaria. ■

AÑO 4 - N° 10

JUNIO DE 1986

EL PERONISMO, LA MODERNIDAD Y LA CRISIS DE LA POLÍTICA

Carlos “Chacho” Álvarez

I

Difícil tarea la de transgredir las evidencias reinantes, atravesar fronteras respetadas, crear rupturas donde se simula unidad.

¿Cómo reconstruir una conciencia que desbloquee el “espíritu medio” de este tiempo, las opciones medidas, los silencios mayoritarios de una sociedad con expectativas degradadas?

Nuestra democracia posee una indescifrable virtud. Nadie puede asegurar cuánto alberga de nueva sabiduría y cuánto de decadencia política.

Un academicismo soñoliento elaboró una tesis aceptada pero decepcionante: la democracia no es solamente un valor referencial o el escenario compartido donde se ponen en movimiento los conflictos, sino un valor absoluto, la religión de los años ochenta.

Ello plantea el problema de una resignificación de la democracia en términos diferentes a los de la redistribución. La democracia política ha tendido a ser fundamentada como una competencia por el poder destinada a permitir una distribución más equitativa de cargas y beneficios. En el futuro habrá que enfatizar más la democracia como sociabilidad política, como posibilidad de deliberación racional

y de participación, que como medio de conquistar para los grupos dominados mejores posiciones en la pugna por sus intereses económicos.¹

La cita es clara. Auspicia la incapacidad de la democracia para reformular los términos del poder. La tarea será modernizar, desarrollar una inteligencia ahistórica, acrítica y asocial, que permita colocarnos a tono con la época.

La modernización concebida por el alfonsinismo arrastra una elevada dosis de superficialidad. Circunda la periferia de los problemas nacionales sin visitar las zonas donde habitan indemnes todos los abusos y las corrupciones de los poderes reales.

Desde otra perspectiva, el tema de la modernización reproduce la discusión de los años sesenta en torno a la democracia y el desarrollo, dos palabras clave que nos permitirían acortar las distancias con las sociedades centrales. La tesis de una necesaria maduración de la democracia, no es novedosa. Es un correlato del neodesarrollismo, fácil de aprehender tras el balance de aquella década. Cuando mencionamos el correlato alfonsinista en relación al neodesarrollismo, pretendemos simplemente encuadrar el análisis del desarrollo económico-social y el relevamiento de las condiciones históricamente restrictivas que se le oponen. Naturalmente esto implica determinadas propuestas tendientes a superar aquellas barreras. Era frecuente concebir este proceso como una aceleración del cambio social, la modernización, la mutación de los valores comunitarios y desde luego, la promoción del clima adecuado para que prosperara el individualismo económico. El proceso de desarrollo era, a la vez, un corte con las formas sociales tradicionales y una continuidad casi indefinida de los factores modernizantes. La perspectiva lineal pretendía que un país se encontraba “en vías de desarrollo” cuando acortaba las distancias con un modelo social, exterior, de referencia. El desarrollo era complementario, entonces, con determinados mecanismos de adopción de un tipo particular de sociedad: el capitalismo occidental o ahora la sociedad posindustrial.

El discurso desarrollista, al igual que el actual, dejaba de lado las relaciones de dominación internas y externas, el amplio espacio confrontativo que separa la opulencia de la escasez. Ahora la modernización vuelve a sustantivar la democracia. La “democracia moderna” es la variante subdesarrollada y dependiente del nuevo cambio civilizatorio. La forma de estar actualizados, postergando los dramas históricos de la sociedad nacional.

II

La primera condición de la modernización será reconocernos acríticamente “occidentales”, importando la decadencia y la crisis cultural.

1. Lechner, Moulian, Flisfisch, *Democracia y desarrollo en América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, 1985.

El espectáculo del Occidente contemporáneo habría fascinado, aunque por razones distintas, a Maquiavelo y a Diógenes. Los norteamericanos, los europeos y los japoneses lograron vencer la crisis de la posguerra y han creado una sociedad que es la más rica y próspera de la historia humana. Nunca tantos habían tenido tanto. Solo que a estas ganancias materiales no ha correspondido una sabiduría más alta ni una cultura más profunda. El panorama espiritual de Occidente es desolador: chabacanería, frivolidad, renacimiento de las supersticiones, degradación del erotismo, el placer al servicio del comercio y la libertad convertida en la alcahueta de los medios de comunicación.²

Cerrado el ciclo tercermundista, en el que la política era entendida como movilización social y estrategia de masas, nos queda ahora imitar la racionalidad partidaria de Occidente. El realismo es el nuevo lugar de la razón. La sociedad ya no es vista como el espacio donde pugnan proyectos e intereses, sino como agregado de conjuntos poco integrados que manifiestan aspiraciones, temores, resentimiento, deseos y esperanzas. El partido político, a través de sus dirigentes y su oferta electoral, buscará sumar tantas aspiraciones y esperanzas como sea posible y neutralizar al máximo aquellos temores que pudieran movilizar a los sectores más amplios en su contra. Se estudian las encuestas y los sondeos de opinión para que el marketing político elabore la oferta electoral.

El partido-oferta de las democracias modernas puede representar a la sociedad tal como es, en nuestro caso, desintegrada, atomizada, pasiva, pero le resultará imposible cumplir funciones de agregación real, de organización y de movilización. No podrá disputar el poder, porque la suya es una concepción que gira más sobre el espacio electoral que sobre la sociedad. Esta es visualizada apenas como “opinión pública”, y el partido desde su conducción deberá tender a conquistarla. Es el lugar dejado vacío por el reflujo de las pasiones históricas y políticas, el espacio virtual de un fin de historia que es necesario saber administrar.

La modernización aplanar, funcionaliza y genera saberes especializados. El político debe “aprender” la técnica de la transacción, una profesión como cualquier otra, una habilidad carrerística que consagrará a la nueva clase.

Un sistema competitivo de partidos tiende a desarrollar un estilo tecnocrático por dos razones. Por un lado, la competencia entre los partidos se dirige principalmente en la contienda electoral de acuerdo a un criterio formal: la maximización de votos. Para triunfar en las elecciones y acceder al gobierno, el partido debe orientar su programa hacia las oportunidades que le ofrece el “mercado político”, esto es, conseguir el máximo de votos apelando al mayor número de votantes. Tratará, pues, de diversificar al máximo la oferta, agregando todas las demandas que considere electoralmente rentables, sin importar su heterogeneidad.

2. Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Sudamericana-Planeta, 1984.

Los partidos abandonan su perfil ideológico para devenir máquinas electorales, a la vez que un personal profesional de alta especialización desplaza a los antiguos hombres públicos.³

No ignoramos que la sociedad ha cambiado, pero sabemos que esta nueva modalidad política disimula muchas formas de corrupción (algunas muy viejas) y —lo que es más grave aún— imposibilita cualquier intento transformador.

El partido-oferta es incapaz de organizar el consenso que active una vida colectiva y asociativa múltiple en la base de la sociedad. Se recusa al Estado, se privatizan las empresas nacionales... pero al mismo tiempo la política se estatiza. El partido es la estructura de un funcionariado cuya preocupación central es conservar posiciones propias. En sus manos, la modernización es una operación tecnológica que recrea clásicos ejercicios de simulación. Un viejo espectáculo puesto en escena por viejos o jóvenes profesionales y observado rutinariamente por “ciudadanos” descreídos, incrédulos, de que se satisfagan sus menguadas expectativas.

La oferta electoral se diseña desde “afuera” sondeando siempre las inclinaciones populares para conectarse con eficacia. Lo esencial no es ya ser representativo sino estar conectado. Los políticos lo intentan con desesperación: “su intervención se resume cada vez más a un cálculo de efectos especiales, de ambiente y de performance”. Su misma ideología no apela a las convicciones profundas: “conecta o no conecta”.⁴

Ese juego no garantiza (antes bien dificulta) que la “clase política” asuma el concepto del interés general, la comprensión de los procesos reales y la voluntad profunda de democratizar el poder.

La actual política del gobierno se hace exclusivamente desde el Estado. El “portantierismo” teórico de Parque Norte se ahogó en las piletas de las oficinas públicas. La “sociedad civil” tan fascinante para los académicos alfonsinistas sufre pasiva una fragmentación cada vez mayor. Las “tareas sociales” asumidas por el gobierno son caricaturescas. Los comités se han convertido en verdulerías en las que el consumidor “comunitario” ni habla con su vecino en la cola; espera —con su bolsa y su fatiga existencial a cuestas— ser despachado por el funcionario-verdulero. Mientras tanto, los cientistas sociales escriben “papers” y explican en variados “ámbitos” cómo esta democracia antiautoritaria termina con el populismo corporativista.

La política se ha desinsertado de la base social. El activista, el militante y el cuadro fueron reemplazados por operadores, por descifradores de códigos carrerísticos, por los nuevos repartidores de cargos y prebendas.

La tendencia a identificar sistema, gobierno y partido y a considerar que la dirección del Estado otorga la fuerza y la legitimidad necesarias y suficientes para resolver

3. *Ibidem* 1.

4. Jean Baudrillard, *La izquierda duerme*, Anagrama, 1985.

los conflictos sociales, continúan siendo normas de un partido *aggiornado* en su liderazgo, pero intacto en su concepción de la política y del poder. El viejo radicalismo de los caudillos parroquiales, la clientela, la manipulación y los comités, se ha modernizado a la usanza alfonsinista. Ha comprado todo el descarte civilizatorio europeo para descubrir que la política es un acontecimiento previsto y terminado.

Muere la estética tercerista. La posibilidad de un antagonismo, de una ambigüedad, de alguna arbitrariedad o abuso popular. La pasión colectiva desaparece en el equilibrio soso del discurso sobre la normalidad y las instituciones.

La política nos invita a aculturarnos en una operación altamente selectiva de modernización. “Triunfará quien sepa manejar mejor las nuevas estrategias de la indiferencia”.⁵

III

Perplejidad sería la palabra más cercana al estado que subyace tras la sequedad de los oasis revolucionarios; pero la política no admite mucho tiempo la perplejidad. Solo es un momento para salir del dogmatismo o para superar los instrumentos que ya no sirven.

La inmediatez y las inseguridades de la época abren el atajo para quienes han decidido eliminar del universo peronista toda idea de revolución. Es cierto que la revolución ha fracasado. Pero debe ser repensada. Planteada como problema, y no solución escatológica.

De la forma como el peronismo haga la crítica de la revolución, de la frustrada idea de revolución que lo tuvo como protagonista central, dependerá la vigencia o no de una alternativa sustancial a la crisis de la política que antes describimos.

Las palabras clave que lideraron los mejores años peronistas han caído en desuso. La batalla ideológica-política, que ciertamente no se reduce a una guerra de lenguajes, se libra también con las palabras. Se lucha, por una parte, para imponer el propio lenguaje, incluso al adversario y, por otra parte, para imponer y para apropiarse de las palabras que permiten el control del vasto territorio ideológico. Es, pues, capital poder imponer las propias palabras clave.

“Toda potencia ocupante quiere debilitar al resistente dándole el nombre de terrorista o bandido y negarle el título de patriota”.⁶ Nuestras palabras clave están enfermas, degradadas, se han vuelto obsesivas, porque con ellas se pretendió conocerlo y explicarlo todo. La Doctrina, el Proyecto Nacional, la Comunidad Organizada, el Pueblo, la Liberación han perdido virtud operativa, han tomado el lugar de las cosas a las que tenían por función designar. Por eso han adquirido forma espectral, se han vuelto ciegas y cegadoras.

5. *Ibídem*.

6. Edgar Morin, *Para salir del siglo XX*, Kairos, 1981.

Nuestras palabras se han agujereado porque hemos perdido una batalla política-cultural. El peronismo fue derrotado en las urnas, y también en su significación. Retrocedió su patrimonio simbólico. Fue derrotada la incoherencia de autodesignarse como revolucionario y mostrarse disecado en su vitalidad histórica. De nombrarse democrático y prohijar minorías golpistas. Fue sancionada su irresolución política-ideológica.

Muchos han aprovechado esta circunstancia para montarse en la modernización “estilo alfonsinista”. Son los que piensan que no solo las palabras están en desuso, sino el ciclo nacional-popular que las sostenían. Plantean al peronismo como la pieza que le falta al sistema para convalidar un bipartidismo intrascendente. Una alternancia a la medida de profesionales.

Otros “viejos peronistas” usarán las palabras clave para intentar disimular la decrepitud o la corrupción. El potencial simbólico desgastado para perpetuarse en los aparatos desiertos. Las nuevas derechas y las viejas izquierdas intentarán rodear algún “carisma” que puede desatar insurrecciones de final abierto.

IV

La renovación es el porvenir del peronismo. Pero debe dar cuenta de la propia historia. Reconstruir la memoria con una narrativa desprejuiciada, no sacándose de encima, con gestos ligeros, los tramos más trágicos del pasado.

Los silencios son aprovechados por los adversarios. Activan la memoria allí donde duele. Descartan la gesta y relatan los dramas, para construirnos “desde afuera” como sujetos no confiables. No hace mucho tiempo, antes de las elecciones de octubre del 83, nos hacían pactando con los militares genocidas (el pacto militar-sindical). Lorenzo Miguel recurrió a la justicia, el lugar de la transparencia ahistórica. Como durante la dictadura los procedimientos fueron ambiguos, y como muchos sindicalistas continuaron soñando con alianzas prehistóricas, nuestra identidad quedó al descubierto. Éramos lo que Alfonsín decía y denunciaba que éramos. Desde las películas de los libros de Soriano, hasta Pablo Giussani, pasando por Tomás Eloy Martínez, todos arman el relato de nuestra identidad. Todos contribuyen a definir nuestra significación; nosotros no hablamos.

Un peronismo dispuesto a no temerle a los conflictos, no puede ser temeroso de su pasado. Rechazar la idea de refundación y modernización como clausura de la historia nos compele a resolver la tensión entre pasado y porvenir. Construir nuestro propio relato para que no nos puedan seguir arrojando retazos de la historia sobre nuestra desmemoria.

Estar dispuesto a discutir la historia es el primer signo de una renovación decidida a movilizar la pasividad, despejar fantasmas, construir un discurso sin sospechas de ocultamientos.

V

Se intuye en la renovación un recelo a caer atrapada en las redes de lo ideológico, precisamente cuando lo ideológico (concebido como cosmovisión totalizadora) agoniza. Junto a la ideología, muere la conversación de la política revolucionaria como ciencia redentora, apta para construir “el final de la historia”. La idea de emancipación no como camino de libertad, sino como despotismo de sectarios. Pero es ingenuo o interesado confundir la crisis de las ideologías con la “deuda de sentido” que el peronismo tiene con la sociedad.

No se trata de operativizar la doctrina, sino de recrear un imaginario que dé cuenta de la sociedad que se aspira a construir. El proyecto, no como un punto del devenir histórico, sino concebido desde la propia experiencia y como referencia a un sentido trascendente. Responder a la necesidad que tienen los hombres de construir un imaginario para institucionalizar la realidad social.

Es la diferencia con el realismo conservador de quienes identifican lo posible con lo institucionalmente establecido. Con lo cual las instituciones devienen fetiches, o sea, son tomadas por la plenitud misma.

La plenitud, es justamente la ausencia de institucionalización. Si existen instituciones, como, por ejemplo, el Estado, la Iglesia, la propiedad privada, entonces no vivimos la plenitud de la vida. Vivimos un orden limitado, es decir, determinado. Y la determinación remite a la imagen que nos hacemos de la totalidad. Para analizar la realidad instituida hay que remontarse, pues, a las utopías, mediante las cuales se establecen los límites del orden social.⁷

La utopía no como compensación de la realidad sino como su sentido.

Muchos peronistas creen que este sentido ya fue establecido de una vez y para siempre. Solamente hay que ajustarlo a lo coyuntural, programatizarlo, para hacerlo compatible con las demandas más urgentes de la sociedad. Parte de esto no deja de ser cierto, pero esconde la insustancialidad de un peronismo que se prepara solamente para competir por el mercado electoral.

El alfonsinismo no solo fue David Rato, la colonización del espacio vacío o la mística de la democracia. Fue el sentido del futuro, las garantías ciudadanas, lo nuevo contra lo viejo, la austeridad administrativa, la seguridad y la libertad, el parecernos a Europa sin dejar de invocar a Latinoamérica, la confiabilidad externa, la racionalidad partidaria, un liberalismo de signo popular, la estabilización del sistema, la fundación de un nuevo ciclo histórico, la primacía del individuo, lo moderno, etc. No fue poco para una sociedad traumatizada por pasiones desmesuradas.

El militante peronista exclamará: ¡mentiras! es el FMI, la entrega, la dependencia, la mediocridad, etc. ¿Pero cuál es la alternativa de sociedad a proponer? No alcanza con la moratoria, la solidaridad con Nicaragua y el combate contra el punto

7. Norberto Lechner, “El consenso como estrategia”, revista *Zona*, N° 29, Madrid, España.

final. El reduccionismo y la confusión militante despejan el camino de la modernización asocial y sin historia. Las insuficiencias socio-económicas del gobierno y una renovación victoriosa pueden preparar el camino del triunfo. Entonces no hace falta precisar la identidad. Es cuestión de prolijar las formas, cuidar la imagen y coherentizar el dispositivo electoral.

Pragmatismo y espacio electoral se convierten en las coordenadas que informan la política. El camino apto para competir dentro de la lógica inaugurada por el padre refundador. El sendero abierto por la cultura política democrática.

El patrimonio histórico-cultural del peronismo no puede despilfarrarse, convirtiéndose en la pieza que cierre con justeza el armado bipartidista. No porque el bipartidismo sea malo en sí mismo, sino porque así plantado, como dos tradiciones inofensivas que luchan por el control del gobierno, clausuraría toda expectativa de transformación.

Hace muchos años discutíamos con la izquierda que nos endilgaba poder para jaquear al régimen, pero insuficiencia para reemplazarlo revolucionariamente. Hoy parecería que la discusión tiene que darse con los peronistas que ni siquiera están dispuestos a construir las nuevas formas de jaquear al poder.

¿Existe en la actualidad un proyecto nacional-popular, capaz de movilizar la sociedad, de organizar y activar su base, de recomponer nuevas formas de solidaridad, de crear una voluntad colectiva, un ideal común, de interpelar un nuevo sujeto protagónico, de modificar las relaciones de poder? No existe un proyecto de alternativa global, y por lo tanto hay que comenzar a construirlo. El peronismo y específicamente la renovación se encuentra ante la disyuntiva: recrear un partido movimientista capaz de organizar y movilizar una expectativa y una voluntad transformadora o terminar en el partido-oferta, de militantes funcionarios cuya única aspiración es la carrera política personal o grupal.

Es cierto que estamos instalados en la crisis; razón de más para inventar nuevas políticas. Estas requieren vitalmente un pensamiento que pueda alzarse al nivel de la complejidad del problema político en sí mismo, y pueda responder a la posibilidad de imaginar una sociedad distinta.

Para ello, la renovación debe transitar un camino de transformación interna, que modifique los estilos políticos, que rompa con la estandarización de la militancia, intentando limitar las mezquindades y los egoísmos personales tras una causa común. Es revertir la crisis cultural de la política, que tiende a cristalizar el sistema como "superestructura" en su denominación peyorativa, entendida ahora (contra su uso habitual) como una institucionalidad escindida del referente imaginario y simbólico de la comunidad.

Hubo cambios evidentes en la sociedad que no pueden soslayarse. Opiniones, modas, prejuicios, miedos, expectativas de las que hay que dar cuenta, pero en un conjunto de significados que representen la plenitud y la capacidad de nombrar lo imposible como límite reconocible.

Entre una idea mítica de la política, encubridora más que realizante y los afanes burocráticos y carrierísticos, debe recrearse una zona de compromiso con la búsqueda del sentido de lo colectivo, clavando en la conciencia de las tecnocracias las espinas de una historia no concluida.

VI

El peronismo fue una historia de mayorías populares y también de mayorías militantes. Superó la contradicción entre los partidos vanguardistas de militantes sin votos, y los viejos partidos clientelistas sin ideología y con poca militancia. Sin embargo, hoy es una fuerza divorciada de la sociedad, que ha retrocedido en su perfil militante y ha desideologizado la lucha política. Esto podría explicarse (aunque no aceptarse) en un partido de gobierno, donde las urgencias y el manejo del poder exigen adaptación y realismo. Pero desde la oposición, sin responsabilidades conductivas y sin mayores compromisos, es imposible entender por qué se eligen las menores peripecias, los menores matices, el mayor achataamiento, una nebulosa desocializada que nos aproximan a las tecnologías blandas, de una política de simulación.

O nos refugiamos en el concepto de opinión pública, como topografía ambivalente que requiere como instrumental primordial el equipo de marketing o intentamos constituir lo popular como determinación subjetiva-objetiva del polo mayoritario de la sociedad nacional. Esta alternativa no desconoce la necesidad de las “técnicas electorales” (sería ingenuo renunciar a lo que uno ha ayudado a “inventar” pero las historiza alrededor de una idea de modernidad diferente).

Constituir lo popular y reconstruir un sujeto protagónico, requiere superar el movimientismo estatutario, para convocar movimientos autónomos que le devuelvan al peronismo su inserción social, hoy tan debilitada. Cuando en todo el mundo se discute cómo salir de lo partidario hacia la sociedad, nosotros pretendemos encerrar las representaciones en la estructura administrativa.

Un ejemplo de cómo hemos cambiado los ejes de la discusión: ayer elegíamos el movimiento como la dignidad de confundirnos con la sociedad, recusábamos la partidocracia como degradación de las representatividades, divorcio con las expectativas y los ritmos cotidianos de la vida popular. Hoy la idea movimientista desfallece en la carta orgánica, la discusión es si los profesionales y los empresarios se suman a la estructura. Una modernización subdesarrollada. Un partido que cree que suma socialmente porque incluye dos nuevos “burócratas”. Un político, más un sindicalista, más un profesional, más una mujer, más un joven, más un empresario, no nos hace partido-movimientista; amplía y pone al descubierto una idea de funcionalización digna de los partidos-empresas más que de los movimientos con vocación liberadora. Es la forma de “computarizar” la decadencia. Una manera seductora de desconstruir el universo revolucionario del peronismo.

La modernidad sin sujeto, la política sin nadie para redimir, nada para emancipar, es la política-espectáculo, el escenario cubierto, las butacas vacías, la obra repetida, el final descontado.

El peronismo no puede plantearse modernizarse si “desconoce” su historia y su sentido. Moderniza la nada, el vacío. Entonces crea otro peronismo, un símil social y problematizado del partido gobernante, más aún, un peronismo que para ganar “sabe” que debe esconder lo social, ocultar la negritud, no decir que fue el movimiento de los trabajadores, porque si no pierde votos; la mediocridad se asusta y los capitanes de la industria se inquietan.

Asumir la modernidad es volver a interrogar las evidencias y los postulados, sacudir las modorras, las maneras de hacer y de pensar, disipar las familiaridades admitidas, volver a tomar la medida de las reglas y las instituciones y a partir de esta reproblematización, intentar conformar una voluntad política, aceptando la hegemonía de un sujeto múltiple, variable, pero que exprese con fidelidad la memoria y la actualidad de lo nacional-popular. O estamos dispuestos a aceptar la decadencia y la degradación de la sociedad o nos disponemos a combatirla, creando las condiciones de receptividad de otro discurso. Cuando el político es la encarnación cruda y despiadada de la opinión, cuando la política devora las capacidades imaginativas, todos se vuelven opinadores, ya no tan siquiera portavoces sino simplemente altavoces.

¿Cómo reconvertir la opinión pública, no en conciencia, sino en sentido común? Situándonos frente a la sociedad, no como un espejo, no con una sonrisa, sino con un removedor, activando la potencia de lo popular. Una dirigencia capaz de conmover, no un cúmulo de monigotes con sonrisas electorales.

El político tiende a encarnar casi con desvergüenza el mirar sesgado de una opinión pública que parece rebelarse frente a las manipulaciones, pero que termina entregada a la sobrecarga informativa y a la desinformación, dos formas de aturdir la comprensión.

¿Cómo recusa el peronismo, desde adentro, desde la propia lógica comunicativa, el discurso político simulador?

No solo desde una estrategia inteligente de oposición, sino “siendo” una alternativa creíble, otro lugar, otras formas y otros contenidos en la concepción y la práctica política. La capacidad para aglutinar los paradigmas perdidos y los paradigmas dominantes, conjugar la tradición y la innovación, entender el presente para inaugurar otro porvenir. Así sí podremos aceptar que las claudicaciones son tácticas; los silencios, sabiduría; los conformismos, la forma de aquietar a los que sospechan.

VII

Democracia-escenario o democracia social; tecnocracias modernizadoras o dirigentes con vocación transformadora; operadores o cuadros; profesionales o militantes;

partido-oferta o partido-movimientista; clientelismo o participación popular; carguismo y burocracia o ambición legítima de poder; estatismo parasitario, o auto-creación de lo colectivo; modernización periférica o modernidad nacional popular; fin del ciclo liberador o continuidad democrática de las luchas populares; opinión pública o sujeto popular.

Juegos de contradicciones que sintetizan las distancias hoy inexistentes entre gobierno y oposición. Los primeros términos expresan la realidad, los segundos una propuesta de transgredirla, desmarcando la política de las rutinas actuales.

VIII

Es época propicia para pensar de nuevo. En efecto, nos encontramos en un momento de aguas bajas mitológicas. El salvacionismo está en retirada. La ofensiva ahora la tienen quienes auspician la normalidad controlada.

El tercerismo no puede confundirse con la neutralidad, la recusación sin opciones, la denuncia sin camino alternativo. Frente a la tradición integrista y la modernización aculturizada hay que generar una modernidad nacional-popular. Tensionar la idea entre la historia, como rescate referencial, y la innovación, adecuando la noción del progreso a su dimensión realizante y desechando el descarte de una imitación degradante.

El peronismo no puede cerrarse a la idea de modernidad. Debe oponerla a la de modernización como injerto y prótesis del subdesarrollo y la dependencia. Esta operación casi semántica es posible, si podemos nuevamente pensar en términos de poder. Significa el manejo autónomo de nuestro porvenir. Una lógica propia, humanística, abierta, popular, que tenga en la justicia social la norma capaz de sostener el orden mismo de la democracia y de la Nación.

Nuestra singularidad no es el productivismo o el acertar con un esquema exportador exitoso. Las condiciones materiales de nuestro crecimiento exigen una decisión previa que le confiere a la Política su primacía, en tanto define la naturaleza y el carácter del Poder como una voluntad nacional-popular movilizadora.

El peronismo no está creando las condiciones para discutir el poder. Esa debe ser su diferencia sustancial con el proyecto administrativo radical. La democracia social debe tener el agente histórico de su propia construcción. Es la capacidad de organizar la política también como movimiento social que permita restablecer los equilibrios básicos entre el Estado, la sociedad y la economía. La movilización y la organización compleja de la vida social, cambiante y adaptativa a la evolución, deben recrear las necesidades de lo popular y contemplar sus formas societales de sentir y de hacer.

Modernizar es una tarea de tecnócratas. La modernidad es una creación política que concibe el progreso desde la propia experiencia, como una instancia en la que se actualiza y se convierte en acto político la voluntad nacional-popular.

La implicancia de esta perspectiva con el concepto de democracia es relevante. Entendida como un sistema de poder, que expresa y a la vez realiza cuanto un “pueblo quiere”, su nexo sustancial con la voluntad popular es obvio. No obstante, se trata de una voluntad que es no solo consciente de su “querer” sino capaz de organizar las distintas y múltiples formas de su realización.

La tentación de negar esta posibilidad es grande. La democracia argentina que-rrá parecerse más a las democracias restringidas de Latinoamérica, donde de antemano se conocen los límites del “cambio”. La época también justifica las despedidas de lo social. La lenta disgregación, reabsorción e involución de lo social. A esto también se lo llama modernización.

Puede ser halagador ingresar en el mundo de los “notables”, integrar una clase con reconocimiento social: los transpirantes de la camiseta de la democracia, los elegidos para montar la estabilidad de las instituciones. Esto tiene sus reglas: es un golpe bajo denunciar el hambre, la injusticia, la violencia social, la corrupción, la marginalidad, las inmundicias cenaculares, el noviazgo casi obscuro entre la política y el negocio. La respuesta ya fue anticipada: en todas partes pasan esas cosas, son inherentes a la condición de la política y a lo humano; somos tan corruptos como todos; la diferencia es que la política es pública y se nota más. Es la anticipación de la escritura sobre la realidad. Todo se hace y se deshace seis meses antes de las elecciones, lo que equivale a una castración en el tiempo, a una ruptura en el ritmo del acontecimiento, que siempre supone una conjunción imprevisible y un momento mínimo de incertidumbre...

El peronismo poseía un grado de eventualidad, al no ser ni previsto ni modelo de peripecias futuras. Ahora lo impredecible es la derecha social, mezcla de golpismo y marginación, o la izquierda recordatoria, que hace poco asesinaba burócratas y hoy los erige en líderes de la posible insurrección de las masas. Lo predecible puede ser lo “votable”, lo reconocible y aceptable, pero que no logra conmover una impredecibilidad más apasionante. Quedamos embretados entre dos formas de decadencia y un carisma social que todos aprecian pero que nadie sustancialmente respeta.

IX

La dignificación de la política renovó en otros tiempos la democracia argentina. El peronismo amplió el espacio de presencia y de participación, socializó la actividad política, intentando transferir el poder hacia la sociedad. Obviamente, también politizó a la sociedad, reconociendo en sus iniciativas demandas políticas auténticas. Pertenecen a este orden de problemas las iniciativas tendientes a contrarrestar una concepción tecnocrática de poder. La democracia social no es asimilable a un proceso decisorio por vía administrativa. Se corresponde, por el contrario, con la promoción de formas adecuadas sociales y comunitarias de presencia real de sus actores.

Recuperar la idea movilizatoria no significa abjurar del internismo, que por otra parte es inherente a la democracia, sino explorar las formas que hagan que lo interno y lo externo se conjuguen, con sus modalidades, en el interior de la sociedad. Lo externo no solo es discurso sino una manera particular y múltiple de aproximarse a lo cotidiano, de sentirse incluido en la vida integral de la sociedad. Cuando recusamos el internismo, a veces no sabemos qué estamos criticando, si los avatares de la lucha partidaria, el agotamiento interior, o la forma en que la política se ha desprendido del ideal y de lo cotidiano. Creemos que este último es el punto que centraliza la crisis cultural de la política, la capitulación de una acción, sin gestión colectiva, sin participación espontánea, sin el poder capaz de sostener y conducir una democracia distinta.

La tarea que nos queda por delante es remover esta situación intentando crear otro clima afín a una forma más histórica de comprender la política. Aceptando que la democracia tiene sus reglas y límites, pero no abandonando nuestro compromiso de ampliar y transgredir permanentemente el cerco con que se pretende invalidar las posibilidades de cambio. Rompamos primero nuestras propias rutinas, saltemos las prisiones de nuestro propio internismo, para después sí, poder hablar más libremente de la justicia y la liberación. ■

AÑO 4 - N° 10JUNIO DE 1986

ESA COSA DE LA MODERNIDAD MODERNIZACIÓN

Nicolás Casullo

DE LOS SUBVERSIVOS DEL PARQUE A LOS WEBERIANOS DE PARQUE NORTE

Como recurrente punto ciego de una política que pareciera complacerse en demostrar su aturdimiento de realidad, el peronismo, aun el más inconformista consigo mismo, percibe en la crónica nacional destartalada, en esta suerte de “otra cosa” que habitamos, la superpoderosa mano negra de la “modernización” alfonsinista.

De esta manera, Todo (menos su espectro en el espejo) sería alfonsinismo, otorgándole a ese hombre bonaerense gobernante el majestuoso poder de haberle

vendido al diablo la inteligibilidad de una patria que cada vez le responde más dificultosamente a la causa popular del 45.

La realidad nacería, entonces, de un gabinete donde se juntan, dos veces por semana, el neopatriarca, viejos amigos que creyeron en él desde chiquito, y científicos sociales del posmarxismo. En la otra vereda (la vereda de enfrente, diría Borges) está el campo. El campo de la penuria económica que ya no gestaría pensamiento político, sino resignación o aviso de caos, al ser abandonado por la utopía capitalista de la productividad. No hay nada más, por lo tanto, que aquella prestidigitación weberiana y una biografía popular vuelta desierto.

Queda en penumbras —en términos subjetivos, en términos generacionales, en términos de mateadas— el tumultuoso paisaje de los discursos ideológicos y culturales erráticos que golpean cotidianamente. Quedan en negro los desórdenes imaginarios de una antigua Argentina ideológica (suplantados por los “índices” y “porcentuales”). Queda para la desconsideración, la fragua de tantos textos de conjura, de perplejidad, de mutaciones que crispan la realidad “incambiable”. Los espejismos y desencantos como revuelo de pájaros sin morada. Los tránsitos de conciencia, las travesías juveniles en una crónica ahora sin resolución probable, las memorias agolpadas que eternamente reconstituyen a los hombres, pero como otros hombres. Nada de todo esto pareciera semantizar nuestra realidad. Producirla. La otrora apasionada lectura cultural de la sociedad ha muerto. Solo queda el hechicero y el dato económico estadístico.

El resto —pienso: lo más importante— carecería de capacidad para promover el tiempo que estamos viviendo, y que podría ser definido como la dispar, e insondable, toma de conciencia de la defección de la revolución peronista, de eso que fue entendido como aurora o como espanto. La actuación compulsiva, aluvional, traumática, de un complejo mundo nacional cumpliendo dicho tránsito.

Sin embargo no. Casi todo sería producto del fabuloso poder del discurso alfonsinista, y muy poco, casi nada, consecuencia de esos inmensos bolsones de hombres —espíritus trascendentes de la época— donde se amontonan (pero resisten) los residuos del posindustrialismo por degradación de dependencia, y los contingentes multifacéticos de la postutopía peronista. Esos universos no económicos, no “estructurales”, no “poblacionales”, que van trazando, también ciegamente, antojadizamente, una historia bastante imprevisible y poco atractiva. Pero no. Ese nuevo “ismo” del señor presidente consistiría en algo tan omnipresente, que de por sí es “todo lo otro” apareciendo con la temible (y en el fondo paralizante) imagen de la época. No se trataría de un gobierno, de un sexenio constitucional. No, es el curso del agua y las ranuras. Son los nuevos valores —todos— y los empantanamientos ideológicos. Es la juventud despolitizada y las películas en 35 milímetros. Son los manuales historiográficos y las lógicas de justicia, lo que dice algún sobrino joven y las tendencias del malévolo Occidente. La baja de la conciencia popular y la conspiración socialdemócrata, el trágico límite

del discurso ubaldinista y las revistas de historietas. La sexualidad de las adolescentes y el corte epistemológico de las ciencias marxistoides, el rompecabezas desarmado y una sociedad que empieza a pensar en su ética, las herejías clasemedieras y la confabulación de los novelistas, el paradigma japonés y la tapia puesta al pasado, los universitarios de derecha y el segundo cuerpo de intelectuales, el ecologismo y las maestras feministas del preescolar.

Lo que en un tiempo brillaba como astucia maniqueísta para interpretar una realidad y convertir la política en sueño arrebatado —los ismos enfrentados—, hoy es otra de las formas (una más), para no hablar cabalmente del peronismo como el gran acontecimiento que pareciera haber cesado (en lo que fundamentalmente importa que haya cesado) en la biografía nacional contemporánea.

Pienso que si ahora empezamos a debatir la modernización de una historia, y por lo tanto la crisis rotunda de una modernidad tartamuda y periférica, y lo hacemos así, desde conceptualizaciones abarcadoras, desde visiones de edad global, desde esa idea de “ciclo” que solo promueve una conciencia distanciada, no es porque otra vez el gran demiurgo de las enunciaciones habló en Parque Norte. (En todo caso, su habilidad doctrinaria es proponer, escondiendo los temas de fondo que respiran por debajo de los temas).

Es el peronismo, como sujeto político de cambio que fue, que atravesó décadas vaticinando con poder de credibilidad la otra sociedad posible, y es el peronismo hoy, quebrado como sujeto de la voluntad real y actuante para aquel horizonte, el principal partero de esta problemática. El peronismo como pozo negro, donde murió la política como violentación de circunstancias para que apareciese la política simplemente como administradora de circunstancias: como homogeneización de las lenguas. Modernidad desflecada y modernización verbalizada solo adquieren entonces auténtica inteligibilidad de debate, con este interlocutor en primer término. El nuestro. Nosotros. Muy por encima de los documentos de ochenta páginas “de las esferas”, si es que estamos hablando de la sociedad de la revolución peronista como pasado.

El peronismo no va a poder plantear una comprensión propia, una redefinición distintiva, si no reencuentra el recorrido real de su participación en la trama histórica: ese que lo lleva a su crisis. No va a poder discutir con fortuna los propósitos del presidente radical (discutir con apasionamiento ideológico) si entra también en el juego de esconder al peronismo. Si no lo incorporamos como uno de los principales hacedores de esta realidad, de este presente. Si se le sigue otorgando a la interpretación histórica alfonsinista la potestad de nuestra ausencia como *historia desgarrada*, y como *desgarradora de nuestra historia*. Si maniobramos nuestro drama (ese que atravesó y gravitó profundamente en la fisonomía política cultural del país) suplantándolo por nuevos tabúes para esconder a la sociedad en metamorfosis. Si consideramos que “la astucia política” es obviar, o moderar, el análisis y la crítica rotunda del tránsito de nuestra biografía “que explicaba a la historia” a nuestra biografía que

cierra una historia. Es decir, poniendo al alfonsinismo como oráculo-paréntesis-perversión en la montaña (aprovechándose de los hombres inermes).

DE LA CLASE MEDIA DE OCUPACIÓN A LOS EXORCISTAS DE LA BAJA EDAD MEDIA

Probablemente el miedo o la psicosis sea doble, en esta suerte de comprensión intelectual animista de la alfonsinización de la realidad y las cosas. Posiblemente tal “forma de ver” se consagra, a partir de la molesta conciencia de lo único ciertamente verificable: la seducción alfonsinista. En términos de formas, lógicas y modelización. “El deber de exorcizar se impone cuando el demonio ha entrado en la criatura”, dicen Kramer & Sprenger en *El martillo de las brujas*: la tentación de incorporarse al éxito desde “la renovación” y “el cambio”.

En el reduccionismo competitivo de las esferas políticas (condicionadas por el vasallaje de los medios) es en el único lugar donde el alfonsinismo ha hecho escuela y “época”: sobre el peronismo. Ha promovido realidad. Homologación ideológica. Aplanamiento de versiones. Gestos especulares. Pacto con las “para-palabras operativas” del radicalismo, que hace desaparecer los pasados reales de cada uno de los presentes brumosos. Ceremonia *fantasmal* de la política para la alternancia democrática en ciernes, como máximo paradigma a pensar. Progresiva homogeneización de las representaciones ahuecadas. Disolución de los archivos y registros del discurso político, que no fija sitios ni remite a los lugares de una historia.

Algo así o parecido: el pasado es silencio porque está por suceder (otra vez, siempre). El presente se esfuma porque no hay reemplazos, es alucinación o economía: *un tema*, sin posibilidades. El futuro ya habría pasado, quedó atrás, tuvo la oportunidad de haber sido. Y desde nuestra perspectiva, nadie es sujeto de la memoria del peronismo que integró-desintegró la esperanza frente a los enemigos ciertos, sino apenas testigo accidental. Nadie reconstruye la memoria del imposible presente (desde la política y como escándalo de la historia), sino que a lo sumo “informa” (en la sociedad política desquiciada, que espera ansiosa su modernización informática y las pantallas visoras de los bancos de datos para el proyecto nacional utópico).

Entonces, como buenos alumnos del “ismo-Alfonsín” descubrimos que hay que endilgarles a los otros “los paréntesis tenebrosos” de la crónica nacional, como única virtud del discurso propio. Dimensión de lo mortuorio que se pretende refundador bipartidista contra la catástrofe. Lección primera de la retórica alfonsinista para la clase política renovadora que se merezca y aspire. Por un lado, los argumentos radicales que hablan sobre “la irracionalidad peronista” desde un espacio inasible pero consolador, reificador, celebrante, complaciente para las responsabilidades. Y la contrapartida, el discurso totalizante que hablará del “impostor racionalismo alfonsinista” desde otro inasible espacio retórico, y también para

consuelo, también reificador celebrante de las higienes adquiridas o por adquirir. Historias soldadas, no saldadas.

Textos de ausencias y apariencias: *hacemos desaparecer*, en el detallar de las falacias y vacíos alfonsinistas, esa “pequeña anécdota” de exponer —como posibilidad de una nueva narración liberadora— que se está hablando siempre desde una tensión dolorosa, de incertidumbre, vacilante e íntima: la de hablar desde el peronismo. La de hablar desde ese sitio clave para la inteligibilidad de las filiaciones, encadenamientos, recodos, oscuridades y libretos de la escena sucedida-sucediendo, pero como *recreación narrativa*. Recreación que de llegar a contener tal re-creatividad no puede plantear escrituras políticas de conciencia intelectual, donde no quede expresada aquella tensión, como duda, como certezas caídas del paraíso. Hablar entonces desde esa *otra* narrativa, desde esa escritura ausente hoy (que haría emerger en gran parte el porqué de los pasados, de los presentes, de los futuros, el porqué de lo político cultural hoy en términos populares), para desde ahí —desde ese *relato lleno*— emprenderla con el adversario, con el alfonsinismo y sus relatos-gobierno.

DE LOS INTELECTUALES DEL MODERNO A LA MODERNIDAD DE LOS INTELECTUALES

El pasaje de la concepción catastrofista de la política popular a la conciencia de que la historia no se resolvió en algo nuevo, sino que sometió al conjunto al “valle de lágrimas” donde la violencia social y la muerte perdieron significado diferenciador y corrompieron identidades, ese tránsito remite al peronismo.

Sobre él se inscriben, más que sobre cualquier otro factor del presente, las lógicas irrefutables y también los delirios de un extenso tiempo histórico de la Argentina moderna (tiempo *culminante*, conflictivo, occidental y tercerista), con todos los actores clásicos y filosofados del drama de la modernidad, en escena. Al respecto, capítulo esencial en este proceso moderno desfasado, inacabado, indispuestos con la “modernidad arquetípica”, es el problema de lo democrático, vivido por nosotros como sueño descompuesto del sistema burgués capitalista, mucho antes de que las usinas teóricas de Occidente empezaran a descifrar “los límites”, “la crisis” y la falta de alternativas frente al naufragio del Estado democrático.

Este tránsito, este pasaje digo, donde a través del cuerpo del peronismo, queda cuestionada, colgada del aire, la “modernidad” del país (modernidad que fue siempre una intrincada mezcla de problemas culturales *premodernos* que hoy retornan para espanto del mundo central, y problemas “posmodernos anticipados” de no coincidencia entre estructuras y políticas), este tránsito también genera una brecha profunda —irreversible— entre pensamiento e historia.

Resurge el pensamiento político-intelectual, pero en discusión y en ruptura con una historia “de la política”. La brecha hace inevitable la escisión entre política

(acumulación, relación de fuerzas) y pensamiento, como grieta mucho más profunda de lo que puede pensarse a simple vista, de lo que puedan desear las dirigencias.

Se replantea, entonces, no solo los aportes de “un rol” a la política agujereada y sin aliento, sino la índole de una participación de crónica conflictividad —el intelectual— personaje ahora incrustado en la ambivalencia de una época donde la muerte de las representaciones (el horizonte yermo, los libretos sin sujetos), y el mercado cultural para el espectáculo de *Los Que Piensan*, conjugan una áspera fricción entre la honestidad de la conciencia crítica por una parte, y el intelectual como figura que “asciende” sociológicamente por los meandros de la “modernización” (declinación) de la política.

En el peronismo es evidente el aflorar de esta nueva problemática (la crisis político-cultural de un extenso tiempo de modernidad de lo popular), y las contradicciones que genera este sujeto frágil, vapuleado y pendenciero de la reflexión política. Desarticulación de un tiempo de certezas en nosotros, y nuevo curso político de los discursos del remiendo renovador, reclamarían ambas cosas una “edad del pensamiento” (mito con que se reemplaza antiguas “edades de la acción”). Tenemos, entonces, la opción del cruce de caminos: promoción neutralizadora del intelectual, o subjetividad política marginada, como forma de leer el destino de repensar lo popular nacional. Racionalizaciones, o crítica que no cierre las cuestiones, podría apuntar a lo mismo. Sociologización de la política (y de lo social) o deconstrucción de los relatos sería el dilema de lengua a resolver. Divorcio entre realismo político (gestión) y cultura (imaginario inconformista), o nuevo reencontro de estas dos dimensiones, traumadas por la tragedia nacional.

Hacia principios y mediados de la década de los sesenta, de manera simbólica se utilizaba un argumento, “los intelectuales del Moderno” (bar cercano a la vieja facultad de Filosofía) tratando de aludir —o descalificar— un arquetipo de época, mezcla de lugar (antro) y personajes (bohemia pensante). Se lo veía, generalmente, como cueva terminal; depósito de ideas residuales a las políticas y los consensos “ciertos”. Rescatados hoy, desde la historia acontecida, podría argumentarse que los “intelectuales del Moderno” (igual que los habitués a otros lugares) constituían en ese entonces un estado amebeásico de un horizonte aún sin visibilidad: la cultura revolucionaria de la izquierda que se desplegaría en pocos años más. Una de las protohistorias, donde confluían ciertos activos de la política legal, los futuros científicos sociales y demás yerbas de las disciplinas recientemente constituidas, y los jóvenes estetas del Buenos Aires ditellesco y preguevarista. Ética, ciencia y estética, pero en camino intelectual rechazante, desvinculante del sistema. Historia politizándose, travesía hacia lo oscuro. Progresivo abandono del posibilismo de las instituciones, de la legalidad, de los escenarios del arte burgués, para asumir, como contrapartida, la figura marginal del héroe baudeleriano donde la ilustración desesperada iba buscando las guñadas del trapero social urbano, en el marco de la cultura de masas desarrollista y el bienestar indefinido de la Alianza para el Progreso.

Coyuntura de la negatividad de lo moderno en los mares del sur. Gestos de asfixia, destrucción y esperanza. Deserción y reencarnación, en una realidad donde la “maldición de los negros” quería ser heredada por el productivismo remodelador frigerista, donde la derecha integrista y gorila reivindicaba la barbarie telúrica, y en yunta con la marina liberal anglosajona habían destronado al Perón de su clase filosófica de la Comunidad Organizada como utopía de la legendaria modernidad europea para América. Las tribulaciones culturales de un capitalismo en expansión dependiente y “secularizadora” generaban una fuerte ideología de rechazo a lo consagratorio y neutralizador, tanto en el político (teólogo), en el universitario (científico) y en el creador (poeta), quienes renunciaban a las ceremonias de la política admitida, a los recintos del saber, y al mercado cultural.

Marginación: pasaje a lo maravilloso de lo moderno (las cavernas mesiánicas utópicas de los sujetos reales y las épicas). Desgarramiento del intelectual de una generación que, por escaparle a las maquinarias tragaconciencias de la democracia proscriptiva, el funcionalismo teórico y el vanguardismo elitista sin identidad, recalaría luego en otra trituradora del pensamiento, vía revolucionarismo reductor de lo ético, del conocimiento y de lo estético en el aparato contestatario institucional militar. Nuestra historia.

Pero más allá de este corolario, el intelectual “del Moderno” (que terminaría peronista y/o castrista y/o maoísta) a diferencia de la *modernización* del intelectual hoy, buscaba la protagonización de la política como una protagonización de su conciencia (él era el recinto de *la cultura* atragantada de su época). Su heroicidad apuntaba a la conjura, a esa espesa identidad de lo ideológico irrenunciable que parte aguas, que cotidianamente se desacomoda, que se lumpeniza teóricamente con respecto al mercado cultural. Que corre el peligro de la dogmatización, pero atesora la reserva de la crítica expresa frente a lo dado, frente a los buenos modales de las visiones achatadoras, frente a los conformismos, a las simbiosis semantizadoras, y a las proyecciones “realistas” de los diversos poderes políticos cuando crean el espejismo de ampliar sus espacios para que el intelectual se sienta parte de ese retórico lugar “de responsabilidad”.

Hoy, en la desagregación de una cultura popular política (que es la forma y contenido como el peronismo vive la crisis de un extenso período nacional que conllevó la reforma modernizante y el modernismo de la posible revolución obrera), el papel del intelectual político cobra sentido si se desacopla de las castas que lo buscan como técnico de las incertezas y de las nuevas certezas. En todo caso su papel siempre fue relativo y escaso en las épocas orgánicas, donde se hace hijo pasivo de “las leyes” que conducen. Pero cobra trascendencia, como ideólogo cabal, cuando tiene que explicar, eternamente, por qué la historia fue más astuta que sus sueños febriles, y qué partituras se le ocurren ahora para volver a apasionar a la historia con sentidos que, por sí misma, casi nunca tiene.

Esta es su constitución moderna (rechazo y esperanza), constitución hoy amenazada, dicen, por la posmodernidad que disolvería a los sujetos individuales y

colectivos de la crítica y de la revuelta, y por la modernización de las renovaciones políticas, que exigen funcionalidad, individualismo “orgánico”, y a los especialistas, ahora pares del político en términos de micrófono, para que discurso político y discurso intelectual sean un solo y único texto “imaginativo”; sin distancia, sin vanguardia, sin conflicto de gramáticas.

En este trance, la “modernización de lo político” se presenta como una profesionalización del intelectual para un mundo quebrado, de territorios paralelos. La política por una parte, como hecho puntual o baldío de los deseos muertos, donde todo se reduciría al asesoramiento de la administración, a los expertos de lo público. En la otra ribera, “la cultura”, el gambito del mercado que reaparece con el fin de la revolución (y sus indudables códigos perniciosos y valores de poder capitalista), como comarca de la conciencia “libre”, ciudadana, pensante, ordenada en espacios de trabajo, reubicada en recintos, civilmente institucionalizada, para investigar a los nuevos sujetos sociales, seminarizar la realidad, efectivizar los purgatorios académicamente, cancelar las épocas, y posibilitar un apropiado transcurso de descompromiso que reifique la subjetividad intelectual en “plena fragua” (nada menos que el redescubrimiento, por fin, del “intelectual”, entre el neblinoso polvo de las ruinas acaecidas de cuando todo estaba confundido).

Indudablemente, en este tránsito, la cuestión es reubicar ese eslabón perdido. Esa vieja noción (con mucho de universalista, con algo de romántico, con bastante de experiencia nacional contabilizable) *de ética, compromiso y utopía de la conciencia crítica, en tanto pensamiento político deslindado, pero presente*. Pensamiento que escapando de las totalizaciones populares integristas (donde todo convergía en el filosofar de un Estado “milagro” que “cuidase” de la sociedad, disolviendo y amputando las diferencias, diversidades y márgenes), no se extrapole a las concepciones de las privacidades edénicas, a la especialización segmentadora, a las “plenitudes ciudadanas del retiro”, donde las únicas actuaciones verificables las termina fijando lo institucional, la empresa privada, la demanda del mercado: el opaco mundo de la modernización capitalista.

DE SOCIÓLOGOS, CRIATURAS, ESPECTROS Y FANTASMAS

El tema del intelectual, como tantos otros, pero más significativo que otros, sirve a los efectos de discutir parte de los problemas de la modernización de lo político. La necesidad de componer un relato de clausura del pasado, de racionalización de las crisis, y de ecuación “festiva” hacia adelante, emparentan a la renovación radical y opositora.

Se trata, en lo posible, de “intelectualizar” una lectura para los poderes políticos, que no dé cuenta de otra cosa que de sus inevitables existencias justificadas, en una realidad no solo sin otras opciones, también sin probabilidad de reencontrarse con el conflicto de las genealogías. La tarea es codificadora, de nomenclaturas,

donde los “pensadores”, religitimados porque volvieron de las cavernas, aparecen ahora como vacas de conocimiento y fuente de revelaciones frente a la realidad de descreimiento, consensos que deambulan y mundos que cambian. Desde la renovación peronista, todo esto como alternativa al peronismo del espanto, que elige la refundación conservadora eclesiástica con el 20% de lo popular lumpenizado por el desfonde de la Argentina.

Decía que el tema de la modernidad-nacional-crítica atraviesa al peronismo, lo aflige de decadencia. Y es aquí donde un pensamiento político posperonista, debatido y colectivizado debe encontrar un lugar no complaciente frente al intento de “sutura” desde todas las esferas. Debe tensar su disconformidad frente a las nuevas reglas y argumentaciones de la “modernización política”, que entre otras variables destina ese pensamiento a la consagración tecnocrática, cercenándole esencialmente la posibilidad de generar otro tiempo literario de la conciencia intelectual nacional. Entendiendo por “literario” el restablecimiento de las narraciones ideológicas, la posibilidad de reinventar sentidos, el cuestionamiento a “las vías de acumulación de poder”, la discusión crítica (no el sondeo o la santificación) con las memorias sociales, la reflexión sobre los agotamientos culturales de la política, la recuperación de una nueva aventura de identidad popular, la posibilidad de imaginar cómo fue y cómo puede ser la historia que no contenga esta pobre alquimia política de ideologías ex guardia de hierro, peronismo productivista de viejos gabinetes, picardías caudillescas para la sociedad de las postulaciones, trasladados de “la utopía nacional” a las oficinas del reduccionismo socioeconómico, y rezantes para que el pueblo de las bases bonaerenses arreglen alguna vez, mágicamente, lo que el destino de la sociedad bloqueada nos impone.

Como dos criaturas nacidas de la sociedad violentada y en ruptura con un extenso armado político cultural donde (a las buenas o a las malas) había aprendido a reconocerse, brotan hoy dos modelos perversos de la relación conocimiento-política. Modelos que atañen al intelectual, en tanto desde el reordenamiento de las esferas, como desde nuestra insatisfacción con la historia, surge irreversiblemente la necesidad de pensar la fractura que habitamos.

Una criatura de las ideologías plantea el inconformismo intelectual para hilvanar los nuevos léxicos sociológicos del conservadurismo social, repletos de teorías “lúcidas”, y desencantadas de toda conjetura-conjura de los sujetos.

La otra criatura de las ideologías se refugia en una vaciedad imaginativa de inconformismo social, en tanto espectáculo conceptual “de la pobreza” como discurso pastiche, para preservar un conservadurismo intelectual y teórico que en realidad niega lo que acontece.

Variables de las crisis profundas, no ya de una coyuntura, sino de trascendentes formas que contuvo la modernidad, aquí entre nosotros y en el conjunto capitalista. Configuraciones o modelos de “la modernización” que algunos

asimilan, no sin acierto, a la posmodernidad: racionalizar lo gobernable, disgregar antidemocráticamente lo gobernado, socializar (despolitizando) a los pobres a través de la ideología del hambre, y desprender de los sueños de la política a los subhombres del “costo social”.

En este sentido el peronismo renovador hasta hoy representa un esfuerzo complementario al del discurso alfonsinista, de erección de una *pospolítica*, donde el fantasma de la revolución que planteó y planeó sobre la modernidad nacional como conflictos de proyectos, concluya juntamente con la desarticulación de una cultura política popular mesiánica, catastrofista, unanimista, hegemónica para el cambio, creída como posible, y actuada como identidad redentora del todo.

Y efectivamente, creo que ambas cosas suceden. La *pospolítica* sería hoy que el discurso “cierre” no con aquel fantasma adentro, sino con el fantasma afuera del discurso, expuesto al desnudo. Sin ideología de alternativa cultural replanteada, recreada, sino como espectáculo económico. No como nuevo sujeto popular reconstituido, sino como explosión del desposeído, personaje no ya para los consensos o para las convocatorias democráticas *de salida*, sino como contingente inevitable, agregado posible de mejoras, “sectores sociales” de algún plan quinquenal necesitados de “representar” políticamente, para ratificar que, en la modernización, el peronismo será su discurso renovado, más “justicia social”. De la identidad transformadora a la cosificación de una identidad moribunda.

Nos quedaría, como intelectuales de la política, es decir, también como espectros en tránsito de épocas, o el refugio, o el consejo a los Príncipes, o la ineludible postura de los réquiems impiadosos a los proyectos agotados, pero desde una posición reflexiva, política e ideológica, que no se adecue a esa atmósfera de lo modernizante posmodernista, en cuanto filosofía de la resignación. No importa tanto discutir hoy qué revolución, sus miserias palpables, la certidumbre de su ausencia manifiesta, sino retener ese presupuesto de esperanza en la comprensión de lo histórico.

Aportar a la idea del reingreso del fantasma como clave donde la modernidad, de haber sido algo, fue ese pensar desde la crítica, el desasosiego, el error y su reconocimiento, y también desde la disconformidad de los hombres y los sueños como historia abierta. Esto es, desde el pensamiento crítico que no admite “cerrar” sin la presencia cultural de concebir un mundo distinto como conflicto apasionado, y más allá de que el conflicto pueda resolverse.

Meter otra vez el fantasma adentro en la reconstrucción narrativa de lo político, sabiendo que la criatura de los nuevos relatos sin duda será otra, también sus identidades. Pero mirando como siempre hacia atrás y hacia adelante, hacia lo añorado y lo imaginado, con sus develaciones de la realidad y con sus mitos imprescindibles. Con sus sabidurías y sus inconsistencias. Con otros entrecruces sociales, ideológicos y culturales. Con otras iconografías de “la revolución” que sepulsen y reemplacen imágenes, programas, experiencias que desencantaron, o empobrecieron, o no pudieron viejas revoluciones. No “modernizar” entonces disecando el

horizonte, endiosando “racionalizaciones” mustias y temerosas de las cosmogonías populares. Algo así: hermanarse otra vez con los sujetos de la revuelta, aunque estos existan todavía como desolada imaginación íntima. ■

AÑO 4 - N° 10

JUNIO DE 1986

SOLANAS Y EL BERGANTÍN DE LA MODERNIDAD

Horacio González

Quisiera ser Roland El Corsario, muchachos, para mirar con melancolía, desde la caseta del palo de mesana, el mar que se agita alrededor con breves espasmos. Quizá mañana se produzca el asalto a un galeón perdido en la tormenta y cargado de objetos apetecibles. ¿Serán brújulas pasadas de moda, ajuares de una doncella exigente, tabaco perfumado con aceites cuya fórmula secreta se guarda en cofres cuidados por mastines?

La ilusión dura muy poco. Allá abajo me llama el contraмаestre haciendo bocina con las manos. Los marineros alborotados quieren que pasemos revista a una serie de palabras que descubrieron en el bolsillo de mi viejo gabán.

Las palabras estaban escritas en servilletitas de bar. Los marineros las habían expropiado, encerrándolas en una lata de galletitas y bizcochos.¹ Ahora querían sacarlas, para que les contase historias sobre ellas. Eso fue lo que hicimos.

Entretanto, las olas desarmaban sus ondulaciones sobre la cubierta. Escuchábamos un chasquido seco y luego quedaba un cementerio de espuma sobre la madera resbalosa. ¿Era una intromisión amenazadora del océano? No, no creo que fueran

NOTAS PARA LEER SABOREANDO GALLETITAS MARINERAS

1. Sobre las latas de galletitas que encierran sorpresas debe ser recordado aquel cuento de Horacio Quiroga, “El techo de mimbre”, en el que un juez de paz, sometido a la condena eterna de la naturaleza misionera, hace sus asentamientos legales en papelitos que se van acumulando, bíblicamente, en una lata. Más cerca de nosotros puede ser recordado el cuento “Reunión”, de Cortázar. Allí se dice: “... el poco tabaco se conservaba seco porque Luis había tenido la buena idea de meterlo en una caja de lata que abríamos con más cuidado que si estuviera llena de escorpiones”. (El recuerdo de la caja de lata en este famoso cuento de Cortázar lo debo a Mario, de la librería Premier). En la película de Solanas Juan Uno usa también una caja de lata para encerrar los papelitos donde Juan Dos diseña su estética.

advertencias de los “elementos”. ¿Qué mal hacían los papelitos que iban saliendo tortuosamente de la lata de “Canale”?

SOLANAS Y EL PENSAMIENTO MÍTICO

Esa era la primera serie de palabras escritas en los papelitos. “Solanas y el pensamiento mítico”. La humedad salobre del ambiente había desfigurado los trazos, pero se leía apreciablemente bien. Solanas, Pino Solanas, dije, había comenzado su actividad en el grupo “Cine-Liberación”, con *Dios y el Diablo en la tierra del sol...*

—Se equivoca, don —interrumpió, de entrada, un marinero que no parecía pertenecer, como nosotros, al bergantín del Corsario Roland, imaginado por Oesterheld, sino a algún poderoso acorazado de la antigua flota del Báltico, con apostadero en Kronstadt.

—*Dios y el Diablo en la tierra del sol* es de Glauber Rocha, se filmó en Brasil en la década del sesenta. Pino Solanas comenzó junto a Getino, más o menos en 1970, en la recordada *La hora de los hornos* —completó el informado hombre de mar.

No me avergoncé de mi equivocación, porque había sido perfectamente calculada. Sin embargo, todos me creyeron olvidadizo o falto de sabiduría. Igual me escucharon, porque para un marinero no hay placer mayor que comprobar que toda historia se inventa allí mismo, desfachatadamente.

—Fijaos que mi idea será, precisamente, relacionar a Glauber con Solanas. *El exilio de Gardel* es el triunfo póstumo, también, de Glauber Rocha. (“Fijaos”, les dije, aprovechando la absurda satisfacción que les producía el empleo castizo de los verbos). “Solanas quiere filmar mitos, y quien trabaja con mitos debe decidir si usa o no usa esas antiparras de soldador para no herirse la vista”. Es decir, muchachos, el que trabaja con mitos debe decidir si es un antropólogo que anota en su cuaderno de campo todo lo que observa en las comunidades que visita, o si es alguien que será íntima, y definitivamente, conmovido por lo que le cuentan o lo que ve. En el primer caso, sabe que él es exterior y diferente de los mitos que le interesan. En el segundo, los mitos que le interesan quizá lleguen a ser su propio pensamiento.²

2. Este es el caso de Marcel Mauss. Hay una crítica fundamental de Lévi-Strauss a la actitud de Mauss, por evitar diferenciar entre la noción de *mana* tal como la toman los indígenas y la *noción de mana* que utiliza, académicamente, para explicar a la anterior. Para Lévi-Strauss eso implica plantear una desaconsejable continuidad mito-ciencia. Y también no diferenciar entre la realidad social tal como es vista por los indígenas y tal como debe ser vista por los etnógrafos. En esta respuesta póstuma de Lévi-Strauss a Marcel Mauss está contenido todo lo que queremos decir sobre la atracción mutua entre pensamientos de origen mítico, por un lado, y de origen científico, por el otro. Lévi-Strauss quiere exorcizar esa mutua atracción. Cuando se produce una conjunción de ambos —casi siempre en beneficio del primero— estamos frente a un hecho especialmente vinculado con el pensamiento estético que reunifica el lenguaje por medio de una apelación al primitivismo lúdico y creador. Fue pensando, humorísticamente, en esta polémica que consideramos a las situaciones parecidas a las que vivió Marcel Mauss como propias de los “intelectuales

Solanas hizo las dos cosas, a lo largo de toda su filmografía...

—“Fijaos”... —exclamó un marinero, remedándome. Era una cargada; pues le había llamado la atención la palabra “filmografía”, que también pronuncié a propósito.³

En la filmografía de Solanas, tenemos entonces la siguiente secuencia. En *La hora de los hornos* se mira el mito desde afuera. Allí Solanas es un cineasta que filma la llegada de las masas a escena con las reglas básicas del lenguaje épico. Usa imágenes de fuertes contrastes, conjuntos colectivos de donde emanan voces arquetípicas, subrayados sonoros que señalan el llamado a la escena histórica, con tanta urgencia que es imposible detenerse en recovecos de intimismo o subjetividad. Pero, el mito propiciador de las masas populares reconstruyendo su hábito histórico está servido por un lenguaje documentalístico discontinuo con él. El mito no es filmado míticamente, sino con un lenguaje perfectamente acotado, con las leyes propias de la narración cinematográfica.

—¡Bien, jefe! —soltó a coro la marinería. Les encantaba que dijera tantas palabras “sin naufragar siquiera”.⁴ Aprovechaban para decirme jefe, sabiendo que los que verdaderamente mandaban eran ellos, mis respetuosos escuchas. “Proseguid, jefe”, dijo un chistoso. Y yo proseguí.

En *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*”, su segundo film, hay un intento de descifrar el mito. Para ello se debían suscitar las palabras de Perón de modo que formasen un relato lineal: la historia de la Patria contada por quien era una de sus últimas encarnaciones. Perón acepta de buen grado el esquema conceptual propuesto, pero en muchos pocos momentos se nota una disparidad de contenidos. El historicismo de Solanas era uno, el de Perón otro. El primero era tercermundista estricto, basado en un realismo histórico-radical, en secuencias de acciones cada vez más lineales y definidas, hasta que los pueblos y el imperialismo se encontraban, por última vez, en el terreno de confrontación de las sociedades modernas,

que cantaron la marchita” (artículo en revista *El Porteño*, marzo 1986). Es evidente que, con ese “concepto”, quisimos pensar una situación arquetípica (y absurda) que podríamos definir así: “el secreto interés de los Cavarrozis por los Sciammarellas”. ¿Arquetipo para iniciados? ¿Disculpable ironía? Fuimos llevados a ella por los fonemas equivalentes de los dos apellidos.

3. En *El troquel*, la excepcional historia contada por Lawrence de Arabia de su paso anónimo por la RAF, se relata un episodio que inspiró este párrafo. Lawrence es un intelectual en un medio antiintelectual y goza encubriéndose detrás de actitudes propias de hombres de la “working class” inglesa que se enrolan como suboficiales en la aviación. Pero ante un superior arbitrario, que basaba su poder en el empleo de palabras “difíciles”, Lawrence no se contiene y le retruca con otras más difíciles aún. Sus compañeros festejan así la “tapa” que le metió al superior en un terreno donde este creía predominar. El incógnito Lawrence puede agradecer, entonces, y por primera vez, la fina educación adquirida en el colegio Eton, que le permitió recibir ahora el reconocimiento de sus rústicos compañeros.

4. Esta expresión, “sin naufragar siquiera”, la tomo de Arturo Armada, quien la usó en la presentación del número anterior de *Unidos*. La atribuye a las supuestas virtudes de un artículo mío en ese mismo número de la revista. Sé perfectamente que era una ironía. Pero ahora que hice este otro artículo, con una alegoría marina, aprovecho para protestar: ¿quién dijo que no se debe naufragar, entre página y página, entre adjetivo y adjetivo, entre subordinada y subordinada? Tomalo, Arturo, como otra ironía.

industrializadas y dependientes. El historicismo de Perón contenía todo eso, pero subordinadamente. Era, en realidad, un historicismo basado mucho menos en el libre albedrío de la historia que en el libre albedrío del conductor. Al primero lo llamaba “fatalismo histórico”, al segundo “destino”. Había que entender bien esas dos palabras para entender a Perón. Solanas, en su película, fuerza un poquito las cosas. Lo solicita al mito desde afuera, desde lo histórico social. Y el mito acepta adecuarse, porque todo mito se adecua sin dejar de ser lo que es...⁵

—¡Ah, pero eso estaba bien, era muy bueno! —dijo el marinero del Báltico. Estaba comiendo un poderoso sándwich de milanesa, pues desde la rebelión del “Potemkin”, los contra maestres de nuestra flota corsaria servían carne en buen estado a los muchachos.

—Sí —le respondí—. Fíjese que...

—“Fijaos” —me corrigió la plebe.

—Fijaos —dije entonces—, fijaos que cuando Eisenstein filmó *Potemkin* estaba haciendo dos cosas. Tomaba un hecho real, la revolución de 1905 en Petrogrado y Odesa, antesala de todo el proceso revolucionario posterior, para construir sobre ella un arquetipo mitológico: un cuerpo colectivo despierta y redime al mundo hasta el punto en que los objetos cobran vida y toda la realidad queda encantada. En Eisenstein los cañones hablan, el propio barco es un humanoide que simboliza la energía colectiva. La otra cosa que hace, sin embargo, es contar ese mito con reglas de lenguaje perfectamente identificables. Hoy cualquier manual de cine nos dice cómo se compone la gramática de Eisenstein, a través de reglas de montaje cuidadosamente elaboradas, tanto como si fueran las del “lenguaje Cobol”.

—¡Epa, más cuidado con un maestro! —me espetó el mismo marinero Báltico. ¡Ese hombre no pertenecía al mundo del computador!⁶

5. Esto es así porque, considerado desde el punto de vista semántico, un mito no adquiere sentido sino una vez devuelto al grupo de sus transformaciones. La frase que acaba de leerse es de Lévi-Strauss (*La vía de las máscaras*). El lector desprevenido pudo suponer, por un breve fragmento de tiempo, que era de mi propia cosecha. Lo siento por él y por mí. Perón ofrece su propio mito consciente de que podrá reunir al final todo el grupo de sus transformaciones. ¿Fue eso posible? No lo parece. Pero el film de Solanas: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* —¡qué titulón!— es una de las versiones del mito, perfectamente aceptable, como una de sus transformaciones, por el propio Perón.

6. Esta frase —“pertenecer al mundo del computador”— la tomo de Julio Bárbaro, quien, seguramente, se sentirá autor de frases más rimbombantes que esa. Sucede que él la usa para caracterizar a la escritura y la cosmovisión borgeana, mientras que con Marechal siente que está en “el mundo de las pitonisas”. Cito estas referencias de un libro de próxima aparición con una entrevista de Mona Moncalvillo a Julio Bárbaro. No considero desacertada esta observación. En efecto, Marechal intenta revestir *Alegorías* con las puntillas cotidianas de la vida en Buenos Aires y Borges busca romper la circularidad del tiempo con algún hecho irrepetible, presente, que “esté ahí”. Así, Marechal parece más “mágico” y Borges más “metálico y gris”. Pero, en realidad, Bárbaro comete el reiterado error que durante años cometieron los lectores peronistas y antiperonistas, adjudicándose mutuamente mundos que no les correspondían. Borges se corresponde con el computador, no por intelectualista ni por ser casi un escritor máquina, sino porque, al igual

Por un momento, mirando cómo el sándwich de milanesa se deshacía entre sus manos crispadas de indignación, pensé que toda la historia comenzaría otra vez. Rebelión, escalinatas, cochecitos de bebé desgobernados. Pero este hombre estaba pidiendo apenas una respuesta. Así que le contesté que “no había querido ofender a nadie”. Es cierto, no hay modo de resolver la contradicción entre la ideología de Hospital de Datos y Archivo orwelliano que implica todo computador, con el momento lúdico que lo precede, donde el lenguaje formalizado puede servir para jugar, hacer chistes y festejar la falta de lógica de la realidad. “Quelevachaché”.

Cuando acabé esta explicación noté la gran satisfacción que les había producido esa palabra, “quelevachaché”. El marinero del fabuloso acorazado hasta me sonrió. Lo había conquistado discepolianamente, a él, que había leído a Puschkin e ignoraba la existencia de Baudelaire.⁷

Rapidito, aproveché ese momento de encandilamiento para seguir hablando. Eisenstein, dije, no se quedó en eso. Al intentar investigar las estructuras lógicas del mundo a través del lenguaje se reencuentra con el mito. Hace el circuito M1 - D.- M2...

—¡Marx, eso es Marx! —se sorprendió algún sabido desde esa multitud de rostros que se balanceaban al ritmo disciplinador de nuestro amable bergantín.

—No, muchacho —dije condescendiente—, se trata del círculo Mito uno, Dispositivos del Lenguaje, Mito dos. Es decir: $M_1 - D. - M_2$. Primero se hace un mito de un hecho histórico, pero se lo hace con “dispositivos”, con perdón de la palabra, que se refieren al lenguaje analítico, exterior al mito. Pero, por último, se vuelve nuevamente al Mito, cuando se descubre que esas investigaciones de lenguaje también llevaban al corazón de las tinieblas...

—¡Por fin citó a Joseph Conrad! —gritó un viejito que parecía dormido a estribor—, sabía que no todo estaba perdido... —completó. Y volvió a dormirse. En realidad, ni me había pasado por la cabeza hacer esa cita, pero fue válido: hizo la felicidad de un pobre marinero anciano.

que las computadoras, ensaya burlar la realidad con el lenguaje y, a diferencia de las computadoras, quiere ironizar sobre ese mecanismo. Marechal, por su parte, que “está para las pitonisas” no consigue sin embargo ser enteramente fiel a ese programa, y acaba maquinizándose mucho más que Borges. Una pitonisa puede asfixiar realidades. Un computador —cuando no perdió sus raíces filosóficas y cuando no entró en la cápsula ideológica de los cursos “pitman” de computación— puede develarlas.

7. Una tesis sobre el tango, esta sí de mi cosecha: El tango no nació en París y, sin embargo, se corresponde perfectamente con ella. Esto se debe —pienso— a que la poesía de Baudelaire, que contenía estrictamente todas las temáticas urbanas y todas las sensibilidades internas del tango, no consiguió darles vida propia. En cambio, las contuvo dentro de un lenguaje cuyas exigencias metafóricas y grado de simbolización impedían la expresión de su simiente tanguística. El tango está en Baudelaire pero Baudelaire “pasa de largo” respecto al tango, remitiendo todo su material a un plano mucho más denso y abstracto, de la relación lectores cultura-urbana. Carriego, Discépolo, etc., son un punto de cocción diferente de esos mismos materiales, y ese punto solo consiguió fraguar en Buenos Aires. Quizás se pueda extender esto a Puschkin, respecto a San Petersburgo. Quien quiera reescribir esta tesis, que me cite. Salute.

Continuando la navegación, como quien va a la búsqueda de Kurz por algún río africano, dije que Eisenstein había dado su última vuelta de tuerca cuando la investigación sobre las formas lógicas, que utiliza el pensamiento analítico, lo lleva a la escritura por ideogramas y al lenguaje como mito, capaz de substituir las épicas y las mitologías que habían contado antes historias de acorazados, tanquetas de guerra en Petrogrado y de reyes feudales defendiendo la “rusia inmortal”.

—Pues bien, compañeros —dije— algo de todo esto pasó con Pino Solanas. Ahora, debemos referirnos a su tercera película, y después veremos cómo cambia la perspectiva en *El exilio de Gardel*.

Un estremecimiento colectivo recorrió los hombros de los líricos grumetes. El viejito de estribor volvió a despertar. El contramaestre aprobó con un ligero movimiento de su barba blanca que oprimía la sucia pechera de su casaca de arponero.

Solanas, proseguí, hizo “Los Hijos de Fierro” desde “dentro” del Mito. En esta película, que es del 74, la “patria primordial” encarna en el arquetipo martinfierrresco de “la vuelta”. Un viejo retornado, prudente y sabio, da instrucciones a sus hijos. Se lo ve de espaldas, enfundado en un poncho. A lo lejos, está el perfil brumoso de la ciudad. Esta escena, muchachos, va derecho para la antología de grandes fragmentos del cine argentino.

—¿Qué es una antología? —preguntó un desinformado, que nunca falta en nuestra flota de ultramar.

—¡Calla, truhán! —dijo una voz—. ¡Infórmate antes de hablar o parto sobre tu cabeza una vasija de ron de las Antillas. Antología es una colección de antojos...!

Preferí pasar por alto el incidente y la absurda intervención. Todo marinero es sabio a su manera o a la manera de Jean Genet. Mi charla siguió así. Solanas hizo, con “Los Hijos de Fierro”, una bella película fracasada. ¿Cuál fue la raíz del fracaso? Como ustedes saben, muchachos, Solanas invitó a que Julio Troxler hiciera de uno de los hijos de Fierro. Justamente, el hijo guerrillero. César Marcos, un viejo opositor al vandomismo, hacía de “burócrata sindical”. La intervención de Solanas era partir del Mito y fusionarse con la historia real, con la existencia ya vivida de los hombres. Unir fábula e historia. De ahí que Troxler era actor de sí mismo, se desdoblaba en una parte ficcional y otra parte existencial histórica evocada por la primera. La ficción se hacía para afirmar lo real y lo real existía porque, alguna vez, una ficción pudo recrearlo con personajes-puente (el mismo Troxler, actuando en uno y otro lado). Por lo tanto la realidad se convierte en un escenario teatral; el teatro habla de la historia.⁸ Con César Marcos ocurría lo mismo, pero con una pizca

8. “Kilpatrick fue ultimado en un teatro, pero de teatro hizo también la entera ciudad”. Como no escapará a los astutos lectores, esta frase la extirpamos de *El Tema del traidor y del héroe*, escrito por Borges en 1944 y retraducido desde entonces, en diferentes versiones, por Hugo Pratt —en una aventura de *El Corto Maltés*— y por Bertolucci, en un perfecto film “argentino”, *La Estrategia de la Araña*. Solanas interviene, teatralmente, en la vida de Troxler —al igual que Walsh— lo que recoloca en otros términos el tema borgeano del “teatro de la historia”.

de ironía borgeana, pues representaba en la ficción un personaje notoriamente antagónico al que encarnaba en la realidad.

—¿Y cuál fue el fracaso de Solanas, macho? —se alzó una impaciente voz. Dicha con esa ironía nunca, en nuestros gloriosos bergantines, la palabra “macho” consiguió ser elogiosa. Desafiante, busqué entre el maremágnun de cabezas (algunas enfundadas con sombrero de Popeye) al autor de esas palabras. Quería increparlo. Pero hubo un incómodo silencio y nadie se hizo responsable de la ofensa. Me sentí ganador pero sabía, en el fondo, que los propios aprendices de corsario habían preparado el incidente para hacerme sentir más seguro. No tenía más remedio que explicar cuál había sido el traspie de Pino.

—En mi opinión, Pino había errado al intentar filmar el mito desde dentro del mito. Los personajes de *Los hijos de Fierro*, son solo arquetipos; la narración consiste en la reunión de cada acto, de cada hecho, con su necesaria consumación como Símbolo. Nada hay fuera o antes del Mito. Y este quedará reencarnado en personajes-soporte que el mito finalmente devora. La escena de la manifestación peronista, levemente sustentada por un esquema de ballet, insinúa la presencia del lenguaje operístico en la película. Eso hubiera permitido un contraste enriquecedor, pero Pino no desarrolla cabalmente la posibilidades de la murga-manifestación. Nada de esto le quita belleza a este film, pero le resta potencia narrativa. No faltaron quienes no aceptaron esta paradoja —propia de una gran película— declarando que todo el conjunto era inapropiado...

—¿Quiénes eran esas personas? ¿Merece esta platea que se conozca el nombre de esos críticos inhábiles para llegar al corazón de las grandes paradojas? —preguntó un grupo homogéneo de jóvenes marineros holgazanes, sentados en la primera fila y que esgrimían largas pipas opiómanas, pero fabricadas con duro chocolate de Indochina. Temí una rebelión en el coro.

—La platea lo merece —respondí— pero busquen la mesurada respuesta en la correspondiente nota al pie de página.⁹ Cualquier crítico puede (y debe) equivo-

9. Esta es la nota de pie de página para voyeuristas enfermizos y polemistas de fin de semana. Me refiero al juicio que hace dos años le mereció a Beatriz Sarlo el film *Los hijos de Fierro*. Es cierto que juzgándolo, solo desde el punto de vista político, lo consideré una “burbuja herméticamente cerrada sobre sí misma” pues “a la mitología nacional popular que Solanas propone no puede oponerse sino otra mitología”. Y en su caso, dice, no tenía interés en fabricarse ninguna. Hace pocos días, sin embargo, revaloré esa película en un reportaje en *La Razón*, que no guardamos. Citándolo de memoria, decía más o menos que había: a) películas argentinas cuya reflexión estética se plasmaba en un producto original e irrepetible; y b) películas que eran apenas tributarias de un sentido común cinematográfico, que solo conseguían reproducir los patrones estéticos dominantes en la maquinaria cultural y en las industrias de la narración que auto-degradan su propio lenguaje. En el primer caso se encuentran películas como las de Solanas y también *Los días de junio*, de Fischerman. También está *Hay unos tipos abajo*, de Filipelli. En el segundo caso, obviamente, encontramos *La historia oficial*. Coincidimos. Inclusive es preciso remarcar que *Los días de junio* es una película fundamental, cuyo tema es el retorno de los embanderamientos pasados. La de Filipelli es una excelente idea, hecha con solvencia, pero frustrada por cierto “idiotismo” en los estilos de interpretación actoral que, por otra parte, están presentes en cualquier producto del

carse en sus puntos de vista, compañeros. La palabra “compañeros” tenía un poder balsámico, tal como “rosebud” para el ciudadano Kane o “Combray” para Proust. Decidí utilizarla sin derrocharla demasiado. Aproveché la calma para proseguir.

En *Los hijos de Fierro* se concreta una de las esperanzas básicas de la estética de Pino Solanas, pero como “sin querer”. Pino piensa que no hay fracturas en la continuidad arte-vida. De allí el pensamiento mítico. Todo lo que se representa en imágenes, palabras o metáforas, nunca se cierra sobre sí; nunca hay obra completa, porque la vida siempre camina un paso adelante. La obra debe seguirla como su sombra mitológica. Pues bien, poco tiempo después de terminada *Los hijos de Fierro* fusilan a Julio Troxler, en un día ominoso de aquellos. Ver hoy esa película es un estremecedor acontecimiento, porque significa ver, efectivamente, una historia que continuó en la realidad histórico-política bajo los mismos términos anunciados por la ficción. Ese es el increíble valor, testimonial y estético, que reúne ahora el film de Solanas...

—Esto es lo quería decir por hoy —concluí—. Ahora perdonenme, muchachos, que voy a mi cama-red a esperar la visita de algún sueño libidinoso...

—¡No! —se escuchó decir al colectivo de marineros, cocineros, limpiacubiertas y polizones del bergantín transgresor.

—Aún falta sacar otro papelito —dijeron.

Como en toda súplica, percibí algo amenazador. Los de la primera fila me apuntaban con sus pipas de chocolate medio derretidas pero pavorosas en su inutilidad. Opté por realizar nuevamente el ritual; metí la mano en la lata de “Canale” y salió otra frase. No es casual que fuera... a ver, a ver. Está muy borroneada, el lápiz tinta se ha casi esfumado. Leo las palabras “exilio” y “política”. El señor tipógrafo de la FGB —Federación Gráfica del Bergantín— tendrá a bien esclarecer lo que decía exactamente el papelito, descifrándolo en el subtítulo que se va a leer a continuación:

EL EXILIO DE GARDEL, LA ESTETIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Gracias, brother gráfico. Saludos a Raimundo... personaje de *La hora de los hornos*. Es momento de continuar esta exposición refiriéndonos entonces a *El exilio de Gardel*.

cine argentino. Hay que buscar también allí la causa que debilita la emocionante *El rigor del destino*, de Vallejos. Respecto a *The Official Story* debe considerarse su planteo narrativo y estético, absolutamente convencional, la feliz acumulación de “ganchos” del guión y la opción argumental: el tratamiento del drama argentino por excelencia. En este último aspecto su éxito se basa en el hecho de describir las peripecias del “punto de vista middle class”. Es una señora de la burguesía media argentina la que allí desnuda su conciencia, con la inevitable cuota de melodrama y folletín para hombres de sobretodo jaspeado y señoras con tapado de piel recién sacado de la tintorería. Volviendo a Beatriz Sarlo, su próximo artículo sobre cine deberá explicar la siguiente situación: ¿algo puede ser una “burbuja mítica cerrada” y a la vez un gran ensayo artístico? ¿Los ensayos de originalidad estética no rompen, de por sí, las técnicas de narración habitualmente consideradas “abiertas”, no mitológicas, no herméticas, etc.”? Expílicate, Beatriz.

—En este último film de Solanas, mis queridos contertulios...

—¡Contertulios tu abuela! —dijo una voz. Enseguida se generalizó el desorden. Tuve que exorcizar pronunciando varias veces la *parole* indicada, “compañeros”, pero aun así demoramos algo de tiempo en retomar la calma. Inclusive recibí un pipazo en la cabeza. Esa no era de chocolate sino de convincente madera de Bengala.

Alcé la pipa cargada clandestinamente con todos los ungüentos, esencias y placeres de los mares más remotos, y seguí viaje. El último Solanas ha resuelto su relación con el Mito, dije. Ahora lo percibe desde una coreografía que en sí misma no es mitológica. El mito sigue siendo el de la realización de la patria como un espacio redimido, un reino de justicia y de igualdades. Pero la lengua, a partir de la cual se lo cuenta, es ahora exterior a él. Se han extremado los formalismos,¹⁰ se ha buscado una continuidad coreográfica ahora plenamente desarrollada como soporte del film, cuando en el anterior era solo una insinuación pasajera (la manifestación); se ha querido, en un sentido general, que el mito se mirara a sí mismo con un poco de sorna y de ternura, sin dejar de reconocer su delicioso anacronismo. Ejemplifiquemos esta situación...

—Sí, un ejemplo aclara todo —dijo un vozarrón, en el que creí reconocer los pulmones acostumbrados a los gritos de un artillero naval que arrojó bombardas sobre palacios invernales. Era el Marinero de Eisenstein. Por cortesía dije:

—Mis ejemplos aclaran muy poco y siempre introducen algún factor nuevo, una perturbación. ¿Quieren realmente que ejemplifique?

—Sí, hermano, danos el último ejemplo —bramó la muchedumbre. Muchos hombres diciendo lo mismo en alta mar producen un espectáculo circense cuando aparece un narrador de historias, y un espectáculo teológico cuando aparece el capitán Acab.

—Entonces —ejemplifiqué—, la última escena que reúne a San Martín y Gardel, como habrán notado, se salva de casualidad. Es casi milagroso que se sustente. Y eso tiene sus razones. Una de ellas es que toda la escena está al servicio del mito que se contempla a sí mismo. Gardel ya no canta y es puramente una proyección iconográfica inventada. Simplemente no existe el Gardel gordito, viejo,

10. Solanas es un formalista, en el mejor sentido de la palabra. Tomo aquí una opinión de Filipelli (revista *Espacios*, N° 3). Dice que *Los hijos de Fierro* sería perfecta si se viese en japonés y sin subtítulos en español. No es una ironía. O no es solo una ironía, sino un homenaje a Solanas, un amistoso reconocimiento. Sin embargo, tomada como pura forma —lo que siempre es posible hacer con cualquier cosa— se pierde el “teatro histórico” de *Los hijos de Fierro*, en el cual la presencia de ciertos actores “con historia” es fundamental. Pero si en *Los hijos de Fierro* se puede ir a las formas de modo tan absoluto es porque se trata de un “pensamiento mítico” introducido en una Rollyflex. En *El exilio de Gardel* se abandona el pensamiento mítico pero no el formalismo. Por eso, lo que se discute allí no son los métodos de lucha del pueblo argentino, sino las propuestas estéticas mediadoras de esas luchas. Este marco permite que Solanas —con chambergo felliniano— sea protagonista de su película, y que su estética sea un tema interior al film.

más que cincuentón. Gardel, como todos saben, murió en Medellín.¹¹ En cambio, San Martín está tomado de la iconografía disponible, principalmente de dos telas (San Martín viajero, San Martín en la vejez) que todo escolar conoce muy bien. De tal modo, Solanas “humaniza” la estampita de San Martín y le otorga todo el manejo épico a Gardel, lo que resulta totalmente aceptable pues lo hace de manera singular: Gardel rechaza cantar y pone en un viejo fonógrafo su propia voz. Es la Esfinge parlante interrogándose introspectivamente. ¿Cuál es el resultado de esta escena? El mito contemplándose desde otro lado, contemplándose gracias al desdoblamiento entre el mito ya sacralizado y el fantasma carnal que lo sirve. (El gordito humanoide-Gardel escuchando al Mito Gardel). Este es un hallazgo de Solanas. Puede compararse al tratamiento de una cuestión similar (la relación San Martín-Bolívar) tal como la hace Borges en “Guayaquil”.¹²

—Pero Pino Solanas parece inspirarse menos en Borges que en Cortázar... —dijo otra voz. Me quedé petrificado, como los profesores que de repente se ven sorprendidos por una pregunta inteligente de los alumnos. Ya era de noche y el mar castigaba nuestra nave, humedecía la pólvora de nuestros cañones y dejaba caer un polvillo aguachento que empapaba los velámenes tejidos con cáñamo hindú. “Me parece muy buena su pregunta”; sí, eso estuve tentado a decir. Profesores y

11. De las tantas investigaciones sobre la muerte de Gardel, sembradas siempre de curiosas hipótesis, se desprende un interesante contexto. A) Las rivalidades entre las dos agencias de vuelo que actuaban en Colombia, la colombiana y la alemana (hoy fusionadas en Avianca). El avión donde viajaba Gardel pertenecía a un incipiente intento de fundar una línea aérea con capitales colombianos, disputando terreno con la línea alemana, vinculada con la expansión del Tercer Reich en América Latina. B) El viaje de ida Gardel lo había hecho en la compañía alemana y, al llegar al aeropuerto, la gente rodea el avión para saludar a Gardel. Pero el piloto alemán casi provoca un accidente, al pensar que se trataba de una agresión dirigida por los partidarios de la “soberanía colombiana en el transporte aéreo”. C) El avión colombiano en el que iba Gardel se estrella sobre el avión alemán, patentizando la rivalidad entre las empresas y entre los pilotos, con un “choque de aparatos”. Esto da otra película cuyo trasfondo podría ser el neocolonialismo y los intentos latinoamericanos de autonomía industrial. Eso, si se lo vincula con la fabulosa historia de que el Mudo le pegó un tiro al piloto —en el momento del despegue— debido a que disputaban la misma dama.

12. Borges, como se sabe, no es gardeliano mientras que Cortázar sí lo es. Borges condena a Gardel por melodramático, por empolvase la cara, por sollozar demasiado, por ser culpable de entristecer a la gente, por dar una versión inexacta de lo que es un hombre abandonado por una mujer. Cortázar piensa, al contrario, que Gardel es intérprete fiel del pueblo, especialmente cuando expresa la cólera o la pena por un abandono. Para él, la culpa de la decadencia del tango la tiene, en cambio, Alberto Castillo, que le da un aire de “canallería resentida”. Respecto a “Guayaquil”, escrito en 1970, Borges toma la relación San Martín-Bolívar como un mito ligado a la “lucha de voluntades”. En el cuento montado sobre una impagable ironía, el historiador judío Zimmelmán derrota al historiador criollo. Zimmelmán, a su vez, es “bolivariano”, mientras que “sanmartiniana” es la versión del historiador derrotado. Aún más, Zimmelmán es un historiador que no valora la épica ni el patetismo de la política. Eso no le evita ser pomposo. San Martín y Bolívar “vuelven” a encontrarse a través de sus reencarnaciones y “gana” un personaje que tiene algo del Borges anti-gardeliano —el rechazo al patetismo— pero también algo de Gardel: es pomposo. En Solanas el mito se hace presente tal como es, sin intermediaciones, pero tratado a la manera “kitsch”. En Borges hay una estructura pasada y ausente, que llama a nuevos protagonistas actuales.

políticos responden así para protegerse ante una pregunta que les resulta cuestionadora. Pero me quedé en el molde y respondí bien. Tenía lo que decir.

—En efecto, afirmé, Solanas cita, explícitamente, a Cortázar un par de veces pero son citas poco importantes. La que realmente importa es la que hace en la estructura interna de su propia obra: la extrapolación de Buenos Aires y París. Son dos extremidades del cosmos, sujetas a la ósmosis que siempre intercomunica los mundos diferenciados. Pero en Cortázar siempre hay canales subterráneos que atan lógicamente los dos lados. Don Julio había perfeccionado una “doctrina de los pasajes”. Con ella busca que lo más cotidiano y trivial se torne insólito. Así se fabrica lo fantástico desde lo banal, y eso equivale a la mirada de cualquier turista. Estos captan como excepcional lo que es de todos los días. Nada más inocente (pero también nada más próximo al “vago horror”) que un turista. El turista de Cortázar es portador de una temible obcecación por la banalidad. Pero solo desde una humorística o trágica exacerbación del turismo se puede tener una imagen cierta y fantástica del mundo. Hay en el turista un idiotismo básico desde el cual se puede generar una superior lucidez. Los “pasajes” entre Buenos Aires y París son para Cortázar un corredor lingüístico, fundamental, para conocer lo que es cada una de esas ciudades, a las que nadie puede representar como si fueran una totalidad, o una unidad. Recordemos, muchachos, el célebre...

—¿Célebre, para quién?

Odio las interrupciones, aunque sean pertinentes. Odio lo pertinente, aunque sea una interrupción. ¿Por qué será que los marineros son las personas más fijadas en detalles de narración?¹³ “Célebre para mí, macho, y con eso me basta y sobra”. Eso hubiera querido decir y no dije. En cambio, seguí como si nada. Quería referirme a la célebre cita con que comienza *Rayuela*. Pero el marinero tenía razón. ¿Por qué célebre? La cita dice: “nada mata más a un hombre que el ser obligado a representar un país”. Se representa algo recién cuando sabemos que las unidades son transitorias, que el centro de las cosas es evanescente. Es imposible representar a Buenos Aires, pero no es imposible hacerlo si esa suma accidental de hechos, que llamamos Buenos Aires, la consideramos desde otra acumulación casual; por ejemplo, desde París. Así, las dos ciudades se hacen necesarias y fantásticas. Es como decir que algo es célebre, pero que nunca pasará de un pasajero capricho. Pues bien, muchachos, Solanas toma este Cortázar sin corregirlo en nada, o en casi nada. A lo sumo, Solanas cree que se puede representar sin disolver previamente los objetos. Pero también es evidente que lo que para Cortázar es un atributo de toda su literatura —el exilio como posibilidad de entender el mundo— también es una categoría histórico-social. El exilio de los argentinos en Europa, durante los gobiernos de la dictadura militar, se sobreimpresiona, para Cortázar, sobre la metafísica del exiliado universal.

13. Agricultores y marineros fueron los antiguos maestros del arte de narrar. “No hay medio más indicado para que la memoria conserve determinadas narraciones que aquella casta concisión que las sustrae del análisis psicológico”. Walter Benjamin, *El narrador*.

Lo mismo hace Solanas, quizá dándole más peso a esto último. Lo que entonces parece evidente es que en el parnaso de Pino primero está Cortázar y después Marechal. Cuando en la película se da la “cosmogonía porteña”, ¿quiénes son mencionados? Era una pregunta retórica, pero un marinerito bien educado respondió:

—Macedonio Fernández, Roberto Arlt, Marechal...

—¿Qué más? —pregunté.

—Jauretche, pero solo aparece la foto —dijo el sailor aplicado.

—Correcto, respondí. (Nada me parece más chabacano que empezar una respuesta diciendo “correcto”). Esta “genealogía” nacional y popular, continué, es esencialmente correcta, y revela un propósito “integracionista” que inclusive puede ir más allá. Si se lo menciona, como es absolutamente legítimo, a Macedonio, es preciso proseguir con las tres líneas que se desprenden de él, en diferentes direcciones. Raúl Scalabrini Ortiz, Marechal y Borges. Cada uno de ustedes puede dar a cada cosa el valor que quiera. Yo valoro, dije, a Scalabrini Ortiz por su drama irresuelto entre la metafísica y la economía política; a Borges porque perfecciona la herencia de Macedonio y la hace socialmente verosímil, ¡con otro drama particular enclavado en toda su reflexión política! Me refiero, muchachos, a la decisión que toma Borges, en el sentido de “descubrir” que entre yrigoyenismo y peronismo no hay continuidad sino ruptura.

—¿Y Jauretche, y Arlt? —dijo otro Simbad del Riachuelo. Si seguían las preguntas nuestra peligrosa “nau” de guerras, depredaciones y fechorías iba a convertirse en una pobre sala de aula bamboleana. Tomé con firmeza la pipa que me habían tirado y aspiré con valentía. Un humo violáceo y aromas alucinados del puerto de Tánger invadieron el puente de mando, desde donde hablaba. Ahora, más tranquilo, puede dar continuidad a la cosa.

—Mis muchachos, dije confanzudamente, Arlt no tiene descendientes; corre por faja propia. No es de nadie y es de todos. Jauretche es heredero de la gauchesca, y hay que situarlo en relación a su ruptura con Borges y su distanciamiento crítico —según las épocas— respecto a Perón. En cuanto a Marechal, pertenece al linaje de Macedonio y, en ese sentido, es la única parte de esa herencia que asume al peronismo, vía platonismo y cristianismo. Su prosa imaginativa es casi siempre asfixiada por el llamado salvaje de las alegorías. Creo, dije, que Solanas prefiere a Marechal. Pero su problemática específica está contenida en Cortázar. Podemos afirmar que ese desplazamiento —no explicitado— de Marechal a Cortázar le permitió rescatar todos los elementos de *Los hijos de Fierro*, pero despojados de la caparazón alegórica que cubría todo, a fin de que los mitos adquirieran una visión exterior irónica. ¡La ironía de Pino es la de Cortázar, macho!

Y me sorprendí de esta última exclamación. Los marineros se reían como los indios de alguna tribu amazónica frente al embarazo del antropólogo enviado por el gobierno.

—Solanas —dije— está intentando reponer todos los temas de la tradición nacional-popular, pero dándoles nuevas formas narrativas, buscándoles otros antecedentes. Para hacer eso, en principio, precisa estetizar la política...

—¿Estetizar la política? Hable claro, gárrulo del Bar La Paz —me gritaron. Sabía que lo hacían para darme oportunidad de lucirme. Nuestro honorable bergantín tenía la santidad de los que ya habían perdido sus cadenas y por aburrimiento se habían encadenado otra vez.

—Estetizar la política, en efecto —respondí fingiéndome doctoral.

—Nadie ignora los peligros de tal propuesta —dije.¹⁴

14. La consigna de “estetizar la política” es atribuida por Walter Benjamin al fascismo. “El fascismo permite que las masas se expresen pero conservando todo el régimen de propiedad anterior”. La guerra es la consecuencia de ese juego estético, donde se satisfacen tendencias al goce, pero sacándolas de lo que podrían ser impulsos socialmente constructivos. Goce y espectáculo en la arena pública harían a la referida “estetización” de lo político. En realidad esta condena de Walter Benjamin está motivada por el hecho de que el fascismo es uno de los “cierres” de la modernidad pero que, al mismo tiempo, utiliza todos sus temas o, por lo menos, comparte cierta tendencia a la voluptuosidad fáustica. De ahí que en su famoso ensayo sobre la fotografía, en el que se halla el rechazo a la “estetización de la política”, Benjamin se proponga como línea de trabajo lo siguiente: elaborar conceptos de una teoría del arte que no tengan en absoluto la posibilidad de ser reutilizados por el proyecto fascista. Corría más o menos el año 1935.

Creo que allí podemos encontrar uno de los voluntarios empobrecimientos que realiza Benjamin de sus teorizaciones, ya que temía que ellas tuvieran un aprovechamiento indebido, grosero e irracional. Porque, inclusive en el ensayo que mencionamos, el ejemplo sobre el dadaísmo permite suponer otro destino —al margen de cualquier autoritarismo— para la “estetización de la política”. Dice Benjamin que la “ensalada de palabras” chocantes de los dadaístas estaba esperando el efecto técnico del cine para ser liberada de su único y triste destino escandalizante. Es decir: el espectáculo por el espectáculo, el goce por el detritus, etc., estaba esperando una salida política, aquí en vinculación con un descubrimiento técnico revolucionador (el cine). La modernidad, en este caso, volvía a situarse en los términos originarios, como “anticipos” estéticos libremente elaborados, de lo que la sociedad contiene en sus relaciones productivas internas. Este sentido de la modernidad presupone admitir la coincidencia de diferentes temporalidades en un punto simultáneo o, si no, la coincidencia de diversas formas expresivas en una única obra.

(Ejemplo del primer caso, la idea de revolución rusa, según la clásica interpretación de Trotsky, donde se “combinan” momentos “desiguales” del proceso de desarrollo capitalista; ejemplo del segundo caso, las técnicas de collage y ruptura de la representación, que utilizan todas las vanguardias estéticas contemporáneas. De este modo, la estetización de la política no es otra cosa que esa interrelación de momentos y estilos diferentes que consiguen fraguar otra unidad. No hay por qué atribuírsela al fascismo pues sería servirle en bandeja buena parte de la historia del arte contemporáneo. En el caso de Solanas significa retomar la reflexión política, desde otro ángulo, específicamente desde la agitación del sentimiento mítico, dejando “libre” el lugar de las correspondencias discursivas inmediatas. Por eso no se “habla” de política en *El exilio de Gardel*, pero la política tiene una “ausencia” que sostiene todo pues se supone que la alegoría del exilio de la patria —que la película cuenta— y la vida cotidiana de los “anclados” en París —mezcla de picaresca y fragilidad, de arrogancia y aprendizaje— deben admitir un acompañamiento que, para cada espectador, será explícito y que, para el espectador que escribe estas líneas, se esboza como un resurgir de lo nacional-popular. Volviendo a Benjamin digamos que su propuesta de abandonar la estetización de la política significaría abandonar gran parte de sus propias líneas argumentales.

Es cierto que la “modernidad”, como experiencia de lucidez, se hacía pesada cuando emerge el fascismo, en vez del socialismo libre que mejor la hubiera coronado. Lo mismo le pasa a Luckács

—Yo los ignoro —exclamó un borracho desafiante junto al palo mayor. Como cayó en un temblor étlico después de esa intervención, no consideré digno responderle. Pero, a pesar del peligro, continué: podemos defender esa estetización de la política. Es lo que hizo Solanas. Una sensibilidad de izquierda nacional popular, servida por formas de expresión que capturan los patrimonios culturales románticos y señoriales, decadentistas y conservadores, dándoles otra significación al trastocarles sus lógicas internas. En *El exilio de Gardel* hay dos discusiones teórico-estéticas. Una cuando se decide realizar la manifestación en recordación de los desaparecidos, haciendo que los manifestantes quiebren el discurso político y se conviertan en soportes de un relato dramático contado plásticamente por paneles y muñecos. Allí vimos, en un fotograma, a nuestro amigo Envar El Kadri —uno de los productores de *El exilio de Gardel*— levantando el cartel “Où sont ils?”. La transferencia de Cacho El Kadri a esta perspectiva de acción simboliza una decisión de vanguardia y una cuerda tendida entre las esperanzas de las primeras juventudes peronistas —post 55— y las nuevas formas de reflexión política de hoy.¹⁵

La otra discusión que contiene la película complementa a la anterior. Los franceses discuten sobre la dramaturgia que alienta la obra que han visto —*El exilio de*

quien se inicia admitiendo, “modernísticamente”, la posibilidad de tener una ética de izquierda y soluciones románticas o idealistas para la cuestión del conocimiento, de la metodología y de la estética. Después, también se asustó. En fin. Sobre este mismo problema recomendamos el prólogo de Oscar Terán a una antología de José Ingenieros (Editorial Siglo XXI). Terán, ¿uno que no se asusta? Otro sí digo: este tema ya había sido insinuado, bellamente, por Oscar Masotta, en *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Remember, boys. En un epílogo titulado “Roberto Arlt y yo”, Masotta decía que había ciertas nociones que los marxistas tomaban con ligereza, como la idea de *destino*. Leámoslo con su propia frase: “Hay que comenzar a entender de buena vez la realidad que comenta esta vieja idea: la idea de destino”. Decirlo en 1967, era atrevido (en los lugares donde lo decía). Masotta tenía la idea de “arrancar para la izquierda nociones hasta el momento en manos de escritores de derecha”. Este programa evoca al Walter Benjamin que pide “recuperar las fuerzas del éxtasis para la revolución”. El éxtasis era una consigna surrealista y Benjamin, un marxista redentorista, quiere asumirla sin reparos. Como vimos, después cambió su programa; como también lo cambiaría Masotta. Ante la realidad de un fascismo triunfante dirá, entonces, que era necesario crear conceptos que nunca pudiesen ser utilizados en contextos fascistas.

15. En este punto envío al libro de Envar El Kadri y Jorge Rulli, *Diálogos en el exilio* (Foro Sur), que debe ser leído junto al film de Solanas. Allí, El Kadri y Rulli retoman el viejo género del diálogo —la más vieja de las formas narrativas— desgranando los temas en forma de payada, de contrapunto. El estilo de Rulli está volcado a fundar una visión trascendentalista de los más mínimos hechos de sociabilidad en los que se descubren los síntomas de la inventiva cultural-popular y en los que las formas generales del pensamiento siempre deben llevar al plano de lo cotidiano.

No menos ligada a una antropología de las culturas políticas está el pensamiento de El Kadri, quien resume en un “culturalismo” militante los aspectos del compromiso político que antes veía servidos por el pensamiento de cuño sociologista. Pero quiero hacer un reparo: no pocas veces el diálogo pierde sus nervios internos por la coincidencia entre los dos interlocutores. Entonces, no se produce la llegada a las conclusiones a través de diversas réplicas y contrarréplicas, que mantendrían la identidad de cada parlamento al tiempo que el dramatismo del diálogo. Hago esta crítica, que nunca me animé a decirles, tanto a Jorge como a Cacho (y me escondí en esta nota), con la convicción de que *Diálogos en el exilio* es, por su forma y por el peso de lo que se dice en él, uno de los grandes libros testimoniales del ciclo nacional-popular.

Gardel, el film dentro del film—¹⁶ y el sector bobo de la crítica no entiende de qué se trata. Los “gardelianos” parisienses, sin embargo, aprueban. Es otra dramaturgia, tan válida como cualquier otra, dice uno. Pino así se hizo aprobar por los que antes decía que lo criticaban. Es evidente que no podía sostener su “tercerismo” en este caso pues se trata de una estética que tiene explícitas raíces clásicas y europeas. Solanas explica mal lo que hace bien...

Hice una pausa al acabar de decir esto último. Esperaba una reacción de los hombres. Y casi amanecía. El mar estaba quieto y todos me miraban expectantes. Pero en profundo silencio. No tenía más remedio que seguir sin pelearme con nadie.

—Sí, Pino hace bien aquello mismo que luego no explica con la misma habilidad. Toda la película bebe del expresionismo, tanto en las coreografías como en la solución argumental de algunos sketches. Por ejemplo, en el desmayo del director, “Pierre”, la descompostura es tratada literalmente —un mecanismo que se descompone—, y tenemos la presencia de los médicos-mecánicos que lo llevan junto a piernas de maniquí, etc. Lo inanimado es la metáfora inmediata de lo animado. Un rasgo del expresionismo, pibes. Créanme que no macaneo. Y después, hay cierta sensibilidad “kitsch”,¹⁷ al presentar estereotipos que simbolizan totali-

16. Es frecuente designar como barroco el modo en que una representación se sitúa dentro de otra representación. En el caso de Solanas no se trata de eso pues son borrosas las fronteras entre la realidad representada y la realidad del grupo teatral, que está queriendo poner la obra que da título a la película. No haber hecho una película “dentro” de otra es uno de los hallazgos de Solanas. Y eso, debido a su propensión por el pastiche, por la alegoría y por la opción “estetizadora de la política”.

17. Breve observación sobre el *kitsch*. Es corriente el juicio que da como acto de nacimiento al *kitsch* en la expansión de la burguesía alemana, luego de la unificación y la guerra franco-prusiana. Ya que siempre hay tiempo para ser humilde, y son escasas las horas en que podemos jugar con burlescas arrogancias, comunicaré a los académicos del ramo una ilustre hipótesis de mi propia cosecha. La definición más acabada del *kitsch*, en la mitad del siglo XIX, no se dio en Alemania sino en Francia y su autor es Rimbaud. Era fácil descubrirlo. Bastaba leer *Una estada en el infierno* con más atención —¡no sos atrevido, papito!— en donde encontramos la siguiente reflexión: “Veo como irrisorias las celebridades de la pintura y de la poesía moderna. Admiro las pinturas medianas, las banderas pintadas en puertas, los escenarios, los telones de saltimbanquis, los letreros, figuritas populares, la literatura anacrónica, el latín de iglesia, los libros eróticos mal escritos, novelas del tiempo de la abuelita, cuentos de hadas, almanaques infantiles, viejas óperas, refranes simplorios, ritmos elementales etc., etc. Como vemos, Rimbaud inaugura la contemplación del pasado estético de la humanidad infantil y popular como encantamiento y mortaja decorativa. La percepción culta se refugia en una vuelta de tuerca sutil: reconociendo estéticas rústicas y memorias artísticas perdidas y mitomanías folletinescas de la educación ancestral de los pueblos. En fin, es Susan Sontag mirando a Isabel Sarli. Lo despreciado de las estéticas arcaicas pasa como mala conciencia de los consagrados. Expresado en su forma más elevada esta mala conciencia da el Rimbaud que, brevemente, recorrimos. Recientemente Kundera dio una curiosa definición del *kitsch*, en *La insostenible levedad del ser*. Se trataría de una “dictadura del corazón”, que logra emocionar con espectáculos de glorificación totalitaria del Estado. He aquí la teoría de Kundera: el *kitsch* cierra las posibilidades de vida ligando al individuo a un culto folletinesco, dedicado al Estado como ídolo. ¿Cómo se combate eso? Con la infidelidad. Por eso todo Kundera es la justificación de una suerte de actitud perversa infantil-destructora (y lúcida), que es la permanente infidelidad en la pareja.

dades “patrias”. Pero son totalidades burlonas, humorísticas. No están ahí para encubrir y tapar las fisuras de la realidad. El mate que San Martín le sirve a Gardel —con escudito de la Patria recién pintado— tiene solo valor de “ternura kitsch”. Se muestran los símbolos —excesivos, sobrecargados, relucientes— no para suprimir la conciencia de las contradicciones sociales sino para agregarles una “emoción patria” que sabe verse a sí misma con ironía.

—¿Y de ahí —se escuchó desde la torreta del vigía. La voz llegó apagada por los vientos contralisios. El vigía había dejado de vigilar para escuchar estas historias. Fenómeno, dije, si así fueran todas las vigilancias. Conmovido, le respondí cuidadosamente levantando la voz especialmente para él. Al ampliar el volumen me salía finita, ridícula. Todo sea por un vigía desvelado por el nuevo cine argentino.

—De ahí, muchacho, que Solanas se convirtió a un pensamiento estético que coloca en otro plano su épica anterior. Se salvó del síndrome del “último Eisenstein”. ¿Qué tal? Los mitos, ahora, son relatados con el auxilio de una idea de espectáculo que proviene de la disgregación que las vanguardias europeas operaron, en todo este siglo, sobre las técnicas lineales y realistas de la narración. Un buen cuerpo de baile, una excelente coreografía, con momentos de mucha originalidad permiten una continuidad que da fluidez al film. Ya no es una acumulación de alegorías. Hay un “realismo mítico”, si podemos llamarlo así, porque la vera historia del sufrimiento patrio está en manos de la incerteza propia de un modo original de presentar las mitologías. Por otro lado, extremó sus cuidados formales. No está de más recordar a Bertolucci,¹⁸ aunque aquí y allá se notan las atentas observaciones que Solanas ha hecho de toda la cinematografía contemporánea. Por eso

El tema está en Hobbes, si se me permite esta mención un poco maniática (“pero sin perder la ternura jamás”). En efecto, en Hobbes encontramos la guerra al seductor, que es un predicador capaz de disgregar la noción de soberanía esparciendo cantos de sirena en las plazas. (Esta cuestión está estudiada con fina maestría en el libro de Renato Janine Ribeiro, *Al lector sin miedo: Hobbes contra su tiempo*, Brasiliense, 1985). En el caso de Solanas, permanentemente juega con un soplo de ternura vulgar, como aureola de sus marionetas míticas. En este sentido, ellas encarnan a “la Patria” al margen de la herencia de Marechal. La patria marechaliana es relatada de manera grave y no tiene representación antropomórfica. (En Marechal el grotesco lírico de sus personajes tiene como objetivo, parece, el de realizar un mecanismo de probada eficacia: el “grotesco” está servido por un humor metafísico que va circunscribiendo el espacio “sublime” de la Patria; aquel es visible, rústico y arquetípico, este es invisible, sagrado y esencial. Pino Solanas, al revés de Kundera, cree que el kitsch no es una falsa totalidad y que la fidelidad —a las herencias culturales— no solo es estimable, sino que se puede ironizar sobre ella.

18. Bertolucci da buenas pistas de las que después desarrollará Solanas. Esto es así porque el director italiano antes que ligado a temas histórico-sociales (*1900*) o erótico-psicoanalítico (*Último tango en París*, *La luna*) está ligado al tema del “cruce de destinos”, aunque con revestimientos argumentales que “parecen” psicoanalíticos o históricos. De modo que Bertolucci puede ser considerado como un borgeano. Ha filmado incluso a Borges, en *La estrategia de la araña*. Su preocupación es el formalismo, las imágenes geométricas, las estructuras destinales, las máquinas que crean ilusiones, la rigidización de lo erótico y de lo sensual, la vida como teatro “designado” por arquetipos ficcionales, etc. Aún más, Bertolucci puede ser considerado un director “argentino”. Su formalización del tango, aunque con sentimientos decadentistas, está próxima a la ideología estética de Solanas.

la película es también la obra, emocionante, de un gran estudioso de los grandes clásicos de nuestro tiempo...

Dije todo eso gritando. “Pará pibe, no grités más que te escucho perfectamente”, observó el vigía, lejano.

—¡Podés susurrar, macho! —me cargó un gordo concupiscente que se hacía el distraído y pescaba centollas a babor. Haciendo caso omiso hilvané las últimas cuitas. Dije: cuando Pino dice que recupera los géneros menores, despreciados por los directores “primermundistas”, cuando dice que mezclará géneros, cuando dice que debe reinar el desorden creativo, cuando dice que “no hay final” porque la vida es una obra abierta que obliga a que el arte no concluya nunca, cuando intenta dotar a sus personajes de un texto mínimo y realista para que no sean simples marionetas de los arquetipos, cuando hace canciones que se inscriben en la avenida lírica de una María Elena Walsh, cuando arroja sobre París una mirada de anticuario metafísico, cuando traza una línea operística y de non-sense sobre todas las secuencias narradas, cuando inventa un falso género anfibio (la famosa “tanguedia”), cuando asume el tango con su coreografía más lujuriosa pero también más obvia, cuando inicia el film con una pareja de bailarines sobre un puente del Sena —una apertura que quizá sea una de las composiciones más logradas de *El exilio*...—, cuando introduce cada episodio con juglares adolescentes situados en el plano ficcional de narradores en primera persona, cuando decide no desarrollar más allá de lo imprescindible a su exiliado prototípico —Juan Uno y Juan Dos, el exilio de adentro y de afuera— evitando darles nombre, cuando se percibe que esos juglares juveniles son “el futuro de la nación recuperada”, pues pueden hablar estéticamente de los mitos pero tomar desacralizadamente sus propias decisiones vitales —quedarse o no quedarse en París— entonces, cuando sucede todo eso, se puede decir que Pino Solanas se queda corto cuando dice que eso es “la poética del riesgo”. Combinar materiales diversos, no es novedad. Siempre depende de cómo se lo haga. Solanas, que tiene un pensamiento operístico, lo hizo bien. Crea un Olimpo donde conviven Piazzolla, Gardel, Pugliese y la necesidad de redimir el hogar lejano, la Patria sometida a vesanías y vasallajes. Más que decir que se arriesgaba al hacer todo eso —¿qué obra no es un riesgo poético?— podía explicar las cosas con más rigor ajustándose a lo que, efectivamente, ha hecho. Hizo un fastuoso espectáculo donde el Mito no devora personas y donde la Política quedó estetizada, apelando a la feliz convivencia de múltiples estilos. Una suerte de “pensamiento salvaje”, pensamiento que inventaron, como se sabe, los franceses pero filmado por un puntilloso encuadrador de imágenes, un obsesivo montajista, un cuidadoso guionista, etcétera.

—¿Y te gustó la película, entonces? —dijo una fingida vocecita, con evidente intento ridiculizador. Claro, parecía que yo la elogiaba para ponerle reticencias. Los maringotes se reían como siempre sucede cuando un momento solemne y varonil se corta gracias a alguien que suelta una voz afeminada en buena imitación.

—Bueno —dije— perdónenme por ilustrarlos. Más sencillo hubiera sido decirles que lloré la mitad de la película, reí la otra mitad y salí pensando que resurgía lo nacional-popular gracias a una feliz estetización de la política... Todo eso me pasó.

—No te enojés, varón. Estuviste bien. Es que no se entendió bien eso de la estetización de la política...

Fue el contraamaestre el que habló. El borracho volvió a reaccionar y dijo: “Exacto, que explique de nuevo, hay que tener en cuenta los diferentes niveles de comprensión”. Y retornó al justiciero sueño de sus lágrimas de ron.

—Mejor saquemos otra palabra de la lata, dije concesivo, ante la aprobación general. Volaron en festejo varias boinas y un sombrero de tres picos con un penacho iridiscente que se perdió en el mar. Un ávido artillero de proa puso la mano en la lata. Lo hizo como quien carga por la boca un cañón a la congreve. Expectante, leyó lo que el papelito decía:

EL RESURGIR DE LO NACIONAL-POPULAR

—¿Qué me contursi? Era la bolilla que faltaba. Si salgo bien de esta puedo hablar en el congreso de politicólogos del Teatro San Martín. ¿Qué dirán Torcuatito, Guillermito, y otros taxidermistas de la política? La estetización “de la politique” —¿agarran esa mandarina?— es hablar de las tensiones de una sociedad nacional como si completaran un cuerpo colectivo donde se alojan biografías “perdidas” y “sin salida”.¹⁹ Pero no porque “nadie se realiza en una nación que no se realiza” —respetable frase, aunque inexacta— sino porque se trasladan a la vida social, al espacio público, formas de entender las tensiones que serán extraídas de diversas fuentes estéticas. No se trata de desvincular la expresión política de lo que son las bases reales de la sociedad, sino de hablar de lo que pasa en estas fuera y antes del lenguaje político que ya ha sido objetivado por los códigos social-populares compartidos. Se trata de interferir ese

19. ¿Cómo tratar biografías? Es decir, ¿cómo tratarlas en situaciones en que también importa decir qué pasa con las tensiones colectivas? He aquí un método: las historias de vida servirían para “captar información relevante para desentrañar la relación entre el tiempo biográfico y el tiempo histórico-social”. Firmado: Balán y Jelín, *La estructura social en la biografía personal*. Finalmente los estudios de biografías servirían para detectar la influencia de medidas públicas en áreas de vivienda, salud, etc., etc., sobre “la reproducción de la fuerza de trabajo”. He aquí otro método. “Tales no se habría frotado la pierna del mismo modo que Sócrates”. Firmado: Marcel Schwob, *Vidas imaginarias*. Entre uno y otro método tenemos la diferencia que va de la ciencia al arte. Es claro, sería muy zonzo, por no decir muy cruel, comparar dos sociólogos argentinos con el imponderable Schwob, escritor de “atrocidades y maravillas”. Pero es un ejercicio posible si se tiene en cuenta que —en el caso de la película que estamos comentando— Solanas tiende a usar una relación entre tiempo biográfico y tiempo social que empotra uno en otro. Gardel exiliado es la patria exiliada y son los argentinos concretos exiliados. Pero la salida, a cargo de los adolescentes que iniciarán otro tramo histórico, se da en un contexto de libertad de opción para cada uno. Es como decir: habrá un tiempo en que la patria, redimida, hará de cada ensayo personal una cuestión única, irrepetible, absolutamente libre.

lenguaje cristalizado y procurar otro. Otro lenguaje salido de los pensamientos estéticos que pueden o no tratar temas específicamente ligados a las vidas colectivas. Solanas hace esto último con el auxilio de una metáfora tanguera, en la que el tango es retrabajado por una metafísica “kitsch”, que le devuelve ternura haciendo el juego de ritualizarlo. Esto último es una moda en varias sedes mundiales del espectáculo y la película de Solanas, quizás, anticipó esa moda, aunque ya estaba también Bertolucci.

—Sí, ¿pero el resurgimiento dónde está? —Inevitable pregunta, queridos lectores. Los marineros quieren ir al grano, como los agricultores y los fotógrafos. Respondí con humor: Dénme dos paginitas más, lo que también le diré al director de esta revista. Con dos paginitas más, querido Chacho Álvarez, explico todo y ustedes podrán decir: “Si este no es el resurgimiento, ¿el resurgimiento dónde está?”. Les causó gracia, pero menos de la que esperaba. Uno me gritó, anónimo y cruel: “Seguí, Sherazade de agua dulce”. Ahí sí rieron. Un poco amoscado, continué.

Todos sabemos que la cosa anda mal. Que nadie acierta a ponerla en pie. Que los que están se aburren, que los que se van siguen doloridos, que los “encargados” de la cosa no dan muestras de gran sensibilidad, que faltan palabras, etc., etc. Eso es por la incapacidad de verse a sí mismos que todos tienen. El lenguaje político es presa del lenguaje “objeto”. Como diría Moffat: es como un libro de cocina. Debe llevar a una torta. Ahora bien, para que algo renazca, los libros de doña Petrona pueden no llevar de inmediato a las tortas y a los panqueques de dulce de leche. Deben llevar, eso sí, a rearmar el habla de los hombres paralizados y embotados por la incapacidad de rever su propia pasión.

Cuando Solanas dice que la “Tanguedia” mezcla todo, y en eso consiste su “poética”, se está explicando mal. No lo está diciendo todo. Primero porque lo normal, en cualquier estética operística, es el préstamo, la aculturación. Y segundo porque, en este caso, hay una zona interior de la película no iluminada. Es todo aquello que corresponde a Perón y al peronismo. Tanto es así que a la salida del estreno, se escuchó un lamento: “¿Pero Pino no habla del peronismo!”. Es cierto, no habla, pero la película crece alrededor de un perímetro donde se guarda lo indecible: el peronismo, precisamente. ¿Qué quiere decir hoy del gran ciclo histórico nacional popular, si no tiene quién, cabalmente, lo exprese en la política de estos días?

—¡Exageretti...! —me gritaron. Hubo algunas risas. Pero la mayoría, que me miraba con preocupación, no rio.

—Sí, puede ser que exagere —dije— pero tampoco se puede vivir ocultando siempre las cosas. Fíjense, muchachos...

—“Fijaos”... —Ahí todos rieron.

—Y bien, fijaos: hay una regla del peronismo de Perón que hizo de la expresión política una hedónica convivencia de lenguajes. Y por eso fue acusado de totalitario y mitificador por varios semiólogos. Solanas hizo eso mismo en el plano de la producción de imágenes y sentimientos artísticos. Hizo lo que no

siempre es fácil, pebetes. Mostrar el mito y hacerlo mirarse en el espejo. ¿Qué habrían pensado de eso los dirigentes peronistas presentes en el estreno y que no están acostumbrados a pensar en esos términos, y cuya estética es, más bien, cercana a la de *La historia oficial*? Lo muestra mítico, Solanas, al mito. Pero desde afuera. Y lo desarma como si fuera una pieza muy estimable pero gastada. Le regala adolescentes “nuevas”, que tendrán otra historia; le da otras posibilidades de vida; le hace canciones que retoman tradiciones muy diversas a las del propio Mito; le atribuye la historia global del exilio para enriquecerlo con otras vidas que el Mito no sabía cómo incorporar; le entrega en bandeja una colección de estéticas de modernidad y de vanguardias, para que se airee, se refresque y se ponga a caminar otra vez. No es solo Solanas quien hizo eso. Ya hay hechas otras cosas.²⁰ Por eso, la estetización de la política no es la apelación al dramatismo colectivo como sustitución de la razón crítica. Por el contrario: es una de las formas de la crítica que deben ser aceptadas por el viejo movimiento nacional y popular hoy boleado, puesto en la lona. El Mito, además, no es una convocatoria para enceguecer el análisis y la reflexión de realidad. Aquí también, es lo contrario. Es para dialogar más verazmente con la realidad. Por eso emociona este triunfo de Solanas y —agrego— de Cacho El Kadri. Porque es la continuación de la política por otros medios. Pero esos otros medios, que son los de las dramaturgias libres, los del teatro de calle, la coreografía adrede hierática del tango y la coreografía abierta basada en la mímica de las marionetas, hacen del film un collage de figuritas de modernidad. Esto es, se revoluciona la estética del peronismo.²¹ La saca de su sentido común castrador y la repiensa sin apelar a sus simbologías más explícitas, lo que era indispensable. Para hablar del peronismo, es como si dijera Pino, no hay que usar sus simbologías.

—¡Bien machito, lo que quisiste decir, lo dijiste! —comentó uno de la primera fila— ahora devolveme la pipa euforizadora...

—¿Qué querés decir?

—Nada, que si no tengo la pipa no puedo pensar bien. Me perdí buena parte de la exposición, viejo. Quedé en la parte de Glauber Rocha...

—Ah, pero esa parte no la expliqué bien. Lo que quería decir era que Glauber Rocha no consiguió soltar su lenguaje, no consiguió darse una base narrativa exterior a su propia decisión mítica y profetística. No pudo darle una historia abierta y aireada a su pensamiento críptico y vanguardista. No pudo

20. Me refiero a la novela de Nicolás Casullo, *El frutero de los ojos radiantes*, en la que también se trata con una deliberada escenografía mitológica la cuestión de la formación nacional. La historia social argentina hace contrapunto con una visión atemporal de la ciudad porteña, mientras que un ojo minucioso acumula descripciones de todo lo que ve, como si el tiempo no pasara nunca.

21. ¿Estética del peronismo? “No existe, pero todo el peronismo tiene una estética implícita, no declarada”. Frase parecida le escuché al poeta Santana, cierta noche de bar. Si esta desmesurada situación fuese cierta, con más razón Pino Solanas “revoluciona la estética del peronismo”.

volver sobre sí; murió sin encontrar un camino entre todos los descubrimientos geniales con los que conmovió al cine brasileño. De esos descubrimientos todos se aprovecharon, mientras lenguajes elementales y de baja problematización del mundo adquirirían un público mayor (como es el caso de Babenco). La vuelta de Solanas con Gardel podemos considerarla un triunfo, también de Glauber, si me permiten decirlo así... Pero el equivalente del rito de pasaje de la glauberiana “estética del hambre”, de 1970, a una estética de vanguardia, en Brasil, lo realiza la película *Cabra, marcado para morir*. Entre nosotros, Solanas, hizo su propia transfusión, se dio su propio estadio superior. Y, ahora, muchachos, vamos a dormir. Aprovechemos la calma oceánica, pebetes. Mañana pronostican chaparrón y quizás aparezca una Ballena Blanca. Devuélvanme mi gabán... Y no me revisen más los bolsillos. ■

AÑO 4 - N° 10

JUNIO DE 1986

NO LO DEJEN SOLO AL SECRETARIO GENERAL

Mario Wainfeld

El 17 de octubre del 83 la cancha de Vélez rebosaba peronistas. Nada acallaba los bombos ni los cánticos; ni siquiera la voz de los oradores. Una multitud abigarrada y feliz ignoraba fervorosamente los discursos. Se acercaba el turno de Lorenzo Miguel; su hora más gloriosa. Los años de cárcel habían “blaqueado” su imagen; la CONAREPA lo dio vuelta como una media y no le encontró bienes de fortuna. Tras un paciente trabajo llegó a ser no solo el primer sindicalista sino el principal político peronista. Fue el gran elector de la interna: Cafiero se distrajo esperándolo y desoyendo a “Los 25”. El delfín fue Luder quien ganó al galope aunque con escoriaciones. Toda la clase política peronista loaba la moderación del “Loro”. Su designación como Vicepresidente 1° cayó de maduro. De golpe, acabó la gloria. La multitud peronista empezó a silbar a Lorenzo... y cómo El locutor intentó vanamente rescatarlo. Lorenzo acudió a uno de sus caballitos de batalla: culpó a los infiltrados. La silbatina recrudesció. Ya ni se lo oía.

Entonces apareció Saúl. Pidió que escucharan a Lorenzo; lo abrazó. “Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”. La gente aclamó a Ubaldini pero no renunció a abuchear a Miguel quien seguía patéticamente pegado al micrófono,

tildando de alfonsinistas al 90% de los asistentes. Años de trabajo parecían derrumbarse por la perfidia de apenas 100.000 infiltrados.¹

La dirigencia política peronista había vivido la interna a la zaga de Lorenzo. Ese día empezó a pagar el duro precio del seguidismo. Ese poder sindical no era apto ni suficiente para hacer política en la Argentina del 83. Lo sabía Alfonsín y lo intuían los millares de peronistas que colmaban las graderías de Vélez. Los sagaces dirigentes peronistas empezaban a barruntarlo.

¿Qué hizo Ubaldini? ¿Buscó preservar la unidad? ¿Defender al Loro? ¿Debilitarlo, y reforzarse demostrando ante todos quién merecía aplausos y quién silbidos? ¿Obró solo por reflejo? Como en toda la vida de Ubaldini es difícil dar respuesta unívoca o concluyente. En todo caso creo que ese gesto, inclasificable y veloz, es bien típico de su accionar y que ese día emergió un nuevo liderazgo que le quema los papeles a casi todo el mundo.

HACIENDO HISTORIA

El sindicalismo actual, por decirlo en fácil, fue un invento de Perón realizado desde el Estado. No surgió de una intensa dialéctica entre sociedad y Estado sino como producto de la voluntad y el proyecto del gobernante. *El sindicalismo argentino, hijo del poder del Estado siempre amó a su padre*. Media un abismo entre la doctrina peronista (en especial “La Comunidad Organizada”) y la relación estado-sindicatos-peronismo. Las “organizaciones libres del pueblo” fueron utopía; tal vez proyecto. El sindicalismo, una construcción prohijada desde el poder.

Claro que el movimiento obrero siguió existiendo cuando el peronismo perdió el control del aparato estatal. Desarrolló desde entonces una práctica política y reivindicativa doble (no connoto moralmente la expresión); casi todos los sindicalistas (duros o blandos) tuvieron un ojo puesto en el Estado y otro en el peronismo.

Hasta que apareció Ubaldini, la máxima expresión de autonomía sindical fue el vandomismo. Vandom advirtió, aumentó y capitalizó la importancia de los sindicatos. Se hizo fuerte acá en la Argentina anudando lazos con los gobernantes y los factores de poder e incorporando a sus cuadros al aparato político del régimen. Mientras Perón tejía y destejía alianzas en el exilio, Vandom ganó espacio oponiéndole un poder “peronista”. La dialéctica relación entre Vandom y Perón no ha sido nunca bien contada, ni lo será acá. Baste decir que Perón lo enfrentó (incluso electoralmente), lo descalificó, lo insultó. Pero *no supo, no pudo o no quiso desbancarlo del todo*. Seguramente el vandomismo formaba parte de su peculiar forma de conducir la resistencia. En la oposición había que sumar; a quien fuera. Izquierdas,

1. Este acontecimiento espectacular y cinematográfico de la historia del peronismo, como tantos otros a menudo más trágicos, espera aún su crónica y su filmación. Hasta entonces y a cuenta recomendando leerlo en *La mayoría perdida* de Silvia Mercado, Mora Cordeu y Nancy Sosa, Sud-Planeta, 1985, pp. 134 y ss.

derechas, traidores, leales. Peronista era todo aquel que obedecía a Perón o —aún más— aquel que (queriéndolo o no) le servía en un momento determinado. Perón se reservaba “el centro”. Reinterpretaba o revalorizaba los hechos producidos por “el movimiento”. Abarcaba así a quienes lo desobedecían en todo o en parte... claro que también permitía que estos hicieran profesión de fe peronista. Perón asumía ese riesgo que nunca fue tan grande como con Vandor. Tuvieron fuertes encontronazos; en algún momento Vandor jaqueó a Perón. Pero es inimaginable Vandor sin Perón... fue un producto suyo. Era la contracara del poder político del general herbívoro. Ubaldini, en cambio, crece porque Perón no está y nadie hace sus veces. Distinto fue el caso de José Rucci. Por características personales, motivos históricos o ambas razones, siempre tuvo menos vuelo propio: su política fue más apegada a la de Perón.² Seguramente por eso fue menos poderoso. Su asesinato impidió saber si su fidelidad al Pacto Social sobreviviría a Perón. Ciertamente su amigo y aliado Lorenzo Miguel puso rápida distancia con el Pacto y procuró avanzar en busca de poder propio. Consiguió derrocar al Brujo. Tras aliarse a la dirigencia política del peronismo ocupó casi todo el gabinete de Isabel. No pudo diagramar un proyecto, ni siquiera mantenerse. Cayó con Isabel. Lo demás ya fue contado.

Esta breve memoria permite inferir que desde 1955, o mejor 1958, el sindicalismo más que la columna vertebral (*denominación que, definitivamente, habría que reservar a la clase trabajadora*) del movimiento obrero fue un factor de poder, tensionada y dialécticamente aliado con el peronismo. Hubo una vasta autonomía de decisiones que los socios-antagonistas supieron mantener sin ruptura. En tiempos de Vandor la sogá se tensó como nunca, pero sin cortarse.

El movimiento obrero siempre mezcló confrontación y negociación con los gobiernos de turno, con independencia del obrar del peronismo político, o al menos con distintos énfasis. Así sucedió con Frondizi, con Illia, con Onganía. Se dice que chocaron con Isabel; es una verdad que omite otra más significativa: también enfrentaron a Perón, quien denunció ese sabotaje el 12 de junio de 1974.

No llama la atención que Ubaldini tenga juego propio, máxime tomando en cuenta la endémica debilidad del peronismo político. La novedad radica en que es el primer dirigente obrero que tiene poder con independencia de Perón, del aparato sindical y del Estado. Ubaldini no tiene peso dentro del aparato sindical. “Las 62” y “Los 25” aceptan su poder a regañadientes, como una imposición de la realidad. Ha cambiado las reglas del manejo sindical: basa su poder en su relación con la gente. Es un fenómeno inédito que rompe con rutinas y largas tradiciones. Si Ubaldini perdiera su privilegiado contacto con la base caería como fruta madura. Por eso “se juega” en cada acto, en cada huelga, necesita realimentarlo y probarlo. El líder carismático, hace “vivir la ley”, debe probar la vigencia de su autoridad.

2. Coincide parcialmente con esta tesis Jorge Bernetti en *El peronismo de la victoria*, Legasa, 1983, pp. 82 y ss.

CARISMA NO ES MAGIA, NO

Se dice con razón que Ubaldini es un líder carismático. Lástima que nadie explica qué significa eso. Habitualmente el lenguaje cotidiano y el periodístico empobrecen y distorsionan la expresión. Se llama carismático a quien es “atractivo” sin razón válida. La palabra deviene sinónimo de “irracional” e “inexplicable” a la vez. Carismático sería por ejemplo, Palito Ortega porque es feo, canta mal y tiene éxito.

La expresión empleada por Max Weber³ es más precisa y apta para analizar a Ubaldini. Simplifico burdamente: carisma es una de las formas de “legitimidad”; es decir uno de los motivos por los cuales un hombre puede obtener respeto u obediencia de otros sin valerse del uso de la fuerza.

En forma abstracta y simplificada Weber tipifica tres fundamentos de legitimidad: la ley, la costumbre y el carisma. La ley y la costumbre suponen la existencia de normas aceptadas, previas a la existencia del líder. El carisma es la creación de legitimidad basada en virtudes propias de este. La ley y la costumbre implican un orden aceptado. El carisma, en tanto novedoso y no prefijado por normas o hábitos, es una ruptura del orden. *El carisma no es irracionalidad sino una respuesta a una crisis de legitimidad.* Un líder carismático solo puede emerger cuando la ley y la costumbre no se bastan para garantizar obediencia voluntaria.

Ubaldini es carismático porque su liderazgo rompe los moldes de la legalidad y de la costumbre. *Su poder de convocatoria (solo superado por Alfonsín) revela que existen sectores sociales huérfanos de liderazgo que descreen (o, al menos, no están contenidos) en las instituciones vigentes. Las masas no ungen a Ubaldini por irracionalidad, sino por necesidad.* Tienen que encontrar alguien que cuestione y denuncie las carencias de un injusto sistema político-social. Se trata de una tarea política que no compete “naturalmente” a Ubaldini. Desde 1955 a 1973 lo ocupó Perón: está muerto. La izquierda nunca supo hacerlo suyo. Hoy debería abarcarlo el peronismo renovador (del otro mejor no hablar) pero hasta ahora está en otra cosa.

Alguien tiene que encabezar la protesta. Lo hace Ubaldini, reencarnando como cuadro a un líder carismático elementos tradicionales y fundacionales. De ahí su lenguaje místico, sus apelaciones religiosas, las Vírgenes y cruces que le sirven de iconografía.

UN LOBO Y DOS MÍSTICOS

Ubaldini es el primer secretario general de la CGT incubado en un sindicato inexistente. Es una crucial diferencia que lo separa de Vandor con quien insiste en compararlo una prensa mediocre y facilista. Hay otras: el Lobo era hombre

3. Ver Max Weber, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, 1974, T 1, pp. 170 y ss., en especial 193 y ss. La diversidad de lectores que nuclea *Unidos* me obliga a excusarme ante los eruditos por mi esquematismo y —a la vez— ante los militantes por la pretensión de la cita.

de cúpulas; nunca tuvo contacto con multitudes. Ni siquiera hablaba en público. Walsh lo retrata así: “no necesitaba hablar: otros hablaban por él en los congresos y los confederales. Murmuraba ‘uno’ y se paraba Avelino; ‘dos’ y hablaba Maximiano, ‘tres’ y recitaban su libreto Izetta o Cavalli. Eso era organización”.⁴

Vandor era un líder racional, basado en la organización. Podía delegar poder. Ubaldini no puede transferir carisma; por eso no tiene intermediarios.

El estilo también los diferencia. Saúl integra la estirpe de los hombres fogosos y místicos cuyo más acabado representante fue Raimundo Ongaro. Ambos son capaces de transmitir sus intensas emociones. Ahí terminan las semejanzas: Ongaro congregaba en su torno a militantes y cuadros. Ubaldini se liga directamente a la base.

Ongaro fue el centro de una constelación de agrupaciones combativas del peronismo; fue el pope del peronismo intransigente. Ubaldini reclama para sí un apoyo más vasto pero sus más fieles seguidores orillan el integrismo: Guardia de Hierro, el herminismo, etc.

Sus misticismos son diversos: Ongaro hablaba directamente con Dios. Ubaldini lo hace con monseñor Primatesta.

A la vez tiene otros interlocutores. Basta asistir a los actos para verlos; los trabajadores, los sin trabajo, los condenados de la tierra. Aquellos que no degustan las mieles de la democracia; no gozan del Ciclo Básico Común ni de la libertad de prensa que no es bien interesante para quien no tiene con qué pagar el diario.

Ubaldini es el vocero de la protesta social. Convoca a los parias de la democracia y estos acuden a aclamarlo. Saúl le habla a un sector social a quien nadie se dirige y al que la democracia, parafraseando a Galeano,⁵ le da voto pero no voz.

EL INTERLOCUTOR SORDO

El alfonsinismo reclama una madura relación entre Estado y sociedad mientras pilota un Estado sordo. Reprende a una sociedad “autoritaria” pero no deben existir en el mundo muchos gobiernos que se conmuevan menos por la protesta social. Hasta abril las huelgas motivaron quejas y reclamos. Jamás un cambio o una señal. Tras dos años de protesta y ante la certeza de la quinta huelga general el gobierno apenas concedió la cabeza de un ministro inexistente (Neri) y diez australes para los jubilados. La madura relación estado-sociedad requiere interlocutores válidos en los dos extremos. Acá hay uno que falla... no es la sociedad. El alfonsinismo se consagra portador de la modernidad pero hace política con eternas fórmulas de pago chico: rosca con Lorenzo y Diego Ibáñez para socavar a Ubaldini (los une además el terror a la capacidad agitadora del MAS que a Ubaldini no le escuece tanto); resucita a Isabel; forma las comisiones del Congreso “en la clandestinidad”. Inventa el estado de sitio para ganar votos.

4. Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Jorge Álvarez, 1969, p. 39.

5. En *Crisis*, N° 41, p. 3.

Es cierto que el gobierno propone una inteligente concertación a la española (que no disgusta tanto a “Los 25” que la discuten “desde adentro”) pero olvida que Suárez se incineró para consolidar la Moncloa. En cambio la UCR vive con los ojos y el alma puestos en el cronograma electoral. Una eventual victoria peronista (aunque sea en Andalgalá) dinamiza a la UCR mucho más que una huelga general.

El gobierno afirma públicamente que no variará el Plan Austral ni su proyecto sobre obras sociales. En privado añade que esto último sería otorgar poder a sus adversarios (¿enemigos?). Ambos argumentos son indefendibles. El segundo es deleznable éticamente. Pero hay más: el radicalismo tampoco se ha afanado por mejorar la calidad de vida de los desposeídos. Se desentendió de las condiciones de trabajo, las asignaciones familiares, las jubilaciones, los transportes, el hospital público; el salario indirecto en general. No reformuló la ley de Contrato de Trabajo mutilada por la dictadura militar. Al terminar sus dos primeros períodos legislativos ordinarios (¡y cuánto!) el presidente vetó numerosas leyes de trabajo votadas por su propia bancada. Una establecía un fondo compensador para pagar indemnizaciones por despido; otra regulaba los accidentes de trabajo modificando una vetusta ley que tiene casi setenta años. No se trata de beneficios para el peronismo o para jerarcas. Son instrumentos de defensa de la vida, la salud y la integridad física del laburante. Alfonsín —que no desperdicia jamás una tribuna ni olvida una cámara de TV— no creyó necesario explicar por qué vetaba esas leyes que sus propios y serviles legisladores hablan votado. El tema debe haberle parecido menos importante que el rebrote comunista o las recurrentes amenazas a la democracia que el pastorcito mentiroso detecta justo antes del Plan Austral o de las elecciones.

Es interesante recordar en un país sin memoria que Illia, “esa pobre víctima de Vador”, también vetó reformas del régimen de contrato de trabajo. La democracia, como dice Álvaro Abós se detiene a la puerta del taller.⁶

Ubal dini habla a las multitudes pero no consigue dialogar con un gobierno sordo. Lo que es grave porque, montado en una genuina protesta social, es el virtual líder de la oposición.

EL FRENTE INVIABLE

La inercia creada por Alfonsín permite que Ubal dini pivotee un frente heterogéneo. Los perdedores de la democracia se alinean a sus espaldas: los pobres, el MAS, la Iglesia. A veces Alsogaray... hasta Camps. En la interna peronista Ubal dini también sirve de escudo a los derrotados: Guardia de Hierro, Saadi, el isabelismo, el

6. No comparto en cambio la propuesta que Álvaro le hace a Ubal dini, en su “Carta abierta” (*El Periodista*, N° 76, p. 5): enfilarse a las reivindicaciones extrasalariales. Eso es imposible cuando se perciben salarios de 90 australes. Por otra parte, como ya dije, el gobierno ha obstaculizado las leyes referidas al punto. No hace falta como pretende Álvaro “desenmascararlo” en ese terreno. Ya lo está.

herminismo, el tercerismo de la provincia de Buenos Aires, los Montoneros. Este frente de perdedores sirve para movilizar en contra pero es inepto para construir. Conviven en él elementos contradictorios y hasta antagónicos. Algunos son los derrotados por las virtudes de la democracia: los ultras, los integristas. Otros son las víctimas de sus carencias: los pobres, los marginales, los trabajadores. O sea las excrecencias de la vieja Argentina y la “columna vertebral” del movimiento nacional. Nada menos.

Los radicales simplifican hasta la parodia esta contradicción de Ubaldini. Lo muestran como el jefe de todos los totalitarismos en la Argentina.⁷ Olvidan —como de costumbre— la incuestionable base social que lo sigue. Confunden de mala fe la base social ávida de respuestas y el oportunismo político de los derrotados por las mayorías. “Condenan” al fascismo a los hambrientos de comida y de respeto.

También yerran los que ven en Ubaldini al líder del tercer movimiento histórico.⁸ Entusiasmados por las muchedumbres no escuchan el discurso inconexo, no detectan al enemigo ni analizan el frente de alianzas.

No hay comparación posible entre Ubaldini y Perón. Apenas podemos bosquejar una semejanza que le hace poco favor a Saúl: está haciendo conducción política al más riesgoso estilo de Perón; juntando lo injuntable; generando una alianza inviable. Al Perón del 73 esa política le costó muy caro. Lo obligó en poco más de un mes a denunciar ante el pueblo a los Montoneros (1° de mayo de 1974) y a las jerarquías sindical y empresarias (12 de junio). Debió confesar y denunciar que su frente estaba fragmentado.

No es serio asegurar que hubiera podido recomponerlo. Y era Perón...

Es casi imposible (nada lo es del todo) que Ubaldini consiga liderar con éxito un frente opositor. Sus protestas son legítimas; sus alternativas limitadas. No me refiero a las propuestas concretas que formula que son ciertamente incongruentes; también a cuán difícil es que su alianza perdure en caso de llegar al poder.

El movimiento obrero no ha tenido propuestas globales para la Argentina desde los programas de Huerta Grande y La Falda. A partir de entonces, retórica al margen, se ha ceñido a los intereses del sector, tarea en la que no ha tenido

7. Dice *La República* dirigida por Solari Yrigoyen en nota firmada por Roberto Mardaraz: “Cuando Ubaldini cesó su arenga del 25 de marzo en la avenida 9 de Julio, todo lo que allí había ocurrido dejaba un sabor amargo. Enancados en la fruición de los ‘contras’ argentinos, convivieron banditas de asaltantes que no perdonaron ni a los ‘compañeros’; el neomontonismo había ganado un lugar en la concentración llevándose todo por delante encima de un vehículo utilizado como tanque de guerra. Símbolos y resabios nazifascistas compartían el espacio con la hoz y el martillo o la estrella federal, cerca de vírgenes de María maltratadas como estandartes al son desenfrenado del tam-tam de los bombos que repicaban latidos moribundos del pasado decadente”.

El cronista olvida apenas a doscientas mil personas. O, por ahí, las considera parte de ese pasado que hay que sepultar. Ojo, que no es fácil sepultar a los proletarios: el funcionamiento de la sociedad capitalista se resiente.

8. Esa es, obviamente, la opinión de la revista *Línea*. Curiosamente también la de José Pablo Feinmann en *Humor* de marzo de 1986 (aunque matizó su entusiasmo en el número posterior).

éxitos desde tiempos de los recordados Vandor y Ongaro. La relación entre sindicalistas y representados es esencialmente instrumental, se basa en el pragmático análisis de los resultados obtenidos. La historia reciente ha sido muy dura con esta generación sindical que no es dueña de los beneficios concedidos por el tercer peronismo y que desde entonces ha sido excluida por la dictadura militar, la sordidez empresaria y la intolerancia radical. La interpretación “política” de Ubaldini es también contracara de su escaso éxito sindical, por el cual ciertamente no es responsable. Sí le es achacable que ponga mayor énfasis en reivindicaciones que son propias del sector sindical pero ajenos a otros desposeídos. El movimiento obrero reclama las obras sociales pero olvida a los no sindicalizados que cada vez son más y que dependen del hospital público. El movimiento obrero objeta el seguro de desempleo por razones que hacen a su vigencia y estructura y que para nada conciernen a los que no tienen trabajo.

NO LO DEJEN SOLO

Ubaldini confronta con el gobierno y hace bien: la protesta social no debe quedar vacante. Claro que omite otros antagonistas: los factores de poder. El empresariado explotador, evasor y especulativo, la oligarquía agropecuaria o financiera, la Iglesia retrógrada. ¿Por qué arremete solo contra Sourrouille? Los radicales son los administradores vicarios de un orden, no sus dueños.

En la interna peronista Ubaldini muestra flancos vulnerables. ¿Por qué no utilizar su innegable poder para definir el pleito a favor de la renovación? Nadie le niega (¡bueno fuera!) derecho a hacer política, pero si la hace es dable exigirle que abandone ambigüedades decisivas. Es bueno que hable de moratoria (aunque vaya a saber por qué no lo hizo el 25 de marzo). No se entiende por qué no ataca al empresariado ausentista que engordó esa deuda, no la paga y que rehusa todo acuerdo que no lo favorezca en forma inmediata.

Es bueno que Ubaldini condene el golpismo pero no se entiende cómo encaja con esto su relación con el peronismo progolpista y troglodita que lo entorna con entusiasmo y al que jamás ha criticado.

Ubaldini creció como consecuencia de un coyuntural debilitamiento del aparato sindical. Re flotado este, mantiene su vigencia basándose en el diálogo con la gente. Es algo válido y conmovedor pero *no significa que automáticamente todo su proceder sea correcto. Nada autoriza a seguirlo como un líder político indiscutido.* Lo dicho aparece obvio pero no debe serlo: así han procedido los dirigentes políticos del peronismo y de varios partidos de izquierda. No lo han hecho por emoción sino por cálculo. Aumentan siquiera en apariencia su caudal con las multitudes que rodean a Saúl. Disimulan su falta de capacidad de convocatoria.

La conducta de la izquierda en ese sentido es risible; la de la renovación peronista lamentable. Se basa en un odioso y nefasto mecanismo de cálculo electoral:

“a nosotros nos faltan votos de la clase media que se espanta si ve cabecitas. No nos acerquemos a ellos, es piantavotos”. La renovación peronista se consagra a la búsqueda de ese 10 o 15% de “votos blancos” que puede darle la victoria y abandona el terreno de la protesta social. No se dirige a los humildes, los parias. Se los presta a Ubaldini. “Total, son votos nuestros”.

Consolida así el proyecto de Alfonsín. Dos países: 1) el de los que discuten en el Congreso la deuda externa sin resolverla ni explicarla. Son caballeros; se enojan, se chicanean y luego almuerzan juntos. Mientras tanto se disputan el centro del electorado; y 2) el de los hambrientos que festejan quizá sin ilusiones las bromas de Saúl. *Eso, señores, es un sistema político moderno: lo social es la variable de ajuste de la democracia*. Ubaldini aun con sus limitaciones es el palo en la rueda de ese carro. Su carisma amengua la falta de un polo político popular. Es un dirigente querido, legítimo, intuitivo, limitado. Lo fortalecen: a) la indiferencia del gobierno; b) el oportunismo de las izquierdas; c) el apoyo de los perdedores de la democracia; d) la miope y triste política electoral de la renovación peronista.

No puede pedirle que abandone la protesta social: es válida y es su básica fuente de poder. Tampoco que diseñe una alianza y un proyecto de alternativa. No está en condiciones de hacerlo. Nunca el sindicalismo tuvo un proyecto global. Menos puede tenerlo un dirigente aislado de sus pares. No tiene condiciones, ni equipos. Tal vez ni línea política.

Podría pedirle que perfilara mejor a sus enemigos; que fuera más frontal con la oligarquía, los especuladores, las FF. AA. y con la escoria del peronismo. Está a tiempo de hacerlo aunque hasta ahora la ambigüedad lo ha favorecido. Es bien fácil que su pragmatismo lo obligue a reiterarse.

Parece injusto recriminar a Ubaldini. Le han endosado una responsabilidad que lo excede. Llegó a donde llegó por las tensiones del propio movimiento obrero y como consecuencia de la política de un gobierno que cree que la marginalidad es un costo de la modernidad y la pobreza de muchos un precio de la democracia.

Pero no es Alfonsín quien deja a los desposeídos a solas con Ubaldini. La mayor culpa recae en la dirigencia peronista, su supuesta representante natural que, basada en el marketing, ha abandonado sus valores esenciales. Ayer no más hizo seguidismo con Lorenzo Miguel y absorta lo vio caer en Vélez. Hoy observa a su sucesor desgranar su discurso y su alianza irrealizable sin encabezar ni compartir la queja, sin “darle letra” ni apoyo técnico sin conducirlo y ni siquiera orientarlo. Se limita a seguirlo y a sorprenderse cuando —víctima de las circunstancias— recula o se equivoca. Esa dirigencia no omite solo eso. Olvida pensar seriamente en los condenados de la tierra cuyo voto considera patrimonio propio.

Mientras siga esa práctica los pobres, entornados por fantasmas del pasado, seguirán viviendo a Ubaldini. Eso sí, en el “otro país”, cada vez más lejos de una vida digna y del poder. ■

DEL VIEJO BARCO Y LAS NUEVAS ARBOLADURAS

Jorge Luis Bernetti y Adriana Puiggrós

Para un peronista no hay nada mejor que repetir “como ya lo dijo Perón” o sus variantes paralelas “hay que volver a Perón”, “renovemos el pensamiento de Perón”, para sentir la tranquilidad de conciencia que el acatamiento de los preceptos provocan en los fieles de la Iglesia.

La seguridad en la fe, la necesidad de sentirse dentro de la gran barca que nos conduce, con sus dramas y miserias al puerto del Cielo. “Ex Ecclesia nullus salvus” (fuera de la Iglesia no hay salvación) ratifica esta empecinada reiteración de los dogmas justicialistas o su forzada búsqueda de adaptación a fenómenos nuevos, tan incontrovertibles que deben ser incluidos en el dogma, como las realidades científicas debieron ser reconocidas por la Iglesia para poder seguir existiendo en el mundo moderno.

Una de las condiciones necesarias para que una cultura sea capaz de reproducirse, es que reconozca su propia historia. Cuando ello no ocurre, el origen se mitifica y se desconocen las condiciones de producción que explican muchas de sus características. La idea mítica del comienzo de una forma cultural es profundamente esterilizante. No se sabe, ni es legítimo indagar, qué elementos confluyeron, qué ideas se combinaron, qué se extrajo de otras formaciones culturales, de qué modo se produjo el ensamble básico.

La cultura adquiere así características de eternidad y se transforma en una doctrina. Como tal, contiene sus propias formas de verificación, de legitimación y de cierre.

Constituye una verdad capaz de universalizarse y de oponerse a otras doctrinas. No puede evolucionar, no puede cambiar, no contiene mecanismos que posibiliten la negación de algunos de sus elementos sin negar también su carácter mítico y revisar su vinculación real con otras formaciones culturales.

El peronismo es arquetípico entre las doctrinas que son renuentes a dar cuenta de sus orígenes. La necesidad de negar un pensamiento de izquierda y otro liberal condujo al peronismo a enfrentarse globalmente con el pasado cultural argentino, con excepción de aquello que englobó en el término “cultura popular”.

Esta “cultura popular” fue definida por el peronismo como irracional, surgida del profundo “espíritu nacional”, que recorre la historia nacional como un

hilo negro y se expresa como contra cultura, antiliberalismo, antirracionalismo, y positivamente como humanismo nacionalista y popular, que se opone a democracia, liberalismo, racionalismo, marxismo, comunismo, socialismo, europeísmo, individualismo, economicismo, elitismo.

El método de las “líneas históricas” logró resolver, de una manera pedestre, este tema de los orígenes y las pertenencias culturales y “San Martín-Rosas-Yrigoyen-Perón” constituyó un eficaz grito de guerra frente a “Mayo-Caseros-Democracia”. Pero el peronismo doctrinario no solo no alcanza, sino que se torna en un obstáculo epistemológico y político para la construcción de una nueva cultura política nacional y popular. Por el contrario, las bases de cualquier innovación al respecto están contenidas en la experiencia histórica peronista y en sus grandes principios sociales, no el árbol seco de su doctrina que no recogió la profunda riqueza de ese transcurrir contradictorio y movilizado.

El autoritarismo doctrinario se revela como una barrera infranqueable para pensar la sociedad y la liberación argentina, como un arco defensivo de las prácticas y sistemas burocráticos, como un gris índice machaconamente incapaz de absorber las demandas, las sugerencias, de recoger lo nuevo y lo diverso.

El proyecto del alfonsinismo trata de recoger parte de las nuevas demandas y golpea sobre los puntos caducos del proyecto peronista. Sobre esa refundación radical se construyó la victoria del 30 de octubre de 1983. Las respuestas peronistas giran hoy sobre dos ejes fundamentales: aquella que mira al pasado, con un acento en la nostalgia de la década de oro y una fijación en las concepciones doctrinarias y la modernizante que trata de ponerse a la par del desafío del nuevo radicalismo a partir de por lo menos empatar el brillo de la pátina modernizadora alfonsinista.

Perón planteaba que los vínculos sociales debían organizarse en base a tres ejes: el doctrinario, el teórico y el social. La forma que debían tener esos vínculos era la comunidad organizada que se apoyaba en un poder sindical compensado por el aparato político peronista que no solo estaba representado, sino que tendía a reducirse a la figura del Líder.

La reproducción cultural-ideológica del Estado justicialista era concebida por Perón como producto de:

- a) La reproducción ampliada de la Nación (Argentina potencia).
- b) La capacitación ideológico-social-técnica de la clase obrera.
- c) La reproducción teórico-doctrinaria de la cultura política en base a las tres banderas que constituirían el cemento del pacto social que uniría a la comunidad organizada.

La constitución de un consenso político, producto de un modo nuevo de pensar el país y las relaciones entre los argentinos, era concebido por Perón como el aspecto subjetivo que debía acompañar la reforma de las condiciones objetivas de la vida. Su propio discurso se construía como síntesis del sentido común y como expresión político-cultural de las demandas de las grandes masas.

La sociedad se organizaba a través del discurso peronista, que era, al mismo tiempo, el vehículo para la reproducción del pacto social.

Para ello, Perón se valió de variados instrumentos y experiencias históricas que no quedan consignadas en la doctrina, casi todas experiencias europeas. La capacidad de síntesis nacional del fascismo italiano para vincular islotes dispersos de la nacionalidad (obviamente desde arriba), fue sucedida por una política social típica del “welfare state” laborista británico. Es que se trataba de realizar la gran tarea integradora de los fragmentos sociales desde un poder diferente al que pretendió la generación del 80.

Así, la constitución de la clase obrera como un polo decisivo en las luchas político-sociales fue considerada por Perón como un factor que posibilitaba la reorganización del sistema; por esa razón impulsó la educación de los trabajadores. No solo era la reproducción de la fuerza de trabajo sino de una cultura que debía acompañar el proceso de integración nacional.

Pero esa integración, aunque concebida con bases populares, era identificada como homogeneización. El peronismo había heredado un mito argentino, liberal-positivista, que consistía en considerar la pluralidad como origen y destino de la desintegración, el desorden social, la anomia. Allí está “in nuce”, la obsesión peronista por la unidad del Movimiento y el terror subsecuente a la herejía por la ruptura, la necesidad imperativa de mantener las expresiones políticas dentro del cuadro partidario so pena de la extinción.

Existía, claro está, una necesidad objetiva: reducir las múltiples diferenciaciones de un país donde la inmigración europea cayó sobre fracturas anteriores no resueltas. La homogeneidad interna de cada clase y la identificación con su par europea o norteamericana servirían para desarrollar el capitalismo, para gestar el socialismo o para configurar el sujeto que destruiría para siempre el poder del Estado. El sujeto reproductor de la sociedad no debía ser plural.

Esta obsesión peronista por encontrar un lugar sólido, homogéneo y simétrico para cada protagonista aludía también a la necesidad de equilibrar a los contrarios en una sociedad donde las tensiones de clase estuvieran armonizadas por el Estado como gran armonizador social al tiempo que organizador nacional. De allí, el rol que también cumplían la CGT, la CGE, la Confederación de Profesionales, etc.

Todo este cuadro armonizador comenzó a crujiir cuando quedó claro que los sectores dominantes de la sociedad argentina resistían enconadamente el enchalecamiento en este nuevo universo político y resistieron porfiadamente las modificaciones sociales y culturales del justicialismo. La armonía que proponía la textualidad simétrica y reguladora de la doctrina peronista con un lugar para cada clase y cada aparato ideológico o represivo (Iglesia, FF. AA.), se quebró al calor de la crisis económica y de la dinámica política de los nuevos actores (la clase obrera).

De allí surgió el conflicto con la Iglesia, la fractura de la solidaridad castrense con el proyecto justicialista, el distanciamiento de la burguesía industrial que

confluyeron con el forzado retroceso oligárquico y la inquina de las clases medias en el gran frente que aisló al peronismo, ya solo soportado por la clase obrera.

De la derrota del 55 surgieron dos concepciones, una revisionista de los errores, que planteó la profundización de la “revolución peronista” y otra ortodoxa que planteó la vuelta a un imposible 1949, año cimero en la constitución de la estructura política del nuevo Estado peronista. De la primera arrancó el peronismo revolucionario; de la segunda siguió tirando, de una u otra forma, el resto del Movimiento.

Esa vertiente revisionista es la que trata en esas verdaderas “cartas desde lejos” peronistas de John William Cooke, cuando fustigaba frente a Perón a los “burócratas” que impedían la organización del pueblo y la clase obrera peronistas y su comunicación con el Líder. Claro que esas quejas no aludían a la doctrina, por lo menos en la primera etapa de su redacción y cuando las críticas a las prácticas de una doctrina pasaron a ser cuestionamientos en general del sistema, el tráfico de misivas tuvo casi un solo alimentador marginado de la escena.

El peronismo transcurrió, entre tanto, en las largas jornadas de la “resistencia” (que fueron también las de la conciliación). Los revisionistas prácticos luchaban, los nostálgicos ortodoxos matizaban una relación con el poder que querían menos épica, mucho más enraizada de un equilibrio social perdido.

El peronismo siendo el movimiento más ampliamente pluralista desde el punto de vista social de la historia argentina, al mismo tiempo había buscado casi con obsesión la homogeneidad ideológica. Había sido el más pluralista porque se constituyó mediante la articulación de sujetos diversos, como los obreros, la pequeña burguesía, la burguesía industrial, los militares nacionalistas, sujetos sociales emergentes como las mujeres, la población migrante del interior e, incluso, apeló a otros ausentes hasta entonces de las interpelaciones políticas, como los ancianos, los niños, los peones rurales.

El orden de la comunidad organizada mediante el pacto entre aquellos sectores suponía una disolución de los discursos políticos de cada sector en una doctrina compartida y la reivindicación de las demandas concretas de cada uno. La comunidad organizada sería plural socialmente, pero unitaria y homogénea política e ideológicamente.

La doctrina peronista, renuente y adversaria de las categorías marxistas, quiso resemantizar términos como “clase obrera”, “luchas sociales”, y “partido” sin lograr su superación. Para lograrlo debía haberlos incorporado con su carga concreta, aludiendo de tal modo a ciertos sujetos políticos con toda la carga de su significado subversivo.

Sin embargo, un fenómeno singular permitió la incorporación en un borde teórico del peronismo de prácticas y concepciones que representaban la experiencia de los “revisionistas” prácticos. La incorporación de conceptos como “socialismo nacional”, “trasvasamiento generacional”, permitieron una ampliación contradictoria y ambigua, pero ampliación al fin, del espacio teórico del peronismo.

Perón reconoció un proceso político-cultural de cambio y con su identificación también contribuyó a su estimulación, como bien señalan los analistas de la “subversión”.

En 1973, la unidad de los sectores sociales que se organizaron en torno al peronismo fue diferente. Si bien los solidarizaban aspiraciones democráticas referidas a la distribución de la riqueza y la participación en el Estado de aquellos que se habían ido sumando, a partir de las sucesivas proscripciones cívicas y militares, su unidad estaba lejos de conformarse —de izquierda a derecha— en base a la simple reproducción de los principios doctrinarios vigentes dos décadas atrás.

En 1973, la política redistributiva no podía basarse en la relación comercial privilegiada de la Argentina durante la guerra y la posguerra, sino en la puesta en marcha de un modelo de desarrollo autónomo que no excluyera un margen de negociación con los grandes capitales internacionales.

Pero en 1973, la teoría que Perón reclamó a los intelectuales en el Congreso de Filosofía de 1949 no se había desarrollado y la unidad política de sectores diversos requería del arbitraje personal del líder.

Él era el único mecanismo capaz de reproducir cada día la alianza entre sectores, tomar las decisiones consideradas legítimas por todo el peronismo y regular el reparto interno de poder. El apotegma pronunciado hasta el cansancio por Perón y todos los peronistas (“solo la organización vence al tiempo”), estaba muy lejos de concretarse y su repetición incesante no hacía más que preanunciar un estallido cuyo fulgor comenzó por adivinarse en las controversias teóricas (“patria peronista vs. patria socialista”) que poblaron densamente el horizonte de presagios trágicos.

Los procesos político-pedagógicos se habían hipertrofiado y solo Perón otorgaba y retiraba las credenciales de la primera y segunda línea de dirigentes. El “revisionismo” práctico culminó en un revisionismo teórico que ancló en una versión retrasada del marxismo, abrazada como novedad, por la llamada “izquierda peronista” de los setenta, en el momento que el marxismo doctrinario iniciaba el giro descendente de su órbita estelar. La ortodoxia se refugió en un autoritarismo anacrónico, en el corporativismo sindical (“la patria metalúrgica”) o el liberalismo institucionalista. Solo las tres banderas eran signos comunes del código.

La aurora del 73 cerrada por la noche del 76 fue descubierta años después como un real crepúsculo, el que —sin embargo— no impidió reconocer también todos los signos de una revolución frustrada. El reconocimiento de esa derrota alude, sin dudas, a la incapacidad teórico-metodológica del justicialismo para operar con sentido transformador la realidad argentina. Las referencias a la doctrina peronista en los momentos de crisis del 73-76, ni salvaron la unidad ni aportaron las soluciones requeridas por la urgencia de los hechos.

Esa doctrina se construyó en los momentos iniciales del peronismo y solo reconoció elasticidades ambiguas (el “para un militar no hay nada mejor que otro

militar” del GOU, fue luego el “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista” y devenir en “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”).

En el origen no existieron debates, no se produjeron luchas ideológico-conceptuales de magnitud ni tampoco se registraron corrientes o desviaciones significativas entre 1945 y 1955.

La reproducción teórico-política fue insuficiente y, por lo tanto, no se gestaron formas de reproducción ampliada de la doctrina.

El núcleo cultural del justicialismo se nutrió de categorías provenientes de las doctrinas en boga en la época, intentando una nueva construcción con los fragmentos discursivos del socialismo, del fascismo, del comunismo, entre otros que fueron integrados con un criterio pragmático.

El rechazo del marxismo jugó un papel no solamente en la teoría —lugar donde debería haber contribuido al enriquecimiento de una concepción nacionalista y popular—, sino en la práctica. La identificación de categorías como, por ejemplo, “lucha de clases”, con significados socialcristianos como “estamentos sociales” (es el caso más notorio), impidió que el sentido común afirmado por el discurso peronista pasara barreras conceptuales y se transformó en un obstáculo epistemológico de consecuencias políticas tales como la dificultad para que se consolidara una corriente socialista nacional. Pese a la fuerte influencia que tuvieron los “padres teóricos” del peronismo revolucionario (J. W. Cooke, J. J. Hernández Arregui y R. Puiggrós), sus discursos históricos e ideológicos no desarrollaron una reconceptualización crítica específica de la ideología peronista y sus importantes aportes no consiguieron penetrar la doctrina. Por otra parte, siguió vigente en el peronismo la concepción presente tanto en la idea católica como en la leninista, del educador como “conciencia exterior”. El educador-comunicador (Estado, Iglesia, Líder, sindicatos, intelectuales), posee un saber-información que debe difundir, “bajar”. La diferencia y ventaja de la doctrina peronista frente a su adversario liberal es que en el 45-55, su discurso respondía a necesidades inmediatas y directas de la gente.

Ya no era así en 1973 y resultó patéticamente confirmado una década más tarde, cuando la liturgia que anunciaba a aquella evocaba experiencias trágicas o reiteraciones que aludían a problemas inexistentes, cuando no resultaba el portador de una nostalgia incapaz de operar sobre el presente más que en sentido regresivo.

La crisis que afectó al justicialismo, de manera más pronunciada a partir de la muerte de Perón, ha sido considerada como exclusivamente de tipo directivo, cuando también presupone la desaparición del único real administrador de la exégesis doctrinaria justicialista.

El gran educador justicialista, al morir incorporó un mensaje doctrinario (“mi único heredero es el pueblo”), único testamento legado en la materia, mensaje que horizontalizó no solo la resolución de la conducción, sino que devolvió al conjunto la interpretación o la administración de la doctrina.

La lucha contra el verticalismo subsecuente (el “isabelismo”), no traspasó las fronteras relativas al tema doctrinario. Es por ello que el peronismo ingresó con gran retraso y a la zaga del alfonsinismo en el debate sobre la “democracia”, cuando había sido el portador concreto de la vigencia de aquella en la sociedad política argentina, dato ratificado por su larga exclusión del sistema político en los “dieciocho años”.

El rechazo al concepto “democracia” surgió por la necesidad de luchar contra la “democracia liberal restringida” levantada por los gorilas de izquierda y derecha en contra del acceso de los trabajadores al Estado. El rechazo del término en palabras conceptuales también tuvo consecuencias prácticas.

El verticalismo en la organización política y sindical del justicialismo incentivó el autoritarismo, el caudillismo, la violenta pugna por los espacios territoriales y los cargos.

Las experiencias organizativas sindicales, barriales, juveniles de hondo contenido movilizador no fueron estimuladas con el acicate teórico de una reformulación “nacional-popular” de la democracia y esta incapacidad para atender a las demandas internas del peronismo fue también una limitación para interpretar las exigencias de la sociedad. Justicia social y liberación carecieron de contenidos profundos desgajadas de una articulación democrática.

En 1983, con el aparato político hipertrofiado, en su cúpula y desmantelado en su base, muerto Perón, el justicialismo carecía de mecanismos de educación espontánea de dirigentes populares capaces de realizar la gran transformación ideológica necesaria para presentar al país una propuesta de reorganización sobre el eje de intereses de las grandes mayorías. No podía dar una respuesta a la marginalidad creciente producto del quiebre del mercado de trabajo industrial, no era capaz de ofrecer un esquema democrático superador de la democracia liberal y de las viejas formas caudillescas.

En el actual debate interno del justicialismo, los “renovadores” se proponen la actualización “metodológica” del peronismo, cuidando bien de señalar que “doctrinariamente” no se plantean herejías alguna.

Independientemente del hecho que ese cambio metodológico imprime a ciertas prácticas doctrinarias, lo crecientemente hegemónico en el justicialismo parece ser la constitución de un partido “social-demócrata” o “social-cristiano” o “social-demócrata-cristiano”, que camina decididamente a formar el polo del relevo en el marco bipartidario, en tanto el movimiento obrero es asediado, de adentro y de afuera, para convertirse en una fuerza sindical de signo socialcristiano.

El perfil del “peronismo renovador” no supera los límites de la “nueva sociedad” alfonsinista, encarnando el polo del énfasis social que permite entusiasmos tales como compararlos con el Partido Demócrata norteamericano, como a algunos dirigentes del sector entusiasmo proclamar.

Si bien este proceso contribuye a diluir el polo corporativo-golpista encarnado por la ortodoxia, queda abandonado el juego protagónico horizontal,

participativo, autogestivo que se gestó en grandes y pequeñas experiencias de organización política.

Esos elementos constituían la trama más genuinamente nacionalista popular del peronismo, Su desarrollo fue y es duramente atacado desde dentro y fuera del Movimiento. Representa una tendencia popular que se dirige hacia la constitución de formas estatales, partidarias, sociales y político-pedagógicas socialistas nacionales, populares, autogestionarias y democráticas.

Este modelo de desarrollo político-social es apto para que la inevitable modernización se geste en un marco democrático, de la mayor independencia nacional y con el más alto grado de participación popular.

Para enfrentar este proceso modernizador, en el mundo y en nuestro país, los viejos presupuestos doctrinarios son ya ineptos. La caducidad que atraviesa a los grandes cuerpos teórico-doctrinarios afecta también a la doctrina peronista, ese viejo barco cansado que navega en busca del último puerto, seguramente, una parte de su velamen servirá para la arboladura de un nuevo proyecto popular. ■

AÑO 4 - N° 11/12

OCTUBRE DE 1986

LA REVOLUCIÓN EN TINTA LIMÓN. RECORDANDO A COOKE

Horacio González

Anímese y suba a nuestro histórico tablado.

Ricardo Monti, *Maratón*

Los dos hombres se tratan con afecto y sin demasiadas cautelas. Invariablemente, uno encabeza las largas epístolas con un “mi querido jefe”. El otro responde con mayores ceremonias, casi siempre con un “Señor Doctor”, que de inmediato suele suavizar con un “mi querido amigo”. Porque ceremonioso es Perón con Cooke cuando tejen y destejen las cuitas de la insurrección en la Argentina. Eso, durante los años 1957 y 58. Curiosamente, cuando la relación se va enfriando, Perón distiende el trato. Y entonces, las pocas cartas que le mande al hombre al que poco tiempo antes le había dicho “su decisión será mi decisión, su palabra mi palabra”, se permiten un informal “mi querido Bebe”. Podemos inferir que quedaba el afecto, tamizado en la ironía paternalista con la que Perón emplea el apodo de

Cooke. Sobrevolando el mar de diferencias nunca demasiado explicitadas entre ambos, quedaba esa palabra, *Bebe*.

INSURRECCIÓN, CAOS Y ODIO

En esa relación de Perón con Cooke podemos rastrear la primera formulación *dialogada* que se hace del concepto y del sentido de la revolución desde el peronismo. Y como también se trata de un largo centenar de cartas, también podemos reconocer allí todas las vibraciones discursivas que se dan cita en ese primer peronismo resistente. Tamaño monumento de la literatura política argentina, por su curiosa desmesura y su verbosa invocación de las musas insurreccionales de todos los tiempos, puede ser comparado, por qué no, al *Plan de Operaciones* de Moreno (aun dejando asentada la correspondiente duda sobre su autoría).¹ Y si de comparaciones se trata, podemos equiparlo también al dramático epistolario de las *Cartas quillotanas* y las *Ciento y una* que habían entrecruzado Alberdi y Sarmiento en el siglo anterior (también salvando aquí que entre Perón y Cooke la entonación polémica nunca asume el primer plano).²

1. La polémica sobre la autoría del *Plan de Operaciones* de Moreno, “para garantizar la gran obra de nuestra libertad e independencia”, es prácticamente irresoluble. En los años setenta era más fácil pensar que era verdadero, ahora es más fácil pensar que es apócrifo. Cuando lo publicó, el historiador Norberto Piñero insistió en que había salido de la pluma de Moreno. Los “morenistas” de cuño más escolar, siempre lo negaron, escandalizados por la larga serie de sigilos, disimulos y atrocidades que allí se propone como norma política. Galasso defiende hasta hoy la responsabilidad moreniana en esa pieza que asimila el buen gobierno a la acción de cortar cabezas enemigas y “armar la libertad con puñal”. El hecho de no ser historiadores profesionales —ni de ninguna otra clase— nos pone en mejor situación para esbozar una hipótesis, o en el camino para trazar una hipótesis. Podría cotejarse el *Plan* no con la *Representación de Hacendados* (a la cual se contraponen por la concepción económica) sino con el *Decreto de Supresión de Honores*, con el cual se contraponen en relación al tema de la visibilidad y literalidad del poder. Mientras que el *Decreto* proscribía todo poder mimetizado en oropeles y fastuosidades que encubren la pureza republicana, en el *Plan* el poder surge de la capacidad de encubrir, disfrazar y torcer las intenciones originales, mostrándolas de modo diferente a como son. Si el *Plan* es falso, Moreno sería mucho menos contradictorio y un prócer menos atractivo. Si el *Plan* es verdadero, Moreno adquiere otras dimensiones, ciertamente terribles, y no apenas explicables por influencias jacobinas. Digo esto —que no resuelve la cuestión, pero la recoloca en otros términos—, llevado por una anécdota de mi cosecha. Habiendo dado una charla en la Facultad de Económicas de Buenos Aires, meses pasados, sobre la *Correspondencia Perón-Cooke*, uno de los asistentes (se trataba de militantes de la JUP Capital) preguntó sobre si había certeza sobre la autenticidad de esas cartas. Aunque la respuesta solo puede ser que la certeza es total, era pertinente la inquietud del joven militante peronista. Hoy parecen vaporosas aquellas cartas. Y aún más, ellas tratan obsesivamente la cuestión de lo apócrifo, de la información falsa y de la sustitución engañosa de la verdad.

2. Ernesto Goldar, en su opúsculo *John William Cooke y el peronismo revolucionario* (CEAL, 1985) insiste en presentar la *Correspondencia* como una contraposición de Perón con Cooke desde el vamos. En un sentido, lo es. Pero en el sentido en que toda correspondencia epistolar, aun la declaradamente amorosa, exhibe u oculta antagonismos de diverso tipo. En nuestro caso, no puede reducirse la complejidad de esta relación política a un enfrentamiento ya contenido como “esencia” desde el inicio de la correspondencia. Si fuera así, se omitiría toda la cuestión de la

Es sabido que en esta correspondencia se define el sentido general de la propuesta resistente que comienza a animar al peronismo caído. Concepto quizás inspirado en la gesta de los *maquis* en la Francia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial (ya que no tiene antecedentes en escritos o discursos previos de Perón), pero asociado de inmediato a otro vocablo de rigurosa tradición en los fastos revolucionarios de perfil clásico: *la insurrección*. Si la resistencia era el rechazo al “golpe de fortuna” —y de ahí la desconfianza frente a Valle— debía ser definida como una lucha “diluida en el espacio y en el tiempo”. Esos “millones de hechos dispersos” podían ponerse bajo la invocación de una consigna que escribe Perón en carta de Caracas, del 8 de mayo de 1957, “golpear cuando duele haciendo todo donde no está la fuerza y nada dónde esta se encuentra”, que según él es anterior a la “guerra de guerrillas”, solo necesaria en última instancia, en caso de que la paralización general del país no fuera suficiente como “golpe de gracia”.

Las resonancias de este “golpear donde y cuando duele” se hicieron sentir en la Argentina de los años setenta. Perón prefería asociar ese concepto a la “lucha diluida”. Una década después, la idea de diluir los hechos que manifiestan la lucha, ya no sería seductora. Las organizaciones de entonces guardan para sí el tema de la sorpresa, pero en un momento en que tiende a comprimirse el tiempo y a concentrarse el espacio.

Pero para aquel Perón, la resistencia debía ser “mucho menos activa” que de “desgaste”, según dice una misiva del 3 de noviembre del 56. Ello permitiría mantener las líneas organizativas del peronismo afectadas drásticamente por el golpe del año anterior. Sin embargo, más allá del grado de practicidad de este modo resistente, dejaba en una llamativa ambigüedad los pasos posteriores que permitirían “tomar la situación con el Pueblo mismo”. Diseñase así un impreciso territorio conceptual —no menos que el teatro histórico del que intentaban dar cuenta— en el que transcurre toda la *Correspondencia* y que ahora es menester desentrañar. ¿Qué era pues la resistencia? ¿Un “llamado a reunión” de los *duros*, a la espera de circunstancias históricas más propicias?, ¿o un conjunto de definiciones cuyo desarrollo concreto en el terreno de los hechos, si fuese exitoso, debía llevar al

herencia y la reflexión de Perón sobre su propia muerte, tanto como la libertad absoluta con que Cooke escribe. Incluso puede decirse que Cooke siempre le “escribió” a Perón, aun cuando elabora informes para el Che o cuando escribe su célebre *Informe a las Bases* en 1966. Sean las “bases”, sea el Che, el lugar de la interlocución, para Cooke, siempre está ocupado por un Perón que lo escucha o por un Perón que no lo escucha, en este último caso travestido de “revolución cubana” o de “peronistas revolucionarios”. Todo Cooke está en esa *Correspondencia*, y sus otros escritos, poco agregan. Por lo demás, el trabajo de Goldar reviste cierto interés. También él percibe el matiz que implica el uso del apelativo “Bebe” por parte de Perón, y reconstruye apreciablemente bien el clima espiritual en que uno y otro escribían. Se equivoca al despreciar a Perón por su uso de la metáfora “napoleónica”, pues el hecho de que los respectivos lenguajes, el de Perón y Cooke, fuesen diferentes, estaba perfectamente asumido por ambos. En todo caso, la imprecisión de Perón frente a los puntillosos planes insurreccionales de Cooke no quita grandeza al diálogo ni habla en disfavor de ninguno de los dos escritores.

fin de la tiranía o de la “canalla dictatorial” —tal como llaman Perón y Cooke al gobierno de los hombres del 55?

Si por un lado la resistencia se asimila muy fácilmente a la idea insurreccional, con una elasticidad reflexiva que permite evocar con mayor o menor ligereza, o de forma más o menos oblicua, a un Trotsky, un Lenin, un Mao, un Kerensky,³ por otro lado surge una serie de palabras que el concepto de resistencia recibía como condigna compañía. *Intransigencia absoluta*, por un lado, como actitud militante en general. *Abstencionismo riguroso*, por otro lado, como decisión frente a las compulsas electorales decididas por los gobernantes de Buenos Aires. No es impropio la evocación de la antigua historia radical en donde beben estas dos consignas.

La idea de *clandestinidad*, ella sí, no reconoce antecedentes de esa magnitud en la historia política argentina. Tanto Perón como Cooke circunscriben con severa insistencia la necesidad de una acción clandestina e ilegal, que permitirá surgir a los dirigentes de esa nueva e inédita etapa. Esos dirigentes serán entonces los “hombres puros y limpios”, al decir del propio Perón, que sabrán teñir con su ejemplo a ese peronismo de catacumbas; pureza e integridad que encarnadas en Cooke, hacen exclamar a su lejano corresponsal caraqueño: “No me equivoqué el poner el ojo en usted”.

Hay un subentendido teórico que, del lado del exilado venezolano, preside todo este cuerpo de ideas, tal como lo exhibe el ya citado documento de noviembre del 56. Todo aquello que corresponde a la dimensión “política” es fugaz, transitorio, distractivo. La clase obrera haría mal en someterse a los imperativos de la política así entendida: contratos dirigenciales, pacata vida partidaria, señuelos discursivos que la desvían del camino. La hora exige superar la política con el afloramiento de lo “social” —viejo tópico peronista— que en los momentos de urgencia

3. La “referencia rusa” es constante en Perón, y no escasean las ejemplificaciones en la *Correspondencia*, extraídas del proceso revolucionario que lleva a la Revolución de Octubre. “Si aparece un Kerensky un Trotsky no nos ha de faltar”, repite Perón. El tema de la “insurrección como obra de arte”, a la vez, es tomado por Cooke de las clásicas obras sobre el particular de Trotsky (*Historia de la Revolución*) y Lenin (*Consejos de un ausente*). Por otra parte, la acusación de “trotskistas” que tanto Perón como Cooke reciben del gobierno, es interpretada por Cooke como un intento de hacerlos quedar mal con los comunistas argentinos, “que tienen una influencia en las esferas oficiales” —se refiere al gobierno de Aramburu— “mayor de la que imaginamos”. Hasta el pacto con Frondizi, Cooke está influido por una idea de “toma del poder” más o menos rápida, basada en que “ni los de arriba ni los de abajo” puedan más en su actual situación. “Esto termina cuando usted vuelva a la Rosada”, se entusiasma. De ahí la rigurosa abstención y votoblanquismo en el 57 (elecciones constituyentes) aún en contra de los que proponen, como el frondizismo, la “vuelta a la Constitución del 49”. Cuando se abre la época de Frondizi, Cooke se inspira en la revolución de 1848 en Francia, que se hizo no contra un déspota, sino contra un rey burgués, o en la rusa de 1917, que se hizo contra un zar que era “un dechado de bondades comparado con los demás”. Ya en esta época ingresan las metáforas maoístas sobre las “campañas rápidas en un contexto de guerra prolongada”, y no a la inversa (campaña prolongada y estrategias de decisión rápida). Al mismo tiempo, surge un pensamiento soreliano en Cooke: “tenemos un jefe y un mito revolucionario”.

nacional como el que se estaba viviendo, deben llevar a acciones drásticas, transpolíticas, más apropiadas para ingresar al drama histórico de la mano del “destino”. Recurrente pensamiento de Perón,⁴ al que en esta oportunidad denomina como Hecho Nuevo, constituyendo un concepto que derrama sobre ese otro peronismo insurgente y que, por la aceptación que tiene en Cooke, que en cartas posteriores no va a abandonarlo, sería oportuno verlo como la prehistoria de la idea de Hecho Maldito (“el peronismo como hecho maldito del país burgués”) después de larga fama en la teorización cookista.

Pero hay otros ingredientes en el lenguaje de Perón, enlazados en dos vocablos que cualquier otro político dudaría mucho antes de incluir en su habla, y que emergen impávidamente en todo momento a lo largo de ese año 1957: *caos* y *odio*. No hay insurrección efectiva sin el imperio del caos,⁵ dice Perón, quién declara también ser portador de un odio infinito hacia la situación instaurada con su caída. Pensamiento este punteado desde una matriz hartó clásica pues atribuye al odio el carácter de “fuerza motriz de la historia”, y a la violencia que de él se desprende, el paradójico efecto de evitar males mayores. Como en Maquiavelo, ser muy excesivo en el presente ahorrará tener que serlo aún más en el futuro. Se desea el “desenlace violento” simplemente porque una mayor espera hará que “la violencia sea mayor”.

Si solo fuera por estos inesperados componentes conceptuales, la tesis resistente merecería desde ya la detenida indagación de los historiadores y políticos que quieran reiniciar ahora el debate sobre los años pasados. Pero algo más se le agrega. Toda la relación Cooke-Perón está recorrida por un hilo al rojo vivo, referido a lo que podríamos llamar “el drama del conductor”. Con un patetismo no siempre bien disfrazado por el vendaval de hipótesis político-insurgentes desgranadas en vibrátiles parágrafos, estaba en juego en la *Correspondencia* una definición —siempre enunciada y no menos soterrada luego, en el mismo gesto de hacerla objeto de un *Manual* o de infinidad de cartillas educativas— sobre la

4. El “destino”, en Perón, es un complejo concepto que reúne todo el sentido de la historia y le permite pensar su propia situación de “conductor”, atravesado por batallas y decisiones que conjugan el acaso y la planificación. Molde clásico de la política que le permite dialogar con un Cooke “laico”, sobre el mismo suelo revolucionario. El concepto de “hecho nuevo”, en Perón, está precisamente relacionado con la cuestión del “destino”, en la medida que saca a los hechos históricos de su prisión institucional. Con todo, a esta “novedad” la equipara a todos los movimientos que escapan de el orden político convencional, ejemplificando con la Revolución Rusa, y también con Hitler y Mussolini (tema de una carta de septiembre del 56, que no se repetirá en el resto de la *Correspondencia*, aunque reaparece más de diez años después en el escrito titulado *La hora de los pueblos*). En sustancia, el “hecho nuevo” es definido como una “insurrección nacional”, lo que permite un amplio terreno de hipótesis, que se van entrelazando en el diálogo con un Cooke más “leninista”.

5. El “caos”, la “quilombificación” de todo, es un concepto que Perón solo utilizará en los años 56 y 57, fundado en la idea de que la insurrección solo es posible desorganizando la coherencia de los gobiernos de turno. “Ordenar el caos”, sin embargo, fue siempre una de las categorías básicas de su pensamiento, extraída del zumo más clásico de las estrategias militares. En ese momento, asocia “caos” a “venganza”, e imagina el valor constructivo del odio, que “asegura la intensidad del ideal”. Cooke no lo acompaña en esos pensamientos.

Baracos, 2 noviembre 1956
 Al D^r D. John William Cooke
 Buenos Aires

Por la presente autorizo al
 compañero doctor don John William Cooke,
 actualmente preso por ser fiel a su cau-
 sa y a nuestro Movimiento, para que
 asuma mi representación en todo acto
 o acción política. La decisión será
 mi decisión, su palabra, mi palabra.

En él reconozco al único
 jefe que tiene mi mandato para
 previr a la totalidad de las fuer-
 zas peronistas organizadas en el país
 y en el extranjero y, sus decisiones, tie-
 nen el mismo valor que las mías. En
 caso de mi fallecimiento, en él delego
 el mando.

Franklin

propia identidad conceptual y el rol del jefe político. Aquí percibiremos la compleja, tensa y enigmática relación entre estos dos hombres que se cartean: el hombre que está "lejos" y Cooke, su jefe de la División Operaciones, asentada en Chile.⁶

6. Traducir en términos de clandestinidad e insurrección al enorme mamut que era el peronismo que acababa de caer derrotado en el '55, era una empresa ciclópea. Cooke compara la destreza para "cambiar de tácticas" del peronismo a la de un elefante —aún no surge la idea de "gigante invertebrado"— por lo cual recomienda pocos desplazamientos en ese sentido (tal como los que se podría dar a sí mismo un partido más monolítico). La primera organización de la *Resistencia* en el '56 y '57 parte de una *Jefatura de Operaciones* con sede en Chile,

Mucho más que consideraciones sobre la dificultad de dirigir los acontecimientos “desde lejos” (lo que en años posteriores Perón transmutará en “la ventaja estratégica de estar lejos”), la *Correspondencia* nos acerca al tema universal del *infortunio del estratega*, que está obligado a influir sobre hombres y cosas, al mismo tiempo que percibe la íntima necesidad de considerar su herencia, su muerte, la prosecución de su legado, la futilidad de los poderes y los implacables desdoblamientos ilusorios de toda acción, que hacen fugitiva a la “verdad política”. Este es el gran tema implícito en la *Correspondencia Perón-Cooke* y es lo que primeramente consideraremos.

directamente ligada al Consejo Superior (Perón) que reemplaza a la Conducción del Partido (Leloir) que ha cesado en sus funciones (con los problemas que eso acarrea, según comentamos en el texto). Antes que se profundice ideológicamente la cuestión de “blandos” y “duros”, primera contraposición con la que Cooke piensa los conflictos interiores de los peronistas, el peronismo en la resistencia está organizado a través de la mencionada jefatura de operaciones y un “dispositivo” —así lo llama Cooke— que incluye a los *Comandos de exiliados en el exterior*, del cual el más importante es el de Chile, a cargo de “G”, de *Paraguay*, que opera radios clandestinas, *Bolivia* —Cochabamba y La Paz—, *Uruguay* (donde las condiciones son difíciles, a cargo del “compañero FJVUQQP, buen peronista”), y *Brasil*, donde irresponsablemente se “tira el dinero” imprimiéndose láminas con la efigie de Rosas; los *Comandos clandestinos*, que actúan en Argentina; la *CGT “Auténtica”* de Framini (“me hubiera gustado un hombre más resolutivo y con ideas más claras”, comenta Cooke); la *Intersindical*, en la que los peronistas (Cardoso, de la carne) terminan predominando sobre los comunistas; las *Organizaciones semilegales*; las organizaciones de intelectuales (menciona Cooke a Fermín Chávez y Castiñeira de Dios) y de *abogados*, escasos para defender a tantos peronistas presos (se menciona a Fernando Torres). Abundan las publicaciones: *Mayoría*, de Tulio Jacobella (apoya a Bramuglia pero luego publica *Operación Masacre* de Walsh); *Santo y Seña*, de Leloir; *Palabra Argentina*, de Alejandro Olmos y Salvador Ferla, cercanos al padre Benítez, a quien Cooke considera “ególatra”; *Soberanía*, de Sobrino Aranda; *Resistencia Popular*, de Damonte Taborda, “un conocido sinvergüenza pero buen periodista”; *Palabra Obrera*, del grupo trotskista de Nahuel Moreno, que sale con el lema “Bajo la orientación del general Perón y del Consejo Nacional Justicialista” (lo que los convierte en “más papistas que el Papa”); *El Guerrillero*, de Lagomarsino; además de intentarse republicar el periódico *De Frente*, cuya “marca” posee Cooke y saldrá con un logotipo que representa al *Bebe* de perfil, escribiendo a máquina. Hay mucho más en esta “jalea” heterogénea e inverosímil. Desfilan por la *Correspondencia* una increíble cantidad de personajes, lo que la convierte en un almácgico insuperable para un retrato completo de la época, y cuyo estudio completo exigiría muchas “horas hombre” de lectura. Kelly ocupa un lugar central, y los juicios que merece de Cooke como de Perón, son contradictorios. Confiase en él para misiones de sabotaje. Cooke “le toma afecto” en la cárcel. Perón dirá que “hay que tener cuidado con Kelly, que es un gran muchacho pero que precisa que de cuando en cuando le tiren un poco de la cola”; sobre Vador, “tiene mucha fuerza en metalúrgicos”, dice Cooke, “y es un hombre bien peronista”; sobre Saadi, “es el más vivo” buscando replegarse a posiciones “intransigentes”, ya que venía de posiciones “conciliadoras”, pero siendo un “turquito valiente” —juzga Cooke— buscó salvarse con gestos que lo acercasen a la “línea dura”. Una galería de perfiles biográficos, densa, patética y abigarrada, aparece en estas páginas que se escriben Perón y Cooke, y en la cual se trazan *portraits* severos y jocosos de todos los personajes de la política argentina, sorprendidos en un gesto o en una actitud juzgada a vuelapluma a veces, con agudeza habitualmente, que sugiere “pinturas biográficas” muy concisas pero casi siempre abiertas al decurso histórico político argentino, que las iría cinceland y completando de modo bien diverso.

LA CUESTIÓN DE LAS CARTAS APÓCRIFAS

Desde ya, es necesario poner en situación histórica y geográfica a las voces de los autores de la *Correspondencia*. Perón está en Caracas, Cooke en Santiago de Chile (allí gobierna Ibáñez, y los exilados peronistas esperan cierta tolerancia oficial, que para el caso debe llegar hasta una cierta prescindencia chilena con las radios clandestinas que se deben instalar en la frontera argentina). En Buenos Aires, Aramburu ha llamado a la elección constituyente, que se realizará a fines del año 57. “Fronidzistas”, “ben-goístas” y “forjistas”,⁷ además de los incipientes “neoperonistas”, invitan a reconocer la Constitución del 49. Tanto Perón como Cooke se afirman en un abstencionismo estricto para descalificar a esos herederos vicarios del peronismo, que esgrimen a su favor la defensa de la Carta del 49, mientras que los exilados que la habían votado entonces la tienen que hacer pasar a segundo plano.

Las antiguas autoridades del peronismo ahora sin Estado, esas gentes grises de comité y prebendas, que después de una breve prisión quedan como atontados en la ciudad que ya no gobiernan, se disponen a tender vastas líneas de negociación con los militares en el poder. Es inicialmente sobre ellos —y bien entendido, contra ellos— que se despliega la acción interna de Cooke, bajo la lejana observancia de Perón, quien tampoco confía en esos hombres. Aquí tenemos a otro personaje fundamental, que por momentos parece ser el otro vértice de un tenso triángulo: Leloir, la última autoridad constituida del Consejo partidario peronista, que aún esgrime sus títulos. Es en el perímetro de ese triángulo Cooke, Perón, Leloir, o bien Santiago de Chile, Caracas, Buenos Aires, que se desenvuelve esta historia.

7. Sobre los “forjistas”, un capítulo aparte. No es buena la impresión que causan en Cooke, que además los sigue llamando de ese modo, cuando el grupo FORJA formalmente hacía más de diez años que se había disuelto. Los problemas con Scalabrini Ortiz y Jauretche estallan cuando estos se oponen a la táctica del “votoblanquismo” de Perón y Cooke. Tanto Scalabrini como Jauretche se inscriben en la argumentación antiinsurreccional de un modo decidido, y proponen votar contra el “continuismo” en la elección Constituyente del 57, lo que significaba el apoyo a Frondizi (mucho antes del acuerdo que después firmarían Perón y Cooke con Frondizi y Frigerio). Preocupado por la posición de los “forjistas”, Cooke le comenta a Perón: “Hay un vasto sector de clase media muy sensible a argumentos de este tipo (se refiere al rechazo a la vía insurreccional) pues son enunciados por hombres de prestigio intelectual y sindicados como peronistas”. Agrega Cooke en otra carta: “prendieron mucho la prédica de Frondizi y los razonamientos tipo Forja, en la Capital Federal. Los porteños, en cuanto alcanzan cierta posición económica, ya entran a considerarse ‘pensantes’ y son muy vulnerables a la prédica de la revista *Qué*, de los ‘forjistas’, etc.”. La revista *Qué* era dirigida por Frigerio. En ella escribe Scalabrini Ortiz, durante un breve período. En otra misiva, sin mencionar a los forjistas, Cooke reflexiona sobre algunos sectores políticos que apoyan a la “línea blanda” del peronismo, extirpándola de mística revolucionaria. Los llama “papanatas reclutados en la clase media; especialmente en el sector profesional”. Representarían, juzga Cooke, a una parte avanzada de la burguesía, pero que aún sigue pensando en términos yrigoyenistas, “sin comprender que Yrigoyen fue el último gran político del pasado y Perón iniciador de una nueva época... son progresistas en relación a una época ya perimida, pero reaccionarios con relación a las nuevas formas que toma la lucha por el poder social en la Argentina”. Sin embargo, la opinión sobre Frondizi no es tan cáustica, pues se trataría de un político que ha abandonado “el vago misticismo radical para tomar contacto con expresiones del fenómeno inédito”, esto es, el peronismo.

Es la historia de una sorda discusión sobre herencias. Del mismo modo, se trata de una discusión sobre los diferentes niveles de veracidad que tiene la palabra del lejano Perón, discusión que es denominada a través de una palabra que todos comenzarán a usar en su vocabulario. *Apócrifo*, esa es la palabra, que nos lleva a considerar los diversos planos de credibilidad que asume la correspondencia del exilado mayor que es el jefe de esos hombres que, al recibir sus cartas, deben enfrentarse de lleno con la cuestión de si son o no son, esas epístolas, apócrifas. Esto es, de falsa autoría.

El problema comienza con el documento que extiende Perón a Cooke, fechado en Caracas el 2 de noviembre de 1956, y que por su importancia, reproducimos aquí facsimilarmente, para que el lector lo sopesa en su intimidad caligráfica y sentimental. En él, por primera vez, se menciona la muerte de Perón —“en caso de mi fallecimiento”—, en términos que después será imposible encontrar en cualquier otra documentación surgida de la misma fuente. Fue escrito durante la prisión de Cooke en Ushuaia de la cual fuga en un celebrado episodio, para radicarse entonces como refugiado en Chile. Perón piensa a Cooke como su sobreviviente, lo que no fue. Había motivos que en otras cartas son mencionados por el propio Perón: se preparaban atentados contra su vida, y uno de ellos se efectúa finalmente en Caracas.

Es sabido la importancia que el tema de *sobreviviente* adquiere en el interior de la sutil relación entre un comandante y sus subordinados. Importancia referida enteramente a cierta idílica inmovilidad que, de entrada, sirve para concebir esa relación. Un gesto tal que suponga que alguien “vuelve de la muerte”, o “escapa del peligro”, etc., se convierte en un dinámico desestabilizador de la relación estamental que había sido fijada “eternamente”.⁸ No serán aparentemente estas fintas con

8. Sobre la cuestión del “sobreviviente”, tomamos de Elías Canetti (en *Masa y poder*) la siguiente reflexión. El sobreviviente encarna un poder, simplemente porque se siente con vida pudiendo estar muerto. Entonces, posee más vida dentro de sí. La situación que se crea con los jefes, es conflictiva. El sobreviviente se convierte en una potencial amenaza para los jefes. Pero la más peculiar de todas las relaciones es la que existe entre el jefe y su sucesor. Uno puede no querer morir nunca y el otro puede desear la muerte rápida de quien tiene que suceder. (Esto en las condiciones de relación dinámica). Por eso, todo poder preferiría no provenir de nada ni dar origen a nada, sugiere Canetti. En el caso específico de la relación Perón-Cooke, en la cual se plantea una cuestión sucesoria, podemos encontrar los problemas del tipo que tratamos en el presente artículo. Son problemas que acompañan toda la biografía de Perón, y que no resolvería, pues avizora la continua degradación de la “herencia”, lo que lo mueve a disolverla en su máxima generalidad posible (“mi único heredero es el pueblo”). Con Cooke, fue la única vez que Perón se plantea un problema de sucesión. La historia por todos conocida, es la de las divergencias entre el “movimientista” Perón y el “continentalista insurreccional” Cooke. Mucho menos conocemos las tensiones entre Perón y el hombre declarado sucesor, propiamente originadas en situaciones como las que examina Canetti. El jefe considera todo acto de sobrevivencia de sus subordinados como si le perteneciera. Esta es otra de las visiones canettianas. Podemos concluir esta nota con la frase que escribe Perón cuando se entera de que Cooke escapa de Ushuaia, esto es, realiza una hazaña. Se la escribe al propio Cooke: “Usted podrá imaginar la

que la historia real interviene en las solidaridades ya trazadas entre los hombres, las que harán cimbrar los roles de esta pareja de correspondientes epistolares. Otros motivos habría: los iremos viendo.

Inclusive, lo que se dice, lo que se expresa (ante una hazaña de Cooke) entraña sentimientos de alegría. Perón se muestra sorprendido y satisfecho cuando escapa de la cárcel su principal auxiliar, al que ya le había destinado la jefatura “de todas las fuerzas peronistas organizadas”, conforme un mandato que incluía la “delegación del mando en caso de mi fallecimiento”.

Lo que creaba problemas, en cambio, era la propia carta. Esa sí no había sido escrita en clave ni en tinta limón. Precarios sistemas de claves, estos, que la primera resistencia peronista utiliza en forma balbuceante y que son los métodos de escritura sigilosa que todo escolar conoce bien. ¿Quién no escribió con “tinta invisible” en la escuela? Perón la llama “tinta simpática” —también lo hace así Cooke— y en una carta del 17 de julio del 57, el exiliado de Caracas le dice presuroso a su hombre en Chile que “cambie todo”. “Los gorilas ya saben que usted empleará tinta simpática (limón) y la clave que le había enviado”.

Pero mucho antes que se notaran esos problemas, obvios por otra parte, que introducía el inusual gesto con que Perón piensa en su muerte y dona la jefatura que lo sucedería, la alegría de Perón por este Cooke que “volvía del frío” tenía concretas motivaciones. Perón es un escritor, en toda la extensión del término. Porque escribe libros —desde 1931 y aún antes es un prolífico autor— y porque su epistolario le exige largas jornadas frente a la Remington. Una y otra vez se queja. “Paso la noche prendido a la máquina de escribir, tarea imposible para uno solo”, dice en una carta. Y en otra reitera: “Me paso diez o doce horas en la máquina”. Precisaba a Cooke, y en algún momento se pensará en el traslado definitivo de este a Caracas.

Resistencia peronista, entonces, que además de plantearse infinitos sabotajes —como dejar todas las canillas abiertas durante varios días, como sugiere Perón, o paralizar el suministro de petróleo al puerto de Buenos Aires, como intenta Cooke— es la obra primigenia de dos escritores.

Y como no podía ser de otro modo, la cuestión de la carta manuscrita delegando el mando ofrece las dificultades que todo escritor conoce bien: por un lado, ¿escribir a máquina o a mano?, ¿usar o no usar seudónimo? (Perón los usa: se llamará a veces *Pecinco*, otras veces, *Gerente*, avisando que “de ahora en adelante firmará así”;

satisfacción que he tenido con la ‘píantada’ espectacular de ustedes. Realmente nos ‘saltaron los tapones’ cuando recibimos insólitamente la información que ustedes estaban a salvo en Magallanes. Yo tengo una doble alegría porque el trabajo estaba poniéndose pesado para mí solo en el Comando Superior Peronista”. El lector puede ejercitarse haciendo de estos párrafos una interpretación “a la Canetti”, en cuyo caso deberá asumir lo que ellos no “dicen”, pero al mismo tiempo nada de ello inhibe el plano objetivo, visible, en que se da el drama de estos dos hombres a los que el torbellino de la política nacional ha relacionado extrañamente.

Cooke se llamará *Pepe Canosa*, *Federico Zavaleta*, *Vidal*, etc.), y principalmente... cuando se escribe bajo el supuesto de que es la propia muerte anunciada del escritor lo que está en juego. ¿Se desea o no se desea que esa carta sea verdadera, verdadera de toda verdad, y no un arrebatado pasajero, una impronta fugaz y por lo tanto, lindante con lo apócrifo?

Entramos ya a la zona problemática. Después de escribir la carta sobre su posible fallecimiento, Perón la reafirma ante el padre de Cooke, comentándole, también por carta, lo que ha hecho. Pero agregando: "... siempre he pensado si no le han secuestrado a su hijo esos documentos y si a eso obedecería la persecución despiadada de que es objeto". Sin embargo, el temor por el calibre del documento involucrado no lo hace cejar en su idea, que resume en noviembre del 56 con un definitorio "obre como si fuera yo", anteviendo en ese caso las resistencias que ello provocaría. ¿Cómo conjurarlas? Pues con otro documento, en este caso "desautorizando a los que puedan invocar mi autoridad", pues "la nueva organización clandestina nada tiene que ver con esas autoridades caducas también". Claro y conciso. Mandaba Cooke y no Leloir.

Sin embargo, la designación trasciende y sale publicada por el vespertino *A Noite*, en Río de Janeiro. Por ese diario se entera Leloir. Sin embargo, "yo me he cuidado de no decir nada a nadie sobre su designación", reafirma Perón.

Ahora entra en escena el doctor Leloir, que le pide explicaciones a Perón en una pieza epistolar de previsible contenido, donde proclama lealtades. Sigue la carta de Perón a Leloir en el correo de vuelta, encabezada por el sobrenombre de este, "Pecari", fechada el 10 de marzo en Caracas. "Cooke fue el único dirigente que se conectó a mí", le reprocha, "y el único que tomó una posición de abierta intransigencia... a pesar de pasar de una cárcel a otra siempre pudo llegar a mí". Es el Perón que se había sentido abandonado por los dirigentes del establishment peronista, quien se queja aquí. Por eso, le refresca a "Pecari" el nombramiento de Cooke como reemplazante en caso de muerte, "pues los intentos de la dictadura de asesinar me hacían creíble que se pudiera lograr ese propósito". Faltaba cerrar el círculo informando a su "Jefe de Operaciones en el territorio", Cooke, sobre el intercambio de cartas con Leloir. "Le confirmé a Leloir que usted me reemplazaría en caso de que yo sea puesto fuera de combate".

Sin embargo, hay otros ingredientes en esta comunicación de Perón a Cooke (lleva fecha del 21 de abril del 57). "Sentí miedo", dice Perón,

... cuando usted hizo circular la autorización, por lo que le podrían hacer los de la canalla dictatorial, aunque me explicaba bien las razones que lo impulsaron a hacerlo. De cualquier manera no era una cosa secreta para los peronistas sino para los enemigos, de modo que ahora, libre usted, ha llegado el momento de hacer público, en la mayor medida, la designación suya para la dirección política integral del Movimiento.

Esto implicaba, por un lado, que ya no había ninguna autoridad peronista reconocida en la Argentina. El Consejo Superior del Partido, Leloir, había dejado de existir para Perón. Pero, por otra parte, queda una sombra de duda sobre si Perón deseaba efectivamente hacer pública, por lo menos de un modo exhaustivo y amplio, la plenipotencia que le habla otorgado a Cooke.

Muchas fotocopias de esa carta que el lector ya ha leído inserta entre las páginas de este artículo, circularon por las redes de peronistas resistentes en todo el país. ¿Estaríamos forzando demasiado las cosas al suponer que su autor debería sentirse en el torbellino de una acción consumada, irreversible? Ya no había marcha atrás, y solo un pensamiento prohibido como este podía justificar que en la cresta del material escrito por Perón, emergiese como un relámpago fugaz la duda: “Sentí miedo...”, claro que un miedo cuyo origen explícito enseguida el texto derivará hacia otras aguas. Dígase bien: no es que Perón desconfiase de Cooke, una relación que ambos califican reiteradamente como “sin reservas mentales” y en “comunidad de doctrina” (lo que el lector contemporáneo de la *Correspondencia* puede verificar hasta el máximo punto posible en que esas cosas pueden certificarse), sino que lo que estaba en juego era todo el patrimonio de un movimiento multitudinario que en caso de muerte quedaría en manos de Cooke, y que en cualquier otro caso originaba una inédita y delicada situación. Perón, donador de un poder, de alguna forma siente que deberá compartirlo. Dicho de otra forma, la relación parece tornarse literal. La palabra y las decisiones de Cooke y Perón parecen superponerse, disminuye la brecha entre ellas, no al punto, claro, de oscurecer lo que Perón dispone y nadie puede compartir con él, el nombre,⁹ pero sí dificultando la zona de imprecisiones que rodean habitualmente al conductor. Esto puede situarse también de este modo: disminuye la imprecisión, aumenta la posibilidad de que Perón sea interpretado literalmente, porque disminuye la potencial posibilidad de apócrifos.

9. Perón tiene una gran autoconciencia respecto al hecho de ser portador de un “nombre”, tal como lo expresa muchas veces a Cooke, diciéndole que “hay que tirar a Perón por la ventana”, y en los años setenta repitiendo la misma cosa, en virtud de la oposición que implícitamente establece entre “gritar viva Perón” y efectuar concretas acciones organizativas. Da la impresión de que Perón no es el cómodo depositario del símbolo “Perón”, que se había difuminado hasta límites de uso que prácticamente abarcaban a toda la sociedad política argentina. De cualquier forma, todo el itinerario de Perón puede escribirse como la persistente contradicción entre el *nombre* y la *institución*, lo que constituye el núcleo agobiante de toda su reflexión política, y que finalmente deja irresuelto. Cuando se reflexiona, desde la filosofía política contemporánea —estamos pensando en un Claude Lefort, por ejemplo—, sobre las características que hacen del “nombre político” un cuerpo metafórico que cierra a la sociedad bajo un sello de servidumbre, se está recogiendo en verdad una estimable tradición “tiranizada” que desagua muy francamente en la toma de la Bastilla. Lefort quiere extender esa idea del “nombre” (*el nombre de Uno*, del “jefe” que liquida las diferenciaciones sociales) a la cuestión de estalinismo. Estos análisis del habilidoso discípulo de Merleau-Ponty, sin embargo, desatienden la curiosa situación que crea Perón al utilizar con ironía su propio nombre. El problema que eso crea desencaja la relación entre “nombre que unifica” y “Egocracia” (en Lefort, *La invención democrática*).

Veremos ahora que esto no fue así. Papeles apócrifos vuelan como grávidas mariposas de verano alrededor de toda la saga de Juan Perón y John Cooke.

Quienes primero se lanzan a falsificar cartas de Perón son los frondizistas y los bengoístas. Ya que son ellos los que se erigen en reivindicadores de la Constitución peronista del 49, los que postulan interceptar al “continuismo golpista” que se expresa en la figura de Ricardo Balbín, ¿cómo entender las demoras del obstinado e imprevisible titiritero que cuida perritos en un lugar tan remoto como Caracas y que aún no les ha dado carta blanca para poner un océano de votos peronistas en casilleros racionales y eficientes? ¿Por qué no “reventar urnas” o preparar el *coup d'Etat* contra el aramburato, como se dice entonces, en vez de plantearse lo que el tremendista Perón aconseja a partir de su cartilla de furias y exordios? ¿Cómo tomar en serio esas recomendaciones de fáustico exilado que recomienda “cortar líneas telefónicas”, inundar las calles, “quilombificar”, “tronar escarmientos”, “vencer el terror con otro terror superior”, “causar la ruina general”, no pagar impuestos, y que aun dice: “... me daría un gran placer si algún día en la obra en que yo trabajara tuviera a los oligarcas y a los petiteros acarreándome baldes de mezcla”? No, no lo entendían.

El mismo Cooke —que no se asusta por el llamado a los excesos jacobinos que imagina Perón— está absorto por la cuestión de las “cartas falsas”, frente a la que el exilado mayor tiene una actitud serena, taumatúrgica. Escribe Cooke a Caracas quejándose del volumen que llega a tener el montaje de cartas apócrifas. “Han fabricado un mensaje con lenguaje peroniano indicando que se vote al partido de Frondizi y le pusieron su firma”. ¿Y Leloir? Los partidarios de este también han fabricado una carta de Perón, “... recortando letras de documentos auténticos y luego calificaron de apócrifas las instrucciones verdaderas... y mencionando su carta a Leloir como si fueran una ratificación de confianza, sin mostrar lo que decía” (carta de Cooke a Perón en mayo 11 de 1957, desde Santiago de Chile).

El 3 de noviembre de 1956 ya el propio Perón se había expresado indirectamente, pero restando gravedad, sobre el mismo problema: “Para nosotros es fácil hacer llegar las palabras de orden ya extensamente difundidas, que la canalla dictatorial se empeña en hacer creer que son apócrifas porque le tiene un terrible temor a la acción del pueblo”.

De modo que hay “amigos de lo apócrifo” en todos lados. En el gobierno militar, en el “peronismo caduco”, en los golpistas del general Justo León Bengoa (que se hace llamar “el león justo”) y en los “integracionistas” de Frondizi. Perón tiende a quitarle relevancia a un problema que, sin embargo, conoce bien. Y llegará a reflexionar de este modo: “De usted nadie duda que está autorizado para actuar. La gente no quiere aceptar disposiciones si no son mías, y desconfían de todo, aun de lo escrito, que puede ser falsificado”. En esta breve proposición cabe todo el dilema que atraviesa los encuentros epistolares entre los dos políticos argentinos. Cooke está “autorizado” para “hacer de Perón”, pero Perón, el autorizador,

mantiene fatalmente en sus manos la tiza indeleble que traza la separación entre lo que es falso y verdadero, y aun, la llave de la confianza de la gente. Una última vuelta de tuerca de esta situación, que hace de Perón el albacea de las creencias, es la simultánea convicción de que la gente duda de todo, “aun de lo escrito”, y de que solo autorizaciones suyas —escritas— disipan las dudas.

Pero en un plano más empírico, Perón llega a reflexionar sobre un punto crucial: el momento preciso de *pasaje* entre su autoridad y la autoridad de Cooke. “Al principio seguiremos los dos, usted hace llegar directivas a los Comandos de Exilados y yo también, y luego cuando se acostumbren, le dejo todo a usted”. En la misma carta Perón muestra ocuparse tanto de una “credencial” para extender autorizaciones de menor monta entre esos “comandos”, como del envío de “armas y explosivos”. Se precisaban identidades contundentes y no menos contundentes medios de acción.

Esa “zona de transición” entre los dos juanes —Juan Perón y John Cooke— era chequeado permanentemente, en especial por Cooke, quien dedica muchas piezas epistolares a realizar largas exposiciones conceptuales, diciendo: “Estos planteos son repetición de los de usted. Le hago llegar mi versión a ver si interpreto con fidelidad su pensamiento”. Quien tenía que quedar a cargo de todo era también un intérprete.

LA TESIS DEL “PADRE ETERNO” Y EL *AFFAIRE* VENTURA MAYORAL

La “zona de transición” entre las dos jefaturas (esa expresión es del propio Perón) aparece incorporada en una desmenuzadora reflexión que se emite desde Caracas (22 de junio del 57) a través de un curioso expediente. Se trata de una carta que manda Perón por medio de un emisario, Eduardo Colom, pero del siguiente modo: “La carta adjunta ha sido leída por Colom, pero esta no. Es un sistema mío: doy a leer la carta, así puedo cerrarla, pero antes le agrego lo confidencial, sin peligro”. Entiéndase bien: Perón entrega a Colom un documento menos trascendente, y luego lo coloca en el mismo sobre donde ya está el documento que realmente interesa, que será también transportado por el desavisado “correo”. ¿Quería Cooke mayor prueba de intimididad?

Colom es portador de un doble mensaje: el que le está destinado, pues lo conoce, y el que lleva sin saberlo, dirigido a Cooke. Perón siempre actuó como quien tiene interceptada la correspondencia,¹⁰ pero el sigilo, en última instancia,

10. Es muy conocida la carta que Perón le escribe a Evita desde la isla Martín García poco antes del 17 de octubre. Hay en esa carta varias proposiciones muy sugerentes. Por un lado, se plantea el retiro de las actividades públicas y una inmediata felicidad matrimonial. Las expresiones “no puedo vivir sin vos”, y “nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos”, parecen confirmarlo. Sin embargo, no parece ser esta una carta de amor “barthesiana”, por decirlo así, una carta donde las claves amorosas pertenecerían al mundo absorto del amante que lucha para que su

siempre precisaba del necesario complemento de una vía paralela que tiene por función debilitarlo, condicionarlo.

Esta situación, más que una curiosidad de la “profesión del conductor”, es una completa metáfora de ella.

En esa carta insiste Perón en el tópico obsesivo. Hay “boludos” —así los define— que son más “papistas que el Papa” e insisten en murmurar contra la jefatura de Cooke. “Todos saben que la dirección está en sus manos, aunque por razones de táctica es conveniente que se siga pensando que soy yo por su intermedio que conduzco las cosas además del conjunto”. Como se puede apreciar, el problema subsiste y esos “amigos boludos”, al final, no hacían sino hacerse cargo de la imprecisa situación creada, en la cual aún era necesario que por “táctica” se creyese que el que mandaba en todo seguía siendo Perón. Sin embargo, no hay motivo para suponer que estamos frente a un Perón excesivamente juguetón con un asunto que efectivamente lo angustia (pues en definitiva está tratando la cuestión de su muerte y herencia). Lo prueba el hecho de que quiere que Cooke sea el “Padre Eterno”, metáfora con la cual reúne todo el “arte del conductor”, encima de las pasiones particulares, pero garantizando que ellas se expresen, en su arbitraria parcialidad, como parte de un espacio armónico, distante y superior a ellas.

amor quede fijado a una escritura siempre infiel para traducirlo. Sin embargo, hay en Perón un “plus” de sentido que no descaracteriza el mensaje de amor, pero que le sobrepone otras significaciones. En efecto, esa carta habla de otras “dos cartas” que ha enviado simultáneamente con esa que le escribe a Eva. Anuncia allí una carta a Farrell en la que le pide el retiro militar y otra a Mercante, por correo normal. En cuanto a la carta a Eva, en la que anuncia esas otras dos, dice enviarla “por un muchacho”, debido a que cree que tiene la correspondencia interceptada. Como vemos, la situación tiene semejanza con la que comentamos en el cuerpo de este artículo, cuando el propio Perón comenta su “método” de dar a leer el mensaje a su portador pero colocando antes, en el sobre, otro mensaje más sigiloso (así lo hace con Colom, carta a Cooke desde Caracas). Para adquirir sentido, los mensajes recorren vías igualmente válidas, aunque la vía sigilosa parece ser la privilegiada. (En este caso, es la vía por la que transmite su decisión matrimonial). Pero en último caso, en Perón todo lo sigiloso acaba siendo público. De ahí que actuar como si su correspondencia siempre estuviese vigilada compone una escena compleja en la que cada afirmación debe competir con otras que la relativizan, y aun con la superposición de distintos canales de transmisión, que valorizan de modo diverso lo que se transmite. La situación nos habla mucho menos de la astucia de un escritor impenitente de cartas, que de una alegoría muy desarrollada del “ars conducendi”. En efecto, si por un lado hay en Perón una estratificación natural en la que cada gesto ya nace automáticamente desdoblado en direcciones que nunca son literalmente enunciadas, por otro lado no puede desdarse el problema que realmente lo acucia, desde el mismo octubre del 45, que es la tensión entre el reingreso fustigante al plano de la acción pública, y la retirada a la vida íntima. Esto último puede entenderse también como un castigo a los “contumaces”, y a lo largo de su biografía, cobrará forma en diversos intentos de renuncia a la acción política, tema vinculado al de la herencia, al de la búsqueda del “joven maravilloso” que “lleve sus banderas al triunfo”, al del abandono de la “máscara Perón” en favor de la “institucionalización” y al de la decisión final de volatilizarse, indiferenciadamente, en el seno del pueblo que le hace oír la “más maravillosa música”, dejándoles él, en cambio, su definitivo “desencarnamiento”.

Aquí es refinado Perón para percibir el conjunto de problemas creados:

Usted podrá invocar de la mejor manera, como para que se lo “perdonen”, mi nombre y mi orden. Entendido que, para conducir, se necesita *saber cargar con la responsabilidad y tener la libertad de acción suficiente como para poder defender esa responsabilidad*. Yo le cargo con la primera, pero también le doy la segunda. Quedo yo, atrás de reserva, para aguantar lo que haya que aguantar.

(El subrayado es de Perón; la importancia de este párrafo queda resaltada por el hecho de que lo incluye en el papel que pone en el sobre sin que lo vea Colom).

Subsiste el dilema. Habría dos “padres eternos”, uno de reserva, atrás de todo, mucho más “padre eterno” aún.

“No debe olvidar que usted en esta tarea es una especie de Padre Eterno, que ha de dar la bendición a todos por igual”, insiste. Aquí llegamos al tema crucial. La “bendición a todos”, como se sabe, no era una habilidad del intransigente Cooke, y ese papel le exigía explícitamente otra actitud con Leloir. Lo que en realidad le interesa a Perón es apaciguar a Cooke en relación al “caduco” presidente del Partido Peronista. Cuando le escribe a “Pecari”, como ya vimos, Perón no rompe lanzas, aunque le confirma que Cooke estaba al frente de todo. Pues bien, lo mismo debería hacer según Perón el *Padre Eterno Cooke*. “Usted ha leído mi carta a Leloir. Es el tipo de acción frente a este. Trate de no llegar a romper lanzas con él, nada ganaría con eso”. Esto era así, porque Leloir encabezaba la “oposición legal”, haciendo marchas de silencio, etc., que si por un lado “no engañan a la masa”, por otro no escapa al “pragmático” Perón que esas acciones se hallan al alcance de la gran mayoría de los peronistas, que están muy lejos de tomar en serio el consejo sobre la insurrección cortando los cables telefónicos y creando el caos en las ciudades. “Mucho se hace cuando uno es tolerante, por lo menos en palabras”, le recomienda a un Cooke que aún debe escuchar “disculpe que le diga estas cosas. Puedo ser su padre y me anima el deseo sincero de que usted triunfe”.

Este párrafo nos pone descarnadamente frente al Perón pedagogo y maestro. Quiere transfigurarse en Cooke, pero a condición de que Cooke absorba al “Perón Conductor”. Y sabe que el temperamento de Cooke solo con grandes vigilancias interiores conseguiría eso. Pues una cosa era aceptar que la Resistencia se compone de “insurrección”, un “partido legal” y una eventual “coalición electoral” y otra era inclinar el sentido de las cosas hacia la gran olla peronista en la que siempre un Leloir condicionaría, aun desde una limitada función específica, el conjunto de las acciones revolucionarias. Sin embargo, esta situación no se había esbozado, hasta el momento, con nitidez.

Pero en el “vaticano peronista” las bendiciones urbi et orbi no dejaban de alimentar las zozobras. Nada permite suponer que Cooke rechaza a priori la formulación de hacer de padre eterno —formulación en la cual se inserta toda la

sinceridad con que Perón realiza este planteo, pues si no, no emplearía esa metáfora nuclear de su sistema de palabras— pero tampoco sería ello obstáculo para que el *Jefe de la División de Operaciones Adelantada* siguiese advirtiéndolo los hilos cruzados que a cada paso van apareciendo. “Comenzó a circular una designación igual a la mía” —advierte Cooke a Perón— “pero en lugar de mi nombre figura el de Leloir”. Parece que esta última trapisonda la ha preparado el mismísimo Francisco Manrique en persona, en este caso para confundir a los frondizistas, que pretenden llegar a Perón vía Cooke. De este modo, Cooke no hesita —irritado— en insistir ante el propio vaticano caraqueño para que cesen esas interferencias. Un militante de uno de los Comandos, cuyo nombre en clave es VSKSCUJ “afirma recibir directivas directamente desde Caracas. De ser así convendría evitarlo, para no fomentar la anarquía”.

Relése esta última frase. Ella retrata del modo más vivo posible el intento de Cooke de impedir el juego infinito de apócrifos, so pena de caer en la anarquía. Pero en el fondo eso significaba, ni más ni menos, que interferir en el sistema de conducción de Perón, hasta un punto de inviabilidad semántica y operativa, que ni el mismo Cooke, ni el propio Perón por el momento, parecen percibir. Sin embargo, Cooke está cerca de llegar al nudo de la cuestión cuando, al pedirle a Perón que realice una comunicación específica a uno de los Comandos, le dice: “su escritura tiene un poder mágico”. De ahí que fuera necesario hacerla más unidireccional, menos ramificada y errátil. Más unívoca y menos heteróclita. Estaba por verse si en esas condiciones la magia seguía siendo magia.

Por otra parte, ocho meses después de la carta sucesoria para el caso de caer Perón “fuera de combate”, aún las cosas no están claras. En junio del 57 hay otra versión del asunto: como no se puede conducir ‘de lejos, sino de cerca’, la única solución fue investir de la representación total a Cooke. Ya no se explica esta por la gravedad de la muerte sino por la desventaja de la distancia. Además, dirá Perón: “La verdadera designación que yo he hecho en Ud. y que por razones comprensibles no hemos oficializado aún, ha sido la solución de este grave problema de mi alejamiento del teatro de operaciones”. De modo que faltaba aún la *Oficialización*. ¿En qué consistiría? Sea como sea, ella nunca se concretó.

Pero también está Napoleón. O mejor dicho, la metáfora “Napoleón” que, como se sabe, es de especial agrado de Perón desde sus tiempos de profesor del Colegio Militar. Toda la *Correspondencia* con Cooke está sobrevolada por el fantasma del Corso. En 1797, comenta, Napoleón recibe un ejército hambriento y lo arenga invitándolo a tomar los campos piamonteses ubérrimos y llenos de hermosas muchachas. “Quizás llegó para nosotros el momento de hacer llegar a la gente ciertas indicaciones”, extrema Perón, y a la manera del conquistador del Piamonte, dispara el temerario consejo de convidar a que todos aquellos que tomen casas o bienes de oligarcas —en la futura revuelta general— se queden con ellos (carta del 22-5-57). Otro napoleonismo sucede cuando a vuelta de correo

de uno de los detallados *Planes de Acción* que esboza Cooke, el satisfecho Perón recuerda que ante un parecido y atrevido plan presentado por Napoleón para la campaña italiana, los políticos de la *Convención* determinan: “El que fue autor de este plan, que venga a ejecutarlo”. A partir de esa anécdota, ¿qué le dice Perón a Cooke? “Usted está en las mismas condiciones y estoy seguro que los resultados serán similares”. Al volver Napoleón de Italia, remacha olímpicamente Perón, ya estaba en condiciones de ser “dueño de Francia”.

Formidable comparación. Ella operaba en el reino de las desproporciones y debía sobresaltar al medido y riguroso Cooke, que remite su pensamiento político a fuentes próximas al leninismo antes que al clasicismo épico napoleónico. Por lo demás, ¿no está Cooke con 37 años, mucho más allá de la edad del futuro “dueño” del país galo, que Perón dice ser de 25 años?

De cualquier forma, más allá de la obvia incomodidad de la comparación, ella significa reponer la cuestión de la herencia en otro terreno que no es el de las “cartas autorizadoras”, oficializadas o no. La pone implícitamente en el terreno de las jefaturas nacidas en batalla, en la lucha, cortando con toda la etapa anterior del peronismo, puntuada por dirigencias “estatalistas” oficializadas o no. Un Perón agonial, excesivo, enamorado de las campañas del “hombre del destino” francés, buscando infatigablemente al arquetípico “joven maravilloso” y que ejemplificaba sobre las luchas sociales argentinas invocando la batalla de Jena o de Austerlitz, lo que estaba haciendo era imaginar el cuadro heroico y fantasmagórico de su límpida sucesión.

Sin embargo, Perón vacila frente al treintañero Cooke. No sabe, en verdad, si pedirle que siga el “modelo napoleónico” o el “modelo del Padre Eterno”. Para esto último, que evoca más la *virtú* (cuando todo lo napoleónico evoca la *fortuna*), ¿parecería más preparado Cooke? No lo estaba, no quería estarlo y sus esfuerzos para llenar ese “modelo” no eran entusiastas.

No se pueden dejar de computar, con todo, algunas tentativas de Cooke en ese sentido.

Cuando finalmente se firma el *Acuerdo Perón-Frondizi*, lo que implicaba un sustancial cambio en la orientación política seguida por el peronismo hasta la Convención Constituyente de 1957 —sin que eso implicase abandonar el espíritu global de intransigencia e insurrección que animan la resistencia, aunque ahora las consignas de abstención y clandestinidad se transformaban en “insurrección y legalidad” al mismo tiempo¹¹—, se crea una nueva situación en Buenos

11. Por un lado, “... la clandestinidad fue y es un frente demasiado estrecho para contener a millones de combatientes”, dice Cooke en el largo *Informe general* que le escribe a Perón en agosto del 57, inmediatamente después de la elección de constituyentes, donde los votos blancos y abstenciones han hecho un excelente papel. Por otro lado, las nuevas perspectivas que abría el masivo voto en blanco —que arrastró a los “blandos”— obligaba a ampliar los márgenes de legalidad para “ganar la calle, salir de las catacumbas”. Era necesario ampliar

Aires. Ella exige otro tratamiento hacia los políticos “logreros, blandos, simuladores” y admite cierta tolerancia hacia la “delegación del Consejo del Partido”, donde actúan entre otros los sindicalistas Olmos y Alonso.

Frondizi ya gobierna. En ese contexto,¹² una importante carta de Perón a Cooke muestra, quizá por primera vez con ese grado de transparencia, los arañones que ya ha recibido la relación entre los dos hombres. “Según las cartas que recibo”, dice

la semilegalidad, y eso solo sería posible con “acción, acción, acción”. Si eso, además, incluía “volver a hacer política”, nada de eso era incompatible con la insurrección. No se reconquistan derechos populares conculcados apelando a la vía electoral, pero tampoco hay insurrección sin lucha política. Eso le transmite Cooke a Perón, dando muestra de los delicados contrapesos que animan su pensamiento, donde se pondera la inconveniencia del electoralismo, sin por eso rechazar las obligaciones políticas que este genera. De todas estas reflexiones, surge una visión de los campos organizativos en que se expresa el peronismo, que no deja de tener cierta permanencia que alcanza incluso a períodos muy posteriores. En efecto, al definir Cooke estas tres dimensiones, el *Movimiento Político*, el *Movimiento Gremial* y la *Resistencia*—dimensiones que debían “encontrarse” en el mismo sentimiento intransigente—, estaba machacando sobre un tema caro al propio Perón, que concebía los medios extraordinarios de acción (clandestinos, ilegales o violentos) como desprendimientos específicos de una totalidad solo funcionalmente escindible en “ramas” o formas diferenciadas de acción. Este era el estado del problema inmediatamente antes de que el pacto con Frondizi intentase reponer la cuestión insurreccional en un plano de lucha legal, bien diferente a la querella sobre las “formaciones especiales” de los años setenta. Por otra parte, el nombre *resistencia* aún no tiene el sentido más amplio y “emblemático” que ganará después, designando aquí las acciones insurreccionales de los comandos.

12. El *Acuerdo Perón-Cooke-Frondizi-Frigerio* se firma en febrero de 1958, dando “libertad de acción a la masa peronista”, lo que implícitamente significaba el voto al frondizismo, ya que simultáneamente se desautorizaba al neoperonismo y al Partido Conservador Popular. “De asumir el gobierno”, el gobierno de Frondizi se comprometía a una revisión integral de todas las medidas adoptadas por los militares luego del 55, incluyendo normalización de la CGT, devolución de bienes de la Fundación Eva Perón, personería al Partido Peronista, elección a una Constituyente en un plazo de dos años, etc. Ese pacto era procurado por el frondizismo desde fines del 56 —a través de Perina— que llega hasta Perón con la propuesta. En ese momento, este la ridiculiza con uno de sus gracejos (sería una “alianza de buena vecindad donde nosotros seríamos los buenos y ellos los vecinos”). Durante el año 57, Cooke y Perón califican a Frondizi como “el enano más grande del mundo”, pero el trasfondo de tantas estocadas es la duda del Comando Superior Peronista (Perón y Cooke) sobre si la gente va a abstenerse o a votar en blanco ante las elecciones llamadas por Aramburu para reformar la Constitución. Perón dice que “el pueblo quiere ver tronar el escarmiento”, pero de hecho admite la dificultad de mantener unido electoralmente al peronismo, ante los intentos de “seducción” frondizista. Existe la línea “YPF”, Yrigoyen, Perón, Frondizi, en la que actúan publicistas como Arturo Jauretche (“Eso lo lamento”, le dice Cooke a Perón, “pues se trata de un hombre por el que siempre he sentido un respeto intelectual y personal”). Sin embargo, admitirá después Perón que “Frondizi habla en peronista”. Por eso, más allá de la voluntad del propio frondizismo, este podría ser considerado parte de la resistencia. (Esta opinión de Perón la encontramos en carta del 17-5-57, donde al mismo tiempo recomienda toda clase de sabotajes y cruzar las boletas electorales con la palabra “asesinos”, anulando el voto). Incluso, Cooke planifica la “operación Sáenz Peña”, que consistía en quemar las papeletas electorales depositadas en la Imprenta Kraft. (Puede observarse que no le faltaba ironía al nombre del operativo). Al mismo tiempo Perón se compromete a dejar un poco de lado la máquina de escribir, fiel compañera, para entablar “ciertas negociaciones” que le permitirán mandar armas, explosivos y dinero a los “Comandos de exilados”.

Perón, “hay un poco de mar de fondo contra Alicia¹³ y contra Usted, que no alcanzo a comprender por qué sucede, pero debo tener la franqueza de decírselo, evitando cualquier reserva mental, inaceptable entre nosotros. Creo que ustedes deben abandonar toda acción directa de ejecución y reducirse a la conducción estratégica si no quieren verse envueltos dentro de poco en un galimatías irresoluble”. Es evidente que lo *estratégico*, aquí, paradójicamente implica una *reducción* de responsabilidades. Esa es la propia palabra que emplea Perón. Sin embargo, suaviza los términos al sugerir que esa situación, que llevaría al “galimatías”, puede también ser provocada por algunos “vivos” que recorren el país “invocando el nombre de Cooke y Señora”. Siempre el problema de lo apócrifo. Ahora no solo Cooke es víctima de ello sino también quien ve “usurpado” su nombre. Por otro lado, al afirmar Perón que “no

Ya en las proximidades de la elección del 57, Perón imagina que lo mejor que podría hacer Frondizi es trasladarse a Caracas para de allí repudiarla junto con él, lo que le permitiría “encabezar el voto en blanco” y así prestigiarse, en vez de presentar candidatos constituyentes y verse superado por la avalancha votoblanquista que impulsaría el peronismo. Como se ve, aún antes del Pacto, la sombra de don Arturo ronda, como el espectro del castillo de Elsinor, todas las consideraciones tácticas de Perón y Cooke. Existen además problemas “teóricos”, del tipo de los que después se denominarían “el tercer movimiento histórico”. Cooke descarta, con todo, que Frondizi sea “continuador dialéctico del peronismo”, siendo apenas un “movimiento paralelo”, sin las virtudes de aquel. Es más duro todavía, al afirmar que al presentarse a elecciones, el frondizismo, aun defendiendo la Constitución peronista del 49, colabora para crear “legalidad” para el “gobierno de ocupación”, gobierno que el peronismo desconoce al punto de no votar siquiera por los que defienden una pieza maestra del peronismo, cual es la mencionada Constitución. Por eso, condenará duramente a dirigentes peronistas como Mercante, quien trabaja para la UCRI frondizista, aliado de Alende. Hecho preocupante que preparará el terreno del Pacto, pues es efectivamente un caudal de votos muy grande que Mercante ha acercado a Frondizi, demostrando que la gente quería “buscar caminos legales para ganar la elección de febrero de 1958”. Habría entonces que reformular la táctica, lo cual se hará, pero siempre dentro del criterio de que “... es Perón, y no Jauretche, no Leloir, no Bramuglia o Mercante, quien interpreta la revolución que el pueblo comprende y puede realizar” (Informe de Cooke, inmediatamente después de la elección del 57). La historia posterior del Pacto y de su ruptura casi inmediata, es bien conocida. Comienza con una huelga general que poco después desencadenará el Plan Conintes y hará arreciar las acusaciones contra Cooke, tachado de “agitador marxista”. Con todo, la línea inicial de las 62 Organizaciones, frente al argumento frondizista de que le den tiempo para cumplir los acuerdos, porque los gorilas “aprietan”, se resume en esta consigna: “Si Frondizi le tiene miedo a los gorilas, que nos dé armas a nosotros”. Cooke propone una línea que llama de “agitprop” (agitación y propaganda), nombre tomado de los más viejos diccionarios insurreccionales, para retomar las acciones de resistencia contra el gobierno de Frondizi. Su departamento de Santa Fe y Libertad es arrasado por la policía. Ya no había empacho para declarar al frondizismo como “simulador e hipócrita” (carta de Perón a Cooke de septiembre del 58, desde Ciudad Trujillo). De cualquier forma, tal como lo hará después en el *Informe a las bases* de 1966, Cooke valorará la precaria legalidad conseguida por el peronismo, oponiéndose por ello a los que desean la caída del gobierno con el argumento de que “ya que mandan los gorilas, que lo hagan directamente”.

13. Alicia Eguren, esposa de Cooke. Cierta vez, Cooke le relatará su “idilio” con ella al general Perón, idilio desarrollado, dice, en veinte días de compartida persecución policial y quince meses de correspondencia clandestina. Alicia era poeta. Junto a María Granata, escriben varios poemas inmediatamente después del golpe del 55. “Los hice imprimir y fueron más efectivos que muchos volantes como arma contra el gobierno de Lonardi”, le cuenta Cooke a Perón. Cuando se anuncian tiempos de tormenta en la relación de Perón y Cooke,

alcanzaba a comprender” por qué se había creado “mar de fondo”, dejaba abierta la posibilidad de que Cooke tuviera razón contra los “vivos”, pero no era ya eso lo que importaba. De hecho, se reforzaba la operatividad del Padre Eterno, pero del lado de Perón, pues Cooke quedaba limitado a ser alguien que debía evitar el potencial “galimatías”, y ya mucho menos a ser un potencial “par” de Perón.

Pero a pesar de esta segura intención de Perón de comenzar, a partir de ahí, a escuchar muchas más voces, Cooke permanece en la Jefatura de la División Operaciones, con sede en Chile, aunque bullen en Buenos Aires los grupos políticos del peronismo que ya están en condiciones de reclamar una nueva interlocución con Perón. Es así que en septiembre del 58, en carta numerada, Cooke se permite un dejo de ironía al comentar que algunos dirigentes de Buenos Aires, amigos suyos, se quejan de que él no los apoya como debiera. “Sucede, dice Cooke, que no puedo transferirme sus enemigos y tomar partido personal en la lucha de ellos. Ud. me ha insistido en lo de ‘Padre Eterno...’. En efecto, todas las evidencias indican que cuando Perón le sugiere a “Cooke y Señora” que dejen los quehaceres “estratégicos”, está efectivamente pensando que su retirada del escenario de confrontaciones más directas, preservará su autoridad y su figura. No se trataría, pues, de una “defenestración blanca”, sino de un intento de Perón de realizar, con quien habla declarado “heredero” menos de dos años antes, la “operación” de limitarlo para preservarlo y de preservarlo para limitarlo. Así lo hace pensar lo que escribe Perón, poco antes de la anteriormente mencionada carta a John William, en la que le recomienda que

... no olvide mantenerse como Jefe de Operaciones adelantado sin intervenir directamente en los hechos que se provoquen, sino por interpósitas personas que pueden actuar mejor y escudar su situación de delegado mío. Este proceder impedirá que los ataques se dirijan directamente a usted y por su intermedio a mí. Es mejor que se vaya acostumbrando a ser “Padre Eterno...”.

aquel empleará la expresión “Cooke y Señora”, quizá para sugerir que el “mar de fondo” que existía contra Cooke podía deberse al espíritu implacable y cortante con que Alicia encaraba situaciones que otros tratarían con mayor tacto. Quienes recuerden el ensayismo político de Alicia Eguren no tendrán dificultad de imaginar su carácter apostrofador, su filosa vena de desprecio hacia la chatura e hipocresía de los peronistas “descerebrados”, adjetivo que frecuentaba su prosa y que no debía causar ninguna gracia a quienes se los destinaba. No obstante, hace buenas migas con Perón, quien también la aprecia. Hay inclusive una “luna de miel” compartida entre las dos parejas, Perón e Isabel, Cooke y Alicia, tal como lo testimonian las cartas de la *Correspondencia* y algunas fotos del cuarteto, documentos que hoy nos miran desde su irrepetible rareza. Las dos mujeres, Isabel y Alicia, cruzan de modo bien diverso la escena argentina. Alicia Eguren fue vista por última vez en la Escuela de Mecánica de la Armada, donde fue secuestrada en 1977. (Como apunte para la galería de curiosidades del peronismo: mucho antes de que fuese criticado Perón, en los años setenta, por su relación con Isabel, atribuyéndosele a ella el “lado neurótico” de la pareja, Perón parece que ensaya ese mismo recurso al señalar en Alicia Eguren, si es que prejuzgamos bien, el peso perturbador de la relación “Cooke y Señora”. Quizá le quería advertir a su *Jefe de Operaciones* que “no se deje influir por la mujer”. Un *cherchez la femme* de la política argentina en los años más límpidos de la lucha peronista).

El inagotable sistema de máscaras y velos que recomendaba Juan Domingo para John William hacía que la relación de este y aquel se ajustase en el sentido que quizá tornaría a Perón en el “Padre del Padre Eterno”. ¿Sería Perón el “padre” de un Cooke que aún podía aspirar a eternidades?

Poco después, cuando Cooke escribe a Perón (2 de octubre del 58) que “nada se perdería con hablar con Bramuglia”, uno de los dirigentes de la facción de los *indulgentes* que nada quieren con la línea oficial *enragé* de Juan-John, no se priva de exclamar, juguetón: “Como ve, estoy trabajando bastante bien de ‘Padre Eterno’”.

Es la antesala del progresivo debilitamiento de la relación, junto al vertiginoso surgimiento de la “perspectiva latinoamericana” en Cooke. Faltaba un año para que Camilo Cienfuegos y un muchacho argentino conocido por la partícula interpelativa clásicamente rioplatense, “che”, entraran con barbas crecidas, trepados en tanques Sherman de la Segunda Guerra Mundial, a la ciudad de La Habana. Antes de eso Cooke había viajado a Río para entrevistarse con Prestes, el legendario jefe de la “columna” que había cortado en dos la historia contemporánea del Brasil, pensando en que un próximo acceso del trabalhismo de Goulart al gobierno —lo que en ese entonces no se verificó— abriese otra perspectiva “brasileira” para el peronismo.¹⁴

Pero precediendo todos estos juegos en relación al respectivo *status* de los dos Padres Eternos peronianos, encontramos un llamativo ejemplo en el cual se puede percibir

14. La cuestión “Brasil” tiene una presencia cada vez mayor a medida que crece la *Correspondencia*. En 1958 hay perspectivas de que Perón se instale en Brasil, lo que aparentemente sería tolerado por Frondizi y bien visto por Juscelino Kubitschek (cuyo ministro de Relaciones Exteriores se entrevista con Cooke en Río). Pero eso le traería problemas a Jango Goulart, el vicepresidente, quien enfrenta desde sus tiempos de joven ministro de Trabajo de Vargas la acusación “lacerdista” de ser “el Perón brasileño”. Pero el interés de Cooke se centra en Prestes, con quien se entrevista en Río de Janeiro y de quien escucha el deseo de conocer a Perón. Además, Prestes le indica a Cooke que el PC vería con cierta simpatía la presencia del líder argentino en Brasil. (Debe decirse que la interpretación de Prestes respecto al peronismo registraba algunas variaciones respecto a la posición tradicional de Codovilla. Tal como cuenta Neruda en *Confieso que he vivido*, Prestes no se muestra partidario de la enfática condena que hacen los comunistas argentinos al 17 de Octubre del 45). Hubiera sido interesante esa entrevista Prestes-Perón, de haberse realizado. Los dos, militares; los dos, amigos de escuchar “voces de la Historia”; los dos, viejos empecinados; los dos, poco simpáticos hacia los recovecos de subjetividad, que impedirían recoger el sonido del bronce heroico de las luchas políticas. Prestes quedó asociado, luego de la marcha de su “columna insurgente”, en 1922 —a la manera de la “larga marcha” de Mao—, al destino del estalinismo. Como estalinista, realiza la insurrección de 1935, como estalinista se alía con su viejo enemigo Vargas en 1945, del mismo modo que pide moderación a Goulart y Darcy Ribeiro en 1964, o rompe con Marighela en 1972. Hoy es el “último fiel” a las políticas de acero estalinianas con que cuenta el comunismo latinoamericano. El partido comunista brasileño, actualmente “eurocomunista”, ha roto con él. Prestes está aislado, prácticamente, en la política brasileña. Circunstancialmente, apoya ahora al “trabalismo” de Brizola. Tiene 85 años. Prestes representa la gesta de los militares nacional-democráticos de los años que luego se vinculan al *Comintern* y hasta hoy se orientan ortodoxamente por Moscú. Cuando Cooke, años después, reclama que Perón se instale en Cuba desde luego que no piensa para el líder argentino el destino del viejo Prestes. Pero el ojo avizor de Perón no debió desconsiderar las desventuras del “caso Prestes” cuando educadamente le dice que no a Cooke.

de qué modo Cooke busca expresar sus incomodidades frente al “urbi et orbi” que emanaba de Caracas. Comentaremos a continuación el “affaire” Ventura Mayoral. Este es un abogado peronista que en sus periplos Caracas-Buenos Aires-Chile se convierte en portador de mensajes del exiliado Perón. Uno de esos mensajes es anunciado por Perón en carta a Cooke, de 15 de octubre del 57. No sería nada excepcional si en esa misma carta Perón no tomara en cuenta ciertas “pequeñas resistencias que se manifestarían” a la conducción de Cooke realizada desde Chile. Sin embargo, sigue respaldándolo, en esa oportunidad, para “obrar con toda seguridad”.

La carta de Ventura Mayoral, sin embargo, toca un tópico organizativo —“unidad de los peronistas, activamente y extensión de la organización”, etc.— que se encuentra en la específica jurisdicción de la División Operaciones, a cargo de Cooke. Por otra parte, además de ser portador de esa “directiva” que refuerza disposiciones de lucha anteriores, Ventura Mayoral es también quien le lleva a Cooke la carta en que Perón hace disquisiciones sobre ciertos descontentos que origina su actividad chilena. Quizás haya empleado Perón el mismo “método” anteriormente referido a propósito de Colom —poner en el sobre dos cartas, la más reservada colocarla antes sin que el portador la lea, mientras la otra sí la da a leer— pero lo cierto es que se trata de una tímida reconvención que Cooke recibe de Caracas, que no puede menos que tornar algo amenazador el conducto a través del cual la recibe.

Respondiéndole a Perón, Cooke atribuye las resistencias a su jefatura a quienes no están luchando contra la tiranía, mientras que los que “están en pie de guerra contra ella no tienen tiempo para perder en esas cosas”, es decir: escribir cartas a Perón intentando desprestigiarlo. En una carta inmediatamente posterior refiere el procedimiento que adoptó en relación al mensaje con instrucciones que portaba Ventura Mayoral.

En esta actitud que asume Cooke frente a la documentación que llevaba el mensajero —la carta mencionada más una grabación que repetía el contenido de la primera— encontramos una miniatura en porcelana de todo el drama, de todas las paradojas del sistema de conducción de Perón. Cooke retiene la grabación pero no la carta, aunque esta la envía él mismo desde Chile, después de que Ventura Mayoral partiese (sin ella) hacia Buenos Aires. ¿Por qué retuvo la grabación? Así se lo explica al propio Perón. Una carta pidiendo la unidad de los peronistas —sobre todo en virtud de la próxima elección en la que se apoyaría a Frondizi— era deseable, dice. Pero no lo era una grabación de la que podían inferirse elogios a personajes como Bramuglia.

Se identifica a Bramuglia con el mal peronista, con el prototipo del canalla. La difusión de una cinta grabada donde todo ello aparezca como justificado por usted, crearía una gran confusión y desaliento. Al que ha estado preso, ha sufrido torturas y se ha jugado la vida —y en esa situación hay algunos miles de hombres que son la parte valiosa del peronismo— es muy difícil explicarles que automáticamente

quedan equiparados con los que eligieron los atajos cómodos y trataron de sacar partido de nuestra caída. Por otra parte los grupos desviacionistas utilizarían ese mensaje para demostrar que decían la verdad cuando afirmaban estar cumpliendo consignas suyas y respetando sus directivas y persistirán en sus tareas de captación y se escudarán en este mensaje como un “navicert” para seguir dividiéndonos.

Así se expresa Cooke. Reléase este párrafo: se hará con él una experiencia completa, si es bien entendido, de reformulación de la tesis de conducción de Juan Perón. Porque en ella, todos se encontraban siempre a la misma distancia en relación al “centro solar” del cual emanaba el sentido de todo el sistema. Todos tenían la misma dirección frente al “nombre de Perón”; podían esgrimirlo e investirse con él. Y eso es así, es porque nadie reunía la posibilidad de completar su identidad peronista si no la inscribía en una red invisible y potencial que, en un momento dado, podía ser accionada por el totalizador de sentido, el conductor. En esa red nadie era igual a otro, pero no por razones esenciales, históricas o estratégicas, sino por motivos funcionales. Desde la mirada del general en batalla, todas eran subjetividades imperfectas cuyo impulso vital se agotaría en la espera del llamado demiúrgico. La conducción era un arte que consagraba la intervención sucesiva de “electos”, pero no se trataba de una elección que cohibía libertades, sino al contrario. En esa relativa puesta en suspenso del proceso histórico concreto (pues la asociación entre “conducción” y la clase social de los desposeídos está regida por un vínculo exterior, solamente ético), todos tenían el papel que les reservaba tan solo lo que “ontológicamente” eran. Para que el conductor sea eficaz, nadie debía transformarse en la acción, sino expresar en ella exactamente lo que se era.

Para Cooke, que parte de una tesis sobre la “conciencia social” influida por las clásicas tradiciones dialécticas (en las que la acción históricamente más intensa es realizada por conciencias diestramente abiertas al mundo, que se transforman en el curso de esa acción), esa visión de Perón contenía la simiente de una trágica injusticia: equiparar lo “más valioso del peronismo” con el peronismo blanduzco y negociador.

Se podrá suponer que una vez impedida la circulación de la cinta grabada de Perón —acontecimiento primero y único en la historia del peronismo—, Cooke debería ser considerado un transgresor inaceptable, un arcángel violador de las lógicas que entregan viabilidad a los actos políticos en el peronismo.

No fue así. Una semana después Perón contesta disculpándose. Vamos a leer por extenso lo que en aquella oportunidad el *Bebe* Cooke encuentra en esa misiva de *Teodoro* (Es por esa fecha que Perón firma “Teodoro” mientras que Cooke elige un insólito “Ruperto” como seudónimo). Dice entonces Teodoro, este Juan Perón que relativiza su acto:

Yo sigo siempre la norma de atender a todos por igual, porque no olvide que soy algo así como el Papa, encargado de la bendición apostólica *urbi et orbi*. Dentro de ese concepto, no puedo negar nada dentro de mi infalibilidad que, como todas

las infalibilidades, está basada precisamente en no decir ni hacer nada, única forma de poder asegurar esa infalibilidad. Usted es el encargado de decidir y a usted lo remito [...]. Yo hace tres meses que no escribo una sola carta a nadie en los Comandos de Exilados, ni a la gente de Buenos Aires, a fin de que nadie pueda exhibirla con fines semejantes. A Ventura Mayoral le di una carta y una cinta porque pensaba que ello podría arrimar voluntades, siempre dentro de mi función de Padre Eterno que bendice a todos, pero a condición de que profesen. Me parece muy bien que usted haya retenido la grabación por las razones que me dice y en las que yo no había reparado.

Como podemos ver, todavía estaba Cooke en condiciones de “interceptar” la lógica de la “bendición a todos por igual”, obteniendo de Perón la admisión de que no había reparado que con eso creaba problemas. Este reconocimiento de Perón es simplemente imposible de encontrar en cualquier otra situación de su larga biografía política. Pero al mismo tiempo también estamos frente a una precisa definición de su rol de “santo padre” de los peronistas. Es infalible porque no dice nada ni nada hace.

Pero si fuera Perón una pura *simbolización* —como sugiere esa idea de infalibilidad basada en una suerte de inercia totémica y panteísta— también puede suponerse que ya no había historicidad para su elección de Cooke como delegado y sucesor eventual. A esa decisión habría que ponerla ahora al lado de otros tantos hechos que solo pasaron por la conciencia de Perón como si fuera un espejo que absorbe reflejos dóciles y que los devuelve con puntualidad.

En realidad, en la *Correspondencia* asistimos dramáticamente al pasaje definitivo de Juan Perón desde una tesis de conducción que tiene en su centro la actividad subjetiva y enteramente responsable del conductor (“en la conducción, nadie hace nada por el conductor de modo que él tenga algo que agradecerle”) hacia una tesis de conducción solamente especular, en la cual solo ofrece una pantalla ultrasensible pero pasiva, apta para que cada sujeto se vea reflejado en la *communitas* de sus propios gestos y acciones, tal cual un “action painting” colectivo forjado por las luchas argentinas.

Y en este pasaje, también comprobamos cómo cambia el concepto de “auxiliar de conductor”, tal como está originariamente formulado en los *Apuntes de historia militar*.¹⁵ Se postula allí que el auxiliar “no debe ser inteligente”, lo cual es un

15. Los *Apuntes de historia militar* son una pieza cardinal del pensamiento de Perón, más importantes, en ese sentido, que el posterior *Manual de conducción política*. Los *Apuntes* son de 1931. En ellos se postulan reglas racionales de acción y se defiende el saber empírico. Pero está también lo imponderable, lo inefable, el “óleo de Samuel”. Perón no piensa sobre “procesos” sino sobre “casos”, dislocando la “historia” hacia la “estrategia”. El saber estratégico se compone de citas atemporales, a modo de un interminable catálogo de casos particulares mimetizados en “ley general”. Es un “libro de ejemplos” transitado por la intención de conciliar las leyes generales de la historia con la idea de que la acción militar es rendidora si responde a una afortunada gratuidad.

motivo de extrañeza: Perón no es “moralista” sino “intelectualista” cuando juzga la relación entre “el bien y el mal”. Como monsieur Teste, su fuerte no es la estupidez, y dice que son los torpes e idiotas los que no tienen remedio, mientras que los inteligentes siempre pueden ser, a pesar de ellos, reconducidos hacia la “acción buena”. Con Cooke, el lugar del “auxiliar” es llenado por la inteligencia. Después, parece que retorna Perón a su antigua convicción sobre las “pocas luces” que deben tener los que se hallan a su lado. Quizá por ahí se vuelca ese dato “lopezreguista” que en el período madrileño, poscookiano, dimensiona el círculo doméstico del conductor.

El drama de Perón: precisaba de un heredero a la altura. Pero entonces ese heredero lo condicionaba exigiendo la coherencia en sus “bendiciones”.

BAJO EL SIGNO CUBANO

Por su parte, Cooke nunca romperá con Perón, aun luego de su efectiva sustitución por Albrieu y Alberto Campos, que inician una larga serie de “delegados personales, tácticos, etc.”, que culminaría en Héctor J. Cámpora, precedido por el *colorado* Paladino. Precisamente Paladino¹⁶ aparece en una posición ya problemática en la

La propensión a la cita hizo que muy tempranamente el joven Perón fuese acusado de “plagio” por sus colegas profesores del Colegio Militar (referencia que se encuentra en *La novela de Perón* de T. E. Martínez: este se regodea con esa acusación, que en realidad hay que juzgarla en relación a lo que Perón llama “conducción”, que no es sino un “plagio” de lo que la realidad y los lenguajes ofrecen, pero coronado por un momento original de “elección” de la “frase-hecha” que mejor se adecua a cada situación). En el importante trabajo de Eliseo Verón y Silvia Sigal sobre el “discurso peronista” (*Argentina hoy*, compilado por Rouquié), se tropieza con la dificultad de realizar un análisis semiológico del lenguaje de Perón sin considerar que este ya presenta una autoimagen muy avanzada respecto de sus propias “reglas de formación”. Por otra parte, lo que Verón y Sigal llaman “modelo de llegada” omite el tema fundamental del “destino”, que atraviesa con constancia las coyunturas del 45 y del 73. De ahí la semejanza que los dos semiólogos ven en el Perón de esos dos momentos. Sin embargo, esas semejanzas se deben considerar a la luz de las periódicas sustituciones que hace Perón de sus propios enunciados de base, especialmente el “para un... no hay nada mejor que un...” cuyas líneas de puntos se saturan sucesivamente con “militar”, “peronista” y “argentino”. En el 45 adecua la tesis de “conductor-destino”, tal como esbozada en los *Apuntes* del 31, otorgándole conceptualmente al conductor, no “batallones” sino “ideologías y masas”. Del mismo modo, en el 73, el concepto de guerra total se adecua a la idea de “liberación nacional”, pasando esta a ser “el drama violento y pasional” que a partir de sus lecturas de Clausewitz le permitía antes definir el acto bélico. No es que Verón-Sigal omitan la “historicidad” de la política argentina. Al final, hacen semiología y se previenen más o menos bien contra el “semiologismo”. Pero lo que omiten, en realidad, es otra clase de “historicidad”, fundada en el modo en que Perón actúa dentro de su propia red conceptual y lingüística, con desplazamientos que propiamente deben ser llamados de “conducción”, pues antes que a las masas, él conduce “enunciados”, fragmentos del habla ya dados. De todos modos, la cuestión —apasionante, pues envuelve la identidad de millares de personas— está lejos de haberse agotado. Para un análisis sensato, agudo, incisivo y más que inteligente de la figura de Perón, es recomendable el libro póstumo de Salvador Ferla, *El drama político de la Argentina contemporánea*, en el cual ese modesto librero de barrio, cargado de pasión argentina y sutileza, teje vivas estampas sobre la temible historia política del país, elaboradas mientras vendía “plasticola” y papel canson a los escolares de la cuadra.

16. El “colorado” Paladino ingresa muy problemáticamente en la *Correspondencia*. Como después

Correspondencia pues, al igual que Ventura Mayoral, está en el centro de la querella sobre esa infalibilidad del Padre Eterno, quien la ha “fabricado” emitiendo y silenciando fantasmales destellos de voluntad.

Como se sabe, Cooke siguió escribiendo —generalmente de forma unilateral— a un Perón que, de tanto en tanto, responde alguna misiva. El acto final de entibiamiento de la relación es contemporáneo con la Revolución Cubana. En 1960 Cooke está en La Habana —ya no es delegado de Perón— y le escribe a Madrid ofreciéndole una comparación entre el movimiento de Castro y el peronismo. Ambos, movimientos de liberación, pero el primero más ajustado a los tiempos. De modo tal que los peronistas deben estudiarlo, apoyarlo e inspirarse en él, pero en las condiciones concretas e históricas de la Argentina. El peronismo queda convertido en un “movimiento maldito” —primera vez que aparece ese concepto en Cooke— combatido por la oligarquía, pero también por la izquierda, que no lo ha comprendido. Cuba es el “manantial” dice, pero el peronismo es imprescindible para la liberación americana. “Es esencial que haya pruebas de que estamos con la Revolución Cubana”. Perón ya le había escrito —comienza a llamar *Bebe* a Cooke pero este intercala un seco “general”— diciendo que todos los pueblos latinoamericanos están con “Cuba y con Fidel”, que tienen la misma línea intransigente del peronismo. ¿Y acaso el exilado ahora en Madrid no dice “tenemos el mismo signo” que la Revolución cubana? Cooke responde: “sí, nada hay más parecido a un mitin en la plaza cívica de La Habana que uno de nuestros actos en Plaza de Mayo”.

Sobre este subsuelo de nuevas coincidencias de alcance continental, deliberadamente realizadas por Cooke y Perón (mucho más, es cierto, por el primero, mientras el segundo deja sentada su opinión de modo si no forzado, por lo menos escueto) se desenvuelve el último tramo de la *Correspondencia*.

Cooke, a partir de allí, escribe largos mensajes con el tópico que lo obsesiona: sin peronismo no hay revolución, pero no todo el peronismo es revolucionario; sin la izquierda no hay revolución, pero no toda la izquierda sabe entender al peronismo.

con Ventura Mayoral, Cooke intentará neutralizar la acción “de un señor Paladino”, que era portador de cartas y autorizaciones de Perón. Paladino se autoatribuye con ellas la jefatura de los comandos clandestinos, “causando verdaderos desastres”. Perón responde que no ha autorizado a quienquiera que sea, pero que de cualquier modo “no hay que matar la iniciativa de nadie”, pues se trataba de “perturbar, sabotear, boicotear”. Eso era en mayo del 57. Meses después, el mismo problema. Perón vuelve a defender a Paladino diciendo que “ese muchacho se dedica, según sus afirmaciones, al sabotaje y a la resistencia, razón por la cual, y solamente a esos fines, le di una autorización, recomendándole que debía usarla si era necesaria al cumplimiento de su misión”. De todos modos, acepta Perón “desautorizarlo” si sigue interfiriendo en el trabajo de Cooke. Y concede: “Paladino es un buen muchacho pero indudablemente se le han subido los humos a la cabeza”. Aún un tiempo después, Paladino y el mayor Vicente anuncian un “golpe de estado” de Iñiguez. Protesta entonces Cooke, pues debido a eso el gobierno —ya estaba Frondizi— interviene algunos gremios que habían sido ganados por el peronismo. Perón responde: “... acaricie a todos de igual manera”, pues la hora exige “acción, acción y más acción”. El “colorado” Paladino, como se sabe, fue el anteúltimo delegado de Perón antes de marzo de 1973, precediendo a Héctor J. Cámpora.

Largas reflexiones estas en donde debemos encontrar el germen de su “teoría de la burocracia” y del “gigante invertebrado”, al mismo tiempo que la laboriosa interpenetración intentada para referir mutuamente la historia del peronismo y la historia de las izquierdas liberacionistas, en el bastidor de la revolución latinoamericana.¹⁷

Surge de este esfuerzo de reconstrucción de la historia argentina y del peronismo a la luz de la situación que Cuba introduce en el continente, la atribución de un nuevo papel al Partido Comunista, sujeto ahora a una antevisión que no le ahorra críticas por su anterior reformismo, pero que también le promete, si hubieran nuevos encaminamientos estratégicos, un encuentro con las masas peronistas. Así surge de un informe que Cooke elabora para ser leído por Ernesto Guevara y Fidel Castro en 1961.¹⁸

17. Un fragmento, como ejemplo, tomado de la carta de agosto del 60, que contesta una anterior de Perón en la que este se muestra entusiasmado con la Revolución cubana. Dice allí Cooke: “A medida que se van clarificando las cosas se torna imperativo ubicar el peronismo de acuerdo a su acción pasada y a su lucha presente. Como surgimos junto con la terminación de la guerra, en cierta forma somos el ‘movimiento maldito’. La oligarquía argentina nos combatió, movilizándolo a las oligarquías de cada país. El imperialismo nos difamó. Pero como las ‘izquierdas’ argentinas también procedieron de acuerdo a la valoración extranjerizante y creyeron que bastaba trasladar a la Argentina el esquema de Europa, resulta que también ellas fueron propagandistas del antiperonismo. Quedamos entre dos fuegos: el del imperialismo y el de las ‘izquierdas’, que para ese entonces eran mucho menos esclarecidas, y además estaban cegadas por el problema de la guerra mundial. Debemos ser honestos y reconocer que en términos generales, esa doble campaña tuvo eficacia. De lo que crea y difunda el imperialismo nada nos importa: si tenemos vigencia, es precisamente porque somos enemigos irreconciliables. Por parte de esas fuerzas de izquierda —entendiendo por esta calificación a las que realmente son antiimperialistas y populares— también han seguido combatiéndonos y eso nos perjudica. Nuestro pueblo lucha sacrificadamente, pero mucho de esa lucha se ignora en otras partes, porque el imperialismo no la difunde y el equívoco a que me estoy refiriendo hace que otras fuerzas no se preocupen en apoyarnos”. Puede apreciarse el núcleo de la problemática cookiana: poner de manifiesto la magnitud de un “equívoco”, esto es, un peronismo que enfrenta al imperialismo objetivamente, pero sin cabal conciencia subjetiva de ello, y una izquierda esquemática que enfrenta al peronismo subjetivamente, perdiendo con ello su papel objetivo. Doble equívoco, pues, que hace del peronismo un “movimiento maldito”, situación que Cooke completará con la idea de un peronismo que jaquea a las burguesías pero internamente es jaqueado ideológicamente por ellas a través de las burocracias internas. Este pensamiento se enraiza en la idea de “maldición”, metáfora aglutinadora en Cooke. Con ella, tanto se quiere decir que el peronismo solo, no alcanza para constituir la sociedad nueva (pues también lo viejo está en su interior) como que todas las realizaciones del peronismo a favor del pueblo, se “pierden” del relato histórico universal porque ni el peronismo sabe decir mejor sus luchas, ni la izquierda reconoce legitimidad efectiva a luchas sociales hechas fuera de las cartillas de “compás y tiralíneas”. Pensamientos cookianos que son un raro ejercicio dialéctico, no escolar ni premoldeado por libros de filosofía, de los que la política argentina, como se sabe, carece. El “hecho maldito” equivale, de otro modo, al “lado malo de la historia” y a la “conciencia infeliz”, de la tradición dialéctica más obvia y conocida.

18. Este informe fue publicado por la revista *Pasado y Presente*, número 2/3, correspondiente a julio/diciembre de 1973. Informe de Cooke y revista en la que es publicado, a más de un título, ambos muy relevantes en la historia de los pensamientos políticos argentinos, o como diría Ferla, del “drama político argentino”. *Pasado y Presente* publica el informe de Cooke (a Fidel y el Che) prologado por Juan Carlos Portantiero, quien lo califica de “anticipatorio” y “signo de ruptura con una dimensión estrechamente localista de la política”, en lo que concordamos plenamente.

El tono de este último informe —relativamente reservado— no cede un palmo en su valoración de Perón como el líder de masas en un continente donde apenas brillan escasamente un Brizola o un Juliao en el nordeste brasileño, lo que hace indispensable que el peronismo encuentre una nueva dimensión revolucionaria que reate, desde el cono sureño de América, la tensa cuerda insurreccional de las masas latinoamericanas, que ya tenían en su haber el fulgor positivo que había bajado de la Sierra Maestra. Mientras tanto, sigue la *Correspondencia* que registra el póstumo intento cookiano para fusionar en el mismo espacio histórico al cuerpo del “querido general” —así, y también de “querido jefe”, lo sigue tratando— con la gesta de los herederos de José Martí. Pero no, Perón no iría a establecerse a La Habana, como le pide Cooke para poner fin a la incómoda situación de un Perón que no podría vivir más tiempo del “fetichismo del líder” y “al margen del

Precisamente esa es la marca —también— que lleva toda la *Correspondencia* y la relación Perón-Cooke: el peronismo como fuerza política latinoamericana y volcado a examinar todos los procesos de transformación política en el mundo, el peronismo como efectiva modernidad argentina (pues ese es uno de los grandes temas que subyacen en esas cartas). En el mencionado informe —del año 1962— Cooke analiza la problemática de la insurrección en la Argentina desde el punto de vista de “un PC que no fue”, incapaz de reaprovechar todas las luchas insurreccionales empeñadas por el peronismo. “Condiciones para la revolución”, dice guevarianamente Cooke, “nunca se presentan completas, sin que falte nada. Hay que descubrirlas escrutando algo tumultuoso, turbio y complicado como es la realidad económico social”. La revolución “democrático burguesa” que hoy pide el PC, dice, ya la había hecho el peronismo gobernante. Esas “condiciones” de que habla el PC son simplemente el respeto ciego a la legalidad burguesa. Piensan como quien pincha una mariposa con un alfiler, dice Cooke, entregándoles una metáfora de su acervo siempre disponible a los dirigentes cubanos que ya estaban cerrando sus recursos lingüísticos en las camisas categoriales del marxismo de “nations builders”. Sin embargo, un PC así tan duramente condenado, es no obstante protagonista de una paradoja, pues siendo que por lado el PC retarda la revolución en la Argentina con falsas alianzas que lo malquistan con la clase obrera peronista, por otro “es un aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional”. Otra vez un Cooke estrictamente guevariano: en su polémica con Bettelheim, que se travestía de “conciencia universal de los PCS de todo el mundo”, Guevara aseguraba que en Cuba las condiciones estaban dadas para las osadías autoindustrializantes porque el socialismo existente en otras latitudes internacionalizaba de hecho la posibilidad de exigir el máximo de fuerzas objetivas, morales y creadoras a cualquier país revolucionario. Para su razonamiento, Cooke ensaya volver a Gramsci contra el PC argentino, que tan tempranamente lo tradujera (única vez que Cooke cita al pensador italiano, que no conoce acabadamente pero al que lo une más de un hilo vital). Sin embargo, es el Gramsci que critica al *Manual* de Bujarín y al marxismo positivista al que Cooke esgrime aquí. Finalmente, Cooke se anima a predecir mejores días para el PC si sabe abrirse a una reinterpretación de la historia argentina. Este es el escrito de Cooke más alejado de su sujeto trascendental: el peronismo como maldición que se turba cuando quiere realizarse revolucionariamente. El sujeto aquí es un PC irreal, que debe cambiar para poner sus lados buenos al lado de los lados malditos del peronismo. Es un escrito efectivamente “anticipador”, pero anticipador no de realidades consumadas o que se consumarán alguna vez, sino del tenor de las discusiones entre marxistas “clásicos” y peronistas, en los años setenta. Aun “cubano”, aun “histórico-universal”, aun vistiendo uniforme del ejército que defiende la isla, Cooke seguirá siendo el “hecho maldito” de Perón, de un Perón que estimaba ser de ese modo “maldecido” hasta el punto que dejó internarse a su improbable heredero en las impalpables telas arácnidas de sus gestos de conductor que desataba furias y preparaba sutiles andamiajes para contenerlas.

movimiento mundial”.¹⁹ “España es un símbolo de todo lo que usted no es”, casi implora Cooke. Aún en 1965 subsiste el tema del traslado a Cuba, que Perón no descarta aunque no cree que sea “lo más racional”. (Anteúltima carta que escribe a Cooke, fechada en Madrid el 8 de febrero de 1965, cruzada en el encabezamiento por un “muy confidencial”, que recordaba los viejos tiempos de la tinta limón invisible, los nombres supuestos y las precarias claves de los mensajes cifrados). Ocho años habían pasado.

Perón le había atribuido a Cooke —ya sin funciones en el Movimiento Peronista—, una tarea “apostólica”,²⁰ y lo que efectivamente se mantiene en el intercambio entre los dos —cuyo peso mayor recae sobre un prolífico Cooke antes que sobre el cauto Perón— es la “atemporalidad” de la relación, ya no sujeta a los movimientos confusos y quebradizos que ofrece la escena argentina sino a lo “medular” de las grandes líneas históricas de transformación social. Para emplear un concepto que Perón después popularizaría, este diálogo se torna “desencarnado”, pues ya no le pertenece la musculatura calcárea de la política argentina tal como se hace en la cotidianeidad del peronismo “subespecie burocraticorum”, sino el espacio quizá platónico de la relación trabada por dos estrategias que divergen en un retirado jardín de turbulentas delicias. Cooke, con todo, se queja. Una de sus últimas cartas, del 66, informa sobre la Conferencia Tricontinental de La Habana,²¹ e indica:

19. Otra carta “cubana” de Cooke le hace llegar a Perón una reflexión sobre lo que llama el “fetichismo del líder”. El “nombre mágico” de Perón, le dice a Perón, cambia lo que debe ser fuerza real y significado histórico, por un simple conjuro emotivo, sentimental. Y eso lo debilita, le dice Cooke a Perón. “Son fanatismos tribales que tanto perjudican al pueblo como al ídolo que se inventa en lugar del hombre de carne y hueso”. El peronismo debía “tomar un conocimiento teórico y práctico universal”. Perón gustaba de sentirse “desencarnado”. Cooke lo quiere “humano”, pero “reencarnado” en la historia de las revoluciones mundiales. Es difícil imaginar lo que debía sentir el exiliado de Puerta de Hierro ante las atrevidas reflexiones de alguien que lo seguía llamando “jefe” y que le pedía cambios tan desmesurados en su filiación conceptual y existencia, haciéndolo casi coloquialmente, en la fruición de un *tete-a-tete* que las divergencias no inhibían.

20. Una carta de Perón al “Bebe” cubano protesta por ciertos juicios descalificadores hacia él atribuidos a dirigentes cubanos. “He comprendido su error pero no todos los dirigentes peronistas tienen mi cancha y naturalmente han sido influenciados negativamente por esas declaraciones”, dice. Aun así, agradece la “tarea apostólica” de Cooke, a quien sigue considerando “un predicador de la verdad peronista”. Perón no había conseguido en Cooke una suerte de padre eterno sustituto, pero no se resigna a dejarlo sin trabajo: le reconoce entonces su “apostolado”.

21. La presencia de Cooke en Cuba tiene un desenlace fundamental en su destacada participación en la Conferencia Tricontinental de La Habana, en 1966. Antes de eso, habiendo rechazado Perón su instalación en Cuba pero no la ayuda cubana, Cooke favorece las gestiones de Villalón, quien representando a Perón entabla ciertas negociaciones con los funcionarios cubanos para vender tabaco en Europa con beneficios para el Movimiento Peronista. Cooke protesta ante Perón por la falta de seriedad de Villalón, quien en París, dice, había elogiado a la OAS —la derecha militar colonialista— y en Cuba se revistió de un revolucionarismo carnavalesco. Con ello buscaba encubrir una senda de aprovechamiento personal en la línea de ayuda que los cubanos habían abierto especialmente para Perón. Resultó de ello un gran descontento de los cubanos. En cuanto a la Tricontinental, Cooke le dice a Perón: “Se me encoge el corazón que usted, que planteó como posibilidad histórica de este período una política común al mundo que comienza a ser alumbrado,

Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto. Usted procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética. Pero, aunque usted sea invulnerable a mis razones, lo que indudablemente me reconoce es que no tengo reservas en exponerlas, que soy claro en mis puntos de vista y que las pocas veces que le escribo, comienzo por demostrarle mi respeto al no hacerme el astuto, disimular propósitos o disfrazar concepciones.

Habían usado nombres falsos, se habían llamado Ruperto y Teodoro, Vidal y Pecinco, Zabaleta y Gerente..., habían imaginado un nuevo poder popular en la Argentina, juntos. Y por sobre todo, habían hecho circular en sus cartas todo el drama del conductor, que debía hablar y al mismo tiempo dejar abierta la ventana de lo apócrifo, que proclamaba el reinado del caos y llamaba a mantener las formas severas del orden de conjunto, que protestaba por la cruda insinceridad de la política y desparramaba astucias por doquier. Ese drama solo podía encerrarse en una cáustica pregunta: ¿había para el conductor un lugar sin astucias, un lugar sedante y despojado donde el habla del político contase apenas con su resonancia literal y significase una sola cosa y apenas esa? Si esta pregunta informa de un modo pertinente sobre este drama, quizá pueda pensarse que ese lugar solo podía encontrarlo Perón en el diálogo con su “primer delegado” y jefe de Operaciones, ese Cooke con el cual los senderos ya se habían bifurcado.

No era fácil escribirse en esas condiciones. “Hacía tiempo que no le escribía —dice en otra oportunidad Cooke— de lo que usted tal vez se alegrase...”. Las protestas de cariño —palabra de Cooke— van sucediéndose sin que disimulasen la pesada tarea que era escribirse. Es cierto que Perón no debía alegrarse al recibir

no esté presente... Usted, que concibió esto antes de que ocurriese”. Sin duda, es una de las más patéticas frases que Cooke escribe a Perón. Sin embargo, no era una completa ausencia, “... porque el peronismo es una realidad del continente y porque la Argentina hablará a través mío, es decir, un peronista”. Y agrega: “No soy su representante oficial... yo no puedo hablar *como* Perón, de la misma manera que no puedo suplantar a Perón en su liderazgo de masas. Pero lo esencial de lo que diga, el timbre de las voces que hablan de clamores profundos, el sentido histórico, eso sí, espero que sea auténticamente su pensamiento en lo que tiene de visión trascendental y de visión histórica, valores que la modestia de mi persona y mi menor elocuencia no atenuarán ni le quitarán vibración revolucionaria”. ¿No vemos aquí el Cooke del resto de la *Correspondencia*, tal como ella se inicia, y tal como la examinamos en este artículo, midiéndose con Perón y evocando el tema poderoso de la sustitución del líder, imposible por un lado, pero posible de ser hablada con él por otro? Solo Cooke supo lamentarse ante Perón de las ausencias de Perón en el escenario que Cooke pensaba que más lo realzaría. Y solo Cooke sintió lo irreal que era un reemplazo del cual el propio Perón tanto había hablado, poniéndolo tan remotamente cerca de él. Perón responde esa carta, cruzándola con un “muy confidencial y para usted solo”. ¡Así hablaban en los viejos tiempos! Y le agradece el informe sobre la Tricontinental. “Es indudable que el mundo se mueve en la dirección justa y acertada que hace muchos años venimos predicando los peronistas”, le dice. Y se lamenta que no aparezca un “águila en las nuevas generaciones argentinas”. Seguía buscando al “joven maravilloso”. Sin embargo, concluye Perón manifestando su fe en la Juventud Peronista. Además, le anuncia esperanzado el viaje de Isabel hacia Buenos Aires. Esa es la última carta de Perón. Sigue una de Cooke y se cierra entonces el largo epistolario.

noticias de su incómodo corresponsal habanero que hacía circular su foto vestido con el uniforme del Ejército Rebelde, del cual participa, repeliendo la invasión de Bahía Cochinos como miliciano bajo el N° 1331 en el Batallón 134. Pero también es cierto que no deja en ningún momento de reconocerlo como interlocutor aureolado de aquella “pureza” que en el 56 lo había llevado a “poner el ojo” en él, lo que también ya casi en el cenit, le dicta las palabras con que responde a un corresponsal de la BBC de Londres: era 1973 y Perón se instalaba en Gaspar Campos con aquellas calles laterales llenas de gente. “¿Cooke? Cooke fue un pro-hombre de nuestro movimiento”.

Una carta de 1966 —Perón en Madrid para Cooke en París— contiene una letanía sobre el “arte de conducir”, que lleva de inmediato a la pesimista cuestión del “hombre político”. Dice Perón: “Al final, no hay hombres buenos ni malos, más bien todo depende de las circunstancias, aunque para conducir es siempre mejor pensar que muchos son malos y mentirosos”. Tema circular en el viejo General, condenado a pensar animadamente sobre la marca caótica de toda realidad, queriendo modelarla, y sobre las infinitas máscaras de la acción política, queriendo desnudarlas despechadamente en lo que podrían tener, quizá, de inteligentes y verdaderas antes que de falsas y mentirosas. Un escritor argentino empecinadamente alejado de este mundo soberbio y alucinante de revoluciones, seguía por su parte tejiendo sus inacabables reflexiones sobre esos mismos tientos temáticos —el caos, lo apócrifo, el destino, la esquivada verdad y la finitud gloriosa de las cosas— como el involuntario eco que la literatura le ofrecía en contrapunto a la historia política argentina.²²

22. Ya habrá adivinado el lector de quién se trata. Esos temas de Borges, son los temas de Perón. Caos, destino, la fatal interferencia del “otro” fantasmal que se origina en nosotros pero nos niega... Ana María Barrenechea, en su clásico *Expresión de la irrealidad en la obra de Borges* observa que en él hay una preocupación central, la convicción de que el mundo es un caos imposible de reducir a ninguna ley humana. ¿Es preferible el caos o el orden? Perón fluctuó, seductor y seducido entre las dos categorías. En una de sus primeras directivas a la *Resistencia* (1956, ver *Correspondencia*, volumen II, Apéndice Documental), Perón llama a organizar una “sociedad discreta” denominada *Justicia del Pueblo*, cuyas obvias iniciales él mismo aclara en un paréntesis (JDP). Esa sociedad se compondría de “sectas” cuyos ingresantes debían pensarlo bien “pues no podrán desertar después”. Cada una de esas “sectas” debía tener datos y domicilios de los “enemigos del pueblo”, que serían “condenados” con “aplicación de penas con la cooperación de los hermanos de las demás sectas”. Cada hermano recibiría un número en clave para reconocerse. El ingreso se haría en “...ceremonia presidida por los hermanos dirigentes y el ingresante jurará allí ‘Odio eterno a los enemigos del Pueblo’, recibiendo una pequeña credencial de reconocimiento y se leerán las obligaciones que contrae con la institución”. Documento inconfundiblemente peroniano, de inspiración masónica y que tiene detrás de sí tanto a Erdosain como al *Plan de Operaciones* de Moreno. Es difícil creer que se concretara alguna vez en esos términos, pero es fácil sentir aquí la severa evocación de la cuerda violenta que la historia política argentina le ha reservado y provisto a todos por igual. En el célebre cuento de Borges, “Tlön Uqbar Orbis Tertius” un mundo ordenado y riguroso podía llegar a reemplazar el mundo conocido de los hombres, pieza por pieza. Tal sustitución solo podía originar “esperanza o temor”. Se espera el “orden”, pero no puede dejar de sentirse la ingenuidad de ese orden cuando se ha sido amigo y partidario de la vindicta y el caos. Está en toda la literatura de Borges y en la saga de Juan Perón.

En esta misma carta que citamos le dice al “querido Bebe”: “Isabelita a quien preparé durante diez años, está allí en acción”. Se trataba del viaje de Isabel Perón para mediar en las elecciones de 1966, en ese caso contra la candidatura mendocina que apoyaba el vandomismo. Fracaso pedagógico de Perón,²³ lugares vacíos que dejaba ese Cooke que luego se convertirían en el territorio donde se sitúan reemplazos y tentaciones. Vendrán después los Montoneros, malos lectores de la misma historia argentina que dijeron hacer retornar justiciera por sus manos. Ellos se incorporarán “deshistorizados” al mismo conjunto de dilemas, lenguajes y dramaturgias que en la *Correspondencia* había exigido tanto tacto, tanta sutileza.

La *Correspondencia* Perón-Cooke es en verdad un vasto documento sobre la revolución en la Argentina, servido por un tejido de valoraciones y juicios sobre las cosas, que en el rápido tacleo de las máquinas de escribir —o de la tinta simpática— con que eran elaborados traducían las resonancias de los pensamientos políticos más sugestivos de todos los tiempos. (Y por los cuales se podía inferir si valían o no valían la pena los sacrificios, arabescos y equívocos en los que se metían los que vuelta y media escribían la palabra historia con la primera letra “mayusculada” por la Olivetti portátil). Obra clásica compartida, la *Correspondencia* nos permite medir hoy la enorme distancia —no ya de circunstancias y contextos, lo que es obvio, sino de opciones teóricas, antropologías políticas y tamaños de vida— que va desde aquella carta hasta estas parlerías de hoy, que no siendo innecesarias, no siempre nos demuestran ser sustanciales.

Perón pensando su muerte y herencia (lo que siempre hizo, llegando finalmente a la cruda frase del 12 de junio del 74),²⁴ Cooke forzando el contacto

23. Hasta el final, Cooke manda saludos para Isabel; hasta el final, Perón manda saludos para Alicia Eguren. Desparejo destino de ambas mujeres. Isabel es el mayor fracaso pedagógico del pedagogo Perón. “Durante diez años la preparé”, le dice Perón a Cooke. Es la última carta de la *Correspondencia*, la que muestra al desnudo el pasaje del Cooke-heredero al que él no había preparado (sino “puesto el ojo en él”) a la Isabel-heredera-alumna. Esa “última carta” quería anunciar, al fin, la oscura declaración de independencia que deseaba Perón frente a Cooke, el Joven Maravilloso que implacablemente conspiraba contra su propio destino de Sucesor planteándole a Perón dilemas irresolubles pero tentadores. Porque Cuba descifraría la “esfinge Perón”, la haría revolucionariamente más potente, quizá, pero la cotejaría al borde del malecón y de la casa de Hemingway con las estrellas ascendentes de Castro y Guevara. Nunca hubiera Perón sensatamente ido a La Habana. Al contrario, la comparación con el decrepito Franco lo beneficiaba, en una Madrid en la que Perón ya era nombre de avenida. Perón se va de España sin saludar a Franco. No se hubiera podido ir de La Habana sin cargar condicionadoramente con el abrazo de Fidel antes de tomar el “charter” —imposible escena— y un “Che” que aún lo miraría, socarrón y escéptico, desde el enorme retrato pintado, de boina, rostro argentino y ralos bigotes caídos, en los edificios cercanos al aeropuerto. Ahora Isabel dice: “tengo derecho a rehacer mi vida”. Último acto de la toma de conciencia de la alumna fracasada.

24. El tema de la “herencia” es constante en Perón. Una de sus primeras cartas a Cooke le dice: “... nuestros hijos espirituales sabrán realizar lo que nosotros no pudimos hacer”. Finalmente, desaparecerá esa idea del delfín maravilloso, hijo no biológico que llevaría su bandera al triunfo. Cuando dice “mi único heredero es el pueblo”, resuelve la herencia con una abstracción, y al sentir que ya se va, elabora un intercambio de reciprocidades, en la que a cambio de la “música más maravillosa” que él

del peronismo con la modernidad; Perón entrenando los instrumentos conceptuales del “arte de conducir” fuera del Estado, en un suelo de transformaciones mundiales donde se topa con un Mao, un Che, una Argelia independiente (lo que le exige aquellos infinitos malabarismos, ora festejados como sabiduría, ora condenados por incoherentes), Cooke cerrando sus trabajos con un final escéptico y quien sabe desencantado,²⁵ —los dos conforman el “histórico tablado”, la maratón discursiva que puntúa el momento más lírico del peronismo y al más feliz de los luchadores.

Claro: vistas esas cartas desde el punto de vista de lo que ellas “encerraban como virtualidad”,²⁶ se podría decir que ni Cooke acertaba con su vía regia cubana, ni Perón en su ensueño de “llegar con todos”. El joven muere antes y el viejo, que quería dejarle todo, lo sobrevive y se va incompleto y airado. Eso ya fuimos nosotros quienes lo vimos. Modernidad, revolución, originalidad nacional e ideologías de época, ya no pudieron ser pensadas en común. No es cierto ahora que debamos ser continuadores del pasado que no fue. A fuer de verdad, nunca nadie lo es, por más que diga escuchar “lejanos mandatos”. En ese caso, mal se busca ser “nuevo” bajo ropajes antiguos que parecerían más dignos. Mejor sería reconocer rupturas, saber que somos otros, pero que cabalmente lo seremos si conseguimos releer esas voces antiguas, muy terribles, sin advenedizos temores. ■

se lleva, deja a todos y a nadie su sistema de palabras acariciantes en manos múltiples, convidadas así a no sentirse “hijos espirituales” para que él pudiera completarse al fin con su propia biografía ya consumada y solo con ella.

25. En una hoja de cuaderno escribe a su esposa que no quiere “personal eclesiástico” a su lado, en el lecho de muerte. “Ni aun los curas amigos”. Dona sus restos a los estudiantes de Medicina. Final positivista, laico, quizá despedido, y con cenizas esparcidas —eso sí— en el Río de la Plata.

26. En opinión de Carlos Altamirano —expresada en una animada discusión realizada en el Club de Cultura Socialista entre miembros del mismo y redactores de la revista *Unidos*—, la insistencia en reconocerle al peronismo “virtualidades” contrastantes con sus opacas realidades de hoy, pondría un dato infructíferamente “irrealizante” en las tareas políticas del presente, acercándolas al “hecho maldito” cookiano. Correcta descripción de una situación que Altamirano parece no compartir. Sin embargo, ella puede ser vista, es nuestro caso, favorablemente. Faltaría aclarar, es cierto, que reponer ahora la cuestión del “peronismo virtual” no debe significar la continuación fisiológica del último punto de la serie en que se interrumpió el antiguo llamado revolucionario. Somos diferentes. Pero también es diferente la forma en que somos diferentes, al insistir en que estos temas no caigan de nuestras preocupaciones o que se conviertan en objetos culturales de una “década del sesenta” encapsulada en vitrinas museísticas. No somos, no podemos ser cookistas, pero no ocurrirá nada interesante si el presente traza una muralla china contra las virtualidades no consumadas del pasado. Entonces, hay una forma ideal de ser “cookistas”, que también es la única que permite ser hoy peronistas, y que consiste en pensar que en la historia hay siempre algo más que nos excede y que no sabemos explicar, pero también es irreprimible el deseo de negarla en la que ella también nos niega, esas transformaciones que se prometieron y que nadie realizó.

DEUDA EXTERNA: ¿POR QUÉ NUESTROS GOBIERNOS NO HACEN LO OBVIO?

Guillermo O'Donnell

I. ¿EN QUÉ ESTAMOS?

“La unión hace la fuerza”. Aunque este dicho no es incondicionalmente cierto, siempre ha sido el criterio que motivó la organización de los débiles, para aliviar al menos esa debilidad. Vale también, hoy, para los países deudores. Las razones, de sentido común, son dos. En primer lugar, presentar un frente común ante los acreedores aumentaría la capacidad de negociación de todos y cada uno de los deudores. Segundo, los acreedores están bien organizados: han formado su “club” o “cartel”, dirigido por comités manejados por los grandes bancos, tienen su “secretaría general” y mecanismo de presión sobre los deudores en el Fondo Monetario Internacional, y cuentan con el decidido apoyo de sus gobiernos.

Sin embargo, la alianza de los deudores, de la cual tanto se ha hablado y que ilusionó a algunos de nuestros gobiernos al comienzo de su gestión, parece lejos de concretarse. Para entender esto, y para pensar nuevas posibilidades, tal vez convenga usar algunos elementos que, sobre teoría de juegos y de coaliciones, ha desarrollado la ciencia política. Dicho sea de paso, todo indica que esos elementos son conocidos y utilizados por los acreedores.

Comencemos por el hecho de que se trata de una negociación en la que nos interesa pagar lo menos posible, en el mayor plazo posible y con la menor interferencia posible sobre el crecimiento económico de nuestros países. Toda negociación incluye acuerdos y, también, amenazas más o menos explícitas de lo que cada una de las partes podría hacer contra los intereses de la otra. Igual que en el póker, siempre hay un elemento de *bluff*, pero a la larga no se puede ganar si uno siempre tiene cartas perdedoras. En otras palabras, además de un importante componente de habilidad y audacia, toda negociación se desenvuelve en el contexto de una relación de fuerzas.

Si partimos de la base de que, por más que se diga, la posición de deudor es más débil que la de acreedor, y que estos últimos están organizados y los primeros están

desunidos, poca duda puede haber acerca de hacia dónde se inclinarán los resultados de la negociación de la deuda externa. Pero, felizmente, no se trata de *una* negociación que surte efectos de una vez para siempre, sino (en parte debido a las exorbitantes consecuencias que resultan para los deudores de la relación de fuerzas en la que están inscritos) de un proceso, de una serie de renegociaciones acerca de cómo y cuándo ir pagando la deuda externa.

Dentro de ese proceso, es de claro interés de los acreedores evitar transformaciones en el poder relativo de las partes, es decir, impedir que los deudores se organicen. Para ello los acreedores pueden hacer, y han estado haciendo, varias cosas. Primero, protestar estentóreamente contra los intentos de organizar “clubes” de deudores, por supuesto sin que les preocupe (ya que no se trata de lógica sino de poder) la incongruencia de esas protestas con su propia organización. Segundo, insistir que la cuestión es puramente “técnica” y “económica”, tal como si se tratara, “simplemente”, de un contrato de derecho privado —lo cual excluye la “politización” que implicaría el que los deudores se unan en su condición de Estados nacionales cargados de irrenunciables responsabilidades hacia sus poblaciones. Tercero, amenazar con severas sanciones a los deudores que rompan los términos de la situación no pagando la deuda o pretendiendo definir unilateralmente las condiciones en las que pagarían.

Todo esto es obvio, tanto que, planteado así, asombra que los deudores no hayan ya hecho su propia alianza. Los que no son tan evidentes son los mecanismos mediante los cuales los acreedores están logrando que esa alianza no ocurra. Las razones obedecen a una estricta lógica de teoría de juegos. El tema, primero, es el de la verosimilitud de las amenazas que cada uno puede hacer al otro y, segundo, el del cálculo de costos y beneficios que cada uno hace, respecto de sí mismo y de la otra parte, para el supuesto de que tal o cual amenaza se cumpla. La mayor amenaza del deudor es, simplemente, no pagar. La mayor amenaza del acreedor es excluir a ese deudor de la “comunidad internacional”: cerrar créditos para importación, prohibir exportaciones del deudor y confiscar sus bienes en otros países, entre otras sanciones. El cumplimiento de esta amenaza implicaría costos para los acreedores: no solo dejarían de cobrar lo que pretenden sino que también incurrirían en el lucro cesante de dejar de hacer negocios con ese deudor; además, llegado a ese punto de conflicto, sería previsible que este confiscara los bienes del acreedor que se encuentran en su territorio.

El problema gira alrededor de la “ecuación de disuasión” tendiente a mantener al deudor en la actual relación de fuerzas. Aquí interviene el problema del aislamiento del deudor, ya que si este, en lugar de no pagar, o de redefinir unilateralmente cómo se propone pagar, consiguiera aliarse a otros en similar situación, esa ecuación cambiaría radicalmente. Si el gobierno del país X decide unilateralmente no pagar o redefinir cómo pagaría, tiene la obligación frente a su propia población (si es un gobierno democrático, al menos) de, primero, prever

que severas sanciones como las arriba mencionadas serán aplicadas y, segundo, explicar esas consecuencias a la población y de alguna manera consultarla. Esto vale también por razones muy prácticas: si las sanciones se aplican y resultan serias penurias económicas, y si (como también sería obligatorio prever) esas sanciones y penurias radicalizan fuertemente el proceso político interno, ese gobierno no podría ignorar, en sus cálculos previos a aquella decisión, que de ello seguirían, con alta probabilidad, una o las dos de las siguientes consecuencias: las dislocaciones económicas y sociales que producirían las sanciones —a pesar de previsibles euforias iniciales— implicarían su suicidio político, o inaugurarían un proceso revolucionario. Ninguno de los gobiernos latinoamericanos actuales muestra tal vocación suicida ni revolucionaria, máxime cuando esas dislocaciones ocurrirían a partir de la grave crisis que nuestros países ya atraviesan. Ante tales previsiones es razonable que estos gobiernos lleguen a la conclusión de que es menos costoso seguir renegociando, aunque sea en una situación de extrema debilidad, que lanzarse a una ruptura con los acreedores. Esto es, me temo, evidente para los acreedores —dicho en otras palabras—, la mayor amenaza de los deudores no es verosímil y, por lo tanto, no es útil como elemento de presión en la negociación.

¿Es, en cambio, verosímil la amenaza de los acreedores de aplicar esas sanciones? Ciertamente lo es, y este es el desequilibrio fundamental en el que se refleja la relación de fuerzas existente. En efecto, si el país X deja de pagar los acreedores deben contrapesar el costo que implicaría para ellos aplicar esas sanciones con el costo de no hacerlo. En este supuesto está comprometida, en el cálculo que deben hacer los acreedores, toda la deuda de todos los deudores: si el país X se sale con la suya al no pagar (o redefinir unilateralmente) y no ser sancionado, aumenta fuertemente la probabilidad de que otros deudores hagan lo mismo. Es decir, por grande que sea la deuda del país X y por altos que sean los costos que implicaría aislarlo económicamente, ellos serían menores que los que traería consigo para los acreedores la propagación de semejantes decisiones a otros países. Aún más: en ese supuesto sería de interés para los acreedores no solo aplicar sanciones a X sino también hacerlo con la máxima severidad, de manera que X sufra las más graves consecuencias posibles, ya que cuanto más lo sean más eficaces serán para disuadir a otros de seguir su camino. Por lo tanto, los deudores no pueden ignorar que es probable que los acreedores tengan el as de triunfo que dicen tener. Este, como vimos, no es el caso de cada deudor considerado aisladamente.

Pero los costos y beneficios para los acreedores de la ecuación de disuasión se modificarían en la medida en que ya no sea solo X sino X...N los países que concertadamente amenazan con dejar de pagar o con redefinir unilateralmente sus pagos. En tanto esa conjunción aumenta la deuda en juego, así como el lucro cesante que los acreedores sufrirían al dejar de operar con esos países, aumenta el costo de sancionar a estos en relación con el beneficio de disuadir a los restantes. Cuando ambas curvas se intersectan, la relación de fuerzas se transforma

fundamentalmente: pasa a ser verosímil que en conjunto esos deudores —pero, insisto, solo en conjunto— realmente tienen, y pueden llegar a jugar, la carta de su máxima amenaza.

Frente a una situación como esta, la teoría de juegos predice que la meta principal de la estrategia de acreedores que actúan racionalmente no sería —como se suele suponer— optimar a cada momento su capacidad de extraer pagos de los deudores. La meta principal (o, al menos, la restricción a la que debe obedecer aquella optimación) es mantener vigente la actual ecuación de disuasión y, con ella, la relación de fuerzas en la que se sustenta. Como veremos, tener esto en claro puede tener importantes consecuencias prácticas.

Para que los acreedores logren su meta deben satisfacer dos condiciones. La primera se relaciona con ellos mismos, y es la de su propia organización en un club o cartel. En efecto, es crucial para ellos disciplinarse, garantizando que ninguno intentará optimar a corto plazo sus cobros o, lo cual es lo mismo, garantizando que en el trato con los deudores prevalecerá el interés dominante de no provocar el cambio de la ecuación de disuasión. No es accidental que los comités que se ocupan de cada uno de los países deudores sean dirigidos por los principales bancos acreedores, ni el papel crucial que representa el FMI: ambos están prácticamente forzados a tener una visión de medio y largo plazo, frente a los acreedores pequeños para quienes su crédito implica una pequeña parte de su patrimonio. Si así no fuera, la presión de los últimos podría llevar a suficientes deudores a tal desesperación que podrían estar dispuestos a asumir cualquier costo con tal de no pagar. Adviértase, además, que al actuar concertadamente y así maximizar su capacidad de presión manteniendo la relación de fuerzas existente, los bancos acreedores y otros segmentos del capital transnacional pueden aumentar grandemente sus beneficios en actividades aparentemente desconectadas de la deuda externa. Esto resulta de la capacidad de presionar duramente a los gobiernos deudores para que, por ejemplo, permitan a ese capital el acceso a mercados o actividades internas que de otra manera esos gobiernos no hubieran permitido. Esta es la prenda de “buen comportamiento” que los acreedores exigen para aceptar postergaciones de los pagos de la deuda que de todas formas, como vimos, no es de su máximo interés optimar a corto plazo. De esta manera es probable que nuestros países estén pagando un pesado tributo que en realidad se origina en la deuda externa pero que, como esa relación es oscura, no es atribuido a ella y, por lo tanto, no entraña para los acreedores el riesgo de que se ponga en cuestión la relación de fuerzas en la que se origina ese mismo tributo.

En cuanto a los deudores, la condición consiste en encerrarlos y mantenerlos en el llamado “dilema del prisionero”, cuya estructura paso a explicar en lo que más directamente interesa a nuestro tema. Conviene advertir, para comenzar, que el cálculo del severo perjuicio que les causaría la formación de una alianza de deudores suficientemente “pesada” como para intersectar el cálculo de costos y beneficios

mencionado, hace racional que los acreedores, con el propósito de impedir la formación de esa alianza, estén dispuestos a hacer “pagos” relativamente importantes a ciertos deudores. Por el lado de los deudores, esos se llaman “pagos laterales”: beneficios individuales que algunos pueden percibir en compensación por actuar de conformidad con la estrategia de los acreedores; dicho de otra manera: sobornos para no actuar conforme al interés del conjunto de los deudores.

Recapitulemos la situación. Por el lado de los acreedores, es racional hacer pagos laterales para impedir la alianza de los deudores. Esto es aún más cierto porque en general no se trata de pagos sino de aceptar postergaciones de cobros que los acreedores no ignoran que de todas maneras sería muy difícil percibir en el plazo y que, si lo intentaran, correrían el riesgo de instar a deudores desesperados a correr el riesgo de formar su alianza. Por el lado de cada deudor (más precisamente del gobierno de cada deudor), vimos que es poco verosímil la amenaza máxima de no pagar o de redefinir unilateralmente la deuda. Pero le queda otra amenaza: formar el “club” de deudores. Para que a su vez esta amenaza sea verosímil ese deudor tiene que reunir las siguientes condiciones: (a) unirse a otros deudores que en conjunto tengan peso suficiente como para intersectar la curva de costos y beneficios de los acreedores, ya que a partir de ese punto no será racional para estos sancionar con máxima severidad a esos deudores; (b) tener alto grado de confianza que esos otros deudores lo acompañarán en ese camino; y (c) haber dado señales claras (aunque no necesariamente públicas) como para que su propia intención sea verosímil y otros deudores puedan responder a ella.

Tras estos enunciados se ocultan problemas que los acreedores pueden aprovechar. El primero es que es precisamente a los deudores que parecen estar moviéndose hacia una alianza (no a todos, basta con un número tal que la alianza no tenga suficiente peso) a los que es racional ofrecerles pagos laterales. Por parte de cada uno de estos deudores la situación se presenta de la siguiente manera: si acepta esos pagos estará mejor que antes de haber parecido predispuesto a promover o participar en la alianza de deudores; dicho de otra manera, la verosimilitud de esa amenaza resultó, o fue desde el comienzo, un buen instrumento de negociación, pero el precio pagado es la permanencia de la relación de fuerzas y, consiguientemente, de la ecuación de disuasión preexistente. Además, que ese deudor debe pesar las ventajas inmediatas y tangibles de recibir pagos laterales contra los beneficios mediatos de la formación de la alianza, y que el saldo neto de esos beneficios será función de algo que no puede prever enteramente —las reacciones de los acreedores.

Si, por el contrario, el deudor rechaza el pago lateral y sigue adelante con sus intenciones, no puede ignorar que la táctica de los acreedores consistirá en ofrecer pagos laterales a otros deudores. Esos pagos, además, aumentarían en la medida en que aquel deudor avanzara en el logro de su meta. Como esos pagos podrían llegar a ser realmente significativos para algunos deudores, hasta el último momento ninguno de los primeros podría tener seguridad de que lograría

formar una alianza suficientemente contundente. Si se produjeran deserciones, los deudores que quedaran atados a una alianza de peso insuficiente sufrirían las graves sanciones mencionadas al comienzo —con lo cual quedarían en la peor de las situaciones posibles. En cuanto a los desertores, su situación habría mejorado pero, como ya señalé, al precio de ratificar una relación de fuerzas que les es extremadamente desfavorable. Este es, en relación con la deuda externa, el “dilema del prisionero” en el que estamos encerrados y en el que es racional que los acreedores tengan máximo interés en mantenernos.

Este dilema no puede romperse mediante decisiones secuenciales: si el país X “va al frente” esperando que Y y Z lo sigan para formar una alianza suficientemente fuerte, no puede dejar de calcular que, en este supuesto, aumentarán aún más los pagos laterales que los acreedores están dispuestos a hacer a Y y Z. En ese caso X podría estar lanzándose al abismo solo para aumentar los pagos laterales percibidos por los desertores; las repetidas —y fallidas— exhortaciones al estilo “atrevámonos todos pero vayan ustedes primero” reflejan esta situación. Como también lo señala la teoría de juegos, el dilema solo puede ser roto, primero, mediante el establecimiento de comunicaciones altamente confiables entre los posibles socios y, segundo, mediante una decisión simultánea de todos ellos. En la segunda parte de esta nota veremos si por este camino es posible llegar a conclusiones algo más alentadoras.

II. ¿ES POSIBLE HACER ALGO?

En la primera parte de esta nota vimos que nuestros países, en términos de la deuda externa, están encerrados en “el dilema del prisionero” y que la estrategia dominante de los acreedores es, racionalmente, mantenernos en ese dilema. Vimos también que si hay un camino de salida, debe hallarse por el lado de establecer comunicaciones fehacientes entre los deudores, en dirección al anuncio y formalización simultáneas de su alianza y de las principales decisiones que esta ha tomado respecto de la deuda de esos países. Para explorar este posible camino conviene elaborar un poco más una observación hecha en la primera parte de esta nota. Dado el grave perjuicio que implicaría para los acreedores la formación de una alianza suficientemente importante como para que sea demasiado costoso aplicar severas sanciones a todos sus miembros, los pagos laterales que los acreedores están dispuestos a hacer para impedirla crecen velozmente en la medida en que la formación de esa alianza parezca probable e inminente.

Esto —además de que, como ya vimos, hace siempre posible que alguien “traicione” a último momento y deje a los otros en una alianza de peso insuficiente— plantea el problema del proceso mediante el cual se llegaría a la formalización de la alianza. Si, por ejemplo, los gobiernos de los países X... N concuerdan en declarar conjuntamente una moratoria de cinco años y luego pagar la deuda a plazos e intereses que también deciden en común y sin previo consentimiento de

los acreedores, tienen claro interés en que las negociaciones entre ellos, así como el trabajo previo interno en cada uno de ellos, se hagan en el mayor sigilo. Si los acreedores conocen esos pasos es predecible que redoblarán sus esfuerzos por lograr deserciones, así como por movilizar a los sectores internos en cada país deudor que por diversas razones se opondrían a aquella alianza. También debería preverse que los acreedores y sus gobiernos aplicarían algunas “sanciones preventivas” para disuadir a los deudores. Todo esto significa que, sobre todo en la medida en que sea conocido, el proceso de formación de la alianza estaría lejos de ser libre de costos políticos y económicos. Pero si consideramos que las negociaciones exigirían viajes y comunicaciones internacionales de importantes personajes de los países deudores, vemos que es improbable que ese proceso pase inadvertido para los servicios de inteligencia de los países acreedores. Además, y sobre todo, el secreto de las negociaciones y —por lo tanto— el carácter inevitablemente inconsulto de una decisión que, como la de formar la alianza de deudores, no puede dejar de implicar riesgos e incertidumbres (y eventualmente costos) considerables para la población, sería escasamente congruente con el carácter democrático de buena parte de los gobiernos que podrían formar esa alianza en América Latina.

Lo recién anotado plantea el problema del quién y cómo de los representantes de cada uno de esos gobiernos daría a los otros seguridad de que tiene real capacidad de comprometer a su gobierno (y país) en la alianza; si así no fuera, cada uno tenderá a calcular que el riesgo de deserción es demasiado grande, lo cual, por sí mismo, aumenta ese riesgo. ¿Podrían invocar esa capacidad los ministros de Economía o de Relaciones Exteriores? Claramente que no, porque mañana pueden ser demitidos o desautorizados. ¿Los presidentes? Es difícil que los actuales de nuestros países sientan que tienen responsabilidad y facultades tan cesaristas como para asumir solitariamente esas responsabilidades. ¿El Parlamento, como instancia originaria o ratificadora de iniciativas presidenciales? Esto se acercaría a la letra y al espíritu de la democracia constitucional, pero haría difícil —si no necesariamente predecir el resultado de las decisiones parlamentarias— asegurar la indispensable simultaneidad de decisiones de todos los países que en ese acto formarían el club. ¿Un referéndum popular? Probablemente sería el medio más apropiado (si es que no hay impedimento constitucional para ello en algunos países), incluso porque se podría celebrar simultáneamente en todos esos países. Pero adviértase que las instancias más adecuadas para tomar la gran decisión (alguna combinación de autoridad presidencial y parlamentaria, eventualmente también con un referéndum) entrañan un período bastante considerable. Esto agudiza el riesgo de vulnerabilidad a los intentos de soborno y diversas presiones de los acreedores, sobre todo si se considera que, como vimos, cada gobierno comienza a incurrir en costos considerables para sí y para su país desde el momento en que lanza ese proceso decisorio, antes de tener seguridad de que la alianza se llevará a cabo. Si por cualquier razón fuere necesario echarse atrás (por ejemplo,

porque en ese lapso desertaron países indispensables para que la alianza tenga peso suficiente) aquellos costos se habrían incurrido solo para agudizar los conflictos internos, desmoralizar a los que apoyaron a esos gobiernos, y beneficiar a los países desertores con los importantes pagos laterales que en ese supuesto recibirían. Claro está, este riesgo es menor en el caso de negociaciones secretas inesperadamente anunciadas; pero ya vimos que es improbable que ellas puedan ser ocultadas a los acreedores y, además, que ese secreto no es fácilmente conciliable con el funcionamiento de un régimen democrático.

No son estos los únicos obstáculos que habría que sortear. En el supuesto de que se haya llegado a la formación del “club” o alianza de deudores, debe partirse de la base de que este sufrirá las presiones centrífugas propias de todo cartel u oligopolio. En efecto, para lograr las metas buscadas no basta ni mucho menos con la creación de la alianza. No menos importante es que esa alianza se mantenga por todo el tiempo envuelto en la decisión de moratoria y posterior reformulación de los pagos de la deuda externa (que no puede dejar de abarcar un período relativamente prolongado, si es que esa alianza tiene sentido para los deudores). Volviendo a la primera parte de este trabajo, consideremos el mejor supuesto. N países deudores han logrado formar una alianza de peso suficiente como para que, como aquellos han calculado correctamente, los acreedores (incluso el FMI y sus gobiernos) evalúen que, aunque esas alianzas les causen muy serios perjuicios, serían aún mayores los costos que para ellos mismos resultarían de aplicar a esos deudores sanciones de máxima severidad (y que, como vimos, los acreedores probablemente no vacilarían en aplicar si aquella alianza no tuviere suficiente peso).

En otras palabras, mediante su alianza los deudores habrían logrado salir del dilema del prisionero. Pero, por eso mismo, la táctica racional de los acreedores es tratar de volver a encasillarlos en ese dilema. Para ello estos contarían con una base importante a partir de la que, con alta probabilidad, aunque no usen al máximo su capacidad de represalia, no dejarían de aplicar algunas sanciones a esos países. Esas sanciones tendrían consecuencias diferenciales en los países deudores, según fueran su estructura económica, grado y tipo de industrialización, y características de sus principales exportaciones, entre otros factores. También, según el equilibrio de fuerzas políticas e ideológicas en cada país, consecuencias semejantes podrían ser interpretadas y evaluadas en forma diferente. Además, sería racional para los acreedores tratar de acentuar esas diferencias en todo lo posible; con ello podrían fomentar sentimientos de injusticia relativa en cuanto a las consecuencias de la alianza desde unos países miembros a otros. Con ello los acreedores nuevamente apuntarían —aunque en un contexto menos propicio para ellos que el actual— a lograr desertiones de países deudores, suficientes para restar a la alianza el peso necesario; si lo lograran, la situación revertiría al punto anterior, aunque probablemente con costos aún mayores para los deudores que quedaron encerrados en una alianza de insuficiente peso.

Una típica forma de disminuir el riesgo recién anotado (no de cancelarlo) es que los “socios” de alguna forma se den como rehenes los unos a los otros; por ejemplo, constituyendo un ente supranacional al que alienan, por el lapso que demande la moratoria y el subsiguiente plan de pagos, las decisiones y recursos indispensables para hacer efectiva la alianza. Este me parece el punto en que el pensamiento creador, al que tendrían que colaborar los conocedores de varias disciplinas, podría tal vez hacer su principal contribución. Sería además fundamental hacerla desde ahora, porque la visión de un sistema institucional viable y en principio aceptable para los potenciales “socios” sin duda daría un fuerte impulso para moverse en esa dirección.

En rigor, sin embargo, los dos párrafos anteriores traspusieron el límite de lo que, razonando según los lineamientos de las teorías de juegos y de coaliciones, es posible avanzar. En efecto, si se llegara a la formación de una alianza suficiente y si esta diera (al menos) la sensación de que es capaz de perdurar a mediano plazo, aumentaría enormemente el número de variables que habría que tomar en cuenta. En especial, si tal fuera el caso, habría alta probabilidad de que otros países deudores que no entraron originariamente en la alianza quieran incorporarse a ella, o que declaren unilateralmente (ya que para los acreedores habría caducado la racionalidad de sancionar severamente a deudores que deciden unilateralmente después de que aquella alianza existe) que adhieren a las condiciones de la moratoria y al plan de pagos de aquella. La convergencia de estos advenedizos con los socios originales de la alianza transformaría tan profundamente el conjunto por lo menos de las relaciones financieras internacionales, que el juego en que se empeñarían las partes ya no sería el que se ha delineado aquí. ■

VOLVÉ, VIEJO, TE PERDONAMOS

Mario Wainfeld

Cuando un dirigente sacralizado muere de ancianidad en el mundo, los pueblos desamparados consideran sin embargo, esta muerte, una muerte violenta.

Cuando los estudiantes del año 3000 abran sus libros de Historia en las páginas del siglo XX leerán quizás: URSS Stalin; Yugoslavia Tito; Gran Bretaña Churchill; Francia De Gaulle; China Mao.

Preguntarán entonces: ¿Eran los nombres de las capitales? Se les responderá: No, eran los nombres de los dioses de ese siglo. Y los niños de las escuelas del futuro sacudirán la cabeza pensando qué difícil sería para los hombres vivir en un tiempo en que los dioses habitaban entre ellos.
Bernard Chapuis en *Le Monde*, refiriéndose a la muerte de Mao Tse-Tung

La Historia Universal según yo lo entiendo... es en el fondo la historia de los grandes hombres que han actuado en el mundo.
T. Carlyle, *Los héroes*

El hombre cree a menudo que él es el que produce la evolución. En esto, como en muchas de las otras cosas el hombre es un poco angelito. Porque es la evolución la que él tiene que aceptar y a la cual debe adaptarse [...]. La evolución que él no domina es la de la naturaleza y del fatalismo histórico. Él es solamente un agente que crea un sistema para servir a la evolución y colocarse dentro de ella.
Juan D. Perón, discurso en la CGT, 30 de junio 1973

El primer problema, como siempre, es el nominativo. ¿Cómo llamarlo? ¿"El Viejo", como le decíamos entonces? ¿El general Perón, como quieren la iconografía alfonsinista (seguramente pensando resaltar un costado autoritario y militar) y algún peronismo folklórico o "de derecha"? A mí me gustaba decirle "el Pocho", pero resulta que el vocablo remite al pasado, a la UES y hoy suena anacrónico y a veces, gorila. También puedo ponerle "el general herbívoro". La expresión —creo— conserva su propio humor y es bien descriptiva, pero no puede usarse cada cuatro renglones.

"Juan Perón" solía firmar el hombre (entre paréntesis, General, qué apellido le tocó en suerte. Sonoro, corto, rima con todo. Cómo no creer en el destino con ese apellido). Pero nunca nadie lo nombró así, sonaría a falso.

Será Perón entonces y el primer problema queda resuelto.

DE TERAPIAS BERRETAS Y DOBLES DISCURSOS

¿Qué es hablar de Perón? ¿Psicoanálisis berreta? ¿Autojustificación? ¿Reubicación en la sociedad? ¿Propaganda alfonsinista? Puede ser cualquiera de estas cosas, que procuro evitar, lo que remite al tercer y (calma, lector) último problema. ¿Hasta qué punto se critica o alaba a Perón por características que no le son exclusivas sino atinentes a los políticos prácticos? La preponderancia de Perón ha sido tan

manifiesta que puede decirse que ningún otro político argentino ha sido estudiado (¿ninguno ha existido?) hasta que alboreó Alfonsín.

Ejemplos menudos: se dice que Perón ganó votos “por izquierda” y gobernó “por derecha”. Más allá de lo discutible y simplista de la imputación, lo que sería aplicable al Perón del 73 pero no al del 46, vale la pena inquirir: ¿no lo hizo Frondizi que logró acólitos declamando nacionalismo petrolero y pseudoperonismo y gobernó firmando contratos con multinacionales y con Plan Conintes? ¿No lo hizo Alfonsín que prometió que con la democracia se comía, educaba y vivía y ahora aduce que no hay con qué y que lo importante es el sistema? ¿Cómo ligar la denuncia al pacto militar sindical con la alianza Nosiglia-Cavalieri y con la gestión de Jaunarena? Pero, argentinos, marchemos hacia las fronteras. ¿Qué pasó con el bueno de Felipe González, cuyo discurso es utilizado hoy por Neustadt en horario central de la TV oficial? ¿Se acuerdan de ese Mitterrand que hablaba tan bien? Debe ser apenas homónimo del hombre que hoy cogobierna “la France”.

Perón fue injusto con sus lugartenientes. También Frondizi se desprendió de apoyos de toda la vida cuando conoció a Frigerio allá por el 56. Alfonsín ha desplazado de su lado a los compañeros de la primera hora. Germán López pasó al ostracismo, Conrado Storani casi. Los pilares del gabinete de Alfonsín no son de Renovación y Cambio, ni siquiera radicales: Sourrouille, Barrionuevo, Caputo, Caro Figueroa, Lavagna.

Las pillerías, las agachadas, las trampas, el doble discurso ¿fueron invento y patrimonio exclusivo de Perón o forman, bien que mal, parte del bagaje de todos los políticos prácticos y en especial de los dioses bajados a la tierra?

La pregunta prefigura su respuesta y —aún más— la forma en que creo debe ser encarado “el tema Perón”.

La discusión sobre Perón, sobre el cuerpo de Perón, como diría Horacio González, tiene a mi ver, dos orígenes: 1) la necesaria introspección de “todo el campo popular” tras la derrota que significó el “Proceso”; 2) una imposición de la cultura alfonsinista que postula discutir la política como ética, como estilo, como discurso, como cualquier cosa... menos como conflicto. En la primera, me siento incluido. Ahí están algunas broncas con Perón que esta nota no terminará de saldar, mi reciente comprensión hacia la curiosa relación de amor-odio que ligaba a los viejos militantes peronistas con el Viejo, antaño no compartida por “la generación del setenta”.

A la segunda le quiero disparar. Quiero huir de la recusación a un Perón “autoritario” que no para mientes en por qué, cuándo o con quién lo fue. Evadir la censura a un Perón nepotista formulada cuando gobierna la Argentina el partido más nepotista que estos pastos conocen.¹ También quiero huir del fundamentalismo peronista.

1. Casi todos los radicales son hijos de radicales. Los “cordi-boys” heredan el partido de sus padres: Stubrin, los Storani, Casella, Suárez Lastra. ¿Qué otro buen motivo existía para ser radical en 1973?

Postulo discutir a un hombre político, no a un dios; pensarlo en función de conflictos, de alineamientos de intereses y no referirlo a una ética tan imprecisa como interesada o a un debate sobre estilos o discursos.

Una lectura de Perón ha sido patrimonio común de peronistas y de gorilas. La de dueño de la historia, la de la frase de Carlyle que precede ese opúsculo. Deseo oponerle la cita de Perón que también lo encabeza.

Perón no fue el patrón de la historia argentina desde el 43. No la hizo y deshizo a su antojo. No fue Dios ni Satanás en la tierra. Fue (apenas) (nada menos) el más grande (por ahora despojo al término de valoración) político de ese período. Fue como todos los hombres, hijo de las circunstancias, esclavo de su tiempo. Acertó y cometió errores. No hizo todo lo que quiso sino lo que quiso dentro de lo que podía.

Fue un transgresor, un provocador, a veces un imprudente, pero no inventó a la Argentina, a sus clases sociales, a los Montoneros, ni al empresariado nacional. Los encontró hechos y los agarró de volea, con mayor o menor puntería. Hizo varios goles, aunque hay que reconocer que muchas veces sus rivales le dejaron picando la pelota frente al arco desguarnecido...

Pretendo ver qué hizo Perón admitiendo su condición humana, su falibilidad y la red posible de opciones que rodeó cada una de sus decisiones.

Propongo un revisionismo de Perón: colocarlo en función de opciones y líneas históricas, sacarlo del templo y ponerlo en la historia. Eso implica asumir que sigue habiendo arcos, aunque a veces no se sepa adónde están ni para qué lado hay que patear.

Parece cada vez menos discutible, dentro de los que patean para “un” arco, que el Perón del 43/55 gana por goleada. El peronismo cambió la Argentina pagando un bajísimo costo social. La Revolución rusa —decía Lenin— era soviets más electrificación. El primer peronismo fue justicia social y chimeneas humeando. Un hombre digno metido adentro de una fábrica que producía bienes que él mismo podía llegar a consumir. El ascenso social compartido y orientado en defensa de los más débiles. La radio, la TV, el cine nacional, el mensaje de masas y el consumo al servicio de la comunidad.

En ese balance indiscutible, algunos límites de Perón: a) su creencia en la tercera guerra mundial que condicionó parte de sus decisiones y que revela que no era infalible; b) no advirtió a partir aproximadamente de 1952 cómo se angostaba el carácter modernizador, irreverente y plebeyo del peronismo, cómo perdía representatividad sin ganar consenso “afuera”; c) su incapacidad para rodearse de peronistas dignos. La desmesura de Perón y sus rivales (v. g. los radicales) es una culpa compartida. Obviamente más grave la de los opositores que trabajaron para la Libertadora.

EL LEÓN HERBÍVORO

El Perón de la resistencia, el que mi generación veneró, es el mejor apoyo para la lectura histórica que propongo. Ciertas versiones (la gorila, la de Rozitchner, la de

Guardia de Hierro) lo describen omnímodo, moviendo los hilos desde Caracas o Madrid, y un peronismo obediente que lo siguió sin pestañear. El demiurgo hizo y deshizo durante dieciocho años y se vino cuando y como quiso. “Lanusse idiota (decía una consigna en una pared de Devoto) Perón volverá cuando le canten las pelotas”.

Sencillamente falso. Todos lo saben. La relación Perón-Movimiento Peronista-enemigos fue mucho más rica y variada de lo que sugiere este relato bobo. Ciertamente que esta interpretación fue favorecida por el propio Perón y por su teoría de la conducción. A ver si me explico.

Desde que cae, Perón desarrolla una lógica de resistencia. Sumar fuerzas contra el enemigo. Definirse peronista era aceptar una decisión política, no ideológica. Era peronista quien (queriéndolo o no, aun sabiéndolo o no) servía a Perón en un momento determinado. Perón “acepta” todo lo que le proponen los resistentes o los no peronistas y lo valoriza como propio. No siempre hace esto, es algo que va aprendiendo. Por eso tarda en avalar a Valle que “se corta solo” y transgrede el planteo insurreccionalista que preconiza el líder en el 56. Perón no ve aún cómo él mismo ha de “conducir” al peronismo. No apoya a Valle, antes bien lo critica; no así los peronistas, que lo hacen suyo, lo incorporan como héroe. Perón aprende pronto la lección; la aprende de los peronistas...

... que son díscolos, que hacen lo que les va saliendo y saben (porque así se arma el juego) que Perón avalará (o no), criticará o dejará pasar lo que hacen. La larga resistencia (1955/1973) es un cúmulo de desobediencias e insubordinaciones. Cuanto menos de autonomías luego santificadas.

Eso es el neoperonismo y también los Uturuncos. El vandomismo y el participacionismo. Ongaro. Los Montoneros.

El Movimiento es una complicidad tramada para luchar contra un sistema socio-político injusto que también hace lo suyo.

Nadie espera el “OK” de Caracas o de Madrid para actuar. Nadie pide permiso a Perón para romper un vidrio. Se opera, se rompe el vidrio y luego se acude a Perón.

El peronismo es rebeldía contra la sociedad basada en un funcionamiento plebiscitario de rebeldías. En esa lógica se inscriben perfectamente la frase de Vandor “Estar contra Perón para salvar a Perón” y la carta de los Montoneros que le cuentan: mire, General, lo que hemos hecho... y le adjuntan el cadáver de Aramburu.

Perón avala y santifica todo porque lucha a todo o nada con el sistema político argentino, que pertinazmente lo excluye y ataca (y con él a los rebeldes, a los críticos, a los trabajadores). Perón debe sumar para volver. Sumar obliga a consentir, a tolerar. Todo debe quedar “dentro” del peronismo. Para lograrlo el líder remoto tolera gran autonomía. En el fondo, todos fuimos “formaciones especiales” aunque muchos no optamos por el crimen político.

Perón resistente no es pues el único dueño de la situación. Es el hombre que debe mantener su liderazgo frente a un sistema político que busca aislarlo y ante un activismo político que opera “en territorio” con gran autonomía y que resulta bien difícil

de contener. La conducción resistente es la respuesta a ese entramado histórico que plasma la hazaña de mantener un liderazgo durante dieciocho años y tener en jaque a un sistema político social injusto y excluyente. Permite “la vuelta” y la condiciona... Perón llega preso de las fuerzas que él mismo ayudó a desatar o al menos toleró.

Creo que Perón se percata un poco tarde. Lo manifiesta claramente recién cuando llega al país en noviembre del 72, y convoca a las fuerzas políticas al restaurante Nino. El Perón insurrecto, el vietnamita, deja su espacio al proyectista de naciones, al admirador de las democracias integradas, al propugnador de una nueva cultura política. Nadie lo escucha porque los peronistas seguimos jugando “mientras Perón no está”, porque todos en general creemos que dirimir la interna peronista es más urgente que gobernar, porque seguimos atados a la inercia de la resistencia.²

Además, el peronismo es ya un frente inviable, social e ideológicamente. Lo que fue fuerza para resistir (la diversidad casi inimaginable de apoyos, sectores y pensamientos) es disfunción para gobernar. Perón lo advierte (¿cómo no hacerlo después de Ezeiza?), baja del avión y (como el comandante de la canción cubana) manda parar. Casi nadie le hace caso; menos que nadie la CGT y la Tendencia, los dos sectores que hegemonizaban por entonces nuestra interna.

EL NUDO GORDIANO

Acá está el nudo gordiano, porque son muy pocos los que desde “el campo popular” defenestran hoy al Perón del 43/55. Al menos no centran en él sus críticas. La condena o absolución de Perón tiene que ver con el hombre que en dieciocho años propuso kilombificar todo, hacer tronar el escarmiento, seguir las huellas de Mao o Guevara, socialismo nacional... y un buen día volvió a la Rosada y se asentó sobre las veinte verdades y propuso Pacto Social con Gelbard, cultura política, proyecto nacional, fifty-fifty y por ahí ley agraria.

Surgen dos lecturas divergentes pero igualmente mágicas: a) la gorila o izquierdista desencantada (léase Soriano, Rozitchner, aun los notoriamente más útiles e inteligentes Sigal y Verón): Perón inventó el verso para traicionarlo. Excitó y luego expulsó y mató a su izquierda. Él fue el flautista y la izquierda peronista las ratas de Hamelín; b) la peronista simplista; Perón volvió con la verdad bajo el brazo “y no supimos entenderlo”.³ Perón propuso, desencarnado, una docencia cívica y “nosotros” lo desobedecimos.

2. La crítica a las consecuencias del sistema de conducción de Perón debe abarcar a quienes lo santificamos. No es el centro de esta nota, focalizada en Perón, pero no puede omitirse el (auto) cuestionamiento a quienes admitimos como formidables todos los mecanismos utilizados por el Líder distante... y a la vez no supimos “desarmarnos” cuando él volvió. A menor desarme, mayor crítica.

3. Algo así dice un crítico usualmente sutil como es Julio Bárbaro. En *Con bronca y esperanza* recuerda que nos dejó un movimiento del 62% y lo dilapidamos. Era un capital, pero tenía algunas cargas: López Rega, los Montoneros, Lorenzo, Isabel...

Ambas lecturas convergen en describir a Perón omnipotente y omnisciente. Para algunos es “bueno” y para otros “malo”. Creo (y prefiero) ver un Perón limitado por la propia historia que él en parte generó. Perón se dio cuenta (tarde) de que para gobernar debía desarmar al peronismo. Debía volver a meter a los demonios dentro de la caja de Pandora. Digo que Perón lo advirtió, que su propuesta política era básicamente correcta (añado, insuperada hasta hoy) pero que comenzó tarde a desacelerar.

Perón no hizo política dieciocho años pensando en echar de la Plaza a la juventud del 1° de mayo de 1974; fue haciendo lo que salía para volver. Sus antagonistas, la cambiante política argentina, los propios peronistas (invocando el nombre de Perón) hicieron su política y le entregaron sus “neoperonismos” o sus cadáveres de Aramburu, condicionaron al líder exiliado. Perón resistente tuvo una lógica, un sentido difícil de recusar, porque (reconocen todos), con ello logró algo casi único: conservar su hegemonía pese al exilio y a la proscripción. Además, porque le asistía la razón: aunque con la complicidad que he explicado, era el jefe de la rebeldía en la Argentina. Era la representación y la encarnación de los sumergidos, los olvidados y los perseguidos en un país dependiente, injusto y (homenaje que rindo a la cultura hoy dominante) antidemocrático.

Añado un mérito. Perón exiliado aprendió política e historia, hasta ecología (tal vez no economía, como acierta Concatti en este mismo número). Mejoró y amplió su discurso. El peronismo del 46 fue pragmático hasta la improvisación. No le fue nada mal, queda dicho, pero no es irrelevante que el General exiliado aprendiera tanto de su Movimiento. Aprendió que Valle era peronista (le tomó un tiempo, ciertamente). Aprendió el revisionismo histórico (que no integraba su bagaje en las dos primeras presidencias: revísense los textos oficiales de historia o acúdase simplemente a los nombres que se pusieron a los ferrocarriles argentinizados). Sacó al peronismo de su provincialismo presuntuoso (aquel que dijo por años que el peronismo había superado todo el pensamiento político occidental, hazaña presuntamente lograda por Perón en sus ratos de ocio y Figuerola en un cuarto) y lo vinculó con más justicia y mejor moraleja a sus hermanos movimientos de liberación. Perón hizo sincretismo para gobernar desde el 46 y también para regresar desde el 55 y eso es siempre meritorio, piensa uno que no es dogmático.

PERÓN VOLVIÓ

Perón resistente tuvo lógica y justificación; también errores y limitaciones que empañaron su regreso. Le asistía derecho a ser iracundo e irresponsable en 1956: estaba muy lejos del poder. En los setenta debió ser más cauto: llegaba su hora. El estadista, debió prever y garantizar su victoria antes del momento en que lo hizo. Debió sofrenar los vientos que había desatado, y levantar el acelerador antes. El “penúltimo Perón” fue excesivamente irresponsable e insurreccional para el proyecto. No le reprocho al “último Perón” (como algunos) que haya

retornado para gobernar, para hacer “peronismo” y no “maoísmo”; le cuestiono que impolíticamente él mismo haya dificultado ese logro.

Se dirá: ahora es fácil verlo, había que estar ahí. Es obvio, pero esa es la carga del estadista, el conductor, quien tiene el óleo sagrado de Samuel: anticiparse a los acontecimientos, saber más que el hombre común, avizorar la historia. Perón jugó demasiado a la insurrección, a la revolución permanente; tantos le creyeron y luego costó desandar el malentendido, como le diría Giussani.

Perón pagó caro tributo a su vocación por los mediocres, o los fuertes. Lo rodearon casi siempre (él lo dijo alguna vez) adulones y alcahuetes. Perón no fue nada generoso con otra casta de peronistas. Y no los tuvo a mano (¿en cuenta?) cuando jugó sus últimas cartas.

Por otra parte, el “sistema de conducción” que partía del hecho consumado, tendía a consagrar a los fuertes. Perón desarrolló intensa prédica en relación a cómo manejar las combinaciones buenos-pocos; malos-muchos. Tengo para mí que aplicó todas las soluciones posibles (v. g. prefiero pocos-buenos, etc.) pero que en general su mensaje tendió a demostrar que con “pocos-buenos” no se conseguía nada. Había que sumar a los malos (otro tanto podría decirse de los inteligentes-malos y los tontos-buenos). En definitiva, homenajeó en exceso al poder en detrimento de otras virtudes, aun de la lealtad tan mentada y tan poco respetada dentro del Movimiento.

Perón nunca tuvo personas de confianza, por eso acudió con asiduidad a su entorno. Evita, Isabel y López Rega merecen muy distintos juicios de valor, pero responden a la misma lógica cortesana del líder. No se trata de cuestionar un mero nepotismo, sí de advertir cuán solo estaba (se puso) el jefe de una facción política que aglutinaba a más del 50% de los argentinos y que solo podía confiar en su lacayo o en su esposa.⁴ Perón no se generó un buen entorno, y no fue ajeno a las ruindades, desmesuras o torpezas de este.

Cuando Perón vuelve paga sus errores y limitaciones. Tributa caro su amor a los fuertes y los mediocres.

Premia en exceso a los mediocres (Lopecito, Isabel) y perjudica así toda la evaluación de su trayectoria histórica.

Los fuertes se le oponen (CGT, Tendencia). Perón contrapesa a un fuerte con otro fuerte; sigue menospreciando a los débiles que no lo entorpecen. Por eso a la Tendencia la enfrenta con López Rega, y luego el 1° de Mayo “elige” a la CGT, dejando sin política a los “buenos-tontos” que tal vez eran muchos, pero no fuertes.⁵

4. En una reciente charla “Cacho” El Kadri decía: “pobre General, no le dejaban libertad para elegir la esposa”. El argumento emotivo es endeble: se critica no a la esposa ni a que eligiera a su esposa. Se critica que eligiera esa esposa para ese rol.

5. Los “buenos-tontos” que quedaron sin política fueron: a) todos los sectores juveniles antiburocráticos ajenos a la Tendencia (embretados con esta por el sacralizado macartismo sindical) y b) las propias bases de la Tendencia a quienes Perón no buscó diferenciar de su conducción y que fueron estigmatizadas en Plaza de Mayo y condenadas a “seguir siendo Montoneros”.

Cuando Perón expulsa a los Montoneros de la Plaza sacraliza el poder de la CGT. El 12 de junio de 1974 denuncia la traición de la CGT-CGE en un discurso formidable que revela que conserva intacta su capacidad de orador, que no era solo un senil obsesionado por la escupidera (como quiere Tomás Eloy) y también que estaba solo. Entonces el hombre se muere llevándose en sus oídos la más maravillosa música, la voz del pueblo que lo adoraba. Usted sí que sabía de música, General.

El último Perón es la suma de contradicciones. Habla de democracia integrada y designa ministro al Brujo. Abraza a Balbín y consiente el navarrazo. Denuncia la pequeñez del peronismo pero sigue empeñado en lidiar en sus trincheras.

Voces sagaces dicen: el último Perón condujo a la tragedia porque era malo, porque estaba gagá, porque negaba la política, porque era de “derecha”.⁶ Son enfoques parciales, niegan la prédica pacifista de Perón, su obra de gobierno (plasmada en el 46, fallida en el 73), su recurrente evasión de la violencia (Perón fue un amarrete de la sangre de los argentinos y eso es un punto que no siempre se le reconoce); el simbólico abrazo con Balbín. La pedagogía (insuficiente pero no inexistente) de los discursos pronunciados a partir del 20 de junio del 73. El enfoque Perón-bueno-maestro, que los argentinos (los peronistas) no supimos escuchar es a su vez insuficiente. Perón tuvo que ver en la derrota del 76.⁷ Tuvo que ver con Isabel y López Rega, dato que sagaces peronistas pretenden olvidar. Creen que la gente venera a Perón como un dios. No es así. El hombre del común no es tonto y sabe diferenciar lo principal de lo accesorio, la teología de la política y el hombre de la obra.⁸ Perón no fue solo el abrazo con Balbín ni solo López Rega. Perón fue Miranda, Carrillo, Gelbard, López Rega. También el ensayo de Puiggrós. Perón hizo lo que pudo al volver y no le alcanzó. En parte fue culpa suya. En mayor medida lo fue de toda la estructura política argentina que se conjuró para excluirlo y proscribirlo dieciocho años. En parte fue la situación nacional enrarecida y pervertida por la violencia. En parte la miopía suicida del empresariado nacional que optó por el golpismo y el genocidio para contrarrestar el control de precios. Y los Montoneros, y la burocracia sindical, y...

Perón no fue el dueño de la política argentina. Ni siquiera del peronismo. Fue (apenas) (nada menos) y (ahora sí) connoto valorativamente el término) el más grande político argentino durante cuarenta años.

6. Gagá: Tomás Eloy Martínez. Negaba la política: Sigal-Verón. Era “de derecha”: Osvaldo Soriano, Rozitchner. Para un mejor desarrollo del tópico ver la nota de Horacio González en este mismo número.

7. Desgracia de expresarse por escrito. En algún momento (*Unidos*, N° 3; agosto de 1984) titulé una nota: “1° de julio de 1974. El comienzo de la derrota”. Tras haber repensado y discutido el tema me parece exagerada esa posición. La derrota se agravó y pervirtió tras la muerte de Perón pero germinó mucho antes. Eso no significa omitir la grave responsabilidad de la conducción montonera en la caída del gobierno peronista. A ella me referí en mis notas con Ivancich publicadas en *Unidos* 2, 6 y 7.

8. Con esa frase: “diferenciar al hombre de la obra” sellaba Salvador Ferla el debate sobre Perón. Perón-hombre no le conformaba mucho...

WEBER Y PERÓN...

“Es una tremenda verdad (pontificaba Weber) y un hecho básico de la Historia... el que frecuentemente o mejor, generalmente, el resultado final de la acción política guarda una relación absolutamente inadecuada y frecuentemente incluso paradójica con su sentido originario. Esto no permite, sin embargo, prescindir de ese sentido”.⁹ El sentido de sus actos rescata, a mi ver, la memoria de Perón, lo que no impide (al contrario obliga a) ponderar hasta qué punto su propia conducta contribuyó a que no produjeran los resultados apetecidos.

Algunos apologistas dicen que Maquiavelo era un profundo moralista, pues propiciaba hacer el mal en cantidades homeopáticas para evitar males mayores, y alababa a quien perdía su alma para salvar a su pueblo. Adscribiendo a esa tesis podría decir, sin más, que Perón fue un maquiavelista de lujo.

Tal la tradicional síntesis histórica que hacemos los peronistas: la de la ética de realizaciones. Me resulta insuficiente para describir la historia pesada, para explicar el fracaso del 73 y (mucho más) como método para encarar el futuro político.

“Ninguna ética del mundo —añadía adivinen quién¹⁰— puede resolver tan poco cuándo y en qué medida quedan santificados por el fin moralmente bueno los medios y las consecuencias laterales moralmente peligrosos”.

La propia política debe hacerlo. Sin embargo, debe ponderarse la intensa interrelación entre medios y fines. La conducción peronista, ¿fue solo medio o se transformó en fin? ¿Cuando Perón impulsó a López Rega para contrapesar a la “Tendencia” estaba en el terreno de los “medios” o de los “fines”? Yo creo que de los medios mal empleados pero es innegable que la cuestión resulta muy discutible y ensombrece la imagen de Perón. Perón, como todo hombre, se fue embrestando en sus medios y no supo desligarse de ellos. Los medios tiñen los fines y condicionan al sujeto.

¿Es esto una crítica global a la conducción desde el 55? Para nada, no imagino otra posible. Es apenas la visión desencantada que advierte que el fracaso del 73 lo fue forjando toda la Argentina al combatir al peronismo aislándolo y transformándolo en enemigo y el peronismo al diseñar su defensa. ¿Podieron suceder las cosas de otro modo? Tal vez, con otra conducción montonera, con otra conducción sindical... pero esas eran las que la historia había parido y las que Perón (reconocedor de los poderes reales) había aceptado.

9. Max Weber, *El científico y el político*, Alianza, 1975, p. 156.

10. Weber, claro (*op. cit.*, p. 166). Obviamente el autor se refiere a la “ética de la convicción” aludida y tratada con inteligencia en dos artículos de este número (González Bombal y Colombo).

¡QUÉ HISTORIA, GENERAL!

Perón desarrolló una cruel pedagogía;¹¹ desató demonios que no pudo contener; nos dejó sin política. Fue injusto con los mejores cuadros peronistas. Fue Isabel y López Rega. ¿Por qué entonces seguir llenándonos la boca con Perón?

Porque la ética, el discurso y la picaresca, con ser importantes, no agotan la política. Es necesario percibir al servicio de qué se ponen, el sentido que los orienta. No para perdonar todo, ni para canonizar lo deleznable. Sí para cotejar, para compensar, para elegir, que eso también es política.

Perón no fue un santo. Todos lo sabemos, aun aquellos que lo endiosan, pero en la lucha permanente que sostuvo, ¿quién lo superó?, ¿quién representó mejor los intereses de los trabajadores, de los desmerecidos, de los rebeldes argentinos? ¿Era lo mismo ser peronista que ser Unión Democrática en 1946? ¿Era lo mismo ser peronista que Revolución Libertadora, UCRI o UCRP diez años después? Cien veces no. La política es conflicto, alineamiento de sectores, choque de intereses. Cuando la Argentina se dividió en dos, Perón representó el mejor lado.

Perón a veces confundió al enemigo, o vertebró mal su frente. Eso no debe hacer olvidar que el suyo fue el nombre que cifró por cuarenta años las esperanzas de todos los sumergidos en la Argentina. En función de eso macaneó, guiñó ojos, enseñó a ser malo y sacó tarjeta roja en Plaza de Mayo.

La pedagogía del conductor debe morir con el hombre que la creó. No debe ser su legado. La memoria de Perón persistirá porque dejó diez años de realizaciones inigualadas cuya proyección no pudo ser destruida hasta 1976.

También porque se ligó a la mejor tradición resistente y militante argentina (que en parte se tramó sin él).

Peronismo de realizaciones, peronismo de resistencia. Tradición de una sociedad reivindicativa, consciente de sus derechos, con pleno empleo y aspiraciones colectivas a vida digna. Sociedad que se pensaba autónoma y autárquica. Tradición de prácticas solidarias y desinteresadas.

11. El *Manual de conducción política* es —en apariencia— la explicación del conductor de su *modus operandi*. Visto así, es un texto pedagógico y hasta conmovedor: el político contando su arte, el mago explicando sus trucos. Sin embargo el *Manual* (pensado desde la conducción), siempre fue leído por los peronistas como docencia política para todos: conductor, militantes, secretarios de unidades básicas, etc.

La relectura, impropia del mejor Maquiavelo que reservaba el mal para el Príncipe, generó una tradición peronista muy desentendida de los medios.

Una cosa es que el jefe de un movimiento nacional o un presidente deba tolerar impurezas o vivir en la trampa diplomática y otra que deban hacerlo todos los militantes, los jefes de agrupación. Todos los peronistas nos sentimos "padres eternos". Abrazamos enemigos, etc.

Haya habido o no mala interpretación (¿cómo saber qué quiso Perón?), cierto es que esa "tradición" debe ser cuestionada y que Perón nunca la objetó seriamente.

Otro tanto debe decirse de la tradición cortesana y oracular del peronismo (esa que se dedicaba a analizar "qué quiso decir Perón cuando sirvió el té o cuando recibió en el dormitorio"). Práctica desligada de cualquier política democrática de masas y que tampoco fue entorpecida por Perón.

La correcta dimensión histórica de Perón la mide el “Proceso”, que buscó desvertebrar esas dos tradiciones. El Proceso agredió la estructura socio-económica de la Argentina peronista y la conciencia vigorosa de las militancias que se forjaron alabando (o maldiciendo por lo bajo) el nombre de Perón. El Proceso desperonizó la Argentina. No sería tan malo el peronismo si merecía tal enemigo.

¡Qué historia la nuestra, General! Ellos nunca se equivocan. ■

AÑO 4 - N° 13

DICIEMBRE DE 1986

PERÓN: INTELLECTUALES, MILITANTES Y HERBÍVOROS

Arturo Armada

A los que son lo que no son...

I. JUSTIFICACIONES Y PRETEXTOS

1. “Soy un león herbívoro” (J. D. Perón).

2. “En el peronismo no hay peor calificativo que el de intelectual” (José P. Feinmann, *Humor*, septiembre de 1985).

3. “Chacho Álvarez no se define como intelectual, sino como militante peronista”... “Chacho:... no se puede criticar desde cualquier lugar...” (reportaje de *La Razón*, 27-8-86).

4. “¿Qué es Chacho Álvarez sino un intelectual? ¿Qué otra cosa puede ser el director de una revista de casi 400 páginas, sino un intelectual? Y, además, un buen intelectual...” (Álvaro Abós, *La Razón*, 3-9-86).

5. “Lo que pasa con esos intelectuales es que están esperando que el político se agache para meterle un dedo...” (un militante, octubre de 1986).

6. “El artículo es bueno; pero está mal esa nota criticando a Alan García, por la masacre de Lurigancho; los intelectuales siempre encuentran algo para criticar o para no adherirse a alguien...” (otro militante, octubre de 1986).

7. “Hablar, hacerse oír, por ejemplo desde la honesta individualidad que no proviene, ni representa, ni remite a ‘las bases’, a ‘las masas’, sino que se legitima por la más fructífera subjetividad resultante de la crisis: la desenganchada, hoy, del estrecho ‘juego de la política’ (N. Casullo, *Unidos*, N° 6, agosto de 1985).

8. “La principal diferencia entre quienes se consideran militantes y los que ellos consideran intelectuales es que los primeros no escriben y los segundos sí; en otras cosa. salvo detalles menores— hacemos casi lo mismo: hablar y discutir” (un intelectual militante, octubre de 1986).

9. “Para un intelectual no hay nada peor que otro intelectual” (otro intelectual, septiembre de 1986).

10. “Che, dejá a esos politicólogos y vení a charlar de política” (un puntero capitalino a Chacho, que platicaba con miembros de *Unidos* en la vereda, octubre de 1986).

11. “Oigo que algunos intelectuales nos dicen: romper para crecer o que todos unidos perderemos. Escucho con respeto, pero también aprecio que no hay en ellos el conocimiento profundo de los sentimientos y la voluntad diseminada hoy en el peronismo” (de Antonio Cafero, reportaje de *Unidos*, N° 9, abril de 1986).

12. Ante la pregunta sobre qué opinaba del pensamiento político de los intelectuales críticos, Carlos Grosso respondió: “Lo que dicen los intelectuales es muy interesante; el problema es que no actúan...” (septiembre de 1986).

13. “Creo que la afirmación de Abós (para crecer hay que romper) está hecha desde la ‘ciencia’, para decirlo de alguna manera; y la política es un arte de ejecución práctica. Pienso que la opinión de Álvaro es descomprometida... si yo fuera politicólogo también haría afirmaciones de ese tipo, pero soy político...” (Eduardo Vaca, reportaje de *Nueva Presencia*, 17-10-86).

14. “El diputado Manzano me llamó ‘quebrado’. En la revista *Unidos* de octubre, un personaje me llamó ‘negociante’. Otros me han dicho cosas como: ‘intelectual pequeño-burgués’...”. (En cuanto a trabajar con Magdalena en la radio): “Me habría gustado que me criticaran por conceptos que haya dicho, que contradijeran mi pensamiento [...]. Si trabajo en un lugar u otro, ¿dónde está el problema? Trabajo donde puedo y donde me dejan expresar y decir lo que quiero decir. Tengo derecho a que me critiquen por lo que digo y no desde dónde lo digo...” (Abós, *Nueva Presencia*, reportaje del 24-10-86).

Aunque podamos incluir muchos otros, creo que no se necesitan más ejemplos que nos inciten a ocuparnos del triángulo dirigentes-activistas-intelectuales “políticos”.

Luego de los pretextos vendrá, qué otro remedio, el texto. Tengo claro que las citas precedentes podrían servir por sí solas para la reflexión. Lo que sigue es solo un intento de comenzar con ella. Una reflexión, entre otras posibles y válidas, que intenta nada más que continuar un debate poco apto para cierres apresurados y conclusiones definitivas.

He optado por un punto de partida: las impugnaciones principales que se hacen a los intelectuales “criticones” desde el punto de vista de militantes, cuadros intermedios y dirigentes. Queda para otra vez la visión recíproca entre estos y, lógicamente, las características de los mismos vistas por el intelectual crítico. No

me ha sido posible incluir todas esas perspectivas que completan la adoptada en el trabajo que aquí se publica.¹

II. LAS DEFORMACIONES DEL “INTELLECTUAL” VISTAS DESDE EL “POLÍTICO”

La actitud básica del intelectual ante el decir político no se diferencia en lo fundamental de la que adopta cualquier político o militante. Pero el primero se considera obligado a decir todo lo que piensa querer decir (aunque no lo diga realmente), y el segundo se considera obligado a callar todo lo que piensa que no debe decir (aunque no lo piense mucho). Entre callar lo que no se debe decir y deber decir lo que se quiere pensar, se juega la diferencia entre quien se asume como intelectual y quienes se asumen como otra cosa (por ejemplo, como militantes). Sobre esto giran algunos términos antiguos o nuevos para decidir el debate sobre el papel que corresponde a unos y otros (y nos abstenemos, por ahora, de discutir si esos papeles son convenientes, para qué lo son y por qué). Esos términos incluyen algunos como: “orgánico”; “comprometido y descomprometido”; “consensualidad” para la crítica; crítica “constructiva” y “destructiva”; “papel testimonial” y “misión profética” del intelectual; “ellos dicen, nosotros hacemos”; algunos más cargados de varias dificultades como “pensar sin actuar” y “actuar sin pensar”, con su síntesis obvia “pensar y actuar”; los consabidos “teoría y práctica”, o “práctica teórica” como derivado ingenioso; y hasta el famoso recorrido “concreto-abstracto-concreto”, de concreción usualmente abstracta... En torno de todos ellos pueden elaborarse numerosas tesis, plenas de universalidad y acompañadas por abundantes y, a veces, convincentes ejemplos históricos o cotidianos. Permítaseme abstenerme.

Muchas de las características que presenta la tarea crítica del intelectual constituido por sí mismo en “independiente”, son denunciadas, impugnadas crudamente por los políticos (en especial los dirigentes) y usadas por todos como razones de peso para descartar no solo la parte defectuosa de lo que aquellos dicen, sino para descalificarlos en bloque (tanto los contenidos globales como la misma actitud básica de crítica). Con el simple recurso de confundir el todo y la parte y usando una de las típicas maniobras que critican en los intelectuales, los “políticos” se libran de las molestias del pensamiento. Por lo menos, de aquel que no les conviene o que los incita a echar un vistazo crítico sobre lo que están haciendo (en general, para ser exactos, de “lo que están diciendo”).²

1. Esta nota puede considerarse una prolongación, de responsabilidad exclusivamente mía, de dos trabajos colectivos. Se trata de *Historia, contexto político y perspectivas de la renovación peronista*, en colaboración con Mario Wainfeld y Horacio González (edición de tiraje limitado) y “Salvador Ferla, nuestro compañero” en coautoría con Ana Lía Glas (*Unidos*, N° 11/12, octubre de 1986, puntos IV a VI).
2. A nadie escapará que la mayor parte de la actividad política de los mismos, al igual que sucede con intelectuales y activistas, gira en torno de la palabra, en sus diversos modos de manifestación.

Pero la utilización por parte de los políticos de ciertos rasgos del discurso de los intelectuales no tiene por qué impedirnos reconocer que esos rasgos existen y constituyen formas discutibles de encarar la realidad y de valorarla. Planteándolo en forma muy sintética, me parece que las principales deformaciones aprovechadas sabiamente (con sabiduría práctica) por sus detractores, pueden resumirse en cinco términos generales: ideologismo (o purismo teórico); purismo ético; absolutización; solipsismo; profesionalismo.

El primero, el tercero y el quinto³ no son sino contrapartidas —ni más ni menos graves— de características y deformaciones equivalentes de los propios militantes o cuadros de origen estudiantil o terciario; el tercero y el quinto son manifiestos tanto en dirigentes políticos de cualquier origen como entre el activismo sindical y el que —si pueden escindirse— llamaríamos “político de origen obrero”. Quedan para el “intelectual” las deformaciones específicas del purismo ético —siempre en sus planteos, no hablamos de su comportamiento vital—; y el solipsismo, al que puede conducir su aislamiento por rechazo de la consensualidad grupal u orgánica; digamos, su no adscripción a grupo, secta o encuadramiento alguno.

Como el purismo ético solo puede sustentarse —discursivamente, reitero— si se está libre de cualquier atadura y se prescinde de cualquier actividad orgánica que embarque al sujeto en una puja por ocupación de “lugares” desde los que se ejercite algún tipo de poder sobre otros sujetos o incluso “lugares” subordinados, resulta que la diferencia específica quedaría reducida a la cuarta deformación o, dicho más exactamente, a su origen: el aislamiento.

Este “intelectual” crítico debería, según la óptica adoptada, ser desatendido, sino repudiado y castigado, por no estar “comprometido”. Aislarse, actuar o hablar, escribir, desde sí mismo y solo desde ahí, sería la actitud básica que caracterizaría al “intelectual” (en un sentido peyorativo y desde la óptica del dirigente o el militante político) y el origen de sus molestos y distorsionadores planteos.

Si nos atenemos a esta conclusión, a la que arribamos llevando hasta sus últimas consecuencias las acusaciones de los impugnadores desde el sector “militante” o “dirigencial”, la cuestión quedaría centrada en la “adscripción”, en la “organicidad”, en la “consensualidad admitida”, en la “pertenencia” o en lo que prefiero llamar, como se verá más adelante, “compromiso”.

Ahora bien, no se me escapa que todo esto surgió de la aceptación de los reproches estandarizados por parte de uno de los sectores en análisis. En segundo lugar, solo arribamos a esto aceptando la lógica implícita en esas impugnaciones y confrontándola con el aspecto empírico que nos muestra el propio comportamiento de los “militantes” y “dirigentes”: observamos que ideologismo (aunque se disfraze de antiideologismo), esquematismo absolutizador y profesionalismo (servicio

3. No se tome esta reducción de deformaciones en un sentido esquemático. No ignoro la gama de variedades que presentan ni los grados de intensidad que les son propios.

a quien paga o búsqueda de beneficios materiales por la tarea emprendida) no son características diferenciales entre acusados y acusadores. ¿Quién podrá creer que la profesionalidad de Grosso, Manzano, Vaca o cualquier otro dirigente —peronista o de otro partido, de izquierda, de centro o de derecha— se basa en un puro idealismo, en una exclusiva vocación de servicio hacia los semejantes? ¿O quién ignora los beneficios materiales —aunque sean magros ciertamente— y de prestigio que hoy retribuyen a cualquier intelectual que trabaje como periodista, ensayista, etc. en términos profesionales? Diferencias de grado seguro que hay. Pero la profesionalidad y su conflicto con la “vocación desinteresada de servicio” siguen en pie para unos y para otros. ¿Dónde está la diferencia?

Si tomamos el esquematismo, la reducción a blanco y negro, a opciones tajantes que nos presentan como lucidez algunos intelectuales, ¿qué podemos decir de las que oímos cotidianamente en boca de los políticos de todo nivel? ¿Y de los “militantes”?

No quiero abusar de la paciencia del lector. Podrá, si tiene ganas, buscar todos los desarrollos posibles de aquellas características que presentamos como comunes. El purismo ético, en cambio, no aparece como rasgo de los políticos; salvo en el recurso propagandístico, electoral o de gobierno; no se presenta sino como rasgo proclamado para la adhesión; cuando el “político” habla del “purismo” del “intelectual” no se refiere a eso que proclama cuando reclama adhesión; dice claramente que el intelectual plantea actitudes, hace propuestas que exceden el marco de lo realizable políticamente, dada la realidad, especialmente la realidad de la política. (No estamos hablando de otros posibilismos y realismos). Y sensatamente, en lo que hace al último rasgo, el que verdaderamente importará, nadie podrá acusar a un político o militante de buscar aislarse, de no pretender más que la expresión de su individualidad, de su pura subjetividad. Que un mal político, uno poco listo —o excesivamente escrupuloso— quede solo es otro cantar; eso está en el orden de los resultados, no de la intención, de lo deseado y buscado.

III. CONSEJOS PA' UN HIJO INTELECTUAL

Sé bien que los consejos son odiosos, como las comparaciones. Pero también que todo saber especializado (y la sapiencia sobre consejos y comparaciones es de los muy especializados) es la expresión perversa de una compartimentación que merece nuestro repudio, aunque todavía ignoro por qué. Pero de todos modos intentaré aconsejar con discreción. No me ilusiono esperando que algún autodefinido como intelectual me haga caso, por aquello que expresa la novena cita del primer apartado. Pero tal vez convenza a alguno de los que vacilan entre presentarse como intelectuales o como militantes (vacilación que ya Álvarez superó).

Creo sinceramente que el mejor consejo que puede dárseles a los intelectuales (tomando el término en sentido amplio) es que busquen participar en la política de la manera que más les plazca, pero sin creerse portadores de ninguna clase

de autoridad específica —moral, ideológica, científica—. La “autoridad” conferida por el don de la creatividad artística o por la capacitación para el ejercicio de la especialización en historia, economía, sociología, matemáticas o biología, tiene tanto valor como la suministrada a quien es obrero industrial, empleado de oficina, comerciante, militar o agricultor. Así como el más alto grado de un militar no hace más apto para la actividad política —y menos para la dirección política— tampoco el hábito o la excelencia en el ejercicio de artes, ciencias o docencias —y menos el prestigio suministrado por un “éxito” en la repercusión buscada en los medios masivos de comunicación— eximen de ningún vicio o deformación específicos de la política. No proporcionan por sí mismos ninguna vacuna contra los males propios de lo político. Solamente pueden inclinar tendencialmente hacia algunos de ellos más que a los otros; pero no hay regla fija. Recordemos que no hay más furibundos antiintelectualistas que algunos intelectuales, autoconstituidos en otra cosa. Por ejemplo, en dirigentes políticos o en “humildes” militantes.

La contrapartida de lo anterior consiste en que la colocación en el polo profético (en el sentido de denuncia, no de anticipación de futuros puntuales) o en el de aséptico experto (politicología) presenta las mismas características. Como veremos con más detalle luego, ubicarse en la soledad para ejercitar el juicio crítico sin claudicaciones ni componendas con los factores de poder y las organizaciones que disputan con ellos la primacía, prescindir de la adecuación a posturas consensuales o pautas organizativas, no confiere automáticamente ninguna ventaja adicional en la validez de la opinión política y menos en sus efectos “prácticos”. No nos hace mejores. Quedará por verse si nos empeora. Para todos —intelectuales, militantes o dirigentes— vale como necesaria la decisión de no ceder ante las exigencias de los sectores facciosos y los núcleos de intereses económicos... a menos que asuman su defensa y representación. Pero no basta. Es cierto que como insiste alguien siguiendo a Camus (el francés, no el sanjuanino), “el error acompaña a la acción política como la sombra al cuerpo”. Pero, ¿no acompaña de la misma manera a la ciencia, la religión, etc.? Si se admite que acompaña a toda actividad humana, la carga de significación del aforismo se aligera hasta desaparecer, equivaliendo al “errar es humano”, tan verdadero como inútil para echar luz sobre el debate del papel y la legitimidad del intelectual volcado a la política. Y más allá de la discusión sobre la utilidad de la frase, ¿se sacan de ella todas las conclusiones que implica? La apuesta por la relativización no autoriza precisamente a juicios definitivos y tajantes sobre ningún tema y menos sobre política, que requiere más la opinión flexible y matizada que las univocidades de la ciencia. Muchos de quienes se dedican a “meter el dedo” —según la quinta frase motivadora— no se destacan precisamente por evitar las absolutizaciones, los saltos generalizadores, los esquemas blanco o negro y los juicios desde las alturas.

Tampoco se ve nítidamente en ellos la autoinclusión en las críticas al pasado peronista. Se quedan siempre “afuera” de la “autocrítica”, un contrasentido que

les permite justamente su colocación como espectadores neutros y “objetivos”. Respecto de ese último rasgo —ausencia de autoinclusión— (ya apuntado en el artículo sobre Salvador Ferla, *Unidos*, número 11/12) quiero rescatar a quien muchos tienen en mente, hoy, cuando se refieren a posturas extremas en la reivindicación del papel del intelectual crítico: Álvaro Abós. Porque su último libro, en la primera parte, ofrece un ejercicio de revisión autocrítica inclusiva que, en cierto modo, me parece ejemplar.⁴

Mi entusiasmo por esas páginas es independiente de las consecuencias últimas que el autor extrae de su ejercicio de inmersión en lo que está revisando críticamente. No comparto, por ejemplo, la misión “desmitificadora” en el sentido racionalista, de cuño modernista europeo que Abós ha asumido como tarea desde hace algunos años. No la comparto por razones que discutiré en otro lado, pero que no se inspiran ni en el irracionalismo ni en el antieuropeísmo mecánico, sino en la valoración positiva de la función simbólica del mito. Valoración extraída también de una concepción racional y de origen europeo...

IV. LA INTELLECTUALIDAD COMO PETRIFICACIÓN DE UNA MÁSCARA

La recomendación de que el intelectual no pretenda incidir en la política como beneficiario de alguna gracia especial de clarividencia —tal como suele ocurrir— apunta a la participación de cada uno en tanto “persona integral” y a rechazar cualquier posibilidad, por disimulada que sea, de aceptar una “aristocracia del espíritu” o de la “inteligencia”, a todas luces contraria al espíritu fundamental de una democracia efectiva. Pero no se me escapa el papel que en el presente adquieren los “prestigios”, especialmente aquellos que giran en torno de las figuras de éxito en las actividades difundidas por medios como radio, televisión, prensa escrita de gran circulación. Hay una situación de hecho que escapa a la decisión de cualquiera de nosotros y contra la que seguramente deberá lucharse con imaginación en el

4. Digo “ejemplar” porque supera la limitación de las abstracciones teóricas o de los ejemplos insuficientes, que suelen caracterizar el debate sobre Perón, ya sea por parte de peronistas autocríticos o de no peronistas. Abós se las ingenia para conjugar, en sugerente estilo literario, las vivencias existenciales con las racionalizaciones desmitificadoras ya habituales en sus escritos sobre el peronismo. A simpatizantes y antipatizantes de este discutido periodista les recomiendo esas páginas de la primera parte que, partiendo de un acontecimiento personal dador de sentido (una estadía carcelaria de 1963), estructuran una forma verosímil de encarar “la crítica del peronismo y de Perón” en tiempos en que los intentos de revisión autocrítica no aciertan con la modalidad que evite los rechazos y las sospechas de servir intereses menores o mezquinos. Muchos análisis del peronismo y de su conductor huelen a distorsión, a reduccionismo, a juegos malabares. Pero en la primera parte del libro *El posperonismo*, la crítica, la autocrítica y la historicidad personal se conjugan de un modo que supera mis anteriores expectativas acerca de nuestra capacidad (nuestra: de mi generación) para reinterpretar el pasado, reconstruir nuestra memoria deshilachada, que hasta ahora ha sido simplemente infortunada, convirtiéndola en fuente de inspiración para las tareas del presente.

futuro: la importancia que los medios de masas atribuyen a las opiniones de estrellas no solo de la cultura sino de cualquier actividad que sea digna de su atención niveladora y asimilativa. Pero este tema, ya suficientemente abordado en forma crítica por la prensa no masiva y la marginal, e incluso por los propios medios de masas, se conecta con la constitución del sector específico de los intelectuales en tanto producto de la propia sociedad o, por lo menos, de los hacedores de su imaginario. Más allá de la propia decisión de asumirse como intelectual y de la constitución externa proveniente de los núcleos de políticos o militantes, hay un lugar construido por la sociedad que resulta independiente de todas las otras autocolocaciones. Si el “intelectual” (que así se considere a sí mismo) no tiene en cuenta esa situación previa, caerá en alguna de las típicas deformaciones que socialmente se le atribuyen y que también son señaladas por militantes y políticos en general.

Como dice Pierre Fougeryrollas:

... la conciencia intelectual es una conciencia infortunada porque la salvación que encara para el hombre universal implica medios de realización que no están a su disposición. De este modo, trata de darse un “brazo secular” en la persona de los humillados y los ofendidos que —por su parte— no dejan de ceder su lugar a los comisarios políticos de toda clase, a quienes en definitiva y en última instancia, se someten los intelectuales, creyendo servir al hombre.⁵

Y concluye:

... el intelectual solo realiza su propia salvación si reconoce que el despliegue de la inteligencia corresponde a todos los hombres en diversos grados y si asume, al mismo tiempo, la otra parte, la parte no intelectual que existe en él mismo [...] puesto que es preciso admitir la coexistencia y la compenetración del intelectual en todos.

Más allá de las diferencias de circunstancias y contexto nacional en los que se expresaba Fougeryrollas (Francia al comienzo de la república gaullista, 1960), me parece importante reflexionar sobre un párrafo posterior al citado:

Es hora de desacralizar la cuestión de los intelectuales. Considerarlos como profetas es tratar su problemática con espíritu fetichista. Es cierto que, a su vez, el encono contra ellos es siempre el inquietante síntoma de una mentalidad propicia a la opresión. La creencia en una vocación propia de los intelectuales fuera del dominio en que cada uno de ellos es competente y del poder crítico del espíritu, es una de las manifestaciones decadentes del pensamiento moderno. En el fondo, la palabra “intelectual” designa un traje que puede ser una ropa de desecho, un uniforme e incluso una librea de sirviente. Es evidente que la sociedad nos condena a no vivir desnudos. Pero ella no es responsable de la importancia que le concede-mos a nuestra vestimenta... (Ídem)

5. “La palabra intelectual”, en el N° 20 de *Arguments*, París, 1960.

Estas advertencias son coherentes con su idea de que la condición del intelectual, precaria y consistente a la vez, depende de un status generado por la sociedad, un ser algo que está decidido externamente, bajo la mirada petrificadora de la sociedad moderna. Somos intelectuales para los demás, no para nosotros mismos, que nos consideramos otra cosa y algo más que esa otra cosa: un historiador, un poeta, un músico, un ensayista, etc. pero no solo ni únicamente eso. Los intelectuales son una clase fantasma producida por el imaginario social idealizado: “*intelectuales* es el nombre de la alienación en que la sociedad circundante e invasora nos sumerge. No agreguemos una justificación y una racionalización ideológicas a la consistencia sociológica de esta alienación”. Así como la condición obrera no es un ideal sino un estado impuesto, también la condición intelectual es un modo de la petrificación social y no el sello de un magisterio universal. “El espíritu sopla donde quiere y, tal vez, donde puede...”.

V. PERÓN Y LOS INTELLECTUALES NACIONALES

Pero sin duda, autocalificarse como intelectual en una sociedad como la argentina y, sobre todo, en una fuerza política como el peronismo no deja de tener connotaciones audaces, provocativas. Quienes lo hacen lo saben bien y tal vez por eso mismo insisten en la postura con inusual frecuencia. La respuesta buscada se produce invariablemente y muchas de las citas iniciales del apartado 1 —que no son sino una débil muestra de las reacciones— lo muestran con claridad.

Lo cierto es que en pocos lugares como en el peronismo puede percibirse una tan firme tradición de uso peyorativo del término “intelectual” aplicado a peronistas cuestionadores, críticos o simplemente a los no-peronistas. Tampoco cuesta trabajo descubrir las raíces históricas del uso descalificador: son conocidos los enfrentamientos del peronismo con la “*intelligentsia*” argentina desde el 44, sus desbarajustes universitarios, la famosísima consigna “alpargatas sí...”, etc. También conocemos los denodados esfuerzos de Perón por estructurar planteos teóricos que presentaran un barniz de erudición “cultural”, plagando muchos textos (artículos, libros y discursos públicos) de “apogemas” y aforismos, extraídos de “frontispicios” y estandartes de fabricación griega, romana y prusiana. Desde su admirado Licurgo hasta un vulgarizador ignoto del ecologismo, los escritos “doctrinales”⁶ del líder presentan un variado muestrario de nombres ilustres para reforzar la autoridad de los planteos.

Además, en la mayoría de las acepciones posibles del término intelectual (como escritor, por ejemplo) Perón, sin duda, lo era. Pero, ¿a quién se le ocurriría presentarlo como tal si hubiera que recurrir a un solo término que lo definiera? ¿Por qué no se lo presenta como “el escritor argentino Juan Domingo

6. Ver la clasificación de Marafioti en su artículo de este número sobre Perón.

Perón”? Las respuestas están al alcance de cualquiera. Pero sus implicancias no son suficientemente asumidas.

Tanto el peronismo originario como su cabeza han tenido innumerables dificultades con los intelectuales argentinos. Incluidos los peronistas. Por supuesto que en este último caso no se trata de aquellos que hemos caracterizado como “empleados” —laborales o políticos—; pero sí, y es lo que se olvida frecuentemente, con quienes conforman la galería de representantes destacados del “pensamiento nacional”. Sampay, Jauretche, Scalabrini Ortiz, Puiggrós, Cooke, Ortega Peña, Ferla, Hernán Benítez, Astrada... Distanciamientos y acercamientos, resentimientos recíprocos. También los silencios y susurros característicos de dirigentes políticos y militantes. ¿Cuál de los citados en esta lista incompleta era más intelectual y cuál más militante? ¿Con qué criterios lo decidimos? Además, ¿en qué momento histórico o biográfico de esos treinta años que van desde 1944 a 1974?

Un simple ayuda-memoria. Murió Arturo Jauretche el 25 de mayo de 1974. Perón era presidente. ¿Recordamos lo que pasó o, más bien, todo lo que no ocurrió reconociendo el tratamiento que ese hecho merecía por parte del peronismo y de su líder? ¿Se enteró Perón? Propongo buscar en los diarios y revistas a partir del 26 de mayo de 1974. Ninguna explicación por las circunstancias que se vivían en ese momento podrá escamotear la evidencia de una distancia trágica entre el líder del Movimiento y sus principales “intelectuales”. Revísense las opiniones de la absoluta mayoría de los mencionados en ocasión del derrocamiento del 55 acerca de la responsabilidad enorme del propio conductor en aquella debacle. Y sin embargo fueron Scalabrini, Jauretche, Alejandro Olmos, Benítez, Ferla, Puiggrós quienes salieron a luchar con todos sus recursos para defender públicamente al pueblo peronista y a su líder, fuera de todo esquema organizativo y de toda predeterminación por parte de este. También Cooke, obviamente, encabezando un sector significativo de la resistencia a la “Libertadora”; pero también obviamente en una relación muy distinta con Perón en esos primeros años, ya que era su representante orgánico e incluso llegó a ser su “heredero”. Luego del 60, y no insistiré en lo ya conocido,⁷ su relación con Perón volvió a cambiar radicalmente. La relación conflictiva del intelectual peronista con Perón es una constante histórica del peronismo. Quedará incluida en el marco general de los conflictos entre Perón y todos “sus hombres” (dirigentes, cuadros, etc.) pero sería engañoso reducirla simplemente a eso.⁸ Tal vez

7. Que por otra parte ha sido tratado extensamente por H. González en “La revolución en tinta limón”, *Unidos*, N° 11/12, octubre de 1986.

8. Comentando la situación de los grandes francotiradores del peronismo, como Jauretche, Scalabrini, Hernández Arregui o Ferla —usados en los momentos de caída o proscripción, pero olvidados al gobernar y decidir—, he escuchado decir: “todos eran muy malos políticos...”. Ante mi desconcierto, se agregaba: “no estructuró una alternativa orgánica” o “no hizo realmente política”. Por supuesto, dependerá de qué se entienda por “hacer política” y de qué es valorado como “bueno” en ese orden de actividades. Es evidente que ninguno de ellos pudo nunca —ni quiso— disputarle la conducción del peronismo a Perón... Pero podría asegurar que muchos cuadros, militantes y

el paradigma de una serie de conflictos —entre los cuales el suscitado con Mercante y su equipo (Sampay, entre ellos, que se fue del país) puede servirnos de ejemplo aleccionador— fuera aquel incidente en auto que nos relata H. González al comenzar su nota de este mismo número. Un mecanismo de conducción, luego reiterado, contrapuesto con un concepto ético de respeto de los acuerdos y discusiones previos... Perón y Jauretche. El inicio de tres décadas de desencuentros y reencuentros, que serán treinta años de un mutuo aprendizaje, nunca culminado. Porque don Arturo se murió 37 días antes que don Juan Domingo. No pudo enterarse de la muerte del otro. El otro tampoco se enteró...

Crítica política: lugar, diferencia, contexto

Tras un par de reportajes y réplicas mutuas entre el que se define como militante aunque también aparezca como intelectual y el que, tras un pasado militante (e intelectual) se coloca desenfadadamente en el papel exclusivo de intelectual crítico, resurge el problema del lugar desde el que se ejerce la crítica. Vale decir, la cuestión siguiente: ¿hay determinados lugares que son apropiados, legítimos, para criticar la fuerza a la que se pertenece o se perteneció, o sea para la autocrítica? ¿O cualquier sitio es válido? ¿Los medios masivos lo son...?

Con la discusión del lugar de la crítica (política) se corre el riesgo de empobrecer una problemática que tiene varias dimensiones así descuidadas: por ejemplo, la temporal (postulada como “el momento adecuado” u “oportuno”); la contextual, que no equivale exactamente a la espacial (tiene su propia alteración del sentido en un nivel simbólico más inconsciente); la significativa (o semántica) que implica la obligación de discutir los contenidos; la interpretativa, en este caso por parte de los receptores de ese mensaje crítico; y también su utilización, que es polivalente y no totalmente previsible por el crítico ni tampoco por su impugnador como crítico. Y seguramente alguna otra, que yo también omito.⁹

Además, los discursos no se dirigen a cañas pensantes, sino a seres capaces de experimentar emociones, que reaccionan por sentimientos, que actúan por pasiones e intereses —permanentes y circunstanciales—.

adherentes del peronismo de los años sesenta y setenta entregaron muchas de sus ilusiones, de su tiempo y de su existencia, convencidos por el aporte de esos “intelectuales” tan “malos políticos”. Y buena parte de ellos perdió también su vida. Habían sido convencidos de que valía la pena...

9. Reconozco que la espacial y la temporal suelen ir unidas en el rechazo que sus aparatos y cuerpos orgánicos suelen hacer de los planteos del disidente: nunca habrá momento “oportuno” porque siempre hay adversarios y enemigos al acecho y por eso la crítica “no debe trascender” los espacios internos, no debe ser conocida “por los de ajuera”. Pido a cambio que se acepte que el contexto resignifica todo texto y que no existe objetividad estricta en la semántica de ningún discurso. No hay “contenidos” objetivos, autónomos, con un solo significado. Cualquier mensaje político contiene una dosis de equívocidad, lo cual no nos impedirá reconocer que unos lo poseen en dosis mucho mayores que otros. Los de Perón, por ejemplo...

De manera que privilegiar el lugar y cuestionarlo espacializa una complejidad que no puede reducirse a lo cuantitativo ni a lo mensurable, que está sujeta a la traición de las palabras respecto del pensamiento y a la multiplicidad de interpretaciones.

Un fuerte enemigo de la posibilidad crítica-autocrítica o, para decirlo en términos más sugerentes: el mayor malentendido del juego de las diferencias ideológicas es el recurso sofístico de separar forma y contenido, estructura y sentido del discurso (esto vale en realidad para todo discurso) y separarlos definitivamente, como resguardo metodológico de una supuesta ciencia del decir político o bien como forma artera de hacer oídos sordos a su contenido.

No acepto hacer concesiones a la escisión del lenguaje para congraciarme con alguna de las partes: estoy convencido de que, en términos esquemáticos, descuidar el contenido de las críticas a Perón o al peronismo es tan equivocado como hacer caso omiso de su contexto y de su temporalidad. Quien exige que se discuta lo que dice (y agreguemos lo que calla, en este caso particular) en vez de cuestionarle el lugar de la crítica, tiene razón en su demanda.¹⁰ Pero también han de ser discutidos los argumentos que esgrima para justificar o explicar su presencia en “tal lugar”, como se le ha de reclamar que reconozca la importancia del contexto. Un excelente artículo crítico sobre el sistema de conducción de Perón, por ejemplo, altera buena parte de su sentido y del universo de interpretación si se lo escribe para el diario *La Prensa* de Gainza Paz. Se agravaría esa distorsión del sentido (contextual-temporal) si se lo escribiera inmediatamente después de ser anuladas las elecciones en que triunfó el peronismo en marzo de 1962; o al poco tiempo de que Lanusse afirmara que a Perón “no le da el cuero para volver al país...”.

El acierto de la crítica al verticalismo o a la centralidad “de Padre Eterno” podrá mantener algún tipo de validez atemporal; pero será en su circunstancia específica una validez fuertemente condicionada por el uso de refuerzo de todo el contenido antiperonista y reaccionario de *La Prensa*, o de Toranzo Montero y de la bravata presidencial de Lanusse, que hablaba desde la cúspide del poder militar-estatal.

En todo caso, lo menos que se le podrá recordar al audaz autor, luego dolorido por las reacciones peronistas, es que “calavera no chilla”. Resultaría incomprensible que se quejara por la dureza de las réplicas de sus propios “compañeros”. Cierta tipo de ingenuidades no son compatibles con el ejercicio de la independencia crítica.

Cuando en el apartado siguiente afirme que hay una diferencia considerable entre la crítica que proviene del compromiso y la que viene de otro lado (;“afuera”?) no me referiré a “estar afiliado” o no; ni a si renunció luego de estarlo. En el caso del peronismo esto sería aún más irrelevante, pues su adentro y afuera han tenido desde hace muchos años límites muy imprecisos, de sorprendente laxitud, en parte efecto de una de las técnicas usuales de Perón en cuanto a la exclusión-inclusión de

10. Ver la cita 14 del apartado I. En toda esta parte aprovechamos la polémica entablada sobre la participación de Abós en el programa radial matutino de Magdalena Ruiz Guiñazú, por Belgrano. Pero las conclusiones que puedan extraerse provisoriamente tienen, según creo, alcance general.

sus hombres. Saadi y Matera, por nombrar dos conocidos, podrían testimoniarlo con sus respectivas biografías peronistas. Pero aunque el lenguaje (o tal vez mi manejo deficitario del mismo) no me permita eludir el término “afuera” estoy persuadido, y a eso apunta esta aclaración, de que cualquier crítica a temas “fuertes” es efectiva (y afirmo que muchas veces debe ejercerse aun sin efectividad) si logra entrar en un terreno común de valoraciones con los destinatarios del mensaje. Destinatario no equivale a aquellos que son responsables de lo criticado, aunque los incluya.¹¹ Para denunciar y criticar, para disentir consecuentemente y ser escuchado se requiere algo así como una suerte de “contraprestaciones” que sirvan para habilitar al crítico. Esas contraprestaciones son diversas y todas legítimas; cada cual aporta lo que puede y lo que quiere. Pero si no hay “aporte” necesitará otros títulos habilitantes. Y aquí se introduce la eventualidad del acceso a los medios de comunicación masiva, que introduce un factor que, nos guste o no, incide en la posibilidad de llegar hasta la audiencia buscada con probabilidades de hacerse escuchar. Es un tema que dejamos aparte, aunque no podamos ignorar su importancia.

VI. ¿VOLVER AL COMPROMISO PERSONAL?

Para salvar todas las dicotomías y contrasentidos de la oposición “intelectuales-militantes”, manteniendo la flexibilidad que el tema requiere, me parece útil retornar a una propuesta vital y a los conceptos que la fundamentan: el compromiso. Un concepto tal vez desgastado, que surgió en la Europa de la década del treinta (especialmente en Francia y Alemania) y que hoy —según constatamos en algunas expresiones habituales— parece usarse más bien en su sentido peyorativo o vulgar de transacción espuria o “negocio” con factores de poder, grupos de intereses o sectas culturales e ideológicas. Así, se oye hablar a algún “intelectual” de alejarse de los “compromisos” que obstaculizan el ejercicio del pensamiento crítico, independiente.

Me parece que el otro sentido, el positivo, el ético, del término permite eludir mejor las escisiones de las máscaras de autoconstitución que son

11. Tal terreno común, ese mundo compartido con aquellos a quienes se intenta persuadir de la gravedad de errores y deformaciones es el que se mantiene en un consecuente “compromiso”, con las precisiones que están planteadas en el apartado siguiente. Está constituido por una diversidad de actitudes y palabras cotidianas y sucesivas, no susceptibles de recetario. No es que quien participe de una fuerza política esté siempre en mejores condiciones para acertar, para ver más claro, sino para adquirir legitimidad en sus planteos y conseguir audiencia y mejores posibilidades de persuasión. Influyen las trayectorias personales recientes, la capacidad de incluirse en lo criticado —si ha participado, consentido o callado ante lo criticable—, en suma, la credibilidad personal del discurso.

Una crítica como la que ha publicado, por ejemplo, Labaké sobre lo que actualmente está ocurriendo con los payasescos congresos del “peronismo legal” queda fuertemente desvirtuada tanto por su historia isabelina reciente como por su escasa representatividad organizativa peronista. No tiene credibilidad posible.

arbitrarias, cosificantes, estáticas (activistas-militantes, dirigentes-funcionarios, intelectuales-escribidores) para remitir hacia la persona integral, en situación, que contiene esas determinaciones y otras más. Una persona que no es únicamente uno de sus personajes, ni tampoco está oculta detrás de ellos, sino constituida por todos y cada uno al mismo tiempo; jugándose como unidad de sus máscaras propias y de los roles que se le imponen socialmente, pero sabiendo, o debiendo saber que ninguno lo agota ni lo satisface plenamente, que cada uno —si excluye a los demás— es también su propia manera de traicionarse en su complejidad.

Creo que “ser” intelectual solamente —y en esto me adhiero a Fougeyrollas y a Paul L. Landsberg¹²— es presentar como total solo una parte importante, pero parcial, petrificada del propio ser.

Pero postular el compromiso sin más especificaciones sería volver a la confusión. Un fiel integrante de cualquier “orga” del 70, un soldado de milicias armadas o desarmadas, un fanático al que le “bajen” línea y trate de imponerla sobre su realidad circundante, podría ser tomado por el ser humano comprometido que postulamos. Un burócrata distribuidor de consignas o planteos eficaces o un mero manipulador de la voluntad colectiva de los demás, también. Incluso, y por otro costado, el “compromiso” podrá ser entendido simplemente como la realidad ineludible de cualquier sujeto sometido a la obligación de vivir: “Claro, siempre se está inmerso en una realidad; quiérase o no, siempre se está comprometido con algo”. No me estoy refiriendo a estos tipos de compromiso.¹³ El compromiso significa asumir la responsabilidad de una obra a realizarse en el futuro, obra colectiva para un destino también colectivo. En el compromiso se realiza la historicidad humana. Pero el porvenir posible del sujeto humano depende en buena medida del accionar de fuerzas colectivas que alcancen cierto grado de eficacia en la transformación de la realidad socioeconómica. Por lo cual no podemos comprometernos sin algún tipo de participación en ese juego de fuerzas, que es lo que habitualmente llamamos “la política”. Y en ella no hay compromiso real sin la decisión de adherirse a una causa, que será siempre imperfecta, no solo respecto de nuestras expectativas y valores sino también respecto de sus propios fines explícitamente declarados, de sus orígenes, motivaciones y discurso.

12. En su trabajo *Reflexiones sobre el compromiso personal*, por ejemplo.

13. Por el contrario estoy proponiendo retomar una idea del compromiso que tenga su fundamento en la historicidad del hombre, sumido en un destino colectivo en el cual su vida solo podrá adquirir pleno sentido participando en la construcción de su porvenir, ligado al futuro de la colectividad a la cual pertenece. No es novedosa la afirmación de que el hombre es el animal situado en el tiempo de modo tal que trasciende el mero quedar librado a la sucesión de instantes, propia del resto de los seres vivientes. Como escribió P. L. Landsberg: “Adquirir una conciencia histórica viviente es decidirse a ser una conciencia que abre círculos cada vez más amplios de posibilidades. Cada uno de ellos, a su vez, nos pone ante la responsabilidad de elegir y de hacer un esfuerzo en la dirección elegida. Esta responsabilidad se impone como consecuencia de que, lo queramos o no, el porvenir como tal existe para nosotros, de que vivimos en forma prospectiva” (ídem, nota 12).

Aquí se sitúa el punto clave que da origen a las polémicas sobre la crítica, la aceptación de lo ambiguo, el rechazo de lo inaceptable, las lealtades y las rupturas, etc. y que hoy están al rojo en el peronismo, habida cuenta de su crisis global y profunda. Pero, por encima de esa crisis, que agrava sobremanera todas las contradicciones de la adhesión y la identidad políticas, nunca ha sido posible —ni en Argentina ni en ningún otro lado— elegir entre ideologías y valores abstractos, incontaminados y coherentes, sino entre fuerzas, entre movimientos reales que están cargados de pasados controvertidos y equívocos y que son los vehículos existentes para la construcción del porvenir. E inclusive, cuando es necesario construir un nuevo instrumento político, desde un inicio estará también cargado de pasados mutilantes, o de mezclas espurias, de hiatos entre el discurso y los hechos, de mezclas entre intereses mezquinos e ideales bellos proclamados como prueba, de la necesidad de su existencia. Tampoco pretendo aquí ninguna originalidad: son cosas que todos sabemos, que hemos experimentado, pero que muchas veces olvidamos.

Porque es obvio que cualquier causa humana es imperfecta; de ahí que la decisión de adherirse (y que hemos de renovar permanentemente para seguir adhiriendo) es difícil. Justamente el valor de la decisión por el compromiso con una causa defectuosa se apoya en gran medida en la coexistencia y la tensión —que puede convertirse en creativa y eficaz o bien en mutilante— entre la imperfección de la causa y el carácter definitivo de la voluntad de compromiso.

Por la conciencia de la imperfección, conciencia inquieta y constante, se introduce el componente crítico que debe acompañar el compromiso. La revisión crítica de nuestra propia fuerza política debe ser un elemento esencial del compromiso asumido con ella. Por supuesto esta crítica, proveniente del hecho de que somos fieles a valores libremente elegidos y no a los instrumentos para ponerlos en práctica (las mediaciones necesarias, pero nunca únicas ni definitivas), es cualitativamente diferente de las que provienen de juzgar una causa desde afuera.¹⁴

VII. SEAMOS HERBÍVOROS COMPROMETIDOS, AUNQUE COMAMOS CARNE DE VACA

La posibilidad y la exigencia de crítica en el compromiso político como surge de la tensión permanente entre los fines, los medios y las muy concretas realidades del movimiento colectivo al que adherimos, recibe su fuerza del desfase (o diferencia, en el sentido antes acotado) entre lo que se pone en juego con el compromiso como persona y la inevitable imperfección de la causa elegida. (Es evidente que hoy, en el peronismo, esa tensión llega a su más alta expresión haciendo muy difícil la vocación de permanencia, por crítica que esta se postule. De allí el verdadero padecimiento de quienes actualmente se encuentran incluidos en él; un

14. Sobre este "desde afuera" ver aclaración del apartado anterior.

“sufrimiento” que deberá ser orientado no hacia el desprecio de la propia biografía o adhesión actual sino hacia el balance sin retaceos).

En los términos planteados, la fidelidad a una causa se libra de esta manera del fanatismo, vinculado con su par teórico el fundamentalismo, puesto que se sabe que no estamos en posesión de ninguna verdad absoluta, integral o permanente. La caducidad de nuestras certezas, la familiaridad con la incertidumbre no son ni deben ser tomadas como signos de la crisis de una adscripción comprometida sino como manifestación de salud ideológica, como estado normal y permanente.¹⁵ Visto así, todo compromiso incluirá componentes dramáticos de sacrificio y de riesgo. Conviene aclarar tanto a los épicos como a los profesionalistas de la política funcional y parlamentaria que “sacrificio” no significa necesariamente mutilación de la vida, ni en sentido amplio ni en el sentido biológico; y que “riesgo” no es el que se asume únicamente en la práctica de la lucha armada o en los momentos de represión sangrienta o enfrentamientos violentos con adversarios o enemigos. Si bien no tenemos porqué descartarlos totalmente como posibilidades futuras ni excluirlos teóricamente por más razones morales que se aduzcan, los modelos de sacrificio y riesgo del mártir, el héroe y el asceta ante las situaciones de violencia necesaria o ante los requerimientos de una ejemplaridad en el despojamiento no deben ocupar el centro de una participación política como campo de realización de la historicidad de todos los hombres en general.

El acto del compromiso queremos proponerlo como total y libre. Total porque no se trata de la actitud de una conciencia aislada, de una “inteligencia disponible y sensible”, sino como obra de un ser humano en su integridad, con su inteligencia en funcionamiento pero también con sus sentimientos, sus limitaciones particulares y sus defectos, de la índole que sean; y libre, no formalmente, no con la abstracta atribución del ciudadano, sino como la ejecución de la decisión permanentemente renovable de una persona que acepta su responsabilidad colectiva y actúa en consecuencia.

Ese compromiso como acto total de la persona, libre y voluntario, en su adscripción a una causa colectiva no podrá confundirse ni con un acto puramente intelectual o literario, ni tampoco simétrica y alternativamente con el embanderamiento ciego, la identificación acrítica o la subordinación militar. Por eso, cada vez que la fuerza (partido, movimiento o agrupación) con la que se ha comprometido muestre signos de corrupción o de desfasaje entre discurso y práctica, entre principios y procedimientos, el hombre comprometido los afrontará sin tener en cuenta las consecuencias que puedan acarrearle para su situación de interioridad. Inclusive aunque resulta obvio que esa actitud es más eficaz en un marco colectivo (como

15. Conviene distinguir el uso de la expresión “causa histórica”, del caso particular del peronismo como causa política, uno de sus posibles correlatos en la realidad argentina actual. En este caso concreto, hoy más que antes, la incertidumbre sobre su validez y su futuro es signo incuestionable de “salud”, de estado normal inevitable.

puede percibirse en esos casos límites de la “crítica interna” que son las rupturas),¹⁶ si es necesario deberán afrontarse ineludiblemente la impugnación y el cuestionamiento solitarios ya que nadie puede ampararse en la circunstancia minoritaria o solitaria de su denuncia para guardar silencio.

También este modo de concebir el compromiso busca distinguirlo de ciertos compromisos de índole terapéutica (generalmente conducentes al heroísmo y el quiebre, alternativos o sucesivos) destinados a paliar la angustia del individualismo, la desesperación de los sinsentidos de la vida moderna o la debilidad psicológica que busca en las causas políticas una seguridad orgánica; tales actos suelen conducir a la autodestrucción o peor aún, a la destrucción de los otros (amigos y enemigos). Como decía Ch. Peguy hace ocho décadas: “Comprar el boleto al partir, en un bando, en una acción, y ya no volver a mirar cómo marcha ese tren y, ante todo, sobre qué marcha, es para un hombre ponerse en excelentes condiciones de convertirse en criminal”.¹⁷ ■

AÑO 4 - N° 13

DICIEMBRE DE 1986

PERÓN Y VERÓN: DOS TESIS SOBRE EL MALENTENDIDO

Horacio González

I. HABLAR DIFERENTE

¿En qué momento se hizo evidente que Perón hablaba de un modo diferente? No en el sentido de que Perón dijese cosas que antes no estuviesen dichas, o emplease palabras o conceptos anteriormente inexistentes en la jerga política. Jauretche ya lo había hecho y, antes que él, Lugones; y esto para mencionar apenas dos ejemplos notorios. Jauretche propuso una batería de adjetivaciones apoyadas en la tradición gauchipolítica argentina. Lugones hizo lo mismo, pero fue a buscar

16. Puesto que irse con una parte es más eficaz y coherente que individualmente; e irse —políticamente hablando— con una parte significativa, es más apropiado a la naturaleza de la política que hacerlo con un sector marginal.

17. En su *Nuestra juventud. Ouvres complètes*, Tomo IV, París, Gallimard (edición de sus escritos entre 1909 y 1914).

inspiración en la antigüedad clásica y en el helenismo reinterpretado por la derecha francesa de los años veinte.

Tampoco se quiere afirmar aquí lo que hay de más archisabido acerca de la infatigable locuacidad del coronel que “si venían cien, les hablaba; si venían dos, también les hablaba”. Que Perón aliaba saliva y sonrisas no es novedad para nadie. Tampoco lo es la técnica peculiar con que establecía sus temáticas en los años formativos del peronismo, cuando recibía infatigable las primeras delegaciones obreras que se acercaban a la Secretaría de Trabajo: “... les decía mezcladito lo que había que hacer, lo que yo creía y que quizás ellos no creían. Pero cuando les decía la segunda parte, que era lo que ellos querían, entonces me creían todo, y se iban con sus ideas y con mis ideas, y las desparramaban por todas partes”.

Es cierto que esas sonrisas a veces se congelaban. Es el caso de la “agarrada” que Perón tiene con Jauretche en 1944, y de la cual la relación nunca se repondría. Perón, que prometió un gabinete “forjista” en la provincia de Buenos Aires, combina con Jauretche los nombres de los futuros ministros. Pasa un tiempo y los diarios informan sobre un ministerio totalmente diferente. Después en una conversación en el propio automóvil de Perón, Jauretche siente que no está recibiendo las explicaciones que merece, mientras el coronel, algo displicente, le resta importancia al episodio. Podemos reconstruir así el final de la conversación, según un relato que hiciera el propio Jauretche (recogido por Miguel Ángel Scenna):

Bueno, entonces lo espero mañana —dijo Perón, que había descendido del rodado, con una sonrisa—. Jauretche lo mira fijamente y con voz firme, contesta: “No coronel, no me espere”. El rostro de Perón cambia bruscamente. Su mirada se endurece, y sin agregar más, mientras cierra la puerta del auto, se dirige al chofer: Lleve al doctor hasta su casa...

Se ve por este relato que la sonrisa del coronel podía también apagarse bruscamente. ¿Quién podría asombrarse por ello? Ya lo había observado Hobbes en los predicadores presbiterianos. En el púlpito toman un aspecto corporal y una expresión facial del todo adecuada al propósito seductor de la prédica. Luego, el rostro podrá endurecerse.

Por eso, tanto cuando habla el Perón persuasor, como cuando el Perón contrariado demuda la expresión facial, estamos frente a dos acontecimientos complementarios vinculados al uso de la palabra política. La lógica del seductor —tan subestimada por Hobbes—, supone una forma de hablar, pero no necesariamente un hablar que corte en dos tiempos el fluir de la lengua, tal como se dice que Rabelais interrumpe bruscamente la forma de dirigirse a los lectores al inaugurar *Gargantúa* con un llamado a los ilustres bebedores.

Perón no dijo casi nunca cipayos y cuando citó a Licurgo estas livianas referencias al mundo griego no hubieran despertado precisamente la admiración del cáustico Lugones. Cuando decimos que Perón hablaba diferente no queremos dar

la idea de un reinventor de la lengua política. Al contrario, Perón aceptaba de buen grado las “invenciones” ya realizadas, que su vocación coloquial incorporaba de inmediato, ávidamente. Todo persuasor eficaz genera un “tiempo de oratorio”, un espacio irreal donde los resortes íntimos de la conciencia son atravesados por cuchillas discursivas.

Por eso no tiene problemas en ser un plaguario. Cierta vez, Jauretche lee en el diario un discurso de Perón y percibe que era una versión casi textual de la conversación que la noche anterior había tenido con él. Después, se entera de que al salir del departamento de Coronel Díaz y Arenales —donde Perón recibía a los políticos— el anfitrión le comentó a otro coronel presente: “Ya tengo el discurso de mañana”.

1. El habla tiene la palabra

Entonces, si el “hablar diferente” no se refiere a los “batallones de imágenes” que caracterizan el modo especial en que cada uno, político o no, hace uso de la lengua, la diferencia que establece Perón hay que buscarla en otro lado. Si no, nada habría de interesante en la pregunta por la “originalidad” de cada lenguaje político usado desde un habla personal. Solo Lenin podía decir “renegados”, “liquidacionistas” o “doble poder” de una manera especialmente efectiva; solo Trotsky podía dar un sello de absoluta singularidad al uso del término “burocracia”. Esos y otros términos, sin embargo, eran extraídos de un baúl lingüístico en el que se conjugaban diversas tradiciones, tanto de orden teórico como relacionadas con los estilos polémicos largamente ensayados por los movimientos sociales de contestación. Es obvio que en estos casos hay acuñación de lenguajes, una construcción de mundos lingüísticos capaces de formar fuertes identidades. Pero si Lenin y Trotsky “hablan diferente” no es porque son imaginativos forjadores de imágenes, adaptando las fábulas de Krilov para explicar el colapso del imperialismo mundial. Es fundamentalmente porque cuando hablan, dejan entrever el motivo de la diferencia en el propio acto de hablar. Ellos están diciendo permanentemente que cuando hablan no solo comunican hechos de una realidad a ser transmitida e informada, sino que comunican una forma de usar políticamente el habla. Lenin llega a comparar el partido con un periódico y Trotsky se pregunta si la famosa frase que registra John Reed en el Segundo Congreso de los Soviets, cuando Lenin comienza su discurso diciendo “pasemos ahora a la construcción del socialismo”, habría sido efectivamente pronunciada. Reed no sabía ruso, dice Trotsky y además los taquígrafos de Petrogrado, como todo había sido paralizado, estaban de huelga.

En ambos casos se está reflexionando sobre el modo en que el político debe hablar, ya sea dirigiéndose a interlocutores que lo deben ver como un periodista que resume, explica y desentraña la época, ya sea como un escultor de frases que el cielo laico de la historia memoriza, haya o no taquígrafos a mano, haya o no haya sido corregida la frase realmente pronunciada por la memoria de los escuchas, que

deseosos de epopeyas aceptarían dar un superior barniz épico a ciertos dichos que ya nacen “históricos”: Lenin hablando por primera vez en público, ya con la certeza de que una ciudad ha sido tomada. ¿Dijera lo que dijera, no era como si sus frases estuvieran dejando impresiones en mármol?

Se habla diferente cuando se está hablando de un modo que se refiere al caso de quien habla sabiendo que está ejerciendo el oficio de hablar. Más aún cuando —en lo usual— el que habla también se dedica a hablar sobre el habla. Perón llamó “conducción política” a ese acontecimiento: hablar sobre lo que el político habla.

2. El Perón de los demás...

Sin embargo, no fue necesariamente por eso que Perón fue percibido como agente de novedades indisimulables en los parlitorios de la política argentina. Leamos Rouquié, Murmis-Portantiero, Milcíades Peña, Hurtado de Mendoza. Son trabajos ensayísticos que mencionamos, invirtiendo el orden en que fueron publicados. Se trata de una serie que nos advierte sobre un único hecho. El peronismo es la continuidad de tendencias sociales y políticas, en lo que hacen a la relación Estado-sociedad, que ya estaban insinuadas a partir del 30. Industrialización, estatismo, regulación social, sindicatos con experiencia en el trato con los factores de poder, etc., todo eso ya estaba. ¿Dónde estaba pues lo nuevo?

Lo nuevo era el “exceso” que agregaba Perón, esa ideología que lo lleva a “embolsar” el movimiento social progresista generado sin su concurso, a través de una propuesta integracionista: obreros y militares, obreros y patrones, partido sindical y alianzas de tipo “movimientista”.

Así, la novedad del peronismo habría sido la desviación. El peronismo solo aporta el desvío del proceso social progresista, dándole un carácter personalista, vicario, bonapartista, heterónomo, etc.

La “novedad Perón”, en esta versión, consiste en una bastardía negativa. Sin embargo, los mencionados autores no llegan a considerar a Perón como producto de una malformación del espíritu, como un alma enferma que intercepta, cual bellaco salteador de caminos, la marcha de la salud social. Quienes abordan el “psicoanálisis de Perón”, con todo, llegan hasta ese punto. Psicoanalizar a Perón había sido una de las tantas antevisiones de Ezequiel Martínez Estrada, que León Rozitchner ha tomado ahora en serio.

Martínez Estrada había dicho eso en *Qué es esto*, en 1956, “confiando en que las masas peronistas me entenderán” y explicando a Perón, en la huella de *Facundo*, como “un producto del medio”. Rozitchner ve a Perón un dominador que amenaza con la “castración” a sus subordinados, en una prolongación de su mimetismo edípico con su madre, “mujer fálica”. Extrapolación de niveles, hubiera dicho Eliseo Verón, por lo menos, “el primer Verón”. Volveremos a Rozitchner, aunque por el momento debemos conformarnos con declarar que la literatura exorcizante

contra la “teratología” peronista no lo tiene como el exponente más gracioso. Para la admonición hay que tener la gracia sutil de la arbitrariedad, de la irritación estetizante, oscura y garbosa. Rozitchner no puede ser superior en esto a Martínez Estrada y a Tulio Halperin Donghi, refinados prosistas del *temp du mépris* desde el cual hay que juzgar las necedades históricas, esas barrabasadas del espíritu que se deberían despreciar pero que si existen, por lo menos deberían tener como consecuencia hacernos más y más proustianos observadores del mundo plebeyo, observadores que saben decaer con dignidad sin intentar salvarse hedónicamente con algún “proyecto nacional”.

Volvamos a nuestra pregunta: ¿qué era lo nuevo en el peronismo? Ya sabemos que hay por lo menos una novedad negativa. Perón usurpa un movimiento social que sin él hubiera dado sus frutos proletarios, nacional-populares o industrialistas, mucho más legítimamente de lo que eso mismo fue después expresado por el coronel que mezcló la lucha de clases con la motoneta “pochito” y la democracia social con la fiesta pantagruélica en la plaza pública.

Pero lo nuevo también formaba parte de la temprana apologética del peronismo. Releamos las actas de la sesión que tiene lugar en la CGT el día en que los sindicalistas declaran, en reñida votación, el después inútil paro general del 18 de octubre del 45. En este excepcional documento, en que no por haber sido planteado de forma lateral se dejó de discutir la relación entre el movimiento sindical y el “extraño de sonrisa larga”, ese Perón que venía de “afuera” a plantear antiguas reivindicaciones laborales, en ese documento, digamos, podemos ver muy prematuramente los indicios de un habla sobre lo nuevo que después tendría vigorosa acogida en las interpretaciones que el peronismo haría de sí. Algunos dirigentes sindicales ya dicen “Perón nos dijo” o “el coronel que sacrificó su carrera por nosotros”.

Este modo de narrar el peronismo tiene su expresión canónica en documentos como *La razón de mi vida* y otros de similar entonación y arquitectura. Realizados sobre la base de una moldeadura folletinesca y de una dramaturgia que combina no sin originalidad el idilio popular y la misión social salvacionista, entregan una verdadera hagiografía de izquierda que omite toda explicación social en beneficio de la invención idílica de una pareja que vive el amor pasional como un amor social. No consideraremos aquí como esta ideología sobre los sentimientos amoratorios, individuales o colectivos, de evidente origen burgués, se asoció a la movilización “plebeya” y al lado positivo del conflicto social. Importa decir, en cambio, que esta era por lo menos una manera “nueva” de contar lo que estaba pasando en la sociedad argentina. Tan nueva, que introducía un corte fenomenal en los tiempos a partir de un “día maravilloso”, donde un cóndor había alzado vuelo y reinventado el mundo. Como es evidente, no estamos considerando esta manera de contar lo nuevo como una satisfactoria respuesta a la pregunta que hicimos sobre el momento en que se percibe lo nuevo del peronismo. Desde luego, los apolo- gistas interiores del peronismo no estaban obligados a distanciarse tanto de lo que

pensaban de sí mismos. ¿En vez de explicarse a la Muñoz Aspiri, deberían hablar como Henri Pirenne?

La autopercepción de lo nuevo, es claro, es el componente narrativo más elemental del peronismo de los orígenes. Desde el “se acabó la era aquella del fraude y la explotación”, según decía una conocida milonga que cantaba una *chansonniere* del peronismo femenino para estimular el voto de las mujeres en la primera ocasión en que estas votan, hasta el sentimiento que tiene Arturo Jauretche cuando ve pasar una larga columna peronista, en 1946, cantando consignas que él había inventado sin que nadie lo reconociera (“... una nueva Argentina estaba de pie, yo era desconocido por mis amigos y conocido por mis enemigos, estaba muy feliz de desaparecer en los escombros políticos de la Argentina que yo había luchado para derrumbar...”), tenemos el espectáculo de un peronismo que se sabe una intromisión original que altera la lógica reinante en “los tiempos de la República”.

Pero no queremos que el peronista originario nos hable de lo que él mismo piensa sobre su originalidad. Al final, todo “príncipe”, moderno o no, toma como referencia su propio principado y si entiende bien su tarea, se obliga a tener como explicación del príncipe al príncipe mismo. Páginas célebres, antiguas y modernas, lo dicen. Queremos más bien que los que pertenecen a otros sistemas de ideas, a otros contextos conceptuales y existenciales, nos digan en qué momento se dieron cuenta de que estaban frente a otro sistema de razonamientos y justificaciones. En una palabra, cuándo y de qué modo se producen reconocimientos similares a aquel que realiza el historiador José Luis Romero cuando percibe en el peronismo los ecos de la “doctrina del estado mayor”, tal como había sido formulada en los gabinetes teóricos y académicos de la Europa del siglo XIX, en particular, en el seno de ciertas escuelas militares.

Porque allí estaba el habla diferente de Perón. El mismo lo dice en su *Manual de conducción política*, las clases sobre “estrategia” que dicta en la “escuela superior peronista”, cuando juzga que llegó el momento de diseminar las reglas que han permitido su victoria. Era el año 1950. En esas clases encontramos el anuncio de la novedad bajo la forma de un ataque tan severo a la “vieja política” —vieja política asimilada al “caudillismo” del ciclo anterior— que hay que retroceder hasta el *Facundo* para encontrar una pieza de similar envergadura en la condena tajante a la política hecha de un modo ciego e “irracional”.

3. El diagnóstico de Cooke y la Argentina “oscilante”

Cooke, como siempre, identificaría muy bien la proveniencia del mundo conceptual de Perón. Alguna vez dijo que Perón era un político y un intelectual “premarxista”, lo que es absolutamente correcto. Y una vez más es preciso recordar que ello no implicaba ninguna descalificación por parte de un Cooke, que ya citaba a Mao, Gramsci y Luckács. (Muchas veces realizando esas citas en sus diálogos con Perón:

para dialogar es necesario un saber sobre las diferencias). Si Perón era “anterior” a Marx es porque pertenecía al clima moral del pensamiento estratégico, tal como había sido difundido en las academias militares, por infinidad de profesores inspirados en Clausewitz. El diálogo Perón-Cooke es el diálogo Marx-Clausewitz tal como tantas veces se ha realizado, incluso en forma muy original en el propio marxismo, si es que no se interpretan adocenadamente las elaboraciones de un Engels, un Lenin, un Mao.

Un autor demasiado interesante para la circunstancia argentina como para pasarlo por alto apenas porque la urdimbre de su texto es llamativamente compleja —Jean-Pierre Faye, *Los lenguajes totalitarios*— se asombra por el impacto que tienen en Bolivia los lenguajes políticos de la Alemania del 30. Observa un trasiego de lenguajes por el cual el nacionalismo revolucionario boliviano, desde 1952 en adelante, recoge el oscilador semántico que caracteriza toda la política alemana de los años veinte, entre un énfasis nacional para el socialismo y un énfasis socialista para el nacionalismo, todo ello entrecruzado hasta la configuración final, mortífera según Faye, de una totalidad revolucionaria.

Faye podría haberse detenido más en la Argentina, siempre y cuando no se hubiese sentido en la tentación de producir trivialidades como las del Sebreli de *Los deseos imaginarios del peronismo*, o del Giussani de *La soberbia armada*. En efecto, la Argentina “oscilante” que da un Dardo Cabo que toma Malvinas en 1966 desde la UOM, y luego escribe aquellas páginas de los periódicos montoneros que ahora motivan el adusto comentario de Eliseo Verón, en fin, el José Luis Nell tacuarista de 1964 y el Nell suicida de 1974, el Walsh nacionalista de 1956 y el Walsh de 1976, el Olmedo, el Urondo, el Quieto de los años sesenta y ellos mismos diez años después, aún deberían inspirar mayores cuidados en la reflexión sobre las vicisitudes de la “revolución nacional” que, nutrida de diversas vertientes ideológicas, se da cita en el peronismo del 73. Para lo que aquí nos interesa, debemos apenas señalar que no fue fácil percibir que Perón hablaba diferente no porque hubiera llevado el coloquio a la plaza pública, el diálogo con el interlocutor popular y el saludo a la madre preocupada allá en la Patagonia —elementos del discurso del 17 de octubre del 45— sino porque él mismo decía que estaba hablando diferente. Hablaba sobre las formas del hablar político, y llamaba “profesional” al primer lenguaje, y no profesional, amateurístico, el segundo lenguaje, al que el primero se refería. El lenguaje político propiamente dicho, era el lenguaje tradicional que él no hablaba, sino sobre el cual hablaba desde otro lenguaje, el de la conducción, que además se preocupaba en hacerlo visible al punto de transformarlo en motivo de largas exposiciones públicas.

Todo esto es suficientemente conocido, aunque asombra hoy que hombres como Jauretche o Scalabrini Ortiz, o si no desde otro ángulo, un Hernández Arregui, no supieran ver cuál era el origen de sus desentendimientos o de sus tomas de distancia frente a Perón. El propio Cooke parece no haber considerado

en la real dimensión que tenía el mecanismo discursivo de la “conducción”, tal como era ejercido por un Perón que, además, había saturado el ambiente explicando a troche y moche en qué consistía. Tal es así que en diversos momentos, durante los años 57, 58 y aún más adelante, intenta interferir esa modalidad peroniana, que le parecía “anárquica”. Quien tardíamente comprende la trama de procedimientos del exiliado madrileño, es el general Lanusse. También sorprende todo lo que demoró, dada su formación militar. En 1972 decidió contestarle a Perón en sus propios términos, es decir, en el lenguaje “estratégico”. “Todo cadete sabe que el estratega tiene que estar en el teatro de operaciones” declaró, al intentar desprestigiar el conocido argumento de Perón de que “se conduce desde lejos”. Quería cocinarlo en su salsa, pero en verdad aún le faltaba saber que había una oscilación en Perón que le permitía invertir sus proposiciones según los diversos juegos de destino. Años antes, esa misma frase tenía aspecto negativo: no se conduce de lejos, sino de cerca. Con esa argumentación, entre otras, lo había nombrado a Cooke como su heredero.

4. El Verón de sí mismo

Pues bien, hoy es evidente que Perón hablaba diferente porque fundamentalmente hablaba sobre cómo hablar. Desde diversos puntos de vista, se realiza hoy el análisis de esta peculiaridad peroniana. Eliseo Verón se ha aproximado —junto a Silvia Sigal— de un modo atrevido a esta problemática. Perón aparece para estos autores —*Perón o Muerte*, Legasa, 1985— como “el único enunciador del Logos peronista”, de modo tal que la doctrina está compuesta por todos los actos de Perón en el sentido de enunciarla, reinterpretarla o actualizarla. Pero siendo así, Perón no tiene por encima de él a la doctrina, sino que esta solo es doctrina porque antes hay una persona, Perón, que la enuncia, teniendo solo él la atribución de hacerlo. Verón y Sigal obtienen diversas líneas argumentales a partir de esta comprobación. No las consideraremos ahora, pero sí nos interesa afirmar algo que tampoco escapa a Verón: “Perón no se cansaba de repetir y mostrar lo que hacía”. Es cierto que la dirección en la que sigue el análisis veroniano merece muchas y más atentas observaciones que esta que nos ocupa. Pero para limitarnos a la cuestión de cómo y cuándo se reconoce que Perón es distinto al hablar, digamos que Perón era su propio semiólogo. Perón era su propio Verón. Verón lo sabe, aunque su interés no sea el de examinar esta situación más allá de la omisión que produce Perón al escabullirse de una decisión sobre las diferentes creencias que convivían en su movimiento.

Una de las conclusiones de Verón es que Perón no era “totalitario” —aunque sí un favorecedor de la “muerte”— porque no “decidía” entre los diversos potenciales totalitarios que englobaba el peronismo. De un modo más simple, quizá más efectivo, esto mismo lo afirma Ernesto Laclau (*Política e ideología en la teoría marxista*, Paz y Tierra, 1978). Para Laclau, a diferencia del fascismo, que no tiene

un “mediador estatal” o “personal” y es doctrinariamente muy coherente, el peronismo es más “bonapartista”, al intentar la intermediación entre diversos factores y grupos, lo que también lo lleva a exceder el límite bonapartista después del 55.

Ahora bien, lo que nos interesa, más que criticar este mecanismo de conducción por incoherente —lo que sin duda, puede hacerse, a la manera de Verón, o a la manera de José Pablo Feinmann, quien se muestra partidario de un Perón que hubiera debido ser más “sartreano”, esto es, saber elegir conscientemente entre las varias opciones que le presentaba la historia antes que guíñarlas a todas por igual (Feinmann, *La creación de lo posible*, Legasa, 1986)—, nos interesa, decimos, saber qué hacemos con el reconocimiento de que Perón hablaba diferente. Diferencia esta que se superponía con las tradiciones positivistas, liberales, iluministas, jacobinas y románticas de la tradición política argentina. ¿Cómo se combinó el “clausewitismo” de Perón con todas ellas? Aún no lo sabemos demasiado. Nos falta algún libro de Oscar Terán al respecto, aunque cuando venga estará tal vez muy teñido de una amargura que impedirá tener más piedad con los hombres y las circunstancias que nos tocaron vivir.

5. Peronización por diferencia y revisión sin indiferencia

Esa diferencia marcó nuestra época. En nombre de esa diferencia nos hicimos peronistas. Lo fuimos no porque Perón fuera “coherente” sino por la distancia que Perón guardaba respecto de todo el sistema de la cultura política preexistente. No quiere decir esto que fuéramos peronistas porque nos gustara la conducción como “arte”, “genialidad” y “óleo de Samuel”, más allá de que eso también fuera cierto, sino porque esa distancia permitía nuestra propia historicidad. Había algo a lo que ni Perón, ni Verón, ni nosotros escapamos. Cada fragmento que emanaba de sus “enunciados”, interpretados por él o por nosotros de la forma que fuese, se inscribía en la historicidad de la sociedad argentina, forjando nuevos peronistas. Por eso, si el análisis de Verón pretende ser condenatorio —lo es—, no puede pretender decidir sobre el patrimonio que el ciclo peronista deja en la sociedad argentina. Nuestro propio peronismo. Si Perón no era un enunciador totalitario, eso no ocurría apenas por incoherencia y omisión de decisiones. Era también porque la tesis de la conducción, en su remota evocación hegeliana, concebía la historia como obra de razón, libertad y pasión. Acepta la historia como algo más allá de lo que Verón llama “las condiciones sociales de producción del discurso”. El problema consiste no solo en que para Verón no tiene sentido el campo de problemas que designa la palabra “historia” sino también en que Perón usa el lenguaje como juego. Es decir, del mismo modo en que Verón lo usa, haciendo indiferente si se habla desde la “ciencia” o desde la “política”. Ambas se interfieren mutuamente, cada una juega su juego. Verón observa a Perón porque Perón observa a Verón. (“Ponerse fuera del juego del discurso político es simplemente jugar a otro juego”, dice Verón).

Más allá de esta cuestión, la cual, lo decimos redondamente, no sabemos si estamos en condiciones de desarrollar como discusión en los mismos términos de la teoría de la enunciación que expresan Verón y Sigal (dígase mejor, no estamos), interesa ahora formular una tesis, nuestra primera tesis de las dos que, por amor a lo binario, hemos anunciado en este artículo. El reconocimiento del habla diferente de Perón permitió nuestro peronismo. Dicho esto, desdoblamos esta proposición entre otras: es necesario revisar ese sistema de “conducción”, desreproducirlo, ejercer una negatividad sobre él. Revisar a Perón. No revisarlo como historia consumada, lo que sería absurdo (allí está nuestro peronismo) sino revisarlo contra el intento de ser repuesto en la escena política argentina a través del “urbi et orbi” de la conducción. Todo lo que formó parte del habla diferente hay que retraducirlo a otras condiciones sociales e históricas, no para negar nada —estamos contentos de haber luchado y no hay motivos para no seguir luchando— sino para desarmar y rearmar el peronismo como un sentido posible, el que nos interesa: la lucha de los trabajadores argentinos por la justicia. Ya no hay que hablar sobre cómo hablar, sino que hay que hablar nuevamente de un único modo posible: enunciando unívocamente, desde un lugar, el que elijamos. Desde allí se abre la formidable tarea de reinvestigar históricamente el peronismo, para poder serlo, en beneficio de la democracia argentina, en la totalidad de lo que el peronismo significa en lo históricamente ya consumado (¿de qué otro modo considerarlo si no?) y en lo que debe ser como crítica estricta, racional, dialéctica e imaginativa a todo lo que el peronismo reunió en su espacio histórico, inclusive a nosotros. Para ser un poco sartreanos por última vez, debemos poder decir qué hacemos con lo que hicimos y con lo que nos hicieron. Otra vez una suerte de “metalenguaje”, pero sin “juegos”. Ahora para saber que fuimos hijos de aquello “diferente” y, portadores de esa diferencia, para tornarla un motivo de perspicaz observación y actividad transformadora en la sociedad argentina.

II. ENTENDER DIFERENTE

Dicha ya nuestra primera tesis, la “revisión de Perón” (cueste lo que cueste), veamos ya la tesis número dos. Un tema de la hora se refiere a si hubo un “malentendido histórico” cuando se constituyó la “izquierda peronista”. Desde diversas angulaciones se insiste en el malentendido. Viñas lo venía diciendo desde siempre, e insiste que esa cuestión la consideraba en charlas con su amigo Walsh. Perón había “negociado” primero a Evita y después a su juventud radicalizada, con el Ejército. También pertenece a Viñas la primera formulación sobre el “sistema mítico” de Perón, sistema que equipara al de Borges, ambos inmovilizando a la sociedad (*Les Temps Modernes*, 1980, *El Porteño*, 1986). Verón no lo dice, en este sentido, mejor que Viñas. Giussani, desde luego, lo expresa muy pobremente, desde una tesis de “a cada cual el sistema ideológico que socialmente le corresponde”.

Zapatero a tus zapatos. En política, sobre todo argentina, eso resulta en mucha torpeza. Ingenieros no hubiera podido ser anarquista en su juventud, Lugones no se hubiera convertido al “maurrasismo”, el hijo del presidente Justo no se hubiera hecho troskista, Walsh debiera haberse conformado con sus “Variaciones en rojo”, Ernesto Guevara debiera haber sido militante de la FUA y el propio Giussani no tendría la propia biografía que ostenta, bastante más rica, vista en conjunto, que las opiniones que hoy tiene derecho a esgrimir.

Quien ha avanzado raudamente en este terreno es León Rozitchner, en su *Perón, entre el tiempo y la sangre* (CEAL, 1986). La tesis rozitchneriana, si podemos expresarnos así, consiste también en presentar la “mala lectura” que la izquierda hace de Perón. En este libro hay interesantes consideraciones sobre la relación entre Clausewitz y Freud, vía Hegel. No las mencionaremos, aunque habría mucho que observar sobre la mezcla de acertadas intuiciones y primarismos psicoanalíticos con que Rozitchner realiza sus análisis. Interesa sí el centro de la tesis presentada: el hombre Perón es un “nido de víboras”, para emplear una expresión al gusto del Rozitchner de otras épocas. Aprovechándose de la lectura ingenua que la izquierda hace de sus escritos militares de la década del treinta, Perón “hace surgir” del seno de su propio movimiento a una izquierda que, al exhibírsela a la derecha, lo hace con el sobreentendido de que es allí donde es necesario emplear la represión destructora.

1. Los alérgicos a la ambigüedad

Esto es así porque Perón era “el jefe de los enemigos de su clase”, dice Rozitchner, condenando un acontecimiento que debería examinar mejor. A Rozitchner no le gustan los que “saltan el cerco”. Cuando un grupo de argentinos, en el exilio mexicano, dijo que era posible perfectamente condenar a Galtieri y aceptar que “las Malvinas son argentinas”, puso el grito en el cielo. Más allá de que es necesario analizar, también nosotros, las difíciles opciones en que nos pone la historia política argentina, lo que dijeron esos argentinos no tenía nada de anormal, no solo por lo que se espera del “político medio” de nuestro país, sino porque “desbrozar” un hecho (desbrozar: metáfora antigua de las izquierdas) forma parte de una larga educación sentimental y teórica de todo militante. Fue Luckács quien supo decir que se podía ser de izquierda en el plano ético y romántico en el plano epistemológico, aunque después negara todo. Fue Marx quien proporciona a Lenin la tesis de que los intelectuales revolucionarios, los estudiantes, etc., no pertenecen a ninguna clase para que en ellos se verifique ese extraordinario fenómeno de la migración desde una “ideología” a la otra, esta última, “proletaria”.

En fin, se pueden multiplicar los ejemplos de cómo un hecho “malo” está cargado de positividad. Es la “astucia de la razón”, que se reconoce en las opiniones de Marx, de Lenin, de Trotsky, etc. Es el famoso “lo hacen pero no lo saben”,

que resulta tan insoportable para los que piden que cada hecho tenga “toda la autoconciencia” que le corresponde, que de un extremo está Rozitchner diciéndonos que si un individuo histórico es malo, todos los efectos que lo envuelven serán igualmente malos, aunque algunos de esos efectos resulten en procesos que finalmente nieguen lo malo en favor de la movilización social. En el otro extremo nos espera un Jorge Abelardo Ramos diciéndonos que si un efecto puede ser bueno, será bueno el individuo envuelto en él. De ahí la reivindicación abelardista del general Galtieri.

Perón no era el jefe de los enemigos de “su clase”. Hasta Emilio de Ipola, de quien no se pude afirmar que esté bien dispuesto con el peronismo, analiza los discursos de Perón como el tránsito de una lógica a otra, lo que no quiere decir que las vea bien, sino que las ve como transición, plaza de por medio, de un sistema discursivo militar a otro popular. Claro que en ambos casos retraduciendo consignas del denominador social, pero no por ello menos transitivas. Lo “nacional popular” encontraba en Perón, diría De Ipola, una forma mala, de tipo “nacional estatal” para expresarse, pero era, al fin, una expresión posible que la gente le servía. Ya sé que simplifico un pensamiento sutil, pero lo fundamental es esto: Perón era el “lado malo” por el cual progresaba la historia popular. ¿Exageración? No parece. En este mismo sentido puede consultarse el clásico *Orígenes del peronismo* de Murmis y Portantiero. Encontramos aquí un cookismo *avant-la-lettre*.

Rozitchner no soporta la ambigüedad, tal como Sebreli. Fueron ellos, sin embargo, los propagandistas de una extendida justificación de Perón a través de su bastardía, ofensiva para todo el establishment cultural oligárquico. Que se nos permita recordarlo, para que quede claro que ellos y nosotros no hacemos mucho más que combatir alguna cosa que dijimos en el pasado.

¿Será Tomás Eloy Martínez quien se acerca más a esa ambigüedad productiva de Perón? No parece, aunque tenía en sus manos todo el material para hacerlo. Su *Novela de Perón*, entonces, resultará muy inferior a los modelos literarios en los que se inspira el Carpentier del *Recurso del método* y el Roa Bastos de *Yo el Supremo*, pues insiste en empequeñecer al personaje por su condición de instrumentador-instrumentado, enmascarador-enmascarado, diabólico-distraído, trascendental-matrero, inventor-plagiario, previsible-imprevisible, agente-víctima. ¿Por qué no explotar estas contradicciones? No lo hace, quién sabe por qué. Un Perón inexacto surge entonces, caprichoso y fatigado por el tiempo, trampeando su racionalidad en nombre del esoterismo, lo épico en nombre de lo grotesco. Claro que hay en la *Novela de Perón* indicios veraces sobre el papel del “plagio” en la conducción (que Martínez desinterpreta o interpreta mal) pero se pierde la posibilidad de considerar la conducción como una paradoja semejante a la de la dialéctica del Iluminismo: se quiere librar a los hombres del mito pero no dejamos de manipularlos, se quiere educar al soberano pero se introduce otro mito. De Tomás E. Martínez solo surge un Perón instrumentador y oscuro, contradiciendo trechos

muy vívidos donde su relato podría haber despegado de esa camisa de fuerza previa en la que elige meter a su personaje.

Aunque Rozitchner habla más claro, utiliza esta misma argumentación (que después Verón dispondrá sobre un bastidor semiológico y antes Soriano sobre un alambique novelístico). Para el León no herbívoro Rozitchner, Perón “pagó con sangre de izquierda” el contrato que había establecido con las derechas argentinas. Esos “valores de izquierda” estaban contenidos en la propia capacidad de “pago” que tenía Perón, debido al famoso malentendido. La izquierda había leído mal el “éxito de Perón” al conquistar a la clase obrera. Había pasado por alto los célebres trechos del *Manual* en el que Perón afirmaba que le decía a la gente lo que quería la gente oír, para después llevarla donde él quería ir. Es claro, no es que nos gusten esos párrafos donde Perón explica mal acontecimientos que luego lo superaron (tal como en la *Novela* de Martínez resulta superado, hechicero con las hechicerías vueltas en su contra). Pero en la investigación de Rozitchner se trata de considerar que hay “isomorfismo” entre la conciencia propia y el sistema de dominación. Perón decía esos párrafos “instrumentadores” porque estaba gestando un vasto espectáculo de instrumentación para sus comandados. Jefe al fin de los obreros, a quienes veía como sus enemigos.

Pues bien, esto es un error. No hay tal isomorfismo, mucho menos desde cualquier versión del psicoanálisis, la más chabacana que sea. Hay ambigüedad, errores no reflexionados y consecuencias inesperadas de los actos discursivos o del orden que sean. Max Weber lo dijo bien. Hay paradojas infinitas. Se quiere una cosa, se desencadena otra, y entre ambos momentos, existe el reino de la libertad. Todo malentendido es creativo, toda creación es un malentendido.

Pero para este agrio ensayista de la moral, si la izquierda peronista quería ser izquierda y peronista al mismo tiempo solo podía producir un malentendido que la llevase a “internalizar a Perón”, esto es, el principio mismo del sabotaje a sus mejores intenciones.

2. La izquierda que fuimos: de Cooke a Montoneros

Rozitchner dice muchas cosas que después reiterará Verón: Perón agente de la muerte. Verón, con todo, mucho más calmo, mucho más levistraussiano (con el dilema de su maestro, incluso sobre si hablar científicamente de algo supone separarse de ese algo o reproducirlo de otro modo), también tocará la tecla del equívoco de la izquierda. En verdad, ese es el tema de su libro. Hay una estrategia fracasada de la izquierda peronista en su intento de querer incluirse en los mecanismos discursivos del líder.

¿Fue así? Con los Montoneros, en principio, no fue así. Basta considerar el hoy de los Montoneros. Son el peronismo, en una de sus versiones características, la de la revolución nacional. Si hubo enfrentamiento con Perón es porque hubo

inclusión en su “dispositivo”, y la disputa que hubo en plaza pública contó en todo caso con el doble infortunio de una mala lectura de ambas partes. Al final, los Montoneros conocieron al verdadero Perón porque internalizaron su logos (diría Verón). Cooke también conoce el verdadero Perón, pero lo juzga históricamente de un modo diferente. Reconoce Cooke, finalmente, el origen de la diferencia del habla de Perón. Los Montoneros no, porque los animaba el deseo de ser Perón. Cooke, quien más cerca estuvo de “ser Perón”, incluso porque Perón así parece haberlo querido, termina diciendo “yo no puedo ser Perón”. Al final, ni Perón quería ser Perón, no por el “descarnamiento” veronista (estar por encima de todo, totémico y oracular, para entregar su cuerpo en el altar de la patria) sino por el descarnamiento que el propio interesado explicó bastante bien. No había leído a Hegel, pero había allí una versión, menor, es cierto, de la “conciencia desgraciada”, que busca conciliarse con el todo pero sabe que es y será una parte.

Como parte es que pervive Perón. Como jefe de los obreros tenía que hacer cosas que quizá no le gustasen, pero las hacía. Y como miembro de los “sectores de casta” había dado suficientes pruebas que la trinchera que surcó la cultura política argentina, peronistas y antiperonistas, lo estaba determinando, puede decirse que mucho más que lo que hubiera deseado, pero de un modo explícito. Claro que con una “teoría del discurso” sale de aquí el Perón instrumentador, que consideraba incluso su vida sentimental junto a Evita como parte del “arte de la conducción”. (Así parece habérselo dicho a Tomás Eloy Martínez, aunque su novela-histórica no deja entrever claramente qué dijo Perón y qué le agregó el ficcionista). Con una “teoría de la historia”, en cambio, nos sale un Perón mucho más viable. Se trataría de un Perón productor-producido, con valores históricos comprobables, algunos de ellos vinculados a las izquierdas tradicionales, y con una izquierda nueva con valores no siempre efectivamente transformadores pero no por ello existencialmente desdeñables.

Nuestra segunda tesis, entonces, si es que ya estamos en condiciones de formularla, nos dice que entender diferente es un recurso propio de toda acción política. No se entiende parmenídicamente nada. Se es lo que no se es, no se es lo que se es, con perdón de esta cita. Entender “mal” es una forma de izquierda de entender las cosas. Fuimos la izquierda peronista porque reunimos nuestro izquierdismo anterior con la presencia social de las masas en el peronismo. Entendíamos diferente porque también Perón era una “diferencia”. Diferencia con la cultura dominante, diferencia entre sus dichos y sus resultados (con perdón de los muchachos veronistas).

Ahora, junto a la revisión del sistema de conducción de Perón es necesario revisarnos en aquel “izquierdismo” que protagonizamos. Pero no para dejar de ser de izquierda y peronistas, sino para reponer históricamente y de mejor forma ese dilema, central para la democracia argentina, enigma primigenio a resolver entre nosotros.

No hay por qué independizar del conjunto del peronismo esa izquierda que fuimos, simplemente porque ese conjunto no existe como autoatribución teórica, sino como atribución histórica ya dada. Pero ser de izquierda, si algo es, supone un lugar que no debe dar cuenta de la totalidad de los significados que “centran” la vida social. Entendimos mal porque nuestra diferencia era correcta. Entendimos diferente porque eso era entender bien. Esa era nuestra “segunda tesis”. (Continuará) ■

AÑO 4 - N° 14

ABRIL DE 1987

PSICOANÁLISIS DE *UNIDOS*

Horacio González

Si la serpiente se come la cola, eso quizás acabe por gustarle. Después sigue masti-cando y se encuentra que tiene su propia cabeza en el garguero. Llamemos a esto una “teoría del conocimiento”.

O por lo menos así ironizó Valery, autor de la frase que antecede, que apenas ha sido resumida por mí, con el consiguiente perjuicio para el lector. Llegamos al conocimiento por distracción, por malsana curiosidad y por el deseo de alcanzar el origen mismo de lo que ya conocíamos. Después nos daríamos cuenta de que habíamos llamado teoría a un movimiento del cual podríamos habernos privado, por felicidad de todos. Pero nos gustaba...

Así imagino a esta revista. No se trata de morderse la cola. Todos lo hacen, pues está probado —por lo menos en este país— que nadie avanza un palmo sin llevar adherida a su dentadura las pieles y cartílagos que gustaríamos que fuesen in-nom-brables, los postulados ya fuera de discusión, las inmundicias que no tendríamos que confesar más, las debilidades que a todos, “hermanos, semejantes e hipócritas lectores”, nos alcanzan por igual.

No voy a dar ejemplos, por lo menos por el momento. Falta aún decir que en esta revista, además de hacer lo que todos hacen con su propia extremi-dad trasera, agregamos algo más. Estamos a punto de comer la propia cabeza que come. Aunque incómodo, célebres edificios conceptuales emergieron de ese modo: “la idea que se se piensa a sí misma”, “el hombre que soñó una mariposa y no sabía al despertar si era tal, o más bien una mariposa que había soñado a un hombre”, etcétera.

Pero lo hacemos mal. Me explico: esta revista amenaza con llegar a la raíz de la situación que llevó a miles y miles de personas a incorporarse al peronismo, desde

mediados de los años sesenta hasta, calculemos, las puertas de la década del setenta, que se abrían con enmohecidos chirridos (eran de hierro).

De allí su atractivo. Por lo menos, para mí, es muy atractivo. Estoy en edad y situación de ponerme a revisar el banquete primitivo. Pasar por la casa natal —si no está demolida, pero si está demolida también— y sentir esa bárbara e imprecisa aflicción. Como en el film *Coronel Redi*. Es un ejemplo, pero no solo eso, aunque me gustaría creer “que un ejemplo aclara todo”. No, no es solo un ejemplo, es una narración un poco más arrastrada. Porque cuando fui al cine (Atlas Recoleta, fines de enero) Carlos Grosso estaba sentado, solo, dos filas de butacas más adelante. Ya veremos que utilización le doy a este episodio. Cumpló en decir, para que no sea un vil chismerío, que yo no estaba solo, y que veía al *Coronel Redi* por segunda vez.

Para llegar a ser buenos exploradores de aquel inmediato pasado al que me referí, esta revista se tenía que convertir, forzosamente, en una buena revista que hablase de todo aquello que para hacer lo que hicimos habíamos silenciado: concretamente, la historia intelectual argentina que nosotros no hicimos, pero que guardaba con la nuestra incómodas proximidades que era mejor sepultar en el desconocimiento, en el olvido o en el desdén. Me refiero a lo que tiene que ver con el grupo *Contorno*; o, mejor dicho, a la escisión entre guevarismo y desarrollismo que para mí está muy bien mostrada en el libro *Mi amigo el Che*, de Ricardo Rojo, incluso sin que este lo percibiera (en 1956, dos amigos bifurcan sus intereses políticos, uno en el Caribe, prometedor de aventura e insurgencia, el otro, que retorna —en un avión de la Marina, dice, no sin autoironía— para incorporarse a la “salida no continuista” que posibilitaría la elección de febrero del 58); etc., etcétera.

Y también, la que hicimos y, que me parece que mejor que en cualquier otro lado, está estampada en la frase que Carlos Olmedo pronuncia en aquel reportaje de *Cristianismo y Revolución*, ¿recuerdan?, donde dice:

Nosotros no nos integramos al peronismo, el peronismo no es un club o un partido político burgués al que uno puede afiliarse, el peronismo es fundamentalmente una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella, o dicho de otro modo, es desandar el camino de equívocos y malos entendidos por los cuales en alguna etapa de nuestra vida no supimos comprender que siempre habíamos estado integrados a ella, en el sentido en que está integrado a la experiencia de su pueblo todo hombre que se identifica con los intereses de los más.

Esta frase de Olmedo —a quién fugazmente conocí como estudiante de filosofía a fines del 60 en la Universidad de Buenos Aires— ni la recordaba de memoria, ni guardo revistas viejas para consultarla. La tomo de la cita que hace de ella Eliseo Verón en *Perón o Muerte*. Después tendré ocasión de referirme al sentido de esta cita en el libro de Verón.

Creo que esta revista ha conseguido despertar interés en la opinión política, debido a su estado latente de deflagración, a su amenaza permanente de comerse a sí misma. Tal antropofagia significaría un grado elogiabile de autoconocimiento, y por eso quien desecha considerar lo que aquí se publica con una vulgar coartada glorificante —“miren qué inteligentes son estos muchachos”—, lo que en el fondo no es más que el reverso apologético de una sutil impugnación, sabe que está leyendo el más serio esfuerzo por llegar, en la madeja histórica del peronismo, “a las cosas mismas”. En este sentido, no hesito en alinear este intento en una tradición, por cierto muy escasamente servida por anteriores publicaciones peronistas, pero en la que podemos mencionar a *De Frente*, que dirigió Cooke, a *Militancia*, que dirigió Ortega Peña, a *Envido*, que dirigió Armada, y con destellos en algunos números de *Noticias*, que dirigió Bonasso, y un poco más allá, en el periódico de la *CGT de los Argentinos*, que dirigió Walsh. Momentos diferentes, personas que no concordaron entre sí y estilos bien diversos, lo sé, pero para lo que quiero afirmar aquí, la vocación crítica irrenunciable y la apertura al mundo ideológico contemporáneo, espero que hablen claro estas sumarias recordaciones.

Incluso, me parece que en el peronismo *es fácil*, no difícil, hacer una revista así. Basta proponérselo, es claro —reconozco que no abundan los candidatos a sentir la picazón de esta propuesta—, pero una vez en funcionamiento la cosa, se produce un interesante fenómeno. No renunciar a la tradición peronista y asumir al mismo tiempo el diálogo con todos los patrimonios culturales e intelectuales de las sociedades modernas convulsas e insatisfechas, hace de un vehículo así encarado, un extraño bricolage. Se pierde la homogeneidad de los órganos de opinión que hablan canónicamente para sus capillas ya consolidadas o para la ilusión de la pedagogía “reclutadora”, y se gesta el espectáculo de una publicación *en crisis*.

Estamos frente a una *publicación en crisis* cuando hay en ella evidentes citas desproporcionales, una incorporación abusiva de lenguajes que las compuertas, antes sólidas y hoy volatilizadas, dejan entrar casi acriticamente, un desparpajo actualizante que hace las veces del “libre examen” de repente descubierto por algún monje cluniacense. Alguna vez en la vida, convertirse en “aggiornado”, es tan tentador, como es una burla minúscula invocar una “actualización” que no solo nunca se hará, sino que ya se habrá hecho un mosaico eterno de todo lo que una identidad inmóvil ya sabe de sí.

Debemos convenir que esta publicación nos dice de esta crisis, y ella misma recubre con puntualidad todos los dominios resquebrajados de una identidad política. Por ello, citar a Lévi-Strauss aquí no es lo mismo que citarlo en la revista *Sitio*, o aun en la revista *Crisis*. En estas, un antropólogo francés estructuralista, un poeta simbolista, un trecho de Tomas S. Eliot o una mención a Bobbio —véase bien hasta dónde llego— encuentran su obvio soporte hogareño. Otro es el caso de esta publicación: cada Tarkowsky, cada Cortázar o cada Rosa Luxemburgo citados, incorporados, devorados, adquiridos —o “confiscados”, se diría en lengua foucaultiana— significan una empresa de demolición, de contricción, de

aceptación sorprendente de “los otros que estaban allí”. Muchos protestaron por eso. Esta revista es más “difícil” —podrían decir algunos— que *Punto de Vista* o *La Bizca*. No es así, claro. Lo que pasa que esta revista tiene su material ensayístico “fuera de lugar”, y esto es lo que la caracteriza para sus lectores o sus detractores (que pueden coincidir en una sola persona, ¿por qué no?).

Pero una vez que se descubre el recurso innovador-despistador, existe también la travesura de querer convertirlo en un “negocio”. Entonces, como negocio, puede pudrirse. Una cita de Savater, Cioran o Benjamin podrá significar fácilmente una obra de astucia política, de “conducción”, detrás de la cual está agazapado el “aggiornador” que ha captado los rumbos de la ventolina bibliográfica que, fantasmas más o menos, recorre a la Argentina. De todos modos, eso ya significaría una mostración singular de la crisis de las “certezas doctrinarias”, pero con el sagaz gambito de subirnos al tren de las incertezas ya elaboradas por otros (como negocio o no; si es Baudrillard, pienso que es negocio; si es Lefort o Morin, me parece que no), antes de ser los comentaristas de la propia crisis que nos ha tocado en suerte.

Nos tocó la crisis del peronismo, que no tiene la fastuosidad ideológica de la crisis del PC italiano, tradición gramsciana por medio, o del Mayo del 68, Cohn Bendit por medio, o del marxismo de Europa central, Luckács y Korsch por medio, etc., etc. Y en esa crisis debemos comernos la cabeza.

Hicimos lo posible. No hay que olvidarse que el peronismo hizo discursos filosóficos y tiene fuentes conceptuales que convenientemente rastreadas nos conducen al pensamiento estratégico de la Europa del siglo XVIII, y a través de herencias de tercera mano, a Hegel, a Sorel, a Lenin, a Thierry Maulnier y —según leo en el último número de esta revista—, también a Mannheim. Plasmados en la “doctrina”, estos componentes, hoy, han estallado. O han hecho una “explosión interna” cuyas manifestaciones exteriores quieren ser tapadas por toneladas de arena, como en Chernobyl. No ser esos taponadores —esos hombres de arena—, se me ocurre que es nuestra obligación. Déjese correr la radiactividad. (En este caso solamente, entiéndase bien).

Pero al mismo tiempo existe la urgencia renovadora, esto es, lo que en el peronismo lleva actualmente ese nombre. Durante los años de los primeros gobiernos peronistas, el frondizismo hizo un tipo de oposición popularmente conocido como “Perón más uno”. Consistía en dar un paso más allá en todo lo que hacía el oficialismo. De allí surgió el programa de Avellaneda, que tenía recomendaciones que no avergonzarían a los partidarios del programa de transición aprobado por Trotsky en 1938. Muchas de esas definiciones pasaron después al programa de Huerta Grande y La Falda, mientras con el frondizismo se sabe lo que ocurrió.

Pues bien, la renovación recuerda hoy ese deseo de exhibir un “plus” a partir de lo que ya está dicho y establecido. Me parece que no es esa una actitud correcta, no solo por los antecedentes fracasados que tiene en la Argentina, sino porque ni conduce al reexamen de nuestra historia reciente, ni sirve tampoco para ofrecer una

alternativa consistente en el país. Se quiere hacer un peronismo “portable”, que “ya demostró que se ha criticado” (como leí que ha dicho Grosso recientemente) y que con machacona prestancia se prepara para heredar esta situación con un lenguaje de “centro izquierda” apresuradamente recolectado por sus dirigentes más agudos y perspicaces, para reunir nuevamente al electorado crítico, con “la base social fiel”.

Esa es la cuestión. “Volveremos”. Y en esas perentoriedades se rozan los problemas de fondo, se los descubre, pero se los rocía con un vertiginoso eslogan. Pienso en el “volver a creer”. Nada más exacto que esa frase. Nada más liviano, también, que esa frase, que una vez pronunciada parece eximir de reflexionar sobre lo que es una creencia, cómo es que ella emerge, cómo mueve a las personas, cómo conforma las conductas y cómo se entrelaza con ejercicios críticos fundamentados y demostrables en el espacio público, efectivamente. Volver a creer, sí, pero sabiendo lo que en el peronismo son las creencias, un compuesto histórico-social de vastos afluentes y con resonancias equívocamente repartidas por toda la escena política argentina a lo largo de muchos años.

En este punto quiero volver al cine Atlas Recoleta, esa tarde calurosa de enero. El *Coronel Redi* es convertido en militar por la acción de una anónima e insidiosa trama burocrática que caracteriza el Imperio Austro-Húngaro. Sirve con fidelidad al Emperador, agradecido por haber sido rescatado de la vida campesina, pero a cada paso debe reprimir la tentación de admitir que todo es falso. Cuando es llamado a su principal misión debe buscar un chivo emisario capaz de aglutinar al desmoralizado ejército por la vía de presentarle un “peligro interno” pero fácilmente expurgable pues ese peligro venía de “afuera”. Descubre finalmente que ese peligro es él. El Imperio, que lo había formado, lo debe destruir.

Es la parábola del “hombre muerto”. Le daban el mando porque ya lo consideraban fuera de baraja, un sacrificio necesario para que el sistema siguiese su curso.

Ahora bien: ¿qué podríamos deducir de aquí en relación al tema que comentamos? O interpretamos la política como una fabricación de tramas que cobra regularmente sus libras de carne, negociadas con una situación que nos hace lo que somos y que después nos sanciona. O la política es un servicio del que tardíamente comprendemos que no todo se nos había dicho, que no todo lo sabíamos, y si sospechábamos una instrumentación, nada podíamos decir, debido a que al mismo tiempo estábamos usufructuando un contrato de beneficios. Si esta fuera una de las posibles interpretaciones de la película húngara (la Hungría de las “nacionalidades”, la Argentina de las “nacionalidades”), no cabe duda de que solo obtendríamos amargas conclusiones, apenas entibiadas por la posibilidad de ponernos de lado de Redi, un campesino astuto cuya astucia no le alcanzó para obtener el reconocimiento del Imperio. ¿Qué habrá pensado el espectador Grosso? A la renovación peronista —que se desarrolla, con todo, en una atmósfera menos asfixiante que aquel “Imperio de Kakania”— se le presentan situaciones semejantes a las que atravesó el pobre Redi. Sabe más de lo que dice, pero no encuentra cómo decir lo

que falta. Conoce el vacío de fuerzas que le permite “hacer pie”, pero solo al final intuirá que ese vacío fue hecho para que él —o ella— lo goce antes de que se ordene el sacrificio. En este caso, lo que les faltaba a todos era la posibilidad de “volver a creer”, pero eso solo sería posible en ese país donde al mismo tiempo que Redi había un Kafka, un Freud, estaba exiliado Trotsky, etc., realizando tal cantidad de aprestos imaginativos, conceptuales, existenciales, intelectuales, ideológicos, en fin, estéticos, que nuestro pobre coronel no podía ser menos que el eslabón más débil de una situación donde todo era falso, y él, lo único verdadero. Solo que sin saberlo, envilecido también, y frente a una situación donde todo lo que estaba falsificado, al mismo tiempo era “noble” y podía actuar, tranquilamente, como lo verdadero.

¿Qué habrá pensado, pues, el ciudadano espectador Grosso? Redi, nadie quiere ser. Político de la situación “falsa-verdadera” del imperio, tampoco. Pero sí se puede querer que el retorno de la “credibilidad” no sea una bobera de políticos momentáneamente afortunados que dicen todo lo que previamente ya está dicho en el sistema de pobres enunciados y menguadas exigencias de que los propios políticos contribuyen en el fondo en mantener.

Sí, ya sé que no puedo suponer que por ir a ver una película un político se verá sometido a interrogantes más finos que los que habitualmente se le presentan. A lo mejor, Grosso estaba solo haciendo tiempo entre “operación” y “operación”, y como hacen los fatigados empleados públicos a fin de tarde, se metió en el primer cine que tenía a mano. Pero casualmente yo estaba allí, y se me hizo evidente que estábamos viendo escenas de la “Austria-Hungría profunda”, no menos temibles que las de nuestra “Argentina profunda”. Y pensé: lo que se habla aquí ningún político lo puede decir... Porque no quiere. Porque al salir del cine va al canal de televisión y dice “esperanza”, “volveremos”, “no resignación”, “sigamos así, que conmigo va bien”, “candidatos jóvenes”, etc., etc. Y digo Grosso para no decir todos los demás. (Simplemente, como digo, coincidimos con él en el mismo horario cinematográfico). El lenguaje de la esperanza, entonces, se convierte en un adormecedor que le quita gravedad a las cosas, que se basa en la omisión de todo lo que hay que hacer para que las palabras resuenen nuevamente junto a “oídos receptivos”, que son los oídos de la historia que todos vivimos, del peronismo contradictorio y desesperador, y no los oídos azucarados de la abstracta sociedad a la que habitualmente se dirigen los políticos ascendentes que creen que es muy fácil decir la palabra esperanza. Con eso no se juega.

Volvamos ahora a esta revista. Su papel en la reflexión crítica sobre el pasado inmediato es fundamental. Debe seguir masticando su propio cuerpo. Exigiendo responsabilidad para decir “esperanza” y una actitud crítica irrenunciable que pulverice la posibilidad de un nuevo pietismo (“volver a creer”) que sustituya la interrogación sobre cómo *se miden* las creencias perdidas o fracasadas, sobre las creencias que realmente debemos tener hoy. Si no, todos podrán ponerse la máscara de oro sobre el rostro pustulento.

Me dirijo ahora hacia el último número de esta publicación, donde una de las claves de esta situación prometía ser crudamente examinada: Perón. No lo fue, no lo conseguimos. Aún falta ese cometido. No porque debamos intentar inútiles parricidios con nuestro viejo *rex et augur*. Más importante que eso es necesario rearmar aquel *puzzle* que vivimos, porque en él están entrelazadas nuestras identidades fabricadas en los atajos solícitos, prometedores y sorpresivos de la cuerda pasional de la política argentina. Y a ese “encuentro” con Perón, en la cita fastuosa de aquellos años, es nuestro principal deber examinarlo como gente grande, doliente, desarraigada de los círculos políticos partidarios —los que lo estamos— y sin ningún interés en subirnos a los carros que preparan sus guirnaldas triunfantes.

Por eso, me duele leer cosas como las que escribe Verón. No me refiero a su libro, que es útil discutir, como tantas otras cosas. Sino a ciertos guiños de su libro en los que se sugiere que todos fuimos engañados por el Hechicero Mentiroso Quesalid. Cree que había un “destino funesto” desde el primer día de la cosa, lo que le permite declarar que era un “malentendido alucinado” aquello mismo que Carlos Olmedo, ya vimos, dice que era un malentendido que la juventud militante debía resolver, no “incorporándose” al peronismo, sino en el reconocimiento de los “equivocos” que no nos habían permitido “estar antes allí”. Lo que Olmedo llama *malentendido*, presentando una forma discursiva de resolverlo, Verón lo llama *malentendido* precisamente porque fue resuelto de la forma conocida, esto es, aceptando la cita que el país había preparado —y largamente, con fruición— entre “Olmedo y Perón”.

Olmedo era sutil. Si no hubiera sido lo que fue le esperaba sin duda un brillante destino intelectual. Lo que quería decir es que había equivocos y que el peronismo no era un club con reglas de admisión, sino una instancia de un terreno histórico de luchas. Era la mejor forma de decirlo, pues de otra forma se debería haber admitido, de entrada, que el peronismo “contenía” todos sus desgarramientos posteriores y las “penúltimas versiones” tan incómodas de Perón. Tendría Verón que haber publicado mucho antes su libro, si ya lo sabía todo. Se lo hubiéramos agradecido, “nosotros los políticos”, a “ellos los semiólogos”.

Y bien, parezco enojado, pero no lo estoy. Cuando se escribe no es fácil dejar que se cuele la alegría por estar haciéndolo, en vez de la admonición que se va enlazando a lo que se dice. Esta revista me gusta. Es errátil y libre, lo segundo porque lo primero. Su libertad no le viene de un programa previamente establecido, porque si no, no lo sería. Le viene de la distracción de los demás, de su propia incapacidad para ser un “instrumento” —no es que no lo desee, en el fondo— y de la crisis que ya señalamos. Esta libertad sale de nuestra desazón, del resquebrajarse de las creencias, del olor medio putrefacto que hay aquí y allí; no sale de una venturosa vocación política. Si ella existiera, ya se hubiera dicho hace mucho que había que volver a creer, en términos tales que hubieran significado una mengua de la libertad de crítica.

Por eso debe seguir siendo libre, preservar su autonomía crítica. Todos se beneficiarán con ello. No digo que nadie la quiera de otro modo, ni esta es una proclama

“sabatiana”. Digo apenas —pero le doy importancia a ese “apenas”— que la fatal distancia entre la crítica intelectual, en este país, y los reclamos de la vida política siempre deben tener una zona irresuelta, un pozo de aire o una quebradura que no sea posible suturar. Eso no quiere decir que no se deban aceptar responsabilidades políticas. Si cabe, hay que afrontarlas. En eso soy “scalabriniano”. El hombre que está solo y espera hasta creyó que debía dirigir la revista *Qué*, en 1958, y lo hizo. A la distancia, eso parece lamentable, y creo que si en ese momento yo hubiera tenido alguna participación política es eso mismo lo que me hubiera parecido. Pero hay otra “distancia” que permite juzgar ese episodio y hacerlo perfectamente comprensible, como parte del drama del intelectual argentino, o de cualquier otro lado, aprisionado entre el marfil de sus escrituras y los momentos donde el torbellino obliga a vivir la tragedia de Agamenón.

Pero en el peronismo, más que en otro lado, se precisa esa autonomía crítica, tanto para los que creen que deben aceptar responsabilidades en los momentos de “vorágine” (tan al gusto de la proclama aquella, que “en los momentos decisivos, que nadie esté al margen”, etc.) como para los que creemos *que hay espacios mudos e insalvables* entre ciertas actividades vinculadas a la crítica cultural y el ejercicio de la política tal como hoy se hace entre nosotros. Me inclino, por preservar esta última opción, porque si ese espacio se achicara o suturara, algo raro (y empobrecedor) pasaría con la política y algo empobrecedor (y raro) pasaría con la crítica intelectual.

Todavía no nos mordimos la cabeza, y creo necesario llegar a eso. ¿No trata de eso el psicoanálisis? ■

AÑO 4 - N° 14

ABRIL DE 1987

MODERNIZACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA

Daniel García Delgado

INTRODUCCIÓN

El objeto de este trabajo es realizar algunas reflexiones sobre los problemas de la consolidación de la democracia en Argentina, a partir de la experiencia de estos tres años. Se intenta enmarcar estas reflexiones dentro de las interacciones entre el sistema político que se conforma y la sociedad.

Dos consideraciones previas. Los trabajos sobre consolidación han puesto poco acento en la significación de determinadas opciones políticas sobre este proceso. Los problemas de consolidación no se revelan exclusivamente desde marcos comparativos o en análisis abstractos sobre las condiciones de gobernabilidad, de allí la importancia de considerar el análisis de los proyectos políticos que se llevan a cabo para lograr esta consolidación. A partir de ello se intenta caracterizar el proyecto de *modernización* actualmente en vigencia en Argentina, sus supuestos básicos y sus efectos sobre la democracia.

La segunda de las consideraciones es advertir sobre la necesidad de una pregunta previa, ¿qué sistema político democrático se consolida? Si bien hay consenso sobre la democracia, el término no es unívoco y puede dar lugar a diferentes interpretaciones sobre la misma, a diferentes *modelos*. Existe una clásica diferenciación entre la democracia entendida en términos exclusivamente formales, como conjunto de procedimientos, reglas que permiten elegir y autorizar gobiernos; o concebida como un modelo de sociedad donde, además de las reglas y procedimientos, se tiende a abolir las diferencias sociales y a promover el autogobierno. Luego, el sistema político al que se tiende puede apuntar tanto a concepciones plenas o restrictivas, a profundizar y ampliar la democracia en una dirección social y participativa, como a restringirla al límite del elitismo.¹

A partir de estas aclaraciones nos interesa mostrar en el trabajo que: 1) el proyecto de la modernización tiene un impacto restrictivo sobre la democracia; tiende a conformar un sistema poliárquico (Dahl, 1971) que estabiliza el sistema en base a un recorte muy fuerte de los contenidos sociales y disminución de la participación en beneficio de la clase política (o modelo “de equilibrio”); 2) que esta opción, aparentemente inevitable, tampoco otorga garantías significativas para la consolidación del sistema político o de gobernabilidad; 3) que la elaboración de una alternativa en favor de una consolidación democrática más plena debería rever los supuestos en los que se basa el enfoque de la modernización.

1. EL DIAGNÓSTICO DE UN PROYECTO

La modernización en una definición amplia es un proceso de cambios estructurales producidos en los últimos dos siglos como consecuencia de la revolución industrial. Este proceso pauta el conjunto de cambios que hacen al pasaje de sociedades

1. Respecto de estas distinciones, la reciente producción politicológica chilena da buena cuenta de ella: Renato Cristi, “Democracia social versus democracia política”, en *Opciones*, Santiago de Chile, agosto de 1984; Carlos Ruiz, “Tres críticas a la teoría elitista de la democracia (C. B. Macpherson. Peter Bachrach, Carole Pateman)”, en *Opciones*, N° 6, Santiago de Chile, mayo-agosto de 1985. Mencionamos la clásica diferenciación que realiza Macpherson entre la concepción revisionista perteneciente al “modelo de equilibrio” de la democracia y la participativa, en *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza, 1977.

“tradicionales” a “modernas” y que promoviera la atención de la sociología de la década del cincuenta y comienzos del sesenta.² Pero en el marco de la transición de un régimen autoritario a otro democrático en la sociedad argentina, y su eventual consolidación, la modernización hace referencia a un proyecto político, a una opción que parte de determinados supuestos, privilegia problemas, tareas de Estado y establece un programa de cambios. Este proyecto parte de que el problema principal de la sociedad argentina es alcanzar los niveles de desarrollo técnicos y científicos de las naciones desarrolladas, salir del estancamiento, disminuir la distancia que se acrecienta entre unas y otras, para lo cual es necesario remover los obstáculos que impiden este objetivo.

La factibilidad del éxito de este proyecto no solo radica en la correcta definición del problema, sino también en la identificación de los obstáculos al cambio. En el diagnóstico los obstáculos son primordialmente de *índole cultural*. A diferencia del enfoque dependentista, que los visualizaba en estructuras socioeconómicas, nudos de concentración de poderes oligárquicos y sus articulaciones con las naciones centrales, el retraso es aquí producto de la perdurabilidad de viejos esquemas, hábitos y mentalidades largamente internalizadas: la proclividad a “volver hacia atrás” de los argentinos;³ la cultura política “inflacionaria” que carga de irracionalidad al sistema político y que el populismo ha tendido a realimentar;⁴ las continuas “idas y vueltas” que caracterizan el comportamiento político de los últimos cuarenta años, y las tendencias al autoritarismo presentes en el conjunto de la sociedad argentina.⁵

Estos son los obstáculos principales a remover, los que al ser fundamentalmente de índole cultural, no hay clase social que los monopolice o sea responsable principal, están arraigados en el pueblo, en los actores y en el ciudadano, la responsabilidad

2. Recordamos a autores como Gino Germani que operaban con este enfoque para determinar los obstáculos que en la sociedad argentina impedían el pasaje de la sociedad tradicional a la de masas. Posteriormente Germani adoptó un enfoque pesimista sobre la influencia de la modernización en la estabilidad política (modernización, igual a eliminación de núcleos prescriptivos) en “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”, en *Los límites de la democracia*, t. I, Buenos Aires, CLACSO, 1985. A comienzos del 70 Guillermo O'Donnell, a diferencia de la ecuación optimista predominante en la sociología política norteamericana, que afirmaba el vínculo entre modernización y democracia (Lipset demostraría los riesgos existentes para los sistemas democráticos implícitos en los procesos de modernización de los capitalismos periféricos; en *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972).

3. Este es el diagnóstico en clave tecnocrática que se encuentra en la obra de Rodolfo Terragno, *La Argentina del siglo XXI*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, de gran difusión en estos dos años.

4. Juan Carlos Portantiero, “La democracia y la creación de rutinas institucionales”, Universidad de Buenos Aires (mimeo), 1985, p. 9. También en este mismo trabajo se afirma la inexistencia de una tradición política democrática y de otras formas de participación, que no fueran las del cesarismo plebiscitario. El tema del corporativismo y la cultura política es central a los enfoques que ven aquí el problema central de la gobernabilidad, Marcelo Cavarozzi, “Sistema de partidos débil, subculturas fuertes” (mimeo), Buenos Aires, CEDES, 1985.

5. “Nos asiste, por lo tanto, la evidencia de que están ganando terreno los valores tantas veces olvidados en el pasado, de la paz, la tolerancia, el respeto recíproco y la solidaridad social. Debemos admitir todos que en el pasado conocimos la violencia”.

del pasado es común e indiferenciada. Este proyecto apunta a una rápida incorporación técnico-científica que permita acelerar el acercamiento a algunos países tomados como modelos (Europa occidental, Japón), a los que junto con otras sociedades centrales nos ligan relaciones de interdependencia creciente.

La incorporación de nuevas actitudes de carácter inductivo racionales, la previsibilidad y racionalidad de la acción de gobierno, se asocian a un vasto programa de cambios, de reformas institucionales, económicas y del aparato del Estado que deberán ser prólogo a un futuro mejor.

Este proyecto va a tener una doble significación en el proceso de consolidación encarado: como modificación de la voluntad popular, y como racionalización de la estructura de poder.

a) El proyecto modernizador aparece como una *modificación de la voluntad popular*, no como una modificación lógica de implementación de una plataforma, o la defectuosa aplicación de un programa basado en la superoferta del período electoral, con las consiguientes deficiencias y alteraciones, sino como un cambio en la naturaleza misma del proyecto.

El gobierno radical abraza el discurso de la modernización a fines de 1985 en Parque Norte, colocándolo en el trípode de su propuesta de cambios, junto a las ideas de solidaridad y democracia participativa.⁶ La modernización, a partir de entonces, se convierte en el eje articulador de todas las iniciativas gubernamentales y en el mediador de los otros dos objetivos. Pero este proyecto no es el que lleva al partido radical al gobierno. Las políticas que los ciudadanos votan en las elecciones de 1983 apuntaban, aunque algo difusamente, a promover una economía de desarrollo; políticas redistributivas y de ampliación del empleo (“abrir las fábricas”); el ejercicio de la justicia sobre los responsables del terrorismo de Estado y el endeudamiento externo fomentando una ética política y social, etc. Este programa preelectoral estaba en función del nuevo sujeto histórico, el radicalismo que se asumía como la continuidad de una tradición democrática asociada a los movimientos nacionales (“el tercer movimiento histórico”).

Esta sustitución comienza a operar a partir del viaje del presidente Alfonsín a los Estados Unidos y del inicio del Plan Austral. Si bien algunos elementos modernizantes ya estaban presentes en el congreso de economía de la UCR de 1980 y en la campaña electoral, a partir de mediados de 1985, de esta forma, se convertirán en la bisagra que distingue dos etapas del gobierno. La primera, buscando apoyos en las sociedades desarrolladas para un tratamiento de la deuda externa que no comprometiera el crecimiento económico, y donde trató de ampliarse como polo de poder interno, pero sin definir aliados orgánicos. La segunda, donde se evaporan ambigüedades y se evidencian los aliados y adversarios que todo proyecto político tiene.

6. Discurso del presidente Alfonsín ante el plenario de delegados de la UCR el 1° de diciembre de 1985 en Parque Norte, punto 3.2.

Las alianzas con el mundo empresarial quedan concretadas con sectores concentrados de la economía, grupos de capital nacional e internacional consolidados durante el proceso autoritario (los “capitanes de la industria”); la aceptación de las restricciones externas en los términos del FMI lleva a que se eliminen las expectativas de modificación de vida de las mayorías (“economía de guerra”) y la inflación es colocada en el centro de la cuestión social, junto con las políticas monetarias de ajuste, reducción del Estado, privatización, reemplazan otras opciones. Los adversarios se sitúan del otro lado de esta línea divisoria de aguas de la modernización: los dirigentes sindicales obsoletos, corporativos, los líderes políticos nostálgicos del pasado y los extremistas.

Este viraje que prioriza el acuerdo externo a costa de una mayor confrontación interna, va a significar también el desplazamiento en el curso de constituir la continuidad de la tradición movimientista para promover la fundación de la “segunda república”. Si la raíz movimientista reconoce una filiación en los movimientos populares de este siglo, con sus luchas en función de la transformación, la referencia a la segunda república tiende un lazo de continuidad con aquella experiencia modernizante llevada a cabo a fines del siglo pasado en un marco de acentuado conservadurismo social y político. Ambos proyectos tienen horizontes de significación distintos: uno alude al protagonismo de las masas y a la transformación del poder (la liberación), el otro a las elites rectoras y a la modernización.⁷

El segundo hecho significativo y que explica el cambio anterior, es que el proyecto de modernización significa la *racionalización de la estructura de poder*, no su modificación. No altera los patrones de acumulación heredados del proceso, luego debe funcionalizarlos en el plano político, mostrarlos como convenientes o deseables. El nudo fundamental del modelo modernizador consiste en crear un conjunto de condiciones requeridas por el gran capital para acumular, invertir y tecnificarse, y el sujeto social que supuestamente habría de asumirlo como propio es una burguesía más concentrada, especulativa y transnacionalizada que en el pasado.⁸

7. El concepto de liberación no ha sido suficientemente tratado en las ciencias sociales a pesar de lo mucho que se lo utiliza en América Latina a nivel político. Su contenido rebasa el de transformación social o revolución. Su significado tiene un contenido similar al que tuvo el concepto de libertad en el siglo XIX. Este concepto fue central en las luchas independentistas y parte de las guerras civiles, en ese marco remitía a la idea de autodeterminación del pueblo, la lucha por la libertad era también la lucha por la autoafirmación, el republicanismo y la independencia. Es un sentido similar al que se utilizaba en la Europa del siglo XIV y XV de acuerdo a Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 61. Con posterioridad, luego de la organización nacional, el significado del concepto libertad remitió más a las libertades políticas individuales (voto, disenso, derecho de reunión, etc.) que a las colectivas de autodeterminación. La idea de liberación recupera esta concepción tradicional de libertad colectiva.

8. El Plan Austral, elemento central del programa modernizador, para Carlos Ábalo es en definitiva, “... un mecanismo de ajuste para pagar a los bancos el tributo de la deuda, para mantener el subsidio de la sociedad a los grupos capitalistas más dinámicos que emergieron de la modernización iniciada por la dictadura, para impedir que los salarios se eleven por sobre la nueva marca histórica del 28 al 30% del ingreso nacional (contra el 40 a 42% en 1974) y para integrar

A partir de que la decisión política resolvió ajustarse a las restricciones externas, las decisiones principales pasan a quedar concentradas en un reducido grupo de técnicos que reserva a los dirigentes y cuadros del partido gobernante el papel de racionalizar políticamente el toque “realista” de la crisis. La economía comienza a definir la política, la racionalidad formal de las estructuras a la racionalidad sustancial de valores.

Este cambio significa un corte con la experiencia democrática del pasado. Históricamente la democracia ha significado en Argentina la modificación, o el intento al menos, de alterar la estructura de poder dominante. El *establishment* ha sido caracterizado por las mayorías como elites portadoras de intereses no generalizables y promotoras de desigual e intereses comunes en contraposición a estos grupos (programas de unidad nacional; pueblo vs. oligarquía, etc.). El primer momento de esta lucha democrática contra la exclusión política y el monopolio del control del Estado por sectores oligárquicos fue llevado a cabo por el yrigoyenismo. Posteriormente, la concentración del poder económico del mismo bloque dominante, fue desafiado por el peronismo en dirección a la democracia social. Si bien sin éxitos definitivos, ya que estos procesos democratizadores no logran consolidar regímenes estables y contuvieron errores y desviaciones, la experiencia democrática y sus liderazgos personalizados han estado asociados a los intentos de modificación de las relaciones de poder existentes entre los sectores populares y los grupos económicos estratégicos.⁹

El enfoque de la modernización, a diferencia de estos, toma la estructura de poder como un dato de la realidad cuyo desafío promovería la desestabilización. La novedad de la actual experiencia es que invierte la ecuación histórica proveniente de la matriz de interpretación “nacional popular”: lo que antes era necesario para la democracia, definir claramente los adversarios, promover la organización, movilización, aparecen como elementos desestabilizantes. Como señala Vicente Palermo, se opera con otros sustentos conceptuales:

... en la Argentina, una democracia que se apoye y dinamice la participación popular es ingobernable. Apelar a las fuerzas populares es jugar a ser aprendiz de brujo: quien convoca a los actores luego no podrá controlarlos. Si para responder a ciertas demandas la única alternativa es cambiar relaciones de poder, plantear conflictos, entonces es preferible replantear los términos del problema: el conflicto desestabiliza porque es renuente a toda forma de institucionalización, la opción es desestructurarlo, no procesarlo.¹⁰

—subdesarrollándola— a la economía nacional en el sistema capitalista mundial”, en “Adiós a las ilusiones”, *La Ciudad Futura*, Buenos Aires, N° 2, octubre de 1986, p. 27.

9. Algunas de estas ideas sobre la tradición democrática en Argentina están expuestas por Antonio Cirigliano en “Viejas y nuevas ideas sobre la democracia”, en *Relaciones Estado Sociedad*, Héctor Roudil (comp.), Buenos Aires, Eudeba, 1986.

10. Vicente Palermo, “Movimientos sociales y partidos políticos: aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina” (mimeo), Buenos Aires, junio de 1986, p. 5.

La ausencia de antagonismos, la equiparación de todos los intereses sociales en un plano de igualdad y una concepción lineal del progreso son otras de las características de este proyecto, donde las trabas principales proceden de las actitudes y conductas internalizadas que obstaculizan este proceso de cambio.

“Esta concepción de un proyecto que no enfrenta enemigos”, dice E. Jozami,

... esta exclusión del conflicto como modo natural de llevar adelante un proyecto político es esencial al alfonsinismo. Por eso acepta naturalmente la idea de modernización, entendida como un proceso rectilíneo de desarrollo, en el que lo nuevo va desplazando gradualmente a lo viejo, sin las convulsiones, avances y retrocesos que se asocian con el cambio revolucionario.¹¹

De esta forma los sectores que anteriormente se asimilaban al golpismo, o cuyo poder había que desestructurar por contener intereses inconciliables con las mayorías, aparecen ahora integrados, y las dirigencias que canalizan la protesta social, más allá del reconocimiento de la legitimidad de sus reclamos, quedan signados como antimodernas o desestabilizantes.

En el plano de la inserción internacional ocurre un fenómeno semejante. Se enfatizan las aspiraciones de reconocimiento, interdependencia en una estrategia que privilegia las concepciones ético jurídicas, pero desdibujando las relaciones de fuerza existentes entre sociedades desarrolladas y periféricas. Así como el concepto de interdependencia desdibuja en muchas de las oportunidades las relaciones de poder que intervienen negativamente en función o en favor de unas sociedades sobre otras.

2. EL IMPACTO DEL CAMBIO

Este viraje del gobierno nacional hacia la racionalización de la estructura de poder, no obstante, debe compatibilizarse con las demandas de legitimación y concurrencia electoral, debe elaborarse políticamente, de allí que esta opción tienda a:

1) *Escindir lo político de lo social*, invitar a las elites políticas a coaligarse, a tomar distancia de lo que serían las múltiples y caóticas manifestaciones de los “intereses sectoriales”, los que, por lo tanto, no pueden ser satisfechos. Los partidos políticos reducirían en este esquema drásticamente lo legítimo y demandable conforme a sus intereses de clase política. Se requiere para ello contar con una oposición responsable, pero que a la vez no medie el conflicto; con procedimientos que permitan la vinculación del partido gobernante con el principal partido de la oposición (el justicialismo) para conformar un verdadero oligopolio político o bipartidismo de clase dominante destinado a moderar desde arriba,

11. Eduardo Jozami, “Modernización o crecimiento: un debate mal planteado”, en *Unidos*, N° 10 (dedicado a la modernización) 1986, p. 56.

las demandas de las masas populares, y neutralizar los cuestionamientos que surgen de la base de la sociedad.¹²

Es este uno de los escenarios posibles, donde la fuerte separación de la sociedad civil y sociedad política, la exclusiva legitimidad de las formas partidarias en desmedro de otras formas de participación popular llevan a que

... las principales demandas sociales serían absorbidas/reducidas y limitadas por los partidos según la lógica de una crecientemente estable clase política que, contando con formas exitosas de cuestionar la legitimidad de las manifestaciones y demandas populares autónomas favorecería a un tiempo la subordinación de colectivos no partidarios (v. g. en el ámbito del movimiento obrero) o bien su disgregación.¹³

El contraste entre la plataforma votada y las realizaciones tiende a ser presentado como una necesidad lógica de la política moderna. En este distanciamiento del sistema político de la sociedad se introduce la concepción de la política como juego de poder en que los candidatos intentan seducir a los ciudadanos sin demasiadas responsabilidades posteriores. Los ciudadanos, por su parte, no deben hacerse demasiadas ilusiones sobre la eficacia de la participación y negociar su poder electoral de la mejor forma posible. La identidad entre representantes y representados se debilita, la suerte de mandato moral al que tradicionalmente los primeros estaban sujetos tiende a desaparecer. Se propone un sistema político en que los electores instituyen gobiernos pero no los controlan.

La modificación de programas, el cambio sobre temas de larga definición doctrinaria se tiende a interpretar como poco significativo, como la natural adecuación a los nuevos tiempos. En su reemplazo se postula el valor de la *incertidumbre* como central a la vida democrática. Así dice H. Leis:

... aceptar la incertidumbre acerca de si el propio programa va a ser llevado a la práctica es una virtud democrática esencial; podría decirse que tengo esa virtud, sí, no importando cuán fundamental se juzgue la realización de programas específicos de reformas para un mayor progreso político, económico o de otro tipo, asigno a la democracia un valor más alto.¹⁴

12. De acuerdo a la conceptualización de Ariel Colombo, el sistema de partidos al que se tendería sería un "*partidismo simulado*" a diferencia del "*partidismo regularizado*" y el "*polarizado*". Esta tipología en "Esquema para el análisis de los sistemas de partidos en América Latina", en *CIAS*, Buenos Aires, 1982.

13. Vicente Palermo, *op. cit.*, p. 6.

14. Héctor E. Leis, "Entre lo escaso y duro y lo abundante y blando", en *La Ciudad Futura*, Buenos Aires, N° 1, p. 25. Este autor realiza un apoyo en este artículo a lo sostenido por Hirschman sobre las condiciones adversas de la democracia en América Latina y la importancia de esta concepción de la democracia como incertidumbre, en contradicción con lo previsible del autoritarismo. Esta elaboración a su vez reconoce antecedentes en el trabajo de Adam Przeworski, "Ame la incertidumbre y será democrático", en *Novos Estudos*, CEBRAP, julio de 1984. En similar dirección, Norbert Lechner, "Puede la democracia responder a la demanda de certidumbre", Santiago de Chile, FLACSO, 1986.

Pero la incertidumbre, más allá del valor de apertura, debate y pluralismo con que puede estar asociada, en esta elaboración apunta a legitimar un debilitamiento de la responsabilidad de los representantes, a favorecer el aislamiento de la clase política, la cual, haga lo que haga, estará justificada, incluso aún cuando actúe en contradicción con los deseos e intereses de sus propios electores. Este debilitamiento de la responsabilidad tendría un último banquero, la misma democracia que se quiere consolidar.¹⁵

Esta posición parecería ir así contra la corriente, o al menos con aquellas teorías participativas de la democracia que, advertidas del peligro del modelo de equilibrio, del oligopolio de la oferta por una clase política beneficiada y poco responsable, intenta disminuir esta autonomía fortaleciendo instancias de participación directa, disminuyendo los poderes que el ciudadano delega y fomentando mecanismos de responsabilidad partidaria.¹⁶ En otra dirección, si la incertidumbre tiene un significado en sistemas consolidados, en el contexto latinoamericano y argentino, adquiere otra significación: es el valor de la certidumbre de que el régimen democrático permita concretar valores e intereses de las mayorías, de lo contrario —como lo señala M. dos Santos— significaría, o que las mayorías no han sabido defender sus intereses y valores o que importantes grupos de presión han conseguido alterar programas que contaban con la adhesión popular.¹⁷

II) Agregar reivindicaciones populares en un programa de gobierno, pero *vaciándolas de su capacidad transformadora*. La participación, la reforma constitucional, la legislación laboral son algunos de los numerosos temas puestos en la amplia oferta política actual susceptibles de ser analizados en este eje interpretativo: transformación-racionalización. La participación puede ser entendida tanto como intervención en las decisiones, participación de los ciudadanos y las organizaciones sociales en aspectos centrales que afectan al conjunto de la sociedad (ejemplo: políticas referidas al patrón de acumulación: las líneas principales del modelo de sociedad al que se tiende, mecanismos de concertación socio-económicos a nivel nacional y federal, en formas directas de participación, entendida esta como socialización, redistribución concreta del poder al pueblo). Pero también puede pensarse como acciones que no apunten a alterar las líneas centrales del modelo societario ya definido en las políticas socioeconómicas, o en las pautas generales de ingresos y poder de la sociedad, sino a proporcionar satisfacciones simbólicas, al

15. De ser esta tendencia cierta podría caer en la situación criticada por Rousseau en su crítica al parlamentarismo inglés, cuando señalaba: "El pueblo inglés se considera libre, pero se engaña seriamente. Es libre solo en el momento en que elige a los miembros del parlamento. Tan pronto como son elegidos, revierte su servidumbre y queda anulado", cit. por Renato Cristi en "Democracia política versus democracia social", *op. cit.*, p. 17.

16. Los autores que intentan mejorar los grados de responsabilidad y disminuir el grado de delegación del poder de los ciudadanos a la clase política, están entre los mencionados en el artículo de C. Ruiz (Macpherson, Bachrach, Pateman, Kasfir, entre otros).

17. Mario dos Santos, "Cómo pensar la democracia para servirla", en *La Ciudad Futura*, N° 2, p. 12.

fortalecimiento de lazos de identidad y pertenencia, acciones que involucren a los ciudadanos en espacios puntuales y que, a la vez, permitan eliminar demandas al Estado, o programas que no incidan en las decisiones centrales que hacen al rumbo de la sociedad, una *participación periférica* que no redistribuye poder.¹⁸

La reforma constitucional puede ser pensada como expresión de las nuevas realidades de la sociedad y sus aspiraciones a una transformación progresiva, eliminando los elementos liberales de la Constitución de 1853 en lo relativo a la propiedad, incorporando derechos sociales, humanos, control democrático de la inversión pública y privada, participación directa, etc. Pero también puede ser pensada como una *parlamentarización del Ejecutivo*. El documento más visible de los cambios propiciados es el elaborado por el Consejo para la Consolidación de la Democracia cuyas recomendaciones, si bien hacen referencia a formas de participación directa y postulan la inclusión de nuevas garantías, evidencian que el aspecto central de la reforma apunta a la modificación del esquema presidencialista.¹⁹

Esta reforma puede significar una modificación que apunte a aumentar la flexibilidad del sistema político (incorporación del primer ministro) sobre la rigidez de los intereses económicos; a modificar procedimientos para que la soberanía popular no tenga el impacto disruptivo y de amenaza sobre la lógica de los intereses dominantes que tuviera en el pasado; eliminar el sentido plebiscitario y de responsabilidad existente en la relación entre el jefe de Estado y el pueblo. La rigidez del modelo económico debe generar como correlato la flexibilidad institucional suficiente —como dice A. Colombo—

... para mantener el consenso de las masas sin depender directamente del apoyo de estas. La parlamentarización del Ejecutivo implica, por ejemplo, reducir la conflictividad real o potencial de las desigualdades sociales y regionales en la medida que la designación del primer ministro y su gobierno dependerá de las transacciones y coaliciones entre las elites políticas en el seno del parlamento.²⁰

De la misma manera, la modificación de la legislación laboral, otra de las reformas programadas, puede ser pensada para mejorar las condiciones del sector trabajo frente al capital, lograr un fortalecimiento de su capacidad negociadora, elevando

18. Alezzandro Pizzorno dice respecto de esta tendencia, aunque referido a otro marco social, que: "Los bienes simbólicos, distribuidos en la representación de la política democrática, servirían para obtener la necesaria identificación de lo público con la comunidad nacional; se evita de este modo la confusión de que las intervenciones de las masas introducirían en las decisiones colectivas. En una versión más cruda, de los bienes tangibles se ocuparían los representantes de los intereses dominantes; los actores políticos actuarían en la representación democrática para mantener alejado al público de las operaciones de poder" en "Sobre la racionalidad de la opción democrática", *Los límites de la democracia*, CLACSO, op. cit., vol. II, p. 23.

19. Consejo para la Consolidación de la Democracia, Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 7-10-76, 119 pp.

20. Ariel Colombo, "Constitucionalizar el referendum legislativo", Buenos Aires (mimeo), p. 1.

los índices de responsabilidad y autocontrol de los actores, recuperando para ello lo más avanzado de la legislación mundial a la vez que se eliminan los residuos legales del autoritarismo. Pero también puede tener el efecto de restar capacidad para actuar política y conjuntamente al movimiento obrero, promover una fragmentación de sus intereses y dirigir sus esfuerzos hacia los ámbitos micro de las empresas. Paradojalmente, al no existir la concertación y al intentar la restricción del derecho de huelga se tendería a corporativizar su accionar. Al negar la posibilidad de intervenir en decisiones de carácter político y vincular la representación obrera a espacios exclusivamente sectoriales y económicos se fortalece la tendencia contraria a la denunciada como negativa. Un proceso de descorporativización requeriría, más que promover límites al accionar político y fomentar la lucha de tipo sectorial y fragmentada de la clase trabajadora, integrar esta fuerza a un programa de gobierno donde, la auto-restricción de las demandas, así como la redefinición de los intereses de los actores fuera compensada por un horizonte de sentido compartido y de beneficios futuros predecibles.

III) Privilegiar el *cálculo estratégico sobre el interés general*. Si bien el sistema democrático es competitivo y los partidos deben maximizar los votos, el cálculo estratégico desarrollado desde el Estado, entendido este como la permanente evaluación de toda acción pública en función del rédito electoral o partidario, puede conspirar contra el interés general. De la misma forma, la identificación entre régimen, gobierno y partido tiene un doble efecto: si bien se vota por la democracia, también una mala gestión gubernamental puede erosionar la legitimidad del régimen. Los efectos negativos del permanente cálculo estratégico por sobre cualquier otro tipo de valor se hacen particularmente presentes en los momentos de transición, donde la necesidad de maximizar acuerdos, y lograr la confiabilidad de los actores es mucho mayor.

Por otra parte, la dificultad para lograr acuerdos programáticos con las principales fuerzas populares, dadas las restricciones que el programa de ajuste económico implica, lleva a promover líneas de fragmentación de toda oposición política y social, a deslegitimar demandas, desestructurando aquellas que están más allá de las posibilidades del programa.²¹ Ello requiere un importante control de los medios de comunicación, de los mensajes al conjunto de la sociedad, y en lo interno del partido gobernante de los propios representantes y cuadros intermedios para disminuir los cuestionamientos que este cambio suscita. La política vuelve a ser considerada como relaciones de fuerza, solo que la posibilidad del triunfo no descansa solo en las bondades de la acción de gobierno como en la ausencia de alternativas. Pero la falta de opciones no queda como exclusiva responsabilidad de una

21. Sobre el juego político que dificulta que la clase política pueda asumir "... el concepto de interés general, la comprensión de los procesos reales y la voluntad profunda de democratizar el poder", ver de Carlos "Chacho" Álvarez, "El peronismo, la modernidad y la crisis de la política", en *Unidos*, N° 10, junio de 1986.

oposición hasta la actualidad fragmentada o incoherente, sino también en las posibilidades de utilización de los recursos del Estado para dificultar esa concreción.

Por último, la declaración de estado de excepción de una serie de demandas populares de gran repercusión social (salarios de los jubilados; reglamentación del derecho de huelga; control estatal de las negociaciones paritarias) tiende a la conformación de un *gobierno de emergencia*. Este recurso tiende a utilizarse cada vez con mayor frecuencia como un instrumento político que suspende las condiciones de la vida política normal, interrumpe segmentos de la responsabilidad del Estado, que son así liberados de su cumplimiento cuando la necesidad gubernamental lo requiere. La declaración de emergencia sirve, de este modo, también para determinar con otros recursos quién detenta el poder. Ello preanuncia una inadvertida tendencia hacia formas autoritarias de decisión, ya que las normas pueden quedar en suspenso siempre y cuando contradigan los límites del propio proyecto, lo que cuestiona el énfasis puesto en considerar la democracia como acuerdo básico sobre normas y procedimientos.

En definitiva, el enfoque oficial sobre la modernización tiende al fortalecimiento de un sistema que se basa en acuerdos de clase política que recorta las demandas y promueve el distanciamiento de los ciudadanos de las arenas políticas. Apunta a consolidar un sistema poliárquico a condición de desestructurar los sujetos sociales, admitir la escisión entre lo social y lo político y disminuir la responsabilidad de los representantes. De esta forma se acerca más, dentro de la modernización elaborada por Macpherson, al de “equilibrio” que al “participativo” anunciado.

En segundo lugar, al no tender a la modificación de las estructuras de poder sino a su racionalización, el Estado no puede responder a las demandas redistributivas de ingresos y poder de las mayorías. La dinámica de la modernización acrecienta el dualismo estructural de la economía, y esta tendencia a la heterogeneidad genera mecanismos de defensa, escepticismo e individualismo que también alejan del otro objetivo anunciado, el de la solidaridad social.

3. CONSOLIDACIÓN Y DIAGNÓSTICO ALTERNATIVO

El enfoque que acompaña la modernización nos advierte sobre la imposibilidad de otra cosa. El pragmatismo adoptado señala la necesidad de admitir los duros hechos que señalan la *inevitabilidad* del proceso de cambio encarado: la ausencia de alternativas surge de la misma situación de debilidad en que ha quedado la sociedad a partir del autoritarismo, de las características adversas de la coyuntura internacional y la conducta de las sociedades europeas durante la primera etapa del gobierno (período Grinspun). Se advierte, siguiendo esta lógica, sobre otras opciones que intentasen hacer coincidir lo formal con lo sustancial de la democracia, podrían significar un costo aún más alto para el sistema político, ya que en lugar de un procesamiento prolijo y racional del ajuste económico y de ciertas garantías que brinda el

no enfrentamiento con los grupos dominantes, existen posibilidades aún más drásticas de realización de los intereses del capitalismo y de las sociedades dominantes. El enfoque de la modernización, y el nuevo realismo, cierran sobre sí negando la existencia de otras opciones, invitando al perfeccionamiento del paradigma vigente.

Sin haber profundizado sobre la problemática de los valores vinculados a la modernización puede señalarse, sin embargo, que la eliminación de alternativas, la imposibilidad de hacer coincidir el análisis realista con aspiraciones sustanciales (mayor justicia social, igualdad o autonomía nacional) aunque sea como tendencia, evidencian una fuerte aceptación de la sobredeterminación de las estructuras. Ello en detrimento de los recursos políticos y de aquellos que, si bien presentes en la cultura política, se desechan por no ajustarse al paradigma utilizado. En segundo lugar, que el posibilismo desde el que se opera es también un riesgoso acercamiento a la aceptación de la legalidad del mercado, al peligro de subordinar todo principio sustantivo a la racionalidad formal del mismo.²²

No obstante, lo que se quiere señalar es que este enfoque tampoco da cuenta suficientemente de los factores de tensión que la dinámica de la modernización promueve. Si bien el procesamiento del conflicto se ha realizado en el marco del Estado de derecho, la continuidad del ajuste puede aumentar el grado de tensiones provenientes de la sociedad y generar elementos de difícil elaboración. Dentro del clásico esquema de Easton que refiere al exceso de tensión, señalamos diversos inputs de demanda provenientes de:

1) *Desafectación de sectores medios*; el desgaste y escepticismo de amplios sectores sobre su futuro dentro de la dinámica descripta, pero que a la vez tienen dificultades para el desplazamiento electoral hacia otras opciones, puede volcarse hacia un consenso antisistema.²³ La pérdida de credibilidad del Plan Austral puede asociarse al fin del “efecto túnel” que es necesario que acompañe ciertas estrategias de desarrollo que favorecen la acumulación. De acuerdo a Hirschman, ciertos sectores están más dispuestos a no compartir inmediatamente los frutos del desarrollo si observan que otros sectores comienzan a marchar, y asocian este avance con un próximo progreso propio.²⁴ En este caso, si bien el Plan Austral reforzó en sus inicios la esperanza promovida por el advenimiento del gobierno democrático, a partir de 1986, con el aumento inflacionario y la persistente caída de los ingresos, del nivel de empleo e inversión, no solo la clase trabajadora

22. Para una interpretación de la modernización como el primado de una racionalidad de acuerdo “a fines” en América Latina, ver de Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago de Chile, Instituto de Sociología, Universidad Católica, 1985.

23. De acuerdo a las últimas encuestas de la consultora IPSA de Buenos Aires, la respuesta a la pregunta si con los militares se estaba mejor, pega un salto en el lapso 1985-86, con el 12% afirmativo a un 22% en 1986.

24. El concepto de “efecto túnel” está desarrollado en el capítulo sobre las estrategias para el desarrollo económico de *De la economía a la política y más allá*, de Albert Hirschman (México, Fondo de Cultura Económica, 1984).

sino también sectores medios tienen dificultades para asociar un futuro mejor a la actual posición relativa.

La importancia de ello en la gobernabilidad la podemos comprobar si nos remitimos al modelo que señala las características del ciclo de la participación de la sociedad argentina. Esquemáticamente, este señala una primera etapa de alta participación de apoyo al gobierno elegido por el pueblo. Una segunda, donde la desviación de las políticas estatales, la falta de canales institucionales de participación y la desconexión con las expectativas generan el repliegue (fase “implosiva”). La sociedad se conflictúa y el continuo avance de los grupos de presión para desviar al gobierno democrático de sus objetivos lo distancian cada vez más de sus fuentes de apoyo. Este distanciamiento y lo poco funcional de esta relación Estado-sociedad, donde los sectores actúan inorgánicamente y donde se produce el consenso antisistemático aportado por estos grupos medios, facilitan la creación de los síntomas del “vacío de poder” que finalmente los grupos militares terminarán invocando. No es difícil pensar que, luego de la represión y deslegitimación militar posterior sobrevendrá la nueva fase del ciclo, la de “explosión participativa”.²⁵

II) *Crisis del sistema administrativo*; dado que el ajuste económico privilegia salarios y gasto público para disminuir el déficit fiscal, el horizonte promovido para sus miembros, una parte muy alta del empleo total del país, es reducido. A ello se agregan las privatizaciones anunciadas, los programas de racionalización, etc., todo lo cual lleva a la protesta, la huelga y a la pérdida de motivación. Todos estos factores generan un fuerte deterioro de las prestaciones públicas, que se unen a una baja inversión pública, a una crisis de racionalidad del sistema administrativo estatal. Por una parte la reforma aparece en función de la eficacia y eficiencia del Estado, pero la misma racionalidad que se dice presente en las reformas se contradice con los efectos que promueve: así, la reforma pedagógica, una instancia de participación que debía servir para mejorar contenidos y procedimientos del sistema educativo, convive y se diluye en el marco de prolongadas huelgas, ausentismo, que incluso preanuncian dificultades para terminar el ciclo lectivo en muchos lugares. La modernización de la administración para mejorar los servicios públicos termina coexistiendo con crecientes bloqueos de la actividad de salud pública, que llevan a la anulación de las prestaciones. Esta disfuncionalidad vuelve, a su vez, a reforzar el ímpetu privatista y de achicamiento del Estado que traen apareadas las consecuencias señaladas.

25. El análisis del ciclo de “explosión” e “implosión” en la participación política en Argentina se puede entroncar en el trabajo de Vicente Palermo, “Problemas de participación en la sociedad argentina”, en *Crítica y Utopía*, N° 9, 1985. También puede consultarse del autor de este trabajo “Nuevos patrones de participación política en procesos de transición a la democracia: el caso argentino”, en *Proceso, crisis y transición democrática/2*, Oscar Oszlak comp. CEAL, 1985. Estas fases también pueden vincularse al análisis del “péndulo” de la acción política que realiza Albert Hirschman, en *Shifting Involvements: Private Interest and Public Action*, New Jersey, Princeton University Press, 1982.

A esta situación se suma el hecho de que aún se está a mitad de camino de una serie de importantes decisiones en dirección al redimensionamiento del Estado, vinculado a la lógica de este proyecto (capitalización de la deuda externa, racionalización de la administración y empresas públicas, etc.) o la adecuación del Estado a esta inserción internacional propuesta y a la función de garantizar la acumulación privada y las libertades individuales. Todo ello con el lógico aumento de las tensiones, especialmente por la falta de demanda proveniente del sector privado para que absorba estos excedentes. Y el interrogante sobre si los núcleos más dinámicos o beneficiados por este proyecto finalmente podrán asegurar un porvenir de inversión y desarrollo en medio de este contexto todavía no ha tenido una respuesta satisfactoria.

III) Finalmente la pérdida de *capacidad concertadora* gubernamental dificulta o impide la existencia de una vía importante para evitar el sectorialismo y pretorianismo de los actores. El mismo programa de ajuste ha bloqueado las posibilidades de concertación social (el juego propuesto es de suma cero, no se ha redistribuido poder, y la redefinición de los intereses en el horizonte temporal no se observa). Esta es precisamente otra vía del sistema político en que pueden procesarse las demandas y que está indisolublemente unido a las democracias modernas. De esta forma la rigidez de esta política económica impide que importantes sectores del trabajo y la producción hayan podido concertar, a pesar de que en la definición de estos actores la instancia concertadora era deseable y necesaria. El mismo bloqueo concertador ha tenido su paralelo en la escasa producción legislativa.²⁶

Sin poder despejar los interrogantes que esta dinámica promueve sobre la gobernabilidad del sistema, consideramos la problemática de la *alternativa*. Es decir, una opción que intentase conciliar la estabilización con ideales democráticos más plenos. Un proyecto alternativo, tanto gubernamental como opositor que aceptase, por una parte los desafíos de los cambios mundiales y nacionales, y finalmente de la misma dinámica de la modernidad, pero desde una perspectiva más autónoma y social debería revisar algunos de los supuestos del enfoque modernizador. Contestar a las siguientes disyuntivas:

I) *Incorporación puntual o desarrollo autónomo*: si la incorporación de elementos puntuales técnico-científicos garantiza el acercamiento a niveles de desarrollo de los países centrales y a la estabilidad política o si, por el contrario, ello significa correr en una dirección perdida de antemano, incorporar islas de modernización en una economía no integrada que reproduce, en otro estadio del capitalismo transnacional, las asimetrías previas. Si la resolución de esta contradicción no descansa, por el contrario, en la modificación de las relaciones de poder internas que promueven la continuidad de estas diferencias, una modificación lograda a través de acuerdos políticos mayoritarios basados en el respaldo popular. Ello significa, a su

26. Para un análisis del proceso de concertación de estos tres años, puede verse de C. Acuña, M. dos Santos y otros, "Empresarios y condenación social en Argentina", Programa PREALC-OIT, Buenos Aires, mayo de 1986.

vez, concebir al Estado más que en un rol garante de la acumulación de capital privado, como instrumento preferencial de la voluntad de transformación popular y garante del interés general.

II) *Elites o masas*: definir si la ingobernabilidad de la sociedad argentina descansa principalmente en las características culturales de las masas, en la cultura política inflacionaria, corporativa y en las actitudes autoritarias de sus miembros, o si, por el contrario, está asociada a la concentración de poder en elites refractarias a trascender sus intereses en un pacto democrático. Si la estabilidad, por lo tanto, se logra modelando los procesos culturales y a los actores desde el Estado para adaptarlos a la racionalidad formal de este proyecto, o si por el contrario se basa en la regulación de los procesos económicos en función de los intereses mayoritarios en una dinámica guiada por una racionalidad sustancial.

Estas disyunciones se trasladan al pasado, a la comprensión de nuestra tradición democrática con la cual se conecta. Si es negable, entonces, a esta historia toda virtualidad democrática, y por ello la necesidad de fundamentar una democracia ex-novo, creando actitudes, cultura política democrática aún no existente, o si es posible la recuperación de una tradición democrática propia, depurada de sus errores (ejemplo: posibilidad de recuperar la tradición de democracia directa propia de la cultura política argentina, a partir de la incorporación institucional de formas de democracia semidirecta). En definitiva, si es más significativo para la consolidación de la ruptura con el pasado o su asunción creativa.

III) *Acuerdo electoral o pacto político*: definir si el pacto político fundamental está ya realizado y se basa en intereses múltiples, indiferenciados y convocados por una estrategia económica que descansa en el apoyo otorgado por el *establishment*, y que determina la índole conservadora de las coaliciones electorales a realizar, o si por el contrario este pacto político fundamental todavía falta realizar. Que este necesita promoverse entre las principales fuerzas populares una dirección progresiva, alterando la presente ecuación: que lo político sea lo que determina la estrategia socio-económica y no a la inversa; que se puedan fortalecer las líneas de consenso de intereses comunes de los sectores populares, más que su fragmentación y división.

IV) *Prestigio o creación de poder*, finalmente, sobre la inserción internacional, si esta se basa en los reconocimientos deferentes dados por las sociedades centrales, en relaciones bilaterales con los organismos financieros internacionales y en la interpelación moral al mundo desarrollado para una modificación de las reglas del juego, o en una estrategia de acumulación y creación de poder que pueda lograr este último objetivo. Esto último significa valorar no solo la importancia ético-jurídica de las posiciones internacionales sustentadas por el Estado, sino también en las relaciones de fuerza que puedan constituirse entre los estados de la región para contraponer a los intereses del norte. En la acción conjunta de los estados latinoamericanos en políticas concertadas para definir cuestiones centrales que afectan su desarrollo y soberanía como la deuda externa.

Cuestionar si más que en la búsqueda de reconocimientos y apoyos formales otorgados por sociedades que, si bien con comunes perspectivas sobre la necesidad de una comunidad internacional más equilibrada y pacífica, también tienen intereses encontrados, o en la constitución de un poder de negociación real a nivel nacional y regional. Si la opción se basa en integraciones exclusivamente de carácter económico que puedan dar predominio a la racionalidad formal de las transnacionales, interesadas en uniformar los mercados; o en un proceso de integración político económico, a partir de acciones conjuntas tomadas en espacios multilaterales ya existentes y repolitizados y en aquellos que puedan crearse con estos fines.

En síntesis, estas disyunciones señalan que los procesos de consolidación no son caminos de una sola vía sino espacios surcados por proyectos y opciones que pueden determinar tanto la viabilidad del sistema político como su carácter. De allí volvemos a nuestro punto de partida, donde señalábamos la importancia de analizar en los estudios sobre procesos de consolidación las opciones estratégicas y la significación de la acción política tomada a partir de determinada lectura (diagnóstico) de la realidad.

Recapitulando, en los tres puntos seguidos hemos procedido a mostrar en la experiencia argentina de estos tres años las consecuencias del proyecto de modernización sobre el sistema político; a cuestionar la aparente inevitabilidad de esta opción, para señalar, por último, los rasgos donde puede situarse una alternativa de consolidación democrática más plena a partir de la revisión de los supuestos que forman parte del enfoque analizado. En todo caso, se ha tendido a desarrollar la función crítica y propositiva que la sociología política debe tener en el momento actual. ■

AÑO 4 - N° 14ABRIL DE 1987

MESTER DE GELMANÍA

Juan Sasturain

*Hasta que Gelman no vuelva,
a todos nos patinará la r.*
Marcelo Birmajer

Aclaremos. Las excepciones son del que suscribe, renunciante a la crítica o el mero comentario tiempo ha. No quería escribir esta nota, no podía, lo desbordaba, le quedaba grande de tema, de hombros, chica de espacio y tiempo, lo agobiaba.

Hace más de quince años escribió sobre *Los poemas de Sidney West*, emocionado, emocionado. Era su primera nota, la primera novia. Esta será la última: emocionado, emocionado otra vez, la misma vez.

Lo insoportable es la cercanía, la primera persona que quiere meterse a los abrazos. Lo insoportable es la lejanía, la tercera persona que pide describir mecanismos, datos, temas, trayectorias. Aclaremos otra vez: uno hace esto, da estas vueltas porque —lo explicó Barthes y qué carajo le importará a Juan— si queremos expresar nuestra solidaridad con el dolorido y le decimos “te acompaño el sentimiento” solo reflejamos lo contrario: la fórmula traiciona la intención. Hay que inventar cada vez una manera de explicar “te quiero” o lo que pasa con un libro como este libro o con un escritor como este. Hay que dar vueltas. Hay que hacer excepciones. Siempre hay que hacer excepciones. Todo es excepción.

Yo nunca escribí libros.

Juan Gelman

Aclaremos II. Las *Interrupciones* son las del poeta, el rótulo en el que se cobijan como pueden cuatro de sus libros exiliars: *Bajo la lluvia ajenu*, *Hacia el sur*, *Com-posiciones* y *Eso*, producción segmentada del goteo incesante de poesía que le sube desde hace treinta años cuando desenfundó el violín y además empezó a ocuparse de otras cuestiones (la relación del violín con las cuestiones, sobre lodo y para siempre). En este caso se trata de los resultados de la marea 1980-84, con domicilios de escritura en Roma, Ginebra y París para las ganas siempre bajo otros techos o intemperies patrias.

Estas son las *Interrupciones II*. Existen, obvias y programadas, redundantemente interrumpidas entre los Libros de Tierra Firme que planta José Luis Mangieri, las *Interrupciones I* que abarcarían *Hechos*, *Si dulcemente*, *Versiones y comentarios* y algún otro poemario parido después de *Relaciones* (1973) y antes del 80. Pregunta: ¿las “interrupciones” mentan esa ausencia de más de una década del copyright argentino —excepción de *La junta luz*, el oratorio a las Madres de Plaza de Mayo del año pasado—?, ¿evocan ese agujero? Tal vez: Gelman interrumpió su publicación en la Argentina con la *Obra poética* completa del 74. Pero me gusta —y no me agrada— pensar en otras resonancias.

Porque hubo anteriores ausencias editoriales no tituladoras: los nueve años que fueron de *Gotán* (1962) a ese ladrillazo de *Cólera buey* en el 71, con *Los poemas de Sidney West* aparte y a propósito, fueron el síntoma de un cambio, de revelaciones y fracturas del poeta en el momento preciso de la apoteosis. Con el esplendor de la obra “más redonda” y mejor acogida entre manos —ese *Gotán* donde todos bebieron (bebimos) y beberán— Gelman se calla. Pero no: no se calla. Rompe el circuito “natural” que comunica hasta ese momento poético/político/personal, la escritura con la publicación a través del fenómeno puntual del libro: “*Yo nunca escribí libros*”

se queja en “Gotán” hablando de *Gotán*. Y obra en consecuencia: no acalla el violín pero no deja tampoco que las luces del concierto lo distraigan de lo básico, ese manoseo diario de arco y cuerda sin otro público que la mano personal y la canción desesperada. Las otras cuestiones son, cada vez más, cuestiones que piden otros atri-les, otros instrumentos, y no es de hombre y de poeta con los versos bien puestos justificar unas con otras, compensar otras con unas, ilusiones del “compromiso” por escrito. “*Mejor dejarlo*” dijo Vallejo y repitió Juan. Y lo dejó en serio.

Cuerpo que no habla por hablar.

Juan Gelman

Quiero decir que Gelman gambeteó —en términos futboleros— con pisada hacia atrás y toque profundo por el costado, la tentación fecunda de repetirse, de hacer lo que era esperable de él dentro de la poesía y con esta hacia afuera.

En la escritura, desconfió de su propia soltura, tensó el arco, rompió más de una cuerda y sacó sonidos cortitos/largos o raros, brillantes/opacos y verdaderos, se metió definitivamente con las palabras y asumió todas las consecuencias, buscó y encontró bellezas terribles y no franeleras. Hacia afuera, a la intemperie, participó de la Función —de los ensayos al telón final— bancó esplendores y malarias, no estuvo en la platea ni fue apuntador; repartió los programas, actuó sin red, en la cuerda floja, se partió el espinazo: no eligió sustitutos para apuntalar con escarbadientes la buena conciencia. Y son años y años de ser y hacer.

Por eso las *Interrupciones* que convoca el título son cortes más profundos que un hueco en las librerías. Lo que se ha interrumpido en la última década es, en superficie, la continuidad con la tierra y con el cielo, el hecho de escribir/vivir bajo otro sándwich de cielo y tierra, sobre otras camas y mesas lejanas: el exilio tan mentado; otra interrupción es la derrota, el corte en el camino de la Revolución, la obsesión de siempre (“se fue otro mes/ y no hicimos la revolución todavía”, “31 de marzo”, en el *Gotán* del 62); otra interrupción es la muerte tan cercana (Paco, Haroldo, Rodolfo, Claudia, Marcelo el hijo, la nieta que venía), y todos los compañeros que vuelven y vuelven, interrumpen la paz, el sueño, la efusión, la palabra. La palabra y el sujeto: hay un sujeto continuamente interrumpido.

Interrupciones II es, entonces y además, una serie de registros verbales discontinuos, intencionadamente entrecortados con alevosía. No es nuevo: desde el momento en que el poeta tomó conciencia y aceptó las mediaciones entre las palabras y los hechos —la poesía y la revolución, metas no sustituibles ni compensables pero necesarias— dejó de publicar libros funcionales y siguió haciendo poesía con todas las canillas abiertas, sin vértigo por lo que se le abría, sin recetas, rindiendo cuentas solo dentro del verso. Ahí se acabó el romance y la expectativa de sentarse a disfrutar: el que escribía “al borde de una silla desfondada” no podía ofrecer una belleza para leer en sofá o desde buró revolucionario.

*Escribo sobre un tema que no
le gusta a nadie.
Tampoco a mí. Hay temas que
no le gustan a nadie.*
Po I-po

Aclaremos III. Las incomodidades son nuestras, de los lectores que debemos “sentarnos en una silla desfondada” también para leer y escuchar durezas sin franela. Y no es cuestión —solamente— de temas, como apunta el implacable chino gelmaniano, sino de modos y de formas: sobre todo de modos y formas.

Lo que Juan interrumpió hace mucho fue la expectativa del descanso, de la llegada a alguna parte. Encontrar no es el resultado; ni siquiera el objetivo de su forcejeo con las palabras. Ha puesto en marcha muchos mecanismos para escapar de la tentación, de la equívoca belleza, del re-conocimiento. Lo básico: recuperar el acto de escribir por encima de su resultado, el proceso convertido en espectáculo ante el lector; poesía de costuras expuestas, que hace de sus mecanismos y tensiones el mismísimo eje, pudorosa de los sentimientos en estado falsamente poético, que deben hacerse un codazo a contrapelo de un lenguaje sin abuela ni prestigio en estas latitudes líricas. Vallejo y Olivari, entre otros, peleaban así con las comodidades de la costumbre. Juan, además, la encaró a Berta Singerman: rompió el tono, el falso tono enfático o tembloroso o solemne asociado “naturalmente” con la poesía. El humor sordo, el prosaísmo, el absurdo inclusive, sirvieron para desautomatizar la lectura —la audición, cuando leía— y recuperar la credibilidad cuestionando “lo poético” esperado. Fue un camino sin retorno. Tal programa —jamás formulado no tendría sentido— va avanzando, volteando alambrados, probando y desechando sin elegir ni quedarse con certezas que no sean la evidencia de un texto que se propone absoluto. Así, sucesiva y simultáneamente desde hace poco más de veinte años, Gelman eludió la tentación de las palabras elegidas como bombones únicos, optó por la vía libre a la espontaneidad que es fiel a lo que sube casi solo y cuando quiere.

Las series, esos títulos en plural desde el lejano *Partes a Fábulas, Relaciones, Hechos* o estas *Interrupciones*, reflejan ese gesto de aceptar la expresión marcada por impulsos sostenidos, modulaciones casi infinitas, a veces, de ideas y climas recurrentes. El poeta no elige, sino que deja correr, agota el fluir, lo acompaña mientras dure, como sangrar.

No es una estética. Es una ética de la palabra que quiere ser verdadera al costo del equilibrio o la belleza como tentación formal: es el ejemplo casi intolerable de *Si dulcemente*, un ejercicio durísimo con un solo obstinado tono, una cuerda expresiva que vuelve y vuelve a pulsarse, como único sostén apoyado en algún verso de Quevedo que lo motiva. El exceso, la desmesura, la letanía, el lamento desconsolado y sin fin que no tiene otra manera de expresión sin “estetizarse”.

Por esta vía encontramos otros mecanismos recurrentes: la decantación del léxico, la utilización de un repertorio expresivo y metafórico redundante; propio, sí, pero obsesivo —sol, luna, árboles, niños, pajaritos y etcéteras— en un proceso gustoso a los barrocos de Góngora a Bach, intento de resistir la seducción florida de la variedad, la brillantez aparatosa de la imagen inédita. Y ese gesto de “empobrecer” el repertorio, el arsenal verbal, tiene correlatos.

Liberado —o para liberarse y liberarnos— de los guiños de la estructura Gelman se metió en corsés y llenó de palabras los impuestos casilleros que se propuso: los infinitos “lamentos” del *Sidney West*; los enneasílabos obligados de *Fábulas*; los falsos cuartetos que parcelan gran parte de los poemas de su producción última, los “sonetos”...

Es decir: así como hay quienes buscan “libertad” en la torrencialidad metafórica y operan por adición y suma y suma, Gelman —una vez más— opta por interrumpir, cortar, forzar la forma imponiéndola, evidenciándola. La tarea mayor, sin embargo, ha sido su modo de acometer contra el carozo, el dueño de la pelota, el sujeto. El escamoteo del que habla, del que firma, no es en Gelman una manganeta para esconderse sino un modo de aceptar que es muchos, que conviven en él —en nosotros— todas las voces; y cada una tiene su color, su miedo, sus rengueras. Es como si el poeta descubriera en cierto momento que le crecen voces, ramas diferentes y que sabe —desde algún sujeto, el que decide— que no debe acallarlas, contarlas y echarlas a quemar: no hay una esencia que resguardar sino un abanico de posibilidades para desplegar.

Así llegaron el inglés *John Wendell*, el japonés *Yamanokuchi Ando* y el yanqui *Sidney West* —ese Lee Masters, delirado— en los sesenta, con sus tonos y obsesiones propias, suyas (de ellos, de él). Así apareció *José Galván* (J. G.) hacia principios de la década siguiente y casi firmó *Relaciones*, el libro que ponía el dedo en el ventilador, en la llaga, en la cuestión de siempre pero más de “ese” momento, el libro de las preguntas: “esa piedra tiene que ver con él? / el hombre de la zapatería de enfrente tiene que ver con él?” dice con Pessoa. El libro de las certezas: “con este poema no tomarás el poder” dice / “con estos versos no harás la revolución” dice / “ni con miles de versos harás la revolución” dice / se sienta en la mesa y escribe”. Y sigue escribiendo ahora, con mano propia y prestada —variaciones sobre Quevedo, San Juan de la Cruz, Santa Teresa; “traducciones” libres, correspondencias afectuosas con hipotéticos poetas arábigos, judíos, provenzales...

Poeta que ha hecho tiendas definitivas en las palabras, que no se va de allí, saludablemente intransitivo, que sabe que la batalla vieja es “entre la pluma y el papel”, Juan es, siempre, una voz histórica, medida en su circunstancia hasta las verijas, que habla parada en alguna parte precisa y sin eufemismos. Atravesado de historia y nombres propios, coyuntural sin complejos, sabe también que la trascendencia o intrascendencia de lo que busca —y no encontrará jamás— no está en los temas que le queman las manos, las entretelas del alma. No salvará los versos con la Revolución ni la hará o justificará con ellos, pero está en las antípodas

saludables de quienes optan por el repliegue hacia las buenas palabras. Ejerce un pesimismo poético —esa palabra inapresable, esa zanahoria sin fin— que hace de su obra una aventura constante; pero vive consecuentemente un optimismo histórico que lo mantiene en pie.

“La esperanza fracasa muchas veces, el dolor jamás, por eso algunos creen que más vale dolor conocido que dolor por conocer, creen que la esperanza es ilusión, son los ilusos del dolor”, dice en *Eso*, el último libro, y se define ante los pesimistas de la historia que suelen manejar honda certeza en el uso de las palabras y se acuestan sobre ellas, descansan allí.

El único camino es el polvo del camino.

Juan Gelman

Si todo esto, hasta aquí, no fue sino introducción a este libro, rodeo y presentación de *Interrupciones II*, ¿vale el gesto de describirlo? Es otra tarea, tal vez, y el que suscribe cede el paso, tiende algunas puntas en primera persona y se despide, pide *Disculpas 1*.

Bajo la lluvia ajena es una efusión derramada en pocos meses de 1980 en Roma. El tema es el exilio pero “lo que me duele es la derrota”, se confiesa. Hay textos memorables: el pudor que sostiene un gesto, un código expresivo y de vida (“sabemos hace mucha muerte que se habla enamorado y no del amor, se habla claro, no de la claridad, se habla libre, no de la libertad”). Mi Dios: es tan exactamente así... Hay textos bellísimos como el XXI, carta a Paco; hay ajustes de cuentas con Europa, saldos que no dan, rencores que no cierran y sangran todavía.

Hacia el sur es el poemario más largo, publicado en México en su momento. Tiene dos zonas de impostación o impostura mayores por las que uno transita fluido, acompañado, sin arideces excesivas, y hasta suelen contarle un cuento que no siempre termina bien: son los *Poemas de José Galván* y los de *Julio Grecco*, dos alter-criollos-compañeros de Juan y entre sí y entre nosotros. “Yo también escribo cuentos”, evocador —otra vez— de Pessoa, “Siempre la poesía”, donde Lautréamont se cruza con su idea de que la poesía debe ser hecha por todos y glosado y glosado, son lugares turísticos para quedarse a vivir en el libro.

Las *Com-posiciones* van precedidas de un Exergo, casi una poética, cuya reproducción haría saludablemente inútiles estas imprecisiones animosas. Luego vienen los “traducidos” de todo registro, y condición exiliar común. Poesía que canta pérdidas en claves de amor, de derrota, de deseo postergado. Los de amor de Joseph Tsarfati; “Lavar”, de Yehuda Halevi los de Samuel Hanagid; el terrible “La batalla”, de Abraham Abulafia, tantos registros como poetas, tantas voces y una.

Eso tiene espacio para el recuerdo, recuerdo cada vez más atrás —el pibe, el que fue, las ceremonias de la casa—, para el amor y la ternura que piden permiso para existir, para volver también, con Vallejo: “desatollóse / desencebollóse / laureóse /

echóse a andar...” para recordar “el pacto” que funda el nacimiento: “la vida es ciertamente una de las cláusulas, también la muerte y el dolor, el amor, la alegría...”. La terrible contundencia del citado “Los ilusos” me recuerda al durísimo Vallejo de: “Voy a hablar de la esperanza”, tiene su misma violencia esperanzada en el dolor, con el dolor, su desaforado amor y confianza en esa antigua “esperanza que come panes desesperados” de hace tantos años.

Araca, corazón, callate un poco.

Vacarezza

Yo no quería. Nunca supe y no sé ahora o todavía. Son solo las ganas de comunicar un fervor, un amor (o qué, si no) que no sabe explicarse bien, tartamudea, se hace el sabihondo, redundante, se equivoca. Todo para explicar una manera de usar las palabras y producir hechos con eso; esta poética de la interrupción y el corte que hace el oficio siempre renovado, el simplemente llamado “mester de gelmanía” a falta de otro casillero o categoría adecuada al descanso y la ficha.

Yo no quería. Y no es por sacarle el cuerpo a nombres, cuestiones, connotaciones, políticas y décadas sino por la imposibilidad de hacerlo. Pero es claro ahora; en realidad: yo nunca escribí críticas. ■

AÑO 4 - N° 15

AGOSTO DE 1987

LA CRISIS DE ABRIL

Oscar Landi

SEMANA SANTA A LA ARGENTINA

El jueves

El discurso del presidente el 16 de abril en el Congreso tuvo un tema recurrente: su decisión de no negociar con los militares en rebeldía que se negaban a presentarse al llamado de la justicia; el entonces mayor Barreiro, en Córdoba, era el destinatario principal —y posiblemente ejemplar— de la decisión gubernamental. Era un dato conocido y previsto desde hacía tiempo que algunos militares se negarían a concurrir a las citaciones del Poder Judicial y esa noche se les respondía con una calle cada vez más movilizada, un sistema de partidos y organizaciones

sociales que cerraban filas y una decidida reafirmación de la figura presidencial. Detengámonos un momento en la hipótesis de que los acontecimientos encontraban un desenlace favorable a las fuerzas civiles en esa noche y sin ulteriores desdoblamientos o resonancias en la corporación militar.

En tal caso, la democracia y el gobierno salían nítidamente fortalecidos y cada vez más confundidos entre sí, consolidando un fenómeno político que arranca hacia los años 82-83 por el cual el partido gobernante se presentaba con bastante holgura en el doble rol de ser una de las instituciones de nuestro sistema de partidos y, a la vez, el régimen democrático mismo, con el presidente como su principal y casi excluyente garante.

Dos meses antes, en febrero, diversas voces de la oposición hacían referencia en actos y declaraciones al “aislamiento” del gobierno respecto de la sociedad. En esa noche de la Semana Santa se estuvo al borde de un desmentido rotundo de tales diagnósticos: la sofocación de la rebelión-Barreiro dejaba al presidente de manera exitosa, en el lugar de confrontación con los sectores del pasado autoritario pero además terminaba de dibujar una configuración de hechos que harían, por ejemplo, que la campaña con vistas a las elecciones de septiembre terminara antes de empezar. La solución del episodio militar se combinaba con los avances logrados dentro de la estrategia de negociación y pago de la deuda externa, el reciente acuerdo del gobierno con el sector sindical de “Los 15”, las alianzas electorales con partidos provinciales (muchos de ellos de la constelación que apoyó al gobierno militar), etc. Como dirían los economistas, la situación “cerraba”, el discurso presidencial del jueves quedaría retrospectivamente colocado entonces a mitad de camino entre la crisis militar y las futuras elecciones (por lo demás particularmente importantes al tener vínculo muy directo con las de 1989 para elegir un nuevo gobierno nacional).

Pero los acontecimientos no pueden ser reducidos a una estrecha lógica electoral, no solo por la existencia real de una cuestión militar y del papel del tema de los derechos humanos en la definición de los fundamentos éticos de la democracia, sino también porque todo resultado electoral se inscribe dentro de un proceso mayor y más cualitativo concerniente al diseño que va asumiendo nuestro sistema político y a sus formas de “hacer política”. Lo que queremos decir es que aquella eventual situación de “cierre” que acabamos de imaginar situaba decididamente al gobierno y a su partido en una operación que, en el análisis político, suele denominarse transformista. Con este nombre quedaron calificados intentos que, con mayor o menor suerte, tendieron a la reformulación del sistema político merced a una cooptación de sectores de las dirigencias políticas, sociales e intelectuales de las fuerzas opositoras, uno de cuyos efectos principales es el de producir en el interior de estas últimas una separación entre dirigentes y dirigidos. Si nuestro país no fuera tan trágico se podría usar con comodidad y más sencillamente una definición del transformismo como una operación de “descabezamiento” de las fuerzas sociales opositoras, que las sitúa en una posición en la que no pueden constituirse

plenamente como actores políticos. La producción de una crisis de representación de las fuerzas adversarias abriría el camino de un fuerte hegemonismo oficial. Y no hablamos de la constitución del partido del gobierno en partido predominante, pues la situación no se reduce a tener más votos, sino a la formación de un sistema de poder en el que solo existe lo que está dentro de él o negocia con él.

El intento transformista no es una novedad en la Argentina; en un país con recurrentes ciclos civiles y militares, no es difícil suponer que todo nuevo proyecto de solución de la crisis asume un carácter fundacional que exige la reformulación de un sistema político que, si se dejara librado a su propia lógica, solo repondría la crisis. En el caso que analizamos se presenta un trayecto cuyo punto de partida es una corriente interna del radicalismo liderada por Raúl Alfonsín, que fue minoría en su partido durante largos años y que cuando accedió a su dirección en 1983, en ese mismo impulso, llegó al estado mediante la conformación en el país de una nueva mayoría electoral.

Es desde el aparato estatal cómo se va luego redefiniendo el partido radical y el fenómeno alfonsinista. A partir del fuerte liderazgo del presidente y desde la conformación de una trama de funcionarios-operadores políticos, no solo se fue reconstituyendo el partido radical sino también se intervino de manera transformista en relación con las otras fuerzas. Primero de manera molecular, mediante la cooptación personal de políticos, intelectuales y técnicos cuya historia previa al golpe de 1976 los ubicaba en otras corrientes políticas y de pensamiento. Luego mediante la absorción grupal, sectorial: fragmentos del sistema de partidos, particularmente del interior del país, bajo la denominación “convergencia democrática” y representaciones sectoriales como los sindicatos de “Los 15”, operación mayor que hace a la acción sobre la principal fuerza adversaria, el peronismo.

En este trayecto fue constante el intento —exitoso muchas veces— de transformar cada circunstancia electoral en un plebiscito sobre la figura presidencial y la preferencia de constituir como interlocutor dentro del campo peronista a su derecha (Isabel, Saadi, Robledo, etc.). Por cierto el peronismo dio y da elementos para tal posibilidad, pero a esto nos referiremos más adelante.

Dentro del proceso transformista, el lugar reservado al peronismo luego de aprobado sus exámenes pendientes con la democracia —renovación mediante— es el de partido acompañante, algo así como el lugar de Balbín en los setenta. Esta circunstancia no configuraría exactamente una situación de bipartidismo, tal como se postula desde la izquierda y la derecha, sino la de hegemonismo o de un “bipartidismo imperfecto” que acentúa los componentes estatistas de nuestra vida política.

Desde el punto de vista cultural y simbólico este proceso estaría sostenido en dos atributos adquiridos por el oficialismo: presentarse como la opción frente a las amenazas de retorno del pasado (con las complicidades consiguientes, con la cultura del miedo heredada) y la ubicación del presidente en el lugar de la palabra autorizada que blanquea el pasado de algunos de los sectores cooptados.

Que la hipótesis que acabamos de presentar no haya tenido su coronación ese jueves no desmiente que es una tendencia de la acción del partido del gobierno que, así como se incubó, reaparecerá bajo nuevas formas en las actuales circunstancias de la vida política nacional.

El domingo

Como sabemos, los hechos siguieron otro curso; el episodio Barreiro se desdibujó no por su obediencia a los poderes civiles sino por la sublevación de Campo de Mayo que lo eclipsó. El cuadro se desarmó por la irrupción de un iceberg más significativo: los grupos comandos que, con solidaridades de camada y grado, situados en los estamentos medios de la oficialidad actual, presentó un conjunto de reivindicaciones propias. Como siempre ocurre alrededor de estas acciones se intentaron cruzar y combinar otros sectores e intereses, pero lo cierto es que la novedad fue clara: en el Ejército se instauró un “corte horizontal” que desarticuló la cadena de mandos. En un Ejército afectado aún por la crisis en que desembocó el gobierno de las Fuerzas Armadas, el desenlace de la guerra de las Malvinas y las causas por la violación de los derechos humanos, apareció en su superficie una identidad sectorial, que si bien no tuvo capacidad para homogeneizar a la fuerza, por ello mismo tiene la peligrosidad de todo sector que no se hace responsable de las consecuencias institucionales globales de sus actos, aspecto que se refuerza por la mentalidad que lo inspiró, más referida a los fines últimos, de carácter nacionalista y fundamentalista, que a las consecuencias inmediatas de la acción o los medios que utiliza.

Pero no solo cambió el tablero militar sino también el civil. La exclusiva escena presidencial del jueves cedió paso a un nuevo balcón de la Casa de Gobierno en la que el peronismo renovador cumplió con holgura los deberes pendientes que el justicialismo aún debía a la sociedad. La tentación hegemónica del oficialismo mostró su debilidad para enfrentar sola la crisis militar y el pluralismo además de ser una palabra apareció como un procedimiento para la formación de la fuerza del poder democrático.

La sociedad se mostró sin fisuras y participativa frente a la asonada, el aprendizaje de la experiencia directa y la memoria colectiva permitió que la plaza se unificara frente a lo que con eficacia dijo el presidente: por un momento el pasado nos alcanzó.

El poder civil no tuvo ejército para reprimir a los sublevados; pareció que todo el consenso se condensó en el poder constitucional y toda la fuerza en la corporación militar, recursos tan heterogéneos que hacían de su confrontación algo poco previsible, difícil y riesgoso. Los sublevados depusieron su actitud sin firmar rendiciones. En el interior de las restricciones, del escaso juego de las circunstancias, lograron ser reconocidos como el principal interlocutor de las fuerzas civiles, y de alguna manera —explícita o implícita, hablada o sobreentendida— obtuvieron el

replanteo de los criterios y de la agenda de cuestiones que construyen sus relaciones con el resto del sistema institucional del país.

La desconcentración de la gente en la plaza el domingo a la tarde contuvo una mezcla de alegría y sospecha, el magnífico espacio público construido en esos días se desdoblaba: la gente a festejar las Pascuas, ciertas elites políticas y militares a seguir su tensa conversación.

Desde el lunes

El comienzo de la semana encontró a los argentinos haciendo una especie de esfuerzo de descifre retrospectivo de su propia experiencia de la Semana Santa. De interpretados se convirtieron en los interpretadores del poder político.

El gobierno se desprendió de las fórmulas de pacto realizadas en la práctica con las otras fuerzas políticas durante los acontecimientos narrados y generó el proyecto de reglamentación de la “obediencia debida”, por el cual se imposibilita al Poder Judicial juzgar a militares de cierto rango durante el gobierno militar de posibles cargos como la tortura y el asesinato, y deja como susceptible de juicio delitos como la violación, sustracción y ocultación de menores y la sustitución de su estado civil y la apropiación extorsiva de inmuebles. Como se ha comentado, por ejemplo, de la aplicación de esta ley resultarían situaciones como las siguientes: si un militar de cierta graduación violó a una mujer durante el Proceso iba preso, pero si luego de ello tuvo la precaución de matarla no puede ser enjuiciado, dado la jerarquía de las causas en las que estaría comprometido.

En el espíritu de “reconciliar a las Fuerzas Armadas con la sociedad” el presidente dijo a la ciudadanía:

Sé perfectamente que a través de esta ley quienes pueden haber sido autores materiales de hechos gravísimos pueden quedar en libertad. Y esto no me gusta. Pero también es cierto que la responsabilidad penal de la violación de los derechos humanos corresponde antes que nada, legalmente, a quienes concibieron el plan, su metodología aberrante y pusieron en marcha su ejecución. Y que a ello, además, le sumaron un estado de coerción psíquica y material, que determinó que quienes fueron los autores materiales entendieron que obraron bajo órdenes y, en ocasiones, aun para beneficio de la Nación.

Pero el “disgusto” del presidente puede ser doble, por el contenido de lo que él mismo envió al Parlamento y porque en ese gesto está condensado un punto de quiebre, un replanteo del curso y la cultura de la transición democrática en el país.

Detengámonos en este punto de extrema importancia. Rápidamente la palabra oficial tendió a cerrar el vacío, el repertorio es variado: esto “ya lo dijimos en la campaña electoral”, la ley de Obediencia Debida es “racional, lógica y previsible” (como dijo sobreactuando el libreto electoral su candidato a gobernador

de la provincia de Buenos Aires), “el gobierno no actúa bajo presión sino por propia decisión”, afirmación que tiene su contrapartida en frases como “es verdad que cometimos errores con los militares, pero las cosas hubieran pasado de todas maneras”, etcétera.

Los argumentos se mueven en dos polos: la obediencia debida se sostiene en la más definida voluntad del gobierno desde que asumió en 1983 o “no hay nada que hacerle”, “nos pusieron al borde de la guerra civil”. En ambas variantes, la voluntad oficial o la fatalidad, bloquean el espacio para la intervención colectiva, para la continuidad en nuevos términos del ejercicio del enorme capital político obtenido por la voluntad democrática durante la Semana Santa.

Es muy difícil intentar dar un halo de continuidad a la situación antes y después de la crisis militar de abril y de la ley de Obediencia Debida, la soldadura discursiva no resiste mucho y se ve demasiado. La distancia entre lo que se dice internamente en los círculos de poder y lo que algunos políticos intentan hacer creer a la opinión pública es muy notoria. Y lo peor de todo es que la soldadura ni suelda ni deja pensar la fisura, bloquea el sinceramiento que, sin cálculo chico ni frenesí electoralista, posibilite a los sectores democráticos y populares entender los nuevos términos en que se plantea la conflictiva construcción de la democracia. Vayamos por partes.

En primer lugar, la plataforma electoral del radicalismo en el 83 y el discurso de Alfonsín hacían alusión a la necesidad de distinguir a los militares que tenían culpas de los que no tenían ninguna. En el discurso electoral del 30 de septiembre de 1983, en el estadio de Ferro, el actual presidente dijo criticando la ley de autoamnistía que intentaban aplicar los militares: “La ley de autoamnistía iguala en el delito a todos, y el que tiene culpas queda a la par de quien no tiene ninguna”. El planteo radical postulaba discriminar en relación a la realización o no del delito y ponía el resultado final de tal distinción en manos de la justicia, mientras que la ley de Obediencia Debida hace desaparecer el delito, discrimina por graduación de los militares implicados y no por sus acciones individuales concretas y descarta las culpas de antemano sin ninguna intervención de la justicia.

Por otra parte, la ley en cuestión desanda todo lo definido hasta ahora en el ámbito judicial: lo que se ha probado de la acción de ciertos miembros de las Fuerzas Armadas, la colocación de los juicios en términos de responsabilidad individual de los inculpadados, el curso de los cientos de juicios en marcha.

Frente a la crisis de abril es mucho mejor preguntarse acerca de qué cambió en la Argentina antes de hacer un balance de pérdidas y éxitos de los diferentes actores sociales y políticos involucrados, pero si hay algo nítido en términos de quién salió afectado de esta crisis es el Poder Judicial. Esta instancia adquirió una función inédita: tener el peso de una circunstancia que la rebasaba en la que de hecho se trataba del juicio histórico de un régimen político sobre otro régimen político. Ámbito central de la memoria colectiva, de producción de la información legítima

sobre lo que había pasado en la Argentina adquirió tal emplazamiento en la vida nacional que se constituyó en uno de los novedosos referentes centrales de la cultura política emergente en el país. La instancia judicial tuvo la capacidad de ordenar el pasado, de condenar y también de rebautizar a las personas.¹

La ley de Obediencia Debida es una decisión política que no solo afecta al Poder Judicial sino también, por elevación, a la voluntad política y al campo de ideas que desde gran parte de la sociedad sostenía la acción judicial desde 1983. Tal retroceso no se produce solo en términos de “relaciones de fuerzas” entre demócratas y autoritarios o como se quiera colocar la contradicción, sino también disocia legalidad y legitimidad. Desarrollaremos este tema enseguida, a raíz de la explicación o justificación mayor que se encuentra sobre las medidas adoptadas por el gobierno.

VALORES Y POLÍTICA

Uno de los que inyectan “sangre nueva” a las listas de candidatos radicales para las próximas elecciones, Francisco Manrique, ensayó una justificación más consistente: “... no hay renunciamento ético con la obediencia debida, porque la ética pasa hoy por construir un sistema donde nunca más se pueda volver a implantar el terror y los procedimientos contrarios a la ley del país. Si por ello se deben pagar algunos precios, bienvenidos sean en tanto la República quede indemne”.

Frente al riesgo y a las restricciones que de hecho presenta la situación institucional, el canje de la impunidad por la no realización de un golpe de Estado es un dilema instalado nítidamente en el sentido común y en el sentimiento de la mayoría de la población. En estas circunstancias el tema de la defensa de los derechos humanos tiende a subordinarse a una actitud defensiva destinada a contener o por lo menos a bicicletear el pasado que nos alcanzó por un momento. Si descartamos los pequeños sectores políticos e ideológicos partidarios de una amnistía o los más amplios que viven de manera más lejana temas como los de los derechos humanos, tenemos en la sociedad una amplia franja que sabe, que condena, que ya juzgó, cuyo ingreso en el canje descripto la coloca en una zona de ambivalencia, de conflictiva tensión interna. Si a la buena señora de *La*

1. Como lo explica conmovedoramente la vicepresidenta de las Abuelas de Plaza de Mayo, ante la pregunta de la publicación del Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos acerca de cómo un niño es reintegrado a su verdadera familia, luego de haber sido sustraído de sus padres por la represión y criado en otra familia: “Esto se hace por medio de la justicia, y es el juez quien asume esta responsabilidad. Él es quien le saca el chiquito al represor, y le entrega el niño a su legítima familia. En ese ínterin, que puede ser de unas horas o de pocos minutos, según cada caso específico, el juez le dice la verdad. Lo hace como magistrado, como representante de la verdad más absoluta. El chiquito es administrado de su verdad en la forma más clara. Directamente, el juez le dice que en realidad esos papás no son sus papás, que son sus apropiadores, que él tiene una verdadera familia, que no es esa, que tuvo unos papás, que ya no están, pero tiene familia que lo estuvo buscando siempre”.

historia oficial el conocimiento la llevaba a dramáticos descubrimientos de carácter expiatorio y purificado, en este caso saber condena al recuerdo de la transacción vivida como inevitable. Y este drama —que teñiría nuestra cultura— podría ser un capítulo de uno de los temas clásicos de la ética: los valores no pueden ser simultáneamente universales, se impone permanentemente la decisión de jerarquizarlos. Pero Manrique nos dice algo distinto: en el fondo la obediencia debida no supone un cambio de valores ni de fines, sino de medios. Soslayadas las relaciones entre la justicia y la legitimidad de origen de esta democracia que conmueve a gran parte de la sociedad civil, el ex marino habla de medios eficaces o, mejor con su lenguaje, de sensatez, de saber aceptar precios; al fin y al cabo esta democracia no se origina en la toma de la Bastilla.

La cuestión de la eficacia encuentra al argumento que analizamos muy cerca de otro balbuceado con un poco más de porte académico desde el campo intelectual oficial: no es que no tengamos ética, sino que la nuestra es una ética de la responsabilidad, esto es, aquella que desde la tensa distinción de Weber entre ética de la convicción o de fines y ética de la responsabilidad, quedó definida como la que atiende los eventuales efectos de la acción, le da su importancia al presente y no lo sacrifica en aras de fines últimos que estarían por encima de las consecuencias inmediatas de lo que hago.

Pero lamentablemente para todos, si algo caracterizó la acción del gobierno en el frente militar fue la falta de eficacia y de control de los efectos de su acción. Desde el comienzo convivieron en la palabra, la decisión y la indecisión oficial dos actitudes distintas: hacia la sociedad se enarboló la bandera de los derechos humanos, de la entrada a la vida y de la ética y hacia el frente militar, desde la gestión del ministro Borrás, el guiño de que habría solución política para el problema en que comenzaban a entrar numerosos militares susceptibles de ser enjuiciados. Esta ambivalencia, como hoy sabemos, se fue resolviendo en favor del favor de ciertos “precios”, absorbida por la lógica de los conflictos de poder. Pero este camino estuvo también abonado por el predominio de los efectos no deseados que fue generando la acción oficial: los tribunales militares a los que pasaron las causas no juzgaron a los inculpados, las Fuerzas Armadas nunca se autocriticaron y mucho menos depuraron, y entonces el correlato civil de la esperada acción de los tribunales, la Conadep, produjo un trabajo de gran importancia probatorio y ético que quedó abierto, como flotando sin encajes de resolución dentro de la estrategia inicial del gobierno. Con lo cual, además, se acentuaba otro de los efectos inversos al deseado por el gobierno: crecía la acusación pero no había regla para discriminar a los responsables de los no responsables dentro de las Fuerzas Armadas.

Las instrucciones a los fiscales, lejos de acelerar los juicios, generaron fricciones entre el Poder Ejecutivo y el Judicial. La ley de Punto Final cuatriplicó el número de causas y las ubicó todas al mismo tiempo. Hoy, a pocas horas de votada la Obediencia Debida en la Cámara de Diputados y como el signo de la apertura de

las compuertas, la corporación militar la juzga insuficiente, en una estrategia de acumulación que aspira a la amnistía y luego a las condecoraciones.

Vayamos ahora al tema de los fines. La afirmación de Manrique nos dice que los precios a pagar son para garantizar el sistema; posiblemente para el sistema que este político tiene en mente la afirmación sea coherente, pero para el sistema virtual que se abría como posibilidad en los años 82 y 83 no es así.

La vuelta a la Constitución en 1983 nos daba una matriz, un marco global común desde el cual definir procedimientos para generar la nueva institucionalidad y la innovación democrática, al punto de darnos la regla para crear otra constitución. No estábamos en presencia de un sistema preformado, definido, sino reglas que conjugaban un valor en sí y un medio para la construcción democrática, no definida en ninguna esencia previa y por fuera de la acción humana. Esta ley, como tantas otras, define nuevos lugares de poder, formas de reconocimiento, obligaciones y derechos. Si la consolidación de la democracia es un proceso de construcción, en él se define un rumbo no absolutamente prefijado en el punto de partida, está en juego nada menos que el problema de ¿cuál democracia? será la argentina.

Como ya señalamos, en los años 82 y 83 fue creciendo el rol del Poder Judicial; dar cuenta del pasado era una exigencia de la misma aspiración de cerrar un ciclo histórico y abrir uno nuevo. El ejercicio de la ley se situaba centralmente en la construcción de la legitimidad de la democracia y de sus fundamentos culturales y éticos y era un procedimiento central en la redefinición de las Fuerzas Armadas y su reinscripción en el sistema democrático. Fue el mismo Alfonsín el que certeramente diagnosticó la a-juricidad en que había vivido la sociedad argentina. Sin embargo, la actual iniciativa gubernamental deja fuera del alcance del Poder Judicial delitos graves que hacen a la manera de encarar el pasado y a la posibilidad de su no repetición. En su carácter de supuesto precio a pagar para evitar el avance de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político, está afectado no solo el tema del rumbo específico que seguirá la construcción de la democracia sino también aquel conjunto básico de valores, de formas de reconocimiento mutuo que constituye el “nomos” de la sociedad: la trama cultural y ética en la que se elaboran las identidades y la posicionalidad de la sociedad y en relación a la cual se define lo no democrático. En este punto ética, construcción de la fuerza de la democracia y eficacia se conjugan en una sola dirección. Podrán realizarse rodeos, puesto que en las relaciones entre política y ética son más frecuentes los laberintos y los abismos que las verdades transparentes, pero en ningún momento se puede desconocer que la desarticulación y el debilitamiento de ese “nomos” es una cuestión que afecta también la fuerza y la eficacia con que la democracia puede enfrentar los desafíos que tiene por delante.

LA CRISIS EN LOS DISCURSOS

Hemos dicho que la crisis de abril fue productiva de una nueva situación, por ello la pregunta sobre quién había ganado y quién perdido está subordinada a otra mayor: ¿que cambió cualitativamente en la configuración política del país? Por de pronto podemos ir conjeturando que produjo un profundo impacto en la ecología cultural y discursiva generada desde 1982. En abril irrumpió un hecho, algo real que desarticuló el sistema discursivo vigente en la política, cambió las premisas y las reglas del debate, definió otros lugares en la confrontación. Por ello la fragilidad de las soldaduras con que ciertos políticos quieren cerrar la brecha y presentar una relación de continuidad como si la crisis hubiese sido un paréntesis de algo que luego siguió su curso natural. Señalemos algunos síntomas de la nueva situación:

1) Franca caída del enganche del discurso oficial con argumentos centrados en el contenido anticorporativo de la “cultura de gobierno” radical, con la consiguiente pérdida de volumen de voces que deducían un rumbo democrático con un “nunca más” cultural al populismo, a la facciosidad de la sociedad, a la a-juridicidad que se venía a poner fin. Aparición, desde otro lugar del escenario, más distante del público, de las filosofías del derecho, dedicadas a malabarismos con intrínquilis como los del discernimiento, la capacidad de razonar de los que obedecen órdenes, etc.

2) Fundamentación de la acción del gobierno por lo que falta a esta democracia: “no tomamos la Bastilla”, algo así como a “democracia regalada...”. Argumento cierto pero que es una novedad en su función de reemplazo, dentro del discurso oficial, de esa plenitud fundacional con que se hablaba hasta ahora.

3) Posibilidad de enunciación y de intervención en el debate de las temáticas de la derecha, para el caso de las posiciones favorables a una ley de amnistía, pero que insinúa una novedad más importante: posibilidad de acceso a la posición de palabra autorizada de argumentaciones que en los años 82 y 83 eran periféricos o subculturales y que ahora tallan en la discusión sobre ¿cuál democracia?

4) Crecimiento de la zona del silencio, donde no hay palabras, espacio del que sabe, rechaza y no solo se siente lejos de las decisiones políticas sino que además tiene fuertes sospechas de la capacidad de la política para transformar las cosas en general.

DE LA DEMANDA DEMOCRÁTICA A LA “CULTURA DE GOBIERNO”

En este punto de inflexión en la transición democrática se impone la pregunta de cómo llegamos a esto. Por cierto las restricciones heredadas fueron enormes: la larga recesión económica, la deuda externa, la configuración de las relaciones de poder, una crisis militar del gobierno del Proceso desencadenada por el desenlace de la guerra de las Malvinas y no por la acción de la sociedad sobre el Estado, partidos políticos

mayoritarios con gran fuerza electoral pero precarios como instituciones, etc. Pero a casi cuatro años de asumido el gobierno constitucional el país se ha desprendido de esta problemática, es más, entre el mandato electoral del 83 y la presión de los poderes heredados, el gobierno parece girar cada vez más en el tablero que tejen estos últimos. Y no es por falta de propuestas oficiales o de iniciativa de nuestro Presidente.

Un primer tema puede ser el siguiente: ¿hasta qué punto, como en el ajedrez, el gobierno está pagando el haber realizado una muy mala apertura de la partida? En el primer tramo del gobierno, mientras el ministro de Defensa tranquilizaba a los militares el de Trabajo construía el principal frente de conflictos del gobierno contra la dirigencia sindical detrás de la consigna electoral del radicalismo de “ayudar a nacer al nuevo sindicato”. Como telón de fondo, la errática y desprolija política económica de Grinspun agudizaba el tono inflacionario de la economía argentina. La posibilidad de intervención jurídica y política sobre las Fuerzas Armadas para discriminar responsabilidades y comenzar una política tendiente a su reformulación y reintegro en el sistema político era entonces excepcional.

Segundo tema: ¿hasta qué punto esto no es parte del capítulo general acerca de la poca capacidad del gobierno de intervenir por dentro de la conflictividad real de la sociedad argentina? En este rubro tenemos: a) equivocación para definir los adversarios, tal como describimos antes; b) poca capacidad para prever la acción de los otros actores del proceso político, con la creencia de que los militares juzgarían a los militares; c) una conducta evitativa del conflicto, tal como lo demuestra su escasa política social, su no intervención para distribuir con un sentido de equidad social lo poco sí tenemos como recursos estatales y riqueza social.

Un partido con pocas lealtades organizadas en el empresariado, fracasado en su intento de crear un nuevo sindicalismo, que en su discurso tendió a disolver la idea de conflicto en la memoria de la violencia y la crisis política del pasado, debe encontrar difícil, evidentemente, realizar el ideal enunciado de situar la conflictividad de la sociedad en reglas comunes de su resolución.

Tercer tema: ¿hasta qué punto su tendencia transformista, combinada con las deficiencias provenientes del campo de la oposición, disminuyó el potencial del poder democrático que contiene el pluralismo real?

Cuarto tema: es evidente que Alfonsín no tiene intención de quedar en la historia como el hombre que fue puente entre dos regímenes políticos pero que debió ceder a un adversario la tarea de continuación y consolidación de la transición democrática. Los ejemplos de Suárez/Felipe González o Belaúnde Terry/Alan García no son atractivos. Pero entonces viene la pregunta: ¿hasta qué punto la tendencia hegemónica y la bandera de la modernización son solo un precario puente entre los dos momentos de la transición, sino también insuficientes para enfrentar los graves problemas de la construcción colectiva de la democracia?

Quinto y último tema: ¿hasta qué punto la tentación transformista bloqueó más de la cuenta el llamado a un pacto democrático entre los partidos, formal,

consistente, orgánico, con implicancias prácticas? Esta carencia no ha sido compensada por el poco notorio papel firmado el domingo de Pascuas entre los apurones de la crisis.

Hasta aquí hemos tratado de colocar las cosas en el terreno de lo discutible, del señalamiento de opciones equivocadas, de momentos de decisión con restringidas alternativas pero en los que pesaba cierto grado de indeterminación. La derecha y la izquierda dogmática tendrán el placer de comentar la justeza de sus predicciones, su nuevamente autocomprobada capacidad para descifrar lo inevitable y presagiar sobre el país. Sin embargo, sería demasiado incompleto nuestro listado sin incluir la referencia a que en este trayecto, por el cual el gobierno queda cada vez más en el interior de la red y de las agendas que arman los poderes heredados, está también presente la coincidencia de intereses de algunos hombres y sectores del oficialismo con esa herencia que recibió la democracia.

LOS DIFERENTES CURSOS DE LA TRANSICIÓN

El análisis que acabamos de plantear no desconoce la cuota de responsabilidad de la oposición en la situación creada. Tampoco se propone cargar las tintas sobre la adversidad sino de reconstruir, de frente, el punto en que estamos parados y desde el cual continuar la conflictiva lucha por una democracia política con equidad social y respeto por los derechos humanos.

La renovación peronista tuvo en los acontecimientos de abril una especie de rito de iniciación, de prueba frente al pueblo que pasó exitosamente. Había mucho pasado indigerido que mantenía la ecuación con que Alfonsín lo constituyó discursivamente en el 83: peronismo = riesgo de vuelta al pasado. Es más, debía también aclarar su diferencia con posiciones equívocas (Luder en el 83) o nefastamente claras (Saadi hoy) sobre la actitud a tomar en el tema del juzgamiento de miembros de las Fuerzas Armadas por violación de los derechos humanos. Su rechazo al proyecto de Obediencia Debida dio continuidad a su acción.

Por cierto que es aún una incógnita en muchos sentidos: ¿haría lo mismo desde el gobierno?, ¿será una especie de competencia especular del oficialismo o propondrá otras formas de hacer y decidir la política?, ¿podrá finalmente constituirse como un partido político orgánico desalojando con claridad a la patota y a ciertos personajes de la dirección formal del partido?, ¿tendrá audacia para emprender su renovación cultural?, etc. El proceso está abierto y no admite respuestas cerradas; por lo pronto, en medio de la crisis, con desprolijidades e indecisiones, ha sabido colocarse como alternativa válida al oficialismo.

Desborda ampliamente los alcances de estas líneas un análisis del desempeño del conjunto de los partidos en los acontecimientos de la Semana Santa. La movilización de esos días fue ampliamente transpartidaria, demostrando que más allá de los discursos y doctrinas políticas estructuradas, en el país hay un

universo cultural más cruzado y mixto en el que el sentido común, las mentalidades y los sentimientos colectivos se unifican frente a la amenaza del retorno del pasado autoritario.

En términos generales, se puede decir que la sociedad ya juzgó en una u otra dirección al gobierno del Proceso, tanto en su desempeño gubernamental como en su terrorismo de Estado. Pero el juicio cultural ya realizado no puede reemplazar la acción del poder jurídico sin pagar otros precios: alimentar la cultura del miedo, la resignación, el cinismo o la venganza.

La movilización y la acción política tuvieron su tope y, luego del domingo de Pascuas, la cesión de posiciones por parte del gobierno frente a las exigencias de las Fuerzas Armadas fue creando rápidamente una secuencia de situaciones de hecho frente a las cuales la acción colectiva no podía guardar una relación de lineal continuidad: el terreno fue cambiando, las cuestiones en juego se fueron complejizando y el tablero político se redefinió. En la nueva situación creada, el tema del juzgamiento a militares por violaciones a los derechos humanos fue perdiendo centralidad en la palabra castrense al aparecer crecientemente enlazado al despliegue reivindicativo de la corporación, desde el presupuesto hasta el bronce reparador. Frente a este despliegue se abrieron interrogantes que tardarán en despejarse: ¿dónde estará su límite y qué configuración política lo podrá establecer?

Luego de Semana Santa la política civil casi descubrió la necesidad de contar con una política militar, y en este punto hay un repertorio compartido en sus enunciados generales: dar a las Fuerzas Armadas hipótesis de conflicto externo, modificar sus planes de estudio, reestructurarlas, modernizarlas, etc. Efectivamente, la limitación principal de nuestro nuevo régimen político ha sido la de no haber intervenido significativamente en la redefinición de la identidad institucional de las Fuerzas Armadas. El gobierno confundió quizá las facilidades que le daba el sistema de partidos para avanzar en su tendencia transformista, con el dominio efectivo del sistema institucional, corporaciones incluidas. Y ahora puede seguir engañándose si cree que solo se trata de contar con la política militar que no se hizo hasta ahora. Estas Fuerzas Armadas poseen sin dudas su propia memoria y “grandes relatos” sobre sus funciones y fines en la sociedad: no serán fácilmente posicionadas en el orden constitucional por una ley de defensa elaborada y sancionada autónomamente por el Parlamento. La complejidad de la nueva situación no admite recetas fáciles; sin embargo, para los partidos y el gobierno hay una disyuntiva mayor que parece ser clara: apoyarse en el capital político de la movilización popular y en nuevo balcón de la Casa de Gobierno de la Semana Santa, o en la esotérica negociación permanente con factores de poder que poseen un pensamiento estratégico, con capacidad de generar una secuencia de demandas cuyo techo es difícil de predecir. ■

YO SÉ QUE AHORA VENDRÁN CARAS EXTRAÑAS (VARIACIONES SOBRE RICO Y ALDERETE)

Mario Wainfeld

REPLAY

¿Vivimos horas cruciales o presenciamos una miniserie sobre política argentina?

Los dramáticos hechos sucedidos desde abril fueron a la vez vibrantes escenas: los quince cantando a capella la marchita en la Rosada de Alfonsín; el discurso gallardo del presidente civil que no negociaría la democracia; el balcón mezclando peronistas y radicales; la Plaza colmada y multipartidaria; las caras pintadas; la curiosa ofensiva del general Alais; el viaje en helicóptero,¹ la carrera de la clase política con Jaroslavsky al volante y Adelina de copiloto; el beso de Manzano...

Esta película no la habíamos visto. Hasta dicen que participamos en ella. Claro, fuimos extras, apenas. Consuelo menor: en esta película los únicos que actúa(mos) (ron) inobjetablemente fu(imos) (eron) los extras.

La política-espectáculo tuvo su cielo. También su techo. El presidente convocó a una formidable movilización. Recogió miles de aplausos. Fue el centro del país. La TV emitía un paradójico y surrealista mensaje: apague el televisor y vaya a la plaza. Alfonsín le tiraba los civiles a los insurrectos. La maquinaria publicitaria oficial replicaba acabadamente a la provocación del mayor Barreiro, seguramente esperada. En medio del contragolpe sabiamente elaborado el agua-fiestas Rico cambia las reglas del juego. Exige algo más que discursos y efectos. Para rendirse exige que alguien le tire (no ya los civiles) un tiro. El presidente sabe qué decir, tiene operadores, ha tenido ministros de lujo en Defensa, el actual es casi un representante de las FF. AA. ante la civilidad... pero de ahí a conseguir un tiro para la democracia... Sin sacarse el chaleco vuela solo a ver a Rico. Habla. Seguro que lo convence. El discurso alfonsinista es invencible.

1. Tres helicópteros espectaculares recuerdo yo en Plaza de Mayo. El que se llevó a Lanusse el 25 de mayo del 73; el que trasladó a Haig el 10 de abril del 82; el de Alfonso. Primicia de este: el primero en ser aplaudido.

Cuando el presidente vuelve los buenos intérpretes advierten que Rico no fue doblegado. Hay palabras extrañas en el mensaje presidencial: (“héroes de las Malvinas”), dicho por el político más antimalvinero de la Argentina, “deponer actitud”.² De todas formas el discurso esconde algo. Alfonsín prefiere desmovilizar dejando atisbos de esperanza. Los extras se retiran. Los protagonistas siguen discutiendo. O mejor avanzando y retrocediendo.

Los extras sabemos que el final de esta película lo negocian las estrellas, en especial la primera figura. Necesitamos entender qué pasa, porque en este país lo público y lo privado se penetran y confunden con mucha facilidad... lo que habló Alfonsín con Rico puede influir en nuestra vida cotidiana, en la educación de nuestros pibes, en esta revista... Pero nadie sabe qué dijeron Alfonsín y Rico. Allí no hubo cámaras. Entonces es necesario repensar toda la historia. Rebobinar. Replay y algo más. Descorrer toda la historia, que no comienza ni terminará ni con Alderete ni con Rico, aunque de ellos algo vamos a hablar.

Rico y Alderete son dos caras de una moneda: el presidente termina reculando ante los poderes corporativos. Pactando con lo peor de las FF. AA. y del sindicalismo. Nada hizo la UCR para desmontar los poderes fácticos de la Argentina; terminó encontrándose con ellos. “Abrochó” mejor con “Los 15” (por ahora); con los militares cedió muy visiblemente... Lo cierto es que Alfonsín paga el precio de una política dura “de boca” y blanda a la hora de intentar afectar poderes.

Los fuegos artificiales, la fotogenia, sirven para confrontar con los que buscan consenso o votos. Los principales poderes no derivan del número sino de las armas o del peso económico. Con ellos no vale la lucha por las imágenes. Alfonsín confrontó con Saadi, con Herminio, con las Madres, con la renovación, con “Los 25”. Hoy paga las facturas; los verdaderos poderes (“los capitanes” de la industria y de las FF. AA.) le imponen condiciones.

EL NÚMERO UNO

La UCR venció en 1983 a un peronismo que perdía solo. Con simpleza rayana en la estupidez toda la inteligencia política y cultural argentina transformó el éxito en proeza. Alfonsín era un paradigma ético y un político de primera. Un peso pesado. Se confundió habilidad discursiva e idoneidad para los efectos con gran aptitud política. El peronismo engordó esa convicción: servía para atenuar la derrota. A muchos renovadores les era útil para justificar sus limitaciones, similares a las del “number one”. También la pobreza de su discurso: “es lo que está de moda”.

2. La expresión “depuesto su actitud” fue utilizada siempre en los golpes militares para sugerir lo que sugirió Alfonsín: la “reconciliación” y la necesidad de bajar los decibeles del lenguaje beligerante. La última vez que la oí fue cuando Menéndez se insubordinó contra Viola.

En rigor, Alfonsín era (y sigue siendo) el número uno. Pero no es Gardel. Es un tuerto con cierta miopía en un país de ciegos. Tiene reflejos, sorprende a menudo. Pero no va más allá.

Los opositores señalamos a menudo doblez de Alfonsín. Sus tropiezos de hoy no se explican si además no se pondera: a) su falta de vocación confrontativa, su abulia para modificar las estructuras de poder heredadas y b) los límites de sus astucias.

A la luz de esos datos pueden explicarse las políticas de derechos humanos y la sindical. A ver si puedo.

LA POLÍTICA SINDICAL

En 1983 Alfonsín eligió como adversario electoral a Lorenzo Miguel. Fue astuto y cosechó votos. Pero su perspicacia acabó allá: Sospeché (erróneamente) que el fracaso del peronismo y la victoria radical se proyectarían al terreno sindical. Buscó alianzas con sindicalistas peronistas y sufrió un rechazo casi total.

Quiso dictar una ley de reordenamiento sindical “antiburocrática” y omitió calcular cuántos votos tenía en el Senado (!).

Previo que el voto sindical sería vasallo del político; que cuatro sindicalistas salidos del cascarón horas antes, bien untados con ayuda del brillante Nosiglia, podrían derrotar a avezados dirigentes. Así le fue. Se despreocupó de la política laboral, por insensibilidad social, o tal vez pensando que al no otorgar reivindicaciones hacía perder poder a los dirigentes gremiales. Solo consiguió perder favor popular y hacer crecer la figura de Ubaldini, vocero (desordenado pero representativo) de la lógica protesta social.

Importó a Armando Caro y su panoplia de conocimientos sobre el sindicalismo moderno, pensando desarticular a los patoteros. No percibió que “patoteros” es un rótulo impreciso que recubre posiciones bien distintas. Las propuestas de Caro terminaron retomadas y emprolijadas por “Los 25”. Sorpresa: el “sindicalismo moderno y posible” no era en la Argentina el liderado por Leopoldo Moreau o sus amanuenses. Adiós al proyecto: ¡minga de sindicalismo moderno si es peronista!

Alfonsín le dio las gracias a Caro y dedujo: “si tras todos estos brillantes intentos no pude vencerlos debo unirme a ellos”; llamó a Alderete.

La jugada fue saludada (o repudiada según el caso) como brillante, pese a haberse producido tras una larga secuencia de ensayos y errores. Lo que no quiere decir que —por una vez— no tenga algún designio estratégico... si que repudiable. Es el buscar cierto apoyo sindical al modelo de país diseñado por el Proceso que el alfonsinismo (de grado o por fuerza, tanto da) ha optado por consolidar.

El país dual: pocos tienen y otros no y en eso nada va a cambiar. Algún brasileño dijo que su país era Belgindia: 10% de Bélgica y 90% de la India. El eslogan, variando (algo) las proporciones es aplicable a la Argentina.

Los radicales han asumido: a) no decretar moratoria (aunque pagando poco); b) no cambiar el reparto de la torta; c) no tocar el poder económico local, aquel de los capitanes de la industria, quienes lograron (hecho inédito en nuestra historia) desvincular sus intereses del consumo interno. Por lo tanto tienen un ojo afuera y otro en el sistema financiero.³ La nueva burguesía, desligada de cualquier proyecto de ascenso colectivo, puede (a lo sumo) promover crecimiento de algunos sectores “de punta” privilegiados respecto del resto.

“Los 15” son la contracara sindical de los capitanes. Juntos proponen un pacto social para pocos, en una Argentina para pocos. Ya no “puede haber” peronismo “a lo 45” ni “a lo 73”. Acá se salvan pocos. “Los 15” son el síntoma sindical de aquello que Chacho Álvarez bautizó “la privatización de la esperanza”. No más ascenso compartido. El sálvese quien pueda llega al sindicalismo. Algunos todavía pueden mojar... de los otros se ocupará Ubaldini...

La división entre Ubaldini y “Los 15”, de la que Alfonsín saca ventaja, no es invento suyo. La inventan “Los 15” y antes que estos Martínez de Hoz. “Los 15” son mucho más corporativos y facciosos que Ubaldini: representan siempre su interés propio y (casi siempre) el de los afiliados a sus gremios. No piensan “en la clase trabajadora” o “en el movimiento obrero”. Obran en función de intereses supersectoriales y no de abstracciones.

Son mucho más conservadores que Ubaldini: su interés está estrechamente ligado a la conservación de la actual estructura económica que les permite ser la aristocracia obrera.

Son menos democráticos que Ubaldini. Su suerte está mucho menos ligada a la democracia institucional en general y a la sindical en particular que la del Tata cervecero.

Ubaldini, incipiente y oscuramente, reivindica un proyecto colectivo.

También lo hacen “Los 25” con mayor precisión pero con menos base social detrás. A un sindicalismo siempre tensado (el mito de la unidad del movimiento

3. Esto lo cuentan bien economistas como Basualdo o Lozano. Para un improvisado baste decir que la producción de la tradicional burguesía argentina estuvo siempre orientada al consumo interno y fue muy dependiente de los insumos extranjeros. Necesitaba, por lo tanto, que hubiera fuertes exportaciones y apropiarse de parte de las divisas resultantes para importar. Contradictoriamente requería también ciertos niveles de capacidad adquisitiva local. Digo contradictoriamente porque en general la capacidad adquisitiva popular se mejoraba con la baja de exportaciones agropecuarias y su consiguiente colocación y baja de precio en el mercado local.

A la vez la burguesía industrial disputaba con la agropecuaria las divisas provenientes de las exportaciones. A partir de esas contradicciones pueden explicarse las difíciles ligazones de clase existentes en la Argentina posterior al yrigoyenismo.

La novedad de los capitanes de la industria es su estructura transnacional (que les permite cierta desvinculación respecto del mercado interno) y su capacidad financiera.

Por eso los capitanes pueden “bancar” control de precios siempre y cuando las tasas de interés sean elevadas. Ellos no son tomadores de crédito sino inversores. Sus activos financieros pueden compensarles con creces sus “pérdidas” por control de precios. Además sus intereses no se ven limitados por las fronteras de la patria...

obrero, como el de la del peronismo, exige una revisión a fondo) la propuesta de “Los 15” establece un nuevo corte: no es el viejo antagonismo entre participacionistas y combativos inaplicable en un momento de legalidad y bastante limpieza sindical. Tampoco es una división proveniente de la dictadura (en “Los 15” conviven los soldados Triaca y Cavalieri con Rodríguez y Guillán que no fueron precisamente blandos). El corte básico separa a los que pueden participar del reparto de esta torta chica cocinada por Martínez de Hoz y a los que quedan afuera.

Los telefónicos, los plásticos, el SMATA pueden crecer en la Argentina dual y constituir una aristocracia obrera. La UOM no tanto, de ahí la reticencia de Miguel. Claro, eso es todo lo contrario a la “unidad sindical”, al supuesto uso de las “alas” de duros y blandos, a aquello de la columna vertebral... Lo que demuestra que muchos clichés peronistas son cosa del pasado.

Un paréntesis necesario: hay datos más terrenos y gallináceos que explican el porqué de la presencia de Cavalieri, cuyo sindicato (el más numeroso en afiliados y ligado por definición al consumo local) nada puede esperar de la política de Sourrouille. Hablo de las obras sociales, la chequera y el interesante poder que confiere el Ministerio de Trabajo a los burócratas. En el juego —a la vez— duro y sutil de las elecciones sindicales quien controla el ministerio tiene la mitad de la elección en casa...

Vuelvo al nudo. La sagacidad oficialista de roscar con “Los 15” es posterior a la de “Los 15” y los capitanes, quienes roscarán entre sí con o sin mediación de Alfonsín... Si Alfonsín cede mucho a “Los 15” quedará preso de ellos, como le pasara al tercer peronismo..., si no les da nada el “pacto social limitado” seguirá por afuera.

Lo que parece una maniobra brillante (reconozco que tiene algo de largo plazo) morirá a poco de nacer. El radicalismo no tiene uña para terciar en el negocio entre “15” y capitanes. Terminará a su vera. El “tema 50 australes” demuestra cuán férreos límites tiene el proyecto Alderete. Se quiere cooptar para siempre a un grupo (convengamos) nada dócil de dirigentes y solo se les permite manotear el aguinaldo de sus representados para disfrazarles el sueldo...

“Los 15” y los capitanes son una linda y lógica apuesta de Alfonsín, pero le quedan grandes. Predigo que la alianza no durará más allá del día en que el presidente, por TV, nos augure la feliz navidad... que no supo preservarnos cuando nos deseó Felices Pascuas.

Eso no signará el fin de “Los 15” y capitanes, quienes sobrevivirán como factores de poder (la política económica radical consolida el poder de los capitanes y genera el espacio que ocuparon “Los 15”). Los radicales tendrán que complacerlos o soportarlos pero no podrán cooptarlos ni conducirlos. Podrán, incluso, reservarles ministerios (los capitanes a Economía) pero habrá que ver quién domina a quién.

LA RICA ROSCA DE PASCUAS

La crisis militar debe ser leída desde una doble premisa: los radicales tuvieron una conducta nefasta y torpe a la vez. Esto ya fue mencionado en el anterior editorial de *Unidos* y también es tratado en las notas de E. López y Landi, lo que me permite remitirme a ellos y ser breve.

La política radical fue inmoral e ineficaz. Fue inmoral por dos razones:

- 1) porque procuró siempre desincriminar a los oficiales de baja graduación;
- 2) porque quiso hacerlo sin asumirlo, tirándoles la responsabilidad a otros (los tribunales militares, la Conadep, los jueces civiles). Critico no solo la desincriminación (que considero perversa); también la doblez ética de hacerlo sin decirlo.

Alfonsín quiso perdonar a los genocidas y ganar el Premio Nobel de la Paz sin pagar ninguno de los costos pertinentes. La política de derechos humanos retrata la audacia, la mezquindad y límites de la muñeca del presidente.

Alfonsín detectó en 1983 algo no percibido entonces por muchos pero hoy evidente: juzgar a las Juntas no suscitaba firme resistencia militar. Así lo revelan las declaraciones del teniente coronel Rico que no reclama por ellos. Los capitostes del Proceso solo son apreciados por sus familiares... en 1987. En 1983 su cabeza no valía nada. Alfonsín lo percibió y sin arriesgar nada arrebató a las Madres de Plaza de Mayo la bandera de los derechos humanos. Las desbarató políticamente con nulo riesgo.

Al mismo tiempo aspiraba a quedar bien con los cuadros intermedios de las FF. AA., pero sin poner el gancho, contaba con la ineficacia de la Conadep, de los tribunales militares y en última instancia la de los tribunales civiles y la misma Corte Suprema (que el propio gobierno actual había designado)...⁴

Pobre aprendiz de brujo: la Conadep produjo lo inimaginable; los tribunales militares no le dieron ni un tranco de pollo y los tribunales civiles se agrandaron mucho más allá de lo previsible.

Vinieron entonces las instrucciones a los fiscales (que el Poder Judicial rechazó) y luego el Punto Final con el que Alfonsín zafaba a un costo infinitamente menor al que debe asumir ahora.

Pero el Poder Judicial se le retobó (a esa altura debía ser previsible para alguien menos petulante que los alfonsinistas)... y pasó lo que pasó.⁵

4. Los radicales no modificaron sustantivamente la composición del Poder Judicial. Obraron así por dos razones: a) no tenían cuadros que colocar (no daban abasto con la Administración Pública) y b) quedar bien con los jueces era un medio eficaz para su intento de cooptar sectores medios. No hubo habilidad ni grandeza en la política. La designación de la Corte Suprema respondió a ese designio. Fue una picardía sin rédito y una torpeza porque nada tan político como la Corte Suprema. Grave error no designar una Corte no digo partidaria pero sí confiable.

5. Tiene que ver con la nota anterior. A muchos argentinos les fascina la autonomía del Poder Judicial. Yo que soy abogado hace dieciséis años no me conmuevo tanto. El Poder Judicial es

Parece evidente que el gobierno tenía previsto lo de Barreiro y había planificado la réplica (aclaro que eso me parece inteligente y correcto)... La respuesta resultó insuficiente ante la aparición de Rico, personaje mucho más atractivo que aquel. Un héroe de guerra y no un servicio. Un compañero no involucrado que se sacrifica por sus camaradas y no un prófugo que reivindica sus derechos.

A partir de ahí la escalada y el desbande oficial. No soy quién para medir si la situación es tan grave como la pinta el oficialismo. Carezco de información y conocimientos. Sí puedo decir que el radicalismo no es inocente de que las cosas estén como están y que es penoso tener que confiar en la sensatez y aun en la sinceridad de quienes han sido tan torpes y tan mendaces en esta materia (y en otras) por tres años.

LA OBEDIENCIA DEBIDA

Si no sirve para parar el golpe (insisto que no lo sé), la obediencia debida no sirve para nada. No reconciliará a los militares con la sociedad ni limitará sus conductas futuras.

Ensayo una comparación a la que nadie acude pero que creo útil.⁶ Comparemos esta amnistía encubierta con la sincera y legal del 73. Aquella tenía consenso político y social. También una justificación histórica: la resistencia a la opresión. Fue sancionada por un Parlamento unánime que reflejaba el sentir mayoritario. Sin embargo fracasó: a) porque los guerrilleros no consideraron que debían desmontarse y cambiar los métodos. No acordaron con “la sociedad” en que había terminado una etapa y empezado otra. No se les pedía arrepentimiento (su conducta se consideraba justificada) sino adecuación (que es mucho menos). b) Porque la guerrilla consideró haber “arrancado” la amnistía que la democracia del 73 le había otorgado (recuérdese los aprietes en Devoto el 25 de mayo del 73). No la vivió como un pacto sino como una victoria.

Hoy la situación es mil veces peor. El pueblo no justifica el genocidio pasado. Los militares no creen que la situación haya cambiado; aunque no lo digan para ellos (como para el ERP ayer) la guerra continúa. En el 73 los amnistiados se

el menos democrático de los poderes. Es un poder aristocrático y conservador no elegido por el pueblo y libre de control de gestión; nuestra práctica constitucional garantiza casi absolutamente la perpetuidad en el cargo. En los hechos los jueces son vitalicios (la Constitución prevé el juicio político por el Parlamento pero nunca se han dado casos. El trámite es excesivamente engorroso). En el caso del actual Poder Judicial la autonomía (que de hecho la hubo) es por demás sorprendente ya que —como se sabe— todos los jueces fueron designados (o confirmados, tanto da) por el actual gobierno. Sigo teniendo una visión “política” tal vez “arcaica” del rol del Poder Judicial en la Argentina. Me parece imposible y hasta indeseable que allí se diriman sustanciales cuestiones de poder. En el caso de los militares quedé mal en varias discusiones por años pero a la larga tuve razón...

6. Seguramente esto lo debe haber pensado (lo digo sin el menor sarcasmo) Solari Yrigoyen, quien fue uno de los mejores y más apasionados oradores en el debate del 73 y uno de los más desgarrados y más dolidos en el 87. Debe haber vivido sensaciones bien distintas las dos veces que levantó la mano.

sintieron relevados de todo pacto por creer que la amnistía se había arrancado; en este caso hay certeza de que fue así.

Una amnistía, en esencia, es un acuerdo: la sociedad perdona presuntos delitos considerando que se produjeron en circunstancias excepcionales que han cesado; los amnistiados comparten esa visión y se comprometen a no reiterar conductas... Si no hay tal acuerdo la amnistía fracasa. Así pasó en las mucho más propicias circunstancias del 73 cuando era más fácil, más justo y más consensual amnistiar.

Tal vez esta amnistía encubierta hipócrita y forzada sea lo único posible... pero no reconciliará a nadie ni frenará la escalada.

A mediados de abril Rico se ne fregaba de Videla. Un mes después lo reivindicaban 5000 firmas. Hoy discuten las citaciones... mañana será el monumento de Camps en la Plaza de Mayo, la programación de ATC o el directorio de Vialidad Nacional...

EL ARTE DE LO POSIBLE

Los radicales, hasta ayer dueños de la ética y del realismo, ceden hoy la primera. "Se hizo lo posible. La correlación de fuerzas era así no más. Nadie pudo haberlo hecho mejor". Traducción: "No seremos muy decentes, pero para muñeca, la nuestra". Soberbia injustificada: no está probado que se hizo lo único posible. Pudieron haberse hecho mil otras cosas. Cito las más obvias y menos distantes de la lógica alfonsinista; todas más eficaces y dignas:

- 1) Juzgar rápidamente a todos los militares, aprovechando el clima del 83.
- 2) Decretar el punto final o la amnistía parcial o la obediencia debida en diciembre del 83 aprovechando en sentido inverso el mismo clima, asumiendo sin cortapisas la correspondiente responsabilidad histórica.
- 3) Utilizar políticamente los retiros... (Si Rico es todo lo que dicen los diarios, ¿por qué no lo pasaron a retiro?)
- 4) Prever mejor la conducta de "la sociedad" (Conadep, jueces civiles y de las FF. AA.) y obrar en consecuencia.
- 5) Buscar mejores ministros de Defensa que los extintos Borrás y Carranza o que el capitán Jaunarena.
- 6) Utilizar la movilización civil como elemento de negociación contra los militares y no solo como auditorio para el aplauso fácil.⁷

7. Alfonsín vivió ese difícil momento que ocurre a quien lidera una movilización masiva e ignora qué curso puede tomar. En general los políticos argentinos (Perón mismo) la han usado como amenaza ("mire que estos indios me pasan por arriba") para luego negociar lo que no parece tan mal. Alfonsín desmovilizó cuando todavía había tiempo para negociar. O calculó mal el tiempo o le tuvo miedo a la gente.

Acaso también pudo "endosarles" a sus contrincantes sus contradicciones internas. Cuando los militares le dicen "qué hago con Rico que será ultra pero me mueve el piso" puede replicarse "díganme a mí, con Freddy Storani o el Changui Cáceres que me quieren sacar del sillón y rehusan

7) *In extremis*, en el balcón, referir al pueblo la verdad de la situación y no desmovilizarlo (borrando con el codo lo mejor que se hizo: convocarlo).

Nada de esto niega que la cuestión militar fue y sigue siendo complejísima. Pero lo cierto es que la doblez radical la agravó, concediendo tiempo, desmontando los movimientos de derechos humanos, hablando dobles lenguajes, produciendo actos fallidos y alimentando las tensiones militares con promesas incumplidas.⁸

Lo militar era difícil, insondable. Eso agrava la culpa de haberlo dejado en manos de abogados de Pergamino; de haberlo utilizado frívolamente para acumular poder electoral e imagen; de jugar a dos puntas, pretendiendo ser el encubridor de los Astiz y el abanderado de los derechos humanos al mismo tiempo.

¿Y AHORA?

El show pascual terminó pero la historia continúa. La sociedad civil ha retrocedido más de tres años pero debe seguir luchando. Nuestra democracia es más débil que lo que quisimos reconocer, la pilotea un timonel más incompetente que lo que creíamos, pero debe ser defendida. ¿Qué lecciones extraer, qué provecho sacar de lo que fue una derrota?

1) GLORIA Y LÍMITES DE LA MOVILIZACIÓN POPULAR. La movilización popular reveló las reservas de la sociedad y la militancia. A tres años de política radical y peronista de desmovilización y a la hora de la verdad se llamó otra vez a la gente... que acudió como pudo (a hacer lo que pudiera), a despecho de organizaciones incapaces por definición y por designio de encuadrarlas. Los extras sí que cumplieron.

La movilización no transformó a Alfonsín en un líder revolucionario ni consiguió que un solo militar decidiera tirar un solo tiro a favor de la democracia... pero generó una posibilidad de empate que Alfonsín desdeñó, obnubilado por su visión goebbeliniana de la vida... Otros dirigentes podrían utilizarla mejor. ¿Existen?

La militancia política tuvo su lugar en las plazas pero no fue hegemónica. En algunos casos, su consignismo partidista irritó y alejó a buena parte de los manifestantes que fueron “por la libre”.

Los militantes políticos parecen haber perdido destino. En “tiempos de paz” se desvanecen, ceden ante los operadores o se transforman en tales. En tiempos de movilización, no consiguen conectarse con la gente del común que prefiere ir suelta. Tampoco la organizan ni le dan consignas ¿No hay un rol para la militancia? Acaso habría que idear actos de defensa civil, movilización pacífica, cacerolazos,

negociación alguna”. Es una forma de transferir el quilombo propio al enemigo. Alfonsín prefirió desmontar a Storani que pagar con usura esta agachada.

8. Ciertamente la performance ética del peronismo con Luder hubiera sido peor. No creo que hubiera existido siquiera juicio a las Juntas.

gandhismo a la argentina. De otra forma la gente seguirá esperando ser convocada por Campolongo y quedará condenada a ser devuelta a casa por Alfonsín.

2) LA AUDACIA. La política argentina sigue siendo mucho más mudable y “realista mágica” que lo que reconocen los orfebres del partidismo renovador. Alfonsín era hace cinco años minoría de un partido minoritario. Con astucia y un par de golpes de efecto se alzó con el gobierno. Sus adversarios optaron por imitarlo en lo adjetivo, sin advertir que su principal virtud no fincaba en el discurso ni en la moderación ni el preámbulo. Era, precisamente, la audacia.

El propio Rico fue un audaz que rompió un equilibrio (precario pero existente) actuando con algo de comando y mucho de Alfonsín. Viajó mil kilómetros, entró a empujones a un regimiento que no era el suyo, apostó a la inacción de sus camaradas y rompió el PRODE.

Mucha dirigencia peronista (aun de la mejor) creyó que el tablero ya estaba trazado, que había poco que innovar, que la sapiencia era la mimesis.

Las reglas ya estaban fijadas. Los roles claramente asignados. Los dos hechos centrales de este artículo erosionan tamañas certezas. Bastó designar a un sindicalista amarillo como ministro para desbalancear todo el poder que Ubal dini venía montando desde 1983. Bastó una maniobra audaz de un comando para evidenciar cuánto poder conservan en sociedades sin reglas aquellos que manejan las armas.

Seguir como hormiguitas los caminos trazados por otras no es sapiencia, sobre todo en un terreno donde transitan arados y tractores...

3) LA DIVISIÓN DE LAS FF. AA. Dicen los que saben que las FF. AA. están divididas por dos cortes: el que separa a oficiales superiores de inferiores y el que media entre “malvineros” y protagonistas de la guerra sucia. Si eso fuera cierto habría que pensar qué política darse al respecto.

Estas divisiones atenúan la posibilidad de golpe, al igual que otra a la que (por darle un nombre) llamaré la de los “políticos” y los “comandos”. La respuesta nacional e internacional reveló que en la Argentina no hay plafón para un golpe que instale un régimen político viable. Llamo tal al que se proponga gobernar varios años con una política económica y social coherente aunque no sea deseable (v. g. la Revolución Argentina, el Proceso, o aun la Libertadora). No puede haber un golpe que designe a un Prebisch, un Krieger, o un Martínez de Hoz, que diseñe una política internacional, que pueda subsistir tres años.

No habrá para este golpe apoyo de los militares “políticos”, los que han pensado modelos del país y de política: los Osiris Villegas, Guglielmelli, López Aufranc, Lanusse.

Claro que eso no impide un golpe más “tercermundista” de los que habitualmente han sido los nuestros. Un golpe de oficiales inferiores y no superiores, de “comandos”, que restablezca la moral y el orden, prohíba que las mujeres usen pantalones, establezca la enseñanza obligatoria del libro verde, del tute y reválue el austral a dos dólares.

También puede encarcelar o cosa peor a troche y moche. Duraría seis meses, tal vez menos. Generaría una perenne crisis “boliviana” con elecciones año por medio. Tal vez permitiría que Alfonsín superara los récords de Velasco Ibarra o Paz Estenssoro. Ser electo “n” veces y derrocado otras tantas. Los riesgos de esta situación inédita son inmensos y no merecen despreciarse.

No basta con atisbar la falta de voluntad de los “políticos”, hay que pensar (acaso por primera vez) qué política desarrollar con los comandos. Acá siempre se hizo política militar con los Ríos Ereñú. Hay que pensar hacerla con los Rico.

4) LOS BORDABERRY. Los medios oficiales, cuya buena intención disfrazó apenas el mogolismo de su mensaje, insistieron en destacar un frente civil monolítico. Hay que diferenciar. Ese frente estuvo en la gente del común, en la calle y en las militancias de todo pelaje (desde las Madres, que tenían sobrados agravios para formular, hasta los chetos de Adelina) pero no pasó lo mismo con la dirigencia. Hubo voces civiles apañando el golpismo, o al menos su lógica. No faltaron los postulantes a fachada civil del golpismo. Los Bordaberry de turno: Frondizi, Luder (que ya tiene experiencia en eso);⁹ Alsogaray. Víctor Martínez tampoco se mostró especialmente duro...

También hubo políticos menos ambiciosos, conformes apenas con quedar bien con los insurrectos, Cristina Guzmán, los Romero Feris, el compañero Bravo Herrera.¹⁰ Ojo a lo del frente civil, monolítico en la base no en las alturas... Ni qué decir que los Bordaberrys tienen su prensa: el *Ámbito*, *El Informador*, Bernardo...

5) EL SINDICALISMO. Nadie ha pensado en serio el rol de los sindicatos en la incipiente democracia argentina. El peronismo renovador niega discursivamente sus divisiones y por eso balbucea frente a “Los 15”. En verdad, solo se entiende con “Los 25”, de discurso político lúcido y de poder social muy limitado.

Ubal dini no es —para nada— incondicional de la renovación a la que —casi seguro— enfrentaría reivindicativamente si esta fuese gobierno. El peronismo sabe esconder la torva cara sindical para montar los palcos electorales pero no ha resuelto qué hará con ella si gobierna.

El radicalismo pasó de la confrontación al negocio con lo peor y —sospecho— derivará al conflicto en varios frentes... En todo caso el pacto social radical es un

9. La actitud pública de Luder (plasmada en dos artículos publicados en *Clarín* con fechas 6 de marzo y 8 de mayo de 1987) fue de una blandura “conciliadora” rayana en el guiño a los militares. Mucho más cerca de Bravo Herrera que de Cafiero o De la Sota, aunque ciertamente disimulándolo con la vaguedad del lenguaje.

10. Lo de Bravo Herrera es antológico. Decepciona que el peronismo renovador no haya sido más duro con él. Acá también parece primar el cálculo electoral (“no mostrar divisiones”) sobre la cuestión de fondo: no puede haber ambigüedad con los golpistas. Ni hay “compañeros” golpistas. Bravo Herrera fue mucho más allá que Rico en su reivindicación de la represión. Rico la definió como “una secuela del Proceso” y admitió posibilidad de error. Excusó la conducta de quienes obedecían las órdenes pero censuró “al generalato” (*sic*). Para Bravo Herrera (*Ámbito Financiero*, 8 de mayo) la represión militar fue “una misión conferida por el gobierno constitucional”. La represión fue “justa”, y “la única solución” es una ley de amnistía reconociendo el sacrificio de los hombres de armas, por el que ahora se los condena injustamente.

negocio para pocos, un acuerdo que consolida el statu quo. El peronismo, una quimera que no ha inventariado las reales divisiones de las representaciones corporativas. Del radicalismo no es dable esperar más. El peronismo debiera afinar su relación con Ubaldini (y mejor con sus representados de Ubaldini) y definir su postura frente a los poderes económicos dominantes. Si no lo hacen, Alderete puede volver a ser ministro en el 89. En tal caso para ministro de Economía pintaría bien el pre-diputado cordobés Cavallo...

6) EL PERONISMO. La renovación produjo dos hechos nítidos: su definición antigolpista en Pascuas y su voto en contra de la obediencia debida. Son las dos mejores medidas concretas que haya tomado la renovación “para afuera”. Es valioso que el sistema democrático cuente con una oposición garante. Es bueno que la renovación le haya sugerido a Rico: “... vos te dirás peronista pero el peronismo que tiene votos repudia la obediencia debida”. Las posibilidades electorales se robustecen y parecen atractivas.

De todas formas creo que el peronismo vivió (y sigue viviendo) demasiado a la zaga de Alfonsín. Hubo excesiva fascinación por su modo de hacer política... lo que hoy obliga a intentar “despegarse” de él en apenas tres meses, en medio de la crisis y preservando el frente civil. No es fácil, ni es el momento.

El peronismo renovador tampoco es inocente respecto de los militares, ante quienes tuvo una política inactiva y ambigua, basada apenas en la crítica al radicalismo y coronada con la chirle decisión frente al punto final. Ahora se limita a proponer una mágica ley de defensa como si eso solo cambiara la mentalidad militar. Una hipótesis de guerra externa no impedirá que los tenientes tomen licuado de *Cabildo* y Mao, ni los hará olvidar de “nuestro estilo de vida”. Además una hipótesis de guerra implica desplazamientos presupuestarios... ¿Qué pedazo de torta se entregará a los militares en un país que no crece? Los recursos no son de goma... de algún lado se sacarán. Por otro lado, ¿quién garantiza que si los militares cuentan con los elementos materiales para desarrollar la famosa hipótesis de guerra no se sientan tentados un día de suplir la decisión política de declarar esa guerra? Malvinas volteó a Galtieri... ojo que mañana no voltee a un civil. No basta con el verso de la defensa nacional que es inoperante desde 1951.

En lo sindical el peronismo también paga tributo a su verso y a su falta de debate interno. Las críticas formuladas a “Los 15” desde la renovación son incomprensibles. No es justo acusar de delincuentes a Guillán y a Rodríguez, ayer nomás figuras de la renovación. “Los 15” solo pueden criticarse si se critica el proyecto de la Argentina de los capitanes. Para eso hay que explicar que un pacto social requiere una vocación de crecimiento conjunto que no está en muchos industriales nacionales (los captains, again) ni en muchos sindicalistas. Habría que definir el pacto social y no declamarlo. El peronismo está en mora porque no se discutió seriamente estos tópicos. Por eso cuando Alfonsín se lleva a Alderete no propone un debate político. Apenas denuncia “señorita ese niño se está copiando”. En

Pascua la renovación avanzó pero siguió mostrando límites. El aparato de plástico del PJ Capital inventado vaya a saber para qué (sin duda no para resolver elecciones de concejales) fue impotente para convocar y movilizar... era lógico.

Antes los políticos eran: Perón era un líder, Evita, una diosa, Manrique un asesino... Ahora están “¿lo viste a ... con Gambini?, ¿qué tal estuvo?”.

El radicalismo que nunca fue mucho, ahora está mal. El peronismo está mejor. Sospecho que le bastará para repechar las elecciones. Igualmente dilapidó tiempo y esfuerzo pensando “full time” cómo contrapesar la imagen de Alfonsín. Alderete y Rico, dos “peronistas” bien peculiares, hicieron en eso mejor trabajo que Grosso. Así y todo no se tiene certeza de ganar. ¿Se traducirá el deterioro alfonsinista en votos? ¿Piensa la gente que el peronismo es opción? ¿Se equivocaría mucho si dudara?

El mundo de las imágenes es asaz curioso, todo es tan efímero...

Acaso el camino sea otro. Ser, más que parecer. Creer en las viejas sabidurías de la política argentina y no apenas en las inauguradas en 1983. Tomar partido, proponer, situarse frente a los conflictos y los factores de poder. ¿Cómo encararía hoy las elecciones un peronismo que hubiera llevado una frontal política de derechos humanos a partir del 83?, ¿un peronismo que hubiera liderado la movilización de Pascuas?, ¿un peronismo capaz de definir el pacto social y sus firmantes antes y no después de la asunción de Alderete?

Nadie puede jurar que “ese” peronismo tuviera más posibilidades electorales que este. Sí es seguro que no precisaría esmerarse tanto en diferenciarse del radicalismo, que podría canalizar sus fuerzas en otro sentido y tendría más mística que el actual... Sin contar que —como ya dije antes— esta bendita tierra suele premiar mejor a los audaces que a los copiones...

La renovación se hipnotizó con las imágenes; olvidó que en la Argentina hay mucho que discutir y disputar. La buena imagen puede (en circunstancias excepcionales como las del 83) valer una elección; la cintura puede (en temas que no rozan factores de poder como el canal Beagle) obtener soluciones electrizantes... pero a la larga el pueblo acudirá a la vieja ciencia del burro que mentaba el Viejo Vizcacha, aquella de recordar dónde se come. Aún hoy es difícil superar a Alfonsín en el terreno de los medios de difusión y en el de los efectos. El combate no debió plantearse allí.

La renovación mejoró las formas, es presentable. Va siendo hora de que encare el debate ideológico y perfile una postura política. No podrá hacerlo en plena campaña...

7) LAS ELECCIONES. Nadie se anima a predecir resultados. Sin duda los márgenes son estrechos y dificultan los augurios.

Formulo deseos: que nuestro pueblo mantenga su proverbial sagacidad para votar, aquella que permite que con perspectiva todas las elecciones en la Argentina pueden ser explicadas racionalmente y en función de intereses.

Si tuviera que “dibujar” un resultado impondría un fuerte voto de castigo para casi todos los oficialismos. Que perdieran muchos gobernadores, y ciertamente que retrocediera el radicalismo. Me gustaría un voto que castigara la ineficacia global de los políticos que gobernaron estos años, que les demostrara que no basta con repartir cargos y cajas PAN para ganar elecciones. Claro que no sé si merecen tal castigo (por decir) Barrios Arrechea o Marín... pero estoy seguro de que la mayoría de los gobernantes ha tenido una pobre performance y sería bueno que lo pagaran.

Me gustaría un premio electoral a la mejor renovación (Cafiero, Bordón, De la Sota, en ese orden) distinto al de otros referentes que construyeron menos o peor.¹¹ Me parece crucial y necesario que Cafiero gane la provincia de Buenos Aires y cambie el tablero civil argentino.

Me gustaría ver hocar el feudalismo de Riera y el golpismo de Saadi, Salim, Bravo y Romero Feris.

Me gustaría una elección con cortes más complejos que peronismo/radicalismo o aún que renovación/radicalismo.

Me gustaría que se opacara la estrella electoral de Alfonsín, que la ley del número le demostrara que las imágenes no son todo, que el buen discurso no basta, que con la credulidad del pueblo no se negocia... En la actual medianía política el voto castigo es la mejor herramienta para manifestar fe en la democracia y seguir exigiendo comida, educación y vida.

Nada es como uno quiere. Sospecho que los votos alumbrarán un resultado más conservador que el que deseo. Habrá que verlo. En todo caso, como marcan las reglas de juego, las interpretaciones me las reservo para el próximo número... ■

¡AH! SI YO FUERA DEL MAS

Horacio González

La argumentación política argentina ha encontrado su forma clásica, el esquema en el cual se resumen todas sus manifestaciones superficiales o intermediarias. Asistimos ahora a una traslúcida polaridad que opone a quienes esgrimen una

11. Excediéndome en las fantasías sería grato que la lista de concejales del PJ Capital tuviera más votos que los pocos que seguramente cosechará (y merece) la pésima lista de diputados. Otra fantasía: que el “indisciplinado” Britos le ganara al “orgánico” Rodríguez Sáa (no es tan imposible)... y a la UCR también.

razón de Estado a quienes han elegido una razón de inviolabilidad de la intimidad ética.

Ambas opciones encuentran a sus servidores como si estuviéramos en aquella sorprendente mañana en que el empleado Gregorio Samsa, al despertar quedó convertido en una monstruosa cucaracha. Samsa se vio tan sorprendido por su repentina metamorfosis como quienes hoy deben hacerse cargo de la nueva argumentación que brutalmente les cae entre las manos. Así parece haberle ocurrido al presidente de la república. Así parece haberles ocurrido a muchos de sus notorios opositores.

El presidente ha destinado su discurso del 13 de mayo (en el que explicó el envío al Parlamento del proyecto de “obediencia debida”) a explicar el tránsito entre la verdad como transparencia y la verdad como necesidad de Estado. A la primera nunca es preciso explicarla. Hasta ahora el presidente no necesitaba ponderar la relación de los actos políticos con la verdad. Estábamos, se decía, frente a una sociedad política entendida como “libre concurrencia de intereses y proyectos”, según leyó el presidente en su reciente discurso del 1° de Mayo. Aquí la verdad era interna a la conjunción de intereses superpuestos y asociados. Al segundo tipo de verdad, la verdad como “necesidad estatal”, es necesario explicarlo, mentarlo, decir qué relación se tiene con ella.

Pues ya no es una categoría interior del proyecto libre concurrencista. “Sin embargo quiero ser absolutamente claro y decir toda la verdad”, profirió el presidente en el discurso titubeante del miércoles 13 de mayo. Menos de dos semanas después del 1° de Mayo, el jefe de Estado debía decir “la verdad”, de la cual quiere ser “el primer responsable”. No le queda duda de que lo que está diciendo debe reclamar una validación exterior a los hechos: había en la ley que pidió aprobar, efectos que “no le gustan”. Esa frase quedó.

El tema de la “verdad” rondó las conciencias políticas y ciudadanas los días de Semana Santa. El presidente había usado la enunciación majestática, la palabra ordenadora final: “Yo, el supremo”.

“He resuelto y he tomado una decisión”, dijo desde los balcones el domingo de Pascua. Ya se sabe cuál. La decisión era anunciada a través de una proposición que deberían aprobar con secreta satisfacción todos los tratadistas políticos que trazaron para el soberano la tarea de dar la palabra última, de otorgar castigo o perdón, de actuar con gravedad o insensatez. Cuando volvió del corto viaje, que había sido motivo de su decisión, el presidente fue tacaño, cáustico para dar información. Esta escasa prodigalidad para contar lo que pasó, parecía un tributo que rendía al 17 de Octubre de 1945, día con el cual el presidente había comparado los sucesos que ahora estamos viviendo. La frase con que lo hizo era ambigua: “Disculpen la comparación”, les dijo a los sindicalistas peronistas, la mayoría de ellos, últimos representantes efectivos de las instituciones que protagonizaron la movilización de aquel lejano octubre.

¿Había que disculparlo por el temerario atrevimiento o por la temible desvalorización, implícita, en la comparación? El presidente no lo dejó claro. Después se vio que en algo se parecería el “17 de Octubre democrático” a aquel otro diecisiete predecesor. Aquella vez Perón se había considerado satisfecho con los logros obtenidos, que solo a los incautos les debía parecer que no trastocarían todas las relaciones de fuerza existentes hasta el momento. Por eso Perón no contestó la pregunta insistente de la muchedumbre: “¿Dónde estuvo, dónde estuvo?”. Al contrario, con un par de elipsis y arabescos sutiles del discurso envió saludos a su madre en la Patagonia y le indicó a los congregados en la Plaza que debían retirarse ordenadamente a sus hogares. La misma elusión fue la que vimos ahora, a más de cuatro décadas después, en este “otro 17” si es que podemos expresarnos así. Previsiblemente, lingüistas y analistas del discurso deberán abocarse a partir de ahora a revisar los pliegues íntimos de esos dichos, tal como lo han hecho con las soluciones verbales que la intuición y la astucia le habían dictado entonces al coronel redimido por los manifestantes que convirtieron en antorchas la edición vespertina del diario *Crítica*.

Antes que ellos hagan su inflexible tarea, podemos adelantar que si este 17 de Octubre merecía la adjetivación de democrático, no debía ser precisamente por su capacidad de sustituir con un saludo pascual el hueco ostensible que dejaba lo “no dicho”, cuando lo más evidente del mundo es que un presidente constitucional y un coronel sublevado de Campo de Mayo habían hablado. Y no se dijo qué.

Conocer esa escena era de notoria importancia en el eslabonamiento de los hechos que esa tarde sí habían sido bien visibles. El descenso del presidente del helicóptero que lo trajo desde Campo de Mayo sobre el techo de la Rosada es de aquellas imágenes de gran envergadura teatral, perfectamente equiparables en su sintético dramatismo, aunque no en su significado político, al alejamiento del helicóptero que conducía a Lanusse el día que asume Héctor Cámpora. Entonces, en el mismo “histórico helipuerto” un racimo de incrédulos dirigentes peronistas señalaban con el dedo, jocosamente, la máquina que se retiraba del tablado al grito de “nunca volverán”. Contrariamente, nadie vio ahora el diálogo con el coronel atrincherado en los cuarteles desde los cuales antes siempre se salía hacia la plaza del mismo nombre, en vez de esperar, tras un vallado, como en el mes de abril. Nadie o muy pocos testigos hubo de ese diálogo que debió ser crucial, pues sobre la base de él, el coronel insurrecto se declaró satisfecho de todo lo actuado y cierta suspicacia popular se desató al percibirse la diferencia entre la energía del gesto presidencial y sus dichos posteriores. Estos conferían condición de “héroes equivocados” a los hombres del campo de Marte, dando un inesperado giro a la identidad de los sublevados. Un día después la situación estalló en una reunión del presidente con otros militares, en la que al término de sus palabras debió apelar aquel a la confirmación de un edecán militar, supuestamente testigo del diálogo entre el presidente y el jefe de los amotinados. “¿No es así, señor...?” (y aquí, mencionó el presidente el grado militar de la persona a quien se dirigía). “Doy fe que lo expuesto por el señor presidente, se atiene

estrictamente a la verdad”, respondió el militar-testigo que había sido interpelado. Las palabras exactas constan en los periódicos. Aquí las reproducimos confiando en un registro memorístico. Vale para significar que por primera vez en la gestión del gobierno la verdad estaba afuera del discurso presidencial, y una tercera voz testimonial, debía dar fe de ellas. Para quien tan sonoramente había “tomado una decisión”, que la “verdad” escapase del tono monolítico y trascendental que la propia decisión cargaba consigo, para pedir confirmación de un tercero, iniciaba el incómodo tiempo de la “verdad de Estado”. Ahora todo lo dicho de nada valdría sin pruebas.

La verdad de Estado supone la aparición de la razón que “no me gusta”. Es la razón donde debo hacer algo a disgusto, pues soy consciente del choque entre lo que ahora descubro que se debe preservar privilegiadamente y el conjunto de valores que, en una secuencia anterior, creía que eran inviolables. Estos últimos, amplios, particulares y subjetivos, serán motivo de una desfavorable elección ante el triunfo objetivo de los nuevos valores cerrados, últimos y universales. La razón de Estado nos dice que hay que optar entre valores que antes parecían compatibles pero que las “duras vigas de madera de la política” obligan ya a discriminar. Ahora serían incompatibles los razonamientos de la justicia abstracta de las declaraciones universales de derechos, con los razonamientos dictados por las urgencias preservacionistas de la situación institucional en curso. La verdad se escindirá entre la verdad superior de la estabilidad del orden estatal-institucional-democrático y la verdad del orden peculiar atinente a los derechos del individuo ante la ley común. Por eso, en la razón de Estado la verdad hay que confesarla, traerla a colación, invocarla, probarla, pedir que otro la confirme. En suma, hay que hablar de ella. Cuando la razón de Estado no es reina y señora puede no hablarse de la verdad, puede no solicitársela como compañera y testigo, pues ella es el presupuesto implícito de todo lo que se dice.

Solo desde la razón de Estado pudo decir el presidente que el proyecto enviado al Parlamento “nos permite ser grandes sin claudicaciones”. En ausencia de la verdad de Estado no existe el pensamiento de la grandeza ni de la claudicación, por innecesarios. En cambio, desde el pensamiento de la *raison d'Etat* aparece la idea de la “no claudicación”, que solo lo será si no se abandona lo último que una razón de ese tipo no debe dejar que escape entre los dedos: no entregar el balcón, no entregar el helipuerto y no entregar esa exclamación: “he tomado una decisión” —que indica que el poder público aún se sabe poder—. Pero ya es un poder que obra en términos de “costos”. La razón de Estado es la razón de los costos, del balance, de la mercancía, del “yo asumo toda la responsabilidad”. Como bromeó un diputado oficialista en esos días ante el necesario verticalismo que introduce esta moral de costos: “obediencia debida al general Jaroslavsky”.

Que esta verdad de Estado está obrando en las conciencias políticas —en todas— queda demostrado por los rasgos faciales de los personajes involucrados. Como a la politicología y a la sociología política son muchos los que la practican, hagamos una brevísima incursión en la “fisionómica”. Osvaldo Soriano ya lo ha

intentado y comenzaremos por citarlo. “Rostro de boxeador vapuleado que busca tomar aire en su rincón”, que tiene “el misterio inquietante de la razón de Estado” y “un indefinible aire trágico y discepoliano”. Así lo ve Soriano al presidente. Y agrega “Alfonsín capitula estruendosamente, ha hecho de eso un arte”.

Pero todo ello para guardar bronca y volver a avanzar sinuosamente.¹ Esta caracterología, bien al uso antiguo y clásico que los analistas políticos han desterrado, no es un inoportuno análisis. En este caso corre el riesgo, sin embargo, de convertir al presidente en un personaje más de *Cuarteles de invierno* o alguna otra novela de Soriano. Los actos nobles son el resultado entonces de un largo encadenamiento de actos previos, fracasados, oscuros, tristes, solitarios, irreflexivos, agresivos, somnolientos, egoístas, obtusos, etc. Por eso, descontemos de esta opinión del periodista lo que tiene de canónica generalización novelística, no por estar en desacuerdo con aquello que en lo ocurrido hay de novela, sino porque preferimos otras novelas. Pero aceptemos que el rostro presidencial ya no le pertenece al presidente. Pertenece a una metáfora que nos conduce de lleno a la dialéctica histórica argentina. Bien lo ve Sábat cotidianamente, y cuando dibuja al presidente con los ojos en compota está diciendo sobre las luchas argentinas mucho más que lo que el propio presidente nos dice cuando lee en sus discursos una teoría de la democracia como incertidumbre. Enseguida declararemos nuestra disconformidad con esta tesis, que tan poco se aviene a la dirección que insinúan los hechos, no sin antes señalar una diferencia con el tratamiento fisonómico que ha hecho del presidente la revista *El Periodista*. El rostro retocado, maltrecho, alucinado, desvariado, que apareció en una de sus tapas, responde a la idea de que el gobierno perdió el control: al entregarse, ha entregado su textura facial. Incorporó los golpes sin darse cuenta y ahora él es un ser de apariencia diabólica que ya contiene el mismo principio disgregador de la democracia que se comprometió a salvaguardar.

No es así. Lo que ha incorporado es un principio político muy diferente al que lee en sus discursos confeccionados por sus asesores que provienen de las más complejas historias ideológicas argentinas. Cuando dice, en el discurso del 1° Mayo, que en la democracia hay incertidumbre en los resultados, en contraste con el universo de reglas de regulación de conflictos, donde debe campar la certidumbre, se condena a no ser fiel a lo que efectivamente dice con su cara, sus “improvisaciones” y sus repentismos de escenógrafo. Esa idea de incerteza responde a una ideología probabilística y de múltiples contratos entre actores libres, propia de una sociedad capitalista madura con máxima racionalidad en los medios y gran aleatoriedad en los fines, que entre nosotros no sirve para situarse lúcidamente frente al golpismo. Ese “pasado que se empeña en alcanzarnos” supone explícitamente no clausurar la discusión sobre las ideologías argentinas, que lejos de estar “cristalizadas”, aún son el ámbito de certezas

1. Osvaldo Soriano, *Página/12*, N° 1, fines de mayo de 1987. Reportaje en el diario uruguayo *La Razón*, entrevistado por Elvio Gandolfo. Soriano... buen periodista. No consigo leer con gusto sus novelas.

sobre fines que no se conjuran con un remedo menor del irracionalismo, cual es esta voluntad discursiva de superarlas incluyendo a los grupos políticos en el ámbito de la regla, pero omitiéndolos en su corporalidad ideológica. Desideologizar, sacar de circulación la cuestión de los fines definidos con precisión y declarar una indeterminación general de sentidos previos, es desgarnecer la democracia. Está bien que el poder no deba surgir de la boca del fusil, pero tampoco surge solamente de la boca. Pero al preferirse la “incertidumbre” en la historia, solo quedaría el poder del discurso.

Esto no quiere decir que el presidente no deba —si así lo desea— seguir explorando la posibilidad de introducir temas novedosos en el debate político argentino. Ese es el valor del discurso del 1° de Mayo, más allá de las críticas que nos merezca mucho de lo afirmado allí, y que no es el caso mencionar.² Sin embargo, se hace evidente la necesidad de reorientar la línea discursiva general del presidente si quiere —además de proponer temas de interés— elaborar premisas verdaderamente efectivas en el plano del discurso, contra la reorganización de los sectores golpistas. Para ello es preciso un análisis más riguroso del pasado ideológico argentino, sin proyectar retrospectivamente la incerteza de fines a todo el ciclo antigolpista de la historia inmediata, pues no tiene otro remedio que considerar como errores historicistas, deterministas, mecanicistas, voluntaristas, vanguardistas, nacionalistas, elitistas, etc., todo entrecomillado, lo que fueron las encrucijadas fuertes, históricamente voluminosas y aún actuantes, de nuestro curso político-ideológico. Solo si el presidente fuese insólitamente fiel a las tesis epistemológicas inconsecuentes que lee en sus discursos formales entenderíamos que no tuvo nada que hablar con el coronel “equivocado”. Pero ese coronel tiene historia de certezas, y su habla es tan reconocible que para su “larga marcha” golpista hasta cita entrecruzadamente a Mao. El poder para hablar con este golpismo sale de la boca, sí, pero solamente cuando esa boca pronuncia con claridad los motivos más dramáticos y concisos de la dialéctica histórica argentina. A saber: una confrontación cultural que no desarmará su rara e improductiva persistencia si se la quiere apartar con un acto fundacional que no sepa cómo incluirse en la serie efectiva y anterior de movilizaciones colectivas argentinas. El discurso presidencial insiste en eludir la referencia a esa serie en nombre de “superar las cristalizaciones pasadas”. Eso importaría poco si no fuera que inhibe localizar, estrictamente, las fuentes históricas precisas del golpismo. En el discurso presidencial del 1° de Mayo aparece la designación de “atajo” para identificar al golpismo, pero una página más adelante se usa esa misma expresión como significado de “hábitos autoritarios” ocurridos durante “más de cincuenta años”. No tiene ninguna seriedad, en un discurso de cuño teórico, no utilizar expresiones diferenciadas para juzgar la intentona de los centuriones de campomayo y para señalar el ciclo que se abre en 1930. Eso supone

2. Remito a una publicación de la Comuna de Puerto General San Martín, provincia de Santa Fe, *Cuadernos de la Comuna de Debate y Crítica*. El N° 1 contiene un análisis del alfonsinismo discursivo... bastante convincente.

una simultánea incapacidad conceptual de apuntar la verdadera gravedad del pro-togolpe pascual y la naturaleza compleja de las rupturas y reformulaciones acontecidas después de la caída de Yrigoyen.

Se subsume la tentativa última de golpe en la serie de los anteriores golpes de Estado, restándole peso específico a la emergencia de los golpistas vestidos, ahora, en la sastrería ideológica de Jean Larteguy y, complementariamente, se pintan las antecesoras formas de democracia popular con la pesada ténpera del autoritarismo. Esta persistente marca que tienen los discursos presidenciales debe ser cambiada. Ahora ni siquiera por razones de exactitud histórica y de rigor en el juzgamiento de los años pasados. Debe ser cambiada porque no hay antigolpismo efectivo sin una teoría capaz de discriminar conceptualmente —con precisión, sin vaguedades— qué “partes del viejo país debemos conservar”, cuáles “debemos dejar de lado”, para que surja más claramente el “enorme espacio abierto para una transformación integral”.³

¿Dirán mejor estas cosas los opositores del presidente? Iniciamos este artículo afirmando que la sociedad argentina estaba constituyendo “puestos fijos ideológicos” en los que se situarían los “nuevos sujetos” de la razón de Estado, la razón que dice que el Estado es “la realidad de la idea moral” pero no para “realizar la hazaña de la libertad” sino para optar entre bienes que entrechocan; para optar entre la preservación del prestigio del poder o la integridad de la persona. La razón de Estado conduce así a una moral sacrificante: autoriza a aplazar, a suprimir o a relegar intereses particulares que, aunque justos en sí mismos, contradigan los intereses estatales objetivados, aunque ellos puedan ser injustos en cualquier punto específico.

En el otro puesto, mirando de frente a la razón de Estado, encontramos la razón que defiende un umbral intrasponible más allá del cual se produce la división entre ética y política.

Algunos discursos proferidos en la Cámara de Diputados en oportunidad del debate de la “obediencia debida”, ilustran, con bastante precisión, el argumento del “umbral ético”; dicho de otro modo, de la conciencia cognitiva obrando en forma autodeterminada, sin intromisión de Molotch. “A esta ley no la voto ni amenazado de muerte y ni con una pistola en la nuca”, afirmó un parlamentario de la primera oposición. Con esta postulación se cierra la forma clásica del conflicto político en la Argentina. El doctor Jekyll no es opositor de mister Hyde sino porque lo complementa. Algo falta para explicar a la historia y los hombres en lucha cuando apenas tenemos un círculo “suma cero”, donde cada uno tendría la mitad que corresponde a la que le falta al otro. Porque no hay libertad sin necesidad. Se actúa siempre con una imaginaria pistola en la cabeza, que haríamos bien en no declarar si no queremos que el discurso se torne intrascendente, o peor, indemostrable. Un discurso es un discurso. Algo que debe buscar su validez fuera de su

3. El presidente podría enunciar así, correctamente, un juego dialéctico... Pero no sabe llamarlo por su nombre, pues sus redactores ya no creen en eso. Se pierde así la posibilidad de juzgar mejor la cuestión de la “superación del pasado”.

propia realidad, pero con recursos que solo a él pertenecen. Un discurso es siempre indemostrable a no ser que no tenga un pedazo de metal frío —la historia, el presente, la imaginación colectiva condensada, la penuria de los “hombres en tiempos sombríos”, etc.—, apretado en su nuca de palabras.

En la Argentina solo es creíble quien habla porque tiene el cañón de un arma apuntada a la sien. El poder del discurso no sale de la boca del fusil sino de la simple suposición de que existen gatillos listos para soltarse, a los que vale la pena oponerse. Si yo digo “no firmo aunque me pongan la 45 en la cabeza” estoy siendo indemostrable no porque no tenga el hipotético coraje de cumplir con lo que prometo (aunque esa situación, así descrita, no existiría: si alguien entra con un revólver a la Cámara de Diputados ya no le interesará que se firme nada) sino porque siempre me faltará aquella parte de palabras que indique que mi libertad expresiva surge de la presencia amenazante de un condicionamiento material. No la mencionada pistola, necesariamente, sino esa “pistola de papel” o “de verso” que todo discurso deja entrever en su formulación, a fin de tornarse creíble. Creíble es quien dijo: “lo hago pero no me gusta”. La verdadera oposición a esta frase-programa es esta otra: “Me opongo pero no me gusta”, “me gustaría decir que no la firmo aunque me aprieten con la cuatro y medio, pero firmo igual”, “me opongo aunque a desgano”.

Pero para eso, quizás, hubiese sido necesario ser un opositor-en-serio y no un opositor-complementario. Decir simplemente “me opongo por ética” es pintar gris sobre gris. Eso ya lo dijo quien por decir eso de la manera en que lo dijo está haciendo ahora lo que está haciendo. Por eso, ahora, es un decir tardío, una parte de la conciencia que algún otro precisó abandonar. El *oppositorum* es la conciencia demorada e inexpresable del otro que ya revirtió su condición argumental, asumiendo la contraria y dejando en el camino la peladura de víbora que precisará que un tercero la vista. Quien la tome y se coloque dentro de ella será aplaudido. Es así que el comentario parlamentario del diario *Clarín* dice a propósito del discurso del diputado opositor que estamos considerando: “... fue una exposición donde no faltaron los aplausos de otros sectores, en especial del radicalismo”. No podía ser de otro modo. Hablaba por ese discurso la parte abandonada de la conciencia presidencial. Era ese discurso el verdadero beso en la frente del presidente. Un beso “de papel” que consistía en decir aquello que el que tiene verdaderamente la pistola en la nuca no puede decir. Quien lo dice será consecuentemente aplaudido por ello. El regalo que hace el presidente es un tesoro conceptual: son las peladuras del discurso con el cual les ganó la elección a esos mismos hombres que hoy escucha hablar con el eco familiar de sus propias palabras de antaño. Precisa hacer ese regalo porque recibirá a cambio un ósculo en la testa. Todo ello mantiene la política argentina en un nivel de juego que, por serlo, siempre tendrá un feo enano, no exhibible, metido dentro de una caja teatral, mientras un elegante turco fuma su narguile y simula los movimientos pequeños exteriores, confiante en la prestancia que le otorga el pequeño monstruo escondido que le da vida en su interior. El

presidente mantiene el feo discurso “que no le gusta” y deja flotando en el aire el discurso que usó antes. Agradece si el opositor lo retoma y lo refresca.⁴

Esto no quiere decir que estos papeles intercambiables estén bien. Quiere decir que, aunque estén mal, pueden ser juzgados de acuerdo a su complejidad, autoconciencia, carencia de ingenuidad, patetismo, dramaticidad, etc. El presidente precisaba que en el Parlamento alguien dijera aquello de “no firmar siquiera a punta de pistola”. Quien lo dijo hizo una correcta contribución, aunque no en el sentido opositor que probablemente imaginaba. Visto de otro ángulo, el precio de este mecanismo es el cretinismo creciente entre los partidarios del propio presidente, que han debido unificar su lenguaje, notándose en muchos de ellos el placer con el que realizan su nuevo rol de viejas resfriadas del verticalismo argentino, que no reconoce fronteras. Lo correcto, entre las filas del presidente, es también oponerse. Pero ahora no es fácil hacerlo, porque el presidente aprieta la rodilla de sus contertulios, los agarra del hombro, y, pater familias, les dice a sus diputados y senadores: “ahora, muchachos, vayan y apruébenme esa ley”. No deberíamos desear a nadie hallarse en una situación así. Pero así es la política que conocemos. Y para algo estos muchachos hicieron campaña electoral, afiches, discursos, televisión, en fin, la cabalgata conocida. Precisamente porque encontraron su “destino radical”. Precisamente porque ahora ya saben que están en un partido tradicional argentino que les dio y los toma. Las posibilidades de “lucirse pá la historia” se van achicando. Los que aún hagan prevalecer antes que nada su inteligencia, verán inflexiblemente que deberán elaborar y elegir entre dos papeles alternativos, igualmente difíciles: a) decirle amén al presidente, sin la posibilidad autoexculpatoria de este (que se reserva ese “no me gusta”), b) rebelarse. Las dos cosas exigen recursos y habilidades que la política tiene, pero que los políticos no necesariamente tienen. Por eso, si el que elige ser disciplinado no lo consigue ser con inteligencia y patetismo reales se tornará un petimetre, un detentor de pequeños poderillos, más o menos como los de un portero de un hotel cuatro estrellas o de un subgerente de Harrods.

Muchos diputados oficialistas ya eran eso. Ahora se sumarán muchos más a esa categoría. En cuanto al rebelde, si no lo consigue ser, del mismo modo, con un fundamento discursivo y dramático efectivo, no pasará de un objetador de conciencia que ignoraba que la política es “jugar con fuego” y que aceptar esos dones significa aceptarlos con toda su carga diabólica. Con el agravante de que

4. Remito a la cuestión tratada insistentemente por Mario Wainfeld en esta misma revista, de la política como “juego” que no consigue “afectar intereses”. Wainfeld aborda el tema desde una veta ensayística que combina, de la mejor manera, rigor teórico y fogonazos altamente imaginativos que iluminan la escena. Ese tipo de ensayo renueva el pensamiento político argentino y recrea los lenguajes. No ceso de preguntarme, sin mayores resultados, cómo conseguir algo de eso. Remito también a otros artículos aparecidos en esta misma revista, el de García Delgado en el N° 14, el de Colombo en el N° 13.

a esos hombres el presidente los precisa como votos. Las conciencias críticas que demanda, en cambio, ya las tiene en donde deben estar: en la oposición, que con razón crítica, tal como él lo había hecho antes, la mentada *raison d'Etat*.

¿Cómo resolver esta situación que “no me gusta”? Me refiero a esta situación lúdica en la que la razón de Estado ha generado un vástago complementario: el discurso opositor que la niegue bajo la forma de “pistola en la nuca”, pero que al hablar en el aire la confirme como una inevitable necesidad. ¿No ha visto todo el pueblo las pistolas desenfundadas, granadas sobre los tiradores, metralletas para lucha urbana en ristre, rostros con betún para el encuentro nocturnal? Son las pistolas en la nuca del presidente, que ha optado por “firmar” no porque estuviera en su naturaleza hacerlo —ya vimos que dejó en la historia su protesta: no le gustó— sino porque su estrategia así se lo ha recomendado. Lo que dice es creíble. Y dejó que el círculo se complementase con otra voz, que antes era suya, que dijese lo contrario a eso: no firmo ni ante esas pistolas. Voz no creíble, no por falta de verosimilitud moral, pues no se trata de eso, sino porque carece necesariamente de drama interior. Era fácil decirlo. Aún más, se le pedía que dijese eso. El presidente que hacía lo difícil, exigía de sus opositores que hicieran lo fácil. Si se invirtiera esa situación, él percibiría insoportablemente que ya no tendría el mando. Simplemente es impensable que el presidente haga lo “fácil”, pues ahora perdería el poder. Mientras, la oposición podría avanzar bastante, no por el sendero que ahora avizoró —“la ética”— pues es el que se le ha dado en bandeja de plata. Lo fácil. Podría avanzar por el lado malo de la historia. Poniéndose difícil ella misma. Dejar de hablar complementariamente, y contribuyendo a romper este círculo encantado sin ocupar lugares previamente fijados y no por ella, como quien viene “por el aviso de *Clarín*”.

¿Es posible esperar de la política argentina algo mejor que esto, y aún más efectivo ante las amenazas?

¿Habrá aquí una solución en algo que encuentro tirado en el suelo?

Literalmente: ¿habrá una solución en esto que leo en un volante del MAS que levanto del pavimento en la calle Corrientes un miércoles 20 de mayo, día de la manifestación de protesta frente al Congreso por la ley votada por los parlamentarios obedientes? Allí se dice: “Apelamos a la CGT, con la que el 20 de abril íbamos a iniciar la huelga general contra los militares rebeldes [...] llamamos al pueblo peronista y radical que el 19 de abril gritó: ‘Les quemaremos los cuarteles...’”.

¿Convence esta solución? En principio, olvidemos que el volante pertenece a una agrupación que algo tiene que ver con la tradición ideológica inaugurada por el confinado de Alma-Ata y asesinado de Coyoacán. Olvidemos eso y considerémoslo como una actitud “más allá de ideologías”, que podríamos denominar “energía discursiva primordial”. Es decir, se pide aquí que la gente fuera igual a lo que grita por la calle, la CGT igual a la huelga revolucionaria y Alfonsín igual a Rico. Una actitud así resuelve todo: evita el “no me gusta”. Digo “huelga general” y entonces no

deberá gustarme que no la pueda hacer en cualquier momento y lugar. Digo “quemar los cuarteles” y no deberá gustarme que esa sea una rima, lejanamente evocativa de una política que ponga en vereda a los milicos, en vez de un llamado incendiario en acto. El “no me gusta” queda abolido en nombre del soporte que la realidad ofrecería a las palabras idénticamente parecidas con ella. Si siguiera el llamado que hace ese volante, en efecto, tendría resuelto un problema: suprimiría la rareza que siempre trae lo real para la práctica política, la resistencia que le opone y que al mismo tiempo lo funda. Pero crearía otro peor: convertiría al presidente en un sublevado contra las instituciones, y así mismo, lector del volante, en alguien que no debería estar leyendo ese volante en vez de dedicarse a suprimir todas las distancias entre lo que se dice para hacer las cosas y lo que se hace para poder seguir diciendo cosas. La realidad se simplificaría, pero se tornaría exclusivamente imaginaria. Solo existirían actos y nunca más intenciones.

Pues bien, una realidad estrictamente actitudinal es una regresión al puro campo de los instintos. Romperíamos la fosilidad de lo que los parlamentarios dicen, pero generaríamos una sociedad insoportable en la que los volantes ni siquiera tendrían tiempo de llegar al suelo y ser pisoteados por las personas. Todos deberíamos portar antorchas...

Y veo que no es así. Yo mismo recogí ese volante del suelo y ya estaba percutido y arrinconado contra el lodo seco del cordón de la vereda. Muchas suelas que no lo leyeron ya lo habían ignorado antes. Eso prueba que es posible leerlo o no leerlo y seguir de largo, como si nada... y aún más, es posible pisarlo con el zapato embarrado distraídamente. Falla entonces la epistemología de ese volante que aparentaba resolver el dilema de la “falta de verdad” en lo que dice el presidente y del “exceso irreal de verdades” en lo que dicen los opositores.

Me preguntarán entonces:

—¿Ofrece usted alguna otra solución? Ya se distrajo en pintar un panorama sin salidas y recreó la falsa ilusión del volante del MAS... ¿Qué hacer ahora?

—No, soluciones no tengo. Yo apenas escribo artículos en una revista de actualidad, este artículo por ejemplo, y ni siquiera aprovecho el derecho que me asiste de decir “hay que hacer tal y tal ley de reforma militar” o directamente “crear la guardia suiza”...⁵

5. Supongo que Álvaro Abós dirá algo parecido a esto. No siempre coincido con Álvaro, y calculo que no lo haré ahora. Contrariamente a Álvaro, el presidente de la república apunta a convertirse en un “jefe nacional”, y por esa vía incorporar constelaciones institucionales diversas. Se construiría una jefatura democrática, a cambio de asumir acriticamente las instituciones sindicales o militares antes criticadas. Mucho menos estoy de acuerdo con esto. En verdad estoy a la espera de una solución que no sea tan “argentina” como la que postula el presidente, ni tan “suiza” como la que postularía Álvaro. Respecto de este último, con todo, deseo resaltar mi estima por esa especie de fatalidad que cultiva con sus artículos, al atraer toda clase de querellantes. Cuando el viejo arte de la querella es dignamente asumido —lo que no siempre pasa entre nosotros— podemos ver ahí una de las tantas contribuciones de Abós al debate político argentino.

—Sin embargo no estaría mal...

—No, claro. Otros lo dicen mejor que yo. En mi caso me gustaría apenas decir que el presidente tiene que cambiar de discurso...

—¡Ah! Era eso...

—Sí, es lo que está a mi alcance decir. Discursos que teoricen el “no me gusta” en vez de teorizar la “incertidumbre”. Así quizás habría posibilidad de hacer menos cosas que no gusten, trazando algunas finalidades que la razón política no tiene por qué dejar de proyectar, de prever...

—Ya entiendo. Lo que usted quiere es que el presidente cambie de “ghost writers”. Que sustituya a su equipo de redactores oficiales...

—No, nada de eso. ¿Por qué habría de sustituirlos? A él le gustan... Solo digo que no hay antigolpismo efectivo en esos discursos.

—Es que estoy sospechando que usted está proponiéndose, en el fondo, para esa extraña tarea... de “escritor fantasma”, si me permite traducirlo.

—¿Le dejé esa duda? Lo siento. No soy un teórico eficiente, no escribo claro y me gusta leer los volantes una vez que caen al suelo.

—Le gusta el llano.

—Sí, en eso soy casi como un miembro incomprendido del MAS. ■

AÑO 4 - N° 15

AGOSTO DE 1987

Y CON LOS DERECHOS HUMANOS, ¿QUÉ HACEMOS?

Inés González Bombal y Luis Alberto Quevedo

I) Si algo podemos afirmar, a la luz de lo dicho e interpretado sobre “Semana Santa” es que se trata de un episodio político-militar de interpretación no evidente. El mismo Alfonsín debió practicar variaciones —nada despreciables— sobre la significación de lo ocurrido. Rico y sus hombres, ¿eran subversivos sublevados o amotinados? En un país donde rige el Estado de derecho y donde la responsabilidad por los actos será dirimida en el ámbito judicial, las adjetivaciones no son gratuitas. En estas operaciones discursivas comenzaba una silenciosa batalla por el sentido de los hechos. Más aún, en medio de la crisis y sobre todo luego del “Felices Pascuas” que escuchó el país entero en la tarde del domingo, se desató una verdadera competencia política y comunicativa por saber y por decir qué sucedió exactamente en

esos cuatro días de abril. De este modo, otra cosa quedaba en evidencia: comenzaba a plantearse abiertamente una pugna por el relato del pasado reciente.

Si partimos del supuesto de que la “realidad” no está allí dada, sino que tiene que ver con la significación que construye el accionar político, podemos marcar algunas diferencias claves sobre lo que hoy se plantea acerca del pasado reciente de la represión.

Sostenemos aquí que existen variadas operaciones y diferentes momentos de la significación y que esto no se reduce simple e inofensivamente a las distintas versiones sobre una misma cuestión. De lo que se trata más bien es de demostrar que la cuestión hoy no es la misma; que no son interpretaciones alternativas que compiten por la verdad de un hecho —autososteniendo por la pura fuerza de su existencia— sino que la competencia se centra en la construcción del hecho mismo. Así, cada campo de significación es una lucha por la definición de los temas y los actores que participan (legítimamente) de la política. Allí se establecen quiénes, cómo y para qué actúan respecto de qué cuestiones. Y en esta misma operación se establece también algo más: la presencia de los silencios, de lo no reconocido, de lo considerado inadmisible para las nuevas reglas de juego.

Las voces que hoy se escuchan, qué cosas dicen o sostienen respecto de la “realidad” política, dónde lo dicen y cómo lo enuncian, configuran un panorama de sentido muy diferente al de 1983. En aquel entonces el enjuiciamiento del pasado aparecía entrañablemente unido a la legitimidad de origen de la democracia; allí se construía su diferencia específica con la dictadura, la garantía de no repetición de una experiencia dolorosa y traumática. Al mismo tiempo se abrían todos los conflictos y contradicciones que supone una forma de juzgar a quienes eran los responsables de tanto mal. El sistema encontró (constituyó) así sus propios puntos de fuga hacia adelante aunque su modo de saldar lo ocurrido se planteaba como un esperar el dictamen de la justicia. Pero los “cierres” ensayados fallaron en su principio y fue necesario definir la cuestión del pasado en otros términos, encontrar un principio alternativo para re-construir la “realidad”. Creemos —estamos convencidos— que los hechos de Semana Santa adquieren otra significación si los incluimos en este campo de reflexión mayor.

II) Hacia 1982 la represión durante el gobierno militar había logrado ser tematizada por el movimiento de derechos humanos como violación a estos derechos, y esta cuestión, a su vez, se había colocado en el centro de lo que significaba la oposición a la dictadura. El repudio de los políticos a la ley de autoamnistía ponía en suspenso la legitimación de lo actuado en aquello que las Fuerzas Armadas buscaban legitimar: la “victoria” en una “guerra justa” contra la “subversión”. El rechazo al llamado “Informe Final” planteaba además otra cuestión de fondo: la no aceptación de que todos los desaparecidos “estaban muertos” como lo promulgaba el decreto militar. Lo acontecido con las víctimas era algo que los victimarios no podían, no tenían derecho a determinar. Al mismo tiempo era necesario colocar entre víctimas y

victimarios algún “otro” que mediara en la cuestión. Las organizaciones de derechos humanos exigían allí un claro pronunciamiento político acerca de lo acontecido y la investigación de los hechos a través de una comisión parlamentaria bicameral que diera luego paso a la justicia. Pero muy otra sería la historia.

En 1983 el radicalismo retoma y resignifica a su manera los temas sociales que se habían constituido en el punto máximo de oposición a la dictadura militar: los derechos humanos. La consigna central de las Madres de Plaza de Mayo —y tal vez de todo el movimiento— se centraba en el derecho a la vida. El radicalismo retoma esta idea y le imprime su mayor fuerza evocativa en el lema “somos la vida”. La apelación a contenidos éticos pasa a ser central en la propuesta política que el radicalismo ofrece a la sociedad argentina. A la Argentina como país de la ilegalidad y la a-juridicidad se le propone la ley y la justicia como valores fundantes de una nueva etapa política. También el pasado había de saldarse bajo el imperio de la ley: las víctimas y los victimarios serían “reconocidos” pero como partes querellantes de una controversia que tendrá como lugar de resolución el espacio jurídico. Aquel tercero que debía mediar (legítimamente) entre las partes no era la política como tal sino el ámbito judicial. Así, en un primer momento la discusión sobre las violaciones a los derechos humanos se redujo al debate acerca del código con que debían juzgarse. El gobierno apuesta al autojuzgamiento de las FF. AA. al tiempo que produce un hecho dirigido a la civilidad y a las víctimas: la Conadep. Operación doblemente fallida. Las Fuerzas Armadas, por su parte, prefieren hacer política desde lo jurídico y utilizan este hecho para mostrar su fortaleza y su voluntad monolítica de reivindicar el pasado. La Conadep, cuyo principal objetivo es la investigación de lo acontecido con las víctimas, produce un informe que desborda ampliamente las expectativas del gobierno. Las figuras “notables” de la comisión se constituyeron en una escucha (legítima, no legal) para el horror de los testimonios. La fuerza de lo allí dicho, la condena moral que la simple transmisión de la información provocaba, exigía de por sí la intervención de la justicia civil.

Recolocada la cuestión en un nuevo espacio jurídico, comenzó a verificarse y expandirse el relato del horror que la Conadep había comenzado a hacer escuchar. La sociedad argentina se informa de lo ocurrido al mismo tiempo que la justicia hace verosímil lo acontecido en la producción de la “prueba” por el procedimiento judicial. En ese espacio y bajo la práctica ritual adquiere cuerpo, en los testimonios, la categoría jurídica de lo atroz y lo aberrante.

Si todo lo que desencadenó el informe Conadep y el juicio mismo hubiera podido recaer en los cinco personajes que se condenó, la configuración hubiera cerrado. Pero la lógica jurídica y la sentencia abrieron la posibilidad de continuar el enjuiciamiento a otros. Nuevamente los intentos de cierre fallaban para la estrategia del gobierno, al tiempo que crecía el poder expansivo de aquello producido y sabido según el régimen de verdad de lo jurídico. La ley abría espacios que la política no podía cerrar, aunque estaba dispuesta a intentarlo.

No podemos afirmar que lo ocurrido luego de Semana Santa haya sido el primer impulso del gobierno para acortar la acción jurídica. Las instrucciones a los fiscales primero y el Punto Final después son antecedentes claros de que se actuaba en esa dirección. Más aun, la misma distinción de responsabilidades en el interior del aparato represivo era una idea radical ya en tiempo de elecciones. Pero la actual reglamentación de la obediencia debida supone un cambio sustancial porque plantea una configuración política absolutamente diferente donde las bases de legitimidad de 1983 han cambiado. Y algunas de las claves de este nuevo tablero están, creemos nosotros, en los sucesos de Pascuas. Veamos esto más de cerca.

III) Desde el comienzo de la crisis, no fue poco lo que se especuló sobre el tipo de intervención militar que presencié el país. En su primer discurso, Alfonsín aseguró que lo que estábamos arriesgando en ese momento era “mucho más que un absurdo golpe de Estado”, frase que incluía la posibilidad de que fuera “al menos” un golpe de Estado. Muchos políticos y algunos medios de comunicación especularon sobre los alcances de este pronunciamiento y se ocuparon de no descartar el “golpe”. Un canal de televisión prefirió asumir directamente la consigna “Democracia o Dictadura” haciendo una lectura algo extrema de lo que ocurría. Todo esto debió ser aclarado por el propio Alfonsín en su segundo discurso del domingo 19: la intención de los amotinados “no era provocar un golpe de Estado”. ¿Qué querían entonces los hombres de Campo de Mayo?

El ex teniente coronel Rico dijo —y lo repitió toda vez que pudo— que su intención no era ni un “golpe” ni desconocer la investidura de Alfonsín como comandante en jefe de las FF. AA. Su exigencia era la de reconocimiento de que el problema militar era un problema político y que su solución tenía que ser necesariamente política.

No fue poca la confusión cuando en la improvisada conferencia de prensa del domingo de Pascuas, el ex teniente coronel atacó al generalato, no reivindicó a los ex titulares de las FF. AA. ya procesados e insistió en su respeto al orden constitucional. Lo que pretendían era nada más y nada menos que recolocar en el terreno de la política un tema que se había asentado en el ámbito judicial. Y el “tema” no era solamente el procesamiento que podían sufrir algunos oficiales que tan solo “cumplieron órdenes”; era una revalorización de lo hecho por el Ejército en los últimos diez años, incluyendo la “guerra sucia” y la lucha en las Malvinas.

La estrategia del gobierno radical en materia de juzgamiento por violaciones a los derechos humanos se ocupó siempre de distinguir entre hombres e instituciones. En el mal llamado “Juicio a las Juntas”, se juzgó a nueve hombres que —por el puesto que ocupaban— fueron responsables de delitos (algunos de ellos llamados delitos “comunes”) que comprometían a su persona y no a la institución. La estrategia de la fiscalía de pedir un reconocimiento de que existió un plan represivo global y practicado en conjunto, lo que obligaba al consecuente

juzgamiento por junta, había fracasado. El gobierno creyó posible integrar a las instituciones castrenses a la sociedad, al mismo tiempo en que los militares inculcados se exponían a los juicios.

En el transcurso de sus tres largos años de gobierno, el presidente Alfonsín fue acentuando cada vez más su idea de cerrar el tema militar (léase juicios) e integrar definitivamente a las FF. AA. al proceso institucional. Poco a poco desaparece de sus discursos la temática de los derechos humanos y es sustituida por el imperativo de la reconciliación. La “cuestión” pasa a definirse y tratarse solo en términos de “problema militar”. Sin embargo, existía un prerequisite insoslayable en esta operación: la sociedad y los militares deben compartir una versión del pasado inmediato (con todo lo que ello implica) que hiciera real tal integración. No son pocos los ejemplos que podríamos citar de “integración” entre civiles y militares sin que compartan una versión del pasado. Pero lo que diferencia al caso argentino es que la acción de los tribunales ya practicada constituyó una verdad (jurídica) del pasado que legitimó (al menos en parte) la “versión” de la sociedad. El movimiento de derechos humanos, la Conadep y los testimonios oídos en las audiencias fueron capaces de mostrar la fuerza de su verdad aunque no la hayan podido transformar totalmente en prueba jurídica. Sin embargo, las sentencias ya conocidas implicaron de hecho el reconocimiento y la legitimación de gran parte de aquella verdad.

El pronunciamiento del ex teniente coronel Rico precipitó esta incongruencia. La exigencia no se centraba en una medida concreta (que jamás fue planteada); el objetivo era arrancar al poder político el reconocimiento de que la guerra sucia había sido una “guerra justa”, y que si hubo “errores” (viejo punto de fuga militar) se reducía a la mala conducción del generalato. Esto también ponía a salvo a las instituciones —como quería Alfonsín— pero pasando por dentro de la guerra, de sus fines, de sus medios, y de los principios y valores en nombre de los cuales se derrotó a la “subversión”.

“Pareciera que en el tiempo histórico ha habido un segundo en el que el pasado nos ha alcanzado”, sentenció el presidente desde la Casa Rosada. Sin embargo, este fantasma del pasado no se confundía con una intervención militar global para desplazar al gobierno o para corregir su rumbo. Estamos lejos de creer que los sucesos de Semana Santa pueden ser catalogados de intento de “golpe”. Los golpes de Estado, operan siempre sobre el futuro de la sociedad, sobre el “destino” del país al que “no podemos renunciar”. Creemos que la operación de Pascuas actuó sobre el pasado, ese pasado que no cierra en la política actual y que pone en juego y abisma a todo el sistema.

Por otro lado, el pronunciamiento de los sublevados en Campo de Mayo producía otro efecto nada despreciable de colocar a los militares en el campo de la política. La devaluación general que había sufrido la palabra militar en los últimos años era fruto de su reclusión en los tribunales donde debía “defenderse”. Con este gesto volvía a aparecer la voluntad castrense en un terreno que no querían (y no

quieren) abandonar: el de la política. Pero no bajo la tradicional forma del golpe de Estado o de tutela del poder civil, sino bajo la forma de una particular exigencia: que se la reconozca como una institución que no admite el procedimiento general del sistema para la valoración y enjuiciamiento de sus actos.

Nadie puede desconocer que las FF. AA., aun desde su lógica interna, viven una crisis sin precedentes. La ruptura de la “cadena de mandos” no es solo un desafío a las órdenes del comandante en Jefe, sino que representa también la falla de un principio de obediencia sin el cual la institución armada no puede funcionar. En la Argentina, toda vez que se desconoció al presidente fueron los generales quienes se pronunciaron e impartieron las órdenes. Pese a esto, sigue existiendo un punto de unidad en las FF. AA.: la reivindicación de su pasado. Tal vez con matices dentro de cada fuerza y dentro de sus hombres, pero que de todos modos les permite actuar en bloque frente al poder civil. La versión del pasado y su compromiso con lo hecho en la represión unifica a los hombres de armas de manera monolítica.

He aquí una gran paradoja de la política argentina actual: ¿CÓMO INTEGRAR A UNA INSTITUCIÓN QUE TIENE SU IDENTIDAD CONSTRUIDA EN EL MISMO PUNTO AL QUE DEBE RENUNCIAR PARA SER ACEPTADA EN EL SISTEMA? El gobierno radical, en la figura del presidente ha sido capaz de modificar su discurso y priorizar la integración de las FF. AA. Pero lo ya sabido y probado judicialmente pone límites a las concesiones radicales. El otro límite, que imposibilita todo acercamiento, es interno a las FF. AA., es el punto mismo de su cohesión: su no renuncia al sentido del pasado. ¿Pueden convivir dos historias del pasado reciente de la Argentina en un sistema institucional que debiera funcionar con un solo régimen de verdad? Todo parece indicar que no. Quiénes y cómo resolverán esta paradoja es lo que está “a la orden del día” en la política actual.

IV) Al parecer nos encontramos hoy frente a una doble operación: por un lado, el cambio de registro en el tratamiento del problema (del espacio jurídico a la “solución política”); por el otro, la búsqueda de un replanteo de la cuestión misma. Ambas buscan abrir nuevos espacios para esta encrucijada que enfrenta la política argentina.

Sin embargo, lo que debe quedar en claro es que esta operación de resituación no es independiente sino que más bien se sostiene en una exclusión no siempre explícita. Si en 1983 los derechos humanos aparecían como el fundamento moral de la democracia y el juicio a sus violaciones como aquello que marcaba su diferencia con el pasado, hoy, en 1987, estos juicios se presentan como el “obstáculo” para otro fin: la integración de las FF. AA. Planteada la cuestión ahora en estos términos, ¿qué ocurrirá con la “verdad” que lograron constituir el movimiento de derechos humanos, la Conadep, los jueces, etc.? ¿Cómo podrá sostenerse la legitimidad de su palabra si la significación que las FF. AA. dan al pasado reciente termina por imponerse?

Hay una fuerza de la verdad sobre lo acontecido que al actuar en la política planteaba fugas hacia adelante impidiendo los diversos intentos de “cierres” que se ensayaban. Siempre hubo una distancia entre lo “sabido” y lo “juzgable”, entre lo juzgable y lo por juzgar, y entre este y lo posible de ser “probado”. La verdad como tal no es nunca equivalente a lo que resulta como “prueba” de tal o cual procedimiento. Pero suspendido el procedimiento del juzgar y descontruida la verosimilitud de lo allí sostenido, ¿se acabará por negar la “existencia” misma de los hechos ya probados? ¿Es a esta verdad a la que debemos renunciar? Si esto fuese así, la demanda de reconocimiento que Rico sostuvo en Semana Santa al reclamar una “solución política” y no judicial adquiere todo su sentido. ¿Cómo puede “integrarse” un sector cuya versión del pasado es absolutamente resistente al pronunciamiento de lo ya probado por la justicia? ■

AÑO 5 - N° 16

OCTUBRE DE 1987

EL DISCURSO ELECTORAL DE 1987

NO POR MUCHO SONREÍR SE AMANECE MÁS TEMPRANO¹

Roberto Marafioti

El tema de las encuestas preelectorales, de los estudios de opinión, de los análisis semiológicos de las campañas políticas estuvo a la orden del día. La totalidad de las revistas de actualidad publicaron notas e investigaciones en las que se hacía referencia a las actitudes que adoptarían los electores en la compulsa del 6 de septiembre.

Un semanario de escasa reputación, publicó, a fines de julio, una entrevista al sociólogo liberal Manuel Mora y Araujo cuyo título recogía una declaración suya: “Imponer un candidato es como vender una galletita”. Manifestaba allí, además, nuevos comportamientos que ensayaban los políticos, preferencias que evidenciaban los votantes frente a las alternativas que se les ofrecían y conductas históricas que tuvieron los partidos ante los estudios de opinión.

1. El presente artículo es una síntesis de “El discurso electoral: para hacer hacer” que presentó en agosto de este año en el 2° Congreso Nacional de Semiótica realizado en la provincia de San Juan. Hay puntos suprimidos en función de la brevedad y se han agregado algunas consideraciones referidas al último tramo de la campaña electoral y el triunfo peronista.

Sin embargo, el lunes 7 de septiembre hubo otro gran derrotado aparte del radicalismo: la mayoría de las investigaciones de mercado habían indicado que perdía el peronismo y por varios puntos. Las grandes estrellas del “marketing político” se opacaron ante las evidencias numéricas. Los malabaristas de la opinión pública se desplomaron frente a las cifras incontrastables.

El presente artículo está destinado a profundizar algunos aspectos específicos que diferencian las campañas publicitarias comerciales de las campañas publicitarias políticas, ya que si bien hay zonas que se superponen, existen, al mismo tiempo, especificidades que tornan imposible y superficial la analogía lisa y llana. El área de disputa que ocupan unas campañas y otras tiene una trascendencia no homologable. Y si bien creemos que también la publicidad es un mecanismo para consolidación de pautas culturales e ideológicas, las campañas electorales apuntan a redefinir espacios de poder en el conjunto de la sociedad.

Por tanto sostener que se trata solo de la aplicación de artilugios publicitarios al ámbito político es una simplificación en la que se cae a menudo pero de la que conviene comenzar a cuidarse. El domingo 6 de septiembre no se votó por una campaña publicitaria mejor que otra sino por propuestas políticas diferenciadas. Se condenó un presente de miseria y un futuro de papeles. Pero también conviene prevenirse de lo contrario, la publicidad política influye aunque no determine exclusivamente el voto de los electores.

Otro aspecto que nos interesará señalar será el que se refiere a la especificidad discursiva que manifiesta el discurso electoral, ya que muestra un alto grado de hibridación que lo hace estar en un punto de confluencia con el discurso político, el polémico, el publicitario, el didáctico, etcétera.

Los estudios acerca de la conducta de los votantes se corresponden con fenómenos nuevos en nuestro medio. Por una parte, la vigencia de un sistema democrático relativamente estable obliga a estar actualizado en forma constante sobre los rumbos hacia los que enfila la opinión pública, en la medida en que las elecciones parciales se dan en lapsos de intermediación breves y, en consecuencia, la apelación al voto se convierte en un recurso que permite evaluar, por la positiva o la negativa, la gestión de gobierno de un sector político. Por otro lado, la quiebra del monopolio de una fracción política, el peronismo, y el reconocimiento de un estrecho margen de diferencias entre las fuerzas mayoritarias hace que despierte un fundado interés el manejo de variables que, en otro momento histórico, fueron irrelevantes. Nadie se interesaba en otra época por la dentadura de un candidato, por el peinado que sobrellevaba ni por la imagen que la exposición de su familia podía brindar.

El 6 de septiembre mostró que solo con estas variables no se define una elección. La realidad siempre resulta mucho más compleja que aquello que se pretende decir acerca de ella. En suma, no son las sonrisas las que hacen amanecer más temprano a un candidato.

1. ENCUESTAS POLÍTICAS: A VECES LA INFORMACIÓN ES PARÁLISIS

Las investigaciones políticas encaradas por los candidatos o por los partidos tienen características peculiares. Son financiadas privadamente (aun y cuando forman parte de la estructura partidaria) pero en la mayoría de los casos los datos más relevantes circulan en forma pública, lo que produce un fenómeno típico de las comunicaciones masivas: se posee una información que el destinatario no puede articular globalmente y que, desde el emisor, es instrumentada para orientar al electorado indeciso.

Es un instrumento más de la campaña proselitista. Esta influencia es la que otorga poder a las investigaciones en la medida en que se supone que pueden orientar el rumbo del electorado. Un aparte: la mayoría de las agencias de investigación dan a conocer el resultado de sus encuestas a excepción de la empresa Estudios, dirigida por Edgardo Catterberg, que trabaja solo para candidatos radicales y no da la cifra de las encuestas sin autorización expresa de la UCR.

Sin embargo aquí será necesario diferenciar entre el tipo de estudios al que hacemos referencia y los que se encaran desde el punto de vista de la publicidad comercial. En este último caso el mensaje publicitario se organiza alrededor de un producto al que es preciso construirle un sistema retórico y argumentativo que será, en definitiva, su auténtico soporte. En el caso del mensaje publicitario político no se trata de *vender* un candidato vacío sino de confrontar un sujeto con ideas y propuestas ante otros similares. Que a algunos les parezca que existen candidatos sin sustento o incapaces es harina de otro costal.

Además, las investigaciones sobre publicidades comerciales se dedican a controlar la estrategia comunicacional de un producto que ya está en el mercado y para el que se tratará de reorientar o confirmar su ubicación respecto de la competencia. En el otro tipo de investigaciones a las que aludimos el único momento de corroboración de los resultados es la jornada electoral. El voto es único y ubicable en el tiempo; el producto publicitario del que se ocupan las investigaciones de mercado se dirige a sostenerse desde una peculiar posición ante un eventual comprador, esta ubicación se reitera en un lapso temporal más o menos preciso.

Se advierte pues una realidad paradójica: los actos electorales se dan en una fecha determinada, pero, en realidad, el acto comicial es construido desde mucho antes y por plurales factores. Ahora bien, el indicar el tipo de investigaciones que se encaran en regímenes democráticos electoralistas nos debe llevar a advertir las conductas que generan y el rol que se les asigna a los medios masivos.

En cuanto al primer aspecto es pertinente reconocer que la ampliación de la información no lleva mecánicamente a una ampliación de la participación política sino que, por el contrario, se manifiesta una retracción considerable. Incluso es posible hablar de una redefinición en el rol del afiliado al partido en la medida

en que la reproducción y la circulación de una determinada perspectiva ideológica no se corresponde con prácticas tradicionales.

Es que ya no existe una correspondencia estricta entre el afiliado y el voto sino que lo definitorio pasa a ser la *mediatización*, que incluye la relación del afiliado y del votante no definido con la dirigencia política a través de los múltiples contactos que se establecen desde los medios. La transmisión de los actos políticos y la obsesiva preocupación periodística por la cantidad de participantes en las manifestaciones está en relación con lo señalado.

Otra actitud llamativa es que las discusiones políticas giran en torno de lo que expresó u olvidó el personaje político desde la televisión o la radio y se dejan de lado temas en la medida en que los medios convalidan o no su tratamiento. Un ejemplo claro, entre otros, se puede advertir en el espacio dedicado al tratamiento del tema de la “obediencia debida”. Tuvo un lapso preciso de debate y luego desapareció de los medios. El cuidado evidenciado en el debate Cafiero-Casella acerca de los puntos que se podrían tratar y el método de exposición empleado se orientan en la dirección indicada.

Si la sustancia partidaria que permanece es solo el esquema organizativo, la escalera que posibilita el acceso a cargos que permiten la modificación de las estructuras de poder y de nuevas relaciones se entabla a partir de los vínculos retóricos o argumentativos potenciados por los medios, se puede distinguir entre partidos que continúan reproduciendo prácticas organizativas arcaicas y espacios políticos que tienen un público más vasto que es interpelado desde el espacio de los “mass-media”.

La televisión, la radio, la prensa, el “marketing político” crean un mercado simbólico de poder y reproducen una creencia colectiva, pero no se interesan tanto por el vínculo efectivo existente entre el referente y el enunciado.

El sistema político argentino actual ha asimilado rápidamente las tácticas publicitarias. El interés de los partidos mayoritarios por la máxima audiencia arrastró a la propaganda política al juego de las leyes publicitarias. Al mismo tiempo el sujeto interpelado cambia, se segmenta, y se construyen estereotipos amplios y abarcadores.

Las campañas publicitarias no estuvieron destinadas a elegir programas políticos sino que se construyeron mensajes destinados a porciones especiales del electorado: los jóvenes, las amas de casa, los estudiantes, los jubilados, etc. Un afiche de Cafiero expresaba “Colimba: hacela corta”, un “spot” de Casella se refería al tema de la educación. El FRAL organizó los cortos de Vicente también con una direccionalidad sectorial clara.

En regímenes donde lo determinante es la variable numérica y donde todo está supeditado a lograr la captación de votos, la reiteración de prácticas políticas de características ritualizadoras solo tiene eficacia desde el punto de vista de la especularidad que provoca. El objetivo es la conquista del voto del indeciso, la adhesión más tibia a la hora de los cómputos tiene igual importancia que el voto de los definidos. De aquí se desprende que la relación entre partidos y partidarios debe

repensarse en estas democracias, dando lugar a un sistema más flexible que tal vez se oriente a una mayor superficialidad pero comprendiendo una mayor extensión.

El objetivo central de las campañas para las elecciones de septiembre fue la captación del electorado flotante, un electorado que en los últimos años no ostentó una conducta duradera, sino que se definió en función de la evaluación de la gestión realizada o por realizar y a partir de la fortaleza y solidez de los recursos argumentativos y retóricos presentados.

Con todo, dentro de este amplio segmento que las encuestas indicaban que era del orden de entre el 30% y el 40%, es posible aún encontrar más acotaciones. En principio, se pueden distinguir en la categoría de los indecisos, los indiferentes (aquellos a los que la actividad política definitivamente no les interesa), los desinformados (quienes esperan definir su voto por la información que tengan de los candidatos o por la evaluación que hagan de su actuación) y los “indecisos por conciencia” (aquellos que estuvieron definidos en un pasado pero que están desahuciados por las opciones pasadas, por las opciones que se les presentan, porque descreen del sistema, etc.). Se podrían añadir diferentes categorías de indecisos según el nivel socioeconómico, el nivel de instrucción, el sexo, etcétera.

Las reacciones, en todos los casos, para que se llegue a una definición del voto, son provocadas por medio de mecanismos de simbolización capaces de articular motivaciones latentes de segmentos precisos de la sociedad con recursos persuasivos eficaces.

De un lado se ofrece un candidato por la imagen general de confianza, de sabiduría o de honestidad y, por el otro lado, hay una eventual interacción real con un sujeto construido tomando en consideración los mecanismos sociales de identificación. Se puede afirmar entonces que a lo largo del proceso histórico de figurativización de categorías del imaginario político se han recorrido distintos circuitos comunicacionales, diferentes porciones de universos referenciales, contratos enunciativos que proponían pautas alternativas. De allí que las distintas opciones políticas hayan construido, cada una, su propio sistema referencial que, con la incorporación de mecanismos nuevos de mediatización, se fueron actualizando en forma constante.

Tomando el electorado peronista tradicional, por ejemplo, se advierte que el componente simbólico, con su nota de rebeldía y de ruptura frente a los poderes establecidos y de jerarquización de la palabra de Perón, subsistió hasta la derrota de 1983. A partir del proceso encabezado por la renovación comenzó a adecuarse a los ritmos que la sociedad le imponía. La democratización partidaria, si bien no es un fenómeno resuelto y concluido, evidencia la voluntad de exhibir un partido político en el que la distribución del poder no puede concretarse de manera indefinida o indiscriminada en pocas figuras. Muestra la necesidad de someter a la confrontación constante el conjunto de las propuestas y alternativas. De aquí que solo se podrá combinar la representatividad de un sector si ha mostrado eficacia en las

instancias participativas. En este sentido el peronismo de 1987 se preocupó por prestar atención a los sistemas de previsión electoral cuidando la imagen que proponía al conjunto de los estamentos sociales.

Por su parte, el radicalismo logró, en un margen de tiempo escaso, en 1983, ajustarse a las preocupaciones centrales que demandaba la sociedad: democratización política, respeto por las minorías, reivindicación de la pacificación política, etc. Desde el punto de vista de la carnadura política que mostraban sus propuestas era evidente que soportaba una considerable cuota de generalidad y vacuidad, pero también resultaba una veta interesante a explotar teniendo en cuenta el período del cual se salía, los cambios operados en la trama social y las transformaciones que estaba en condiciones de sobrellevar. Sin embargo, en un corto tiempo mostró que los vicios de los que hacía gala en otra época aún subsistían. El accionar político desde el control del aparato estatal asumió características propias de un intercambio comercial y la consolidación de un proyecto político pasó por el establecimiento de prácticas verbales o superestructurales en las que la transparencia y claridad de objetivos estuvieron ausentes. Las innegables dotes del presidente para construir castillos en el aire se derrumbaron en un corto plazo, mucho más breve que el que muchos le asignábamos.

2. LA PALABRA AUTORIZADA EN LAS CAMPAÑAS ELECTORALES

La construcción de la hegemonía política en una sociedad se relaciona con el proceso de búsqueda de la legitimación de un particular estado de cosas. Es el movimiento que efectúa un partido o un conjunto de fuerzas políticas que trata de buscar el apoyo de sectores más vastos de la sociedad para que las alternativas de ordenamiento, de distribución, de acumulación, sean adoptadas de un modo “natural”.

Obtener el consenso social significa hacer creíble y elegible una determinada interpretación del mundo, de su funcionamiento y de sus reglas. La imposición de un modelo político permite comprender cómo una fuerza edifica una red de relaciones que, en el debate de las diversas producciones de sentido, es recogido y reconocido en el imaginario social de las mayorías. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la hegemonía no aniquila el conflicto, lo circunscribe y lo hace gobernable por la vía del consenso.

La realidad que presenta el modo de argumentación político y, en especial, el político proselitista, se convierte en la única manera de comprender y acceder a esa “realidad” modelada desde el lenguaje político pero asimilada como la auténtica y exclusiva vía que permite la racionalidad.

El debate que se suscita en los períodos preelectorales tiene fundamentalmente dos lugares de confrontación. Uno es el que ocupa la campaña publicitaria con sus distintos mecanismos, desde el espacio mural hasta el televisivo. Allí se manifiesta una serie de recursos que yuxtaponen lo político como propuestas más o menos

vertebradas y claras por la sociedad y lo retórico como el esqueleto capaz de provocar un alto poder de recordación e impacto.

El otro sitio de confrontación se da en los programas televisivos o radiales en los que se reporta al candidato de un sector o se enfrentan las opiniones de candidatos de distintos partidos. También se da la modalidad de inclusión de entrevistas políticas en programas de actualidad o en programas cómicos.

En cuanto a los programas estrictamente políticos lo que dice el candidato está condicionado por una serie compleja de variables. Una de ellas es que el lugar del presentador o moderador no es el del mero periodista neutro sino que siempre define el tipo de problemáticas que se pueden tratar.² Aquí correspondería evocar aquello que señala Eliseo Verón respecto de los presentadores de los noticiosos que abandonan la postura de ser “presentadores ventrílocuos” para convertirse en comentaristas que siempre dejan deslizar opiniones personales.³

Otro punto es que los participantes de un debate reproducen las realidades electorales que cada uno dice representar o que se está interesado en promover. Así, no se puede dejar de advertir el fenómeno que se dio en la televisión argentina en los últimos tiempos, donde el espectro político se organizó de tal modo que las discusiones siempre se establecieron entre el peronismo, el radicalismo y el liberalismo. Particular distribución del espacio político que legalizó antes de las elecciones a la UCeDé como tercera fuerza y obligó a que los debates giraran en términos acotados.

La aparición de la izquierda estuvo nucleada alrededor del Partido Intransigente, el MAS y el FRAL. El dato es destacable porque se dio la imposición de zonas estrictas de confrontación desde la misma organización y distribución de los contendientes. Incluso, más allá de las debilidades y dificultades que mostró la izquierda para erigir un discurso aceptable para la sociedad, lo cierto es que hubo una distribución rígida desde el punto de vista de con quién y qué se habla. En definitiva, de lo que se trató es de la jerarquización y legitimación de ciertos lugares y de la relativización o descalificación de otros.

La eficacia de la palabra autorizada de quien se ofrece desde los medios como alternativa política se estructura por los intercambios que propone. De un lado, el candidato se presenta como perteneciente a una clase política que

2. Un artículo sin firma de *Clarín* comentaba la actitud de los periodistas en los programas televisivos previos a las elecciones. En el breve ciclo emitido por Canal 13 *El Candidato* el conductor, César Mascetti, que pasó por el peronismo, por el Proceso y ahora parecía ser portavoz del oficialismo, no pudo ocultar su hostilidad hacia Cafiero. Otro tanto, pero en este caso se trató del apoyo manifiesto, sucedió en el programa de ATC, *En profundidad* que el lunes previo a los comicios organizó una maratón con los distintos candidatos. Cuando se hallaba exponiendo el candidato del MID y llegó al estudio Casella, los periodistas abandonaron la mesa para recibir al hombre del oficialismo.

3. Cfr. Eliseo Verón, “La mediatización”, *Cursos y Conferencias*, N° 9, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Secretaría de Bienestar Estudiantil y Extensión Universitaria, Buenos Aires, 1986.

tiene sus propios electores. Ofrece el contenido de su propuesta a cambio de un voto que, desde esta óptica, es el voto seguro. La palabra tendrá para este auditorio un efecto material concreto y mensurable en la jornada electoral. Su decir, además, refuerza las convicciones de sus propios partidarios, es el discurso esperado y esperable.

De otro lado este intercambio *instrumental* se asocia a otro, *simbólico*; el político se dirige a un destinatario más vasto, no ubicable materialmente. Es un interlocutor ficticio que dice aquello que el político quiere que diga siempre desde su punto de vista. Es presentada como existente pero, en realidad, se sabe que es manipulada, fabricada. Esta “opinión pública” es el reflejo donde se miran las grandes porciones del electorado que todavía no han decidido su voto. Allí se idealiza el “querer ser” y el “deber ser” desde el discurso que organiza el candidato.

Un análisis que pretenda un mínimo de exhaustividad deberá dar cuenta de la relación entre la incidencia de los medios en la formación de la “opinión pública” y el vínculo que se entabla entre esta y los actores políticos.⁴

Es conveniente diferenciar esta “opinión pública” del “paradestinatario” según la terminología propuesta por E. Verón.⁵ El “paradestinatario” tiene la particularidad de estar en una “suspensión de la creencia” y es donde se dirige “todo lo que en el discurso político es del orden de la persuasión”. Por su parte, la “opinión pública” alude a un conjunto semiótico producido por los medios que posibilita la extensión y unificación de un público virtual. Es diferente, además, a la noción de público que alude a un conjunto determinado sociológicamente desde variables convencionalizadas.

3. EL DISCURSO ELECTORAL

Ubicaremos al discurso electoral como un discurso social que tiene la nota distintiva de tener un *plazo de vida fijo*. La fecha de los comicios es su certificado de defunción. No existe ninguna otra manifestación discursiva que tenga un plazo de duración tan estricto. Ni una campaña publicitaria, ni un manifiesto político o artístico, ni un noticioso están tan compelidos como el discurso electoral para servir en un lapso temporal tan acotado. Esta condición será determinante para el resto de los rasgos específicos que lo distinguen.

La segunda nota es que es un discurso *histórico*, expresado esto en dos orientaciones. Por una parte, porque es coyuntural, expresa la voluntad de ganar a los

4. El tema es ampliamente desarrollado por Javier Protzel, “Populismos y televisión en el Perú: de los medios de masas a las masas de los medios”, *Contratexto*, N° 2, revista de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Lima, año II, primer semestre de 1986, pp. 25-55.

5. E. Verón, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en AA. VV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987.

electores a partir de la descripción que se haga de sus carencias y posibles restituciones en un momento particular de la historia. En este sentido hay que destacar que las verdades que enuncia nunca son universales pero se muestran como si lo fueran.

El contexto de necesidades, de expectativas, de realizaciones no cumplidas por quien detenta el poder y cumplibles por el que enuncia, es el que determina la estrategia comunicacional a adoptar, pero esta no brota de los principios formulados por el partido político en cuestión sino por la adecuación de esos fundamentos a circunstancias históricas concretas. Por otra parte, es contextual. No se organiza de manera aislada sino que es relacional. No vale por sí mismo, sino por lo que nombra en relación a lo que otras propuestas electorales dicen o dejan de decir. Este contexto, dicho de otro modo, está constituido por los contextos alrededor de los cuales organiza su especificidad.

Otro punto distintivo es que está condicionado por la legalidad de los medios masivos que presionan sobre él para imprimirle sus propias características, por ejemplo velocidad, brevedad, combinación de códigos, uso de recursos tecnológicos, etcétera.

El discurso electoral guarda también relación con la polémica. Como esta, tiene siempre un blanco en torno del cual se organiza, pero aquí lo contextual condiciona la posibilidad de dar una polémica con un grado de agresividad importante o no y hace que esta se adapte a los tiempos y a las modalidades imperantes. La polémica es una condición inexcusable que se relaciona con la necesidad de la diferencia y la reivindicación de la propia identidad.

La campaña radical empleó institucionalmente la polémica combinándola con la elipsis. El tema del miedo que podía provocar un triunfo peronista no fue explicitado sino que fue desplegado por la Juventud Radical. Jesús Rodríguez también lo empleó en los murales de “para construir sin miedo”.

El gran tributario del discurso electoral es el discurso político. Es, en verdad, su apéndice. En este sentido es un instrumento más de la lucha por la hegemonía en el seno de la sociedad. El discurso político como tal tendrá mayor amplitud en cuanto a los destinatarios a los que se dirige y mayor posibilidad de ejercitar los recursos argumentativos. El discurso electoral apunta más específicamente a ganar la franja de la indecisión.

El interés del discurso electoral es que se convierte en un mecanismo más para orientar las conductas de los sectores sociales. De allí las inversiones monumentales que insume y el interés que despierta en el ámbito del estudio de las comunicaciones sociales. Sin embargo, conviene apuntar un aspecto que está referido a la saturación de la presencia de un candidato en los medios. La exposición de Casella en los distintos “spots” empleados y la evidencia del acartonamiento empleado fueron datos que conviene tenerlos presentes para el futuro.

En sistemas democráticos con un régimen de participación relativa como el nuestro, la definición del rumbo de la sociedad toda no se da en términos

de quien representa a la “voluntad general” sino de quien capta un porcentaje relativo mayor que le permite imponerse frente a su contendiente. Si se reflexiona acerca del hecho de que, en términos de las democracias occidentales, se gobierna con registros que van del treinta al cincuenta por ciento del electorado, se tendrá una idea acabada de la importancia de la articulación de un discurso creíble, confiable y, al mismo tiempo, de la representatividad relativa que ello supone.

Otra característica importante del discurso electoral es que se organiza a la manera de un discurso publicitario donde lo retórico cumple un papel destacable. La forma de decir está en relación a la capacidad de recordación e impacto que ostenta. La argumentación, con la capacidad de convencimiento racional que aporta una premisa. Así, habrá campañas en las que estos dos componentes tengan un grado equilibrado o distinto de preponderancia. Mayor argumentación y menor retórica o viceversa. Los cortos del MID con Camilión o los de la UCR con Manrique son ejemplos claros de lo que acabamos de señalar. En un caso se hablaba de: “Hacia un país que puede ser primero. Vote lista 1”. En la gráfica se decía “Traer capitales y no llevar la capital” y “En economía lo Vital tiene que ser mucho más que el nombre de un ministro”, pero en todos los casos no se podía decir mucho más de un candidato que ofrece como antecedente más importante ser canciller del Proceso. Por su parte, la UCR aportaba la novedad de señalar que Manrique hace, pero no se aclaraba qué. En ambos casos se trataba de personajes con un grado de receptividad popular escasa.

Nos ha interesado a lo largo de estas páginas indicar la especificidad de lo electoral discursivo y las diferencias con lo publicitario. Nos parece un tema importante porque el radicalismo ha acentuado, por primera vez en la historia política nacional, el empleo de los recursos del “marketing político” y la publicidad (el empleo de la publicidad en los primeros gobiernos peronistas no tenía las especificidades que señalamos más arriba, se trataba más bien de propaganda política). Si bien ello significa la incorporación de metodologías nuevas y aptas para el desenvolvimiento de la política electoral, también es necesario señalar las limitaciones que el uso exclusivo de estos mecanismos conlleva. Los candidatos no son galletitas y los electores no somos hipopótamos.

La cantidad de votos que definen una elección en la Argentina actual es cuantitativamente no importante pero cualitativamente trascendente. De allí que la gestión de gobierno y la práctica política de los sectores mayoritarios se convierta en el desafío mayor para mantener o perder el poder institucional. Solo la correcta ecuación de estos factores permitirá consolidar un sistema que, por ahora, transita por un delicado equilibrio. ■

¿EMERGENCIA DE UN SISTEMA POLÍTICO ADECUADO O MARCHA CIEGA HACIA UN GOLPE RESTAURADOR?

Julio Godio

El resultado electoral del 6 de septiembre ha sorprendido, por el nivel de recuperación y suma de votos del peronismo, a todos, incluida a la mayoría de los dirigentes peronistas que esperaban un triunfo por un margen estrecho de sufragios.

En efecto, el triunfo del Partido Justicialista (PJ) fue espectacular, si tenemos en cuenta que venció a la Unión Cívica Radical (UCR) por más de 600.000 sufragios en todo el país, logrando 6.609.012 votos, es decir el 41,5% de los votos emitidos. El PJ, sobre 24 distritos electorales venció en 16. Por su parte, la UCR logró 5.948.610 votos, es decir el 37,9%, venciendo solo en dos distritos electorales y en la Capital Federal.

Como resultado de las elecciones, además de la pérdida del control del Poder Ejecutivo en la mayoría de las provincias, en especial la estratégica provincia de Buenos Aires, la UCR pierde la mayoría en la Cámara de Diputados de la Nación, donde conserva ahora 117 bancas, sobre 105 del PJ y 32 de otros partidos.

Otro fenómeno interesante de esta elección es el aumento de votos de la Unión de Centro Democrático (UCeDé), que logró una fuerte votación en la Capital Federal, sumando el 6% de los votos a nivel nacional. Al mismo tiempo la izquierda, escindida centralmente en Unidad Socialista, FRAL y MAS no logró sumar más que otro 5% y sigue siendo marginal a la cultura política nacional.

La mayoría de los observadores políticos se equivocó en estas elecciones porque persiste hasta el 6 de septiembre un malentendido que está presente desde las elecciones de octubre de 1983 que dieron también un resultado imprevisto y espectacular: esa vez, en favor de la UCR y en detrimento del peronismo.

En efecto, en las elecciones de 1983 el electorado se encontró frente a ciertos temas que presidieron el acto electoral: necesidad de votar por el partido “garante” de la transición democrática y la instauración de la convivencia entre los argentinos. Lo político, es decir la construcción de un régimen democrático, fue el

eslabón que articuló otros asuntos de política interior y exterior: la UCR y su líder Alfonsín supieron expresar esa necesidad y por eso vencieron.

En estas elecciones, en cambio, lo central pasaba por seguir otorgando confianza o castigar a la gestión económico-social. Este era el eslabón fundamental que articulaba otros comportamientos de gobierno, en especial su estilo de enfrentar el tema de las FF. AA. y los sucesos de Semana Santa. Además, en estas elecciones no estaba en juego el cargo presidencial, sino cargos que tenían que ver con instituciones políticas provinciales y locales, o con una institución potencialmente apta para limitar los poderes del Poder Ejecutivo de acuerdo a lo previsto por la Constitución Nacional.

En estas elecciones el PJ, ahora liderado por la renovación en tanto corriente nacional hegemónica, conservó los votos peronistas, y además logró atraer en tanto *opción de centroizquierda* a gran parte del electorado de clase media y obreros calificados, intelectuales, etc. del Partido Intransigente, esto último especialmente en la provincia de Buenos Aires. El PJ logró la adhesión de gran parte de los jóvenes nuevos votos. El PJ logró así un triunfo significativo: *el peronismo venció porque representó la voluntad de "justicia social", en elecciones en que ese era justamente el eje articulador. Como en 1945, en 1962, en 1973, el PJ triunfó porque resultó ser la única opción de centroizquierda real, con posibilidad de triunfo, en elecciones en las cuales lo central era la temática económica y laboral.*

Ha habido dos grandes elecciones con ejes diferentes: en 1983 se votó por la *democracia política*, en 1987 por una *democracia social y económica*. La UCR y el PJ han sido los actores centrales en escenarios diferentes y por eso, por su capacidad o no de ubicarse correctamente en esos escenarios, es que han sido vencedores o derrotados. Los resultados son lógicos si se tiene en cuenta que en 1983 pese a que el PJ no pudo dejar de dar la imagen de seguir asociado al caos de 1975/76 y de complicidad con el autoritarismo militar logró 5.696.348 votos, el 40,5% de los electores. A su vez, la UCR se presentó a la elección con una balanza negativa del Plan Austral al acentuarse la inflación y dando la sensación de un partido débil frente a las FF. AA. Pero pese a esa imagen de deterioro logró el 37% de los votos. Entre ambos suman casi el 80% del electorado nacional. Se trata de dos grandes fuerzas con un electorado estable capaz de *atraer o perder fuerzas fluctuantes* según su capacidad de expresar la aspiración central del pueblo en cada elección.

Si como en estas dos elecciones —1983 y 1987— se consolida el régimen democrático deberemos habituarnos en el futuro a diversas formas de voto castigo y por ende a fuertes fluctuaciones electorales.

Retomemos ahora el asunto del malentendido de 1983: en ese año se restableció en la Argentina el *régimen de democracia política* previsto en la Constitución Nacional. Pero no se definió con claridad el *sistema político* que daría solidez a esa democracia incipiente. Es este tema, del sistema político, lo que está todavía pendiente en el país y lo que verdaderamente debe preocupar, luego de las elecciones del 6 de septiembre y *no el triunfo de peronismo*, porque justamente a lo que hay

que acostumbrarse de aquí en adelante y por varios años es a *la alternancia* en el poder de ambos partidos. Junto a esos partidos centrales tendremos una derecha que oscilará entre el 15-20% de los votos, una izquierda tradicional enclenque y fuerzas políticas de presencia ocasional.

El país necesitaba objetivamente en 1983 un gobierno de coalición con eje radical-peronista como la mejor vía para dar solidez a la transición democrática. Pero ambos partidos no estaban *subjettivamente* preparados para ello. Un gobierno de coalición hubiese instaurado la práctica de la concertación entre ambos partidos, *fundando así “óptimamente” el sistema político que requiere el régimen de democracia política*, porque la coalición hubiese primero consolidado el régimen y, luego, cada fuerza política podía haber iniciado el camino de confrontaciones mutuas sobre las bases sólidas del compromiso democrático.

En cambio, de las elecciones de 1983 surgió en la UCR la ilusión de “tercer movimiento histórico” bajo la forma de subsunción del peronismo. Por su lado, en el PJ la dura derrota frente al “enemigo histórico” combinó el proceso de sustitución de una dirección por otra (ortodoxos por renovadores) junto con la oposición frontal al gobierno. En medio de esta lógica irracional se fueron resolviendo o no se resolvieron problemas centrales como los temas de las FF. AA., relaciones Estado-sindicatos y la política antiinflacionaria (agravada durante junio/agosto de 1987). La necesidad objetiva de tal coalición/compromiso se manifestó durante el período 1983-1987 bajo formas vergonzantes y precarias: acuerdos no públicos entre UCR y renovadores en las Cámaras, alianza de la UCR con el grupo de “Los 15”, compromiso del gobierno con las FF. AA. durante los sucesos de Semana Santa. Tales compromisos fueron inevitables, porque ante la ausencia de un gobierno de coalición (que podría haber resuelto mejor esos asuntos) y ante el requerimiento objetivo del nuevo sistema político de tal coalición, lo que se hizo fue ir colocando parches “acuerdos” en el camino.

De modo que lo que adelanta nacer este 6 de septiembre, ante la ausencia de ese gobierno de coalición, es una nueva realidad: se abre la posibilidad del nacimiento de un *régimen político bipartidista*: las actuales condiciones deben dar lugar a una forma de cogobierno/cooperación.

En adelante, la estabilidad política del país requerirá de compromisos públicos entre ambas fuerzas *de manera que ambos partidos puedan integrar la confrontación electoral como aspecto del fortalecimiento de la democracia*.

Esa necesidad de comportarse políticamente según pautas racionales está presente tanto en la UCR como en el PJ, pero será todavía “afectada” por la supervivencia en ambas fuerzas de mitos y odios históricamente obsoletos.

El sistema político bipartidista implica la consulta y acuerdo entre ambas fuerzas sobre temas centrales: política exterior, política económica, relación sindicatos-Estado, etc. Es necesario “acuerdos marco” entre ambas fuerzas, junto con la cooperación PE nacional y provincias gobernadas por peronistas. Estos

acuerdos marcos no excluyen la confrontación sobre proyectos nacionales, pero tal confrontación debe tener presente *que cualquier proyecto nacional progresista necesitará en el futuro del concurso de la oposición democrática*.

La Argentina es un país en decadencia que necesita estabilidad democrática para que la sociedad civil y la sociedad política discutan y resuelvan mayoritariamente en los próximos años cuál será el destino del país: la Argentina es, metafóricamente (y no tan metafóricamente), la Australia “que no fue”. Esta discusión se dará en un país en crisis, con una incesante lucha de los trabajadores por una mejor distribución del ingreso. Tal coincidencia entre crisis y distribución genera espacios para la confusión política: lo que justamente debe *impedir* el régimen bipartidista es que esos espacios sean utilizados por grupos de derecha nacionalistas tradicionalistas o liberales para “demostrar” que la UCR y el PJ son incapaces de gobernar en el país, *e intentar un golpe de Estado “restaurador”*.

El hecho de que todavía no se consolide un sistema político adecuado contiene simultáneamente el peligro de que un sistema político con poderes segmentados incontrolados termine por cuestionar la legitimidad del régimen democrático. Esta alternativa sigue presente en importantes núcleos de la derecha nacionalista y liberal que consideran que la Argentina solo es gobernable a través de un *sistema político autoritario derechista*. O, en otros términos, *en este país en crisis* y en decadencia, ahora la derecha política, empresaria, militar puede intentar polarizar el campo político entre dos fuerzas: por un lado, la UCR y el PJ peleando irracionalmente entre sí, por otro lado la UCeDé, partidos provinciales de derecha y núcleos ultraderechistas del empresariado, de las FF. AA., la Iglesia, etc. apareciendo como “polo del orden”. El ingeniero Alsogaray, jefe de un partido que oscila entre ser “derecha civilizada” o núcleo golpista, ya ha adelantado tal alternativa. Dentro de esta estrategia de “polarización” la derecha buscaría atraer a sectores de la UCR temerosos de un triunfo electoral del peronismo en 1989 para restablecer una especie de nueva Unión Democrática. Sectores ortodoxos desplazados del peronismo llegarían a ver bien un “polo del orden”, en tanto podrían en su interior negociar posiciones de grupo. Como es lógico, esta perspectiva reaccionaria puede incluir la alternativa de un golpe cívico-militar con apoyo de capas populares frustradas por la decadencia del país. *Pero, tanto para la formación de un eventual bloque golpista o para ganar más espacio electoral, la derecha necesita hoy romper el bipartidismo, como sistema político; esto es lo que no hay que perder de vista*.

Es cierto que atentan contra el bipartidismo los serios desajustes internos que presentan ambos partidos, ante todo porque esos partidos no están entrenados para el bipartidismo.

El peronismo presenta un cuadro complejo, porque si bien la renovación aparece como concepción vencedora, en el interior han vencido electoralmente en varias provincias grupos ortodoxos. Además la ortodoxia sindical ha tomado la iniciativa de restablecer las “62 Organizaciones” para frenar el avance de “Los

25”, negociar con la renovación y conservar su poder autónomo dentro del justicialismo. De todos modos ha sido sumamente positivo el acuerdo para que Cafiero-Menem presidan el PJ.

En el caso de la UCR la derrota electoral ha reflatado antiguos conflictos entre “históricos” y la Coordinadora, junto a un reflote de Línea Córdoba. La UCR, si bien es un partido más disciplinado que el PJ, se debate entre seguir siendo un partido liberal-horizontal o transformarse en un moderno partido de estilo social-demócrata. Mientras la UCR no se modernice, la ausencia de estructuras modernas será sustituida por el cesarismo alfonsinista o el jacobismo organizativo de la Coordinadora, pero estos dos remedios solo son paliativos para una enfermedad de larga data en la UCR. En este período esa “enfermedad” se manifestó como disolución de hecho del partido en el Estado, lo cual incidió en las elecciones al mostrar candidatos sin ninguna autonomía del gobierno. En este aspecto es por eso sintomático que la gente haya mostrado más simpatías por el Casella derrotado pero fresco y autocrítico, que por el Casella con voz de falsete defendiendo en bloque a la administración Armendáriz en la provincia de Buenos Aires.

Lo cierto es que más allá de esas diferencias pareciera presidir el comportamiento de la UCR y el PJ la necesidad de establecer vasos comunicantes y fundar bipartidismo, que *es la sustancia oculta de la fundación de la democracia política*. Este desafío se pondrá a prueba en los próximos meses alrededor de un tema central: la *reforma constitucional*. La posición que adopten los partidos acerca de este tema indicará su voluntad real de consolidar la democracia política o su vacilación y temor frente al bloque civil-militar derechista.

Algo es claro: si hay reforma constitucional, seguramente la nueva constitución será progresista, porque tanto la UCR, el PJ y otras fuerzas son partidarias globalmente de reformas positivas. Se dará continuidad a lo sucedido en las reformas de la constituciones provinciales producidas en este período democrático. Por eso, es que la UCeDé se opone frontalmente a la reforma, lo mismo que sectores del peronismo de derecha y otros.

La reforma constitucional debe excluir el tema de la reelección presidencial o tratarlo por consenso. Se trata hoy de un tema secundario, que solo algunos dirigentes radicales han colocado erróneamente en primer lugar, comprometiendo al presidente Alfonsín. En realidad, la reforma constitucional debe atender a dar legitimidad al Estado frente a una sociedad civil totalmente diferente a la existente en 1853-1860. Los temas centrales entre otros serán: sistema semiparlamentario con primer ministro, transformación de la obsoleta Cámara de Senadores en una Cámara de Representantes de provincias/regiones, la formulación abierta de un nuevo sistema económico-social, integración latinoamericana, educación y cultura del trabajo, cultura política del pluralismo y del ciudadano, separación de la Iglesia católica del Estado y ética de la tolerancia religiosa, participación de los trabajadores en la gestión de la empresa.

Es cierto que la “fundación” del sistema bipartidista deberá ser articulada en el interior de una economía estancada, por lo cual se deberá llegar a compromisos que permitan compartir los costos de políticas económicas que difícilmente podrán restablecer los niveles históricos del salario real en la Argentina. Pero ello obliga entonces a buscar formas de salario indirecto. La relación entre el Estado y sindicatos deberá poner énfasis en otorgar a estos responsabilidad y autonomía para exigir la cogestión: es necesario “obligar” a los empresarios a invertir como condición para mejorar los salarios directos e indirectos. Pero ello debe conducir ya a cambiar las reglas entre sindicatos y Estado; no es admisible el reclamacionismo salarial de Ubal dini, pero tampoco será admisible el lamentable episodio Alderete, en el cual se nombra un ministro de origen sindical y luego se lo bloquea impidiendo que salgan las leyes laborales acordadas. Es decir, para instalar el bipartidismo una de las condiciones, es establecer un nuevo “pacto fundacional” entre Estado y sindicato, como ocurrió en 1945 o, brevemente, en 1973.

La izquierda tradicional es marginal al sistema político porque desde la década de los cuarenta es incapaz de pensar como “síntesis” de los proyectos y culturas políticas instaladas en el pueblo trabajador, esto es el peronismo y el radicalismo. La izquierda piensa sus proyectos de acuerdo a la antigua tesis leninista, de origen kautskista, de que la “conciencia” debe ser introducida al movimiento obrero desde afuera. Esa tesis es funcional cuando el mundo del trabajo no presenta un cuadro de adhesión a culturas políticas populares, cuando la clase obrera está huérfana de una “concepción del mundo”, abarcativa del mundo del trabajo. Pero, ¿qué pasa cuando están fuertemente instaladas entre trabajadores culturas políticas democráticas populares del tipo laborista, como es nuestro caso? Entonces la palabra izquierda deja de tener sentido y se impone ir generando un estilo de pensar lo político como reflexión y acción política de búsqueda de una nueva sociedad *en el interior* de esas culturas políticas, además de extender ese estilo a los nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, barriales, etc.), al mundo católico, a las culturas políticas regionales, al campo de la producción de tecnologías, etc. Porque se abre en la Argentina una larga etapa de construcción de una nueva cultura nacional-popular que planteará y resolverá sacar al país de la decadencia y transformarlo en un estado moderno e integrado, socialmente justo, es que me parece excelente aportar hoy a la construcción de un *sistema político bipartidista*; es la primera condición para esa reflexión colectiva y popular orientada hacia una perspectiva socialista.

Se podría plantear que en este bipartidismo naciente ha sido la derecha tradicional *quien no ha quedado afuera* (18% de los votos), incluido el brioso general Bussi (que también puede ser domado si se consolida el bipartidismo). Lamentablemente pareciera que este bipartidismo “acotado” lo será acotado solo por la derecha, dada la dispersión y primitivismo de la izquierda tradicional y el descalabro del PI. Bueno, si no hay izquierda, deberá haber búsqueda de una nueva sociedad en el interior de las fuerzas sociales y políticas populares.

En un sistema bipartidista quedan afuera solo las sectas. Quedan en cambio “adentro” los que saben combinar la amplitud para promover la racionalidad del sistema político al tiempo que introducen la necesidad de luchar por una sociedad socialista plural. Son dos tareas que es necesario realizar simultáneamente. ■

AÑO 5 - N° 17

DICIEMBRE DE 1987

POR UNA DEMOCRACIA EN EXPANSIÓN

Arturo Armada

LA EMBESTIDA UOMINISTA

Uno de los acontecimientos significativos producidos desde el cierre del número anterior fue la embestida de la flamante conducción de las “62 Organizaciones” (integrada por la UOM más ocho dirigentes fuertes de “Los 15”) contra la distribución de los principales cargos en la lista para la interna nacional del PJ.

Lorenzo y sus aliados, ex integrantes del gobierno alfonsinista hasta poco después del 6 de septiembre, recordaron que, según la tradición peronista, le correspondía a las “62” decidir quiénes integrarían la conducción del PJ (especialmente la vicepresidencia tercera y la secretaría gremial). Los nombres del renovador García y del ubaldinista Lingieri surgieron de la nueva alianza laboriosamente acordada entre “Los 25” —que acompañaron desde el comienzo la renovación del peronismo— y el bloque de los seguidores de Saúl, amén del pequeño grupo de “Los 20”, el de menor relevancia política en la actualidad.

La embestida fracasó. Por primera vez desde la muerte de Perón (que representaba por sí solo el partido político, *en el sentido de conducción* global de los diversos sectores orgánicos peronistas), el sector “político partidario” encabezado por Cañero resiste el embate de los peso pesados de la dirigencia gremial en una cuestión referida a la composición dirigenal del Partido Justicialista. Un cambio fundamental respecto de 1983 (el “Loro” fue el gran elector de la candidatura de Luder) y también de lo ocurrido entre ese año y 1985. El “uomine” y sus aliados Triaca, Cavalieri, Ibáñez, Rodríguez, Guillán, fueron derrotados en todas las internas y externas habidas desde el 83, hasta un punto que nadie hubiera soñado en 1976 o en 1982.

La consecuencia lógica de este proceso de recomposición dirigencial del peronismo era que los derrotados en las urnas debían replegarse, resignando sus ambiciones políticas. Pero no; en vistas de lo que puede ocurrir en 1989, el manejo interno del PJ pasa a ser vital para quienes acostumbran a tutearse con los poderosos de la Argentina, y ahí está su poder organizativo y financiero para sustentar las aspiraciones imprudentes. Y también la vieja historia de la confusión entre clase trabajadora, movimiento obrero organizado (o movimiento sindical) y dirigencia gremial, sobre la cual hemos insistido bastante desde el 83. Una discusión que remite invariablemente a la problemática movimiento-partido, con su subtema obvio de la partición en *ramas* del movimiento y su derecho al cuarto o al tercio en la distribución de cargos directivos del partido y de candidaturas legislativas, etcétera.

¿Vale la pena repetir el relato del uso hipócrita que se ha venido haciendo de la distribución por ramas en los años de preponderancia interna del neovandorismo? ¿De lo que ocurrió realmente en cada congreso justicialista, como los de 1983, de 1984 (Odeón), de 1985 (La Pampa), no solo con los procedimientos digitales sino también con la fementida distribución por ramas? Decididamente, no.

No sé muy bien si fórmulas como “partido de masas” o “partido movimientista” superan la dogmática polémica entre quienes levantan la idea de “movimiento” a toda costa y quienes optan por la construcción de un partido “moderno y democrático”. En cambio sé bien quiénes han hablado permanentemente de “movimiento” despreciando y vituperando (de palabra) “las canonjías electorales”, para abalanzarse ávidamente sobre ellas con el pretexto de las ramas; y también quiénes son y cómo se manejan los que apuestan a un partido profesionalizado de oficina y operador, de marketing y cosmética facial. No me gusta nada ese espectro “movimientista” que engloba desde Herminio y Licastro hasta Saadi y Miguel, pasando por Firmenich y Galimberti, el C. de Organización con sus “felices cumpleaños, Isabelita” o por Rousselot y sus audiovisuales doctrinarios. Tampoco simpatizo con el peronismo gerencial, odontológico y marketinero, que aspira a ser simplemente el recambio bipartidista del alfonsinismo, con un discurso teñido de mayor justicia social y crecimiento económico. Aunque si me lo ponen como *opción de fierro*, me quedo con estos porque: 1º) se puede discutir con ellos sin que te fajen; y 2º) se les puede disputar la conducción y la política por medio de elecciones libres; ambas cosas nada despreciables, como ocurre también con la “democracia formal” imperante, que no te desaparece, ni te mata, ni te amordaza. Pero de la democracia hablamos después.

Como sostienen hoy muchos compañeros en la renovación, hay que generar un peronismo definitivamente alternativo al radicalismo, confrontativo dentro de la democracia existente y partiendo de lo ya conquistado por el avance de la renovación en todo el país. Ese peronismo transformador está en construcción y solo puede surgir desde el seno de la corriente renovadora, apoyando a quienes se muestren decididos a mantener el nivel de no regreso a la situación interna de 1983/86.

El freno del embate de “Los 15” y el uominismo es un buen signo de esa decisión aunque por sí solo no garantice otras modificaciones futuras. Como tampoco lo garantizan ciertas figuras prominentes de la renovación. Menem, entre ellas.

MENEM, UNA CARICATURA DE SAPAG (MARIO)

Hace dos años un chusco se preguntaba: “¿Menem de La Rioja, el único que se juega entero?”, aludiendo a la abundosa publicidad de la lotería riojana. Hoy podríamos seguir esa tónica diciendo que la política de Menem es una lotería, no provincial, sino nacional e internacional. Todo vale en su discurso y ya ha marcado récords, no en los rallies que frecuenta (Córdoba, Punta del Este, Paraguay) sino en la práctica de la batidora libre (o licuadora política).

Es el único que se da el lujo de ser, al mismo tiempo, el mejor amigo peronista de Alfonsín y el mejor amigo argentino de Stroessner; de sostener en un acto (flanqueado por Licastro y Rousselot) que “el peronismo tiene diez millones de votos”, exageró, “pero *solo* tres millones de afiliados”, menospreció; de levantar una tradición peronista nacional-popular y regresar de Taiwan y Corea del Sur ensalzando sus modelos; de separarse y correr tras la farándula pero oponerse al divorcio vincular porque “atenta contra la unidad de la familia”; de estar con la defensa de los derechos humanos y coquetear abiertamente con los factores de poder (ver su libro *Menem, hacia el año 2000*, reportaje de G. Beliz); y así todo.

De cualquier manera, su política para adentro se basa en el viejo truco del reunte *con lo que sea*; ya en las internas del 86 demostró su disposición a conducir todo bicho que caminara contra Cafiero, viniera de donde viniera. Sus aliados bonaerenses perdieron la elección provincial pero ganaron en partidos clave y hoy manejan las intendencias, como Rousselot y Russo. Y, en el nivel nacional, el menemismo es la segunda fuerza dentro del peronismo, con aliados respetables como Busti en Entre Ríos.

La metodología de Menem en su búsqueda del liderazgo nacional, basada en la exasperación de la picaresca de los vaivenes, se asemeja a un despampanante collage ideológico-publicitario, componiendo con lazos heterogéneos su imagen de conductor a patillazos por los canales del golpe de efecto, guiado por la intuición oportunista. Si pretendiéramos simbolizar una síntesis actual del peronismo en su conjunto —a lo ancho del país— Menem sería su representación más cabal. Renovación, ortodoxia y renodoxia juntas; modernismo del operador asumido¹ y la computadora, pegados a caciquismo de poncho y patillas pero con el desprecio del playboy internacional; último modelo de aire acondicionado más tracción a sangre; punteros

1. En los primeros días de noviembre apareció una enorme y cuidadosa pintada (profesional) en un paredón de la avenida Lugones en Núñez, cerca de Parque Norte. Su novedoso texto decía: “Viva Menem y viva su *gran operador* Alberto Kohan!”. He aquí alguien que no teme asumir su papel con bombos y platillos.

y pequeños *fürhers* doctrinaristas mezclados con encuestas y publicidad. Perón, Alfonsín, Stroessner, Porfirio Robirosa y Maradona a un tiempo.²

Una mala síntesis, si es que se puede hablar de síntesis de todo eso. Porque termina en la caricatura. Menem ya no es la caricatura del sistema de conducción de Perón, actualizada en 1983; creo que hasta ha dejado de ser la caricatura de sí mismo; se está convirtiendo en la caricatura de Mario Sapag.

LAS EXAGERACIONES POSELECTORALES

Si hay algo que no cesa de asombrarme es la abundancia de significados que se les atribuyen a los últimos resultados electorales. No me refiero solamente a las explicaciones a posteriori de los derrotados o de los especialistas, que medran en los medios de comunicación masiva, sino también y en particular a las originadas en nuestro propio campo. Tras leer artículos y reportajes, con autores y entrevistados peronistas de distinto pelaje o estilo —incluidos los del N° 16 de *Unidos*— me siento obligado a rendir homenaje a la imaginación subtropical de que hacemos gala. Fértil inventiva, por cierto: comparando los resultados del 83 y el 87 constatamos que unos escasos puntos de aumento del porcentual peronista (del 40 al 41,4%) y unos cuantos más de decrecimiento del radicalismo (del 52% al 37,5%) pero *en el marco de un incremento* no de otras fuerzas populares sino de la UCeDé, tres partidos provinciales —dos de ellos filoprocesistas— y hasta de personajes de nula correspondencia con las propuestas peronistas (Corzo Gómez, Bussi), dan pie, sin embargo, a ambiciosas interpretaciones. Esos puntos de diferencia a favor generan lecturas según las cuales, por ejemplo, “el pueblo” o “las mayorías nacionales” se pronunciaron por definidas alternativas en materia de deuda externa; retomaron las viejas “sendas de la liberación nacional” o demostraron la existencia de “leyes inexorables de la historia”; incluso un diputado entrerriano rechaza la interpretación del “voto castigo” afirmando que produjeron “una explosión de la conciencia nacional”...

Está también ese rechazo de un lugar común poselectoral: que el 6 se produjo un *voto de castigo*. La herética opinión de que se hayan castigado los desaciertos

2. Para esta apología de Menem me fue útil un documento publicado por entregas en *El Informador Público* (octubre/noviembre de 1987). Paso a explicarme: el servicial pasquín dirigido por Iglesias Rouco publicó un trabajo monográfico, sin mención de autor, presentándolo como un documento reservado o secreto, la verdadera ideología esotérica de la renovación peronista. En fin, una especie de *Plan de Operaciones* de Mariano Moreno. Ese mamotreto, tan sagazmente descubierto por estos develadores de lo oculto, se parece como dos gotas de agua (y hasta lleva el mismo título) a un trabajo que escribimos con Mario Wainfeld y Horacio González: *Historia, contexto y perspectivas de la renovación peronista*. Se editó en sistema de multicopia y con tiraje reducido para el seminario de septiembre de 1986 organizado por *Unidos*. Es un escrito público y nada misterioso. La maniobra de *El Informador* parece tener una doble finalidad: 1°) aprovechar cualquier papel escrito a máquina para llenar sus páginas presentándolo como sospechoso de algo o como confidencial, aunque se trate de una monografía; 2°) ahorrarse el pago a los autores que, por supuesto, no aceptarían escribir en ese medio ni gratis ni cobrando.

gubernamentales es rechazada con repugnancia visceral y sagrada furia. Eso sí, con variaciones: la gama va desde quien la eleva a la categoría de “cultura del voto castigo”, rechazándola por carecer de prosapia histórica, hasta los que le atribuyen ser el producto de los “discursetes” de “idiotas” rendidos ante las evidencias (evidencias artificiosamente construidas por la perversa señorita Ideología); pasando por otros que le endilgan el carácter de invento del enemigo (alfonsinista, ese enemigo; sin embargo, recuerdo habérsela oído varias veces —antes del 6— al mismísimo Cafiero y a otros dirigentes peronistas). También está aquel más moderado y comprensivo que nos advierte: si la privilegiamos como principal explicación del fenómeno corre-mos el riesgo de “dejar al elector” en la zona de adictos al gobierno castigado.

Lo cierto es que se ganó en el distrito más importante del país y también en la mayor parte de los restantes porque se consiguió la mayoría relativa, no la absoluta (que está muy lejos en los porcentajes globales de todo el país).³ ¿Qué necesidad hay, entonces, de abultar las conclusiones? ¿Por qué rechazar de modo tan tajante una interpretación sencilla si no es absolutizada, si no contradice otras complementarias y si, sobre todo, no implica menosprecio de la soberanía popular ni de la voluntad de construir una alternativa a la política alfonsinista?

Todo lo del “voto castigo” sería discusión bizantina si no involucrara cuestiones más profundas que me parece útil debatir. Porque detrás de los abultamientos imaginarios y los ensañamientos está el problema de la justa valoración del sistema del voto igualitario, del juego de mayorías y minorías, sus características y sus significados. Más aún, creo que ahondando aparece la discusión sobre el valor y los límites de la democracia como sistema de legitimación política.

Desde 1983 en especial, una parte de la conciencia peronista sigue atragantada con la democracia electoral, porque el peronismo no ganó la presidencia ni la mayoría legislativa. A tal dificultad en la deglución no me animo a llamarla todavía de forma alguna, por no ofender a ningún compañero de los de buena fe.

No se trata de un componente “totalitario”; ni tampoco “autoritario”. Si lo denomino “fundamentalismo” se me enojan compañeros respetables como Fermín Chávez, un maestro de nuestra generación, quien afirma que el término es aplicable a los persas y a los árabes que. “como se sabe, fue introducido en la jerga periodística de hoy por los imperialismos de diverso pelo”.⁴ De ser así, en *Unidos* hace como cuatro años que venimos pecando de voceros de los imperialistas.

3. Para discutir mis propias conclusiones, que no vale la pena resumir aquí, véase “¡A vos no te fue tan bien, gordito!”, *Unidos*, N° 16, octubre de 1987.

4. En el artículo “Los felipillos del peronismo”, *El despertador*, N° 14, noviembre de 1987. Allí resume las tesis principales de tales felipillos sobre la cuestión movimiento-partido, algunas de las cuales compartimos y otras no. Ataca, además, la expresión “partido movimientista”, por sospechosa de olvidar a la “columna vertebral”; defiende su “esencialismo” (el de Fermín) que no debe confundirse con “fundamentalismo” y, entre otras cosas discutibles, sostiene que Perón estimaba que “lo más vertebrado de su frente social era el movimiento obrero, el cual operaba en nuestra historia como antisistema, en tanto el partido (que él aceptaba) era el pie que el sistema neocolonial ponía dentro del Movimiento”...

LOS PERONISTAS ATRAGANTADOS

Llamémosles, por gentileza, peronistas atragantados. Y aclaremos entonces que en la conciencia política de muchos de los nuestros hay un huesito atravesado desde 1983, el año de la mayoría electoral perdida; se trata de ese sospechoso asunto de la democracia electoral y representativa, que no solo está sin digerir, dada su posición en la garganta, sino que provoca algunas náuseas, causándonos trastornos fisiológicos. Claro que en esto, como en muchas otras cosas, los peronistas no somos demasiado originales. Desde hace siglos se esgrimen diferentes razones para impugnar los sistemas democráticos de mayorías electorales. Seré esquemático en la enumeración de las principales para luego examinar cuáles de ellas inciden con más fuerza en el peronismo.

Una de las mismas pone el acento en la “crítica del voto solitario”, el sufragio de un ser humano concreto, condicionado cotidianamente por su situación socioeconómica que, una vez cada dos años, se encuentra en la artificial, fugaz, posición de elegir una papeleta entre varias y, sin que nadie lo controle, meterla en un sobre que luego ya en público introducirá en una anodina urna. En ese acto todos, convertidos en ciudadanos esporádicos, quedamos igualados; pero solo por un momento, puesto que después volveremos a nuestro lugar en la vida real: unos como beneficiarios de aquellos condicionamientos socioeconómicos y los otros (la mayoría) como sus víctimas. Esta crítica puede denominarse “de izquierda”.

La crítica aristocrática, por el contrario, señala que es ridículo que una estadística gobierne los asuntos públicos, ya que vale igual el voto de un tonto que el de un sabio, el de un genio que el de un mediocre, el de un hombre honesto que el de un sinvergüenza o un criminal, el de un politizado que el de un indiferente que se decide en el cuarto oscuro, etcétera.

En tercer lugar (y este argumento pueden esgrimirlo tanto los primeros como los segundos) se advierte que entre el acto de elección y la tarea real que los elegidos realicen con la representación recibida, hay un abismo de mediaciones formales y concretas, de impedimentos y de traiciones que diluyen toda esperanza de cumplimiento cabal de los deseos políticos de los electores. Una crítica surgida de la experiencia misma de las democracias, tanto en Europa como en América. Aunque en nuestra experiencia argentina la verificación de esa constatación ha sido muchas veces breve, por las intervenciones militares en el gobierno. De todos modos, “votamos y votamos / y no hay solución / porque en el Parlamento / se teje la traición”, decía una marcha propuesta para la Juventud Peronista en 1964, escrita por un joven poeta, militante de la resistencia, preso Conintes, hoy radicado en Brasil.⁵ Pero la constatación no dejaba de ser una extrapolación similar a las que denunciábamos en liberales y marxistas. El gobierno de Illia se originó en

5. La alternativa era, por supuesto, la revolución. “Ya vienen los muchachos / de la revolución”, decía el comienzo de la marcha.

la proscripción del peronismo, representando la opción del 25% de los votantes. Ni el propio autor de la letra hubiera admitido que se le dijera que después de las elecciones del 46, o del 51, se votaba y en el Parlamento “se tejía la traición”. Es la tesis del “voto igual traición”.

Finalmente, un cuarto argumento desconfía de la relación entre juicio acertado y mayoría numérica. La mayoría, sostiene, no garantiza, necesariamente la elección correcta cada vez que los ciudadanos son consultados, incluso en los plebiscitos (como el del Beagle). Millones de personas pueden equivocarse al mismo tiempo, estar influidas por circunstancias anómalas, etc., y en cambio unos pocos pueden tener la evaluación correcta de los problemas y sus soluciones.

Todos estos argumentos, y algún otro que pueda diferenciarse por cierto matiz escéptico sobre la naturaleza del ser humano, me parecen atendibles; pero ninguno ofrece un mecanismo más idóneo para la elección de representantes, y gobernantes, si de eso se trata. En cambio, hay muchas maneras de corregir las desviaciones y las consecuencias negativas de erigir la igualitaria elección por mayoría en un mecanismo electoralista perverso y anquilosador.

Entre los peronistas operan muchas veces el primer cuestionamiento (el socioeconómico, el del hombre fuera de su condición habitual), y sobre todo el *tercero*, el que sospecha de la democracia formal como graciosa u obligada concesión del “sistema imperial de dependencia”. En cambio, el segundo y el cuarto solo eran habituales en los márgenes del justicialismo, en sus extremas; especialmente la inclinada al nacionalismo ultramontano, siempre elitista, y además fundamentalista, puesto que ideas y valores inamovibles deben imponerse a la realidad a toda costa, dado su origen no natural, ni social, ni histórico sino divino.

Pero claro: el peronismo era invencible en elecciones libres, siempre ganaba: de ahí la expresión rotunda de “el pueblo nunca se equivoca”, donde “pueblo” debe entenderse por *mayoría* (absoluta o relativa). Y entonces, tras el 30 de octubre del 83, empezaron los titubeos de unos cuantos que no eran para nada elitistas de derecha o de izquierda. La cuarta razón contra el sistema de mayorías electorales se vio cotejada por el corazón emotivo de parte de los peronistas. Hoy el problema se esfumó. Se ganó, de modo que los dubitativos dicen otra vez sin resquemores: “el pueblo nunca se equivoca...”. Incluso pueden dar muestras de espíritu renovador, sosteniendo: “en el 83 tampoco se equivocó porque aquella dirigencia no supo, etcétera...”. Pero si se examinan con algo de atención sus lecturas del triunfo, se verá que el huesito sigue en la garganta.

REITERACIONES SOBRE LA DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA

Los habitués de esta revista hemos insistido machaconamente en la necesidad de revalorizar y defender la democracia existente desde 1983, aun en el caso de considerarla, como tantos peronistas e izquierdistas, solamente “formal”; hemos

sostenido que lo formal, en este caso, era en ciertos aspectos concreto y vital. Vale decir que se trataba de una cuestión de supervivencia, no solo políticamente hablando... Tal la lección que extrajimos de siete años de dictadura procesista. No enumeraré todos los artículos y sus autores, pero lo vienen repitiendo desde 1983 en *Unidos* (y algunos antes, en *Visperas*), Chacho, Ferla, Palermo, Wainfeld, Horacio González, Ivancich, López, Lozano, en suma, todos los que tocamos el tema en algún momento. Me gusta particularmente esta cita: “En la Argentina, la democracia puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Como no amamos la muerte, la diferencia nos resulta sensible...”. Contundente y sin necesidad de agregados.

Democracia, sin aditamentos o con ellos (como “democracia con justicia social”) es una bandera mínima, vital e inmóvil que nos cohesiona, junto con el origen y la identidad peronista, la inspiración crítica y la vocación de transformar la sociedad. Pero reivindicar el valor de una democracia electoral no tiene por qué habilitarnos para la mistificación de los resultados electorales —gane o pierda el peronismo— atribuyéndoles el bloque de nuestras convicciones y propuestas.

Respetar los resultados electorales no solo significa rechazar la tentación de las rupturas (golpistas, insurreccionales o foquistas) o del todonadismo, sino también ponderar su justo valor de instrumento en el mecanismo institucional de lucha por el poder político estatal. Estimar su justo valor significa no extraer de un crecimiento numérico relativas conclusiones que solo pueden ser extraídas de la galera de Mandrake quien, en realidad, no trabaja hoy —como sostienen los colectiveros— ni nunca (es rentista y supernumerario de la patria financiera).

Ahora bien, ¿qué pasa con los que tienen sueldos de hambre, jubilaciones de aniquilamiento; con los desocupados, con los marginados y sin techo, con los chicos abandonados, con los enfermos sin atención posible? ¿Les bastará con esta democracia que les permite, teóricamente, leer, escribir, opinar, presentar hábeas corpus, ejercitar derechos básicos? ¿Con esta democracia que amenaza convertirse en bipartidismo inmovilista, donde los dos grandes partidos juegan el mismo juego, con piezas de distinto color pero en el que no parecen estar en condiciones de enfrentarse con los poderes fácticos (si es que se lo plantean)?

DEMOCRACIA EXPANSIVA FRENTE A DEMOCRACIA RESTRINGIDA

Un ideólogo cuyo nombre no recuerdo en este momento (no era Canalejas) sostenía que la democracia era la penetración de lo *generado* en lo *construido*. Los sistemas políticos antidemocráticos se esfuerzan por taponar y encubrir lo que surge de las masas populares, lo que se genera en los microespacios de la comunidad, en las organizaciones intermedias, en los grupos de solidaridad con objetivos únicos y parciales. En cambio, la perspectiva democrática pretende garantizar formalmente la penetración de lo que va surgiendo, de lo que se crea o recrea, en lo ya construido, en lo institucionalizado; de las influencias de abajo en las construcciones de arriba, para que

no exista ni escisión ni ruptura entre el derecho de la comunidad y el derecho de su organización superestructural.

Hasta ahora hemos vivido, con la experiencia del gobierno alfonsinista, la consolidación de un tipo de democracia, que podemos denominar *restringida* porque se limita exclusivamente —y solo en forma parcial— a los ámbitos de la educación, la producción artística e intelectual, las instituciones de la tripartición de poderes, la libre difusión de las opiniones (si se cuenta con medios para ello, por supuesto).

Una democracia auténtica, en cambio, exige la expansión dinámica de sus valores, de sus reglas de respeto a los derechos humanos y de regulación y solución de los conflictos hacia el seno de la sociedad civil pero también hacia todas las formas en que están organizadas la producción, la circulación y el consumo de bienes materiales. En tanto la democracia es un régimen donde rigen los valores y el derecho, no puede progresar, no puede expandirse, en un mundo dominado por la economía, si no se extiende precisamente a la economía el control participativo de la comunidad.

La pregunta clave es, por consiguiente: ¿se puede dar una organización democrática a la sociedad civil si se deja que grupos privados, en su mayor parte integrados a empresas supranacionales, dirijan la producción y se beneficien del Estado (mientras vociferan que en este —en su extensión y en su ineficiencia— radica el origen de los males que perjudican nuestra economía)? La democracia implica la preocupación por la sociedad como un todo. Pero la democracia “representativa”, la democracia exclusivamente política, entra en crisis porque pierde la credibilidad y, por ende, la adhesión, de las mayorías populares; porque permanece como idea rectora abstracta, sin encarnadura organizativa social. En cambio, para extenderse (y tal vez para sobrevivir como democracia política) debería ser una presencia concreta, a través de la participación vital de todas las actividades sociales.

La confusión en que incurre buena parte del pensamiento político generado en el peronismo y otras fuerzas nacionales es *oponer* la “democracia liberal” (o democracia “formal”) a otra democracia calificada como “social”. No solo no tienen por qué excluirse, sino que se trata de una misma democracia, aunque históricamente se comience exclusivamente por una o por otra. La democracia requiere expansión y esta no tiene una sola dirección. Además, ninguna de las fuerzas políticas mayoritarias existentes en la Argentina de hoy monopoliza el patrimonio de una forma u otra de democracia en estado puro y tampoco las representa por sí misma.

¿Quién puede afirmar sensatamente que el heteróclito conglomerado denominado “peronismo” garantiza en sí y por sí solo —ni por su composición sociopolítica ni por su dirigencia— la voluntad y la capacidad de transformar la democracia “formal” en democracia “social”? ¿Quién puede negar que entre los no menos heterogéneos componentes de la UCR y del PI existan elementos humanos, intenciones y proyectos imprescindibles para la conformación de un polo de poder que garantice el tránsito de la restricción a la expansión democrática? ¿O se

puede enfrentar a los poderosos externos e internos con el solo aval electoral del 42% de los votos argentinos?

Las grandes tareas no son para los pueblos “chicos”, no bastará con un peronismo circunstancialmente mayoritario. Es preciso reconstruir un nuevo bloque político y social, con alianzas que no se agoten en el frentismo tradicional. No basta con afirmar “esto es más que un frente meramente electoralista”. Tampoco con las “coincidencias programáticas”.

Los ejes de alianza deben superar tanto el economicismo como el pragmatismo de patas cortas; tiene que apuntar a raíces más profundas, apelando a las motivaciones simbólicas que dieron vitalidad a la tradición nacional y popular, reinterpretadas de modo de abandonar el lastre de sus sedimentaciones cristalizadas, de sus ritualizaciones estériles.

PACTO, ¿PARA QUÉ?

Desde una perspectiva como la enunciada muy esquemáticamente sobre el carácter del bloque sociopolítico a construir, el pacto que el gobierno radical, convaleciente del shock setembrino, está promoviendo, debe ser tomado como un intento a destiempo del contrato democrático que no se plasmó en 1984 —aunque no solo por culpa del alfonsinismo—.

Es algo tarde para una Moncloa criolla, ya intentada con el Acta del 19 de abril. La segunda alternativa, un pacto social como el de 1973, no puede realizarse con los criterios que orientan la política económica de Sourrouille, que sigue en pie y acaba de ser fuertemente avalado por el presidente.

Un pacto social apoyado en planes económicos que hacen de la disminución del salario real y la recesión las variables del ajuste permanentes, no puede ser aceptado por el peronismo. Solo podría salvar esta dificultad un programa económico bianual de transición hasta las próximas elecciones presidenciales. Y con esa base, un acuerdo de partidos dispuestos a respetar las reglas de juego de la democracia hasta sus últimas consecuencias, sin copiar el pacto de la Moncloa, salvo en la interpretación cabal de su espíritu: sentar a una mesa desde la derecha posfranquista hasta el Partido Comunista, para comprometerse a defender un sistema de disputa del poder político. Fuera de ese espíritu de autodefensa frente a las amenazas de la corporación militarista, todo lo demás (circunstancias históricas, sujetos pactantes, necesidades perentorias, inserción en el mercado mundial, nivel de desarrollo industrial) varía completamente.

La constante es la vigencia del avance militar. La realización de la XVII Conferencia de Ejércitos Americanos es otro hito que nos recuerda que el cumplimiento de nuestras esperanzas de transformación social no será fácil. El peligro que los antiguos señores de la guerra interna avizoran en sus horizontes operativos ya no son primordialmente los de la lucha armada y el terrorismo.

Ahora también se incluyen el “gramscismo” y la teología de la liberación “como medios de dominio de la cultura, la información y la educación por parte la subversión”. ¿Estarán preparados los futuros combatientes paramilitares para enfrentarse con armamento teórico a tales enemigos, o recurrirán meramente a sus medios tradicionales de lucha?

Los próximos años nos darán la respuesta... ■

AÑO 5 - N° 18

ABRIL DE 1988

LIBERALES, NEOLIBERALES Y NACIONAL-POPULARES

Alcira Argumedo

El resultado de las elecciones del 6 de septiembre ha colocado el debate político argentino en una aceleración sin retorno. Saldado en gran parte el pleito con los sectores que emergieron como conducción del Movimiento al finalizar la dictadura militar, el peronismo renovador triunfante se encuentra obligado a implementar políticas y mostrar su eficiencia en los marcos provinciales, al tiempo que se prepara para dar la batalla por la elección presidencial. Esta nueva situación lo saca de su anterior papel opositor a nivel nacional y, por lo tanto, de una relativamente cómoda posibilidad de expresar un discurso crítico y formular propuestas, sin que estas fueran directamente confrontadas con la realidad de las demandas sociales a las cuales pretende representar. Por otra parte, la derrota electoral, que anula las perspectivas de reelección del presidente Alfonsín —y golpea seriamente su liderazgo—, conmociona el espectro de líneas internas del radicalismo y coloca en la agenda de este partido la necesidad de encarar con mayor profundidad las alternativas que se dirimen en su interior.

Este reacomodamiento paulatino de fuerzas, concepciones e identidades políticas se viene procesando en un marco internacional signado por severas reformulaciones ideológicas. La ofensiva neoliberal alcanza importantes consensos en los países capitalistas del Norte, se asienta en un inédito despliegue de institutos de investigación, universidades, ideólogos, periodistas, académicos, políticos y medios de comunicación, con mística y vocación evangelizante, capaz de disputar la opinión pública de masas con propuestas remozadas, que superan largamente el atractivo del pensamiento conservador tradicional, iniciativa ideológico-cultural

que, desde fines de los años setenta y comienzos de los ochenta logra colocar en la defensiva a los sectores progresistas del campo occidental.

Tanto en Europa como en los Estados Unidos las concepciones neoliberales han hecho retroceder dentro del sentido común de los segmentos juveniles, en el movimiento universitario, entre intelectuales destacados y en significativas capas de la población en general, lineamientos que se manifestaron con creciente naturalidad a lo largo de los años sesenta y en la primera mitad de los setenta, cuando un marxismo predominantemente atemperado, académico, de tinte reivindicativo, convivía con la emergencia de nuevas propuestas libertarias sobre la vida y el amor, y con una decidida crítica a la sociedad de consumo, que hacían aceptar a las nuevas generaciones europeas las legítimas aspiraciones de libertad de sus antiguas colonias.

Allá por los años 1975/76, en los últimos estertores de lo que fuera la gran esperanza popular, los ecos ideológicos exteriores con mayor resonancia en nuestro país continuaban siendo el Marcuse del “hombre unidimensional”, duro crítico de la razón instrumental weberiana; el que pensaba en el futuro de liberación como patrimonio de los pueblos del Tercer Mundo y de los jóvenes intelectuales desligados de la enajenación propia de la sociedad opulenta. Era el Fanon que mostraba la astucia y la sabiduría de los condenados de la tierra, las formas sutiles y creativas de resistencia a la cultura del dominio. El Mao que denostaba al socialimperialismo, que colocaba la política al mando, que impulsaba descomunales experiencias de participación popular en la búsqueda de “otro” socialismo. Eran Paulo Freire, el cristianismo de “los que no tienen voz”, el orgullo reconstituido de la negritud, la dignidad vietnamita.

El espíritu de la época recogía los ecos de grandes luchas de masas, de reivindicación de los oprimidos, de compromiso junto a los desheredados, la indignación por la injusticia, de diversas utopías y experiencias justicieras. En el debate argentino imperante entonces entre las franjas culturalmente hegemónicas, entre peronistas e izquierdistas, academicistas o militantes, movimiento universitario, juventudes o partidos políticos, todo se discutía; lo que no estaba en duda era la legitimidad del protagonismo y las demandas populares, la reivindicación de las grandes mayorías, la necesidad de alcanzar una autonomía nacional efectiva, el valor de la soberanía económica y política, la justicia de resistir a la expoliación.

Incluso al finalizar la década de los setenta, mientras el silencio y el terror inundaban la Argentina, cuando la atomización de las fuerzas sociales y políticas era un dato cotidiano en nuestro país, en el escenario mundial la inercia de los primeros años de la década parecía favorecer las reivindicaciones tercermundistas. En noviembre de 1979 continuaban en Nicaragua los festejos por el reciente triunfo sandinista y un grupo de estudiantes ocupa la embajada norteamericana en Teherán, tomando a sus funcionarios como rehenes. El Diálogo Norte-Sur y el debate sobre economía y las comunicaciones estaban todavía en auge en el seno de los organismos internacionales. Margaret Thatcher había llegado al

gobierno de Inglaterra, pero nada hacía prever la drástica caída de la Comisión Trilateral cuyos postulados impulsaba el gobierno de Carter. Poco tiempo antes, André Glucksmann y los “nuevos filósofos” habían dado la patada inicial —al menos la de mayor resonancia pública— a la “crisis del marxismo” que se manifestaba en Europa y arrastraría aceleradamente al pensamiento académico y político hacia nuevos rumbos.

Sin embargo, estos y otros indicadores no parecían suficientes como para articular, en el lustro siguiente, el decisivo vuelco del pensamiento europeo hacia el liberalismo en sus distintas vertientes, mientras se consolidaba en los Estados Unidos el proyecto neoconservador de Reagan. En todo caso, y más allá de lo que se pensara o repensara sobre el peronismo y la vorágine que consumió la utopía, más allá del dolor y la consternación que turbaban nuestro análisis político, la debilidad de las corrientes fundamentales del liberalismo en el ámbito político-cultural argentino era, para nosotros, un hecho saldado, un lugar común.

Cuando en 1983 el debate político se reabre en la Argentina, el espíritu de época imperante en los países capitalistas desarrollados había cambiado sustantivamente. La revolución conservadora de Reagan marchaba vigorosa de la mano de Margaret Thatcher; las derechas europeas recomenzaban su ascenso luego de la marea socialdemócrata, mientras Mitterrand o Felipe se alejaban de sus propuestas iniciales ante la necesidad de reconvertir industrias, proteger mercados, afrontar los costos de desocupación estructural creciente, cerrar las fronteras a los inmigrantes y presionar conjuntamente con los líderes conservadores para que las naciones periféricas continuaran pagando puntualmente su deuda. En este contexto, la crítica desplegada por los sectores progresistas sobre los socialismos reales, la denuncia de los autoritarismos contenidos en el pensamiento de Marx, de Engels, de Lenin —que acompañarían la deslegitimación de “los grandes relatos”— también iba a arrasar con las simpatías por los movimientos de emancipación del Tercer Mundo y la múltiples manifestaciones del pensamiento tercermundista.

La crisis de los paradigmas de interpretación del mundo planteada en el escenario político y académico europeo se liga así intrínsecamente con las profundas transformaciones que se estaban operando al calor de la crisis mundial. La ruptura del equilibrio de poder estructurado al fin de la Segunda Guerra y los nuevos dilemas planteados por el desarrollo de la revolución científico-técnica van gestando un contexto incierto, de graves conmociones, de fuertes contrastes con la inercia de desarrollo económico sostenido y con la dinámica política internacional de las tres décadas anteriores.

El procesamiento de la crisis mundial iba a romper los sueños de crecimiento ilimitado y continuo, el optimismo acerca de que el sistema capitalista había logrado sortear las recesiones cíclicas, la confianza de una hegemonía que se expande, hostigada solo por problemas acotados. Evidencia, entre otros aspectos, la necesidad de estructurar democracias más restringidas y la aceptación de

costos sociales, planteando un retorno a situaciones de exclusión y a la disputa acerca de quiénes han de ser excluidos.

Dada una lógica de confrontación por establecer un nuevo equilibrio de poder mundial, donde lo que está en juego es el lugar que cada uno de los países centrales ha de ocupar en el futuro —y existen riesgos ciertos de sufrir una caída estrepitosa en su posición dentro del concierto mundial— es posible introducir en el sentido común de las masas la necesidad de eliminar ciertos planteos pertenecientes a períodos de bonanza: desde el Estado de bienestar hasta el pleno empleo, desde el cuestionamiento a la concentración del poder económico y político hasta las solidaridades con el Tercer Mundo y los desposeídos. Una nueva hegemonía restrictiva, derechizante, salvacionista, antiigualitaria puede comenzar su reinado. La profundidad de los cambios, los costos que deben afrontarse, comienzan a pesar en el mundo ideológico-cultural de Occidente. Es parte de la conciencia de que no se trata de una depresión cíclica o coyuntural; de que se está en presencia de una encrucijada orgánica, civilizatoria, estructural.

En la búsqueda de nuevos significantes e interpretaciones, capaces de reemplazar los esquematismos de los grandes relatos y los peligros autoritarios intrínsecos en ellos, el pensamiento progresista europeo habría de dar un vuelco altamente significativo. Los grandes relatos se refieren, en primer término, a la teoría marxista en sus diversas expresiones: al comienzo fue Lenin y más tarde el mismo Marx, acompañado de Engels, de Gramsci, de Rosa Luxemburgo. Crítica que emerge de las deformaciones de los socialismos realmente existentes, con sus Gulags, sus escritores perseguidos, las invasiones del Ejército Rojo; los estridentes contrastes entre la realidad y la utopía teórica terminan por desmontar el prestigio del marxismo en el pensamiento europeo continental, con una velocidad que no había conocido en crisis anteriores. La crítica se retrotrae también hacia Hegel y el romanticismo alemán, donde podían encontrarse las semillas del pensamiento autoritario en Marx; y junto a ello las concepciones integristas y religiosas de los Khomeini o los Khadafi, los marxismos o los nacionalismos populares del Tercer Mundo, empiezan a causar tanta incomodidad como antes habían producido los fascismos. De esta manera, al lado de los grandes relatos caían, con no menos contundencia, el conjunto de las concepciones y los liderazgos que convocan a las masas expoliadas de la periferia a la lucha por su autonomía y su dignidad.

La crisis de los paradigmas no significó, empero, la crisis de todos los paradigmas; se limita al desplazamiento del marxismo en todas sus manifestaciones y al desprecio explícito hacia las concepciones emergidas en el Tercer Mundo, sea por marxistas, por integristas o por populistas; todas ellas, por lo demás, sospechosas de fascismo. Como contracara, este proceso se acompaña de un resurgimiento del pensamiento liberal en sus dos matrices principales: la que deriva de la economía política clásica con sus raíces en Adam Smith y Ricardo y la versión jurídica-política originada en Locke y Montesquieu. Libertad, igualdad

y propiedad; los liberalismos se transforman en los grandes triunfadores de la nueva época.

Eliminados Marx y Hegel de la filosofía, Kant renace victorioso, rebosante de sabiduría y libertad; desplazados Gramsci o Marcuse, Max Weber se toma la venganza. Si de rigurosidad se trata, no es difícil mostrar las nítidas vinculaciones del pensamiento europeo que se autoproclama como posmarxista con la matriz político-jurídica liberal que, en el campo de las ciencias sociales, alcanza con Weber la más lúcida expresión en tanto intento sistemático de refutación del marxismo. Además, basta ver que casi los mismos intelectuales que hacia fines del sesenta levantaban al marxista Galvano Della Volpe, crítico del liberal Norberto Bobbio, ahora resucitan a los Bobbio, condenando por anacrónicos y autoritarios a los pobres Galvanos Della Volpe. Más vital y rozagante aún —modernizado en serio por los Von Hayek, los Milton Friedman o los Hernando de Soto—, el paradigma de la economía liberal clásica no solo ha logrado eludir la crisis, sino que se muestra especialmente agresivo y arrasador.

Los grandes relatos han muerto, el tercermundismo irracional ha muerto; viva la modernidad de ciudadanos virtuosos, propietarios y tipos ideales. Individuos y parcialidades, ya no más clases sociales; en todo caso grupos de intereses específicos y diversificados; subjetividades críticas y reivindicación de “lo privado” como recogimiento individual y familiar pero, sobre todo, como propiedad. Los sujetos colectivos de los grandes relatos de liberación están perimidos; solo es bien visto reivindicar los nuevos movimientos sociales —femeninos, ecologistas, homosexuales, juveniles, de amas de casa—, sin duda válidos en sí mismos, pero a condición de que funcionen como formas participativas limitadas, que no cuestionen un poder crecientemente centralizador y excluyente.

Al mismo tiempo, las fronteras blancas se cierran en la Europa de la desocupación estructural, del Estado de bienestar decadente, de la reconversión tecnológica, de la lucha por los espacios en el nuevo equilibrio de poder mundial que se está disputando. Cada cosa en su lugar; los negros al África, los árabes al Magreb, los hindúes a la India; basta de gente de color.

En forma concomitante con la evaporación de las concepciones que reivindicaban a los sujetos colectivos subordinados, salen de Europa los inmigrantes del Tercer Mundo; volver a los lugares de origen y pagar la deuda. Una especie de “yanquis, go home” al revés. “El Tercer Mundo ya no está de moda aquí...”, comentará un personaje negro en *La decadencia del imperio americano*.

Al recuperarse la vida democrática, este ascenso de la hegemonía político-cultural del liberalismo tendrá fuerte influencia en una Argentina que, paradójicamente, se había “latinoamericanizado”, no solo por su crítica situación económico-social o por la emergencia de vastos sectores marginales sino, además, por la evidencia contundente del alineamiento político-militar durante la traumática guerra de las Malvinas. Sin embargo, la actividad política argentina presentaba

características propias como resultado de diez largos años de atomización, crisis y ruptura del debate; donde las dos fuerzas mayoritarias atraviesan procesos de fuertes desequilibrios en la tradicional conformación de sus identidades. El peronismo arrastraba las graves secuelas de la muerte del líder; del caos de su anterior gobierno; de los sangrientos antagonismos en la lucha por el poder dentro del Movimiento; de miles de cuadros muertos, desaparecidos, encarcelados o exiliados; de una seria degradación política que se manifestaba en un discurso esquizofrénico. Por lo demás, durante toda una primera etapa la disputa interna por la conducción parecía favorecer globalmente a los sectores más derechizantes, con la consecuente desmoralización de vastas capas de la militancia. A su vez, el radicalismo enfrenta el crecimiento aluvional que le otorga una contundente victoria, pasando de su histórico 23% a un 51% en los favores del electorado. Durante este proceso, incorpora en sus filas cuadros políticos e intelectuales provenientes de diversas experiencias ideológicas; situación que va a influir profundamente en un partido cuyos “intelectuales orgánicos” tradicionales tenían escaso peso relativo en el mundo ideológico argentino de los veinte años anteriores, luego de la debacle que significó la ruptura de la UCR en 1957 y la reversión de las posiciones originarias que Frondizi realizara durante su gobierno.

Como consecuencia de la conjunción de estos y otros factores, las identidades de las dos fuerzas más importantes del país estaban lejos de reflejar una clara decantación de sus concepciones ideológicas y de las diferencias entre sus corrientes internas; al tiempo que la magnitud de los cambios ocurridos en lo internacional imponían serias reformulaciones a las propuestas diseñadas diez años antes. En este contexto, luego de los iniciales momentos de transición, entran de lleno los liberalismos en el escenario político de los argentinos.

Más allá de sus puntos de contacto, de las raíces comunes alrededor de ciertos postulados básicos, el marco global del liberalismo contiene dos matrices teórico-políticas, dos grandes corrientes de pensamiento sustantivamente diferenciadas según el peso que otorgan respectivamente al sistema político o al mercado, como elementos constitutivos de las sociedades y su evolución. Obviamente, ninguna de estas dos matrices supone desarrollos unívocos; por el contrario, dentro de sus lineamientos esenciales contemplan múltiples vertientes con una apreciable agilidad para adecuarse a distintas coyunturas y con diversas contradicciones entre sí.

Sin pretender profundizar aquí en estas diferencias, cuyo despliegue histórico ha generado disímiles consecuencias económicas y políticas, es evidente que el liberalismo económico clásico *manchesteriano* conforma la base sustancial del actual *neoliberalismo conservador*, donde la sagrada dinámica del mercado libre, de la libertad del mercado justifica, llegado el caso, el cercenamiento de las libertades políticas; mientras las *corrientes liberal-modernizantes*, que se originan en la filosofía jurídica, mantienen la prioridad indiscutida de la representatividad política y las democracias parlamentarias. Lo cual da dos nociones distintas de *libertad*.

Es sabido que desde sus inicios el liberalismo debió enfrentarse, además, con los problemas del concepto de *igualdad*. Como bien lo sintetiza Hinkelammert:

La declaración universal de la igualdad humana jamás ha significado un universalismo nítido. Desde el comienzo se excluyen grupos humanos enteros de la igualdad. Todos los hombres son iguales, pero algunos hombres no son plenamente hombres, en consecuencia, la igualdad no se refiere a ellos. Hay varias formas de efectuar esta exclusión. La peor y más impactante es el racismo; razas humanas enteras son excluidas de la declaración de la igualdad... Así, el esclavizar se legitima más fácilmente por el racismo. Son esclavos porque no son verdaderamente hombres. Por lo tanto, la declaración de igualdad no se refiere a ellos. Ello explica por qué el racismo ideológico nació vinculado estrechamente con la declaración liberal de la igualdad... Siempre la igualdad es interpretada así: se la reconoce solamente para el grupo dominante en cuanto raza, clase, sexo, nacionalidad. No aparece, por lo tanto, la contradicción entre igualdad y esclavitud, explotación y dominación...¹

No podemos dejar de señalar que durante varios siglos y hasta una fecha tan cercana como los años 1960 el pensamiento liberal —tanto económico como jurídico-político— consideró plenamente legítimo su estatuto colonial, asentado en los fundamentos que ya Locke le otorgara con referencia a la esclavitud. Solo el díscolo Rousseau —dentro de las matrices que conciben al individuo pre-social y al contrato como constitutivo de las sociedades— elevó su voz para denunciar la esclavitud y señalar a la propiedad como “el origen de la desigualdad entre los hombres”. No por casualidad Rousseau es ignorado en las actuales corrientes liberal-modernizantes, mientras lo incorporaron creativamente, en los inicios del pensamiento nacional-popular latinoamericano, líderes como Mariano Moreno, Artigas, Bolívar o Martí.

Finalmente, el concepto de *propiedad privada individual* —considerada como derecho humano natural, como constituyente del hombre, como una de sus características ontológicas— unifica las dos matrices del liberalismo, oponiéndose a la visión democratista de Rousseau y a las corrientes nacional-populares latinoamericanas, quienes consideran que las formas de propiedad deben ser consecuencia de una decisión del pueblo soberano pues:

De cualquier manera que se efectúe esta adquisición, el derecho que tiene cada particular sobre sus bienes queda siempre subordinado al derecho de la comunidad sobre todos, sin lo cual no habría solidez en el vínculo social ni fuerza real en el ejercicio de la soberanía... ya que es manifiestamente contraria a la ley natural, cualquiera que sea la manera como se la define, el que un niño

1. Franz Hinkelammert, “Frente a la cultura de la post-modernidad” en *David y Goliath*, N° 20, Buenos Aires, CLACSO, septiembre de 1987.

mande a un anciano, que un imbécil conduzca a un sabio y que un puñado de gente rebose de superfluidades mientras la multitud hambrienta carezca de lo necesario...²

La propiedad en función social; las formas de propiedad definidas a partir de decisiones democráticas y soberanas para garantizar “la dicha de nuestros ciudadanos” —como expresara Bolívar—; las experiencias autogestionarias, cooperativas, comunitarias, de coestión social-estatal, son otras tantas opciones frente a la propiedad privada liberal o la concentración estatizante, para diseñar proyectos de sociedad más justos frente a la lógica depredatoria que el neoliberalismo ha impuesto en nuestras naciones.

La compleja y ambigua relación histórica entre liberalismo y democracia —largamente estudiada desde las más diversas perspectivas— da cuenta de que entre ambas no existe una identidad necesaria. Por ejemplo, en nuestro caso, José María Rosa ha recordado que la Constitución liberal de 1853 no menciona una sola vez la democracia. Empero, el neoliberalismo actual —luego de haberse beneficiado con las más aberrantes formas dictatoriales— parece querer apropiarse de manera excluyente del discurso democrático, centrado en el ataque al burocratismo y la presencia hipertrofiada del Estado: un elefante potencialmente autoritario, ofensor de las libertades privadas, peligroso agresor de los intereses individuales; ineficiente y agobiante. Este discurso antiestatista clama por la privatización de los sectores más dinámicos y rentables empresas públicas, cuyo accionar debería restringirse solo a aquellas franjas que se encuentran al margen de la codicia de los líderes schumpeterianos. Clama también por protecciones, contratos y favores para premiar el espíritu de empresa de los grandes grupos económicos y las corporaciones transnacionales.

Que ante la nacionalización de la banca peruana, un líder como Alan García haya sido entrampado en la alternativa “totalitarismo o democracia” gracias a la astucia y al talento de Vargas Llosa, en un país que sufre las brutales condiciones que ha generado el pago de la deuda; con la drástica polarización de recursos impuesta por los modelos neoliberales en América Latina desde la segunda mitad de los setenta; que se llene una plaza ante el peligro totalitario de Alan —que comienza nacionalizando la banca y terminará confiscando las cinco ristras de ajo de la vendedora ambulante, en un gesto de acoso a la sociedad de propietarios, según las falacias de Hernando de Soto— es algo que no debe dejar de preocuparnos. Como tampoco puede dejar de preocuparnos la creciente presencia del pensamiento neoliberal en las dos fuerzas mayoritarias argentinas. Y si Alfonsín ha pagado el costo de su liderazgo por considerar que solo es posible la “ilusión” del Plan Austral, nos preguntamos si también continuará la influencia de los Cavallos

2. Juan Jacobo Rousseau, “¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres: está ella autorizada por la ley natural?”, en *Obras Selectas*, Buenos Aires, Ateneo, 1959.

en el caso de que el peronismo logre constituir un frente de confluencia entre partidos de centroizquierda.

En esta medida, si ha de darse la batalla por un proyecto diferente al planteado por los grupos más concentrados de poder en nuestro país —que lograron insertarse en los intersticios abiertos por la concepción liberal modernizante, difundida en el alfonsinismo desde 1985—, se impone a las corrientes nacional-populares un debate en profundidad con los liberalismos en todos los niveles; desde los supuestos ontológicos hasta la deuda externa; desde los fundamentos sobre la conformación y la dinámica de las sociedades hasta la reconversión tecnológica; desde la interpretación de la historia hasta el diseño de políticas de vivienda o salud; los caminos de reinserción internacional de la Argentina y la integración latinoamericana; los modelos de democracia, la modernidad y los cambios de época, el problema de la propiedad, las formas de participación y decisión popular, la promoción de la educación y la cultura, las comunicaciones y la información, el papel del Estado. En síntesis, se trata de articular respuestas consistentes en los diversos temas que remiten a grandes concepciones del mundo, sin menospreciar la fuerza expansiva alcanzada por los liberalismos en la actual coyuntura histórica. ■

AÑO 5 - N° 18

ABRIL DE 1988

PARA UN LIBERALISMO DE LA EDAD

Horacio González

Uno puede olvidar un libro sin olvidar una de sus frases. Leíamos hace veinte años *Adén Arabia*, de Paul Nizan, cuya frase inicial decía, en tono autobiográfico, “tenía 20 años y nunca diré que es la edad más feliz de la vida”. Si alguien escribe esa oración puede descansar tranquilo si su libro es recordado por ella, por más que la memoria se niegue a ser generosa con el resto.

Teníamos 20 años hace veinte años. Quizás no hay tema más fastidioso y trágico que el que nos lleva a preguntarnos qué se hicieron, en el tiempo y en la historia que vivimos, esos veinte años. Cuando Max Weber pronunció sus conocidas conferencias de 1920 (¿fue ese año, o tal vez el anterior?... dejemos la cifra redonda que se adecua a nuestro propósito veinteañero), se dirigía a un auditorio

que tenía justamente la edad, o poco más, que Nizan no quería ver como la más feliz de la vida. Pintando un mundo en disgregación (la “noche polar” que se avecinaba) e imaginando que alguien, alguna vez, debería encontrar la fórmula para que las revoluciones no afectaran valores sin los cuales la propia revolución no tendría luego sentido, clausuraba su exposición con un interrogante severo, y si miramos bien, casi insoportable. “Quisiera saber en veinte años más qué va ser de ustedes...”.

Nadie debería dirigirse así a un público juvenil que espera grandes transformaciones sociales y actúa para favorecerlas, seguramente para apresurarlas. Weber decía que las estaciones del año (y allí hace la hermosa cita shakespeariana) aseguran un tiempo cíclico protector. Después del invierno sobreviene la primavera. Lo sabemos y nos sentimos reconfortados por ello. Pero la historia de nuestro tiempo, que son tiempos sombríos, aunque quizás todos lo sean,³ no admitiría la confianza del ciclo repetido, la idea de que cada momento nos lleva a otro posterior, ya prefijado.

Por eso siempre hay alguien que alerta sobre la fugacidad de las pasiones, el tiempo que nos cambia sin clemencia y la incógnita fundamental de nuestras vidas, el no saber qué fortuna nos espera a lo largo de los días. Ese tipo de predicador es odioso, pero quizá preferible a los que “diagraman”⁴ una eterna juventud para los sentimientos más generosos, ocultando que tanto ellos como esos sentimientos están sujetos a despiadadas variaciones. Sería mejor decir que los 20 años no son felices, antes que hacerlos una metáfora numeral de la entrega revolucionaria, luego disipada por un revés, menos político que biológico.

Sin embargo, entre nosotros las cosas son más complicadas (las cosas, en realidad, las elegimos como “más complicadas”, siempre que prefiramos el conocimiento íntimo que lleve a declararlas difíciles, pues conocer algo por haberlo vivido ya es un paso importante para que palpemos las dificultades del conocer). Son más complicadas porque muchos han muerto en sus 20 años. Y bajo el imperativo de una muerte política. Quiero recordar aquí a Manuel Belloni y a Diego Frondizi; y en ellos, a todos los demás.

3. Para Hannah Arendt estos tiempos que corren son sombríos. Para Borges, todo tiempo lo es. Para los movimientos populares argentinos hay una edad utópica y regocijante, el “reino del amor y la igualdad”. Pero en el peronismo, particularmente, hubo una noción de época inclemente después de la cual habría una “redención”. Así se expresaba Cooke en sus cartas de la resistencia a Juan Perón. En la resistencia francesa, en los años cuarenta, el poeta René Char pensó una situación de extrema felicidad en la lucha, y luego de condena infeliz, al saber que todo eso ya era un recuerdo inútil, un “tesoro perdido”.

4. Este término, “diagraman”, lo empleo por el poco fervor que me provoca, por lo menos si lo hacemos jugar para las relaciones políticas o entre personas envueltas en razonamientos políticos. Lo leo en Beatriz Sarlo, reportaje de *El Porteño*, enero de 1988, y me provoca una sensación de gran incomodidad. “Diagramo mi relación con este gobierno al igual que lo haría con cualquier otro”, dice, más o menos, la entrevistada. Diagramar, entonces, es haber expulsado cualquier dramatismo del pensamiento. Pensar sería solo acción estratégica.

De esta forma, muchos no tuvieron la chance de cambiar con una historia que cambiaba. Y los otros, los que no murieron, sin saberlo, murieron figuradamente con ellos, sin que por eso se hayan convertido en sobrevivientes. Inocentemente, viven. Son los que sufren en carne propia la drástica particularidad del tiempo: no se puede dejar de tener memoria, pero siempre hay algo de banal en el recuperador de memorias.

No hay nada más impresionante que saber que innumerables militantes cometieron actos definitivos, en un tiempo y en una atmósfera de valores que parecían fijados eternamente. Luego, esos valores se disipaban, las autocríticas y cambios de rumbo se hacían inevitables. Pero quedaba atrás, sin crítica posible, en su mudez irrecuperable y testimonial, el hecho realizado, el discurso profendido, los disparos de ametralladora contra un enemigo y la muerte, acaso, de algún otro.⁵

Hoy hay gente preocupada por la “aurora liberal” en las universidades. Dicho más precisamente, por el crecimiento universitario de un partido que en la Argentina siempre significó el muestrario completo de lo antipopular. Esta vez crece sobre el cráter de los fracasos políticos del 70, la quiebra del ciclo de “igualdad de oportunidades” para los sectores medios y la conversión de la ciudad de Buenos Aires en un amenazado bastión que se defiende apelando al elitismo conservador y eficientista y al escudo asustadizo de su juventud dorada.⁶

Sin embargo, podríamos realizar cierto juego de imaginar frente a ellos a ese orador alemán que decía que nadie debía quedarse tranquilo, que después del otoño podría no llegar el verano. Estamos en la Argentina en la que Lugones fue socialista y después fascista, en la que Rodolfo Walsh, José Luis Nell y Dardo Cabo fueron de un tipo de nacionalismo y marcharon hacia otro, en la que García Elorrio fue conservador y luego cristiano y revolucionario y... (aquí, es cierto, falta el gran ejemplo de algún liberal con pasaje dramático hacia otras posiciones, falta el reniego, la conversión, la dialéctica negativa de un humanista liberal transformado en “persona revolucionaria”... ¿Quizás el Che?).

Ni la coherencia es una virtud ni tampoco son virtuosos los cambios en un sentido siempre determinado por las vicisitudes de las formaciones del poder. Todos tienen su primavera sin que sepan qué vendrá después, aunque sí sepan que la primavera constante es la alevosa ilusión de los líricos que no conocen sus propias tortuosidades.

Hubo en la Argentina un grupo estudiantil que se ofreció como puente de plata para que pasaran los jóvenes militantes universitarios de la “izquierda abstracta” en

5. Es el tema de Sartre en *Las manos sucias*. Es el tema de la muerte, de Roque Dalton en El Salvador. Quienes lo fusilaron por “desviacionista” después asumieron posiciones del fusilado y se “autocriticaron”.

6. Para una evaluación del fenómeno, se puede leer el artículo de Alicia Lamas y Rafael Calviño en la revista *Fahrenheit 450*, N° 3, y el de Christian Ferrer Toro en *Cuadernos de la Comuna*, N° 8.

camino hacia los compromisos nacional-populares-revolucionarios.⁷ Hoy podríamos decir, viendo en su completitud ese recorrido, que era difícil tener 20 años. Porque allí no es posible recordar lo que de más feliz tiene esa edad.

Quizá todo se resuelva sabiendo, al mismo tiempo, cómo ser feliz en cada momento y cómo esperar los cambios que inevitablemente acontezcan. Quizá sea necesario cambiar en broma y seguir siendo el de antes en serio (o al revés), o quizá valga la pena desear que la primera floración política no ocurra con los 20 años de alguien ocupados por una revolución que luego proseguirá por el escalafón universitario, el de los partidos políticos o de los centros de asesoramiento científico. Y así, quizá sea más fácil aceptar que la edad no es una categoría revolucionaria.⁸

Y que si el liberalismo argentino es el nombre elegante que, entre nosotros, lleva el viejo sentimiento de acomodación de la clase propietaria que teme por sus risibles privilegios, quizás sea posible, en algún punto, y para otra cosa ser liberal. ¿No sería bueno un liberalismo de la edad? Ese, al parecer, es el único lugar donde deberíamos aplicar la incógnita de no saber qué pasará con nosotros. De lo contrario, tendremos veinteañeros revolucionarios, “executives” de la política luego; o personas que al descubrir que la principal traición política no se realiza contra un partido, sino contra una edad, viven permanentemente infelices, como Nizan.

Seamos liberales de la edad. Quién sabe si los jóvenes conservadores de hoy, saben hacer lo que toda política debería contener como uno de sus resortes principales: negar una edad, saber perderla elegantemente. Sin mutaciones burocráticas, sino en la preservación de un tesoro inicial que relativiza lo que somos a los veinte años. Y así poder resguardarnos de no ser esos jóvenes que se preparaban para la única edad que les importaba, la edad del poder disputado con uñas y dientes en los círculos de hierro de la política. ■

7. Me refiero al grupo llamado FEN, de cuyos comienzos el autor de este artículo participara. Nada de malo hay en cambiar, pero quizás el haber hecho ese cambio como si fuera previsible y sin albergar dramas biográficos, es lo que más apena. Es posible ver con gran tristeza —si es que pensamos en toda una generación de militantes— todo lo que hoy hacen las personas que participaron de dicho grupo estudiantil y que ahora siguen activas en política. (Aunque seguramente habrá excepciones). Al respecto, hay también reflexiones no carentes de interés, y que asustan por su intrincado descarnamiento, como las que ahora hace el entonces dirigente rosarino Eduardo Cevallo, luego ministro de gobierno de Vernet y hoy diputado nacional. Pueden leerse en dos curiosos engendros editoriales, un libro llamado *Sexo y peronismo* —cuyo autor se apellida Acosta— y un artículo o desgrabación del propio Cevallo, en un fascículo llamado *Apertura*, editado también en Rosario. Llama la atención y sobre todo entristece, el uso que Cevallo hace de la expresión “la generación”, es decir, los que hicieron el mismo y tortuoso recorrido jesuítico hacia la política profesional.

8. O que la juventud es la ideología de la libertad biológica, que la biología puede derrotar, convirtiéndola en “experiencia”.

LOS DESAFÍOS DEL PERONISMO

Carlos “Chacho” Álvarez

La elección interna del 9 de julio parece ya muy lejana en el tiempo. La propia dinámica política y la necesidad de reacomodamiento atenuaron los presupuestos negativos urdidos antes de la contienda electoral. El ejemplo más nítido lo daban algunos compañeros de la renovación que explicaban lo ventajoso de la decisión adversa, mezcla confusa de resignación, oportunismo y autocrítica. Ya contábamos en el peronismo con antecedentes de “festejos” íntimos y no tan íntimos después de padecimientos y derrotas. En octubre de 1983 muchos habían suspirado aliviados luego de transpirar el seguimiento y el conteo de los votos. Debe haber pocos ejemplos en la historia política que atestigüen la esquizofrenia de trabajar activamente por una opción, y después del resultado explicar las ventajas de que los adversarios tuviesen el favor de la mayoría.

Más allá de lo subjetivo, lo cierto es que después del 9 de julio la conformación del poder interno del peronismo cambió sustancialmente. Un liderazgo casi aluvional dio por tierra con la hegemonía orgánica surgida luego de la victoria del 6 de septiembre de 1987. La diferencia de votos, que la matemática pura demostraba poco apreciable, cedió ante el impacto de lo inesperado, y fundamentalmente por haber sido derrotada la casi monopólica estructura orgánica que ostentaba el cafierismo. Gobernadores, presidentes de distrito, mayoría abrumadora de legisladores nacionales y provinciales denunciaban un aparato que se demostró excesivamente burocrático y haragán a la hora de jugar la suerte de la fórmula renovadora. Esta fue, quizás, una de las causas por la cual la nueva situación fue asumida con cierta tranquilidad por la mayor parte de la dirigencia, mientras que el grueso de la militancia percibía lo acontecido como retroceso táctico, más que como quiebre de una puesta definitiva respecto de las posibilidades transformadoras del peronismo.

A la renovación le había faltado pasión. Algún sucedáneo más noble de la mística de una década atrás. Se requería de un salto menos brusco y pragmático entre el militante heroico de la entrega total y el nuevo modelo de funcionario enamorado de los atributos formales del poder. En el mismo sentido, fracasó la operación de vincular con fidelidad la historia como memoria transgresora, y el desafío de actualización que reclamaba la existencia de una sociedad distinta. El agriorramiento empezaba a ser tan impiadoso que se iba comiendo los rasgos más fuertes de la identidad. Los nuevos términos de la política desalojaban la mejor historia de lucha y las viejas consignas pretendían ser suplantadas solo por la astucia

publicitaria. El necesario equilibrio entre lo permanente y lo actualizable se fue descompensando hacia un realismo divorciado de los sectores populares y se fue quedando prisionero cada vez más absoluto de las formas. Las marcas del peronismo solo se hacían más nítidas cuando Cafiero apelaba a una suerte de melancolía histórica que tampoco alcanzaba para resolver la cuestión de la identidad, y al mismo tiempo evidenciaba la dificultad para hacer contemporánea la epopeya de combates y realizaciones. Las limitaciones para asociar una nueva cultura política a la necesidad creciente de identificación cultural y reparación social que demandan los sectores más castigados por la crisis, abrió una brecha que fue ocupada por la “brillantez” y a veces frivolidad de algunos de los principales dirigentes renovadores, más dispuestos al show que a prepararse con honestidad y transparencia para transitar un problemático, pero impostergable, camino de transformación.

Aun reconociendo los límites y las desviaciones de la renovación, la candidatura de Cafiero significaba la posibilidad de entablar, con reglas de juego claras, el debate y la lucha por el significado y las responsabilidades que afronta el peronismo en esta etapa crítica por la que atraviesa la Argentina. Vista como proceso inacabado, la renovación era también un territorio a construir, heterogéneo y contradictorio tal cual lo habían demostrado las designaciones de los hombres que cubrieron los principales cargos en la provincia de Buenos Aires.

Después de la elección del 6 de septiembre la renovación tendió a cerrar un sistema, que comenzaba a parecerse demasiado al fracasado poder alfonsinista, en el que la radicalidad y la dureza tenían que ver más con la conservación y ampliación del espacio político que con la lealtad a un proyecto de cambio. En este sentido, el jacobinismo observado en algunos comportamientos diferenciales no obedecía al compromiso de luchar contra la dependencia y los privilegios, sino a la vocación de hegemonizar decisiones que iban confluyendo o mimetizándose cada vez más con la fracasada gestión radical. Se iba confirmando una idea de clase política y partido que no era fácilmente aceptada por la mayoría de los afiliados muy apegados a la tradición, especialmente en el interior del país, donde la renovación era un proceso mucho más difuso. La ausencia de debate ideológico y pragmático impidió vincular las señas de identidad con una puesta al día de las respuestas que demanda la actual situación de quiebre y encrucijada histórica. Ante este vacío, era casi inexorable que avanzaran las posiciones más posibilistas. Esto fue apuntado en innumerables ocasiones y, a pesar de no ser escuchados, sabíamos que el “combate” contra esas concepciones y prácticas neoliberales que iban a la zaga del derrumbe alfonsinista era estimulado por la dinámica que le imprimía el propio Cafiero a la conducción. Este estilo, por acción o por omisión, posibilitaba un procesamiento no traumático de las tensiones y oposiciones que, por una parte, son inherentes al peronismo, y por otra son aún más comprensibles en una etapa compleja que no admite soluciones esquemáticas ni verdades definitivas. Era posible concebir un camino de acumulación interna capaz

de coexistir con otras visiones que, si bien podían ser predominantes, parecían condenadas a recorrer el sendero del fracaso anticipado por la tecnocracia radical. Esto se evidenciaba aún más en el plano económico, donde lejos de percibirse un proyecto alternativo, tampoco era observable una voluntad política de recusar más frontalmente la asociación entre los planes de ajustes regresivos indicados por los organismos financieros internacionales y los grupos dominantes de la economía. La ausencia de un perfil confrontativo en ese terreno funcionó como el símbolo y la base argumental más sólida de las limitaciones para expresar el sentido y la necesidad de diferenciación que reclamaba el voto mayoritario del 6 de septiembre de 1987 en todo el ámbito nacional. La apuesta a la gobernabilidad y lo sistémico, en el preciso momento en que el avance de la crisis exigía respuestas diferenciadoras, fue encerrando a la renovación en un corset de intereses y juegos políticos que la fueron divorciando de las expectativas y urgencias populares.

La ausencia de una propuesta económica distintiva, el modelo de dirigente funcional-entornista, similar al de la Coordinadora radical, y la conformación de un partido que intentaba superar la noción de movimiento desde una práctica de máquina electoral, sin vocación para vincular de una manera distinta lo político y lo social, denunciaban un sistema que se iba “ablandando” frente a la posibilidad de llegar al gobierno, sin percibir que el momento coincidía con el vertiginoso avance de una crisis que reclamaba un inexcusable espíritu confrontativo.

Desde estas limitaciones, la apuesta a la transformación dependía, por una parte, de la voluntad política del propio Cafiero, y por otra de la tozudez de las circunstancias que impiden estabilizar un modelo que no dé cuenta de los tiempos y las necesidades sociales de la gente.

Las dificultades de la coyuntura y el carácter orgánico de la crisis juegan un papel cuestionador fundamental para aquellas políticas que pretendan sobrevolar los antagonismos y los conflictos que cruzan la sociedad.

Dejando de lado los errores tácticos y los resquemores hacia la renovación (en cuanto opción excesivamente complaciente con el sistema de privilegios que el radicalismo se demostró incapaz de enfrentar), no es fácil demostrar, o por lo menos existen pocas evidencias de que los ganadores de la interna del 9 de julio llenan los espacios vacíos y despejan definitivamente aquellas sospechas. Ahora, las dudas están menos puestas en el avance neoliberal sobre el Movimiento que sobre la capacidad del nuevo liderazgo para ordenar y conducir, primero el dispositivo interno del peronismo y luego las contradicciones y los conflictos que día a día se agudizan en la sociedad. Esto quiere decir que a mayor grado de crisis, desestructuración y heterogeneidad económica y social se necesita mayor cohesión y unidad de proyecto en la fuerza política que se plantea capaz de atisbar otros caminos de resolución a la crisis. Decimos que la victoria de Menem ha desplazado el eje de las preocupaciones porque el sistema de conducción ha sufrido un fuerte efecto de centramiento distinto al renovador, más abierto y menos unipersonal.

También se ha modificado el “lugar” desde donde aparece construida la legitimidad. Si la renovación, aún portadora del voto popular peronista, parecía obedecer al clima cultural que protagonizan los sectores medios, el menemismo arranca de un territorio cultural distinto. “Asciende” desde los estratos más humildes y la esperanza que se irradia desde allí, emparentada a los fenómenos de religiosidad popular, relativiza el discurso y las acciones del candidato, por lo menos en esos sectores.

La figura de Menem circula por una avenida distinta a la que transita el grueso de la clase política, por eso no es juzgado con la misma lógica que se utiliza para elogiar o criticar las acciones de cualquier otro dirigente. Difícilmente un aspirante a conducir la suerte del peronismo pueda crecer tomando como referencia el modelo Menem. Por el contrario, seguramente esté más cerca de tropezarse con el ridículo que con el favor popular.

El gobernador riojano conectó e interpretó situaciones y modalidades muy arraigadas en la cultura popular, con la singularidad y virtud de no potenciar el gorilismo que anida en importantes franjas de las capas medias respecto a esos fenómenos. Esto se vio reflejado en su comportamiento en los medios de comunicación masivos, especialmente en la televisión. Aquí Menem fue más un gran animador que un invitado político. No venía “desde afuera” sino que aparecía como un personaje del medio y sobre todo, protagonizando los espacios con más consenso entre los sectores populares. Desde los programas humorísticos —que son los que más rating tienen en el país— y desde el menemóvil logró achicar la distancia entre el sistema político y la crisis socio-económica, otorgándole a la relación con la gente un sentido de profundidad y de afecto, ausente en la comunicación y en los estilos políticos predominantes.

Este vínculo de identificación es el que hace “perdonables” o imperceptibles para la mayoría las omisiones y las ambigüedades discursivas, en tanto su credibilidad, sobre todo en el peronismo, trasciende el repertorio de signos y decisiones hasta no hace mucho tiempo hegemónicos. La pérdida de credibilidad y la brusca decadencia del discurso como constitutivo de la realidad también abrieron paso a la conformación de un liderazgo transgresor en relación a los políticos peronistas que habían crecido en base a la imagen prolija y al uso medido y preciso del lenguaje.

La sensación de caída es tan agobiante que la palabra política solo se inscribe en los juegos de poder de los especialistas, perdiendo eficacia para revertir o atenuar la tentación de la gente a desoír y a descreer de las posibilidades de la política como instrumento de reparación de injusticias y desigualdades.

Es muy difícil comprender el liderazgo de Menem divorciado del fracaso alfonsinista, de los vacíos dejados por la renovación y de la aceleración vertiginosa de la crisis. En el mismo sentido y a diferencia de la renovación como proceso más descifrable y predecible, la figura de Menem parece tironeada entre visiones y apuestas casi extremas. Por un lado, el carisma del candidato fuerza el sueño de muchos compañeros de recuperar un liderazgo totalizador, un nuevo hombre del

destino, sediento de historia y dispuesto a cabalgar las fuerzas profundas, aquellas que reniegan de toda interpretación racionalista y de los intereses corporativos de la partidocracia. Desde la orilla opuesta, y casi secretamente, se trasmite la sensación de fragilidad entre quienes se niegan a aceptar fácilmente que el azar y la arbitrariedad también son componentes esenciales de la política.

La diversidad interpretativa no tiene que ver solamente con la incapacidad o la miopía de quienes pretenden aproximarse al fenómeno, sino también por el zigzagueante itinerario que se impuso al candidato. Menem fue la imagen antisistema para llegar a ser el candidato peronista e inmediatamente se colocó como garante y custodio de los intereses de los factores de poder para asegurar el triunfo electoral. Entre aquella figura plebiscitada y aluvional que representa lo excluido y lo movimientista, y el candidato que seduce auditorios patronales a partir de decirles lo que quieren escuchar, se despliega un territorio de incertezas, que impide reconocer las jugadas del candidato como meras astucias tácticas o como maniobras de distracción y ocultamiento del verdadero plan transformador. Precisamente, si las exigencias hacia el candidato muchas veces transgreden la lógica que preside toda confrontación electoral, se debe a la necesidad de contar con ciertas seguridades de cuál va a ser la propuesta para enfrentar la crisis desde una perspectiva distinta a la ensayada por el radicalismo.

Por otra parte, el pragmatismo dominante hace que ninguna interpretación sea suficiente para reorientar la práctica política. Más allá de las dudas, la tarea continúa siendo escalar posiciones, callarse las disconformidades y congraciarse con la nueva estructura de poder, en tanto se coincide en que la suerte del peronismo se juega colectivamente en esta nueva oportunidad de volver al gobierno. Un oficialismo obsecuente amenaza con clausurar el debate que la renovación había posibilitado. Y contradictoriamente, ese oficialismo se desarrolla en un clima interno contagiado de dudas, lo que no hace otra cosa que afirmar esa sensación. El peronismo necesita mostrar visiones con matices capaces de coexistir y de ser sintetizadas por una conducción que no solo planee sobre el conjunto, sino que sea capaz de desarrollar un perfil activo que marque con claridad la dirección de la marcha. Una cosa es convalidar la imagen popular sobre el padrón interno del justicialismo fortaleciendo la visión mítica y redentora, propia de un líder de los sectores más humildes, y otra distinta es compulsar en una campaña electoral que va a ser muy dura, plagada de golpes bajos e impregnada de una permanente y cotidiana provocación verbal, ajena a la sabiduría de una figura como la de Menem que trabaja mejor la proximidad con la gente que el manejo del discurso.

Va a ser necesario entonces que el peronismo active sus diferentes perfiles sin por ello aparecer contradictorio o ingobernable. Esto quiere decir producir la síntesis entre una figura carismática y una organización más colectiva que la renovación debe recrear. La agregación de fuerzas y el enriquecimiento de la identidad debe ser planteado, no como pugna de poder interno, sino una posibilidad de

ampliar el espacio de representación político y social. Lo nuevo sería en el peronismo que las contradicciones, que por otra parte siempre van a existir, puedan autoadministrarse y ser potenciadoras del conjunto, superando el efecto disruptor que tuvieron en el pasado.

Si, como parece aceptarse, el triunfo de Menem fue también el triunfo del Movimiento como espacio político-social sobre el partido-oferta como mero instrumento electoral, esto implica la necesidad de diferenciar líneas internas que posibiliten masificar la política, devolverle protagonismo a la sociedad y representar la diversidad, organizando las demandas que recorren todo el cuerpo social. Ninguna concepción movimientista puede reconstruirse desde el reclamo verticalista de la disciplina y el acatamiento a los cuerpos orgánicos, sino a partir de potenciar, desde las distintas perspectivas internas, una estrategia capaz de plantearse como verdadera opción de poder, para que la noción de Movimiento no sea la repetición retórica de una entidad abstracta, debe reintroducir la cuestión del poder como elemento central del modelo de democracia que se plantea, recrear e innovar las formas de concebir y de hacer política, ampliando las fronteras de la lucha interna y restituyendo lo social en lo político. Esto es lo que marcaría si el liderazgo de Menem ha trastocado verdaderamente la cultura política del pragmatismo y el mero posicionamiento individual, haciendo reingresar lo reprimido a la arena política.

El peronismo necesita ser más que la expectativa sobre la capacidad de su candidato y la carrera dirigencial para situarse bajo su sombra o intentando ocupar los lugares protagónicos en el próximo gobierno. Necesita contar con alternativas internas que promuevan una identidad colectiva y otra manera de colocarse frente a los desafíos que se afrontan. El desdibujamiento de la renovación después de la derrota puso de manifiesto la fragilidad de su proyecto y la contradicción que corroe la conciencia de sus principales dirigentes tironeados entre las situaciones personales y las obligaciones del peronismo, lo que les impide pensar la Argentina desde sus necesidades colectivas.

Se debe comprender que Menem también será lo que sean y lo que hagan los distintos sectores del peronismo, y esto reclama homogeneizar propuestas que identifiquen una convocatoria basada en ideas con capacidad de discutir e incidir en el seno del peronismo y también contener a los sectores reacios a acompañar esta nueva oportunidad. No se trata de aferrarse a la continuidad del espacio renovador sino de recrear una figura política distinta capaz de cruzar y asociar sectores renovadores con compañeros que sostuvieron la fórmula ganadora, en tanto lo trascendente no es el empecinamiento de conservar la tradición renovadora, sino de construir una opción interna diferenciada, que pueda incentivar el debate interno y propiciar nuevas formas de participación y compromiso político.

Aceptada la democracia interna por el conjunto del peronismo e incorporada a su patrimonio ineludible para la elección de sus dirigentes, ahora comienza la batalla fundamental, que significa demostrar si se está en condiciones de proponer un

camino de salida a la crisis por el lado del crecimiento, la autonomía y la distribución equitativa de las oportunidades, de la riqueza y del poder.

Un planteo alternativo al radical, que se proponga recomponer el campo nacional y dé cuenta de políticas sociales vinculadas a la democratización de la economía y a la distribución del poder, necesita inexorablemente salir del modelo de ajuste, como mecanismo de subordinación a los planes de reconversión del capitalismo a escala mundial. Este desafío le es inherente al peronismo, independientemente de su sistema de poder interno y las características de su conducción. Significa prepararse a enfrentar importantes niveles de conflictos impuestos por la modalidad especulativa y prebendaria de los sectores que hoy dominan la economía argentina. Esto requiere un diagnóstico que parta de reconocer la no neutralidad de la crisis definiendo cuáles son los sectores que, al contrario de empobrecerse, se benefician con ella.

Se exige primero determinaciones políticas, no meramente técnicas. La decisión sobre quién está en capacidad de liderar un proceso de acumulación económica y cuál es el sistema de alianzas sociales aptas para sostenerlo, es una decisión que le corresponde al poder político y que necesita estar asociada a la correlación de fuerzas que imperan en la sociedad.

Si el carisma de Menem solo juega como reemplazo al agotado de Alfonsín, insistiendo que la crisis tiene que ver con un problema técnico y por lo tanto la solución es atributo de los expertos (que en lugar de ser tecnócratas ahora son empresarios exitosos), se renuncia de movida a la formación de nuevas coaliciones de fuerzas que puedan apuntalar una alternativa al estado de empobrecimiento y estancamiento económico. En este sentido, la puesta en juego de valores y concepciones acerca del bien común y la justicia social que el peronismo continúa sosteniendo, implica afrontar la situación desde una perspectiva sustancialmente diferente, y para esto no va a ser indistinta la forma de concebir y de situarse en esta coyuntura política.

Pensar en un tipo de transición distinta y otro camino para consolidar la democracia requiere generar las condiciones de política económica que permitan una negociación desde una mayor fortaleza con los grupos que crecieron al calor de la dictadura militar y se consolidaron a partir de la debilidad del gobierno radical. Esta acción reclama una discusión acerca del poder y, como consecuencia, volver a pensar la política también como relación de fuerzas y no solamente como una pluralidad administrable desde un poder neutral. Solo de esta manera los sectores populares pueden autolimitar sus demandas, en tanto perciban que un gobierno popular permanece identificado con sus intereses y es capaz de enfrentar a los sectores privilegiados.

Sería mágica la pretensión de gobernar pensando que pueden ser satisfechas simétricamente todas las demandas y al mismo tiempo colocar al país en el sendero del crecimiento. Los fracasos de esta apuesta están a la vista y no se trata solamente de errores de implementación o de la incapacidad para poner de acuerdo a los factores de la producción. Tienen que ver con la decisión política

de favorecer precisamente a quienes más réditos le han sacado a la crisis, partiendo de institucionalizar la cultura de la especulación y la corrupción como base de la concentración de poder.

No es una novedad afirmar que el actual modelo socio-económico está fundando dos Argentinas. La primera establece una alta calidad de vida para ocho o nueve millones de argentinos que son los que pueden colgarse del último vagón de la tercera revolución industrial. Es cerca del 30% de la población que se apodera del 70% del ingreso nacional. La otra Argentina, habitada por la mayoría, queda en los bordes o en la periferia de la modernización. Es la variable de ajuste o el precio que se paga para conseguir un lugar en la nueva división internacional del trabajo. Este fue el modelo del capitalismo asociado brasileño, donde desde 1940 y 1986 el producto per cápita creció 4,84 veces en tanto el salario mínimo real cayó espantosamente en 50,5%. Los niveles de crecimiento chocan con la creciente desigualdad social y las prioridades de la producción se dictan desde una distribución brutalmente regresiva del ingreso.

En nuestro país, los crujidos de este intento comenzaron a escucharse el “viernes negro” de septiembre, cuando la represión de la huelga y la movilización no parecen marcar un hecho circunstancial sino el desemboque inexorable de la Argentina rota. Es que la recesión y el ajuste permanente sobre la vida de los sectores populares son inescindibles del contenido autoritario y violento que comienza a cruzar por los distintos espacios sociales de la comunidad.

Un gobierno peronista enfrenta el desafío de construir los puentes entre esas dos Argentinas y esto implica una gigantesca tarea en lo político, económico y sobre todo en lo cultural, como trama de reconstitución de la identidad nacional.

La posibilidad de llegar al gobierno no es parte entonces de una alternancia consolidada, como ocurre en las naciones desarrolladas en las cuales los políticos pueden trazar sus planes personales independientemente de la suerte que corra la administración, sino de una situación de descomposición y escepticismo que comienza a poner en peligro la propia estabilidad de la democracia. Tomar conciencia de la magnitud de la crisis exige plantearse tareas de recomposición nacional y social que llevan a reformular la modalidad de relación entre las estrategias partidarias y las situaciones que se padecen en la base de la sociedad.

Si el peronismo no es capaz de establecer una articulación distinta entre lo político y lo social, la democracia terminará asociándose al orden establecido, injusto y represivo y, en consecuencia, el respeto por las reglas de juego ya no bastará. Su mantenimiento demandará mayores niveles de violencia, combinada con la habilidad o la fortuna de la clase dirigente para asimilar a la sociedad a un posibilismo que ajuste las necesidades populares a las limitaciones impuestas o heredadas.

Mantener la aspiración de integrar a la democracia a todos los sectores de una sociedad cada vez más compleja y empobrecida implica extender su horizonte temporal, recuperando la noción de proyecto como capacidad de concentrar fuerza

popular y explicitar con claridad en nombre de qué y para qué el pueblo trabaja y se sacrifica. Desde esta visión es que el peronismo juega su posibilidad de evidenciar su potencialidad y también luchar contra sus propios límites. Porque si por una parte el peronismo es la expresión de fuerzas sociales sin las cuales cualquier proyecto que se pretenda transformador es inviable, por otra, la dinámica que ponen en movimiento esas mismas fuerzas genera tensiones y conflictos en la sociedad que son muy difíciles de encuadrar y conducir. Estas tendencias tienden a agravarse cuando la explosión de la crisis se combina con una suerte de implosión de la conciencia y desarticulación del campo popular, dejando márgenes muy escasos para la reconstitución de un conglomerado de fuerzas capaces de sostener y canalizar productivamente esa conflictividad.

Desorden productivo, desinversión, estancamiento económico, cultura de la corrupción y divorcio entre la clase política y las expectativas más urgentes de la gente conforman un cuadro en el cual las defensas naturales del sistema comienzan a ser desbordadas por la enfermedad. En este sentido, la sensación de desorden e incertidumbre no obedece a las expresiones creativas que surgen en una democracia a construir, sino que son propios de una sociedad vieja, moribunda, bloqueada por mafias conservadoras. Esto se demuestra en el desacople y la disociación entre los ritmos vertiginosos que signan los cambios políticos y la inmutabilidad de las estructuras económicas, sociales y culturales que parecen sobrevivir indemnes a los saltos y a las bruscas variaciones que se exhiben en los ánimos y en las decisiones políticas de las mayorías.

De aquí que sea muy dificultoso pretender revertir este estado de cosas si no se está dispuesto a ejercer una muy firme voluntad política, sabiendo de antemano que esto significa reintroducir y aceptar una línea de conflicto que involucra un nivel de riesgo que es necesario afrontar. En sentido inverso, la aparente consolidación de la democracia a través del modelo neoliberal lleva aparejada la profundización de la fractura, el avance de las patologías sociales y el fermento de todo tipo de violencia, con su inexorable contrapartida de miedo y represión.

¿Qué es capaz de hacer la política frente a esta situación? Es una pregunta todavía mal respondida, en tanto la ausencia de recursos económicos y la subordinación respecto a los modelos sugeridos por los centros de poder internacionales parecen dejar sin oportunidades a una opción que redescubra el valor de la acción política como modificadora de la realidad.

La consolidación de las mentalidades conservadoras, el empobrecimiento de la política y su escaso valor como instrumento de cambio son parte de una operación del radicalismo destinada a colocar al justicialismo en una zona de riesgo y constituir a su candidato como la encarnadura de los fantasmas del pasado. Esta estrategia, alimentadora de la cultura del miedo y coherente con las alianzas sociales y el sentido del voto que se busca, tiende a encerrar al peronismo entre dos opciones excluyentes. La primera, defensiva, donde el peronismo intentaría demostrar que

es la garantía de que todo siga como está, pero con un cierto toque distribucionista difícil de explicar técnicamente. Es la figura de un candidato tranquilizador de los factores de poder, ambiguo y contradictorio, que en cambio de recrear la credibilidad en la política colabora a agudizar el desencanto. Esta supuesta necesidad de defenderse arrincona al peronismo junto a los sectores privilegiados, lo que tiene una incidencia negativa respecto al margen de acción que se pueda tener en caso de conquistar el gobierno. Ya sabemos que en la Argentina los discursos y las palabras corren en sentido inverso a los hechos y que en la política nunca se hace estrictamente lo que se dice. Pero es cierto también que este es uno de los fenómenos que más atentan contra la posibilidad de reconciliar a la dirigencia con el pueblo y por lo tanto debe ser revisado profundamente.

La otra opción es imponer la propia lógica y prefigurar el sentido de transformación que debe afirmar al peronismo como verdadera alternativa de poder. Significa manejar otra idea del “todos” jerarquizando y definiendo prioridades en un contexto de crisis, que no admite contener a ese “todos” que termina siendo un “todos” minoritario y privilegiado. Es decir, colocar las reglas de la discusión en base a considerar que puede existir un proyecto nacional y popular para enfrentar la crisis, distinto al neoliberal instrumentado por el radicalismo.

La confiabilidad no dependería entonces de rendir examen cotidiano frente a los sectores dominantes, sino de alimentar el sistema político con propuestas y medidas que den garantía participativa a los grupos sociales más damnificados por la situación económica. De hecho, se va a dar una fuerte polarización electoral. Sería importante que obedeciera a intereses reales, más que a juegos del lenguaje que descentran los verdaderos conflictos que se viven hoy en la sociedad. La campaña electoral tiene que posibilitar construir una mayoría social más expectante y movilizadora que asocie la prédica del peronismo a una auténtica voluntad transformadora. Sería potenciar el fuerte vínculo cultural que tiene Menem con los sectores populares con una opción y una nueva oportunidad histórica de reparación nacional y de consolidación de la democracia por la vía de la justicia social.

De no ser así la figura de Menem podría ser muy vulnerable, en tanto su carisma expuesto a un torneo de efectos publicitarios comenzaría a desgastarse por pelear en un terreno colocado por los adversarios. La riqueza del fenómeno Menem se juega en la decisión política de reintroducir la Argentina excluida y negra en los dominios del poder, sin alterar las reglas del juego democrático. Lo contrario es prestar su consenso entre los sectores más humildes para que los grupos dominantes continúen usufructuando de la crisis. En este tironeo de significados divergentes no solo se pone a prueba la capacidad del nuevo liderazgo sino también la tensión entre la potencia y los límites del propio peronismo.

En nuestro país, el ejercicio de la profecía o la prognosis se desarrolla por fuera de la política. Es más una especialidad de adivinadores que de estadistas, politólogos, o científicos sociales. Una vez alguien dijo que en la Argentina no se puede

prever ni el pasado. El exceso de análisis sesudos y erróneos, de justificaciones y de pavadas que hemos hecho durante estos cinco años de democracia deben ayudar a recrear una mayor humildad diagnosticadora y también a ser más cuidadosos, tanto con el escepticismo de la inteligencia como con el optimismo de la voluntad. Esto no quiere decir descomprometernos y rehuir la responsabilidad de decir lo que pensamos. Este ha sido el desafío más importante de esta publicación y el compromiso es continuar, sin especulaciones políticas ni internistas, discutiendo sin concesiones y sin preocuparnos como se lean nuestras reflexiones desde la lógica del poder, esté en manos de los adversarios o en las de nuestro propio movimiento. ■

AÑO 5 - N° 20

ABRIL DE 1989

OPTIMISMO DE LA VOLUNTAD

Carlos “Chacho” Álvarez

La historia con frecuencia empuja a los pueblos como la guerra empuja a los soldados. Somos a veces como esos contingentes de infantería obligados a salir de sus trincheras tanto por necesidad de atacar cuanto por la presión y el fuego de la propia retaguardia. Ya no hay escapatoria. Avanzar significa el triunfo o la derrota. Pero quedarse comporta ineludiblemente la muerte.

Rolando Concatti

ELOGIO DEL RIESGO

Es verdad que el peronismo ha sido históricamente un lugar incómodo para quienes pretenden cronometrar los avances y retrocesos de una fuerza popular. Fue dramático en la década del setenta cuando las certezas revolucionarias parecían ir ocupando todo su cuerpo. Y fue trágico cuando la corte del viejo General muerto se apropió del palacio.

Por esa historia cruzada de marcas antagónicas es absurdo ofertar al peronismo como el “partido del orden” o como receta para aliviar los nervios frente a un futuro impredecible. El propio Menem volvió a alterar, no sabemos todavía en qué sentido, el estilo de linealidad y predictibilidad que le había querido otorgar la línea más conservadora de la renovación.

Nadie puede desconocer hoy en la Argentina que la linealidad es reaccionaria. Que lo predecible es también el país inviable de la disgregación y la fractura social. Que la tan mentada racionalidad y realismo político es el mejor alimento de las voces más delirantes.

El amor alucinado por el posibilismo lleva a la “sociedad enferma”, y la defensa de una racionalidad tan pobre y economicista empuja a la búsqueda de lo sagrado. Si los pensamientos no hubieran sido tan mediocres o tan repetitivos de verdades cristalizadas o si la novedad de la democracia no se hubiera agotado en sí misma, quizá la realidad podría ser hoy más apasionante.

Acordemos entonces que decir peronismo es provocar una representación compleja y heterogénea, una fisura en los modelos preconstituidos, solo que esa fisura es distinta en 1945, en 1973 y en 1989. Lo permanente es que nunca fue tranquilizador de lo establecido ni mediador del conformismo, más allá de todos los intentos teóricos o políticos por terminar de encasillarlo casi definitivamente.

Es que hoy los que creen poseer sólidas creencias no son más que imitadores tardíos de las ideas “hegemónicas”. Por eso la chatura y el conservadurismo de quienes reflexionan y teorizan tan opacamente como los ministros o los responsables de la economía. La ausencia de audacia e imaginación para pensar la Argentina también contribuyó a los riesgos de lo impredecible.

No pueden ni deberían estar asustados con Menem quienes creyeron inocentemente que la transición democrática argentina podía tener como modelo de referencia la española. Deberían saber a esta altura de la historia argentina que salir del provincialismo cultural y romper con la supuesta cultura autoritaria del pueblo demanda algo más que la lectura de los teóricos europeos. ¿No fracasó acaso esta misma posición en la década del setenta, cuando los marxistas seducidos por las llamas revolucionarias intentaron colocar al peronismo en la matriz de la ciencia de la revolución, ignorando la singularidad y la originalidad y la propia impredecibilidad de Perón? Si a veces podemos culpar a la sociedad de su desapego por la memoria y por la experiencia, la observación también les cabe a aquellos que obstinadamente quieren ver a la Argentina como una prolongación menor del mundo desarrollado.

Es fantástico escuchar a pensadores del socialismo democrático explicar la necesidad de estabilizar la democracia por el camino de la derecha, amparados en la crisis de los paradigmas. Es imposible pensar desde el miedo, porque el miedo solo produce y reproduce la lógica de la reacción.

La discusión es otra, si se centra en la capacidad o no del peronismo para transformar la sociedad. Si se debate, sin demonizar, las posibilidades reales que tiene el peronismo para plantearle a la Argentina otra salida a la crisis que la que ofrecen los factores del poder.

Lo que vuelve a ser inevitable es que la discusión en torno a la transformación tenga como sujeto excluyente, como potencia y como límite, al peronismo. Y más

allá de las preferencias e identidades este es el hecho maldito, en tanto ninguna otra fuerza política ha conseguido desplazar esa virtualidad cuestionada.

Si la nueva estructuración del poder mundial y los procesos tecnológicos alumbran un nuevo cambio civilizatorio, en la periferia todo esto se vislumbra y se padece de un modo confuso y dramático. Los esclarecidos frente a esta encrucijada son los que nos dicen que aceptemos pasivamente colgarnos del pasamanos del último vagón de la tercera revolución industrial. Como si en algún período de la historia esta receta hubiera servido para encontrar el camino de la estabilidad y el progreso. Como si esta pudiera ser la fórmula para escaparle a los riesgos de la intolerancia y los excesos. Por el contrario, esta medicina muere neutralizada por sus mismos efectos secundarios.

Aceptemos en principio las dificultades y la crisis de identidad que atraviesan la mayoría de las fuerzas nacionales y populares en Latinoamérica que parece condenarnos al eterno diagnóstico o a la denuncia estéril. En este contexto desfavorable se inscriben los desafíos del peronismo, más allá de sus hegemonías internas y de la cualidad de su candidato, que no es una condición menor, pero que se relativiza en tanto ningún liderazgo ni ninguna línea interna significan mayor garantía de certeza y de transformación.

Nuestra posición hace una década proyectaba un horizonte de posibilidades que hoy no proyecta. Y tal horizonte se fundaba en los presupuestos de una voluntad que sufrió golpes decisivos. La comunidad de vida que se identificaba como Argentina y Latinoamérica fue incapaz de consolidarse como poder frente al poder. Hoy parece que invocar la voluntad de un pueblo es invocar una realidad imaginaria y por eso la ideología de la servidumbre parece convertirse en el único pensar posible.

Frente a esta opción, el riesgo es inevitable. Es el riesgo de la conjetura, del no saber definitivo, de la no existencia de un camino anticipado que descansa en la conciencia de algún iluminado.

Hay coincidencias sobre el poder acumulado por los enemigos de la Argentina y por sus proyectos, pero no existen de la misma manera hipótesis de trabajo sobre qué significa construir poder democrático y desde dónde y con qué fuerzas se puede enfrentar las actuales hegemonías económicas y sociales. Por eso la cercanía hacia el gobierno solo apoyada en intuiciones o en olfatos políticamente adiestrados parece insuficiente para comenzar a revertir una estructura de poder que comenzó a perfilarse allá por 1975 y que hoy emerge como excesivamente consolidada.

EL RESCATE DE LA ARGENTINA

La larga crisis económica, la ausencia de crecimiento y las disparadas inflacionarias crean un contexto de verosimilitud para el discurso y las propuestas neoliberales. Tanto es así, que el capitán ingeniero Alsogaray podría darse el lujo de

parafrasear a Perón diciendo que en la Argentina hay peronistas, radicales, conservadores, ¿y liberales?; liberales somos todos. Sería la contestación que revelaría el grado de penetración que tal pensamiento ha alcanzado en el propio corazón de los partidos mayoritarios.

Además, cuenta en nuestros días con una significativa ventaja: el debilitamiento de las interpretaciones políticas en clave de “antiimperialismo” a favor de un debate político dominado en gran medida por el tema de cómo recomponer el funcionamiento del capitalismo en el país.

En este terreno, la política solo es concebida como el establecimiento de las reglas de juego. Construye solo el piso de estabilidad, para que los factores de poder no saquen los pies fuera del plato. El achicamiento del espacio público mediante la transformación de las cuestiones políticas en asuntos técnicos deja a las fuerzas populares y específicamente al peronismo esclavo del saber tecnocrático-empresarial, en un momento que ese saber está empujando hacia soluciones socialmente cuestionadas.

Este razonamiento fue claramente expuesto por Domingo Cavallo que le atribuye a Menem solo cualidades basadas en la intuición política, mientras que él se reserva el terreno del saber. La política sería algo así como el arte de la intuición, no ya la capacidad de modificar conciencias y construir coaliciones sociales capaces de cambiar las relaciones de poder. Prima en el razonamiento de Cavallo un esquema “reaganiano”; el carisma del presidente abre el espacio del poder y la decisión a los que saben, aquel solo debe reservarse el papel de un buen comunicador social, el predicador político en la era de la iglesia electrónica.

Esta subordinación de la política a la técnica, en una época de crisis económica, termina inexorablemente por tragarse a los carismas, tal cual le pasó a Alfonsín, que cediendo a los conocimientos de la tecnocracia ayudó a consolidar el proceso de despolitización que inauguró la dictadura militar. En efecto, el bloqueo sistemático de la organización y la implementación de intereses colectivos definidos en el interior de la sociedad tiene como contrapartida el recorte sistemático de la acción política de las mayorías, lo que refuerza la hegemonía de los grupos que cuentan con mayores recursos de poder. De tal manera, este esquema lleva a exacerbar la autonomía de la política, el vaciamiento de las tradiciones populares y la ausencia de significados, de las experiencias sociales autogestionadas.

Si la política no contribuye a la articulación de los sujetos populares y se repliega hacia una concepción ingenua de la racionalidad técnica, difícilmente pueda revertirse la actual situación de desmovilización y repliegue del sentido común popular.

El peronismo no puede subestimar ni desconocer el énfasis que su propia historia y su misma base social colocan en las ideas decisivas de lucha entre portadores de intereses y valores incompatibles y de dominación como relación inestable de formas de sociabilidad, en un contexto de apropiación diferencial de recursos materiales y simbólicos escasos.

Si la actual crisis argentina fuese un episodio cíclico en el interior de un esquema de desarrollo que todavía gozase de buena salud, admitiría una buena dosis de soluciones sobre todo técnicas. Pero ocurre, como dice José Nun, que es una crisis del sistema mismo. Exige soluciones políticas que definan quiénes están en condiciones de liderar una salida y quiénes no. Por eso insistir en que se trata de un problema técnico y que las respuestas deben quedar en manos de los expertos es ya una solución política: implica plegarse al estado de cosas existentes, renunciar a la formación de nuevas coaliciones de fuerzas y suponer que los propios responsables y beneficiarios de la crisis serán quienes van a resolverla si se acierta con los incentivos adecuados.

Por eso, ante la posibilidad cierta de ser gobierno es preciso imponer como interrogante central la pregunta acerca de quiénes van a ser los protagonistas principales, los beneficiarios, los que establezcan los nimbos y definan los lineamientos a seguir.

Hay una tarea para el peronismo que sobrepasa la excitación de estar cerca de los resortes de la administración, y es la de definir otra modalidad para enfrentar el actual estado de cosas y para esto no alcanza con confiar en el dinamismo espontáneo ni en las demandas que anidan en su base social mayoritaria. Este razonamiento primario, que da cuenta de la discontinuidad entre los padecimientos de los más y los comportamientos dirigenciales, no lleva a otra cosa que apostar a “que sea lo que sea”, es decir a consagrar la imposibilidad de articular propuestas que tengan en su núcleo central la necesidad de asociar el desafío del crecimiento junto a los reclamos de justicia.

ENTRE EL PACTO Y EL PROYECTO

En nuestro país, la revalorización de los procedimientos e instituciones formales de la democracia no puede apoyarse en hábitos establecidos y en normas reconocidas por todos. No se trata de restaurar normas, sino de inventar reglas de juego constitutivas de la acción política. En este sentido, la transición exigía capacidad de acuerdos profundos entre las fuerzas populares y no la apuesta a la instauración de una nueva hegemonía. El radicalismo ensoberbecido por su triunfo electoral, el liderazgo de Alfonsín y la crisis del peronismo intentó, vía la fractura del peronismo, consolidarse como partido hegemónico. Su fracaso económico y la recuperación del peronismo cambiaron básicamente la situación política en el país.

Frente a la opción del poder, le toca al peronismo actualizar las líneas de unidad nacional, pacto social, desarrollo productivo y justicia social. Un primer eje de la discusión es cómo se compatibiliza la acumulación de fuerzas requeridas por la crisis, con sistema de partidos en el que la oposición apuesta al fracaso del gobierno para ser nuevamente alternativa. Es decir, cómo se articula el pacto de unidad nacional con el proyecto que remite básicamente a los contenidos. Hay que enfocar la resolución de la crisis como una decisión política. Y ello supone mecanismos institucionales para la elaboración de opciones y toma de decisiones.

Vale decir, no hay proyecto sin pacto político, en tanto la resolución de la crisis económica y la construcción del sistema democrático deben ser abordados como procesos simultáneos.

Sin subestimar el sistema de partidos, ni utilizar como los radicales el mecanismo de la cooptación personalizada o sectorial, el peronismo debería plantearse un modelo de gobierno compartido para salir de la perspectiva unilateral y plantear el gobierno como obra colectiva.

Queda así planteada una tarea central de la democratización: ¿cómo instituir lo colectivo en una sociedad que se caracteriza cada vez más por su profunda heterogeneidad estructural? La competencia entre partidos, tal cual se ejerce en las sociedades altamente estables, no puede operar como modelo de una democracia precaria y frágil. Esta es la diferencia que existe entre una concepción del partido concebido como mera máquina electoral, y una fuerza política capaz de recomponer el movimiento popular sintetizando y cruzando distintas tradiciones e identidades políticas y sociales.

Ampliar y desplazar los límites de lo posible tiene que ver básicamente con la capacidad de agregación de fuerzas y el poder de convocatoria para emprender una empresa común que, sin negar los particularismos, sea capaz de trazarse objetivos de conjunto. Por consiguiente hay que enfrentar la idea liberal de la democracia como mercado político, y esto no solamente tiene que ver con acción desplegada desde el Estado, sino básicamente de qué tipo de partido se tenga capacidad de construir. El vaciamiento de las instancias políticas partidarias a la hora de ser gobierno lleva inexorablemente a recortar los límites de la política y debilitar el sistema de mediaciones entre el espacio estatal y la sociedad.

Si se acuerda en la crisis del Estado y en su incapacidad inmediata de resumir y responder a las demandas del conjunto de la sociedad, deben ampliarse los espacios de producción y acción de la política, en tanto de lo que se trata es promover la organización, el protagonismo y las capacidades autogestionarias de la sociedad.

Ni la consolidación de la democracia, ni el endurecimiento frente a la crisis de la deuda, ni el freno a los grupos que se benefician con un capitalismo asistido pueden plantearse, si no se acuerdan distintos procedimientos que fortalezcan una estructura de poder democrático hoy inexistente.

Por eso el pacto político no debe ser concebido, como lo hacen los teóricos de las ciencias sociales, como un acuerdo sobre reglas exterior a los propios sujetos populares, sino al contrario, la capacidad de acordar debe ayudar a constituir nuevas identidades colectivas.

La democracia no se sostiene mediante un pacto entre sectores del peronismo y el radicalismo como transacción superestructural, tal cual lo demostraron los enormes baches que dejaba la ficción acuerdista entre la renovación y el alfonsinismo. Por otra parte, acuerdos donde priman más los intereses de la clase política que la necesidad de fortalecer una democracia que dé cuenta real de la crisis.

Por eso la lógica del compromiso y los contenidos de una convocatoria a la unidad nacional deben sustentarse en procedimientos absolutamente transparentes, capaces de incluir a la gente y de marcar las líneas maestras de un proyecto común.

Esta perspectiva es sustancial, en tanto pueda compatibilizar la prioridad otorgada a los procedimientos formales con la defensa de determinados contenidos, históricamente referidos a la superación de la injusticia, la desigualdad social y la dependencia.

Se trata en el fondo de redefinir el referente social de una mayoría no solamente electoral, o dicho de otro modo, de plantearse un proyecto de transformación social con el cual puedan identificarse las amplias mayorías.

ALGUNAS PREGUNTAS

No es posible hacer política eficazmente en la Argentina, si previamente no se ha reconocido lo que la sociedad conserva como continuidad y lo que abandonó, en tanto ruptura, pérdida o cambio de circunstancias históricas.

Una política desde el gobierno que aspire a la transformación debe ser capaz de plasmar en propuestas, prácticas sociales nuevas y organización, la manera particular de cómo la mayoría procesa sus experiencias de avances y retrocesos. Debe comprender y aceptar de qué manera una realidad conflictiva como la nuestra se inscribe en el sentido común.

En la actualidad, no existen discrepancias frente a la afirmación de que la sociedad argentina es diferente a la de la década del cincuenta y a la de la primera mitad de la del setenta. La Argentina actual sufrió una fractura histórica y una crisis de proyecto, en término de caducidad, inadecuación u obsolescencia. Esta situación se asocia a un contexto en el cual las cosmovisiones cerradas y finalistas han perdido vigencia; ningún sistema de ideas, ningún último factor explicativo puede afirmarse como verdad definitivamente probada, capaz de resistir los desmentidos de una realidad tozuda en su multiplicidad y en su complejidad irreductible.

Sin embargo, los vientos de la época y la proximidad del poder parecen habilitar los pensamientos innovadores solo desde un pragmatismo conservador. Se es moderno, actualizado y pragmático si se cede a la ofensiva neoliberal. Pocas parecen ser las originalidades desde el terreno y las experiencias populares, y pocos los dirigentes que ante la cercanía del palacio gubernamental están dispuestos a pensarlas.

La crisis aparece como unidimensional en sus causas y sus efectos y de lo que se trataría es de adecuarse a los discursos y a los estilos del mundo desarrollado, al mismo tiempo que la realidad se empecina en demostrar nuestras diferencias y nuestra distancia respecto a aquel mundo. Tal razonamiento es acompañado por una visión atomizadora del conocimiento y de la política. El necesario cuestionamiento de las totalizaciones es exagerado hasta el extremo del nihilismo: solo se admite la parcialidad, lo fugaz. La política se deshace de su

carga de sentido y es actuada como operatoria de mercado. El desprecio por lo doctrinario-ideológico, uno de los supuestos básicos sobre los que pivotea el pensamiento neoliberal, entraña el peligro de la pérdida de un horizonte común, generando una teoría empírica de la democracia que cree poder prescindir del componente comunitario y utópico. La democracia aparece como un sistema de competencia en el estilo que el liberalismo concibe el funcionamiento de la economía. Tal perspectiva logra a lo sumo, dar cuenta de la conducta de los distintos sectores, pero no puede fundamentar un orden colectivo.

A la inevitable pregunta de si el peronismo está preparado para gobernar desde un piso de sentido diferente y desde la voluntad y decisión política de poner en marcha otro proyecto, es difícil responder desde una afirmación sin reparos. Porque tampoco se trata de saber si está definitivamente preparado, como escuela previa de aprendizaje externo a la propia responsabilidad de gobernar en un contexto profundo de crisis.

Se le pide hoy al peronismo, desde algunos sectores, una suerte de confiabilidad o de vacuna contra el desorden, que en ninguna época de la historia argentina el peronismo pudo exhibir. Sigue siendo un espacio de lucha en el que continúan inscriptas las mejores tradiciones populares.

La perspectiva de ser gobierno acelera las evidencias respecto a sus posibilidades y también a sus limitaciones, a sus tironeos ideológicos y fundamentalmente al estilo y la capacidad política de quien tiene la mayor responsabilidad de conducir este proceso que se abre.

Entre la apuesta y las dudas, entre los riesgos y la esperanza, es muy fácil y sencillo en una Argentina cada vez más inasible y conflictiva auspiciar el fracaso, la inviabilidad, la imposibilidad de que el peronismo, en la situación en que se encuentra, pueda iniciar aquel camino distinto.

Pero he aquí la paradoja. Lo que se le pide al peronismo no se le puede exigir a ninguna otra fuerza política, por eso no queda más que estar o esperar el comportamiento del “gigante miope e invertebrado”. El reclamo de estabilidad democrática y transformación social queda abierto, porque tampoco todo depende de la voluntad de los hombres, sino también de las circunstancias.

No está el general Perón y no se cuenta con recursos económicos como para retomar en lo inmediato un camino redistribuidor. Por el otro lado, las crecientes expectativas de amplias capas de la población que espera el turno del gobierno peronista para comenzar a cambiar su suerte económica, para confirmar que el peronismo es el movimiento de los desfavorecidos sociales.

La segunda pregunta sería: ¿se puede hacer un gobierno popular con arraigo en las necesidades de la gente en una coyuntura dominada por la recesión y la crisis económica que los mismos economistas peronistas acuerdan como no fácil de revertir?

Una aproximación menos economicista a la respuesta debería comenzar planteando una estrategia destinada a ganar la confianza de la gente, sobre todo en el

sentimiento de que la crisis se padezca en forma más igualitaria, al contrario que en la actualidad, donde se sabe y se percibe que el radicalismo ha consolidado el sistema de privilegios heredado de la dictadura.

Si el peronismo elige el camino del “asalto al poder”, del sálvese quien pueda y el de la repartija feudalizada de los espacios estatales, es muy difícil comenzar a modificar el estado de desconfianza de la sociedad. Más aún cuando el voto a Menem de los sectores medios va a ser un voto débil, que necesita ser consolidado por el estilo y los contenidos de la gestión.

En este sentido, el paracaidismo, la arbitrariedad, el canibalismo interno y la sensación de que cada uno llega para iniciar su propio negocio desde el Estado, puede ser definitorio respecto a las características y la vocación que pueda presidir la gestión gubernamental. Porque previo a la percepción de la sociedad, que al conocer menos la lógica interna de los partidos es más tardía, está el clima propiamente interno que también define el marco de responsabilidad o la impunidad. O se recrea la austeridad y la mística que refiere un desafío tan trascendente o, por el contrario, este se toma como un momento más en el desarrollo de la vida política de un país que ha consolidado su régimen político y su estabilidad económica, y por lo tanto se puede permitir que cada cual haga su negocio político.

El primer punto de reencuentro entre la lógica estatal y la sociedad civil debe ser la transparencia en las decisiones y la lucha contra la corrupción. El peronismo, antes de asumir el gobierno, debería dar señales muy contundentes respecto a su coherencia en esta lucha. Significa imponerles a los propios dirigentes y cuadros la dimensión del reto que se enfrenta, para romper desde el propio gobierno la cultura del cortoplacismo y del sálvese quien pueda. La Argentina parece ser hoy un inmenso pasamano donde cada uno trata de aferrarse como puede y si es necesario haciendo caer al de al lado. Esta situación de cinismo y épica individualista solo puede comenzar a combatirse desde el espacio estatal, pues también desde allí se generaron y reprodujeron las mentalidades predominantes hoy en el país.

La resignación es una apuesta peligrosa. Depende de que el ajuste y la fragmentación no susciten rebeliones sociales, en tanto la capacidad de maniobra de la clase política pueda disimular y amortiguar la cada vez mayor sensación de ahogo. En este esquema la lógica estatal termina constituyéndose como sentido común, mientras que la sociedad disminuye sus expectativas de cambio.

De esta interpretación surge como fundamental la capacidad de anticipar otro estilo de gestión, que más allá de los nombres ministeriales tranquilizadores genere en la sociedad un efecto de reversión del escepticismo o un freno al desplazamiento cada vez más evidente de lo público a lo privado.

LO SOCIAL DE LO ECONÓMICO

La transición política conducida por el radicalismo no pudo superar el carácter coyuntural que, generalmente, tienen los gobiernos que administran una situación de pasaje de un régimen dictatorial a uno democrático.

La preocupación por las formas de estabilidad y la constitución de ciertas reglas para procesar los conflictos condicionaron las tareas ligadas más a salir de las amenazas de un retorno al pasado, que a trazar una estrategia de aproximación al futuro. Por otro lado, el alfonsinismo, a pesar de su barniz modernizador en sus primeros intentos movimientistas, se demostró incapaz de superar las limitaciones históricas del radicalismo, quedando atrapado en la red de intereses que fueron tejiendo los poderes heredados de la dictadura.

A partir de intentar actualizar un proyecto político colectivo se puede reconocer el carácter político de la desacumulación y la encrucijada económica en que se desenvuelve el país. Identificando esquemáticamente crisis del Estado, privatizaciones y economía exportadora, difícilmente se pueda lograr algo diferente a la gestión radical.

Debe existir un diagnóstico más serio y por otra parte real, que dé cuenta de las verdaderas causas de la quiebra del aparato estatal. Si en los últimos tres quinquenios el Estado redujo a cifras alarmantes el gasto social y las inversiones en infraestructura, ello fue en alguna medida la consecuencia de que el dinero se usó para apuntalar la acumulación privada.

La profundización de esta dinámica económica, el impacto del ajuste estructural sobre la política, genera un obstáculo singular en la transición y el interrogante de cómo lograr la consolidación de la democracia en un marco de tendencias recesivas. Estas contradicciones entre un modelo de acumulación de signo recesivo y reglas y procedimientos, entre la concentración del poder económico y competencia política, entre lobby y representación popular, como señala García Delgado, no han sido suficientemente discutidas por el peronismo.

Liberar al Estado del asedio a que lo someten los grupos más concentrados de la economía y privatizar el capitalismo deberían ser las líneas fundadoras de un pacto productivo y social, donde no solo se discuten coyunturalmente las políticas de precios y salarios, sino se acuerda un modelo diferente de acumulación. La continuidad del esquema actual profundiza la exclusión y la fragmentación social, lo que hace inviable el proyecto peronista que siempre ha intentado asociar crecimiento económico e integración social.

Por eso es inevitable que el peronismo tenga que proponer un pacto sustantivo, que politice cuestiones antes reservadas a los espacios técnicos, y donde la economía deja de funcionar como lógica independiente y determinante, y pueda subordinarse a la capacidad política de conducir y entrelazar un bloque de poder diferente.

Si existe esta predisposición se puede enfrentar los viejos temas del liberalismo que hoy se presentan en forma renovada: el ciudadano contra el Estado, la libertad en su exclusiva dimensión individual utilitarista, el antiestatismo junto a falacias de tipo privado-eficiente, estatal-ineficiente y la exclusiva resolución de los problemas nacionales por el mercado. Una ofensiva liberal en la que la privatización más que un elemento de política económica aparece como consigna central de una salida a la crisis, la clave de su superación. Si por el contrario, la decisión política es encontrar una modalidad de un ajuste positivo a las tesis centrales del neoliberalismo, la opción será el fracaso.

La acción del peronismo debería estar centrada en la tarea de reconciliar lo político y lo social, la identidad con el cambio, la libertad en sus dos legados, el individual y el colectivo, y una mayor confianza en la sociedad y en el pueblo para fortalecer la democracia con su presencia activa.

La disyuntiva es entonces la de una continuidad con mayor sensibilidad social o la de cambiar las relaciones de poder, de asegurar la inclusión al sistema de nuevos sujetos y valores, y defender la presencia argentina en el mundo desde una mayor autonomía.

Hoy la decadencia y las soluciones que se han intentado para revertirla han devenido en formas de atomización de la sociedad, donde la individualización es la única característica general. Dentro de esta concepción, que también amenaza la estabilidad, está planteada como meta principal la administración de la crisis. Las políticas de redistribución y bienestar no existen: son relegadas para un futuro lejano, que vendrá cuando el ajuste económico haya hecho estragos sociales irreparables. Es más importante, en esta forma de acercarse al problema, asegurar subsidios a los grupos privilegiados de la economía que incorporar a amplios sectores de la población a los beneficios de la economía formal. Con ello, la herencia histórica de injusticia, miseria y marginamiento se agudiza.

Un gobierno popular debe inexorablemente tender a conformar una mayoría social que protagonice y apunte los cambios graduales. En esa tensión entre pluralidad política y social y reclamo de proyecto colectivo se juega el tipo de democracia y de país que se quiere construir.

Es natural en esta etapa que desde los sectores populares se vea al Estado como el elemento activo hacia el cual se recurre para equilibrar el poder y comenzar a satisfacer las demandas postergadas. Esto es inevitable en un país tironeado por un fuerte proceso de fractura y disgregación social. Por eso a las funciones de arbitraje y control se le incorpora nuevamente al Estado, más allá de su crisis, la tarea de organización de la sociedad.

La concentración y descentralización supone entonces impulsar el surgimiento y consolidación de nuevos sujetos sociales, al amparo de nuevas actividades y procesos de autogestión comunitaria. En este camino habrá que auspiciar el desarrollo de formas autónomas de solución a los problemas,

vinculando de una manera más productiva y realizadora, estado y movimiento de la sociedad.

Sin demasiados eufemismos se puede caracterizar el momento actual como estratégico, tanto para la consolidación de la democracia como para iniciar un camino de despegue económico. El peronismo parece destinado a encontrarse con la historia argentina en coyunturas decisivas y nunca lo ha hecho en las mejores condiciones. Por eso es fundamental y decisivo el grado de responsabilidad de su dirigencia, las convicciones y la audacia de quienes tienen las mayores atribuciones de poder y también nuestro compromiso de confrontar y oponernos si se renuncia a gobernar de acuerdo a las expectativas populares. ■

AÑO 5 - N° 20ABRIL DE 1989

ENTRE EL RIESGO Y LA ESPERANZA

Mario Wainfeld

Croce era un maestro a la hora de liquidar los problemas clasificándolos de pseudo problemas y eso le permitía plantearse solo problemas para los que ya hubiera encontrado respuesta.
Humberto Eco, "Pirandello ridens"

Me cago en Croche.
Rodolfo Walsh, "Fotos"

Uno de los efectos secundarios de cualquier crisis es la obsesión que provoca, acompañada de las condignas depresión y sensación de impotencia. Así ocurre en la Argentina a inicios del 89. Rostros y diálogos callejeros retratan desánimo y crispación de una sociedad sin fe, sin esperanza y sin luz.

Tablada agrava el cuadro general de descreimiento y desmovilización. Las próximas elecciones solo galvanizan a militantes, dirigentes y prósperos encuestadores y publicitarios.

Son estas, acaso, las menos convocantes elecciones que recuerde nuestra generación.

LAS PROPUESTAS NOS CONDENAN

Las propuestas, los candidatos (nos) condenan a quienes hicieron política estos años. Tras años de internismo los partidos eligieron a sus líneas internas menos seductoras. Pienso que —dentro la pobreza y sin que eso significara diferencias brutales respecto de lo que hoy sucede— estas elecciones serían un avance mayor para el “campo popular”¹ si las internas hubieran sido hegemonizadas por la Renovación Peronista, las Coordinadoras de Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires, Humanismo y Liberación en la DC o el MAS en la IU. Esos alineamientos internos fueron animadores legítimos de la actual democracia y tienen más capacidad para reclutar independientes o convocar nuevos protagonistas a la política que quienes los vencieron en las internas. La coincidencia es llamativa porque Angeloz, Menem y la Renodoxia, el tradicionalismo democristiano, el aparato del PC fueron triunfadores en internas bien diferentes. Como que algunas las resolvieron los dirigentes (UCR) o (DC), otra los afiliados (PJ) y otra los adherentes (IU). Pero en todas se privilegiaron la tradición, las estructuras políticas y mentales más arraigadas.

¿Por qué perdieron los buenos? Primero porque son minoría. “Los transformadores”, “progres” o “de izquierda”, les guste o no, son minoría en el padrón nacional y en los padrones partidarios. Seguidamente hay que reconocer que los “buenos” no lo son tanto. No han sido suficientemente diferentes a aquellos con quienes compitieron (acá también hay diferencias obvias: algunos confrontaron más —Auyero— otros mucho menos: las Coordinadoras radicales). Respetaron mucho la lógica electoral interna y externa; actuaron en función de circunscripciones electorales, de calendarios obsesionantes. Fueron orgánicos en exceso. No potenciaron su fuerza articulando relaciones horizontales con sectores afines de otros partidos. Fueron apenas menos internistas que los ortodoxos de sus partidos. Además los “buenos” fueron ineficaces e inhábiles. Fue penosa la forma en que los “progres” radicales se tragaron la bala de Angeloz pensando que Cafiero ganaba. Ya se dijo en el anterior *Unidos* cuánto de soberbia y chapucería hubo en la derrota del caferismo en el PJ (impresión robustecida por los resultados internos post 9 de julio). También algo le falló a ese valioso cuadro que es Carlos Auyero quien consiguió (merced a la alianza con Cafiero) cargos electivos y de los otros, apoyo internacional y un espacio inédito para su minúsculo partido y no supo hacerlo valer en la interna.

1. Encomillo “campo popular” reconociendo la precariedad actual de la expresión. Generalmente se usa para denominar en block a un conjunto de fuerzas políticas (peronismo, radicalismo, PI, etc.). Es un simplismo y una enormidad porque esas fuerzas están recorridas —y en algunos tramos hegemonizadas— por cuadros y relaciones con el establishment más consolidado. Uno sugiere que “campo popular” alude a una alianza político-social entre sectores nacionales con intereses objetivos confluyentes. Actualmente esta alianza es virtual; carece de vertebración y casi de hegemonías. Cuando termino esta nota veo que en *El Porteño* de marzo, Luis Salinas formula un análisis bastante similar al precedente.

Los buenos no han (no hemos) sido tan buenos y han (hemos) sido bastante torpes. No construyeron mucho y lo poco lo defendieron mal. La pena es que los que ganaron no son mejores. Consolidan los límites de viejas fuerzas políticas insuficientes por sí para responder a la difícil realidad argentina. Esta “ratificación de identidad” satisface a algunos compañeros peronistas. Es —a mi ver— confesión de impotencia para cambiar, para adecuarse a las épocas, para convocar a nuevos sectores o generaciones. Para los peronistas el peronismo basta y sobra. Para los radicales ídem, etc. El problema es cómo se “peroniza” independientes como sucediera con nuestra generación allá por los setenta. O como hizo —para otros, con otro mensaje— el alfonsinismo en el 83. Para eso hay que cambiar, incorporar propuestas, adecuar lenguajes, proponer figuras nuevas. No se trata de ser “otro” como acusan los ortodoxos-inquisidores. Sí de mantenerse coherente frente a realidades que cambian. Adecuarse no es traicionarse.

No lo entienden así quienes hacen del folklore un ariete para ahuyentar extraños antes que un elemento para reclutarlos. Ese folklore es agresión. Es —al tiempo— coartada por la falta de diferenciaciones. Si quienes hacen política son similares en prácticas y propuestas es imprescindible que apelen a las camisetas para diferenciarse. Un economista peronista y uno radical suelen proponer lo mismo. Será cuestión de que el peronista añada a su verso liberal ciertos íconos: debe hablar de justicia social, columna vertebral y esas cosas. No estará del todo mal que diga cada siete u ocho frases que la única verdad es la realidad. El radical, a su vez, debe mencionar la democracia y la previsibilidad. Hecho esto, ya se sabe quién es quién y pueden ir juntos a comprar dólares a la city (algunos ya lo hacen). La mayor diferencia entre Jaroslavsky y Corzo no es la forma en que construyen su práctica, sus propuestas, es que uno habla bien de Alfonsín y mal de Menem y el otro viceversa. Si se les suprime eso, son casi idénticos.

Se dirá: es el juego de la democracia, partidos políticos de agregación e indiferenciados. “Rollos” de expertos en democracia que no se dan cuenta de que la nuestra no es una transición “tipo”. No lo es aquella que moja su espalda con sangre fresca de miles de desaparecidos; la que calienta su nuca con el aliento de genocidas que reclaman efemérides en su homenaje. La de los capitanes de la industria y de las FF. AA. La que carga con Gorriarán Merlo, Seineldín, Caridi y los “Machinea Boys”.

La Argentina precisa algo más que “sana” (léase desaprensiva) competencia entre partidos demasiado semejantes. Requiere acuerdos marco entre sectores sociales y políticos. Un acuerdo sobre democracia y gobernabilidad; un pacto social; un acuerdo entre todos los partidos respecto a la política militar. Reforma constitucional. Si de transiciones se trata sería bueno mirar (no copiar, sí comprender) el Punto Fijo venezolano, la Moncloa española, hasta el “Compromiso histórico” de los tanos.

Poco se ha hecho en ese rumbo. Los partidos fluctúan entre la lucha conventillera e impiadosa y el contubernio. Los acuerdos han sido secretos, solapados; más

parecidos a un arreglo entre mafiosos dividiendo zonas de influencia en Chicago que un pacto fundacional. Antes coartadas para proteger la corrupción conjunta que pacto sustantivo.

La facciosidad, la intransigencia de fuerzas políticas —no tan distintas entre sí— hace ingenuo y hasta utópico decir que nada sería más progresista para la política nuestra de hoy que un gobierno de coalición. Pero es así nomás, aunque suene muy lejano de esta campaña en que fuerzas populares destinan todo su esfuerzo a injuriarse y desahuciarse sin hablar jamás de los verdaderos dueños del poder, de los beneficiarios de la injusticia y la dependencia.

A OPTAR SE HA DICHO

Las próximas elecciones obligarán a optar entre peronismo y radicalismo tal y como hoy se muestran, aunque no nos guste del todo. No hay alternativa “por izquierda” a los dos grandes partidos. El desempeño de “la izquierda” ha sido penoso.

El PI regaló un caudal de más de un millón de votos con su torpe interna, su falta de propuesta y su capacidad de alejarse o acercarse al peronismo en los momentos menos oportunos. El MAS y el PC son fenómenos de elites y netamente puertocéntricos. Toda la izquierda carece de un proyecto de poder. No ha resuelto una estrategia para acumular poder en democracia. Las fuerzas de izquierda se proponen apenas ser “testigos de cargo” de la democracia.

Denuncian sus límites y carencias sin esmerarse en proponer alternativas factibles. Sus superdemandas las alejan del poder real; las hacen sospechosas de pedir lo imposible por estar seguras de que nunca se verán confrontadas a hacer “algo”. Al levantar figuras como David Viñas y el fiscal Molinas ratifican la pobreza de sus cuadros políticos y confiesan que no se proponen ganar. Piensan en el voto solo como testimonio; no como medio para acumular poder (nadie votaría a Viñas o a Molinas si creyera de veras que pudieran ser intendente o presidente).

Sin opciones, ante la estolidez del radicalismo, parece deseable y posible que el peronismo gane las elecciones. Aprobó sus “exámenes” democráticos. Procesó la interna más participativa y transparente habida en la Argentina desde 1983. Ventiló su conflicto interno en forma pacífica y democrática insospechada para muchos. Ungió al candidato más popular de los que hoy se postulan. Claro que esa victoria fue un shock y una derrota para la línea que más había hecho por la transparencia y participación en la interna y por la discusión dentro del peronismo.

Con contradicciones, con una pobre campaña, este peronismo que ungió limpiamente a un candidato democrático y popular es más que sus reales alternativas existentes, básicamente por ser el opositor dentro del bipartidismo. Es “el otro” que se opone al mal gobierno. Debe ganar —por lo menos— como castigo a la desastrosa gestión radical. Es el portavoz de la esperanza de los excluidos por la actual democracia de pasillo.

Las masas que votarán a Menem lo harán esperanzadas en las promesas de justicia social, revolución productiva, salarizado. El voto al peronismo no será un cheque en blanco sino un aval que pronto puede volverse *boomerang* electoral como ocurrió con el voto alfonsinista después del 83.

La victoria radical sería leída como ratificación de su desastrosa gestión; espaldarazo a Sourrouille, a Terragno, hasta a Reinaldo o Mazzorín. El voto peronista no se traduciría como impunidad de la mala gestión porque no lo fue la del actual peronismo. Al menos si se la compara con la del radicalismo.

El actual peronismo no es (ni de lejos) el que muchos soñamos y empujamos para conseguir. Pero lo que es le basta para ser mejor propuesta que la UCR.

La democracia no conseguirá legitimidad en la medida en que no se satisfagan reivindicaciones de las mayorías. Los teóricos a la violeta podrán enronquecer explicando que la democracia es un marco y no un medio... será verdad en los libros pero no alcanza para que los hombres de carne y hueso se muevan para defender y dar carnadura a un sistema que no los representa. La gobernabilidad se legitima y garantiza mediante la satisfacción de necesidades de los gobernados. Los radicales han renunciado a esa vía. El peronismo podrá o no hacerlo. En todo caso no lo hizo aún y es una —módica— ventaja.

GO-BER-NA-¿QUÉ?

Este argumento sistémico (juro que no se lo robé a Landi) no debe ser subterfugio para rehuir un debate esencial: el referido a la aptitud del peronismo para apuntalar la vacilante gobernabilidad. Coincido con Mario Dos Santos² en que toda fuerza democrática-popular tiene en América Latina tres desafíos concurrentes: sumar adhesiones, garantizar la gobernabilidad y tener capacidad transformadora. Tareas tensionadas, hasta contradictorias pero ineludibles si se aspira al cambio en democracia. Algunos votos “progres” o hasta peronistas pueden huir de Menem pensando en ingobernabilidad, inestabilidad, represión que los impredecibles peronistas y el impredecible Menem harían avizorar.

No diré que el peronismo garantice gobernabilidad, pero me temo que el radicalismo tampoco la garantiza. Este radicalismo en retroceso, cada vez más abdicante, no garantiza nada...

El radicalismo es más orgánico y menos conflictivo en su discusión interna que el peronismo. Eso puede ser visto con optimismo o pesimismo. Lo que no puede pensarse lúcidamente es que sea inmutable ante las presiones de la realidad. No lo fue en estos cinco años. Vale la pena recordar cómo procesó las influencias del “ambiente”.

2. La versión del pensamiento de Dos Santos la escuché en un “taller” de discusión. Espero haberla traducido bien.

En cinco años la Argentina oscura, la de los poderes fácticos derrotó —por goleada— al Alfonsín de la cancha de Ferro. El radicalismo pactó con Cavalieri, con Alderete, con Ríos Ereñú, convirtió a Caridi (¡Caridi!) en un héroe de la civilidad. Reprimió brutalmente una manifestación popular el 9 de septiembre. Alfonsín —como Luder ayer y ante una agresión infinitamente menor— “blanqueó” a las FF. AA. y las convocó a la represión interna. Caputo —ante el solo ataque de cincuenta guerrilleros mal pertrechados material e ideológicamente— borró con su meliflua voz todo lo que dijo en cinco años y explicó que la democracia sirve porque es guardaespaldas de EE. UU. y culpó a Nicaragua de los sucesos de La Tablada.³ El radicalismo llevó a los piratas de la economía a los puestos clave para la fijación de precios. Consintió la corrupción que enriqueció a sus cuadros y funcionarios durante cinco años. Produjo el machineazo de febrero, fuente nutricia de negociados, enriquecimientos perversos y otras yerbas. Y está por verse si no fueron los radicales quienes vendieron carne podrida al MTP. El radicalismo viró a la derecha a velocidad sideral; no tiene por qué haber terminado su ciclo. La figura de Angeloz sugiere lo contrario. Igual la perversa forma de hilar política que tiene Nosiglia. La “frondización” de Alfonsín ya llegó a su Conintes. Pero no tiene por qué parar allá. Pensar que este radicalismo gorilizado —blando y en retroceso— es “garantía” contra la derecha” (que creció y resucitó durante su gestión) revela al menos un optimismo desmesurado. También creer que ya tocó su fondo.

¿Y POR CASA?

A su vez, el peronismo no demostró aún estar a la altura del compromiso. El triunfo de Menem no obró las mágicas consecuencias terapéuticas que prometían sus partidarios ni las catástrofes que profetizaban los más enragés renovadores. No alteró la primacía renovadora en escenarios provinciales. No alivió las tensiones entre sectores políticos y sindicales (que ahora derivaron a enfrentamientos visibles o solapados con el propio Menem y con sus circundantes: Barrionuevo, Curia, Bauzá, etc.). Tampoco melló la hegemonía que tienen —dentro del peronismo— los planteos económicos (por llamarlos con complacencia) neoliberales en detrimento de los más tradicionalmente “peronistas”, mercadointernistas, etc.

Conserva vigencia el crucial debate entre economicistas “realistas”, “serios”, dispuestos al ajuste y al pago de la deuda externa y el ubaldinismo y algunos sectores políticos que reclaman más dureza con los acreedores externos y otra política económica. Persiste —ya sucedía antes del pasado 9 de julio— el rol minoritario

3. El descaro de Caputo llegó a proponer este argumento “internacionalista” para oponerse a la moratoria: “Es totalmente injusto que los trabajadores de USA se vean privados del reintegro de fondos pertenecientes a su país para beneficiar a los sectores financieros de la Argentina que contrajeron la deuda”. Se lo dijo a Neustadt.

que tenemos ubaldinistas, “25” y sectores políticos “transformadores” dentro del esquema de poder del peronismo actual.

Reconocerse minoritario no implica arriar banderas o abandonar el debate interno. Menem tiene la legitimidad y “los Cavallos” el prestigio pero —si uno está en lo cierto y no hay ajuste popular— los prestigiosos economistas se deteriorarán cuando empiecen a gobernar y la legitimidad de Menem se verá en entredicho si su gobierno no satisface demandas populares. Lo que potencia a los sectores críticos del peronismo (por ejemplo, ubaldinismo, “25”, Busti, Brunati, el MRP de Abdala-Álvarez) no es su posicionamiento actual sino la tozudez de la realidad que no permitirá ratificación popular del ajuste por derecha.⁴

Permite apostar unas fichas al peronismo el pensar que estos sectores no repetirán las agachadas de las Coordinadoras radicales. No ocultarán sus diferencias con políticas que contravengan sus principios esenciales.

Esa ha sido —desde siempre— la dinámica interna del peronismo. A veces deviene facciosidad y genera temor y recelo pero también permite cuestionamiento, autocorrección y hasta cambio. Posibilidad que no tuvo Alfonsín adulado hasta (en) la traición por quienes debieron —en ocasiones— ser sus críticos.

Norberto Bobbio (si se me permite robar letra ajena) gusta diferenciar pluralismo de democracia.⁵ El peronismo —apelando a esta útil distinción— es marcadamente más pluralista que el radicalismo. Expresa mejor diversidades, sectores diferentes, programas distintos. Su poder interno está más repartido. El pluralismo dosificado es funcional a la democracia. Está por verse si sabremos dosificarlo. Está claro que muchos apoyamos al peronismo desde su pluralismo, desde la tensa diversidad que expresa y sosteniendo desde ya las críticas a propuestas poco deseables. La oposición de la CGT y de sectores políticos e intelectuales del peronismo a la propuesta de flexibilización laboral y la tarjeta amarilla a Rousselot producidas en pleno frenesí laboral de la campaña, en el apogeo de la imagen de Menem, muestran un peronismo capaz de discutirse y de no bajar la cabeza ante sus líderes. Es un riesgo (desorden, desgobierno) si se dosifica mal, pero es también es una esperanza (pluralismo, representatividad) si se procesa debidamente.

Los sectores más críticos del peronismo (sean sectores políticos, sean ubaldinismo y “Los 25”) tienen ante sí la misión de no ser ni la JP del 73 que dijo a todo que “no”, ni la Cordi de los ochenta que dijo a todo que “sí”. Su deber será apuntalar a su gobierno en la búsqueda de los aciertos pero también señalar errores, proponer alternativas, criticar, exigir cambios o hasta oponérsele si fuera menester. Es muy peliagudo ser oficialista y crítico a la vez sobre todo si (como sucederá en mayor o

4. El reciente “Caracazo” fue respuesta a un gobernante tan carismático como Menem, tan posicionado internacionalmente como Alfonsín y con similares asesores económicos a los dos. Difícil combinar legitimidad interna y externa como Carlos Andrés Pérez... igual le fue imposible hacer pasar ajuste por gallareta al pueblo que lo hizo dos veces presidente.

5. Norberto Bobbio, *Las ideologías y el poder en crisis*, Ariel, 1988, pp. 11 y ss.

menor medida con todos los sectores del peronismo) se comparten espacios institucionales de poder. Se estará siempre entre la tentación del apoltronamiento y el riesgo de la ruptura. Dificil equilibrio será el de combinar el acceso y la permanencia en espacios institucionales (amados por la Cordi y desdenados por la JP setenista) con la construcción de instancias que no dependan solo de esos espacios y que mantengan vivos objetivos que trasciendan la construcción misma.⁶

Ya dije, esos sectores cuentan (contamos) con un aliado invaluable: la obstinada realidad que cierra el camino del consenso a toda propuesta dependiente o injusta.

Para acompañar a ese aliado tendrán que paliar déficits que no les son exclusivos, pues conciernen al peronismo todo y aun al famoso “campo popular”: su dificultad para articular con compañeros afines y su falta de propuesta.

Es marcada la incapacidad de alianzas que padecen en lo interno y externo los sectores críticos del peronismo. En especial la desconexión (cuando no el antagonismo) que hay entre sectores políticos y movimiento obrero. Está claro que esos sectores deben confluír en acuerdos mucho más nítidos y menos ciclotímicos que los circunstanciales o seguidistas estatuidos hasta ahora.

El otro déficit es la falta de una capacidad de proponer proporcionalmente a la que se tiene para denunciar o vetar. La peronista es una cultura de crítica y de veto. No está mal, no es poco, no es bastante. Los que nos creemos depositarios de valores innegociables del peronismo debemos aprender dos cosas: a) convencer a otros peronistas (y a otros argentinos) de lo que somos y unirnos y b) transformar las banderas (siempre enarboladas) en programas (casi nunca propuestos).

Más allá de decir (hay que decirlo) “No a Di Tella, Cavallo, Curia, etc.” “Moratoria”, “no a la flexibilización”, tenemos que tener capacidad para proponer políticas que viabilicen esos reclamos y banderas. En el terreno económico la carencia es flagrante. La CGT promovió (y otros acompañamos) banderas bien válidas: moratoria, concertación, pero esas banderas no han sido desarrolladas en un modelo creíble.

UNA MÍSTICA DEL ESTADO

Exigirles a cuadros y militantes peronistas más propuestas de políticas (con “s” final) no significa empujarlos al “pragmatismo” (mal apodo de la corrupción), a renunciar a valores esenciales. Las políticas deben hacer viables las banderas. Debe acompañarlas una mística que ahuyente riesgos y corrupciones que han crecido durante estos años. El peronismo debiera fomentar una mística del Estado, de la función pública. Algo, acaso, no muy afín a sus tradiciones pero —en la etapa— imprescindible.

6. Este párrafo y algunos otros que van antes y después están inspirados en (o tomados de) un trabajo que realizáramos conjuntamente con Arturo Armada, quien me relevó del deber de la auto-cita textual, algo pedante y seguramente fatigosa para el lector. De todos modos juzgo de buena fe intelectual mencionar la influencia de Arturo en varias de las ideas que deslizo en este artículo.

En otras épocas de mayor bonanza y actividad económica el peronismo pudo elaborar una cierta tradición pragmática-picaresca que podría resumirse así: “construyo un sanatorio, afano algunos ladrillos, cobro cometa al que gana la licitación y abulto de por vida los gastos. Quedan el sanatorio, el beneficio del que ganó la licitación, el del que vendió los ladrillos, el de los afiliados y el mío. Vivir y dejar vivir. Es preferible eso a ser purista y no construir ningún sanatorio”. Tan peculiar y concreta enunciación de relación entre ética y política no es sencilla ni desdeñable y podría ser discutida seriamente... cuando se construyan los sanatorios. La corrupción, la excesiva riqueza de los dirigentes siempre motivaron debates dentro del peronismo. Los “burócratas” siempre se defendieron alegando eficacia y mayor idoneidad para administrar que los “basistas”. Hace quince años yo estaba seguro de que las bases despreciaban a los burócratas. Hoy matizo el juicio. Este relativismo no obsta a pensar que hoy es imperdonable la corrupción, aun la menor. Cuando es hecho asumido que la política no puede resolverle a la gente muchos de sus dramas cotidianos, debe exigirse a los privilegiados que representen al pueblo que den testimonio de aquello que predicán. No es tolerable que —como dice Brunati— el pueblo solo se divierta, viaje y goce a través de sus representantes. Esta nueva oligarquía, la clase política argentina, debe precaverse de la decadencia en la que ya está cayendo. Quien tiene poder y no hace mucho con él ya es irritante pero lo será más si aparte tiene pilchas, minas, autazos y un pasaporte siempre abierto a la aventura.

Nuestra clase política corre el riesgo que acecha a todas las aristocracias: que su incapacidad y su frivolidad sean insoportables para el vulgo... del que como todas las aristocracias deriva su poder. Ni los mosqueteros renovadores ni la tradicional dirigencia sindical del peronismo son ajenos a este sayo. Sería bueno que comenzaran a pensarlo y a imponerlo los líderes políticos (con Menem a la cabeza) dando los consiguientes ejemplos aunque eso “cueste” perderse algunos días en Punta o alguna tapa de *Gente*.

Un país en bancarota material obliga a ser muy cauteloso con la bancarota moral. No es indiferente afanarse los ladrillos cuando no hay sanatorio.

La exigencia no será tan solo la dignidad personal frente al curro. También integran la ética el correcto cumplimiento de las funciones asignadas, el respeto por sus lógicas técnicas y de funcionamiento.⁷ El deber de trabajar en aquello que la comunidad ha confiado al dirigente o militante hecho funcionario.

7. Una exigencia inderogable para un futuro gobierno peronista es una coherente asignación del gasto público, lo que implica una mayor proporción de gasto social, que el erogado por los radicales y que el que presupone el discurso económico preponderante en el peronismo. No es ocioso señalar que en la Argentina democrática ha disminuido el salario real y también bajó dramáticamente el gasto social. Es decir que los trabajadores subocupados y desocupados pierden ingresos y calidad de vida por dos lados. Los datos que tengo (no especialmente precisos) sugieren que —en esto como en tantas cosas— las provincias peronistas no se diferencian de las radicales ni del gobierno central.

Las experiencias democráticas en ese sentido hasta ahora han sido pobres; el militante hecho funcionario no fue —en general— ejemplo de nada. Habitualmente no fue ni funcionario ni militante. La corrupción exhibida por el radicalismo parece no tener límites. Algunas provincias peronistas no le van en zaga. En otras (Mendoza parece ser un caso) existe una cierta mística, obviamente generada desde arriba y apuntalada desde abajo.

La batalla contra la corrupción es —si se quiere— aún más acuciante que la ideológica. De grado o por fuerza todos hemos de consentir privatizaciones. Lo que nadie puede bancar es que el curro se entronice en ellas...

Durante años se ha hablado de la necesidad de recuperar a la militancia. Será difícil hacerlo si los militantes no dan testimonio de serlo a la hora de asumir responsabilidades de gobierno.

EL RIESGO CIERTO

La futurología radical que predecía alfonsinismo por cien años y la disolución del peronismo parece haber errado ambos vizcachazos. El peronismo asoma ganador tras haber procesado sus disputas internas sin violencias, fraudes ni tan siquiera desprolijidades. Ese dato crucial mitiga dudas aunque —bueno es advertirlo— no implica que la forma correcta y democrática en que se vienen procesando las diferencias esté garantizada de por vida. Requiere un perseverante esfuerzo militante para su preservación.

Siguen en pie las posibles dificultades del peronismo a la hora de gobernar, si aspira a realizar cambios profundos, diferenciándose nítidamente de la gestión radical.

Las concepciones o intereses conflictivos —disimulables en la resistencia o en la oposición y no tan relevantes ante la desafortunada gestión radical— pasan a serlo cuando, en el gobierno, se tienen que afectar intereses y optar por medidas coherentes y eficaces. En el 83 el espectro era la “solución Luder”: utilizar el poder del Estado para dirimir las diferencias internas. Ese espectro no ha desaparecido del todo aunque, claro está, Menem no es Luder. Es mucho más que él en términos de liderazgo y de legitimidad democrática. Tiene una dinámica muy superior en términos de iniciativa y audacia, También un pasado “no violento”. Es bastante, pero no es suficiente.

Porque las contradicciones internas del peronismo no prefiguran —como pretende el radicalismo— una mecánica reiteración de la violencia política de los años setenta, que correspondía a un contexto diferente y no tiene por qué repetirse. El riesgo cierto de una fuerza política popular con tensiones no resueltas es su incapacidad para modificar el *statu quo*. Las fuerzas sociales y económicas del establishment son poderosas y coherentes. Hacen falta condiciones similares para enfrentarlas. El mayor peligro potencial de un futuro gobierno peronista no es —como decía Eduardo Jozami— parangonarse a la violencia de un López Rega sino a la ineficacia declamatoria de Grinspun.

Así huele el facilismo de ciertos compañeros. La popularidad, el éxito electoral son logros difíciles y necesarios pero no suficientes. Hay que sumar; también mantenerse en el gobierno y poder cumplir con las promesas que juntaron votos. Si no lo creen, pregúntenle a Alfonsín. Juntar votos no es fácil pero hacerlo desde una oposición armadita contra un gobierno lamentable es mucho menos arduo que cambiar las condiciones de miseria e injusticia que caracterizan a nuestro país. Para eso no basta una contingente mayoría electoral o la popularidad en la calle, encuestas o urnas. Hacen falta una alianza social viable y capacidad para resistir (y no halagar) las crecientes presiones militares sobre el poder político. Será bueno que algunos compañeros afectos a las frases de Perón recordaran aquella que decía que no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos.

Cuando escribo esta nota (principios de marzo) nada de eso promete una campaña basada en la (incuestionable y valiosa) popularidad de Menem y en cierta vocación de hacer guiños al establishment. Acaso pensando “los votos están, ahora hay que congraciarse con los poderosos” (léase la UIA, las FF. AA., la Iglesia).

Puede que eso alcance para juntar votos. Puede (es más discutible) que sirva para la gobernabilidad. Para nada augura capacidad de cambio el pertinaz guiño a quienes son los principales beneficiarios del orden imperante.

Bien vistas, las supuestas “contradicciones” de Menem (exacerbadas por la lupa que el radicalismo pone sobre el candidato), no son tales sino un emergente de la forma en que se procesan la unidad del peronismo y el mensaje político. Criterio no demasiado distinto al que tenía la renovación (a la que acompañamos discutiéndola desde adentro): creer que en la política no existen enemigos ni intereses que enfrentar sino apenas interlocutores a los que hay que seducir. Esa homologación entre política y seducción ya la discutimos a la renovación y no veo por qué no discutírsela a Menem. Como también le discutimos a Cavallo, tan parecido a aquel Cavallo que le cuestionábamos a De la Sota.

TELÓN LENTO

Acaso viole una convención del género si refiero al lector cuántas vueltas tuve que darle a esta nota. Hay momentos en que el privilegio y el placer de escribir se vuelven carga. Sucede cuando las incógnitas golean a las seguridades. Siempre hay algo de omnipotencia en quien escribe. Siempre hay alguna fe en lo que se dice. Cuando faltan, la escritura deviene tarea engorrosa, sufrida.

El escriba no puede sustraerse al clima de desencanto que percibe en compañeros y compatriotas. ¿Por qué escribir, entonces? Porque todavía existen creencias y certezas y subsiste la voluntad de no dejarse ganar por la crisis. La política es siempre —aun en los momentos más confusos— una apuesta al hacer, a seguir militando, a darle para adelante. Aunque no sea muy fácil decir dónde queda ese “adelante”, lo cierto es que —en parte depende de nosotros. ■

DOS LIBROS

Horacio González

Dos libros que he leído recientemente y que me gustaría comentar. De los dos elijo primero el de Josefina Ludmer, *El género gauchesco*, un tratado sobre la patria. Queda el otro para el final...

Ludmer dice que no se puede pensar la patria al margen de su género literario específico: la gauchesca. En ningún momento, es cierto, lo afirma del modo brusco que acabamos de emplear. Pero en esencia, se trata de ver la forma en que la patria está en literatura porque también se trata de ver cómo una literatura va definiendo una patria. Esa literatura, entretanto, es un género. Un conocido género. El más asiduo de los géneros argentinos. El género gauchesco, ya dijimos, el recluso terreno donde bocanadas de lectores encuentran en reposición permanente a un Hernández, un Hidalgo, un Ascasubi, un Del Campo.

La travesura de Ludmer es la de jugar con todas las posibilidades que da la noción de género literario. Lo que hace, entonces, es un inquietante ejercicio de relación entre la palabra gaucho y la voz del gaucho. Inquietante, sin duda, porque la frase que el lector acaba de leer antes de que se iniciara la que está leyendo ahora, no describe bien lo que quiere Ludmer. Pero tampoco es fácil decirlo. En realidad, la palabra “gaucho” define al género gauchesco según la forma en que la emplee quien la escribe. Con ella, puede ser un autor de biografías de gauchos quien esté hablando. Puede ser también un autor al que le interesen las biografías, pero no por ser gaucho (lo habitual en la gauchesca), haga hablar a los gauchos “con sus propias palabras”, o escuchándolas de la fuente, vertiéndolas en estilo indirecto.

Esta última cuestión nos lleva directamente a la otra dificultad: qué es una voz. Escucho y hablo, y en esa oralidad, en esa capacidad auditiva, encuentro una materialidad que ya no será la misma en cuanto se convierta en letra escrita. Entonces, esa materialidad se me figurará como salvaje, previa, inaprehensible. No existe sin la literatura pero la literatura la adultera. ¿Y la literatura? No existe sin la oralidad, pero la oralidad en ella se disuelve.

La voz del gaucho es entonces —en el libro de Ludmer— la descripción de un hecho material que está preso a un drama irresoluble. En efecto, digo “la voz del gaucho” y la supongo allí, fuera de mis palabras, con objetiva fulgurancia, independiente de mis decires. Pero basta para que la señale en una oración para que esa realidad se me presente esquivada, insidiosa, sin dejarme saber jamás si estaba allí antes de mi intervención o si ese “antes” es una imposibilidad solo imaginada por

mí, siempre destinada a ser mentada y a ser perdida. Por eso, en Ludmer, la voz es tanto la voz del gaucho como la voz “gaucho”. No puede estar enteramente en las palabras pero no puede salirse realmente de ellas.

Ahora bien, el género gauchesco está para mencionar esa cuestión en su verdadero estado, o sea, actuando simultáneamente como la voz de los que no tienen voz y como una serie de usos literarios de esas voces. En esa ambigüedad que nunca cesa, el género gauchesco trata del tema específico de la patria: el uso de la voz del gaucho señalando su cuerpo recuperado por las armas de la legalidad civilizatoria.

El género habla de la patria porque la única forma de hablar de la patria es un género, que se muestra capaz de contener todas las relaciones materiales de sectores cuya existencia cultural es diversa (“letrados”, “campesinos”, etc.). Leemos el *Martín Fierro* y hay allí una impresión digital de las voces argentinas en guerra, socialmente identificadas.

Como podrá apreciar el lector de estas líneas, Ludmer se sitúa en un terreno donde mucho y muy parecido se ha dicho. Pero quisiera señalar más directamente, sin tonos reseñosos, cuál es el valor diferencial de este libro. En primer lugar, es un libro sembrado de travesuras. La investigación erudita que lo sostiene es bombardeada permanentemente con toda clase de juegos lingüísticos. Recuerda la lectura de *Rayuela* y no es exagerado decir que es ese uno de los modelos. De algún modo, es un reverso rayuelístico de *Rayuela*. No vamos a favorecer a nadie obligándolo a representar un país, decía Cortázar. Y ponía el país como un gran hueco. No estaba más y sin embargo todos giraban alrededor. Bueno: Ludmer repone el hueco y lo persigue y lo reconoce en lo escrito por José Hernández o Bartolomé Hidalgo.

Por otro lado, es un libro escrito bajo el régimen de la risa y al leerlo, esa risa puede reaparecer. Es un libro grave que puede leerse riendo. Escribe jugueteando, abunda en exceso, hay un “irse la mano”. Pero en cada juego hay una intención, no pocas veces terrible. La palabra tratado, por ejemplo. “Un tratado sobre la patria”, lo dice todo, o casi. Primero, porque convoca el fantasma de todas las lecturas que produce el siglo sobre las filosofías del lenguaje, y cuyo pilar, todos lo dicen, es el *Tractatus* de Wittgenstein. Ya Aníbal Ford y el propio Fermín Chávez muy recientemente han creído oportuno traer el recuerdo del sabio austríaco para interrogar las cosas pampeanas (Ford) o al propio *Martín Fierro* (Chávez). Ludmer extrema las posibilidades de esta conjunción. Si el género gauchesco es la protoforma mítica de la Patria, lingüísticamente construida, debe lanzarse a ampliar sus límites a la totalidad del espacio patrio-literario. Por eso, el tema de Ludmer es toda la literatura argentina, suspendida en el éter por una ley invisible de usos de la “materia social-histórica”, y que “nuevos” libros o “nuevos” autores abren o cierran. Al género, faltaba advertir, lo “cierra” Borges, y el nuevo “género Borges” está —hoy— a la espera que lo cierren. Mientras tanto, impera.

¿No hemos leído esto en otro lado? Sí, Ludmer dice mejor lo que hemos leído en otro lado, y en eso reside su gracia. Entonces, se puede decir que su libro “cierra”

de cierto modo uno de los usos habituales de la relación literatura-política, tal como se la considera en el ensayismo argentino.

¿Cierra? Desde luego, podría afirmarse que esta idea de convertir en género literario a las relaciones sociales tejidas por las historias de la cultura (la idea de patria), se presta a ostensibles incomodidades. Si la Patria son símbolos que usan cuerpos (y en ese uso no hay necesariamente perfidia manipuladora sino lazos que vinculan fuerzas y caracteres diferentes, unos subordinados a otros) entonces se podría sospechar, con razón, que la actividad social, los desempeños militantes, digamos así, están como “trabados” por simbologías apiladas, olvidados textos, libros donde están archivados los gritos del pasado.

Esa “traba” es una patria de símbolos que permite la actividad pero suele devorar biografías, y es la patria como símbolo que nos mantiene a todos gracias a que siempre nos tienta para salir a desatar historias mal contadas, etcétera. En verdad, la idea de Patria así escrita nos dice que la historia de los hombres subordinados está en la narración de los hombres al narrarla, pueden proporcionar el dulce cautiverio ignorado que se trueca voluntariamente en vínculo feliz y memoria colectiva.

El libro de Ludmer, así, cerraría el ciclo de todo el ensayismo que consideró la patria igual a un texto, y un texto igual a una lucha abierta. La Patria: esa compleja floresta de símbolos que cautiva, retiene, lanza y adormece.

He aquí el segundo libro que queríamos comentar. Se llama *Conversaciones con Gorriarán Merlo* y lo rodea una reciente y dramática notoriedad. Mencionamos este libro por una circunstancia que de no existir haría de su presencia en este comentario una imperdonable banalidad. No entraremos en la intimidad de su argumento. Solo diremos que allí hay un tratado sobre la patria. Se elabora una iconografía, se cuenta una historia, se pone en su centro la biografía del autor. La patria es el tema, pero con una asombrosa carencia de perspicacia analítica. Todo símbolo inerte, toda palabra pronunciada y antigua, toda historia no ajustable y ajena, todo eso parecía quemar entre las manos. “La patria es una cosa concreta; la mayoría de los argentinos no tiene patria”.

Hay un error trágico en este razonamiento. La patria se tiene porque su forma de ser concreta es también abstracta. No se entendían los sutiles peldaños de una historia que hace del hombre que sufre por cosas concretas —“sin pan y sin trabajo” — no un distintivo de la ausencia de patria, sino uno de sus personajes, su muda condición. Si la patria era lo concreto-ausente (los marginados de los bienes, encarnación de la verdadera patria), era entonces posible pensar que el enorme salto mortal por encima del bosque de palabras argentinas podía ser dado, pero bajo la forma del desatino. Omitir la compleja filiación literaria antropológica de la idea de patria, permitía ver a la sociedad como desmalezada, limpia, invitante. El carente podía llenarse de lo que decía que carecía. Este tratado de la patria hablaba de un género épico al que no le reconocía ninguna plasticidad de lenguaje, ningún espesor retenido en la difícil relación de lo que se dice, con los hechos sobre los que

se dice. Despejada esa vinculación, nada impedía que pensar una historia de armas fuera igual a tomar las armas en la historia. Una crónica de herencias ambiguas y enérgicas se transformó en pura energía mental, una manera inocente y cruel de imaginarse sin ambigüedades.

Dos contrapuestos libros. En la caprichosa libertad de una historia es que podrían leerse juntos, la misma noche. ■

AÑO 5 - N° 20ABRIL DE 1989

EL DESEO, MOTOR DE LA HISTORIA

Magdalena Faillace

Hacia fines de 1988, un año envenenado de internismo político, la elección de la película argentina que nos representaría en la competencia por el Oscar amenazó con una interna diferente el campo del cine nacional. Después de una gestión de cinco años a la que debe reconocerse su indiscutible espíritu pluralista, pero también el personalismo con que se dirimieron las cuestiones, el director del Instituto Nacional de Cinematografía, Manuel Antín, convocó a todas las entidades representativas del cine a decidir con su voto entre *La deuda interna* de Miguel Angel Pereira y *Sur* de Fernando “Pino” Solanas.

Esta convocatoria democrática, nunca utilizada a lo largo de toda la gestión para este ni para otros asuntos más decisivos, favoreció a “La deuda interna”, entrañable “ópera prima” del realizador jujeño, representativa de una cultura que, junto con la rioplatense evocada por *Sur*, configuran nuestra identidad nacional. Desde este espacio de *Unidos* (¡tan distinto de la Academia de Hollywood!), y sin que esto signifique desmerecer los valores de *La deuda interna*, llegue nuestro homenaje a la trayectoria del realizador de *Sur*.

EL ITINERARIO DE LOS HIJOS DE FIERRO A SUR

Uno de los rasgos que más acercan a la literatura y el cine del siglo XX es la recuperación de los mitos clásicos. Ulises es probablemente el héroe mítico que con obsesiva recurrencia ha encarnado mejor, entre ellos, al hombre contemporáneo. La narrativa y el cine abundan en ejemplos —*Ulyses* de Joyce, *Adán Buenosayres*

de Marechal, Sobre héroes y tumbas de Sabato— que ilustran o metaforizan el inexorable itinerario de un hombre (“un hombre es todos los hombres”, ha dicho Borges) o de un pueblo en la conquista de sí mismos, en la revelación de quiénes son y para qué están en el mundo.

Ulises debe abandonar su tierra y sortear, más allá de los obstáculos de la epopeya fantástica, los que se le presentan al hombre común: el exilio, la soledad, la ausencia y la distancia. Solo después de descender al infierno y de remontarlo será dueño de sí, libre y volverá a su isla.

¿Por qué no hablar de la peripecia de Solanas, de ese itinerario interior-exterior de Ulises que ilustra su cine desde *Los hijos de Fierro*, pasando por *El exilio de Gardel*, hasta llegar a *Sur*?

LA PERIPECIA DE SOLANAS

Doble es la peripecia (de pasar a través de o padecer, con el profundo vitalismo del “pathos” griego) que nos ofrece esa magnífica aventura artística en los filmes citados.

Del infierno a la luz: *Los hijos de Fierro* representa el descenso al infierno, el momento en que una gesta defensora de nuestra identidad sufre una fractura y parece perderse, en la década más negra de nuestra historia reciente.

El exilio... —sobre el que ya hemos abundado en esta publicación hace dos años— transcurre en una zona fronteriza muy cara a nuestra mitología porteña, en este desgarrar constante de estar simultáneamente, de ser un eterno pasajero entre París y Buenos Aires.

La locura por hacer la tanguedia, que abarca todos los matices anímicos de Juan Uno-Juan Dos, es la metáfora de todos los que, durante el Proceso, padecieron el exilio cortados de sus raíces y sus amores más próximos.

Los personajes de *El exilio...* tejen una permanente dialéctica cortazariana en la melancolía —a veces en la furia— de esta rayuela adonde los mismos valores que los arrojaron allí —fuera de la tierra— los juntan, hasta que el último salto del final abierto los impulsa a volver.

Sur es la recuperación de ese único cielo —para continuar en la mística de la rayuela de Solanas— que a los hombres se nos ha concedido aquí, la esperanza. Completa la peripecia del infierno al cielo, la parábola de la noche al día.

Otra peripecia culmina en *Sur*: la que va de la épica a la lírica. Si pensamos estos tres filmes en la perspectiva de los géneros tradicionales, *Los hijos de Fierro* aparece como la gesta de un pueblo perseguido en su vocación liberadora. Sus personajes son los descendientes del caudillo y del gaucho, ese Fierro que encarnó arquetípicamente los valores de la autonomía y el federalismo frente a la soberbia de los imperios europeos.

La película termina con la separación y la partida, la dispersión y el exilio. Costaba vislumbrar en el duro expresionismo de sus imágenes la posibilidad de

una vuelta, intuir la velada metáfora del poema de Hernández, cuando los hijos de Fierro se dispersan y acuerdan perder sus nombres en el anonimato de la tierra, para resurgir como identidad que no muere, con otro nombre, en el futuro.

De la épica al drama: ese género que inventó la modernidad romántica, mezclando y quebrantando todas las preceptivas, asume en *Tangos* la forma de tanguedia —fusión de tragedia, comedia y tango— que viven los porteños en el refugio de París. El film es una aventura de hacer la tanguedia que, en el más bello y filosófico sentido pirandelliano, deben representar con todas sus contradicciones para justificar su existencia ante nosotros, para saber que son las criaturas de Solanas, ese demiurgo exiliado que, después de plasmar *Tangos*, seguramente sintió que su exilio no fue en vano... porque el arte es una forma de vencer la muerte, tal vez la más generosa con los otros.

El exilio... es el drama (en su literal sentido griego de acción) de sobrevivir “allá”, la lucha permanente y cotidiana entre el ser y el no ser, la esperanza y la frustración, la memoria y el olvido...

De lo teatral a lo poético: ese drama que mezcla en cada imagen la risa con el llanto culmina en la lírica de *Sur*, en la perfecta simplicidad de esta película —la más afectiva de todas las de Solanas— donde los simbolismos y algunas imágenes que continúan el lenguaje del *Exilio*... calan directamente en la inmensidad del público.

Sur es la película del regreso... Regreso (¿definitivo?) del director y su equipo, y de toda la generación que representa, sabedores más que nunca de quiénes y cómo somos, confirmando esa aseveración popular de un personaje de *Tangos* que no hay mal que dure cien años...

Si la poesía estaba presente en el juego avasallador de las imágenes de *El exilio*..., es en *Sur* donde la expresión poética del cine de Solanas alcanza su punto esencial. Si muchas escenas de la primera han dado pie a justas alabanzas e interpretaciones diversas, la poesía de *Sur* no requiere explicación. No en vano el autor ha expresado que él no hace películas, solamente —dice Solanas— “... concibo situaciones esenciales ligadas a mi vida, desgarramientos, soledades, pérdidas, momentos duros que atravesé y también, ojo, situaciones alegres”.¹

Esta vocación por lo poético crea una atmósfera mágica a través de las secuencias en contrapunto, de persecución y encuentro, de dolor y alegría, que van hilvanando esa larga noche, “la más temida, la más deseada”, en que el personaje de Floreal vuelve a los amores del barrio.

A esa atmósfera contribuyen imágenes oníricas —el humo, la lluvia de papeles...— que quiebran la lógica del discurso cinematográfico realista, expresando “una reacción de la fotografía frente a la imagen plana, chata, naturalista”.²

1. Reportaje a Fernando “Pino” Solanas, en *Clarín* del 30-4-88.

2. Reportaje a Fernando “Pino” Solanas, en *Clarín* del 30-4-88.

EL “SUR”; UN LUGAR MÍTICO

Este cine poético conlleva una revaloración de lo mítico constante en la trayectoria de Solanas. El “sur” es en este film la cifra de un destino por cumplir, “la mesa de los sueños” que ha sobrevivido al tiempo en cada uno, la memoria viva de los orígenes, el punto cardinal que nos define como nación e individuos.

Sur sintetiza así representaciones plurales... el homenaje que la cámara de Solanas rinde a la cuna del tango y a la poesía de Manzi y sus seguidores, en este film, aún más que en *El exilio...*, el tango es protagonista, historia y atmósfera, y va puntuando cada uno de los tiempos de la secuencia narrativa, probando que para Solanas la música es la expresión más honda de nuestra identidad.

Todos los sures registrados por la literatura, la música, la pintura... en fin, la cultura del Río de la Plata, se hacen presentes en este *Sur* de Solanas.

Sur es el barrio, ese Barracas que bien puede agradecer al cineasta haberla eternizado en las imágenes más inolvidables de su historia, el mismo que sin resignar su condición de cuna y origen de una cultura puede abrazarse en una noche caliente con los aires nuevos de Fito Páez.

Sur es también la ciudad puerto que relumbró en Quinquela, con sus colores y ritmos.

En este país anhelado el *El exilio...*, “donde pueda ser yo”, aunque sea rumbeando más al sur; la libertad de la Patagonia por la que optan los que zafan de la persecución, enfrentándose con la potencialidad de una geografía desierta, en busca del aire puro. Inolvidables las secuencias, devorando la ruta juntos, del compañero leal y la muchacha con nombre con tango, el último chorro de frescura con que se toca la vida de Floreal, antes de esa gran muerte de la cárcel. A María en la cárcel le quemaron todo; le quedan sus 20 años y la esperanza mirando al sur. Él aparecerá en cada renacer de la odisea de Rosi y en la larga noche de la vuelta de Floreal.

Sur es finalmente país y utopía de patria latinoamericana, esa de la que hablan San Martín y Gardel en *El exilio...*, que mantendrá siempre en pie la “mesa de los sueños”. Es el territorio sin fronteras de aquellos que nunca seremos comprendidos por el norte.

En ese sentido, el eterno y hoy más que nunca vigente conflicto norte-sur, en este film que no por ser una historia de amor soslaya otros amores, pasa a primer plano en la secuencia donde los dos viejos de la mesa de los sueños visitan el archivo del “Proyecto Nacional Sur”.

Emilio, ese inefable personaje a quien las balas no le perdonarán ni el loro, que putea a los milicos, ha venido compilando la historia. ¡Qué importante esta memoria del saqueo puesta sobre el tapete, para reconstruir la memoria del haber! Hondas sus palabras: “... si se pudiera recuperar todo lo que el Norte se llevó del continente, se podrían reconstruir varias patrias grandes”.

El recurso para llevar adelante ese proyecto, la gente, es inentendible para los censores del archivo; ellos son el Norte entre nosotros. La nota del grotesco aparece en la marcada alusión al cercenamiento de nuestra cultura nacional, simbolizando en este registro elocuente de la biblioteca, en la que casi ningún nombre se salva de ser destruido bajo el rótulo de sospechoso, subversivo, marxista...

El *Sur*, desde el principio al fin, el gran amor de esta película, más que una ubicación geográfica termina siendo un punto de vista desde el cual vivir el mundo.

Se han aventado totalmente aquí las melancolías del exilio en *Tangos*. Esta visión sur de la vida se convierte, en el nuevo filme de Solanas, en un canto apasionado a la rebeldía que caracterizó a una epopeya. Los padres inmediatos de esta resistencia aparecen aludidos en dos planos. Por un lado, el grupo de viejos que forjaron la “mesa de los sueños”, los que creyeron en un país en serio y no se dan por vencidos, como lo expresa —entre otras— esa escena arrebatadora de “milonga del tartamudo”.

Otro, la dedicatoria del filme a sus maestros Pisarello, Marcos y Hernández Arregui sintetiza en esos nombres a toda una generación —¿los padres rebeldes?— cuyo pensamiento fundacional se ha mantenido vivo, pese a tantas pérdidas, en la nuestra.

VIAJE DE UNA LARGA NOCHE HACIA EL DÍA

Así podría sintetizarse la historia que narra *Sur*, en una paráfrasis inversa de aquella pieza de O'Neill.

Toda la película transcurre en una sola noche de diciembre del 83, cuando las calles de la ciudad van quedando vacías de las columnas populares que celebran la vuelta a la democracia. El vacío de esas calles apenas vestidas de banderas, carteles y leyendas elocuentes es el escenario expectante donde transcurre la vuelta de Floreal, tras siete años de cárcel sin pasado de militancia, simplemente porque una vez se paró a decir “no” a la injusticia.

Por su unidad de acción, de tiempo y de lugar —con las interpolaciones en que los sucesivos relatos enhebran los trazos fuertes del relato, por esa condición de situación límite en la que se juega el destino de Floreal y Rosi— la película podría asimilarse a una tragedia clásica. Pero si en la tragedia la única libertad del héroe es la asunción de un destino prefijado, en *Sur* hay una opción por los amores hecha desde la maduración en la cárcel, la soledad y el dolor.

En esa noche iniciada en *Los hijos de Fierro*, que sintetiza todas las noches de una vida, va a alumbrar la luz definitiva. Un recurso mágico gravita en esa trayectoria: la presencia del amigo muerto que descubrió cuánto había desperdiciado de la vida en ese extrañamiento de la muerte, donde se sabe todo y por eso no se puede desear nada.

Ese Virgilio de Barracas que va marcando los pasos, los encuentros y desencuentros de la noche en que Floreal asciende de su infierno, este muerto que

se las sabe todas proyecta la mirada piadosa, humorista, de un Solanas que acredita la sabiduría adquirida en el vivir, y torna paradójicamente al personaje el más humano y agradecido con la vida.

Finalmente, detrás de la pareja separada por la violencia del Proceso, de este hombre común —como todo héroe moderno— que madura en la injusticia, aparece todo el país sufriendo un proyecto no deseado... El filme se convierte entonces en un homenaje a la libertad, conquistada gracias al deseo, eje vinculante donde convergen todos los temas de la historia.

EL DESEO, MOTOR DE LA HISTORIA

La vida es una confrontación con la muerte, el amor y el rencor, el temor a la pérdida de lo que más se quiere... son algunos de los temas que se conjugan en *Sur*. Pero todos nos remiten —y esto se expresa reiterativamente en los diálogos de los personajes— al deseo como motor del entramado de la vida.

El deseo de los viejos y los jóvenes en esa Argentina de la dictadura, tan parecida a una pesadilla para los que se quedaron a resistir aquí, vence a la muerte que el amigo-aparecido define como la ausencia de deseo.

Esa motivación primariamente humana que religa los amores y las broncas de esta historia se expresa en la simplicidad de un guión donde era mucho mayor el riesgo de lo convencional que en las escenas de *El exilio*..., constantemente articuladas por lo insólito.

Alguien ha dicho que el gran artista no elige un tema sino que el tema lo elige a él y lo va haciendo cada vez más suyo en la evolución de su lenguaje. ¿No es evidente que en *Sur* el deseo se adensa en la misma medida que el lenguaje se simplifica?

Esa vuelta del surrealismo de *El exilio de Gardel* a la metáfora encarnada en los tangos de *Sur* nos convoca, en el plano político, a la superación de códigos elitistas que —en la opinión de Solanas, expresadas a través de sus personajes— nos hicieron perder país a fuerza de sectarios. La película conjura el temor a las palabras simples y, en el deseo, se reaprenden los pasos perdidos.

En la Argentina del “no se puede”, del desaliento depositado a largo plazo, del impuesto a la esperanza, *Sur* vuelve a poner en pie de lucha a hombres y mujeres, de cara a la aventura. Le dice “sí” al deseo infinitamente alimentado en la recreación de la utopía.

LOS PREMIOS Y LA CRISIS

Sur, ya ganadora de otros premios, quedó fuera de la competencia por el Oscar. Es hora, sin embargo, de abandonar el espejismo de los premios y pensar políticas orientadas a la supervivencia de un cine nacional que afronta hoy la crisis más grave de su historia.

Indudable es el florecimiento de nuestro cine, de que tanto hace gala el titular del INC, manifiesto tanto en el nivel estético cuanto en el número de creaciones de directores noveles y de otros reconocidos, muchos de ellos premiados en el plano internacional.

Pero el circuito de la obra cinematográfica no se cumple en la producción de la misma, y nuestros realizadores —la mayoría productores-realizadores— no son, afortunadamente, un puñado de narcisistas que agoten sus anhelos en un premio.

Los éxitos alcanzados en el extranjero no han posibilitado siquiera la continuidad de los artistas que obtuvieron reconocimiento internacional. Lo que Manuel Antín ha dado por un lado, en generosidad crediticia, lo ha quitado por otro. La recuperación industrial para el cine argentino se ha acabado hoy, pues ninguna película nacional —¡aun las más exitosas o premiadas!— puede recuperar los costos ni generar reinversión en nuevas obras.

Frente a la caótica política llevada a cabo por el Instituto de Cinematografía, en la proximidad de un recambio de gobierno, es imprescindible un urgente replanteo de políticas culturales en esta como en otras áreas.

En el marco del CINECON 89, Primer Congreso de la Producción Cinematográfica Argentina, llevado a cabo en el mes de marzo, representantes de D.A.C. (Directores Argentinos Cinematográficos) —Javier Torre, René Mujica, Guillermo Saura y Fernando Solanas— pronunciaron una encendida conferencia de prensa.

Allí se planteó la supervivencia del cine argentino en el contexto de la defensa de un espacio audiovisual nacional que incluye la televisión y el video.

Frente a la alarmante situación provocada por el cierre del 30% de las salas cinematográficas del país en el transcurso de 1988 y la disminución de espectadores —de 62 millones en 1984 a aproximadamente 27 millones en 1988— Pino Solanas subrayó la necesidad de que nuestro cine llegue por todas las vías —la TV y el video— a la gente.

Las críticas del cineasta se dirigieron a una televisión argentina que no puede convertirse en palanca de un partido político o de grupos de “vivos” que han prosperado con este poderoso medio de comunicación tanto durante el proceso como en la actual etapa democrática. ¿Cómo es posible que en nuestros canales estatales la programación sea dictada por los anunciantes de publicidad?

Aquí se plantea ya un problema de ética de gestión; es hora —reclamó Solanas— de que la Secretaría de Cultura de la Nación rinda cuenta de los aproximadamente ochenta millones de dólares gastados por los tres canales estatales de televisión en la compra de material extranjero, con exclusivo beneficio de cuatro conocidos distribuidores.

El gobierno debe responder ante la comunidad destinataria del mensaje audiovisual —que está pagando con su recesión esta sangría— y subsidiar firmemente en ese ámbito la producción nacional que difunda nuestros valores.

El rol de la televisión, en ese sentido —como el de la universidades, las fuerzas armadas o los hospitales— es un problema de toda la sociedad. No se trata solamente de asegurar que el cine nacional llegue a nuestra gente a través de ella, que quienes lo hacen puedan trabajar dignamente y crecer en este país...

Nuestra clase política debe entender el rol estratégico que le cabe al cine como creador de imágenes en la conciencia colectiva del pueblo, su responsabilidad en la transmisión de los valores culturales, sociales y políticos que definen nuestra identidad y pueden contribuir a hacernos dueños de nuestro destino.

La relación entre la trayectoria del cine de Solanas, motivo de este artículo, y sus declaraciones recientes en Mar del Plata nos remiten a la conferencia que Camus pronunciara al recibir el premio Nobel acerca del rol del artista en el mundo contemporáneo: más allá de los ejércitos particulares, su lugar está en el centro del combate, para luchar contra la injusticia y hablar por quienes no pueden hacerlo.

Crear es, en esta Argentina donde la corrupción es una de las caras de esa injusticia, asumir ese compromiso.

Pino Solanas no vino a Mar del Plata en busca de ningún premio; no los necesita el valor de sus obras. Simplemente asumió el compromiso de denunciar una política que no afecta solamente a todos los que sueñan con hacer un gran cine nacional, sino que traiciona a la comunidad, destinataria final de ese mensaje liberador. ■

AÑO 6 - N° 21

MAYO DE 1990

DE PERÓN AL REVOLCÓN (APOGEO DE LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA)

Arturo Armada

LA COMPLICACIÓN DEL PERONISMO LAMBADO

Hoy por hoy solo podemos escribir desde una situación “complicada”, por llamarla de algún modo... Porque en el peronismo —me refiero al de los peronistas en general, no solo a militantes, funcionarios y dirigentes— campea una paralizante mezcla de estupor, mufa y desaliento.

A esta altura de marzo, no solo en las conversaciones de amigos y en las reuniones de peronistas, sino también en las paredes y en los papeles impresos, circulan términos como “traición”, “corrupción” y “golpe”. Las quejas y puteadas están a la orden del día —superpuestas con las de la mayoría de los no-peronistas— y la bronca crece, por ahora, bajo la forma hegemónica de la lucha salvaje de todos contra todos.¹

Quien pretenda realizar un balance de ocho meses de gestión “peronista”, debe enfrentarse con una certidumbre escalofriante. En el debe tenemos un sinnúmero de cosas que registrar, pero, ¿y en el haber?

1. Desde cierto punto de vista no es incorrecto hablar de traición, siempre que se vaya más allá del esquematismo causal implicado en cualquier explicación por medio de las metáforas de la puñalada por la espalda, el hombre que se da vuelta o el jugador que patea en contra. Por otra parte, “el que avisa no es traidor” decía el cura Fernández, galaico profesor de Castellano, cuando ponía amonestaciones o mandaba a alguien a marzo. Los que no se dieron por avisados con el desarrollo político de Menem desde el día en que corrió a saludar a Alfonsín (2-11-83) hasta la última campaña electoral del 89, bien merecen ser burlados y apaleados. Los Masettos abundan en el peronismo, pero cuando se trata de cuadros dirigentes, no son para nada inocentes: hacen su negociito o negociado... Después de haber soportado el exitismo y/o oportunismo del período 9-7-88-14-5-89 me consuelo leyendo lo escrito sobre Menem en mis artículos de los números 17 y 18 de *Unidos*... Consuelo pírrico, por cierto, pero no estamos para exquisiteces en estos tiempos que corren. ¡Ah!, me olvidaba: un especial saludo a Jorge Eneas Spilimbergo, quien —tan lúcidamente— vapuleaba a M. Wainfeld por haber escrito en el N° 20 de *Unidos* que “en las internas de los partidos populares perdieron los buenos” y fueron elegidas “sus líneas menos seductoras” (ver *El Despertador*, N° 22, julio de 1989). Don Eneas —que no en vano así se llama— navegó en aguas cafieristas hasta el triunfo de Menem y luego supuso que debía “dar señales” de optimismo menequista para no quedar en desventaja respecto del tío Abelardo, un triunfador de julio del 88. Por cosa de nada —decir que habría sido mejor que en la DC hubiera ganado Auyero, en el PJ Cafiero, en la Izquierda Unida el MAS o en el radicalismo algunas líneas coordinadoras (tal el pecado de Wainfeld)— el carismático líder del poderoso PIN (Partido de la Izquierda Nacional) saca su facón de acero inoxidable calificando al elenco estable de *Unidos* de esta manera atroz: “Estamos acostumbrados al devaneo hamletiano de nuestra ‘intelligentsia’ progresista e incluso nacional pero (...) su superación es incesante y nos pone, para ponderarla, en una encrucijada con el espacio. Porque calificar de ‘mejor’ al Dr. Auyero quien ha asumido un proyecto estratégico en oposición al del partido y movimiento mayoritarios al que pertenece e ilumina el profesor Wainfeld y de ‘peor’ a quien comparte y secunda, triunfando en dura lucha interna, ese proyecto, constituye un disparate lógico”. Luego continúa su ilustrativo artículo exaltando el “llamado y la esperanza” convocada por el “oscuro caudillo de una pequeña provincia argentina” y execrando a la “Razón Universal... imperialista”. “Se ha impuesto la Argentina criolla...” Bien, ¿por qué no nos informa cómo anda ese “proyecto estratégico” tan superior al de los “socialdemócratas” de *Unidos*? Ese que orientan los Alsogaray, Neustadt y Handley. Pero no hay misterios. En nota al pie de su artículo ya explicaba por qué era un disparate lógico desconfiar de Menem. Astucia de la razón criolla: “Obviamente, de haber triunfado Auyero, Monserrat y otros ‘mejores’, en sus respectivas internas, no habría habido Frejupo, otro pequeño detalle que Wainfeld parece olvidar. ¿O no?”. ¡Picarón!, “FREJUPO habemus, prebendam tangemus” dice la *Eneida*. No, si los Masettos —a nivel dirigencial— no son tan inocentes. La “Razón criolla” muestra una vez más su sabiduría vizcachesa. Sé que la dirección me reprochará el gasto de pólvora en chimangos (cada página cuesta un güevo), pero ya dijo Ebert que “la venganza es el placer de los socialdemócratas”. Y, además, en la Argentina “la única verdad es la impunidad” (esta noticia es ilevantable, lo juro por la izquierda nacional. ¡Privatizados o muertos, jamás de clavos! ¡Virgilio vuelve!).

Cuando en los primeros tiempos del gobierno de Alfonsín escribía la crónica de *Unidos* encontraba unas cuantas cosas que criticar, pero había también actos gubernamentales positivos. Un ejemplo, para desmemoriados, el juicio a los genocidas.

Salíamos de la negrura dictatorial y teníamos esperanzas fundadas en la iniciación de un proceso de transición a la democracia. Por cierto, nos dolía la derrota (justa) del peronismo en octubre de 1983. Era un peronismo en el que descollaban como figuras principales Herminio Iglesias, Luder, Lorenzo, Isabelita y Saadi, los expresivos rostros de un movimiento en descomposición que a muchos les parecía definitiva y que otros creíamos reversible. Pero en esos años 83-85 sentíamos que, aun cuando el peronismo se desintegrara definitivamente o continuara transfigurado en el partido de la nostalgia anacrónica y reaccionaria, podíamos esperar que el país se encaminara por senderos de justicia, crecimiento, libertad y autodeterminación. Que, fuera por acción del gobierno democrático o del juego político institucional, el país avanzara hacia la anhelada democracia con justicia social y dignidad popular...

Hoy, ante el travestismo del gobierno elegido por la mayoría, ciego y sordo ante los reclamos populares, en un marco de creciente deterioro del salario real y de la dignidad de la vida cotidiana, de improvisación en la ayuda social a las víctimas del maravilloso sistema capitalista y de profundos desfases entre realidad, propuestas gubernamentales y ejecución eficaz, las esperanzas se ven notoriamente disminuidas. Lo primero que hay que reprocharle a Menem y su troupe de fugaces ministros, secretarios y subsecretarios —que se suceden vertiginosamente en macabra fiesta de irresponsables jugando un juego incomprensible— es haber terminado la obra destructora de Alfonsín respecto de las expectativas populares. Todos los sectores dirigenciales argentinos son poco creíbles, desde los milicos y empresarios hasta los curas y sindicalistas, pero los políticos son los que prometen incesantemente y no cumplen cuando se los vota —y de ahí el mayor descrédito de la capa política ante la gente común—.

Ahora... decir “no cumple” en el caso del menemismo gobernante es quedarse cortos. Desde Frondizi que no teníamos un caso tan claro de escisión entre lo sostenido en la campaña electoral —ni hablemos de los que se podía esperar de la tradición histórica peronista— y lo que Menem decidió hacer e hizo apenas triunfó en las elecciones. Apenas triunfó... ni siquiera intentó probar su propia alternativa frente a la herencia alfonsinista y del proceso militar. Los periodistas Leuco y J. A. Díaz han quedado tan desmentidos por la realidad en sus libros *Los herederos de Alfonsín* y *El heredero de Perón*, que dan ganas de hacerles un acto de desagravio. Este gobierno es el de los herederos de Alfonsín y el heredero de Perón no ha nacido aún.

Cuando, ya en marzo de este mufoso 90, uno se pone a escribir sobre lo que hace y dice el gobierno, de inmediato se encuentra con una dificultad adicional: no sabe qué adjetivos elegir para expresar toda la rabia, el dolor, la impotencia ante

la estafa perpetrada. Por otra parte, este número 21 está lleno de críticas al riojano y sus acólitos, aunque no se ampara, como otras expresiones peronistas, en el ataque exclusivo a los Alsogaray, Dromi, Bárbaro, Erman y las decenas de funcionarios dictatoriales, oportunistas y conservadores que pueblan el gobierno. La culpa no es del chanchito sino de quien le da de comer.

Igualmente, casi todo lo que pueda decirse de esta política neoliberal salvaje y de las provocaciones discursivas de Menem y sus acólitos se está diciendo estos días en la calle, en la mayor parte de las unidades básicas, y de los sindicatos, en los foros legislativos y en las aulas. Hemos intentado mantener cierto grado de sangre fría para exceder la acumulación de reproches, insultos y lamentos.

Porque lo que no se plantea en muchos lugares peronistas de expresión de la bronca y la queja es el agujero negro peronista no exclusivo de la galaxia menequista. Cuestiones que tienen que ver con su estructura ideológica, casi psicopolítica, con el lugar carismático de la conducción, con la mitomanía, con el mercantilismo, con el fundamentalismo esencialista.

Sé perfectamente que el dramatismo de la crisis no da mucho aire para la revisión teórica y la continuación de la autocrítica histórica que se ha intentado en diversas oportunidades² desde estas páginas de *Vencidos*.

Empero, si nos quedamos siempre en la lamentación y la queja, rumiando traiciones ajenas y venganzas irrealizables, seguiremos vencidos. Considero que hay temas que siempre deben ser puestos sobre el tapete. Por lo cual dejando de lado la temática del agujero negro de la conducción, que requiere serenas discusiones no condicionadas por la urgencia de la crisis, incursionaré en los tres últimos apartados de este artículo en cuestiones relacionadas con ese asunto.

Pero, antes que nada, incursionemos en el rock español...

2. A quien tenga ganas de verificar de qué se trata esta milonga, le recomiendo la amena lectura de estos artículos: de Mario Wainfeld, "Hace diez años sabíamos soñar" (Nº 4) [*n. de la e.*: p. 118 de la presente antología], "No lloremos la historia que no fue" (Nº 9) [*n. de la e.*: p. 251 de la presente antología], "Bienaventurados los giles" (Nº 11/12) y "¿Qué vas a ser cuando seas grande: Felipillo o SuperAlan" (Nº 17); de Horacio González, "El General de la conciencia desdichada" (Nº 5) [*n. de la e.*: p. 164 de la presente antología], "Recordando a Cooke" (Nº 11/12) [*n. de la e.*: p. 334 de la presente antología] y "Perón y Verón, dos tesis sobre el malentendido" (Nº 13) [*n. de la e.*: p. 403 de la presente antología]; del Chacho: "El peronismo se transforma o se muere" (Nº 3) [*n. de la e.*: p. 118 de la presente antología], "Final abierto" (Nº 6) y "La revolución llama a la puerta" (Nº 11/12); de Ernesto López: "Pasado y presente" (Nº 7/8) [*n. de la e.*: p. 203 de la presente antología]; de N. Ivancich: "Perón, ese general paraguayo" (Nº 13); de Rolando Concatti: "El coronel no tiene quien le escriba" (Nº 13); de Hugo Chumbita: "La renovación como proyecto nacional de la democracia" (Nº 14), amén de su libro *El enigma peronista*, Buenos Aires, Puntosur, 1989; de Roberto Marafioti: "El Perón que tuvimos" (Nº 13); de Vicente Palermo: "Construcción del poder popular" (Nº 3 y 4), "Transformación social: partido y sindicatos" (Nº 11/12) y "Un peronismo contra el sentido común" (Nº 18); de Álvaro Abós: "De lo plebeyo a lo social" (Nº 4) [*n. de la e.*: p. 140 de la presente antología] y "Herminio y los pasillos de la historia" (Nº 5); y, tal vez: de A. Armada: "Hondeón de la Pampa: juntos somos menos" (Nº 6), "Hacia el fin de la infancia" (Nº 7/8), "A vos no te fue tan bien, gordito" (Nº 16) y "Por una democracia en expansión" (Nº 17), aparte del mencionado del Nº 18.

Cuervo ingenuo hablar con presidente blanco

[...] Tú convencer mucha gente,
 tú ganar gran elección,
 ahora tú mandar nación,
 ahora tú ser presidente.
 Hoy decir que esa alianza
 ser de toda confianza
 incluso muy conveniente
 lo que antes ser muy mal
 permanecer todo igual
 y hoy resultar excelente.
 Hombre blanco hablar con lengua de serpiente,
 cuervo ingenuo no fumar la pipa de la paz con tú.
 ¡Por Manitu! ¡Por Manitu!
 Tú no tener nada claro,
 cómo acabar con el paro
 tú ser con eso paciente
 pero hacer reconversión
 y aunque haber grave tensión
 tú actuar radicalmente. [...]
 ¡Ah!, tú no ser radical,
 no poner punto final.
 ¡Ah!, ¡tú también ser paciente!
 Tú mucho partido pero
 ¿es socialista, es obrero?
 ¿O es español solamente?
 Pues tampoco cien por cien
 si americano también
 gringo ser muy absorbente.

En concomitancia con esos artículos, el desarrollo y la discusión de muchos aportes de los mismos pueden verse en las publicaciones editadas en mimeo: A. Armada, H. González y M. Wainfeld: *Historia, contexto y perspectivas de la renovación peronista*, 1986; Wainfeld y Armada: *Historia, contexto, etc. (Segunda parte)*, diciembre de 1988; y Armada y Wainfeld, *El peronismo posible de los 90*, diciembre de 1989.

Son además muy pertinentes, el libro de Salvador Ferla: *El drama político de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Lugar, 1986; el trabajo, en mimeo, de V. Palermo: "Peronismo, hoy: dilemas del movimiento o desafíos el partido", Buenos Aires, abril de 1988 y el segundo tomo de *Raíces cuestionadas: la tradición popular y la democracia*, de Daniel García Delgado, Buenos Aires, Centro Editor, 1989. Por último incorporo el inevitable aporte francés con dos excelentes obras que superan lo producido entre nosotros sobre agujero negro peronista: Jules Guillon, *Sociologie du péronisme rampant*, París, Editions le 17 octubrienne, 1990, 800 pp. Cfr. especialmente el capítulo III: "Le rêve du chevalier Triaca", pp. 457-587. Y Jules Donné Baribar, *Qu'est-ce que c'est le menemisme?*, París, P.U.F., 1990, 143 pp., prólogo de Régis Debray.

Hombre blanco hablar con lengua de serpiente.
 Hombre blanco hablar con lengua de serpiente.
 Cuervo ingenuo no fumar la pipa de la paz con tú.
 ¡Por Manitú!, ¡por Manitú!...

Javier Krahe-Joaquín Sabina, 1986, Madrid

Sin duda, la parodia piel roja de estos rockeros españoles (J. Krahe y el notable Sabina) contiene elementos de sugestiva similitud con lo que podríamos cantar hoy en la Argentina del menómeno. Pero no puedo resistir la tentación de acotar que —más allá de que el origen de la bronca de los cantantes se origina en la decisión felipina de incorporar a España a la OTAN— hay también claras diferencias a favor de la figura del Felipillo. Por lo pronto, su decisión pasó por el cedazo de un referéndum que lo favoreció y que produjo un extendido debate en la sociedad española. Algo que Menem no está dispuesto a hacer ni con su plan económico ni con Malvinas o el indulto a los genocidas, amparándose en la legitimidad de su cargo.

Pero, además, la política económico-social de Felipe González, discutible y negativa, no implica en el contexto previo hispano —con un desarrollo industrial y una seguridad social muy superiores a los nuestros, amén del seguro de desempleo— lo que significará en Argentina el despiporre de planes sucesivos vomitados por los cambiantes ministros y funcionarios de economía y sus segundos. Más absurdo resulta, en otro plano, que Menem y ciertos peronistas —que, ¡macho!, también los hay en el gobierno— pertenezcan a un sector rabiosamente anti socialdemócrata del justicialismo; aquellos que se cagaban en Felipe y lo usaban como nítido ejemplo negativo de lo que el peronismo llegaría a ser si triunfaban los heréticos renovadores.

Hoy (15 de marzo) vemos a Menem no solo buscando el apoyo público del visitante que pasa de Chile a Brasil, sino —lo que realmente importa— llevando a cabo una política muchísimo más antipopular (y antinacional) que la del gachó sevillano.

EL PELUDO DE REGALO Y LOS PERONISTAS QUE NO OSAN NOMBRARLO

Menem da el tipo cabal de “peludo de regalo”, según las pautas establecidas por el folklórico P. Ricardio, en su clásica obra hermenéutica sobre los giros populares argentinos. Un bien que, recibido con esperanza y regocijo, se convierte en un incordio del que no podemos desprendernos, so pena de males equivalentes o mayores a los que genera. Algo así parecen sentir los responsables de las publicaciones peronistas que despotrican contra la mayor parte de los actos y expresiones del gobierno menemista sin hablar de la responsabilidad de Menem y sin siquiera

mencionarlo, en una suerte de “fernandeo al revés” que haría empalidecer de envidia a los númenes de Mayo.

Por cierto, quien ose decir con todas las letras que las políticas encendidamente vituperadas son —como cualquier idiota sabe— responsabilidad de Menem, deberá pasar ipso-pucho a sugerir cómo se hace para remediar los desaguisados sin defenestrar a su máximo responsable. De qué manera, pero también con quién, sin quebrar la continuidad institucional y lesionar el derecho popular a elegir su máximo gobernante en forma legal y mayoritaria... Como en el caso de las publicaciones mencionadas, se advierte una fuerte simpatía —en alguna de ellas, un amor irrefrenable, en verdad— por el sector caropinto, cabe deducir que sus esperanzas están cifradas en alguna irrupción institucional-militar de MAS y Rico en el gobierno y la FF. AA. con Menem como figura presidencial simbólica.

Para los peronistas que no alentamos esperanzas blindadas el tema se transforma. Resulta mucho más espinoso e incierto. “Tenemos Menem para cinco años y no podemos ser golpistas”, pensamos; don MAS y Rico no nos ilusionan así como tampoco el generalato cacerista, tan procesista como los primeros. La línea de sucesión constitucional: Duhalde, Eduardo Menem, etc., no parece representar novedades de concepción y solo cambiaría la psicología del hombre en la cima (aunque ello significaría un avance, resulta mínimo en perspectiva de futuro); la meneada incorporación del Ángel de la Hoz cordobés significa lisa y llanamente institucionalizar la idea preelectoral de Altamira (PO) que lucía desopilante en abril del 89 y después de julio resultó profética: “Menem, Angeloz y Alsogaray son la misma cosa”.

A enumerar elementos para el análisis y la superación de la aporía del peludo de regalo, están destinadas las siguientes líneas...

LA AVENTURA MAS-RICO

En primer lugar, hay que ponerse de acuerdo sobre las razones por las cuales MAS (Mohamed Alí Seineldín) y Rico no pueden entrar en el horizonte de nuestras expectativas, al menos como aglutinadores principales de una recomposición del bloque político popular.

Hace un año y medio estas consideraciones no eran imaginables para ningún peronista que se ubicara fuera de las estrechas órbitas militantes de Guardia de Hierro, el galimbertismo, el P. R. o el herminismo sindical. Pero hoy abundan los compañeros que, sin pertenecer a esos ámbitos de influencia, se plantean la opción caropinta como posibilidad real de superación de la crisis desatada por el travestismo neoconservador del menemismo.

El razonamiento usual es el siguiente:

a) MAS-Rico encuentran eco propicio en sectores sindicales y entre las capas medias y bajas de la población, sobre los que vienen trabajando intensamente. Como el gobierno está empecinado en poner en práctica las recetas del neoliberalismo y la

situación se deteriora veloz e inevitablemente, crecerá la posibilidad de que se geste un “nuevo 17 de octubre” con las masas trepadas a los tanques y camiones que el sector carapinto utilizará para poner coto al deterioro. Sus hipótesis al respecto incluyen variantes de reacción octubrista ante la amenaza del golpe ejecutado por la cúpula actual del Ejército;

b) podría ocupar ese sitio por tratarse de un militar sin tachas (dicen) que habla contra la miseria y la corrupción (de los políticos, sobre todo) afirmando ser peronista. Contaría con suficiente enraizamiento popular —fruto de sus actuales despliegues en las zonas críticas del país— y capacidad organizativa (sindicalistas, grupos de militantes, estructura y dinero suministrados por empresarios y partidillos como el MID);

c) hay que pensar dónde va a estar la masa popular y por lo tanto obrar adecuadamente. Si las masas populares llegaran a acompañar a MAS-Rico, no habría que tener prejuicios basados en el carácter macartista y fascista de varios planteos carapintos o de sus apoyos. “Recordemos cómo se ubicó la izquierda en el 45, errando la apreciación de la figura del líder Perón. No repitamos su simplismo. Además, hay que ocupar los espacios vacíos porque si no, los ocuparán otros”: Seineldín y Rico deberán contar con alas para concretar sus objetivos sin un alto costo. Ya tienen su ala derecha con el desarrollismo, los sindicalistas menemistas y los grupos que los rodean. Ocupemos el ala izquierda...

CON ONGANÍA, TAMBIÉN SE DIJO... (RECORDANDO A COOKE)

“La autoglorificación de las FF. AA. cuenta con muchos propagandistas civiles y eclesiásticos y con un vasto auditorio de asentimientos tácitos. Los políticos, aun los que no están ligados a los intereses más cercanos a las FF. AA. jamás cuestionan sus atributos inmarcesibles pues no tienen intenciones de malquistarse con un factor permanente de la lucha por el poder [...] Cuando critican al Ejército, obligados por razones de fuerza mayor, es añadiendo larguísimas aclaraciones que dejan a salvo la intangibilidad moral y patriótica de la Institución y limitan las incriminaciones a una minoría que “evidentemente no representa el sentir y la conducta de los demás oficiales”. Y va sin decir que nuestros burócratas son cultores de esa mitología y corren tras cualquier jenízaro que se digne tenerlos en cuenta”.³

1) Las FF. AA. fueron responsables, como sabemos, de un extenso período caracterizado por la entrega del patrimonio nacional, la corrupción, el terror y la consolidación de la estructura y la cultura de la especulación y el sálvese quién pueda. Los carapintos —que han aggiornado su mensaje (ahora Rico se define “realista metódico moderado”)— manifiestan su rechazo a la corrupción y a la política económica de Martínez de Hoz. Pero siguen reivindicando la guerra

3. *El peronismo y el golpe de Estado*, Buenos Aires, Ediciones A.R.P., septiembre de 1966, pp. 66-67.

sucia como necesaria e inimpugnable lo cual implica una escisión tramposa de lo que fue una política homogénea para barrer toda resistencia contra la consolidación de una nueva estructura socioeconómica injusta y dependiente, por medio de la destrucción de una conformación económico-social y cultural que conservaba elementos —debilitados pero esenciales— de la que construyera Perón en su primer gobierno.

Por otra parte, en lo referido a las “aristas fascistas o macartistas” su concepción ideológica es retrógrada no solo en aspectos “parciales” (culturales, religiosos, etc.) sino en su núcleo fundamental.

Sostener “tuvimos que matar a nuestros hermanos” no es suficiente demostración de cambios relevantes en su concepción. Una prueba es la adhesión al pedido de libertad para los comandantes militares condenados.⁴

2) Hemos asistido en el transcurso de los últimos 35 años a muchos ejemplos de escisiones entre “liberales” y “nacionalistas” en las FF. AA. Sistemáticamente los primeros hegemonizaron y anularon a los segundos, siendo el resultado de tal proceso siempre antinacional y antipopular. Desde el lonardismo y el bengoísmo inmediatamente posterior al 55 hasta los “sectores” que muchos creían distinguir en la cúpula del 76, pasando por Levingston —que sedujo a Oscar Alende— hemos comprobado siempre la experiencia de la frustración del “paradigma 45”. Esa vieja chamarrita de los milicos con su modelo de los militares nacionales y la expectativa del “coronel (o general) del pueblo”.

Ello puede alertarnos sobre el peligro de pretender repeticiones de acontecimientos singulares en forma mecánica: al fin y al cabo los surgimientos de los grandes movimientos nacionales y populares en nuestra historia no se dieron con el mismo molde (pensar en los casos de Artigas, de Rosas, de Yrigoyen y de Perón).

3) Para ser un ala hay que contribuir a que el conjunto triunfe, apostando de antemano a la reiteración histórica, olvidando el pasado reciente de la trágica historia del proceso militar al cual contribuyeron a consolidar Rico y Seineldín; hay además que poner entre paréntesis todas sus ideas rechazables, que son unas cuantas, empezando por la apollada de la “ciudad católica”, objetivo del que habla permanentemente el vocero de Seineldín... Por último, para “ser un ala”, hay que aceptar compañía y cofradía con Abelardo Ramos, Guardia de Hierro, Galimberti y lo peor del P. R., sin olvidar a los herministas y a los tradicionales fachos que inspiran organismos como “La Guardia Nacional San Ignacio”, cuyo nombre es muestra clara de su catadura ideológica. A todos ellos se agregan personajes cuyos

4. Si alguien suponía que el mensaje riquista sobre el tema iba a modificarse ante la necesidad de ganar algún espacio político entre los sectores progresistas y moderados, puede leer el reportaje aparecido en *Página/12* del 30-3-90. “[Pide la libertad de los comandantes del Proceso] porque nos condujeron en la guerra contra la subversión; entonces los quiero libres. La operación Dignidad es por todos los camaradas, incluso por Videla, por Massera, por Agosti, por Camps y por el general Richieri” (pp. 10-11).

antecedentes —y consecuentes actitudes actuales— arrojan espesas sombras sobre la luminosidad popular del seineldinismo.

4) Las experiencias latinoamericanas recientes de liderazgos nacional-populares de generación militar (Velasco Alvarado, Torrijos, Torres, Noriega) no dejaron secuelas lo suficientemente satisfactorias como para sacrificar otros valores y conquistas populares, tales como el pluralismo, la posibilidad de sufragio directo, la discusión parlamentaria democrática de la legislación, la libertad de expresión, de conciencia y —muy especialmente— de agrupamiento y lucha sindical y política.

5) Nuestra propia experiencia “paradigma 45” —con su liderazgo unipersonal y vertical y sus componentes militares— presentó facetas negativas difíciles de superar, que han insumido mucha sangre, tiempo y esfuerzo en vano. ¿Por qué reiterar la experiencia “Perón”, además sin Perón y su genio, apostando a quienes se hallan a kilométrica distancia de su antecedente inmediato? ¿En aras de qué?

Como bien decía Salvador Ferla:

¿Para qué las armas si la pelea es con banqueros y los primeros que se rinden ante ellos son los hombres de armas? [...] ¿Para qué las armas si las FF. AA. son naturalmente conservadoras y no aptas para manejar el cambio social? [...] Por otra parte, la negativa de los militares a hacer su autocrítica respecto al genocidio, los fija en el rol que los llevó al golpismo.⁵

Las FF. AA. no son exactamente el “enemigo”, pero han demostrado ser su más contundente y temible instrumento. Su idoneidad se ha manifestado en la represión, pero no en la lucha nacional. Su capacidad de combate (por ahora solo mostrada en la guerra sucia) nada garantiza, por otra parte, acerca de su idoneidad política, económica o técnica.⁶

5. “El inextricable vínculo entre historia y política”, *Unidos*, N° 11/12, Buenos Aires, octubre de 1986, p. 382.

6. Por supuesto, existen peronistas que piensan de manera muy distinta, en la línea ferroguardiana, variante militarista. Por ejemplo, recientemente el sindicalista y militante —según se autopresenta— A. Balcedo escribía en *Diario Popular* lo siguiente: “Porque el peronismo —le guste o no a esta nueva generación partidocrática autodenominada ‘renovación’ y a una supuesta izquierda justicialista— no nació del comité; nació de las entrañas de la oficialidad joven de un Ejército que entendió las tareas históricas de la etapa que surgía en el 45 y que así parió una industria pujante y a una clase obrera [sic] de inequívoco signo nacional”.

Como vemos el Ejército demiúrgico produjo un milagro inédito en la historia de la humanidad: parir a la clase obrera. No resulta extraño que el tal Balcedo concluya así sus reflexiones (opuestas a la función meramente represiva de las FF. AA.): “Las FF. AA. y el Ejército en particular deben formar parte de un poder nacional que se comprometa y trabaje por la transformación del país, participando del diseño de esa política estratégica e integrándose en forma absoluta a los sectores políticos nacionales, de la producción, del trabajo, de la inteligencia y de la Fe”. *Diario Popular*, del 12-3-90, p. 2. Como vemos el Ejército es —para esta concepción— el sujeto del peronismo.

DEL POSIBILISMO ALFONSINISTA AL PRAGMATISMO SALVAJE

Algunos compañeros, como el “conde” Ramos⁷ hablan de vaciamiento ideológico del peronismo, atribuyéndole —a mi juicio exageradamente— gran parte de la culpa principal a la renovación. Sobre este tema puede ser útil la discusión del punto siguiente sobre tradición y renovación.

Sería útil que, ante la tesis del vaciamiento, nos preguntemos algunas cosas. En primer término, en qué medida ha sido una respuesta “obligada” a las circunstancias de crisis terminal, a las presiones de los poderosos grupos económicos concentrados y de los tradicionales factores de poder (Iglesia, FF. AA., propietarios de medios de comunicación masiva) que están en consonancia con aquellos. En segundo lugar, de qué tipo son las concesiones que vienen a reemplazar a las tradicionales posiciones peronistas. En tercer término, por qué fueron adoptadas justamente por el político carismático que venció en las internas apareciendo como el restaurador de las banderas parcialmente dejadas de lado por el peronismo renovador.

Algunas de esas preguntas tienen fácil respuesta, como la segunda. Otras merecen detallada discusión para entender por qué en el peronismo resultamos siempre frustrados en nuestras expectativas. Pero en ese marco global, merecen mi atención dos temas clave: el posibilismo sedicentemente pragmático del menemismo gobernante y el tema de la renovación ideológico-política, o actualización doctrinaria.

Comienzo por el final: con el concepto crítico de posibilismo, de origen yri-goyenista⁸ —utilizado en la lucha contra el alvearismo en las décadas del treinta y cuarenta—, los sectores más lúcidos de la izquierda, de la renovación y del radicalismo criticaron la política global del alfonsinismo y ciertos aspectos de las concepciones de los propios renovadores y ortodoxos en la oposición.

Es innegable que pese a haber sido, como concepto crítico, un consistente instrumento de lucha ideológica, el posibilismo triunfó con el gobierno menemista, aniquilando prácticamente cualquier resistencia que significara concebir lo posible como una percepción conceptual de la realidad con límites flexibles —en tanto la realidad solo puede entenderse como dinámica y construible socialmente— que pueden ser desplazados por la acción política, si existe la decisión de producir cambios y la voluntad de luchar por ellos. Una voluntad que esté orientada por una utopía transformadora concreta,⁹ apoyada en el enraizamiento en las clases populares, en su organización, participación y movi-lización efectivas.

7. Ver Arturo Armada y Mario Wainfeld, *El peronismo posible de los 90*, mimeo, Buenos Aires, diciembre de 1989, cap. III.

8. Según lo explica detalladamente Eduardo Passallacqua, un yri-goyenista “que no baja las banderas”, en su trabajo inédito *Crónica del período 1982-1988*, realizado en el marco de un proyecto del PNUD durante los años 1988-89.

9. La califico de concreta siguiendo al Ernest Bloch de *Das Prinzip Hoffnung*, obra de primordial importancia para la discusión de las utopías orientadoras.

Ahora bien, este posibilismo “riojano” de nuevo cuño —tan distante del idealismo voluntarista de Facundo Quiroga y Felipe Varela— es la etapa superior del posibilismo tecnocrático, racionalista y posjacobino que inspiraba el doble discurso permanente de Alfonsín (¡Vamos a...!).

Esta concepción menemista no es un realismo, desde el punto de vista del conocimiento, sino un “idealismo de lo dado”. Se trata, si nos manejamos en el plano de la visión práctica de la política, de un posibilismo “pragmático”, calificativo del agrado de sus popes teóricos, desde Neustadt y Grondona hasta Bárbaro, Béliz y Jorge Castro. Pero, sin duda, sus raíces son peronistas. Es la vertiente de aceptación de lo existente que inspiró al leloirismo del 55 o al perondesarrollismo del 72, y cuyo evangelio es la carta de Perón con más famoso título en la Argentina contemporánea: “la única verdad es la realidad”. Esta muletilla multiuso, tan cara a la patria metalúrgica y a todo peronista de seso perezoso que tenga que encabezar o terminar una solicitada, constituye el primer mandamiento (a veces pareció ser el único) de la tabla que Frigerio le reveló a Perón no en el Sinaí sino en Puerta de Hierro. Hoy, para la mentalidad de muchos dirigentes sindicales y políticos, desplaza en importancia a las tres banderas de justicia, independencia y soberanía y conduce a pensar que el peronismo no es un justicialismo (por eso de justicia social, ¿vivo?) sino un simple sanchopancismo ético y cognoscitivo (con perdón del simpático Sancho, que era mucho más sabio y honesto que estos imitadores corruptos...).

Los gurús teóricos del menemismo imperante recuerdan y proclaman que Perón era, ante todo, un pragmático; así como, igualmente, un poderoso foco de elaboración doctrinaria y propagandista como lo fue el sector peronista de FORJA también puede ser considerado esencialmente pragmatista. Sin embargo, hay aquí un juego malabar. Este pragmatismo no está destinado a aproximarse a fines superiores inspirados en valores como la justicia, el amor y la igualdad, sino a quedarse en la finalidad de los medios mismos: a aceptar las cosas tal como son para simple, sencilla y espantosamente, beneficiarse sectorialmente de ellas (hacer negocio, que le dicen).

Es un pragmatismo sin inspiración ni siquiera reformista y, que quede claro, sin enemigos sociopolíticos declarados. La unidad nacional que se declama es una unidad contra nada real en términos de fuerzas económicosociales. Apenas si atina a proclamar “enemigos” como el estatismo o el dirigismo, la inflación —que no ataca en sus causas— o la posibilidad de protesta social masiva (temida bajo la figura del estallido). No existen para este sanchopancismo sectores o grupos socioeconómicos a los que se síndique como responsables de la crisis, el endeudamiento y envilecimiento argentinos, y como sus principales beneficiarios... A menos que se tome por lucha contra la patria financiera la expropiación y exacción de los ahorros de quienes en vez de comprar dólares y mandarlos al exterior, como acostumbra todos los auténticos poderosos argentinos, tenían australes a plazo fijo, “especulando” con ellos en el país de la especulación no enfrentada desde el gobierno.

“Todos tenemos la culpa, todos sufrimos por igual la crisis...” es la doble patraña, la innombrable desfachatez que muy pocos hubieran osado pronunciar hace apenas un año y que hoy impregna todos los mensajes de los comunicadores sociales oficialistas. Al menos hasta que llegue el momento en que sostengan sistemáticamente lo que ya insinúan: la culpa la tienen los sindicalistas “desbocados”, los empleados estatales o el carácter perezoso de los argentinos. Al respecto, es significativo lo que implica el chiste polaco contado por Menem en la reunión plenaria del Consejo Nacional del PJ del 31 de marzo de 1990. A Polonia le falta un milagro: que los polacos trabajen. A nosotros nos pasa lo mismo, sostiene Menem; le quedan pocos lugares comunes oligárquicos para repetir, luego de las referencias al pan negro del peronismo o echar la culpa de los males argentinos al dirigismo y al estatismo de los “últimos cuarenta años”.

Por lo tanto, este pragmatismo debe diferenciarse del que, como en el caso forjista, desgranaba y repasaba las cuentas del rosario de “zonceras argentinas” (las mismas que hoy repiten nuestros gobernantes “peronistas”) para aprehender la realidad de una nación dependiente, de un sistema social injusto y de una cultura deformada e instrumentada para justificar la injusticia y la dependencia. Que, en síntesis, luchaba contra la realidad existente muy lejos de convertirla en criterio de verdad de las propuestas que formulaba.

Pero además, el pragmatismo de hoy, lejos de la jaurechiana actitud de pensar y actuar sin anteojeras ideológicas, tiene puestas las orejas de Alsogaray y los lentes de Neustadt y Aníbal Vigil. Sus recetas —su tan mentada revolución doctrinaria— son las neoconservadoras, rancias, esquemáticas, inútiles y risibles hasta para los liberales europeos, quienes nos observan tal vez tan asombrados como Bentham ante los escupitajos poco refinados de su discípulo Bernardino Rivadavia. Pero que se aprovechan de la necesidad de sus tardíos discípulos travestistas.

Cuando se acusa de ideologismo a los críticos de los planes B.B., Erman I, II, III y IV (incluyo este por la demora de veinte días en aparecer la revista) como hacen por ejemplo Bárbaro o el mismo Menem, cabría preguntarles cuál es la categoría de los diagnósticos y soluciones del liberalismo económico que perpetran contra nosotros. Ciencia pura, seguramente.

De todos modos sería saludable que los peronistas en vez de pensar solamente en términos de traición, estafa o superficialidad de quien hoy nos deja tan mal parados, recordemos mientras intentamos resistir y decir no, que hay lastres que arrastramos desde hace tres décadas —por poner una medida de tiempo ajustada a mi memoria política existencial— y de los cuales no pudimos desembarazarnos. Y si no nos despojamos de ellos es porque la capa dirigencial e intelectual peronista alimenta —por razones de intereses, la mayoría de las veces— mitos negativos, o sea aquellos estériles y despojados de vitalidad para afrontar la dinámica de lo real.

Uno de ellos, el más obvio, es el de la unidad, el mismo sobre el que cabalgó Menem para ganar la interna y el que sirvió para que se ganaran elecciones pero no se

pudiera gobernar. Una unidad imposible, no la unidad en la diversidad, que requiere una coincidencia mínima para dar lugar a las diferencias. Una unidad como la que rejunto Menem en la interna —útil para el apoyo logístico pero no para ejercer el gobierno— o como la que llevó a Cafiero a no profundizar el proceso de ruptura luego del triunfo de noviembre de 1985. Unidad como la berreta del Frejupo, mezclando a Frigerio y Ramos (también con el franeleo con el Ramos de *Ámbito*) con el PCR, los conservadores, la DC no auyerista, el PI y los hijos renovadores de Abelardo, el PIN de Spilimbergo. Un conjunto de oportunistas estructurales, recompensados luego de mayo en mayor o menor medida pero inmediatamente burlados y apaleados por medio el adulterio con Alsogaray, la UCeDé y cuanto funcionario o mentor procesista anduviera suelto y disponible. Unidad del peronismo, unidad nacional, todo muy lindo, pero, ¿para qué y contra qué y quién? Pregúnteselo a Menem.

No se me escapa que la última voltereta —alianza con el neoliberalismo— no se desprende necesariamente del mito operativo de la unidad. Pero sí tiene que ver con otros mitos ideológicos. Aclaremos.

TRADICIÓN, INNOVACIÓN, ACTUALIZACIÓN MENEMISTA

El menemismo insiste en que está actualizando la doctrina “como planteaba Perón” y en que se trata de una verdadera revolución (manifestada por ahora en la privatización de empresas estatales con insólitos beneficios para los futuros adjudicatarios).

Dejemos de lado el tema específico de las privatizaciones, donde descuellan María Julia y su particular manera de “honrar la deuda”, con tarifazos revolucionarios y capitalización de la espúrea deuda externa, para plantearnos qué clase de actualización doctrinaria es la que se ejerce desde el gobierno.

La “renovación doctrinaria” emprendida desde mayo de 1989 requiere una discusión de los modos de innovar en un “corpus ideológico” sin caer en la “traición” a la identidad que conforma.

La certeza que se hizo carne en los renovadores peronistas a partir de la derrota de 1983 y que se fue imponiendo lentamente en la conciencia de la mayoría de los cuadros y dirigentes, consistía en la aceptación de que la crisis del peronismo posterior al Proceso era global y profunda, abarcando no solo el factor humano cupular, las formas organizativas tradicionales y las respuestas concretas frente a los interrogantes del presente, sino también la doctrina y los componentes sedimentarios de la tradición acumulada por el peronismo en cuatro décadas de historia argentina.

Aclaremos lo de componentes sedimentarios. Toda tradición implica valores que se pusieron en juego en determinado momento del pasado como verdaderos aportes innovadores respecto de otras tradiciones previas. La sedimentación de los componentes de una tradición en forma de un saber autosuficiente (en el orden político, una doctrina y un estilo de acción) que se cierra sobre sí mismo, conduce hacia la tentación de lo que podemos llamar provisoriamente “tradicionalismo”:

la transmisión y exaltación reiterativa, limitada al esquematismo elemental, de un contenido inerte, que ya no ofrece canales para la innovación. Vale decir, un contenido estéril, reducido a fórmulas mecánicas, a muletillas grandilocuentes pero vacuas, que no solo se han vuelto improductivas sino que además se tornan castradoras de la capacidad de dar respuestas ante los conflictos del presente.

Esta manera de insertar la acción política en una tradición debe ser superada por una actitud diferente, que tendrá éxito si la tradición contiene valores realmente trascendentes y no meramente coyunturales, pasajeros, como los que suelen utilizarse aprovechando las modas y las ondas efímeras, sin asimilación crítica. Esta posibilidad creativa para pensar, decidir y actuar desde una tradición consiste en concebirla como la transmisión viviente de una o varias innovaciones originarias, transmisión ofrecida como campo pero también como energía que puede ser reactiva mediante la reinterpretación de sus momentos más creativos.

Solo una concepción de la tradición que pueda abordarla como transmisión vital, como legado modificable, puede plantearse con sentido conjugar tradición y revolución social —un nudo clave de los procesos de liberación nacional—. Se trata de renovar liberando los contenidos tradicionales de sus sedimentaciones inmovilizadoras. Los *modelos* producidos por las sedimentaciones no son *esencias* —como pretenden una corriente muy arraigada del pensamiento nacional y todas las ortodoxias contenidas en el peronismo— sino productos coyunturales de una historia sedimentada, cuya génesis innovadora ha sido bloqueada por las reiteraciones, por el formalismo exterior del ritualismo. Una cosa es innovar recreando el sentido bajo formas inéditas y otra, muy diferente, invocar ritualmente las innovaciones originarias para dar respuesta a las novedades de la época. Tal la controversia entre actualización y ortodoxia tradicionalista.

Pero ahora corresponde que nos preguntemos por el carácter de la renovación que está llevando a cabo el menemismo gobernante. Lo que predomina en gran parte de los críticos peronistas del menemismo es el recurso al pasado, no expresándose más que una reafirmación de “principios” inmutables o de esencias intocables. Se dice: “Perón enseñó que lo que debe actualizarse es la doctrina, que incluye las mediaciones instrumentales para enfrentar las nuevas realidades; pero la filosofía peronista se basa en principios que deben permanecer, pues son invariables. En caso de abandonarlos se deja de ser peronista”. Si nos ubicamos en la óptica de los sistemas globales de pensamiento, cerrados y totalizantes, se trata de una válida respuesta a las heterodoxias menemistas.¹⁰

10. “La ‘ortodoxia justicialista’, como síntesis de verdades anticipatorias e inamovibles nada tiene que indagar en la realidad. El espacio del conocimiento ya fue construido, solo resta transitarlo desprejuiciadamente. Un depravado pragmatismo encontrará al final del camino la trascendente explicación doctrinaria. La inexistencia de mediaciones explícitas nos remite al tema de la ortodoxia y el pragmatismo, como parientes de una familia portadora de muchas de las explicaciones de la situación actual”. Carlos “Chacho” Álvarez, “Final abierto”, *Unidos*, N° 6, agosto de 1986.

Sin embargo, esta respuesta y el marco filosófico que la genera no dan cuenta de la veta pragmática del peronismo, que fue desde las realizaciones y los hechos a la teorización y no a la inversa. De las posiciones asumidas por quienes, como Perón y FORJA, fueron pragmáticos y partieron de los hechos no de los corsets ideológicos, se fabrica un “corpus teórico” estructurado y se lo convierte en cosmovisión definitiva. El único problema es que no pueden dar cuenta de la historia real del peronismo, ni de sus contradicciones y divergencias ideológicas. No pueden explicarse un Cooke¹¹ ni tampoco las abundantes maniobras contradictorias ejecutadas por el propio Perón durante el exilio y después.

Esto respecto de la relación concepción-práctica-realidad. Menos pueden salvar las contradicciones en el propio pensamiento de Perón. Y ni hablar de las diferencias entre pensadores peronistas como Jauretche, Cooke y Hernández Arregui, por nombrar los más conocidos y divergentes.

Por el lado opuesto —el del menemismo— las cosas son menos dificultosas. Alegremente nos informan que se terminaron las ideologías, que esta nueva concepción es la que proponía Perón en el discurso del 1° de mayo de 1974 y que están realizando una revolución teórica, la cual aún no tiene su Althusser, aunque Bárbaro, Béliz, Jorge Castro y Jorge Bolívar están en la brecha, aspirando...

No se necesita mucha sutileza conceptual para darse cuenta de que una cosa es renovar un pensamiento para comprender y dar respuestas a los nuevos fenómenos de la realidad socioeconómica y política y otra muy diversa arrancar de cuajo los núcleos axiológicos del pensamiento que se desea renovar y de la tradición en la que se dice estar insertos.

En el caso de una auténtica conjugación de innovación y tradición, los cambios de la estructura económico-social y de la cultura política son asumidos y elaborados,

11. En realidad, nuestros ideólogos esencialistas viven apegados a las formas exteriores de la tradición política. Solo esperan soluciones de la repetición de lo ya acontecido; por ello suelen correr a acercarse a los incipientes salvadores con mando militar y vocación de fusión entre pueblo y ejército. En cambio, quien se nutre de los sentidos encerrados en la tradición viviente trata de buscar formas nuevas para expresarlos. Una muestra clara la tenemos en intentos recientes de intérpretes que buscan retomar el sentido del acervo nativo, como es el caso de Liliana Herrero y su banda (musical). Se abandona la vestidura que ya no sintoniza con los oídos contemporáneos (arreglos, acompañamiento instrumental), pero la voz expresa el mismo mensaje que el autor original —en muchos casos anónimo— quiso transmitir. En el plano del arte político, los dirigentes del peronismo y sus aliados populares harían bien en ocuparse de que los valores inspiradores de su origen y tradición se expresen en ideas y actos innovadores. Para que, por ejemplo, empiece a perder vigencia aquella milonga de Zitarrosa: “Que aquí se escribe la historia / según valen los terneros / Al pobre nadie lo hamaca / nadie tasa su desgracia / la justicia es una vaca / pastando en la democracia” (“Milonga más triste”). Palito Ortega, Seineldín, Péculo, etc. son, como Menem, remedios peores que la enfermedad de la corrompida “clase política” peronista, radical y ucedeísta. El acontecimiento vale por su recreación de la realidad preexistente. Si se pretende reiterarlo en su exterioridad, deja de serlo, se convierte en simple rutina. Sobre ejemplos claros de contradicciones en Perón doctrinario y moralista, ver el trabajo *Historia, contexto y perspectivas*, etc. (I) de González, Armada y Wainfeld, 1986, apartado II.

ofreciéndoseles una respuesta inspirada en esos núcleos anteriores que permanecen como fuente de abordaje y evaluación de la realidad, para planear su modificación.

Lo que se deja de lado es sus sedimentaciones cristalizadas, sus rituales, sus ropajes desgastados por el tiempo (su vestimenta histórico-cultural o algunos instrumentos de comprensión y de acción).

En el segundo caso, que es el del menemismo, lo abandonado es precisamente el núcleo dador de sentido de la identidad política peronista. Los cambios se afrontan con la receta: “esta realidad es la única verdad posible; no puede, por consiguiente, ser cambiada; solo cabe manejarse dentro de su lógica, de su racionalidad, profundizándola hasta sus últimas consecuencias”.

Pero si bien es cierto que vivimos una crisis terrible, en un país en decadencia —manifestada en todos los órdenes de la vida cotidiana— también lo es que, desde el oficialismo, tal realidad/verdad resulta diagnosticada con una perspectiva que nada tiene de novedosa y menos de “revolucionaria”, ni está originada en esta crisis y por ella.

Se trata en realidad de una visión que maneja recetas —también muy obsoletas— del liberalismo económico presentadas como derivaciones de aceptar las cosas tal como son. Pero, sin duda, se opera en el sentido de profundizar los rasgos negativos del sistema económico-social, con lo cual la capacidad del poder político, en vez de ponerse en juego para modificar esos aspectos, es utilizada para reforzarlos o empeorarlos.

LOS IDUS DE MARZO (¿SE VAMO O SE QUEDAMO?)

Se viene la noche, decía el gordo. ¿Anochece realmente? Sí para el mito de la unidad peronista. El menemismo, uno de sus beneficiarios, lo ha hecho estallar en mil pedazos. Ni unidad ni identidad peronistas. No es poco, changuito riojano. Así aparece el tema de la ruptura, contrapartida del amuchamiento menemista, hinchazón patológica del amontonamiento peronista.

El tema venía preanunciándose y no le escapo. Como en 1985, luego del payascesco Congreso Justicialista de La Pampa, cabe preguntarse qué cuernos hacemos en el peronismo.

¿Qué clase de masoquismo nos puede llevar a soportar la continuación de la serie jalonada por Paladino, López Rega, Isabel, Osinde, Ottalagano, Herminio Iglesias, Luder, Saadi, Salim, Triaca, Cavalieri, Manzano, Cavallo, Guadagni, Vernet, Samid, Rodríguez Saá, y el culminante MENEM con su troupe de celestes, punzós, ex-renovadores, procesistas, trogloditas liberales, periodistas gorilas (Neustadt, Julio Ramos, Grondona, Aníbal Vigil) que desde distintos espacios del gobierno, el Poder Legislativo, las gobernaciones, los medios de comunicación y la administración pública llevan a cabo esta política travestista o la defienden a capa y espada? (Perdón por la extensión de la pregunta pero aun como está queda mucho sin nombrar).

Hay diversos factores a tener en cuenta para responder la cuestión en el período del setenta hasta ahora. En un plazo más corto, el que se extiende desde julio hasta el presente, enumero: miedo a la pérdida de identidad, oportunismo, falta de conciencia de lo que ocurre, miseria generalizada (material pero también espiritual).

El peronismo es, para nosotros, una enfermedad incurable, decimos desde hace mucho tiempo —medio en serio, medio en solfa— en un grupo de compañeros. Alcira Argumedo lo repitió hace poco en un reportaje, planteándolo más elegantemente, pero por primera vez en forma escrita, masiva. Es que una cosa es el peronismo al que nos adherimos —en mi caso hace un cuarto de siglo— y otra muy diferente el peronismo oficial existente, que se ha venido degradando progresiva e inexorablemente con el paso del tiempo.

Degradación que tiene su culminación en este gobierno asombroso del señor Menem y en la actitud de los más encumbrados dirigentes del peronismo político y sindical. Hoy, 1° de abril, a caballo entre el día final de marzo, que marca la derrota y decadencia de una clase dirigente (me refiero al plenario del Consejo Nacional que decidió gravísimas cosas con la ligereza propia de la etapa menemista) y el día en que cumple años el intento frustrado de una dictadura militar por dotar de carga nacional a un proceso inicuo como pocos en nuestra historia, me pregunto si nos vamos.

Pero los que se han ido del peronismo no somos nosotros, compañeros. Nuestros dirigentes, su absoluta mayoría para ser precisos, se han venido transfundiendo en un proceso complejo, contradictorio, de idas y vueltas, de enmascaramientos y desvelamientos, de falsas promesas y oprobiosas conductas.

No vamos a describir esta larga marcha hacia la vergüenza, que podría llenar varios volúmenes solo desde 1983. No vale la pena: creo que todos sabemos de qué estamos hablando, aunque algunos compañeros prefieran la mala memoria y la búsqueda de chivos emisarios (como “la renovación”, el cerco, la influencia de tal o cual monje negro, la “falta de proyecto”, “nuestra incapacidad de construir poder socialmente legitimado”, uno u otro sector del sindicalismo, “la rama política”, las influencias “ideológicas internacionales”, etc.).

Cuando afirmo: ellos son los que se fueron —ahora, con Menem, de manera clara y definitiva— solo pretendo evitar, cerrándolo provisoriamente, el tipo de debates generados en 1985, de los cuales el N° 6 de *Unidos*, ¡¡¡sin ir más lejos!!!, y casi todos los diarios y revistas del momento dan cuenta. Queden en congeladora los denuestos e insultos entrecruzados en la ocasión y muy especialmente las ganadas de quienes se rasgaron las vestiduras y graznaron loas a la infinita sabiduría del pueblo-peronista-para-siempre por la renuncia de 26 intelectuales (agosto de 1986) o de quien entre los renunciantes hace de ese gesto casi ingenuo el eje de su autobombo narcisista. Mi opinión sigue siendo, como en esa ocasión,¹² que

12. Ver, *Unidos*, N° 6, septiembre de 1985, “Hondeón de La Pampa: juntos somos menos”.

—desde el punto de vista de la globalidad del peronismo, cuyos cuadros se cuentan por miles y sus adherentes por millones— la actitud de ese puñado de peronistas tenía solo el valor testimonial de los profetas menores (menores, por el nivel de riesgo que implicaba, el entrecruzamiento con adhesiones o simpatías que luego se demostraron insustanciales) e incoherentes (por las diferencias ideológicas de los firmantes del manifiesto de renuncia). Una prueba, para terminar con el antecedente, la otorgan las divergentes tomas de posición de los mismos en los años posteriores, en especial en relación con el propio peronismo e incluso con la participación en líneas internas y en funciones de gobiernos (provinciales).

De lo aprendido en experiencias anteriores de rupturas, idas y vueltas, etc., de las que la historia del peronismo presenta abundosos ejemplos en los cuales los sujetos protagónicos no son precisamente “intelectuales” —sino dirigentes políticos, sindicales, cuadros y gente común y silvestre, de todo pelaje, procedencia y destino— bien pueden extraerse algunas conclusiones:

Primero que, hoy como ayer, la ruptura es difícil emotivamente e incierta en sus consecuencias políticas prácticas. Pero el hecho primordial del presente —el abandono de sentido e identidad por parte de los que tienen la manija del peronismo y del gobierno— con su gravedad indiscutible presenta una dificultad menor que en el 85 o en vida de Perón.

Me refiero a que los dirigentes oficiales han hecho abandono explícito o público de la identidad peronista, de los valores implícitos en la tradición, no solo de las mediaciones instrumentales o del cuerpo doctrinario escrito. Pero además, están poniendo en práctica en el gobierno sus concepciones travestidas, cuyas consecuencias no solo serán nefastas para todos sino también políticamente negativas para ellos. El fracaso de lo que se viene intentando desde julio del 89 no es materia profética. Es una realidad palpable cotidianamente.

En segundo lugar, el sentido de la ruptura debe ubicarse en la necesidad de dar cuerpo organizativo e inserción social a la alternativa posible sin dejar de lado la rica —aunque trágica— experiencia de las dos últimas décadas. Debe conservarse no solo lo mejor del peronismo en lo referido a la tradición de lucha, participación, movilización y protagonismo populares sino también el rechazo a las formas propuestas y ensayadas reiteradamente en nuestra historia para rearmar el bloque social y político nacional popular. Rupturas de grupúsculos, frentes apresurados y efímeros, pronunciamientos meramente comunicacionales, giros copernicanos, saltos al vacío sin dar cuenta de la propia responsabilidad en la estafa perpetrada por el peronismo todo, no. Debate político público, reinención de formas orgánicas, iniciativa en las luchas puntuales en curso, sí.

En tercer término, los sectores del peronismo que hoy se ven maniatados y anulados en su proyección por las disposiciones incluidas en el documento presentado ante el Plenario del Consejo Nacional del 31-3-90, deben sincerarse en sus intenciones y tener el coraje necesario como para replantearse la relación

—nada oscura— entre este gobierno más el partido encabezado tan ambigua y descorazonadamente por Cafiero y el peronismo —siempre virtual—¹ al que nos adherimos cuando decimos que “no podemos dejar de ser peronistas”.

Para que la enfermedad, ya analíticamente transformada en sufrimiento creativo, deje de jodernos la vida (a los peronistas y a los otros). ■

AÑO 6 - N° 21

MAYO DE 1990

SOBRE TRADICIONES, COMPROMISOS Y RUPTURAS

Eduardo Jozami

Por más aberrante que resultara frente a la tradición peronista, la mayoría de los dirigentes apoyó el acuerdo con Bunge y Born. Algunos porque participaban directamente del negocio, otros porque hace tiempo habían comprado esa actualización doctrinaria que hace de los grandes empresarios los sujetos políticos principales de cualquier transformación.²

Aunque algunos temieran vender su alma al diablo, el precio aparecía como tentador. Con la multinacional argentina dirigiendo la economía y Alsogaray haciendo guiños a los acreedores no había que temer por la estabilidad de los mercados. El costo social del ajuste sería sin duda severo, pero parecía inevitable para asegurar un impulso posterior de crecimiento. Lo primero era “poner la casa en orden”, según sostenía la sabiduría convencional que hace estragos en las filas peronistas.

De todos modos sería ingenuo suponer que no se advertía que las características del ajuste perfilaban un modelo de largo plazo: contracción del mercado interno, bajos salarios, prioridad a la exportación; la actual relación de fuerzas no permite otras cosas, se justificaban los dirigentes al tiempo que confiaban en las

1. Como suele reprocharnos Carlos Altamirano.

2. Entre otros muchos textos que podrían citarse, *Los lineamientos* suscriptos por Cavallo, Di Tella, Diamand, Curia y Frigeri, a comienzos de 1989, consideran al empresario privado como el agente principal de proceso de acumulación. En la misma época el documento de la CGT afirmaba el rol central del Estado. Esta controversia, se trató en el número 20 de *Unidos*. Eduardo Jozami y Claudio Lozano, “La discusión sigue el 15 de mayo”; pero la discusión no siguió porque aparecieron otros convidados no previstos como Alsogaray y Bunge y Born.

políticas asistencialistas para paliar el alto costo social en materia de desempleo e incremento de la marginalidad. Los resultados han sido decepcionantes y explican el distanciamiento de buena parte de la dirigencia respecto al gobierno. No solo no se cumplieron las expectativas más ilusorias como la de quienes esperaban que B y B aportara tres mil millones de dólares para pagar su ingreso al gobierno o que la acción filantrópica del City Bank resolviera el problema social argentino; el plan no acertó en lo que se creía más asegurado: la estabilización del tipo de cambio y el control de la inflación.

La errática personalidad del presidente y las contradicciones de su entorno no bastan, obviamente, para explicar las dificultades en imponer la política económica. La hiperinflación de febrero de 1989 mostró la presión de los dueños de los dólares —los exportadores y los bancos— para imponer la liberación cambiaria y un tipo de cambio muy alto. La acción conjunta de las ocho entidades empresarias que simbolizaban el poder económico en su presión sobre el gobierno no podía ocultar diferencias importantes. Estas no tenían mucho que ver con la distinción tradicional entre mercado internistas y exportadores, puesto que eran los grandes grupos industriales los que más insistían en la necesidad de un tipo de cambio alto. Se dificultaba, en realidad, la distribución entre los grupos económicos y la banca acreedora de los recursos que por vía de la caída salarial y una política tributaria cada vez más regresiva aportaba la mayoría de los argentinos. La decisión del Banco Mundial suspendiendo los créditos a la Argentina a fines de 1988 fue una advertencia, menos dirigida a Alfonsín que a su sucesor, de que los bancos acreedores no estaban dispuestos a seguir aceptando que se los postergara en los pagos de intereses mientras a través de la promoción industrial y las otras formas de subsidio los grupos económicos recibían la tajada del león.

Esta disputa no era sino la manifestación de una necesaria reestructuración del capitalismo argentino, tal como lo revelaba la imposibilidad de seguir financiando con impuestos sobre el consumo y los salarios un gasto público orientado a transferir ingresos hacia los sectores más concentrados. El Estado que favoreció la valorización financiera, el endeudamiento externo y la fuga de capitales, se hizo cargo luego de las deudas privadas y subsidió la inversión sin riesgo empresario, permitió una profunda reestructuración de la economía y un notable proceso de concentración. El agotamiento de esta forma de regulación estatal está evidenciando también la imposibilidad de mantener la valorización especulativa de capitales en el lugar central que ocupa desde hace tiempo en la economía argentina. El subsidio al sector financiero explicó en estos años en buena medida el déficit de las cuentas públicas y, por otro lado, ese desequilibrio se financió mediante el endeudamiento privado que sostuvo el nivel de las tasas de interés y estimuló la especulación.

Iniciar hoy un nuevo ciclo de expansión productiva implica desplazar la prioridad asignada a la inversión financiera, bajar las tasas de interés a niveles compatibles con la rentabilidad de algunas actividades productivas (centralmente

las orientadas a la exportación si la relación tipo de cambio/salario se mantiene suficientemente alta) y redimensionar el sector financiero artificialmente sostenido por el subsidio estatal a través de la remuneración de los encajes. La transformación de las colocaciones de plazo fijo en Bonex con la consiguiente reducción de los depósitos en poder de los Bancos y la exigencia de cancelar los redescuentos son pasos importantes hacia esta reestructuración que beneficiará mayormente a la banca extranjera y dejará en pie algunos bancos nacionales.³

Habrà que ver todavìa si al gobierno no le tiembla el pulso para decretar la caída de los bancos y lo que arrastrará cada uno de ellos en su caída. Cuando ya no se puede seguir contrayendo los salarios y el ajuste avanzó sobre los sectores medios no hay más posibilidad que afectar también a algunos de los peces gordos. Todos lo entienden pero tratarán que no les toque a ellos.

El reemplazo de las formas de subsidio a través de la promoción industrial y la contratación con el Estado por otras basadas en la capitalización de la deuda externa y las privatizaciones implica ubicar a la banca acreedora en un lugar prioritario en el esquema de transferencias estatales. Es cierto que los grupos locales pueden participar del negocio asociándose a la banca en las operaciones de capitalización, pero en algunos casos los perjuicios pueden ser grandes y los reacomodamientos más difíciles.

Bunge y Born debía pilotear esta reestructuración capitalista. El grupo parecía indicado para esta tarea: aunque participó de los beneficios de la promoción industrial, era menos dependiente del subsidio estatal que los grupos de la patria contratista, tampoco tenía bancos que se hubieran desarrollado gracias al subsidio financiero, estaba sólidamente instalado en la exportación (cereales, agroindustria, petroquímica) y su dimensión multinacional lo convertía en un adecuado interlocutor de los acreedores externos.⁴

Sin embargo, Jorge Born no quiso jugar el papel de verdugo de los grupos económicos locales. En el debate sobre la ley de Emergencia Económica se efectuaron concesiones a los grupos que moderaron el recorte del subsidio de promoción industrial. Más tarde, cuando se opuso a la generalización del IVA y la reforma impositiva que recomendaba el FMI, Born expresó el reclamo del conjunto de los

3. Por qué, se preguntará el lector, la banca acreedora impulsa una política que llevará precisamente a redimensionar el sector financiero y reducir el subsidio del Estado a los bancos. En parte, porque esto favorecerá la concentración de la actividad pero además porque resulta tan evidente el agotamiento del modelo basado principalmente en la valorización especulativa que el relanzamiento productivo aparece como una necesidad para todas las fracciones del bloque de poder. Quien conduzca este proceso quedará, obviamente, en mejores condiciones para apropiarse del excedente generado. Finalmente, esta política se inscribe en una necesaria reestructuración de las relaciones con los deudores en un ámbito más amplio y, en el caso argentino, esto resulta aún más urgente porque las entidades financieras se vieron postergadas en el reparto del excedente de los últimos años.

4. Ver: "Born: no nacimos para perder", Eduardo Basualdo, Eduardo Jozami y Claudio Lozano, informe en *Crisis*, N° 1.

grandes empresarios. La renuencia a reanudar el pago de los intereses a los bancos es otra prueba de esta actitud. No es que a Rapanelli le haya temblado la mano según la curiosa interpretación del presidente, sino que los vínculos de B y B con otros grupos nacionales parecen haber pesado demasiado al tiempo de ejecutar la reestructuración drástica que exigen los acreedores.

Luego del retiro de B y B, el City Bank, más discretamente, pasó a ocupar su lugar en la “alianza estratégica”. Los sucesivos ajustes de Erman González van afirmando la tendencia a la reestructuración en favor de la banca acreedora. El mayor impulso a las privatizaciones, la prórroga por seis meses más de la suspensión del régimen de promoción industrial, y la drástica alteración de las reglas en el sector financiero muestran la decisión de avanzar en ese sentido. Sin embargo, las concesiones que el gobierno hizo en cada caso a los sectores afectados (posibilidad de pagar impuestos por Bonex, por ejemplo) muestra su dificultad para laudar estos enfrentamientos en la cúpula del poder económico.

El presidente y Erman González parecen convencidos de que esta alianza principal es con los acreedores, pero la necesidad de ampliar el sustento político lleva al gobierno a buscar otros apoyos, sea incorporando al gabinete algunos dirigentes peronistas de notoria vinculación con los grupos económicos o atrayendo al radicalismo. No es anecdótico que haya sido Bulgheroni —que intentaba salvar su banco— quien impulsó el primer ofrecimiento a Angeloz.

Las pujas interempresarias realimentaron la hiperinflación; el golpe de mercado no es solo un modo de presionar al gobierno. Cuanto más alto esté el tipo de cambio, más se ampliará el ingreso al negocio de exportación y mayor será la posibilidad de compensar por un incremento de la tasa de ganancia los perjuicios que reciben los grupos de la patria contratista pro vía del ajuste fiscal.

La caída en los salarios que permanecen muy por debajo del nivel de diciembre de 1988 impide considerar a los sindicatos como responsables de la creciente inflación. Por otra parte, el descontento de los trabajadores no llegó sino en pocas ocasiones al enfrentamiento directo. Sin embargo, también en el terreno de la relación con los sindicatos se manifiesta la contradicción entre las exigencias del ajuste salvaje y la búsqueda de un mínimo de consenso y legitimidad.⁵

El dólar sube cada vez que se ajustan los salarios públicos, mientras Alsogaray, Neustadt o Julio Ramos denuncian el desborde sindical con un lenguaje que recuerda a 1975 y otras vísperas y reclaman una coherencia que el presidente parece dispuesto a garantizar aunque el precio sea la represión a la protesta social. No son muchos los dirigentes justicialistas que participan de esta convicción, aunque pocos crean en la posibilidad de cambiar esta política.

5. La estabilidad y la política de privatizaciones no estarán garantizadas mientras no se quiebre el poder sindical, sostienen los hermanos Alemann y otros agentes de la banca extranjera. Ver Juan Alemann, “Estas paritarias atentan contra la estabilidad”, *Ámbito Financiero*, 27 de marzo de 1990.

EN BUSCA DE UN MODELO

Podría pensarse que la crisis de las economías planificadas en los países del Este reafirmaría la confianza de los peronistas en algunas de sus concepciones tradicionales. Al fin y al cabo, de esos procesos surge una jerarquización de la cuestión nacional y un señalamiento de los límites de la gestión posible del Estado que eran aspectos centrales del pensamiento de Perón y su posición tercerista.

Sin embargo, los movimientos nacional-populares de América Latina no parecen menos afectados que las corrientes de izquierda por el derrumbe de los socialismos realmente existentes. La reconversión capitalista ha hecho estragos en el Sur como en el Este. Las economías llamadas socialistas alcanzaron un notable éxito económico en un proceso de acumulación extensivo (incorporación creciente de fuerza de trabajo) y copiaron el patrón de industrialización fordista; pero se revelaron incapaces de competir frente a la revolución tecnológica y la modificación del paradigma productivo en los países centrales.

Las economías latinoamericanas por su parte, en el marco de la transnacionalización de los grupos locales y la creciente integración a la economía mundial, no admiten hoy la reiteración de las políticas que orientaron el período de sustitución de importaciones que tuvo en el mercado interno su eje fundamental.

La crisis de los años treinta alentó en la periferia tendencias a reconstituir los circuitos nacionales de acumulación más autónomos del mercado mundial. La gran depresión provocó la ruptura del sistema de relaciones comerciales y financieras internacionales basado en el patrón oro, la convertibilidad de las monedas y el sistema multilateral de pagos. En esa situación, el proceso sustitutivo resultó imposterizable e incluso las transnacionales que quisieron extender sus negocios a la periferia debieron radicar inversiones directas y reconocer la prioridad otorgada al mercado interno.

Luego de tres décadas de acelerada expansión del comercio y las relaciones financieras internacionales, la crisis de los setenta ha reforzado las tendencias a la integración de la economía mundial. Si en los treinta se reducía la participación de los países periféricos en el comercio mundial como consecuencia de la severa caída de la demanda en los países centrales, en la crisis iniciada en los setenta que se explica por un incremento de los costos y la consiguiente presión sobre las tasas de ganancia (alza de salarios, encarecimiento de materias primas, imposibilidad de resolver estos problemas dentro del paradigma tecnológico de posguerra), sería más relevante el rol de los países del Sur: refocalización de producciones que se beneficiaban del menor costo de la mano de obra, impulsando la internacionalización de los patrones de consumo y la apertura importadora para ampliar las exportaciones de los países industriales y, sobre todo, como destino de los excedentes financieros que no encontraban ubicación rentable en las economías del centro.

Estas tendencias explican las políticas de apertura impulsadas en Argentina y muchos otros países periféricos que facilitaron la transnacionalización patrimonial de los sectores dominantes locales y una estrecha vinculación del mercado financiero nacional con el internacional. En ese marco, el gobierno nacional pierde posibilidades de controlar la oferta monetaria, el crédito y la moneda resigna crecientemente sus funciones en favor de la divisa norteamericana. La presión del endeudamiento lleva a priorizar las exportaciones y contraer la actividad económica interna para garantizar un elevado saldo comercial. En esas condiciones, a las que debe agregarse un Estado deliberadamente colocado al borde de la ineficiencia, se hace difícil toda posibilidad de control nacional del proceso de acumulación.

Para algunos, estas determinaciones externas e internas definirían los presupuestos de un nuevo modelo de crecimiento hacia afuera, frente al que no cabrían alternativas.⁶ Solo sería posible “humanizarlo”, darle un mayor contenido de equidad impulsando políticas sociales en los estrechos límites en que permita la expansión del gasto un patrón de acumulación que ya no requiere de la expansión de los consumos de la mayoría de la población.

¿PERÓN NO INVENTÓ NADA?

Aunque el presidente repita que la única diferencia entre el gobierno de Perón y el suyo está dada por el nivel de reservas del Banco Central, parece difícil explicar el peronismo solo por una favorable situación internacional. Existieron en Argentina otras propuestas de desarrollo industrial como la de Pinedo que carecían de contenido nacional y social que caracterizó al justicialismo. Más que en otros países de América Latina fue en Argentina donde se acentuó la orientación autónoma y el sesgo redistributivo en el proceso de sustitución de importaciones. De lo contrario no se explicarían los agudos conflictos sociales que generó la emergencia del peronismo y la decidida oposición de los Estados Unidos en los primeros años. El presidente parece creer —como Milcíades Peña— que Perón no hizo sino continuar el crecimiento industrial en un contexto más favorable; pero la experiencia de 1946 marcó un punto de ruptura con la tradición conservadora y un modo muy distinto de gestionar el proceso de industrialización. Es difícil por eso desde el peronismo afirmar que hoy no existe más alternativa que aceptar un modelo (¿de crecimiento?) que excluye de sus beneficios a la mayoría de la población.

6. Ernesto López ha insistido sobre esto. Ver *El último levantamiento*, Buenos Aires, Legasa, 1988. López explica la contradicción entre peronismo y antiperonismo desde 1955 por la existencia de dos propuestas alternativas para gestionar la sustitución de importaciones. Actualmente, por el contrario, peronismo y radicalismo compartirían los lineamientos esenciales del nuevo modelo. Sin embargo, del hecho que la mayoría de los dirigentes de ambos partidos hayan terminado por aceptar la herencia del Proceso (la concentración del poder económico, la regresiva distribución del ingreso y la exclusión social que le son inherentes) no se deduce que sea imposible plantear una alternativa.

Es cierto, sin embargo, que el nuevo contexto internacional impone exigencias que ningún proyecto popular debería desconocer. La experiencia de los países socialistas muestra los límites del aislamiento posible en tiempos de una profunda revolución tecnológica en el mundo central. Para el peronismo no se trata de renunciar a la economía cerrada porque esa entelequia jamás existió, pero seguramente sí de conceder mayor importancia a ciertos temas que no figuraron en la agenda de la industrialización sustitutiva: desarrollo de las exportaciones, reconversión y modernización industrial, incorporación de nuevas tecnologías.

CHOLULISMO TECNOLÓGICO Y ACTITUD CRÍTICA

El país no puede ignorar la tercera revolución industrial, sostienen quienes fundamentan las políticas de apertura indiscriminada; sin embargo, como la reconversión capitalista en los países centrales tiende naturalmente a profundizar la brecha que los separa de los periféricos no se advierte por qué la incorporación pasiva a ese proceso garantice el ingreso a la modernidad.

En consecuencia, la opción que parece más correcta es la que Aspiazu, Basualdo y Nochteff⁷ denominan desvinculación selectiva con el mercado internacional, seleccionando tecnologías, bienes y alternativas productivas en función de un patrón de oferta adecuado a la dotación de factores productivos del país y un patrón de demanda que contemple las necesidades de la mayoría de la población.

Claro está que para que esto sea posible, como señalan estos autores, habrá que “desaprender” todo lo que hoy se nos enseña sobre el progreso técnico y su supuesta neutralidad y desarrollar una actitud crítica frente a un proceso cuyo dinamismo no juega a favor de los países de menor desarrollo, aunque estos puedan aprovechar las posibilidades que ofrece.

Otro de los argumentos fuertes de quienes descreen de cualquier posibilidad de generar políticas alternativas a las que hoy se aplican, se refieren a la pérdida de eficacia de los tradicionales instrumentos de intervención gubernamental en los mercados monetario, crediticio y cambiario. Es evidente que el argumento tiene su parte de verdad, dada la transnacionalización del circuito de la moneda y el crédito cuyo símbolo más claro es la progresiva dolarización de la economía. El dilema, sin embargo, parece de hierro, porque si no se restablece la soberanía monetaria y el control estatal sobre el crédito y el tipo de cambio, no existen posibilidades de pensar una política que privilegie al mercado interno y una más justa distribución del ingreso.

La discusión de este punto resultó sin embargo más sencilla luego de haber experimentado las ventajas de la plena liberación de los mercados. Durante años

7. *La revolución tecnológica y las potencias hegemónicas. El caso de la industria electrónica argentina*, Buenos Aires, Legasa, 1988.

se nos advirtió que cualquier intento populista de mayor control sobre el sector financiero o el mercado de cambios traería como consecuencia fuga de capitales, alza del dólar y pérdida de reservas. En el tránsito hacia la plena liberación cambiaria el país conoció dos hiperinflaciones y perdió las reservas acumuladas de dos años de fuerte superávit en la balanza comercial.

Más que una garantía de estabilidad, la liberación de los mercados resultó el escenario adecuado para que resolvieran sus contradicciones los diferentes sectores del gran capital, descargando las consecuencias sobre el resto de la sociedad. No puede descartarse que finalmente el tipo de cambio se estabilice (si la actual política tiene éxito en redimensionar al sector financiero y subordinar a los grupos económicos) pero esta estabilización no debería ser saludada: significaría, simplemente, que los beneficiarios de este proceso de reestructuración (la banca acreedora y los grupos económicos que armonicen sus intereses con ella) habrán conseguido imponer su hegemonía al resto de la sociedad.

Como lo plantean el programa de la CGE y el documento de los ocho diputados, el control de cambios aparece como el primer paso para evitar que por vía del alza del dólar los exportadores y banqueros definan el nivel de ingresos del resto de la población. Sin embargo, parece ilusorio que hoy pueda ser efectivo un control de cambios si no se controla también la oferta de divisas. ¿De qué serviría la intervención oficial en el mercado cambiario si el gobierno y el país todo debieran seguir esperando que los exportadores deshojen la margarita antes de liquidar sus tenencias de dólares?

No hay razones técnicas que impidan el control estatal del comercio desde la racionalización total hasta otras formas de progresiva intervención gubernamental. Es obvio que el problema es cómo imponer estas políticas a los sectores afectados. Sin embargo, como los exportadores rechazan cualquier medida que afecte mínimamente sus ingresos o su libertad para negociar las divisas, cabría preguntarse si existe otro camino más que el de acumular el poder político suficiente para que el resto de la sociedad los someta a su control.

EL PERFIL EXPORTADOR

Esta gestión estatal del comercio exterior pasa a ser todavía más necesaria por la creciente importancia que las exportaciones van adquiriendo en la economía argentina. Como es sabido, los beneficios del crecimiento de las exportaciones industriales se concentran en los últimos años en un reducido grupo de grandes empresas. Estas exportaciones reflejan el cambio en la composición del producto industrial por el desplazamiento del liderazgo del sector metalmecánico (cuyas exigencias de ingeniería y calificación laboral definieron el sendero de la maduración de la industria argentina hasta 1976 y la creciente participación de las ramas productoras de commodities (insumos industriales de uso difundido) con un valor

agregado industrial significativamente inferior. Como estas exportaciones se apoyan en el bajo costo de la mano de obra y el acceso a las materias primas, elementos cuyo peso tiende a reducirse en el nuevo paradigma de industrialización, para mantener la penetración en los mercados externos, estas ventajas deberán incrementarse, es decir continuará reduciéndose el salario real.

En este punto, también los ataques contra los supuestos defensores de una economía cerrada sirven como espantajo para evitar la verdadera discusión. Nadie cuestiona el incremento de las ventas externas sino este perfil exportador basado en el subsidio estatal, los bajos salarios y la depresión del mercado interno.⁸ De todos modos, es cierto que el eje prioritario del crecimiento deberá seguir siendo el mercado interno; no hay incremento posible de las exportaciones que hoy garantice empleo y salarios adecuados para toda la población laboral. Además, un crecimiento exportador basado en ventajas comparativas dinámicas y compatible con una más justa distribución del ingreso deberá apoyarse en la expansión del mercado interno y ser complementario de él.

En el futuro, es posible imaginar un sector de la economía argentina produciendo para el mercado internacional con mayor productividad y otro orientado al mercado interno con mayor absorción de empleo.⁹ Para evitar que se profundicen las diferencias estructurales será necesario garantizar la difusión de la tecnología moderna y la transferencia de ingresos del sector exportador al resto de la economía, lo que requeriría obviamente una fuerte participación estatal.

Después de 1983 se advirtió rápidamente la dificultad de reactivar la economía o mejorar los salarios reales apelando a los tradicionales instrumentos del período sustitutivo (expansión del crédito, baja de la tasa de interés, aumento del gasto público). La crisis fiscal suele presentarse como la prueba más clara de la imposibilidad de una política expansiva. Nada impide sin embargo pensar una reforma tributaria que lleve los impuestos al patrimonio y los capitales al nivel de los países desarrollados. Esto se hace ahora más evidente cuando el FMI y los acreedores reclaman una mayor presión impositiva sobre los grandes empresarios locales.

Por otra parte, la moratoria de hecho en el pago de la deuda en los dos últimos años permite aclarar que el problema central del endeudamiento no está dado por la carga de las transferencias externas sino por los condicionamientos sobre la política económica y el modo de regulación de la economía que la deuda contribuyó a imponer. La dificultad para imaginar otra política no está dada en consecuencia por la escasez de recursos sino por la decisión y el poder político necesarios para transformar esa regulación perversa del proceso de acumulación.

8. Fernando Porta, "Un dólar no es igual a otro dólar", *Informe de Crisis* N° 1, Buenos Aires, 1989.

9. Así lo plantea Carlos Ábalo en un sugerente trabajo: "Una perspectiva para la crisis", *Realidad económica*, N° 65, Buenos Aires, 1985.

¿PARA QUÉ UN PROGRAMA ALTERNATIVO?

Existe hoy una generalizada aceptación de que las profundas transformaciones estructurales de las dos últimas décadas han modificado la configuración de la sociedad argentina. Por una parte, el incremento de la marginalidad y el desempleo, la reducción del número de obreros de la industria y la mayor participación en el empleo del sector público y los servicios cuestionan las formas tradicionales de organización de un movimiento que hizo de la clase obrera su columna vertebral. El liderazgo de Ubal dini que se extiende hacia todos los sectores empobrecidos y el rol que ocupan en la CGT gremios como estatales y docentes son un reconocimiento de estos cambios estructurales, pero no se ha esbozado aún el modo en que debería articularse esa creciente heterogeneidad de los sectores populares.

Por otro lado, el debilitamiento de la pequeña y mediana empresa y de quienes podían considerarse empresarios nacionales, obliga al peronismo a redefinir los sujetos del acuerdo social. El grueso de la dirigencia ha dado una respuesta a estos interrogantes, asignando a los grupos económicos la representación del empresariado nacional. Es difícil, sin embargo, recordando las discusiones de los años sesenta y setenta, considerar como una burguesía nacional a estos empresarios cada vez menos interesados en el mercado interno, que fugan capitales, viven de la especulación financiera y el subsidio estatal.

Descartado que pueda asignarse a los grupos económicos el rol de una burguesía interesada en expandir o integrar el mercado interno y, en suma, construir una nación, queda en pie la pregunta del millón: ¿en qué sector del capitalismo argentino puede apoyarse una propuesta de expansión del mercado interno que tienda a fortalecer el poder de decisión nacional y revertir la regresiva distribución del ingreso? Ante la ausencia de respuestas globales, vale la pena recordar algunas experiencias sectoriales como las políticas de electrónica o informática dictadas a comienzos del gobierno constitucional que mostraron la posibilidad de fijar normas de inversión e incorporación de tecnologías e integración nacional de la producción aprovechando las contradicciones entre los grupos y transnacionales y su interés en penetrar los sectores de mayor rentabilidad. Es obvio que esa orientación, de la que hoy queda poco más que el recuerdo, requiere una firme voluntad política y el fortalecimiento del poder estatal.

Todas estas modificaciones del contexto internacional y la estructura social argentina que cuestionan algunos supuestos tradicionales del peronismo y la influencia neoliberal agigantada por los tropiezos de las economías del Este, explican las dificultades para avanzar en un proyecto alternativo, tal como lo evidencian las limitaciones de las propuestas de los Ocho y la CGT. De todos modos, quizá no haya que exagerar estas limitaciones o referirlas menos a la imprecisión de algunas definiciones que a la carencia de una mayor coherencia global.

Al fin y al cabo, esos programas alternativos no son hoy una propuesta de gobierno (no hay prácticamente ningún sector de la sociedad que esté más lejos del gobierno que la CGT o los diputados disidentes) sino un modo de dar la lucha ante la opinión pública. Para eso más que una detallada enumeración de medidas hace falta mostrar la voluntad política de construir una alternativa y la capacidad de articular un sistema de ideas coherente. Por eso, el programa alternativo se hace más claro cuando se liga con el rechazo rotundo a la gestión de gobierno, a la comprensión de la irreversibilidad de la actual crisis del peronismo y la disposición para ir construyendo canales de acción común con todos los sectores del campo popular.

La necesidad de enfrentar la ofensiva privatizadora lleva hoy a apoyarse en las resistencias que suscita la desprolijidad presidencial en muchos dirigentes partidarios y a cerrar filas con todos los que en el campo sindical rechazan la política económica. Desentenderse de estas luchas de hoy para sentarse a imaginar cómo será el movimiento popular en el futuro no parece la actitud más comprometida ni tampoco la que más aporte a gestar esa nueva alternativa. Sin embargo, no parece menos peligroso un tacticismo que en aras de fortalecer los acuerdos con todos los que no coinciden puntualmente con el gobierno, olvide la crisis de representatividad que afecta a la mayor parte de la dirigencia, el descrédito de un modo de hacer política, la imposibilidad de salir de este proceso con una simple recomposición del peronismo.

El programa alternativo debería ser pensado, en consecuencia, como un paso en la recomposición del movimiento popular en la Argentina. Si se lo entiende así es menos una tarea de técnicos o economistas que una discusión política abierta a todos los que aporten a definir el nuevo sistema de ideas en torno al que pueda gestarse una alternativa popular de transformación. Sería importante que esa alternativa recogiera lo mejor del peronismo, la tradición nacional popular de lucha contra la dependencia, la política entendida como protagonismo popular. Esto es en realidad lo que hoy se discute. ■

FICCIÓN, RUMOR, USURA, CARNE: LA CULTURA POLÍTICA MENEMISTA

Víctor Pesce

Debemos, creo, decir en términos corteses: idos al carajo.
Ezra Pound, Canto XLII

I. LA FICCIÓN METE UNA CUÑA EN LA POLÍTICA

Un escritor argentino, el autor de *Respiración artificial*, suele argumentar en conversaciones memorables que la literatura no miente. Séame permitido por el escritor, al que admiraré aun cuando después del hecho consumado no me hubiere concedido el permiso, y por el lector, al que jamás consideraré hipócrita a pesar de que tienda a comportarse como tal, prenderme de dicha argumentación y, haciéndola mía, explicar mi escrito y amortiguar la prisa oscura del extenso título. Prenderme de ella, como quien se prende, corriendo, de un colectivo repleto antes de que el semáforo vire al color que prohíbe y antes todavía de que el conductor, como es previsible y probable, cierre definitivamente la puerta de acceso al vehículo a todo aquel peatón díscolo que no guardó su lugar predestinado en la parada oficial.

En virtud de lo cual debe seguirse entonces que creo que la verdad se refugia en el arte de la ficción cuando, nunca como ahora, la política defecciona y miente. Hay más verdad y realidad en las películas, en las canciones, en algunas series de televisión y, en fin, casi siempre en esa formidable condensación de la historia cotidiana que son los dibujos de H. Sábat o de Daniel Paz y Rudy, para dar un ejemplo, que leemos día a día y frente a los cuales suele quedarse a medio camino el trajinar laborioso del periodismo escrito. Por supuesto que también en esas formas más tradicionales del relato de ficción que convencionalmente llamamos literatura. El lector puede llenar este espacio con sus propios ejemplos, la teoría lleva a pensar que el mercado del gusto se encuentra libre de controles (sobre todo en esta página) así como el gobierno “popular” garantiza la libertad del mercado de cambios, de valores y de precios. Decía: hay más verdad y realidad allí, en la ficción, que en el discurso mentiroso de la política. Lo que constituye, por lo menos, una paradoja más que se agrega a otras tantas paradojas.

En efecto, se supone que sin entrar en discusiones específicas, la ficción se teje con cualquier clase de materiales y se construye a partir de lo ilusorio, por lo tanto miente en su relación con lo real y lo recrea en forma nueva una y otra vez. Mientras que la política, pensada a partir del más común de los sentidos que haya quedado como residuo o que haya podido conseguirse después del poder militar, se supone que se arma alrededor de lo posible del bienestar común y del consenso acerca de lo real, esto es en torno de las necesidades sociales y los consiguientes pactos o reglas de convivencia que apuntalen lo que se ha consensuado (neologismo horrendo) como real. En realidad de las mentiras, en mentira de las realidades, la política también es una construcción artificial que simula y se propone como verosímil, solo que con propósitos diferentes de los del arte de ficción. La política busca convencer, el arte de ficción inquietar. De la política debería quedar una convicción, del relato de ficción siempre queda un sabor que mal o bien ayuda a vivir. Sabor o convicción, ¿estamos casi de acuerdo hasta aquí? ¿Estamos cuerdos? Caso contrario no seguiré, no seguiré en ese caso. Aunque para el caso, me remito a lo que han dejado sentado la mayor parte de los teóricos de todo pelaje de la transición democrática. Pero si bien la política no tiene un antes ni un después, puesto que es una construcción artificial, una convención, con lo que estoy más o menos de acuerdo, depende de las circunstancias (sin que esto signifique avalar las tesis filosóficas de algún apóstol español) y si la política, por consiguiente, arrancando de tal aseveración renueva con ímpetu y constancia su estatuto de verosimilitud (debo decir que prefiero el verbo profundizar al verbo renovar) el problema reside en esta oportunidad en hacerse cargo sin carencias ni carenciados, más bien con actitudes no austeras, de la validez del aserto adquirido, cuando asistimos estupefactos al espectáculo bochornoso de ver cómo y hasta dónde la política pierde con aceleración el tiempo, en tanto que la ficción, memoriosa, lo recupera.

La política pierde el tiempo. Lo dilapida. Debería construir un tiempo nuevo para las mayorías argentinas, cuantitativa y cualitativamente distinto de los tiempos militares, que son duros y cerrados. Pero lo único que parece tener a mano es el programa *Tiempo nuevo* de Bernardo Neustadt. Esta acelerada dilapidación del tiempo por parte de la política, que comenzó con el alfonsinismo derrumbando las bases ético-políticas sobre las que había erigido su programa de gobierno frente a la lógica del poder que en su ingenuo democratismo había desdénado, se continúa hoy, y tiene su correlato dramático, en Carlos Saúl Menem, quien en el término de siete meses dilapidó el capital histórico y político depositado en sus patillas por los votantes peronistas y otros ciudadanos desilusionados. Sin embargo, y a propósito, no sería conveniente tachar a Menem de no justicialista. El justicialismo siempre prohijó personajes como Menem, así como siempre tiene un Luder dispuesto a firmar cualquier decreto de exterminio. Desde ese punto de vista, si el cuestionamiento que se le haga no tiene en cuenta estos aspectos justicialistas del peronismo, va a perder credibilidad tan rápido como el gobierno. Hay que debatir

con profundidad estas cuestiones, y hay que ser memoriosos en el debate, que debe ser abierto y no de Cara al Sol sino a la gente, saltando, si fuera necesario, las miserables y pusilánimes barreras partidarias.

II. EL RUMOR COMO MOMENTO MÁS ALTO DE LA FICCIÓN

Pérdida de credibilidad. Se escucha, se dice, se difunde desde todos los ámbitos políticos pérdida de credibilidad. He aquí otra forma que toma el neologismo. La democracia argentina va camino de ser una pura máquina fabricante de neologismos fungibles, vale decir que se usan y se tiran con el consumo rápido. Los políticos y sus asesores poseen una endiablada capacidad de gasto de profilácticos aunque, como vemos, el pueblo no puede participar del despliegue de placer erótico-lingüístico del que hacen gala los políticos. Ahora bien, más que de pérdida de credibilidad convendría hablar de pérdida de creencia. Sobre todo respecto de quien hizo de los resortes lexicales de la fe la armazón de su menemóvil, y con ello ganó, como se sabe y se sufre, no solo la interna justicialista. Cuando se aflojan los resortes de la creencia, y esto le cabe a toda la que Carlos Grosso definió como clase política (declaraciones emitidas por Radio Municipal el 2-3-90, dirigidas a despertar la buena conciencia política de los empresarios de parte de este político empresario), hace su aparición una suerte de poder paralelo, débil y fuerte a la vez que sintomático por esa mezcla misma, que es el reinado del rumor. El rumor crece a espaldas de las informaciones oficiales y de los medios de comunicación de masas, que solo pueden reaccionar ante él usufrutuándolo para no perder audiencia.¹

1. Un historiador francés, Michel Vovelle, que visitó el país hace un par de años, se preguntaba si de haber existido los poderosos medios audiovisuales de la actualidad se hubiera extendido el llamado Gran Pánico de 1789 entre los campesinos franceses, a cuyo estudio otro historiador, también francés, dedicó un gran libro: George Lefebvre, *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, Paidós, 1986. En ese sentido, los recientes episodios revolucionarios de Rumania, donde las masas en la calle derrocaron a un dictador que había llegado incluso a cambiar los partes meteorológicos, partes que de por sí ya gozan de poca credibilidad, podrían echar alguna luz en la dirección de la pregunta que se formuló Vovelle. En primer lugar, las revueltas no se detuvieron con los pedidos de vuelta al orden lanzados por el Frente de Salvación Nacional. En segundo lugar, hasta que la televisión, "oficialmente", no mostró que el fundamental propósito de la rebelión se había conseguido, es decir hasta que no mostró los detalles del fusilamiento de Nicolae Ceausescu y de su esposa Elena, la situación no volvió a sus carriles normales. La primera lectura que puede hacerse es que, sin negarle a la TV la producción del sentido como este episodio histórico parece probar, solo puede hacerlo con posterioridad a los hechos, no antes ni en el momento en que se producen, sobre todo cuando se trata de una TV oficial y férreamente controlada por el gobierno como era la rumana: hasta que no mostró el fin de la atadura que la controlaba, la TV era increíble, y por lo tanto no pudo desplegar un nuevo sentido creíble hasta no mostrar el simbolismo del fusilamiento. Aunque valdría la pena acordarse (y reflexionar al mismo tiempo) del caso de pánico desatado por un medio radial, como fue el de 1938 en Estados Unidos, protagonizado por Orson Wells y basado en la obra de H. G. Wells, *La guerra de los mundos*. Son problemas. En los dos casos, la crisis y las tensiones de credibilidad y/o de creencia son el único telón de fondo. En ambos casos, seguro que el rumor estuvo presente.

El rumor es una forma de comunicación antiquísima, anterior aun a la invención de la escritura, como puede deducirse de su vehículo primordial que es la oralidad. Para dar cuenta de este artefacto premoderno, que extiende sus redes con las crisis, no importan tanto, ya que sus sofisticaciones son simultáneas, las fuentes que lo originan (hay rumores de todo tipo: desde el robo de órganos de niños hasta renuncias de ministros), sino muy por el contrario, para entenderlo cabría problematizarlo como una forma de relato parecido a los mitos, donde se oculta y se resguarda la creencia de la gente descreída de todo poder oficial, y preguntarse en consecuencia qué hace la gente con él cuando se alivia de algún modo depositándole la confianza, en medio de todo lo que muere mientras no se avizora lo que está naciendo.

(Y porque no importan las fuentes que originan el rumor, sino el debilitamiento de la creencia en las fuentes oficiales, me permito recomendarle al Sr. Senador Eduardo Menem, que ha amenazado a la población con privarla del único medio confiable que le queda, “privatizando” el rumor con una ley antirrumor que no podría estar exenta en su esencia de voluntad totalitaria, el siguiente libro que trabaja con la bibliografía más actualizada al respecto y cuyo autor dirige en Francia la Fundación para el Estudio y la Información sobre los Rumores: Jean Noël Kapferer, *Rumores. El medio de difusión más antiguo del mundo*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1989).

El rumor es la forma breve de ficción que dura lo que acostumbra a durar una crisálida. Cuando muere, da lugar a que vuele otra que la reemplaza como un *ersatz* colectivo. El rumor es esa forma breve del relato de ficción oral que en su fugacidad anónima trata con desesperación de contener el tiempo allí donde la política, soberbia e indiferente, lo borra con el codo y pierde. El rumor es más verdadero y real que todo discurso oficial. Es también la forma más argentina, la voz más argentina de los actuales tiempos argentinos: la voz más barata, la forma menos costosa.

En otro orden, parafraseando a Georgy Lukács, se podría decir que en vez de la novela, el rumor es el género “literario” más alto que históricamente pudo haberse dado la burguesía argentina. Y que el rumor en su fugacidad se corresponde con el destino que se ha atribuido como clase. Es el género de ficción por excelencia que se corresponde con una clase parasitaria incapaz de formular una racionalidad capitalista a mediano y largo plazo. El rumor, para acumular y hacer creíble su valor, debe correr y extenderse de manera increíble y rápida, aun cuando se agote en dicho trance y recorrido. La burguesía argentina pretende su ganancia en el día, en el acto, ya, en lo inmediato, para llevársela afuera. Caiga quien caiga y cueste lo que cueste. El error y el efecto de desvelo que esto provoca en los políticos justicialistas y radicales camina parejo con el olvido de esta constitución histórica de la burguesía argentina que ellos podrían denominar malparida, pero el drama reside en que también los parió a ellos. Porque es dramático ver y soportar cómo buscan convencerla de que se comporte a la altura de su destino de clase, al tiempo que apoyan con fervor, con meticulosidad y al pie de la letra los dictados imperialistas

del Fondo Monetario Internacional, y ella, la burguesía argentina, solo ha sido capaz de engendrar una forma de vida premoderna y para colmo colectiva de ficción: el rumor. Ha engendrado, si se quiere, una forma que subvierte su propio orden lógico. En este contexto, la democracia y sus instituciones corren el albur cierto de ser apenas un rumor.

En este contexto hay rumores varios, leyendas, chistes y chismorreos que ofrecen sus jugosidades como el “caramelos, palitos, bombones” del cine antes de que comience la película. En rigor de verdad, ya estamos en medio de la película que viene a ser una especie degradada del music hall norteamericano, matizado con deportes, y no un western, pues carecemos de un cowboy como Ronald Reagan capaz de montar un potro de gran capital. Es al cuete, no somos del mismo palo. Y de todas las ofertas en cuestión, parientes del rumor, se destacan más que nada aquellas que poseen un estrecho nexo con el mundo de la farándula. Me refiero a esas que, sin despojarse del tono fetichista, fatalista y premonitorio que rodea a un gato negro, un espejo roto o un paraguas abierto dentro de una casa, para dar algunos ejemplos, no vacilan en apelar al humor y llevan a realizar pintadas como una que vi sobre la calle Uriburu y que reza *Nemen es mufa*. Cuando circula *Méndez* lo hace en forma oral y supone una elisión que exige un receptor más despierto, por decirlo así, que el que mira la pintada desde la ventanilla de un colectivo o desde el caminar de la vereda de enfrente. Al universo de la conocida farándula se encuentran afiliadas casi hegemónicamente estas variantes del rumor. Pero no se me pidan listas ejemplificadoras de artistas porque se me obligará a tocar madera u otras cosas. La astucia popular acostumbra realizar rodeos lingüísticos y así evitar el mal agüero cuando tiene que nombrar a alguien como Nemen. Para tranquilizar la conciencia y expectativas didácticas del lector y mías, digo que a un cantante de la localidad de Campana, proveniente de la época de la Nueva Ola, se lo llama “el renguito de Campana”. Pero cuando esto ocurre, cuando esta perífrasis debe por necesidad convocarse en los intercambios lingüísticos, lo único que logra es atenuar el impacto determinista del innombrable, por lo que se aconseja no dejar de tocar madera o de tocarse otras cosas (como yo lo estoy haciendo ahora).

No es casualidad que al presidente de los argentinos le haya tocado ocupar un sitial preferencial en esta serie específica de rumores que pertenece al mundo del espectáculo. Él es un típico hombre del mundo del espectáculo. Es un prístino producto de la cultura de masas. Como tal, en la campaña preelectoral deslumbró a muchos (incluyendo dudas al margen, a este escriba sin sueldo) con su ductilidad para desempeñarse en la televisión como el pez en el agua. Cafiero no hubiera podido hacerlo tan bien, no lo hizo tampoco a pesar de contar con asesores duchos en las artes semiológicas. Populista al fin y formado e informado por la cultura de masas de la que no me voy a desprender en su totalidad, busqué con afán de marchand o de coleccionista de arte en algunas unidades básicas, el hermoso, para mí, afiche kitsch que promocionaba los ñoquis populosos del 29 en La Boca. La

primera consecuencia de esta búsqueda es que no di con el afiche. La segunda, que a casi un año del 14 de mayo uno ha llegado a tener la amarga certidumbre de la pobreza y de los límites de la industria cultural de masas en la Argentina. Cultura de mercachifles que tira a la marchanta lo que encuentra a su paso. Exasperación de la cultura del packaging de los países centrales, cultura publicitaria degradada que hace del envoltorio su centro. Hemos sido “empaquetados” por esta publicidad, por esta módica y pedestre farándula y entonces, resentidos nos vengamos señalando los sapos de la mufa; débiles, perplejos y enyetados exhibimos el conocimiento de la aciaga textura del mal agüero.

III. LA USURA COMO CONDICIÓN DE POSIBILIDAD DE LA VENA ESTÉTICA OFICIAL

La ciega y amarga textura del mal agüero convive, conversa y se entretiene todos los días con la usura. La usura es el principal sponsor de la cultura oficial. La usura es también el ámbito, la atmósfera que se desprende de las decisiones oficiales. No podría ser de otra manera para la burguesía argentina, una burguesía rapiñadora que ha conquistado un capitalismo salvaje institucionalizado y un funcionamiento democrático a su altura y semejanza (véase la ley de Reforma del Estado).

Detengámonos un instante en la palabra sponsor. Hay que decir en primer lugar que no se trata de un neologismo, sino de una palabra característica de la jerga dominante. En segundo lugar, que es un concepto central en la ideología oficial e involucra a toda la constelación de instituciones y fuerzas sociales sobre las que ejerce el poder: nación, estado, educación, salud, etc. Literalmente, sponsor significa en inglés fiador, patrocinador, patrón, padrino, y en radio y TV, entidad que patrocina un programa. Sin ánimo de desplegar aún más el conocido, y hecho público convenientemente, conflicto entre Fernando “Pino” Solanas y Julio Donato Bárbaro acerca del destino de las Galerías Pacífico, su resolución puede ilustrar el papel del “sponsoreo” (neologismo devenido de las acciones del oficialismo). A juzgar por las declaraciones del director cinematográfico (*El Porteño*, N° 99, Buenos Aires, marzo de 1990), la obtención y usufructo de las Galerías Pacífico habría sido una típica operación de usura, es decir la devolución de algo que había sido fiado.

Llegado a este punto, incómodamente instalados en el reino del rumor y enchastrados por las miasmas de la usura, permítaseme hacer entrar a estas páginas “no la vencida carne de un hombre muerto, sino la materia sutil de un poema concluido” (Leopoldo Marechal). Se trata del *Canto XLV* de Ezra Pound, cuyo título “Con Usura” viene a cuento para lo que estamos hablando. La versión es de los poetas nicaragüenses José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal. Se ha dicho de esta traducción que no es particularmente feliz. Ernesto Cardenal dejó sentado en el prólogo del libro lo siguiente: “Estas traducciones de Pound fueron hechas hace ya muchos años en las riberas del Río San Juan, de Nicaragua, donde vive

Coronel, pero no las habíamos publicado en todo este tiempo por falta de un editor. Perdone Pound los errores y perdónelos el lector” (E. Cardenal, “Il Miglior Fabro”, en Ezra Pound, *Antología*, Madrid, Visor, 1979). De cualquier manera, vaya como homenaje a la Revolución Sandinista, a su valentía, a su inteligencia, a sus significados en estos duros tiempos posmodernos.

Dedícoles este poema a los talking heads (“cabezas parlantes”, así son llamados los locutores de noticieros en la televisión de Estados Unidos) de las políticas culturales menemistas a nivel nacional. Del mismo modo, a los mentores de la política cultural grossista en los terrenos de la Capital Federal, esa republiqueta de poetas, narradores y dramaturgos mediocres, no menos cínicos y oportunistas que los de la nación. Como se sabe, Ezra Pound fue fascista, sin embargo no será recordado por esa opción política. “Y los lectores de los “Cantos” ya no sabrán entonces —ni les interesará saberlo— si en aquellos lejanos tiempos Pound fue güelfo o gibelino” (E. Cardenal, *op. cit.*). ¿Quién se acordará, a no ser como oportunistas y cínicos, de aquellos a quienes les dedicó el poema?

Con usura

Con usura ningún hombre tiene una casa de buena piedra
 cada bloque pulido bien encajado
 para que el dibujo pueda cubrir su cara
 con usura
 ningún hombre tiene un paraíso pintado en la pared de su iglesia
harpes et lut
 o donde virgen reciba mensaje
 y halo se proyecte de la incisión,
 con usura
 ningún hombre ve a Gonzaga sus herederos y sus concubinas
 ninguna pintura es hecha para durar ni para vivir con ella
 sino que es hecha para vender y vender pronto
 con usura, pecado contra natura,
 tu pan es cada vez más de trapos viejos
 seco es tu pan como papel,
 sin trigo de montaña ni harina fuerte
 con usura la línea se hace gruesa
 con usura no hay clara demarcación
 y ningún hombre puede hallar sitio para su morada.
 El tallador de piedra es alejado de su piedra,
 el tejedor alejado de su telar
 CON USURA
 no viene lana al mercado

la oveja no da ganancia con la usura.
 La usura es una morriña, la usura
 mella la aguja en la mano de la doncella
 y detiene la habilidad de la hilandera. Pietro Lombardo
 no vino por usura
 Duccio no vino por usura
 ni Piero della Francesca; Zuan Bellin no por usura
 ni fue "La Calumnia" pintada.
 No vino por usura Angélico; no vino Ambrogio Praedis,
 no vino ninguna iglesia de piedra pulida firmada:
Adamo me fecit.
 No por usura St. Trophine
 no por usura Saint Hilaire,
 la usura ensarra el cincel
 ensarra el arte y el artesano
 roe el hilo en la rueca
 ninguna aprende a bordar oro en su bastidor.
 El azul tiene un chancro por la usura; el cramoisí está sin bordar.
 La esmeralda no encuentra su Henling
 la usura asesina al niño en el vientre
 impide el galantear del muchacho
 ha traído parálisis al lecho, yace entre la novia y el esposo
 CONTRA NATURAM

Han traído putas a Eleusis
 cadáveres se han sentado al banquete
 invitados por la usura.

IV. LA CARNE Y EL DIABLO Y SUS CONNOTACIONES FÁUSTICAS

Hay más verdad y realidad en este poema que en todo el discurso oficial. No obstante, claro está que con un poema no se come. Pero está visto que con este gobierno tampoco se come, ni se viste, ni se cura, ni se educa, ni se habita. Por eso quiero hablar de aquí en adelante del representante político de las mieses y las vacas y de sus grandes propietarios, el Sr. secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca, don Felipe Solá. No solo porque haya declarado con total desparpajo que habrá que acostumbrarse a que la carne sea un artículo de lujo, declaración que conlleva un apriete a los vicios de los laburantes (carne, yerba, vino, ginebra, tabaco) entre los que me encuentro, sino también por el tono de joven estanciero con que enunció la orden de sacrificio de los hábitos alimenticios populares y no de las vaquitas que siguen, hoy más que nunca, siendo ajenas. Pero además, y porque no solo de pan vive el hombre

vago y malentendido, sucede que Felipe Solá fue hasta el número último de esta revista, el N° 20 que data de abril de 1989, miembro de su consejo de redacción, del que formo parte.

Felipe Solá, que al mismo tiempo que era un nombre más en el Consejo de Redacción de *Unidos* (revista en la que escribió contadas veces) era investigador del CISEA, realizó en la nueva etapa una joya retórica inaugural de sus relaciones nuevas, que de inmediato mereció un esplendoroso aplauso de la audiencia rural que, en silencio y con respeto, lo había escuchado. Fue el año pasado en la Sociedad Rural. Es conveniente aclarar que Felipe Solá había sido resistido por la derecha, aunque por dichos no demasiado enfáticos, durante su período en el gabinete caferista. Pero con motivo de la fiesta oligárquica, Felipe Solá obtuvo con su pieza retórica y sus actos consecuentes la coyuntura histórica brindada por la apática y autista oligarquía que le hizo posible alejar los malentendidos de los dichos malentendidos.

Efectivamente, Felipe Solá, en el discurso ante la Sociedad Rural el 12 de agosto del año pasado, consiguió desde el podio de los ganadores, citando al escritor católico Paul Claudel, borrar malas imágenes, del mismo modo que Menem se ganó el apoyo de palabra de George Bush, que desde el espanto del imperio lo había imaginado un Jomeini o un Kadafi.

Un tiempito después, Felipe Solá le concedió una entrevista a Verbitsky del diario *Página/12*. Verbitsky tituló, con hallazgo feliz, “Églogas de la Nueva Argentina” la entrevista aparecida el domingo 17 de septiembre de 1989. Allí Felipe Solá diseña teóricamente una utopía oligárquica que bien podría ser vista como un retorno a sus orígenes (?) de izquierda por el costado del Pol Pot camboyano.² Dice: “Florencio Varela es el bolsón de pobreza más grande del país. A esa gente que no tiene nada aquí hay que trasladarla, aunque solo tengo un poquito allá, para generar una reversión de la flecha de migración. *Esta idea ha sido tachada de retrógrada*. Lo retrógrado es pensar que se vive mejor en Varela que en los alrededores de Ayacucho, donde es posible tener dos o tres hectáreas, con gallinas, media hectárea de maíz, una granja” (el subrayado es nuestro).

—¡Nos iremos a vivir al campo!— y esas palabras, que hacían al amigo partícipe de su dicha, le parecieron muy naturales a Pécuchet. Pues la unión de esos hombres era absoluta y profunda” (Flaubert, *Bouvard y Pécuchet*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980).

—¡Querido Felipe, compañero y convecino de redacción de *Unidos*, tireme un par de hectáreas cerca de Ayacucho, para un tío mío y su familia que vive en Florencio Varela y se las rebusca penosamente vendiendo flores y ristras de ajo por

2. Aclaro que de ningún modo se le niega a la gente en este escrito su derecho a cambiar. Se señala más bien, tomando el ejemplo de este funcionario, la lógica del converso que es una situación diferente en su totalidad: el converso no tenía dudas donde estaba y en el nuevo lugar tampoco las tiene.

la calle! Se vino al Buenos Aires peronista de la mitad de los cuarenta porque los márgenes de tenencia de la tierra del interior no le permitían más que ser un peón golondrina. Duro para un peronista, Felipe, volver al trato de los estancieros explotadores de los treinta.

Pero decime, ¿quién tachó de retrógradas a tus ideas?

Las ideas de Felipe Solá fueron tachadas de retrógradas por Arturo Jauretche, en respuesta al Ezequiel Martínez Estrada del ensayo *¿Qué es esto?*, publicado poco tiempo después del 16 de septiembre de 1955. Tiempo que no parece tan lejano, sobre todo después del ruidoso ósculo que le estampó Carlos Saúl Menem al almirante Isaac F. Rojas. Cito del libro de Arturo Jauretche, *Libros y alpargatas, "Civilizados o bárbaros". Tercera parte de las polémicas*, introducción y comentarios de Norberto Galasso, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983:

Dice Martínez Estrada (p. 84): “De la Argentina pastoril hizo (el peronismo), en efecto, una Argentina fabril en cuanto trasladó a Buenos Aires y a otras populosas ciudades la población campesina. Buenos Aires enriqueció sus industrias oriundas de la vivienda y el holgorio. En compensación el campo quedó desmantelado y en Córdoba, Santa Fe y parte de la provincia de Buenos Aires, los agricultores tuvimos que repoblar el campo con hacienda, disminuyendo el sembradío, debido entre otras razones, al costo de los materiales y combustibles, a la falta de repuestos de maquinarias agrícolas y a la escasez y exigencia de la mano de obra. Un poco más y el país habría regresado también a la explotación agraria de los tiempos de Azara y el virrey Sobremonte”.

La supuesta despoblación del agro es un lugar común, divulgado entre el zonzaje, por la propaganda colonialista.

“Erraba el hombre”, dice Jauretche,

en la miseria y en la miseria quedaba la mujer. ¿Qué extrañar, entonces, si a la vuelta la encontraba preñada de unos kilos de yerba o carne, o de unas prendas para tapar las vergüenzas suya y de sus hijos? De allí los hijos con el nombre de la madre, esas criaturas descalzas, buscando las sobras de las fondas con unas bolsitas, pidiendo limosna, lustrando botines o disputando las achuras a los perros de los mataderos... Ese es el trabajador rural que la industria le sacó al campo. Las estadísticas podrán decir que solo hubo una transferencia de mano de obra rural a la industria, pero el hecho cierto es que era mano de obra suburbana, endémicamente desocupada, presionando en el medio rural, con una desproporcionada oferta de trabajo.

Felipe Solá, que forma parte de la decadencia y del derrumbe generalizados del peronismo, está muy lejos de procrear una obra como la de Martínez Estrada. Yo no pretendo ser un Jauretche, al que admiro en muchísimos aspectos y con el que disiento en algunos otros. Pero puedo, apelando a cierta traza amable de la piedad, pensar que Felipe Solá, al comprar sin reservas el nuevo determinismo

internacional de la moda neoconservador, lo hizo por izquierda, conservando, por decirlo de algún modo, su dignidad. Pensándolo bien, Menem es un palíndrome, una palabra capicúa que puede ser abordada por derecha o por izquierda. Sin embargo, me resulta muy dudoso que se pueda conservar la dignidad siendo un neoconservador en el Tercer Mundo, por lo que erradico de estas páginas urbanas toda forma de piedad campestre.

V. FINAL, CHAPADO A LA ANTIGUA Y REIVINDICANDO LA POLÍTICA

Felipe Solá, como José Luis Manzano, necesitaban a Menem y en ese sentido, son una muestra dramática y perversa de la “nueva” juventud justicialista. No podría el radicalismo, aun con todas sus torpezas, mostrar semejantes niveles de arrojo y corrupción. Sencillamente, porque no posee una historia trágica como la que tiene el peronismo. Sin embargo, resulta obvio que estas actitudes conforman una exageración del cotinosigilismo. Aun así, no le envidia para nada el cómodo bienestar a los jóvenes radicales. No le envidia nada a la sabiduría de pequeño bienestar confortable del portantierismo ni tampoco al socialportantierismo. Lo único que lamento ahora, es ser el último en la nómina del Consejo de Redacción de *Unidos*. Como se ha dicho, siempre se consensa (¿así se escribe?) que es el último el que debe apagar la luz.

Debo terminar, pero no apagaré la luz.

Tengo la certeza de que Menem es el resultado del genocidio y la política saqueadora de Martínez de Hoz llevados a cabo por la última dictadura militar. Nunca más deseables para los intereses de las clases dominantes, el imperialismo y su brazo de orden, los militares, que las garantías ofrecidas por el populismo neoconservador de Menem. Después de la derrota vino Menem. Después de la derrota de los intereses populares sin distinción política, viene un ministro del Interior como Julio Mera Figueroa, hombre de las fuerzas “nacionales”, que declaró en la intempestiva conferencia de prensa del 7-3-90 motivada por el decreto 392, con seguridad asesorado por el cantor “federal” Roberto Rimoldi Fraga, que “el concepto de conmoción interior es un viejo concepto de raigambre nacional”.

Mientras tanto, hemos aprendido a valorizar la política frente a la lógica de la guerra. Comprendimos el valor de la democracia y del disenso, y cómo estos dibujan adversarios y no enemigos. De ahí que, chapado a la antigua y mal que le pese a la clase política, me sumo a todos aquellos que reivindican la política pero junto a los intereses de la mayoría y a los intereses nacionales en contra de los reclamos y ajustes de los centros imperiales. A la vez, reivindicando la política junto a la gente común (aprovecho para aligerar el peso de la primera persona en este escrito, no me quedó más remedio) en contra de todo tipo de militarismo, sea de izquierda o de derecha. Sea carapintada, que no se trata nada más que de fascistas trasnochados, como caralavada, que no se trata más que de lo mismo solo que legitimado

por el poder político alfonsinista y menemista. Incorporando a esta protesta la protesta contra las razzias policiales que son portadoras de la legalidad constitucional (ley reaccionaria antidroga) y a las que no pueden sino identificar como fuerzas regresivas de la sociedad a los jóvenes, marginados, y elegidos como enemigos o blanco móvil por esta política antipopular, antinacional y antidemocrática. La sociedad argentina ha retrocedido en términos humanos de transformación. Resistamos. “Debemos, creo, decir en términos corteses: idos al carajo”. ■

AÑO 6 - N° 21

MAYO DE 1990

SUR. CAMBALACHE POSMODERNO Y REVOLUCIÓN CONSERVADORA¹

María Cristina Reigadas

CRISIS, INCERTIDUMBRES Y FIN DE LA HISTORIA

Cuando la crisis es profunda, global y abrumadora, no se deja fácilmente convertir en tema. Cuando lo real irrumpe brutalmente y se niega a ser mediado en y por el lenguaje, nos quedamos sin aliento, y hablar de ella nos parece frívolo, inútil. Casi imposible. Cuando nos deja un respiro para reflexionar, lo pensado, lo dicho y escrito rápidamente se nos revela insustancial y viejo.

Con todo, hay que hablar de la crisis. Aunque solo sea para exorcizar su carácter necesario e inevitable.

A poco de asumir Menem la presidencia, las mayorías creían y esperaban. Algunos transitaban una franca alegría; otros comenzaron a experimentar síntomas de perplejidad y confusión. Hoy, la esperanza devino desesperación; la alegría, cauteloso escepticismo y la perplejidad, dolor y bronca.

Hoy, casi todos compartimos un estado de incertidumbre básica. No se trata, por cierto, de aquella gozosa y burbujeante incertidumbre que algunos intelectuales y políticos habían erigido en rasgo constitutivo de la democracia posmoderna, y de cuyos beneficios catárticos fuimos convencidos, presurosos por expurgar nuestra inveterada y perversa avidez de dogmas y certezas.

1. Exposición en una mesa redonda organizada por la Asociación Argentina de Investigaciones Éticas, sobre el tema “Ética y postmodernidad”, julio de 1989.

Esta incertidumbre es otra y bien diferente al liviano desencanto. No tiene solo que ver con la pérdida del futuro, con la inexistencia de proyectos personales y colectivos, con la ausencia de referentes valorativos, con la desmovilización política e ideológica. Tiene que ver, también y esencialmente, con la borradura misma del horizonte temporal de nuestras experiencias cotidianas, individuales y comunes. No se trata, tan solo, de la evaporación del futuro, de las promesas y los sueños, de los ideales y de los valores. Se trata del desmigajamiento vertiginoso del presente y de la desestructuración de nuestro pasado. Y no me refiero al pasado cristalizado en dogmas y principios. Sino al pasado como bien constitutivo de nuestra historia, permanentemente resignificado a la luz del futuro.

¿A qué pasado acudir, qué identidades reconstruir, a qué memorias apelar, cuando todo tambalea y se resquebraja, y el sinsentido de hoy —más parecido a la eternidad del infierno que a las terrenales tareas por la construcción de la historia— compromete los sentidos de las luchas y objetivos del ayer?

No hace mucho —y hablando de otros temas— escuché decir a Carlos Cullen que la posmodernidad es, básicamente, la decisión cultural de no contar con arquetipos (pasado) ni con utopías (futuro). En ella —afirmaba— no hay bienes ni valores: solo realidad huidiza, simulacros. En ella, el horizonte temporal se degrada en una grieta profunda que nos impide mirar hacia atrás y hacia adelante.²

Pues bien, hoy la crisis es esa grieta profunda en la que estamos precipitados. En ella, nuestra temporalidad se disuelve y se desestructura nuestra identidad. Y la locura nos envuelve.

Sin embargo, hay que exorcizar la crisis. Apostar por la historia y decidírnos por la razón. Es decir, por la lucha y las tareas. Por nuestra capacidad de discutir críticamente, de coordinar esfuerzos, de consensuar acciones, y de imaginar propuestas coherentes y sensatas.

Los planteos apocalípticos ciertamente paralizan (ya lo deberíamos saber), suelen complementar adecuadamente el triunfo del statu quo. Más aún, coadyuvan a precipitar los horrores más temidos. Sin olvidar que, en la situación actual, los “apocalípticos” no se distinguen de los “integrados”. Estos actúan por obsecuencia y miedo más que por convicción, y en el caso de estar convencidos, apuran —apocalípticamente— la rapiña de los últimos restos del botín, como si el fin del mundo fuese inminente.

¿Quién cree, hoy, en lo que hace, y hace lo que cree? ¿Se puede creer y hacer hundidos en la grieta?

Tenemos la sensación de habernos retrotraído al “estado de la naturaleza” hobbesiano, en el que la norma es la ausencia de normas, y la lucha de todos contra todos (de los que pueden “luchar”, ya que las mayorías padecen impotentes los avatares y resultados de la puja salvaje de los dirigentes del establishment local).

2. Cf. O. Sunkel, “Las relaciones centro-periferia y la transnacionalización”, en *Pensamiento Iberoamericano*, N° 11.

En un pasado no tan lejano, la utopía era la revolución o, más modestamente, el cambio que nos prometía un futuro mejor. Hoy, la revolución es la ausencia de utopías. Hoy, ser progresista es asumir el neoliberalismo y el neoconservadurismo que, en sus variantes eurocéntricas posmodernas, sostienen —contradictoriamente— la no necesidad del progreso y el indefectible fin de la historia. Sin olvidarnos que el liberalismo y conservadurismo en Latinoamérica han significado siempre marginación, expulsión y defensa de los privilegios.

CRISIS Y PROYECTO. VIEJOS Y NUEVOS PREJUICIOS

Definir cuál es el carácter de nuestra crisis no es un mero ejercicio teórico. Solo a partir de un diagnóstico correcto, que tenga en cuenta las condiciones que el capitalismo transnacionalizado impone y las características peculiares de nuestra historia, se podrá diseñar un proyecto alternativo de crecimiento y emancipación. Proyecto que, lejos de reducirse a un esquema ideal sin factibilidad ni encarnadura histórica, exija compromiso y participación en el presente, apropiación y recreación del pasado y orientación al futuro con la firme decisión protagonista de construirlo.

Elaborar un proyecto alternativo que renuncie al falso pragmatismo y a la religión de los hechos consumados requiere plantear objetivos y metas deseables y congruentes, fundadas en orientaciones de valor, que funcionen a manera de referentes utópicos, y formular un plan o programa que profile el sujeto social de las transformaciones deseadas y posibles, que provea un modelo político global y que determine los medios adecuados y eficaces para su realización.

Para ello hay que efectuar una lectura desprejuiciada de la situación internacional, de los cambios y transformaciones producidos en las últimas décadas, y una propuesta autocentrada de integración al sistema mundial.

El proyecto político actual parece compartir con los que lo precedieron en el pasado inmediato el viejo error de: 1) suponer que nuestra crisis es un caso particular de una crisis general y, 2) evaluar desde parámetros inadecuados la realidad mundial en aras del legítimo objetivo de nuestra inserción en ella.

En cuanto a la primera cuestión, hay que señalar que asume el supuesto de la existencia de una única historia, con un solo signo y una sola dirección. Y si bien en los hechos la tendencia a la expansión de un modelo civilizatorio (en crisis) es sólida, no hay “ley” de la historia ni ciencia alguna que pueda pronosticar su carácter universal y necesario. (A pesar de lo que sostenga Fukuyama, Hegel mediante). Por otra parte, si se reflexiona sobre los procesos históricos presentes y pasados, asombra la multiplicidad y singularidad de las historias, al menos tanto como la también existente dirección hacia una única historia global con un sentido unívoco.

Esta posición lleva, indefectiblemente, a adoptar los modelos políticos, económicos y culturales “universales y necesarios” —supuestamente exitosos, por añadidura— y a sostener que debemos transitar por ellos, so pena de quedar

relegados a guetos históricos (ex periferia) de una reciente posthistoria (ex países centrales). No es difícil apreciar que este enfoque nada tiene de nuevo —salvo cierto aggiornamento lingüístico y teórico—. Se trata de un viejo vicio argentino y latinoamericano —aunque no solo nuestro— sabiamente sustentado por el eurocentrismo. Desde Alberdi y Sarmiento —hasta Terragno y después— ha sido un lugar común el afirmar que estamos, siempre, en una etapa anterior y atrasada de un proceso histórico unilineal, y ello debido, a nuestras deficiencias, negatividades, a nuestro ser menos. Por ello, fácilmente nos convertimos en el “patio de los objetos” —como señalara R. Kusch—, al cual le conviene cualquier teoría, cualquier modelo económico, cualquier proyecto político y cualquier propuesta cultural. Solo desde esta visión negativa del pasado se puede comprender la renuncia al futuro propio, como creación histórica de nuestra existencia individual y social, y la pretensión de comprarnos un futuro ya hecho, listo-para-usar.

Solamente desde el mito de la Argentina como desierto histórico y cultural se comprende que, cada vez, se postule empezar desde cero. Solo desde el prejuicio de la “tabla rasa” puede adherirse acriticamente a los modelos vigentes en el Norte y soslayar el criterio elemental de que su eventual adopción debe fundarse antes en la convicción profunda y debidamente sopesada de que nos conviene a nosotros, más que en la evidencia de que ha convenido a otros.

Por otra parte, insistir en la necesidad de discriminar la crisis propia de la ajena —aun cuando haya semejanzas y analogías— y en pensar desde nosotros su posible resolución no significa, en absoluto, propiciar ningún aislacionismo, ni negarnos a la tan ansiada integración mundial. Pero se trata, sí, de marcar una diferencia que no es precisamente sutil: la que media entre asumir las condiciones que imponen los procesos económicos, científico-tecnológicos, militares, políticos y culturales que se producen a escala planetaria, y el considerarlos como los únicos modelos y vías de acción posibles y deseables. No se trata de remar contra la corriente, pero tampoco hay que dejarse arrastrar por ella.

Por otra parte, cabe pensar que con el argumento —legítimo— de evitar el aislamiento nacional, se produzca el no menos terrible efecto del aislamiento y fractura social. Dadas las condiciones y tendencias inherentes a la transnacionalización, hay que prever que la inserción de la Argentina en el mercado mundial, puede consolidar la conformación de “guetos transnacionalizados”, constituidos por las actividades, grupos sociales y regiones más desarrolladas, vinculadas a las actividades transnacionalizadas, y unidos a los grupos y regiones análogos de otros países, a través de una variedad de intereses concretos, así como por niveles de vida similares y afinidades políticas y socioculturales. La existencia de estos grupos consolida la fractura a nivel nacional, ampliándose la distancia que media entre estos y las actividades, grupos y regiones subordinados, atrasados y marginales, desvinculados, por otra parte, de los grupos y regiones similares existentes en otras naciones. Hoy las nociones de “centro” y “periferia” no son ya términos absolutos,

ligados unívocamente a ciertas determinaciones geográficas. En este sentido, hay que replantear cuáles son las nuevas formas de dependencia que la creciente interdependencia impone, habida cuenta de la multiplicación y complejización de las formas de dominio y control, y del entrecruzamiento de los poderes decisorios que exceden, cada vez más, los límites de los estados nacionales. Hay que señalar, también, el uso abusivo de la noción de interdependencia, mediante la cual se suele desdibujar el problema de las asimetrías y desigualdades de poder existentes, e ignorar que el aumento de los intercambios, que implica la interdependencia, no asegura que estos beneficien por igual a todas las participantes.

En suma, no solo se ha incurrido en el viejo prejuicio universalista y se ha efectuado, una vez más, una lectura heterocentrada de la realidad mundial, simplificando y/o ignorando la compleja trama de la interdependencia, sino que se han magnificado los presuntos “éxitos” del neoliberalismo conservador del Norte.

Al respecto, hay que recordar que ante el fracaso del Estado de bienestar —fundamentalmente por el agravamiento de la crisis económica mundial (inflación, recesión, desocupación) y por la creciente “revolución de las expectativas sociales”— el neoconservadurismo irrumpe en el escenario político, decretando la ingobernabilidad de la democracia. El exceso de demandas exige ser limitado, en nombre de la eficiencia y la necesidad de la acumulación; se trata, básicamente, de reducir la complejidad y restaurar el orden y el equilibrio perdidos.

Entre otros aspectos, el neoconservadurismo promueve una reducción de las políticas del Estado de bienestar y, en general, del papel del Estado, a fin de sanear el déficit fiscal. Se apela a la descentralización administrativa y a la municipalización de la política —excepto en lo militar—, y a la “gran tradición” revitalizadora de los sentimientos nacionales. La “vuelta a las fuentes”, en el caso de los países anglosajones, significa exaltar la iniciativa privada y la ética de la austeridad como medio de superación de la crisis.

En los hechos, sin embargo, la política de “reajuste” no dismanteló el Estado de bienestar en la medida de lo prometido, ni pudo reducir el déficit en la medida de lo esperado —tampoco la deuda externa—. Con todo, el ajuste pudo ser tolerado, en virtud del alto “piso” de abundancia preexistente. Situación que, combinada con el renacimiento del conservadurismo cultural, una alta desmovilización política y nuevas formas de control social, permitió sobrellevar el aumento de la desocupación y la redistribución negativa del ingreso. Huelga decir que, además, nuestro país, a diferencia de los países que ensayaron dichos modelos, está vaciado económicamente, exhibe una alarmante marginación social y una generalizada pauperización, y aún no ha consolidado un modelo político estable que posibilite encarar y resolver los problemas básicos que afectan a la sociedad en su conjunto.

Finalmente, cabe señalar que diagnósticos e interpretaciones se efectúan siempre desde paradigmas teóricos e ideológicos, explícitos o implícitos.

Es indudable que cada uno de los componentes fundamentales de la crisis contemporánea es la crisis de dichos paradigmas, hecho, tal vez, que destaca su carácter singular. Puesto que no se trata de la crisis de cualquier paradigma, sino de aquellos que han vertebrado a la época moderna y su más profunda racionalidad. Pareciera tratarse de un círculo: la realidad solo es abordable desde ciertas categorías conceptuales, pero estas hoy fracasan en sus intentos de interpretarla, explicarla y reorientarla. Este círculo es, por el momento, ineludible, y dentro de él hay que transitar. No sirve, tampoco, apelar a la alquimia ideológica o al sincretismo del pastiche. Y no por razones doctrinarias o de principios, sino porque exige poner entre paréntesis ciertas orientaciones de valor e ideas fuerza que, por aún no realizadas, son imprescindibles como elementos de la reconceptualización teórica y de las redefiniciones ideológicas, a la luz de las transformaciones y problemas que nos plantea el presente.

Que el círculo mencionado sea ineludible no nos autoriza a sustituir el esfuerzo teórico por abstracciones ahistóricas, ni tampoco desestimarlos en nombre del fin de las ideologías y de la ingenua presunción de que podemos situarnos más allá de ellas, porque ya no son necesarias.

Una cuestión es criticar el “ideologismo”, repudiar el reduccionismo simplificador, el dogmatismo que encasilla, prejuzga y estereotipa la realidad. Pero otra es cometer el peor de los “ideologismos”, negando y acallando las ideologías y el problema ideológico, en nombre del eficientismo tecnocrático y del pragmatismo que exhibe una posición genuflexa frente a la dictadura de los hechos, a los cuales convierte en datos últimos de la realidad.

En este caso, la tesis de “el fin de las ideologías” apunta a acallar la protesta, a desmovilizar a grupos e individuos y a sustituir la cuestión de un mundo mejor por la del mundo posible, que se identifica, peligrosamente, con el existente.³

A pesar de sus límites y excesos, de su parcialidad y de sus enmascaramientos, las ideologías son, en primer lugar, interpretaciones de la vida cotidiana que permiten comprender y articular la realidad, tomar distancia respecto de ella, problematizar el mundo, orientar a los individuos hacia el futuro y movilizarlos. Sin ellas no hay proyecto posible alguno, puesto que este requiere tanto de la discusión racional como de la determinación de la voluntad para su realización.

En cuanto interpretaciones de la vida cotidiana, constituyen un elemento básico de la cultura, concebida como ámbito de creación de significaciones compartidas. Desideologizar una sociedad —con las reservas ya señaladas— es pauperizar y empobrecer su cultura.

3. Cf. A. Goudner, *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Madrid, Alianza, 1978.

LA DEMOCRACIA POSMODERNA Y EL NEOLIBERALISMO CONSERVADOR EN LA ARGENTINA

Vayamos ahora a nuestra historia reciente y veamos cómo funcionaron en ella los modelos y paradigmas adoptados. Cuando emergimos de la dictadura militar y nos asomamos al mundo, nos encontramos con cambios sorprendentes y transformaciones profundas. Nuestras antiguas certezas y nuestras convicciones más sólidas rápidamente se erosionaron.

Si antes del proceso militar ser “progresista” era asumir posiciones nacionales y populares o de izquierda, en los nuevos tiempos los políticos e intelectuales del alfonsinismo —aunque no solo ellos— descubrieron que ser “progresista” consistía en afirmar un modelo de transición democrática, desvinculado de las cuestiones relativas de la dependencia económica y a la fase transnacional del capitalismo mundial. La democracia fue reducida a un sistema de reglas y pactos formales y procedimentales, limitada a lo estrictamente institucional. Fines, contenidos y valores quedaron excluidos y la política se redujo a la administración de los conflictos. En nombre de la “gobernabilidad política”, se azuzó el miedo al regreso del autoritarismo (en sus variantes —casi identificadas— del militarismo y del populismo). Se detectaron tufillos totalitarios en toda pretensión de construir proyectos colectivos y, básicamente, se soslayó el problema de la justicia. Puesto que, mientras la libertad, la igualdad y el reconocimiento mutuo puede sostenerse y defenderse en un plano meramente formal, la justicia exige definiciones en torno a fines y contenidos, referidos al ámbito económico y social. La exaltación del pluralismo y la libertad no garantiza, por cierto, la justicia, que exige no solo capacidad de autodeterminación individual, sino que pone a cada sujeto en relación concreta y directa con los otros. La justicia requiere, necesariamente, ser pensada en relación a la totalidad de lo social. Es por ello que no puede estar presente en el discurso político de la democracia posmoderna.

Fundamentalmente, el concepto de política se desvincula de la verdad, en nombre de la incertidumbre y el desencanto, elevados a valores éticos fundantes de toda política democrática por oposición a la religión política que ha caracterizado a nuestros pueblos. (Sin embargo, asumir la contingente provisionalidad de las creencias no significa renunciar a sostener alguna. Y renunciar a sostener alguna, paradójicamente, abre el camino para la adopción de cualquiera).⁴ Por otra parte, se introduce una ambigüedad básica respecto a las instituciones políticas. Se las valoriza, pero se arremete contra el Estado, símbolo y encarnación de la quintaesencia de los males del país, por totalizador, autoritario e ineficiente. De este modo, el eje interpretativo democracia-autoritarismo, comienza a resignificarse a la luz de la antinomia mercado-Estado. En cuanto a los partidos políticos, se los ensalza, a la vez que se gobierna sin ellos.

4. He analizado estos temas en “Democracia y posmodernidad”, *Nuevo Proyecto*, CEPNA, N° 5/6.

Después de la derrota del campo nacional y popular que significara el Proceso, el alfonsinismo no logra remontar la cultura de la regresión, de la desesperanza y de la expulsión social.⁵ Se ejerce, por un lado, un presión inmovilizadora respecto de las demandas sociales (el exceso de demandas torna ingobernable a la democracia y la pone en peligro, se interpreta en clave neoconservadora), y por otro, una presión movilizadora respecto de los grandes temas (tercer movimiento histórico, fundación de una nueva república, traslado de la capital, etc.) que, por cierto, no estaba en el horizonte inmediato de la sociedad, y acerca de cuya incompreensión se quejara amargamente el oficialismo, atribuyendo su fracaso, en buena parte, a su incapacidad de “comunicación”.

El proceso impone, sin duda, un piso y un tope al alfonsinismo, de modo tal que el realismo posibilista termina imponiéndose, junto al pragmatismo y a un cierto giro tecnocrático. El alfonsinismo pretende recrear la realidad social a partir de un modelo político formal, sin advertir la magnitud de la crisis, ni haber acertado en su diagnóstico ni en su pronóstico. Con la democracia no se come —al menos con esa democracia— y las realidades sociales no cambian ni se transforman por obra de los tecnócratas ni de los cenáculos intelectuales que rodean al poder.

Cuando sucedía todo esto, se estaban echando, indudablemente, las bases de una democracia posmoderna y práctica, en la cual se simulaba concertar, consensuar, discutir. Una democracia que entroniza el doble mensaje —práctica preferida de la dictadura militar—, la retórica vacua, la sustitución de la acción política por el discurso. Una democracia que se constituía sobre el horizonte posmoderno del fin de lo político y de la disolución de lo social (puesto que lo social era reemplazado por el ciudadano, individuo eminente, y por los alucinados movimientos sociales).

B-B MENEM: EL PARTO DEL NEOCONSERVADURISMO

Cuando sucedía todo esto, se estaba dejando el camino expedito para que el neoliberalismo conservador hiciera su entrada definitiva y triunfal.

Ahora los fines y los valores, los modelos y contenidos, los proveerían ellos. Ahora, la libertad del ciudadano se identificaría, lisa y llanamente, con la libertad de los mercados. Ahora la preocupación básica va a consistir en la “gobernabilidad económica”, es decir estabilidad y ajuste (regresivo), monetarismo y privatizaciones.

Para remediar el desborde económico existente —atribuido a la falta de concertación con las corporaciones— la mirada se dirigió a los lugares donde habita el poder real.

Los debates prometidos en su momento no se produjeron y todo ocurrió casi en silencio. Pero tampoco se concertó: se cedió la conducción económica a un

5. Cf. H. Muzzopappa, “El retorno del ciudadano, democracia y política bajo el gobierno radical”, *Nuevo Proyecto*, CEPNA, N° 5/6.

grupo empresario transnacional de origen argentino, sin mediaciones ni controles políticos. Y se perfiló un modelo de acumulación que, estabilidad mediante, pusiera en marcha la revolución productiva. Hasta el momento, no se ha logrado la una ni la otra, produciéndose un brutal proceso hiperinflacionario y una feroz transferencia de ingresos, que han ahondado hasta el límite de lo intolerable la marginación y la expulsión social.

Por otra parte, la pretensión de que dicho grupo hegemonizara y pusiera orden en la conflictiva “familia” empresaria demostró rápidamente su carácter de quimera. El internismo del propio grupo y las feroces pujas intra e intersectoriales tornaron ingobernable a la economía y pusieron de manifiesto la vulnerabilidad del poder político, resentido en su capacidad de decisión y control. Dicho modelo exigía, además, un bajo perfil del sindicalismo —que fue dividido— y de los partidos políticos, de los cuales se prescindió, como en el período anterior. Requería, ante todo, desmovilización social y una fuerte desideologización.

Por otra parte, y aun cuando se aceptara, en su momento, la necesidad “táctica” de semejante “acuerdo”, surgieron inmediatamente interrogantes respecto de las políticas de distribución de ingresos que dicho modelo proponía. Si algo no podía eludir el peronismo en el gobierno —so pena de desdibujar definitivamente su identidad— era la propuesta de un modelo de justicia social. Que no puede ser identificado con los planes del asistencialismo puestos en marcha —aun cuando fuesen y sigan siendo imprescindibles en la actual coyuntura—, y sin entrar en el delicado tema de su desprolija implementación.

Sin olvidar que el asistencialismo queda aún por detrás del igualitarismo abstracto del Estado de bienestar. En este, la concertación social, liderada por el Estado, media en la puja distributiva en la cual todos los sectores defienden sus intereses, aun cuando sin cuestionar —al menos en profundidad—, las desigualdades producidas por la inconmensurabilidad de los mismos.

Con los grupos privados en el desgobierno de la economía y un Estado en crisis, y sin un poder social y político estructurado como para contrabalancear los intereses de aquellos, los márgenes de maniobra del gobierno se limitan, indefectiblemente.

Sin embargo, en la actual propuesta pareciera que está presente —como certeza básica— el apotegma liberal clásico de la “mano invisible”: los grupos privados trabajan para sí, y al trabajar para sí —mercado mediante— trabajan para todos y para el todo. Desde esta perspectiva se supone que la armonía final es segura e inevitable. Mientras tanto, hay que acallar las demandas de los pobres —aunque se reconozca su legitimidad— y esperar confiados en que a través de la autorregulación del mercado, el protagonismo de los grupos empresarios, el asistencialismo y la subasta del Estado se logrará superar la crisis.

El modelo económico-social propuesto parece olvidar que en la actual etapa de la economía transnacionalizada, la tendencia a la concentración del

capital se corresponde con el aumento de la marginación social y el aumento de la brecha entre países ricos y pobres. Supone también que liberando a la iniciativa privada de las trabas y regulaciones burocráticas y administrativas que el Estado omnipotente-impotente impone, habrá aumento de la productividad y, consecuentemente, del empleo y el salario.

Sin entrar a discutir cuáles son las causas múltiples de la ineficiencia, debilidad y vulnerabilidad del Estado argentino, cabe señalar que un Estado altamente deficitario, que decide desprenderse de la mayor parte de sus empresas —aun de las potencialmente rentables— y, aparentemente, bajo condiciones sumamente desfavorables, que renuncia a desempeñar un rol dinamizador del proceso económico y de efectivo contralor del interés privado, se ata las manos de este modo aun para los fines del asistencialismo. Puesto que solo contará con la recaudación fiscal, siendo esta otro cuello de botella que enfrenta el actual gobierno. La evasión fiscal alimentada, entre otros motivos, por la maraña irracional de los paquetes impositivos, los intereses en juego y la lentitud de la justicia hace altamente dificultoso, en el corto plazo, contar con genuinos recursos para paliar la miseria y marginación social.

Asumir al Estado como herramienta básica de transformación económica y social —aun cuando no única— no puede ser, malévolamente, confundido con posiciones estatistas o con negarse a replantear su rol y propiciar una reforma administrativa profunda, racional y sistemática. Sin olvidar que ningún país desarrollado ha desmantelado su Estado, y que este suele ejercer un benéfico proteccionismo en aquellas áreas que afectan al interés nacional.

No pareciera, por tanto, justificarse el vaciamiento del Estado en nombre de la necesidad de adecuarse a los “nuevos tiempos”. Y que en estos, tanto como en los “viejos”, el problema pareciera ser el mismo: la vinculación estrecha entre el crecimiento económico autocentrado y la justicia social. En un mundo interdependiente y transnacionalizado, la función del Estado debe redefinirse, pero no minimizarse, puesto que el Estado es el principal instrumento para preservar y posibilitar el crecimiento económico-social equilibrado, frente a los desequilibrios y fracturas económicas, sociales y culturales que las políticas de las corporaciones transnacionales provocan en las sociedades, especialmente, en las periféricas.

En este sentido, las críticas —legítimas y necesarias— al Estado suelen confundir las consecuencias con las causas. La crisis del Estado, lejos de ser planteada en términos históricos y globales, se limita a cuestionar su operatividad y eficacia en términos del propio subsistema estatal, planteándose, a lo sumo, la necesidad de su modernización —en términos de privatización y tecnocratización de sus estructuras—, con lo cual cabe pensar que no solo ayudará a remontar la crisis global, sino que, por el contrario, contribuirá a reciclarla.

EL MODELO POLÍTICO IMPLÍCITO EN EL MENEMISMO

Veamos, por último, cuál es el modelo sociopolítico que subyace en estas propuestas. En ellas, el pueblo está destinado a cumplir un rol pasivo. Antes que protagonista será destinatario de las políticas implementadas. Debe aceptar que esas políticas son necesarias y que no hay otras alternativas. Debe creer, ilusoriamente, que la armonía y la conciliación de intereses provendrá por la mágica acción del mercado y la buena voluntad de las corporaciones, sin que medien procesos políticos de concertación. La creencia abstracta y la esperanza difusa de ayer, tanto como la desesperación de hoy, sustituyen actitudes protagónicas y participativas que tienden a construir un sujeto social con voluntad política de transformación.

En este sentido, hay que plantear quién es el sujeto de la revolución productiva, y cómo y quiénes los encargados de llevar adelante las políticas de unidad nacional e integración latinoamericana propuestas. Es necesario plantear quién es —y cómo se construye hoy— el sujeto social de los cambios deseados.

Aun cuando en estos momentos el gobierno pareciera haberse decidido por efectuar un acuerdo político-social que posibilite remontar la crisis, no parece dispuesto, sin embargo, a replantearse la dirección y rumbo de la política global, y surgen interrogantes respecto de los alcances y profundidad de los consensos buscados.

La precariedad de la situación y la gravedad de la crisis ahonda, por otra parte, el déficit político que padece la sociedad argentina. La democracia real, plena y efectiva, no se conquista tan solo a través del acto eleccionario. Requiere claridad en los fines y transparencia en los medios. Una acción política que destrabe la desmovilización de los partidos y que revierta la desconfianza que genera la conducta de la clase política, cuya crisis de representatividad ha sido reiteradamente señalada. Se asume, en general, que el político está más ocupado en preservar sus intereses que los de sus representados, que la clase política está separada de su base social y, en fin, que partidos y dirigentes representan a los gobiernos ante la sociedad, más que a los intereses sociales de cara al gobierno.

Sin embargo, hay que distinguir, con cuidado, las críticas antidemocráticas a la política y sus instituciones de las críticas a las prácticas y conductas ejercidas por gran parte de nuestros dirigentes. Prácticas y conductas que no les son privativas ya que, lamentablemente, son patrimonio generalizado del entramado social en crisis.

La realidad política argentina y latinoamericana muestra en la última década, y después de los procesos militares que sacudieron al continente, la formación de consensos mayoritarios fuertemente estructurados en torno a líderes democráticos (García, Sarney, Alfonsín, Menem), pero también su rápida disolución. Es necesario por ello, ante esta situación, trabajar por una democracia más plena y auténtica, máxime cuando la gravedad de la crisis y la índole específica de los problemas argentinos —entre ellos la persistencia del problema militar y el descrédito del anterior partido gobernante— tornan imprevisible el futuro.

En esta dirección, hay que sacar provecho de las experiencias anteriores: el pueblo argentino ha resistido los intentos de manipulación de la opinión pública, ha repudiado la ineficacia gubernamental, la soberbia, el doble discurso, la retórica vacía. Ha repudiado la pretensión de poseer el monopolio de la verdad, y las actitudes autoritarias, aun las ejercidas en nombre de la democracia.

Para evitar recaídas en estos hábitos verdaderamente antipopulares, hay que asumir la existencia de conflictos, la posibilidad del error. Aceptar y propiciar el debate y la discusión, no presuponer la armonía y reconciliación donde y cuando no la hay, si es que en verdad deseamos iniciar el camino de construcción de la unidad nacional.

Obviamente, esta tarea no basta. Hay que movilizar y organizar los grupos sociales en la defensa y promoción de sus intereses, ya que no se puede sustituir el mito del Estado todopoderoso por del mito de las corporaciones benefactoras, o por el de la figura presidencial como único garante de que las cosas van a marchar bien.

La soberanía del pueblo es un principio básico de las democracias modernas, aun cuando en la práctica sea burlado, o aun cuando solo se ponga en marcha en el acto eleccionario. Un pueblo es soberano cuando se autodetermina, y este concepto incluye lo personal, lo social y lo nacional. Aun cuando se esté guiado por las mejores intenciones y estas cristalicen en los mejores resultados, no se puede construir un orden democrático justo, en nombre del pueblo y para el pueblo, sin la participación protagónica de este. La justicia no es algo que se otorga: se construye. Porque entre otras cosas, el derecho a la justicia, es el derecho a tener derechos: a participar, con equidad, en la construcción de un poder compartido.

EL “PROGRESISMO” DE FIN DE SIGLO

Curiosa y extraña alianza, hoy, la de políticos, formadores de opinión y establishment para festejar el triunfo del neoconservadurismo en el mundo.

Para ellos, ser progresista, hoy, exige asumir el monetarismo, los ajustes, la destrucción del Estado. Vaciar la política y convertirla en una mascarada no creíble.

Para ellos, ser progresista hoy es criticar las ideologías y afirmar no tener ninguna, ya que el neoliberalismo conservador se asume y presenta como la verdad del poder desnudo y el poder de la verdad realizada.

Para ellos, ser progresista hoy es aceptar la pobreza estructural como dato y sepultar la lucha por la justicia en el desagradable mundo de las utopías, felizmente muertas.

Para ellos, ser progresista hoy es creer que mientras el sistema económico se reorganiza para la producción, la comunidad puede y debe resistir en los bordes de la miseria, organizando su subsistencia en los circuitos que su imaginación —y la marginación— le permita.

Para ellos, ser progresista hoy es también creer que se puede no solo “resistir” fuera del sistema económico, sino que además esa puede ser una oportunidad para

generar nuevas formas organizativas, independientemente del rumbo y dirección del producto global y a contrapelo de aquel. Ser progresista hoy es para ellos volver —¡por fin!— a la auténtica fuente de Occidente —la libertad—, después de la irrupción de los varios totalitarismos del siglo XX (obviamente, excrecencias anómalas, felizmente superadas y/o fracasadas). Como si Occidente no estuviera traspasado por la tensión permanente entre la libertad y la igualdad, las luchas por la dignidad y la justicia no le pertenecieran.

¿O se confundirá, acaso, la libertad como valor con el mecanismo de la libertad de mercado? ¿O habrá que renunciar a la justicia por presumir que esta ha sido patrimonio exclusivo del socialismo marxista y del régimen soviético fracasado? ¿Se puede renunciar a la justicia como virtud ética-política en nombre del “no se puede”? ¿En nombre de qué lógica histórica y de qué racionalidad se sostiene que el neoliberalismo conservador es LA VERDAD y EL CAMINO?

Justamente ahora que habíamos renegado de las dogmáticas visiones teleológicas de la historia, justamente cuando habíamos comprendido que en la historia hay progreso, pero también “regreso”, que hay aprendizaje y desaprendizaje, que la barbarie acecha, siempre, a la vuelta de la esquina. Justamente ahora que la historia se nos alumbraba como terreno de perpetua innovación y de incertidumbres fecundas, justamente ahora se nos dice, en clave hegeliano-conservadora, que lo existente es lo necesario, y que por existente y necesario es lo mejor.

En verdad, nada de esto debiera parecernos nuevo: ¿no se trata del triunfo rotundo del más craso positivismo? ¿Acaso no se trata de la gloriosa resurrección de las viejas ideologías decimonónicas? Las cosas, sin embargo, no son tan sencillas.

El viejo liberalismo confiaba en el progreso, en la razón y en la historia. O, más precisamente, en cierta noción de los mismos. Pero el viejo liberalismo ensayaba alternativas, y se permitía notables heterodoxias. Hoy, el nuevo liberalismo conservador es dogmático, paradójicamente, porque no cree, porque se presenta escéptica y cínicamente como una no ideología, que no necesita confrontar ni luchar, ya que es el despliegue del poder triunfante. No necesita prometer nada mejor, sino asegurar su perpetuación y reproducción.

El nuevo liberal-conservadurismo, redefinido en el horizonte de la crisis moderna, se solaza y conforma con seguir danzando en el mundo de la administración eficaz. Declara que la historia se ha clausurado y que solo cabe esperar más de lo mismo.

La crisis de las creencias aquí y allá y cierto anarquismo político y social caracterizan a la cultura posmoderna. Ello es tolerado —y hasta exigido— en un mundo en el cual el sistema está consolidado, donde la política ha devenido tecnoburocracia, y el mundo de la producción y el trabajo está disciplinado.

Allí pueden convivir, con cierta holgura no exenta de conflictividad, gestos culturales y acciones sociales que ensayan suaves diversas estrategias de transgresión. Todos —o casi todos— pueden recusar la racionalidad del sistema, pero desde su manto protector.

Aquí de la posmodernidad nos tocan otras cosas. Y no precisamente “el blando deslizarse de la vida satisfecha”. Nos toca la incertidumbre feroz, no la *light*. Nos toca padecer la irracionalidad entronizada en el corazón mismo del poder. (Y esto sea dicho sin anhelar la racionalidad del Norte). Aquí, la yuxtaposición de pensamientos, estilos y actitudes no es ya el sincretismo posmoderno sino el cambalache.

Aquí, la deshistorización de la experiencia no nos catapulta al maravilloso mundo de la creación y experimentación individual y social, sino que destruye nuestras precarias identidades.

Aquí los ajustes nos impiden comer, cuidar nuestra salud y educarnos. Y no hay Estado que nos subsidie si perdemos el empleo (si tenemos la oportunidad de tenerlo).

Aquí la posmodernidad no es cierto romanticismo anárquico. Aquí es la fractura social y el gueto.

Aquí el “todo vale” no se parece al posmoderno Antón Pirulero, en el que cada cual juega su juego y todo el mundo en paz. Aquí, el “todo vale” —como corresponde a un pueblo histórico— es la guerra de todos contra todos, la disolución, la violencia cotidiana, la impiedad, el canibalismo, la degradación.

¿Qué se puede creer y hacer hundidos en la grieta? Decir solo no es suficiente. Por cierto que cuando la libertad es auténtica, siempre —tarde o temprano— se rebela contra la injusticia. Pero se trata de mucho más. De proponer opciones. Y las opciones no están ahí, esperando ser elegidas. Ni para nosotros ni para los dirigenes (acabemos de una vez con el mito de los hombres iluminados). Las opciones se construyen con imaginación, razón y voluntad. Y con la firme disposición de reconstruir aquello que la crisis ha socavado y que es el núcleo “duro” de toda cultura: su ética. La capacidad de cooperar, de generar lazos solidarios, de creer y confiar en nuestro prójimo y de ser creídos. Y esto es tarea de todos y cada uno de nosotros. De otro modo, solo nos cabe prepararnos para nuestros propios funerales. ■

NO TODA LA HISTORIA HA TERMINADO

Hugo Chumbita

Un escenario internacional donde se procesan acontecimientos tan trascendentes como el colapso del campo comunista, el apogeo de la democracia occidental y la

ofensiva del liberalismo enmarca hoy la situación argentina. ¿Hasta qué punto se explica la conversión liberal del gobierno y la crisis del peronismo en función de tal contexto? ¿Se puede entender esto como un reflejo periférico, se trata de coordenadas inevitables, o de los pretextos de una mistificación?

Sea cual fuere el juicio que merezcan el rumbo de la política contemporánea y la tragicomedia local, ninguna formulación simplista de las que proveen los discursos doctrinarios conocidos resulta suficiente para dar cuenta de lo que ocurre. Los diagnósticos fundados en antiguos relatos del devenir universal son insatisfactorios. Fuera de las banalidades del neoliberalismo empresarial, una notoria incomodidad ideológica perturba el análisis del sentido de esta fase histórica para las vertientes del pensamiento crítico latinoamericano.

En el Este y el Oeste, los grandes polos del poder mundial debaten nuevas justificaciones. Ha concluido la era de la confrontación, anuncia Mijail Gorbachov desde el Kremlin; hay que afianzar la cooperación entre Oriente y Occidente para que “la libertad reine finalmente en todas partes del mundo en el próximo siglo”.¹ La historia ha terminado, deduce en Washington el oráculo del Departamento de Estado, Francis Fukuyama, pues el capitalismo liberal ya no tiene rivales que temer; en el aburrido Estado homogéneo universal que se avizora “todas las contradicciones anteriores son resueltas y todas las necesidades humanas son satisfechas”.² De uno y otro lado, por detrás de un matizado optimismo, se advierte sin embargo la última amenaza que habrá que prevenir y reprimir para preservar la “pax liberal”: los nacionalismos, esa perversa categoría que engloba los focos resistentes a la “homogeneización” (en la cual se inscribían por méritos históricos el peronismo y otros “populismos” latinoamericanos).

Sería peligroso no advertir la complejidad de los dilemas que subyacen a estos discursos y extraer conclusiones fáciles, ya sea con la ilusión de “plegarse a la corriente”, o la opuesta que imagina una posible desconexión del Tercer Mundo.³ Los cambios actuales son demasiado profundos como para desentendernos de sus efectos. Hay escasas probabilidades de eludir el nuevo entramado histórico, que tiene toda la apariencia de una trampa. Pero, además, se trata de que el arsenal doctrinario con el que en las décadas anteriores resistíamos desde la periferia a la

1. M. Gorbachov, *Perestroika*, Emecé, Buenos Aires, 1989, p. 299.

2. F. Fukuyama, “The End of History?” en *The National Interest*, N° 16, Washington, verano de 1989, p. 5; aunque el artículo se publicó con la aclaración usual de que no comprometa la opinión de ninguna agencia gubernamental, no es poco significativo que el autor sea actualmente un directivo de planeamiento político en el Departamento de Estado. El texto ha tenido gran difusión en los países occidentales, y en Buenos Aires se publicó una traducción casi completa en la revista *Babel*, N° 15, enero de 1990.

3. Cabe señalar que no pretendo antagonizar con la tesis de Samir Amir expuesta en su libro *La desconexión* (Madrid, IEPALA, 1988, p. 10), donde aclara que esa idea no implicaría “una exclusión impuesta o una retirada autárquica” de los países del Tercer Mundo, sino una inversión radical de la tendencia a ajustar su desarrollo a la expansión mundial del capitalismo; no es esta obra la que simplifica la cuestión, sino en todo caso algunos de sus intérpretes.

bestia del imperialismo, parece ahora tan obsoleto como los fusiles de chispa. Es imprescindible revisar la perspectiva global y entender lo que pasa en los centros para replantear la opción de nuestros países. Esa es la motivación de las siguientes reflexiones: contribuir a la discusión de los fundamentos de cualquier alternativa a la situación que padecemos aquí y ahora.

LA REESTRUCTURACIÓN DEL SOCIALISMO REAL

Los malabarismos dialécticos de la izquierda argentina arrojan escasa luz sobre el cataclismo del “socialismo real”. La versión que difunden algunos sectores comunistas se atienen a la explicación que ha presentado Gorbachov, según la cual la Perestroika trae esencialmente “más socialismo y más democracia”.⁴ Otros comparten la aprensión de los cubanos, en tanto estos cambios facilitarían “que el mundo se encamine hacia la hegemonía monopolar de los Estados Unidos”.⁵ Algunas corrientes de origen trotskista, por su parte, tienden a ver en este fenómeno la confirmación de la profecía de Trotsky sobre la “revolución política antiburocrática” que era necesaria en la URSS, así como en los demás “estados obreros degenerados”. La revolución política se está produciendo, sin duda, con el concurso de las masas populares, pero resulta por lo menos discutible que vaya en la dirección de profundizar el socialismo. En algunos países como Polonia y Alemania Oriental está muy claro que no. ¿Cómo interpretar entonces el significado de los sucesos?

La clave original es la reforma del sistema soviético iniciada en 1985. La Perestroika comenzó innovando el sistema de gestión económica con el propósito de aumentar los rendimientos, mejorar la calidad de la producción y alentar la modernización tecnológica. La reorganización tendía a lograr mayor autonomía y el autofinanciamiento de las empresas, estimulando el funcionamiento del “mercado socialista” donde se relacionan directamente productores y consumidores en base a la competencia. Las funciones de la planificación han cambiado cualitativamente, y se amplía una esfera de libertad económica. Los ingresos de los trabajadores se vinculan ahora con los beneficios de las empresas, que generan incentivos materiales para jefes y empleados. También se fomentan las cooperativas y pequeñas empresas privadas y familiares. Los grandes establecimientos estatales industriales y agrarios han descentralizado ciertas actividades mediante contratos con esas empresas. Se restablecen formas de propiedad individual y libre contratación. También se radican compañías extranjeras, se clausuran fábricas “no rentables”, etc. Aunque todo ello representa similitudes con el liberalismo, conviene señalar que la “democratización de la economía” en curso incluye el desarrollo de formas autogestionarias, con innovaciones como los comités de taller y elección de gerentes por los trabajadores.

La Perestroika también produjo una liberalización de la vida cultural, la

4. M. Gorbachov, *op. cit.*, p. 38.

5. Armando Hart, ministro de Cultura de Cuba, en un reportaje de *Página/12*, 2-2-1990.

enseñanza y los medios de comunicación, así como, finalmente, del propio sistema político: de un pluralismo electoral limitado se avanza hacia el pluripartidismo, abandonando el monopolio del poder del PCUS.

Según Gorbachov no es un retorno al capitalismo, sino el camino “hacia un mejor socialismo”. Sin embargo, el significado de esa expresión se torna bastante ambiguo cuando él mismo anuncia que se trata de “mayor movimiento y esfuerzo creativo, más organización, ley y orden, más métodos científicos e iniciativa en la gestión económica, eficiencia en la administración y una vida mejor y materialmente más rica para el pueblo” así como, en el plano directamente político, “más democracia”, “más dignidad y respeto de sí mismo para el individuo”, “más patriotismo”, “más preocupación cívica...”.⁶

La impresión que dejan tales argumentos es que se busca el funcionamiento más eficiente del sistema, pero no se advierte demasiado la profundización de aspectos “inherentes al socialismo”, para usar palabras del propio Gorbachov. Sin pretensiones de ahondar en un debate filosófico que excede la intención de esta nota, y resumiendo ciertas nociones comúnmente aceptadas, podríamos convenir en que la idea de socialismo equivale a igualitarismo, solidaridad, distribución del poder y los bienes en la sociedad.⁷ La Perestroika tiende a asegurar algunos de estos objetivos, cuando ensancha el acceso al consumo y la participación política, pero supone una rectificación o involución en otros, sobre todo al oponerse decididamente a los criterios igualitarios en la remuneración laboral y la seguridad social.⁸

En términos de la filosofía de Marx, el parámetro para juzgar los alcances de la reestructuración consistiría en observar si tiende a superar la fase socialista de la dictadura del proletariado, basada en el principio de la retribución del trabajo, hacia la “segunda fase” comunista donde se extinguen el Estado y el salario y las personas reciben lo que necesitan independientemente de su capacidad y su esfuerzo. Es evidente que tal razonamiento —clásico en la ortodoxia marxista— lleva a impugnar el carácter progresivo de la Perestroika, particularmente en la medida en que la misma enfatiza la retribución de la eficiencia económica de los individuos. Gorbachov se ha adelantado a contestar esas objeciones, poniendo en claro que sus reformas se ubican en la primera etapa, es decir, mucho más acá de la utopía comunista.⁹

Respecto a otra clave del nuevo modelo económico, importa observar que la dirigencia soviética se inclina a admitir cierto “desempleo estructural”, lo cual violentaría uno de los principios considerados intangibles del socialismo, en el

6. M. Gorbachov, *op. cit.*, p. 39.

7. Tales son los conceptos que destaca por ejemplo José Aricó, en su artículo del *Diccionario de ciencias sociales y políticas* (T. S. Di Tella y otros, Buenos Aires, Puntosur, 1989), p. 554.

8. Gorbachov es enfático a lo largo de su obra. En reiteradas alusiones a la necesidad de “alentar materialmente” a los trabajadores; “lo que sea que una persona gane, debe recibirlo. Al mismo tiempo no debemos permitir que una persona reciba lo que no ha ganado” (*op. cit.*, p. 11).

9. En ese sentido Gorbachov, llega a decir que “el socialismo no tiene nada que ver con el igualitarismo... Eso será bajo el comunismo” (*op. cit.*, p. 11).

que se basaron todos los regímenes del Este.¹⁰ Asimismo, cabe interpretar que la liberalización política y el abandono de la teoría leninista del partido único conducen a archivar, junto con la “dictadura del proletariado”, el dogma de la construcción del comunismo.

Volviendo a la cuestión inicial, no podría decirse que se restaura el capitalismo en la URSS en tanto subsista el sistema dominante de propiedad pública y la planificación económica. Pero es visible que la teoría marxista-leninista ha sido abandonada en aspectos sustanciales, y la lógica del nuevo modelo marcha en otra dirección: hacia una forma inédita de “socialismo democrático” y economía mixta que encuentra puntos de coincidencia con la socialdemocracia europea.¹¹ Una señal muy clara de ello es la conversión de los ex partidos comunistas en Europa oriental que han adoptado esa denominación.

Asistimos entonces al desenlace de una disputa secular en el interior de la “familia marxista”, si bien ello resulta deslucido por la ola liberal-conservadora que ejerce su ofensiva contra unos y otros en todas partes. Por lo demás, la lectura de este complejo suceso no puede obviar la constatación de que la democracia liberal clásica de “tipo occidental” basada en los derechos humanos, se ha afirmado en la conciencia de los pueblos como un camino insustituible para nuestra época, como el requisito de cualquier progreso social (y ese era el acierto de los viejos socialistas democráticos). También se hace evidente que en el orden económico la dinámica del capitalismo y la innovación tecnológica imponen hoy una racionalidad típicamente empresarial o productivista, derrumbando las ilusiones prematuras de fundar sociedades igualitarias que trasciendan la lógica de la competencia y la ganancia individual (y esto constituye la carta de triunfo del neoliberalismo).

EL FIN DE LA HISTORIA

Según la interpretación de Fukuyama, el liberalismo económico y político occidental se ha impuesto por el agotamiento de los sistemas alternativos que lo cuestionaron en el siglo XX —el comunismo y el fascismo—, confirmándose así la profecía hegeliana de que hemos arribado a “la forma final de gobierno humano”.

10. En el texto ya citado de Gorbachov, cuya primera edición es de 1987, rechaza la propuesta de “aceptar el desempleo” en la URSS, diciendo que “no podemos permitir esto, ya que apuntamos a fortalecer el socialismo, no a reemplazarlo por un sistema diferente” (p. 97). No obstante, dos años después su consejero Abel Aganbeguian, presidente de la Comisión de Reformas Económicas del Soviet Supremo, ha reconocido que “prevemos un desempleo estructural” (reportaje de *Página/12*, 16-12-1989).

11. Una de sus coincidencias básicas es el discurso que resume el horizonte ideológico en la democratización; no hay gran diferencia en ese sentido entre Gorbachov y Felipe González cuando este dice: “... el socialismo se define como la profundización de la democracia en todas las direcciones. Es la profundización de la democracia política, de la cultural, de la económica y de la social” (reportaje en *Página/12*, 25-10-1987).

De paso, Fukuyama pretende desmontar la supuesta “superación de Hegel” realizada por Marx, resucitando un apenas matizado idealismo histórico para explicar el devenir social (lo cual cumpliría la función de extender al nivel teórico la revancha sobre el marxismo); pero su discusión fracasa en la superficialidad cuando se refiere precisamente a las causas de los cambios en el Este.

Todo se explica para él por un cambio de la conciencia del círculo dirigente en la URSS, por “la victoria de una idea sobre la otra”.¹² Con esta obviedad Fukuyama pasa por alto que la Perestroika se inició como un programa de reorganización económica, es decir, como respuesta a las “condiciones materiales” del sistema soviético, y omite considerar la incidencia del factor tecnológico y la competencia económica con los países occidentales. No se puede desconocer que con Gorbachov llegó a ejercer influencia decisiva en el poder un núcleo de economistas que concibieron la reforma a partir de un diagnóstico macroeconómico, y no precisamente de una teoría político filosófica. Si ha de juzgarse objetivamente la conducta de la dirigencia soviética resultaría ridículo catalogarlos como ideólogos seducidos por la filosofía occidental, sino en todo caso como una elite economicista y pragmática.

La explicación de fondo de la Perestroika —y todo lo que la misma desencadenó— hay que buscarla en la revolución científico-tecnológica de nuestro tiempo, en la cual la URSS ha participado, sin duda, pero en la que estaba corriendo el riesgo de quedar marginada. Es una frivolidad decir, como Fukuyama, que las economías socialistas eran profundamente defectuosas desde hace mucho,¹³ ignorando sus logros que les permitieron acceder a la modernidad industrial. Esas economías aún eran funcionales a mediados de los años setenta para preservar al campo comunista de la crisis que afectó a los países occidentales. Pero una década después, cuando las potencias capitalistas emergían revigorizadas de esa crisis, se tornó palpable que las economías del Este se estancaban.

Expresado en trazos gruesos, este proceso puede verse como un triunfo de la flexibilidad y la agresividad del capitalismo frente a los desafíos que provenían tanto del “mundo exterior” como del interior de sus sociedades. Finalmente, la revolución electrónica, la tecnología de nuevos materiales, la automatización y sus diversas aplicaciones han producido un salto cualitativo. La reconversión industrial en los grandes países occidentales minimiza la demanda masiva de mano de obra (y con ello la fuerza de los movimientos obreros), disminuye los costos por producto y alcanza una extraordinaria capacidad de diversificación. Los resultados sociales no están exentos de contradicciones, al cundir el desempleo y la marginación, pero la empresa capitalista ha conseguido imponer sus condiciones a la fuerza del trabajo.

12. F. Fukuyama, *op. cit.*, p. 8.

13. F. Fukuyama, *op. cit.*, p. 7.

El relativo retraso del Este se explica en último análisis porque allí no funcionó el motor de la “lucha de clases” (no había una clase empresaria empeñada en ahorrar mano de obra) ni un mercado competitivo que alentara cambios drásticos en la organización productiva (remodelación, sustitución o desaparición de empresas) sin importar los costos sociales. Al dar un salto en la productividad, el mundo capitalista colocaba en inferioridad de condiciones a los países del Este, y la reacción de estos ha sido emularlos, de una manera tal que les lleva a rectificar las bases de su sistema. Lo que en el Oeste fue fruto “natural” de la libre empresa —en rigor el procesamiento de un nuevo régimen de acumulación de capital— en el Este es una política dirigida “desde arriba”,¹⁴ y seguramente no será un calco o una imitación puntual, pero genera inevitables semejanzas con el dinamismo capitalista.

El supuesto “fin de la historia” no es más que una metáfora para describir el estado de ánimo de las clases satisfechas de Occidente y no puede tomarse demasiado en serio, aunque el texto de Fukuyama contiene sin duda interesantes sugerencias. En realidad, lo que parece haber llegado al fin es la utopía de las revoluciones del siglo XX que confiaban en la instauración más o menos inminente de una sociedad sin clases. Los pueblos de la Unión Soviética y Europa Oriental tienen mucho que ganar con la apertura democrática, y el premio de liberarse de sus dictaduras burocráticas compensaría los riesgos de cierta inseguridad social y desempleo. A fin de cuentas, si no hubiera más remedio que optar entre la libertad y la seguridad, no puede reprochárseles escoger la primera. Lo que resulta decepcionante, desde un punto de vista simplemente humanista, es comprobar la declinación de ciertos principios de organización social que intentaban superar la lógica del interés mercantil. Las economías modernas no han podido prescindir de los incentivos materiales o la motivación del autointerés egoísta. Es un dato de la realidad que no puede ser ignorada, ya que lo que importa para el mundo (y para nosotros, Tercer Mundo) es aprender la lección de estos hechos que no dejan de ser históricos.

EL DILEMA NACIONALISTA

En la visión de Fukuyama, la tendencia que se impone fatalmente implica una convergencia en torno a la democracia liberal y el liberalismo económico, inducida por el consumismo burgués (el reino de los estéreo y las videocasetas): en la cultura del emergente “Estado homogéneo universal”, donde se diluyen los conflictos de clase y no existen utopías alternativas, las preocupaciones dominantes serían el cálculo económico y los problemas técnicos. Las rivalidades nacionalistas de los grandes Estados se extinguen dentro del nuevo espíritu que ejemplifica el Mercado Común Europeo.

14. Como lo reconoce lúcidamente Gorbachov al hablar de “una revolución desde arriba” (*op. cit.*, pp. 60 y ss).

Ciertas perturbaciones inevitables provendrían de los nacionalismos de los pueblos cautivos o del Tercer Mundo, pero ya sin el respaldo de ninguna gran potencia capaz de romper el equilibrio general.¹⁵

El curso de los acontecimientos internacionales —el apoyo occidental a las medidas de “policía” en el interior de la URSS contra los intentos separatistas, la pasividad soviética ante la invasión a Panamá y el previsible retiro del sostén a Cuba, etc.—, presenta una situación que convalida algunas de aquellas apreciaciones. La lucha de los pueblos marginales es ahora apenas un estorbo para unos y otros. Lo cual viene a dar la razón a los nacionalistas contra los comunistas (que proponían seguir el liderazgo o acogerse a la tutela de la URSS) en otra también antigua disputa en el seno de los movimientos de liberación nacional; pero esa victoria dialéctica es lo de menos frente al grave desafío ideológico que representa la nueva situación.

Ya sea que se definieran o no como socialistas, que se aproximaran al marxismo o adoptaran alguna forma de tercerismo, que se empeñaran en vías revolucionarias o reformistas, los movimientos populares de la periferia no pueden dejar de tener en cuenta esta inflexión histórica que altera los términos de referencia. Aun antes de que eclosionara el sismo del mundo comunista, y particularmente en América Latina, era notorio que los partidos populares reflejaban un cambio de perspectiva, cuyo rasgo más saliente era la idea de asumir y profundizar las formas democráticas. La opción actual de los países del Este confirma esa apuesta, demostrando que sin verdadera democracia una transformación estatista no ofrece ninguna solución promisorio.¹⁶

La otra lección es la importancia de la reestructuración de la sociedad y la economía mundial a partir de la revolución tecnológica, y la necesidad de definir una estrategia de inserción en la misma.

Desde un punto de vista filosófico es posible rechazar esa vía de integración, que por cierto parece deleznable si la finalidad fuera, como sugiere Fukuyama, entrar en el reino de los patrones de consumo de modas y artefactos. Los pueblos y las nuevas generaciones anhelan acceder a todas las posibilidades culturales de un futuro universal, que tienen que ver con el contenido comunicacional antes que con el fetichismo de los estéreos y videocaseteras. En este sentido, la universalización de la sociedad moderna es una tendencia irrefrenable, a la que sería inútil oponernos en función de valores tradicionales o particularismos nacionales. Pero seguramente existen otras formas de “inserción” distintas de las que nos proponen los vendedores del consumismo bobo.

¿Cuál es el signo ideológico de una opción nacionalista viable en el mundo de hoy? Es verdad que, como observa Fukuyama, el nacionalismo como tal no

15. F. Fukuyama, *op. cit.*, p. 15 y ss.

16. El caso de Nicaragua es ejemplo notable de una revolución popular que mantuvo la apuesta democrática. Su lamentable frustración puede ser interpretada como el agotamiento de la resistencia a la hostilidad imperialista, debilitada por el derrumbe mundial de la utopía de la sociedad igualitaria por la cual valía la pena resistir.

es una ideología universal ni florece un sistema de organización socioeconómica; efectivamente, no solo es compatible sino que requiere complementarse con una doctrina que contenga ese programa, y de hecho así ha ocurrido en los movimientos nacionalistas.¹⁷ En esencia, la aspiración a la independencia o la plena realización nacional no es contradictoria con el universalismo¹⁸ ni con el liberalismo político; por el contrario, es una exigencia coincidente con los principios de la democracia y los derechos humanos. Pero sí es contradictoria con la concepción del liberalismo económico, especialmente en el plano internacional, ya que esto equivale a consagrar la ley del más fuerte en desmedro de los pueblos postergados.

Un análisis elemental de las políticas de los países desarrollados muestra cómo en estos, a pesar de los reclamos liberales, el Estado ha intervenido y sigue interviniendo para asignar prioridades en inversión, investigación y desarrollo, para establecer proteccionismos selectivos, garantizar nuevas industrias e incluso subvencionar actividades no competitivas.¹⁹ Si este tipo de intervencionismo ha sido desvirtuado —como en el caso argentino— hay que corregirlo, pero renunciar a esos instrumentos implica abandonar la única forma racional concebible a través de la cual nuestros países podrán crecer y ocupar un lugar en el mundo.

Sería absurdo adscribir nuestros movimientos populares al neoliberalismo que prevalece como ideología empresarial en la periferia: ello equivale a aceptar religiosamente las directivas de los países del centro capitalista, que ellos solo practican en la estricta medida de sus conveniencias. Pero resulta igualmente desatinado abroquelarse en los fundamentalismos marxistas o nacionalistas, sin proponer nada nuevo frente a la evidencia del actual panorama mundial.

América Latina atraviesa uno de los peores momentos de su historia, estancada en el crecimiento y sometida a una dependencia financiera que agrava el cuadro de las restricciones. Pero la potencia hegemónica en la región también atraviesa dificultades para competir con otras naciones como Japón y Alemania, y la economía norteamericana ha perdido el rol de vanguardia. La relativización de su influencia anuncia un nuevo esquema policéntrico en el mundo. Si es que, como se dice, los países capitalistas centrales volcarán ahora sus inversiones hacia el Este,²⁰ quizás exista la oportunidad de intentar un tipo de desarrollo que no implique una

17. F. Fukuyama, *op. cit.*, pp. 14-15. En tal sentido, en mi artículo "Nacionalismo" del *Diccionario...* ya citado (p. 422) hago referencia a los diversos signos ideológicos que "adjetivan" la caracterización de los movimientos nacionalistas.

18. Podemos recordar al respecto explícitas formulaciones doctrinarias de Achmed Sukarno, y también de J. D. Perón en el "Modelo Argentino" (1974).

19. Ver por ejemplo datos de la OCDE que cita Fernando Fajnzylber en "La reestructuración industrial y tecnológica internacional: la caja negra del progreso técnico", en *David y Goliath*, N° 55, Buenos Aires, julio de 1989, p. 32.

20. Ver los datos que cita Gregorio Selser en la sección "El Planeta" de *Página/12*, 18-2-1990; Selser pareciera compartir aquí la idea de que el desvío de las inversiones hacia otro punto cardinal "abrirá" a América Latina, lo cual contradice otros textos suyos sobre el imperialismo en la región.

dependencia unilateral ni la absorción o la mera subordinación al mercado internacional, sino que aproveche aquel “abandono” relativo para definir una estrategia propia y avanzar en la integración del continente latinoamericano. Todo ello exige redefinir una opción y una concepción ideológica autónoma.

LA CRISIS DEL PERONISMO

Cuando Perón delineó los fundamentos doctrinarios del justicialismo se situaba en un contexto determinado: la época de las revoluciones populares contra el capital, la era del socialismo, o de los diversos ensayos socialistas, que más adelante se caracterizó por la insurgencia de los movimientos de liberación nacional contra el imperialismo; un ciclo histórico que él caracterizó como la “hora de los pueblos”.²¹ Lo que era una tendencia entonces, hoy ha sido sobrepasado por la realidad: el capitalismo ha sobrevivido, se ha adaptado y revitalizado, y los socialismos no han parido otro sistema superior. Pero en todo el mundo occidental contribuyeron a moderar el liberalismo salvaje y sirvieron a algunos países del Este y del Sur para acelerar su desarrollo alcanzando el nivel de la sociedad industrial.

El modelo de economía mixta del peronismo y el llamado “Estado popular” latinoamericano cumplieron históricamente un papel análogo: en muchos aspectos —industrialización, nacionalización, planificación, extensión de la seguridad social, redistribución del ingreso, pleno empleo, etc.— el significado socioeconómico de aquella etapa se asemeja, salvadas las distancias político-ideológicas, a los programas socialdemócratas en Europa y a las transformaciones de los países socialistas.

Es imposible desconocer que tales cambios y la racionalidad que los inspiró constituyeron los cimientos del progreso para muchos pueblos, a pesar de todas las objeciones que merezca el autoritarismo de algunos regímenes que dieron lugar. Las clases trabajadoras lograron el reconocimiento de demandas elementales que el sistema capitalista les negaba, y que bajo la forma de los derechos sociales pasaron a ser parte de la legalidad.

Países como el nuestro rescataron por esta vía un nivel de autodeterminación nacional. Pero la historia proseguía, y gran parte de lo conquistado no pudo consolidarse. La reacción capitalista terminó por prevalecer, explotando la debilidad o la corrupción de los sistemas de administración burocrática. Hoy, en lo que no

21. Perón sostenía ya desde 1944 que la Revolución Rusa había inaugurado “la era de las masas populares”, a las cuales su movimiento ofrecía un camino nacional y una “revolución incruenta”; en el libro *La hora de los pueblos* (1968) desarrolla esa visión señalando cómo, a través de ensayos socialistas de diversos signos, el mundo abandonaba el demoliberalismo y el capitalismo; el peronismo podía definirse entonces como “socialismo nacional cristiano”. En la síntesis de su testamento político, el “Modelo Argentino” (1974) postula una economía mixta planificada y una “democracia social” pluralista.

es más —ni menos— que otro ciclo de la historia, hacen falta nuevos cauces que den forma y sentido a la experiencia de los pueblos, y hay que afrontar los inéditos desafíos de la transformación tecnológica y productiva manipulada por el poder económico transnacional.

Las formulaciones doctrinarias medulares del justicialismo, alejadas de cualquier ideologismo dogmático, mantienen su vigencia. No se trata de rever los objetivos sustanciales que, planteados por Perón en el lenguaje del sentido común popular, siguen siendo los del desarrollo nacional y la justicia social; se trata de buscar nuevos caminos para asegurarlos en un mundo diferente, y para ello es necesario un riguroso ajuste de cuentas con algunos preconceptos, supuestos contextuales y medios de instrumentación, desechando la creencia de que es posible repetir la historia.

La reestructuración de la economía internacional ha alterado todas las variables.

Por ejemplo, la idea de Perón sobre la ventaja que significaba para Sudamérica poseer “la mayor reserva de materia prima y alimentos del mundo”,²² certera en 1953, hoy resulta insostenible: la bioingeniería, los nuevos materiales y otras tecnologías de avanzada sustituyen esos productos, e incluso la agricultura se torna dependiente de insumos importados para incrementar su productividad. Nuestras esperanzas pueden cifrarse en cambio en una orientación selectiva de las innovaciones tecnológicas, contando con los recursos de la inteligencia y la capacitación que promovieron otras iniciativas precursoras de Perón, como la de impulsar la ingeniería nuclear. Asimismo, la concepción global de la industrialización sustitutiva de importaciones ya no es viable, pero sobre la base de esa experiencia es posible diseñar una estrategia de reconversión industrial e integración con los demás países latinoamericanos.

En cuanto a la otra exigencia clave del tiempo presente, la democratización política con todas sus implicancias, no es un hecho insignificante ni casual el entusiasmo con fue incorporada por el peronismo en el período de la renovación. A partir de allí se abría la posibilidad del debate que debía abordar los problemas de un nuevo modelo para el país. Esa discusión fue bloqueada por la confusión de la lucha interna y las urgencias electorales, pero también por nuestra incapacidad para superar los esquemas cerrados tributarios del fundamentalismo nacionalista o marxista, sin caer en el otro extremo de internalizar el discurso neoliberal. Producto de esa confusión, el menemismo comenzó apelando a lo primero para desembocar en esto último.

La discusión pendiente debía partir de una apreciación realista de la ruina del Estado prebendario saqueado por intereses sectoriales, de las circunstancias adversas de orden externo y de los factores que trababan la expansión productiva, para formular un programa transformador con precisas reglas de juego del

22. J. D. Perón, *La hora de los pueblos*, Buenos Aires, Volver, 1984, p. 81.

sistema socioeconómico y firmes iniciativas del Estado como sintetizador de la voluntad de las mayorías, que por cierto tienen que prevalecer sobre las especulaciones empresarias de corto alcance.²³ Ello no implica desconocer que ciertas “conquististas sociales” no son funcionales para relanzar el progreso económico, y que la eficiencia del Estado y la competitividad de las empresas es incompatible con los privilegios burocráticos. Si la gestión estatal ha hecho crisis en los sistemas socialistas, con mayor razón debe ser replanteada en economías como la nuestra, donde se convirtió en un mecanismo perverso de subsidio a intereses privados. El Estado es el motor insustituible para impulsar los cambios, pero el “estatismo” como modo de organización de la producción tiene que ser revisado.

Ahora bien, ¿qué relación guarda todo esto con el programa del gobierno actual? Sometido a las demandas y prejuicios de los círculos empresariales, el gobierno de Menem no ha articulado una respuesta de fondo. Lo que se pretende hacer pasar por tal, la “reforma del Estado”, se ha convertido en una precipitada liquidación del capital público que podía haber sido una palanca fundamental del cambio. En realidad, el gobierno no ha podido resolver los problemas básicos que son precondiciones de cualquier política, y que afectan las finanzas del Estado en quiebra: el “ajuste” implica en última instancia resolver quiénes y cómo pagan la crisis que se venía arrastrando de tiempo atrás. La doctrina liberal a ultranza, asumida como imposición del poder económico, deja las soluciones libradas a la dinámica del mercado, o sea el interés de los más fuertes. Esto impide resolver racionalmente y con equidad tales dilemas, prolonga sus procesamientos e inhibe cualquier planificación estratégica de la salida, agravando aún más los terribles costos sociales de un cuadro ya desesperante: la depresión de la economía popular ha llegado así a límites intolerables.

La ceguera del poder empresarial y la obsecuencia del gobierno ante sus ideólogos conduce a un callejón sin salida. Ese rumbo corresponde en definitiva a una lectura obtusa de la realidad desde el interés de los países centrales, una óptica autocomplaciente como la que racionaliza Fukuyama, confiando en el reinado del capitalismo liberal como desideratum de la humanidad. El camino emprendido es indigno de un movimiento nacional-popular como el peronismo, y los dirigentes deberán rectificarlo para seguir expresando a sus bases. La reacción popular es inevitable, pero sería lamentable que se esterilizara sin un programa que contenga una verdadera alternativa para este tiempo difícil. ■

23. En realidad, ese programa fue formulado, aunque no debatido, en el libro de Menem y Duhalde *La revolución productiva* (1989). Allí se esboza una puesta al día del modelo nacional-dirigista del justicialismo, que he comentado en mi libro *El enigma peronista* (Buenos Aires, Puntosur, 1989, pp. 157 y ss); muchas de esas propuestas podrían ser hoy reclamadas por el Movimiento a un gobierno que las ha “olvidado”.

LAS VEREDAS DE LA POLÍTICA ARGENTINA

Alcira Argumedo

En febrero de este año, el *Financial Times* de Londres informaba que durante 1989 el promedio de ganancias empresarias más alto del mundo se había obtenido en la Argentina. En esos mismos días, el *Washington Post* de los Estados Unidos comentaría con asombro el nivel de despilfarro y ostentación que exhiben las capas más privilegiadas de nuestro país. También la Argentina encabeza la lista de naciones donde más aceleradamente creció en los últimos tres lustros la pobreza extrema, pasando desde un 7% en 1970 a un 27.5% en 1980 y a más del 40% en 1988, antes de que los picos hiperinflacionarios, una nueva caída de los ingresos y el aumento de la desocupación registrados desde entonces agudizaran estas condiciones. Y es preciso recordar que tales cifras estadísticas resumen millones de experiencias cotidianas de dolor y desesperación.

La Perestroika nos permitió saber que en la Unión Soviética existen 41 millones de pobres que viven en la indigencia, considerando como tales a las personas cuyos ingresos son inferiores a los 125 dólares mensuales. En nuestro país, un profesor titular de la universidad con tiempo completo y dedicación exclusiva, que debe obtener el cargo por concurso de oposición y antecedentes y con más de un cuarto de siglo de ejercicio de la profesión, o un investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con requisitos laborales similares, cobraron en el mes de febrero aproximadamente 90 dólares —por pudor, no se menciona a los demás docentes o a los jubilados— mientras el salario medio industrial fue de 111 dólares.

En las naciones capitalistas altamente desarrolladas, los ingresos del Estado en concepto de recaudaciones impositivas aportadas por las empresas ronda aproximadamente el 40%; aquí escasamente llega al 8%. En esos países un aumento de los precios en dólares superior a un 10% anual se considera una catástrofe; en la Argentina, en solo ocho meses —entre julio de 1989 y marzo de 1990— algunas empresas como Molinos Río de la Plata, Fargo, Bagley, Mastellone, Nestlé o Las Marías, incrementaron en promedio un 50% en dólares los precios oligopólicos de sus productos —entre los que se cuentan harina, leche y sus derivados— y algo similar se observa, entre otros, en los laboratorios medicinales.

La interventora de Entel aceptó impasible ante el Parlamento que los beneficiados con la compra de la empresa pagarán 214 millones de dólares en efectivo y de allí

en más obtendrán una ganancia mínima garantizada de 500 millones de dólares por año. Días más tarde el incremento de las tarifas alcanzó índices del 2000% según un peculiar criterio de justicia social enunciado por la ingeniera Alsogaray. Para que los símbolos no pasaran desapercibidos había ido al Congreso acompañada de Mariano Grondona (hijo), conocido por sus huidas a través de escaleras de incendio con papeles comprometedores del estudio Klein-Mairal, ligado al affaire de la Ítalo, ya que en aquellos otros momentos el negocio era “estatizar” empresas vaciadas.

“El presidente quiere honrar la deuda externa que tenemos”, comentaría María Julia; una deuda externa contraída por empresas privadas que deben pagar el Estado y la sociedad argentina, gracias a la “estatización” promovida entre otros por Domingo Cavallo en los estertores de la dictadura militar y después legitimada por el gobierno radical. Los grupos económicos favorecidos por el endeudamiento enviarían al exterior —a veces nunca llegaron al país— la casi totalidad de los capitales recibidos, estableciendo una lógica de succión de recursos nacionales que son “exportados”, cuyas consecuencias han sido devastadoras para el país: según denunciara el *Wall Street Journal*, solo en 1988 el drenaje de divisas argentinas “en negro” alcanzó seis mil quinientos millones de dólares y desde entonces han salido como mínimo otros diez mil millones de dólares, provenientes de esas ganancias empresarias que en la Argentina son las más altas del mundo.

Como se sabe, Entel es el plan piloto de una capitalización de la deuda, para seguir con Aerolíneas, YPF, Ferrocarriles, SOMISA, Petroquímica y toda otra institución o empresa estatal susceptible de ser “privatizada”. Por supuesto, no está previsto ningún tipo de control sobre los flujos de capitales, porque el plan —según han declarado sus responsables— se basa en la “confianza”. Visto desde la vereda de enfrente, esta brevísima reseña da cuenta de que en el país no se ha instalado un régimen de acumulación sino un régimen de saqueo. La crisis que atraviesa la Argentina no es neutra ni necesaria: es resultante de un brutal proceso de polarización social y de concentración de recursos en favor de grandes grupos empresarios nacionales, articulados con determinados sectores de la banca y las corporaciones transnacionales, cuyo comportamiento aberrante a lo largo de quince años ha desquiciado las bases económicas del desarrollo nacional. La actual crisis solo confirma que ningún país puede resistir, sin entrar en una acelerada decadencia, un drenaje de recursos superior a los sesenta mil millones de dólares en poco más de una década y un despojo sistemático realizado bajo rubros legales e ilegales, blancos y negros.

Con rasgos más o menos escandalosos, este comportamiento aberrante de los grupos económicos nacionales más poderosos y de una parte significativa de las corporaciones y los bancos transnacionales instalados en el país, se iría agudizando desde mediados de los años setenta gracias a condiciones políticas globales que favorecieron su accionar. El papel cumplido por la dictadura militar, utilizando una represión también aberrante para favorecer un profundo reordenamiento

económico de estos nuevos términos, es obvio si se analizan los hechos, las cifras y las consecuencias. No obstante, cabe preguntarse también por la actuación de la clase política radical y peronista que, luego de la reinstauración de la democracia, ha favorecido una dinámica económica y social coherente con esos intereses.

Bajo la advocación de un “moderno espíritu empresario” las fracciones más importantes de los dirigentes radicales sustentaron el apotegma que para hacer política se necesita plata, cuyas derivaciones permitieron un acelerado proceso de corrupción interna: el origen y destino de esa plata se hizo cada vez más viscoso, los fondos para el partido se confundieron rápidamente con los negocios y cuentas bancarias personales, con la cooptación y las prebendas. Este espíritu favoreció el acercamiento de los nuevos realistas políticos con los grupos económicos, dando lugar a una creciente laxitud moral que iba a alejarlos de esos anacrónicos ejemplos de conducta característicos de Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen. Imaginen los radicales el gesto de Alem al conocer el departamento en la Avenida del Libertador de Marcelo Stubrin, quien ocupara en el Parlamento un cargo que había pertenecido a Aristóbulo del Valle un siglo antes, representando al mismo partido; al contemplar la mansión que Reinaldo otorgó al Changui Cáceres en Santa Fe; o el listado de epígonos menores callados con esos créditos del Banco Hipotecario donde figuran largamente apellidos radicales y, en honor al pluralismo, también los de algunos manzanos y vacas peronistas.

No se mencionan aquí las grandes corrupciones: las comisiones pagadas a miembros de la Coordinadora; sus negocios con los “Los 15”; los escándalos que alcanzaron mayor notoriedad o los artilugios económicos de otros funcionarios y diputados radicales entre quienes la honestidad —y hubo gente honesta— pasó a ser la excepción. Sucede que el problema es decir sí o no. Cuando se dice sí a la prebenda ilegítima, se pierde la autoridad moral y el problema se vuelve cuantitativo: el que recibió cien ya no puede cuestionar al que hizo el negocio o la comisión por mil millones. El neoliberalismo tiene clara esta mecánica y allí apunta Guy Sorman cuando afirma que “hay que convencer al establishment, no a las masas”. Evidentemente convencieron al establishment radical, pero no a esas masas que en 1983 les dieron el 52% de los votos.

Hay que reconocer que el peronismo fue históricamente más permisivo con las corruptelas y ese fue un estigma que habría de tener fuertes costos en su historia, aun cuando por cada corrupto hubiera miles de los hombres y mujeres más nobles que diera este país. Asimismo, los peronistas pueden imaginar los sentimientos del General ante la “privatización” de Entel, las leyes laborales o las indignidades y obsesiones de los actuales dirigentes frente a Alsogaray, los Bunge y Born o los Bush. Imaginen las palabras de Evita mirando la cola para la entrega de bonos frente a la CGT, su actitud hacia las remarcaciones de alimentos básicos y productos medicinales; hacia aquellos que, como ese dirigente ferroviario, acaba de comprar una vivienda por ciento veinte mil dólares, tal vez como parte de pago por la venta de su gremio. ¿Qué le diría a uno que se hace el gil, beneficiado con un crédito del Banco

Hipotecario y que más tarde comenzaría a recibir 8 mil dólares mensuales de una empresa petrolera para asesorar “ad honorem” en la “privatización” de YPF?

Por supuesto, me estoy refiriendo aquí a los más baratos, a los de cuarta categoría, a los que reciben las propinas. Sabemos que los negocios gruesos han adquirido otros niveles; que la corrupción en el entorno menemista llegó a alarmar a la propia Zulema Yoma; que el fenómeno alcanzó con el peronismo en el gobierno dimensiones escalofrantes, mientras les pegan a los viejitos jubilados y subversivos en la Plaza de Mayo. Nos damos cuenta de que también el grueso de la actual dirigencia peronista ha sido “convencida” por el neoliberalismo; que se ha dejado cooptar y comprar. Los ejemplos grandes y pequeños son numerosos y deben conocerse; se vuelve imprescindible realizar una amplia tarea de difusión en ese sentido. Porque, ¿qué opinan las masas? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de una estafa histórica de esta magnitud, de este insulto a la buena fe de las mayorías sociales?

La historia no se repite, pero hay similitudes y experiencias que permiten detectar ciertas pautas en el comportamiento de los pueblos cuando son engañados. Allá por la década infame también el contubernio entre los grupos oligárquicos, los partidos conservadores, los sectores más reaccionarios de la Iglesia y las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación más poderosos de la época y la dirigencia del radicalismo —que por entonces era el partido que articulaba a los sectores populares— permitió conformar un bloque de poder que parecía inmovible, apoyado por un Parlamento condescendiente y sumiso. En ese marco de alianzas, el partido radical se fue vaciando y tardó medio siglo en recomponer una credibilidad que —al insistir en su error— perdió en solo cuatro años.

Mientras tanto, los grupos solitarios y acorralados que en los años treinta se situaban en la vereda de enfrente, iban a protagonizar poco después otra historia de las mayorías sociales. Otro movimiento de masas que llenó el espacio político de las reivindicaciones nacionales, recuperando los valores y las concepciones populares, levantando las banderas despreciadas como punto de partida para una respuesta integral a las nuevas condiciones internacionales. Otros tiempos, otros actores sociales, otra situación nacional y mundial; pero la misma traición y similares respuestas de vaciamiento, que estarían mostrando síntomas como el acto del 17 de noviembre de 1989, las elecciones en Tucumán, en Rosario, en Santa Fe o la Fiesta de la Vendimia en Mendoza, las encuestas de popularidad de los principales dirigentes radicales y peronistas.

La articulación de grupos económicos nacionales que se comportan como piratas y no como empresarios con una clase dirigente radical y peronista predominantemente mediocre y corrupta —sin que esto ofenda a los dirigentes honestos de uno y otro partido— constituye una de las claves más decisivas de la agudización de la crisis económica y social en los últimos siete años. De esta forma, la crisis contiene un fuerte componente político y moral que pretende velarse mediante el acoso comunicativo de la población con un discurso neoliberal-modernizante cargado de falacias e

inconsistencias. La debilidad del campo popular —que en los últimos quince años ha sido reprimido, acosado, agobiado económicamente, traicionado—, permitió hasta el momento un avance sin precedentes del bloque de poder que vertebra a los grupos económicos con un sector del sindicalismo, una parte de las Fuerzas Armadas, fracciones minoritarias de las clases medias, los partidos provinciales y nacionales de corte conservador y lo más significativo de las dirigencias radicales y peronistas, junto a un creciente control de los medios de comunicación de masas. Bloque de poder avalado también hoy por un Parlamento condescendiente y sumiso, donde, al igual que en los años treinta, las voces de la dignidad —esas que no se doblan, como la del diputado Darío Alessandro— son aún minoritarias.

Las mayores o menores contradicciones entre ellos —entre los grupos económicos, entre dirigentes peronistas y radicales, entre estos y el sindicalismo adicto, etc.— expresan solo disputas secundarias por espacios de poder o los típicos litigios que conlleva la rapiña. Y si bien en todo tiempo y lugar han existido algunos cuadros políticos o sindicales corruptos, en el caso argentino estamos ante una corrupción estructural y reproductora de la crisis. En este contexto adquieren mayor gravedad las propinas y las corruptelas menores, porque dan cuenta de la penetración capilar de una “cultura” en los tejidos políticos y sociales.

Es cierto que el solo saneamiento de la corrupción estructural —cuya intensidad ha de requerir medidas de intensidad equivalente en sentido contrario— no resuelve la crisis; pero es condición *sine qua non* para comenzar a superarla. Es cierto que este cambio de época a nivel mundial plantea a la Argentina respuestas integrales y creativas; pero constituye una falsedad —como ya lo fuera en la época de Rivadavia— afirmar que no existen alternativas a este proyecto neoliberal de modernización salvaje.

Ante la traición histórica de la dirigencia peronista, el espacio de una convocatoria nacional y popular está vacío; y en la historia esos espacios, tiempo antes o después, se llenan. Un espacio nacional y popular que no debe confundirse con el nacionalismo integrista y aristocratizante que en nuestro país, desde el campo civil o desde las fuerzas armadas, ha actuado históricamente como el “puño de hierro” político y militar que complementa la “mano invisible” del mercado liberal: es el nacionalismo integrista que acompañó a Krieger Vasena cuando los Onganía o a Martínez de Hoz cuando los Videla. Sin embargo, mientras los ecos de una nueva convocatoria nacional y popular suenan aún vacilantes, el discurso integrista contra la corrupción y la entrega puede ejercer una fascinación que abre serios interrogantes.

Ha llegado la hora de la verdad y el sinceramiento. El patrón de la vereda y una parte mayor de los dirigentes peronistas han desnudado sus intereses y sus alianzas. Más allá de eventuales conflictos hay una coincidencia intrínseca entre ese peronismo, los grupos económicos, el radicalismo y estratos importantes de las Fuerzas Armadas, alrededor de este proyecto neoliberal de modernización salvaje, drásticamente incompatible con las mayorías sociales.

En la otra vereda está ese espacio de lo nacional y popular. Como en otros momentos de maduración de un tránsito histórico, la confrontación entre dos grandes proyectos político-culturales penetra sus instituciones y las identidades partidarias, dando lugar a nuevos reagrupamientos y esquemas de alianzas. A veces, el transcurrir cotidiano impide tomar conciencia de que se viven momentos de profundas transformaciones: por eso en los días en que se estaba resolviendo la toma del poder en Rusia, el zar Nicolás II pudo escribir en su diario íntimo: “hoy no estaba buena la pesca en el Dnieper”. Sin duda, dentro de diez años lo que hoy nos sucede se verá más claro; mientras tanto, en esta otra vereda es preciso reformular el apotegma de la cultura política predominante. Aquí, “para hacer política se necesita una conducta honesta y una trayectoria transparente”. La exánime credibilidad de nuestro pueblo lo hace ineludible. ■

AÑO 6 - N° 22

DICIEMBRE DE 1990

SIN RED

Mario Wainfeld

Un prisionero debe elegir entre dos habitaciones en una de las cuales hay una dama y en la otra un tigre. Si elige la primera se casa con la dama. Si elige la segunda (probablemente) es comido por el tigre.

Raymond Smullyan, *¿La dama o el tigre?*

*No te des por vencido ni aun vencido;
no te sientas esclavo ni aun esclavo;
trémulo de pavor piénsate bravo
y acomete feroz ya mal herido.*

Almafuerte, “Piu avanti”

*Vivieron su destino como en un sueño sin saber
[quiénes eran o qué eran.*

Tal vez lo mismo nos ocurre a nosotros.

Jorge Luis Borges, “Los gauchos”

Simplificando las cosas (hay que simplificar algo, aunque sea para empezar) Alfonsín era un impostor. Cuestionaba retóricamente los poderes fácticos,

reivindicaba la democracia. Hasta le discutió a Reagan allá en Texas, la tierra de J. R. Ewing. Caputo se plantaba en el Tercer Mundo (un Tercer Mundo con mucho desodorante pero tercero al fin). Y el juicio a los milicos. Y el fin de la censura...

La política fue virando para otros rumbos. Pero no era lineal. Arrastraba contradicciones, escamoteos, culpas. Había que demostrar. Había que desenmascarar: que Nosiglia tejía tras bambalinas con Luis Barrionuevo y Cavalieri; que las felices pascuas, que el Plan Austral, que la política espectáculo...

La Argentina siempre tuvo muchas contradicciones de ese tipo: los gobiernos más antipopulares fueron hipócritas (siempre) y parcialmente concesivos. Los conservadores fraudulentos crearon la Junta de Carnes, protegieron economías regionales. Frondizi dictó la ley de Asociaciones Profesionales. Onganía la de Obras Sociales. Lanusse la de seguridad industrial (que de tan avanzada hoy es inaplicable...). Solo el Proceso fue lineal, inequívoco (aunque siempre discursivamente hipócrita).

Hasta que llegó Carlos Menem.

Menem logró lo que no pudieron dictaduras militares ni gobiernos electos tibios: dividió a la CGT, quebró a los huelguistas; privatiza “todo”; apoyó militarmente a los EE. UU. (¡APOYÓ MILITARMENTE A LOS EE. UU.!). Dio ropaje popular al discurso más gorila y reaccionario que haya conocido jamás la Argentina, combinando los clichés del gorilaje (“cincuenta años de desatinos”, “se acabó la fiesta”) con nuevos contenidos autoritarios del Proceso (pena de muerte, aval a la tortura, indulto) y un cipayismo yanqui casi sin precedentes.

Menem cambió el tablero ideológico: se autoidentificó “progresista” y “condenó” al conservadurismo y al atraso a los defensores de la distribución equitativa de bienes económicos y simbólicos, del nacionalismo económico y cultural. Abrochó tan bien con los poderes reales que se pudo dar el lujo de recortar el de los militares. Los incluyó en el paquete de privatizaciones. Los ajustó más duramente que Alfonsín. El gasto militar no ha sufrido tantos recortes como el gasto público en general (no es para tanto) pero alguno padeció. Y padecerá más cuando avancen las privatizaciones. No es coraje cívico ni antimilitarismo ciego. Es aptitud de maniobra que tiene quien arregla con los dueños del circo para fijar los sueldos de los partiquinos. Menem cumple hoy —a mayor satisfacción— el rol que la historia de los últimos sesenta años otorgó a las FF. AA.: encabezar un proyecto reaccionario y garantizar control social. Por eso puede correrlas del escenario. Les va ganando una interna.

Está muy clarito. Es —hoy por hoy— el principal enemigo de un proyecto de transformación e inclusión social en la Argentina. El que no lo entiende —a esta altura— es porque está mirando otro canal. O porque no le conviene.

PERONISMO O MENEMISMO

“Peronismo o menemismo” dicen compañeros que estimo y acompaño. Es incluso consigna del “Grupo de los 8” en el que milito, como opción política. Como consigna transitoria, como bandera para convocar a un acto, como slogan para conmover compañeros dubitativos, vale. Como análisis serio, como perspectiva histórica, como fundamento racional para una estrategia futura me parece —dicho con todo respeto— un exceso de simplismo.

Menem no es “el peronismo” porque el peronismo siempre fue un campo de batalla en el que se disputaba un sentido. Pero sí es un genuino producto del peronismo: el ganador de una larga guerra. No un usurpador. No el secuestrador que se subió como polizón al avión y le puso un revólver en la nuca al piloto. Es el emergente extremo de una de las tendencias que siempre albergó el peronismo: en una coyuntura favorable la llevó al paroxismo. El peronismo siempre contuvo respeto reverencial por “los poderes reales”. De ahí la proclividad a llevar “empresarios exitosos” a la conducción económica. Menem hizo eso “por cien”. Llevó a Bunge y Born al Ministerio de Economía y —ante el fracaso de Rapanelli— pensó mejor y se lo dio directamente al FMI.

En el peronismo siempre hubo confusión entre el pragmatismo y el más ramplón oportunismo materialista. Ya advertía Jauretche hace más de treinta años que no era lo mismo ser realista que “practicón”. Menem es un “pragmático” sin límites: besa a Rojas, cercena el derecho de huelga el 17 de octubre; manda barquitos al Golfo esperando que vuelvan llenos de dólares frescos.

El peronismo siempre albergó cinismo, corrupción y desdén por las formas. A veces lo contrapesó “haciendo obra”. El oficialismo actual no hace obra pero llevó el cinismo y la corrupción a sus niveles más desenfadados y faranduleros. El presidente es un personaje de la TV y de la noche porteña. Hombre pluralista, se dio el lujo de iniciar en ella a la —hasta entonces— adusta ingeniera Alsogaray (acaso pensando en esas comedias de Hollywood en las que un empresario descubre a una secretaria tímida, ratonil, de anteojos. Se la lleva, la maquilla, le pone pilcha ajustada y lentes de contacto y “le sale” Kim Basinger).

Menem no se infiltró: ganó la interna más limpia y masiva de nuestra historia política. No abandonó el peronismo ni viceversa: 80 o 90% de cuadros y dirigentes lo acompañan y avalan. Susurran en los pasillos, se ríen en los cafés, pero cuando hay que bancar, bancan. Cuando hay que levantar la mano la levantan. Ahí está Toma que iba a ser ministro de Defensa de la renovación explicando como profesor qué es la intrépida incursión de nuestros barquitos en una guerra ajena. Ahí están (a partir del histórico precedente de Eduardo Vaca) todos los que pactaron con la UCeDé; ahí están los que justifican despedir huelguistas o indultar asesinos. Menem no nació de probeta. Es uno de los finales posibles de la pulseada, de la puja por un sentido que fue siempre el peronismo. La coyuntura local, la

internacional, posibilitaron esa resolución interna. Pudo haber otra. No fue así. No fue un caso fortuito sino consecuencia de los riesgos que siempre conllevó una fuerza tan abarcante y tensionada como el peronismo.¹

Recuperar el “peronismo unido” como herramienta de cambio social, de transferencia de poder a los más débiles es una quimera.

El menemismo no es concebible ni como compañero de ruta. No es imaginable ser “izquierda del menemismo”. El menemismo no es tolerable ni como minoría. Es incompatible con banderas mínimas de cualquier proyecto moderadamente reformista y transformador (ni digo revolucionario). La unidad peronista no existe más ni como utopía.

EL OTRO PERONISMO

¿Y el otro peronismo? ¿El de los “8”, Ubaldini, De Gennaro, Solanas, Favio, Dolina, Fermín Chávez,² el de los que no militan más, hartos de sapofagia y traiciones? Ese es también genuino peronismo. A él me refería cuando predecía que el peronismo no avararía “en block” traiciones a sus banderas como sí lo hizo el alfonsinismo.

Ese genuino pedazo del peronismo... no fue nunca todo el peronismo (se reivindicó tal como parte de la puja interna). Hoy lo es menos que nunca. Por respeto a las batallas que libró, a las banderas que hizo flamear (que en lo sustancial siguen vigentes pero que reclaman instrumentaciones novedosas) deben buscar un nuevo rumbo político. Sentar las bases para un nuevo frente popular. Como dijo alguna vez Antonio Cafiero o como expresara sutilmente Horacio González³ el peronismo fue frentista en sus orígenes. En esta durísima etapa de su historia debe ser sustento de un nuevo frente nacional y popular que espigue —entre otras— la mejor (que no toda) tradición peronista, la “mezcle” con la socialista, la socialcristiana, la democrática, la de los movimientos sociales y la ponga al servicio de las banderas de reparación moral, austeridad, orden, nacionalismo y justicia a que aludía Ivancich en el último *Unidos*.

Ese frente es imposición de las circunstancias. Es el modelo que (con traspiés y éxitos limitados hasta ahora) han intentado el Frente Amplio uruguayo, al lulismo brasileño, la IU en Perú. Algo así relata Cuauhtémoc Cárdenas en el reportaje

1. Por ahí escribí “peronismo antimenemista” y un par de compañeros me lo cuestionó. No gusto de esos debates que exigen un lector (improbable) muy atento y con muchos archivos. De todas maneras, como tal vez no fui claro, destaco que al decir “peronismo antimenemista” no quise negar que Menem fuese peronista sino destacar que el peronismo produjo a Menem y a buena parte de sus mayores opositores. También hay “peronismo menemista”.

2. En esta lista hay algunos que “me gustan” más que otros. Pretendo al citarlos mencionar a los que se definen peronistas por identidad con ciertos principios, que siguen defendiendo y que no se subieron fácilmente al carro del oficialismo actual.

3. Cafiero lo hizo en el acto de cierre de su campaña del 85 en Plaza de Mayo. Horacio González en *Unidos*, N° 21.

que le hacemos en este mismo volumen. Una escisión frentista de un partido más poderoso y abarcante que el peronismo (no es mala referencia para timoratos).

Es necesario construir nuevas identidades políticas que sinteticen un “campo popular” carente de solidez y hasta de hegemonías. Nuestra sociedad está fragmentada social y económicamente. No es dato menor que los morochos de las hinchadas de fútbol les griten “negros putos” a sus símiles de la otra tribuna. O que durante los saqueos del año pasado se armaran pobres contra pobres. Esa dispersión se complica (no se identifica) con la segmentación de las organizaciones populares. La división de las Madres de Plaza de Mayo o la multiplicidad de partidos que podrían integrar un Frejuipo disidente no expresan a distintos sectores populares. Compiten por una misma “clientela”. Su diversidad no refleja la diversidad social (que agrava) sino incapacidad de formular alianzas y falta de hegemonía. No es vastedad de representación; es división interna, mal saldada.

EL QUE ROMPE PIERDE

Imagino dos tipos de objeciones a mis argumentos. Las primeras aluden a la ruptura de la unidad peronista. Las otras a las dificultades prácticas para conformar un nuevo frente nacional y popular.

Los cuestionamientos a la ruptura con el peronismo (con su aparato institucional y con parte de sus certezas) remiten a viejas sabidurías. Máximas derivadas de la experiencia: “el que rompió perdió”; “siempre hubo iluminados que dieron por muerto al peronismo y ahí sigue vivo y coleando como el ave Fénix” (si es que el ave Fénix colea). Y, en último extremo, “no se puede regalar el peronismo a estos traidores”.

Respeto la experiencia y el sabor pragmático (a los que trato de acudir) pero creo que todos los antecedentes que se invocan no tiene punto de comparación con la situación actual. Apegarse al “peronismo” cuando su jefe plebiscitario apoya a la Revolución Libertadora, se ne frega de la Tercera Posición, de la soberanía racional y repite los sonsonetes gorilas más ridículos, es ceguera, capricho o algo peor.

A los que invocan la historia valdría la pena recordarles que —según esta— todas las fuerzas políticas que se arrimaron al fueguito del peronismo se calcinaron. No pasa eso con la UCeDé, la Sociedad Rural y los partidos derecho-procesistas del interior que le dan ideología, cuadros, le determinan aliados y candidatos para el futuro. Crecieron en esta etapa mucho más que el peronismo.

El menemismo no “pactó” ni “negoció” con el enemigo. Lo encabeza que es muy otra cosa. En el peronismo siempre hubo traidores y vacilantes (bosta de paloma, decía Perón). Pero vale la pena analizar qué peso relativo tuvieron antes y cuál ahora y cuánto de su traición y su bosterío colombófilo podían imponer al conjunto. Erman González es asimilable a Rodrigo; las reacciones que motivaron no. El “rodrigazo” juntó en huelga y movilización a todo el movimiento

obrero y a buena parte del peronismo político; tras ellas rodó la cabeza del ministro. Cinco planes Erman no han producido (ni producirán) una protesta conjunta del peronismo.

En cuanto a no regalar el peronismo... El peronismo institucional ya se perdió. Lo vaciaron los renovadores (cuando dominaban la situación y mucho más tras su furibunda conversión al menemismo) y ciertamente el menemismo. El peronismo como fuerza política... contiene tantos elementos contradictorios ambiguos y antagónicos que para la mayoría de los argentinos, para los jóvenes en especial es —como poco— un jeroglífico y —en el peor de los casos— un aque-larre. La tradición peronista nos conmueve y pesa a quienes hemos vivido otras etapas que se remontan (en el mejor de los casos) a la friolera de veinte años atrás: dieciséis (muerte de Perón) como mínimo. Esa tradición produjo formidable resistencia, movilización popular, montonerismo, vanderismo, lopezreguismo, Ezeiza, Casildo, Herminio, Renovación, Ubaldini, Siganme. Mezcla que reaparece ominosamente en el indulto que —a quince años— Duhalde otorga a una gente de la Triple A. Es un paquete, por decir poco, confuso. No es cuestión de “regalarlo”. Sí de recoger lo mejor, lo que vale la pena: Valle, Marechal, Cooke, Ongaro, Jauretche, Ferla, los primeros tiempos de la FAP, la movilización juvenil de los setenta, la relación con los curas terciaristas, Gelbard, la CGT Brasil, el Cordobazo; Mugica; Scalabrini, Cámpora, el 17 de noviembre del 72... El resto... dejárselo a los otros, que —detalle nada menor— se lo ganaron.

Lo antedicho puede ser tildado de “teórico”, “intelectual” o puertocéntrico. La discusión es difícil, recorre mi propia agrupación. Sé que hay realidades provinciales y municipales en las que compañeros estimables y valiosos han conseguido poder y espacios dentro del vilipendiado PJ. No estoy clamando porque las abandonen en diez segundos. Estoy postulando que en 1995 la posibilidad de representación de intereses populares mayoritarios va a estar fuera del PJ y con certezas y medios no habituales en la tradición peronista.

No pretendo (bueno fuera) proponer tácticas únicas a compañeros que militan en situaciones bien diferentes. Mucho menos, sectariamente, descalificar a quien discrepa con mis razonamientos y las tácticas que de ellos pueden derivarse. Pero sí juzgo necesario pensar qué país dejará Menem en 1995 y aventurar que será inexorable que entonces compitan en democracia tres o cuatro opciones electorales: el menem-angelocismo (unido o dividido); el bussismo, el MAS y un frente nacional y popular (si se llega a construir; los otros ya están caminando). Ese cuadro de situación debiera orientar las tácticas a adoptar en cada situación local.

¿Es posible pensar que el peronismo puede “purgar” a Menem? Parece exceso de optimismo si se mira con qué entusiasmo lo ungió y acompañó. Quienes creen en la pelea y la diferenciación desde adentro invocan sensatas razones pero debieran inquirirse cómo quedará la Argentina en 1995. Y pensar cómo les va yendo a políticos provinciales que ayer nomás eran “promesas” o “alternativas” (Perl,

Cafiero, el mismo Busti) hoy envueltas en el descrédito a que los lleva una política nacional de la que pagan los costos y no retiran los beneficios.

LA NECESIDAD DEL FRENTE

Una cosa es saber que los designios políticos-económicos de quienes mandan perjudican y marginan a las mayorías. Muy otra es presumir que esas mayorías creen en “nosotros” (utilizo ese “nosotros” en forma genérica y vastísima aludiendo a todos los opositores al ajuste liberal y antisolidario) como opción creíble a esa situación. Temo que ni piensan que esa opción sea virtualmente posible. Tienen razones en dudar. Porque “nosotros”, ya se dijo, estamos fragmentados pero —además— tenemos pocas propuestas. No tengo la cartilla para salvar tamañas dificultades pero estoy cierto que conocerlas y asumirlas es un primer paso necesario.

La irresuelta interna peronista de los setenta, el Proceso, el alfonsinismo y —con brutal audacia y decisión— el menemismo han convulsionado las identidades políticas argentinas. Menem sin ningún empacho transgrede no ya las fronteras partidarias sino las luchas de décadas, los símbolos de la fuerza que lo llevó al poder. Nosotros nos empacamos en identidades inidentificables o —peor— cómplices de gobiernos ruines. No es problema exclusivo de los peronistas. Freddi Storani se reivindica socialdemócrata. Ajá. Es simpático en un país tan corrido a la derecha. Pero es poco serio. Aunque Storani consiguiera una hegemonía relativa en el radicalismo; aunque lo condujera, la UCR jamás sería socialdemócrata. Alfonsín del 90 está muy a la derecha del tribuno de la cancha de Ferro; sus correligionarios no dudan entre el prócer de Chascomús y Olof Palme sino entre aquel y Angeloz. Storani tendrá razones para seguir peleando en “su” partido (espacios, etc.) pero su condena será vivir votando cada vez con más náuseas. Su futuro tendrá mucho más de Reliverán que de socialdemocracia.

Como apuntó Alcira Argumedo,⁴ el conflicto de Foetra Capital fue buen indicador del estado actual de la lucha política. Menem, María Julia, Dromi, el *Ámbito*, Bernardo, Angeloz, tuvieron sus internitas y zancadillas pero a la hora de la verdad fueron “todos uno”. Entendieron que se trataba de un caso piloto. Se jugaron todo. Menem archivó todo prejuicio “peronista” y dejó centenares de huelguistas en la calla. María Julia “hizo de mala” resintiendo su imagen pública pero sirviendo a un proyecto que la incluye y beneficia.

A tiempo los sectores populares actuaron errática y erradamente. La conducción de Foetra Buenos Aires cayó ingenuamente en la ilegalidad facilitando los previsibles despidos. El sindicato Capital no pudo mantener unidad y el paro, tensado por las diferencias entre conducción peronista y la izquierda. Ubaldini no forzó la mano. La gravedad, la importancia política del conflicto ameritaba

4. En *Señales*, N° 4, octubre de 1990.

una jugada fuerte. Es dudoso que Ubaldini pueda convocar a un paro general exitoso (lo que explica sus titubeos ante la hipere exigencia del 17 de Octubre) pero sí podía tentar al menos un paro estatal de apoyo. Procurar expresar la solidaridad de los trabajadores ante el conflicto, deslegitimar mediante el número la política oficial. Era una apuesta fuerte y difícil. El momento la exigía. Aún no regían las hoy ya vigentes limitaciones al derecho de huelga. Se definía un precedente para otras privatizaciones, otras vejaciones, otras huelgas de protesta. Ahí María Julia fue más sagaz que Ubaldini. Con el desenfado que la caracteriza (propio de todo el liberalismo) lo dijo: se jugaba mucho más que el paro telefónico. Y apostó todas las fichas. Saúl no copó la parada. Y en esto, como en el truco, la primera vale dos.

IR AL FRENTE

No solo Ubaldini yerra en lo táctico. Abundan desencuentros, sectarismos, divisiones, hegemonismos berretas, suspicacias, rencillas por el pasado en nuestro “campo popular”. Nos sobran caciques y faltan indios. Además nos sobran tribus.

El oficialismo opera con crudeza en este marco de división y confusión (Menem tiene un instinto feroz para detectar debilidades de sus enemigos): es difícil concebir una nueva identidad política. Hablo de ella y no apenas de un frente electoral (que podrá haberlo pero no es el fondo de la cuestión).

Decía Gramsci que a veces lo viejo caduca y lo nuevo no termina de nacer. Frase bien aplicable a nuestra actual situación. Los casilleros que ocupamos y nos identifican son ineficaces para los fines que nos proponemos y nos cuesta despegarnos de ellos e imaginar otros nuevos.

Nuestro discurso se desfasa de la realidad. Los sambenitos que nos cuelga el oficialismo tienen su cuota de verdad. A menudo hablamos de un país y un mundo que no existen, invocamos como mayoritarios valores que hoy tienen magro “rating” social. La creciente interrelación económica mundial, la apertura política y económica del Este europeo, la Perestroika, la sincrónica existencia de gobiernos ajustadores en este sufrido Sur (ajustan Collor que lo prometió; Menem que prometió lo contrario y Fujimori que optó por el sabio mutismo), la inédita coexistencia de dólar barato, mercado libre y salarios bajos son —por citar pocos y a la bartola— datos nuevos que nuestro discurso no alcanzó a profetizar en su momento y a procesar una vez producidos.

Una identidad electoral, aun una política, pueden edificarse a partir del “no a Menem”. Pero si aspiramos a ser algo más que resistentes, que “testigos de cargo” de gobiernos siempre ajenos debemos asumir que quien suceda a Menem lo hará en el país posprivatizado que define Terragno; con 40% de marginales, un movimiento obrero diezmado; una legislación laboral y sindical regresiva; FF. AA. patrullando el mundo en busca de hipótesis de conflicto provistas por la US Army... y

seguramente en un marco cultural e ideológico penetrados por el individualismo, la incredulidad colectiva y —aun— reclamos de “mano dura”.

La construcción política debe diferenciarse del facilismo de los slogans. Vale corear “Hay una sola CGT” en los actos. Para operar políticamente hay que asumir que hay dos. Vale corear “si este no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está?” cuando CGT Azopardo y “8” convocan 25.000 personas. La propia cifra sugiere que el pueblo debe andar por muchos otros lados. Acaso para convocarlo haya que pensar espacios más plurales y fechas menos identificadas partidariamente que el 17 de Octubre. Parece una herejía pero también es una herejía que las mejores representatividades políticas y sindicales del peronismo se den por satisfechas con 25.000 personas un 17 de Octubre.

Menem no es necio cuando quiere forzar a que nuestro sistema político tenga las famosas “dos veredas”. En una, el riojano a la cabeza, Angeloz, la UCeDé y los ajustadores que ganen las elecciones provinciales del 91, más (claro) la banca extranjera y ciertos poderes económicos locales. En otra el MAS. Debe evitarse ese esquema, para lo cual no basta cuestionar y resistir el ajuste económico y el modelo socio cultural que la vereda más paqueta propone a la sociedad. Es necesario construir una alternativa de gobierno a esos sátrapas. En eso estamos en falta “los resistentes”. Convocamos a la protesta (solamente) y con toda lógica solo asisten los damnificados directos. La lucha cada vez más aislada de los trabajadores estatales es buena muestra.

El aislamiento tiene que ver con la falta de credibilidad. Es muy dudoso que sean mayoría quienes creen que existe “otro camino” (como decía el documento de “Los 8”) al elegido por Menem... que no sean los retoques de Angeloz.

Diría más: quienes proclamamos, casi como carta de presentación, representar mayorías postulamos pensamientos y valores muy en baja en la sociedad. El liberalismo individualista, insolidario, violento, ha calado hondo en la gente del común. Cualquier discusión política, económica o (mejor) acerca de la vida cotidiana (los casos del ingeniero Santos y del presunto torturador Patti son ejemplos acabados) colocan a “representantes de mayorías populares” en el incómodo rol de no sentirse tales sino asistentes sociales suecos en viaje de estudios por estas pampas. Eso no debe llevar al cinismo de ciertos dirigentes políticos que basan sus ideas morales en lo que dicen las encuestas; tampoco debe incurrirse en la soberbia de ignorar que pensamientos y valores dignos y solidarios distan de ser hoy aceptados por buena parte de la gente de la calle.

SER MINORÍA

Ser nacional y popular hoy es —acaso— ser minoría. Asumirse minoría para los peronistas no es una incomodidad sino una imposibilidad. Un axioma peronista es la existencia de un movimiento nacional con intereses confluyentes que conforma

—diríase— mayorías automáticas que solamente pueden perderse (traspapelarse) por extrema torpeza (como en el 83).

Los peronistas jamás hubiéramos admitido (por decirlo un poco en joda) que las elecciones del 46 no enfrentaron a Braden y Perón sino que fueron resueltas por un conjunto de indecisos hasta septiembre a quienes la movilización del 17 de octubre convenció más que la Marcha de la Libertad. Seguramente no fue así. Había un cabal bloque social inexpresado que Perón supo convocar y aglutinar. Hoy es diferente: un modelo solidario, equitativo, riguroso en la presión tributaria, generoso en el gasto social, no violento, apto para reformar el Estado sin desgazarlo no tiene su bloque virtual a la espera de un líder.

Choca con la atomización social, el individualismo, la defensa cerril de los intereses creados, aun de aquellos que muy poco tienen (aunque más no sea trabajo malamente retribuido).

No resuelve “per se” el problema un movimiento obrero que representa desde hace tiempo y cada vez más a un sector más reducido de la sociedad y que está dividido entre estatales y privados, guste o no. La propia expresión “movimiento obrero” y las doctrinales alusiones a la “columna vertebral” sugieren una unidad que dista mucho de existir.

No resuelven el problema los movimientos sociales que han prohiado las más rescatables militancias de estos últimos años y las mejores movilizaciones del 90, pero sobre los que ha habido excesivas fantasías desde el cientismo social (que ya los dejó de lado) y desde ciertas tiendas políticas. Por definición, los movimientos sociales tienen una notoria dificultad para formular propuestas “macro”. Además reflejan vicios de la actual sociedad que los genera: internismo, serias dificultades para articular. Ello aderezado con reiteradas (usualmente justificadas) desconfianzas hacia “lo político”.

No resuelven el entuerto, ya se dijo, las múltiples siglas políticas que a esta altura solo conocemos los militantes que vamos siendo una secta (pero no multitudinaria como las protestantes). Pero claro, movimiento obrero, movimientos sociales y fuerzas políticas populares tienen el deber y la necesidad de romper barreras, superar limitaciones y suspicacias, forjar algo nuevo que debe surgir. Viejas certezas y estructuras se han mostrado ineficaces.

El mínimo común denominador de una nueva identidad política será la ética. La corrupción de nuestros sectores dominantes es tan brutal y descarada que impone su contrapartida: partir de la restauración moral, la dignidad y la transparencia. La carnavalada oligárquico-menemista impone un rechazo visceral.

Dirigentes y militantes de manos limpias, no enriquecidos por la política. Arguye con razón Eduardo Jozami: hacen bien “Los 8” (como los dirigentes combativos de CGT Azopardo y Ubaldini) denunciando la decadencia de la clase política. Capitalizan el nada desdeñable patrimonio de estar por encima de la sospecha que enloda a casi todos los que hacen política.

SABERSE MINORÍA

Una minoría debe proponerse ser mayoría. Eso exige tareas intermedias. Acaso la primera sea luchar por el sentido común. La principal batalla cultural (dice Oscar Landi) no pasa (por suerte añado yo) por las Secretarías de Cultura. Está en la calle. Es el debate entre el modelo integral que se pretende imponer desde el oficialismo y otras propuestas más solidarias, equitativas, respetuosas de la integridad humana, no racistas. Ya se dijo Menem, comunicadores sociales nos han mostrado que cuestiones primitivísimas como la pena de muerte, la justicia por mano propia o la tortura tienen masivos defensores en la Argentina.

Discutir ese modelo con quienes adhieren a él aun cuando serán sus futuras víctimas es una ardua tarea en la que militantes, intelectuales, políticos y periodistas debemos dejar de lado cierta soberbia y asumir el esfuerzo “troscos” de ir convenciendo “de a uno”. Ello sin perjuicio de asumir estrategias comunicacionales masivas que —por ahora— solo ejercita el enemigo. Otra tarea de una minoría es ir uniendo fuerzas con sectores afines. Huir de la lógica de la contradicción principal que “deja afuera” a actores poco politizados o comprometidos solo con reivindicaciones sectoriales. Una mayoría no se construye vetando un proyecto en curso de aplicación; sino vinculando a organizaciones y dirigencias sociales en una fuerza política que las abarque y potencie. Algo de eso atisba Ubaldini cuando incluye en su discurso a jubilados, desocupados, jóvenes, estudiantes. Pero —aunque sume en la protesta— Ubaldini no ha definido aún propuestas para esos sectores.⁵

También están en mora nuestros dirigentes políticos más afines usualmente más preocupados en objetar lo “macro” que en proponer aunque sea lo “micro”. Así construyeron (“Los 8”, Ubaldini) identidades y referencias. No creo que baste para construir opciones de poder.

La gente soporta (y a veces avala) privatizaciones, tarifazos, tortura porque son pretendidas soluciones a problemas cotidianos y acuciantes. Claro que son “remedios” tan ineficaces como perversos. Pero queda en pie que quienes proponen discutir y actuar respecto de estos temas detectan necesidades y temores de la gente del común.

Quien quiera aumentar su representatividad social debe aportar algo más que —lógicos, deseables— cuestionamientos. Muy básicamente: propuestas acerca de la seguridad cotidiana, la ineficiencia estatal, la justicia. Una fuerza de tradición nacional popular no puede apenas ser oposición “rabiosa” que cuestiona “que no se hace nada” y (al tiempo) objeta si se procuran recursos para hacer algo. Ese rol le compete al MAS, que lo cumple bien.

5. Esta ambigüedad se refleja en la convocatoria del acto del 17 de Octubre. No es posible imaginar un Ubaldini con “Los 8” expresando a la juventud preocupada por el rock nacional, las razias o el servicio militar aliados a Seineldín así se lo considere “puro”. La ética puede juntar para rechazar. Para construir hace falta también ideología.

Para ser alternativa hay un camino más pedregoso. Diseñar una nueva agenda política, de temas cotidianos. Proponerse representar no solo a los sectores marginales o a los más directamente agredidos por el ajuste o las privatizaciones. También a aquellos que los van padeciendo de “a puchos”, que están cayéndose día a día en su nivel económico, en su calidad de vida, en sus expectativas pero que no tienen un despido o un desalojo en puerta. La segmentación entre sectores medios y marginales es una sutura que debe superarse. No es sencillo. Usualmente nuestras tendencias políticas hacen proselitismo “político” entre sectores medios y “acción social” con marginados confirmando —sin duda involuntariamente y apremiados por las circunstancias— su tabicamiento. Una nueva agenda política debe prever batallas por las tarifas, la calidad cotidiana de vida, la ecología, la seguridad en el trabajo, el transporte público, la organización de las radios truchas. Imaginar mecanismos eficaces para terminar con las razzas antijuveniles (actuando como dirigentes políticos que legislan situaciones generales y no solo como abogados de los pibes agredidos o detenidos).⁶ Combatir la violencia entronizada en la sociedad y expresada contra pobres, presos, pibes y mujeres. Definir nuevos modelos de propiedad que contemplen las situaciones de los pobladores de asentamientos y de casas tomadas.

Una fuerza política en expansión debe sacudir la modorra política. Relegitimarla en la sociedad. Batallar contra el escepticismo. En eso tienen camino andando quienes —por derecho propio— están excluidos de la sospecha. Deben consolidarlo, obstinándose en las denuncias de corrupción y negociados. También (para actuar sobre el futuro y no solo denunciar lo ya ocurrido) proponer mecanismos para desmontar el lado turbio de la política: normas que permitan verificar de dónde sale la mosca loca que se usa para hacer política (no ha de ser tan difícil pensarlas; existen aún en los EE. UU.).

Una fuerza minoritaria debe nutrirse de la experiencia ajena preparándose para gobernar provincias y municipios en conflicto perenne con gobiernos centrales ajustadores (esta dificultad es continuamente denunciada y analizada por los frenteamplistas que gobiernan Montevideo; también la mencionó Brizola en un reporte de *Página/12*).

La nuestra no es una sociedad inerte y silenciosa. Todos los días hay una marcha, una movilización, una huelga. Puebladas impresionantes como las de Chacabuco, Catamarca o Chubut (también nefastas como la de Pilar). Reivindicaciones sectoriales: desde los trabajadores estatales hasta los que —por motivos diversos— pelean exenciones del servicio militar; desde el Instituto del Cine o Galerías

6. Que deben serlo, ciertamente, las feroces agresiones cotidianas del establishment a sectores sociales, organizaciones obreras populares, etc.; impulsan la necesidad de resistir urgente, es necesario y loable. Pero esa dinámica resiente la capacidad de propuestas referidas a esos problemas. Es muy difícil acompañar la lucha de Foetra frente al vandalismo, la entrega y el abuso patronal y simultáneamente discutir seriamente el deterioro de Entel y —aun— la necesidad de que siga siendo estatal y monopólica.

Pacífico hasta los “gay”. Nada hay que unifique esas luchas, les dé direccionalidad común, objetivos conjuntos. Fuerzas políticas y dirigentes las acompañan, firman solicitadas, caminan las movilizaciones. Está pendiente la tarea de ensamblar ese cúmulo de “minorías” (la expresión la tomo como la usan los yanquis; minorías en poder; no necesariamente en número) que clama por justicia pero se moviliza por reivindicaciones bien acotadas (y de todas maneras a menudo insatisfechas).

Contrariamente a la vieja certeza peronista, una mayoría no se tiene “desde el nacimiento”. Solo es imaginable hoy merced a una práctica que aglutine a todas las “minorías” agredidas, humilladas o despojadas por un modelo que las condena y —sagazmente— también las divide.

LA BANDERA DE CHAPLIN

Una minoría ambiciosa de convencer para ser mayoría no equivale a las temidas “vanguardias”. La noción de vanguardia presupone una “retaguardia” ya formada a la espera de quien la encabece (algo así como la escena de *Tiempos Modernos* en que Chaplin levantaba una bandera roja que se caía de un camión que transportaba combustible. Chaplin corría el camión —para devolverla— y “le aparecía” detrás una manifestación comunista que lo seguía fervorosa). La mayoría no está. Debe construirse.

La existencia de vastos sectores necesitados de representación política no coincide —lamentablemente y obviamente— con la posibilidad de forjar esa fuerza en los acuciantes tiempos electorales. Hacen falta discurso, organización, alianzas y prácticas sociales, recursos económicos, movilización. Es muy arduo. Así y todo las instancias electorales no deben ser omitidas. Son una (no debieran ser la única) cabal oportunidad de expresión popular. Tal vez la única lectura positiva de las últimas elecciones es que la gente sigue blandiendo el voto como un arma. Utiliza el poder (transitorio, parcial, etc.) de la urna para castigar duramente a quien la defrauda. No hay (aún) incredulidad masiva ante el hecho electoral, abulia, ausentismo, falta de fervor como sí ocurre en otras latitudes. Falta aptitud para transformar en positivo el repetido “NO” que expresan sucesivas votaciones. El ajuste liberal es minoritario y excluyente. Todo oficialismo que lo practique (en versión *soft* o *hard*) será castigado en las urnas. Lo demuestran las elecciones de nuestro país y de países hermanos. También prueban que la alternancia política no garantiza recambio superador, que depende de existencia de opciones atractivas y creíbles.

Desdeñar “la vía electoral” por sus dificultades (que no son escasas) es camino sin desemboque que —además— va a contrapelo de la conducta popular que todavía cree en el voto como herramienta de poder.

LO NUEVO Y LO VIEJO

Es muy compleja y variada la trama de alianzas y la acumulación de poder en democracia. Tan es así que necesarios referentes de “lo nuevo” que propugno surgieron de alianzas con “lo viejo”: “Los 8” con el caferismo, o el grossismo o de la intrincada interna entrerriana. Ubaldini y la CGT Azopardo ligados a las “62” y al “Loro” Miguel. No hay fuerza ni personaje político que no tenga su historia de negociaciones, alianzas y alguna transa. Muchos (como los ya mencionados) las legitiman con su conducta política cotidiana. Pero esa lógica tiene un límite. En algún momento pertenencias o alianzas que permitieron acumular poder restan credibilidad y perspectivas.⁷ Ya se dijo: no es fácil determinar ese momento, ni es lógico que sea uniforme.

Creo que —para todos— va a ser cada vez más cercano. Menem es un frívolo. Su corte es banal. Pero el proyecto que impulsan es coherente, integral y lo empujan los vientos de la historia. Hay que resistir hasta el 95. Pero entonces habrá que oponerle una alternativa. No está claro que esa tarea tenga su premio electoral a la vuelta de la esquina. Acaso para preservar espacios sea mejor que cada uno se conserve en su lugar.⁸ Pero la magnitud de la derrota popular en estos años de democracia obliga a pensar en cambiar ejes sustanciales de nuestra práctica y nuestra organización. Cambiar dos defensores para poner dos delanteros puede parecer muy audaz. No lo es tanto cuando se pierde 0-4.

En el 89 Alfonsín, un impostor, cayó ante Menem que fue mucho más lejos que él. Si queremos que 1995 sea distinto debemos asumir los riesgos consiguientes. Repetir conductas seguramente llevará a repetir decepciones y retrocesos. Las banderas, los principios son sustancialmente innegociables. Pero los medios deben ponerse en discusión. Discutirse nuevos escenarios y estrategias políticas. Pensar lo nuevo.

Los excluidos son mayoría. Cada vez serán más. Eso no garantiza su organización y expresión política. Es preciso aglutinarlos, potenciar sus organizaciones existentes, conmover a los indecisos. Hay que caminar por una cuerda floja. Sin red debajo. El dilema no es el invicto de Menem; Alfonsín parecía invencible y hoy no controla una convención de su partido. Menem va a perder. Lo imperioso es que el “NO a Menem” que más temprano que tarde expresará la mayoría de los argentinos sea el SÍ a una propuesta superadora y distinta y no una defraudación tal como terminó siendo el “NO” a Alfonsín. ■

7. Un ejemplo insoslayable es el apoyo de siete de los “Ocho” a la ampliación de la Corte Suprema, vinculado sin duda al “pegoteo” con el PJ y a las dudas de cómo “despegarse”, que desembocaron en una decisión lamentable.

8. Me refiero a los espacios que permite tener una fuerza tan poderosa como el peronismo pero también a la “clientela” o “hinchada” que conserva quien reivindica una identidad ligada a largas y veneradas luchas. Decir “el peronismo no va más” significa pelearse con una dirigencia que se considera —por decir poco— adversaria pero también con compañeros entrañables que no comparten el “timing” de ciertas decisiones políticas o análisis de situación.

LA RADICALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA ¿MODERNA O POSMODERNA?¹

Chantal Mouffe

¿Qué significa ser de izquierda en el día de hoy? En los últimos años del siglo XX ¿tiene algún sentido invocar los ideales de la Ilustración que subyacen al proyecto de transformación de la sociedad? Vivimos sin duda alguna en medio de la crisis del imaginario (imaginary) jacobino que ha caracterizado en modos diversos la política revolucionaria de los últimos doscientos años.

Es improbable que el marxismo pueda recuperarse de los golpes que ha sufrido, no solo por el descrédito que el análisis del totalitarismo ha hecho caer sobre el modelo soviético, sino también por la recusación del reduccionismo de clase que plantea la aparición de nuevos movimientos sociales. Pero el enemigo fraterno, el movimiento socialdemócrata, no está en mejores condiciones.

Se ha demostrado incapaz de enfrentar las nuevas exigencias de las últimas décadas, y su logro fundamental, el Estado benefactor, no ha sabido resistir bien los ataques de la derecha, porque ha sido incapaz de movilizar a los supuestamente interesados en la defensa de sus logros.

En cuanto al ideal del socialismo, lo que parece estar en cuestión es la idea misma de progreso ligada al proyecto de la modernidad. En este sentido, la discusión del posmodernismo, centrada hasta ahora en la cultura, ha pasado a tomar un giro político. Desafortunadamente, el debate se petrificó con excesiva rapidez en torno a una serie de posiciones simplistas y estériles. Mientras Habermas acusa de conservadores a todos los que critican el ideal universalista de la Ilustración,² Lyotard declara con vehemencia que después de Auschwitz el proyecto de la modernidad ha sido eliminado.³ Richard Rorty hace notar acertadamente que en ambos bandos puede percibirse una asimilación ilegítima del proyecto político de la Ilustración y de sus aspectos epistemológicos. Es por eso que Lyotard estima necesario abandonar el liberalismo político para no caer en una filosofía

1. Este texto fue publicado originariamente en la revista chilena *Opciones*, N° 15, 1989, pp. 125-139.

2. Jürgen Habermas, "Modernity. An Incomplete Project", en Hal Foster (ed.), *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture*, Port Townsend, Bay Press, 1985.

3. Jean-François Lyotard, *Immaterialität und Postmoderne*, Berlín, 1985.

universalista, mientras Habermas, que quiere defender el liberalismo, sigue adhiriendo, a pesar de todos sus problemas, a esa filosofía universalista.⁴ Habermas cree en realidad que el surgimiento de formas de moralidad y de derecho universalistas es expresión de un proceso colectivo de aprendizaje irreversible, y que rechazar este punto significa rechazar la modernidad, socavando así los fundamentos mismos de la existencia de la democracia. Rorty nos propone considerar la distinción (hecha por Blumenberg en *The Legitimacy of the Modern Age*) entre dos aspectos de la Ilustración, el de la “autoafirmación” (que puede identificarse con el proyecto político) y el de la “autofundamentación”, esto es, el proyecto epistemológico. Si podemos entender que no hay relación necesaria entre los dos aspectos, estaremos en condiciones de poder defender el proyecto político, abandonando al mismo tiempo la idea de que ese proyecto debe estar necesariamente basado en una forma específica de racionalidad.

La posición de Rorty es, sin embargo, problemática, debido a la identidad que establece entre el proyecto político de la modernidad y un vago concepto de “liberalismo” que incluye por igual al capitalismo y la democracia. Porque es importante distinguir, en el centro del concepto mismo de la modernidad política, la presencia de dos tradiciones, la liberal y la democrática que, como ha demostrado Macpherson, vinieron a articularse solo en el siglo XIX, y que no están por ello en modo alguno necesariamente relacionadas entre sí. Sería además erróneo confundir esta “modernidad política” con la “modernidad social”, esto es, el proceso de modernización llevado a cabo bajo el dominio creciente de las relaciones capitalistas de producción. Si no se hace distinción entre democracia y liberalismo, entre liberalismo político y liberalismo económico; si, como lo hace Rorty, se funden todas estas nociones bajo el término de “liberalismo” se cae, so pretexto de defender la modernidad, en la apología pura y simple de las “instituciones y prácticas de las prósperas democracias nortatlánticas”,⁵ apología que no da lugar a una crítica (ni siquiera a una crítica inmanente) que nos permitiera transformarlas.

Enfrentada a este “liberalismo posmodernista burgués” que defiende Rorty, quisiera mostrar de qué modo el proyecto de una “democracia radical y plural” (que Ernesto Laclau y yo hemos esbozado ya en nuestro libro *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*)⁶ propone una reformulación del proyecto socialista que evita los peligros gemelos del socialismo marxista y de la socialdemocracia, y ofrece al mismo tiempo a la izquierda un nuevo

4. Richard Rorty, “Habermas and Lyotard on Postmodernity”, en Richard J. Bernstein (ed.), *Habermas and Modernity*, Oxford, 1985.

5. Richard Rorty, “Postmodernist Bourgeois Liberalism”, *The Journal of Philosophy*, vol. LXXX, N° 10 (octubre, 1983), p. 585.

6. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, 1985. Hay traducción castellana de este libro, hecha por la editorial Siglo XXI.

imaginario (imaginary), un imaginario que invoca la tradición de las grandes luchas emancipatorias, pero que toma en cuenta también las contribuciones teóricas recientes del psicoanálisis y la filosofía. Se puede decir que este proyecto es moderno y posmoderno a la vez. Va en búsqueda del “proyecto irrealizado de la modernidad” pero, a diferencia de Habermas, cree que la perspectiva epistemológica de la Ilustración no tiene ya papel alguno que jugar en él. A pesar de que esa perspectiva desempeñó un papel importante en el surgimiento de la democracia, hoy día es un obstáculo que impide avanzar en la comprensión de esas nuevas formas políticas, características de las sociedades actuales, que exigen ser abordadas desde una perspectiva no esencialista. De ahí pues la necesidad de emplear las herramientas teóricas elaboradas por las diversas corrientes que constituyen lo que podría llamarse lo “posmoderno” en filosofía y de adueñarse de la crítica que estas hacen al racionalismo y al subjetivismo.⁷

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Diferentes criterios han sido propuestos para definir la modernidad. Esos criterios varían grandemente según los niveles o rasgos particulares que se busca destacar. Creo, por ejemplo, que la modernidad debe definirse en el nivel de lo político, porque es allí donde toman forma y se ordenan simbólicamente las relaciones sociales. La modernidad puede considerarse como un punto de referencia decisivo en la medida en que inaugura un nuevo tipo de sociedad. En tal sentido, la característica fundamental de la modernidad es incuestionablemente el advenimiento de la revolución democrática. Tal como ha mostrado Claude Lefort, la revolución democrática está en el origen de un nuevo tipo de institución de lo social, en la cual el poder se convierte en un “lugar vacío”. Por tal razón, la sociedad democrática moderna se constituye como “una sociedad en la que el poder, el derecho y el conocimiento quedan expuestos a una indeterminación radical, una sociedad que ha llegado a convertirse en escenario de una aventura incontrolable, de modo tal que lo que está instituido nunca llega a estar establecido, lo conocido permanece indeterminado por lo desconocido, el presente demuestra ser indefinible”.⁸ La ausencia del poder encarnado en la persona del príncipe y vinculado a una autoridad trascendental impide la existencia de una garantía final o de una fuente de legitimación, la sociedad ya no puede definirse como una sustancia dotada de identidad orgánica. Lo que queda es una sociedad sin límites claramente definidos, una estructura social imposible de describir desde la perspectiva de un punto de vista único o universal. Es

7. Me refiero no solo al postestructuralismo, sino también a otras tendencias, como el psicoanálisis, la hermenéutica posheideggeriana y la filosofía del lenguaje del segundo período de Wittgenstein que convergen todas en una crítica del racionalismo y del subjetivismo.

8. Claude Lefort, *The Political Forms of Modern Society*, Oxford, 1986, p. 305.

así como la democracia queda caracterizada por la “disolución de las marcas de la certeza”.⁹ Creo que este enfoque es extraordinariamente sugerente y fructífero, porque nos permite analizar muchos de los fenómenos de las sociedades modernas desde una nueva perspectiva.

Así pueden analizarse los efectos de la revolución democrática en las artes, la teoría y en todos los aspectos de la cultura en general, poniéndonos al mismo tiempo en condiciones de formular la pregunta acerca de la relación existente entre la modernidad y la posmodernidad de un modo nuevo y más productivo.

Si se acepta, en efecto, que la revolución democrática es, como dice Lefort, el rasgo distintivo de la modernidad, resulta claro entonces que cuando se habla de la “posmodernidad” en filosofía se está hablando del reconocimiento de la imposibilidad de todo fundamento último o de toda legitimación final, reconocimiento precisamente constitutivo del advenimiento mismo de la forma democrática de sociedad y, de ese modo, de la modernidad misma. Este reconocimiento sobreviene tras el fracaso de los diversos intentos por reemplazar el fundamento tradicional de Dios o la Naturaleza por un fundamento distinto que sería el Hombre y su Razón. Tales esfuerzos estuvieron desde un comienzo condenados al fracaso, debido a la indeterminación radical que es propia de la democracia moderna. Ya lo entendía así Nietzsche cuando proclamó que la muerte de Dios era inseparable de la crisis del humanismo.¹⁰

De este modo, el cuestionamiento del racionalismo y del humanismo no significa el rechazo de la modernidad, sino solo la crisis de un proyecto particular de la modernidad, a saber, el proyecto ilustrado de la “autofundamentación”. No significa tampoco que debamos abandonar su proyecto político, esto es, la conquista de la igualdad y de la libertad para todos. Para avanzar y profundizar en este aspecto de la revolución democrática debemos cuidar que el proyecto democrático tome en consideración las luchas democráticas de nuestro tiempo en toda su amplitud y especificidad. Es aquí donde resulta más fructífera la contribución de la así llamada crítica “posmoderna”.

¿Cómo, en efecto, podríamos llegar a entender la naturaleza de estos nuevos antagonismos si siguiéramos adhiriendo a la imagen del sujeto unitario como fuente de inteligibilidad última de sus acciones? ¿Cómo podríamos aprehender la multiplicidad de relaciones de subordinación que pueden afectar a un individuo si consideramos a los agentes sociales como entidades homogéneas y unificadas? Lo que caracteriza a las luchas de estos nuevos movimientos sociales es precisamente la multiplicidad de las posiciones-sujeto constitutivas de los agentes singulares y la posibilidad de que esta multiplicidad se convierta en el terreno de un antagonismo y que por ello mismo se politice.

9. Claude Lefort, *Essais sur le Politique*, París, 1986, p. 29.

10. Sobre este punto véase el perspicaz análisis de Gianni Vattimo en *La fine della Modernità*, capítulo 2, “La crisi dell'umanismo”, Milán, 1985.

De ahí pues la importancia de la crítica del concepto racionalista de sujeto unitario que se encuentra no solo en el postestructuralismo, sino también en el psicoanálisis, en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein en su etapa madura y en la hermenéutica de Gadamer.

Para pensar la política en el día de hoy, para entender la naturaleza de estas luchas nuevas y la diversidad de las relaciones sociales que la revolución democrática tiene todavía que abarcar, es indispensable desarrollar una teoría del sujeto en cuanto agente descentrado y destotalizado, un sujeto construido en el punto de intersección de una multiplicidad de posiciones-sujeto entre las cuales no existe una relación a priori o necesaria y cuya articulación es resultado de prácticas hegemónicas.

Consecuentemente, no existe una identidad definitivamente establecida, puesto que siempre hay un determinado grado de apertura y ambigüedad en el modo en que se articulan las distintas posiciones-sujeto. Surgen así perspectivas de acción política enteramente nuevas que ni el liberalismo, con su idea de un individuo que persigue exclusivamente su propio interés, ni el marxismo, con su reducción de todas las posiciones-sujeto a la posición de clase, pueden sancionar ni mucho menos imaginar.

Debe tenerse presente, entonces, que esta nueva fase de la revolución democrática, junto con ser un resultado peculiar y específico del universalismo democrático de la Ilustración, pone al mismo tiempo en cuestión algunos de sus supuestos fundamentales. De hecho, muchas de estas luchas nuevas han depuesto toda pretensión de universalidad, mostrando que en toda afirmación de universalidad se esconde un repudio a lo particular y un rechazo de la especificidad. La crítica feminista desenmascara el particularismo oculto tras los pretendidos ideales universales que no han sido sino mecanismos de exclusión. Carole Pateman, por ejemplo, ha mostrado de qué modo las teorías clásicas de las democracias se basaban en la exclusión de las mujeres:

La idea de la ciudadanía universal es específicamente moderna, y depende necesariamente del surgimiento de la concepción de que todos los individuos nacen libres e iguales, o que son naturalmente libres e iguales entre sí. Ningún individuo está naturalmente subordinado a otro, y todos deben tener por ello la categoría pública de ciudadanos en que se sustenta su status de autogobierno. La libertad e igualdad individuales implican, asimismo, que el gobierno solo puede nacer del acuerdo o del consenso. Nos han dicho desde siempre que el "individuo" es una categoría universal que se aplica a todos o a cada uno, lo que no es cierto. "El individuo" es un hombre.¹¹

11. Carole Pateman, "Removing Obstacles to Democracy", artículo mimeografiado presentado en la reunión de la Asociación Internacional de Ciencia Política en Ottawa, octubre 1986.

La reformulación del proyecto democrático en términos de la radicalización de la democracia exige el abandono del universalismo abstracto de la Ilustración respecto de una naturaleza humana indiferenciada. Incluso si el nacimiento de las primeras teorías de la democracia moderna y del individuo como portador de derechos fue posibilitado por ellos, estos mismos conceptos se han convertido hoy en serios obstáculos para la extensión futura de la revolución democrática. Los nuevos derechos que hoy día se reclaman son expresión de diferencias cuya importancia recién ahora se afirma, y no son más derechos que puedan universalizarse. La radicalización de la democracia exige que reconozcamos la diferencia, lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo y, de hecho, todo lo que ha sido excluido en virtud del concepto de hombre en abstracto. El universalismo no es rechazado, sino particularizado; lo que se necesita hoy es una nueva forma de articular lo universal y lo particular.

LA RAZÓN PRÁCTICA: ARISTÓTELES VERSUS KANT

Es esta creciente insatisfacción con el universalismo abstracto de la Ilustración lo que explica la rehabilitación del concepto aristotélico de “*phronesis*”. Este “conocimiento ético”, distinto del conocimiento específico de las ciencias (*episteme*), depende del *ethos*, esto es, de las condiciones culturales o históricas presentes en la comunidad o implica renunciar a toda pretensión de universalidad.¹² Se trata de un tipo de racionalidad adecuado al estudio de la *praxis* humana que excluye toda posibilidad de una “ciencia” de la práctica, pero que exige igualmente la existencia de una “razón práctica”, una región no caracterizada por juicios apodícticos donde lo razonable prime sobre lo demostrable. Una noción muy diferente de razón práctica se hizo presente en Kant: la universalidad era allí de rigor. Como señala Ricoeur: “Al elevar al rango de principio supremo la regla de la universalización, Kant inauguró una de las ideas más peligrosas que habrían de prevalecer de Fichte a Marx, a saber, la de que la esfera práctica debería estar sujeta a un tipo de conocimiento científico comparable al conocimiento científico exigido en la esfera teórica”.¹³ De modo similar, Gadamer critica a Kant por haber abierto la vía al positivismo en las ciencias humanas, y considera que la noción aristotélica de *phronesis* es mucho más adecuada que el análisis del juicio kantiano para aprehender el tipo de relación existente entre lo universal y lo particular en la esfera de la acción humana.¹⁴

El desarrollo de la filosofía de la ciencia postempirista viene a coincidir con la hermenéutica en el cuestionamiento del modelo positivista de racionalidad

12. Interpretaciones recientes de Aristóteles tratan de disociarlo de la tradición de la ley natural y de destacar las diferencias entre él y Platón sobre el tema. Ver, por ejemplo, las observaciones de Gadamer en *Truth and Method*, New York, 1984, pp. 278-289.

13. Paul Ricoeur, *Du texte à l'action*, París, 1986, pp. 248-251.

14. Hans-Georg Gadamer, *op. cit.*, pp. 33-39.

dominante en las ciencias. Grandes aportes a esta crítica han hecho teóricos como Thomas Kuhn y Mary Hesse al señalar la importancia de los elementos retóricos en la evolución de la ciencia. Hoy día se acepta en general que es necesario ampliar el concepto de racionalidad, de modo de dar cabida a lo “razonable” y lo “plausible” y de reconocer la existencia de múltiples formas de racionalidad.

Estas ideas son decisivas para el concepto de radicalización de la democracia. El juicio desempeña para esta un papel fundamental que es imperativo conceptualizar de modo apropiado para evitar los falsos dilemas entre la existencia de un criterio universal, por un lado, y el imperio de la arbitrariedad, por otro. El que un problema no pueda ser resuelto por la ciencia o que no alcance el status de verdad demostrable no significa que uno no pueda formarse una opinión razonable sobre el punto, o que el problema no pueda dar ocasión a una elección racional. Hannah Arendt tenía toda la razón al insistir en que en la esfera política uno se encuentra en el reino de la opinión, de la “doxa”, y no en el de la verdad, y en que cada esfera tiene sus propios criterios de validez y legitimidad.¹⁵ Habrá quienes sostengan, por cierto, que esa posición está amenazada por el espectro del relativismo. Pero la acusación solo tiene sentido si se sigue sometido a la problemática tradicional que obliga a escoger entre objetivismo y relativismo. Sostener que no se puede dar un fundamento racional último a todo sistema de valores no implica que se consideren todas las opiniones igualmente válidas. Tal como señala Rorty,

la verdadera discusión no está entre las personas que piensan que todas las opiniones son igualmente válidas y las que piensan de modo contrario. La discusión se establece entre las personas que piensan que nuestra cultura, nuestros objetivos o instituciones no pueden sustentarse más allá de la conversación y las personas que siguen esperando otras formas de sustentación.¹⁶

Siempre es posible distinguir entre lo justo y lo injusto, lo legítimo y lo ilegítimo, pero eso solo puede efectuarse desde el interior de una tradición dada; no hay en realidad ningún punto de vista exterior a toda tradición desde el cual pueda emitirse un juicio universal. Por otro lado, el abandono de la distinción entre la lógica y la retórica a que conduce la crítica posmoderna —donde se aparta por lo demás de Aristóteles— no significa aceptar que “la razón está en la fuerza”, ni tampoco sumirse en el nihilismo. Aceptar, con Foucault, que no podría existir separación absoluta entre validez y poder (dado que la validez depende siempre de un régimen específico de verdad conectado al poder) no significa que no podamos distinguir dentro de un régimen determinado de verdad entre aquellos que respetan la estrategia de la argumentación y sus reglas y aquellos que buscan simplemente imponer su poder.

15. Hannah Arendt, *Between past and future*, Nueva York, 1968.

16. Richard Rorty, *Consequences of Pragmatism*, Minneapolis, 1982, p. 167.

Por último, la ausencia de fundamentación “deja todo tal cual es”, como diría Wittgenstein, y nos fuerza a planteamos las mismas preguntas de un modo nuevo. De ahí pues el error de cierto tipo de posmodernismo apocalíptico que querría que creyéramos que estamos en el umbral de una época radicalmente nueva, caracterizada por la deriva, la diseminación y el juego incontrolable de las significaciones. Esa postura permanece cautiva de la problemática racionalista que busca atacar. Tal como Searle lo ha señalado a Derrida: “El verdadero error del metafísico clásico no fue la creencia de que hubiera fundamentos metafísicos, sino más bien la creencia de que de uno u otro modo tales fundamentos eran necesarios, la creencia de que si no hay fundamentos algo se pierde, o queda amenazado, o socavado o meramente cuestionado”.¹⁷

LA TRADICIÓN Y LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Dada la importancia que concede a lo particular, a la existencia de diferentes formas de racionalidad y al papel desempeñado por la tradición, la radicalización de la democracia cruza paradójicamente en su camino algunas de las principales corrientes del pensamiento conservador. Uno de los principales énfasis del pensamiento conservador recae en efecto en la crítica, que comparte con el pensamiento posmoderno, al racionalismo y universalismo de la Ilustración: esta proximidad puede explicar por qué algunos posmodernos han sido catalogados de conservadores por Habermas. En realidad, las afinidades se encuentran menos en el nivel de lo político que en el hecho de que, a diferencia del liberalismo y el marxismo, doctrinas ambas de la reconciliación y el dominio, la filosofía conservadora versa sobre la finitud, la imperfección y las limitaciones humanas. Esta visión no conduce inevitablemente a la defensa del statu quo ni a una posición antidemocrática, porque se la puede articular de diversas maneras.

Así, por ejemplo, hay que distinguir la noción de tradición de la de tradicionalismo. La tradición nos permite pensar el modo en que estamos insertos en la historicidad, el hecho de que estamos contruidos como sujetos en virtud de una serie de discursos preexistentes, y de que es mediante esa tradición que nos forma que se nos da el mundo y que se hace posible toda acción política. Sumamente fructífera y productiva para la formulación de la radicalización de la democracia es, en tal sentido, una concepción de la política como la de Michael Oakeshott, que concede un papel central a las “tradiciones de comportamiento” existentes, y que considera la acción política como “la búsqueda de una intimación”.

Para Oakeshott la política es, en efecto,

... la actividad de velar por los arreglos (*arrangements*) generales de un grupo de personas que, en virtud de su reconocimiento común de una manera de velar por

17. John R. Searle, “The World Turned Upside Down”, *The New York Review of Books*, 27 de octubre de 1963, p. 78.

sus arreglos, constituye una comunidad individual... Esta actividad no surge pues ni de deseos instantáneos ni de principios generales, sino de las tradiciones mismas de comportamiento existentes. Y la forma que adopta, porque no puede adoptar ninguna otra, es la corrección de los arreglos existentes mediante la exploración y búsqueda de lo que es intimado en ellos.¹⁸

Si se considera que la tradición democrático-liberal es la principal tradición de comportamiento de nuestras sociedades, se pueden entender la extensión de la revolución democrática y el desarrollo de la extensión de la revolución democrática y el desarrollo de las luchas por la igualdad y la libertad en cada una de las áreas de la vida social como la búsqueda de aquellas “intimaciones” presentes en el discurso democrático-liberal. Aunque inconsciente del potencial radical de sus argumentos, Oakeshott nos da un buen ejemplo de su tesis: al discutir el status legal de las mujeres, declara que “... los arreglos que hacen a una sociedad capaz de actividad política, trátese de costumbres, instituciones, leyes o decisiones diplomáticas, son coherentes e incoherentes a la vez; constituyen una forma e intiman al mismo tiempo una simpatía hacia algo que no aparece completamente. La actividad política es la exploración de esa simpatía; y, consecuentemente, el razonamiento político pertinente será la exposición convincente de una simpatía, presente pero no buscada específicamente aún, y la demostración convincente de que este es el momento preciso para reconocerla”,¹⁹ y concluye que de ese modo se hizo posible el reconocimiento de la igualdad legal de las mujeres. Es de inmediato visible el enorme servicio que este tipo de razonamiento puede prestar a la justificación de la extensión de los principios democráticos.

El reconocimiento de la importancia de la tradición es, de modo similar, uno de los principales temas de la hermenéutica filosófica de Gadamer, que nos proporciona varias importantes formas de pensar la construcción de un sujeto político. Siguiendo a Heidegger, Gadamer afirma la existencia de una unidad fundamental entre pensamiento, lenguaje y mundo. Es en virtud del lenguaje que se constituye el horizonte de nuestro presente; este lenguaje lleva la marca del pasado: es la vida del pasado en el presente y constituye así el movimiento de la tradición. El error de la Ilustración consistió, según Gadamer, en desacreditar los “prejuicios” y en proponer un ideal de intelección que exige que uno trascienda el propio presente y se libere de su inserción en la historia. Pero son precisamente estos prejuicios los que definen nuestra situación hermenéutica, y son ellos los que constituyen la condición de nuestra comprensión y apertura frente al mundo. Gadamer rechaza igualmente la oposición entre tradición y razón establecida por la Ilustración, porque para él “... la tradición es un elemento permanente de la libertad y la historia misma”. Incluso la más genuina y más sólida de las tradiciones no perdura por

18. Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics*, Londres, 1967, p. 123.

19. *Ibidem*, p. 124.

la simple inercia de lo que alguna vez existió. Necesita ser afirmada, adoptada, cultivada. La tradición es esencialmente preservación, en cuanto activa en todo cambio histórico. Pero la preservación es un acto de la razón, aunque se trate de una poco conspicua. Para esta razón, solo lo nuevo o lo planeado aparecen como resultado de la razón. Pero se trata de una ilusión. Incluso cuando la vida cambia violentamente, como en los períodos de revolución, muchísimo más de lo antiguo es preservado en la supuesta transformación de todo que lo que nadie sospecha, y se combina con lo nuevo para crear un nuevo valor.²⁰

Esta concepción de la tradición como transmisión a través del lenguaje que se encuentra en Gadamer puede hacerse más específica y compleja si se la reformula en los términos de los “juegos de lenguaje” de Wittgenstein. Vista desde esa óptica, la tradición pasa a ser el conjunto de juegos de lenguaje que constituyen una comunidad dada.

Puesto que para Wittgenstein los juegos de lenguaje son una unión indisoluble entre reglas lingüísticas, situaciones objetivas y formas de vida,²¹ la tradición es el conjunto de discursos y prácticas que nos forman en cuanto sujetos. Así podemos concebir la política como búsqueda de intimaciones, lo que en la perspectiva de Wittgenstein podría entenderse como la creación de nuevos usos para los términos decisivos de una tradición dada, y como su uso en nuevos juegos de lenguaje que harían posibles nuevas formas de vida.

Para pensar la política de la radicalización de la democracia mediante la noción de tradición es importante subrayar el carácter compuesto, heterogéneo, abierto y en última instancia indeterminado de la tradición democrática. Siempre hay varias estrategias posibles, no solo en el sentido de las diferentes interpretaciones que pueden darse de un mismo elemento, sino también en virtud del modo en que algunas partes o aspectos de la tradición pueden enfrentarse con otros. Esto es lo que Gramsci, quizás el único marxista que haya entendido el papel de la tradición, concebía como el proceso de desarticulación y rearticulación de elementos que caracterizan a las prácticas hegemónicas.²²

Los intentos de redefinir conceptos tales como los de libertad e igualdad y de separar la idea de libertad de la de democracia, en que se han embarcado recientemente neoliberales y neoconservadores, demuestran que pueden seguirse distintas estrategias dentro de la tradición democrático-liberal, concitando así distintos tipos de “intimación”. Confrontado por esta ofensiva de parte de aquellos que quieren poner término a la articulación establecida en el siglo XIX entre liberalismo y democracia y que quieren igualmente redefinir la libertad como mera ausencia de coerción, el proyecto de radicalización de la democracia debe tratar de

20. Gadamer, *Truth and Method*, op. cit., p. 250.

21. Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, Oxford, 1958.

22. Sobre esto punto ver mi artículo “Hegemony and Ideology in Gramsci”, en Chantal Mouffe (ed.), *Gramsci and Marxist Theory*, Londres, 1979.

defender la democracia y de extender su esfera de aplicación a nuevas relaciones sociales. La profundización de la democracia se propone crear otro tipo de articulación entre los elementos de la tradición democrático-liberal, dejando de lado la consideración individualista de los derechos para pasar a considerarlos como “derechos democráticos”. Esto creará una nueva hegemonía que será producto de la articulación del mayor número posible de luchas democráticas.

Lo que necesitamos es una hegemonía de los valores democráticos, y eso requiere de la multiplicación de las prácticas democráticas, de su institucionalización en relaciones sociales de diversidad cada vez mayor, de modo que la multiplicidad de las posiciones-sujeto pueda constituirse mediante una matriz democrática. Solo de este modo —y no tratando de darle una fundamentación racional— estaremos en condiciones no solo de defender la democracia sino también de profundizarla. Una hegemonía de esta índole no será jamás completa, y no es conveniente tampoco que una sociedad esté gobernada por una única lógica democrática; las relaciones de autoridad y poder no pueden desaparecer completamente, y es importante abandonar el mito de una sociedad transparente, reconciliada consigo misma, porque son las fantasías de ese orden las que llevan al totalitarismo. Un proyecto de democracia radical y plural requiere, por el contrario, de la existencia de la multiplicidad, de la pluralidad, del conflicto, y ve en ellos la *raison d'être* de la política.

LA RADICALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA, UNA NUEVA FILOSOFÍA POLÍTICA

Si la tarea de profundizar radicalmente la democracia es efectivamente la de profundizar la revolución democrática y establecer vínculos entre las diversas luchas democráticas, la realización de esta tarea exige la creación de nuevas posiciones-sujeto que permitan la articulación conjunta de, por ejemplo, el antirracismo, el antisexismo y el anticapitalismo. Estos movimientos no convergen espontáneamente y, a objeto de establecer equivalencia democrática, se hace necesario un nuevo “sentido común” que permita transformar la identidad de los diferentes grupos, de modo que las exigencias de cada uno de ellos pueda articularse con las de los restantes según un principio de equivalencia democrática.

Porque no se trata de establecer una mera alianza entre intereses diversos, sino de modificar realmente la identidad misma de esas fuerzas. A fin de que la defensa de los intereses de los trabajadores no proceda a expensas de los derechos de las mujeres, de los inmigrantes o de los consumidores, es necesario establecer una equivalencia entre estos distintos movimientos. Solo bajo tales condiciones las diversas luchas contra el poder se vuelven verdaderamente democráticas.

La filosofía política tiene un papel sumamente importante en la constitución de este sentido común y en la creación de estas nuevas posiciones-sujeto, porque

ella forjará la “definición de la realidad” que dará forma a la experiencia política y servirá de matriz para la construcción de un determinado tipo de sujeto.

El discurso del individualismo posesivo reclama un derecho exclusivo sobre algunos de los conceptos fundamentales del liberalismo (los conceptos de derechos, libertad y ciudadanía); esa pretensión representa un obstáculo para el establecimiento de una cadena de equivalencias democráticas.

Me referí ya a la necesidad de un concepto de los “derechos democráticos”, derechos que, aunque pertenecientes al individuo, pueden ejercerse solo colectivamente y que presuponen la existencia de derechos iguales para todos. Pero profundizar la democracia necesita también una concepción de la libertad que trascienda el falso dilema entre la libertad de la antigüedad y la libertad moderna y que nos permita pensar la libertad individual y la libertad política de manera conjunta. La radicalización de la democracia comparte respecto de este punto las preocupaciones de diversos pensadores que buscan rescatar la tradición del republicanismo cívico. Se trata de una tendencia totalmente heterogénea, que hace por ello necesario establecer distinciones entre los así llamados “comunitaristas” que, aunque comparten la crítica a la idea del individualismo liberal sobre un sujeto existente asumen, sin embargo, posiciones dispares respecto de la modernidad. Están, por un lado, aquellos como Michael Sandel y Alasdair Macintyre que, inspirándose principalmente en Aristóteles, rechazan el pluralismo liberal en nombre de una política del bien común; por otro, aquellos como Charles Taylor o Michael Walzer que, junto con criticar los presupuestos epistemológicos del liberalismo tratan de incorporar la contribución política de este en el área de los derechos y del pluralismo.²³ Estos últimos defienden una perspectiva más próxima a la radicalización de la democracia, mientras los primeros mantienen una actitud extraordinariamente ambigua respecto del advenimiento de la democracia, y sin establecer distinciones entre lo ético y lo político, que ellos entienden como expresión de valores morales comunes. Es probablemente en la obra de Maquiavelo donde el republicanismo cívico tiene más que ofrecernos, y el trabajo reciente de Quentin Skinner es de particular interés a este respecto. Skinner muestra que en Maquiavelo hay una concepción de la libertad que, aun sin postular una noción objetiva del bienestar del hombre (y que por tanto es, según Isaiah Berlin, una concepción “negativa” de la libertad), comprende, sin embargo, ideales de participación política y de virtud cívica (que, según Berlin, son características de la concepción “positiva” de la libertad). Skinner muestra que la idea de libertad es descrita en los *Discursos* como la capacidad de los hombres de perseguir sus propias metas, de seguir sus “humores” (*humori*). Esto se acompaña con la afirmación de que, a objeto de garantizar las condiciones

23. Me refiero aquí a los siguientes estudios: Michael Sandel, *Liberalism and the Limits of Justice*, Cambridge, Mass., 1982; Alasdair MacIntyre, *After Virtue*, Notre Dame, 1984; Charles Taylor, *Philosophy and the Human Sciences*, *Philosophical Papers*, 2, Cambridge, 1985; Michael Walzer, *Spheres of Justice*, Nueva York, 1983.

necesarias que impidan la coerción y la servidumbre que harían imposible el ejercicio de esa libertad, es indispensable que los hombres cumplan ciertas funciones públicas y cultiven las virtudes correspondientes. Para Maquiavelo, el que uno ejerza la virtud cívica y sirva al fin común, tiene por objeto garantizarse a sí mismo el determinado grado de libertad personal que le permita perseguir sus propios fines.²⁴ Encontramos aquí, por lo tanto, una concepción sumamente moderna de la libertad individual articulada con una antigua concepción de la libertad política; esa articulación resulta fundamental para el desarrollo de una filosofía política de la radicalización de la democracia.

Pero el recurso a la tradición del republicanismo cívico, incluso privilegiando su vertiente maquiavélica, no puede proporcionarnos cabalmente el lenguaje político necesario para la articulación de la multiplicidad de las luchas democráticas del presente. Puede, a lo más, entregarnos algunos elementos para combatir los aspectos negativos del individualismo liberal, pero sigue siendo inadecuada para aprehender la complejidad de la política actual. Nuestras sociedades encaran la proliferación de espacios políticos radicalmente nuevos y diversos que exigen que abandonemos la idea de un espacio único constitutivo de la constitución de la política que es propio del liberalismo y del republicanismo cívico. Si la concepción liberal del “yo libre de trabas” es deficiente, no menos insatisfactoria es la alternativa que proponen los defensores comunitarios del republicanismo cívico. No es cuestión de pasar de un “yo unitario libre de trabas” a un “yo unitario en situación”; el problema reside en la idea misma de sujeto unitario. Muchos comunitarios parecen creer que pertenecemos a una sola comunidad, definida empíricamente e incluso geográficamente, y que esa comunidad podría unificarse por una sola idea del bien común. Cuando la verdad es que somos en realidad sujetos siempre múltiples y contradictorios, habitantes de una diversidad de comunidades (tantas, en efecto, como las relaciones sociales en que participamos y las posiciones-sujeto que ellas definen), contruidos por una variedad de discursos; precaria y temporalmente suturados en la intersección de esas posiciones-sujeto. De ahí la importancia que tiene la crítica posmoderna para el desarrollo de una filosofía política que intente hacer posible una nueva forma de individualidad, una nueva forma que sería verdaderamente plural y democrática. Una filosofía de esta índole no da por supuesta una fundamentación racional de la democracia, ni tampoco da respuesta, al modo de Leo Strauss, a las cuestiones concernientes a la naturaleza de los problemas políticos o al mejor régimen posible. Propone, por el contrario, permanecer dentro de la caverna y, como dice Michael Walzer, “... interpretar en beneficio de nuestros conciudadanos el mundo de significaciones que compartimos”.²⁵

24. Quentin Skinner, “The Idea of Negative Liberty: Philosophical and Historical Perspectives”, en R. Rorty, J. B. Schneewind y Q. Skinner, *Philosophy in History*, Cambridge, 1984.

25. Michael Walzer, *Spheres of Justice*, op. cit., p. XIV.

La tradición democrático-liberal está abierta a muchas interpretaciones, y la política de radicalizar la democracia es solo una entre varias estrategias. Nada garantiza su éxito, pero este proyecto es el que se ha propuesto hacer avanzar y profundizar el proyecto democrático de la modernidad. Esa estrategia nos impone abandonar el universalismo abstracto de la Ilustración, la concepción esencialista de la totalidad social y el mito de un sujeto unitario. En este sentido, lejos de ver el desarrollo de la filosofía “posmoderna” como una amenaza, la radicalización de la democracia la acoge como un instrumento indispensable para alcanzar sus fines. ■

AÑO 7 - N° 23

AGOSTO DE 1991

DIOS ES GORILA

Mario Wainfeld

Que me digan que soy ángel del pasado que se rían porque no entra en mi cabeza que se hizo bueno el amo y el chacal vegetariano y comparte la comida con su presa.
Ignacio Copani, “Ángel del pasado”

No se tape los ojos con una venda, Bernie. Nosotros no tenemos rufianes y tahures porque tengamos políticos deshonestos con sus representantes ubicados en la Municipalidad o en las legislaturas. El delito no es una enfermedad, sino un síntoma. La policía es como el médico que receta aspirina para un tumor de cerebro, con la diferencia que la policía lo cura más bien con una cachiporra [...]. El delito organizado no es más que el lado sucio de la lucha por el dólar.

—¿Cuál es el lado limpio?

—Nunca lo he visto.

Raymond Chandler, “El largo adiós”

Un pibe y una piba se enamoran. Las respectivas familias se odian. Todo se complica. Al final todos se espachurran y los pibes mueren. No acabo de relatar una pavada; es *Romeo y Julieta*, sintetizado en 25 palabras. El lector dirá: está mal contado. Pruebe hacerlo mejor con estas limitaciones: sea brevísimo; omita diálogos,

desarrollo dramático, personajes secundarios, apasionadas declaraciones en el balcón; duelos de esgrimistas (a los que acudió Shakespeare). Prescinda de rostros bellos y expresivos (como los que retrató Zeffirelli).

Todo relato tiene un “tempo”; exige desarrollo, climas. Michael Corleone dice en *El Padrino III*: “... toda mi vida quise ascender socialmente para escapar del delito y a medida que asciendo encuentro más delito”. La frase puede sintetizar tres *Padrinos* de Coppola (y parte de nuestra historia reciente) pero —a despecho de su brillantez— no los reemplaza. Tampoco lo haría la tanguera “contra el destino nadie la talla” que si usted quiere síntesis prescinda de los *Padrinos* y ahórrese plomazos como *Fausto* o *La forza del sino*. El cine y —más— la TV y —más— los noticieros y la publicidad han pervertido el modo de narrar y leer la historia. Cualquier creativo puede urdir una historia conmovedora con principio, desarrollo y desenlace en cuarenta segundos. La emoción respectiva será también efímera. Pero el modo de relatar penetra la mente del espectador.

La historia argentina reciente, nuestra realidad cotidiana, se someten a ese tipo de relato. Todo se simplifica y banaliza. Hablemos de Menem, de Cafiero, de Diego, de los saqueos. Eso sí, no más de una semana y luego al archivo, al desván, a otra cosa.

En este año hemos vivido el poder de la información, de la opinión pública, de los medios. Entrevimos la importancia de la política y la ética que le mellan el prestigio a un gobierno al que ya no le basta el 3% mensual de inflación para tener aire. Este tonificante, ambiguo fenómeno es abordado con liviandad irritante, transformado en un “show”.

El aluvión informativo a veces más oculta que exhibe el principal debate que —sordamente— recorre nuestra sociedad: entre el modelo liberal-individualista que han aceptado las dos mayores fuerzas políticas del país (y buena parte de su población) en el que el mercado sustituye a la planificación y la ética, y un modelo (ciertamente no precisado) más racional, solidario, redistributivo, igualitario. Entre una cultura de la urgencia y una de la síntesis.¹

Nuestra sociedad actual propende a la resignación antes que al cambio; a discutir sobre el pasado o (como mucho) el presente antes que a planificar (y garantizar) el futuro; al desacato y descreimiento ante las normas (éticas y legales) y la autoridad; a concebir las relaciones sociales como relaciones de fuerza o de subordinación y mando y no como relaciones entre iguales y —menos aún— solidarias.

Modificar estas tendencias perversas que cimientan y consolidan el modelo socio-económico cultural en curso de aplicación es una tarea política, ética, de opinión. Algo se ha andado en este año.

1. La existencia de esta batalla cultural viene siendo enfatizada desde hace rato por Oscar Landi. La lucha entre las dos culturas: la de la urgencia y la de la síntesis tiene un cabal desarrollo en el N° 11 de *Alternativa Latinoamericana* especialmente en dos brillantes artículos de nuestros amigos y compañeros Rolando Concatti y Oscar Bracelis.

LA DEMOCRACIA EN MARCHA

No fuimos pocos los que —el tórrido 30 de diciembre del 90— marchamos contra el indulto (hoy día casi siempre se marcha “contra”). Sospecho que la mayoría creíamos protagonizar un hecho testimonial, litúrgico casi, que no implicaba mellar el poder del menemismo.

Como fue sucediendo con las movilizaciones convocadas por Ubaldini, la libertad de expresión —combinada con los módicos desempeños alcanzados por la resurrección democrática— nos fue llevando a vivir la movilización como teatralidad antes que como demostración de fuerza; a no creer en el peso de la opinión colectiva; a desarrollar (sin duda a contragusto y sin advertirlo del todo) un pensamiento economicista que daba por sentado que los consensos eran —sin más— inversamente proporcionales a la tasa de inflación.

Sorprendió a muchos que el deterioro del menemismo tributara a la política antes que a la economía, al descrédito por la corrupción; la frivolidad; la bufonesca política exterior. El “sheik” soberbio que asumió “todos los costos” de los indultos creyó siempre que equivaldrían a unos miles de zurdos deambulando por la vía pública y no la brutal caída de su credibilidad. La movilización popular volteó a los Saadi, dueños de una provincia, protegidos del sheik.

En este extraño 91 alguna vez ganaron los buenos. Claro, fueron victorias parciales, sorpresivas, en cierto modo no buscadas. La “marcha del silencio” logró un objetivo mucho más vasto que el que la convocó: volteó a los Saadi. Al tiempo, no logró el que se proponía: meter entre rejas al hijo del gordo Luque. Acaso no lo logre nunca.²

Las marchas del silencio; las movilizaciones de los jubilados; los indultos; la repulsa social ante la corrupción fuerzan a repensar nuestra democracia archivando añejas categorías. Nada más “superestructural” que movilizaciones que piden justicia para un caso solo. Nada tiene que ver la lucha de clases con una alianza entre sectores medios y altos de una provincia precapitalista y la Iglesia. Poco tiene que ver con nuestra concepción de “justicia social” la movilización que solo persigue la vigencia del Estado de derecho o una madura relación entre capital y trabajo en el marco de las regresivas leyes vigentes (Acindar). Y sin embargo esas son —hoy por hoy— las principales batallas contra “el modelo”. La gandhiana movilización cata-marqueña fue punta de lanza de la oposición al menemismo. Le pegó más fuerte que toda la “oposición política” junta.

También fue “vanguardia” un diario (!) no ligado a ninguna organización política, *Página/12*, que hizo virtualmente rodar un gabinete. Esos fenómenos revelan debilidad del menemismo pero también trágica inorganicidad de sus antagonistas. Las batallas contra el partido del ajuste las libra un ejército disperso, huérfano de

2. Esta paradoja —y su analogía con situaciones igualmente disparadoras sucedidas en otras latitudes— la abordó Susana Viau en *Página/12* del 24 de abril.

conducción y hasta de tácticas. Pueden liderarlo —transitoriamente— un movimiento reivindicativo como el de Catamarca o un diario, lo que significa que no lo conduce nadie. Esas fuerzas opositoras albergan un curiosísimo arco de alianzas. *Página/12* tuvo su alianza (expresa o tácita) con Terence Todman, ese cabal embajador que —según pasen los años— puede apretar en nombre de Patricia Derian o de Wall Street. La marcha del silencio puede contener (como observé en Buenos Aires) al bussismo, o los jubilados pueden permitir que fachos consumados le agreguen algunas verduras a la olla que colocaron frente a Tribunales.

No se trata de descubrir “sinarquías” o conspiraciones, ni de negar que la democracia implica legítimamente alianzas variables y múltiples. Sí de notar qué difusas y erráticas pueden ser denuncias o luchas sociales que no vertebran la menor alianza que trascienda su objetivo único.

Privan en nuestros días el desenfreno informativo, el encuestismo (que somete a los políticos a los vaivenes de la moda antes que a las necesidades profundas de una comunidad, que nadie puede expresar en treinta segundos ante un estudiante de sociología). Se quiere ver en esto el poder de la opinión pública. Algo hay, pero ese poder está condicionado por la propia dinámica de los medios que proponen (y luego abandonan) los temas de la agenda cotidiana. La gente opina a diario por micrófonos, ante encuestas, organiza marchas, ollas. “Democracia directa” se complace Mariano Grondona (que ahora es demócrata). “Los vamos a castigar con el voto” se solaza una viejita ante el micrófono, saboreando el efecto de su voz en los castigados oídos de “los políticos”.

La “democracia directa” privilegia la gente dispersa (“la muestra”) a la organizada. Concede pleno valor a la opinión no meditada, irresponsable “stricto sensu” voleada ante un micrófono. Jauretche decía que lo que hay que entender es lo que la gente ansía y necesita que no siempre es lo que dice; el estadista debe ver “más allá”. Nada de esto ocurre cuando se privilegia el impacto al razonamiento, el “caso individual” al fenómeno social, lo espectacular sobre lo cotidiano. Por eso son noticia (y demanda también, no olvidarlo) algunos feroces crímenes individuales, pero no el genocidio social del que habla Eduardo Bustelo que cuesta cincuenta vidas infantiles diarias en la Argentina. Por eso, como señala Blaustein en este *Unidos*, esos pocos homicidios “importan” más que los miles de accidentes laborales o de tránsito que motivan la hiperexplotación capitalista y la anomia imperante en una sociedad en la que no se respetan ni las leyes de tránsito. Solo si el accidente de trabajo ocurre en Galerías Pacífico (ligada al escándalo político) podrá aspirar a la primera plana de los diarios.

La opinión que Grondona endiosa es “prepolítica”; antipolítica a menudo. Nada quiere con algún sujeto colectivo. Su apuesta es al castigo, al veto, a la restauración del pasado.

Eso no quita que el fenómeno tenga sus aristas positivas. Por lo pronto, el frenesí denunciista destapa ollas, lo que no está mal. La ambición comercial de los

medios lleva a la propia “mexicanada” interoligárquica (la batalla dentro de la carpa del sheik sirvió para enlodar a casi todos sus secuaces; la de Ramos contra *Clarín* o estos con Telefé salpican a todos).

Además —a diferencia de lo que sucediera por años y fuera pauta cultural dominante entre nosotros— la gente no teme ni miente al micrófono; no evade las encuestas; cree en el poder de su voz y su voto. Perdió el miedo y —parcialmente— la falta de fe en la palabra. No es poco aunque en ese río revuelto los pescadores que más ganan no son los que uno quisiera.

La marcha del silencio no logró su propósito y lo superó. Algo así ocurrió con las tenaces denuncias contra la corrupción y frivolidad de las clases dominantes y la elite política. Esas denuncias (que —vale recordarlo y anotar un porotito para los amigos— fueron por un rato largo monopolio y militancia de unos pocos) tienen hoy amplísima resonancia, seguramente superior a lo esperable. Pero —y eso es menos que lo esperado y deseable— no necesariamente son una derrota política del establishment: Bussis, Loles o hasta Duhaldes pueden izar esa bandera y cobrar algunos dividendos. La victoria denunciata no ha tenido su traducción política. Por ahora el único “denunciante” que viene ganando es Todman, que “primereó” con aquello del Swiftgate y se llevó las cabezas de los Yoma, de Dromi y del Cóndor.

EL CAVALLO DEL EMBAJADOR

Una de las principales consecuencias del tirón de... este... orejas que le propinara Todman a Menem fue la designación de Cavallo al frente de Economía. Por algo un analista político como Morales Solá y un economista como Canitrot coinciden: el plan es una lúcida operación política jaqueada por la propia decadencia, impudicia y descrédito del menemismo. Cavallo no ha cambiado el norte (la metáfora es adecuadísima) ideológico del gobierno: sumisión a los poderes económicos; cipayismo simiesco, inmolación de todo deber ético en el altar del dios mercado. El cambio estriba en haberle dado a tan lamentable apuesta ciertos visos de racionalidad. La dependencia —en tiempos del chip y del fax— es algo demasiado serio para dejarlo en mano de Yomas, Ermans y Bauzás. Esto —y no otra cosa— le ha de haber dicho Todman a Menem: “tenés que parecerme más a Alywin y menos a Faisal”. Un modelo capitalista dependiente —en esta etapa— no puede funcionar “a lo Somoza”: con un sistema político decadente, con jefes impredecibles, con la coima soviética (y cara). Menos con un ministro cuyas únicas ciencias son el discurso taimado y no pagar las cuentas. Ni con un presidente del Banco Central que se cree Paul Newman en *El golpe*; jugaba a ganarle a la timba a todos los timberos antes que a diseñar una política monetaria. Pensar que el amarretismo sin rumbo de Erman y la muñeca mesadinerista de González Fraga bastaban para sustentar un “modelo” fue un grueso error del

menemismo... y de los “sensatos” que lo apoyaron basándose en aquello de que no hay otra política posible... cosa que dijeron también de Rapanelli equivocándose en ambos casos.

Cavallo es la racionalidad del modelo neodependiente. Renace con sus amigos renovadores neoliberales que vienen a dar “una mano de sensatez” al menemismo que no cuestionaron debidamente antes. La racionalidad es siempre un valor; también la estabilidad aunque sea temporal y relativa. Es mejor discutir un modelo que la anomia y el desorden total que generan el clima weimariano vivido a mediados del 89 y a principios del 90 y 91. Como la Weimar “de veras” la criolla “juega para la derecha”; ofrece más posibilidades a los fachos que los otros.

Claro que de ahí a entusiasmarse con Cavallo hay un abismo. Porque si Cavallo recupera banderas que el menemismo quiso archivar (protagonismo del Estado; ataque al déficit fiscal reduciendo gastos pero también aumentando ingresos; modificación del sistema fiscal; resurrección del crédito; lucha contra la evasión) las pone al servicio de los acreedores externos.³

El reconocimiento tardío y tortuoso de verdades evidentes que muchos peronistas y radicales escamotearon por años no basta para sacralizar un plan que sigue eligiendo como variable de ajuste a los que menos tienen.

El plan Cavallo tiene evidentes flancos débiles (falta de apoyo a las provincias; nula inversión; utilización de capital producto de las privatizaciones para emparchar déficit; falta de capacidad estatal para monitorear el destino del crédito, desdeñ a las pyme). De todo ello dan buena cuenta los artículos de Martínez y de Apyme que pueden leerse en este *Unidos*. Pero —además— “muestra su hilacha” político ideológica cuando debe enfrentar a “rivales” que no son los trabajadores ni los jubilados ni los bolicheros que evaden IVA para poder sobrevivir. De ahí que no haya podido “meter en caja” a los formadores de precios de alimentos ni frenar los reclamos (que impactarán índices de precios e ingresos reales) de los prestadores de servicios de medicina prepaga y educación privada. También son debilidades los “acuerdos” (léase concesiones) con la industria automotriz, la de neumáticos y la de artículos electrónicos que podrán ser buena herramienta antiinflacionaria (y “recreo” para ciertos sectores medios que viven un veranito) pero merman la recaudación, también deteriorada por la baja de aranceles y retenciones. El caso del “club del peaje” es —aun— más grave: se suprime el canon (se pierden ingresos) y se les paga en cambio de cobrarles. Demasiadas concesiones “sectoriales” para un plan en el que —supuestamente— el Estado es protagonista.

La apuesta de Cavallo es la de la reaganomic: recaudar más por efecto de la estabilidad. Al bajar drásticamente el costo financiero los contribuyentes podrían pagar más. Además lo recaudado conserva mejor valores reales. Es bueno recordar —como lo dijera el populista Roberto Alemann— que la reaganomic fue —en este

3. Ver lo escrito por Lozano y Feletti en *Página/12* del 28 de abril.

aspecto— un fracaso rotundo: la recaudación no subió y el déficit fiscal yanki es el mayor de toda su historia.

Cavallo recupera, sí que pateando para el otro arco, objetivos que cualquiera puede compartir: estabilidad, aumento de la recaudación fiscal, restauración del crédito. Mejor así. La opción democrática popular frente a la hegemonía no es “que se pudra todo” sino demostrar la inviabilidad democrática del ajuste. En este difícil estadio de nuestra historia la partitura liberal tiene hoy a su mejor ejecutante. Así se verá que es antipopular, antiobrera, antiargentina. Alargando —apenas— lo que dice Martínez, si Cavallo “cierra” podrá verse que lo nefasto no es la implementación de tal o cual plan sino el modelo.

El caos hiperinflacionario simplifica los tantos, crispa, dificulta el debate. Dromi o los Yoma inducen al facilismo, a la denuncia desnuda, cuando lo profundamente grave no es el pillaje descarado sino el modelo que se está instaurando, del que la corrupción no es el eje sino un síntoma (como dice Marlowe en el epígrafe).

El mayor decoro y prolijidad de esta etapa fuerzan a sus opositores a algo más que desnudar el curro de los otros y ostentar honestidad. Discutir con quienes no proponen destruir al Estado, no renuncian a recaudar impuestos, son más cautos a la hora de regular las privatizaciones, nos obliga a abandonar la brocha gorda y blandir si no el plumín, un pincel más fino.

Quienes levantamos la ética como sustento de la política debemos percibir que hay una íntima, última contradicción entre ser “puro” (o algo así) y reclamar o perseguir algún reconocimiento por ello. Es como “cobrar” por ser honesto. Por eso la —necesaria, irrenunciable— presencia de los “éticos” debe también reclamarse en función de su aptitud, de su racionalidad para cambiar el statu quo. De lo contrario la ética deviene testimonio, denuncia. No es poco, es una etapa. No es suficiente. La política democrática de masas se hace para llegar a los cargos ejecutivos, a la toma de decisiones, y no para desempeñar eternamente el —digno, edificante pero a la larga insuficiente— rol de testigo de cargo.

El repudio social a la corrupción, el hecho de que cada mujer u hombre del común sepa que los poderosos en la Argentina son deleznales al tiempo que berretas son triunfos de quienes los denunciarnos rato ha. Solo podrán consolidarse si —además— demostramos ser aptos para sustituir a la actual nefasta elite política, lo que nos obliga a espigar más paja del trigo. A diferenciar lo que es política cuestionable de error político y delincuencia. A no englobar con rótulos simplistas a los que piensan distinto a nosotros, a los que yerran, a los que medran con el poder, a los que delinquen.

DEBATIR SIN CALLAR

De desconocer matices, de embolsar juntos gatos bien distintos nos acusan (a “Los 8”; a *Unidos*) estimables compañeros (peronistas o no, a esta altura tanto

da); nos juzgan muy “acelerados”, sectarios, descalificadores. Algo de eso puede haber. En principio quien asume la dura (desde el ángulo pragmático, sentimental o ideológico) decisión de escindirse de una identidad que lo albergó por años necesariamente debe extremar sus posiciones, forzar al máximo sus argumentos y sus críticas para autoconvencerse, para convencer a los afines, para poder bancar la siempre difícil actitud de “romper”.

Además la burda y cínica defección de tantos compañeros de años exaspera y recarga las tintas. Esa crispación debe ir cediendo. Asumida la decisión de “romper”, la necesidad de forjar una nueva identidad, el diálogo con “los otros” es evidente necesidad. De ahí que el sesgo crítico y denunciante debe completarse con una discusión franca y amplia “no internista”. Algo así se propone este *Unidos*: preservar la propia voz (nadie asume el esfuerzo de publicar si no puede hacerse oír) pero también ser caja de resonancia de debate con peronistas no fracturistas; con radicales “recuperables”; con la inorgánica izquierda argentina. *Unidos* aspira a que todo debate sobre la Argentina deseable y posible recorra sus páginas. Nos interesa más esa insalubre tarea que la de ser un “house organ” de “Los 8”.

Quienes tratamos de superar (enriquecer, transformar) la subcultura peronista no podemos caer en el patetismo de conformarnos con expresar solo el consenso de alguno de sus desprendimientos ni el de la (por demás proteica e indefinida) “centroizquierda”. La búsqueda de una nueva identidad política conlleva la necesidad de buscar el máximo posible de interlocutores, ampliar los márgenes del debate. También a extremar la tolerancia y el discernimiento. Si se han cometido genocidio, latrocinios descarados; si miembros de las FF. AA. se dedicaron al bagaje más grande de la historia; si el entorno más cercano al presidente (por decir poco) está “cheek to cheek” con el narcotráfico, se impone diferenciar delincuencia de diferencia política.⁴ No es lo mismo ser un corrupto que un conservador (y mucho menos que un “más conservador” que Álvarez, Brunati, Auyero o Mary Sánchez). Lo primero es ser un enemigo de la democracia. Lo segundo un adversario político, categoría que nuestra tradición polémica no termina de procesar bien (cuestionamiento que incluye al suscripto y del que seguramente no escapan esta nota y los párrafos que siguen).

Esto aceptado, vale la pena insistir: nos parece imbanable cualquier alianza con el actual gobierno o la recuperación acrítica del alfonsinismo que fue el huevo de esta serpiente, se mire por donde se mire.

Además, la sola decencia no es sinónimo de acierto político. No es menor que Pilo Bordón sea inmune a cargos que no podrían levantar Dromi o los Yoma. Eso no lo releva de la cuota de responsabilidad que tiene respecto del infierno que es

4. Eso no es siempre sencillo. Existe una zona gris que es la duda acerca de la complicidad por el silencio. Es decir cuánta responsabilidad tienen los que conocen el delito o la corrupción y callan. Duda que se mezcla con la de saber quiénes son los que conocen realmente los ilícitos cometidos por sus compañeros de gestión.

hoy el peronismo: apostó a su feudalización, al personalismo y se borró de la crucial interna del 88. Tampoco es estupendo que haya silenciado largo rato los vicios, carencias y corrupciones del menemismo (aunque no las haya practicado) y que hoy juegue unos cuantos boletos al recambio institucional (que es desleal y riesgoso).

Es injusto personalizar en Bordón. Una mayoría abrumadora de funcionarios y militantes peronistas se cagó en años de historia (y en la memoria de tantos compañeros) acompañando el gorilismo cerril de toda la praxis y el discurso de este gobierno (no solo de su política económica).

Porque aún opinar que el ajuste salvaje es inexorable (cuestión obviamente discutible) no avala necesariamente el apoyo dado por tanto peronista a lamentables políticas desarrolladas en otras áreas. La política social (si es que la hubo) por caso. O la realmente patética y bochornosa participación en la Guerra del Golfo, reveladora de lo que es el pragmatismo en boga: pensar que esa berretada iba a significar pingües beneficios. La política no la inventó Menem; tiene reglas que vienen de años. Por ejemplo aquella que dice que Roma no paga traidores... (pregúntenle a Regúnaga a quién beneficia EE. UU. con trigo subsidiado: si a los beligerantes mercenarios argentinos o a los sagaces neutrales brasileños).

El economicismo de tantos “compañeros” (a contrapelo de las tendencias sociales que honran también otros valores, otros reclamos) podría “justificar” su apoyo a Rapanelli, Erman o Cavallo (aunque hay que ser equilibrista para poder haber apoyado a los tres) pero jamás su silencio (aquiescencia) ante sucesivos indultos. Viendo lo que “vale” la opinión pública es ilícito preguntarse qué hubiera sucedido si —desde el vamos— miles de funcionarios y figuras del peronismo, repitiendo apenas lo que dijeron durante seis años, hubieran hecho público su enfrentamiento al primer indulto (como hicimos bien pocos allá en el remoto fin del 89). Quizás esa falta de decisión valga la libertad de Videla y Firmenich. En todo caso quienes se precian de ser “sensatos” y “cautos” fueron en este tópico que para muchos (me incluyo) sigue siendo determinante apenas débiles, incoherentes y cómplices.

FRENTE A LOS LÍMITES

Lo antedicho no debe excusar los límites de quienes nos oponemos a lo que Auyero llama “el partido del ajuste”. Nada nos faculta a ser como nos describen nuestros críticos de buena o mala leche: denunciastas a secas, simplistas, moralistas sin alternativa.

Las fuerzas políticas “populares” no han conseguido siquiera unificar la oposición. Menos galvanizar la opinión colectiva. La resistencia al ajuste ratifica la tendencia social predominante: la fragmentación, a la que contribuye también un archipiélago de fuerzas políticas que expresa más o menos lo mismo. Si en una época resultaba apabullante que el peronismo tuviera “exceso de significados”, en esta etapa preocupa que unos pocos significados tengan tanta cantidad de intérpretes.

Los partidos políticos no han conseguido una relación útil con los movimientos, sociales o reivindicativos. En verdad, ni siquiera tienen con ellos una relación clientelística. María del Carmen Feijóo dijo alguna vez que no hay una “justicia social” que resuelva todos los problemas de los sectores populares. Ello no debe implicar —como sucede ahora— que las distintas reivindicaciones carezcan de puntos de unión, alianzas, compromisos mutuos; que no se procure ligarlas a un proyecto englobante.

El “proceso”, el ajuste, la democracia boba han abolido en el imaginario de la gente la idea de futuro.⁵ Es llamativo —y requiere un intérprete más avezado que yo— que en Argentina tanto el Estado como los particulares hayan renunciado a planificar.⁶ La protesta social más fuerte de la etapa suele situarse en el pasado (desaparecidos, María Soledad, Bulacio) o como mucho en el presente más cercano (reclaman volver al pasado inmediato: no avanzar: Acindar, ferroviarios). Se trata de posturas defensivas que no contienen propuesta y suponen —a regañadientes pero suponen al fin— aceptación del reaccionario orden legal vigente. Así como nadie ahorra ni invierte, nadie resigna poder o demandas hoy para “capitalizarlos” mañana. Todo en este suelo (hasta el poder) se consume en el día. Las alianzas políticas no inmediatistas devienen quiméricas porque no existe en una sociedad compleja acuerdo de largo plazo que no signifique resignar —o postergar— algo en el corto, en pos de obtenerlo más adelante.

Resituarse la idea de futuro, de sociedad es una tarea política que compete a las “minorías testimoniales” de hoy: convencer que el ajuste no solo debe resistirse; sino que además —como dice el Chacho Álvarez— puede ser reemplazado por otra política. Agrega Chacho, con razón, que hay que constituir una clase política diferente, autónoma respecto de los factores de poder. Podría precisarse que esa dirigencia sí debe tener ligazón orgánica y permanente con los micropoderes resistentes y dispersos que incluye esta democracia: las múltiples formas de participación, de autogestión; los movimientos culturales, las radios truchas, los jubilados; los trabajadores.

Dirigencia política autónoma, entonces, de los factores de poder retrógrados pero no de los poderes locales y sectoriales que ha generado la rica experiencia popular.

La gente no le teme a lo superestructural: va a las radios, la TV; pide justicia, Estado de derecho, cumplimiento de las leyes vigentes. Es ideologista y vanguardista un “antisuperestructuralismo” que no acompaña los reclamos sociales.⁷ No es irrazonable que los políticos acompañen esos reclamos ahondando

5. Esta mutilación del futuro tiene en Ariel Colombo el abordaje riguroso que él suele darle a sus trabajos (ver *La Mirada*, N° 2, pp. 16 a 18).

6. En ese sentido es interesante el discurso de Terragno, un “privatista” antiliberal que se pone enfrente de la tendencia antiplanificadora que es moda en estos pagos.

7. Quienes venimos del peronismo sabemos de ser “aparatados” por quienes explicaban la nimiedad del partido político y la importancia del movimiento nacional y que —tras cartón y en base a ese argumento— reclamaban más de los repudiables cargos partidarios o electorales. Muy a menudo “por izquierda” se repite ese fenómeno de denostar las luchas “institucionales”, “vacías” y endiosar las sociales... para terminar pidiendo en su nombre la hegemonía en espacios institucionales y políticos.

la democracia. Servirían al efecto consagrar mejores y más frecuentes mecanismos participativos en decisiones políticas: plebiscitos, referendums. Fomentar la transparencia de los fondos utilizados para hacer política. Impulsar una reforma constitucional que incluya la iniciativa popular de las leyes y la revocabilidad de ciertos mandatos. Aplicar cabalmente el seguimiento sobre el patrimonio de los que hacen política.⁸

La torpeza de los dueños del poder; su delictividad incontrolable y grosera; el gorilismo chanta de los menemistas; el patronalismo esclavista de López Aufranc; el cinismo llorón de Vigil debieran permitir juntarse a los que se sitúan “enfrente”. Nuestras diferencias, de cara a esta elite trucha, rapaz e irresponsable que ni guardar las formas sabe, son realmente nimias y solo perceptibles para un puñado de iniciados. La alternativa electoral al bipartidismo es también una necesidad. La gente del común seguirá creyendo en el voto cuando (por lo menos) le sirva para castigar a mendaces e incompetentes. Los opositores no estamos a la altura del desafío. Tributamos en exceso a nuestros kioscos y sellos. Hablamos de virtuales espacios comunes pero no parecemos creer en ellos pues apostamos todo a los posicionamientos presentes. Si esos espacios tuvieran futuro —hasta por pragmatismo— sería viable ceder posiciones.

Tenemos que demostrar(nos) que somos capaces de algo más que no delinquir; que podemos, como propone Augusto Conte,⁹ ser alternativa electoral en el 95. Eso exige mayor amplitud en los debates, diálogos con los que no son “del palo” (que por ahora son mayoría). No se crece desde el mero sectarismo sino traccionando a los que adscriben a otras fuerzas. O a ninguna.

DIOS ES GORILA

Dios, hoy por hoy, es gorila. En el mundo de hoy ganan casi siempre los malos; reviven pestes ancestrales y hasta el sida juega a favor de la reacción. En ese fango nada propicio han florecido luchas sociales y políticas intensas: Conadep, marchas del silencio, Acindar, Fraternidad. La dignidad de jueces como Lotero o fiscales como Strassera. El coraje contagioso del Pino Solanas. La acuciante demanda social debiera reconvertirnos también a quienes proponemos cambios pero arrasamos mucho de la cultura dominante: individualismo, sectarismo, excesivo celo por los “espacios”; inmediatismo; falta de seriedad y paciencia para estudiar y programar. Como me dijo una valiosa militante y compañera siempre estamos demasiado dispuestos a buscar el enemigo al costado cuando en verdad está enfrente y —a menudo— adentro nuestro.

8. Claro que para esto —como dijo bien Tonelli por TV— más que declaraciones juradas que nadie lee, sirve comparar el guardarropa, las costumbres y los gastos cotidianos de quien vive de la política.

9. En su libro *Hoja de ruta*, del que se publica un capítulo en este *Unidos*.

Acaso la urgencia determine (si no la grandeza) el sentido común. Son estos tiempos difíciles; adversas las relaciones de fuerzas. Pero también se ve que la opinión, la palabra, la movilización aún valen. Dios será gorila pero todavía hay ateos que la pelean.

Uno es siempre un ingenuo que cree vivir situaciones inéditas, únicas. Para precaver ese error y decir mejor lo que quiero transmitir cierro esta nota con una frase de un intelectual superior escrita hace largos años y muy lejos de acá:

La historia prueba que en este mundo no se consigue lo posible si no intenta lo imposible una y otra vez... Solo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o abyecto para lo que él le ofrece, solo quien —frente a todo esto— es capaz de responder “sin embargo”; solo un hombre de esa hechura tiene vocación por la política.¹⁰ ■

AÑO 7 - N° 23AGOSTO DE 1991

REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS DE LA MORAL PÚBLICA

Ernesto López

EL DEBILITAMIENTO DEL ORDEN NORMATIVO

Anomia es un concepto sociológico que alude a una situación en la cual el comportamiento de las personas tiende a dejar, con un grado y una extensión variables, de sujetarse a las normas que regulan la vida social.

Tomada literalmente, la palabra significa ausencia de normas. Pero su uso sociológico es más matizado. Se refiere, como se mencionaba más arriba, a un relajamiento de las conductas respecto del orden normativo vigente en la sociedad. No se trata necesariamente de un fenómeno generalizado, pero sí de que se verifica con alguna amplitud en las prácticas sociales. Vale decir que los comportamientos anómicos están en alguna medida presentes en la sociedad, aunque obviamente no todas las personas se conduzcan de esa manera.

Si la anomia crece, se debilita el orden normativo de la sociedad. En consecuencia, la moral pública —es decir, esa ética cívica con jurisdicción sobre los

10. Max Weber, *El científico y el político*.

asuntos públicos y sobre los privados que tienen repercusión pública— también se debilita. Anomia y moral pública son inversamente proporcionales.

Hoy por hoy, la vida cotidiana en nuestro país presenta un sinnúmero de casos reveladores de un estado de anomia. Catamarca sería un ejemplo paradigmático. Pero también son buenos exponentes los bonos solidarios almacenados en el despacho de un legislador; los guardapolvos escolares de Bauzá; Vanrell; el aduanero —y paradójico— coronel sirio; todo el “affaire” de la Aduana; las sospechas sobre funcionarios y parientes en materia de lavado de narcodólares, las declaraciones de Barrionuevo; el coimeo de expedientes revelado por Todman. En un plano menos grave, quizás, el ridículo “¡Alto, esto es área presidencial!” de Carlitos Menem y el descuidado comportamiento de su padre con la “testarosa”.

No es posible ni siquiera intentar una caracterización mínima de lo que está sucediendo en esta materia a nivel del sector público. Me propuse detener la enumeración en la “testarosa” y caigo en la cuenta de que no he mencionado a Bulacio ni a Adrián Ghío. Que no he recordado a Patti. Que el “cometeo” policial ha perdido todo límite. Y que también el 3 de diciembre mostró lo suyo: el extravío de las normas entre los militares parece ser mayúsculo. Asombran, incluso, algunos hechos puntuales como el saqueo de la cantina del edificio Libertador —que es de un particular— cometido por los alzados o el uso del coronel Baraldini como escudo protector por los leales. En fin, es de veras interminable.

Pero es también extensa la situación en el plano de las prácticas sociales privadas. Constancio Vigil y sus émulos en materia de autos para discapacitados; Cacho Fontana, Maradona, antes Monzón; una respetable porción de la comunidad de Pilar viviendo a Patti; el arancelamiento del cubierto en los almuerzos de la Legrand y los innumerables comportamientos espurios a nivel económico y financiero: bicicletas, postergaciones de pago, cheques voladores, “pagadioses”, sobornos y demás procederes menores, rutinizados y grises pero igualmente anómicos con los que nos topamos todos los días. Todo esto y mucho más, podríamos decir.

Finalmente, la violencia social. Esa penosa implosión que ha sido causada, entre otros motivos, por la profunda caída de los estándares de vida, el abismal descenso del nivel de empleo y el acoso de la miseria. Menciono un reciente (al momento de escribir esto, a comienzos de mayo) y patético acontecimiento como ejemplo: el asesinato de un chico de 12 años en Florencio Varela, a manos de una patotita formada por un muchacho de 17 y dos adolescentes de 14 y 13 años, uno de ellos mujer. Lo mataron para quitarle la ropa. También en este plano la lista es interminable.

UNA ANOMIA DOLOROSA

El sociólogo francés Emile Durkheim, uno de los primeros teorizadores de la anomia en el siglo pasado, asignaba a los factores económicos un importante papel en su desencadenamiento. Su forma de mirar las cosas, aunque un tanto

arcaica para los usos de hoy, es capaz todavía de brindar algunas pistas para enfocar el problema.

En su opinión, la perturbación anómica de las sociedades se producía “por crisis dolorosas o felices” o también “por demasiado súbitas transformaciones”. Estos cambios se derivaban predominantemente “de una esfera social” en la que la anomia “está actualmente en estado crónico: la del mundo del comercio y de la industria”. Su percepción le indicaba que la búsqueda del lucro y la preocupación por la competencia presentes en ese momento en una Francia sometida a un fuerte proceso de desarrollo capitalista, exacerbaba las expectativas y debilitaba los controles sociales. “Entonces ha sucedido —decía— que los apetitos que pone en juego (el desarrollo industrial) se han encontrado liberados de toda autoridad que los limite. Esta apoteosis del bienestar, al santificarlos, por decirlo así, los ha puesto por encima de toda ley humana”.¹

En este caso se trataba de transformaciones súbitas que conducían a una “crisis feliz”. Pero Durkheim era consciente de que la inversa también era posible e igualmente perturbadora, como se ha consignado más arriba.

El caso argentino podría ser pensado en clave de transformaciones súbitas que conducen a una “crisis dolorosa”. Nuestras tribulaciones no tienen que ver con el crecimiento sino con decisiones de cambio que implican un alto costo social, tomadas en un contexto de estancamiento de larga data. Entre nosotros, la crisis económica y las decisiones de cambio han conducido a que el “sálvese quien pueda” y el “después de mí el diluvio” se generalizaran en el mundo empresario y causaran estragos en el obrero. No ha sido una apoteosis del bienestar sino una enconada pelea por las porciones de una torta estancada y con tendencia a achicarse, lo que ha llevado a que los apetitos quedaran liberados de límites y colocados por encima de toda ley humana.

ANOMIA Y POLÍTICA

En nuestro caso la anomia, de fuerte impregnación económica, recibe también un perceptible aporte del mundo de la política.

La fuerte valoración de la democracia constituye una barrera, un obstáculo para la anomia. Sin embargo, sus aspectos positivos no alcanzan a contrarrestar las prácticas deletéreas que también prohija. Las dos más importantes entre estas quizá sean la discrecionalidad en el ejercicio del poder y la corrupción. Porque a nivel micro generalizan los comportamientos anómicos y a nivel macro atentan contra la credibilidad de los gobernados y terminan socavando la posibilidad de establecer una fuerte moral pública.

La discrecionalidad y la corrupción, si bien tienen como protagonistas activos a los gobernantes —en un sentido amplio, integrando a todo el funcionariado del

1. Todas las citas pertenecen a *El suicidio*, en la edición de la UNAM, pp. 345 y ss.

nivel que fuere, nacional, provincial o municipal, del oficialismo o de la oposición—, también —y paradójicamente— de alguna manera involucran pasivamente a los gobernados. Ambas tienen, pues, dos protagonistas aunque con diversos papeles.

La discrecionalidad supone no solo una inclinación autoritaria y poco democrática de los gobernantes sino también un débil sistema de controles que involucra a los gobernados. En este plano merece destacarse lo que sucede en el campo partidario. La estructura de los partidos suele ser deficiente y la participación de los afiliados escasa. Esto alimenta la discrecionalidad a nivel del partido, que termina siendo la antesala de la discrecionalidad en el campo del Estado. La estrella de este dispositivo es la clientela. El sistema de partidos argentino es predominantemente clientelar. Y no es exagerado decir que la relación puntero-cliente es una relación bastarda, que no reposa sobre una asociación racional y libre, basada en la coincidencia y la solidaridad, sino en un vínculo utilitario que entroniza el canje y facilita la manipulación.

Así las cosas, es posible sostener que la economía está impregnando a la política: frecuentemente la pretensión discrecional del puntero o del gobernante encuentra un correlato en el estado de necesidad de la gente común.

La cuestión de la corrupción es también de ida y vuelta, aunque presenta matices y complejidades difíciles de aprehender. Los papeles de corruptor y corrompido no son siempre fáciles de asignar entre gobernantes y gobernados. Un “capomafia” que compra funcionarios es un corruptor y a la inversa estos son corrompidos. Pero un camionero que paga en un puesto de la policía caminera para poder seguir viaje sin perder tres horas o un empresario que acepta pagar una coima a un funcionario para que le destrabe un expediente, ¿qué son? No son corruptores sino víctimas que actúan sin remedio, pero igualmente quedan entrampados. Es verdad que se trata más bien de una situación en la que actúan corruptos que extorsionan. Pero algún grado de complicidad hay en quienes no pueden negarse a la extorsión.

Parecería que en ambos casos —discrecionalidad y corrupción— el estado de necesidad inhibe la posibilidad del rechazo puntual, cotidiano de esa clase de situaciones. Cuando ambos se hacen sistémicos o crónicos, la posibilidad del rechazo en el plano individual o micro se toma muy difícil. De este modo, se establecen condiciones estables para la reproducción de la anomia.

La posibilidad del rechazo se abre en otro plano. En el del descreimiento respecto de los partidos políticos y en el del voto, que ha funcionado con mucha frecuencia como castigo. Por esta vía, sin embargo, lamentablemente se abre una segunda fuente de alimentación de la anomia: la de la crisis de representación de los partidos. Como decíamos más arriba, se produce una crisis de credibilidad que traba la formación y el desarrollo de una moral pública capaz de hacer operantes los mejores valores de la democracia.

Queda establecido, entonces, un círculo vicioso. Las prácticas micro reproducen la anomia en el plano de lo cotidiano. Y el rechazo, bajo la forma de crisis de

credibilidad y/o voto castigo, opera en el nivel macro restando condiciones a la posibilidad de desarrollar una moral pública positiva.

MORAL PÚBLICA Y CONSIDERACIÓN DEL PASADO

¿Los condicionamientos económicos, el estado de necesidad y la difusión de prácticas venales entre el funcionariado conducían inevitablemente a una generalización de los comportamientos anómicos?

¿Por qué no fue posible instalar una sólida moral pública con el retorno de la democracia, que funcionara como dique frente a la anomia?

¿No constituía el fuerte consenso democrático inaugurado en diciembre de 1983 —puesto a prueba, entre otros hechos, por los cuatro levantamientos militares habidos desde 1987— una base suficiente para la construcción de una sólida moral pública capaz de poner coto a las tendencias deletéreas que se han mencionado más arriba?

Sin duda, el fracaso en la construcción de una moral pública tiene que ver con la implantación y difusión de prácticas venales en el funcionariado. Sin embargo, no debe perderse de vista lo que ya se ha señalado. La construcción de una moral pública no es algo que involucre exclusivamente a los funcionarios. Es algo que se construye colectivamente y que concierne tanto a gobernados como a gobernantes. Quizá pueda decirse que el comportamiento de estos últimos tiene importantes efectos multiplicadores, dada su presencia pública. Pero esto no quita ni sustituye la participación, en algún grado, de la gente común.

Por otra parte, ¿se trata de un caso en el que unas pocas manzanas podridas contagiaron al conjunto o es que el conjunto traía ya, de arrastre, dolencias que actuaron como caldo de cultivo?

Sin desestimar los condicionamientos económicos y políticos de la anomia —o de la imposibilidad de construir una moral pública sólida, en base a los valores de la democracia, que viene a ser lo mismo— me parece necesario incorporar al análisis una tercera dimensión: la incapacidad colectiva para superar el pasado, ese pasado siniestro y estremecedor, que todavía a muchos nos desgarran el alma.

En este plano, la imposibilidad de construir una sólida moral pública debió enfrentar un hasta ahora insuperado obstáculo. Como el pasado no se ha vuelto pasado, ha seguido y sigue proyectando su deletéreo efecto sobre el presente.

El alfonsinismo propuso una neutralización del pasado. Mediante la pulcra teoría de los dos demonios pretendió operar en el plano ideológico procurando imponer una versión edulcorada de la historia reciente. Y con el “doble discurso”, oportunista y ramplón, intentó manejar un cuadro de relaciones agudamente conflictivo.

Menem, en cambio, ha preferido intentar una clausura del pasado. Ideológicamente ha levantado la bandera de la pacificación. Así, sin matices, in toto, como si fuera una cosa obvia y necesaria para algo (aunque nunca se haya explicitado para qué). En

el plano de la acción ha recurrido al indulto. Un indulto tan incomprensiblemente extenso en sus alcances como insustancial en su fundamentación.

¿Qué resultados podían arrojar sobre la conformación e implantación de una moral pública estas maniobras y sus fundamentos? La respuesta es obvia.

Superar el pasado, convertirlo precisamente en pasado, supone la posibilidad de metabolizarlo socialmente. De abrirlo a la razón y a la pasión, al conocimiento y a la emoción, al entendimiento y al enjuiciamiento. Para lo cual es imprescindible poder hablarlo, lo que entre nosotros no ha sido aún posible.

El alfonsinismo, con su intento de neutralizar el pasado, entre sutil y grosero, hizo como que concedía la palabra a quien quisiera tomarla, para terminar prohibiéndola de hecho con el Punto Final y la Obediencia Debida. (Que lo digan, si no, los militares del CEMIDA o las Madres de Plaza de Mayo).

El menemismo, con su intento de clausura fundado en los indultos y acompañado de una rutinización de los procedimientos discrecionales desde el poder, ha vuelto a meter sencillamente miedo. La prudencia manda, nuevamente, no tomar la palabra en este plano.

Uno y otro han terminado coincidiendo en lo mismo: en la interdicción del pasado.

Así, ni la superación de lo que fue por la vía de la interdicción —a veces se lo llama “tender un manto de olvido”— resulta un buen antídoto contra la anomia, ni las propuestas de neutralización o clausura resultan conducentes para el fortalecimiento de la moral pública.

UNA ÉTICA PARA LA DEMOCRACIA DE LA ESCASEZ

La interdicción del pasado, que obtura la palabra y permite que el pasado continúe proyectando sus efectos sobre el presente, parece haber encontrado una inesperada réplica: las marchas de silencio. El silencio que perseguía el terrorismo de Estado retorna ahora, resignificado, convertido en protagonista de la protesta y en arma contra el abuso y la corrupción.

No debe sorprender que los jóvenes que predominantemente las componen, que en algún momento de sus vidas han debido conocer la tristemente célebre pax Videla en las sepulcrales escuelas del Proceso, respondan de esa manera. Tampoco debe sorprender que la protesta se encauce por fuera de la estructura de los partidos: es congruente con algo que se ha mencionado ya precedentemente.

El hecho es alentador: la sociedad parece haber comenzado a poner en marcha mecanismos de control. Esto también se evidencia en la saludable reacción positiva que está viviendo la justicia y en la actitud de algún sector de la prensa y de los medios de comunicación.

Los controles le ponen vallas al abuso. Pero además funcionan como correctivos, lo que beneficia la recuperación de una moral pública. Y esta es la cuestión central.

Es imprescindible afianzar una moral pública que funcione como atmósfera para que respire la vida democrática, si es que se pretende evitar que esta se nos descomponga y devalúe. Esta moral deberá privilegiar la honestidad, la rectitud, la solidaridad con los postergados, el respeto hacia los más humildes, la diligencia ante la necesidad, la austeridad en los comportamientos tanto públicos como privados, el respeto del otro y de sus libertades, la limpieza de procedimientos, la transparencia, la igualdad de situaciones, el respeto por las reglas del juego democrático,² la consecuencia con planteos y promesas, la autocrítica y el respeto de la crítica ajena, entre otros valores fundamentales. Sin ellos será virtualmente imposible superar los mecanismos micro que alimentan y reproducen la anomia.

Asimismo, deberían ajustarse a ellos las organizaciones políticas, si se preocuparan por aminorar el rechazo y capear la crisis de credibilidad que padecen. (Deberían también prestarle especial atención a la temática de la representación, en procura de superar el clientelismo).

Finalmente, la moral pública se vería beneficiada, también, por el desarrollo de una actitud digna frente al pasado. Ante la neutralización o la clausura que, como hemos visto, dan lugar a toda clase de anomalías, solo cabe liberar la palabra y buscar el sinceramiento. Revisar la historia sin tapujos ni interesados preconceptos de dudosa funcionalidad política y revisarse uno mismo con relación a ella.

Quizá pudiera pensarse que el progreso sería capaz de clausurar el pasado y de brindar una base efectiva para el regeneramiento de una moral política. En la posguerra, sin ir más lejos, Francia superó la amarga experiencia de Petain y el colaboracionismo prácticamente sin revisarla. Sin embargo, nuestra democracia de la escasez y del esfuerzo, que para vastos sectores lo es también de la penuria, no tiene nada que ofrecer en el presente por el lado de las recompensas materiales. Al revés, hemos advertido que la ausencia de dinamismo económico concurre al debilitamiento del orden normativo de la sociedad.

De modo que nada nos exige de recurrir a la ética, si queremos evitar la degradación de nuestra democracia de la escasez. El fortalecimiento de una moral pública es entonces, en nuestro caso, combinadamente una opción fundada en juicio de valor y un asunto práctico. La política debe recuperar la ética y la ética debe volverse materia de la política. Ojalá haya actores políticos (dirigentes, partidos) que lo comprendan y comiencen a actuar en consecuencia. Quizás entonces comience a superarse la crisis de credibilidad y la práctica de los partidos se reconecte con las expectativas y las ilusiones de la gente común. ■

2. ¿Cómo es posible que al Partido Justicialista de la Capital le haya tomado más de dos semanas recomtar los alrededor de 45.000 votos emitidos en la última interna?

FEUDALIA EN CATAMERCA

Eduardo Blaustein

¿Qué tiene el cadáver de María Soledad que no tengan otros? ¿Qué derecho tiene ese cadáver para convertirse en *maelström*, para que por él se precipiten los peores fantasmas que transitan suelo argentino? ¿Qué pretende María Soledad que aspira a símbolo tras barrer sucesivamente con los títulos de las categorías Deolinda Correa, mártir y santa? Su misión de trascendencia permite hipótesis fáciles: algún día —en breve— un crimen no resuelto decidirá la continuidad de gobiernos completos y quedarán hundidas en el ridículo todas las especulaciones sobre la densidad y durabilidad de los planes económicos, la combustibilidad de Menem, el papel de Todman, los sucesores, el acortamiento de plazos presidenciales, etc.

Hipótesis fácil —no alocada— teniendo en cuenta que buena parte de las derrotas menemistas arrancan en el delito y las inminentes están abonadas en narcotráfico. El saadismo, una sólida y compleja estructura de poder —más homogénea que la sustancia que gobierna el país— cayó por María Soledad. ¿Por qué no el menemismo, tras alguna ejecución de narco arrepentido? Maradona —que a él sí lo queremos— cayó por dos sobrecitos. ¿Por qué no un presidente? Argentina, al lado de Colombia, es el hogar de la familia Ingalls. Sin embargo, cuatro escandaletes con droga hacen tambalear las relaciones con los Estados Unidos y Occidente todo. Nuestros índices de criminalidad, comparados con los de Washington, Miami o Nueva York, son una caricia. Pero cada crimen —cada crimen que reúne características a describir más adelante— crea una conmoción que apabulla.

Estas líneas se escriben mientras Diego Maradona pasa su segunda noche en algún calabozo de la división Drogas Peligrosas. Primera reflexión: para la salida de este *Unidos*, sabremos si María Soledad no habrá ya quebrado como “fenómeno” (la palabra es odiosa, cierto) con Diego engayolado, Luque expulsado, Catamarca intervenida y todas las propuestas humorísticas que puedan emanar de la imaginación fecunda del gobierno o del país. Segunda: una vez más, con Maradona cerrando la semana, muchos reiteran la metáfora: somos Disneylandia. Y a la metáfora se le añaden matices neuróticos: deberíamos alquilar al país como enorme parque de diversiones. Aviones y aviones de turistas ansiosos de ver todos los bloopers bien de cerca. Un mundo fantástico, vertiginoso, hipercolorido, de cuyos trasfondos en grises oscuros ningún turista se enterará.

Todo esto, junto a la fingida falta de respeto por la muerte de María Soledad, son apenas una manera de decir que en tanto Argentina no deje de ser Blooperlandia

cualquier hipótesis presuntamente satírica sobre lo que suceda en el futuro es verosímil. Ese es un primer plano, acumulación de titulares. Es más —quien escribe jura que es cierto— en la FM que me acompaña acaban de pasar el flash noticioso que anuncia que a la 1.30 de la madrugada Diego —vamos todavía— quedó en libertad. Pero no es necesario tachar lo anterior.

Después de Monzón y de Olmedo y de Fontana, el equipo quedó alineado con las siguientes figuras: Veira, Patti, Tortuguitas, Jimena entrando y saliendo de la información, Nair, el crimen de la modelo y el capitán de corbeta, los autos truchos, algunos más que se escapan. Con todas las trivialidades a cuestas, con todo lo que se pueda achacar a los medios, la retahíla de crímenes, presuntos crímenes, idas y vueltas y las relaciones que se establecen entre esos crímenes y la sociedad han permitido un proceso constante de autoconocimiento. Aunque más no sea por acumulación y confusión: superpuestos, interconectados, demagogizados, hechos show, los sucesivos escandaletes echaron a andar una suerte de debate permanente.

Los temas en discusión han desfilado más o menos así: inseguridad, impunidad, miedo, autoritarismo, encubrimiento, complicidad, ineficiencias diversas del aparato estatal, del poder mismo del Estado, precariedades y potenciales del Estado democrático, corrupción, sojuzgamiento, injusticia. Ayudando un poco al optimismo, forzándolo, se puede decir que con relación a un año y medio o dos atrás, el orden de los temas discutidos debería ser inverso: de izquierda del renglón a la derecha y cada problema en orden de importancia decreciente. Lo dicen en alguna medida las encuestas: la corrupción y su correlato en injusticia —o el hecho de ser inherente a la injusticia— es para la gente un problema más importante que la inseguridad entendida como reclamo para la obtención de media docena más de patrulleros en algún municipio del conurbano. El alfonsinismo se jactó de introducir, aunque más no fuera el discurso de la democratización de la sociedad y tal vez fue víctima de esa democratización. El menemismo pretende haber instalado el tema de la corrupción. Lo instaló de manera muy distinta: se podría decir que es su representación más acabada. Del repertorio temático que va del concepto de inseguridad al de injusticia, de la carga ideológica que implica quedarse en uno o en otro concepto a la hora de los blancos y negros, a los fines de la discusión uno se queda con el tema general de la injusticia. Entre una estación y otra, el subcomisario Patti regresa derrotado desde Catamarca. Su retorno es más o menos silenciado pero quien triunfa es María Soledad: expulsan a Luque, intervienen la provincia.

De Monzón a Maradona y de Jimena a Sole, los nombres fueron sucediéndose tras una selección hecha por los medios. En el caso de los famosos, por el mero hecho de serlo, su repercusión massmediática se daría en cualquier sociedad capitalista. Pero aun borracho o trivial, el debate noticioso sobre los pecados cometidos por la farándula ha permitido que, seguramente por primera vez, la expresión “ricos y famosos” conllevara no solo el matiz burlesco sino también el de la condena. Con los medios a su favor, los dueños de la patria farandulera —según una

vieja metáfora de Carlos Ulanovsky— que fueron tan cómplices de tantos tramos negros de nuestra historia, comienzan también a ver erosionada su peculiar zona de poder y, más concretamente, cierta ladina forma de impunidad. Eso sí, sus puntales más firmes siguen “arriba de las encuestas”: Mirtha Legrand, acusada de coimera, sale del combate más sólida que nunca. Pero a la vez su propio programa es una de las tantas piezas del engranaje de la crítica permanente del sistema, más precisamente el cuestionamiento a la clase política, a la que se le pega con una mano atada en la espalda. Faranduleros que toman una distancia y tiran el gancho; faranduleros que reciben lo suyo y quedan pegados, dentro de sus autos truchos —fin del ciclo actual— junto a financistas y demás poderosos.

Hecho el aparte con las crónicas policiales ligadas a los pecados de farándula, vale una mención aunque más no sea a la cuestión inseguridad / miedo / autoritarismo / derechos humanos cuyo emblema es el amiguito de todos los niños: Patti. Quedan entonces las tres niñas: Jimena, Nair, Sole. Cada una de las tres reunió requisitos informativos específicos para conseguir la superhazaña: durar en los medios.

El sitio donde murió Jimena —un colegio religioso— fue puntal para conseguir ese logro, junto a misterios policiales anecdóticos (cómo colarse en un natatorio lleno de niñas para asesinar a alguien, si es que hubo asesinato). Mediaron algunos chismes también —tirados por los padres y por un abogado prodigiosamente hábil para hacerse escuchar— sobre la eventual responsabilidad de allegados al entonces gobernante elenco alfonsinista. En cuanto a Nair, fue asesinada mientras moría un año y comenzaba otro —31-12-89—, un lapso en el cual los policías de Bahía Blanca se hicieron los otarios al recibir la denuncia y prefirieron darle al brindis. Cuestión central: la comunidad saltó unánime a repudiar a la policía, una FM movilizó a la gente —dato que se repite en muchos movimientos vecinales—, y después, mucho después, un juez célebre por tener un retrato de Hitler en el estudio prolongó la expectativa con reiteradas referencias a que la culpa del crimen era de “la tríada satánica de la droga, la homosexualidad y la prostitución”.

Entre otros, hay un elemento común para la repercusión de ambos crímenes y se conecta con el de María Soledad: la buena posición de los padres, la habilidad de los abogados (Lila Safe en Catamarca) para mover el tema. Es importante la mención para recordar lo fundamental de todo: tres casos, tres chicas, más algunos ricos y famosos, funcionan en los medios, por lo general, como obturación de la tragedia social que la crónica policial reduce a la anécdota. Están las víctimas de la violencia policial, de la violencia doméstica, del alcoholismo y no de la transa por drogas, de los accidentes laborales y de tránsito. Está el paisaje grueso de las víctimas de la injusticia estructural, tan difícil de colar como discurso progre en estos días que incluso aquí merecen apenas esta mención. Todas esas víctimas, recordémoslo, no tienen voz.

También Sole pertenecía a un colegio religioso cuya rectora —la célebre hermana Pelloni— tuvo un papel que de tan destacado sorprendió a todo el mundo.

Casi simultáneamente con la publicación de la noticia sobre la muerte de María Soledad, el diario *El Ancasti* formuló la hipótesis del encubrimiento y de las complicidades. Apenas comenzadas, las marchas del silencio se encargaron de descorrer ese velo —habría que saber con rigurosidad científica cuán importante fue la existencia en Catamarca de una corresponsalía de *Clarín*— y a partir de entonces el crimen creció hasta convertirse en lo que fue: las denuncias al saadismo, las denuncias sobre narcotráfico, el show de los jueces que fueron pasando, la misión Patti, la de Ventimiglia, la intervención judicial y la federal. Si la búsqueda de culpables siempre le pone el suspenso al ejercicio de la crónica policial, acá se sumó también el doble suspenso institucional: todo lo que ligó el saadismo y las sucesivas apuestas del gobierno que mandó finalmente a Ventimiglia al desierto para ahorrarse las siguientes intervenciones. Nunca pudo evitarse la paradoja central del asunto: siendo tan estrecha la relación del gobierno con los Saadi, esclarecer el crimen podía significar escrachar la herencia de Don Vicente tanto como esas mismas relaciones. De allí que siempre se obrara a medias: tratando de hacer algo y a la vez de no hacer todo. De allí el final conocido hasta ahora: de la intervención saltan las palabras brutales de Luque y las recomendaciones rinoscópicas de Ramón para aquellos “vestidos de celeste”.

De todo lo que más arriba se describió como proceso de autoconocimiento salta por lo menos una primera conclusión: el descubrimiento de feudos en la Argentina profunda, una suerte de pudor un tanto hipócrita por tener pequeñas Colombias encajadas en el suelo patrio. Antes se mencionó a la corresponsalía de *Clarín* que hizo del tema María Soledad un asunto nacional. En San Luis —exactamente en Villa Mercedes— también existe un doble crimen de menores con presunto encubrimiento institucional y con chismes del tipo “a los chicos los mataron porque vieron lo que descargaban las avionetas de los Rodríguez Saa”. San Luis también es feudo pero allí no hay corresponsalías, ni folklores preexistentes —como los que encarnó Vicente Saadi—. Los dos pibitos muertos —atados con alambre de púas, presuntamente torturados y lavados sus cadáveres— se suman por ahora a las víctimas anónimas.

El descubrimiento más o menos bochornoso de Feudalia en Catamarca es uno de los temas centrales arrastrados por el caso María Soledad y a la vez es fruto de una triple democratización: la de la sociedad, la del discurso de los medios y los límites en ese discurso, la que es fruto de aquellas cosas que la clase política ya no puede encubrir. Como si se tratara de un módico 73, esa democratización contiene sus dosis hasta divertidas de excesos verbales, de falta de respeto por el funcionamiento de la justicia, de totalizaciones absurdas u oportunistas. En cuanto a las últimas, las señaló el pícaro de Wainfeld —y después pide más— en *Página* al señalar ciertos panfletos bussistas que se repartieron en la Marcha del Silencio que se hizo en la Capital. Hubo más —no salió en los medios gráficos por cuestiones de cierre—: en la Plaza de Mayo, donde terminaba la marcha, a metros de las Madres

que se solidarizaron con la convocatoria, la mamá de Nair mezcló en un mismo discurso y en un mismo llanto al narcotráfico, la impunidad, las “prebendas” de los políticos en la impunidad del sistema. Alguna vez se dijo que el abogado de la familia es un anticafierista rabioso que intentó salpicarlo al hombre.

Visto “desde el otro extremo del arco ideológico”, también existieron discusiones conspirativas que decían así: ¿no será acaso María Soledad una manera de tapar la historia de los desaparecidos? Uno no lo ve así, pero valga el ejemplo para describir el peso de los celos y resentimientos de la gente respecto del sistema en que viven.

¿Es una cuestión de reacciones primarias? Sí, lo es, al punto que lo primario —entendido como respuesta legítima y positiva— juega un papel central. ¡Diantres! Se reacciona nada menos que contra la injusticia y la impunidad. ¿Qué reclamo hay más importante? Es la misma injusticia cotidiana que movilizó a la gente contra los tarifazos, la suspensión de servicios del ferrocarril, los indultos que pusieron a Chacabuco con los pelos de punta. Y Chacabuco permite otra reflexión. Al igual que la catamarqueña, se trata de una sociedad conservadora. Si con mala leche se podría reprochar a los catamarqueños cierta pereza o complicidad en denunciar el régimen saadista (veremos, con el medio desmantelamiento del empleo público, qué pasa en las elecciones), los de Chacabuco bien pueden haber expresado: “Putá madre, si vivíamos bien. ¿Por qué nos indultan a esta gente que en los setenta había desordenado nuestro paraíso?”. Reacciones primarias y de alguna forma conservadoras —no nos hagan más difíciles las cosas, dejen todo como estaba— o en todo caso, restauradoras. ¿Restauración? Puede que eso sean los movimientos vecinales en Argentina: retoquen, restauren, revoquen. Los cimientos no preocupan demasiado. Reforma quizá. Revolución jamás.

Está la puerquita entreabierta para otras posibilidades, otras esperanzas. Si del aprendizaje democrático, en la gente y en los medios, ya estamos en la etapa de la impunidad opinadora, puede que los discursos se vayan haciendo otros, más densos, más lúcidos, más ricos. Mientras tanto, el principal cuestionado, el sistema, mira a cámaras, bosteza, dice “Okey, estoy en manos de la justicia” y zafa. Ya se encargará la justicia de tirar la cosa para adelante, ser comprada, o dictar pequeños sobreseimientos provisorios.

Continuando la dudosa metáfora jurídica, es cierto que caben las apelaciones a esos sobreseimientos (ahora mismo vienen las elecciones) y que en algún momento debería mediar la Corte Suprema (el equipo de nueve que inventó el menemismo). En el camino hacia vaya a saber qué caben distintas lecturas de lo que va pasando.

Clarín, tras obtener el golpe periodístico con las declaraciones de Luque y dedicar hasta seis páginas durante días al tema, remata su triunfo con el editorial cuyo discreto título es “La expulsión del diputado Luque”. Me muero por saber qué dirá el editorial de *Clarín* dice uno. Y dice, contiene expresiones como estas: “... beneficio de la salud colectiva”, “... valores permanentes que son grandes modeladores

de la conducta individual”, “... se torna urgentemente necesario que el ámbito institucional se depure para eliminar suspicacias y dudas”, “... la resolución [de Diputados] constituye un acto de decoro”... Dice también que entre Catamarca y Luque y la muerte de María Soledad hay “irregularidades”, “elementos inquietantes”, “situaciones circundantes”. Eh, viejo... usted me saca del contexto, dirá *Clarín*. Cierto: dicen también “drogas”, “corrupción”, “lenidad de ciertos funcionarios”. No hay menciones a los dichos de Luque sobre desaparecer gente o torturar testigos ni se dedica mayor esfuerzo a tratar de entender una historia capaz de generar Luques y Saadis.

Otro ámbito, otro medio. “Las palabras y las cosas” cuya nota editorial gira en torno del “país de Luque... y el país de María Soledad”.

Se puede ser Luque, Barrionuevo (lo mismo da) y tener aún las manos sucias de sangre, o de cocaína, o de dinero. Se puede ser torpe al punto de aceptar públicamente que hay tortura, o que la desaparición es la manera argentina de cometer el crimen perfecto. Y se puede ser artero y corrupto al sugerir que el diputado torpe estaba fuera de sí, y que debería tomarse un descanso... De muchas maneras se puede ser el asesino de María Soledad.

Tras la sutil diferencia entre *Clarín* y “Las palabras...” James Neilson en *Página/12*. Siempre en función de Luque, Neilson marca una suerte de malestar de la cultura entre los políticos y dice:

... es comprensible: la democracia suele convertir a personas antes mansas y “leales” en independientes insolentes que no manifiestan ningún respeto por sus dirigentes. Quieren saber todo, abrir todas las puertas, invadir los recintos más cerrados... Antes todo era distinto. Los políticos eran paladines de la civilidad en la eterna lucha contra los militares... Luque no es la primera víctima de esta democracia... La purga tomará mucho tiempo pero será muy difícil frenarla sin volver a la dictadura.

Interesting, Neilson, ya que, tomando apenas a los políticos —¿es un liberal?— plantea una visión optimista donde —otros— dirían “las luchas populares”... obligarían al zarpazo militar, burgués, imperialista.

Hay una conclusión segura, ya la sintetizó Susana Viau en *Página*: “El delito común operando como contraseña que una vez descifrada delata algo del total de la sociedad en que sucedió”.

¿Cuántas Soledades serán necesarias para descifrarlo todo? ¿Y después? Las contraseñas —hasta hoy— no indican ninguna salida en particular. Existen movimientos, avances, ademanes vagos para el gusto particular. Solo el tiempo explicará. Ánimo: sus conclusiones también serán provisionales.

LOS LÍMITES DE UN PROGRAMA CONSERVADOR

Enrique M. Martínez

La densa historia de la crisis argentina debería enseñarnos, al menos, que las simplificaciones son peligrosas. Especialmente desacertados resultan, en ese sentido, los apresurados encuadres del plan Cavallo como un ajuste más. Tampoco es un plan electoral, entendiendo por tal un conjunto de medidas que buscan un efecto positivo inmediato y se diluirán más adelante.

Este plan económico exige otra evaluación, que explicité sus supuestos, que identifique sus auténticos objetivos y que a partir de allí estime sus posibilidades de éxito, tanto en términos de la lógica interna del programa como de aquello que mi —nuestra— visión política pueda considerar un éxito.

Cualquier atajo, en este caso, no solo llevará a repetir cierto histérico rechazo, por reiterado ya ni siquiera escuchado, sino también a oscurecer el camino de salida, lo cual es mucho más grave.

LOS SUPUESTOS DEL PLAN

El diagnóstico hace centro en un contexto de inestabilidad permanente y por ello mismo aguda.

Sin ser el criterio enteramente explícito, se jerarquizan dos parámetros como la evidencia de la enfermedad: la tasa de inflación y el déficit fiscal. Teniendo en cuenta además que la primera depende del segundo, la eliminación del déficit fiscal se convierte en la cuestión clave.

Podríamos resumir los axiomas conceptuales del plan como sigue:

1. La estabilidad de precios es condición imprescindible. Para lograrla debe eliminarse toda expectativa de variación del precio relativo de las divisas extranjeras y deben equilibrarse las finanzas públicas.

2. Dada la muy prolongada historia de inestabilidad, el instrumento para anclar el dólar debe ser de máximo rigor. De ahí la idea de la convertibilidad fijada por ley.

3. Para equilibrar las finanzas públicas se debe actuar sobre los gastos y los ingresos de manera simultánea y en todos los frentes necesarios. A diferencia de los programas de ajuste anteriores, se deposita más confianza en la recaudación fruto de una mayor actividad que en la reducción de los egresos.

Por lo tanto, las medidas a aplicar son:

- Importante aumento inicial del salario del sector público.
- Moratoria previsional y fiscal, con simultáneo aumento del control de la evasión a futuro.
- Reducción de la tarea impositiva a sectores definidos a cambio de reducciones de precios que estimulen la demanda y por ende la recaudación impositiva.
- Generalización de las privatizaciones, con ingreso de lo recaudado a Rentas Generales.

- Continuación de los programas de reducción de la Administración Central.

4. Luego de alcanzar la estabilidad se debe concretar un proceso de incorporación plena a la economía mundial. En este plan el programa se hace más impreciso, pero en todo caso se toman algunas iniciativas de gran envergadura. A saber:

- Apertura económica generalizada. Este es el instrumento visualizado como regulador de la competencia interna, a través de tener como referente permanente los precios internacionales más un margen de protección igual al flete desde origen y un porcentaje variable entre el 0% y el 22% según el grado de industrialización del bien.

El programa de apertura es agresivo, llegando incluso a la eliminación de derechos específicos como los que protegían al sector automotriz, textil o electrónico.

- Institucionalización del crédito en dólares y presión a la baja de las tasas de interés hasta niveles internacionales.

- Agilización del trámite de aprobación de una ley de flexibilización de empleo que disminuya los costos empresarios para incorporar personal.

- Promoción impositiva para que las empresas coticen en Bolsa, fortaleciendo de tal modo un mercado de capitales.

LAS CONDICIONES DEL ÉXITO

Ante todo, definamos qué sería el éxito. Según la lógica interna del programa, consistirá en reducir la inflación a valores internacionales de manera estable e iniciar una secuencia que revierta la caída de la inversión de la última década.

Hay dos tipos de obstáculos a evaluar: los técnicos y los políticos.

La primera gran incógnita técnica —especialmente agigantada por el éxito liberal que ha significado instalar este tema en el seno de la sociedad— es la posibilidad cierta de eliminar el déficit fiscal.

Como resulta claro, la ley de Convertibilidad impide emitir, salvo como contrapartida de las reservas que se comprenden, lo cual obliga a eliminar la emisión como forma de financiar desequilibrios. Pero a este tema se le ha asignado una rigidez que no tiene.

El equipo económico cuenta con las siguientes herramientas coyunturales a la mano:

– Las reservas que garantizan la convertibilidad son divisas, oro y Bonex. Se dispone de un excedente de Bonex (aproximadamente 800 millones de dólares), que pueden ir afectándose a las reservas si se necesita emitir.

– La brusca desaparición de la presión especulativa sobre el dólar genera una gran disponibilidad de australes que, mientras se reconstruye el crédito privado o la inversión, pueden ser tomados como Letras de Tesorería. Este posible financiamiento al Estado que se creía imposible luego de los incumplimientos reiterados y del plan Bonex de comienzos de 1990, reaparecerá rápidamente ante la falta de opciones.

– En algunos meses se contará con créditos del FMI o similares, a partir de un contexto de los organismos multinacionales claramente favorables al plan.

Es cierto que en el largo plazo la única solución válida de este tema es el autofinanciamiento del sector público. También es cierto que hay bolsones de ineficiencia en el orden nacional y en algunos ámbitos provinciales, que no han podido ser compensados con la violenta caída salarial, extendida a los jubilados, ni con el total deterioro de la prestación de servicios absolutamente esenciales.

Sin embargo, cualquier análisis puede mostrar que la magnitud del déficit es mucho menor que la evasión fiscal. Por lo tanto, en esencia, la objeción técnica se convierte en política. Si existe la decisión concreta de acotar la evasión fiscal, incluso podría reducirse la presión impositiva. La intención de recorrer este camino, por otra parte, es sustancialmente más fácil de concretar con una estructura impositiva en que los gravámenes directos prácticamente no tienen relevancia. Como el plan no apunta a cambios —al menos presentes— en este perfil regresivo, puede atacar una mayor recaudación de impuestos indirectos —fundamentalmente IVA— con probabilidades de éxito.

Formulando un pronóstico, es enteramente posible imaginar un esquema de ingresos y egresos equilibrado o aun superavitario, sobre la base de una fuerte presión de impuestos indirectos —que se recauden—, balanceada por una lentísima o nula recuperación del atraso salarial del sector público y los jubilados. El plan implícitamente supone que este esquema es políticamente viable, y a mi juicio no se equivoca, en las condiciones de la Argentina actual.

OTRA OBJECCIÓN: EL DÓLAR A ₳10.000 NO PERMITE COMPETITIVIDAD INTERNACIONAL

Caben dos posibilidades para este argumento: verdadero o falso. Y si es verdadero no tiene solución por vía de la devaluación.

Quiero decir que la realidad se ha encargado de mostrar en estos años que la adaptación generalizada a las devaluaciones produce una modificación cuasi instantánea de todos los precios relativos a excepción de los salarios. Si el valor de la paridad inicial hubiera sido aumentado bruscamente se habría producido una

correlativa estampida de precios, abaratando los salarios en dólares. Esto es lo que en realidad reclaman quienes postulan una paridad mayor.

Esto no solo es inequitativo y contradictorio con los intentos de apoyarse en una reactivación que auspicia el plan. Además muestra, en la base de la polémica, la tendencia generalizada del empresariado a apoyar su competitividad en el bajo salario como recurso central. Esta cuestión, de suma importancia, será analizada más adelante.

OTRA OBJECCIÓN: SI SE REACTIVA LA DEMANDA, LA CAPACIDAD LOCAL PARA ATENDERLA SE SATURARÁ RÁPIDAMENTE

Entre los analistas económicos se ha creado el “mito de la capacidad ociosa”.

Obviamente, cuando hay una recesión se genera capacidad ociosa, que puede ser reocupada ágilmente en caso de una reactivación. Aquí se tiende a suponer que una recesión profunda y prolongada como la argentina provoca una gran capacidad ociosa. Es un error. El potencial productivo de una empresa depende de sus máquinas y de la gente que trabaja en ella. Cuando la recesión es muy extendida en el tiempo, suceden dos cosas que no se dan en las crisis breves:

a) Cierran empresas, con lo cual se pierde toda la capacidad humana y casi toda la maquinaria, que se dispersa, chatarra o simplemente se inutiliza sin posibilidad de recuperación.

b) Las empresas que subsisten reducen sus planteles, con lo cual la maquinaria está pero la gente no.

En conjunto, estos hechos obligan a una definición más sofisticada de lo ocioso, sin imaginar márgenes generosamente reutilizables en plazos cortos. Por lo tanto, la objeción es correcta y puede darse la paradójica situación que una pequeña recuperación provoque exceso de demanda en varios sectores, con un efecto inflacionario al cual están acostumbrados los empresarios argentinos cuando trabajan a pleno.

La insistencia en la ley de flexibilización de empleo se inscribe en este contexto para incentivar la mayor ocupación a pesar de cierta incertidumbre hacia el futuro mediano.

LA ÚLTIMA OBJECCIÓN TÉCNICA SIGNIFICATIVA: LA INFRAESTRUCTURA SE HA DETERIORADO AL RITMO DE LA CRISIS Y NO PUEDE ATENDER UNA MAYOR PRODUCCIÓN

Esto también es cierto y muestra, tal vez como ningún otro argumento, el carácter estructural de la crisis y la imposibilidad de emergencia sin una visión clara de todas las cuestiones, no solo las monetarias.

El sistema energético, el transporte vial, fluvial y ferroviario, la red de suministro de agua o de gas industriales, no soportan comparación con un requerimiento

expansivo mínimo. La falta de mantenimiento y el atraso de todos los programas de inversión son de gran magnitud y requieren montos y equipos de trabajo para recuperarse, que en casi ningún caso están disponibles.

LAS OBJECIONES POLÍTICAS

Hay en este campo un primer comentario, de generalizada popularidad: el descrédito político del gobierno arrastrará el programa.

Se trata de una situación paradójal en el país de las paradojas. Los fusibles de todos los gobiernos que tengamos memoria han sido los ministros de Economía. Hoy, por el contrario, la homogénea ineptitud de un gobierno desconcertado, corrompido y hasta propenso a la genuflexión internacional se ve disturbada por un equipo y un programa que, se compartan o no, son interlocutores válidos.

Para evaluar las consecuencias de esto es relevante sumar inmediatamente tener en cuenta que el descrédito político es mucho más amplio que el de un grupo o partido. Abarca a la tarea en sí misma. El penoso descubrimiento del plebiscito constitucional en la provincia de Buenos Aires es un antecedente reiterado en cada encuesta e incentivado cotidianamente por la nueva dimensión política que ha llegado para quedarse: el profesionalismo.

El hombre no ocupado en política ya no puede dejar de advertir que los candidatos aspiran a vivir de su cargo. Esto establece dos fenómenos:

a) La necesidad de forjar una carrera con ocupación permanente y en lo posible ascenso jerárquico sistemático.

b) El uso múltiple del poder —legal e ilegal— para concretar esa meta económica (vivir de).

A mi criterio esta situación, característica de una crisis terminal, lleva a superponer un desasosiego base con una ansiedad permanente por identificar nuevos —algunos— referentes, en una aceptación tácita de su imprescindible existencia.

De ahí el cambalache. Bussi, Palito, Usandizaga, Bordón con imágenes positivas simultáneas son evidencia de confusión y no pueden ser explicados solo por realidades regionales diferenciadas. Sus valores son demasiado distintos entre sí. O debemos concluir que los tucumanos y los mendocinos viven en países distintos o mejor entendemos que hay una transición en la validación de los liderazgos.

En este exacto punto, parece posible ejecutar un experimento económico de envergadura en paralelo con el proceso de entera redefinición del para qué y el cómo de la actividad política.

La contrahecha figura de un presidente no creíble y no creído se convierte así en una anécdota —monstruosa, pero históricamente menor— de un período de insólita reafirmación de la democracia en el país. No sé si esto al fin y al cabo será malo. Si Menem cumple su mandato, cualquier golpe sería un absurdo.

OTRA OBJECCIÓN POLÍTICA: EN CASO QUE SE AFECTEN INTERESES DEL LOBBY FINANCIERO —UNA DE LAS NECESIDADES DEL PROGRAMA— EL PODER DESESTABILIZADOR DE ESTE ENTRARÁ EN ACCIÓN

Esta es en rigor una cuestión técnico-política. No existe evaluador, de cualquier origen, que no señale el sobredimensionamiento del aparato financiero, tanto para la dimensión actual de la economía como para cualquier tamaño posible del futuro mediano. Aun cuando las tasas que reciban los ahorristas sean internacionales, el crédito hoy es tan caro que impide cualquier actividad estacional y por supuesto financiar cualquier inversión.

Por lo tanto, la reestructuración en esta área es ineludible, si se quiere producir con mínima eficiencia.

Políticamente, quien debe actuar achicando el sector tiene un margen de maniobra limitado, en el contexto de este gobierno.

A la patria contratista se le ha brindado una salida no solo elegante sino también altamente rentable, al abrirle las puertas de las mejores empresas a privatizar.

Para la patria financiera, en cambio, el menú es más restringido. En consecuencia, no se puede reemplazar el actual beneficio especulativo por otro de igual tenor, compatible con el éxito de la propuesta.

Tal vez el único esquema con alguna probabilidad de eludir el conflicto sea el de quebrar la homogeneidad del sector seduciendo a la banca extranjera mediante el aumento del pago de la deuda externa: una profundización de su protagonismo en las privatizaciones (como en Entel o Aerolíneas Argentinas) y finalmente un aumento sustancial de su participación en el mercado de capitales futuro.

Pero si se quiere avanzar —reitero que es condición necesaria— no se podrá evitar la reacción de los desplazados en su eterna búsqueda de la plata dulce.

Tienen un diario —*Ámbito Financiero*— y sobre todo tienen a su favor la burda simplificación de la economía que fundamentó el asalto al Estado, de la cual Cavallo es uno de los cómplices. El déficit fiscal y el lenguaje monetarista son hoy el termómetro excluyente del plan por culpa de todos los involucrados (los hoy funcionarios incluidos).

SUPONGAMOS EL ÉXITO

Por un momento, admitamos que Cavallo y su gente logran el equilibrio fiscal: reducir la tasa de inflación a niveles internacionales, reconstruir el crédito y el mercado de capitales; comenzar a expandir ordenadamente la capacidad productiva y la infraestructura; neutralizar su flanco político interno y su flanco político externo.

En los términos de su propuesta habrán alcanzado el éxito. ¿En qué país viviríamos entonces?

Ante todo, en uno subordinado —más que alineado— a los Estados Unidos. Solo la adhesión incondicional al esquema de las democracias viables promovido desde Washington puede permitir identificar un aliado con la fuerza necesaria para apuntalar el esquema.

Ese sendero no solo requiere el voto contrario a Cuba en las Naciones Unidas. También exige perder todas las batallas con los sectores de punta del Norte. El proyecto Cóndor, el patentamiento farmacéutico o la derrota del sector informático brasileño son facetas de la misma cuestión.

El mundo como mercado único será inexorablemente una realidad y en él las formas de dependencia habrán mutado respecto de las que denunciábamos en la década del setenta. No habrá cambiado, sin embargo, su esencia cualitativa.

En esa Argentina, de prolija dependencia, ¿comenzará una recuperación de la inversión, acompañada de una mayor ocupación? ¿Por cuánto tiempo? ¿Habrá al menos un horizonte de una generación para crecer?

Depende. Depende de la posibilidad de integrarse al mundo en una economía abierta, con intercambio comercial al menos equilibrado y en esos términos brindar ocupación plena a la población.

Esta es la condición necesaria para la vigencia prolongada del esquema Cavallo y para imaginar alguna mayor felicidad colectiva. No es, sin embargo, una consecuencia natural de las medidas en aplicación.

¿Por qué? Porque para poder integrarse se requiere un sistema productivo eficiente, lo cual quiere decir de productividad internacional.

Sería insuficiente imaginar ese sistema montado sobre la transformación primaria de los generosos recursos naturales argentinos, como el agro, el gas y el petróleo. Para hacer eficiente el conjunto de la industria y los servicios, se necesita modernizar la tecnología global.

Esta modernización reclama mucho más que la incorporación de nuevos equipos y maquinarias. *Hoy, en este mundo*, se requiere cambiar los métodos; esto es: contar con la participación activa y creativa de toda una comunidad de trabajo.

La integración es incompatible con el retroceso del salario real o con salarios bajos; o más básico aún: con el sistema de valores vigente en la empresa argentina para la relación patronal-obrera.

Es en esta cuestión crucial que el programa muestra una debilidad de análisis sustancial y su naturaleza conservadora insalvable.

La herramienta central que el programa utiliza para promover la eficiencia es la apertura. Se supone que cada unidad se irá readecuando estimulada por la competencia externa. Sin embargo el pronóstico que puede formularse sobre la forma de adaptación de cada empresario muestra dos caminos prioritarios:

- a) Convertirse en importador de los bienes hasta ayer producidos.
- b) Presionar aún más —si cabe— sobre los salarios como instrumento primordial de control de costos.

El caso Acindar es paradigmático. Esta empresa produce palanquilla —una materia prima de uso difundido en el sector siderúrgico— y luego con ella elabora hierro para la construcción, alambre y toda una gama de productos. Originalmente —hace 25 años— le compraba la palanquilla a SOMISA y con ella hacía todo el resto del proceso. Luego de recibir inmensos subsidios de precios de la empresa estatal, se integró verticalmente en base a regímenes de desgravación impositiva, consiguiendo así un monopolio virtual en el sector y de paso creándole a SOMISA una capacidad ociosa que es en buena medida causa de sus pérdidas actuales.

Hoy, frente a la integración con Brasil, se hace evidente que el costo de su palanquilla no puede competir con el de la siderurgia brasileña montada sobre los yacimientos de hierro más grandes y baratos del mundo. Ante el problema —real— se actúa de acuerdo con la tradición propia y del empresariado vernáculo: intenta reducir secciones y ordenar métodos, apropiándose de todo el beneficio del cambio. No importa que haya enfrente un sindicato inteligente y dispuesto a entender y estudiar la naturaleza profunda de la cuestión. Tal vez —aventuro— ese mismo hecho sirve para elegir el camino de siempre. Se prefiere el conflicto al riesgo de compartir las decisiones.

La reconversión de Acindar, de todo el sector siderúrgico, de la industria textil, de la industria automotriz, la construcción de una agroindustria verdaderamente competitiva, exigen una verdadera movilización social de amplio espectro. Esto requiere consenso de los involucrados, a partir de percibir qué beneficio concreto obtendrán del cambio y ni aquí ni en ningún otro lado eso se ha concretado a partir de las “ciegas fuerzas del mercado”.

Solo es posible construir ese consenso a partir de un cambio profundo en la concepción política básica del país. La democracia auténtica, la del respeto por la suerte de cada uno de los compatriotas, es sinónimo de la idea de empresa como comunidad, donde el futuro de todos los participantes queda vinculado. Forma también parte de ella un Estado técnicamente dotado, conductor de la transformación, como receptor genuino y canalizador del conflicto social.

Nada —o muy poco— tiene que ver la situación actual con este marco.

El gobierno actúa autocráticamente en el plano político; su equipo económico accedió a la gestión a fuerza de los codos bien puestos de su vértice, intentando no tomar compromisos con ningún lobby —lo cual está bien— pero tampoco con ninguna idea política de expresión más o menos legítima, lo cual está muy mal. Por lo tanto, no puede extrañar que la construcción de un ámbito empresarial participativo, armónico, creativo y solo por eso competitivo no forme parte de ningún planteo urgente.

Al bajar del nivel global a la acción cotidiana, Cavallo refuerza día a día esa crisis de la sociedad en lo interno y subordinada en lo externo, que comparten el gobierno actual y los dueños del poder económico.

El desprecio por la opinión de los gobiernos provinciales, junto con el manotazo al medio aguinaldo y la incapacidad para canalizar el tema de los jubilados, deben ser confrontados a la decisión de aumentar los pagos por deuda externa o la muy generosa negociación con Iberia por la venta de Aerolíneas Argentinas. Ese paralelo no solo muestra la debilidad en las negociaciones externas. También identifica —a mi juicio mucho más grave— una escala de valores para la relación entre los compatriotas cuyo déficit es no solo ético. Impedirá, estoy seguro, las mínimas metas de crecimiento que Cavallo se pueda plantear.

EL PRONÓSTICO

Creo que el plan de Cavallo tiene una probabilidad no nula de alcanzar inicialmente las metas que se ha planteado.

Creo también que la transformación productiva necesaria para dar continuidad a la propuesta no se producirá automáticamente. Del mismo modo, no parece que el equipo gobernante advierta la necesidad de un cambio cualitativo en la filosofía empresarial.

Por lo tanto, nos veremos sometidos al rigor del axioma que señala que un país es tan rico como lo que es capaz de producir.

Mientras quienes pueden impulsar la producción no asuman —por sí o por presión social y política— el carácter comunitario del trabajo y de la distribución de sus frutos, no seremos capaces de producir lo necesario para todos. Para buscar una analogía, nuestro futuro no será el de Alemania del Este, que a cambio de cinco años de penurias —para nuestra historia parecen diez minutos— seguramente modernizará su estructura productiva en beneficio de todos los alemanes.

Más bien —sobre todo en un área de influencia norteamericana— nos espera un futuro a la mejicana o a la tailandesa. Eso quiere decir:

- Inflación baja con alta desocupación, que convoca a las empresas multinacionales ubicadas en sectores de alta densidad de mano de obra o de explotación de recursos naturales, con bajos salarios.

- Entierro sin pompas ni ceremonias de cualquier proyecto de desarrollo independiente.

- Resignación general ante el camino. Cuando atrás se dejó el abismo, cualquier páramo se parecerá al paraíso.

Después de todo, México, Tailandia, Filipinas, Grecia, Turquía, Portugal y varios más, jugarán con nosotros en el Primer Mundo “C”. ■

Colección Reediciones & Antologías

La revista *Unidos* tomaba su nombre de la conocida frase del general Perón que afirmaba que el año 2000 nos encontraría unidos o dominados. Propuso, durante todo el ciclo de la transición a la democracia en el país, articular los nuevos temas que traía consigo la salida de la dictadura y la apuesta por la construcción de una democracia liberal estable y duradera con los grandes motivos heredados de la tradición política del peronismo. *Unidos* encaró ese conjunto de tareas con el fuerte impulso de su primer director, Carlos “Chacho” Álvarez, y con las plumas de autores como Mario Wainfeld, Horacio González, Arturo Armada, Alcira Argumedo, entre muchos otros protagonistas de las discusiones de aquellos años.

La Biblioteca Nacional presenta esta antología de artículos con el ánimo de rescatar una expresión mayor de un tiempo aún cercano en la vida pública argentina, en que la política se discutía, en un sentido decisivo, en las grandes revistas de ensayo y opinión. Esa época parece haber pasado, quién sabe si acaso para siempre. Lo que no puede pasar es el tipo de compromiso lúcido, colectivo y público con la crítica de la realidad, con la revisión de los legados del pasado y con la impugnación de las miserias del mundo.



UNIDOS

ANTOLOGÍA

Tomo II:
Conversaciones



UNIDOS

ANTOLOGÍA

Tomo II:
Conversaciones

Compilación de
Eduardo Rinesi

Colección
Reediciones & Antologías. N° 46



Álvarez, Carlos Chacho

Unidos: antología / Carlos Chacho Álvarez ; Mario Wainfeld; Horacio González; compilación de Eduardo Rinesi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2023.

v. 2, 640 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN tomo II: 978-987-728-194-1

ISBN obra completa: 978-987-728-193-4

1. Democracia. 2. Peronismo. 3. Historia Política Argentina. I. Wainfeld, Mario. II. González, Horacio. III. Rinesi, Eduardo, comp. IV. Título.

CDD 320.82

COLECCIÓN REEDICIONES & ANTOLOGÍAS

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

Agradecemos a Guillermo Korn, Facundo Carman, Darío Pulfer y al Centro de Documentación e Información del Instituto Gino Germani por su colaboración en la edición de este volumen.

© 2023, Biblioteca Nacional
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gov.ar

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

DOCUMENTOS

- Escritos póstumos. Rodolfo Walsh y los Montoneros (primera parte) 11
Escritos póstumos. Rodolfo Walsh y los Montoneros (segunda parte) 19

DIÁLOGOS

- Democracia y cambio social. Carlos Altamirano, José Aricó,
Juan Carlos Portantiero, Alcira Argumedo, Nicolás Casullo,
Julio Bárbaro, Carlos “Chacho” Álvarez, Vicente Palermo
y José Pablo Feinmann 31
- El intelectual de los años ochenta. Ariel Bignami, Sergio Bufano,
Nicolás Casullo, Horacio González, Luis Gregorich
y Aníbal Ford 39

ENTREVISTAS

- El capitalismo es una flor frágil. Entrevista a Roberto Frenkel 53
- El agro y los dueños de la tierra. Entrevista a Horacio Giberti 61
- Un sindicalismo a la defensiva. Entrevista a Víctor De Gennaro 68
- No habrá conflictos, pero tampoco esperanzas. 74
Reportaje a Alfredo Eric Calcagno por Enrique Mario Martínez
- Jorge Taiana. ¿Histórico o militante? Entrevista de Mona Moncalvillo 81
- La verdad es la búsqueda. Diálogo con Julio Guillán 96
- Movimiento obrero y alfonsinismo. Entrevista con 101
Horacio Mugica y Armando Matarazzo
- Lo que el pueblo canta existe. Entrevista con Antonio Cafiero 107
- Del peronismo libertario a las nuevas revoluciones. 117
Jorge Rulli por Mona Moncalvillo
- Memorias e incertidumbres. Entrevista con Esteban Righi 132
por Mona Moncalvillo

Política y ficción: un entrevero argentino.	151
Entrevista con Ricardo Piglia	
Los linyeras, los lacanianos y las mañas del poder.	161
Entrevista con Alfredo Moffatt	
Hermanos Taviani. El cine de la Italia del sur.	171
Entrevista de Christian Kupchik	
La poética de Fito. Entrevista a Fito Páez por Horacio González	178
Los tiranosaurios mueren cuando cambia el clima.	189
Entrevista a Luis Moreno Ocampo por Mona Moncalvillo	
El simple arte de curar. Entrevista a Floreal Ferrara por Mona Moncalvillo	204
Interpelación en prosa a un evitista schumpeteriano.	220
Entrevista a Guido Di Tella por Hugo Chumbita y Mario Wainfeld	
Sobre la honorable profesión de hacer política y otras yerbas.	237
Entrevista a Eliseo Verón por Roberto Marafioti	
“Los movimientos sociales se demuestran andando”.	248
Entrevista a Ruth Cardoso por Oscar Landi	
Un ministro de película. Entrevista a Luis Brunati por Mona Moncalvillo	254
El compromiso de enseñar. Reportaje a Irma Parentella	263
Marcelo Diamand. ¿El último empresario nacional?	275
(Crítica y alternativa al liberalismo económico)	
Entrevista por Hugo Chumbita	
¿Qué te puedo preguntar? Entrevista a Alejandro Dolina por Mario Wainfeld	287
La gran respuesta es la organización. Entrevista a Cuauhtémoc Cárdenas por Alcira Argumedo, Arturo Armada y Mario Wainfeld	294
Reportaje a Rodolfo Terragno. Por Hugo Chumbita y Mario Wainfeld	306

CRÍTICA

La novela de Perón, por José Gaspar Adriano	323
La Argentina del siglo XXI, por Carlos Lagorio	327
Teoría social y salud, por Analía Glas	329
Ezeiza, por Víctor Pesce y Horacio González	331
Perón: entre la sangre y el tiempo, por Mario Wainfeld	336
Punto de Vista, por Horacio González	337

Los cuatro peronismos, por Mario Wainfeld	341
Punto de Vista, por Alcira Argumedo	344
La Ciudad Futura / En busca de la ideología perdida, por Horacio González	346
Dorrego: en la Comedia Nacional son más crueles que en Navarro, por Alberto Ure	352
Soldiers of ¿Who?, por Víctor Pesce	364
Nacionalismo y peronismo. ¿Quién le teme a Hernández Arregui?, por Horacio González	369
El enigma peronista, por Horacio González	373

UNIDAS

Las chicas de la “juventud maravillosa”, por Ana Lía Glas y Lidia Henales	379
Las mujeres en los barrios, por María del Carmen Feijoó	383
Discriminación laboral femenina, por Carmen Sara González	387

UNIDOS UNIVERSIDAD

Crisis universitaria y avance de la derecha, por Miguel Talento	403
La docencia hoy, por Norberto Ivancich	408

LOS LIBROS DE UNIDOS

La fe de los conversos (1992)	
¿Un plan económico o un modelo de país?, intervención de Claudio Lozano	415
Privatizaciones, intervención de Pablo Gerchunoff	422
Marco internacional, intervención de Carlos Abalo	429
Los que quedaron afuera (1993)	
Reseña del debate, por Arturo Armada	432
Los que pelean desde adentro (1994)	
Después de abril, intervención de Mario Wainfeld: “¿Qué vas a ser cuando seas grande?”	457
Después de abril, intervención de Eduardo Jozami: “Reflexiones desde el Frente Grande”	474
Política social y participación en nuestra democracia, por Arturo Armada	486

¿En el 2000 también? (1995)

- El triunfo menemista y lo que viene**, intervención de Mario Wainfeld: “Más de lo menemismo” 499
- El triunfo menemista y lo que viene**, intervención de Daniel Arroyo: “Para entender un fenómeno ya no tan novedoso” 512
- El triunfo menemista y lo que viene**, intervención de Juan José Giani: “Habitantes de un dilema” 520
- Propuestas para una Argentina más equitativa e igualitaria**, intervención de Daniel García Delgado: “La coyuntura sociopolítica y la cuestión de la equidad” 526

La santa alianza electoral (1997)

- Después del 26 de octubre. ¿Cuáles son las posibilidades de alianzas o acuerdos transversales?**, intervención de Mario Wainfeld 538
- La rearticulación de las fuerzas políticas argentinas**, intervención de Luis Alberto Quevedo: “El escenario político electoral 97 y las perspectivas para 1999” 546

Educación y empleo (1998)

- Seminario sobre empleo**, intervención de Pablo Gerchunoff: “El crecimiento sostenido como generador de empleo” 555
- Colaboración especial: “Educación y representación”**, por Adriana Puiggrós 560

TAPAS Y SUMARIOS

571

DOCUMENTOS

ESCRITOS PÓSTUMOS

RODOLFO WALSH Y LOS MONTONEROS (SEGUNDA PARTE)

Últimamente han vuelto a circular y a leerse con pasión los libros de testimonio y la obra literaria de Rodolfo Walsh. También se han difundido las distintas cartas públicas que canalizaron su inspiración en los últimos y aciagos años de su vida. Pero esta labor indispensable de rescate no se ha extendido a su acción y prosa estrictamente políticas, encuadradas en la organización Montoneros.

Los textos que a continuación se publican son informes que Walsh, como jefe de la inteligencia montonera, enviaba a sus jefes. Los reproducimos de la revista *Controversia*, editada en México por exiliados argentinos, quien los publicó en su número 4, de febrero de 1980.

De allí también tomamos el texto de la compañera del escritor, Lilia Walsh, que encuadra y describe la circunstancia en que los informes fueron redactados.

Creemos que es útil el debate y análisis sobre la experiencia montonera que parece insinuarse entre nosotros, al que se han sumado, entre otros, los libros de Pablo Giussani y Miguel Bonasso. En *Unidos* N° 2 publicamos un largo artículo de Mario Wainfeld y Norberto Ivancich sobre el tema.

Los escritos de Walsh —cuya primera parte publicamos hoy y que se completarán en el próximo número—, inéditos en la Argentina, son una contribución a ese debate.

RIGOR E INTELIGENCIA EN LA VIDA DE RODOLFO WALSH

Lilia Walsh

Rodolfo Walsh escribió estos documentos durante el año 1976; son aportes críticos, de alcance estratégico, vinculados con la línea seguida por la organización Montoneros; su propósito era modificar una política que, según él, llevaba al aniquilamiento.

En los años anteriores prácticamente no produjo documentos políticos porque se había entregado de lleno a una militancia que entendía debía ser rigurosa, sin tregua, dados los objetivos que se había fijado la organización político-militar a la que pertenecía. Es decir, el trabajo concreto, cotidiano, requirió de todos sus esfuerzos y tuvo que postergar los enfoques analíticos.

El rigor de ese momento se funda en su concepción de lo que debía ser un proyecto político-militar. Para él, ese proyecto no podía asentarse solo en la calidad

revolucionaria de sus ejecutores, sino fundamentalmente en una correcta comprensión de la fuerza del enemigo y en la elaboración de una estrategia política global.

Toda su actividad estuvo, por eso, dirigida a conocer la inteligencia del enemigo, su estrategia militar y política y, de una manera más abarcadora, su ideología, sus sistemas y las bases en que se asienta su poder. Un ejemplo, entre otros: a principios de 1975 salió en *Evita Montonera* una nota cuyo mensaje era que la “tortura es un combate que cada compañero puede vencer”. Rodolfo cuestionó esa posición considerándola totalmente idealista porque dejaba al compañero solo en una situación límite como era la tortura. Pensaba que la organización debía tener un funcionamiento interno perfectamente establecido, de modo que la seguridad del conjunto no cayera exclusivamente sobre la fortaleza moral o física del individuo.

En abril de 1976 escribió un documento titulado “Aporte a la hipótesis de guerra y al plan nacional de operaciones” en el que analizaba el proyecto de su organización. Ese análisis es después retomado en “Curso de la guerra en enero-junio de 1977 según la hipótesis enemiga”, escrito en enero de 1977. Este documento, que más abajo reproducimos, quedó inconcluso. Ahora bien, en el primero él ya había descrito con claridad la estrategia del enemigo para aniquilar a las organizaciones armadas. Había dibujado un mapa del país e, incluso, había marcado en él las prioridades operativas del enemigo. Fue tal la precisión y el rigor con que logró analizar el avance del enemigo que, cuando en enero de 1977 volvió sobre ese documento de 1976, era asombroso ver cómo había acertado en sus previsiones. Se indignó porque aquel primer documento no solo no había quedado en un cajón de su escritorio, sino que había sido elevado a sus responsables dentro de la organización, la cual no dio ninguna respuesta.

Si algo caracterizó a Rodolfo fue su coherencia. Integrado a un proyecto político-militar, trató permanentemente de hacer tomar conciencia al conjunto de sus compañeros sobre la racionalidad de la guerra, una lógica, si se quiere una ciencia, que no admitía improvisaciones. Por eso eligió trabajar en el aparato de inteligencia de la organización que él mismo creó y trató de imponer durante años, convencido de que sin la inteligencia no se gana ninguna guerra.

Era un intelectual estricto: si estaba comprometido en una lucha político-militar, se imponía estudiar y analizar el fenómeno de la guerra con un criterio científico; si en su trabajo de inteligencia tenía que ocuparse, por ejemplo, de los sistemas de comunicación propios o del enemigo, estudiaba radiotelefonía; si había que descifrar un texto en clave, aprendía criptografía.

Una vez descartada la posibilidad de triunfo a través del enfrentamiento militar, en él pasa a primer plano la necesidad de una producción política que, permitiendo evitar el aniquilamiento, corrigiera las concepciones que habían llevado a esa situación sin salida. Los aportes políticos —de los que transcribimos solo aquellos que lograron salvarse después de su secuestro—, los fragmentos de

diario que reproducimos, son algunas de las manifestaciones de esa línea. Como se desprende del encabezamiento de estos escritos, hay que mencionar que en gran parte fueron el fruto de la elaboración colectiva. Su tarea no fue solo impulsar y estimular el pensamiento crítico de sus compañeros, sino sintetizar las ideas de quienes lo rodearon, una tarea tal vez más difícil que la crítica individual.

Así como en su trabajo organizativo de inteligencia fue más allá de lo que sus compañeros tal vez estaban en condiciones de entender, lamentablemente sus críticas políticas no pudieron ser oídas: nada tenían en común con una interpretación maniquea de la realidad en la que esta aparece negada o distorsionada en beneficio de esquemas previos.

Ojalá que estos documentos —que por otra parte han sido ya dados a conocer— contribuyan a la consolidación de una mayor racionalidad en un proceso dramático en el que todavía nos debatimos.

En los momentos más difíciles, cuando el enemigo intensificaba sus propósitos de aniquilamiento, también se intensificaba en Rodolfo su empeño por encontrar una salida y una respuesta eficaz. El dolor exacerbaba en él el odio y, consecuentemente, la necesidad de una lucidez implacable: “Tendríamos que ser muy sabios para encontrar la salida correcta”, decía. Ante la derrota militar trata de encontrar en el repliegue el tiempo y el espacio propicios para la reflexión: “Tal vez haya que hallar otros medios, otras vías, otras concepciones que nos aseguren el triunfo”.

Sus propuestas de repliegue caen en el vacío. A comienzos de 1977, Rodolfo empieza a preparar su propio repliegue. Se trata para él de alejarse del “territorio cercado”, Buenos Aires, de recuperar su identidad y, con ello, toda su trayectoria personal, de hacerla valer como un arma. Durante años, como miembro de la organización Montoneros había sido un militante más. “Vuelvo a ser Rodolfo Walsh”, decía ahora. Su propio nombre, conocido en los medios intelectuales, habría de servirle en esta nueva etapa de denuncia del gobierno militar. La Carta a las FF. AA. del 24 de marzo de 1977 es el primer documento en el que reaparece su firma. Un hilo que había quedado suspendido en 1968, luego de *¿Quién mató a Rosendo?*, es recuperado. A tres años de la Carta, y de su secuestro, se puede sentir que ese hilo retomado era y es una línea tendida hacia el futuro.

Concebía su nueva forma de acción política como una producción totalizadora que abarcaba la denuncia, el testimonio, el análisis político o ideológico, el relato literario. Sus “cartas polémicas” —como las llamaba— tenían un objetivo: denunciar no solo la represión del poder o la política económica, sino todas las otras manifestaciones ideológicas del régimen militar.

Había elegido un estilo para esas cartas, el de la invectiva de los latinos. Por las tardes, en la última casa en que vivimos, solía oírse la voz de Rodolfo recitando, en un tono entre épico e irónico, los primeros versos de *La Eneida* y la primer invectiva de las *Catalinarias*. ¡Quousque tándem, Videla, abutere patientia nostra!

Escribía también sus memorias, que había organizado en tres temas: su relación con la literatura; su relación con la política; y un tercero que llamaba “Los caballos”. “Los caballos” eran el campo, la tierra, los amigos, la infancia, las mujeres, es decir la dimensión afectiva de su existencia. A su padre lo había matado un caballo. En un galope, el animal pisó una vizcachera, rodó y cayó sobre el padre. La madre y los hijos tuvieron que dejar el campo. Rodolfo tenía 18 años. Solo, para salvar el caballo de su padre, hizo un viaje de 200 km por el sur, desde su casa hasta el campo de un tío donde podía dejarlo. A caballo, en medio de la pampa, su viaje es el símbolo del final de una época.

Para hablar de su relación con la literatura, Rodolfo rescataba su primera experiencia como narrador. Cuando tenía 8 o 9 años, un verano, durante las vacaciones que pasaba con sus padres en el campo, la madre les leyó a él y a su hermano mayor *Los miserables* de Víctor Hugo. De regreso a su colegio en Buenos Aires —un internado irlandés—, cayó enfermo y lo mandaron por unos días a la enfermería. Allí, cada noche contaba a los otros chicos un capítulo de *Los Miserables*, las aventuras y desventuras de Jean Valjean. Toma conciencia entonces de la atención y de la expectativa que genera el relato en los demás.

Escribía constantemente. El 31 de diciembre de 1976 fue nuestro último fin de año juntos. Al terminar una partida de go, a las doce menos diez de la noche, él se sentó a escribir. Cuando se escucharon las sirenas del año nuevo, se levantó de la máquina. Me abrazó diciendo: “Así quería empezar este año, escribiendo contra estos hijos de puta”. Y lo que había escrito era una imagen triste y melancólica de Buenos Aires.

Su último cuento, del que no tengo copia, se llama “Juan se iba por el río”. Empezaba así: “Juan Antonio lo llamó su madre. Duda era su apellido, su mejor amigo, Ansina, y su mujer, Teresa”. Al final del cuento, Juan, que ha evocado su pasado, su historia y la historia de su país, sentado en un banquito frente al río, empieza a desprenderse de todo el pasado. Mira hacia la Colonia, del otro lado del río, a donde él quiere llegar. Una tarde, las aguas se retiran y el río se seca. Juan monta en su caballo y empieza a cruzarlo. Arriba, los pájaros vuelan en redondo sobre los peces muertos. Cuando en el horizonte se hacen cada vez más nítidas las casitas blancas de la Colonia, las aguas retornan; las patas del caballo empiezan a enterrarse en el fango; su tranco es chapoteo. El río crece oponiéndose cada vez más al avance del hombre y su caballo.

Ese final es para mí una parábola del final de Rodolfo. Él quería llegar a las lagunas del sur de la provincia de Buenos Aires, a esas tierras que recorrió con el caballo de su padre. Como Juan, quería despojarse, pero para alcanzar algo nuevo. Llegar al sur era para él salir del “territorio cercado”, triunfar sobre la muerte. El 25 de marzo de 1977 un grupo operativo de la Escuela de Mecánica de la Armada intentó secuestrarlo en una calle de Buenos Aires. Rodolfo resistió con su arma hasta morir. ■

APORTE A LA DISCUSIÓN DEL INFORME DEL CONSEJO

Rodolfo Walsh

Se hace referencia a los ítems numerados del informe. En aquellos que se saltan debe interpretarse que no han surgido aportes de interés. Algunas de las cuestiones que se plantean han surgido también en el ámbito de oficiales subordinados.

1.2.2. Situación de las fuerzas populares

Los elementos que se señalan no están numerados en orden de importancia. Debe empezarse por la situación de las masas, que es de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales.

Dentro de ese cuadro solamente sectores del peronismo sindical —Luz y Fuerza y Portuarios— han conseguido frenar el avance enemigo librando conflictos que terminaron en empate. La posibilidad de tal resultado está dada en ambos casos por la naturaleza crítica de la producción, que es permanente en el caso de los servicios eléctricos y estacional en el servicio portuario (próxima exportación de cosechas). En el caso de Luz y Fuerza debe computarse además la permanencia de una organización reivindicativa de calidad superior.

Los conflictos mecánicos y metalúrgicos carecen en cambio de esa perspectiva por no afectar producciones críticas en la coyuntura recesiva y deben terminar en derrotas a pesar de una superior calidad combativa de los cuadros.

Esto vuelve a poner sobre el tapete la primacía de la infraestructura básica de servicios y de los sectores obreros ligados a ella. Priorizar la industria textil o la administración pública como línea sindical me parece un error; en el primer caso porque al subconsumo recesivo debe corresponder un achicamiento de la industria, y la lucha se da entonces en terreno elegido por el enemigo, del mismo modo librar batalla en la administración —salvo sectores metalúrgicos— es allanar el campo a la ola de despidos que reclama un sector del régimen.

Se insiste, en suma, en la posición ya conocida de este sector del D-I, a saber que mientras dure el actual proceso de retirada la clase trabajadora solo podrá dar combate en sectores críticos delimitados, que son la producción de energía, la exportación de cereales y carnes, la producción y transporte de combustible, las telecomunicaciones, el sistema bancario y el sistema de computación de datos.

1.4. Situación militar

La descripción de la situación militar del enemigo es correcta, pero la nuestra es incompleta y en algunos pasajes inexacta. Por ejemplo cuando afirma que “nuestro ejército dio un salto cualitativo” (p. 5, línea 1) para reconocer enseguida que

“no hemos correspondido al salto de calidad dado por el enemigo” (p. 5, línea 6). Igualmente cuando dice que “hemos aumentado la movilidad” (p. 5).

La lectura del ámbito subordinado de este pasaje deja la impresión de que soslaya la real gravedad de nuestra situación militar y omite datos importantes para su comprensión, por ejemplo porcentajes de pérdidas, territorios evacuados, etc. En consecuencia, ha suscitado desconfianza y malestar.

2.2. Nuestra estrategia en el espacio

El punto principal de la autocrítica es, como dice el informe, “la insuficiencia de nuestra política de poder para las masas” y efectivamente ella se refleja, ante todo, en nuestra actitud frente al peronismo.

Mi opinión, compartida por el ámbito subordinado, es que se ha hecho un pronunciamiento prematuro sobre el agotamiento del peronismo y que de ese pronunciamiento derivaron decisiones de importancia capital que hoy están sometidas a prueba.

El punto crítico a partir del cual se decretó el agotamiento del peronismo fueron las movilizaciones obreras de julio de 1975 contra el “Rodrigazo”. Allí pareció efectivamente que la clase obrera, al combatir contra un gobierno peronista, firmaba el acta de defunción del movimiento peronista. Este análisis omitía dos cosas: una, que sectores de vanguardia de la clase obrera estaban dispuestos a rebozar el peronismo siempre y cuando se diera una dirección de avance contra un gobierno vacilante como el de Isabel Martínez, pero que dentro de esa misma dinámica, la clase trabajadora en conjunto, incluyendo las vanguardias, iba a retroceder hacia el peronismo cuando la marea se invirtiese por la presencia militar; otra, el peso efectivo que en tales movilizaciones tuvo la burocracia sindical peronista.

Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado y la dirección del peronismo se ha visto subrayada por el gorilismo del gobierno. En suma, las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonerismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas; y es merecer el calificativo de idealismo que a veces nos aplican hombres del pueblo. En síntesis, creo que el Partido debió, y aún debe replegarse él mismo hacia el peronismo y que la propuesta inversa no es una verdadera propuesta para las masas en esta etapa, aunque pueda llegar a serlo en otra, pero en ese caso ya no se trataría de un repliegue sino de un avance.

Otra línea de análisis que concurrió para decretar el agotamiento del peronismo es la que, también a priori, ha resuelto que en la Argentina asistimos a la “crisis definitiva del capitalismo”. Afirmaciones desmesuradas de este tipo proceden, a mi juicio, de una falta de formación histórica. El capitalismo en decenas de países ha sobrevivido a crisis más graves que la actual crisis argentina. Para dar un solo ejemplo, “la crisis definitiva” del capitalismo en Alemania debió enunciarse por primera vez en 1848, y aunque generaciones de revolucionarios reiteraron ese anuncio durante un siglo y cuarto, no se concretó ni siquiera en el período terrible —para los capitalistas— de 1919 a 1923, ni impidió que Alemania hoy sea el modelo de capitalismo.

Naturalmente si nosotros pensamos que la crisis del capitalismo es definitiva, no nos queda otra propuesta política que no sea el socialismo más o menos inmediato, acolchado en un período de transición, y esa propuesta contribuye a relegar el peronismo al museo. Todos desearíamos que fuera así, pero en la práctica sucede que nuestra teoría ha galopado kilómetros adelante de la realidad. Cuando eso ocurre, la vanguardia corre el riesgo de convertirse en patrulla perdida.

Creo que estos son los ejes de nuestra equivocada estrategia, y que en cambio son secundarias o derivadas de las contradicciones masas-aparato, interior-Buenos Aires, etc., ya que la resolución de las mismas es materia de ejecución, mientras que los ejes políticos que planteamos son materia de concepción.

Aun esas antinomias, si se tornan como subordinantes y no como subordinadas, encierran peligros considerables, y el mayor de ellos es omitir la singularidad de la configuración geográfica, histórica y social argentina, que es su núcleo urbano de 12 millones de habitantes y 60% de la población obrera, de la que necesariamente —a mi juicio— debe brotar también la singularidad de nuestro proceso revolucionario. Hecho que por ahora apuntamos sin perjuicio de intentar desarrollarlo por separado.

3.1.1. Objetivos políticos para la fuerza propia

Los objetivos que a mi juicio deberíamos perseguir, surgen de lo que se acaba de expresar y no coinciden con lo que sustenta el documento. Más precisamente, no creo en la factibilidad de construir el Movimiento Montonero a partir del peronismo en este momento ni creo que ese Movimiento vaya a ser otra cosa que una estructura más del Partido Montonero.

Entiendo que Montoneros debe seguir la dirección de retirada marcada por el pueblo, que es hacia el peronismo, y que la única propuesta aglutinante que podemos formular a las masas es la resistencia popular, cuya vanguardia en la clase trabajadora debe ser nuevamente la resistencia peronista, que Montoneros tiene méritos históricos para encabezar. Esta sí me parece una propuesta inteligible y aglutinante para las masas porque se funda en su experiencia concreta y en su percepción de la actual relación de fuerzas.

Esto no significa que el Partido vaya a renunciar a sus objetivos estratégicos, su propuesta intermedia de Movimiento Montonero, su propuesta final de poder socialista, su programa a largo plazo, en suma; significa poner la correcta distancia entre esos objetivos lejanos y la dura realidad actual, que no permite a las masas ni siquiera pensar el poder, sino resistir para sobrevivir.

3.2

Coincidiendo con el grueso de lo que se afirma de aquí en adelante, creo que de esas afirmaciones surge la necesidad de ser aún más radicales en las medidas que se proponen, y que, interpolando las reflexiones anteriores, yo formularía así:

a) Reconocer que las OPM han sufrido en 1976 una derrota militar que amenaza convertirse en exterminio, lo que privaría al pueblo no solo de toda perspectiva de poder socialista, sino de toda posibilidad de defensa inmediata ante la agresión de las clases dominantes.

b) Definir la etapa como retirada en el aspecto táctico, sin fijarles límites temporales. Definir el conjunto del pueblo y en particular al pueblo peronista como terreno donde verificarse la retirada.

c) Definir el peronismo y la clase trabajadora como sujeto principal de la resistencia, y a la resistencia montonera como parte de la resistencia popular.

d) Retirar del territorio nacional a la Conducción Estratégica y a las figuras “históricas” que, independientemente de sus actuales niveles o funciones, son, tanto para el enemigo como para el pueblo, la encarnación de Montoneros, de Juventud Peronista o del Peronismo Auténtico, para quitar al enemigo la posibilidad de infligirnos derrotas decisivas al capturarlos o matarlos.

e) Mantener la actual estructura de Partido, asignando a la Conducción Estratégica en el exilio la función de conducir la retirada y a la conducción táctica que permanezca en el país la función de conducir la resistencia.

f) Definir la seguridad individual y colectiva como criterio dominante en la resistencia y elegir la CT con arreglo a ese criterio, flexibilizando los criterios de nivel y acentuando los criterios de compartimentación, desconocimiento por el enemigo y resultados obtenidos hasta ahora en la preservación de las estructuras confiadas a su mando.

g) Ligar la resistencia en forma absoluta a la política de masas, privilegiando en primer término las estructuras militares defensivas (documentación, información, comunicaciones) y las estructuras políticas ofensivas (propaganda, agitación, prensa clandestina y descentralizada en lo interno, prensa internacional).

ESCRITOS PÓSTUMOS

RODOLFO WALSH Y LOS MONTONEROS (SEGUNDA PARTE)

En el número 5 de *Unidos* comenzamos la publicación de los informes que Rodolfo Walsh elevó a la conducción de Montoneros durante 1976 y 1977.

A continuación se transcribe la parte final de esos documentos.

APORTE A UNA HIPÓTESIS DE RESISTENCIA

Rodolfo Walsh

I. NATURALEZA DEL APORTE

Este trabajo se eleva para su discusión en el ámbito partidario. Es el complemento del “Aporte a la discusión del documento del Consejo” y al “Curso de la guerra enero-julio de 1977 según la hipótesis enemiga”. Recoge elementos de discusión surgidos en el ámbito propio y en el subordinado.

II. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA GUERRA Y LA RESISTENCIA

1. Marcha de la guerra

Se parte de la hipótesis de que la guerra en la forma en que la hemos planteado en 1975-1976 está perdida en la plano militar (ver “Curso...”, etc.) y que la derrota militar se corresponde en el plano político con el repliegue de las masas, que no asumen la guerra porque no vislumbran posibilidades de triunfo en la actual estrategia montonera (ver “Aporte a la discusión...”, etc.).

2. Posibilidad de la resistencia

El fin de la guerra no significa la desaparición de formas significativas de lucha salvo que previamente se haya producido el exterminio de la vanguardia conforme a la hipótesis enemiga para enero-junio de 1977. Si tal exterminio puede evitarse, será posible y hasta cierto punto conducir esas formas significativas de lucha configurando una etapa de resistencia capaz de prolongarse largo tiempo. Un centenar de

oficiales dispersos en el territorio, sin otro lazo orgánico que la unidad de doctrina, es suficiente para sostener la resistencia si se cuenta con recursos adecuados en dinero, documentación, propaganda y explosivos. Al analizar esta hipótesis el enemigo habría llegado a la conclusión de que puede tardar hasta dos años en liquidar la resistencia de estos “grupos chicos” si las circunstancias políticas le resultan favorables.

3. Objetivos de la resistencia

Lo que diferencia a la guerra de la resistencia es la respuesta a la pregunta sobre el poder. La guerra pone en la orden del día la conservación del poder que se dispone o la toma del poder que se carece.

La resistencia cuestiona los efectos inmediatos del orden social, incluso por la violencia, pero al interrogarse por el poder, responde negativamente porque no está en condiciones de apostar por él. El punto principal en su orden del día es la preservación de las fuerzas populares hasta que aparezca una nueva posibilidad de apostar al poder.

La obtención de ese objetivo de supervivencia está ligada a la desaceleración del enfrentamiento militar y a la aceleración del enfrentamiento político a partir del ingreso en el mismo de fuerzas actualmente espectadoras. En un momento como este la guerra ataca convulsivamente a las fuerzas sociales y políticas del desentimiento, sin que ella misma ofrezca posibilidades de triunfo en sus propios términos, o sea en términos militares. Al librarla recogemos solo sus desventajas.

Desatar las fuerzas abrumadoramente mayoritarias de la oposición, y aun las del desacuerdo en las filas enemigas, es imposible mientras persiste un estado de guerra que tiende a volverse unilateral y ejemplificador al revés: diez bajas propias por cada baja enemiga.

Ese objetivo se vuelve posible, en cambio, si el bando perdedor utiliza el “privilegio de la defensa”, que consiste en no dar batalla en ese terreno, sustraerse como blanco masivo al accionar enemigo, reclamar por la paz y aunque no lo consiga, demostrar que la responsabilidad de la guerra recae en el enemigo.

En este punto aparece la posibilidad y la legitimación de la resistencia; forma de guerra diluida que, sin fijarse plazos, puede arraigar en el pueblo si le propone formas de acción que estén a su alcance y aparezcan ligadas a su propia supervivencia.

La preservación de las fuerzas populares, incluidas su vanguardia y la liberación de las fuerzas sociales y políticas del desacuerdo a través de una perspectiva de paz, tiende en última instancia a impedir que el enemigo pueda convertir el triunfo militar en victoria política integral, modelando un tipo de sociedad estable fundado en la explotación.

III. TRANSICIÓN DE LA GUERRA A LA RESISTENCIA

El tránsito de la guerra a la resistencia, que debe asumirse como un retroceso cualitativo cuya alternativa es el exterminio, implica maniobras de gran complejidad, cuyos espacios políticos, organizativos y militares se tratarán de esbozar con el

desparejo nivel de procesamiento que permiten el tiempo disponible y las limitaciones personales, que incluyen un déficit de información interna.

1. La maniobra política

1.1. El ofrecimiento de paz

El pasaje a la resistencia debe ser precedido de un ofrecimiento de paz, que al mismo tiempo que reafirme los principios justos de la lucha liberadora, reconozca la derrota militar. Ese ofrecimiento debe girar alrededor de dos puntos mínimos:

- 1) Reconocimiento por ambas partes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y vigencia de sus principios bajo el control internacional.

- 2) Reconocimiento por ambas partes de que el futuro del país debe resolverse por vías democráticas.

El primer punto implica por parte del gobierno militar el cese de fusilamientos ilegales y torturas, la publicación de la nómina de detenidos, la vigencia del recurso de *habeas corpus* y el reestablecimiento de la opción para abandonar el país para los detenidos no procesados.

Para Montoneros implica el cese de toda acción militar antipersonal, y el uso de las armas solamente en defensa de la vida o la libertad.

1.1.1. Perspectiva del ofrecimiento de paz

La primera reacción del enemigo ante el ofrecimiento de paz será, seguramente, ignorarlo, pero no ocurrirá lo mismo con los partidos políticos, la Iglesia, capas medias, profesionales y empresarios y la opinión internacional. Si la propuesta es enérgicamente publicitaria bajo el lema “La paz es posible en 48 horas”, el gobierno militar puede verse obligado a responder formulando las condiciones inaceptables de rigor (rendición incondicional, etc.) que serán rechazadas en tanto no se cumpla con el punto 1 de la propuesta, etc.

Entretanto Montoneros cumplirá unilateralmente una tregua limitada (de treinta a sesenta días) durante la cual denunciará cada muerte que produzca el enemigo como una demostración de que es él quien lleva adelante la guerra.

1.2. Llamamiento a la resistencia

Ignorado o rechazado el ofrecimiento de paz, Montoneros se dirigirá al pueblo mediante un documento con los siguientes puntos:

- a) Durante siete años Montoneros ha encabezado la lucha del pueblo a un costo terrible de vidas, sufrimiento y heroísmo.

- b) Reiteradamente Montoneros ha ofrecido la paz a las FF. AA., como lo demuestran el Operativo Dorrego,¹ las relaciones sostenidas con los generales

1. Operativo conjunto de acción cívica entre los Montoneros y el Ejército argentino, desarrollado durante el gobierno de Cámpora.

Carcagno, Anaya y Dalla Tea, las conversaciones con el almirante Massera y las negociaciones con el general Harguindeguy tras la detención de Roberto Quieto.²

c) La paz ha sido de nuevo rechazada por las FF. AA. a pesar de que las condiciones de Montoneros eran mínimas: vigencia de los derechos humanos y de la voluntad popular.

d) Ello demuestra que las FF. AA. no persiguen solamente el exterminio de Montoneros sino la esclavización del pueblo y la supresión de toda forma política democrática.

e) En consecuencia, Montoneros convoca a la resistencia popular y explica en qué consiste.

2. El cambio organizativo

La organización para la resistencia difiere en aspectos sustanciales de la organización para la guerra. Esta última es centralizada, homogeneizada a través del funcionamiento partidario y dependiente de un aparato especializado. La organización de la resistencia se basa en grupos reducidos e independientes cuyo nexo principal es la unidad por la doctrina (a expensas de la unidad funcional) y que en función de una gran autonomía táctica rescatan hasta cierto punto la “integralidad” del cuadro individual.

2.1. Conducción estratégica y conducción táctica

La conducción estratégica es el Partido y conduce a la retirada desde posiciones que no están expuestas al azar del combate. La conducción táctica dirige la resistencia como maniobra principal en el terreno (ver “Aporte a la discusión...”, etc.).

2.2. Disolución de estructuras penetradas

Las estructuras penetradas (conocidas) por el enemigo deben disolverse obedeciendo al criterio de que una estructura tiene un plazo fijo de extinción (ver Curso de la guerra, etc.).

2.3. Reubicación de los cuadros

La reubicación de los cuadros en la etapa inicial de la resistencia obedece al principio de que la obligación central del cuadro penetrado es zafar de la penetración.

La reubicación del cuadro penetrado es requisito de su incorporación a la resistencia y solo debe considerársela efectiva cuando disponga de vivienda cerrada³ en una zona donde es desconocido, documentación aceptable y cobertura⁴ de trabajo.

2. Miembro de la conducción nacional de Montoneros, secuestrado en diciembre de 1976.

3. Compartimentada, “tabicada”, es decir desconocida por el resto de los miembros de la organización.

4. Trabajo real o justificación real para los cuadros profesionalizados.

El lugar de la reubicación debe ser elegido individualmente para mantener la compartimentación, dentro de zonas prefijadas por la CT del Área⁵ para mantener la posibilidad de políticas zonales de resistencia.

2.4. Reducción de estructuras zonales

La reubicación de cuadros debe ir acompañada de la reducción de las estructuras zonales. La conducción zonal puede quedar reducida a tres miembros: el responsable zonal (oficial mayor), un secretario político y un secretario militar (oficiales primeros).

El módulo de tres se reproduce hacia abajo a nivel de partido y de pueblo o barrio. La reducción numérica debe ir acompañada de una reducción en el funcionamiento con un máximo de una reunión mensual por ámbito a nivel de pelotón y una reunión trimestral a nivel de conducción de zona.

Los cuadros “regenerados” tras un período de reubicación se incorporarán localmente a la resistencia por métodos de reunión preestablecidos.

Ninguna estructura llevará constancias escritas de su funcionamiento, presupuesto, etc. y se fijan topes individuales y colectivos de descompartimentación que al ser superados impliquen la disolución del ámbito, la reubicación de los cuadros y su posterior regeneración.

2.5. Reducción del Área Federal

Las secretarías del Área pueden reducirse a tres: Secretaría General (incluye Prensa), Internacional y Conducción Táctica. Las dos primeras funcionarán en el extranjero.

Los servicios del Área se disolverán y su personal y recursos se distribuirán en las resistencias zonales.

La excepción es el servicio de documentación que debe considerarse prioritario ya que de él dependen la reubicación de los cuadros penetrados y la regeneración constante de la resistencia. Por lo tanto debe reforzarse allí donde existe, crearse en las zonas en que no existe, y organizar un servicio central de documentación en el extranjero.

El servicio de finanzas debe asegurar la autonomía táctica de las zonas de resistencia distribuyendo los recursos con gran anticipación y por períodos prolongados (mínimo de seis meses). El esfuerzo prioritario debe ponerse en la reubicación de los cuadros.

La prensa debe descentralizarse a nivel de pelotón de resistencia, conservando a nivel de la conducción táctica *El Montonero* y a nivel de Secretaría General la Agencia Clandestina y eventualmente un órgano doctrinario editado en el extranjero.

El Departamento de Producción debe reestructurarse en función de la resistencia abandonando la fabricación de armas de guerra y fabricando y enseñando a fabricar explosivos, caños caseros⁶ y bombas incendiarias.

5. Conducción Táctica del Área.

6. Bombas de fabricación artesanal.

3. Los métodos de acción

Las líneas de acción de la resistencia son conocidas por el Partido y por el pueblo. Están admirablemente teorizadas en la *Correspondencia Perón-Cooke*, a la que nos remitimos.

La línea militar de la resistencia se sintetiza en los siguientes principios:

—Ninguna acción militar que no esté ligada en forma directa inconfundible con un interés inmediato de las masas.

—Ninguna acción militar indiscriminada que impida hacer política en el seno del enemigo o nos quite la bandera fundamental de los Derechos Humanos.

—Énfasis sobre el ataque a la estructura productiva y abandono del terror individual que “desorganiza más a las propias fuerzas que a las del enemigo” (Lenin). El atentado antipersonal debe ser un recurso excepcional resuelto en juicio, cuya comprensión popular exige un despliegue de propaganda muy superior al esfuerzo del atentado mismo.

—Énfasis sobre “los millares de pequeñas victorias” más que sobre las operaciones espectaculares en que se fundamentan las grandes represalias.

—Propaganda infatigable por medios artesanales. Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el FAL⁷ y la Energa,⁸ las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño.

2 de enero de 1977

CURSO DE LA GUERRA EN ENERO-JUNIO DE 1977 SEGÚN LA HIPÓTESIS ENEMIGA

1. Origen

Este trabajo ha sido redactado por JS, previa discusión con sus dos oficiales, desaparecidos en diciembre. Se funda en información disponible tanto en el Sector como en el Departamento.

2. Situación militar a fines de 1976

La situación militar en diciembre de 1976 coincide, en términos generales, con las previsiones que hizo el Sector el 12 de abril en un papel titulado “Aporte a la hipótesis de guerra y al plan nacional de operaciones”, y está reflejada en el mapa N° 3 de ese aporte.

7. Fusil automático liviano, de dotación regular en el Ejército argentino.

8. Granada de fusil.

Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su plan de operaciones y pasó a la Fase 3 con varios meses de anticipación sobre lo que él mismo preveía.

Las correcciones que habría que hacer al mapa 3 son pocas y todas favorables al enemigo. Córdoba ha dejado de existir incluso como foco aislado. El enemigo irrumpió en Zona Paraná rompiendo la continuidad del eje Rosario-La Plata, Zona Norte y La Plata están sometidas a un cerco creciente.

En definitiva el enemigo ha resuelto en 1976 el aspecto territorial de su guerra y encara en 1977 la liquidación del aparato partidario.

3. Objetivo de la Fase 3, enero-junio 1977

El plan de operaciones enemigo en este período apunta a los siguientes objetivos:

- a) Destrucción de las Conducciones nacionales del Partido (CN y Secretaría Nacional).
- b) Destrucción de los aparatos federales de finanzas, documentación, información y logística.
- c) Eventual destrucción de los secretariados zonales de Buenos Aires y Rosario.

El sector estima que el enemigo cuenta con suficiente inteligencia acumulada sobre la fuerza propia como para alcanzar sus objetivos en proporciones que oscilan entre el 60 y el 90%, sin que deba descartarse un acortamiento del plazo que analiza.

4. Descripción de la inteligencia enemiga

El rasgo principal de la inteligencia enemiga es el análisis estructural. Lo determinante es el conocimiento de nuestra estructura en sus aspectos políticos, organizativo espacial, temporal y relacional, partiendo del supuesto de que conociendo los objetivos que persigue el adversario, virtudes y debilidades de sus cuadros, cadena de mandos, asentamiento zonal, funcionamiento y comunicación, se sabe lo necesario para destruirlo si se cuenta con superioridad de fuego y movimiento.

Dentro de esta concepción, la tortura, la delación y la formación de agentes conversos deben calificarse como procedimientos o técnicas de búsqueda, y no confundirse con el método principal. La cita cantada y la casa que cae son “accidentes lógicos” que derivan naturalmente del análisis estructural y en progresión geométrica con la inteligencia acumulada.

(Inconcluso)

2 de enero de 1977

CUADRO DE SITUACIÓN DEL ENEMIGO MILITAR A COMIENZOS DE 1977

1. Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su plan de Operaciones, pasó a la Fase 3 y se apresta en 1977 a realizar la Fase 4 que denomina de exterminio.

2. En el último trimestre de 1976 el número de muertos en el campo popular osciló entre 200 y 300 por mes.

3. Tras el aniquilamiento de la conducción del ERP en julio, el enemigo concentró su esfuerzo en Montoneros. A partir de fines de septiembre logró la destrucción de su Secretaría Política Nacional, conducciones zonales de La Plata y Norte, y muerte de un miembro de la CN. Asestó fuertes golpes a las conducciones zonales de Sur, Oeste, Capital y estructuras de Prensa e Informaciones de AF.⁹ En el mismo período se produjo la caída de numerosos oficiales, aspirantes y soldados.¹⁰

4. La inteligencia enemiga ha avanzado hacia un tipo de análisis estructural que le permitirá en grado creciente la búsqueda de estructuras prioritarias de conducción o del aparato federal.

El conocimiento de la propia estructura le permite la selectividad de los blancos y el volumen de caídas y confesiones obtenidas por tortura facilita una renovación constante del ciclo de inteligencia.

5. El presupuesto de guerra, superior a los mil millones de dólares anuales, es el más alto de la historia. La PPBA¹¹ ha sido reequipada mejorando notablemente en movilidad y armamento. La PF¹² ha dado un salto cualitativo en su sistema de comunicaciones con la incorporación del sistema DIGICON.¹³

6. El enemigo no experimenta carencia de personal y no ha necesitado apelar a reservas tácticas o estratégicas. Los planes de reclutamiento de PF se cumplen con anticipación.

7. La propaganda militar enemiga dispone de todos los medios de difusión, que utiliza para pregonar el aislamiento de la guerrilla y su próximo aniquilamiento, y para ocultar el fusilamiento de rehenes disfrazado como enfrentamiento.

8. La moral de combate enemiga se ve realzada por la certidumbre general de que el triunfo sobre la guerrilla está próximo.

9. La evaluación sintética de esos elementos es que la situación militar enemiga es la mejor desde que en febrero de 1975 las FF. AA. asumieron la

9. Área Federal, estructura centralizada dependiente de la conducción nacional.

10. Diferentes grados dentro de la estructuración jerárquica de la Organización Política Montoneros (OPM).

11. Policía de la provincia de Buenos Aires.

12. Policía Federal.

13. Sistema de computación de dígitos, utilizado por la Policía Federal como forma de control de la población a través de la documentación.

conducción directa de las operaciones. La aparición de contradicciones entre ellos gira sobre políticas a seguir después de la derrota de la guerrilla que sigue siendo el factor unificador.

10. Curso probable de acción enemiga, enero-junio 1977.

—El enemigo iniciará sin dificultades la Fase 4 de su plan de operaciones, lo que en términos generales significa una intensificación global de su ofensiva con vistas al triunfo antes de junio.

—En relación con la propia fuerza, el plan de operaciones enemigo apunta a la destrucción de las Conducciones Nacionales del Partido, aparatos federales de Finanzas, Informaciones, Logística y Documentación, y conducciones zonales del Área Sur y Rosario.

Esta estimación del Departamento de Información no coincide enteramente con el panorama militar del último documento del Consejo ni con la estimación de CN¹⁴ que llega a través de SN¹⁵ según la cual la ofensiva enemiga estaría llegando a su fin.

REFLEXIONES SOBRE LA SITUACIÓN PARTIDARIA

El objetivo de este trabajo es presentar algunos puntos de vista, no suficientemente sistematizados, sobre la etapa que vive nuestro Partido. Probablemente aparecerán en ellos algunas divergencias o por lo menos algunas dudas sobre la línea política y militar, e incluso sobre el método de análisis que la sustenta. Situarlas por escrito no debe entenderse como una forma de cuestionamiento, sino de diálogo interno.

Los métodos de análisis

La línea del Partido y los documentos que la expresan en los últimos dieciocho meses revelan, a mi juicio, una fuerte influencia del pensamiento maoísta en el aspecto político y de la doctrina de Clausewitz en el aspecto militar. Obviamente no se trata de cuestionar la utilidad de instrumentos que reposan en las experiencias fundamentales, sino de verlos como productos históricos. De esa visión surge la necesidad del propio producto histórico.

Establecida esta necesidad aparece lo que a mi juicio es la principal falencia del “pensamiento montonero”, que es un déficit de historicidad.

Este déficit no estaba en la mente de los compañeros que para darle un nombre a la organización acudieron a la historia argentina (y latinoamericana) que va de 1815 a 1870. Esa visión inicial, sin embargo, se agotó en sí misma. En los actuales documentos montoneros apenas figuran referencias de historia argentina anteriores a 1945, ni siquiera a los propios caudillos montoneros.

14. Conducción nacional de la OPM.

15. Secretariado nacional de la OPM.

Creo que en ese vacío histórico subyacen las “leyes” de la toma del poder en la Argentina y que esa determinación es más fuerte que las que surgen de cualquier otro producto histórico, ya que es la determinación espacial y temporal concreta que nos corresponde a nosotros.

Hay dos fallas del pensamiento de izquierda en las que recae, a mi juicio, el pensamiento montonero cuando analiza su problema central, que es la toma del poder. Una, privilegia las lecciones de la historia en que la clase obrera toma el poder y desdeña aquellas otras en que el poder es tomado por la aristocracia, por la burguesía. Ni Marx ni Lenin procedieron así. Ambos dieron a la toma del poder por otras clases un carácter ejemplar. La segunda falla deriva de la primera y remite al punto de partida, a saber, la historicidad de nuestro pensamiento. Puesto que las lecciones de historia en que la clase obrera toma el poder se dan solamente a partir de 1917 y solamente en otros países, ese es el nivel cero donde empieza nuestro análisis. Un oficial montonero, conoce, en general, cómo Lenin y Trotsky se adueñan de San Petersburgo en 1917, pero ignora cómo Martín Rodríguez y Rosas se apoderan de Buenos Aires en 1821.

La toma del poder en la Argentina debería ser, sin embargo, nuestro principal tema de estudio como lo fue de aquellas clases y de aquellos hombres que efectivamente lo tomaron. Perón desconocía a Marx y Lenin, pero conocía muy bien a Irigoyen, Roca y Rosas, cada uno de los cuales estudió a fondo a sus predecesores. ■

DIÁLOGOS

DEMOCRACIA Y CAMBIO SOCIAL

Mesa redonda

El tema de la democracia ocupa un lugar protagónico en la escena política argentina. Pero, ¿cómo inciden los valores democráticos en el cambio social? La articulación de lo democrático y lo social, ¿qué lugar reserva al tema de la dependencia? Estos y otros aspectos son discutidos en la mesa redonda que en la sede del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) reunió a un conjunto de intelectuales del área socialista —miembros directivos de *Punto de Vista*— y a otros del área peronista. Los primeros fueron Carlos Altamirano, José Aricó y Juan Carlos Portantiero. Los segundos Alcira Argumedo, Nicolás Casullo, Julio Bárbaro, Carlos “Chacho” Álvarez, Vicente Palermo y José Pablo Feinmann. Coordinó la mesa redonda Víctor Pesce.

VÍCTOR PESCE: —¿Es posible que la urgencia de la cuestión democrática en la Argentina pueda desplazar la cuestión nacional y la cuestión social? O en todo caso, ¿cómo se articulan estas últimas con la primera?

JUAN CARLOS PORTANTIERO: —Yo trataría de defender la especificidad de lo que llamamos democrático; en ese sentido, para entender en el curso de la conversación lo que yo digo, cuando digo democrático, me refiero al campo de las libertades civiles y políticas. Más allá de determinaciones de otros niveles, más allá de formas de distribución de la riqueza, del tipo de relación internacional, de mayor o menor autonomía, etc. Lo democrático se acota como lo que es: el terreno de la defensa de las libertades civiles y políticas, es decir una forma de regular la relación entre sociedad y Estado que resguarde las libertades civiles y políticas y el sometimiento del orden público a la ley. ¿Para qué me sirve esa precisión? Para salvar lo que a mí me interesa de fondo, que es la especificidad de ese campo, al menos analíticamente considerado. Claro, no como un pedazo de la realidad sino como dimensión de la realidad.

JOSÉ PABLO FEINMANN: —Lo que ocurre, pienso, es que ese campo políticamente considerado es muy difícil resguardarlo en su especificidad. Y a propósito, yo, antes de venir, releí un trabajo tuyo donde vos hablás de reglas constitutivas. Y yo me pregunto: ¿quién dicta las reglas constitutivas? Siempre hay un grupo o sector político que se constituye en dominante, un determinado grupo de poder que justamente

tiene el poder porque consigue imponer sus normas constitutivas como normas constitutivas de la sociedad. Entonces no veo cómo preservar la especificidad de lo democrático en sociedades como las nuestras.

PORTANTIERO: —Bueno, desde el punto de vista de dónde están las garantías de que se preserve la respuesta es más bien histórica que teórica. Evidentemente un sistema de libertades civiles y políticas requiere de ciertas afinidades con campos como el económico-social, la distribución de la riqueza o la preservación de la identidad nacional, digamos. Aparecen como condición necesaria quizá, pero de ninguna manera como necesaria y suficiente, en el sentido de que puede darse la situación de defensa de la autonomía nacional y de distribución equitativa de la riqueza y sin embargo con sistemas políticos dictatoriales y más aún que dictatoriales totalitarios, puesto que ni siquiera hay ahí rendijas para meter la oposición. Por eso lo que digo es más bien el alerta sobre la autonomía de una cuestión que como tal aparece irreductible a otras, no puede ser explicada por otras, pero esto significa reconocer también que en la dinámica histórica esta autonomía está realimentada por otra cantidad de cuestiones. Porque tampoco quisiera hacer reduccionismo a la inversa, ¿no?

JULIO BÁRBARO: —Vos decís que es necesaria y no suficiente. Acá hay un problema que también es nuestra historia. Nosotros como voluntad de transformación de la sociedad durante mucho tiempo creíamos que la democracia era el espacio opuesto a la posibilidad de realización de nuestros proyectos y entonces optamos por lo no democrático. Yo te diría que esto es simple, es un mero pragmatismo. Ergo, el acto de fe es el único espacio posible y es este. Lo que está superado como enfermedad nuestra es la agudización de la contradicción, porque agudizar significa apostar al poder del adversario. En otros lugares ocurrió al revés: agudizar dio el poder al campo nacional y popular y permitió transformaciones que aquí no son posibles. Entonces, yo creo que hoy el campo de la democracia, en el 85, es lo no discutido para las fuerzas progresistas de la Argentina.

JOSÉ “PANCHO” ARICÓ: —En tu razonamiento puedo encontrar dos cosas. Primero la definición de la cuestión democrática como una suerte de acto de fe y segundo, ese acto de fe está un tanto abonado por un elemento de realismo político. El realismo político nos enseña que si nosotros dejamos de lado este terreno de la democracia los que nos comen son los otros. Entonces, yo enfatizaría sobre lo primero, aunque en un plano de acceso de un movimiento revolucionario pudiéramos llegar a pensar que el terreno democrático es un terreno negativo. A mí me parece que no podemos concluir nunca que el terreno democrático es negativo porque lo que está en cuestión es el sentido de la transformación.

BÁRBARO: —Está bien, de acuerdo...

ARICÓ: —Digo: la aceptación del terreno democrático no como estratégico o virtual o circunstancial o táctico, sino como el elemento fundante de la

posibilidad de operar en la política en el sentido de la transformación. Y esto creo que no está instalado en la sociedad. Es como si la pobreza de la circunstancia actual nos hubiera llevado hoy a aceptar este terreno que mañana, si las cosas cambian, vamos a modificar.

Para nosotros, este grupo socialista, el terreno democrático es un principio fundante y tenemos que habérmola, a partir de que lo definimos como fundante, con la otra idea tan cara a los socialistas, pero no solamente a los socialistas, que es la idea de revolución.

Una vez dicho esto quiero explicar otras cuestiones: las tensiones de nuestro discurso. Por ejemplo, el énfasis que Portantiero pone en la cuestión del Estado de derecho, el pacto democrático fundante, es parte de un razonamiento que tiene ciertos interlocutores, son aquellos que niegan este elemento fundante. Por lo tanto en la tensión de su discurso es posible que lo que vos, Feinmann, estás planteando no quede absolutamente claro, y eso es lo que hace que nos hayan endilgado en una serie de revistas este mote de “nuevos demócratas”.

PORTANTIERO: —“Socialdemócratas”...

ARICÓ: —“Nuevos demócratas”, “socialdemócratas” ya éramos de antes. Porque se puede permitir que un demócrata pase al marxismo-leninismo pero del marxismo-leninismo a “nuevos demócratas” ya constituye un pecado... Entonces, esto es lo difícil, creo yo, de hacer entender a la sociedad moderna o a la sociedad argentina mejor dicho. Creo que es un debate complicado porque evidentemente aquí no hay un proceso de profundización, o de consolidación no solo de un Estado democrático sino de un Estado de derecho, si no hay un proceso de transformación. Proceso de transformación que está dictado, me parece, por dos necesidades: primero por el carácter de la crisis de la sociedad argentina y además, por el cuestionamiento que el sistema democrático soporta en el mundo actual, a partir de la configuración de un mundo que tiende a negar la permanencia y la profundización de un sistema democrático.

NICOLÁS CASULLO: —Yo creo que en lo que apunta Pancho tendríamos que plantear una cosa: hay como una tendencia a pensar que esta relación de cambio social y democracia, y en nuestra historia parece que se le hubiera dado mayor énfasis a la perspectiva de cambio social o cambio nacional secundarizando la cuestión democrática, se constituye en el descubrimiento de una mucho mayor autonomía de lo político. Pero habría que preguntarse hasta qué punto esta no puede ser una lectura que termine en perniciosa, en cuanto le damos a esta autonomía de lo político —que, parece, redescubrimos de la crisis de nuestro propio drama histórico— también una dimensión en cierto sentido mítica como antes se le daba a la cuestión de la resolución de lo social. Este me parece que es uno de los puntos más graves.

Creo que ciertos discursos, más allá de que representen nuestra nueva conciencia, obturan casi inevitablemente el problema que nosotros no tenemos resuelto, y acá viene como un momento de conciencia escéptica, que es el de una altísima

incapacidad de reestructurar las utopías y los planteos míticos que recorrieron la historia del cambio social desde todas las perspectivas. Caso contrario caeríamos en que tuvimos una historia completamente afásica respecto a cómo queríamos cambiar el mundo. Evidentemente el cambio social no es un problema de que antes lo pensábamos teóricamente y ahora no, es un problema, podríamos decir, de la realidad, de sus actores, de sus sujetos, de sus injusticias. Pienso que nos va a costar mucho volver a enlazar desde estas nuevas lecturas críticas estos dos planteos, donde lo político y lo social aparecen hoy en un desencuentro. Desencuentro que conlleva tensiones otra vez muy agudizadas, donde por ejemplo ustedes pasan a ser llamados “nuevos demócratas” por algunos como si estuvieran en una región absolutamente desconsideradora de los caros sujetos de antaño, y nosotros pasamos a ser una suerte de “socialdemócratas” en un movimiento que se ha caracterizado por planteos económico-sociales de grandes transformaciones.

CARLOS “CHACHO” ÁLVAREZ: —Pienso que el problema, traducido en clave política, tiene que ver con dos tradiciones: la radical, que dice en una solicitada “Democracia es Justicia Social”, involucrando, como dice Portantiero, a que el propio desarrollo de la democracia lleva inexorablemente al cambio social, y la tradición peronista cuya consigna actual, digamos, es que “Sin Justicia Social no hay Democracia”. Entonces, creo que el problema es sobre la gobernabilidad de la democracia, esta debería ser la discusión.

Nosotros creemos que no se puede reflexionar sobre la democracia desprovistos de todo el contexto histórico-social en que estamos inmersos. En ese sentido sigue estando presente la naturaleza de país dependiente y la reflexión sobre la democracia también tiene que ver con la actualidad de la dependencia nacional. Hay un dato crucial: la deuda externa.

Por otra parte, creo que en todas estas discusiones aparecen como absolutamente disociados el espacio de la reflexión y el espacio de la política. Creo que tenemos que incluir en la discusión a los sectores que se encuentran marginados actualmente de las bondades del sistema democrático. Si no, estamos trabajando nuevamente sobre una idea circular o de elite intelectual. Creo que la cuestión democrática la podemos empezar a tratar si la ligamos al terreno de la política, a las relaciones de poder, si no caemos en otra utopía que carece de sujetos plenos de sentido. Me pregunto: si el humilde no reconoce que con la democracia puede cambiar cuestiones vitales, entonces no hay diferencia entre la democracia de última y no digo la dictadura, pero no hay diferencia sustancial, no puede polemizar sobre el sistema, porque de alguna manera la vigencia o no de un sistema tiene que ver también con la resolución de sus problemas más inmediatos.

PORTANTIERO: —Yo te diría brevemente: hay una pregunta tramposa, no elaborada por ustedes, pero de la que ustedes no zafan, que crea dificultades a la discusión y es la siguiente: si la democracia no resuelve los problemas de la actualidad, es lo mismo con... etc. Es que este escenario democrático no constituye la

resolución de los problemas, sino que en todo caso este es el mejor escenario para organizarse, introducir las demandas de transformación, etc.

ARICÓ: —Yo agregaría que esa pregunta tramposa no es que solo la hayan elaborado ustedes sino que es una separación que existe en la sociedad. Esta sociedad argentina ve el problema así. Lo ve como por un lado instancias de garantías y derechos políticos que por otro son inconducentes a instancias de transformación que tienden a excluir los primeros. Esta es la experiencia histórica y este país se constituyó míticamente así. Así está planteado en la Plaza, así está planteado en los discursos, así está planteado en la forma de razonar. Esta es una trampa del lenguaje, un error, y es lógico que a esta confusión hayamos llegado después de todo lo que pasó.

El problema es cómo pugnar, cómo trabajar en el sentido de dar verosimilitud a un razonamiento, cómo operar sobre una sociedad para que este problema de instancias garantísticas e instancias de transformación no aparezca contrapuesto. Por eso yo tiendo a pensar que el hecho de que seamos un país dependiente sobreagrega un problema que existe en las sociedades modernas, por lo que colocar solamente el problema de nuestra dependencia como el elemento fundante me parece que es enfatizar desmedidamente una situación, no comprendiendo que el problema central está en la propia fisonomía del capitalismo moderno. La condición de dependencia sobreagrega, agudiza y tensiona, pero a veces de tal manera que desvía los discursos. Por ejemplo toda la discusión actual sobre el FMI es una discusión viciada, en el sentido de que se tiende a asignar a este problema la centralidad. Si logramos zafar del FMI está todo resuelto. Este razonamiento lleva a no profundizar otro tipo de problemas, por ejemplo: ¿qué significa en las condiciones argentinas un proceso de transformación en el marco democrático? Que no es solo el mantenimiento de un orden, porque nuestra sociedad no puede plantearse el mantenimiento de un orden que no existe, sino que tiene que ser la búsqueda de un nuevo orden.

CASULLO: —Yo me preguntaría hasta qué punto no estamos planteando el tema de la democracia dentro de los parámetros de una muy cuestionable modernización de la política que, precisamente, es una de las grandes armas o formas de resolver la crisis de parte de los dominios internacionales y su perspectiva de administración de la crisis. Por qué no pensar el problema desde un planteo tercero, alternativo a esta administración de la crisis, en términos democráticos pero que esconde un autoritarismo más profundo en las formas administrativas o en la forma del Estado de derecho.

VICENTE PALERMO: —Yo creo que todos los que estamos acá compartimos renuncias y descubrimientos, también compartimos la idea de que el discurso democrático pierde cierta verosimilitud si no se articula con la problemática de la transformación. Lo que no producimos, ni unos ni otros, es sentido común al respecto en el marco de una crisis de representación muy grande de los sectores

populares. Los sectores populares no están representados políticamente en este momento en la Argentina.

CARLOS ALTAMIRANO: —Yo quisiera tomar el asunto por otro lado. Es decir ver la temática democrática no en los términos que planteó Portantiero sino en su dimensión utópica. Pienso que la idea democrática contiene un elemento utópico que no se realiza en ninguna de sus institucionalizaciones. Se trata por lo tanto de una cuestión abierta. Y sus sucesivas institucionalizaciones no agotan nunca aquella utopía del autogobierno, que es el núcleo de la idea democrática. Una especie de espacio imaginario donde se aloja esta utopía que uno puede ver como una larga revolución, ante la idea de revolución como cambio súbito. Si uno inscribe esta utopía como un proceso largo, uno puede colocar la temática de la dependencia en el registro democrático frente a la asimetría de las relaciones internacionales. Por ejemplo al tema democrático de principio de siglo que era el de la ciudadanía plena, se han ido añadiendo otros: la temática feminista, los derechos humanos. Esta utopía de la desaparición de gobernantes y gobernados, que es una escisión, creo yo, insuperable pero que siempre está abierta en la manera de eliminar esa escisión con la idea de la sociedad que se gobierna a sí misma.

FEINMANN: —Desde el campo del peronismo el problema que nosotros tenemos en general, cuando hablamos con compañeros acerca de que no hay una oposición entre democracia y transformación, ahí, en ese momento, llegamos al centro del problema. Cuando a ustedes los acusan de “nuevos demócratas” o a nosotros de “social-demócratas” nos están acusando de evaporar las contradicciones.

Una de las cosas que no se han mencionado acá es la señalización del enemigo, que es algo bastante característico de una política. Generalmente un grupo político señala al enemigo, es decir aquel con el cual no puede crear un espacio de participación. Creo que democracia y cambio social plantean el problema de cómo eliminar o cómo categorizar las contradicciones, el pensamiento antagónico, cómo incluirlo en esta nueva concepción de la democracia que por su propio movimiento va eliminando la injusticia y todas las lacras que una sociedad viene arrastrando.

ALCIRA ARGUMEDO: —De todas maneras lo que me parece positivo y no defensivo es el hecho de que desde el campo de la transformación se vaya paulatinamente pasando desde una concepción de los sujetos de la transformación, en términos de ciertos elegidos, como es el partido de vanguardia etc., etc., a pensar en una forma de gobernabilidad que se traduce en un mayor respeto hacia los sectores populares a través de este concepto. Porque indudablemente la democracia entendida como gobernabilidad a través del consenso, supone decididamente una confrontación con los sujetos a los cuales se pretende representar y esto me parece un elemento superador en el camino de la transformación social. En ese sentido estaría de acuerdo con Altamirano, no así con Portantiero.

Creo que si uno hace una entrada por la historia a la cuestión de la democracia, encuentra ciertas pautas para repensar el problema de la dependencia. Una

pregunta posible sería entonces por qué la estabilidad democrática de los países centrales y por qué la carencia de estabilidad democrática en casi todo el Tercer Mundo. Yo creo que sacando a México con un millón de muertos después de la guerra civil, no debe haber otro país —habría que ver la India, tal vez— dentro de los países del Tercer Mundo donde haya habido estabilidad democrática. Hasta dónde esta asimetría internacional, de dependencia y de expoliación no genera, por un lado, en los países centrales una forma de articulación y de equilibrio y, por otro, dentro del Tercer Mundo genera en lo social articulaciones de carácter tan catastrófico que el recambio de estas relaciones de poder interno pasa necesariamente por una reformulación de esta dinámica externa. Por lo que yo creo que el problema de la dependencia sí tiene que ver con el problema de la democracia. Y además creo que hay que volver a la tesis del antagonismo, porque si uno se pone a ver entre lo que uno piensa junto con los que quieren la transformación y lo que quiere el proyecto neoconservador de Reagan hay antagonismo. El problema es cómo se resuelve el antagonismo y estas son las reglas del juego. La democracia puede ser propuesta desde el campo popular pero eso no quita reconocer antagonismos y que los antagonismos pueden poner otras reglas de juego.

ALTAMIRANO: —Ahora, cuando se plantea el problema de los antagonismos mi duda surge acá: ¿es posible traducir la cuestión posiciones democráticas igual campo popular? Porque pertenecen sin duda al campo popular desde el punto de vista de su base social, desde el punto de vista de lo que representan, de lo que expresan, y yo no diría que forman parte del campo democrático sino que más bien se sitúan en otro sitio antidemocrático.

El caso de Herminio Iglesias es un caso que yo no ubicaría, si lo defino sociológicamente, como perteneciente al campo de la oligarquía o como un caso de infiltración, concepto que en la Argentina se practica habitualmente, porque sería un esquematismo. Herminio Iglesias es un personaje que no puede entrar en el universo de la izquierda porque para la izquierda hay toda una serie de equivalencias que se realizan plenamente: a tal clase social corresponde tal ideología, por lo tanto si tal ideología está ahí es simplemente efecto de una penetración externa.

Entonces el problema que está fuertemente planteado en la Argentina es que los adversarios no están distribuidos de manera homogénea, por lo cual uno podría decir, por ejemplo, aquí están los grandes propietarios de los medios de producción, que además son antidemocráticos y a los cuales se identifica y se coloca en el campo de los enemigos. Quiero decir que no hay un conflicto central sino una serie de conflictos. Dado que es así junto a la pluralidad de conflictos hay una pluralidad de sectores y las cartas, para decirlo a la manera de Jauretche, no están distribuidas como a uno le gustaría.

ÁLVAREZ: —Yo creo que a lo que vos apuntás es a una serie de conceptos que nosotros hemos revisado. Nosotros nos movimos con la teoría de las contradicciones de Mao: la contradicción principal y las contradicciones secundarias.

La contradicción imperio-nación explicaba las otras implicándolas. Pero entonces uno se pregunta: a Frondizi ¿dónde lo colocás, en el campo nacional o en el anti-nacional? La revista *Cabildo*, con Curutchet, podía ser del campo nacional. Bien, esto lo hemos revisado. Creo que por supuesto hay una nueva teoría de la dependencia y lo que estamos haciendo hoy es buscar nuevas respuestas para las nuevas preguntas que nos plantea la dependencia.

ARGUMEDO: —Yo agregaría: tomemos conciencia de que la revalorización de la democracia es un desafío bastante fuerte porque si uno echa una ojeada históricamente las democracias liberales se constituyeron y estabilizaron sobre una profunda injusticia social. Desde la Constitución liberal de los Estados Unidos, que sancionaba el esclavismo, hasta la Constitución de la democracia en Francia que no puede ignorar la existencia de Argelia. Yo apuesto a esta propuesta de saneamiento del lenguaje pero precisamente en esta propuesta de saneamiento del lenguaje me parece importante acotar que en las experiencias democráticas referenciadas las garantías eran para algunos y para otros no.

ARICÓ: —Pero el hecho de que se hayan constituido sobre la base de grandes injusticias no significa que sean las injusticias las que constituyeron la democracia. Vos no podés establecer una relación de causa-efecto. Lo que está absolutamente claro es que la instalación de sistemas democráticos no es una norma, es una conquista, es una invención complicadísima y de difícil resolución. La democracia no resuelve nada. No es la democracia la que va a resolver los problemas de sentido de este país, porque es una pérdida de sentido el problema central que tenemos. No sabemos dónde vamos. Nosotros antes sabíamos dónde íbamos, ustedes lo sabían perfectamente y nosotros lo sabíamos con absoluta certeza; es más, nosotros teníamos hasta una teoría que explicaba cómo, después de ustedes, veníamos nosotros. Ahora no, ahora no se va a ninguna parte.

La democracia es un sistema que nos permite resolver el encuentro de un sentido sin matarnos mutuamente. Respetando a todos. Entonces el problema de los desfavorecidos frente a los favorecidos está, el problema de la democracia política va a estar, el del vaciamiento de las instituciones va a estar, va a estar todo pero vamos a pelear de manera distinta y eso es lo importante. Porque otra cosa que es importante, y que no estaba en la democracia francesa o en el siglo pasado o en los años veinte, es que la politicidad hoy no pasa por el Estado por el sistema político exclusivamente: ha inundado la sociedad y la sociedad se plantea entonces problemas de representación radicalmente distintos, no admite los partidos, no admite las instituciones, admite otro tipo de cosas. Hay un sistema jurídico que no puede dar expresión a eso y cambiar un sistema jurídico es más difícil que hacer una revolución. Se han hecho revoluciones y ha permanecido el sistema jurídico. En Italia a pesar de todos los avances de la izquierda el sistema jurídico fundamental es el que implantó la burocracia, los sectores de poder, los intereses corporativos, etc. Empieza eso que

se llama gobierno y cómo manejarlo. Los radicales evidentemente no saben cómo manejar el gobierno y nosotros asistimos a eso y yo creo que es eso lo que hay que cambiar, redefiniendo cosas pero sin la participación esto no cambia. Participación no puede ser entendida sin responsabilidad.

Otro asunto: la crisis del Estado de bienestar, que era nuestro norte ideal, porque la ideología peronista apunta al Estado de bienestar, los comunistas, los socialistas y la izquierda apuntan al Estado de bienestar, hoy esta crisis nos deja a nosotros en bolas, no tenemos otro supuesto. Entonces digo: eso es discutir, si la sociedad discute esto, está entrando en el procedimiento democrático. Ayer leía un poema donde se habla de un país en el que se deje de hablar de democracia y se la viva. Pero este país no puede dejar de hablar, está instalado en las palabras. ■

AÑO 3 - N° 7/8

DICIEMBRE DE 1985

EL INTELLECTUAL DE LOS AÑOS OCHENTA

Ariel Bignami, Sergio Bufano, Nicolás Casullo,
Horacio González, Luis Gregorich y Aníbal Ford

Unidos organizó una mesa redonda sobre un difícil matrimonio: el intelectual y la política. El tema en la Argentina tiene contenidos especialmente dramáticos en el pasaje de la década del sesenta a la década del ochenta. Participaron Luis Gregorich, radical, crítico literario y actualmente presidente de Eudeba; Ariel Bignami, comunista, director de Cuadernos de Cultura; Sergio Bufano, narrador y periodista, miembro del Club Socialista; Aníbal Ford, peronista, narrador y ensayista, y dos colaboradores de la revista: Horacio González y Nicolás Casullo.

LUIS GREGORICH: —No me quiero detener demasiado en un tema muy discutido en los últimos años: qué es un intelectual. Se dice que es un “especialista del saber”, que le interesa más lo universal que lo particular, que puede provenir de distintos ámbitos del saber, que puede no ser necesariamente un escritor, un filósofo o un científico, etc. Se dice también que no se detiene en el campo de su especialización, sino que aspira a un campo más vasto, el de la organización social y cultural en general, buscando situar, al menos idealmente, una dimensión de lo universal frente a lo

particular. Esto con toda la ironía del caso pues, a veces, buscando lo universal se pueden reproducir formas de un saber propias de una clase o de una ideología dominante.

Si echamos un vistazo a la relación del intelectual con la política encontramos dos posiciones extremas: el intelectual en la “torre de marfil” independiente del poder, o el intelectual comprometido de diversas formas con el poder, con la política, con un partido. Esto es operativo si lo analizamos a la luz de una formación social; tiene sentido hablar del papel del intelectual —comprometido, no comprometido, etc.— si lo remitimos a las formaciones sociales donde ocurre el ascenso de la burguesía, por ejemplo, o en el siglo XX, con la sociedad de masas. El papel del intelectual, en cada caso, contiene matices y sesgos distintos.

Hay dos horizontes de interpretación del papel del intelectual en la sociedad de masas, insistiendo en que, difrazadas o disimuladas, estas dos concepciones siguen latiendo en las ideas actuales. Esos dos enfoques o concepciones son los de Gramsci y los de Mannheim. Es de Gramsci la idea del intelectual orgánico. Sin embargo, será la sociedad la que decida quién desempeña la función de intelectual. El papel del intelectual no se define por el contenido presente en el oficio de intelectual, sino por la función que la sociedad, o mejor, las clases dominantes, le asignan en el conjunto de las relaciones sociales. Los intelectuales orgánicos son los que se insertan en la clase social emergente, la clase obrera, y los intelectuales tradicionales, que son los que defienden, sabiéndolo o no, los intereses de las clases dominantes en conflicto con la clase en ascenso.

Mannheim habla de una *intelligentzia* que adquiere cierta autonomía. Menciona casos concretos, de cierta autonomía frente al poder. De algún modo, entonces, vuelven las dos concepciones básicas. En Gramsci el intelectual comprometido con la política y en Mannheim, cierto nivel de autonomía del intelectual respecto al poder y la política.

Entre las concepciones intermediarias, una es la de Sartre. Él da la imagen del intelectual como aquel que se mete en lo que no le concierne. Claro que lo matiza, lo explica bien. Y están las concepciones más actuales de la sociología de los intelectuales, que insisten en el aspecto descriptivo y cuestionan la definición de intelectual, como una cuestión voluntarista, y buscan dónde están situados, en qué formación social concreta. Tal como lo hace Raymond Williams, uno de los exponentes, en los últimos veinticinco años, de esta nueva sociología de la cultura. Este sería un planteo muy general de la cuestión del intelectual, en donde sigue operando la disyuntiva entre independencia del poder y compromiso con el poder.

Pasando al tema argentino, que es lo que me estimula, podemos destacar dos concepciones. Una, es el planteo de los años sesenta y setenta. Me puse a hojear, sin demasiado tiempo, algunas revistas de esos años. Se discutía allí el vínculo del intelectual con la revolución. En esa discusión estábamos los que estamos acá y muchos intelectuales argentinos. A partir de allí se profundizaba: ¿cuál debía ser la actitud del intelectual frente a los partidos políticos? La única posibilidad de

realizar transformaciones era la relación del intelectual con un partido revolucionario. A partir de ahí existían innumerables discusiones. ¿Cuál partido revolucionario? Y se llegaba a dos conclusiones. Para algunos, afiliarse al partido revolucionario, aunque estuviese en formación, fuese pequeño, etc. Para otros era necesario mantenerse independiente para realizar la crítica, desde el movimiento de masas, de la organización de ese movimiento y del partido, aún inexistente, esperando que este tuviese una forma definitiva.

La novedad de los años ochenta es que el vínculo se plantea en torno del intelectual y la democracia. Pasamos a debatir a fondo esta cuestión sin que haya una conclusión final. Esto obedece a lo que ha pasado dentro y fuera del país; a la falencia de algunos modelos revolucionarios —por lo menos en la conciencia de los intelectuales—, a la dificultad para la formación de una izquierda en la Argentina, o lo que hemos llamado en forma ortodoxa como izquierda. Obedece también a los largos períodos de inestabilidad de los gobiernos militares. Obedece también a la ineficacia del modelo del foco armado en la Argentina. La interacción entre estos y otros factores hace que, en mi opinión, lo más fecundo de la situación actual nos lleve a discutir la relación intelectual-democracia. ¿De qué modo se inserta el intelectual en la transición a la democracia? ¿Cómo se realiza de modo más eficaz la participación en los partidos, la crítica independiente, el disenso?

Esto nos lleva a una interrogación más general sobre cómo va a ser la sociedad argentina a fines de este siglo y comienzos del próximo, interrogación muy severa, no de un modo voluntarista, sobre cuál va a ser el papel del intelectual en esa sociedad.

HORACIO GONZÁLEZ: —Lo que ha hecho Gregorich es una historia política de la función intelectual en la Argentina y de alguna forma se mantiene cercano a lo que podríamos llamar el espíritu gramsciano, donde ser intelectual es una forma de designar una acción organizativa en el campo de las relaciones sociales y de la cultura en general. No habría intelectual, en Gramsci, si no hubiese un ser colectivo. Por mi parte, siempre tuve la tentación, que recién la década del ochenta permite confesar, de considerar al intelectual mucho más distante de esa capacidad organizativa que lo lleva a poner balizas en el ámbito de las voluntades colectivas, cuyas “visiones del mundo” representaría. Para aprovechar las menciones que Gregorich hace de Sartre y de Mannheim, quisiera decir cuál es el estilo que prefiero. Un estilo que preserve una cierta zona de vacío o de distanciamiento entre política y función intelectual, como en Mannheim, lo que si por un lado puede atontar, por otro lado, otorga lucidez. Pero sería la lucidez, es claro, de quien más que “organizar la cultura” la ve en acción justamente en sus momentos de fisura, de desorganización, de gratuidad. En Gramsci, aun los grandes intelectuales, los que inventan cosas, esos que él ve como más valiosos que toda una universidad —lindo pensamiento, ¿no?, pero ciertamente no se trata de un “jaurechismo”— ejercen un implícito mandato colectivo, que puede ser una organicidad aún en ciernes o

un pensamiento consensual que desata un resorte, social. Eso equivale a la voz referencial del príncipe, que educa, organiza y llama.

En tal sentido, esa historia política de la intelectualidad sería relativamente simple, bastando con obedecer ciertas evidencias. Hace veinte años anunciábamos y éramos anunciados por una revolución y ahora aparecen nuevos problemas, y convenimos en denominar esos problemas al amparo del concepto de democracia. De este modo, lo que antes parecía mucho más un intento de comprender el papel de los intelectuales apelando a lecturas gramscianas, ahora esas propias lecturas quedaron sometidas al cambio de atmósferas, a las nuevas señales de la historia que trastocaron, como se escucha decir, el “paradigma”. Entonces, me gustaría referirme al itinerario de esas lecturas gramscianas en la Argentina que, mal o bien, fueron las que hice, pero siempre con cierta desconfianza por lo que en el fondo eran los fáciles sociologismos de Gramsci, pues en mi caso tenía realmente un pie en la “pasión inútil” de Sartre.

A Gramsci lo traduce en la Argentina la editora Lautaro, a fines de los años cincuenta, creo que en forma pionera, y desde allí hasta el curso que está dando ahora Portantiero en el Rectorado, podemos trazar la crónica del “ascenso y caída de Antonio Gramsci en la Argentina”. A Gramsci lo publica Héctor Agosti, que era el secretario de Cultura del PC. Si no me equivoco, la editorial Lautaro estaba adscripta directamente al PC. Agosti, que prologa la edición de Gramsci, había publicado años antes unas conferencias con el título de *Defensa del Realismo*. De casualidad ese libro cayó nuevamente en mis manos. Claro, quien defiende al realismo se dedicaría a atacar, en ese momento, a lo que parece ser las antípodas: el surrealismo. Vueltos a leer hoy, los argumentos de Agosti son muchos más pobres de lo que de por sí ya eran en el momento de ser escritos.

Digo esto porque a pesar de ser Gramsci un “realista”, el PC argentino nunca pudo con Gramsci. Lo publica como sospechando que Gramsci, o las lecturas gramscianas, excederían cualquier aprovechamiento partidario. Porque Gramsci acaba convirtiéndose en una “lectura libre” en la Argentina. Finalmente parecía servir para apuntalar rupturas con el PC, pero más hacia la izquierda. Por lo menos, creo que eso se produce al promediar la década del sesenta alrededor de Portantiero, donde también se debe haber roto —hablo en condicional, no conozco de cerca esa historia ni soy historiador de la cultura argentina— la relación discipular que había entre Agosti y Portantiero. Recuerdo el libro *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, con el que el jovencísimo Portantiero se preparaba seguramente, con citas primerizas de Gramsci entre nosotros, para ser el crítico literario del PC, allá por 1960. Sé que nombrar este libro sin decir en qué contexto, puede parecer agresivo o de mal gusto. Parece que uno se divierte recordándoles a los otros lo que éramos y ya evidentemente no somos; pero sería una diversión idiota: por mi parte, el título del libro y la vaga memoria que tengo de él me son muy simpáticos.

En los grupos de la izquierda del peronismo de la época —estoy pensando en los años inmediatamente posteriores al Cordobazo— había una verdadera dificultad

para incorporar algunos temas gramscianos de evidente afinidad con lo que preocupaba a lo que sería después la Jotapé del 70. La cuestión de lo nacional-popular, por ejemplo, en su doble dimensión de cultura resistente o subalterna y espacio social de masas contra el cosmopolitismo, o como decíamos, contra la perspectiva europeocéntrica, con un análisis que acababa haciéndonos perder el rumbo, pues nunca definíamos bien lo que eso quería decir.

En el caso de los Montoneros es digna de ser considerada la gran resistencia que había hacia las lecturas gramscianas. Esto es así un poco porque allí ya no se leía nada o casi nada. Otro poco porque aun sin haberlo leído, los Montoneros tiraban más hacia el lado de Lukacs o la tradición lukasiana del marxismo, al considerar que el marxismo era antes que nada un método, pudiendo asumir formas políticas según cada situación concreta, en el caso, el peronismo. Y tal vez se olfateaba que de Gramsci se obtenían resultados políticos conservadores en cuanto a la idea de consenso, representación política y métodos de lucha. Por lo menos, al jorobadito de Turín no le gustaba ningún guerrillerismo o actitudes extremas, claro que no dichas con ese nombre.

Pues bien, para los que hicimos nuestra militancia en la tradición nacional-popular y somos los peronistas más o menos desolados de hoy, vemos con tristeza lo que podríamos llamar el abandono de los viejos maestros. Por lo menos, de la forma en que eso se hace. Ahora Portantiero dice que Gramsci era “productivista”, que la democracia se perdía en la esfera de la producción, que lo político se disolvía en lo orgánico, y la idea de consenso y partido gramscianas le huelen a medio totalitarias, o directamente tomadas por el autoritarismo. ¡Qué mala suerte tuvo Gramsci entre nosotros! Fue muy leído, pero el PC no lo quiso; el peronismo lo pasó por encima y sus abanderados de otros tiempos lo miran de reajo, y quizá dando los últimos cursos gramscianos para “liquidar la conciencia filosófica anterior”. Este Gramsci “anacrónico” para los años ochenta me parece que, en rigor, es el que está comenzando a caer simpático entre los que no fuimos realmente gramscianos en el período anterior, por llamarlo así.

Con Jauretche, salvando las diferencias con Gramsci y olvidando las similitudes posibles, ocurre otro tanto. Se lo puede leer hoy como se lo lee a Benito Lynch y no como el que hacía esos atrevidos panoramas históricos donde la izquierda intelectual aparecía atada al carro del dominador colonial. Hacer gramscismo hoy es hacer sociología, en cuyo caso es mejor, por ejemplo, Raymond Williams; y hacer jaurechismo es reivindicar apenas ciertos trechos de la picaresca política nacional. En el pasaje de los años de la revolución a las estaciones de la democracia, los viejos maestros son abandonados o —si les quedan fieles, y quedan— reconducidos hasta nosotros con un patético anacronismo. Se ha dejado la caparazón del “intelectual orgánico” sin llegar a nada mejor, y el divertido “desprecio” jaurecheano hacia el intelectual se ha cambiado ahora por un mercado profesional intelectual no tan complejo como celosamente custodiado por sus usufructuarios.

Creo que distanciarse de Gramsci y Jauretche —para tomar el ejemplo de estos dos maestros— tiene algo de injusto, no porque haya que coincidir en todo con ellos. Nunca fue esa la cuestión y por lo menos no fue ese mi caso. Sino porque los intelectuales argentinos han descubierto el “oficialismo de su función” para desarrollar ahora sus prácticas específicas, un oficialismo de instituto, teoría y proyecto de investigación, que canoniza las formas del habla y que, diciendo ser necesario apartarse de una politicidad que pone cerrojos a lo social, lo que hace es privarnos de esa gratuita y burlona inoportunidad que justifica que alguien no se sonroje cuando le dicen intelectual.

ANÍBAL FORD: —Gregorich señaló como punto final un pasaje del intelectual revolucionario al intelectual en democracia, rematando, de inmediato, en la cuestión del modelo de sociedad, llamésmole proyecto de desarrollo, llamémoslo proyecto nacional. Creo que es de eso que tenemos que hablar, más que de la función o historia de los intelectuales. Así se replanteará lo que es esa relación complementaria de otra mayor que son los problemas del país. Incluso el campo de organización y desorganización que plantea Horacio González hay que verlo en torno a esto.

Hay una tradición en la Argentina que señala grandes paradigmas. Es la tradición de Jauretche y también la de Scalabrini Ortiz. En el caso de Jauretche, hace una operación básica: se pone a escuchar lo que pasa entre la gente. Empieza a razonar desde el pensamiento común, como intermediario privilegiado. En el caso de Scalabrini, se borra de ciertas estructuras culturales privilegiadas, hegemónicas, y se pone a investigar un tema concreto: cuál es la columna vertebral de la dependencia en la Argentina. Y se encierra durante diez años.

Estas operaciones son elementales pero también fundamentales para la Argentina. Están relacionadas íntimamente con la discusión sobre el papel del intelectual. Es la discusión que está debajo de esta mesa: modelo de sociedad, modelo de desarrollo y de qué se está hablando cuando se habla de democracia. Es decir, con qué concepto de participación, de integración cultural o de dependencia interpretamos un concepto de democracia también en crisis. En este campo es donde interviene el intelectual en el sentido amplio. Digo en el sentido amplio, porque no soy partidario de definiciones de intelectual a la Bourdieu, debido a que en nuestra formación intelectual intervienen muchos más elementos no intelectuales. Por lo menos en nuestro caso.

Por eso es necesario definir antes el modelo de sociedad. ¿Cómo se plantea? ¿Hemos escuchado lo suficiente a las clases populares para saber qué modelo de desarrollo atiende sus necesidades concretas? Las discusiones en torno a las concepciones de intelectual, sea Gramsci, sea Jauretche, ya están cerradas. Los dos se articulaban no desde una discusión sobre el intelectual, sino sobre sus propias realidades, sea la italiana, sea la argentina. La clave de la discusión es el modelo de sociedad donde el intelectual participa como intermediario que escucha y procesa, sin “bajar línea” desde el gabinete. Si vamos a discutir las interpretaciones que tuvo Gramsci

en la Argentina, no rompemos con lo que tenemos que romper. Tenemos que definir cómo se articula un modelo de desarrollo y por qué, en cierto momento, como pasaba hace dos años en la Argentina, parecía tornarse antitética la idea de democracia con la idea de proyecto nacional. Más que el campo de las discusiones en el endogrupo, entonces, planteo como discusión intelectual, cuál es el campo de lo social y de lo público.

ARIEL BIGNAMI: —Tiene validez, en principio, remitirnos a los conceptos generales. Pero eso sería una parte, donde tratamos sobre el tipo de sociedad que queremos y a partir de allí, las propuestas que se hacen a la intelectualidad. Desde un punto de vista conceptual, soy bastante gramsciano; creo válidas en general las definiciones de Gramsci sobre intelectual orgánico y tradicional. Es cierto que Gramsci partía de la sociedad italiana, pero se refería a ámbitos más vastos. Y aunque esto puede no ser riguroso, yo lo pienso como una especie de marco que luego hay que “rellenar”, con las realidades de cada país.

Personalmente no percibo que haya dificultades en la incorporación de Gramsci por parte del Partido Comunista. Quizás allí pudo haber un atraso teórico, y no solamente en el Partido Comunista. Por otra parte, los mismos teóricos italianos cuestionan cosas de Gramsci, tal como Prestipini, que hace poco estuvo aquí. Es un discípulo de Gramsci, como de alguna manera todos los teóricos marxistas italianos lo son, y también cuestiona cosas; no es obligatoria la aceptación de todas las ideas que aportó Gramsci en su momento. De todos modos, personalmente, me atengo de manera bastante estricta a ese pensamiento.

Habría que ver, ahora, qué es en la Argentina ese intelectual. Debemos abandonar la idea de que el intelectual es un pequeño grupo aislado, de pensadores. En términos sociológicos, o sea del papel que las personas ocupan en la sociedad, los intelectuales en la Argentina son muchísima gente. Los docentes, los técnicos, los profesionales, los universitarios. Numéricamente, con esta concepción amplia de lo que es un intelectual, nos encontramos con muchísima gente.

Nos encontramos aquí con un primer dato de la proletarización y salarización del intelectual en la Argentina. Así, estos sectores se acercan objetivamente a la clase obrera. Esto fue favoreciendo, aunque no determinando mecánicamente, una cierta conducta crítica hacia la sociedad en que vive, una actitud democrática, antimonopolista en muchos casos.

Esto no es automático, pero ha influido en las actitudes de la intelectualidad en los últimos años, contra Onganía, contra López Rega, contra el Proceso, etc. Y esto con las confusiones, ilusiones y las opiniones que cada uno de nosotros tengamos sobre estas ilusiones, que sería muy raro que nos las hubiera en este sector si las ha habido en toda la sociedad. Se compartieron las ilusiones de la sociedad, o como decía Gregorich, tal vez se vivieron como ilusión determinadas ideas. Hoy habría que ver si buena parte de la intelectualidad no vive la democracia como ilusión. No digo por supuesto, que la democracia sea una ilusión,

pues hay avances valorables que han costado mucho. Hablo de la ilusión, en un sector ponderable de la intelectualidad, en una democracia indolora, permitida por los grandes centros de poder económico, sin sobresaltos, con militares que se porten bien sin que nadie se meta mucho con ellos, sin tomar medidas contra las grandes fortunas, sin desmontar el aparato represivo heredado y el golpismo en los cuarteles y medios de comunicación, con patrones y obreros igualmente contentos, etc. Sería una ilusión creer que la democracia se puede asegurar sin meterse en estas cuestiones. Una parte de la intelectualidad argentina comparte esa ilusión, creo que contradictoriamente.

La cuestión, si es que gira sobre la relación intelectual y democracia, es un punto de partida. Pero solo eso, porque allí se plantean todos los interrogantes. No hay una actitud homogénea sobre esos interrogantes en los sectores intelectuales. ¿Piensan lo mismo los profesionales independientes que los maestros, que los actores, o que los técnicos directamente ligados a la producción? ¿O los que tienen 60 años que los que tienen 25? No me parece. Se deben analizar más estas cuestiones.

El peligro, en una parte de la intelectualidad, es que el temor a perder lo adquirido, que no es poca cosa, los puede llevar a insertarse en un proyecto modernizador de la dependencia, que es en lo que suele insistir el imperialismo. Esta modernización de la dependencia incluye el mantenimiento de la democracia formal y por desaliento, un sector puede acabar insertándose en este plan. Creemos entonces que la cuestión no es hoy democracia o autoritarismo, sino liberación o dependencia. En función de esto, la perspectiva para la intelectualidad democrática argentina, para la construcción del frente antiimperialista, es una perspectiva cada vez más con dimensión latinoamericana, donde la intelectualidad ha hecho un aporte importante, en Cuba, Nicaragua, Chile, Uruguay, Brasil, etc. Allí está la posibilidad para que la intelectualidad supere la dificultad para integrarse a un proyecto liberador. Particularmente en la Argentina, es preciso que los intelectuales superen la desconfianza hacia la clase obrera y el movimiento obrero, para verlos con más claridad como la fuerza que puede potencialmente encabezar el frente antiimperialista, por su situación objetiva en la sociedad.

SERGIO BUFANO: —Los intelectuales argentinos han vivido siempre dentro de una contradicción muy clara que desde los años sesenta en adelante se ha mantenido. Se pensaba, en efecto, en un intelectual revolucionario y cada cual resolvía los grados de organicidad o no que debía tener esa opción. Y en general se resolvía a favor de la organicidad. Pero simultáneamente existía la desconfianza que nos inspiraban los países que ya habían concluido esa revolución. Ya en el 60 nos referíamos al papel del intelectual en la Unión Soviética y no lo rescatábamos como modelo. Los hospitales psiquiátricos no son recientes; ya hablábamos de ellos en esa época. Así que decidíamos a favor de un intelectual revolucionario pero desestimando el modelo intelectual que surgía de las revoluciones presuntamente realizadas.

Quizá como resultado de esta contradicción, los exiliados argentinos de los últimos años no eligieron países socialistas, del llamado socialismo real, para vivir. No es casualidad. Casi todos los intelectuales optaron por países del bloque que daban las mejores posibilidades para el pensamiento, la creatividad. Dentro de esta línea de continuidad con la contradicción que señalo, se da el descubrimiento de la democracia, con simultaneidad a la crisis del marxismo. Nos encontramos de repente en un país que del punto de vista de la ideología veníamos definiendo como dependiente, subdesarrollado, etc., y sin que aparezcan fórmulas convincentes para superar eso, se produce sin embargo la revalorización de la democracia como valor en sí mismo. Esa es la diferencia con la década del sesenta, donde nuestro principal proyecto, la revolución, ahora ya no existe como modelo. Porque, ¿cómo se puede acceder a esos valores de cambio efectivos en la sociedad sin las “herramientas” del marxismo? Son las “herramientas” de las que ahora carecemos, por lo menos desde mi punto de vista, hablando como socialista. Esta es la nueva contradicción. Nos aferramos a la democracia, queremos profundizarla y se plantea el desafío de indagar como los valores que soñamos en los años sesenta pueden ser reasumidos en este modelo democrático.

FORD: —Pero también rescatamos lo político. Hay grupos que revalorizaron lo político en ese momento y también ahora. No hablemos de democracia como algo absoluto, pues estaríamos produciendo una dicotomía: “acá” lo revolucionario, “acá” lo democrático... Lo político corta las dos cosas, entendida como lucha mayor por la transformación de la sociedad. No podemos decir “este está en crisis”, “esto otro está en crisis” y no considerar que la democracia también está en crisis, como si fuera algo inmutable...

GREGORICH: —Prefiero hablar de la transición a la democracia. La democracia es hoy una utopía. La revolución era una utopía hace veinte años. El concepto de democracia es fecundo en tanto lo sintamos como utopía. Lo que ya logramos con esta democracia, no alcanza. Esto no es la transformación de la sociedad. Es apenas un camino, es algo a lo que nos aferramos, es un valor que ha quedado en el desierto después de la crisis de muchos otros valores. El consenso social es defenderlo y esa es una de las contribuciones del intelectual en este camino de transición. Las próximas décadas estarán dominadas por la búsqueda de la transición a la democracia. Escuchaba a Bignami decir que el problema era la desconfianza hacia la clase obrera y me preguntaba qué es exactamente la clase obrera hoy. De qué modo se define, si tenemos en cuenta que en la Capital Federal las encuestas más serias dan 2% de obreros calificados...

FORD: —Eso gracias a Cacciatore. La sociedad va cambiando, es cierto, pero no está el cambio en algún lugar y la sociedad enfrente, como algo exterior. Tenemos que desarrollar un modelo propio de país, y desde ahí ver si los cambios que se producen ahora en el perfil industrial convienen o no con lo que queremos. Ahí, más que hacer el seguimiento de esas transformaciones, tenemos que elegir qué modelo de sociedad queremos...

NICOLÁS CASULLO: —Muchas veces definimos cosas pero no percibimos la envergadura de lo que realmente definimos. Esto no es un cambio, como lo entendíamos en el 60, sino una reformulación del campo internacional a partir de una serie de elementos de crisis. Es la crisis de las reformulaciones. La otra crisis, tal como se anotó aquí, es la de los planteos, de las verdades, de las concepciones, de los argumentos. Son los argumentos que signaron una historia mucho más larga de cambios en Occidente y América Latina.

Estas dos crisis tienen una envergadura que cuando la decimos así, recitándola, no la percibimos. Y sin embargo estamos frente a un intelectual que ni su papel de disidencia —que pienso que es la característica esencial, la más clásica de la idea de intelectual— le está permitido hoy, precisamente por la quiebra de muchos paradigmas, de muchos elementos ideológicos o políticos sobre los que se sustentaba. ¿Y entre nosotros? En la década del sesenta —éramos los jóvenes del sesenta— debemos rever con atención los elementos que la configuraban, los elementos culminantes o arquetípicos de las corrientes políticas, sin lo cual no entendemos lo de hoy. Debemos revisar esos arquetipos, y muy rápidamente voy a mencionar algunos casos vinculados a biografías concretas.

Uno se ha nombrado: el hecho sartreano define muy claramente en la Argentina, a un intelectual a la europea, quizás el más paradigmático en la Argentina, aun asumido por el peronismo. Este tipo de intelectual no es el intelectual *made in USA*, del “proyecto” o de las universidades, o bien “cooptado”, como ocurre con los grandes partidos norteamericanos. Digo que hay una percepción europea en el sentido de que se trata de un intelectual, más individual y abierto Jauretche y Scalabrini pueden ser considerados dentro de esta concepción cuando en un determinado momento juegan a la contracorriente, luchando como lobos solitarios, siendo la voz de la conciencia, con un consenso apenas potencial. Esta es una de las partes de nuestra historia hoy.

Recuerdo el caso Padilla, discutido apasionadamente en los sesenta, como el típico caso del disidente. Se lo veía como el derrotado que no entendía el gran proyecto histórico. Recuerdo que lo discutíamos en la revista *Los Libros* junto a Roberto Piglia. Se tendía a verlo, es claro, en términos negativos. Otro caso: el de Guevara. ¿Cómo lo veíamos? Más allá de que era un argentino, era un tipo que en medio de la guerrilla podía leer un clásico alemán, recostado contra un árbol y después agarraba la metrallera. Eso nos signaba mucho, y teníamos a Roque Dalton, el caso de un poeta que desde la literatura saltaba a la lucha política; caso trágico, pues lo matan los propios guerrilleros.

El caso más claro de intelectual “a la francesa” latinoamericanizado, es el de Régis Debray. A su práctica de escribir libros le agrega el manual de cómo hay que hacer la revolución. Y terminará de vuelta en Francia y como buen francés escribirá uno de los tres o cuatro buenos libros que hablan de la crisis del proyecto de lucha armada en América Latina. Y como mejor francés aún, se torna secretario de Mitterrand. Entonces, vemos aquí otro momento que signó mucho, implícitamente, la idea que teníamos de intelectual en los sesenta.

Agregamos a Fanon, que tenía más fuerza con su libro clásico que como militante del FLN argelino. Y otros dos casos clave que de alguna manera, en su fracaso, clausuran un recorrido intelectual. Uno es el de Rodolfo Walsh. Al principio de los sesenta: compromiso político, ediciones de libros en la editora de Jorge Álvarez, creando todo un estilo, etc. Y acaba en el aparato montonero, en las postrimerías de ese proyecto. Walsh pudo tener cinco o seis variaciones existenciales distintas, pero siendo muy representativo de la década del sesenta obtura y le da un epílogo a toda esa problemática del intelectual tal como era asumida en ese momento.

Y bien, llega la crisis de valores y concepciones y la discusión sobre los replanteos. En esto se asemejan Argentina y Latinoamérica con Europa: estamos viviendo un cierto desencanto del intelectual con la política y con el cambio social. Realismos, pragmatismos y derechizaciones es lo que se percibe. Pero al mismo tiempo renacen otras formas de disidencia intelectual, formas menores que replantean la participación del intelectual.

El gran debate intelectual de los sesenta fue el del peronismo con la izquierda, no así con el radicalismo, que no produjo nada en este terreno, pues no intervenía en estas polémicas. Aún falta hacer esa historia. Todos sabemos que detrás de esas discusiones estaban las sombras de Lenin, de Gramsci, como se dijo aquí.

En este momento asoma de nuevo la idea del intelectual como sujeto vinculado al pensamiento del desorden. Los órdenes del capitalismo y del socialismo real son cuestionados junto a la propia noción de poder. Y así se torna nuevamente interesante el debate sobre los intelectuales en la Argentina. Para eso es preciso revisar esos años sesenta, como se quiere hacer en esta mesa. Si no hacemos eso no salimos del paso. Y también saber qué cosas entraron en crisis en los órdenes político, social e ideológico. Un nuevo proyecto que de allí surja nos permitirá reivindicar la figura del intelectual, pero no a la vieja usanza, como especificidad privilegiada, sino más bien como conciencia crítica, solitaria, humanística que apunta a ser testigo de la sociedad, de manera abierta, señalando los espacios de desorden necesarios, los momentos en que despuntan nuevas disidencias. ■

ENTREVISTAS

EL CAPITALISMO ES UNA FLOR FRÁGIL

Entrevista a Roberto Frenkel

Es muy fácil producir la recesión y es muy difícil salir de ella, aun con reglas de juego políticas estables. Y Argentina viene de diez años de carnicería, de voracidad ideológica... Así opina Roberto Frenkel, uno de los autores del Plan Austral, en la siguiente entrevista que le hicieron Enrique Martínez y Felipe Solá.

—Comenzaremos por aclararle que nos interesan los aspectos políticos del plan antes que sus detalles técnicos. No le proponemos hablar del tipo de cambio, de la recaudación fiscal o de si las cuentas del Estado cierran milimétricamente, sino de los objetivos. Otro punto básico sería el porqué de la centralidad del gasto público en el discurso oficial y, finalmente, hacia dónde, hacia qué modelo de país, se orientarán las acciones del gobierno en el supuesto de que el plan tenga éxito.

—El objetivo central del plan es parar la inflación de la forma más neutral posible, en términos de la distribución de ingresos y de la riqueza. Implementar esto con apoyo de la población. Responde a un diagnóstico sobre la inflación argentina: se trata de un juego de suma negativa, un juego en el que todos pierden. Nuestra inflación no es “keynesiana”, no tiene un objetivo concreto (pagar una guerra, crecer, etc.); tampoco es administrable: no tiene límites. Es una enfermedad del sistema que se independiza y produce pérdida de bienestar, de eficiencia, intensificación de conflictos, y que termina en un colapso del Estado, que es la hiperinflación, con desaparición de la moneda. Por esta razón, el plan puede obtener apoyo de un espectro que va desde Paul Volcker (presidente de la Reserva Federal de los EE. UU.) hasta los sectores populares. Trabajo en el tema desde hace varios años con un grupo y desde allí vimos siempre, con mucha preocupación, que no era tomado en esta forma por ningún sector relevante; que se explicaba con elementos extremadamente retóricos dando la sensación de que “era un problema de los otros”. Y, con mayor preocupación todavía, que el único que sí lo tomaba con énfasis era Alsogaray... para acusar al Estado. En todo el mundo pasó así, la inflación es un tema que los keynesianos y la izquierda perdieron y que tomó el monetarismo. No se ha entendido entonces, desde el campo popular, que la inflación es una profunda desarticulación del capitalismo; que el mercado deja de funcionar, lo

que implica pérdidas de todo tipo y beneficios muy curiosos. Por ejemplo: ¿quiénes están hoy enojados con el plan? Los endeudados, a quienes la inflación les permitía “patear” la situación para adelante y seguir bicicleteando una situación financiera con la esperanza de que los continuos reajustes de precios de activos y bienes les significaran, en algún momento, un salvataje. La inflación alimenta esa esperanza. En términos estrictamente teóricos, estrictamente económicos, podría expresarse así: todavía el país no tomó conciencia de que hay una deuda externa, de que hubo una pérdida de riqueza después de Martínez de Hoz. Cuando digo el país estoy hablando de mucha gente, de cada uno de nosotros, que somos menos ricos de lo que creemos ser. Creer que uno es rico puede imaginarse en un sistema en el que mi ajuste de precios, aparentemente, le gana al otro pero, después, vuelve a ser superado, etc., etc., y los ingresos reales nunca son percibidos claramente. En particular, este espejismo opera en las situaciones de falencia: como en las empresas quebradas aun después del salvataje de Cavallo. Al calmarse la situación, se ve en qué posición está cada uno y se puede ajustar la estimación de la propia riqueza. La riqueza vuelve a ser lo que siempre fue: la expectativa de ingresos futuros. Las expectativas de la sociedad argentina son inconsistentes en relación con su riqueza real y eso produce desilusión... y resistencias.

—Entre los elementos de este plan aparecen el déficit fiscal y el gasto público con un rol sustancial. Parece haber una confusión en el planteo público respecto de estos dos rubros que lleva a pensar que la única forma de reducir el déficit es reduciendo el gasto público. Sabemos que no es así, pero otras afirmaciones se dirigen a destacar que no habrá emisión, que el Estado se reducirá, etc. Esto es autolimitante y permite a la derecha afirmar que el “programa es bueno pero están emitiendo” lo que se parece a algo así como: “se están orinando en la cama”. Es una debilidad del programa muy grande...

—La idea básica es que no se puede dar clase de macroeconomía y hacer política económica al mismo tiempo. Una cosa es la academia y otra la política. Todo este grupo viene enseñando que la moneda no causa inflación, que la inflación responde a otro mecanismo, etc. Hace siete u ocho años que lidiamos con estos problemas, que hacemos la crítica del monetarismo. Esto lo hemos discutido mucho dentro del equipo. Pero en el país hace siete años que, por diferentes razones, se le dice a la gente que el problema de la inflación es por la emisión monetaria y ahora esto lo repiten desde el PO y el MAS hasta la Unión Industrial, pasando por la Iglesia y la CGT. Se ha constituido un sentido común monetarista. Con esto tienen que ver los partidos políticos, que tienen un debate económico primitivo. Durante la dictadura el primer flanco de crítica que se abrió fue el económico, cuando se produjo el fracaso del modelo de Martínez de Hoz y la caída del BIR. Luego entramos al debate político, a la crítica, por el lado económico y, entre las varias voces que había, las que más se dejaban oír eran las de la derecha y las de los economistas de los partidos. Lo que escribíamos en la revista del IDEA, en los trabajos de investigación del CEDES,

las opiniones más elaboradas, digamos, no lo leía casi nadie, por lo menos en el país. No formábamos opinión económica. Las voces fueron ocupadas por visiones económicas muy primitivas, incluyendo las de los partidos políticos. El discurso de la derecha liberal era una conocida falacia: el programa falló porque Martínez de Hoz no consiguió controlar el gasto público, este fue el gasto militar, el gasto militar es robo, los militares roban, la economía se desestabiliza porque roban. Todo esto no podía ser desmentido porque contenía verdades, aunque la conclusión era tramposa, y era positivo como crítica a la dictadura. Terminó reforzando el sentido común: la idea de que la culpa la tiene el Estado, en un momento en el que el Estado era el régimen militar, fue correcta. Uno no iba a hacer esa polémica en aquel momento. Quedó circunscripta a los niveles académicos pero, en el campo público, esa idea, fue negativa. Por eso Alsogaray dice que él siempre denunció a Martínez de Hoz. Y uno se acuerda... ¡qué va a denunciar! Pura mentira. Él no denunció nada, en el sentido conceptual, claro. Habló contra el gasto público, que es lo que dice desde hace treinta años. La discusión sobre cómo forman expectativas los agentes económicos es actual y en EE. UU. esa es la cuestión. El aporte argentino a ese debate en el marco académico plantea dos críticas a la teoría neoclásica: primero, los mercados no son instantáneos en su ajuste, el paradigma del mercado formador de precios no es veraz y, por ende, no se puede tomar la economía como una suma de mercados perfectos; segundo: existen decisiones de precios, los agentes no son tomadores de precios en los mercados. Pero hacen a las expectativas para decidir sus precios. El keynesianismo, dueño de esta idea, la abandonó y todo el campo de las expectativas fue tomado por los monetaristas. En la Argentina, como tenemos un problema de alta inflación, este tema sobresale como obvio. Uno aprende, preguntándoles a los empresarios cómo hacen para decidir precios, cómo incorporan expectativas; eso es normal. Hay un debate sobre la forma en que se generan esas expectativas. En primer lugar está claro que son racionales, que utilizan toda la información disponible; pero, ¿cuál es el factor clave en las decisiones de precios, las que provocan inflación? En mi opinión, la estimación de los costos futuros. Por eso lo que les importa a los agentes son las variables que se han congelado ahora: tipo de cambio, salarios, tarifas públicas, control de precios, todas las que les pueden garantizar que no habrá ninguna razón para que aumenten sus costos primos y, por ende sus márgenes actuales. Pero hay otro componente: las personas que hacen precios no son solo agentes económicos racionales, en el sentido de "homo economicus", sino que, además, tienen un problema de credibilidad en las expectativas y esto tiene que ver con sus visiones macroeconómicas, no con sus conocimientos de microeconomía. La economía es suficientemente compleja como para que muchas veces no se corresponda la versión macro con la microeconómica. Las visiones macro son muy ideológicas, son muy de sentido común, muy poco perfectas. No pueden ser sutiles porque se trata de una especialidad profesional. Lo que queda en el gran público es lo que transmiten la prensa, los partidos políticos. Y esa visión es muy monetarista. Entonces, si bien por un lado este plan les da la información microeconómica necesaria, para que no

tengan expectativas de aumentos de costos, no se puede desatender la credibilidad. En un sentido más político no se puede dejar el flanco que implica no decir qué va a pasar con la oferta monetaria porque esa política no duraría dos días. El segundo tema es del campo estrictamente financiero. Hay un déficit, cuyo primer componente es la deuda, que se estaba financiando con crédito del Banco Central. El crecimiento de la masa monetaria era inferior al de la tasa de inflación, lo que determinaba una baja de la monetización. Si se congela todo y se deja crecer la emisión como única fuente de base, nadie sabe qué puede pasar con esa brutal creación de liquidez, qué va a pasar con el dólar negro, que es mirado como indicador de confianza (y ahí hay un ajuste muy rápido), y qué puede pasar en el marco de una política de tasas de interés muy bajas con el acaparamiento de stocks, que al provocar desabastecimiento termina siendo una profecía autocumplida: hay desabastecimiento ante la política y entonces quiebra la política. Bueno, por estas dos razones principales, y otras más secundarias, es que hay que hacer una operación con el déficit público. Lo que se hizo fue pasar de financiarse vía el impuesto inflacionario, de efectos redistributivos poco claros o regresivos (porque el que pierde con la inflación es el asalariado y el que se queda con plata “durante la noche” como en las cajas de los boliches), a financiarse vía superávit de las empresas del Estado y con el futuro ahorro obligatorio, que sería la parte más progresista de esta política. Claro que este no es el perfil ideal de largo plazo de precios relativos, ni de la estructura tributaria que uno desearía. Para parar la hiperinflación rápidamente había que usar instrumentos rápidos. El compromiso de emisión cero quiere ser un solemne compromiso. Si no fuera entendido así, muchos irían a mirar todos los días la base monetaria que obviamente sería un día distinta del otro, como un saldo de caja que tiene positivos y negativos para que el promedio dé cero. ¿Cómo hacemos para explicar que esa no es la causa en un país con el grado de perversión del debate económico que tiene este? No se puede. Hay que ser tan simple como la crítica de la derecha. Machinea no puede dar clases de macroeconomía en el Congreso para que le crean, no puede ir con sutilezas a Guelar, Alsogaray, etcétera, porque ninguno de ellos está interesado en hacer un debate profundo sobre estas cosas. Priva la retórica. Y la mala fe. Porque no puede ser que un diputado peronista sostenga el argumento de que se ha obviado al Congreso al hacer la reforma monetaria, cuando los peronistas tenemos una tradición presidencialista, de supremacía del Ejecutivo sobre el Congreso. Eso, en política, se llama oportunismo.

—Nos parece muy fértil esta línea de razonamiento porque le da la dimensión política adecuada al tema económico. Como usted dice, algunas cosas se explican de determinada manera porque se sabe el plafón ideológico que se va a enfrentar. Obviamente eso implica pasar a admitir riesgos no técnicos en la ejecución de este programa. Por ejemplo que el presidente de la Nación comience a hablar de privatizar el crecimiento, que es casi un corolario del concepto de achicar el Estado para agrandar la Nación. ¿No es una idea demasiado peligrosa?

—Este país está estancado desde hace diez años. Se abre ahora el debate sobre cómo se va a salir, qué posibilidades hay de recomponer el capitalismo en el país, que de eso se trata. Un capitalismo con participación, más o menos popular, orientado más al mercado externo, o hacia el interno; en fin, discutamos todo esto. Con respecto al debate de la privatización yo creo que hay varias lecturas posibles y no hay que hacer la más obvia. Claro que está presente esta componente ideológica de “achicar el Estado...”, es decir que hay una devolución del Ejecutivo a la propia retórica del empresariado: se les devuelve la pelota. ¿Ustedes quieren privatizar?, muy bien, hagamos una comisión para eso. Lo que pasa es que nadie quiere las empresas que tiene el Estado, ese es el verdadero problema detrás de todo esto. Estas empresas son el producto de la socialización de pérdidas privadas que vino después de Martínez de Hoz, con la crisis de su política. Austral, por ejemplo. Históricamente, los empresarios le han ido tirando al Estado las pérdidas privadas. Por un lado esto, y por el otro lado sabemos que si bien puede haber empresas en muy mal estado, los argentinos tienen, aproximadamente, la mitad de la deuda externa en activos en el exterior y que, probablemente, esos activos sean de los sectores de más altos ingresos. No lo sabemos, pero es muy probable. Entonces, la pregunta es: ¿cuánto están dispuestos a invertir en este país? Porque privatizar el crecimiento tiene que ver con si va a haber o no inversión financiada por el sector privado. Nacional o multinacional, porque el capital extranjero no es “el que va a venir, los japoneses...”, sino el que ya está aquí, el capital que es dueño de las más grandes empresas desde finales de la década del sesenta. Entonces la nueva pregunta es: ¿es posible pensar en un proceso de inversión financiado con aporte de capital, efectivo, de las empresas y no recurrir, como se ha hecho históricamente, a transferencias vía cambios de precios relativos, vía subsidios impositivos, vía el sistema financiero, para financiar la acumulación de capital? Ese es un tema que se abre ahora. Hay un desafío para los empresarios, para las grandes empresas: ¿qué es lo que van a poner ahora en este país? Y yo creo que si va a haber crecimiento tiene que ser distinto al que ha habido antes, porque el país está más consciente, y ese sería un gran subproducto de esta política. Juntemos varios elementos que relacionan a los empresarios con el problema del crecimiento: por un lado este flanco doctrinario de reducir a cero el déficit del Estado; por otro lado, la tasa de inversión que es de 12%, la más baja de la historia, producto del ajuste para el pago de los intereses de la deuda externa (lo que se dejó de invertir es exactamente lo que se transfirió al exterior como pagos) y, finalmente, la demanda de crecimiento (“hay que crecer, hay que reactivar”). Muy bien. ¿Cómo? ¿Quién lo financia? Ahora se plantean los “quién” y los “cómo”, ¿cómo se paga la deuda externa? (o cómo no se paga), ¿cómo intervienen los trabajadores? Cerradas las cuentas del Estado, las variables son: pago de la deuda externa, recuperación de la inversión. Ahí se abre otro gran debate: ¿dónde invertir, ¿cómo será el mundo dentro de diez años? (en función de lo que se decidirá en la inversión de hoy), ¿qué perfil industrial se quiere?, ¿qué estructura social, qué distribución del ingreso?

—La jeringa de las últimas semanas es: “hay que reactivar” y nadie dice nada de cómo, ni siquiera se insinúa...

—Hay una incoherencia muy grande en el discurso de la reactivación. Si es por la vía del Estado, no se puede, porque habrá aumento del déficit; si es por aumento de salarios, deberán incrementarse los salarios privados, es decir, un aumento del costo salarial para las empresas. Si es por la vía de la inversión pública, hay que contestar que con esta recaudación no se puede más; si se trata de reducir otro tipo de gastos, hay que decir cuáles; a cuánta gente hay que echar de la administración pública, y de dónde. Ahora hay que decir, desde el sector demandante, cómo se va a hacer para tal o cual política. En el fondo, lo que ha cambiado es que ahora se trabaja con las identidades contables a la vista. Al fin y al cabo esto es lo que muchos argentinos no aceptan. Que la suma de consumo, inversión y superávit del comercio exterior sea igual al PBI y que eso no tiene vuelta. Y si el PBI es este, hay tanto para la deuda, tanto para consumo y tanto para inversión. Pagamos menos deuda: ¿y a esto cómo lo negociamos? Porque lo que nadie parece querer hoy en este país es el conflicto.

—Deje que vayamos hacia el futuro. Partimos de un hecho ineludible que es la integración de la economía a escala mundial, a alcances que ya están terminando de completarse. Las industrias líderes en integración, como las automotrices, ya están integradas, por ejemplo con los japoneses. Cuatro o cinco grandes empresas de escala mundial integradas y funcionando van a juzgar a los países según sus ventajas comparativas. Una Argentina integrada tiene que tener una ventaja comparativa. Dentro de esta posibilidad lo más a mano es el petróleo, porque lo agropecuario enfrenta mercados competitivos en los países centrales. En un mundo así, aun cuando tuviéramos petróleo, electrónica liviana, carne y granos, en un mundo dominado por las multinacionales, el riesgo cierto que corre la Argentina es la pérdida de identidad, riesgo que corrieron los franceses, los holandeses, los belgas, y que fue resuelto en todos los casos a través de un Estado fuerte, que fue lo que preservó la identidad nacional. Conceder al sentido común que hay que achicar el Estado, aun desde la lucidez y la conciencia como usted lo ha explicado, nos provoca el temor de que se marquen ciertos hitos irreversibles, de modo que cuando se llegue a la situación de poner en el medio al Estado como equilibrio nos encontremos con un Estado debilitado, desarmado, sin buenos negociadores y con los inútiles de siempre...

—Esa es el área más ideologizada de la política económica. Al Estado hay que ponerle nombre y apellido. ¿Cuál Estado?, ¿este Estado? Este Estado no sirve para nada, porque no tiene cuadros y está trabajando con el remanente de una destrucción de años, que lo dejó sin cuadros técnicos. En otros países —Uruguay, Brasil— hay mucha más continuidad de las burocracias técnicas. Pero también están destruidos los partidos políticos, que tampoco tienen cuadros ejecutivos, cuadros para la empresa pública, cuadros del interés nacional. Va a costar mucho rehacerlos, porque en la empresa privada también existe esta carencia; el estancamiento

del país la hizo ineficiente. La gran empresa futura, seguramente, se va a hacer con participación del Estado, simplemente porque ningún capital privado va a querer asumir solo los riesgos de la inversión. La participación del Estado en los servicios básicos, la energía, la siderurgia, no viene por la acción de un ideólogo estatista. Es por una demanda del sector privado que necesitaba socializar riesgos en un proceso de desarrollo que significa remar contra la corriente de la especialización internacional. Porque en la Argentina la industria se armó contra la corriente; el sistema financiero se armó contra la corriente. Entonces cuando aparecen las quejas, contra la participación de la banca oficial en el mercado, es porque se olvidan o no saben que la banca se creó como banca de servicios, para permitir transferencias de ingresos y acumulación de capital y ayudar a la empresa privada. ¿O para qué se creó el Banco Central? Para que los sectores agrarios mantuvieran un control sobre el tipo de cambio y evitaran la caída de sus ingresos derivada de importar la deflación internacional al mercado doméstico. Y así ocurrió en casi toda América Latina. Ahora, respecto de las ventajas, creo que la economía internacional es más compleja de lo que puede uno mirar con el tema de las ventajas comparativas. Es un modelo muy viejo y ya no explica nada. Otra vez hay retórica ahí, porque no es así que las economías crecen. La economía americana creció por el lado en que menos ventajas tenía de acuerdo con la teoría. Otro ejemplo sería Brasil, que aumentó sus exportaciones brutalmente en el último período. En parte hubo señales de corto plazo (una devaluación), pero hubo mucho más que eso. Hubo una estructura de precios relativos más creíble, una sociedad más estable y una gran convicción de crecimiento. Están exportando mil millones de dólares en jugos de naranja a EE. UU. Esto no tiene nada que ver con las multinacionales. La parte rural del estado de San Pablo está en este momento con niveles de vida comparables a los de Italia: hay boutiques en los pueblos de campo. Hay pueblos especializados en zapatos, otros en naranjas, una ganadería competitiva a nivel internacional armada en los últimos diez años y sin ventajas comparativas, sin tecnologías ultraelaboradas.

—Pero, ¿quién tomó la iniciativa en ese caso? ¿Un sector capitalista brasileño o el Estado brasileño?

—Lo que Cardoso llama el “capitalismo asociado”; el Estado, las multinacionales y la iniciativa de distintos grupos empresarios. Un país capitalista, con señales claras desde el Estado y la decisión de crear la infraestructura necesaria. Pero también con espíritu de empresa, con los “animal spirits” de Keynes.

—¿De dónde espera que llegue la llave para retomar la marcha de un país parado?

—Hay que aclarar que este no es un problema de estimular demanda (“cebar la bomba”, decía Keynes) en el corto plazo. Tuvimos un ciclo de expansión desde 1983 hasta mediados o finales del 84 mientras continuaba cayendo la tasa de inversión. Se hizo sobre la base de capacidad instalada y ni siquiera aumentó el empleo industrial. Solo creció el uso de esa capacidad. Entonces el tema no es la reactivación de corto plazo.

—El sector empresario argentino ha demostrado casi lo contrario del brasileño...

—Más o menos. Tenemos una visión muy caricaturesca de nuestra propia historia. En el período 1964-74 esta economía creció al 4 o 5% anual, con salarios reales estables o en alza (hay un alza clara en 1973/74), con un 30% de inflación media y un crecimiento del PBI industrial de 5,5% anual, sin déficit comercial en ningún año del período. Hay superávit comercial permanente y déficit de cuenta corriente en un par de años...

—Sí, pero coincide con la etapa expansiva mundial y se frena por la primera crisis del petróleo...

—Se frena, en mi interpretación, por otra razón. Pero lo que quiero traer es el debate de esos años: lo que para la izquierda era crecimiento capitalista con exclusión, para otros (recuerdo un artículo de Gerchunoff y Llach sobre la base de las ideas de Fernando Henrique Cardozo) era crecimiento con incorporación. En Brasil las ciudades crecen al 6% anual, del cual un 3,5% es aumento demográfico; el resto es migración por mayor demanda de mano de obra. Crecimiento concreto. En la Argentina, en cambio, nuestras ciudades no crecían a esas tasas. No porque no creciera el país en ese período sino porque ya no había cambios demográficos importantes porque estos habían ocurrido antes. Nuestras cifras de este período son comparables a las brasileñas actuales porque, en cierto sentido, somos un país viejo, con poco crecimiento demográfico, con hábitos migratorios internos parecidos a los de Europa. Es decir que hubo un crecimiento interesante, sin un solo año de recesión. No andaba tan mal la economía. La visión que guardo de ese período es que la carga ideológica con que se lo juzgaba era impresionante. Todos los diagnósticos eran catastróficos: los de la izquierda, los del peronismo, los del liberalismo. Mirando eso con los ojos de lo que está pasando ahora, cuando la economía estalla, creo yo, por razones políticas, porque no se conseguía tener un régimen político estable, uno concluye en que tan mal no andaba la cosa. Hay una pasión por la tragedia en la Argentina, todo es dramático: ¡Estancamiento secular!... ¡Cincuenta años de dirigismo!... Eso no se ve en ninguna parte del mundo. Hace poco un irlandés me comentó que el único país parecido a este es Irlanda: la gente afuera es sensata, reflexiva, muy inteligente; cuando llegan al país se convierten en unas bestias salvajes cargadas de historias ideológicas y... bueno, se matan, por cuestiones simbólicas. Como acá por el Chacho, por Rosas, o porque Moreno era un traidor... La gente todavía se acalora en esas polémicas. En ese sentido este es un país muy especial, donde se habla poco de lo concreto. El intento del peronismo de autoclasificarse y clasificar al radicalismo dentro de matrices ideológicas anticuadas es anacrónico. La Argentina ya no calza en estos moldes; mi hijo ya no calza en esto... no le importan el Chacho, Rosas, Moreno; está en otra cosa. Tiene 20 años y le interesan otras cosas. De estos cambios los políticos no se están dando cuenta.

—El papel conductor de la reactivación parece estar sujeto a discusión, parece estar tirado sobre la mesa por el Estado, cuando el Estado es el que va a tener que

hacer el gasto, en el sentido keynesiano, un gasto que termine elevando el producto. ¿No es esto inexorablemente lo que tendrá que pasar?

—El problema de la recuperación de la tasa de inversión en la Argentina es más grande que el hecho de dar señales de que va a haber expansión, de que el mercado va a crecer vía la demanda. Keynes dice que la economía empieza a receder cuando los empresarios se ponen muy pesimistas y conservadores y toman decisiones que producen una profecía autocumplida. Es un juego en el que él crea las condiciones que justifican sus propias decisiones. Pero la sociedad da para producir más, es un desempeño involuntario. Hay recursos, ganas. ¿Cómo hacer, en ese caso, para que el empresario recupere sus expectativas positivas? Ese es el tema de Keynes. Hagamos entonces gasto público para que haya más actividad y el empresariado invierta. Pero acá el tema es más complejo. Ya no es suficiente una señal expansiva para que se recupere la tasa de inversión. Es necesaria la reformulación del pacto social argentino, explícita o implícitamente. El capitalismo es una flor frágil, decía alguien: es muy fácil producir la recesión y es muy difícil sacarlo de ella. Y eso con reglas de juego político estables; pero este país viene de diez años de carnicería, de voracidad ideológica, con tiempos políticos que no han cambiado... ■

AÑO 3 - N° 6

AGOSTO DE 1985

EL AGRO Y LOS DUEÑOS DE LA TIERRA

Entrevista a Horacio Giberti

Uno de los episodios que marcaron el reflujo del proyecto popular de 1973 fue la derrota del proyecto de ley agraria. El principal sostenedor de aquel intento fue Horacio Giberti, entonces secretario de Agricultura. Nuestro colaborador Felipe Solá conversó con Giberti sobre esa experiencia y sobre los actuales problemas de la economía agraria argentina.

—¿Por qué fue nombrado secretario de Agricultura y Ganadería en 1973?

—Por una doble relación institucional y amistosa que mantenía con Gelbard. Yo era asesor de la CGE, había trabajado en el programa económico para el sector agropecuario. Para el cargo se había pensado en alguien de una organización de los productores rurales como la Federación Agraria, que era parte de la CGE.

Así ocurrió al principio, pero cuando renunció esa persona Gelbard me ofreció la Secretaría a mí, que era subsecretario. No pensaba asumir esa función, no tenía un equipo ni proyectos preparados, y eso fue una desventaja grande. Sabía sí cuál era el marco en el que debía moverme, dado por lo que se denominó las coincidencias programáticas.

—Usted estuvo más de un año en esa función. En ese lapso pareció haber dos etapas en la política agropecuaria: una primera, en la que se intentó una verdadera concertación con las fuerzas del campo, creando un espacio común de discusión y negociación dentro de una política que contemplaba incentivos para aumentar, drásticamente, la producción junto a una reforma tributaria profunda; y una segunda en la que el denominador común fue el endurecimiento de ambas partes —gobierno y productores— paralelamente a la pérdida de poder político del equipo Gelbard. Entonces aparece un proyecto de ley agraria, en el que se contempla —en casos extremos de tierras improductivas— la pérdida de la propiedad.

—No fue tan así. Nunca tuve las esperanzas de otros en el funcionamiento de la política de concertación en este sector. La primera función de un gobierno es gobernar. Se exagera el papel de la concertación —esto vale para lo que ocurre ahora en el país— que es un método válido para instrumentar un plan, previamente delineado, pero no para discutir la esencia de ese plan. En el funcionamiento de aquella comisión de política concertada hubo errores en la concepción que provocaron que algunos de sus integrantes pensarán que su espacio era más grande que el que seguramente correspondía. Nunca pensé en discutir qué sino solamente cómo. Lo que sí ocurrió fue que hubo dos etapas distintas para muchos integrantes de esa comisión: comenzaron cediendo terreno frente al avance popular —la gente en la calle, las consignas, etcétera— y terminaron montando una campaña contra nosotros. Recuerdo que el presidente de la Sociedad Rural le dijo primero a Gelbard que si se cambiaban dos o tres artículos del anteproyecto de aquella ley, ellos estaban dispuestos a apoyarla. Unos meses después se negaban a tratarlo en la comisión porque “atentaba contra los principios básicos”. ¿Qué había pasado en el medio? Primero, que habían encontrado fisuras dentro del frente popular y a raíz de eso comenzaron a ganar espacio. El proceso se agudiza terriblemente con la muerte de Perón; el anteproyecto de ley se convierte en punto clave del ataque y este se centra especialmente sobre mi persona, aunque es una excusa para golpear todo el plan de Perón y Gelbard. Algunos sectores de los partidos populares acompañan esta campaña porque quieren “quedar bien” con los grandes productores de la pampa húmeda y la gran prensa que los apoya, antes que cumplir con una plataforma electoral. No puede extrañar entonces que muchos de los firmantes del acta de compromiso del Estado con el sector agropecuario desconocieran después lo allí convenido.

—Obviamente, mientras vivió Perón usted se sintió más protegido para maniobrar políticamente frente a ese tipo de ataques...

—Había delegaciones de poder. Mientras vivió Perón el equipo entero de Economía tuvo un apoyo amplio. Siempre hubo ataques de todo tipo y color, pero bastaba una aparición pública de Perón en la que declaraba enfáticamente su apoyo al Ministerio de Economía para que se recompusiera el poder de Gelbard y su programa. Dentro del equipo económico no tuve jamás un problema. Pese a las campañas de los medios, que insinuaban o denunciaban desinteligencias entre el ministro y la Secretaría de Agricultura, se alzó siempre la confianza de Gelbard en nosotros, que se expresaba, por ejemplo, en su urgencia respecto de la aparición del proyecto de ley agraria.

—¿Qué sectores del peronismo se plegaron al planteo de la oligarquía contra la política agraria?

—En los momentos más críticos casi no tuve apoyo. El ataque concreto vino de la derecha peronista. Recuerdo, por ejemplo, artículos publicados en *Mayoría*, destinados a sostener que nuestra política —básicamente el proyecto de ley agraria— no tenía ningún punto en común con las ideas del peronismo para el agro. No es casual que uno de los autores fuera mi sucesor, Carlos Emery, quien una vez en el cargo se dedicó a desmontar todo lo que hiciera recordar nuestro paso por la calle Paseo Colón, con el aplauso de la Sociedad Rural Argentina y las CRA. En otra circunstancia (septiembre de 1974) en un acto en Olavarría en el cual me retiré del estrado por el insolente discurso del representante de la Sociedad Rural local que ofendía al pueblo y al gobierno, conté solo con el apoyo de la delegación local de la CGT. Pero no llegó el desagravio que hubiéramos necesitado. Hasta el intendente de esa ciudad (radical) negó su apoyo. Los partidos políticos del campo popular no se expedían sobre temas que rozaban los intereses del gran poder económico. Yo sentí siempre el apoyo de Gelbard, sostenido por Perón. Muerto Perón, nadie salió a reemplazarlo en esa tarea. Por el contrario, aparecieron los verdaderos rostros de muchos de los que no se manifestaban; una de las experiencias más tristes para mí fue una reunión con el bloque de senadores del FREJULI en la que llegué a dudar acerca de dónde estábamos, por la virulencia e índole de las críticas; se nos decía que debíamos concertar con la Sociedad Rural Argentina y que el contenido de nuestra ley no era lo importante. Estuve verdaderamente descorazonado.

—¿Recuerda algunos nombres de aquellos entusiastas defensores de la oligarquía?

—Sí, en especial los senadores Maya y Paz. Maya me dijo que el anteproyecto de ley agraria parecía redactado por abogados recibidos en la academia Pitman. Paz fue el que más defendió a la Sociedad Rural Argentina.

—Bueno, a esta altura parece necesario preguntarle qué buscaba aquella política respecto, por ejemplo, de la región pampeana. ¿Qué era lo central: hacer justicia, aumentar la producción, ambas cosas?

—Participé, como asesor de la CGE, en la elaboración de las Coincidencias Programáticas. Era un programa constructivo que se orientaba a corregir, en el caso pampeano, la subutilización de la tierra. En la pampa, la tierra está ocupada en su totalidad, por lo que para elevar la producción, debe buscarse un aumento de productividad y redistribuir después, adecuadamente, el ingreso generado. Producir de acuerdo con la potencialidad de la tierra, conservar el recurso y repartir con justicia era la trilogía de nuestro programa. La región pampeana estaba —está— en mucho mejor posición que el resto del país y debía redistribuirse el ingreso que podía generar en forma inmediata hacia las regiones marginadas. Quiero comentar, de paso, que el más alto valor real de la producción agropecuaria hasta la fecha se obtuvo en el año 1974, lo que contradice la diatriba de la prensa liberal y de nuestros enemigos que sostenían que destruíamos la producción. Las economías regionales tuvieron entonces su mayor auge. Con respecto a estas, vale la pena comentar que cuando a esas producciones extrapampeanas se les fijan altos precios, procurando favorecer a los minifundistas, los precios los paga todo el país, pero el mayor beneficio lo recogen unos pocos grandes productores y el aparato comercializador e industrializador. En lugar de eso, para el tabaco propusimos fijar precios razonables, basados sobre costos de explotaciones medianas, y subsidiar a los minifundistas, que tenían costos más elevados, mientras se aplicaban planes de reconversión de esos minifundios. Esa política fue rechazada por el gobernador de Corrientes, Julio Romero, quien sostuvo que no era una política peronista. El prefería un precio muy alto para el tabaco de su provincia, sin importarle que beneficiara más a los dueños de la tierra que a los aparceros que la cultivaban.

—¿Por qué hubo tanto rechazo a las políticas de su Secretaría, en algunos casos aun por parte de entidades teóricamente beneficiadas con su aplicación?

—Asumo buena parte de la responsabilidad en algunos de esos rechazos. Creo que fui excesivamente rígido con quienes quizá podían ser aliados, en la medida en que se los incorporara. Fue así, en primer lugar por la dureza del ataque de los sectores más reaccionarios y en segundo término, porque no llegué al cargo con la preparación política debida. En lo personal he pagado un alto costo por mi colaboración con el gobierno peronista. Fui duramente perseguido, primero en la etapa Isabel y luego durante el Proceso. En 1974 tuve que buscarme trabajo fuera del país, pero hasta eso me fue impedido. No se renovó mi nombramiento en la Universidad. Quince días después de llegar a Costa Rica a trabajar, el gobierno argentino amenazó a la organización internacional que me había contratado con desafiliarse. Renuncié, y desaparecieron los pretextos invocados para esa desafiliación. Después, durante el Proceso todo esto se acentuó, como es lógico.

—Avancemos diez años; han habido grandes cambios en la producción pampeana. Los precios internacionales de nuestros productos son prácticamente la mitad de los de hace una década, ha habido un importante salto tecnológico y la agricultura se modernizó. ¿Qué cambios en la distribución del poder implica esta transformación?

—Creo que el más importante es la concentración de la producción y de la tierra que parece estar ocurriendo en los últimos años. No hay datos concretos de esto, pero se venden menos tractores de mayor tamaño, aparecieron contratistas agrícolas que son grandes capitalistas y tienen igual o mayor poder que los propietarios y reemplazan en esa función a los chacareros con trabajo familiar. Mi experiencia me dice que estos son índices de concentración de la riqueza. Paralelamente, ha habido una redistribución del poder político. Si analizamos las entidades representativas encontramos cambios regresivos. Veo, con dolor y con alarma, que Coninagro, que aglutina prácticamente a todas las cooperativas agropecuarias, está cada vez más cerca de las CRA (Romero Feris, Aguado, Orbea, etc.) y, a su vez, esta es el brazo ejecutor de la Sociedad Rural Argentina. Una corrida general a la derecha que da como resultados maridajes extraños. Las cooperativas debieran representar al pequeño y mediano productor pero aparecen alineándose, cada vez más, con los intereses de los grandes propietarios. Coninagro propicia la implantación del impuesto a la tierra, pero insiste en que no debe ser progresivo, lo que significa que en valor por hectárea los chicos paguen más que antes y los grandes paguen menos. Está preconizando sustituir el impuesto a las ganancias, que si bien hoy no es importante es al menos progresivo, por uno que implica una cuota igual por hectárea para todos. Me parece que es altamente contradictorio con los intereses que defiende. Hasta hace unos años Coninagro decía que estaba de acuerdo con la filosofía económica que inspiraba el Proceso, pero no con su implementación. Es decir que se manifestaba en acuerdo filosófico con el más crudo capitalismo liberal que apuntaba, deliberadamente, a destruir al cooperativismo midiéndolo con la misma vara que a cualquier empresa. Entonces, uno se pregunta qué intereses están defendiendo y cuál es la verdadera representatividad de estas cúpulas. Ha habido un cambio bastante fuerte en la producción de la región pampeana y eso se tradujo en una modificación de las formas de expresión de las entidades corporativas. A esta altura, hay que estudiar a estas entidades para entender que ya no son las mismas y no representan los mismos estratos de hace veinte años. Siempre se las ha tenido en cuenta en el manejo de las instituciones del Estado, como por ejemplo el INTA, herramienta básica para corregir la dependencia tecnológica que hoy sufrimos en el sector agrario. Cabe comentar que hay un proyecto de modificación de este organismo que, prácticamente, pone en manos de las entidades sectoriales la instrumentación de la política tecnológica. Dejaría en manos de intereses sectoriales, no necesariamente representativos, una de las llaves de nuestro futuro. Esto ocurre porque no se toma conciencia sobre el hecho de

que la política tecnológica no es de un sector sino que atañe a todo el país, que es el que sufriría las consecuencias de las decisiones sectoriales. Exagerando un poco, si un país quiere liberarse de la esclavitud, no puede dejar el problema en manos de una comisión en la que estén representados los esclavos y los esclavistas; correspondería a la comunidad toda eliminar esa mácula.

—Si ha habido un cambio en la tenencia de la tierra en los últimos tiempos, ¿puede suponerse entonces que el imperio ha penetrado más en la pampa húmeda respecto a diez años atrás?

—Dilucidar esa cuestión es el nudo del problema. Siempre hubo una oligarquía que manejó el país. Fue ganadera, industrial, comercial o financiera o todo eso junto, según las circunstancias. Lo financiero siempre estuvo presente en sus actividades; hubo una imbricación entre actividades. La transnacionalización de la economía le ha dado un nuevo papel, porque hoy los intereses de las transnacionales están imbricándose con los de la oligarquía. Creo que nunca fue menos “nacional” que ahora, que, si bien siempre compartió intereses con el imperio, su importancia económica relativa es ahora mucho menor frente al colosal poder de las transnacionales, y sus posibilidades de independencia son menores. Esta es la consecuencia más grave de los cambios ocurridos. La posibilidad material de caer en una dependencia total es objetivamente mucho mayor que antes. Las presiones del exterior tienen una envergadura creciente. Una transnacional puede hoy manejar un mercado y desde allí dirigir un país, con mayor facilidad que antes. Si no hay claridad sobre nuestra dependencia actual no podremos darnos cuenta de cómo enfrentarla. Me refiero a todo tipo de dependencia, y hago hincapié en la menos visible, que es la más peligrosa. Por ejemplo, la dependencia cultural hija de la tecnológica en la que se han educado las últimas generaciones. Habrá que generar los anticuerpos desde la educación, desde el campo de la cultura.

—¿Cuál debería ser la política a seguir dentro de un movimiento popular respecto del tema agrario?

—Fundamentalmente, tomar conciencia de que no será fácil llevar adelante cualquier tipo de medida que afecte, aun levemente, los intereses de las minorías privilegiadas sin una lucha denodada, para la que habrá que estar preparado. El problema no pasa tanto por el tipo de medidas como por la decisión de enfrentar, y desenmascarar, a este grupo que esconde las verdaderas razones que lo llevan a cuestionar cualquier medida, por tímida que sea, y tiene un discurso armado, lleno de trampas en forma de razonamientos técnicos. El dogmatismo de la reacción me hace coincidir con aquello de que un loro sería para ellos un buen ministro de Economía: bastaría con enseñarle a decir “libertad de mercado” como respuesta a cualquier problema. Algo parecido a cierto marxismo a la violeta que pretende explicar cualquier problema mediante un solo factor. Volviendo al tema, la tibieza que se exhibe en una mesa de concertación en la que se discute horas una medida y donde nadie va a cambiar su postura porque se trata de intereses

concretos y no de ideas, sirve solo para crear un clima de supuesto respeto que en realidad es interpretado como una demostración de temor. Hay que atacar más duro, simplemente. Hay que gobernar aplicando el programa electoral mayoritario, no sometiendo a discusión entre sectores respetables pero minoritarios, aquello que sancionó la mayoría con su voto.

—Sin embargo, resulta difícil sostener hoy con la misma fuerza que ayer posiciones como la defensa del Estado y la intervención, porque el marco de la crisis es total, y la gente ya no está dispuesta a aceptar estas posturas sin otro respaldo que el ideológico. Esta crisis ha abarcado con fuerza todo el marco de la problemática política dentro del campo popular y la realidad se ha diversificado, se ha complejizado de un modo tal que en los partidos políticos aparecen discursos liberales y discursos ideologistas conviviendo aun dentro de una misma línea interna. Por otra parte, ejes como liberación o dependencia tienen que ser reexplicados y no se saben explicitar de una manera coherente y sólida las posiciones antiliberales.

—Un punto crucial en la Argentina es la importancia del Estado como rector de la economía. Alrededor de esto debe girar cualquier explicación. Hay que revertir el ataque liberal, que utiliza el término “dirigista” como una especie de insulto político, creando otro término opuesto (que podría ser “mercatista”), que sirva, por ejemplo, para definir y recordar el desastre que dejan sus políticas. Paralelamente, esclarecer para qué se hace política, cuál es el significado último. ¿Se trata solo de emitir un mensaje para ganar votos, o de definir posiciones para esclarecer ideas y ganar aliados? Si es lo segundo hay que empezar por tener confianza en lo que se cree. Si me considero popular debo confiar en el pueblo, evitar ser elitista al plantear una política, y debo creer que es posible ser progresistas porque la gente, cuando entiende, apoya. Lo que se escribe en las plataformas y la gente vota, después no se aplica. Hay que ser consecuente con lo que se piensa y no desconfiar del pueblo, porque entonces aparece el fortalecimiento de la derecha, que sí cree en lo que hace, porque está defendiendo sus intereses. En definitiva: si no se confía en la gente, se confía en los vigilantes. ■

UN SINDICALISMO A LA DEFENSIVA

Entrevista a Víctor De Gennaro

Con más de dos millones de funcionarios públicos, el sector estatal se ha convertido en el más importante de nuestro sindicalismo. Por ese motivo y porque es representativo de la renovación generacional y organizativa de nuestro movimiento obrero, elegimos dialogar con Víctor De Gennaro. Con el secretario general de la Asociación Trabajadores del Estado, el sindicato más importante en el campo público, pasamos revista a los problemas de fondo del sindicalismo argentino.

—Empecemos con el tema de la mujer. ¿Qué tiene el movimiento obrero que decirle a las mujeres tomando en cuenta que un tercio de la fuerza de trabajo institucionalizada es femenina? ¿Cuál es la política del movimiento obrero, su mensaje para la mujer?

—Estamos en una etapa de transición en este tema. Durante la dictadura militar se produjo un retroceso muy fuerte en la militancia sindical de las mujeres. En 1975, por ejemplo, en ATE el nivel de presencia femenina era muy alto. Luego su actividad retrocedió más aún que otros sectores. Apoyamos totalmente la incorporación activa de la mujer al sindicalismo. La creación de departamentos de la mujer en cada sindicato, por ejemplo, de la intersindical de la mujer, etc. En ATE, por primera vez en sus sesenta años de vida, tenemos a una mujer en el secretariado nacional, la compañera Noelia Sánchez, de La Pampa. En las seccionales hay muchas más mujeres en los puestos directivos.

—¿Tienen muchas delegadas de base?

—Sí. En estos momentos hay una gran reinserción de la mujer en el activismo sindical. En este período democrático el fenómeno es perceptible. Se ha revertido lo que sucedía durante la dictadura, cuando la represión afectó a la mujer con formas particulares, como pasó también con los jóvenes.

—¿Cuál es la actitud del movimiento obrero respecto al movimiento por los derechos humanos? ¿Son ustedes conscientes de que para amplios sectores de la sociedad el movimiento obrero no ha estado a la altura de las circunstancias en el tema de los derechos humanos?

—En su conjunto, el movimiento obrero tuvo una actitud de repudio contra la represión de la que, por otra parte, fuimos las principales víctimas. La clase trabajadora siempre estuvo por la recuperación de la democracia en el país y un sector concreto del movimiento obrero incluyó la reivindicación de los derechos humanos como parte de su propuesta política. En la primera marcha obrera que consiguió llegar a la Plaza de Mayo durante la dictadura, Saúl Ubaldini leyó entre los ocho puntos el reclamo por la aparición de los desaparecidos y el esclarecimiento de los hechos. El 27 de abril de 1979, cuando se produjo la primera huelga general, se denunciaron los hechos y también cuando visitó el país la comisión de la OEA. Es indudable que el movimiento obrero debe definir más su posición ante el tema, ya que un sector dirigente estuvo confundido (o incluso de acuerdo) con algunas políticas en materia económica e incluso sindical (como el profesionalismo apolítico) generadas por la dictadura. Con respecto a otros temas estuvimos enfrentados y ello se produjo también respecto de los derechos humanos. En este sentido es muy importante que el 23 de mayo, en Plaza de Mayo, Ubaldini haya anunciado la creación de una secretaría de derechos humanos en la CGT. Esto demuestra que la CGT tiene claro que no puede rehuir sus responsabilidades.

—¿No es algo tarde para asumir esta reivindicación?

—No. No llega tarde el movimiento obrero en general, porque algunas líneas dentro de él siempre asumimos esa bandera. Nosotros, cuando formamos ANUSATE (la agrupación interna de nuestro sindicato) participamos activamente en ambos frentes. Luchamos codo a codo con las organizaciones de los derechos humanos y formamos parte de la CGT Brasil que enfrentó a la dictadura. En medios sindicales solía vislumbrarse la estructura y la dirección del movimiento por los derechos humanos como algo que tenía que ver con la “zurda”, con el guerrillerismo. Pero también vivimos la situación a la inversa. En el movimiento por los derechos humanos todo lo que significaba sindicalismo se igualaba con represión, fascismo o dictadura militar. En ambos lados se “macarteaba”. Nosotros, que estuvimos protagonicamente en ambos frentes, podemos decir que la dictadura tuvo dos enemigos principales: las organizaciones de derechos humanos y la CGT Brasil. Nadie socavó más el poder de la dictadura. Siempre me llamó la atención la miopía de las organizaciones populares para no advertir la importancia de su unión. El enemigo trataba de obtener la fractura del campo popular, por eso buscaba enfrentarnos. Ello estuvo claro cuando se atacó a las Madres físicamente pretendiendo echarle la culpa al movimiento obrero. Una semana más tarde Ubaldini y Hebe Bonafini se abrazaron en la Plaza de Mayo para demostrar que aquí no podía haber confusiones.

—Los dirigentes del movimiento obrero, ¿tienen conciencia de que existe en buena parte de la sociedad argentina —especialmente en los sectores medios— una mala imagen de los sindicalistas? Esa imagen puede atribuirse a prejuicios de

la clase media, pero de todos modos la clase media tiene una gravitación cultural y social decisiva en el país. Si existe tal conciencia, ¿qué piensan hacer al respecto?

—Sí, tenemos conciencia y tenemos clara noción de las causas. Desgraciadamente hay dirigentes que olvidan la representación que invisten y terminan representando más al poder ante los trabajadores que a los trabajadores ante el poder. Está claro que existen tales dirigentes pero también tenemos conciencia de que el enemigo intenta trabar la actividad sindical y hacer menos creíbles la lealtad y la legitimidad de las conducciones sindicales. Lo mismo sucede en otros campos, el político, el cultural. Se trata de demostrar que todo es corruptible, que todo esfuerzo es inútil. Al que tiene una conducta consecuente se lo reprime y al que no, se lo corrompe. Los sectores del privilegio machacan permanentemente el concepto de que todos los dirigentes son corruptos. Un concepto que llega a muchos sectores populares, no solo a las clases medias y se liga al hecho cierto de que algunos dirigentes son propensos a esas actividades. Frente a esto, no hay otra actitud que volver a las fuentes, volver a construir el poder de abajo hacia arriba y reconstituir la credibilidad de la dirigencia con la participación de los trabajadores.

Sin embargo los trabajadores en este tema tienen una gran claridad. Eso se demostró cuando en 1978 la dictadura dictó el decreto 381 que establecía la reafiliación en todos los sindicatos. Creyeron los militares, subestimando a los trabajadores, que jugaría la intensa propaganda sobre la supuesta corrupción de todos los sindicalistas y que habría una desafiliación masiva. Y con sorpresa advirtieron que no fue así: no hubo desafiliación masiva porque los trabajadores advirtieron que, más allá de la corrupción de algunos dirigentes, la organización era su canal de expresión más orgánico y más importante.

—En los últimos años el movimiento obrero perdió muchos efectivos debido a la desindustrialización y la recesión. Ante el fenómeno del cuentapropismo y la desocupación encubierta, ¿cuál es la propuesta del movimiento obrero? ¿Cómo hacer para mantener vínculos con esa masa de población que forma también parte del campo popular?

—El movimiento obrero no estaba preparado para responder a esas cuestiones, el cuentapropismo y la desocupación. Nuestro sindicalismo está preparado para defender al que trabaja, solamente. Pero los desocupados también forman parte de la clase trabajadora. Para nosotros lo primero es la política y luego la organización. Si no se determina claramente una política para estos sectores es muy difícil establecer marcos orgánicos para incorporarlos al campo popular. Lo primero es plantearse cuáles son las políticas que permitan resolver la crisis económica estructural. A partir de ahí podrá haber una política de alianzas con sectores como el cuentapropismo, la mujer, los jóvenes, los partidos políticos y movimientos de derechos humanos que están en el campo popular. Debemos incorporar a los desocupados a la estructura sindical, buscar formas de solidaridad a través de los beneficios de las obras sociales, las bolsas de trabajo que hoy prácticamente no existen. Pero

siempre, más allá de estas formas defensivas necesitamos una forma ofensiva: generar poder político para resolver la crisis.

—¿Puede haber un replanteo respecto a la postura de la CGT en torno al seguro de desempleo?

—Desde un punto de vista ideológico no podemos aceptar que un país como el nuestro, donde está todo por hacer, acepte tener desocupados. Pero tampoco podemos negarnos a admitir el hecho cierto de que los desocupados deben vivir, sobrevivir y hay que buscar mecanismos de emergencia. Son paliativos para una situación que no se resuelve pero es imprescindible buscar las soluciones de fondo.

—Da la impresión de que la conducción sindical está siempre persiguiendo la solución de un problema casi insoluble, la brecha salarial, en una gimnasia desgastante y finalmente inútil. ¿Hay algún tipo de autocrítica respecto de que en esa persecución se dejan de lado otras cosas importantes que se relacionan con la vida cotidiana de los trabajadores? La negociación colectiva, por ejemplo, que no solo se refiere a lo salarial sino a condiciones de trabajo...

—Algunos sostienen que para el movimiento obrero lo principal es la reivindicación salarial. Otros pensamos que la lucha debe encararse en todos los aspectos. En cuanto al tema salarial tal como está planteada la crisis ya no se puede solucionarlo sectorialmente. Se necesitan propuestas económicas de fondo. Esta crisis hay que atacarla con economías dirigidas. No tenemos vergüenza en plantear que necesitamos economías dirigidas por el Estado, con los resortes principales en sus manos. Esto no significa estatizar pero sí gobernar, tener objetivos superadores de la crisis, no meramente administrarla. Si no, las condiciones las imponen treinta empresas, o los que más tienen o el Fondo Monetario.

Al margen de ese planteo global nosotros peleamos para que a los estatales nos reconozcan el derecho a discutir convenios colectivos en los que tratar nuestras condiciones de vida, salubridad, situaciones de trabajo, estatutos. Pero hoy la prioridad es defender las fuentes de trabajo. La crisis es tan grande que el movimiento obrero en lugar de estar a la ofensiva buscando espacios cada vez mayores de poder y mejores condiciones de vida está a la defensiva, preservando las fuentes. Es un claro avance del enemigo. Nos hacen retroceder en las reivindicaciones. La única forma de revertirlo es la disputa del poder político con un proyecto alternativo.

—Aquí rozamos la articulación entre sindicalismo y política. Pareciera que la CGT, el 23 de mayo, asumió una ofensiva política uniando la demanda salarial a un plan alternativo al del Fondo y toda una política de conjunto. Pero al privar el aspecto sindical, ¿no falta una propuesta cultural, sobre modos de vida, sobre ejes políticos, una propuesta para la sociedad en su conjunto?

—El acto del 23 de mayo merece ser considerado en profundidad. Fue un hecho histórico. Allí planteamos la defensa de la democracia pero esa defensa no es a costa de sacrificar el proyecto económico del país. Creo que ha habido madurez

en la relación entre lo sindical y lo político. En el palco no solo estuvo el peronismo sino todos los sectores sociales y los partidos que representan al campo popular, salvo el radicalismo. Nuestro deseo fue que hubiera estado participando en el enfrentamiento con el modelo económico que nos quieren imponer. No hubo contradicción entre lo sindical y lo político, ambos aspectos se enhebran en una sola política. Hoy no es posible concebir al movimiento obrero si no disputa, define, elabora, proyecta y controla la política general del país. El 23 de mayo el movimiento obrero demostró que tiene la capacidad de convocar a todos los demás sectores del campo popular, sin confrontaciones innecesarias. Los estudiantes, por ejemplo, eran una de las columnas más nutridas. Lo que demuestra que muchos sectores medios no están hoy en una actitud antiobrera o de ruptura con el sindicalismo. Estamos en contra del vaciamiento ideológico del movimiento obrero y de la fractura del campo popular. Las dos son armas del enemigo. La única forma de evitarlo es con la clase obrera movilizada.

—Volviendo al tema estrictamente sindical, ¿no cree que existe hoy un fenómeno de fragmentación organizativa que conspira contra la fuerza del movimiento obrero? En su campo, el estatal, por ejemplo, existen centenares de sindicatos de trabajadores nacionales, provinciales, municipales. ¿Cuál es la opinión del movimiento obrero sobre esta irracionalidad organizativa?

—Es producto de una política de destrucción del movimiento obrero. Hasta 1955 en el Estado solo existían dos sindicatos: UPCN para jerarquizados y ATE nivel nacional. No era casual que ATE ocupara la Secretaría General de la CGT. Después del '55, junto a la destrucción del Estado, vino el “verso” de la libertad sindical permitiéndose la proliferación de muchos pequeños sindicatos, centenares, miles que solo sirven para dividir a la clase trabajadora. Por eso no podemos solucionar dos problemas vitales. El primero: casi la mitad de los trabajadores del Estado no tienen afiliación sindical. Segundo: la dispersión sindical dificulta que el Estado resuelva los problemas nacionales. El Estado, en los países dependientes, es el principal bastión de una política de enfrentamiento con las transnacionales o que ponga límites a su voracidad. La fuerza sindical debería responder rápidamente ante la ofensiva del FMI y nuestra dispersión lo impide. Lo mismo ocurre en el campo de la energía, del transporte. La clase más ligada al proyecto nacional es la trabajadora. Cuanto más fracturada esté, más difícil será que pueda encabezar un proyecto liberador.

—¿En ATE hay noción del absurdo que significa la existencia de dos sindicatos, ATE y UPCN, con el mismo ámbito de representación?

—En la próxima reforma de nuestros estatutos uno de los puntos a incluir será la necesidad de la unidad orgánica de todos los sindicatos estatales. Y ello a nivel de las estructuras sindicales y no solo como confederación superior de sindicatos.

—Hay muchos intereses cristalizados que impiden esa unidad...

—La dispersión permite el manejo de secretarías o ministerios por algunos funcionarios que son, virtualmente, “dueños de sindicatos”. El movimiento obrero debe transformarse a sí mismo y hacerlo estructuralmente. No solo tener dirigentes antiburocráticos sino consolidar estructuralmente el protagonismo de las bases. Debemos entender que si hay un descrédito del sindicalismo producto de una propaganda interesada también hay dirigentes que se niegan a reconocer el protagonismo de las bases. Los cuerpos de delegados no tienen que ser correas de transmisión de las decisiones de los dirigentes sino foros de debate de la política del movimiento obrero. Las regionales deben tener autonomía económica y soberanía política. Si no estaremos centralizando cada vez más las decisiones e impediremos el rico caudal que viene del interior.

—¿Hay una renovación generacional en el sindicalismo, en el plano de los dirigentes? Si es así, ¿cuáles serían sus características?

—Más que una renovación generacional diría que hay una renovación política. La normalización sindical, aunque limitada, significó una definición clara de los trabajadores. En la base hay una nueva composición de su momento fundamental, el cuerpo de delegados. Allí se reconstruye la confianza y la credibilidad en la estructura sindical. Prevalece la militancia creíble para los compañeros: los electos son los que no han tenido ni tienen nada que ver con la dictadura, con la patronal, con el aparato burocrático. Los delegados son elegidos por esos factores más que por sus ideas políticas. No gana nadie que ha estado ligado a la dictadura o a los aparatos de represión antidemocrática. En las estructuras intermedias hay una fortaleza ideológica antes desconocida. Hay una exigencia de debatir y comprometerse mucho más intensamente. Las comisiones internas, las seccionales, las regionales, los sindicatos respecto a las confederaciones, todos quieren opinar: ya son imposibles las conducciones totales desde arriba. Hoy los trabajadores cuando se reúnen no se privan nunca de silbar a aquellos que no los representan. Ya no hay lealtades automáticas. Hoy todo se piensa y se discute. Por eso un acto como el del 23 de mayo solo lo pudo hacer la CGT porque planteó una política que fue comprendida y aceptada por el pueblo. Ningún sector por sí solo hubiera podido hacer ese acto. A nivel superestructural el proceso es más lento. Lo cierto es que donde se pudo votar en el proceso de normalización, crecieron los que estuvieron ligados a la lucha contra la dictadura o aquellos que no fueron responsables de la derrota política el 24 de marzo de 1976 o hicieron la suficiente autocritica. Si la conducción de la CGT surgiera de un proceso de voto directo de las bases, no me cabe ninguna duda de quiénes serían los elegidos. Como esa conducción surge de una política de alianzas en un congreso, aquel proceso de renovación será más lento. ■

NO HABRÁ CONFLICTOS, PERO TAMPOCO ESPERANZAS

Reportaje a Alfredo Eric Calcagno
por Enrique Mario Martínez

La reciente publicación por la editorial Legasa del libro *La perversa deuda argentina* reveló al público el nombre de un experto hasta entonces solo conocido en círculos económicos. Se trata de Alfredo Eric Calcagno, ex funcionario de las Naciones Unidas, que en esta entrevista realizada por nuestro colaborador Enrique Martínez, desgrana su visión sobre ese acuciante tema de nuestra problemática.

—De acuerdo a lo que diría un manual de entrevistas deberíamos ser agresivos para darle cierto interés, así que la primera pregunta va a ser, ¿usted quién es?

—Me llamo Alfredo Calcagno, tengo 60 años, me acabo de jubilar como funcionario de las Naciones Unidas y me dediqué durante bastante tiempo a estudiar la realidad de los países de América Latina con una orientación nacional y popular y traté de compatibilizar eso con mi trabajo en las Naciones Unidas.

—Teniendo en cuenta su larga experiencia como funcionario internacional, y ya que estamos en un momento en que la economía argentina es manejada básicamente por ex funcionarios internacionales, sería interesante que opinara en qué ayuda y en qué perjudica haber sido funcionario internacional para interpretar y conducir la economía de un país.

—El problema más que dónde trabajó la gente antes de conducir la economía, está en su orientación básica y en cómo decidiría la cuestión que marca el fondo de una política económica: a quién se beneficia y a quién se perjudica con esa política económica. En los organismos internacionales muchas veces no se puede poner por escrito todo lo que se piensa porque los organismos internacionales son de los gobiernos, de modo que las secretarías tienen que mantenerse dentro de un cierto margen de discreción. Tiene una ventaja; les permite a los economistas seguir trabajando en su materia cuando los gobiernos de sus respectivos países no se lo permiten y también cuando se cierra el ámbito académico universitario.

—En el prejuicio generalizado, haber sido cepalista es bueno y haber sido funcionario del FMI es malo. ¿Existe esa diferencia? ¿Cuál es el rango entre

extremos en cuanto a la capacidad para estar al servicio de lo nacional y popular una vez que se deja de ser funcionario internacional?

—Existe una cierta orientación básica de las instituciones, sea por imposición de la dirección de las mismas, sea por autocensura. Hay algunas que desde su nacimiento tratan de favorecer por ejemplo el interés de los países de América Latina, mientras que otras, en cambio, favorecen el interés de los desarrollados. El caso del FMI es clarísimo y se refleja en la institución misma, donde existe voto calificado. En general, en las Naciones Unidas hay dos grandes categorías de organismos: aquellos en los que un país es un voto y otros en los cuales existe voto calificado. Los que dependen de la Secretaría General, por ejemplo la CEPAL y la Unctad, donde un país es un voto, lo cual les da un predominio a los países subdesarrollados. En cambio, en otros organismos como el FMI existe voto calificado, de acuerdo con las cuotas que cada país tiene dentro de esa institución, de manera que institucionalmente sirven a los intereses de los países desarrollados. La pregunta de fondo es en qué favorece y en qué perjudica haber pertenecido a un organismo internacional para opinar sobre la realidad de un país, su propio país. Favorece el hecho de que esa persona estuvo profesionalizada durante mucho tiempo en el estudio de la economía y, si no se deformó, al pertenecer a uno de los organismos manejados por los países desarrollados puede hacer una tarea útil. El problema está en el peligro de desviación tecnocrática, si es que profesionalmente se aisló y no participó en la vida del país. Esto, más que del lugar donde trabajó, depende de la índole personal de cada uno.

—Sin ánimo de ser cargosos convendría profundizar un poquito en un concepto: en las ciencias exactas, a pesar de que toda tarea de investigación y de trabajo científico tiene una implicación práctica en alguna instancia, el concepto de científicidad puede ser identificado con relativa prolijidad. Pero en el campo de las ciencias sociales y de la economía en particular, que hoy está metida hasta en la sangre de cualquier habitante del país, ¿qué quiere decir ser científico? ¿Existe neutralidad en el tratamiento de un tema económico?

—Creo que hay una falsa identificación del economista como, por ejemplo, el médico. En el médico el problema básico es su capacidad técnica, uno va a un buen médico para que lo cure porque todos los médicos defienden un solo valor que es el de la salud, no hay médicos que trabajen para la enfermedad. En cambio, en economía hay que hacer doble calificación: primero, qué interés defiende, si defiende los intereses populares o antipopulares; la segunda calificación es si lo hace bien o mal, con eficiencia y capacidad técnica o sin ellas.

—Cuéntenos un poco la tesis central que usted intenta sostener en su libro *La perversa deuda argentina*.

—Hay varias tesis. En primer término, la presentación del libro, y el paralelo con Eréndira, tiende a remarcar que cuando se entra mucho en los detalles

de un cierto problema suele perderse la visión de conjunto y la esencia misma de los problemas, y que esta esencia o naturaleza vuelve a aparecer cuando se trasponen las situaciones y se las compara con lo que ocurre, con personajes de carne y hueso. El problema básico de la deuda es su intrínseca inmoralidad, cosa que, si se comienza a hablar sobre plazos y tasas, se pierde de vista. Entonces el primer rasgo que quise señalar es la intrínseca inmoralidad de la deuda externa y para eso lo comparé con la situación de la Cándida Eréndira del cuento de García Márquez, que para pagar una deuda inexistente y descomunal debe prostituirse por largos años. Establecido este primer principio, el pago o no pago depende de la capacidad recíproca para imponer o eludir represalias. No hay ninguna obligación moral ni de honor nacional que obligue a pagar la mayor parte de la deuda. De esta deuda, por supuesto, habrá que distinguir qué parte es la que se imputa a especulación o a otros usos en desacuerdo con el interés nacional, y qué parte efectivamente tiene una contrapartida en bienes y servicios. La deuda comercial, por ejemplo, debe pagarse normalmente.

El otro principio es desmitificar la rigidez con la que se quiere presentar el problema. No es que no exista nada más que una solución, existen múltiples soluciones que sobre todo dependen del problema político nacional, es decir, de cuál es la decisión que la mayoría popular toma en un cierto momento sobre qué hacer.

—Incluso usted ha señalado, con mucha precisión, que el problema tiene tantos años por delante que hasta podría haber soluciones cambiantes en el tiempo, o sea que se podría intentar una solución ahora y, de acuerdo con la modificación de las condiciones en la situación mundial, otra dentro de tres o cuatro años.

—Exactamente. Si el modelo global que está estructurado en torno al pago de la deuda funciona y se demuestra en los hechos que es posible pagar y crecer, sería una justificación de hecho, no moral, para seguir pagando. Pero si se demuestra dentro de unos meses que no es posible pagar y crecer, habrá que tomar la decisión política de esa opción. En tal caso se debe tener en cuenta que no pagar o pagar no quiere decir nada tomado aisladamente. El pago o no pago es un elemento importante pero únicamente *un elemento* dentro de una política económica global. Esa política tiene una orientación general, atañe a las variables más importantes de la política económica, tales como el modelo global de desarrollo, la inserción externa, la acumulación de capital, la política de ingresos, el perfil de la industria, y no solamente significa orientaciones divergentes, en cuanto a puntos básicos tales como el que le cité, sino también que supone una diferente estructura de poder económico y político interno. Por eso, la dificultad principal para adoptar una posición en un momento dado, que esté de acuerdo con el interés nacional y popular, radica en el problema interno, en la alianza de fuerzas que hace falta internamente para sostener un modelo global que tenga otras características que el modelo exportador financiero o con cierta relevancia del sector financiero y con una participación menor del Estado...

—Perdone la interrupción, pero si la solución está fuertemente condicionada por la relación interna de poder y se llegó a esta situación por una relación de poder de la cual hicieron uso fuertes grupos especuladores, que subsisten, ¿es posible avanzar solo a través de planteos que analicen la relación deudor-Argentina, acreedores-bancos extranjeros, omitiendo la relación entre los deudores y los beneficiarios internos de la política pasada?

—Uno de los problemas básicos es que se está intentando presentar este problema como si la relación fuera entre la banca acreedora internacional y el FMI por un lado, y la Argentina por el otro. Creo que no es así, que hubo un conglomerado expoliador que estaba integrado por la banca trasnacional y sus clientes en la Argentina, clientes nacionales y extranjeros, que fueron los que realizaron una descomunal transferencia de ingresos en su beneficio, por medio de la evasión masiva de capitales y su depósito en bancos del exterior. La verdadera oposición se da entre este conglomerado expoliador y el resto del país.

—En consecuencia, no estamos analizando la relación entre la Argentina y el FMI, sino que debemos decidir cómo se evita, primero, la continuidad de la explotación y segundo, con alguna probabilidad de éxito, la recuperación de parte de lo expoliado. ¿Ve alguna línea en la política —no diría necesariamente la política actual porque el objeto del análisis no es solo criticar la política del gobierno— sino alguna línea productiva de acción que conduzca a mejorar esta situación?

—Hay varias líneas de acción que todavía no han sido suficientemente analizadas a fondo. Está el problema de la deuda global sobre el cual, en el ejercicio del poder soberano, la Argentina como país puede imponer condiciones de pago o condiciones de no pago durante un cierto lapso de moratoria tanto de intereses como de capital. Es decir: está la solución de Alan García en el Perú, que sostiene que pagará nada más que el 10% de las exportaciones, por razones independientes de la índole del crédito, por razones de posibilidad de pago nacional. Ese es un problema, en donde la decisión es del Estado soberano y es unilateral. El otro problema es la relación del Estado con los que evadieron capitales. En el último informe sobre la Argentina del Banco Mundial se hace un cálculo grueso de cuál es el monto de la deuda contraída para financiar la evasión de esos capitales, y se llega a una suma de 19 mil millones de dólares. Esos beneficiarios e instrumentadores de la evasión en este momento miran el problema desde afuera y se consideran como desligados. Creo que es indispensable llevar una investigación a fondo para determinar quiénes son.

Creo que en esta, como en otras materias, no existe el “crimen perfecto”, de modo tal que una investigación a fondo puede determinar quiénes son. Una vez determinado quiénes son, hay dos vías: si existe la posibilidad de probar judicialmente fraude al país, llevar el asunto por los carriles judiciales. Si no existe esta posibilidad y están individualizados, las facultades discrecionales que tiene el Estado en el manejo de la política económica —por ejemplo, a través del sistema

fiscal— dan la posibilidad de, mediante fuertes discriminaciones, hacer pagar lo que se evadió inmoralmemente del país.

—Permítame introducir modestamente alguna línea imaginativa. Dentro de un sistema débil en cuanto a su capacidad punitiva en este tipo de situaciones, también sería factible si hay grupos importantes que participaron de esta evasión y que tienen capacidad *productiva* instalada en la Argentina, como buena parte de esos grupos están vinculados a grupos multinacionales y tienen restricciones sobre su política exportadora, tal vez se podría forzarlos a que traigan, a través de la exportación, las divisas que se llevaron por otros mecanismos, como complemento de la política que usted señaló.

—Sí, ese es uno de los mecanismos, otro es no darle crédito barato a quienes tienen fondos en el exterior; otro es por medio de la política fiscal. Es decir, hay mecanismos. El asunto básico es cómo se estructura una fuerza política capaz de llevar a la práctica un programa global de desarrollo que vincule directamente el problema de la deuda con inversiones productivas que se hagan en el país. Porque si simplemente no se pagara, quienes dominan la economía, quienes tienen el poder económico, los profesionales y los fuertes grupos nacionales ligados a ellos, bicicletearían los 3.500 millones de dólares que se dejaron de pagar y estaríamos siempre en la misma y con un fuerte conflicto externo.

—Veamos otro ángulo del problema. Un tema que ha sido sistemáticamente omitido en el tratamiento de la situación argentina en los últimos años, porque la deuda externa tapó todo, es el de la desintegración de la economía nacional culminando el proceso de división entre dos países, el puerto industrial y algunos pequeños enclaves en el interior y el resto de las regiones argentinas libradas en buena medida a su suerte. Un análisis posible, en el que yo creo al menos, es que el tratamiento de la deuda como el problema central argentino y el condicionamiento de primero pagar y luego crecer, puede dejar dentro de una Argentina semidesarrollada, a algunos grandes centros urbanos de la Argentina, por ejemplo Capital Federal y Gran Buenos Aires, que se han convertido en enormes centros de servicios más que de producción y sumergir aún más a los sectores productivos naturales del interior. No he visto análisis serios sobre la situación actual de ese esquema de desintegración y la agudización de ese esquema a consecuencia de la rigidez con que se encara el pago de la deuda. ¿Qué opina sobre eso, o no tiene nada que ver una cosa con la otra?

—Creo que sí, que hay un problema de fondo y es que durante los años del gobierno del “proceso” no se solucionó ninguno de los problemas básicos que tenía el país, que eran también previos, y por el contrario se agravaron. Lo que recogemos ahora es que no está en discusión ninguno de esos problemas básicos de fondo. No está en discusión el plan global dentro del cual se debería poner el no pago o el pago parcial de la deuda. Esos problemas de fondo, como la inserción externa de la Argentina, el perfil de la industria, el desarrollo regional interno del

país, quedaron fuera de la discusión y han sido tapados por el inmediatez que la *mentalidad de patria financiera* impuso al país. El problema “deuda” es uno de los temas; quizá sea la fuente de recursos con los cuales podrá pensarse en el financiamiento de estas otras tantas actividades.

—Pero quería llevarlo a un aspecto a lo mejor un poco distinto: usted dice que el país debe optar entre pagar o crecer o, por lo menos, que se debe verificar en los próximos meses si se puede pagar y crecer y, en caso de no crecer, habría que modificar el esquema de pago. Tengo la duda de si en caso de aplicarse este programa y pagar sin crecer, de cualquier modo algunos sectores de la sociedad argentina, y no los especuladores de modo exclusivo, igual crecerían, o al menos mantendrían su nivel de vida, mientras que otros sectores serían los únicos perjudicados; o sea que el perjuicio no sería general.

—Sí, llegaríamos al esquema, tremendamente regresivo de un país que crece basado en la prosperidad o en la mediocridad del 20% más alto de la población, mientras que el 80% sufriría la pobreza o no tendría los medios para seguir viviendo con posibilidades de satisfacer sus necesidades. El tema se vincula con un problema muy grave que tiene el país, y que pueden pasar años antes de que se solucione, y que es la caída de la inversión. En este momento la tasa de inversión en la economía es del 12%. Es decir, nos estamos descapitalizando y estos procesos demoran años en remediarse, de modo tal que la base misma de sustentación del desarrollo nacional es la que está en cuestionamiento.

—Para cambiar el estado de cosas se necesita, como usted lo dice claramente, un apoyo político sustancial. Debe ser una decisión política apoyada masivamente. Usted usa una frase muy feliz, no solo por lo buena sino porque se retiene con facilidad: si se acata el plan del FMI no habrá conflictos pero tampoco habrá esperanzas; en cambio, si no se acata, casi seguramente habrá conflictos pero habrá esperanzas. La pregunta que surge al advertir que es necesario un apoyo político masivo para enfrentar una situación de conflicto, es: ¿la clase media argentina, apoyo político esencial del actual gobierno, tiene hoy esperanzas?

—... Creo que sí, que la clase media argentina tiene esperanzas en este momento. El problema básico es si en el futuro va a seguir teniéndolas, lo cual se demostrará en los hechos con la realidad. Es decir, si la situación de los meses o años próximos permitirá que la mayor parte de esa clase satisfaga sus necesidades, va a continuar con esperanzas; si en cambio la realidad se muestra adversa, y se entra en un proceso de notoria insatisfacción, las perderá, y en ese momento, probablemente comenzará a pensar en otras soluciones.

—Tengo la impresión de que hay amplios sectores, entre los cuales no está la clase media (la pregunta que hice no fue insidiosa sino una duda auténtica), pero hay amplios sectores populares, entre los que están por ejemplo los proletarios rurales de la Argentina, que han entrado en la etapa de la resignación absoluta;

prácticamente han vuelto a la mentalidad con que soportaban los gobiernos de la década infame, partiendo de una actitud de supervivencia. Ese tipo de actitud, si se traslada a una visión política, podría tolerar casi cualquier gobierno.

—Creo que no: una cosa es tener esperanza y otra estar en una situación de pesimismo que no tiene cauce político porque, por diversas razones, no le ha llegado a esa gente la posibilidad de encauzar positivamente esa falta de esperanza dentro de un movimiento político. Pero aquí habría dos problemas. Uno es: si hay esperanzas y hay una aceptación, aunque sea pasiva de la situación, eso puede constituir una base de apoyo bastante fuerte para lo que se esté haciendo en ese momento. Ahora, si esa esperanza desaparece puede haber un período de atonía en el cual la gente no encuentre cauce para expresarse. Históricamente se demuestra que tarde o temprano nace ese movimiento o se busca otra cosa.

—Usted advierte que no estamos en un punto de pesimismo sino que aún la gente tiene esperanza. Deme una interpretación: ¿esperanza de qué? ¿Qué está esperando la gente a su juicio?

—Yo no digo que toda la gente, estábamos hablando del apoyo político de este gobierno, que es de la clase media, que satisface algunas de sus necesidades, más bien en el ámbito político, de democratización, no violencia —por lo menos en la magnitud que existió antes— y aparte la gente quiere creer en algo. Y los sectores de clase media, hasta ahora, dan prioridad a estos factores frente a la situación económica difícil. Por otro lado, no visualizan una alternativa a la actual política económica, de modo que esperan que esta política económica tenga éxito.

—Ahora permítame completar la charla con la última página de su libro. Voy a leer un párrafo que me parece importante y le voy a pedir una ampliación. Usted dice: “Una reciente investigación ha mostrado cómo a lo largo de la historia para mantener una dominación, tanto o más importante que la violencia ejercida por los dominadores ha sido el consentimiento de los dominados. Profundizando el análisis, habría que desentrañar las causas de ese consentimiento. En la práctica, dos de ellas han sido: primero, la campaña realizada por los dominadores externos y sus socios locales para que todos acepten la dominación como un hecho consumado, inevitable e inmodificable; como una fatalidad que se convierte en menor frente a la ferocidad de las represalias violentas que podría desencadenar la rebelión. En segundo lugar, la ignorancia de los dominados, que sin un análisis concreto y realista de las causas y fuentes de la dominación y de la verdadera relación de fuerzas, aceptan la inevitabilidad de la dominación sin siquiera discutirla”.

Eliminar la segunda causa, o mejor dicho combatir la segunda causa, ayudaría simultáneamente a combatir la primera, porque la eliminación de la ignorancia de los dominados ayudaría a que los dominadores no tuvieran éxito en su campaña. Entonces: ¿por qué no nos ayudamos mutuamente a encontrar un camino? ¿Qué habría que hacer para eliminar la ignorancia de los dominados o para luchar contra ella... además de leer este libro?

—Creo que habría que esclarecer cuál es la situación, tirar mucha más información sobre la mesa, hacer el cálculo, por ejemplo, de cuánto cuesta al país pagar la deuda y cuánto costaría no pagar o pagar parcialmente. Aquí también, en el libro, tengo un párrafo en el que digo que “tan irracional es provocar una ruptura sin prever las consecuencias, como consentir la dominación sin evaluar las propias fuerzas y las del enemigo”. Es decir, habría, por un lado, que prever las consecuencias del no pago o del pago parcial haciendo un análisis serio de lo que podría ocurrir en el país; por otra parte ya hay algunos antecedentes. Segundo, evaluar las propias fuerzas y las del enemigo, saber en qué podría consistir un posible bloqueo, cuáles podrían ser las expuestas y cuáles las alianzas. Todo eso puede llevar a una inserción internacional basada sobre estas circunstancias del país.

—Partiendo de la base de que no hay una solución lineal, ni única, ni irreversible, tal como usted lo ha dicho.

—Partiendo de esa base hice un cálculo razonable de cuándo se terminaría de pagar la deuda, si se siguiera con el pago puntual de intereses y de capital, y el resultado es que se terminaría de pagar en 2008, después de haber pagado 195.000 millones de dólares. Es decir que las soluciones que hoy puedan parecer utópicas o no tener el apoyo de la mayoría de la población, dentro de un año pueden ser las que la gente apoye masivamente.

—Además hay que tener cierto respeto por la generación siguiente, que va a pagar tanto como nosotros, en todo caso.

—Así es. ■

AÑO 3 - N° 7/8

DICIEMBRE DE 1985

JORGE TAIANA

¿HISTÓRICO O MILITANTE?

Entrevista de Mona Moncalvillo

Ministro de Educación y Cultura durante el último gobierno constitucional, el doctor Jorge Taiana pagó con una dura prisión su conducta cívica. En este abarcador reportaje que le realizó Mona Moncalvillo, Taiana pasa revista a su trayectoria personal y a su visión de la actualidad y el futuro argentino.

El doctor Jorge Alberto Taiana, además de peronista, es un auténtico intelectual, algo no muy frecuente en esta época plagada de pseudos y autotitulados que ni siquiera saben que la palabreja define a los que han hecho del pensar por su cuenta un ejercicio cotidiano. Y Taiana nunca ha dejado de pensar. Ni siquiera en sus casi siete años de cárcel. La práctica de la cirugía torácica continúa ocupando parte de su actividad, el resto lo sigue dedicando al justicialismo, al humanismo y a pedir una clarificación de líneas y fuerzas internas. Definiéndose como un heterodoxo, no quiere cometer el delito de parcialidad y por eso no se ha incorporado a ningún sector interno. Lo que no le impide ver, tanto en Cafiero como en Grosso, posibilidades para la renovación esperada.

Sereno y reflexivo como siempre, Taiana hace un preciso relevamiento de la juventud, la mujer, los intelectuales y del futuro del partido, sin querer asumir pergaminos de “histórico”. La sola mención de la palabra le produce gracia, porque dice que lo ubica en la vejez...

Y en eso no estamos de acuerdo. Taiana ha dado, y da, muestras permanentes de una gran madurez y equilibrio, propias de un espíritu generoso y analítico, capaz de enfrentar lo que viene desde lo positivo. Y sin rencores por las injusticias de que fue objeto. Prefiere recostarse en la justicia antes que en los odios. Y eso tiene poco que ver con la vejez. Por eso hay quienes creen que sus lúcidos 73 años todavía pueden aportar mucho al peronismo y al país.

—Los miembros de las tres primeras Juntas están siendo juzgados, pero no se ve ningún indicio de arrepentimiento, ni de autocritica...

—Claro... Y eso es grave, porque quiere decir que las fuerzas están todavía acantonadas. Creo que las Fuerzas Armadas y amplios sectores de la opinión pública, civiles, todavía están convencidos de que ellos desarrollaron una guerra santa, inspirada en principios cristianos, superiores, de ultra moral, y creen que en el fondo han triunfado desde el punto de vista militar, pero han sido derrotados por este recurso liberal de la vieja Constitución... Estoy sumamente preocupado, no por temores personales, sino por el país, aunque esto puede sonar un poco a grandilocuencia, ¿no? Porque parece que todos están preocupados por el país y por la historia... Voy a que estamos preocupados, porque una parte importante de nuestra población y, especialmente, de los medios intelectuales de la clase media alta, no está absolutamente convencida de que esta vida democrática es la que nosotros debemos cultivar, preservar y defender. Piensan que falta un cierto grado de autoritarismo, “¿cómo es que el presidente de la República no hace tal o cual cosa?”... porque estamos acostumbrados a eso. Durante muchos años hemos vivido así. Todos nosotros. Peronistas, radicales, y otros que no son ni peronistas ni radicales, han vivido dentro de un ambiente autoritario. Algunos, incluso, se han sentido cómodos, por eso ahora extrañan esta ausencia de autoritarismo, lamentan que no haya una mano un poco fuerte. Al fin y al cabo, dicen, la democracia necesita un líder, un hombre fuerte y entonces

recuerdan a Churchill y Roosevelt y toda esa serie de cosas... Es una especie de turbulencia mental...

—A mí me parece que también nos acostumbramos a que nos dieran las cosas digeridas, por eso lo que más cuesta es tomar decisiones propias. Pero eso es un aprendizaje que no se puede hacer de la mañana a la noche...

—Es un aprendizaje difícil. Porque existe, y se desarrolla, en sectores importantes de la población, la convicción de que el Estado es muy malo y reprochable cuando nos exige, cuando nos pide o nos obliga, ¡pero cómo lo elogiamos cuando nos subsidia y nos ayuda, o nos da algún elemento a favor! Volviendo al punto inicial, observo que hay sectores de la población que rápidamente se han desentendido, por ejemplo, del juicio a las Juntas. Los primeros días, el 22 de abril, había un estado generalizado de expectativa, de interés, no había familia en la que no se leyera en el periódico todo el desarrollo de la sesión, los testimonios, etc. Hoy hay una declinación del interés por ese asunto. Quizá se reactive con la acusación fiscal... Pero es un síntoma de cómo el interés por las cosas decae. Acá y en todas partes. Cómo la información, a veces, neutraliza, hipnotiza, adormece. Hay un periódico que sale semanalmente, todos los lunes, es *El diario del juicio*. Y me pregunto: ¿qué tirada tiene eso? ¿La gente de Ensenada, de Bernal, de Catamarca lee ese diario? Porque la lectura de este diario es una de las cosas más escalofrantes que existen. El resumen que dan los diarios, naturalmente por falta de espacio, es reducido. Pero cuando uno lee ese diario o escucha, yo he ido dos veces a las sesiones, sale realmente impresionado de cómo hombres y mujeres de nuestro país, civiles y militares, han llegado a cometer aberraciones tan tremendas. Yo he estado preso en un instituto penal militar y allí llegaron algunos por excesos en la represión, ¡cómo serían! Claro que estuvieron poco tiempo, tres, cuatro meses... Y... no tenían más que uno o dos homicidios, desvalijar casas y cometer atropellos contra las mujeres... Cosas horribles... Eso, contado así tiene una dimensión relativamente reducida, pero cuando se lee *El diario del juicio*, con la versión taquigráfica de las cosas que han hecho nuestros compatriotas, uno queda realmente decepcionado del comportamiento humano...

—De esos militares a los que a veces nos referimos como si vinieran de Taiwán...

—No... ¡son nuestros! Y son hijos o hermanos de amigos nuestros, o nietos de amigos nuestros. Y se han formado en hogares de un país que nosotros creíamos que era uno de los primeros del mundo, civilizado, cristiano, con amor, con conceptos de familia... Y no son cuatro o cinco criminales, delirantes o drogadictos... No. Estos son individuos que se han formado desde niños en el Liceo Militar, luego entraron en el Colegio Militar, después estuvieron en la institución militar y en la Escuela de Defensa Nacional, han seguido todos los grados y los han examinado física y psíquicamente, con minuciosidad en el Hospital Militar, en el Hospital Naval o en el de la Aeronáutica. ¿Y ese es el producto? Porque no son solo unos cuantos, tampoco, todos han quedado hermanados. Algunos de ellos se habrán

apartado, son muy pocos, pero los demás aceptaron eso. ¿Y los civiles? ¿Y la complicidad con el silencio? ¿Y el cerrar los ojos y los oídos a lo que estaba pasando? Porque yo estuve preso y tengo referencias pero ustedes han vivido este horror. ¿Cuántas personas amigas y familiares de ustedes han silenciado las cosas, con gran disgusto de ustedes mismos? No pregunto si es así o no, pero estoy seguro, porque también tengo parientes y familiares que ahora me palmean y me quieren, creo, pero me quieren a su modo, es decir se desentendieron de la vida y del destino de los demás... Y eso es poco cristiano, poco occidental, poco humano...

—A Obregón Cano le dieron diez años de condena y los cargos fueron muchísimos. ¿Usted cree que podrá existir alguna posibilidad de que a los comandantes les den una condena similar?

—Yo pienso que no. Los delitos imputados a los comandantes son crímenes horrendos, abyectos, que van mucho más allá de la violencia. Porque en lo que he leído, no conozco la sentencia ni el juicio en detalle con respecto a Obregón Cano, se lo acusa de asociación ilícita, de haber dirigido la organización tal o cual de Montoneros, que han cometido atentados, y eso cae dentro del derecho y del Código Penal. Pero mucho más grave es ejercer el poder del Estado, al que se llegó por la fuerza, y una vez que se ejerce, desarrollar la teoría de la seguridad nacional, es decir el terrorismo de Estado. Eso me parece que es mucho más grave. Y mucho más serio, porque es una cosa que cubre a toda la Nación. Han impartido órdenes que llevan a la comisión de delitos que superan a los que realizan los llamados delincuentes. Es decir, si al asesino le vamos a responder con el asesinato, al ladrón con el robo, entonces no existe una sociedad organizada... Los de las Juntas son los responsables de un delito a mi juicio horrendo: instrumentar el terrorismo de Estado, muy superior, en mi opinión, al terrorismo individual, que suele ser producto de alteraciones de conducta reprochables, sancionables y justiciables.

Creo que debe aplicarse, naturalmente, dentro del Estado de derecho lo que corresponde, lo que marcan los códigos, las leyes. Pero la justicia, en este asunto, debe ser severa. Es la única manera de salir de la situación por la que atraviesa el país y toda la población argentina. Es decir, acá, y vamos a un tema que es muy importante, no puede haber reconciliación si no existe previamente justicia. Eso es lo que nos muestra la historia. Se nos habla de que hubo una reconciliación en Estados Unidos después de la guerra civil... Claro... pero hubo una guerra civil que definió la cosa. La guerra civil fue por un asunto, entre otras cosas, que era la esclavitud. Y se definió por la guerra civil. Hubo un bando vencedor y uno totalmente aplastado y vencido. En España también la hubo. En muchas partes existieron guerras civiles, en Brasil también, porque los estados del sur combatieron contra los estados del norte y perdieron. Ahí se estableció la unidad nacional y después, naturalmente, vino la conciliación, el perdón. Quizá la situación más parecida a la argentina es la de Grecia. Ahí existía un orden monárquico y en un momento los coroneles se levantaron y establecieron una dictadura militar,

cometieron tremendas tropelías, pero después se instauró la democracia y todos esos militares fueron juzgados. Y aún ahora existen militares que cumplen condenas. Una vez aplicada la justicia, entonces sí después vino la conciliación, la reconciliación. Y ahora en Grecia a nadie se le ocurre, pienso, que puedan existir fuerzas que aspiran a tomar el poder por la violencia, o a restaurar el poder militar...

—Cambiando de tema, el hecho de que usted haya tenido que vivir su militancia en el Partido Justicialista entre la gloria y la cárcel, ¿define de alguna manera lo que es ser un justicialista?

—Pienso que no... No es eso lo que lo define. Sucede que las fuerzas del mal, el poder militar, que respondía a un proyecto económico social tenía que anular a una serie de elementos que luchaban por la liberación nacional. Entiendo que, con acierto, encerraron al ministro de Educación y Cultura, porque esas áreas constituyen palancas fundamentales para el progreso y para el desarrollo intelectual y, consiguientemente, para el desarrollo económico y social de un pueblo. Y si usted observa, en muchos golpes militares, en muchos golpes de palacio y en muchas revoluciones, en cualquier parte del mundo, va a encontrar al ministro de Cultura o de Educación entre los fusilados, los encerrados o los exiliados. De manera que eso responde a una línea general. Por otro lado, el golpe de Estado del 76 persiguió a la juventud que era, no hay duda, en aquel momento, juventud peronista. Pero también importantes sectores de la juventud radical apoyaban un cambio. Lo apoyaron quizá de una manera tumultuosa, apresurada... Por fortuna, diez años después la juventud actual no ha caído en ese error. La juventud actual procede con una gran prudencia y con un gran sentido, como si hubiese asimilado la experiencia histórica. Pero en el año 73 la juventud, que salía de un período también militar de siete años, fue explosiva. Tuvo una conducta exaltada que, naturalmente, acumuló las ideas persecutorias en las Fuerzas Armadas. Entonces la juventud en el año 76 fue perseguida. Y también la mujer porque, curiosamente, la mujer tuvo una actuación muy detonante en los años 73 y 74. En la juventud universitaria las muchachas estaban al lado de los varones y clamaban por la liberación y la transformación del sistema educativo, por una mayor actuación de los jóvenes y los estudiantes dentro de lo que era la universidad. Por eso la persecución se hizo contra los jóvenes, contra la mujer y contra todos aquellos factores que ellos consideraron que podían enturbiar o entorpecer la instalación de un gobierno autoritario, indispensable para que se cumpliesen los planes económicos, a cuya cabeza se encontraba el que fue ministro de Economía, Martínez de Hoz.

—Lo que yo le decía, pasar de la gloria a la prisión, eran figuras contrapuestas, pero no es solo su caso. Mi pregunta iba dirigida a que, en líneas generales, creo que es el caso de casi todas las figuras o los protagonistas del peronismo...

—O del radicalismo también. Yrigoyen, de una presidencia a la que había llegado en el año 28 con una superioridad numérica extraordinaria, termina en la cárcel, ignominiosamente, y su domicilio devastado por las turbas...

—Pero me parece que en el caso del peronismo es más notorio y casi una constante...

—Sí, puede ser... Es que cuando se trató de sofocar los movimientos populares, en los últimos decenios, se procuró anular a los dirigentes de la manera más rápida y más fulminante posible. Son tiempos distintos. Creo que si ahora hubiese un golpe militar los jefes y los gobernantes radicales tendrían un destino parecido al que tuvieron los dirigentes y gobernantes peronistas en el año 76...

—Cambiando de tema. ¿Se pueden tomar como un comienzo de cambio en el peronismo la aparición de Grosso en Capital, o la lista de Cafiero en la provincia de Buenos Aires?

—Son pequeños indicios de espíritus animados de ideas renovadoras, pero no hay que confiar demasiado en las individualidades, en la importancia de los individuos. Lo fundamental es señalar ideas y posiciones, tanto dentro de la política interna como en la política exterior. Fíjese que si usted en este momento plantea en un partido como el Justicialista el problema de la deuda externa, el problema internacional, el de las Malvinas, el del Beagle, todavía no existe coincidencia, no existe unidad... Y eso es muy importante. Debemos lograr primero, antes de hablar de unidad y apoyar tal o cual línea, que nos pongamos de acuerdo o que discrepemos, pero fijar una posición. No podemos ser un conjunto de individuos que piensa cada uno distinto. A esto usted me dirá que soy uno de los más heterodoxos, porque salgo con cosas un poco extrañas; y es cierto, yo soy un heterodoxo, lo confieso, se lo dije a usted una vez y reincido, es un poco mi modalidad. Pero pienso que el partido y el Movimiento tienen que definirse sobre una serie de temas fundamentales. El país está atravesando por una situación difícil, usted dirá que siempre son difíciles las situaciones de los países, lo era en el año 10 de este siglo, en el 14, en el 24; siempre... Pero no hay duda de que nosotros tenemos temas fundamentales y, desgraciadamente, muchos de los argentinos, y los peronistas quizás en particular, estamos entretenidos en cuestiones domésticas. Formamos cuatro grupos en la Cámara de Diputados, formamos dos grupos en la Cámara de Senadores, disputamos quién es presidente, quién es vicepresidente, segundo, tercero... y no nos damos cuenta de que el país está en una situación económica muy seria, todavía no resuelta. Tenemos un problema con la deuda externa, fundamentalísimo por su importancia interna e internacional. Tenemos el problema de las Malvinas irresuelto, todavía no hemos decretado ni decidido una cesación de hostilidades, con todo lo que ello significa. Tenemos un juicio a las Juntas que gobernaron este país durante siete años y recién entramos al período de la acusación fiscal. ¿Y todos los demás que cometieron crímenes y delitos? Porque, lo repito, el asunto no termina, a mi juicio, con los nueve comandantes. Eso del “punto final” es un deseo que ojalá yo pudiese suscribir, pero no puedo. Porque, ¿cómo voy a considerar que deben seguir con indemnidad todos aquellos ejecutores, todos los que fueron participantes, todos los que robaron, violaron, mataron, torturaron? ¿Y esos cuántos

son? ¿Centenares? ¿Miles? ¿Y los vamos a dejar que anden sueltos? ¿Que estén sentados al lado nuestro en el teatro o en una confitería? Todo esto está por resolverse, y mientras estén estos problemas acumulados en el país, los partidos políticos no pueden desentenderse de todo eso...

—¿Cree que los partidos se están desentendiendo?

—Los políticos responsables no pueden desentenderse de estas cosas... Y lo digo para todos los políticos de todos los partidos, incluso del partido oficialista, que tiene quórum propio y a veces no lo aprovecha para hacer funcionar el Congreso. Y lo digo por los peronistas, cuando seguimos divididos y discutiendo y haciendo quórum o no, por pequeños cálculos localistas, transitorios, del momento, del día, o por proyectos intrascendentes. Veo con tristeza cómo se desarrollan las cosas en este país. Y pienso que la única forma es que todos volvamos a las cuatro o cinco ideas fundamentales. La primera es que debemos, como argentinos, pensar en la estabilidad de las instituciones democráticas, en la estabilidad de esta democracia adolescente, tambaleante, incipiente, indecisa, imperfecta, pero que debemos defender, aun imperfecta, y ayudarla a que camine. Ese es el primer punto. El segundo punto: nosotros debemos luchar para que se establezca realmente un Estado de derecho y que exista justicia a nivel de las Juntas, de los procesos que se instauraron, se instauran y se instaurarán, en contra de los que cometieron violaciones de un lado y del otro. Es necesario que todos nos apliquemos a apoyar este esfuerzo para que se establezca la justicia. Tercero, debemos salir de algún modo de esta situación económica. Bienvenidos los proyectos de alternativa, porque tampoco hay que considerar que todo proyecto ofrecido, toda alternativa económica o social, es un factor de desestabilización. Hoy, justamente, leía *Cuando la rosa marchita*, un libro hecho en el año 83, que utiliza términos actuales en nuestro país. Habla, por ejemplo, de que no toda actitud opositora tiene que ser considerada un factor de desestabilización. Cosa curiosa, porque hemos caído un poco en esa trampita de que cualquiera que dice algo ya produce la sospecha de que está desestabilizando. Aunque sea posible, por eso decíamos antes de los sectores importantes que añoran el autoritarismo. Pero no a todos hay que considerarlos así. Yo creo que la democracia justifica un disenso, una discrepancia, una crítica. Entonces diría, desde el punto de vista económico, bienvenidos los proyectos o las alternativas económicas. No todo está dicho, ni todo está resuelto. Hay personas, hay economistas, hay hombres importantes que pueden aportar y hay fuerzas populares que es necesario considerar. Los argentinos somos siempre muy apresurados, fuimos en tropel a la Plaza de Mayo; cuando se produjo lo de las Malvinas después, naturalmente, nos retiramos con una velocidad impresionante... Nos hemos volcado todos por estas medidas antiinflacionarias. En buena hora. Hay que darle oportunidad al gobierno para que utilice y aplique medidas que pueden sacarnos de esa inflación, sobre la cual nosotros también, en el año 83, dijimos que era el gran cáncer que carcomía el cuerpo social de la Argentina. Hay que darle apoyo...

—¿Y qué hay que hacer frente a las injusticias vigentes?

—Cuando se reúnen más de un centenar de miles de argentinos que protestan por esto o por aquello, no hay que cerrar los oídos, hay que escuchar. Hay que pasar todo por la criba y analizarlo. Porque algo pasa, ¿no es cierto? Hay congelamiento de precios, pero muchos precios no están congelados; como sí hay congelamiento de salarios, al cabo de dos meses hay una disminución del salario real. Y, claro, los que tenemos otros recursos, una profesión libre, u otras formas de vivir, podemos soportar una disminución de las entradas, o que aumenten algunos precios. Pero no es igual para todos los trabajadores, para esa gente humilde, esa gente desempleada, que ve reducidos sus pequeños ingresos mientras los aumentos se producen inexorablemente... Nuestro pueblo tiene una virtud, es muy tolerante, pero tampoco podemos tirar tanto de la cuerda... Creo que debemos aceptar las propuestas, debemos estudiar las alternativas, porque a lo mejor con ellas se puede perfeccionar, mejorar, todo lo que se ha hecho hasta el momento...

—Al hablar del peronismo, usted decía que le falta definir su identidad. ¿No tiene identidad el peronismo en este momento?

—Claro. En este momento observo un conflicto de opiniones encontradas, diversas. Usted plantea un problema e inmediatamente existe una disparidad. Fulano dice que hay que pagar la deuda externa; otro dice que hay que pedir una moratoria; otro que no se puede pagar; otro que hay que pagar solo los intereses; otro que hay que pagar solo los intereses, pero sobre un porcentaje de las exportaciones; y otro sobre el porcentaje de la balanza comercial; y por último está el que dice que se puede aceptar cualquiera de esas cosas, pero siempre que haya un crecimiento mínimo del producto bruto del 2% anual. Entonces, es necesario que se produzca una simplificación. Y eso solo con respecto a la deuda. No hablemos con respecto a los Países No Alineados y a la relación con Estados Unidos, es decir con el gran mundo occidental. Eso para los peronistas. Sé que existen también diferencias o dificultades sobre algunos de estos temas, incluso en el partido oficialista. Pero es conveniente que vayamos acentuando las definiciones, para también favorecer la marcha del país...

—¿Por dónde pasaría entonces hoy la propuesta más válida, de ese peronismo que alguna vez levantó banderas verdaderamente revolucionarias?

—Es difícil decirlo... En la provincia de Buenos Aires, de las dos líneas que se presentan, quizá la más revolucionaria debe ser la de Cafiero. En la ciudad de Buenos Aires, la más revolucionaria sería la de Grosso, la de Unamuno... usted ve la dificultad. Porque estoy seguro de que dentro del grupo de Grosso no existe tampoco unanimidad de opiniones. Y todo esto conspira con respecto a la definición de un partido y de su actuación. Yo creo que nosotros debemos propiciar un debate permanente, y en todos los niveles, para que nos podamos ir marcando y señalando un espacio, un programa y un proyecto...

—¿Alguna vez la dirigencia peronista estuvo tan desentendida de las bases como lo está en este momento?

—Creo que nunca.

—¿Qué determinó que se llegara a eso?

—Una de las razones es que los dirigentes, por su accionar, han perdido contacto con las bases. No están interpretando a las bases; sí a sus propias y personales interpretaciones, a sus propias convicciones, sus propias ideas. Es decir, los dirigentes, en gran número, han desarrollado, han especulado con una serie de teorías, de ideas, han vuelto a la reflexión sobre dogmas, doctrinas de hace diez o veinte o veinticinco años, y eso, en cierto modo, ha resultado pernicioso. En el fondo no han cumplido con lo que decía Perón, que había que interpretar a las bases, es decir, interpretar al pueblo. Y creo que parte del éxito del presidente de la República, en su campaña, ha sido el interpretar a amplios sectores de la población argentina. Él ha buscado ser un intérprete, no ha sido un teórico, no ha ido a buscar solo lo que estaba en las bases del radicalismo, en las bases programáticas, en su plataforma. Pero en el justicialismo muchos de los dirigentes han desarrollado sus propias ideas, sus propias interpretaciones, y se han alejado del pensamiento mucho más simple, mucho más sencillo e intuitivo, de las bases populares...

—¿Eso no tiene que ver un poco con la soberbia que han tenido algunos dirigentes, con el hecho de que al ocupar un cachito de poder se sienten el ombligo del mundo?

—Por supuesto... Y es un defecto bastante común en los argentinos, la soberbia, la carencia de humildad...

—¿No es sentirse un “peroncito” cada uno, de alguna manera?

—Claro. Primero, porque nosotros los argentinos siempre hemos considerado que nuestro país era un poco el centro del mundo. La canasta de los alimentos, el granero del mundo, un país inmensamente rico. Y hemos vivido con esa gran ilusión. Por lo menos esa es la que yo tenía cuando era chico, cuando iba a la escuela. Eso es lo que me enseñaron... Después, la realidad me demostró que no era así... Países grandes son otros. Países inmensamente ricos son otros. Nosotros somos un país medianamente poseedor de riquezas naturales, pero a explotar... Un país que, por otra parte, tiene muy pocos habitantes, grandes zonas prácticamente deshabitadas y desiertos. Cosa que los argentinos nos resistimos a admitir. Pero, además, tenemos eso que usted muy bien dice. Cada uno de nosotros se ha sentido un heredero de Perón, un “peroncito”... Eso ha desarrollado, ha exaltado aún más nuestra soberbia, nuestra suficiencia, y nos ha perdido... Por eso, ahora, debemos retomar las cosas y cuando se discute alguna de las ideas que en algún momento proclamó Perón o que el peronismo sostuvo, no debe ser considerado un delito político, ni una traición política. Por lo que dije antes, el país evoluciona, el mundo evoluciona, los partidos cambian. Los dogmas y las doctrinas no son absolutamente inalterables. Las cosas

no pueden repetirse de una manera dogmática, sino que tienen que adaptarse a las circunstancias, tienen que ser plásticas, modificables, flexibles. Es decir, una cosa es la gran línea estratégica, que el peronismo ha desarrollado en los últimos decenios, que ha sido la liberación. En el sentido de liberar, de constituir un país con poder de decisión; decisión cultural, política y económica. Todo eso, naturalmente limitado por un mundo que cada vez es más pequeño y en el que estamos constreñidos por fuerzas tremendas que vienen de distintos lugares, pero fundamentalmente de las dos grandes superpotencias. Entonces, ese debe ser nuestro propósito, aumentar la liberación y luchar por ella. Un poco convencidos de que es muy difícil tener una liberación total, porque el mundo es una interconexión permanente, cada vez más estrecha, más profunda. Pero creo que esa es la gran concepción estratégica. En cambio, desde el punto de vista táctico, debemos movernos con una gran flexibilidad. No hay peor cosa que el orden cerrado, que las manifestaciones o las orientaciones de concepto militar de la Edad Media, o del comienzo del Renacimiento. No podemos mover las ideas políticas como si fuesen legiones romanas, compactas, invulnerables. Al contrario, debemos adaptarnos a las situaciones. Y esa adaptación surge del conocimiento de la realidad, de la realidad política, del conocimiento de la política internacional... En una palabra, ni atarnos a ideas ni vernos en un mundo moderno. Y no anquilosarnos, ni atarnos a ideas que pueden haber envejecido, por más ilustres que hayan sido las personas que las dijeron...

—¿A usted le molesta que lo consideren uno de los “históricos” del peronismo?

—No. Me hace gracia. Porque una de las características en general del ser humano, es no admitir nunca la vejez. De ahí que lo histórico es propio de la vejez. Me produce una gran gracia...

—**Hablando de la imperiosa necesidad de las reservas que un partido con alguna historia debe tener, ¿existen realmente esas reservas dentro del Partido Justicialista donde, de pronto, casi nadie sabe quién es quién?**

—Creo que hay reservas en el peronismo histórico, hay hombres muy valiosos tanto en el campo cultural, como en el económico y el político. Pero, fíjese, eso quizás me obliga a pensar que no debe pertenecer al peronismo histórico. Creo mucho en la fuerza, en la capacidad y en la cooperación de la juventud y de la generación intermedia. El futuro del peronismo, o el futuro peronismo, tiene que buscar sus apoyos, sus hombres y sus mujeres, en la generación actualmente llamada intermedia. Allí hay muchos valores que están poco divulgados, que no son conocidos espectacularmente, pero que son los que pueden conducir al peronismo por las nuevas sendas...

—¿Pero sabe que casi no hay juventud, en este momento, en el Partido Justicialista?

—Claro, porque la hemos ahuyentado hábilmente. La hemos perseguido. No digo yo, pero en general se la ha perseguido. Se ha desconfiado de la juventud, se

la ha temido. Se creyó que podía llegar a ser una fuerza revolucionaria muy extremada. Y muy peligrosa. Entonces se la persiguió. Y durante el Proceso tampoco se hizo una defensa demasiado entusiasta de la juventud peronista. Por eso no incorporamos jóvenes como antes... Pero tengo la esperanza de poderlos atraer de nuevo. Sé que en la juventud, y en la generación intermedia, está el futuro del peronismo. Sin desconocer que existen en el peronismo históricos valores indudables...

—¿Con qué se atrae a la juventud hoy? ¿Cuándo empiezan?

—El día que se establezca una clara definición del peronismo sobre los temas fundamentales que hemos mencionado. Debemos clarificar nuestro pensamiento, como decía, en materia de régimen o sistema democrático, la liberación, los derechos humanos, la posición internacional, la posición económica, el proceso de justicia social... El día que nosotros clarifiquemos todo eso, vamos a volver a tener el apoyo de amplios sectores de la juventud. No toda la juventud, claro, porque no tiene por qué seguir solo al justicialismo...

—Un grupo de intelectuales se retiraron del peronismo. Tras analizar distintas cosas con las que no están de acuerdo, creen que no pueden seguir dentro del partido, al no concordar con la conducción. ¿Usted cree que es un momento como para retirarse del peronismo?

—Creo que no, que han cometido un error. Creo que no hay que retirarse, sino que hay que estar dentro del peronismo y luchar, desde adentro, para cambiar su fisonomía y su orientación. Separándose se consigue muy poco. Es el fruto de grandes decepciones que yo comparto, pero no los estimulo a la separación; al contrario, yo creo que ellos deben volver y estar dentro del peronismo para rectificarlo y para redimirlo...

—¿Los intelectuales tardan en comprender la realidad que se vive?

—Sí, los intelectuales, en general, tardan, porque están ensimismados en sus problemas, en sus objetivos. Lo he visto, fundamentalmente, en el mundo médico y en el de los científicos. En general, los hombres y las mujeres de la cultura y del arte viven muy al margen de lo que es la política, de lo que son las necesidades, diríamos inmediatas, urgentes, sociales de los seres humanos. Ellos viven en una especie de mundo artificial y les cuesta mucho entender lo que ocurre fuera. Por eso hay que ser muy comprensivo con la gente de la cultura y no pretender imponerles programas, ni ideas políticas, ni exigirles una respuesta de tipo político. Es muy difícil manejarlos y conviene no intentar hacerlo...

—¿Pero qué pasa cuando a los intelectuales no se les está pidiendo una respuesta política y ellos se sienten en la necesidad de darla?

—Hay que explicarles, hay que persuadirlos... Pero hay que darles una gran libertad para que se expresen. Y si no se quieren expresar, no interferir en ese silencio...

Con la experiencia que yo he tenido, y mucho se lo debo también al peronismo, he aprendido que no debemos manipular a los intelectuales, a los científicos, a los

investigadores y, en general, a las personas de la cultura. Es un grupo de gente especial y toda interferencia es nociva. Además, creo poco en la acción del Estado cuando pretende ordenarlos, orientarlos o encauzarlos.

Me quiero explicar. Creo que la promoción de la cultura, las investigaciones, etc., por supuesto, es una de las grandes responsabilidades del Estado y se la debe promover a través de premios, de subsidios, de facilitar las investigaciones, las demostraciones artísticas y, bueno, auspiciar todo lo que es el mundo de la cultura. Pero la cultura necesita un ámbito de libertad total, que va más allá de la libertad política. Y no creo, en modo alguno, en esas antinomias que a veces los pueblos presentan. Comienzan con la enseñanza estatal o la privada, comienzan con los gobiernos o gobiernos académicos en las universidades, o gobiernos estudiantiles, y concluyen en la investigación básica pura o investigación aplicada, con la ciencia pura o la ciencia aplicada. Todo eso es necesario borrarlo.

La investigación pura es considerada casi siempre como una manera de aprovecharse de situaciones oficiales, de tener un instituto, o una cátedra, donde se hace poco y se dice que se hace investigación pura. No se la ve con buenos ojos. Y no solo los funcionarios, a veces sectores del pueblo tampoco la ven con agrado. Y sin embargo, esa es una de las maneras de avanzar, de progresar. A Leloir no le podemos exigir que todos los años haga una investigación y un descubrimiento. No sé si se lo he contado antes, porque lo he contado tantas veces ya... Yo estaba becado en Estados Unidos, en los años 41 y 42. Tenía una beca en Harvard, pero trabajaba en la parte de Harvard Medical, en el Massachusetts General Hospital. Ahí también trabajaba un judío anatomopatólogo, alemán, que había ido a Estados Unidos exiliado, perseguido, naturalmente por el hitlerismo. Era muy amigo de Thomas Mann y muy amigo de Einstein, que trabajaba en el Instituto de Física Pura, en Princeton. De cuando en cuando, él iba y pasaba un fin de semana nada menos que con Einstein. Siempre nos reuníamos a tomar el tecito, a eso de las 5 de la tarde, cuando terminábamos las tareas en el hospital. Y cuando él había ido a ver a Einstein, me acuerdo patente que le preguntaba cómo era él, el instituto. Y este hombre me contaba que tenía aulas y que Einstein vivía allí con su mujer, era el director del Instituto de Física Pura de la Universidad de Princeton. “¿Y cuántos estudiantes tiene?” “Bueno, ahí hay cuatro o cinco”. Eso a mí ya me espantaba. Un tipo, director de un instituto que tenga cuatro o cinco alumnos, para nosotros era un desastre. “¿Y qué hacen?”; “Ah, no sé, yo no le pregunto eso...”; “¿Y cómo, usted es amigo, lo ve y no le pregunta?”; “No, él desarrolla sus cosas, sus fórmulas?”. Le confieso que en aquel momento, joven, con la beca, a mí me parecía que eso era un aprovechamiento inicuo de Einstein. ¿Cómo Einstein tenía un instituto, le pagaban como director del instituto y él hacía lo que se le ocurría, no tenía que responder a nadie, no desarrollaba una labor orgánica, daba clase a cuatro o cinco tipos? ¿Pero qué es eso...? Bueno, eso es la concepción que debemos borrar nosotros. Porque ese hombre estaba haciendo cosas importantes. A ese hombre no se le puede pedir una definición política, no se lo alienta pidiéndole un programa

de acción, exigiéndole una planilla todos los meses, una rendición de cuentas. A los científicos, a los investigadores y a los artistas hay que darles plena libertad para que actúen. Esa es la forma en que avanza la cultura. Y no cuando les damos normas desde el Estado. Yo he incurrido en todos esos errores... y se sigue incurriendo. La Secretaría de Cultura ha sacado este año un volumen muy lindo, está muy bien. Pero estoy seguro de que tanto Gorostiza como yo sabemos que eso no sirve. No pasa por ahí la cultura. La cultura pasa por el ingenio, por la espontaneidad de toda la gente. Eso es lo que hay que fomentar y cuidar; es como una planta rara, no le echemos demasiadas cosas, dejémosla...

—El año pasado, por un decreto de Alfonsín, lo designaron embajador argentino en la Unesco, ¿qué pasó con eso?

—No. Vamos a aclarar el asunto. El presidente de la República, a quien yo no conozco todavía, tuvo la deferencia enorme de proponerle al Senado de la Nación el acuerdo para designarme embajador extraordinario y plenipotenciario. A su vez, en el Senado, el senador Vicente Saadi, que era el presidente de la Comisión de Acuerdos, propiciaba, coincidentemente, mi nombre para que se me designara embajador, porque existía el propósito del bloque justicialista de que hubiese cuatro cargos de embajadores desempeñados por peronistas. Y eso da la impresión de que se acordó con el gobierno, porque salieron cuatro embajadores peronistas con acuerdo. Una vez obtenido el acuerdo, el presidente suscribió el 7 de septiembre de 1984 un decreto nombrándome embajador extraordinario y plenipotenciario de la República Argentina. Y ahí termina todo.

—¿Y lo de la Unesco?

—Fue una versión periodística. En ningún momento funcionario alguno del Poder Ejecutivo me ha ofrecido un destino, nadie ha hablado de un destino. Encontré al canciller en noviembre del año pasado, en plena campaña por el Beagle en la ciudad de La Rioja; allí lo conocí pero, naturalmente, no hablamos de esa situación. De mi parte me parecía poco agradable, y él tampoco sacó el tema. Así es que hablamos de lo del Beagle. Usé de la palabra en un acto público en el que él estuvo presente, habló Menem, etc., pero no tratamos el tema. Nadie me ofreció un destino, ¿Por qué? Bueno, el gobierno lo sabrá... Considero que tiene algunas dificultades económicas; todavía no dispone de presupuesto para mover, traer una serie de embajadores que tienen, incluso, lapsos vencidos; usted sabe que en general a los cuatro años conviene traer a los embajadores para evitar que exista demasiada identificación con el lugar. No se han podido hacer todos los traslados, y tampoco enviar a los nuevos embajadores. Piense que, además, esto no es solo a nivel de embajadores, sino también ministros de primera, de segunda, de consejeros, de secretarios y hasta de personal administrativo, que habría que modificar, renovar, cambiar, desplazar, etc. Estoy a la expectativa. Pienso que en cualquier momento me pueden ofrecer un destino y ahí se verá cuál es. Lo de la Unesco fue una versión periodística...

—¿Qué pasa con el juicio que usted inició en el año 83, por violación de domicilio y lucro cesante?

—Bueno, está por concluir la etapa de prueba. De manera que recién después, quizás en un mes o dos, entraremos en el alegato y luego en el período de sentencia del juez. Al haber estado casi siete años privado de la libertad, he tenido un lucro cesante importante. He tenido daño, diríamos psíquico, material y físico, desde el punto de vista de mi actividad profesional. He perdido oportunidades de utilizar incluso mis propiedades, de haberlas alquilado o vendido, porque estaban intervenidas por la CONAREPA. Y he sido despojado por el acto que se produjo acá, en el consultorio, de elementos valiosos, que no es el daño más importante...

—¿Usted se siente un poco marginado el peronismo?

—No. No me siento marginado, porque yo en realidad no he intervenido, ni intervengo con la intensidad que la mayor parte de los dirigentes y amigos y compañeros me lo solicitan permanentemente. Si fuese por ellos, yo estaría en la calle actuando. Pero creo que es prematuro...

—¿Por qué no quiere actuar?

—No quiero actuar, porque quiero que se defina primero la situación interna por el libre juego de las fuerzas. Tiene que definirse el peronismo. En este momento no podría incorporarme a ninguna de las líneas sin cometer un delito de parcialidad, dada mi posición y lo que he sido ¿verdad? No puedo estar con unos, porque podría también incorporar a otros...

—Pero si usted se definiera, eso a su vez, ayudaría a que se produjese esa renovación que el peronismo está esperando.

—Bueno... estoy pidiendo que se definan las ideas, no los grupos.

—¿Y entonces cómo canaliza usted su militancia?

—A la expectativa. Contemplando. En el mangrullo...

—¿No se siente mal?

—No me siento mal. En esta turbulencia no conviene, para una persona como yo, del "peronismo histórico", descender a la lucha cotidiana...

—¿Qué piensa sobre el resultado de las elecciones de noviembre?

—Son muy difíciles para el peronismo. Y es comprensible. Sin embargo, es una de las cosas más convenientes que le puede pasar al peronismo. Si el peronismo, en este momento de confusión, de división, ganase en todos los distritos, sería aumentar la confusión. Al contrario, creo que esto debe definirse...

—¿Cuando peor, mejor...?

—No tanto... Pero un triunfo sería realmente un golpe asestado a la posible purificación y definición del peronismo...

—¿Le parece que en la provincia de Buenos Aires, que es un sector bastante importante, Cafiero le ganará a Iglesias?

—No sé... Es muy difícil hacer un pronóstico de esa naturaleza... No sé exactamente qué fuerzas pueden llegar a seguir a Cafiero. Indudablemente, hay sectores del peronismo que no satisfacen mis ideas, mis inclinaciones de peronista. He sido un peronista que ha creído en el pueblo, en una revolución pacífica, en la transformación, en la educación... Y observo que existen corrientes, por ejemplo en la provincia de Buenos Aires, que justamente parecen solazarse en ideas opuestas a las que acabo de mencionar. Cuando se apela a la violencia, a la brutalidad, a la soberbia, a la reacción, cuando se trata de justificar la violación a los derechos humanos, considero que se está desvirtuando lo que yo estimé como peronista. Es decir, comienzan a definirse las cosas...

—¿Nunca se arrepintió de haber sido peronista?

—¡Nunca! Fui peronista porque consideraba que era una fuerza que se aproximaba al pueblo. Yo estaba afiliado al partido radical. En un momento dado renuncié al radicalismo, porque estimaba que Perón encarnaba una aproximación más directa, más concreta, más práctica hacia el pueblo. Me habré equivocado o no, eso es otra cosa. Pero realmente esa fue mi inclinación...

—¿Por qué habla en pasado?

—Porque era mi posición en el Movimiento hace muchos años...

—¿Esas ideas las tiene vigentes?

—Siguen teniendo vigencia para mí. Pero creo que hay falsos apóstoles, falsos intérpretes... Y si no falsos, por lo menos equivocados...

—Doctor, respecto a los dirigentes peronistas que hoy “conducen” el partido, ¿no son los mismos que estaban con Perón?

—Claro, pero han pasado más de doce años, o quince años, y muchos de ellos han cambiado. O, por lo menos, habían ocultado u ocultaban lo que ahora muestran y presentan. Hay dirigentes de distritos que se caracterizan por un reaccionarismo contrario a lo que es una idea de transformación y vemos, en cambio, que están con todo lo anacrónico, o con todo el pasado, que siguen del brazo de militares que han sojuzgado al país durante siete años, que indudablemente deben estar en contra del juicio a las Juntas, porque una cosa encadena con la otra. Entonces, pienso que ellos han cambiado... O estaban ocultos entre los seguidores de Perón. Es una especie de enigma, ¿no es cierto...? ■

LA VERDAD ES LA BÚSQUEDA

Diálogo con Julio Guillán

El secretario general de FOETRA concurrió recientemente a la conferencia internacional sobre la deuda externa latinoamericana realizada en La Habana. En esta entrevista, realizada por nuestro colaborador Norberto Ivancich, que también concurrió a la conferencia, el dirigente telefónico relata su experiencia personal en la Cuba de hoy y su versión del evento que allí tuvo lugar.

—¿Cuál fue la razón de su participación, y la del sindicato, en la conferencia sobre la deuda externa realizada en La Habana?

—Nosotros estamos preocupados por la incidencia de la deuda externa sobre nuestra economía y el futuro del país. Hay quienes propician no pagar la deuda, intuíamos que la posibilidad no es tan simple, puesto que descontamos la dura reacción de los acreedores. Por eso es un tema que exige un análisis profundo y una discusión adulta y serena.

Todo lo relacionado con esta problemática nos interesa sobremanera, así como también el proceso de reordenamiento mundial, del que la deuda forma parte.

En el año 1984 los Países No Alineados señalaron la necesidad de articular un nuevo orden económico internacional basado en la justicia y contemplativo de los intereses de los países periféricos.

La invitación de la Central de Trabajadores Cubanos, precisamente, apuntaba a abordar estos dos temas. La invitación se discutió con el cuerpo de delegados y la Comisión Directiva del sindicato, los que me designaron como representante en la conferencia.

Tenía una enorme expectativa por conocer la realidad cubana y, al mismo tiempo, interiorizarme de la situación gremial en el continente. Nunca había estado en Cuba. Cuando estuve preso una de las acusaciones que me hicieron fue la de haber viajado a La Habana en 1962, cosa totalmente falsa. Ahora me parece que pagué por adelantado el viaje. Subsiste, en algunas mentalidades cavernícolas, la idea de que ir a Cuba es una especie de pecado comunista.

El mismo proceso de mundialización de la política y la economía nos exige a los dirigentes estar más al tanto de lo que ocurre en otras geografías. Debemos

romper con esa idea macartista de que visitar un país socialista implica cometer un delito ideológico.

—**¿Cuáles fueron las cosas que más lo impresionaron?**

—La experiencia fue muy rica. Valoramos las circunstancias de que un país mucho más pobre que la Argentina resolviera el tema de posibilitarle a su pueblo una vida digna. Esto incentiva la solidaridad social y permite conformar el alma de una comunidad. La dignidad es vista como patrimonio colectivo y no como posibilidad individual o sectorial.

Para asegurar “la línea de la vida”, el gobierno cubano subsidia una canasta familiar cuyo precio no ha variado en veintiséis años. Esto no es considerado parte del “déficit fiscal”, sino una inversión social, porque la vida no puede rebajarse a un mero cálculo estadístico.

Este bienestar genera una atmósfera de serenidad, apta para la búsqueda de un horizonte común. Lo contrario, las desigualdades sociales, agudizan el sentimiento de rencor, trastocan los comportamientos y producen manifestaciones de violencia individual o colectiva que obedecen, precisamente, a la existencia de un orden social injusto.

Lo que vimos en Cuba es que todos alcanzan un nivel de educación mínima, asistencia médica y hospitalaria gratuita y están abocados a resolver el tema habitacional. Existen actualmente planes de vivienda para el trabajador que significan el aporte de no más del 20% de sus ingresos.

—**Respecto a los sectores sociales, ¿qué es lo más notorio?**

—No existe, como en nuestro país, una presencia relevante de los sectores medios. Aunque se noten diferencias, y algunos matices distintivos, lo más notorio es la inexistencia de clases medias, que entre nosotros conforman el sector popular más contradictorio.

—**¿Es Cuba un país monoexportador o existe una economía más compleja?**

—Lo que nos llamó profundamente la atención respecto a este tema es la preocupación de los cubanos por el futuro. Recorrimos varias provincias del interior y observamos las discusiones sobre el tema de la inversión, las exportaciones, la energía, o sea, la problemática del desarrollo económico. No se han resignado a ser un país monoexportador. Hay usinas termoeléctricas y termonucleares, una importante industria textil, con maquinarias modernas, pensada para la exportación.

Las diferencias con otros proyectos es su sistema de prioridades. Tienen que garantizar antes que nada la defensa nacional, pues no se han incorporado aún al sistema latinoamericano con plenitud. Viven con la posibilidad de la agresión norteamericana. Esto les exige ocupar buena parte de las energías de la sociedad en el tema militar, como defensa popular de la revolución.

—**¿Existe el incentivo salarial?**

—Los trabajadores son sujetos y protagonistas de la historia de su país. Están absolutamente compenetrados con sus problemas. Al principio de la revolución,

nos contaron, cayeron presos de algunas tendencias idealistas como, por ejemplo, el tema de la igualación salarial. Esto no dio resultado. Hicieron un gran debate y llegaron a admitir que las remuneraciones debían mantener una relación con la productividad. Y que el esfuerzo tenía que ser premiado con mejores salarios. A mayor trabajo y esfuerzo, mayor salario.

—¿Notó diferencias respecto a la imagen de Cuba de los años sesenta y la actual en el plano ideológico?

—La Cuba de aquellos años no la conocí. Pero, por referencias de los compañeros que viajaban y traían sus impresiones, creo que existen notorias diferencias. En aquellos años los cubanos sostuvieron, equivocadamente, el modelo exportador de la revolución, sin atender las diferencias de los procesos históricos, las realidades socioeconómicas y la conciencia de los distintos pueblos. Este sistema imitativo generó irritación en quienes creemos que la revolución es una construcción singular e intransferible y, a su vez, confrontó innecesariamente a fuerzas políticas y sectores nacionales y populares que debían mancomunar esfuerzos en el sentido de la unidad, quedando atrapados en una falsa dicotomía entre quienes aceptaban el modelo cubano y quienes lo rechazaban. Ese mecanismo debe entenderse por la necesidad de la revolución de romper el cerco y el bloqueo a que la sometía Estados Unidos.

—Solo dos países tenían relaciones diplomáticas con Cuba: México y Canadá.

—Esas condiciones históricas llevaron al gobierno cubano a no diferenciar los múltiples intereses de los países que integran el continente. Creo que con el transcurrir del tiempo fueron tomando conciencia de la necesidad de respetar los desarrollos nacionales. Esto es un síntoma de la adultez del proceso cubano.

Nuestro país tiene un comercio con Cuba de alrededor de 350 millones de dólares anuales, que no es una cifra despreciable. Esto sin duda, no lo teníamos en la década del sesenta.

—¿Cual es la relación de Cuba con el área socialista?

—Por supuesto que la principal apoyatura de la revolución se centra en la solidaridad de los países del Este. Estos les aseguran que los términos del intercambio no se vuelvan desfavorables. La relación entre el precio del azúcar y el de los camiones, por ejemplo, que provee el Este, se asegura estable durante los próximos quince años. Esto quiere decir que si el precio de los camiones sube, el kilo de azúcar lo hará en la misma proporción. Una suerte de igualación de los términos del intercambio.

Este mismo tema es el que nuestro país no tiene resuelto con el occidente desarrollado y de ahí la agudización de nuestra situación de dependencia. El Nuevo Orden Internacional que proponemos debe contemplar esta realidad; debe respetar los intereses de los países periféricos, de lo contrario no habrá ni orden ni justicia internacional.

—¿El movimiento sindical latinoamericano tuvo una presencia significativa en la conferencia?

—Hubo sectores sindicales que, por su estrategia nacional, no se hicieron presentes. Algo similar pasó con sectores vinculados con la Iglesia. De todas maneras la representación fue amplia y estuvieron todas las realidades significativas del sindicalismo latinoamericano.

Privó una idea de pluralismo y libertad significativa, tanto es así que hablamos de la necesidad de diálogo con los trabajadores de las áreas desarrolladas del mundo capitalista. Esta realidad nos remite al tema de la unidad sindical por encima de las diferencias ideológicas, o religiosas. Existe un interés común de defensa de los derechos del trabajador que supera este tipo de fronteras.

En la reunión no imperó un criterio clasista, sino que la discusión se centró en el tema de la solidaridad, la convivencia democrática y plural, y los intereses comunes a los trabajadores en relación con la construcción de nuevas formas de trabajo, de relaciones sociales y comunitarias.

Algunas exposiciones fueron más agresivas que otras, pero el Acta Final de La Habana, es una síntesis que redondea perfectamente las distintas posiciones.

—¿Qué dice el Acta respecto al pago de la deuda?

—Que la deuda no se puede pagar. Que debemos impulsar un proceso de esclarecimiento y movilización de los trabajadores a fin de sumar a los restantes sectores sociales y a los gobiernos a la convicción de que la deuda es impagable.

Concluye en la necesidad de que los gobiernos latinoamericanos analicen juntos la situación y comiencen a transitar un proceso de solidaridad latinoamericana. Esto no responde a una actitud rupturista ni ideológica. Cualquier estudio económico sobre la deuda demuestra lo dicho anteriormente. Los acreedores que han hecho sus análisis también lo saben.

El diálogo plural, la adultez democrática de América Latina, y la conciencia de las dificultades comunes, crean las condiciones para iniciar un diálogo entre los países del Tercer Mundo sobre las relaciones económicas internacionales.

—¿Cuáles serían los temas a tratar con los países acreedores?

—El armamentismo. Hay que reducir, inexorablemente, el gasto de la carrera armamentista. Con un porcentaje apreciable de reducción se resuelven grandes problemas del mundo periférico, por ejemplo el tema de la demanda social del subconsumo y del hambre. Se trata de reducir de un 20 a un 30% los gastos militares para posibilitar alcanzar un piso mínimo de existencia digna.

Otro tema es el de la confrontación nuclear, que pone en peligro la suerte de la humanidad y, por otra parte, crea una atmósfera cultural de desaprensión, de angustia, y de contrasentido histórico, letal para las posibilidades humanas.

En estos problemas no existen diferencias en cuanto a los intereses de los trabajadores del centro y de la periferia. El proceso de universalización marca la existencia de problemas que requieren respuestas y lenguajes universales entre los trabajadores.

—¿Qué balance puede hacer de la acción desplegada por la delegación argentina?

—La nuestra era una delegación heterogénea. Pero lo mismo que decía respecto al gremialismo internacional, más le cabe al nuestro: la toma de conciencia de los problemas comunes, más allá de las adscripciones ideológicas. Esto nos permitió encontrar puntos de acuerdo, no solo respecto al tema de la deuda, sino también de la problemática de la CGT y de la necesidad de contar con un programa de acción que una a los argentinos, que mire a Latinoamérica y sirva para dialogar, solidariamente, con el Tercer Mundo. Para nosotros significa ser leales al mandato histórico de Perón, que predijo el desafío de unidad que nos aguardaba. Casi en los umbrales del 2000 no hemos hecho lo suficiente para que el nuevo milenio nos encuentre a los latinoamericanos unidos.

—¿Cuál ha sido el saldo personal de esta experiencia?

—Desde mi perspectiva, esta fue una experiencia tremenda, porque nunca había participado en una conferencia de estas características. Conocí la expresión de la masonería iberoamericana, que habló respaldando el esfuerzo y la seriedad de la Revolución Cubana, que defendió la autodeterminación de los pueblos, específicamente el nicaragüense. Le estoy hablando de sectores que yo nunca había podido escuchar. Pongo este ejemplo como el más notorio, para marcar el grado de pluralismo. Obispos, sacerdotes, conservadores, empresarios, demócratas cristianos, todos pudieron expresarse con libertad. Le cuento la anécdota de un empresario venezolano que dijo: “yo soy capitalista, soy burgués, pero, a pesar de eso, hace más de tres años edité en mis diarios notas sobre la imposibilidad de pagar la deuda externa. Creo que es obligación de todos los hombres bienintencionados, sean de donde sean y piensen como piensen, dejar aclarada la imposibilidad de pagar la deuda externa”.

Cuando hablé con los delegados fue para agradecerles la oportunidad histórica que me habían brindado, porque realmente volví impulsado por un entusiasmo muy grande. Toda mi vida fue una lucha por la solidaridad, por la dignidad y por la justicia. Son los temas que me conmueven. Trabajar incansablemente para que exista en la Argentina y en todo el Tercer Mundo, el piso mínimo de dignidad que permita que la vida pueda ser vivida. Esta constituye la verdad. Y exige una búsqueda incansable. ■

MOVIMIENTO OBRERO Y ALFONSINISMO

Entrevista con Horacio Mugica y Armando Matarazzo

En la sede del Sindicato de Empleados de Farmacia, la asesora gremial Dra. Noemí Cohen realizó una entrevista con el secretario general del gremio, Horacio Mugica, y el dirigente de la Unión Ferroviaria Armando Matarazzo. La relación con el gobierno, el discurso ideológico oficial, el pacto social y la participación fueron los temas centrales de esta interesante discusión.

NOEMÍ COHEN: —Se puede afirmar que el discurso de Alfonsín en Parque Norte constituye el marco doctrinario del gobierno, ya que se acerca a un modelo de sociedad al contener planteos sobre la libertad, la ética, la justicia y la modernización. ¿Cuál sería la alternativa que propone el movimiento obrero?

HORACIO MUGICA: —El discurso no satisface las expectativas de los trabajadores. En primer lugar, porque Alfonsín no define con claridad el bloque de intereses que defiende. Y en segundo orden, este supuesto modelo de sociedad no contempla el sentido y la distribución del poder. Solo propone un orden regulador que es el pacto democrático. Pero ese es el marco, la forma, luego debe avanzarse sobre los contenidos del pacto: qué sectores se privilegian y qué intereses se enfrentan. Esto no está explicitado.

ARMANDO MATARAZZO: —El alfonsinismo llega al gobierno tratando de lanzar hacia el conjunto de la sociedad un mensaje racional, moderno y que intenta arrinconar a la oposición en lo irracional, en las actitudes más anacrónicas.

Este discurso fascina a amplios sectores de la comunidad nacional, sobre todo a la pequeña burguesía deseosa de un espacio de paz, elementalmente ético y restableciendo reglas olvidadas durante un largo período de nuestra vida política. Desde esta perspectiva podemos compartir algunas de esas demandas.

Si nos ajustamos, por ejemplo, al tema del juicio a las Juntas militares por los crímenes cometidos contra amplios sectores del campo popular, es obvio que el movimiento obrero no puede estar en desacuerdo.

Estas actitudes hacen a la puesta en práctica del ejercicio cotidiano de la libertad del hombre y naturalmente lo compartimos. Y compartimos también la posibilidad de que un nuevo marco cultural de libertad se amplíe y se profundice.

Lo que no podemos dejar de advertir es que este discurso ético, esta sensación de atravesar una especie de túnel “modernoso”, no puede dejar de lado que las necesidades de los trabajadores también entran en el terreno de la ética y la justicia. Ignorar los reclamos sectoriales, para solamente hacer de la cultura un campo del esnobismo, no creemos que sea el camino.

Si nos atenemos al concepto de modernidad, no podemos decir que un país es moderno simplemente a partir del discurso. Lo moderno es la participación de los sectores que conforman el conjunto de la sociedad. No es corporativismo cuando los sectores elaboran una propuesta para discutir en un marco de concertación.

Sin actualizar el acuerdo productivo, sin lanzarnos a la posibilidad de rever el manejo del tema de la deuda externa, es imposible que la Argentina pueda modernizarse.

COHEN: —En las expresiones oficiales hay una ausencia notoria de la noción de conflicto, no obstante ser este uno de los elementos dinamizadores de toda estructura social. El sindicalismo es la forma organizativa más ligada al conflicto, a su expresión y a su resolución. ¿Cómo explican, desde su condición de dirigentes sindicales, esta ausencia en las expresiones oficiales?

MATARAZZO: —Pretender que en una sociedad en crisis como la que nosotros vivimos, los trabajadores o los distintos sectores sociales no se manifiesten es una visión idílica que refleja inocencia o ineptitud.

El conflicto es indisimulable en una Argentina acostumbrada a la pelea. Fundamentalmente la clase trabajadora que necesita reconquistar los derechos que les fueron birlados durante tantísimos años de dictadura militar.

No fueron solamente ocho años de pelea para reconquistar la democracia y los derechos, sino que la historia del movimiento obrero argentino está ligada a la historia política del país. Los conflictos no se generan específicamente en el movimiento obrero como consecuencia de la reivindicación profesional. Surgen como consecuencia de una histórica inserción de los trabajadores en la política nacional.

¿Cómo pedir ahora que los trabajadores atenúen su grado de participación —que además ganaron con sacrificios— y pasar al simple reclamo profesional, como algunos compañeros intentaron llevar adelante durante el proceso militar? Pretender al movimiento obrero aséptico, de laboratorio, es una falacia. Creer que los trabajadores van a resignar discutir cuál es el modelo de sociedad en la que aspiran a vivir, sería resignar una riqueza arraigada en el patrimonio nacional argentino.

COHEN: —¿Piensan que esa ausencia de la idea de conflicto en el discurso, tiene que ver con una toma de posición; una concepción del sindicalismo y una idea de la dinámica social?

MATARAZZO: —La experiencia que recogí, discutiendo con algunos hombres del oficialismo, es que vienen imbuidos de las ideas del sindicalismo europeo. Las necesidades sociales, económicas, culturales y geopolíticas de los trabajadores europeos respecto a los latinoamericanos son absolutamente distintas.

Pretender que nosotros reivindicemos sus mismas concepciones es muy infantil.

Ellos son parte de una sociedad industrial, que entra en el período posindustrial, en el cual el rol de la organización sindical difiere por las características de las estructuras productivas diferentes.

Por ejemplo la CGT demuestra a las claras la aspiración de los trabajadores de sentirse representados en una sola entidad. En la mayoría de los países europeos, las confederaciones generales responden a identidades políticas diversas, como el PC, la democracia cristiana o la socialdemocracia.

Más allá del pluralismo ideológico que expresa la CGT, los sectores populares, la mayoría de los trabajadores son ideológicamente peronistas. Esto sin olvidar sectores que adhieren a otros partidos: radicales, intransigentes, comunistas, etc. Pero todos tienen una clara percepción de lo que significa el rol de los trabajadores y las organizaciones sindicales, en la escena política nacional.

Pretender que disminuya su participación en las decisiones políticas es retroceder en el tiempo y ponerse a contrapelo de la historia. Inteligente sería posibilitar un modelo de concertación, diseñado según las características y necesidades de nuestro pueblo, aceptando que somos parte indisoluble de una crisis, que no tendrá resolución en la medida que se intente confrontar a los sectores sociales.

MUGICA: —El alfonsinismo tiene una visión europeizante del movimiento obrero. Esto es como negar la propia historia. Mirar al sindicalismo desde Europa es no entender lo nacional y popular y el carácter de la dependencia. La desocupación que existe en el país es importantísima. Llega a más de dos millones de trabajadores. Es distinta a la desocupación que existe en Europa. Allí son términos sociales pero también conductas culturales. La etapa posindustrial acentúa los rasgos de la dependencia para Latinoamérica.

Soslayar los conflictos sociales desnuda un desconocimiento de la realidad. Los trabajadores no van a pelear únicamente por sus reivindicaciones específicas, sino por una idea de sociedad. Estos son los elementos que hacen confrontar el proyecto del radicalismo con la concepción que tiene la clase trabajadora.

COHEN: —Alfonsín ha definido la participación como un movimiento destinado a agrandar los espacios de libertad, de bienestar y de relaciones humanas, que necesita del estímulo de las instituciones públicas y privadas. Según el presidente, se trata de mecanismos que hacen a una democracia moderna. A una democracia que no sea formal sino participativa.

Para ello se propone, entre otras cosas, la celebración de un pacto democrático, que compromete a los sectores sociales con un determinado modelo socioeconómico. Este pacto engloba a la concertación. ¿En qué condiciones podría existir este pacto y cuál es la noción que tiene el sindicalismo sobre la participación?

MATARAZZO: —Creo que habría que establecer, qué significa el pacto democrático. Si nos atenemos a las experiencias realizadas en otros países en este sentido,

deberíamos coincidir que en todos los casos es el resultado de su propia historia, siempre intransferible.

MUGICA: —Con referencia al planteo sobre la posibilidad de un pacto social en la Argentina tiene mucho que ver con la llegada de Perón al gobierno en octubre de 1973. En su proyecto, en ese momento histórico, se intenta hacer funcionar el pacto social. Fue tomado con una actitud crítica por la militancia y por la misma clase trabajadora. Ese pacto se llevó a cabo con el protagonismo de la clase obrera y era Perón la garantía del proyecto estratégico.

Esta es la diferencia con los términos de la concertación del gobierno de Alfonsín. La concertación acá no existió. Fue una paritaria grande donde estaba elaborado el proyecto y el tema de la deuda externa quedaba fuera de la discusión.

Para plantear la concertación tiene que haber un acuerdo entre los distintos sectores sociales sobre el proyecto económico. Y debe estar el tema de la deuda externa, que es fundamental para el futuro argentino. A partir de ello, conformar los consejos económicos, avanzar en la planificación y la gestión de la economía.

COHEN: —¿Respecto a la propuesta de democracia participativa que contiene el discurso oficial?

MUGICA: —Tenemos que retrotraernos a la época de la dictadura militar. La Doctrina de la Seguridad Nacional fue una fachada. Detrás de ella había un orden económico, un orden legal, y un orden jurídico. Este orden económico necesitaba la destrucción del aparato productivo, la intervención de las organizaciones sindicales, y la detención de los dirigentes combativos. Sabían que más allá de la intervención de las organizaciones gremiales, la clase trabajadora tiene una historia de lucha y por encima de las estructuras, iba a confrontar con el modelo de sociedad que planteaba el proceso. Crearon un orden legal, las leyes represivas —como la 21400— que condenaba al trabajador que intentara reducir la producción. Completaban el esquema los jueces del Proceso, que convalidaron la tortura, la desaparición y la muerte de veinte mil argentinos. El 60% eran obreros. Los cuadros medios más importantes.

Esto no fue casual. Lo determinaba la división internacional del trabajo, que le tenía asignada a la Argentina un rol en el concierto de las naciones. El papel de proveedor de materias primas. En esta etapa de transición debe reactivarse el aparato productivo que no ha desaparecido, sino que está quebrado, porque los dineros se trasladaron al sector financiero.

Lo que aparecía como utópico hace diez años, la autogestión de empresas estatales, hoy por la deuda que tienen puede hacerse realidad.

COHEN: —Sin embargo pareciera que la decisión de este gobierno es solo administrar la crisis...

MATARAZZO: —Comparto esta apreciación y lo que señalaba el compañero Mugica, pero hay elementos que deben ser agregados a esta nueva realidad.

Hay una sociedad nueva, un país que ha cambiado. Este cambio no solo alcanza a los sectores productivos por el cierre de fábricas y la recesión económica. El impacto del Proceso ha calado mucho más profundamente en la estructura social.

Los sectores militantes, los hombres del campo popular, los que mantuvieron su militancia, a nadie se le escapa que han tenido miedo. Todos hemos tenido miedo. El miedo se nos ha metido profundamente en cada uno de nosotros. Lo hemos vivido duramente. Hace un momento decía Horacio Mugica que uno tenía conciencia de la posibilidad de su propia muerte. Pero no estábamos preparados para vivir la muerte del amigo, del familiar. Ni para soportar la desaparición o la angustia de saber que no íbamos a ver más al compañero. Si para nosotros fue duro, mucho más lo ha sido para aquellos de “buena conciencia” que descubrieron que esto les pasaba no solamente a los que tenían algo que ver.

De pronto, el juzgamiento de las Juntas militares y la investigación de la Conadep posibilitaron conocer al grueso de la población alguno de los elementos que la represión utilizó para intimidar y presionar a los sectores populares. Esto ha impactado duramente a la totalidad de la ciudadanía. La sensación que uno tiene es que la cosa ha cambiado. Todos sienten que la desestabilización de las instituciones democráticas podría acarrear un nuevo tiempo de dolor.

Lo que es erróneo, por parte del gobierno, es creer que la movilización, que es un elemento más de la participación, significa desestabilizar la democracia. Desde nuestra perspectiva, ayuda a su consolidación. Es más real, más seria que la simple enunciación de la participación en términos teóricos.

Cuando el pueblo participa recrea las instituciones y construye cotidianamente los elementos de su identidad, es cuando se posibilita la consolidación del sistema democrático.

Creer que la movilización y la actitud de repudio a la presencia de Rockefeller en la Argentina, por ejemplo, significa la voz extemporánea de sectores minoritarios, es juzgar con pequeñez la memoria nacional.

COHEN:—¿Ustedes creen que la huelga sigue teniendo validez como instrumento de presión, en una situación como la que atravesamos, una crisis de onda larga?

MATARAZZO:—El gobierno debe comprender que el movimiento obrero no es su adversario. No pretende la desestabilización. Solamente concibe el crecimiento y la justicia en el marco de la democracia. Este es un principio central para los trabajadores.

El alfonsinismo tendría que ayudar a redefinir el campo popular. Atomizarlo, fracturarlo o llevarlo a la confrontación, permiten el crecimiento de la marginalidad social y la fragmentación, que lleva al riesgo de la disolución nacional.

MUGICA:—La huelga es una herramienta de lucha, pero que hoy, no aparece tanto el hecho más efectivo. Sí aparece como un hecho significativo, singular y como un factor de presión y de poder importante, la movilización. Porque el poder se genera a partir de la movilización popular.

Por eso no entendemos las opciones del gobierno cuando nos planteaba democracia o libanización; la guerra o la paz. Se toma al movimiento obrero como enemigo del gobierno sin recordar que con sus luchas también posibilitó la salida constitucional. Hoy vamos a pelear a ultranza para que la democracia, aún formal, se consolide.

Debemos sentarnos todos los que pertenecemos al campo popular a reformular un proyecto de sociedad. Discutir sobre la concepción de la vida, para caminar con Latinoamérica un proyecto independiente, autosostenido, que contenga no solamente un modelo de desarrollo sino un modelo de distribución equitativo de la riqueza y del poder.

COHEN: —Respecto al tema de la distribución de la riqueza, quería referirme al Plan Austral y sus consecuencias sociales. Parecería que reforzó la tendencia del cuentapropismo, del trabajador marginal, lo que se denomina el sector informal urbano, fenómeno que se está produciendo en casi todos los países capitalistas. Es lo que se conoce como tercerización del mercado de trabajo. ¿Se ha pensado, desde el movimiento obrero, en algún tipo de mecanismo político, como para organizar a estos sectores?

MUGICA: —En nuestro país existen dos millones de desocupados, un millón de subocupados y un cuentapropismo que excede el quince por ciento. Esto está determinando que ha cambiado la estructura social. Los resultados electorales tienen mucho que ver con esta realidad.

Esto trae aparejado una economía informal, subterránea, que significa casi el cincuenta por ciento del producto bruto, y que no participa de la renta nacional y en consecuencia no se distribuye. Es un deber insoslayable entender que el mundo está cambiando, que asistimos a una revolución científico-tecnológica, que condiciona no solo a la Argentina sino a América Latina y al Tercer Mundo. Se ha producido un nuevo reordenamiento económico e internacional que todavía no ha sido analizado por los dirigentes; y ha cambiado la concepción de la geopolítica internacional.

Podríamos citar varios ejemplos. El caso de Curazao. La Shell, una de las destilerías más importantes, trasladaba el petróleo a Venezuela para que se destile en Curazao. Esta destilería fue levantada y trasladada al Mar del Norte. El presidente de Venezuela no conversó con la compañía. Habló con el gobierno inglés y holandés, porque había provocado una gran desocupación. La respuesta fue que se tenían que hacer cargo de los costos que significaba esta destilería y tenían que vender el petróleo internacional al cincuenta por ciento más barato. Lo que estaban demostrando es que ya no necesitaban tener las destilerías allá, sino que convenía trasladarlas al Mar del Norte.

En Estados Unidos, en la General Motors, se produjo una huelga de más de sesenta días. Se plantearon dos cuestiones que aparecen como no salariales. Uno era el mantenimiento de la fuente de trabajo para trescientos veinticinco mil trabajadores y el otro la interrupción de la robotización. En Francia hubo una huelga de subterráneos. Los compañeros que dirigían el conflicto se dieron cuenta de que desde una

consola, manejaban los subterráneos, y a las cuatro horas se tuvo que levantar el paro. Los motorman solo estaban para que la gente no se asustara. Son pequeños ejemplos que ilustran sobre los desafíos de la época. Por eso se hace indispensable discutir en qué sociedad queremos vivir, y cómo nos insertamos en este mundo que cambia.

COHEN: —Ultimamente ha vuelto a tomar cuerpo la definición de corporativismo. Parece que no solo no se responde a ello, sino que además hay algunos dirigentes que se vinculan a los sectores más reaccionarios de la Iglesia, lo cual refuerza aquella acusación. ¿Qué se responde a esta caracterización?

MATARAZZO: —Esta definición suena a oportunismo político. Tiende a debilitar sus estructuras, en función de imponer un modelo que tiene poco que ver con los intereses nacionales y populares.

Cuando se discurre sobre la modernidad y no se determina cuál es el proyecto se está desnudando que la política oficial desconoce la identidad, la historia y las luchas del movimiento obrero.

Sectores importantes del gobierno y de la intelectualidad están apuntando a disminuir el papel que les cabe a los trabajadores en la sociedad. Quieren demostrar que el rol que ha cumplido históricamente el sindicalismo debe ser replanteado. La intención es diluir la capacidad de aporte en la discusión de los grandes temas nacionales y su protagonismo político y social. Lo que el Proceso no logró con la represión tratan de hacerlo vía discurso racional, que prende en los sectores que ven en el movimiento obrero a su enemigo. Sería nefasto que la sociedad argentina pretenda disminuir la importancia del movimiento obrero. Primero por lo que representa en la defensa de los intereses nacionales. Segundo, porque ha sido protagonista de las mejores luchas por la reconquista de la democracia. Y no dudamos que también tiene un rol protagónico en su defensa.

Querer empalidecer su capacidad organizativa y disminuir su protagonismo, partiendo de la definición corporativa, es un grave error porque ayudaría a profundizar la fractura del campo popular. ■

LO QUE EL PUEBLO CANTA EXISTE

Entrevista con Antonio Cafiero

Los políticos argentinos no siempre son bien conocidos —en sus opiniones, en la intimidad de sus recursos argumentales— por el pueblo y los electores. Además, muchos políticos fundan su carrera en ese desconocimiento, que calladamente estimulan y que acaba siendo mutuo. No es este el caso de Antonio Cafiero, un

político que gusta del diálogo exigente y que no rehuye preguntas incómodas. “No me vayan a hundir, muchachos”, dice antes de la entrevista, en su estilo cachador, mundano. Alguien respondió que no, que no se trataba de eso, aunque tampoco de hacerle propaganda. Fue una respuesta demasiado seria, e innecesaria. Lo esencial de lo que queríamos no valía la pena decirlo, porque está en el diálogo que entablamos y se refiere a la necesidad de producir espacios argumentales que muestren el habla de los políticos como su verdadera intimidad. El objetivo de esto es tanto que se lo lea a Cafiero —o a cualquier otro político con el que nos interese dialogar—, como que Cafiero se relea a sí mismo. En ambos casos, para que los temas tratados, obviamente el peronismo, su crisis y los nuevos proyectos de sociedad, merezcan una consideración aún más exigente por parte de todos. Lo que se dijo aquí, los blancos y omisiones, las entrelíneas, son uno de los tantos espejos que nos muestran en uso el idioma de la política, ese conjunto de frases que no por brillantes, dejan de ocultar problemas y no por obvias, dejan de revelarlos.

—Mañana usted viajará a Nicaragua. ¿Qué significa este viaje?

—Estoy respondiendo a una invitación que me hizo el Frente Sandinista de Liberación. Se trata de una reunión donde asisten más de cien partidos políticos de todo el mundo, donde el FSLN explicará su posición frente al conflicto con los Estados Unidos. Mi respuesta frente a la invitación fue la siguiente: voy en representación del Movimiento Renovador Justicialista, estando nuestra asistencia en consonancia con lo que tradicionalmente fue la política exterior del justicialismo. Definí la renovación en el sentido etimológico: renovar quiere decir volver a una cosa en su primer estado. ¿Y cuál fue ese primer estado del justicialismo? La idea de autodeterminación de los pueblos, de no intervención y de no alineamiento. Son las cuestiones que ahora están en juego en Nicaragua. ¿Cómo el peronismo podría estar ausente? Voy a informarme y luego evaluaremos en el seno del Movimiento Renovador. Por otra parte, la posición tradicional del justicialismo ha sido a veces oscurecida. Si tengo oportunidad, hablaré de la Tercera Posición, que era un genuino no alineamiento. En el 45, veníamos de un mundo tremendamente polarizado, el de posguerra. Este fue un gesto genuino de independencia. No es un no-alineamiento pasivo, que en última instancia termina siendo activo.

—Hoy el alfonsinismo nos condena a ser admiradores de un cuarto de la esfera mundial, como prolongación del mundo occidental. ¿Cuál debería ser el espacio del tercerismo? ¿Le quedan hoy intersticios al tercerismo?

—Yo comparto lo que Caputo dice respecto a que somos un país occidental no alineado. Pero se trata de dos premisas difíciles de compatibilizar a la vez. Desde la visita de Ernesto Cardenal y los préstamos a Nicaragua caemos a esta otra situación: ningún radical concurre a este evento. Fíjense que nuestro occidentalismo o nuestro no alineamiento hacen a la cuestión Este-Oeste y Norte-Sur respectivamente. Es un

equilibrio difícil de lograr, en un mundo donde la balanza va inclinándose en el sentido del conflicto Este-Oeste antes que en el sentido Norte-Sur...

—**Como si no existiera el Sur...**

—Pero lo canta Serrat, y yo digo que todo lo que la gente canta existe. Hay un camino tercerista posible. La cuestión de la deuda externa, que es un problema nuevo en el campo del tercerismo, se está tornando en un factor de convergencia y de aglutinamiento para la opinión no alineada. El no alineamiento, entonces, es una cuestión para resolver la contradicción Este-Oeste así como un tratamiento correcto de la cuestión de la deuda puede dar identidad al Sur.

—**Pero la deuda obliga a modificar conceptos. Existe la obligación de pagar, y eso coloca la discusión sobre si se paga o no sin que anteceda la discusión sobre si eso es ser un país libre o no. ¿Qué se debe entender entonces por liberación?**

—Cuando decimos liberación estamos aludiendo a distintas acepciones. Para unos es la nacionalización de los recursos básicos, para otros la expulsión del capital extranjero, para otros la reforma agraria. Yo creo que ahora hay un común denominador, cuya magnitud y trascendencia hace homogéneo el concepto de liberación. El eje de la liberación pasa por el tratamiento de la deuda externa de los países periféricos. El capitalismo privado mundial la creó sin advertir las consecuencias de su irresponsabilidad financiera, demostrando que las ideologías del mercado libre donde reina el lucro por el lucro lleva a catástrofes más graves que la supuesta ineficacia de los programas planificadores. Esto no lo hizo la banca pública mundial, porque para dar un crédito exigía que se justificase el destino. De alguna forma estaba garantizado el repago. Pero esto otro fue una pura bicicleta mundial, que fue el reciclaje de los petrodólares del mercado libre, primero introduciendo en nuestros países la teoría correspondiente, el enfoque monetario de la balanza de pagos. He allí la justificación racional del endeudamiento ilimitado e infinito, lo que se vuelve como una bomba de tiempo sobre el propio sistema financiero internacional. De modo que la exigencia del nuevo orden económico internacional forma parte no solo de la cuestión Norte-Sur, sino también Este-Oeste. El mundo surgido de Bretton Woods ya no es el mismo y hoy la deuda externa es el problema que unifica los términos de la liberación para todas las sociedades que viven en el Sur.

—**Ahora, ningún país parece haber asumido la alternativa del no pago.**

—Creo que en este momento hay una suerte de consenso tácito. Todos están esperando a ver quién se cae primero. Por eso es un argumento falaz decir que nadie ha dejado de pagar.

—**¿Qué significa “caerse primero”?**

—Bueno, ¿qué va a significar? Que se deja de pagar. Acá hay que distinguir varios aspectos. Nadie deja de pagar y todos dejan de pagar. Pagar es un eufemismo

que se está cubriendo con deudas cada vez mayores por las refinanciaciones no cumplidas. No se están pagando ni los intereses.

—Lo que nadie hace, precisando el concepto, es patear tablero.

—Aceptan los compromisos tal como fueron asumidos y por otro lado esos mismos funcionarios —lean las declaraciones de Canitrot— dicen que la deuda es impagable. Se vive en un mundo de ficción. Ahora, del tratamiento del tema de la deuda debe salir un nuevo orden económico internacional, y esa es la posición que debe tener la Argentina. El Consenso de Cartagena no alcanza, porque no se puede aceptar todo lo que significa un orden internacional que ocasiona una formidable desinversión nacional, un prolongado estancamiento y una continua baja en el nivel de vida de la población.

—En *El Periodista* N° 74, en un artículo sobre la relación de Ubaldini con la Iglesia (donde esta manipularía a aquel para influir sobre la clase obrera), se dice que “los renovadores hicieron saber a los obispos que Ubaldini está yendo un poco lejos en su pelea con el FMI. Cafiero está muy disgustado por eso y lo que es aún más indigesto para las cabezas de la renovación es el hecho de que el jefe cegetista se ofrece como síntesis negociadora entre ortodoxos y renovadores”. ¿Qué habla Cafiero con la Iglesia y con la CGT?

—Primer asunto: no conversé con ningún obispo sobre este tema. Segundo asunto: no fui bien interpretado cuando en un reportaje, precisamente en *El Periodista*, dije que la Iglesia no era factor de poder. Dije que la Iglesia es una institución espiritual y cuando se ocupa de temas de significación puntual y concreta, ajenos a su misión, fracasa. Ahí dejaría de tener una concepción universal para pasar a tener una concepción particular sobre procesos sujetos a mudanza en el tiempo. Por eso fue oportuna la respuesta de la Iglesia al negarse a participar en mesas de concertación política, pues eso consagraría una suerte de corporativismo. Respecto a mi posición sobre la propuesta de la CGT, yo les dije claramente que una moratoria unilateral que no se inserte en un plan global de crecimiento es inviable. No es una bandera que se pueda sostener durante mucho tiempo, fuera de un programa global de justicia social, equidad distributiva y crecimiento efectivo. Con un fondo de inversión para potenciar el crecimiento en sus áreas más sensibles, entonces sí tiene justificación ética y moral, la moratoria. Dentro de un programa así, ella nos lleva a un planteo político responsable e incluso con otra resonancia en el exterior. De otro modo, nos llevará al aislamiento y a la multiplicación de la pobreza a niveles aún más intolerables.

—Alfonsín dijo que con moratoria también nos quedaremos sin comercio exterior.

—Eso es una extravagancia. Lo que nosotros sostenemos no lo es, ya que supone un sindicato de deudores —no un club, palabra demasiado frívola—, que no disocie el esfuerzo de los países deudores...

—Pero parece que la gente recela del principismo del tipo “moratoria ya”, “no nos dejaremos pisar”. Quiere liberación pero con estrategias sólidas, concretas, fundadas en lo conocido.

—La estrategia de la liberación pasa por la moratoria como condición necesaria pero no suficiente.

—La militancia se pregunta, al igual que el hombre de la calle, qué hubiera pasado si el peronismo hubiese gobernado. Posiblemente no se hubiera juzgado a las Juntas o no hubiera tomado caminos muy diferentes en relación con la deuda. Seguramente no se habría desmantelado el aparato represivo, etc. Por otro lado, el hecho de que haya peronistas que puedan ser radicales o radicales que puedan ser peronistas, da una idea de que no hay proyecto alternativo en el peronismo.

—De haber ganado, el peronismo hubiera tenido formidables contradicciones internas, fuera de duda. Uno era el peronismo de la provincia de Buenos Aires, otro el de Luder. Eso lo vi en la mañana que se tomaron las decisiones de las candidaturas. En esas reuniones estaba ausente el espíritu de lucha y no se percibían los proyectos diferentes que se estaban debatiendo a través de las personas. Eso derrumbó al peronismo. Pero suponiendo que hubieran prevalecido los grupos más modernos, no tengo duda de que en el campo económico-social se hubiera lanzado un plan de estabilización y de equidad distributiva, y un pacto social de características semejantes a las del 73 o quizás, a las del 52. No hubiéramos esperado dieciocho meses y una inflación galopante del cuarenta por ciento mensual. Respecto al juicio a las Juntas, allí tengo mis dudas. No pocos sectores del justicialismo tenían una óptica diferente acerca de hasta dónde se debían juzgar los crímenes de la dictadura. Posiblemente se hubiera tenido más flexibilidad, los términos de la cuestión se hubieran acortado. Aunque el radicalismo está ahora tirando de los piolines con esto de la obediencia debida. Con el peronismo hubiera sido mucho más rápido, aun con riesgo de impunidad. La presencia corporativa de las Fuerzas Armadas para el peronismo tiene otro significado que para el radicalismo, lo que pesaba mucho en sectores peronistas.

—¿Habría que revisar esta cuestión en el peronismo?

— Hay que revisarla, pero los términos exactos de esa revisión es un punto que merecerá una reflexión posterior.

—El peronismo tiene una concepción algo mágica del conflicto nacional. Parecería que con juntar en una mesa a los sindicatos, a las Fuerzas Armadas, a la Iglesia, empresarios y poder político, se resolvería la cuestión de la “comunidad organizada”.

—Las tesis de Perón sobre la comunidad organizada están vigentes pero deben ser analizadas a la luz de los fenómenos que se producen en el mundo. Hoy hay un claro descenso del poder corporativo en el mundo, no solo en la Argentina. Una época de transformaciones tecnológicas obliga a reformulaciones en las concepciones

del poder, que también obligan a reubicar el poder gremial dentro del peronismo. Se debe responder a una nueva sociedad emergente, que no es la sociedad corporativa pero tampoco la del ciudadano del siglo XIX. Esta es una sociedad nueva y de ella debe emerger una sociedad justa, lo que llamamos el estado de justicia. Pienso que tenemos que reflexionar, con vistas al futuro, sobre los elementos de la comunidad organizada que pueden incorporarse a ese estado de justicia.

—La tesis de las privatizaciones produce un vacío de respuesta en el peronismo. Como resultado de ello, ni se discuten las privatizaciones ni se discute qué significa hoy el poder de decisión autónomo nacional.

—Hoy la prioridad de la autonomía nacional es un tema que se resuelve, como ya dije, en el terreno de la problemática de la deuda externa. Si es o no con privatización, es secundario. Las luchas por la liberación tienen un tiempo. Digan lo que digan, en la época de posguerra la liberación pasaba por la nacionalización de los servicios públicos, por la recuperación del comercio exterior, por la planificación democrática y concertada de la actividad económica. Había un total descreimiento de las leyes de mercado que produjeron primero la crisis del 30 y luego la guerra mundial. Era una creencia mundial. Por un lado, se afirma el pensamiento económico que acepta la reforma social y el Estado de bienestar, y por otro, lo que se vaticinaba como la catástrofe de la planificación socialista daba buenos resultados. El peronismo, hasta el 55, manejó con bastante eficacia una idea de sociedad basada en la economía mixta y el tercerismo. De modo que aquel fue el tiempo en que se dio esa formulación de la idea de autonomía nacional, supeditando las leyes del mercado por la distribución equitativa. Las grandes transformaciones de estas formulaciones se dan a partir del 75, donde la crisis petrolera y cierto agobio a propósito de la intervención del Estado producen la revolución antikeynesiana, la nueva derecha, la ola liberal, la Reaganomics, la Thatcheromics. El liberalismo se encuentra con sus teólogos, que le permiten salir de la inferioridad ética. Ahora, ¡hasta moralizan! Dicen que la ética del capitalismo es la única ética. Esto no se animaban a decirlo ni hace veinte años. Lógicamente, todo esto fue traspolado a la Argentina, trasvasado directamente desde los grandes centros de poder. Y aquí se produce el gran conflicto, porque antes de las leyes del equilibrio están las leyes del desarrollo de nuestros países y antes que las leyes del modelo matemático están las leyes de la historia. Como ven, una discusión entre economistas. Unos nos acusan de voluntarismo y nosotros no nos quedamos cortos, y lo menos que les reprochamos es su naturalismo indemostrable. Posiblemente tendremos que refundar un neovoltarismo, una tarea vinculada a la modernidad del pensamiento peronista, donde adquiera nuevas perspectivas de realización la tesis, enraizada en la matriz tercerista, de la propiedad social. Con ella recorreremos un terreno donde ni las tesis pro estatistas ni pro privatistas tienen la llave para resolver nuestros dilemas.

—Pero la actual política económica concentra riqueza y poder. Por ejemplo, desde la política del comercio exterior se jerarquizan determinadas empresas, las más fuertes...

—Bueno, algunas ideas que Lavagna ha puesto en funcionamiento pienso que se compadecen con una política que inclusive podría haber sido realizada desde el peronismo. En el 73 obligamos a las fábricas extranjeras de automóviles a exportar y a que hicieran una ecuación de divisas en el país: cuánto tenían, cuánto ahorran de importaciones y cuánto consumían de insumos. Queríamos un balance positivo y obligamos a las filiales a exportar a Cuba. Es decir, el Estado no tiene por qué regalar la potestad de operar sobre la balanza de pagos, porque ese sigue siendo el elemento de condicionamiento externo que tiene la economía argentina. Aquí, proceder a través del Estado, acotando la presión estatal por disposiciones generales, es más económico que proceder vía mecanismos objetivos de promoción de exportaciones, que lleva a la abstención del Estado sobre quiénes son los que en definitiva se favorecen por esas medidas mercadistas.

—¿Volveríamos entonces a la idea del Estado como herramienta de la liberación nacional?

—La liberación nacional es primero un acto de voluntad política y luego eso se ramifica en diversas formas de instrumentación. Ahora, si el Estado es la herramienta excluyente de ese proceso, yo lo discutiría. Eso era inexcusable en la posguerra y en la década del cincuenta. Ahora estamos en otro estadio del proceso de liberación. Al mismo tiempo, privatizar es transferir poder y hay que ver dónde va ese poder. Por eso, antes que hablar de privatización, prefiero reformas profundas en la empresa pública. El sector público debe ser transformado en un mecanismo eficaz, llegando inclusive al control parlamentario de la empresa pública, y, de la misma manera, en el control comunitario. No me gustan las empresas públicas con grandes directorios, donde impera la repartija política. ¿Por qué, en cambio, no tenemos un administrador general con acuerdo del Senado y sometido al control parlamentario en su gestión?

—¿Y el control por parte de los trabajadores?

—Tiene que avanzar la autogestión y la participación de los trabajadores. Pero es preciso estudiar con mucho cuidado este tema que es caro a nuestra sensibilidad y tiene gran trascendencia emotiva, pero que también podría engendrar nuevos focos de ineficiencia burocrática.

—Con el Plan Austral se crea una ilusión de estatismo. Pero la sensación de que se retoma el control de las variables monetarias de la economía no evita que el Estado siga siendo una cosa muerta.

—Porque el Plan Austral contiene una profunda ortodoxia monetarista. Y es relativo que el Estado haya recuperado el control de las variables monetarias. No se ha resuelto la ecuación entre el estímulo del desarrollo, la inversión y el descenso de la tasa de interés sin que esto se traslade al mercado de cambios. Por más que hablen

de líneas de crédito del Banade y de fomento selectivo de exportaciones, mientras el país esté pendiente de la oscilación de su tasa de interés y de su tipo de cambio no se da la base genuina para una reactivación a corto plazo. Volvimos al aurismo. La única fuente de creación de medios de pagos que existe es el ingreso de divisas. Volvimos a los años treinta, cuando no hacían falta los bancos centrales y existía regulación automática a través del flujo y reflujo del oro, un automatismo áureo que hacía que los países tuviesen procesos de depresión o desarrollo en función de un mecanismo objetivo que se ajustaba a largo plazo y a costos imprevisibles.

—**Agreguemos a esto el hecho de que, cuando tanto radicales como peronistas hablan de crecimiento sin más, podemos pensar que estaríamos frente a un lapso de por lo menos diez años. Eso condenaría a una generación o más a no acceder a niveles de mayor justicia.**

—En el 75, en medio de una gran crisis, lancé el proyecto del Instituto Nacional de la Remuneración y la Participación. La remuneración del trabajo estaría asociada a los aumentos de los niveles de productividad y a la participación que el trabajador aspira en una sociedad que quiere transformarse. La equidad distributiva no puede pasar hoy solo por el salario de bolsillo, sino a la forma en que se compone el gasto público. El gasto público tiene que ser hoy un factor distribuidor mucho mayor de lo que fue históricamente asumido, inclusive por el peronismo.

—**¿Discutiendo la ganancia empresarial?**

—Discutiendo el sentido de la inversión, porque más que proscribir el lucro como motor de la actividad económica, es preciso socializar la inversión, dando destinos socialmente acordados a la ganancia.

—**¿Eso ha pasado en la Argentina?**

—No ha pasado. Hay un nivel del consumo de las clases superiores, por ejemplo, que significa dilapidar una efectiva capacidad de inversión. Frente a la libre disposición del excedente, nosotros planteamos acordar normas públicas de canalización y utilización del mismo.

—**¿Significa poner en discusión el tema de la ganancia?**

—Claro, con el Instituto quisimos iniciar esa discusión para después ir avanzando. Dentro de una paritaria del futuro, como yo soñaba, los trabajadores no discutirían solo el salario y las condiciones de trabajo, sino el uso del excedente...

—**¿Y cómo ve al movimiento obrero para discutir eso?**

—Lejos, lejos. Todavía están los viejos cánones... Yo veo el sindicato como el gran gestor de la infraestructura social, no solo proveyendo obras sociales, sino educación, cultura, crédito; vivienda, todos los salarios indirectos que hacen a la equidad distributiva que el trabajador tiene que cogestionar así como cogestiona el salario frente al Estado y a la propiedad privada.

—¿Eso significa actualizar el concepto de tercera vía...?

—Por ahí pasa la cosa...

—Sin embargo, pareciera que hay una definición en el peronismo donde se acepta sin más y se avala el sistema capitalista.

—Nosotros tenemos una meta, el estado de justicia, aún no precisada en su arquitectura, pero muy clara como inspiración. El capitalismo es cada vez una porción menor del mundo y el marxismo ha demostrado todas sus fallas burocráticas. ¿Escucharon el discurso de Fidel Castro sobre la realidad de la economía cubana? Bien, hay un modelo nuevo, una nueva inspiración, que tenemos por delante. Permítanme llamarlo humanista-social. Una vez, siendo yo muy joven, le pregunté a Perón. “Dígame General, qué es la revolución nacional”. Era el 46 o 47. Yo estaba mortificado porque me parecía que la cosa no avanzaba demasiado. Perón me dijo: “De dos maneras se hacen las revoluciones. Las que primero escriben los enciclopedistas o un genio como Marx, y después vienen los que la hacen o la que primero se hace y alguien la escribe. Nuestra revolución alguien la va a escribir en el futuro”.

—Pero en el momento de la realización, siguiendo con esta parábola del General, es necesario romper esquemas conceptuales preexistentes que pueden hasta no estar escritos, pero que en el peronismo indudablemente existen.

—Ese es el sentido de la renovación. Si ella no llega a estos temas no llega a nada y se disuelve como agua entre las manos. No queremos hacer otro peronismo, sino volver al momento en que el peronismo era creativo, imaginativo, cuando hacía la revolución todos los días, cuando el sentido de la liberación era sostenido por el conjunto de la sociedad.

—Se puede decir eso de otra forma. La política hoy nos muestra partidos de funcionarios, bipartidismos bobos, crisis de los modelos —sea el de la comunidad organizada o el de socialismo nacional—. ¿Qué le queda al peronismo como mística y como teoría y práctica de cambio de la sociedad?

—Nosotros no hemos abandonado... Queremos poner al día todo aquello que nos caracterizó como movimiento. Aún hoy el peronismo expresa un sentimiento de liberación, aunque no lo exprese en términos de la utopía de los años setenta.

—¿Podría haber sido una iniciativa de la renovación llamar al congreso de la unidad, tal como hace la CGT?

—No. La renovación no tiene todavía entidad para hacer esa convocatoria, como ningún otro partido la tiene. Pero tengamos también en cuenta que esto encierra un peligro, pues no se sabe si la sociedad argentina aceptará ese llamado exclusivamente sobre el eje de la CGT. Confío en la inteligencia de los compañeros sindicalistas que han motorizado esta idea, para asumir que el protagonismo de la central obrera no se desmerece si sabe ver que los dilemas del país no se agotan en la dimensión socioeconómica.

—La renovación parece encerrada en un internismo alejado de lo que la gente esperaba en términos de nuevos planteos y de audacia metodológica.

—Bueno, yo espero que no solo me premien por audaz, quiero también el premio de las urnas. Yo estoy dispuesto a hacer un esfuerzo de integración, sin que esto comprometa nuestros planteos esenciales. Espero que con esto no perdamos a todos aquellos que, mirando con nuevas ópticas al peronismo, esperan cambios importantes. Yo quiero esos cambios sin dejar de agotar todas las instancias para que el peronismo llegue a la mayor cantidad de sectores. Me parece que ese es un esfuerzo, en términos de unidad, que yo debo hacer. No puedo excluir a la gente que, sin ser renovadora, es peronista. Tenemos que expandir el espectro de la renovación hasta donde sea posible, sin soberbias, para que el peronismo tenga la chance electoral que merece. Porque en definitiva, el mandato que nosotros tenemos es ganar en las urnas, no hacer solamente política, o literatura. Oigo lo que algunos intelectuales nos dicen, romper para crecer, o que todos unidos perderemos. Escucho con respeto, pero también aprecio que no hay en ellos el conocimiento profundo de los sentimientos y la voluntad que existe diseminada hoy en el peronismo.

—Hablemos un poco del tránsito que se produce en alguien que, como usted, se inicia como funcionario, como técnico y hoy es un político nato.

—Mire, no es que yo haya sido un funcionario técnico. Ser ministro es un cargo político y no se olviden que peleé votos tres veces y en la facultad gané una elección que —haciendo una comparación por el absurdo— es como si ahora la UCD nos ganara en la UOM. Por otra parte, en el 73 los candidatos que Perón tiene sobre la mesa son tres: Taiana, Cámpora y Cafiero.

—¿Pero el hecho de no ser un profesional de los votos no le facilitó el salto que dio en la provincia, al romper con el FREJULI? A lo mejor, un profesional de los votos hubiera tendido a la unidad.

—Ah, pero yo siempre salí a juntar votos. Un día después del 30 de octubre, lo dije. Y también lo dije después que impidieron mi triunfo en el congreso provincial, donde tenía mayoría. Soy de los que dicen “esto así no va a quedar”. Y salgo a juntar votos, a remontar las cosas. ■

DEL PERONISMO LIBERTARIO A LAS NUEVAS REVOLUCIONES

Jorge Rulli por Mona Moncalvillo

Jorge Rulli, un dirigente de la primera juventud peronista resistente, ha enriquecido su reflexión política con el arte de contar su propia biografía. Surgen conmovedores descubrimientos que llevan del ser político a la búsqueda de “lo humano, demasiado humano”. Y que llevan también de la condición humana, como raíz de todo comportamiento político, hacia la exploración de todas las alternativas —autogestionarias, indigenistas, tecnológicas, organizativas, militantes, ecológicas, no-violentas, culturales— que con toda propiedad exigen ahora el nombre de revolución.

Quien ha amado y creído profundamente en el peronismo; quien expuso su vida en aras de esos ideales, quien fue encarcelado, torturado y mutilado; quien debió exiliarse contra su voluntad y conoció la soledad, tiene derecho a hacer autocrítica desde el dolor. Y porque el pasado lo lastima todavía, aunque no ha claudicado, prefiere seguir su lucha desde un país tan distante como Suecia.

Jorge Rulli, militante de la Juventud Peronista desde las épocas de la resistencia, pasó unos pocos días por Buenos Aires, y nuestro encuentro sirvió para repasar tres décadas de alegrías, victorias, horror y lágrimas; la violencia y el poder; la infiltración en el peronismo y la imperiosa necesidad actual de recuperar la mística y el sentido sagrado de lo revolucionario.

A partir de su liberación en el 81, Rulli trabajó por los derechos humanos, primero en Andalucía y ahora específicamente por los de los indios en Suecia, instrumentando nuevas técnicas y recursos para sobrevivir, asumiendo la pobreza y rescatando al hombre por sobre todo.

Los diálogos fueron duros, con silencios prolongados, pero sinceros y fructíferos... Cuando todo terminó y él ya había partido, pude comprobar la verdadera dimensión de una de sus frases lapidarias: “No me he visto con quienes en otros tiempos fueron compañeros y hoy están en el candelero; no sé si yo los estoy esquivando, o ellos me están rebuyendo... Hablan del peronismo en términos muy distintos a los míos...”.

M. M.

—¿Cómo entraste en la violencia?

—Tanto a mí como a mucha gente de mi generación, nos la impuso el enemigo. Hacía falta el holocausto brutal del peronismo, en el 55; eso provocó que fuéramos lanzados a la violencia. Y ese es quizás el origen de mis reflexiones actuales, porque nosotros no elegimos ese camino, nos fue impuesto. No tuvimos la independencia espiritual o la capacidad reflexiva para poder encontrar otros medios. Eso en cuanto a autocrítica. Ahora, en cuanto a crítica, yo les reprocho a los que eran dirigentes en ese momento que no supieron guiarnos hacia metas más eficaces. Recuerdo que también se habló de otras cosas... resistencia pasiva, boicots y algunas otras categorías sueltas de otro tipo de lucha que eran conocidas, y nosotros manejábamos algunas de esas ideas. Pero no fuimos capaces de elaborarlas, de hacer con ellas una estrategia definitiva. Y los mayores, los que ejercitaron y llevaron adelante esta campaña que se conoce con nombre de Resistencia, lo hicieron fundamentalmente al explosivo. Nosotros pensábamos que nuestros métodos eran superiores. Nosotros tratamos de organizarnos desde Juventud Peronista para la lucha de masas, y a partir de Juventud Peronista, como cuadros de elite, formar organizaciones de tipo militar. Y anduvimos rondando siempre a las palabras “ejército de liberación” que nos enamoraban mucho; y nos estimuló también mucho el surgimiento de focos guerrilleros, como el de Uturunco, en Tucumán. Por aquel entonces decidimos iniciar acciones similares en Buenos Aires...

—¿En qué año fue?

—Eso fue en el 59... También pensamos en abrir otros frentes guerrilleros en el interior; intentos que por nuestra parte no llegaron a cuajar. Hicimos un plan de abrir un frente en el Chaco, por ejemplo... Pero había una exacerbación de la lucha y nos dejamos llevar por ella con un culto al coraje y con una fraternidad de soldados, sin haber pasado la experiencia de los fracasos de la lucha armada, de la violencia, y de la lucha por el poder. Sin poder reelaborar todo eso. Estábamos yendo simplemente hacia lo que más tarde fueron las primeras experiencias negativas de este tipo de lucha. Al principio, uno advierte solamente los aspectos heroicos, y se autoestimula con el sacrificio que implica todo esto...

—¿Vos en qué organización estabas?

—La Juventud Peronista en aquel momento se organizó como una constelación de pequeños grupos, la mayor parte de los cuales se llamaban comandos. Yo trabajaba en un comando que actuaba en el centro de la ciudad y, a su vez, en un grupo de Juventud Peronista que trabajaba en Palermo. Pero entre nosotros las relaciones eran muy abiertas. La que luego fue mi mujer pertenecía a un grupo de la Juventud Peronista ligado a la Alianza de la Juventud. Allí había militado Bevilacqua, que fue uno de nuestros primeros muertos; estaba haciendo el servicio militar cuando lo mataron. Y el mismo día que lo mataron, nosotros dimos nuestro primer golpe de mano, contra un destacamento de la Aeronáutica que

estaba bloqueando una movilización vecinal para ocupar un barrio. Estaban impidiendo nuevos intrusos. Porque era un barrio construido para ellos, pero la gente sin viviendas lo había empezado a ocupar por la fuerza; entonces colocaron tropas y nos golpeamos contra ellos, a la noche. La mayor parte de ellos escaparon; algunos nos dejaron las armas y otros escaparon. Fue, aparentemente, muy sencillo, pero los problemas empezaron después, al asumir que éramos un pequeño ejército en operaciones con una edad muy escasa y sin mayor formación. En esos días nosotros descubríamos la existencia de Mao y de la lucha de guerrillas, o sea que nuestro bagaje intelectual acerca de la guerra revolucionaria no era importante. Éramos grandes espontaneístas, pragmáticos, lanzados a la lucha, como te decía antes, por el descabro que habían producido los militares. Yo tenía 15 años cuando ya vi pasar los tanques; y tenía 15 años cuando vi la masacre del bombardeo a la Plaza de Mayo... Esas son cosas muy brutales que vivió toda nuestra generación...

—¿Perón alentó esa violencia?

—Sí, yo creo que sí... Aunque siempre jugó varias cartas, a nosotros siempre nos alentó.

—El problema es que no terminaron de entender que Perón alentó la violencia para derrocar dictaduras y no para que siguieran en las democracias. Este fue el error de los que eligieron la lucha armada en el 74...

—Sin duda... Quizá con eso ya te estás refiriendo a otro proceso. Yo suelo hacer un distinguo entre aquellos orígenes y lo que después ocurrió. Nosotros en el 57, por ejemplo, mantuvimos la postura de voto en blanco, no aceptamos la orden de Perón de votar a Frondizi, la negamos, directamente. Incluso al principio no la creíamos, pero luego fuimos conscientes de que era verdadera y la negamos igual. Nos rebelamos contra Perón y luego Perón nos escribió y nos dijo que éramos más peronistas que él... Por eso te digo que Perón nunca dejó de alentar estas rebeldías, en una época en que estas rebeldías eran parte de una gran familia. Creo que después, más tarde, se va a dar un fenómeno muy diferente que es la entrada masiva de sectores medios, con otros aportes ideológicos, con otra mentalidad mucho más empresarial. Sobre todo con una visión eficiente y tecnológica de la guerra, que es lo que nosotros no teníamos. Aquello que nosotros hacíamos era, quizá, muy heroico, pero muy artesanal, muy poco compartimentado, muy abierto a lo humano, de una guerra del pueblo. Era como una resistencia descalza... Lo que vino después fue la construcción de aparatos altamente tecnificados, con los cuales creo que se perdió el sentido moral de la lucha, pues se terminó, en muchos aspectos, asemejándose al enemigo. Y allí es cuando nosotros, ya más maduros, con muchos años de experiencia, con mundo recorrido, con muchas cárceles, podemos empezar a reflexionar sobre todo esto, y acerca de cuál es el mejor negocio. Si la violencia que nos permite llegar rápido, pero que nos presenta luego problemas enormes a resolver más allá de la toma del poder, u otro tipo de

lucha como en este caso podría ser la no-violencia, que quizá demore más en posibilitar la caída del poder enemigo, pero que permite una mayor movilización de masas y que no deja los frutos amargos de la violencia...

—Entre la sangre o el tiempo, Perón había elegido el tiempo...

—Sí. En definitiva muchos de estos elementos están en Perón, por lo menos en el Perón de aquellos años. Habría que revisarlos... De todas maneras, esta es una cuestión que tiene que ver con esta sobrevivencia extraña del peronismo. Yo creo que se hace difícil todavía revisar cosas de aquellos años...

—¿Por qué?

—Porque están muy presentes. Porque el peronismo sigue siendo una cuestión irresuelta. Yo creo que hace muchos años que está mantenido en una especie de terapia intensiva y que se le ha negado la dignidad suprema de su muerte. Hay una cantidad de gente, que poco tiene que ver con la historia del peronismo, que lo ha mantenido artificialmente y por eso mismo se hace difícil revisar estos orígenes; la correspondencia de Perón a través de sus emisarios, todo eso, es una tarea que reconozco que tendría que haber realizado, pero que no puedo hacer... Me es muy difícil, me pone muy mal todo esto...

—¿Se infiltró al peronismo?

—No sé si se infiltró. Vos sabés que nosotros, desde el principio, siempre tratamos de ganar gente para el peronismo. Yo trabajé bastante desde los inicios de mi militancia en la universidad, y en los colegios secundarios también, cuando éramos una ínfima minoría. Pero allí, a pesar de nuestra falta de formación política en aquellas épocas, ya alcanzamos a realizar algunas alianzas de trabajo con gente de Palabra Obrera, con gente de sectores nacionalistas como Tacuara... O sea, teníamos capacidad para buscar aliados y tratar de evitar las provocaciones. Yo recuerdo que esa inteligencia la teníamos, pero los que se sumaban eran muy pocos. Se sumaba alguno de Tacuara, se sumaban del MLN, se sumaba gente del trotskismo, pero se sumaba de a uno, eran incorporados fagocitados por el pensamiento que nos era común.

El problema es que en un momento dado se abren las compuertas y entran sectores medios en masa, pero entran organizados, o sea entran con sus propios líderes que, de un día para el otro, se convierten en líderes del peronismo. Ese fue el problema. Y después algunos sectores marginales, que no habían realizado ninguna lucha importante, como en el caso de Guardia de Hierro, llamada Juventud del Comando Nacional, orientada por Manolo Buzeta, que era un grupo minúsculo que existiría también en el año 59. Lo que pasa es que nosotros lo tomábamos muy a broma, porque cuando realizábamos acciones y les dábamos alguna tarea, nunca la cumplían... Nunca los tomábamos en serio. Pero en un momento dado ellos encontraron algo que desde el punto de vista político fue muy exitoso. Porque pactaron con vastos sectores que querían entrar al peronismo. Pactaron ser los que

les abrían las puertas a cambio de liderazgo. Así, una organización minúscula, de pronto, se convirtió en una organización de masa, o por lo menos con miles de estudiantes. Miles de estudiantes que querían ser peronistas, pero que no lo habían sido hasta ese momento porque venían del cristianismo, del marxismo... Y esa técnica se siguió empleando durante mucho tiempo, hasta que el peronismo se transformó en otra cosa. Casi sin darse cuenta dejó de ser lo que era...

—¿Cuándo comenzaste a darte cuenta de que el terrorismo no hacía una revolución, al menos en la Argentina?

—Quizá muy temprano, pero tengo grabada una imagen terrible. Fue en el año 62. Estaba prisionero, con otros compañeros de la Juventud Peronista, en la cárcel militar de Magdalena. Había una vidriera al fondo del pabellón que daba hacia el campo, y a lo lejos pasaba la ruta de Magdalena a Buenos Aires. Fue cuando se levantaron los colorados y los azules avanzaron sobre Buenos Aires. Nosotros esa noche, cuando caía el día, vimos pasar al Regimiento de Tanques de Magdalena. Pasó durante horas a lo largo del camino. Iban cientos de máquinas lanzadas a toda velocidad, con pequeñas luces rojas, y se oía un estruendo terrible. Estuvimos viéndolos horas y horas. Después leí la experiencia de Nietzsche, cuando cuenta que el sentimiento de poder se le despertó al ver una carga de caballería de los húsares.

A mí algo se me modificó dentro, esa noche, porque yo no había tenido una noción exacta de lo que era el poder. Me di cuenta, por una parte, de lo minúsculo de nuestro trabajo hasta ese momento. Y, por otro lado, me di cuenta de la vasta empresa que teníamos por delante. Era imposible tomar eso. Había que desarticularlo de alguna manera. Me sentía horrorizado por ese poder inmenso. Fue alucinante. Dejaron el camino regado de tanques que se iban averiando, pero el resto siguió al máximo de velocidad que dan los motores. Nosotros éramos prisioneros de guerra de ellos. Fue una situación, muy especial.

—¿Estuviste preso muchas veces, no?

—Sí, en total llevo más de once años de cárcel. Pero lo que a mí me modificó mucho la práctica revolucionaria, fueron los últimos años del gobierno de Lanusse, las grandes luchas en las barriadas obreras. Esa fue una experiencia muy rica, porque allí pude aplicar las ideas que había ido desarrollando en la cárcel, y en el exterior, durante la década del sesenta. Y las puse en práctica. Y también puse en práctica una cantidad de métodos para transformar las unidades básicas, que eran simples comités políticos, en centros de promoción cultural y de asistencia a la comunidad. En una visión superficial, se podría decir que nosotros prácticamente no hacíamos política. Estaban los símbolos presentes, pero trabajábamos con la gente; se repartían medicamentos, se solucionaban problemas familiares, se mateaba, se organizaban los barrios. O sea, se organizaba el poder autónomo de los barrios. Tratábamos de que la gente pudiera resolver sus propios problemas, como zonas casi liberadas que fuimos construyendo de a poco,

tratando de no llamar la atención al principio, tratando de golpear fuera de las zonas, no en las zonas en que nosotros operábamos. Y llegó un punto en que fuimos dueños de barrios enteros, en los que nos podíamos mover con absoluta libertad. Ya sobre la llegada de Perón a Ezeiza, había zonas en las cuales todo el mundo sabía en qué casa estaban las armas, en qué casa estaban los mimeógrafos. El barrio entero lo conocía... Era una experiencia muy linda, porque teníamos el apoyo total de la gente. Y la gente se preparaba para la llegada de Perón, pensando que eso podía ser el inicio de un levantamiento general...

—La última vez estuviste cinco años, hasta el 81, en que te dejan en libertad vigilada...

—Esos años fueron muy duros. La cárcel fue muy terrible, quizás peor que la tortura, porque fue una tortura sistemática a lo largo de meses y meses donde no había un minuto de descanso. Esa gente montó un sistema criminal para destruir la identidad de los presos y someterlos a un estrés constante, mucho más de lo que se podía soportar. Yo estuve un año entero conviviendo en una celda de 3 m², con un compañero loco, totalmente trastornado, que de pronto gritaba, daba vivas a Videla, vivas al Ejército Argentino y lo tenían que acallar a golpes o llevárselo a un calabozo, hasta que lo tranquilizaban con píldoras y con golpes. Y así estuvo el pobre loco un año... Esa convivencia era terrible para mí...

—¿Dónde estuviste?

—En La Plata...

—¿En la Unidad 9?

—Sí... antes había estado siete meses aislado en Salta. Estábamos todos aislados, con las ventanas obturadas, la puerta se abría solamente para dejarnos pasar la comida. Y yo tenía a este loco de un lado y lo tenía a Julio Mera Figueroa del otro, así que a través de la pared me comunicaba con Julio Mera Figueroa. Así y todo, a veces llegamos hasta a jugar ajedrez a través de la pared, pero esos meses se hicieron muy largos. Claro que fueron meses de interioridad, de reencontrarse, de bucear en sí mismo.

—Hay una frase, me conmovió profundamente, que dijiste el otro día mientras charlábamos: “Me dolió más la violencia que yo ejercí, que la misma tortura”.

—Pienso que la violencia de los otros nos marca, nos deja pequeñas lesiones en el subconsciente. Quizás ellas ponen en marcha nuestra propia violencia, pero nuestra violencia hace a la historia personal. Una historia personal violenta que implica un karma negativo, o sea una historia mal construida. Y eso, a la larga, se paga. Son cosas que uno ha venido atando mal en su propia vida. Tal vez haya revolucionarios que después de practicar la guerra, sean capaces de la tolerancia, de abrirse al otro, de tener solamente gestos suaves en las discusiones o, incluso, no discutir, sino simplemente dialogar, pero yo no los conozco. Y si hubiera alguno, creo que sería admirable. Lo más natural es que cuando uno practica la intransigencia

frente al enemigo, cuando uno es cruel con el enemigo, llega un momento en que la violencia se hace dueña de uno. Y uno no discierne bien cuáles son los compañeros, los aliados, los amigos... O sea, llegado un momento, uno puede ser esclavo de esa violencia y con esto no tiene que ver la revolución...

Con muchos compañeros hemos venido analizando en los últimos años, especialmente en el exilio, hasta dónde ha habido un engaño colectivo y se han mezclado cosas en la historia de Europa, que se ha convertido en la historia del mundo. Tanto las ideas socialistas, como las ideas de revolución, se han ido mezclando ya casi indisolublemente con las ideas de guerra y de lucha armada. Cuando, en realidad, no lo fueron así en un principio en Europa. Los primeros marxistas eran visualizados como pacifistas, pero hoy en día, alguien que se define marxista ya se supone que practica la guerra, no solamente la lucha armada. En países como El Salvador, lo que se busca hoy es establecer con distinción los frentes de combate de una guerra civil. Ese es el sueño de un revolucionario. Y pienso que allí se ha dado una peligrosísima confusión. ¿Y cómo hacer para separar guerra de revolución? Porque si hay guerra, la única disciplina es la militar, el lenguaje se hace militar también, como se hizo en nosotros, siempre tuvimos un lenguaje militarizado, y además la dirección es, inevitablemente, autoritaria. Ahora, si somos capaces de separar revolución de guerra, podríamos replantear todas estas cosas. Y esto no significa que seamos menos duros frente al enemigo, que seamos menos intransigentes. No, yo pienso que es posible que podamos ser más duros que antes, con una lucidez más implacable, si somos capaces de evitar caer en las trampas del enemigo, que son también estas de la guerra civil, de la lucha armada y de la formación autoritaria entre nosotros. Hay que evitar calcar la organización del enemigo, los modelos y la jerga del enemigo. En cambio, recuperar una mística y un sentido de lo sagrado, que las revoluciones parecen haber perdido...

—Claro, recién te escuchaba muy atentamente y se me ocurrió una pregunta por ahí ingenua, pero, ¿en qué lugar del mundo has visto esa experiencia? Hay una carrera desatada, e imparable...

—Sí, está siempre el ejemplo de Mahatma Gandhi, que es extraordinario. Y aunque ha sido muy mal usado, muy abusado, sigue siendo válido rescatarlo. Pero, por supuesto, después estas ideas se han confundido terriblemente...

—Sí... mirá el desenlace que ha habido en la India...

—Sí, pero creo que hay que persistir en la búsqueda de un camino diferente, porque hay numerosas pequeñas experiencias que prueban que es posible plantearse las cosas de otra manera. Lo normal debería ser que los procesos de luchas de masas se debatan en base a acciones no violentas. Desde los boicots contra los autobuses, en el sur de los Estados Unidos, contra la discriminación racial, bueno, a la resistencia contra los ejércitos soviéticos en Checoslovaquia en 1966. La misma lucha de Polonia... Y lo normal es que estos procesos sean abortados por grupos que, por impaciencia, por intolerancia, caen en la práctica

de la lucha armada, como el caso de los Panteras Negras en Estados Unidos, que gracias a su “heroísmo” acabaron con la lucha de los negros, directamente... Aquel movimiento quedó terminado, totalmente. Ellos remataron la experiencia de Luther King. Es verdad que a Luther King la lucha que él desató lo superó. Él no fue capaz de darle una dirección al movimiento no violento, pero esa es otra cuestión. Los Panteras Negras posibilitaron que el enemigo acabara, de un solo golpe, con el movimiento negro. En Checoslovaquia lo que se produjo fue que la dirección política de ese socialismo real, la dirección política del socialismo con rostro humano, no tuvo el coraje de asumir la dirección de su propio pueblo. Se apresuraron a negociar con los rusos y terminar un movimiento que se les estaba yendo de las manos de todos ellos. Y que era un movimiento, fundamentalmente, no violento...

—Cuando te exiliaste en España estuviste trabajando para los derechos humanos. ¿Cómo fue tu experiencia?

—Fue una experiencia muy, muy rica. Llegué a España marcado por la lucha por los derechos humanos en la Argentina, especialmente de las Madres, que es un tema que yo sigo reelaborando constantemente, porque fue la primera vez en el mundo que alguien descubrió el poder de la imaginación aplicada en la lucha contra un poder omnímodo, con tanto éxito. Bueno, y yo en mi medida, motivado por esas luchas, al llegar a Málaga me incorporé decididamente al grupo de Amnistía, que era un grupo muy pequeño, y no solamente pequeño, sino también un poco diletante... Lógicamente, incorporé la fuerza de mi sistema de militancia, y trastorné bastante al grupo, porque era el primer prisionero de conciencia que tenían, además, el primer ex torturado. Y bueno, tomé la secretaría, que me permitía hacer propaganda y dar conferencias. Daba conferencias en los colegios, en la universidad, en iglesias... Conferencias que fueron bastante impactantes, porque esta España desmemoriada de hoy se impresiona por los lejanos horrores, porque los propios ya los ha dejado muy tapados, muy cubiertos. Solía apoyarme en un trabajo que hice con mi mujer, con diapositivas de torturados y de distintos sistemas de tortura. Contaba mis propias reflexiones sobre la tortura, mostraba las diapositivas, luego sacaba conclusiones sobre derechos humanos y los invitaba a sumarse a las distintas actividades que nosotros íbamos desarrollando y ampliando en Andalucía. Salía bastante impactante y bastante trastornante.

—¿Por qué abandonaste ese trabajo?

—Lo abandoné, cuando me fui a Suecia, por muchos motivos. Mi situación en España se fue complicando, estuve dos años sin permiso de residencia, sin permiso para trabajar, con muchos problemas irresueltos causados por la cárcel y la tortura. Y, además, por problemas de toda mi vida. Ese karma que te mencionaba, que afloró en España, en medio de una sociedad muy particular como lo es la española posfranquista. Con un gobierno socialista, que a la vez está en la OTAN; con una policía muy represora; con una enorme desocupación; con muchas drogas;

con mucha violencia también. Y en un momento dado consideré que era necesario continuar mi andadura y mi búsqueda hacia Suecia...

—¿Por qué Suecia?

—Tenía una antigua visa que me habían dado en la cárcel y necesitaba un lugar de reparo, donde recibir determinado tipo de ayuda médica. Y Suecia era el país indicado. Además, incidió un problema que tuve en España. Estuve preso y fui golpeado por la policía.

—¿Por qué?

—Por intentar defender en la calle a un delincuente al que estaba golpeando salvajemente gente que yo imaginé que eran policías jurados, que son hombres-tones que contratan las empresas para que les cuiden el orden adentro, o pillen a los que roban, son como custodios. Y suelen usar un uniforme particular, pero muchas veces no lo tienen, y estos no lo tenían. Y bueno, la gente trataba de impedir que golpearan al muchacho, que era un ladronzuelo, y yo me puse a la cabeza de ellos identificándome como miembro de Amnistía Internacional y amenazándolos con llevarlos a la justicia por lo que estaban haciendo con él. Cuando llegó la policía, resultó que los que lo estaban golpeando al muchacho eran policías también. Me hicieron detener a mí y me fajaron entre todos; se enloquecieron de indignación porque alguien osaba ponerlos en duda. Eso sí, fue interesante esta experiencia, que no fue tortura, sino maltrato, y es la primera vez que sufro maltratos y salgo bien parado, salgo muy contento conmigo mismo. Porque lo hice en nombre de los derechos humanos y no dejé de enrostrarles, en ningún momento, la actitud vergonzosa que estaban teniendo. Tanto al faltarle en los derechos humanos al delincuente, como al faltarme a mí. Y bueno... el juez no entendió razones y me mandó a la cárcel, sin querer verme siquiera. Y amenazó a los compañeros de Amnistía con tenerme quince días, si intentaban alguna campaña de prensa... Así que estuve unos días ahí, en la cárcel de Málaga...

—¿Cuál es tu crítica a los Montoneros? ¿Te sentís responsable de haber llevado a la muerte a compañeros?

—Empiezo por lo segundo. Con respecto a esto, yo he sido muy duro conmigo mismo todos estos años, me he revisado, pero también antes había sido duro. Siempre que dirigí acciones participé en ellas en primera fila, aun cuando no me correspondía hacerlo desde el punto de vista organizativo. Traté de no estar nunca al margen de lo que yo planificaba y ordenaba. En cuanto a los pocos compañeros que dependieron de mí de alguna manera, y que se sintieron ellos depender de mí, que han muerto, y que son muy pocos, es difícil que yo pudiera haberlo evitado. Estuve días pasados en la tumba de Manolo Belloni, en la Chacarita; yo estaba encarcelado cuando él murió... ni siquiera supe lo que estaban haciendo. Después, algún otro compañero murió, o fue desaparecido por los militares, pero ya no me puedo sentir responsable, porque mi papel apenas fue el de relacionar

destinos entre sí. Eso es inevitable cuando uno hace política. Tú haces conocer gente entre sí, estimulas cosas, ideas, conciencias y luego desencadenas hechos, relaciones mutuas. Eso no lo podés controlar, sería imposible controlarlo. Y de pronto algunas de esas situaciones conducen a alguien a la muerte. Por eso es arriesgado también ser revolucionario, ser político, porque uno mezcla historias personales y presenta gente, las reúne. Y nunca se sabe lo que puede salir de allí. Digo esto, porque justo en estos días estuve cenando en casa de la familia de un chico que desapareció. En el campo que yo administraba se conoció con algunos de los exiliados a los que yo di refugio y un exiliado brasileño le dio su amistad, pero además lo reclutó para un proyecto en Brasil. Y desaparecieron los dos... Y a mí me pesa, simplemente porque yo mezclé esas dos vidas. El chico era de la JP local y el otro era un exiliado brasileño que yo había conocido en Chile, y que estaba refugiado aquí ante Naciones Unidas. Los mezclé, como mezclé a tanta gente... Pienso que si la vida me diera la oportunidad de repetir esa experiencia, sería mucho más cuidadoso, sobre todo de proteger a los más débiles, a los más jóvenes, de ver qué hacen, qué piensan... Pero también el peligro de esto es caer en un cierto paternalismo... Ahora, frente a las cosas que han pasado, me doy cuenta de que las cargas que llevo son mínimas, frente a gente que ha asumido miles de muertos con una actitud puramente estadística...

—Vos estás encarando ahora nuevas formas de revolución, no violentas, con propuestas como la huerta familiar, a través del trabajo de ayuda a los indios...

—Sí, pienso que la sociedad que proponemos no hay que dejarla para el futuro. Hay que empezarla ya, en pequeña escala, o en mediana escala, como cada uno pueda. Pero no es aceptable que uno piense en un futuro mejor y que lo dejemos siempre para el futuro. Eso, por una parte. Por la otra, hay que poner la imaginación al servicio de la lucha política, cultural y social. Fundamentalmente, la imaginación. Y en tercer lugar, pienso que lo pequeño es hermoso, que es válida la pequeña experiencia, el pequeño modelo, pero que hay que hacerlo con prolijidad y con mucha fe. También creo que es importante rescatar lo sagrado, el sentido de lo sagrado que el pueblo necesita y nosotros también, lo sagrado en todos los órdenes. También en la palabra, de ser capaz de cumplir lo que se dice. De ser capaz de vivir con alegría, intensamente, aunque sea una vida breve como la nuestra. Creo que tenemos que elaborar un pensamiento enraizado. Que nuestro pensamiento tiene que estar enraizado en la cultura y que nuestra cultura es la americana profunda, que tiene relación con el indio, que en América Latina sería el más desarraigado de todos y es el que le da sentido fundante a América, aunque seamos descendientes de inmigrantes. En ese sentido, es válida la posibilidad de indianizarnos ideológicamente. No sé si esto está claro. También creo que necesitamos desarrollar un nuevo modelo económico y tecnológico. Tenemos que escapar al desarrollismo y poner en crítica el modelo de fábrica, que es aquel sobre el que se basa nuestra sociedad en lo económico. Pero también nuestra vida política, porque los partidos políticos imitan

la estructura autoritaria de la fábrica, o a lo sumo imitan a una sociedad anónima. Están calcados sobre el modelo de fábrica que es el que da el modelo de las relaciones humanas y de la relación del hombre con las cosas. Y eso habría que rediscutirlo. Como habría que discutir el modelo ciudad; la ciudad es algo que nos es ajeno a los americanos. Fue impuesta por Europa y en Europa misma fue impuesta por una revolución tecnocrática. Fue impuesta por los mercaderes que se apropiaron de la ira de Dios y la hicieron suya. Y concretaron en un pequeño espacio, un enorme patio de sucedáneos en los cuales la naturaleza no existe.

Existe una cosa de piedra, que es la ciudad, rodeada por murallas que la aíslan del resto del mundo. Y allí, los mercaderes fueron elaborando su propio mundo de moral, para circular por las callejuelas de la ciudad, y de técnica, que es la moral del taller, para que los cueros, el acero y la madera circularan por los vericuetos del taller. Y de todo esto surgió el protestantismo y la posibilidad de una sociedad pulcra, de casas limpias, de moral austera, que es la que nosotros vivimos ahora en Escandinavia. Y que es eso, la ira de los mercaderes arrebatada a la ira de Dios; un mundo en el cual la muerte no existe. Y todo eso llegó a América con Cristóbal Colón; fue un hombre de los mercaderes que lo primero que hizo al pisar el suelo de América fue reconstruir una pequeña ciudad, un pequeño fuerte, para no pisar el suelo y para no estar bajo los árboles, sino para tener un techo y una empalizada que lo separara del mundo. Y las ciudades se han extendido en América, pobladas por americanos, pero son una cosa que todavía nos es ajena, porque han perdido el sentido de lo sagrado que tenían las antiguas ciudades griegas o el sentido de lo sagrado que tenía el Cuzco. Esto es otra cosa. Son ciudades inhumanas, la gente lucha contra ellas, y por supuesto, sobre todos los trabajadores que crean numerosos espacios de pequeñez dentro de la gran ciudad, que les permitan vivir en un barrio como quien vive en un pequeño pueblo, reconocerse mutuamente, tener amigos, saludar a los vecinos, convidarle un poco de la comida que se hace cada día. Esos son recursos para sobrevivir ante la ciudad, que sigue siendo algo que gesta cosas que nos son ajenas. Bueno... otra idea es la de la no violencia activa, porque aquí se sigue confundiendo, porfiadamente, con el pacifismo, y en realidad no tienen nada que ver.

—Tu propuesta me da la impresión de que está más cerca de Oriente que de Occidente, como también tus nuevas concepciones de vida...

—Sí, pero en la medida en que Oriente está más cerca de América que Occidente. Creo que a lo largo de estos quinientos años de colonización española, primero, y después eurocentrista, nuestro continente ha sido uno de los más castigados de la tierra, porque ha sido devastado no solamente en lo económico, sino también en lo cultural. Nuestros pueblos fueron masacrados sistemáticamente y obligados a un mestizaje muy largo, en el cual los primeros conquistadores fueron reemplazados por los mestizos. Pero nuestras repúblicas mestizas de hoy, criollas, reproducen los antiguos sistemas de dominación, y ser “cabecita negra” en este

país sigue siendo una condena. He notado en estos días que la palabra pardo, o negro, sigue siendo un insulto muy fuerte en este país, pese a todas las cosas que han pasado. Pero creo que desde hace miles de años se ha transmitido una herencia, una tradición de conocimiento que se ha preservado en América Latina. O sea que hay gente que está haciendo cosas que algunos arqueólogos descubren que se hacían hace más de cinco mil años. Cómo se ha transmitido este poder y esta sabiduría no lo sabemos, pero la fuerza de la cultura siempre va más allá de nuestra imaginación. Y te hablo desde algunos actos que los norteamericanos han observado en ceremonias chamánicas en México, hasta la actitud del guerrero, de los antiguos guerreros que se opusieron a los españoles. Pienso que es un desafío que nosotros tenemos que retomar en esta etapa actual, si queremos alcanzar una revolución en el horizonte americano y a la medida de América. A mí, una de las cosas que más me han impresionado, o una de las cosas que quisiera resaltar desde el punto de vista del valor, es la actitud de Atahualpa cuando llegan los españoles.

Atahualpa, rodeado por los mejores guerreros y toda su corte, espera la llegada de Pizarro. Y cuando se aproxima Pizarro al frente de su caballería, decide sentar un ejemplo para atemorizarlo. Entonces, al entrar en el inmenso patio de armas donde Atahualpa lo esperaba, lanza la caballería al galope y la sofrena prácticamente encima de Atahualpa. En esa época los indios todavía no conocían el caballo, era un animal desconocido, sobre todo los caballos cubiertos de armaduras, con caballeros encima, emplumados y cubiertos de hierro. Para ellos era casi imposible discernir que había un hombre encima de un animal. Lo sería también para nosotros si no conociéramos un caballo y un guerrero recubierto de hierro. Aquellos eran monstruos lanzados al galope que se les venían encima. La corte y el ejército de Atahualpa huyeron despavoridos, porque no era para menos, pero él y sus guerreros selectos permanecieron sentados. Atahualpa ni siquiera parpadeó y el caballo de Pizarro le frenó prácticamente encima. Muchas veces he pensado en el coraje sin límites de Atahualpa... era un guerrero impecable... Un hombre al que en ese momento fue como si se le abrieran las mismas puertas del infierno y todo el pavor del mundo se le echara encima, y ni siquiera cerró los ojos... Era un rey... Y Pizarro, al lado de él, era un miserable... Sería hermoso que nosotros tuviéramos esos ejemplos entre nuestros revolucionarios, ¿verdad?

—Hay un tema en el que yo deliberadamente quería entrar al final, que es el peronismo. Conversando con vos el otro día me decías que para vos el peronismo ha muerto, que vos creías en el peronismo del 45...

—Claro, yo sigo creyendo y sigo marcado por esa etapa, porque para mí el indianismo es el peronismo del 45, pero infinitamente más radicalizado, más subversivo... No sé qué término darle, más agresivo, inclusive. Pero también te diré que yo he revisado mucho, he tratado de revisar el peronismo y he encontrado numerosos elementos europeos que no suponía que existieran. En muchas ideas y en muchos modelos que suponía que eran originales y autóctonos, me encontré

con que no lo eran, que el peronismo hizo un ensamble de cosas americanas y europeas. Pienso que en las líneas históricas de la montonera, del yrigoyenismo y del peronismo, el próximo movimiento tiene que ser mucho más salvaje, por decir así, mucho más americano. Y, paradójicamente, veo que los justicialistas de hoy se van haciendo mucho más cultos (cultitos sería la palabra, cultos en el sentido de progresistas), mucho más modernizantes, mucho más clase media, mucho más empresarios... Y esto parece una paradoja con el devenir de la historia, porque a mí me conmovió llegar a esta ciudad, es una ciudad oscura llena de rostros cobrizos, una ciudad sucia, asiática, que de nuevo tiene negros mota que hacía muchos años que no se veían, o sea que hay un país mucho más americanizado. Y no te digo ahora al llegar, porque en realidad podría decirte, como Troilo, que no me he ido nunca. El decía: "dicen que yo me he ido, pero en realidad no me he ido nunca del barrio...". Yo he estado viviendo siempre en la Argentina, con mucho dolor y cultivando mi mufa y mi nostalgia en Europa, y agregando y revisando todas las noticias que llegaban de la Argentina, siempre, cada día. Y te diré que la impresión, lo primero que me surge a la boca, es decir que el peronismo es hoy un festín de hienas, de alimañas que comen y comen, pienso que tienen carne para mucho tiempo todavía... Pero luego uno empieza a revisar afectos y encuentra que hay un componente muy grande de nostalgia, de gente que no encuentra otro camino, que sigue metida en el rodeo del justicialismo, que no encuentra otra alternativa. Y a mí me resulta a veces hasta difícil discutir estas cosas, porque cuando me piden otro proyecto, no lo tengo. Lo que podría proponer es algo personal y muy difícil de asumir.

Las nuevas tendencias del pensamiento que se difunde en América Latina, en medios revolucionarios, nos hablan de una organización extensa, de redes, de pequeños núcleos seminales que se desarrollan y que mantienen simples comunicaciones entre sí a través de paradigmas. O sea de ejemplos muy realizados, que son normativos para los demás, pero que rechazan todo rol de vanguardia o de dirección, o todo rol de organización. Es tal el antiaparatismo, que se habla de núcleos. Esta es una nueva manera de encarar el proceso de cambio, y yo creo en eso. Y creo que hay una marcha que se extiende paulatinamente. He notado que en la Argentina se están dando muchas situaciones así, de pequeños núcleos que están haciendo nuevas experiencias. Lamentablemente, la mayoría de los que he visto, se dan al margen del peronismo. Un peronismo metido en su problemática interna y agobiado por su larga historia, historia de éxitos y fracasos y de cosas monstruosas que la gente no sabe asumir, que incluso todavía no puede asumir, como el papel de Isabel... Es tanto el agobio que hay una cerrazón hacia las nuevas tendencias y hacia las nuevas experiencias. Pero al margen de esta interna del peronismo que lo adormece y lo paquidermiza, hay muchos jóvenes que están buscando nuevos caminos, tanto el de las huertas orgánicas, como el camino de las tecnologías apropiadas, como los jóvenes que están trabajando con indios en los grupos indígenas que están reorganizándose en la Argentina, por todas partes. También la gente de los grupos culturales que están haciendo trabajo de promoción en la base. Es un

signo el hecho de que mucha gente abandone su vida. Por ejemplo, conozco varios empresarios que han abandonado su vida, en una especie de revelación, y se han dedicado a hacer cosas hermosas en el sentido de la cultura.

—¿Y no creés que esa nueva forma de vida que vos estás viviendo y proponiendo para el futuro, volviendo aquí, se podría entrelazar con la militancia dentro del justicialismo?

—Mirá, sé que alguna gente lo intenta, muy pocos. Pero yo, en particular, no lo haría. Creo que sería muy improbable poder llevarlo dentro del justicialismo. A los cuadros del Partido Justicialista no creo que les interese este nuevo tipo de problemática, por una parte. Y por otra, porque lo que esto requiere es un movimiento, no un partido. Creo que esto excede a cualquier partido. Se trata de un pluralismo muy amplio, es la participación de todo el mundo que tenga hambre, necesidades culturales. Creo, como te decía hoy, que el problema es la sobrevivencia. Pero la sobrevivencia implica varios tipos, que están abriéndose camino. La sobrevivencia del alimentarse, del comer y del vestir; la sobrevivencia en el sentido de la búsqueda de las raíces; en el caso de otros la sobrevivencia de la propia identidad cultural. O sea, cuando los mapuches se organizan en el sur es la sobrevivencia de la identidad cultural. Cuando en la Asamblea por los Derechos Humanos se organiza una comisión de los derechos humanos del indígena, es un esfuerzo de los sectores medios por recuperar sus raíces, por recuperar algo fundante en el suelo de América. Y cuando la gente hace una huerta en el jardín delantero de su casa está afirmando también su aspiración a sobrevivir en lo económico. Ahora, yo he notado que este es un pueblo que está muy devastado por la acción del Proceso. Y las mayores víctimas son aquellos que no saben que son las víctimas del Proceso, o sea la gente común. No los que hemos estado presos o torturados. Nosotros tenemos claro dónde están nuestras heridas. El problema más delicado es el de la gente que no sabe que sus vidas han sido modificadas brutalmente por el Proceso. Sin embargo, a nivel pueblo he visto y he podido recoger datos muy conmovedores. Desde nuevos tipos de gestos de afecto, que no existían en la Argentina desde hace unos años, afectos muy varoniles que no se conocían, a una necesidad tremenda en las barriadas de reconocerse mutuamente. El constante saludarse y pasarse datos y estar juntos; el intercambio constante de contraseñas, no políticas aparentemente, pero sí políticas en su profundidad; en la profundidad que indica que ahí se está reconstituyendo el organismo social; incipientes tendencias a lo asociativo, a reorganizarse a través de lo afectivo. Todas esas son pautas que indican que puede haber un renacer...

—Un renacer, o una vuelta a la solidaridad y la humanización.

—Sí, eso. Así es.

—¿Te queda alguna dosis de resentimiento?

—No, no es resentimiento, pero queda una memoria muy viva de todo lo que pasó. En ese sentido considero que nosotros necesitamos una lucidez sin atenuantes.

Creo que los peronistas, o los que fuimos peronistas, no solamente nos hemos quedado sin identidad política, sino también sin política. Porque la política está prácticamente en manos del enemigo. Es decir, el ejército se retiró, pero dejó una sociedad precocinada, dejó su gente, la dejó entramada... Y, por otra parte, nuestra lucidez nos lleva ahora a comprender que toda la historia de la Argentina está basada en el terrorismo de Estado. Por eso esta cosa del indianismo es tan importante. Porque si yo recojo las herencias de las víctimas de 1880, que bañaron de sangre la pampa argentina, estoy impugnando toda esta Argentina. Toda. Habría que empezar de nuevo desde los más oprimidos. Y cuando uno trata de ver la historia de Argentina y la historia de América Latina a través de los ojos de los que perdieron, de los que fueron masacrados, de los que murieron en medio de la tristeza de la isla Martín García, o que fueron fondeados en el Río de la Plata un siglo antes de los que fueron fondeados ahora... uno puede alucinarse viendo que todo puede ser diferente a lo que nos contaron. Y que lo mismo podríamos hacer desde hace quinientos años hasta ahora, si somos capaces del esfuerzo increíble de ver la historia de América a través de los ojos de los vencidos, de sus crónicas, de sus testimonios. Entonces uno se da cuenta de que no se trata solamente de asaltar el poder, o de ganar una diputación o una gobernación. Necesitamos una revolución total, que trastoque totalmente esto, que es un sistema despiadadamente injusto...

—Pero sin sangre...

—Sin sangre. O tal vez con mucha sangre, porque la no violencia implica una movilización de gente que asuma esta tarea por sí misma, no que lo hagan otros en nombre del pueblo... La tarea es que lo haga el pueblo y, seguramente, morirán muchos, no lo sabemos, eso no se puede saber. Pero lo importante es que el pueblo se decida, definitivamente, por sí mismo a ponerse en marcha. Creo que el pueblo tiene su propio tiempo... Y en todo este tiempo el pueblo ha crecido por dentro, se ha fortalecido, mientras que los sectores medios han acumulado resentimientos. Mientras el pueblo resiste, los sectores medios se resienten, eso es típico. Y la clase alta se abroquela en su vanidad, en su soberbia. Clase alta-soberbia, sectores medios-resentimiento, y pueblo-crecimiento interior... El pueblo crece en el silencio. Entonces, creo que el peronismo tiene una herencia que dar, una herencia que hay que rescatar que es su vertiente americana. Y después la enorme masa de gente que se ha formado en las cárceles y en las luchas, que bien podría dar una prosapia de guerreros lúcidos, capaces de asumir tareas individuales en cualquier lugar del país. Y capaces de hacerlas a la perfección, de hacer cosas hermosas... Esa famosa comunidad organizada que tanto se predicó, hacerla en pequeño, pero hacerla bien, para que miles de otros núcleos sean capaces de imitarla. Tanto gente que viene del peronismo, como gente que viene de otros sectores, de la izquierda o del cristianismo. Y ser capaces de conducir un nuevo tipo de lucha. No solamente ir detrás de las Madres de Plaza de Mayo —que han inaugurado un método nuevo que es fantástico—, sino hacer lo mismo que ellas en otros ámbitos. Como en un

momento lo hicieron los chicos ex combatientes de las Malvinas, en algunos actos dentro de los cuarteles, donde demostraron poder trabajar con imaginación. Y eso es lo que está faltando ahora: imaginación al servicio de las luchas políticas, con métodos no violentos, para que podamos despreocuparnos del próximo golpe. Porque no importa que haya un próximo golpe, lo importante es que cuando lo den, no tengan contra quién golpear o tengan que golpear contra todo el mundo. Es decir, no les demos ocasión para que nos repriman por terroristas, obliguémoslos a que cuando nos repriman, sea por revolucionarios. Por querer una sociedad más justa, no por los medios que estamos usando. Que nuestros medios no enajenen la polémica sobre nuestras ideas. Esta es la idea. Que no nos sancionen por practicar la lucha armada, que nos sancionen por querer un mundo más justo. Y que entonces se desenmascaren... ■

AÑO 4 - N° 10

JUNIO DE 1986

MEMORIAS E INCERTIDUMBRES

Entrevista con Esteban Righi por Mona Moncalvillo

Mona Moncalvillo y *Unidos* porfían en hacer oír las voces de peronistas olvidados por su propia "historia oficial". Ya desfilaron Taiana y Jorge Rulli.

Hoy es el turno de Esteban Righi, quien testimonia acerca de un presidente y una época deliberadamente olvidados o escarnecidos por aquellos que quieren un peronismo sin memoria.

Durante casi cincuenta días, el doctor Esteban Righi fue el "poder joven" en el gabinete del gobierno de Héctor Cámpora, donde le correspondió la cartera de Interior. Los hechos más destacados en que debió intervenir durante su gestión, fueron los copamientos de edificios públicos, cuya conducción estaba cuestionada por el gobierno popular; un famoso discurso denominado "Orden popular y revolucionario" sobre el ejercicio de la autoridad, y la trágica violencia de Ezeiza, en el regreso de Perón... episodio que, en definitiva, aceleraría su alejamiento del ministerio político.

Righi, abogado, nacido en Resistencia en 1938, fue uno de esos hombres que se acercó al peronismo a comienzos del setenta y que desde la periferia fue metiéndose; el acercamiento en el Liceo Militar General San Martín —donde hizo el secundario— con uno de los hijos de Cámpora le abrió un nuevo panorama político, decisivo en su futuro.

Luego de su gestión ministerial se fue a México. Allí se dedicó más al campo académico y al derecho que a la política. Hace muy poco ha vuelto a Buenos Aires y reabrió su estudio para trabajar en Derecho Penal.

Tratando de insertarse en el peronismo renovador, el “Bebe” Righi está disfrutando la nueva democracia, con todas las disidencias que tiene con el oficialismo. Lamenta —con sinceridad— no tener proyectos alternativos y ser poseedor de más preguntas que respuestas.

—Me gustaría que comenzaras contando tu historia política y cómo llegás a ser ministro del Interior durante el gobierno de Cámpora.

—Sí... Pero es una historia no muy original quizá salvo unos pocos aspectos. Es la historia de una generación que fue de frustración en frustración. Entré en la Facultad de Derecho en el año 56, y participé un poco en la actitud de la juventud universitaria de la época, que venía de una militancia de mayoría anti-peronista. Podría decir que fueron mis primeras andanzas en política estudiantil porque en el secundario no tuve ningún tipo de actividad, hice el liceo militar... Me enrolé en el reformismo, y vino una época de grandes dudas en la universidad, o en todo caso de organización. En política nacional lo que primero me llamó la atención, o lo que me atrajo, fue una política de reconciliación nacional. Y, en ese sentido, la opción de la época, lo razonable, fue la etapa de Frondizi. Sin tener una militancia importante adhería a eso, pero el entusiasmo me duró, como a muchos de mi generación, solo los primeros meses de Frondizi. Creo que ha sido una de las grandes situaciones de tragedia para nuestra generación... Fue el primer golpe de frustración, una época de gran desorientación que no se resolvió, inclusive, después de la caída de Frondizi. Nunca fui radical; aunque se piense en algunos círculos que he tenido militancia radical, nunca la tuve. Sí tuve un gran shock con el golpe de Onganía...

—¿Ese gran shock qué significó?

—Significó que, por lo menos en el medio que me rodeaba, vi cierta dosis de consenso importante. No me explicaba ese consenso y lo viví como una gran tragedia, porque me parecía que el país se embarcaba hacia una dictadura de nuevo sesgo; es decir, con pretensiones fundacionales, sin advertir el gran drama que se vivía. No tenía gran simpatía por el gobierno radical pero, en todo caso, mi opción fue claramente antigolpista...

—Hiciste el secundario en el Liceo Militar General San Martín, y saliste como subteniente de reserva. Ahí sé que te hiciste muy amigo de Héctor Pedro, uno de los hijos de Cámpora. ¿Tiene algo que ver con tu llegada a ministro?

—Creo que sí... desde un punto de vista causal, no cabe duda... Me hice amigo de Héctor en el último año de Liceo, en el momento en que ellos sufrían el golpe militar, y la amistad se renovó en la Facultad, donde hicimos varias materias juntos.

Pero lo que me resultó muy atractivo, después de la amnistía de Frondizi, fue el diálogo con Héctor padre: esto es, un chico reformista, de origen liberal y con pretensiones progresistas, contrastando con un viejo peronista que volvía del exilio... Fue un diálogo fantástico, que duró del 58 en adelante, y en el cual participaron otros jóvenes. Para mí resultó una experiencia conmovedora...

—¿Cómo era Cámpora padre?

—Era un político con algunas características tradicionales. Pero con una gran audacia. Fue un hombre que en los momentos de crisis, al revés de muchos políticos argentinos que dan un paso atrás, era de dar pasos adelante. Mi primer contacto serio con el peronismo fueron las respuestas a todos mis cuestionamientos, las explicaciones de la época, por qué se hizo peronista, qué significaba la experiencia peronista para él... De ahí data mi primera aproximación al peronismo, a partir del afecto, del diálogo, del encanto de un viejo dirigente del peronismo. Este proceso se inscribe en un momento de gran duda para mí después del golpe de Frondizi, la frustración que supuso y la búsqueda de por dónde llegar... Recién lo pude saldar sobre fines de los sesenta, principios de los setenta, porque llegué al peronismo a partir de la democracia. Un poco porque mi argumento era... caramba, si somos demócratas consecuentes, este país debe ser gobernado por el movimiento perteneciente a la mayoría. Esta cosa tan elemental por una parte y, por la otra, el contraste con los gobiernos que se iban dando...

—¿Provenías de una familia gorila?

—No, no, no... pero tampoco peronista. Mi abuelo materno sí fue peronista, pero claro, siendo yo chico tenía diálogos muy ásperos con él, porque no entendía todavía. Mi abuelo era de formación nacionalista; mi padre era un liberal progresista, sin militancia política, de modo que no tengo una formación gorila en la casa. Sí tuve un entorno gorila en la Universidad...

—¿Participaste en el “Luche y vuelve”?

—Claro, pero eso fue posterior... A partir de mi relación con Cámpora comienzo a acercarme al peronismo, me entusiasma la idea, aunque todavía en una relación periférica, hasta que se produce el desplazamiento de Paladino por Cámpora como delegado de Perón. Para esa época yo ya estaba maduro, estaba peronista, por decirlo de alguna forma, y comienza una tarea de trabajo orgánico en el peronismo. El “Luche y vuelve” fue un poco después. Fue la gran tarea de Cámpora, en la cual sí me metí hasta las orejas, un poco a partir de nuestra idea de que debía haber, de una vez por todas, elecciones sin proscripción y que la presencia de Perón en el país era ineludible y necesaria. Cámpora hizo una promesa, al volver de Madrid como delegado, “mi misión es ser el último delegado de Perón”. El último delegado de Perón iba a ser aquel que consiguiera que Perón pudiera volver. De modo que contra la opinión dominante, fuera y dentro del peronismo, y revertirla dentro del peronismo no fue sencillo, sí, me metí hasta las orejas por el “Luche y vuelve”...

—¿Qué tareas de militancia hiciste?

—Más que nada eran tareas de colaboración con Cámpora y de relaciones con los grupos más juveniles del peronismo. Funcioné como una especie de enlace entre la Juventud Peronista y la delegación. Esa fue mi tarea permanente en esa época, porque tenía grandes amigos en la Juventud Peronista, aunque me vinculé también a la tarea de defensa de presos políticos. Este sería mi lugar de encuadramiento en aquel momento, pero, fundamentalmente, trabajaba pagado al delegado...

—Pasemos al 73... ¿Cuál era el clima que se vivía? Tal vez eso pueda hacer comprender un poco mejor lo que pasó después...

—Era un clima de gran fervor, de gran expectativa, de gran ansiedad... El país vivía el regreso de Perón y la posibilidad, después de dieciocho años de exilio, de un sinceramiento importante. Diría que esto sería el dato básico. A partir de ahí, creo que hay en los triunfadores del campo popular dos tipos de expectativas. Los que creen que hay ahí un momento prerrevolucionario, y los que pensamos que era una muy buena oportunidad para cambiar las estructuras del país, en un proceso largo, difícil, duro y a partir de esquemas democráticos. Este fue el debate de la época. Quizás el fervor del momento, las grandes manifestaciones, el odio a la dictadura, el sentimiento antimilitarista, la gran reivindicación de valores peronistas humillados durante tantos años, podían hacer pensar en un clima como para que el país pudiera vivir una situación revolucionaria. La realidad, me parece, no era esa. La realidad era que se había dado un proceso democrático, que el peronismo había llegado por vía electoral, pero en un cuadro de convocatoria de sectores lo suficientemente heterogéneos, como para pensar en una política de alianzas muy difícil, muy complicada y que requería un proceso muy largo...

—El peronismo había ganado las elecciones, pero las mezclas que tenía dentro eran muy difíciles de amalgamar...

—El peronismo convocó a más de la mitad del país. Con un tipo de liderazgo como el de Perón y, además, con ese proceso de crecimiento que el peronismo tiene a partir de los sesenta, prácticamente las diferencias que se dan en la sociedad se reproducen en el seno del peronismo. Crece tanto que aloja en su seno sectores que tenían expectativas políticas, ideologías y prácticas muy diferenciadas...

—Entre la “Patria peronista” y la “Patria socialista” ¿cuál elegiste?

—Mirá, creo que esa fue una opción falsa; diría que no me inscribí en ninguna de las dos. Pero habría que recordar qué significaban la patria peronista y la patria socialista. La patria socialista fue un poco la síntesis de las expectativas revolucionarias de los sectores más radicalizados, realmente una utopía. La patria peronista, al mismo tiempo, fue una reacción frente a eso, pero también una especie de vuelta del peronismo sin ningún tipo de actualización, pensando que no había pasado nada en el país desde el 55 hasta el 73, y que reproducir el libreto de los primeros gobiernos de Perón era suficiente, como si la sociedad argentina no hubiera

cambiado. De modo que me parece que no era una opción buena, lo que pasa es que se radicalizan tanto la discusión, el debate interno, la lucha, que polarizan dos posiciones extremas y van dejando sin alternativas a los del medio. Pero yo no me identifico ni con la patria peronista ni con la patria socialista. Creo, además, que el conjunto del peronismo no se identifica con ninguna de las dos. En realidad, son lemas de sectores en pugna, cuya característica fundamental es el activismo y el dinamismo, pero no me parece que sean lo representativo de la época. No obstante, creo que en esa pugna triunfó la patria peronista. La patria peronista fue el peronismo del 83. Algunos rasgos del peronismo del 83, que fueron derrotados, pertenecían a la patria peronista. Y creo que salir de la patria peronista es un poco lo que se está intentando con la renovación. Es decir, es la liturgia, el bombo, creer que el peronismo gana por el solo hecho de presentarse a elecciones, pensar que lo importante son los símbolos y las fotos, que la Marcha Peronista es lo que resuelve todo...

—Claro, la soberbia de pensar “con el nombre de Perón, ganamos”, ¿no?

—Exacto, exacto...

—¿Tuviste relación orgánica con los Montoneros?

—No, no... Ubiquémonos en el momento. Hubo muchos dirigentes de Juventud Peronista que después resultaron destapados como montoneros, y no cabe duda que tuve relación con ellos, pero con lo que después se dio en llamar la conducción nacional o la dirección de este tipo de cosas nunca tuve una relación orgánica, ni medió una política de aproximación con ellos. En realidad, fue un manejo bastante hipócrita el de Montoneros, no fue un manejo explícito el que se hizo en todo ese proceso. Lo que se presentaba sobre la superficie era el cuadro juvenil, pero manejado —este es un fenómeno que no sé si realmente fue así— por una conducción oculta. También aquí habría otra cuestión a pensar, ¿qué era lo importante, la gente que andaba en la calle, los dirigentes de Juventud Peronista que militaban, o esta dirección oculta? ¿Cuál es el fenómeno importante del proceso de entonces? Yo creo que lo importante son los dirigentes de Juventud Peronista y la política que ellos expresaban. La dirección oculta, en realidad, nunca tuvo el poder de convocatoria que tuvo Juventud Peronista. Es decir, Juventud Peronista me parece que políticamente es un fenómeno mucho más masivo y trascendente que Montoneros.

—¿Cámpora se dejó manejar, en alguna manera, por los Montoneros?

—No, no; creo que no... tal vez puede ser admisible en los momentos en que el proceso se radicalizaba tanto que el centro del peronismo desaparece y es ocupado solamente por Perón, que Cámpora puede haberse visto atacado por un sector y abrazado por otro, pero durante toda su conducción, mientras fue delegado de Perón y durante su breve gestión presidencial, e incluso posteriormente, nunca tuvo adscripción a sector alguno y no creo que se haya dejado manejar por los Montoneros, de ninguna manera.

—Ha quedado un poco la imagen de que Cámpora no fue demasiado buen político, porque se dejó manejar mucho por los hijos.

—Claro, lo que pasa es que con Cámpora hay un prejuicio de la clase política argentina. Creo que cuando lo nombran, cuando Cámpora es designado delegado de Perón, la clase política argentina tiene una actitud de desdén. Pertenecía a los viejos dirigentes peronistas que la clase política argentina “democrática” ha despreciado siempre. Después se produce el fenómeno del “Tío”, que no les resulta fácil explicar de ninguna manera: “¿Cómo es posible que un personaje, al cual nosotros despreciamos, pueda ser protagonista de esta clase de episodios? Tiene que ser manejado por alguien...”. Lo manejan los hijos, lo manejan los Montoneros, lo maneja el entorno, alguien lo tiene que manejar... Esto pasa a veces en la sociedad argentina. Algunos sectores tienen un cierto esquema y cuando la realidad no se acomoda a esos esquemas, tienen que inventar algún tipo de conspiración o de fenómeno no explicable. Es cierto, la sociedad argentina ha sido bombardeada con esa imagen, pero es absolutamente falsa, no hay datos que la certifiquen...

—Si tuvieses que hacer una crítica ahora, con más perspectiva, de los errores que cometió Cámpora, ¿en qué dirías que se equivocó?

—Creo que se equivocó, quizás, en algunos aspectos de su relación con Perón. Habría que pensarlo un poco más... Creo que él hubiera quedado en situación menos vulnerable si no hubiese sido candidato a la presidencia de la República. Lo que pasa es que Perón lo eligió y Cámpora aceptó la designación, pero creo que si él hubiera cerrado su cielo político con Perón en el país y la campaña electoral por delante, no hubiera habido elementos que les permitieran a algunos sectores hacer el tipo de impugnaciones que después se hicieron. En cuanto a la gestión presidencial, yo no sé si hacerle críticas... Lo que habría que hacer es una caracterización de qué tipo de gestión fue. Fue la gestión de un presidente vicario que se sabía vicario, pues tenía el realismo político como para saberse vicario. En ese sentido, fue claro, sobre todo después de que Perón volvió, que el meridiano político del país no pasaba por la Casa de Gobierno, sino por la casa de Perón. Y esto también tiene que ver con la renuncia. La renuncia ha sido explicada, en algunos aspectos, en forma bastante esquemática. Los sectores de la derecha peronista, por etiquetarlos de alguna manera, la explican como un desplazamiento, como una especie de empujón. El propio Cámpora la explica como un acto de lealtad. Yo creo que fue un acto de lealtad, pero es una verdad parcial. Porque además de eso, fue un acto de realismo político. Es que el país, vivo Perón, no podía ser gobernado por otro, era absurdo. Muerto Perón, se tornó ingobernable... Entonces, la realidad indicaba que había que hacer coincidir el poder formal, esto es la presidencia de la República, con el poder real, que residía en Perón. Y eso fue lo que Cámpora hizo. Lo único que pasó es que el estilo y la enfermedad de Perón dilataron un poco la decisión, la implementación de la medida, y eso también desgastó al gobierno. Hubo un momento en el cual prácticamente el gobierno estaba de “salida”, pero todavía no se ha hecho pública la medida...

—¿Llegaste a tener poder como ministro del Interior?

—Yo no estoy muy claro en qué significa la diferencia entre gobierno y poder, que fue uno de los lemas de la campaña electoral. Se ve claro en el ejemplo de Perón; se ve claro en el ejemplo de los sectores de gobierno, pero en el caso del ministerio del Interior, el área de competencia que nos fue asignada, fue usada, salvo en un ejemplo, como es el caso de Ezeiza. A una pregunta tan directa te contestaría que ningún funcionario llega a tener poder en un par de meses. En ese sentido nunca tuvimos poder... Mi gestión duró desde el 25 de mayo al 13 de julio del 73, no alcancé a cumplir dos meses, imposible tener poder en ese tiempo... Es más, en toda la época de Cámpora el poder no se inscribe claramente en el gobierno. Esto, traducido en el caso de Alfonsín, es lo que me crea dudas, decir que Alfonsín no tiene el poder, es bastante relativo, porque a veces se convierte en un pretexto para no hacer cosas...

—¿Cuál era tu cuota de poder dentro del peronismo?

—El poder interno era el que me podía transmitir el presidente... ¿Quién tenía el poder interno del peronismo en aquellos tiempos?... Perón, la CGT, la CGE; Cámpora, mientras fue delegado y presidente tuvo algún poder interno; López Rega, sin duda, tenía poder interno; la Juventud Peronista tenía un poder significativo... No, en ese sentido no tuve poder. Fui un asesor del delegado y lo que tuve fueron las posibilidades que da una asesoría de este tipo. Por ejemplo, poder en el sentido de manejar el aparato que depende de Interior, yo creo que lo hubo, y lo hubiera podido seguir desarrollando después. Ahora, más difícil es la pregunta si se vuelve hacia el interior del peronismo, eso ya es más complicado...

—En esa época hubo tres discursos de gran repercusión, el de Carcagno a las Fuerzas Armadas, el del embajador Jorge Vázquez en Naciones Unidas, y el tuyo a la Policía, que fue definido como “Orden popular y revolucionario”, en los primeros días de julio del 73. Cuando hiciste una síntesis de tu gestión consignaste la liberación de los presos políticos y sociales el 25 de mayo, la ley de amnistía, abolición de los tribunales especiales, derogación del cuerpo legal penal “montado por la dictadura”, que fueron unánimemente aprobados. También dijiste que la policía tenía que estar al servicio del pueblo, con tareas específicas. Cualquiera de estos ítems hoy no parecen demasiado graves, pero en ese momento creo que fueron muy cuestionados y algunas cosas siguen siendo cuestionadas; el caso concreto de la liberación de los presos políticos.

—Uno de los dramas de la época era una enfermedad que la sociedad argentina padece desde los sesenta, que fue la práctica de la violencia. La gran pregunta de entonces, y creo que todavía no está resuelta, es cómo se pacifica a la Argentina. Eso se inscribe dentro de una de las estrategias posibles. La estrategia se puede sintetizar diciendo “la idea del Estado de derecho hay que llevarla hasta sus últimas consecuencias”. No hacer ningún tipo de concesiones al autoritarismo. El punto

es saber que este es un programa largo; en todo caso el discurso, si nos hubiéramos quedado, hubiera sido nada más que un punto de partida. Había que aguantarse el chubasco que significaba salir de la violencia. Esto significa que, primero, pensábamos que un sector importante de la guerrilla argentina había sido arrastrado a la guerrilla por los sucesivos golpes de Estado. Esto es, que en la medida en que el país se organizara democráticamente, y hubiera opciones políticas institucionales, ese sector tenía que abandonar progresivamente la guerrilla y pasar al plano político institucional. Es una cosa que, por otra parte, se ha experimentado en muchos países. No es un camino sencillo, porque además luchás contra quienes piensan que la vía armada es la solución. En todo caso, un gobierno democrático, consecuente, es el único que está en condiciones de imponer una solución de este tipo. La idea era que pasado un tiempo, no demasiado corto, pero tampoco demasiado largo, los grupos que pensaron en la vía armada, iban a quedar aislados, reducidos a lo que realmente pueden ser razonablemente en la sociedad argentina.

—Pero al liberar, por ejemplo, muchos presos, la mayoría de ellos volvieron a la lucha armada. ¿Fue un error esa liberación?

—No, no; no hay absolutamente ninguna continuidad entre los métodos que se habían implementado hasta ese momento y los que iban a empezar. Vos tenés que arrancar de un país cero kilómetro; esa expresión no es mía, es de Tróccoli cuando en una conversación privada, siendo presidente del bloque radical, me asegura el voto radical para la ley de amnistía. Tiene razón, es cierto, es así... Es decir, podía haber cuentas nuevas y el Estado tenía que cobrar las cuentas nuevas, lo que no podía era, si quería inaugurar una nueva etapa, empezar con la herencia del pasado...

—Fijate qué curioso... Muchos radicales han criticado esa famosa ley de amnistía...

—Sí, pero fijate cómo la han criticado. El propio Tróccoli, en los años de la dictadura, dijo que ellos votaron esa ley engañados o amenazados, o en virtud de que no habían comprendido la magnitud del fenómeno guerrillero. Lo que pasó es que no había que ponerse nerviosos, íbamos a tener provocaciones de todo tipo, de hecho las tuvimos, el asunto era no entrar en ese juego, manteniendo el rumbo. Por supuesto, llega un momento en que sí, no hay más remedio que usar la represión. Todo gobierno, en algún momento, tiene que usar la represión. El hecho de que haya cárceles en un país indica que hay una cuota de represión que toda sociedad debe utilizar. El punto es, no si usamos la represión o si no la usamos, sino cómo y cuándo la usamos. La pregunta es qué ha hecho ese Estado, qué programas ha implementado para evitar usar la represión. Un gobierno democrático también usa la represión, solo que la usa en el último momento, como último remedio, cuando ya no tiene salida. El gobierno autoritario usa la represión como primera forma, es su primera respuesta.

—Después de una dictadura militar, ¿cómo hace un gobierno democrático para que esas fuerzas, la policía, por ejemplo, puedan cambiar? ¿Es factible cambiar la estructura de la policía por dentro y que, realmente, se pueda adaptar a ese cambio de gobierno?

—Es complejo... es el límite que tiene todo cambio político por vía democrática. Indudablemente, no se pueden cambiar los cuadros policiales de la noche a la mañana en su totalidad, porque eso supone un desorden total y una falta de respuesta del Estado si es que necesita el aparato policial. Ni siquiera se puede cambiar la mentalidad de la noche a la mañana. Creo que habría que hacer dos cosas: cambios progresivos y sostenidos y docencia. En la docencia se inscribe el discurso, o sea, repetir hasta el cansancio cuál es la línea, e ir privilegiando en los cuadros de conducción de los organismos de seguridad aquellos elementos o profesionales que van dando pruebas de que se inscriben en esa dirección. Pero no se puede hacer de la noche a la mañana, en esto no cabe ninguna duda.

—¿No creés que tal vez te faltó estrategia para presentar esto?

—El problema estaba en el grado de homogeneidad que tenía el gobierno. Un gobierno homogéneo tiene tiempo para llevar adelante una política sostenida. Si en el gobierno esta hubiera sido la idea dominante, probablemente el discurso no hubiera sido necesario, y hasta podría ser contraproducente, pero teníamos un problema interno serio. López Rega estaba en el gabinete, y sus respuestas represivas se dieron en las primeras reuniones... De modo tal que el discurso se inscribe también en la lucha interna. No era solamente una tarea policial, sino también enfrentar las impugnaciones que se daban en el seno del peronismo. En esas condiciones no se podía hacer nada... Esto es claro...

—Algunos sectores sostuvieron que encuadraste el Ministerio del Interior en un errado concepto de seguridad pública, en contra de unos y a favor de otros. “A favor” de la izquierda peronista, obviamente...

—Lo que pasa es que la izquierda peronista había sido básicamente la destinataria de la represión en toda la época anterior. En ese sentido, es claro que si se descomprime, si no se usa un mecanismo represivo como el que se venía usando, los sectores afectados son los beneficiados, pero me parece que el argumento es bastante endeble... No es que se privilegie a nadie, se ponen reglas de juego nuevas. Es evidente que en un sistema represivo hay beneficiados y perjudicados y que cuando se cambian las reglas de juego, los beneficiados ya no lo son tanto y los perjudicados pasan a tener derechos. Esa no es una impugnación razonable...

—¿Creció mucho durante esa época la SIDE, la Secretaría de Informaciones del Estado?

—Bueno... yo no tuve nada que ver con la SIDE. La SIDE estaba manejado por el brigadier Apicella, era un organismo que dependía directamente de Presidencia. Te diría que en mis contactos en aquel tiempo me pareció un organismo

básicamente ineficiente, por lo menos no estaba al servicio del gobierno. Recuerdo en el tema de las ocupaciones, que fue uno de los primeros problemas que enfrentamos, que la SIDE tenía una tendencia a magnificar la cantidad de ocupaciones. Era, de alguna manera, partícipe de toda esa campaña de creación de una opinión pública inquieta y nerviosa...

—**Explicá un poquito lo de las ocupaciones, porque quizá la gente no lo recuerde...**

—Cuando asumimos el gobierno, la lucha interna hizo que diversos sectores fueran ganando posiciones por vías de hecho, con la idea de conseguir mayores tajadas de poder. Entonces se produjeron ocupaciones pidiendo el relevo de los funcionarios del gobierno militar que nos había precedido; se produjeron ocupaciones porque hubo designaciones que no satisfacían las expectativas de algunos grupos; se produjeron ocupaciones para contrarrestar las ocupaciones de los otros grupos. Y enfrentamos el problema. Ahí viene el primer desafío y la primera inquietud de algunos sectores del gobierno, en el sentido de usar la policía para hacer cesar las ocupaciones. Nosotros optamos por respuestas de tipo político, esto es tratar de aguantar el chubasco, convencidos de que era un proceso que iba a cesar. En algunos casos hubo que jugarse políticamente; por ejemplo, Gelbard nombra a Zubiri en Obras Públicas y se toma el Ministerio, y yo fui personalmente a acompañar a Gelbard para reimplantar a Zubiri, no porque me gustara o me dejara de gustar la persona que él había designado al frente de Obras Públicas, sino, simplemente, para ir recuperando autoridad y poniendo la casa en orden. La casa se puede poner en orden sin necesidad de usar el garrote, si se tiene paciencia...

—**Y ahí faltó paciencia...**

—Faltó paciencia. Como siempre falta cada vez que hay una apertura democrática... Cada vez que hay una apertura democrática y los controles se hacen menos férreos, no solo en la Argentina, reproducen ciertos fenómenos sociales; por ejemplo, aumentan los índices de criminalidad. Esto es claro. Es que en una época represiva baja el delito porque la gente tiene miedo, pero al descomprimirse también los delincuentes dejan de tener un poco de miedo... Algunos índices de delincuencia es el precio que se debe pagar para poder vivir en paz, porque si no, desaparece la seguridad para el conjunto. Esto es característico de los sistemas democráticos. La cuota de desorden que se debe soportar es el precio que se debe pagar para poder vivir tranquilo. La sociedad no se puede acostumbrar a vivir en democracia de la noche a la mañana, y esto fue un poco lo que pasó en el 73; faltó tiempo, evidentemente. Creo que la lucha interna del peronismo agotó el proceso muy rápidamente, impidiendo que se afanzara el método. El otro método fue el que se ensayó después... No cabe duda de que la dictadura militar tuvo éxito en la eliminación de la guerrilla, el problema es el costo social. La guerrilla ha dejado de ser un fenómeno importante en la sociedad argentina, lo que pasa es que hay treinta mil desaparecidos; estos costos sociales eran los que no se debían pagar para

resolver el mismo problema. Esa fue un poco la apuesta del Ministerio del Interior en el 73, con todos sus errores, sus apresuramientos... Esa era la línea. Si no se entiende esto, claro, el discurso no se entiende; no se entiende por qué disolvimos tribunales especiales, no se entiende por qué derogamos leyes penales, o no se entiende por qué liberamos presos...

—¿Quiénes formaban el “entorno” de Cámpora?

—Tenía tres asesores en los cuales confiaba, que eran su sobrino, Mario Alberto Cámpora, que hoy es embajador en los organismos de desarme, Héctor Pedro Cámpora, que es su hijo, y yo. No sé si definirlo como un entorno, realmente a mí no me parece que fuera un entorno; no existe ningún dirigente político que no tenga gente a la cual consultar... El entorno es otra cosa, es una especie de barrera entre el dirigente y la realidad. Y yo creo que nosotros nunca fuimos eso. Tenía gente allegada, gente que colaboraba con él, pero entorno en el sentido de grupo que establece distancia entre el dirigente y el fenómeno político que maneja, yo creo que no...

—¿Qué relación tenía con la Juventud Peronista?

—Una relación buena, porque como Perón impulsó la incorporación de la juventud en aquel momento, y Cámpora lo implementa, lógicamente se establece un mecanismo de aproximación. Indudablemente, durante la etapa del “Luche y vuelve”, esa gran apuesta política de Cámpora, la Juventud fue su gran aliada, en un momento en el cual el conjunto de la sociedad argentina era escéptico. Es decir, a favor del retorno juegan, Perón, su delegación y la Juventud Peronista, esto es así. Poco a poco se va incorporando nueva gente que va creyendo, pero en el momento en que se lanza parecía una aventura loca... En el seno del peronismo, inclusive, acordémonos de la época, hubo gente que no creyó en esto y que le fue a decir a Lanusse que no iba a ocurrir...

—A veces cuesta entender esa relación y lo que pasó después, cuando Perón convocó varias veces a los líderes de la Juventud. Nunca hubo una propuesta concreta, nunca llevaron ideas a implementar para el futuro. Parece que hubo como un desajuste entre la Juventud que maneja Cámpora y la Juventud que viene poco tiempo después... ¿Por qué se produce ese desfasaje?

—Hay una explicación que me parece que podríamos considerar. Durante toda la época del “Luche y vuelve”, la juventud radicalizada peronista tiene un discurso político y una actitud frente a la sociedad argentina bastante parecida a la de Perón, y yo creo que esto, que es un dato de la realidad, hace que no haya grandes fricciones entre Perón, la Juventud Peronista y la delegación. Es decir, hay un interés común. Esto hace que la Juventud Peronista, o por lo menos algunos líderes de Montoneros, piensen que Perón está conduciendo un proceso que es más o menos el mismo que ellos quieren, o que se va a apoyar en ellos para hacer el gobierno que viene, o que ellos lo pueden manejar a él. En todo caso, al tener un discurso similar y una actitud parecida, se da, naturalmente, una buena relación y un punto de

coincidencia. El punto de coincidencia se rompe en el momento en que Perón pasa a conducir el peronismo y, mucho más, el país. En ese momento creo que hubo algún tipo de divorcio que se da por la diferencia de proyectos. A mí me parece que el gran error de esos sectores fue discutir el liderazgo de Perón. Ahí empezó el tire y apriete. “Hay que crearle hechos consumados a Perón, demostrarle nuestras fuerzas”... La fantasía de alguna gente era que Perón conducía a partir de los estímulos que recibía, esta fue una fantasía bastante difundida en ese entonces. Había que demostrar nuestra fuerza, y a partir de esa demostración “Perón va a hacer lo que nosotros queramos”... ¡Un disparate!

—Subestimaban a Perón...

—Y, además, no medían correctamente cuál era el rol de cada uno de ese momento. Fue un pecado de soberbia...

—¿Cámpora pensó en un liderazgo alternativo al de Perón?

—Yo diría que no hay ningún elemento en la conducción de Cámpora que pueda hacer pensar en un liderazgo alternativo. Fijémonos en lo que hizo... Perón lo designó delegado y su tarea fundamental fue el “Luche y vuelve”. Luchó por traerlo a Perón, esto es por traer al líder. Después asumió la presidencia porque no se podía voltear la cláusula proscriptiva. Inmediatamente renuncia y se va de embajador al exterior. Recién regresa al país al velatorio de Perón. Nunca, en vida de Perón, a Cámpora se le pasó por la cabeza participar de ningún grupo. Cámpora fue un gran adversario del vanderismo en las épocas del vanderismo; nunca participó de sectores internos que hicieran política al margen de Perón...

—Mi pregunta apuntaba a si Cámpora no había incentivado, de alguna manera, a algunos grupos juveniles para que fueran esa conducción alternativa...

—Creo que la figura de Cámpora creció; creció en el “Luche y vuelve”, creció durante la campaña electoral y creció en los pocos días de su gobierno. Y eso fue visto como un peligro... Creo que los primeros sorprendidos con la renuncia de Cámpora fueron Isabel y López Rega; porque me parece que no creyeron nunca que él no tenía pretensiones de liderazgo alternativo. Eso explica la agresión contra Cámpora. Pero no hay ningún dato en contrario... Si alguien me puede traer un dato que indique que Cámpora hizo algún movimiento que pueda hacer presumir que tenía pretensiones de liderazgo alternativo, podemos entrar a considerar...

—Yo creo que hubo sectores de la Juventud que creyeron que eran quienes podían conducir el país, con esa soberbia de la que hablás...

—Sí, sí, sí... Y en una política en la cual, en determinadas etapas, les convino la figura de Cámpora. Han tenido una relación muy errática con Cámpora. Hubo momentos en los cuales lo atacaron, hubo momentos en los cuales lo levantaron. Cuando Cámpora tomó distancia de ellos, se pusieron muy nerviosos y lo agredieron, ahora que murió, lo acaban de levantar de nuevo...

—¿Cómo encaró Cámpora la relación con las Fuerzas Armadas?

—En ese sentido, no cabe duda, fue un hombre de lucha institucional. Si se trata de su relación con las Fuerzas Armadas, él fue una víctima del sector dominante de las Fuerzas Armadas en el 55. Nunca tuvo buena relación con las Fuerzas Armadas, salvo en la primera época de Perón. Desde el 55 tiene mala relación con las Fuerzas Armadas, esto es así... Cuando se produce la campaña electoral, define una política de Fuerzas Armadas que debe haber sido minoritaria en el seno de las mismas. Creo, además, que la política de Carcagno y su discurso en Caracas que se inscribe en la misma línea, en ese momento también era minoritario en las Fuerzas Armadas; si no, no se explica lo que después pasó. En ese sentido, más que desmilitarizar el país, lo que creo que Cámpora hizo fue inscribirse en una corriente que piensa en un rol distinto para las Fuerzas Armadas en la Argentina. No era un antimilitarista en el sentido de los viejos liberales, entre otras cosas porque Perón era general, era un gran militar; él tenía una relación con Perón que no permitía un antimilitarismo a la usanza de los gorilas en una época, esa retórica antimilitarista y esa búsqueda de los cuarteles que caracterizó a algunos grupos argentinos. En cuanto a la lucha armada, nunca fue un practicante de esto ni cosa parecida, ni la incentivó. Lo que sí hizo fue incentivar a la Juventud Peronista. Si parte de esta después se pasa a la lucha armada, es otro fenómeno que, por otra parte, se explicita mucho después en el peronismo. Los dos fenómenos de militarización argentina son el del militarismo de las Fuerzas Armadas y el del militarismo de los grupos contestatarios. Me parece que, en ese sentido, él estuvo muy distante de ambas experiencias...

—¿Quién organizó Ezeiza?

—La etiqueta que organizó Ezeiza fue del Movimiento Peronista. El Movimiento Peronista tenía en ese momento una situación que podemos describir de la siguiente manera. Perón estaba en Madrid, él era la conducción del Movimiento Peronista; había un gobierno peronista que acababa de asumir, el presidente era Cámpora, y había una conducción local, totalmente desbordada por el fenómeno de toma del gobierno, o sea, un consejo nacional que en ese momento no era significativo. Entonces, cuando se dice que fue el Movimiento Peronista, lo que se está diciendo en realidad es “no fue el gobierno como tal, sino el Movimiento que condujo Perón desde Madrid”. Lo que pasa es que quien en la práctica llevó adelante esa relación entre Perón, que estaba en Madrid, y el Movimiento, que estaba en el país, fue López Rega... Durante algunas semanas se discutió quién debía controlar la seguridad. Había dos posibilidades. Una, que se hiciera cargo el gobierno a través de sus organismos de seguridad; los organismos de seguridad involucrados eran la Policía Federal, la Policía de la Provincia de Buenos Aires y, en alguna medida, la Aeronáutica, que tenía que ver con el aeropuerto. Tomar esa decisión tenía un costo político importante. Estaba dado por el hecho de que si la policía era la encargada de custodiar la seguridad de un acto peronista, aparecía como una suerte de divorcio entre el gobierno y el pueblo peronista, porque esa policía era

la misma que había estado enfrentada en las calles con el Movimiento Peronista, hasta pocos días antes...

—¿Por eso no tomó participación la policía?

—Digamos que ese era el inconveniente... La alternativa fue que lo hiciera el Movimiento a través de sus estructuras organizativas. Se creó una comisión especial que tomó a su cargo todo el mecanismo de organización. Pero esto tenía la dificultad de que para poder hacerlo se requería un tipo de conducción lo suficientemente representativa y no sectorizada, como para garantizar que no iba a haber disturbios, provocaciones, desfases y que no se iban a ver favorecidos unos sectores sobre otros. El riesgo era que estas distorsiones ocurrieran. En la medida en que López Rega aparecía motorizando esta posición en el seno del gobierno, Interior adoptó la posición contraria. Esto es, impulsar que fueran los organismos de seguridad —a pesar de todo— los que garantizaran la seguridad del acto. Y lo que pretendíamos era una presencia policial más cercana, más realista, más inmediata; es más, presentamos un plan en este sentido, que organizó el general Ferrazzano, el jefe de la policía. El debate se fue prolongando, y aunque se tomó la decisión de que hubiera una comisión organizadora, siguió pendiente la decisión, hasta el final, de quién iba a hacerse cargo de la seguridad; era un tema central...

—¿Quiere decir que hubo un clima previo de confrontación?

—Hubo un clima previo en el cual estas dos posiciones confrontan; obviamente traducen la desconfianza del Ministerio del Interior hacia la comisión organizadora, y el deseo de la comisión organizadora de hacer un acto que favorezca determinado tipo de proyecto político. La decisión se tomó en un pésimo momento, pues el presidente estaba en Madrid con Perón. El titular del Poder Ejecutivo era Solano Lima que, evidentemente, no era un hombre con posibilidades —esto vaya en homenaje a Lima— de imponer la mejor solución. Entonces se impone la otra solución, en una reunión muy difícil, muy crispada, en la cual inclusive Fautario dice que él no está de acuerdo y que le parece que no está suficientemente garantizada la seguridad, y Osinde afirma que él se hace cargo de la seguridad. Es decir que él asume la responsabilidad. Hay un acta en este sentido y está publicada...

—¿Quién integró, finalmente, esa comisión organizadora?

—La comisión se integró con Osinde a la cabeza, Norma Kennedy y Brito Lima como personajes centrales; hay también alguna presencia sindical y hay algunos nombres que figuran simbólicamente, pero que no tienen ningún peso, como es el caso de Abal Medina, que lo tuvieron que poner porque todavía era secretario general del Movimiento Peronista, pero que ya estaba muy golpeado políticamente. En rigor, todo el operativo se monta con López Rega, desde Madrid, mandando télex, y Osinde recibéndolos acá e implementando esas instrucciones. Las pretensiones políticas eran diversas. La CGT, los sectores sindicales, querían ocupar los primeros trescientos metros de público frente al palco, y hacer prevalecer lo

que podríamos llamar el proyecto de la patria peronista; los más sectorizados de la comisión, y los grupos más fascistas vinculados a ella, entre los cuales están los grupos del general Iníguez, por ejemplo, pretendían hacer una suerte de pueblada, de donde surgiera el proyecto Perón presidente, y quizás en algunas mentes locas tomar la Casa de Gobierno e, inclusive, provocar un desplazamiento inmediato de Cámpora. Y en la Juventud Peronista ocupar los trescientos metros en contra de la conducción sindical, para hacerle sentir su presencia a Perón, ya bajo el criterio falso de sostener su relación con Perón desde posiciones de fuerza, sin duda opuestos a los otros dos proyectos; y chiflarlo a López Rega cuando saliera en público... Probablemente, a Isabel no le hubiera ido del todo bien; aunque, quién sabe, porque todavía no se la visualizaba como un elemento tendenciado. Creo que en ese caso hubiera tenido Cámpora un buen trato de la Juventud Peronista, porque veníamos de la época de la campaña electoral. Pero, básicamente, estos fueron los sectores que lucharon por los primeros metros frente al palco...

—¿Cómo se origina el tiroteo?

—Hubo varios momentos de desajustes y algunos tiroteos, pero el episodio central, que después hizo frustrar el acto y generó la tragedia, fue una columna que venía de La Plata, por un sector lateral, y se abrió paso haciendo pensar a la gente del palco, desde mi punto de vista, que iban a verse rodeados y temer por su seguridad. Ahí empiezan los tiros. No podría decir si desde el palco, porque yo no estuve realmente, pero las versiones son múltiples. La reconstrucción posterior indicaría que uno de los primeros tiroteos se dio entre una gente apostada en un grupo de árboles, relativamente cerca del palco, y el palco. Quién empezó, no sé... Parece ser, según la investigación de Horacio Verbitsky, que fueron dos sectores vinculados a Osinde que se tirotean entre sí, pero esto ya corresponde a la reconstrucción policial. En realidad, me da la sensación de que esos fueron los grupos que iniciaron el tiroteo mayor, sin que pueda dar seguridad del momento justo en el cual comenzó el tiroteo...

—Como ministro del Interior, ¿te sentiste desbordado en la organización de Ezeiza?

—Yo estoy absolutamente seguro de que lo que nosotros habíamos impulsado hubiera evitado la tragedia, pero, sin duda, no satisfecho porque no lo pudimos hacer prevalecer. En ese sentido se puede hablar de desborde, aunque en realidad la palabra desborde parecería indicar que hubo un plan nuestro superado por los acontecimientos. La realidad es que la gente de Bienestar Social, porque en definitiva eran todos funcionarios de Bienestar Social los que organizaron el acto, fueron los desbordados. El Ministerio del Interior no tuvo participación en el episodio. Pero después, ¿cómo le explican a Perón?... Ahí vienen dos tipos de explicaciones. Una, fueron agentes externos al peronismo que hicieron una provocación; esa fue la primera explicación que dieron... grupos infiltrados. Y la otra, la culpa fue del ministro del Interior, porque con esa política que ha impulsado de que no se use la

represión, la gente se siente absolutamente libre y hace lo que se le da la gana... Esa idea de que el Ministerio del Interior fue desbordado, es la que usan; es esa política la que se quiere hacer ver como fracasando, cuando, en realidad, lo que fracasó fue la organización del acto montada sobre otras bases...

—¿Cuántos muertos hubo?

—Catorce... Y no hay ningún elemento de juicio que indique otra cifra...

—Se habló de cientos de muertos...

—Sí, se habló de muchas cosas, pero no hay datos... ¿Dónde están, dónde fueron a parar...?

—¿Vos qué hiciste durante y después de Ezeiza? ¿Dónde estabas?

—Estuve en el Ministerio a la mañana temprano, volamos a Morón y de allí fuimos al aeropuerto. El vuelo se demoró un poco, quise hacer una recorrida y llegarme hasta el palco, no pude llegar y en ese momento se acababa de producir el tiroteo. Encuentro una comisión policial que estaba allí, que me contó lo que estaba ocurriendo. Por ahí Osinde anda diciendo que yo di la orden de hacer retroceder a la policía, lo cual es un disparate gigantesco. Volví a Ezeiza, busqué a la gente de la comisión organizadora para pedirle explicaciones de lo que pasaba, y lo encontré a Osinde, totalmente desbordado, en la habitación de un hotel donde después se demostró que incluso habían torturado gente. El hombre estaba totalmente fuera de sí y me di cuenta de que no había nada que hacer con él, creo que tuvimos un cambio de palabras, pero nada importante en términos políticos, y me trasladé a buscar a Lima para convencerlo de que, por los datos que la policía me daba, no era conveniente que Perón bajara en el aeropuerto. No costó mucho trabajo convencerlo, él habló al avión y Perón bajó en la base aérea militar en Morón. Me trasladé en helicóptero al lugar donde iba a bajar el avión, los esperé, traté de explicar, pero no se podía explicar demasiado... Perón y Cámpora se fueron a la residencia de Olivos con sus allegados, entonces volví a la Casa de Gobierno, donde me quedé hasta muy tarde en la noche. Ahí tuvimos noticias de cuántos muertos había y tratamos de organizar la asistencia. El dato de entonces era que había catorce muertos, en los días posteriores no se tuvieron datos de más víctimas, y después tampoco...

—¿Hablaste con Perón?

—Tuvimos un diálogo, en el cual López Rega, que estaba totalmente desaforado, decía que la culpa la tenía el Ministerio del Interior por esa política loca que había permitido ese desorden; le dije al General que no era cierto, que después se iba a aclarar cómo eran las cosas... Fue un diálogo muy breve...

—¿Y Perón qué te dijo?

—Nada... Perón casi ni hablaba. Hubo un momento en el cual le dijeron que eran grupos infiltrados del ERP los que habían armado el tiroteo, y la pregunta que él hizo, bastante razonable, fue: "¿Y dónde estaban los nuestros?"...

—¿Qué impresión te causó el discurso del 21 de junio del general Perón?

—El discurso preanuncia lo que va a venir después; es un discurso en el cual él consolida la idea de que viene como prenda de paz, y anuncia que no va a tolerar pretensiones de liderazgo alternativo. Creo que son los dos datos centrales del discurso, habría que releerlo quizá, pero tengo esas dos sensaciones. El discurso de Perón me reafirmó en la idea de que debía ser presidente, de que no tenía viabilidad un proyecto de gobierno en el cual el titular del Poder Ejecutivo no fuera Perón. Esto me pareció lo central del discurso...

—¿Ezeiza te costó la cabeza?

—No, creo que no... En la medida en que se produjo un interinato manejado por Lastiri, yo no podía ser ministro del Interior de Lastiri. Además, no creo que Lastiri me hubiera designado, estaba claro que me tenía que ir. Además, francamente, tenía ganas de irme con Cámpora en ese momento. Después de Ezeiza hubo dos reuniones de gabinete importantes, el 21 y el 22 de junio. Se reunió el gabinete con la comisión de regreso, la cúpula de la CGT y las autoridades del Movimiento, y se debatieron los hechos de Ezeiza, quedando muy clara la responsabilidad de Osinde y su gente, absolutamente clara. Se nombró una comisión investigadora, que integraron Solano Lima, Taiana y no me acuerdo quién fue el tercero, me parece que Puig, que estaba con Cámpora en Madrid, que hace un informe, pero el debate es tan desfavorable que a la reunión del día siguiente no vino Osinde; no podía sostener su punto de vista, estaba totalmente liquidado, lo salvó López Rega...

—¿Qué opinás de la “Ezeiza” que escribió Verbitsky?

—Tengo alguna diferencia con la interpretación política de Verbitsky. Es el libro que, en definitiva, recoge más sobre Ezeiza y que más dice sobre Ezeiza; habría que hacer otra cosa, en todo caso, más que criticárselo.

—¿Leíste la nota de *Unidos*?

—Sí, y no estoy muy convencido... Yo me ubicaría a mitad de camino entre los dos, porque el libro, por lo pronto, tiene documentación que nadie tocó... Creo que le falta investigación y le falta ecuanimidad, pero es lo más que se ha hecho sobre este tema; más que criticarlo habría que profundizar la investigación, o hacer otra cosa, pero no me gustaría agotarme en la crítica. Mi punto de vista sería eso es mejor que nada, que era un poco lo que estaba pasando...

—¿Cómo fue tu exilio? ¿Cuándo partiste exactamente?

—Me fui en octubre del 74. La primera cosa que te diría es que fue muy largo... Qué sé yo... Fue afortunado el exilio, si no estaría muerto, Mona... No me puedo quejar del exilio, realmente, no me puedo quejar... Es una gran carencia, se sufre mucho, pero al lado de lo que ha sufrido este país, no tiene sentido hablar del exilio...

—Me parece hasta generoso no quejarse...

—Te diría que lo pasé horrible, pero acá me hubiera ido mucho peor. Hay tanta gente que le fue mucho peor... No tiene caso hablar del exilio...

—**¿Cómo sentiste la vuelta?**

—La vuelta... muy contradictoria... Esta democracia es fantástica, ¿no? Entonces te reenamorás de nuevo de la Argentina. Al mismo tiempo chocás con una realidad que te indica que la Argentina cambió mucho, porque uno la idealizó desde el exterior. Yo tenía un punto de referencia que no existe más, amigos que ya no veo, gente que estaba muy cercana con la cual he perdido cercanía, aunque no afecto. Uno cambia afuera; el país también cambió; entonces, el reajuste es muy complicado... De todos modos, creo que me voy acoplando rápidamente...

—**¿Te has podido reinsertar?**

—Diría que sí. Razonablemente, me encuentro cómodo en el peronismo renovador. Este es un dato importante, porque, francamente, me sentí muy incómodo con las conducciones que el peronismo tuvo en otros tiempos. Me encuentro cómodo políticamente en la Argentina. Me encuentro cómodo en mis diferencias con el gobierno radical. Tengo una gran preocupación, porque no sé para dónde vamos y yo no tengo ideas claras tampoco de para dónde debemos ir. Esto sería motivo de angustia. Veo un proyecto claro en el gobierno radical, con el cual no estoy de acuerdo, pero no tengo respuestas alternativas. Creo que esto nos pasa a muchos... Este sería un pequeño drama...

—**¿Creés que va a ser fácil reinsertarse en el peronismo teniendo en cuenta que para algunos sos un innombrable?**

—No sé... Creo que soy un innombrable para sectores que han llevado adelante un peronismo que ha fracasado. No sé qué significa un tipo como yo, para el grupo mayoritario del peronismo que lo quiere sacar adelante desde una perspectiva renovadora. No sé si tengo un lugar ahí; si lo tengo, encantado lo cumplo. A mí no me gusta imponer mi presencia si no es grata, si no es bien recibida... Me da la sensación de que tenemos puntos de coincidencia importantes, pero la lucha política es difícil...

—***La Razón* informó que sos asesor de Saadi y que incluso le escribiste algún documento, ¿qué hay de cierto?**

—La versión es totalmente falsa pues, aunque respeto al senador Saadi por la decisión con que enfrentó a la dictadura, creo en la necesidad impostergable de una renovación en el peronismo.

—**¿Has tenido conversaciones con gente del peronismo renovador?**

—Durante la campaña electoral del año pasado en núcleos profesionales peronistas en los que me moví bastante, en relaciones con diputados, senadores y dirigentes del peronismo, hasta ahora no he encontrado dificultades. A lo mejor es que no tengo pretensiones demasiado altas con respecto a mi protagonismo.

—**Claro, pero pensás seguir militando...**

—Sin duda, pero a lo mejor el rechazo se produce respecto de gente que pretende protagonismo demasiado importante. En este sentido yo no tengo pretensiones de protagonismo, ni de disputarle a nadie las cosas que está haciendo. Sí me interesa una confrontación de ideas, una militancia en el lugar adecuado, repensar el peronismo... Estas cosas me preocupan más que ser diputado, senador, ministro, o lo que fuere. Y en ese ámbito, en esa tarea, no encuentro dificultades...

—Si vos hoy te tuvieses que definir como peronista, ¿qué contestarías?

—Diría que soy un peronista renovador, pero es una respuesta poco precisa, porque lo que habría que preguntarse es qué es lo que queremos renovar; y ahí empiezan las discusiones un poco más complejas. No podría contestar con una etiqueta a qué clase de peronista soy. Creo que hay peronistas de todos los pelambres. Entonces yo diría, como primera definición, soy partidario de la renovación. ¿Qué renovamos? La metodología, sin duda. En este sentido, creo en la democracia interna del peronismo; creo en la muerte de la verticalidad; creo en la representatividad de abajo hacia arriba; creo en la posibilidad de convivir internamente con gente que no piense exactamente lo mismo, a condición de que resolvamos nuestros conflictos por vía democrática y que el consenso sea el que determine quién debe tener la conducción. Este sería un primer aspecto en el cual tomamos alguna definición, pero no demasiado... Debo decirte que arrastro una gran preocupación hacia el personalismo. Es decir, me encuentro cómodo en un peronismo horizontalizado, a partir de la muerte de Perón, pero la pregunta es si el movimiento popular en la Argentina puede funcionar sin líderes. Ese es el drama. Entonces, ese “me encuentro cómodo en un peronismo horizontalizado” es una situación provisoria. Pareciera que en la opción personalismo-antipersonalismo, el movimiento popular siempre tomó opciones personalistas.

—Y se ve en toda América Latina, por otra parte...

—No sé si en toda América Latina, pero sí en un pedazo muy importante del mapa de América Latina... También está el problema de si renovamos plataformas, programas, etc. En eso no tengo ninguna duda; yo veo que uno de los motivos de nuestro fracaso en el 83 fue dar una respuesta antigua. Creo que la modernización de Alfonsín implica un programa de derecha o de centro moderno, pero le falta vocación de cambio social, pero nosotros tenemos que modernizar la propuesta a los sectores populares. En ese sentido, creo que también hay que renovarse. En cuanto a si hay que renovar la ideología del peronismo, ese es un tema mucho más complejo, más difícil, porque nuestro Movimiento tiene la peculiaridad de ser más importante por las cosas que hizo, que por sus definiciones ideológicas, pues siempre fueron un poco imprecisas. Me da la sensación, de todos modos, que el abanico de posibilidades ideológicas que pudo manejar Perón no se puede manejar sin Perón; me da la sensación de que no podemos convivir en los mismos términos en que hemos convivido antes, pero esto tiene más dudas que respuestas... ■

POLÍTICA Y FICCIÓN: UN ENTREVERO ARGENTINO

Entrevista con Ricardo Piglia

Después de más de una hora y media de conversación —confitería Ópera, fines de abril, 16 horas— le sugerimos a Piglia algunos títulos para la charla: “De Sarmiento a Walsh”, “El Borges populista”. No, no, respondió, demasiado espectacular, pongan algo simple, exacto, sobrio. Y sugirió: “Política y ficción, algo así”. Puede apreciarse que seguimos su indicación con un ligero agregado que, nos pareció, no le daba mayor luminosidad al título. Ahora contamos ese fugaz diálogo simplemente para ver si lo que amenazaba con ser espectacular puede transformarse apenas en descriptivo con el simple expediente de decirlo muy poco espectacularmente. Tanto si lo logramos como si desconocimos la voluntad del entrevistado, no haríamos nada más que situarnos en su propio terreno de novelista. Al contar las cosas el principal problema ya no es si sobresalen o no sobresalen, sino cuál es su relación con lo verdadero y lo falso. Dicho esto, recordamos que Piglia, entre muchas otras cosas, es autor de la novela *Respiración artificial* (1980), un extraño y riguroso clásico de la época. Es la manera menos espectacular de decir el gran valor que ella tiene. De las provocantes tesis de Piglia sobre literatura y política en la Argentina es fiel testimonio esta entrevista.

—Política y literatura. Como siempre, he ahí la cuestión. ¿Podemos comenzar esta charla trayendo esa cuestión a la Argentina?

—Si la política es el arte de lo posible, según se dice, ¿no?, sobre todo en estos tiempos, entonces la literatura es antagónica con la política. La literatura trabaja la política como conspiración, como guerra; la política como gran máquina para-noica y ficcional. Eso es lo que uno encuentra en Sarmiento, en Hernández, en Macedonio, en Lugones, en Roberto Arlt, en Manuel Puig. Hay una manera de ver la política en la literatura argentina que me parece más interesante y más instructiva que los trabajos de los llamados analistas políticos, sociólogos, investigadores. La teoría del Estado de Macedonio, la falsificación y el crimen como esencia del poder en Arlt, la política como el sueño loco de la civilización en Sarmiento. En la historia argentina la política y la ficción se entreveran y se desvalijan mutuamente, son dos universos a la vez irreconciliables y simétricos.

—A partir de las relaciones entre ficción y política has desarrollado algunas hipótesis sobre la novela argentina.

—Hay una contaminación que provoca efectos extraños. De hecho, la escritura de ficción tiene un lugar desplazado y tardío. La novela se abre paso en la Argentina fuera de los géneros consagrados, ajena a las tradiciones clásicas de la novela europea del XIX. Y esto fundamentalmente porque la escritura de ficción aparece como antagonica con un uso político de la literatura. La eficacia está ligada a la verdad, con todas sus marcas, responsabilidad, necesidad, la moral de los hechos, el peso de lo real. La ficción aparece asociada con el ocio, la gratuidad, el derroche de sentido, el azar, lo que no se puede enseñar, en última instancia se asocia con la poética seductora y pasional de la barbarie. Existe un desprestigio de la ficción frente a la utilidad de la palabra verdadera. Lo que no le impide a la ficción desarrollarse en el interior de esa misma escritura digamos verdadera. El *Facundo*, por ejemplo, es un libro de ficción escrito *como si* fuera un libro verdadero. En ese desplazamiento se define la forma del libro, quiere decir que el libro le da forma a ese desplazamiento.

—Desde esa perspectiva vos lo considerarás la primera novela argentina.

—Novela en un sentido muy particular. Porque la clave allí es el carácter argentino de ese libro. ¿Se puede hablar así? ¿Se puede hablar de una novela *argentina*? ¿Qué características tendría? Ese fue un poco el punto de partida para mí. Porque yo pienso que los géneros se forman siguiendo líneas y tendencias de la literatura nacional. Los géneros no trabajan del mismo modo en cualquier contexto. La literatura nacional es la que define las transacciones y los canjes, introduce deformaciones, mutilaciones y en esto la traducción, en todos sus sentidos, tiene una función básica. La literatura nacional es el contexto que decide las apropiaciones y los usos. Frente a la historia oficial de la novela argentina que marca su origen hacia el 1880 con el transplante de la novela naturalista y postula una relación entre las formas y su uso como un simple cambio de contenido, podría pensarse que la novela se define de otro modo en ese pasaje. ¿Existe una forma nacional de usar la ficción? Ese es el planteo extremo del asunto, diría yo.

—¿Y el *Facundo* definiría esa forma?

—Digamos que es un punto de referencia esencial. La combinación de modos de narrar y de registros que tiene el libro. Esa forma inclasificable. Se inaugura ahí una gran tradición de la literatura argentina. Uno encuentra la misma mezcla, la misma discordancia y amplitud formal en la *Excursión* de Mansilla, en el *Libro extraño* de Sicardi, en el *Museo* de Macedonio, en *Los siete locos*, en el *Profesor Landormy* de Cancela, en *Adán Buenosayres*, en *Rayuela* y por supuesto en los cuentos de Borges que son como versiones microscópicas de esos grandes libros. “El Aleph”, por ejemplo, es una especie de *Adán Buenosayres* anticipado y microscópico.

—Una versión condensada.

—Borges hace siempre eso ¿no? Miniaturiza las grandes líneas de la literatura argentina. Hay un ensayo, no sé si se acuerdan, notable, de Borges: “Nuestras imposibilidades”, publicado en *Sur* en el 31 o el 32. Allí Borges entrega su contribución de cinco páginas a toda la metafísica del ser nacional que empezaba a circular por ese tiempo, la ensayística tipo Martínez Estrada, Mallea, el Scalabrini del *Hombre que está solo y espera*. Hay una microscopía de las grandes tradiciones en Borges que es muy interesante de analizar.

—¿Seguís suscribiendo aquella idea de *Respiración artificial* de que Borges cierra la literatura argentina del siglo XIX?

—Bueno, Renzi dice que Borges es el mejor escritor argentino... del siglo XIX. Lo que no es poco mérito si uno piensa que en ese entonces escribían Sarmiento, Mansilla, Del Campo, Hernández. Por supuesto que en la novela todo eso está exasperado. El contraste Arlt-Borges está puesto de un modo muy brusco y directo para provocar un efecto digamos ficcional. Renzi cultiva una poética de la provocación. De todos modos, creo que la hipótesis de que Borges cierra el siglo XIX es cierta. La obra de Borges es una especie de diálogo muy sutil con las líneas centrales de la literatura argentina del XIX y yo creo que hay que leerlo en ese contexto.

—Sobre todo con Hernández y Sarmiento.

—Claro. Por un lado, la gauchesca, de donde toma los rastros de la oralidad, el decir popular y sus artificios y en esto se opone frontalmente a Lugones al que le gustaba todo de la gauchesca salvo el lenguaje popular y entonces veía al *Don Segundo Sombra* como la culminación del género, la temática del género, pero en lengua culta y modernista. *La guerra gaucha* quería acrecentar la épica nacional. Borges en cambio percibe a la gauchesca, por supuesto, antes que nada, como un efecto de estilo, una retórica, un modo de narrar. Aquello de que saber cómo habla un hombre, conocer una entonación, una voz, una sintaxis, es haber conocido un destino.

—“En mi corta experiencia de narrador” dice Borges. ¿Eso no está en el ensayo sobre la gauchesca, en “Discusión”?

—Por ahí creo, sí. La oralidad, digamos entonces, la sintaxis oral, el fraseo, el decir nacional. Y por otro lado el culto al coraje, el duelo, la lucha por el reconocimiento, la violencia, el corte con la ley. Eso es la gauchesca para Borges. Una tradición narrativa y allí se quiere insertar y se inserta, de hecho, a partir de “Hombre de la esquina rosada”.

—Pero eso lo abandona.

—No creo. Es una cuestión a conversar. Lo que hace es refinar su manejo del habla, en los relatos que siguen eso es menos exterior. Pero todos los cuentos del culto al coraje están contruidos como relatos orales. Borges oye una historia que alguien le cuenta y la transcribe. Esa es la fórmula. Los matices de esa voz narrativa son cada vez más sutiles, pasan, podría decirse, del léxico a la sintaxis y al ritmo de la frase. Pero esa fascinación por lo popular entendido como una lengua y una

mitología, o para no hablar de mitología, como una *intriga* popular, me parece que cruza toda su obra. Va desde las primeras versiones de “Hombre de la esquina rosada” en el 27 a “La noche de los dones” que es uno de sus últimos relatos publicados, del 74 o 75. La ficción de Borges se ha mantenido siempre fiel a esa línea. Hay una vertiente populista muy fuerte en Borges que a primera vista no se nota, claro, Borges parece la antítesis. Por momentos esa veta populista se corresponde con sus posiciones políticas, sobre todo en la década del veinte, cuando está cerca del yrigoyenismo y defiende a Rosas y se opone de un modo frontal a Sarmiento, los tres primeros libros de ensayo son eso. Y los rastros se ven muy claramente en el libro sobre Carriego que es del treinta.

—El prólogo a *Jauretche*...

—Claro, en el 33. Aunque después por supuesto cambia sus posiciones políticas yo creo que esa veta, digamos, populista persiste en sus textos, y no solo en sus textos. Populismo y vanguardia, ¿no?, eso es muy fuerte en Borges. La vanguardia entendida no tanto como una práctica de la escritura, y en esto es muy inteligente, sino como un modo de leer, una posición de combate, una actitud frente a las jerarquías literarias y los valores consagrados y los lugares comunes. El escritor como estrategia de las luchas literarias. Una política respecto a los clásicos, a los escritores desplazados, una reformulación de las tradiciones. Decir por ejemplo que Eduardo Gutiérrez es el mayor novelista argentino, lo que en más de un sentido es cierto, como escribe en *El hogar*, en los años treinta. Como lector, digamos así, Borges se mueve en el espacio de la vanguardia. Y eso tiene que ver también creo con su manera de trabajar lo popular. Una lectura vanguardista de la *gauchesca* que tendrá sus herederos en la literatura argentina. Los hermanos Lamborghini, sin ir más lejos.

—La *gauchesca* como una gran tradición literaria.

—Claro. Una tradición reactualizada, reformulada. Para nada muerta. Lo mismo hace Macedonio que pone a Estanislao del Campo con toda tranquilidad al lado de Mallarmé y de Valéry. Ahora Borges trabaja muy explícitamente la idea de cerrar la *gauchesca*, escribirle “El fin”, digamos.

—A mí me gustaría que hables un poco de aquel relato que Borges escribió junto con Bioy Casares, “La fiesta del monstruo”. ¿Sería una parodia de “El matadero”?

—Yo no diría que es una parodia de “El matadero”. Más bien una especie de traducción, de reescritura. Borges y Bioy escriben una nueva versión del relato de Echeverría adaptado al peronismo. Pero también tienen en cuenta uno de los grandes textos de la literatura argentina, “La refalosa” de Ascasubi. Es una combinación de “La refalosa” con “El matadero”. La fiesta atroz de la barbarie popular contada por los bárbaros. La parodia funciona como diatriba política, como lectura de clase se podría decir. La forma está ideologizada al extremo. Habría que estudiar la escritura política de Borges, tiene un manejo del sarcasmo, un tipo de politización de la

lengua que me hace acordar al padre Castañeda. Aquello que dice del peronismo en un panfleto que escribe en el 56 o 57, “Todo el mundo gritaba Perón, Perón que grande sos y otras efusiones obligatorias”. La hipalage como instrumento político. “La fiesta del monstruo” es un texto de una violencia retórica increíble, es un texto límite, difícil encontrar algo así en la literatura argentina.

—¿No te parece sin embargo bastante típico de cierto estilo de representación de las clases populares en la literatura argentina?

—En ese asunto lo que siempre aparece es la paranoia o la parodia. La paranoia frente a la presencia amenazante del otro, que viene a destruir el orden. Y la parodia de la diferencia, la torpeza lingüística del tipo que no maneja los códigos. “La fiesta del monstruo” combina la paranoia con la parodia. Porque es un relato totalmente persecutorio sobre el aluvión zoológico y el avance de los grasas que al final matan a un intelectual judío. El unitario de “El matadero”, digamos, se convierte en un intelectual judío, una especie de Woody Allen rodeado por la mersa asesina. Y a la vez el relato es una joda siniestra, un pastiche barroco y muy sofisticado sobre la diferencia lingüística y los restos orales. La parodia paranoica, se podría decir. Aunque siempre hay algo paranoico en la parodia.

—Vamos a retomar el asunto de la relación de Borges con las dos líneas de la literatura argentina que se nos quedó colgado.

—¿Qué decíamos? Por un lado la inserción en la gauchesca, la gran tradición oral y épica del siglo XIX y sobre esto hay mucho que hablar. Y por otro lado el manejo de la cultura, el cosmopolitismo, la circulación de citas, referencias, traducciones, alusiones. Tradición bien argentina diría yo. Todo ese trabajo un poco delirante con los materiales culturales que está en Sarmiento, por supuesto, pero también en Cané, en Mansilla, en Lugones, en Martínez Estrada, en Mallea, en Arlt. Me parece que Borges exaspera y lleva al límite, casi a la irrisión, ese uso de la cultura, lo vacía de contenido, lo convierte en puro procedimiento. En Borges la erudición funciona como sintaxis, es un modo de darles forma a los textos.

—No sería un uso ostentatorio

—No creo. Hay una cosa muy interesante en todo este asunto y es el estilo del divulgador en Borges. Borges en realidad es un lector de manuales y de textos de divulgación y hace un uso bastante excéntrico de todo eso. De hecho, él mismo ha escrito varios manuales de divulgación, tipo *El budismo, hoy*; ha practicado ese género y lo ha usado en toda su obra. En esto yo le veo muchos puntos de contacto con Roberto Arlt que también era un lector de manuales científicos, libros de sexología, historias condensadas de la filosofía, ediciones populares y abreviadas de Nietzsche, libros de astrología. Los dos hacen un uso muy notable de ese saber que circula por canales raros. En Borges, como biblioteca condensada de la erudición cultural al alcance de todos, la Enciclopedia Británica y en Arlt las ediciones populares socialistas, anarquistas y paracientíficas que circulaban por los quioscos

entre libros pornográficos y revistas deportivas. Las obras de Ingenieros se vendían así hasta no hace mucho.

—Respecto al Borges “populista”. Él acompaña el yrigoyenismo hasta que se da una bifurcación. ¿Cómo fue eso?

—Hay un momento de viraje hacia fines de la década del treinta. Antes de eso, hay dos o tres datos muy divertidos. En el 27 o 28 la formación del comité de intelectuales jóvenes de apoyo a Yrigoyen donde están Borges, Marechal, González Tuñón, Oliverio, incluso Macedonio creo, y ese comité de hecho es el que rompe y liquida *Martín Fierro* porque la dirección de la revista publica una declaración para desvincularse de ese comité y entonces Borges renuncia. Eso es en el 28, y después en el 34 o 35 Homero Manzi lo invita a Borges a integrarse a FORJA, pero Borges no acepta.

—¡Ah! ¿Fue invitado?

—Sí. Y que se le haya ocurrido invitarlo prueba que en esos años era verosímil, que Borges andaba cerca.

—En su *Autobiografía* Borges cuenta que Ernesto Palacio lo quiere presentar a Perón y él se niega. También era verosímil esa presentación.

—No sabía, parece más raro, porque en el 46 lo sacan de la Biblioteca Municipal y lo nombran inspector de aves. Algún borgeano que había en el peronismo, supongo que habrá sido, porque es una especie de broma perversa, ¿no?, convertir a Borges en inspector de los mercados de pollos de la ciudad; seguro que era un lector de Borges el tipo, habrá leído “El arte de injuriar” y usó la técnica de la degradación irónica con el mismo Borges.

—Una cesantía borgeana en todo sentido. Vos decís que el cambio se da durante la década del treinta.

—Sí, no hay un momento preciso. Durante la década del treinta por ejemplo Borges colabora en *Sol y luna* que es la revista del cursillismo católico, del nacionalismo, donde ya está Marechal. La guerra polariza todo después. Yo creo que hay un momento clave, un año muy interesante, habría que escribir un libro reconstruyendo ese año de 1942. Es el año que muere Arlt y las reacciones o no reacciones que provoca su muerte son un dato. Es también el año en que los expulsan a Canela y a Marechal de la SADE por nacionalistas o medio fascistas, el presidente de la SADE era Martínez Estrada y se arma cierto lío con eso. Y además ese es el año en que Borges manda su primer libro de cuentos y no le dan el premio nacional y se arma todo un revuelo con ese asunto. Desagravios en *Sur*, desagravios en la revista de Barletta. Y la declaración del jurado que estaba presidido por Giusti, creo, es increíble porque por supuesto dicen que Borges es un escritor extranjerizante, que escribe textos fríos, de puro razonamiento, sin vida. Todas las tonterías que se van a repetir sobre Borges durante años.

—Antes de la revolución del 43 vos decís que ya hay una polarización.

—Claro, una polarización rara. Borges enfrentado con los aparatos oficiales de consagración. A la vez Marechal y Cancela excluidos de la comunidad de escritores. Arlt se muere casi sin ser notado. El peronismo agudiza, me parece, tendencias que ya están latentes en la cultura de esos años.

—¿Los cambios y la persistencia de ciertos rasgos en Borges permitirían hablar de un núcleo ideológico básico?

—Yo creo que sí. Aunque el problema es complicado, porque cuando uno dice ideología en literatura está hablando de formas, no se trata de los contenidos directos, ni de las opiniones políticas. Lo que persiste es una problemática, digamos así, a la que Borges se mantiene fiel. Un conglomerado que se define en los años del yrigoyenismo. Y lo más interesante es que cuando cambia sus opciones políticas y se vuelve “reaccionario”, digamos, lo que hace no es cambiar ese núcleo ideológico, sino mantener la problemática, pero cambiar de lugar. Vuelve a la polémica de los veinte, por decirlo así, pero cambia de posición. Por eso se afilia al partido conservador, como si dijera soy anti radical. Sobre todo, vuelve a Lugones, al Lugones anti democrático que es el gran antagonista intelectual del yrigoyenismo. Se hace cargo de la misma polémica que existía en los veinte...

—En la cual había estado del otro lado...

—Digamos. Lo que hace es moverse en el mismo espacio, pasar a la posición antagónica, definirse como antidemocrático. Toda la historia de su compleja relación con Lugones se juega ahí. El día que se afilia al partido conservador lo que hace por supuesto es ir y dar una conferencia sobre Lugones. El país, dice en esa conferencia, está en decadencia desde la Ley Sáenz Peña. El nihilista aristocrático como el gran enemigo del populista, su revés.

—Sin embargo, vos decís que hay cuestiones que persisten.

—Sin duda. Lo que persiste sobre todo es la tensión entre un mundo y el otro. Por ejemplo, la lectura, los libros, la biblioteca lleva siempre en los relatos de Borges a la enfermedad y a la muerte. Se trata de un elemento central en la construcción de la intriga. Basta pensar en los grandes textos de Borges, como “El sur”, la lectura de *Las mil y una noches* que provoca el accidente de Dhalman aparece siempre en los momentos clave del cuento para marcar la antítesis con la vida simple y elemental a la que el héroe no puede acceder sino al final y a costa de su vida. Lo mismo pasa con Lönnrot en “La muerte y la brújula”. Mientras Treviranus actúa como un descifrador intuitivo, que se maneja con la experiencia y el sentido común, Lönnrot solo cree en lo que lee y porque no conoce otro modo de acceder a la verdad que la lectura se equivoca y va hacia la muerte. Hay un antiintelectualismo muy firme en Borges y en esa tensión se juega a menudo toda la construcción densa y sutil de sus relatos. Ese contraste entre la cultura y la vida, digamos así, mantener la tensión, trabajar todos los matices de esos dos mundos, es fundamental en la escritura de Borges. Mantener unidos los términos, siempre en lucha,

creo que eso es constitutivo en Borges y a la larga prevalece la idea de que la biblioteca, los libros, empobrecen y que las vidas elementales de los hombres simples son la verdad. Es una oposición ridícula, por supuesto, pero muy importante en la construcción de sus textos.

—¿Sería quizá la función del “infelizmente soy Borges”? Con esa frase queda evidenciada la angustia por el hecho de que la biblioteca y las palabras nunca sean la realidad posible.

—Está lleno de ese tipo de reflexiones levemente irónicas y resignadas pero lo más importante, lo que habría que analizar en detalle son las relaciones que se establecen. El contraste entre “Pierre Menard” y “Hombre de la esquina rosada” que son los relatos inaugurales de Borges, los que delimitan el campo de la ficción, cuando se empiezan a integrar en un mismo texto, como pasa en los grandes relatos, ahí está construyendo una maquinaria complejísima, llena de recovecos y de matices. Porque al mismo tiempo el populismo es una ideología estética. El gusto de Borges por el relato popular, no solo las policiales, sino Wells, Stevenson, Chesterton, Kipling, todos escritores de público masivo en sus años de formación, que trabajan un tipo de relato deliberadamente estereotipado, con fórmulas narrativas muy definidas.

—Y la percepción de los mecanismos de la cultura de masas, como su inmediata incorporación al cine...

—Claro, el western, los policiales de Von Sternberg. Pero la clave es mantener unidos los términos, Almafuerte y Valéry, Kafka y Eduardo Gutiérrez. Borges aparece todo el tiempo en los diarios para decir que los diarios y el periodismo han arruinado la cultura.

—¿Y cómo funciona allí la cuestión de “lo otro”, aquello que te llama y te seduce? ¿Se podría decir que, en un sentido general sería “lo bárbaro”?

—La seducción de la barbarie es un gran tema por supuesto de la cultura argentina. Para Borges la barbarie, la vida elemental y verdadera, el destino sudamericano son antes que nada el mundo de la pasión. No porque no haya pasiones intelectuales y eso Borges lo conoce mejor que nadie, sino porque del otro lado está la experiencia pura, la epifanía. La inglesa que se tira a tomar sangre de yegua en “La historia del guerrero y la cautiva”. Lo vivido, la oralidad, las pasiones elementales, hay una poética ahí.

—Pero aún así, de acuerdo con tu hipótesis, eso no fue suficiente para ligarlo a la novelística del siglo XX.

—No es tan así. Lo cierto es que a Borges la novela no le parece suficientemente narrativa. El relato puro está en el cine de Hollywood, dice, y tiene razón. O en las formas breves que se ligan con las tradiciones arcaicas del relato oral. La novela moderna, para Borges, es Joyce, Faulkner que en el fondo es lo mismo, con los que mantiene una relación de distancia. Sobre todo, con Joyce que no le parece un

novelista. Demasiado experimental para su gusto. Pero es obvio que los grandes relatos de Borges están en la vanguardia de la narrativa contemporánea.

—Vos buscás sin embargo el origen de la novela argentina contemporánea en Macedonio.

—Creo que es evidente para cualquiera que lo haya leído que Macedonio es quien renueva la novela argentina y marca el momento de máxima autonomía de la ficción. Si volvemos a lo que hablábamos al principio te diría que en ese sentido Macedonio es la antítesis de Sarmiento. Por un lado, une política y ficción, no los enfrenta como dos discursos irreductibles, los ve como dos estrategias discursivas complementarias. Por otro lado subraya el carácter ficcional de la política, pone en primer plano la intriga, la conspiración, el complot, los espejismos de la verdad.

—Se trataría entonces de pensar las relaciones entre Sarmiento y Macedonio.

—Que son múltiples. Pero lo que importa en este caso es la relación entre *Facundo* y *Museo de la novela de la Eterna*. Entre un libro y otro todo ha cambiado en la literatura argentina. Existe una nueva relación con las prácticas de la verdad y existen también nuevas relaciones entre política y ficción. Pero a la vez muestran la persistencia de la literatura nacional. En el mundo conspirativo, delirante, politizado, utópico, ensayístico, de esos dos grandes libros se arma la otra historia de la novela argentina. La clave en Macedonio es la utopía, hacer entrar la ficción en la realidad, creo que eso define todas las intrigas macedonianas.

—Si quisiéramos llevar esa cuestión cincuenta años más acá, o sea de la Argentina de Macedonio a la situación actual, ¿cómo se daría la presencia de la ficción en la realidad? Pero eso en relación al actual contexto de discusión, donde decir realidad y ficción parece llevar a un horizonte de conformismo.

—El conformismo, la sensatez, aceptar las cosas como son, todo eso es un resultado del exceso de realidad, que define hoy el debate intelectual. El realismo político se ha convertido en la moda de esta temporada. Los intelectuales tienden a hablar como si fueran ministros: vigilan sus palabras porque se ilusionan con su eficacia. Limitarse a aceptar los hechos consumados no garantiza la eficacia. ¿Desde cuándo debemos pensar dentro de los márgenes de lo que los políticos consideran posible y “real”?

—Esto nos lleva de la cuestión Macedonio a la cuestión Walsh.

—Tendría que haber un eje Walsh hoy en la discusión cultural. Porque, ¿qué quiere decir la obra de Walsh? Frente a la buena conciencia progresista de las novelas sociales que reflejan la realidad y ficcionalizan las efemérides políticas, Walsh levanta la denuncia directa, el relato documental. Un uso político de la literatura debe prescindir de la ficción, eso es lo que viene a decir la obra de Walsh.

—Vuelve a la oposición entre política y escritura de ficción.

—Me parece que su obra está construida en el interior de esa oposición. De hecho, resuelve la cuestión de un modo dramático, abandona la literatura, entra en Montoneros, se convierte en un militante, monta toda una cadena clandestina de información. Pero a la vez su obra dice algo más y está escindida por ese contraste. Por un lado está el uso de la forma autobiográfica, del testimonio verdadero, del panfleto y la diatriba en la línea de Sarmiento, del Hernández de la *Vida del Chacho*, de los grandes prosistas del nacionalismo como Anzoátegui, incluso del Martínez Estrada de *Las cuarenta*. El escritor aparece como un historiador del presente, que habla en nombre de la verdad y denuncia los manejos del poder.

—Y vos ponés en otro lado sus cuentos.

—Justamente, yo creo que a diferencia de tantos otros Walsh lleva al límite ese contraste. Libera totalmente a su ficción de las contaminaciones circunstanciales. Para Walsh la ficción es un arte de la elipsis, trabaja con la alusión, con lo no dicho, su construcción enfrenta la estética urgente del compromiso y las simplificaciones del realismo social. Basta pensar en “Cartas”, un relato en muchos sentidos excepcional, donde a partir de un pueblo de la provincia de Buenos Aires durante los años de la década infame, Walsh construye un pequeño universo joyceano, una suerte de *Ulises* rural, mezclando voces y fragmentos que se cruzan y circulan en una complejísima narración coral. Siempre elusivo y sutil, Walsh cultivaba el álgebra de la forma como un modo de asegurar la autonomía y la eficacia específica de su ficción.

—Entonces vos te pronunciás a favor de una ficción que reine soberanamente, sea en el caso de Macedonio o en el de Walsh, con la libre opción militante, siempre presente, como en el caso de Walsh.

—Cada uno decide las formas de actuar sus sueños políticos. Pero la ficción tiene leyes específicas y una forma propia de trabajar la política, y no solo la política. Y esa forma a menudo dice más sobre las tramas de una sociedad que las verdades “concretas” de los que se instalan en el realismo político. Esa, creo, es la gran lección de Arlt, de Macedonio y en cierto sentido también de Borges. ■

AÑO 4, N° 10, JUNIO DE 1986

LOS LINYERAS, LOS LACANIANOS Y LAS MAÑAS DEL PODER

Entrevista con Alfredo Moffatt

Discípulo de Enrique Pichón Rivière, Alfredo Moffatt hace más de quince años que produce hechos de vanguardia en el campo de las prácticas psicoterapéuticas en la Argentina. Desde la Peña Carlos Gardel hasta El Bancadero pasando por su “clásico”, el libro *Psicoterapia del oprimido*, Moffatt ha vinculado el buceo en los arquetipos de la cultura popular con una aguda percepción de las simbologías de la vida cotidiana; y un pensamiento que ama las máscaras y dramaturgias de los hombres marginados, con tradiciones psiquiátricas que provienen de las más variadas fuentes. El sincretismo de Moffatt integra y reutiliza vertientes existencialistas, antipsiquiátricas, psicoanalíticas, psicodramáticas, “gestálticas”, la psicología social americana, experiencias de asistencialismo de urgencia en tiempos de crisis, etc. Y nos quedamos cortos. En este bien humorado diálogo que sostuvimos con él surgen cruciales consideraciones sobre la relación de la psiquiatría con la cuestión de la democracia, de la autoridad y de la libertad, a propósito de la experiencia que realizó al frente del Lora, el instituto municipal de asistencia a indigentes.

—Yo iba a hacer unos afiches cuando entré de director al Lora: “Los pobres de hoy son los hombres del mañana”. “Joven mendigo, piense en su futuro, si tiene entre 35 y 60 años haga el curso de... etc., etc.”. Bueno... ¿empezamos?

—Ya empezamos. Todo esto sale, así que cuidate...

—Ah, ustedes son de los que ponen todo...

—Pero con distinto tipo de letra. Las pavadas y lo insensato van en bastardilla. Estabas diciendo algo acerca de los pobres. ¿Qué hace la sociedad con los pobres? ¿Qué hacés vos con los pobres?

—Cuando se habla de mendigos, pordioseros, linyeras, etc., eso incluye a gente que no quería trabajar. La categoría de los que eligieron no trabajar. Pero están los otros, los que fueron elegidos para no trabajar. Los desocupados. Que no eligieron no trabajar sino que el no trabajar los eligió a ellos. Este último cambió el perfil del mendigo tradicional, que ya es una rareza. Son los “locos del bolsillo”. El desocupado se “linyeriza” como producto de “un brote de pobreza” que

podríamos considerar el pariente social del “brote de locura”, que tiene una dimensión individual.

—¿Cuál sería la línea que marca el momento o la situación en que un obrero se convierte en mendigo?

—Supongamos que el obrero pide para viajar. Ya está pidiendo. Hay un “continuum” entre el obrero y el último mendigo, y esa es la gran novedad. Antes no. Ahora se ha llenado la “franja negra”. Debajo del puente encontrás ahora gente que tiene profesión. Son los que no tienen dónde ir, y cuya aspiración sería transformarse en “villeros”, lo cual para ellos sería un progreso.

—Es lógico que quieran salir de la calle.

—Claro, la calle es muy dura para el mendigo, por la policía, que no los deja estar en lugares abrigados en invierno, como las estaciones de ferrocarril, los subterráneos. Afuera, no se puede hacer fuego como en el campo. La configuración del mendigo es muy especial. Se trata de alguien que lo tiene todo afuera y nada adentro. La calle es su hábitat. Cualquier lugar es el dormitorio. Quedó encerrado afuera. Tienen un “living comedor” muy grande. Toda la avenida Rivadavia, por ejemplo.

—En un artículo tuyo, en *Clarín*, hace más de un año, hablabas del pasaje del obrero al mendigo, a propósito de las transformaciones corporales...

—Sí, los pies, por ejemplo, que son importantísimos, porque el mendigo camina todo el día. Cuando alguien pierde el trabajo y no puede pagar más la pensión, queda en la calle. Hasta allí, aún son un problema que puede atender Ubaldini. Pero si le crece la barba y no tiene dónde afeitarse, si se le arruina la ropa al dormir en el suelo, o entre cartones, y si llueve, con los zapatos mojados, rotos, entonces comienza a hacer edemas de pie. Y allí lo agarró el “brote de pobreza”, equivalente social del delirio de un loco. El “Borda” de ellos es el andén 14 de Constitución, por ejemplo, pero cuando se hace un lugar conocido, enseguida los corren.

—Quedan los vagones vacíos...

—A veces. Allí duermen los pibes linyeras, como en bandadas. Porque esa es la gran mutación. Pibes asociados en banditas, de 6 años, y con suerte, les tocan los vagones de primera abandonados.

—Serían propiamente los coche-dormitorio, como diría un correcto administrador de Ferrocarriles Argentinos.

—Es que el problema es dormir. Comer no es tanto problema. Durante todo el día debe buscar el lugar, y tiene un depredador, que es la policía, que no lo deja dormir. Pero tampoco lo pueden resolver con el “edicto de mendicidad”, pues se saturarían todas las comisarías. Simplemente los corren de lugar. Y así se va extendiendo el círculo del “brote de pobreza”. Aquí, en vez de “psicóticos” tenemos “socióticos”. Nadie les da trabajo porque tienen aspecto de mendigo y tienen

aspecto de mendigo porque se les arruinó la ropa y les creció la chiva, porque los echaron o perdieron el trabajo y la vivienda. Es el punto de no retorno, como el de la psicosis, cuando se estructura un delirio y queda “del otro lado”, con un lenguaje hermético que precisará incorporar un interlocutor para generar códigos para el diálogo. Pero para el mendigo el único remedio barato es la botella de tinto, el “diván de los pobres”, que soluciona el frío, el hambre y la angustia, pero que te deja pegado al último estrato de la degradación. El mendigo sentado.

—En la época del Proceso, eran principalmente a esos a los que se llevaban.

—En realidad pasaban por el Lora, y los metían en campos para mendigos, algo así como “chupaderos suaves”. Fue para el Mundial. Después los largaban, con amenazas.

—En uno de los últimos cuadros del Loco Chávez, el protagonista y un amigo invitan a un linyera a comer a Pippo. Esa sería la versión baudeleriana de una situación que se da, como drama diario, en cualquier mesa de bar. Como los mozos, en general, dejan entrar mendigos, el “ciudadano” ve amenazados los metros cuadrados en que puede degustar su cafecito y su “especial” de jamón y queso. No hay nadie tan idílico como el “Loco Chávez”. Eso se acabó también.

—Bueno, el mozo de Pippo ahí tampoco lo hubiera permitido. Para comer, no. Ahí el mozo hubiera ejercido “el derecho de admisión”. Por otro lado, un mendigo no aceptaría esa invitación del “Loco Chávez”. En todo caso aceptaría el dinero y comería en otro lado. El se percibe “fuera” de la sociedad.

—Tampoco existe ese otro personaje de *Clarín*, el Linyera con el perrito Diógenes, que es un linyera filósofo.

—En absoluto. El linyera está pensando en la cosa más práctica del mundo todo el tiempo. Siempre está al borde de la sobrevivencia. Está sin dormir, angustiado, probablemente con enfermedades, fácilmente en los pulmones, ulcerado. Sufre, no tiene vínculos.

—O sea que un batallón de locos del Vieytes es culturalmente más rico que un batallón de linyeras en el Lora.

—Claro, los mendigos son la gente más aburrida que hay. Mis dos años con los mendigos fueron un esfuerzo muy grande para modificar una patología que es mucho “menos rendidora” que la de los locos. El loco no es un calculador, pero el mendigo muy fácilmente se transforma en un manipulador. Habitualmente miente. Es un cuentero. En el Lora quise hacer una cooperativa de trabajo, y hasta conseguí un local para que comenzaran los trabajos. Pero la Municipalidad, las autoridades del área donde pertenece el Lora, comenzaron a reaccionar. Comenzaron a destruir, sistemáticamente, mis iniciativas. A los psicólogos que iban se les negó la comida y después el reconocimiento del trabajo voluntario. Pero el programa de rehabilitación creando fuentes de trabajo cooperativizadas, es posible. Es la única forma. Desde luego, el problema global se resuelve con la reactivación de la

producción nacional. Pero en lo que me incumbía, no solo me parece posible generar cooperativas, sino atender casos individuales recuperables...

—En un sentido, la cooperativa de indigentes no funcionó por la obstrucción municipal. Pero ahora, por el tono con el que hablás, parecés un poco escéptico respecto al balance de tu trabajo con los propios mendigos.

—Sí, creo que puedo decir que el error mío fue usar un modelo superficialmente democrático, sin contar con presupuestos democráticos efectivos. Los mendigos organizados en cooperativa, en este caso, depredaron a todos los demás con el poder que tenían. La comisión directiva gastó todo el dinero y se quedaron ellos con un enorme local. Se quedaron con el local cinco personas. Por lo tanto, fue una falsa democratización, una amorfa democracia, una democracia sin voluntades democráticas. Sería lo que las viejas llaman “el libertinaje”. Mirá vos, yo no sabía que existía. Claro, para las viejas la más mínima liberalidad era tachada de libertinaje. Uno rechazaba esa idea, la posibilidad de que existiese algo como el “libertinaje”. Y bien, a mí me tocó verlo. En este caso, esos mendigos reprodujeron el modelo de depredación del sistema, se convirtieron en patrones reconstruyendo a los otros cien indigentes que debían participar del proyecto. Si es por el fruto que conseguí con esa experiencia, es como para que me diera un ataque tardío de verticalismo. Pero allí yo era víctima de una democratización, solo retórica, que por mal incorporada llevaba a una experiencia facciosa, y también del propio verticalismo de la estructura municipal que, al desautorizarme en varias oportunidades, estimulaba a que nadie me diera bola. Yo era el democrático al que unos verticalistas cagaban pero que también, por error, generaba la reproducción de experiencias antidemocráticas...

—Así que no pudiste ser el Pacho O'Donnell de los mendigos...

—Bueno, O'Donnell está en uno de los vértices de la administración municipal y yo era el equivalente a jefe de Departamento. Pero entiendo la ironía. Yo trabajaba con los que habían ya transgredido todas las normas para poder vivir y comer. No tenían reglas, pero esa omisión de reglas acababa en la admisión de una súper regla implícita, que era la ley de la selva, cagar al de al lado. Si bien yo sabía que no se trataba de fanáticos de Bibi Andersson ni de lectores de Nicanor Parra, yo pensé que hubiera elementos previos que permitiesen construir una comunidad solidaria. No había, porque faltaba la autodisciplina que permitiría omitir reglas. Que era lo que tenían los anarquistas. Si bien aún existen algunos linyeras anarquistas. Porque la libertad está hecha de autodisciplina...

—La democracia significa ser esclavo de cualquiera, decía Karl Krause. Pero era un maldito, un vienes amargado que para decir esa frase tenía que dejar en claro que también criticaba a los despotismos de origen aristocrático o pretoriano. No sé si..., este..., disculpá la interrupción.

—No, está bien, es como el caso de los ladrones menores, los chicos de 4 o 5 años que actúan en bandas y roban. ¿Son un problema para Piaget o para

el Instituto Agote? Es un problema nuevo, para el que no estamos preparados. Y entonces podés ser esclavo de cualquiera. Una solución simpática, en este caso, sería la creación de un escuadrón de madres que los ponga en penitencia. Es como el problema del “poxi-ran”, que toman los pibes para drogarse. ¿Qué hacés? ¿Pedir que lo vendan con boleta triplicada en la ferretería? Es un pegamento convencional, que no se puede prohibir, y que se transforma en cocaína. Es una situación nueva, que no tiene encuadres capaces de resolverla. Porque no podés solucionarlo —ahora les doy un ejemplo antipático— llevando preso al ferretero por traficante de drogas.

—**Así que podríamos decir que tus actuales reflexiones están muy lejos de la idea del bandido romántico que, aunque de manera depredadora, puede ser visto como un justiciero de los de abajo.**

—Sin autodisciplina, no hay justicia ni capacidad de representar a nadie. Lo más probable es que se disgreguen todas las formas de lealtad. Para los viejos delincentes la lealtad era un valor básico. Con mendigos que levante del suelo para llevar al Lora vi después todo lo contrario a eso.

—**Hay toda una literatura que insiste en buscar los héroes reparadores entre los que la sociedad cagó más...**

—En los dos años que estuve en el Lora, no vi que esa literatura haya producido el menor efecto.

—**En el 73, cuando discutíamos a quién traer a la Universidad, nos pronunciábamos a favor de los que trabajaban con los marginales, que eran los únicos que parecían poder hacer algo. Ahora, que uno no sabe quién es el que va a poder hacer algo, parece que está cuestionada esa reivindicación de la marginalidad.**

—A mí, el portero del Lora, un empleado de muchos años, me la cantó justa. Me dijo: “así no va a andar”. Tenía razón. Eso me convirtió en un enamorado de la disciplina productiva, que es la que te lleva a no saltar las etapas del adiestramiento y el aprendizaje en psicoterapia. En el 73, estaba planteado ese salto. No nos fue bien, ¿no es cierto? La disciplina productiva es la creación del consenso, lo contrario al asambleísmo autoinhibitorio, que nos llevaba a interponer a Mao Tse-Tung cuando teníamos que decidir un plan de modificación del hábitat urbano en Lanús. A Mao Tse-Tung le dicen el chino porque es chino de veras, no de Santiago del Estero. Ahora, después de salir de una dictadura, me parece básico la regulación de responsabilidades.

—**Entonces, la idea de la década anterior del oprimido que reconstruía el mundo desde sí no corre más. Estás pensando sobre la base de un oprimido que es también capaz de generar formas de opresión.**

—Eso, antes, yo no lo podía ver en mi propio trabajo, en la Peña Carlos Gardel. Porque allí, aunque la manija la tenía yo, no estaba explicitado. Ahora sé que la autonomía y el respeto al otro es una conquista demorada, un aprendizaje,

una explicitación de responsabilidades. Digámoslo así, usando palabras bien resonantes: si el líder debe ser al comienzo verticalista, debe saber que lo es para después dejar de serlo. Solo así podemos pensar en un mundo distinto. El líder debe luchar contra el mismo sistema que lo alberga. Si eso no se hace, el liderazgo no se transforma en una democracia real, efectiva; no falaciosa. Los liderazgos que no contienen su propia transformación, fácilmente marchan hacia una burocracia de funcionarios.

—Es lo que el antropólogo Clastres llamaba el infortunio del jefe, entre los indígenas paraguayos. Todo jefe era infortunado, porque no mandaba, porque sabía que era “hombre muerto”, que le daban la manija para que al final no pudiera influir en nada.

—Yo siento así mi experiencia en El Bancadero, donde me fui retirando...

—Alfredo Moffatt, el jefe infortunado...

—¿Cómo?

—Nada, nada... podés seguir.

—En El Bancadero, decía, me fui retirando. Primero decidía hasta el color para pintar el zócalo. Actualmente funciona solo, por turnos, con comisión directiva, con coordinadores de área, y yo estoy disponible cuando se arma lío entre esas instancias. Aparezco cuando la cosa se traba y ocupo la máxima autoridad solo para que esté ocupada. Todo lo ocupado, aunque lo esté por un idiota, está ocupado, evitando la lucha por un lugar innecesario.

—Es la idea clásica de soberano, en Hegel. El rey debe ser, en lo posible, un perfecto idiota. Disculpando las citas...

—Claro, y si se muere tiene un hijo, también bobo... con perdón de mi hijo Luciano. Bueno, retomando: por lo menos en El Bancadero funciona este símil de “monarquía constitucional no dinástica”. O sea, una democracia operativa, consensual, autogestionada y responsable. Hay una supervisión y un sistema de leyes. Una cosa es exterior a la otra. En El Bancadero hay un equipo asesor, que es la gente más reconocida de esa línea ideológica. Ulloa, Pavlovsky, Grimson, etc., una cantidad de gente que cada tanto supervisa al equipo y a mí. Así, si hay lío entre los coordinadores, actúo yo, y si hay lío entre los coordinadores y yo, actúa ese otro nivel. La máquina no se descompone. Hay reaseguros. Pero ya pasamos por una etapa de “soviet” y de “toma de la Bastilla”. Hasta hubo una asamblea de pacientes que votó la suspensión de toda la Comisión Directiva.

—Foucault decía que hay poder en toda forma de disciplinamiento, y era menos digno de estudio el poder del Estado que el poder de las instituciones que se ocupan de las márgenes de la sociedad. Como hijo del 68, vio con simpatía el inicio del khomeinismo en Irán, porque se rebelaban las márgenes del sistema. Parece evidente que la psiquiatría del oprimido hizo también ese trayecto y ahora está reconsiderando la cosa.

—Lo que se reconsidera es el aprendizaje de la organización, o dicho de otro modo: el aprendizaje del funcionamiento de las leyes. Lo marginal siempre es productivo. Eso no hay por qué cambiarlo. Pero hay que generar un saber sobre el propio autodisciplinamiento de lo marginal. Pero no se puede pasar de la marginalidad desagregada a la democracia, como quise hacer en el Lora, porque si no la falta de normas es usada, inmediatamente, para reproducir las reglas del sistema. Cuando entré en el Lora, como parte del momento en que el país salía de la dictadura, elegí un modelo de democracia sin autodisciplinas que, por lo menos allí, llevó a descuidar los intereses del conjunto es decir a no ser, en última instancia, democrático. La democracia, pienso ahora, es un resultado, no un dato. Es algo para construir y no algo que encontrás tirado en la calle. Las disciplinas, los vértices que inician el proceso democrático, deben ser instrumentos para generar lo contrario, es decir, la democracia no verticalista, autogestionada. Pero la democracia debe iniciarse en la capacidad de incorporar su contrario, si no, estás siempre exorcizando al diablo, al mal, como algo exterior. Te convertís en un irreal representante del Bien. En el umbanda, el diablo, exú, siempre está a la entrada del *terreiro*. Es “o porteiro do terreiro”, está adentro, incorporado, y eso te evita ser autoritario, aunque no te evite ser malo.

—Un sistema así precisa ser extremadamente sutil para saber controlar y superar su propio despotismo, para negarse como autoridad.

—Precisa ser muy plástico, para que se pueda pasar de un personaje a otro. Si uno no incluye un elemento antagónico, acabás dependiendo mucho más de él. La democracia, sin un antagonismo interno, es decir, sin ciertas formas de autoridad, no solo no puede funcionar sino que lleva a la anti-democracia.

—Realizar con eficacia ese pasaje, de la autoridad a la libertad, que parece ser el secreto de toda acción política, no siempre encuentra ni los líderes ni los personajes adecuados.

—Bueno, véamoslo como algo emparentado con la vieja dialéctica.

—En *Psicoterapia del oprimido*, vos hablás con admiración de Lawrence de Arabia. Parece que ahí se realiza la dialéctica del liderazgo democrático. Venir de afuera, pero despertar las fuerzas organizativas de la comunidad.

—Lawrence de Arabia siempre me interesó. Primero porque atacaba por el fondo. Cuando toma Accaba, atraviesa el desierto para llegar por atrás, fuera del alcance de los cañones que apuntan al mar. Hice lo mismo en el Borda, pero, en este caso, comenzando con un Winco y unos chorizos. Y entré por la parte de atrás. Después porque unía dos mundos, Occidente y Oriente, rompiendo por dentro el modelo de “civilización y barbarie”. Y, al final, porque ese pasaje exigía transfiguraciones, disfraces, es decir, vestirse de árabe. La liberación de los oprimidos era estimulada por una inesperada incorporación de elementos de un mundo en el otro.

—Parece que las grandes tradiciones, en materia de liderazgos, son las del “serás lo que debes ser” como en el caso de San Martín, o el “no debiera nacer hombre sin misión”, de Perón. Es al revés en el caso de Lawrence, pues se trataba de un despojamiento, no de afirmar nada. Quería despojarse del Yo occidental. Lo más parecido entre nosotros sería el coronel Lucio Mansilla, un dandy que goza estando en los dos extremos de la vida, comiendo un manjar en el Club del Progreso, o una tortilla de huevos de avestruz con el cacique Baigorrita en las tolderías ranqueles.

—Podemos decirlo de otro modo. Si uno no incluye un elemento del otro, para crear la contradicción dialógica, tiene que depender de él. Antes yo no explicitaba el autoritarismo mío, lo pasaba por alto. Eso era la otra cara de la moneda del “miedo a la libertad”. La libertad es muy costosa, genera angustia. Optar es estar solo, y la gente en la puta vida quiere estar sola. Someterse es cómodo porque no crea culpas. Las culpas provienen de la libertad. De allí que sean mucho más apreciadas las terapias de sometimiento. Se protesta contra el psicoanálisis ortodoxo pero, oscuramente, se lo procura porque es lo que no lleva a las personas a la libertad. En última instancia, por eso mismo se lo acepta. Hay una aceptación fundada en que se elimina la singularización, que es la angustia de muerte, la rebeldía. El psicoanálisis ortodoxo lo que hace es proponer un cliché de individuación previamente seriado. De este modo, evita la angustia de la singularización.

—¿Eso sería solo en el psicoanálisis ortodoxo? ¿Y en Lacan?

—En el lacanismo, también. Pero con mayor sutileza, porque se trabaja con la palabra como un elemento mágico, y se ritualiza el encuadre, se lo hace misterioso. Además, existe el latín...

—¿Cómo el latín?

—Sí, el analista habla en latín, quiero decir... en otro idioma que precisa luego de traductor. Es un dialecto con varios códigos distintos de decodificación, lo que tampoco favorece la tarea de los traductores.

—Pero da la impresión de que esa “doctrina de los pasajes” de la que estamos hablando, de la autoridad a la libertad, en el lacanismo, o en Lacan, también ocurre. Quizá la palabra como misterio es una cuestión vinculada a la posible disolución de la autoridad que habla. Hay una técnica burlesca en Lacan...

—Sí, pero son las paradojas del maestro Zen. Allí te quedás enteramente agarrado al otro.

—Sos mi discípulo, pero al pedo. Algo así intentaba decir Lacan...

—Bueno, ahí está la cosa, es lo que digo. Si alguien te dice eso, quedás mucho más enganchado. Lo que más engancha, es la situación paradójica. No sabés en qué quedás agarrado. Eso impide crear el espacio de curación, donde la persona construye los elementos desde los que se piensa. El maestro Zen lleva la dependencia al extremo al hacerla motivo de encubrimiento paradójico...

—Sin embargo, las tuyas también parecen técnicas de maestro Zen. Días pasados le decías, humorísticamente, a un loco del Borda: “¿cuánto te pagan por estar aquí?”. Parece un humor absurdo con propósitos rehabilitantes, por la vía del grotesco. Si no, ¿dónde encaja ese chiste?

—No, eso apunta a romper roles, como si uno “trabajara” de loco, de nene. La gente se mete en cana para estar más tranquila. El chiste apunta a “desencanar” los roles ritualizados. Hay rito tanto en la identidad impuesta como en la contracara aparentemente liberadora: la libertad absoluta, que en realidad es un equivalente del brote psicótico. En la vorágine de oportunidades puede desaparecer la persona. Creo que eso ocurría con las tesis de Sartre. Tantas opciones y proyectos hacían desaparecer la noción misma de proyecto y, por lo tanto, de persona. Así, la curación supone sacar a la gente de la cana, pero también saber que preciso meterme en cana. La libertad, si es vorágine, se autoelimina, conduce a su contrario inmediatamente. Hay que saber lo costosa que es la libertad y la democracia. Los fascismos son atrayentes, precisamente, por todo lo que cuesta saber el modo en que las libertades se construyen. Si no escuchás al otro es como si no hubieras hablado. Si no sabés cómo se proyectan efectivas libertades, explicitando focos de autoridad, es como si no hubieras pensado en la libertad y en la democracia. Del mismo modo, si en vez de un paciente analizás un texto —o el paciente considerado como texto— se te escapa la realidad, y la palabra se hace misteriosa. Y el misterio, sin sujetos reales, no conduce a la libertad. Yo nunca vi suicidarse a un texto, enfermarse a un “significante”. El texto reemplazando al paciente es como un general que no hace guerras o un médico que no sabe qué es operar del apéndice. No hay un otro realmente existente, sino textos y juegos subjetivos. Hay mas turbación, que es una cosa muy segura, pues allí la amante nunca falta a la cita.

—Comenzamos hablando de la cuestión de la autoridad-libertad a propósito de tu experiencia en el Lora. Parece que la charla va en la misma dirección, pero ahora considerando el tema del psicoanálisis en la Argentina, o en Buenos Aires, donde hay bares con servilletas que reproducen el rostro de Freud. Vos dirías que el psicoanálisis ortodoxo...

—... ortodoxo, así designado, con terminología eclesiástica, con Biblia, citas versiculares, iconografía sacra, y el retrato de Freud de barbita, un Ceferino Namuncurá viejito y angélico...

—... ese psicoanálisis, como los mendigos del Lora, ¿corre el riesgo de reproducir el daño de la autoridad, con el pretexto de liberar a la gente? Porque parece que tampoco explicita cuáles son los núcleos de autoridad que incorpora en su lenguaje y en su práctica...

—El psicoanálisis le corresponde a Buenos Aires como le corresponde el tango. Donde se inventó el tango tenía que entrar el psicoanálisis. Los dos son duelos inacabados. Pero, en el caso del psicoanálisis, suelen comprarse ya hechas

las “máquinas de pensar”. Esas máquinas ya construidas y acabadas tienen ahora a su cargo producir los psicólogos. En el caso de la máquina lacaniana me causa la misma impresión que si, de repente, los cocineros se convirtieran en mecánicos. Entonces, en el taller mecánico, en vez de usar pinzas o tenazas se pone crema chantilly en los motores.

Pero en este caso es como si las escuelas de psicología hubiesen tenido una invasión de escritores, de poetas, de epistemólogos gongoristas... todo un pandemónium que, sin embargo, está bien uniformado, pues poseen las “fábricas de psicólogos”, las asociaciones profesionales y, también, los centros asistenciales, el manicomio y los centros de salud. Eso margina a los psicólogos que —como en mi caso— nos consideramos buenos “mecánicos”, que comenzamos de abajo, a limpiar las piezas del motor con el pincel embebido en “nasta”, en la calle, con lluvia, etc. Son poderes no explicitados, un llamado a la “letra” liberadora, pero que no sabe comunicar, hacer públicos los poderes que encubre.

—Pero en tu caso hay algunas semejanzas con ciertos lacanismos, en el contacto con los mitos propiciatorios de la cultura popular.

—No, si yo hasta tengo simpatías jungianas. Pero también creo que hay que juntar todas las palabras posibles de la psiquiatría y comenzar a limpiarlas con agua y jabón. Entonces, creo que hay que descargar de disfraces a las palabras. “Usted enfermo...”, “yo terapeuta”. Empezar de allí. “Usted pedir curar”. “Yo aceptar”. “¿Va a pagar?”. “Él pagar”. “Yo cobrar”. Volver a traducir al castellano toda la interacción esa, que llega a ser complejísima. Si no, solo tendremos textos que llevan a otros textos. En cambio, un libro de cocina debe llevar a la torta, uno de psicoterapia, a la curación. Si un texto lleva apenas a otro texto nunca se podrá incorporar a la realidad —la “enemiga”— y siempre se podrá sospechar que esa incursión por el discurso...

—¡Caíste! Hasta el momento no habías dicho esa palabra.

—Bueno, que esa incursión por las palabras sagradas siempre será sospechosa de no darnos la libertad, los pacientes, las tortas, los tornos, la nafta, el castellano. Y, principalmente, por no saber incorporar, en sí mismo, la génesis de la autoridad. Si creemos simplemente que ella está “afuera”, como enemiga que los ángeles derrotan, siempre seremos dependientes de ella. Seremos exteriores a la autoridad, pero ella nos habrá derrotado, mientras que considerando nuestra práctica, como interior a la cuestión de la autoridad, tendremos la oportunidad de producir ese pasaje, desde dentro de la conciencia, hacia la verdadera libertad. ■

HERMANOS TAVIANI

EL CINE DE LA ITALIA DEL SUR

Entrevista de Christian Kupchik

Vittorio y Paolo Taviani fueron premiados en 1976 en Cannes por su filme *Padre Padrone*. Eso permitió a un público mayor el conocimiento de una cinematografía excepcional, heredera del neorrealismo italiano que ha acentuado crecientemente sus compromisos con las imaginéras ancestrales de la Italia campesina.

Los hermanos Taviani hacen un cine de raíz “nacional popular” cuya última obra, *Kaos*, basada en cuentos de Pirandello, es una pequeña maravilla que ha sido recibida cálidamente por el público argentino.

Christian Kupchik realizó esta entrevista en Estocolmo el año pasado. Se publica aquí en exclusividad.

*Los lugares y los actores elegidos cambian
nuestra concepción inicial de las fábulas.*

Hace frío esta mañana y no es primavera. “¡Qué bien he dormido!”, exclama Vittorio con una sonrisa tal que su calva parece más brillante. Paolo asiente cómplice y las cucharitas golpean los pocillos. Vittorio (1929) y Paolo Taviani (1931) nacieron en un pequeño pueblo de la campiña toscana, San Miniato, y desde la década del cincuenta, cuando filmaron junto a Valentino Orsini una serie de cortos documentales, llevan asociado su apellido a la historia de la cinematografía internacional. Los hermanos Taviani gustan vestir de oscuro, caminar en otoño y recordar juntos cuentos del abuelo o anécdotas intrascendentes. A pesar de haber debutado en el difícil mundo del largometraje en 1960 junto al maestro Joris Ivens con L'Italia non è un paese povero (“Italia no es un país pobre”), solo vieron premiados sus esfuerzos a nivel internacional dieciséis años más tarde, al obtener en Cannes la Palma de Oro por Padre Padrone. Hasta allí, un largo camino de tierra hacia el corazón de cualquier Sur. Vittorio narra y sueña. Paolo desnuda una naranja...

VITTORIO TAVIANI: —Provenimos de una familia burguesa, nuestro padre era abogado. Tuvimos una infancia muy hermosa ligada por una parte a Toscana y, por otra, a Liguria, al mar. El mar retorna siempre en nuestras películas, así como

el verano, ya que esa parte del año fue muy importante para nosotros. En Toscana casi no existía el cine; por supuesto, tampoco en San Miniato. Solo en algunas ciudades daban películas una vez por semana y para nosotros, como para el resto de los muchachos de nuestra edad, el cine significa una gran maravilla. Nuestra emoción más importante era cuando andábamos bien en la escuela, ya que nuestro padre como premio nos llevaba a Florencia, al Mayo Musical Florentino, a escuchar óperas de Verdi, Donizetti, Rossini... Este era para nosotros el premio más ambicionado: sentarse en la platea del Teatro Comunale, en aquellas sillas rojas frente al telón que, al abrirse, dejaba ver todo lo que el mundo puede dar de sí a los sentimientos. Todo aparecía reflejado sobre el escenario. Nosotros nacimos allí, esta fue la emoción fundamental, por lo cual cuando ciertos críticos dicen que nuestras películas tienen una cadencia musical, nos sentimos completamente identificados, puesto que de allí nace también nuestra necesidad de hacer cine como una representación declarada, o sea, si se piensa un poco, en nuestras películas abundan grandes campos, planos largos y horizontales. En el fondo, recrean el gran escenario del Comunale de Florencia. De esta experiencia surge también el sentido del espectáculo, por una parte, como magia, fábulas en su más pura expresión, y por otra, como escenario donde los hombres se evidencian y se expresan en su propia inmediatez, más violenta, más directa.

—¿Recuerdan cuál es el primer contacto directo con el cine, el golpe que los inclina hacia esa expresión?

PAOLO TAVIANI: —Sí, en el 44 debimos dejar San Miniato porque los alemanes destruyeron nuestra casa. Hicieron una cruz verde con el signo de San Lorenzo, y como mi padre era antifascista, una de las primeras casas en saltar fue la nuestra. Nos dirigimos a Pisa y allí, casi por casualidad, encontramos el cine. Unos amigos nos dijeron: “Nosotros hacemos cine-club, vemos viejas películas”. Nos sonó muy “intelectualoide” eso de tener un cine-club, muy de burgueses que se aburren, y nos burlábamos de ellos, hasta que una mañana de domingo, en mayo nos dijimos: “está terminando la proyección de estos tontos, vayamos a ver qué hacen... Entramos y estaban dando los últimos diez minutos de una película muda, *Jean d'Arc* de Carl Dreyer. Por ignorantes, quedamos fulminados, nunca pudimos imaginar que el cine podía significar esos primeros planos, esos silencios, esas miradas, ese montaje... Sin entender nada, solo presenciamos diez minutos. Un nuevo mundo expresivo se abría para nosotros. Años más tarde, también en Pisa, fuimos con mi familia a ver una de Rossellini; el público protestaba, y mientras salía nos decía: “no entren, es una película malísima, muy aburrida...”. Entramos y encontramos *Paisà*; volvimos a ver en la pantalla todas las experiencias vividas en esos últimos años, con el 44 que revivía en la pantalla y allí no solo pudimos contemplar sino entender más nuestra vida. En ese momento, se suman Dreyer más Rossellini, y la elección ya estaba hecha: cine o muerte.

—En el año 61 filman *Un uomo da bruciare* (“Un hombre para quemar”), una película de impresionante actualidad a pesar de sus veinticinco años. Por una parte, parece ser un homenaje al neorrealismo, pero además intenta ir mucho más lejos que el neorrealismo, tomando elementos y premisas que este no tiene en cuenta. ¿Pueden contar cómo surge este film?

PAOLO T.: —¡Es verdad! Es correcto lo que señalas en cuanto a que *Un uomo...* intenta ir más lejos. Me has hecho recordar una frase de Leonardo Da Vinci que decía: “Nosotros somos más grandes que nuestros precursores, ellos son gigantes, pero nosotros, pequeños, estamos subidos a sus hombros, y por eso vemos más lejos”. Considero como muy necesario subirse a los hombros de los gigantes e intentar ver hacia atrás y hacia adelante. Cuando nos propusimos hacer el film, el neorrealismo sufría una crisis insuperable desde hacía un tiempo, o sea después de las grandes películas de Rossellini, Visconti, De Sica, se estaba transformando en un boceto pequenoburgués. Se hallaba en un camino naturalista, y nosotros, que habíamos amado tanto el cine del neorrealismo, instintivamente —no es que nos hayamos propuesto hacer una película para expresar una teoría— nos separamos. Sentíamos que estábamos formados en el neorrealismo, pero violentamente separados del cine italiano de ese momento; por lo tanto, cuando afrontamos ese personaje, lo hicimos tomando en cuenta toda una serie de elementos que el neorrealismo no trataba. Por ejemplo, nuestro personaje está lleno de defectos, ¿no? Sentíamos que el hombre es importante, sabe estar en el mundo no solo a pesar de sus defectos sino también gracias a ellos.

VITTORIO T.: —Permíteme acotar algo. Está dicho que el neorrealismo era nuestro padre, y a los padres se los ama y se los odia. El neorrealismo en nuestro primer film es sin duda esta forma en la cual buceamos en la historia y en la naturaleza. La película surgió en polémica contra la insípida forma del neorrealismo que solo pervivió de anécdotas y bosquejé retratos, quiero decir, el naturalismo pequenoburgués que no tiene nada que ver con el naturalismo del siglo XIX. Nosotros fuimos una parte de la gran tradición de jóvenes que mantuvo a Rossellini, Visconti y De Sica en simbiosis con Zavattini, y que va de Shakespeare a los rusos, de Verdi a Picasso. A nosotros nos criticó la izquierda porque el protagonista Salvatore era demasiado ambicioso y carga con un error hereditario. A esta crítica le respondimos que Salvatore nos interesaba a causa de sus errores y no a pesar de ellos.

—Viendo *Un uomo...* podría pensarse que ustedes son sicilianos, pero en *Padre Padrone* se tiene toda la impresión de que nacieron en Cerdeña. ¿A qué se debe esta preocupación por situar las acciones en el sur? Y además, ¿por qué las problemáticas reflejadas son campesinas y no obreras, que teóricamente serían las que más conocen?

PAOLO T.: —Me parece que la realidad histórica italiana está conformada por dos cosas: en primer lugar, la realidad italiana era por origen y por formación cultural, campesina. La industrialización vino después. El país estaba sumergido

en el campo; hemos vivido junto a los campesinos y en medio de sus problemáticas, unidos a la vida y a la cultura campesina. Ahora, el Sur, este sur que retorna no solo en nuestras películas sino también en las de otros directores, muy amado, muy estudiado, se puede definir como una colonia subdesarrollada, mantenida en el subdesarrollo. El Sur se transformó en una gran reserva de energía a la cual siempre apuntó el movimiento obrero, ya que podía ser un horno extraordinario. Y en este Sur desarrollado negativamente se encuentra también un subdesarrollo positivo, puesto que estaban todavía todas las estructuras de tipo épico, podríamos decir, que nos fascinaban también desde el punto de vista del espectáculo; habían sobrevivido esas estructuras que hacen que los hombres se relacionen fuera de todo sistema industrializado. Este Sur fue para nosotros, como para toda la cultura de izquierda italiana, el “*Moby Dick*” de nuestra cultura, esa ballena blanca que debes ir a buscar al fondo del océano porque en realidad es una gran utopía.

—En películas como *San Miguel tenía un gallo* y especialmente *Bajo el signo de Escorpio* se nota una especie de ruptura con el lenguaje cinematográfico que venían utilizando, se apela más a la metáfora y a una retórica más críptica...

VITTORIO T.: —El film anterior a *Bajo el signo de Escorpio* fue *Los subversivos*. Mientras seguíamos subversivos por toda Italia, nos encontramos con una realidad en movimiento. Era en el 65 o 66 y había una especie de necesidad por encontrar algo nuevo, distinto, una necesidad que igualaba al muchacho de los Alpes con el de Sicilia. Entonces volvimos a Roma y dijimos: “aquí está naciendo algo nuevo”, pero no sabíamos de qué se trataba. De allí nace *Bajo el signo de Escorpio*, no solo de la necesidad de encontrar algo nuevo en el plano sentimental, podríamos decir, sino también en el ideológico y el estético. La necesidad de romper con todas las reglas que hacían pasivo a un público como el nuestro, acostumbrado al mal cine, a la mala televisión, o sea, a vivir acríticamente el espectáculo. De esta ruptura violenta, de esta agresión al público a través del estilo, de allí nace el montaje tan desagradable de *Bajo el signo*... Nos propusimos una continua provocación al público invitándolo a llenar los vacíos que la película tenía, porque el público en ese momento participaba, creaba su propia película. Mientras estábamos en esto, explotan los sucesos del 68. Al recordar el filme, nos parece que si el 68 verdaderamente dio algo a luz en el cine, esto fue *Bajo el signo*... por lo menos en lo que hace a sus características externas. El 68 fue un gran paso adelante: la línea roja del mundo se movió, aunque probablemente se movió demasiado a nivel superestructural sin llegar a tocar las estructuras fundamentales de la sociedad. Para nosotros significó haber roto con muchos esquemas mentales que teníamos incorporados y probar hasta dónde nuestro método cinematográfico podía llegar realmente. Posteriormente, más serenos, más tranquilos, resolvemos tomar los mismos temas y relatarlos a través de la fábula. Así nace *Padre Padrone*. Italia y la escolarización... Italia era un país

con altos índices de analfabetismo y con la escolarización, bien o mal, llega la televisión. La televisión, ese medio tan odiado por la izquierda, pero que nosotros entendimos como un gran paso, porque creó la posibilidad de tener una imagen colectiva común y un lenguaje que habla a todos por igual, habla igual al autor y al público. Estos elementos nos hicieron sentir que en ese momento podíamos reencontrar la forma de aquel relato fabulado que había en el pasado, cuando una comunidad se sentaba alrededor de un fuego por la noche y se contaban historias. De aquí nacen *Padre Padrone* y *La noche de San Lorenzo*.

—Se ha dicho que *Padre Padrone* es un filme antropológico...

VITTORIO T.: —Como definición me parece muy limitada. Ahora bien, el cine posee este instrumento por el cual es posible hacer estudios antropológicos casi automáticamente. Se afrontan ciertos mundos, como el pastoral, por ejemplo, pero ello no quiere decir que el resultado sea una “película pastoral”. La idea que yo sugerí era esta: cuando leímos de un joven pastor que hasta los 20 años estuvo aislado en medio de las montañas, analfabeto, y luego al hacer el servicio militar se puso a estudiar, descubrió la cultura, se licenció en glotología, la cosa nos impresionó mucho. ¿Por qué? Porque este hombre que había crecido rodeado por el más absoluto silencio, en el momento de elegir la materia de estudio a la que dedicará su vida, elige la ciencia de la palabra, la ciencia de la comunicación. Era un fenómeno singular, clarísimo en sus significados. Esto fue lo que nos fascinó: el pasaje del silencio a la comunicación. Nuestra película, dijimos, será una película glotológica, construida en base al sonido y al silencio, puesto que la elección de este hombre es similar a la nuestra, ya que también elegimos una profesión ligada a la comunicación. Sentimos que la película era más autobiográfica que otras que habíamos hecho, indirectamente, a través de la historia de un pastor. En la película la columna sonora es un personaje tan importante como el resto. Si tienes presente el movimiento del filme, recordarás que muchas secuencias están construidas sobre el sonido o la ausencia de sonido. El elemento antropológico esté probablemente en el interior de todo esto.

—Sin embargo, ¿podría decirse que la película más autobiográfica de ustedes es *La noche de San Lorenzo*?

PAOLO T.: —Sí, sí... Todas son autobiográficas y no lo son nunca, porque un autor va expresando eso que nosotros llamamos sus pesadillas nocturnas, o sea, las preguntas más angustiosas que te haces en la vida, ¿no?; que son tuyas, existenciales, pero, ¿en qué medida no son también de los demás? Nosotros hacemos una película y siempre hay un capítulo de nuestra vida. En el plano más literal, es verdad, *La noche de San Lorenzo* es la que narra la historia que vivimos en primera persona. Nuestra primera dirección, en el 54, cuando por fin pudimos dirigir un cortometraje que se llamó *San Miniato, julio del 44*, era un encuentro con un sobreviviente de esa historia. Cuando llegamos a hacer *La noche*... sabíamos que partíamos de nuestra materia autobiográfica, pero desde hacía mucho

tiempo nos decían: “Hagan una película sobre aquellos años”, y nosotros decíamos que no, porque por un lado nos sentíamos demasiado cerca de todos los furores del momento autobiográfico, y por otro, no nos interesaba hacer una película histórica. Después de treinta años, comprendimos que nuestra biografía, sobre todo en ese período, se había transformado en otra cosa. ¿Qué sucedió?, que en la película no narramos lo que nos pasó a nosotros, ni siquiera lo que le sucedió a la colectividad toscana que enfrentó con grandeza los verdaderos problemas de la vida y la lucha. No, nosotros hemos narrado nuestra historia, esta historia colectiva, de acuerdo a como se transformó en nuestra memoria, en nuestra conciencia y en la de los demás. De modo que no es una película realista desde el punto de vista narrativo, no es cronológica y ni siquiera es histórica: es un mito, una fábula, son gestos, algo que una comunidad cuenta como un modo de conocimiento mutuo, pero transformado en algo que no pertenece a la crónica sino al mito, a la fábula infantil (de ahí el montaje de la película, como si fuesen las páginas de un libro). Ahora bien, pensamos que la autobiografía es importante para un autor porque le da toda una riqueza, pero al mismo tiempo es muy peligrosa porque casi siempre lleva al autor a la nostalgia, a la añoranza, cosas nocivas, absolutamente mortales para el arte. Nosotros hemos contado nuestra historia, pero cambiándonos el sexo, la edad, y por sobre todo, hemos mezclado nuestra propia historia con la de otros que conocimos en primera persona, que nos contaron.

—Esta pregunta no es demasiado original: ¿cómo trabajan juntos?

VITTORIO T.: —Tenemos una serie de respuestas; podríamos decir que somos dos medias neurosis que se complementan y formamos una sola. Digamos también que tal vez la astrología lo explica con Escorpio en Virgo, son dos signos complementarios; digamos que el cine comenzó con dos hermanos, los hermanos Lumière, por lo tanto, no hay nada de qué maravillarse. No, pero es un gran misterio para nosotros mismos, un misterio que controlamos con atención, hacemos una vida muy en común, compartimos todo salvo nuestras esposas. Todas las mañanas sacamos a pasear a nuestros perros por los parques de Roma y allí hablamos de todo lo que sucede a nuestro alrededor y dentro nuestro también. Luego dices: “mira, tal vez esta historia de algún modo responde”, y entonces trabajamos juntos en un guión, unas cien páginas que nos llevan casi un mes. Sobre ese boceto podemos llegar a visualizar si esa puede ser *nuestra* película, porque la película es siempre un acto de gran responsabilidad no solo frente a uno mismo sino también ante los demás. No puedes obligar a la gente a perder dos horas de su vida para ver algo que no tiene sentido. Más que escribir un texto literario, escribimos como si viésemos la película; nuestro procedimiento no es hacer primero una versión literaria de la narración, sino que decimos “aquí *hay* un primer plano que grita, luego un sonoro” y así seguimos adelante. Tratamos de llegar a la filmación con todo preciso, pero la elaboración,

los lugares de rodaje, los actores que elegimos... nos modifican. También nos modifica, por ejemplo, que una vez que has rodado en los primeros diez días, ya cambia lo que todavía queda por rodar. Entonces nos dejamos atravesar por esas modificaciones, nos levantamos antes que el resto de la troupe, y de nuevo confabulamos. En el set, no dirigimos una secuencia cada uno porque cada secuencia tiene su alma, tiene su propia respiración y debe ser uno solo el que la hace. Rodamos un cuadro cada uno, matemáticamente. Ahora bien, hay cuadros más interesantes y menos interesantes, entonces, ¿quién los hace? En ese caso aplicamos las matemáticas, primero uno, después el otro y cuando uno rueda el otro calla. Cuando hicimos *Allosanfan* Mastroianni andaba bastante preocupado con nosotros, nos habíamos reprochado ciertas cosas. Al terminar la filmación le preguntaron: “¿Es difícil rodar con dos?”, y él respondió: “Por qué? ¿Son dos? No me había dado cuenta”.

—Por último, ¿qué es el cine?

VITTORIO T.: —Te devuelvo la pregunta y te digo ¿qué es la vida? ■

FILMOGRAFÍA

1954 — *San Miniato, julio del 44*, junto a Valentino Orsini.

1960 — *L'Italia non è un paese povero*, junto a Joris Ivens.

1961 — *Un uomo da bruciare*.

1963 — *I fluorilegge del matrimonio**

1967 — *I soversibbi*.

1968 — *Sotto il segno dello scorpione*.

1971 — *San Michele aveva un gallo*.

1973 — *Allosanfan*

1976 — *Padre Padrone**

1979 — *Il Prato*

1982 — *La notte di San Lorenzo**

1984 — *Kaos**

* Exhibidas comercialmente en Argentina.

LA POÉTICA DE FITO

Entrevista a Fito Páez por Horacio González

Una conversación con Fito Páez jugando con la filosofía y saltando alegremente de un tema a otro: el amor, el cosmos, el instinto, la moral, el arte y la política. Religiosamente, fue omitido el rock.

—Bueno, Fito...

—¡El grabador nos mira! Es una cámara irresponsable que te mira...

—Tengo un título para la entrevista: “La poética de Fito”. ¿Te gusta?

—¡Usted manda!

—No, no me atribuyas poderes...

—Es que es un título muy presuntuoso.

—Bueno, pero está bien que protestes. Eso no es nada nuevo para vos.

—Tenés razón: será mi deber protestar.

—Y bien, veamos esas palabras-talismán que empleás en tus últimos trabajos, como *Instantáneas*.

—¿“Palabras-talismán”? ¿De dónde sacaste eso?

—Pensaba en aquella idea de palabras-valija de Lewis Carrol. Vos usás palabras que tienen sonidos internos, una onomatopeya que acaba siendo su verdadero sentido...

—¡Ah!, es como si la palabra se convirtiera, ella misma, en la acción que debería describir.

—Sí, en tu poesía pasa algo muy terrible, pues la palabra ya no dice más nada. Pero se convierte en el amuleto que podría despertar acciones. Y esas acciones son su sentido...

—No sé. A lo mejor te desilusiono. Lo primero que me acuerdo, con *Instantáneas*, es que me gustó como sonaba. *Instantáneas*. Me gustó como sonaba *Instán*. Me vino a la cabeza ese tema de Lennon, *Instán-Karma*. Ahí se transformó en *Instán-táneas*... de la calle. Y eso desarrolló todo el tema. Me pasó lo mismo con *Folis Verghet*. No sé como apareció la palabra. Pero no tenía nada que ver con el boliche de París.

—Pero al mismo tiempo ese boliche existe como una referencia que luego vas a deformar. Vos no te privás de esas referencias, que no sé si están ausentes en

el origen de tu inspiración. Incluso, toda referencia parece que la tratás con una mezcla de asco y lirismo.

—No, no. Lo usé apenas como un sonido. Y después Fabiana me dijo que era un boliche. La referencia apareció después...

—Claro, al decir “boliche” parecería que ni sabés lo que es el Folies Bergere de París.

—Es verdad. Primero se me apareció el sonido. Porque en esa época yo ya estaba preocupándome por otras cosas en las letras. Elegía la musicalidad de las palabras para escapar al sentido. Eso es lo que me agobia, cada vez que hago algo.

—Pero al mismo tiempo, habrá luego un sentido que se reconozca. La realidad no desaparece, *Folis Verghet* te lleva a una casa de bailes, solo que transfigurada.

—Perfecto, pero mi tarea interna era la de buscar solo que suene. Quería buscar el sonido interno de las palabras, que es la cosa más jodida que tiene la literatura. Que la palabra suene. Que fluya...

—Vos sabés que eso es un metejón inútil, porque eso justifica la poesía, pero eso es también un hermoso ideal inhallable.

—Pero yo no te estoy diciendo esto como si fuese una búsqueda romántica. Es una posibilidad más para mí. Simplemente, en letras anteriores mías no lo notaba mucho y ahora sí. Si querés, como esa búsqueda inútil. Tanto *Folis Verghet* e *Instan-táneas* son palabras abiertas, donde el que las escribe se copa con la forma en que resuenan en su oído interior. ¿Borges no era medio así?

—No.

—¿Cómo no?

—No, esta parte te la borro, para no hacerte meter la pata. Una vez Borges leyó frente al espejo de su casa el “Hombre de la esquina rosada”, para ver el flujo de palabras, al entrelazarse, daban el habla de un compadrito argentino. Pero el espejo hacía todo absurdo.

—Claro, era él.

—No sé. Eso es una interpretación tuya. Pasemos al tema de la ciudad. En el tema de los “boliches” de París te defendiste bastante bien, ¿no? Veamos ahora. Cuando describís una ciudad, no solo cuando declararás “puta” a una ciudad, como Rosario, hay una idea de que hay horror en las ciudades. Pero en vos, el horror acaba siempre en algo piadoso.

—Sí, como si condujera a una moral.

—Pero vos describís el horror y la piedad, y no elegís ninguna cosa. Me parece bien.

—El horror en la ciudad creo que lo saco de mi formación. Me crié en un ambiente de órdenes, de guetos, de catecismos, escuelas, familias. Era un monje en

la abadía. Cumplir horarios y las pelotas. Llegó un punto en que, por lo menos yo, quise romper eso. Llegás al tope de las negaciones y te podés encontrar con el horror y también con una hipermoral todo será horroroso, pero de ese horror tendrás piedad. Yo lo veo como algo que viene de mi formación. Para decírtelo más claramente. En la base de esto hay un sentimiento de estar hinchado las bolas de ser quien soy, de haber provocado lo que soy, en una ciudad, con los códigos de esa ciudad. Me hubiera gustado haber nacido en otro lado, aunque odio la palabra “hubiera”. Yo si voy por la calle y me veo en un póster me suicido. Nacer en una ciudad es tener que romper cosas todo el tiempo, en una lucha constante. Pero lucha el que aviva, el que pira. Te digo algo ingenuo, pero para acercarte a la piedra filosofal tenés que ir rompiendo las cosas que te enseñan. Enseñar es tortuoso, la escuela es tortuosa.

—Bueno, me parece que ante eso, vos das dos soluciones. Una sería hacer otra ciudad. Es el sentimiento de “salir de aquí”. Una ciudad sin mandos y sin eso que decís en tus shows, “sin policías, sin televisión y sin píldoras”. Eso es muy fuerte. Ahí reunís todos los poderes, el orden, la imagen y la alucinación. Pero hay otra solución, que consistiría en una solución de amor, aquí y ahora. “Ya que estamos aquí, medio condenados, por qué no intentar el amor”. ¿No es eso?

—Pero yo te podría poner otras opciones, a charlar. Una salida colectiva, o individual. Y dentro de la salida individual, ahí sí, la destructiva o la amatoria.

—¿Ambas son valiosas para vos?

—Ambas valederas en distintos momentos. Yo creo que la salida, colectiva, en este momento, es —para emplear esa palabra— una utopía. No puedo ir a pelear en términos colectivos. Lo veo quijotesco.

—Pero toda tu estampa es quijotesca. El otro día, en el recital de Rosario Central, me hiciste presentir...

—¿... que se podía?

—Bueno, que era posible un cierto quijotismo pero por la vía dadaísta. Que se podía reiniciar un movimiento poético en la Argentina sobre la base del surrealismo, que, hasta lo que consigo ver, es tu filiación poética, en un país sin grandes manifestaciones surrealistas.

—¿Eso te parece?

—Sí, no te me pongas nervioso. Digo el dadaísmo en la medida que es antesala del surrealismo. Mezclar todo, quebrar palabras, palabras sustituidas por gestos, pensar que la palabra no sirve, como decía Fabiana hace un ratito. “Para qué hablar tanto...”.

—Ah, y después terminás hablando para decir precisamente eso. Aparte que ella habla mucho...

—... pero todo eso simbolizado en el momento en que te subías arriba del piano, como si no alcanzara con tocarlo.

—Mirá, yo no lo veo así, y si fuera exacto te debería decir que no tengo el sentimiento ese. Pero te lo acepto, porque como tantas otras cosas, hasta eso podría ser real. Pero en lo fundamental estoy por una salida..., no, ni siquiera salida, estoy pensando que quise ser esa especie de quijotesco provocador y eso no dio resultado. Claro que no hacía eso en nombre de ninguna moral. Ahora me queda ese juego con la provocación, como eso de subirme al piano....

—Justamente eso, para provocar las palabras no alcanzan y hay que sumar gestos que distorsionaban el uso habitual de los objetos. Por ejemplo, tener al mismo tiempo amor y desprecio por un objeto. Y darse cuenta de que para poder hacer eso con ese objeto, el piano, en este caso, hay que sacarlo de su lugar y tocar las cosas, a través de la acción. Que puede hasta romperlo.

—Yo lo diría así: creo en la binorma. En el Pal-N y en el NTSC. Y eso nos lleva a la cuestión de la violencia. Mi música tiene que tener esa violencia. Y para mostrar esa violencia no tengo que enarbolar nada. Me dirijo al tema de la violencia sin verdades. La violencia está y se muestra, y yo tengo que mostrarla. Cuando mostrás algo, estás apenas en el plano del instinto. Yo definiendo el instinto, lo instintivo. El instinto como electricidad, como vértebra, y esto, sea bueno o malo, lindo o feo, es lo único que te hace percibir que estás vivo. Eso se relaciona con el sentimiento de amor. Si el cuerpo es un desarrollo de la materia, tenemos que preguntarnos cómo una molécula de hidrógeno puede ser la base de un sentimiento como el amor. Es lo mismo que preguntarse cómo dar una moral al universo.

—¿El amor sería entonces una incorporación, un agregado maldito al cuerpo, un coronamiento de los instintos?

—Mirá, el amor surge en la conciencia del hombre como un sentimiento postespanto. El espanto es la primera visión. Eso lleva a la fraternidad y al amor, es decir, a la madre. La violencia en el universo lleva al sentimiento de protección. Y eso es aún instintivo. ¿Aquí puedo citar a Borges?

—Todos lo hacen.

—Sí, pero yo quiero decir lo más obvio: es espanto como algo previo al amor pero indisolublemente ligado a él.

—¿El espanto es un sentimiento de estar solo y desprotegido, o de estar en ambientes colectivos?

—En el amor, en cualquier caso, hay una refutación de la idea moral y no su culminación...

—¿Pero no habría en eso previo al amor una fuerza, una voluntad? Te creía menos nietzscheano, Fito.

—¡Ah! Era eso... No, no. Para mí el amor no corresponde ni a una moral ni a una voluntad, simplemente es como estar sometido a las consecuencias del espanto. Pero el espanto es una punta del ovillo, no una virtud ni una moralidad.

—Pero ya que tu cadena filosófica, digamos así, es el horror, el espanto, el amor, el instinto, todo lo cual es muy clásico: ¿en qué momentos nos podríamos dar cuenta de que después de atravesar un infierno, el amor es bastante reparador? Si sabés que el infierno existe, después de atravesarlo, ¿no te animarías a defender una moral? La que sea, loco, como dirías vos.

—Ya te dije que se me hace difícil defender una moral.

—Pero yo no digo morales descerebradas o aniquiladoras. Morales de pequeños grupos, por ejemplo, propias de momentos fugaces.

—No consigo verlo, como no sea en prácticas amatorias muy individuales.

—Sin embargo, pongamos por caso los lugares donde te presentás. Hay un colectivo que luego se disuelve. ¿Mientras existe, es respetable en ese momento de unción? Por lo menos mientras no se desprenda nadie del grupo para pedirte un autógrafo...

—Ahí está. Hay muchas cosas en juego allí. Yo sería una especie de lengua o de costado de eso que pasa y a la vez aporro para que eso se genere. Descontemos que allí esté tallando mi narcisismo. Aun así, debo atribuirle a eso un sentido personal. No debo preguntarme si eso “sirve para la nueva cultura argentina”. Me daría miedo por lo presuntuoso. Así que prefiero decir “que me tocó estar arriba”.

—Pero esto último que decís, que parece lo menos presuntuoso posible, ¿no encubre una idea de designio, o por lo menos no encubre los esfuerzos efectivos para “estar arriba” con un arte?

—Sí, también. Yo genero cosas para que eso suceda, pero prefiero pensar que esas cosas, no siendo colectivas, tampoco son propias de un destino. Simplemente, quiero decir que no veo en esto ningún sentido específico. No lo hago para que con eso “pase algo”, sino por gusto. Después de una bola de mierda que viví, me dije: “estoy aquí y estoy sintiéndome bien”. Como decía Genet, yo conozco mi verdad, pero por más que quiera nunca saldrá en una charla.

—Borges les decía a los periodistas franceses: “ustedes me tomaron muy en serio”.

—¡Exactamente eso! Aparte de sentirme un provocador, yo preciso bajarme del podio, desmitificarme constantemente. Ya te dije que no creo en el sentido moral de las cosas, y es como decir que no creo en lo colectivo, porque no hay nada más moral que lo colectivo. Ahí está la cosa. Lo colectivo es una pobre ilusión moral.

—Hay una idea del artista argentino frente al público, que es algo así como el que sustituye al político. Vos sos todo lo contrario.

—Es bueno que ya te hayas dado cuenta.

—El artista o el político argentino no debe encontrar en las masas el espejo de su eficacia. Eso sería el realismo. Pero vos, Fito, no sos un artista de ninguna clase de realismo.

—No hay nada más realista que un mesías. Yo no soy eso.

—Bueno, pero al no tener vos esa idea, al mismo tiempo que tus posibilidades de creación pierden ciertos límites, también te verás enfrentado a mayores penurias.

—Hay varias cosas allí. Yo desconfío cuando hay tanta gente que gusta de lo que yo hago. No hay nada que me rompa las bolas más profundamente que los autógrafos, ya que vos lo mencionaste. No podés tomar un helado tranquilo.

—Así que cuando de esa masa humana acogedora que te escucha se desprenden emisarios con un lápiz y un papelito, vos te intranquilizás.

—Sí, ahí, lo que te dio placer también te lo quita.

—¿No te parece que deberías reconciliarte con el autógrafo? Es la marca íntima que quiere llevar una persona, pero es una marca inocente.

—Para reconciliarme debería hacerle muchas exigencias a mi humor. Aquí, por ejemplo, estamos conversando y tirándonos cables. Es lo contrario del autógrafo. Vos decís que es inocente, pero me parece un desarrollo de histeria, sin comunicación. No quiero dejar signado a nadie, si eso implica que alguien se vaya pensando que soy algo así como el mesías de las pelotas. No quiero mitos.

—Pero tu pensamiento está próximo al pensamiento mítico. Está bien que no quieras colaborar con la idea falsa que cualquiera tenga de vos, pero no me parece bien que desconozcas lo que hay en tu trabajo de resonancias míticas. Me refiero a tu trabajo poético, que busca simular sonidos y representar el desconocido origen del amor. Esa simulación es una lírica esencialmente mitológica.

—Pero eso no deja de hincharme las pelotas. Todo eso me abruma. Hay momentos en que preferiría no hacer música. Para mí, el conocimiento del mundo te lleva a la marginalidad, y a la vez esa marginalidad te permitirá tener contacto con el otro. No creo que deba llamar mitología a eso, en sentido positivo.

—Está bien, pero ahí planteás un círculo mágico, encantado.

—Lo decís vos. Uno se margina porque conoce el mundo. Esa idea del mundo hace que te margines, y esa marginalidad te atrae también para el conocimiento. Un reciclaje. No un embanderamiento que me impida ser como soy, que me saque de sincro. Busco ese sincro en la marginalidad, porque sin esa ambigüedad no podría vivir.

—¿Y te afligís por eso? Vos dijiste que los secretos se revelan sin saber por qué. Hay revelación pero de manera casual. Más que ambigüedad hay casualidades.

—Eso es re-religioso.

—Sí, pero una religión que te traiciona cuando se consuma.

—A mí no me saldría decirlo mejor. Eso es superromántico, loco. Eso es erótico, es una definición de lo erótico.

—¿Pero lo erótico no significa un mundo sin moral!

—¿Y?

—Es que hasta el momento no habíamos tocado la cuestión, y te quiero poner frente a tu incredulidad de la regla moral y a un mundo erotizado que implica cierta heroicidad, cierta ética.

—No. Para mí lo erótico es como un mar que te da y no te da. De ahí no saco una ética.

—Y en eso colectivo que te asombraba, ¿habría algo erótico?

—Menos mal que te dije que yo vivo de muchas ambigüedades. Porque no te voy a dar una respuesta directa. Creo que en lo colectivo es muy difícil encontrar lo erótico. Lo erótico es una memoria personal. Y yo veo lo colectivo como un bloque pétreo. Esa es la imagen que tengo en la cabeza. Aunque lo que te digo echa por tierra tantas interpretaciones que se hacen sobre los movimientos masivos, que tendrían una relación erótica con sus dirigentes. Pero eso no me interesa.

—¿Y el erotismo como experiencia cercana al final, como alusión a la muerte? ¿Eso te interesa?

—Supongo que ya es tarde para protestar por esta entrevista, ¿no?

—Bueno, contestaré apenas por cortesía. Simplemente me pareció que cuando dijiste que al salir del espectáculo te ganaba un sentimiento de desilusión frente al autógrafo, eso sería como lo erótico interferido por un orgasmo mortífero en forma de autógrafo, de escritura comprimida.

—Ahí me tocaría a mí defender al que te pide autógrafos. Pero, en fin, uno habla exagerando. Para mí, los momentos cuya plenitud igualo, podrían ser el orgasmo, una experiencia mística o estar tocando en el escenario. Son flashes que no quieres que se agoten. Me divierto más en el escenario que en un taxi, claro. “All that jazz”...

—¿All that jazz?

—Sí, la idea de que en el palco se vive y se muere. Lo que te gusta, te aniquila. Es esa frase... “Show’s time fox”. ¿Es el tiempo del show, zorro! Bueno, yo creo en eso. El erotismo pasa por allí. Mi vida es eso. En mi último tema, “Bailando” digo que toco para pasar la vida como un suicida. No sé por qué carajo, pero yo funciono así. Así ando. ¡All that jazz! Defiendo esa idea. El erotismo como forma de diversión. Como espectáculo, pero no como vida colectiva... Es sutil.

—Necesariamente. Así que, recapitulando, la idea de instinto te llevó a lo que llamaríamos simulación, la simulación al espectáculo, el espectáculo al erotismo, que vendría a ser lo contrario del instinto, porque el instinto, al final, no simula, sino que obliga.

—Yo hago esa cadena, pero no con el erotismo como final o como remate, pues te diría hasta que el erotismo provoca el instinto. En mí, funciona así. Esa es la

idea que tengo de la vida. Lo erótico es una energía primera, la primera parte de la ópera. Lo completamos con el instinto.

—¿Y nada se pierde después? Porque vos sos un poeta de lo que se pierde, de lo que se ve una vez y se desvanece.

—Claro, el instinto no significa eternidad sino fugacidad. Hay instantes. Instantos, instantes...

—¿Cómo fue tu encuentro con Caetano Veloso cuando grabaron *Corazón Clandestino*? Para vos y para él, la poesía es la tensión de un instante que quiere ser registrado a cualquier precio, incluso el de superar la integridad del idioma.

—Sí, yo tengo ese respeto por el instante. La poesía es la constitución del instante.

—Las mejores palabras serían ellas mismas “flashes”...

—Hay un álgebra del instante en las palabras, que lleva al erotismo. Es un círculo... a través de lugares que no corresponden a ningún lugar sino que tienen que ver con todo. Me inscribo en esos intersticios... ¿Se dice así, no?

—Es una forma de decirlo y todo eso en la Argentina, una suerte de país de la política.

—Bueno, yo no creo en la militancia o en la institución izquierda. No creo porque hay un ovillo, un hilo, que comienza en el militante y termina en Cafiero. En un país dicotómico, radical y peronista, parece que solo desde allí se puede modificar algo, pero todo te dice que desde allí no se modifica nada. Nada, pero nada de nada. No me enrolaría en esos partidos ni en la izquierda. Solo que hablo de ellos porque es donde potencialmente podría estar. Yo con ellos discuto, pues con la derecha ni siquiera discuto. Públicamente descreo de la política, aunque no culpo a los militantes. Pero la política tiene bajo astral. Es gente que está en una mano rara, donde no hay resultados como en el arte. El arte es un flujo real, sin parecerlo. La ficción más volada tiene más que ver con la realidad que un discurso político, que no tiene swing.

—En aquella novela *El largo adiós* se dice que a todo se le puede decir adiós, menos a la policía. Eso lo pensé en Rosario Central, cuando te vi despotricando contra “los poderes”. Siempre van a estar allí, como los políticos. ¿No te parece?

—Es un astral rarísimo. Tenés razón, no hay arreglo, pero por lo menos se puede decir que no hay arreglo. Ese es mi lado nietzscheano.

—¿Sería que no hay arreglo tampoco entre arte y política? Todo el marxismo puede interpretarse como un intento de llegar a ese arreglo. Marx quiso arreglar con Shakespeare...

—Yo siempre comparo la conciencia con el universo. No la separo porque la conciencia es un desarrollo de moléculas. Nada hay de especial en nada, por lo cual haya que darle un sentido al arte o a la política, mucho menos a ambos enlazados. Se quiere forzar algo que no va. Se tala el Amazonas, consiguen madera, pero

también una catástrofe ecológica. La política y el arte no enganchan. Politizás el arte y es como talar un bosque.

—Sin embargo, a vos no te son indiferentes los ecos del surrealismo y allí tenés una tradición que muchas veces intentó ese pacto. Sin ir más lejos, André Bretón...

—Fueron ficciones de ellos. Estaban mal volados. Esos intentos terminaron en fracasos.

—Pero en el “realismo mágico” a la cubana parece haber un intento exitoso.

—Por lo menos en la música eso deja bastante que desear. Bastante mucho que desear. Hay buena técnica pero no se habla muy bien con esos elementos. Respeto a los trovadores cubanos, algunos temas son buenos, pero hay mucha cuca y poco erotismo.

—“Que me perdonen los muertos de mi felicidad”, dice Silvio Rodríguez. Esa idea desarrollada al máximo quizás alcanzaría para desmentirte. Parece una apología hedónica que niega el carácter colectivo de las cosas.

—No, yo creo que allí hay una cosa muy culposa. En esa frase yo veo una híper moral. Que me perdonen los muertos de mi felicidad es como decir, en realidad, que hay que pedir permiso para ser feliz. Es demasiado obvio. Silvio me parece un tipo divino, es un tipo híper, tomamos un par de rones juntos, pero en Cuba se está aclarando y explicando todo demasiado. Cuestión de gustos. A mí me gusta Prince. Sin embargo, a Silvio y a Pablo los respeto. Es otra historia. Otro mambo, precisamente. Están definiendo la revolución, pero mis referencias están por otro lado. Menos tipos con anteojitos y barbitas...

—¡Epa! Yo no uso esas cosas pero estoy aquí fumando mi pipa. No me quedaré tranquilo hasta saber que no estás descerrajando un prejuicio antiintelectual...

—¡Pero no! Las mejores cosas las recibí de amigos míos que podríamos llamar intelectuales. Tranquilízate. No quise decir eso. Admiro a Segba...

—Segba... ¿Qué es eso?

—Los grandes Segbas; Marx, Nietzsche, Freud. Las usinas eléctricas del pensamiento.

—¡Ah! Marx, los Servicios Eléctricos de Gran Bretaña y Alemania... Ya estoy más tranquilo. Más “tranqui”, como decís vos.

—No te tenías por qué asustar. Pero claro, estamos en la Argentina...

—El país donde pensamos la revolución y nos quedamos sin ella.

—Claro, el país de la desesperanza, de la desilusión, del bajón...

—Ya estás haciendo un análisis político. Hasta el más tradicional.

—Y sí, ¿por qué no? A eso no me niego.

—Es por eso que los militantes, en vez de pedirte autógrafos, te ofrecen fichas de afiliación. No te quejés.

—Bueno, pero yo siempre les digo que son ingenuos. El poder está tan montado sobre la gente, que no se puede actuar sin saber cómo es ese poder.

—**Es tu lado foucaultiano.**

—Sí, sí. Fuera de broma, Foucault te introduce al mundo moderno. Es como una introducción a la mente contemporánea. Lo que él dice lo palpás en todos lados. El panóptico, la vigilancia. Un tipo que milita en la izquierda y no leyó a Foucault está pecando de ingenuo.

—**¿Lo pondrías a Foucault entre los Segbas?**

—Claro. Es el último gran Segba. *Vigilar y castigar* es fundamental. Te ilumina todo. Está en la línea de los grandes Segbas, la línea de Marx...

—**Pero sospecho que no lo aceptás totalmente.**

—No. Pero como me decía Rozitchner, un amigo mío...

—**¿León Rozitchner?**

—No, el “Nono”, su hijo. El que me enseñó a leer muchas cosas de la filosofía.

—**¡Ah! Por un momento pensé en el padre. Todo esto sale, ¿eh?**

—Sí, mató. Al “Nono” le va a gustar mucho. El loco me decía que veía a Marx como un tipo enojado golpeando contra una mesa. Yo también veo eso. Incorpora la dignidad. Es como decir, “bueno loco, córtela, repartan la torta y déjense de hinchar las pelotas”. Pero la gran mente para mí no es Marx sino Freud. Freud se metió donde no se metió nadie. Freud tiene un toco que ver con el otro cabezón, con Nietzsche. Con la diferencia de que el psicoanálisis propone una salida en la supuesta felicidad y a Nietzsche le chupa un huevo. Él va a buscar en todo lo que la moral cristiana dejó sepultado, oculto, ignorado. La Argentina es un panóptico. Bueno, uno habla del país que conoce. En todos lados es igual. La cana está tan incorporada a nuestro ser, que yo mismo me sorprendo de tener ataques de orden. Y hay que replantearse muchas cosas. Hace dos años yo le decía a Fabiana que el peronismo era el camino de la revolución.

—**Ah, ¿eso vos lo dijiste alguna vez?**

—Sí, yo se lo dije a Fabi hace dos o tres años. Y le dije “si vos no pensás así sos una hija de puta reaccionaria”. Le dije “gorilona, oligarca”, cualquier cosa. Y ella me miraba como si yo fuera un tarado. Y la de ella era la visión más real del asunto. Era como si me dijese: “Bueno, hablá, hablá al pedo”. Ahora, por experiencia personal, me replanteo todo eso. Porque todo eso podía ser una simulación, como ese rollo del tipo que dice “bueno, seamos solidarios”.

—**Pero parece que la simulación te hiere pero al mismo tiempo te es indispensable.**

—No. Más que indispensable, la simulación es parte del universo. El humano no hace más que representar. Los animales representan. Las plantas también representan. ¿Cómo se relaciona la madre jirafa con su hijo y un hombre con su hijo? Ya hay simulación allí.

—Bueno, son deberes y los deberes siempre se representan. En ese sentido la simulación es una forma de conocimiento y una forma de convivencia.

—Sí, pero en lo ideológico veo lo mismo. La misma simulación. La violencia y las ideologías se simulan mutuamente. Ante muchos discursos ideológicos pienso en Sade. ¿Viste como la mata a Justine? ¡Qué hijo de puta! O sea, una mente tremenda. Sade quiere representar el espanto que genera la vida. El sadismo se da cuando el loco para y deja de torturar. En el intervalo hay sadismo. El sadismo es tortura imaginaria. Y así, la simulación es una puesta en escena y luego una búsqueda, un salvataje.

—Pero una búsqueda terrible, inútil. Es buscar que la simulación acabe sin que acabe el conocimiento; Marx decía que si la esencia de las cosas coincidiese con la apariencia, él se quedaría sin trabajo. Allí comienza el trabajo de Marx; también el del arte...

—Solo que no hay que desmitificar todo el tiempo. El desmitificador inventa otra mistificación. ¿En qué podés confiar? Yo creo más en el tipo inseguro que en el seguro. El inseguro, sin proponerse desmitificar, desmitifica más. Pero yo en vez de desmitificar, llamaría a eso romance. Se puede desmitificar siempre que eso te lleve al romance. El angustiado intenta desmitificar, pero desmitificar te lleva a otra angustia. Volvemos al círculo.

—Volvemos a Nietzsche, volvemos a Segba.

—No, volvemos a Chernobyl.

—Claro, Chernobyl es un mundo con problemas nietzscheanos pero donde ya no está Nietzsche.

—En realidad, los problemas siempre fueron nietzscheanos. Apareció Nietzsche, los planteó y se fue.

—Como en esta charla el presuntuoso soy yo, voy a recordar una frase de Deleuze, un autor que ya te escuché citar no me acuerdo a propósito de qué. Deleuze decía que le llamaba la atención el hecho de que los jóvenes músicos de hoy se sienten ligados a Nietzsche en lo que hacen, pero sin hacer música “nietzscheana”...

—Todo eso es medio raro. Esa sería una actitud aun más filosófica.

—Me parece. Que te guste Prince y no Wagner, supongo, revela que se toma a Nietzsche como espectáculo y no como receta estética. Es de esa forma, al menos, que en la Argentina la filosofía más viva la podés encontrar en los movimientos juveniles ligados a la música...

—Lo sigo considerando raro, impresionante.

—Pero está en tu trabajo, en tu música, en tu poesía, en tu “filosofía salvaje”.

—Otro rótulo que corre por tu cuenta. Solo digo que a mí la filosofía me apasiona. Cuando comencé a leer a Nietzsche creía que lo entendía. Pero cuando lo comencé a leer con Nono, el loco me decía, “pará, pará en esta palabrita, que

cambia todo el sentido”. Hay que saber leer. Hay que saber cuando las cosas pueden encontrarse en algún lugar relámpago del universo.

—Hablando de eso, no me respondiste cómo fue tu encuentro con Caetano Veloso.

—Rápido, con humor y pocas palabras. Fue muy lindo. Con él se queman los casetes. Es una cabeza, un lápiz.

—Bueno Fito, estoy mirando el casete de este grabador que nos mira, y lo noto bastante recalentado. Te tengo reservada una pregunta final, realmente sorprendente. ¿Tenés un mensaje para la juventud?

—“Debe cuidarse de las drogas...”. El otro día un periodista me preguntó justo eso y le dije “nada más elocuente que el silencio”. Sí, nada más ajustado que el silencio.

—Bueno, terminamos; estuviste bárbaro...

—No, yo soy un simple cable de mi gran inspiradora, que es Fabiana. Yo apenas estoy conectado a su computer.

Rosario, febrero de 1987, 4 de la madrugada ■

AÑO 4 - N° 15

AGOSTO DE 1987

LOS TIRANOSAURIOS MUEREN CUANDO CAMBIA EL CLIMA

Entrevista a Luis Moreno Ocampo
por Mona Moncalvillo

Luis Moreno Ocampo ya tiene ganado un lugarcito en la historia por haber sido el fiscal adjunto en el juicio a los ex comandantes y, además, por contribuir a dar una nueva imagen dentro de la justicia. Aunque su experiencia política es poca, en este reportaje hace un buen análisis sobre la doble política que manejó el Poder Ejecutivo con relación a los militares y a su juzgamiento; mientras la justicia trabajaba haciendo cumplir una ley, en Defensa se trabajaba de otro modo... y así hasta arribar a la ley de Obediencia Debida.

Moreno Ocampo, 35 años, cree que llegó el momento de quebrar el estado de ajuricidad que imperó por décadas y aunque a veces se siente un poco desmoralizado, porque todo no sale como hubiera deseado, su apuesta es llegar al final. Y eso incluye ahora causas como la ESMA, la del Primer Cuerpo de Ejército y el fallo de Ramón Camps.

Este abogado y docente, que ingresó en la justicia hace años, ha tenido una verdadera dimensión de su trabajo en los tres últimos años; ve que el gran cambio está en marcha ya que la ley puede aplicarse a los poderosos y no solo a los ladrones de gallinas. Esto, por su inmediatez se valora más en el exterior que aquí mismo —dice— pero no habrá retrocesos... A modo de epílogo, recuerda que un cambio de clima permitió acabar con temibles bestias como los tiranosaurios; lo que hace pensar que también, con mejor clima, se podrá acabar con los eternos impunes que siempre actuaron por encima de las leyes...

M. M.

—¿Hay un nuevo país después de la sublevación de Rico?

—No, no, no, el episodio de Rico es un hecho que sucede y tiene su cierta razonabilidad de por qué sucede, en el mismo país que vivimos todos siempre. No, creo que hay fallas de imagen, hay espejismos por varias cosas... A veces, por ver las cuestiones con una óptica ideológica, ya sea izquierda-derecha, o peronista-antiperonista, peronista-radical, o radical-alfonsinista; todas estas visiones complican, y no dejan ver una trama muy complicada y con muchos matices. Creo que el episodio Rico tiene aspectos muy importantes, es una situación emergente que de pronto corre un velo y muestra cosas muy importantes; tiene algunos aspectos muy positivos, por ejemplo, es impresionante la movilización social, la movilización de toda la sociedad en repudio a lo que pasaba. Eso creo que es una cosa que está dando muestras de una convicción que nunca antes yo conocí; creo que en la Argentina antes nunca pasaba que gente común de todos los sectores saliera a la calle a hacer cosas así. Inclusive, la respuesta de los sectores políticos, económicos y sociales, no solamente de la gente común, sino la respuesta de los partidos políticos que tradicionalmente apoyaron los golpes, fue muy buena; la respuesta de los sindicatos, de los empresarios, es decir, hubo una sociedad democrática que se movió para defenderse, y este es un aspecto muy importante. Por eso mismo es muy importante qué pasó después con ese hecho, y si uno lo ve de afuera, ¿qué es lo que ve?... Ve que aparece como una claudicación del poder civil frente a un pedido del poder militar...

—¿No hubo claudicación...?

—No sé... yo no digo que hubo o no hubo... Digo que pareciera que fuera que el poder civil claudica, y esto es muy peligroso, porque esto si fuera así, quedaría sentada una regla muy mala para la sociedad argentina, porque vos sabés que las reglas de comportamiento, más que las leyes, son las que surgen de cómo realmente se comporta la sociedad. Por ejemplo, la ley prohíbe recibir coimas, pero

sin embargo tradicionalmente los carteros a fin de año te pasan la tarjeta y vos les das plata, y esto es una costumbre que viola la ley, pero también es una regla, que los carteros viven como algo normal, y la gente también, entonces nadie se hace problema por esto. De la habitualidad de conductas surgen reglas de comportamiento. El resultado más grave de Semana Santa sería si la regla es que una sociedad movilizadada no puede controlar a un grupo de gente armada que quiera atacarla; esta es una regla muy grave, porque entonces el poder democrático no sirve, no existe el poder democrático. Si es una claudicación o no, no lo podemos decir hoy, creo que el futuro lo puede decir, pero es importante demostrar que no lo es porque para mucha gente da la sensación de que sí lo es, y esto es grave porque hay una regla de comunicación social que dice a veces no importa que un hecho se haya producido, sino que la gente crea que se haya producido; si la gente tiene esta convicción, esa creencia produce el mismo efecto que si el hecho se hubiera producido, entonces es muy importante que no sea una claudicación y que la gente lo advierta, eso está por verse... Yo tengo mi lectura, a mí me conmovió mucho personalmente todo esto, porque trabajé mucho en esto, y además porque quiero vivir en este país, quiero vivir en un país pobre pero digno. Si somos pobres, seamos pobres, pero que haya ciertas reglas de juego básicas, que no nos matemos, que podamos discutir, enfrentarnos, pero sin dosis de violencia, no volver a la prehistoria. Creo que para entender lo que pasa hoy hay que saber bien cómo se origina todo este proceso que estamos viviendo.

—**Bien. ¿Cuáles son los antecedentes?**

—Pensemos en la época de la campaña... Me parece que es un dato bastante claro que la debacle del proceso militar viene con la derrota de Malvinas, que causa una profunda crisis militar, porque de pronto en Malvinas hay grupos que combaten muy bien, y grupos que combaten muy mal. Esto se visualiza por ejemplo en el combate de Goose Green; es notable, porque ahí había gente de dos regimientos distintos. Uno que dependía de Seineldín, que estaba muy bien preparado, y otro que dependía de otro coronel, que estaba muy mal preparado. Cuando los ingleses atacan, la parte de Seineldín lucha hasta morir, y la otra parte escapa al primer tiro, entonces los ingleses piensan que esto es una trampa, no lo pueden creer... Por eso va el jefe de los paracaidistas ingleses ahí, a ese lugar, para ver qué pasaba, porque no podían entender, creían que era una trampa argentina, y no, eso era el Ejército argentino... Esto produce una enorme crisis que es la que permite un recambio, y en la etapa del recambio aparece un tema que habían tratado de ocultar todo el tiempo, que eran los miles de personas muertas, cuyos cadáveres habían hecho desaparecer. ¿Cuál fue la reacción de los dos principales líderes de ese momento, que surgen con las elecciones? Luder dice: "No, hay una amnistía, no se puede hacer nada"... Alfonsín, asesorado por un grupo de juristas, plantea la alternativa, y dice: "No, acá vamos a juzgar pero vamos a diferenciar", porque él es consciente de que no puede juzgar a todo el mundo, entonces dice: "Vamos a juzgar a

los que dieron las órdenes, y a los que cometieron excesos, a los que obedecieron, no”. Es muy difícil haber estado en la cabeza de Alfonsín y saber qué pensaba en ese momento, a qué se refería con esas tres categorías, los que dieron las órdenes, los que obedecieron, y los que se excedieron...

—Las tres responsabilidades...

—Sí, porque en aquella época no había mucha claridad de cómo eran las cosas, cómo se había organizado el aparato represivo no era claro... Estas son las categorías que él da, pero creo que de otros actos posteriores se puede inferir que la idea, el proyecto de gobierno, que ya en ese momento avanzaba más que el proyecto alternativo, era juzgar a los anteriores. Creo que acá tenemos que dimensionar que este es un acto de audacia en un sentido...

—Un acto de audacia de campaña preelectoral...

—Que el candidato que está haciendo su campaña en dictadura militar ponga como punto de su campaña juzgar a la gente de la dictadura es un acto de audacia. En Estados Unidos hay profesores que se dedican a estudiar cómo se hacen las transacciones democráticas, y lo analizan de acuerdo a la ley de juegos, analizando cuáles son las variables que se pueden movilizar, pero hay algunas cosas que no se pueden tocar. Y uno de los puntos que ellos dicen, teóricamente, se ha demostrado que no se puede tocar, es cuestionar el poder del que entrega el poder.

—Alfonso Guerra, el vicepresidente de España, hace muy pocos días en un reportaje que le hice, me decía exactamente lo mismo, que dentro de cincuenta años se va a estudiar esto como un hecho inédito, el hecho de que quien le entregó la banda presidencial haya sido juzgado...

—Claro, claro... En términos científicos, esta era una cosa que estaba prohibida, era una cosa mal hecha. Alfonsín la juega, pero claro cuando es la hora de implementarla, él la juega con la prudencia que le indica que este es un camino nunca transitado; entonces cuando uno analiza sus primeros actos advierte que su proyecto es una cosa muy medida. Fijate, el decreto 158 por el cual Alfonsín el 12 de diciembre ordena el juicio a las Juntas, dice en el primer párrafo de los considerandos que “la Junta militar que usurpó el poder el 24 de marzo del 76 y los mandos orgánicos de las Fuerzas Armadas que se encontraban en esa fecha...”, y empieza a relatar lo que hicieron, dando la idea de que aquí los responsables eran la Junta militar y los mandos orgánicos de esa fecha, y sin embargo en la parte final del decreto, cuando dice que ordena juzgar a tales, dice “se juzgue solamente” y habla ahí de los integrantes de las tres primeras Juntas. Tengo la sensación de que hicieron los considerandos y cuando llegó la hora de definir el contenido exacto del decreto hay un achique ahí, de decir “bueno, tengamos conciencia de lo que estamos haciendo, hagamos una cosa limitada, las Juntas militares, después se verá...”. Después Alfonsín solo agrega tres decretos más, uno juzgando a Chamorro, uno a Camps, y uno a Menéndez, punto, nada más. Él no propicia nada más personalmente...

—Pero sucede que el pueblo tenía más expectativas...

—Esta es la movida inicial, que se complementa con la idea de que sean los mismos militares los que se juzguen; acá entonces no se habla ni de juicio público ni de jueces civiles ni de nada, se está pensando en que el Consejo Supremo, con los mismos integrantes que venían de la época militar sean los que juzguen a las tres primeras Juntas... Este es el plan del Ejecutivo en ese momento, y así está plasmado en el proyecto de ley que va a Diputados, esto decía, porque el proyecto establecía juicio en los Consejos Supremos, una posibilidad de apelación, simplemente una apelación a las Cámaras, y presunción obligatoria, “deberán presumir la obediencia en los sectores inferiores”. Esto establecía el proyecto de Alfonsín, pero ya en Diputados, y un poco por presión de los organismos de los derechos humanos, pero admitido por los diputados radicales, se modifican dos cuestiones clave, la obligación de presumir la obediencia se modifica por una facultad: “los jueces podrán admitir la obediencia como excusante”, pero ya no es una cosa obligatoria, sino que después lo van analizar, y además, y esto fue un elemento fundamental porque cambió el curso de esta historia, se establece la posibilidad de que las cámaras civiles se avoquen, es decir, tomen para ellos el juicio si el Consejo Supremo tarda mucho, lo saquen y lo hagan ellos. Y esto se complementa con la reforma que introduce en el Senado Sapag, a instancias de Sapag, porque si no, no conseguían la ley, estableciendo que los hechos atroces y aberrantes no se cubren por la obediencia debida. ¿Pero qué pasa? La ley que sancionan va mucho más lejos, porque admite justicia civil para juzgar los hechos y juicio a todos; digamos dos categorías de juzgables, jefes y los que cometieron con sus propias manos delitos atroces y aberrantes, torturas y homicidios básicamente.

—Fue mucho más allá del proyecto inicial del Poder Ejecutivo...

—Claro, Alfonsín abre la puerta, y ahí pasa la sociedad. El punto es la cantidad de muertes, es un problema que se mide en miles, ni sabemos cuántos miles, por lo menos ocho mil, nueve mil, veinte mil, treinta mil, no sé, porque hay ocho mil y pico de denuncias de la Conadep, pero hay mucha gente que no hizo la denuncia, creo que son varios, por lo menos ocho mil.

—Antes del Punto Final aparecieron un montón de denuncias que nunca habían sido concretadas.

—Hay gente que uno conoce que nunca hizo la denuncia, porque no quiere, porque le da miedo, por muchas cosas. Es un problema que se mide en miles de vidas humanas, en muchos actos sádicos, muy locos, y además, que fueron ocultados. El aspecto del ocultamiento es un aspecto muy perverso de lo que aquí pasó, porque esto es lo que impide que la sociedad tome conciencia, y todo eso hace que este problema tenga una fuerza inmensa, por eso vos fijate que un grupo de personas dando vueltas a la Plaza de Mayo, con esto le gana a los que estaban en el poder en la Casa Rosada, porque el problema que había era impresionante.

Entonces Alfonsín abre una puerta y empieza a dar lugar para que se canalice toda esta energía. Pienso que Alfonsín en ese momento, una vez que le dictan la ley, tenía la chance de vetarla; yo no sé por qué lo hizo así, pero o vetaba la ley e insistía en el proyecto de su campaña, o la otra alternativa para darle coherencia a todo es aceptar la ley y modificar su proyecto de la campaña. Eran sus dos alternativas de coherencia, y creo que no hizo ninguna de las dos; quizás en términos políticos esté bien hecho así, no lo sé, no soy político, pero, ¿él, qué hace?... Yo me imagino, bueno... él no puede vetar esa ley, era una de las primeras leyes que él saca, una ley fundamental en la cual encauzaba todo el proceso militar, entonces supongo que pensó como un político, y dijo “bueno, esto lo dejamos correr así y después vemos cómo lo arreglamos si hay problemas, pero por ahora, adelante”. Pero a la vez no decide modificar su política, que ya llevaba cuatro meses en el Ministerio de Defensa. Creo que este es un momento y un punto clave, porque ahí se origina una doble vía, un doble mensaje...

—**Le da también un curso de acción a los militares...**

—Claro, esto origina una doble política, por un lado la que está en la ley, que es la que usan los jueces básicamente, los jueces no tienen otra alternativa que manejarse con la ley, y por otro lado, la política del Ministerio de Defensa, que él sigue usando como si no hubiera ley. Mi sensación es que en Defensa se aplica la política de la campaña, que era una política mucho más chiquita que la implementada en la ley. Entonces acá se origina toda una serie de desfases y de confusiones que desembocan en esta ley de Obediencia Debida.

—**Alfonsín mismo, en uno de sus discursos de días pasados habló de que en la Argentina siempre imperó la cultura de la ajuricidad, ¿a qué apuntó cuando dijo eso?**

—Creo que es cierto, creo que uno de los problemas que hacen al subdesarrollo es el no respeto de las reglas de juego, sean las que fueran las que están establecidas, porque cuando una sociedad no tiene reglas de juego que se cumplan, ¿qué pasa?, que los grupos que tienen el poder imponen sus reglas a los demás. Esta es la diferencia entre los países desarrollados y los subdesarrollados. A partir de la Revolución Francesa, que se consagran reglas de convivencia, más o menos las que conocemos como razonables hoy, de voto, de libertad, de derechos de cada uno, las sociedades desarrolladas aplican esas reglas, por lo menos internamente. Otra cuestión es qué pasa con la sociedades desarrolladas en su manejo con la sociedades subdesarrolladas, que ahí la cosa cambia, porque la cosa es que entre ellos no se matan, pero afuera por ahí sí, pero internamente las sociedades desarrolladas cumplen sus reglas. Por eso es que se da la paradoja que a la sociedad americana no le importa o no se pone a reflexionar demasiado si no es un horror mandar cien millones a los “contras” para que combatan en Nicaragua, pero sí reaccionan muy mal cuando sienten que Reagan les mintió en un asunto, porque hace a las reglas de juego internas, ellos no admiten que el presidente mienta; el presidente también

tiene que cumplir las reglas. Esto es lo que pasa en las sociedades desarrolladas, tienen muchos años en los cuales han aprendido básicamente a respetar las reglas, y es lo que falta en la Argentina; ¿en la Argentina qué tenemos?... cincuenta años de violación de reglas, además somos latinos, las reglas no nos gustan... bueno, creo que a eso se refiere Alfonsín cuando habla de ajuricidad. El problema ahora es encauzar una sociedad; acá cambió el sistema democrático, no cambió la sociedad, somos los mismos que vivimos antes inorgánicamente, que ahora pretendemos vivir de acuerdo a las reglas. Creo que el presidente el 1° de mayo dice eso justamente, estar en el seno de la democracia significa que tenemos que superar hábitos instalados internamente más de cincuenta años. Esto es entrar en la democracia, empezar a acostumbrarnos a vivir de acuerdo con las reglas...

—Volvamos al tema de las dos vías, más que dos vías digamos conducta esquizofrénica.

—Cuando empecé a trabajar en esto me di cuenta de que esto era así, y me volví loco, porque no puede ser que nosotros trabajemos así, y en Defensa me parece que trabajan de otro modo, pero al final yo me acostumbré y para mí era obvio; los demás nos imputaban a nosotros que hacíamos la política de Alfonsín, no se daban cuenta, y en realidad cumplíamos con la ley, no sé, la política de Alfonsín eran las dos... Porque Alfonsín por un lado había aprobado la ley, pero a la vez manejaba en Defensa una política distinta. Esto lo ves claramente en las instrucciones que firmó Germán López a los fiscales militares, de esto hace un año ya. Cuando uno las lee, justamente ahí se intenta por vía de instrucciones de ministro, volver al proyecto de la campaña. Ahí se dice que los jefes solo serán responsables si dan órdenes distintas que los comandantes, que las que la Cámara tuvo por aprobadas las dieron los comandantes, y los subordinados solo serán responsables si hicieron cosas diferentes que las que le ordenaron los comandantes. Como las órdenes eran torturar, secuestrar y matar, bueno, para ir preso había que hacer algo distinto que esto. Menéndez no ordenó violar, Menéndez no va preso, y en general no están probadas las violaciones y los secuestros extorsivos, así que por esos delitos no iba preso nadie más... Creo que las instrucciones al fiscal militar plasman, porque ahí está escrito y firmado por el ministro de Defensa, la política de defensa de esos años, y eso origina una crisis.

—¿Y ustedes cómo podían trabajar frente a esa dualidad?

—Nosotros somos fiscales y jueces, pero acá hay una cosa rara... Nosotros tuvimos que manejar un problema central de la sociedad argentina como este, y ninguno de nosotros jamás fue político, ni tuvo actividad política, ni hizo nada en todo esto. Entonces tuvimos que manejarnos con otras reglas, por eso a veces nos querían medir en términos políticos y no nos entendían: nosotros teníamos otras reglas de comportamiento, teníamos que cumplir con la ley, y nos parecía muy importante cumplir con la ley. Solamente acusábamos si había pruebas, si no había pruebas no acusábamos. Teníamos la sensación de que Harguindeguy es un

gran responsable, sin embargo no lo pudimos acusar porque no teníamos pruebas contra él. Nos manejamos con otras reglas, nosotros teníamos nuestro rol que cumplir, que era juzgar, entonces, mientras teníamos la ley, juzgamos, pero con las instrucciones, vos fijate que toda la sociedad argentina las alabó. Alende dijo que por fin las habían sacado, nadie decía nada, y sin embargo hicieron crisis, porque nosotros, que estábamos en el asunto y sabíamos ver la letra chiquita, saltamos; ahí se origina la renuncia de Torlasco, y se arma todo un conflicto, que hace que Alfonsín, en el discurso anterior al del 1° de Mayo en el Congreso retome la línea, y si bien no las deja de lado, más o menos las transforma y el asunto sigue adelante.

—¿Y cómo se inserta en el tema de la obediencia debida?

—El asunto es más largo... Eso fracasa, además a nosotros nos preocupaba mucho...

—Pero la renuncia de Torlasco, por ejemplo, desalentó en algo la actividad hecha?

—No, bueno, cuando surgen las instrucciones todos nos damos cuenta de que de pronto el Ejecutivo muestra claramente una política contraria a la ley que estamos aplicando. Nosotros usábamos la expresión que éramos dos trenes bala en la misma vía y en sentido contrario, y que nos íbamos acercando, que algún día íbamos a chocar y no sabíamos bien qué iba a pasar. Y ahí surgen dos alternativas; gente que dice “no, yo creo que hay que seguir hasta que choquemos con la pared, yo soy juez y juzgo, y hasta que pueda juzgar sigo juzgando”; mi posición fue yo soy fiscal y mientras pueda hacer mi rol lo hago. Torlasco también dijo “no, para hacer todas estas cosas hay que poner mucha fuerza, hay que tener una llamita, y a mí se me apagó la llamita, yo no voy más, y no quiero manejar mi renuncia políticamente ni nada, yo renuncié y no quiero saber más nada, yo me voy...”. El pobre se fue, y en esto me emocionó Torlasco, porque él renunció a los tres o cuatro días que salieran las instrucciones, porque él sentía que estaba todo acabado, y que no podía más. Me acuerdo que yo lo fui a ver y no estaba, y veo que había anotado en una hojita las deudas que él tenía, la plata que necesitaba, y bueno, había cobrado su sueldo hacía pocos días y tenía plata para vivir hasta fin de mes, y renunciaba y no tenía nada, y se iba igual. Entonces creo que las dos actitudes son valientes y valerosas, las de los que se quedaban a hacer lo que tenían que hacer, y las de los que se iban porque no querían más, y se iban a la calle... Hay gente que tuvo suerte, como Torlasco, porque un estudio muy grande lo contrató y ahora le va fenómeno, pero esta es una anécdota al paso, no importa... El punto es que en este análisis, un aspecto muy importante, que sirvió mucho y que fue fundamental para que esta sociedad avanzara, fue la Conadep. La Conadep trabajó muy bien, la gente trabajó muy bien, y muy ayudada por los organismos que quisieron ayudar; casi todos los organismos, menos las Madres, trabajaron ahí adentro. Era difícil hasta tomar las denuncias, al principio las tomaban con empleados del Ministerio del Interior, que no aguantaban, en dos días se iban... Entonces empezó a trabajar

gente que estaba un poco más acostumbrada a recibir este tipo de denuncias, para bancárselo. El trabajo de la Conadep fue un trabajo de juntar piezas y empezar a armar un enorme rompecabezas, y esa fue la base del juicio a los comandantes que hicimos nosotros. Creo que por un lado estaba la política de Defensa que era esa que estamos viendo, y por otro lado había una sociedad que iba siendo representada por distintos grupos de personas. Al principio y en la época en que procesar por esto costaba la vida, lo hicieron los organismos de derechos humanos; después fue la Conadep; después fueron los jueces, y fue una especie de posta que se fue pasando con la cual la sociedad avanzaba...

—¿Se puede decir que Strassera y vos fueron más allá de lo que se esperaba y son considerados como unos incontrolables por parte del gobierno?

—No, acá hubo una cosa muy complicada... Creo que Alfonsín es una persona que está comprometida personalmente con estos temas, y hay mucha gente del partido radical que también está comprometida con estos temas, entonces no siento hostilidad por parte del partido radical, pero tampoco éramos el partido radical trabajando. Sí creo que Alfonsín dio el marco para que esto pasara, y supongo que de algún modo él controlaba lo que pasaba, él era consciente de cómo había en la sociedad funcionando dos fuerzas en un sentido inverso, ¿no?, y que él de algún modo lo iría controlando. Las instrucciones del ministro de Defensa fueron un intento que él, de algún modo, habrá autorizado para ver si podía resolver y sintetizar el conflicto, porque acá lo que pasaba era eso, que desde el mismo Estado a la vez se hacía una política de juicio y castigo y otra de detener el juicio y castigo. Había una política contradictoria que creo se intentó sintetizar en la llamada ley de Punto Final.

—¿Para qué sirvió esa ley? Muchos políticos radicales han señalado que no sirvió para nada.

—Creo que el gobierno buscó siempre alguna fórmula que le permitiera sintetizar su contradicción. Claro, era difícil encontrar la fórmula porque eran dos posturas muy contradictorias, una era juicio a todos y la otra era juicio a unos poquitos; entonces, era difícil encontrar una fórmula que resolviera esto. El Punto Final era una fórmula que proponía, por un lado, juicio a todos los que estuvieran, respetar la ley, avanzar, pero a la vez, definirlo ahí, cortarlo...

—Ponerle un límite de tiempo...

—Claro, decir, bueno, con las pruebas que hay avanzamos todo lo que se pueda, pero a la vez, cortamos el punto, cortamos el tema; creo que ese era el sentido de esa ley. Alfonsín cuando la presenta, no la presenta así, porque la ley tiene dos aspectos, un aspecto que es el de avanzar y otro de cortarla, y Alfonsín es como si hubiera hecho un discurso dirigido a explicar solamente las partes que tenía que cortarla, no de avanzar. Quizá su intención fuera esa, no sé, pero era claro que la ley estaba pensada para otra cosa, por eso me parece que su discurso despierta reacción adversa, pero después en los hechos la ley funcionó como estaba pensado que debía funcionar.

—**Activó algunos casos...**

—Activó todas las Cámaras; a todos los jueces les cuesta mucho meterse en esto, y sobre todo después del juicio a los comandantes, que fue el juicio que Alfonsín sí había prometido en su campaña, ese juicio sí estaba prometido, los demás no... Entonces después del juicio a los comandantes, el juicio de Camps y los demás juicios que iban avanzando, era cada vez más complicado hacer eso, se veía, uno en el aire lo olfateaba. A los jueces de otras jurisdicciones, sobre todo en ciudades chicas, en las cuales a veces la sociedad es distinta, les costaba mucho hacerlo, pero cuando los ponen contra la espada y la pared y ven que Bahía Blanca se larga, Rosario se larga, las demás Cámaras también se van largando, y las diez Cámaras se metieron y procesaron gente; algunas con unos criterios, otras con otros, pero las diez actuaron. Ahí no se sintetiza la contradicción, pero era el momento crítico, donde estaban todos los jueces trabajando. Si Defensa se podía bancar esto, se resolvía la situación; si no se lo bancaba, pasa lo que pasó con Rico. Acá pasa otro problema; si yo fuera militar, me costaría mucho entender lo que pasó. A la gente común le cuesta mucho entender lo que pasa ahora, pero si vos te ponés en la mentalidad de un capitán, también le ha de costar mucho entender lo que le pasaba porque, por ejemplo, cuando salen las instrucciones a los militares, Ríos Ereñú hace declaraciones mostrando que eso era el proyecto del gobierno, tanto que llega a decir que hay fricciones entre los Autos por la Cámara Federal y el decreto del ministro de Defensa. Esa era la política que él quería implementar y no encontraba cómo, y ahí la encuentra, con lo cual tranquiliza y cumple con las promesas que supongo que a él le hicieron y que él hacía para abajo. ¿Pero qué pasa?, que esas promesas que ahí se concretan, saltan, porque se plasman en una vía legal, y ante la reacción de la Cámara Federal, saltan... Creo que era mantenerlo a Ríos Ereñú arriba de una tapa en una caldera que hervía, y él le echaba chorritos de agua para calmarla, y la caldera estalló, esto es lo que pasó...

—**¿Qué pasa con la obediencia debida?**

—El dictamen de obediencia debida estaba pensado hacerse desde antes. Fracasaron las instrucciones, digamos que el Punto Final provoca que haya unos ochenta oficiales inferiores procesados, que no estaban en el programa, porque supongo que la promesa era que a los de abajo no se los procesaba. Entonces encuentran la vía de que la Corte lo resuelva, que siempre fue una aspiración; si vos leés las declaraciones de Defensa, siempre fue una aspiración que la Corte resuelva el problema y establezca que los de abajo no son punibles. Que la Corte resuelva el conflicto este que se suscitó entre las promesas de la campaña y la ley.

—**¿Qué son estos sesenta y cinco exceptuados?**

—Son el total de los oficiales que eran menos de teniente coronel en aquella época.

—**¿Y van a quedar exceptuados habiendo estado algunos implicados?**

—Claro, claro... Este dictamen de Gauna era una idea del gobierno ya, de intentar que saliera un dictamen así y que además la Corte lo acogiera, y era anterior al asunto con Rico. Cuando estalla el asunto con Rico, y yo no conozco nada del tema militar interno, aparentemente hay problemas de corte de la cadena de mandos. Ahí se vuelve más acuciante resolver el conflicto, y Alfonsín empieza a ser coherente con su política de Defensa.

—¿Por qué tanto apuro con la ley de Obediencia Debida?

—No sé, no sé... Me imagino que en un país que tuvimos durante cincuenta años a gente del Ejército acostumbrada a estar sobre la ley, de pronto juzgarla por los temas en los que ellos creían que eran vencedores, mantenerla observada durante mucho tiempo produce mucha tensión. Nosotros éramos conscientes de que era una situación de tensión que se podía resolver cuando terminaran los juicios, pero que podía estallar antes. Como estalló antes, ahora supongo que el gobierno la quiere arreglar.

—¿Se puede probar, como dicen algunos juristas, la inconstitucionalidad de la ley de Obediencia Debida?

—No sé, pero creo que la cuestión política es más importante que el plano jurídico. Es importante ver cómo se van dando esa serie de equívocos y situaciones contradictorias, pero que a la vez se van sintetizando. Alfonsín, para hacer la síntesis, saca la ley finalmente, muy empujado por la situación no solo interna general del Ejército con mucho conflicto. Ahí saca la ley esta, que es realmente volver al esquema de la campaña, porque según esta ley, ¿qué pasa? Las categorías eran: los que mandan, los que obedecieron, y los que se excedieron. Muy bien, por los delitos que estaban en los planes que autorizaron los comandantes en jefe, son responsables los que mandan, en cambio no son responsables los que no mandan, que son de teniente coronel para abajo; esos son los que obedecieron, entonces no son responsables. ¿Y los que se excedieron quiénes son? Los que se excedieron son los que cometieron delitos distintos que tormentos y homicidios, los secuestros extorsivos, ese tipo de delitos... Entonces esos quedan afuera, ahí sí son responsables los autores materiales.

—¿Qué pasará en el futuro?

—Qué va a pasar en el futuro, no tengo idea... Nosotros vamos a seguir juzgando, no tenemos alternativa.

—A vos, como hombre que ha manejado la justicia, ¿no te decepciona un poco seguir? Está por delante el fallo que tienen que dar con el caso Camps, el tener que volver al tratamiento del Primer Cuerpo de Ejército?

—Bueno, sí, yo sentía que este proceso judicial, si se aguantaba, era como un milagro, sentía que era una especie de solución perfecta para un problema muy profundo, porque se había hecho justicia contra todo el que hubiera pruebas, se había actuado, y no había alternativa de venganza porque todo el mundo había

sido juzgado. A la vez juzgar a los militares creo que era bueno, porque era la forma en que ellos sentían que “bueno, miren, acá están los responsables, los culpables son estos, los demás no hicimos delito, somos inocentes...”. Era la forma de reintegrarlos bien a la sociedad; yo sentía que era la fórmula para que la sociedad resolviera su conflicto en serio, era darla de alta en términos psicoanalíticos. Para mí es una gran depresión que esto fuera así, porque primero, hay gente que está procesada que cometió muchos delitos y creo que debería ser castigada, y desde otro punto de vista, a mí me da miedo que la gente empiece a descreer del derecho y vuelva a creer en la venganza, porque la justicia es la fórmula que la humanidad inventó como alternativa de la venganza; tener justicia es poder vengarse.

—Espero que eso no pase, porque vos fijate que hasta ahora en la sociedad argentina en este tema no hubo venganza, a pesar de todo el dolor y el sufrimiento de mucha gente que durante años y años y años no sabe qué pasó con sus hijos, pero no hubo ninguna venganza, y espero que no la haya, porque sería dramático. Así que a mí me duele mucho, porque sentía que se podía hacer de otro modo y que no va a terminar tan bien; yo trabajé mucho en esto y me da miedo de que ahora no salgan las cosas tan bien, y me preocupa porque en el futuro quiero vivir en mi país, y quiero que este país ande bien. Pero a la vez siento que hay que seguir; uno tiene que acostumbrarse que a veces en la vida las cosas vienen mal y uno tiene que seguir con sus principios, con sus ideas y con sus actitudes, y no puede bajar los brazos por eso. Además, realmente, si acá concretamos los juicios a las Juntas, que ya están listos, y los juicios a los jefes, no tiene antecedentes históricos esto. Es más de lo que imaginaba mucha gente, es más de lo que imaginaba casi toda la sociedad. En abril del 85 estaba por empezar el juicio a los comandantes, y yo almorcé con uno de los máximos dirigentes de organismos de los derechos humanos, padre de desaparecida, y en aquel momento de conflicto con el organismo, era un momento en que la Conadep había entregado su trabajo y alguna gente del organismo visualizaba el juicio a los comandantes como un juicio tapón, y que después de él no iba a pasar nada; que era un juicio símbolo y nada más y la gente del organismo quería más. Entonces yo le pregunto a ese hombre, que lo conocí ese día, dígame, ¿cuánta gente cree que habrá que juzgar y condenar en la Argentina?... Y él me dice: “mire, si acá hubiera veinte condenas sería un ejemplo histórico”... En abril del 85 a un dirigente de derechos humanos le parecía muy buen resultado veinte condenas...

—En enero de este año, un periodista argentino que estuvo exiliado en México le comentó a una persona que yo conozco que si el Punto Final permitiera juzgar a cien personas, estaría muy bien. Creo que igual tiene sentido todo esto, que no va a ser lo que yo hubiera querido que fuera, va a ser una cosa visualizada como más o menos, porque las expectativas subieron mucho, pero que igual vale la pena hacerlo.

—Fijate qué cosa curiosa... Hoy, que es 22 de mayo, aparecen publicadas las declaraciones que hizo Caridi, por un lado, que revelan que Ejército no está

conforme con la obediencia debida, y por otro lado los Montoneros, con el juzgamiento de Firmenich, tampoco están conformes con la obediencia debida...

—Claro, y Cozzani dice que es una persecución política contra él. Bueno, estas son las excusas que dan los tipos que están procesados...

—¿Cuántos son todos los procesados que tenemos?

—Unos cuatrocientos. La Corte dio números; eran 180 en las Fuerzas Armadas, 65, con esta ley, quedan excluidos, y quedarían 120 entre los cuales no creo que sean todos condenados, pero serán juzgados. De la Policía y fuerzas de seguridad eran unos 200 más, pero la mayoría quedan excluidos, porque si bien eran autores materiales no eran jefes.

—¿Por qué se ha demorado el fallo de Camps?

—No, no está demorado tanto, salió el dictamen hace dos semanas; los fallos de la Corte tardan uno o dos años, no tienen tiempo, es normal que sea así. Creo que acá hay un tema político, y es por un lado que se le puede reprochar a Alfonsín que él no se animó a ponerse al frente de la ley que él mismo sancionó, y no se animó a ejecutar una política que implementara esa ley que él mismo sancionó. Pero si uno analiza así los hechos, se da cuenta de que en realidad esto para Alfonsín no es una claudicación, es simplemente una coherencia con su proyecto, un proyecto más tímido que el proyecto de la sociedad. Lo que pasa es que el drama es para la sociedad que sí lo vivió como una claudicación, porque nunca visualizó esta distinción; que lo que estaba haciendo la sociedad no era exclusivamente obra de Alfonsín, sino que era obra del sistema democrático, porque el sistema democrático tiene eso, tiene micropoderes, cada juez es un micropoder en el sistema democrático, cada periodista, cada político, son pequeños poderes. El sistema democrático no es el presidente solamente...

—Para la justicia no fue una sorpresa entonces...

—Digamos que yo pensaba que se iba a poder resolver la cosa de otro modo... El punto es ahora cómo se define de acá en adelante. Si esto fue realmente la fórmula de sintetizar algo que para Alfonsín iba más allá de sus planes, y él logra pararlo acá, creo que igual es una cosa que tiene valor, que la gente después va a ver que no era una claudicación. Algo así pasó con el Punto Final, que al principio se vivió como una claudicación, y después se vivió como una jugada maestra de Alfonsín. Digamos que no estamos en condiciones de valorar todos los efectos; además yo veo que siempre este tipo de cosas, que a veces tienen efectos inmediatos que a uno le parecen malos, después se resuelven bien. Fijate, un aspecto importante es el peronismo renovador, que en la ley de Punto Final no se animó a ir al debate, modificó su postura, empezó a dar un paso más adelante y puede ser muy importante esto, porque al sistema democrático le hacen falta alternativas de poder real. Quizás esto derive en que el peronismo renovador encuentre su cauce, un peronismo que garantice el sistema democrático, pero

que es alternativa al proyecto del partido que gobierna, y esto le hace bien al sistema en su conjunto.

—¿En qué punto se encuentra el tema Suárez Mason?

—En junio el fiscal americano tiene que hacer una síntesis del pedido de la Justicia argentina, y una explicación de por qué es procedente desde el punto de vista del derecho americano. De eso se le corre el traslado al defensor, que a los treinta días ha de responderle, y en septiembre se hace la audiencia, las partes hablan, si hace falta llevan testigos y ahí el juez resuelve si concede o no concede la extradición. Que se concrete la extradición va a tardar más porque Suárez Mason tiene plata, él puede... Yo creo que el juicio se va a ganar, lo que pasa es que Suárez Mason lo puede demorar después como un año más. Él puede, contra el fallo que el juez este que ordena la extradición, que supongo será para septiembre u octubre, interponer un recurso de hábeas corpus ante otro juez y si el otro juez lo rechaza puede apelar a la Cámara Federal, y si esta lo rechaza puede hasta intentar llegar a la Corte Suprema; así que con plata, él puede llegar hasta la Corte Suprema y tardar un año y medio más.

—Luis, una síntesis de la situación del Cuerpo I y de la ESMA, que son los otros dos casos pendientes de la Fiscalía.

—Sí, ahí terminamos, porque nosotros teníamos la idea de que se podía terminar esto en octubre de este año; ahora no sé, porque la causa ESMA está apelada en la Corte Suprema, porque los defensores plantearon que querían más plazo para producir prueba. Estaba por empezar la audiencia pública; si sale esta ley, en la causa ESMA quedan nada más que seis procesados, que son seis almirantes que eran jefes de la ESMA, que habrá que ver su responsabilidad, porque tienen distintos lugares en la cadena de mandos; vamos a ver quiénes son responsables y quiénes no. En la causa del Primer Cuerpo están procesadas unas cuarenta personas, veinte saldrían con la ley y veinte quedarían. Ahí están los que eran comandantes de subzonas, Roualdés y algún otro personal de jerarquía de la represión en la provincia de Buenos Aires.

—¿Y Astiz?

—Astiz sale con la ley de Obediencia Debida; está con prisión preventiva rigurosa en la causa ESMA. Yo no creo que los militares sean todos iguales, en ningún lado son todos iguales. Ni los jueces son todos iguales, ni los curas son todos iguales, ni creo que los militares sean todos iguales. Yo creo que les hubiera convenido en los juicios, porque por ejemplo, Astiz es un símbolo del represor en la Argentina, y Astiz no es básicamente una persona que torturase; hay un solo caso en que dicen “a mí me ha torturado personalmente Astiz”, es un caso nuevo, un testigo nuevo y habría que ver hasta qué punto dice la verdad o no, pero básicamente no era un torturador. Él tenía chance de ser absuelto en el juicio de la ESMA, ¿ahora quién le saca de encima el cartel? Si la misma Cámara que iba a condenar a alguna de la

gente que estuvo con él, Astiz le pasaba su absolución por la cara a todo el mundo y seguía su carrera militar. Con esto que pasa ahora, esta presión para que no se juzgue a nadie, ¿cómo se saca Astiz de encima la fama que tiene?, ¿quién lo salva?...

—¿Alguien les ordenó cambiar el curso de las investigaciones o ejerció presiones?

—No, vos sabés que no tuvimos presiones directas sobre nosotros. Hubo alguna sensación... Hace dos años y medio que yo estoy trabajando exclusivamente en esto, entonces el tema lo conozco de todos lados, y detalles que a otros les pasaban inadvertidos, nosotros nos dábamos cuenta; uno veía el contexto en que se desarrollaba todo. Que un ministro del Ejecutivo firme esa instrucción al fiscal militar, ese contenido de la instrucción del Ejecutivo era una presión sobre nosotros, seguro. Era darnos cuenta de que nuestro aire era nuestro, nada más, pero bueno, así son las cosas... En ese sentido siento que una cosa que a mí personalmente me tranquiliza es que nosotros hicimos lo que teníamos que hacer; estoy tranquilo conmigo mismo, me gustaría además que el esfuerzo, que fue mucho, el que hicimos nosotros y mucha otra gente, se resolviera en algo muy importante, y es consolidar el sistema democrático. Creo que acá el tema central es que tenemos que hacer algo equivalente a la Revolución Francesa en la Argentina, que todavía no se hizo, porque los países centrales hicieron su Revolución Francesa, su constitución americana, establecieron las reglas, más o menos las cumplieron y hace dos siglos que se acostumbraron a cumplirlas. Nosotros, los países subdesarrollados, copiamos las leyes, las pusimos en la Constitución, pero no se cumplen. El cambio, y es el cambio que se vislumbra desde afuera, por eso te invitan a viajar afuera y en Latinoamérica nos ven como una forma nueva, es hacer cumplir las reglas; este es el cambio, y sobre todo cuando vos les hacés cumplir las reglas a los poderosos es cuando se nota que las reglas tienen valor, porque si no arreglás el orden solamente para ladrones de gallinas, y no para los poderosos. Este es el cambio, y creo que a estos principios no se puede renunciar, por más que a uno le moleste algún resultado, que le hubiera gustado otra cosa un poquito diferente, bueno, esta es una cuestión que escapa a mis posibilidades, pero creo que hay que insistir en esto. Este es el camino del cambio en nuestro país, por más que a veces te lo frenen, pero creo que por acá pasa la cosa, la manera de entrar en otra era. En la época prehistórica, por ejemplo, había tiranosaurios, a los que no les podían dar con nada, no les ganaba nadie, porque eran inmensos, tenían mucha fuerza, tenían dientes, y nadie les podía ganar; nadie que peleara frente a frente con ellos les podía ganar, pero sin embargo se murieron porque cambió el clima. Cuando cambia el clima se muere el tiranosaurio, y esto es lo que les tiene que pasar a nuestros países, cambiar el clima; cambiar ese clima de antagonismo absoluto al enemigo, convertirlo en un clima de tolerancia, y a partir de ahí empezar a caminar. Creo que esta es la idea central que debemos aprender... ■

EL SIMPLE ARTE DE CURAR

Entrevista a Floreal Ferrara por Mona Moncalvillo

Pocos días antes de asumir como ministro de Salud del gobierno bonaerense, el doctor Floreal Ferrara anticipó el plan de acción de lo que promete será la segunda revolución sanitaria peronista. Tomando como base el “Plan Carrillo” —adaptado a cuarenta y dos años después— aplicará una medicina totalizadora con participación comunitaria que tienda a la reconstrucción del hombre.

Nativo de Punta Alta, a los 17 años fue a estudiar a La Plata, donde se destacó como dirigente estudiantil —“deformado por una universidad del liberalismo”, dice—; se hizo peronista en noviembre de 1955 “porque en esa fecha Aramburu y Rojas dieron un golpe de Estado que percibí como la continuidad de una historia en la que no creía, ni quería...”. Se recluyó seis años a estudiar, pensar y trabajar, hizo sacrificios enormes y después salió a la lucha nuevamente. Ferrara, 63 años, es médico cardiólogo especializado en medicina sanitaria y desarrollo económico y social; fue profesor adjunto de Medicina en la Universidad de La Plata del 67 al 73, y titular desde ese año hasta el 75. Hasta asumir el ministerio actual fue asesor del Servicio Social para Personal Ferroviario y asesor de la Comisión de Salud del Senado y de la CGT. Varias veces consultor de la Oficina Panamericana para la Salud, tiene trescientos trabajos publicados sobre sanitarismo y cinco libros sobre esa especialidad.

Sigue creyendo en la revolución pendiente del justicialismo y en la vigencia de la Tercera Posición; brillante orador —con mucha aceptación en la juventud— Floreal Ferrara con la mística, la poesía y el trabajo solidario será un puntal para la profundización de la renovación y de la esperanza.

M. M.

—La primera revolución sanitaria justicialista la hizo el doctor Ramón Carrillo, ¿usted hará la segunda?

—La segunda revolución sanitaria justicialista, “revolución de la atención ambulatoria y domiciliaria”, va a ser ejecutada por el gobierno de Antonio Cafiero. Si me toca estar en el frente de batalla, seguramente seré uno de los miembros de esa revolución. Desde el punto de vista programático, está prácticamente concluido

su análisis y su estudio; quedan algunos elementos importantes para definir, y delinear con mayor precisión lo que hace al sistema de elección para la participación comunitaria, para la participación popular... Y queda la elaboración de programas especiales, como los de geronto-psiquiatría, los de la tercera edad en general, y algunos pequeñitos programas que tienen que ver con algunas cosas muy especiales que queremos hacer con la mujer. Pero lo que puede llamarse la columna vertebral de este programa, la metodología de trabajo, el equipo, el perfil de cada uno de los integrantes, la composición de esos integrantes y el desarrollo de los programas significativos como son el de maternidad-infancia, el de medicina del deporte, el de medicina de trabajo y el de adolescentes, eso está hecho...

—Se habla de la aplicación del “Plan Carrillo”... ¿Qué fue exactamente, cómo trabajó él y cómo pudo conseguir todas las conquistas en el campo de la medicina y la asistencia pública?

—Si uno mirara con profundidad la historia profesional y la historia política de Carrillo antes del gobierno, no entendería nada... Porque es casi inconcebible que un hombre de esa dedicación a una técnica de alta precisión como es la neurocirugía, de una belleza de trabajo por lo que dicen todos los que lo vieron trabajar, de una dedicación enorme a una especialidad que es pequeña y que allá, 45 años atrás, apenas tenía algunos cultores, resulta incomprensible lo que va a pasar después con Carrillo. Pero a Carrillo también le pasa lo mismo que al país; viene de convivir con el fraude, con una Argentina mediocre, con una Argentina dependiente, entregada... Y aparece de golpe una explosión popular que comienza un 17 de octubre con el pueblo en la calle, protagónicamente reivindicando para sí el derecho a elegir sus líderes, el derecho a elegir su historia. Si no se lo ubica en este contexto global, no se entiende lo de Carrillo... Pero, hay algunos antecedentes que pueden explicarnos algunas cosas... Primero, era de Santiago del Estero, tenía una pila de hermanos, una madre fenomenal (creo que la Chacha Carrillo) que además tenía una gran ternura, una gran entronización dentro de la familia, pero adentro del pueblo... Él tenía dadas muchas condiciones para esto, y además tenía, ideológicamente, una fibra nacional que le sirvió enormemente para lo que sigue... Tuve la oportunidad de hablar tres o cuatro veces profundamente con él, porque asistía a un médico muy amigo de él (Juan Manuel Pardal), un lindo tipo también, que fue director de escuelas en la época de Mercante, en la provincia de Buenos Aires; tenía una diabetes muy grave y yo, recién recibido, lo asistía y era muy amigo de Carrillo. Carrillo siendo ministro, lo venía a visitar, manejando él mismo el auto... Al lado de la cama de Pardal pudimos conversar muchas veces de esto... Lo que se notaba en Carrillo era una enorme pasión por lo nacional y por lo argentino. Él tiene un contacto muy intenso con la cosa popular y con los grandes problemas argentinos desde el comienzo de la revolución del peronismo; pero en lo que puede llamarse la práctica, a mi entender, allí el gran desarrollo se va a producir en la lucha contra el paludismo, en el norte; encuentra al país con

una gran epidemia y endemia de paludismo, había sesenta mil casos nuevos por año, y cuando se va deja del país con cero casos nuevos. Ahí encuentra a un personaje muy importante también en su vida, no solamente por su lucha contra el paludismo, sino por la concepción popular de la medicina, que se llamó Carlos Alvarado. Era un hombre de la rancia estirpe nortefña, médico, observador, que veía muy bien las cosas del pueblo. Con Alvarado conciben la lucha contra el paludismo casa por casa; se ponen la mochila, el fumigador al hombro, y van recorriendo y concitando la voluntad del pueblo.

El pueblo los acompaña, los sigue... el pueblo tomaba el rociador, y seguía... a algunos les pagaban, a otros no... Me parece que es el propio Alvarado el que cuenta que de pronto un día dijeron: “¿Y cómo haremos para saber que a esta casa ya la rociamos?”... Y un paisano dice: “¿Por qué no le ponemos una estampilla detrás de la puerta?... detrás de la puerta nadie hace nada, ponen la escoba nada más...”. Y de ahí surgió que pasaban, miraban detrás de la puerta y se fijaban si estaba o no la estampilla, porque podría ser otra cuadrilla la que estaba pasando... Eso se lo enseñó el pueblo, y luego nosotros lo vamos a repetir en el censo del 60, del 70 y del 80, y ahora se repite también en el censo de automóviles, pegando una estampilla en el vidrio... (esto lo inventó un criollo).

Empezaron a darse cuenta de que el pueblo era muy importante en esto, y después vino la elucubración con respecto a los hospitales. Este es un tema estrictamente técnico que manejó con la admiración que siempre le causaron los hospitales franceses, los hospitales del otro mundo. Percibió que en este país había que producir una revolución sanitaria.

—En el 45 se amplió la infraestructura sanitaria porque se crearon los más importantes hospitales; han pasado 42 años y evidentemente hoy hay que sacar un poco a la medicina de los hospitales, y trasladarla a los barrios, a la calle... Sé que esta es una de sus propuestas, pero, ¿cómo lo va a hacer?

—Primero le quiero decir una cosa sobre esta primera revolución sanitaria. Carrillo le dijo una vez a Perón que con esos hospitales que tenía no podía salvar la salud del pueblo. En ese momento había una enorme endemia de tuberculosis, una gran endemia de paludismo, muchísimos casos de patología intestinal en los niños... el país estaba realmente enfermo; entonces, la ubicación de los hospitales en este campo de la lucha por la patología era fundamental. Él encuentra al país con sesenta o sesenta y dos mil camas y en el 54 lo deja con ciento treinta y dos mil camas; había construido, en el lapso de esos siete u ocho años, más camas que todas las camas de la historia de la República, desde la colonia para adelante, desde el primer hospital que se instaló allá por el año 1570. Los hospitales de Carrillo tenían una estructura casi monumental; cuando la oligarquía los quiso atacar los llamó “hospitales fachiosos”, “facha” por lo de mucha pinta, y “fasciosos” por lo de fascistas; no se atrevían a decir que eran fascistas, pero les daban ese nombre. Ese hospital tenía una estructura muy formal, no avanzaba hacia afuera; esperaba

al enfermo. Carrillo empezó a darse cuenta de que esto tenía que cambiar, y lo ayuda otro tipo muy importante en la historia sanitaria argentina, que fue Yansón, un sanjuanino muy amigo de él. Conjuntamente elucubran la idea de un centro asistencial que van a llamar “Centro de Salud”; lo hacen con la mano extendida del hospital hacia la comunidad. Es decir, conformaron otra institución lejos del hospital, dependiente y conectada con el hospital, pero hacia la familia. Esto fue realmente importante; se empezó a comprobar que a la comunidad no solo le importaba el hospital, sino otra cosa, y aquí estuvo esta otra cosa... El tiempo ha ido demostrando que más que la lucha contra la patología, hay que hacer la lucha a favor de la salud, pelear la salud, no la enfermedad; la enfermedad se puede disminuir en grandes cifras si uno pelea la salud...

—La medicina preventiva...

—Toda la medicina es preventiva: si usted previene la aparición de una enfermedad está haciendo medicina preventiva; si tiene una enfermedad y previene la perspectiva de que esa enfermedad empeore, está haciendo medicina preventiva; si esa enfermedad empeoró y está intentando que deje el menor daño posible, está haciendo medicina preventiva, y si a pesar de todo se instaló ese daño y usted intenta recuperar las acciones que le quedan todavía favorables a esa persona, está haciendo medicina preventiva. Se termina de hacer medicina preventiva cuando el hombre y la mujer se mueren; mientras tanto, la medicina preventiva se hace siempre. Pero la medicina de que hablamos cuando nos referimos a la salud tiene que ver con todo lo que ahora en términos técnicos se llama período prepatogénico, antes de la enfermedad, la prevención antes de la enfermedad, la prevención durante la enfermedad cuando el daño sea poco... La utilización del hospital, lenta y paulatinamente, va a ser cada vez menor, porque la atención en la casa y ambulatoriamente va a permitir nutrir cada vez mayor cantidad de renglones que en este momento necesitan atenderse en el hospital. Esto no es así para todo el mundo; hay países que siguen pensando que el hospital es un lugar fundamentalmente importante; Rusia, por ejemplo, tiene una tasa de camas por habitante que debe ser el doble de los Estados Unidos, casi el triple de lo argentino, el triple de lo británico, porque tiene una concepción hospitalaria más intensa, más formal. Esto no se repite en otros países detrás de la cortina de hierro, y no se repite en algunos países del mundo occidental. Sin embargo en algunos de ellos, particularmente en los más tradicionalistas, el hospital sigue siendo la gran columna; nosotros, después de esto, y es la maduración de lo que podría llamarse el pensamiento de Carrillo, pensamos que el hospital es un instrumento pequeño, final, pero hay un gran capítulo anterior, que es la actividad ambulatoria y domiciliaria. Allí el gobierno de Cafiero va a instalar la segunda revolución sanitaria del justicialismo.

—Se han prometido aproximadamente doce mil camas hospitalarias en tres años...

—Así es... Este es uno de los compromisos más trascendentes, no porque desdiga lo que dije anteriormente sino porque la provincia de Buenos Aires tiene en este momento un índice de camas que es de aproximadamente 4,1 o 4,2 camas por mil habitantes; el conurbano tiene 0,8 camas por mil habitantes y tiene que llegar necesariamente a tres camas por mil habitantes, por lo menos. Ahí solo hay necesidad de nueve mil camas; reponga algunas camas en el interior de la provincia, ubique otros hospitales en lugares donde el índice de utilización de las camas también es pequeño, y se va a encontrar con que esas doce mil cuando llegue el final del primer gobierno, nos va a obligar cuando llegue el segundo, a aumentarlas... Pero ese hospital tendrá una formulación arquitectónica, operativa, técnica, diferente del hospital de Carrillo: no volveremos a los hospitales de una enorme cantidad de camas; cuando mucho oscilarán entre cien y ciento cincuenta camas, podrán llegar a doscientas, ninguno va a ser superior. Es siempre preferible tener un hospital más pequeño, repetir los lugares, aunque sean cercanos, que tener un gran hospital que venga a resolver temas que a veces no se pueden resolver en ellos.

—La obra faraónica de los militares ya no va más, ¿no?

—No va más, en esto tampoco va más...

—Usted hablaba recién de los obstáculos de la política de Carrillo, cuando desde la oligarquía se los llamaba hospitales “fasciosos”, y usted también va a tener obstáculos, porque supongo que implementar esta segunda revolución sanitaria le va a significar bastantes problemas por parte de las corporaciones vinculadas con la medicina.

—Me toca un episodio de elevada crisis en el sector sanitario que está realmente haciendo estragos en el sector de los organismos gremiales y en los organismos colegiados de los médicos, de los odontólogos y de los profesionales. No parece que tengan en este momento las corporaciones profesionales muchas alternativas que encontrar caminos de cambio. Este camino va a ser atrayente para ellos por dos razones. Una porque abre la perspectiva de mayor trabajo para mayor cantidad de profesionales; dos, porque desde el punto de vista técnico le permite al profesional una aceleración de su conocimiento. Hemos prometido, y vamos a cumplir, que el médico se recapacitará permanentemente, que el reciclaje de sus conocimientos va a ser un hecho constante... Hemos prometido dar el año sabático que implica que cada cinco años van a tener un año libre, pero ese año tiene dos compromisos; un compromiso de un tercio a un cuarto de su tiempo y a lo mejor un medio compromiso solemnemente adquirido, donde el médico con ese año sabático va a tener que ir a reciclar sus conocimientos, y un compromiso de por lo menos un bimestre o un trimestre para producir una modificación o un acrecentamiento de su cultura.

No queremos seguir produciendo los médicos que hemos estado produciendo últimamente; desde el punto de vista de la cultura representan realmente un factor absolutamente negativo para la consecución de un médico y de una salud diferentes.

Digo cultura en el sentido integrador de la palabra, cultura en el sentido creador de la palabra; no digo que va a estudiar filosofía, literatura o música (al que le guste la estudia)... pero si también quiere estudiar folklore, si quiere estudiar otras cosas, se va a beneficiar porque cultivará su espíritu, su personalidad; la salud sin cultura no se puede hacer...

—Las comunas y los entes comunitarios representativos van a tener un rol decisivo en la política que usted va a implementar...

—Sí, son realmente el eje fundamental. El hospital va a tener dos estrategias políticas; en la medida en que se pueda el hospital va a estar municipalizado y de esta manera se va a cumplir mejor el gran principio técnico de la administración sanitaria, que dice que se planifica en el nivel central y se gobierna, dirige y ejecuta en el nivel periférico. El nivel periférico más cercano a un hospital es la municipalidad, que va a tener injerencia directa sobre ese hospital; pero la otra estrategia es que ese hospital va a estar gobernado por la comunidad, el Consejo de Administración de ese hospital va a ser la comunidad.

—¿Cómo se hará la elección de ese Consejo?

—Todavía no hemos concluido cómo se hará; está en elaboración. Espero que en pocos días más tengamos por lo menos las primeras tres o cuatro alternativas para ofrecérselas a Cafiero, para que decidamos antes de mandarlas al Parlamento. Esto en los hospitales, y en la atención ambulatoria y domiciliaria, en esta segunda revolución sanitaria justicialista de la que hemos estado hablando, donde un equipo de salud familiar se va a hacer cargo de un número determinado de familias, 150 o 200 familias, ese equipo de salud familiar, ese programa de atención ambulatoria y domiciliaria, también estará gobernado por la comunidad. Entonces, entre estas 150 o 200 familias se van a elegir los participantes que gobernarán este equipo. La participación de la comunidad desde lo ambulatorio a lo hospitalario y luego lo regional y, cuando llegue el momento el campo del Ministerio va a mostrar que el pueblo está en el gobierno.

—Se van a hacer entonces pequeñas unidades básicas de la salud...

—Sí, para que no se enojen los que no son peronistas, digamos pequeñas unidades de la salud participativa...

—El criterio liberal con que se ha estado manejando hasta ahora la medicina, de alguna manera, tendía a proteger no a la salud sino al profesional por sobre todas las cosas; de ahí ese gran individualismo que se ha creado alrededor de los médicos. Supongo que para implementar esta política de la que estábamos hablando va a tener que haber también un cambio en la mentalidad de los profesionales, porque algunos se van a poder formar ahora, pero, ¿y los que ya están formados?

—Por eso decimos que estos programas se van a ejecutar exactamente con la orden de Perón todo a su tiempo y armoniosamente, lenta y serenamente...

Acá hay que producir una transformación del recurso humano; la podemos hacer desde el Ministerio, porque vamos a necesitar 150, 200, 300 recursos humanos que son modificables por nosotros, pero después vamos a necesitar 1500, 2000, 3000, 5000... Y eso no se hace si la Universidad no entiende este proceso. Lo va a entender cuando el país entero, voy a decir un impropio, sea “peronista”... Cuando se entienda que esto realmente significa la transformación social de la que hemos hablado. Pero me gusta la pregunta por otro filón: cuando el liberalismo, particularmente, a través del último siglo ha pensado en las profesiones liberales, hizo de cada una de ellas un bastión de su propio sistema; este bastión existe. Si quiere una definición clara de quién va a defender a esta sociedad de privilegio, en buena medida gran parte de ellos van a ser médicos, bioquímicos, odontólogos, farmacéuticos, los que trabajan en el área de la salud... Esta transformación, que hay que producir con estos recursos humanos, debe tener todo el signo de una revolución paradigmática; hay que crear un nuevo paradigma dentro del campo de la salud. De la misma manera como Perón creó el nuevo paradigma de la justicia social, de la que tantas veces hemos hablado y que implica visualizar claramente al enemigo, darse cuenta de que el adversario se alía con el enemigo, que el enemigo es el imperialismo y que este imperialismo se transforma muchas veces en cipayos de adentro. Ahora ese paradigma lo tenemos que trasladar al campo de la salud y crear un hecho paradigmático nuevo. Ese hecho paradigmático nuevo tiene que pasar por una concepción de la salud tan cercana como se pueda a la que tenía Carrillo. Aquella concepción integral: la salud tiene que ver con la sociedad, con el salario, con el trabajo, con la vivienda, con la pobreza, con la felicidad... Uno de los primeros en el mundo que introdujo la palabra felicidad en la definición de salud fue Carrillo. Esta concepción, que ahora es totalmente nuestra y de buena parte del mundo, nos dice cómo tenemos que armar y crear este paradigma: tiene que tener una honda raíz política. Si logramos que se transforme en una ciencia política, que tiene mucho de técnico y de científico pero que su columna vertebral es política, ahí está el camino para que este proceso no se detenga...

—Usted se acordará, Floreal, de un proyecto piloto importante, como el que se hizo en Río Negro en el 73 con el Sistema Nacional Integrado de Salud, sistema que fue víctima, por supuesto, de la presión de las multinacionales de la farmacología, entre otras. ¿Qué va a pasar ahora con el tema concreto de reducir el Vademécum, y por qué cree usted que este programa no va a tener ahora los mismos enemigos y los mismos escollos que sufrió hace catorce años?

—Creo que los va a tener. También creo que toma a la industria farmacéutica en un estado de crisis; y la industria farmacéutica, me parece, particularmente la industria nacional, tiene interés en colaborar en un episodio de esta naturaleza. También esto hay que hacerlo todo a su tiempo y armoniosamente. Necesitamos encontrar una política de medicamentos acorde con lo que el hospital público requiere; esa, la vamos a implementar desde el hospital. Ahí necesariamente tenemos que llegar a

un listado restringido de medicamentos, mirar quién va a comprar la droga, pedir la colaboración de la industria nacional y si la industria nacional se quiere poner en este mecanismo, bienvenida sea... no estamos discutiendo esto; me parece extraño que se meta, pero si se quiere meter, adelante... Después, hay que provocar una transformación con este paradigma del que hablábamos, para con los médicos. Hay situaciones como las que padece la industria del medicamento, que hacen pensar en negociaciones y acuerdos posibles. Por otra parte, nuestra política de medicamentos, señalada en nuestro programa votado el 6 de septiembre, no señala cosas diferentes de algunos de los episodios que el país conoce.

Nuestra política de medicamentos para los hospitales de la provincia de Buenos Aires tiene que ver, por ejemplo, con la política y estrategia que ha seguido el Centro Gallego desde tiempo inmemorial. El Centro Gallego en la Capital Federal tiene una planta de fabricación de medicamentos, ellos compran las drogas, etc., etc., y ahorran el 60 o el 70% del costo del medicamento. También nuestras Fuerzas Armadas siguen este mecanismo; hay un mecanismo muy parecido en la Aeronáutica, en la Marina y en el Ejército. Yo sé, y estoy en este momento intentando encontrar los caminos para que este hallazgo sirva para todo el país, que puede haber capacidad ociosa en esas plantas. En esas condiciones la provincia de Buenos Aires puede entrar en conversaciones con las Fuerzas Armadas que tengan esa capacidad ociosa de producción de determinado número de drogas, y en algunos casos son muchas, para que fabriquen en la medida de lo posible para nuestros hospitales.

—¿Y no nos pueden cerrar las puertas con esas materias primas que no tenemos?

—No, ya no, esto hace veinte o treinta años hubiera sido una locura. No hay que olvidarse que el país sufrió dos grandes impactos contra la política de medicamentos nacionales. Primero fue en el 55, cuando la revolución de ese año cerró EMETA, Empresa del Medicamento del Estado Argentino, otra de las grandes creaciones de Carrillo. Él había creado una fábrica nacional de medicamentos; era el primero en el Tercer Mundo que ponía en marcha una cosa de esta naturaleza. Bueno, vino la revolución del 55 y EMETA fue a parar al diablo. El otro es el episodio de Oñativia... Estos episodios en aquellos tiempos eran factibles, ahora ya no lo son tanto... Primero, porque el mundo occidental tiene muchas, muchas puertas para entrar; Italia es una, también puede ser Dinamarca o Japón. Del otro lado, está Polonia; usted levanta la cortina, y ahí tiene lo que quiera, y a precios algunos de ellos irrisorios al lado de lo que cuestan en el mercado internacional. Hará tres o cuatro años la política que se emprendió contra ellos significó que sus estudios de calidad eran deficientes; hoy ya nadie puede decir eso, porque han demostrado fehacientemente los países de un lado y del otro que los análisis de calidad a todos ellos les convienen, por lo cual la venta del producto es realmente útil, decente y leal...

—Usted estuvo haciendo una experiencia bastante interesante en Cuyo, donde lograron reducir el gasto de los medicamentos en un 52%...

—Sí, sí... desde la obra social de la que he sido asesor, la de Ferroviarios, pusimos en marcha un proceso del Vademécum terapéutico que fue un proceso lento, difícil, ya que hay que hacer todo un trabajo de modificación. Allí contamos con algo muy importante; la participación comunitaria por vía de los beneficiarios, de los sindicatos de la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, era frontalmente favorable. En Cuyo, con autoridades regionales realmente inteligentes y capaces, pudimos poner en marcha este mecanismo. Y en los momentos en que hicimos los análisis, llegamos a obtener, sin menoscabar la atención médica de ningún eslabón que la obra social brinda, un ahorro, en muchos casos, de más del 50%. El ahorro del medicamento para la obra social si se pudiera implementar esto en todo el país, debe ser, si en este momento la obra social está gastando el 30 o 35% en medicamentos, que ese gasto puede ir a parar al 10 o al 12%. Por otra parte, en algunas obras sociales lo tenemos en marcha; lo hemos analizado cuidadosamente, lo hemos monitoreado y lo estamos monitoreando. Hay obras sociales que estaban pagando el 32, el 37% de su presupuesto en salud en medicamentos. En este momento con el Vademécum bien seguido, cuidadosamente ordenado, están pagando el 12 o el 13% y han inclusive dado la ventaja de que en lugar de tener que pagar el 50% el beneficiario, ahora tiene que pagar el 25 o el 30%...

—¿Cuál es su posición respecto a la nueva ley de Obras Sociales?

—He sido asesor de la Comisión de Salud del Senado de la Nación hasta hace poco y tenemos una posición claramente tomada. Al país no se lo puede dejar sin ley de Obras Sociales, pero al país no hay que confundirlo con la ley de Obras Sociales y la del Seguro. Esto fue recurso electoralista del radicalismo en un momento determinado de su historia política, en el que ya ni ellos quieren insistir. Y encontraron algún mecanismo sindical que les fue favorable, como era en aquel instante el mecanismo de utilización de “Los 15” en el gobierno radical. La presencia de un instrumento como la ANSSAL, colocado bajo el amparo del Estado, y la repetición de estos mecanismos en cada una de las obras sociales, y posiblemente en cada una de las provincias, abría la perspectiva de un mecanismo burocrático infernal en el campo de la seguridad social. Nosotros participamos de otra idea, que está dicha por el movimiento sindical y por el movimiento peronista desde siempre: las obras sociales son de los trabajadores, que son sus legítimos dueños; esto no lo puede discutir ya nadie, ni el liberalismo. Las obras sociales son de los trabajadores, pero las obras sociales enteras, no las obras sociales sindicales son de los trabajadores y los institutos de obras sociales, que son los más grandes, que tienen que ver con el gobierno, ¡ah, no!, a eso lo discutimos... no, no, son de los trabajadores... Entonces hay que darse una ley de obras sociales que tenga que ver con este principio, ley que está escrita, y que seguramente se discutirá en extraordinarias. Si es así, hay que encontrar un segundo nivel, que sea el de coordinación. Ese nivel, muy similar al Instituto Nacional de Obras Sociales, con otras características, tendría que ser este instrumento también con mayoría de los trabajadores.

Allí es factible, y me parece prudente, que aparezca la voluntad de los empleadores y la voluntad del Estado, pero de ninguna manera siendo la primacía. En este ente de coordinación nacional de las obras sociales, podrían estar representados el Estado, los prestadores y los empleadores, pero debería haber mayoría sindical; porque es correcta la perspectiva del control y de la evaluación de la tarea. Creo que ningún trabajador, que esté ordenadamente cumpliendo con su tarea de representante sindical, puede sentirse incómodo porque lo controlen, nadie... pero ninguno de ellos tiene por qué estar cediendo situaciones de gobierno de su propia casa. El plano de las obras sociales es fundamental para el país; hay que mejorarlo, y se mejorará cuando se corrija la situación social del país, y este plano va a significar, juntamente con el hospital público y en alguna medida también con el sector privado, pero especialmente con el hospital público, la columna vertebral del sistema sanitario argentino.

—¿Cómo se va a desarticular un poco ese afán consumista que tiene el paciente en este último tiempo?

—Aquí podría haber una respuesta a lo Iván Illich, que tiene un libro fenomenalmente destructivo con respecto a la medicina, que se llama *Némesis médica*. Ahí dice que la humanidad está padeciendo un fenómeno de medicalización, que es la consecuencia de una cantidad de factores, entre los cuales están los económicos. Como se venden más tomógrafos computados, hay que hacerlos producir, entonces hay que inyectar la alternativa de la necesidad, la sociedad consumista, en definitiva... Se fabrican más medicamentos, también hay que inyectarlos en la comunidad, venderlos y consumirlos. Para esto es necesario tener un instrumento fundamental: la escuela de salud, la escuela de los técnicos y los profesionales de la salud; la escuela de medicina también sufre los embates de esto. Mirado desde el punto de vista de lo que podría llamarse una concepción economicista del problema, aquí las multinacionales, tanto del medicamento como del equipamiento, hacen lo posible para que el pueblo consuma más, como hacen consumir más Coca-Cola, más cigarrillos, más deporte, más instrumentos del deporte, etcétera.

Hay otros elementos que tienen mucha importancia; por ejemplo, que el pueblo ha perdido la capacidad del conocimiento de su propio cuerpo y de su propia salud. Y esta pérdida, que a veces uno cuando la mira desde lejos y a la distancia histórica parece haber tenido intencionalidad, le ha dejado al hombre común la perspectiva de defenderse con su propia salud. Todo lo que se hace en este instante con respecto a este tema, es poco; hay una sobremedicalización, una permanente utilización de prácticas médicas cada vez más intensas; hay deformación en muchas de ellas y la comunidad ha sido arrastrada por este fenómeno del consumismo. Pero este fenómeno no se puede disminuir solamente por la acción de la comunidad; es la acción de la comunidad, de la política, de las escuelas de medicina y de los profesionales...

—Usted ha hablado de revalorizar la carrera del trabajador de la salud, ¿tiene algo concreto como para adelantar sobre qué pautas se va a hacer?

—Sí, en la Escuela Superior de Salud Pública que tiene el Ministerio vamos a desarrollar algo así como los “módulos en la preparación del profesional”. Tenemos que trabajar intensísimamente en la creación urgente de nuevas enfermeras para la provincia y también en la construcción de trabajadores de la salud en el campo de lo que denominamos hoy “el trabajo integrado de la salud”, es decir, no solamente de la profesión, sino el trabajo de la asistencia y de la rehabilitación. Y un capítulo enormemente importante: “los trabajadores de la salud para la tercera edad”. No hay ningún sector de la comunidad, a pesar de lo que dicen las mujeres, que esté más desprotegido en el campo de la salud y especialmente de los trabajadores de la salud, que la tercera edad. La tercera edad tiene enorme cantidad de renglones que van a poder ser cubiertos con esta fórmula del trabajador de la salud. Pero el trabajador de la salud de que hablamos está basado en algo que escuché una vez en un pueblo de África, en Ghana, que decía “Todo el que sabe le enseña al que no sabe”, y esto es lo que nosotros vamos a poner en marcha en la provincia de Buenos Aires. Quien sepa de enfermería le va a enseñar a quien no sepa, quien sepa de trabajadores, le va a enseñar a los trabajadores, y esto va a reproducir el trabajador de la salud en una fórmula que en este momento no puede tener parangón. Más de dos tercios de las enfermeras que necesitamos no están, no existen, hay que crearlas... más de un tercio de los trabajadores de la salud de que hablo, en este estilo, no existen, hay que crearlos...

—¿Por qué recién dijo “a pesar de lo que dicen las mujeres”?

—Porque en términos generales las mujeres dicen que ellas son muy desatendidas en el campo de la salud, y están desatendidas, es cierto... En buena medida están desatendidas, pero está mucho más desatendido ese episodio de la edad que va de los 65 a 70 años...

—Con relación a la aprobación de una ley provincial para las enfermedades ginecológicas, y por otro lado, una mayor atención para la mujer embarazada y con licencias tal vez más amplias, ¿usted lo tiene contemplado?...

—Sí, porque está en el programa, pero necesito hacer una aclaración técnica y metodológica muy importante, que el peronismo tiene que entender. El manejo de la salud que el peronismo hizo desde el 45 al 55, que fue ejemplar y no conoce otro igual en la historia del país, se hizo especialmente con una técnica que se llamó “los programas verticales”. Se tomaba una enfermedad y se la trabajaba de punta a punta hasta la solución final; lo que estaba a los costados, no importaba. Se tomaba tuberculosis, y se trabajaba con el niño desde chiquitito, se veía cómo pasaba esto, se lo vacunaba, se veía si se hacían los catastros, se veía si el de tuberculosis se había desarrollado o no, y seguíamos y seguíamos atendiendo; lo que pasaba alrededor no importaba; lo mismo pasó con el programa de meningitis, con el programa de

cardiovasculares... estos programas así ya no sirven en la técnica sanitaria; ahora son imprescindibles los llamados programas horizontales...

—**Más totalizadores...**

—Son totalizadores. Lo que usted estudia y programa es la salud; sale a programar la salud desde el niño que nace, y lo que hace con el chico es cuidar la salud. Cuando se interrumpe la salud por cualquier fenómeno, usted lucha para que vuelva la salud y sigue luchando y si aparece la tuberculosis, lucha para que vuelva la salud contra la tuberculosis, pero no está luchando estricta y exclusivamente contra la tuberculosis, está tomando el todo. Esta observación identifica a la concepción de la salud mucho más claramente con la transformación social; si no, la lucha por transformar la sociedad desde la tuberculosis se convierte en una lucha exclusiva de los pobres. Acá, es una lucha de los pobres y de los demás...

—**¿Y con relación a las mujeres?**

—No es prudente que hagamos una ley de protección de la mujer en la enfermedad ginecológica, aunque la vamos a proteger como nunca, sino que haremos una ley o todas las que sean necesarias para la protección de la salud de la mujer. Esto es mucho más integrador... Y el otro tema, sobre las embarazadas, es algo que el peronismo tiene que discutir... Mire, yo estaba en África, en un congreso en la República de Ghana y se entabló una hermosa discusión en uno de los grupos de trabajo: si las mujeres debían o no debían trabajar y si la militancia política era pasible de ser frecuentada con toda intensidad por la mujer, o la presencia de los hijos negaba toda esa alternativa. Esto era en 1962, Mona, no se intranquile... pero ahí estaban hombres de Rusia, de Cuba, de Inglaterra, de Estados Unidos, yo, en representación de la Argentina... Y me acuerdo que una muchacha cubana dijo: “Hay que tener el hijo, pero después hay que seguir en la revolución”... Y una muchacha argentina, que entonces era mi mujer, se levantó como molesta por esa afirmación, porque dijo: “¿A quién le vamos a entregar los hijos?”... Entonces empezó una dura discusión entre dos madres. Una que decía “yo quiero al menos existir hasta que tenga 4 o 5 años, y después puedo entregarlo...”, y la otra que decía: “yo quiero existir al menos hasta que tenga 4 semanas, después debo seguir...”. Esta discusión no terminó, pero de todas formas hay un episodio muy difícil, que es el embarazo y el puerperio, que en este momento está despiadadamente descuidado.

Una muchacha se aguanta bien sus 45 días antes, y se quiere pasar esos 45 a los otros, y esto es porque son muy cortos los otros, y sabe que los que vienen son más dolorosos que los anteriores. Los parto parece que los padece ella sola, los posparto los padecen el chico y ella, por eso intenta postergarlos. Esto es realmente una discriminación de la sociedad, porque la mujer ha producido uno de los acontecimientos más hermosos de la vida, además “la vida”... Esto hace que tengamos que venir a decir que no hay perspectivas para la mujer que dice: “estos 45 días no los quiero tomar...”, no, estos 45 y seguramente antes de 45 o 60 días, deben estar

dedicados a esta gestación que se le ha hecho capital de la existencia. Pero lo que sigue lo tenemos que discutir, porque 45 días ni loco representan lo que la muchacha necesita; pero exagere la cosa: ¿cuántos entonces?... 120, bueno son cuatro meses, ya la cosa se pone bien, pero entonces empieza el período en que, desde el punto de vista psicoanalítico, requiere la presencia permanente y constante de la mujer, de la madre... entonces digamos 180... ¿y por qué 180 si faltan 30 para que empiece a caminar?... Entonces son 360, ¿y dónde está el final?... Acá vuelve la anécdota anterior: ¿qué es, madre, trabajadora, militante...? Hay una contradicción si la muchacha dice sí, 120 o 180 días... Pero si en esos días está total y absolutamente esclava del niño, ¿qué pasa con ella como mujer?... Esto no está discutido todavía, hay que discutirlo, no sé cuál es la solución, pero me atrevo a decir que, desde el punto de vista de la creación, esta muchacha no debe estar menos de 180 días permanentemente al lado de su niño; ahora queda por preguntarme qué pasa desde el punto de vista de esa mujer propiamente dicha... También se puede plantear: ¿y por qué no el padre?... En algunos países nórdicos padre y madre tienen licencias pre y post parto. Sí, si la sociedad tiene organización para eso, bienvenido sea; la desgracia es que no es fácil lograrlo, y muchos países que lo han logrado dicen que no ha servido tampoco. Fíjese que es un porcentaje enorme de la mano de obra, y del potencial político, del potencial formador, porque uno dice con ligereza: “bueno, pero que se quede un año al lado del niño, lo bien que le va hacer al niño...”, pero, ¿y ella?, ¿su realización como mujer, política, intelectual, de laburo concreto?... Si ella va al trabajo cuando las cosas están ordenadas, no va solamente por la guita; va porque además tiene una realización. Dígale al hombre que se quede un año cuidando al niño...

—¿Cómo le fue en su gestión como ministro provincial de Bienestar Social del 73 al 74?

—Y, fue muy, muy difícil... fue un episodio convulsionante... Fue intolerancia tras intolerancia de todos lados, una gran inexperiencia mía, una gran soberbia mía... la soberbia del 73 no la podemos repetir. Hay que entrar con una gran humildad; he aprendido en estos años una humildad tremenda del pueblo y la quiero recuperar para mí. A veces me paso de revoluciones y me doy cuenta de que me alejo de lo que quiero; lo voy a repetir todos los días: solamente con humildad podemos construir esto; a lo del 73 no podemos volver. No estoy negando las ideologías con las que fuimos, ni las banderas que levantamos, ni a los compañeros que hoy no están; digo que todo aquel dolor y todo este dolor que todavía tengo en el alma, nos tiene que servir para ser cuidadosos, humildes, constructores día por día, no tragándonos los vientos, como decía un poeta hace muchos años...

—Usted ha estado viendo y analizando la situación de la provincia de Buenos Aires, que le va a tocar ahora, ya, para gobernar. ¿Cuáles son las carencias, cuáles son las enfermedades, con qué se va a enfrentar, Floreal, en la provincia?

—Hay un tema crucial, que es el desaliento y el descrédito de la gente. Hay un enorme desaliento en la población, en casi toda la mano de obra con la que me he encontrado, los recursos humanos con los que he estado hablando en el Ministerio, en los hospitales en la provincia, y esto necesita una nueva mística, necesita levantar un episodio nuevo en su creación; es un hecho llamativo, que exigirá un esfuerzo enorme. Pienso dedicárselo; vamos a gobernar con los trabajadores al lado nuestro, los trabajadores de la salud, con los que tienen que ver con las obras sociales y con los medicamentos, porque ellos todavía tienen alguna potencia que en otros lados no encontramos. Esto es uno; el segundo, es que he encontrado un sistema hospitalario desacreditado, que no tiene ni remotamente el empuje que debía tener, y que también requiere recuperación física, de equipamientos, de recursos humanos, de mística y de programas. La provincia de Buenos Aires no tiene ningún programa de ejecución, lo que tiene son programas teóricos, algunos de los cuales son brillantes, pero están en los escritorios, y temo que nos pase lo mismo. He encontrado, por ejemplo, programas de áreas programáticas, excelentes, redactados con la mejor técnica, pero guardados en el escritorio; esto va a servir, la democracia ha hecho cosas, no estoy acá para decir que no hicieron cosas, lo que no se ha traducido en hechos que nosotros tenemos que recuperar.

En el campo de lo que podríamos llamar los episodios sanitarios propiamente dichos, la provincia puede ser dividida en dos o en tres grupos importantes: el Conurbano, que es un mundo aparte; las áreas urbanas de importante densidad, como pueden ser Bahía Blanca, Azul, Olavarría, Mar del Plata; y el área rural. Cada una de ellas tiene características diferentes; la zona más acuciante es la del Gran Buenos Aires. Allí no hay hospitales que aguanten, no hay coordinación entre las áreas, no hay crédito para la actitud de la atención médica. Por otra parte, usted sabe mejor que yo que toda la población tiene también un descreimiento sobre el acto médico y sobre la profesión propiamente dicha. La perversidad del sistema ha llevado al descrédito para con el médico, para con el farmacéutico, para con el odontólogo, y esto hay que revertirlo. ¿Se acuerda cuando Perón decía “la recuperación del hombre”?... Siempre pensé, también soberbiamente, que más que la recuperación del hombre de lo que se trata aquí es de la recuperación de la sociedad, de la comunidad... Ahora me doy cuenta de que no...

—Cuando en el 73 lo decía casi nadie lo entendió...

—Nadie lo entendió; ahora se ve clarito, esta recuperación de cada uno de nosotros, de la muchacha, del muchacho, del hombre que trabaja en la fábrica, del médico, del farmacéutico, del educador sanitario, que no creen en el país... es reconstruir el pensamiento del hombre argentino...

—¿Cómo ha hecho usted para complementar la medicina con la política?
¿Son incompatibles...?

—No son incompatibles... Hay un importante médico de la historia de la medicina que se llama Rudolf Birschof, que dice que “solamente se puede ser

auténticamente médico si se es el abogado de los pobres”, y para ser el abogado de los pobres la única alternativa es la política. Fíjese que para ejercitar la salud se necesita una política sanitaria; pero además el tema político mío, que viene desde muy lejos, tiene que ver con mi tremenda vocación por la literatura. Soy un patológico lector, que he sentido a través de la literatura la tremenda importancia que tiene el conocimiento del pueblo para cualquiera de las ramas de la ciencia. En el último libro que he publicado, que se llama *Teoría social y salud*, hay una página, la primera, de un novelista argentino que se llama Héctor Rivera, ahí hay una definición clara de la salud. La salud no tiene que ver con los bichitos, con los microbios, con la mente..., tiene que ver con todo eso, pero también con la sociedad. Si sigo atendiendo a un enfermo, habré salvado a un cardíaco, pero no he resuelto la cardiología, ni he resuelto la cardiopatía; este es el error garrafal de los que hacen este tipo de medicina, que no estoy diciendo que no hay que hacerla, ni que no hay que seguir operando las coronarias para salvar los infartos que tienen que venir; lo que hay que resolver es que no aparezcan las coronarias tapadas, como en este momento sucede, y para que esto ocurra, no hay otra cosa que transformar la sociedad. Esta es mi razón de la política...

—Usted recientemente, hablando de la medicina y la política, dijo con mucha lucidez algo que fue eslogan de los setenta: “Nos quisieron desviar, diciéndonos ni yanquis, ni marxistas, y eso no solo no nos sirve ahora sino que no sirvió tampoco para la época”...

—Mire, tiene que ver con lo que le decía al comienzo, de la revolución paradigmática de Perón que, desde el punto de vista filosófico, establece una nueva manera de mirar la política, cuando le da a la justicia social para el Tercer Mundo una concepción diferente, tanto del marxismo como del capitalismo. La del capitalismo ha tenido que ver con una concepción del individuo, y cuanto mucho la superación, cordial, amistosa, limosnera de la generosidad del hombre. Es decir, se hace justicia social por la generosidad dadivosa... esta es la fórmula de la justicia social del mundo occidental, del que nosotros parece que formamos parte, aunque somos otra cosa, sin ninguna duda... El marxismo, por otra parte, ha creído que el problema de la justicia social tiene que ver con la lucha de clases y con la entronización de la dictadura del proletariado. Ninguna de las dos lecturas son desaconsejables y ninguna de las dos deben ser abandonadas; las dos lecturas deben ser hechas, y deben aprovecharse. Esto hizo Perón. Cuando Perón mira las dos cosas y percibe que acá en el Tercer Mundo hay otra cosa, y que esas dos teorías son ciertas para los países centrales donde fueron concebidas, en estos países del Tercer Mundo la cuestión es diferente. Es cierto, “ni yanquis ni marxistas”, pero no separando esto como cosas que no nos interesan o que no nos incumben, juntándolas... y como síntesis superadora encontrar la Tercera Posición que dice que la justicia social tiene que ver con las clases, por eso están los trabajadores adentro; tiene que ver con el individuo, por eso está el hombre

que tenemos que reconstruir; en el campo del Tercer Mundo tiene que ver con un enemigo único que se llama imperialismo. Esta concepción tercerista nos hace decir “es cierto, nosotros no somos yanquis; es cierto, nosotros no somos marxistas” pero no lo estamos diciendo en el tono chauvinista del 70, cuando lo utilizaban para decir que los que estaban en uno u otro lado eran zurdos. Perón sintetizó las dos cosas, como eje trascendental aun desde el punto de vista de la epistemología de la política, porque forja un nuevo conocimiento. Por eso nosotros decimos, y esto lo hemos discutido mucho con nuestra gente, “ni yanquis ni marxistas, porque de los dos tenemos, a los dos les quitamos, a los dos hemos superado, pero somos del Tercer Mundo”... Y le cuento una anécdota chiquitita (ya viejo como soy tengo que recurrir a las anécdotas): estábamos en Ghana, mi mujer era periodista y yo fui pedido por el presidente Nkrumah porque él era peronista y quería hablar conmigo. La Tercera Posición que Nkrumah organizó tenía que ver con Perón. Mi mujer le hace una entrevista y le pregunta qué opinaba sobre el capitalismo y el socialismo, y el negro, brillante, estupendo, le dice: “Mire, señora, el comunismo y el capitalismo son cosas de blancos, nosotros tenemos la Tercera Posición”...

—¿Cómo entiende usted la renovación peronista?

—Ah, lindo, lindo, lo de la renovación... Tiene que ver con la idea biológica, psicológica y social de la renovación de la vida. La renovación no es la consecuencia exclusivamente de volver hacia atrás, mirando atrás... eso sería volver al pasado y yo digo siempre jocosamente que fuera del amor, el pasado no existe... Porque Perón es actual, porque la historia del peronismo es de hoy, porque Eva es actual, porque Eva sigue haciendo cierto aquello de “Volveré y seré millones”, aunque no esté, no importa, usted y yo sentimos que acá está Eva, es así... Entonces, renovarse no es mirar para atrás; renovarse es sentir aquello y producir esta transformación, pero también implica reconstruir el pensamiento revolucionario del peronismo. Hay que recrearlo, volverlo a crear con las ideas que en este momento deben ser transportadas al siglo XXI. Nosotros no podemos alejarnos de la tecnología; la tecnología tiene que venir. Perón lo dijo clarito: “La tecnología será una consecuencia de este siglo”. Pero la tecnología para nosotros no tiene el signo que tiene en este momento, por ejemplo, para la modernidad del alfonsinismo. La tecnología no es nuestra, tiene nombre y apellido, tiene que ver con el enemigo, con el imperialismo. Esta reconstrucción del pensamiento de la tecnología en el campo del peronismo obliga a recrear esta idea epistemológica del paradigma de Perón. Esto es renovarse desde el punto de vista del pensamiento. Desde el punto de vista de lo que podría llamarse lo físico, cada uno de nosotros que va a morir (yo estoy más o menos cerca) va a dejar a alguien que viene detrás; este es otro de los pedazos de los millones de los que hablaba Eva, ahí está la reconstrucción física... Usted, los jóvenes que están detrás suyo, los que siguen, escuchan nuestro mensaje, a veces sirve, otras no, pero se dan cuenta de que hay una cosa que pueden seguir para adelante. Esto es la

reconstrucción física de la renovación. Antonio, yo, y los hombres más viejos, que hemos tomado esta vocación desde el MUSO para adelante, sabemos que somos seguidos por alguien, porque saben que por ahí pasa la reconstrucción física del peronismo en cuanto a generaciones que siguen. Lo que puede llamarse la reconstrucción ideológica o afectiva del peronismo es volvernos a encontrar con nuestros ancestros, pero haciéndolos actuales; sabiendo que ya Perón no tiene razón cuando habla de la comunidad organizada, pero sí tiene razón cuando habla del modelo argentino. Hablar de la comunidad organizada tal cual está concebida, cuando se enuncia en el 47, es volver atrás en el pensamiento, y eso no es reconstruir.

La comunidad organizada del 47 hoy no sirve para el peronismo, ese es un pensamiento liberal tomista infectado dentro del peronismo, que sirvió en su momento, pero con toda lealtad hay que decir “hoy, no sirve”... Lo que sirve hoy es el modelo argentino, el modelo nacional, el documento fundamental de Perón, ese hay que reconstruirlo, porque la política y el modelo nacional de que habla, todavía no está hecho...

—**Todavía le falta mucho a la renovación...**

—Sí, y le falta además recuperar la reconstrucción del episodio social. El episodio social pasa porque el peronismo vuelva a reconstruir su criterio de propiedad social. Si el peronismo no reconstruye su criterio de propiedad social y sigue chapaleando en la idea de la propiedad privada, volvió para atrás, no avanzó, se quedó aun atrás de Juan XXIII, fíjese lo lejos que está... ■

INTERPELACIÓN EN PROSA A UN EVITISTA SCHUMPETERIANO

Entrevista a Guido Di Tella,
por Hugo Chumbita y Mario Wainfeld

Últimos días de octubre, en el modesto caserón de *Unidos* en la calle Gurruchaga. Molesto por algunas críticas nuestras, Di Tella nos había pedido un debate con un economista, antes de las elecciones. Distintas circunstancias lo impidieron y el desafío derivó hacia una interpelación periodística intentada por dos no economistas. Di Tella, autodefinido como un socialcristiano que derivó al peronismo y hoy uno de los hombres del (¿futuro?) presidente, cuestionado

por diversos sectores del peronismo, aceptó que asumiéramos cierto rol de fiscales. Parte del resultado es el siguiente:

CHUMBITA: —Para mucha gente de la militancia peronista, Di Tella aparece como un peronista demasiado ligado al “establishment”, un interlocutor preferido de la derecha económica, de la prensa liberal y voceros como Neustadt, todo lo cual genera resistencia a lo que diga, por el solo hecho del lugar desde donde habla. Esa sería la primera cuestión. Hay efectivamente un problema acerca del “desde dónde” se emite un discurso como el tuyo.

DI TELLA: —Bueno, debo decir cuál es mi identidad peronista, desde la que hablo. Mi percepción es que el peronismo es y ha sido la expresión social y política de los sectores postergados de la sociedad. Eso es lo que puede reclamar como su gran contribución histórica. Además de los sectores postergados no estructurados, representa a las fuerzas del trabajo organizado. El sindicalismo es un elemento consustancial al movimiento. Desde este punto de partida, el peronismo puede y debe ampliar su mensaje a otros sectores de la sociedad, como los sectores medios, sobre todo en un país que está evolucionando y cambiando de estructura social. Pero si sustituimos lo uno por lo otro haríamos una traición, un vaciamiento de la sangre del movimiento. Agregar me parece bien, sustituir me parece desastroso. El mensaje de este peronismo ampliado pero basado en su propia identidad, puede no ser la mejor definición electoral (podría ser conveniente un distanciamiento mayor de las bases históricas), pero ganar de esa manera no vale la pena. Prefiero perder con las banderas fundacionales, porque esta definición de pertenencia social es la base insustituible del peronismo.

CHUMBITA: —Es verdad que el peronismo representa a los sectores obreros y a los más postergados, y que necesita ampliar su base social. Pero tiene otro problema, desde sus orígenes. Por un lado es un movimiento de los trabajadores, y también de la burguesía que pretende dirigir a los trabajadores para integrarlos al sistema. Hay una especie de encuentro en su seno entre una burguesía nacional, a veces incluso gente que viene del conservadurismo, con los sectores populares; siempre estuvo presente una cierta conducción burguesa con una base popular. En ese planteo, Di Tella aparece como un representante de la burguesía que pretende dirigir u orientar al movimiento popular.

DI TELLA: —Esa definición del peronismo como una especie de “burguesismo popular” no me gusta nada. El peronismo es una alianza entre un peronismo más como el que definí recién, con un peronismo de las provincias pobres que es harina de otro costal. Ese peronismo ha desplazado a los movimientos conservadores populares de la oligarquía y no ha llegado a formar el partido de las clases populares. Esa conducción burguesa populista es un gran progreso respecto a la alternativa oligárquica, pero es una etapa intermedia, en marcha todavía problemática a lo que debiera ser un movimiento de base obrera sindical.

CHUMBITA: —¿No será que en el interior ocurre, en pequeño, más visiblemente, lo mismo que a nivel nacional?

DI TELLA: —Yo no creo que se pueda definir al peronismo como un movimiento de base popular dirigido por sectores burgueses. Eso es la negación del Movimiento Peronista. Los obreros o los pobres manejados o expresados a través de los burgueses, corresponde al allendismo en Chile, que tenía un elemento de “señoritismo” muy notorio, y la democracia cristiana ya sabemos. Aquí son los propios obreros y los representantes de los sectores marginados que participan en la conducción, o debieran participar, o el movimiento debe preocuparse de que participen, como co-conductores y no seguidores de los sectores burgueses que ciertamente existen en el movimiento. Vos me dirás, qué demonios hago yo dentro del peronismo con esta definición. Si elegís a cada persona en función de sus antecedentes personales, ni yo ni muchos otros entramos en la definición. Pero ese es un problema de solidaridad básica, espiritual, política, social, estructural; si no, Lenin no hubiera sido un dirigente popular, ni Marx menos que menos.

CHUMBITA: —No, no se trata del origen social, se trata de la propuesta política.

WAINFELD: —En tus análisis del peronismo, tenés lo que en esta etapa creo es una cualidad, en otra pensaba que no, una tendencia a despojarte de retórica, cuando muchos de nosotros usamos un léxico de connotaciones hasta bélicas. Pero en tu lectura vos solés establecer una analogía entre el peronismo y determinadas fuerzas políticas de países del centro, cosa que a la militancia de tradición peronista le irrita especialmente, como eso que alguna vez dijiste del “compañero Carter”, etc. Ahora bien, a partir de tu visión del peronismo, en el que confluyen sectores que expresan una riqueza social y de sentido muy amplia, ¿cómo te ubicás en la interna del peronismo? ¿Te ubicás a la izquierda, con los desposeídos, como un representante de la burguesía...?

DI TELLA: —Mi visión es de sabor evitista, lo que ha caído más bien en desuso dentro del peronismo. Una cosa que hice en la campaña electoral fue hablar de Eva Perón abanderada de los humildes. Si querés, es una versión no ideológica, pero yo creo que es la ideología que cuenta, o sea, del lado de quién estás. Dejame que defienda mi comparación internacional que tanto irrita. El peronismo es la alianza de los intereses de la mitad de abajo de la sociedad. Cuando me refiero al Partido Demócrata yanqui, digo dónde está la base del parecido y dónde la de la diferencia. El parecido es que los demócratas representan la mitad de abajo de la sociedad: los chicanos, los negros, los sindicatos, los trabajadores; los irlandeses lo eran, pero “pelecharon” y se pasaron al Partido Republicano y la comunidad judía lo mismo. En definitiva el Partido Demócrata representa relativamente el mismo sector que el peronismo, por supuesto, es un sector que gana 10.000 dólares per cápita, y los nuestros ganan 2.000, y entonces el problema es distinto. Esta diferencia podría dar pie razonable a la irritación de algunos compañeros. Las comparaciones tienen su límite, pero, relativamente, los demócratas representan algo parecido a lo que el peronismo.

WAINFELD: —La diferencia no es cuantitativa. Se trata de distintos modelos de sociedad y distintas formas de hacer política. Los demócratas tienen un alto grado de consenso con los republicanos acerca del modelo de país, tienen saldadas una serie de discusiones históricas. El peronismo tiene un nivel mucho más lábil de acuerdo con otras fuerzas políticas y sociales. Esta es la cuestión que subyace en tu analogía. Vos mismo decías que te hiciste peronista cuando viste que los gorilas ponían bombas o fusilaban. ¿Qué demócrata puede decir lo mismo? El nivel de virulencia política que hay en los países del centro es infinitamente menor que acá. Acá hay una política más bélica...

DI TELLA: —Yo creo que la represión que ha sufrido la emergencia del peronismo en los últimos cuarenta años es muy superior a lo que ha pasado con el Partido Demócrata, pero a lo mejor es parecida a la del siglo pasado, cuando emergían las clases trabajadoras. Fijate que las clases obreras españolas fueron reprimidas a través de una guerra civil que mató medio millón de personas, que fue una guerra de clase.

WAINFELD: —Dijiste algo interesante, que tenían una lectura “evitista”; ¿por qué entonces los sectores más evitistas del peronismo te estigmatizan, te ven exactamente en una posición antagónica?

(Di Tella se ha levantado de su silla y observa un afiche colgado en la pared, donde se anuncia un número de Unidos, con un astronauta que toca el bandoneón).

DI TELLA: —Me doy cuenta, sí. Vos dijiste que yo tengo un lenguaje realista o despojado. Uno de los problemas que tengo con *Unidos* si representa, supongamos una línea, sintetizando un compuesto digamos en el “compañero *Unidos*” es el lenguaje. El lenguaje de *Unidos* me pone nervioso, porque la mitad no lo entiendo, y además me parece que es como poesía. Ahora cuando hablo de la poesía de *Unidos*, o la poesía y la política, yo creo que no es un elemento subestimable. Entonces yo salgo a la defensa imaginaria de *Unidos* diciendo: “bueno, aquí hay un grupo de compañeros que dicen cosas muy parecidas a las que yo quiero decir, y además lo dicen de una manera poética”. La poesía no es unos boludos que tocan la guitarra; toca un aspecto de las personas que es realmente legítimo. En cambio a mí el estilo político que me sale es despojado...

CHUMBITA:—... en prosa, digamos.

DI TELLA: —Es lo que me sale, y me doy cuenta de que genera un problema de comunicación.

WAINFELD: —No concedas a *Unidos* el monopolio del evitismo; creo que tenemos una cuota de eso, pero hay muchas otras vertientes. Cualquier postura militante, de las que Grosso llama “la perrada”, te filia como a un representante del peronismo que no debe ser. *Jotapé* o Sbarra Mitre (que tiene una historia común con *Unidos*, pero no está más) no escriben “en verso”. En su prosa también te sindicaban como el ministro de Economía que no queremos.

DI TELLA: —Eso lo puedo entender. Por ahí yo también creo que soy el ministro que no debemos tener. Hay otro problema. Definidas la inserción y la lealtad social a un sector, todas las políticas concretas tienen que ser vistas a través del color del cristal de ese sector. Frente a una medida económica cualquiera, mi reacción es preguntarme cuál va a ser el efecto sobre la distribución y sobre los salarios en el corto plazo, porque estoy en una coalición de intereses que no puede pensar demasiado en el largo plazo, por las premuras, las presiones y las angustias que tiene nuestra gente. Ese es mi filtro. Entonces vos dirías que del evitismo paso al *trabalhismo*, al *salarismo*; yo pienso que la demanda de ingresos materiales es una de las demandas fundamentales de la sociedad, y no creo que estas demandas fundamentales sean de transformaciones muy distantes o que tengan costos en términos de salarios o de bienestar material. Acá me separo de los compañeros *evitistas* que añaden un ideologismo que yo no tengo. No tengo ningún ideologismo, excepto esta solidaridad visceral con un sector de la sociedad. Mi ideología, es nada más y nada menos una solidaridad absoluta y total con un sector social. En el tema de los ingresos, que es determinante, yo miro los salarios: soy un *eficientista* gélido.

CHUMBITA: —Sin embargo, te hemos escuchado defender o propugnar un “capitalismo *schumpeteriano*”, es decir, independientemente de los objetivos de tipo social del *peronismo*, propugnar como herramienta de política económica un protagonismo del empresario, del *burgués nacional* podríamos decir quizás.

DI TELLA: —A mí me parece que la generación de riqueza y la fuente de acumulación la da el *empresariado* competitivo, agresivo, desagradable, que pisa los callos del prójimo, y que genera nuevas configuraciones económicas que permiten crear riqueza donde no la había, no simplemente sacar renta de la tierra o más petróleo, sino inventar productos y generar excedente económico. Esta visión mía, a los empresarios les cae muy mal, porque los veo como seres con algo de monstruoso, que por razones misteriosas, estos “*animals spirits*” que los animan, hacen cosas extrañas, se matan en vida, pero generan riqueza. Entonces hay que cuidarlos lo suficiente como para que sigan haciéndolo, y no extraerles sistemáticamente el excedente para que se depriman y tiren la *chancleta*. Yo no creo que la organización estatal de la producción tenga un dinamismo análogo. Soy pragmático; si me decís que los empresarios estatales podrían hacer esto, vamos a ver qué pasa. El capitalismo competitivo me desagrada éticamente. En esto tengo una ambivalencia, por un lado no me gusta nada, y por otro me encandila cuando es capaz de acumular y crecer y pagar salarios, sacando a la gente de la pobreza, no porque los empresarios sean bondadosos sino porque la sociedad no se agota en ese sector y hay otros que se preocupan sistemáticamente por sacarle plumas a la gallina de los huevos de oro.

CHUMBITA: —Hay otro tipo humano, que podría representar Matteoti, el famoso petrolero italiano; es el funcionario estatal comprometido con lo suyo, y el ejemplo italiano de algunas empresas del Estado es notable en este sentido. Se trata de un gerente, un empresario, un gestor de negocios que trabaja con

un horizonte social y no para su ganancia o su bolsillo, que es capaz de organizar grandes empresas, crear trabajo y hacer crecer al país. ¿Por qué no podemos apuntar a ese tipo de empresario?

DI TELLA: —Yo contesto con otra pregunta. ¿Por qué preferir uno al otro? Te diría que prefiero el fenómeno Matteoti, si fuera generalizado, pero más por un resabio adolescente que por un pensamiento maduro, porque mi único test es quién me genera más salarios, más acumulación. Yo no quiero que se vaya al cielo, quiero que me genere excedente, es decir...

CHUMBITA: —Éxito económico.

(“Éxito económico” asiente Di Tella y lo repite enérgicamente, paseándose a estas alturas de la charla por la habitación, donde el calor nos obliga a estar en mangas de camisa. Es evidente que se siente más cómodo hablando de temas económicos).

DI TELLA: —¡Éxito económico! Soy indiferente, a que sea uno u otro. No prefiero lo que parece implícito en tu pregunta, apostar a los Matteoti. Hace pocos años te hubiera dicho que sí; es más, hubiera creído que podía ser representativo y ser el pilar del crecimiento económico. Pues hoy no lo creo.

WAINFELD: —¿No hay disputa de poder en la economía? Vos decías que hay una tendencia política a preferir lo inmediato. Es cierto, pero merece algún matiz: es riesgoso generar determinados poderes sociales que pueden, en el largo plazo, dificultar esos mismos objetivos.

DI TELLA: —El capitalismo schumpeteriano es una política riesgosa, por las razones que vos decís. Y el capitalismo “dello stato” me parece que es tremendamente riesgoso en términos de resultados y también de poder. Porque yo no creo en las bondades éticas y morales de los Matteoti, como diferenciadas de los otros. Además, en la Argentina tenemos el problema de un Estado hecho pelota.

CHUMBITA: —Yo no planteaba un modelo económico estatista, sino apuntaba concretamente al problema de las empresas del Estado. Porque nadie, ni siquiera Alsogaray las podría privatizar totalmente. En realidad lo que se discute es cómo se privatizan o cómo se agilizan las empresas estatales, pero hay que contarlas como una necesidad. Eso sí, hay que encontrar una solución para que funcionen.

DI TELLA: —Sobre las privatizaciones uno puede adoptar una posición ideológica: se privatiza todo, o no se privatiza nada. Mi posición es “todo en su medida y armoniosamente”. En algunos sectores como los ferrocarriles no hay ninguna alternativa, mejor que busquemos un Matteoti criollo. Eso se repite en la mayoría de los casos donde hacen falta grandes inversiones. Hay un lugar importante para el capitalismo “dello stato” porque no hay alternativa. No sigamos destruyendo las empresas como Ferrocarriles, que solo sirven para explotar a sus trabajadores y alimentar a la “patria contratista”, y busquemos desarrollar el “matteotismo”. En la Administración Central, la privatización no se plantea; de cada cien australes de gasto del Estado, solamente treinta es gasto de empresas

estatales, o sea que para los otros setenta hay que buscar buenos administradores, buenos burócratas que cumplan su función. Ahora, donde hay alternativa, lo primero es no reemplazar un monopolio del Estado por un monopolio privado; segundo, si hay transferencia, quiero aumento de salarios. Si no, no discuto, porque no van a entender los trabajadores ni la sociedad por qué se hace esto. Un liberal diría: “no pongamos ninguna exigencia, porque si manejan con más eficiencia dentro de cincuenta años van a aumentar los salarios”. Yo prefiero otra política que ponga este objetivo bien claro, inmediato.

CHUMBITA: —Yo diría que el objetivo debe ser lograr el crecimiento. Si no se revierte la tendencia al achicamiento de la economía no hay solución salarial ni de ningún otro tipo. Y aquí está la cuestión del programa que tiene que llevar el peronismo del 89 para revertir esa tendencia e impulsar un proceso de crecimiento sin inflación.

DI TELLA: —El programa del 89 está un poco preanunciado en el del 87. Tenemos un sinnúmero de problemas. Empecemos por el primero, la deuda externa. No hago aquí un problema ideológico, de no querer pagar por una razón ideológica o ética, aunque habría más que suficientes razones para eso, porque el endeudamiento se originó para financiar a los argentinos ricos, mandar sus fondos a EE. UU., y hoy los argentinos pobres van a tener que pagar los intereses y la amortización de la deuda. Yo he visto las cifras de cuánto se remesó y qué años, hay una curva muy clara; varios estudios han coincidido en cuantificar que lo que se remesó fueron más de 35.000 millones de dólares, que es el incremento de la deuda desde 1976 hasta 1986. Con una actitud pragmática, yo si hago un negocio para mi país pagando, pago. Pero creo que no hago un negocio, ni puedo pagar. Entonces tenemos que hacer que el mundo financiero internacional asuma que ha perdido la mitad de los préstamos hechos a la Argentina. Hay que hacer una diferenciación en los 55.000 millones de dólares de deuda, excluyendo las deudas comerciales para que no nos corten el comercio; el endeudamiento financiero existente del año 82 no quiero pagarlo, es el que voy a tratar peor; las financiaciones que han venido inequívocamente para inversiones de capital las trataría con mayor indulgencia. Todo esto lleva a definir una parte como deuda activa y otra como deuda pasiva. Llamo deuda activa a la que tengo que tomar en serio. La pasiva es la que, o la cancelamos totalmente, o la pagaremos el día que lleguemos a 20.000 millones de exportaciones anuales, cuando los términos del intercambio se dupliquen, cuando realmente sobre la guita. Esto nos puede llevar a un conflicto internacional. ¿Es grave? No, creo que no es grave.

CHUMBITA: —¿No lo es?

DI TELLA: —No es grave. Como esto le quita romanticismo a la decisión, los compañeros militantes dicen: “ah, este se anima a hacerlo porque no hay un lío”. Por supuesto eso me anima a hacerlo. ¿Qué retórica perversa es la que entusiasma más, si hay lío que si no lo hay? Ha habido un gran cambio en los últimos cuatro

años, una creciente actitud internacional que lleva a que una decisión como la que sugiero no tenga represalias tremendas. Va a ser un problema, hay que manejarlo con mucho cuidado, pero se puede hacer. No es la medida mágica y única, pero es el “pasa-no pasa”, la condición necesaria, pero no suficiente. Como las otras medidas no van a ser un lecho de rosas, van a implicar sacrificios o postergaciones en el consumo, no creo que socialmente pueda pedirse sacrificio si el gobierno y la comunidad no han tomado una actitud de cierta drasticidad respecto al endeudamiento externo. Sea por razones de solidaridad social, sea por el quantum de las transferencias que se dejarían de hacer año a año, me parece que es el tema número uno. Ahora, en los órdenes internos, está el problema de la eficiencia económica, que es una oportunidad para el país. Si el país estuviera funcionando como un reloj, diría que ya no hay solución. Pero como está manejado como un reloj que uno trata a las patadas, digo que por ahí tenemos una posibilidad. Porque esta ineficiencia, que es una blasfemia contra las necesidades de los pobres, está provocando los salarios de hambre que padecemos. Ataquemos entonces la ineficiencia. No hay una medida mágica, pero no voy a vacilar en tomar cualquier medida que incremente la eficiencia. Ahí está nuestra fuente de mejora cualitativa. Si hemos tomado como primera medida la de la deuda externa podemos hacer un esfuerzo sobre la eficiencia del sector estatal y privado, algo que sea realmente conmovedor. No es una cosa fácil ni simple, requiere una movilización incluso de la voluntad nacional, y ahí me pongo un poco retórico si querés, porque ha habido momentos así de paroxismo nacional. El peronismo implicó eso, una voluntad de cambio. Eso tiene que ir acompañado de un programa de lucha contra la extrema pobreza, y un programa por la democratización del poder, que creo, sin ilusiones mágicas, que es posible hacer.

WAINFELD: —En tu razonamiento hay un conflicto: ¿con quiénes? ¿No hay intereses enemigos? ¿Hay solo conflicto con la ineficiencia, con la burocracia...?

DI TELLA: —La ineficiencia del Estado, y la del sector privado, no son casualidad. Son coaliciones de intereses que terminan generando esa situación. Uno de los problemas es la provisión de insumos. Cuando se habla de la “patria contratista” se menciona algo muy central. Algunos de los empresarios más eficientes del país son empresarios de la patria contratista; además de las ganancias que logran por su eficiencia, ganan cuasi-rentas semimonopólicas que le sacan al Estado.

CHUMBITA: —Sí, se está robando al Estado, incluso a través de las empresas del Estado; se le roba desde adentro y desde afuera.

DI TELLA: —Efectivamente, es un campo de Agramante que hay ahí.

CHUMBITA: —Por eso Martínez de Hoz no privatizó las empresas del Estado, porque hay un sector muy importante de capitalismo nacional e internacional que está haciendo ese negocio, de contratar o vender al Estado o a las empresas del Estado y obtener beneficios inmensamente superiores a los corrientes.

DI TELLA: —Si analizás las cien principales empresas argentinas, y eliminás las estatales, el grueso son proveedoras del Estado, y han hecho su fortuna de la provisión al Estado.

CHUMBITA: —¿Cómo atacar ese problema desde el Estado, con los compromisos que existen en el propio entramado de la administración estatal?

DI TELLA: —Con un partido político que no sea el de los empresarios. Ciertamente, el partido del liberalismo-procesismo-ucedeísmo no lo puede hacer, aunque tenga la ideología de destruirlo. Nosotros a lo mejor podemos, pero no tenemos la ideología de hacerlo, o no queremos por defender al empresario estatal, un empresario “dello stato” que va a estar arreglado con el empresario privado que le está sacando guita en un connubio espantoso. En cuanto al sector privado-privado, otra discusión que tengo con algunos compañeros es la de la economía cerrada, que yo abomino, porque genera rentas y cuasi-rentas a favor de los empresarios. Nuestro entusiasmo industrialista, nos ha llevado a justificar un aborto: les perdonamos cualquier cosa por el hecho de que sean nacionales. Ahora hemos empezado a reaccionar respecto a las empresas contratistas, “la patria contratista”; pero, ¿y la “patria protectiva” que se ha generado detrás de las fronteras aduaneras, que le está comiendo el salario al trabajador?

WAINFELD: —Pero la apertura conlleva un riesgo de extranjerización que significa un límite al poder de decisión nacional.

DI TELLA: —Creí que ibas a decir un riesgo de destrucción de la industria nacional. Pero te contesto las dos cosas. La garantía contra la extranjerización de la economía es el sistema de proteccionismo y levantamiento secuencial de tarifas; porque cuando se ha llegado a las industrias de sustitución de importaciones más complejas, como en los años sesenta, el Estado ha dado sistemáticamente canonjías protectivas a empresas extranjeras que vienen a instalarse. La extranjerización es consecuencia de la política protectiva en sus etapas finales, no iniciales. La política del peronismo no extranjerizó nada porque eran etapas iniciales, de la sustitución fácil. Si se quiere seguir con la sustitución difícil, los empresarios locales se quedan con la lengua afuera, no llegan.

WAINFELD: —La industria automotriz, por ejemplo.

DI TELLA: —Claro. La solución de Frigerio en el fondo era práctica. Si quería tener esos sectores, había que hacer lo que hizo, que fue además extranjerizar la economía. Se llega a lo curioso: los sectores llamados prioritarios son justo los que están en manos de capital extranjero; no es casualidad, es parte de la estrategia. A la industrialización peronista debió haber seguido la exportación de productos livianos y semilivianos, y no proseguir la sustitución. Yo rescato el peronismo histórico: a la acusación de que solo hicimos la industria liviana digo que es lo que había que hacer. La crítica de Frigerio y Prebisch es equivocada. Después había que haber hecho la sustitución para exportar, agregar el mercado externo al interno, porque

este solo no es suficiente. Ahora hay un problema de reconversión muy grande; no sé cuál de los dos modelos extranjeriza más. Ciertamente, el modelo de sustitución de importaciones creciente, hasta llegar a la industria pesada, extranjeriza. El otro no tendría por qué hacerlo, porque nos repliega a las industrias más livianas con grandes niveles de exportación; esto tal vez atrae al empresariado internacional. A lo mejor los dos modelos extranjerizan un poco. A lo mejor la extranjerización es un proceso inevitable. Pero no me interesa revertirlo si eso mejora los salarios.

CHUMBITA: —Una cosa es la internacionalización de la economía, que parece un fenómeno general e inevitable, y otra la extrema dependencia a que hemos llegado en un sistema industrial totalmente controlado en los negocios clave por el capital extranjero, sin desarrollo tecnológico propio.

DI TELLA: —Creo que hemos llegado, efectivamente, a la situación de dependencia más extrema desde los años veinticinco o treinta, porque la economía no exporta, necesita importar; está endeudada, no es competitiva, es de capital extranjero en los sectores que llamamos básicos, está transfiriendo riqueza a sectores empresarios cuasi-rentísticos y no schumpeterianos...

CHUMBITA: —Y hasta el campo depende ahora de importaciones de insumos como los fertilizantes...

DI TELLA: —Y no hay plata para importar. El tema de la dependencia está más vigente hoy que antes. ¿Cómo se consigue la independencia? No teniendo la deuda, y exportando 20.000 y no 7.000 millones de dólares. Con eso, cambiamos la calidad de la dependencia. Si lo podemos hacer con capitales más nacionales que menos, prefiero. Pero ineficiente no quiero ninguno. En la opción, prefiero capital extranjero eficiente a capital nacional ineficiente.

WAINFELD: —¿Y lo que planteabas en tu libro *La estrategia del desarrollo indirecto*, en cuanto a un perfil de industrias trabajo-intensivas que habría que promover? ¿Mantenés esa idea?

DI TELLA: —Básicamente, sí. Yo abomino las industrias espectaculares. Cuando preguntan qué industrias hay que promover, mi contestación es patética.

WAINFELD: —Zapatos.

DI TELLA: —Zapatos, zapatillas, bicicletas.

(Aquí Di Tella nos cuenta algunas anécdotas sobre zapatillas autóctonas y rodados yugoslavos, y Wainfeld acota que los argentinos somos expertos en bicicletas, lo cual, bromas aparte, permite que Di Tella retome el tema de la tecnología nacional).

DI TELLA: —Un tema es el uso y otro el desarrollo de tecnologías. En cuanto al uso, no necesitamos las tecnologías que se usan hoy en EE. UU. y Japón, porque tenemos un nivel de ingreso inferior; nos basta con las que ellos tenían hace diez o veinte años. Con una salvedad, que no podemos dejar de tener las mejores tecnologías en cuanto a calidad de los productos. En cuanto a densidad de capital o automatismo o intensidad de mano de obra sí podemos optar. En lo referido al

desarrollo de tecnologías, no vamos a pretender competir con los países de vanguardia. No lo podemos hacer con una estructura productiva, investigativa, universitaria, que deja mucho que desear. Pero sí podemos hacer la mejor bicicleta del mundo, que hasta los chinos quieran tener una bicicleta argentina.

WAINFELD: —Para exportar, ¿adónde? ¿Al sudeste asiático como dice Cavallo?

DI TELLA: —Para exportar a cualquiera que nos quiera comprar. No tengo preferencias.

CHUMBITA: —Suponemos que el peronismo va a tener una chance de gobernar en el 89. Creo que los radicales no han encontrado una solución económica y ojalá la encontraran, pero todo indica que estos dos años serán una mera transición. ¿Cómo podríamos hacer desde el gobierno para definir una política de salida de la crisis?

DI TELLA: —Tenemos dos años cruciales para ponernos de acuerdo entre nosotros mismos sobre algunos pilares fundamentales: tratamiento de la deuda externa, eficiencia del sector estatal, apertura económica para el sector industrial, política exportadora, lucha por la distribución y lucha contra la pobreza. Estas deberían ser las bases de un conjunto de medidas, nada fáciles de implementar, que constituirían nuestro programa económico y de transformación. Es un programa muy ambicioso, no se hace en seis años, y no estoy sugiriendo la reelección de Cafiero...

CHUMBITA: —¿No creés que, sin perjuicio de un plan de largo aliento, el objetivo inmediato es revertir este proceso de achicamiento, restricción, y recesión? Me parece que antes que cualquier transformación más ambiciosa, y como condición imprescindible para que podamos proponernos otras metas, hay una urgente necesidad de sacar al país de un estado patológico, recuperando algo que no es sino la “normalidad” económica del sistema: que vuelva a haber crecimiento, que vuelva a existir crédito bancario para la producción y para adquirir bienes de consumo, que se construya, que se creen empresas, que no haya que correr todos los días contra la inflación, que a la gente le convenga invertir su ahorro en poner un negocio y no en especular con las tasas o el dólar, que las energías de los operadores económicos se vuelquen a producir y no a la bicicleta. Esto que no es más que la rutina de cualquier economía, acá parece inalcanzable. Estoy pensando en un despegue hacia el desarrollo, un programa económico que un gobierno peronista pueda aplicar decididamente en un plazo relativamente breve, contando quizá con el “período de gracia” inicial, para salir del retroceso y pasar a una tendencia al crecimiento, en un viraje que nos saque de esta economía totalmente pervertida por el sistema especulativo...

DI TELLA: —Yo pienso en un conjunto de medidas que puedan permitir eliminar la economía de especulación, y la inflación, y provocar justamente un comienzo de crecimiento, que nos lleve a un despegue moderado al principio, y a partir de eso puede ser geométrico. Nosotros decimos que las soluciones las da

el crecimiento, y es verdad, pero luego la solución pasa por tener estabilidad. El problema es cómo lograr estas dos variables, que pueden resultar contradictorias.

CHUMBITA: —Porque incluso los radicales tienen el mismo objetivo, estabilizar y crecer. Lo que pasa es que no saben por dónde...

DI TELLA: —Yo propongo lo de la deuda, que es antitético a lo que hacen los radicales. Esto puede ser además un elemento político como palanca para poner orden en el sector estatal que quede estatizado, para tomar ánimo en el sector estatal que puede ser privatizado, en el ataque a la patria protectora y a la patria contratista, y que implica un esfuerzo adicional de la sociedad para poder solucionar el problema de la pobreza crítica, que abarca a sectores muy vastos...

WAINFELD: —¿Hay sujetos sociales para este programa? Este es un tema grave, y a veces uno tiene la sensación de que se habla de sujetos sociales que no existen; se va a hacer concertación... y bueno, la concertación es fantástica, pero uno piensa quiénes van a concertar y empieza a descreer. Vos proponés, vamos a golpear a la patria protectora. Pero, ¿cuáles son los sujetos sociales que pueden dinamizar esa propuesta? Una pregunta, de un ignorante en economía, es: ¿de dónde sale la inversión para ese programa?, ¿del saldo impago de la deuda?

DI TELLA: —El primer elemento es la diferencia entre el nivel de remesas actual y el del futuro, que sería menor. Otro surge de la mejora en la eficiencia, y otro de capitales nuevos que se generan en el país y se agregan, o que vienen de afuera. En cuanto a lo que decís de los sujetos sociales, eso me hace preguntarme si son amigos míos o amigos de la onza. ¿Conocen el cuento del amigo de la onza?

CHUMBITA: —Sí, es el papel que estamos haciendo.

DI TELLA: —Hay una duda que nos corroee a todos. El panorama es patético. No existe el empresariado schumpeteriano, ¿lo castró el reglamentarismo histórico argentino? ¿Lo castró definitivamente, o está aplacado nada más? Pues no lo sé. La burocracia no es mala, es catastrófica. Pero no por ningún burócrata en particular, sino por la naturaleza del sistema. La capacidad del país para resistir la presión extranjera es tan baja que... Entonces, uno mira los actores económicos, los sujetos que vos decís, y lo invade el más negro pesimismo. Veamos los partidos políticos, y veamos el nuestro. Tenemos nuestras imperfecciones, a veces nos pasamos de voluntarismo, pero voluntad tenemos. Ese quizá sea un capital, riesgoso porque de la voluntad al voluntarismo hay nada más que un paso. Todavía no estamos totalmente de acuerdo respecto a lo que hay que hacer, tenemos dos años para eso, y en mi fantasía pienso que nos ponemos de acuerdo sobre estas grandes líneas y usamos la voluntad nacional que tuvimos en el pasado y que podemos movilizar para actuar sobre la realidad que es desesperante. Los salarios que el país está pagando están al nivel de los salarios de hambre latinoamericanos, solo los africanos son inferiores; los asiáticos ya son superiores. Corea del Sur fue el último país que nos superó, y no hablemos de Hong Kong o Singapur. Esto debe suscitar una

reacción. Estoy dispuesto a ligarme las puteadas que sea necesario para defender lo que pueda cambiar el tono, esta atonía salarial que es el termómetro de cómo anda el país.

WAINFELD: —¿Y la patria financiera?

DI TELLA: —Es el peor problema que tenemos, donde se concentran muchos otros. La patria financiera es corresponsable de que se esté pagando el 10% de interés mensual real este mes; el que lo cobra y lo paga, los excedentarios financieros, esos son realmente los cucos. Y la patria financiera está al servicio de ellos. Todo esto requiere una orientación del Estado; no estoy a favor del Estado anémico, débil, de ninguna manera. Tenemos que hacer un Estado que tome muy pocas decisiones y las tome de verdad. Porque si la capacidad de decisión del Estado es mínima, por más voluntarismo que tengamos, no podemos tomar centenares o miles de medidas bien tomadas. Con que tomemos unas pocas decenas de medidas bien tomadas, independientes de esta telaraña de intereses que nos están acogotando, ya me parece una maravilla.

WAINFELD: —Volviendo atrás, ¿no te parece que la decadencia argentina se expresa también a la hora de elegir modelos foráneos? Antes pensábamos en Europa o EE. UU. Hoy se habla de Singapur o Corea del Sur. Es sorprendente porque hasta un capitalista como Lee Iacocca dice en EE. UU. que esos son lamentables modelos sociales y distributivos...

DI TELLA: —Yo acuerdo en que no son sociedades ideales; son, en muchos sentidos, bastante perversas pero la peor sociedad es la que paga bajos salarios. Claro, para mí más interesantes modelos son Italia de la preguerra y posguerra y, especialmente, España del 60 al 80...

CHUMBITA: —Yo viví en España y advertí una gran diferencia con la Argentina. La burguesía española es auténticamente nacional. Una clase dirigente que es española y mira a España, sin la mentalidad aventurera y colonialista de nuestro empresariado.

DI TELLA: —Claro. A cierto nivel, las objeciones de ustedes son muy legítimas. Yo digo, si todo es cierto, si ustedes son amigos de la onza, la onza nos va a comer. Si efectivamente no hay sujetos sociales, no hay salida.

WAINFELD: —A esta altura casi nadie discute la relación que hay entre iniciativa privada y creación de riqueza. Ahora yo, conociendo a los sujetos, apostaría a tener más atados a ciertos sectores aun a costa de que perdieran cierta capacidad productiva que a darles libertad, porque sospecho que repetirán sus conductas históricas. Aun aceptando limitarme dentro del capitalismo sería menos generoso con los espacios de decisión que les diera, porque desconfío...

DI TELLA: —Bueno, pero ojo con los mecanismos de decisión. Yo quiero mantener a los sectores de presión (con excepción del sector asalariado) lo más lejos posible de los centros de decisión del Estado. Me parece que la coalición peronista puede hacer cosas que otras no pueden hacer. No tenemos en el seno de nuestra

coalición a los empresarios. ¡Y no los quiero tener! Yo les dije a los empresarios en la campaña que tenemos que entendernos pero que, por favor, no nos voten porque no defendemos sus intereses, para eso está la UCeDe. Tenemos, si querés, cierta presión por el lado de los intereses laborales que son legítimos y me merecen más simpatías que los otros.

WAINFELD: —En ese libro del que hablamos hace un rato había algo que en su momento me gustó...

DI TELLA: —¡Una cosa, por fin!

WAINFELD: —Lo referido a publicidad y uso de marcas. Vos proponías suprimir la publicidad comercial en TV y parcialmente en radios. Además, prohibir o limitar el uso de marcas extranjeras. Alegabas razones económicas y de dependencia cultural ¿Seguís pensando lo mismo?

DI TELLA: —Totalmente. Serían medidas que no joden en nada, ayudan claramente, aumentan la competencia, defienden el capital nacional, disminuyen la dependencia, y no tendríamos por qué perder inversiones genuinas, que son distintas a las que vienen a vender productos que no nos interesan. Las marcas extranjeras son un elemento artificioso por el que no vale la pena pagar guita. A quien obtenga un beneficio usando una marca extranjera, lo menos le cobraría un impuesto; si usa el nombre de Coca-Cola le cobraría un impuesto por aprovechar un oligopolio extranjero.

CHUMBITA: —Me preocupa el tema de la clase dirigente económica, donde puede haber capitalistas schumpeterianos y puede haber Matteotis, e incluso sindicalistas. Para plantearlo de alguna manera, ¿por qué en Brasil pareciera que han logrado una clase dirigente económica en este sentido, capaz, dinámica, y nosotros estamos empantanados con esta burguesía especuladora, cuasi-rentística?

DI TELLA: —Argentina es el primer país industrial de América Latina, pero es el que más ha fosilizado ciertas estructuras económicas, o las ha llevado al absurdo. El empresariado argentino nunca sacó la cabeza ni siquiera para defender sus propios intereses. Brasil ha desarrollado su industria sobre la más canallesca explotación del trabajo, muy superior a la argentina, pero fueron schumpeterianos sin duda, y además supieron revertir la política mercadointernista a partir de 1979, y en los últimos siete años han hecho maravillas en cuanto al nivel de exportación. Yo creo que nosotros podemos hacer algo de este tipo.

CHUMBITA: —Releyendo a Galeano en *Las venas abiertas de América Latina*, él menciona como ejemplo del fenómeno de distorsión de la burguesía argentina, donde “el excedente industrial se convierte en vacas”, justamente el caso de los Di Tella. ¿Es cierto lo que dice? ¿Ustedes rompieron con la tradición industrial de tu padre?

DI TELLA: —Mi padre murió en 1948, y yo me hice cargo de la empresa en 1965, cuando estaba en muy delicada situación económica y financiera, sobre todo

muy sobreexpandida. Yo llevé adelante una reorganización muy profunda desde el punto de vista de la eficiencia, e hicimos una inversión de capital en la sociedad, vendiendo 14.000 hectáreas de campo de la provincia de Buenos Aires; son muchas hectáreas, y las quemamos para invertir en la empresa.

CHUMBITA: —¿Entonces fue al revés?

DI TELLA: —Por supuesto que en algún momento pasé a tenerlas, no me vinieron del cielo, pero creo que el mérito fue vender 14.000 hectáreas, y te doy los partidos para que no digan que es imaginario; estaban en Monte, General Villegas y Daireaux. La empresa fue consolidada, y después en 1971 terminé expulsado de la empresa por un conflicto muy violento con el gobierno, que me hizo salir de un día para otro. La empresa, maltratada después por un manejo estatal catastrófico, fue dividida y sigue funcionando en manos de tres compradores distintos.

CHUMBITA: —Tu caso sirve a lo mejor de ejemplo para ver el problema del empresario nacional, su incapacidad para desarrollarse, las dificultades que tiene en este sistema para dar un salto cualitativo.

DI TELLA: —Es el ejemplo de un grupo industrial que no puede llegar a consolidarse y mantener su autonomía. Muchas de mis ideas tienen que ver con esa experiencia en cierto aspecto tan dolorosa. El problema fue que nos metimos en la fabricación de automóviles, un proyecto de escala que no era posible. Era muy improbable para el país tener un capitalismo nacional automotriz. Nosotros nos dimos de bruces contra la realidad de la competencia con las empresas multinacionales. Si nos hubiéramos dedicado a proveer partes automotrices, tal vez hubiéramos tenido éxito. Fue un paso un tanto desmesurado, que reflejaba un poco la visión que tenían los empresarios saliendo del peronismo, empezando con el desarrollismo, donde se pensaba que todo era posible, y los empresarios se veían produciendo de todo; el “no podían” no existía.

WAINFELD: —Vos tuviste un entredicho con uno de los asesores de Onganía, Roth, que no sé si también tenía que ver con la empresa.

DI TELLA: —Sí, yo tenía una situación muy molesta con Roth, esto en 1966 al 68, y esa hostilidad es heredada por los varios entornos de los militares y terminó con un despelote con el equipo de Lanusse.

WAINFELD: —Por entonces creo recordar que no tenías un planteo muy crítico respecto a las políticas económicas de Onganía...

DI TELLA: —La política económica era la de Krieger Vasena, y yo hice algunas defensas de ciertos aspectos de la política de Krieger, sí.

WAINFELD: —Por ahí, eso tiene que ver con este despojamiento que decíamos, y tu concepción eficientista gélida. Lo mismo en la discusión sobre Martínez de Hoz, y algunas declaraciones tuyas al respecto formuladas a Neustadt, en un momento en que ningún peronista aparecía por televisión... ¿Qué significan, fue un error de apreciación, un error de perspectiva, un exceso inmedatista?

DI TELLA: —Opinando sobre la gestión Martínez de Hoz, yo señalé antes que otros una reversión cualitativa, que era pasar de una política de subvaluación de la moneda a una de sobrevaluación, y eso iba a provocar una serie de cambios muy significativos en los ingresos, con una primera etapa de mejora de los salarios; hoy se ven la series, y ocurrió tal cual. También dije que esa política llevada sin ton ni son podría destruir la industria, y eso finalmente se iba a traducir en malos salarios, porque sin industria hay desocupación y bajos salarios. Y eso fue más o menos lo que ocurrió. El año en que a Martínez de Hoz le salen más o menos bien las cosas es el 79, cuando hace un poco de sobrevaluación, pero no demasiado, produce un beneficio en el nivel de salarios y no destruye la industria; después sigue, y la destruye.

WAINFELD: —Sin entrar en la polémica técnica, con una perspectiva más esquemática e ideologista, uno entonces podía decir “esto conduce a la destrucción porque aquí hay grupos políticos y sociales que tienen determinados intereses y que, más allá de lo que sugiera algún indicador, tienen una política...”. Yo en esa época tenía un amigo, una especie de pequeño empresario que estaba embelesado con la política económica, y que acababa de comprarse una casa con la circular 1050, y yo le dije “a vos te van a destruir”. Él preguntó por qué, si estaba ganando guita. Le dije: “no sé cómo, pero vos no estás en la rosca, vos sos el pato de la boda”; y lo destruyeron.

Volviendo a la anécdota de que Di Tella aparece por televisión bajo el Proceso, pareciera que a veces sos una especie de yanqui en la corte del rey Arturo, un peronista curioso con amistades en la derecha más rancia. En un país tan trágico como la Argentina, ¿percibís esto simplemente como una red de relaciones sociales cruzadas por diferentes pertenencias políticas?

DI TELLA: —Yo cruzo los sectores más diversos con cierta impunidad, me doy cuenta perfectamente, entonces hablo con tirtos y troyanos sin mayores problemas, pero no lo considero una cosa ignominiosa. Yo digo lo que se me pasa por la cabeza en el ámbito que venga.

WAINFELD: —Eso parece insuficiente para explicar por qué vos podías hablar durante el Proceso. Chumbita o yo no hubiéramos podido. Cafiero tampoco podía... ¿No será que hay afinidades entre vos, Neustadt y Grondona? Dicho sea de paso, era doloroso que el raro peronista que podía hablar por TV dijera las cosas que vos dijiste...

DI TELLA: —Por ahí Neustadt me llevó porque se sentía mal por poder hablar cuando nadie podía... Me parece que Neustadt y Grondona me invitan por el rating... Te aclaro además que yo también sufrí persecución durante el Proceso... De todas formas, reconozco que hay un problema de clase en la Argentina: a un peronista proveniente de las clases burguesas se le perdonan muchas cosas. Hasta que diga cosas incendiarias como no pagar la deuda, porque en el fondo, no le creen por razones de clase.

CHUMBITA: —Es tu problema también en el peronismo: hay gente que no te cree por esa razón. A lo mejor el peronismo necesita que juegues ese papel...

DI TELLA: —¿Qué papel?

CHUMBITA: —El del hombre de la burguesía que defiende los intereses populares, y que es escuchado por la burguesía.

DI TELLA: —Lo que pasa es que aunque algunos burgueses me consideran un traidor de clase, el elemento clasista es tan fuerte que al final, traidor o no, soy de la clase. Ahora, yo hago una definición del peronismo y su identidad que un poco más me excluye, en mi entusiasmo evitista por poco termino excluido del Movimiento. No es un problema ideológico, es un problema de lealtades y de solidaridad, y no de origen. Pero mi origen es excéntrico respecto a mi partido; jamás he dicho lo contrario, y no me voy a vestir como un pobre para ser peronista, porque estaría engañando.

CHUMBITA: —¿Y cómo podríamos definir a Cafiero? ¿Como un empresario nacional, un hombre con experiencia empresarial o es más bien un economista político?

DI TELLA: —Es un economista político que conoce el mundo empresario; de ninguna manera diría que representa a la burguesía empresaria, como decir que yo represento a una burguesía industrial es absurdo.

CHUMBITA: —No sé si podrás contestar esta pregunta, pero, ¿cuál es la razón íntima, individual, por la cual una persona de la burguesía se desclasa y adopta una posición de solidaridad con los humildes, con la gente de abajo?

DI TELLA: —Bueno, esa pregunta no puede sino tener una respuesta muy personal. Hay en juego una serie de valores muy fundamentales que hacen a la solidaridad, a los valores religiosos y evangélicos que yo tengo.

CHUMBITA: —La concepción cristiana.

DI TELLA: —En el fondo, ese es el nudo. Para mí Evita es una figura esencialmente evangélica. Así la recuerda el peronismo, como una santa laica, que es lo que es. Te enseñan el catecismo, te enseñan el evangelio, que los ricos no entran al Reino de los Cielos, y algunos chicos se lo toman en serio; dejando de lado cuál es mi fe presente, esa es mi raíz espiritual. Algunos me critican que tenga una visión que más que peronista, es evangélica, pero yo no veo cuál es la diferencia.

CHUMBITA: —Me parece interesante la respuesta, y explica muchas cosas. Ahora, tu hermano, Torcuato, con una concepción filosófica distinta, socialista, es un intelectual que hace una opción semejante.

DI TELLA: —Fuimos educados en el mismo lugar, tuvimos el mismo catecismo. Él no tomó nunca una expresión formal religiosa como yo, pero eso estaba en el ambiente familiar, era una familia rica, pero puritana en extremo, de niño todo lo que escuchábamos era las obligaciones que teníamos, gozar de los bienes materiales jamás, esa era la filosofía familiar de nuestros padres. Mi padre sí que era

schumpeteriano; la ganancia para mi padre era la señal de que estaba andando bien, pero no para consumirla. Tengo una comprensión familiar de lo que es el empresario schumpeteriano, y tengo alguna simpatía, porque mi padre lo era. Además, tenía sus nostalgias socialistas, y sus ambivalencias porque explotaba a los trabajadores; él decía que no, que era distinto, que era un socialista liberal, humanista, no marxista... Ese es nuestro ambiente familiar, por eso lo de Torcuato no es una disidencia con lo mío. Él hace toda una evolución y se queda a las puertas del peronismo. Nos entendernos políticamente bien, solo que yo le digo que no se anima a ser peronista, es un tímido. Es lo mismo que los demócratas cristianos, que son unos peronistas tímidos. No se animan.

(La conversación se extiende dos horas y media. Deriva también en algunos temas que por ahora ahorramos al lector: Nicaragua, Cuba, el “glasnost”, la apertura china... Di Tella tomó un par de cafés, fue mirado con ostensible hostilidad por varios compañeros militantes. Dice haber estado cómodo).

DI TELLA: —A mí no me molesta que hayamos entrado a un terreno personal, al contrario, porque quiero que la gente, que mis compañeros me entiendan, que cuando digo que soy evitista no me emborraché hace media hora, digo esto y me voy al Jockey. No es así. Diré los disparates que digo y han sido dichos, pero quiero que entiendan al personaje humano porque entonces entienden lo que dice. He dicho.

WAINFELD: —“Si Evita viviera, sería schumpeteriana” (*risas*). ■

AÑO 5 - N° 17

DICIEMBRE DE 1987

SOBRE LA HONORABLE PROFESIÓN DE HACER POLÍTICA Y OTRAS YERBAS

Entrevista a Eliseo Verón por Roberto Marafioti

—¿Podríamos comenzar desarrollando el concepto de “socio-semiótica” que en más de una ocasión se utiliza en tus escritos?

—Bueno, yo tiendo en estos momentos a concentrar la problemática alrededor de la noción del discurso social. Pronto se publicará mi tesis, a la cual dudé mucho en titularla “Sociosemiótica” porque tenía poco clara la delimitación de

este campo. Además creo que, en parte, el estudio de los discursos sociales —que, en un modo privilegiado es el de los medios, pero no es el único— hace estallar las fronteras entre las distintas disciplinas y genera como una especie de campo que aún no se sabe muy bien a quién pertenece.

Admito que no creo en la autonomía de la semiótica como disciplina y no creo que se pueda trabajar sobre discursos sociales sin hacer sociología, psicología, y una serie de disciplinas ligadas a lo “psico-social”. Juzgo a la semiótica como una interdisciplina, una especie de conjunción de diferentes materias y por eso me resisto a darle un nombre como si fuera una disciplina autónoma. Además, creo que existe una dinámica de búsqueda de autonomía que, en general, está determinada más por razones institucionales que por razones conceptuales y que, finalmente, uno tiende a proponerse hacer tal o cual cosa porque las cátedras deben llevar un nombre y están en una facultad, y este es un tipo de condicionamiento pero no necesariamente estas delimitaciones académicas son buenas para dibujar exactamente un determinado objeto. Entonces, ahora me resisto un poco a hablar de “sociosemiótica”, por una razón muy simple, no puedo concebir otras señales que no sean sociales. En última instancia eso de “sociosemiótica” es una redundancia.

—¿Cómo se titulará el libro?

—*La semiosis social* y el subtítulo es *Fragmentos de una teoría del discurso*, antes dudé en llamarlo *Fragmentos de socio-semiótica*. Es cierto que en Europa se comienza a hablar de sociosemiótica para tratar este tipo de temas, una cierta metodología aplicada a objetos socioculturales. Yo veo estas problemáticas más en términos de discursos sociales —definir lo que es discurso no es fácil— y me interesa diferenciar estos estudios de las teorías de la comunicación. Cuando uno habla de *discurso* se aparta del tema del mensaje, de los emisores y de los receptores. Eso permite cambiar una serie de características que tiene el discurso como discursividad social que no son del orden de los planteos elaborados por la teoría de la comunicación. Sobre todo esa idea de “linealidad” de la comunicación. La noción de *discurso* permite construir ahora algo un poco más complejo y diferenciado de lo que se elaboró, sobre todo en la literatura de los Estados Unidos sobre teorías de la comunicación. Ahora bien, este objeto del que hablamos, el discurso, no pertenece a nadie, en los últimos años distinta gente ha tratado de incorporar a este objeto distintos tipos de análisis, tanto historiadores como antropólogos comienzan a hablar de discurso y de análisis del discurso.

Una ventaja de tratar la cuestión desde la perspectiva de la discursividad social es la de tomar distancia de la teoría de la comunicación social; la otra ventaja viene del hecho de que uno tiene que adoptar alguna actitud respecto de las lingüísticas y ese es un problema bastante complejo. Lo es incluso desde hace mucho tiempo, de la época del estructuralismo, el problema de adoptar la lingüística como modelo. Personalmente, pienso que hay una cierta ruptura a realizar para fijar el conjunto de fenómenos que la integran. En ciertos planteos recientes, como la “pragmática”

o los trabajos que se realizan bajo el rótulo de teoría de los “actos de habla”, me parece ver una hipótesis errónea porque se iría de lo simple a lo complejo. Se parte de la frase definida como *enunciado* y después se empieza a escuchar cuál es el contexto y qué otros factores que vuelven más complicada la cuestión, pueden intervenir, entonces se pasa a hablar de *enunciación*. Se tiene la idea de que por agregados de información cada vez más compleja y completa, uno podría ir construyendo una ciencia de objetos superiores a la frase. Yo pienso que este camino no es el correcto porque no es por agregados que uno va a conseguir un objeto más o menos coherente y que hay que partir de la base de que el objeto del discurso es fundamentalmente distinto del objeto que interesa a la lingüística y que, por lo tanto, hay que ubicarse en un nivel de complejidad mayor.

Después se podrá discutir con qué instrumento o cómo se maneja, pero yendo de lo simple a lo complejo no se facilita la tarea. Sobre todo, porque en este recorrido se apela a otras disciplinas de manera “ad hoc”. Uno tiene tales o cuales actos de enunciación, se puede conceptualizar acerca de una persona teniendo en cuenta la situación en la que da una orden y de allí se plantea la problemática de los actos, de los distintos tipos de actos. Se va echando mano un poco de la psicología, de la antropología, etc. y, en algunos casos, incluso redescubriendo fenómenos que los sociólogos conocen desde hace mucho tiempo. Eso me resulta un poco gracioso, los teóricos de la pragmática de los actos de habla redescubren el problema de las normas que es una cosa que los sociólogos han reflexionado desde hace 150 años. A mí me da la sensación de que por este camino progresivo finalmente se hace mala psicología, mala sociología, mala antropología.

—¿Hay un resabio conductista en estos planteos?

—Sí, y además hay una cuestión del mal procedimiento. Yo creo que hay que partir al revés, de pensar que los objetos son sociológicos y desde allí definir cuál es la escala de funcionamiento que a uno le interesa. Partir desde la complejidad me parece muy importante como estrategia general. La noción de discurso sirve también para señalar desde el inicio el grado de complejidad. Planteado de esta manera, una serie de instrumentos, que pueden venir de diferentes lingüísticas se pueden incorporar, pero a condición de saber qué es lo que uno está buscando. Esta sería una forma primera de ubicar la noción de discurso no teóricamente sino estratégicamente, porque a mí me parece interesante usarla para delimitar ciertas posibles maneras de ver los fenómenos sociales.

—Sí, por lo menos en todos tus escritos se nota un debate con los planteos de Chomsky, un retomar ciertos temas tratados por Benveniste o sea que hay una especie de pluralidad de enfoques, incluso, en algunos casos cuando se habla de *imaginario social* no queda muy claro cómo se puede interpretar esta noción que, también, proviene de otros lugares teóricos.

—Sin duda, digamos que, por el momento, ese esquema que yo uso de condiciones de producción, de recepción, de modelo productivo, etcétera, es un híbrido.

Y, además, yo veo un problema (debe haber otros pero me interesa señalar este) que es su origen, su filiación marxista y, como tal, el modelo marxista es un modelo determinista y el análisis de los discursos sociales indica que no son deterministas. Esto yo lo expreso hablando de la no-linealidad de la circulación. El análisis de un discurso en relación con sus condiciones de producción y la descripción de sus propiedades a uno no le permite realizar inferencias. Yo diría que la circulación es compleja, no lineal, lo cual señala un problema y no una solución. Pero hay allí una cuestión epistemológica que es el tema del determinismo o no determinismo, cómo funciona la “causalidad” del discurso que, sin dudas, no es mecánica. Lo que ocurre es que, en el origen, el modelo de condiciones de producción, era bastante mecanicista. No basta con hablar de la no linealidad o de la complejidad, yo he hablado bastante del desfase entre producción y recepción pero, ¿en qué consiste exactamente ese desfase, esa distancia entre las propiedades y los efectos? Hay que encontrar una situación intermedia entre una hipótesis determinista que no funciona y que diría que en el discurso, si yo he descripto sus propiedades correctamente, se produce un efecto y solo uno, lo cual es manifiestamente falso ya que el sentido no puede ser descripto como único. En el otro extremo la postura que sostiene que no se puede construir una ciencia del discurso, porque cada discurso puede provocar cualquier sentido lleva también a posiciones falsas. Entre estos dos extremos hay que encontrar otra manera de conceptualizar el modo complejo en que un discurso produce efectos. Creo que se va a avanzar más rápidamente en los próximos años en la medida en que ha habido una redefinición del interés. En un primer momento se trabajó en semiología sobre la inmanencia, con la elección del texto, después se habló de producción, de productividad textual y, ahora, el interés se desplaza hacia la recepción. Es aquí donde se puede intentar abordar el problema de la complejidad, se puede describir, en términos de tales o cuales operaciones de producción, qué pasa a nivel de la recepción. Este es un problema muy reciente y si esto da resultados se puede llegar a definir un modelo un poco más preciso. La cuestión de la recepción estuvo descuidada durante mucho tiempo, dejando de lado los estudios norteamericanos de la “opinión” acerca de las cosas más diversas, no hubo una descripción compleja del discurso y de las condiciones de recepción.

—De allí la importancia de comenzar a estudiar discursos más específicos como el discurso político que tiene una isotopía tan manifiesta...

—Y que son, al mismo tiempo, particularmente complejos en términos de condiciones de recepción. Allí hay otro problema que está abierto y que es el de la tipología de los discursos. Las tipologías que se han podido formular no son útiles porque no han sido pensadas en términos de problemas de investigación. No hay ninguna formulación o modelo que permita ordenar el universo de la discursividad social. Y entonces uno habla de discurso político, de información y demás, pero todos tienen un tipo muy dudoso y es difícil definirlos porque se llega a una

caracterización fragmentaria y provisional. Tipología, en el sentido fuerte del término, todavía no hay. Dicho esto en el sentido de que cruzando cinco dimensiones se puede decir “bueno los discursos que existen en el universo son de este tipo y no hay otros”. Existe identificación más o menos empírica de lo que parecería ser, como se decía en un momento, una “formación discursiva” que tenía una cierta coherencia interna, y eso, en general; uno no puede hacer este tipo de análisis sin referirse a instituciones, a cuerpos institucionales, o a alguna articulación entre cierto modo de discursividad y cierto modo de funcionamiento social. Yo no creo que se pueda definir el *discurso político* si no se tienen algunas hipótesis sobre el sistema, sobre el estado, sobre el campo político, sobre toda una cantidad de instituciones que definen lo que es el campo político. Y allí se entra de lleno en la sociología de las instituciones... Pero, bien, ese es otro problema, por el momento también sin solución. Con todo, con ciertas precauciones, se pueden dibujar ciertas zonas en que no parece absurdo trabajar, bajo la hipótesis de que eso tiene un mínimo de unidad o de homogeneidad.

—Tomando este tipo de recaudos, de hecho hay trabajos acerca del discurso político y, además, sobre ciertas características que tendría esta manifestación discursiva, dentro de lo que sería la realidad política argentina, ¿cómo podríamos ver el funcionamiento del discurso político, sobre todo en términos del peronismo y del radicalismo?, por tomar los sectores más representativos de la actualidad.

—En general —después se puede hablar más en detalle de la manifestación del discurso político en sus soportes tecnológicos específicos: TV, radio, etc.— me da la sensación de que todo este período, desde 1983, está caracterizado por una apropiación, que definió la estrategia de Alfonsín, de ciertos temas básicos que tocan a las reglas del sistema, democracia y todos esos temas que no son temas internos al campo político sino que tocan a su propio fundamento. Y esto porque una vez que hay cierta estrategia en un sentido, se adueña el que enuncia también de ciertos temas, lo que hace difícil que otro pueda “mojar”. Eso descolocó mucho al peronismo. Sobre todo porque un error del peronismo del 83 fue no incorporar un reconocimiento efectivo de la *anormalidad* del proceso electoral.

Por supuesto que todo el mundo hablaba de la cuestión de los militares, del Proceso y demás, a nivel del contenido sí se hacían referencias, pero me parece que los “slogans”, eran como si se hubiese vuelto a una situación electoral, como si en el medio no hubiera pasado gran cosa o como si hubieran pasado cosas muy graves pero no había un reconocimiento cabal de lo ocurrido. En cambio, uno de los elementos fuertes de la estrategia de Alfonsín fue, no dicho directamente pero sí en forma indirecta, el transmitir que esas elecciones no eran normales, porque nos las habían regalado. Yo creo que esto es un elemento importante del triunfo de Alfonsín en el 83. Lo cierto es que esta apropiación de esa temática dificultó mucho la evolución del discurso peronista, sin entrar en los problemas de otro tipo que ya se conocen. La situación era difícil para el peronismo también, por

la desaparición del único enunciador legítimo con que contaba y todo esto se fue dificultando aún más por la apropiación, por parte del adversario, de los temas de base del funcionamiento democrático.

Creo que, desde entonces, el peronismo avanzó mucho, sobre todo a partir de la renovación. Lo que ocurre, además, en el caso de las elecciones del 6 de septiembre, es que aparece un punto delicado del discurso radical y es el que se vio en el debate Casella-Cafiero, que como elemento de una táctica inmediata no me molesta, que es la referencia al pasado, como hizo Casella, para buscar la descalificación de Cafiero. Hay que tener mucho cuidado en la descalificación al adversario en función del pasado porque habría una forma peligrosa de esta descalificación que sería, en última instancia, antidemocrática, porque no se puede negar al otro el derecho a cambiar. Me parece de “buena guerra” descalificar al adversario pero, al mismo tiempo, la democracia gana si se reconoce la evolución del peronismo, porque si uno quiere tener un sistema democrático no puede seguir diciendo eternamente “sí, pero en 1973”...

—Es más o menos como cuando el peronismo se refería al radicalismo diciendo que siempre salía segundo en las elecciones...

—Por eso, hay un reconocimiento global que es necesario efectuar en algún momento. Con todas las contradicciones que se pueden señalar hay que reconocer una evolución que es favorable. Se puede decir que Cafiero no es el mejor representante de la evolución en curso, pero creo que cuando todo se acomode la situación va a ser más positiva para todos. Además del problema de lo que pasó, y esto creo que no compete solo al peronismo, es que después de un período tan largo sin práctica institucional es como si las modernas técnicas de comunicación aplicadas a la política hubieran irrumpido en muy poco tiempo. En realidad, la verdadera explosión del “marketing político” se ha producido ahora. En el 85 ya se lo sentía pero ahora se está en esa lógica de un modo pleno y esto se dio demasiado rápido. A veces, se tiene la sensación de que hay un ejercicio un poco ingenuo de estas cosas, que hay que ser simpático, ponerse una linda corbata, en fin, todo el folklore del “marketing político” que irrumpió de una manera un poco demasiado brutal. Eso se siente en los “spots”, una cierta ingenuidad en el manejo de esas prácticas, supuestamente, de persuasión; pero esto, que a mí me parece válido para todos, se siente más en el peronismo, que viene de un universo discursivo diferente. En los “spots” de Cafiero de la televisión, que son tan publicitarios, tan bien armados, con una buena música, uno tiene dificultad en reconocer el origen. En última instancia en los radicales es menos notorio. Veo la cuestión, con todo, mucho menos crítica que en el 83, donde el peronismo dio una imagen de fragmentación total, eso ya se superó bastante. Creo que hay un aspecto, en estos últimos años que tiene que ver con la irrupción del “marketing” que, además, se justifica por este fenómeno tan anormal de la alta cantidad de indecisos. Normalmente, en un país estable, puede haber hasta un 10 o 12%, pero esta

proporción tan elevada hace que la lógica del “marketing” invada totalmente el campo porque la mitad aparece fuera del juego.

—Esto también muestra una redefinición en cuanto al funcionamiento que tuvieron los partidos. La participación activa del afiliado, por ejemplo, en el peronismo, hace crisis en el 83. La política comienza a definirse a partir del contacto que se establece con los medios. El partido político tiene otro tipo de dimensión y no es la de promover la participación activa del afiliado. Las definiciones no pasan tanto por la confrontación de propuestas políticas diferenciadas sino por la manera en que son presentadas. ¿Qué podríamos decir sobre este punto?

—El universo político del peronismo era, casi, el de una política “pretelevisión”, con definiciones que se daban en las grandes movilizaciones. En democracias “estables”, las grandes movilizaciones son una excepción, habrá una o dos en los tramos finales de una elección presidencial, efectivamente, hay una disminución drástica de la movilización en el sentido tradicional del término. Además, se destaca la importancia cada vez mayor de los medios como elemento de construcción del acontecimiento político, en particular en la televisión. Este es un aspecto que parece representar una evolución muy clara en las democracias estables, un grado de participación activa menor, salvo con coyunturas electorales. Incluso tampoco en cualquier elección porque, como es sabido, en Francia o en otros países están prácticamente en permanente situación electoral, cuando no son presidenciales, son legislativas o municipales o regionales. El estado de campaña electoral es permanente de modo que la movilización se da solo en los casos de elección presidencial. Hay otro aspecto que tiene que ver con lo que venimos conversando y es el tema de la institucionalización de la profesión de político. La falta de ejercicio institucional hizo que no se viera esto como una característica de una democracia estable; el hecho de que los individuos que están en la escena pública están haciendo una carrera política. La cuestión de decir “bueno, fulano se presenta a la elección de la provincia porque en realidad lo que quiere es ser candidato a presidente”. Esto, a veces, se dice como una acusación, pero en el fondo es un fenómeno normal. La política es una profesión tan honorable como cualquier otra, en la cual la gente se puede ganar la vida y dedica la vida a eso. La gente todavía no está acostumbrada a esto y, más allá de los excesos que pudo haber habido en el desarrollo de las internas de los partidos, esta también es una realidad normal en un funcionamiento estable, se pelea permanentemente y se pierde muchísimo tiempo en conflictos internos. La ambición política aparece aún como algo escandaloso. No sé si esto está asociado con la desmovilización, tal vez sí, hay una especie de obscenidad de la ambición, de la motivación de la carrera política, pero esto tiene que ver con la novedad de la práctica. Y esto, en el fondo, es una parte de la escena pública normal y cotidiana.

—Lo llamativo es que ahora el personaje político además de dedicarse a la política tiene que realizar una especie de bautismo en los medios pero no solo en su

participación en programas políticos sino que también debe saber desenvolverse en otro tipo de programas como los programas cómicos o de actualidad, donde debe ser capaz de hablar de cualquier tema y tener una respuesta adecuada a cualquier tipo de pregunta que se le haga.

—Claro, creo que hay un aprendizaje largo y complejo que se ve, muchas veces se nota que se está aprendiendo pero aquí también hay que señalar que esto llegó de un modo brutal. Hay que poner la cara en programas que pueden parecer absurdos pero es, en general, una parte de la actividad profesional del político que debe aprender a hacer esto y, sin dudas, no es fácil.

—Sí, esto se ha planteado que se relaciona con la escenificación de la actividad política. En este sentido ha resultado llamativo el tema de Semana Santa, pues allí claramente apareció la política escenificada pero la resolución del conflicto fue lamentable, y en definitiva, demasiado costosa para la democracia.

—Yo no estuve aquí para Semana Santa, vi solo fragmentos de lo ocurrido, no tuve oportunidad de seguir esa enorme masa de comunicación que se produjo sobre todo en la televisión. Tengo la impresión de que se produjo una suerte de explosión, el gobierno fue acusado de manipulación de los medios, no sé si realmente fue así, me extrañaría dada la dificultad que tienen para manipularlos cuando le convendría hacerlo. Me parece que es como una especie de paradoja permanente de funcionamiento de una democracia mediatizada que, a través de la puesta en escena, hay una suerte de pseudo transparencia (que está lejos de serlo) pero como si uno visualizara, de manera permanente, el funcionamiento del aparato del Estado. Pero, y esto es un tema crucial, a mi juicio, en los países desarrollados: ¿qué pasa con el secreto? Porque el secreto sigue funcionando en un estado democrático. Me acuerdo, por ejemplo, los problemas que tuvieron los socialistas franceses con aquella operación del *Green Peace* y, por oposición, se da un contexto de aparente transparencia en que todo está en la televisión, todas las ceremonias se transmiten, como si todo fuera visualizable. ¿Qué pasa con los servicios secretos? Es un tema muy importante. ¿Qué pasa con todo lo que es secreto de Estado? Es un capítulo importante del manejo de cualquier estado, hasta del más democrático. Hay como una especie de paradoja constitutiva del asunto de la mediatización. Pensando en lo que ocurrió en Semana Santa hubo una decisión que fue exterior a la escena de la que hablábamos. Supongo que uno debe haber tenido la impresión de no solo haber seguido el acontecimiento segundo a segundo, sino, además, de haber participado. Porque había millones de personas, entre los que veían televisión y los que estaban en la Plaza. El país tenía la sensación de estar en el centro de lo que ocurría. Evidentemente las decisiones se tomaron y en los mecanismos que llevaron a esas decisiones uno reencuentra una opacidad muy grande. Pero yo no veo cómo podría ser de otra manera, no imagino otra situación en la medida en que sería ser ingenuo pensar en que el funcionamiento del Estado podría ser transparente, menos aún en cuestiones que tocan

a la seguridad o a la estabilidad. Es un tema recurrente, de conflicto y de interrogación en todos los países centrales. ¿Qué es lo que hay que ocultar y qué lo que no hay que ocultar? Ya se sabe, la historia de EE. UU. está plagada de estas situaciones, pero incluso en un país menos conflictivo como Francia, también existe este tipo de problemas.

—Esto se vio con claridad entre el pasaje del discurso de Alfonsín en el Congreso y el “Felices Pascuas” del domingo y la alusión a “los héroes de las Malvinas”. Incluso cuando lee el envío del proyecto de ley y reconoce que no le gusta la solución pero que hay “razones de Estado” que lo obligan a tomar esta determinación.

—En varias oportunidades he hablado del espacio de decisión que tiene un presidente para definir una situación. Él es, en definitiva, el que tiene todos los elementos o, por lo menos si no tiene todos, es el que tiene más. Entonces allí está el tema de la soledad y de la decisión, porque en definitiva, esta es absorbida por un solo individuo y allí es donde funciona el secreto, porque la gente no tiene ni tendrá nunca toda la información que un presidente tiene para tomar una decisión.

—Volviendo al tema de la publicidad actual y al debate televisivo, interesaría hablar de cómo se instala la polémica en el ámbito político, porque aparentemente no existe una polémica fuerte, abierta, franca, todo aparece en la campaña electoral como encauzado por límites muy precisos y, a la vez muy estrechos. Por otra parte el voto de los indecisos resulta determinante y, para este sector no interesa tanto la propuesta que se haga sino la forma en que ella es transmitida. En definitiva pareciera que todo se resuelve en términos de argumentación y de retórica.

—Sí, la cuestión es ver cómo se organiza el cuerpo electoral en términos de posiciones políticas y en términos de incluir el porcentaje de indecisos. En una situación “normal”, el 90% del electorado o el 80% ya sabe por quién votará antes de comenzar la campaña. Y la campaña está centrada en la posibilidad de seducir o no a esos márgenes de no decididos hasta último momento.

En países con un campo político muy dividido en dos, como ser EE. UU. o Francia, más o menos el 50% es de derecha y el 50% es de izquierda. Esto produce un equilibrio constante, un balanceo y una especie de fragilidad.

En esa situación, la paradoja es que se produce una inercia muy grande en el sentido de que, por afiliación, por tradición familiar, por tradición regional hay que considerar factores que son mucho más pesados o inertes. Una proporción muy alta del electorado ya está decidido. Quiero decir que el uso de la campaña electoral no afecta el voto. La campaña se dirige a un margen muy reducido pero que, paradójicamente, define una elección. Cuando una elección se define entre el 49% y el 51% —como es en Francia— y bueno, la cuestión es hacer decidir a esa franja que no está de un lado ni del otro. Los que no juegan el juego pero que deciden la elección. Esta es la paradoja de una democracia armada así. En realidad, el efecto de toda la campaña, de toda la retórica, cuando existe, es muy marginal

porque afecta solo a ese margen. La campaña no está hecha para los que ya son justicialistas porque estos ya lo son y no van a cambiar. En este contexto no hay que exagerar la función del discurso político; es decisivo para los resultados pero actúa solo sobre los márgenes. Normalmente, la proporción mayor del cuerpo electoral no obedece a efectos discursivos, salvo que haya que llamar efectos discursivos a una acumulación compleja de tradición familiar, de trayectoria de vida, de cantidad de factores. En esos márgenes que a la vez son decisivos para el resultado, puede haber votos determinados por el discurso político o por la campaña electoral. Aquí también creo que hay una proporción importante del electorado que no es afectada por la campaña política porque tiene decidido su voto desde antes, lo que sucede es que la proporción de indecisos es muy grande. Hablar de entre el 30 y el 40% de indecisos es mucho y esto es el carácter particular de la situación que se da en la Argentina.

De allí que tenga más peso un discurso orientado a la persuasión de los que no están jugando el juego, para ellos pues se elabora un discurso simplificado, con ciertos temas que se convierten en “slogans”, y donde lo que va a ser decisivo no es recitar un programa político, porque eso no convence a nadie.

El programa o el proyecto político es pertinente para el gran sector que ya está definido y que puede cambiar con el tiempo, en todo caso los tiempos de evolución de este sector son mucho más lentos que el de una campaña electoral determinada.

Lo que parece difícil es reducir la gran cantidad de indecisos a la indiferencia, que, en general, en situaciones “normales” los márgenes de indecisión están asociados a una menor motivación política, a una cierta indiferencia general, etcétera.

Aquí, intuitivamente, yo diría que la indecisión no es reducible a la simple indiferencia, es más bien un cierto estado de confusión, de flotamiento. No es porque a la gente no le interesa la política que no se decide, tal vez sea lo contrario. Así que es un fenómeno cualitativamente diferente al del indeciso habitual en un país estable.

—Yo hablaba de “indecisos de conciencia”, porque sería el caso de aquellos que no definen su voto no porque no les interese la política sino porque advierten que pueden definir la balanza a partir de votar para un lado o para otro.

—Sí, pero la gente creo que, de todas maneras, no va a votar solo por las cosas que vio en la televisión. Funcionan muchas otras cosas inconscientes, una cierta memoria familiar y colectiva, una cantidad de cosas más allá de los mensajes que se difunden en los medios. Aun cuando esta comunicación que está dirigida y que tiene las características de estar construida con la lógica de la publicidad —para ir rápido, no es exactamente eso, pero para simplificar—, no prueba que el voto del indeciso sea debido solo a eso. Esto puede inclinar un poco la balanza. Lo que quiero decir es que si los indecisos no lo son por indiferencia, la decisión final que adopten uno no la puede remitir exclusivamente a la campaña electoral.

—Claro, ni a la retórica...

—Claro, supongamos que de este 30% siempre habrá un 10 o un 15% que no vota, aun sabiendo que el voto es obligatorio, con lo cual queda un porcentaje menor. Sea cual fuere la decisión que tomen, ya sea que se inclinen por el peronismo o por el radicalismo o por otro partido, de todos modos yo no creo que esa decisión final sea exclusivamente explicable en términos de los discursos que han circulado por los medios en el proceso electoral. Es posible que esos discursos tengan cierta influencia pero también es factible que tengan escasa influencia. En la medida en que creo que en el debate que hubo no ayudó a los indecisos a tomar una decisión. Los candidatos se cuidaron tanto de no cometer ningún error que si yo hubiera sido indeciso al final del programa hubiese estado en la misma situación que antes de empezar.

—Esto es llamativo porque el debate se planteó en términos de explicitar más las distintas posturas, pero al mismo tiempo, ya que la escenificación resulta central el debate se convirtió en un monólogo a dos voces. En más de una ocasión se ha hablado de los debates entre Mitterrand y Giscard, ¿qué condiciones se dieron aquí, de modo similar o diferente?

—Aquí se adoptó una modalidad muy rígida, parecida al sistema norteamericano pero tampoco es tal, en todo caso se parecería superficialmente al sistema americano porque aunque están juntos cada uno habla al periodismo que está presente y no se hablan entre sí. Aquí ni siquiera ha habido periodistas que hicieran preguntas. En Francia hay más una tradición de debate directo, el ajuste del tiempo se hace sobre el total y no bloque por bloque o sobre grandes temas que pueden durar mucho tiempo, la cuestión es que al fin del programa —que dura cerca de noventa minutos— cada uno tiene que haber hablado durante cuarenta y cinco minutos, pero no se trata de igualarlos sobre cada pequeño temita. Yo creo que eso es lo que le dio al debate Cafiero-Casella un carácter mecánico y molesto. A mí me pareció un error...

—En un sentido parece que todo se escenifica y en otro todo se acarton...

—Eso es lo que tal vez vaya cambiando con el tiempo porque hay a la vez una fascinación y un gran temor a la televisión. Hay el mito de que si uno pasa por la televisión, tiene —nadie sabe qué— algo de extraordinario, y esto es un mito que de alguna manera todos los políticos sustentan, no solo aquí, en la Argentina. La cuestión de los minutos en la televisión se ha generalizado. Pero además existe un gran temor, como siempre la fascinación mezclada a una gran aprehensión, y a mí me da la sensación de que en este caso prevaleció el miedo y que, entonces, se hizo una cosa muy rígida, como para que no hubiera ningún riesgo de error en un momento tan decisivo. Creo que se esterilizó un poco el enfrentamiento con esta estructura y que es correlativo del mito del poder televisivo. Creer que se puede llegar a hacer algo irreparable. Yo sentí que estaban un poco aprisionados y fue una lástima, porque las personalidades no se pudieron exteriorizar. Y esto es información importante para el elector porque creo que tiene derecho a saber cómo

funciona la persona a la que, eventualmente, se va a votar. La información que se recoge de la personalidad, del modo de reaccionar, de los tics, es muy importante y no veo por qué se le niega al electorado esa información. El electorado no tuvo esa información porque seguían monologando como lo hacen en los “spots”. ■

AÑO 5 - N° 18

ABRIL DE 1988

“LOS MOVIMIENTOS SOCIALES SE DEMUESTRAN ANDANDO”

Entrevista a Ruth Cardoso por Oscar Landi

—Quería preguntarte, para comenzar: ¿cómo has pensado vos en estos últimos años la experiencia de los movimientos sociales en el Brasil? ¿Cuáles son sus características más generales, su originalidad, y cómo afectaba al pensamiento social mismo, como desafío para su interpretación?

—Yo creo que fue un desafío porque comenzó en el tiempo del régimen autoritario y entonces para los intelectuales era como una salvación y para el pueblo era una manera de defenderse, de reaccionar. Fue importante porque incluso las reacciones del Estado frente a este movimiento empezaron en el tiempo del régimen militar, no empezó con la democracia, pero ya había una relación de apertura, de aceptación del diálogo con estos movimientos populares por parte del Estado. Claro que después con la democratización, después del 82, con las elecciones provinciales, entonces aumentó mucho, y aumenta por los dos lados, el Estado aumenta el espacio y los movimientos empiezan a aparecer porque el mismo Estado suscita que se creen nuevas asociaciones, nuevos grupos, acepta a los distintos grupos. Lo que hay de nuevo es que ya no es un diálogo solo con aquellas asociaciones legales, reconocidas, tipo asociaciones de vecinos que son muy antiguas en Brasil, sino con todas, con clubes de madres que es una cosa creada por la Iglesia y que no tienen una historia larga, qué sé yo... asociaciones de moradores, que son exactamente las competidoras de las juntas de vecinos antiguas. Entonces se abre un espacio donde cabe un poco todo; que se amplió ese diálogo, eso fue muy importante. No quiero decir que es el Estado el que crea los movimientos, quiero decir que es una interacción, que si el Estado no se abre, no hay movimientos, es decir no hay movimientos si el Estado no se abre, es más o menos una cosa así.

—Tu preocupación no es solo en términos de lo que se discute tradicionalmente o comúnmente: los movimientos sociales como las nuevas formas de representación o formas de acción alternativas a los partidos políticos, sino justamente vos estás poniendo de manera compleja la relación entre movimientos e instituciones, en este caso el Estado.

¿El movimiento social depende en cierta medida, decís, de las aberturas que haga el Estado para generar la interlocución, la gestión, y al mismo tiempo eso también impacta en la transformación del Estado mismo?

—Sí, la transformación viene de los dos lados. No me gusta decir que el Estado crea los movimientos, porque en Brasil por lo menos los movimientos empezaron a organizarse y después el Estado empezó a abrirse, por lo menos históricamente vienen primero los movimientos. Pero los movimientos no subsisten, no existen si no hay una interlocución con el Estado. Es decir, en un principio eran opositores al régimen, entonces se juntaba todo lo que se podía porque había represión, los partidos estaban fuera de juego. Pero eso es poco, eso no se sostiene por mucho, entonces durante la transición se va complejizando la relación entre los movimientos y un Estado en transformación.

Y esto es un poco universal, es algo que tenemos que mirar bastante en nuestros países porque algo está pasando, un poco desapercibido pero que es muy importante, que es la descentralización. Una descentralización que empieza en los regímenes autoritarios. Esto es un dato importante: que el Estado empieza a organizar su modo de relacionarse con sus usuarios, como presta servicios, quizá por eso fui a estudiar a las municipalidades y dentro de las municipalidades las agencias prestadoras de servicios públicos, agencias de salud, las escuelas, todas las que están en contacto directo con la población. Creo que es muy claro eso, el Estado tiene interés en crear interlocutores nuevos y tener una relación directa con sus usuarios. Por otro lado los movimientos empiezan con características digamos más bien políticas de oposición, se transforman en aquello que yo estoy llamando de actores sociales, no sé si son actores políticos, tampoco eso es una separación definitiva, puede ser un actor social que se politice en cualquier momento, pero se transforman más bien en actores, de la sociedad en su relación con el Estado. Es una cosa importante de transformación de los estados latinoamericanos, creo que eso también está en estadios muy distintos. Pero ahí se puede formular la pregunta: y en el sistema político, ¿qué es esto?, ¿esta relación directa va a dejar a un lado al sistema político? Creo que un poco por ahí piensan los administradores públicos, ya a ellos les gusta esta idea de una relación directa.

—¿Por qué?

—Porque es mucho más sencillo, quiero decir se liberan claramente de la presión de los partidos y de todas las presiones más generales, porque es una relación muy puntual. Se transforma en una agencia que presta servicios y que recibe una presión directa pero muy puntual por parte de los usuarios de los servicios.

—¿Y vos ves que eso tiene alguna expresión en el curso de las elecciones en Brasil? Es decir, ¿hay una discriminación municipal cuando se vota? ¿Se puede registrar una, además de las opciones por los grandes partidos nacionales, hay premios y castigos, adhesiones o sostenes propios de buenas gestiones municipales? ¿Hay una discriminación local o se vota más bien en clave nacional?

—Mirá, yo creo que se vota en clave nacional. En el 82 una investigación que yo hice mostraba muy claro que la clave era nacional, la gente no se acordaba quince días después del día de las elecciones por quién había votado para la municipalidad, pero se acordaba muy bien por quién había votado para gobernador, y para senadores y diputados. Pero lo que pasa es que ahora tuvimos una elección muy especial en Brasil, entonces yo no sé muy bien lo que va a pasar en el futuro. Estamos retomando el mecanismo democrático de a poco, tuvimos una elección municipal que fue aislada de todas las otras, fue exclusivamente una elección municipal porque había varias metrópolis que no tenían elecciones durante el régimen militar. Y ahí lo que pasó fue raro porque había buenas administraciones que justamente fueron castigadas y no ganaron las elecciones como la de San Pablo, donde ganó un personaje muy extraño, muy difícil de explicar por qué ganó Janio Quadros. Hay un voto conservador, yo creo que no se puede negarlo, hay un voto conservador importante que ahí está presente. Pero creo que también es una elección muy despareja con todas las demás, porque es una elección exclusivamente municipal y en algunas ciudades. Entonces es un poco difícil después de veinte años que no tenemos elecciones municipales, hacer una teoría a partir de ellas.

—Claro, además Quadros es un hombre que viene del sistema político no de la política municipal, es una figura política nacional, se la identifica con el juego político más grande, no con políticas locales.

—Sí, pero de todas maneras estaba en contra del gobierno que era PMDB y del gobierno municipal que era PMDB también y que hacía un esfuerzo justamente de gran apertura para el diálogo con los movimientos. Y lo que es muy curioso también es que desde la elección de Janio se disminuye el espacio del diálogo, pero no se corta. Esto es una característica del Estado más o menos contemporáneo y entonces no depende de un cambio electoral. Las elecciones tienen su importancia porque aumenta o disminuye el espacio del diálogo, pero no lo corta, es imposible cortarlo. También es muy curioso que no haya reacción de la población cuando se disminuye ese espacio; en San Pablo prácticamente desapareció la discusión sobre la gestión de los servicios públicos.

—¿Qué relación harías vos entre la emergencia de los movimientos sociales y los posibles cambios en la cultura política? ¿Qué trajeron los movimientos sociales a la cultura política brasileira? Por ejemplo: ¿la cultura del movimiento social tiene algo que ver con el “indeciso” electoral?

—No, la cultura del movimiento social es la cultura que debería eliminar el indeciso, es una cultura bastante impositiva, la cultura en el sentido de los valores, lo que cultiva la gente que participa en los movimientos, la ideología de estos movimientos, su discurso es un discurso claro que pretende ser una oposición al viejo clientelismo, alienación política; la idea de participación es la idea de participar en todo, también es una idea de participación electoral. Pero ahí empieza la cosa complicada, ahora estamos hablando solo de los movimientos populares, para los demás es un poco diferente, pero tiene cosas también parecidas. La cosa complicada es que para funcionar, para crear una identidad, para ser un grupo, esta gente tiene que unirse en torno de algunas ideas básicas, y básicamente compartir una experiencia. Lo que yo llamo nuevo en estos movimientos es exactamente lo que tiene mucho que ver con el feminismo, con el racismo, con el ecologismo, con todas estas cosas que no son directamente de clases populares, que están por el mundo, en todas partes y que están basadas en esa idea de que el compartir de una experiencia que es vivida, es lo importante, ¿no? Las mujeres se juntan porque son mujeres, los negros porque son negros, la discriminación es el plato fuerte de su reflexión sobre el mundo. Entonces con los pobres se crea la misma cosa, discursivamente, la idea de una comunidad, porque ellos no son iguales. Las mujeres en cuanto mujeres son iguales, los negros también, pero los pobres no son iguales. Pero se puede armar, construir, una idea de comunidad, y eso es lo que se hace. Entonces esta idea de comunidad para funcionar, para mantener la identidad, tiene que funcionar como si todos fueran iguales: no pueden entrar los partidos, no se puede discutir religiones, no se puede dejar entrar cosas que perturben... Por eso es que la relación con los partidos es muy difícil, porque tienen que usar los partidos, los usan porque son pragmáticos, pero no pueden dejarlos entrar, eso no puede aparecer, tiene que ser todo un poco “como por abajo de la mesa”.

—Eso bloquearía una experiencia de socialización política en relación con los partidos por parte de la gente.

—Este es el problema, en los movimientos sociales prevalece la idea de que se debe participar por todos, pero las personas deben mantener aparte de ello su eventual participación en partidos políticos. Entonces, por ejemplo, en Brasil tenemos un partido que se dedica muy especialmente a los movimientos sociales que es el PT, y sus conflictos son permanentes. La gente del partido no entiende, porque se imaginan como el partido que apoya a los movimientos, y en los movimientos tienen simpatías (pero no de todos, la elección de un partido es una cosa que viene por muchos lados, por el sindicato, por el trabajo, por otras vías de todo tipo, los medios de comunicación de masas, también hay gente de otros partidos). La gente sabe quién es del PT, quién no es, los líderes de partidos que están adentro del movimiento son reconocidos, pero hacen todo el esfuerzo para mantener su perfil partidario aparte. Pero de todas maneras adentro del movimiento hay por supuesto una valorización de la participación política también.

—Se refuerza la idea de participación en general.

—Claro. Tomando otro punto que es interesante. El discurso de los movimientos se organiza como apartidario, como un discurso que es de toda la gente y cada grupo se imagina como el representante de todos. Es la construcción de un discurso que unifica a todos y que valoriza la participación, que claramente opone el grupo participante a toda una sociedad que estaría amorfa, diluida, en oposición a la cual se construye la identidad participativa: nosotros somos los que estamos participando, los responsables, los verdaderos ciudadanos... Pero para conseguir la movilización tienen que, evidentemente, ser pragmáticos, hay que conseguir cosas. Primero decir, uno se une, lucha, pero hay que hacer cosas por tener una escuela, por tener agua en la cañería, la iluminación. Entonces contienen una importante ambigüedad entre su identidad como movimientos y su necesidad práctica de relacionarse con los partidos y con el Estado para obtener sus demandas. Necesitan articularse con quienes los acercan a los centros de decisión. Se sostienen en una clara identidad que los diferencia del resto de la población, pero en los conflictos tienen que ser también pragmáticos. Con esto no quiero decir que los movimientos terminan reproduciendo relaciones de clientelismo ya conocidas con los partidos o el Estado.

No es igual, es muy distinto que antes, en la medida en que haya esta renovación y que haya esta construcción de una identidad. Ahora, por otro lado, no podemos ser puristas y pensar que el movimiento se va a desparramar por toda la sociedad y ahí tenemos la solución de todo, como piensa la Iglesia. A lo mejor la sociedad democrática presenta siempre esta convivencia, no aísla completamente el grupo, no lo deja tener una relación exclusiva con las agencias públicas, se da una relación permanente entre movimientos, partidos y Estado.

—¿Con qué reglas se establecen las relaciones entre los tres elementos?

—En Brasil no hay reglas para este juego todavía porque es muy nuevo, la cosa es muy ad hoc, se van inventando reglas en cada lugar, pero creo que tenemos que pensar un poco más incluso para proponer cómo puede ordenar un poco más el estado esta relación, sin ponerle una camisa de fuerza a los movimientos.

—¿Cómo influye en este juego la historia de la política brasilera tan estatista, en cierto sentido, tan lejana de la gente? ¿La democracia ha redefinido también esas relaciones entre Estado y sociedad, en una transición con tanta ingeniería institucional?

—Yo creo que en lo fundamental no ha cambiado, pero el Estado no está tan lejos de la sociedad como estaba antes, porque en realidad como el Estado es muy importante en Brasil y todas las transformaciones toda la vida pasaron por el Estado, el Estado está cerca de la gente, aun de los pobres. Pero está cerca y al mismo tiempo distante, recibían del Estado pero no tenían cómo dialogar con él. Por ejemplo, en el plano federal hubo un programa que fue muy criticado por la izquierda, que era un programa de distribución de leche; el problema alimentario es importante y

difícil de solucionar, entonces se decidió que se distribuyera la leche para las familias con ingresos muy bajos, es un problema nacional. Pero por primera vez esta distribución se hizo a través de las asociaciones populares, entonces hay a quien vio en esto el mismo populismo, la misma manipulación de siempre.

Sin embargo creo que hay algo nuevo, no estoy defendiendo el programa porque tampoco fue muy bien hecho, pero estoy tratando de entender esta iniciativa que salió de Brasilia.

—¿No se creó una estructura especial para este programa?

—No. En cada ciudad se registraban asociaciones y se aceptó que hubiera asociaciones de todos los tipos, entonces había de todo, desde clubes de fútbol hasta asociaciones de vecinos, clubes de madres, grupos de cualquier cosa, y eso fue muy importante porque lo interesante es que esta participación está haciendo que el Estado no reglamente demasiado quiénes son sus interlocutores y tenga que aceptar varios. Así como, por otro lado, crea el problema de la competición entre todos los interlocutores. Creo entonces que es distinto utilizar el aparato estatal para distribuir la leche que convocar a la sociedad y hacer que sean los mismos movimientos populares quienes decidan cuáles son las familias que necesitan. Hay un poco un compromiso que no es el viejo estilo populista, porque el poder decidir a quién se va a dar ya no está en manos del funcionario del Estado, está en manos de una agencia popular. No siempre funciona bien pero ocurre y es un poco diferente.

—Finalmente, vos, ¿cómo ves la actual situación general brasilera? Un poco uno desde afuera, aunque estamos cerca, da la impresión de que hay un problema, no digo de impasse político o institucional, pero hay el problema de la Constituyente, el problema del funcionamiento del Parlamento, el problema del presidente, el problema de las Fuerzas Armadas. ¿Qué momento institucional está viviendo Brasil?

—Yo creo que un momento bastante complicado porque justamente la Constituyente da el espacio privilegiado para reorganizar toda la situación institucional. Pero justamente estas fuerzas distintas que tú has mencionado están llegando al momento, las últimas semanas, más o menos a una situación de impasse, porque tenemos un presidente que no tiene gran legitimidad, tuvo durante el Plan Cruzado porque... qué sé yo, las cosas andaban bien, toda la gente tenía plata, entonces ahí siempre se cree que el presidente está bien. Pero después, exactamente, las cosas andan mal y ahí toda la gente se acuerda de que no fue elegido, que era un vicepresidente, que es un tipo muy frágil, muy débil, que ha estado en el partido del gobierno durante el gobierno militar, entonces no tiene legitimidad popular. Pero al mismo tiempo está haciendo un juego muy peligroso que es el juego de enfrentarse con la Constituyente. Creo que estamos viviendo momentos bastante difíciles donde hay esta impasse, este enfrentamiento, porque claro, tiene también todos los recursos, porque el presidencialismo en Brasil es bastante fuerte, entonces tiene muchos recursos.

—Y las Fuerzas Armadas, ¿cómo están jugando en este contexto?

—Mira, en verdad no sé, no te sé decir porque es un “secreto”, lo que parece es que están más o menos tranquilas, quiero decir, tampoco pueden jugarse por un presidente que no tiene gran legitimidad, sería muy difícil para ellos. Creo que sería muy importante terminar el proceso constituyente. Terminado el proceso constituyente va a haber en Brasil una reorganización de los partidos, va a haber una reorganización del sistema político. También los militares ven que es importante terminar ese proceso.

Parece una paradoja, hay sociedades que necesitan una reforma constitucional para hacer un sistema político que funcione, y se da el hecho de que la Constituyente sea convocada desde la fragilidad, creando una situación en la cual la Constituyente se transforma en algo en sí mismo, frente al Parlamento, frente al Poder Ejecutivo central. La Asamblea Constituyente que funciona y apunta a redefinir el sistema político con la nueva constitución, es fundamental en una transición, pero a veces se daría la posibilidad de que con un sistema político débil complicado y en el marco de una crisis económica, ella aparezca como un poder alternativo al presidente, al Parlamento, lleve al impasse institucional. Porque es un poder alternativo en el sentido de bloquear a los otros poderes, pero no tiene fuerza ni se propone ser el único poder. ■

AÑO 5 - N° 19

OCTUBRE DE 1988

UN MINISTRO DE PELÍCULA

Entrevista a Luis Brunati por Mona Moncalvillo

El ministro de Gobierno que enfrenta a la policía brava no es un superhombre. Tiene y —representa— 41 años. Es menudo, de apariencia frágil. Presta poca atención a la ropa que viste. Habla pausadamente, sin alzar mucho la voz ni gesticular mucho. Es profesor de Física, fue electo diputado provincial y luego nacional; es ministro. No parece ser nada de eso. Porque lo obsesionan temas que ni los profesores ni los políticos promedio de la Argentina suelen abordar: la miseria, la marginación cada vez mayor que percibe en los asentamientos de su provincia. La necesidad de hacer una revolución en la Argentina. La importancia de la militancia y de la mística en la política. Dedicar sus fines de semana a filmar. Impulsa una revista (El Argentino) que concibe como campo de convergencia de lo que llama (sin sonrojarse ni sentirse arcaico) “el campo nacional”.

Este político infrecuente que se indigna al ver chicos descalzos (en una comunidad en que hasta para los más pobres el ir calzado era valor entendido); que hace más de lo

que dice; que apuesta a la transmisión racional del mensaje y no a la utilería publicitaria, sabe que su (casi frenético) obrar no basta. Por eso propone aunar la militancia del peronismo y de sectores afines en un espacio que sintetice las distintas experiencias y las místicas, transgrediendo las limitativas competencias territoriales que impone el juego de las internas.

M. M.

—Ministro Luis Brunati, haciendo un análisis de la derrota, ¿por qué perdió Cafiero?

—Creo que hay una serie de causas convergentes por las que perdimos... En primer término, me parece que hay que tener claro que el 7 de septiembre Cafiero era presidente de la Nación, que el 11 de diciembre Cafiero era presidente de la Nación, esto no hay que olvidarse, faltaba transitar un tiempo formal para que llegara a ocupar ese espacio; me parece que esta era la sensación que había en ese momento. La gente me parece que eligió una alternativa, alguien que confrontara con Alfonsín con el proyecto nacional... ¿Cuáles son los elementos a través de los que la gente evalúa si esta elección que hizo la provincia de Buenos Aires tiene vigencia para el plano nacional?... Los elementos son los de la realidad, es decir, el diseño de la política, el diseño de un gabinete, el diseño de las relaciones con el oficialismo, elementos que le permiten a la gente tomar posición acerca de las posibilidades de la renovación de ser alternativa como proyecto político al radicalismo. Creo que en este sentido nuestra posición fue muy tímida; el hecho de que Cafiero fuese el interlocutor natural de Alfonsín, que la gente lo viese como el futuro presidente de la Nación, lo llevó a cargar prematuramente sobre sus espaldas la necesidad de hablar de la gobernabilidad del sistema, de concurrir a apoyar al presidente en el paquete impositivo, a una serie de actitudes que unidas al perfil que tuvo el gobierno de la provincia de Buenos Aires, determinaron que apareciéramos no como una confrontación con el radicalismo sino como una especie de continuidad un poquito más progresista, pero una continuidad. Yo decía en una reunión de gabinete el otro día que nosotros aparecíamos como un radicalismo un poco más laborista, esta es la visión, y la gente quería confrontar con el radicalismo, quería alguien que le pusiese límites al gobierno radical y que plantease otra cuestión...

—¿Puede entenderse que hubo una superestructura de “la rosca” que se alejó de los problemas más acuciantes de la gente?

—No fue la imposición de una “rosca”. Nuestra sensación de poder, de que ya manejábamos el plano nacional fue tan fuerte, que se asumió la responsabilidad de hacer gobernable el sistema, de llevar adelante todo esto en un clima de supuesto orden que no representó a la gente, nada más, esta es la cuestión...

—¿Hay una clase política que atenta contra la democracia misma?

—No en esos términos. Lo que pasa es que frente a las urgencias de la Nación se puso en funcionamiento una clase política que asume esas urgencias con un grado de mediatez muy grande, con un grado de problematización personal muy grande. La clase política en este momento tiene una importante desvinculación de los problemas sociales, o por lo menos así es visualizada. Se nota una clase política que vive una realidad propia; por supuesto se siente comprometida con la democracia, con el sistema de vida, pero hay una gran distancia entre los problemas de la gente y la forma de asumirlos. Yo digo un poco irónicamente que, así como la Constitución dice que el pueblo solo gobierna a través de sus representantes, hay una sensación como que el pueblo solo come, viaja y se divierte a través de sus representantes... Esto no es la democracia, la democracia exige un compromiso muy intenso entre su clase política y los problemas sociales, porque en un medio como el nuestro la consolidación de la democracia pasa por que haya una absoluta relación entre ese sistema de gobierno y la respuesta a las necesidades de la gente, porque lo único que consolida la democracia es una respuesta práctica a los problemas de la gente.

—Ese es un planteo inverso al que hacen algunos radicales y algunos peronistas, la idea de que la democracia es gobernable en la medida que haya menos reclamos, menos participación y menos movilización social...

—Creo que la democracia se consolida porque sirve, porque lo otro sería apuntar a que quienes consolidan la democracia son los sectores que siempre desestabilizaron la democracia, entonces como no hay reclamo no existe razón para desestabilizarla y por ende la democracia se consolida. Esto es al revés, los que consolidan la democracia son los sectores que siempre aspiraron a consolidarla. Simplemente tenemos que darles argumentos para que tengan razón para luchar por la democracia...

—De pronto acá se vería a la clase política, por lo que estás diciendo, que estaría ocupada en otros asuntos y no en los que verdaderamente tendría que estar ocupada; esto podría ser también peligroso, porque si la clase política no sirve pueden aparecer los salvadores de turno y desvalorizar aún más de lo que lo han hecho durante las dictaduras a los políticos, y entonces, ¿quién gobierna? ¿Qué rol debe cumplir hoy un político concretamente?

—Sí, en primer término, quizás estemos haciendo una generalización tal vez muy injusta con respecto a mucha gente. Hablamos de sensación térmica de la actividad política... Yo creo que se ha instalado en la dirigencia política la idea de la profesión o la carrera política, que tiene tiempos y argumentos distintos a los de las necesidades de la gente. Para llevar adelante una carrera política en una democracia consolidada absolutamente, tal vez haya esos tiempos; en una democracia como la nuestra, que necesita ser consolidada todos los días, a partir de que la gente note que la vigencia del sistema guarda una relación con la satisfacción de sus propias necesidades, el mecanismo es otro, no tiene los mismos tiempos.

Tiene otros que siguen el ritmo de la necesidad de la gente. Con respecto al rol que debe cumplir un político, la verdadera forma de hacer política interna y de ganar espacio interno en la consolidación del sistema democrático, y que cumpla con la satisfacción de las necesidades de la gente, pasa por ganar espacio interno a partir de hacer propuestas para afuera que sean válidas. Es decir, la forma en que el político tiene que ir adquiriendo espacio interno, es directamente proporcional a las respuestas que va dando a los problemas de la gente, y este es un mecanismo que para nada está visualizado así. Siempre generalizando, y pidiendo disculpas por la generalización, yo creo que hay una tendencia a creer que se pueden obtener espacios internos a partir de acordar posiciones políticas y “atentar” contra las medidas que de alguna manera sí generan un espacio en la sociedad y por orden transitivo generan un espacio para quien las encarna, pueden ser rechazadas en tanto y en cuanto desestructuran o modifican la posibilidad de generar espacio a partir de la discusión estrictamente interna. Hay dos mecanismos, uno que está instalado concretamente, que es la discusión del espacio interno como espacio en sí mismo, como valor en sí mismo, y otro que es la generación de espacio interno, en función del reconocimiento social que produce el hacerse cargo de políticas o medidas que tengan reconocimiento general de la sociedad. Este segundo mecanismo tiene mucho más que ver con la consolidación de la democracia, pero desestabiliza al otro sistema de construcción interna, el que busca los espacios estancos, la circunscripción como espacio único para hacer política y para ir accediendo a niveles de mayor preeminencia, la sección, la sección electoral, la provincia, todos compartimentos estancos en los cuales se da la lucha, se da la disputa por el espacio interno y por la conducción política y social.

—¿Cómo lograrás instrumentar esto en tu acción política, como ministro de Gobierno?

—Trato de optar por el método alternativo, y dicho sea de paso no hay una división tajante, sino que todos los políticos advertimos la necesidad de construir apoyados en estos dos aspectos, pero unos centran más el eje en la construcción estrictamente interna y otros centramos más el eje en la construcción a partir de generar política hacia afuera. Cuando uno opta por el segundo mecanismo, el de tratar de lograr espacio interno a partir de plantearse políticas globales que sean reconocidas por la sociedad en tanto y en cuanto satisfagan expectativas naturales o sentidas, automáticamente está atentando contra el otro mecanismo. Entonces, lo primero que hay que hacer es despreocuparse de los problemas que va a producir este sistema de construcción, y aceptar que lleva a un grado de colisión interna importante porque atenta contra una forma de ver o atender a la construcción política. Digamos que esto choca directamente con las reglas de construcción establecidas en la perspectiva de partido o en la estructura estrictamente partidaria.

—¿Cuáles son los principales obstáculos que has encontrado en un área tan complicada como es el Ministerio de Gobierno bonaerense para llevar adelante esto?

—Las dificultades son muchas... Desde siempre, y esto lo decía Perón, cada vez que hubo que hacer una tortilla hubo que romper por lo menos un par de huevos, y en ese sentido cada vez que te proponés una política que transgrede lo establecido, generarás adhesiones y rechazos. Las adhesiones se producen abajo, a nivel social, y los rechazos devienen de la propia estructura política; los sistemas políticos están instalados en una realidad, conviven con ella, y en ese sentido son partícipes de los valores y disvalores de esa realidad...

—¿Es erróneo decir que a vos se te ve operando muy solo?

—Creo que ante cualquier política que tiene una actitud muy característica, y que adopta una posición de vanguardia naturalmente aparece como contrapartida una actitud emergente, diferente, y en ese sentido es probable que desde afuera se vea como una actitud quijotesca...

—Vos sostenés que dentro del peronismo conviven dos proyectos, la liberación y la dependencia...

—En principio, y para dejar absolutamente claro esto, el peronismo desde una perspectiva conceptual o ideológica es un proyecto de liberación. Cualquier proyecto político que se estructure en el país, que obtenga la liberación nacional va a estar desarrollado sobre las bases ideológicas del peronismo. Esto es así... podrá desarrollarlas, pero no va a poder prescindir de estas bases. Lo que quiero decir en este aspecto es que como en el resto de la sociedad, en el peronismo hay una disputa por un proyecto de liberación y otro de dependencia, y es natural que así sea. Somos todos mujeres y hombres de la misma sociedad, no somos de otra sociedad, los peronistas no somos extraterrestres y en ese sentido cuando yo hablo de la revolución de Martínez de Hoz como la más profunda revolución de los últimos treinta años, creo que impactó también al peronismo. Es evidente que entre el General que hablaba en mangas de camisa cuando los empleados de banco iban con traje, corbata y sombrero al trabajo, y lo que expresa el peronismo hoy desde una perspectiva estética a una conceptual, hay una declinación muy grande en las aspiraciones o expectativas. Es como que en este momento hay que arrancar de mucho más abajo que lo que lo hubiéramos hecho antes de la revolución de Martínez de Hoz. Lo que creo es que las mujeres y hombres que trabajamos, militamos y luchamos dentro del peronismo no estamos exentos de esas connotaciones.

—¿Por dónde pasa la revolución hoy?

—La revolución pasa fundamentalmente por asumir la necesidad de una evolución social pero en términos perentorios y verdaderamente urgentes. Creo que el problema se centra en cómo es que se hace una revolución: en esto hay medidas de tipo político, social y económico que pueden producir una gran revolución, y no van a variar mucho de las que todos imaginamos y que, de alguna manera, signaron al peronismo en su etapa de mayor desarrollo. Podrán estar más o menos actualizadas, podrán desarrollarse algunas y complementarse otras, pero van a ser

esas. El problema más grande de una revolución no es definir cuáles son esos parámetros sino cómo se hace para contar con la fuerza social necesaria para impulsar y sostener un proceso revolucionario, para lo cual hace falta una gran mística, creer en la Nación, soportar los embates que un proceso revolucionario en América Latina es capaz de producir, y mantener el equilibrio en esta parte del continente y con el resto de las naciones. Ese es el desafío; y en ese sentido, también para el desarrollo de un proceso revolucionario, al que yo llamo de un gran desarrollo compatible con los términos de tiempo que la gente tiene y no con los tiempos que los políticos tenemos que tal vez sean más largos, va a ser necesaria una gran vocación, una gran fuerza, y este es el problema más crítico de la ecuación. Cómo se logra la mística en un amplio sector de la sociedad, la base de sustentación de un proceso revolucionario, de un proceso de transformaciones de fondo...

—¿La renovación murió sin haberse profundizado?

—Para mí la renovación se construyó como la contracara estática de un proyecto que nos llevó a la derrota; si el otro proyecto era autoritario, este era democrático; si el otro proyecto era con una gran incidencia gremial o sindical, este trataba de estar menos connotado de esa influencia; si el otro era descamisado, este era de traje y corbata; si el otro era primario, este era académico... Así construimos un envase. Lamentablemente, al modificar el exterior no se puso suficiente cuidado en el contenido, es decir, no hubo un desarrollo de la renovación en los contenidos ideológicos y el envase condicionó lo que naturalmente expresó la renovación. Para mí, la renovación expresó un proyecto mucho más liberal, más del sistema, gerencial o administrador; esto del “radicalismo más laborista” es un poco la síntesis. Pero la renovación no es una línea interna, no hubo un debate ideológico, es la discusión de metodologías políticas que por supuesto conllevan una mínima carga ideológica, pero es mínima. Nosotros la discusión la dimos por los métodos de construcción.

—¿Qué rol tiene la militancia frente al próximo gobierno peronista, suponiendo que gane las elecciones?

—Creo que el rol de la militancia no solo peronista, sino de la militancia social, es preponderante: es el eje de los aportes que el próximo gobierno constitucional pueda llegar verdaderamente a realizar en función de un proyecto liberador. Creo que la militancia política, gremial y social va a ser, de alguna manera, la garantía de un proyecto democrático y la movilización responsable, con un debate previo muy fuerte, va a ayudar a corregir rumbos, a plantear políticas, a desarrollar objetivos y metodologías...

—Aquí se plantea el problema de la constitución de sectores militantes en función de sus pertenencias políticas; una especie de puja que reproduzca la superestructura de los partidos políticos. ¿Cómo ves esto?

—Cada vez hay menos espacio para la construcción de estructuras de movilización oficialista; esos espacios se agotan a una velocidad tremenda y la movilización

real va a tener que ver con las respuestas a las necesidades de la gente y en ese aspecto va a significar un avance. Para ser muy claro creo que cada vez hay menos posibilidad de movilizar en contra de la voluntad de la gente.

—¿A qué atribuí las tres interpelaciones que llevás en ocho meses de gobierno?

—Bueno, yo creo que a las reacciones que despierta el desarrollo de una política determinada. Una política ambiciosa o muy comprometida en términos sociales, produce una gran adhesión popular y por lo menos una importante sospecha política...

—¿Se está constituyendo un eje político entre Jorge Busti, vos, De Gennaro... el MRP?... ¿A qué apunta?

—Chacho Álvarez, Teresa Parodi (*rie*)... te puedo dar todos los nombres... Creo que hay una natural convergencia de modos de sentir la responsabilidad política, de urgencia por asumirla y de necesidad de conciliar acciones en común, creo que es eso... No hay una convocatoria planificada y deliberada, sino una natural convergencia de objetivos, intereses, proyectos, y formas de asumir la responsabilidad política, que conlleva a una mínima necesidad de articular mecanismos que permitan que la militancia, que percibe y siente de la misma forma, pueda encontrar canales de acción.

—El tema de los “vigías de la comunidad”, ¿apuntó a defender al ciudadano de Morón tal como en forma lineal podía plantearlo Rousselot o había otro proyecto orientado a enfrentar tu acción?

—Yo siempre trato de relativizar la intencionalidad muy directa, pero automáticamente también digo que toda acción en política conlleva implícita una ideología o una posición ideológica; entonces en este aspecto Rousselot habrá querido, y le pongo la mejor de las condiciones, resolver el problema de seguridad de su población, de la gente que vive en el ámbito del municipio que a él le toca conducir; pero automáticamente también expresa una posición ideológica y política en la cual, desde mi punto de vista, no son contemplados intereses como el de la solidaridad para desarrollar propuestas de gobierno. La solidaridad conlleva a una política más global, y tampoco tiene demasiado en cuenta los orígenes del problema delictivo. Desde mi punto de vista los orígenes del problema delictivo devienen de una realidad socioeconómica verdaderamente injusta, de que el trabajo no es una forma creíble para obtener una promoción económica y social, de que a lo sumo es visto por los sectores más jóvenes como una actitud romántica, pero no con posibilidades demasiado concretas de modificar un standard de vida. En ese sentido me parece que la propuesta tiene en cuenta otros valores, es decir, deja entrever que los problemas de seguridad pueden ser abordados desde una perspectiva exclusivamente represiva o a lo sumo preventiva en términos policiales. Es importante recordar que Perón decía sobre los problemas de seguridad, que

en esa época se llamaban delictivos, cuando le preguntaron qué se podría hacer con respecto a esto, “dele cien pesos todos los días al trabajador en el bolsillo y se acabaron los problemas delictivos”... Esto, de absoluta sencillez, entraña una gran sabiduría y coincide con esta visión.

—¿Cómo se daría hoy la participación popular?... tema que tiene muy preocupada a la juventud que quiere hacer y no sabe qué...

—Lo primero es generar ámbitos que sean confiables para desarrollar la actitud de compromiso social, militancia, dónde colocar el esfuerzo. Nadie coloca el esfuerzo donde no va a obtener una correspondiente valoración; en ese aspecto la construcción de espacios que signifiquen una garantía en cuanto tengan en cuenta los esfuerzos, los valore y apunten al sentido trascendente que la juventud, como garantía biológica de una evolución social, tiene necesidad de advertir, constituye un elemento fundamental. Desde un punto de vista organizativo por supuesto que se pueden hacer cosas...

—¿Concretamente ustedes qué están haciendo, vos como militante no como funcionario?

—Como militante desde un sistema de construcciones que permita ser abordado con participación popular y con un mínimo aporte del Estado, en el cual la participación de la juventud es el eje, hasta la creación de nuevos espacios sociales como son los Consejos de la Comunidad que nosotros venimos desarrollando desde hace unos cuantos años. Con relación a esto, cuando yo asumí como diputado conocí uno de los elementos motorizadores que tiene el legislador, que son los subsidios y advertí que uno los manejaba en forma indiscriminada, es decir, absolutamente discrecional; entonces se me ocurrió usar esos recursos para motorizar organizaciones sociales. La organización social durante la etapa del 45 en adelante se desarrolló a través del sindicalismo, que constituyó el núcleo de desarrollo de la participación del pueblo en la vida política de la Nación. En este momento es necesario profundizarlo y desarrollarlo por dos razones: la primera es que los sectores más postergados no tienen ni siquiera posibilidad de estar agremiados y la otra razón porque frente a las necesidades sociales es urgente generar nuevos mecanismos de integración, de desarrollar pautas organizativas... Lo que yo hice fue destinar el 50% de los recursos que venían para subsidios a ser canalizados exclusivamente por los Consejos de la Comunidad. Los Consejos eran ámbitos donde concurrían todas las organizaciones sociales de un determinado lugar; por ejemplo, en Moreno se generaron varios Consejos de la Comunidad. El que más desarrollo tuvo en aquella etapa, en el año 85, fue el Consejo de la Comunidad del Cuartel 5°; entendieron la propuesta y convergían en un mismo ámbito cooperadoras escolares, sociedades de fomento, cooperativas, cooperadoras policiales, la parroquia con su grupo de militantes y otras organizaciones sociales. De allí se tomaban y se siguen tomando decisiones con respecto al destino de los recursos, desarrollar la solidaridad en función de que los recursos van destinados a una

determinada entidad porque las demás entienden que es necesario privilegiar una acción. Esto va organizando sistemas de participación más desarrollados y acordes con las necesidades que vivimos. Cuando yo asumí como ministro de Gobierno, tuve la gran tentación de tratar de institucionalizar los Consejos de la Comunidad, pero me pareció importante no hacerlo desde arriba sino generar la realidad primero y después ir al encuadre jurídico; no comenzar al revés porque la disposición de fuerzas no es adecuada para eso; entonces comenzamos a divulgar la experiencia, grabamos y filmamos los testimonios de la gente en un audiovisual que se distribuye y se ve en el ámbito de la provincia de Buenos Aires y que ha generado adhesiones, organización... En la isla Martín García hoy, por darte un ejemplo, hay un Consejo de la Comunidad que lo ha promovido la gente, no nosotros; con el tiempo nosotros le daremos cuando sea necesario encuadre jurídico, pero yo creo que al sistema hay que desestabilizarlo de abajo, hay que generarle otras reglas de juego de abajo y que después el ámbito político se encargue de encuadrarlo y no pretender en esta relación de fuerzas hacer lo contrario...

—¿Cómo se recompone el Partido Justicialista?

—Más importante que cómo se recompone el Partido Justicialista es cómo se recomponen los objetivos trascendentes del justicialismo y cómo logran insertarse en la realidad política; digo esto para hacer una diferencia importante. Creo que hay que seguir apuntando al mecanismo de participación del afiliado, la elección interna... pero estos son los mecanismos metodológicos, con esto es necesario colaborar desarrollando propuestas políticas e ideológicas que permitan una franca elección, si no lo que se hace es nada más que dirimir espacios de poder que son más o menos heterogéneos.

—Todo parecería indicar que en política los tiempos cada vez se acortan más... Alfonsín dos años, Cañero diez meses y uno puede pensar, ¿Menem cuánto tiempo? ¿Y después qué?...

—No, esto depende de la naturaleza de las respuestas y de cómo se vayan articulando. Yo decía el otro día que no es necesario bajar a la gente en un helicóptero en la tierra prometida; lo que la gente necesita es simplemente sentirse caminando hacia la tierra prometida y creo que estas son las cosas fuertemente castigadas o fuertemente criticadas a través de la expresión directa de la gente en las urnas; cuando no advierte que desde su perspectiva, desde la perspectiva del análisis que alimenta al pueblo, nos encontramos francamente dando indicios de hacia dónde vamos... ■

EL COMPROMISO DE ENSEÑAR

Reportaje a Irma Parentella

La necesidad del cambio se tensiona con las imposiciones presupuestarias, burocráticas e ideológicas. La subsecretaría de Educación de la provincia de Buenos Aires analiza los desafíos y dificultades que caracterizan su gestión.

—Conversemos a partir de la experiencia que tenés en la provincia de Buenos Aires a más de un año de gestión en la Subsecretaría de Educación de la Dirección de Escuelas. ¿Cómo ves en general la educación, no solamente en la provincia de Buenos Aires sino en la Argentina?

—Si bien estoy conduciendo la Subsecretaría de Educación de la Provincia de Buenos Aires, tengo una vasta experiencia no solo en el sistema educativo provincial sino también en el sistema educativo nacional y municipal. He tenido siempre contacto con las conducciones políticas de las distintas provincias argentinas, fundamentalmente las gobernadas por el justicialismo, no solo ahora sino con anterioridad, cuando elaborábamos en conjunto los planes de la educación para un futuro gobierno justicialista.

En este sentido puedo decir que coexisten en la Argentina multiplicidad de sistemas educativos distintos que se fueron yuxtaponiendo en el tiempo, generando una desarticulación total, tanto entre los diferentes niveles del sistema educativo de cada provincia, como entre las provincias.

Eso es grave. Significa que un chico que se traslada de un lugar a otro, va a escuelas absolutamente distintas. No propongo retornar a una centralización total de la educación, sino, por el contrario, reivindicar lo que significa discutir en conjunto con las provincias argentinas cuál debe ser la orientación de la educación nacional, y luego hacer las adecuaciones regionales pertinentes. Los chicos no pueden ir a escuelas absolutamente diferentes como si fueran de países distintos. En general, hay una gran obsolescencia de los contenidos, una gran obsolescencia cultural y científica, tanto en los métodos como en las técnicas pedagógicas utilizadas, agravada por una crisis socioeconómica muy profunda que ha transformado a los Ministerios de Educación y a los conductores de educación de las distintas provincias, en Ministerios de Acción Social, porque deben atender necesidades que no son propias del tema educativo. De todos modos, aunque estamos en una crisis muy profunda en lo económico, en lo social, se pueden utilizar los recursos, se puede pensar la educación de una manera distinta.

Es necesaria una concertación de políticas con el conjunto de las provincias argentinas, una concertación de políticas con los gremios docentes y una participación totalmente diferente de quienes hacen la educación, esto es los docentes, los padres, los alumnos, el personal no docente de distintos estamentos educativos, para orientar la educación hacia los requerimientos de los chicos como destinatarios del sistema educativo.

—A un año del Congreso Pedagógico Nacional, ¿qué evaluación podrías hacer? ¿Significó, por lo menos, la puesta en marcha de algún cambio de la educación en la Argentina? ¿Cómo ves esta situación?

—El Congreso Pedagógico Nacional fue una experiencia bien planteada pero que no cumplió con sus objetivos en cuanto a una verdadera participación de los educadores, de los padres, de los chicos. Podría haber llegado a ser una experiencia riquísima. Con respecto a la concreción de las aspiraciones del Congreso Pedagógico, creo que todavía estamos muy lejos. Simplemente se ven propuestas aisladas en distintas provincias que intentan torcer el rumbo de una educación totalmente desvalorizada, desactualizada, esclerotizada, donde sigue pesando mucho la tradición verticalista, autoritaria, donde tiene un peso muy grande todo lo formal y donde realmente hay poco espacio para la reflexión, para la creación, para el cuestionamiento, para que la realidad entre en la escuela de hoy. Todavía, pese a las expresiones de distintos sectores de la comunidad educativa, ante cada reforma, ante cada planteo de cambio, vemos una comunidad educativa tradicional expresada en los sectores más reaccionarios, tanto de la Iglesia como de algunas épocas del Proceso, que cuestionan cualquier cambio por elemental que sea. Insisto en que hay cosas que realmente se pueden hacer, pero requiere dar vuelta la escuela totalmente o sea repensarla de una manera totalmente distinta. Para eso es imprescindible cambiar el rol de los docentes, cambiar el rol de todos los que hacen a la institución educativa, las relaciones que se dan dentro de una escuela, las relaciones con los inspectores de escuela, en cuanto al perfeccionamiento y capacitación de los docentes que van adelante, y también las relaciones que se dan dentro de las instituciones como formas organizativas que generen un compromiso diferente con la institución que están conduciendo. En este sentido sostengo que es necesario pensar formas de participación diferentes, dentro de las instituciones, que generen un compromiso distinto de todos los que forman parte de las instituciones educativas.

—Hay otro tema interesante: ustedes han realizado en la provincia de Buenos Aires una experiencia que ha sido el Gabinete Itinerante. Ahí tomaban contactos con los docentes, con la comunidad educativa, con los alumnos en las distintas regiones, y algo que llamó la atención es el hecho de tu llegada a los docentes, independientemente de las banderías políticas. ¿Qué relación puede tener eso con por un lado la situación docente hoy en la actualidad y específicamente con la situación de la mujer?

—El equipo que conforma la Subsecretaría de Educación se ha planteado como una necesidad imprescindible el contacto directo con la gente, porque uno de los elementos que más traban la comunicación son los estamentos intermedios de la educación, los inspectores, los directores, y en ese sentido privilegiamos mucho el encontrarnos con la gente y llevar el mensaje verdadero de esa gestión transformadora. La experiencia de ese Gabinete ha sido interesante porque nos permitió tener un contacto directo con la gente y discutir los problemas de igual a igual. Esto para mí no sido difícil, porque antes de asumir la función de subsecretaría estuve trabajando y conduciendo una institución escolar. Tampoco me ha sido difícil en tanto el sector docente es fundamentalmente femenino y tengo bastante experiencia de trabajo con la problemática de la mujer como docente y también por la experiencia gremial docente. En este sentido, en tales encuentros, pese a que estamos en una difícil situación económica dentro de la provincia, que supondría un enfrentamiento con los trabajadores de la educación por los salarios que realmente no son los que quisiéramos brindar, hemos tenido una recepción muy buena. Porque la gente puede charlar mano a mano con los funcionarios sobre cuáles son los problemas, las necesidades, y encuentran en nosotros un trabajador que está circunstancialmente al frente de la conducción educativa. Además, como la intención no es solo el encuentro sino luego concretar las propuestas que nos han planteado, la gente siente que ese encuentro no fue uno más, sino la posibilidad de poner sobre la mesa mano a mano con las autoridades educativas las necesidades de la provincia. Estamos concretando, por ejemplo, un plan de perfeccionamiento y capacitación docente que es el solicitado, no solo por los docentes de la provincia sino por los docentes en general del país. El docente no quiere más cursos de perfeccionamiento decididos desde la conducción central, sino espacios de reflexión junto con el resto de sus pares para elaborar y plantearse las necesidades que hacen a cada una de las instituciones que son muy diversas y muy distintas.

—Esta experiencia del Gabinete Itinerante, ¿se ha realizado también en otras provincias justicialistas?

—En general en todas las provincias justicialistas ha habido un acercamiento a los docentes, a los alumnos, a los padres, pero con distintas características. Tal como está planteado en la provincia de Buenos Aires, creo que es la única experiencia.

—Dado que el porcentaje más alto de docentes son mujeres, y sabiendo que tu trabajo además de la Subsecretaría de Educación tiene que ver también con la problemática de la mujer, ¿vos podrías plantear que hay en cuanto a la baja de salarios un problema de discriminación social en la medida en que se sabe que la mujer aporta al salario de la familia una parte pero que no es la parte sustantiva? ¿O no?

—La actividad docente, desde sus comienzos presentó características particulares donde tenía un fuerte predominio lo afectivo. Se construyó un perfil de maestro muy especial que dificultó la percepción del rol docente como trabajador

y lo vinculó más a un rol de apóstol o de sacerdocio de la educación. Desde el año 1909 en que se realiza un censo de la educación, el personal docente de todas las escuelas del país, que era de 18.750 personas, tenía un predominio femenino muy fuerte, ya que 13.800 eran mujeres. En el Congreso Pedagógico anterior, el de 1882, se pensaba el ejercicio del magisterio como una continuación de las funciones de la maternidad: nadie podría ser mejor maestro que la madre, teniendo en cuenta además que la madre nunca falta a sus tareas de madre y por lo tanto tampoco la maestra podía faltar a sus tareas de maestra. Se fue deteriorando mucho el rol docente y les costó a los maestros verse como trabajadores, por eso los salarios de los docentes han sido pensados como salarios complementarios de un miembro de la familia que trabaja simplemente para algunas necesidades personales. Recordemos que para las pautas sociales de las clases media y media baja, el magisterio fue por años una de las pocas actividades aceptadas fuera del hogar para las mujeres. Todo ello configuró una profesión mayoritariamente femenina, que le puso un sello a las características del trabajo como casi exclusivamente femenino. En una época de profundo autoritarismo y falta de autocrítica y de docilidad excesiva, se configuró un docente con obediencia mecánica a las disposiciones provenientes de las autoridades aunque estas fueran contradictorias y faltas de sentido común. La vocación, un condicionante muy valioso que motoriza toda su actividad, resultó a veces abusiva para la función docente. Se tomó como un elemento sobrenatural que motorizaba toda su tarea y que les impedía pensarse como trabajadores en solidaridad con el conjunto de otros trabajadores. Por tanto la relación entre el movimiento obrero y los maestros fue un largo camino de indiferencias y de desencuentros que tuvo un punto de ruptura con la huelga del año 88, donde los docentes pusieron sobre el tapete la verdadera situación de la educación en la Argentina con una serie de planteos, de movilizaciones y de actos. Dejan esa condición de apóstoles o de sacerdocio de la educación, para demostrar que también ellos son trabajadores que tienen las mismas necesidades, que tienen los mismos derechos. Esto va más allá del planteo del salario y nos muestra un sector de trabajadores dispuestos a discutir el sistema educativo imperante, dispuestos a repensar la educación. Por eso las acciones que estamos realizando en la provincia de Buenos Aires tienen un eco favorable en la comunidad de docentes. Entendemos las contradicciones por las cuales pasa el sistema educativo, y que la única manera de transformarlo es con los maestros en un rol protagónico dentro de esos cambios. Me preguntabas si también el salario de los docentes es un salario más bajo. Eso fue un condicionante importante por lo que estábamos diciendo, pero luego se le suma la crisis profunda que vive el sistema social y económico argentino, que hace que no solo la educación, sino la salud y otros aspectos de la vida cotidiana tengan un deterioro muy importante.

—Debe ser difícil hacer compatibles estos planteos con el hecho de ser funcionario de un gobierno justicialista en la medida en que tengo entendido que

los salarios de la provincia de Buenos Aires actualmente son bajos. ¿Qué se hace en relación a este tema?

—Efectivamente es difícil responder como funcionario de un gobierno justicialista; esta es una situación política muy particular de la vida argentina, donde no podemos decir que haya una conducción monocrorde de la Argentina; acá conviven gobiernos provinciales justicialistas, gobiernos radicales y la conducción nacional es del Partido Radical. No obstante, nos resulta difícil explicar y a los docentes les resulta difícil entender, que la provincia está sometida a toda una serie de problemas económicos y financieros que devienen de una política económica nacional. Con salarios tan bajos, te diría que en esta crisis económica es casi imposible pensar en salarios dignos. Pero sí, nosotros estamos trabajando con el conjunto de los gremios docentes en mejorar las condiciones de trabajo. Esto se va a tratar en la paritaria que ha sido aceptada por la mayoría de los gobiernos provinciales donde se va a discutir un Estatuto Federal de la Educación, se va a discutir todo este sistema burocrático que asfixia la labor de la escuela y que no te deja realmente trabajar sobre lo importante. Vamos a tomar una serie de medidas, que hacen a las condiciones de trabajo, para desburocratizar el sistema, para que los instrumentos que maneja el docente, realmente le sirvan para su trabajo, y no sean obstáculos o requerimientos que él no sabe realmente qué papel van a cumplir.

—Otro tema que se desprendía de lo que planteabas inicialmente es cómo la educación se va convirtiendo paulatinamente en la Argentina no en una problemática específicamente educativa, sino que alude sobre todo a temas de asistencialidad. La provincia de Buenos Aires ha lanzado un programa que es el de Consejos de Escuela. Si el gobierno se tiene que hacer cargo de tareas de asistencialidad, ¿cómo es posible que al mismo tiempo se estén incentivando tareas de participación a través de los Consejos de Escuela? ¿Esto no lleva a ser contradictorio en la medida en que de todas maneras la participación está promoviendo determinados niveles, pero en otro sentido está garantizado que el Estado, desde el punto de vista educativo, sale a socorrer a los sectores más necesitados?

—No creo que sean políticas contradictorias porque también en las tareas de asistencialidad, de comedor, de planes recreativos durante el verano (Plan Recreativo Alimentario) hay un requerimiento de una participación de la comunidad para hacer de estos servicios asistenciales servicios con cierta dignidad, donde la labor de la comunidad garantice una serie de elementos que los chicos más humildes de Buenos Aires están necesitando. Pero los Consejos de Escuela serán un ámbito donde también esta problemática de la marginalidad, de la desnutrición infantil, de la deserción escolar, de los objetivos perimidos del sistema educativo, va a ser tratada. Ponemos en estos Consejos de Escuela un empeño muy especial, porque tienden a transformar las relaciones de poder que se dan dentro de la escuela y que apuntan a hacer de la escuela un verdadero centro comunitario. Cuando hablamos de participar, estamos hablando de generar nuevas formas de

organización, donde lo vertical no sea lo decisivo, donde se cumplan con objetivos trazados por la comunidad educativa y no con reglas impuestas desde arriba. Generar una nueva organización dentro de la escuela, nuevas relaciones de poder donde las decisiones sean más horizontales, pero donde luego de una importante discusión y consulta, elaboración y decisión colectiva, el conjunto asuma el compromiso de cumplir con los objetivos de esta institución. Estamos convencidos de que varias cabezas, las personas que componen la comunidad educativa, piensan en conjunto mejor que la conducción de la escuela o la dirección de la escuela por sí solos. La conducción no desaparece, sino que el que conduce o coordina asume la responsabilidad de expresar el nivel de consenso del grupo. Vamos a favorecer la iniciativa y la autonomía de cada una en función de objetivos y no de respuestas mecánicas que vengan de distintas jerarquías de la conducción educativa. La escuela no es patrimonio exclusivo de directores y docentes; la responsabilidad y la competencia del maestro o del profesor no termina con su labor dentro del aula; la preocupación de los padres y la acción de los mismos por la educación de los hijos no puede detenerse en la puerta de la escuela. El alumno es protagonista principal de la educación y no puede permanecer marginado en decisiones que lo involucran y lo afectan. Admitido esto, los sectores que componen la escuela en su conjunto, contribuirán a mejorarla en un ambiente de discusión, de programación, de señalamiento de objetivos de la comunidad donde se insertan.

—Estos Consejos de Escuela en realidad también recogen experiencias de participación comunitaria, ¿o surgen fundamentalmente del ámbito educativo?

—La idea del Consejo de Escuela surge porque tanto en la provincia de Buenos Aires como en otros lugares donde hay experiencias de participación hay un verdadero trabajo con la comunidad. En esos lugares, la escuela recoge problemas de la comunidad y en conjunto trata problemas que de otra manera no podría abordar, que tienen que ver mucho con lo que está pasando con los chicos y con los adolescentes. Un ejemplo, es el tema de la droga, que tanto preocupa; otro ejemplo es el tema de la violencia, que azota a muchas escuelas nuestras y de otras partes del país, y en esas escuelas donde hay un verdadero trabajo comunitario la comunidad ha asumido esta problemática que pareciera que por la tradición que tiene la escuela no tiene que tratarlo, que debiera dedicarse a lo específicamente instruccional. Sin embargo, han tenido respuestas muy importantes y resultados positivos con chicos violentos, con chicos drogadictos, con chicos sin ocupación, respuestas mucho más efectivas que las desarrolladas con grandilocuentes campañas contra la droga. Por eso nosotros apostamos mucho al trabajo de la escuela dentro de la comunidad, y pensamos que la realidad tiene que entrar a la escuela.

—Esto suena a un estilo de reforma, bastante diferente de aquellas reformas que apuntan primero a lo institucional para luego llegar a los protagonistas y a los actores. La institución escolar todavía tiene un fuerte tinte verticalista, y si bien es cierto que ustedes llevan adelante un plan de capacitación

docente, que aparentemente por lo que vos señalabas tiene que ver bastante con la descentralización, de todas formas, ¿qué medidas se están instrumentando en relación con la modificación de hábitos institucionales, hábitos de gestión administrativa que van a apuntar también a la reforma de la escuela?

—Las acciones que estamos desarrollando en la provincia no han empezado por una reforma curricular. Asumimos con una reforma curricular iniciada por la anterior gestión y no nos hemos detenido en modificar esa reforma curricular; esto no quiere decir que compartamos la reforma existente. Lo que sí tenemos claro es que si nosotros no cambiamos estas relaciones de poder, esta actitud del docente, esta actitud de los padres y de los chicos dentro de la escuela, la transformación para nosotros es imposible. Como docente he pasado por distintos cambios curriculares y la experiencia que tengo es que los docentes siguen haciendo lo mismo que hacían antes, pero utilizando las denominaciones de las nuevas reformas o la nueva currícula. Pensamos que hay que transformar totalmente el sistema por dentro, en cuanto a las relaciones institucionales, a la capacitación docente, al compromiso con los chicos, de los padres, de los no docentes, y a partir de allí podrá surgir una nueva planificación curricular.

—¿Qué tipo de planificación proponen para la provincia de Buenos Aires?

—Toda autoridad educativa tiende naturalmente a planificar según criterios teóricos, derivados de concepciones ideológicas y de acuerdo con pautas pedagógicas determinadas. Para ello se fijan objetivos globales, particulares, específicos, etc. El planeamiento de la enseñanza, como ocurre con la planificación de otros aspectos de la vida social es imprescindible. Pero tras el planteo de esta necesidad, surgen una serie de problemas, unos son fácticos, como los obstáculos de orden financiero, burocrático, etc.; otros son de índole teórica, como los referidos a los fines de la enseñanza y a diversas cuestiones metodológicas, según la didáctica que se profese; pero la pregunta importante que nos hacemos nosotros es cómo conciliar un planeamiento con los principios y la inspiración de la participación. Creemos que en buena medida la resolución de este conflicto depende de la elasticidad en la concepción del planeamiento, así como en la amplitud con que se conciba la noción de participación. Sabemos que ningún planeamiento puede resultar eficaz, y menos liberador de creatividad, si no tiene el apoyo activo de los sectores involucrados en él, que viabilicen la transformación deseada. Las planificaciones verticales, sin consenso ni discusión de los interesados, de quienes son afectados por ellas, resultan siempre contrarias a los fines que se afirma buscar, por elevados que sean. Por eso hemos realizado una serie de acciones hurgando en la reflexión, en el aporte, en lo que los docentes realizan en muchos lugares, escondidos de las autoridades que son poco permeables a las iniciativas y en ese sentido es que iniciamos la salida del Gabinete Itinerante. También hicimos el programa de apoyo de experiencias educativas, donde los docentes de la provincia seleccionaron los trabajos de sus experiencias, con jurados realizados por los mismos docentes, una

muestra realmente de creatividad, de todo lo que la gente es capaz de dar cuando tiene el espacio y el lugar para pensar. También se realizó un encuentro de educación popular o de formas alternativas de aprendizaje con grupos que están tanto dentro del sistema como fuera de él, intentando modificar la escuela, una escuela totalmente caduca.

—El proyecto de modificación de las condiciones laborales, ¿está en coordinación con la descentralización de la administración?

—Sí, la descentralización, nuclearización y regionalización de la educación es un proyecto central de esta gestión. Cuando hablamos de este programa sabemos que esto no va a ser la panacea. En otras provincias argentinas se ha realizado esta experiencia con mayor o menor éxito, pero cuando nosotros hablamos de descentralización estamos hablando de una verdadera transferencia del poder a las organizaciones particulares, a los Consejos Escolares, a las organizaciones escolares, como única forma de lograr la participación.

—¿Podés aclarar un poco lo de regionalización y nuclearización educativas?

—La regionalización está encaminada a revertir las tendencias centralizadoras del sistema educativo actual. Es un proceso de conducción, planeamiento y administración de la educación por el cual se delimitan espacios geográficos según indicadores demográficos, geográficos y de infraestructura básica, en función de características socioeconómicas y educativas comunes. Con la regionalización buscamos eficiencia interna y externa del sistema; queremos alcanzar equidad en la incorporación efectiva al sistema de los sectores marginados; servirá para la preservación y el rescate de los valores culturales de las comunidades locales y también para integrar la pluralidad de diferencias en una unidad mayor. A esto de respetar las diversidades culturales, notorias en la provincia entre, por ejemplo, el conurbano y el interior, le otorgamos suma importancia, porque hay que evitar tanto la fragmentación y el aislamiento como el aniquilamiento de patrimonios que son legítimas fuentes de identidad sociocultural. Dentro de esta propuesta descentralizadora de la regionalización, nos ha parecido que la nuclearización es la forma más adecuada para reorganizar la escuela. La nuclearización consiste en la integración de una red de servicios educativos de base, o sea de escuelas, sin discriminar niveles ni modalidades. Esa red local o núcleo educativo vincula escuelas e instituciones de la comunidad que están insertas en el mismo ámbito geográfico y en un marco socioeconómico y cultural similar. Las funciones del núcleo son diversas: administrativas, técnico-pedagógicas, de promoción social. Con esto dejamos de lado la concepción de la escuela como espacio cerrado, para abrirla a la comunidad, para transformarla en comunidad educativa. Y el principal valor orientador es buscar una relación permanente del sujeto educativo con su medio. Así el conocimiento adquirido perderá su carácter de fenómeno aislado, se convertirá en un bien de la comunidad. Este proceso de nuclearización lo haremos por etapas, en forma gradual, contando con el consenso que nos dé la participación comunitaria en los

análisis y en las decisiones. El programa de regionalización y nuclearización está siendo realizado por la Dirección de Planeamiento.

—En situaciones de desmovilización y escasa participación como la actual, ¿cuál es la respuesta real de la gente ante estos planteos que, en teoría, nos resultan siempre sugerentes y atractivos?

—Te cuento algunas cosas que hemos hecho, que demuestran cómo cuando la gente es convocada a resolver los problemas, esto se revierte en eficiencia, pero además en compromiso. Uno de los temas más graves de la provincia, es el de la infraestructura escolar. Nosotros asumimos la gestión con 70.000 chicos asistiendo solo dos horas y media al colegio en los llamados turnos reducidos. Nos planteamos un programa de eliminación de terceros turnos; nos encontramos con un desorden total en cuanto a la planificación de la infraestructura escolar donde se hacían, se construían escuelas respondiendo a necesidades políticas, no a una situación de injusticia; o sea que a la crisis económica se le agregaba la falta de planificación y de idea de justicia social como acción de gobierno. La Dirección Provincial de Infraestructura se planteó un esquema de comisiones descentralizadas por distrito con la participación de los Consejos Escolares del Municipio, de los concejales de distintos bloques, de los inspectores, de los gremios docentes, de cooperadoras escolares, una comisión muy amplia que relevara las necesidades del distrito y que resolviera cuáles eran las prioridades en ese distrito. Esto nos permitió contar rápidamente con una información clara y acertada y con un compromiso y un apoyo de la gente en cuanto a las obras que se iniciaban. Esto generó una importante organización de la comunidad, y han fructificado las obras que fundamentalmente se hicieron por subsidios en extensión de la obra. Si nosotros otorgábamos un subsidio para la construcción de cuatro aulas y un salón de usos múltiples, nos encontramos cuando fuimos a inaugurar esas aulas, con un aula más o con una biblioteca, etc. Esta experiencia que tuvimos en las comisiones descentralizadas de infraestructura, también la hicimos con el Plan Recreativo Alimentario. Así que todo lo que nosotros transferimos como poder, como decisión a la comunidad, con el apoyo nuestro, porque esta es la función fundamental del Estado, fructifica realmente en una organización de la comunidad, que nos permite luego ampliar las obras, extender las posibilidades de acción y que además revierte en proyecto para el distrito.

—Señalaste que, en la provincia de Buenos Aires, cuando ustedes llegaron a la gestión, estaba en marcha una reforma en la enseñanza media; ahora el Ministerio de Educación de la Nación planteó también una reforma en el nivel medio que ha sido en algunos casos elogiada y en otros casos sumamente criticada. ¿Qué opinión te merece la reforma de la enseñanza media?

—El programa de transformación de educación media propuesto por la Nación no es objetable desde el punto de vista curricular; pero pasa con las reformas que, en la crisis que tenemos en el sistema, la reforma tiene que ser muy trabajada desde

todos los estamentos, como para que realmente sea asumida aun con los costos que significa que haya profesores que queden sin trabajo. En todo caso, se podrá reciclar a esos trabajadores como para que puedan cumplir otra función dentro del sistema educativo. Pero el problema es más profundo, la necesidad de transformar primero toda la institución por dentro en otro sentido, como para abordar una reforma. No objeto lo curricular, que comparto (por ejemplo, en la unificación del ciclo básico común y en el trabajo por área), y que se pidió en el Congreso Pedagógico, se pide en la mayoría de los Congresos de Educación realizados. Además, quiero hacer un señalamiento que tiene que ver con los desencuentros de los gobiernos nacionales y provinciales: el Consejo Federal es un organismo apto para federalizar la educación, como para fijar las pautas para una política nacional y luego hacer las adecuaciones regionales. A mí, como responsable del área de educación de la provincia, me hubiera gustado participar de esta transformación de la educación media de la Nación, teniendo en cuenta que comparte nuestro mismo espacio geográfico que una escuela media nacional, está a una o dos cuerdas de una escuela provincial. Este es el desafío que tenemos que afrontar los argentinos que declamamos mucho la democracia. Una manera de defender este sistema democrático es organizar programas federales, donde el gobierno nacional aporte su capacidad política, técnica y financiera, pero con la participación conjunta de los gobiernos provinciales. Este problema que se plantea hoy con la reforma de media se planteó también con el Plan Nacional de Alfabetización, impuesto desde arriba por la Comisión Nacional de Alfabetización, con resultados realmente desastrosos. Reivindico para el futuro un Consejo Nacional de Educación, donde realmente se discutan los problemas fundamentales de la educación del país con el conjunto de los sectores populares.

—¿No pasa algo similar con la problemática universitaria?

—La crisis del sistema educativo también involucra a la Universidad; esto se refleja en la explosión matricular producida a partir de 1985. Hay igualmente una falta de articulación entre las universidades nacionales y las autoridades provinciales, expresada en la carencia de planificación de salidas laborales para los universitarios, o en la ausencia de la previsión de capacitación docente, algo que podría hacerse en las universidades nacionales. Tenemos veintiséis universidades nacionales que no están coordinadas con las autoridades educativas provinciales. En cuanto a la relación entre ingresantes y egresados universitarios, la proporción es muy baja. Si tomamos las cifras de 1986, hubo 279.300 ingresantes y 39.953 egresados... la matrícula crece explosivamente, pero la cantidad de egresados se mantiene estable. Por ejemplo, el número de egresados universitarios en relación a la tasa de crecimiento anual (universidad oficial y privada) es del 2,6%... Además, siempre que se aborda el problema universitario se alude a una universidad nacional en abstracto, pero se hace desde la perspectiva de la Universidad de Buenos Aires, sin tomar realmente en cuenta una política nacional. Tampoco se incorpora el tema de las universidades privadas.

—En relación a la reforma de “media” a nivel de nacional, también aludiste al hecho de que ustedes heredaron una reforma en el nivel medio. ¿Qué piensan hacer con ella?

—En principio, tuvimos que hacer algunas adecuaciones porque en nuestro sistema educativo de enseñanza media, conviven tres programas o tres planes diferentes, con la consecuente desorientación para alumnos y profesores. Estamos haciendo un trabajo de investigación en la Dirección de Planeamiento sobre la problemática del adolescente, reivindicando lo que te decía: si no sabemos qué es lo que está pasando con los adolescentes, poco vamos a poder hacer para realmente replantearnos una transformación de la currícula de media. El año anterior hicimos una experiencia interesante, donde participaron docentes, alumnos, padres y no docentes. Con sus conclusiones estamos trabajando para producir algunos cambios, pero fundamentalmente lo que vamos a tomar en cuenta son los trabajos que nos orienten en la problemática del adolescente actual, que está tan lejana de los profesores que dictan las clases, de los que planificamos la educación, de todos los que estamos en el quehacer educativo.

—Hay un tema que, a partir del gobierno democrático, se ha instalado en los ámbitos educativos, que es el tema de la calidad de la educación, un concepto bastante difícil de precisar porque depende de quien lo tome. Desde el punto de vista de la Subsecretaría de Educación, ¿qué es lo que pensás en términos de lo que es la calidad actual de la educación en la provincia de Buenos Aires?

—Comparto el diagnóstico sobre el deterioro que hay de la calidad de la educación. Nos hemos planteado algunos ejes de política educativa dentro de los cuales encuadramos todas nuestras acciones de gobierno. Uno es el de justicia social, en el sentido de brindar mejores posibilidades de acceso y permanencia en el sistema. Esto tiene que ver con las obras de infraestructura escolar que te mencionaba, además de la provisión de material didáctico, de comedores escolares, pero también con dos principios que hacen a la justicia social, los cuales son la libertad y la participación, como conceptos subsidiarios de la justicia social. Pensamos que reestablecer esos principios de libertad y participación va a mejorar la calidad de la educación dentro del sistema educativo. Pero hay otro elemento que es fundamental: la concepción que tenemos del trabajo dentro de la educación. El trabajo como metodología dentro de la escuela y además la preparación de los alumnos para el trabajo. Cuando hablamos de una cultura de trabajo, no estamos solo pensando en que los alumnos salidos del sistema educativo provincial tengan una salida laboral, sino que su forma de aprendizaje, su hacer dentro de la escuela estén fundamentalmente ligados a una metodología que haga del trabajo el hecho central para generar conocimiento.

—Bueno, estábamos hablando del tema de educación sin trabajo.

—Este tema señala el punto clave del cambio, de cómo ha estado estructurado el sistema educativo, que más que para un esfuerzo o un trabajo tanto

intelectual como manual, ha estado diseñado para recibir sin elaboración la famosa educación “bancaria”, de la que habla Freire. Pero la educación también es trabajo y exige una jerarquización o profesionalización del trabajador de la educación. La salud de una población depende de la salud de sus educadores profesionales. En segundo lugar, la política educacional tiene que reflejar la necesaria interacción con las políticas laborales y sanitarias atendiendo particularmente las diferencias regionales, sobre todo cuando estas marcan verdaderas marginaciones. En tercer lugar, una política educacional debe dar criterios interdisciplinarios para una definición dinámica de lo que se considera educación básica, que ha de ser básica justamente para la productividad y la creatividad. Finalmente, una política educacional donde incida lo interdisciplinario tiene que volver a plantearse criterios para la especialización, la modalización, las salidas laborales y, por supuesto, para la educación permanente. Vale decir: un currículum que permita que el aprendizaje se construya en la interacción entre teoría y práctica, teoría y creatividad, un currículum que no oculte la trama socio-histórica de los contenidos que propone, que promueva el goce de aprender y el placer de investigar, que favorezca la integración de la persona y su inserción creativa en el medio con el planteamiento franco de los problemas. Para la calidad de la educación, es fundamental el tema del perfeccionamiento docente. Es necesario repensar los Institutos de Formación Docente, articular permanentemente la capacitación con la práctica que se está desarrollando en cada lugar. Por eso hemos creado una comisión de perfeccionamiento docente en la Subsecretaría, que es la responsable del armado de este programa con el conjunto de las Comisiones de Perfeccionamiento Docente Interrama, que se va a formar en todos los distritos de la provincia de Buenos Aires. Estas comisiones de trabajo multidisciplinarias a nivel regional con todas las ramas y niveles de la enseñanza tendrán por misión reseñar las necesidades, diseñar el perfeccionamiento de cada rama y buscar también los recursos necesarios y si no lo tuvieren, tendrán el auxilio de la Comisión Central para garantizar un perfeccionamiento que tenga que ver con una escuela participativa, democrática, fundada en una concepción totalmente diferente de la educación.

—En relación al tema de la educación privada que en la provincia de Buenos Aires tiene suma importancia por las dimensiones de la educación privada, ¿qué políticas están tratando de llevar adelante?

—Consideramos la educación de gestión privada como una parte de nuestro sistema educativo: todos los programas lanzados por la Subsecretaría son asumidos plenamente por la gestión educativa de la Dirección de Enseñanza No Oficial, que depende de la Subsecretaría. Así, el programa de Consejos de Escuela, los programas de Perfeccionamiento Docente, son asumidos o implementados dentro de la Dirección de Enseñanza No Oficial. Pero hay algo que para nosotros es fundamental: el programa de recategorización de los institutos que dependen de

la DENO, que significa redistribuir de una manera más justa el dinero que envía la provincia en subsidios para salarios del personal. No queremos hacer una diferencia entre escuela pública y privada, pero sí una diferencia entre escuela elitista o escuela popular, ligada a los intereses de las mayorías populares. La política del DENO, durante este año, va a ser recategorizar los subsidios que se envían a los Institutos de DENO, privilegiando aquellos donde la comunidad que asista a sus institutos sea realmente humilde, carenciada; y asistiendo a aquellas cooperativas de docentes, aquellas comunidades religiosas que nos ofrecen la posibilidad de abrir una escuela, donde nosotros no podamos llegar, de manera que esa educación sea gratuita para los chicos que allí asisten. Con esto vamos a cumplir algunas de las conclusiones del Congreso Pedagógico, sobre tener en cuenta si la educación es popular o elitista. Este proyecto es de gran envergadura y ya están hechos los estudios necesarios como para llevarlo a cabo durante este año, lo que nos permitirá tener una mayor oferta educativa en las zonas más humildes, sobre todo en nuestro conurbano bonaerense. ■

AÑO 5 - N° 20

ABRIL DE 1989

MARCELO DIAMAND

¿EL ÚLTIMO EMPRESARIO NACIONAL? (CRÍTICA Y ALTERNATIVA AL LIBERALISMO ECONÓMICO)

Entrevista por Hugo Chumbita

Marcelo Diamand, a quien no le gusta ser llamado burgués nacional, es un economista que ha tentado tenazmente una teoría del crónico desequilibrio estructural argentino, y es a la vez dirigente de la Unión Industrial, lo cual podría sugerir que los empresarios son "menos liberales que antes". Respondiendo un interrogatorio acerca de la historia de nuestros endiablados problemas económicos, no rehusa puntualizar sus soluciones para salir de la trampa del liberalismo, aunque también del simplismo populista.

—Para ubicarlo ante quienes no lo conocen, ¿podríamos decir que usted es un gremialista empresario, un burgués nacional de los que todavía quedan...?

—Lo de burgués tiene una connotación que no me gusta...

—Sin embargo, constituir una burguesía nacional ha sido una idea positiva en ciertos momentos de nuestra vida política. ¿Podríamos decir mejor, entonces, que es un empresario industrialista?

—Soy ingeniero y empresario. Fundé mi propia empresa electrónica, orientada a la integración nacional y a la tecnología nacional, que empezó siendo muy chiquita y se convirtió en una empresa mediana tirando a grande. Durante mi vida empresaria me enfrenté con distintos obstáculos que provenían del contexto económico, para los que no encontraba suficientes explicaciones. La defensa de mis intereses y los del sector me llevó a incursionar en la dirigencia empresaria. Hace veinticinco años que soy directivo de la Cámara de Industrias Electrónicas, que presidí siete años, hasta hace un año. También fui miembro de la Junta Directiva de la Confederación Industrial Argentina. Actualmente estoy en la Junta de la Unión Industrial Argentina, donde también presido la Comisión de Análisis Económico. Por otra parte, desde la crisis de 1962-63, empalmando con algunos conocimientos de ciencias sociales que tenía, me puse a investigar los temas macroeconómicos, lo cual por el tiempo que les dedico se convirtió al fin en mi profesión. De ahí que un poco en chiste, suelo definirme como un ex ingeniero.

—Es decir se convirtió en economista.

—Sí, me “gradué” de economista siendo profesor de Economía en diversas universidades, y además, por supuesto, escribí bastante...

(Quienes nos acercábamos a estos temas en los años sesenta tenemos bien presente un pequeño texto revelador, “El FMI y los países subdesarrollados”, editado en 1963, y posteriormente un libro fundamental, Doctrinas económicas, desarrollo e independencia, de 1973, a los que hay que agregar numerosos trabajos publicados en libros, revistas y diarios, algunos de los más recientes editados por el Centro de Estudios de la Realidad Económica que Diamand encabeza).

—Quizás el provenir de otra disciplina, con su experiencia empresaria, explica que usted fuera un heterodoxo en el pensamiento económico, y no “comprara” los clásicos esquemas liberales...

—Exacto, no compré nada hecho ya que considero que el problema principal que tenemos es precisamente una crisis del paradigma económico. Tenemos un conjunto de ideas, recetas de análisis importados de los grandes países industriales, que muchas veces ya no tienen relevancia en sus propios lugares de origen. Mucho menos la tienen hoy acá y en otros países como Argentina, donde nunca tuvieron validez. Tratándose de algo tan complejo como la economía, quienes estudian los problemas entrando por la variante de esquemas preestablecidos adquieren una especie de condicionamiento mental, de modo que ven los problemas a través de lentes teóricos que deforman la percepción de la realidad. Esta es la ventaja de los “outsiders”. Los que se dedican al análisis económico viniendo de afuera de

la profesión aún no tienen cristalizados sus prejuicios. Por ello, tienen una mayor resistencia a las teorías disponibles en el mercado, inadecuadas para nuestra realidad. La inercia intelectual a la que me refiero no es del todo inocente. Sin adherir a ninguna teoría conspirativa de la historia, es indudable que ciertos sectores y países adoptan más fácilmente las ideas que convergen con sus intereses o racionalizan su poder. Eso sucede en todas las ramas del saber pero sobre todo en la economía, que analiza la distribución de riquezas entre sectores, clases, países, y que inspira medidas de política económica nacionales e internacionales que influyen sobre esa distribución. Sería ingenuo pretender que la elección de los esquemas sea totalmente imparcial.

—Usted es uno de los analistas que más han hecho por elaborar las bases de una teoría económica adecuada para interpretar nuestros problemas, desde el punto de vista de la industria nacional. Lo que no es casual, ya que usted vivió de adentro el proceso de industrialización.

—Yo me inicié en 1951, cuando el desafío era tratar de sacar un producto frente a gravísimos problemas de abastecimiento de materias primas y componentes esenciales. En aquel medio adverso no había otro remedio que aplicar inventiva, desarrollar tecnología propia en un nivel bastante primitivo. Con el tiempo los problemas fueron cambiando, aparecieron otras dificultades como la iliquidez, el corte de créditos bancarios, grandes devaluaciones, falta de demanda. No hubo un solo año en que tuviera tranquilidad para dedicarme plenamente a lo que debiera ser propio del empresario: cómo aumentar la eficiencia o mejorar mi posición en el mercado. En todo caso esas preocupaciones siempre se mezclaban con las preocupaciones por otros grandes problemas que atravesaba el país y que creaban graves dificultades a la empresa.

—Esa fecha de 1951 es un momento importante para ver qué es lo que ocurre con el modelo de industrialización que hoy está en crisis, pues ya empezaba a aparecer un techo a la expansión del mercado interno que tuvo lugar en la posguerra.

—El país se enfrentaba ya claramente con la limitación que iba a gravitar tanto en años posteriores, el estrangulamiento por falta de divisas. La industrialización sustitutiva argentina se hizo al amparo de la protección, a la cual los liberales culpan por lo que consideran como ineficiencia natural. Pero en realidad la protección marca una etapa natural y lógica que atraviesan los países exportadores de productos primarios cuando se industrializan. El error no reside en esa protección indispensable, sino en su asimetría: a la industria se la protege en el mercado interno, pero no se le dan incentivos para exportar, pues para la exportación rige un tipo de cambio que corresponde a la paridad del sector agropecuario. La industria no puede exportar con ese tipo de cambio, y es el sector agrario el que provee de divisas al país. Cuando hay expansión y la industria crece, como utiliza insumos y bienes de capital importados, las divisas provistas por el agro no alcanzan y se produce un crónico retraso en la provisión de divisas. Así el proceso de

sustitución de importaciones llega a un límite. Frente a ella, gobiernos de distinta orientación reaccionan de manera diferente. En 1951 regían restricciones cuantitativas a la importación, el gobierno otorgaba cupos de divisas, que no eran suficientes. Yo fabricaba radios portátiles, pero no había válvulas, entonces nuestra producción estaba limitada por la cantidad de válvulas importadas que podíamos conseguir; después las conseguíamos pero no había baterías, y el ingenio era obtenerlas, a tal punto que yo monté un taller de reparación de baterías dañadas. La gran desventaja de este tipo de racionamiento son las deformaciones que crea el desabastecimiento y las interrupciones de la producción. Pero por lo menos tiene una ventaja: cuando se daba esta situación se entendía que faltaban divisas. El gobierno buscaba intercambios, tratados bilaterales como los del peronismo, etc. Finalmente esta actitud tendría que haber desembocado en una política exportadora más racional, que simetrizara los incentivos para el mercado interno con el apoyo a la exportación, tal como pasó en el caso de Brasil. Pero en la Argentina las cosas evolucionaron en forma distinta. Lo que sobrevino básicamente fue un cambio de actitud frente a la restricción. Los gobiernos, alegando una presunta insuficiencia del ahorro interno para financiar el desarrollo, recurrieron a los créditos del exterior. Es así que oímos en forma repetitiva que al país le faltaban capitales, lo que no era cierto.

—Lo que faltaban eran las divisas.

—Claro. La necesidad de los capitales extranjeros reside en que entran en forma de divisas y sirven como remedio contra la restricción interna. Pero para que el remedio sea permanente y no un mero paliativo momentáneo, el endeudamiento tendría que generar capacidad de repago en divisas, dirigiéndose a rubros sustitutivos que ahorren divisas o rubros exportadores que proveen divisas. Esto ocurrió a veces, pero en la mayoría de los casos los capitales se aplicaron a cubrir solo el problema momentáneo, sin remediar el estrangulamiento de fondo.

—Y apareció la bola de nieve de la deuda externa.

—Al acumularse la deuda, que hay que pagar en divisas, se toman nuevas deudas para pagar las viejas, y así, a partir de 1952, al principio muy lentamente y luego cada vez más aceleradamente, hay un proceso de endeudamiento acumulativo, interrumpido cada tanto por violentas crisis de balanzas de pago, caracterizadas por una huida masiva de capitales y un colapso de toda la estructura de endeudamiento. El país de repente se encuentra con el déficit originario del sector externo, más los intereses que hay que pagar por la deuda, más la fuga de capitales. Cuando los gobiernos de orientación económica liberal se enfrentan al problema, lo que hacen es someter al país a una recesión. Una herramienta sencilla, mezcla de fuerte devaluación con una política restrictiva de crédito, cuyo resultado es una caída global de actividades, que no hace sino adecuar el volumen de producción a la escasez de divisas.

—Aquí es donde usted dice que la economía argentina vive en las últimas décadas un proceso de *stop and go*, de avances y retrocesos.

—Exacto. Como no se ha diagnosticado en forma clara el problema, las políticas se tornan perversas y agravan los ciclos de *stop and go*. Se ha diagnosticado la problemática en términos de ineficiencia industrial, se ha dicho que esto se cura abriendo la economía a mayor competencia externa, con lo cual se ha actuado exactamente al revés, porque de esa forma se consumen más divisas innecesariamente. Las aperturas deliberadas de la economía han agravado el problema, deshaciendo de noche lo que tejíamos de día, como Penélope.

—Retomando lo que usted decía antes, ese diagnóstico equivocado no es inocente, hay intereses externos que presionan para que abramos la economía.

—Pero no se trata solo de que haya buenos y malos. Porque uno podría decir que los liberales no querían la industrialización y los sectores populares querían el crecimiento del mercado interno y la independencia nacional. Pero, aunque los gobiernos populares percibieron mejor la esencia del problema, no asumieron la gravedad de las restricciones y la complejidad del cuadro, y no aplicaron políticas para eliminar estas restricciones; las ignoraron, desembocando en políticas inconducentes, a veces en una especie de caos económico. Porque no basta querer desarrollar el mercado interno, hay que conseguir las divisas para subsanar las restricciones que lo traban.

—Faltó tal vez la percepción de la necesidad de una inserción adecuada en el mercado mundial, incluso para poder crecer hacia dentro. Pero además está el problema de la inflación, este flagelo que desbarajusta todo.

—Su origen es el mismo. Cuando el país se encuentra en una de estas crisis de balanza de pagos, aparecen fuertes problemas inflacionarios, alrededor de lo cual se construye otro gran mito derivado de la incomprensión de los fenómenos básicos. A fines de los años cuarenta nos rasgábamos las vestiduras porque la inflación era del 20 o 25% por año. Con el tiempo llegó a cifras cercanas a la hiperinflación. El diagnóstico aceptado por la sociedad es el exceso de emisión monetaria o el déficit fiscal que la motiva. Pero en realidad la emisión actuó como motor inflacionario muy pocas veces, en 1951, 1958, 1964, y paremos de contar. Unicamente en esos períodos hubo un exceso de demanda que tiraba de los precios hacia arriba. En los demás casos la inflación era de otro tipo. La más frecuente y decisiva fue la que yo llamo inflación cambiaria, que se origina en los problemas de sector externo y se desata a través de las devaluaciones que modifican el tipo de cambio.

—Explíquelo, por favor (*creo que Diamand está dilucidando un punto clave entre los misterios de la economía argentina, e imagino que el lector agradecerá aclarar los términos de su exposición*).

—Ya dije que la devaluación es un instrumento de ajuste de balanza de pagos cuyo efecto es trasladar ingresos, de los asalariados y de determinados sectores

productivos ligados al mercado interno, hacia el sector exportador tradicional y el de intermediación financiera. Los grupos perjudicados que de un día para el otro se encuentran con una caída de sus ingresos, presionan para recuperarlos, y a medida que lo logran el efecto de la devaluación desaparece. Entonces el gobierno vuelve a devaluar para adelantar el tipo de cambio y estamos ya en la típica inflación cambiaria argentina, que nace de grandes devaluaciones y se alimenta con la puja de los sectores perdedores que tratan de no quedarse atrás en la distribución de ingresos.

—Pero en este momento no hay grandes devaluaciones.

—No importa. El origen sigue siendo el origen externo, más específicamente el peso de la deuda externa. Como siempre, el gobierno trata de restituir el equilibrio externo adelantando el tipo de cambio a los precios internos. La variante es que en vez de las maxi-devaluaciones del pasado, hoy se practican continuas mini-devaluaciones, pero el mecanismo básico es el mismo.

—Muy bien, pero antes de entrar al tema actual yo insistiría en tomar en cuenta los intereses en juego que empujaron este proceso de nuestra economía. Porque ya en 1951 aparecía la reacción de los sectores agropecuarios que intentaban recuperar posiciones para quedarse con todo el valor en los precios internacionales de nuestros productos. Y también en esos años aparecen los capitales extranjeros que quieren entrar en nuestro mercado, cuando las inversiones norteamericanas se expanden en todo el mundo. Hay una presión de fuerzas que hacen que en 1955 o 1958 se adopte determinada visión de política económica.

—Correcto, pero ojo, que esas visiones no inventan los problemas, a veces los sectores populares parecen creer que todo iba bien y entonces vinieron los liberales e inventaron los problemas. Los liberales vienen con sus recetas en respuesta a problemas que existen, a los cuales lleva la incoherencia del manejo del crecimiento económico dentro de lo que yo llamo el desequilibrio de estructura productiva, donde la industria trabaja a precios superiores a los internacionales y no exporta. Frente a esa problemática resurgen los defensores del statu quo anterior, diciendo que esto pasa porque no deberíamos habernos industrializado sino que teníamos que basar el desarrollo en el agro.

—Siempre me llamó la atención el caso de Prebisch, que vuelve en 1955 al país luego de haber hecho en la CEPAL un análisis estupendo del problema centro-periferia y de la industrialización en América Latina, y hace un diagnóstico de que hay que liberalizar el comercio exterior, coincidiendo con el esquema clásico agroexportador.

—Bueno, hay que leer bien lo de Prebisch. Yo creo que se bandeó para el lado del diagnóstico liberal, pero no tanto como se dijo. Si uno relee su plan advierte una correcta apreciación de la situación de restricción y de que había que canalizar recursos para subsanarla, pero con excesivo apego a los instrumentos liberales para lograrlo; cae en el esquema liberal de devaluaciones globales y de traslación

de ingresos, que probablemente en cierta cuantía eran inevitables. Como una reacción contra el manejo anterior que desconocía las restricciones, tal vez exagera. Lo más importante es que en aquel momento no incorpora los esquemas de cambios múltiples que aparecen después en sus trabajos, como *El falso dilema entre la inflación y el desarrollo*.

—También me parece que lo que ocurre en el caso del frondizismo, o del frigerismo, es que convierte la atracción de inversiones norteamericanas en una panacea, forzando el análisis porque hay grandes intereses que empujan por ahí.

—Yo he criticado mucho al desarrollismo por su falta de cierre conceptual. Su diagnóstico básico era de que al país le faltan capitales, los que había que traer de afuera. No distinguía entre ahorro y divisas, con el resultado de que no distinguía tampoco entre inversiones para el mercado interno e inversiones para la exportación. En particular no se ocupó de exportaciones industriales, que ni siquiera figuraban en su léxico. Por ello atacó simultáneamente prioridades como la extracción de petróleo, que sí era conducente a aliviar el sector externo, junto a la creación de fábricas de automotores, que tenían que computarse como un sector que creaba nuevas necesidades de divisas para importar insumos y requerían en todo caso una contrapartida de respaldo adicional en el sector externo.

—Yo acotaría que tampoco era inocente la confusión. La industria automotriz incrementaba un mercado para la producción petrolera, y ambas eran inversiones que interesaban a los norteamericanos.

—Por supuesto, todo proceso económico se ve influido por los intereses concretos. Pero creo que lo más importante fue la confusión que llevó al exceso de endeudamiento y a las inversiones indiscriminadas, sin especificarse lo que era prioritario y lo que no lo era. En particular no se distinguieron las inversiones externas que creaban automáticamente su repago de divisas de las que no lo creaban. Sin embargo, sin perjuicio de mis críticas, el desarrollismo tuvo un gran mérito. Hay que reconocer que en este período se hizo mucho. El país pasó de la industria de productos finales a la industrialización en etapas intermedias y básicas.

—Veamos ahora cómo evoluciona el país posteriormente.

—Perón terminó sus primeros gobiernos con unos 500 millones de dólares de endeudamiento. Cuando Frondizi hace un convenio con el FMI debemos 1.000, y cuando es derrocado, la deuda llega a 3.500 millones. Estábamos ya en el orden de los 7.000 cuando sube Martínez de Hoz, y hoy cerca de 60.000, con el agravante de la crisis de pagos internacional que elimina la financiación externa. De cada uno de los ciclos anteriores, después de una recesión de turno, el país salía gracias a un endeudamiento mayor. Pero hoy, salvo la capitalización obligada de los intereses impagos, el aumento del endeudamiento se acabó porque los acreedores no nos fían más. Estamos ante el viejo problema pero esta vez sin visos de salida. Frente a él se observan dos actitudes. Para los liberales la deuda es un dato, una

restricción. Por lo tanto, consideran que hay que mantener condiciones recesivas, salarios bajos y que no podemos crecer. En cambio, los sectores populares dicen: tenemos que crecer y desarrollarnos, no nos fijemos en la deuda, es una restricción ficticia, basta con no pagarla y todo se soluciona. Otra vez estamos ante una actitud simplista. Porque es cierto que la deuda hay que negociarla y ponerse duro con los pagos y priorizar el crecimiento. Pero hay que poder negociar, hay que ofrecer algo, y este algo no puede ser otra cosa que dar la seguridad que alguna vez pagaremos, aunque sea una parte de la deuda. Lo más importante para el éxito de una negociación es lograr convencer a los acreedores de que los términos que se establezcan serán cumplidos y que esta vez se está hablando en serio. El primer paso para ello es diseñar una política económica que permita generar suficientes divisas para sostener el crecimiento, y al mismo tiempo, pagar lo que se negocie. Hay que ir a negociar con un esquema muy coherente y muy creíble, hecho por nosotros, que refleje nuestro punto de vista. Tenemos que obtener plazos, pero no para seguir endeudándonos acumulativamente, sino para reconstruir la economía y la capacidad de pagos externos. Incluso tenemos que pedirles a los acreedores su colaboración, condicionando nuestros pagos a que nos faciliten el acceso a sus mercados, y sobre todo que tomen en cuenta las características de nuestra estructura productiva y no nos exijan cumplimiento de recetas aperturistas que por ser recesivas no son adecuadas para nuestra realidad. Si existe algo que no hay que admitir son esos condicionamientos aperturistas.

—Es que, como siempre, quieren aprovechar nuestras dificultades para imponernos sus intereses.

—Ni siquiera. El planteo de ellos es incoherente incluso visto desde su propia óptica, ya que la apertura es incompatible con que logremos mayor capacidad de pago en divisas. En esto ellos también tienen una gran confusión. Nosotros no ayudamos a despejarla porque tampoco planteamos bien la cuestión, oscilando entre someternos a la deuda y desentendernos de ella, siempre dentro de esquemas pendulares falsos.

—El gobierno actual pareció en determinado momento intentar una salida como la que usted propone, cuando fue Lavagna como secretario de Industria y Comercio Exterior.

—Sí, Lavagna responde a una posición semejante a la mía, de buscar una solución estructural propia. Para historiar las respuestas del gobierno actual, el primer equipo de Alfonsín respondía a la caracterización de restarle importancia a la deuda, como si no existiera la restricción externa. El segundo equipo entró con una serie de ideas estructuralistas elaboradas por Sourrouille cuando era secretario de Planeamiento, que postulaban el llamado ajuste positivo por vía de la expansión, y no el ajuste negativo por vía de la recesión. Pero esto quedó en las intenciones. En la práctica, bajo la presión de los acreedores y del contexto ideológico, el equipo terminó sometándose a la restricción externa.

—**Recuerdo que al lanzarse el Plan Austral, en un reportaje a Frenkel le preguntamos cómo iban a impulsar el crecimiento y nos dijo que, bueno, había muchos capitales en el exterior que tenían que volver al país, o sea que al parecer todo estaba cifrado en crear condiciones para la inversión.**

—Es que hubo un vuelco, un reflujo de ideas liberales respecto al automatismo del mercado. Lo más exitoso que hizo el equipo económico fue el Plan Austral, mezcla de ideas liberales, estructuralistas y populistas. Veamos la secuencia. Frente al pedido de ajuste que hacían los acreedores, se atribuyó todo el problema a la inflación, y se intentó pararla mediante una política de ingresos. La inflación fue diagnosticada correctamente como inflación de costos, inercial, que venía de un largo proceso. Entonces se congelaron los precios y salarios para enfriar la economía y se la dejó evolucionar en un ambiente no muy recesivo, pero tampoco expansivo. No hubo un plan de crecimiento, no se hizo nada contra las causas que originaron la inflación. Salvo designarlo secretario a Lavagna. Pero su equipo se convirtió en una isla, que no era capaz de modificar la tendencia de base del resto del equipo. De sustitución de importaciones ni se habló. Se decretó que estaba terminada, con lo que se reeditó el eficientismo tipo Martínez de Hoz. En cuanto a los nuevos regímenes de exportaciones industriales, se hizo algo de lo que planteó Lavagna pero muy trabado por los obstáculos que ponían Hacienda y el Banco Central. Es así que el Plan Austral, para tener éxito tenía que producir reformas estructurales que eliminaran el estrangulamiento externo. Pero se quedó en parar lo que ha sido solo su epifenómeno, que fue la inflación inercial. Al no eliminar los focos de desequilibrio externo, ni bien se expandió la economía un poquito, el superávit que teníamos para pagar los intereses desapareció y volvió a aflorar el problema de la deuda. Los acreedores volvieron a presionar. Para reforzar el sector externo, el equipo comenzó a devaluar otra vez, volvió a restringir la cantidad de dinero y elevó las tasas de interés. De este modo entramos de nuevo en la política de ajuste recesivo liberal, que además sigue siendo inflacionario. En suma, tomando lo peor de la tradición populista, se ha ignorado el tema de las restricciones básicas, y al ponerse estas de manifiesto se ha respondido con recetas liberales.

—**¿El intento de Lavagna de expandir exportaciones quedó bloqueado, o es que no encontró respuestas en los industriales?**

—Lavagna no disponía de recursos suficientes que le eran retaceados por Hacienda, lo cual llevó a racionar la promoción. En lugar de una promoción global irrestricta, tuvo que limitarse a un procedimiento selectivo, que dio apoyo solo a quienes lograran calificarse mediante un trámite especial. Pero ni el gobierno hoy, ni la Secretaría de Industria tienen la capacidad operativa suficiente para procesar estos pedidos, ni tampoco existe hoy, después del alejamiento de Lavagna, una voluntad política para seguir con el procedimiento. De ninguna manera puede decirse que no hayan respondido los empresarios. No hubo una decisión a nivel máximo del gobierno que impulsara un despegue de las exportaciones.

Lavagna señaló aun antes de renunciar su discrepancia con la tendencia que se le dio al Plan Austral.

—Quizá nadie creyó demasiado en lo que él iba a hacer en esa Secretaría.

—No hubo integración de sus ideas con las del equipo económico.

—Porque, sin embargo, la promoción de las exportaciones industriales está en el discurso oficial como salida a la crisis de la industrialización.

—Sí, y para ser justos hay que decir que, en gran medida gracias a la iniciativa de Lavagna se han logrado importantes progresos. Las exportaciones industriales crecieron fuertemente en relación a los pocos recursos invertidos en la promoción. Esto demuestra que cuando hay voluntad política con poco se puede hacer mucho y que en este caso los empresarios responden. Además, hubo un cambio en el clima ideológico. Hoy ya nadie habla en contra de la exportación industrial. Incluso algunos defensores fanatizados del mercado interno que hasta hace poco lo postulan como objetivo único, comienzan a entender que las exportaciones industriales no son una alternativa a este mercado interno, sino una condición para desarrollarlo.

—En conclusión, ¿cuál es el diagnóstico que usted hace hoy?

—Hay que percibir que no estamos en un modelo clásico en el cual la limitación la ejerce la capacidad productiva y crecer requiere invertir. Tenemos una capacidad productiva en gran medida ociosa, e invertir indiscriminadamente por sí solo no sirve si no se eliminan las restricciones que traban la producción. Tampoco estamos en una economía keynesiana en la que falta espontáneamente la demanda y donde basta crearla reactivando para salir de la crisis. Aquí son las autoridades económicas las que restringen la demanda deliberadamente en respuesta a ciertas restricciones. O sea que el nuestro es un modelo con restricciones, la principal proviene del sector externo y de la insuficiencia de divisas, y a su vez se desdobra en dos. La primera restricción es la comercial, consiste en la incapacidad estructural de las exportaciones para pagar por las importaciones. La segunda restricción aparece a raíz de la inseguridad para los capitales, el temor a la pérdida del valor de los ahorros en el país y consiste en la fuga y en el no retorno de los capitales. Las altas tasas de interés que se usan por un lado para bajar la producción al nivel de las divisas disponibles, por el otro lado sirven para crear incentivos suficientemente altos para que los capitales no se vayan. Se recurre así a métodos tremendamente costosos en términos económicos para adecuarse a la restricción externa. La tercera restricción es la puja por los ingresos de la cual ya he hablado, en la cual entra también el gobierno elevando tarifas, persiguiendo metas de equilibrio presupuestario que en las condiciones recesivas presentes y sin modificaciones de fondo del sistema tributario son poco realistas. Y la cuarta restricción es que hemos caído en un tremendo deterioro del aparato estatal. No tenemos Estado, si por tal se entiende capacidad para concebir e implementar políticas. Tenemos cascarones vacíos de reparticiones, sin la operatividad que resulta imprescindible para cualquier solución que encaremos.

—¿Cuáles son las que usted propone?

—Actuar sobre la primera restricción y conseguir divisas, promoviendo enérgicamente las exportaciones industriales y regionales y la sustitución de importaciones. También promover las exportaciones agropecuarias, pero sin recurrir a los métodos devaluatorios que transfieren masivamente ingresos, sino utilizando incentivos marginales —o sea, a los aumentos de la producción— más selectivos. En cuanto a la acción para enfrentar la segunda restricción, bajar las tasas de interés internas. Esto requiere a su vez que se les devuelva la confianza a los inversores, para lo cual sirve la reactivación, pero por sí sola no basta. También hay que postular como un objetivo básico de política económica atenuar la percepción de riesgo que tienen los dueños de los capitales líquidos, ya que esa percepción hoy nos impide efectuar la rebaja de intereses y nos obliga a mantenerlos en su altísimo nivel actual. Por otra parte, debemos aumentar la oferta genuina de divisas en el mercado financiero, como podría ser por ejemplo por vía de la promoción de turismo. Finalmente, también hay que restringir la demanda superflua de divisas en este mercado financiero, por ejemplo, planteándose como un objetivo importante combatir el contrabando, etc.

En cuanto a la tercera restricción, la puja se detendrá únicamente si hay un plan de crecimiento realista, serio, con el consenso que pueda permitir una concertación en la cual estén explicitadas las restricciones, la distribución de los esfuerzos entre los diversos sectores para combatirlas. Y finalmente, nada de eso será posible sin un Estado fuerte, ágil y creativo. Tenemos un Estado hipertrofiado, inútil en muchos aspectos, lo que no se puede remediar reduciéndolo globalmente. Hay que eliminar funciones superfluas, pero necesitamos una administración jerarquizada, motivada, capaz de elaborar y ejecutar planes.

—En cuanto a las empresas estatales, ¿cómo ve usted las propuestas privatistas?

—Dejarle poder de decisión al Estado en áreas cruciales y sacarle funciones productivas es correcto como tendencia, siempre que se proceda caso por caso, sin preconceptos ideológicos, y que se reconozca el rol del Estado en funciones clave, tales como lo es utilizar el poder de compra estatal para orientar y estimular la producción nacional de bienes de capital, por ejemplo en las comunicaciones y transportes, etc. Eso hay que preservarlo. Pero parece que los privatistas a ultranza apuntan a sacarle también al Estado este rol promotor.

—¿No cree usted que la venta de las empresas justamente implica resignar el poder de compra?

—Es algo que hay que discutir y no se discute, cómo se puede privatizar preservando ese rol.

—Estamos llegando al 89 y el debate se orienta a esa encrucijada, para la cual los radicales postulan un programa mucho más definido con Angeloz. Frente a ello, ¿cómo aparece la propuesta peronista?

—Bueno, no aparece mucho aún. Ha habido algunos documentos que tuvieron estado público, pero no salen de enunciados globales.

—¿Usted cree que el peronismo puede dar una salida a la crisis económica?

—Sí, a condición de que defina un camino hacia los objetivos vigentes de desarrollo, pleno empleo, tecnología nacional e independencia que plantea, evaluando con seriedad las dificultades y presentando un partido con capacidad de actuar con solvencia técnica para resolverlas.

—Pienso que se requiere una dirigencia política y también una dirigencia económica capaz, y que además pueden entenderse para sacar al país de la crisis. Pero la dirigencia empresaria aparece siempre muy pegada al proyecto liberal...

—Menos que antes. Menos que antes... (*repite Diamand, pensativo, a lo mejor meditando en su propio papel en la dirigencia de la Unión Industrial*). Yo creo que una propuesta seria y moderada puede encontrar mucha adhesión. Una propuesta movilizadora, que no sean solo palabras...

—Pero tampoco puede ser una propuesta tibia, que reproduzca la hibridez del alfonsinismo.

—Hoy el nivel de complejidad del país es mucho mayor que hace unos años. No basta planear metas, hay que saber implementarlas, tener el “software” de acción gubernamental. No podemos plantearnos un país aislado del mundo; hay que hacer un balance entre el ideal de una política progresista, manteniendo la meta de la autonomía nacional, compatibilizándola con una respuesta adecuada a las restricciones internas y externas. Es una tarea que falta, y en la medida en que ustedes, por lo que veo, hacen una revista seria que enfoca los problemas nacionales con profundidad, están contribuyendo ya a esa tarea.

—Usted cree, en definitiva, que se puede.

—Si no lo creyera no estaría en estas lides. Creo que el problema argentino es cultural e ideológico. Una sociedad que tiene condiciones objetivas favorables para desarrollarse, pero que parece un equipo de fútbol entrenado para meter goles en el propio arco. Ubicar las principales dificultades en el terreno cultural parece un diagnóstico optimista. Esto es lo que yo creía antes. Ahora veo que vencer obstáculos culturales es bastante difícil, tal vez más difícil que superar los otros. El mensaje central es que los problemas son muy serios y no van a desaparecer por sí solos. Nadie nos va a regalar nada, y las cosas no se arreglarán solas por ningún automatismo del mercado. O lo arreglamos nosotros con inteligencia y con mente abierta, o no tenemos futuro como país. Como no puedo admitir esta última alternativa no me queda otra que confiar que lo primero es posible. ■

¿QUÉ TE PUEDO PREGUNTAR?

Entrevista a Alejandro Dolina por Mario Wainfeld

Dolina dice no tener idea acerca de lo que es la cultura y no cree ser un trabajador de la cultura.

Se acusa de no poder contestar ni siquiera las preguntas que sabe. Así y todo, el hombre discurre acerca de la fe poética, de grelas y farolitos; cita a Borges (que era peronista) y serratianamente prefiere los bandoneonistas a las mesas redondas. Para rematar devela el misterio de las bolitas.

—Estamos haciendo un número dedicado en parte al tema de cultura y políticas culturales y para variar, aparte de hablar con los teóricos, quisimos hablar con un artista popular, de esos y de otros temas...

—Yo no sé lo que es la cultura, no tengo idea.

—Pero la hacés... ¿Hacés política? Porque vos sos un artista popular identificado como peronista, reconocido, aparecés en las pintadas, firmás solicitadas... sin embargo ni en radio ni en televisión hacés alusiones directas al peronismo...

—No nunca, nunca. Yo creo que la política es un estímulo para el artista... pero hay otros. Me parece que es empobrecerse, adecuarse únicamente a estímulos políticos. Es viejo el asunto el del arte subordinado a una militancia política. Yo no tengo que hacerle a eso ninguna objeción de tipo moral, pero cuando un artista mezcla demasiado su pensamiento político con sus elementos expresivos creo que salen perjudicadas ambas cosas. No se hace ningún favor, ni al rendimiento estrictamente artístico ni a la causa que uno quiere defender. Esto no significa ni mucho menos pretender un arte absolutamente impoluto, libre de influencias políticas, pero yo creo que el asunto funciona con mucha más eficacia, de un modo lunar, que es el siguiente: si un artista es por ejemplo peronista, no se trata de que recite las Veinte Verdades cada vez que se presenta, porque esa característica de su persona aflorará de un modo u otro, cuando escriba un soneto acerca de un florero algo habrá en su modo de ver el florero, que lejanamente recuerde su peronismo y cuando escriba o cuando recite acerca de un niño que está jugando en la puerta, algo habrá en la manera de mirar a ese niño o verlo que revele aunque sea lejanamente esa condición. Uno no puede renunciar ni aunque quiera al pensamiento político que tiene y este aparece, pero tiene que aparecer de un modo lunar, no explícito, de modo tal que el

que recibe el mensaje no se dé cuenta y que a lo mejor ni el propio artista se dé cuenta. Así es mucho más eficaz, no resiente la perspectiva estrictamente artística y creo que así llega con mayor potencia. Es evidente que si yo recitara ciertos preceptos peronistas antes de iniciar el programa tendría mucha menos audiencia, mucha menos credibilidad y que incluso si se tratara de llevar agua al molino peronista, llevaría mucha menos.

—Merced a ese modo lunar, ¿vos pensás que el público te visualiza como artista de un sector? Paralelamente, ¿en tu público hay una predominancia peronista?

—En la respuesta me gusta utilizar la misma alegoría de antes. Se advierte pero se advierte... (*pausa; luego, a dúo*) de un modo lunar (*risas*).

—Vos vivís aludiendo a geografías y espacios temporales bastante determinados y bastante limitados. Determinadas geografías, determinadas épocas... Sin embargo impactás a gente que le es ajena. Hablás de un Buenos Aires que literalmente no existe ni como dato turístico y llegás a chicos que no han vivido ese Buenos Aires y son tu público.

—Unamuno decía que el tiempo une más que el espacio, que dos chicos de 15 años nacidos uno en Inglaterra y otro en Australia de golpe tenían más puntos de contacto que un señor de 40 con ese mismo chico de 15 que vivía pared de por medio. Es posible que no sea el tiempo lo que los una, sino tal vez una geografía como decías vos. Me gustaría creer que más que una geografía concreta, es una especie de geografía espiritual, cuyos atlas no coinciden exactamente con los mapas de la municipalidad. Es cierto que la Buenos Aires a que uno alude no existe en lo que podríamos llamar la realidad, no se puede fotografiar, pero creo que existen en nuestros corazones farolitos y grelas y para alguno de nosotros que nunca hemos vivido en el campo, es posible que nuestra alma esté desvelada por galopes porque es algo que se lleva de modo misterioso. Tampoco existen las sirenas ni las hadas ni existen los ángeles, lo que no impide a los poetas aludirlos con toda verosimilitud porque para eso existe la fe poética. En nombre de esa fe poética a veces se alude a un Flores que no ha existido tal vez nunca y sin embargo nos parece verosímil, porque en cierto modo nos hemos hecho un juramento de fe poética.

—Que es más que la fe pública.

—Me parece que se da esa modestísima unión que se ha producido con los jóvenes que no es una cosa formidable, pero que nos permite pasar dos horas por noche entendiéndonos más o menos en nombre de una geografía, tal vez de una cultura que compartimos, en nombre del recuerdo de nuestros padres y nuestros abuelos. Porque yo a veces hablo cosas que no son de mi época; han sido de la época de mi papá o de mi abuelo. Casi pareciera que fuera una reunión de familia, hablamos de cosas de la familia ocurridas hace veinte o cuarenta años. Eso nos pertenece porque somos de esa familia, la familia criolla. Me parece que aquí se ha

producido la unión, es un pequeño lazo familiar, de lugar, pero también de stirpe. Somos hijos de... de lo mismo.

—Aparte hay cuestiones atinentes al lenguaje. Mi pibe mayor, que tiene 9, te mira con devoción y yo me sorprendo porque él desconoce muchas palabras que vos usás. Pero hay algunas que tienen gracia propia, aunque no se entiendan. Mamerto, por ejemplo, es una palabra graciosa y aunque uno no sepa lo que es mamerto...

—Pero se lo imagina.

—Es gracioso. Ni qué decir paparulo. Esas palabras contienen una cierta capacidad...

—Tanto que hay personas que fundamentan toda su tarea artística solamente en eso, nada más que en desempolvar seis o siete palabras o crear diez o quince neologismos. Esto nos causa mucha gracia, nos parecen hallazgos pero es muy pobre como base de un trabajo artístico. Me gustaría creer (no estoy seguro de que así sea) que hay cuestiones más profundas.

—Claro, hay un tipo de humor. Le gusta que juegues a la pelota de saco y corbata, con jugadores de primera. Le divierte y lo mira como si el picado fuera un partido de verdad.

—Yo lo juego como un partido más.

—¿Vos te pensás con una propuesta, cuando hacés un programa? ¿Con ninguna?

—No que yo sepa. Incluso me parece sospechable aquel artista que hace primero algunos cálculos. Yo le preguntaría: “Dígame, ¿a quién dirige el programa?”. Si uno hace el programa pensando en otro, es posible que para complacer a ese otro pueda llegar a hacer cosas que no le gusten a uno. Puede ser una hipocresía, una cosa canallesca perpetrar actitudes artísticas que uno detesta nada más que para complacer a otro. Es una actitud de lo peor, de lo más miserable.

—Yo preguntaba sobre tener una propuesta que no es igual a complacer a otro...

—Hablar de la propuesta es más razonable pero yo no me he hecho nunca planes. Me doy cuenta de que hay una propuesta mucho después. No es que yo diga “Ahora voy a hacer un programa que resalte los valores de la política nacional”. Es mentira, es una gran mentira, yo voy a hacer un programa divertido, para que me guste, que me voy a sentir feliz haciendo. Al cabo de los años miro los programas...

—Y ves que estás haciendo prosa sin saberlo.

—Y noto que hay una constante criolla, una habitual exaltación de una cierta moral heroica, una cierta degradación del consumismo. Noto cosas que ni siquiera puedo decir ahora sin alguna torpeza... pero las noto después, mucho después, si es que viene alguien como vos y me pregunta si tengo alguna propuesta. La verdad es que antes yo no digo “pucha, caramba, vamos a exaltar la cultura nacional”. No digo nada de eso, creo que nadie dice nada de eso. (*Ríe*)

—Hay quien lo dice, pero se nota en la obra. Cuando alguien dice algo de eso se nota.

—Pero te estorba. Me remito a Borges (*se dirige admonitoriamente al grabador*). Hablo de Borges en esta revista porque él a veces ha sido muy peronista.

—Sin saberlo.

—Sin saberlo. Si lo hubiera sabido (*ríe*)... Borges decía que a veces conviene que no se cumplan los propósitos iniciales del artista. Que él propósitos iniciales no tenía ningunos, ta' bien eso porque además esos propósitos salían, están en toda la obra. Pero si el autor al recordar cada tantas líneas los propósitos iniciales, se veía en el deber de aludirlos...

—No se embarcaba en la obra.

—Y entonces olvidaría la obra para remitirse a los propósitos iniciales que a lo mejor ya no le servían más. A veces uno tiene unos propósitos iniciales que conforme avanza y crece la obra se van al demonio. Así que conviene no enterarse de la propuesta que uno tiene, o enterarse acaso después por boca de algún amigo y no por iniciativa propia.

—Vos siempre laburaste con público en radio y TV...

—Sí, pero por una casualidad, tampoco por una propuesta previa, nosotros empezamos el programa con Adolfo Castillo, y naturalmente no venía nadie. Un día vino un tipo y dijo: “¿Puedo presenciar el programa?”. “Bueno, cómo no”. Se sentó ahí el tipo. Al otro día vino una pareja, tres o cuatro personas. Sucedió que esas tres o cuatro personas se reían lo mismo que algunos locutores de la radio que por ahí se asomaban. Se reían de algunas cosas que hacíamos. Se notaba que había gente. El que está en la calle decía: “cómo, ¿hay gente?”. Y entonces comenzaron a venir. Las autoridades de la radio no querían que hubiese gente y por ahí teníamos diez o quince personas, que para nosotros era una multitud. Les tuvimos que pedir por favor que no se rieran mucho, que no hicieran ruido, porque se iban a enterar las autoridades si escuchaban. Incluso hasta cierta vez, tuvimos que encerrar a quince o veinte personas dentro de una oficina porque vino un directivo que estaba indignado con eso. Con el tiempo, conseguimos autorización para que un número muy exiguo de personas se presentaran a la radio. Después fueron ampliando ese número. Finalmente, ahora tenemos un lugar donde caben casi doscientas personas. Salimos a veces desde el sindicato del Seguro donde caben mil personas o más. Esto, yo creo, cambia el programa, no es que lo mejore, por ahí lo empeora, pero lo caracteriza porque uno mismo toma al público como espejo (espectador quiere decir espejo), uno mira y va sabiendo si está en un rumbo cierto y a la vez el público es como un numeroso aval de que lo que se hace en ese momento es verdad, que no hay nada grabado.

—Tu relación con el público: más allá de la presencia, no parece interesarte una gran actividad del público. En tu programa, ¿te gusta que el público sea público, no más?

—Me interesa que el público sea público. Voy a confesar esto: yo no tengo la superstición que la democracia debe meterse en todos los intersticios de la actividad humana, hay cosas donde poco tiene que hacer, la democracia está muy bien para cosas políticas, para cosas públicas etc., etc. Ahora bien, un partido de fútbol no es democrático porque el referí no convoca a una asamblea para cobrar un penal, cobra él. Eso de pretender que los artistas de condiciones democráticas deben alentar la participación del público en todas sus formas, me parece una estupidez. Yo calculo que Cervantes no llamaba a sus amigos y admiradores para escribir el *Quijote*. Yo no hago el Quijote, hago una cosa bastante tonta por radio, pero yo creo que la participación del público se limita a llamar, a sugerir a veces con mucha inteligencia, con muchísima felicidad, a presenciar el programa y hacer mínimas aportaciones. Eso no es la participación, la participación es otra cosa, porque entonces caeríamos en la misma falacia que se nos infiere desde el punto de vista político, que hay muchos que creen que la participación popular consiste en que se le pregunten cosas a la gente, en las esquinas. Eso no es participación, la participación es cuando la decisión de las cosas pasa cerca del pueblo, viejo. Participar verdaderamente de un programa implicaría hasta poder levantarlo al programa y sacar al tipo que está ahí, que no te gusta. ¿Qué es participar? ¿Hablar por teléfono, con un tipo y decir Angeloz está muy bien? No, eso no es participar.

—Yo tenía una idea que nunca desarrollé, es muy berreta la idea: que el público que va a un partido de fútbol algo participa porque tiene alguna incidencia en el espectáculo y hasta en el resultado. Si Chacarita juega con Boca, tiene más chances cuando juega de local porque hay más hinchas propios, gritan más... Ahora tengo la impresión en otro tipo de espectáculos, la participación del público parece a veces impuesta. Creo que en la Argentina se desarrolló la teoría de la participación compulsiva.

—Digamos que en el cine la película ya está filmada, por más que silbe. ¿Qué puede hacer aparte de silbar?

—Aplaudir.

—Pero por más que quemen el cine, la película queda igual. No la podés cambiar, no tenés ninguna participación. Ya ha sido hecha. Es impresionante, impresionante.

—La síntesis de esto es que no es deseable una “participación compulsiva”.

—Claro: participe o...

—Hay que participar.

—De prepo.

—Creo que eso inclusive a veces ofende hasta cierto pudor del público. ¿Cuántas personas quieren subir al escenario? Algunas, pocas. Otras prefieren admirar. De paso, el reclamo que te escuché de no aplaudir a la entrada de los bloques en TV, ¿alude a una “estética” tuya?

—No, eso fue una respuesta a un gesto del asistente de dirección, a mí me causó un poco de violencia que una persona indicara que debían aplaudir. Entonces les dije que aplaudieran cuando les pareciera, pero no cuando el asistente lo dictaminara. Parecía —y es— una especie de engaño porque la gente en su casa cree que es un aplauso espontáneo y lo que hay es una persona ordenando a la gente que aplauda. Un colchón acústico.

—Vos decís que no te gusta teorizar sobre cultura. Bien, pero decime qué te gustaría que pasara en la televisión o en la radio argentina.

—No tengo idea.

—No tenés idea... A ver si te pregunto de otra forma. ¿Te gustaría que hubiera más programas cómo... cuáles por ejemplo?

—Esa pregunta me gusta. Esa clase de preguntas sí las sé contestar, porque a mí me parece que con esto de la cultura hay tantas mesas redondas que ya se olvida uno de hacer cultura. Una cultura no será recordada por las mesas redondas. Nadie recuerda mesas redondas. Se recuerdan pianistas, dramaturgos, etc. Entonces hay cien mesas redondas sobre tango y ninguno que toque el bandoneón... A mí me gusta que toquen el bandoneón.

—Bueno, hablemos de los que hacen... ¿Qué programas de los que hay te gustan?

—Confieso, aunque no sé si me vas a creer, que televisión miro poco. De radio sí puedo hablar... (*Dolina medita y en eso irrumpe en el lugar y hora del reportaje un conocido común que saluda y a quien Dolina interpela*). ¿Qué programas nos gustan a nosotros?

(El tercero) —¿A nosotros? Desde ya Gasalla...

—¿Gasalla nos gusta? Yo no lo vi. Me pregunta qué programa me gusta y me he quedao... pensando.

(Tercero) —*Argentina secreta*, Borroni, Vaca... Historias de vida, el paisaje no despegado del individuo.

—Claro, *Argentina secreta*, claro. (*El tercero saluda y hace mutis*).

—Ni siquiera la pregunta que creo que la sé la puedo contestar bien... (*Rien*)

—¿Olmedo te gustaba?

—Sinceramente, no.

—Ahora se ha puesto de moda que tiene que gustar.

—Yo lo lamento mucho, no me enorgullezco de que no me guste pero yo no lo veía, de modo que no me debía gustar.

—Te pregunto lo que me sugirió el segundo de mis pibes, ¿qué te puedo preguntar?

—(*Ríe*) Una vez me vinieron a ver unos muchachos de un taller literario y me preguntaron “¿qué le gustaría que le pregunte?”. Les contesté: me gustaría que me

preguntaran “¿qué le gustaría que le pregunte?”. Entonces el tipo dice: “bueno, ¿qué le...” (*Risas*)

—¿Te interesa, te preocupa la actividad gremial del artista?

—No. Tengo que ser sincero. No quita que haya tenido actitudes solidarias llegado el caso pero no he tenido nunca una actividad gremial y el caso específico del artista me interesa menos todavía. No se me hace tan patente la condición del trabajador. Es tan especial...

—Ahí aparece la zarandeada expresión “trabajador de la cultura”.

—No me gusta mucho. Me cuesta admitir que yo trabajo. Yo sé que muchos sí que trabajan y merecen toda la dignidad. Pero el caso mío, que me pongo a la noche a decir las cosas que diría gratis a los amigos. Eso no es trabajar, déjese de joder.

—La expresión sería válida si se utilizara con menos generalidad. Nosotros, por caso, somos militantes y como tales hacemos periodismo y terminamos definidos como “trabajadores de la cultura” cuando está claro que de eso no vivimos ni trabajamos. No es nuestro trabajo. Vinculada con esto, la idea de que debe haber trabajo para todos los trabajadores de la cultura, ¿es válida? ¿Cómo se correlaciona con la idea de creación artística? ¿Es posible que todos los trabajadores de la cultura trabajen?

—¿Que los actores tengan laburo? Es un tema muy espinoso. No me quiero pronunciar. Hay muchachos que han pensado mucho en eso. Yo no. Temo decir alguna arbitrariedad.

—El otro día leía que un director teatral explicaba que si se cierra el Teatro Colón pueden abrirse “equis teatros”. Como argumento para cerrar el Colón parece en exceso simplista. Hay más factores en juego.

—Esas conclusiones numéricas son siempre absurdas. Con el dinero que vale un barco pueden abrirse cien kioscos de caramelos y qué sé yo si son más necesarios que el barco... pero quiero decir algo. Cuando comenzó el período democrático los primeros entusiasmados fueron gente de cine, directores, porque decían que por fin se iban a poder ver ciertas películas y hacer ciertas otras. Voy a ser franco: si esto fuera como una farmacia en que se reparten números y yo tuviera que entregarlos, ordenando las prioridades que hay que resolver, creo que a los directores de cine les tocaría el ciento catorce. Es un problema para los que están en eso, pero, ¿qué pasa con la demás gente que no va al cine? Que tiene a los hijos enfermos y no puede curarlos, que no tiene agua corriente en la casa. Vaya a decirle que ahora va a poder ir a ver *El último tango en París*. Lo va a mandar a la mierda el hombre. A veces parezco duro con los compañeros que trabajan en eso, pero creo que a veces pensamos que el universo es igual a las tres cuerdas que rodean nuestra casa. La gente no está pensando en eso. Muchos piensan si se mueren de hambre o no se mueren.

—Para terminar. Una cuestión crucial. Una vuelta, por televisión, te preguntaste qué habrá sucedido con las miles de bolitas que tuvimos cuando chicos y que no están en ningún lado. ¿Averiguaste qué pasó con las bolitas?

—Un día vino un oyente con un aerosol abierto completamente con un abre-latas y dentro de él había una bolita. Este oyente sostenía —con razón— que alguna mano misteriosa había ido metiendo bolitas dentro de los aerosoles, lo que es perfecto, porque el auge del aerosol coincidió con la decadencia de la bolita. Él argüía, además, que los aerosoles tienen toda clase de advertencias para que uno no abra el envase y eso es para que uno no se entere que ahí están las bolitas todavía.

—Cuando los aerosoles se usan para pintar frases tuyas habría ahí una especie de revancha de la bolita.

—No sé, habría que ver...

—Qué opinan las bolitas. ■

AÑO 6 - N° 22

DICIEMBRE DE 1990

LA GRAN RESPUESTA ES LA ORGANIZACIÓN

Entrevista a Cuauhtémoc Cárdenas por Alcira Argumedo,
Arturo Armada y Mario Wainfeld

Cuauhtémoc Cárdenas tiene 56 años, es ingeniero civil; hizo un posgrado en la Sorbona. Como casi todos los cuadros políticos, técnicos o intelectuales de México se enroló en el todopoderoso PRI, el más perdurable partido hegemónico de América Latina que se ha dado el lujo de gobernar más de setenta años, conservar retórica revolucionaria y abortar (por las buenas y por las otras) todo intento de alternativa. Desarrolló una decorosa carrera política: llegó a ser senador nacional y gobernador de su estado, Michoacán.

En 1987 rompió con el PRI y encabezó una formidable campaña de movilización democrática. Sin prensa, casi sin estructuras, contra un partido oficial omnipresente e invicto electoralmente, recorrió todo su país, galvanizó multitudes. Y seguramente, ganó las elecciones. Decimos seguramente porque los cómputos definitivos nunca fueron conocidos. El 40% de los votos permanece "inescrutado" aunque, claro, las autoridades electorales vieron ganador al oficialismo. Pero

todos saben que los votos se los llevó ese hombre que nos recibe puntualmente y responde con paciencia nuestras preguntas.

A nosotros, argentinos con marcada influencia cultural itálica, nos sería difícil presumir que toda la polenta que esa hazaña requiere se alberga en ese tipo sobrio, casi inexpressivo, que contesta pausadamente y mirando a su interlocutor. Ninguna pregunta parece alterarlo, sorprenderlo o molestarlo. Tampoco las interrupciones. Apenas si se permite una sonrisa. Durante la hora y media de la entrevista no alzaré la voz ni interrumpiré, fumaré, beberé agua o café. Una sola vez se levantará de su silla. Jamás responderá pregunta alguna, aun las más obvias, sin concederse unos segundos de silencio y reflexión.

—¿Hasta cuándo actuó dentro del PRI? ¿Cuáles fueron los motivos que lo condujeron a la ruptura?

—Quienes formamos la Corriente Democrática dentro del partido oficial, el PRI, hacia finales del 86, de una u otra forma habíamos mantenido una actitud crítica, no conformista dentro del partido y veníamos buscando cambios desde adentro, pensando que eran posibles. En un sentido, tratando de lograr una orientación que permitiera, en muchos sentidos, recuperar un camino abandonado por el PRI y en otro sentido darles respuesta a los problemas y a las necesidades que se presentaban en el país en ese momento. Planteamos en ese entonces que el partido debía convertirse en un agente activo para buscar un cambio de políticas económicas del gobierno. Veíamos críticamente la fuerte inclinación a hacer girar todo en torno al pago de la deuda externa y creíamos que la prioridad consiste en resolver los problemas sociales, mejorar las condiciones de vida y el nivel de salarios, y que se reactivara la economía. Por otro lado, demandábamos que el PRI cumpliera con sus estatutos, con sus propias normas: especialmente en la forma de elegir a sus candidatos, estando a la vista la elección del candidato presidencial.

Esto nos llevó a un enfrentamiento con la dirección real del partido, o sea con la presidencia de la república y con la formal del partido; así recorrimos el país como Corriente Democrática dentro del PRI. Tuvimos un choque fuerte con el presidente del PRI en una asamblea que se celebró a principios del 87 y cuando cuestionábamos (vale decir por decisión unipersonal del presidente de la república), nos encontramos con la disyuntiva de acatar esa decisión, haciendo una campaña sin candidatos, marcando críticamente las diferencias o bien buscando una participación electoral independiente. Decidimos que esto era lo más útil; al hablar con otros partidos, decidimos buscar las candidaturas de varios partidos políticos. Era una posibilidad que se presentaba para mantener nuestra propia congruencia, pues queríamos mantener los mismos principios y objetivos que nos orientaban en el propio partido oficial.

—La cuestión de una ruptura con una fuerza con larga tradición a la que se perteneció durante largo tiempo es un tema que a los peronistas nos preocupa

y apasiona. Tiene una extensa tradición y en este momento, ante el gobierno menemista, es la discusión fuerte de aquellos que podemos considerar nuestras referencias políticas más cercanas. ¿Cuál es el momento de decir basta?

—En nuestro caso no fue una decisión buscada inicialmente; lo que buscábamos era mantener en todo momento —y esto sí era parte del compromiso asumido por todos nosotros— nuestra consecuencia, nuestra congruencia. La ruptura se dio con un enfrentamiento muy claro y directo, hasta diría violento en las formas, de la dirigencia del PRI hacia nosotros, en la Asamblea Nacional, fuera del temario a tratarse. Un ataque al que hubo que darle réplica, para que se respetara la legalidad interna del partido. Como no se respetó esa legalidad, o nos sometíamos (quedando relegados a un buen rincón) o hacíamos lo que hicimos, enfrentándose al partido, aunque este fuera muy poderoso como lo es el PRI.

—¿Cómo se manifestó la ruptura, con la constitución de un frente, con un documento público?

Fueron varios pasos. Primero lanzamos varios documentos públicos, fijando nuestra posición. Manteníamos el contacto con la dirección formal del país y nos lanzamos a recorrer el país, a buscar apoyo para nuestras posturas. Cuando el partido escoge candidato por medio de la decisión presidencial, dimos el paso y aceptamos la candidatura de otro partido. No hubo siquiera una expulsión por parte del partido sino su declaración de que al aceptar la candidatura de otros partidos políticos quedábamos afuera. No nos preguntamos si íbamos a quedar adentro o afuera, porque sabíamos lo que estábamos haciendo.

—¿Quiénes integraron el frente electoral para el 6 de julio del 88?

—El Frente Democrático Nacional (FDN) lo integraron la Corriente Democrática —que considero que fue la que aportó el mayor contingente de votos, aunque no estructurado partidariamente—, el PARM (Partido Auténtico de la Revolución Mexicana), el PPS (Partido Popular Socialista) y el que había sido Partido Socialista de los Trabajadores que cambió su nombre a Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional. Se fueron sumando después apoyos de partidos sin registro para candidaturas, como el Partido Social Demócrata, el Partido Verde, el Partido Liberal, otros grupos pequeños y una veintena de organizaciones sociales. Faltando un mes para las elecciones, el candidato del Partido Mexicano Socialista (ex Partido Comunista Mexicano, luego llamado Partido Socialista Unificado de México) declinó su candidatura y se sumó también a nuestro Frente. De este modo se llegó a la elección con la candidatura de cuatro partidos con registro electoral para candidaturas.

—Posteriormente en el 89 se disolvió el FDN. ¿Qué ocurrió?

—Vimos una serie de problemas a lo largo de la campaña, dificultad de coordinar decisiones, imposibilidad de los partidos para ponerse de acuerdo más allá de la coincidencia en la candidatura presidencial y hubo también un acercamiento, en

1989, del Frente Cardenista hacia el gobierno y eso nos llevó a los de la Corriente Democrática y otra organización —especialmente el PMS— a plantearnos la necesidad de hacer un nuevo partido. Así en octubre de 1988 se llamó a la formación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) que se formalizó en mayo de 1989. También otros dos partidos (Auténtico y Popular Socialista) se reubicaron en donde habían estado antes (aliados del gobierno) y ya no continuaron en el Frente Democrático.

(Piadosa —o políticamente— Cárdenas se abstiene de referir las divisiones y debates sectarios entre fuerzas de izquierda que integraron el frente. También los roces existentes entre los aparatos políticos y los movimientos sociales).

—En la elección de 1988 hubo, por parte del FDN, gran cantidad de denuncias de fraude, nunca se logró que el oficialismo demostrara fehacientemente la legitimidad de su dudoso triunfo. Una de las preguntas que surgen para el futuro es cuál es la actitud a asumir por una fuerza política que sufre el fraude en forma tan evidente. Pero antes, ¿por qué no ganaron ninguna gobernación habiendo superado ampliamente en votos a presidente al partido oficial?

—El partido no fue como partido; no pudimos presentar candidaturas comunes en lugares donde la suma de votos nuestros nos daba mayoría (el caso más claro es el Distrito Federal, donde ganamos treinta y ocho de los cuarenta distritos en la elección presidencial y solo obtuvimos dos diputados de mayoría porque en los demás se fue con listas divididas).

—¿Esto tuvo que ver con la urgencia en la formación del Frente o con alguna disposición legal que dificultaba la presentación?

—Antes no se dificultaba: ahí fue la dificultad de los partidos para ponerse de acuerdo en candidaturas comunes; posteriormente con las modificaciones a la Ley Electoral realizadas por el oficialismo ya no es tan fácil hacer candidaturas comunes; pusieron una serie de trabas. Ese problema ya no lo vamos a tener a corto plazo: todo lo importante que puede aportarse electoralmente está adentro del actual PRD.

—El fraude, ¿tiene una continuidad represiva en la actual política mexicana? ¿Hay dificultades legales o ilegales?

—Hay represión. Después del fraude hemos tenido muchas elecciones y todas han estado marcadas por el fraude y no solo por él sino por la violencia en las urnas y en el atropello a nuestros representantes e incluso utilización del Ejército para intimidar, aunque ciertamente no para reprimir de manera directa. En las quince elecciones que hemos tenido desde julio de 88 se ha desatado en algunos casos una situación de mucha violencia, principalmente en los estados de Michoacán, Guerrero, Oaxaca, donde después de diciembre del año pasado nos han matado alrededor de sesenta compañeros, por pleitos locales (por encontrarse en la calle, por una discusión).

—¿Con qué nivel organizativo se ensaña la represión o violencia directa?
 ¿Dirigentes de base o de primera línea?

—Con dirigentes municipales, con los de base, pero siempre dirigentes. Hay otro tipo de violencia que empezó a manifestarse días antes de la elección que sí podemos decir que tiene una dirección central. Tres días antes de la elección mataron a dos compañeros nuestros, uno de ellos responsable de recibir la información electoral. Y después mataron a cuatro muchachos de 17 o 18 años, activistas en la misma, con el mismo esquema: los intercepta un vehículo, los llevan a un lugar apartado, y ahí los matan. Después hemos tenido ese mismo patrón, pero ya sin muertes. En diciembre a un hijo mío lo interceptó un vehículo: lo bajan de su carro, le hacen unas cortadas en el pecho y en la frente y le dicen que es para que no molestemos en la elección de Michoacán. A un diputado nuestro hace tres meses también lo secuestran saliendo de la Procuraduría de Justicia de la ciudad de México, adonde había ido para protestar por la detención de algunos compañeros nuestros (cincuenta gentes de un municipio). Lo pasearon en la caja de un carro cuatro o cinco horas, lo amenazaron y lo soltaron. Y hace un par de meses a la secretaria de Jorge Castañeda, comentarista político con posiciones cercanas a la nuestra, aunque no es del PRD, y que hace una crítica muy aguda de la política del gobierno, la amenazaron con un recado para él. Ese mismo día Salinas de Gortari, que estaba en Tokio, le llama ofreciéndole protección y anunciándole el inicio de una investigación, y a pesar de ello a los dos días vuelven a interceptar a la secretaria y a mandarle amenazas a Castañeda. Estos últimos hechos, sí tienen un diseño central y sus ejecutores no obedecen a iniciativas propias.

—¿Qué tipo de respuesta dan ustedes a estas agresiones?

—Más allá de la denuncia es muy difícil hacer algo, se hacen cosas como movilizaciones, etc., pero más allá de eso es difícil hacer otra cosa. Pensamos que la gran respuesta está en la organización y en seguir creciendo, no veo otra respuesta.

—La denuncia y el fortalecimiento organizativo... ¿Cuál es la relación de ustedes como fuerza política nueva con los movimientos sociales, que ciertamente en México tienen una tradición?

—El PRD se nutre en mucho de los movimientos sociales. Pero estamos muy claros que la movilización popular, la movilización democrática que se está dando en México es muy superior a lo que es el partido; somos parte de un fenómeno mucho mayor y tratamos de mantener una relación estrecha y de ser solidarios con el movimiento social en los sindicatos, en las reivindicaciones de colonos, etc. Recientemente se lanzó una iniciativa que consideramos importante. Se trata de un “acuerdo nacional para la democracia”. No es idea nueva, ya la manejaron otras organizaciones políticas y personalidades y también nosotros desde hace algunos meses. Pero hace un par de semanas se lanzó concretamente la iniciativa, que está teniendo una respuesta importante. Le estamos dando contenido entre

todos, Partidos políticos y movimientos sociales. Queremos que sea una propuesta múltiple, no del PRD.

Allí veo dos o tres temas importantes: la disolución del régimen de partido de Estado, la posibilidad de elecciones limpias, libres, respetadas, la lucha contra la corrupción, la autonomía municipal. Pueden agregarse otras luchas. Pero fundamentalmente elecciones limpias y fin del régimen de partido de Estado. Las respuestas fueron significativas dentro de un marco en el que sabemos que los cambios van a ir despacio. Por ejemplo, la “corriente crítica” dentro del PRI, un grupo que nace con planteos en lo político muy similares a lo que fue la Corriente Democrática (recalco “en lo político” porque hasta el momento no tienen tesis definidas sobre la política económica, que nosotros sí tuvimos, en contra de la subordinación de todo al pago de la deuda externa), se ha plegado a la propuesta del acuerdo. También hemos tenido conversaciones al respecto con el PAN, el partido de la derecha, con el que podemos coincidir únicamente en el terreno político formal, en el respeto al voto. También con grupos sindicales, organizaciones sociales que están respaldando ya este acuerdo propuesto.

—¿Existe un sindicalismo independiente en México? ¿Cuál es su papel y su importancia?

—Existe, se le golpea mucho y lo que está surgiendo son disidencias dentro del sindicalismo oficial, cuyo manejo cupular es muy poderoso. El gobierno, como en otras partes donde se están aplicando estas políticas neoliberales, está tratando de golpear a los sindicatos, en especial en la relación más sensible que es el contrato colectivo, desregulando la relación laboral. Para ello se ha usado violencia, fuerte violencia, golpeando a los sindicatos, primero al de AeroMéxico, desconociendo el contrato de trabajo. Después a Minera de Calabien, a la Cervecería Modelo, privada, a una de las plantas de Ford, a una hulera fabricante de llantas para vehículos. Es un patrón que estamos viendo no solo en México sino notoriamente en otras partes del continente.

—Su ruptura y el resultado de las elecciones, ¿repercutieron en la dinámica interna del PRI, se flexibilizaron las posturas internas, hubo cierta permeabilidad, se enriqueció el debate? ¿Qué pasó con la “corriente crítica”?

—Al contrario, se rigidizaron las posiciones, surgió la corriente crítica que corrió la misma suerte que nosotros en la asamblea que acaba de haber en el PRI hace un mes, donde el propio Salinas los atacó. El máximo dirigente de esa corriente acaba de renunciar al PRI (Rodolfo González Guerra, que fue secretario de Gobernación, jefe del bloque de diputados del PRI, alguien con larga trayectoria partidaria).

—El PRD, ¿tuvo alguna actitud pública respecto de la “corriente crítica”?

—No más allá de algunas pláticas y de desearles suerte en la lucha dentro del PRI. Ellos se mantuvieron dentro del partido...

—Nos gustaría saltar ahora “al mundo y sus alrededores”... ¿Cuál es la caracterización que hacen de la nueva situación internacional y cuál es su posición ante los nuevos bloques que parecen conformarse? Háblenos de la actitud de México frente al nuevo mercado económico con Canadá y EE. UU...

—Hay una recomposición del mundo, con grandes bloques económicos en el Norte, en la cuenca del Pacífico con Japón, EE. UU., Canadá y la Comunidad Europea... De algún modo sentimos que se están repartiendo el mundo, como en otras épocas. Esto nos asigna a los países subdesarrollados, del Tercer Mundo... no sé cuál es el mejor calificativo, un papel subordinado, sometido a sus intereses. Creemos que este no puede ser el destino que aceptemos. La situación en la que estamos no es una situación a la que se ha llegado de manera inevitable, según creemos. Había otros caminos. Tampoco esta situación es irreversible. El anuncio de Bush, la “Iniciativa para las Américas” implica una respuesta a la invitación del gobierno mexicano a suscribir un tratado de libre comercio. Dice Bush que primero se consolidará la integración con México, el tratado de una zona de libre comercio con México, ellos se reservan la libertad de seguir tratando bilateralmente con el resto de los países, no ven una zona económica única en el resto del continente. Esto quiere decir que irán avanzando, absorbiendo o integrando de acuerdo a su propia conveniencia, sin que se tome en cuenta el parecer de los países del sur.

Pero firmar un tratado de libre comercio sin involucrar a cuestiones que creemos fundamentales significaría para México seguir en la misma relación actual con EE. UU. Vale decir, aportando mano de obra barata, cada vez más barata (los trabajadores mexicanos han perdido el 60% del poder adquisitivo de sus salarios), exportando capitales, como los que son depositados o invertidos en el exterior y materias primas, etc. México tiene una de las economías más abiertas de América Latina. Está importando todo lo necesario, alimentos, chatarra, artículos suntuarios, con el fin de mantener controlada la inflación.

México se adhirió al GATT hace unos años; el GATT establecía, por ejemplo, un arancel promedio del orden del 50%; México tiene en este momento un arancel promedio del orden del 11% nominal y uno real de un 18 a 20%... Otra cosa que hace atractivo el tratado para los EE. UU. y no para nosotros es que por él, se les va a dar acceso a sectores estratégicos, sectores que por la Constitución Nacional han sido definidos como estratégicos.

Por lo tanto, en un tratado de libre comercio México debe revisar el manejo de sus sectores estratégicos; no puede quedar simplemente a merced de los EE. UU.; particularmente el petróleo, que es un recurso que tendría que manejarse con cuidado por su escasez cada vez mayor. Deberían también incorporarse cuestiones como la deuda externa, cuyos actuales términos de pago no permiten liberar recursos para el crecimiento, ni atender problemas sociales. Igualmente, el tema de la migración hacia EE. UU.; tendría que plantearse el libre tránsito de trabajadores;

además debería hablarse de los compromisos de los EE. UU. para dar un manejo igualmente enérgico al consumo de droga que el que se tiene para con los lugares donde se cultiva o produce la misma. En fin, muchas otras cosas que no están siendo consideradas y que, de seguir en estas condiciones, estaríamos en una situación de subordinación que se prolongaría quién sabe por cuánto tiempo.

—¿Cree que es posible tener para ello cierta influencia o presencia en el gobierno?

—No sería la primera vez que un país latinoamericano se enfrenta a los EE. UU. Además, en los EE. UU. hay sectores que son conscientes de la ilegitimidad del actual gobierno. Todas las medidas que este gobierno ilegítimo adopte deberán ser necesariamente revisadas.

—Por supuesto que la posición que adopte México entre estas dos grandes propuestas es clave para toda América Latina.

—La respuesta debería tender hacia la integración latinoamericana, que vemos como proyecto viable, no es un planteo utópico. Se podría hablar en conjunto de deuda externa, de negociaciones para insertarse de manera no tan desventajosa en el comercio y en la competencia internacionales. Tomar medidas que permitieran establecer ciertas líneas de desarrollo para actividades determinadas, ya con una visión continental. Desde la enseñanza universitaria y la investigación hasta cuestiones económicas concretas como, por ejemplo, el petróleo y la producción agrícola, el transporte aéreo y marítimo, o darles fuerza a organismos regionales, etc. En fin, muchas cuestiones.

—Lo que sucede es que estos modelos neoliberales, respondiendo a proyectos beneficiosos para los EE. UU., tienden más bien a desestructurar o impedir el desarrollo de las potencialidades existentes en esa deseable integración continental.

—¡Claro! Es la intención subyacente a esas políticas neoliberales. Constatamos, además, que lo diseñado para México por el FMI y el Banco Mundial se está aplicando en forma idéntica en el resto de América Latina. En Brasil se habla ahora de programas de solidaridad social, de lo cual se viene hablando desde hace rato en México. Se vincula la ayuda social con la venta de empresas del Estado, diciendo que esas privatizaciones servirán para asistencia social. Lo que no se dice es que detrás de esas operaciones hay un alto grado de corrupción, no se habla del involucramiento de los hombres del gobierno en estos negocios...

Por otra parte, sería bueno que privatizar tuviera una lógica, con objetivos definidos que sean aceptables; cómo integrar una rama productiva, impulsar el crecimiento de una región, desarrollar un sector en particular...

—La pregunta iba más precisamente a las consecuencias de la desarticulación de las empresas estatales. Por ejemplo, en el caso de una posible integración del aerotransporte. Una cosa es pensar en unas líneas aéreas latinoamericanas, integrando AeroMéxico, Aerolíneas Argentinas, etc. y otra estas ex aerolíneas de cada una de las naciones, una con Alitalia, otra con Iberia, etc. La política de

privatizaciones encarada tiende a sabotear las potencialidades de integración con su potenciación de recursos.

—La integración afecta intereses muy particulares, intereses de afuera y de adentro, de adentro de cada uno de nuestros países. Pero justamente a las fuerzas democráticas y populares como el PRD nos toca hacer el esfuerzo de luchar por esa integración.

—En cuanto al gasto social en México, ¿aumentó o se mantuvo?

—El gasto social disminuyó. Está en sus más bajos niveles, históricamente. En educación anda en el 2,5% del PBI, cuando hemos tenido épocas de 10%, no siempre el 10 pero sí por arriba del actual. El gasto en salud anda por abajo del 2%, cuando hemos tenido por lo menos el doble. El gasto social está reducido a sus expresiones mínimas, ante una necesidad creciente como la revelada por cifras de las Naciones Unidas acerca de que el 50% de los mexicanos (o sea cuarenta millones) está por debajo de la línea de pobreza. Y según los voceros del propio gobierno, 17 millones están en lo que llaman situación de pobreza extrema.

—Igualmente, en Argentina la pobreza se ha incrementado: del 7% en el 70, al 27,5% en el 80 y está en el 40% desde 1988. Y era uno de los países con menor porcentaje de pobreza.

—Nosotros pasamos de un 40% del PBI destinado a salarios a menos del 25%, en ocho años. Entonces hablemos de políticas neoliberales, de modernización de la planta productiva, etc., pero nada que ver con el reparto. Podrían instrumentarse medidas de tipo tal que promovieran un reparto menos injusto.

—Por otra parte, en el campo internacional, más que un gran triunfo del proyecto neoliberal, más bien ha habido un rotundo fracaso de los proyectos reaganianos en cuanto a su objetivo de comienzos de los ochenta: recuperación de la hegemonía económica norteamericana. Y, al mismo tiempo, confrontando con el proceso de Japón, que parecería ser el único modelo exitoso, tenemos que si se observan ciertas variables claves como el papel del Estado, la recaudación impositiva, la distribución interna del ingreso y la articulación de un mercado muy fuerte, parece claro que estos modelos de que hablamos están haciendo exactamente a la inversa del único modelo considerado exitoso de reconversión tecnológica. Por eso nos preguntarnos hasta dónde estos modelos tienen viabilidad exitosa o incluso en términos exclusivamente económicos (más allá de los costos sociales y culturales) y juzgándolos con sus propias pautas.

—De todos modos, está demostrado el fracaso de estos modelos neoliberales para mejorar las condiciones sociales. En México, solemos decir que habría que empezar por privatizar la propia iniciativa privada, que medra a expensas del Estado. Los grandes grupos financieros aprovechan los favores del gobierno, al margen de la ley, para beneficiarse con el proceso de privatizaciones y con el manejo político y económico.

—Ahora, mirando el panorama de las fuerzas políticas populares de América Latina, ¿ustedes detectan posibilidades concretas de una acción conjunta?

—Hemos participado en reuniones reducidas (en cantidad de asistentes) con buenos resultados y, en ese sentido, estamos gestando una reunión amplia de partidos latinoamericanos. En julio hubo una reunión preparatoria, en San Pablo. La idea es hacer un encuentro en México, hacia febrero o marzo próximos, lo más equilibrada que se pueda en cuanto a la representatividad de países y de sus fuerzas internas; reunir a los que están luchando por un cambio democrático y que sea un cambio que tome en cuenta, por encima de otras cosas, las condiciones de vida de la gente.

Sabemos que esfuerzos similares al nuestro en México se han venido produciendo en otras partes del continente: el agrupamiento electoral que se dio en Brasil tiene algunas características de lo que pasó en México. Independientemente de lo que pueda ocurrir en las elecciones que tienen próximamente los brasileños, creo que cuando venga una nueva definición electoral general, en el 94, seguirá en pie la incapacidad del modelo puesto en práctica por el actual gobierno para resolver los problemas de amplios sectores democráticos, etc. tengan capacidad para volver a caminar juntos para oponer la alternativa más viable en esa oportunidad. En Colombia también se da algo similar con los agrupamientos denominados Colombia Unida, que son más de un centenar de agrupaciones políticas, sindicales y sociales, con planteo muy similar al que tenemos nosotros. También he visto algún documento de la Argentina (se refiere a “Peronismo o liberalismo”, del encuentro de Villa María, junio de 1990) que, ¡pues cambiando los nombres de los próceres podríamos aplicarlo a México, haciendo exactamente la misma crítica económica y el mismo planteo de soluciones que han hecho aquí! También podemos mencionar lo que sucedió en Chile de unir esfuerzos primero para el NO en el referéndum... Creemos que puede darse un agrupamiento de partidos y asociaciones de distinto tipo que se planteen alcanzar un orden internacional distinto y, por lo tanto, órdenes nacionales también diferentes a los que actualmente tenemos. Fuerzas que no vean en las políticas neoliberales la única e inevitable salida para los gravísimos problemas de nuestros países.

—Siguiendo la idea del carácter sincrónico que tiene América Latina en sus grandes etapas (similitud de fenómenos que años antes o después se reiteran con características propias en toda América Latina), la pregunta del millón es si la del noventa será la década de estas vertientes populares; porque existe la sensación de que de todas maneras hay todavía una creciente desarticulación de las fuerzas populares...

—Hay una gran desarticulación, pero también una creciente toma de conciencia. Se va dando una claridad en buscar pluralidad, diversidad, pero también en buscar las coincidencias.

—La reunión pensada para México en marzo del año próximo adquiere singular importancia, porque hay tres años clave para incentivar los contactos

latinoamericanos, para difundir la idea de que existe una alternativa a concretar. Desde los distintos espacios políticos y sociales, instituciones universitarias, centros de investigación, revistas, etc. deberíamos asumir el compromiso de difundir o incentivarla en todos los niveles, para contribuir al desarrollo de ese proceso de convergencia alternativa. De todos modos, la tendencia es la de una clara hegemonía del pensamiento neoconservador, reaccionario, neoliberal. Con distintas variantes (un caso es el travestismo menemista, otro distinto el del fraude mexicano, otro el triunfo de Collor de Mello sobre Lula o el de Fujimori sobre una derecha muy explícita), se da un fenómeno que debemos reconocer y es el triunfo del ajustismo salvaje y la sumisión a los mandatos de los organismos financieros internacionales y la banca acreedora. ¿No cree que estamos en una etapa muy clara de derrota?

—No sé si de derrota. Creo que estábamos peor antes de que se dieran estos agrupamientos. Por lo menos en México estábamos muy dispersos...

—Ahora, volviendo al tema de la elección del 6 de julio del 88, nos queda la duda sobre cómo ha sido viable un fraude tan notorio... al punto de que de las 55.000 casillas electorales solo se tienen cifras públicas respecto de 30.000 y hay 25.000 depositadas sin escrutar en los sótanos del Congreso... para no hablar de todos los testimonios de la prensa internacional; entonces, la pregunta es: ¿cómo piensa usted, hoy, más de dos años después, el hecho de la imposibilidad de hacer valer la fuerza de la legitimidad electoral? ¿Qué influyó para que eso sucediera?

—No se pudo, pues, porque los partidos del Frente Democrático no caminaron juntos. No hubo la posibilidad de una dirección única. Cada quien empezó a hacer los arreglos por su lado y varios acabaron entendiéndose con el gobierno.

(Cárdenas alude sin duda al PRT maoísta que cuestionó el frente por "burgués" y luego aceptó integrar el gabinete económico del liberal Salinas de Gortari. El ejemplo no es política ficción sino buena muestra de la capacidad de cooptación que tiene el PRI aun entre las izquierdas).

—¿Y el Ejército?

—El Ejército no se movió en un sentido o en otro. ¿Qué bueno que no se movió!

—Seguramente para el PRI el resultado electoral fue una gran sorpresa. ¿Se pueden proyectar los resultados reales?

—(Cárdenas modifica algo su impasibilidad. Es, al fin, un líder al que le han birlado la posibilidad de gobernar. Se disculpa. Se levanta. Sale. Vuelve con un libro cuya autoría comparte con otras tres personas: Radiografía del fraude. Nos lo regala. Necesita que entendamos que el fraude existió. Se esmera en explicar los cuadros, curvas y tendencias que desarrolla un texto necesariamente largo y de difícil lectura. Es convincente, pero nuestras dudas se refieren a la impotencia contra el fraude y no al fraude mismo). Los estudios que se han hecho permiten pensar que el voto estuvo

repartido así: entre 40 y 45% para el Frente Democrático; un 30% para el PRI y un 20% para el PAN (el derechista Partido para Acción Nacional).

—¿Solo 30% para el PRI que estaba en un promedio histórico del 60 o más?

—No estaban preparados para ese resultado, por eso el fraude fue tan escandaloso. Ahora están preparándose; aparte de que se hicieron modificaciones a la ley electoral, por la que ellos se protegen, puesto que hay una sobrerrepresentación mayor que la que ya existía (con el 35% de los votos un partido consagra el 50% más uno de los candidatos, es decir de los diputados); también se otorga mayoría más cómoda en los organismos electorales —Instituto Electoral y Tribunal Electoral—; aparte, digo, de esas modificaciones a la ley, ahora el fraude están tratando de no hacerlo necesariamente en la urna, sino reformando los padrones, controlando la entrega de credenciales según sepan por quién va a votar el que tiene derecho a ella. En cuanto al padrón puede verse que, según sus datos, en diez años no crecimos, ¡tenemos la misma población!...

—¡Estarán chochos los del Fondo Monetario Internacional que tenían problemas con el crecimiento de la población mexicana!...

—Ahora, en este México del fraude impune, ¿estaría inclusive en cuestionamiento la racionalidad política de constituir un partido que permanezca dentro de un espacio legal tan reducido, tan acotado por el fraude y la manipulación?

Pero nuestra racionalidad consiste en que la fuerza va creciendo. Con todo el fraude, los ataques represivos, etc., la movilización no se acaba, sigue dándose. La participación de la gente es tan intensa como en 1988. La opinión pública en general se está modificando. El acuerdo para la democracia de que les hablaba, está siendo apoyado por sectores y personalidades que no nos habíamos imaginado. Por ejemplo la “corriente crítica” del propio PRI; ha habido una declaración muy importante del Episcopado, incluso de algunos obispos, como el que dijo “qué lástima que la iniciativa la hayan lanzado el PRD y Cárdenas, pero debemos apoyarla”... También se está dando esa opinión entre grupos empresariales.

Si bien el aparato del PRI sigue sólido, algunos de sus diputados empiezan a hablar de que convendría apoyar este acuerdo. Otros empiezan a acercarse a hablar de que convendría apoyar este acuerdo. Otros empiezan a acercarse, muy tímidamente, pero creo que esto se va a incrementar y el aumento se concretará.

—Otro gran tema es romper el silencio de los medios de comunicación... ¿Cómo se manejan esos medios frente al PRD?

—Cerradísimos. Televisión no tenemos. A veces salimos en imagen, pero sin voz. O hay manipulación: cuando uno dice una cosa cortan los que les conviene y aparece uno diciendo otra.

—Grandes similitudes con lo que ocurre aquí y en otros países. Contaba Darcy Ribeiro que estaban desesperados por el manejo que se hacía con su

discurso. Al punto de que, por ejemplo, leyeron parte de una de sus novelas donde aparece un personaje monstruoso diciendo cosas horribles sobre los indios, etc.; y entonces es escucha “este libro de Darcy Ribeiro dice, etc.,” no aclarando que se trata de un personaje y haciendo aparecer sus afirmaciones como opiniones del autor.

—Tuvimos hace unos meses la visita del Papa. Hicieron una terrible manipulación de esa visita. Entonces en algún momento declaré que el gobierno estaba haciendo un uso político de la visita, en alguna medida con la anuencia del visitante. En esos exactos términos... ¡pero en la TV salió que yo estaba pidiendo la expulsión del país del Papa! ¡Es otra cosa, ¿no?!

—Ustedes, ¿cómo tratan de neutralizar eso?

—Pues como se puede... Tenemos publicaciones que no tienen ni por mucho la repercusión de la TV o la radio. Tenemos acceso a algunos programas de radio solamente. Pero se da paralelamente un proceso de comunicación personal, boca a boca. En una encuesta que se hizo durante la campaña presidencial, el 40% de las gentes se habían enterado de mi candidatura por contacto personal, no por periódicos, radio o televisión. ■

AÑO 7 - N° 23

AGOSTO DE 1991

REPORTAJE A RODOLFO TERRAGNO

Por Hugo Chumbita y Mario Wainfeld

Terragno escribió excelentes análisis políticos en el 73/76; escribió *Memorias del presente*, acaso el mejor libro político de los últimos años, que desdijo con *Argentina Siglo 21* (que bien podría ser de otro autor); escribió en *Unidos* (N° 9 abril 86) obviamente en la “onda” de *Memorias*... Fue ministro de Alfonsín. Es reciente afiliado al radicalismo. Fue el primer privatizador.

¿Vale la pena oírlo? ¿A un radical, para peor converso? ¿No es el precursor de Dromi? Creemos que sí vale la pena escuchar a un privatista que se propone diferente: que cuestiona el actual modelo, que deplora el triunfo cultural del liberalismo. Un reportaje no es un homenaje. No hace falta aceptar la propuesta de Terragno ni la comodidad con que maneja su actual rol opositor, ni cómo se “despega” del radicalismo y del “modelo Dromi” para extraer conclusiones útiles de este diálogo

con un intelectual que sigue siendo claro cuando (antes que responder) expone larga y pausadamente, seguro de su poder de convicción.

Queríamos preguntarle sobre tres tópicos: su actuación periodística en los setenta; las privatizaciones (las suyas, las actuales) y una propuesta de pacto político constitucional para las grandes fuerzas políticas que viene impulsando en apariciones públicas. Hablamos casi todo el tiempo de uno de los tres, el lector ya presumirá cuál.

A continuación lo conversado en sus oficinas sitas en un coqueto petit hotel de la calle Arroyo. Sillas confortables, una amplia mesa casi despojada de papeles y carpetas y —al lado del reportado— la previsible computadora a la que no acudió en momento alguno.

CHUMBITA: —¿Volvería a trabajar en el periodismo o es una etapa superada?

TERRAGNO: —El periodismo fue siempre para mí una forma de acción política. Nunca me sentí atraído por el periodismo en sí mismo. En mi adolescencia vacilé mucho entre dedicarme a la política o a la literatura. Algo que leí de Aníbal Ponce me marcó para siempre; una frase que consideré en cada oportunidad de una gran elección: “optar es siempre renunciar a algo”.

Cuando decidí finalmente, a los 17, dedicarme a la política y entré en Derecho —para conocer la “arquitectura” de lo político— se rompió el precario orden constitucional que regía desde 1958, basado en la proscripción. Posteriormente creí que podía hacer trampa a Aníbal Ponce e intenté conciliar la literatura con la política; pensé que podía hacer política desde la literatura y por eso me dediqué al periodismo.

WAINFELD: —Respecto de lo que escribió en los setenta, en *Cuestionario*, por ejemplo, ¿no se pregunta a veces si la suya no es una típica trayectoria intelectual: desde el progresismo o la izquierda independiente hacia la situación de intelectual orgánico de una fuerza política, ligado a posiciones más conservadoras? En otras palabras: ¿tuvo un corrimiento a la derecha o piensa que es el mismo de antes?

TERRAGNO: —“Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos” diría Neruda... De lo que estoy seguro es de que no ha habido ningún corrimiento a la derecha. Me siento cada vez más lejos de la derecha... Pero vayamos por partes. Lo de pasar de intelectual independiente a engranaje de una maquinaria política es cierto y deliberado. La literatura política fue un sucedáneo y me producía una gran insatisfacción; hay una cierta comodidad que me molesta en el hecho de observar desde afuera lo que ocurre y juzgar sin “mojarse”, como dice Felipe González. Sentí, en un momento la tentación irrefrenable de ser partícipe, de no mirar desde la tribuna lo que sucede en mi propio país. Por eso sacrifiqué la tranquilidad del observador para formar parte de un conjunto que, por cierto, tiene sus reglas, su tácita disciplina.

La sociedad no se modifica desde los impulsos individuales sino desde la armonización de esos impulsos dentro de un conjunto en el cual cada uno tiene que

buscar un común denominador y pactar ciertos objetivos mínimos. Me atrae esta conciliación de la idea con la acción y quedarme en la escritura de libros me habría causado mayor insatisfacción.

En cuanto a lo de izquierda y derecha, me parece que esta distinción, aunque discutible, sigue siendo útil. Porque en estos tiempos de pamplinas intelectuales del tipo de “la muerte de las ideologías” creo que hay que recordar que la distribución de bienes sociales (como la riqueza, el poder, el conocimiento, las oportunidades, el prestigio) admite formas distintas, modos más o menos equitativos, más concentrados o más difusos. En toda circunstancia histórica existen quienes tienden a concentrar esos bienes en pocas manos, generalmente los detentadores del poder o quienes pueden llegar a serlo; del otro lado hay quienes postulan la mayor diseminación posible de los bienes sociales que sea compatible con el funcionamiento de la sociedad. Y para denominar de alguna manera estas dos posiciones sirve decir que se trata de la izquierda y de la derecha. Eso aunque la historia ha ido cambiando los significados de esos términos desde la Revolución Francesa o también desde hace una década.

Mi identificación filosófica con el pensamiento igualitario es cada vez mayor. A todos nos pasa cuando escribimos, el experimentar una gran insatisfacción por el hecho de que los lectores no siempre perciben lo que uno quiere transmitir sino aquello que sus ideas previas o su instinto les hacen suponer que uno pretende decir. Una de las insatisfacciones que experimento con *Argentina Siglo 21* es que la imagen que se formó es la de un proyecto pragmático de modernización, que creo que lo es o intenta serlo, pero no ha habido una lectura... Toda la primera parte está dedicada a explicar cómo el cambio en los modos de producción crea condiciones para sociedades más igualitarias y que estamos frente a una oportunidad que impone un desafío ideológico que debemos aceptar. Ahora estoy tratando de escribir un nuevo libro para desarrollar esta concepción de una nueva ideología...

WAINFELD: —Afinándola un poco, la pregunta apuntaba a lo siguiente. Usted desarrolló en *Cuestionario* de los setenta un discurso (que me sigue pareciendo apasionante) compartible, moderado para el tono “bélico” de la época, pero siempre apuntando a temas axiales. Decía, por ejemplo, que ninguna sociedad puede renunciar a capitalizarse y a redistribuir la riqueza al mismo tiempo. Entonces no estaba “de moda” pensar en la capitalización; hoy no está “de moda” la redistribución. ¿No advierte que hoy tampoco “pero por el otro lado” se piensan posibles esos objetivos conjuntos de los que hablaba hace casi veinte años: la cogestión, el accionariado obrero, la participación, nuevas formas de propiedad? Hoy no parecen planteos “sensatos”. ¿No hay una “fuga” de esos temas?

TERRAGNO: —No, al contrario. Más bien creo que una de las cosas que puede haber perturbado el análisis de posiciones políticas como la mía es la privatización. Se ha trabajado con fetichismos. Desde una concepción marxista habría que entender al Estado como parte de una superestructura, la maquinaria por medio de la

cual ejecuta su voluntad la clase dominante. En un país capitalista en el que la burguesía ha siempre impuesto su voluntad, con gobiernos civiles o militares, el Estado debería ser visto como una maquinaria a su servicio. En cambio, ha sido visto por nuestra izquierda desde una concepción totalmente antimaterialista y antidialéctica, como un poder autogenerado que había que preservar porque los intereses populares estaban asociados a su preservación y desarrollo. Terminaron defendiendo empresas que eran “joint ventures” entre la burocracia sindical y la patria contratista y la patria financiera. Se creía que cualquier intento de introducir capital privado en una empresa pública atentaba contra los intereses populares; y era exactamente al revés. Nosotros proponíamos un esquema... como suele ocurrir lamentablemente en la Argentina, la derecha lo advirtió antes que la izquierda. Alsogaray decía que no queríamos privatizar sino hacer gatopardismo, cambiar algo para que todo siguiera igual. Que habíamos propuesto vender el 40% solamente y que no queríamos licitación para no vendérselo a cualquiera sino a gobiernos socialistas, como los de Suecia y España. Los que identificaban “Estado” con “progresismo” vieron la idea de transformación del Estado como un giro a la derecha.

WAINFELD: —Lo cierto es que los partidos populares argentinos que llegaron al gobierno, cambiaron en la gestión la agenda que propusieron en las campañas; desaparecieron muchos temas. Usted —en su momento— hizo una interesante defensa de la subsistencia del gobierno de Isabel Perón, pero también confrontándolo permanentemente con sus objetivos proclamados y necesarios en tanto gobierno popular. Hoy pareciera que este conjunto de objetivos se ha ido agotando, reduciendo. El tema de las privatizaciones es nuclear pero no creo que sea el único eje de la discusión y menos ahora que ha ganado mucho terreno...

TERRAGNO: —Ahora va a retroceder. Se ha vuelto un mito, presentado como remedio de todos los males, y se lo ha ejecutado de modo que se va a producir un reflujo convirtiéndose en fuertemente impopular. Sin duda ha habido un cambio en la agenda política. Alguien dijo que en filosofía los problemas no se resuelven sino que simplemente cada tanto se cambia de problemas... pasa también en la política. Pero pasa porque los condicionantes a los que está sometida la política también varían. No se puede hablar en los mismos términos antes y después de la deuda externa. Me eximo de hablar de ella porque ya lo hice en *Unidos*.

No vivimos en una isla separada del mundo y los caminos en este obligan a cambiar la agenda. No podemos hacer como esos soldados japoneses (*rié*) que, extrañados en las islas, durante décadas siguieron peleando una guerra que ya había terminado hacía mucho. La privatización era solo un instrumento de una política de reforma del Estado que, a su vez, debía ser parte de un proyecto de transformación, de desarrollo económico. Fue resistida desde la izquierda y la derecha; desde esta con más motivo, porque sabía que el Estado era un aparato a su servicio que no convenía menguar. Tanto lo sabía que el Proceso que fue liberalismo económico con la suma del poder público y represivo, no privatizó nada; estatizó Austral, la Ítalo, la

deuda privada externa. Cuando en la democracia se hace el planteo sobre privatización y la perspectiva es que la derecha no podría recuperar el dominio que tenía sobre el Estado, entonces adopta la idea y la transforma. La convierte en una suerte de remedio universal, con una falsa promesa. Identifica la crisis argentina con el exceso de participación estatal en la economía y propone que por la sola transferencia de empresas del sector público al privado y la pasividad del Estado y el mercado —por sí solo— va a producir el desarrollo económico. Eso no sucedió en ningún país del mundo. Cuando Francia (que es 15 veces la Argentina en términos económicos), Alemania Occidental (17 veces), Inglaterra (11 veces), Italia (11 veces), decidieron que sus mercados no eran suficientes para competir con EE. UU. (68 veces) y Japón (38), la “promesa” que nuestro mercado (un mercadito) va a hacer el milagro de que la Argentina crezca al ritmo que debe crecer, está destinada a provocar desilusión. Si a ello se agrega la forma en que se encaró la privatización, me parece que el destino de esta política no es un misterio. La gente que se fue plegando a la idea privatizadora no lo hizo en virtud de lo que estoy diciendo, sino de su hartazgo por los malos servicios y la idea de que iba a tener más teléfonos y estos iban a ser más baratos.

El modo en que se está haciendo lleva a que el teléfono se convierta en un privilegio y haya un “peaje telefónico” por el cual quienes se hacen cargo de las empresas se limiten a cobrar; esto pronto va a llevar a una decepción y va a identificar privatización con despojo.

CHUMBITA: —Pero en su origen las empresas estatales no fueron un proyecto de la derecha ni de la burguesía argentina sino del peronismo, que sustituye un poco con ellas a una burguesía nacional que no tenía en aquel momento un perfil político ni social definido; ese proyecto estaba apoyado en los sectores populares, la clase trabajadora, las empresas estatales sustituyeron a un actor faltante para dar un salto cualitativo. Después esto gradualmente va siendo apropiado por una burguesía aventurera, para hacer su capitalismo subvencionado por el Estado. El drama reside en la desaparición del proyecto del peronismo para las empresas estatales. El Proceso hizo privatizaciones, que fueron periféricas. La derecha, como es el caso de Alsogaray desde 1958, cuestionaba la existencia de este sector público.

TERRAGNO: —¡Ellos, Alsogaray, Alemann, manejaron desde entonces la economía! Jamás privatizaron: jamás oí hablar de privatizar Entel o Aerolíneas. Cuando lo propusimos, mucha gente se sorprendió, porque no se les había ocurrido que pudiera hacerse.

WAINFELD: —No es así. Había formadores de opinión que desde el 83, hacía años, venían predicando la privatización de Entel. Neustadt, por ejemplo la impulsaba de la mano de Alsogaray, desde hacía mucho. Fue una de sus viejas banderas. La privatización de Entel fue casi una victoria personal de Neustadt.

TERRAGNO: —Pero no es correcto. En el mundo no fue así, Margaret Thatcher no se atrevió a privatizar hasta 1985...

WAINFELD: —Pero Neustadt no comparaba con los modelos europeos sino con EE. UU., con aquello de que “Usted pide un teléfono y en 24 horas...”.

TERRAGNO: —Es posible que tengamos distintas fuentes: nunca escuché a Neustadt. En cuanto a lo del origen de las empresas dentro de un proyecto peronista, las cosas son como son, no como podrían haber sido. Llega un momento en que es preciso operar sobre la realidad, no sobre las intenciones del pasado.

CHUMBITA: —Volviendo a su gestión. ¿No había posibilidad de hacer una política distinta, que no fuera la de privatizar “todo”?

TERRAGNO: —Me llama la atención la pregunta verdaderamente (*fastidiado*, “no lo entienden”), ustedes deberían poder contestarla... Creamos un Directorio de Empresas Públicas para administrarlas eficientemente; llamamos a gente que no tenía compromisos políticos con nosotros y era la más preparada para manejar esas empresas como correspondía; jamás planteamos la privatización masiva ni indiscriminada; en los dos únicos casos en los que planteamos incorporación de capitales privados, la planteamos en una proporción del 40%. El proyecto de ley que enviamos impedía que se aumentara la participación accionaria. Era todo público, sabido. Televisábamos los debates en el Congreso, horas y horas de debates. Todo el mundo sabe que era el 40% de las acciones.

WAINFELD: —Usted dijo en el Congreso que “este” Estado no servía ni para hacer estatismo, algo con lo que podemos acordar. Pero las privatizaciones fueron planteadas sin discutir el eje central que es la reforma del Estado. Se largaron antes las privatizaciones; no se discutió la reforma... Tácitamente se promovió una reforma que presuponía que nunca más iba a haber estatismo. La discusión se saldaba sin plantearse. De acuerdo, se plantearon dos privatizaciones al 40%... nosotros mismos dijimos que usted merece menos crítica que las que dedicamos a nuestros “compañeros”...

TERRAGNO: —Admitirá que para eso no hace falta mucho... (*Ríe*)

WAINFELD: —Sí, la relación que tenemos con nuestros “compañeros”... Decía que hubo apenas dos privatizaciones al 40%...

CHUMBITA: —Pero no eran dos, había más. ¿No había una lista de por lo menos seis empresas a privatizar?

TERRAGNO: —¡No, no, no! Sin margen de duda. No porque creyéramos que en el futuro no debían ser privatizadas, sino por una razón técnica. La privatización masiva es un disparate. Cuando usted tiene un conjunto de cosas para vender, establece una secuencia: jamás pone todas las cosas al mismo tiempo sobre la mesa, porque tira abajo el precio. A ningún vendedor eficiente se le ocurriría hacer lo que se está haciendo ahora, por ejemplo. Teníamos un plan de gestión para un período muy corto. Asumí el 16 de septiembre de 1987 y mi gestión terminaba —cuando más— el 10 de diciembre de 1989. Por eso dijimos desde el principio que no había otras empresas en venta.

WAINFELD: —Volviendo, ¿no cree que el tema de la privatización fue colocado indebidamente como eje de la discusión antes que la reforma del Estado?

TERRAGNO: —Sí, pero debía ser así. Es la diferencia entre la política y un libro. En el libro uno tiene una secuencia lógica donde va primero la parte general y después los diversos capítulos. En la acción uno está condicionado por las necesidades. La razón por la cual el Estado no servía para hacer estatismo es que este se basa sobre la premisa de que el desarrollo económico depende de la acumulación de capital. El capital es siempre un bien escaso, pero sobre todo en una sociedad subdesarrollada y dependiente. De modo que hay que tener un centro que asigne el capital según un orden de prioridades, evitando el despilfarro de recursos, y canalizándolos hacia lo que necesitamos para desarrollar nuestra economía con autonomía. Pero un Estado que no solo no acumula, sino que desacumula, no puede cumplir ese papel.

Había que buscar el modo de inyectar capital y capacidad gerencial en las empresas públicas. Particularmente en los servicios que son monopolios naturales (teléfonos, gas, electricidad) que dependen de redes físicas, no había que buscar un dueño, sino un socio. Que el Estado debía retener su condición de accionista mayoritario.

CHUMBITA: —Durante la gestión de Olivera, anterior a la suya, lo que estaba planteado en el Directorio de Empresas Públicas (DEP) era la reforma de la gestión, pedir apoyo a SAS como una especie de consultora para renovar el management; usted lo convirtió en proyecto de inversión de SAS... fue más audaz que los privatistas como Olivera, que se suponía representaban a la burguesía industrial interesada en privatizar.

TERRAGNO: —El gran error es creer que la privatización es un instrumento de la derecha. Por eso no se entiende nada. El proyecto de contratar a SAS para hacer la gestión de Aerolíneas formaba parte de una concepción que perjudicaba al Estado. Porque si contratamos una empresa y le pagamos por administrar, sin que corra ningún riesgo, le estamos dando un negocio. El Estado en ese caso paga para que le administren sus empresas y no resuelve el problema básico que es la escasez de capital. Podía interesarnos su capacidad de gerenciar, pero siempre y cuando arriesgara su dinero, que su mala gestión le significara perder plata y la buena, ganarla. No queríamos capitalización de deuda, no queríamos títulos. Queríamos inversión, dólares.

CHUMBITA: —¿En el DEP no había una ilusión, sobre todo de parte de la representación empresarial, de que las cosas se resolvían trayendo managers extranjeros?

TERRAGNO: —Así como hay ineficiencia del sector público, en una economía subdesarrollada también es ineficiente el sector privado. Esto se nota en la función pública. En Alemania y Francia esas empresas son del Estado, porque hay una función pública eficiente.

La idea de importar managements no merece tantas objeciones. Creíamos que en el caso de Aerolíneas Argentinas es importante; en la aeronavegación comercial no puede existir la actual competencia darwiniana. Hay que asociar a Aerolíneas a

una red global, a un sistema que no puede desarrollar sola... Por otra parte el propio DEP es una prueba de que creíamos en un management propio.

CHUMBITA: —El problema es la desnacionalización económica. Pareciera que los proyectos desde su gestión hasta ahora son lo mismo: única alternativa posible, vender a suecos, italianos, españoles... ¿No implica renunciar a un capitalismo autocentrado para la Argentina?

TERRAGNO: —Usted parte de una visión de nuestra gestión que es exactamente opuesta a lo que fue. Planteé al Congreso el riesgo de la desnacionalización, planteé que el Estado necesita capital, que necesita socios, que debe retener la mayoría, comandar y elegir al socio. No es novedad que en la Argentina no hay capital de riesgo. Lo descubrió penosamente este gobierno. La privatización masiva e indiscriminada se transforma en desnacionalizadora.

CHUMBITA: —En ese sentido, su propuesta era menos desnacionalizadora...

TERRAGNO: —¡No! ¡No es que fuera menos desnacionalizadora! Era la única alternativa a la desnacionalización. El Estado no tenía dinero, ni potenciales socios privados en la Argentina. Si no desarrollaba una política comandada por el propio Estado, de búsqueda y elección de socios, reteniendo la mayoría, necesariamente se iba a terminar desnacionalizando la economía, como en efecto ocurre ahora.

CHUMBITA: —Si ellos tienen el 40%, ponen el capital y son los gerentes, igual sucedería lo que usted dice que se evitaría: ellos manejarían la empresa.

TERRAGNO: —Plantearlo así implica desconocer el funcionamiento de la empresa. Los empleados no son los dueños de la empresa y los gerentes son empleados. Los dueños son los accionistas. La única alternativa era conseguir financiamiento y gerenciamiento porque el único destino que tiene este Estado es convertirse en dueño, con socios y gerenciamiento... Como consecuencia de no haberlo entendido, hoy estamos ante un proceso de destrucción del Estado, este remate...

CHUMBITA: —Si no está de acuerdo con lo que se está haciendo ahora debería decirlo públicamente con más claridad, porque los que están privatizando lo saludan como el precursor. Aparece en la opinión pública como el que puso la primera pica en el terreno...

TERRAGNO: —Puse la primera pica, pero la privatización es un instrumento que puede usarse de distintas maneras. El arma tiene la ideología de quien la empuña. El hecho que usted haya visto un revólver en manos de un anarquista no significa que el revólver sea anarquista...

WAINFELD: —No, pero siempre es un revólver y no una gasa...

TERRAGNO: —Pero está tan claro que nuestro proyecto era totalmente opuesto al actual. Si ustedes leyeran nuestro proyecto ante el Congreso... se lo puedo dar.¹

1. El lector curioso puede buscar el Diario de sesiones del Congreso del 27 de abril de 1988 o un extracto bastante completo en *Nueva Sociedad*, N° 104, pp. 144 y ss.

WAINFELD: —Lo leímos. Usted dijo allí que lo decisivo es el control de las empresas, que se retendría. Parece que cuando se mira el presente se analiza lo que es (cuando usted mira lo que son las empresas del Estado prescinde del fin para que fueron creadas y analiza lo que son efectivamente). Pero cuando se proyecta el futuro se obra con voluntarismo, se niegan datos de la realidad. Si lo decisivo es el control, ¿usted cree que con funcionarios como Reinaldo, Mazzorín, Dromi, Nosiglia o María Julia el Estado iba a poder controlar Aerolíneas o Entel? ¿Que el Estado con ese funcionariado iba a poder controlar a SAS, una empresa estructurada, con objetivos nítidos que tenía el 40% de las acciones?

TERRAGNO: —No... por eso la privatización por sí misma no resuelve los problemas, es solo parte de una reforma del Estado. El hecho de que en la práctica aparezca primero el instrumento que usted cuestionaba como poner el carro delante del caballo, es una inevitable secuencia de la acción; pero nosotros siempre lo planteamos como parte de un proyecto de reforma en el que sosteníamos que era necesario convertir a las empresas públicas en entidades exentas de la presión gubernamental. Y para el futuro tal vez sea necesario pensar en la creación de nuevas empresas públicas, para responder a nuevas necesidades; como hoy en Alemania acordaron los socialdemócratas y Kohl, con la finalidad de absorber la mano de obra desocupada —en el contexto de la nueva situación de reunificación—; mano de obra que la empresa privada no absorberá. Por otra parte, grandes empresas como la NASA son públicas. Los grandes países capitalistas tienen grandes empresas públicas. El problema es que tuvimos que movernos entre el dogmatismo estatista y el liberal, que leyó a Adam Smith en la versión de *Billiken*. El triunfo cultural del liberalismo es una desgracia, un liberalismo que no entiende cómo funciona el capitalismo.

CHUMBITA: —¿Qué le parece la división de Entel en dos mitades?

TERRAGNO: —Un disparate total. Crear un muro de Berlín telefónico en la ciudad de Buenos Aires, dividirla no se le ha ocurrido a nadie en el mundo. En todas partes rige el principio de unidad de red. En el caso de EE. UU., regía y como fue cuestionado judicialmente en virtud de la ley antitrust, la Corte Suprema, luego de seis años, llegó a esta conclusión: la telefonía es un monopolio natural; sin embargo, la dimensión geográfica de los EE. UU. y la magnitud de su mercado admitían que se dividiera el país en siete zonas monopólicas, cada una de las cuales tiene entre quince y veinte millones de líneas. La Argentina tiene solo tres millones de líneas, de las cuales dos están en el área Capital Gran Buenos Aires. Hacer la división que se hizo solo se explica en un proyecto como este “de peaje telefónico”, en el cual las compañías toman la empresa y se limitan a cobrar una alta tarifa, pero no desarrollan un sistema. Pero además a nadie se le ocurrió nunca dividir una ciudad, por grande que fuere. Es un disparate técnico que no se va a poder resolver en años; tienen los mismos pares, las mismas líneas que en un punto se parten por la mitad.

CHUMBITA: —En su gestión, ¿no faltó una verdadera política de entendimiento con los actores sociales, que en este caso eran los trabajadores de Aerolíneas y Entel?

TERRAGNO: —Sí. Esa fue una de las fallas más graves que tuvo mi gestión.

CHUMBITA: —Me parece que el mayor problema de las “buenas ideas” y de las no tan buenas de Terragno fue el señalado por un crítico suyo, Isidoro Gilbert, en un libro réplica a *Argentina Siglo 21* titulado *La ilusión del progreso apolítico*. La ilusión de saltarse los actores reales, la historia real.

TERRAGNO: —Insisto en que la política es insustituible y que no se puede cambiar una sociedad por ideas; por ello he renunciado a la actividad individual para realizar una colectiva. En mi gestión ocurrió que, apremiado por el escaso tiempo de que disponíamos, víctima de mi propia inexperiencia, retraído por la reacción de sectores militantes del sindicalismo, me faltó la habilidad (*piensa*), la decisión y la constancia necesarias para formar la trama político-social que requería el éxito de un proyecto de esas características. Fue uno de los puntos más débiles de la gestión.

WAINFELD: —Es que los trabajadores estatales (de empresas o de administración) tienen un rol bifronte: intereses propios que a veces no son idénticos a los de la sociedad y hasta pueden ser disfuncionales, pero además un conocimiento y una experiencia del sector muy útiles, en todo caso imprescindibles e inigualados. Porque el socio extranjero será una imposición de las circunstancias pero es un socio indeseado y extranjero... y de los funcionarios usted ya algo dijo... no son los que conocen el tema. Esa limitación “de registro” suya no... ¿no tributa en cierta medida a una característica del radicalismo que es ver solo uno de los dos aspectos del sindicalismo, de tener una visión estrecha, “anticorporativista”, ver solo los aspectos que chocan con los intereses generales?

TERRAGNO: —No, mi autocrítica no abarca estos aspectos, que tenía claros. No estuvo ni está en tela de juicio la capacidad de los trabajadores, sino la idoneidad de los administradores que siempre fueron funcionarios políticos, personas recompensadas por su acción parroquial o militares, etc.

El problema de las empresas no era que no tuviesen adecuados equipos técnicos. E. Olivera había detectado tres posibles inversores atractivos para Aerolíneas, que eran SAS, Lufthansa y Swissair. Luego de hacer varios contactos con todos descartamos a los dos últimos porque ambos planteaban como condición sine qua non que les vendiéramos el 51% de la empresa. No querían convertirse en socios minoritarios del Estado argentino.

Razonando como posible comprador me di cuenta de que uno de los elementos que debía interesar al que comprara Aerolíneas debían ser los pilotos.

Cuando negociamos con Telefónica y con SAS descubrí que uno de los elementos más atractivos para el comprador era precisamente el personal de las empresas, los pilotos, los ingenieros, los técnicos, etc. Ni SAS ni Telefónica plantearon en ningún momento políticas de despido: por el contrario, los de Telefónica decían que, en Entel, como el objetivo era duplicar la cantidad de líneas, iba a ser necesario contratar más personal. El exceso de personal era para las actuales dimensiones pero no para planes expansivos.

CHUMBITA: —Aquel era el momento en que debía haberse debatido a fondo el problema de las empresas públicas, pero la discusión estaba bloqueada por las especulaciones políticas. El modelo de empresa mixta era interesante, y también la participación del personal en la propiedad y en la dirección. Pero estaba de por medio la mala relación del gobierno radical con los sindicatos, y sobre todo, la falta de licitación pública para privatizar una parte del patrimonio estatal resultaba inadmisibles.

TERRAGNO: —Finalmente hubo que llegar a una conciliación política en el Senado. El bloque peronista, que al principio se oponía tajantemente a la privatización, luego fue cambiando de posición. Un cambio producido ante la inevitabilidad de su triunfo en las elecciones, que lo iba a poner en la necesidad de administrar esta situación y también porque los proyectos fueron adquiriendo mayor respaldo popular...

El bloque peronista hizo un planteo canalizado a través de Eduardo Menem y de quien era su asesor jurídico, Dromi, según el cual solo podía llegarse a la aprobación si se hacía un llamado a licitación. Llegamos a una fórmula de compromiso: la licitación no podría ser convocada para que se presentara cualquiera, sino que el oferente debía tener las características que habíamos prefigurado para el socio ideal. El acuerdo licitatorio no me satisfacía porque había una o dos empresas en el mundo que reunieran esas características; de modo que una licitación no tenía sentido, la licitación le resta al Estado capacidad de negociación: la empresa acepta o no las condiciones puestas y no hay negociación. Propuse que hiciéramos ese llamado y postergáramos la adjudicación para después de la asunción del nuevo gobierno.

Pero ocurrió luego que vino la enorme crisis económica, a partir del 6 de febrero del 89, el triunfo de Menem, el adelantamiento de la entrega del gobierno, etc.

WAINFELD: —Hablando de responsabilidad colectiva, usted que cuestiona fuertemente el modelo actual de privatizaciones, ¿cómo evalúa la conducta radical frente a ese modelo, la aprobación de la ley de reforma del Estado que presuponía que iba a pasar esto con las privatizaciones? ¿No hay una conducta política del radicalismo que facilita este camino, desde el adelantamiento de las elecciones, que crea la perspectiva grave del vacío de poder entre mayo y diciembre, y el manejo electoralista de tarifas hasta la aprobación de la reforma del Estado a cambio de la fuga del poder? ¿No hay una corresponsabilidad política del radicalismo respecto de ese modelo que usted cuestiona?

TERRAGNO: —Si me pidiera que hiciese mi propia autocrítica del radicalismo, probablemente la haría en términos muy duros; pero planteada en los términos en que lo hace, me obliga a hacer aclaraciones y no autocrítica. No hubo tal adelantamiento de elecciones: fueron los plazos establecidos por la Constitución del 53, que había que respetar (*Wainfeld y Chumbita murmuran. Discuten el punto.*

Terragno sigue de largo).² En cuanto a las tarifas, evoco la amarga queja de Angeloz que decía que no se podían ajustar tarifas en un proceso electoral, mientras nuestra posición era que si no se ajustaban el servicio se caía y que también había que gobernar entre el 14 de mayo y el 10 de diciembre.

Mi propia crítica al radicalismo es que, si bien hay ciertos instrumentos que en la acción tienen que preceder a la reforma del Estado, el radicalismo no llegó a definir claramente cuál era el rol del Estado que concebía en la sociedad en transformación. Cometió el pecado de creer que este es un problema técnico que concierne a aquellos que se ocupan de este sector de la economía, sin comprender que en el modelo de Estado que uno plantea se concentra el modelo de sociedad que uno busca. Ese pecado no se ha corregido, además el radicalismo no alcanzó a comprender lo que significaba la reforma del Estado planteada por Dromi. Por un lado, tenía un conflicto ético por el tema del adelanto de la entrega de poderes. Podía adelantar la entrega del Ejecutivo, pero no adelantar constitucionalmente el recambio de legisladores. El conflicto ético (que hace tan atractivo al radicalismo) era si debía oponerse a las leyes de emergencia del nuevo gobierno o facilitar su aprobación.

Mi función precisamente fue actuar como nexo entre Menem y Alfonsín, por designio de este. Menem se negó a firmar un acuerdo, pero la UCR entendió que no podía obstruir la acción del nuevo gobierno, que tenía obligación de preconstituir la mayoría que iba a darse a partir del 10 de diciembre, cuando asumieran los nuevos legisladores, retirando en las votaciones sobre las leyes de emergencia los legisladores que fuera necesario. Esto era lo leal, creo que así debía hacerse. Rescato que hubo oposiciones con argumentos muy sólidos, como las de Baglini y Jesús Rodríguez; pero de todos modos, el radicalismo en su conjunto no advirtió que detrás de esto había algo extraordinariamente importante: que esos proyectos equivalían a cheques en blanco. Que significaban: “a partir de ahora, el Ejecutivo puede hacer lo que se le dé la gana con el Estado, con las empresas públicas, sin consultar a los legisladores”. Era una cesión de facultades, con un riesgo muy grande. También primó la idea de que este era un gobierno peronista, sin advertir la magnitud del copamiento liberal. No se creía que hubiese un riesgo de remate y desmembramiento tal porque se suponía que políticamente el peronismo estaba inhibido para hacer esto que hizo. (*La secretaria urge al entrevistado. Planteamos una pregunta más*).

WAINFELD: —Nos queda el tema de la necesidad de un pacto político-constitucional, que usted proponía hace poco en el programa de Neustadt. (*Ese programa, recordará el lector pícaro, que Terragno no escucha*).

2. En el reportaje se suscitó una discrepancia acerca de si el radicalismo “adelantó” las elecciones. El doctor Terragno dijo que se cumplieron los plazos constitucionales. No hay tal. Para la elección presidencial la Constitución solo exige que el Colegio Electoral se reúna, a más tardar cuatro meses antes de la asunción del futuro gobierno (art. 81). Siendo así las elecciones podían haberse realizado, por ejemplo, en la última semana de julio para reunir los colegios antes del 10 de agosto. Hay dos meses y medio de diferencia entre esa fecha y el 14 de mayo.

TERRAGNO: —El desarrollo económico es una condición no suficiente pero sí necesaria de una sociedad como queremos quienes planteamos la búsqueda de la distribución de los bienes sociales de una manera más equitativa. Si no alcanzamos un umbral de desarrollo económico, no es posible avanzar hacia una verdadera justicia. Hoy en día se calcula ese umbral en los 6000 dólares por habitante y por año. Es cierto que un país puede tenerlo sin ser desarrollado como ocurre con países de la OPEP, pero lo contrario, no es cierto... Para alcanzar ese nivel en quince años tenemos que crecer a una tasa del 5 al 6% anual, es una de las tasas de crecimiento más altas del mundo, para un país que durante 25 años ha estado estancado. Esto requiere una acción muy clara por parte del Estado, que tiene que avanzar en la creación del mercado común sudamericano; pero que tiene también que desarrollar su relación con la nueva Europa, aprovechando, por ejemplo, los tratados con España e Italia, avanzar en la complementación con Japón (allá hay toda una plataforma para eso, que es el plan Okita); desarrollar nuevas ventajas competitivas. Desde luego no es lo mismo producir polipropileno para exportar que producir hamburguesas McDonald's. El Estado no puede ser indiferente a esto; tiene una función decisiva en el desarrollo de ventajas competitivas. Tiene que impulsar actividades como la petroquímica y la agroindustria, que son industrias de industrias, con un árbol de productos que nos pueden permitir un rápido ingreso en el mercado mundial.

Pero todo esto requiere políticas a largo plazo; si estamos hablando a quince años vista, excediendo los períodos de más de un gobierno, se requieren ciertos acuerdos básicos. Por supuesto, esto presupone un rol del Estado que no tiene nada que ver con la visión liberal. Los grandes partidos populares, hoy despojados de muchos mitos y slogans, que se han flexibilizado tanto y ya no consideran nada inamovible tienen la obligación de seguir representando los intereses sociales que les dieron origen; se tiene que plantear el acuerdo en ciertos principios básicos que deben perdurar en el futuro previsible. Hace poco vino Okita, dio una conferencia en la Sociedad Rural; explicaba que teníamos que incentivar y subsidiar a las empresas con mayor potencial en el mercado mundial. En un aparte le dije que nosotros habíamos ido tan lejos en la defensa del estatismo que ahora se había producido una reacción exagerada, yéndonos al otro extremo y que no se podía ya postular ninguna protección porque una nueva sabiduría convencional dice que el Estado no tiene que hacer nada, que tiene que ser indiferente ante el mercado. Él me decía que la discusión estaba mal planteada: el Estado siempre protege por acción u omisión. Lo importante es que elija qué va a proteger. “En Japón elegimos proteger las industrias del futuro; nos fijamos qué era lo que iba a tener mercado en el mundo y protegimos eso para poder venderle al mundo. Ustedes decidieron proteger las industrias de ayer; miraron qué era lo que no tenía demanda y trataron de protegerlo artificialmente. En nuestro caso, la protección funcionó como una incubadora. En el caso argentino como un respirador artificial”.

Un crecimiento sostenido, planificado, exige planificación, objetivos compartidos, impone un acuerdo entre los grandes partidos populares. Un proyecto a

quince años vista (mínimo) significa que deberá asumirlo un gobierno peronista, luego uno radical y luego uno radical o peronista. Es preciso acordar bases legales y constitucionales, grandes pactos (*lo llaman, tiene que irse*).

WAINFELD: —¿Dentro de quince años seguirán alternándose peronistas y radicales?

TERRAGNO: —No estoy para nada seguro, pero espero sinceramente que sea así; otra alternativa sería peor... (*salta el casete del grabador, testimoniando hora y media de charla. Terragno aprovecha para levantarse. Dejamos a salvo opinión e intereses sobre la pervivencia del bipartidismo y salimos todos de raje de la Fundación Siglo XXI*). ■

CRÍTICA

LA NOVELA DE PERÓN

Tomás Eloy Martínez
Legasa, 1985, 448 pp.

Por José Gaspar Adriano

Hace bastante tiempo que Pablo Giussani viene insistiendo en la temática del “gran malentendido histórico”. Se refiere a la atracción que sintieron por Perón y el peronismo, en los idus del sesenta, grandes sectores de la juventud ilustrada de la clase media argentina. La representación social se haría “transparente” y al final cada uno ocuparía su lugar. Cada clase social tendría el pensamiento que le correspondiese y se acabarían los “bastardos” políticos. Es decir, acabarían aquellos que aparecen para desviar legítimas tradiciones, para “pensar” desde su carencia de linajes y de lugar, para iniciar procesos de pensamientos por “collages”, para hacer de la política algo salvaje, todo mezclado, todo combinado.

Los temas del *bastardo* y del *malentendido* son de filiación existencialista. Toda práctica social podría mantener la autonomía relativa de lo diverso, de lo particular, que no es ni verdadero ni falso. Esto se animaba a decir Sartre, hace treinta años. Estaba bien el malentendido. Era posible no estar en la historia. Eran posibles muchas historias. Era bueno ser bastardo.

David Viñas, Sebrelli, León Rozitchner leyeron a Sartre. Eran sartreanos o casi. Algunos de ellos, con conceptos inspirados en su maestro, justificaron episodios

fundamentales del peronismo y escribieron libros en su defensa. Ahora se acabó esa bastardía, que hacía del peronismo una atractiva ambigüedad. Ahora se hizo “falso”.

No se sabe si se decidieron, algunos de ellos, a proclamar una sociedad argentina sin peronismo para romper definitivamente con Sartre, o si era necesario romper con Sartre para presentar una versión, a la altura de los años ochenta, de su radical proyecto para exorcizar a Perón y a los peronistas. Pablo Giussani ha vulgarizado esos temas con cierta repercusión, sin llegar a la agudeza de Viñas —quien nunca deja de decir cosas terribles e interesantes— y sin la resentida agriedad no desprovista de brillo expositivo, de Rozitchner. Este había analizado en *Les Temps Modernes*, en el número dedicado en 1980 a la Argentina, el “equivoco” de las izquierdas peronistas, que leían, dice Rozitchner, con estúpida ingenuidad el concepto de “vanguardia estratégica” que Perón había formulado en sus primeros escritos de estrategia militar. Deseaban hacer “histórico” al Perón “instrumental”. Y Perón aceptaba con astucia este juego. Eso le permitiría “pagar con sangre de izquierda”, en función “entregadora”, cuando activara sus vinculaciones negociadoras

con la vieja matriz militar. Podía tener en sus manos esa “moneda de cambio” “izquierdista, precisamente porque la izquierda peronista había construido un Perón irreal en el cual incluirse. Quedaba formulado así el gigantesco y costoso equívoco “nacional popular”. Rozitchner se lamenta de ese “error”—es aún existencialista con ideología clasista— pero Sebreli no se pudo contener. Y convierte en agravio su condena a los “equivocados”. Ya no se equivocaban porque la historia fuese bastarda. Se equivocaban por necedad. En su alegre ignorancia, hacían *surprise partys* en la Recoleta, en ocasión de los cortejos fúnebres, junto al féretro de los mártires. Así lo expresa Sebreli en *Los deseos imaginarios del peronismo*.

Con similar desprecio, Giussani escribe en *Montoneros, la soberbia armada*, que los sectores “cultos” de Buenos Aires se “hacían peronistas” incorporando el *villero-look* a la indumentaria de moda en Palermo chico. Relata un episodio: un individuo de “camisa deshilachada y alpargatas barrosas” va al frente de un grupo villero, marchando hacia Ezeiza en 1973. De repente... ¡saca del bolsillo “una pipa y un sobre de tabaco”! Estas son las chabacanerías que hoy pasan por buen periodismo y por correcto análisis político en la Argentina.

Perón es presentado por Giussani como jugador astuto, “un incuestionable genio político”, cuya habilidad se traduciría en un sistema de “guiños” o *boutades* que permitían incluir cada vez con apuestas de más riesgo, las monedas de cambio —de izquierda o

derecha— que usaría para sus bastardías. El *bastard* adquiriría ahora signo negativo. Ya estamos en 1980. La incómoda presencia bastarda del peronismo estaba vulnerando todo. Desde el “imperativo categórico” de Herr Kant hasta la ética liliputiense de los “krausistas” argentinos, que ya sabemos quiénes son. Estos veían llegar la hora de gloria a la breve nota de pie de página que representan en la historia de la filosofía.

Ese “genio” de Perón, estaba preparado para provocar jornadas de luto en el país. Pero no fue Giussani sino Osvaldo Soriano quien proporcionó apropiados resortes ficcionales a ese sujeto biográfico. Se trataba de un socarrón genio del mal que presidía actos bélicos entre bostezos de desinterés y admoniciones jocosas. En *No habrá más penas ni olvido* se traza esa imagen de un Perón *in absentia*. La novela de Soriano copiaba *Cosecha roja* de Hammett y los climas paradjicos de Raymond Chandler. Una moral de hombres puros y solitarios que debían entregarse a la violencia. Como Soriano no oculta su filiación en la *novela negra norteamericana* —cuyos devotos, con razón, nunca disminuyen en Buenos Aires— su escrito pudo aparecer como “citación”, “homenaje”, “parábola argentina”, “el peronismo *a la chef*”, “graciosa metáfora de lo que significa imitar algo”, etc. Más fácil sería decir que hay en Soriano toda la viveza para los entretenimientos paródicos, tal como estos se desarrollaban en las redacciones porteñas en los años sesenta. Ni su novela agrega nada a la

historia de la literatura de ningún país, ni es justa su visión del peronismo como una locura desatada por fuerzas en desvarío, que se complementaban en su siniestra oposición.

Esta versión del Perón que desde el 45 preparó el *grande finale* de violencia que “cayó sobre el rostro” de los argentinos treinta años después, puede leerse en un fino trabajo de Eliseo Verón, el “Alain Rouquié de la semiología”. Con similar incompreensión, Verón concluye que Perón vaciaba el sentido de la acción social en el mito voraz de su propia presencia mesiánica. Y llenaba ese vacío con un implícito llamado a la muerte. Verón ignora que Perón —valga la casi redundancia— es un político argentino y no un filósofo austro-húngaro y que su cuerpo de claves de sentido, plurales y ciertamente contradictorias, recibía constantes especificaciones de una sociedad cruzada por luchas de diverso tipo y de diferente peso histórico.

Pero quien ahora ha fabricado un Perón más complejo es Tomás Eloy Martínez, en *La novela de Perón*. Sus recursos son menos discutibles, pues se amparan por un lado en una densa documentación y por otro en una cándida intención de coquetear con algunos momentos bien notorios de la novelística latinoamericana de los años sesenta. Especialmente con *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos y *El recurso del método* de Carpentier. Pero igualmente se vuelca Martínez a abonar la tesis del *desvarío cesarista* del monolozante líder.

Los problemas estéticos y políticos que plantea la novela no carecen de interés. Por eso, el desenlace podría no haber sido

esta visión inexacta y mal intencionada del ciclo peronista. Martínez presenta un Perón entregado a un bajo instrumentalismo político y caprichosamente dividido entre sus fatigas de anciano irritado y la secreta atracción que sobre él ejercen las versiones más delirantes de un esoterismo de entrecasa.

La escena final de *La novela de Perón* coincide con el pastiche de Soriano, con la diferencia que Martínez elabora algunos personajes arquetípicos a los que se compromete a darles cierta subjetividad. De este modo, la “batalla de Ezeiza” combina la estética del grotesco de Soriano con la novela realista-psicológica. El producto es literariamente poco convincente. Políticamente, se suma a la revisión histórica que se ha derramado sobre la cabeza de los peronistas asombrados. Esa nave de los insensatos que era el peronismo, ese líder gracioso pero sonámbulo, ese *grand-guignol* donde las marionetas hablaban de Mao y protegían a fachos ululantes, todo eso ya estaba en el 45. El peronismo había nacido así, no se había dado cuenta, y cierta elección desafortunada, en 1983, había revelado todo.

No es que Tomás E. Martínez acepte la totalidad de este programa. Pero le ofrece una sugerente cartilla complementaria: un Perón instrumentador-instrumentado, diabólico-distraído, ambiguo-previsible, inventor-plagiario, agente-víctima, etc. Estas vacilaciones de conciencia en el personaje revelan una observación mucho más aguda que la de Giussani o Sebrelli. No consiguen sin embargo “salvar” a Perón de

su propia leyenda negra. Se impone la figura banal, caprichosa, fatigada por las responsabilidades, sin saber cómo no tramplear su racionalidad en nombre de un placentero esoterismo y sin saber cómo diferenciar lo grotesco de lo épico, lo bufonesco de lo social.

Se dirá que el libro tiene una novedosa especificidad: es una novela basada en recursos documentales que en muchos aspectos tienen gran originalidad historiográfica. Por eso el libro lleva el título de *Novela*, palabra de otro modo innecesaria, pero alertando aquí sobre el hecho de que se trata de una *novela fuera de lugar*. Ciertamente, ficcionaliza sobre la base de una documentación cuya referencia a la realidad histórica es rigurosamente respetada. De este modo crea una obvia tentación: disculpar como ficción lo que pueda disgustar como investigación histórica o festejar la exhumación de viejos papiros del peronismo y los arcanos biográficos de Perón para desdeñar los recursos novelísticos del texto, muy próximos a lo que sería un taller literario para iniciantes en el misterio y la pregunta sobre los “géneros” (“¿hay una novela histórica?”, etc.).

Esta ambigüedad es interna a la narración: Martínez administra su texto con una compradora bastardía. Pero eso mismo, finalmente, no se lo permite a su personaje. Es verdad que lo que muestra como la irresponsable malignidad de Perón es conjurada con la ternura dubitativa de sus soliloquios. Pero, del mismo modo, Perón exhibe su condición de gran burlador, simpático en su atípica chifladura, pero autor de una póstuma arquitectura

demenial. Es la política cuya “verdad” se suelta definitivamente en Ezeiza, junto a las palabras sacerdotales de Leonardo Favio y las palomas ensangrentadas que cubren el cielo.

En *La novela de Perón* hay entonces momentos de veracidad escénica que quedan rebajados por el tratamiento literario y político que Martínez les propone. Sobre un travieso Perón actoral acaba imponiéndose un odioso Perón instrumental. Pero aquel retoma a la escena con recursos circenses, arlequinescos, que solo consiguen adornar de *nonsense* y humor macabro la guerra entre las facciones partidarias.

Es cierto que Martínez consigue, con todo eso, muchos pasajes felices. No puede despreciarse la tensión entre la historia canónica del peronismo y los “pensamientos invisibles” de Perón, inciertos y nebulosos. Novelísticamente cumplen bien la función de jugar con lo que todo argentino piensa o desearía pensar sobre el “Perón íntimo y secreto”. Pero así como Soriano es la conciencia novelística de Giussani, Tomás Martínez ha hecho la novela que corresponde al “Perón agente de la muerte” que imaginó el semiólogo Verón.

Qué pena. Es como si Martínez se hubiese asustado de la rara simbiosis que en todos estos años forjó con su personaje. Entonces, el novelista Tomás pierde terreno ante el historiador Martínez. La deseada fusión entre novela e historia —activando los límites imprecisos entre ellas— se escabulle de *La novela de perón*, son magias a las que el autor no ha conseguido llegar.

Eso no sería grave, él no es Roa Bastos, Yourcenar, Greaves. Solo que el novelista Martínez y el historiador Tomás han sido derrotados demasiadas veces

por el político Tomasito. Al final, lo que Tomás Eloy Martínez ha hecho es la crónica del desprecio de nuestros años de revolución. ■

AÑO 3 - N° 7/8

DICIEMBRE DE 1985

LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI

Rodolfo H. Terragno

Sudamericana-Planeta, 1985, 180 pp.

Por Carlos Lagorio

¿Hasta qué punto las vías del desarrollo pasan por el universo de la tecnología? ¿Cómo desandar ese trazado que va desde el descubrimiento y aplicación de la más variada gama de productos como las computadoras hasta las innovaciones en el campo de la biología celular? ¿Cuál es el perfil de esa Argentina del siglo XXI que Rodolfo Terragno promete en su obra?

Encerrado en un discurso apologético de la ciencia el autor intenta esbozar esa imagen de sociedad, para cuyo inicio apenas faltan 170 meses, desgranando uno a uno los inventos más recientes y sus resultados en las sociedades posindustriales que de alguna manera ya han arribado al siglo prometido. En este sentido, la información sobre esos logros y el planteo de soluciones audaces, dejan sin embargo en suspenso las limitaciones y metodologías para alcanzarlas. Así el perfil de esa Argentina del siglo XXI aparece desdibujado. Consciente de esas carencias Terragno advierte en el prólogo: “En *Memo-rias del presente* hice, por si faltara, un

padrón de los males que nos rodean y los peligros que nos acechan. El propósito de este libro es ir más allá. Ya todos conocemos las dificultades de la marcha. No podemos parar a lamentarlas”. Releyendo el texto surge la pregunta: ¿acaso el discurso que se presenta en una obra no tiene una unidad y valor por sí mismo? ¿Estaremos en presencia de un “pensamiento Terragno” que nos remita a obras anteriores para clarificarnos sobre las últimas?

En un lenguaje de frases cortas, punzante, a modo de cable de agencia de noticias el autor imprime a su último libro un punto de partida cuestionable para trazar los planos de una sociedad futura: el de los descubrimientos más recientes. El vocabulario que expresa esos conceptos es grandilocuente: “La biotecnología se hará indispensable. Más allá de sus peligros —que son una medida de su importancia— la manipulación genética abrirá las puertas a muchos prodigios. El empalme de genes inaugurará una nueva era de la agricultura. Permitirá desarrollar plantas que

fabriquen sus propios fertilizantes, cultivar en climas inadecuados, convertir tierras áridas en feraces, multiplicar las cosechas y producir ganado gigantesco". El libro también pormenoriza las últimas alianzas de las transnacionales con universidades, las compras de paquetes tecnológicos: "Dupont, Merck, Upjohn, Eli Lilly, ya han creado departamentos de ingeniería genética". Los datos más novedosos superan así a cualquier almanaque mundial en materia científica. Sin embargo, esta obra no se resigna al espacio de la mera divulgación científica. Sus planteos le confieren horizontes más amplios. Ocurre, no obstante, que al dar paso la retahila informativa a las reflexiones sobre Argentina, el estado, la economía, o los sistemas políticos, el discurso pierde consistencia. El talento de Terragno para la reflexión de temas como la cibernética o el desarrollo nuclear, se ve mellado en el tratamiento de los temas señalados. Algunos conceptos lanzados a modo de cable, tales como "En las sociedades capitalistas la democracia precede al desarrollo" no tienen, desgraciadamente, fundamento histórico. Pero, si algún tramo de su discurso resulta inaceptable es, sin duda, el dedicado a la deuda externa. Según el autor "la sobredeuda es nuestra" y define: "si un gobierno declara una guerra, es el país el que la declara. Si un gobierno contrae deudas, es el país el que se endeuda. No hay manera ahora de eximirse del perjuicio ni pagando, ni dejando de pagar. Para pagar hay que hacer más sacrificios de los que imaginamos. No pagar es condenarse al aislamiento y a la sofocación". En esa carilla

otorgada al tema de la deuda Terragno no arriesga metodología alguna: "habrá que armar la solución de a poco". No habla de deuda legítima e ilegítima, tampoco de moratoria. No analiza las deudas que contrajeron los países que expone como ejemplo de desarrollo tecnológico, ni cuáles se revirtieron al subdesarrollo. El plan Marshall que firmó Truman en abril de 1948 se dividió en donaciones y préstamos. Así Francia que recibió 5.100 millones de dólares obtuvo el 63% en calidad de donación. La República Federal Alemana recibió el 69% con carácter de no devolución. Hoy, la mayoría de los países latinoamericanos que se endeudaron en los últimos diez años viven una situación hartamente comprometida. Las soluciones no son funcionales sino políticas. El presidente de Perú, Alan García, anunció que no pagarán más de un 10% de sus exportaciones como devolución de préstamos e intereses.

Advertido de un discurso que se tiñe de una visión optimista de la ciencia, Terragno nombra al legendario. Augusto Comte y explicita sus diferencias con esa visión mecanicista. Sin embargo, los positivistas no solo tenían una concepción unívoca de la ciencia y el progreso humanos: también la aunaban a la política. En este aspecto, Comte, amigo de John Stuart Mill, en sus apreciaciones políticas era mucho más moderado y conservador que sus pares liberales. Su fe en la ciencia lo llevó a proponer un rígido sistema de dominación política, con una escala de jerarquización que ya no se adaptaba a la escala humana de su tiempo.

Terragno habla de democracia y en ese sentido es uno de sus denodados defensores, pero su pensamiento político aparece en esta obra como un complemento escasamente riguroso, ambiguo y carente de propuestas: “El sistema

político más eficiente será el que promueva la autoestima de los individuos”. Oculto como el rostro de Lautremont, el de la Argentina del siglo XXI no resulta discernible a partir de estas líneas publicadas en 1985. ■

AÑO 3 - N° 7/8

DICIEMBRE DE 1985

TEORÍA SOCIAL Y SALUD

Floreal A. Ferrara

Catálogos editora, 1985, 309 pp.

Por Analía Glas

Este exhaustivo trabajo parte de un enfoque transformador no solo de la ciencia médica, sino también de su objeto, la salud.

En el planteo de Floreal Ferrara, el campo que abarca la salud se vuelve más complejo: no queda reducido a la superación de lo patológico, de la enfermedad. Trasciende el ámbito de las anomalías biológicas, porque su objeto pasa a ser la trama de la realidad social.

Enfoca la salud como un proceso histórico-social que debe estudiarse con el auxilio y la integración de conceptos provenientes de diversos niveles de análisis de la realidad: lo económico, lo político, lo ideológico. La idea de proceso incorpora el componente histórico y concibe a la enfermedad como un “momento” de la salud, uno de los términos de un proceso dialéctico que no obedece a la causalidad lineal sino que está “sobredeterminada” por la estructura social. Aparece constantemente la visión de un proceso

junto al reconocimiento de las complejas relaciones entre factores culturales, económicos, políticos, religiosos, etc. La idea de salud se hace totalizadora y no es reducida a un simple instrumento (por ejemplo, para aumentar la productividad o para cualquier otro fin, elevado o no) sino concebida como el objetivo último de la organización social.

La medicina se convierte así en una *ciencia social*, o mejor aún, *sociopolítica*, con los médicos como piezas claves en la administración del poder.

Algunas veces, este rico enfoque es empobrecido por la insistencia de Ferrara en postular que las relaciones de producción son el determinante último de los restantes procesos, cayendo en el esquematismo determinista que ubica a la “infraestructura económica” en una relación causal con relación a la “superestructura” político-cultural. Este consabido lugar común no desmerece, por fortuna, la abundancia de elementos que el autor nos suministra, dentro de

una perspectiva de auténtica vocación de cambio, coherente con un proyecto al servicio de los sectores populares.

Ferrara realiza un análisis desmitificador de los cuatro tipos de *accesibilidad* (facilidad con que cuenta la población para utilizar los recursos de salud) a los que se refieren los trabajos clásicos. Desmenuza la relación entre estos y las condiciones socioeconómicas de los grupos demandantes.

Examina la relación médico-paciente no como un encuentro simétrico entre dos personas abstractas sino como una relación de poder: el que sabe, conoce y puede, frente al que sufre, duda y solo puede pedir ayuda.

Uno de los pasajes más aleccionadores de su libro es el referido al discurso de la enfermedad, que el médico recorta al interpretarlo mecánicamente, sin captar el proceso histórico-social que le está hablando en ese cuerpo sufriente.

Aunque el derecho a la salud es aceptado universalmente, en la práctica no existe la posibilidad igualitaria de su ejercicio. Hay una medicina para ricos y otra para pobres. Mientras grupos privilegiados disponen de servicios cada vez más sofisticados, amplios sectores sociales —crecientemente castigados por la situación económica y la política recesiva oficial— no tienen acceso a ninguna atención sanitaria y, en caso de lograr una módica atención tampoco cuentan con los recursos mínimos para efectivizar su cumplimiento necesario.

El sector salud se divide en tres subsectores: público, privado y obras sociales. Con respecto a estas últimas, no tienen capacidad propia para las prestaciones y,

por lo tanto, las delegan en el subsector privado, que —como es sabido— lucra con los servicios que brinda, enriqueciéndose abusivamente con los aportes de los trabajadores. Lo que históricamente comenzó siendo una real conquista obrera, a partir del primer gobierno peronista, hoy ha terminado siendo la garantía para el desarrollo de una medicina privada solo interesada en el lucro. Y, además, un instrumento de poder financiero para cierta clase de dirigentes sindicales. Esta espinosa cuestión, políticamente vigente en los últimos años, es abordada en forma demasiado prudente por Ferrara, que se desempeña como asesor en temas de salud de la CGT y fue ministro de Bienestar Social de la provincia de Buenos Aires durante el tercer gobierno peronista. Si bien es cierto que describe los vicios y prácticas ilegales, a los que añade “a ellos puede sumárseles aquellos que hacen *al manejo de los fondos de las obras sociales*, de los porcentajes concedidos a dirigentes y funcionarios de las mismas y/o a los dueños y administradores de los efectores con los que se contratan servicios...” (p. 95) elude un pronunciamiento categórico sobre el poder generado por el manejo de las obras sociales, por parte de dirigentes sindicales, sin ningún tipo de control externo. Esa “prudencia” en el análisis se refleja claramente cuando hace referencia a la oposición de los sindicalistas a la formulación del proyecto original de la ley 20748 del Sistema Nacional Integrado de Salud, durante el tercer gobierno peronista. Aunque reconoce que la sanción del artículo 36, que sustruía a los establecimientos y servicios asistenciales pertenecientes a las obras sociales

de la integración con el Sistema Nacional de Salud, representaba “un freno indudable a la perspectiva de transformación del esquema sanitario argentino”, termina justificando la actitud de los dirigentes sindicales. “Había argumentos de peso para proceder de esta manera. El movimiento gremial los esgrimió con fuerza y decisión y obtuvo la sanción de ese artículo 36” (p. 89). Si destacamos esta falencia es porque todo el planteo del libro, e incluso el contexto del que extraemos las citas, apuntalan una concepción divergente de la que justifica a los dirigentes que sabotearon el sistema integrado de salud. Tal vez no sea ajena a esta contradicción una confusión muy utilizada por cierta dirigencia: la de identificar dirigencia sindical con movimiento obrero o directamente con clase trabajadora. Únicamente así puede entenderse la reflexión de Ferrara de que “... con la experiencia vivida en la consolidación de sus obras sociales, *los trabajadores defendieron sus conquistas...*” (el subrayado es nuestro). Si así consolidaban una situación que resultaría “poco favorable” (p. 89) ¿cómo se puede afirmar que los

supuestos trabajadores defendían sus conquistas?...

De toda la obra de Ferrara se desprende la necesidad de un plan dirigido por el Estado, con los objetivos políticos de ofrecer a la población una atención médica gratuita e igualitaria, dentro de un proyecto de liberación nacional con el pueblo participando activamente en todas sus etapas.

Se percibe claramente que el campo de la salud no puede limitarse a la problemática de la enfermedad biológica y debe incluir el replanteo de los valores que fundamentan las actitudes básicas frente al consumo, el trabajo, el tiempo libre, la vivienda, la educación escolar; nuevos criterios de selección de prioridades, asignación de recursos, resolución de conflictos, etcétera.

Coincidimos con este libro indispensable en que no basta con la creación de un “Sistema Nacional Integrado de Salud”, si el mismo no se da en el marco de un proyecto global de liberación, con plena participación popular, con la justicia social como objetivo y con la solidaridad como factor aglutinante. ■

EZEIZA

Horacio Verbitsky
Contrapunto, 1985, 198 pp.

Por Víctor Pesce y Horacio González

Rodolfo Walsh, en sus “escritos póstumos”, criticaba a los Montoneros por lo que llamaba un “déficit de

historicidad”. El pensamiento militar se hacía abstracto y la visión de la sociedad se desprendía de las fuentes

de reflexión histórica. Déficit de historicidad es precisamente lo que podría adjudicarse al relato de la “batalla de Ezeiza”, que hace Verbitsky, un discípulo de Walsh. No es el único aspecto en el que se aparta del maestro. Mientras Walsh imaginaba los diálogos y la acción rompiendo violentamente una cotidianeidad mítica en la que aún no había irrumpido la historia —recordemos el primer capítulo de *Operación Masacre*—, Verbitsky ya presenta una cotidianeidad empobrecida por opciones políticas que de antemano han absorbido a los personajes. De esta forma, descuida y degrada una de las reglas de oro del relato más caras a Walsh. Dice el autor de *Ezeiza* en la página 67: “René Bertelli [...] tomó por sorpresa a los dos policías y los mandó al otro mundo. —¿A quién esperabas, hijo de puta? —le preguntaban en la Brigada de San Martín al detenido Aponte, con una curiosidad que la muerte de los dos sargentos tornó imperiosa”. Es apenas un ejemplo: aquí Verbitsky no diferencia entre narrador y personaje. Las dos visiones contienen la expresión lingüística de subjetividades previamente inmersas en la violencia. El narrador asume un mundo metafórico (“mandar al otro mundo”) que reaparece en el habla coloquial que cubre el nivel inmediato de la violencia. El narrador walshiano nunca comete esa torpeza. Actúa a través del distanciamiento y la descripción aséptica, lo que permitirá después contrastar la conciencia ingenua de hombre cotidiano con la crudeza histórica que concentra su drama en una

puteada, en un interrogatorio policial que brota en un diálogo crispado. En este caso, el cruce entre biografía e historia se impregnaba de sentido sin que los personajes perdieran su ambigüedad, su libertad para irse definiendo en una tensión permanente con el contexto político. Personajes y contexto se revelaban mutuamente. Recordemos el Troxler que construye Walsh. Era una criatura despojada de pesadez política, ajena a las circunstancias que lo determinarían, abierta a la densidad de la historia que lo elige mientras él mismo va perdiendo su ingenuidad. ¡Qué diferencia con el Troxler que Verbitsky nos da en *Ezeiza*!

El Troxler de Verbitsky es apenas un policía de carrera que hace un informe técnico sobre los acontecimientos del 20 de junio del 73, que después le causa la muerte. Lo vuelve al mundo neutro del que Walsh lo había sacado. Y eso, porque Verbitsky precisa de los “informes técnicos” que desde una momentánea e inocente prescindencia, inclusive desde el profesionalismo valorativo, desnude los movimientos de sentido que desarrollan los complotados de la derecha. Esa transitoria neutralidad, en Walsh puede llegar al máximo ejemplo de sacrificio o de plenitud intolerable.

Porque ya está todo definido. Así como Ezeiza era una batalla escrita desde siempre en el peronismo (“el estallido de las contradicciones de treinta años”), los personajes solo son neutros y desprovistos de historicidad cuando confirman el sentido mayor que se les escapa, pero todos ya están

prefigurados con anticipación. Ahora bien, si entendemos por esto una espera de dos décadas o más durante la cual se van urdiendo destinos —José Luis Nell en algún momento va a encontrarse con aquel capitán Chavarri que estaba a las órdenes de Osinde, que lo hiere y luego es muerto—, podríamos estar frente a una pieza maestra de la narración histórica. Pero a condición de que no se despreciaran todos los momentos de gratuidad o de libre elección que caracterizan una biografía y a cualquier destino personal. Eso es precisamente lo que Verbitsky desprecia. El futuro ha elegido tan burdamente a sus protagonistas, que los personajes de la batalla final, nunca expresaron otra cosa que a ella, nunca fueron otra cosa que la figura anticipada y ya lista de los papeles que ocuparían en el Puente 12. Por eso, Troxler vuelve a ser un técnico: porque siendo un uniformado, pertenecía a un mundo ya completado por su compromiso con la función policial, y porque siendo un personaje de Walsh ya había asaltado el cerco de lo ambiguo para ser el símbolo viviente de una lucha ya consumada. Verbitsky debe perdonarlo, hacerlo a-histórico. Esta es una cuestión crucial que no sabe resolver.

La biografía de Norma Kennedy, por ejemplo, hace resaltar su condición de “conversa” —pasó del PC al lopezreguismo en un ciclo de veinte años—, con lo cual Verbitsky acaba construyendo un mundo muy restringido y mecánico: solo existen los dos lados en lucha. Y luego los neutrales y los

conversos. Estos últimos están en el medio, son inaceptables, y por eso al neutro le desexualiza históricamente y al converso se le apresura su “verdad”, para que no demore más en demostrar el pasaje siniestro de la izquierda a la derecha.

Pero es precisamente sobre esos “intermediarios” que se levantaba la fuerza conmovedora del relato de Walsh. Nadie era imparcial pero cualquiera podía estar ajeno a lo que pasaba. Para Verbistky nadie está ajeno a lo que pasa y los “imparciales” son esencialmente falsos. Esto se vincula directamente con la tesis central de Verbitsky: la crítica a la teoría de “los dos demonios”. Hubo en Ezeiza un plan derechista alojado en la matriz más esencial del peronismo y una izquierda peronista indefensa. Por lo tanto no esencial y sometida a esta disyuntiva: seguir en su ensueño virginal o armarse en regla para comparecer a la escena como manda el manual de batalla: Hasta aquí Verbitsky. Ahora bien, la teoría de “los dos demonios” es una inexacta construcción ideológica y falsificadora de la realidad.

Al decirse “los dos demonios”, desde luego, se quiere caricaturizar una actitud que considera posible igualar al hombre armado que quiere iniciar nuevas marchas históricas con aquel otro hombre armado que quiere contenerlo. Esta igualación sería ridícula y no precisa ser demostrada, porque ya viene demostrada: se trata de una implícita evocación de la teología del bien y del mal, donde el solo hecho de presentar ese encuadre ideológico es inescindible del lugar que se autoatribuye quien

lo enuncia, ubicado en el “bien”. Por eso, lo que hay que hacer con la teoría de los dos demonios, es desarmarla ideológicamente como totalidad narrativamente inadecuada para referir los hechos y no levantarla para buscar en ella el lugar históricamente ungido por la misión revolucionaria.

Verbistky no solo no la desarma, sino que la confirma. Por la misma razón que desmerece la herencia narrativa de Walsh, al prohibir la presencia de la libre opción política y de la ambigüedad biográfica, presenta el terreno histórico dividido demoníacamente en dos campos: la derecha planificadora de conspiraciones y golpes que en su obsecación se tirotea a sí misma (pues no hubo combate en Ezeiza), y una izquierda desprevenida y con un bajo nivel de percepción de lo que el propio Perón estaba preparando. De Leonardo Favio a Perón, se rompen las dubitaciones o las incertezas grises de los personajes. Desde siempre habían sido elegidos para hacer lo que hicieron.

Pero la teoría de los dos demonios contribuirá a depreciar aún más el relato, porque solo obliga a demostrar las acciones secretas, de los hijos de las tinieblas. Mientras los hijos de la luz —ausentes de planes— no deben ser indagados por la reflexión histórica, los otros, portadores de intencionalidad conspirativa, son el territorio específico de la investigación periodística.

Aquí también estamos muy lejos de Walsh. Cuando este traza el mapa de la pizzería Real y la posición de los tiradores que habían dado muerte a

Blajaquis, se trataba de sorprender al vandomismo en su historicidad, una trágica dimensión donde toda una historia de acciones y omisiones se daba cita, absurdamente, en el momento en que alguien, el propio Vandor, levanta la 45 apuntando para la otra mesa en que sus opositores aún tenían una pizza humeante entre manos. Verbistky quiere contar todo “ tiro por tiro”, como dice el afiche de propaganda del libro, pero con su método expositivo, el fusilamiento de Dorrego —o cualquier episodio similar— quedaría convertido en una cartografía aséptica pero al mismo tiempo inútilmente siniestra. La red de comunicaciones de Iñíguez o el tiroteo entre los propios hombres de Osinde, confundidos por su propia necedad alucinada, es claro, no dejan de ser comprobaciones interesantes, pero inutilizadas cuando se quiere demostrar otra cosa diferente a lo que ya se sabe: los que controlaban el palco tenían un plan militar pero no sabían muy bien lo que iba a ocurrir, así que se consideraron atacados al confundir indicios que ellos mismos habían producido.

En cuanto a la “única ametralladora no usada” que llevaron los Montoneros, específicamente José Luis Nell, debía merecer el mismo tratamiento de indagación empírica que merecen los tiros desde el palco. ¿Aun una única arma no supone la existencia de intencionalidades? ¿Cómo saber si hubo una o más de una? ¿Cómo saber que no fueron utilizadas? Con el mismo rigor con que registran los tiros y las interjecciones que

proferían los hombres del palco, se debería haber demostrado las acciones de la otra gran organización que estaba presente en el escenario. Ellos no hablan, no son solicitados para la palabra, no hay cintas grabadas ni testimonios que den cuenta de lo que decían, de lo que esperaban, de lo que sentían. No lo puede hacer Verbistky por no haber desarmado la tesis de los ambos demonios. Teme perder su protagonista angelical, ese cándido Nell durmiendo en el bosque sin saber lo que se venía.

Puede ser que Nell estuviera durmiendo. Pero los que conocieron a Nell no aceptarán fácilmente ese retrato biográfico que lo desmerece, porque ni era un inocente ni era un personaje presa del determinismo que teje la narración de Verbistky. Sus armas tenían historia. Los que recuerdan la noticia de su suicidio en las barrancas de San Isidro, tal como salió en los diarios, podrán evocar cómo se contaba la “historia del arma” —esto último, además, era un giro expresivo común en la época— con la que se da muerte. Verbistky para combatir los dos demonios se queda con un solo demonio y frente a él un sujeto desprovisto de intenciones, de historia y de significación política, Nell estaba durmiendo porque estaba “fuera” del foco de los acontecimientos, tal como estos se expresaban, en su siniestra magnitud. ¡Compárese con el Troxler de Walsh! Cuando él y sus amigos están escuchando la pelea de Lausse, en

Operación Masacre, ajenos a todo, es porque ese momento cotidiano es un aparente manto mítico donde todo hace como que descansa, y donde los hombres comunes están realmente entregados a su vida real, pero secretamente a la espera de los golpes que tocarán a la puerta, a la espera del llamado azaroso de las tensiones históricas.

Verbistky, al no contar la historia de los Montoneros, que van hacia Ezeiza, los naturaliza. Para poder dejarlos intocados, puros, no les dirige preguntas, no los deja hablar, les concede el lado bueno de la teoría de los demonios simétricos. ¿No hubiera sido mejor contar abiertamente la historia? Todos deberían haber hablado, inclusive los que creían explícitamente que iban a una fiesta de reencuentro con el Perón retornado. Eran, sin duda, la mayoría. No solo numéricamente, lo que importa mucho no es definitorio. Sino también porque en las conciencias más combatientes había varias napas, varias significaciones contradictorias, que iban de la ingenuidad festiva a la certeza de que el peronismo definía allí las cartas mantenidas tanto tiempo en suspenso. Hubiera sido mejor contar cómo se iban trenzando esas conciencias —lo que Walsh hubiera hecho a través de diálogos tajantes y tiernos sin querer— antes que hacer un inventario de voces y disparos, como tardío Sherlock Holmes, quien seguramente hubiera sido menos esquemático. ■

PERÓN: ENTRE LA SANGRE Y EL TIEMPO

León Rozitchner

Centro Editor de América Latina, 1985, 343 pp.

Por Mario Wainfeld

Como se trata de un ensayo, podemos contar el final. Termina así. “¿No tenemos Líder, ¿eh? (Palabras de un combatiente de la Juventud Peronista, detenido en la cárcel de Villa Devoto y asesinado luego por el ejército del general Perón)”. Sintaxis al margen, la frase se entiende y evoca el final de una novela de Osvaldo Soriano. El personaje central de *No habrá más penas ni olvido*, un peronista digno y militante, sale a morir a la calle (asesinado por *su* propio gobierno) ve que el sol resplandece y afirma “un día peronista”. El símil es obvio. La pedagogía de ambos autores propende a lo mismo: probar que todos los que adherimos al peronismo con actitud y pretensiones dignas fuimos —por decirlo sin ambages— unos olímpicos boludos. Es interesante cuántos medios se utilizan para probar una verdad en apariencia tan sencilla: toda la propaganda radical, las novelas de Soriano y de Tomás Eloy; las prolijas notas de Giussani. También este mamotreto de Rozitchner. Allí terminan los paralelos... Martínez y Soriano son livianos y legibles. No puede culparse de eso a Rozitchner.

Ciertamente se trata de una obra “científica” y no de una novela. Rozitchner —que según la contratapa es un “destacado filósofo argentino”— desea analizar las relaciones entre el

inconsciente y la política... develar cuanto de Perón había en cada peronista. Para eso acude a lecturas de Freud, Clausewitz, algo de Marx y el propio Perón. Al principio amenaza con dedicarse a Maquiavelo y Spinoza pero no cumple, lo que motiva un fuerte agradecimiento del lector.

Lo de Freud es impagable, quizás un poco largo. Vayan algunas citas: “la pareja dominadora Perón-Evita representaba en su eficacia la ecuación parental vivida por Perón niño como solución pero compensada en la realidad. Evita le daba ante los demás lo que en su ser-Perón le faltaba: prolongaba hacia adentro la fuerza necesaria de su madre, que ella le cedía. Perón fue quien intentó, en lo más colectivo, hacer regresar la política a la dependencia individual y por lo tanto a la triangulación edípica como fundamento de la racionalidad oculta del poder”. Sic.

Lo de Clausewitz contiene —en serio— algunos elementos interesantes. La relación guerra-política en Clausewitz y en Perón. Es un tópico profundo... claro que ha sido tratado con menos pedantería, más acierto y mejor humor por Horacio González y por Salvador Ferla. “Anche” por el propio Perón cuando se decía león herbívoro. Las lecturas de Perón nos llevan por meandros impredecibles. El autor

estudia unos apuntes de historia militar de 1932 que no debe haber leído ni Licastro quien —como todo el mundo sabe— es el heredero y el portador de la doctrina. Claro que también analiza *Conducción política*... sabiamente mezclada con Freud.

Nadie se larga a escribir un libraco si no tiene una conclusión. La del autor es la de su cita final que he transcripto. Es una opinión... Su pretendido fundamento es lamentable. No hay corroboración de las rotundas aseveraciones de Rozitchner. Para decir que las masas obreras son flamígeras y que Perón las sofrenó con engaños no es necesario un libro como este. Ante tamaña verdad no vale la pena preguntarse qué tal andan ahora esas masas a doce años de la muerte de ese manipulador insigne.

Tampoco puede decirse seriamente que toda la política de Perón (desde el 45) estuvo destinada a descabezar la vanguardia de las izquierdas (léase la guerrilla). Eso equivale a afirmar que la guerrilla era vanguardia de la izquierda y que Perón previó su existencia veinte años antes de su nacimiento. Es mucho...

Sobran dogmatismo, pedantería y mala prosa en el libro de Rozitchner. Su único toque de humor es la frase final. Hay dos palabras en lenguaje vulgar, “sobradamente” y “cachada”. La conclusión precede al texto y no está corroborada por este. Son 343 páginas destinadas a destruir desde Freud, Clausewitz y Marx al “mito Perón”. Quien quiere oír que oiga... pero no digan que no se los advertí. ■

PUNTO DE VISTA

N° 25. Diciembre, 1985

Por H. G.

Una vez, el cuentista Roberto Mariani se enojó con la revista *Martín Fierro* —era el año 1924— porque no conseguía vislumbrar en los *martinfierristas* una celosa vigilancia frente a los peligros del lugonismo. “El Lugones político no nos interesa”, le responden a Mariani. ¿Por qué había que juzgar el *Lunario sentimental* desde una crítica a la “patria Fuerte” o el “Estado equitativo”? Para *Martín Fierro*, la nacionalidad argentina era “algo tan fatal como el

esqueleto”. Si se era argentino por fatalidad, todo lo demás estaba permitido. De esta comprobación parten las respectivas obras de Gironde y Borges. Del mismo modo, si algún atavismo indiscernible llevaba a Lugones hacia el festín de la Autoridad, nada de eso debía servir para juzgar a la literatura, la del propio Lugones, o la de cualquier otro. Al declarar que no les importaba qué hacía Lugones fuera de la literatura, los *martinfierristas* estaban siendo algo

más que respetuosos y algo menos que insensibles a la insoluble relación entre política y estética. Estaban decidiendo no clausurar su relación con ninguna sensibilidad, no cegar su relación con ninguna de las modernidades.

Martín Fierro, la revista literaria argentina, que modela todo lo que luego se hizo en ese campo, ambicionaba cultivar todos los nexos posibles con la época. En nombre de ese interés, pagaba el precio de ignorar todo lo que se referiese al Lugones “extraliterario”. Una actitud equivalente, ante similar solicitud de algún “realista social”, debería llevar a que ahora se diga “el Borges político no nos interesa”. Por distintas razones, eso ya no hay nadie que sea capaz de decirlo, excepto el propio Borges, que quizá no lo cree.

La revista *Punto de Vista*, con sus 25 números hasta hoy, ha cometido una digna y exigente tarea de ejercicio crítico, de difusión ensayística en la línea del cruce entre conocimiento literario y vida social y una severa interrogación sobre las condiciones en que se despliegan las ansiedades políticas de la época. Pero así como la *Martín Fierro* de 1924 había decidido —¿razonablemente?— ignorar una problemática dimensión del lugonismo, *Punto de Vista* viene de un parecido programa de desistencias. Zonas de sensibilidad que conservan las evidencias más dramáticas de un lenguaje que quería hablar desde un saber de gesta y una épica tormentosa (los años iniciales de la década del setenta) son explícitamente declaradas como un desierto para el examen crítico. Son

espacios que no merecían los beneficios del desciframiento, cuanto menos la atención elemental de los mecanismos del juicio o del gusto.

Cuando fue a ver *Los hijos de Fierro*, de Solanas, Beatriz Sarlo —la directora de *Punto de Vista*— opinó que era imposible dialogar con lo que parecía una impenetrable masa mítica. Cuando sale *Exilios*, el volumen de Juan Gelman y Bayer, se siente bien impresionada por la melosa y en el fondo equivocada pieza de Bayer, mientras que Gelman es tratado como alguien incapaz de “pensar su pasado”, con una poética en la que no ha penetrado la sensatez capaz de remover nostalgias pasatistas. Sobre la carta de Walsh a propósito de la muerte de su hija, dice: “nunca pude entenderla y durante mucho tiempo me negué a hablar de ella”.

Uno de los horizontes conceptuales de *Punto de Vista* es la tentativa de desentrañar la revulsión intelectual que acompañó la saga del peronismo desde la muerte de Cooke, digamos, hasta el último trecho madrileño del exilio del general Perón. Esa declarada intención fue acosada desde dentro por un/a travieso/a saboteador/a. Lo mismo que había que convocar —desde la explicación, el espanto, la emoción o el hastiado asombro— es aquello que “no se entiende”. Eso de lo que “se niega a hablar”.

En el mismo número de *Punto de Vista* en que se declara ininteligible al Walsh de la “estética de la muerte”, se reproducen cartas de exiliados que intercambian datos sobre la partida de ajedrez Karpov y Kart: *P4R, C2D*,

PxP, Rey blanco entra y gana. No está desprovisto de significación literaria que dos exiliados exhiban una escritura con notaciones ajedrecísticas. Pero si ellas se “entienden”, por qué no poner por lo menos en el mismo plano las notaciones de Walsh, que incorporan el seco estilo castrense, en lengua cifrada o —en el caso de aquella carta—, muchos de los recursos de sus melancólicos relatos. Un locutor lee el nombre de su hija en un comunicado militar, pero equivoca la pronunciación. El escritor describe entonces el drama inmediato entre su conciencia que percibe todo lo que ha pasado y la anónima lejanía de un apellido irreconocible para los demás, leído por el locutor oficial. ¿Escrita por Buzzati o por Kafka, alguien hubiera podido dejar de entender esta escena?

Beatriz Sarlo cuenta el caso de “una mujer joven”, que criticaba el libro de Giussani sobre los Montoneros: “está mal escrito”, decía. Invitada a fundamentar la crítica, esa mujer, que a pesar de ser una habilidosa crítica literaria tenía su corazón en aquellos tiempos del setenta, “no consiguió armar una respuesta”. (Cuando los articulistas de *Punto de Vista* emplean el verbo “armar”, la metáfora adquiere una misteriosa aureola epistemológica). Conclusión de Sarlo: lo que le incomodaba a esa mujer era que Giussani ponía el dedo en la llaga sobre los pactos lucrativos propios de aquellos tiempos, y para distanciarse de esas verdades, esgrimía pretextos formales.

Como se ve, aquí se repueba claramente ese “no entender”. No “entiende” quien

se niega a asumir la “verdad”. No entender a Giussani, así, está mal. No entender a Walsh, Solanas o Gelman, está bien. Han pasado casi dos años desde cuando *Punto de Vista* hacía estas afirmaciones. Ahora, quizás está más claro que el libro de Giussani es un pobre ensayo de circunstancias, no tanto mal escrito como escrito con los parabólicos recursos redaccionales de la mimesis timmermaniana (al que le gusta, le gusta), y lo que gana por entretenido lo pierde por ser una experta “negociación espiritual” con su propio pasado. Por otra parte, aquel rechazo a conceder intelección a un Solanas, etc., forma parte de un debate que tal vez hoy pueda salir de la vicaria matriz alfonsinista en el que estaba para retomar la tradición que le corresponde, la de la gran literatura de todas las épocas.

El debate es este: ¿se puede dialogar con relatos políticos de consistencia mítica, se puede asumir un mundo de simbologías propiciatorias, se puede atribuir un contenido cognoscitivo, socialmente significativo, a las leyendas políticas que hablan alegóricamente de su entorno? ¿Se puede! Deberían responder los Sófocles y Esquilo de nuestro tiempo y nuestra ciudad.

Para *Punto de Vista* el debate también está definido de este modo, aunque la conclusión, lógicamente, lleva a considerar como una pesadilla dionisiaca el antiguo *continuum* entre sentimiento nacional-popular y mitologías de violencia edénica y reparadora.

Sin embargo, en el N° 23 de *Punto de Vista*, el inefable Halperin Donghi tiene una sorprendente valoración

del poeta Paco Urondo, cuyo nombre recuerda a la “bella muerte”. El irritable y sutil historiador no se asusta por estas alucinaciones. Al contrario, utiliza el caso Urondo para imaginar una estocada final contra las “betes noires” que lo fatigan desde su adolescencia: los revisionistas históricos. La visión que tiene Halperin del revisionismo —volcada en páginas por momentos brillantes, y principalmente injustas— culminan con la necesidad de apelar a un Urondo para combatir a un J. M. Rosa.

Cuando se elige no “dialogar con mitos”, se quiere “evitar repetir” aquellos tiempos. De acuerdo. Pero decir “mitos” para nombrar los procesos de cuño popular-nacional, cuando esa palabra está connotada por tradiciones sociológicas inspiradas en la ilustración argentina, ya implica un juicio descalificatorio. Sin embargo, no siempre *Punto de Vista* parece ser consecuente con su rechazo a los pensamientos “pre-lógicos”. Nun reivindicará “la vida cotidiana de los oprimidos”, transitando el camino ya tan explorado de pedirle emergentes rupturistas del orden a esa cotidianeidad popular (*Punto de Vista*, N° 20); Emilio de Ipola fijará para el tango, un origen marcado por la “raigal melancolía” que el peronismo después dispersaría en una ilusoria “fiesta perenne” (*Punto de Vista*, N° 25). Por su parte, Beatriz Sarlo reivindica las “novelitas sentimentales” como un momento (necesario socialmente) para la formación de un público lector que a la vez, obtenía de esas narraciones una oscura certeza

sobre el lugar social que lo contenía (ver *El imperio de los sentimientos*).

Como se puede observar, Nun, Sarlo y De Ipola hacen algo más y algo menos que combatir mitologías. Más, porque las combaten en tanto ellas desaguan en el peronismo redentorista y la épica insurgente de los años sesenta. Menos, porque en el fondo no quieren combatir las sino recuperarlas (como vida diaria, tango, melancolía o novela rosa) convertidas en imagerías genuinamente populares que de diversos modos el peronismo después arruinaría.

Pero el editorial del *Punto de Vista* N° 25 ofrece ahora otros ángulos para descifrar los enigmas trituradores de la política argentina. El editorial de Sarlo cuenta de un modo más ajustado las “biografías intelectuales colectivas” de los años transcurridos. Si por un lado —dice—, no hay que repetir los planteos del peronismo revolucionario y las izquierdas combatientes de entonces, por otro, no hay que confundir este deseo con un pretexto conservador. “Que un nuevo conformismo no reemplace ahora el inconformismo revolucionario de los años sesenta y setenta”. No se debe, además, “hundir en el mismo balance” a aquellas fuerzas revolucionarias y a la ceguera que se tenía respecto a la cuestión democrática.

Es una visión diferente. Una cosa es pedir una relación entre cultura, política e ideología que no esté atravesada por comisariatos revolucionarios o estéticas oficiales; otra cosa es suponer que ya no hay diálogo posible con

aquella otra época, y con aquellos otros hombres y mujeres que ahora parecen fantasmas incomprensibles a costa de negar que éramos nosotros mismos. En el N° 20 de *Punto de Vista*, Juan Carlos Portantiero reivindicaba a Locke, en la línea de Norberto Bobbio. ¿Qué significaría en la Argentina un socialismo “a la Locke”? ¿Deberíamos todos lanzarnos a “salvaguardar bienes”? No, es demasiado. Para los que en aquellos días pensamos en John Cooke es una obligación de hoy no pasarnos del lado de John Locke.

Solo un balance irresponsable, o cuanto menos ingenuo, podría producir esos pasajes. El editorial de Sarlo contribuye a dificultar esos tránsitos. Del mismo modo, el artículo de Carlos Altamirano sobre Lyotard pone en su lugar las inconsistencias de un tratamiento sin duda trivial de cuestiones fundamentales, como las referidas a “la condición posmoderna”. Demasiadas veces se escucha hablar de “posmoderno” solo para proponer un neoliberalismo despolitizador, que pretende superar “viejas izquierdas y derechas”

pero apenas hace del político una figura destinada a decir con énfasis que nadie debe hacerse ilusiones. Sabemos que ese político existe, está activo hoy en la Argentina.

El último número de *Punto de Vista*, así, nos trae la reconfortante admisión de que no todo está perdido, que aún hay una chance de no convertirnos en cuarentones conservadores, hablando de las “adquisiciones del liberalismo” y del “fin de los grandes relatos”. Si *Punto de Vista* se previene del neoconservadurismo —sea el de las teorías renovadas del “contrato político” como las de la “postmodernidad”—, hasta es disculpable que proclame, a través de Emilio de Ipola, que el peronismo mató al tango. Al final, es evidente que esta última es una “boutade” filoborgeana disfrazada de historia social de la sensibilidad porteña. *Punto de Vista* tiene, debe tener, el ejemplo de la revista *Martín Fierro* como “el gran timonel” en que inspirar aventuras revisteriles. No hay por qué dejarse tentar por los recuerdos de Roberto Mariani. ■

AÑO 4 - N° 10

JUNIO DE 1986

LOS CUATRO PERONISMOS

Alejandro Horowicz

Legasa, 1983

Cuatro peronismos y un solo autor

Por Mario Wainfeld

Hace diez años discutía con unos amigos. Intentábamos caracterizar a López

Rega. Éramos casi todos peronistas (los que discutíamos quiero decir).

El único marxista del grupo guardaba irónico silencio.

De pronto espetó: “Ustedes son incapaces de definir al Brujo porque carecen de método científico. Ignoran las leyes que rigen la historia, etc.”. Tras la lógica polvareda producto de la provocación pedimos que se explicara. La “verdad” saltó como pistole-tazo. “Es Rasputín, el hijo de puta”. Tal vez tenía razón... pero no la debía al “método” sino a conocimientos históricos, capacidad comparativa y a un ponderable poder de síntesis que le permitía definir al Brujo en seis (o tres) palabras.

Horowicz es otro marxista quien apela también a la comparación con Rasputín (p. 249). Su libro me recordó la anécdota que acabo de referir: es un análisis de toda la historia del peronismo y aun del marco histórico que le precede. Los cuatro peronismos son en rigor cuatro etapas: el gobierno de 1946/55; la resistencia; el tercer gobierno hasta la muerte de Perón y la disgregación posterior.

Según Horowicz el peronismo integra el intento, compartido por la sociedad argentina, de eludir toda transformación revolucionaria (léase revolución proletaria). Perón signó la suerte de su movimiento desde el comienzo cuando enterró al Partido Laborista. Horowicz atribuye al Partido Laborista y a Cipriano Reyes en especial una aptitud revolucionaria que se entronca más fácilmente con sus prejuicios (o su ciencia) que con datos históricos que robustezcan su posición: el Partido Laborista, que casi no existió

en nuestra historia, es para el autor un hilo conductor de la misma.

Más sugerente es el análisis de Evita, a quien juzga la segunda oportunidad del primer peronismo: Evita era su “síntesis personal” pero no logró transformar el evitismo en una corriente diferenciada. Destaco un párrafo digno de transcripción: “el renunciamiento de Evita no fue entonces el de una militante al borde de la muerte sino el renunciamiento de la clase obrera a transformar revolucionariamente al peronismo... de ahí que la muerte de Evita fuera el único camino, el único lugar que el peronismo podía adjudicarle” (p. 122).

No parece muy científico, las clases no se saben por dónde andan, pero vale la pena leerlo y discutirlo.

El primer peronismo cayó porque Perón no se atrevió a armar a las masas. No es un pensamiento original; tampoco su inquebrantable fe en la victoria de estas.

La resistencia es tratada sobriamente aunque sin aristas especiales. El tercer peronismo fue el de la alianza inviable: la superestructura que pretendió asentarse sobre una infraestructura inadecuada (la frase es *mía*). El plan Gelbard tuvo una “alarmante ingenuidad”. El montonerismo fue una oportunidad de ligar a la “vanguardia obrera inorgánica” “una retaguardia armada” (las frases son del autor). Fracaso por razones mal y poco explicadas. Intenta apartarse de los clichés para tratar al montonerismo; elogiable pretensión que no produce una explicación válida.

El cuarto peronismo “es el de la derrota, la disgregación” que nace con la muerte del líder.

Horowicz relata cuarenta años de historia que comenta con pasión.

Su crónica es ágil y legible. No está exenta de errores. Algunos perdonables: según él el asesinato de Salvador Allende ocurrió el mismo día en que Perón resultó electo por tercera vez. En realidad, los hechos estuvieron separados por doce días. El error lo obliga a matar a Rucci diez días antes de tiempo; quizá lo motivara una comprensible afición al efectismo.

Más grave es la explicación del asesinato de Vandor. Horowicz teje al respecto una serie de especulaciones y termina culpando a la propia burocracia sindical o al gobierno de Onganía (p. 208). Es criticable que ignore que el crimen fue asumido por el Comando Emilio Maza, que se sumó luego a la Organización Montoneros. El dato fue conocido en septiembre de 1970 y corroborado luego con las revistas *El Descamisado* (febrero de 1974) y *La Causa Peronista* (agosto de 1974). Si Horowicz consideró falsas esas versiones debió refutarlas. Cabe acotar que sus fuentes bibliográficas (las lógicas para un trabajo impresionista) revelan una carencia: toda la iconografía guerrillera de 1970 en adelante, con la solitaria excepción de la precursora *Cristianismo y Revolución*.

Discrepo con Horowicz porque “se nota demasiado” que no le gusta el peronismo. A veces ni la clase trabajadora: “el carácter burgués del peronismo no se mide tan solo por la

naturaleza de su propuesta sino por la naturaleza de las aspiraciones colectivas no imbuje a sus sostenedores de una ética protestante espartana (*sic*) sino de una elevada dosis de hedonismo consumista. El horizonte vital de los trabajadores peronistas es preciso, exacto, inequívoco, está representado en el horizonte que la publicidad propone para sus consumidores; pensar otra cosa es falso y grave”. El libro no tiene datos propios, la información parece de segunda mano (hasta las consignas se transcriben a menudo mal). Hay capricho en algunos datos: dice que el 20 de junio las masas en Ezeiza esperaban una definición tajante; o que el 12 de junio de 1974 la concurrencia fue escasa... la explicación científica no complace. Faltan tratar elementos cruciales: la CGT de los Argentinos, la guerrilla peronista no montonera; la influencia de la política y la economía imperial; el peso de la crisis de la OPEP en el 73/74. Eppur si muove... Hay fervor, lenguaje punzante, felices ironías. Dice de la relación entre Rucci y Lorenzo Miguel: “José absorbe los bifés, Lorenzo organiza el juego, sonríe. No es un mal reparto de roles, teniendo en cuenta que Lorenzo le debe, entre otras cosas mayores, estar vivo”. Parece Rodolfo Walsh; no es poco decir.

No falta la comparación histórica: digna del mejor (y ¡ay! ya lejano) Ramos. “Evita cumplía el papel del ícono que encabezaba la movilización de la clase obrera frente al Palacio de Invierno de Nicolás en 1905; los trabajadores marchaban detrás de los íconos

encabezados por el pope Gapon; el zar —la guardia del zar— ametralló a la multitud. De allí en más la clase obrera dejó de marchar encabezada por un pope, detrás de los íconos... Es preciso que la multitud marche aunque la encabece una imagen religiosa y que la guardia dispare”. ¿Es preciso? ¿Es ineludible? Puedo disentir con la tesis, pero no negarle sugestión y belleza literaria. También es seductora la comparación entre Cámpora y Mercante.

Mi amigo tenía toda la razón, Horowicz apenas una parte y a su pesar. Además, lo que respeto en este son elementos que quizás él considere residuales.

Es mucho menos “peronista” que Ramos, mucho más serio que Sebreli, mucho menos plomo que Milcíades Peña. Un nuevo marxista leyendo al peronismo. Me gustaría que entendiera que esta crítica es —dentro de mis limitaciones de clase y estilo— un respetuoso saludo. ■

AÑO 4 - N° 11/12

OCTUBRE DE 1986

PUNTO DE VISTA

Ciertos puntos de vista

Por Alcira Argumedo

“¡Al Espasa Calpe, marinos!” ordenó el capitán González desde su puesto de mando a estribor, mientras devoraba un último resto de uña del dedo meñique. “¡No veis que es un dislate buscar las polisemias de tantos cuernicopios!” Tensionado por la magnitud de su tarea, sabía que solo en el repositorio de las prácticas simbólicas y los significantes en clave de Frankfurt, se encontraba la posibilidad de hacer de cada uno de sus hombres un marino virtuoso. Debía lograrlo antes de arribar a las costas de la ciudad futura, donde la posmodernidad volatilizaba las mimesis y la *doxa* superaría la lógica perversa de la simplicidad en el *sensus communis*.

—”¡Burdos populistas: vuestras pulsiones autoritarias están produciendo el descentramiento del sujeto!” “¡La

competence chomskyana nos espera!”

“¡Los saberes diseminados en la *origa pudenda* nos obligan a corregir el rumbo!” Nervioso y hambriento, el capitán González solicitó al grumete Álvarez un poco de uña para mascar; solo así lograría concentrarse y encontrar el *topos* cognitivo-instrumental en los extensos horizontes azules.

La enigmática imagen del hundiimiento profundo de Adorno preocupó a Ivancich, un polizonte vitalicio de los bergantines sin proa en este mundo. Totalmente *aggior-nato*, soñaba con una microcomputadora de cuarta generación —esas con chips fabricados por fotolitografía de láser— para calcular los votos de UDA en la Universidad. El *modus operandi* constituyente de sus reflexiones era taxativo; desdeñaba las

boutades y los metarrelatos en favor de las coartadas paródicas, eludiendo las concepciones inmanentistas. Afectado por una irremediable *damnatio memoriae*, había elaborado un símil de la *Archaeology* foucaultiana para ubicar el día remoto de su nacimiento. Sentía que era imprescindible una ontología nihilista, sin concepciones a ningún *bricoleur*.

La voz atronadora del capitán González retumbó una vez más en la calma de los océanos: “¡Eah, vosotros: decodificad el metadiscurso en un contexto autoneutralizante que elimine los efectos contextuales!”. Lo urgía cambiar el *habitus* anacrónico de sus subordinados mientras estuvieran en alta mar. La *intelligentzia* de la *nouvelle philosophie* habermasiana tenía contra él un arma aterradora: era sabido que a su conciencia la atormentaba el pecado de haber leído a Gramsci *en populiste* durante el *bienio rosso* de los setenta. Pero quedaba, *in potentia*, alguna esperanza de perdón, si descendía en las playas modernas renunciando a todo reduccionismo y apodicticidad, exorcizando su turbio pasado, haciendo votos por las yuxtaposiciones contrapuntísticas o los juicios contrafácticos.

El catalejo temblaba en las manos de Wainfeld, emocionado por la posibilidad de develar *ex ante* la morfología de una nueva *Gemeinschaft*. Este astuto vigía se solazaba en sus certezas, apretando contra el pecho un ejemplar de *Struk-turwandel der Offentlichkeit*; mientras Feinmann —enfermo y encerrado en la bodega— se

preguntaba en una letanía por qué la *sittlichkeit* hegeliana había violentado su *naturae* sedentaria, dislocado su *prudentia*, hundiéndolo en un momento catártico y heteróclito, obligándolo a iniciar este viaje sin *retró*. Nada calmaba, empero, la tristeza del grumete Álvarez: había perdido *ex novo* la interna de los ascensores. Despreciando *in nuce* los consejos de los *maitres penseurs*, cayó en una ficcionalización integrista *strictu sensu* que lo dejó *cum outsider* del *melting pot* maximalista.

—“¡Hemos perdido el *cursus*!”— pensó para sí con alarma el capitán González mirando las estrellas. E inmediatamente un grito desgarrado salió de su garganta: “¡Marinos: estamos ante un problema emblemático del eclecticismo de la *philosophie militans*!” “¡Esto es *analogon tout court* a lo que les pasó a los *founding fathers* de la filosofía *dello spirito*!”. “¡Busquemos el *canon*; encontremos el espacio lúdico de lo posible, invoquemos un *remake*!”. “¡La situación ha llegado a su *clímax* y ya no tendremos *pax*!”. Los ojos enrojecidos del capitán revelaban la gravedad de la situación: un *bric-à-brac* y un *grand-guignol* ocurrido entre el timón y las brújulas dejaron a la nave sin Norte.

Los helicópteros, satélites y patrullas de rescate aún no han logrado establecer contacto con ella. Esperando las noticias con ansiedad, nos preguntamos si *Unidos* podrá incorporar en sus próximos números los recientes aportes de las ciencias sociales en nuestro país. ■

LA CIUDAD FUTURA

Dirigida por Tula, Portantiero y Aricó

EN BUSCA DE LA IDEOLOGÍA PERDIDA

Oscar Terán

Catálogos, 1986

Un destino si funesto

Horacio González

Anuncia el editorial del primer número de *La Ciudad Futura* que ha llegado el tiempo de construir un sistema democrático “que pueda arrancar a la República de un funesto destino”. Dice Aricó en el segundo número de la revista que jamás existió la democracia representativa entre nosotros. Lo que pasaba por tal, no era sino un “cesarismo exacerbado”. Agrega Terán en su libro que “deberíamos aprender definitivamente que lo monstruoso también habita nuestra geografía”. Lo que resultaba más “familiar” en el alucinado paisaje argentino era lo “sinistro”.

Se evidencia así una contraposición esencial: la democracia que exorciza al pasado alimentado por ese destino siniestro. Tenemos entonces un ambicioso programa político de rupturas y recomposiciones, corte fantástico en el tiempo que interrumpe una lógica funesta y ofrece otra, reparadora. Mientras *La Ciudad Futura* se detiene mucho más en señalar los síntomas de esa reparación a través de la fundación de un nuevo contrato político, Terán revisa el tenso montaje de “furias despóticas” que llevan incesantemente a “producir” el sentimiento de nación.

Complementaria tarea que debe ahora permitírnos preguntar si ha sido prudentemente realizado el balance de ese “destino”.

Es cierto que *La Ciudad Futura* reconoce el reciente descubrimiento de una vieja lección que reclama ya una nueva vigencia. Se trata, sin duda, de una lección que por haber sido impartida por los socialismos de antaño —un socialismo que no quiere ser antagónico a la democracia, sino su realización— reclama una nueva atención. Pero también es esa nueva atención hacia el par socialismo-democracia lo que ha sido revelado en estos momentos, a costa de transitar por un camino “plagado de buenas intenciones y de errores trágicos”. Camino datado, indudablemente, en nuestro pasado más cercano, donde se aliaban la tragedia con el ideal revolucionario. Pero también un camino que debe admitir que acaba mostrando, junto al necesario abandono del error que lleva a la tragedia, la necesidad de evocar los orígenes argentinos del socialismo. Aquel tiempo donde los “mandatos sinistros” de la lengua política argentina aún no se habían conjugado.

Esta doble invocación al tiempo ideológico argentino (el cercano cesarismo que neutralizó a la democracia y los lejanos ecos apagados del primer socialismo) pone los límites a partir de los que *La Ciudad Futura* se lanza a pensar. Un vasto plan de reestructuración de la periodicidad histórica que los años setenta habían enseñado (década infame, ciclo nacional-popular, resistencia nacional y retorno de la cifra liberacionista) conduce de inmediato a un nuevo *racconto*, a la manera de un presente cuya prodigiosa fuerza crea sus propios precursores y reconstruye su propio pasado.

No es exagerar demasiado si se considera que *La Ciudad Futura* dedica sus mejores empeños a examinar la estructura del presente en términos de una revalorización de las instituciones político-jurídicas de la sociedad, que impida la clásica degradación a que eran sometidas en manos de la metáfora de las “superestructuras”. Como es obvio, este propósito debe complementarse, tal como lo dice Aricó en la segunda entrega de la revista, con la remoción de los obstáculos que opone un “pasado consolidado como creencia”, quizás obstáculos tan incómodos como el error de suponer que el ordenamiento institucional puede subsistir sin condignas reformas “en la estructura del Estado y la sociedad”.

De tal modo, casi todo el material de la revista pende hacia la formulación de un programa para el cambio posible y actual, contra las sacralizaciones y credulidades del pasado. La ciudad futura odia a las ciudades del

pasado. Recientemente, en otro trabajo, Juan Carlos Portantiero había enumerado las seis “subculturas” argentinas que no habían favorecido el trámite democrático: se trataba del desarrollismo, del jacobinismo, del populismo, del liberalismo, del conservadurismo y del integrismo. Queda la pequeña brecha del socialismo, una vez descontadas de este todas las combinaciones que se entretejieron en nombre de él, prácticamente con todas esas subculturas mencionadas. Y aún así es preciso saber si lo que queda es algo más que un fugaz interregno histórico bajo el blasón de la combinación socialismo-liberalismo, en la cual ese entrecruzamiento quiso mantener (y hay que ver si pudo) su autonomía respecto del conservadurismo. (De todos modos, la propensión a trazar un pesado muro entre el presente y el pasado, es momentáneamente puesta entre paréntesis por un Portantiero que, en el número 2 de *La Ciudad Futura* arroja una mirada conmisericordiosa sobre su propia biografía intelectual, asentando la condición que le impide ser un “frío analista”, por haber sostenido él mismo las ideas que ahora critica; este es un saludable principio de reflexión, pues se acepta que hubo un pasado en que se era otra cosa y contra el cual se piensa, así, no cabe duda que el “aquí y ahora” de *La Ciudad Futura* estaría más en condiciones de abrirse al drama histórico argentino que nos envuelve, si no fuera que es precisamente ese “drama” el que es recubierto por la idea del lucido destino).

El tema central que recorre los dos números de la revista podemos vincularlo a la insistencia en desbaratar el “dualismo” que admite una división entre necesidades sociales primarias y secundarias, esto es, entre la lógica de la “estructura” y la de la “superestructura”, entre la economía y las instituciones. Con razón, se quiere abandonar esa visión metafísica, de cuya pérdida nadie se ha de lamentar. Sin embargo, queda la duda sobre si no se introduce por la ventana de la ciudad lo que se ha expulsado de sus parques y avenidas. En efecto, el propio Portantiero piensa sobre la base de una realidad que se abre en dos campos de fuerzas, por llamarlos así, donde se encuentran el Estado y las reivindicaciones populares, respectivamente. Entre ellas, como es lógico, no se postula ahora ninguna relación de determinación ni de prioridades, lo que de inmediato permite defender la idea de que es necesario tomar iniciativas urgentes en el campo de la reforma institucional. Será esta reforma la que permitirá una mayor participación democrática, capaz de adentrarse hacia las “capas culturales profundas” que, entre nosotros, aún son recorridas por las patrullas del autoritarismo o el cesarismo de las anteriormente mencionadas subculturas.

Se torna así “central” proceder a la reforma institucional, pues de ella depende todo lo demás, lo que parecería significar una reintroducción de “primacías” en la acción, esta vez en favor de las reformas institucionales-culturales, en cuya concreción se halla el secreto

de la participación democrática en la Argentina.

Esta opción neoculturista, aunque ahora esgrimida en un clima argumental contractualista y antihistoricista, no cuenta, con todo, con pacífica aceptación por parte de otros articulistas de la revista. En el número 1, Néstor D'Alessio argumenta que nada vale invocar el ideal del ciudadano racional si no se crean condiciones materiales que lo sustenten, a no ser que se piense —dice con buen criterio el articulista— que abundan las personas y los proyectos que se dispongan a cambiar la moneda de su mínimo bienestar material por las garantías (en este caso abstractas) del “mercado democrático”. En ese mismo sentido, el número 2 de la revista cuenta también con una intervención de Mario dos Santos, si bien en un tono por demás cauteloso, que también advierte sobre la imposibilidad de que numerosos sectores de la población por debajo del nivel de vida aceptable, se convenzan de que ese sea el precio a pagar por la estabilidad de las instituciones. Un largo ensayo final de Norbert Lechner, en el mismo número, se cierra con una angustiante pregunta dirigida a atender la misma cuestión teórica: ¿cómo sería posible compatibilizar la prioridad dada a la acción institucional con los viejos campos de problemas, caros a los socialistas, referidos a la superación de la explotación y la desigualdad social? Indicios de la misma preocupación pueden notarse en Emilio de Ipola, quien aún deja entrever la interrogación por la “equidad social” en los repliegues

de una larga fundamentación sobre la necesidad de que la izquierda democrática asuma la “cultura del orden”. Una exacerbación de este planteamiento puede encontrarse en los artículos de Hirschmann, que la revista, o algunos de sus articulistas, tienen como estimable escudo argumental. Muy lejos de la advertencia de D'Alessio en el sentido de que una desatención del flanco socio-económico podría acarrear el resurgir de un “integrista político”, Hirschmann propone una ética pesimista y/o estoica desde la cual se piense la sobrevivencia democrática aun cuando falten las condiciones “materiales”, tales como la mejor distribución del ingreso, etc.

Resuelve entonces sustituir la ausencia de esas precondiciones con una ética de la incertidumbre, que plenamente aceptada por todos los actores democráticos, llevaría a consolidar el “ágora” de la democracia por medio de debates fundados en la duda, única forma de remover los “hábitos mentales” que conducen al cierre del campo temático del debate, por medio de una petición autoritaria. Aricó convalida este criterio, pues estaríamos “enfermos de romanticismo”. Hay que luchar pues contra el “funeste destino” y liberarnos del pasado, aunque “sin pretender silenciarlo”. El “debate” se convierte entonces en el “salario de la democracia”, lo que también parece ser una opción por la que encamina Héctor Leis sus reflexiones, no menos interesantes por tratarse también de un tour de force a partir de la propuesta hirschmanniana.

Mucho más habría que decir para agotar la reseña de una revista que no ahorra a sus lectores toda clase de estimulaciones, pero con lo dicho queda pasablemente bien diseñado el territorio conceptual que recorre *La Ciudad Futura*. Dígase como curiosidad que la revista asocia cierto deseo constructivista, en lo que hace al pacto democrático, con un realismo político que la lleva a desdeñar la propuesta del cambio de capital, atribuida a los “excesos temáticos” en los que incurre un pensamiento presidencial que a su juicio está demasiado atado, por decirlo con una palabra que en este caso la revista no emplea, a ciertos “cesarismos” poco recomendables. Justamente, el único tema que una revista de ese nombre debería lanzarse a defender con ahínco, la ciudad futura del sueño presidencial, es objeto de un precavido distanciamiento. En rigor, la “ciudad” de *La Ciudad Futura* no es otra ciudad a ser fundada, sino la fundación de otro sistema político.

Puede afirmarse que un elenco tan abigarrado de dilemas —que confluyen en una propuesta de reconstrucción institucional que de nuevo permita pensar el socialismo— no cuenta con un “servicio historiográfico” de similar envergadura, a no ser el que proviene de la fina y quizá deliberadamente solitaria tarea de Oscar Terán. “Buscar la ideología argentina” implica aquí buscar en las ideologías político-culturales argentinas la razón por la cual, finalmente, los años sesenta asisten a un formidable intento de poner en escena temáticas antieuropeístas y antiintelectualistas.

Ellas recorrieron por igual a las huestes nacional-populistas (impulsoras privilegiadas de la cuestión), que a los destacamentos ensayísticos de la izquierda y del liberalismo, de cuyas filas sale el sartrismo que intentará auscultar en el corazón del peronismo en desgracia, los lados posibles por los cuales alguna historia de transformaciones sociales todavía podría avanzar. Estos sistemas ideológicos eran demasiado inocentes para la obscena realidad histórica que se les enfrentaba. Siempre lo que llamamos realidad, cree Terán, se presenta bajo la forma de lo “obsceno”. Es que en la Argentina todo lo real parecía fruto de una sensualidad fuera de lugar, grotesca e irrespetuosa, mientras que las ideas eran seducidas por el canto de lo siniestro. En ese momento es que el navío de las ideologías argentinas se estrellará con los peñascos de obscenidad histórica. Para Terán parece ser que las “ideologías” argentinas no se taparon con cera los oídos frente al acecho de las músicas antiintelectualistas y antiliberales. Pero, ¿deberían ser cómo? ¿Ideologías que superan de antemano la existencia de la “obscenidad”? ¿Deberían entonces inhibir sus propias búsquedas, desplazamientos, collages? Terán no es amigo de los sartreanos de los años cincuenta y sesenta. Parece ser mucho más tolerante con un José Ingenieros capaz de “invertir” el significado de ciertas categorías analíticas “espiritualistas”, capaces de incorporar valores que pueden perder su connotación habitualmente “reaccionaria”.

Se es mucho más piadoso con las estaciones biográficas por las que atraviesa

la “ideología Ingenieros”, que con las que atraviesan los ensayistas de los años sesenta. Estos iban anunciando el “tan funesto destino”. De allí la doble idea de democracia que la revista *La Ciudad Futura* elige para sí: una, la que surge de las teorías sobre el pacto y la interrelación de las esferas normativas con las esferas de la producción; otra, la que surge del ánimo exorcizador que lleve a la “liberación del pasado”. Los dos casos se superponen y no es fácil para el lector reconstruir cuánto la revista les debe a sus ensayistas y teóricos, y cuánto al deseo de evadir lo siniestro en el relato de la propia biografía de sus ensayistas. De cualquiera de las formas, hay mucho para discutir. En el primer caso, se pueden abrir los debates en dirección a la gran incógnita que dejan las tesis neocontractualistas, a lo Rawls, tal como se exhiben en la revista de Tula, Aricó y Portantiero. En efecto, ¿cómo abordar una “sociedad” en la que históricamente se ha desarrollado el capitalismo cuando los aparatos conceptuales ya no cuentan con otros actores que no sean los sujetos en busca de equidad? ¿Cómo hablar de los procesos económicos? ¿En términos de una exterioridad respecto de la ética o en términos de otro tipo de relación, aún no escrita, que sustituya la idea clásica de interrelación (en cualquiera de sus versiones) entre lo social y lo político? Es indudable que este debate solo aumenta su interés, cuando se percibe claramente que se halla explícitamente articulado con la actual coyuntura argentina.

En cuanto a los exorcismos, solo Terán, por el momento, se anima a encarar la

tarea de hacerlos desde una escritura que se ajusta notablemente a ese propósito. Terán, en las huellas de Halperin Donghi, es un proustiano del relato histórico. El proustiano habla y escribe para sostener en un mundo lingüístico la única certeza posible de escapar de una “realidad histórica obscena”. Sin embargo, lo que hace es sitiar infatigablemente esa obscenidad que lo encandila. Siendo así, puede comprobarse a cada paso que la historia ideológica argentina que cuenta Terán no es la que necesariamente debería ajustarse a las nuevas tesis políticas que está escribiendo, en la eternidad de este presente de fundaciones, Juan Carlos Portantiero. En ambos casos, con todo, hay una relación con el pasado, que no nos conviene. En Terán, por querer reescribir a la manera de un Pierre Menard entristecido todo lo que vivimos, con las palabras que lo vivimos y con los sentimientos que le atribuíamos, pero reescribirlo como si nunca, entonces, se hubiera pensado sobre lo que correspondía pensar, como si nunca hubiéramos tenido objetos y situaciones reales y ellas retrospectivamente aparecieran recién ahora con ropaje demencial. En Portantiero, por no querer reescribirla, como si no fuera verdad lo que comprueba Terán en un Mariátegui o un Ingenieros. Porque la gente cambia, y cada uno de esos cambios permanece en algún lugar de su nuevo idioma ideológico.

La Ciudad Futura es una de las pocas revistas políticas argentinas con las que puede discutirse. Es cierto que en parte

esto es así porque la revista considera la democracia algo así como una “estructura de debates”. Pero también sigue siendo así, aun cuando no se coincide con esa misma definición. Tanto se desea expulsar la “ontología social”, que se corre el peligro de asumir una “ontología del debate”. Ahora bien, es habitual discutir con esta revista y con otras manifestaciones de los miembros nucleados en el Club de Cultura Socialista, a partir de la parábola biográfica que muchos de ellos describieron, en el interior de una historia perteneciente a la izquierda argentina, con el desenlace actual en la torsión política que lleva a las tesis lockeanas, kantianas, etc. Este tipo de discusión, no nos engañemos, es la comidilla de todo debate pues permite computar las cosas que se reniegan, las cosas que parecen conducidas por la proximidad con el poder, etc. De ahí que a veces se cierra la cuestión, usando como argumento precisamente lo que hay que debatir. Se advierten los cambios y mutaciones ideológicas y se dice “¿vieron, ahora dicen esto?”. Es evidente que esa no es una discusión pues a nadie puede reclamársele que pensaba una cosa y ahora piensa otra, mucho menos en este país.

Esto no quiere decir que la propia revista no favorezca estas opiniones ociosas, primero con una evidente facilidad para omitir el drama de las vidas que han protagonizado —como todos— estos viajes y torsiones ideológicas. Aricó ha contado la historia del grupo Pasado y Presente en la revista *Vuelta*. Todo parece allí un flujo neutral, pausado, previsible,

cuando en verdad esos cambios obedecen más a una estructura de desgarramientos que a una secuencia evolutiva y lúcida. Y después, con una cierta incomodidad que se nota en las páginas de la revista cuando se trata de comentar los pensamientos que inspira la figura presidencial. El presidente es un “lugar vacío” en la revista, pero continuamente se habla de él, y no solo en los pocos momentos en que explícitamente aparece, a propósito de algunas cautelosas críticas que se le dirigen. Da la impresión, ya sea por lo que no se dice, como por las menciones deliberada o forzosamente distanciadoras, que esa figura es parte de un dilema político y existencial para los miembros de la revista, que debería ser referida de un

modo más pleno. Esto precisaría más historias, más narraciones biográficas, quizá de las que escribe Terán, pero en nuestra opinión, con una lógica diferente: ¿por qué colocar en la “monstruosa geografía” y cargar a cuenta del destino funesto, tantas cosas cuyo valor político es bien diverso? No éramos sonámbulos que habían pactado con la catástrofe. Aquello no era un desierto que no conoció la democracia, ni esta situación que hoy vivimos deja de tener ciertos aspectos “cesaristas” que no siempre el oficialismo cuida en disimular. Si cuando teníamos “pasado y presente” no éramos tan duchos para entrever futuros, ahora que queremos tener ciudades futuras, no se debería ser tan injusto u hostil con nuestro pasado. ■

Dorrego: en la Comedia Nacional son más crueles que en Navarro

La crítica tradicional se ha atenido al pie de la letra a las declaraciones teóricas de Laferrère... han aceptado acríticamente la imagen de sí mismo que les proponía Laferrère. Y no. Se trata de un mito más de la literatura argentina confeccionado mediante la acentuación de los gestos de un autor y no refiriéndolos a su conducta entendida como acto de un trabajo.

David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*

Por Alberto Ure

La representación de *Poder, apogeo y escándalos del Coronel Dorrego*, de David Viñas, dirigida por Alejandra Boero en la Comedia Nacional, lleva a

pensar que quienes ambicionamos formar parte de una nación soberana estamos mucho peor de lo que creemos. Si no estuviésemos en la recontralona, de

rodillas y estuporosos, esto no podría suceder. Se cuidarían más, temerían desmanes, serían más prolijos. Pero no. Están seguros de habernos aniquilado, de que gozan de la más completa impunidad. Pueden dejar que florezcan centenares de homenajes a Jauretche y Scalabrini Ortiz o pasearlo en andas a Pepe Rosa, mientras los intelectuales del campo nacional sigan preocupados en contestar las cartas que les baja el oficialismo, y por supuesto sin revisar el mazo porque suponen que es un partido entre caballeros. Cada vez que un dirigente peronista corre a ponerse el saco y la corbata para la foto, y lo único que tiene para decir es cuál es su última posición en la interna, en el grupo Esmeralda las carcajadas deben romper los vidrios. Y supongo que con una obra como esta, deben tronar los aplausos. Cuando estas líneas se publiquen, quizá la obra ya haya bajado de cartel. No se trata entonces de sumarle o restarle espectadores, y a lo sumo quienes estén interesados podrán corroborar parte de lo que digo en el texto publicado de Viñas; la intención es buscar una manera, un apoyo entre otros para pensar el teatro nacional y la actividad cultural del gobierno, que no nos es ajena porque se ejerce sobre nuestro país, aunque se cumpla ante la indiferencia de los representantes elegidos de la oposición.

Esta obra retoma, en el escenario más oficial del país, uno de los temas que hasta para la historiografía liberal presenta formas trágicas: la conspiración unitaria contra Dorrego, el golpe de Lavalle que lo derrocara y su asesinato.

Por su escandalosa nitidez, parece fácil de encuadrar en las formas más arcaicas del teatro: un héroe, un chivo expiatorio, encarna algo intolerable para el orden establecido, y su falta siembra la peste en la ciudad. Transgrede una ley, funda un conocimiento, y con su sacrificio socializa su saber en una nueva cultura. Este esquema tiene innumerables variantes, pero constituye un modelo básico. El protagonista encontrará uno o varios antagonistas, que defenderán el orden de las consecuencias de la transgresión y que luego, cuando la reorganización los señale como verdugos, pagarán su defensa con el desconsuelo y hasta con la vida. El coro será el encargado de reclamar la acción del héroe, señalar su falta, pedir su castigo, llorar su muerte, criticar el exceso del verdugo y desear que en el futuro las cosas sucedan de otra manera. Este esquema seguro, cuyas leyes fueran formuladas hace más de veinte siglos, presenta en el caso de la obra de Viñas-Boero todas las variables necesarias para mostrar que, aunque es difícil manipularlo políticamente para expresar consignas sencillas, es fácil transformarlo en aburrido. Si bien Dorrego, el de los libros de historia, presenta muchas características del héroe mítico —comienza combatiendo por la libertad lejos de sus pagos, demuestra un valor excepcional en la batalla, sus burras irritan a los más grandes (San Martín y Belgrano), es herido gravemente en la acción, agoniza y sobrevive con marcas físicas, es condenado al exilio y salva milagrosamente su vida en mares exóticos, vuelve a su país y brilla como

tribuno, ocupa la máxima jerarquía del poder, y me debo olvidar algunas— aquí aparece desdibujado, como si la búsqueda de una propaganda política donde él no es lo importante, sumada a la ineficacia en el manejo del modelo trágico, pudieran producir solo un aglutinado de superficialidad. Pero para nada una superficialidad ingenua, sino la que recompone los hechos ya supuestos para mostrar los infortunios de los argentinos como un resultado de su propia estupidez. Y a la clase obrera como cultores de un folklore primitivo, ineficiente, que no formula ninguna necesidad ni proyecto. Y que, destacando el tema, solo la fábula, parece olvidar qué retórica utiliza para contarla y con quién se emparenta.

Puede argumentarse que cuando un dramaturgo toma un tema histórico lo traslada a lo ficcional, y que allí tiene derecho a guiarse por la coherencia de su propia obra y nada más. Es cierto, aunque también es innegable que del reconocimiento social de las figuras dramáticas, de los personajes, surgirá la violencia de su recomposición, y que así introduce un imaginario que dialoga con las certidumbres de la historia, produciendo resultados más prácticos que los datos científicos. En los actos escolares se aprende más historia que en las clases, y por eso precisamente se hacen. Ese pasado que se transforma en mítico por la ficción se dirige con precisión al presente, y se coloca directamente en el terreno político. Hay casos en que una obra utiliza el contexto histórico, la época, y se vuelca a la intimidad de los hombres

del poder, utilizando lo que la historia no podría imaginar (la drogadicción de San Martín, puede sugerirse, o los delirios arterioescleróticos de Sarriento agonizando en el Paraguay) con lo cual potenciaría la ilusión dramática, sin abrirse casi nada a la política concreta. Pero al narrar hechos históricos y enlazarlos con un mecanismo se pasa directamente a la pedagogía de concepciones. Las interminables discusiones que registran los apuntes de Brecht revelan, sin que uno coincida con sus conclusiones, que él se preocupaba de esos resultados. Claro que Brecht parece haber llegado a la Argentina caminando con la cabeza, y sus seguidores lo intentan poner de pie empujándolo para abajo. Ya lo tienen hundido hasta la cintura.

Lo curioso, y a esta altura no tan doloroso, es que Viñas ha demostrado de sobra su preocupación por el pasado argentino, su intención de comprenderlo y divulgarlo, y de rescatarlo como fuente de un pensamiento. Aún estando en desacuerdo, como lo escribió Jauretche en algún lado, sus textos invitaban a una discusión. Pero todo lo que se puede desear a favor no alcanza cuando alguien decide estar en contra. Si se es tan fácil víctima o cómplice del peor teatro del país, y para colmo del que pagan todos sus habitantes, hasta los más pobres, para ser desde allí burdamente antinacional, ya es una ventura poco interesante saber por qué túnel se puede escapar y si se escapa. Lo que no se puede negar es que Viñas conoce la historia argentina, seguramente más que las leyes del

teatro en este caso, y que lo que elige poner o no poner en su argumento es deliberado, además de que consiente todo lo que pasa en el escenario. Viñas parece haber supuesto que sus esfuerzos por comprender otros escritores le permiten a él no pensar lo que hace. En el mismo programa de la obra destaca entre sus libros preferidos a una novela sobre el ejército (*Hombres de a caballo*) y a una novela vinculada a un hecho histórico (*Jauría*), sus ensayos *Literatura argentina y realidad política*, y a otro libro sobre el ejército (*Indios, frontera y ejército*). Pasando por alto cierto dandysmo de aristócrata empobrecido (escribe cuando logra olvidarse de las deudas) se proclama porteño antimilitarista (nació en Buenos Aires, pero como Guido Spano) y como el escritor que capta y dramatiza momentos históricos fundamentales. Por si algún espectador no lo sabía, él le explica que escribe desde el saber de la historia, que se puede confiar en lo que le mostrará. Pero como se verá, una característica de esta puesta en escena es tratar de parecer una cosa y demostrar lo contrario, artificio que en el teatro, por la simultaneidad de lenguajes, es un recurso bastante fácil. Y para lograr esto se ve que todos han trabajado mucho y en detalle, eso no se puede negar. Mientras hay luces en la sala, uno tiene en las manos un programa rojo, federal, pero en cuanto se apagan se asiste a coartadas unitarias. La acción comienza por el final del texto, mejor dicho, por una escena que el texto no describe pero sugiere, y termina por el principio pero cambiado, pero no por

un alarde de modernidad, que presuponga que la tragedia debe desvalorizar la intriga. La primera escena es el fusilamiento de Dorrego, la escena mítica. Casi un cuadro de Goya, con esa obsesión que tienen algunos puestistas anti-teatrales de apelar a la plástica como referencia. Pero hay un detalle: los soldados que cumplen la orden, con balas de fogeo y todo, están vestidos con trajes de fajina del ejército contemporáneo. No quedan dudas, esta gente condena los crímenes del Proceso. Y además sostiene que la historia que empieza a contar se puede comprender desde los datos más inmediatos del presente, y viceversa. Lo que sucede ya ha sucedido, y lo sucedido puede volver. Pero después, como con el programa, se verá que no tanto. Aparece un Ejército argentino, oficiales vestidos con trajes contemporáneos, y ya se sabe lo que se les atribuirá: negociados, traiciones, asesinatos, estupidez, fanfarronería, todo lo que nadie duda que se ganaron que se diga de ellos. Sin embargo, durante toda la obra aparecen militares vestidos en distintos estilos y representando a varios ejércitos, de tal manera que el uniforme contemporáneo se convierte en abstracto, y solo en un soporte de juicios y no en responsable de acciones (opinión teatral que podría ser política). Dorrego viste un uniforme de época blanco, y Lavalle otro simétrico celeste. Hasta el más despistado ve que entre ambos forman la bandera argentina, lo que da la idea de otro ejército posible, que se deshace a sí mismo en el enfrentamiento. Para aumentar la confusión, el

general Estanislao López, que derrotó militarmente a los dos, a Dorrego y a Lavalle, aparece vestido de paisano y ridiculizado de tal manera, que más bien parece una incitación a que se unan Vernet, Cáceres, Molinas y hasta Estévez Boero para incendiar el teatro. También aparece uno de los Colorados del Monte, pero vestido de Gaucho Teatral, y se dedica a cantar toda la obra. Hay una intención de simplificar la imagen del ejército argentino, denostándolo pero no comprendiéndolo: son los asesinos y ladrones del Proceso, que siempre fueron lo mismo, pero que no tienen nada que ver, salvo que son lo mismo, con otros militares que combatieron por la formación del país, pero que también mataban gente, y que se mataban entre ellos, y cuando más se quiere simplificar más se confunde. El ejército contemporáneo aparece de la nada, solo lo soporta su vestuario. Si alguien dudaba que una de las tareas más meticulosas del imperialismo ha sido deshacer la noción de ejército dentro del cuerpo nacional, aquí tiene la prueba, en el escenario oficial. ¿Tengo que aclarar que esto no es una defensa de Camps? Seguramente sí, y muchos no creerían la aclaración, porque el éxito del Proceso en separar al ejército para siempre de un proyecto nacional es total; ni siquiera se puede tener una idea del ejército posible, como no se tiene idea del territorio propio, que suele ir unida al ejército que debe defenderlo. Y no en vano se plantea el problema en una obra que transcurre en los días que nuestro país perdió la Banda Oriental. Y mientras

se lo insulta y se lo fragmenta para que sea incomprensible, como si la Argentina pudiera pasar a ser Costa Rica, lo que se dice se transforma en un aparente desahogo. Que arrastra con el ejército, enredado en sus ornamentos, la tradición torturadora y genocida del ejército mitrista, pero también los momentos en que otro ejército fue la palanca que permitió a la clase obrera acceder a la vida política del país por primera vez.

El enfrentamiento entre las dos cintas de la escarapela esquizofrénica, Dorrego y Lavalle, es provocado por los dos coros que los circunvalan. Los morenos, se supone que el pueblo, los negros, que rodean a Dorrego bailando candombes y mostrando que solo piensan en divertirse, irreverentes pero ingenuos. Dorrego, poseso de la sensualidad del poder, se distrae en preguntarle a su espejito si se parece a Bolívar, y se deja envolver en sus contoneos, gozando como un Rey Blanco, pellizcando nalgas carnosas y haciéndose detallar como se hacen las sabrosas empanadas. Pero como se verá, los negros trabajan el doble, hacen de coro y de peste, sobrecarga funcional que estalla en lo incomprensible cuando al final también son las víctimas en las que se expande la muerte del héroe.

Viñas debe saber que las intenciones de Dorrego con Bolívar no eran solamente copiarle el flequillo, debe haber leído las cartas en que se ponía a sus órdenes, y debe recordar que si en esos días San Martín cruzaba el mar rumbo al Río de la Plata era porque quizá todo no había terminado en Guayaquil.

Que además de aprender pasos de can-
dombe, Dorrego estaba negociando la
paz con el Brasil, utilizando las mis-
mas armas que la diplomacia inglesa
descargaba en contra nuestra, inten-
tando hasta el soborno de los mercena-
rios alemanes del imperio para implan-
tar repúblicas independientes. Pero no,
su obsesión son los negros.

El otro coro lo constituyen los civi-
les, vestidos con trajes contemporá-
neos, uniformados pero de civil, que
se indignan porque Dorrego baila con
los negros y no asesina a los caudi-
llos del interior, y que son aliados del
representante francés, que anda por
la obra hablando como el tío Fran-
cés de los avisos de vino Thermidor.
Estos civiles representan, en este bre-
chtismo psicótico, “los políticos y los
ricos”, no los unitarios que se llama-
ban Rivadavia, Agüero, Del Carril,
Juan Cruz Varela, Díaz Vélez, Valentín
Gómez. Se lo nombra, apenas, a Del
Carril, seguramente para que la gente
no se pregunte cómo puede ser que
tantas calles, paseos y escuelas del país
lleven nombres de traidores a la patria.
Imagínense que se puede suponer que
nuestros nietos irán a la escuela Mar-
tínez de Hoz, la de la calle Massera,
crucen en el hall un retrato de Wal-
ter Klein y participen en un acto que
conmemore el reconocimiento de la
deuda externa. No sería mucho peor.
Pero, como en el ejército, la mezcla
de pasado y presente solo sirve para
que los dos campos dejen de ser con-
cretos. Su misma conducta actoral se
lo impide. Son gente del poder, del
dinero, se podría pensar que son los

operadores locales del poder finan-
ciero internacional, pero entonces, al
colocarlos en el presente sin definirlos,
generalizándolos en ese expresionismo
de teatro independiente, se evita toda
identificación y localización. Este coro
de conspiradores indignados encuen-
tra en Lavalle su figura para el golpe,
aunque ellos también, como la direc-
ción de la obra, piensan que los mili-
tares son idiotas. Y lo tienen que
convencer, porque Lavalle es un mili-
tar profesional de uniforme celeste,
que juega con una pistola y habla de
matar, pero que respeta los méritos
de Dorrego en las primeras batallas
de la independencia. Otra elección de
Viñas, que tiene que saber que Lavalle
había venido por unos días del Brasil,
y que había demostrado su total oposi-
ción a Dorrego, armando un escándalo
en la elección del 4 de mayo en el atrio
del Colegio San Carlos. Esta “espada
sin cabeza” como la llamó otro mili-
tar, no parece haber sido un hombre
que dudara mucho cuando de matar
gauchos se trataba (españoles tam-
poco, la verdad) y rápido para buscar
apoyo en potencias extranjeras. Pero
claro, como no hay Madres de Gau-
chos Desaparecidos, se lo puede mos-
trar como un militar crédulo. En el
primer acto hay otra escena que Viñas
seguramente pone para expresar los
esfuerzos de Dorrego por reunir una
convención de las provincias y organi-
zar constitucionalmente a la nación: la
cena con los generales López y Bustos,
donde este revela una gran curiosidad
por la receta de arroz con leche que
prepara la mujer del general Quiroga.

Afortunadamente, Dorrego la sabe y se la da, y de paso para que la gente se entere de que Quiroga era un estanciero y no un delegado de base de un sindicato clasista, dice que se la enseñó una Anchorena, y destaca que para la oligarquía no había bloqueo porque la canela la consiguen igual. El arroz con leche debe haber sido bueno, porque después de asesinado Dorrego, su mujer, Angela Baudrix, le mandó su bastón de recuerdo a Quiroga. Pero en esa reunión no solo hablan de comidas, también de vinos, y elogian el chileno, “lo mejor que tienen” dice Bustos con poco tacto, a lo que Dorrego que había combatido en la independencia chilena y había sido condecorado por ello podía haber contestado que no solo eso. Pero no, sigue haciéndose el gracioso. Entre candombes, comidas y carnavales, el gobierno parece un desastre, no hay leyes. Hay una referencia en un canto de los morenos —“bajó la carne, por el coroné”— que debe referirse al decreto del 22 de agosto regulando el abasto y el precio de la carne, pero no puede considerarse clara. La intimidación de Dorrego aparece en las conversaciones con su edecán, Bich, que por la pronunciación de su nombre no cuesta asociar a una persona que hace las cosas por interés económico, aunque sugeriría que por los intereses económicos de los ingleses. Bich, que es actuado como si fuera Gepetto, acentúa esta impresión tratando a Dorrego como si fuera Pinocho. Le recomienda cordura, formalidad, mientras Dorrego se burla de él, lo humilla y no hace caso

de sus consejos. Bich es un hombre del común —¿qué común?—, el acompañante práctico y ramplón del héroe, que trata de sobrevivir entre tanto militar violento, que tiene ideales que no lo conducen a nada, otra variante de argentino pusilánime. A esta altura del espectáculo, los morenos bailan y preparan el carnaval, Dorrego se burla de todos, Lavalle es un crédulo, los civiles unos conspiradores que quieren reinstaurar las buenas maneras y el poder de Buenos Aires, los militares unos chupamedias que solo quieren agrandar sus estancias, y el edecán un infeliz. El primer acto culmina con una escena más atractiva. Dorrego, desde el balcón, excita a la multitud de morenos (¿desde el balcón? ¿Morenos exiliados? ¿Qué significará?) y utiliza ese fervor amenazante para aumentar las deudas del país, forzando a un financista reticente a ceder más préstamos. De lo que se deduce que el placer que demuestra se lo provoca lo que tendrán que devolver los negros que bailan en la plaza, y que los financistas internacionales prestan porque tienen miedo. Ese odio de un líder a su pueblo podría ser un motivo trágico inobjetable pero solo aparece sugerido en algunos estallidos, y no alcanza a constituir una línea narrativa.

Un número de ballet con los morenos separa los dos actos de la obra. Como al comenzar el segundo ya se ha producido el golpe de Lavalle, quien ocupa el balcón del poder, se deduce que ese movimiento corresponde a una visión de la puesta en escena de la ejecución del golpe, que si bien no

fue una batalla tuvo sus aspectos interesantes. Los negros, como mensajeros de la historia que no se ve, parecen tan idiotas como los militares cuando se ven. Mientras Lavalle se asombra de su falta de éxito popular, desolado y candoroso —seguramente en ese momento pensó la frase que escribió días después “la república es una merienda de negros”— y los financistas cobran su inversión en el golpe estafando a un militar que no se beneficia, Dorrego huye acompañado de su fiel Bich. Intenta disfrazarse de cura, pero su humor anticlerical se lo impide. Otra cruzada: mientras Dorrego iba al encuentro de Rosas (que también era militar, ¡qué complicación!) fueron los unitarios los que se reunieron en una iglesia, la de San Ignacio, donde eligieron a Lavalle gobernador en la “elección de los sombreros”, llamada así porque como eran todos pitucos votaban levantando las galeras. Dorrego se arranca finalmente las charreteras, se queda en ropas civiles, y se muestra “con lo que todo militar lleva debajo del saco, un estanciero”. Es curioso, porque si bien Dorrego había tenido estancia, creo que en San Antonio de Areco, ya no la tenía, era pobre, y si algunos negocios parecen haberle interesado eran los de minería, aunque tampoco se sabrá nunca si sus viajes al Alto Perú eran por negocios o para afirmar sus conexiones con Bolívar. Y desde el presente, unificar a estancieros y militares, condensando toda la corrupción en el ejército, cuando la violencia de los dueños de la tierra ha sido más cruel y persistente, supongo

que debe aliviar a muchos estancieros, entre cuyas violencias está el uso del ejército cuando tenían que matar mucha gente, porque si no era tanta se arreglaban solos.

En su huida, Dorrego se encuentra con un soldado robando —el payador federal, Colorado del Monte, ahora soldado contemporáneo— y eso lo subleva contra el gauchaje y su inmoralidad, pese a que el soldado le dice que roba porque no le pagan. Ahora, ese soldado, ¿de qué ejército era? Porque Dorrego se fue a encontrar con Rosas, y tanto no le indignaban los gauchos, ya que armaron un ejército de voluntarios y muchos debían ser gauchos, las milicias del Salado que comandaba De Vedia, que eran muy pocos, los Colorados del Monte, y varios cientos de indios amigos. Con ese ejército —que si llega a aparecer habría que ver cómo visten a los indios de contemporáneos— y contra los consejos de Rosas, enfrentó Dorrego a las fuerzas de Lavalle, compuestas por seiscientos soldados de caballería que venían de combatir en el Brasil. Apenas atacaron los indios, fueron rechazados y perseguidos por cien lanceros, y en su disparada desorganizaron el ejército de Dorrego. Rosas le insistió en seguir rumbo a Santa Fe y buscar la ayuda del ejército de López, pero Dorrego, confiando en su prestigio y en lealtades inexistentes, se fue a encontrar con su hermano y le pasó lo que le pasó. Si le hubiese hecho caso a Rosas, otra habría sido la historia y hasta otra la Comedia Nacional. Pero de Rosas en la obra no hay ni noticias. Cuando detienen a Dorrego, serena y sobriamente,

todo lo contrario de lo que sucedió, se pone a compadrear, rechaza la intermediación del tío francés y espera su muerte. Viñas-Boero se saltean un episodio realmente violento, donde aparece Rauch —y ese sí que era un asesino, sin obediencia debida ni ninguna excusa—, donde Dorrego vuelve a ofrecer su exilio, y en el que suceden cosas que hicieron llorar a Lamadrid. Solo en el escenario, Dorrego lanza su monólogo, en el que clásicamente tendría que alcanzar una visión de su destino de héroe y de víctima. Y no tiene ninguna, con lo que parece conformarse que lo que los unitarios llamaban sus excesos eran obra de un jodón; se cae todo lo que se pueda haber construido, cualquiera sea el punto de vista histórico, dramático o estético. Se acusa de haber fornicado, lo que en el Río de la Plata al igual que en Tebas si no es con la madre no es grave, de haber sido un tábano no se sabe sobre quién, de las resonancias de su nombre, y de ser el primero de los muertos de una larga lista en la historia. Termina gritándole, se supone que a la muerte, “¡negros, vengan!”. Si bien ha pronunciado amenazas —“preparense para el día en que el pueblo salga a la calle para liquidarlos y venirme a salvar”— su hundimiento en el pueblo-muerte, es confirmada por la escena siguiente, última de la puesta en escena y tomada de la primera del texto con modificaciones. Dorrego jura como gobernador, mostrando una irreverencia infantil. Los sonos de los morenos se oyen en el atrio, hasta que para escándalo de unitarios y gente bien irrumpen en la iglesia, transformándola en

un gran candombe. En este final, los negros llevan muñecos que los remedan, y mientras una voz nombra a asesinados por las balas policiales y militares, los muñecos van cayendo. Dorrego queda así junto a Ingalinella.

Está claro que lo que podría discutirse es lo que significa la noción de héroe en una cultura, cuál es su función como matriz de identificaciones, cómo sus hazañas viven en el presente, y qué sucede cuando esas figuras se degradan y se descomponen socialmente. Discusión fundamental en nuestro país, donde la historia oficial y sus cultos van volviendo loca a una generación tras otra. En esta obra aparece un héroe cuyos impulsos parecen inconsistentes de tan narcisistas y cuyos excesos, lo que constituiría su cualidad, solo son faltas de cortesía. El infantilismo de Dorrego y sus llamados escándalos de costumbres solo se cuentan por el efecto que provocan, sin que se vea lo que enfrentan y lo que quiebran.

Desde el planteo escénico, en el que Dorrego escandaliza en una época y los escandalizados son de otra, es inevitable que se elija el presente como referencia: y entonces los morenos son la clase obrera. Y si la clase obrera contemporánea es reducida a lo que la iconografía y las figuras dramáticas liberales indican de los morenos de 1827, con su lenguaje exótico, su primitivismo y su dedicación exclusiva a las fiestas, entonces la represión actúa sobre las maneras. Si en vez de irrumpir como irrumpieron hace cuarenta y un años en la historia, hubieran sido obreros de izquierda, socialistas claro,

no hubiera hecho falta la Revolución Libertadora ni el Proceso, ni nada de lo que sufrimos en el medio. Pero por otra parte, no se ven aquí, como no se ven nunca, cuáles son las formalidades tan sensibles de ese poder que se ve obligado a reaccionar con violencia contra el pueblo. Se supone que su orden tiene rituales, ideologías, producciones, que no son meras veleidades de educación. La oligarquía no desprecia y odia al pueblo por una cuestión de modales, solo para diferenciarse y auto reconocerse, sino que no ha aceptado nunca su voluntad de formar parte del país, su falta de resignación en el espacio de muerte y silencio donde se lo confina. Es el reclamo de derechos y de otro reparto lo que se niega, lo que enfurece. Por eso la alegría del pueblo resulta peligrosa, porque si se muestra alegre fuera de sus guetos es porque ha conquistado algo. En las narraciones del teatro y el cine aparece ahora frecuentemente la expansión del pueblo y la clase obrera, como representación de los impulsos reprimidos, por supuesto sexuales, de un protagonista de otra clase. Su representación es el soporte del impulso de otro, y pasan a ser negociados imaginariamente en otro nivel de intercambio. Nunca son los obreros argentinos, sino que son algo interno de otro, que debe encontrar cómo metabolizarlo. *Miss Mary* es así una película paradigmática: comienza con fotos de Uriburu rodeado siempre de señoras, y termina con fotos de los obreros con las patas en la fuente; en el medio, guiados por una institutriz inglesa, dos jóvenes oligarcas

despiertan a la sexualidad; ella enloquece y él entra en la Marina, no hay que ser muy desconfiado para prever que van a hacer una carnicería. Pero no, todo pasa por lo interno, podría entenderse desde la psicología. Y no es difícil pronosticar que esto se va a llenar de obras y películas que cuenten lo que le pasó a alguien de clase media, o de la oligarquía, o de cualquier sector menos la clase obrera, y de cómo eso que le pasó coincide con la aparición bestial del peronismo obrero o de la represión del peronismo obrero; eso que pasó despertará algo que encuentra su resolución en los derechos humanos o en el psicoanalista. Los obreros que vayan pensando en cómo cambiar sus costumbres, negros candomberos, mantequitas y llorones, a ver si en el próximo ciclo histórico se vienen más educados: mientras tanto no van a figurar ni en la ficción como protagonistas. Hay excepciones: *El rigor del destino*, y otra notable, que no ha podido ser estrenada, *A 10 del mes*, que para cualquiera que quiera hacer una Argentina sin la mayoría de los argentinos debe resultar una película intolerable. Se ven obreros representados como personas, y eso la transforma en una película de una violencia inclasificable. Pero sigamos con el tema que comenzamos. Dorrego es transformado así en un desliz de la oligarquía, en un zafado de la clase que dice enfrentar, y desde esa óptica estamos ante un esquema trágico por el que circula un drama de costumbres. Es insostenible. Y esto es mantenido, de manera ejemplar, por el estilo de actuación. Brecht decía que necesitaba que

sus actores fueran marxistas porque, aunque no era una técnica actuarial, se les notaba. En una obra sobre la historia argentina, habría que empezar por sentirse argentino y parte de esa historia, rencoroso por sus derrotas, anhelante de sus victorias. Y, por supuesto, reconocer unas y otras. La elección de Rodolfo Bebán es totalmente coherente dado el planteo de la puesta en escena. Inevitablemente el actor proyectaría su personalidad y su estilo como fondo del personaje, pudiendo calcularse que la fuerza social de esa imagen se impondría sobre cualquier intento de composición que pretendiera ocultarlo. Nadie, y menos que nadie un espectador atraído por su prestigio, podría ser capturado por la ilusión de estar viendo a Dorrego y no a Bebán, así que le pasara lo que le pasara a Dorrego nunca sería muy grave. Imposible evitar este distanciamiento en contra, donde ese espacio en que el actor usa el personaje estaría recorrido por todos los lugares comunes de la peor televisión y el más simplificado teatro marplatense. Este estilo tan peculiar, que los críticos de los grandes diarios llaman “comedia brillante”, no es tan impenetrable. El actor anticipa desde su aparición que en el recorrido de esa obra no pasará nada, y eso se logra no especificando la actuación, no haciendo nada concreto, solo signos rápidos que indiquen qué es lo que debería estar haciendo —si escribe garrapea, si come, apenas prueba, no se sorprende de nada—, con lo que señala que lo importante será solo lo que diga y el rol que ocupe; el resto es la simpatía del actor y su personalidad

difundida socialmente. Por eso, cuando en esas obras se morcillea, se lo hace dirigiéndose a la personalidad del actor y no del personaje. Son gente conocida que hace de sí misma en una historia ocasional, en la que no arriesgará lo que se piensa de ellos. Es un género teatral subordinado a la televisión, porque el público va a ver en vivo al actor; la historia es lo de menos. Eso explica que en esas comedias muchos actores se llaman en la obra por sus nombres públicos, y las parejas hagan de parejas. Bebán es uno de los que ha llevado ese estilo a su máximo nivel, y se ve cuando rechaza el perfume que le ofrece Bich para tapar el olor de sacristía de la sotana que lo disfrazaba; se la comienza a sacar y dice muy rápido: “cura y maricón, no”. Lo que, además de una morcilla, está claramente dirigida a hacer gracia, y la hace, sobre su condición de galán. Ahora bien: desde esa práctica el personaje se usa de forro, y de forro muy elástico. Presentar desde allí a Dorrego es quitarle toda densidad, toda posibilidad de dibujarse como una personalidad, era condenarlo a ser solo unos rezagos manejados desde la estereotipia, casi nada, abrumada su mínima existencia por la sobreabundancia de bebanismo. Si hay un distanciamiento, es perverso, porque el sistema de creencias desde el que se proyecta la obra ridiculiza a Dorrego. Y dada la construcción de la obra, es desde el estilo de Bebán que se definen las demás actuaciones, hagan lo que hagan los actores.

Resulta embarazoso tener que decir esto de una puesta de Alejandra Boero, que cuando yo iba al colegio

secundario ya representaba *Madre Coraje*. Imagínense, una personalidad del teatro independiente primero, de los teatros oficiales después, maestra de varias generaciones, gente tan culta. Ella debe saber que una tragedia solo puede plantearse desde una cultura que se discute a sí misma, y que tiene el placer de preguntarse sobre el vacío final de la vida. No importa si tiene su origen en los cultos mortuorios, o en los ritos agrarios, lo que es seguro es que solo puede atraparla quien sabe que la muerte nunca es lógica, pero es a la vez la única perspectiva. Por algo cuando existe solo se la goza porque en algún lugar anda la comedia, esa exaltación de las ridiculeces que provoca el sexo. Se desea y se muere, todo lo demás son intrigas, peripecias, torpezas. Y que la cualidad del héroe trágico es llevar al paroxismo la ambivalencia, la fisura intolerable que todo hombre arrastra, la comprensión tardía de lo que parecía una cosa y era otra. Lo debería saber, pero no. Tendría que hacer algo que sepa hacer, sobre todo si está manejando presupuestos públicos, y en una institución que a duras penas puede hacer una obra por año.

Lo que me parece más sorprendente de todo esto, es que prácticamente ninguna publicación nacional o peronista haya atendido a esta obra. No digamos que se haya producido otro tipo de teatro histórico, financiado con las migas de alguna lotería provincial, sino simplemente tratar de desviar las imágenes que nos tiran esos espejos intencionados. El espectáculo, el

cine y el teatro parecen disfrutar solo de la crítica oficial, y si es así es porque mucha más gente de la que uno supone está de acuerdo.

¿Qué sería y cómo sería otro teatro histórico? Es difícil para mí pensarlo, siendo un género que yo nunca he intentado, y totalmente diferente al que practico. Si se supera la franja melancólica, y admitiendo que también hay un *Billiken* peronista, que será menos irritante pero no por eso más entretenido ni útil, habría que plantearse que están en la propia historia del peronismo y del movimiento nacional los grandes temas trágicos. ¿Se toleraría una obra sobre Perón-Juan Duarte? ¿O sobre Jauretche investigado por Cereijo? ¿O sobre Cipriano Reyes? ¿O sobre Mercante? No estoy sugiriendo provocaciones, de eso se trata la tragedia. Que a ellos no les salga, o que la bastardeen, no quiere decir que su posibilidad florezca automáticamente entre nosotros. Siendo menos estricto en el género sobre la misma historia argentina, casi no existe, o directamente no existe, una dramaturgia que no sea la liberal. Ni se puede rescatar del 46-55 porque tampoco lo hubo. Mantenerse atento a la crítica no significa dejar de reconocerla como un momento, que si no se inserta con la producción solo sirve para parar los golpes, y más o menos, pero nunca para atacar y conquistar. Aunque, como decía al principio, quizás estemos tan en la lona y con la columna vertebral tan destrozada, que por ahora sea la única que se puede hacer. ■

Soldiers of ¿Who?

Por Víctor Pesce

En 1972 Rodolfo Galimberti, en una de esas tan exultantes como sorprendentes apariciones públicas que lo caracterizan —y que son como una epifanía, vale decir una manifestación o revelación de cuño divino—, daba cierre a un reportaje de la revista *Primera Plana* citando de memoria al Carlos Marx de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. En realidad, la frase de Marx ya era casi una verdad de Perogrullo cuando él la escribió en 1869 (segunda edición), no obstante fue él quien la escribió y yo la cito ahora textualmente, reivindicando a la vez cierto tipo de perogrullismo —por algo será que la gente dice *cómo llueve*, al mismo tiempo que se moja si cae un aguacero y llueve y no para de llover—: “Hegel dice en alguna parte (como se ve también Marx citaba de memoria) que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y otra vez como farsa”.

En 1987 Rodolfo Galimberti, en una de esas exultantes y sorprendentes apariciones públicas que lo siguen caracterizando, hacia el final de la solicitada de una página entera aparecida en el diario *Crónica* (14/8/87), termina citando entre comillas a... ¡Groucho Marx!, aunque esta vez resulta difícil, y es una lástima, dar con el origen textual de la frase: “... Nunca patees a un hombre caído..., piensa que puede levantarse”.

A simple vista y a juzgar tan solo por las citas, no cabe duda que a Galimberti le cabe de cabo a rabo la lucidez perogrullista de la frase del viejo y siempre bienvenido Carlos Marx. Si bien debo dejar aclarado que comparto con Rodolfo Galimberti (algo comparto) el gusto por las películas de los hermanos Marx; supongo que si lo cita a Groucho, debe ser porque le gusta ese humor especial que trabaja el perogrullo expresándolo hasta el absurdo. Por ejemplo, al despedirse de una fiesta el tal Marx dice en alguna parte (como se ve cito de memoria): “He pasado una noche maravillosa... pero no ha sido esta”.

A esta altura se me podrá exigir legítimamente por el destino de estas citas de citas. En primer lugar, sucede que existe una obvia distancia entre el Galimberti del 72 y el del 87, y el libro de Richard Gillespie ciertamente contiene muchos datos al respecto. En segundo lugar, por lo anterior (pero no solo), me parece que el libro de Gillespie es un libro memorioso y memorable, de modo que voy a tratar de hacer funcionar aquí mismo esta valoración, frente a los ojos del lector. Por último, creo, más bien tengo la certeza, que el enunciado “... Nunca patees a un hombre caído..., piensa que puede levantarse”, revela dos cuestiones significativas: la primera mitad ilustra acerca de una disposición para la lectura (o la polémica) de libros como el de Gillespie o de situaciones como las que crea el libro

de Gillespie; la segunda, acerca de una manera, un estilo de resolver esas lecturas (o polémicas) que se ha extremado con el transcurso del tiempo, *verbi gratia*: la amenaza.

Pero quiero extenderme un poquitito más sobre la solicitada en cuestión. Lleva por título “A propósito de la página 5, de *Página/12*. Carta Abierta a Horacio Verbitsky”. Fue firmada por Rodolfo Galimberti, como miembro de la Mesa Nacional del Peronismo Revolucionario y fechada el 7 del 8 de 1987. Y publicada por el diario *Crónica* exclusivamente, en su edición matutina del viernes 14 de agosto de 1987.

Antes de continuar, permítaseme hacer una aclaración doble. No está en mi intención encarnizarme, o patear al hombre caído que podría llegar a ser Galimberti, sino que él, por sus características personales digamos, produce esta clase de manifestaciones públicas despampanantes y ricas en significados, que son tan evidentes, que están tan a mano y que vienen tan a cuento. Además de ser emblemáticas del pensamiento actual, y no solamente actual, de Montoneros. Hubiera podido apelar entre otros papeles, a la solicitada “Oración por la Paz”, publicada con motivo de la visita del Papa, donde el interlocutor principal antes que el “Santo Padre”, es nada menos que el mismísimo Dios. O al documento “Nuestra propuesta política de autocritica y reconciliación nacional dentro del pacto para la transición democrática” (14 de junio de 1987), todos ellos muy humildes y carentes de

arrogancia, si se tienen en cuenta las mayúsculas. Tampoco está entre mis planes defender a ese prolífico periodista que es Horacio Verbitsky. Lejos, lejos de mis planes.

Volviendo a la solicitada, se cuentan entre sus objetivos de argumentación: a) acusar a Verbitsky de ampararse en la juridicidad burguesa olvidándose de su pasado montonero; b) hacerlo partícipe responsable de la tergiversación de la historia, cuando “es necesario decir la verdad, TODA la verdad”; c) defenderse de la acusación de que el “máximo jefe de los Montoneros”, Mario Eduardo Firmenich, propicia una ley de Amnistía; y d) *sugerir* que “les vamos a contestar con toda la verdad, veremos si Ud. y otros héroes módicos de esta nueva década infame pueden tolerarla”. La solicitada finaliza con la siguiente frase lapidaria: “Hasta que la historia nos permita volver a cruzarnos por las calles de Buenos Aires”. Por otro lado, el tono de la solicitada se asienta en la proliferación de aquellos recursos lexicológicos tan caros a las posiciones de izquierda, como por ejemplo llamar al período de Isabel “desviación lopezreguista”, o ponerle coto a la autocritica al calificar a toda crítica como sirviendo al “enemigo”: “Usted que se fue de Montoneros silbando bajito, debería aprender de memoria la frase de Osvaldo Bayer en la polémica con Álvaro Abós: ‘A los repudios viscerales los reservo para los verdaderos enemigos de la humanidad...’” (Revista *Crisis*, noviembre de 1986). Usted sabe que puede seguir cubriéndonos de agravios porque

desde el exilio o desde la prisión nuestra defensa es débil, mientras que a Ud. lo defiende la policía radical. Sobre todos nuestros actos se puede opinar porque todo lo que hemos hecho lo hemos fechado y firmado, a diferencia de Ud. y muchos otros que pululan por los meandros de la democracia alfonsinista. [...] Los cargos que Ud. pretende levantar contra Mario Firmenich son infames y calumniosos, máxime cuando Ud. no tiene autoridad moral para decir nada, porque no solo no asume su propia historia sino que tampoco tiene el coraje de hacerse ninguna autocritica. Yo disenti públicamente con los montoneros en el año 79, [...] lo hice, y asumí los riesgos, todos los riesgos, porque los revolucionarios asumimos la polémica frente a las masas sin preocuparnos por las consecuencias ‘legales’ o el ‘blanqueo’; sobre esa base moral es que podemos volver a sentarnos en torno a la misma mesa, como ha ocurrido desde Irlanda a El Salvador y desde Nicaragua a Colombia”.

Ahora bien, si uno abre el libro de Gillespie en la página 321 se encuentra con lo siguiente: “Más que otra cosa, fue esa falta de realismo lo que provocó el alejamiento de dos tendencias montoneras en 1979-1980.

“La primera, relacionada sobre todo con el nombre de Rodolfo Galimberti, se retiró a principios de 1979 y rechazó la contraofensiva, considerándola un disparate estratégico: [...] Entre los compañeros de Galimberti figuraban el poeta Juan Gelman, cuyo hijo y nuera fueron secuestrados en 1976, y Pablo Fernández Long. [...]”.

La carta de dimisión de Gelman y Galimberti (22 de febrero de 1979) criticaba “la falta absoluta de democracia interna, lo cual sofoca cualquier intento de reflexión crítica, a la que desechan como desertión o traición, escondiendo la ausencia de respuesta política tras un irresponsable triunfalismo que no convence a nadie”. “El grupo disidente se llevó consigo 68.750 dólares, ¡expresando solo su sentimiento por no haber podido hacerse con más! Sostuvieron que los treinta millones de dólares que tenía aún en su poder la organización, en vez de seguir siendo la única fuente de poder político de la jefatura montonera, debían ser repartidos entre las fuerzas revolucionarias, entre todos los que resistían y protestaban, estuvieran armados o no. Como respuesta, los líderes montoneros hicieron notar que Galimberti había estado preparando cuadros juveniles para la contraofensiva hasta el momento de su ‘pronunciamiento’, le acusaban de tener ambiciones de ‘caudillo’ y amenazaron asesinarle junto con sus compañeros. De toda evidencia, muchas de las críticas de los disidentes no hacían más que crispas unos nervios ya excitados, aun cuando algunas de las declaraciones de Galimberti en las conferencias de prensa (‘No debemos matar a Mugica’) eran probablemente maliciosas, hechas para poner a Firmenich en apuro”.

Cualquier lector atento, saca una primera conclusión, creo yo, del largo párrafo que me permití citar anteriormente: Firmenich y su grupo amenazaron de muerte a Galimberti y su grupo por haberse separado, cosa

que vuelve a hacer ahora Galimberti con Verbitsky y “muchos otros que pululan por los meandros de la democracia alfonsinista” por haber osado criticar a los Montoneros.

Aún un poco más: “Nosotros hacemos de la organización un arma, simplemente un arma, y por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero, ¿cuántas masas más? Esto es el detalle”. M. E. Firmenich página 277 del libro de Gillespie.

Bien, el libro *Soldados de Perón. Los Montoneros*, se encuentra plagado de estos detalles, de estas cosas que no pueden ser caratuladas como chismes de un sapo de otro pozo. Y tiene estos detalles en una proporción contundente y dolorosa, pero necesaria para la crítica, la polémica o la tan mentada “autocrítica”. Por eso dije que es un libro memorable y memorioso. Porque si bien no contiene TODA la verdad como propone Galimberti en su solicitada (¿quién puede contenerla?), reúne y despliega gran parte de ella. “Decir la verdad es revolucionario”, decía Gramsci en alguna parte.

Claro que tiene también algunos flancos débiles. Sobre esos flancos débiles, como el prescindible prólogo de Félix Luna (ese Dr. Cormillot de la historiografía argentina), o como los mecanismos fallidos de la traducción, han puesto énfasis sobre estas cuestiones, al mismo tiempo que se dice casi piadosamente que se trata de un libro *bueno*, es una manera elegante de rechazarlo como advenedizo o inoportuno.

Ciertamente, Richard Gillespie trabaja con la tesis de larga fama ya, que podríamos nombrar una vez más como “malentendido histórico”. Desde el inicio mismo del libro, en el capítulo 1 titulado “Antecedentes”, la expone mediante la disposición de citas confrontadas: “No somos, de manera alguna, enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores”, Juan Domingo Perón, 21 de octubre de 1946. “Es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y opresoras. Nos hemos planteado la tarea fundamental de triunfar sobre los explotadores, aun si ellos están infiltrados (concepto de dudoso destino y, pido se me disculpe la inmersión en la cita) en nuestro propio movimiento político”. Juan Domingo Perón, 20 de octubre de 1965.

Es conveniente recordar acá que es el mismo dispositivo que utiliza Tomás Eloy Martínez en *La novela de Perón*, y es el “gran tema” de esos detectives del malentendido histórico que son Verón y Sigal, en su paracaídas semiológico *Perón o muerte*.

Para quien esto escribe, al respecto solo le queda echar mano a unos versos del poeta rosarino Hugo Diz:

“Las consecuencias
se miden
después
de los hechos,
y después
de los hechos
se mide la profundidad
en que van a enterrar

al que no midió
las consecuencias”.

(Hugo Diz, *Historias, veras historias*, Schapire editor, Buenos Aires, 1974).

“El profesor inglés Richard Gillespie (cito de la solapa del libro), nacido en Wigan, Lancashire, en 1952, residió en la Argentina desde junio de 1975 hasta octubre de 1976, ‘y no podría haber escrito ese poema’ mientras reunía material sobre la ‘izquierda peronista’ con vistas a su doctorado, que recibió en 1979”.

Pero los que fuimos protagonistas o testigos de esa época (ser testigo es una forma de protagonismo) no podemos ni debemos hacer vehiculizar el prejuicio sobre el texto del profesor inglés. Sobre todo aquellos que nos hemos pasado gran parte de nuestras vidas tratando de buscarle algunas formas prístinas al *malentendido*, y lo seguimos haciendo aún en estos días a duras y blandas penas.

En todo caso, se le puede achacar cierta rapidez, para decirlo de algún modo, en el manejo de los datos. Por ejemplo, cuando atribuye a la Triple A, en la página 192, el asesinato del padre Carlos Mugica “con la intención de implicar en el crimen a los Montoneros y desacreditarlos”. Si el autor no le quiso otorgar más que una resentida “maliciosidad” al Galimberti que dijo “No debimos matar a Mugica”, debería haber consultado por lo menos el número de la revista *Militancia* de ese momento, cosa que no hizo, donde el crimen soporta bien la sospecha de autoría montonera.

Después, la matriz clasista de impronta muy anglosajona con que organiza la masa de los datos y su relato, lo lleva a privilegiar, para dar un ejemplo, la descripción de las posturas de la Columna José Sabino Navarro, una de las primeras fracturas montoneras, y no las de Lealtad, otra de esas fracturas, a la que califica como desprendimiento de derecha sin aportar más observaciones ni consultas en relación a ella. Todo esto, al mismo tiempo que se remite con constancia a un canon revolucionario, supuestamente dado de una vez y para siempre.

En ese sentido, se puede coincidir con Daniel James, compatriota de Gillespie y profesor como él, cuando dice: “queda un interrogante básico: ¿cómo fue que este grupo de ‘soberbios armados’ movilizó a cientos de miles, tal vez millones de personas?” (Daniel James, “Comprender la historia para liberarse del pasado”, el *Libro del Mes*, año 1, N° 1, Buenos Aires, agosto de 1987); en efecto, una historia de cúpulas no puede dar cuenta de climas, desgarros subjetivos o imaginarios colectivos. Pero ayuda mucho a reconstituirlos en la memoria, en la medida en que al articular y seleccionar hechos, deja esos vacíos y despeja el camino para otras historias que deberán ser escritas.

Finalmente, *Soldados de Perón. Los Montoneros* también posee algunas observaciones, podríamos decir inevitables, acerca de la condición exótica de los habitantes de esta tierra siempre plagada de malentendidos. Al modo de aquella del Conde de Keyserling

allá por el Centenario: *los argentinos son tristes*. En la página 270, el inglés se despacha con lo que sigue: “¿Cómo podía tomarse alguien en serio las denuncias de ‘individualismo’ en una nación tan famosa como la Argentina por el individualismo de sus hijos?”. De todas maneras, este libro se agrega

indudablemente a otros de tantos ingleses que han enriquecido las lecturas de historia argentina: Ferns, Scobie, etc.

Llegado a este punto, cedo a la tentación de jugar con la frase de Groucho Marx, He leído un libro maravilloso,... pero no ha sido este. ■

AÑO 5 - N° 18

ABRIL DE 1988

NACIONALISMO Y PERONISMO

Cristian Buchrucker

Sudamericana, 1987, 410 pp.

¿Quién le teme a Hernández Arregui?

Por Horacio González

La Argentina siempre fue buena “guardiana de ideas”. Desde sus orígenes como nación independiente, nuestro país ha revelado ser un buen hijo adoptivo de las grandes ideologías ultramarinas. Muy tempranamente, como en el caso de Echeverría, se puede describir el conflicto argentino como un choque de tradiciones ideológicas que se anulaban e inutilizaban mutuamente. Unitarios y federales precisaban, así un *orbis tertium*: precisaban recibir la lección de ideología “tercera”, que simultáneamente los superara.

Con Sarmiento, con Mitre, con Estrada o con Yrigoyen, la política argentina nunca ocultó su vocación por la “gran ideología”, su amor por las “concepciones del mundo”. Es cierto que toda política se inscribe en una cadena ideológica cuyos antecedentes siempre pueden rastrearse. Pero en la Argentina,

asombra la proximidad de esas fuentes con las luchas políticas más inmediatas. Político “citador”, es el político argentino. El joven Alberdi cita a Cousin, como Yrigoyen a Krause. Pero a la inversa, también es cierto que obras de reconocible vigor intelectual como las de Justo, Ingenieros o Lugones, reclamaron la compañía natural de derivaciones política próximas y visibles, inclusive partidarias.

De este modo, la “ideología argentina” —usamos la expresión de Oscar Terán— se fue formando bajo ciertas premisas no exentas de originalidad. Hay una involuntaria conciencia copiativa que después da resultados imprevisibles (como el “krausismo” de Yrigoyen o el “ultraísmo” de Borges), hay una conciencia de “autonomía cultural” que sigue paradójicamente una inspiración intelectual heterónoma (como

el nacionalismo arcaizante de los años treinta cuyas fuentes son notoriamente europeas), y hay también una adopción extemporánea de temas y arquetipos conceptuales ya en desuso en los contextos originales (como la “doctrina prusiana del estado mayor”), de concecuencias inesperadas al reelaborarse bajo el nombre de “conducción política”, en el inicio del ciclo peronista.

Estos ejemplos sugieren que en la Argentina hay cierta habilidad para adquirir acervos ideológicos y cierta pereza para abandonarlos. De ahí que en muchos aspectos la historia de las ideas en nuestro país contiene vetas perdidas de formaciones ideológicas ya olvidadas en Europa, aún activas aquí en el interior de diversas doctrinas de acción. Ese aspecto de “museo de ideas” que tiene la superficie ideológica de la vida política argentina llamó la atención a más de uno. Para mencionar solo a dos, los recientes estudios de Alain Rouquié y de Richard Gillespie (sobre los militares argentinos y sobre los Montoneros) reconocen sin dificultad el sentimiento secreto que los lleva a fijarse en las cavernas políticas que guardan los “ideologemas de la pasión argentina”. Hay aquí restos muy combinados de motivos que Europa ha sepultado, vivacidades discursivas allá aplazadas o descartadas, que entre nosotros aún conmueven personas y envían gentes a la acción.

El ensayo político argentino abunda en obras que han querido rastrear el alma doctrinal de nuestras luchas políticas. Toda la obra de Halperin Donghi puede ponerse bajo la protección de

ese programa, y los recientes estudios de Terán de algún modo continúan esta empresa donghiniana, caústica reprobación a la propensión argentina a ungir “santos ideólogos”, crónica escéptica que quiere exorcizar desvaríos sin perder una elegante calma.

Podríamos preguntar, aislando ejemplarmente un único autor: ¿quién le teme a Hernández Arregui? Arregui, entre otros, intentó darles a las luchas políticas argentinas, un canon omnicomprendivo, una explicación secuencial basada en la identificación de dos errores complementarios: el nacionalismo sin compromisos populares, y la izquierda sin conciencia nacional. De ahí su gran fresco “formativo” de la ideología argentina, con la vista puesta en la superación actual del error. El nacionalismo debía encontrarse con el sujeto productivo que antes había sido poetizado por los marxistas, pero a cambio, estos podían llegar por fin a lo concreto: a una nación.

Pues bien, el temor a la gran generalización historicista y el rostro incómodo que adquirió el “nacionalismo revolucionario”, al principio de los años setenta argentinos —que obligaron al propio Arregui a cambiarle a su revista el nombre, de *Peronismo y socialismo* a *Peronismo y liberación*—, determinaron el abandono de esta hipótesis totalizadora, que interpretaba el pasado de la ideología argentina a partir de un presente histórico sin el “doble malentendido” de “izquierdista sin nación y nacionalistas sin pueblo”.

Mientras Hernández Arregui aún gozaba de lectores, Cristian Buchrucker

iniciaba una larga investigación en archivos alemanes, que recientemente se plasmaron en su libro *Nacionalismo y peronismo*. Fruto de un exhaustivo y sistemático hurgar en esos archivos, y de una relectura de la vasta bibliografía nacional existente sobre el tema, *Nacionalismo y peronismo* aparece más de diez años después de iniciada la investigación, quizá reforzando la progresiva sustitución del ensayo político sobre la historia de las ideas argentinas, por una historia de las ideas que estudie, estilo universitario, al ensayo político argentino. Esa *inversión* (el Hernández Arregui de nuestro ejemplo ya no estudia al nacionalismo, sino que la Historia de las ideas estudia a Hernández Arregui), ya estaba insinuada, en una especie de “triunfo” póstumo de José Luis Romero sobre Jauretche, a partir del deterioro de la hegemonía cultural que los ensayistas del nacionalismo popular habían usufructado durante los años dorados, en el interregno del 69 al 74. Esto no quiere decir que la investigación universitaria no intente en su estilo propio, expresar ciertas simpatías hacia el peronismo de los orígenes. Así es en el caso de Buchrucker.

Señala este la pertinencia de la categoría de “populismo autoritario” para interpretar dicho movimiento hasta el 55, pero este concepto contiene una tensión en que un término condiciona al otro. Para Buchrucker acaban predominando, en el peronismo posterior, los componentes democráticos y sociales. En este sentido la investigación de Buchrucker, con una argumentación guarnecida por una rigurosa visección

comparativa, separa el peronismo de la impronta fascista. La única similitud “fenomenológica” estaría ligada a la importancia que ambas doctrinas otorgan al papel del líder. Sin embargo, no reside aquí el mayor atractivo de *Nacionalismo y peronismo* a pesar de que le ofrece a la vieja preocupación de los militantes peronistas de extracción universitaria (probar que el peronismo estaba desde sus inicios despojado de connotaciones fascistas) una lógica demostrativa basada en definiciones más precisas y en una base documental en muchos casos de gran originalidad. Precisamente, *Nacionalismo y peronismo* se luce en la puntillosidad del razonamiento politicológico y en un recurso documental propio de sudorosos archivistas. En verdad, hay una alianza entre la Biblioteca, el Archivo y la Bibliografía, sellada por fuentes teóricas universitarias alemanas, antes que francesas o inglesas.

Todo ello contribuye a darle al libro de Buchrucker una dimensión inhabitual, la marca “alemana” de su trabajo, notoriamente interfiere en el patrimonio bibliográfico habitual de las investigaciones que se realizan en nuestro medio. Nada de Touraine, Lefort, Jean Pierre Faye..., nada de “análisis de mentalidades”, nada de “análisis del discurso”. En fin, nada de Escuela Frankfurt, nada de Hannah Arendt. Buchrucker adopta lo que llama un criterio “fenomenológico”, inspirado en algunos de sus profesores de la Universidad Libre de Berlín. Se entiende por tal, el estudio de los grandes sistemas ideológicos, a partir de cómo

ellos mismos generan una “autointerpretación”. Sin duda, estamos frente a una herencia de antiguo sesgo “comprensivista” que tiene la ciencia social alemana (por lo cual convendría llamar “comprensivo” y no “fenomenológico” al método adoptado, para no utilizar una expresión cuyo mayor uso se refiere a otra cosa).

En este caso, hay también cierta proximidad con el modo en que el funcionalismo norteamericano estudiaba los valores ideológicos, a través de los conglomerados temáticos tal como se agrupan y se interrelacionan entre sí. Es precisamente en la identificación de esos “temas” en las distintas variedades del nacionalismo (el tema de la “conspiración mundial”, o del “culto al líder”, de la “antimodernidad”, de “antisemitismo” o del “militarismo señorial”), donde *Nacionalismo y peronismo* adquiere su severa prestancia. El recurso a la fuente se revela aquí en todas sus posibilidades, con el agregado de que esas fuentes exhuman un vasto repositorio olvidado, como obra de agitación ideológica de Enrique Osés, Julio Menvielle, Jordán B. Genta, junto a la de los más conocidos Ibarguren, los Irazusta, Palacio, etcétera.

Lugones, sin embargo, en el relato de Buchrucker tiene un lugar relativamente despojado de relevancia. Prácticamente, pasa inadvertido, casi al nivel de un Garulla o de Ramón Dolí. Dado que Lugones contiene un drama biográfico de gran significación (su inicial anarquismo, su pasaje por el socialismo y el liberalismo, su obra poética y las canonizaciones que

introdujo, como la del *Martín Fierro*, y principalmente, la conflictiva relación de un intelectual con la política), su presencia en una historia ideológica del nacionalismo podría tal vez ser más plena y central, a no ser que el propósito de Buchrucker haya sido, aunque no lo parece, invertir la jerarquización habitual que privilegia la “gran obra liminar” en perjuicio de los grises publicistas.

Del mismo modo, los años “forjistas” no tienen un tratamiento equiparable al que se le da al “nacionalismo restaurador” uriburista. Es cierto que este último es habitualmente menos abordado, constituyendo una suerte de “eslabón perdido” de la prehistoria ideológica argentina del siglo XX. Los forjistas tuvieron mejor suerte —política e historiográfica— pero de cualquier modo, aún falta decir más cosas sobre la relación del forjismo con la trama global de la cultura política argentina. La obra y la significación de Scalabrini Ortiz, por ejemplo, hoy podemos decir, no estuvo satisfactoriamente problematizada por Galasso y por Hernández Arregui, y Buchrucker no mejora esta situación. El sociólogo Floreal Forni utiliza la expresión la “vía Puiggrós”, para criticar cierta propensión, en el estudio de las fuentes del peronismo, a destacar en forma excluyente el peso de la izquierda política y de la herencia popular-sindical-plebeya. Forni quiere advertir así sobre el olvido de la fuente social-cristiana, de no menor importancia que el sindicalismo socialista y libertario. Buchrucker atiende en gran

parte esta preocupación, estudiando con un documentalismo fervoroso, la “vía Lugones”, digamos así, de acceso al peronismo. Con todo, esa militancia documental (Buchrucker emplea a menudo la expresión “las fuentes documentales disponibles no nos permiten afirmar tal cosa”), cierra la posibilidad *ensayística* de un portazo. Ciertamente, a Buchrucker no le interesa el ensayismo y su ojo clínico —más allá de cualquier metodología— lo lleva a extraer quirúrgicamente de cada pieza documental, concluyentes pepitas de oro, suscintas y definitivas.

Sin embargo, permanentes insinuaciones, como la fuente “anarcosindicalista de inspiración hispano-francesa”

que contendría el peronismo originario (p. 318) no son desarrolladas. Es cierto que no es el tema del libro. Pero quizá también porque la formación del peronismo es un tema que exige tanto rigor documental como aliento ensayístico. No hay que temerle a Hernández Arregui. Ni hay por qué reiterar su historicismo axiomático, pomposo. *Nacionalismo y peronismo*, de Cristian Buchrucker, es un gran libro, basado en una inteligente mirada sobre lejanos archivos. Dice muy bien lo suyo, pero al mismo tiempo nos hace añorar el gran ensayo político, que habla cuando la “documentación disponible” lo permite y cuando no lo permite, también. ■

AÑO 6 - N° 21

MAYO DE 1990

EL ENIGMA PERONISTA

Hugo Chumbita

Editorial Planeta, 1990

Por Horacio González

El largo anaquel que contiene la bibliografía sobre el peronismo puede quedar vencido por el peso. Una pronunciada comba en su parte media revela que ha sido sobrecargado de libros, pero también puede ocurrir que su madera sea de un mal aglomerado. Miramos rápidamente, con la huidiza puntería que le dedicamos a las bibliotecas cuyos dueños nos invitan a su casa por primera vez. Las tapas ajadas de *La formación de la conciencia nacional* puede hacer medianera con *El otro rostro*

del peronismo y *Qué es esto*, de Martínez Estrada puede terminar donde comienza *Los profetas del odio*; con su viejo lomo plastificado mostrando muchos roces manuales, yace *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, de Murmis y Portantiero, al cual un travieso clasificador, por semejanza de título, se permitió adosar *Estudios sobre el peronismo*, de J. P. Feinmann. Más allá nos espera el *Posperonismo*, de Abós, limitando hacia el oeste con *Perón y el peronismo en la historia contemporánea* de

F. Chávez. El mismo espíritu juguetón ha colocado dos Di Tellas, uno a continuación del otro: *Perón-Perón*, de Guido y *Clases sociales y procesos políticos* de Torcuato, en fraternal y misteriosa concordancia. La edición de *Montoneros, soldados de Perón*, de Gillespie, luce orgullosa al lado de viejos carromatos, como *Le Peronisme*, de Lux-Wurm, y *Perón o muerte* pelea por su chance, desde su tapa apenas entrevista (entre un Rozitchner y un Giussani) de convencernos que no es una invitación a la última canción luctuosa en aerosol, sino un tratado de semiología. Ramos, Abelardo, participa con lo suyo, mientras un Puiggrós asoma con su rubor del setenta, y Sampay ofrece su *Constitución y pueblo*, allí donde llega el 60. No falta un Rouquié y la *Correspondencia Perón-Cooke* aporta lo suyo. La revista *Unidos*, con sus casi veinte números, está situada por la mitad de la estantería y su indisimulable grosor (que otrora preocupara a algunos miembros de su redacción) quizá sea culpable de la curvatura del anaquel en su extenuada parte céntrica. A esta fila de libros adormilados, cabeza con cabeza, Hugo Chumbita le ha agregado su ensayo sobre *El enigma peronista*, sin temor a que un gramo más de Papel Tucumán 70 produjese el colapso fatal de la gloriosa repisa.

Chumbita es un espíritu ecuánime, procede sin odios, y eso se nota entre esas hileras de libros que se echan chispas. Con todo, ni se trata de un libro escrito desde fuera “del objeto de estudio”, como él dice, ni un nuevo gesto desdeñoso hacia la nutrida bibliografía

preexistente. Por el contrario, el tono pasional que Chumbita quiere lograr con su ensayo se podrá encontrar en el exacto momento en que los antiguos “juicios emotivos” del militante quedan en el reposo de una calma activa. Pero también cuando el puntilloso análisis de la bibliografía no queda limitado al paciente respeto por las citas, sino que exhibe señales políticas más presurosas de aceptación o descarte. En este libro donde conviven la pasión del estudioso y el afán del militante que sobrevive en el laconismo de los días amargos, se usa la palabra enigma con tranquila percepción. El clásico “descíframe o te devoro” no es aceptado por Chumbita, pues su drástico optimismo (en un país de ensayistas que engalanaron el batallón de húsares del pesimismo social) lo conduce a repasar con hidalguía las contribuciones críticas disponibles para favorecer una salida teórica que domestique el aspecto ríspido de la contraposición entre corrientes latinoamericanistas y marcos conceptuales aceptados en el campo del lenguaje sociológico general.

Tras esa equilibrada demostración que superpone fervores antiguos de un hombre que debió amar las trincheras y que podemos imaginar ahora en su gabinete de lectura con libros de los otros, consultados con cierta impaciencia, Chumbita nos ofrece una reconstrucción atinada y responsable de la historia del peronismo y de las interpretaciones a su respecto, en el amplio período que se extiende desde “el peronismo histórico a la renovación”. Se notan al final las rápidas páginas que debieron ser agregadas

para atender “la vuelta de campana” que Menem les dio a las cosas del peronismo. Crece aquí la esperanza crítica de Chumbita pero emerge al final, como campana que tañe sin vueltas, su confianza en “un nuevo programa a la vez crítico y propositivo que asuma y actualice la experiencia histórica del peronismo, que no rehuya rever el antiguo modelo, pero que lo haga desde su propia lógica social”.

Este es un libro de teoría y también de historia, de reflexión y de intervención en un círculo de hechos abiertos que se amasan en compromisos y proyectos grupales. Esas serán las características que un imaginario guía del anaquel que antes describimos podrá referir a los distraídos paseantes que pierden su mirar en los pasillos de los bibliotecarios. Quiero, no obstante, hacer un comentario que bien podríamos atribuir a ese guía turístico que, en un servicio adicional, ofrece a los visitantes algunas apostillas intencionadas. Se trata de lo que a cierta altura de su trabajo —páginas 67 y 68— Chumbita señala para comentar el conocido estilo de conducción de Perón, denominado por el propio interesado como “artes del Padre Eterno”. Este estilo está, desde luego, muy lejos de la teoría del mando del fascismo. Mientras el jefe fascista tiene un núcleo subjetivamente integrado con la “misión histórica”, la subjetividad de Perón está cruzada por su empecinado juego de ensayos y errores. Esta situación que evita configurar la dirección escatológica que, uniendo de modo unilateral ideología y motivaciones subjetivas, desembocaría en

el mundo cerrado del fascismo, ya fue señalada, entre otros, por Verón-Sigal, y Ernesto Laclau, dos textos que Chumbita recuerda con adecuada valoración de sus contribuciones.

También Chumbita, a partir de esto, muestra su interés en rechazar la tesis del “fascismo subjetivo” de Perón, para lo cual elige la vía acertada de separar su sensibilidad política de lo que la psicología social llamó “personalidad autoritaria”. Una confrontación mayor entre esta perspectiva adorniana de análisis de la conciencia política y sus diferencias con el procedimiento peronista, basado en infinitas transacciones y en composiciones ideológicas que nunca sellaban las múltiples fuentes en un envoltorio homogéneo, es un tema prometedor, que Chumbita deja apenas insinuado. Pero lo que es destacable es la conclusión sobre la que elige avanzar el autor de *El enigma peronista*. Dice Chumbita que esa “personalidad” de Perón obedecía a una subjetividad tallada en una educación político-moral de inspiración europea y en una aptitud mental de “hijo del país”, donde luce el espíritu transigente, astuto, paciente y burión. También este tema, que Chumbita apunta como propio del “mestizaje americano”, merecería mayores desarrollos, dado su indudable carácter de hilo conductor de la argumentación del autor. Pero no decimos esto para ejercer el mínimo placer del reseñista que ante el libro ajeno goza con la perdonable travesura de insinuar que él lo habría hecho mejor, sino para destacar que esta definición sobre la

“intimidad del sujeto” empeñado en cabalgar la historia, tiene tal relevancia que alcanza para definir también la propia actitud de Chumbita como ensayista político. Libro de mestizaje es este de Chumbita. Todos sus amigos están citados, lo que también le da una incómoda familiaridad. Que el enigma sea tratado por un optimista y no por un trágico, es también una evidencia sutil de la amplitud del mestizaje. Un libro que habla de los demás libros y que solo por ese solo hecho,

va derecho a su lugar sobre la tabla curvada que soporta los otros volúmenes, sabiendo que los demás adquieren el derecho de hablar de él. Cada libro juzga a los otros y se pone a tiro de los juicios que le serán destinados. Se hace un hueco en el harén, deseando que el anaquel no ceda, por fin, en su precaria resistencia. ¿Cuál será la gota, el libro que haga rebalsar la elasticidad del maderamen y desplome paradigmas por el subsuelo sublevado de esas bibliotecas? ■

UNIDAS

LAS CHICAS DE LA “JUVENTUD MARAVILLOSA”

Ana Lía Glas y Lidia Henales

Nuestra generación —en un sentido más cultural que biológico—, los que recibimos las mismas influencias, vivimos las mismas experiencias y compartimos similares esperanzas; los que fuimos la “juventud maravillosa” tenemos una historia que narrar.

Durante los últimos años nuestra historia se silenció. Desde fuera para hacernos “desaparecer”, desde dentro por culpa, miedo, no saber qué nos pasó. Parece que va surgiendo ahora una corriente que quiere rescatar nuestra memoria, para insertarnos en este difícil presente y proyectar un futuro mejor. Las voces que comienzan a escucharse son casi todas de hombres, que compartieron con nosotras, como “iguales”, la misma lucha y las mismas esperanzas. Y las mujeres, ¿no tenemos algo específico para plantear? ¿Algo que nos concierna como género?

No pretendemos narrar una historia completa, pero queremos plasmar nuestros fragmentos en un texto y, al narrarlo, tratar de revivirlo nosotras y hacerlo revivir al lector/a en el modo de lo imaginario. Nuestra vida fue una pasión que hoy busca ser relatada. En este proceso queremos comprender, las que escribimos y las que lean, lo que fueron nuestros proyectos, nuestros objetivos, circunstancias y limitaciones.

ANTECEDENTES DE LOS SETENTA

Comencemos nuestro relato en el 66, con un gobierno proscriptivo y represor como el de Onganía. A la violencia autóctona se le sumaba un movimiento violento y contestatario en el resto del mundo. Se cuestionaban ambos imperialismos, y el Tercer Mundo se evaluaba como el sujeto revolucionario de la época, donde la violencia era protagonista fundamental.

La experiencia cubana fue tomada como modelo. Las guerras de descolonización como la de Argelia y Vietnam fueron exaltadas. El Mayo francés cuestionó el modelo europeo, con una participación juvenil masiva, planteando “la imaginación al poder”.

En nuestro país la injusticia y la opresión eran la norma. Los canales de participación estaban cerrados. Amplios sectores de la juventud deseamos fervientemente un cambio, una sociedad más justa, un “hombre nuevo”.

Onganía disolvió todos los partidos políticos y anuló la autonomía universitaria dejándonos sin “isla democrática”.

La situación de injusticia y proscripción sufrida por el peronismo golpeó a toda la sociedad política y al estudiantado.

Sectores juveniles hacen suya, entonces, una visión cada vez más radicalizada de la política. A partir de 1966 comienzan a surgir organizaciones revolucionarias que se militarizan para enfrentar al régimen.

Surgió la CGT de los Argentinos, que sirvió como vehículo de acercamiento hacia un sector de la conducción del movimiento obrero no burocratizado, por parte de sectores estudiantiles y de izquierda que se incorporan al peronismo revolucionario.

En la UBA, desde las Cátedras Nacionales, los estudiantes se acercaban a un pensamiento nacional. Se estudiaban las luchas populares del siglo pasado, los caudillos, la historia del sindicalismo, el gobierno peronista. Se analizaban los dos imperialismos, se leía Jauretche, Hernández Arregui, Puiggrós, Abelardo Ramos, José María Rosa. Nos acercábamos al revisionismo histórico.

La música que se escuchaba nos hablaba de injusticias, pero también de luchas y victorias posibles. Mercedes Sosa, Daniel Viglietti, Violeta Parra, los Quilapayún, Zitarrosa, Víctor Jara, canciones de la Guerra Civil Española... A desalambrar... Abre la muralla... El día que los pueblos sean libres, la política será una canción... La entrañable transparencia, de tu querida presencia, Comandante Che Guevara.

Vastos sectores juveniles provenientes de familias trabajadoras recordaban, por haberla vivido de niños, o porque sus padres se la contaron, una época dorada con vacaciones, regalos de juguetes y justicia social.

Para otros sectores, sobre todo de clase media, no fueron sus recuerdos, sino un deseo de justicia lo que los llevó a identificarse con los postergados y humillados. Si el pueblo tan injustamente avasallado era peronista, había que abrazar su causa y sumársele, acompañándolo en la lucha.

En esta época vivíamos la alegría de la Revolución. Todo era eufórico, espectacular y radiante.

MITOS Y ÉTICA HEROICA

Regía nuestra vida la ética del heroísmo. Nos habíamos criado en los cincuenta, bien estructurada ya la cultura de posguerra: chicos y chicas crecimos leyendo historietas de héroes duros, inmoviblemente seguros de sus verdades.

En esta infancia irrumpió la Revolución cubana. La figura heroica y sacrificada del Che Guevara fue al principio patrimonio de la izquierda no peronista pero, muchas veces de modo no explícito, marcó a toda nuestra generación. Los libros de Fanon y de Giap coexistían con los de Mao Tse-Tung en nuestras bibliotecas, mientras pudimos tenerlas.

Nunca nos preguntábamos por qué había mujeres combatientes en las revoluciones que admirábamos, pero no mujeres dirigentes. Si alguna lo pensaba no lo transmitía a sus compañeras porque no era un tema "prioritario".

Nos identificábamos con Evita, aquella joven entregada apasionadamente a su causa, que de algún modo murió también heroicamente. Ella y el Che, cuya terrible muerte nos conmovió en 1967, más que las noticias del Mayo francés, eran mitos orientadores que trascendían la dimensión humana de ellos mismos.

Las mujeres compartimos esta cultura a la par de los hombres, sin reivindicaciones específicas (que por otra parte ni soñábamos que existieran), como uno más...

Con la participación activa en la lucha, la mujer rompía con la imagen tradicional, pero sin crear nuevos valores antipatriarcales.

Dentro de la lucha, a la mujer le quedaban dos opciones: endurecerse o seducir en nombre de la Revolución. Muchas que no estaban encuadradas en las “Orgas”, igualmente acompañaban el proceso. Se compartía una ética del sacrificio. La Revolución era lo primero.

SACRIFICIO Y AUTODESTRUCCIÓN

Nuestra generación despreció a los intelectuales “de café”; el Cordobazo y las puebladas subsiguientes definieron nuestra opción por la acción y el compromiso, que incluía la muerte por la causa. Esta opción reclamaba el sacrificio, el menosprecio de la propia vida y del propio cuerpo. En esta manera de pensar se inscribe la conducta de las mujeres del 73, la práctica irreflexiva del aborto, el trato descuidado de los hijos. Cuántas veces aparece en nuestra charla el recuerdo de los chicos que se dormían intoxicados por el humo de los cigarrillos en las reuniones, a los que a veces se los privaba de cuidados para equipararlos a los chicos marginales, más carenciados, para los que queríamos “el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel”.

¡Cuántas veces escuchamos ahora la voz quebrada de una compañera que nos habla de un aborto que todavía no ha podido asumir! Todavía no sabemos el porqué de tanto descuido.

Muchas de las chicas del 73 pasaron a ser madres obsesivas por la culpa que aquella desaprensión produjo. La mayor parte se reacciona y reacciona a sus compañeros el maltrato gratuito que incluían muchas relaciones sexuales.

En los primeros años setenta la apertura sexual ya se había dado en nuestra clase media. Entre las militantes muchas veces esa apertura se traducía en una compulsión que las llevaba a la cama con la misma desaprensión con que se hacían otras cosas. Muchas heridas actuales también se deben a esa actitud, en el fondo machista. Porque el sexo se aceptaba en términos indiscutiblemente masculinos, en tiempo, cantidad y condiciones. Cuando el “partenaire” sexual era un compañero militante, toda la relación quedaba subordinada a la afinidad política y, por admiración o compañerismo, se perdonaba todo, o al menos no se exigía correspondencia en la satisfacción.

A la compulsión sexual se le sumaba la compulsión militante. Hay que entregarse en ambos sentidos. Las ideas de placer, de erotismo, se descartaban totalmente. Se producía la deserotización de lo sexual.

Las mujeres se homogeneizaban con los hombres. Una cúpula elaboraba la teoría que luego se “bajaba”. Y allí no había lugar para el disenso, para la diferencia, ni para los temas “menores”. Las mujeres que participaban en las organizaciones armadas compartían con los hombres un concepto exacerbado de lo militar y un culto especial a las armas. Según el testimonio de una compañera tupamara entrevistada en París: “El culto del militarismo superaba ampliamente las necesidades concretas de ese período. Hay mecanismos inconscientes muy profundos que aparecen en ese culto desmesurado al arma-falo, y en ese éxtasis que provoca su manejo y cuidado. Participar en una acción armada de envergadura y poseer un arma significaba poder. Si el arma era mistificada, lo era en tanto mediación y puente hacia el Poder. Ella simbolizaba el Poder: detrás del arma, todas las diferencias culturales, sociales y de sexo se dejaban de lado”.¹

Nuestro proyecto era globalizador, lo transformaría todo. Teníamos la convicción de estar viviendo tiempos nuevos, de estar haciendo la historia, de estar produciendo cambios que nos llevarían a una sociedad mejor. Después vino el holocausto y diversos sectores tomaron rumbos diferentes...

Las compañeras que fueron detenidas soportaron, en general, peores condiciones que los varones, porque el maltrato sexual fue ejercido invariablemente por los torturadores.

El 30% de los desaparecidos fueron mujeres. Las que no murieron ni fueron apresadas se exiliaron. En el doloroso exilio en otras tierras, o en el oprimente dentro del propio país. De estas últimas muchas no han regresado a la vida política. Siguen encerradas en el silencio, viviendo una vida que hace diez años no hubieran soñado. Muchas, demasiadas, sintiéndose traicionadas y desconfiando de toda acción política. Cuando la represión era dueña de las calles se recluyeron en sus roles tradicionales: ahora no hay consignas románticas que las reclamen. La indiferencia de muchos y la mezquindad de otros que regresaron con otras máscaras, las asusta o las ofusca.

Otras comenzamos a revalorizar nuestra condición específica e intentamos insertarnos en proyectos que quieren una sociedad más justa, pero sin verdades absolutas. Ya no creemos que el sujeto de la revolución esté preestablecido: ni la clase obrera pero tampoco las mujeres. Ni el proyecto ni el sujeto están dados de antemano. Se van construyendo y reconstruyendo en los cambios tal vez menos ambiciosos o radicalizados, pero con no menor anhelo de justicia.

En los setenta diversas “orgas” o “sectas” elaboraban una teoría que lo explicaba todo y luego era bajada a los militantes y de allí a las bases.

Era un pensamiento que más elaboraba síntesis, que comprendía contradicciones. Pensamientos rígidos, sin cuestionamientos demasiado críticos, que no comprendían a los sujetos potencialmente revolucionarios.

1. Ana M. Araujo, “Mujeres y poder”, en *Mujer y democracia*, ILET, 1985.

NUESTRO PRESENTE

Habría que abarcar toda esa riqueza y tratar de compatibilizarla en síntesis parciales que nos permitan a las mujeres, junto con diversos grupos (movimientos de defensa del medioambiente, comités de derechos humanos, todo tipo de agolpamientos autogestionarios), aportar a la lucha que desarrollan los partidos y los sindicatos.

Hoy, la mayor parte de las mujeres que quieren participar pretenden hacerlo, sin vanguardias esclarecidas (masculinas ni femeninas) y sin fidelidades absolutas a ningún caudillo. Sí, podemos trabajar en conjunto, pero sin ser tratadas como entidades abstractas, medibles e intercambiables según las circunstancias.

Las técnicas políticas tienden a subrayar una especie de formalización de roles, jerarquías, etc. Las mujeres, para poder expresarnos, para cambiar, tenemos necesidad de mostrarnos tal cual somos.

Nosotras no queremos disiparnos en una figura abstracta, una ciudadana, una papeleta electoral, un objeto.

Nosotras no queremos participar enmascaradas, sino como personas totales, no deseamos desaparecer detrás de categorías, ni la revolucionaria de antes, ni la mujer, sino cada una (dentro de un colectivo) pero tal cual es. Con su historia, sus vivencias, sus gustos, sus esperanzas. Fraternales pero distintas. Muy distintas. ■

UNIDAS, AÑO 1 - N° 2

MAYO DE 1987

LAS MUJERES EN LOS BARRIOS

María del Carmen Feijóo

Un tema casi mítico recorre la historia y la participación de las mujeres en el peronismo: su participación en las estructuras políticas de base local, especialmente durante el primer y segundo peronismo. La centralidad de la mujer en la vida de las unidades básicas barriales es un tema sobre el que, tal vez porque predomina la tradición sobre los estudios, existe enorme consenso. Se utilizó entre otras cosas para explicar cómo se produjo la reproducción generacional peronista en el contexto hostil de los gobiernos que sucedieron a la Libertadora y el retorno del 73. El barrio y el hogar peronista y, entre ellos, el rol de las madres-mujeres, fuente de socialización alternativa en los valores de la sociedad posperonista, habrían sido algunos elementos que permitieron explicar la continuidad y renovación de las filas del movimiento.

Igualmente, durante la dictadura del Proceso, diversos autores/autoras señalaron de qué manera el hogar, lejos de convertirse en pasiva polea de transmisión

del mensaje impartido por los medios de comunicación de masas —vigilancia en el seno de la familia, disciplinamiento para el conjunto de la sociedad, autoritarismo, atomización de la vida colectiva, privatización de la vida pública—, se convirtió en un espacio alternativo de socialización en valores contrapuestos a los que se pretendía imponer a la sociedad. Una vez más, estos nuevos “refugios” estarían desempeñando un rol de sentido opuesto al que propone la propaganda conservadora de los valores del grupo familiar. Hemos señalado en un trabajo que, durante la dictadura, las mujeres se rebelaron en el desempeño de sus roles en algunos de los espacios que el proyecto autoritario les asignaba —hogar y niños— y que, justamente a partir de ellos lograron desarrollar uno de los movimientos más fuertemente contestatarios de la sociedad argentina: el movimiento de las Madres de Plaza de Mayo. También, el ahora semiolvidado, pero no por ello poco importante, de las amas de casa, y la famosa campaña de resistencia de las consumidoras conocida como “no compre los jueves”.

Además de cumplir estas actividades de socialización y educación, las mujeres tuvieron siempre a su cargo —porque así está definido socialmente— la responsabilidad de las tareas reproductivas en el hogar. Ser militantes peronistas, amas de casa o Madres de la Plaza no las exime de seguir siendo las responsables directas de la atención de las necesidades de la familia. Así, si las actividades formativas de las mujeres están marcadas por el contexto político —aunque ellas le inviertan el contenido— la actividad cotidiana reproductiva está estrechamente relacionada con la situación socioeconómica imperante. Tal vez, más que cualquier otro miembro de la familia, la mujer es el fusible más directo en relación con lo que a la situación económica se refiere.

Hoy no hace falta decir que junto con los otros países de América Latina, nuestro país se encuentra atravesando la crisis más importante del siglo XX. El deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares es creciente y, junto con ese deterioro, el rol de la mujer se redimensiona, pues cada día debe trabajar más para hacer frente a la crisis. Esta situación llega al punto en que según el estudio realizado por el INDEC en 1984, “La pobreza en la Argentina”, alrededor de la cuarta parte de los hogares tiene una o más de sus necesidades básicas insatisfechas. Este impacto de la crisis sobre los hogares populares supone una brutal redefinición del rol de las mujeres en ellos.

Las vías de solución a la crisis elegidas por el gobierno radical —en el contexto dentro de lo poco que, ciertamente, se podía elegir— han desplazado brutalmente la satisfacción de muchas necesidades básicas del ámbito privado al público (como sucede en los programas de dación de alimentos como el PAN que llevan a resolver en el ámbito público y en relación con el Estado lo que antes se resolvía privadamente en el interior de cada familia). El desplazamiento de una serie de actividades consideradas privadas afuera del hogar nos permite también reconocer que en un país dependiente delimitar el hogar y las tareas del hogar a los límites

geográficos de la vivienda no es más que una ilusión. Nos obliga a reconocer cómo en las sociedades dependientes lo doméstico se extiende fuera del espacio físico del hogar vivienda. Esa identificación privado-hogareño-doméstico, que tal vez sirve para analizar la vida cotidiana en los países centrales, no es adecuada para los países dependientes. Hace tiempo que en América Latina, para las mujeres de los sectores populares, las actividades del hogar incluyen salir afuera, y esto lo mostró la crisis en toda su desnudez.

Así, *la crisis puede convertirse hoy en un formidable laboratorio en el cual la identidad de las mujeres puede sufrir positivas transformaciones*. ¿Qué hacer frente a esta salida afuera de las mujeres? ¿Lamentar la pérdida de otro paraíso en el que el proveedor era el marido y las necesidades se satisfacían dentro de cada hogar, pero en el que era el marido la fuente incuestionada de poder patriarcal? ¿O aprovechar esta circunstancia para ayudar a las mujeres a hacerse más y más conscientes de su capacidad organizativa y de su doble opresión de género y clase? De hecho, se dice que entre las mujeres de los barrios está empezando a haber movimientos novedosos. Su centralidad en la organización del consumo familiar y en el mantenimiento y reproducción de la vida familiar empieza a ser reconocida. De la invisibilidad de las tareas reconocidas como “naturalmente” femeninas, poco a poco, se va creando conciencia sobre el activo rol desempeñado por las mujeres en la conformación del hábitat popular. Información dispersa sobre experiencias aisladas en distintos lugares del Gran Buenos Aires confirman esta paulatina salida a la luz: el rol de las mujeres en las luchas por la vivienda, por el agua, por el servicio básico, así como la constitución de pequeños grupos que se preocupan por la situación de la mujer —a veces en el contexto de algunos programas gubernamentales como en el caso del PAN o la Campaña Nacional de Alfabetización— muestran una vez más la potencialidad de cambio que tienen las mujeres aun en el desempeño de las tareas tradicionales. A la vez, otros grupos se organizan de manera novedosa alrededor de la acción de las iglesias, de algunos grupos políticos, de organizaciones no gubernamentales. Esto gérmenes de organización, aunque distantes del desarrollo alcanzado por la organización y la acción de los grupos de mujeres populares en otros países de América Latina, son microexperiencias que siguen direcciones similares a los que se han desarrollado en la región.

La crisis tiene también un efecto afirmativo sobre la posición de la mujer. Obviamente, estamos lejos de alabar la crisis. En ningún aspecto de la vida humana y del cambio social sostenemos ya el viejo aventurerismo de cuanto peor, mejor. Pero esta crisis exige, desde el punto de vista de los intereses de las mujeres populares y su participación política, un cuidadoso análisis. Es probable que frente a la misma, en la próxima campaña electoral, se recupere un discurso del dorado tiempo perdido en el que la mujer estaba claramente en la casa y el hombre en la calle. “La familia, célula básica de la sociedad”, “la desintegración familiar,” “los peligros del trabajo extradoméstico de la mujer”, “la drogadicción”,

“el desorden social”, “la pornografía” van a ser seguramente caballitos de batalla de algunos candidatos peronistas —las vacilaciones alrededor del divorcio hacen temer lo peor—. Ahí, la interpelación a la mujer será una interpelación vicaria en función del rol que ella desempeña en función del “otro”, más que en función de ella misma como persona humana. “Volver” a la mujer a la casa puede ser una agradable tentación para todos aquellos que piensan desde el gatopardismo. La defensa de la familia una vez más sacrificará a la mujer en su altar. En lugar de eso, hay que ayudar a las mujeres a reconocer que esa salida, además de una estrategia de sobrevivencia, es un hecho político, y que ese hecho político se relaciona con la crisis no solo socioeconómica sino general del agotamiento de un sistema. Pero defendiendo su derecho a estar afuera, si así lo quiere, en condiciones que no afecten su dignidad.

Ahora, aun contra su voluntad, las mujeres están invadiendo intersticialmente miles de espacios públicos a nivel barrial. Han desencadenado el enorme potencial que su movilización implica. Y el peronismo que, como decíamos al comienzo, ha sido pionero en alentar la movilización de las mujeres con el voto femenino, la igualdad de los hijos matrimoniales y extramatrimoniales, la ley de divorcio, el partido peronista femenino, tiene una gran responsabilidad frente a este proceso. ¿Con qué discurso, con qué propuestas va a hacer frente a esas mujeres en esos nuevos escenarios?

En ese doloroso proceso de salida al mundo público —doloroso porque está signado por la necesidad— las mujeres también han aprendido a reconocerse como personas, autoafirmadas, seguras de sí mismas, aprendiendo a moverse en los espacios públicos y hacer oír su opinión. Hay que reconocer estos logros y estimularlas e involucrarlas activamente en los programas de bienestar social y ayudarlas a fortalecer sus organizaciones locales. Es probable que, si la crisis actuó efectivamente como un laboratorio, cuando la misma se supere no necesariamente habrá marcha atrás mecánica en los nuevos comportamientos adquiridos. Y está bien que así sea si las mujeres lo desean. Pero este proceso tiene que ser ayudado pues, aunque fruto de la necesidad, puede tener paradójicamente, efectos liberadores sobre las vidas de las mujeres. Esta transformación seguramente se habrá de sentir con más fuerza en el caso de las mujeres jóvenes.

Si esto es así, pueden plantearse nuevos caminos para la organización política de las mujeres que —retomando la experiencia de la involucración femenina en las unidades básicas— sean eficaces en términos de la acción política y liberadores en términos de ayudar a la mujer a romper con la subordinación.

BIBLIOGRAFÍA

Barrig, Maruja, *Servicios urbanos y mujeres de bajos ingresos. Apuntes para una definición*, Lima, Grupo de Trabajo SUMBI, 1983.

Blondet, Cecilia, “En las barriadas nos hicimos mujeres”, *Cultura Popular*, N° 11/12, Lima, CELADEC, 1984.

Feijóo, María del Carmen, “La mujer en los barrios: de los problemas locales a los problemas de género”, en *Materiales para la comunicación social*, N° 5, Centro de Estudios sobre Cultura Transnacional, Lima, 1984.

Jelin, Elizabeth, *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Estudios Buenos Aires, CEDES, 1984.

Hardy, Clarisa, *Hambre + dignidad = ollas comunes*, Santiago de Chile, PET, 1986.

Sara Lafosse, Violeta, *Los comedores comunales en los barrios populares de la ciudad de Lima, informe final*, Lima, Grupo de Trabajo SUMBI, 1984. ■

UNIDAS, AÑO 1 - N° 3

DICIEMBRE DE 1987

DISCRIMINACIÓN LABORAL FEMENINA

Carmen Sara González

Como una breve introducción a este trabajo, quisiera señalar que está efectuado desde la visión de una abogada feminista.

Abogada, en cuanto trato continuamente, a través del ejercicio profesional, de demostrar que el uso adecuado de la ley actual y vigente puede ayudar a las mujeres a resolver innumerables problemas que creen insolubles. Y feminista, por eso de que el mundo de lo público, del afuera, es el que más paraliza a las mujeres. Atravesadas por la diagonal de lo femenino, desde profesionales hasta mujeres de sectores populares ven perjudicada la defensa de sus derechos por desconocerlos.

Hagamos ahora un somero análisis de la voz “discriminación”, objeto de este artículo. Discriminación es “separar, distinguir, diferenciar una cosa de otra. Dar trato de inferioridad a una persona o colectividad, generalmente por motivos sociales, raciales, religiosos, políticos o económicos” (*Diccionario Enciclopédico Ilustrado Gran Omeba*).

La Convención III de la OIT, de 1958, concerniente a discriminación, empleo y profesión, la define como “toda distinción, exclusión o preferencia que tenga por efecto destruir o alterar la igualdad de chances o de trato en materia de empleo o de profesión”.

Contrariamente a otro tipo de discriminación, la sexual trasciende todas las barreras. Afecta a mujeres de todos los grupos socioeconómicos, raciales, religiosos y de origen social. Afecta a las jóvenes, a las adultas y a las ancianas.

Además de la discriminación básica de no considerar al doméstico como un trabajo, en el campo de las tareas remuneradas las condiciones del trabajo femenino distan absolutamente de ser igualitarias al del masculino.

EXAMEN NORMATIVO

La mujer padece discriminaciones en la Ley de Contrato de Trabajo en base a su calidad de trabajadora, de esposa y de madre:

1. Trabajadora:

1.1. Prohibición del trabajo nocturno en determinadas actividades (art. 173, LCT).

1.2. Prohibición de ocupación en trabajos penosos, peligrosos e insalubres (art. 176, LCT).

1.3. Prohibición de encomendar trabajos a domicilio (art. 175, LCT).

2. Esposa:

2.1. Prohibición de todo tipo de discriminación en el empleo, fundado en el estado civil de la mujer (art. 172, LCT).

2.2. Se prohíbe y establece la presunción legal y los efectos indemnizatorios del despido por causa de matrimonio (art. 181 y 182, LCT).

Estos preceptos solo protegen a la mujer trabajadora en su calidad de esposa, no son extensivos a los hombres.

3. Madre:

La maternidad de la trabajadora, amén de los beneficios cuasiasistenciales del régimen de asignaciones familiares, ha merecido protección legal en los siguientes aspectos:

3.1. Prohibición de trabajo durante noventa días (art. 177, LCT).

3.2. Prohibición reforzada de la estabilidad (art. 172, 178, 181, 182).

3.3. Reducción de la jornada en una hora por lactancia (art. 179).

3.4. Habilitación de salas maternales y guarderías para niños (art. 179).

3.5. Régimen de excedencia (art. 183 a 186, LCT).

Estas normas, que figuran o han figurado de un modo u otro en todas las legislaciones, dieron lugar a una fuerte discusión. La polémica “proteccionismo versus discriminación” sigue vigente en nuestro país. Según unos, el proteccionismo refuerza la discriminación al señalar a la mujer como la única responsable del trabajo doméstico, del marido y de los hijos.

Según otros —a los que adhiero— no podría cambiarse una sola norma hasta tanto la reforma integral modifique las estructuras imperantes.

Conociendo la rigidez de los estereotipos sociales en nuestro país, entendemos que ese cambio solo podría derivar en un empeoramiento de las condiciones de trabajo de las obreras. La inaccesibilidad a las mejoras inmediatas, la falta de guarderías, la legislación positiva para el acceso a las divergencias y el rígido esquema social vigente (que lleva a leer en los matutinos de Buenos Aires, en 1987, “una mujer dirige la Comisión Nacional de Energía Atómica” o “una mujer dirige la Cancillería” como si fueran proezas circunces) configuran un cuadro que no puede mejorar con la desprotección legal.

Nos oponemos enérgicamente a desproteger hasta tanto no se dicte un código integral en el que se considere, como principio básico, a la maternidad como un hecho social por el cual la mujer no debe ser penalizada en forma alguna.

Aclaremos, además, que las discriminaciones pueden ser negativas o positivas como, por ejemplo, la discriminación positiva temporal legislada por los suecos, que fomenta la igualdad jurídica entre las personas.

¿Qué pasa con las discriminaciones vigentes en nuestra ley? ¿Son positivas o negativas para las trabajadoras y los trabajadores argentinos?

HISTORIA

Según el censo de 1869, de 361.000 mujeres que habitaban la Argentina —con relación a 542.000 hombres— se registraban 98.398 costureras, 58.703 sirvientas, 29.176 lavanderas, 19.716 cocineras, 11.047 planchadoras, 3.313 bordadoras y 1.639 amasadoras.

Recién a fines de siglo se afianza una industria manufacturera y liviana, concentrada en el conurbano de las grandes ciudades, que va incluyendo tecnología moderna y liquidando las formas de economía doméstica y artesanal. El segundo Censo Nacional de Población (1895) informa que de un total de 3.954.911 habitantes, 1.865.992 eran mujeres y 2.088.919 varones.

La población económicamente activa (PEA) en las mujeres era, en 1895, de 42,3% en total y 34,7% en la población urbana. La primera referencia a las luchas laborales femeninas aparece en enero de 1888, con una huelga de domésticas por la obligatoriedad de la “libreta de conchabo”. En 1889 las modistas rosarinas llevan a cabo una tumultuosa huelga y en 1896 se declara un conflicto en las telefónicas. En 1903 Fenia Chertkoff y Magdalena Rosetti fundan la Unión General Femenina, que participa del Segundo Congreso de la Unión General de Trabajadores en 1904 y donde se presenta por primera vez la reivindicación de la ley de la silla, en conjunto con la Federación de Dependientes de Comercio. En 1904 la Sociedad Obrera de “camiseras y anexos” entra en conflicto por diversas demandas reivindicativas. El 29/6/1913 se inauguró la Sociedad de Resistencia “Lavanderas Unidas”.

Se organizan gremialmente las telefónicas en 1907, en 1909 las fosforeras fundan una asociación y también las empleadas de la FORA (Federación Obrera Regional Anarquista). Se edita en 1904 una revista para mujeres. Carolina Muzzili publica en 1913 “El trabajo femenino” en el que analiza el trabajo de las empleadas de las casas de comercio. Volviendo a 1903, trabajaban en Buenos Aires 11.723 mujeres, 10.922 menores de 16 años y 1.197 por debajo de los catorce años.

Recordemos que en 1904 los obreros de la fábrica de chocolate Saint Hnos. impusieron a sus patrones “la prohibición absoluta de castigar corporalmente a los aprendices”.

Alfredo Palacios, fundamentando su proyecto de Ley sobre Menores y Mujeres, estima que quizás así convenga al movimiento obrero ya que, al incorporarse, la mujer “por solidaridad de trabajo presta su concurso inapreciable a la causa de los obreros”.

Se dicta, luego de tres años de debate, el 30/9/1907 la ley 5291 de Mujeres y Menores, presentada en 1903 por Gabriela Coni, que establecía seis horas de trabajo y una licencia por maternidad de sesenta horas corridas después del parto y fue derogada en 1924 y reemplazada por la 11.317.

La legislación era absolutamente paternalista (tengamos en cuenta que la mujer era incapaz legalmente) y se procedía al tratamiento conjunto del trabajo infantil y el de las mujeres partiendo de la base de la infravaloración de la mujer como persona, lo que dio por resultado una inadaptación total a lo que sería una legislación igualitaria entre las personas.

Mientras tanto, el 8 de marzo de 1908, las trabajadoras de una fábrica textil llamada Cotton, en Nueva York, declararon una huelga por las condiciones insoportables de trabajo. El dueño objetó que las obreras ocuparan la fábrica, cerró las puertas y la incendió. Murieron abrasadas las 129 trabajadoras que había dentro. Este es el origen de la conmemoración del 8 de marzo como Día Internacional de la Mujer en todo el mundo.

En 1944 se creó, dentro del Estado, el primer espacio dedicado a la mujer: la Dirección de Trabajo y Asistencia de la Mujer.

La falta de precisión de los estudios sobre la mano de obra femenina es uno de los factores que contribuyen a la confusión sobre la situación de la trabajadora argentina actualmente y a que se barajen numerosas hipótesis tendenciosas basadas en intereses ideológicos, que no son precisamente favorables a la mujer trabajadora. Se ha publicado recientemente un estudio que denuncia como mucho más caro para las patronales el trabajo de las mujeres porque, aun ganando menores salarios, influyen y elevan los costos de las cargas sociales. Si obviamente la reproducción, o sea el crecimiento de los nuevos habitantes de un país, es computada a los trabajadores de un solo sexo y no al costo social del incremento demográfico o, eventualmente, a los costos del trabajo en general, fácil es ver cuáles son los resultados. Tengamos en cuenta además que si el trabajo

doméstico hogareño fuera volcado a las estadísticas, alcanzaría el equivalente al 34% del presupuesto de la nación.

Recordemos que quedan fuera de todo cómputo el trabajo a destajo y el cuentapropismo.

Según uno de los últimos informes del INDEC uno de cada cuatro trabajadores argentinos trabaja en la economía negra. Es innecesario destacar la trascendencia de la tarea laboral femenina en esas cifras. Para agosto de 1987 la mujer avanzó al 28,5% en la fuerza de trabajo luego de haber estado en el 23% en octubre de 1983. No olvidemos que, en términos generales el trabajo informal es considerado por la OIT como el que realizan los paupérrimos de los trabajadores pobres.

El estudio del censo del 80 indica que la mayor participación de la mujer trabajadora en la PEA se ha dado, en parte, por las incorporaciones a los sectores de finanzas y comercio, y que la disminución de las trabajadoras de las industrias manufactureras se debe fundamentalmente al desplazamiento hacia el sector del servicio doméstico. La mayor cantidad de profesionales mujeres (8,5%) con relación a los hombres (4,1%) no es garantía suficiente para un cambio en el desarrollo de la mujer trabajadora.

En una investigación realizada sobre 380 magistrados de ambos sexos de la Capital Federal, en 1986, se pudo apreciar que la incorporación de la mujer al ámbito del Poder Judicial está directamente relacionada con la baja remuneración actual de estos funcionarios.

Este trabajo tiende a demostrar que la desprotección no va a beneficiar a las mujeres y que los empleadores las seguirán tomando por baja de sus salarios.

Entendemos que la agrupación de organizaciones de mujeres permitirá que las reivindicaciones de las mismas, al ser ejecutadas solo por ellas, puedan arribar a un cumplimiento eficaz del objetivo.

Corresponde realizar a continuación una descripción de los elementos a analizar en este trabajo.

DISCRIMINACIÓN LABORAL Y SINDICAL DE LA MUJER ARGENTINA

ANÁLISIS DE LA DISCRIMINACIÓN EN SUS DIFERENTES FASES.

DESENVOLVIMIENTO HISTÓRICO

1) Falsedad del uso del principio de igual trabajo por igual salario.

2) Necesidad de la inclusión de trabajadoras domésticas y rurales en la Ley de Contrato de Trabajo (LCT)

3) Trabajo a domicilio.

4) Ubicación de la maternidad como costo de la futura población del país y no del trabajo femenino.

5) Jubilación anticipada.

6) Pago de las asignaciones y subsidios a las mujeres.

7) Análisis de la inclusión o exclusión de los trabajos peligrosos, insalubres y nocturnos.

8) Inclusión de la figura del acoso sexual. Sanción.

9) Perspectivas de la ubicación femenina en puestos calificados y en la dirección sindical.

10) Breve visión de algunas legislaciones vigentes.

11) Síntesis y sugerencias finales.

Nos dedicaremos rubro por rubro a verificar qué pasa con la discriminación y qué es más conveniente para las mujeres.

1) Principio de igual salario por igual trabajo

Recordemos que toda la jurisprudencia actual continúa los lineamientos del fallo de 1966 de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (DT 1966, p. 489) por el cual deja “a la prudente discrecionalidad de los empleadores, la apreciación de los méritos de los trabajadores”. Pagar salario suplementario a los varones no constituía una infracción al principio de la igualdad de remuneración. Con solo abonar el salario por convenio a las mujeres y a los varones mayores salarios “discrecionalmente”, se tira por la borda la legislación igualadora. Según estadísticas de la OIT, los salarios son del 60% para las mujeres por igual tarea que un hombre y solo en el año 2000 se alcanzará una proporción de 74 sobre 100, por igual trabajo.

En EE. UU. se demuestra un avance en relación a lo que ganaba un hombre del 62% en 1979 al 70% en 1986. Según este estudio, 2/5 de esta brecha se deben exclusivamente a discriminación sexual.

Teniendo en cuenta que la mujer argentina tiene educación secundaria en un 25% frente al 13,7% de los hombres, y de un 8,5% de educación universitaria frente al 4,1% de los hombres, no se podrá adjudicar el desnivel solo a la capacitación.

En 1970, las mujeres eran en un 16,5% cabezas de familia, en 1982 un 18,4% y se calcula que en la actualidad redondean un 22%; tampoco podría afirmarse, como lo hizo algún funcionario gubernamental, que las mujeres trabajan para tener un ingreso suplementario. El alto índice de jefas de hogar indica lo contrario. Finalmente deberá apuntarse al principio correcto: “trabajo al que es atribuible un valor igual”, por la posible dificultad que produciría el establecer cuando dos trabajos son realmente iguales.

2) Inclusión de domésticas y rurales en la LCT

Considerando que las empleadas de servicio doméstico constituyen el 20,5% de la población laboral femenina, la carencia de normas adecuadas a la realidad

jurídica del resto de los trabajadores indica un claro caso de discriminación. No están protegidas en caso de accidente de trabajo, ni gozan de las correspondientes licencias por maternidad ni por hijos enfermos. Siendo muchas de las cabeza de familia no tienen tampoco derecho a subsidio familiar alguno. Eternas rezagadas por la dirigencia sindical, no ha habido ni movimientos ni luchas gremiales para protegerlas.

Los juicios de trabajo en la Capital Federal se realizan en el Tribunal de Trabajo Doméstico, atendido por empleadas no letradas, que son las que asesoran a las obreras cuando acuden al Tribunal en procura de justicia. Los Tribunales de la Justicia de Primera Instancia de la Capital solo intervienen en el proceso de ejecución, o sea, recién cuando la trabajadora no puede percibir su crédito. Además, estas trabajadoras constituyen el grupo de menor nivel educativo, un 42,6% de ellas tiene la primaria incompleta y un 34,3% completa.

La obrera rural, doblemente relegada, según la falta de ubicación de su tarea en las estadísticas, sufre aún más en su doble condición de mujer y marginada.

3) Trabajo a domicilio

Excluido por la actual ley como una posibilidad de las mujeres, sabemos que la economía sumergida ha modificado totalmente lo planteado en la ley. No propiciamos la derogación de este artículo, tal como venimos reiterando a lo largo de este trabajo, hasta que no tenga lugar una reforma integral que deberá apuntar a la reglamentación en condiciones adecuadas para todos los trabajadores, con la debida vigencia de las normas de control en cuanto a seguridad e higiene laboral.

Además, si se levantara esta prohibición, se ayudaría aún más a reforzar el encierro de la mujer dentro del hogar. En Europa se realizaron jornadas en agosto de 1986, advirtiendo sobre el peligro del trabajo de computarización a domicilio por la falta de control estatal y el refuerzo del encierro en lo doméstico.

Los suecos han avanzado reglamentando el trabajo de tiempo parcial y el trabajo flexible, pero estas prácticas deberán ser cuidadosamente estudiadas y reglamentadas antes de introducirlas en nuestra legislación.

4) Maternidad

Partimos de la base de que deberá modificarse el principio actual de la maternidad como un costo del trabajo femenino, por el de que es un hecho social ya que la misma es la que más levanta los costos.

Se entendería así, rápidamente, que las reglas que regulan las licencias por maternidad no solo no son discriminatorias, sino que atienden al hecho biológico de la reproducción de los futuros ciudadanos de la nación que deberán ser soporados por el conjunto de la población.

Las Cajas de Subsidios no solo deberán abonar las licencias por maternidad como lo hacen actualmente, sino que deberán poner a su cargo los costos de la excedencia y todo lo relacionado con este tema y su extensión, con la opción de ser utilizada por cualquiera de los padres. Deberá además analizarse a la luz de los conocimientos de Medicina del Trabajo la prohibición absoluta de toda tarea que ponga en peligro la fertilidad de los trabajadores. Si bien ciertos países como Suecia han extendido la licencia también a los hombres, la práctica indica que estos no la aceptan demasiado. En 1985, solo el 10% de los trabajadores suecos usó este beneficio.

El Código Civil cubano establece la obligación de compartir las tareas del hogar y cuidado de los hijos, pero no ha extendido la licencia a los hombres.

5) Jubilación anticipada

La diferencia de edad entre mujeres y hombres para la percepción de las jubilaciones solo deberá modificarse para beneficiar a los trabajadores varones.

Veamos que, luego de desarrollar la doble tarea del trabajo doméstico y el remunerado, las mujeres con jornadas semanales de 90 a 105 horas (tal como lo establecen las estadísticas) arriban a su edad madura absolutamente gastadas. Utilizando los principios antidiscriminatorios se presentó un hombre ante las Cortes de Justicia Europea, solicitando un retiro a la misma edad que las mujeres. El caso *Burto c/British Railway Board* fue perdido, basándose en lo precedentemente expresado.

6) Pago de asignaciones y subsidios familiares

Partiendo del sustrato ideológico de que la percepción del mismo por el hombre proviene de la “incapacidad” de la mujer, y siguiendo la línea que marca que en el 95% de las separaciones la mujer argentina detenta la tenencia de los hijos, que los alimentos por los niños son en numerosos casos incobrables por las mujeres, que las sanciones a esa actitud desaprensiva por parte de los hombres tiene un remedio legal escaso —y en numerosos casos inexistente— y que el 20% de las familias argentinas tienen por jefa de la misma a una mujer, hemos arribado a una conclusión por la que he venido bregando desde la asunción de las autoridades actuales, en el Ministerio de Trabajo, la Subsecretaría de la Mujer de la Nación, y hasta se lo he planteado al propio presidente, sin tener ninguna respuesta favorable.

No solo no modificaría los costos actuales, sino que sería sumamente sencillo abonar los subsidios familiares, siempre a las mujeres, en sus lugares de trabajo, o en el de los hombres si no ejercieran tareas remuneradas, o directamente en las Cajas de Subsidio y solo en el caso de una autorización expresa y fehaciente podría el hombre percibirlo en forma directa.

7) Trabajos nocturnos peligrosos e insalubres

Deberá propenderse a la desaparición, tanto para hombres como para mujeres, de los trabajos nocturnos peligrosos insalubres, que no están motivados por razones de servicio a la comunidad, sino por el beneficio económico de los empleadores.

a) *Trabajos insalubres y peligrosos*: indiscutiblemente deberán desaparecer para todos los trabajadores pero, mientras también los hombres no consigan esa conquista, no deberemos las mujeres perder lo ya logrado a fin de proclamar una inexistente igualdad en la pérdida. Ni siquiera los argumentos de que son mejor pagos y hay crisis económica en el país nos pueden llevar a consentir que algo que puede ser dañoso para la salud de la trabajadora sea una conquista a conseguir en la lucha sindical femenina.

En el avance del trabajo sobre los campos electromagnéticos, y en todas las nuevas maquinarias, se incluye el manipuleo de sustancias altamente peligrosas. En la URSS se han determinado elementos que afectan la maternidad y no la paternidad y todas las mujeres, independientemente de su condición de madres o no, son apartadas de esas tareas. En España se encuentran enunciados genéricamente los trabajos peligrosos.

Insistimos en manifestar que el avance sería extender la prohibición a los trabajadores hombres.

b) *Trabajo nocturno*: con respecto a trabajos nocturnos la OIT, en la Convención 4 de 1919, estableció que las mujeres no podían realizarlos entre las 22 y 5 horas. En 1948 se amplió el período de 22 a 7 horas.

Con respecto a la posterior discusión doctrinaria acerca de si constituía o no un detrimento en las posibilidades laborales de la mujer, en una reunión de 1978 en Ginebra sobre trabajo nocturno se constató que no había en modo alguno unanimidad sobre este tema; lo cierto es que, en la inmensa mayoría, los trabajadores nocturnos no duermen más de cuatro a seis horas por día. Teniendo en cuenta el trabajo invisible de las tareas hogareñas y el cuidado de los niños, entiendo que patrocinar la derogación de las prohibiciones solo podría contribuir aún más al desmedro de la salud de las trabajadoras.

Ejerciendo siempre la doble tarea, veo como altamente perjudicial acorralar a las trabajadoras, por dinero, en horarios anormales para desenvolver su vida cotidiana.

El caso tomado en el Trade Union Congress el 6 de enero de 1986, por el cual se solicita el establecimiento de la protección para el trabajo nocturno de las mujeres por la violencia sexual, no habla bien a las claras del tema. En ciudades como Buenos Aires, donde las quejas por falta de transporte nocturno en suburbios poblados de violencia y las violaciones son cada vez más elevadas, intentar modificar esta norma es ya casi contraproducente. Si los países que tuvieron la norma proteccionista la derogaron y vuelven a ella, intentar abolir la prohibición —por una supuesta moda cultural antiproteccionista—, o sea entrar tardíamente a la segunda fase, en un contexto aislado, es un despropósito.

8) Acoso sexual

Desde 1902, las trabajadoras en huelga de Buenos Aires pedían que se respetara su moral por los capataces. Cabe aclarar que el acoso sexual está contemplado por la jurisprudencia y legislación argentina, mientras que desde 1977 con el caso “Bames vs. Castle”, en EE. UU., el empleador deberá abonar indemnizaciones que luego podrá repetir del empleado ejecutor del abuso. El acoso sexual es definido por el Distrito de Columbia como el ejercicio de la autoridad y poder de su posición para afectar, controlar o influir en la carrera, salario o trabajo de la empleada a cambio de favores sexuales.

Hay, según ellos, seis tipos:

- acoso o abuso verbal
- presión para actividad sexual
- innecesarias presiones
- manoseos
- demandar por favores sexuales ligados al avance en el empleo
- demandar por favores sexuales con promesa de trato preferencial

En 1985 se encontraba absolutamente delimitada la responsabilidad del empleador si la víctima efectuaba la denuncia. En “Kyriazi vs. Western Electric”, la Corte de New Jersey fijó una indemnización adecuada a todo el dinero que perdió en salarios, más los daños y perjuicios, por no haber sido efectivamente promovida.

La Comisión de Igualdad de Oportunidades en el Empleo entiende en este tipo de denuncias e incluso entrega a las empleadas un formulario que deberá llenar la damnificada a fin de concretar su denuncia.

9) Perspectivas de la ubicación femenina en las direcciones sindicales y en puestos calificados

Innecesario sería ahora extenderse acerca de la triple jornada realizada por las dirigentes sindicales argentinas: su hogar, su tarea remunerada y, además, la elección de la lucha sindical, ardua, por cierto.

Tiempo ha llevado y llevará aún romper los estereotipos de relegarla a las tareas de acción social y a la confección de actas o, a veces, a la de servir el mate. Pensemos que aún hoy la Dirección de la Mujer de la CGT es ejercida por un hombre.

Todos los sindicatos que empleen mujeres deberán contar con instrucciones adecuadas para la lucha específica y se procurará desterrar la dirigencia masculina de los lugares de trabajo en que la mayoría son mujeres.

Además, y fundamentalmente, deberá incrementarse la participación de la mujer en las organizaciones sindicales, a fin de garantizar en las negociaciones colectivas todas las normas atinentes a los problemas de la mujer en base a las soluciones precedentemente preconizadas.

La carencia de representación femenina en niveles de decisión incide negativamente en la adopción de la política sindical y en la fijación de las prioridades a seguir.

10) Breve visión de algunas legislaciones

La OIT ha preceptuado en la 71° Sesión la Resolución sobre Igualdad de Oportunidades y Tratamiento entre Trabajadores y Trabajadoras con acápites como el II) Campañas de información y sensibilización destinadas a modificar los conceptos tradicionales del rol estereotipado de mujeres y hombres y el acceso de las mismas, corrigiendo perjuicios sociales, a todas las tareas. III) Facilitando el acceso de mujeres a todas las profesiones, sobre todo en los sectores donde actualmente se encuentran menos representadas. IV) Asegurando una acción específica en favor de las mujeres en todos los servicios de orientación profesionales.

Derecho comparado: en Suecia, desde el 1° de julio de 1980, existe la Ley de Igualdad de Sexo en las Relaciones Laborales. Indica dos tipos de medidas: 1) la prohibición a los empleadores de tratar desfavorablemente a un empleado o persona que solicite empleo. Los empresarios que transgredan la prohibición deberán pagar una indemnización por daños y perjuicios a las/los empleadas/os presuntamente afectados.

Es, además, obligación de los empresarios trabajar activamente para promover la igualdad de los sexos en el terreno laboral. Para que la distribución sea equitativa debe haber 40% de empleados de cada sexo en cada categoría de tareas.

Existe desde 1980 el Ombudsman para la Igualdad del Sexo, cuya tarea es vigilar constantemente estos preceptos trabajando conjuntamente con la Comisión de Igualdad de Oportunidades; con representantes de los partidos políticos parlamentarios; el Secretariado de Igualdad de Oportunidades y la tarea efectuada por Asuntos Migratorios e Igualdad entre Mujeres y Hombres en el Ministerio de Trabajo de 1982; el Comité de Igualdad que representa a veintitrés organizaciones de mujeres, políticas y sociales (se reúne cuatro veces al año); el Comité de Recomendaciones para Igualdad de Oportunidades, coordinador de todos los departamentos de gobierno a nivel oficial (se reúne dos veces por año).

Actualmente, con todas estas actividades, las mujeres ocupan el 78% contra el 85% de los hombres en la fuerza de trabajo. Todos los esfuerzos realizados serán exitosos si arriban, como calculan, a algo cercano a la igualdad en 1990.

Estados Unidos tiene una Comisión Federal de Igualdad de Oportunidades en el Empleo, que entiende en este tipo de situaciones discriminatorias.

Los Consejos Estaduales de Brasil, y especialmente el de San Pablo, apuntan también a fijar pautas modificatorias de la situación.

España cuenta con la ayuda inapreciable del Instituto de la Mujer que, a veces en colaboración con el Ministerio de Trabajo, realiza una labor encomiable.

SUGERENCIAS

Podemos resumir diciendo que la mujer sufre una doble discriminación en el mercado de trabajo: una para incorporarse y luego, si lo consigue, sostener su permanencia y ascenso dentro del mismo.

Esto se debe a la orientación de la educación (que como ya hemos visto es aún mayor que la del hombre) y a la actitud de los empleadores, de los sindicatos y, a veces, de los propios obreros.

Para modificar esta situación deberá acentuarse una campaña a fin de lograr un cambio y acceder a la real prohibición de la discriminación directa y real aplicación de igual trabajo por igual salario. Para combatir la discriminación será necesario:

a) Urgente reglamentación de leyes de guardería y jardines zonales maternos para todos los trabajadores basándose en la ideología de que la maternidad es un costo de la sociedad en su conjunto y no del trabajo femenino.

b) Extensión de licencias para el cuidado de los hijos opcional para ambos cónyuges.

c) Cobro del salario familiar por la mujer y percepción del mismo por el hombre solo por declaración expresa y fehaciente de la mujer.

d) Creación de un organismo —dependiente del Ministerio de Trabajo— donde se concreten las denuncias discriminatorias, con facultad sancionadora y que esté en contacto permanente con ministerios y organizaciones del Estado donde se discuta todo lo referente a la situación laboral de la mujer.

e) Incentivación del cambio en la orientación de la educación femenina, inclinandolo a la diversificación.

f) Reglamentación de medidas de discriminación positiva temporal, revirtiéndose la tendencia a dejar como facultad del empleador la elección del personal de acuerdo al sexo, y a la paga de menor salario por igual trabajo, con una serie de sanciones que deberán graduarse positivamente a fin de afianzar la igualdad de trabajadores y trabajadoras y lograr la distribución equitativa de mujeres y hombres en todos los puestos, es decir, que haya la misma cantidad de personas de ambos sexos para cubrir todos los puestos.

g) Realizar campañas de divulgación de todos los medios precedentes, dirigidos a estimular la participación de mujeres en las distintas áreas.

En nuestro país, estas reformas deberán estar reflejadas no solo en los Códigos de Trabajo y leyes concordantes, sino también con vistas a una reforma constitucional.

Al respecto propiciamos una reforma en la que se garanticen taxativamente los derechos de las mujeres y, con especial énfasis, los de la mujer trabajadora.

La Constitución deberá ser de clave “garantista” y analítica, todo deberá ser asegurado y tendrá las correspondientes sanciones en caso de incumplimiento. Solo así verán asegurados sus derechos las mujeres. Nos oponemos, por ende, a la reforma sintética preconizada actualmente por algunos constitucionalistas.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE MUJER Y POLÍTICAS ANTIDISCRIMINATORIAS

Ackerman Mario E., “Trabajo femenino, discriminación legal por la concurrencia de protecciones innecesarias e insuficientes”, trabajo de las IX Jornadas de Abogados Laboristas, Argentina, 1983.

- Ackerman Mario E., “La protección del trabajo femenino frente al derecho a la igualdad de oportunidades”, *Legislación del Trabajo*, Buenos Aires, abril de 1983.
- Cortés, Rosalía, *Cambios en el mercado de trabajo urbano argentino*, Buenos Aires, Flasco, 1985.
- Feijoó, María del Carmen, “De Norma Rae a Silkwood”, *Nueva Sociedad*, Caracas, julio de 1978, p. 65.
- Havel, J. E., *La condición de la mujer*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Henault, Mirta, “La incorporación de la mujer al trabajo asalariado”, *Todo Es Historia*, N° 183, agosto de 1982, Buenos Aires.
- Bellucci, Mabel y Camusso, Cristina; Movimiento de Mujeres; Mujeres Anarquistas; Participación femenina en 1907.
- Rozemblum, Susana, “El principio de igualdad y el trabajo femenino”, *Jornadas de Derecho del Trabajo*, Buenos Aires, 1985.
- Rowbothan, Sheila, *La mujer ignorada por la historia*, Bogotá, Debate y Pluma, 1980.
- Sau, Victoria, *Manifiesto por la libertad de la mujer*, Barcelona, Bruguera, 1975.
- San José, Begonia, *Democracia e igualdad de derechos*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986.
- Cherow, O’Leary R., *The State by State Guide to Women’s Legal Rights*, Nueva York, 1987.
- Wollstonecraft, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Editorial Debate, 1977.
- Winerman C., *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados*, México, Terra Nova, 1981.
- Pérez del Río, María Teresa, *El principio de igualdad: no discriminación por razón de sexo en el derecho del trabajo*, Madrid, Instituto de Estudios Laborales y de la Seguridad Social, 1984.
- Femmes au travail*, N° 2, 1984, y N° 2, 1985, OIT, Ginebra.
- Women at work*, N° 1 y 2, 1986, OIT, Ginebra, 1976.
- Conferencia Internacional del Trabajo, 71° reunión, 1985, Informe VII, “Igualdad de oportunidades y de trabajo para los hombres y las mujeres en el empleo”, OIT, Ginebra.
- “La integración de la mujer en la economía”, Madrid, OCDE, Publicación del Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social, 1985.
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Dirección Nacional de Recursos Humanos y Empleo, Argentina, 1987.
- Documentos de las Jornadas Jurídico Institucional del Partido Justicialista, 25 de octubre de 1985.
- Resolución sobre Igualdad de Trato de la Comunidad Económica Europea, OIT, Ginebra, 25/6/1975.
- El trabajo de las mujeres, ¿cómo, dónde y por qué?*, Madrid, CCOO, Secretaría de la Mujer, 1983. ■

**UNIDOS
UNIVERSIDAD**

CRISIS UNIVERSITARIA Y AVANCE DE LA DERECHA

Miguel Talento

Como todo fenómeno nuevo el avance de la derecha liberal en las decisiones estudiantiles, y en algunas de graduados, produjo sorpresa y despertó interrogantes. Acostumbrados a la imagen de la universidad como el recinto privilegiado de todas las variantes contestatarias, cultivada con celo (y desapariciones) por la dictadura militar, nuestro sentido común se aturdió. Los hechos desafían las lecturas ingenuas sobre la realidad universitaria: ha surgido una derecha con política de masas. Existe una derecha que gana voluntades más allá de sus propias huestes, como lo muestra una encuesta recientemente publicada: de cada cuatro votantes de UPAU, solo uno es votante de la UCeDé. Estos fenómenos plantean un interrogante central: cómo explicar el desarrollo político de los seguidores de Alsogaray en la universidad hoy.

En mi opinión no hay forma de responder coherentemente esta cuestión si no hacemos referencia a la situación de crisis que atraviesa la universidad en el contexto del proceso democrático, y encadenamos sus efectos, apreciables diariamente, con las características dominantes de la gestión universitaria en curso. En otra dimensión, hay que correlacionar la excepcionalidad universitaria con el clima cultural de la sociedad argentina de los ochenta, síntesis singular del fracaso popular de los setenta y del Terror del Estado. Y en esta misma perspectiva enmarcar las dificultades del peronismo y la izquierda para reorganizar una acción y una teoría eficientes ante la nueva ecuación política e ideológica operante en el país. Por otra parte, en las condiciones estructurales de la universidad, sobre todo en la Universidad de Buenos Aires, el impacto de la masividad tiene un efecto devastador sobre la capacidad de respuesta institucional en casi todos los planos de la vida universitaria, y se generan condiciones propicias, atendiendo al marco ideológico político antes señalado, para un procesamiento político hacia la derecha del descontento generalizado que provocan los efectos concretos de la crisis.

Sin advertir el peso de estos condicionantes estructurales y sus conexiones resulta prácticamente imposible comprender la emergencia particular del fenómeno liberal universitario en Buenos Aires. Intentaremos responder al interrogante inicial, sin ninguna pretensión de exhaustividad, echando una ojeada sobre algunas cuestiones fundamentales.

En primer lugar, hay que reparar en *la situación de excepcionalidad* que vive la universidad argentina desde el proceso democrático inaugurado en 1983. Señalo la condición de excepción pues se trata, en mi opinión, de una crisis de naturaleza y contenidos diferentes a las anteriores, en tanto expresa un dislocamiento estructural de la institución.

Sin duda la historia de la universidad nacional registra las huellas de una historia política signada por la conflictiva constitución del sistema político en la Argentina, y en este sentido la universidad ha estado permanentemente cruzada por aquellas condiciones y aquellos resultados.

La marca de la inestabilidad institucional se expresa en el ámbito universitario en la ausencia de tradiciones político-formativas con peso suficiente —o de baja capacidad reproductiva— como para atravesar los diversos replanteamientos que sufrió la institución. No es este el lugar para ensayar una historia crítica de la universidad argentina, pero creo que es bastante evidente que los conflictos universitarios abarcaron espacios políticos, programáticos y conceptuales de amplitud distinta.

¿Cuál es entonces la particularidad de esta situación que califico de excepción? La idea de excepcionalidad a la que hago referencia pretende conceptualizar una crisis generalizada de la institución universitaria. En efecto, entiendo que en esta ocasión están comprometidos todos los planos importantes de la práctica universitaria: desde la capacidad efectiva de gobernar de sus estructuras ejecutivas hasta los contenidos curriculares y los métodos de enseñanza, desde la consideración de las prácticas profesionales y su proyección curricular hasta las formas de diseño de la “extensión universitaria”. Está en crisis la ratificación cotidiana de la utilidad social de la universidad.

La ausencia de señales claras de la dirección política del Estado condiciona la ubicación de la institución en la vida nacional. En efecto, la universidad carece de parámetros externos que le fijen criterios elementales de inserción. No hay un plan nacional de desarrollo que ordene las apuestas nacionales y las individuales: que racionalice los perfiles profesionales y las opciones personales de profesionalización. Ni hay un plan nacional de educación que organice los objetivos, entrenamientos y habilidades teórico-prácticas que los estudiantes obtendrán en su paso por los distintos niveles del sistema educativo, que fije las metas y características de los estudios universitarios de cara a los antecedentes formativos, a las necesidades sociales y a las prioridades nacionales.

Y una institución en estas condiciones navega al garete. Es decir, sin rumbo. Porque no están claras sus funcionalidades sociales. El reverso interno de esta situación es la fragmentación y parcelamiento de la institución en lógicas autonomizadas, corporativas y particulares. La ausencia de objetivos y funciones definidas se manifiesta crudamente en la ausencia de un proyecto institucional que contenga la multiplicidad y diversidad de actividades en las que se despliega la universidad, otorgándole sentido y coherencia. Y dada la historia de nuestra universidad,

tampoco existe el paliativo de una lógica institucional sostenida por una estructura burocrática firme que opere aun sin gobierno (al estilo italiano).

Priva el nacionalismo de grupo: la dinámica del poder universitario se reduce a una técnica de manejo y composición de presiones originadas en los diferentes “espacios” en que se manifiesta dicho poder.

En suma, no hay una proyección institucional reguladora. La universidad, hoy, existe. Está. Su rumbo, su sentido, no lo colocan programas o proyectos debatidos y consensuados, sino que se carga, se define en las pequeñas racionalidades de los que detentan los espacios fragmentados del poder universitario. Así la universidad es incapaz de revalidar diariamente su utilidad social. Está ausente de las grandes cuestiones nacionales. No es el lugar de los debates o confrontaciones de las grandes propuestas nacionales.

En este sentido, la normalización es apenas el marco en el que se define la legitimidad del gobierno de la institución. Es bueno que exista. Es sin duda bueno que la universidad tenga una estructura de gobierno compleja y legítima. Pero no es suficiente. En el comportamiento de la administración universitaria opera sin duda un modo de entender los problemas institucionales que se revela como insuficiente. Y es parte fundamental de ese estilo la forma de valorar la normalización. Esta se convierte en sinónimo de resolución de los problemas universitarios. Esta concepción es uno de los obstáculos primordiales en el discurso oficial para comprender de un modo más acabado la situación presente. Como en otros planos de la vida nacional, sectores mayoritarios de la administración radical confunden las reglas de juego con el juego mismo. La legitimidad de las reglas, con el sentido y la marcha de la institución. Lo que equivale a confundir al árbitro con los jugadores o la cancha con los goles.

En un contexto como este, la incapacidad institucional para resolver la demanda masiva de servicio educativo es dramática. Se agudizan las disfuncionalidades y se ratifican las rupturas. Lo mismo ocurre con los reclamos docentes, los problemas de la pérdida de actualidad de los contenidos de la enseñanza por el impacto de la revolución tecnológica o la modificación de las prácticas profesionales. Las tensiones manifestadas a nivel de la coyuntura (reclamos salariales, exigencias de efectividad y funcionamiento real, exigencia de preparación adecuada, moderna y realmente habilitante, etc.) potencian el dislocamiento estructural: la cuestión es saber cómo se procesan políticamente estos episodios. Pero tampoco encuentra remedio esta situación, hoy al menos, en el protagonismo de los actores universitarios (docentes, estudiantes, graduados, trabajadores) por su debilidad relativa, habida cuenta de la destrucción que produjo la dictadura militar.

En segundo término, está la *gestión universitaria*. Sin duda no es responsabilidad del gobierno universitario la crisis inédita que vive la institución. Pero sí es responsabilidad de la gestión no organizar un programa capaz de enfrentar la situación de excepcionalidad.

Desde 1983 no ha habido, públicamente al menos, un diagnóstico sistemático de la situación de la UBA, ni se ha buscado generar un debate al respecto, pese a los reclamos reiterados desde distintos sectores.

Sin diagnóstico global y sin programa ordenador de la acción de gobierno, con una preocupación difusa por la modernidad, bautizada pomposamente Reforma Pedagógica, la gestión universitaria, sobre todo en su primera etapa, mostró sus límites. En los hechos reducida a una tecnología del manejo del poder universitario, jaqueada por la gravedad de la crisis, la actual gestión hace intentos infructuosos por encontrar un rumbo. (Documentos de Inacayal y Mar del Plata, conocidos en ámbitos universitarios restringidos).

Y un gobierno universitario en estas condiciones carga con los efectos cotidianos de la crisis. Así como tuvo la ventaja de operar autocráticamente con los vacíos producidos por la dictadura militar en los primeros años —la política de los “hechos consumados” como forma de relación con propios y extraños, la cooptación como forma de desorganización de posibles políticas alternativas, la propaganda como modo de difusión, etc.—, ahora tiene la desventaja del desgaste y las reacciones corporativas, exasperadas por la crisis.

Así se entienden las reacciones estudiantiles ante las huelgas docentes y no docentes, por ejemplo. Se lo responsabiliza por todos los efectos mediatos e inmediatos de la crisis. Desde el hacinamiento en el CBC hasta los programas obsoletos, desde el desprestigio de la universidad hasta su desconexión con la vida nacional. Y el resultado político de esta situación tiene toda una vertiente de masas que se encamina hacia la derecha, en un viraje imprevisible de la crisis.

En tercer lugar, está lo que podemos llamar *el clima cultural de los años ochenta*, expresión del fracaso de las expectativas de cambio de la década pasada, de la pedagogía profunda de la dictadura militar y, más globalmente, del auge de la revolución neoconservadora. La falta de confianza en las soluciones sociales a los problemas colectivos abre el camino a la lucha individual y solitaria. Erosiona y limita las posibilidades de acciones colectivas transformadoras. Se impone un realismo nada inocente, que condena sin atenuantes la “desmesura” de las ilusiones reformadoras. Aparece así la cara cruda de la realidad: que cada uno trabaje para sí. El paso por la universidad es preparación para el ejercicio de una profesión jerarquizada. Es el boleto al bienestar. Por ello, la acción colectiva, si existe, se limita a exigir que la universidad “funcione” para garantizarlo. Esta es la esencia del programa de UPAU. Y esta lógica se apoya, como señalé, en las tendencias corporativas que aparecen como respuesta exasperada a la crisis. Por ello, los estudiantes que entran a la universidad sin ingreso piden, ya dentro, que se levanten barreras a sus espaldas. Así no parece haber resquicio en el dilema hacinamiento o restricción. Cualquier otra solución supone transitar un camino diferente, una tercera opción que replantee la cuestión de la democratización y los modos de implementarla de manera diversa. Diversa a una instrumentación

de la ampliación del servicio universitario descomprometida con las condiciones reales de su ejercicio, que termina en el hacinamiento y en la reacción política insolidaria del limitacionismo, pedido por los propios estudiantes. Y diversa también del discurso privatista de la derecha que sin ambages reclama una universidad “jerarquizada” y relacionada —subordinada— a las necesidades de las empresas privadas porque las públicas son “ineficientes”.

La dinámica de este deslizamiento hacia la derecha ucedéista se puede ver en los porcentajes obtenidos por UPAU en el ámbito de las elecciones estudiantiles: dobla la porción electoral de la UCeDé en el distrito Capital.

En cuarto lugar, y como contracara de este clima político-cultural adverso, está sin duda, *la incapacidad que los sectores nacional-populares y de izquierda* hemos tenido para responder a la nueva situación. Las razones históricas de esta debilidad, la valoración de la derrota de los sectores populares en la década pasada, así como el análisis de sus estrategias exceden este trabajo. Sin embargo, importa reconocer esta debilidad y plantear, o mejor dicho, enunciar algunos de los grandes temas necesarios a resolver si se pretende modificar esta condición. Romper el consignismo, politizar lo universitario desde la capacidad de actuar y pensar sobre lo concreto, construir una alternativa político-académica capaz de plantear un programa integral para la solución de la cuestión unitaria en un sentido popular, desarrollar una capacidad de liderazgo social particular (académico-institucional), aportar al desarrollo de una nueva cultura política universitaria.

Comenzar a responder significa organizar un discurso y una práctica aggiornada y consistente frente al doble desafío de la crisis institucional y del debate ideológico con una derecha renovada, eficaz y por lo mismo de masas.

La combinación de los elementos enunciados, crisis estructural, ausencia de diagnóstico y programa en la gestión universitaria, clima cultural que procesa los efectos inmediatos de la crisis en sentido corporativo y con un deslizamiento pronunciado hacia la derecha y debilidad teórica y práctica de los sectores progresistas son algunos de los ingredientes básicos, aunque limitados en su explicitación en estas notas, para comenzar a despejar lo que se denomina en algunos titulares periodísticos el fenómeno de la derecha liberal en la Universidad de Buenos Aires.

El qué hacer frente a esta situación crítica de la institución universitaria y frente a la ofensiva de la derecha será materia de futuras notas. ■

LA DOCENCIA HOY

Norberto Ivancich

Entre 1966 y 1984 se produjo una duplicación de los alumnos de las universidades nacionales. En esos casi veinte años se produjeron otros cambios significativos dentro de la universidad estatal: la desaparición de la autonomía universitaria tal como la había instaurado el gobierno de la Revolución Libertadora a través de sus decretos-leyes, la aparición del ingreso irrestricto en 1974, la sucesión de modelos antagónicos (inclusive dentro del mismo gobierno constitucional de 73-76), purgas docentes o renunciadas masivas (entre las primeras, las de 1974, como más significativa en la UBA, y la de 1976; la segunda en las renunciadas contra la intervención de Onganía en 1966), el afianzamiento de estructuras represivas específicamente universitarias con proscripciones absolutas para la actividad política (1966-1974 y 1976) y procesos de apertura y alta politización (1971 y 1984).

Este enunciado somero indica ya un disloque institucional que necesariamente debe repercutir entre los miembros de la universidad.

Analicemos el sector docente.

LAS CATEGORÍAS DEL ESTATUTO

El estatuto vigente en la UBA es el dictado en 1958 con las reformas de 1960 (es decir que tiene una antigüedad de 29 y 27 años respectivamente) restablecido con fuerza de ley por la 23068 del gobierno actual.

El paso del tiempo se aprecia cuando se habla de la universidad como “una comunidad de profesores, alumnos y graduados” que “forma investigadores originales, profesionales idóneos [...] y dispuestos a servir al país”; donde la “enseñanza es teórica y práctica” y se pretende “fomentar el contacto directo entre los estudiantes y el personal docente”.

En el título II señala que el personal docente se compone de profesores y auxiliares docentes. Establece, por lo tanto, una distinción tajante entre dos campos, uno definido como mero cuadro “auxiliar”.

En cuanto a las dedicaciones, que abarcan ambas categorías ya mencionadas, son tres: 1) exclusiva, 2) semiexclusiva y 3) parcial. Con respecto a estas dedicaciones, a las cuales no fija responsabilidades horarias, señala dos “deber ser” que a esta altura de la década del ochenta suenan irónicamente: la Universidad “tiende a que la dedicación exclusiva y la dedicación semiexclusiva sean el régimen normal de trabajo del personal docente” y que la “dedicación parcial se reserve para quienes, por la índole

de su profesión, desarrollan sus investigaciones y su práctica profesional fuera de la universidad”. Aparentemente el país desarrollista tenía una expectativa optimista acerca del crecimiento de la sociedad y de la institución universitaria. Esta euforia fundacional se expresa en el Capítulo III: *De los auxiliares docentes y la carrera docente*, donde se afirma: se ingresa por concurso y se “establece la carrera docente para la formación y estímulo de los estudiosos con vocación para el profesorado universitario”; ella implica “la asistencia a cursos y seminarios sobre temas vinculados a la respectiva asignatura y participación en esos cursos y seminarios así también como la asistencia y la participación en cursos de metodología de la enseñanza y la investigación”.

LOS DOCENTES EN LA REALIDAD

A partir de la realidad extrauniversitaria podemos encontrar dos grandes bloques: 1) los que tienen sus ingresos asegurados por el ejercicio de su profesión fuera de la UBA y 2) los que tienen expectativas de supervivencia de su trabajo universitario ya que este es el único que tiene pertinencia con el título obtenido. No es que este último grupo no existiera en el pasado universitario, sino que ha cobrado un peso mayor en la actualidad. Esto significa el desarrollo de una conciencia gremial proveniente de sentirse trabajadores más que apóstoles de una causa pedagógica.

En este sentido el eje no pasa por el tipo de dedicación docente, es decir que los exclusivos (los que no pueden realizar tareas rentadas fuera de las universitarias) se constituyan en los que viven auténticamente de su trabajo.

Existen distintos *atajos* que complican el panorama.

Desde docentes exclusivos que tienen posibilidad de *vender* sus servicios a empresas (por izquierda o por derecha a través de convenios), hasta el docente de dedicación parcial o simple que acumula distintos cargos en universidades nacionales distintas, que se convierte en un “exclusivo” por decisión propia. El docente “taxi” también ha llegado a la UBA, con más razón cuando tiene acceso a institutos terciarios o colegios de educación media.

Lo relevante, en todo caso, es que la dedicación *insular* ha perdido vigencia; como se sabe que nadie puede vivir del magro sueldo, existe un “no ver nada” que tiene como objetivo retener al docente.

En muchos casos lo que se retiene es el prestigio, pero no la dedicación real a la enseñanza: se cae en un dictado de clase repetitivo, en el predominio del discurso tradicional y las metodologías se mantienen intocables.

El incremento de la matrícula hace que los auxiliares estatutarios se conviertan en los auténticos docentes, además ante centenares de alumnos. A estos *docentes* no se les facilita recursos pedagógicos y, en gran medida, su formación queda librada a la voluntad individual. Salvo casos aislados, la carrera docente no existe y pareciera ser que estos *docentes auxiliares* están condenados a mantenerse en el mismo lugar toda una eternidad.

LOS REPRESENTANTES DEL CLAUSTRO

Un estatuto que solamente permite la “personería política” de los *profesores* concursados limita la auténtica representación de los docentes. El factor decisivo que señala una tendencia oligárquica es que los concursos son convocados por aquellos que son elegidos y pueden elegir desde situaciones de poder consolidadas por sí mismos. Además, si las listas de graduados y estudiantes tienen afinidades corporativo-académicas con las de los docentes, la representación tripartita en vez de enfatizar intereses heterogéneos se constituye en una homogeneidad absolutamente corporativa universitaria.

La falta de lineamientos políticos que trasciendan el marco de una facultad puede llevar a la constitución de “mafias” que muy poco tienen que ver con lo democrático (si no, preguntarle a Klimovsky, que así denominó a la facultad de Ciencias Exactas).

El “pequeño número” tiene muchas ventajas organizativas, pero nunca puede remplazar el control de las mayorías, más si estas están extramuros de la Universidad.

La democratización del claustro deberá pasar por la participación de *todos* los docentes cualquiera sean su rango y su designación.

EL DOCENTE UNIVERSITARIO Y LA POLÍTICA

Lo que llama la atención en este campo es la abrumadora heterogeneidad existente en las definiciones de *políticas universitarias*. Pertenecer al mismo partido no significa sustentar la misma política universitaria (salvo en el PC, el MAS o el PO). Los agrupamientos políticos universitarios de los docentes son más complejos; involucran determinadas actividades académicas comunes, determinados intereses en investigación, determinada redistribución de poder institucional. Los vértices de poder tienden a tener una base plural en lo político. El encuadramiento dentro de un partido no significa coincidir en la política universitaria; aparece un mecanismo de clientelismo y cooptación muy particular que surge como entidad previa al encuadre partidario. Fueron esas afinidades más un basamento ideológico suprapartidario lo que posibilitó los agrupamientos a partir de la Reforma y el Humanismo. Pero más allá de la vigencia de esta opción, la Universidad, a través de la transacción académica, posibilita acuerdos parciales, dentro de ella totales, independientes de las identidades políticas nacionales.

Esta realidad, a su vez, coincide con la presencia cada vez mayor de los partidos, sobre todo a partir del movimiento estudiantil (no exento de las transacciones, pero más definido en su perfil *político nacional*).

Todo agrupamiento político partidario, necesariamente, deberá contener esta pluralidad de planteo, con el peligro de llegar a un mero *promedio* o vacío o que la política se convierta en la mera transacción (el caso radical). La otra posibilidad

sería el predominio de un sector académico político (más allá del signo político) con vida propia en la UBA, pero aislado con respecto a la sociedad.

Todos estos elementos llevan a repensar la autonomía, tal como está en la actualidad, e incorporar la planificación, la responsabilidad indelegable del Estado y, sin caer en la repetición de experiencias, ir pensando una participación autogestionada desde un centro de decisión política.

Si no, en vez de los universitarios y el Estado, lo harán los actores provenientes del “pequeño número”, que expresan una política corporativa disminuida en propuestas y en ambiciones de transformación. ■

LOS LIBROS DE UNIDOS

Mesa redonda

¿UN PLAN ECONÓMICO O UN MODELO DE PAÍS?

Intervención de Claudio Lozano

En principio y respondiendo a una de las preguntas centrales que formula este seminario, considero que el presente plan económico continúa la senda abierta por los diferentes planes de estabilización inaugurados en 1976, que orientaron la reestructuración capitalista argentina en un sentido regresivo, concentrador, devaluador del espacio de “lo público” y con efectos complicados respecto a la inserción internacional presente y futura de nuestro país.

Los programas de estabilización vividos (y el actual no es la excepción) implicaron la primacía de estrategias destinadas a reestructurar el proceso económico antes que a promover su crecimiento. Se trata de momentos donde la destrucción y centralización de capitales (distribución del capital en un número menor de propietarios) ocupan un lugar prioritario respecto al movimiento de concentración de los mismos (crecimiento de los capitales). En este sentido las estrategias antiinflacionarias tienden a redefinir el papel e influencia de los distintos agentes en el proceso económico.

Resuelto en la Argentina posterior a 1976 el conflicto distributivo que afectaba la relación capital/trabajo, desde 1979 el predominio del discurso antiinflacionario en la política económica expresó (y expresa) la necesidad de dirimir jerarquías al interior de los capitalistas y, más concretamente, en los últimos tiempos, de sus facciones dominantes (grupos empresarios y bancos acreedores). Por lo tanto toda estabilización, al implicar una reestructuración, nunca es neutral y define triunfadores y postergados para un eventual y futuro proceso de crecimiento.

Vista la caracterización general e identificado aquel aspecto que unifica a este plan con otros que ya hemos conocido, cabe señalar que este programa se inscribe en una etapa diferente del funcionamiento estructural de la economía argentina. Por lo tanto, esto exige pensar la perspectiva del plan en curso de modo distinto a experiencias anteriores.

Hablar de un cambio estructural exige considerar el período 1989/ 1990 como punto de inflexión tanto en el terreno político (cambio de gobierno) como también en el económico. La quiebra del Estado definida por el conjunto de subsidios,

transferencias y pagos externos en que este se hallaba comprometido y la incapacidad progresiva de realizarlos, redundó en la interrupción de los pagos externos a la banca acreedora.

La regresiva regulación fiscal vigente hasta ese momento llega a un límite cuando la contracción del mercado interno y el nivel de actividad se refleja en el deterioro de una recaudación impositiva fuertemente asociada a tributos y tarifas dependientes de variables en claro retroceso cuales eran el consumo y los salarios. Esto define la imposibilidad de resolver vía regresividad fiscal el financiamiento de los monumentales niveles de transferencias ya mencionados. Por lo tanto, agotado el mecanismo del Estado Hood-Robin como forma de apropiación de excedentes vía redistribución regresiva de los ingresos, este es sustituido por una disputa salvaje (asociada a la distinta capacidad de presión de mercado de las diferentes facciones) que en tanto se traducía en la apropiación de excedentes en moneda dura (divisas) por parte de cada facción, transformó al mercado cambiario en el ámbito natural de este conflicto y se expresó en la evolución exponencial del dólar.

EL FIN DE UNA ETAPA

La hiperinflación, hija de esta situación, significó por tanto el final de una etapa. Implicó a su vez la subordinación brutal de los sectores populares. Reveló el nivel de disputa desatado al interior de los sectores dominantes y la tendencia a definir, por esta vía, jerarquías y predominios y, en directa relación con lo anterior, definió una agenda nueva de política económica cuya clave de estructuración residía en la recomposición de los pagos a la banca acreedora.

Aparecen como signos de la etapa que transitamos nuevas condiciones de funcionamiento económico que deben precisarse. A saber:

a) Desplazamiento de la primacía de lo financiero por un escenario económico donde lo productivo adquiere mayor relevancia. Esto no supone que estemos en presencia de un “relanzamiento económico acompañado por inversión genuina”. Vivimos una reactivación fundada en el impacto de una demanda sostenida por el desplazamiento de excedentes del circuito financiero hacia ciertas ramas productivas y por la reanudación del crédito hacia el consumo de los sectores medios y de altos ingresos. En paralelo a esto se profundiza el proceso de centralización de capitales por una vía distinta a la de la etapa pasada. Si la valorización financiera fue el mecanismo clave del citado proceso en el período 76/89, hoy cumple esa función el remate de activos que caracteriza al desguace estatal. El comportamiento de la inversión (más allá de que no hay cifras oficiales con niveles de desagregación que permitan el análisis) debe pensarse como la lógica recomposición ante el impacto de demanda luego de décadas de desinversión y dirigida a garantizar la reposición de equipos y detener el deterioro del stock de capital. Proceso que se opera, por otra parte, en un marco

de utilización de la capacidad ociosa instalada. Ciertamente no pareciera poder caracterizarse esta etapa como un momento de radicación de nuevas plantas productivas o de realización de inversiones en producción para los mercados externos. Seguramente incluso podrá percibirse el desplazamiento de inversiones de grupos empresarios con presencia en el perfil exportador hacia el área de bienes no transables internacionalmente (ej.: servicios públicos). Pese a lo afirmado, pienso que el futuro no pueda depararnos un relanzamiento productivo con inversión, solo planteo la necesidad de precisar que hoy no es esto lo que está ocurriendo y que difícilmente dicha etapa pueda inaugurarse antes de la finalización del proceso privatizador. A futuro, incluso, creo conveniente señalar que todo proceso de recuperación de la inversión deberá habérselas con factores que la debilitan estructuralmente. A saber:

- La pérdida de importancia, fruto del desguace estatal y el ajuste fiscal, de la inversión pública.
- La vigencia de regímenes promocionales que disuaden la inversión (ej.: promoción industrial).
- La apertura global de la economía, que por un lado posibilitará la importación de equipos completos, limitando así el efecto multiplicador en la economía local; y por otro, abre la posibilidad de que, en el marco de una fuerte oligopolización de mercados, la plena ocupación de la capacidad instalada transforme a la importación en parte del “mix comercial” de la misma unidad productiva. Efecto que debilitaría también el proceso inversor.

b) El perfil productivo de la Argentina, significativamente precario y de rumbo incierto, mantiene una restricción definida a futuro. Debe garantizar las divisas necesarias para el pago de la deuda.

c) Se afirma una gestión fiscal distinta tendiente a limitar subsidios y a garantizar:

- Superávit fiscal permanente con destino a transferencias externas.
- Privatizaciones dirigidas a completar dichas transferencias, a posibilitar la instrumentación del mecanismo de capitalización de la deuda y articuladas con las estrategias empresarias de los grupos locales más importantes.

Debe precisarse aquí que estamos en presencia de la relación fundamental de la etapa en curso. En el período 76/89, la relación deuda externa-valorización financiera con cargo en el Estado, permitió profundizar la centralización de capitales en la Argentina y consolidó en la cúpula del poder económico local a la banca acreedora y a un conjunto de grupos empresarios nacionales y extranjeros. Hoy, la centralización de capitales se refuerza (afectando incluso a los propios integrantes del bloque de poder anterior) a través de la relación deuda externa-capitalización-privatizaciones.

No está de más señalar que el agotamiento de la primera relación mencionada trajo como contrapartida la disputa hiperinflacionaria ya citada. Cabe preguntarse

por la perspectiva de la economía argentina ante el agotamiento de esta segunda relación que puede considerarse clave de la etapa actual. Efectivamente, el final del proceso privatizador abre interrogantes respecto al modo en que se obtendrán los recursos fiscales y también en lo relativo a la consecución de divisas en un contexto de evaporación del saldo comercial. Indudablemente tal situación exigirá un cambio en el dispositivo actual de política económica.

d) Se consolida el patrón distributivo existente. Patrón asociado a la pérdida de importancia del salario en el total de la demanda interna (esto es, independiente de sus oscilaciones coyunturales), a la cristalización de niveles de desempleo estructuralmente más altos que los que históricamente caracterizaron a nuestro país y a la creciente importancia de las ocupaciones precarias en el total del empleo.

e) Se afirma una fase de ajuste donde el alineamiento con los precios mundiales a un dólar relativamente más bajo que el histórico y con fuerte apertura de la economía es el marco de la reorganización productiva. En este contexto la estrategia de las firmas se asocia con la reducción de costos, y en el nuevo patrón de precios relativos lo que en definitiva se resuelva respecto al marco regulatorio en electricidad y energía definirá el carácter del perfil productivo argentino y el lugar que se le asigna al sector industrial. Más concretamente, si la renta petrolera queda recluida en el sector, ya sea en la fase productiva o en el área de distribución, se estará cancelando el futuro de la política industrial en nuestro país.

Las condiciones descriptas definen un nuevo marco estructural para la etapa, que se impone como restricción para las distintas políticas económicas. Más aún, el incumplimiento de alguna de ellas tarde o temprano desencadenaría la modificación de la política en vigencia en tanto la misma pretenda ser coherente con el modelo en curso.

ERMANY DOMINGO

Sobre este escenario han funcionado hasta el momento dos gestiones distintas: Erman González y Cavallo.

La política de Erman González combinaba el objetivo de generar superávit fiscal con la inducción de un fuerte proceso recesivo; Cavallo articuló idéntica meta fiscal con la reactivación. Mientras en el primer escenario la caída de la actividad económica resentía el superávit por descenso de la recaudación fiscal generando una situación de falta de australes con exceso de dólares, el escenario actual plantea lo contrario, combina una realidad donde sobran pesos pero tienden a faltar divisas.

Se plantea, por tanto, un ciclo económico conflictivo que no tiene resolución, dado que no aparece mecanismo alguno que le garantice a futuro al Estado argentino la capacidad de capturar renta de exportación (divisas).

La diferencia de la economía local respecto a lo que ocurre con los paradigmas del ajuste que normalmente suele plantearnos el neoliberalismo (Chile y México)

reside en el control de una parte del comercio exterior que ambos Estados mantienen a través del cobre y del petróleo.

Sin embargo, el caso argentino no solo no presenta esta característica, sino que además el conflicto al interior de los sectores dominantes, al centrarse en la apropiación de excedentes en moneda dura, y por lo tanto en el control de la oferta de divisas, tiende a gestar un Estado que no solo hoy carece de un control relevante sobre el comercio exterior, sino que tiende a perderlo absolutamente. Así, en la actualidad, el conflicto por las divisas se mantiene. En tanto las políticas monetarias y fiscales tienden a transformar la gestión fiscal en garantía de los pagos externos, las privatizaciones tienden a transferir aquellas empresas públicas generadoras de divisas al gran capital interno local. La ausencia de un mecanismo que le permite al Estado capturar renta de exportación ya sea por vía directa (control del comercio exterior) o indirecta (progresividad tributaria) define conflictos futuros para la política en curso. Difícilmente la confianza que despierte la Argentina a partir del Brady sea tal que compense con el ingreso de capitales la dificultad señalada.

Los paralelos con México parecen olvidar no solo el hecho de que ese país sí tiene resuelto el mecanismo al que aludimos, sino que también presenta una situación geopolítica y comercial sustancialmente diferente. Una frontera en común con los EE. UU., un 70% de su comercio exterior asociado al citado país y ser parte de la reestructuración productiva norteamericana habilitarían a otorgarle una mayor chance a México para sostener en el tiempo un ingreso de capitales, inclusive, de largo plazo. Parece aventurado asimilar una situación de este carácter con la que presenta la Argentina. Máxime si se toma en cuenta que el ingreso de Brasil al Brady lo transformará en un duro competidor de nuestro país en tanto demandante de fondos externos.

HONRAR LAS DEUDAS

Señalados los problemas que presenta la gestión de política económica resulta importante destacar que en el marco de una etapa como la abierta a partir de 1990, cuya agenda de política económica incorporaba como clave la recomposición de los pagos a la banca acreedora, el ingreso al Brady supone la coronación de este proceso y la afirmación de un punto de inflexión a partir del cual toda política debiera estructurarse reconociendo como eje básico “el juntar los recursos para honrar al Brady”. Es decir, hacer frente al nivel de transferencias comprometido.

De ser esto así deberíamos preguntarnos respecto a la probable institucionalización de un predominio acreedor estable al interior de los sectores dominantes. Con la provisoriedad que supone hacer afirmaciones fuertes en una Argentina difícilmente previsible, y dejando en claro que esto no implica desconocer las restricciones que presenta la actual política, sino que habla del modo en que estas podrían ser resueltas, conviene señalar algunos elementos que fortalecen esta perspectiva.

La internacionalización desarrollada por los capitales predominantes en la economía local, expresada en la presencia de activos financieros, productivos y comerciales de estos grupos en el exterior, transforma en difícilmente pensable una estrategia (por parte de estos capitales) orientada a quebrar el Brady. Máxime si se toma en cuenta que el dispositivo que encierra el acuerdo externo articula al FMI, al gobierno de los EE. UU. y a los bancos acreedores, al tiempo que significa el reingreso de los grupos empresarios locales al circuito de crédito internacional. Más allá de eventuales reprogramaciones del acuerdo que seguramente se “pagarán” con ajustes más duros, resulta impensable la idea de “retirar el corset” que, en materia de política económica, supone el Brady. Por lo menos sin atender a que esto implicaría un fuerte cuestionamiento al alineamiento y la inserción internacional de estos capitales. A diferencia de lo que hasta aquí acontecía, donde las transferencias externas eran materia de negociación permanente pudiendo incluso transformarse en variable de ajuste de la disputa interna de los sectores dominantes (de hecho, Argentina ingresó en moratoria), a partir del Brady estas no están sujetas a negociación alguna.

Se instituyen como parámetro a partir del cual se discute el resto de la política económica. Más allá de toda duda respecto a si el Brady configura la afirmación de un predominio acreedor estable al interior de los sectores dominantes, lo que efectivamente debe consignarse es que se trata de una fuerte señal en esa dirección. Por otra parte, este predominio no supone la permanencia “ad eternum” de la presente política económica. Más aún, cumplir con el Brady (como ya se dijo) exigirá modificaciones en la propia política.

Lo que sí implica un predominio estable es que dichos cambios supondrán un modo de procesar los conflictos entre las facciones dominantes distinto al que hasta hoy representaron las experiencias hiperinflacionarias. Significa entonces que el carácter que adopte el ajuste fiscal, el nivel del tipo de cambio y los niveles de inversión con su lógico impacto en el perfil productivo se transforman en cuestiones residuales y subordinadas al objetivo superior: pagar.

EL MODELO EN CIERNES

Respecto a lo que esta política tiende a configurar como modelo de país, me gustaría señalar cuatro o cinco cuestiones fundamentales. Más allá de lo que Del Bello bosquejó como futuro en su imaginación y que la mía no atisba a percibir, lo cierto es que la realidad parece señalar algunos rumbos con bastante precisión. En parte repetiré aquí algo de lo afirmado en un comienzo. En principio no se observa qué es lo que va a alterar un patrón productivo conformado luego de años de estancamiento y falta de inversión. Un patrón que ha tendido a perfilar una inserción internacional fundada en la producción de bienes intermedios, *commodities*, exportaciones agropecuarias o energéticas. Este patrón productivo, de nula perspectiva en el actual escenario internacional, es débil en materia de

incorporar progreso técnico, débil en su capacidad de generar empleo y débil, por lo tanto, en su capacidad de satisfacer las demandas planteadas por el conjunto de la sociedad argentina.

En segundo lugar, el criterio esgrimido de negociar salarios por productividad, en el presente contexto, supone convalidar el patrón distributivo vigente y profundizar la diferenciación salarial al interior de los trabajadores. Implica afirmar la lógica vigente que otorga al salario un lugar postergado dentro de la demanda interna, garantizando la inequidad hacia el futuro.

Respecto a la situación del empleo, creo que habría que tratar de mirar los indicadores con más detalle. Estos indican que la caída en la tasa de desempleo abierto se registra en Gran Buenos Aires y Capital Federal. Los aglomerados del interior del país evidencian una suba en los niveles de desempleo. Además, habría que reflexionar respecto a qué es lo que están midiendo estos indicadores. En qué medida los indicadores dan una respuesta eficaz en un contexto de fuerte cambio estructural y de notorias modificaciones en la calidad del empleo. Lo más sensato parece suponer que lo que hoy está ocurriendo es un proceso combinado de expulsión neta de fuerza de trabajo regular y estable (por parte del sector público y el de producción de bienes transables) y absorción de mano de obra precarizada (intermitente) en otros sectores de la actividad económica (ej.: construcción).

En términos de inserción internacional, todo parece indicar que caminamos hacia una asociación comercial complicada. Estamos protagonizando una asociación unilateral con la potencia del Norte (que no sé si las tiene todas consigo), con la cual no parecen existir niveles relevantes de complementación económica. Al mismo tiempo la posibilidad de una integración regional sería aparece cuestionada por el predominio de estrategias aperturistas globales. Respecto al Estado, más allá de lo ya afirmado (superávit fiscal y privatizaciones), asombra la ausencia de iniciativas que incorporen algún rasgo de equidad a partir de una gestión tributaria más progresiva o del recorte de los subsidios a los grandes grupos empresarios. Asombra la intención oficial de querer compatibilizar el ajuste en curso con la reanudación de la promoción industrial (344 millones de dólares al año).

Las mediciones de gasto social que aquí se han expuesto para señalar su incremento, más allá de las dificultades metodológicas que presentan, no parecen hacerse cargo del crecimiento superlativo de la demanda sobre ese gasto ante la quiebra del sistema de obras sociales, ni de la ausencia de políticas sanitarias o educacionales a nivel nacional. A nadie le cuesta darse cuenta que, más allá de las letras del discurso liberal, el remate de empresas públicas no parece vincularse con el fortalecimiento de las funciones supuestamente indelegables del Estado (salud, educación, previsión). La tendencia es más bien la contraria. Privatización del sistema educativo, sanitario y provisional.

La privatización de empresas públicas, la disolución de los entes de regulación de la producción regional, el levantamiento de ramales, en suma, el desmonte de un

Estado que vertebró el espacio nacional sin que aparezca reemplazo alguno a la vista, abre duda sobre el panorama futuro del mapa nacional. En torno a qué eje se integrará el espacio nacional. “No vamos a una fragmentación mayor de nuestro país”. Creo que la traducción política de este desguace estatal en lo económico no es justamente un mayor nivel de autonomía estatal respecto a los sectores con mayor capacidad de influir. Más bien creo que lo que estamos viviendo es que las que debiera haber cumplido el Estado en la Argentina (fijar normas al comportamiento de los poderosos) hoy han sido trasladadas a una facción cual son los acreedores externos. Son ellos quienes han pasado a regular este comportamiento. Este tipo de regulación es pasiva, en tanto está vinculada a un sector de la sociedad y no expresa al conjunto de la misma. El modo de evitar un rumbo como el que señalo supone pensar en estrategias de reindustrialización, en un esquema de tributación progresiva, en políticas activas en el terreno comercial, fiscal y monetario. Supone modificaciones serias en materia de distribución del ingreso. Más allá de lo que afirma Del Bello no creo que este sea el rumbo de esta conducción económica. A mi juicio, pensar en un modelo de país distinto casualmente exige romper con la matriz política que hoy define las condiciones mismas de posibilidad de la política económica. Una matriz cuyo diseño se observa al evaluar el “escenario IEPE” (el debate parlamentario en tomo al impuesto al excedente primario de las empresas). El retiro de su proyecto y su posterior reemplazo por un incremento de dos puntos en la alícuota del IVA evidencia que, ante el más mínimo atisbo de progresividad en el ajuste, este es obturado por la alta permeabilidad del poder político a las demandas de los grupos empresarios más importantes.

Sin duda alguna, la posibilidad de pensar un modelo de política económica, de Estado y de país diferente descansa en la afirmación de una alternativa de poder político fundada en estrategias partidarias, sindicales y sociales con mayor autonomía respecto de los lobbies del gran empresariado y fuerte vinculación con los conflictos sociales que genera el ajuste. ■

Mesa redonda

PRIVATIZACIONES

Intervención de Pablo Gerchunoff

El de la reforma del Estado es un tema complejo y bastante abstracto. Quiero comenzar sugiriéndoles cómo discutirían el tema de la reforma del Estado, en una universidad

británica. Alguien recordaría que hay una amplia literatura y una amplia experiencia mundial en torno a que el mercado fracasa y, por lo tanto, se requiere intervención pública. Mencionaría que hay externalidades y los frigoríficos contaminan el agua o que se invierte poco en educación. Recordaría que hay una tendencia espontánea a la monopolización de la economía, y que eso trae problemas de eficiencia y productividad. Recordaría que, espontáneamente, el mercado da desigualdades muy fuertes del ingreso. Si estuviera hablando de países en desarrollo, países subdesarrollados, diría también que hay una especial aversión al riesgo, por parte de los capitalistas, que hace que la tasa de inversión privada sea sustancialmente baja. En consecuencia, recordaría que esos son argumentos fuertes para la intervención pública.

Estando en ese tipo de debate, la solución es fácil. Temiendo ese tipo de fracaso, hay que intervenir. Sin embargo, en la reunión de esta mañana aparecen los primeros vestigios de la contracara de esto, y es el hecho de que décadas de intervención pública, de intervención del Estado, nos han demostrado que el Estado fracasa, asimismo. Y que lo hace de manera bastante simétrica. Produce algunas externalidades negativas. Los soviéticos tienen un dicho muy lindo: “cuando un elefante estornuda, el resto de los animales contrae neumonía”.

LA EMERGENCIA OSCURECE A LA REFORMA

El defensor del mercado, en esa discusión de la Universidad inglesa, diría que además de este punto, el de las externalidades negativas, hay desigualdades del ingreso provocadas por la propia presencia del Estado. Aquel que tiene más capacidad de lobby, más poder para colonizar el Estado, se coloca en la escala distributiva de un modo distinto a los demás. Otro elemento que se mencionó es el enorme derroche de costos que hay en las organizaciones públicas.

En esa discusión inglesa, uno tiene que contrastar, todo el tiempo, fracaso del Estado con fracaso del mercado. No hay una solución óptima. No hay una receta para resolver la reforma del Estado. La solución es siempre desapasionada, requiere un estudio calmo. El que crea que así se discute la reforma del Estado en la Argentina ha leído demasiadas novelas de caballería.

Lo que se llama reforma del Estado en la Argentina es producto de una circunstancia muy particular. Hay dos fenómenos que están definiendo cómo se hace la reforma del Estado en la Argentina. El primer elemento es el punto de partida de la política de reforma de la cosa pública. Está caracterizado por una emergencia macroeconómica de tal magnitud que oscurece toda reflexión de política pública sobre la reforma. La emergencia oscurece a la reforma, y las políticas de emergencia dominan a las políticas de reforma, entendidas como políticas de largo plazo.

Por ejemplo, plantearse un problema de política industrial como política pública es algo exótico, dicho a un funcionario, cuando ese funcionario está tratando de resolver lo que pasa cada día y tiene alguna incertidumbre sobre lo que va

a pasar mañana. Hay ahí un primer elemento de crisis financiera, de emergencia macroeconómica de corto plazo, que es uno de los principales demandantes de lo que se ha dado en llamar reforma del Estado en la Argentina. El segundo elemento que ha determinado eso es un problema de reputación de quien hace la política de reforma. En la Argentina, la política de reforma está encarada con la fe del converso... Y no puede ser llevada a cabo de otro modo. Este es un elemento objetivo. La conversión de los actores políticos que realizan la política de reforma es muy importante para definir el sesgo de esa política de reforma.

LA LÓGICA DEL CANJE

Crisis macroeconómica y fe del converso son dos elementos específicos de la política de reforma del Estado en la Argentina. Diría que esa política económica es una especie de canje: el gobierno pide financiamiento de corto plazo, cancelación de cierta deuda pública, sobre todo en materia de privatizaciones, y confianza de los capitalistas, a cambio del establecimiento de nuevas reglas de juego. Pero esas reglas de juego no son necesariamente las reglas de la competencia. Son probablemente las reglas del mercado, pero las reglas del mercado no son necesariamente las de la competencia.

En ese canje, el pedido de financiamiento y el pedido de confianza se da a cambio de la apertura del Estado como negocio privado. La apertura del Estado como germen para la constitución de mercados protegidos y de generación de cuasirrentas. Esto me parece que es el núcleo de la reforma

Debo decir dos cosas de esta política de reforma:

a) No puede ser calificada moralmente, porque es un requerimiento auténtico en un momento en que un país sale de la hiperinflación. Abalo decía que las privatizaciones solo pueden ser entendidas como un recurso fiscal de corto plazo. Toda la política de reforma del Estado, digo yo, debe ser entendida, comprendida, de ese modo; hay una verdadera racionalidad, no explícita. Este canje entre financiamiento y confianza de un lado, y mercados protegidos, cedidos, del otro, parece que es el núcleo de la política estatal.

b) El problema que queda, frente a una política de reformas con estas características, consiste en ver cuáles son las huellas de largo plazo que deja. Porque si bien en el corto plazo, este canje implica un beneficio para el gobierno que enfrenta la emergencia, en el largo plazo, o un poco después, cuando la tempestad amaina, aparecen los costos de esa política.

REPASAR LOS COSTOS

Vale la pena repasarlos:

1) Los costos en materia de empresas públicas. Contra lo que sería el manual de operaciones clásico de las privatizaciones —lo que el Banco Mundial

recomendaría—, en la Argentina se privatizan empresas en estado de caos. Toda recomendación de política pública en materia de privatización, dice “saneamiento empresario previo”. En la Argentina, no solo no se hizo un saneamiento empresario previo, sino que se usó el caos como un instrumento de propaganda pública frente a la sociedad a favor de la privatización. Si esto fuera todo, el problema de vender empresas caóticas no sería tan grave. Se torna grave porque nada dice acerca de si una gerencia privada está en condiciones de reconstruir la jerarquía interna de una empresa tan compleja como una empresa de servicios públicos. Esto es fundamental: todo el diagnóstico y la ideología liberal se basa en el supuesto automático de que una vez privatizada una empresa pública, esa empresa gana eficiencia.

Reconstruir la jerarquía, la organización de una empresa que se recibe en estado caótico es una tarea enormemente compleja. Cuando el presidente de la Telefónica nos dice que una mafia está operando dentro de la empresa, nos está confesando su impotencia, porque nos está diciendo lo mismo que decía María Julia cuando privatizaba Entel.

Estamos frente a un fenómeno muy interesante, del cual no podemos dar cuenta definitivamente. ¿Hasta qué punto, en el contexto en que se hacen las privatizaciones en la Argentina, vamos a contar en el futuro con empresas con eficiencia productiva, mayor productividad, mejor organización y mayor orden? No es clara la respuesta.

2) Se invierte el orden teórico de la venta: si se le pregunta a López Murphy cómo debe organizarse la venta de las empresas públicas, dirá primero aquellas empresas que trabajan en entornos competitivos, y si es posible dismantelar el estado industrial, vender las industrias manufactureras y de ahí empezar.

Esto es por lo menos ingenuidad, a) porque desde el lado del vendedor, si efectivamente se parte de una situación de emergencia financiera, lo esencial es vender lo que sea caro, y b) porque desde el lado del comprador, el sector industrial, la industria manufacturera sometida a las reglas de la competencia, a las que por mucho tiempo nos tuvo sometida, es aquel sector del cual el empresario privado se quiere desembarazar, salirse de ahí, no entrar.

3) La necesidad de hacer las cosas rápido y la necesidad de dar fe de la conversión. En ningún momento se garantizó en la Argentina, ni se intenta garantizar que las licitaciones de servicios públicos, muchos de ellos monopolios, sean licitaciones en competencia. Si viene el hombre del Banco Mundial con el Manual de Operaciones y nos dice su tercer punto, este va a ser “licitaciones en competencia”. En Argentina no hubo licitaciones en competencia, salvo algunos casos de licitaciones petroleras.

Es la fe del converso. Hay que hacerlo rápido. Hay que hacerlo, no importa cómo. Esto me parece fundamental. Por eso se aleja tanto de la reflexión de la universidad británica acerca de cómo es una reforma del Estado.

4) Aumentan las tarifas. La retórica es que las utilidades van a aparecer porque caen los costos y aumenta la eficiencia productiva. La realidad es que esto ocurre porque aumentan las tarifas públicas. En la segunda etapa de privatizaciones, Cavallo enfrenta un dilema. Y es que en su función objetivo macroeconómica ya no importa solamente el financiamiento, la programación y el papel de las privatizaciones en la programación presupuestaria. Importan también los precios relativos. Esta política de privatizaciones vía ajuste de tarifas se pone un poco más en cuestión y nos introduce un dilema que todavía no sabemos cómo se va a resolver.

5) Se venden monopolios: además de que emerjan utilidades privadas hoy, cuando se venden empresas públicas es necesario que los empresarios tengan una tranquilidad sobre el futuro.

No solo se venden empresas con tarifas altas; se venden monopolios. Monopolios legales y naturales. Con escasa regulación pública. Para decirlo más correctamente, con una regulación pública que apunta mucho más a proteger el carácter monopolístico que a proteger a los usuarios. Esto no es un acto inconsciente, sino el resultado del requerimiento financiero inicial. Es más rentable financieramente, en el corto plazo, vender un monopolio que vender una empresa en competencia.

Si había una empresa, caso Aerolíneas, que podría haber sido privatizada en competencia, se fabrica un monopolio legal. Si había algunas empresas, caso eléctrico, que podrían haber trabajado en entornos competitivos, vendiendo generación a quien quisiera comprársela, pues entonces el Estado interviene como intervinio, le garantiza la demanda por ocho años y le garantiza el precio por ocho años. Desinfla la incertidumbre sobre el futuro. Garantiza la reputación de quien está haciendo la privatización. Todas las regulaciones y desregulaciones que hasta este momento se han llevado a cabo en la política de privatizaciones son regulaciones y desregulaciones tendientes a favorecer la constitución de mercados monopolísticos.

¿Qué es bueno para los judíos?

Mario Brodersohn decía que tenía una abuela que como no entendía la política económica, cada vez que un ministro hablaba por televisión, preguntaba si eso era bueno o malo para los judíos. Uno debería preguntarse frente a cada regulación y desregulación si eso es malo o bueno para los judíos, esto es, para los monopolios.

Uno no debería tener aquí una actitud cándida frente al problema; al mirar una desregulación, debe preguntarse qué es y en qué consiste. Siempre pongo un caso muy específico que es el de la desregulación petrolera. Se supone que es una maravilla, porque coloca a las empresas petroleras en una posición de competencia en el mundo, en una economía abierta. Lo cierto es que la desregulación petrolera significa el poder para el oligopolio refinador, propietario de todas las instalaciones portuarias y de toda la capacidad de almacenaje de petróleo y derivados, puede fijar el precio por encima de los precios de competencia internacional. Se garantiza

a sí mismo, márgenes de rentabilidad. La única razón por la cual el monopolio refinador no pone precios de los derivados del petróleo por encima del margen importador es que todavía persiste una empresa testigo en la Argentina, que es YPF. Cuando esa empresa testigo sea privatizada, el oligopolio refinador no tendrá límites, a menos que volvamos a una regulación explícita.

Otro punto que quiero marcar: la concentración de la propiedad que la política de privatizaciones implica. Una política de privatizaciones, con estas características, da una relación de poder entre Estado y sociedad, entre Estado y empresas, para el futuro, notablemente despareja.

Los amagues de capitalismo popular que estamos observando, por ejemplo, a través de las privatizaciones telefónicas, son más bien mayor tranquilidad para los directorios, porque el control de la empresa está garantizado y nadie va a poder desafiar a esos directorios en el mercado de capitales.

De paso, a través de este amague de capitalismo popular (cien mil nuevos accionistas) este directorio está en condiciones de ampliar su coalición social. En apariencia, esos directorios de empresas monopólicas, con propiedad muy concentrada, pueden lograr la buena voluntad de una clase media que aspira a convertirse en propietaria de acciones (aunque son cien mil accionistas contra nueve millones y medio de nuevos accionistas, en caso de capitalismo popular de la Thatcher).

El siguiente punto tiene que ver con la política de crecimiento. Es probablemente inevitable que, en una política de privatizaciones, se llega más rápido a la dolarización tarifaria. Una cuestión adicional, producto de las privatizaciones, es el costo argentino.

Adolfo Canitrot habla de minidevaluaciones, o de tipo de cambio reptante. Sabemos que como consecuencia de esta política de reforma estatal y de ambiente macroeconómico, toda devaluación futura va a ser devaluación contra el salario. Es más difícil devaluar contra tarifas públicas. Las privatizaciones han introducido más rigideces, shocks de precios adicionales y una probabilidad menor de conseguir una deflación de costos en el futuro. Los dilemas de Electricidad y Gas, diría que pueden salir regular, no bien.

SALUD PÚBLICA, NEGOCIOS PRIVADOS

Algo más: una política de shocks de privatizaciones como elemento central de la reforma del Estado en la Argentina no ha significado solo la venta de las empresas de servicios públicos; también la apertura de la política social como negocio privado. Cuando hoy se discute política de salud, se está discutiendo privatización de la salud, obras sociales en competencia, concentración en materia de obras sociales. Algunas obras sociales ricas se van a quedar con una buena parte del mercado. No seamos ingenuos en cuanto a la coalición social que esto implica. Es muy probable

que cuatro o cinco obras sociales de mucha importancia puedan participar de ese negocio, concebido como negocio privado con objetivos de maximización de rentabilidad. Cuando hoy estamos hablando de autonomía del hospital público, porque tenemos un Estado inerte que no puede intervenir, sepamos que de hoy en adelante, la instrucción al hospital público es “maximice utilidades, venda sus servicios”. La pregunta es: ¿cuál es la reacción del director de un hospital público cuando, para pagarle mejor a sus médicos, le conviene atender a quien paga antes que al que no paga? ¿Cuál es el destino de los sectores más marginados socialmente en una política de este tipo?

EL AVANCE DEL MERCADO

La contracara: ¿qué Estado queda, cuando —está claro— la reforma del Estado implica más mercado? Diría que, básicamente, queda el Estado de las funciones constitucionales, más alguna política social focalizada: “atendamos a los pobres. Tratemos de llegar a ellos”... es difícil porque se requiere un Estado autónomo y fuerte que consiga esta llegada.

Al cabo del camino, si hacemos una reflexión acerca del futuro, probablemente descubramos que la Argentina, que fue una de las experiencias más amplias de estatismo del mundo semidesarrollado, va camino de convertirse en uno de los experimentos más ultras en materia de liberalizaciones. Es importante, no solo por lo que provoca en términos de probable marginación social, sino por lo que provoca en términos de creación de dos sectores privados en la Argentina. Un sector que sería el nuevo capitalismo prebendario y otro, mucho más debilitado en nombre de una retórica oficial muy bien montada: “liquidar los privilegios del viejo sector privado”... etc. O sea: a) un sector industrial manufacturero, regla de competencia y b) un sector de servicios públicos, regla de cuasirrenta. Que yo sepa, no hay en el mundo un modelo de acumulación basado en los servicios públicos. Nos queda un dilema importante por resolver.

El futuro, nos va a obligar a volver a los temas de intervención pública y autonomía pública, a replanteamos el fracaso del mercado en la Argentina. Ese será el tema central de la agenda sobre el Estado dentro de dos años. Esto va demasiado rápido, y creo que la ola ideológica de mercadización está cerca de agotarse y plantearnos interrogantes acerca de cómo se sigue desde ahí. ■

Mesa redonda

MARCO INTERNACIONAL

Intervención de Carlos Abalo

Soy un partidario de analizar la realidad internacional tomando en cuenta la existencia de la onda larga... Ese es el tema de discusión de hoy, si advertimos que a partir de los setenta hay un período de capitalismo donde los momentos recesivos son importantes. Entendiendo por momentos recesivos, una tasa media de crecimiento inferior a la de la media de los períodos expansivos. Esta fase de la acumulación larga del capitalismo ¿está cercana a su final, y por lo tanto se avecina un período de expansión? O, como sucedió en los años veinte, ¿este proceso de alguna manera se va a obstaculizar, no va a poder estructurarse y sobrevendría una larga depresión mundial? Tenemos el antecedente de los años veinte, prolongándose a los treinta, incluso a los cuarenta, que fue un problema que terminó, cuando se dirimió el problema de la hegemonía, cambió la economía, y se pudo instaurar una moneda nacional que funcionó como patrón universal, que fue el dólar, después de la victoria de la Guerra.

Esta es la gran incógnita; cuando analizo el Plan Cavallo, me gusta analizarlo en función de cómo se coloca frente a esto. Esta fase depresiva de la onda larga del capitalismo muestra en primer lugar una enorme ofensiva del capital, que ha conseguido reestructurar los circuitos de acumulación, sobre todo en los países centrales. Pero precisamente porque la acumulación se centraliza en el centro, esto ha tendido a desorganizar aún más a las periferias. Salvo en algunos casos contados: Corea, Taiwán, no sé si mencionar acá a Singapur y Hong Kong, porque son casos muy particulares de ciudades-Estado.

En América Latina, dentro de esta tendencia a que la periferia sea desplazada a una función todavía más secundaria, en el próximo ordenamiento mundial habría tres países candidatos a entrar a revalorizarse: México, Brasil y Argentina. Argentina, por algún tiempo, incluso dejó de ser mencionada como un “new industrialized country”. Las referencias a un país de ese tipo datan de principios de los setenta, pero después hay una general omisión de la Argentina, como si hubiera perdido esa carrera. Creo que esto no es definitivo, si el Plan Cavallo fuera la etapa final de un proceso de ajuste y se pudiera orientar hacia una reconversión definida, podríamos tener esperanzas de que la Argentina cumpliera una función en el próximo sistema mundial.

No tengo duda de que el capitalismo se va a recomponer, y que, a la larga, este nuevo sistema mundial va a funcionar. Este sistema mundial que surgió de la Guerra vino

viciado de alguna manera, desde el punto de vista del capitalismo, por la bipolaridad. Pero con la caída del Muro de Berlín, se vislumbra el posible ingreso de Rusia al capitalismo. Los últimos datos sobre la evolución de la economía soviética (para eso está el anteuúltimo número de *The Economist*, que ofrece una muy buena exposición sobre esto) indican que, por primera vez, en Occidente, hay esperanzas de una recomposición de Rusia hacia el capitalismo. Lógicamente, las dificultades van a ser enormes, pero esto apunta por lo pronto, hacia un territorio que, de alguna manera va a ser recuperado.

LA CRISIS DE LA POTENCIA

El problema es que la potencia capitalista hegemónica está en crisis, y esta crisis tiene una trascendencia mucho más grande de la que nos figuramos. Porque no es solo una crisis de desplazamiento en muchas de las industrias competitivas básicas para definir el perfil industrial de un centro moderno, sino que la modalidad de acumulación ha impuesto en la sociedad norteamericana una crisis social, que se manifiesta hoy con toda virulencia. No solo está trabado en gran parte el mecanismo de la acumulación, sino que además estamos presenciando la tercermundización de algunas áreas de EE. UU. Un fenómeno de dualidad muy grande, que en algunos casos parece propio de los países del Tercer Mundo.

Evidentemente, esto no tiene nada que ver con el “american way of life”.

La situación en Europa tampoco es clara, porque Alemania, después de haberse lanzado con éxito al proceso de la reunificación, está pagando los costos con una inflación alta, imposibilidad de bajar sus tasas de interés y una reacción social que sigue a todo este fenómeno.

Por último, Japón ha entrado en un período más claramente recesivo, donde el tema a discutir es qué va a pasar con el problema financiero. Si los bancos japoneses van a poder superar esta crisis, y esto en cierta medida se generaliza también en parte a los EE. UU., o vamos a tener en el medio un clásico crack financiero.

Después de muchos años de ser muy catastrofista, soy poco catastrofista. Creo, para sintetizar, que lo que en el capitalismo mundial se evidencia como difícil es la reestructuración. Es decir, si estamos ante un sistema globalizado, la reestructuración de esa globalización, no digamos ya englobar en ella a toda la periferia, porque sabemos que no va a ser así. La periferia tiene por destino histórico su exclusión. Salvo la de unos pocos países. Pero así mismo, el centro no termina de resolver una modalidad de acumulación que lo abarque en su totalidad. La prueba está en lo que se discutió en las últimas reuniones del Grupo de los Siete, donde se dio más autonomía que nunca a cada país para resolver su propio problema, en medio de la globalización creciente. Lo cual indica que las políticas económicas tienen un grado de coordinación bastante bajo.

El problema es cómo resolver esto. Para mí, acá hay una incógnita que se puede resolver, tanto desde el punto de vista de una lenta homogeneización, donde se

volverían a discutir los papeles hegemónicos, o de una imposibilidad de salida que no nos llevaría a la catástrofe, sino a una situación como la que estamos viviendo hoy, prolongada durante mucho tiempo.

Yo defiendo parcialmente al Plan Cavallo: desde el punto de vista de que me parece que ha coincidido con la situación internacional, que en ese aspecto ha tenido suerte en contener la inflación, avanzar hacia una mayor disciplina fiscal, que de ninguna manera está resuelta, pero que avanza hacia allí. Ayer apoyándose en las privatizaciones, mañana posiblemente en el crédito internacional.

Si el pensamiento de Cavallo se limita a continuar esta convertibilidad apoyada en el crédito, creo que lo que nos espera no es muy bueno. Yo no veo que se haya desatado en la sociedad una discusión sobre el perfil productivo que va a tener este país.

El plan de ajuste aun si es exitoso no logrará más que recrear un nivel de actividad. Queda por verse cómo hará la economía para poder reproducirse. La pregunta es con qué tipo de economía se va a hacer. Creo que esto no está resuelto y no sé si en la mente del equipo económico el tema está presente de alguna manera.

La pregunta fundamental es: ¿qué lugar que se le va a dar a la industria? Se está mostrando con total crudeza en la integración con Brasil, en el caso del Mercosur que empieza a operar como una fuerza disuasiva de la industrialización argentina, es decir como un elemento no general, pero sí en algunas ramas, de mayor desindustrialización. De industrialización mucho más selectiva.

Este es el gran debate que se abre, el único que puede darle broche al plan de estabilidad. El plan de estabilidad es, en última instancia, un instrumento para reconstruir una economía. Si no se tiene claro el perfil de esa economía, no se puede seguir discutiendo demasiado sobre cuáles van a ser los instrumentos. Brasil o México tienen mucho más clara su estrategia industrial. En estos países, el papel del Estado en los rubros básicos, sobre todo en el caso del petróleo, se mantiene con mayor o menor resguardo, pero casi incólume. El Estado mantiene el control de esas fuentes básicas.

En la Argentina esto no existe para nada; las privatizaciones han sido subordinadas al problema de los ingresos fiscales. Tampoco hay un perfil industrial muy concreto. En Brasil o en México, hay una política industrial que tiende a proteger ciertas áreas y promover su modernización. En la Argentina, todavía no. Apenas estamos al inicio del desarrollo de sistemas crediticios, si este plan se mantiene tal como está ahora.

Estamos involucrados en un capitalismo globalizado. Su porvenir no está claro. Lo más probable es un lento pasaje a una etapa de expansión, o un período de tránsito mucho más largo de lo que suponemos. En ninguno de los dos casos la Argentina ha empezado a discutir este problema, ni tiene un perfil de reconversión más o menos claro. ■

RESEÑA DEL DEBATE

Arturo Armada

PRIMER DEBATE: EL GASTO SOCIAL Y LA RELACIÓN ENTRE NACIÓN Y PROVINCIAS

¿Pobreza?

El debate se inició con un interrogante de Enrique Martínez a Silvia Senén González. Preguntó si una variación tan grande en la distribución de recursos entre la nación y las provincias tenía su origen en el peso político avasallante del representante del Estado nacional, en la ignorancia de los representantes provinciales o en una suerte de desinterés en el gobierno de las mismas; si no, ¿cuál era la razón fundamental por la cual se producía un trasvasamiento tan importante en tan poco tiempo?

Senén González contestó que era apropiado plantearse cómo se percibe en los niveles políticos la fragilidad de la estabilidad. ¿Hasta dónde se puede estirar la cuerda para llegar a un arreglo dentro de un marco de disconformidad?

Esta experiencia del Foro de Ministros fue interesante. Se produjo un avance de los tecnopolíticos, que se sentaron a trabajar en las computadoras como técnicos (me refiero a los propios ministros, no a sus asesores), haciendo números y calculando alternativas por la reducción de tal o cual porcentaje... [...] Y armaron una propuesta tecnopolítica que luego tuvo una traducción eminentemente política, ya a nivel de gobernadores y del propio presidente. Muchos de los avances logrados conceptualmente por los ministros fueron desechados. Y se volvió atrás. Las provincias cedieron, en el pacto, el 15% de su coparticipación, para que se financiara el sistema de la seguridad social.

¿Disminución de la pobreza en el Gran Buenos Aires?

La primera intervención de Enrique Amadasi tuvo fuerte carga polémica. Ello se verificó en varias respuestas directas o indirectas de otros participantes, inclusive en exposiciones del segundo y del tercer panel (como las de Forni, Nun y otros que se refirieron al concepto de pobreza y a la famosa “línea de”).

Más allá de las ilustrativas referencias a datos sobre aumento o disminución de la situación de los excluidos del sistema, de la indudable utilidad de los deslindes conceptuales y reconociendo la validez de las críticas al empleo “satelital” (Tenti) de “pobreza”, nos viene a la memoria un aforismo del capitán Murphy: “toda discusión sobre un problema, seriamente encarada, termina en una disputa semántica”. Pero recordar lo de discusión “semántica” no significa minimizar la importancia del debate producido en el seminario; siempre, claro, que tomemos la precaución de hacer el camino de retorno desde esa disputa hacia la realidad, ahora con los conocimientos adquiridos en el camino al cielo. Vale decir que el debate se enriquece si volvemos al infierno de la pobreza, conservando la carga de instrumentos conceptuales refinados que acumulamos en el ascenso al paraíso soñado: la definición unívoca de los términos.

Amadasi empezó diciendo que lo inspiraba la idea de no dejar frases “que, dichas desde un panel, sientan doctrina”, refiriéndose a la ironía de Lischinsky acerca de la existencia de una suerte de división del trabajo (con ministerios que se ocupan de llevar adelante a rajatablas una política económica que aumenta la pobreza y otros que se encargan de asistir a los pobres...).

Los estudios en marcha en el CEPA —institución que depende de la Subsecretaría de Programación Económica y del INDEC— muestran que la cantidad de pobres no ha aumentado. Con fuente EPH (Encuesta Permanente de Hogares), la onda de mayo de 1992 marcaba una disminución importante en la proporción de gente que está por debajo de la línea de pobreza en el Gran Buenos Aires; esto se acentúa mucho más con la onda de octubre 92 (última medición realizada).

Amadasi prosiguió comentando que podía recurrirse a datos más estructurales, como la comparación del censo de 1980 con el de 1991:

Hay un mejoramiento notable en las condiciones de vida de la gente del último nivel, siempre con los indicadores utilizados por el censo, que son los educativos, los de vivienda y los de capacidad de subsistencia. En las pocas provincias donde están completos los cinco indicadores, los mejoramientos (entre comillas) son del orden del 25% (La Rioja y La Pampa). [...]

Siempre nos queda por discutir si, once años después, esos indicadores siguen siendo los apropiados para medir la línea de pobreza. Pero si aceptamos los estándares vigentes en 1980, la información de la última EPH y del último censo, lo que decía Lischinsky no es tan cierto.

En su respuesta, Lischinsky insistió en que no hay cambios sustanciales de tendencia. Es más:

Por lo que he visto, por lo menos el año pasado, ha aumentado la cantidad de gente debajo de la línea de pobreza. Habría que ponerse a estudiar con más detenimiento las últimas cifras mencionadas por Amadasi, para ver si están marcando cambios estructurales o se está profundizando una situación que viene prolongándose en los últimos años...

La pobreza política

Héctor Poggiese se ocupó del concepto de pobreza, sobre el cual, a pesar de haber sido muy utilizado, “se viene trabajando de manera incompleta”.

Hay una pobreza material que es la referida a los bienes y servicios que conforman las necesidades básicas insatisfechas (salud, vivienda, alimentación, etc.) y debemos hablar también de una pobreza política.

La pobreza política se refiere a la relación de la población con el proceso democrático.

Y esta noción se vincula con la correcta acepción que le damos a inversión social.

Porque si hacemos inversión social sobre la pobreza política percibiremos de manera diferente cómo ven la democracia como institución y como proceso los sectores más pobres de la sociedad. Los datos que se recogen habitualmente no nos hablan ni de la pobreza política ni de la inversión en participación, que es la que resuelve el problema de la pobreza política.

Que no se invierta en ese campo ni se lo tome como indicador influye en la relación de vastos sectores con el proceso democrático.

Porque no será solo la consistencia con que el proceso democrático resuelva algunos problemas materiales la que haga simpatizar con ese proceso, sino también la constitución de un espacio real para que las masas más empobrecidas puedan participar de ese destino.

Con este motivante planteo de Poggiese coincidió plenamente J. Villarreal. Si no se le incorpora el sentido de exclusión político-democrática de amplios sectores, el concepto de pobreza tiene una connotación predominantemente asistencialista cuando se habla de políticas sociales. Remarcó el carácter no solo político, sino también cultural (en el sentido de normas, usos y costumbres, creencias, prácticas religiosas y formas de pensamiento) de la exclusión. “Así como era especial la cultura del cabecita, también es especial la cultura del excluido de hoy”.

Detrás del descuido de la pobreza política, se esconde una visión economicista, pero particular, sostuvo Villarreal:

En la visión economicista marxista del siglo XIX, del obrero explotado en la fábrica, este concepto de proletario tenía, por lo menos, una connotación positiva; el obrero aparecía revalidado por su hacer, por su obrar, por la producción de plusvalía; por su capacidad de hacer y transformar. El “pobre”, en cambio, aparece como objeto; es el que no tiene, desde la perspectiva valorativa de la sociedad dominante (la perspectiva del valor de la riqueza y el consumo); el pobre es el que está en la lona... Eso significa deslegitimarlo socialmente. [...]

Hay todo un lenguaje latinoamericano y de los organismos internacionales que denomina de tal manera que, si bien logra un discurso promocional, utiliza una conceptualización generadora de asistencialismo.

Acertadamente concluyó que, aunque se les llame sujetos sociales, se los conceptualiza de un modo que los vuelve objetos del accionar asistencialista de la política social.

Algo básico de la política social, para que sea promocional, como está en el documento de UNIDOS, es que ponga el acento en la capacidad de actuar de los sujetos para incluirlos en el funcionamiento político general de la sociedad.

Hasta aquí, las intervenciones de Poggiese y Villarreal sobre el concepto de pobreza. Propongo al lector una vía de reflexión sobre el uso de “los pobres”: en qué medida y hasta qué punto, la ideología dominante (perdón) —a la que todos pagamos tributo, en mayor o menor medida— ha convertido el concepto de pobre, que en el cristianismo tenía connotación positiva —por su privilegiada posibilidad de redención—, en un término sustitutivo de otros más “fuertes”, con connotaciones poco valorizantes.

El rico “pobre” de la mejor tradición neotestamentaria se empobrece en el uso conservador del lenguaje, duplicando así su miseria.

Pablo Vinocur coincidió con las principales afirmaciones de Senén González y Lischinsky, señalando que a propósito de la intervención de Villarreal que reseñamos, había dos planos a diferenciar en materia de política social.

Uno es el problema de cuál es la población sujeto-objeto de la política social; en función de la respuesta podremos hablar de gasto o inversión. El otro plano lo constituyen las estrategias de inclusión y de participación que el Estado, la sociedad, van definiendo. Si no diferenciamos estos planos, seguiremos con políticas teóricamente universales, donde todo es para todos por igual, olvidando que hay diferencias socioeconómicas y, por supuesto, necesidades absolutamente diferenciales.

Una de las reglas de la famosa mano justa del mercado es que debería haber igualdad de oportunidades, lo cual implicaría igualdad de información para tomar decisiones. Si esto no se genera desde la misma gestión de la

persona en el seno materno, como ocurre en nuestra sociedad y en la mayor parte de Latinoamérica, va a ser difícil que las capas pobres puedan participar de la misma manera que los no pobres.

El segundo planteo de Vinocur estuvo referido a las características de complejización de la estructura social argentina y la heterogeneidad de lo que se entiende por sector “pobre”.

Quizá el aporte principal de nuestro estudio sobre la pobreza en la Argentina, fue tratar de mostrar que se había complejizado la estructura social argentina, viéndola desde abajo. Que no se podía hablar de “pobres”, porque había grandes diferencias en el universo de los pobres; que una de las diferencias más importantes era un proceso de movilidad descendente, generador de una situación de insatisfacción de necesidades, que no eran necesariamente las clásicas, e involucraban a sectores obreros que tradicionalmente estaban inmersos en el sector formal, sectores asalariados en servicios públicos.

Consecuentemente, remarcó que las políticas sociales deben reconocer la gran heterogeneidad del universo de la pobreza.

Ante interrogantes planteados por Magdalena Faillace, que surgían de su práctica como funcionaria del Ministerio de Educación (dirigidos a la relación entre nación y provincias), Senén González volvió a intervenir, con dos temas diferentes.

En el primero, referido a la desigualdad entre provincias, afirmó que hay provincias que no solo pueden atender sus necesidades, sino que podrían ayudar a otras, por ejemplo con un adecuado pacto regional. Y hay un conjunto de ellas en las cuales los pactos de cooperación y asistencia deberían centrarse en mejorar sus sistemas de información, sus ámbitos de planificación.

En segundo término, afirmó que quería volver al tema planteado por Poggiese: la “pobreza política”.

Un término que nos asusta. Conceptualmente lo he visto en un librito de Pedro Demo que se llama justamente así. Demo trabaja en un instituto público de investigación en San Pablo, dependiente del gobierno federal, donde se mide la pobreza política; hay instrumentos de medición, se publicaron los resultados, etc. Tendríamos que despojarnos de este miedo de hablar de ella, incorporarla como variable en la medición de los fenómenos sociales y, si hace falta, ver el “know how” de Brasil y de algún otro país, lo tenemos evidentemente a Mano...

A esta intervención, siguió la segunda de Enrique Amadasi, la cual, tal como la anterior, fue discutida por varios participantes.

¿Descentralización del gasto social? Objeciones

Apoyándose en los interrogantes de Faillace, sostuvo Amadasi que el gasto social del Estado Nacional en relación con las provincias debía tender a desaparecer, repartiéndose los recursos vía coparticipación federal.

Que cada provincia sepa lo que hace en materia de gasto social. Aprovechemos la oportunidad, mencionada por Senén González, de renovación del Pacto Federal, a fines de año. Quedaría el riesgo del que se habla en el documento de UNIDOS, de una posible acentuación del proceso de fragmentación social; también la objeción hecha siempre que se habla de descentralización: que a veces los gobiernos locales, estarían inclinados a favorecer a sectores medios o no tan bajos, sin tener en cuenta la demanda social de los pobres. Creo que es un campo en el que vale la pena dar la discusión y dejar de pensar que hay un presupuesto social nacional. En el caso de la seguridad social habría que discutirlo, pero en el resto de los sectores: educación, salud, promoción y asistencia social, vivienda, debería poder pensarse en un presupuesto nacional de gasto cero para esas funciones. Mi propuesta es que la masa de recursos se reparta vía coparticipación federal y que las provincias sean las que digan cómo quieren hacer su política y su gasto social.

Juan Villarreal replicó que, si bien estaba de acuerdo, en líneas generales, con la idea de descentralizar los servicios sociales como educación, salud, etc., manejando las provincias el grueso de ese presupuesto, había reparos importantes que hacer.

Lo que uno observa en el país desde hace algún tiempo es que, mientras los servicios sociales se han ido descentralizando, tendiendo a que su manejo se haga a nivel provincial, Economía se ha ido centralizando enormemente. Por lo cual, la capacidad de decisión la tienen los sectores más directamente ligados a las políticas de ajuste. Entonces, este proyecto económico-social se vuelve técnico-económico puro, como diría Germani. Deja de ser económico-social, incluso en el sentido más trivial, de cualquiera de los países capitalistas más desarrollados en sus tiempos de crecimiento, en que había aspectos sociales que se cubrían. Por lo menos, en lo referido a generar ocupación.

Luego de ejemplificar con los casos de Inglaterra y EE. UU. en el siglo pasado, o de Japón en este siglo, dijo que, sin abrir juicios terminantes sobre si aumentó o no la pobreza, lo cierto es que en la Argentina hay tasas de desocupación muy altas, hay altos niveles de pobreza, una necesidad de accionar social importante. Entonces:

Si frente a Economía, que es un gabinete fuerte, coherente y abarcador, no hay un gabinete social como para poder discutir determinadas cosas (tal las

medidas económicas que pueda adoptar Cavallo que incidan en lo social, en lo educativo, en lo laboral), se corren serios riesgos. Si desaparece el presupuesto, desaparecen los actores, que estarán todos en las provincias... ¡y los van a llamar para avisarles que se tomó tal o cual medida, pero no para discutirla...!

Insistió en que el crecimiento económico puro no se sostiene: necesita gente educada, capacitada, sana, una serie de condiciones sociales para ser un desarrollo económico social. Que es también una mística de participación, de trabajo, de inclusión en las actividades democráticas.

También Carlos Rodríguez Sánchez entró en la polémica sobre los riesgos de la descentralización total de los servicios sociales, los indicadores para medir la pobreza y la cuestión del gasto.

Importa preguntarse sobre qué sujetos sociales se gasta y adónde va a parar ese gasto.

Una cosa es que se gaste para pagar la deuda externa y otra que se lo haga para pagar a los jubilados... Los jubilados nacionales, que viven en todas las provincias, no solo en Capital Federal. Debemos centrar el análisis no en la jurisdicción que gasta sino en el destino del mismo. [...]

Hay dos maneras de medir la pobreza. Una, a través de variables estructurales. Según estas, pareciera que, en el largo plazo, no hay aumento de la pobreza. Ahora, si uno toma un indicador como el nivel de ingresos, puede darse una asincronía entre este y otro indicador. Puede haber, en épocas de hiperinflación, una grave disminución del ingreso en determinados sectores que haga que, a lo mejor, tengan casa, pero no tengan para comer o solo puedan comer lo mínimo. [...]

En la década del ochenta, y en relación con los más pobres hubo un aumento de la pobreza relativa (no de la absoluta); vale decir que la distribución del ingreso durante toda la década fue crecientemente regresiva. De modo que el problema de la pobreza es complicado y depende de qué indicadores se tomen y con qué época se comparen.

Terció de nuevo en la discusión Lischinsky, quien aportó más elementos contundentes de su crítica visión de las políticas en curso:

Si se transfiere el FONAVI a las provincias, ¿quién controla en ellas que se hagan las viviendas que el programa estipuló que se iban a hacer? ¿O quién lo exige? Es un derecho que tiene la gente, pero no lo asume; no está transformado en demanda, ni tampoco expresado políticamente; no creo que nadie exprese en sus demandas a los trece millones o más de pobres que hay...

Afirmó que las transferencias de fondos nacionales que se hacen, en muchos casos quedan en rentas generales, no se utilizan, se pagan sueldos. Los programas de comedores escolares: muchas provincias ni siquiera los desarrollan, pese a recibir los fondos. Pero el problema básico es que no haya una demanda concreta de la gente sobre sus derechos ni fuerzas políticas que los hagan valer.

El drama grande que tenemos es el de la pobreza de la política; podría haber mucha más transparencia gubernamental en todos los actos de gobierno, en los manejos financieros. Y en cuanto al Pacto de que hablaban recién, se terminó de firmar a las cinco y media de la mañana: al final ya “tiraban” todo; incluso figuran algunos programas que ni siquiera se pueden transferir a las provincias... Los gobernadores que más se oponían terminaron aplaudiendo...

También es distorsionada, agregó Lischinsky, la información que tenemos sobre las provincias; varía de manera impresionante en salud, acción social y los distintos ítems. Por eso es difícil saber seriamente qué se está haciendo en las provincias, salvo en cuatro o cinco.

Hay casos en que se inflan los gastos en salud, educación o seguridad por ser la parte en la que se pueden meter fondos sin explicar demasiado, usándoselos para otro tipo de actividades.

Leopoldo Halperín añadió que era importante observar el interior del gasto o de la inversión para saber cuánto de lo que aparece como gasto de salud, educación, vivienda, termina llegando a los destinatarios.

En política, el que más aprieta o presiona, es quien más recibe. A nivel nacional y provincial, la capacidad de los pobres de organizarse es escasa; entonces, les llega bastante poco. Me preocupa entonces la discusión sobre pasar la pelota a las provincias, donde la posibilidad de presión de los pobres destinatarios del gasto, aún es menor.

El primer tramo de debate fue cerrado por Héctor Poggiese, retomando la temática “Pacto entre provincias-descentralización de servicios-presupuesto cero a nivel nacional para servicios sociales”.

¿Cómo se relaciona un pacto de esta naturaleza con una nación que se centralizó mucho y ahora resuelve descentralizar, pero solo lo social, hasta un nivel de gasto cero, y no descentralizar otras decisiones? En primer lugar, las descentralizaciones también deben denotar las diferencias existentes.

No puede haber una política de descentralización que no gaste en construir o reconstruir el actor que se va a hacer cargo de la misma. Segundo, tiene que hacerse antes un pacto transitorio, diferente al clásico, donde la nación gaste en esa transitoriedad, para la reconstrucción del actor y para los mutuos compromisos. El éxito de las políticas de descentralización no reside en transferir a otros simplemente la responsabilidad. Tiene que medirse por otro tipo de resultados. Hay que gastar para trabajar en esos resultados, para que las poblaciones puedan controlar, para que las provincias puedan programar.

SEGUNDO DEBATE: EDUCACIÓN, POBREZA Y PRODUCCIÓN

Mario Wainfeld preguntó sobre la demanda de educación en la gente, los esfuerzos para la instrucción de sus hijos y el tipo de exigencias que plantea. Emilio Tenti Fanfani aprovechó para extenderse más allá de la simple respuesta puntual, ampliando su planteo anterior. Transitó por temas como el deterioro de la misión fundamental de la enseñanza; el concepto de pobreza replanteada como espacio social; y la solitaria condición del término de marras comparado con las categorías que antes manejábamos...

Tenti contestó a Wainfeld que hay efectivamente una demanda de escolarización muy fuerte, que debe distinguirse de la demanda de conocimiento. Hubo un momento en el desarrollo de los sistemas educativos en que existía una mayor correspondencia entre la escolaridad y el conocimiento apropiado. Entre el capital cultural institucionalizado en un papel y la competencia efectiva que tema el poseedor de ese papel. Siempre hubo imbéciles con título, aun en la etapa más elitista y selectiva, pero había mayor correspondencia.

La gente legítimamente demanda escolarización, un banco en la escuela, por la anterior correspondencia entre títulos y otros bienes como empleo, prestigio, riqueza, poder. Pero es tal el deterioro de la misión fundamental (que es la incorporación de conocimiento) que aun en los sectores llamados populares, humildes, pobres como se quiera...

Aquí Tenti se desvía hacia la discusión que se había dado sobre el término pobreza. Vale la pena reproducirlo:

En vez de descripciones sustancialistas, esencialistas acerca de estas cosas sociales, diría más bien que la pobreza es un lugar o espacio social que se define por las relaciones que mantiene con otras posiciones. Es una manera de pensar la morfología de la sociedad que está muy ausente en el debate sociológico y teórico actual en la Argentina. Antes teníamos algunas

visiones de clase, aunque sea “alta, media, baja”. Teníamos estratos; o teníamos proletarios y burgueses... Ahora tenemos “los pobres”, ahí, como un satélite suelto...

Retomó el hilo diciendo que es tan grande el deterioro, que estos sectores excluidos urbanos ya perciben que no hay una relación entre pasar de grado, tener un título y hacer cosas.

En una de estas investigaciones que hicimos sobre poblaciones supuestamente beneficiarias de planes de acción social, la gente nos decía “mire que el chico no aprende; está en quinto grado y no aprende a escribir; se lo dije a la maestra, a la directora y me contestaron que no me preocupe, que el chico iba a pasar de grado. Les dije que no quería que pasara de grado, sino que aprendiera a escribir”. Este deterioro que ya perciben es reconocido por los propios agentes de este sistema, que al mismo tiempo también son víctimas.

Reflexionó sobre la conjunción de los dominados del Estado, los agentes de servicios que tienen que dar la cara y los “pobres-pobres”. Las propias directoras admiten ante los investigadores que hay chicos que terminan séptimo grado sin saber leer ni escribir.

Este hecho no escandaliza, no provoca conmoción social; no puedo ir al programa de Neustadt y decir que encontré eso; si me dijera un director de hospital que en el suyo se mueren los chicos de sarampión, creo que ahí se arma un escándalo. En sectores más cultos ya sí lo que interesa es el conocimiento más que el título. Pero a nivel general creo que muchos se conforman con la escolaridad... Sin embargo, el mercado de trabajo ya está discriminando los títulos.

Agregó que la promoción automática es uno de los recursos que tiene el sistema educativo para simular. Es un sistema con gran capacidad de simulación. La promoción se arma cuando no hay clase por huelga docente; ahí se descalabra la vida cotidiana; hay que llegar a ese límite, que no pase nada con la oferta formal de educación, para que sea tema público.

Tenti finalizó su intervención en la discusión con una reflexión acerca de que los excluidos, por sus características sociológicas, están en peores condiciones que los obreros explotados de antaño, sin poder constituirse en actores colectivos:

Lo cual supone resolver el problema de la representación, en un doble sentido: visiones de sí mismos (representación) y representantes, generarlos para actuar como un solo cuerpo colectivo.

Silvia Senén volvió a intervenir en este debate, proponiendo otro nivel de discusión.

Desde luego, la discusión de los problemas sociales desde el punto de vista técnico e instrumental es muy interesante pero, ¿por qué no empezamos a discutir si realmente este modelo económico se compadece con una política pública social y en el marco de la democracia? Propongo que esto lo discutamos en el próximo panel.

[...] Pero hay un elemento común al cual hemos ido retornando: el de la dirigencia política. Encuentro un paralelismo entre el tema de la pobreza política que planteó Poggiese como problema de los sectores excluidos, con el tema de la pobreza política planteado por Enrique Martínez cuando se preguntó sobre el tipo de decisiones que se están tomando.

Tras enunciar esta importante extensión del concepto de pobreza política a la dirigencia, que ya había insinuado igualmente Lischinsky cuando habló de “pobreza de la política”, Senén González sostuvo que técnicos, académicos y docentes están inmersos en una inmovilidad política que hace sorprendente que se retorne a lo político. Pero ese retorno le parecía necesario.

Que opinen los que hacen: desde la experiencia de los microemprendimientos

Luego le tocó el turno a Oscar Tangelson, quien desde hace más de cinco años pilotea el Instituto Provincial del Empleo de la Provincia de Buenos Aires. En una extensa exposición, matizada con anécdotas y ejemplos concretos, transitó por varios temas, desde el planteo de los cambios en los instrumentos para la evaluación de programas y proyectos hasta la promoción de microemprendimientos que viene realizando desde el mencionado Instituto. Asimismo, inició un camino de críticas hacia los organizadores del seminario y su documento “disparador del debate”, que, como veremos, Fortunato Mallimacci retomó calurosamente. Lo cual no significa que ambos coincidieran en sus juicios sobre los principales fenómenos en discusión, como podrá apreciarse al considerar las direcciones opuestas a las que apuntaron.

Sugiero a los organizadores del encuentro que empecemos a discutir problemas concretos, con la gente que está implementando programas de este tipo. Lo que podríamos hacer, aparte de reflexionar y medir, es evaluar los programas que se hacen y su marco de información y reflexión. Entonces, traer a los actores, además de a los espectadores; porque, aunque estemos involucrados desde el punto de vista intelectual, hay que traer a los actores y preguntarles: “¿qué estás haciendo?”, para ayudarnos a reflexionar y para

evaluar la calidad de los instrumentos que utilizamos. No solamente criticar desde los *papers*. Es indispensable preguntarse si los instrumentos que estamos acostumbrados a utilizar siguen siendo igualmente válidos.

Tras sostener que ese es el gran desafío, dijo:

En mi caso procuramos hacer algunas cosas vinculadas con el desarrollo de una nueva forma de organizar el proceso productivo, relacionado con el tema de microempresas, etc. Y lo estamos haciendo desde una doble perspectiva. Cuando creamos este tipo de programas mi preocupación fue eludir dos extremos, dos trampas: convertir al Instituto en un centro de reflexión académica (pero para eso está la Universidad); teníamos que bajar a la tierra y empezar a trabajar sobre la realidad. La segunda trampa, hacer instrumentos de activismo irreflexivo y distribuir empleo temporal con el mismo despropósito con que distribuimos chapas y colchones. El punto es cómo hacemos instrumentos de acción con direccionalidad política. Un reclamo que debemos hacerle no solo a la dirigencia política sino a todas. Hay una deficiencia de visión, claridad y decisión en todas las dirigencias de este país: la política, la empresaria, la sindical y la académica.

Tangelson no solo criticó la integración de los paneles y la composición del conjunto de participantes, sino que también asumió la figura standard de todo funcionario cuestionada por investigadores o “académicos”, en la distinción entre los que “reflexionan y evalúan” (y critican lo que se hace) y aquéllos que “hacen cosas” concretas. Al respecto solo cabe acotar que en la lista inicial de invitados a paneles y debates había un alto porcentaje de “los que hacen”, que no concurrieron, por diversas razones. Sobre estas no debemos emitir juicios, limitándonos a respetar su derecho a no asistir... además de que —en muchos casos— sabemos de la veracidad de los motivos argüidos.

Consideró Tangelson que todos transitamos “rumbos de debate casi superficial, que no tienen que ver con la necesidad de tomar decisiones concretas”. El debate que se debe instalar es cómo establecer mecanismos de participación:

Y la participación va surgiendo. En una experiencia como la que estamos haciendo, muy puntual pero ilustrativa, hemos tomado decisiones políticas que tienen que ver con la posibilidad de movilizar una alternativa diferente. Aquí se habló mucho de descentralizar o no. Hay razones a favor y en contra de ambos conceptos, en la medida en que no formen parte de una política.

Sostuvo que le preocupa que sigamos hablando de la educación como patrimonio de un sistema educativo; la educación es patrimonio de la sociedad y no podemos

excluir la participación de los otros actores. Un serio resabio en la educación proviene de la configuración de la producción en la segunda revolución industrial: tener un sistema educativo que responde a los criterios de especialización del proceso de producción.

Creamos cantidad de especialistas que son frustrados con diploma. Si seguimos reflexionando exclusivamente sobre el contenido del sistema de educación, vamos a perder de vista el conjunto de actores del proceso educativo global. Y estamos en una realidad en la que el hombre que trabaja, a lo largo de su vida, va a perder seis o siete veces los paradigmas tecnológicos que le permiten participar del proceso de producción... en este país tenemos un sistema vestibular cuyo supuesto implícito es que la tecnología no cambiará durante la vida de trabajo de la gente. Estamos formando linotipistas: chicos de 14 años, con 46 años de vida laboral por delante, formándose en un oficio que ya no existe. No es simplemente un problema que tenga que ver con la calidad de los procesos pedagógicos; en un problema de concepción global.

Reiteró la necesidad de meditar sobre el punto de inflexión histórica en el que estamos tomando decisiones (“todos los dirigentes de todos los niveles” recalcó) para poder definir instrumentos que tengan que ver con el mundo en el que entramos. Pero: “Este replanteo debe hacerse recuperando valores que hemos perdido. Tienen que ver con la justicia, con el criterio de equidad, con la participación. Son indispensables: sin ellos no hay ningún instrumento, por bien hecho que esté, que tenga posibilidades de éxito”.

Control de programas y nuevos actores sociales

F. Mallimacci comenzó planteando la necesidad de, por un lado, revisar los conceptos e instrumentos de análisis con los que enfocamos la realidad y, por otro, comparar las experiencias de otros países en la materia, e incluso cotejar el presente con nuestra propia situación de épocas pasadas.

Basándose en su contacto directo con políticas sociales concretas de este y del anterior gobierno, emitió una serie de opiniones e ideas de interés sobre los siguientes temas: los planes de microempresas; la falta de monitoreo e información segura; las relaciones entre gobierno, nuevos actores sociales y ONG; y la diversidad de enfoques posibles sobre la generación de las políticas sociales.

Para dar una idea de la discontinuidad de las políticas y los sobresaltos que sufre su implementación, recordó que, desde principios de 1989 hasta el día de la fecha (30-4-93), el Plan de Microempresas (nivel nacional) llevaba ya dieciocho directores (¡en cuatro años!)... Como para reafirmar el acelerado ritmo impreso a la

gestión de este proyecto —o, por lo menos, al relevo de sus responsables—, apenas comenzado el mes de mayo el Lic. José Giner se convirtió en el director número diecinueve (a fines de julio aún permanecía en funciones).

Mallimacci coincidió con Vinocur, Lischinsky y Bianchi en el acento puesto en la falta de control y monitoreo de los programas y proyectos en su mayoría. No se sabe cuánto se gasta, en qué, ni cómo se monitorea. En el colmo, se les ha dicho a representantes de ONG que monitoreen tal o cual programa... “¿Qué es esto, cuál es el rol...?”.

Tomó muy en cuenta el tema “relaciones entre funcionarios y actores sociales”, preguntándose por la perspectiva a adoptar sobre las políticas sociales.

Pueden ser colchón del ajuste, implementadas por los funcionarios internacionales para que el ajuste funcione (hace un par de décadas analizábamos así determinados fenómenos y las respuestas de los movimientos sociales, con la idea de que el sistema trataba de integrar a la gente con ciertos mecanismos). Pero otra manera de verlas es como fruto de actores sociales que pujan, piden, exigen, en el hoy de la realidad argentina.

Se preguntó entonces por esos actores sociales: ¿cuáles son, dónde están, cómo se manifiestan? Resulta fundamental la manera en que miremos a los nuevos actores sociales que han aparecido:

Puedo mirarlos con viejas concepciones; por ejemplo, en el documento para la discusión, se habla de los organismos no gubernamentales de una manera, creo, muy despectiva, muy desmeritoria del trabajo de cientos, de miles de compañeras y compañeros que están intentando dar una respuesta a estas políticas sociales. No porque crean en los modelos de política de ajuste sino porque se encuentran en la situación problemática de aquel que quiere hacer algo; entre el derecho de ciudadanía, diría, y la necesidad de hombres y mujeres (pobres o excluidos, como quiera llamárseles) que quieren ser felices hoy, aquí y ahora, no en el 2000... Entre los derechos que tienen y las necesidades de las cuales hay que dar cuenta, muchos hemos optado por empezar a dar cuenta de ellas aquí y ahora.

Mallimacci se refiere, en esta cita textual, a un párrafo del documento para “disparar el debate” que decía:

(El Estado) actualmente solo se ocupa de la ayuda a los grupos más carenciados, dejando en manos de las ONG las tareas de promoción social y buena parte de la ayuda social, pero sin asumir la carga de dotarlas de los recursos económicos o técnicos necesarios; ni aun la capacitación.

[...] Las ONG, sobre las que tantas esperanzas y fantasías alentaron científicos sociales y algunas fuerzas políticas no han conseguido solucionar los problemas (que por su magnitud las exceden) ni tampoco forjar una alternativa política “macro” al sistema vigente, con el que interactúan permanentemente. Las únicas ONG perdurables y antiestatalistas de nuestra historia fueron los MDH.¹

Luego de su crítica al documento de UNIDOS, Mallimacci enumeró los nuevos movimientos sociales que han comenzado a estructurarse: del hábitat, de pequeños empresarios, histórico-rurales, de mujeres, de discriminados, de comunidades de base, “que muchas veces también están ausentes de nuestros análisis, o están vistos como clientelistas, gente que va a buscar las migajas que les tiran. Es importante la visión que tengamos de estos actores, tenerlos en cuenta, comprenderlos y explicarnos cuál es el sentido que están dando a su accionar cotidiano. Y hacerlo dejando de lado los instrumentos conceptuales de los treinta años gloriosos”, como dijo Forni, que nos llevan a poner etiquetas demasiado rápido.

Hizo hincapié en que las ONG se están organizando; hicieron un Primer Foro (los días 15 y 16 de noviembre, en Buenos Aires) y un Segundo Foro (4 y 5 de diciembre del 92 en Río Ceballos). En el Encuentro de ONG se reúnen, hasta el momento, 172 organizaciones.

Trabajan con distintos problemas, tienen distintas dificultades; viven del mercado de las donaciones internacionales, por supuesto... Discuten qué hay que hacer con los programas del BID o del Banco Mundial... pero esta complejidad hay que ponerla sobre la mesa para no perdernos en su evaluación.

Recordó la aparición, ante el retiro del Estado, de otras organizaciones: las de las iglesias, las carismáticas, “los distintos grupos religiosos que hoy pululan en los barrios” que están teniendo una densidad e intensidad relevante en algunos sitios. “No son solo respuestas de desenchufarse ante la crisis, sino intentos de religar un poco los efectos que produce este tipo de política de ajuste”.

1. “Los movimientos sociales que deben asumir tamaña responsabilidad —apunta Ivancich— reflejan un alto grado de desestructuración. Justifican su presencia por las finalidades inmediatas más que por su posible evolución hacia una nueva globalidad política. No han desarrollado capacidad autónoma respecto del Estado. Tratan de permanecer ajenos a las luchas partidarias, pero no renuncian a (antes bien, dice Isuani, luchan por) la adjudicación de los recursos públicos.

Esa laxitud ideológica de las ONG (descompromiso político atado a permanente negociación con el gobierno antes que con el Estado) en nada difiere de la difusa ideología predominante hoy en la sociedad” (pp. 4-5).

Tras afirmar que ningún gobierno quiso el control de las políticas sociales (“se da participación más porque el Banco Mundial, el BID o la UNICEF dicen que van a dar dinero poniendo como condición que haya control ciudadano, que por iniciativa de los funcionarios locales...”), propuso:

Si las políticas sociales son también el fruto de movimientos sociales, es hora de que pensemos cómo podrá haber articulación entre ellos, cómo pasar a un modelo en el cual, de ahora en más, lo que hay que articular es lo heterogéneo y lo diverso.

TERCER DEBATE: PRECARIEDAD, FLEXIBILIZACIÓN Y COMPETITIVIDAD

En el último debate, que implicaba una reflexión global sobre los temas del seminario y lo planteado durante su desarrollo, abrió el fuego Julio Neffa.

Su intervención desplegó un puñado de temas no tratados (como el sindicalismo) y dejó instalados varios interrogantes. Debemos lamentar que, por razones de horario, no participara desde antes, porque algunos de sus planteos merecían más larga discusión por parte del conjunto.

La crisis global y el camino de la precarización laboral

En primer lugar, reflexionó sobre un término que no había escuchado en el seminario: *crisis*. La crisis, recordó, tiene características globales en el mundo.

Lo que sucede en Argentina tiene su correspondencia en todos los países del mundo, capitalistas y ex socialistas. El punto de partida es que estamos en el final de una época y el comienzo de otra. Se extrañó de que no se mencionara la palabra “crisis”, porque se trata de una de las crisis económicas mundiales más importantes de la historia. Está emergiendo algo totalmente nuevo; cambian las regularidades económicas: cambia el régimen de acumulación de capital, que nunca más será como el de antes, y cambian todas las formas institucionales que permiten que estas regularidades se produzcan. Están cambiando el Estado, la moneda, la relación salarial, las formas de competencia en el mercado. De la crisis, algunos países están saliendo y otros estamos empantanados.

Pero el principal cambio es que todo el peso del ajuste se da sobre el trabajo. Por otra parte, el Estado se ha ido desentendiendo de la reproducción de la fuerza de trabajo, después de cincuenta años de ocuparse de ella. Y más aún, todo lo que es educación, seguridad social, vivienda, salud, se lo entrega al mercado.

Crece el desempleo en casi todos los países; muy pocos de ellos tienen menos del 10% de desempleo. Para el caso argentino, Neffa vaticinó que, en los próximos años, vamos a lograr rápidamente ese piso del 10%, porque con los previsibles

fracasos de los acostumbrados intentos cuentapropistas (taxis, quioscos) de los retirados voluntarios, se producirá la intensificación de la búsqueda de trabajo.

Esto afectará expresamente a dos sectores: los jóvenes que quieran incorporarse al mercado de trabajo y los adultos “envejecidos prematuramente”, aquellos que son víctimas de todos estos procesos de reestructuración y retiros voluntarios. Las empresas, cuando ofrecen los retiros, se quedan con los empleados de más competitividad y se sacan de encima a aquellos que ya envejecieron porque les costaría mucho reconvertirse.

A nivel mundial se da una precarización como nunca se ha visto en la historia, según los economistas del trabajo.

La flexibilización laboral se produce para bajar costos: ya no pueden bajarse otros costos (el caso argentino es clásico) porque están muy rígidos; entonces se bajan costos por el lado del trabajo. Todo eso junto con la exclusión y con que la sociedad está fragmentándose en una segmentación social muy grande. A todo ello contribuyen los cambios en el sistema de relaciones de trabajo en un contexto en el que se van debilitando los sindicatos y se desindicaliza la gente. También es notable que de esto tampoco se haya hablado aquí.

A continuación, sostuvo que el cambio en las relaciones de trabajo más la desindicalización marcan una nueva etapa de crecimiento del capital; el capitalismo no encuentra barreras, avanza sin frenos. Incluso los gobiernos que antes se apoyaban en el movimiento sindical (puede pensarse en Polonia y en otros países ex socialistas reales) “ahora son más liberales que la Thatcher”.

De inmediato entró en otro rasgo de época, no por remanido menos real: la ruptura de la solidaridad. En un país en el que, según Neffa, había una solidaridad muy grande,

todo se está individualizando y todo queda a resolver por el mercado. Hay redes, pero entre los que están en mayores dificultades; de los restantes sectores sociales, cada uno se arregla por su cuenta; el mercado se ha convertido en un nuevo dios y el resultado está prácticamente a la vista.

Microemprendimientos: análisis crítico de las experiencias realizadas

A esta altura de su intervención, resumida por obvias razones, J. Neffa responde, con sentido común y datos concretos, a planteos demasiado optimistas (o auto-defensivos, como el de Tangelson) sobre el fomento de microemprendimientos u otras formas parciales de paliar los efectos de la desocupación, la subocupación, las

bajas remuneraciones de vastos sectores de la población trabajadora, la retirada del Estado y la falta de solidaridad colectiva.

Resulta realmente difícil aceptar que los problemas enunciados puedan tener solución sin plantearla desde una perspectiva macroeconómica y si no hay posibilidades desde el sector público de planificar una reducción de la incertidumbre.

Es cierto que los planes interactivos ya no tienen sentido y no podemos volver a ellos; muy pocos países planifican; pero para salir de este caos, si no hay un organismo planificador —que no puede ser sino el Estado con mecanismos participativos— es muy difícil que se reduzca la incertidumbre, saber qué demanda puede haber, quiénes son los que van a demandar y qué orientación va a tener la inversión... Si se quisiera hacer frente a problemas de desocupación, de precarización, etc., se requeriría en primer lugar una política de empleo, que aún no tenemos, por más que se hable de ella.

Neffa desconfía de la posibilidad de resolver ese orden de problemas “vía sector informal, trabajadores por cuenta propia y demás, a la vista de cómo evolucionan esas experiencias, según la he analizado. Es un intento con patas cortas”.

Cuando se examinan las experiencias en tal sentido, los fracasos son considerables:

Un estudio que está haciendo gente cercana, en una provincia, muestra que, sobre ochenta microemprendimientos, prácticamente el 40% nunca empezó; se quedaron con lo que dio el Estado, pero nunca empezaron. En un 20% de los casos, cuando se hicieron las entrevistas nunca se pudo hablar con los involucrados, de modo que no se sabe si siguen existiendo; y el resto tiene problemas muy difíciles y están limitados a un mercado muy próximo, cautivo, que es el de los vecinos (el mercado de la villa, etc.) Saliendo de esa zona, no pueden competir con nadie.

Por consiguiente, hay que poner el acento en una política de empleo, pero empleos formales, productivos y estables.

Características de la nueva competitividad y sus implicaciones

El segundo de los planteos de Neffa, en función de hacer propuestas, fue el de la “flexibilización productiva”. Los sistemas rígidos

no van más; por suerte, las nuevas tecnologías informatizadas están reduciendo notoriamente sus costos; deben incorporarse nuevas tecnologías, pero cambiando la organización del trabajo, de la empresa, la forma de

gestión de la fuerza de trabajo, en búsqueda de una nueva competitividad. Porque sin mayor demanda no hay solución. La nueva competitividad no es la del pasado; ya no es por precios, sino por calidad; una economía de variedad, una capacidad para adaptarse rápidamente a la demanda y un mejor control del tiempo entre la demanda y su satisfacción.

[...] Los países que mejor hicieron frente a la crisis realizaron estudios de gran profundidad: pienso en *Made in America*, donde varios economistas estudiaron las causas del fracaso de la competitividad norteamericana. Lo mismo hicieron los suecos con *Made in Sweden* y acaba de aparecer *Made in France*. Calidad, economía más variada, mejor control del tiempo y cómo adaptarse rápidamente a la demanda. Esto implica un desarrollo científico y tecnológico (coincido en el tema con lo dicho por Nun) y establecer una mínima articulación entre el sistema científico, las universidades y el sistema productivo, hasta ahora islas sin conexión. La crisis obliga a una reconversión profunda que no podrá hacerse sin esa conexión. Se está gestando, por suerte, una red de articulación entre los empresarios más dinámicos, la universidad y los centros de investigación, cuyos primeros resultados — mirándolos desde el Conicet — son importantes. Mi crítica es que, del sector productivo, están solo las empresas: se les dio poca importancia a las organizaciones sindicales. Claro, en un contexto como el que vivimos, ¿qué pueden hacer los sindicatos?... Pero es una pieza clave para que este proceso de innovación no beneficie solo a un sector de la sociedad.

Esto implicará una formación para el trabajo, de modo que hay una transformación a hacer en todo el sistema educativo.

Propuso finalmente la continuidad de estos debates, entre quienes piensan que puede haber otra forma de hacer un ajuste, una reconversión; intensificar reuniones similares, sobre temas más concisos: alternativas a la privatización salvaje, la innovación tecnológica, la política de empleo, el sistema de relaciones de trabajo...

Si no, caeremos en un determinismo a la inversa y ya estamos todos vencidos... condenados a aguantar veinte años a ver si se agota este modelo y aparece otro ciclo en el cual lo social y la solidaridad resurjan nuevamente...

En su tercera intervención, Héctor Poggiese dijo que ante la pregunta acerca de cómo se podía hacer política social en el marco de este ajuste, y teniendo en cuenta el contexto de un mundo en proceso de fragmentación y cambio, podía afirmar que política social habrá siempre.

Están cambiando los actores de la política social; pero lo social es lo público, no solo lo estatal; por lo tanto, la parcela de la política social que corresponde al Estado será una y luego de la reconstrucción de los fragmentos, la otra será la que

corresponde a las organizaciones no estatales. Ese es uno de los planteos fundamentales que tenemos que hacernos para el futuro.

La política social como distribución de poder

La política social no solo tiene que distribuir bienes y servicios, sino que tiene que ser un lugar donde también se distribuya poder. Distribuir algún tipo de poder, y cuando hablo de “poder” me refiero a información, de la que se requiere como conocimiento necesario para la decisión; hablo de los espacios de participación; no del poder que concebimos en el pasado sino de un poder que fluye, que circula, que en este momento no sabemos dónde está, pero que tenemos que ayudar a que los actores se apropien de él... y ahí es donde hablo de riqueza *política*.

Se refirió después a planteos hechos por Antonio Cafiero y Mario dos Santos, vinculados con la idea de distribución de poder y riqueza política.

Cuando Cafiero dijo que la política social no se puede hacer como si hubiese un Estado Benefactor, quiso decir que no quería un Estado Benefactor. Y propuso un pacto de solidaridad. Por su parte Dos Santos propuso observar los programas sociales de manera inversa; en vez de verlos desde donde se miran siempre, mirar en qué consisten y si contribuyen al proceso de democratización (si son capaces —diría yo— de construir nuevos actores sociales en esta situación de fragmentación, de destino incierto)....

Explicitó Poggiese que él tampoco quiere el Estado Benefactor, aunque, por formación, haya sido partícipe de aquella idea en el pasado. Tampoco quiere el Estado actual, porque si el otro era paternalista y hacía las cosas de manera centralizada y decidía interpretando el pensamiento de los otros, este vigente es un Estado que se deshace absolutamente de todos los compromisos, que no promueve participación, que no consulta. Tampoco sirve como modelo.

... Y como han caído muchos modelos socioeconómicos, que fueran paradigmáticos, tengo más libertad de pensar y quiero un Estado que pacte, sea capaz de relacionarse con la sociedad, de articularse con ella de manera diferente. Por otra parte, deberíamos trabajar más profundamente la idea del pacto (el federal, el de solidaridad). Las políticas sociales no pueden ser ni el resumen de dictados técnicos que se aprenden en especialidades ni la mera voluntad política de quien en un momento dado está en el gobierno; tampoco pueden ser exactamente lo que se demanda porque, como vimos, la demanda está totalmente condicionada por lo que se ofrece.

Poggiere terminó preguntándose cómo hacer para que las tres modalidades descriptas puedan encontrarse y complementarse para construir una política social distinta. Sugirió empezar por discutir, no los contenidos, sino el cómo, el método por el que somos capaces de reconstruir una comprensión de estas políticas.

Acotaciones sobre las pérdidas en la conciencia social argentina

Susana Peñalva manifestó una inquietud (de carácter ético) por la precarización y la vulnerabilidad, no solo de la población que los estudios colocan por debajo de la línea de pobreza, sino también del conjunto social.

Lo que podría ser interpretado, como decía hace un rato Cafiero, en términos de una deuda social que es reconocida como tal por muy pocos. Incluso los propios pobres han perdido conciencia de determinados derechos que parecían adquiridos, como se señala en el documento del equipo. En este contexto de tanta vulnerabilidad social —material pero también simbólica— me pregunto qué posibilidades habría de hacer análisis comparativos que nos dieran algunas pautas sobre cómo ejecutar políticas sociales tanto en el nivel central del Estado nacional como en los niveles más desagregados. ¿Qué condiciones hicieron posible, en otros contextos, una implementación más exitosa, dando respuesta a necesidades y creando relaciones de solidaridad social y de reconstrucción del tejido social?

Añadió que, respecto de la casi imposibilidad de evaluación, monitoreo o control de programas y proyectos, tal vez sería posible que las mismas resultaran realizables en niveles más “desagregados” (municipios, provincias),

Coincidió con Neffa y Senén González en la necesidad de un futuro encuentro de estas características, proponiendo indagar cuáles condiciones particulares hicieron posible el éxito relativo de experiencias tales como el “Plan País” —en provincia de Buenos Aires y conurbano bonaerense—, u otras similares.

Respecto de lo planteado por Neffa sobre la ausencia del sindicalismo, Hugo Donato realizó un comentario de tinte irónico: “parece que la sociedad argentina siempre tiene algún desaparecido... No es casual que los sindicalistas estuvieran ausentes; tal vez, porque nadie los ve...”. Comparó de inmediato la ausencia ver-nícula del sindicalismo en el proceso de reconversión con la experiencia italiana, donde la misma se hace con una “pesada” presencia del movimiento obrero organizado; probablemente el actual proceso de *mani pulite* signifique que se precisaba resolver en primer lugar un problema de capas dirigentes más que de reconversión de la base productiva.

Incursionó luego en el fenómeno de la desindicalización, introducido por Neffa:

Pareciera que ya no hay intereses colectivos. Como decíamos en el documento para el debate, mientras se permite el convenio laboral por empresa, los intereses de las empresas no están desarticulados sino centralizados coherentemente. ¿Pérez Companc no es lo mismo en sus múltiples empresas cuando discute convenios con los trabajadores en cada una de ellas? Tal vez los sindicatos están pagando una vieja deuda que los hace muy endeblés frente a estas avanzadas del capital. Tienen un problema a dos puntas: por un lado, la patronal, y por otro, sus propias bases.

En cuanto a los microemprendimientos, Donato sostuvo que —sin pretender desvalorizar los proyectos en curso desde hace más de un lustro— hay factores culturales y de lucro y competitividad que no permiten cifrar muchas esperanzas en ellos como contribución importante a la solución de los problemas más graves:

En la Argentina hay una cultura laboral de taller, hay habilidades que no niego, pero cuando se habla de microemprendimientos, debe pensarse en que mínimamente tienen que dar una tasa de ganancia que en este caso sería un salario sustituto. La Argentina estaba armada sobre la relación salarial; pero esta es hoy la relación más difícil de conseguir... ese tallercito de los años cincuenta que hacía gomas de bicicleta y se transformó en la gran empresa FATE, dentro del actual esquema es prácticamente inviable; porque hay que ser competitivo, eficiente y tener calidad en la producción. Con la buena voluntad, no alcanza...

Nuevas aproximaciones a la flexibilización y la competitividad necesaria

Concluyó advirtiendo que la actual flexibilización de la mano de obra, con su deterioro de las condiciones de trabajo (que ejemplificó con trazos vigorosos) tiene la finalidad de quebrar una mano de obra con habilidad, que tenía una relación salarial instalada, derechos legítimamente adquiridos y una historia política. Mario dos Santos intervino para extender su planteo sobre flexibilización. Una cosa es intentar que un actor social en crisis retome tareas de desarrollo más globales, etc.; ello puede tener un efecto beneficioso; por ejemplo: crear mejores vínculos con otros actores, etc. Pero:

La flexibilización de la mano de obra, en la forma en que se está dando, como medio para ganar competitividad, me parece absolutamente injustificable. Incluso en el proceso anterior en que se dio la exportación de capital de los países centrales hacia donde había mano de obra barata (una estrategia contra el Estado de Bienestar, agresiva en cuanto a aumentar la

productividad) eso no hizo que los productos fueran competitivos con los del centro, porque tuvieran mano de obra barata. Por ese lado no se puede buscar la competitividad; en especial en este uso que incluye más precarización que cambio en las relaciones (cambio que significa jerarquización, círculo de calidad, capacitación, etc.).

Concluyó reiterando que por más que el salario baje, los resultados no van a ser una mayor competitividad.

Julio Neffa insistió en que la competitividad no se centra ya predominantemente en los precios; incide la calidad. Y la flexibilización de la mano de obra es el peor de los caminos para lograr calidad.

Los dos países más competitivos del mundo son Alemania y Japón. El primero es el país de la mano de obra más cara del mundo. La duración de la jornada de trabajo es la más corta: 37 horas semanales para todos y prácticamente no hay horas extras; el índice de sindicalización es alto. El sector empresario no puede mover una máquina sin consultar con el comité de codecisión. En Japón las empresas más competitivas emplean “de por vida”. La precarización se da en algunas empresas subcontratistas y en sectores especiales de la economía. Pero en las más grandes y competitivas, un japonés sabe que al entrar allí su vida se identificó con la empresa y que ahí terminará su existencia como trabajador.

La competitividad también dependerá del tiempo que se invierta en la calificación profesional.

Luego, Neffa se preguntó por qué las empresas japonesas son más competitivas que las norteamericanas y europeas:

No es por la tecnología, sino por la organización y la autoinversión que hacen en la calificación profesional. En promedio anual, un obrero japonés tiene derecho a unas 350 horas pagas de calificación profesional, dentro de su jornada de trabajo. En las empresas europeas se está en las ochenta horas y en las estadounidenses en veinte. Ese es el resultado del estudio llamado *Las máquinas que cambian el mundo*.

Concluyó afirmando que una de las claves de la competitividad es la estabilidad para que la gente se sienta involucrada con la empresa y dé todo lo que pueda de sí, y la otra es la capacitación.

Aquí nunca se dio un verdadero debate sobre la flexibilización laboral; tal vez ahora sea un poco tarde...

Los microemprendimientos, los factores de una revolución productiva y el fortalecimiento del Estado

José Nun aclaró que cuando hablaba de flexibilidad, lo hacía respecto del interior de la empresa, y de rigidez en el exterior. Vale decir, flexibilidad en términos de organización y reorganización de los procesos productivos, participación de la mano de obra, etc. Y ello no excluía discutir sobre lo que planteaba Donato, igualmente pertinente.

Terció también en la discusión sobre promoción de microemprendimientos:

Si uno llama política científica y tecnológica al conjunto de instrumentos que condicionan la oferta de conocimientos científicos y técnicos, y llama política industrial al conjunto de instrumentos que condicionan la demanda de ciencia y tecnología, es evidente que toda política científica y tecnológica tiene que estar integrada a una política industrial. Desde este punto de vista, cuando hablaba Tangelson, recordaba una experiencia que es una de las dos experiencias exitosas que hay en la Argentina, en materia de política científica y tecnológica; en este caso sobre todo tecnológica. [...] La mayoría de los expertos coinciden en que son: el INTA y la CONEA (Comisión Nacional de Energía Atómica). Dejemos de lado la CONEA, por estar claramente establecida en el sistema político: fue creación de ese sistema por razones estratégicas, tuvo buenos liderazgos y ahora, lamentablemente, parece condenada a muerte por el gobierno.

[...] La experiencia del INTA: la “revolución agrícola de las pampas” a partir de 1965 lo tuvo como uno de sus protagonistas; y el aumento notable en la producción cerealera respondió en un 80% a los avances técnicos en la producción. Hay tres factores importantes de ese proceso. El primero es que el INTA nunca intentó transformar el sistema productivo pampeano, sino articularse con él; no fue una amenaza y las resistencias iniciales de la Sociedad Rural se fueron esfumando ante la importancia de la crisis y la pérdida de competitividad internacional. El segundo elemento es la forma en que el INTA salió a la búsqueda del productor a través de sus actividades de extensión, sus estaciones experimentales: una vasta red de conexiones con el productor, al cual salió a buscar y convencer.

El tercer factor, que es central y condición necesaria —a diferencia de los otros dos— es que hubo “política industrial” consistente en el sector agrario. Hubo subsidios y créditos para que el sector se equipase, durante dos o tres décadas, con gobiernos de diferente signo. Esto aparece como una condición ineludible. Sin darle sustento a la demanda es muy difícil que la oferta tenga éxito a mediano y largo plazo.

Nun propuso afinar los diagnósticos, porque otra vez, desde el punto de vista de la lucha ideológica, tuvieron éxito los que quisieron convertir la palabra subsidio

en una mala palabra. Tal como lo había planteado antes en relación con su crítica al llamado “Consenso de Washington”, recordó las interdicciones respecto de algunos términos. Los subsidios, sostuvo, son fundamentales para salir del pantano en que estamos sumergidos.

Subsidios implica tener recursos para subsidiar y acá es donde tiene que afinarse el diagnóstico. Lavagna, que no puede ser sospechado de subversivo, decía hace un par de semanas y me lo documentó en su oportunidad, que en este momento hay por lo menos 3500 millones de dólares de subsidio anual por parte del gobierno al sector financiero, al sector bancario. También la dilapidación de recursos con las privatizaciones... Uno pasa a tener que razonar sobre el *fait accompli*. Una vez que te vacían, te preguntan “¿y ahora cómo se hace?... ¿Cómo me va a hablar de subsidios si no tengo recursos?”. Creo que hay recursos, pero creo también que los subsidios son un riesgo enorme y esto lo prueba obviamente la historia argentina. Son riesgos en términos de corrupción, en términos de colusión entre lo público y lo privado y riesgo de inoperancia total por parte del sector privado. Lo ejemplifica lo que pasó con la promoción industrial en la Argentina.

Todo este planteo nos conduce al fortalecimiento del Estado. Si los subsidios son imprescindibles, pero, a la vez, muy riesgosos y no corregibles por la ley del mercado ni, a esta altura, por la “creación destructiva” schumpeteriana, los únicos que pueden prevenirlos y corregirlos son los organismos estatales. De ahí el ejemplo de Nun acerca de Corea del Sur. Es cierto que existen muchas diferencias, pero lo indudable es que el Estado jugó un papel central. Un Estado que permanentemente controla los subsidios que entrega.

De ahí mi interrogante sobre los microemprendimientos: si la política hacia ellos no sigue siendo fundamentalmente iniciativas que vienen del lado ‘de la política más que del régimen de acumulación’; que pueden tener un tranco corto si esta misma fuente política de la iniciativa no avanza mucho más allá.

Nun continuó con dos reflexiones. La primera, referida a la afirmación de que los movimientos de los de abajo “no dan resultados”. La situación de desposesión y de exclusión de amplios sectores de la sociedad hace que solo les quede una forma de acción: la violenta y extraparlamentaria, nos guste o no. Esta es la preocupación de quienes se encargan de asegurar la obediencia y el orden. Planteado lo cual, agregó:

Se puede mencionar por lo menos un ejemplo: el del Rosariazo. Pocos son los que se detienen a reflexionar que después del mismo, no se repitieron los

problemas de hambruna de Rosario. Se tomó muy buen cuidado en mandar alimentos porque el hambre era peligroso. Vale decir: los marginados solo son oídos cuando gritan y si pasan mucho tiempo sin gritar, perdieron porque se vuelve a la situación anterior.

Para dar fin a su participación (y al debate, que allí concluyó) Nun recordó que, en un baño de una universidad extranjera, vio un grafiti que decía: “Dios ha muerto. Nietzsche”. Una semana después, otra mano escribió: “Nietzsche ha muerto. Dios”...

Tal vez trajo a colación esta anécdota retretaria como paradigma de la actual caducidad de las concepciones ideológicas —aun las más revulsivas— generadas en la segunda mitad del siglo pasado, sin que surgieran otras sustitutivas. Hemos asistido en el último siglo a la procesión fúnebre de la muerte de Dios; después a la del hombre, luego a la de las estructuras y, finalmente, a la defunción de las ideas. ■

Mesa redonda

DESPUÉS DE ABRIL

Intervención de Mario Wainfeld:
“¿Qué vas a ser cuando seas grande?”

La inesperada victoria del Frente Grande (en adelante FG) el 10 de abril sepultó la deprimente convicción de que tendríamos que soportar sin remedio cinco años más de menemismo. Puso en duda la invencibilidad del oficialismo e instaló la certeza de que “algo es posible”. Esas consecuencias son invalorable, tal vez más que el actual poder del FG.¹

Es el nuestro un país en permanente cambio, de liderazgos efímeros. Sin embargo recurrentemente creemos vivir una hegemonía (a menudo una pesadilla)

1. Por sus consecuencias políticas y hasta culturales ese hecho electoral solo es equiparable a otros cuatro acaecidos desde el 83: a) la victoria de Alfonsín sobre Luder; b) el crecimiento de la renovación peronista entre 1985 y 1987; c) el triunfo de Menem sobre Cafiero y d) la aprobación electoral (en el 91, 93 y 94) de la conversión de Menem. Este razonamiento, como algunos otros (en especial los que vuelco en el párrafo “Futuro y conflicto”) han sido esbozados en notas publicadas en *Página/12* sin muchas variantes. Pido excusas al lector fiel pero me parece pertinente su no original inclusión y no encuentro mejor manera de expresarlo.

perenne. Onganía, antes del Cordobazo, era Franco; iba a gobernar treinta años. Después del 30/5/69 lo volteaba el aleteo de un colibrí. Quien ganara la interna peronista del 73 gobernaría hasta el tercer milenio. Muchos luchamos por sacar a otros del ring sin advertir que el establishment y los militares, en el *ring side*, esperaban entrar en escena. El Proceso iba a ser eterno hasta que un día Galtieri probó que era de corcho. Alfonsín garantizaba cien años de democracia (radical) y ya se sabe. El menemismo tenía asegurada la *pole position* para la elección de 1999 (la de 1995 estaba ganada). Y de pronto... Alguna vez habrá que repensar nuestra propensión a endiosar hombres, la credulidad colectiva que los convierte en invencibles (a los ojos de sus devotos y de sus adversarios) y nuestra aptitud para defenestrarlos impiadosamente, que —escribe bien Rolando Concatti— “convierten a la historia en un vaivén de euforias y frustraciones... y a la cultura y a la práctica política en una ciclotimia de entusiasmos arrolladores y desesperanzas neuróticas”.² Pero volvamos al entusiasmo arrollador.

EL SABER ELECTORAL

El FG aprovechó al máximo una elección básicamente expresiva y los errores y torpezas de sus adversarios. En muchos (e importantes) distritos electorales capitalizó un voto nacional antipacto. Algo quedó para el MODIN y —dato que no debe desdeñarse— en el NOA ganaron fuerzas conservadoras autoritarias (de vocación democrática muy dudosa) cuya manifestación extrema y dolorosa es el apoyo popular tucumano al patibulario Bussi.

Es imposible saber qué votó cada argentino, pero es razonable inferir que el FG fue premiado por el estilo, la honestidad y la coherencia pública de sus dirigentes. Por sus diferencias con la predominante clase política. Pero sobre todo *por haber tenido un candidato que supo adecuarse y ceñirse a la predominante y personalizante lógica de los medios*. La descollante y casi excluyente figura (bastante despegada del resto) del Chacho Álvarez fue pura ventaja para el FG. Su figura traccionó el voto porteño y también el nacional Sin desconocer el peso de situaciones y prestigios locales (ej. Neuquén, de Nevares) creo que el Chacho fue soporte esencial del éxito en provincia de Buenos Aires y —en su medida— de las sorpresas de Santa Fe o de Córdoba.

PARA TODOS LOS QUE MIRAN POR TV

Hace tiempo Oscar Landi decía que los sectores progresistas no podrían acrecentar consenso social si no conseguían comunicadores propios para los medios

2. Concatti, Rolando, en AA. VV., *A 500 años... América Latina se redescubre a sí misma*, Universidad Nacional de Cuyo, 1993.

audiovisuales. Seguramente no imaginaba (¿quién lo imaginaba?) cuán cerca estaba de ese comunicador nato. En una campaña a la medida de sus virtudes y capacidades, Chacho Álvarez hizo todo bien (como a su modo Alfonsín en el 83 y Menem en la interna peronista del 88). Armó un discurso coherente, que potenciaba sus virtudes frente a los impresentables del peronismo. Hasta supo transformar en virtud sus limitaciones (falta de proyecto económico). Fue mimado por los medios; en parte porque —en la recta final— juegan a ganador y un poco porque tienen su lógica propia que premia a quien maneja mejor sus códigos.

Discutir si el discurso de esta campaña sirve para otra es obvia necesidad. Las campañas políticas son pura táctica. Un cóctel de dos saberes mucho más desarrollados empírica que teóricamente: la publicidad comercial y la decisión política. Lo que hoy vende mañana puede no vender. Lo que hoy es reflejo sagaz mañana puede resultar rutina cargosa.

El discurso electoral del FG y del Chacho, especialmente, fue ecuménico, capaz de aglutinar (como él proponía) a liberales de Clérici, independientes, peronistas disidentes, radicales desencantados, socialistas que se quedaron sin un muro en que apoyarse. No fue pura ambigüedad, tuvo como soporte una trayectoria política, un estilo opositor.³ Pero sí se valió de varias indefiniciones (lo económico, la identidad política) que en esta peculiar campaña fueron netamente funcionales.

SOY LO QUE SOY

Una campaña nacional para cargos ejecutivos (más en general la pelea por llegar a ser primera o segunda fuerza nacional) exigirá mayores precisiones. Un candidato debe sumar votos, ser amable con el electorado⁴ y cultivar cierta ambigüedad.

3. El mundo mediático inventó una biografía de Chacho Álvarez a su medida (la de los medios). Un político casi nuevo, que salió de una publicación (esta); que en un par de años llegó de canillita a campeón. Esa historia —que como es usual no incurre en falsificaciones brutales, sino en simplificaciones, omisiones, alteraciones de contexto, etc.— es incorrecta. Álvarez es un político con formación universitaria. Tiene 45 años; milita intensamente desde hace seguramente treinta; y tiene una vocación y una dedicación a la actividad poco usuales. No es un Fujimori o un Berlusconi de izquierda. Repudió las transas y corrupción de los grandes partidos en esta etapa y optó por otra vía. Pero sigue siendo —por background, configuración personal e intelectual, por deseo— un político y no un hombre del común que llegó “a la política por otros medios”.

4. El espacio a interpelar es el que los medios (y creo, cierta demanda de sus representados) emblemata en Chacho Álvarez, Bordón y Storani. La alianza no es indispensable en lo personal, pero sí buen reconocimiento de que el FG no puede, solo, representar eficazmente a toda a oposición al menemismo. Bordón y Storani (personas) podrán o no sumarse, pero son necesarios ellos (u otros) que simbolizan tradiciones, militancias y cuadros que deben confluir en algún momento porque faltan más cuadros de los que sobran y porque hará mucho bien al sistema democrático que deje de ser tabú romper con la tradición del bipartidismo.

También debe evitar ser el Zelig de Woody Allen que tomaba la forma de su interlocutor. Ser amigable pero al unísono de ser *alguien*, tensión que esta campaña no urgíó tan severamente como —presumo— hará la próxima.

Pero que se planteó en tres momentos útiles para ilustrar el desarrollo posterior:

1) En el programa de Haddad-Longobardi la servicial dupla increpó a Chacho por la presencia de Barcesat en la lista de constituyentes de la Capital. Los argumentos: abogado del MTP, defensor de terroristas. Respuesta de Chacho, previsible y razonable: “un abogado no es un cómplice. Toda persona tiene derecho a ser defendida. Es una garantía constitucional, etc.”. Contrarréplica nada zonza de H&L: “¿Usted llevaría en su lista a un abogado de un torturador?”. La respuesta ecuménica era “sí” o —por lo menos— “podría ser”. Chacho dijo que “no”, que era la verdad, ligada a densos lazos históricos, aunque conllevara cierta incoherencia discursiva.

2) A instantes de conocerse el resultado de Capital, Corach lo felicitó por TV (“democráticamente” según él mismo se esmeró en definir). Chacho recibió la felicitación, pero no replicó con el típico folclore poselectoral en el que quienes ayer cambiaban insultos hoy cambian camisetas, el discurso perdonavidas: “todos juntos para adelante”. Prefirió notificar al visir Corach que jamás olvidaría sus imperdonables e infames agresiones personales durante la campaña.

3) En el balcón de El Molino, horas más tarde, cuando Chacho habló para algunos miles de “fuerza propia” que se habían juntado bajo el balcón y para millones que miraban por TV. Tras una campaña en que había “mimado” (y mirado) más a los adherentes que a los propios, Chacho dedicó sus primeras palabras a la memoria de Germán Abdala, gesto mucho más dirigido a la propia tropa que a muchos televidentes que bien podían no conocer la irrecuperable (y hoy tan necesaria) figura de Germán.

En los tres casos, apretado por la pregunta, movido acaso por la bronca, llevado por la emoción, eligió ser “él mismo” y no el candidato “de todos”. Seguramente afianzó la relación con su gente. Alguna de esas afirmaciones de identidad ¿resintió la amplitud de su convocatoria? Vaya a saber. Palpito que da más réditos que lo que se piensa, que la verdad siempre se nota. Que la réplica a Corach fue juzgada ratificación de que la política no es como *Titanes en el ring*, un juego en que una troupe finge pelear para repartirse luego la recaudación... En todo caso, esa dialéctica entre no agredir a los otros y seguir siendo “uno” deberá ser transitada por el Chacho... de lo contrario corre el riesgo de quedar diciendo “sígueme, pero por izquierda”. La dialéctica de hablar a más que los propios sin perder identidad, que está siendo ensayada por Lula, es un esfuerzo constante, un doble pero no falaz discurso que por un lado da certeza a los propios (hasta pone límites a los más “gurkhas”) y por otro convoca desde una identidad a multitudes que usualmente fugan de esos gurkhas piantavotos.

Lula sugiere: “Yo sé que el socialismo no es posible, me hubiera gustado... ahora trataré de gobernar con miras a un capitalismo más humano y más productivo”.

Por ahí anda la cosa. Intentar definir un perfil, tener un sudeste al que mirar, que no necesariamente es el fin del camino, sino el rumbo.

CAUTIVANTE NO HAY CAUTIVOS

El FG es una esperanza cautivante, se supone sin votos cautivos. En general hay menos votos cautivos que en otras etapas; tampoco vale la pena exagerar: el PJ sigue teniendo techos y pisos nacionales bastante altos y bastante poco elásticos.

El FG obtuvo un voto policlasista (en Capital ganó en todas las circunscripciones, hecho absolutamente inédito). En el Gran Buenos Aires —elección excelente y también con votos muy parejamente distribuidos— puede advertirse cierta mengua (en favor del PJ y —en mucho menor medida— del MODIN) en los barrios más pobres y las villas.

No hay pues identidad clasista (ni siquiera de clase media como pretenden los detractores). Ni debe haberla territorial: el claro origen porteño del Frente seguramente no impedirá su desarrollo nacional: por la nacionalización de las campañas (ya producida el 10 de abril) y porque el espacio virtual de oposición existe en las provincias y una fuerza en expansión decidida a privilegiar el armado nacional tiene amplias posibilidades de ocuparlo.

Contra lo que se dice en general tal vez haya un “voto propio” del Frente. No cautivo; sí masivo: son los jóvenes. Signo de época: sector cultural antes que productivo, demanda de valores y de posibilidades más que reivindicaciones concretas; alianza transclasista; grupo de pertenencia por definición efímero (proletario o burgués podía uno ser toda la vida; joven, ay, no).

Es enorme perspectiva de crecimiento, de cambio de figuritas políticas, de diálogo intergeneracional; de sangre nueva. Es enorme desafío no defraudar a los que (en política) creen por primera vez.

¿ATENAS O EL PELOPONESO?

El 8 de abril estaba todo claro. El Frente ganaría en la Capital, la Atenas del subdesarrollo. Su destino manifiesto era la Municipalidad de la reina. El inesperado resultado nacional cambió los tantos y puso en crisis el Pacto de la servilleta (para el 95 Pino presidente, Chacho intendente). Jugarse a la Capital era apuesta seductora, el habitual y ripioso camino de las izquierdas para legitimarse. Pero la figura del Chacho “tira para arriba” cualquier boleta. Si se intenta vertebrar una fuerza nacional, la boleta presidencial puede “arrastrar” a los FG locales y permitirles mejor elección, mayor convocatoria, cargos electivos legislativos y hasta ejecutivos en provincias y municipios.

Un armado más complejo, pero más rico y provocador que la visión ateniense del 8 de abril (alambrar la Capital y jugar al corte de boletas). Puede que la Capital

se gane aún con otro candidato y no hay duda que un frente en formación crecerá más si su principal figura privilegia el espacio nacional.

Eso obligará al FG —por origen y por característica de sus principales figuras, básicamente porteño— a adentrarse en la compleja realidad federal (volveré sobre esto más adelante).

La discusión sobre las propuestas, las figuras, las ideas-fuerza del FG puede confinarse en su muy precaria incipiente orgánica, demasiado nueva y demasiado estrecha para abarcar todo lo que convoca. No la suplirán internas abiertas, mecanismo acaso razonable para elegir candidatos, pero no para saldar discusiones más intrincadas. De cara a una figura que tiene un contado privilegiado —y exclusivo— con la sociedad, el “frentismo” deberá imitarlo en pequeño. Polemizar abiertamente, en la sociedad, en público (de esto habla también el artículo de Eduardo Jozami) sin sujeción a orgánicas muy inferiores a las potencialidades y desafíos de la fuerza.⁵ Sin más límite que el respeto, la cordura, el fin del canibalismo político tan propio del sector que —ojalá que esto perdure— parece haber menguado seguramente porque hemos cobrado mucho y muchas veces nos hemos pegado sin motivo.

Una discusión honesta debe tomar en cuenta las virtudes del liderazgo —consagrado electoralmente— de Chacho Álvarez. La elección y la Constituyente colocan al político más brillante, calificado y carismático del sector entre las tres o cuatro principales figuras políticas de Argentina (y la más ascendente).

El éxito, como el dinero y el sexo, calma los nervios y hace desear más de lo mismo. Ordena “la interna”; fortalece al FG y limita la dispersión: de los tradicionales frentes de izquierda cualquiera se iba por sectarismo, por la idiosincrasia cariocinética del sector, pero también porque irse o volver no “costaba” nada. En una fuerza en crecimiento quedarse es un beneficio objetivo.

También deben contabilizarse los riesgos de la hiperpersonalización; las carencias de un discurso hasta ahora apoltronado en la oposición; la distancia entre el líder y el resto de sus partidarios; el espejismo que significa haber crecido exponencialmente sin una organización de cuadros políticos y técnicos a la altura de las posibilidades y de las expectativas que tiene y genera el FG.

LOS AGUJERITOS NEGROS

El FG está en ascenso y parece difícil que no tenga un excelente desempeño electoral en el 95. Pero su práctica, su organización y su discurso tienen sus agujeritos negros que habrá que tratar de rellenar: uno es su identidad y eventuales

5. Esta amplitud es tanto más necesaria pues, como dice un amigo que no autoriza ser mencionado, entre los adherentes al FG hay muchos técnicos y profesionales peronistas que ideológicamente están entre el FG y el bordonismo y superestructuralmente (por trabajo, por encuadramiento) entre el menemismo y el bordonismo...

caducidades de otras (como la peronista), tema interesante, que no abordaré aquí. Otro agujero negro es la propuesta económica. El milagro de decir “no sabemos” y ganar votos es irrepetible. Además, es tiempo de preguntarse qué hacer. Discusión político-técnica que el FG debiera permitirse con amplitud y seriedad, sin ceder a la presión de los medios que piden “ya” lo que responsablemente exige estudio, discusión, equipos, armonización de posturas.

Dicho como eslogan: el FG no puede solo discutir a Menem, lo que le es relativamente sencillo. También debe discutir a (y asumir el legado y los logros de) Cavallo. El primer paso (ya dado) es reconocer la estabilidad como patrimonio social irrenunciable. La estabilidad de Menem-Cavallo como la democracia de Alfonsín fue bandera que les sirvió para proselitismo pero, una vez aceptada por la sociedad, dejó de ser su patrimonio. Los acuerdos sociales no tienen copyright ni pagan patentes vitalicias a sus inventores.

La estabilidad es irrenunciable. Bien mirado, el FG, con sus demandas de transparencia, mejor asignación del gasto social, lucha contra la corrupción, estilización, en fin, del sistema político sería difícilmente imaginable sin la estabilidad económica que acompañó su crecimiento. Recuérdese el clima imperante a principios del 91, en medio del Yomagate, el escándalo de Catamarca y la segunda hiper. Nada viraba a izquierda. En esa Weimar del subdesarrollo todo se corría a derecha: desde Neustadt que pedía a Menem pensar en la historia y no en los votos (o sea reprimir) hasta buena parte de la sociedad que endiosaba al Ingeniero Santos.

En un reciente seminario,⁶ Daniel García Delgado explicó consistentemente que el futuro del FG depende de la estabilidad económica: si esta menguase, supone, el electorado volvería a un voto más conservador (léase PJ o UCR). No hace falta aceptar del todo este razonamiento para asumir que la estabilidad permite afinar debates, lo que favorece al FG.

Igual debe precisarse la reverencia a la estabilidad. Empezar a diferenciar estabilidad de convertibilidad que es una herramienta a su servicio, dudosamente un plan de gobierno. Y esta de la ecuación: un dolar = un peso, ficción que alguna vez habrá que des(a)nudar, pues en un mundo interconectado e interdependiente no es fácil sostener eternamente el milagro de que una Coca mal servida —digamos— en Plaza Italia valga el doble de una bien puesta sobre una mesa en Park Avenue.

Sugiero puntas para borrador de un debate que requiere voces más calificadas y sobre todo pluralidad:

a) Los márgenes para variar la política económica son limitados. Sin duda el espacio más vasto y apto para mejorar es el de la política fiscal. El regresivo sistema impositivo basado en impuestos al consumo (muy especialmente el IVA), que ignora incluso las escalas progresivas, da tela para cortar. El pacto fiscal federal, consecuencia de la hegemonía unitaria mediterránea, es un vallado a cualquier política

6. Organizado por el SILA en la Facultad de Ciencias Sociales de Mendoza, mayo de 1994.

social, sanitaria o educativa menos regresiva que la vigente y un brutal límite al federalismo. No puede haber “progresividad social” basada en la regresividad fiscal.

b) Los próximos gobiernos heredarán sin beneficio de inventario (como viene) lo que deje el actual. Todo lo nocivo. Y algo positivo: la ciudadanía fiscal. La conciencia creada a golpes de que deben pagarse impuestos, el protagonismo estatal a la hora de recaudar. La DGI hoy es salvaje porque lo son los impuestos que recauda, pero es mejor que una DGI inexistente y puede servir a otro esquema fiscal. En ese marco sugiero que cualquier propuesta progresista en la Argentina (FG incluido) debiera pensar la posibilidad de alterar el sistema impositivo y mantener el actual peso, poder y aun las actuales autoridades de la DGI. ¿Es imaginable que esos técnicos (Tacchi, Cossio) sirvieran a otro enfoque económico, con otro rumbo político? Tal vez.

c) Alterar la situación económica vigente, hacerla menos salvaje, requiere apretar el torniquete fiscal sobre los beneficiarios del ajuste. No es sensato pensar en cambiar la corriente de contención del gasto. El problema real (no utópico) es ver de dónde se obtienen los recursos y asignarlos mejor.⁷ Cambiar quiénes pagan y la forma en que se reparte; no abrir la canilla “como antes”. No revertir las privatizaciones (imposible y en muchos casos ni deseable), sino obligar a los oligopolios con clientela cautiva a cumplir con sus obligaciones legales o fiscales. También a ganar menos. No parece misión imposible.⁸ Si las telefónicas obran racionalmente, pueden resignar parte de sus hiperganancias ante un gobierno “más popular”... y seguir haciendo un negocio.

Caavallo muestra demasiado la hilacha cuando defiende al evasor Macri... de la propia DGI. Una alianza política micro, virtual, valiosa en corto plazo sería separar a empresarios cumplidores de los evasores. Cortar por lo enfermo. Poner al poder democrático contra los Macri y no de su lado. Poner a la sociedad (empresariado incluido) en guerra contra los principales evasores que no son como ahora parece los quiosqueros o los plomeros.

Otra alianza virtual imaginable, diferente en cada lugar, es la que puede tener el FG (aún opositor) con los gobiernos provinciales. No todos son tan perversos como el nacional; en general están más cerca de sus representados y eso los condiciona. Si es válido diferenciar “menemismo” de “peronismo” (no estoy tan seguro)

7. Una sensata propuesta en ese sentido (no bajar las tasas e impuestos municipales en block, sino redistribuir progresivamente la presión tributaria y aumentar la recaudación mediante escalas progresivas) fue formulada por Raúl Fernández (concejal del FG por el PI) al suplemento “Cash” del 29-5-94.

8. Una anécdota conocida, pero no demasiado trajinada. Durante la administración Grosso, uno de sus secretarios de Hacienda (Jorge Dartiguelongue) se creyó lo del ajuste y apretó a los contratistas, consiguiendo de todos (hasta de Manliba) importantes reducciones en los precios pagados por la Municipalidad. Esa gestión fue desautorizada por el propio Intendente... quien había pactado con Manliba precios mayores. Dartiguelongue renunció inmediatamente, pero con apoyo político otro gallo hubiera cantado.

los gobiernos provinciales son bastante más “peronistas” que el nacional. Se están despabilando de cuánto los dañó el plan económico y progresivamente van planteando al gobierno nacional un foco de conflicto en defensa de intereses locales que una fuerza opositora en crecimiento debe tomar en cuenta. Los criterios para esas alianzas no son similares a los que podrían ser válidos en lo nacional.

CEPO DE OTRO POZO

La convertibilidad es un cepo para muchas políticas. Perogrullo: la monetaria. También limita el poder de provincias y municipios; las promociones sectoriales, las políticas industriales en general. El caso específico de la industria automotriz merece un análisis que solo aspiro a sugerir. Es llamativo y a contrapelo del discurso dominante que una industria con beneficios sectoriales y exenciones impositivas haya obtenido simultáneamente: pingües ganancias, abaratar los costos de sus productos, abastecer al mercado interno, aumentar la producción. Son logros atípicos obtenidos, parafraseando a Menotti, por industriales y sindicatos con “historia”: la industria metalmecánica y el SMATA no nacieron ayer ni después de la caída del muro. Vienen de esa otra Argentina en la que (será incómodo, pero es así) con o sin democracia se comía y se educaba (a veces no se vivía). Claro que quienes lograron las supuestamente (según el dogma vigente) incompatibles proezas de exportar y de vender de tranqueras para adentro son piratas que evaden impuestos; gambetean las promesas al Estado y no devuelven a sus proletarios ni un poquito de la plusvalía obtenida en la etapa. Pero no hace falta defender a Macri para preguntarse si ese ejemplo debe ser juzgado por sus vicios o si puede ser corregido y mejorado con una DGI más en sintonía con el Ejecutivo y con “masa” política que permita a los trabajadores participar siquiera en parte de las superganancias que su trabajo, destreza y capacitación ayudaron a generar.

La ley de patentes permite inferencias similares. Es insostenible un régimen en el que los laboratorios nacionales se alivian de la tarea de investigar y viven del plagio. Pero no puede pasarse abruptamente a la “libre competencia” que equivale a su destrucción. En este caso, en el anterior, y en todos los supuestos de políticas sectoriales, las críticas se basan en el statu quo existente en 1989; en el fundamentalismo de mercado y en las patologías de cada caso. El fundamentalismo de mercado está en retroceso y malo sería que lo hiciéramos propio quienes siempre lo combatimos. Las patologías deben repensarse dentro de un nuevo marco político ideológico que asume el rol del mercado y que desconfía del Estado borbónico (que ya ni existe). Los péndulos de la historia vuelven a asignar un rol al Estado: promotor del empleo, la educación y capacitación; contralor y contrapeso de los monopolios de servicios públicos en su gestión y moderador en sus ganancias; orientador de la economía.⁹ El Estado

9. A este tema hace mención Hugo Donato en su artículo publicado en este mismo UNIDOS.

ausente es cuestionado socialmente y —por otra parte— sin ser todopoderoso no es el ente desgajado e inerte que padecemos entre 1988 y 1991. La gestión Cavallo-Tacchi recuperó el protagonismo estatal; ciertamente habrá que darle otro rumbo.

EL SEGUNDO AGUJERO

El segundo agujero —núcleo del segundo bloque de este UNIDOS— es la hace rato zarandeada pero no resuelta relación entre lo político y el movimiento social. Resulta incómodo —parafraseando a Carlos Monsiváis¹⁰— pero inevitable reconocer cuánto benefició a la democracia argentina la más neronista que peronista¹¹ asonada popular en Santiago del Estero. Probó el descrédito de la clase política y mostró a los militantes sociales un método para presionar eficazmente a un gobierno especializado en dejar desgastar esas protestas.

La enorme deuda de la democracia argentina (y el FG como nueva expresión de sus potencialidades) hacia los militantes sociales es muy previa al santiagazo. A contrapelo de una época signada por el hedonismo y el individualismo —con un nivel bajísimo de compensaciones simbólicas y de éxitos— han venido resistiendo el ajuste, el autoritarismo, el feudalismo provincial y generando cambios espectaculares.¹² Deuda difícil de honrar pues alude a desigualdades sociales profundas y a dilemas que no resolvería “per se” un gobierno menos corrupto o un nuevo estilo político. Para el FG es lógico y sencillo sumarse a los reclamos del “Perro” Santillán o de los jubilados. No lo es tanto satisfacerlos. Ni es cuestión de incluirlos a una lista para cooptarlos-debilitarlos (estilo PJ con Brunelli). Para peor, asoma cierta tendencia a formar listas electivas con personas reconocidas socialmente (a menudo quiere decir “re-conocidos” y “reconocidos” en los medios) poco proclive a “premiar” a militantes sociales por propia característica no muy junados y a veces resistidos por la propia virtud de su dureza.

El problema no es solo falta de grandeza o de amplitud de los dirigentes políticos. El movimiento social argentino ilustra la complejidad de una sociedad que supo ser más simple. A solo título de ejemplo piénsese cuántas diferencias median entre las realidades sociales que entornan las protestas que encabeza el “Perro” Santillán y la de los trabajadores de Tierra del Fuego: las climáticas no son las mayores. En un caso, provincias cuasifeudales, de emigración, con principal fuente de empleo en el Estado, cuyos trabajadores se movilizan. En otro,

10. Monsiváis, refiriéndose desde luego a Chiapas, escribió en la revista mexicana *Proceso* del 24 de enero de 1994: “... quienes, por distintas razones, rechazamos la vía armada, llegamos a una conclusión un tanto dolorosa: todos usamos los resultados del levantamiento armado como si lo hubiéramos necesitado profundamente”.

11. Digo “neronista” por su vocación incendiaria...

12. Como la revalorización de la mujer y otros varios que desarrolla páginas más adelante Fortunato Mallimacci.

provincia nueva, de inmigración, en la que pelean por subsistir trabajadores más “clase media” más jóvenes, vinculados a actividad privada, coctel desparejo de tecnología de punta y maquila. Esos reclamos —que aparejan defensa de un Estado ineficiente y de industrias ineficientes— no son fáciles de engarzar ni de resolver. Los esfuerzos del CTA en tal sentido son encomiables pero aún parciales. Por cierto, el CTA y el FG (superando lógicas dificultades y algunos internismos) debieran tener relaciones más estrechas que las que actualmente los ligan: por finalidades compartidas, por historias comunes de sus integrantes, por el interés de sus bases.

EL PUEBLO NO SE EQUIVOCA: NO EXISTE

No hay propuesta “populista” de etapa porque el pueblo —tal y como lo definíamos, entre otros, los populistas— hoy no existe. Ni hay una contradicción principal. Existen múltiples minorías víctimas de la economía y la cultura individualista dominantes cuyas reivindicaciones no son idénticas, ni a veces compatibles. Acaso ya habría que incluir en ese concepto a las propias provincias.

Entre —digamos— 1945 y 1975 existía una cultura del trabajo; trabajar daba seguridad económica y confería dignidad. Los trabajadores integraban una clase y “una nación” en conflicto-diálogo con sus patrones y con los poderes extranjeros. Simplificando mucho, el pueblo podía “ir a la Plaza” porque era pueblo, con dignidad y reclamos comunes que formular. Hoy casi no existen reivindicaciones que abarquen a conjuntos sociales vastos.

Las representaciones políticas no pueden interpelar a toda la sociedad ni a “clases” o sectores productivos definidos y congruentes con un proyecto común. El CTA —ya se dijo— es el más valioso proyecto en esa dirección, pero su convocatoria, hasta ahora, es parcial. Las tradicionales representaciones corporativas han quedado desfasadas. La UIA, la CGT o las cuatro entidades del agro son representaciones vagas que no se corresponden con el actual esquema productivo o de poder.

Tampoco puede pensarse un planteo “socialdemócrata” en términos convencionales pues la socialdemocracia no es imaginable en un capitalismo esencialmente corrupto e improductivo y sin sindicalismo fuerte. Un dato incómodo: ningún nuevo proyecto político, por superador que sea, contará con el servilismo inútil que prodigó la mayoría de la dirigencia sindical al gobierno democrático que más atacó los derechos, los intereses y hasta los símbolos de los trabajadores.

Puede pensarse un capitalismo menos corrupto con un Estado protagonista, nivelador de asimetrías y orientador de la economía. Con un sector político que tienda a moderar las desigualdades sociales y económicas antes que a acentuarlas y a descentralizar y federalizar el poder y los recursos antes que los problemas.

FUTURO Y CONFLICTO

Todas las demandas sociales son legítimas en un país arrasado. Pero no es automático que todas sean viables o que puedan ser resueltas al unísono y “ya”, como suele exigir cada “minoría”. Una alianza política que desee representarlas debe resituar dos (¿cómo decirles?) dimensiones olvidadas en la actual política. La de futuro y la de conflicto.

Como no podemos resolverlo, como le tememos, los argentinos solemos negar el futuro. Tanto el Estado como los particulares hemos renunciado a planificar. Nadie resigna poder o demandas hoy para “capitalizarlos” mañana. No hay proyecto futuro posible (no hay política) si cada conjunto social tiene una (o pocas) reivindicaciones innegociables y altísimamente prioritarias. Integrar una sociedad, aun la más materialista y comercial requiere un sacrificio o postergación presente (me asocio y pongo mi trabajo o mi dinero hoy para lograr algo mañana). Todo en este suelo (hasta el poder) se consume en el día. Las alianzas políticas no inmediatistas son quiméricas pues no existe acuerdo de largo plazo que no signifique resignar —o postergar— algo en el corto, en pos de obtenerlo más adelante. Claro que eso puede lograrlo una fuerza política con credibilidad.

Argentina sobrelleva décadas de gobiernos sin participación popular y de saqueo, combinados con una fenomenal concentración del poder económico. No podrá haber cambios relevantes si no se altera la relación entre gobernantes, gobernados y los poderes tácticos. La burocracia, y muy especialmente los contratistas enquistados en el Estado deben ser —cuanto menos— controlados, limitados y obligados a ceñirse a la ley, lo que requiere capacidad para resistir ciertos costos: un pacto político que asuma el conflicto. Un ejemplo que alguna vez sugirió Chacho Álvarez y alguna se intentó (ver nota 8): si se pretenden recortar los inmensos poderes de Manliba es bien posible que eso determine que la basura no se levante una semana. En tal supuesto, debe existir conciencia cívica para insultar a Macri y no al intendente que se la banque. No se trata de un mandato para romper con “los grandes grupos” pero sí para negociar desde el poder que confiere el voto.

La mera buena administración puede bastar para municipalidades (temo que para pequeñas municipalidades). Para cambiar “otras cosas” es necesario romper algunos huevos, enfrentar algunos poderes. La lucha contra la corrupción no alcanza; a veces deriva a una conclusión equivocada: son imprescindibles pero no bastarán hombres decentes ni buena administración para cambiar la Argentina.

¿DENUNCIAR O GERENCIAR?

El tercer agujero es la relación entre ética y política. ¿Qué debe hacer una alianza cuyo principal fundamento de legitimidad es la ética y la recusación de la “clase política” cuando se acerca al poder? ¿Puede (debe) reconvertir su tradición más ligada a la denuncia que a la gestión? Si puede-debe, ¿cómo hacerlo sin traicionarse?

No son chicanas ni disquisiciones teóricas. Son paráfrasis de discusiones que recorren el FG y sus vastos suburbios.

El FG, la “centroizquierda” en general, es una subcultura de oposición con escasa experiencia de gestión. Cavallero, el intendente de Rosario, dijo a *Página/12* que solo el intendente de Zárate (también socialista) podía discutirle a él cómo ser un intendente progresista. Esa provocación no basta para justificar todo lo que hace Cavallero. Pero no es falaz marcar la enorme diferencia que media entre discutir desde el llano y tener que rendir cuentas diariamente y “por izquierda” a la sociedad con los fondos que se tironean a Reutemann.

Una fuerza cimentada en la ética, con ambición de poder, es atacable por dos flancos: 1) ser coherente implica debilidad (autolimitación, desarme parcial) frente a adversarios que no tienen límites ni escrúpulos en robar para la corona, cambiar de discurso, avalar la corrupción, etc.; 2) es “corrible por izquierda” por integrantes propios o competidores que en toda negociación pueden ver una traición, en todo debate una cooptación, en todo toque de realismo un posibilismo perverso.

El FG ya vive el tironeo entre una cultura testimonial y una de gobierno que no debería saldarse por exclusión de alguno de sus términos: a) porque el FG necesita realimentar ese debate para controlar al tiempo a los “fiscales” impolíticos o a los políticos que se caigan de realistas; b) porque —siendo más pragmáticos— el FG deberá seguir trajinando la oposición y los legislativos (cuyas funciones principales dentro del sistema son el control y la denuncia) y seguramente comenzar a actuar en cargos ejecutivos lo que requiere distintas persona(lidade)s, distintas conductas, debate y autocontrol permanentes. La ética política es una tensión permanente. El FG debe corporizar al mismo tiempo compromiso de gestión y testimonial. No resolver los debates expulsando a las ocasionales minorías, sino capitalizarlas como elementos de control y vigilancia interna.¹³

También debe regularizar su ya perdurable tendencia a la inorganicidad. Sin extrapolar ni sacar de contexto la particular situación suscitada por Monseñor de Nevares en la Constituyente, no parece sensato ni viable mantener la posibilidad de que cada uno resuelva en la cancha “a conciencia”. Dicho, espero que se entienda, un poco en broma, Monseñor de Nevares fue buen candidato para la Constituyente... pero no sería adecuado para gobernador quien renuncie ante la presencia de la corrupción (con esos pruritos ningún intendente porteño llegaría ni a jurar).

13. En este sentido me parece excelente la propuesta de Pino Solanas para que el FG tenga “una ética del debate” (*Página/12*, 18-6-94) más allá de no estar en general de acuerdo con su línea ideológica. Y me parece salvaje y pésimo precedente que —ante sus posturas hoy minoritarias— haya compañeros que poco menos pretendan tirarlo a la basura olvidando cuánto ayudó Pino (con y por las mismas virtudes, limitaciones, características en suma que hoy tiene) para el crecimiento del Frente entre el 92 y el 93, especialmente.

UNA ÉTICA DEL PODER

Quienes integramos, por darle un nombre, el peronismo disidente dimos una inusual prueba de honestidad política: llegar al gobierno tras años de ostracismo y romper con una fuerza poderosa; pelearse con compañeros de décadas; distanciarse sin participar del curro y la transa, resignando poder y honores y asumiendo la carga de empezar desde cero. Esa encomiable actitud no prueba que esos (u otros) honestos integrantes del FG sean idóneos para gobernar o para evitar que la coima y el retorno le pasen por al lado. No corromperse es difícil pero mucho más es imponer reglas a sistemas políticos o burocráticos estructurados sobre conductas y valores perversos.

Dice bien Arturo Armada:

La financiación de los partidos, la profesionalización de cuadros y los ingresos de los dirigentes son temas clave en relación con la corrupción. El FG ha mostrado, especialmente en la trayectoria de Chacho y los principales dirigentes que lo rodean (incluidos los de la US), una actitud ejemplar que atrajo a los votantes. Esta conducta debe ser continuada a rajatabla y convertirse en norma general para todos sus cuadros y eventuales funcionarios futuros. Si toca gobernar, las tentaciones se multiplicarán y los desvíos podrán ser muchos. El FG también en esto habrá de contener “técnicos” que imaginen formas novedosas de control para evitar estas caídas e institucionalizar severos jueces internos que no vacilen en expulsar a los infractores, más allá de las actuaciones de la justicia.¹⁴

UNA ÉTICA SITUADA

El FG creció abruptamente y —como un adolescente— “quemó etapas”. Nadie vuelve atrás en política, ni renuncia posibilidades por no haberlas alcanzado “paso a paso”. Pero sería incorrecto y perjudicial para el FG pasar por alto que creció de golpe por un atajo, contradiciendo incluso ciertas premisas o banderas (crecimiento conjunto antes que liderazgo individual, por ejemplo).

Un mero partido herramienta electoral, centrado en un liderazgo indiscutible, pero a la vez mediático, sin una “línea media” propia (estructura de técnicos y de cuadros eficientes “del palo”) con pocas alianzas sociales específicas evoca (*mutatis mutandi*) demasiado al radicalismo del 83. El poder del voto es poco poder.

Esos problemas se conocen y se están abordando. Solo que son enormes; el tiempo es escaso, las urgencias conspiran contra tareas de largo aliento.

Lo que sigue pretende aportar algo respecto de algunos dilemas-desafíos-propuestas de esta estimulante etapa:

14. Armada, Arturo, “La buena elección”, inédito, mayo de 1994.

1) La precaria organización política del FG no podrá suplirse acabadamente en breve plazo. Pero deben darse pasos concretos para disminuir su perdurable inorganicidad. Viene discutiendo las internas abiertas desde el 91 y siempre termina en listas formadas por consenso (es decir, entre pocos y a dedo). Podrán ser muy buenas y laudadas por dirigentes representativos, como las del 94, pero no dejan de ser a dedo.

2) Las ventajas del liderazgo de Chacho Álvarez y su enorme peso en la opinión pública deben llevar a un doble juego, nada sencillo: dejarlo “hacer lo suyo” e ir produciendo lo que ningún dirigente solo puede hacer: propuestas, tramas de cuadros, de técnicos, equipos de trabajo, avances sobre el sentido común no “en general” (como insuperablemente puede hacer Chacho), sino en temas y territorios específicos.

3) La ética no es solo para los otros ni para los opositores. El FG debe someterse a una ética interna que implica transparencia, discusión, tolerancia, líneas internas, o sea, una práctica política que lo diferencie de un menemismo de izquierda.

4) También una ética de gestión que requiere:

a. ni prometer lo imposible ni incumplir lo prometido;

b. tironear permanentemente los márgenes de lo posible. El posibilismo funcional parte de una visión estática de la realidad que es en parte saber y en parte deformación profesional;

c. asumir las distintas lógicas y exigencias que tienen la militancia, la oposición legislativa y la gestión ejecutiva. Nadie puede aceptar que un militante con historia, miles de paredes pintadas y “aguante” contra la dictadura militar sea, por ello, un buen prospecto de secretario de Acción Social. Pero tampoco puede dejarse de “a pie” a quienes acompañaron al éxito. Es muy arduo ubicar a cada cual sin ñoquis, con responsabilidad a la hora de elegir funcionarios, sin clientelismo y sin caer en la actitud “capitalista salvaje” (muy poco coherente) de usar compañeros de escalón y luego dejarlos en otras etapas. Es terrible que quien abomina de la cultura dominante haga a un lado por inservibles a los “dinosaurios” que ayer le sirvieron; lo mismo que el sistema hace con Santiago del Estero o los jubilados; son viejos, son de otra etapa, que se haga cargo Magoya o las AFJP;

d. reiterar en lo interno, y en el ejecutivo, si cuadra, conductas que hemos tenido en los últimos diez años: dar la cara, decir lo que se piensa, explicar, confesar y socializar los límites, autocriticarse;

e. asumir la discusión social y las diferencias internas como medio de superación y de creación. En la etapa actual, la fragmentaria trama social antes que en un partido-síntesis (que ya se dijo no existe) debe representarse en un “neocorporativismo de estado”: trasladar en alguna medida las tensiones sociales a los ámbitos de decisión. Sin ahondar el tema —muy arduo—; y como mera ilustración: ningún gobierno (regresivo o progresista) carece de un ministro de Economía o de Hacienda que regatee los fondos y aspire a que las cuentas cierren. No escapará a

esa lógica ningún equipo gobernante del FG. Debería evitar la hegemonía de los contadores: contraponiéndoles por caso ministros o secretarios de Acción Social con representatividad y/o con peso y ambiciones políticas que le peleen recursos y poder. El avance de Cavallo dentro del gabinete menemista no testimonia apenas su personalidad; también la adecuación técnica a la ideología de este gobierno.

PERTENENCIA CRÍTICA

Una fuerza política con voluntad de cambio y autolimitada por su propia ética juega con desventaja; asimetría que es el sello de la propia identidad y dignidad.

Esa fuerza debe compensar su debilidad con recursos hoy desdeñados por los grandes partidos: tramas de lealtades, equipos técnico-políticos, un núcleo ideológico orientador.

Es imposible pensar una digna gestión municipal en Buenos Aires si no se cuenta —redondeando— con ciento cincuenta cuadros técnico-políticos confiables aptos para articular saber técnico y decisión, no corruptos e idóneos para detectar y detener la corrupción ajena. Ni pensar el número que requeriría el gobierno nacional.

El FG es ciertamente chico para la tarea de implantar una tercera fuerza a nivel nacional. Debe acudir a peronistas y radicales, desencantados, independientes jóvenes que se suman a la política, etc. Entre todos (y ante todo) debe definir algunas propuestas, puntos mínimos de acuerdo, ejes de una gestión y —en base a ellos— ir formando tramas de cuadros técnicos y políticos que traduzcan en ámbitos concretos esas tendencias.

Una orquesta que aglutine espléndidos solistas solo es buena si tiene un director y una partitura a la que someterlos. Si no es así, sonará a rayos, peor que una murga con director y algún ensayo. Los “gabinetes de lujo” solo sirven si existe un plexo político que los condicione. De lo contrario, desafinan. Vale la pena recordar como —nocivos— ejemplos lo hecho por Alfonsín y Menem. Alfonsín primero recurrió a los propios (Grispun, Germán López), los de siempre, los que compartieron años de militancia. No le alcanzaron por falta de piné y terminó preso de técnicos sin poder y sin apoyo partidario ni social. Menem eligió hacer girar todo en torno de su figura. Poner y sacar figuras “de lujo” (o de cuarta), sin tomar en cuenta sus conflictos, sin armonizar sus posiciones, confiando en su olfato para poner y sacar y en la cintura de los electos para gerenciar su área. Generó una interna permanente y terminó bastante atado al único equipo coherente que hoy cogobierna (los mediterráneos). Su poder sigue siendo personalísimo, radial, sin delegación legítima ni estructura partidaria que permita una sucesión razonable, lo que hace que las internas sean feroces.

El FG, más allá del lógico poder que tengan sus líderes-candidatos (que las lógicas de la TV y las campañas potenciarán), no debe reiterar esos esquemas que en nada ayudarán a cambiar lo dado, tarea mucho más ardua que apuntalarlo.

FRENTE AL FRENTE

El Frente, ahora que es grande, debe cumplir para dentro y para fuera lo que predicó por años. Tener democracia y ética política internas, asumir los debates sociales, dar la cara, ser participativo, federal, respetuoso con las minorías. Respetar los liderazgos sociales y políticos y traducirlos en clave democrática, de crecimiento y discusiones colectivas.

Al mismo tiempo evitar los riesgos de una cultura de izquierda, divisiva, suspicaz y —aunque no se diga— internista como la que más. No se debe evitar el debate, pero en algún punto deben existir acuerdos. No se deben traicionar las banderas, pero su definición es tarea colectiva y no de un elegido o algún grupo que se arroge la representación colectiva. El Congreso del PT en que todos los grupos que lo integran podían presentar ponencias y a la larga el debate y las votaciones unificaban discurso no es imitable por los distintos grados de desarrollo de las fuerzas, pero sí digno de ser tenido en cuenta.

Dice Arturo Armada:

... es gran desafío organizar al frente en el limitado tiempo disponible. La idea orientadora había de ser la discusión interna de los grandes temas, evitando por un lado las infinitas polémicas que suelen desgastar a las fuerzas populares y, por el otro, las definiciones realizadas exclusivamente desde arriba hacia abajo (a veces estas dos caras de una misma moneda se producen simultáneamente: se promueven discusiones interminables pero se decide a voluntad de unos pocos o de uno solo). La democracia interna es, por lo tanto, un tema peliagudo dadas las características de laxitud orgánica (acumulativa) que presentará el FG. Su accionar deberá demostrar además que el FG no se trata solo de una figura exitosa rodeada de un puñado de prestigiosos profesionales, artistas y sindicalistas, sino que cuenta con algo más. De no lograrse, todo girará en torno a una figura, un liderazgo único, algo que ni su cabeza ni el conjunto del Frente se merecen.¹⁵

Ese “algo más” no es un deseo de esta publicación (que tiene un largo camino recorrido en esto del FG): es el reclamo de los millones de votantes que —en una suerte de marxismo electoral— expresaron una objetiva necesidad colectiva. Es también el firme reclamo social, del que dan cuenta páginas siguientes de este libro y que seguramente testimoniará la Marcha Federal que se realizará pocos días después del “cierre” este artículo. Estar a la altura de los reclamos: electoral y social; encontrar sus puntos de unión, ligarlos a un proyecto nuevo son los desafíos esenciales de esta etapa. Es duro, pero ciertamente —merced al santiagazo, al 10 de abril, al desempeño del FG en la Constituyente, a la infatigable movilización social que

15. Ídem.

recorre a diario el país de Jujuy a Tierra del Fuego—, últimamente el aire parece más respirable en esta tierra de milagros. ■

EDICIONES UNIDOS N° 3. *LOS QUE PELEAN DESDE ADETRÁS*AGOSTO DE 1994

Mesa redonda

DESPUÉS DE ABRIL

Intervención de Eduardo Jozami:
“Reflexiones desde el Frente Grande”

Quizá no nos hayamos repuesto todavía de la sorpresa al ver al Frente Grande convertido en protagonista central de la coyuntura política. Hasta hace pocos meses el objetivo parecía mucho más modesto: superar la tradicional fragmentación del espacio progresista y mostrar la posibilidad de una propuesta alternativa. Sin embargo, esta sucesión de lentos procesos en los que se suman fuerzas y bruscas aceleraciones caracteriza a los tiempos de la política. Fue muy pocas semanas antes de las elecciones de octubre de 1983 cuando Alfonsín se perfiló como la mejor expresión del restablecimiento de la democracia y sacó al radicalismo de su tradicional posición de minoría. Y si retrocedemos todavía otra década, vemos a fines del 72 que el peronismo recupera rápidamente su condición de fuerza mayoritaria, a partir del retorno de Perón, incorporando sectores que tradicionalmente le habían sido hostiles. ¿Estamos en un punto de inflexión semejante? ¿Asistimos al surgimiento de una nueva mayoría política? ¿Cuánto hay de coyuntural y difícilmente repetible en los resultados del 10 de abril? Tres meses después de las elecciones estos interrogantes no tienen acabada respuesta.

Los análisis del resultado electoral coinciden en señalar como causas del crecimiento del Frente Grande el efecto de las denuncias sobre la corrupción y el rechazo de muchos votantes tradicionales del radicalismo al pacto Menem-Alfonsín. Aunque esos datos son incuestionables habría que agregar también que el Frente arrastró un caudal no despreciable de votos peronistas, como lo demuestran las victorias en distritos como Soldati, Mataderos o Villa Lugano y la excelente elección en el Gran Buenos Aires. Esta incidencia sobre el justicialismo se evidencia también después de la elección. El paso al Frente Grande de un diputado nacional del PJ tucumano puede ser el comienzo de un éxodo del que se advierten síntomas en varios grupos oficialistas que nunca terminaron de aceptar el proyecto menemista.

Por otra parte, la crisis del radicalismo no parece fácil de superar. En realidad, el pacto con Menem —gesto desesperado de Alfonsín para recuperar protagonismo en el partido y evitar el plebiscito con el que amenazaba el gobierno— fue la culminación de una serie de equívocos en el perfil opositor de la UCR. Por un lado, Angeloz no ocultaba su acuerdo con el modelo de Cavallo y por el otro el alfonsinismo levantaba un discurso de contenidos sociales que no se compadecía mucho con su gestión de gobierno. Solo quedaba cierta aureola de honestidad y espíritu republicano de la que tanto provecho supo sacar De la Rúa. El pacto destruyó esta imagen, complicando a la UCR en la tortuosidad de la gestión menemista y mostrando su complicidad —la misma que durante años se manifestó en el Concejo Deliberante porteño— en la defensa corporativa de la clase política.

Esta dificultad del radicalismo para definir su rol opositor tiene que ver con cierta incompreensión sobre los cambios profundos que el menemismo introduce en la política y la sociedad argentina. Proyecto reaccionario, el de Menem no es por ello menos transformador. Las privatizaciones, la reforma previsional, la flexibilización laboral, la apertura externa, el Mercosur, van conformando un país distinto. En realidad, no es más que la culminación en una nueva fase de concentración de la riqueza, de la restructuración de la sociedad iniciada en 1976. Cuando fue gobierno ya demostró el radicalismo su dificultad para ubicarse frente al nuevo cuadro de la sociedad argentina.

Se puede pensar, en consecuencia, que si el Frente Grande ha influido a una fracción del peronismo y si la crisis radical perdura más allá de la coyuntura este caudal electoral puede mantenerse y acrecentarse. Sin embargo, para avalar esta lectura optimista debiéramos tener más claro qué se votó el 10 de abril y, por último, pero no menos importante, analizar si el discurso general que esta vez se presentó a los electores puede transformarse en un verdadero programa de gobierno.

EL REGRESO DEL ESTADO

Si las elecciones del 3 de octubre mostraban que el electorado independiente priorizaba la estabilidad, los últimos resultados señalan otro orden de preferencias. En Capital y Gran Buenos Aires parecen haber pesado en el ánimo de los votantes la insatisfacción por la deficiente prestación de los servicios públicos, las carencias en materia de salud y educación y el notable deterioro de la vida urbana, fenómenos que en el imaginario colectivo no están divorciados de la corrupción.

Las inundaciones, la acumulación de basura, la crisis hospitalaria, los problemas de tránsito y transporte, la arbitrariedad de las empresas privatizadas en relación con los usuarios han generado en los últimos meses una fuerte inquietud por el control de los servicios. La sociedad argentina parece haber tomado conciencia de algo casi obvio, pero ignorado en los años recientes: un servicio público no pierde su carácter de tal porque sea prestado por una empresa privada

y, por lo tanto, el Estado tiene una obligación indelegable de regulación y control. Esta inquietud marca una notable diferencia con respecto al clima dominante a comienzos del actual gobierno.

Una campaña de años que asociaba al Estado con la ineficiencia produjo en 1989 un fuerte consenso en favor de las privatizaciones. La hiperinflación de mediados de ese año —junto con la traumática experiencia de los asaltos a los supermercados— terminaron de inclinar la balanza. En un contexto ideológico que atribuía al exceso de gasto público toda la responsabilidad por la inflación, las privatizaciones aparecieron como la medida indiscutible tanto para mejorar la eficiencia de los servicios como para alcanzar la estabilidad. Eran, por otra parte, los tiempos de la caída del muro de Berlín y del texto de Fukuyama y cualquier alternativa a las medidas del neoliberalismo más extremo aparecía como un agravio al sentido común.

Ese apoyo casi incondicional permitió al gobierno privatizar en tiempo récord con valores y condiciones muy favorables para los adquirentes a quienes se garantizó una altísima rentabilidad, sin adecuados marcos regulatorios ni organismos que controlasen el cumplimiento de las obligaciones empresarias y garantizaran el interés de los consumidores. Si la deuda externa fue el instrumento clave en la reestructuración del poder económico durante la dictadura, las privatizaciones redefinieron y acentuaron ese proceso de concentración, al tiempo que comprometían para el futuro las orientaciones de la inversión y un perfil de oferta de servicios asociada a la distribución regresiva del ingreso.

La escasa adhesión al nuevo régimen de jubilaciones muestra que están lejos los tiempos en que privado era sinónimo de mejor. Sin embargo, el debate para definir una alternativa parece estar en sus comienzos. La cuestión que hoy se plantea no es tanto la de saber si algunas empresas deberían ser de propiedad estatal —la experiencia mundial enseña que pocos Estados renuncian a una fuerte presencia en sectores como el petróleo y las comunicaciones—, sino cómo se puede enfrentar al colosal poder económico consolidado por las privatizaciones. El énfasis debería ponerse en un primer momento en la recuperación de la capacidad de regulación del Estado, en gravar las ganancias monopólicas de las empresas privatizadas en el marco de una política tributaria más progresiva y en la creación de organismos eficaces de control con la fuerte presencia de los usuarios. El interés evidenciado por la gente por controlar la gestión de las empresas de servicios es la base para profundizar en una concepción del interés público que se apoye menos en el aparato del Estado y más en las organizaciones de la sociedad.

Sería equivocado inferir que, aunque no explique el último resultado electoral, la estabilidad haya desaparecido entre las prioridades de la población. Entre otras cosas, si esta vez pesó menos en la decisión de voto es porque ninguna fuerza política la cuestiona. En toda América Latina, los sectores mayoritarios de la nueva izquierda han incorporado una preocupación por los equilibrios monetarios y fiscales que no fue característica del pensamiento progresista. Pero la estabilidad

requiere no solo equilibrios macroeconómicos sino también un fuerte consenso de la sociedad. Por eso, la construcción de una alternativa progresista supone la gestación de un consenso tan fuerte como el que acompañó a Cavallo, pero de signo diferente. Si así no fuera, la prioridad que la sociedad otorga hoy a la estabilidad no permitiría modificar ninguno de los datos esenciales de la actual política.

La estabilidad como valor fuertemente arraigado tiene, inevitablemente, connotaciones conservadoras. Por otra parte, cuando se dice —como es correcto plantear— “queremos estabilidad, pero con una más justa distribución del ingreso”, se olvida que esta estabilidad reposa sobre una política determinada y sobre ciertos consensos de poder. Si toda modificación significativa de la actual política afecta algunos intereses ¿por qué suponer que sería compatible con el mantenimiento de la estabilidad?

La cuestión es complicada porque ningún economista con un mínimo de honestidad intelectual estaría dispuesto a negar que una política de reformas podría afectar la estabilidad y, por otra parte, el Frente Grande no puede darse el lujo de mostrar dudas respecto a la necesidad de evitar la vuelta a los tiempos de la inflación.

Una política que intente modificar la distribución del ingreso, impulse una reforma tributaria progresiva y plantee un control más estricto sobre los servicios privatizados deberá apoyarse en un consenso social amplio como garantía de viabilidad. Como decíamos antes, de este modo podrá también garantizar la estabilidad. Pero el tránsito de una a otra estabilidad supone necesariamente un riesgo. ¿Están dispuestos a correr ese riesgo los sectores —con empleo en el sector formal de la economía— para quienes los beneficios de la estabilidad pesan aún más que los costos sociales de la actual política?

La respuesta a esta pregunta nos parece crucial porque define la posibilidad de cualquier política alternativa al actual modelo, por moderada que ella sea. Dos elementos nos permiten introducir un matiz más optimista en estas reflexiones. Por una parte, va creciendo el cuestionamiento global al modelo por acción de los sectores más afectados (desempleados y subempleados, jubilados, productores regionales, empleados provinciales amenazados por el ajuste). Este rechazo, agudamente expresado en las movilizaciones de la Marcha Federal, pone en primer plano los costos sociales crecientes de esta estabilidad, pero, además, erosiona el consenso social en que se apoya el Plan Cavallo y plantea dudas sobre su perduración a mediano plazo.

Por otra parte, este cuestionamiento social se suma al fuerte desequilibrio del sector externo para alentar las dudas sobre cuán definitiva es esta estabilidad. Las dificultades para revertir en el corto plazo el déficit comercial sin alterar el tipo de cambio y la perspectiva de menor afluencia de fondos del exterior encienden algunas luces rojas en el futuro del Plan de Convertibilidad. En ese cuadro, quizá el mejor discurso para el Frente Grande sea el que enfatice que la estabilidad no está aún asegurada y que las “correcciones sociales” que postulamos lejos de ser

un mero agregado a la estabilidad son la condición necesaria para que esta persista a mediano plazo.¹

EL PROGRAMA ECONÓMICO

Pero más allá del discurso político sobre la estabilidad, lo que se reclama de una fuerza política que aspira a gobernar es una definición más clara sobre su propuesta económica. ¿La tiene o puede tenerla? Para algunos voceros del establishment, decir que el Chacho Álvarez no tiene programa económico es sostener implícitamente que estaría dispuesto a continuar con la actual política, puesto que hoy no existirían otras alternativas viables. Si así fuera, el Frente podría consolidar el modelo, introduciendo una mayor racionalidad y eliminando el espíritu de banda y los desbordes de corrupción característicos del menemismo que terminan por cuestionar cualquier proyecto que piense en el conjunto de los sectores dominantes antes que en la facción encaramada en el poder. Frente a la crisis profunda de la UCR, Chacho Álvarez podría expresar esa versión más prolija del modelo, la tarea que antes se atribuía a Angeloz.

Esta lectura tiene alguna apoyatura en la realidad, pero desdeña los datos esenciales. Más allá de la deliberada exclusión del tema económico del centro del debate electoral, el voto por el Frente Grande suponía un reclamo por mayor equidad social y un retorno del espíritu público en los términos antes señalados. Además, la acción legislativa de los diputados del Frente —y sus antecesores del “Grupo de los 8” — en temas como la privatización de Aerolíneas, la flexibilización laboral o la jubilación privada, define un perfil de clara oposición al proyecto de Cavallo.

De todos modos, no son menos desafortunadas las expresiones de quienes sostienen —exhumando viejos papeles— que el Frente ya tiene un programa. No solo porque el programa que vale es el que la gente conoce y los dirigentes del Frente asumen, sino porque las dos vertientes principales que confluyen en el Frente —el peronismo disidente y la izquierda— ya no pueden sostener sus propuestas tradicionales y la construcción de una nueva alternativa política supone precisamente una tarea colectiva de reformulación de aquellos viejos textos.

Hasta hace pocos años todas las expresiones políticas que se reivindicaban como parte del “campo popular” coincidían en términos generales en un programa que enfatizaba la intervención estatal en la regulación de la economía y la gestión de los servicios públicos, el control del sector financiero y el comercio exterior, la protección de la industria nacional y la expansión del mercado interno. En sus versiones más radicalizadas o en las afines al desarrollismo, en quienes enfatizaban la justicia social o los que ponían eje en la industrialización, todos coincidían

1. Así lo plantea Daniel Novak en un reciente análisis de las perspectivas de la Convertibilidad.

en asignar al estado un rol dirigente en el proceso de acumulación, promoviendo la inversión pública en los sectores considerados estratégicos, y rechazaban toda posibilidad de liberalizar el comercio exterior, identificando la protección de la industria con la autonomía nacional.

A pesar de la crisis del modelo de sustitución de importaciones a mediados de los setenta y de la profunda restructuración regresiva que emprendió la dictadura militar, los proyectos de la izquierda y el sindicalismo peronista no sufrieron grandes transformaciones. El programa de 26 puntos con el que la CGT enfrentó a Alfonsín no presenta —salvo en la mayor importancia que había adquirido la deuda externa— diferencias sustantivas con los que el movimiento obrero levantó en los sesenta y setenta.

Sin embargo, hoy pocos discuten que aquel paradigma se encuentra cuestionado en sus aspectos esenciales. El consenso para las privatizaciones no se basó solamente en la prédica ideológica del neoliberalismo, sino que esta encontró apoyo en la realidad.² Los sectores sindicales y políticos progresistas se vieron llevados a un debate sobre la propiedad de las empresas carente de sentido para la gran mayoría de la población que consideraba al Estado de las prebendas, la burocratización y los malos servicios como algo ajeno cuando no enemigo. Esto impidió enfatizar otros aspectos del proceso privatizador que tenían más que ver con las necesidades de la gente.

La preocupación por los usuarios que es hoy tema central de la coyuntura, estaba curiosamente ausente en el discurso tradicional del peronismo y de la izquierda. Las empresas del Estado interesaban como herramientas de desarrollo o soberanía y su defensa se asociaba con el interés de los trabajadores que en ellas prestaban servicios. Esta despreocupación por los usuarios tenía cierta lógica en la medida en que se asociaba los intereses de los trabajadores con los del conjunto de la sociedad. Si desde el marxismo podía considerarse al proletariado como “clase universal”, la formulación peronista sobre la columna vertebral cumplía —quizá con menos pretensión teórica— el mismo cometido. En consecuencia no podían

2. “Poco a poco, las empresas estatales se fueron alejando del ideal que les dio origen y en cambio fueron adaptando sus conductas a objetivos alejados de la maximización del bienestar social: la contribución al crecimiento fue declinante, la productividad de las inversiones muy baja, la fijación de tarifas con criterio distributivo bastante inefectiva. En cambio, resultó cada vez más evidente que esas empresas se estaban convirtiendo en el lugar social de un juego político-corporativo del que la mayoría de la sociedad estaba excluida: en un sistema político con escaso o ningún control institucional democrático gobernantes, proveedores de bienes y servicios y sindicatos desplegaron en la empresa pública (así como en tantas otras instancias de la vida social) sus propias estrategias clientelísticas de maximización económica y de acumulación de poder. En este proceso creciente de colonización de las empresas estatales el resultado de este juego fue el descrédito creciente de la propiedad pública y de las organizaciones públicas”. Gerchunoff, Pablo, *Las privatizaciones en la Argentina*, Instituto Torcuato Di Tella, 1993. Solo habría que agregar que los grupos económicos responsables del proceso de transferencia de recursos y descapitalización de las empresas públicas serían más tarde los beneficiarios de la privatización.

percibirse las contradicciones entre trabajadores del sector público y usuarios de los servicios que no por ello dejaban de manifestarse.³

Por otra parte, las transformaciones estructurales operadas en los últimos quince años han terminado por configurar un país distinto con una fuerte segmentación del mercado de consumo, un perfil productivo orientado cada vez más hacia la exportación y la demanda de los sectores de mayores ingresos; altos niveles de marginación social, desempleo y subempleo. En este contexto, es obvio que aquella identificación entre los intereses de los productores para el mercado interno, los asalariados, los consumidores y los trabajadores de un Estado que brindaba servicios sociales crecientes, que echó las bases del peronismo, ya no encuentra fundamento en la realidad.⁴

En ese marco resulta difícil defender la protección a la industria nacional en los términos tradicionales. Como lo demostraron los trabajos de Faynzilber⁵ contraponiendo el “proteccionismo frívolo” de los países latinoamericanos con el “proteccionismo para el aprendizaje” de Japón y el Sudeste Asiático, el balance de las políticas de protección en nuestra región no es demasiado satisfactorio. Aprovechando los altos aranceles de importación, las grandes empresas pudieron controlar el mercado interno con costos de producción superiores a los del mercado mundial y, por lo tanto, con pocas posibilidades de exportación. No parece, por lo tanto, que como rechazo a las políticas de apertura indiscriminada —que utilizan la importación como herramienta de control de precios y son incompatibles con cualquier política industrial— pueda defenderse el principio proteccionista en los términos de veinte o treinta años atrás. Basta analizar la conducta de internacionalización de patrimonios y fuga de capitales que han seguido muchos de los beneficiarios de la protección para comprender que el proteccionismo no lleva necesariamente a la autonomía nacional.

Además, en las condiciones de creciente integración de la economía mundial y de rápido cambio tecnológico, el tema de la autonomía nacional se reformula. Luego del derrumbe de los países del Este y los fracasos de la periferia con excepción del Sudeste Asiático, parece evidente que la fortaleza e independencia de los países no se adquiere con la “desconexión” del mercado mundial, sino con

3. Reaccionando contra esta concepción que ha sido muy debatida en el PT de Brasil, Lula señalaba recientemente: “No podemos decir que el Banco do Brasil es de los bancarios o que Petrobras es de los petroleros, Tenemos que cambiar la expresión de empresas estatales por la de empresas públicas y hacer que sean vistas como una cosa de todos los brasileros”. Entrevista en *La Hoja del Sur*, N° 4 marzo de 1994.

4. Por ello las reacciones contra la apertura económica —que tiene ser las consecuencias en algunas ramas industriales— son mucho más débiles que en tiempos de Martínez de Hoz. No solo porque los restos de la industria argentina son hoy más competitivos, sino porque está en crisis el paradigma que fundamentaba la protección. Mientras tanto, los países centrales se aferran al proteccionismo.

5. Particularmente, el clásico *La industrialización trunca de América Latina*, México, Ed. Nueva Imagen, 1983.

la inserción en los términos más favorables: aquella que permita un desarrollo vinculado a los sectores más dinámicos de la economía internacional y garantice la mayor capacidad de decisión nacional.⁶

Si esto es así, la prioridad casi excluyente por el mercado interno debe dejar paso a una política de promoción de las exportaciones otorgando especial atención a los rubros que hoy tienen un comportamiento más dinámico en la economía mundial. La crítica al actual modelo no se basaría tanto en su énfasis en las exportaciones, sino en que se apoya en rubros de exportación (agropecuaria, insumos industriales de uso difundido) basados en el bajo costo salarial y de materias primas, factores cada vez menos determinantes en el crecimiento del comercio mundial. En estas condiciones, el desarrollo exportador, lejos de ser complementario del mercado interno, termina siendo subsidiado por él.

Por otra parte, la tremenda ofensiva contra la legislación laboral que ha llevado este gobierno obliga también a modificar las respuestas tradicionales. El modelo de relaciones laborales que se está implantando en la Argentina, el de la flexibilización salvaje, carece de la universalidad que le atribuyen sus defensores. Se ha aplicado precisamente en aquellos países (Estados Unidos, Gran Bretaña, España, Francia) que van quedando rezagados en el crecimiento industrial. Por el contrario, en las regiones donde avanzan las producciones más sofisticadas (Japón, Alemania del Oeste, norte de Italia) se han establecido distintos compromisos que permiten la participación creciente de los trabajadores. Parece vislumbrarse, en consecuencia, una división del mundo entre zonas de vanguardia en el desarrollo tecnológico que requerirían un involucramiento de los trabajadores que estimule su creatividad y zonas de flexibilidad en las que se radicarían aquellas ramas de menor sofisticación.⁷

De todos modos, ningún sector progresista puede hoy negar la realidad de la reconversión. Aunque en la Argentina esta haya tenido más que ver más con el abaratamiento a ultranza de la mano de obra que con la introducción de nuevas tecnologías. Frente a esta realidad de la transformación del modelo industrial en todo el mundo, la respuesta no puede ser meramente defensiva. Más que batirse por el restablecimiento del viejo modelo de relaciones laborales hay que pelear por la participación de los sindicatos y las organizaciones de la sociedad en el diseño de la reconversión, con el objeto de disminuir los costos sociales y garantizar en un nuevo marco los derechos de los trabajadores.

6. La globalización financiera vuelve obsoletos los instrumentos clásicos de control de la actividad bancaria y el movimiento de capitales, inimaginables en el actual marco de la convertibilidad. Sin embargo, es prioritario pensar políticas que permitan recuperar la soberanía cambiaria y monetaria, hoy enajenada.

7. A pesar de la difusión de algunos *best-sellers* como *Capitalismo contra capitalismo* de Michael Albert, el discurso oficial sigue ignorando la existencia de diferencias sustanciales entre distintos modelos capitalistas. Los trabajos de Alain Lipietz siguen siendo la mejor caracterización de los diversos acuerdos sociales que suponen las propuestas de superación del fordismo.

De lo señalado hasta ahora, a lo que habría que agregar una reforma tributaria progresiva en el marco de otras políticas de redistribución del ingreso, parece deducirse un programa que —en relación con las posturas tradicionales del peronismo y la izquierda— puede parecer no demasiado avanzado. Haríamos mal, sin embargo, en ignorar que para poder llevar adelante este programa de reformas será necesario una muy fuerte acumulación de poder social y político. Quizás en este terreno, antes que en las indefiniciones programáticas, residan hoy las debilidades del Frente Grande.

LOS CAMBIOS EN LA SOCIEDAD

En la euforia por el crecimiento del Frente y las especulaciones sobre el balotage, haríamos mal en olvidar que para que sea posible impulsar desde el gobierno alguna transformación en sentido progresista, ciertas cosas tienen que pasar en la sociedad. Las resistencias contra el Plan Cavallo no solo deterioran al gobierno y reducen sus posibilidades electorales; también van generando consenso sobre la necesidad de un cambio y, en esa medida, se transforman en condición de posibilidad de las políticas que el Frente podría impulsar.

Muchas de esas propuestas —como la reforma tributaria o el mejor control de los servicios privatizados— no son necesariamente inaceptables para todos los sectores del gran capital. Sin embargo, es lógico suponer que antes de negociar con un gobierno que intenta introducir reformas, los grupos económicos acostumbrados en los años recientes a las superganancias y la colusión con el Estado, tratarán de evitar cualquier cambio de la situación actual. Para aguantar esta embestida, no bastará solo con coherencia y seriedad en las propuestas técnicas, será necesario también una fuerza política movilizadora y el apoyo de amplios sectores sociales.

Para comprender esto, pensemos cuán significativo es el aporte que puede hacer para la viabilidad de una reforma de la educación, la activa participación de la CTERA en el Frente.⁸ Por otro lado, en la ciudad de Buenos Aires, cualquier intento de reforma del Estado municipal tropezará con la oposición del gremio que dirige Amadeo Genta. Para enfrentar el probable sabotaje de los municipales a toda política que intente eliminar la corrupción, racionalizar el gasto y aumentar la transparencia en la gestión, resultará imprescindible contar con el apoyo activo de muchos empleados municipales dispuestos a sostener esas políticas.

Por eso, porque el gobierno requiere técnicos, fuerza política y sustento social, la discusión entre técnicos y militantes que se perfila al interior del Frente nos parece particularmente desafortunada. Los técnicos —como siempre ocurre en los movimientos populares— vendrán en buena medida de afuera, del aparato del Estado, de la universidad o los centros de investigación. Muchos de ellos tienen

8. Como es obvio, esto no implica que la reforma de la educación deba atender solo a los intereses de los trabajadores docentes, sino que estos serán para ello un apoyo fundamental.

simpatía por el Frente, pero no necesariamente conocen o comparten todas sus propuestas. Por lo tanto, para que puedan ser convocados y trabajar con cierta seguridad —más allá de las rivalidades profesionales y las internas del Frente— será necesario definir algunas orientaciones políticas generales que sirvan como programa mínimo de coincidencias y como agenda para encauzar el debate.

Estas definiciones básicas son indispensables también para que los dirigentes del Frente no deban seguir absolviendo posiciones: “¿no es cierto que no van dejar de pagar la deuda?”, “¿van a respetar las privatizaciones?”. Es urgente que comience a discutirse a partir de nuestras propias definiciones (por más limitadas que ellas puedan ser hoy): reforma tributaria progresiva, recuperación del rol de regulación del Estado, defensa del hospital público frente a la creciente privatización del sector salud, política de vivienda en favor de los sectores de menores recursos, ampliación del presupuesto y reforma educativa, prioridad al desarrollo del transporte público.

Sobre estos temas hay que generar consensos fuertes en el Frente y con los sectores sociales vinculados. Para ello es necesario superar cierta dificultad para convocar que el susto del 10 de abril parece haber aumentado. Una fuerza política progresista que obtuvo dos millones de votos y pretende ser gobierno debería estar editando periódicos, realizando jornadas, debates, actos. Nada de esto se está haciendo y hay que preguntarse porqué. Más que anudar acuerdos con Bordón o Storani —eso no está mal siempre que se asegure la hegemonía frentista— la prioridad hoy debe ser fortalecer al Frente como fuerza política y ampliar sus bases de sustentación en la sociedad. Para esto, un estilo convocante, un debate abierto, la práctica democrática de garantizar a todos la participación en las decisiones, son los requisitos ineludibles para presentar al Frente como opción de poder.

¿Y EL PROYECTO NACIONAL?

Sin embargo, a esta altura muchos se plantearán si el Frente puede desarrollarse sobre la base de esas propuestas puntuales, renunciando a formular un proyecto más global. Ya hemos señalado las dificultades para contraponer otro modelo al modelo de Cavallo. No solo no se ha terminado la deconstrucción del paradigma nacional-popular, sino también que es difícil definir con más precisión los instrumentos que en las nuevas condiciones harían operativos los objetivos de siempre, crecimiento, justicia social y autonomía nacional. En consecuencia, la invocación retórica de un proyecto nacional puede hoy poner límites al debate estableciendo como verdades indiscutibles muchos temas que deben ser sometidos a discusión. Porque si esta formulación es hoy difícil no es solo por la represión del Proceso o la persistente ofensiva neoliberal. Se agrega, además, la confusa noción de que el mundo ha cambiado y no termina de entenderse qué lugar podemos ocupar en él.

Con todo, no creemos que una fuerza política como la nuestra pueda renunciar como objetivo a la idea de un proyecto nacional, es decir de una visión compartida

del futuro deseable que compatibilice aspiraciones e intereses de la mayoría. La ausencia de un centro político popular se corresponde hoy con el creciente fraccionamiento de la sociedad.⁹ En este contexto, las luchas se particularizan, las reivindicaciones sectoriales se articulan difícilmente entre sí. Esta parece ser la característica natural de las luchas por la radicalización de la democracia en los países centrales que han alcanzado altos niveles de desarrollo. Sin embargo, cuando aún se trata de garantizar un impulso básico de crecimiento —como en el caso argentino— es difícil pensar que pueda lograrse sin algún tipo de organización de la mayoría popular. Las reivindicaciones en materia de salud, educación o vivienda, contra la represión juvenil o por los derechos de la mujer tienen un ancho campo específico para desarrollarse, pero en última instancia todos los movimientos sociales cuestionan una misma estructura de atraso, estancamiento y regresión social.

¿Puede el Frente constituirse en ese centro coordinador de las luchas políticas y sociales? El acercamiento con el Congreso de los Trabajadores Argentinos es una buena señal en ese sentido. Aunque el bloque de fuerzas sociales nucleadas en torno al Congreso del Trabajo y la Producción es todavía insuficiente como para sostener un proyecto alternativo al actual modelo, es sin duda el avance más importante logrado hasta la fecha.

No plantearse como objetivo un proyecto de este tipo es renunciar a los grandes temas del crecimiento, la autonomía nacional y la integración latinoamericana, limitando la política a proponer remedios contra el costo social del ajuste. En este sentido, la relación con las fuerzas populares de los países vecinos, como el Frente Amplio Uruguayo y el PT, es doblemente necesaria. Porque debe comenzar a pensarse en el ámbito de la integración como espacio económico común y porque este diálogo con las fuerzas afines permitirá precisar los contornos de una corriente política superadora de la crisis de los movimientos nacionales y de la izquierda tradicional.

LOS MILITANTES QUE LO MIRAN POR TV

Pero ¿cómo discutir estos temas —las propuestas de coyuntura y las visiones de largo plazo— sin replantearse el debate sobre las formas de acción política, ante la evidencia de la crisis de una concepción tradicional de la militancia? Chacho Álvarez comprendió rápidamente esto y buscó nuevos modos de comunicación con la “gente”, las cartas personales, el contacto informal en la calle con “uno de nosotros”, los viajes en colectivo y, por supuesto, la presencia en los medios. Alcanzó de este modo un diálogo con la sociedad y una influencia que ningún

9. Ante el fraccionamiento y debilitamiento del movimiento sindical, ya pocos buscan el grupo social llamado a ser el eje de esta articulación. Los trabajos de Ernesto Laclau cuestionando la transparencia de la representación de intereses en el terreno político y concibiendo a la hegemonía como una articulación siempre cambiante de fuerzas sociales y políticas siguen siendo útiles para pensar estos problemas.

otro político ostenta hoy. Sin embargo, no pudo todavía lograr la estructuración de una corriente política fuerte y mínimamente organizada. Esto se evidencia en la desproporción entre la gente que aplaude en la calle a los dirigentes del Frente y la todavía muy poca que participa en sus actividades.

Frente a esta realidad, algunos militantes se lamentan porque se enteran por los diarios de las novedades políticas del Frente y cuestionan la preponderancia que la televisión ha adquirido en la vida política. Nos parece una discusión casi ociosa, porque no imaginamos cómo podría revertirse esta situación.

La televisión ha modificado como ya nadie ignora los modos de la política y, más aún, ha redefinido los límites y la misma noción de espacio público. Touraine ha señalado agudamente la vinculación de esta mediatización de la política con la crisis de representatividad. Antes los políticos defendían ciertos intereses y hablaban en nombre de ellos a quienes tenían alguna afinidad como para leer los periódicos o concurrir a sus actos. Hoy, la pérdida de sentido de ciertos cortes tradicionales de la sociedad (pueblo, movimiento obrero) se suma a la posibilidad de hablar simultáneamente a todo el mundo a través del televisor. El público al que se dirige el político está ahora solo delimitado por el alcance de los medios y ganan entonces importancia los temas que pueden interesar a esa audiencia más amplia, como —agregamos nosotros— es el caso de la corrupción.¹⁰

De todos modos, si la telepolítica impone cierto sesgo a la agenda de temas desplazando algunos y priorizando otros, no es menos cierto que posibilita una ampliación del número de quienes están informados y de algún modo son partícipes del debate político. Es posible que el precio que a veces deba pagarse —no necesariamente— sea el de cierta trivialización, pero no significó poca cosa que la denuncia del PAMI, el rechazo del pacto Menem-Alfonsín, las inundaciones en Buenos Aires o la caída de los techos de la Casa Cuna llegaran a millones de personas a través de la TV. Dejando para otro momento la discusión acerca del poder de los medios, nos parece evidente que no puede postularse la vuelta a formas de discusión política que recorten el espacio de participación.

Si esto es así, tal vez se equivoquen los militantes políticos que lamentan informarse por los diarios. Quizá esta sea la forma normal en que debe debatir una fuerza política de alcance nacional y adhesión tan masiva como la que hoy recibe el Frente Grande.¹¹ Lo malo no sería que las posiciones se difundan por

10. "El discurso político ya no puede ser un discurso tribunicio e incluso populista. El político ya no puede hablar en nombre de los que no tienen la palabra; debe enunciar un discurso responsable, como gustan decir, o sea hablar a la vez en nombre de los menos privilegiados, de la eficacia del Estado y de los principios de la democracia". Alain Touraine, "Comunicación política y crisis de la representatividad", en *El nuevo espacio público*, AA. VV., Barcelona, Gedisa, 1992.

11. No nos referimos, obviamente, a las operaciones de prensa que sí nos parecen repudiables, sino a la sana práctica de que se expresen públicamente las opiniones de dirigentes y militantes y que el Frente tenga para la sociedad "paredes de cristal".

los medios, sino que el Frente no tenga finalmente ámbitos donde se adopten democráticamente las decisiones.

La actual contradicción entre formas tradicionales de la militancia y mediación de la política debe resolverse en la búsqueda de una ampliación de la participación y, en suma, de la democracia. Centenares de miles de personas se identifican a diario con las posiciones del Frente que conocen a través de los medios, ¿cómo hacer para que tengan alguna participación en la vida del Frente? ¿No es acaso este el criterio en que se funda la idea de interna abierta? ¿Un tema tan importante y conflictivo como el de la despenalización del aborto no debiera ser decidido en una consulta a todos aquellos que se identifican con el Frente? ¿Cómo hacer para que nuestras propuestas de reformas en salud y educación recojan la opinión de todos los simpatizantes que trabajan en estos sectores? Así planteado, el debate sobre la democracia interna y la participación de las bases que hoy agita al Frente cobra una dimensión distinta, que interesa a cientos de miles de personas. Aquellas cuyo sustento es indispensable si queremos transformar este país. ■

EDICIONES UNIDOS N° 3. *LOS QUE PELEAN DESDE ADENTRO*

AGOSTO DE 1994

POLÍTICA SOCIAL Y PARTICIPACIÓN EN NUESTRA DEMOCRACIA

Arturo Armada

Intentaré conectar la temática social discutida en los dos seminarios de UNIDOS con el estancamiento del proceso democrático desde 1984.

Para ello, tras repasar qué significa una democracia que se consolida, tomaré una idea-fuerza central de la democracia popular, no por usada y desgastada menos central y rica que hace diez años: la participación, en sentido amplio.

EL CUADRO

Uno de los temas sobre los que se arrojaron luces en los dos seminarios fue el de la precarización laboral y la vulnerabilidad social (v. gr. Julio Neffa). La precarización (llamada más suavemente “flexibilización”) es parte de la gran sombra que se proyecta sobre lo social, junto con la persistencia de las “pobrezas” (la estructural y la nueva) y el crecimiento del desempleo.

Las mismas constituyen una triple amenaza para la mayor parte de la población del país. Y que genera angustias, violencia, insolidaridad, fobias colectivas, para mencionar los principales fenómenos regresivos que cargan de irracionalismo las conductas cotidianas.

Amenaza que también es, por supuesto, un arma eficaz en el arsenal de los poderosos de esta tierra (económicos y políticos) para maximizar sus beneficios y acrecentar su poderío, reduciendo los riesgos de enfrentarse con una fuerte resistencia gremial y extragremial.

Respecto de la resistencia gremial frente a las consecuencias de la precarización resultan relevantes las palabras del dirigente Antonio Jara (UOM), transcritas en este número y cuya lectura recomiendo. Las grandes organizaciones sindicales no tienen respuestas, no pueden librar sino pequeñas batallas para perder. “Era mejor perder que entregar”. El gremialismo de raigambre peronista no sabe pelear desde afuera ante un gobierno legítimo y de su mismo signo político. Y desde adentro pierde por su descrédito ante la sociedad, sus compromisos mal delimitados con el poder y la falta de consistencia ideológica de su dirigencia.

Por ejemplo, ante la nueva vuelta de tuerca del gobierno sobre la legislación laboral (enero del 94), cuyo eje es reforzar el poder patronal y no principalmente la creación de empleo, las corrientes sindicales que pelean “de adentro” (que se transforman de sigla en sigla, pero siguen siendo iguales) no alcanzan para oponerse eficazmente a proyectos como este, ni —mucho menos— generan esperanzas de que puedan hacerlo respecto del modelo de exclusión.

En cuanto al sistema de partidos, con políticos también desacreditados en su conjunto, la que hasta hace poco era tenida como principal fuerza de oposición se ve dividida, confundida o implicada por y en el Pacto Menem-Alfonsín. La UCR ha terminado así perdiendo sus limitadas aspiraciones de expresar cabalmente, a través del juego de partidos, las reivindicaciones sociales (que desde hace algunos años ya no le eran especialmente caras).

El panorama se completa con el bajón de algunos movimientos sociales y las lógicas e inevitables limitaciones de las ONG, que no pueden cumplir funciones para las cuales no han sido generadas, aunque se nutran de gran parte de las mejores militancias de esta época. No se les puede pedir que forjen alternativas “macro” ante el sistema, al cual pertenecen parcialmente (por lo menos, desde el punto de vista de sus recursos y de ciertos requerimientos de su accionar).

Por cierto, las ONG avanzan hacia una organización que las coordine mejor y les permita una acción más eficaz. Esto no debe hacernos perder de vista que, como planteó Mallimacci, trabajan con distintos problemas, se encuentran con dificultades diversas y viven del mercado de las donaciones internacionales. Como contrapartida, la índole y origen de movimientos y ONG se ha diversificado, multiplicándose los grupos religiosos que actúan en diferentes zonas y aportan prácticas merecedoras de análisis serios.

El cuadro de situación es duro. Pero no todo está perdido. Ha habido explosiones sociales como las de Santiago del Estero, Jujuy y Salta, dignas de un tratamiento específico, que muestran que sigue habiendo límites para la paciencia de la gente. Los movimientos sociales no han muerto. Están en un proceso de “reconversión”. Se han agregado otros: los de discriminados, de pequeños empresarios, las comunidades de base de connotación religiosa, movimientos de preservación del hábitat (incluso se produjeron las movilizaciones de quienes quieren “preservar los servicios públicos básicos” en Lugano, Mataderos o Colegiales ante el traslado de los villeros de Retiro; y su contrapartida, buena parte de esos villeros, resistiendo decisiones inconsultas y no debidamente fundamentadas de ciertos funcionarios). En el plano político, crece el Frente Grande en Capital y provincia de Buenos Aires,¹ y agrupaciones menores pero pujantes, en todo el país, que se orientan por el mismo camino. Proliferan los grupos culturales (en sentido amplio) con potencial creativo, que, por otra parte, se expresan en notable cantidad de publicaciones. Y debemos tener en cuenta a muchos que aún mantienen la llama encendida y que —con contradicciones y ambigüedades— trabajan en distintos niveles de la acción social estatal, así como sabemos que es posible esperar de la mayor parte de los profesionales participantes de las ONG la búsqueda de un mejoramiento de la eficacia de las mismas, superando sus limitaciones.

De una hipotética confluencia de todos ellos, organizaciones, grupos e individuos, muy heterogéneos, pero con la común inspiración de trabajar por la superación de las consecuencias de la sociedad dual, de luchar contra la marginación y la pobreza (económica pero también política), dependerá la posibilidad de transformar a la Argentina en un país más justo (donde valga la pena vivir).

Esa “confluencia” no se dará en términos de frentes orgánicos, estructurados. Dependerá de la imaginación y buena voluntad de sus dirigentes encontrar formas abiertas, pero también eficaces de aunar esfuerzos en pro de unos pocos objetivos.

Algo parece innegable: no es posible pensar en oposiciones globales y frontales, porque “no hay con qué”... Habrá que oponerse y actuar desde adentro de un modelo de estabilidad sin equidad hoy triunfante pero no perenne, definitivo. Este “desde adentro” no significa olvidar que:

a) no hay realidad inmodificable ni alternativas únicas en materia de asuntos políticos; esta situación no fue inevitable y ninguna futura lo será;

b) es preciso contar con mucha lucidez, honestidad y paciencia para no confundir el reconocimiento de la realidad actual —como punto de partida de lo que se quiere lograr— con acomodación oportunista a los beneficios secundarios de aprovechar los “intersticios” de las estructuras de ayuda social, de los mecanismos democráticos y de las posibilidades ofrecidas por la libertad de expresión y organización hoy existentes.

1. Este artículo se redactó entre febrero y marzo de 1994. Del triunfo del Frente en abril, de sus posibilidades y desafíos se habla en la primera parte de *Los que pelean desde adentro*.

LA DEMOCRACIA ANHELADA

J. M. Domenach sostenía que la democracia es la penetración de lo generado en lo construido.

Cuando un sistema político no es cabalmente democrático desprecia y neutraliza lo que surge de las masas populares, lo generado en los microespacios de la comunidad, en las organizaciones intermedias o en los grupos de solidaridad y acción con objetivos únicos y parciales, como son los llamados “movimientos sociales”.

En cambio, la perspectiva democrática pretende garantizar formalmente la penetración de lo que va surgiendo —de lo que se crea o recrea— en lo ya construido, en lo institucionalizado; la penetración de las influencias de abajo en las construcciones de arriba, para que no exista escisión ni ruptura entre la comunidad y la organización superestructural.

Lo que hasta el momento hemos transitado, desde 1983, es la consolidación de un tipo de democracia restringida, porque se limita —en forma parcial, incompleta— a los ámbitos de la educación, la producción artística e intelectual, las instituciones de la tripartición de poderes, la libre difusión de las opiniones (en caso de tener acceso a los medios de comunicación, claro está).

Una democracia más auténtica exige la expansión consecuente de sus valores, de sus normas de respeto a los derechos humanos y de sus reglas de regulación y solución de los conflictos (que son inevitables) hacia el seno de la sociedad civil y también hacia las formas en que se organizan el trabajo productivo y el consumo de bienes materiales. Si el mundo está dominado por la economía, es necesario pensar que la democracia (un régimen donde rigen los valores y derechos) no puede progresar, no puede consolidarse si no se extiende a la economía, con formas participativas de información, control y decisión. Esa expansión es hoy inexistente.

La democracia implica la preocupación por la sociedad como un todo. Por eso, una democracia solamente “representativa”, la democracia exclusivamente institucional (o “formal”, en la vieja categorización peronista) se desvirtúa en su sentido último. Queda limitada en su dinámica expansiva, deja de responder a los problemas vitales, o responde a ellos en la forma en que podemos ver desarrollada en las páginas de este UNIDOS. Así deja de ser creíble y digna de adhesión por parte de las mayorías. Queda como idea abstracta, entelequia sin encarnadura social organizada.

Por consiguiente, si se mantiene la vocación expansiva, necesaria para que sobreviva el sentido del concepto, la democracia tiene que convertirse en una presencia concreta en los diversos ámbitos de la sociedad. En lo referido a la problemática social y la situación de los marginados, como bien lo señalaba H. Poggiese en el primer seminario de UNIDOS sobre el tema: “No será solo la consistencia con que el proceso democrático resuelva algunos problemas materiales, la que haga

simpatizar con ese proceso, sino también la constitución de un espacio real para que las masas más empobrecidas puedan participar de ese destino” (*Los que quedaron afuera*, Ediciones Unidos, N° 2).

RECORDEMOS AQUELLO DE LA PARTICIPACIÓN

“Participar de ese destino democrático”. Antes de revisar lo que ha ocurrido con los intentos participativos desde 1984, convendrá reafirmar la importancia de la idea-fuerza participativa en el proceso de democratización. Luego vendrá la realidad con su acostumbrada dureza...

Para alcanzar una democracia que se profundice, tornándose más auténtica, para que el conjunto del pueblo ejerza los derechos que la idea democrática le garantiza (pero en la realidad), deben darse, como sabemos, ciertas condiciones socioeconómicas que permitan a cada uno el acceso al trabajo, la conservación de la salud, la educación, la vivienda, el desarrollo personal y el esparcimiento.

Sin duda pocos se opondrán a estos enunciados... pero ¿se apunta hoy a ellos? Porque, para ir a lo más elemental, una política social que tienda a instaurar esas condiciones socioeconómicas debe reconocer y tener siempre presente el origen y la situación desigual de los ciudadanos, las desventajas y sufrimientos de los excluidos y los pobres, las prebendas y beneficios de los poderosos y de los acomodados...

Para compensar la desigualdad de hecho encaminándose a una situación social comparativamente más justa deben imaginarse, ejecutarse y monitorearse programas coherentes. De acuerdo, pero dentro de una “política social” que busque contrapesar la desigualdad y sus consecuencias. ¿Y falta que agreguemos que ello se logrará solo en el marco de una política económica cuyos mecanismos y objetivos sean compatibles con esa búsqueda de justicia?

La experiencia histórica universal nos demuestra que ni aun con esos requisitos se llega a un estado de justicia si todo se maneja desde arriba y sin promover que los destinatarios de la acción social se hagan oír, propongan, discutan, codeciden y controlen. De allí que insistir con la participación no será en vano.

Ningún modelo democrático resultará satisfactorio si no se consolida a través de formas participativas. Y no podrá consolidarse sin la movilización, el respeto recíproco y el compromiso de todos quienes están interesados en que se profundice (con contenidos sociales sustantivos) y expanda (hacia todos los ámbitos humanos).

Los derechos del hombre no se realizan en la exclusiva promulgación de leyes que los protejan, sino en el accionar de grupos sociales para ejercerlos y obtener los fines que se proponen. Se hacen reales por su puesta en práctica colectiva, por el ejercicio simultáneo y simétrico de libertades y responsabilidades.

LOS USOS DE LA PARTICIPACIÓN (1984-1993)

Ha sido caballito de batalla de los partidos populares, se han escrito sobre ella toneladas de papeles y se han presentado y puesto en práctica montañas de proyectos en distintos niveles estatales a lo ancho del país. Veamos cómo se desarrollaron las políticas participativas desde 1984 a la fecha.

Si bien pueden señalarse diferencias entre la gestión alfonsinista y la menemista, hay rasgos comunes que corresponde poner sobre el tapete.

El gobierno de Alfonsín, como sabemos, promovió formas participativas y podemos recordar aquel “Discurso de Parque Norte” (diciembre del 85) en el que la participación integraba, junto a la modernización y la solidaridad, una tríada central para el accionar gubernamental.

Pero a lo largo de su gestión, las políticas de promoción de la participación no se profundizaron, sino que se debilitaron. La realidad expresada por indicadores sobre la vida de los partidos, sindicatos, organizaciones estudiantiles, barriales, de derechos humanos y ecologistas, señalaron más bien apatía y desmovilización; irrumpieron esporádicamente, sin continuidad en la escena nacional. Fracasaron, en su mayoría, los programas públicos de intervención ciudadana. Solo mantuvo impulso la pata modernizante del trípode, en términos de incipientes privatizaciones, apertura de la economía, capitalización de la deuda externa y achicamiento del Estado. Todo ello, por supuesto, casi irrelevante en comparación con lo producido por el actual gobierno.

Me permito hacer algunas acotaciones, puestas al servicio del rescate de la idea de participación, hoy desgastada conceptualmente tras diez años de uso instrumental y falaz y de abuso declamatorio. Estas acotaciones, así como las sugerencias que de ellas se desprenden, deben mucho a escritos producidos por cientistas sociales como D. García Delgado y Vicente Palermo y, por supuesto, a lo escuchado en estos seminarios de UNIDOS.

1) La participación está condicionada por la importancia de aquello en que se participa. No es solo un fin en sí misma: también tiene que lograr resultados, alcanzar eficacia para el cumplimiento de objetivos específicos.

Al respecto tengamos en cuenta que el marco de una política económica basada en el ajuste a ultranza incide sobre el objeto de la participación, actuando como una fuerte restricción. No es extraño que los ámbitos de participación propuestos por el gobierno radical (y también por el menemista) tuvieran escasa significación.

En políticas referidas a la conformación de un modelo de sociedad y al modelo de acumulación social, la participación puede concretarse con diferentes modalidades, empezando por la concertación socioeconómica, y siguiendo por variadas formas de participación directa, como la cogestión (¿podremos aún pensar en la “autogestión” o será demasiado imaginar?), o indirecta, por medio de la representación.

Si esa participación tiene juego como para modificar los modelos mencionados, aunque sea parcialmente, se tenderá a un verdadero protagonismo popular, ya

que como se recordó en las dos ediciones del seminario de UNIDOS, tomar parte de las decisiones implica una redistribución del poder.

Lo ocurrido en estos años es que se la promovió por medio de intervenciones que no alteraron los lineamientos básicos del modelo de sociedad (prefigurado por la política económica), sino que lo confirmaron. Por ello se promovió la participación en espacios secundarios, de manera periférica, sin redistribución de poder. Puede advertirse fácilmente que, así las cosas, se favoreció el sectorialismo de los feudos y se desalentó la creencia de la gente en la posibilidad de cumplir un papel transformador a través de esos mecanismos.

La política económica que concentra poder —como ocurrió con Sourrouille y con Cavallo— hasta disminuir la fuerza de órganos de control constitucionales (como el Parlamento o los Concejos Deliberantes) y usa la participación periférica para legitimarse muestra no solo la persistencia de antiguas estructuras de poder en el país, sino la vocación por un uso perverso de términos relacionados con valores caros a la tradición popular argentina (participación-protagonismo popular). No es extraño que la gente primero se confunda, luego deje de creer en la política y termine en el escepticismo y el cinismo. Ni que muchas buenas intenciones de algunos funcionarios se conviertan en acciones no consecuentes.

2) Hay una relación de parentesco entre desigualdad y desparticipación. La política económica avanza hacia la consolidación de una sociedad dual, con un sector integrado, partícipe de los frutos de la reconversión y otro sector excluido, de importantes capas socioeconómicas, con bajos salarios, precarizados en sus trabajos, con los servicios sociales deteriorados a un punto inimaginable hace dos décadas y sin posibilidad —en el caso de los desocupados o subocupados forzosos— de adquirir capacidades para adaptarse a las nuevas tecnologías productivas. La precarización laboral y la vulnerabilidad social hacen que grandes sectores poblacionales se tornen —como personas y como grupos— más inseguros y dependientes. Consecuencias: la marginalidad y la violencia social que vemos incrementarse sin cesar, acarreado la inseguridad de toda la población urbana, terminan produciendo fenómenos como los vividos en los últimos tiempos con el desarrollo de la paranoia social, expresada claramente por ese fenómeno de la reaparición del justiciero cuentapropista o por la importancia atribuida a la seguridad en las respuestas de sectores sociales bajos a las encuestas sobre los problemas más importantes en la actualidad.

Y no menos importante es saber que los que quedaron afuera reconocen claramente que la sociedad se ha partido en dos: los que están adentro del sistema y ellos. Lo destacó Enrique Martínez en su encendida exposición. Por sobre el abismo entre unos y otros hay un vínculo a tener en cuenta para pensar este asunto: la clase política. “A la cual los que están afuera les demandan una serie de requisitos, no ya de puentes permanentes, sino admitiendo que están a la intemperie”. Los funcionarios, a su vez, refuerzan la percepción de Martínez. Sus

buenas intenciones, sus convicciones y su empuje, como es el caso de la diputada Gioconda Perrini, resultan funcionales a la política económica de los gobernantes para quienes trabajan. “Ella defiende a los pobres, mientras otros los destruyen. Su convicción absoluta sirve para consolidar la fractura”. Este planteo puede pecar de esquemático y exagerado, pero suena a algo conocido también fuera de los límites de Tucumán: quienes la llevaron como diputada terminaron de destruir la antes endeble economía azucarera de la provincia con una desregulación que no se practica en el resto del mundo.

La concepción imperante del ajuste, rígida y dogmática, solo piensa en la gente a través de instrumentos para paliar los efectos de medidas económicas que los condenan irremisiblemente a la intemperie, al afuera.

A su vez, los que, estando afuera, intentan organizarse, suelen luchar más por la subsistencia elemental que por objetivos de superación de la fractura social. Tal el punto al que hemos llegado. La pregunta que siempre se plantea es si en estas condiciones generales será posible revertir la situación sin cambios sustanciales que no dependen de una política “social”, sino de otra más abarcadora: económica y social.

La siguiente cuestión surge de un paso lógico, si recordamos los resultados electorales de 1991 y 1993 y el relato de los funcionarios de Gualaguaychú, vendedores en internas y externas, luego de haber planteado a sus votantes que no podían crear fuentes de trabajo. ¿Cómo se sale de la “imposibilidad” a través de la actividad política?

3) La participación desparticipativa está vinculada, sin duda, con concepciones partidarias fuertemente implantadas. Cuando el temor a una participación no controlada por el partido gobernante es predominante —lo cual viene sucediendo hasta ahora— los programas públicos de promoción social no generan, en la mayoría de los casos, áreas autónomas de participación igualitaria. Más bien, se engendran actividades tuteladas, marcadamente clientelísticas. Al inspirarse, desde sus orígenes, en pautas de rendimiento electoral (por más que su discurso proponga otros fines y sea similar al que compartimos en teoría), generan organizaciones que no son cabalmente participativas, en la medida en que no generan nuevas formas de poder ni redistribuyen el existente.

Se promueve el control, la partidización (respondiendo más bien a sectores internos que “al conjunto” de la fuerza gobernante), vale decir la clientelización. Esto deteriora a las asociaciones y a las personas, genera sospechas y resentimientos sectarios y finaliza promoviendo el alejamiento de mucha gente honesta y bien intencionada, desarrollando el utilitarismo acomodaticio de los restantes, entre ellos —por supuesto— los desesperados, que no tienen más remedio que aceptar las modalidades impuestas.

El temor al descontrol de la participación popular es —para poner un rótulo— claramente elitista, una concepción que lleva a que la participación sea presentada

y alabada como soporte de la democracia, pero se la limite a experiencias que refuerzan el poder de funcionarios y cuadros partidarios.

Esta deformación no es invento nacional. Se ha producido y reproducido universalmente. El elitismo unido al representativismo —la representación siempre es refractaria y socia difícil de la participatividad, aunque muchas veces resulte inevitable— y sumado a la escasez de los recursos necesarios para distribuir bienes materiales, lleva a la oferta de bienes simbólicos, con el riesgo de terminar en la farsa. Hace ya una década, A. Pizzorno escribía en relación con este fenómeno:

Los bienes simbólicos distribuidos en la representación de la política democrática servirían para obtener la necesaria identificación de lo público con la comunidad nacional; se evita, de esta manera, la confusión que las intervenciones de las masas introducirían en las decisiones colectivas. En una versión más cruda, de los bienes tangibles se ocuparían los representantes de los intereses dominantes; los actores políticos actuarían en la representación democrática para mantener alejado al público de las operaciones de poder.²

PACTO Y TEMOR

4) Como sostiene García Delgado, el gobierno de Alfonsín propuso implícitamente un pacto “defensivo” a la sociedad, pues desconfiaba de la potencialidad democrática de las tradiciones históricas argentinas. Se suponía que el miedo a retornar a la época terrorífica de la dictadura militar era el único componente “fuerte” para que las mayorías populares se mantuvieran unidas a las instituciones democráticas (con sus reglas de convivencia y su pluralismo).

Una interesante reflexión de García Delgado es que el pacto impetrado por el gobierno post 83 funcionaba a la inversa del pacto impuesto por el peronismo del 46. Porque el de Alfonsín fue impuesto a las clases populares y no a los dominadores. En los cuarenta, las clases populares debían admitir la propiedad y el control privado de la inversión y la producción. En los ochenta, aparte de admitir eso mismo debieron ceder totalmente su conquista de los cuarenta (contraparte peronista): el derecho a la redistribución de bienes materiales y de poder a través del Estado.

La necesidad imperiosa de evitar el retorno a la época trágica de la dictadura militar cimentó la consolidación de una democracia tutelada, restringida casi a la libertad de opinión y difusión públicas y al pluralismo, pero en una suerte de círculo vicioso en el que se parte de un punto para llegar trabajosamente al mismo otra vez; círculo plasmado en un “pacto” de hecho, sin finalidades que superasen el procedimiento mismo de la competencia política electoral. Acuerdo de hecho que, sin contraparte explícita, fue aceptado implícitamente por la mayoría,

2. Pizzorno, Alessandro, *Sobre la racionalidad de la opción democrática*.

Desde la hiperinflación de 1989 se agregó el segundo temor. El miedo a la desestabilización política con su consecuencia golpista tuvo un socio de refuerzo para condicionar la conciencia colectiva. La estabilidad económica se convirtió en valor de primera, y ahí están los resultados electorales del 91 y 93 para confirmarlo. No es novedad, pero lo repito. Hasta ahora, la nuestra es una democracia condicionada por dos miedos: a la híper, primero que nada, y a la vuelta de la represión criminal, en segundo término. Y el éxito del actual oficialismo le debe mucho a la primera.

Pero si el temor ha servido para el mantenimiento de una política global y del gobierno que la sustenta, no es un buen abono para fertilizar la participación y expandir la democracia.

En períodos de consolidación política de la democracia, el miedo como motivación tiende a fomentar el individualismo, el aislamiento, la privatización de lo social. Nunca se hablará suficiente de cuánto ha perdido lo público (hemos perdido) frente a la apropiación privada en estas últimas dos décadas, con dictadura y después. Se lo ve en la orilla del Río de la Plata, en sus playas usurpadas, o en las calles de la ciudad.

El temor, en las condiciones mencionadas, no favorece la conciencia colectiva, la solidaridad, ni la organización popular como motores de transformación. Por ello, quienes lo utilizan diseñan y ejecutan políticas de promoción de una participación sin trascendencia, sin objeto, destinadas más al logro de adhesiones y a la neutralización de reacciones explosivas, que a fines profundos y valiosos.

MIRANDO HACIA ADELANTE

Si estos breves análisis son correctos, podemos esbozar algunas sugerencias para contribuir a reconectar la idea participativa con las propuestas que intenten resolver la problemática discutida en los seminarios.

Al reafirmar que la auténtica participación no se realiza sin redistribución del poder e intervención de la gente en las decisiones, se deducen algunos cambios:

a) En el sistema productivo y en el mundo laboral. Las reformas producidas en los últimos años tanto en el conjunto de políticas sociales como en el mercado laboral tienen una clara tendencia hacia fenómenos inquietantes por lo nocivos. Se expulsa gente de las fuentes de trabajo, aumentando la productividad de los que permanecen ocupados (sin que se incrementen las remuneraciones... ¡sino que hoy se pretende reducir los salarios —caso Aluar—!). Y, al mismo tiempo, se produce una fragmentación con polarización social de considerable magnitud: corporaciones protegidas que suministran seguridad y estabilidad a un sector, mientras gran cantidad de argentinos quedan condenados al marginamiento, a la desprotección. Esta condena a la intemperie solo recibe paliativos transitorios que, a su vez, los damnificados-beneficiados ya se limitan, en su mayoría, a demandar en forma exclusiva.

La alternativa es ampliar la participación en el sistema de producción. Esto suena a estar contra la corriente cultural hegemónica que domina la concepción oficial, pero sigue siendo la alternativa válida (y posible). Propongo promover formas cogestonarias y mecanismos de información a los trabajadores por parte de la empresa. Que, en el plano global de la sociedad, tiene su equivalente en la transferencia de recursos *a* y la capacitación *de* las comunidades más carenciadas, en procesos que favorezcan la autoorganización, la reeducación tecnológica y la adaptación a las nuevas condiciones del mercado. Adhiero a los conceptos de Martínez, Neffa y Lo Vuolo que podrán verse más detalladamente en sus respectivas exposiciones: capacitación y adaptación son esenciales porque hoy, a nivel mundial, la nueva competitividad se basa en la calidad, en la variedad, en la capacidad para adaptarse rápidamente a nuevas demandas así como al mejor control del tiempo entre la demanda y su satisfacción (Julio Neffa, *Los que quedaron afuera*, Ediciones Unidos, N° 2, 1993).

Pero también es preciso revertir con medidas económicas y sociales de nuevo cuño el proceso de fragmentación, en función misma de la búsqueda de competitividad. Lo enseña la experiencia histórica, como lo sintetiza Rubén Lo Vuolo:

Las experiencias de los países que hoy lideran el dinamismo económico mundial, muestran que la competitividad internacional no se logra a partir de sociedades fragmentadas, sino que es el resultado de la difusión de la productividad, la propiedad y la calidad de vida al conjunto de una sociedad integrada con grados razonables de equidad.

Y si me preguntan por el tipo de medidas (que, en general, los especialistas en economía de las políticas sociales podrán enumerar mejor que yo), pongo una muestra. Lo Vuolo, en *Los nuevos escenarios de la política social en la Argentina* (mimeo, 1993), hace hincapié en la necesidad de retornar a la selectividad progresiva en materia tributaria, para no someter a las políticas sociales a los ciclos económicos globales, ni crear la ilusión de que la acumulación privada de algunos nada debe al conjunto del sistema social. Así, propone “trabajar por el lado de los tributos, fomentando aquellos que recaen sobre las expresiones de riqueza, los que son menos volátiles y los que recaen sobre transferencia de patrimonios...” (p. 18).

El disciplinamiento tributario se está aplicando en una sola dirección. Se disciplina a los laburantes pero no a los empresarios. Temo que estos no se preocupen demasiado por la tecnología que manejan, la capacitación laboral, etc., en vistas a la adaptación que mencionábamos a las tecnologías adecuadas. No hay política clara del Estado al respecto. Las carencias son de los empresarios y de los gobernantes.

Sin embargo, es obvio que la disciplina laboral ha de ser también empresaria. Si tomamos el caso de Japón encontramos esa disciplina y una participación (*sui generis*, por cierto) de los trabajadores. En sus principales empresas, en las de punta, no se pensó en la precarización del trabajo. Al revés, y como es sabido, el

trabajador japonés entra a una empresa casi “de por vida”, ligando su destino con aquella (ver J. Neffa, *op. cit.*).

No se trata de tomar mecánicamente como modelos a Japón o Alemania (aeromodelismo que se ha demostrado nefasto en nuestra historia), pero recordemos que esas potencias industriales de la actualidad recorrieron un camino muy distinto al de cargar sobre los trabajadores todo el peso del ordenamiento productivo. Y es incontrovertible que no alcanzaron sus logros más importantes precarizando el empleo o dejando fuera del sistema a un 40% de la población.

b) El corolario de lo anterior nos remite a un planteo general sobre la economía. Es difícil que haya consolidación democrática real ni política social adecuada si no se modifica el sentido último de la política económica. Cambiar la economía orientándola a fundamentar sus metas en la búsqueda de la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del hombre de carne y hueso. Para decirlo en el viejo lenguaje de nuestra tradición: poner la economía al servicio del hombre y no a la inversa, precepto olvidado, violado por la dirigencia actual. Hay que colocar al hombre como centro de la cuestión social. Esto requiere abandonar el paradigma vigente de subordinación de la política a la economía. Lo político debe recuperar su predominio sobre lo económico; lo político, por supuesto, como dominio del bien público, no como politiquería en beneficio de camarillas, sectas, feudos o como quiera llamárseles.

Habría que superar dilemas falsos del estilo estatal vs. privado, recordando que lo público no se agota para nada en lo estatal, que existe una dimensión social, cogestionaria o cooperativa de lo público, en todos sus niveles.

c) En la consideración de la problemática social debemos rechazar la tendencia a caer en algo parecido al tradicional extremo de cierta izquierda, condensable en la expresión “cuanto peor, mejor”. Que en relación con la acción social se traduce en la suposición de que dar respuesta a las necesidades de la gente es “hacerle el juego al sistema”.

No se le hace el juego al sistema si se colabora en la consolidación de la conciencia de los derechos ciudadanos por parte de los carenciados. No se le hace el juego si se aporta a la construcción de organizaciones populares que se apropien de los saberes monopolizados por otros sectores sociales (desde técnicas de construcción hasta manejo político, cuestiones presupuestarias y económicas en general).

Se trata de la conformación de esos “actores sociales significativos” de los que nos habló F. Mallimacci, que podrán dialogar y/o enfrentar a técnicos y funcionarios, en el juego inevitable de negociación, presión y enfrentamiento.

Conciencia de necesidades insatisfechas y derechos no ejercidos, organización grupal y recursos para encarar la acción pueden ser la garantía de que las “redes de seguridad” pregonadas como consigna en torno a la política social se tejan más en beneficio de los pobres que de las políticas de ajuste a rajatablas (según el dilema establecido por Fernando Mercau).

Tal vez este planteo de los actores sociales significativos parezca fruto de un idealismo optimista, teniendo en cuenta la avasallante profundización del ajuste, su respaldo político, económico y hasta simbólico. Los resultados electorales del 91 y el 93 en Argentina, por ejemplo, avalarían tal sospecha con el peso de su realidad. Pero también existen otros indicios reales, como el desarrollo, en la última década, de luchas sociales que, aun derrotadas, han dejado organizaciones en actividad, han promovido nuevos liderazgos de base y originado redefiniciones de roles, diagnósticos y métodos de lucha.

Hemos hablado de estrategias predominantes de supervivencia en las organizaciones de marginados; pero si bien las estrategias pueden cristalizarse y quedar atadas a objetivos mínimos, también pueden transformarse en otras más ambiciosas, incorporando nuevas metas y extendiendo su accionar a medida que las organizaciones se consolidan y adquieren experiencia. De ahí la importancia de prestar atención a los relatos de los compañeros de Córdoba, Santa Fe y La Matanza. Si una demanda puntual (incluso no satisfecha) muestra a los actores el entramado concreto de intereses contrapuestos, de dificultades técnicas y presupuestarias, de limitaciones propias y ajenas que es necesario enfrentar, ya se ha avanzado un paso. Y si la demanda resulta satisfecha, el éxito enseña a todos la potencialidad de los grupos sociales cuando se organizan y actúan.

De allí que en este seminario se haya planteado con justeza que para las ONG el desafío principal consiste en la capacidad de aumentar el poder de negociación social de los grupos carenciados, evitando operar consciente o inconscientemente como vanguardias de un sujeto colectivo, en aquella lógica de la futura “toma del poder” por un ente similar a un “partido revolucionario”.

Las fuerzas políticas de signo popular deberían tener todo esto muy en cuenta, respetando al máximo la autonomía de las organizaciones sociales, su especificidad, su derecho a no ser utilizados predominantemente como fuentes proveedoras de recursos políticos (votos, cuadros o acompañantes de una actividad que se limita a instrumentarlos). También estas observaciones pueden ser sospechadas de ingenuidad. Porque ¿pueden los dirigentes políticos escapar a la lógica imperante del uso descarnado o, simplemente del “toma y daca” con los necesitados? Si no pueden, dejarán sin resolver una cuestión que se vienen planteando desde hace más de un lustro: la vinculación de la política y la problemática social, sin manipuleo de esta o sin parcialización de aquella.

RECONOCIMIENTO FINAL

Las experiencias relatadas por los compañeros de Córdoba, de Santa Fe, de La Matanza, por Gioconda, la bravía representante de Tucumán, son un bálsamo para las heridas de la época y alientan nuevamente la ilusión. Más allá de la destrucción y el desaliento, resurgen formas de agolpamiento solidario, con nuevas ideas y metodologías de acción, con proyectos valiosos, que merecen respeto y apoyo.

Si, como dice Graciela Palomeque (Organización de Base por los Derechos Humanos), proyectan constituirse en fuerza política con nuevas formas de práctica, tenemos la prueba de que no en todas partes se trata solo de sobrevivir y de reclamar lo ofrecido desde el Estado. Cómo se resolverán los problemas posteriores a esa conformación política, es otro cantar. Pero la esperanza, como el poder, a veces viene en micro. Son fragmentos que tienen la posibilidad de dar paso a configuraciones de mayor envergadura, aptas para superar la decadencia de la representatividad política y social.

Ha sido gratificante y reparador el diálogo con estos compañeros de base que, junto a funcionarios y especialistas participantes en el seminario, nos dejaron la sensación de que nada es irreversible, que hay lugar para reformulaciones y encuentros. Vale decir, que hay un futuro posible para la Argentina deseada. ■

EDICIONES UNIDOS N° 4. *¿EN EL 2000 TAMBIÉN?*

SEPTIEMBRE DE 1995

Mesa redonda

EL TRIUNFO MENEMISTA Y LO QUE VIENE

Intervención de Mario Wainfeld: “Más de lo menemismo”

Estos cretinos apuestan a la gente. A lo peor de la gente.

Dicho por Héctor Alterio en *Caballos salvajes*.

Le pregunto: “¿Qué pasa por allí abajo?”.

“Nada, nada, no veo un carajo”.

*“Mi novia se cayó en un pozo ciego”,
Los Fabulosos Cadillacs.*

En un libro que he extraviado¹ Stephan Zweig cuenta su versión de la batalla de Waterloo. La reconstruyo —con la semiamnnesia que enaltece la madurez— al servicio de lo que quiero contar. Napoleón perdió la batalla, la guerra, el Imperio, porque

1. *Momentos estelares de la humanidad*, editorial Tor (creo).

uno de sus lugartenientes, Grouchy, incurrió en exceso de obediencia. Grouchy debía esperar órdenes del Emperador para moverse. Ante el avance sorpresivo de las tropas de un general ¿prusiano? —Blücher—, Grouchy se vio en un dilema de hierro: le parecía que debía mover a sus hombres, pero tenía ordenado ejercer la sabiduría esencial del soldado: acatar órdenes en posición de firmes. ¿Qué hacer? Militar al fin, optó por la obediencia. Se quedó en su posición. Si se hubiera movido —sugería Zweig— otro hubiera sido el resultado de la batalla. Creámosle por un momento. ¿Hubría sido otro el resultado de la guerra?, ¿de la historia? Sin saber nada de guerras, de batallas ni de la historia en cuestión, cuesta creerlo. Napoleón pudo ganar esa batalla, pero no podía ganar esa guerra, fundar un imperio perdurable en Europa. La historia es así: combina determinantes estructurales y anécdotas, datos ineludibles, cruces enérgicos de personalidades, carambolas o bartolas del destino. Pero las proporciones no son idénticas. Perón podía haber pasado a retiro el 16-10-45 a las 9 h, no haberse cruzado con Evita, Diego haber esquivado el control antidóping, Menem haberse masacrado en un rally en 1986... de todas formas es más que probable que hubiera existido peronismo, que Brasil hubiera ganado el Mundial 94 y que en la Argentina actual la revolución conservadora dominara la escena.

Quiero decir algo sencillo pero no demasiado consensuado: hay un exceso de fruición por Menem en la mayoría de nuestros relatos de época. Menem es fascinante —qué duda cabe— y lo rodea un zoo nada desdeñable. Pero a menudo la crítica es epidérmica y parroquial. Epidérmica porque se centra en el arribismo, en la condición mersa del menemismo, sin advertir que esa faceta irritativa para sectores medios es contracara parcial de un costado modernizador, transgresor y provocativo que seduce a muchos argentinos,² no tan distinto al de Evita, al de Gatica, al de Diego.³ Es parroquial porque atribuye todo lo que nos ocurre apenas al menemismo; no ve que hay una onda mundial —la revolución conservadora— que encontró en Menem —o aún mejor en el peronismo— un eximio intérprete local.

MASOQUISTAS VOTANDO SÁDICOS

Iré más al grano: si usted, lector, cree a pie juntillas que las víctimas votaron a los victimarios, que la elección del 14 de mayo pasado demostró que buena parte del pueblo argentino es masoquista o que el oficialismo que la ganó holgadamente es

2. El costado transgresor de Menem, su condición de mersa, de nuevo rico, genera enojos y rencores de clase que sugieren que el peronismo no existe, pero los gorilas... que los hay, los hay.

3. Maradona es un inencasillable transgresor-integrado, como Menem. Una parte del progresismo nacional se ha empanzanado tratando de traducirlo ideológicamente, de deducir que su amistad con Fidel y su bronca con Havelange responden a algo más que sus pasiones personales. Esa visión ideologista parece ignorar que Diego es, sobre todo, Diego, y en todo caso, como otros tantos, un personaje de la tele; el protagonista de un culebrón cuyo libreto escribimos todos día a día.

una horda de sádicos, no siga leyendo este artículo. Es más, le aconsejo que abandone este libro. Lo que viene, en este bloque en especial, es el intento de atisbar racionalidad en el voto popular, lo que no quiere decir acordar con ella ni dejar de discrepar, hasta de odiar al marco histórico que la condiciona. Siempre es mejor odiar a las circunstancias que despreciar al prójimo. Tras la elección proliferaron explicaciones-reacciones de intérpretes progresistas que —con honrosas y escasísimas excepciones— demostraban más encono que análisis y un clasismo o racismo subyacente dudosamente compatible con el sector de proveniencia. Este proemio pretende discutirlos sin por ello insinuar que el pueblo nunca se equivoca. Ni UNIDOS ni quien esto firma tienen por qué incurrir en el oportunismo estadístico de desdecirse tras años de luchar contra el menemismo y el ajuste neoconservador. Además, el proverbio “el pueblo nunca se equivoca” es demodé, dogmático y no sirve para sustentar una discusión actual. Demodé porque se acuñó cuando en Argentina había elecciones libres en forma episódica. Eran, en rigor, tajantes plebiscitos (Braden o —si se quiere— Unión Democrática contra Perón en el 46; liberación o dependencia en el 73; Alfonsín o el pacto militar sindical en el 83). En ese marco, con una visión predemocrática, casi bélica de la política, se llamaba “pueblo” a la mayoría triunfante. “El pueblo no se equivoca” es, pues, un dogma populista acuñado en un país que ya fue. Cuando nuestra relación con el sufragio era la de amantes: nos veíamos cada tanto, con enorme pasión, jugándonos, pero vivíamos en otro lado.

Hoy día, casados con la democracia, habituados, sin pasión, con elecciones cada dos años de concejales, consejeros escolares o vecinales, diputados nacionales, provinciales, etc., discutir si el pueblo se equivoca queda fuera de contexto. ¿Qué es pueblo? ¿La primera minoría? ¿El padrón provincial, el nacional, el municipal? ¿Se equivoca el pueblo tucumano cuando vota de una forma en mayo y de otra en julio? ¿Se equivoca una vez? ¿Las dos? En tiempos de rutina democrática hay que terminar con dogmatismos que excluyen minorías, ignoran la posibilidad de cambio del electorado... y de paso asumir con algo de entusiasmo el paradigma “el pueblo tiene derecho a equivocarse en lo que a sus intereses concierne”.

Quienes estamos en contra, tenemos el derecho y el deber de comprender e intentar modificar ese estado de cosas, sin odios, sin desdenes y a la vez sin resignación. Porque la negación de la racionalidad ajena puede ser subproducto de la bronca o la impotencia, pero también una versión progre del individualismo y la desmovilización tan de moda. Si el conjunto social es irracional, masoquista y hasta suicida, la acción política es vana y cada uno puede dedicarse a lo suyo, que total igual se chocan los planetas.

LA REVOL-CÓN

Borges explicaba —o inventaba— que oxímoron era una expresión con una evidente contradicción interna, como “blando mármol”, “nieve negra” o “graciosa

torpeza”. “Revolución conservadora” parece un oxímoron clavado. Pero no lo es. Puede hablarse de “revolución”: el cambio ha sido brutal. Aunque quizá sea más adecuado decir “reacción”, vuelta atrás, al pasado. Un revol-cón como sugería el ingenio de Arturo Armada. Porque no hay retroceso lineal: parte del pasado se inserta en el orden global que deja a un continente —África— en situación peor a la que tenía cuando los imperialismos lo explotaban cruelmente. Un orden que solo socializa sus pérdidas y sus límites: el consumo de los poderosos nunca podrá ser alcanzado por los otros. Primero porque no va a ser y segundo porque si así ocurriera el medioambiente no resistiría. Los africanos serán *for ever* feos y sucios: nunca podrán comprar desodorante. Peor: si pudieran y quisieran usarlo como hacen, por ejemplo, los yankis, perforarían la capa de ozono y chau tierra. Tranquilícense, émulos de Norberto Bobbio: la democracia no es ingobernable. Pero ojo: el capitalismo sí lo es desde que nació en Europa arrastrando sangre y barro. No hace falta desempolvar a Marx; basta releer a Balzac o Dickens, a quienes horrorizaba el capitalismo naciente, la hiperexplotación de mujeres y niños que destruía las familias, pervertía y embrutecía a los pobres. Se habían quedado en 1745: escribieron páginas memorables, pero no tenían una propuesta alternativa.

Las alternativas surgieron en este siglo. La más importante, el socialismo, proponía ser productivo como el capitalismo, pero con equitativa distribución de la riqueza, con planificación, con igualdad. El socialismo no solo cambió los países en que arraigó: también fue una provocación a la conciencia de los explotados que vivían en otros. Un mix entre ese desafío y la crisis del 30 obligó a las democracias capitalistas a planificar su economía, promover empleo e industria, subsidiar a los desempleados. El Estado actuaba como moderador de los ciclos económicos, contrapeso del mercado. El New Deal norteamericano, las socialdemocracias europeas, los populismos tercermundistas combinaron capitalismo con intervención estatal, protección y promoción de industrias, de los sindicatos, etc.

A mediados del siglo, para todas las ideologías, la historia era auspiciosa: tenía un sentido, su desarrollo auguraba un futuro mejor. Cualquier gobierno, de cualquier signo político, asumía la obligación de suministrar educación, trabajo, salud, de mejorar la vida de sus gobernados. Se autodefinía como continuidad de un pasado gratificante, promovía un presente con incentivos que garantizaba un futuro promisorio. De Gaulle se proclamaba continuador de Napoleón. Perón de San Martín, Rosas e Yrigoyen. Fidel Castro de José Martí. Mirados desde hoy, esos líderes se parecen más entre sí que a cualquier gobernante actual: tenían rasgos ideológicos comunes. Parte de sus diferencias, desde luego no todas, dependían de las diferencias estructurales entre Francia, Argentina y Cuba: cultura, historia, recursos humanos, inserción geopolítica.

Todo modelo político estaba “condenado” —en lo posible— a asegurar ciertos mínimos inderogables a sus integrantes. El compromiso imponía límites —variables según los casos, pero muy altos si se los mide con estándares actuales— a la lógica

del capital. Los pueblos por aquel entonces existían. Creían que las necesidades eran derechos que podían reclamar y hasta alzarse en armas si les eran negadas. Cuando podían —en Argentina muy de vez en cuando— votaban contra quien los defraudaba. Entonces decíamos —altaneros— que los pueblos no se equivocaban.

Eran otros tiempos. Hoy casi ningún gobierno se siente obligado a que haya pleno empleo o a que no existan marginales; como mucho a disminuir sus proporciones. Ni sus súbditos reclaman tanto. En Berlín, junto al estalinismo, se desmoronó la utopía de una sociedad mejor, de un desafío al capitalismo. Recurso apto, aunque sea para psicopatear a los capitalistas nativos (“miren que si no hacemos algo vienen los rojos”). Perón de eso algo sabía.

Al fin del milenio conviven casi sin antagonistas capitalismo y democracia. Media entre ambos una contradicción esencial: en el capitalismo solo valen los que tienen. En la democracia todos valen uno, o debieran valer. Pero en estos años la democracia no ha impuesto límites a la voracidad capitalista, que la corroe. Es imposible explicar con criterios convencionales que los más voten para dar más poder a minorías que ya ni los explotan: los dejan afuera. Pero la revolución conservadora ha arraigado en la conciencia de hombres y mujeres y convulsionado la vida política. Acá, la encabeza el abanderado de la esperanza, que come pizza, toma champagne y está convencido de que mientras realice puede decir (y desdecir) lo que le venga en gana. Un peronista de ley.

EL PERONISMO SALIÓ PRIMERO Y SEGUNDO

Bien mirado no podía ser de otro modo. El peronismo tiene (¿cómo decirlo?) un nivel de productividad —para el bien, para el mal, para la emoción, la gloria, el grotesco, la tragedia y el robo calificado— muy superior al de su competencia política. El tema, siempre ríspido, puede desembocar hacia cualquier divague pero va siendo hora —desde una lectura no gorila ni menemista— reconocer cuánto de peronista tiene Menem en defectos, virtudes y estilo.

Ajustar ajustan todos. La pregunta del millón es: ¿por qué pudo el peronismo ajustar (y cambiar) tanto sin perder votos? ¿Por qué Menem pudo zafar del desprestigio que desbarrancó a Collor de Melo, Carlos Andrés Pérez⁴ o Alan García? Tal vez pudo porque no solo conservó mañas, manipulación o votos cautivos. El peronismo tiene arrobos de eso pero también es una densa tradición política baqueana en husmear para dónde sopla el viento, cuáles son los reclamos populares (¿debí decir “demandas”?). Esa densidad ayuda a explicar la victoria del PJ y también a entender por qué la anhelada tercera fuerza de oposición termina liderada por dos

4. Según el investigador norteamericano Steve Levitzky el caso Carlos Andrés Pérez-Acción Democrática es el más similar al menemismo: fuerza populista con implantación sindical y tradición de reparto que vuelve para ajustar. Carlos Andrés resistió pocos meses y AD se hizo crema...

peronistas, ex peronistas, peronistas en tránsito o lo que sean Chacho Álvarez y Pilo Bordón. Hilando apenas más fino puede arriesgarse que la propia interna abierta del FREPASO tuvo ingredientes de históricas disputas internas del peronismo.⁵

LA REACCIÓN PRODUCTIVA

Quiérase o no, el peronismo ha sido el único partido que, a lo largo del siglo, logró llevar adelante, para bien o para mal, las transformaciones profundas del país.

Dan Adaszko, *Nueva Sión*, junio de 1995.

El éxito de la revolución conservadora en Argentina es más impresionante que el caso brasileño: la incompatibilidad de la derecha clásica argentina con el peronismo es enorme, es cultural y estética. La derecha argentina es muy elitista y aristocrática y el peronismo es una de las fuerzas más plebeyas de América Latina. Y sin embargo...

Marco Aurelio García, dirigente del PT de Brasil, entrevista concedida al autor.

No estoy descubriendo la tremenda pujanza del peronismo, su capacidad proteica. De ella hablan las citas precedentes, y Daniel Arroyo y Juan Giani en este volumen. Pero a menudo los análisis “progresistas” o de izquierda suelen centrarse (no errada pero sí excesivamente) en masas disponibles, manipulación, clientelismo sin —al unísono— computar aptitudes políticas de quienes utilizando entre otras esas herramientas convocan el 50% de los votos del padrón nacional. Un ejemplo: Alfonsín advirtió, después de algunas zozobras, que tenía que privatizar. Se apretó la nariz, designó a Terragno y acometió con Aerolíneas y los teléfonos. Se topó con que le faltaban votos en el Senado y perdió. Imagine, lectora o lector, al menemismo en la misma situación: convencido de que debe privatizar y faltándole votos de tres o cuatro senadores. ¿Piensa usted que eso lo habría detenido? Como decía el inmortal Isidro Parodi, córrase un poco que voy a escupir.⁶ Habría arre-

5. La discusión sobre la cultura de gobierno, la experiencia administrativa, etc., seguramente se superpuso con viejos debates internos al peronismo, tema poco explorado tal vez por ser incómodo a casi todos los intérpretes. El Chacho Álvarez es un transgresor de origen peronista. Sospecho que en la interna del FREPASO se votó, entre otras cosas, su condición de tal, frente al más integrado Pilo Bordón.

6. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, “Seis problemas para don Isidro Parodi”, Planeta.

glado, sobornado, dictado un decreto o lo que fuera, pero es difícil imaginar que una “minucia” de esa naturaleza hubiera frenado al menemismo.

Si no le gustan ejemplos hipotéticos, va uno que no lo es. Es fácil advertir hoy que Duhalde acumula con los Fondos del Conurbano Bonaerense (“¡qué vivo!... ¡Con dos millones de dólares diarios!”). Es menos obvio que Duhalde pidió esos fondos en un momento de enorme debilidad: en 1991, cuando el PJ corría riesgo de perder por paliza y Menem lo apretó feo para que fuera candidato a gobernador. Casi sin margen de maniobra, obligado a aceptar, Duhalde, como Mohammed Alí, retrocedió pegando: pidió plata y mucha para hacer asistencialismo electoralista. ¿Es de manual? No tanto: otros dos inventos de Menem, el cantautor Ortega y el carismático Reutemann, también solicitados como salvavidas, no se percataron de pedir lo mismo, pese a que ambos estaban menos forzados que Duhalde a aceptar, tenían más juego. Nótese que de los tres solo Duhalde obtuvo la reelección. La política es, al fin del milenio, un show, pero conserva su lógica. Duhalde —un peligroso caudillo conservador (filo reaccionario) popular— prueba que el peronismo es algo más que una bandera que arrastra descerebrados. Nunca creyó que los votos cautivos alcanzaran. Pidió plata para gobernar, para revalidarse, y ahora sigue pidiéndola. Cree más en la racionalidad del votante —acotada, condicionada, pero racionalidad al fin— que muchos intérpretes de izquierda; está convencido de que debe darles “algo” (por poco que parezca) para volver a contar con su voto. Es menos despectivo que muchos progres más dispuestos a denostar a los pobres que a cambiar la realidad que los condiciona. Seguramente esa es una de las razones por la que saca tantos votos.

EL REMOTO 14 DE MAYO

El 14 de mayo parece remoto, pero fue apenas ayer. El resultado sorprendió. No debió ser para tanto: era seguro que el PJ y sus infinitos sublemas (en la Capital Menem presidente encabezaba 5 de las 14 boletas presentadas ad hoc) saldrían primeros con no menos del 40% de los votos. Para lo que hizo (y es) este gobierno ya era una enormidad. Fue rebasada y eso dejó atónitos a intérpretes y protagonistas y a mi ver hizo perder de vista cuán alto llegó el FREPASO. Se compara el resultado con la mejor expectativa que se tuvo, digamos, en abril del 95, llegando a conclusiones entre escépticas y despectivas. Serían muy distintas si se comparara con lo que podían haber sido expectativas optimistas en 1993 o 1994, aun después de la elección para Constituyentes. Nunca, salvo por como mucho dos meses, se pensó que el FREPASO pudiera ganar la elección nacional. El 30% de los votos del padrón nacional logrado por una fuerza en formación equivale a lo que logra frente a un bipartidismo fuerte, el Frente Amplio uruguayo, que tiene veinticinco años de historia y niveles de congruencia y acumulación política mucho más altos que el FREPASO.

El radicalismo hizo todo lo que estaba a su alcance para bajar, pero —a mayo de 1995— esta fuerza centenaria con punteros, dirigentes y fiscales en cada punto del país tenía un piso, al que llegó. Si le hubieran dado tiempo habría podido “superarse”.

El PJ, en cambio, no estaba destruido. La alianza que sumaba —por decir algunos nombres— Menem, Duhalde, Cavallo, Busti, Kirchner y —por decir algunas siglas— PJ, MODIN, UCEDE, partidos feudales-reaccionarios-procesistas del interior era un hueso duro de roer. Menem no terminaba su primer mandato como sus colegas Sobremonte, Alfonsín o Angeloz. Dominaba el centro de la escena, muchas de sus políticas (muy especialmente la convertibilidad) tenían amplio consenso que se extendía incluso a varios de sus funcionarios (por ejemplo, la hoy casi prófuga dupla Cavallo-Tacchi).

Vencer a un PJ sólido era una tarea por demás ardua. Es bueno recordar que de enero a mayo sus capos no se comportaron como vienen haciéndolo desde el comicio. No se pelearon en público, no se hicieron zancadillas, unificaron el discurso. Sus más grotescos integrantes no aparecieron pegándole a nadie en Punta del Este y la familia Yoma (salvo el trágico episodio de Carlitos Menem) se llamó a silencio y a sosiego. La sabiduría electoral, rubro en el que Menem puede sin competencia decirse heredero de Perón, hizo que los gritones bajaran el tono, las peleas palaciegas se difirieran y los gostanianes optaran por el perfil bajo.

Vencer al PJ habría sido misión imposible e impensable si no hubieran mediado la decadencia de la UCR y el ballotage urdido en Olivos y consagrado en el Paraninfo. Con esas ayudas llegó a fantasearse un resultado muy improbable porque el PJ tenía, como es su estilo: a) una oferta surtida en políticas y estilos (Menem, Duhalde, Moine, Lafalla, Juárez, Escobar no son iguales entre sí); y b) como socios al miedo, a la parálisis, a la ideología individualista que azota estas pampas desde hace ya casi veinte años.

La sociedad herida y asustada por el genocidio, una guerra internacional perdida, dos hiperinflaciones y al menos dos fracasos democráticos (1973-1976 y 1983-1989) adoptó como ideología las estrategias de supervivencia y como valor fundante la estabilidad. Eso no es irracional pero sí cortoplacista e individualista. La estabilidad es un valor conservador, que ideológicamente tira a derecha. Conservarla a cualquier costo es renunciar a una de las esencias (de las gracias, en otros tiempos) de la vida y la política: el cambio. Promover un cambio aceptando como *leitmotiv* la estabilidad (“un cambio seguro”) era promover un novedoso oxímoron.

El complicado camino del FREPASO (mostrarse diferente y al tiempo idóneo para gobernar, es decir moderado, filocavallista) era un límite objetivo a sus posibilidades. El Frente Grande podía haber endurecido su perfil, haber ido a las elecciones solo (sin Bordón-PAIS). Esas apuestas eran razonables y congruentes desde varios puntos de vista, pero no desde el de crecer electoralmente y aun de vencer al menemismo. Coincidió con Arturo Armada y la mayoría de los intérpretes en que la victoria “interna” de Bordón sobre Chacho Álvarez y los hechos posteriores

sugieren que para crecer había que acreditar un perfil no tan opositor, moderado, parecido a los votantes. Era una contradicción en los términos que tenía riesgos y límites. Para el FG, el riesgo de que el candidato fuera Bordón; para el FREPASO el riesgo de que ante pocas diferencias el votante votara al malo conocido.

De todos modos, la impensada posibilidad de cambio en la élite gobernante fue la opción elegida por el FREPASO y apoyada por el electorado, que desdeñó alternativas de izquierda testimonial con pocos votos. El criterio predominante pareció ser privilegiar la chance de un cambio moderado de políticas y un relevo ordenado del menemismo. Se especuló con que si se sostenía la proclamada voluntad de administrar responsable y eficazmente, de asignar mejor los recursos y de luchar contra la corrupción podía producirse en el corto plazo un cambio importante para los sectores más desfavorecidos.

Algunos apostamos también a un cambio, diríamos, gramsciano: la sociedad podía cambiar si percibía de sus dirigentes señales de conducta diferentes a las que identifican a la actual coalición gobernante. El surgimiento de una nueva generación dirigente responsable, austera, honesta, que privilegiara el bien común al interés particular y el trabajo a la diversión podía tener un efecto ejemplarizador y dinamizador para una sociedad desencantada. Podían haberse emprendido otros caminos. Los más evidentes eran privilegiar la coherencia a costa del crecimiento; por ejemplo, mantenerse como Frente Grande con o sin El Molino o bien consolidarse como partido porteño. Eran todos legítimos, acaso algunos más sensatos y etapistas. La opción dependía de previsiones y valoraciones y estaba fuertemente condicionada por el lugar que ocupaba cada intérprete.⁷ No creo que ninguna opción deba cuestionarse por poco ética. Ni que “redoblar la apuesta” y endurecer el discurso hubiera ganado más votos. El FREPASO jugó fuerte en mayo del 95 y no le fue nada mal. Eso no quiere decir que haya hecho una campaña perfecta. Pero sus mayores errores y torpezas ocurrieron antes de la campaña y después del comicio.

Por muy liviana que fuera la propuesta del FREPASO era una propuesta de cambio. Incitaba un poco al riesgo, al vértigo. Poco erótica pero riesgosa. Una sociedad fragmentada, conservadora, votó como tal. Cada uno atendió su juego, por egoísta y poco ambicioso que fuera. Cada uno defendió su posición, por endeble que pareciera. Eso no es irracionalidad, pero sí carencia de estrategias colectivas. Retomemos algo que dijimos en el UNIDOS anterior, reescribamos lo dicho unos párrafos más arriba: el pueblo no se equivoca... antes bien, no existe.

7. Por ejemplo: quien esto escribe pensaba que era más sensato apostar fuertemente a la municipalidad porteña, replegarse parcialmente ante las elecciones presidenciales de 1995. Me parecía un camino posible y menos traumático. Claro que esa opción implicaba resignar posibilidades de crecimiento nacional y era rechazada por militantes y dirigentes menos unitarios que el suscripto.

Dicen nuestros amigos de *El Ojo Mocha*:⁸

(el pueblo) ya no existe porque ha sido remodelado aquello mismo que ha sido su orgullo y blasón: el sentido común, ese sentido común que ahora ya no es el que los antropólogos vieron como resguardo creativo de las culturas o como colocación crítica e intencionada de lo cotidiano, sino que es la abstracción consumista y desde ya clientelista.

Los excluidos, según Martín Hopenhayn,⁹ tienen “una proliferación asombrosa de oficios de supervivencia y estrategias para no sucumbir, así como el desplazamiento continuo de una estrategia a otra... Todos tienen sus pequeños proyectos capaces de colmar el día, la semana, el mes o a lo sumo el año”. Y añade, hablando también de los incluidos, “el horizonte a corto plazo se ha convertido en el horizonte total de la vida diaria tanto por efecto de lo precario en unos y de lo provisorio en otros, como por la aceleración del cambio en todos los ámbitos de la vida cotidiana”. Sin horizontes, sin certezas, sin previsiones, sin pertenencias colectivas, el sálvese quien pueda como ideología, el respeto a los poderosos como credo, no son irracionalidad pero pueden ser un sistema de suma cero o casi. El dilema de la etapa es cómo registrar ese vizcachismo sin someterse a él, tironeándolo.

DESPUÉS DE MAYO

La realidad siempre sorprende. Muchos pensaban que —tras la goleada del 14 de mayo— viviríamos una hibernación política y una serena hegemonía del oficialismo, la segura decadencia del radicalismo y la entropía del FREPASO. Casi ninguna profecía se cumplió. La UCR, gran derrotada de mayo, resurgió parcialmente de sus cenizas. Demostró que sus partes suman más que el todo: mejoró en Tucumán, encabezó la Alianza en Santa Fe; tiene perspectivas serias en Capital y algún otro distrito. Sus referencias nacionales siguen haciendo de quinta columna: Alfonsín, Angeloz, Jaroslavsky hacen lo que pueden por destruir al partido de Alem e Yrigoyen.

El FREPASO se encontró con un patrimonio electoral sin traducción institucional. La acumulación pre Santa Fe (casi un tercio de los votos con una sola minúscula intendencia) debe ser caso único en el mundo. Algunos conflictos post mayo eran lógicos y previsibles: a) los derivados de su precaria y estresante legalidad interna; b) los derivados de la enorme distancia que media entre Álvarez-Bordón y sus seguidores; c) los que son producto de una conducción bicéfala (la praxis política tolera las conducciones colegiadas pero no los números pares y menos la diarquía) y d) los que ponen en crisis la propia relación Bordón-Álvarez y

8. *El Ojo Mocha*, Editorial, N° 6, invierno de 1995, p. 3.

9. “El día siguiente a la muerte de una revolución, *Oikos*, N° 7, marzo de 1995, p. 70 y ss.

aun PAIS- FG habida cuenta de que lo que era mérito para competir en las elecciones presidenciales (perfil gobernante-funcionario, moderación de estadistas antes que oposición militante, ambigüedad respecto del peronismo) puede ser lastre en una etapa en que se vuelve al llano.

Otros fueron exacerbados por errores de la coalición: su internismo, la pérdida de la sagacidad de abrir y convocar que fue hiperpremiada en la elección, la dilución de la hegemonía en la Capital Federal, que pone en riesgo una intendencia que parecía ganada desde hace más de un año.

El PJ hizo estallar todas las contradicciones internas que había escamoteado hasta las elecciones. Lo hizo en un mal momento político social: proliferaron crisis provinciales, volvieron los bonos y la lucha en las calles. La recaudación fiscal bajó, Tacchi regresó a su casa. La desocupación nos acerca a nuestro eterno lugar: primeros en el mundo. Ni siquiera podemos asilarnos en la macroeconomía que venía tan confortable: los números no cierran y no podremos —si las cosas porfían en seguir así— honrar la deuda externa. Con las vidas privadas es similar: pocos saben si trabajarán el mes que viene, en su caso cuánto y cuándo cobrarán, si —como en el chiste— la mierda les va a alcanzar para comer. Entre tonta incertidumbre cotidiana, en perpetuo presente los partidos y frentes políticos destinan buena parte de sus energías a ir definiendo sus candidatos a presidente en 1999. El interés en el futuro remoto no excluye al presente kafkiano; hay internas referidas a quiénes serán sus jefes partidarios o a elecciones próximas; entre ellas la de la intendencia porteña, cuya fecha sigue siendo un enigma.

LAS OTRAS ELECCIONES

De las elecciones en Tucumán ya no se habla porque fueron hace más de un mes, pero dejaron dos imágenes que convendría retener: un patibulario represor plebiscitado y cuartos oscuros pictóricos de boletos. En Tucumán y en Santa Fe hubo más lemas que puestos de trabajo. La ley de lemas es una patología: el consenso o la elección previa se reemplazan por millones de boletas el día del comicio. La patología tiene dos virtudes: reactiva —lástima que transitoriamente— la industria del papel y pone de manifiesto la fragmentación política. La tan afrentosa como preanunciada victoria de Bussi —se supone que lo fue para todos los partidos políticos— obliga a pensar algo fuera de libreto: frenar al General ¿no ameritaba un frente cívico, una alianza como la que se plasmó en Santa Fe? El PJ, el FREPASO y la UCR fueron apoyados por casi todo el padrón nacional coincidiendo en que las variantes para gobernar son pocas: debe haber capitalismo, inserción en la aldea global, Mercosur, estabilidad económica, hasta convertibilidad por un tiempo. Adolfo Canitrot dijo recientemente que la política solo puede decidir un 20%: el resto se somete a condiciones inmodificables en el corto plazo. Cualquiera puede discrepar con la proporción, pero nadie que integre esas fuerzas puede negar que si no es el

20%, será el 30% o el 50%. Ese piso debería poner límite a peleas facciosas que ya no desciframos ni los iniciados y que ponen en riesgo la credibilidad del sistema. No se trata de ser ingenuo, de negar que existen intereses, ambiciones y pasiones de clase política para dilucidar. Pero es suicida e ingenuo omitir que hay también (principalmente) intereses de otras clases, ambiciones y pasiones en la sociedad que el microclima político no resuelve ni traduce... por lo tanto se resuelven “por sí solos” o sea a favor de los más fuertes. Un sistema político desacreditado y poco eficaz, con conflictos sociales irresueltos y concentración económica se parece algo —en lo peor— a la república de Weimar o a la Argentina de marzo del 76. En ese marco nadie debe sorprenderse si las masas populares votan, como en Tucumán, a un Generalísimo como salvador. O siguen votando más de lo menemismo: a Carlos Menem, revolucionario y productivo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La peculiaridad de Menem sería otra: la de ser el primer presidente peronista de una etapa histórica que se caracteriza por ser el final de la sociedad peronista.

Juan Carlos Portantiero, *Menemismo y peronismo, continuidad y ruptura*

Convertibilidad mediante, Cavallo-Menem son una suerte de Houdini sádico que nos encerraron en un baúl, arrojaron la llave al mar y ahora nos reprochan que no sabemos cómo se sale. Esa charada dificulta la tarea política de la oposición: la gente quiere estabilidad, poco cambio. ¿Cómo diferenciarse sin crear miedo? Dilema de casi imposible resolución frente a un oficialismo que nunca está en fuga, que siempre tiene la iniciativa y es dueño del baúl, la llave... y el mango también, como decía María Elena Walsh.

Si el FREPASO se endurecía, se achicaba; si se ablandaba, perdía potencia. No podía ganar el 14 de mayo, en el mismo sentido que Napoleón no podía ganar Waterloo. Tampoco perdió Waterloo el 14 de mayo, sencillamente porque: 1) en política democrática, como en el fútbol, siempre hay revancha; y 2) para llegar a Waterloo hay que ser Napoleón y al FREPASO aún le falta mucho.

El FREPASO creció de golpe, saltó etapas. Más allá de lo opinable del camino emprendido, le dio un buen susto al menemismo y demostró que hay una importante minoría electoral dispuesta a apostar a algo distinto. No es poco. Pero saltar etapas tiene sus límites: tras el escrutinio se advierte que cinco millones de votos valen poco a la hora de “mojar” en las instituciones, que la UCR sobrevive pese a los empeños de sus principales dirigentes, que el PJ es duro de matar. Que las cámaras de TV son esquivas con los derrotados. Que la principal oposición sigue siendo el

peronismo, productivo hasta para denunciar sublemas del PJ. Que el descontento social no confluye con la oposición y deriva al exhibicionismo televisivo, a la violencia desesperada y anómica, a la frustración, todo a la vez. Que la correcta batalla contra la corrupción no puede ser el único horizonte de una alternativa. Que es muy arduo que la gran masa del pueblo vote como Quijote si vive como Vizcacha.

Ser alternativa electoral es útil, pero no libera de preguntarse cómo combinar el —de por sí precario— armado político con la protesta social que supuestamente expresa. O cómo potenciar el evidente carisma decisionista de dos referentes con una organización y reglas que los perduren y limiten. La gran sagacidad de la Iglesia de Roma ha sido promediar por siglos el poder de las personalidades, el carisma, con una burocracia que los frena, sobrevive y puede elegirle sucesores. Ni una ni dos ni tres ni cien personalidades brillantes cambiarán la Argentina. Esa es tarea colectiva que requiere cambiar las propias reglas de juego, la pasividad colectiva que se sacude solo con la protesta sectorial o con el voto.

El resultado del 14 de mayo probó la vigencia del peronismo y su líder, a un tiempo conservadores y modernizadores. Los que consolidaron el poder de los grandes grupos y debilitaron a las corporaciones (FF. AA., sindicatos, Iglesia) que dominaban invictas la escena argentina. Los que indultaron y suprimieron el servicio militar obligatorio. Los que implantaron la ciudadanía fiscal y privatizaron todo. Los que tienen al primer presidente que asume ser divorciado, querer vivir la vida y no ser un prócer aburrido. El eterno transgresor que a veces nos coloca a los opositores en una incómoda alianza que apesta a moralina junto a eternos, jovatos y aburridos censores (por ejemplo, la Santa Madre Iglesia). El líder más mediático de la historia argentina. El que olfateó dónde está el poder, para dónde soplan los vientos de la historia. El que sabe seguir siendo peronista en una sociedad que ya no lo es (véase la cita que encabeza este acápite).¹⁰

Para superar ese estado de cosas, que incluye profundas tendencias sociales, hace falta mucho más que una necesaria alianza electoral. Para perder un Waterloo hay que haber logrado cierta grandeza: haber llegado a emperador, formado un gran ejército, dar jaque al enemigo. El 14 de mayo fue un buen día, pero llegar a la final de la Copa del Mundo, a la posibilidad de Waterloo... ni qué decir vencer al menemismo, que es mucho más que el PJ, que Carlos Menem. Cambiar la (perdón) correlación de fuerzas en la Argentina requiere esfuerzos no menos audaces ni creativos, pero mucho más sólidos, perdurables y más tensionados con el sentido común dominante. ■

10. La cita impone un par de recomendaciones al lector. La primera es el libro que la incluye: *Menemismo y peronismo*, AA. VV., El Cielo por Asalto, mayo de 1995, p. 103 y ss., que contiene varios trabajos, provocativos sobre el tema. Entre ellos destaco el de Portantiero, el de José Nun y el de Manuel Mora y Araujo. La segunda es el impecable texto en el que Portantiero referencia su frase: *La larga agonía de la argentina peronista*, de Tulio Halperín Donghi (Ed Ariel, 1994).

Mesa redonda

EL TRIUNFO MENEMISTA Y LO QUE VIENE

Intervención de Daniel Arroyo: “Para entender un fenómeno ya no tan novedoso”

INTRODUCCIÓN

El contundente triunfo electoral del oficialismo, que le posibilita al presidente Carlos Menem mantener el timón hasta el 10 de diciembre de 1999, resultó ciertamente sorpresivo. No porque no se estimara como posible un triunfo sin ballottage (era el escenario más previsible), sino porque se suponía que al gobierno le iba a costar bastante superar la barrera del 45% y que, en una eventual segunda vuelta, tendría serias dificultades para atrapar la mitad de las voluntades nacionales. Sin embargo, los votos favorables a la fórmula Menem-Ruckauf rondaron el 49,90%, mientras que los de la fórmula Bordón-Álvarez (29,10%) no alcanzaron a cumplir sus expectativas (que rondaban el 34-35%) y los del binomio Massaccesi-Hernández se situaron en el 16,90%.

Para intentar una explicación de los resultados del 14 de mayo, sin la pretensión de agotar las razones que llevaron a los electores a votar de la manera en que lo hicieron, es importante deslindar dos niveles de análisis complementarios que pueden echar alguna luz respecto del fenómeno a analizar:

a) por un lado, es necesario formular una explicación que vincule la estructura social con las expectativas de los distintos segmentos de la sociedad frente a la disyuntiva continuidad o cambio;

b) por otro, es preciso apuntar hacia un nivel más coyuntural, en donde las posturas de los candidatos, sus discursos y sus capacidades para “captar” distintos segmentos sociales juegan un papel específico y relevante.

En la comprensión y complementación de ambos niveles pueden encontrarse respuestas a un fenómeno complejo como lo son las coaliciones político-electorales en la Argentina. Esta opción metodológica intenta equilibrar la autonomía de la política (importa saber qué hacen los actores) con la importancia de explicaciones generales-globales basadas en la comprensión del funcionamiento socioeconómico de nuestro país.

UNA EXPLICACIÓN ESTRUCTURAL: LA FRAGMENTACIÓN SOCIAL Y LA CRISIS ECONÓMICA DEFINIERON EL RESULTADO ELECTORAL

Para comprender el contexto global en el que se desarrollaron las elecciones del 14 de mayo, es necesario analizar los tres ejes de cambio que se han producido en nuestro país desde el inicio de 1995.

a) En el aspecto *económico*, la crisis mexicana y sus consecuencias (denominadas “efecto tequila”) han adelantado una política de ajuste de las economías regionales que se tradujo en un recorte de expectativas de ingreso en gran parte de la población, que el oficialismo imaginaba empezar a desarrollar recién en la segunda mitad de este año.

b) En lo referido a la cuestión *política*, también se puede contabilizar una novedad inesperada: el triunfo de Bordón en la interna del FREPASO de fines de febrero y su posterior ascenso en la consideración pública, en gran medida dentro de algunos sectores de la sociedad que tradicionalmente se asociaban a los candidatos de la UCR.

c) En materia *social*, la coyuntura de los meses previos a la contienda electoral volvió a colocar en el escenario la movilización de trabajadores estatales en diversas provincias afectadas por la crisis de sus respectivas economías regionales, transformando este elemento en un dato de la realidad cotidiana (con su punto de tensión más alto en los casos de Jujuy y Tierra del Fuego).

Todos estos elementos se han combinado para transformar parte de las certezas que la propia política oficial había logrado constituir hasta fines del año pasado. Es decir, se quebró la idea de que el ajuste económico llegaba a su fin en un punto y daba lugar a una segunda etapa. Tanto oficialistas como opositores parecían convencidos de que el modelo económico funcionaba sin grandes complicaciones, más allá de la valoración que cada uno tenía sobre los efectos del proyecto oficial.

Esa certeza se modificó sustancialmente y dio paso a la constitución de un nuevo sentido común que comenzó a asociarse a la vuelta de la emergencia económica y a la idea de que lo que nos espera de aquí en adelante es más de lo mismo. Se volvió a instalar en el humor social previo a los comicios el concepto de ajuste permanente, de un modelo que no termina de cerrar.

En este contexto, el impacto de esa nueva realidad en la estructura social ha sido sustancialmente diferenciado, de acuerdo al posicionamiento de cada sector:¹

1. Para la división de la estructura social, parto del modelo de análisis desarrollado por el Área de Estado y Políticas Públicas de FLACSO coordinada por el Dr. Daniel García Delgado (explicitado con más detalle en otro artículo de este número) que se basa en la construcción de un cuadro imaginario que diferencia el funcionamiento de los distintos segmentos sociales en base a tres variables: i) el posicionamiento en el mercado laboral, ii) el nivel de ingresos y iii) las expectativas. Lo más novedoso aquí es la introducción de una variable subjetiva como las expectativas, que posibilita complementar los datos “objetivos” de cada sector con la visualización de los

– Por un lado, en el sector de los *pobres estructurales* (aquellos que están por debajo de la línea de pobreza y no tienen ninguna posibilidad de insertarse en el mercado formal de trabajo) se reforzó, en términos generales, la alianza con el menemismo. Se trata del sector que más dificultades ha tenido en la hiperinflación y que, por consiguiente, tiene mucho que perder en el caso de una vuelta atrás. A la vez, la política oficial en materia social y simbólica (especialmente en el conurbano bonaerense a través de las obras públicas, la escrituración de tierras y la aplicación de políticas focalizadas) ha fortalecido el apoyo al gobierno de estos sectores, que representan casi el 35% de la población.

– En el segmento de los denominados *nuevos pobres o pauperizados* (empleados estatales, docentes, jubilados, algunos trabajadores industriales y profesionales, etc.) esta nueva coyuntura impactó de manera muy desfavorable, ya que profundizó nuevamente la brecha entre las expectativas de consumo (potenciadas por el modelo cultural) y los ingresos. Si bien es un sector de la población que tiene mejores posibilidades de sobrevivencia en un contexto de estabilidad económica, las medidas de ajuste poscrisis mexicana terminan de reforzar su rechazo al modelo y su posicionamiento, en general, en contra del oficialismo.

– Podemos distinguir también un amplio tercer sector de la población, categorizado como *sectores medios en transición* tanto hacia arriba como hacia abajo (sectores insertos en mejores condiciones en el mercado de trabajo pero que, de acuerdo al tipo de tarea que realicen, podrán pegar un salto hacia arriba, descender definitivamente —tal el caso de pequeños comerciantes— o pedalear el ajuste permanentemente). Aquí, prevalece la lógica de maximizar las perspectivas individuales a través de la competencia económica, ya que se trata de un sector que ha adoptado culturalmente las reglas de mercado y que podrá mejorar o empeorar su calidad de vida en los próximos cinco años. Por ser un sector muy volátil y con las características antes descriptas, conviven un posicionamiento favorable frente al modelo económico con un fuerte nivel de cuestionamiento del estilo político del gobierno y un descreimiento general respecto de la política.

– Por último, en los *sectores altos y medio-altos* de la población se visualiza con buenos ojos el modelo económico desarrollado en los últimos años, que modificó la estructura económica del país y les permitió estar dentro del equipo de los “ganadores”. Si bien ese elemento favorece el acercamiento con el oficialismo, algunas cuestiones vinculadas con las formas con que se ha encarado el actual proceso político hacen que no se pueda hablar de un apoyo generalizado al gobierno, como se da en el nivel de los pobres estructurales. La lógica natural de este sector es la

individuos acerca de cuán cerca están de cumplir sus anhelos. Así, los más bajos en la estructura social tienen expectativas recortadas (basadas principalmente en la sobrevivencia) mientras que los sectores de nuevos pobres sufren de una fuerte sensación de privación relativa en un modelo que potencia las necesidades de consumo y, a la vez, reduce los ingresos reales. No puede deducirse de aquí que los más humildes se encuentren en mejor situación que los docentes o los trabajadores estatales, pero sí están más próximos a cumplir sus anhelos.

alternancia política (el siguiente gobierno convalida las nuevas reglas y se reduce la capacidad de autonomía de la política).

A partir de esta descripción, pueden realizarse algunas consideraciones para interpretar el resultado electoral.

La crisis mexicana hizo retornar la lógica de la emergencia económica, con lo cual los sectores que entienden que pueden tener un lugar en el mundo bajo este modelo (altos, medios en transición y pobres estructurales) actuaron con una lógica más conservadora que la que pensaban utilizar seis meses antes.

Así, si bien el establishment prefería la alternancia para evitar el exceso de poder y convalidar las reglas de juego, en el marco de la crisis prefirió apostar sobre lo conocido y evitar el salto al vacío.

Del mismo modo, una parte importante de los sectores medios en transición que se mueven a gusto con el modelo de competencia y no tanto con el estilo de Menem (por la escasa división de poderes, la corrupción, la poca austeridad y la frivolidad) tendieron a volcarse a la defensa del *qué* —las bases del modelo— más que del *cómo* —el estilo de gestión—.

En el caso de los pobres estructurales, la relación con el gobierno es de un carácter más permanente y tiene que ver con la producción de bienes materiales —en especial el Fondo de Reparación Histórica del Conurbano, la escrituración de tierras y la pavimentación— y simbólicos, como las propias figuras y discursos de Menem-Duhalde-Palito, que generan identidad en base a la idea de que los que llegaron desde abajo siempre tienen en cuenta a los más humildes.

Como contracara, los cambios económicos, políticos y sociales enumerados en un principio terminan de confirmar la derrota de los nuevos pobres: si lo que se puede esperar es más de lo mismo, el ajuste permanente, queda confirmada la derrota de un sector. Así se vive desde el sector de los nuevos pobres este proceso que aumenta la distancia entre las expectativas y los ingresos y termina generando altos niveles de conflicto social con los gobiernos provinciales² y un predominante voto a la oposición que esta vez fue monopolizado por el FREPASO a nivel nacional.

2. En este aspecto es interesante analizar el caso tucumano. En las elecciones a gobernador del último 2 de julio triunfó el general Antonio Bussi con el voto favorable de una gran mayoría de la clase media urbana de la provincia de Tucumán (de hecho, de las diecinueve intendencias puestas en juego, solo resultó vencedor en la capital). Esta situación permite reforzar la idea de ruptura entre los nuevos pobres y el modelo de gobierno pero, en esta ocasión, matizado con otro ingrediente: se votó a un exinterventor de la Provincia, es decir, a alguien que ya "sabe" gobernar. No es este un dato menor. En una sociedad que tiende a diferenciar entre los que "hacen" y los que "hablan", Bussi dio la sensación de ser capaz de aportar un elemento que el modelo no parece tener reservado para los nuevos pobres: orden y seguridad respecto del futuro. En parte por estas circunstancias y porque en esta provincia la cantidad de empobrecidos es sensiblemente superior a la de los sectores medios en transición, triunfó una figura política que, aun compartiendo los principios generales del modelo neoliberal, puede aparecer como su contracara en términos de la generación de un horizonte simbólico de protección para los nuevos pobres.

UNA EXPLICACIÓN COYUNTURAL: CINCO RAZONES PARA ENTENDER EL CONTUNDENTE TRIUNFO DE CARLOS MENEM

En base a los elementos antes mencionados, la estrategia del oficialismo se desdobló en un intento de “peronizar” el discurso para fortalecer la vinculación con el segmento más bajo de la pirámide social y, a la vez, poner en juego el “temor” que produce la posibilidad de la vuelta a la inestabilidad o de un período de transición hacia un gobierno de otro color político. Con el segundo elemento, el gobierno confió —con razón— en atraer a gran parte de los sectores altos de la población y a una porción de los sectores medios en transición.

Las estrategias de la oposición corrieron por veredas bien diferenciadas. Mientras el FREPASO pareció replantearse la última etapa de campaña buscando penetrar en la capa más baja a través de un cambio de discurso que incluyó la realización de caravanas los últimos tres días de campaña por el primer cordón del conurbano bonaerense, la UCR desarrolló una estrategia de fortalecimiento territorial de la periferia hacia el centro. El radicalismo logró con el correr de la campaña reposicionarse en el tercio de la población que vive fuera de los centros urbanos y confiaba —con poco sustento fáctico— en poder penetrar desde allí el segmento de los nuevos pobres y el sector de los medios en transición que se ubican mayoritariamente en las ciudades.

En este punto, a riesgo de ser demasiado esquemáticos y para introducirnos en el análisis coyuntural, pueden anotarse cinco elementos, con diferentes niveles de gravitación e importancia:

a) En primer lugar, el grueso de los indecisos se movió como ola. Es decir, que el conjunto de los que no se habían decidido actuó bajo patrones similares y terminó acrecentando el porcentaje de votos de la fórmula oficial.

La mayoría de los indecisos que optaron por el justicialismo en la última semana se encontraban situados en el segmento que hemos descrito como *sectores medios en transición*, que miraban con buenos ojos el modelo económico de mercado desarrollado por el oficialismo, pero que mostraban reticencias al estilo político de Menem y a la concentración del poder.

Para este sector, la duda era si el costo mayor estaba dado por el cambio o por la continuidad. Optaron, obviamente, en favor de la continuidad, lo cual nos obliga, para comprender en profundidad este aspecto, a analizar la campaña electoral de los últimos diez días, del gobierno y del FREPASO.

El FREPASO adoptó desde marzo y hasta el final de la campaña la misma actitud: una postura moderada que evitó pronunciarse por temas conflictivos y que hacía aparecer a Bordón como la contrafigura de Menem en términos de austeridad y ejemplaridad.

Con eso logró evitar varias de las estocadas que le enviaron Menem y Duhalde y forzó la polarización del electorado bajo el principio de que el único que podía ganarle a Menem era el senador mendocino. Si bien este eje de campaña fue exitoso

para reunir un abanico de voluntades muy disperso, presentaba un costado débil, que era la dificultad del FREPASO para explicitar concretamente de qué forma y con qué personajes iba a encarar la tarea de gobierno.

Si Bordón hubiera sido muy explícito uno o dos meses antes de las elecciones, seguramente habría perdido una porción significativa de su electorado (por derecha o por izquierda), pero el hecho de no haber explicitado cómo iba a gobernar en la última semana de campaña fue letal para sus aspiraciones presidenciales.

Bordón le solicitó un cheque en blanco a la sociedad argentina; con ello logró aglutinar al conjunto anti Menem, que decidió su voto por el senador mendocino hasta antes de la última semana, pero no pudo forzar el resto de las voluntades de los últimos indecisos, que le reclamaban precisiones para ver si lo votaban o no.

Se podría decir que el humor social de los sectores medios en transición en la última semana se volcó hacia la idea de: “sabemos cómo gobierna Menem (con todo lo bueno y lo malo que ello significa) y no tenemos idea de cómo podría gobernar Bordón”.

b) Un segundo aspecto a considerar sobre la elección presidencial tiene que ver con el nivel de polarización. Entre el justicialismo y el FREPASO aglutinaron el 80% del electorado.

En la primera etapa de la campaña este aspecto favoreció claramente al FREPASO, que pudo convocar a un conjunto muy grande de radicales desencantados y a franjas significativas de sectores independientes.

Sin embargo, la extrema polarización terminó favoreciendo la candidatura de Carlos Menem. Los votantes argentinos (como ha sucedido en todas las experiencias latinoamericanas de la última década) votan en la primera vuelta como si fuera la segunda.³ Por esta razón se produjo una alta disgregación de la UCR, que permitió que una porción significativa de sus tradicionales votantes terminara decidiéndose por el voto a Menem a causa de la no explicitación de Bordón y la preocupación de no “perder” el voto en una tercera fuerza.

El primer drenaje de votantes radicales (el grueso) fue para el FREPASO, pero el segundo drenaje fue a engrosar las arcas del oficialismo, elevándolo hasta un nivel impensado.

La muestra más fiel de esta situación se produjo en la Capital Federal, donde el oficialismo, favorecido por esta polarización y la incertidumbre sobre un futuro gobierno del FREPASO, llegó a un nivel que difícilmente vuelva a obtener.

3. En este aspecto se equivocó gravemente Raúl Alfonsín al sellar el acuerdo de ballottage en el Pacto de Olivos. Su diagnóstico era que en la primera vuelta los argentinos iban a votar en base a sus identidades políticas, con lo cual los votantes de tradición peronista iban a sufragar por el PJ, los radicales lo harían por su partido, los conservadores, progresistas y de izquierda también se volcarían cada uno por su preferencia para luego, en la segunda vuelta, volcarse hacia el “voto útil”. Este modelo funciona así en Francia, pero no en América Latina, en donde los votantes directamente optan por el oficialismo o la principal oposición (Fujimori-Pérez de Cuellar en el Perú, Cardozo-Lula en Brasil, Menem-Bordón en la Argentina).

c) En tercer lugar, se produjo en los siete días previos al 14 de mayo un tenue (pero simbólicamente significativo) traspaso de voluntades desde los votantes de Bordón a Menem.

La inminencia de una segunda vuelta anunciada por los encuestadores terminó perjudicando al FREPASO. Muchos de los votantes de Bordón no lo hacían para “ganar”, sino para “darle un buen susto a Menem”, pero cuando vieron que la alternancia era posible se asustaron y dudaron de la capacidad del FREPASO (no del senador mendocino) para maniobrar la crisis.

Este aspecto tuvo importancia en un doble sentido: en los sectores más politizados se vivía una fuerte contradicción entre las intenciones de ganar y el temor a gobernar; mientras que en los más alejados de la política, nunca terminó de hacerse carne el publicitario “chau Menem”.

En definitiva, muchos de los naturales votantes del FREPASO que querían la continuidad del gobierno pero con menos poder y mayores condicionamientos, ante la eventualidad de una segunda vuelta optaron por no arriesgarse.

d) Una cuarta razón puede encontrarse en el masivo apoyo otorgado por el conurbano bonaerense al justicialismo. La estrategia bordonista del corte de boleta en el conurbano tuvo un efecto muy parcial, tanto por los denodados esfuerzos de Duhalde para impedirlo como por las dificultades de penetración de los candidatos del FREPASO (especialmente en el segundo cordón).

Si bien Bordón obtuvo un importante caudal en el conurbano, la fórmula justicialista superó el 50% de las voluntades. Es evidente que allí cumplió un papel decisivo la figura de Duhalde⁴ y la identificación con el peronismo.

Las acusaciones de “traición” al senador mendocino y la masificación de las caravanas de la “lealtad” impactaron directamente en el corazón de los *pobres estructurales*, que son justamente a quienes el FREPASO no tuvo ninguna capacidad de interpelar. Para estos sectores, el salirse fuera, el no tratar de resolver y pelear “desde dentro” produce una imagen poco deseable. Se trata de una imagen muy distinta de cómo lo perciben los nuevos pobres, para los cuales el traspaso de partidos, los enfrentamientos y coaliciones de las más diversas forman parte de una práctica natural en la política y en los políticos.

4. El análisis de la figura del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde, merece ser trabajado en un artículo aparte. Sin embargo, a los fines de un análisis poselectoral, se puede sostener que el extraordinario nivel de adhesión que consigue en el conurbano se basa en tres principios exitosos: i) el desarrollo de obras de infraestructura que mejoran la calidad de vida de la población y, a la vez, le otorgan a los más pobres un sentido de identidad muy fuerte, como la pavimentación de calles y escrituración de tierras; ii) la aplicación de fondos de asistencia directamente sobre las organizaciones barriales (cooperadoras escolares, organizaciones de base, ONG, etc.) que terminan generando efectos muy directos e inmediatos sobre el barrio; iii) la construcción de una imagen y un discurso que, en base al rescate de la “cultura del trabajo”, los valores familiares y la lealtad, generan un cuadro de valores y expectativas compartidas con los más humildes.

e) Por último, debe considerarse la estrategia del miedo implementada por el gobierno. No parece ser esta la razón principal del triunfo de Menem, ya que el FREPASO había logrado ser creíble en su mensaje de que iba a mantener la estabilidad y llevaría adelante un cambio no traumático, pero cumplió un papel importante en los *sectores medios en transición y altos*.

En el nivel más acomodado de la sociedad, el temor al cambio de gobierno se asoció a la incertidumbre, que podría generar la “transición”. La conclusión aquí fue “para qué cambiar de caballo a mitad de río” y entrar en una zona que puede provocar conflictos gratis. Este elemento sirve para complementar dos ideas: el gobierno ganó con el voto por la estabilidad, pero los votantes mayoritariamente no identificaron al FREPASO con la inestabilidad, sino con la indefinición sobre las acciones concretas a encarar.

En definitiva, estas cinco razones presentan un conjunto de elementos que, asociados, le posibilitaron al presidente Menem alzarse con un porcentaje de votos inusitado. También podrían incorporarse otros aspectos en el análisis (como la escasa estructura del FREPASO y sus dificultades para llegar con su mensaje a las áreas periféricas), pero daría la sensación de que este elemento tiene una importancia menor, en la medida en que diez días antes de las elecciones estábamos en un escenario muy cercano al ballottage y finalmente el gobierno obtuvo una diferencia sobre el segundo de más de 3.500.000 votos.

CONCLUSIONES

A riesgo de ser demasiado simplista, podría decir que el mayor mérito logrado por la campaña oficial y el propio presidente reelecto ha sido transformar la necesidad en virtud. A ningún gobierno del mundo le gusta cerrar entidades bancarias, reducir salarios estatales y dar una nueva vuelta de ajuste impositivo sesenta días antes de las elecciones. Sin embargo, este gobierno debió hacerlo y para ello tuvo que cambiar sustantivamente sus planes iniciales.

Antes del “efecto tequila”, la alianza ricos-pobres estaba comenzando a ser puesta en duda principalmente por el lado de arriba. Los cuestionamientos al estilo de gobierno menemista iban en ascenso y el temor al exceso de concentración de poder insinuaba una opción por la alternancia. Los potenciales votantes del gobierno se situaban debajo de la línea de pobreza y un poco más arriba a través del promocionado voto-cuota. Pero nada había seguro en los estratos sociales más acomodados.

El escenario cambió radicalmente los meses previos al comicio y, del mismo modo que se generó una coyuntura que le permitió a Bordón cosechar más de cinco millones de votos y atrapar la “rebelión de la clase media”, posibilitó al gobierno arañar un porcentaje histórico.

Cómo sigue la película de aquí en más parece difícil de contestar. De todos modos, resultan nítidos los desafíos para los actores: al oficialismo no le será nada

fácil mantener el flujo de recursos materiales y simbólicos para los pobres estructurales (Rosario es un ejemplo de lo que el gobierno no quiere volver a vivir, y por ello intenta apuntar hacia allí con un símil Fondo del Conurbano). Al FREPASO le queda la poco gratificante tarea de articular acciones para los más humildes y, a la vez, mantener la coalición con los nuevos pobres que por su propia naturaleza vuelcan toda su bronca contra la política. A la UCR, por último, le queda un desafío más impredecible aún: reconstruir su propia identidad. ■

EDICIONES UNIDOS N° 4. *¿EN EL 2000 TAMBIÉN?*SEPTIEMBRE DE 1995

Mesa redonda

EL TRIUNFO MENEMISTA Y LO QUE VIENE

Intervención de Juan José Giani: “Habitantes de un dilema”

Señalo una situación existencial particularmente agobiante, una encrucijada vital tan acechante como embarazosa. Ser inevitables actores de un argumento ajeno, fatales protagonistas de un tiempo borrascoso, entusiastas guerreros de un ejército menguado, enfáticos predicadores de un credo declinante, portadores de un mandato ético que nuestros contemporáneos observan con indiferencia. Aparece allí la trampa, la doble tentación, la pinza que nos conmina a la opción contundente. Capitular frente a la voz lapidaria de nuestra historicidad más próxima o huir a la montaña, como el obstinado ermitaño que ve en el mero contacto el infierno de la contaminación. La inclinación tercerista, el temperamento ecléctico se intuyen intelectualmente satisfactorios, pero resultan prácticamente desgastantes. Es el estrecho sendero cercado por la complicidad de dos abismos: las luminarias sin dignidad o el ostracismo inofensivo.

Parece ya evidente que nos rodea un espíritu de época, una rotunda hegemonía político cultural que, sin embargo, no abreva en fuentes metafísicas. Para no fastidiar, la progresiva decadencia del Estado benefactor vuelve digeribles privatismos otrora denostados; el acelerado desmoronamiento de los socialismos reales torna verosímiles los endebles presagios del señor Fukuyama; las traumáticas debilidades de la democracia representativa arrojan al ciudadano a la reclusión hogareña. En la Argentina, angustias del pasado agravan el diagnóstico. El despotismo de las botas y las venganzas del mercado modelan un elector cuidadoso, reticente,

ideológicamente austero. Cuerpos torturados y estanterías devastadas configuran el trágico archivo que las mentes consultan a la hora de toparse con las urnas.

Individuos volcados a una precaria estética del yo, espacios públicos sospechados de inoperancia o corrupción, dirigencias asociadas al acomodo o el ombliguismo, injusticias toleradas frente a la amenaza del ayer, moderados discursos emancipatorios desechados bien por mentirosos, bien por excesivos. He aquí el signo de los tiempos, he aquí el inhóspito presente. He aquí el menemismo.

En ocasiones, las vísceras se anticipan al raciocinio. Es entonces cuando furiosos antimenemistas descargan sus definiciones sobre el presidente: frívolo empleador de tres peluqueros, recurrente pasajero de fastuosos aeroplanos, mediocre golfista acompañado de amanuenses y patanes, monarca en ciernes que tiene el decreto fácil. Creo que Menem no es eso. O, mejor dicho, no es solo eso. O mejor dicho aún, es solo secundariamente eso. Menem es una genuina emergencia epocal, la coronación político institucional de una lógica histórica que lo antecede y explica; la personificación extrema de un tiempo largo, del arrasador influjo de los vientos del neoliberalismo.

¿Anida la obviedad en esta caracterización? Sugiero que no. La figura del traidor que transitó por desechadas consignas hoy en desuso, la demonización banal en que aún incurren algunos opositores disgustados y la reiterada facilidad para sorprenderse frente a hechos previsibles advierten sobre los riesgos de la superficialidad de la mirada epidérmica, de una ética de las tripas, insuficiente para la política. Parece cautivar la imagen del germen extraño, del impostor, del invitado insólito a una fiesta organizada por otros. Pero no. El 14 de mayo permite señalar (a los intelectos aún remisos) que el menemismo no es la pura irracionalidad, sino, bien al contrario, el rostro local de ciclos civilizatorios tan enojosos como avasallantes.

Pocos años atrás, resultaba habitual discutir entre peronistas disidentes cuánto de Perón conservaba Menem. Polémica ya confinada al territorio académico, retorno a ella para advertir una continuidad útil para nuestro análisis: la de la teoría de la montura. El General tenía (créase o no) una filosofía de la Historia. Perfectiva, evolutiva, afincada tal vez en la prosapia de algún marxismo. Esclavismo, feudalismo, capitalismo, comunismo, democracia social (o comunidad organizada o socialismo nacional, según reconforte a cada lector); escalones de una historia auspiciosa regida por el principio de ampliación progresiva de la armonía entre el yo y el nosotros. El revolucionario era, para Perón, el buen jinete, el que se montaba con perspicacia sobre el impulso de los hechos, el que acompañaba con militancia el desenvolvimiento de lo real, el que forzaba con galope certero una racionalidad que se desplegaba desde tiempos pretéritos. La muerte le impidió contemplar la fragilidad de sus vaticinios. A la agonía del demoliberalismo capitalista y del socialismo internacional y dogmático no le siguió la hora de los pueblos, sino los años del ajuste, el retorno de los brujos. Menem no murió en 1974. Vive y es un gobernante ubicuo. Desechando profecías justicieras y teleologías del

populismo, cabalga frenéticamente a favor de la corriente, cree haber detectado un sentido fuerte de la Historia, encabeza (patéticamente) la trayectoria de las cosas.

No agitemos, sin embargo, la bandera blanca. No me inspira aquí el escepticismo impotente sino el optimismo bien fundado, un entusiasmo prudente, el gesto hermenéutico sostenido en una moral de combate. Reivindico el incómodo papel que le cupo al FREPASO, imprescindible canalización ética de un reclamo sin mayorías inmediatas, inesperado jinete de un acontecer indomable, refractario a las aventuras de lo nuevo. Recuerdo el debate post constituyente: ¿acentuar el perfil opositor resignando repercusión electoral o flexibilizar valores construyendo un bloque de contención al menemismo? Se optó, osada pero acertadamente, por lo segundo, viabilizando una alternativa de poder que, conviene recordarlo hoy, ha modificado sustancialmente (y para bien) el cincuentenario sistema político argentino.

El urnazo menemista no debe opacar un mérito indudable. A la desolación del progresismo, culminadas las legislativas del 93, pudimos anteponerle finalmente un embrión de esperanza, un terreno virgen pero impetuoso de acumulación militante, una semilla organizativa que, no obstante, acoge en su seno nuestro apremiante dilema epocal. *Integrarse o resistir*. Claudicar frente a una política colonizada por la racionalidad empresaria o abroquelarse en el gueto de la protesta, saludar con intensidad variada la buena nueva privatista o instalarnos en la impertérrita barricada ideológica.

El FREPASO buscó (busca) el sinuoso punto de síntesis, una superación que no termine con gusto a nada. Charlatanes sin solvencia técnica para los Mediterráneos, neocavallismo de manos limpias para las izquierdas de diverso tono y para el, a esta altura, inimputable Dr. Alfonsín. Entre las inclemencias sociales acumuladas por el ajuste, la desconfianza de los dueños del dinero y la reticencia de los millones de propietarios de su sola conciencia habitó el FREPASO haciendo, digámoslo sin presunción de altanería, casi todo lo que se podía hacer. Hoy y aquí. Impelidos a resguardar nuestro imperativo axiológico, tentados a sucumbir frente a una tormentosa época que nos mira con recelo.

Esperé el escrutinio sumido en esa extraña ambivalencia. Sabedor de que, cualquiera fuese el resultado, no me aguardaba el festejo omnipotente ni la depresión pronunciada. El triunfo menemista era un indulto manifiesto a su programa perverso, largos cuatro años de renovados padecimientos, notorios delincuentes encajados en el poder. Su derrota (nuestro éxito) abría las compuertas del vértigo. Nos entregaba las llaves de un reino excesivo. Nos exigía lidiar contra insaciables privilegios; apoyados en adversas realidades legislativas y con un pueblo renuente al heroísmo, que nos pondría allí para luego solo esperar, juzgando sin intervenir, aun influido por el duradero espíritu de época.

La noche del domingo el electorado comunicó su veredicto. Nos otorgó cinco millones de votos, incrementó la presencia parlamentaria del frentismo, premió la

dignidad opositora de Bordón y Álvarez. Pero hizo algo más: nos bajó del caballo, nos ubicó en el sitio de la denuncia responsable, del que repudia anhelando compañía. Sufrirá, creo, el país. Aumentará el desempleo, se precarizará el mundo del trabajo, venderemos ya no las joyas, sino además a la abuela, se ahondará la pobreza, la cultura degenerará en mero valor de cambio. Pero no debe haber drama allí. Será, en todo caso, un drama con atenuantes. Lo decidió la mayoría. El signo de los tiempos se introdujo en las urnas.

LOS SILENCIOS Y LOS VOTOS

En dos cuestiones relevantes fue posible notar una desmedida reverencia del FREPASO para con los aires epocales. La desgastante reposición de las huellas del genocidio y la conflictividad inherente a cualquier propuesta de transformación social.

La declaración tenue, la obligada exposición frente al micrófono insistente y vagas apelaciones a alguna investigación por venir apenas desdican la evidente incomodidad frente a episodios que resucitan huracanes del pasado. El impúdico capitán Scilingo merecía párrafos más extensos, palabras más sentidas, réplicas más fogosas, soluciones menos timoratas. No hubo casualidad o improvisación allí. A esta altura del debate, restringir nuestra argumentación al humanismo fraternal nos conduce a la autocrítica del general Balza, variante sutil de la teoría de los dos demonios. Sintetizando: al caos originario le siguió la violencia demencial; esta fomentó un golpismo ahora denostado y atrocidades hoy repudiadas. Perdón, se retracta el general, nunca más lo volveremos a hacer. *Mucho mejor que Videla, pero aún lejos de la verdad*. Sacarla a luz implicaría reflotar temáticas momificadas en la conciencia colectiva: irreconciliables proyectos de nación, puja de clases, imperialismos en acción. Habría que exaltar epopeyas, homenajear caídos, justificar en parte el auge de la pólvora. Ese fue el límite del FREPASO. Un aséptico moralismo temeroso de agitar las aguas, de desafiar un (vale la pena decirlo) extendido sentido común.

El discurso del FREPASO fue, además, poco receptivo respecto de la conflictividad social ínsita al desarrollo mismo de su propuesta. Creación de empleos, incentivos crediticios a pequeños y medianos productores, aumento significativo de la inversión en educación y tecnología, reparación de la clase pasiva, combate franco a la pobreza, control de los servicios privatizados, fortalecimiento de la obra pública. Hasta allí, bien. Ahora, ¿con qué dineros? Desterrar la corrupción, vender el avión presidencial, eliminar gastos reservados, eficacia de gestión, racionalidad en el gasto. Objetivos loables, pero incompletos. Si reestatizar empresas resulta inviable e inconveniente, si modificar la convertibilidad anarquiza el proceso económico, si devaluar invita a la híper, hay un punto que sí me parece infaltable en cualquier programa del progresismo: la drástica reforma del perfil tributario, la distribución de las cargas, la transferencia de recursos. Esto es, admitir como hipótesis

la presencia de un contrincante. El FREPASO tuvo enconados rivales políticos (el menemismo), pero careció de nítidos adversarios sociales. Aquellos adversarios sociales que algo tuvieron que ver con los represores hoy acosados por los oprobiosos fantasmas del crimen, de sus crímenes. La sintonía con los tiempos no admite en este caso la especulación silenciosa, el sobreactuado ademán componedor. El buen político no es solo reflejo. Es también el que direcciona, el que trastoca el horizonte de lo visible, el que conmociona el espacio público reactivando el tema oculto, la obiedad no dicha, la reivindicación que apenas despunta. Sabiendo que, a veces, las apuestas de hoy cimentan gestas del mañana.

Afirmo, sin embargo, que la sinceridad histórica y la mayor radicalidad programática no habrían potenciado nuestro desempeño electoral. Sostengo que el efecto habría sido neutro, insignificante, quizás negativo. Se impone aquí replicar una falacia de cierta izquierda tan enfática como desorientada. Ella se formula así: “el menemismo ganó porque no hubo una clara alternativa al modelo”. Es decir, como los votantes (muy enfadados ellos) no encontraron una oposición a rajatabla, decidieron no votarla y entonces apoyaron... a Menem. Con todo respeto, un razonamiento inconsistente. En una elección, cuando alguien nos derrota es porque posee una virtud que nosotros no tenemos o porque carece de un defecto que nos identifica. Por lo demás, en democracia las conciencias no parecen activarse mediante impactos discursivos, sino a través de estrategias retórico-prácticas que garanticen la inclusión acumulativa y creciente de demandas. En síntesis, el FREPASO planteó, electoralmente hablando, el máximo antagonismo que la coyuntura histórica autorizaba. Como dicta la inevitable encuesta, la vigorosa tradición justicialista, la placentera estabilidad, el Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense y la incertidumbre frente a lo nuevo hicieron el resto del trabajo.

EL PORVENIR DE LA DISIDENCIA

El FREPASO afronta tres peligros y varios desafíos. El primer peligro es la complacencia ideológica, la rendición a los tentáculos de la hegemonía cultural, la incorporación paulatina de las mañas del antagonista, la abdicación de principios sin los cuales dejaría de ser lo que es. El menemazo del 14 de mayo auspicia el “relájate y goza”, la genuflexión programática, la microscópica pero persistente asimilación al modelo plebiscitado. Asumir la agobiante relación de fuerzas preservando la unidad del espacio y su coherencia opositora resulta un esfuerzo tan arduo como intransigente.

El segundo peligro nos remite al dilema inicial. El regreso a la protesta sin cauce institucional, la verborragia del desubicado, la impugnación del que se quedó afuera, la queja automática del que no aspira al triunfo. Articular presencia en el conflicto social, desarrollo de una estructura política de la que hoy se carece, con solidez y seriedad en el debate parlamentario y la escena pública, reivindicará al FREPASO como el movimiento que dialoga con un tiempo oscuro sin claudicar frente a él.

El tercer peligro es el neogorilismo explícito o encubierto. Es claro que en la actualidad son socialmente indecibles expresiones tales como “aluvión zoológico” o “cabecitas negras”, en algunos casos por convicción y en otros apenas por buenos modales. No obstante, el enconado enojo electoral de numerosos antimenemistas trasunta, al menos, una incompreensión de la historicidad que nos impregna, el malestar sin mediaciones de quien ha puesto en la realidad expectativas desmesuradas. Afirmar con desánimo o furia que las víctimas entronizan a sus victimarios es la simplificación brutal de un proceso que solo podremos revertir si lo discernimos en su intrincada complejidad. La conciencia popular no es, a priori, ni buena ni mala. Es apenas (nada menos) un sabio termómetro de las circunstancias, la inevitable referencia para el político que desapueba su época, pero se muestra dispuesto a inteligir los códigos que la rigen. ¿Se equivocan los pueblos? Ciertamente; si entendemos por tal adherir en ocasiones a alternativas defectuosas, impuras, conservadoras. El error, no obstante, cuenta poco. Brinda una panorámica social, se impone como medida de la acción política, nos obliga a percatarnos de nuestras propias carencias.

Recuerdo algunos debates sobre lo que se denominaba “el interés objetivo”. Cierta marxismo sostenía una suerte de cientificidad del devenir, un curso legible de las cosas que a cada clase le distribuía, lo supiera o no, una reivindicación propia, específica. Para el caso del proletariado, la socialización de los medios de producción. Nada más inadecuado para descifrar comicios. Los intereses colectivos son construcciones contingentes, combinación cambiante de esperanzas, agregación de reclamos sujeta a hegemonías históricas diversas. Todo interés, para ser tal, requiere un luchador vigente, un interesado actual, un portador consciente, un declarado defensor de un anhelo que nunca puede estar mucho más allá de él.

De alguna manera, cada uno eligió de acuerdo a sí mismo. Optó apremiado por una historia de la que es parte, seleccionó sujetos y promesas que no aparecieron allí por azar o artificialmente, que ocupan su lugar porque emergen de un contexto del que somos, paradójicamente, causa y consecuencia. Políticos fallibles en una sociedad carenciada, estabilidad de precios para voluntades en reposo, libertades públicas para almas que se contentan con subsistir; demandas escuetas frente a añejas relaciones de poder forjadas entre bayonetas ensangrentadas, burguesías rapaces y naufragios civiles. Fue un voto libre, racional. Si admitimos, claro, que la libertad está situada y la razón no es transparente.

La buena vanguardia, aquella que el FREPASO deberá encarnar, es la que se coloca más allá, la que moviliza al ciudadano, la que tuerza el sentido común, la que arriesga osadías programáticas, la que aspira a una reforma político cultural que evite el paternalismo pedagógico. La que marca el camino, la que toma distancia, la que se adelanta. Pero solo un paso. ■

Mesa redonda

PROPUESTAS PARA UNA ARGENTINA MÁS EQUITATIVA E IGUALITARIA

Intervención de Daniel García Delgado:

“La coyuntura sociopolítica y la cuestión de la equidad”

En memoria de Mario dos Santos.

1. INTRODUCCIÓN

La coyuntura sociopolítica que se abre en Argentina postelecciones del 14 de mayo está atravesada por el fenómeno de la agudización del desempleo. Efectivamente, a pesar del amplio triunfo electoral logrado por el gobierno (con casi el 50% de los votos), la obtención de la reelección presidencial de Menem y el logro de la mayoría política en el Congreso, este no puede evitar un descontrol en la tasa de desempleo.

Recesión o desaceleración del crecimiento, corte del financiamiento externo, caída de la inversión registrada desde el “efecto tequila” llevan a colocar al desempleo (18,6%) en primer lugar entre los temas que más preocupan a la opinión pública en julio. Junto con el índice de subocupación (11,1%), ello significa que más de tres millones de personas están con problemas de trabajo. La coyuntura muestra un panorama particularmente duro para lo que queda del año: profundización del ajuste, un menor nivel de la actividad económica y altas tasas de interés. También se prevé un fuerte impacto sobre las provincias que ha comenzado a provocar una creciente protesta social de empleados públicos, docentes, jubilados en un marco de gobiernos provinciales desfinanciados y con las cuentas en rojo.

La situación general parece volver a una etapa que parecía superada: la del ajuste duro y con un menor horizonte de previsibilidad. Se rompe la promesa neoliberal de que a partir de las privatizaciones y apertura de la economía se alcanzaría el crecimiento y el ansiado acceso al primer mundo. Los ciudadanos empiezan a ver que se trata de “aguantar”, reintroduciéndose la idea del ajuste permanente, o de que este, finalmente, no termina nunca de “cerrar”.

El desempleo pasa de ser un tema marginal de partidos de oposición a constituirse en la cuestión central de un gobierno casi sin oposición. Sin embargo, los factores que promueven este fenómeno no tienen consenso y hasta es paradójico, porque hay un diagnóstico que lo atribuye al no cumplimiento del modelo, y otro que precisamente, lo atribuye a ese cumplimiento.

En el primer caso, la explicación del desempleo desde el modelo o de su parcial cumplimiento: la atribuye al mayor vuelco de personas al mercado de trabajo y al aumento de la fuerza de trabajo migrante; por factores de fuerte impacto tecnológico que daría lugar al aumento de la productividad y, también del desempleo, y a causa de una legislación social obsoleta que impiden una más flexible incorporación de fuerza de trabajo.

La expectativa de resolución descansa aquí para este mercado emergente en no variar el rumbo económico, en generar las confiabilidades que permitan la vuelta del crédito internacional, en disminuir los costos del trabajo y en la flexibilización. Bajar el costo relativo de la mano obrera respecto del capital sin subir el costo de este último (bajar el costo argentino); reducir aportes patronales, disminuir la litigiosidad y desregular las obras sociales.

Por su parte, la explicación del desempleo a causa del modelo, señala que este generó una economía altamente dependiente de fondos de inversión especulativos. La crisis financiera muestra un cambio del ciclo y se pasa de una etapa de crecimiento a otra recesiva. Si bien el Plan de Convertibilidad ha logrado la estabilidad inflacionaria, control de las cuentas públicas y crecimiento durante cuatro años, se señala la imprevisión del equipo económico en el sentido de creer que con el tipo de crecimiento logrado el desempleo se resolvería por sí solo.

La apertura irrestricta habría dado lugar a una estructura productiva con tendencia a la armaduría y a elaboración de productos con bajo valor agregado. Este sería un modelo concentrador de oportunidades de negocios en unos pocos grupos económicos; que es expulsor de empresas y de mano de obra. En los últimos dos años desaparecieron dos mil pequeñas y medianas empresas y este sector económico es el que sostiene el 85% de los puestos de trabajo.

La economía argentina en los últimos tiempos no ha desarrollado niveles tecnológicos, sino que ha comprado tecnología importada acentuando su dependencia del exterior. Falta atención a áreas estratégicas tanto en términos de su importancia para la obtención de divisas, como de desarrollo tecnológico para conquistar mercados externos (con anterioridad el desmantelamiento de la industria electrónica, ahora la nuclear y aeroespacial).

Para esta perspectiva, por último, no sería tanto el problema de desempleo por tecnología y reconversión productiva, sino por falta de inversión (la legislación laboral ha sido en parte reformada, pero no por ello ha subido la demanda de empleo). De esta manera, salarios y empleo serían una variable de ajuste del Plan de Convertibilidad, promoviéndose una devaluación vía salarios y empleo

con cambio fijo, logrando los mismos efectos que si se hubiera instrumentado una devaluación del tipo de cambio mediante los recortes de horas laborales, de salarios y de empleo, lo que sirve al propósito de deflacionar los salarios nominales luego de una importante baja del salario real.

Ahora, de lo que se trata es de analizar cómo reaccionan los diversos actores en esta nueva coyuntura y frente a estos diagnósticos, qué impacto tiene el alto desempleo en la estructura social y, por último, cuáles son los criterios de equidad que intervendrían en esta situación.

2. LOS ACTORES EN LA COYUNTURA

a) El gobierno nacional toma el primer diagnóstico de las causas de la desocupación. Se hace cargo de la problemática naturalizándola, como si fuera un monzón u otro desastre natural en que no tuviera arte ni parte, por factores exógenos —no endógenos— o como un problema de todos. Trata de resolverlo mediante una combinación de continuidad del rumbo económico con ampliación de la contención social: aumento de las redes de protección social, una más amplia distribución de los subsidios de desempleo (hasta ahora este oscila entre 150 y 300 pesos y lo perciben 110 millares de personas); nuevos planes de capacitación de mano de obra y promesa de un plan de reactivación de la construcción.

En el diagnóstico oficial el problema parece ser coyuntural; una vez que se apliquen las medidas económicas estructurales estas darán sus frutos. El diagnóstico predominante es que el cambio macro el equipo económico lo está haciendo bien, pero la culpa la tienen los políticos y el Congreso, que habrían impedido la sanción de leyes que hubieran modificado esta situación. La política aparece como responsable del problema, lo cual genera una tensa situación entre el sector político del partido oficial, sectores anti Cavallo del peronismo y el equipo económico. El Parlamento es responsabilizado de los males del desempleo, por la demora en llevar a cabo las leyes de flexibilización para que bajen los costos laborales y se reduzcan los aportes patronales para empresas que tomen personal, otra ley de patentes, etc.

— En las provincias se observan comportamientos que tienden a homogeneizarse mediante una suerte de disciplinamiento generado por el gobierno central. De la misma forma que sucediera a nivel nacional, con la presión de organismos internacionales (BM, FMI), donde para obtener créditos se debía privatizar como *conditio sine qua non*, ahora sucede lo mismo en la relación gobierno nacional-provincias, a las que se les hace difícil transitar otros cambios que no sean los del ajuste en el sentido del ministro Cavallo. Si bien las provincias no están dispuestas a hacerlo porque es más difícil llevarlo a cabo, dada la debilidad del sector privado para hacerse cargo del desempleo y el tradicional rol subsidiario del Estado en este plano, y tienden a ponerse una situación dilemática: si lo hacen sienten que van a la ingobernabilidad, mientras el gobierno nacional les señala que este va a ser el resultado si no lo llevan a cabo.

Un caso diferenciado es el de la provincia de Buenos Aires, donde la estrategia “nekeynesiana provincial” del gobernador Duhalde parte de una política fuertemente centralizada que limita el rol de los municipios y cuenta con el Fondo del Conurbano al que utiliza para obra pública y mano de obra intensiva para el asfaltado de calles.

b) Respecto de los partidos, hasta ahora el PJ aparece como partido de Estado en el sentido común, que busca aparecer no como responsable del problema, sino como factor de resolución del mismo. A pesar del drama social, esta situación acentúa la apatía y desmovilización política, con lo que no hace probable que esta nueva coyuntura vaya a beneficiar necesariamente a otra fuerza política.

Dentro de la oposición, las últimas elecciones mostraron la emergencia de una nueva fuerza de centro-izquierda en el panorama político nacional rompiendo el bipartidismo: el FREPASO. El Frente ha manifestado críticas al lado social y productivo del modelo, a la falta de autocrítica del gobierno al respecto, pero no logra insertarse crítica y propositivamente en la coyuntura postelectoral. No se lo identifica con la posibilidad de resolución de la problemática y está conflictuado por el internismo.

El radicalismo aparece complicado en su propia situación ambigua respecto del modelo y coloca al Parlamento como foro de debate del tema. No obstante, también tiene que lidiar con problemas de una mala gestión precisamente de sus principales dirigentes, tanto en el anterior gobierno nacional como en algunos provinciales actuales.

c) Los grupos económicos en general, la banca y las recomendaciones de los organismos internacionales de crédito —BM y FMI— tienen una posición similar a la del Ministerio de Economía: es decir, la Argentina debe “hacer los deberes”, privatizar y esperar que se recomponga el crédito internacional. En realidad, buscan que se ejecute el ajuste con la mayor rapidez posible aprovechando estos dos años sin elecciones para terminar de realizar el ajuste en las provincias, en el mundo del trabajo y en el sistema financiero.

Las cámaras empresarias industriales (UIA, pequeña y mediana empresa) coinciden con el primer diagnóstico, pero demandan créditos y estímulos para las exportaciones al gobierno y menor presión impositiva. Buscan sacar la mayor tajada posible de la crisis, más que un compromiso de redefinición de intereses con los sindicatos. Piden facilidades para pagar los servicios, cuidado de la industria sana y juegan con el fuerte desempleo para provocar una reducción de los salarios. En ese sentido, más allá de la concertación buscada con estos actores por el gobierno, la lógica del ajuste termina acentuando los comportamientos sectoriales y debilitando las posibilidades de compromisos y redefiniciones en términos de políticas nacionales o de Estado.

Finalmente, entre los actores sociales sin un diagnóstico preciso: la CGT —el sindicalismo oficialista— hasta ahora ha funcionado como un apéndice del Estado

con poco margen crítico o de autonomía. Tiene expectativas puestas en la reactivación de obra pública y en el Plan Quinquenal. Demanda cerrar la importación de productos que puedan hacerse en el país, no a la reducción de la jornada laboral, respeto de los cupos para trabajadores discapacitados y medidas impositivas de emergencia para ampliar el fondo de desempleo.

El CTA y MTA —el sindicalismo crítico y alternativo—, junto con el Frente, buscan acordar un programa nacional de empleo que contemple: la ampliación del seguro de desempleo, el control de transparencia de programas oficiales y auditoría de los que tiene el Ministerio de Trabajo la reactivación de la construcción de viviendas económicas y el apoyo a pequeñas y medianas empresas con convenios y contratos vinculados con la generación de trabajo utilizando parte del fondo fiduciario.

Por último, la Iglesia: si antes del “efecto tequila” elaboraba críticas por el elevado “costo social” del modelo y sobre su excesivo economicismo en detrimento de otros valores, ahora es un actor con más protagonismo. Hay búsqueda de medidas prioritarias para pobres estructurales, trabajadores jubilados y la conformación de un “Plan social práctico” de emergencia para la construcción de viviendas económicas, etc. Demuestra preocupación e impulsa la solidaridad de la sociedad. Pero sin un diagnóstico amplio de las causas del desempleo puede aconsejar sobre redes de contención, pero no sobre las causas del desempleo vinculadas a las inequidades distributivas, impositivas, o estrategias productivas y, de esa manera, tampoco puede contribuir a ser un espacio redefinidor de consensos nacionales.

En síntesis, la resolución del problema no parece tender a un acuerdo nacional sobre el tema donde los distintos actores converjan en un diagnóstico común, sino, como ha ocurrido en otras oportunidades, el que gestiona, el gobierno, hace suyo el diagnóstico de los intereses económicos predominantes, trata de convivir con su frente político interno, redefiniéndolo, y los demás ocupando posiciones dentro de una racionalidad estratégica y de competencia.

3. EL IMPACTO EN LA ESTRUCTURA SOCIAL

Ahora bien, la crisis agudiza la dualidad social, debilita a los pauperizados que con la estabilidad y el crédito parecían “zafar”, y muestra la pérdida de posibilidades de futuro tanto para jóvenes ingresantes al mercado de trabajo como para trabajadores mayores de 50 años. Entre mayo de 1994 y mayo de 1995 la desocupación trepó 7,9 puntos, casi 1.150.000 personas. De ese total, y de acuerdo con cálculos extraoficiales, el 60% corresponde a jóvenes de ambos sexos de menos de 24 años, mientras que en el resto, el mayor peso del desempleo recayó sobre jefes de familia, varones mayores de 40 años y con ciclo secundario incompleto.

Esta situación tiene un impacto social diferenciado según el tipo de sector del que se hable. En términos generales la nueva estructura social termina por incidir

un cambio que comienza a expresarse desde hace más de una década donde se modifica la estructura de clases por otra de sectores o estatus; se heterogeneiza la pobreza; se genera declinación y alto dinamismo de los sectores medios y concentración del ingreso en los medios-altos y altos.

i. En el sector de los *pobres estructurales* (25%), ubicados en villas, asentamientos, barrios precarios de los cinturones periféricos de las grandes conurbaciones (sectores que no satisfacen sus necesidades básicas y que despliegan diversas estrategias de sobrevivencia), son afectados por la menor actividad económica y la consiguiente disminución del consumo de los sectores medios. Pero, a su vez, este sector es el que recibe políticas de ayuda estatal focalizadas —también vía Banco Mundial—, las que combinan con diversas estrategias de sobrevivencia.

Logran empleo precario (probablemente pueden beneficiarse con la proyectada reactivación de la construcción y de los programas de mano de obra intensiva), pero no van a lograr empleo formal. De todas formas, los pobres estructurales o excluidos no son los más insatisfechos con el modelo, tanto porque le otorgan un alto valor a la estabilidad, como porque están más cerca de cumplir sus expectativas (supervivencia, contención simbólica desde el gobierno y mejoras específicas). La estabilidad lograda por el Plan de Convertibilidad aumentó la predicción de la vida en comparación con la inestabilidad económica y fracasos de años previos, y esto explica el consenso de los pobres estructurales respecto del ajuste estructural y la formación de una novedosa alianza pobres-ricos.

ii. Los *nuevos pobres* (25%); es un segmento declinado de las clases medias, una población con ingresos inferiores a la línea de pobreza, pero que no presenta carencias críticas en sus necesidades básicas. Está constituido por el sector formal en parte, empleados públicos, trabajadores manuales, docentes, jubilados viviendo de pensiones estatales, jóvenes profesionales sin inserción clara o mal incluidos en el mercado de trabajo. Son personas que viven de salarios bajos, empleados públicos con brechas crecientes entre posición e ingreso y entre expectativas y bolsillo. Los jubilados son un símbolo de esta nueva pobreza, ya que si no tienen hijos que se ocupen de ellos están bajo el riesgo inminente de ser arrojados a la marginalidad.

Los nuevos pobres son los más afectados por el modelo, no tienen contención ni simbólica ni material dentro de este, no hay reconocimiento de su situación en cuanto a problemática de pobreza. Sufren de privación relativa y fuertemente la crisis de representación, lo que explica los cambios en los realineamientos electorales.

En esta coyuntura son impactados por la pérdida del empleo en provincias (por atrasos en los pagos, racionalización y privatización del sector público). Y esta situación da lugar a una protesta y resistencia de empleados públicos, no demasiado organizada ni articulada entre sí, espontánea y explosiva (Santiago del Estero, Jujuy, Córdoba, Tierra del Fuego, San Juan) y que, si bien no es acompañada por el resto de la población, porque la gente no ve claro adónde va, expresa un creciente malestar de este sector contra la clase política y se comienza a cuestionar al modelo.

iii. *Clases medias en transición* (30%), la volatilidad y el tránsito de estos sectores contrasta con las características ascendentes y fijas del modelo anterior. Una vez que uno accedía a una posición podía permanecer por más tiempo y el futuro se hacía predecible. De allí el temor y el estrés que derivan de esta situación de incerteza, dinamismo y alta competitividad.

Estos sectores son los que están contribuyendo más en los últimos seis meses a engrosar los índices de desempleo: por el cierre de los pequeños comercios, pymes, despido de profesionales, reducción de servicios, ajuste en el consumo (escuela privada, obra social, servicio doméstico, etc.). En este sector los cuestionamientos son más relacionados hasta ahora con el cómo (el estilo político del gobierno), que con el qué del modelo. Se modifica la relación con el trabajo que estos sectores tenían, en los profesionales aumenta el pluriempleo y la precarización (ingenieros que se vuelven consultores y son expulsados de la planta permanente). Se registra una preocupación creciente ya no solo por los bajos salarios, los recortes de sueldos o del aguinaldo en cuotas, sino por el trabajo en sí, son los que tienen, pero no saben hasta cuándo.

Este modelo y la declinación del Estado durante más de una década, durante los ochenta, ha tendido a reconfigurar toda la estructura social, no solo disminuyendo el sector obrero y público y aumentando el desempleo, sino también contribuyendo a incorporar nuevos sectores laborales. El crecimiento del empleo del sector terciario de estos años registra varios segmentos: un terciario moderno que deriva de empresas industriales reconvertidas, de los nuevos grupos orientados a servicios, finanzas; uno comercial moderno constituido por shoppings, restaurantes, servicios, publicidad, informática y servicios personales. Empleo creciente de personal de seguridad privada, vinculado a la cultura del cuerpo, comunicación y al turismo, a la atención a la tercera edad y restaurantes y expertos diversos. Es un empleo que nuclea a gente joven o estudiantes provenientes de sectores medios y sin protección social (cultura McDonald's), trabajo precario y en muchos casos superexplotados en términos de horas laborales. Y también se puede hablar de una terciarización espuria, que engloba la cesantía disfrazada y las diversas modalidades de servicios informales de baja productividad.

Esta terciarización, informalización y asalarización del mercado de trabajo, habla del predominio de otro tipo de empleo distinto al de la sociedad industrial (público, fabril). Se trata de un sector no sindicalizado y cuyos miembros tienen como referencia exclusiva a la empresa. Los nuevos empleados no son eje de protesta social porque están dentro del área privada y pueden ser fácilmente "flexibilizados". Se trata de un grupo social despolitizado, con fuerte rechazo a la política, ya que la vive como corrupta o manipuladora. Dado que nacieron y vivieron con la expectativa de arreglárselas individualmente, son sectores imbuidos de los valores de mercado y de la competencia. Es un sector con poca experiencia de lucha, orientaciones al logro individual y al consumo y que padece la crisis de

representación de la política, pero que la toma como un dato natural, como consustancial a esta.

Es un mundo novedoso, no típico de la sociedad industrial de posguerra sino propio de la economía de libre mercado. Este sector de servicios es actualmente predominante en las economías emergentes. Como señala Álvaro Díaz, junto a estos cambios estructurales de la relación Estado-sociedad, surgen nuevos grupos sociales, nuevas clases trabajadoras y tal como están siendo expulsados del sistema segmentos sociales, también se integran nuevos. Sus integrantes van a verse afectados por la reducción del empleo que se viene, pero también poseen cierta facilidad de reacomodamiento.

iv. En los *sectores medios altos y altos* (15%) se puede decir que el modelo tiende a una concentración del ingreso: entre 1988 y 1994, el 20% de la población con mayores ingresos pasó de tener el 49,1% de los ingresos al 56%. En el mismo período, el 20% más pobre retrocedió del 6,4% al 3,6%. En general estos sectores son los menos afectados por el problema del desempleo. Se trata de un mundo de grupos económicos, rentistas y élites donde pueden distinguirse varios segmentos. No obstante, pueden observarse problemas de empleo por pérdida de la propia empresa (en pymes y medianas) y por reducción de puestos en el “top management”, por reestructuración de las grandes empresas y achatamiento de las estructuras gerenciales.

Como síntesis, los impactos diferenciados del ajuste, tecnologización, diferenciación y desempleo estructural muestran una continuidad de la tendencia a la fragmentación de la estructura social y diferenciación en los comportamientos sociopolíticos de los distintos sectores, rompiéndose la anterior capacidad de vincular lo social con lo político en amplias áreas de solidaridad y de vinculación acción de clase-acción colectiva.

4. LA CUESTIÓN DE LA EQUIDAD EN LA NUEVA COYUNTURA

Esta nueva coyuntura muestra desmovilización, privatismo y desempleo y expresa un difícil desafío para cualquier política alternativa en búsqueda de una sociedad más equitativa. Por un lado, porque también se requiere repensar qué significa la equidad en los noventa, en un marco no solo de importantes cambios culturales y políticos, sino también de fuertes restricciones y constreñimientos internos y externos. ¿O cómo puede definirse y pensarse la equidad en una sociedad tan heterogénea y compleja?

a) En primer lugar no sería lo mismo a la del modelo anterior (redistributiva fabril). Ello suponía la búsqueda de una gran homogeneidad, como anulación de las diferencias, constituida por el gran peso y presencia del Estado en el proceso distributivo y productivo, en la medida que desarrollo y justicia social estaban asociados. Entonces se regía mediante una suerte de pacto social (proyecto político

como proyecto nacional) donde lo nacional y lo popular tendieron a subsumir y resignificar la idea de lo público.

Ahora bien, los cambios producidos en la cultura política en los últimos quince años golpean la equidad como gran relato de la justicia social. Se conforman otros criterios de justicia. Si por una parte ya es inviable el Estado en su presencia e intervención anterior, por otra, también es difícil definir la equidad en un contexto donde no existe un núcleo de valores compartidos y donde se han diferenciado fuertemente los intereses. Donde —como señala R. Millán— se ha producido un proceso de heterogeneización social que produce una dinámica donde se combinan la complejidad de la estructura y se vuelve más complejo el vínculo entre posición estructural e individualidad en relación a una sociedad anterior más homogénea. “Donde se amplía el cambio de acción y de elección del individuo y se abre el espectro de identidades e identificaciones sociales”.

En esta reelaboración también intervienen diversos criterios y aportes al replanteo de la justicia desde el campo de la filosofía política: desde la noción de acción comunicativa de Habermas, los criterios de justicia universales de Rawls, el desarrollo de las capacidades de A. Sen y las esferas de justicia de M. Walzer. Esta última elaboración introduce una perspectiva cultural e histórica de esta, y tiene que ver con el reconocimiento de que hay especificidades en cada esfera temática de la justicia para la determinación de lo que es equitativo o no. Por ejemplo, no es fácil la superación del conflicto entre migración, empleo y equidad; o equidad y fondo de coparticipación del conurbano (por ejemplo, ¿qué criterios son más justos, el espacial y el número de provincias afectadas o el del volumen poblacional?).

De esta forma se desarrollan diversas tensiones en la sociedad sobre este plano de falta de un marco normativo común o ideológico compartido, entre, por un lado, vecinos de barrios pobres y villeros, por otro; entre medioambientalistas e industrias contaminantes y sindicatos y empresarios; entre vecinos de autopistas e intereses de transportistas y del peaje; entre la baja de salarios o el desempleo. Y todas ellas se dirimen en situaciones fuertemente dilemáticas sin criterios consensuales.

b) Por otra parte, el modelo neoliberal también tiene su aproximación a la problemática de la equidad en al menos en tres ejes: como compensación para aquellos que están debajo de la línea de pobreza y no están en condiciones de competir (ej.: políticas sociales compensatorias para pobres estructurales). Haciendo un cambio drástico del concepto de justicia distributiva (referencia entonces a un bien común asociado a lo colectivo o sancionado en términos de clases, sectores o nación), aparece ahora la idea de justicia como obtención en el mercado de lo que cada uno merece por su propia eficacia y performance. Y tercero, a la consideración de que la distribución del ingreso sería aún peor en condiciones de alta inflación (por el “impuesto inflacionario”) que la creada por las medidas de estabilización.

Pero desde esta visión no hay ninguna perspectiva que incluya otras categorías o sectores sociales afectados por el ajuste, sobre todo los empobrecidos o

regiones, como si estas últimas fueran espacios inviables y los primeros inevitables “perdedores” de su falta de reconversión. O como si las opciones de las medidas económicas fueran totalmente neutrales o puramente técnicas. De este modo, la respuesta en términos de equidad no afecta el núcleo mismo de la estrategia económica, que se termina volcando a medidas coyunturales, *ex post* y compensatorias, de planes de mano de obra intensiva, seguros provisionales de desempleo o reactivación de la construcción, pero sin modificar un rumbo que genera las fracturas sociales mencionadas.

Sin duda la cuestión más crucial de justicia que se plantea en la actual situación pasa por el desempleo. Aquí se cruzan las cuestiones económicas, redistributivas y su impacto es enorme, tanto en la vida de las personas como en la conformación de la trama social. Sobre todo, si del actual decurso se desprende que, en el futuro, algunos van a tener muchas posibilidades de desarrollo en sus vidas (como si vivieran en el primer mundo) y muchos, muy pocas. Y si bien en un mundo de incertidumbre ya nadie tiene nada asegurado, para algunos todo va a ser mucho más difícil, a menos que se integre el diagnóstico de las causas de la desocupación que tienen que ver con la estructura productiva.

Es decir, si bien las medidas de coyuntura para paliar el fenómeno son necesarias, si no se integran y redefinen aspectos del segundo diagnóstico sobre las causas de la desocupación, la situación va a tender a confirmar este tipo de país dual, de sectores altos y bajos. Una posición de equidad estaría vinculada, entonces, a estrategias específicas de lucha contra el desempleo en las orientaciones productivas que apunten —como señala E. Martínez— a un aumento endógeno de la productividad global del país (maximizando el contenido nacional de las producciones y servicios) y a la vez, a mejorar el proceso de distribución del ingreso (reforma impositiva que reduzca la importancia de los impuestos al trabajo e incremente la participación de los impuestos al capital y al patrimonio y traslado de los incrementos de productividad monetaria a los salarios).

De lo contrario, la actual crisis se va a intentar resolver con políticas focalizadas de “pico y pala”, planes de construcción, y en ese sentido, no sería improbable que estos programas puedan traer algo menos de desocupación conjuntamente con el buscado superávit fiscal, pero dejando un tendal de otros sectores sin oportunidades, ahondando los desequilibrios estructurales y haciendo de una situación coyuntural hoy alarmante, una situación posterior estructural, de facto.

La lucha contra el desempleo más integral requiere, entonces, de políticas que vayan más allá de una administración y de un partido y se apoyen en un amplio consenso social, concertación con organizaciones intermedias (cámaras, sindicatos, universidades, ONG) y políticas (con principales partidos, parlamento y medios), es decir como una política de Estado. De lo contrario, el diagnóstico primero y dominante no permite la posibilidad de redefinir ni concertar, fortaleciendo la racionalidad estratégica de los actores y restableciendo permanentemente

una alianza de los intereses de los mercados, inversores y grupos dominantes, a la vez que hace aparecer toda otra política alternativa como inviable.

Segundo, es necesario reconocer la integralidad y multidimensionalidad de la política de empleo, así como la simultaneidad de las acciones que hay que tomar en diversas áreas del Estado. La política de empleo debería coordinarse y estar simultáneamente relacionada con la de promoción e inversión pública; con la política laboral, migratoria, con la social específica (microemprendimientos, capacitación, reciclaje, subsidios a desempleados, programas de seguridad alimentaria, etc.); con la promoción de áreas estratégicas productivo-tecnológicas, con la política educativa de corto, mediano y largo plazo para lograr una adecuación mayor de contenidos y vincularlos más directamente con los requerimientos del mercado laboral. Con tener una política industrial que apunte a otra integración al mundo globalizado, un sistema financiero en función de la producción y no a la inversa; con promover las economías regionales mediante financiamiento a las pymes. Con una política monetaria —como señala P. Gerchunoff— más expansiva (en el límite de la Convertibilidad) y evitar el enorme superávit que exige el FMI.

Estas medidas requieren de una relación estrecha entre política social y económica. De lo contrario, bajo el paradigma neoliberal dominante, la política social se hace más especializada y profesional, pero subordinada a una economía guiada con otros fines e intereses. La política social no puede evitar así el efecto “enfermería” (de recoger los heridos que genera la política económica) o el efecto “final de fila” (capacitación que mejora la posición relativa de algunos, pero que pone a otros al final de la fila). O en términos laborales, capacitación para “enseñar a pescar”, pero frente a un río o mar sin pescado. De este modo, aun una mejora del presupuesto en política social puede no evitar que haya más pobres y mayor desigualdad.

Se requiere, por último, de una política económica orientada a disminuir la vulnerabilidad del sector externo, poniendo regulaciones sobre capitales especulativos y replantear el pago de la deuda en términos de plazos y montos. Una orientación a la producción de bienes de alto valor agregado en clave exportadora; apoyo a empresas industriales pequeñas y medias que favorezcan la constitución de redes productivas y generar transferencias del sector servicios al de bienes transables.

CONCLUSIONES

Para terminar, tres ideas sobre lo expuesto. Primero, todo esto implica reconocer que, si bien el aumento y la recuperación del nivel de crecimiento es condición necesaria para la lucha contra el desempleo, no es suficiente. El aumento del desempleo se ha dado junto con altas tasas de crecimiento, y esto tiene que ver, entonces, con el tipo de crecimiento o de desarrollo de que se esté hablando.

Segundo, se requiere establecer una convergencia entre eficacia y equidad y no una postergación de la segunda *sine die*. La eficacia económica es exigida por el

proceso de modernización y globalización, pero la eficiencia por sí sola no parece ser exitosa, como lo demuestra la actual crisis del Plan de Convertibilidad. De la misma forma que la equidad, unilateralmente impulsada puede llevar a regresiones aún peores.

Y por último, para lograr esta convergencia es necesario reconstituir un espacio de decisión política capaz de reorientar la economía con fines sociales y no solo convertirse en instrumento legitimador de la legalidad de los mercados y de un eficientismo que fortalece a los poderosos. De lo contrario, continuará predominando una economía real (productiva) subordinada a otra virtual (financiera), y un esquema de poder que reduce la decisión de los representantes a las necesidades de los inversionistas, transformando a estos intereses en sentido común, agudizando la irrelevancia de la política y haciendo aparecer las demandas de los mercados como las únicas atendibles.

BIBLIOGRAFÍA

- Azpiazu, Daniel y Nocheff, Hugo, *El desarrollo ausente*, Buenos Aires, TESIS-FLACSO, 1994.
- Calderón, Femando y Dos Santos, Mario, *Sociedades sin atajos. Cultura, política y reestructuración económica en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1995.
- García Delgado, Daniel, *Estado y sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*, Buenos Aires, TESIS-FLACSO, 1994.
- El proceso de privatización y las indemnizaciones alimentaron un sector cuantapropista (a partir de pequeños capitales y salidas laborales en pequeños comercios, kioscos, remises), en tres años esos fondos se fueron agotando y compitiendo entre sí, y ahora tanto la informalidad como el desempleo y subempleo tienen tasas muy altas. Sobre este tema ver de Alberto Minujin y Gabriel Kessler, *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Temas de Hoy, 1995.
- Marshall, Adriana, *Mercado de trabajo y educación*, FLACSO Argentina, mimeo, 1995.
- Álvaro Díaz, "Transformaciones estructurales en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4/94.
- Rene Millán, "Cultura de la justicia y cultura política", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2/95, pp. 163-174. También en el mismo número el trabajo de Sara Gordon, "Equidad y justicia social", pp. 175-185.
- Nos referimos a los trabajos de John Rawls, *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1985; de Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Barcelona, Anagrama, 1992 y de Michel Walzer, *Esferas de justicia*, México, FCE, 1989. ■

Mesa redonda

DESPUÉS DEL 26 DE OCTUBRE. ¿CUÁLES SON LAS POSIBILIDADES DE ALIANZAS O ACUERDOS TRANSVERSALES?

Intervención de Mario Wainfeld

INTRODUCCIÓN

Si un improbable historiador del futuro tuviera que sintetizar brutalmente el año 1997, no podría dejar de señalar, desde una mirada impresionista, que fue el año en que mataron a José Luis Cabezas, el año de los piqueteros, el de la Carpa Blanca. Un año, por último, de enorme creatividad política en que una Alianza electoral empezó a marcar el comienzo del fin del menemismo. Estos hechos incidieron en el modelo democrático realmente existente en la Argentina, y tuvieron como dato común e insoslayable la presencia mediática.

Antes de Cabezas, Eduardo Duhalde iba a la presidencia, como a pescar: en auto y con pocos problemas. Porque, a no exagerar, algunos tenía, al menos tres. El principal era el propio presidente y ciertamente no estaba muy resuelto. Los otros dos contenían un factor común: una contradicción no menor con su discurso público. Tenía una provincia corrupta, con una estructura policial imbricada con el delito y su staff político era francamente impresentable, incompatible con sus ambiciones nacionales. Su armado (Life-Lipebo) era muy pobre y parecía que no podía desprenderse de él. El gobernador había generado, seguramente por comodidad, un elenco de figuras de segunda línea, más bien opacas, que le respondía muy prolijamente (lo sintetizo en Pierri y Mercuri pero no son solo ellos).

A mediados de enero no parecía que esos dos problemas lo pudieran perjudicar mucho. En realidad, lo único que parecía poder perjudicarlo mucho era el afán de su compañero presidente por ponerle palos en la rueda. Para el resto parecía tener solución.

En un plazo muy breve, días apenas, Duhalde se encuentra con dos desafíos que cambian bastante la escena y que disparan un año de formidable creatividad política. La primera es el asesinato de Cabezas, la segunda es el lanzamiento de Graciela Fernández Meijide como candidata a la provincia de Buenos Aires.

Decir que el asesinato de Cabezas fue un quiebre es una obviedad ineludible. Era verano, hacía calor, el único tema en danza era la disputa Menem-Duhalde, el problema era por cuántos puntos iba a ganar el peronismo la elección nacional. En ese marco tedioso aparece muerta una persona en una ciudad balnearia altamente simbólica. En un país donde los muertos se cuentan por miles o por decenas de miles, y donde muchos de ellos no tuvieron ni tumba ni nombre, un muerto con nombre y apellido pasa a ser una bandera social.

NADIE SE OLVIDÓ DE CABEZAS

Todos sabemos que el muerto era periodista, que integraba una corporación poderosa en este momento, que su terrible asesinato fue llevado a la primera plana de los diarios, de los medios y de la televisión por largo tiempo por decisión y deseo de empresas de medios y de periodistas... pero ciertamente esto no hubiera podido sustentarse sin una formidable repulsa social que lo acompañó y que mostró un punto de inflexión respecto de algunas zonas oscuras del pasado: la impunidad y el crimen y a algunas de las zonas irresueltas de su presente, más concretamente a la de algún empresariado muy cercano al delito y a la estructura represiva de la Policía de la provincia de Buenos Aires.

La sociedad tuvo una reacción muy potente, muy diferente a la de otros momentos de su historia. Supo (y bien podía no haber sabido) que había un punto al que no podía volver, en el que no podía ceder.

Esto también galvanizó a dos protagonistas, los integrantes de la coalición gobernante, por razones distintas. Para Eduardo Duhalde el problema era, en principio, resolver el caso; para el gobierno nacional el problema era su vinculación con Alfredo Yabrán. Duhalde debía resolver su intríngulis investigando y, eventualmente, arrinconando a Yabrán. El gobierno buscó zafar del suyo protegiéndolo o, por lo menos, haciéndose el distraído. Vista en perspectiva, la forma en que fue funcionando la causa judicial deterioró a ambos integrantes del gobierno nacional por motivos distintos y el caso Cabezas es el primer dato que pone en crisis la hegemonía de los dos principales dirigentes peronistas. También pone en escena el formidable y potente papel de los medios de difusión masiva en la escena pública.

LA PROTESTA POR TV

En paralelo, en otro tramo del zapping, van apareciendo formas de protesta social quizá no totalmente novedosas pero que, haciendo camino al andar, se van

afinando y adecuando a ciertas reglas de época, lo cual les permite tener niveles de eficacia inéditos.

Los reclamadores sociales aprendieron, como antes habían aprendido los políticos, que el formato mediático es imprescindible para tener eficacia. Algunos modos de protesta social muy ligados a un país tradicional, casi autárquico, integrado y de pleno empleo, que está, por decirlo tenuemente, muy en crisis, encontraron fórmulas de demandar que los hacían viables o, al menos, audibles por una opinión pública que hasta ese momento se había mostrado distraída o poco permeable a eso. Los piqueteros son, claro, uno de esos modos de protesta social.

¿Cómo hace para reclamar eficazmente el habitante de una ciudad fantasma, perdida en el mapa, sin peso electoral, digamos, de una ciudad que podría desvanecerse, que podría votar unánimemente al Partido Obrero sin conseguir cambiar el mapa electoral en lo más mínimo? Convocan a las cámaras de televisión, cortan la ruta, generan un escenario fulgurante, de violencia mucho más aparente que real. Con esa violencia virtual consiguen situar un reclamo que alude a un problema muy grave, el de la integración social, la integración geográfica y la económica.

Esas protestas brotaron en pueblos y ciudades que habían estado en algún momento en un tramo razonable de integración con un modelo económico y que, abruptamente, se habían quedado afuera.

Lo que consiguen los piqueteros es que su peculiar —y por ende minoritaria— tragedia sea compartida por quienes no necesariamente están en la misma situación. Consiguen un lugar en el mapa, consiguen colocar a los gobernantes que habían presidido un modelo “exitoso” en términos de haber conseguido más o menos aquello que se había propuesto y en términos de consenso electoral, en una postura sumamente defensiva. Los colocan inclusive en situación de reprimir, en una situación incómoda aceptando o encontrando a través del formato mediático un modo de expresarse bastante novedoso.

LA CARPA

La Carpa Blanca de los docentes resuelve un problema que afrontaban, en el posubaldinismo, determinado tipo de demandas. Desde fines de los ochenta los trabajadores sindicalizados y los nuevos pobres tenían muy pocas posibilidades de expresar sus reclamos con cierto grado de éxito. Los sindicatos padecían un grave desprestigio. Los nuevos pobres —un sector social especialmente agredido por la política económica y hasta por la estética de este gobierno— resentían la falta de organización por un pudor propio de su condición. Sin embargo fue un sindicato de nuevos pobres, los maestros, el que revirtió esa incómoda situación.

Los docentes se encontraban con un desafío, sacudir ese desprestigio de casi dos décadas, lo que los forzaba a encontrar un formato novedoso para sus movilizaciones. Roque Fernández, en algún momento en la polémica con docentes, los

motejó despectivamente de “trabajadores estatales”. Si bien es obvio que era una chicana, también es cierto que contenía una parte de realidad: lo estatal, desde los ochenta, genera mucho desprecio.

Ahí surge una enorme sagacidad, producto de un aprendizaje de los modos de expresión democrática (o, mejor, de los modos de expresión democrática mediáticos).

Los docentes plantean una protesta en el formato que es más exitoso en la etapa, algo que es homologable a la concepción de política-espectáculo sin dejar por ello de tener un contenido fuerte.

Hacen, muy entre comillas, una “concesión” al modo de expresión para plantear sus contenidos y consiguen un éxito fenomenal. No es un dato menor que su demanda se ligue al país del pasado que se desmadró: la educación pública como modo de integración social, como vehículo o catalizador de la movilidad social. La educación pública alude a un país básicamente integrado y consigue un nivel de repercusión o de consenso público que los coloca a la ofensiva frente al gobierno nacional. Este cambio de (perdón) correlación de fuerzas viene apareado con otro aprendizaje: elaborar un discurso racional, y al unísono accesible y grato para los oídos del espectador.

En esta sociedad de imágenes esas pujas pasan a transformarse también en pujas de personalidades. Si se toman a las dos protagonistas de la carpa blanca (Marta Maffei y Susana Decibe) y se analiza quién gritó, quién propuso, quién tuvo el rol de protestar, de ladrar, de enojarse y quién tuvo el de discurrir, de razonar se concluye que giró 180 grados: los que protestan son los que razonan, los que defienden el *statu quo* son los que gritan. No ocurría así cuando Domingo Cavallo enfrentaba al Perro Santillán o a Norma Plá. Los dirigentes sociales eran respetables pero a la vez generaban bajos niveles de identificación.

Todo un cambio de roles que se va dando y consigue un nivel de articulación política mayor con el sistema institucional, más eficaz también que el de los piqueteros por razones que no trataré de indagar acá pero sospecho que son evidentes.

Estos modos de protesta social complican al oficialismo, lo empujan a un sitio muy poco grato. Por decir verdad, la protesta de los piqueteros también complicó a la oposición que no encontró, para nada, un lugar donde ponerse. Un poco chantajeada por cierta prédica oficial, la oposición no se lanza a acompañar la protesta social porque teme que se la “pegue” al disturbio, al escándalo. Todo indica que lo capitalizó a la hora de sumar votos, dejando latente un problema futuro, que es si una oposición tan potente, con el peso parlamentario que tiene hoy la Alianza, no va a poder tener una actitud tan distante y tan poco nítida respecto a sucesivas movilizaciones sociales. ¿Podrá decir que está de acuerdo sin acompañarla, podrá dejar de proponer algo? Pienso que no y que, como mínimo, estará en una situación más apremiante.

Con el tema de la educación pública, la Alianza queda en un lugar bastante más confortable, bastantes más posible y bastante más razonable, incluso para proponer alternativas.

LA CREATIVIDAD POLÍTICA

Ya se dijo: Duhalde ganaba sin problemas, aun con el lastre de sus laderos Pierri y Mércuri, la oposición peleaba por el segundo puesto. El gobernador estaba en la *pole position* para el 99 y solo la obstinación del presidente podía poner escollos en su camino. Comenzó entonces una serie de jugadas de creatividad política que obligaron a gobierno y oposición a mejorar sus ofertas, que tornaron fascinante un escenario monótono y que abrieron de cara al fin de siglo posibilidades de cambio impensadas.

El lanzamiento de Graciela Fernández Meijide a la provincia de Buenos Aires obligó a la aparición de Chiche Duhalde, o sea a mejorar la lista del PJ y acentuar la presencia del gobernador en la elección. El radicalismo debió colocar a Raúl Alfonsín para pujar por el segundo puesto.

En una de las campañas más largas, supongo que del mundo (porque en Argentina las campañas empiezan con el año, entonces si hay elecciones en octubre, duran diez meses; si fueran en febrero por ahí durarían menos; si hay en mayo, serían más o menos razonables), se van sucediendo una serie de jugadas con alto nivel de creatividad y que obligan a los otros contrincantes a ir planteando alternativas.

Como en una versión idílico-política de las reglas del mercado, la oferta de uno de los participantes obliga a los demás a dinamizar y mejorar la suya. Entonces se va produciendo todo este proceso dinámico que culmina en la conformación de la Alianza.

La oposición, y en especial al Frepaso, había conseguido romper la inercia, pero eso no le alcanzaba para vencer al peronismo provincial. La conformación de la coalición electoral opositora fue producto de una pulseada entre los dos principales partidos opositores y también de una notoria audacia. Fracasó a principios de año, por una mezcla de falta de voluntad y falta de precisión para determinar hegemónicas. En agosto, con encuestas a la vista, era más posible pactar y se hizo. Fue una pura jugada política, un acuerdo de cúpulas si se quiere, pero puede cambiar parte de la historia. Obligó al oficialismo a cambiar sus candidatos y ahora lo forzará a cambiar sus políticas.

LA NOVEDAD DE LA DÉCADA

La Alianza es la novedad política más importante de la década y la primera que beneficia directamente a la oposición en su conjunto. Las otras, por orden de aparición, fueron la estabilidad económica y el Pacto de Olivos. La primera dio larga vida al gobierno actual y condicionó hasta hoy los márgenes del debate político. La segunda benefició también al peronismo y dio aire y espacio al Frepaso, pero ese crecimiento se hizo —casi exclusivamente— a expensas de la UCR lo que de rondón reforzaba la hegemonía oficialista. La Alianza rompió ese círculo vicioso. Su victoria comenzó a plasmarse implacablemente desde el mismo momento de la unidad. La oposición, como el peronismo en el 87, está en pie, puede llegar al

gobierno en dos años. No es menos coherente que el peronismo de entonces ni tiene más problemas internos. Le queda el desafío de definir su interna sin dividirse. No es sencillo pero no es imposible sobre todo si se tiene como catalizador la zanañoria de llegar al poder.

La oposición, después de un intento fallido a principios de año, consiguió salir de un juego de suma cero en el que participaba desde el 84. Pacto de Olivos mediante, el Frepaso crecía a expensas de la UCR, sin poder perforar un techo. El Frepaso tenía dos excelentes candidatos opositores para Capital y Buenos Aires, más convocantes que los radicales pero carecía de estructura y cuadros en el resto del país como sí posee la UCR. Separados competían por el segundo puesto, unidos se potenciaban. Esto no quiere decir que fuera obvio y simple hacer lo que hicieron. Era necesario tener la audacia de decidirlo, resolver intrincadas cuestiones de intereses, que como reconoce el sentido común siempre son arduas y contra lo que suele decirse no siempre son despreciables (una observación lateral que juzgo digna de mayor desarrollo: es llamativo que una sociedad que endiosa al mercado y cree que la ambición es el motor de la historia haga una visión despectiva de los intereses políticos).

Cuando surgió la coalición opositora, el gobierno hizo varias apuestas que fueron fracasando. Apostó a que no podría consolidarse fuera de Capital y Buenos Aires y lo hizo en catorce distritos. Luego intentó generar conflictos discursivos. El razonamiento del menemismo era el siguiente: “a nosotros nos juzgan, bien o mal, por lo que hacemos. Somos invulnerables a las contradicciones discursivas. Ellos, en cambio, están condenados a hablar. Van a pisarse, a perder fuerza”. Para facilitar la profecía, el oficialismo buscó generar un contrapunto entre Alfonsín y el Frepaso. Prácticamente no lo logró aunque tuvo el apoyo objetivo (lo que no quiere decir avieso ni interesado) de los medios siempre atentos a marcar diferencias o a resaltar discusiones. Pero las diferencias discursivas fueron pocas en parte porque las campañas, acá y en otros lugares del orbe, no suelen ser choques de ideologías sino de personalidades. Pasó lo contrario de lo que esperaban los estrategas oficialistas: la Alianza crecía con solo mostrarse.

Tampoco brotaron graves disensos internos de UCR y Frepaso. Hubo discusiones, y siguen habiendo distritos díscolos donde UCR y Frepaso compiten, pero son los menos. En rigor, el oficialismo ignoró sabidurías que vienen de la propia historia del peronismo: las coaliciones eficaces no suelen dividirse. Es mucho mucho más fácil irse de un minúsculo partido de izquierda que de una coalición exitosa como la Alianza... o el peronismo. Muchos rezongones de Frepaso y UCR terminaron aceptando formar listas de unidad, porque —aunque se valore mucho la identidad propia— a veces es mejor tener —digamos— un quinto puesto en una lista que logra entrar diez candidatos que el tercero en una que entra dos. Muchos (es un decir) sucumbieron. No hubo deserciones en masa ni fugas en los distritos que sellaron la unidad, no hubo cortes definitivos en los que no lo hicieron.

Plasmarla será difícil en el futuro, sobre todo en las provincias gobernadas por la UCR. Un factor objetivo juega en favor de la unidad: la futura labor parlamentaria común. De hecho, Frepaso y UCR vienen trabajando juntos desde hace tiempo.

En crueles datos numéricos solo las provincias de Córdoba y Mendoza son distritos grandes sin Alianza. El sistema electoral de la Constitución del 94 (elección directa del presidente) es más democrático que el anterior (elección indirecta por electores) pero priva de todo peso a los distritos chicos. Paradojas de la política que en este caso reduce los problemas graves de la Alianza a casi dos provincias.

Tampoco son graves las disidencias internas de la oposición, no más serias de las que recorren al peronismo. Si se piensa qué cuadros políticos y técnicos rodeaban a Carlos Menem en 1987 y con cuáles gobierna desde 1991 se verá que hay entre los dos planteles poquísimas coincidencias, muchas menos que entre las que podría haber entre los técnicos que ostenta la oposición y los que llevaría al gobierno.

En verdad el problema no es la homogeneidad de la Alianza ni su posibilidad de seguir expandiéndose territorialmente. Su principal desafío es conservar su primera sabiduría, esto es, seguir existiendo. Si UCR y Frepaso rompieran ahora seguramente quedarían en mucho peor situación que antes de su unidad. El resultado del 26 de octubre revela que su unidad fue un reclamo de la gente. Están “condenados” a seguir juntos.

También es real que la oposición triunfó sin hablar, con solo mostrarse. Casi sin identidad, sin programa y sin banderas. En esta coyuntura le bastaba con ser el otro. Sagazmente, los dirigentes aliancistas patearon para adelante esos temas en la campaña pero ahora tendrán que encararlos.

Otro punto obvio es el liderazgo. Dirimirlo será duro porque se pelean cargos ejecutivos. En elecciones parlamentarias no es lo mismo ser cabeza de lista que segundo, pero ir segundo no es quedar afuera. En elecciones ejecutivas es bien distinto y en el 99 se definen intendencias, gobernaciones y la presidencia.

Uno de los artífices de la Alianza, el recientemente fallecido Carlos Auyero, solía explicar que eran difíciles las coaliciones de fuerzas parejas, al menos en Latinoamérica. Las exitosas, como la convergencia chilena o el peronismo, solían tener un polo fuertemente hegemónico que ordena la batalla interna. Ese polo podía premiar a los aliados chicos con poder superior al que matemáticamente le correspondía (tal como hizo el peronismo con Vicente Solano Lima, vicepresidente en 1973) pero a costa de no pelear la hegemonía. Las coaliciones de pares son más complejas. Hoy no parece que ninguno de los presidenciables top de la Alianza esté forzado a aceptar una vicepresidencia. Comienza una pulseada interna fascinante en la que todos tratarán de vencer al antagonista interno sin lastimarlo de más. Si uno se va, los dos pierden. No es fácil, pero el premio no es menor.

La oposición capitalizó el descontento social sin encabezarlo. Pudo obrar en paralelo y quedarse con el rédito. No es tan simple que pueda mantener esa ecuación en el futuro.

PROFECÍAS MÍNIMAS

El resultado electoral a principios de año hubiese sido inimaginable. La oposición queda con buenas perspectivas para el 99. El peronismo perdió una elección que tenía en el bolsillo y también el obstinado apoyo de los sectores más humildes y más altos de la sociedad.

Como Alfonsín en el 83, la oposición tuvo su base electoral en sectores medios pero irradió influencia para arriba y para abajo.

Las traducciones de un resultado novedoso son todavía apresuradas, para imaginar a futuro es bueno evitar los simplismos. El peronismo perdió pero conserva la mayoría de los ejecutivos nacionales, provinciales y municipales y el 35% de los votos. No es tan simple que se produzca un éxodo hacia la Alianza, al menos de dirigentes de primera línea o de vencedores en las internas. No es tampoco definitivo el corte entre los más humildes y su pertenencia política más persistente.

Es aventurado pensar que haya tocado el fin de la cultura política peronista, la más pujante de este medio siglo, la que, a trancas y barrancas, colocó al país en el sistema mundial de posguerra y luego en el de posguerra fría. Una cultura acos-trumbrada a tutearse con el poder, como ninguna otra en la Argentina.

Seguramente sí llega el fin del consenso social para el menemismo y la Argentina entra, tarde como es su costumbre, en la oleada reformista que trata de paliar los efectos del capitalismo salvaje. Casi todos los contendientes en esta elección, Duhalde el primero, cuestionaron el liberalismo a ultranza del gobierno nacional, lo que parece marcar a futuro un rumbo discursivo común. La convicción, el oportunismo, la decadencia del menemismo sugieren ese rumbo.

Es claro que los aparatos políticos están en crisis pero es demasiado temprano como para darlos por muertos. Después de todo, el Frepaso que tenía los dos candidatos más convocantes debió unirse al radicalismo para batir al PJ y puede llegar a pagar con una derrota en la interna abierta sus límites de aparato. El 97 fue el año de Graciela Fernández Meijide y el Chacho Álvarez, que representan un modo de hacer política y un modo de organización, a esta altura, pero también fue el año de la resurrección del radicalismo que representa otro modo de hacer política y muy otro modo de organización.

El 97, aunque no parezca tan evidente, es el año del resurgimiento de un sector del sindicalismo, con la CTERA como gran protagonista, y el MTA y la CTA ganando espacios. Se abren posibilidades para que el sindicalismo vuelva a ser un interlocutor de cierto peso en la escena política. Esto no es el regreso del pasado sino la adecuación de ciertas formas de organización social a la etapa.

No parecen graves los riesgos de gobernabilidad. Por un lado el gobierno maneja numerosos resortes de poder, incluso la casi mayoría de diputados y mayoría de senadores. La inmensa mayoría de sus dirigentes y cuadros tienen perspectivas y ambiciones dentro del sistema político. Solo un sector mínimo, pero poderoso, del gobierno nacional ha de quedar con las manos vacías en el 99: son los cuadros

y funcionarios más cercanos al presidente que no tienen ni poder ni —mucho menos— prestigio o votos propios y que van a salir sin escalas del poder y la impunidad a la intemperie. Son pocos y peligrosos, para peronistas y opositores sistémicos, está por verse si se retiran de la mesa sin tirar del mantel. La oposición no ha de patear el tablero, es responsable y sistémica, acaso demasiado. La democracia tiene, claro, nuevos escenarios, en especial, los medios y lo cierto es que muchos saben desempeñarse en ellos. Está de moda demonizarlos pero lo cierto es que los piqueteros, los maestros de la carpa, los familiares de víctimas de la AMIA hacen tanta política a través de ellos como Graciela Fernández Meijide o Menem.

Muchos protagonistas se han sumado a la escena política este año. Algunos tradicionales, otros nuevos. Todos ganaron las elecciones, formando un inarticulado frente opositor. ¿Opositor a qué? ¿Al gobierno? Seguro. ¿Al modelo económico? La discusión está abierta. ¿Al peronismo? Habrá que ver. Todos los nuevos actores conocen nuevos límites, nuevos formatos de expresión. La sociedad argentina se pronunció parcial y provisoriamente contra la impunidad, contra el desparpajo (caso Cabezas). Por la integración (con los piqueteros). Por la educación y la movilidad social (con los maestros). Por la calidad institucional (con la Alianza). Esos mensajes parecen claros pero inarticulados. Su desafío es buscar cómo articular en el futuro.

Lo que también deja este año es la lección de que con movilización, voluntad y creatividad la pelea política es posible, viejos actores (como el radicalismo o los sindicatos) pueden sacarse la naftalina y volver a pelear y que la arena mediática no es solo patrimonio de los malos. No es poco para apenas un año. ■

 EDICIONES UNIDOS N° 5. LA SANTA ALIANZA ELECTORAL

 DICIEMBRE DE 1997

Mesa redonda

LA REARTICULACIÓN DE LAS FUERZAS POLÍTICAS ARGENTINAS

Intervención de Luis Alberto Quevedo: “El escenario político electoral 97 y las perspectivas para 1999”

Quería ante todo agradecerle a Mario Wainfeld que me ha invitado a participar en este seminario, y también a la gente de revista *Unidos* y decirles que yo hace muchos años que me mantengo muy cercano a revista *Unidos*, y siento mucho

orgullo en esto. Sin embargo, una de las cosas más fascinantes de participar en un seminario de la revista *Unidos* es que se trata de una revista virtual. Estamos convocados por un medio de comunicación típico de fin de siglo, y es que no existe como tal. La revista *Unidos* es esto: los amigos que estamos acá discutiendo de política y la capacidad que tiene esta convocatoria de producir hechos culturales en nuestra sociedad.

Quiero hablarles hoy de dos cuestiones puntuales. Uno es el tema de la campaña política correspondiente a las elecciones del 26 de octubre de 1997, para entrar luego al tema de la formación de identidades políticas y cultura política de fin de siglo, y dejar para el final algunos interrogantes sobre el futuro de estos dos bloques político-electorales que han quedado constituidos después de este 26 de octubre.

Lo primero que me gustaría traer como reflexión es un tema que me parece central para comprender esta elección, más allá de la interpretación estrictamente política del resultado electoral, y de la mirada más sociopolítica que ustedes discutieron con Daniel Arroyo esta mañana: me refiero a la cuestión estructural que está en juego en cualquier elección, en el sentido de ver las bases en las cuales se asientan las coaliciones, etc. Yo quería centrarme en el tema de la campaña porque me parece que en estas elecciones hubo una lucha simbólica bastante original y sumamente importante porque nos remite a algunas de las raíces de la cultura política de fin de siglo en la Argentina.

La lucha simbólica a la que me refiero, si yo tuviera que sintetizarla en relación con la campaña, estuvo centrada en la necesidad de *significar a la Alianza*. Es decir, ¿qué era esta Alianza que se había conformado hacía menos de dos meses? Las elecciones del 26 de octubre empezaron bastante antes de la conformación de la Alianza, pero la Alianza le dio un recomienzo y a partir de allí se empezó a hablar de otra cosa. La lucha que se desató era, entonces, ponerle un nombre, significar a esta nueva coalición, llenar de contenidos a esto que se había conformado y que se sintetizaba en el nombre de la Alianza.

Yo creo que durante los dos últimos meses de campaña, para decirlo gruesamente, fue una campaña absolutamente dominada, desde el punto de vista de la agenda, por el gobierno. Esto no significa aceptar que existían varios temas que estaban en el centro de los discursos políticos: el desempleo, la corrupción, la Carpa de los Docentes, los crímenes que implicaban a la Policía de la provincia de Buenos Aires, la detención del exconcejal del PJ José Manuel Pico, etc. Yo creo, sin embargo, que si analizamos la agenda que quedó establecida en el tramo final de la campaña, fue el gobierno el que dominó el escenario al desplegar varias estrategias político-comunicativas a fin de salir a debatir con la Alianza. En este sentido, el primer tema que eligió el gobierno fue el económico. Es decir, se buscó mostrar que la Alianza era el *antimodelo* desde el punto de vista económico, es decir, era el pasado, era la renuncia a la transformación de la Argentina de los noventa, era poner en peligro la estabilidad.

El primer éxito de la Alianza fue, en este sentido, desbaratar esta estrategia. Y quiero recordar que estoy hablando de la coyuntura electoral, porque después tendríamos que encarar el análisis que nos lleva al interrogante sobre la representación misma del Dr. Machinea como vocero económico de la Alianza. Pero Machinea, en esta coyuntura específica, fue alguien que, desde el punto de vista comunicacional, produjo el verosímil de que este no era un punto de discusión, que la gente debía estar tranquila en lo que se refiere a los logros económicos del gobierno y que, en este punto, estábamos todos de acuerdo. Aunque todos sabíamos que en la Alianza esto no era así. Sin embargo, en lo que se refiere a la forma en que se desarmó este tema económico, diría yo que fue extremadamente simple: bastaron dos intervenciones de Machinea en televisión, una de ellas en el programa de Mariano Grondona, donde dijo “con Roque Fernández somos amigos”, para que el tema se cerrara. En realidad, en televisión el más agresivo fue Roque Fernández, y bastó que Machinea dijera “no veo por qué nos tenemos que pelear” para que este punto económico tocara su fin. Entonces, apareció el otro eje, el eje político.

Este segundo punto que como el gobierno se ubicó en un terreno más político porque consistió en poner el acento en la identificación entre la Alianza y la figura de Raúl Alfonsín. Esta operación de “posicionar al opositor” era verosímil sobre todo porque el expresidente radical había sido en gran medida el arquitecto de la Alianza. Además, esta caracterización política del bloque opositor involucraba también el tema económico (al que Alfonsín ayudó bastante durante la campaña ya que varias veces puso en duda las bondades del “modelo económico”), y ponía a la Alianza como el pasado no deseado de nuestra historia política reciente, al tiempo que acentuaba los “fracasos” de la política económica radical. El oficialismo decía que después de todo esta discusión se había terminado en el 89 y que la Alianza no era más que una propuesta de retorno a la hiperinflación y el descontrol económico. La figura emblemática que usó el gobernador Duhalde fue la de caracterizar a la candidata Graciela Fernández Meijide como “Alfonsín con polleras”.

Creo que en este punto el éxito de la Alianza fue lograr (y desconozco de qué modo) opacar la figura de Alfonsín en lo que tiene que ver con la campaña. En efecto, por lo menos en el último mes de campaña, el expresidente se mantuvo bastante alejado de los medios y no se constituyó en un referente de la coalición opositora.

El tercer eje que eligió el gobierno podríamos decir que fue el cultural, basado en un episodio que se suscitó en la avenida Santa Fe con motivo de la visita del presidente Clinton a la Rural de Palermo. Se desató una protesta por la presencia del mandatario norteamericano que culminó en actos de violencia poco comunes. Y más allá de que nos quedan muchos interrogantes acerca de cómo fue construido un episodio donde la violencia se desató con tanta impunidad, lo cierto es que la televisión lo transmitió en vivo y en directo, para todo el país, y que el hecho fue usado por el gobierno para decir que la Alianza es igual a la violencia, o que nunca condenó a la violencia, etc. Era como subrayar el costado más de izquierda de la Alianza, que

la asociaba al pasado violento de los setenta. Yo creo que esto no prosperó en ningún sector de la sociedad ni de los medios, y ni siquiera dentro de los candidatos del gobierno. Sin embargo, fue también una estrategia que se puso en juego.

Finalmente, creo que el gobierno, ante la contundencia de las encuestas y de los pronósticos políticos, decidió colocar su estrategia en el terreno de la identidad y dijo: “la opción del 26 de octubre es entre la Alianza y el peronismo”, y creo que fue allí donde el gobierno terminó comunicando la unidad del PJ frente al comicio, y toda aquello que había sido tan problemático para el oficialismo y para el peronismo en general, esto es, mostrar de manera permanente sus fisuras internas, culminó con una estrategia comunicacional (y de campaña) que consistió en concentrar casi todo el discurso del PJ en dos figuras: la de Carlos Menem y la de Eduardo Duhalde, como los dos grandes ejes que eran capaces de sostener la campaña. En esto estaba también la disputa de ellos, pero primó la idea de abroquelarse detrás de un objetivo en común y en aquellos dos líderes del PJ que eran capaces de concertar las mayores adhesiones. Esta estrategia también desató algunos problemas en la provincia de Buenos Aires porque aparecía la figura de Chiche Duhalde como una figura muy manipulada por su marido, lo cual devaluaba mucho lo que había sido su ingreso a la política como una candidata con perfil propio. Primero ella prefirió no ingresar a la arena de la competencia electoral ya que su perfil era otro, pero fue llevada, empujada, a entrar en la política y sobre el final de la campaña fue llevada a ponerse otra vez como esposa, en un segundo plano porque el gobernador decidió plebiscitar su gestión. Toda la publicidad política en la provincia de Buenos Aires en las últimas dos semanas estuvo concentrada en la gestión del gobernador Duhalde. En una palabra, el PJ comunicó dos cosas: a Menem plebiscitando su gobierno, y a Duhalde plebiscitando su gestión.

En otro orden de cosas, creo que la Alianza tuvo por su parte dos o tres rasgos que volvieron a las elecciones del 26 de octubre una elección muy original. La primera es que no tuvo campaña. Francamente no existió campaña de la Alianza: primero porque no existieron ejes claros compartidos en la Alianza, segundo porque no tuvo recursos, tuvo muy poca publicidad y muy poca propaganda política clásica, y eligió mucho la estrategia que en realidad instaló Menem en el 89, que fue el contacto cuerpo a cuerpo con los votantes. Debemos recordar que una de las grandes invenciones de Menem en el 89 fue introducir un escenario político completamente nuevo al que venía siendo dominante desde muchas décadas atrás. Hasta el final de la gestión de Alfonsín, las elecciones estuvieron dominadas por el acto público masivo, la plaza pública, el discurso político, y era allí donde se “medían” las potencialidades electorales de los candidatos. Carlos Menem desarrolló una estrategia absolutamente novedosa, que dejó de lado el acto masivo e inventó dos territorios nuevos, casi absolutamente contrapuestos: el territorio más mediatizado de la política que es la televisión, la comunicación televisiva, y el territorio más primario de la política, el de la relación personal con los votantes,

el contacto cuerpo a cuerpo, la dimensión *cara a cara* que tiene la comunicación política. Esta última puede ir desde las caminatas por los barrios hasta la caravana de los candidatos que recorren todo el país.

Esta estrategia de pinzas que inventó Menem significó un cambio, un giro fundacional en las estrategias comunicacionales de la política y creo que la Alianza usó exactamente esta herramienta que Menem inauguró en el 89 y que, por supuesto, le dio muchos resultados. Pero una cosa sorprendente de la Alianza es que tuvo muy pocos ejes discursivos propios, en general respondió a las iniciativas del gobierno, y solo se basó en dos o tres principios, casi diría en dos o tres palabras claves para prometer una gestión: EDUCACIÓN, TRABAJO, TRANSPARENCIA, etc. Y esto, en realidad, me lleva a sostener que el mayor éxito comunicacional de la Alianza fue, en realidad, *comunicar a la Alianza*, es decir, no comunicar un discurso político, y ni siquiera comunicar demasiadas ideas o demasiadas ideologías y principios, sino que su fortaleza fue transformarse en algo muy lábil respecto de los motivos que llevaban a cada uno a sumarse a este bloque y que la mayor fortaleza electoral consistiría justamente en comunicar la amplitud y apertura del bloque opositor.

La Alianza ganó cuando se colocó como la verdadera y única oposición al gobierno, cuando mostró que era un bloque sólido, que estaban de acuerdo y que además no era riesgoso para la institucionalidad que se había logrado, ni para la economía. La idea de *Alianza-riesgo-cero* fue un éxito comunicacional absoluto en la campaña a nivel nacional y para ello fue necesario desbaratar una doble estrategia que tuvo Raúl Alfonsín en este terreno. Porque Alfonsín fue el único miembro de la Alianza que hizo ruido durante la campaña, para usar términos comunicacionales, ya que introdujo temas que ponían en riesgo la credibilidad de la Alianza.

En primer lugar, porque Alfonsín trató de discutir la economía y decir que él no estaba de acuerdo con la convertibilidad ni con las privatizaciones en los mismos términos en que fueron planteados por el gobierno, cosa que, como ha señalado Pepe Nun, se plantea hoy como un problema para la Alianza. Sin embargo, desde el punto de vista de las elecciones del 26 de octubre la Alianza había elegido la estrategia de no discutir ese tema. Es más, aceptó decir públicamente que en cuatro puntos centrales la oposición estaba de acuerdo con el gobierno: la convertibilidad, la apertura económica, el equilibrio fiscal y las privatizaciones.

El segundo ruido que introdujo Raúl Alfonsín durante la campaña consistió en su insistencia permanente en acordar entre todos los miembros de la Alianza un núcleo de coincidencias básicas que les sirviera como plataforma. Este núcleo de coincidencias significaba necesariamente recortar el terreno donde estaba parada la oposición, significaba que habría conformes y disconformes, y que el gobierno tendría en sus manos un elemento fundamental para atacar, es decir, para mostrar alguna de las fragilidades de la Alianza. Una enorme debilidad de la Alianza era justamente que le resultaba muy difícil fijar este núcleo. Entonces, estratégicamente, creo que la Alianza tuvo un éxito fundamental en

no escribir nada, es decir, en poder serlo todo, pero todo como oposición al gobierno. De esta forma, la Alianza se transformó en un sinónimo de oposición al gobierno de Menem y de Duhalde, y también de todos los gobiernos locales del PJ. Finalmente, polarizar la elección para la Alianza significaba que para “castigar” al gobierno nacional había un solo lugar seguro.

Esto perjudicó a muchos partidos pequeños o partidos nuevos (como el de Domingo Cavallo) que trataron de sacar cabeza y que tuvieron mucha dificultad para hacerlo en un territorio electoral tan polarizado. El voto del 26 de octubre puede ser caracterizado como un voto advertencia pero también con una dimensión del voto que podríamos llamar “voto oportunidad”. Yo creo que, en cualquier elección, lo más importante para un bloque o para un partido político es mostrar el rasgo de oportunidad que se le da a la gente de expresarse en esa elección particular, esto es, la oportunidad de expresar la bronca del momento pero también la posibilidad de cambio. Por esto, el significado del voto en una elección cualquiera depende del conjunto de sentidos que está en juego en una coyuntura, y por esto, atribuirle el sentido a *esta* elección es uno de los éxitos mayores al que puede aspirar un candidato, un partido o una coalición.

Por otra parte, en esta elección la Alianza produjo un acontecimiento al que debemos prestarle atención: una de las demandas permanentes en nuestra cultura política, y creo que en muchos otros países, es la presencia de una demanda que podría formularse así: en algún momento, *los políticos se tienen que poner de acuerdo*. Hay un sentido común de la política que suele demandar acuerdo, y en este punto la Alianza expresó bien la idea de que estas dos coaliciones, el Frepaso —que era en sí mismo una coalición—, y la UCR, pese a la cantidad de internas que tenía, lograron ponerse de acuerdo. ¿En qué?, en nada. Y eso es lo más extraordinario. La gracia de la Alianza era justamente no construir un discurso monolítico, sino de mostrarse simplemente como *todo lo contrario* del partido al que se trataba de derrotar.

En este sentido creo que otro aliado que tuvo la Alianza fue, por así decirlo, *la cultura de nuestra época*. Me refiero a nuestra cultura de fin de siglo, que es una cultura en la que se han roto muchas identidades políticas y muchas formas de adscripción política que ya no tienen el mismo peso que tuvieron hace diez, veinte o cincuenta años. Lo que se puso en evidencia en estas elecciones es justamente la crisis que sufre el “voto cautivo”, y la aparición de un vínculo con la política que se basa en identidades más débiles, menos exigentes con los principios ideológicos, más basada en la imagen de los candidatos que en los programas partidarios y muy lejos de los patrones de exclusión que dominaron durante décadas. En este sentido la Alianza se transformó mucho más que en una opción por la positiva, es decir, por lo que decía y prometía, en un gran polo receptor de múltiples identidades. Yo creo que este es un éxito que logró la Alianza en los primeros tramos de su aparición.

Y esto no quiere decir ni el fin de las ideologías ni el fin de la historia. Quiere decir que estamos viviendo un cambio en nuestra cultura política. Un cambio que significa el desdibujamiento de las identidades políticas fuertes, de las adscripciones fuertes, y el crecimiento de una cultura política donde los ciudadanos manifiestan un desinterés por la política, o al menos un fuerte escepticismo en lo que se refiere al sistema de expectativas que se tienen respecto de la acción política. Creo que en la Argentina, pese a la caída de la voluntad de votar y a muchos diagnósticos sobre el distanciamiento de los ciudadanos respecto de la política, y que nos tienen que preocupar bastante, creo que en la Argentina sigue habiendo un interés por la cosa pública y por la participación en los momentos claves de nuestra historia.

Lo que creo es que hay una cultura política que tiene nuevos elementos, y algunos nuevos elementos que los aportan justamente los medios masivos de comunicación, que han construido otros escenarios de credibilidad política y de identidad política, este pasaje de la plaza pública, como el escenario privilegiado de la política, al living de mi casa, como el escenario de encuentro con los temas públicos, obviamente esto cambia mi relación justamente con todo aquello que antes llamábamos participación, debate ideológico, etc. Pero también creo que los medios de comunicación han colocado a la política en otra velocidad, en otro rango de temporalidad respecto de lo que eran los procesos de toma de decisiones en la política. La política ha cambiado muchísimo, y eso también ha desdibujado las organizaciones que fueron constitutivas de la modernidad.

Hoy escuchaba en la radio que el gobierno lanzó la privatización del Banco Nación, y si bien es cierto que este es un tema viejo y que la Alianza o el radicalismo y el Frepaso ya tienen una posición tomada al respecto, lo cierto es que el gobierno lo lanzó a las ocho de la mañana y a las doce del mediodía todos los noticieros daban las respuestas que había formulado todo el espectro político frente a este tema. Y además aparecieron las contestaciones del mismo gobierno a las reacciones de la oposición. Por lo menos a esa hora ya se había desarrollado una conferencia de prensa —a primera hora de la tarde—, donde aparecían las primeras contestaciones del gobierno ante lo que decía la oposición. Esta es la velocidad que tiene hoy la política, y está muy construida por lo que son los medios de comunicación, que exigen un tiempo que no tiene nada que ver con el tiempo de las instituciones, de la política pensada desde la dinámica partidaria, donde una comisión analiza el tema y luego lo trata la mesa ejecutiva y finalmente se hace una conferencia de prensa donde se anuncia la posición. La verdad es que Magdalena Ruiz Guiñazú, a las ocho y media de la mañana, quiere saber qué opinan todos sobre el tema que a las siete y media de la mañana anunció el gobierno. Fin entonces de los procesos decisorios que tenían a las instituciones como el territorio privilegiado. Hoy aparecen otros tiempos, otros actores y otros territorios.

Pero también hay otro cambio en la cultura política que quiero subrayar. Y es que existe una experiencia que yo creo que hemos analizado poco hasta el

momento que es la experiencia cultural y política —que ha dejado un importante sedimento cultural y político— que consistió en la puesta en funcionamiento de lo que yo llamaría la innovación menemista del 89 (y que Cavallo instituyó en el 91). Me refiero a la formación de este bloque que combinaba de manera exitosa elementos que parecían imposibles de mezclar en la cultura política argentina: el bloque del liberalismo económico con el consenso popular de masas. Un casamiento que en el siglo XIX y en todo el siglo XX se había revelado como imposible y que más bien aparecía como una historia de rechazos sucesivos y de divorcios con platos rotos cada vez que se intentó algún cruce.

Menem logró lo impensable y parte del éxito de su bloque, no tanto en su bloque de gobierno, pero sí de su bloque electoral, tuvo un formato que resquebrajó viejas tradiciones y culturas políticas en nuestro país. Y esto no es gratuito. Esto dejó una huella en nuestra cultura política de la que hoy sabemos poco.

Me refiero al hecho de que el liberalismo que trajo el menemismo como cultura política no solo supone tener a Cavallo y a Roque Fernández como ministros y al establishment conservador y a la UCeDe como parte del gobierno (estoy pensando sobre todo en el principio del gobierno), sino que supone un cambio cultural donde se resignifica el Estado, se resignifica el mercado, y se resignifican las ideas del liberalismo, de la no regulación, etc., desde una perspectiva diferente a lo que había sido el liberalismo de fin de siglo XIX, sino desde un liberalismo de fin del siglo XX. Es decir como parte de una cultura de época que acepta rediscutir la educación, todas las políticas en relación a una globalización del mundo y donde cada vez más los medios de comunicación son el escenario de este debate ya que forman parte de la vida cotidiana de la gente, como no la forman los partidos políticos u otras organizaciones sociales.

¿Qué herencia deja, entonces todos estos cambios en nuestra cultura política? Yo creo que por lo menos deja una presencia inédita de *cultura política liberal de nuevo cuño*, que era bastante impensable hace no muchos años y que se vincula de manera positiva con los sectores populares, fenómeno inédito por lo menos en los últimos cincuenta años. Y creo que esta es una novedad que trajo Menem, y que en el final de su segundo mandato, se le ha vuelto en contra, como un monstruo que él creó y que hoy no puede dominar. Quiero decir que Menem fue el creador de un bloque electoral y de poder que incluyó fuertemente al liberalismo, que disolvió viejas identidades y que, en el momento en que él quiso volver a recuperar alguna de estas identidades, descubrió que la gente tiene hoy un vínculo con la política que es el resultado de su propia gestión y que puede producir fenómenos políticos absolutamente inéditos.

Creo que en algún sentido Menem sembró liberalismo y terminó cosechando antiperonismo, como creo que terminó cosechando el 26 de octubre al bloque más fuertemente anti PJ que se puede imaginar en esta coyuntura. Y creo que gran parte de lo que fue el voto más liberal en un momento determinado se le

corrió y votó a quienes denunciaban al gobierno desde los principios liberales: el voto a Cavallo, que obtuvo un 17% en Capital Federal, es un buen ejemplo de esto. Pero el voto a la Alianza era en muchos aspectos un voto con contenidos liberales porque la Alianza encarnó principios éticos y de transparencia que Menem no podía sostener.

Termino diciendo dos cosas. La primera: ¿cuál es el desafío de la Alianza hoy? A mí me parece que el problema de la Alianza no está planteado tanto en mantenerla, ya que en este sentido le imagino un futuro posible. Creo que uno de sus desafíos será construir su perfil opositor y parlamentario de estos dos años, ya que va a tener que inventar ese rol, cosa que no me parece nada evidente. Y creo que dentro de la Alianza deben haber visiones muy distintas respecto de cómo se debe participar estos dos años.

El segundo problema es el de la conformación de candidaturas, que si bien lo creo importante no creo que vaya a ser definitorio. Sin embargo, no es lo mismo sumar nombres en una lista donde puedan entrar todos, que definir candidaturas para los principales puestos ejecutivos del 99. Allí habrá que elegir al candidato a presidente, a los candidatos a gobernador, hay que elegir candidatos a intendentes, o a jefe de Gobierno de Buenos Aires, etc. Esta tarea política está muy lejos de hacer una lista para diputados o senadores o para legisladores del gobierno de la ciudad. Creo que, de todos modos, el principal problema va a estar en lo que señalaron antes Darío Alessandro y Pepe Nun, que consiste en el hecho de que la gracia de la Alianza fue su no institucionalidad, esto que parece un problema pero que funcionó como una virtud en estas elecciones: y es que a nadie le queda muy claro de qué se trata. Creo que esto fue positivo en esta coyuntura pero que el problema de su identidad lábil tiene que mantenerse para sumar sectores con miras a 1999. Entonces el problema no es solo pensar en cuál va a ser la famosa pata peronista de la Alianza... Yo diría más bien que el problema de sumar a la pata peronista supone sumar identidades que son distintas a las que se sumaron el 26 de octubre. Creo que si uno toma el voto, por ejemplo, del conurbano bonaerense y ve el mapa político, podemos ver a la Capital Federal muy homogénea con el primer cordón donde se dio un triunfo neto de la Alianza, mientras que en el segundo cordón el triunfo neto fue del PJ. Este no es solo un corte de la clase social o económica, es un corte cultural e involucra al vínculo que tiene la gente con la política.

Entonces el desafío que enfrenta la Alianza va a ser cómo establecer un puente cultural y de vínculo positivo con estos sectores que serán decisivos para el 99. Por así decirlo, con esta Alianza no se gana. Hasta aquí se ganan elecciones parlamentarias, pero para ganar en el 99 falta sumar algo más, y ese algo más anda por territorios que no son homogéneos con la base actual de la Alianza. No se trata de sumar más de lo mismo. Y por eso el problema no es solamente encontrar un buen candidato, es encontrar zonas de inclusión que impliquen aceptar identidades políticas que no son estas que hoy sumó la Alianza.

Y por el lado del gobierno creo que el desafío es exactamente el contrario. Creo que el gobierno va a tener que agrandar el palco del final del gobierno de Menem. Ese palco que solo podía albergar al presidente y al gobernador. El palco de la Alianza era un palco muy heterogéneo y lo va a tener que seguir manteniendo heterogéneo. Yo creo que el desafío del gobierno va a ser que tanto Menem como Duhalde tienen algo del liderazgo carismático y del liderazgo de una cultura política que en los últimos años se ha diluido bastante.

Creo que Alfonsín compartió este rasgo de liderazgo carismático que caracterizó a los ciclos políticos anteriores, y que, a mi entender, Menem será el encargado de cerrarlo. Y creo que los posibles liderazgos de fin de siglo no pueden tener los mismos componentes con los que Menem trató de construir hasta ahora su bloque de gobierno. Y Darío Alessandro puede dar ejemplos de esto, porque él vivió en carne propia que para estar adentro del PJ había que ser menemista y verticalista, de lo contrario había que irse. En este punto, las experiencias del “Grupo de los 8”, de Bordón, de Béliz y de muchos otros son muy elocuentes. La Alianza, por el contrario, ha tenido hasta hoy la gran virtud de que todos pueden entrar, es decir, de tener una puerta muy grande por la que pueden pasar todos. El enigma es si podrá mantenerla abierta y con todos sus integrantes adentro. ■

SEMINARIO SOBRE EMPLEO

Intervención de Pablo Gerchunoff: “El crecimiento sostenido como generador de empleo”

Resulta difícil encontrar un tipo de solución o un conjunto de soluciones para el problema del desempleo, el subempleo, la precariedad, la fragilidad del mundo laboral en la Argentina.

Creo que estamos frente a un problema de una complejidad muy alta y, además, nos encontramos sometidos a una serie de restricciones económicas y políticas también demasiado grandes como para poder afrontarlo con los instrumentos tradicionales.

Lo primero que habría que preguntarse es si puede hablarse de políticas de empleo, sin tener primero algún diagnóstico de por qué estamos donde estamos en materia del mercado laboral. Entonces la primera pregunta que me querría hacer es esta: ¿qué clase de problema es este que tenemos en la Argentina? Porque, francamente, es un problema relativamente novedoso si uno lo ve en términos de

largo plazo. Primero, no es un problema a la europea. No es un problema en el cual uno tenga que poner en el centro las instituciones del Estado de bienestar y las distorsiones que generan estas instituciones como explicación del fenómeno de desempleo en la Argentina. Esa es una visión muy generalizada en Europa, pero hay que estar atentos al hecho de que es una visión que se ha expandido y se intenta dar como explicación también para otros países, como por ejemplo para la Argentina. Y si ese diagnóstico de que las instituciones del Estado del bienestar le han colocado rigideces al mercado laboral, que hacen que los empresarios no generen, no expandan el empleo fuese correcto para Europa, claramente no lo es para la Argentina.

En primer lugar, hay un dato. Lo primero que dice cualquier sociólogo o economista que quiere estudiar la cuestión del empleo laboral en Europa es que hay una bajísima rotación en el mercado laboral, es decir, que se expulsa poca gente y se crean pocos empleos; y que se crean pocos empleos porque se expulsa poca gente y porque los expulsados del empleo, es decir, los desocupados, están fuertemente protegidos. Tienen ingresos básicos mínimos que les permiten sobrevivir sin trabajo, con todo el aparato del Estado de bienestar que los apoya (ese es el argumento) y entonces la oferta laboral se reduce, las posibilidades de que se reincorporen al mercado laboral se reducen.

La Argentina es, en cambio, un país como Estados Unidos “a la duodécima”, en sus defectos. Me refiero estrictamente al mercado laboral. Es un país con una tasa de rotación, con una tasa de creación y destrucción de empleo, según cuál sea el ciclo. En este último tiempo es claramente de destrucción de empleos y en el proceso inicial de la convertibilidad de 1993 a 1995 fue de hiperdestrucción de empleo. Pero es un proceso de destrucción y creación de empleos como pocos en el mundo. Cuando nosotros medimos técnicamente la tasa de rotación, hay muy pocos países en el mundo occidental que tengan una tasa de rotación como la Argentina. Si este fuera un seminario de economistas, esto sería suficiente para decir que las instituciones del Estado de bienestar no están rigidizando el mercado, no están colocándole una especie de vara en la rueda del carro a la dinámica propia del mercado de trabajo. Pero además no hace falta ir al *turn over*, al proceso de rotación. Con ver solamente cuál es el ingrediente económicamente más robusto en la explicación europea del desempleo, uno se da cuenta de que la Argentina está en las antípodas. ¿Cuál es ese argumento? El seguro de desempleo. Dentro del aparato argumental y de la línea de pensamiento que dice que las instituciones del Estado de bienestar fueron las culpables del desempleo europeo desde mediados de los setenta, uno de los argumentos centrales es que el seguro de desempleo hace que el costo de oportunidad de trabajar sea muy distinto. Es decir, que la gente no quiera trabajar, para decirlo en términos reaganianos.

En la Argentina no hay seguro de desempleo. O, con más precisión, el seguro de desempleo abarca a una proporción tan ínfima del total de los desempleados que no podemos usar ese argumento. Y en todo caso, si algo sustituye al seguro

de desempleo, son los programas tipo “Trabajar”, y es difícil mirar esos programas como sustitutos del seguro del desempleo a los efectos que estamos analizando. En algún momento jugaron un papel muy importante en términos numéricos. En octubre de 1997, a propósito de las políticas tomadas por el Gobierno Nacional y los gobiernos provinciales en esta materia, se expandieron muchísimo los programas de empleo mínimo y disminuyó el desempleo como consecuencia de esas políticas públicas. Pero eso no es un seguro de desempleo, y en todo caso, si de algo se trata, es de dar un empleo precario y transitorio a gente que poco después va a quedar desempleada, que es lo que efectivamente ocurrió desde octubre de 1997 en adelante, cuando terminó el proceso electoral y los derrotados de entonces dijeron: “bueno, a desensillar hasta que aclare”. Entonces, no encuentro en las explicaciones eurocéntricas elementos interesantes para entender el desempleo y la fragilidad del mercado de trabajo argentinos.

En segundo lugar, no encuentro tampoco en las explicaciones economistas neoclásicas argumentos sólidos para entender el desempleo en Argentina. ¿Qué es una explicación neoclásica? Es básicamente una explicación de precios relativos. Es una explicación que dice que el salario está alto en términos de los bienes de capital, es decir, que el trabajo está caro en términos de los bienes de capital y, por lo tanto, los empresarios toman la decisión de sustituir trabajo por bienes de capital comprando entonces el factor más barato y expulsando el factor más caro. Aquí hay una argumentación muy usada por FIEL, muy usada, por ejemplo, por Juan Luis Bour, para quien el tema de los precios relativos es el argumento central. Y este argumento también es utilizado por la izquierda.

En los últimos tiempos la idea de que el tipo de cambio o una de sus manifestaciones (el precio relativo entre trabajo y capital) va en contra de la creación de trabajo y que, por lo tanto, una modificación del tipo de cambio podría llegar a generar empleo, es una explicación que la he empezado a escuchar desde sectores críticos por izquierda al actual gobierno. Creo que tampoco vale ese argumento. Quizá tampoco vale por un montón de enseñanzas que creo que compartimos varios en esta mesa. Varios en esta mesa debemos creer que la señal de precios relativos —y por eso alguna vez fuimos estructuralistas o somos estructuralistas—, es una señal muy débil, que la señal del mercado es una señal muy débil para explicar lo que pasa en el mercado de trabajo. Entonces me parece que surge otro problema. Decir que el salario está caro y que los bienes de capital están baratos, y que por eso hay sustitución de mano de obra por capital, es creer que la economía es una economía de plastilina y que, si cambiaran los precios relativos mañana, rápidamente los empresarios tomarían la decisión inversa. Y ese tipo de economía de plastilina es aquella en la que no creo. Creo además que, si mañana se cambiaran profundamente los precios relativos a través de políticas devaluatorias, por ejemplo, se llevaría la economía a una depresión en lugar de lograrse una expansión del empleo por razones que tienen que ver con el sistema financiero. Pero no

intentemos agregarle al actual desempleo estructural, un desempleo de naturaleza keynesiana por depresión de la economía.

Entonces, hay dos explicaciones que no comparto: la explicación institucionalista anti *welfare State* y la explicación neoclásica de precios relativos. No quiero decir con esto que una señal de precios del tipo de bajar aportes patronales para ciertos sectores del mercado laboral no pudiera tener efectos. Pero creo, como ya lo expuse, que serían efectos débiles, serían efectos muy de largo plazo y muy mediados por otras cuestiones que hacen al comportamiento, que definen mucho más el comportamiento del mercado laboral.

Entonces, si no es la primera explicación ni es la segunda, ¿qué otra explicación hay que me satisfaga más? Diría lo siguiente, la explicación que a mí más me satisface es una que junta, que une, si se quiere, lo mejor y lo peor de lo que ha ocurrido en la economía argentina en los últimos años. Lo que creo que ha pasado en la economía de los últimos años es que ha sufrido, la sociedad ha sufrido, un shock estructural de productividad de tal magnitud que ha dejado como resultado una economía en la cual una gran masa de gente no está en condiciones de encontrar empleo luego de haber sido expulsada del mercado de trabajo. Es decir, es el propio éxito del plan de convertibilidad y el plan de reforma económica, en su intento de incrementar la productividad, el que de alguna manera está determinando que la generación de empleo hasta 1997 haya sido muy pobre..

En ese éxito, que es el que ha permitido mantener el tipo de cambio fijo, el incremento de productividad, está la razón fundante del desempleo, arriba del 14 o 15%, que debemos estar teniendo en este momento.

Esto es casi una explicación contable. Lo que quiero decir con esto es: aumento de productividad quiere decir menor requerimiento de mano de obra por unidad de producto, y es lo que han hecho todas las empresas que viven en un mercado capitalista en los últimos cinco o seis años en la Argentina. Por lo tanto, para que el efecto productividad pueda ser compensado, la economía tendría que haber crecido al 14 o al 15% anual para no tener desempleo, y esto era imposible que así ocurriera. Entonces, en el shock de productividad que sufrió, que experimentó la economía argentina, está la razón principal por la cual se produjo la expulsión. Es un proceso, pero de todos los clichés que conozco, el cliché de la modernización excluyente es el que me parece que se acerca más a lo que ha ocurrido en el mercado laboral argentino.

Ahora, ahí estamos en un problema que creo que habría que ejemplificarlo de algún modo para entender exactamente qué quiere decir. He usado una vez un ejemplo que viví personalmente y me parece que puede servir. Hace tres años me invitaron a visitar un puerto privado de Rosario, para dar una charla. Di la charla frente a empresarios de la Asociación de Cooperativas Argentina, y después me dijeron: “bueno, ahora vamos a visitar el puerto”. Entonces me llevaron caminando y me introdujeron en una especie de cabina espacial, con un vidrio enorme

en donde desde allí, rodeado de ocho personas podía ver perfectamente cómo las cintas estaban llevando los productos a los barcos. Entonces hablé con la gente, me presentaron al ingeniero jefe y después a unos técnicos que trabajaban con él. En realidad, me presentaron a ocho personas, y luego a otras cuatro que estaban trabajando, en total eran doce. Y cuando terminé de ver la cabina, y cómo funcionaban las computadoras les pedí que me llevaran a visitar el puerto. Entonces me miraron y el ingeniero jefe me dijo: “No, esto es el puerto”. El puerto eran doce personas. Entonces estupefacto, realmente sorprendido por lo que me mostraban, empecé a mirar con otros ojos, y mirando con esos otros ojos vi a unos ochocientos metros hacia la derecha, unas especies de barracas sucias que entraban muy en conflicto con la estética del puerto. Entonces pregunté “¿qué hay allí?”. “Allí les dimos lugar a los estibadores” fue la respuesta. Y, efectivamente, en un acto que realmente los honraba, la Asociación de Cooperativas Argentina había dado un lugar para que los estibadores vivieran hasta que consiguieran reconvertirse y reinserirse. Entonces les pedí por favor que me llevaran a visitar a los estibadores y uno me contó su historia de vida. Era la historia de vida de un hombre que a veces puede aparecer como desempleado permanente en la encuesta de hogares, pero a veces como un changuista que tiene trabajo y no aparece como desempleado. Era imposible que ese señor pudiera encontrar trabajo de nuevo, pero era posible (porque así me lo dijo) que su hija encontrara trabajo en los servicios del centro de Rosario, porque en el proceso de expansión de 1993/94, el empleo en los servicios había crecido y así como él no tenía trabajo a los seiscientos pesos que ganaba antes, su hija sí tenía trabajo a los cuatrocientos pesos que le pagaban en un supermercado de Rosario.

Entonces, esto es un problema de naturaleza estructural. ¿Cómo se resuelve un problema de este tipo? Me quedo con esta explicación de transformación estructural a tal velocidad y con tan baja red de contención, que es imposible que no diera un resultado como el que dio, que no diera precarización, fragilización y altísima tasa de desempleo abierta.

Entonces, ¿qué hacemos frente a eso? ¿qué hacemos frente al estibador, al que le mataron su capital humano (porque ya es un capital humano que no sirve para nada), sin que haya muerto como persona? Era un estibador de unos cuarenta y ocho años. Entonces, en términos de L, como llaman los economistas, su capital humano había muerto ya, pero él iba a seguir viviendo y además los sistemas de salud le iban a seguir dando esperanzas de vida cada vez mayores y, para colmo, el sistema previsional le decía ahora que tenía que jubilarse más tarde. Con lo cual el período de vida que este señor iba a vivir con su capital humano muerto, pero con él vivo y sin capacidad de jubilarse, realmente presentaba una especie de conflicto —ya no de objetivos, sino de valores— difícilísimo de resolver, complejísimo de resolver. Entonces, decidí que la única solución que una cosa así puede tener es, primero, que a esa velocidad galopante, la destrucción de capital humano cesara

en algún momento. Y debo admitir que no soy del todo pesimista al respecto. Quiero decir que un país como la Argentina, que no invirtió magnitudes importantes durante quince años, entre 1975 y 1990, es razonable que tenga un shock de productividad y un shock de inversión relevante en unos pocos años iniciales. Pero también es posible que el aumento de productividad vaya declinando con el tiempo. Tengo la esperanza de que este shock empiece a morigerarse en el futuro, *ceteris paribus*, como decimos los economistas, dejando de lado todo otro shock adverso, una crisis de 1929 o una crisis de 1998 o de 1890, o lo que fuere, porque si colocamos eso dentro de la escena, esto realmente se nos vuelve demasiado complicado y demasiado lúgubre.

Si efectivamente la productividad empieza a declinar; si se calman —por decirlo de alguna manera— los *animal spirits* que han llevado a este aumento galopante de la eficiencia y de la productividad de los mercados capitalistas, entonces puede ser que el crecimiento tenga un sentido como generador de empleo; de otro modo no tendría sentido.

Por lo tanto, quiero sugerir que el crecimiento, en un contexto de declinación del incremento de productividad, es la solución central para el problema de la generación de empleo en la Argentina que viene. Esto va más allá de la política de empleo, pero es central para ella. Si este país crece sostenidamente y los incrementos de productividad se morigeran, la Argentina va a generar empleos. Los años 1996 y 1997 son buenos ejemplos al respecto. Si uno los depura del efecto creación de empleo vía planes “Trabajar”, o planes provinciales equivalentes, la creación de empleo fue más alta que el propio crecimiento del producto. Esto contra Juan Luis Bour, contra Vivian Forrester, contra todos los que dicen que el crecimiento no genera empleo.

Ahora, si digo que crecimiento genera empleo en tanto la productividad no siga subiendo a una velocidad tan galopante, lo que tengo que preguntar es ¿cómo se hace para tener un crecimiento sostenido? Y me pregunto ¿es posible que un país con los desequilibrios externos que tiene la Argentina, pueda sostener una tasa de crecimiento del 5 o 6% del producto, que sería lo necesario para reducir de algún modo la tasa de desempleo en el futuro? ¿Es posible que un país exportador básicamente de *commodities* de bajo valor agregado sea capaz de vender productos cada vez más ricos y de mayor precio como para entonces resolver su problema del sector externo y sostener el crecimiento? Así como más arriba quería transmitir una imagen moderadamente optimista sobre que el crecimiento puede resolver el problema, ahora me veo obligado a ofrecer la contracara. Si en la Argentina no hay políticas productivas que consigan enriquecer nuestro aspecto productivo, aumentar el valor agregado, entrar en los mercados internacionales con productos que valgan más y cuyos precios no fluctúen tan violentamente como los precios de las materias primas y los *commodities* industriales, si no logramos eso en el contexto de las actuales reglas de juego, entonces el problema del desempleo nos va a

acompañar durante décadas o por todo el tiempo que se pueda imaginar, porque la palabra “décadas” no quiere decir nada.

Ahora bien, esto significa que hay un espacio para políticas específicas en el terreno de la producción que, si no se llevan a cabo, si no enriquecen lo que nosotros producimos, si no aumentan el valor de lo que producimos, y por lo tanto no nos dan entonces la competitividad sistémica, que no tenemos todavía, si esto no ocurre entonces volvemos al principio: no tengo solución frente al problema.

Todo lo anterior puede servir para resolver un aspecto estrecho del problema, la generación de empleos. Pero hay otra dimensión que tiene que ver con algo que casi nunca se discute en la Argentina, el tema de la distribución del ingreso. Los empleos que se generen espontáneamente en la Argentina en un proceso de crecimiento, van a tener que ver con el carácter nada neutral del progreso tecnológico en el mundo moderno. No es que el progreso tecnológico expulse trabajadores. El problema del progreso tecnológico hoy, a diferencia del progreso tecnológico de la era industrial, es que simpatiza más con los trabajadores calificados que con los no calificados; produce una demanda excedente de trabajadores calificados y una expulsión y una oferta excedente de trabajadores no calificados. Esto quiere decir que aun en el mejor de los casos, que es crecimiento sostenido con valor agregado cada vez más alto por parte la Argentina, es probable que en el proceso de expansión del empleo se abra la brecha de la distribución del ingreso todavía más que lo que ya está abierta. ¿Cuál es la respuesta que un economista estándar tiene frente a una situación de este tipo? Muy sencillo: la igualdad de oportunidades; eduquemos y califiquemos a los que están abajo para que los que están arriba tengan una menor diferencia de oportunidades y con esa menor diferencia de oportunidades cerremos la brecha de ingresos. Es fácil decirlo. No se me ocurre cómo hacer una cosa así. Si creyera que la igualdad de oportunidades es una cuestión confinada al terreno de la escuela, entonces quizá haya una chance. Pero no creo que la cuestión de la igualdad de oportunidades sea puramente una cuestión de la escuela. Entonces entramos en un círculo vicioso, donde necesitamos resolver de algún modo la cuestión de la distribución del ingreso para que la igualdad de oportunidades aparezca como un hecho posible. Pero no podemos resolver el problema de la distribución del ingreso en tanto la trayectoria de progreso y de modernización que estamos recorriendo, sea esta que recorreremos.

Y aquí, en este último punto, lo único que tengo son interrogantes, no tengo respuestas, no sé cómo se hace —aun en el mejor de los marcos, aun en el escenario de la expansión sostenida y de la generación de empleos— para poder fabricar una sociedad en la cual la brecha de oportunidades, la heterogeneidad y la desigualdad no se hagan crecientes. Sé que para alguien que finalmente está haciendo política pública, esta confesión de impotencia es una confesión de difícil digestión, pero en todo caso es mejor confesar la verdad de los problemas que afrontamos y la

dificultad que tenemos para resolverlos, que caer en un par de lugares comunes para suponer que los hemos solucionado. ■

EDICIONES UNIDOS N° 6. EDUCACIÓN Y EMPLEOABRIL DE 1999

Colaboración especial

EDUCACIÓN Y REPRESENTACIÓN

Por Adriana Puiggrós

En este artículo haré un análisis de los problemas políticos que genera la Ley Federal de Educación dictada durante el primer gobierno de Carlos Saúl Menem, y pondré la atención en un problema en particular: la Ley como un escenario en el cual se discuten las representaciones sociales en los espacios donde se determina la educación.

¡APUNTEN CONTRA LA LEY!

La Ley Federal de Educación dictada en 1994 es blanco de críticas por parte de una amplia franja social y política. La gran mayoría de los docentes ha dicho en algún momento que hay que derogarla, lo han pedido comunidades de los colegios religiosos privados, escuelas que son PyMES, cooperadoras, asociaciones de padres y estudiantes. La Ley tuvo la aptitud de concentrar las broncas contra una política educativa que rebasa ampliamente aquel texto, pero que está muy bien inscripta en él (salarios de hambre para los docentes, descentralización que destartaló el sistema, desgaste e insuficiencia de la infraestructura, atraso tecnológico, descarga de funciones de asistencia social sobre las escuelas, etc.). Durante cuatro años los docentes llevaron adelante movimientos de fuerza que culminaron en la instalación de la Carpa Blanca en la Plaza de los Dos Congresos en pos de la mejora salarial, pero incluyendo el rechazo global a la reforma. En las reuniones nacionales, regionales y en las asambleas locales de la CTERA específicamente la Ley fue rechazada como símbolo del ajuste en el sistema educativo. Otros sindicatos públicos (UTE, ATEM) y privados (SADOR, etc.) se enfilaron en la misma posición. El decreto reglamentario de la Ley Federal de Educación establece que todas las provincias deben adecuar su estructura educativa antes del año 2000, acorde

con el modelo nacional uniforme, que pone el vigencia.¹ Los gobiernos de las provincias de Buenos Aires y de Córdoba se apresuraron a cumplir. La interpretación que hicieron de la Ley Federal fue distinta y sus sistemas escolares tomaron rumbos centrípetos. El ortodoxo gobierno de La Pampa cumplió punto por punto la directiva de la ley dictada por el menemismo. Otras provincias buscaron formas de zafar. El gobernador Sapag reformó algunas pocas escuelas, tomándose su tiempo. La ciudad de Buenos Aires y varias provincias están elaborando lentamente sus leyes reformadas, mirando de vez en cuando el reloj con la esperanza de que el cambio de gobierno llegue antes que el siglo XXI.

La provincia de Buenos Aires es sede de la tercera parte del sistema educativo nacional. Allí la ministra de Educación, Graciela Gianetassio, comandó el avance sin tregua del cierre de escuelas secundarias y la apertura del tercer ciclo (los grados 7°, 8° y 9°, o sea 7° de primaria más 1° y 2° de secundaria, ahora primarizados). El desorden fue completo. Profesores de media pasaron a trabajar en escuelas primarias dirigidas por docentes preparados para este último nivel; los adolescentes pasaron a convivir con los niños menores, a compartir baños, tiempo de recreo, angustias, droga, confusión acerca de las razones por las cuales debían permanecer encerrados en la escuela horas y horas. Pero la reforma siguió avanzando. Se eliminaron clases de idiomas, incluyendo a sus docentes y se comenzó a aplicar la reforma de contenidos. Muchos profesores fueron transferidos de un área del conocimiento a otra. En el mejor de los casos recibieron un breve curso, que no alcanzó ni para paliar su asombro y angustia ante la insólita situación.

El gobierno de Córdoba comenzó con un programa que pretendía asegurar la educación básica a todos y restringir la oferta del nivel medio cerrando establecimientos y abriendo en menor cantidad secciones de polimodal. Los alumnos que quisieran concurrir a ese nivel deberían trasladarse diariamente o albergarse en lugares lejanos a su residencia. La reforma cordobesa comenzó como un verdadero proceso de ajuste, sin disimulos. La reacción popular de rechazo incluyó casi todos los sectores públicos y privados y el gobierno no pudo llegar a los niveles de restricción que se había propuesto. El tercer ciclo quedó incorporado a la enseñanza media y no hubo solución definitiva para el problema de la oferta de polimodal.

Mientras el año pasado todavía la demanda generalizada era la derogación inmediata de la Ley Federal, hoy la comunidad educativa está preocupada porque la cantidad de bancas que posee la oposición es insuficiente para hacerlo. También porque se fue agregando otro problema: la reforma de la estructura avanzó mucho, se instaló, produjo modificaciones. No todos piensan ya lo mismo ni comparten las mismas razones para diferir. Ni todos los profesores ni todos los alumnos, ni todas las familias quieren otro cambio. Los sectores medios rechazan la nueva estructura y, quienes pueden, mandan a sus hijos a

1. La diputada Irma Parentella ha presentado un proyecto de ley destinado a impedir estas medidas, modificando la reglamentación.

escuelas secundarias de la ciudad de Buenos Aires para que no se queden varados en la primaria, o sea en el tercer ciclo. La gente pobre, que sabe que no podrá sostener a sus chicos en la secundaria, acepta el 8° y 9° grados porque prefiere que sigan yendo a la misma escuela dos años más, en lugar de estar en la calle. Han renunciado a reclamar que se les facilite la educación media. Así, a fines de 1998, la derogación de la Ley pasó a formar parte de un discurso maximalista, muchas veces ignorante de la información política, del sistema institucional del país y de la viabilidad de las medidas que propone. La derogación lisa y llana de la Ley es enarbolada con fuerza especialmente por una izquierda estudiantil y docente tradicionalista.

La Oficina Regional de la UNESCO con sede en Chile, cuyos directivos están muy vinculados a los funcionarios actuales del Ministerio de Cultura y Educación, hizo un convenio con el gobierno de la provincia de Buenos Aires para evaluar los resultados de la aplicación de la reforma. En una conferencia de prensa realizada a comienzos de 1998 anunció unos pocos de los resultados de una amplia investigación, que subrayaban aquella última posición. Con el aval de la UNESCO, se sostenía que la reforma conformaba a los sectores populares.

Obsérvese la situación: al menos algunos de los más pobres (y al mismo tiempo potenciales votantes del Partido Justicialista) avalan la reforma; la izquierda la rechaza frontalmente. En junio de este año la Alianza presentó un proyecto de ley de formación de una Comisión de Evaluación y Prospectiva, con funciones de ombusman de la reforma educativa, integrada por diputados, representantes del Ministerio de Cultura y Educación y gremiales (proyecto Fernández Mejjide-Dumón). Por su parte, los legisladores nacionales y provinciales del FREPASO que trabajan en las comisiones de Educación aprobaron en el mes de junio cinco puntos de acuerdo respecto a la Ley:

1. Suspender el comienzo de la reforma donde aún no empezó.
2. Suspender la extensión de la reforma a nuevos ciclos y niveles donde ya se comenzó.
3. Declarar zonas experimentales los lugares donde se instaló la nueva estructura.
4. Formar comisiones semejantes a las Comisiones de Evaluación y Prospectiva en cada provincia y encargarles que, junto con la nacional, evalúen los resultados de la reforma durante 1999.
5. Tomar decisiones de largo plazo en el 2000.

La mayoría de los docentes acuerda con la suspensión de la aplicación de la estructura y la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires, donde la Alianza es mayoría, aprobó en septiembre un proyecto que esencialmente incluye los puntos anteriores (Proyecto Piamonte). En octubre fue presentado en la Cámara de Diputados de la Nación un proyecto de modificación del Título 3 de la Ley, es decir de la Estructura (proyecto de ley Puiggrós-Delich).

¿QUÉ HAY QUE DEROGAR DE LA LEY?

La Ley Federal de Educación se compone de:

- a) los derechos, obligaciones y garantías y los principios generales (Títulos I y II).
- b) la estructura del sistema educativo (Título III).
- c) la educación no formal, la enseñanza de gestión privada, la gratuidad y asistencialidad; los derechos y deberes de los miembros de la comunidad educativa; el gobierno y la administración (Títulos IV, V, VI, VII, VIII y X).
- d) la calidad de la educación y su evaluación (Título IX) y el financiamiento (Título X).
- e) cláusulas transitorias.

Entre los conceptos que dan marco a la Ley Federal persiste la presencia de la Iglesia Católica y su preeminencia sobre otros sujetos ideológicos. Pero la mayoría de los contenidos de los Títulos I y II contienen principios tales como el carácter de bien social de la educación, la responsabilidad principal del Estado, la igualdad de oportunidades, la gratuidad, la garantía de no discriminación y de acceso-permanencia-egreso del sistema educativo de todos los habitantes, la equidad a través de la justa distribución de los servicios educacionales, los derechos culturales de las comunidades aborígenes, entre otros. Muchos de esos conceptos no habían formado parte de ninguna de las leyes anteriores que organizaron el sistema escolar argentino, aunque muchos de ellos provienen del reformismo universitario y del discurso “escolanovista” que había representado a los sectores pedagógicos de vanguardia décadas atrás. El resultado es la modernización pedagógica y la democratización axiológica del encuadre político educacional argentino. En cuanto a la controvertida cuestión del financiamiento de la educación, el artículo 61 de la Ley obliga al gobierno a “duplicar gradualmente y como mínimo a razón del 20% anual a partir del presupuesto de 1993” o bien, si resulta una cifra mayor, un incremento del 50% en el porcentaje del PBI destinado a educación en 1992. En otros términos, significa que en 1996 el Estado argentino debía invertir el 6% del PBI en educación, cifra que corresponde a las recomendaciones internacionales al respecto.

Nada de todo eso cumple el gobierno. Y cae de maduro que lo que hay que hacer es obligarlo a cumplir tanto con los principios democráticos como con las pautas de financiamiento. Abrir la discusión sobre los principios democráticos que alcanzaron a inscribirse en la Ley sería un error del progresismo, en una época tan conservadora como la actual. No hay una mayoría legislativa ni una justicia independiente que garantizaran en ese caso que, por ejemplo, no se limitara la responsabilidad principal del Estado o no se eliminan derechos de las minorías. Ya limitadas mediante la nueva estructura, no sería de extrañarse que esos y otros derechos fueran eliminados ahora doctrinariamente.

En momentos de redactar la Ley, los autores debieron respetar el consenso democrático que venía de arrastre desde la posdictadura. Hoy sabemos que el menemismo está dispuesto a avasallar muchos de los acuerdos básicos de la

sociedad, pero también que la sociedad misma está quebrada en cuanto a muchos de esos acuerdos, incluidos algunos que son condición para su misma existencia. La estructura de Derechos y Principios que contiene la Ley fue gestada en el Congreso Pedagógico de 1985, durante el gobierno de Raúl Alfonsín. Una evaluación del Congreso Pedagógico de 1985 que sobrevuele las luchas locales y sectoriales advierte que ese evento mostró los signos ideológicos que la sociedad de aquel entonces había decidido darle a la educación. Paradójicamente no fue el gobierno radical quien tradujo a la letra de una ley aquellos principios, sino el gobierno de Menem. ¿Por qué se dice, entonces, que la Ley discrimina, produce fracaso escolar y desorganiza el sistema educativo nacional, entre otras fallas? Es que, a su mejor estilo, el menemismo aplicó la perversión del discurso dentro de la misma Ley. Mostrándose como representante de los intereses generales en sus dos primeros títulos, el Título III de la Ley se emancipa y adquiere identidad propia. Esa identidad es una mezcla producida por los técnicos contratados por el Ministerio de Cultura y Educación (que estaban convencidos de las bondades de la descentralización y el ajuste del sistema escolar), las concepciones provenientes del Ministerio de Economía dirigido por Domingo Cavallo y el apoyo de ese liberalismo antiestatista siempre presente en la Argentina.

UNA MANO BORRA LO QUE ESCRIBIÓ LA OTRA

El Título III de la Ley contiene una nueva estructura para el sistema escolar. Su fuente más cercana fueron la reforma franquista y la reforma Astigueta-Onganía de 1970. Su reminiscencia más profunda fue la reforma Saavedra Lamas de 1916. Las cuatro tienen en común que se elige el cambio de estructura como eje de una modernización que apunta a ir despidiendo paulatinamente de la pirámide escolar a los sectores de menores recursos. La reforma Menem es la única de la serie mundial de ajustes neoliberales de los aparatos educativos que se decide por ese modelo. Chile y Brasil, por ejemplo, prefirieron hacer hincapié en la descentralización de contenidos, instituciones, métodos de enseñanza y demás componentes del sistema.

La Ley de Transferencia de 1993 precedió a la Ley Federal y determinó la conclusión de un proceso de retiro del Estado Nacional del rol de proveedor directo de educación, función que quedó, junto con establecimientos, alumnos y docentes, a cargo de las provincias. Esa medida no fue acompañada por normas que garantizaran suficientemente la articulación del sistema educativo nacional y la equidad del servicio educativo en las diferentes regiones. Las desigualdades se profundizaron dramáticamente, al son de la distribución desigual de la miseria en el país y dentro de cada provincia. La nueva estructura que impone la Ley Federal operó sobre ese destartalado sistema. Comenzó a producir un nuevo ordenamiento de la comunidad educativa y nuevas relaciones entre la educación y la sociedad.

Las operaciones que la Ley obliga a realizar a cada provincia para fundar el nuevo orden consisten en desarticular la enseñanza media, ya sea primarizando el tercer ciclo o independizándolo separándola del polimodal; eliminar las escuelas técnicas, restringiendo la educación para el trabajo a capacitación para el empleo en el polimodal; concebir el polimodal como un articulador de capacitaciones acordes con las demandas empresariales específicas.

La operación discriminatoria más flagrante se produce al mandar al capítulo denominado “Regímenes especiales”, fuera del tronco central del sistema escolar, la educación de adultos, la educación especial y la educación artística, lo que fue acompañado por el achicamiento y/o cierre de la mayoría de los organismos destinados a esas modalidades. También se margina en el texto de la ley a la educación inicial, comenzando la responsabilidad pública con los niños de cinco años, y a los programas destinados a la prevención y compensación de la desigualdad. Dicho de otra manera, los destinos diseñados por la estructura de la Ley son:

- Los hijos de los más pobres no tendrán guarderías, jardines maternales y programas de prevención, y deberán arreglarse con los servicios de la vecina de la villa, la parroquia o alguna subsistente sociedad de fomento; en el mejor de los casos irán a una primaria larga y no tendrán oportunidad de concurrir a la media; si fracasan en la escuela no habrá mecanismos institucionales que los contengan y apoyen en su recuperación; si desertan solo habrá algún programa de menor importancia que se ocupe de ellos; los adultos pobres no tendrán oportunidades educativas; los adolescentes no recibirán educación para el trabajo.

- Los sectores medios que tengan empleo podrán mandar a sus niños a guarderías privadas barriales o de algunas pocas públicas selectas; los chicos cumplirán con la obligatoriedad escolar de 10 años en escuelas públicas o privadas; y una parte llegará al polimodal, donde será adaptada al mundo del trabajo, pero pocos ingresarán a la educación superior y muy pocos terminarán la universidad. Los ingresantes a algunas facultades de universidades públicas provienen cada vez más de escuelas secundarias privadas.

- El circuito de la clase media alta es bien conocido: escuelas privadas, universidad privada, postgrado en el país o en el extranjero.

Las anteriores reflexiones señalan la letra de la Ley. Debemos agregar los efectos de la miseria sobre la posibilidad familiar de sostener la educación de sus hijos tanto material como psicológica y emocionalmente. Donde no se arma la mesa familiar y los chicos deben concurrir al comedor escolar se ha desarmado también el lugar en el cual se establecían normas de convivencia, se enseñaban rituales, se desarrollaba el proceso de herencia de la tradición, se transmitían los saberes vinculados con el trabajo, la crianza y la administración política de la institución familia y de sus relaciones con los otros. A la crisis de los vínculos sociales se sumó la pérdida de la brújula del sistema escolar.

EL EDUCADOR TAMBIÉN PONE LO SUYO

Entre los múltiples problemas que contiene la relación entre educación y política prevalece la cuestión de la representación. El rol moderno del educador es representar a los sujetos que han adquirido legalidad y en ocasiones legitimidad, para determinar los parámetros de la transmisión cultural: qué, a quienes, qué a quienes, cuánto, cuándo, cómo y para qué. Es una característica de la modernidad que el trabajo docente, los programas, las operaciones que realiza el sistema escolar, los valores, los rituales deban representar las decisiones generales de la sociedad al respecto. Los sistemas escolares tienen como sujeto de su accionar a la ciudadanía, tomada esta categoría en sentido amplio. Sin embargo, cabe advertir al menos dos limitaciones a la puesta en práctica de aquella función de representación.

Primero: La novedad de la educación moderna es la existencia de un lugar vacío que corresponde a los sujetos que determinarán los parámetros de la transmisión cultural. La identidad de esos sujetos depende de sistemas de derechos y deberes y de las luchas políticas. En consecuencia, no hubo un modelo educativo único de las sociedades industriales (capitalistas y socialistas) ni hay un modelo educativo único de la sociedad capitalista globalizada. No existe una representación lineal de una sociedad general y homogénea en el discurso pedagógico moderno. Aunque así lo pretende ese mismo discurso.

Segundo: Apoyémonos en la hipótesis de Ernesto Laclau, que plantea que “no puede prevalecer ninguna relación de pura representación porque la esencia misma del proceso de representación exige que el representante contribuya a la identidad de lo representado”.² Esa hipótesis se carga de importancia tratándose del tipo de representación de quienes determinan los parámetros de la transmisión cultural y de quienes la realizan.

La determinación de los parámetros no es una simple traducción de significados esenciales a estructuras curriculares y contenidos programáticos. Lo que se decide enseñar no proviene de un pleno conocimiento de la cultura humana y una transparente y consciente selección por parte de las generaciones dirigentes o adultas. Se trata de un complejo proceso de elección, dentro del cual es difícil distinguir la repetición sintomática de la alteración sistemática de la trama cultural y de la contingencia. Es una lucha entre lo que unos y otros quieren, pueden y terminan decidiendo que se enseñe. En el tránsito entre la selección cultural (o la producción de arbitrariedades culturales, como diría Bourdieu) y la inscripción programática de los contenidos, ocurre una serie de acontecimientos que anula cualquier fantasía de representación pura. La propia Iglesia, que ha seguido siendo identificada como portadora de verdades incluso en la pedagogía moderna, debe participar de negociaciones programáticas y curriculares que ponen en juego muchas de las categorías esenciales a su concepción pedagógica. Los avatares del término

2. Laclau, Ernesto, “Poder y representación”, en revista *Sociales*, N° 4, mayo de 1994, p. 7.

trascendencia son una prueba: habiendo sido una trinchera del esencialismo metafísico doctrinario, ha sido sacudido desde Jacques Maritain y Emmanuel Mounier en adelante y se fue cargando de atributos al ser volcado a lo social. Se lo ligó con la responsabilidad frente a los pobres y se lo llega a enfrentar ahora con el pragmatismo neoconservador.

Marx decía en su Tercera Tesis sobre Feuerbach que el educador debe ser educado. Paulo Freire advertía sobre la necesidad de que el educador se dejara educar por el educando. Indicaban que el educador representara al pueblo. En un trabajo que vale la pena leer, Andy Hargreaves³ analiza las trampas que enredan a los docentes cuando se los carga de culpas, de responsabilidades incumplibles y, agregamos, del deber de la representación facsímil de las aspiraciones sociales. Quiera o no, el docente contribuye a la naturaleza de lo enseñado. Consciente o inconscientemente.

¿QUIÉN DECIDE LOS PARÁMETROS DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA?

La Constitución Nacional establece que el pueblo delibera a través de sus representantes. Además, ni la suma de las individualidades ni la masa en su conjunto constituyen sujetos sociales con capacidad autónoma para determinar y expresar la compleja serie de mensajes intergeneracionales. La elección y delegación de poderes en representantes tiene mucha importancia, puesto que imprimirán su sello, deberán llegar a consensos o decidir la forma de sostener los disensos y discernir cuestiones tales como qué se enseñará a todos, qué a algunos, qué podrán elegir los alumnos, los docentes y las familias, qué estará curricularmente determinado, cuánto lugar habrá para lo nacional, lo regional, lo provincial, lo institucional, lo grupal, lo individual, entre muchas otras cuestiones.

Las dificultades para decidir las representaciones radican también en la dispersión de la demanda. Los sindicatos docentes mantienen su unidad interna porque su función es clara y la diversidad que contienen se borra en el punto donde sus adherentes se unen para luchar por sus necesidades básicas cada vez más insatisfechas. En cambio, respecto a parámetros de la transmisión cultural como la estructura del sistema o los diseños curriculares es más difícil llegar a acuerdos universales. En el caso de los docentes, padres y estudiantes primarios y secundarios hay consensos sobre grandes líneas, ciertos pisos axiológicos, límites a las concepciones autoritarias y explicitación de lo que se considera excesos disciplinarios. Hay saberes que indiscutiblemente forman parte de cualquier currículum y consensos sobre los contenidos indispensables en currícula específicos. Pero esas mismas demandas generales de conocimientos están siendo craqueladas por la máquina de destruir

3. Hargreaves, Andy, *Profesorado, cultura y postmodernidad*, Madrid, Morata, 1996.

sujetos demandantes del capitalismo neoconservador. Y se mezclan peligrosamente el cansancio que tiene la comunidad educativa respecto a las directivas de un aparato escolar burocrático, centralizado y atrasado, que se atribuye la representación de la voluntad social con los elementos dispersantes.

En el párrafo anterior hemos seguido el movimiento de desagregación hacia donde parece inclinarse muchas veces el fiel de la balanza. Pero también es posible observar la producción del sentido contrario. El gandhiano reclamo de los docentes logró acercar posiciones entre los diputados de las distintas bancadas y traccionar las fisuras internas del Partido Justicialista. La creación de la Subcomisión de Financiamiento Educativo en el seno de la Comisión de Educación de la Cámara baja fue un hito importante en ese sentido. Participaron de la Subcomisión representantes del MCyE, la CTERA, otros gremios privados y públicos y diputados de todas las bancadas. En cuatro meses de trabajo se llegó a un acuerdo, consistente en la creación del Fondo Nacional de Incentivo Docente. Ningún sector estuvo totalmente conforme y esa es la esencia de todo acuerdo: cada uno debe ceder algo para coincidir en un punto con los demás. Era la máxima solución a la cual podía llegar la sociedad en el lugar de mayor representación que había sido capaz de crear. Aprobado el proyecto por la mayoría absoluta del plenario de diputados nacionales, le tocaba el turno al Senado. Fue entonces cuando el PEN anunció claramente que vetaría la Ley si no se eliminaba una cláusula que erigía a la Administración Nacional como garante de los fondos que debían recaudarse por vía impositiva. El gobierno renunciaba a una de las pocas funciones que le siguen reconociendo casi todas las corrientes políticas. La capacidad menemista de travestir los intereses representados llegó al colmo cuando en el discurso pronunciado ante la reciente Asamblea Anual del FMI-Banco Mundial el Presidente se presentó como representante de un pueblo del cual el 100% de los hijos va, según él, a la escuela.

LOS ERRORES QUE LA ALIANZA NO DEBERÍA COMETER RESPECTO A LA LEY FEDERAL

Un primer error que la Alianza no debería cometer en su política educativa es suponer que tiene mejores técnicos que el gobierno, capaces de diseñar, ellos sí, una reforma educativa mejor que la menemista. El problema no es técnico, es político. No hay una estructura esencialmente buena o mala. Hay diseños más o menos adecuados para la utilización de la infraestructura existente, la canalización de la experiencia acumulada, la modificación de las rutinas institucionales. Pero lo más importante de un sistema educativo es su capacidad de integración antes que de rechazo y exclusión; su potencialidad para la contención, la estimulación, la promoción de los alumnos; su equidad interna y sus posibilidades de contribuir a la profundización de la equidad social; su capacidad para combinar cantidad con calidad y para admitir la diferencia sin desintegrarse en su conformación nacional.

En segundo lugar, no se debe ni se puede volver para atrás ni desconocer los cambios, positivos o negativos, que la reforma ha producido. En tercer lugar, no se debe seguir avanzando ni empezar a anular todo sin evaluar seriamente la situación de cada provincia y los efectos reales de las modificaciones legales. En cuarto lugar, no se puede permitir que siga avanzando la implantación de la nueva estructura sabiendo que produce resultados negativos. Para dar respuesta a tan contradictorias demandas es necesario dictar una ley modificatoria de la estructura, que limite la dispersión mediante criterios que puedan ser compartidos por la mayoría de las provincias y de la comunidad educativa. Y programar una evaluación con garantías de participación de la mayor cantidad de sectores posible, mediante las más diversas formas de representación. Con esos resultados, la Comisión de Evaluación y Prospectiva de la Cámara de Diputados (o un espacio semejante) deberá ser el escenario donde los representantes gesten una propuesta superadora. ■

TAPAS Y SUMARIOS

Los artículos que contienen un (*)
están incluidos en el presente volumen

UNIDOS

EL AÑO 2000 NOS ENCONTRARA UNIDOS O DOMINADOS
Juan Perón



EL PERONISMO Y LAS FUERZAS ARMADAS

EL PROYECTO PERONISTA DE NACION

EL GOBIERNO PERONISTA 1973-1976. el rodrigazo

AÑO 1, N° 1, MAYO DE 1983

Director: Carlos A. Álvarez

Secretaría de redacción: Norberto Ivancich, Carlos Mundt
y Adolfo Rimedio

SUMARIO

El peronismo y las fuerzas armadas (Abel Fleitas Ortiz de Rozas)

Bases para un programa de gobierno (Carlos A. Álvarez) (*)

El gobierno peronista 1973-1976: el Rodrigazo (Mario Wainfeld)

La economía: una concepción justicialista (Marcelo Kohan y Emilio Pérez)

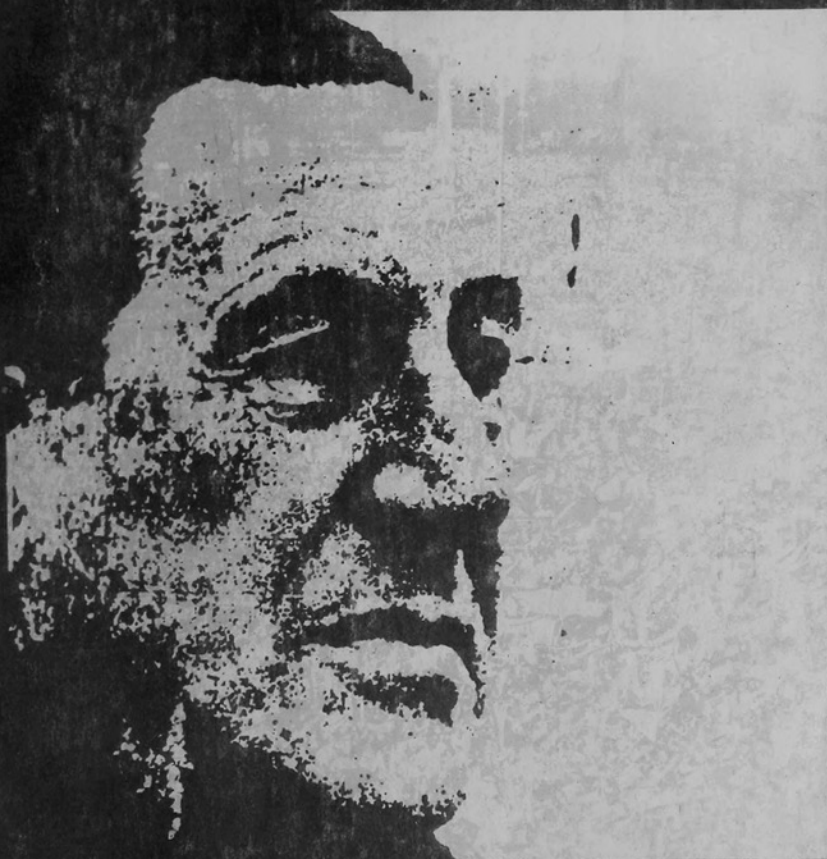
La revolución peronista (Carlos Mundt y Norberto Ivancich)

La reforma constitucional de 1949 (Oscar Sbarra Mitre)

Notas sobre el movimiento nacional (Daniel R. García Delgado
y Vicente Palermo) (*)

UNIDOS

"EL AÑO 2000 NOS ENCONTRARA UNIDOS O DOMINADOS" J.D. Perón



MENSAJES DE PERON DEL 12 DE JUNIO DE 1974

EL PERONISMO Y LAS FF.AA. 2da. PARTE

EL GOBIERNO PERONISTA 1973-1976: LOS MONTONEROS

AÑO 1, N° 2, JULIO DE 1983

Director: Carlos A. Álvarez

Secretaría de redacción: Norberto Ivancich, Carlos Mundt
y Adolfo Rimedio

SUMARIO

Mensajes de Perón del 12 de junio de 1974

Crónica de los últimos sesenta días. Azules colorados y morados:
sobre héroes y trampas (Arturo Armada)

La economía de la justicia social: el sistema distributivo del peronismo
(Oscar Sbarra Mitre)

El peronismo y las Fuerzas Armadas (segunda parte) (Abel Fleitas Ortiz de Rozas)

El tercer gobierno de Perón (Carlos A. Álvarez) (*)

La afiliación peronista (Carlos Mundt)

El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros
(Norberto Ivancich y Mario Wainfeld)

La economía del justicialismo en 1984 (Enrique Mario Martínez)

Una derecha vergonzante (Salvador Ferla)

Participación política y estabilidad democrática (Vicente Palermo
y Daniel R. García Delgado) (*)

"EL AÑO 2000 NOS ENCONTRARA UNIDOS O DOMINADOS". J.D. Perón

UNIDOS

AÑO II N° 3

Agosto 1984

**1º DE JULIO DE 1974:
EL COMIENZO
DE LA DERROTA**

SOCIEDAD Y PERONISMO

**EL PERONISMO
SE TRANSFORMA
O SE MUERE**

**EL PROCESO:
HERENCIA DE LA
NUEVA DEMOCRACIA**

**LA U.C.R.
DE LA VICTORIA:
EL ALFONSinISMO**



AÑO 2, N° 3, AGOSTO DE 1984

Director: Carlos A. Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Norberto Ivancich,
Roberto Marafioti, Vicente Palermo y Mario Wainfeld

SUMARIO

El peronismo se transforma o se muere (Carlos A. Álvarez) (*)

1º de julio de 1974: el comienzo de la derrota (Mario Wainfeld)

Situación económica internacional e inserción argentina (Ricardo E. Gerardi)

Sociedad y peronismo (Agustín Caffèrata)

El Proceso: herencia de la nueva democracia (Roberto Marafioti)

Construcción del poder popular (primera parte) (Vicente Palermo)

La UCR de la victoria: el alfonsinismo (Norberto Ivancich) (*)

Propuesta para la militancia peronista (Agrupación Peronista Liberación)

"EL AÑO 2000 NOS ENCONTRARA UNIDOS O DOMINADOS". J.D. Perón

UNIDOS

AÑO 2 N° 4

DICIEMBRE 1984

PERONISMO presente y futuro

ALVARO ABOS
ARTURO G. ARMADA
ADOLFO BOVERINI
SALVADOR FERLA

JOSE PABLO FEINMANN
OLGA MARTIN DE HAMMAR
VICENTE PALERMO
MARIO WAINFELD



AÑO 2, N° 4, DICIEMBRE DE 1984

Director: Carlos A. Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Norberto Ivancich,
Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Mario Wainfeld y Salvador Ferla

SUMARIO

Hace diez años sabíamos soñar (Mario Wainfeld) (*)

¿Adónde va el peronismo? (José Pablo Feinmann) (*)

La mujer argentina: ausente sin aviso (Olga Martín de Hammar)

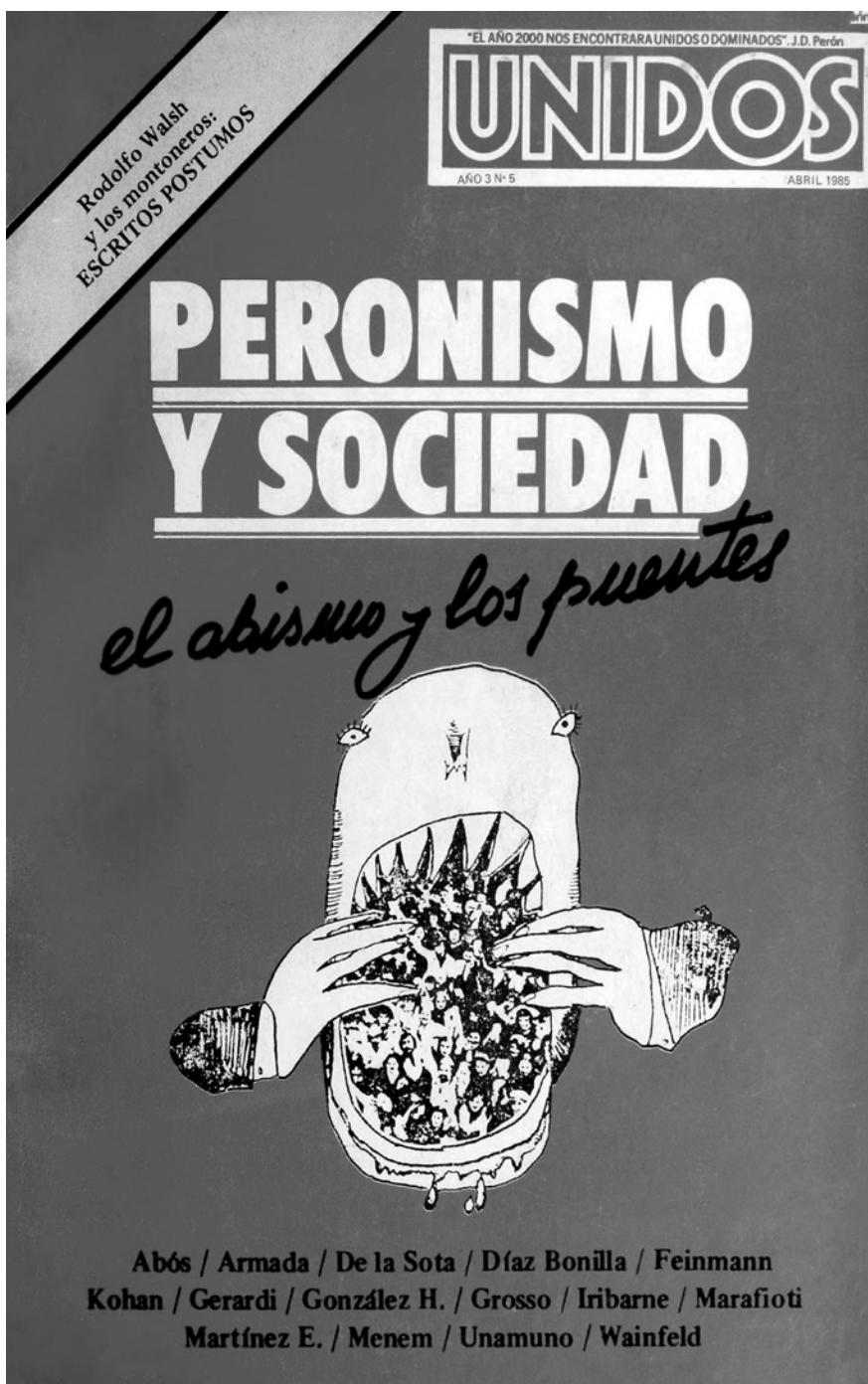
De lo plebeyo a lo social. Notas sobre la crisis del peronismo (Álvaro Abós) (*)

Construcción del poder popular (Vicente Palermo)

El verso prosaico en radicales y peronistas (Arturo G. Armada)

Tenencia de la tierra. Poder y democracia (Adolfo Boverini)

Beagle: saber perder (Salvador Ferla)



Abós / Armada / De la Sota / Díaz Bonilla / Feinmann
Kohan / Gerardi / González H. / Grosso / Iribarne / Marafioti
Martínez E. / Menem / Unamuno / Wainfeld

AÑO 3, N° 5, ABRIL DE 1985

Director: Carlos “Chacho” Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Salvador Ferla, Norberto Ivancich,
Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Felipe Solá y Mario Wainfeld

SUMARIO

El abismo y los puentes (Carlos “Chacho” Álvarez)

Río Hondo: bueno para el reuma, no para el cáncer (Arturo G. Armada) (*)

Hermínio y los pasillos de la historia (Álvaro Abós)

“La revolución y la imposibilidad de la historia”. Diálogos con José Pablo Feinmann

El General de la conciencia desdichada (Horacio González) (*)

Democracia para transformar o democracia para administrar (Alberto Iribarne)

Achicarnos políticamente, definírnos socialmente (Mario Wainfeld)

Por un peronismo para el pueblo argentino (Carlos Grosso)

Democracia, gobierno y oposición (Carlos Saúl Menem)

Ni laborismo ni política tradicional (José Manuel de la Sota)

La alternativa peronista (Miguel Unamuno)

Dónde estamos y adónde vamos (Enrique Martínez)

El Plan Sourrouille: ¿un modelo dependiente? (Ricardo Gerardi
y Marcelo Kohan)

Las peras y el olmo (Roberto Marafioti)

Hacia la unidad latinoamericana (José Díaz Bonilla)

Documentos. Rodolfo Walsh y los Montoneros (primera parte) (*)



AÑO 3, N° 6, AGOSTO DE 1985

Director: Carlos "Chacho" Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Salvador Ferla, Norberto Ivancich, Roberto Marafioti, Enrique Martínez, Vicente Palermo, Felipe Solá y Mario Wainfeld

SUMARIO

Peronismo: ¿el fin? Editorial a varias voces

Hondeón de La Pampa: juntos somos menos (Arturo G. Armada)

Reflexiones al pie de la crisis (Nicolás Casullo) (*)

Orígenes y perpetuación de la tragedia (Salvador Ferla) (*)

Final abierto (Carlos "Chacho" Álvarez)

Crisis y transformación (Juan Carlos Dante Gullo)

El capitalismo es una flor frágil. Entrevista a Roberto Frenkel (*)

De lo que parece y lo que es (Enrique Martínez)

La economía y el rol del Estado (Claudio Lozano)

El agro y los dueños de la tierra. Entrevista a Horacio Giberti (*)

Juicio a las Juntas: jaque a la impunidad (Vicente Palermo)

Democracia y cambio social. Los diez desafíos del movimiento obrero argentino (*)

El sindicalismo y la pinza burocrática (Roberto Audi)

Peronismo y sindicalismo (Julio Bárbaro)

¿A dónde va el sindicalismo? (Armando Caro [h])

Un sindicalismo a la defensiva. Entrevista a Víctor De Gennaro (*)

El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros (segunda parte) (Norberto Ivancich y Mario Wainfeld)

Escritos póstumos. Rodolfo Walsh y los Montoneros (segunda parte) (*)

Un proyecto sobre elecciones internas (Miguel Unamuno)

Numero doble.
DESPUES DE LAS ELECCIONES

"El año 2000 nos encontrará unidos o dominados" J.D. Perón

UNIDOS

Año III N° 7/8 Diciembre 1985

BRASIL: Celso Furtado: memorias - Paulo
Evaristo ARNS: el Nunca Más brasileño ✓✓
Geauber Rocha PERÚ: ¿Clase o
el APRA? URUGUAY: Wilson Ferreira Aldunate
Comunicación en A.L.: Schmuckler, Mattelart
Julio Quillán en CUBA MEXICO, HOY:
X CARLOS FUENTES

Argentina JORGE TAIANA, entrevista de Mona
Moncabrillo - economía: Alfredo Eric CALCAENA
mesa redonda: El intelectual de los años
OCHENTA: Luis Gregorich / Sergio Bufano / Ariel
Bignami / Anibal Ford. - CRITICA: Tomás
Elío Martínez y Rodolfo Terragno. - Escriben
HORACIO GONZÁLEZ - Salvador FERLA. Norberto
CERESOLE - ALVARO ABOIS.

Alan García ¿el nuevo profeta?

EXTRA

LATINOAMERICA

AÑO 3, N° 7/8, DICIEMBRE DE 1985

Director: Carlos "Chacho" Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Salvador Ferla, Norberto Ivancich, Roberto Marafioti, Enrique Martínez, Vicente Palermo, Felipe Solá y Mario Wainfeld

SUMARIO

Presentación (Carlos "Chacho" Álvarez)

Editorial a varias voces

El tuerto en el país de los ciegos (Álvaro Abós)

Hacia el fin de la infancia (Arturo Armada)

El discreto encanto del alfonsinismo (Carlos "Chacho" Álvarez) (*)

No habrá conflictos pero tampoco esperanzas. Reportaje a Alfredo Eric Calcagno (*)

Pasado y presente (Ernesto López) (*)

Peronismo: ¿el fin o el principio? (Salvador Ferla)

Jorge Taiana: ¿histórico o militante? (Entrevista de Mona Moncalvillo) (*)

Crisis y estrategia (Leopoldo H. Tettamanti)

Modernización, poscapitalismo y dependencia (Norberto Ceresole)

El lado ideológico de la dependencia (Enrique M. Martínez)

El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros (tercera parte)

(Norberto Ivancich y Mario Wainfeld)

El intelectual de los años ochenta (Ariel Bignami, Sergio Bufano, Nicolás

Casullo, Aníbal Ford, Horacio González y Luis Gregorich) (*)

La hora de la voluntad (Alan García)

¿Un nuevo profeta? (Jorge Carpio)

Dos o tres cosas conozco del Brasil (Horacio González) (*)

Tres voces de Brasil (Paulo Evaristo Arns, Celso Furtado y Glauber Rocha)

La verdad es la búsqueda. Diálogo con Julio Guillán (*)

La realidad del movimiento obrero en el Cono Sur (Alicia Crescini)

Construir la democracia (Armand Mattelart y Héctor Schmucler)

Las culturas portadoras de la vida posible (Carlos Fuentes)

La paradoja mexicana (Hugo Cormick)

El nuevo Uruguay latinoamericano. Diálogo con Wilson F. Aldunate

Las elecciones del 3 de noviembre de 1985 (Antonio Cafiero, Carlos Menem,

Roberto Digón, Carlos Auyero, Julio Bárbaro y Oscar Massei)

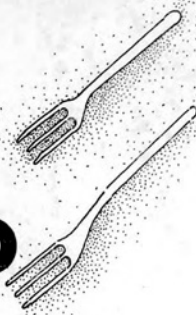
El espíritu de la justicia social. Documento

Crítica bibliográfica al lector



EL ALFONSNISMO

navegaciones y enigmas



RUBEN PERGAMENT / 1986



IDEOLOGIA DE LA MILITANCIA. PALERMO
¿Y SI EL PERONISMO GANABA? WAINFELD
DEUDA EXTERNA. ALVA CASTRO - TERRAGNO
GERMAN GARCIA RESPONDE A BUNGE
MEMORIAS DEL PERONISMO LIBERTARIO.
RULLI - MONCALVILLO
LA EZEIZA QUE NO VIO VERBITZKY

RUBEN PERGAMENT
1986

AÑO 4, N° 9, ABRIL DE 1986

Director: Carlos "Chacho" Álvarez
Consejo de redacción: Arturo Armada,
Hugo Chumbita, Salvador Ferla,
Horacio González, Norberto Ivancich,
Roberto Marafioti, Vicente Palermo,
Víctor Pesce, Felipe Solá y Mario
Wainfeld

SUMARIO

Presentación (Arturo Armada)
El peronismo: una batalla por la
significación (Carlos "Chacho" Álvarez)
Necesidades y riesgos de la democracia
formal (Salvador Ferla)
El alfonsinismo. Un bonapartismo de
la ética (Horacio González) (*)
El poder del lenguaje no es el lenguaje
del poder (Roberto Marafioti)
El futuro del alfonsinismo
(Manuel Martín)
Movimiento obrero y alfonsinismo.
Entrevista con Horacio Mugica y
Armando Matarazzo (*)
Estado, legitimidad y eficacia
(Pablo Lerman)
El discurso de Alfonsín: el reino de las
ambigüedades (Esther Kauffmann)
La reforma debida (Ernesto López)
No lloremos la historia que no fue
(Mario Wainfeld) (*)
Alfonsinismo, tercer movimiento y
renovación peronista (Pablo Bergel)
Latinoamérica en los años ochenta
(Luis Alva Castro)
La utopía latinoamericana
(Hugo Chumbita) (*)
Violencia: nunca tan cerca arremetió
lo lejos (Carlos Iván Degregori)

El impío arte de la usura
(Rodolfo H. Terragno)
Brasil: los dioses entrometidos. La
polémica postelectoral después de la
derrota de Fernando H. Cardoso
CGT, sociedad y Estado (Álvaro Abós)
Competencia política y transición
democrática (Ariel Colombo)
Poder popular, democracia y
dependencia (Ernesto Villanueva
y Carlos E. Dasso)
Militando después del Proceso
(Vicente Palermo)
Fuerzas armadas, política
democrática y sociedad nacional
(Carlos Alberto Brocato)
Por qué estoy donde estoy
(Enrique M. Martínez)
La economía radical: de la soberbia a la
sumisión (Marcelo Kohan)
Lo que el pueblo canta, existe. Entrevista
con Antonio Cafiero (*)
Acerca de la modernización. Algunas
reflexiones (Ricardo Gerardi)
3 de noviembre de 1985: la
consolidación de posiciones
(Leticia Maronese, Ana Cafiero de
Nazar y Víctor Weissman)
Del peronismo libertario a las nuevas
revoluciones. Jorge Rulli entrevistado por
Mona Moncalvillo (*)
A causa de Mario Bunge
(Germán L. García)
El General Perón va en coche y vive
(Juan Sasturain)
Pino Solanas: una poética del riesgo
(Horacio Salas)
Crítica bibliográfica y de cine
Documento de salud



AÑO 4, N° 10, JUNIO DE 1986

Director: Carlos “Chacho” Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Hugo Chumbita, Salvador Ferla,
Horacio González, Norberto Ivancich, Roberto Marafioti, Vicente
Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá y Mario Wainfeld

SUMARIO

Discutamos Libia y Viedma (Consejo de redacción)

Un perramus para tiempo tormentoso (Juan Sasturain)

El peronismo, la modernidad y la crisis de la política (Carlos “Chacho” Álvarez) (*)

Posmodernidad y sujeto (José Pablo Feinmann)

Modernización o crecimiento: un debate mal planteado (Eduardo Jozami)

Esta cosa de la modernidad modernización (Nicolás Casullo) (*)

Solanas y el bergantín de la modernidad (Horacio González) (*)

No lo dejen solo al secretario general (Mario Wainfeld) (*)

Milagro y antimilagro (Salvador Ferla)

Del viejo barco y las nuevas arboladuras (Jorge Luis Bernetti y Adriana Puiggrós) (*)

Participar: el poder en cuestión (Hugo Chumbita)

Memorias e incertidumbre. Entrevista con Esteban Righi (Mona Moncalvillo) (*)

Una aproximación a los movimientos integrados por mujeres (Ana Lía Glas)

Para una discusión de la democracia (Ernesto López)

Agro para recordar (Felipe Solá)

Ezeiza: una tragedia argentina (Álvaro Abós)

El moderno Estado de la moderna sociedad en el mundo moderno

(Enrique Martínez)

Reconstituir el discurso. Entrevista con Oscar Landi

La universidad que gira en el vacío (Emilio F. Mignone)

Los límites de la transición democrática (Claudio Lozano)

Alan García y el APRA. ¿Continuidad o ruptura? (Francisco Guerra García)

Brasil. Dos versiones desde Río (Leo Lince y Olinto Pegoraro)

Política y ficción: un entrevero argentino. Entrevista con Ricardo Piglia (*)

El cometa Halley y la película de Solanas (Víctor Pesce)

Los linyeras, los lacanianos y las mañas del poder. Entrevista con Alfredo Moffatt (*)

¿Publicidad o Advertising, doña Cata? (Carlos Marcucci)



AÑO 4, N° 11/12, JUNIO DE 1986

Director: Carlos "Chacho" Álvarez
Consejo de redacción: Arturo Armada,
Hugo Chumbita, Horacio González,
Norberto Ivancich, Ernesto López, Roberto
Marafioti, Vicente Palermo, Víctor Pesce,
Felipe Solá y Mario Wainfeld.

SUMARIO

La revolución y la última coartada
doctrinaria (Carlos "Chacho" Álvarez)
Bienaventurados los giles
(Mario Wainfeld)
La revolución en tinta limón / Recordando
a Cooke (Horacio González) (*)
Transformación social: partido y
sindicatos (Vicente Palermo)
La revolución ya no huele a pólvora
(Hugo Chumbita)
El peronismo, una revolución inconclusa
(Norberto Ivancich)
Peronismo: hacia el oeste del paraíso
(alfonsinismo) (Ernesto López)
En el camino, algunas imágenes de la
revolución (Víctor Pesce)
Argentina y Brasil: ¿integración y
desarrollo? (Ricardo Gerardi y J. C. Estévez)
Estado y modernización: el sindicalismo
frente a dos viejos fantasmas (Entrevista
de Noemí Cohén a José Pedraza, Julio
Guillán y Osvaldo Minaggia)
Los militares (Consejo de redacción)
La ley de defensa nacional
(Ernesto López Meyer)
McNamara y la deformación de la
Inteligencia militar (Gustavo Druetta)
Los sindicatos renovadores y la crisis
nacional (Claudio Lozano)
La hora de la libertad (Entrevista de
Mona Moncalvillo a Osvaldo Lovey)

Divorcio. El fin de la familia (Susana
Gamba)
Socialdemocracia en discusión (Editorial
/ Consejo de redacción)
La Internacional Socialista en Argentina:
lo que es y lo que no es (Julio Godio)
Breve historia de la socialdemocracia
(Jorge Hammar)
Benjamín para iniciantes
(Walter Benjamín)
Alemania, socialdemocracia y
movimientos sociales
(Achim Wachendorfer)
Utopía y realidad (Olof Palme)
Deuda externa: ¿por qué nuestros
gobiernos no hacen lo obvio?
(Guillermo O'Donnell) (*)
Cuestiones africanas
(Aníbal Yazbeck Jozami)
Ejercicio de espejismo. Borges en
perramus, el piloto del olvido
(Juan Sasturain)
Al maestro que no nos tuvo cariño
(Julio Bárbaro)
"Me fui de El Porteño" (Miguel Briante)
Rock nacional: ¿música popular?
(Ricardo McAllister)
Hermanos Taviani. El cine de la Italia del
sur (Entrevista de Christian Kupchik) (*)
Eva Perón. Un mecenazgo popular
(Ornar Estela)
Dos poetas argentinos: Romano y Pilar
Crítica bibliográfica y de cine

HOMENAJE A SALVADOR FERLA
Consejo de redacción
Elegía en prosa a modo de introducción
Salvador Ferla, nuestro compañero
(Analía Glas / Arturo Armada)

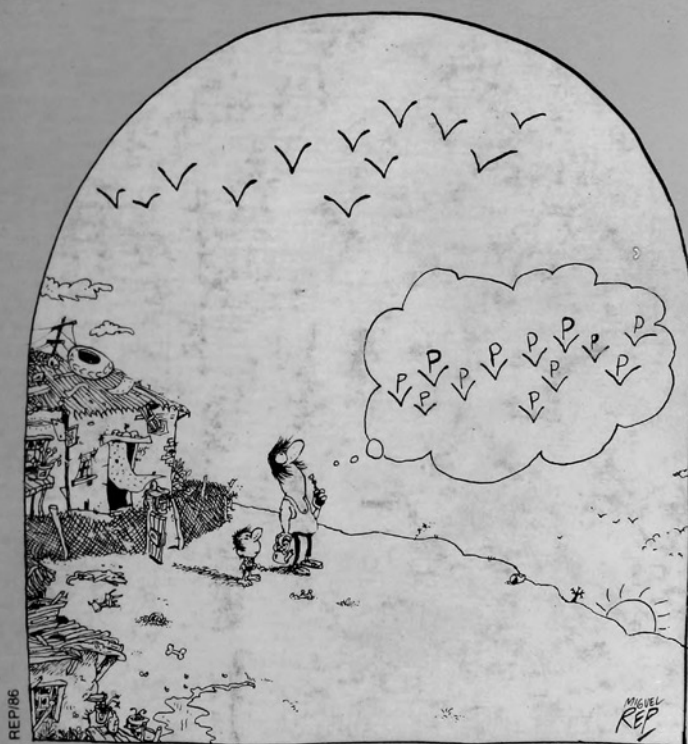
"EL AÑO 2000 NOS ENCONTRARA UNIDOS O DOMINADOS". J. D. PERON

UNIDOS

AÑO IV - N° 13

DICIEMBRE DE 1986

ÉTICA Y POLÍTICA



**UNA COSA QUE
VUELA CON P**
★
DE CHILE A NICARAGUA

AÑO 4, N° 13, DICIEMBRE DE 1986

Director: Carlos "Chacho" Álvarez

Consejo de redacción: Arturo Armada, Hugo Chumbita, Horacio González, Norberto Ivancich, Ernesto López, Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá y Mario Wainfeld.

SUMARIO

PERÓN...

Volvé, viejo, te perdonamos (Mario Wainfeld) (*)

Cuatro tesis heterodoxas sobre Perón (Hugo Chumbita)

El coronel no tiene quien le escriba (Ricardo Concatti)

Perón: intelectuales, militantes y herbívoros (Arturo Armada) (*)

Perón (el peronismo), el Peronismo (Perón) (Víctor Pesce)

Perón, ese general paraguayo (Norberto Ivancich)

La flecha incompleta (Pedro Vialatte)

Discurso político y vida cotidiana (Armando Martínez)

El Perón que tuvimos (Roberto Marafioti)

Perón y Verón: dos tesis sobre el malentendido (Horacio González) (*)

LA ENCRUCIJADA ARGENTINA (ÉTICA Y POLÍTICA)

Kanteando bajito (Inés González Bombal)

Alerta rojo (León Pomer)

Tres falacias en el debate político argentino (Ariel Colombo)

Memoria y opinión (Gabriel Cohn)

CUESTIONES DEL TERCER MUNDO

El socialismo chileno: hacia una nueva síntesis (Jaime Gazmuri)

Nicaragua: seis años de revolución (Daniel Slutzky)

CULTURA, SOCIEDAD Y CREACIÓN

En el reino de la esperanza. ¿O de la pobreza? (Eduardo Romano)

Cine argentino: historia de una noche (Abel Posadas)

Fragmentos de una literatura. (Los años sesenta en la Argentina) (Jorge Quiroga)

Drogadicción: de la represión al compromiso vital (Ana Lía Glas)

Espacios libres (Relato) (Mario Levrero)

HUMOR DE LIZAN

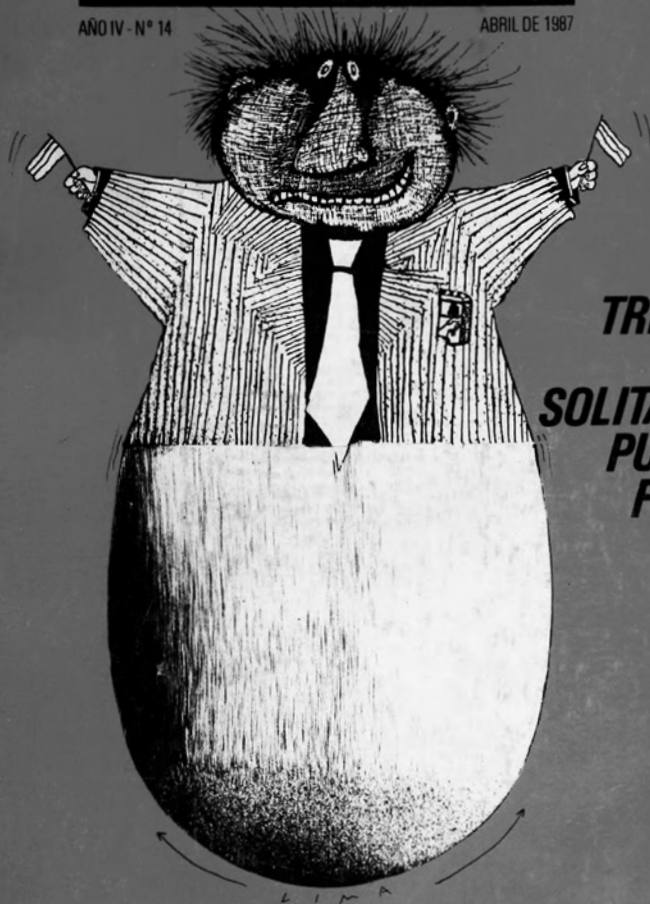
CRÍTICA

"EL AÑO 2000 NOS ENCONTRARA UNIDOS O DOMINADOS". J. D. PERON

UNIDOS

AÑO IV - N° 14

ABRIL DE 1987



**TRISTE
Y
SOLITARIO
PUNTO
FINAL**

RENOVACION, ¿CUANTO VALES?

DESHIELO RUSO / MALVINAS / PASOLINI

AÑO 4, N° 14, ABRIL DE 1987

Director: Carlos “Chacho” Álvarez
Secretarios de redacción: Arturo Armada y Mario Wainfeld
Consejo de redacción: Hugo Chumbita, Horacio González, Norberto Ivancich, Ernesto López, Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá

SUMARIO

Después del cierre

RENOVACIÓN, ¿CUANTO VALÉS?

La historia llama a la puerta

(Carlos “Chacho” Álvarez)

El tío Cafiero, ¿gobernador?

(Mario Wainfeld)

Peronismo: ¿una revolución congelada?

(Horacio Ricardo González)

Crítica a los críticos

(Norberto Ivancich)

Psicoanálisis de *Unidos*

(Horacio González) (*)

Racionalidad e irracionalidad del

peronismo (Conrado Eggers Lan)

“Mi corazón y yo somos viejos

desconfiados” (Víctor Pesce)

La renovación en campaña: un

marketing complicado (Pablo Bergel)

La renovación como proyecto nacional

de la democracia (Hugo Chumbita)

El peronismo es izquierda

(Entrevista de Mona Moncalvillo a

Darío Alessandro)

PUNTO FINAL

Triste y solitario Punto Final

(Ernesto López)

POLÍTICA INTERNACIONAL

Malvinas: apuntes para un auténtico debate nacional (Oscar Raúl Cardoso)

URSS: La renovación en el poder (Enrique Alonso)

El cataclismo de Damocles

(Gabriel García Márquez)

Tercer mundo y nosotros

(Norberto Méndez)

LA ENCRUCIJADA ARGENTINA

Modernización y consolidación

democrática (Daniel García Delgado) (*)

Catolicismo y peronismo (1)

(Floreal Forni)

Sindicalismo y clase obrera (el

posobrerismo) (Carlos Alberto Brocal)

CULTURA, SOCIEDAD Y

CREACIÓN

Mester de Gelmanía (Juan Sasturain) (*)

Cartas a Silvana (Pier Paolo Pasolini)

El traslado (cuento inédito)

(Elena Lisogorsky)

Rock nacional: ¿música popular

argentina? (Ricardo Me Allister)

La poética de Fito (Entrevista de

Horacio González a Fito Páez) (*)

CRÍTICA

Crítica bibliográfica y comentarios

UNIDOS

AÑO IV Nº 15

AGOSTO 1987



LA DEMOCRACIA SITIADA



**ARGENTINA DESPUES
DE SEMANA SANTA**

AÑO 4, N°15, AGOSTO DE 1987

Director: Carlos “Chacho” Álvarez

Secretarios de redacción: Arturo Armada y Mario Wainfeld

Consejo de redacción: Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Diana Dukesky, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López, Claudio Lozano, Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá

SUMARIO

Editorial: “El pasado está entre nosotros” (Carlos “Chacho” Álvarez)

La crisis de abril (Oscar Landi) (*)

“Yo sé que ahora vendrán caras extrañas” (Variaciones sobre Rico y Alderete) (Mario Wainfeld) (*)

Semana Santa: La Muerte después de la Resurrección (Arturo Armada)

La crisis del Movimiento de Derechos Humanos

(Artemio Rubén López / Claudio Lozano)

Siete hipótesis sobre las (In)Felices Pascuas (Álvaro Abós)

Pascua de Insurrección (Ernesto López)

¿Una nueva privatización? (María del Carmen Feijoó)

El poder democrático y las corporaciones (Norberto Ivancich)

Argentina: La República Corporativa (Norberto Ceresole)

La colimba, la democracia y el convidado de piedra (Víctor Pesce)

Los tiranosaurios mueren cuando cambia el clima

(Entrevista de Mona Moncalvillo a Luis Moreno Ocampo) (*)

¡Ah! Si yo fuera del MAS (Horacio González) (*)

La crisis militar según los habitantes del Gran Buenos Aires (Heriberto Muraro)

Lo que manda el tablero (Vicente Palermo)

El fin de los problemas pequeños (Hugo Chumbita)

La Fuerza, esa bestia, detrás de todo derecho (Pablo Bergel)

Dar razón de la esperanza (Carlos Auyero)

Y con los derechos humanos ¿qué hacemos?

(Inés González Bombal y Luis Alberto Quevedo) (*)

Las bellas almas de los verdugos (Documento)

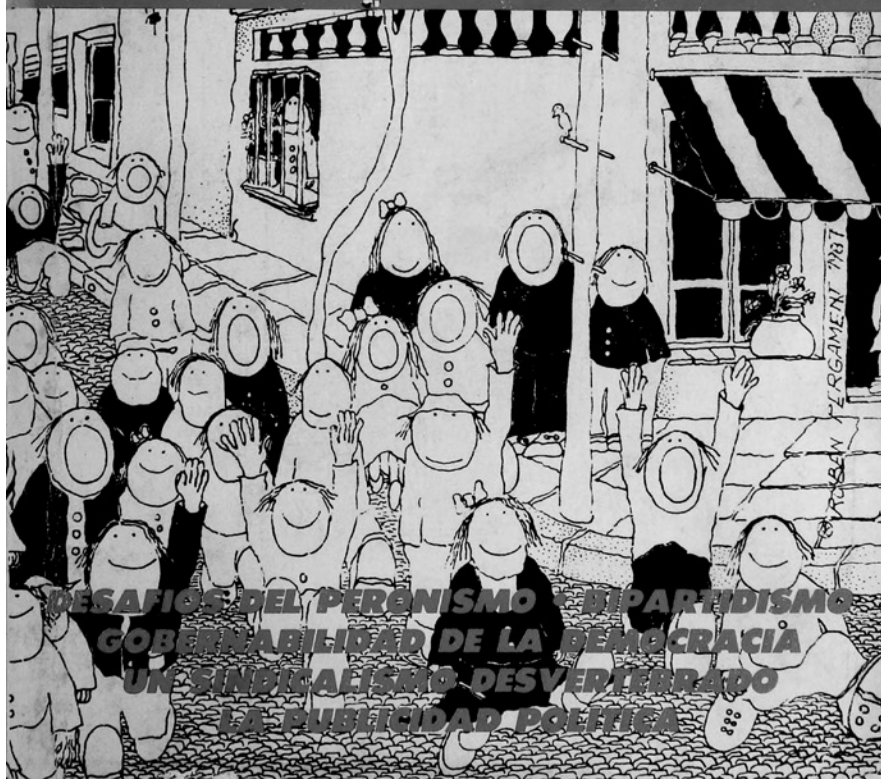
La crisis militar (Miguel Talento)

UNIDOS

AÑO V - Nº 16

OCTUBRE 1987

MÁS ALLA DEL VOTO



AÑO 5, N° 16, OCTUBRE DE 1987

Director: Carlos “Chacho” Álvarez

Secretarios de redacción: Arturo Armada y Mario Wainfeld

Consejo de redacción: Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech,

Diana Dukelsky, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi,

Ernesto López, Claudio Lozano, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo

Vicente Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá

SUMARIO

Editorial (“Chacho” Álvarez, Arturo Armada, Mario Wainfeld)

¡A vos no te fue tan bien, gordito! (Arturo Armada)

Volver, con frente y marchita (Mario Wainfeld)

El discurso electoral de 1987: no por mucho sonreír se amanece más temprano

(Roberto Marafioti) (*)

La sociedad frente a un espejo (Vicente Palermo)

El futuro se llamaba Casella (Ernesto López)

El 7 de setiembre, ¡qué mañana rara! (Oscar Landi)

En busca del movimiento perdido (Hugo Chumbita)

Los desafíos de la nueva escena política (Daniel García Delgado)

Elecciones, Escorzos (Carlos Alberto Brocato)

El famoso 7 de setiembre está entre nosotros (Pablo Bergel)

Nueva refutación del voto castigo (Horacio González)

Renovación, ¿cuánto valés? 41,4% (Norberto Ivancich)

Sindicalismo: de vertebras y renovaciones (Noemí Cohén y Juan Carlos Herrera)

Las patas en la urna (Artemio Bubón López y Claudio Lozano)

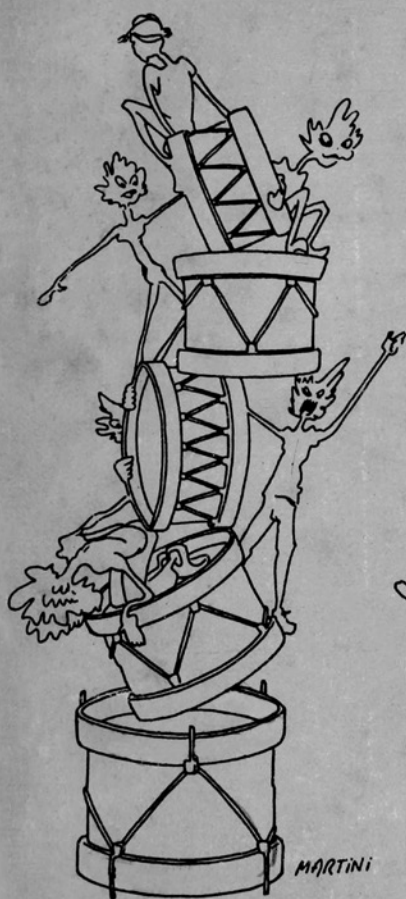
Las mujeres en las elecciones (Norma Sanchís)

¿Emergencia de un sistema político adecuado o marcha ciega hacia un golpe restaurador? (Julio Godio) (*)

UNIDOS

AÑO V - Nº 17

DICIEMBRE DE 1987



**Felipillo,
SuperAlan
y el difunto
Tancredo**
*(las transiciones
democráticas)*

**Teatro
y política**

Reportajes:

**Ferrara,
Di Tella,
Verón,
Borja**

Cine latino

**Peronismo
y catolicismo**



AÑO 5, N° 17, DICIEMBRE DE 1987

Director: Carlos "Chacho" Álvarez
 Secretarios de redacción: Arturo Armada y Mario Wainfeld
 Consejo de redacción: Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López, Claudio Lozano, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá

SUMARIO

FELIPILLO, SUPERALAN Y EL DIFUNTO TANCREDO
 ¿Qué vas a ser cuando seas grande: Felipillo o SuperAlan?
 (Mario Wainfeld)
 Por una democracia en expansión
 (Arturo Armada) (*)
 Ir en ómnibus al poder (la Constituyente brasileña y el golpismo)
 (Horacio González)
 Modernidad y progreso social
 (Nicolás Redondo)
 Irracionalidad política y pacto
 (Ariel Colombo)

CULTURA, SOCIEDAD Y CREACIÓN

Teatro y política: sacate la máscara
 (Alberto Ure)
 Hernández y los equívocos de la historia (Jorge B. Rivera)
 Sobre Erlindas, instituciones y salones dorados (Abel Posadas)
 Para los otros la libertad
 (Enrique González Bergez)

"Dónde queda ese país" (anticipo)
 (Ramón Plaza)
 Acerca de la figura cinematográfica
 (Andrei Tarkovski)

LA ENCRUCIJADA ARGENTINA

El simple arte de curar (Entrevista a Floreal Ferrara por Mona Moncalvillo) (*)
 Lo que el voto no da, el pacto lo presta (Artemio Rubén López y Claudio Lozano)
 Interpelación en prosa a un evitista schumpeteriano (Entrevista a Guido Di Tella por Hugo Chumbita y Mario Wainfeld) (*)
 Catolicismo y peronismo (II)
 (Floreal Forni)
 Sobre la honorable profesión de hacer política y otras yerbas semióticas
 (Entrevista a Eliseo Verón por Roberto Marafioti) (*)

POLÍTICA INTERNACIONAL

Amo esta isla, soy del Caribe pero la burocracia me inhibe
 (Norberto Méndez)
 ¿Intellectual o político? Enigma para catalanes (Entrevista a Jordi Borja por Pablo Bergel y Vicente Palermo)

CRÍTICA

Crítica bibliográfica y comentarios

UNIDOS NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Cartas

UNIDOS

AÑO V - N° 18

ABRIL DE 1988

Discutiendo el liberalismo

**Por un Jauretche
colectivo**

**El peronismo
contra
el sentido común**



**Empresas
estatales
y Estado
ineficiente**

**1955-1969:
del agglornamento
a las vísperas**

AÑO 18, N° 18, ABRIL DE 1988

Director: Carlos "Chacho" Álvarez
Secretarios de redacción: Arturo Armada y Mario Wainfeld
Consejo de redacción: Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López, Claudio Lozano, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Felipe Solá

SUMARIO

DISCUTIENDO EL LIBERALISMO

Reagan, Thatcher, Sida, Rambo...
¡Jaureche, volvé! (Mario Wainfeld)
¿Un peronismo contra el sentido común? (Vicente Palermo)
Liberales, neoliberales y nacional-populares (Alcira Argumedo) (*)
Para un liberalismo de la edad (Horacio González) (*)
Los neoconservadores y la UCeDe (Oscar Landi)
Homenaje al Estado ineficiente (Artemio Rubén López y Claudio Lozano)
Empresas estatales: todo comenzó con un proyecto (Hugo Chumbita)
Sindicalismo y liberalismo: confrontación real y epítetos innecesarios (Julio Godio)
Entre Artigas y Perón 73: ¿un liberalismo político para la liberación? (I) (Arturo Armada)
Apéndice imprevisto para un artículo muy liberal (A. A.)

LA ENCRUCIJADA ARGENTINA

Enero de 1988: profesionalismo y nacionalismo "enriquecido" (Ernesto López)
Del aggiornamento a las vísperas (1955-1969) (Floreale Forni)
La, la, la... Nación (Peronismo y liberalismo ante la ecología) (Jorge Cajal y Néstor Bárbaro)
Entre buzones y esperanzas (Roberto A. Wassner)

CULTURA, SOCIEDAD Y CREACIÓN

Al socaire (La revolución es un sueño eterno) (Víctor Pesce)
Cultura de la vivienda en la pampa (Jorge Ramos)
Del liberalismo a la privatización de los conflictos culturales (Magdalena Faillace)

POLÍTICA INTERNACIONAL

Gorbachov presenta: perestroika II (Norberto Méndez)
Los movimientos sociales se demuestran andando (Reportaje a Ruth Cardoso por Oscar Landi) (*)

CRÍTICA

¿Quién le teme a Hernández Arregui? (Horacio González)
Sobre dos libros de Mariano Grondona (Floreale Forni)
La fractura necesaria (Ricardo McAllister)

UNIDOS NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA

"Cartunes", Mattei y Mateotti y más sobre el 6 de setiembre

UNIDOS

AÑO V - N° 19

OCTUBRE DE 1988

EL MENOMENO PERONISTA



AÑO 5, N° 19, OCTUBRE DE 1988

Director: Carlos “Chacho” Álvarez

Secretarios de redacción: Arturo Armada y Mario Wainfeld

Consejo de redacción: Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech,
Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López,
Claudio Lozano, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Vicente Palermo,
Víctor Pesce, Felipe Solá

SUMARIO

El menómemo peronista

Los desafíos del peronismo (Carlos “Chacho” Álvarez) (*)

¿Patoruzú le ganó a Isidoro? (Mario Wainfeld)

Primeras imágenes del naufragio (Ernesto López)

Turco que me hiciste mal y sin embargo te quiero

(Artemio López y Claudio Lozano)

Desdeño las romanzas de los tenores huecos (Norberto Ivancich)

El peronismo según Menem (Hugo Chumbita)

Entre renovadores y restauradores (Vicente Palermo)

Un ministro de película. Entrevista a Luis Brunati (Mona Moncalvillo) (*)

Un voto en movimiento (Horacio Ricardo González)

UNIDOS

AÑO V - Nº 20

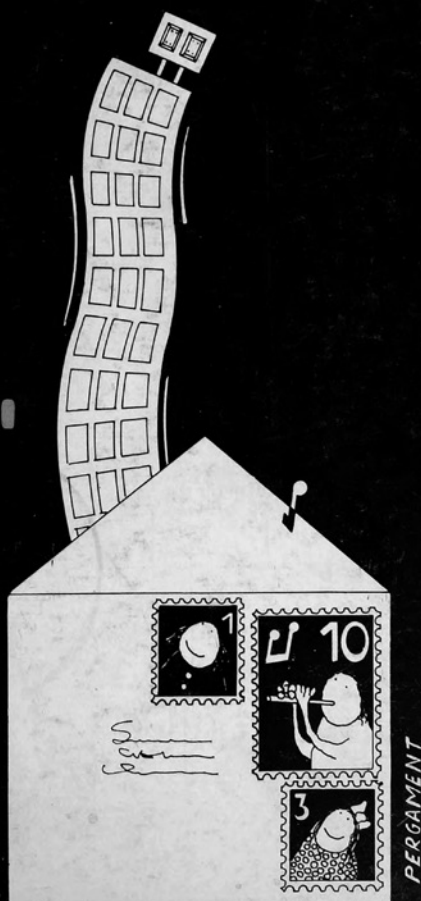
ABRIL DE 1989

**Y SI
GANAMOS...**

**LA DISCUSION
ECONOMICA**

TABLADA

**POLITICA
Y CULTURA**



AÑO 5, N° 20, ABRIL DE 1989

Director: Mario Wainfeld

Secretario de redacción: Arturo Armada

Consejo de redacción: Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech,
Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López,
Claudio Lozano, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Vicente Palermo,
Víctor Pesce, Felipe Solá.

SUMARIO

Las razones de un cambio (Carlos “Chacho” Álvarez)

Y SI GANAMOS... (LA ARGENTINA QUE SE VIENE)

Optimismo de la voluntad (Carlos “Chacho” Álvarez) (*)

Entre el riesgo y la esperanza (Mario Wainfeld) (*)

El 15 de mayo sigue la discusión (Eduardo Jozami y Claudio Lozano) (*)

El FRP y La Tablada: el Prode que se sacaron los militares (Norberto Ivancich)

El compromiso de enseñar (Reportaje a Irma Parentella) (*)

Reflexiones sobre La Tablada (Ernesto López)

Desregulación y flexibilidad. No tan flexible que parezca liberal

(Enrique Rodríguez y Álvaro Orsatti)

Marcelo Diamand, ¿el último empresario nacional? (Crítica y alternativa al
liberalismo económico) (Entrevista por Hugo Chumbita) (*)

Un empresariado sin mercado y sin crédito (Julio Jozami)

Los desafíos de la década (Jorge Carpió)

CULTURA, POLÍTICA, POLÍTICAS CULTURALES

Pistas para una política cultural (Oscar Landi)

La voz del rioba (José María Pasquini Durán)

¿Qué te puedo preguntar? Reportaje a Alejandro Dolina (Mario Wainfeld)

Dos libros (Horacio González) (*)

Literatura Argentina, marginalidad y orden cultural (Jorge B. Rivera)

Romper las comillas al “realismo” (Octavio Getino)

Agüita de las palabras. Poemas de Ricardo Zelarayán

El deseo, motor de la historia (Magdalena Faillace) (*)

Civilización y coca cola (Carlos Monsiváis)

POLÍTICA INTERNACIONAL

Tembló el sistema. Crónica del caracazo (Rodolfo Audi)

UNIDOS

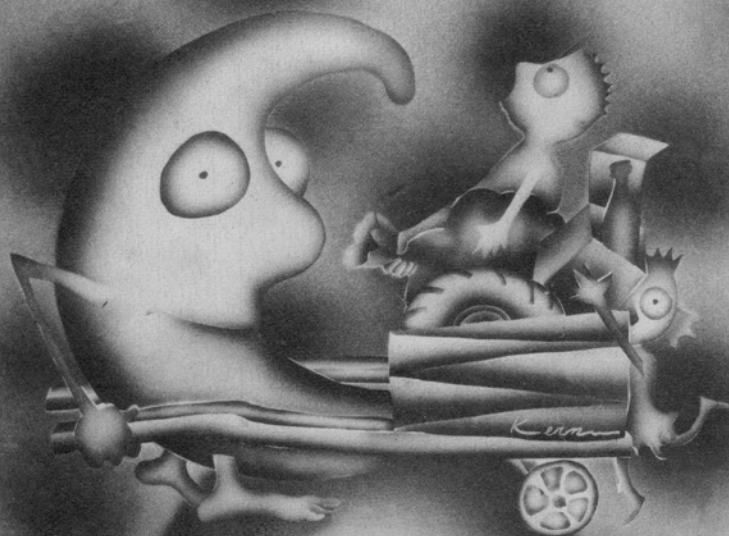
AÑO VI - N° 21

MAYO DE 1990

ANOCHESCE, QUE NO ES POCO

**ECONOMIA, EDUCACION, CULTURA, EMPLEO:
CRITICAS Y ALTERNATIVAS**

RECORDANDO A PEDRO PAZ



AÑO 6, N° 21, MAYO DE 1990

Director: Mario Wainfeld
 Secretario de redacción: Arturo Armada
 Consejo de redacción: Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Vicente Palermo, Víctor Pesce

SUMARIO

Presentación (Arturo Armada y Mario Wainfeld)

ANOCHECE, QUE NO ES POCO
 Ni vergüenza de haber sido ni dolor de ya no ser (Mario Wainfeld)
 De Perón al revolcón (apogeo de la revolución conservadora) (*)
 (Arturo Armada)
 Sobre tradiciones, compromisos y rupturas (Eduardo Jozami) (*)
 Demandas sociales y correlación de fuerzas: muchos zorros y pocos leones (Norberto Ivancich)
 El componente nacional del peronismo (Ernesto López)
 Ficción, rumor, usura, carne: la cultura política menemista (Víctor Pesce) (*)
 Sur. Cambalache posmoderno y revolución conservadora (María Cristina Reigadas) (*)
 No toda la historia ha terminado (Hugo Chumbita) (*)
 Si hay liderazgo es otra cosa (Enrique Martínez)
 Las veredas de la política argentina (Alcira Argumedo) (*)

LA ENCRUCIJADA ARGENTINA
Hay otro camino. Grupo de los "8" diputados

La educación en la década del 90
 (El pez por la boca muere)
 (Roberto Marafioti)
 Un grito en el patio andaluz
 (Horacio González)
 Pobreza: el país que no queremos
 (Leopoldo Halperín)
 Ley de empleo: pariente pobre del ajuste (Horacio David Meguira y Beatriz Inés Fontana)

CULTURA, SOCIEDAD Y CREACIÓN

Proyectos políticos-culturales. Modos provisionales de abordar las novedades de la historia (Jorge B. Rivera)
 Laurie Anderson: la rubia de Ñuyork que se perdió el Zorzal
 (Ricardo McAllister)
 Esperando a Malthus Bush
 (Aníbal Ford)
 Poemas (Luis Príamo)

TESTIMONIOS

El correo clandestino (Marta Cichero)
 "Seguiremos gobernando desde abajo"
 (Daniel Ortega)
 ¿Es posible una Argentina abierta y moderna en el año 2000? (Pedro Paz)

CRÍTICA

Crítica bibliográfica y comentarios

UNIDOS

AÑO VI — N° 22

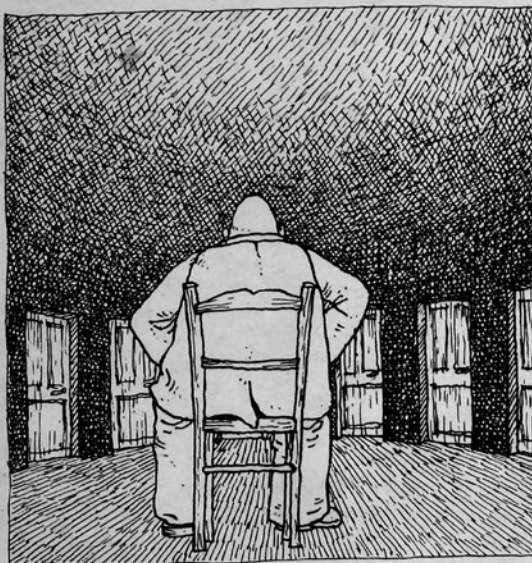
DICIEMBRE DE 1990

¿HACIA DONDE?

CINE EN
DEMOCRACIA.
POLITICOS
EN TV

HABLA
CUAUHTEMOC
CARDENAS

UNIVERSIDAD:
SIN SALIDA



AÑO 6, N° 22, DICIEMBRE DE 1990

Director: Mario Wainfeld

Secretario de redacción: Arturo Armada

Consejo de redacción: Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Horacio González
Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López, Roberto Marafioti, Mona
Moncalvillo, Vicente Palermo, Víctor Pesce

SUMARIO

¿HACIA DÓNDE?

Sin red (Mario Wainfeld) (*)

Octubre 17, 45, 90, y... 2000 (Arturo Armada)

Decadencia peronista y nuevo movimiento popular (Entrevista a Vicente Palermo)

Mujeres, peronismo y crisis (Elsa González)

La huelga: instrumento transformador de las estructuras establecidas
(Marcelo E. Bustos Fierro)

CULTURA, SOCIEDAD Y CREACIÓN

El cine argentino se fue sin decir adiós (Abel Posadas)

Los políticos y la televisión (Luis Alberto Quevedo)

EDUCACIÓN-UNIVERSIDAD

La Universidad Argentina: "... El dolor de ya no ser" (Roberto Marafioti)

Crisis de la politización en la Universidad (Norberto Ivancich)

La educación en la provincia de Buenos Aires: el agrimensor que no mide límites
(Irma Parentela Y Roberto Marafioti)

PÚBLICO/PRIVADO; ESTADO/SOCIEDAD

Privatización de lo público en Brasil: microescenas (Guillermo O'Donnell)

La radicalización de la democracia. ¿Moderna o Postmoderna? (Chantal Mouffe) (*)

Los actuales movimientos de protesta social (Adriana Zaffaroni)

Descentralización, militancia popular y gobierno local: viejos fantasmas y nuevas
sospechas (Héctor Atilio Poggiese)

POLÍTICA INTERNACIONAL

Entrevista a Cuauhtémoc Cárdenas (A. Argumedo, A. Armada y M. Wainfeld)

La posguerra fría y América Latina (Ana María Ezcurra)

Si Saddam "Hitler" hubiera ganado la guerra... (Norberto R. Méndez)

El mismo perro con el mismo collar (Pablo G. Gaiano)

CRÍTICA

Crítica bibliográfica y comentarios

UNIDOS

QUINTAR LOS
PEDAZOS

V corrupción

V catamarca

V golfo pérsico

V los "8"

V plan cavallo

AÑO 7, N° 23, AGOSTO DE 1991

Director: Mario Wainfeld
 Secretario de Redacción: Arturo Armada
 Consejo de redacción: Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Ernesto López, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo Vicente Palermo, Víctor Pesce

SUMARIO

JUNTAR LOS PEDAZOS

Dios es gorila (Mario Wainfeld) (*)
 Reportaje a Rodolfo Terragno (por Hugo Chumbita y Mario Wainfeld) (*)
 YPF: las áreas centrales murieron al amanecer (Hugo Barcia y Norberto Ivancich)
 Aduana: la vista gorda (Franco Caviglia)
 Reflexiones sobre la crisis de la moral pública (Ernesto López) (*)
 Feudalia en Catamarca (Eduardo Blaustein) (*)
 Los límites de un programa conservador (Enrique M. Martínez) (*)
 Plan Cavallo: ¿una solución heterodoxa? (APYME)
 Por qué el peronismo hoy (Moisés Fontela)
 Para llenar el nuevo espacio político (Augusto Conte)
 De medidas laborales erráticas, hacia una política laboral peronista (Torcuato Alfredo Sozio)

ROMPER O SEGUIR

Duro de matar (Rolando Concatti)
 Peronistas que apoyen al gobierno: se necesitan (Leopoldo Halperin)

POLÍTICA INTERNACIONAL

Ironías económicas y geopolíticas mundiales en el Golfo Pérsico (André Gunder Frank)
 La Guerra del Golfo y la América Latina (Leopoldo Zea)
 Reportaje a James Petras (Roberto Marafioti y Nidia Tagliabue)

EDUCACIÓN

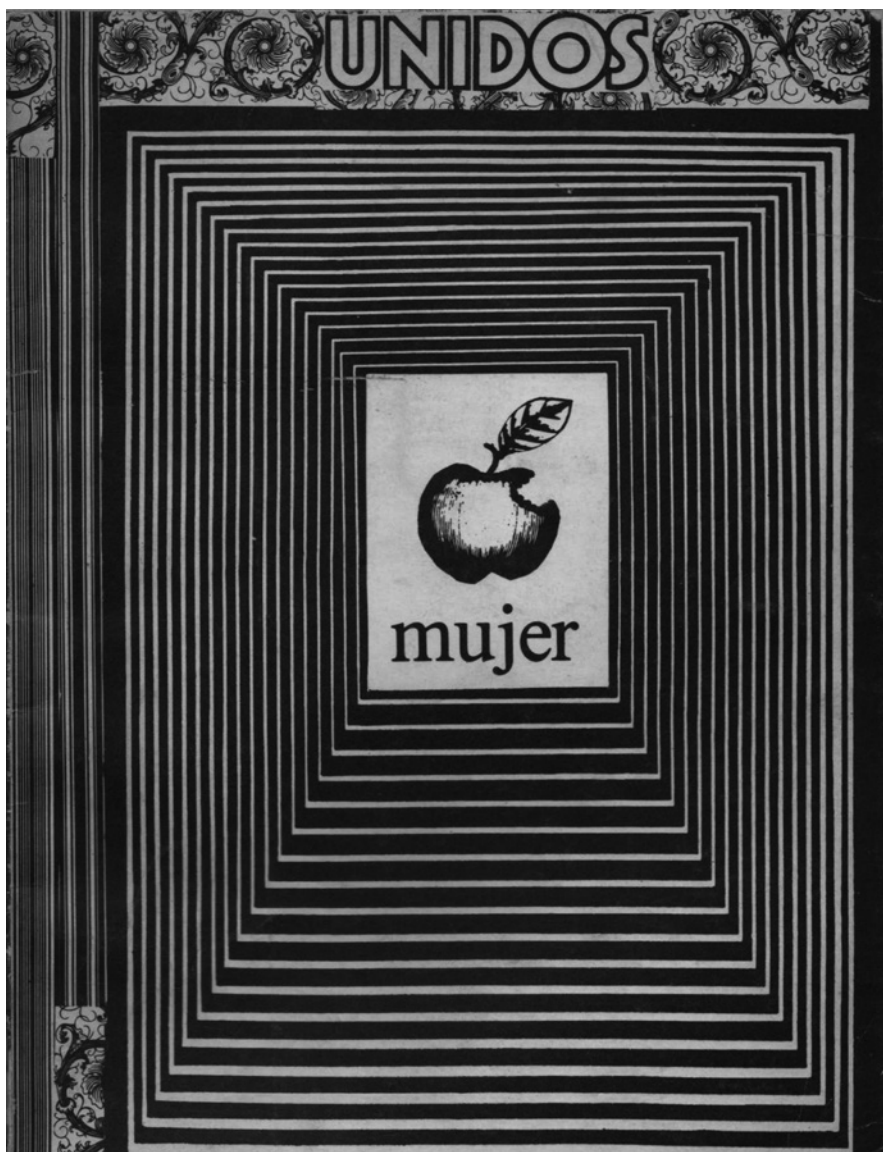
Descentralización educativa: de lo utópico a lo posible (Roberto Marafioti)
 Las reformas de la educación media en la Argentina en los años 80 y 90: una aproximación teórica (Susana Spektor)

CARITAS PINTADAS

Carta a *Unidos* (Ernesto López)
 Otro epílogo de los carapintada (Hugo Chumbita)

CULTURA, SOCIEDAD Y CREACIÓN

Falta y Resto 91
 Imágenes de los obreros y marginales en la prensa porteña hacia 1920 (Eduardo Romano)



UNIDOS MUJER, AÑO 1, N° 1, FINES DE 1986

Redacción: Liliana Chiernajowsky, Cecilia Delpech, Fanny De Rosas, Liliana Domínguez, Diana Dukelsky, Susana Gamba, Cristina García, Tati Ginés, Ana Lía Glas, Carmen Sara González, Elsa González, Olga Martín De Hammar, Lidia Henales, Lía Levit, Mona Moncalvillo, Irma Parentellla, Lila Pastoriza, Nancy Raimundo, Ruth Reiter, Adriana Rosenzvaig, Norma Sanchís, Marta Vassallo

SUMARIO

¿Unidos o Unidas?

Las chicas de la “juventud maravillosa” (Ana Lía Glas y Lidia Henales) (*)

La relación laboral femenina. Actualidad. Perspectivas para el año 2000
(Carmen Sara González)

Reflexiones sobre el trabajo doméstico (Cristina García)

Hombre público: el que interviene públicamente en los negocios políticos. Mujer pública: ramera, perdida, de vida airada. Enciclopedia Salvat
(Elsa González)

Los departamentos de la mujer a nivel gremial: una experiencia de educación y participación (Adriana Rosenzvaig)

“Esposa en guaraní, significa servil”, dijo dirigente sindical paraguaya
(María Emilia Ginés)

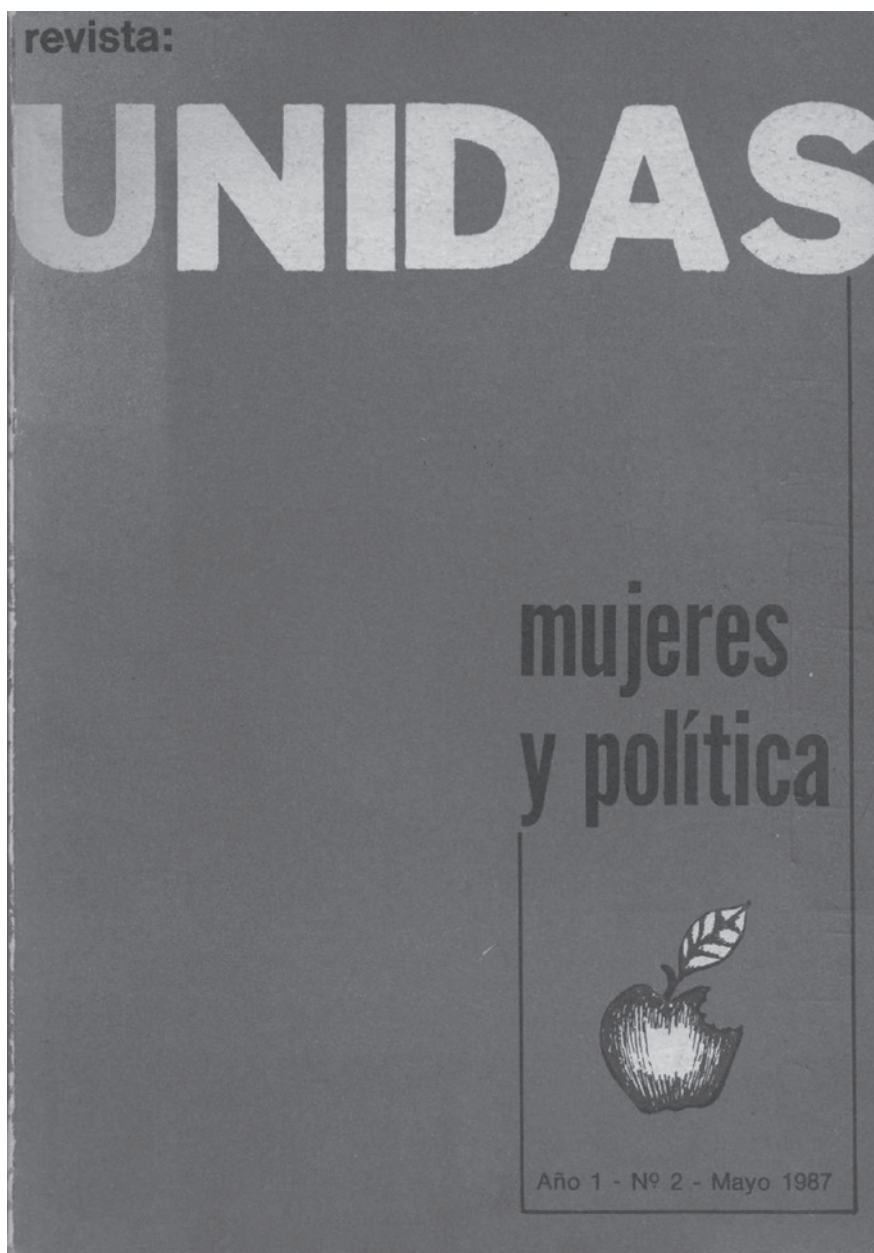
El Estado legisla sobre sexualidad. ¿Otra manifestación de autoritarismo?
(Diana Dukelsky)

La otra mitad (Grupo de estudio: Mujer y Sociedad)

Eva Perón-Mujeres peronistas: Un análisis de las propuestas del peronismo a las mujeres (Norma Sanchís y Susana Bianchi)

Las mujeres en el peronismo (Susana Gamba y Marta Vassallo)

Discusión sobre el poder o como transformar las relaciones cotidianas
(Olga Martín de Hammar)



UNIDAS, AÑO 1, N° 2, MAYO DE 1987

Redacción: Liliana Chiernajowsky, Cecilia Delpech, Fanny De Rosas, Liliana Domínguez, Diana Dukesky, Susana Gamba, Cristina Carcía, Tati Ginés, Ana Lía Glas, Carmen Sara González, Elsa González, Olga Martín de Hammar, Lidia Henales, Lía Levit, Lila Pastoriza, Ruth Reiter, Norma Sanchís, Marta Vassallo

SUMARIO

Editorial

Las mujeres en los barrios (María del C. Feijoó) (*)
El gobierno Comunal y nosotras (Leticia Maronese)
Más allá de la frontera doméstica (Susana Bianchi y Norma Sanchís)
La importancia política de los grupos de mujeres (Cristina García)
¿Utopía? (Virginia Haurie)
El peronismo hoy ¿es machista? (Olga Martín de Hammar)
Carta abierta a Saúl Ubaldini (Elsa González)
Imágenes políticas de las mujeres (Bibiana Del Brutto)
La gran ausente del 8 de marzo (Lía Levit)
La doble transgresión de la mujer militante (Marta Vassallo)
Mujer y violencia en la institución carcelaria (Eva Giberti)

Documentos para el debate

“Para ser válida...” (Carmen González)
“La mujer Brasileña”... (Silvia Pimentel)

Notiunidas

revista

UNIDAS

mujeres
y trabajo



Año 1 - Nº 3 - Diciembre 1987

UNIDAS, AÑO 1, N° 3, DICIEMBRE DE 1987

Redacción: Silvia Berger, Liliana Chiernajowsky, Cecilia Delpech, Fanny De Rosas, Diana Dukesky, Susana Gamba, Cristina García, Tati Ginés, Ana Lía Glas, Carmen Sara González, Elsa González, Olga Martín de Hammar, Lidia Henales, Lía Levit, Lila Pastoriza, Ruth Reiter, Ana Rubiolo, Norma Sanchís, Marta Vasallo

SUMARIO

Editorial

Carta Abierta

Discriminación laboral femenina (Carmen S. González) (*)

La triple jornada (Lidia Henales)

Las trabajadoras en los discursos sindicales (M. Emilia Ginés)

Mujeres al Sindicato (Olga Martín de Hammar)

El trabajo tiene sexo (Agrup. de Econom. Socialistas-Grupo de Economía Feminista-Chile)

Mujer y Trabajo (Diana Dukelsky)

Sobre dichos y silencios en el tema trabajo (Cristina García)

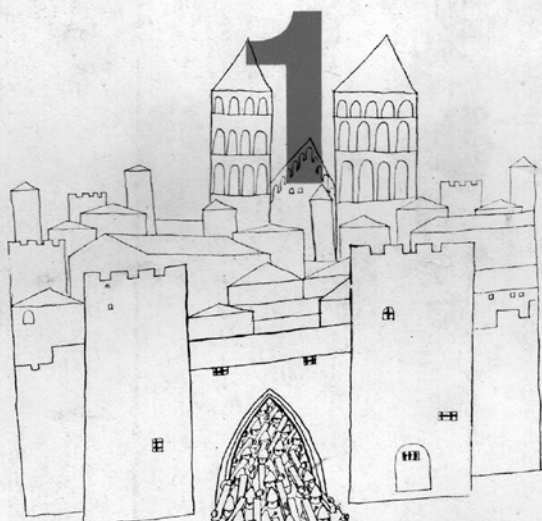
Las obreras de principio de siglo (Mabel Belluci y Cristina Gamusso)

La mujer trabajadora y la descentralización regional de la industria (Aída Quintar)

Las sirvientas: ellas, las otras y nosotras (Clelia Bercovich y Cristina Zurutuza)

UNIDOS UNIVERSIDAD

LA RAYUELA UNIVERSITARIA



EL AVANCE DE LA DERECHA -
LA INGENIERIA DE LA UNIVERSIDAD
RADICAL: NUESTRA SITUACION
DOCENTE - PLANIFICACION UNIVERSITARIA-
EXPERIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD 1973-1974

AÑO 1 - Nº 1

DICIEMBRE 1987

UNIDOS UNIVERSIDAD, AÑO 1, N° 1, DICIEMBRE DE 1987

Dirección: Norberto Ivancich, Roberto Marafioti y Miguel Talento

Colaboradores: Lucio Cerda, Carlos Cruz, Emilio Fabues, Cristina Fernández, Javier Fevre, Alfredo Garay, Carlos P. Krotsch, Arturo Andrés Roig, Mercedes Solá

SUMARIO

Editorial

SITUACIONES Y DEBATES

Crisis universitaria y avance de la derecha (Miguel Talento) (*)

El proyecto "Inacayal", entre la siembra al boleo y la Ingeniería Universitaria (Roberto Marafioti)
Inacayal: La cuestión universitaria y el proyecto neomoderno (o de modernidad tardía) de Alfonsín (Alfredo Garay)

La docencia universitaria hoy (Norberto Ivancich) (*)

EXPERIENCIAS

Experimento de pedagogía universitaria participativa. El ensayo de los años 1973-1974 en Mendoza (Arturo Andrés Roig)
Facultad de Derecho. Experiencias en los planes de estudio (Carlos A. Cruz)

REFLEXIONES

El desarrollo Científico-Tecnológico y la Universidad (Emilio Fabués)
¿Universidad o Guardería? (Lucio Cerdá)
Coordinación (Pedro Krotsch)

POLÍTICAS EN LA UNIVERSIDAD

PARTIDOS POLÍTICOS

Cuestionario

Partido Justicialista (Norberto Ivancich)

Partido Demócrata Cristiano

Partido Intransigente

Partido Socialista Popular

AGRUPACIONES ESTUDIANTILES

Cuestionario

Juventud Universitaria Peronista (Miguel Altamirano)

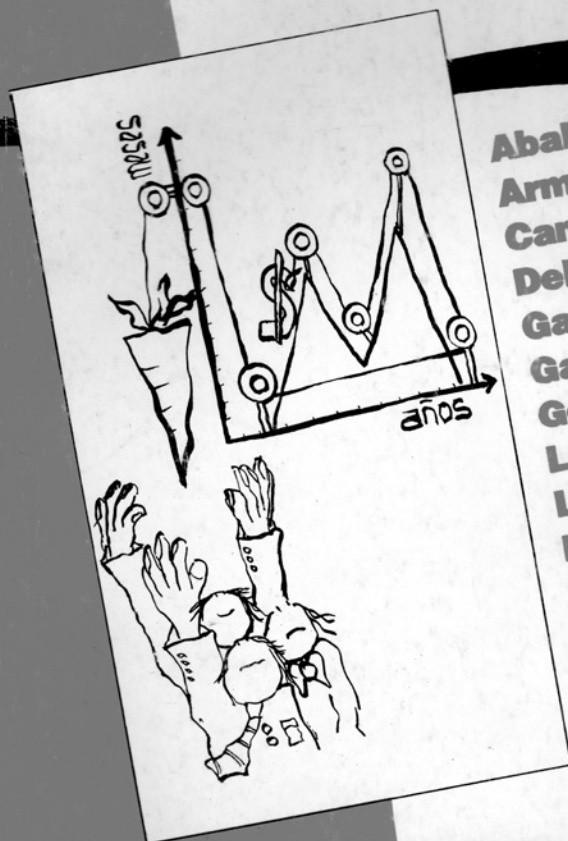
Juventud Universitaria Intransigente

Lucha (PDC)

Movimiento Nacional Reformista (MNR-PSP)

LA FE DE LOS CONVERSOS

14 miradas sobre el Plan de Convertibilidad



Abalo
Armada
Canitrot
Del Bello
Gaggero
García Delgado
Gerchunoff
Lavagna
Lischinsky
Lozano
Martínez
Matellanes
Palermo
Wainfeld

EDICIONES

UNIDOS

LA FE DE LOS CONVERSOS. 14 miradas sobre el Plan de Convertibilidad

Primer título de Ediciones Unidos. Septiembre de 1992

Director: Mario Wainfeld

Secretario de redacción: Arturo Armada

SUMARIO

Prólogo

Síntesis

¿UN PLAN ECONÓMICO O UN MODELO DE PAÍS?

Mario Wainfeld

Juan Carlos del Bello

Claudio Lozano (*)

Enrique Martínez

Bernardo Lischinsky

Daniel García Delgado

PRIVATIZACIONES

Pablo Gerchunoff (*)

Jorge Gaggero

Vicente Palermo

EL 91. CONDICIONES Y PROFECÍAS

Adolfo Canitrot

Roberto Lavagna

MARCO INTERNACIONAL

Carlos Abalo (*)

Marcelo Matellanes

Adolfo Canitrot

APÉNDICES. EL MERCOSUR TAL VEZ EXISTE...

Hugo Omar Andrade – Silvio Santantonio

Ricardo Orzi – Carlos Wolf

COLOFÓN

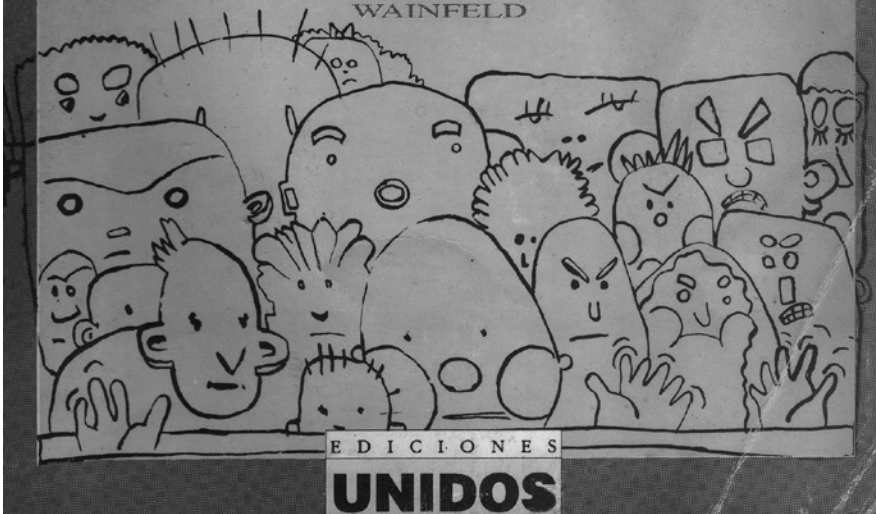
Arturo Armada

LOS QUE QUEDARON AFUERA

EDUCACION • EMPLEO • GASTO SOCIAL • POLITICAS SOCIALES

E S C R I B E N

ARMADA
BIANCHI
CAFIERO
DOS SANTOS
FORNI
GERCHUNOFF
HALPERIN
LISCHINSKY
MARAFIOTI
MARTINEZ
NUN
SENEZ GONZALEZ
TENTI FANFANI
VILLARREAL
VINOCUR
WAINFELD



EDICIONES

UNIDOS

**LOS QUE QUEDARON AFUERA. Educación, empleo, gasto social
y políticas sociales**

Segundo título de Ediciones Unidos. Agosto de 1993

Director: Mario Wainfeld

Secretario de redacción: Arturo Armada

SUMARIO

ENSEÑAR A PESCAR

Introducción, por Mario Wainfeld

RELACIONES ENTRE NACIÓN Y PROVINCIA.

¿NUEVO FEDERALISMO O LA FRAGMENTACIÓN DEL ESTADO?

Pablo Gerchunoff

Silvia Senén González

Bernardo Lischinsky

Juan Villareal

**CAMBIOS TECNOLÓGICOS EN LA EDUCACIÓN Y EN EL MUNDO
DEL TRABAJO. NUEVAS VINCULACIONES REALES Y POSIBLES
ENTRE EL SISTEMA EDUCATIVO Y EL SISTEMA PRODUCTIVO**

Floreal Forni

Roberto Marafioti

Emilio Tenti Fanfani

Enrique Martínez

**¿REGALAR PESCADO O ENSEÑAR A PESCAR? ESTRATEGIAS
POSIBLES PARA DISMINUIR LA MARGINACIÓN SOCIAL Y
CULTURAL**

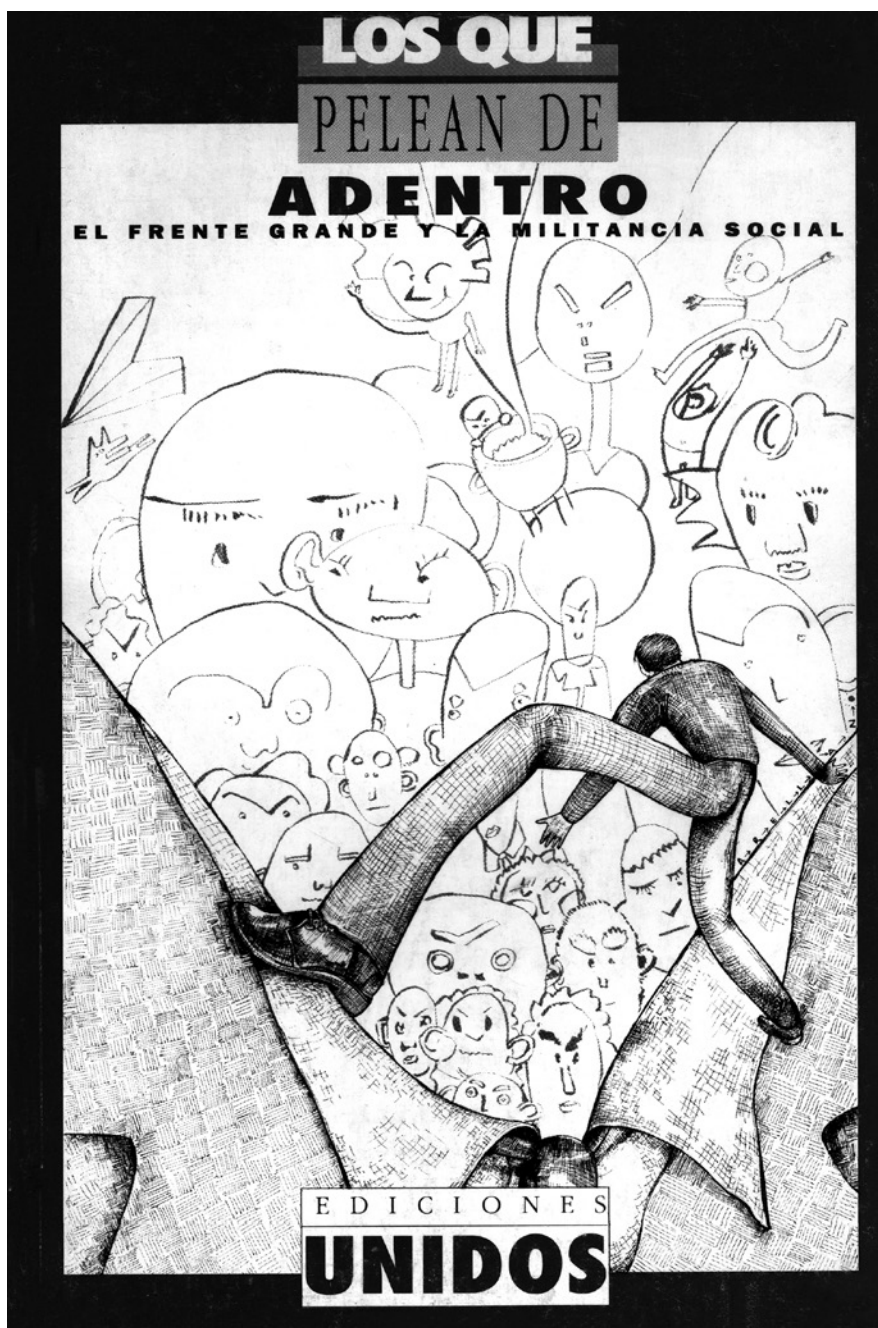
Antonio Cafiero

José Nun

Mario dos Santos

RESEÑA DEL DEBATE

Arturo Armada (*)



LOS QUE PELEAN DE ADENTRO. El Frente Grande y la militancia social

Tercer título de Ediciones Unidos. Agosto de 1994

Director: Mario Wainfeld

Secretario de redacción: Arturo Armada

SUMARIO

DESPUÉS DE ABRIL

Mario Wainfeld: “¿Qué vas a ser cuando seas grande?” (*)

Eduardo Jozami: “Reflexiones desde el Frente Grande” (*)

Hugo Donate: “Del estado del retorno al retorno del estado”

LOS QUE PELEAN DE ADENTRO

Arturo Armada: “Política social y participación en nuestra democracia”

LOS QUE SUFREN Y LOS QUE ZAFAN

Antonio Jara

Graciela Palomeque

Nelly Borques – Cristina Prieto

Lucila Viola – Jorge Delconte

Fortunato Mallimaci: “Los que la siguen peleando”

LOS QUE GESTIONAN

Gioconda Perrini

Luis Leissa – Daniel Irigoyen

Marcelo Payva

LOS QUE PROPONEN

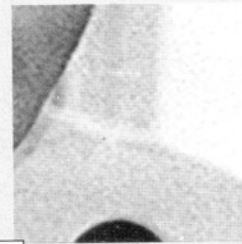
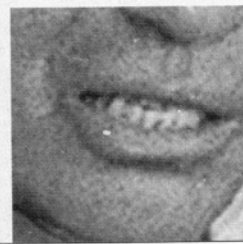
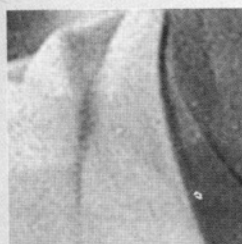
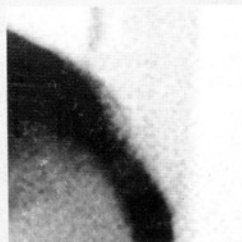
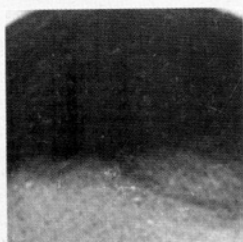
Graciela Cousinet – Ester Sánchez de Concatti

Enrique Martínez

Rubén Lo Vuolo

¿En el 2000 también?

RAZONES Y SINRAZONES DEL TRIUNFO MENEMISTA



EDICIONES
UNIDOS

¿EN EL 2000 TAMBIÉN? Razones y sinrazones del triunfo menemista
Cuarto título de Ediciones Unidos. Septiembre de 1995

Director: Mario Wainfeld

Secretario de redacción: Arturo Armada

SUMARIO

Introducción

EL TRIUNFO MENEMISTA Y LO QUE VIENE

Mario Wainfeld (*)

Arturo Armada

Daniel Arroyo (*)

Luis Alberto Quevedo

Enrique Martínez

Juan José Giani (*)

DEL IMPERIALISMO MACROECONÓMICO
A UNA POLÍTICA ECONÓMICA

Pablo Gerchunoff

Manuel Herrera

Enrique Martínez

PRIMER DEBATE por Arturo Armada

PROPUESTAS PARA UNA ARGENTINA
MÁS EQUITATIVA E IGUALITARIA

José Escudero

Daniel García Delgado

Aldo Isuani

Héctor Poggiese

SEGUNDO DEBATE por Arturo Armada

LAS ELECCIONES

DEL 26 DE OCTUBRE DE 1997

*LA SANTA ALIANZA
ELECTORAL*



EDICIONES

UNIDOS

LA SANTA ALIANZA ELECTORAL. Las elecciones del 26 de octubre de 1977
Quinto título de Ediciones Unidos. Diciembre de 1997

Director: Mario Wainfeld

Subdirector: Hugo M. Donato

Secretario de redacción: Arturo Armada

SUMARIO

DESPUÉS DEL 26 DE OCTUBRE. ¿CUÁLES SON LAS POSIBILIDADES DE ALIANZAS O ACUERDOS TRANSVERSALES?

Mario Wainfeld (*)

Daniel Arroyo

Eduardo Bustelo

Artemio López: “La derrota del Padre”

LA REARTICULACIÓN DE LAS FUERZAS POLÍTICAS ARGENTINAS

José Nun

Darío Alessandro

Luis A. Quevedo: “El escenario político electoral 97 y las perspectivas para 1999” (*)

Roberto Marafioti: “Sobre alianzas, sortijas y otros sortilegios”

Hugo M. Donato

Educación y empleo:

**políticas de
Estado
para el
siglo XXI**

EDICIONES

UNIDOS

EDUCACIÓN Y EMPLEO. Políticas de Estado para el siglo XXI

Sexto título de Ediciones Unidos. Abril de 1999

Director: Mario Wainfeld

Subdirector: Hugo M. Donato

Secretario de redacción: Arturo Armada

SUMARIO

SEMINARIO DE LA MAÑANA: EDUCACIÓN

El desafío de una política de Estado para la educación (Fortunato Mallimaci)

Algunas ideas para un cambio significativo (Irma Parentella)

El sistema educativo bajo sospecha (Emilio Tenti Fanfani)

SEMINARIO DE LA TARDE: EMPLEO

El crecimiento sostenido como generador de empleo (Pablo Gerchunoff) (*)

Programas de contención social (Laura Golbert)

Desempleo y competitividad (Enrique Martínez)

COLABORACIONES ESPECIALES

En educación:

Educación y representación (Adriana Puiggrós) (*)

La educación del siglo que viene: del mesianismo a la utopía (Roberto Marafioti)

En empleo:

Políticas de Estado o un Estado con políticas (Carlos Tomada)

Colección Reediciones & Antologías

La revista *Unidos* tomaba su nombre de la conocida frase del general Perón que afirmaba que el año 2000 nos encontraría unidos o dominados. Propuso, durante todo el ciclo de la transición a la democracia en el país, articular los nuevos temas que traía consigo la salida de la dictadura y la apuesta por la construcción de una democracia liberal estable y duradera con los grandes motivos heredados de la tradición política del peronismo. *Unidos* encaró ese conjunto de tareas con el fuerte impulso de su primer director, Carlos “Chacho” Álvarez, y con las plumas de autores como Mario Wainfeld, Horacio González, Arturo Armada, Alcira Argumedo, entre muchos otros protagonistas de las discusiones de aquellos años.

La Biblioteca Nacional presenta esta antología de artículos con el ánimo de rescatar una expresión mayor de un tiempo aún cercano en la vida pública argentina, en que la política se discutía, en un sentido decisivo, en las grandes revistas de ensayo y opinión. Esa época parece haber pasado, quién sabe si acaso para siempre. Lo que no puede pasar es el tipo de compromiso lúcido, colectivo y público con la crítica de la realidad, con la revisión de los legados del pasado y con la impugnación de las miserias del mundo.

